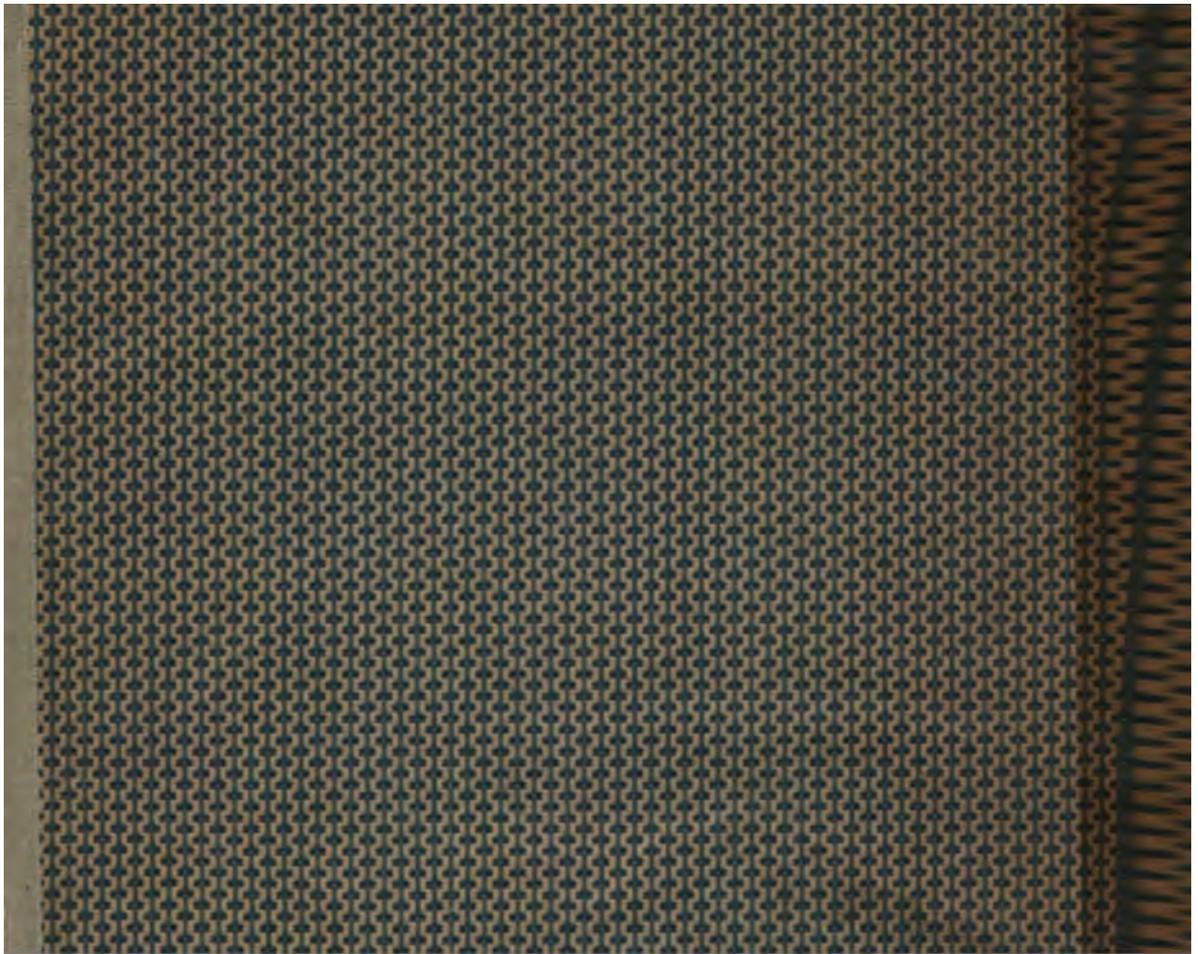






STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES



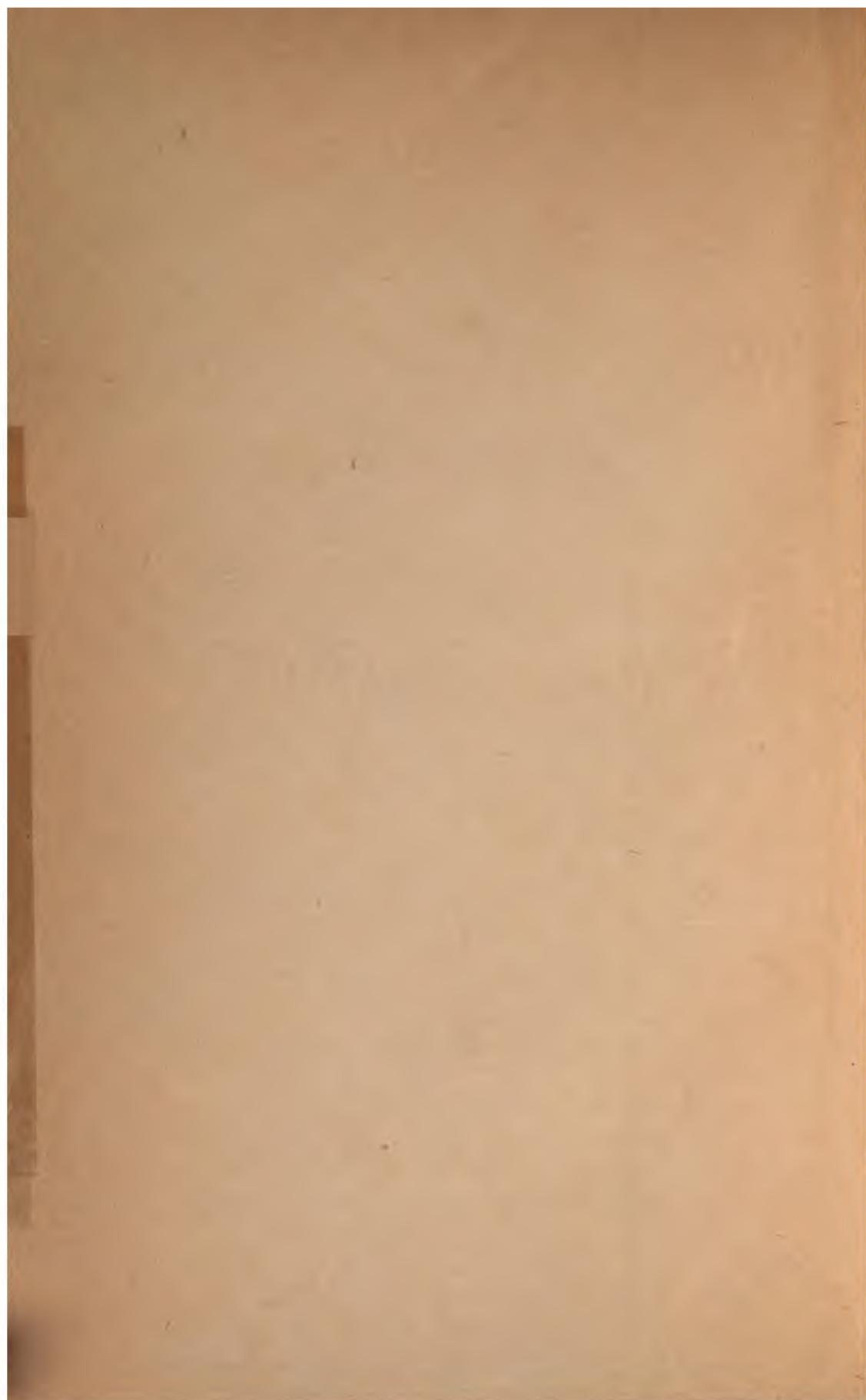
00.8

B 582 v. 45

195

VOL. I

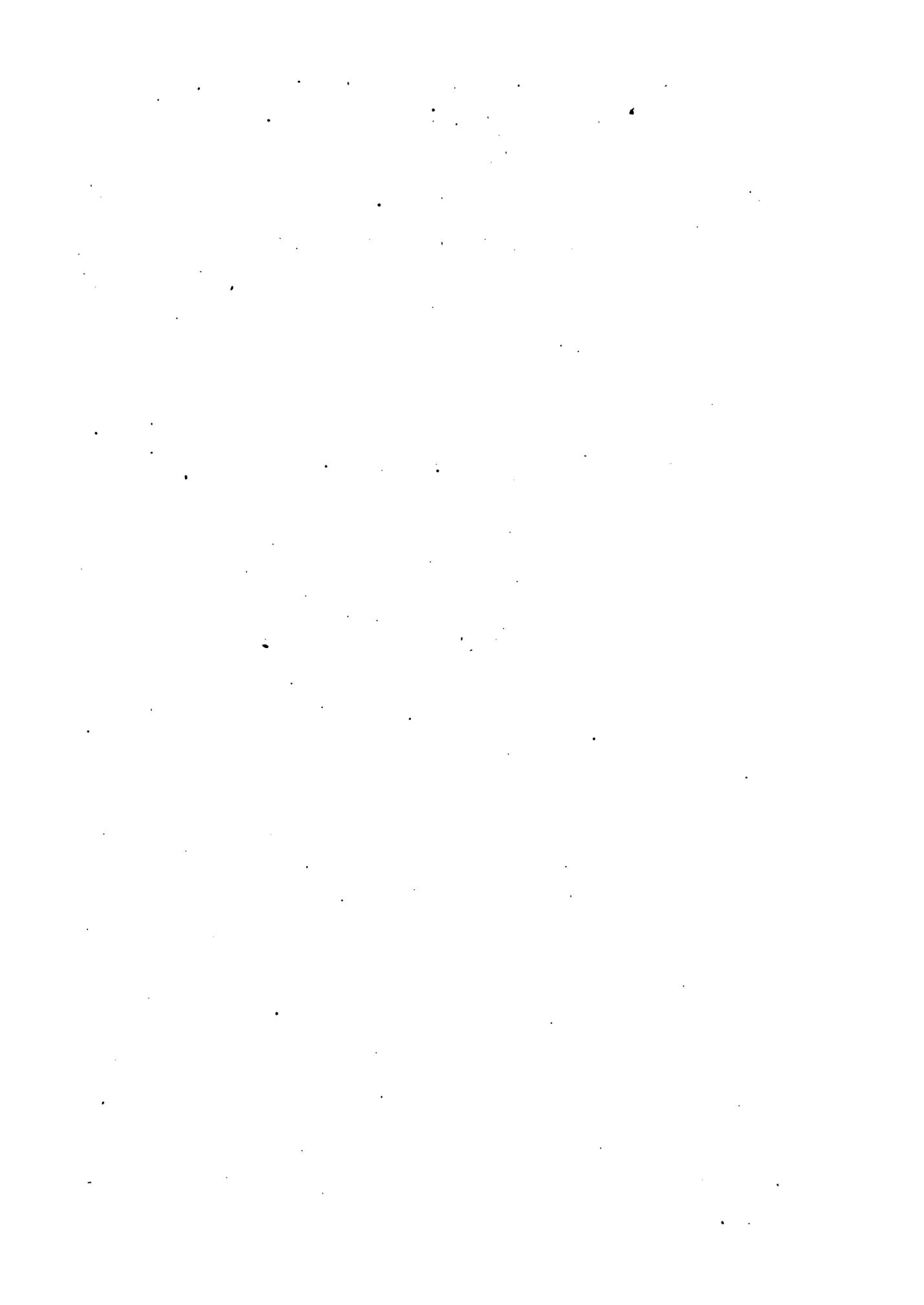
AUTORES ESPAÑOLES



**BIBLIOTECA**

**DE**

**AUTORES ESPAÑOLES.**



BIBLIOTECA

DE

# AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

---

**DRAMATICOS CONTEMPORANEOS DE LOPE DE VEGA,**

*Coleccion escogida y ordenada*

CON UN DISCURSO, APUNTES BIOGRÁFICOS Y CRÍTICOS DE LOS AUTORES,  
NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS Y CATÁLOGOS,

**POR DON RAMON DE MESONERO ROMANOS.**

---

TOMO SEGUNDO.

---



**MADRID.**

**M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,**

CALLE DE LA MADERA, 8.

—  
1858.



# APUNTES BIOGRÁFICOS Y CRÍTICOS

DE LOS

## AUTORES COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

VALIÉNDOSE de las indicaciones explícitas de Miguel de Cervantes (1), Lope de Vega (2), Agustín de Rojas (3) y el canónigo Navarro (4), pude en el tomo anterior bosquejar el cuadro (hoy completamente desconocido) del teatro español en la primera época de Lope, desde que, por los años 1588, en que, muy mozo aun, empezó aquel gran genio á excitar el aplauso y la admiración general, hasta que, según la feliz expresión del mismo Cervantes, *se alzó con el cetro de la monarquía cómica*, en los primeros del siglo XVII. Cúpome entonces la suerte de exhumar y dar á conocer las bellas producciones de los más inmediatos contemporáneos y secuaces del gran padre de nuestra escena, que, subyugados y eclipsados por el vivísimo resplandor de aquel astro luminoso, han permanecido injustamente olvidados durante casi tres siglos, y yacían en la más completa oscuridad. Guillen de Castro, Tárrega, Aguilar, Miguel Sánchez, Boil, Poyo, Gaspar de Avila y los demás que figuraron, no sin gloria, en aquel período, al lado del gran Lope, y cuyas apreciables producciones forman el tomo primero de ésta colección, me habrán dado la razón, en el ánimo de los lectores, de la justicia con que procuré aprovechar esta ocasión de rehabilitar su memoria, estudiando, escogiendo y dando á conocer sus olvidadas creaciones, é impidiendo con su reproducción que lleguen á perderse del todo, como ha sucedido ya con las de algunos.

Pero la vida dramática de Lope, y su imperio absoluto sobre la escena patria, se prolongaron aun durante el primer tercio del siglo XVII hasta su muerte, acaecida en 1635. Después de aquel primer período que entonces tracé, y en el que, al lado del joven maestro, y *ayudándole* (como dice Cervantes) *á llevar aquella gran máquina*, aparecen principalmente los autores valencianos y andaluces, comenzó otro, cuando, atraídos todos á la corte, formaron en derredor suyo la gran pléyade de satélites de aquel planeta esplendente. Este segundo cuadro, diverso absolutamente en acción, episodios y figuras, aunque unido á aquel por la común designación de *contemporáneos de Lope de Vega*, es el que hoy me cumple trazar.

Por fortuna, para bosquejarle con bastante exactitud, nos queda un testimonio fehaciente del más notable acaso y digno de estimación de aquellos infatigables escritores: el doctor Juan Pérez de Montalván, ardiente, fiel y apasionado secuaz del gran maestro, y cuya misión, desde que nació en 1602 hasta que le siguió tempranamente á la tumba, no fué otra, puede decirse, que beber su aliento, alimentar su inteligencia en su admiración y rebosar entusiasmo hácia sus obras; imitarle, aplaudirle, glorificarle y servirle acaso de para-rayos contra las nubes de la envidia, que, no osando lanzar sus despiadados tiros contra la altísima fortaleza del gran Lope, descargaban su furor en el indefenso pecho del joven panegirista.

Este, pues, en el extraño é incoherente libro que tituló *El Para-todos*, y dió á la estampa en 1652, añadió, por vía de *apéndice*, un curioso *Índice de los varones ilustres matritenses*, y luego otro de los que, no siéndolo, *escribían por entonces comedias en Castilla solamente*, y de uno y otro aparece el espléndido cuadro de nuestro teatro en aquel período, trazado por mano competente, y hoy tanto más apreciable, cuanto que no tenemos otro dato mejor para conocerle. Hé aquí por su

(1) *Viaje al Parnaso y Prólogo de sus comedias.*

(2) *Laurel de Apolo.*

(3) *Viaje entretenido.*

(4) *Discurso en favor de las comedias.*

órden la lista de los escritores dramáticos, extractada de la general de madrileños, y la de los que, no siéndolo, escribían también para el teatro :

ALONSO DE SALAS BARBADILLO.	MAESTRO FR. GABRIEL TELLEZ (TIRSO DE MOLINA).
DON AGUSTIN COLLADO.	DON GASPAR DEL ARCO.
ALFONSO DE VATRES.	DOCTOR DON JERÓNIMO FERNANDEZ MONTERO.
MAESTRO ALFONSO ALFARO.	DON JERÓNIMO VILLAZAN Y GARCÉS.
DON ANTONIO COELLO.	DON GABRIEL DEL CORRAL.
DON ANTONIO DE HERRERA.	LICENCIADO GABRIEL DE ROA.
DON ANTONIO DE HUERTA.	JERÓNIMO DE LA FUENTE.
DON ALVARO CUBILLO DE ARAGON.	DON JACINTO DE HERRERA.
DON ALONSO DEL CASTILLO SOLORZANO.	DON JORGE DE TOVAR.
DON ALONSO DE REINOSO.	MAESTRO JOSÉ CISNEROS.
DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.	DON JOSÉ PELLICER Y TOVAR.
DOCTOR DON ANTONIO MIRA DE MESCUA.	JUAN DELGADO.
ANTONIO ORTIZ.	JUAN DE PIÑA.
DON ANTONIO SOLÍS Y RIVADENEYRA.	DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.
DON ANTONIO IBARRA.	DOCTOR JUAN PEREZ DE LA PORTA Y CORTÉS.
BLAS DE MESA.	DON JUAN DE TAPIA.
EL CONDE DE LA CORUÑA.	MAESTRO JOSÉ DE VALDIVIESO.
EL CONDE DE SIRUELA.	DON JUAN RUIZ DE ALARCON.
EL CONDE DE LA ROCA.	DON JUAN DE BENAVIDES.
DON DIEGO TOVAR.	FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CÁPPIO.
DON DIEGO COLLAZOS.	LUIS BELMONTE BERMUDEZ.
DON DIEGO MOGICA.	LICENCIADO LUIS DE BENAVENTE.
DON DIEGO DE VILLEGAS.	LUIS VELEZ DE GUEVARA.
DON DIEGO JIMENEZ ENCISO.	DON LOPE DE LIAÑO.
DON ESTÉBAN DE PRADO.	MANUEL LOPEZ.
DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.	DOÑA MARÍA DE ZAYAS.
FRANCISCO SUAREZ.	EL MARQUÉS DE JAVALQUINTO.
EL LICENCIADO FELIPE BERNARDO DEL CASTILLO.	DOCTOR DON PEDRO DE LA BARRERA.
DON FERNANDO DE LUDEÑA.	DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.
DON FRANCISCO DE LA CERDA.	DON PEDRO DE MENDOZA.
LICENCIADO FRANCISCO GUTIERREZ CADAGUA.	DON PEDRO MEXÍA DE TOVAR.
DON FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA.	DON PEDRO VARGAS Y MACHUCA.
DOCTOR FELIPE GODINEZ.	DON PEDRO MENDEZ DE LOYOLA.
DON FERNANDO DE LARRÚA.	EL PRÍNCIPE DE ESQUILACHE.
FRANCISCO LOPEZ DE ZÁRATE.	DON RODRIGO DE HERRERA ( <i>madrileño</i> ).
DON FRANCISCO MIRACLES.	DON RODRIGO DE HERRERA ( <i>portugués</i> ).
DON GABRIEL BOCÁNGEL.	DON SEBASTIAN FRANCISCO DE MEDRANO.

Son, pues, setenta y cuatro los autores dramáticos citados por Montalvan en 1632, á que pudiéranse añadir algunos mas, valencianos y aragoneses, tales como don Antonio Folch de Cardona, marqués de Castelnuovo, Marco Antonio Orti, el abad Alonso Maluendas, Vicente Esquerdo, el maestro Juan Cabezas, don Diego Muget de Solis (que publicó un tomo de comedias en Brusélas, 1625), y otros, que escribieron fuera de Madrid y que aquel no tuvo presentes (1). Pero en cambio, hay que descontar de aquellos setenta y cuatro, muchos, como los condes de la Coruña, de la Roca y de Siruela, el marqués de Javalquinto, el príncipe de Esquilache, don Diego Tovar, don Diego Collazos, don Estéban de Prado, Quevedo, Bernardo del Castillo, La Cerda, Cadagua, Del Arco, Fernandez Montero, Pellicer, Cisneros, Tapia, doña María Zayas y otros, hasta el número de treinta y cinco, que solo por el testimonio del mismo Montalvan sabemos que *habían escrito, que estaban escribiendo, y hasta que pensaban escribir alguna comedia*, sin que haya llegado hasta nosotros ni siquiera noticia de sus títulos.

Separaremos despues (por no formar parte de nuestro objeto, y estar cumplidamente llenos en otros tomos de esta coleccion) los nombres de los cinco primeros dramáticos que figuran también en aquella lista, á saber : Lope, Tirso, Alarcon, Rojas y Calderon (Moreto no podia sonar en 1632,

(1) Véase el catálogo que damos á continuacion.

por tener entonces solo catorce años de edad); y descargados igualmente Cubillo y Solis, que, aunque citados ya por Montalvan, como que empezaban á darse á conocer, forman mas bien parte de otro periodo y escuela, el de los *posteriores á Lope* y secuaces de Calderon (que será objeto de los dos tomos siguientes), así como tambien el maestro Valdivieso, que solo escribió autos sacramentales, y el licenciado Luis de Benavente, que se dedicó exclusivamente á escribir entremeses, géneros ambos que por su especialidad quedan fuera de esta coleccion, tendremos, pues, segregados por estas razones cuarenta y cinco autores. Entre los restantes (cuyas obras conocemos), no parecen, por su escaso mérito, dignas de reproducirse en esta ocasion las de Blas de Mesa, Gabriel del Corral, Francisco Lopez de Zárate, maestro Gabriel Roa, Jerónimo la Fuente, Juan de Benavides, don Lope de Llaño, don Agustin Collado, Alonso de Vates, maestro Alfonso Alfaro, don Antonio Herrera, don Diego Mogica, don Antonio Huerta, don Gabriel Bocángel, Juan Delgado y los demás que no cita Montalvan, adoptando solo, para formar esta selecta coleccion, aquellos autores mas sobresalientes, cuyas mejores producciones, noticias biográficas y juicios criticos van á continuacion, y son los siguientes :

EL DOCTOR DON ANTONIO MIRA DE MESCUA.  
LUIS VELEZ DE GUEVARA.  
DOCTOR FELIPE GODINEZ.  
DON DIEGO JIMENEZ ENCISO.  
DON RODRIGO HERRERA.  
DON JACINTO DE HERRERA.  
LUIS BELMONTE BERMUDEZ.

ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO.  
ALONSO DEL CASTILLO SOLORZANO.  
DON JERÓNIMO VILLAIZAN.  
DON ANTONIO COELLO.  
DON ANTONIO DE MENDOZA.  
DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

## EL DOCTOR MIRA DE MESCUA.

Escasísimas son las noticias biográficas que han llegado hasta nosotros del DOCTOR DON ANTONIO MIRA DE MESCUA ó DE AMESCUA, uno de los primeros poetas liricos y dramáticos de aquella época, y están reducidas á saber que fué natural de Guadix, presbitero y arcediano de su santa iglesia, habiendo nacido hácia 1570; que, protegido del célebre don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lémus (*Mecénas de Cervántes*), y siendo virey de Nápoles en 1610, le llevó á su lado con Lupercio Argensola y otros insignes escritores para formar parte de su poética corte. Regresado luego á su patria, fué nombrado capellan de los Reyes de Granada, y posteriormente capellan de honor de Felipe IV, en Madrid, adonde murió el mismo año 1635, en que falleció Lope de Vega.

Este, el mismo Cervántes, Montalvan, Agustin de Rojas y don Nicolás Antonio, que le consagraron especiales y entusiastas elógios en diversas partes de sus obras, nos dejan ignorar absolutamente mas circunstancias particulares de su vida; y tampoco Suarez, en su *Historia de Guadix y de Baza*, añade cosa alguna relativa á la existencia material de aquel insigne poeta. Pero nos quedan sus obras, y aunque no todas ni reunidas en coleccion (1), son suficientes para conservar, como poeta lirico y dramático, en el puesto distinguido que sus ilustres contemporáneos le concedieron. Bajo el primer aspecto, bastaria solo citar aquí aquella célebre y bellísima cancion que, segun la opinion del eminente critico Quintana, no tiene igual en nuestra lengua, y que envidiaria el mismo Garcilaso, que empieza:

Ufano, alegre, altivo, enamorado;

y que no se reproduce aquí por ser tan conocida, como una de las joyas mas preciadas de nuestro poético tesoro; y bajo el aspecto dramático, las cinco comedias que van escogidas para esta coleccion, tituladas: *La rueda de la fortuna*, *Galan valiente y discreto*, *No hay dicha ni desdicha hasta la muerte*, *Obligar contra su sangre*, y *La Fénix de Salamanca*; en donde, á par que el genio y talento lirico, que sin duda predominaba en este arrogante poeta, descuellan tambien el estudio, el buen gusto y delicado ingenio del autor dramático. Todavía hubieran podido añadirse á aquellas (si los

(1) Don Nicolás Antonio dice que se publicaron sus comedias en tomos ó partes, pero creo que no es exacto. Solo tengo noticia de un tomo (que pudo ser primera parte), y contiene las siguientes: *La hija de Carlos V*, *Vida y muerte de san Lázaro*, *El rico avariento*, *Lo que*

*puede una sospecha*, *El esclavo del demonio*, *El conde Alarcos*, *El hombre de mayor fama*, *El negro del mejor amo*, *Las lises de Francia*, *Los carboneros de Francia*, *Desgracias del rey don Alfonso el Casto*, *Obligar contra su sangre*.

limites de esta coleccion lo permitieran) otras apreciables comedias, que demuestran la sagacidad y vivo ingenio del DOCTOR MIRA DE MESCUA; como, por ejemplo, *Amor, ingenio y mujer*, ó *La tercera de sí misma* (falsamente atribuida á Calderon) (1), las de *El conde Alarcos*, *El palacio confuso*, *El rico avariento*, *Lo que puede una sospecha*, *El galan secreto*, *El esclavo del demonio*, y alguna otra, notables, ya por la grande originalidad de la invencion, ya por el artificio de la intriga, ya, en fin, por la gala y gracejo del estilo. Muchos de aquellos argumentos, inventados indudablemente por MIRA DE MESCUA, y adoptados, y acaso mejor desvuelto despues por sus mas insignes sucesores, quedaron como olvidados en el repertorio de aquel, para lucir con nuevo brillo en el de sus atrevidos imitadores, sin que por eso deba negarse á su inventor el justo tributo de estimacion y de respeto.

En prueba de estas aserciones, que no dudo estampar aquí, citaré la célebre comedia, titulada *Caer para levantar*, escrita por Moreto, Cáncer y Matos Fragoso, que no es otra cosa que una servil refundicion de la de *El esclavo del demonio*, de MIRA DE MESCUA; y tanto, que no me ha parecido conveniente reproducirla aquí, por hallarse ya publicada en el tomo de Moreto de esta BIBLIOTECA.—Otras usurpaciones hizo tambien este á nuestro DOCTOR, como solia hacerlo á Lope, Guillen de Castro, Tirso y demás predecesores; y el mismo Calderon (que tambien tuvo presente aquella comedia al escribir la de la *Devocion de la Cruz*), tomó por pauta, en la que tituló *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, la de *La rueda de la fortuna*, de MIRA DE MESCUA, precediendo en ello al gran Corneille, que indudablemente la siguió en su *Heraclius*, mas bien que á la de Calderon. Este mismo dramaturgo, en *La dama duende*, *El mágico prodigioso*, *El escondido y la tapada*, y otras de su admirable repertorio, da bien á conocer que estaba inspirado por *La Fénix de Salamanca*, *El ermitaño galan*, *El galan secreto* y otras del DOCTOR MIRA DE MESCUA. Alarcon remedó tambien, en el *Exámen de maridos*, la preciosa de MESCUA titulada *Galan, valiente y discreto*; la de *La tercera de sí misma* y *La Fénix de Salamanca* sirvieron tambien á los Figueroas ó Moreto (sea de quien fuere) para la de *Todo es enredos amor*, y al autor del *Gil Blas* para la aventura de doña Aurora de Guzman; y el mismo Corneille, antes citado, confiesa que tuvo intencion de fundir su *Don Sancho de Aragon* en el molde de *El palacio confuso*, de MIRA DE MESCUA, que él atribuye ligeramente á Lope de Vega.

De todas estas y demás producciones dramáticas de nuestro autor pudieran citarse grandes bellezas al lado de frecuentes y lamentables extravios; trozos y escenas llenas de pasion, de verdad y de fuerza cómica, y otros envueltos en aquella nube de hipérboles y metáforas del gusto gongorino ó del estilo apellidado *culto*, á que todos los poetas rendian tan frecuentemente vasallaje, sin perjuicio de burlarse de él á su sabor (2). En la eleccion y artificio de los argumentos y en la pintura de los caracteres se conoce indudablemente la influencia, ó mas bien la tirania del mismo

(1) Creo que ambos títulos se refieren á una sola comedia. Con el de *La tercera de sí misma* está impresa en la parte viii de la coleccion de varios. El MS. existe en la biblioteca del señor duque de Osuna. En ella, al final de la primera jornada, dice la dama, Lucrecia, duquesa de Amalfi:

El Duque me ha de querer,  
Aunque desprecios escucho;  
Que al fin, al fin, pueden mucho  
*Amor, ingenio y mujer.*

Y al final de la misma jornada:

Tenga el buen fin que pretendo  
El amor aborreciendo  
*Y tercera de sí misma.*

Por último, ya cerca del final de la comedia dice Lucrecia:

César soy y César fui;  
*Amor, ingenio y mujer*  
Han tenido tal poder,  
Que soy *tercera de mi*  
*Misma.*

Aquí se ve claramente que es una sola comedia con estos dos títulos.

(2) Véase con qué donaire y agudeza satirizaba este mal gusto el discreto Gaspar de Avila (uno de los autores contemporáneos, á quien dimos á conocer en el tomo anterior), en su linda comedia titulada *El familiar sin de-*

*monio*, en cuyo acto tercero pone en boca del gracioso lo siguiente:

MARTIN.

Yo, por mis grandes pecados,  
Una comedia compuse  
(Que soy poeta), en que puse  
Muchos pasos ajustados  
A la verdad; y aquel dia  
Fué, para mi perdicion,  
*Silba de varia leccion*  
La cruel mosquetería;  
Pero de suerte senti  
El verme ya condenado  
A cencerro destemplado,  
Que al demonio me ofrecí.  
Aprecióseme y dijo:  
«No temas; contigo estoy,  
Y poeta tambien soy;»  
Y fué tanto el regocio  
De verme ya consolado,  
Que una comedia empecé,  
Y despues que la acerté,  
Ando siempre endemoniado.

ANTONIO.

La primer copla me di.

MARTIN.

Quisiera...

ANTONIO.

Por vida mia.

MARTIN.

Era en Polonia, y decia  
En un monte un alfaquí: [res,  
«Céfiro penetrante en tus cando-

Que al armigero son delas ideas,  
Clasificando sirios esplendores,  
En tus coluros intimos aleas;  
Si en florecientes piras y clamores,  
[res,  
Por la region turquí te bambo-  
[leas,  
Inspira, clamorea, mundifica,  
Taladra, reconcentra y multipli-  
[ca.»

ANTONIO.

¡Valentísimo capricho

De versos, heróico y breve!

MARTIN.

*Pues el demonio me lleve*  
*Si yo sé lo que me he dicho.*  
Ni tú, ni el pueblo, ni yo  
No lo habemos entendido;  
Pero celebra en el ruido  
Lo que piensa que entendió.  
Que, como es todo follaje  
Estampido y batahola,  
Sin que haya al rodar la bola  
Quien la tenga ni la ataje,  
*El que menos lo comprende,*  
*Mas procura celebrar,*  
*Solamente por no dar*  
*A entender que no lo entiende.*  
Y en este estilo perverso,  
De lo crespó y lo aturdido,  
*Pasa á sombras del sonido*  
*Toda chilindrina en verso.*

Lope y su escuela; y ciertamente que no se concibe tan opuesto maridaje entre la verdad y la estrambótica exageracion, entre el buen sentido y el gusto depravado; pero es lo cierto que existe y existió en este y los demás autores de nuestro antiguo teatro, autorizados por él ejemplo de su colosal modelo, y disculpados siempre con el grande argumento de los aplausos insensatos de la plebe. Llenaria muchas páginas si, queriendo probar aquella contradiccion en la ocasion presente, y tratando de uno de los poetas mas celebrados en su tiempo, me complaciere en citar caracteres exagerados ó falsos, escenas inverosimiles y extravagantes, trozos de estilo hinchado y campañudo, bufonadas groseras y chavacanas, que oscúrecen y afean hasta sus mejores comedias; pero prefiero optar por alguno de aquellos momentos felices en que se descubre al poeta fácil, natural y cadencioso, al ingenio sutil y peregrino. La casualidad me trae por ejemplo á la mano la extraña comedia titulada *El pleito del diablo con el cura de Madridejos*, escrita por él, juntamente con Velez de Guevara y Coello, y que no es mas que la historia de una pobre muchacha á quien se supone endemoniada, y los conjuros y exorcismos hechos para librarla; en cuya jornada tercera (que es la de MIRA DE MESCUA) se leen estas preciosas quintillas en boca de un pastor:

<p>LORENZO. Deja espantos y temores, Catalina; ¿qué te falta? Que en alas de mis amores Iré á la sierra mas alta Por metales ó por flores. ¿Quieres que trepando vaya, Por los brazos de esa haya Y baje de sus pimpollos De una tórtola los pollos A qué jueguen en tu saya? ¿Quieres que descienda á un río,</p>	<p>Hijo de un risco de Cuenca, Y en él mi valiente brio No deje anguila ni tenca, Ni pez argentado y frio, Que no venga á palpar Sobre esta yerba y á dar Un salto y otro del suelo, Pensando que coge vuelo Para arrojarse á la mar? ¿Quieres que á ese girasol Bajen las aves pintadas Que vuelan en caracol,</p>	<p>Y parecen, remontadas, Que son átomos del sol? Si quieres que en este prado Se mezclen arroyos bellos De leche y humor cuajado, Exprimiré alegre en ellos Las ubres de mi ganado. Si quieres ver el enero Hecho octubre placentero, Viertan mis cubas su mosto; Y si quieres verle agosto, Desataré mi granero.</p>
--	---	--

Ciertamente que este trozo, puramente lirico, no es el mas propio de la comedia; pero es tan bello, que en todas ocasiones debió sonar bien á los oídos de un público español. Como este abundan otros en las obras dramáticas de MIRA DE MESCUA, y muy principalmente en los autos sacramentales ó alegóricos, en que podia ostentarse mas bien el gran poeta lirico. A veces el estilo dramático ocupa tambien su lugar propio, y ofrece escenas y diálogos animados, ó cuadros llenos del chiste y naturalidad característicos de Talia; sirva de ejemplo el siguiente, tomado al acaso, de la comedia titulada *La Fénix de Salamanca*:

<p>GALCERAN. ¿Dónde tomaste posada? SOLANO. Junto al Cármen. GALCERAN. ¿Preveniste La cena? SOLANO. Sí. GALCERAN. ¿Qué trajiste? SOLANO. Un capon, una empanada, Dos perdices... GALCERAN. Bien las como. SOLANO. Medio cabrito extremado, Dos gazapos... GALCERAN. ¿Regalado Plato! SOLANO. ¿Tiene tanto lomo! Un jigote de carnero...</p>	<p>GALCERAN. Si está manido, no es malo. SOLANO. Un jamon. GALCERAN. ¿Gentil regalo! Has hecho buen dispensero. SOLANO. De clarete y moscatel Tres azumbres; que sin vino Está en la mesa el tocino Como cautivo en Argel. GALCERAN. ¿Ya tengo bien qué cenar! SOLANO. ¿Que es buena cena? GALCERAN. ¿Extremada! SOLANO. Pues vén, la verás pintada, Que no hay mas que desear, En esta calle primera; Que parece que el pintor Dió á los gazapos sabor, Y sazón á la ternera.</p>	<p>¿No me dirás, por tu vida, Qué bolson diste á Solano Para que te tenga ufano Mesa y cama prevenida? GALCERAN. Luego ¿no tienes dineros? SOLANO. ¿De qué los he de tener, Galceran, si desde ayer Estamos los dos en cueros? GALCERAN. ¿No te dí trescientos reales En Valencia? SOLANO. No lo niego; Mas oye la cuenta, y luego Podrás ver si están cabales. (Saca un papel.) « Cuenta de lo que Solano Ha gastado en el camino.» GALCERAN. Y dila tambien del vino. SOLANO. A fe que está en buena mano; etc.</p>
---	--	---

Esta comedia es toda ella muy agradable por la intriga ingeniosa y dramática, y sus escenas llenas de interés y poesía. La de *Galan, valiente y discreto* es, á mi juicio, una de las mas bellas comedias del antiguo teatro, y está toda ella escrita con una cordura y gusto que solo acertaron despues Alarcon y Moreto; y las otras dos de *No hay dicha ni desdicha hasta la muerte* y *Obligar contra su sangre* son dramas interesantes y bien escritos. Basta con ellos, y con las citas que quedan hechas, para despertar en los aficionados el deseo de conocer y estudiar á este autor notable. Por fortuna pueden hacerlo en la mayor parte de sus obras dramáticas, que, aunque no reunidas en coleccion, se han conservado y reproducido sueltas, ó en la famosa, aunque rarísima, de las *Comedias escogidas de los mejores ingenios*, publicada desde 1652 á 1704, en que hay hasta diez y ocho de este autor.

### LUIS VELEZ DE GUEVARA.

Nació en la ciudad de Écija, en enero de 1570, y concluida su carrera literaria en la universidad de Sevilla, vino muy jóven á Madrid, donde, ejerciendo su profesion de abogado, alcanzó pronto un gran aprecio y fama en el foro por su sagacidad, elocuencia y gracejo, y entre los literatos por la viva agudeza de su ingenio, la correccion y facilidad con que manejaba nuestra hermosa lengua, así en prosa como en verso. Su carácter era tan festivo, que aun en medio de los negocios mas graves no podia dejar de chahcéarse, con lo cual atraia á los tribunales donde abogaba un auditorio numeroso. Cuéntase que en una ocasion salvó la vida á un criminal que defendia, excitando la risa en los jueces con una chanzoneta que dejó deslizar en medio de una exhortacion patética con que trataba de captar la benevolencia en favor de su cliente. Obtenida la sentencia, mas favorable de lo que podia esperar, apeló de ella el fiscal y obtuvo su reforma, saliendo el reo condenado á la pena capital y el abogado á una multa de consideracion. Para librarse de ella se puso á pleitear con el fiscal y los jueces, y consiguió que el rey don Felipe IV tomase personalmente conocimiento de una causa tan singular. Con este motivo se presentó GUEVARA á su majestad con tal desenfado, y le representó el caso de una manera tan cómica, que el Rey no pudo menos de echarse á reir; con lo cual consiguió, no solamente que se le perdonase la multa, sino que á su cliente, que se hallaba condenado á muerte en revista, se le conmutara aquella pena con la de presidio.

De resultas de este suceso, tomó el Rey tal aficion á GUEVARA, que no podia pasar sin él, pues que gustaba mucho de su instruccion, chistes y agudeza; y conociendo que concurrían en él todas las dotes de un buen poeta dramático, le instó á que escribiese las comedias que por aquel tiempo se representaron en los teatros de la corte. Y como este monarca, segun se cree, las escribia tambien y hacia representar en su palacio, escogió á LUIS VELEZ DE GUEVARA para que le censurase las suyas, siendo de presumir que recibiesen correcciones y mejoras de una mano tan maestra como la de GUEVARA, á quien el Monarca honró mas adelante con el empleo de ugiar.

Pasó, pues, VELEZ DE GUEVARA su vida en Madrid, gozando constantemente el favor del Monarca, de los duques de Veraguas, y conde de Saldaña, de quien fué secretario; la amistad de todos los célebres contemporáneos y el aplauso público. Era hombre de carácter suave, afable y caritativo; pero, como no se ha dado al hombre poseer á la vez todas las virtudes, ni estar exento de algunos vicios ó defectos, achácanle á nuestro poeta el haber sido excesivamente apasionado al bello sexo; pasion de que ni la edad ni las enfermedades pudieron corregirle jamás. Todavía se repiten entre nosotros algunos de sus dichos graciosos y satíricos con este motivo, que han pasado á ser proverbiales.

Estuvo casado desde muy jóven con doña Ursula Bravo de Laguna; de quien tuvo un hijo, llamado don Juan, que fué oidor de la audiencia de Sevilla, poeta tambien y autor de varias comedias, que suelen confundirse con las del padre. Murió, en fin, este en Madrid, á los setenta y cuatro años de edad, con gran sentimiento de toda la corte, segun se lee en los *Avisos históricos*, de *Pellicer*, que consigna este suceso en estos términos:

Madrid, 15 de noviembre de 1644.—El juéves pasado murió LUIS VELEZ DE GUEVARA, natural de Écija, uger de cámara de su majestad, bien conocido por mas de cuatrocientas comedias que ha escrito, y por su gran ingenio, agudos y repetidos dichos, y ser uno de los mejores cortesanos de España. Murió de setenta y cuatro años de edad; dejó por testamentarios á los señores conde de Lémus y duque de Veraguas, á cuyo servicio está don Juan Velez, su hijo. Depositaron el cuerpo en el monasterio de doña María de Aragon, en la capilla de los señores duques de Veraguas, haciéndosele por sus méritos esta honra. Ayer se hicieron las honras en la misma iglesia, con la propia grandeza que si fuera título, asistiendo cuantos grandes señores y caballeros hay en la corte. Y se han hecho á su muerte y á su ingenio muchos epitafios, que creo se imprimirán en libro particular, como el de Lope de Vega y Juan Perez de Montalvan.

Su piadoso y discreto hijo, don Juan, celebró su memoria en un elegante soneto, que prueba bien que era digno heredero de aquel poético ingenio, y dice así :

Luz en que se encendió la vital mía,  
De cuya llama soy originado,  
Bien que en la vida solo te he imitado,  
Que el alma fuera en mí vana porfía;  
Si eres el sol de nuestra poesia,  
Viva mas que él tu aplauso eternizado,  
Y pues un vivir solo es limitado,  
No te estreches al término de un día.  
Hoy junta en el deleite la enseñanza  
Tu ingenio, á quien el tiempo no consume,  
Pues también viene á ser aplauso suyo;  
Y sufra la modestia esta alabanza  
A quien, por parecer mas hijo tuyo,  
Quisiera ser un rasgo de tu pluma.

Grande, en efecto, inmensa debió ser la popularidad y la importancia de VELEZ DE GUEVARA como poeta dramático, que le valió los elogios de sus contemporáneos mas insignes, desde Cervantes, que celebra *el rumbo, el tropel, el boato, la grandeza de sus comedias*, y le consagra, en su *Viaje al Parnaso*, estos tercetos, que demuestran además el aprecio personal en que le tuvo :

Este, que es escogido entre millares,  
De GUEVARA LUIS VELEZ es el bravo,  
Que se puede llamar quita-pesares.  
Es poeta gigante, en quien alabo  
El verso numeroso, el peregrino

Ingenio, si un Guaton nos pinta ó un Dabo.

Topé á LUIS VELEZ, lustre y alegría  
Y discrecion del trato cortesano,  
Y abracéle en la calle á mediodía.

Y Lope de Vega, que decia de él, en el *Laurel de Apolo* :

Ni en Écija dejara  
El florido LUIS VELEZ DE GUEVARA  
De ser su nuevo Apolo;  
Que pudo darle solo  
Y solo en sus escritos,

Con flores de conceptos infinitos,  
Lo que los tres que faltan;  
Así sus versos de oro  
Con blando estilo la materia esmaltan.

Hasta el mismo Calderon (porque en su larga carrera dramática alcanzó LUIS VELEZ á figurar en los diversos periodos de nuestra escena) le ensalza y encomia en diversas ocasiones como una de las lumbreras de nuestro Parnaso; Montalvan, en su *Para-todos*, habla de su fecundidad, que le permitió alternar con el gran Lope en el diario alimento de la escena, y asegura también que llegó á escribir *mas de cuatrocientas comedias* (si bien hoy no se conocen escasamente una quinta parte de ellas); y todas, añade, *de pensamientos sutiles, arrojamientos poéticos y versos excelentes y bizarros, en que no admite comparacion su valiente espritu*. Verdad es que de esta apasionada crítica haya mucho que rebajar, atendida la natural propension á esta clase de exageraciones de parte del panegirista Montalvan.

El teatro, empero, de LUIS VELEZ DE GUEVARA reúne dotes muy apreciables, que la crítica moderna no debe seguramente desdeñar ni pasar por alto; y habráseme de perdonar, por lo tanto,

que me detenga algo mas que de ordinario en estas ligeras indicaciones, para defender la memoria de un autor que no ha sido, á mi ver, bastante estudiado, ni juzgado con imparcialidad.

La mayor parte, en efecto, de las comedias de GUEVARA pertenecen al drama apellidado entonces *de ruido ó de cuerpo* (1); tratan argumentos é intervienen en ellos personajes históricos y elevados, vidas y hechos esforzados de los héroes y de los santos, y expresado todo con el mayor lujo de entonacion y accesorios de efecto en la escena, especialmente codiciados por el público de aquella época. *Mas pesa el Rey que la sangre*, que tiene por objeto pintar la heroica hazaña de Guzman el Bueno en Tarifa; *La restauracion de España, ó El alba y el sol*, que trata del levantamiento de Pelayo en Covadonga; *El Ollero de Ocaña*, que se refiere á la ruidosa minoria del rey don Alfonso el Octavo; *El valor no tiene edad, ó Sanson de Extremadura*, que es la relacion de los hechos heroicos de Diego García de Paredes; *Los amotinados de Flándes*; *La conquista de Oran*, y otras muchas, tomadas de nuestra historia patria; *La nueva ira de Dios y Tamorlan de Persia*; *Atila, azote de Dios, ó la silla de San Pedro*; *El cerco de Roma por el rey Desiderio*; *El príncipe esclavo, ó Escanderbech*; *La duquesa de Sajonia*; y sobre todo, el interesante y verdaderamente trágico drama *Reinar despues de morir, ó Doña Inés de Castro*, formados de episodios mas ó menos ciertos de las historias extrañas, respiran por todas partes el vigor, la arrogante entonacion y valentia del poeta fácil, del autor inspirado y audaz. En todas ellas, y al lado de bellezas y primores poéticos, de caracteres bien trazados y de escenas de seguro y calculado efecto, hay tambien (fuerza es confesarlo) enorme desarreglo, disparates increíbles, abuso, en fin, de la misma fecundidad y soltura del ingenio.

Esta demasia del talento, este desenfado de la imaginacion poética, era, por otro lado, tan comun á todos los escritores de aquella época, estaban tan autorizados con el funesto ejemplo y las incomprensibles contradicciones del genio de Lope, que no hay razon para culpar especialmente á Luis VELEZ, antes bien hay que admirar que en varias (aunque contadas) ocasiones se pudiera arrancar á aquel vértigo de audacia y de exageracion, y se dejara conducir tranquilamente por su recta inspiracion y el discreto sendero que le dictaban sin duda su razon y su ingenio.

La critica moderna, mas ilustrada y justa que la de sus contemporáneos, cuando pretende y tiene realmente derecho á juzgar con mayor severidad á los autores precedentes, tiene tambien la obligacion de conocerlos y estudiarlos; pero en esta, como en otras ocasiones, no ha procedido así, sino que, escogiendo con estudiada predileccion entre nuestros dramaturgos aquellos que ha calificado por *de primer orden*, ha solido desdeñar completamente á los demás, que no creyó deber colocar en tal categoría, ó los ha calificado sin estudiarlos y conocerlos debidamente. En el discurso que precede al tomo anterior dije que Guillen de Castro, por ejemplo, solo era conocido por *Las mocedades del Cid*, Tárrega por *La enemiga favorable*, Aguilar por *El mercader amante*, y otros muchos por ninguna; hoy añadiré que á Mira de Mescua se le cita solo como poeta lírico, y gracias si se hace mencion de él como dramático por su bellissima comedia *Galan valiente y discreto*, así como á VELEZ DE GUEVARA solo se le hace gracia por la de *Reinar despues de morir*.

Véase en qué términos se explica acerca de él el eminente crítico don Alberto Lista, cuyos juicios, tan discretos y acertados respecto de nuestros primeros dramáticos, no me parecen tan justos ni fundados respecto de otros. Verdad es que empieza por confesar que conoce pocas comedias de VELEZ; pero por eso mismo es mas extraño que le condene en términos tan absolutos.

Su manera de dirigir la fábula, dice, y su versificacion anuncian que aun no habia dominado la escena española el genio de Calderon cuando escribió VELEZ DE GUEVARA. Parece, pues, que debe colocársele entre Lope de Vega y el primer dramático del siglo xvii, y contemporáneo de Tirso, de Mira de Mescua y de Montalvan. Es muy inferior al primero en la sal cómica y en la descripcion de caracteres, al segundo en la versificacion, y al tercero en el arte de dirigir la accion, aunque acaso se le iguala en lo hinchado de la frase y en la exageracion de los afectos. Pocos vestigios se ven en GUEVARA de las mejoras que hizo Lope en el arte dramático. Mas bien parece imitador de las comedias de Virués, Cervántes y otros antecesores del padre de nuestro teatro, que de la gracia y fiel representacion de las pasiones humanas, que, á pesar de sus defectos, admiramos en los dramas de este. Casi todas sus fábulas son ó se fingen tomadas de la historia. Figuran en ellas Tamorlan, Escanderbech,

(1) «Dos caminos tendréis por dónde enderezar los pasos cómicos en materia de trazas. Al uno llaman comedias *de cuerpo*, al otro *de ingenio ó de capa y espada*. En las *de cuerpo, que, sin las de reyes de Hungría ó de prínci-*

*pes de Transilvania, suelen ser de vidas de santos, intervienen varias tramoyas y apariencias.»* (Suarez de Figueroa, *El Pasajero*.)

el rey Desiderio, Atila, Roldan, Bernardo del Carpio, cuyos caracteres desfigura, dando á estos héroes el lenguaje de los rufianes y ladrones. Gusta mucho de la bumbolla y del aparato teatral, como Virués, é introduce, como él, personajes alegóricos. Su versificación, generalmente hablando, ó es rastrera ó gongorina, su estilo débil y desmayado, excepto cuando quiere poner en boca de sus personajes alguna expresion desatinada y altisimamente. Rara vez se notan en él intenciones poéticas, y menos aun combinaciones profundas. Sus recursos dramáticos son por lo comun muy limitados. Sin embargo, debe confesarse que tiene cierta especie de mérito, y consiste en no despojar á la accion, cuando ella por sí excita los sentimientos comunes de la humanidad, del interés que la pertenece. A este mérito, y á él solo, debió VELEZ la celebridad que sus comedias tuvieron, y que ha conservado hasta nuestros dias la de *Reinar despues de morir*, repetidísima en nuestros teatros. Era menester carecer absolutamente de juicio para que el carácter de la desgraciada *Inés de Castro* dejase de conmovier dolorosamente, y VELEZ, si bien su gusto era pésimo, no estaba desprovisto de talento.

Esta es la amarga censura que hace el señor Lista de LUIS VELEZ; este todo el elogio de la comedia de *Doña Inés de Castro*; de este drama realmente inspirado, en que, muy superior GUEVARA, venció á sus dos predecesores Jerónimo Bermudez y Mejía de la Cerda; de este drama, cuyos caracteres están tan bien bosquejados, el efecto escénico tan sabiamente conducido, la poesia impregnada de un perfume tan melancólico y tierno, que, si no hubiera quedado mas obra suya, bastaria ella sola para colocarle en un lugar muy distinguido entre nuestros buenos autores. Cita despues de paso alguna otra comedia que supone suya; pero con tan poco acierto como la de *Los celos hasta los cielos, y desdichada Estefanía* (que hay razones para creer que no es suya, y si de Lope de Vega, en cuyo tomo XII está impresa); *La romera de Santiago* (que es notoriamente de Tirso de Molina, y está en la coleccion de sus obras), y *La duquesa de Sajonia* (que es, á mi ver, de su hijo don Juan, refundida con el mismo argumento, accion y personajes, y solo con variedad en la expresion, de la de *La obligacion á las mujeres*); la del *Marqués del Basto*, tambien atribuida con fundamento á su hijo; y se deja en el tintero (porque sin duda no las conocia ó tenia á la vista) las de *Mas pesa el Rey que la sangre* y *El Ollero de Ocaña*, dos interesantísimos dramas, fundados en hechos y personajes históricos de nuestra patria, llenos de entonacion heroica y caballeresca, de bellezas poéticas y de interés dramático, y casi exentos de las extravagancias de que tan plagados están nuestros autores, y Lope mas que ninguno. Apenas cita *Los hijos de la Barbuda*, notable comedia, en que VELEZ desplegó toda la poesia de nuestro idioma patrio, imitándole con gracia y valentia hasta en su antigua rudeza; *El diablo está en Cantillana*, gracioso é interesante drama, fundado en una de las aventuras del rey don Pedro; y sobre todo, calla absolutamente la preciosa comedia de *La Luna de la Sierra* (que tambien tengo la satisfaccion de exhumar hoy, pues es tal su rareza, que apenas queda ya ejemplar alguno) (1). Seguro estoy de que si hubiera alcanzado á ver esta comedia el bondadoso, ilustrado y justo don Alberto Lista, hubiera modificado su juicio acerca de GUEVARA; y hallando en ella evidentemente el modelo, y no como quiera en embrión, sino perfectamente bosquejado, que, á mi ver, sirvió evidentemente á Rojas para su drama inmortal de *García del Castañar*, hubiera convenido en que no era un poeta vulgar ni adocenado, no un escritor comun ni digno de desden, sino antes bien uno de nuestros buenos ingenios dramáticos, original ó inventor, como Lope, Castro, Tárrega y Mira de Mescua, de la mayor parte de los argumentos, que, tratados despues y sin duda mejorados por Alarcon, Rojas, Calderon, Moreto, Cubillo, Matos y Diamante, formaron principalmente la reputacion de estos, despojando á aquellos de la parte de gloria que legitimamente les correspondia.

¿Qué diria, por ejemplo, el señor Lista si hubiera leído *La Niña de Gomez Arias*, comedia de VELEZ DE GUEVARA (de que tampoco debió tener noticia), y cuyo argumento, accion, personajes, y hasta trozos y escenas enteras plagió Calderon? Pues, para que se vea si es ó no exagerado este aserto, y para que puedan compararse uno y otro drama, haré aquí una rápida reseña de su argumento, y trasladaré una escena, la principal de esta comedia generalmente desconocida.

(1) Está en el libro titulado *Flor de las doce mejores comedias*, Madrid, 1683, que comprende las siguientes: *La Luna de la Sierra*, de LUIS VELEZ DE GUEVARA; *No hay amor donde hay agravio*, de don Antonio de Mendoza; *Los empeños del mentir*, del mismo; *Celos no ofenden al sol*, de don Antonio Enriquez Gomez; *No hay bien sin aje-*

*no daño*, de don Antonio Sigler de Huerta; *El pleito que tuvo el diablo con el cura de Madrideojos*, de tres ingenios; *Competidores y amigos*, de Huerta; *El familiar sin demonio*, de Gaspar de Avila; *El Señor de Noches buenas*, de Cubillo; *Castigar por defender*, burlesca, de Herrera; *A gran daño gran remedio*, de Villaizan.

## LA NIÑA DE GOMEZ ARIAS, comedia por Luis VELEZ DE GUEVARA.

Hablan en ella las personas siguientes:

GOMEZ ARIAS.  
DON JUAN.  
BELTRAN.  
DOÑA MARÍA.  
DOÑA FRANCISCA.

QUITERIA.  
DON PEDRO.  
DON LUIS.  
ADAMUZ.  
PERICO.

SANCHO.  
DOÑA GRACIA.  
LAUREANO, *viejo*.  
ABENJAFAR.  
CELIN.

LA NIÑA.  
UN CORREGIDOR.  
EL CONDE DE SADUD.  
LA REINA DOÑA ISABEL.

En el primer acto la escena es en el paseo de Córdoba, y Gomez Arias cuenta á don Juan que el motivo de haberse visto obligado á dejar á Granada fué una pendencia que en ella tuvo. Salen en esto al paseo doña Gracia y doña María, hermanas respectivas de don Juan y de Gomez Arias, y ellos las galantean, y obligan á don Pedro y don Luis, que las siguen, á retirarse. Gomez Arias, enamorado de doña Gracia, da un billete al criado Perico, para que se lo entregue, y doña María otro para don Juan. Esto ocasiona una escena muy cómica en el acto de entregar los billetes el criado, con que concluye el acto. En el segundo hay otra, altamente inverosímil, en que Gomez Arias, citado por doña Gracia á su jardín, hace que su hermano don Juan le guarde las espaldas mientras le burla y se escapa con ella, en tanto que doña María, hermana de Gomez Arias, repite la escena con don Luis, pensando que es don Juan, á quien tenia citado. Descúbrese todo, y don Juan parte en persecucion de don Gomez y de Gracia, y á vengar la afrenta de su casa. Aparecen luego este y doña Gracia en el monte con el criado Perico, y tiene lugar la famosa escena en que Gomez Arias, cansado de la Niña doña Gracia, la vende al moro alcaide de Benamejí, para deshacerse de ella. Esta escena, toda en endechas, es en estos términos:

DOÑA GRACIA.

Señor Gomez Arias,  
De cuerpo gentil,  
Ojos matadores,  
Que saben fugir,  
Palabras de azucar,  
Y principio y fin  
De los pensamientos  
Que viven en mí;  
¿Qué tristeza es esta,  
Que apenas salis  
De gozar mis brazos,  
Cuando os miro ansi?  
Que se han hecho tantas  
Finezas que vi,  
Que fueron hechizos  
Con que me rendí?  
Habladme, miradme,  
Mi bien. ¿Qué decis?  
Porque de sospechas  
Me vendré á morir.  
Señor Gomez Arias,  
Dúete de mí,  
Que soy niña y muchacha,  
Y nunca en tal me vi.

GOMEZ.

Doña Gracia, amor,  
Antes de rendir  
La empresa que intenta,  
Ansioso del fin,  
Para sacar de ella  
Efecto feliz,  
Fingidas palabras  
Toma por ardíd;  
Y luego que llega  
Su gusto á cumplir,  
Con la posesion  
Se acaba el fingir.  
Corrió el desengaño  
El velo sutil,  
Y lo mas costoso  
Se descubre allí.  
Todo cansa luego;  
Que no hay cosa allí,  
En siendo gozada,  
Que no acabe ansi.  
Que el hombre que llega  
Mas, Gracia, á sentir,  
Desmaya en gozando,  
Porque tocó el fin.  
*Si de ser tu esposo*

Palabra te di,  
Cúmplala el deseo,  
Que mintió por mí;  
Que no hay quien primero  
Dude el dar el sí,  
Y muy pocos saben  
Hacer y decir.  
Demás, que yo soy  
Pobre para tí,  
Noble y desdichado,  
Y un soldado, al fin.

DOÑA GRACIA.

¿Estos desengaños  
Te he venido á oír,  
Despues que, engañada,  
El alma te di?  
Si es por hacer prueba  
De lo que hay en mí,  
Sin las que están hechas,  
¿Hay mas que añadir?  
Vertiendo estoy almas,  
Que podrán decir,  
Dueño de mis ojos,  
Que muero por tí;  
Y cuando no quieras  
De veras cumplir  
De esposo la fe  
Que te merecí,  
Yo seré tu esclava;  
Que quiero servir  
Mas á tus criadas  
Que verme sin tí.  
Hierramé esta cara,  
Ponme aquí y allí  
Clavo y S, y luego  
Podrás escribir:  
*Soy de Gomez Arias;*  
Que mejor que allí,  
Amor en el alma  
Lo supo esculpir.  
Para esclava tuya,  
Mi gloria, nací;  
Véndeme...

GOMEZ.

A eso vengo

A Benamejí,

DOÑA GRACIA.

¿Qué dices, mi bien?

GOMEZ.

Que si no es así,

Ni puedo dejarte  
Ni puedo vivir.—  
Haz, Pedro, una seña  
De paz desde ahí,  
Con un lienzo blanco,  
Al moro.

DOÑA GRACIA.

¿Ay de mí!

PERICO.

¿Qué es esto que intentas?  
Dime, ¿estás en tí?

GOMEZ.

Haz lo que te mando,  
Si no quieres ir  
Volando á ese foso.

PERICO.

De ser volatin  
El callar me escape;  
Ves el lienzo ahí.

*(Hace la seña, con un lienzo blanco, al Moro.)*

DOÑA GRACIA.

¿Mi vida! ¿qué culpa  
Grave cometí,  
Que merezca pena  
Que es mas que morir?  
Pues daros el alma  
¿Fué agravio, que así  
La tratais agora,  
Sin mas advertir  
Mi honor ni mi amor?  
¿No mirais que os di  
De entrambos las llaves?  
No hablais? ¿Qué decis?  
Señor Gomez Arias,  
Dúete de mí,  
Que soy niña y muchacha,  
Y nunca en tal me vi.

*(Suena un clarín.)*

PERICO.

Dos bizarros moros,  
Al son de un clarín,  
En dos yeguas salen  
De Benamejí,  
Adargas y lanzas  
Embrazan, y allí  
Se apean ahora.

*(Salen Abenjafar y Celin, moros.)*

GOMEZ.  
Yo quiero salir  
Al paso.

DOÑA GRACIA.  
¡Mal haya  
La mujer ruin  
Que fia en los hombres  
Que saben mentir!

GOMEZ.  
Seais bien venidos.

DOÑA GRACIA.  
¡Cielo!

ABEN.  
Alaquivir  
Os guarde, cristianos;  
Pues ¿a qué venis?  
A qué fia por señas  
Plática pedis?

GOMEZ.  
¿Quién eres, si acaso  
Se puede decir?

ABEN.  
Abenjafar soy,  
Gomel y Zegrí,  
Por Granada alcaide  
En Benameji;  
Que habiendole dado  
Mas sangre al Genil  
Vuestra que agua lleva  
El Guadalquivir,  
Cuyo alfanje corvo  
Y lanza fezi  
Con vuestros maestros  
Mil veces medi,  
Mas que de su sitio  
Quiso presumir  
Que podrá mi gente,  
No diez, sino mil  
Años al cristiano  
Poder resistir.

GOMEZ.  
Del valor que tienes,  
Valiente Zegrí,  
Las muestras que vemos  
No pueden mentir;  
Demás que en la vega  
De Granada oi  
Tu nombre, sirviendo  
A mi rey allí.  
Desdichas me llevan  
Muy lejos de allí;  
Que en Córdoba noble  
Por mi mal nacl.  
Soy pobre, y es fuerza,  
Para no morir,  
Imaginar trazas  
Que tengan buen fin.  
Mira si me quieres  
Comprar...

DOÑA GRACIA.  
¡Ay de mí!

GOMEZ.  
Aquesta cristiana.

ABEN.  
(Ap. Es un sol, Celin.)  
¿Qué pides por ella?  
Tal beldad no vi.

GOMEZ.  
Trescientos cequíes.

ABEN.  
Celin, dale mil.

GOMEZ.  
El valor no puede

Tu pecho encubrir;  
Otros tantos años  
Llegues a vivir.

ABEN.  
No lloreis, cristiana;  
Que tendréis en mi  
Un esclavo dueño,  
Que os sabrá servir.  
(Dale Celin el dinero á Gomez Arias.)

DOÑA GRACIA.  
¡Ab, mi bien! ¡Señor!  
CELIN.

No falta un cequí.  
DOÑA GRACIA.

Pues no sois de piedra,  
Escuchadme, oid;  
Que me llevan presa  
A Benameji.  
Señor Gomez Arias,  
Dúete de mí,  
Que soy niña y muchacha,  
Y nunca en tal me vi.

GOMEZ.  
Esto es hecho, Gracia;  
No hay sino seguir  
Tu dueño.

ABEN. (Ap.)  
No he visto  
Cristiano tan vil.

DOÑA GRACIA.

Ruego á Dios, ingrato,  
Pues tratas ansi  
Fe tan bien nacida,  
Amor tan gentil,  
Que á lanzadas mueras,  
Queriendo huir,  
De un infame moro,  
Bajo y baladi.  
Mi hermano te mate,  
Véndote á partir;  
Pero no podrá;  
Que vives en mí.

ABEN.  
Hermosa cristiana,  
Vamos.

DOÑA GRACIA.  
Ya que fui  
Desdichada en todo,  
Y que hasta morir  
No he de verte mas  
Ni has de verme á mí,  
Y por mi desdicha  
Desde hoy te perdí,  
Un abrazo solo  
Te quiero pedir,  
Y á mi padre luego  
Puedes escribir  
Que quedo cautiva  
En Benameji,  
Porque mi rescate  
Pueda aperebir,  
Si es que vive, y yo  
No me muero aquí.

GOMEZ.  
Dios te guarde, Alcaide,  
Valiente Zegrí.

ABEN.  
Véte con Alá.—  
Cristiana, venid.

DOÑA GRACIA.  
Señor Gomez Arias,  
Dúete de mí,

Que me llevan presa  
A Benameji.  
(Vase Gracia y Abenjafar.)

PERICO.  
Aunque me des muerte  
Colérico aquí  
Mil veces, no puedo  
Dejar de decir  
Lo mal que lo haces,  
Que eres mandrín,  
Judas inhumano  
De este serafín.  
Y cuando la tierra  
Esto guarde en sí  
Como en otro tiempo,  
Lo dirá el rocín.

GOMEZ.  
No pretendas, Pedro,  
Contigo venir.—  
¡Ah, Celin!

CELIN. (Sale.)  
¿Qué quieres?

GOMEZ.  
Cómprame, Celin,  
Este cristianillo.

PERICO.  
Pues ¿véndeme á mí?

GOMEZ.

¿No lo ves?

PERICO.

Yo soy  
Cristiano, y naci  
De padres cristianos,  
Y no he de sufrir  
Que en tierra de moros  
Me vendas así.

CELIN.  
¿Qué quieres por él?  
Que, por ser sutil,  
Comprátele quiero.

PERICO.

¿Sabes tú si á mí  
Me está bien venderme?

GOMEZ.

Dame por él...

CELIN.

Di.

GOMEZ.

Cincuenta cequíes.

CELIN.

Pues veslos aquí.

PERICO.

¿Cincuenta no mas?

¿Soy yo tan ruin?

¿Esta suerte pagas

Lo que te servi?

¿Alcahuetes todos,

Escarmentá en mí,

Mirad en qué parau

Podenco y perdiz!

CELIN.

Vamos, cristianillo.

PERICO.

Moreno, venid;

Que habeis de soñarme

En Benameji.

«Señor Gomez Arias,

Dúete de mí,

Que soy niño y muchacho,

Y nunca en tal me vi.»

Luego que Gomez Arias queda solo, salen unos bandoleros con máscaras, que pretenden robarle, hasta que, seducidos por sus palabras y bizzaría, se ponen á sus órdenes y le hacen su capitán. Aquí aparecen su hermana doña Maria, huyendo de su engañador don Luis, y descubiertos por Gomez y los bandoleros, se la llevan, y obligan á don Luis á que la dé la mano de esposo y se precipite luego de una peña.

En el acto tercero aparece el padre de Gracia, á quien entrega un criado una carta de esta, diciéndole su cuita, y que acuda á rescatarla á Benamejí. En esto hacen alcalde de la nobleza de Córdoba al mismo padre, y viene la reina doña Isabel, que oyendo su desgracia, dispone ir en persona á atacar á Benamejí y salvar á Gracia. Vuelven luego á aparecer los salteadores con doña María, y luego su amante don Juan, el hermano de Gracia, que cae también en sus manos; por último, los cuadrilleros y el Alcalde, padre de Gracia, que los vencen y hieren á Gomez, asaltan á Benamejí y libran á Gracia, condenando á muerte á Gomez y doña María, hasta que, á ruegos de Gracia y Arias, de don Juan y doña María, la Reina les concede el perdón y su mano respectiva.

Como se desprende de esta rápida reseña, el gran Calderon no tuvo escrúpulo en tomar á VELEZ, para la composicion de su drama, no solo el argumento íntegro, y por cierto descabellado, los principales y odiosos personajes, el corte y marcha estrambótica de la accion, sino que les hizo decir lo mismo en idénticas situaciones, y hasta producirse en los propios versos.

Señor Gomez Arias,  
Duélete de mí,  
No me dejes presa  
En Benamejí.

¡Extraño modo de despojar á un autor viviente, que sin duda debia estar tolerado por la costumbre, cuando no se desdeñó de seguirla hasta el mismo Calderon!

También VELEZ DE GUEVARA pretendió, ó pudo pretender, imitar, aunque menos servilmente, el estilo peculiar de Tirso (porque este, aunque contemporáneo suyo, no imitó jamás á nadie) en *La montañesa de Astúrias*, *La serrana de la Vera*, y *El amor en vizcaíno* y *Los celos en francés*, comedias que en el fondo de su accion, situaciones, caracteres y lenguaje de los personajes siguen el desenfado, atrevimiento y maligno estilo del célebre Mercenario. En otras, como *El caballero del Sol*, *La hermosa Raquel*, *El espejo del mundo*, etc., imitó evidentemente la ternura y poética entonacion de Lope, como puede verse en este trozo, tomado al acaso de la primera:

Dando luz Jacinta al día,  
Preso con su mano hermosa  
En una cesta curiosa  
Un pajarito traía.  
Reja de cristal hacia  
Con la mano á la prision;  
Yo llegué en esta ocasion  
Y dije: *Hermosa Jacinta,*  
*Tan venturoso me pinta*  
*Mi loca imaginacion.*

No sé si escuchallo pudo,  
Porque el amor mas perfeto,  
Cuando es hijo del respeto,  
Es menos ciego que mudo;  
Mas como en mí fe no dudo,  
Loco á Jacinta seguí,  
Y escrito en sus ojos vi  
Con letras de estrellas puras:  
*Las aves no están seguras,*  
*Celío, en el viento, de mí.*

Apartó en esto la mano,  
Y el pájaro, sin razon,  
Quiso dejar la prision;  
Pero fué su intento vano.  
*Irracional y villano,*  
Dije, *con bien tan subido*  
*Entenderte no has sabido;*  
*Trocar conmigo procura:*  
*O dame tú tu ventura,*  
*O toma tú mi sentido.*

Seria larga, aunque muy grata tarea la de entresacar y reproducir aquí trozos igualmente bellos algunos, es verdad, demasiado liricos y extraños al lenguaje dramático y apasionado; cuáles graves, severos y sentenciosos; cuáles tiernos; cuáles, en fin, altamente cómicos y agudos. Baste para ello recomendar al lector en el primer sentido toda ó casi toda la comedia de *La Luna de la Sierra* y la de *Reinar despues de morir*; en el segundo la de *Los amotinados de Flándes*; y por último, como muestra del gracejo y chiste natural de VELEZ, el precioso cuento que pone en boca del gracioso en el primer acto del *Ollero de Ocaña*.

Habia un cierto lugar,  
Tan incierto, que aun apenas  
Sus vecinos le sabian;  
Su planta era en las riberas  
De un rio, corto de talle,  
Porque á su lugar parecia;  
Sus vecinos, por ser trece,  
Los contaba por docena,  
Y una maestra de niñas,  
Que eran trece y la maestra.  
Dicen que fué antiguamente  
Colonia romana ó griega,  
Y agora, por sus pecados,  
Es española agujeta.  
Pero con el buen olor

De aquella rancia nobleza,  
Eligen sus magistrados,  
Con poder sobre las peñas.  
Llegó de año nuevo el día,  
Donde los cargos se truecan,  
Porque todo era postizo;  
Y el zapatero, ojo alerta,  
En sabiendo la eleccion,  
Cogió las hormas, con priesa  
Notable, en una barquilla,  
Que servia de muleta  
Al pueblo, y se fué agua abajo,  
Y á poco mas de una legua  
Dió fondo en otro lugar,  
Casi de las propias señas,

Si bien no tan opulento,  
Por ser poblacion mas nueva;  
Y así, tenia en la torre,  
Por campanas, dos cigüeñas.  
Admirándose la plebe  
(Que era entonces día de feria)  
De ver al Crispin sacar  
La pedestal herramienta,  
Le preguntaron á coros,  
Y no con poca sospecha,  
La causa de su mudanza;  
Mas él, con la voz serena,  
Les dijo: «Señores míos,  
Oigan, que la causa es esta.  
Ya sabrán vuesas mercedes

De *ab initio* y *ante saecula*,  
 Que en mi lugar ó mi haca  
 (Que no vengo para fiestas;  
 Y diré mal de mi padre,  
 En desarmando la tienda),  
 Ya saben que sus vecinos,  
 Por enfermedad secreta,  
 No llegan al catorceno.  
 Pues hoy, por costumbre vieja,  
 Habo eleccion de justicia  
 (Plega á Dios que en él se envuelva).  
 Pues, como se está el lugar  
 Siempre en sus trece, y es mengua  
 En república tan noble  
 No hacer lá eleccion entera,  
 Repartieron, como digo,  
 Los oficios por cabezas.

Dos alcaldes ordinarios  
 (Ya saben sus preeminencias),  
 Uno de los hijosdalgo  
 Y otro de la villanesca;  
 ¿Hacia dónde está esta gente?  
 Pero yo pienso que cuentan  
 Por villanas á las cabras,  
 Hidalgas á las ovejas.  
 Luego un alguacil mayor,  
 Con que tenemos tres piezas;  
 Juez de testamentos, cuatro;  
 Luego un recetor de penas  
 De cámara, que son cinco,  
 Aunque de pujo revientan.  
 Cuatro regidores, nuevè,  
 Que rigen cuatro carretas;  
 El escribano y alcaide

De la cárcel, que está en jerga,  
 Y su poco de verdugo,  
 Cumplen doce, y ellos eran,  
 Conmigo, trece. Pues digo  
 A los que saben de cuenta,  
 Si los doce son justicia,  
 Y yo me he quedado fuera,  
 ¿En quién la han de ejecutar,  
 Si no es en mí? La madera  
 De mis hormas me acompañe,  
 Que no he de vivir en tierra  
 De tantos justos pastores,  
 Que ahorcarán una estrella.  
 Y es mejor ser con desdicha  
 Jonás de aquella ballena,  
 Arca de aqueste diluvio  
 Y Lot de aquella humareda.»

En lo que sí convendré, porque es absolutamente una verdad, es en que VELEZ DE GUEVARA, que sabia inventar un argumento, desplegarle y conducirle diestramente en la escena, era por manera irresoluto, débil y poco acertado en los desenlaces, quitando al fin de la accion todo el interés producido por ella, ó debilitándola con acomodados y cortes improvisados, que destruyen el efecto de los primeros actos. Así vemos que en *La Luna de la Sierra*, en vez de matar el marido al maestre de Calatrava, cuando conoce que no es el Príncipe el que pretende seducir á su mujer, como García del Castañar á don Mendo cuando sabe que no es el Rey, se contenta con hacer alejar al Maestre y prometer la Reina su castigo; en *Gomez Arias*, en vez de hacer morir á este desalmado, como Calderon, le reconcilia y hace casar con su victima; en *El Diablo está en Cantillana* se contradice el carácter y la obstinacion del rey don Pedro; en *La montañesa de Astúrias*, y otras, encaminadas todas á una necesaria catástrofe, todo queda al fin acomodado de cualquier modo, y enervado el interés escénico y hasta la moralidad de la fábula. No procedian así Calderon, Rojas y Ruiz de Alarcon, que sabian terminar fatalmente sus grandes creaciones, y por eso son inmortales *El médico de su honra*, *García del Castañar*, *El tejedor de Segovia* y otras de su repertorio.

La gloria literaria de VELEZ DE GUEVARA no estuvo ni está cifrada solamente en sus comedias, sino que ha llegado hasta nosotros, unida tambien á otra de sus discretas obras, en que supo demostrar su espíritu de observacion, la gracia y decoro de su critica, y manejar la prosa con igual perfeccion y donosura que la poética lira. Hablamos de la discreta novela titulada *El Diablo Cojuelo*, *verdades soñadas de la otra vida*, que traducida libremente despues (aunque ciertamente no oscurecida) por Lesage en su *Diable Boiteaux*, ha quedado hace dos siglos como tipo de esta clase de descripcion crítico-filosófica de las costumbres sociales, y dado lugar á inmensas imitaciones mas ó menos cómicas y célebres. Esta lucida obrita fué publicada por VELEZ DE GUEVARA en un tomo en 8.º (impreso en Madrid; en 1641, en la imprenta del Reino), y despues ha tenido varias reimpressiones, siendo la última que conocemos la que con diligente esmero mandó hacer el señor don Joaquin María Ferrer en Paris, en 1828, ilustrándola con un discreto prólogo, en que reunió cuidadosamente mucha parte de las noticias y tradiciones relativas á la vida y carácter de VELEZ DE GUEVARA, que quedan expuestas al principio de estos apuntes.

## EL DOCTOR FELIPE GODINEZ.

Por aquella época escribió tambien para el teatro el DOCTOR FELIPE GODINEZ, á quien ya anuncia Cervántes en su *Viaje al Parnaso* :

Este que tiene, como mes de mayo,  
 Florido ingenio, y que comienza ahora  
 A hacer de sus comedias nuevo ensayo,  
 GODINEZ es. . . . .

Y Montalvan, refiriéndose á él en su *Para-todos*, dice «que tiene grandísima facilidad, conoci-  
 DD. C. DE L. - 11.

miento y sutileza para este género de poesía, particularmente en las comedias divinas, porque entonces tiene mas lugar de valerse de su ciencia, erudicion y doctrina».

Efectivamente, la mayor parte de las que se conservan de este autor pertenecen al género religioso. Los argumentos están tomados de la Sagrada Escritura, como *Las lágrimas de David*, *El divino Isaac*, *Aman y Mardoqueo*, ó *la horca para su dueño*, y *Los trabajos de Job*; ó son de las vidas de los santos, como *San Mateo en Etiopía*, *Ludovico el piadoso* y *La milagrosa eleccion*; ó son autos, como *La Virgen de Guadalupe*, *El provecho para el hombre*, etc. En todos estos dramas está bastante bien desenvuelto el argumento, con arreglo á su índole respectiva, señaladamente en el de *Aman y Mardoqueo* ó *La reina Ester*, que es la obra dramática mas conocida de GODINEZ. En ella hay trozos de bella poesía, pensamientos elevados y cierta entonacion bíblica muy marcada. Como muestra de la elevacion de los pensamientos y de la versificacion de este drama, véase el siguiente trozo:

Delante del rey Asuero  
Preguntó Aman á Solon  
Si podía haber ( pues él era,  
Despues del Rey, el mayor )  
Otro mas dichoso que él.  
« Mas dichoso, respondió  
El filósofo, fué Teba,  
Que fué gran despreciador

De los bienes de la tierra.—  
Despues de este, replicó  
El mismo Aman, ¿quién ha sido  
El mas dichoso? — Otros dos  
( Dijo Solon ), que dejaron,  
No solo la posesion,  
Sino el afecto á esos bienes. »  
Y Aman dijo: « ¿ Y no soy yo

Dichoso tambien? » Entonces  
Solon, alzando la voz,  
Dijo: « Poderoso eres  
Y rico, dichoso no;  
Que hasta el término en que pára  
Esta carrera veloz  
Del vivir, nadie hay dichoso,  
Y tú, Aman, aun vives hoy. »

En la que lleva el extraño título *O el fraile ha de ser ladron ó el ladron ha de ser fraile*, y no es otra cosa que un episodio de la vida de san Francisco de Asís, pone en boca de este santo la siguiente parábola:

Cierto labrador cogia  
Mucho trigo; y otro, á quien  
Le acudia menos bien,  
Con la envidia que tenia,  
Le puso pleito, en que dijo  
Que no daban la mitad,  
Aunque eran de igual bondad,  
Las tierras de su cortijo;  
Y que lindando las unas  
Con las otras, sin encanto  
Era imposible que tanto

Distasen ambas fortunas;  
Y así, que aquel labrador  
Con sus hoces esquilmba  
Todo el campo, y malograba  
A las demás su labor.  
Fué á su casa sin tardanza  
El acusado hechicero,  
Y trajo todo su apero  
Y gente de su labranza.  
Y en fin, por dejar conclusa  
La demanda de una vez,

« Vea, vea (dijo al juez)  
Este apero quien me acusa.  
Valientes bueyes de arada  
Traigo, buen ganado, rejas  
Que rompen bien, y sin quejas  
Familia, bien sustentada,  
Que trabaja bien conmigo  
Porque á su tiempo les pago;  
Son hechizos que yo hago  
Para coger mucho trigo. »

En el auto de *La Virgen de Guadalupe* se halla el epigrama siguiente:

¿ Ves dos mujeres que lavan,  
Cuando una sábana tuercen,  
Qué torciendo á un tiempo entrambas,  
Cada una de su parte,

La suelen dejar sin agua?  
Pues así son los letrados,  
Qué al cabo de la jornada,  
Ayudando uno á una parte

Y otro á la parte contraria,  
Como á sábanas los dejan,  
Torcidas y sin sustancia.

Por último, la titulada *Aun de noche alumbrá el sol* es una de las pocas de GODINEZ que no se ocupan en asuntos religiosos, y que, por la facilidad y propiedad de la intriga, la economía de la accion, desprovista de todo accesorio ajeno ni extravagante, la belleza de los caracteres y correccion del estilo, me parece sin disputa la mejor de este poeta, y una de las buenas de nuestro teatro, y como tal, la he escogido para esta coleccion. En ella pone en boca del gracioso este cuento, lleno de donaire y agudeza:

Era un cura, gran tahir,  
Pero tan poco devoto,  
Que por jugar no rezaba.  
El Obispo, escrupuloso,  
Supo el caso; llamó al cura,  
Y dijole con enojo:

« ¿ Qué es esto? ¿ Cómo no reza? »  
Y el cura sin alboroto  
Respondió: « Señor ilustre,  
Yo he probado con anteojos,  
Y no veo. » Aquí el Obispo  
Replicó luego: « Pues ¿ cómo

Ve á jugar, y no á rezar? »  
Y él respondió presuroso:  
« Hágame á mí cada letra  
Usia como el as de oros,  
Y leeré el libro del rezo  
Como el de cuarenta y ocho. »

## DON DIEGO JIMENEZ ENCISO.

Poco, poquisimo sabemos de este discreto poeta, sino que fué andaluz, caballero del hábito de Santiago y veinticuatro de la ciudad de Sevilla, y que es uno de los autores citados con más cariño por Cervántes, Lope y Montalvan. Este, hablando de sus comedias, dice: « No ha menester más elogios en esta parte que su nombre, y decir que escribió *Los Médicis de Florencia*, que ha sido pauta y ejemplar para todas las comedias grandes (1). Efectivamente, aunque posterior á esta, produjo casi una docena más, su título principal para el aplauso público y el aprecio de la posteridad debió consistir en ella, y no ciertamente porque merezca la calificación absoluta de Montalvan, sino por lo interesante del argumento, el tono elevado que en toda ella reina, la cordura y sensatez con que está conducida la intriga, la rotundez y sonoridad de los versos, gran parte endecasílabos, y cierta pretension, en fin, á la regularidad y entonación de la tragedia clásica, que dan á conocer los buenos estudios de JIMENEZ ENCISO, muy extraños en aquellos tiempos. Pudiera citarse también de él otra comedia, notable bajo más de un aspecto, la de *El príncipe don Carlos*, en la cual están retratados este y su padre Felipe II con colores bastante diversos de los que solían prestarle los poetas cortesanos del tiempo de su nieto.

## DON RODRIGO DE HERRERA.

Lope de Vega, en su *Laurel de Apolo*, dice, hablando de los poetas del Manzanares, los siguientes versos:

La roja insignia del patron de España  
Adorna dos Herreras  
(Florida emulacion de tus riberas),  
Dignos entrambos de tan alta hazaña;  
Si á DON RODRIGO tienes,

A ser más propiamente Mántua vienes;  
Pues tendrás á Virgilio tan perfecto,  
Que te podrás llamar Mincio ó Sebeto;  
Y si tienes también á don Antonio,  
Serás el Tibre, y él tu dulce Ausonio.

Y más adelante añade:

DON RODRIGO DE HERRERA, lusitano  
(Fátal es este nombre á los poetas,  
Como lo muestra Herrera, sevillano,  
Y los dos que con rimas tan perfectas  
De tus riberas son corona y gloria),

Merece consagrar á su memoria  
Este laurel que intentas,  
Pues tiene tan atentas  
Las musas castellanas...

Cervántes también hace mención, en el *Viaje al Parnaso*, de todos estos poetas Herreras, y además de otros dos, don Pedro y don Juan Antonio, y Montalvan confirma la existencia de los dos Rodrigos, madrileño el uno, portugués el otro, además de la del don Antonio; caballero del hábito de Santiago (de quien dice tener acabadas tres ó cuatro comedias, que no han llegado á nosotros), y de otro *don Jacinto de Herrera y Sotomayor*, también madrileño y autor celebrado, de quien hablaré más adelante.

La cuestión del momento se limita á saber cuáles de las comedias impresas con el nombre de *don Rodrigo de Herrera* pertenecen al portugués, que, según Montalvan, « escribió muchas, que así en lo sazonado como en la parte de la invención se han hecho lugar por sí en la estimación de todos, » ó al madrileño, á quien apellida « poeta de grande espíritu, galante y conceptuoso, que escribe con mucha cordura y acierto, y tiene acabada una comedia de valientes versos ».

De este dice el laborioso y discreto Alvarez Baena, en sus *Biografías matritenses*, que se llamó DON RODRIGO DE HERRERA Y RIVERA, y que fué hijo del primer marqués de Auñón, habido en doña Inés Ponce y Villarreal, señora muy calificada, por lo que su padre, no pudiéndole dejar el mayorazgo principal de su casa, le fundó otro nuevo, y le hizo contraer matrimonio con su prima hermana, doña María, sucesora de la casa. Fué caballero del hábito de Santiago, poeta muy celebrado, de

(1) Sin duda á ella debió el que mucho tiempo después le designase Candamo como el inventor de las comedias de *capa y espada*.

suerte en general debió ser muy desdichada, segun se infiere de algunos pasajes de sus escritos y de estos delicados versos que le consagra Lope de Vega :

Las gracias en la cuna  
De su dichosa infancia  
Tan risueñas vinieron,  
Que á DON ALONSO DEL CASTILLO dieron  
Mas gracia que fortuna,  
Y que premio, elegancia;  
Que tiene repugnancia  
Tal vez con la virtud; pero, si miras  
Sus libros, sus papeles (superiores

A cuantos hoy de aquel estilo admiras),  
Llenos de tantas elegantes flores  
Como la copia de su fértil genio  
Con prodigioso ingenio  
Por el mundo derrama,  
No le envidies mas premio que su fama,  
Ni laureles mayores  
Que de su pluma la dorada copia,  
Pues la virtud es premio de sí propia.

### LUIS BELMONTE BERMUDEZ.

Con LUIS BERMUDEZ BELMONTE, poeta famoso en el primer tercio del siglo XVII, sucede lo que con don Guillem de Castro, que nadie hablaría hoy de ellos, ni serían apenas conocidos, á no ser por una de sus producciones dramáticas, que salvando el transcurso de los tiempos y las alteraciones del gusto, han llegado hasta nuestros días, envueltas en una gran popularidad y como muestras únicas del talento de sus autores.

En el artículo que consagré en el tomo anterior á Guillem de Castro, llamaba la atención de los eruditos hácia el desconocido repertorio del autor de las *Mocedades del Cid*; hoy me cumple consignar igual deber respecto del no menos raro y descuidado de BERMUDEZ BELMONTE, á cuya festiva y discreta pluma se atribuye con fundamento el drama, tan popular aun hoy en nuestra escena, que lleva por título *El mayor contrario amigo y Diablo predicador*.

La ingratitud y el desden que parecen haber pesado especialmente sobre la memoria de este autor, no solo ha hecho rarísimos los ejemplares de la mayor parte de sus piezas dramáticas, hasta el punto de que solo hoy conocemos una media docena de ellas, sino que aun la ya citada, tan repetida y llena de aplausos, le ha sido disputada, y atribuida unas veces á un N. Bermudez (que era el segundo apellido de BELMONTE), otras á don Francisco de Villegas (1) ó á un padre Damian Cornejo (que no sabemos quién era ni si existió), otras á don Francisco Malaspina (que escribió otra con el mismo título), y las mas, en las numerosas reimpresiones que de ella se han hecho, ha salido anónima bajo el epigrafe de *un ingenio de esta corte*. Sin embargo de todo, la opinion general, fundada en razones dignas de crédito, la coloca hoy indisputablemente entre las comedias de BELMONTE, del discreto escritor de quien decia Montalvan « que había continuado muchos años el escribirlas y acertarlas (que en él todo es uno), siendo en las veras heróico y en las bur-las sazoadisimo ».

Sin duda lo atrevido del argumento de la comedia de *El Diablo predicador*, y el desenfado y libertad de alguno de los caractéres en ella trazados, dieron causa á BELMONTE para encubrirse en el anónimo, previendo tal vez la prohibicion ó censura que dos siglos despues habia de sufrir; pero es lo cierto que durante el siglo XVII y el XVIII nadie descubrió en ella intenciones solapadas

(1) En la biblioteca del excelentísimo señor duque de Osuna y del Infantado existen tres MS. de esta comedia, copias sin duda destinadas á un teatro, pues en ellas se lee: « Es de Alejandro Bautista, galan de la compañía, estando en la ciudad de Zaragoza, en 26 del año 1653. » Se la da solo el título de *El mayor contrario amigo*, y se dice ser de don Francisco Villegas. Tiene una de estas copias la censura de fray Lúcas de Torres, en Toledo, á 28 de setiembre de 1653, en que dice: « He leído esta comedia, y me parece que no contiene cosa alguna contra nuestra santa fe y buenas costumbres. Así lo siento, salvo meliori. »

La otra comedia de don Francisco Malaspina, que lleva

ambos títulos, anda impresa con ellos; parece posterior, y una imitacion de la de BELMONTE en el argumento, aunque son distintos los personajes, y carece de la gracia é importancia de la primera. Las personas son las siguientes: César, galan; Carlos, idem; fray Alberto; Marforio, donado; Roberto, criado; Rosaura, dama; Flora, criada; Lucifer, Astarot, un ángel, un labrador, músicos, dos bandoleros y cuatro pobres; y empieza Luzbel diciendo:

¡ Ah de ese centro oscuro  
Horrores escondidos! etc.;

imitando también á la introduccion de BELMONTE.

ni objeto pecaminoso, antes bien era mirada bajo el aspecto de una comedia religiosa, una especie de auto sacramental, en que se encerraba nada menos que el apoteosis de la orden de San Francisco y de la caridad cristiana; todo el público aplaudía el original pensamiento del demonio, convertido por la voluntad divina en fraile predicador y catequista; todo el mundo simpatizaba con la donosa y grotesca figura del *lego fray Antolin*, sin sospechar que pudiera envolver la mas mínima intencion de ridiculizar con sus acciones y su estilo cómico la misma veneranda institucion que el autor se proponia enaltecer. Pero vinieron tiempos en que la suspicacia intolerante de ciertas clases, entonces prepotentes, se apercibió de la malicia que debia envolver sin duda aquella epigramática figura, y la comedia fué prohibida y el pobre Antolin señalado con el anatema que nunca habia soñado merecer. Su popularidad, sin embargo, fué en aumento á pesar de esta prohibicion, y tal vez á causa de ella; y cuando la actual generacion le ha vuelto á ver aparecer en la escena con su rústico desaliño, con sus chistosas salidas, sus instintos carnales y su franca locuacidad, le ha recibido con toda la simpatia que aun en los sujetos menos dignos suele excitar una persecucion infundada.

No entraré en el análisis de esta señalada produccion, ni tampoco ofreceré muestras de su estilo, porque, siendo tan generalmente conocida, seria trabajo excusado, y si solo diré que su original pensamiento y su atrevido desempeño dan derecho á BELMONTE para ocupar un puesto entre los notables escritores de nuestro teatro, y me han impulsado mas de una vez á buscar en las demás obras de su pluma nuevas pruebas de su original invencion, su ingenio y su festivo estilo.

Por desgracia mis investigaciones han sido infructuosas para obtener el conjunto de su rarísimo repertorio, y solo por las comedias tituladas *El príncipe villano*, *La renegada de Valladolid*, *Afanador el de Utrera* y *El príncipe perseguido*, únicas que he alcanzado á ver, podré juzgar hasta qué punto fué merecida la fama de BELMONTE en sus dias, y hasta dónde parece justo el olvido en que despues vino á caer. Igualmente se deduce de este exámen comparativo cuál es el verdadero género á que su musa era inclinada, y en él habré de juzgarle, desentendiéndome de las cualidades negativas que le supongo para los otros.

La comedia, por ejemplo, que lleva por titulo *El príncipe villano*, y que por su argumento y estilo pertenece al género heróico, demuestra claramente que no era por aquel camino por donde la pluma de BELMONTE era llamada á marchar con desembarazo. Su oscura y complicada accion, sus amanerados caracteres, su estilo hinchado é hiperbólico, distan seguramente mucho de tener el valor que los mismos viciados modelos que sin duda se propuso imitar, y no merece ciertamente los honores del análisis y de la crítica; y si he de juzgar por ella, supongo que lo mismo sucederá con los dramas de iguales pretensiones de *El gran Jorge de Castrioto*, *Los trabajos de Ulises*, *Las siete estrellas de Francia*, *El triunvirato de Roma*, etc. Pero en el de *La renegada de Valladolid* (comedia que envuelve un pensamiento religioso en un argumento mundano) se reconoce mucho ingenio, originalidad y filosofia, hay maestría en la pintura de los caracteres y grande analogía entre ellos y su estilo con los del *Diablo predicador*. Por último, en la del *Príncipe perseguido* (cuya segunda jornada pertenece, á mi ver, al autor de aquella célebre comedia) se revela tan á las claras el genio cómico y epigramático de BELMONTE, lo *sazonado de sus burlas* (segun la expresion de Montalvan), que hay motivos para creer que en el resto de las comedias que hoy no conocemos campearía de preferencia la gracia y el donaire que engalanan las ya citadas, y de que tampoco está exenta la de *Afanador el de Utrera*, aunque mucho mas débilmente.

Aun en la primera ya citada de *El príncipe villano*, entre el oscuro laberinto de sus escenas y el alambicado estilo de sus pensamientos, despunta el *sazonado chiste* de su autor en boca del gracioso *Perejil*, como cuando prorumpo en el breve y discreto cuento ó epigrama siguiente:

Robáronle á Anton Llorente  
Su pollino; él con desvelo  
Hizo plegarias al cielo,  
Mas humilde que impaciente;  
Pero viendo que el que aguarda  
Alcanza su gusto tibio,  
Vino á tomar por alivio  
Consolarse con la albarda.

Aun es mas donairoso y decidor el criado *Naranjo*, en *La renegada de Valladolid*, de quien se puede decir, como de fray Antolin, que ocupa toda la escena y cautiva constantemente la atencion y la risa del espectador, desde que sale la primera vez, diciendo :

Yo, mi señor capitán  
(Si el traje no lo embaraza),  
Quisiera sentar la plaza,  
Aunque fuera en la del pan; etc.

Pero de sus muchos chistes y continuado gracejo, solo quiero reproducir un cuento, que es sin duda de los mejores puestos en boca de nuestros graciosos; dice así:

Pleiteaban ciertos curas  
De San Miguel y Santa Ana,  
Probando el uno y el otro  
La antigüedad de su casa.  
Y el de San Miguel, un día  
Que acaso se paseaba  
Por el corral de la iglesia,  
Descubrió, mohosa y parda,  
Una losa y ciertas letras,  
Que gastó tiempo en limpiarlas.  
Dicen: *Por aquí se lim;*

Partió como un rayo á casa  
Del Obispo, y dijo á voces:  
«Mi justicia está muy llana,  
Ilustrísimo señor;  
Esta piedra era la entrada  
De alguna cueva por donde  
El moro Selim bajaba  
Para guardar los despojos  
En la pérdida de España.»  
Quedó confuso el Obispo;  
Pero el cura de Santa Ana,

Que estaba presente, dijo:  
«Vamos á ver dónde estaba  
Esa piedra tan morisca,  
Que tan castellano habla.»  
Fuéronse los dos, y entrando  
Á la misma parte, hallan  
Rompida otra media losa,  
Y que juntándolas ambas,  
Dicen: *Por aquí se lim-plan  
Las letrinas de esta casa.*

Donde se vuelve á hallar, en fin, el ingenio travieso, el donoso estilo del creador del lego Antolin, es en la amena pintura de la vida frailesca que campea en la jornada segunda de *El príncipe perseguido*, comedia en que BELMONTE trabajó con Martinez y Moreto, y que corre impresa con el anónimo de *tres ingenios*. Hé aquí esta graciosa escena entre el príncipe de Moscovia, Demetrio, y el criado Pepino, ocultos y disfrazados de religiosos :

PEPINO.  
Padre, este cuarto al momento  
Manda barrer el Guardian;  
Que diz que esperando están  
A un príncipe en el convento.

DEMETRIO.  
Déme la escoba, fray Pablo.

PEPINO.  
Tome la escoba, fray Pedro.

DEMETRIO.  
Esto á mi grandeza medro.

PEPINO.  
¿No se rie de esto el diablo?

DEMETRIO.  
¿De qué quieres que se ria?  
¿De ver que es á mi persona  
Tan fácil esta ccrona,  
Y me desvela la mia?

PEPINO.  
Dices bien; que es purgatorio  
Toda dicha comparada  
Á la de un fraile, cifrada  
Desde el coro al refitorio.  
Tras gastar aquí á pasajes  
La mañana en parabienes  
De antifonas y de amenas,  
Que hacen mas hambre que pajes;  
Sin cuidar de otras marañas,  
Cada cual su paso inclina  
Al olor de una cocina,  
Que penetra las entrañas.

Entra al refitorio, y mira  
Mesa puesta sin afán,  
Servilleta, fruta, pan,  
Un tazón que ámbar respira;  
Mandando el refitolero  
Diez legos arremangados,  
Cuatro gatos diputados,  
Con mas lomos que un carnero;  
Va andando la tabla llena,  
Y pone cada varón  
Las manos en su ración  
Y los ojos en la ajena.  
Luego empiezan los cuchillos  
En los platos la armonía,  
Y la fuerte ferrería  
De mascar á dos carrillos.  
Solo se oyen, placenteros,  
Chiqui chaques de quijadas;  
Que hay runfla de dentelladas  
Que parecen caldereros;  
Y entre el sonoro ejercicio  
Que al bajar y subir crecen  
Tantas manos, que parecen  
Los cazos del artificio,  
Prorumpen un fraile: «A obediencia  
Nos obliga este instituto;»  
Y al son de aquel estatuto  
Hacen todos penitencia.  
Luego andan dos frailecillos,  
Llevando con manos diestras  
Candeales en unas cestas,

Molletes en los carrillos;  
Dos legos á jarrear,  
Vertiendo sangre, de hinchadas  
Las caras, como tajadas  
De carnero á medio asar;  
Comen, y de dos en dos,  
Á quien se lo da alabando,  
Salen tosiendo y rezando  
En honra y gloria de Dios.

DEMETRIO.  
;Cómo luego tu ignorancia  
Fué á la materialidad,  
Pues entre tanta abundancia,  
Puso la felicidad  
En la menor importancia!  
¿Hay vida de tanta suerte  
Como esta, en que á la partida  
Vuelve el rostro el varón fuerte,  
Y se encuentra con la muerte,  
Sin que le asuste la vida?  
¿Sirven de mas á un señor  
Los reinos y los estados,  
Que al buscarlos, de sudor,  
Al tenerlos, de cuidados,  
Y al perderlos, de dolor?  
Nadie se compare, pues,  
Á quien vive en este estado;  
Pues aunque pobres los ves,  
Están mirando á sus piés  
Todo lo que han despreciado.

Véase con qué delicado ingenio y piadosa intencion opone el autor esta bella réplica del Príncipe á la satirica pintura del gracioso, como para borrar la impresion que sin duda podria haber

causado en el ánimo del espectador; que es el mismo sistema que sigue BELMONTE en *El Diablo Predicador*, donde, á vueltas de los festivos y atrevidos arranques del lego, coloca siempre, como para servirle de correctivo, las ideas más elevadas de religion y de sana moral; las únicas, sin duda, que animaban á este y los demás autores que, con mas ó menos desenfado, trataron estos asuntos en nuestro antiguo teatro.

## DON JERONIMO DE VILLAIZAN.

EL LICENCIADO DON JERÓNIMO DE VILLAIZAN Y GARCÉS, abogado de los reales consejos, nacido en Madrid en 1604, hijo de don Diego Villaizan, boticario, compartió, como poeta y discreto autor dramático, los aplausos y la fama que disfrutaba en los tribunales como elocuente abogado; fama y aplausos sin duda exagerados, y que no debian ser muy del agrado de algunos de los escritores contemporáneos, á juzgar por una composicion satirica que se lee en las obras de don Antonio Hurtado de Mendoza, quien, amostazado sin duda al ver que todas las comedias de mérito que se representaban se decia que eran de aquel, prorumpie en estos irónicos versos, y otros no menos malos, que suprimo por la brevedad:

¿Quién mató al Comendador?  
Fuente Ovejuna, es error;  
¿Qué comedias de primor  
Se las quitan á su autor,  
Y á su nombre se las dan?

VILLAIZAN.

¿Quién hizo y quién hace cargas  
Á los poetas amargas,  
Y quién, sin darnos descargas,  
Comedias que en dudas largas  
Ni las conoce Galvan?

VILLAIZAN.

¿Quién ganó á Jerusalem?  
Quién fué pastor á Belen?  
Quién será Matusalen?  
Quién ha sido el otro, y quién  
Es el pecado de Adan?

VILLAIZAN.

¿Quién es Pedro de Urdemalas?  
Quién Birimbao con sus galas?  
Quién las comadres Ayalas,  
Y quién don José de Salas,  
Pellícer y Montalvan?

VILLAIZAN.

¿Quién es aquel encubierto,  
Templando al primer concierto,  
Que hereda la que no ha muerto,  
Y quién, pues todo es incierto,  
Metió la peste en Milan?

VILLAIZAN.

¿Quién es el que satisfecho  
Mete la mano en su pecho,  
Y con torcido derecho  
Hace lo que nadie ha hecho  
Y lo que todos harán?

VILLAIZAN.

¿Quién gana siempre la rifa?  
Quién inventó la engañifa?  
Quién es gorda y es jarifa?  
Quién ejecutó en Tarifa  
La hazaña del gran Guzman?

VILLAIZAN.

¿Quién juega la carambola?  
Quién venció la Cirinola?  
Quién fué del francés mamola?  
Quién es la gloria española  
Que adquirió el Gran Capitan?

VILLAIZAN.

¿Quién, destrozando banderas  
En navíos y galeras,  
Dominó naciones fieras,  
Y quién ganó las Terceras  
Sin don Alvaro Bazan?

VILLAIZAN.

¿Quién, haciendo hazañas sumas,  
Que aun no caben en las plumas,  
Mundo rompiendo y espumas,  
Fué de treinta Motezumás  
El mismo Cortés-Fernan?

VILLAIZAN.

¿Quién es poeta de ayuda?  
Quién mas sábio que la ruda?  
Quién arroje lo que suela?  
Quién la prodigiosa duda  
En que los hombres están?

VILLAIZAN (1).

¿Quién pensó la gran tragedia?  
Quién escribió en hora y media  
Esa perpétua comedia?  
Quién nuestra paciencia asedia?  
Quién hizo el perpetuan?

VILLAIZAN.

Lope de Vega y Montalvan, por el contrario, se esmeran en dedicarle aquellos enfáticos elogios de costumbre, que nada en verdad prueban, por lo mucho que los prodigaban. Además, en una memoria dirigida á Carlos II, en defensa de la comedia, se da á entender que VILLAIZAN era el autor favorito de Felipe IV, el cual asistia incógnito á la representacion de sus comedias en el teatro de la Cruz, entrando en él por la habitacion de este (podria ser en la plazuela del Angel), que guiaba derecho al aposento de su majestad. La posteridad ciertamente no ha justificado esta preferencia, colocando á VILLAIZAN, como poeta dramático, en un punto muy secundario; verdad es que de las muchas comedias que se supone compuso, solo han llegado hasta nuestros dias escasamente media docena, y de esas apenas pueden recomendarse por la regularidad en los planes, hábil pintura de caractéres y facilidad en el estilo y versificacion, las tituladas *Ofender con las finezas* y *Sufrir mas por querer mas*. Ambas van escogidas en nuestra coleccion, no pudiendo

(1) Alude acaso á la opinion que se tenia de que VILLAIZAN era uno de los poetas que ayudaban á Felipe IV en las piezas que escribia.

menos de llamar la atención del lector sobre el plan discreto, la corrección y armonía de la frase en ambas, que encierran primores de estilo tales como estos:

DON JUAN.  
Yo vi á Leonor, ya lo sé;  
Tuve celos, ya lo vi;  
En este jardín la hallé;  
Lloró, no me enternecí;  
Rogóme, y la desprecié;  
Porque amor es niño, y tiene  
Desigualdades, y ya  
Su modo de obrar previene,  
Que ni ofende aunque se va,  
Ni obliga cuando se viene.

LIRON.

Y pues ¿qué tiene que ver  
Ser niño amor con tener  
Celos de Leonor, que llora,  
Con venir á verla ahora,  
Y con despreciarla ayer?

DON JUAN.

Aquel llorarla perdida,  
Y no quererla rogado,

Irse y pensar que se olvida,  
Volver y estar confiado,  
Y buscarla despedida,  
Todo es amor; amor es  
Como un niño en todo, pues  
Si algo le quitan, se enoja;  
Llora; dáselo, y lo arroja  
Colérico; mas despues  
Que se fué quien le enojó,  
Luego que solo se vió  
Y el llanto empezó á enjugar,  
Él propio viene á buscar  
Lo mismo que despreció.

Así á un amante le quitan  
Con los celos el amor,  
Los celos al llanto incitan;  
Y cuando con el favor  
Acallarle solicitan,  
Celoso, enojado y ciego,  
Desprecia el llanto y el ruego;

Pero ¿qué viene á importar  
El huir y el despreciar,  
Si vuelve rogando luego?

Y como el que un vaso tiene  
Lleno de un licor sabroso,  
Si echan de otro venenoso  
Cantidad menor, se viene  
A apoderar el veneno  
De todo el licor, de modo  
Que el vaso es veneno todo  
Y está de ponzoña lleno;  
Así el pecho, aunque se vió  
Lleno de amor, alimento  
Dulce de su pensamiento,  
Luego que en él se mezcló  
El veneno de los celos,  
Creciendo su tiranía,  
Cuanto fué dulce alegría  
Volvió en amargos desvelos.

De las muestras citadas se deduce el claro ingenio y gusto delicado de DON JERÓNIMO DE VILLAZAN, siendo, por lo tanto, de lamentar que la desidia de los impresores nos haya dejado tan pocas muestras de su fecunda musa.

## DON ANTONIO COELLO.

DON ANTONIO COELLO (á quien Huerta y otros cataloguistas llaman equivocadamente don Luis) fué natural de Madrid, hijo de Juan Coello Arias y de doña Melchora de Ochoa, domésticos del duque de Alburquerque, y sirvió bajo sus órdenes con el grado de capitán de infantería, mereciendo ser honrado por su majestad con el hábito de Santiago y el nombramiento de ministro de la real junta de la Casa Aposento. Murió en Madrid, y en la casa del mismo duque, calle de la Almudena, frente á las Consistoriales, en 20 de octubre de 1652, siendo sepultado en el convento de la Victoria (1).

Fué un poeta muy distinguido y celebrado en su tiempo, mereciendo la mas estrecha amistad de Lope de Vega (que le dedica un pomposo elogio); de Montalvan, que decia de él que, *con sus pocos años desmentia sus muchos aciertos, y que empezaba por donde otros habian acabado*; de Calderon y de Solís, en cuya colaboracion escribió la comedia de *El pastor Fido*, siendo suya la segunda jornada, acaso la mejor de la misma; y finalmente, del mismo Monarca, á quien suele atribuirse (no sabré decir con qué fundamento) la comedia que corre impresa con el nombre de COELLO y lleva por título *El conde de Sex, ó Dar la vida por su dama*. Esta comedia, que indudablemente es una misma (aunque con estos dos títulos), fué impresa, que sepamos, por primera vez con solo el primero, y anónima, en la parté xxxi de la coleccion primitiva de varios, titulada *la antigua ó de afuera*, para distinguirla de la otra publicada en Madrid de 1652 á 1704; y posteriormente, ya con el nombre de COELLO, en el libro titulado *Mejor de los mejores* (que es la parte vi de esta última coleccion), en Madrid, en 1653, de donde se han hecho despues las reimpressiones sueltas que corren de ella. Repito que ignoro el fundamento de la noticia, generalmente recibida, de ser esta comedia obra del rey don Felipe IV, como lo indican los señores Jovellanos, García Parra, Huerta, Ochoa, Ticknor y otros, fundados solo, al parecer, en la tradicion

(1) Tuvo tambien un hermano capitán, llamado don Juan, que escribió una comedia, titulada *El robo de las sabinas*, y ambos hermanos escribieron juntos la de

*Yerros de naturaleza y aciertos de fortuna*, si hemos de creer al MS. original, con la censura, que se conserva en la biblioteca del excelentísimo señor duque de Osuna.

general; pero me inclino á que no sea cierto, porque, cotejado el estilo y corte de dicha comedia con otras de COELLO, y señaladamente con las que trabajó en compañía de Rojas y Guevara, como *El privilegio de las mujeres*, *El catalan Serrallonga*, y *La Baltasara*, se encuentran muchos puntos de analogía y semejanza; pudiera muy bien ser que el Rey tuviese tambien parte en esta (pues se sabe que COELLO casi nunca trabajó solo, y aun tambien que fué uno de los ingenios que ayudaban á su majestad en las comedias que escribia) (1); pero no hay, á mi ver, razon alguna para despojarle á aquel de la parte principal que debió tener en la del *Conde de Essex*. Muéveme tambien á esta conviccion la circunstancia de hallar en la biblioteca del señor duque de Osuna un manuscrito de dicha comedia, preparado para la imprenta, y designado expresamente por de DON ANTONIO COELLO, con esta censura de don Francisco de Avellaneda: «He visto esta comedia del *Conde de Sex* con todo cuidado, por ser caso de Inglaterra, y quitados unos versos que van anotados en la primera jornada, que tocan en la armada que el señor Felipe II aprestó contra aquel reino, noticia que no es bien que se toque, y una redondilla de la segunda jornada, de los validos, en todo lo demás el autor supo granjearse la aprobacion de vuestra majestad.» Pero este manuscrito y esta censura llevan la fecha de 11 de agosto de 1661, y ya he dicho que la comedia estaba ya impresa en 1658 y 1652. Del rarísimo ejemplar que poseo de la parte xxxi *antigua* reproduzco esta comedia en la presente coleccion; en ella están conservados los versos que queria suprimir el censor Avellaneda, y son aquellos que empiezan:

Todo, Blanca, lo he sabido, etc.;

y además hay considerables diferencias y trozos nuevos, que no se encuentran en las demás ediciones conocidas.

Prescindiendo del supuesto augusto origen que plugo darla á los criticos, la hacen muy apreciable el interesante argumento, la belleza de los caracteres, especialmente el del conde Roberto de Evreux, y la noble entonacion y poético colorido del diálogo. El señor Gil y Zárate señala justamente la dramática escena del acto tercero (que despues ha sido imitada ó copiada tantas veces en los dramas modernos), cuando la Reina, perdidamente enamorada del Conde, aunque creyéndose ofendida de él, va á verle á la cárcel y le entrega la llave para que huya del suplicio á que ella misma le condena como soberana; merced que rehusa el Conde por no confesarse culpado ó declarar la verdad acusando á su dama, que es la verdadera criminal; y arroja la llave al Tamesis, entregando al suplicio su inocente cabeza.

## DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.

DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA, nacido, segun parece, á fines del siglo xvi, en un lugar de las montañas de Búrgos, é hijo de muy noble casa, fué caballero comendador de Zurita en la órden de Calatrava, secretario de cámara y de justicia del rey don Felipe IV, y del consejo de la suprema Inquisicion. Su gran talento y erudicion y su rica vena poética, unidos á lo ilustre de su cuna, le colocaron en tan brillante posicion en la esplendorosa corte del Buen-Retiro, que por muchos años compartió con Lope, Calderon, Quevedo y otros ingenios privilegiados, el favor del Monarca, el aplauso de la corte y la estimacion del público. Conociasele por el dictado de *el Discreto de palacio*, ó como decia Góngora, *el Aseado lego*, y casi todas sus obras liricas y cómicas, escritas expresamente, demuestran que aquel primer titulo equivalia al de *poeta de cámara*, con que fué largo tiempo considerado.

Indudablemente aparecen de dichas obras la excelente disposicion de HURTADO DE MENDOZA para la poesia, su abundosa vena, su elevada entonacion y su variado estudio; pero dejése arrastrar mucho mas de lo que convenia por aquella exageracion y amaneramiento propios de la es-

(1) Se atribuye al Rey, no solo esta, sino la de *Don Enrique el Doliente*, aunque, segun el MS. de la biblioteca de Osuna, fué de seis ingenios que designa, á saber: Zabalaeta, Martínez, Rosete, Villaviciosa, Cáncer y Moreto.

Mas probabilidad hay de que sea de Felipe IV otra comedia, ó mas bien larguísimo entremés, que tambien se le atribuye y se titula *Lo que pasa en un torno de monjas*, que vale ciertamente poco.

cuela gongorina, de aquella sutileza de conceptos, de aquel discreto de la frase, que, rayando muchas veces en lo incomprensible y tenebroso, era y es siempre ridículo á los ojos de la razón y de la crítica sensata. Esta desdichada manía, que alcanzó á todos ó casi todos los grandes ingenios de la época, á pesar de que todos la censuraban, tuvo en MENDOZA tan ferviente servidor, que apenas una ú otra de sus composiciones, especialmente líricas, pueden hoy leerse, y ni aun leídas, pueden comprenderse sus altisonantes conceptos, por mucho que halague al oído su armoniosa entonación. Francamente lo repito, no puedo llegar á comprender qué público y qué gusto eran aquellos, que se entusiasmaban con tales primores, que comprendían tales laberintos, que simpatizaban con tan misteriosas imágenes, retruécanos y figuras. Lo cierto es que, hoy por hoy, no los acertamos siquiera á descifrar, y que ni aun nos tomaríamos el trabajo de leerlos, si sus autores no hubiesen dejado otras obras, en que brilla despejado su talento, su inspiración y su estudio.

De las obras líricas de MENDOZA, nada más debo decir sino que, á pesar de aquellos esenciales desvarios, y tal vez á causa de ellos, fueron calificadas (como dice la portada de las mismas, impresas primero en su vida, y posteriormente reunidas con sus comedias) de *suave, divino aliento de aquel canoro cisne, el más pulido, más aseado y más cortesano cultor de las musas castellanas*, y en cuanto á sus piezas dramáticas, ya Montalvan había dicho en su *Para-todos* que «DON ANTONIO DE MENDOZA era, si no el primero, de los primeros en esta clase de ejercicio, como lo confirman tantos aplausos repetidos en los teatros».

Prescindiendo, pues, de aquellas, cumple á mi objeto presente examinar y apreciar los títulos de MENDOZA como poeta dramático, y colocarle en él que le corresponde entre el sublimado asiento á que le elevó en vida la adulación cortesana, y el absoluto olvido á que le relegó luego la posteridad.

Una docena escasa de comedias son las que forman todo el repertorio de este autor, y al menos en esta economía (que en diversos pasajes de ellas hizo constar) dió á entender su prudencia y la timidez con que dejaba la lira para revestir la peligrosa máscara de Talía. No podía, sin embargo, desprenderse de su elevada entonación y lírico estilo, y como, por otro lado, las escribía para ser representadas en los teatros del Buen-Retiro y de Aranjuez, ante aquella corte ceremoniosa, culta y académica, tomaba ocasión de cualquier asunto, de cualquier situación, de cualquier parlamento, para soltar el torrente de su abundosa vena, para dar rienda á la elevada fantasía, y colocar en boca de sus personajes una colección de odas y endechas, silvas, sonetos, quintillas y estrambotes, que faltaban las más veces á la verdad, entorpecían la acción y ofuscaban los caracteres, pero sin duda eran el estilo único y propio que debía resonar bajo aquellos dorados artesones. Especialmente en la comedia titulada *Querer por solo querer* (inmensa composición, que ocupa nada menos que ochenta páginas de impresión, y consta de unos seis mil y cuatrocientos versos), representada por las *meninas* de la Reina en el palacio de Aranjuez, con ocasión de una gran fiesta á los cumpleaños de su majestad, encerró MENDOZA un tomo entero de poesías variadas, á vueltas de un argumento fantástico y caballeresco, con sus gigantes y enanos corrientes, sus princesas Zelidauras y príncipes cautivos, Cupidos y endriagos. Especie de menestra muy á propósito para merecer el anatema del cura y el barbero de Cervantes, pero muy del caso también para lucir la pompa de la corte, las gracias y talentos de las damas de palacio, y lo augusto y magnífico de la solemnidad. El mismo autor lo manifiesta así en el acto segundo de la misma comedia, lamentándose de que las *meninas* de palacio le pedían:

Un concepto en cada verso,  
Un desden en cada copla,  
Y á cada plana un soneto.

Y á la verdad que no puede dejar de compadecerse á aquellas ilustres damas, que tuvieron que aprender y recitar tan espléndido repertorio de sutilezas, y á aquel augusto auditorio, que hubo de sufrir su representación las cinco ó seis horas mortales que, por un cálculo prudente, debió durar.

Pudieranse citar infinitos trozos de dicha comedia como acabadas muestras del estilo alambicado, del gusto que se apellidaba *cortesano*, y algunas de verdadero mérito poético, como las sonoras octavas puestas en boca de la princesa Claridiana; pero preferimos optar por una sola,

que con mas claridad y tersura encierra un pensamiento noble y filosófico. Consiste en un bello soneto, que dice de este modo:

Amable soledad, muda alegría,  
 Que ni escarmientos ves ni ofensas lloras;  
 Segunda habitacion de las auroras;  
 De la verdad primera compañía;  
 Tarde buscada paz del alma mía,  
 Que la vana inquietud del mundo ignoras,  
 Donde no la ambicion turba las horas,  
 Y entero nace para un hombre el día;  
 ¡Dichosa tú, que nunca das venganza,  
 Ni de palacio ves con propio daño  
 La ofendida verdad de la mudanza,  
 La sabrosa mentira del engaño,  
 La dulce enfermedad de la esperanza  
 Ni la amarga salud del desengaño!

La comedia titulada *Mas merece quien mas ama* es tambien heróica, de principes Felisardos y princesas Fidelindas, y escrita igualmente en el estilo que podrémos llamar *de dia de fiesta* para MENDOZA. Pero en medio de sus laberintos y primores, hay un gracioso bufon, que la echa de crítico literario, y en cuya boca pone el autor una sátira de estas mismas comedias altisonantes. Verdad es que á renglon seguido halla él mismo su disculpa en los consabidos descargos de Lope y con su mismo ejemplo, á saber, el gusto del público y la abundancia de su vena poética:

Un poeta celebrado  
 Y en todo el mundo excelente,  
 Viéndose ordinariamente  
 De otro ingenio murmurado  
 De que, siguiendo á un galan,  
 En traje de hombre vestia  
 Tanta infanta cada dia,

Le dijo: « Señor don Juan,  
 Si vuesarced satisfecho,  
 De mis comedias murmura,  
 Cuando con gloria y ventura  
 Nuevecientas haya hecho,  
 Verá que es cosa de risa  
 El arte, y sordo á su nombre,

Las sacaré en traje de hombre,  
 Y aun otro dia *en camisa*,  
*Dar gusto al pueblo es lo justo;*  
*Que allí es necio el que imagina*  
*Que nadie busca doctrina,*  
*Sino desenfado y gusto.*

A pesar de la atrevida decision que expresa MENDOZA en los cuatro últimos versos, y á pesar de su compromiso oficial para el surtido de héroes y princesas al palacio real, tenia demasiado talento para no ensayarse tambien en otro género mas importante y propio de la comedia: el género de costumbres, ó de *capa y espada*, como entonces se llamaba; y no solo lo hizo, sino que, á mi entender, con notable acierto en las comedias de *Cada loco con su tema* ó *el montañés indiano*, *Los empeños del mentir*, y sobre todo, en la notabilísima por mas de una razon, titulada *El marido hace mujer y el trato muda costumbre*.

Estas tres comedias, que son las que se recomiendan mas entre las de MENDOZA bajo el aspecto puramente dramático, son pues las que he escogido para esta coleccion. La del *Indiano montañés*, ó *Cada loco con su tema*, consiste en una fábula muy agradable, con regular intriga y caractéres, no tan bien desenvueltos como lo fueron despues, fácil y sonoro estilo. La de *Los empeños del mentir* acaso pueda ser la misma que escribió, en union con Quevedo, en solo un dia, para ser representada, como lo fué, con grande aparato en los jardines del conde de Monterey, en el Prado de Madrid, formando parte de la fiesta con que obsequió á sus majestades el conde-duque de Olivares la noche de San Juan de 1631 (1), y llevaba por titulo *Quien mas miente-medra mas*. Es una discreta comedia de carácter, tan arreglada y metódica, que pudiera colocarse entre las buenas de Moreto; y por último, en la de *El marido hace mujer y el trato muda costumbre* es donde luce en todo su esplendor la filosofia, el buen gusto é ingenio dramático de este notable autor.

Muchos años hace que, prendado de la oportunidad y filosofia del argumento que forma la accion de esta preciosa comedia, del ingenioso artificio, de la verdad y energia de los caractéres en ella desplegados, y hasta de la pureza, sobriedad y correccion de su estilo, emprendí atrevidamente su refundicion, con el objeto de poderla presentar en la pública escena con aquellas condiciones de forma que el rigorismo clásico exigia por entonces. No es de este lugar el explicar las razones por qué no llegó á representarse entonces ni despues, ni el original de MENDOZA ni la refundicion. Tampoco parece del caso entrar á encarecer el escaso mérito de mi trabajo, ni tampoco queda ya espacio su-

(1) Véase la relacion de dicha fiesta, que inserta Pellicer en su *Tratado histórico sobre el origen de la comedia*.

ficiente para hacer de la bella creacion de MENDOZA el análisis que reclama. Unicamente diré que la razon principal que, además de su mérito intrínseco, me movió á darla á la escena, fué un sentimiento de patriótico orgullo, por creer haber hallado en ella el modelo que tuvo presente el gran Molière cuando escribió su celebrada pieza titulada *L'Ecole des maris*, y el deseo de revindicar para nuestro antiguo teatro la gloria de la originalidad de tan excelente drama.

Su incomparable traductor, nuestro célebre Moratin, en el discreto prólogo que escribió para colocar al frente de su traduccion, indica que dicha comedia era una imitacion hecha por Molière de *La discreta enamorada*, de Lope, y á decir verdad, no sé cómo Moratin acogió esta idea, pudiendo comparar ambas comedias, y ver que solo en la escena cuarta del acto segundo, en que doña Rosita se vale del conducto de su mismo tutor para corresponderse con su amante de una manera tan ingeniosa, es en la que Molière pudo haber tenido presente otra escena semejante de la de Lope.

Pero donde se puede sospechar con mas fundamento que halló aquel maestro el verdadero modelo de su comedia, es en la que ahora me ocupa de nuestro MENDOZA, *El marido hace mujer y el trato muda costumbre*, pues en ella, no solo es idéntico el argumento, destinado á probar que la templanza y el cariño pueden mas con la mujer que el rigor y los celos, sino que está tambien presentado del mismo modo, con el ejemplo de dos hermanos de opuestos caractéres, con casi idénticas situaciones, con la misma economia de accion, con las propias ideas y razonamientos, y hasta con la coincidencia del nombre de una de las damas. Si tuviera el espacio necesario para ello, probaria hasta la evidencia, con la comparacion de ambas comedias, que el gran Molière para escribir la suya tuvo á la vista la española, siendo esta otra de las ocasiones en que buscó en el inmenso arsenal de nuestro teatro armas bien templadas para lucir su ingenio y bazarria, como en el *Festín de Pierre*, *La princesse Elide* y *Les femmes savantes*, que no son mas que imitaciones mas ó menos felices de *El convidado de piedra*, de Tirso, *El desden con el desden*, de Moreto, y *No hay burlas con el amor*, de Calderon.

Por último, y aun en el caso de suponer que Molière (tan aficionado y conocedor de la literatura española contemporánea) ignorase la existencia de la comedia de MENDOZA, nadie podria, sin embargo, negar á este la prioridad en haber trazado un argumento tan altamente cómico y moral, pues que dicha comedia fué representada en el palacio de Madrid en febrero de 1643, y la de Molière no apareció hasta diez y ocho años despues, estrenándose la noche del 12 de junio de 1661, en casa del superintendente de Hacienda, Fouquet, con motivo de una fiesta que consagró este ministro á la reina de Inglaterra.

## EL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

Cierran este cuadro de los contemporáneos del gran Lope de Vega las obras dramáticas del mas feliz de sus imitadores, del mas afectuoso de sus discípulos y amigos, del mas entusiasta de sus admiradores y panegiristas: el DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

Este ingenioso y estudiosísimo autor nació en Madrid en 1602; fué hijo de Alonso Pérez de Montalvan, librero del Rey; siguió sus estudios en la universidad de Alcalá, hasta graduarse de doctor en teología, y ordenarse de sacerdote á la edad de veinte y tres años. Fué notario apostólico de la Inquisicion, y ejerció otros cargos en su estado, lo cual no le impidió para seguir su irresistible vocacion poética y sus estudios literarios, que le hicieron producir desde la edad de trece años muchas obras apreciables, así en prosa como en verso; tales son: *Las novelas ejemplares* (Madrid, 1624), *El Orfeo en castellano* (Id., id.), *Vida y purgatorio de san Patricio* (Madrid, 1627), *El para-todos*, libro de instrucción y entretenimiento (1632), *La fama póstuma de Lope de Vega* (1636), y unas sesenta comedias y autos sacramentales, cuyas partes ó tomos I y II se imprimieron únicamente despues de la muerte del autor en 1639 (1), además de otras varias obras, que quedaron inéditas.

Agotadas las fuerzas intelectuales de este desdichado autor con tan continuo estudio y esfuerzo,

(1) Parte primera. — Parte segunda de las comedias del doctor Juan Pérez de Montalvan. — Alcalá, 1639, 1641. — Comprenden veinte y cuatro.

fué asaltado de una enfermedad de cabeza, que llegó á rayar en frenesí, de cuyas resultas falleció en Madrid, á los treinta y seis años de edad, el 25 de junio de 1638, siendo enterrado en la parroquia de San Miguel (que hoy no existe).

Como el objeto de las presentes líneas sea únicamente el tratar de MONTALVAN como poeta dramático, prescindiré de entrar en análisis y consideraciones sobre sus demás obras literarias, ya citadas, que merecieron en su tiempo tan entusiasta acogida, que de alguna de ellas, por ejemplo la del *Para-todos*, pudiera citar hasta nueve ediciones hechas en pocos años. No las creo por cierto dignas de tanta popularidad, pero mucho menos aun del encono ó aversion que hacía la persona del presbítero MONTALVAN produjeron ellas y sus triunfos dramáticos entre varios escritores anónimos, que exhalaban sus bílis en necios y envenenados epigramas, de los cuales ha conservado alguno la tradicion.

El doctor tú le lo pones,  
El Montalvan no le tiene;  
Con que, quitándote el don,  
Vienes á quedar Juan Perez.

Hé aqui una muestra de las falsas é injustas sátiras lanzadas en su tiempo contra el virtuoso, ilustrado y cortés autor, que en todas sus obras respira honradez, ingenio y mansedumbre, y á quien parece quererle rebajar con el grande argumento de que *no tenia don*, que por cierto no usó jamás, como pudiera hacerlo sin vanidad ni supercheria, quien habia recibido la nobleza con el grado de doctor y su carácter sacerdotal.

No fueron solos estos oscuros libelistas los encarnizados enemigos de MONTALVAN; sino que á la cabeza de ellos figuró indignamente el mordaz y orgulloso Quevedo, quien en distintas ocasiones se complació en lanzar sus envenenadas saetas contra el presbítero MONTALVAN; tal como en el ingenioso papel titulado *La Perinola*, escrito contra su *Para-todos*, ó en *La carta consolatoria*, sarcástica, dirigida al mismo con ocasion de haberle silbado una comedia; ó cuando, hallándose ambos en el estudio de don Diego Velazquez mirando un cuadro de san Jerónimo, pintado por este, y prorumpiendo MONTALVAN en el principio de esta quintilla:

Los ángeles á porffa  
Al Santo azotes le dan  
Porque á Ciceron leía.

le interrumpió Quevedo para terminarla, diciendo:

; Cuerpo de Dios, qué sería  
Si leyera á Montalvan!

Pero todas estas y otras miserables diatribas dirigidas contra el laborioso é inofensivo escritor, que respondia á ellas con panegiricos exagerados de sus mismos enemigos (entre ellos el propio Quevedo), no fueron bastantes para amenguar en lo mas mínimo su grande reputacion y el favor del público hácia sus escritos y obras teatrales, que llegó á un punto, que acaso ningun autor, incluso el mismo Lope, obtuvo en vida. La comedia titulada *No hay vida como la hora* mereció ser representada simultáneamente en los dos teatros de Madrid durante muchísimos dias consecutivos; otro tanto acaeció con la de *La mas constante mujer* y la de *Un castigo en dos venganzas*. Estas y otras varias comedias de MONTALVAN se han sostenido siempre en nuestra escena, á pesar del trascurso del tiempo, y aun en nuestros dias hemos visto representar con igual gusto y aplauso *La toquera vizcaína*, *La doncella de labor* (aunque refundida y estropeada honrada y clásicamente con el título de *Marica la del puchero*), *El mariscal de Biron*, *Los amantes de Teruel* y otras de este fecundo poeta. Vengóle tambien en vida de aquellas apasionadas críticas la sincera y paternal amistad del gran Lope de Vega, de Calderon, Pellicer, Valdivieso y otros muchos insignes escritores de su tiempo, la proteccion del Rey y de los principales magnates de la corte, y hasta mereció (segun él mismo dice en su *Para-todos*) que un comerciante de la ciudad de Lima, llamado Tomás Gutierrez de Cisneros, sin ser deudo suyo ni haberle visto nunca, solamente por inclinacion á sus escritos, le confiriése una capellania y pension para ordenarse. Por último, á su muerte, acaecida desgraciadamente, como queda dicho, á la temprana edad de treinta y seis años, fué acompañado á la tumba con un sentimiento general, y su amigo el licenciado don Pedro Grande de Tena recogió en un libro, impreso en 1639 con el título de

DON JUAN.  
No, por Dios.  
CAMILA.  
¿Es hermosa?  
DON JUAN.  
Como vos.  
CAMILA.  
¿Quiéreo bien?  
DON JUAN.  
Eso no sé.  
CAMILA.  
¿Qué aguardais?  
DON JUAN.  
A declararme.  
CAMILA.  
¿No lo habeis hecho?  
DON JUAN.  
No puedo.  
CAMILA.  
¿Es falta de amor?  
DON JUAN.  
Es miedo.  
CAMILA.  
¿Qué os detiene?  
DON JUAN.  
El despeñarme.  
CAMILA.  
¿Por qué?  
DON JUAN.  
Porque tarde llego.

CAMILA.  
¿Quiere ya bien?  
DON JUAN.  
¡Ay de mí!  
CAMILA.  
¿Qué decis?  
DON JUAN.  
Pienso que sí.  
CAMILA.  
Aborrecerla.  
DON JUAN.  
Estoy ciego.  
CAMILA.  
¿Tiene dueño?  
DON JUAN.  
Ya le espera.  
CAMILA.  
¿Es fácil?  
DON JUAN.  
Es principal.  
CAMILA.  
Y ¿quién sois vos?  
DON JUAN.  
Soy su igual.  
CAMILA.  
Pues ¿qué os falta?  
DON JUAN.  
Que me quiera.  
CAMILA.  
¿Es mi amiga?

DON JUAN.  
Os quiere bien.  
CAMILA.  
¿Suelo verla?  
DON JUAN.  
Cada día.  
CAMILA.  
Decidme quién es.  
DON JUAN.  
Querría...  
CAMILA.  
Pues ¿qué temeis?  
DON JUAN.  
Su desden.  
CAMILA.  
¿Qué os hará?  
DON JUAN.  
Se ofenderá.  
CAMILA.  
En fin, ¿decis que hoy la vi?  
DON JUAN.  
En vuestro espejo.  
CAMILA.  
¿Yo?  
DON JUAN.  
Sí.  
CAMILA.  
Luego ¿soy yo?  
DON JUAN.  
Claro está.

O bien, trasladado á otro terreno, el satírico y chistoso, señalaré alguna de las infinitas relaciones puestas en boca de los graciosos:

Menga, yo no fui nacido  
En signo de pelear,  
Y fuera de esto, el bullicio  
De la ciudad me ofendía,  
Y el ver por tantos caminos  
Las usuras y los logros,  
Engaños y ladronicios  
Con que los grandes chupando  
Les van la sangre á los chicos,  
Escondiéndoles el pan  
Para subirles el trigo;  
Y de mas á mas el ver  
Que un hombre, aunque sea bien-  
En cuanto hace y no hace, [quisto,  
Por este ó aquel camino,  
Ha de verse murmurado;  
Porque, si un hombre está rico,  
Dicen que ha sido ladrón  
Para venir á adquirirlo;  
Si es pobre, que es para poco,  
Pues que medrar no ha sabido;  
Si se casa, que es un necio,  
Pues no conoce el peligro;  
Si no se casa, que tiene  
De secreto algunos vicios;  
Si es cortés, que es zalamero  
*En el modo y en estilo;*

Y si no, desvergonzado,  
Grosero y desvanecido;  
Si no presta, que es un piojo;  
Si presta, que es un perdido;  
Si se enamora, que es mozo;  
Si se guarda, que es ministro;  
Si se viste mal, que es puerco;  
Si se viste bien, que es ninfo;  
Si habla, que es charlatan;  
Si calla, que es vizcaíno;  
Si es pequeño, que es enano;  
Si es grande, que es desvaído;  
Si es blanco, que es infusion;  
Si es moreno, que es un indio;  
Si es valiente, que rufian;  
Si es mudo, que es bien sufrido;  
Si es alegre, que es bufon;  
Si es triste, que es de jativo;  
Si es infeliz, que es menguado,  
Y si dichoso, judío;  
Si vive mucho, que es hombre  
Sin género de sentido,  
Y si se muere en agraz  
(Porque Dios así lo quiso).  
Que de necio se murió;  
Si trata de recogido  
Y se confiesa á menudo,

Que es hipócrita, y si el mismo  
No se confiesa en un año,  
Que es un hereje precito;  
De suerte que no hay ninguno,  
Bueno, malo, grande, chico,  
Alto, bajo, blanco, negro,  
Triste, alegre, puerco, limpio,  
Vivo, muerto, mozo, viejo,  
Rico, dichoso ó mendigo,  
Que se escape en esta vida  
De vecinas y vecinos.

Ó vieras como yo vi,  
El otro día en un templo,  
Con grandes voces y gritos  
Que los ponía en el cielo,  
Delante un san Sebastian  
Así lamentarse un yerno:  
«Glorioso san Sebastian,  
Santo cabal y perfecto,  
Mi alma como la tuya,  
Como tu cuerpo mi suegro.  
¿Todas las flechas á vos?  
¿Qué poca razón tuvieron!  
Suegros había en el mundo

Y habia casamenteros.

«Yo, que todos los dolores  
Paso con un suegro eterno,  
Que de él me querais librar,  
Como á santo, os pido y ruego.

«Como dolor de costado,  
Suegro de costado tengo,  
Y con un suegro continuo  
Seis años há que adolezco.

«Todo de suegro me voy,  
Porque tengo pujamientos,  
Y me ha dado suegro lluvia;  
Restañadme, Santo, luego.

«No hago sino rascarme,  
Que me pica todo el cuerpo;

Que tengo su gro perruno,  
Como la sarna del perro.

«Me sabe á suegro y vinagre  
Cuanto como y cuanto ceno;  
Suegro hay por ante el comer,  
Y al comer, por postre, suegro.

«Al que le duele la muela  
El sacársela es remedio,  
; Y á mí, que el suegro me duele,  
No me dan este consuelo!

«Si quisieran conmutarme  
Este mal á otro tormento,  
Yo tomara de lanzadas

A diez por suegro sin miedo.  
«Suegra pascua le dé Dios

Al que de suegro me ha puesto,  
Y plegue á Dios que se vea  
Tan yerno como me veo.

«No hay cosa que se le iguale,  
Todas son cosas de viento,  
Con el llamar *mi señor*  
A lo mismo que aborrezco.

«Los suegros se vuelven lanzas,  
No queda yerno con yerno;  
A suegro y sangre va todo,  
Y todo á suegro y á ellos.

«Libradme, pues, santo mio,  
De tantos ensuegramientos;  
Muera yo de unas tercianas,  
Y no de este parentesco.»

Pudiera añadir á estos infinidad de trozos igualmente chistosos y propios de la comedia; pero seria interminable y llegaría á ser cansado este discurso; basten los ya estampados para llamar la atención de los lectores hácia los muchos puestos en boca de los graciosos *Monzon* en la comedia *La Doncella de labor*, *Seron* en *La mas constante mujer*, *Camacho* en la de *Los Amantes de Teruel*, y *Clarín* en la de *Olimpa y Vireno*. MONTALVAN, pues, por la agudeza de su ingenio, por lo halagüeño de sus argumentos, por el gracejo y donaire de su estilo, fué muy digno de compartir con Lope y con Tirso el laurel escénico, y aun hoy, despues de dos siglos, hay que reconocerle aquellas apreciables dotes, que hacen grata y respetable su memoria.

Hasta aquí las noticias biográficas que he podido adquirir, y los apuntes críticos con que he creído deber acompañarlas, de los autores comprendidos en este tomo, que, con el anterior, completan el largo período de *Lope de Vega*, desde 1588 á 1635. De los otros escritores mas subalternos de aquel mismo periodo, que figuran en el *Catálogo* que va á continuacion, pero que por su escaso mérito no parecen dignos de concurrir con sus obras á esta escogida coleccion, poco ó nada pudiera decir, ni tampoco añadiría, con lo que dijera, interés alguno á estos apuntes.

Pero al lado del gran astro de nuestra escena, y brillando con luces propias, y no reflejadas del mismo, como lo hicieron todos sus contemporáneos, aparecen dos sugetos de tan alta importancia y nombradía, que si bien por ella misma están, puede decirse, fuera de nuestro cuadro (reducido á los límites del teatro apellidado de segundo orden), y han merecido ya su lugar propio y especial en esta BIBLIOTECA (1), parecería, sin embargo, sobrada omision y descuido callar afectadamente sus clarísimos nombres, y prescindir de sus obras admirables en estas anotaciones histórico-críticas de aquel periodo dramático; y aun á riesgo de no decir nada nuevo, ni aun tan bien como supo hacerlo al frente de sus respectivas colecciones la erudita, discreta y sazónada pluma del señor Hartzénbusch, no puedo soltar la débil mia sin ceder al deseo de consagrar algunas breves líneas á aquellas dos colosales figuras dramáticas, rivales del gran *Lope*, que, si no en fecundidad y desenfado, le igualaron en talento y originalidad, y le excedieron en gusto é intencion dramática, en gracejo y correccion de estilo.

## EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

La suerte que en el concepto público ha cabido, segun la diversidad de los tiempos, al rico y admirable repertorio dramático del maestro Tirso de Molina, es una de las mas raras y contradictorias de que ofrece ejemplo nuestra literatura. Acogido con inequívocas muestras de entusiasmo á su aparicion en la escena, en la que, sin embargo, tenia que luchar con la formidable competencia del gran *Fénix de los ingenios*, el inagotable Lope de Vega, y mas tarde con la de Calde-

(1) Tomos v y xi, *Comedias escogidas* del maestro Tirso de Molina y de don Juan Ruiz de Alarcon, colectadas por don Juan Eugenio Hartzénbusch.

ron, Moreto, Rojas, Alarcon y otros ciento, todavía el genio inmenso y atrevido de Tirso halló recursos propios, medios infinitos de colocarse á tan grande altura, que á no haber mediado la prodigiosa fecundidad y el irresistible prestigio de Lope, la pública opinion le hubiera colocado en el primero y mas señalado lugar de nuestra escena patria. — Conocidas son generalmente las dotes especiales que distinguen á este grande ingenio de todos ó de casi todos nuestros autores dramáticos; su peregrina invencion, su chiste y agudeza, su fácil y sonora elocucion, y la riqueza y variedad de su expresion y estilo; y tanto por aquella razon, como por no dar á estas líneas mayor espacio del conveniente, omito por ahora engolfarme en aquel grato análisis, ó mas bien en aquel obligado panegírico. Baste á nuestro propósito decir que las comedias del maestro Tirso de Molina obtuvieron en vida suya, no solo el aplauso y entusiasmo popular, sino la especial acogida y el apasionado encomio de los grandes ingenios contemporáneos, que en las aprobaciones que dieron de aquellas para la impresion, en los prefacios de algunas de sus obras y en la dedicatoria que hicieron de las propias al gran Maestro, se deshacen á elogios de su ingenio y fantasia (1).

Todos aquellos encomios, todo aquel favor público que en la primera mitad del siglo xvii y en vida suya obtuvo el ingenioso y picaresco Tirso de Molina, fueron desapareciendo ó eclipsándose desde que, escondido su autor en la austeridad de un cláustro, renunció á su poético nombre adoptivo, para presentarse en el púlpito, en la cátedra y en obras de erudicion y de historia eclesiástica con el verdadero del reverendísimo padre maestro fray Gabriel Tellez, presentado, definidor y coronista de la órden de la Merced calzada, redencion de cautivos.

Coincidió con este voluntario retiro, y sin duda contribuyó graudemente á aquel injusto abandono de la opinion pública, la aparicion en la escena de la mágica musa de Calderon de la Barca, que dando á sus argumentos mas complicado artificio, retratando caractéres altamente simpáticos y originales, y ostentando en su mágico estilo todas las galas de la imaginacion española, subyugó completamente el gusto del público, y arrancó á Lope de Vega la palma de padre y creador de la verdadera comedia nacional.—Sin embargo, preciso es confesar que el mismo Calderon y todos los demás ingenios aprovecharon muchas veces, harto ilicitamente, la primitiva invencion, riqueza y variedad de Tirso, para imitar y copiar al severo religioso, que procuraba olvidar con trabajos ascéticos y con obras de penitencia las *trescientas comedias* que, segun su testimonio, habia escrito en sus años juveniles, y en las cuales, si de algo tenia que arrepentirse, era sin duda alguna de exceso de malicia y sobrado colorido de liviandad.—Calderon, adoptando el pensamiento de *El celoso prudente*, de Tirso, y mejorándolo sin duda en su excelente comedia *A secreto agravio secreta venganza*, y en la de *Los cabellos de Absalon* la de *La venganza de Tamar*; Moreto, robándole *La villana de Vallecas*, *La ventura con el nombre*, *El Rey don Pedro en Madrid* y otras, en *La ocasion hace al ladrón*, *El parecido* y *El rico hombre de Alcalá*; Montalvan, imitando, ó mas bien refundiendo *Los amantes de Teruel*, de Tirso, y Matos *La firmeza en la hermosura*, con el titulo de *Ver y creer*, y *La eleccion por la virtud* con el de *El hijo de la piedra*; Velez de Guevara la *Romera de Santiago*, *La Montañesa de Asturias* y otras; Zárate la de *Palabras y plumas en Quien habla mas obra menos*; Monroy *El Aquiles* en *El caballero dama*; Zamora y otros, nacionales y extranjerros, adoptando la famosa creacion de *El burlador de Sevilla y Convidado de piedra*, no solo parece que se conjuraron todos á desposeer de su legitimo caudal al padre Tellez, sino que mejorando las mas veces el artificio de sus argumentos, hicieron olvidar su primitivo autor, que es lo que, segun decia Voltaire, equivale á robar y matar.

Y tanto lo consiguieron, que en el trascurso de casi dos siglos apareció el respetable nombre de Tirso de Molina envuelto en la mas densa niebla, y sus obras dramáticas absolutamente desterradas de la escena y aun desconocidas de los criticos eruditos.—De las circunstancias de su vida solo llegó á estamparse la presuncion de que fué natural de Madrid (así lo afirman Montalvan en su *Para-todos*, Baena en sus *Hijos ilustres de esta villa*, y se infiere además claramente de su propio testimonio), y que pudo nacer hácia 1570; que escribió en su primera edad (segun su sobrino, don Francisco Lúcas Avila, editor de sus obras) hasta cuatrocientas comedias, y que hácia 1620 ó antes profesó en la órden religiosa de la Merced calzada, en la cual fué presentado y maestro en teología, predicador

(1) Véase los que le tributa Lope de Vega en el prefacio de la obra de Tirso titulada *Los cigarrales de Toledo*, y los versos que le consignó en su *Laurel de Apolo*, así como la dedicatoria que le hace de su comedia titulada *La Angido verdadero*; igualmente la expresiva aproba-

cion de Calderon, estampada al frente de la quinta parte de las comedias de Tirso, y las entusiastas expresiones con que Montalvan le califica en su *Para-todos*, al colocarle entre los grandes ingenios matritenses.

de mucha fama, coronista general de la misma, definidor de Castilla la Vieja, y por último, que en 29 de setiembre de 1645 fué elegido comendador del convento de Soria, donde se cree que murió en febrero de 1648.—De sus celebradas obras dramáticas (cuyo número queda arriba dicho), solo han llegado hasta nosotros los cinco tomos ó partes publicadas en vida del autor por su sobrino, desde 1616 á 1636, las cuales contienen cincuenta y nueve comedias, y los entremeses, que con las tres comprendidas en el libro titulado *Los cigarrales de Toledo*, y otras, impresas sueltas ó en la *Coleccion de varios*, conocida por *Las partes*, componen un total de setenta y ocho á ochenta comedias, que son las que se expresan en el *Catálogo* que va á continuacion.—Tambien se encuentra, aunque raro, el citado libro de *Los cigarrales*, y otro de novelas y de versos con el título de *Deleitar aprovechando*; la historia ó *Crónica de la órden de la Merced*, que tambien escribió, y se conservaba manuscrita en la biblioteca del convento de Madrid, ahora en la de la Real Academia de la Historia.—En dicho convento debian obrar tambien otros escritos y noticias del padre Tellez; pero supe entonces que el reverendísimo padre Martinez, general que fué de dicha órden hácia 1828, y posteriormente obispo de Málaga, tenia escritos unos apuntes de la vida de aquel insigne autor, y sin duda recogió al efecto todos los datos que pudo haber á la mano.—Con la muerte del padre Martinez todo se perdió despues, así como se habian perdido antes, en tiempo de la invasion francesa, los que debieron existir en el convento de Soria, los restos mortales y el retrato del padre Comendador.

De todos modos, y sea por la causa que se quiera, es lo cierto que el nombre y la memoria de Tirso y de sus obras permaneció mas de siglo y medio en tan completo olvido, que en vano se buscarian unidos á él trazas de popularidad, y ni aun siquiera de conocimiento de parte de los eruditos y críticos mas autorizados. Luzan, Montiano, Nasarre, los dos Moratines, Signorelli, Andrés, Butervek, Sismondí y todos los demás que han escrito de la historia de nuestro teatro en todo el pasado siglo y principios del actual, apenas le nombran, y se supone que le desconocieron completamente.—Huerta no comprendió una siquiera de sus comedias en su coleccion escogida del teatro español, y el público, en fin, que asistia al teatro y que sabia de memoria las relaciones del *Tetrarca* y de *La vida es sueño*, de Calderon; del *Desden* y del *Rico hombre*, de Moreto; del *García del Castañar*, de Rojas; de *La toquera vizcatna*, de Montalvan; de las *Mocedades del Cid*, de Guillem de Castro; del *Dómine Lucas* y *El hechizado por fuerza*, de Cañizares y Zamora, y que aplaudia con frenesí *El triunfo del Ave Marta* y los abortos dramáticos de Valladares, Zabala y Comella, ignoraba que entre aquellos primeros maestros de nuestro teatro existia otro que podia marchar á par de ellos, si no á su frente; que al través de aquellas magnificas joyas de nuestro Parnaso yacian injustamente olvidadas otras, no menos acreedoras á su favor, como *El vergonzoso en palacio*, *Marta la piadosa*, *Por el sótano y el torno*, *La villana de Vallecas* y *La gallega Mari-Hernandez*.

El sábio literato don Dionisio Solís fué, puede decirse, el que descubrió y reveló al público, á principios de este siglo, aquel ignorado tesoro. Retocando con maestría, hácia 1819, aquellas y otras muchas producciones de Tirso de Molina, y dándolas á la escena, donde por fortuna cayeron en manos de actores tan inteligentes como la Antera Baus y la Josefa Virg, Juan Carretero y Pedro Cubas, produjo en el concepto público una reaccion asombrosa en pro de aquel hasta entonces desdeñado autor.—El rey Fernando VII, asistiendo con una predileccion marcada á sus comedias, y especialmente á la de *Don Gil de las calzas verdes*, contribuyó, sin saberlo, á aquella solemne reparacion; y posteriormente los eruditos y celosos escritores don Agustín Duran, don Javier de Búrgos, don Alberto Lista y don Juan Eugenio Hartzenbusch, con muy apreciables trabajos (especialmente este último en las dos colecciones de *comedias escogidas de Tirso*, hechas en estos últimos años bajo su exquisita diligencia), han analizado y discutido concienzuda y discretamente el gran mérito de tan insigne autor, y por resultado de aquellos trabajos (á que con nuestra notoria inferioridad tuvimos el gusto de asociarnos), y á consecuencia de aquella solemne reparacion en nuestra escena, la fama de Tirso de Molina está hoy sólidamente asegurada, y su ilustre nombre colocado en nuestro Parnaso á par de los de Lope y Calderon (1).

(1) En 1826 el autor de estos apuntes y coleccion refundió é hizo representar las comedias de *Amar por señas*, *La dama del olivar* y *Ventura te dé Dios, hijo*, de Tirso; en 1837 leyó un discurso crítico sobre este autor en el Ateneo de Madrid, y en 1848 publicó un libro titu-

lado *Tirso de Molina, cuentos, fábulas, descripciones, diálogos, máximas y apotegmas, epigramas y dichos agudos, escogidos en sus obras*, con un discurso crítico, por don Ramon Mesonero Romanos.

## DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, uno de los seis grandes nombres del teatro del siglo xvii, á pesar del relevante mérito de sus composiciones dramáticas, y acaso por su misma correccion y filosofía, que hoy las enaltecen á los ojos de la critica sensata, no alcanzó de sus contemporáneos gran favor y simpatía, antes bien fué victima de un encono tan profundo como inmerecido, segun lo demuestran los infinitos epigramas y sátiras de todos los poetas de la época contra Ruiz de Alarcon, que aun se conservan para mayor gloria suya y descrédito de sus émulos. Acaso sus sucesores le hubieran continuado en tan injusto olvido ó apreciacion, á no ser por el gran Corneille, que, imitando, ó mas bien traduciendo, la preciosa comedia de *La verdad sospechosa* (*Le menteur*), reveló á los criticos españoles y extranjeros, entre ellos el mismo Voltaire, la importancia y valor de nuestro Ruiz de Alarcon como autor filósofo, ingenioso y correcto.

De todas estas dotes características suyas hizo alarde este autor singular, en contraposicion á los grandes extravios de sus contemporáneos y rivales. Todas sus comedias respiran una intencion moral (cosa tan rara entre nuestros primeros dramáticos), todas se distinguen por una admirable economía y sencillez en la accion, sin dejar por eso de ser en extremo interesantes; y todas van engalanadas con una pureza tal del lenguaje, con una correccion tan esmerada del estilo, que en este punto ninguno le aventaja, y pocos, muy pocos, y en contadas ocasiones, le igualan.

Dos partes ó tomos se publicaron de Alarcon, la primera en Madrid en 1628, y la segunda en Barcelona en 1654. En el prólogo de ésta última se queja el autor de que algunas de sus producciones habian sido atribuidas á otros autores, y lo expresa con una sencillez y mansedumbre dignas de la mayor alabanza. « Sabed (dice al lector) que las ocho comedias de mi primera parte y las doce de esta segunda son todas mias, aunque algunas han sido plumas de otras cornejas, como son: *El tejedor de Segovia*, *La verdad sospechosa*, *El exámen de maridos*, y otras que andan impresas por de otros dueños; culpa de los impresores, que les dan los que les parece, no de los autores á quien les han atribuido, cuyo mayor descuido luce mas que mi mayor cuidado; y así, he querido declarar esto mas por su honra que por la mia; que no es justo que padezca su fama notas de ignorancia, etc. » — Es á cuanto puede llegar la modestia en boca del autor de aquellas tres admirables comedias de *Las paredes oyen*, *Ganar amigos* y *La prueba de las promesas*, que el señor Lista no duda en comparar á las mejores obras de Terencio.

« Las comedias de Alarcon (dice aquel eminente poeta y crítico) son todas originales, ya en cuanto á los argumentos, ya en cuanto á las situaciones. Leyendo á Moreto nos acordamos de Lope y de Tirso, aunque mejorados; Calderon se copió muchas veces á sí mismo; Alarcon no copia á nadie ni se repite. Sus situaciones son siempre nuevas, lo que parecia imposible despues de las mil ochocientas comedias de Lope de Vega. Sus recursos dramáticos están bien graduados y en proporcion con las situaciones; su diálogo es vivo, interesante, lleno de gracias y de respuestas inesperadas en las situaciones cómicas y de emociones terribles en las trágicas. » Y en otra parte dice: « Calderon le excedió en la fuerza poética y en el arte de anudar y desenlazar la accion, Lope en la ternura, Tirso en la malignidad, Moreto en la sal cómica, Rojas en las situaciones trágicas. A todos los demás es superior en estas dotes, y á los colosos que van nombrados, en la correccion sostenida de la frase. El gusto de Alarcon estaba mas exento de vicios, aunque su ingenio no fuese tan fecundo en bellezas. »

A pesar de tan singular mérito, Alarcon fué envuelto en la proscripcion injusta y apasionada que el siglo xviii, bajo la enseña de la escuela clásica, lanzó contra todo nuestro teatro nacional. — Y es lo singular que mientras aquella misma intolerante escuela aplaudia con entusiasmo y señalaba como la primera produccion cómica del teatro francés *Le menteur*, de Corneille, y que nuestros serviles traductores la vestian á la española en ridículos traslados, unos y otros ignoraban, ó afectaban ignorar, el original, confesado por el mismo Corneille, de aquella admirable pieza *La verdad sospechosa*, de nuestro Alarcon.

Los actuales críticos, mas justos ó mas instruidos, han rehabilitado en el concepto público la memoria de este y otros de nuestros insignes autores del siglo xvii, y colocado su nombre en el mismo templo y á la misma altura que los de Lope, Calderon, Tirso, Rojas y Moreto. — Las mejores comedias de Alarcon han vuelto á brillar en la escena y á recibir el homenaje de aplauso que

tan bien merecen, la prensa ha vuelto á reproducirlas, y la critica á analizarlas con mas justicia por cierto que sus ingratos contemporáneos.

Por fortuna de la gloria nacional, se ha salvado el precioso tesoro de su repertorio, y podido reimprimirse en nuestra BIBLIOTECA, íntegro, á causa de su número, limitado comparativamente con los de los demás padres de la escena española (1).

No sucede lo mismo con las noticias biográficas del distinguido Alarcon, pues la incuria de sus contemporáneos y su propia modestia nos han dejado tan á oscuras de ellas, que solo hallamos en las escasas líneas que le consagra don Nicolás Antonio que nació en Méjico, aunque oriundo de España; en comprobacion de lo cual, el señor Ochoa, en su *Tesoro del teatro español*, impreso en Paris en 1858, añade una cita de Baltasar Medina, en su *Crónica de la provincia de San Diego de Méjico, de religiosos descatzos de san Francisco*, impresa en aquella capital en 1682, en cuyo fóllo 251 dice positivamente «que Alarcon nació en Tasco ó Tachico, provincia de Méjico, de una familia oriunda de la pequeña villa de Alarcon, provincia y obispado de Cuenca, partido de San Clemente. Probablemente (y esto es una presuncion mia) seria de la misma familia del virtuoso sacerdote don Juan Pacheco de Alarcon, que fué hijo de don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza y de doña María de Peñaloza, señores de Buenache, en la misma provincia de Cuenca, y fundó en 1609 el convento de religiosas mercenarias, que aun lleva su nombre, en Madrid, calles de Valverde y de la Puebla. Acaso nuestro poeta seria hijo suyo, pues se sabe que estuvo casado antes de ser sacerdote, y que murió en 1616, siendo enterrado en el mismo convento de su fundacion.—De esta manera explicamos la absoluta identidad de nombres, apellidos y oriundez del señor de Buenache con el autor don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, que hoy nos ocupa. Por lo demás, solo sabemos de su vida que fué abogado y relator del consejo de Indias; que tan privilegiada como fué su alma en dotes de ilustracion y virtud, fué desairada su persona, raquítica y corcovada, que los insulsos é infames epigramas de sus contemporáneos hicieron célebre; por último, que falleció en 4 de agosto de 1659, en Madrid, en la calle de las Urosas, siendo enterrado, como Lope de Vega, en la parroquia de San Sebastian.

Aunque don Pedro Calderon, que nació en el primer año del siglo xvii, empezó á escribir muy jóven para el teatro, y alcanzó todavía una parte del período de Lope, aparece, sin embargo, á la cabeza de otro distinto, especialmente desde que á la muerte de este, en 1655, empuñó su dignísimo sucesor el cetro de la escena patria, y modificando con su gran talento el carácter y estilo que aquel la imprimiera, logró avasallar por otros caminos el gusto del público durante todo el resto del gran siglo. A su lado figuraron en primera linea don Francisco de Rojas y don Agustín Moreto, y aunque algo mas apartados, una multitud de autores muy apreciables y dignos, como Solís, Cubillo, Matos, Leiva, Monroy, Cáncer, Villaviciosa, Martínez, Figueroa, Zárate, Hoz y Mota, Calleja, Diamante, Salazar y otros muchos hasta Cándamo, Zamora y Cañizares, últimos destellos de aquel sol luminoso. Este período *calderoniano* es el que, con el título de *Dramáticos posteriores á Lope de Vega*, me propongo trazar en los dos tomos siguientes.

R. DE M. R.

RECTIFICACION.—Mi conciencia literaria me obliga á hacer aquí una rectificacion. Tratando mas arriba de Belmonte Bermudez y de la comedia titulada *El principe perseguido*, atribuí á este su segunda jornada, y por consecuencia el interesante trozo que de ella trasladé, en que he creído descubrir siempre el gusto y frase del autor del *Diablo predicador*; pero posteriormente, é impreso ya aquel pliego, he tenido que renunciar á dicha creencia, por haber tropezado en la biblioteca del excelentísimo señor duque de Osuna (precioso depósito donde ha de acudir todo el que intente investigar la historia de nuestro teatro) con el original autógrafo de dicha comedia, con las censuras para su impresion. En él está escrita la *primera jornada* de mano del mismo Bermudez, la *segunda de letra de Moreto*, y la tercera de don Antonio Martínez. Es pues de Moreto, y no de Belmonte, la donosa pintura de la vida frailesca:

Dices bien, que es purgatorio, etc.

(1) Véase el tomo xx.



# CATÁLOGO CRONOLÓGICO

DE LOS AUTORES DRAMÁTICOS DESDE LOPE DE VEGA Á CAÑIZARES,

Y ALFABÉTICO

DE LAS COMEDIAS DE CADA UNO.

## INTRODUCCION.

SEGUN ofrecí en el *Discurso* que precede al tomo anterior, he formado el presente *Catálogo* del teatro antiguo, apellidado del siglo XVII, por autores ó repertorios, guardando en su colocacion, en cuanto es posible, el órden cronológico. Su primera parte, comprensiva del período correspondiente á *Lope de Vega y sus contemporáneos* hasta 1635, en que falleció, va á continuacion; la segunda parte, ó sea los autores *posteriores á Lope*, desde Calderon hasta Cañizares (1740), irá en el tomo siguiente, primero de los dedicados á ellos, y tercero de esta coleccion. Para el cuarto y último de ella preparo el *Catálogo general, por títulos de comedias*, de todo el teatro antiguo comprendido en ambos períodos.

Para formar estos catálogos (trabajo muy enojoso, difícil y sin gloria alguna) he tenido á la vista y cotejado escrupulosamente todos los anteriores, impresos y manuscritos, que existen, ó por lo menos, que han llegado á mi noticia; he procurado rectificar con esmero su contenido, aumentarlos considerablemente por un lado, con presencia de los muchos datos, libros y bibliotecas que conozco (inclusa mi abundosa coleccion, que cuenta por lo menos las dos terceras partes de las comedias comprendidas en ellos); descartarlos por otro de las que propiamente no pertenecieron á aquella época ni escuela dramática; expresar y hacer referencias de los distintos títulos con que muchas de ellas aparecen como diversas, no siendo mas que una, é investigar hasta donde me ha sido posible cuál pertenece á cada autor y cuál le fué falsamente atribuida por los impresores y libreros. Todo ello en cuanto lo permiten ya el trascurso del tiempo y el descuido y ligereza de los que me precedieron en este improbo trabajo. Esto no obsta para reconocer que este (tal cual sea) es hijo legitimo de los suyos, y que no hubiera podido nunca hacerle si aquellos y la crítica moderna no me hubieran facilitado el camino. Dichos catálogos generales, que he tenido á la vista, son los siguientes:

1.º Índice formado por don Juan Isidro Fajardo en 1716, que se conserva inédito y MS., en fólío, en la Biblioteca Nacional (cuya copia exacta poseo, hecha, *confrontada y firmada* por el célebre bibliófilo don Bartolomé José Gallardo). Denominase *Títulos de todas las comedias que en verso español y portugués se han impreso hasta el año de 1716; están recogidas por una curiosidad diligente, que ha procurado reconocer todos los libros y bibliotecas donde se ha podido hallar la noticia, y si faltaren algunas comedias, será por no haberlas hallado en ellas.*

2.º *Índice general alfabético de todos los títulos de comedias escritas por varios autores antiguos y modernos, y de los autos sacramentales y alegóricos, etc.*, por los herederos de Francisco Medel del Castillo, mercader de libros; impreso y publicado en Madrid, 1735, en un tomo en 4.º (hoy muy raro).

3.º *Catálogo alfabético de las comedias, tragedias, autos, zarzuelas, entremeses y otras obras correspondientes al teatro español*, por don Vicente García de la Huerta; un tomo en 8.º, impreso en 1785 (hoy ya escaso).

4.º *Catálogo de piezas dramáticas publicadas en España durante el siglo XVII, y autores que las escribieron.* El original de este catálogo, escrito todo de mano de su autor, don Leandro Fer-

nandez de Moratin, existe inédito, en folio, con otros manuscritos suyos, en la Biblioteca Nacional, habiendo yo sacado una copia exacta de él, para tenerla á la vista, en 1837.

5.º *Lista de las obras dramáticas de los autores valencianos*, que inserta don Luis Lamarca en su opúsculo titulado *El teatro de Valencia*, impreso en aquella ciudad en 1840.

6.º *Los catálogos de comedias que se hallaban venales en las librerías de Sancha, Bailo y viuda de Quiroga, etc.*; impresos en los primeros años del siglo actual.

7.º Otro *Índice ó catálogo general de piezas dramáticas antiguas y modernas, originales y traducidas, desde el principio de nuestro teatro hasta estos años últimos (1851)*, que tenía para su uso don Joaquin Arteaga, aficionado curioso, y hoy existe MS., en un tomo en folio muy voluminoso, en la misma Biblioteca Nacional.

De todos estos catálogos, apreciables sin duda, pero que adolecen respectivamente de graves defectos é inconvenientes, diré lo que me parece.

El primero en el orden de antigüedad (el mas apreciable por esto y por la circunstancia de comprender la noticia del lugar de impresion de cada comedia y de la coleccion ó libro en que puede hallarse) tiene tambien la ventaja de concluir precisamente donde puede decirse que concluyó tambien el teatro antiguo (1716), y no comprender, por lo tanto, mas que el período que debe. Está redactado por el erudito y laborioso don Juan Isidro Fajardo, conocido en la república literaria por diversos escritos (entre otros, por la *Historia de Felipe III*, publicada con el nombre de don Juan Yañez), el cual para formarle tuvo sin duda á la vista los muchos libros y colecciones que cita; pero, como la aficion á estas investigaciones literarias no estaba tan adelantada como en el dia, se dejó absolutamente llevar de las aseveraciones de los impresores y libreros del siglo xvii, señaló como de Lope, Calderon, Alarcon, Tirso, Moreto, Montalvan y demás autores principales, todas las comedias que á aquellos plugo adjudicarles (sin tener presentes las quejas, protestas y reclamaciones con que ellos mismos rechazaron muchas en su tiempo), les despojó de otras notoriamente suyas, para señalarlas como anónimas ó de diversas procedencias, y siguió, en fin, en un todo las absurdas apreciaciones de los editores de Madrid, Valencia, Barcelona, Zaragoza, etc., que, ganosos de interés material, y poco escrupulosos respecto á la fama de los autores mas favoritos del público, hicieron granjeria de sus nombres, imprimiendo con ellos todas las comedias que les venian á la mano, ya sueltas, ya en colecciones mas ó menos indigestas y extravagantes; alterando, duplicando no menos extrañamente sus títulos, y sin cuidar para nada de la correccion del texto. Por último, como Fajardo fué, puede decirse, el primero que se dedicó á esta ingrata tarea, su catálogo es tan escaso, que apenas comprende *la mitad* de las comedias impresas y que ya entonces pudieron serle conocidas, y además en su redaccion material descuidó tambien seguir rigurosamente el orden alfabético, con lo que producé gran confusion y desagrado.

El segundo de los catálogos citados, ó sea el de los herederos del librero Medel, impreso en 1755, es mas abundante que el de Fajardo, pero adolece de los mismos errores de autores y títulos y de las propias faltas ortográficas; mas nadie podría negarles sin injusticia á aquellos libreros que cuando publicaron, fiados en sus propias fuerzas y guiados únicamente por su práctica mercantil, aquel curioso catálogo, echaron, acaso sin saberlo, la base y cimientos sobre que necesariamente habian de reposar todos los de esta materia que se intentaran despues.

Don Vicente Garcia de la Huerta ya lo confesó así, aunque con notable ingratitud é injusticia, pues aprovechando y utilizando absolutamente dicho trabajo, publicó su catálogo en 1785; en su introduccion manifiesta que no conociendo el de Fajardo, lo formaba sobre el de los herederos de Medel; pero, exagerando los defectos de este (que luego traslada integros), dice que *le aumenta considerablemente*, le rectifica y corrige; mas es lo cierto que, cotejado uno y otro, se ve que el arrogante y orgulloso literato Huerta se hizo una pura ilusion en cuanto al aumento, pues á no ser las piezas del teatro moderno (empezando por las suyas), que indebidamente incluyó en él, no añadió ninguna de las del antiguo repertorio que no señalase ya Medel, y en cuanto á los errores de este, los sigue paso á paso en los títulos, en las repeticiones, en la designacion apócrifa de autores, y hasta en las faltas ortográficas, añadiendo él otras por su parte, tal como la de escribir *Hespaña* y *Hespañoles* y otras. Sin embargo, este catálogo, que, además de todos aquellos inconvenientes, tiene el capital de mezclar indistintamente ambos repertorios, antiguo y moderno, es el único hoy conocido y el que ha servido de *cicerone* á todos los estudiosos de la historia de *nuestro teatro*.

El índice formado por Moratin, que se conserva inédito (y del que no tuve noticia hasta el año próximo anterior), está también calcado absolutamente sobre el de Huerta, único que acaso tuvo á la vista su ilustrado autor, por haberlo escrito ya en Francia durante su emigración; si bien está hecho con método diferente y por autores, con objeto de llenar el gran vacío que el mismo Moratin parecía haber dejado de intento entre sus dos trabajos anteriores análogos, el primero, que tituló *Orígenes del teatro español*, desde Juan de la Encina hasta Lope de Vega; y el segundo, inserto al frente de sus obras literarias, y que se compone de una lista de los autores y comedias durante el siglo xviii y parte del actual. Pero, además de que, repito, siguió demasiado confiadamente las equivocadas apreciaciones de Huerta y los libreros en cuanto á los títulos y repertorio de cada autor, no añadió otros que pudo conocer, no rectificó las repetidas con diversos títulos, y tuvo la extraña idea de mezclar con los de las comedias los de los bailes, loas, entremeses y demás atribuidos á cada uno, con que hizo mas confuso este trabajo, poco digno por cierto de su buen gusto y conciencia literaria. Sin embargo, su concimiento me hubiera ahorrado mucho trabajo cuando, hace algunos años, emprendi formar este catálogo, que en gran parte publiqué en 1851, 1852 y 1855. (Véase *Semanario pintoresco español* de dichos años.)

La copiosa lista formada por el señor Arteaga sería muy apreciable por su abundancia y buen método alfabético, si no comprendiera también las piezas modernas, originales y traducidas, hasta los presentes días, que, por su indole, forma y época, forman repertorio especial.

Sobre la base de todos estos catálogos, cotejándolos unos con otros, rectificándolos y aumentándolos con los nuevos datos, hijos de la erudición y de la crítica moderna; dándoles un orden cronológico, en lo posible, por autores ó repertorios, y contrayéndoles, en fin, á la verdadera época del teatro español, que inauguró, puede decirse, Lope de Vega en la penúltima década del siglo xvi, y que espiró en manos de Cañizares bien entrado ya el xviii, creo prestar un servicio á las letras, atreviéndome á presentar este imperfecto trabajo. Si no completo (porque esto lo hace ya imposible el trascurso del tiempo y su misma inmensidad), no dudó asegurar es superior en copia, exactitud y buen orden á los anteriores, y da una idea aproximada del inmenso repertorio del teatro del siglo xvii, tan diverso en su indole y forma del primitivo y rudo desde Juan de la Encina hasta Cervantes, que describió Moratin en sus *Orígenes*, como del bastardo y chanflon de los Comellas y Zabalas, que enterró el mismo Inarco Celenio en los primeros años del actual; cuando, guiado por las rígidas prescripciones del arte clásico y del gusto moderno, por las doctrinas y ejemplos de los Luzanes, Montianos, Iriartes y el mismo Moratin padre, se apoderó de nuestra escena el ilustre autor del *Si de las niñas* y de *La Mojigata*, y despojando á la musa cómica de la casaca y peluca francesa del gran Molière, la vistió airosamente (según su gráfica expresión) *de basquiña y mantilla*, como ya en su tiempo lo hicieron *de capa y espada* nuestros insignes dramáticos; la regeneró, nacionalizó y llevó á su mas alto grado de esplendor y simpatía, fundando el teatro español del siglo xix, que, si no en originalidad, grandeza poética y halagüeña lozania, aventaja sin duda alguna en gusto dramático, juicio y filosofía al de Lope y Calderon.

R. DE M. R.



# CATALOGO CRONOLÓGICO

DE LOS AUTORES DRAMÁTICOS, Y ALFABÉTICO DE LAS COMEDIAS DE CADA UNO.

## PARTE PRIMERA.

DESDE LOPE DE VEGA Á CALDERON (1588-1635).

### Frey Lope de Vega Carpio (1).

Abanillo.	Agraviado leal. — Firmeza en la desdicha.	Amar como se ha de amar.
Abderite.	Agravio dichoso. — Locura por la honra.	Amar por burla.
Abindarraez y Narvaez. — Remedio en la desdicha.	Alcaide de Madrid.	Amar por ver amar. — Perro del Hortalano.
Acero de Madrid.	Alcalde mayor.	Amar, servir y esperar.
Acertar errando. — Embajador fingido.	Alcázar de Consuegra.	Amar sin saber á quién.
Achaques de honor.	Alfonso el Afortunado.	Amatilde.
Achaque quieren las cosas.	Almenas de Toro.	Amazonas. — Mujeres sin hombres.
Acreeedores del hombre (auto).	Al pasar el arroyo.	Amete de Toledo.
Adónis y Vénus.	Allá darás, rayo.	Amigo hasta la muerte.
Adúltera perdonada (auto).	Amante agradecido.	Amigo por fuerza.
Adversa fortuna del infante don Fernando de Portugal.	Amante al uso. — Ilustre fregona.	Amigos enojados. — Amistad mas verdadera.
Africano cruel.	Amantes sin amor.	Amistad pagada.

(1) La fecundidad asombrosa del padre de nuestra escena, *Lope de Vega Carpio*, produjo tan considerable número de obras dramáticas, que, no solo perjudicó á su misma perfeccion, sino que no pudieron ser todas impresas, razon por la cual no ha llegado hasta nosotros ni siquiera noticia de la mayor parte de ellas. Aunque rebajemos mucho del cálculo de Montalvan, que afirma fueron *mil ochocientas comedias y cuatrocientos autos sacramentales* las obras dramáticas de Lope, todavia sabemos por confesion del mismo en diversas partes de sus escritos, que desde la edad de once años hasta la de setenta llevaba escritas *mil y quinientas comedias*, sin contar los autos sacramentales, y el prodigioso número de obras en verso y prosa que todo el mundo conoce.

La mayor parte, sin embargo, de las piezas de teatro que brotaban casi diariamente de la pluma de aquel prodigio de naturaleza, se perdieron en las carteras de los comediantes, sin alcanzar los honores de la imprenta y sin que su mismo autor supiera darse razon de ellas. Al frente de la obra titulada *El peregrino en su patria*, impresa en 1604, insertó una lista de las que recordaba, y que ascendian hasta entonces á unas doscientas setenta, aunque varias están repetidas. Mas adelante, en 1624, en el prefacio de la parte xxii de sus comedias asegura que llevaba escritas *mil setenta*, y por último, en 1632, al final de *La moza de cántaro*, dice expresamente que era ya *mil y quinientas* el número de ellas.

Durante muchos años, los libreros de Madrid, Valencia, Barcelona, Zaragoza, Lisboa, Nápoles, Ambéres y Brusélas estuvieron en plena posesion de especular con el nombre de Lope, publicando, ya sueltas, ya en tomos, infinidad de comedias, unas en efecto suyas, otras atribuidas falsamente, y todas sin su noticia y con la mayor incorreccion, de que se quejó repetidas veces, y señaladamente en el prefacio ó prólogo á dicha obra *El peregrino*, hasta que, amostazado de tanto desman hecho á su fama é intereses, empezó él mismo á publicar la coleccion de sus comedias, dando á luz la primera parte ó tomo en Madrid ó Valencia (1604), y continuó publicando hasta su muerte, en estos términos: Parte primera, Madrid, 1604, reimpressa en el mismo año en Valencia, Zaragoza, y en 1609 en Valladolid y Ambéres. — Parte ii, Madrid, Valladolid, 1611. — Parte iii, Barcelona, Brusélas, 1611. (La verdadera parte iii, que debió imprimirse en Madrid en 1615, se perdió, y se ha sustituido en las colecciones por otra, titulada *Parte tercera de comedias de Lope de Vega y otras autores*, en que solo hay dos de este, la de la *Noche toledana* y la del *Santo negro Rosambuco*, siendo todas las demás de autores que vivian, y van con sus nombres al frente, segun mas por menor exprese en el discurso y nota que encabeza el tomo anterior de esta coleccion.) — Parte iv, Madrid, Pamplona, 1614. — Parte v. Debíó imprimirse en 1615, y se perdió tambien, sustituyéndola por otra titulada *Flor de las comedias de España de diferentes autores*, parte v, recopilada por Francisco Lúcas Avila, Madrid, 1615, y Barcelona, 1616. En este tomo no hay de Lope mas que la primera comedia, titulada *El ejemplo de desdichas y prueba de la paciéncia*. Las demás son de otros autores, con sus nombres al frente, segun exprese tambien en dicho discurso del tomo anterior. — Parte vi, Madrid, 1616. — Parte vii, id., 1617. — Parte viii, id., 1617. — Parte ix, id., 1617. — Parte x, id., 1618. — Parte xi, id., 1618. — Parte xii, id., 1619. — Parte xiii, id., 1620. — Parte xiv, id., 1620. — Parte xv, id., 1621. — Parte xvi, id., 1622. — Parte xvii, id., 1622. — Parte xviii, id., 1623. — Parte xix, id., 1623. — Parte xx, id., 1623. — Parte xxi, id., 1625. — Parte xxii, id., 1635. — Otra parte xxii distinta, Zaragoza, 1630. — Parte xxiii, Madrid, 1638. — Parte xxiv, id., 1639. — Otra parte xxiv distinta, Zaragoza, 1632. — Otra parte xxiv, id., Barcelona, 1641. — Parte xxv, Zaragoza, 1647. — Parte xxvi, id., 1645. — Parte xxvii, Barcelona, 1635. — Parte xxviii, Zaragoza, 1639.

Generalmente solo se consideran auténticas y forman coleccion las veinte y cinco partes publicadas en Madrid,

Amistad y obligacion.—Lucha de amor y amistad.  
 Amor bandolero.  
 Amor constante.—Verdadero amor.  
 Amor con vista. (MS. *autógrafo*, en la biblioteca del excelentísimo señor duque de Osuna.)  
 Amor desatinado.  
 Amor enamorado.  
 Amores de Carlos.—Palacios de Galiana.  
 Amores de Narciso.  
 Amor invencionero.—Burlas veras.  
 Amor, pleito y desafío. (Es la misma que Ganar amigos, de Alarcón.)  
 Amor premiado.—Poder vencido.  
 Amor secreto hasta celos.  
 Amor soldado.  
 Angélica en el Catay.  
 Animal de Hungría.  
 Animal profeta, san Julian.—Dichoso parricida. (Creo sea de *Mira de Mesua*.)  
 Antonio Roca.  
 Anzuelo de Fenisa.  
 Arauco domado.  
 Arcadia.  
 Arenal de Sevilla.  
 Argelán, rey de Alcalá.—Padrino desposado.  
 Argel fingido y renegado de amor.  
 Aristeia.—Tragedia de Aristeia.  
 Arminda celosa.  
 Arrogante español.—Caballero del Milagro.  
 Asalto de Matrique.  
 Ascendencia de los maestros de Santiago.—Sol parado.  
 Asturianas famosas.  
 Atalantas.  
 Aventuras de don Juan de Alarcos.  
 Aventuras del hombre (*auto*).  
 Audiencias del rey don Pedro.  
 Ave Maria y Rosario de nuestra Señora (*auto*).  
 Ausente en el lugar.  
 Balahan y Josafat.—Dos soldados de Cristo.  
 Baldovinos y Carloto.—Marqués de Mántua.  
 Bandos de Sena.

Bárbaro gallardo.  
 Basilea.  
 Bastardo Mudarra.—Siete infantes de Lara.  
 Batalla de dos.  
 Batalla de Lepanto ó batalla naval.  
 Batalla del honor. (MS. *autógrafo*, señor Olózaga.)  
 Batuecas del duque de Alba.  
 Bautismo del rey de Marruecos.—Tragedia del rey don Sebastian.  
 Belardo furioso.  
 Bella Andromeda.  
 Bella Aurora.  
 Bella gitana.  
 Bella malmaridada.  
 Benavides.  
 Biezas.  
 Bizarrias de Belisa.—Melindres de Belisa.  
 Blason de los Chaves de Villalva.  
 Boba discreta.—Dama boba.  
 Boba para los otros y discreta para sí.  
 Bobo del colegio.  
 Boda entre dos maridos.  
 Bohemia convertida.—Hijo piadoso.  
 Bosque amoroso.  
 Brasil restituído. (MS., señor Duran.)  
 Buen agradecimiento.  
 Buena guarda.—Encomienda bien guardada. (MS. *autógrafo*, señor marqués de Pidal.)  
 Buen vecino.  
 Burgalesa de Lerma.  
 Burlas veras.—Amor invencionero.  
 Burlas de amor.  
 Burlas y enredos de Benito.  
 Burla vengada.—Niña de plata.—Cortés galán.  
 Caballero de Illescás.  
 Caballero de Olmedo.  
 Caballero del Milagro.—Arrogante español.  
 Caballero mudo.  
 Caballero de San Juan.—Pérdida honrosa.  
 Caballero del Sacramento.  
 Cadena.  
 Campana de Aragon.  
 Cantares (*auto*).  
 Capellan de la Virgen, san Ildefonso.

Capitan Belisario.—Ejemplo de mayor desdicha. (Creo sea de *Mira de Mesua*.)  
 Capitan Diego de Paredes.  
 Capitan Juan de Urbina.  
 Capuchino escocés y condesa perseguida.  
 Carbajales.—Inocente sangre.  
 Carbonera.  
 Cárcel de amor (*auto*).  
 Cardenal de Belen.—San Jerónimo.  
 Carlos el perseguido.—Perseguido.  
 Carlos V en Francia. (MS. *autógrafo*, señor Olózaga.)  
 Casamiento dos veces.  
 Casamiento en la muerte.—Hechos de Bernardo del Carpio.  
 Casamiento por Cristo.—Santa Justa.  
 Casta Penélope.—Penélope.  
 Castelvis y Monsalves.  
 Castigo del discreto.  
 Castigo sin venganza.—Cuando Lope quiere, quiere.  
 Castros y Andradas.—Desdichas de Estefania.  
 Catalan valeroso.—Gallardo catalan.  
 Cautivo coronado.—Leon apostólico.  
 Cautivos de Argel.  
 Celos de Carrizales. (Segunda parte del Celoso extremeño.)  
 Celoso de sí mismo.—Los Jacintos.  
 Celoso extremeño.  
 Celos satisfechos.  
 Celos de Rodamonte.  
 Celos sin ocasion.  
 Cerco de Madrid.  
 Cerco de Oran.  
 Cerco de Santa Fe.—Hazaña de Garcilaso de la Vega.  
 Cerco de Toledo.  
 Cerco de Túnez por Carlos V.  
 Cerco de Viena.  
 Cierto por lo dudoso.—Mujer firme.  
 Circe angélica.  
 Cirujano.  
 Comendador de Ocaña.—Peribañez.  
 Comendadores de Córdoba.—Honor desagraviado.  
 Cómo se engañan los ojos.—Nadie fie en lo que ve.—Engaño en el auñillo.  
 Cómo se vengan los nobles.  
 Competencia engañada.

y el tomo de *La vega del Parnaso*, póstumo; y por apócrifas, extravagantes ó pegadizas, las de Zaragoza y Barcelona, si bien en ellas hay muchas comedias notoriamente de Lope y de las veinte y cinco partes de Madrid hay que rebajar las dos ya dichas III y V, que sin duda se perdieron absolutamente, y fueron sustituidas por otros tomos de varios. Equivocacion grosera que autorizó don Nicolás Antonio en la lista que insertó de dicha coleccion, y que, sin embargo, es comun á todos los ejemplares que existen de ella, ó por lo menos á los que conozco. Estos son: el de la Biblioteca Nacional (falto de un tomo), el de la Academia Española (incompleto), el de la Universidad Central y el del señor don Agustín Duran en Madrid, y el de la biblioteca arzobispal de Toledo.

Fuera de esta rarísima coleccion, que comprende unas trescientas (aunque se incorpore á ella el tomo titulado *Vega del Parnaso*, impreso en Madrid en 1657, que contiene ocho comedias), hay de Lope otras varias en las dos abundosas colecciones de *diferentes autores*, una llamada la *antigua* ó de fuera de Madrid, impresa en Zaragoza, Barcelona, Alcalá y otras ciudades desde 1616 á 1632, y que se supone constar de cuarenta y cuatro partes ó tomos (aunque no han llegado á nuestros dias mas que siete ú ocho), y la otra *Coleccion de comedias escogidas de los mejores ingenios de España*, publicada en Madrid desde 1632 á 1704, que comprende cuarenta y ocho partes ó tomos, y de que son también muy contados los ejemplares que existen completos.

De todas estas colecciones, de los tomos sueltos publicados también en el mismo siglo XVII con diferentes títulos, de las muchas sueltas, impresas y manuscritas, que se hallan en las bibliotecas públicas y particulares de Madrid, y de los índices ó catálogos generales de que queda hablado ya, he llegado á señalar unas setecientas comedias que pueden atribuirse con fiabilidad á Lope; suprimiendo de paso otras muchas, impresas bajo su nombre y notoriamente apócrifas, y tomando en cuenta los títulos repetidos, que señalo con referencias entre sí en todas las que he podido haber á las manos ó averiguar su duplicidad. Aun despues de todo, creo que habrá muchas inexactitudes que corregir, mucho que descartar, y sobre todo, mucho que añadir al colosal y desconocido repertorio del gran Lope; trabajo que aun puede decirse que está por hacer, y que por fortuna, acaso llegue pronto á verse realizado por la erudita, discreta y laboriosa investigacion del señor don Juan Eugenio Hartzenbusch, en el tomo IV de la coleccion escogida de aquel insigne ingenio, que trabaja para esta BIBLIOTECA.

- Competencia en los nobles.  
 Concepcion de nuestra Señora (*auto*).  
 Conde don Pedro Velez.  
 Conde don Tomás.  
 Conde Fernan Gonzalez. — Libertad de Castilla.  
 Condesa Matilde. — Resistencia honorada.  
 Conquista de Andalucía.  
 Conquista de Canarias. — Guanches de Tenerife.  
 Conquista de Cortés.  
 Conquista del Nuevo-Mundo. — Nuevo-Mundo descubierto por Colon.  
 Conquista de Tremecen.  
 Constancia de Arcelina.  
 Contra valor no hay desdicha. — Gran rey de Persia.  
 Con su pan se lo coma.  
 Corona merecida. — Corona de Hungría. (*MS.*, señor Duran.)  
 Corsario del alma (*auto*).  
 Cortesano en su aldea.  
 Cortesía de España.  
 Creacion del mundo. — Primera culpa del hombre.  
 Crueldades de Neron. — Neron cruel. — Roma abrasada.  
 Cuentas del Gran Capitan.  
 Cuervo en su casa.  
 Cuervo loco.
- Dama boba. (*MS. autógrafa, biblioteca de Osuna.*)  
 Dama comedador. — Mas pueden celos que amor.  
 Dama desagraviada.  
 Dama estudiante.  
 Dama melindrosa.  
 David perseguido. — Montes de Gelboé.  
 De corsario a corsario.  
 De donde diere.  
 Defensa en la verdad.  
 Degollado fingido.  
 Del mal lo menos.  
 Del monte sale quien el monte quema. (*MS. autógrafa, biblioteca de Osuna.*)  
 De lo que ha de ser. — Lo que ha de ser.  
 De Mazagatos.  
 De cuando acá nos vino.  
 Desconfiado.  
 Desden vengado. (*MS. autógrafa, biblioteca de Osuna.*)  
 Desdichada Estefania. — Hermosa aborrecida.  
 Desdichado.  
 Despenado.  
 Despertar á quien duerme.  
 Desposorio encubierto.  
 Despreciada querida. — Despreciar á quien ama. (*Creo es de Villegas.*)  
 Desprecio agradecido.  
 Destruccion de Constantinopla.  
 De un castigo tres venganzas.  
 Dicha del forastero. — La portuguesa.  
 Difunta pleiteada.  
 Di mentira, sacarás verdad.  
 Dineros son calidad.  
 Dios hace justicia á todos.  
 Dios hace reyes.  
 Discordia en los casados.  
 Discreta enamorada.  
 Discreta vengauza.  
 Divina vencedora.  
 Divino africano. — San Agustin.  
 Dèmine Lucas.  
 Donaires de Malico.  
 Don Alvaro de Lma. — Milagro por los celos.  
 Doncellas de Simancas.  
 Doncella Teodor.
- Doncella de Orleans.  
 Doncella, viuda y casada.  
 Don Gonzalo de Córdoba. — Mayor victoria de Alemania.  
 Don Juan de Castro. — Hacer bien nunca se pierde.  
 Don Lope de Cardona.  
 Don Manuel de Sousa. — Naufragio prodigioso. — Principe trocado.  
 Dorotea (*accion en prosa, en dos tomos*).  
 Dos agravios sin ofensa. (*Creo que sea apócrifa.*)  
 Dos estrellas trocadas. — Ramilletes de Madrid.  
 Dos Jacintos. — Celoso de sí mismo.  
 Dos soldados de Cristo. — Batahan y Josafat.  
 Duque de Alba en Paris.  
 Duque de Braganza. — Mas Galan portugués.  
 Duque de Saboya.  
 Duque de Viseo.  
 Duquesa de Bretaña. — Mas valeis vos, Antona, que la corte toda.
- Ejemplo de casadas. — Prueba de la paciencia.  
 Ejemplo mayor de la desdicha. — Capitan Belisario. (*Es de Mira de Mesca, su MS. autógrafa está en la biblioteca de Osuna.*)  
 Ello dirá.  
 Embajador fingido. — Acertar errando.  
 Envidia de la nobleza. — Zegries y Abencerrajes.  
 Envidia y la privanza.  
 Embustes de Celauro. — Enredos de Celauro.  
 Embustes de Fabia.  
 Emperador perseguido. — Gran duque de Moscovia.  
 Encanto en el anillo. — Nadie fie en lo que ve.  
 Encomienda bien guardada. — Buena guarda. (*MS. autógrafa, señor Pidal.*)  
 Enemigo engañado.  
 Enemigos en casa.  
 Engañar a quien engaña.  
 Engaño en la verdad.  
 Engaño venturoso.  
 En la mayor lealtad mayor agravio y fortuna.  
 En los indicios la culpa.  
 Enmendar un daño á otro.  
 En un pastoral albergue.  
 Ero y Leandro.  
 Esclava de su galan.  
 Esclavo de Roma.  
 Esclavo fingido.  
 Esclavo por su gusto.  
 Esclavos libres.  
 Escolástica celosa.  
 Espada pretendida.  
 Española de Florencia. — Amor inventorero. — Burlas veras.  
 Españoles en Flándes.  
 Espíritu fingido.  
 Estrella de Sevilla.  
 Euridice y Orfeo. — Marido mas firme.
- Fábula de Perseo. — Bella Andromeda. — Perseo.  
 Fajardos. — Primero Fajardo.  
 Famosas asturianas. — Asturianas famosas.  
 Favor agradecido.  
 Fe rompida.  
 Felisarda. — Mármol de Felisarda.  
 Ferias de Madrid.  
 Fianza satisfecha.  
 Fingido verdadero.  
 Firmeza de Leonarda.
- Hidalgo de la aldea.  
 Hijo de la Iglesia (*auto*).  
 Hijo de los leones.  
 Hijo de Reduan.  
 Fortuna merecida.  
 Fortunas de Belardo.  
 Fray Martin de Valencia.  
 Francesilla.  
 Fregosos y Adornos.  
 Fuente-Ovejuna. — Todos á una.  
 Fuerza lastimosa.  
 Fundacion de la Alhambra de Granada.  
 Fundacion de la Santa Hermandad de Toledo. — Dos hermanas bandoleras.
- Galan agradecido.  
 Galan Castrucho. — Rufian Castrucho.  
 Galan de la Membrilla.  
 Galan de Meliona. — Hamete de Toledo.  
 Galan escarmentado.  
 Gallardas macedonias.  
 Gallarda toledana.  
 Gallardo catalan. — Catalan valeroso.  
 Gallardo Jacimin. — Hidalgo Abencerraje.  
 Ganso de oro.  
 Garcilaso de la Vega.  
 Gata de Mari-Ramos. — Jardín de Vargas.  
 Genovesa.  
 Genovés liberal.  
 Gloria de Napoles.  
 Gloria de san Francisco.  
 Gobernadora.  
 Gonzalo de Córdoba. — Mayor victoria del Ave-Maria.  
 Gran capitan de España.  
 Gran cardenal de España. — Don Gil de Albornoz.  
 Gran cardenal de España. — Don Pedro Gonzalez de Mendoza.  
 Grandezas de Alejandro.  
 Gran duque de Moscovia. — Emperador perseguido.  
 Gran pintora.  
 Gran prior de Castilla. — Hijo de la molinera. — Mas mal hay en la aldehueta.  
 Gran rey de Persia. — Contra valor no hay desdicha.  
 Grao de Valencia.  
 Guanches de Tenerife. — Conquista de Canarias. — Nuestra Señora de la Candelaria.  
 Guante de doña Blanca.  
 Guardar y guardarse.  
 Güelfos y Gibelinos.  
 Guerras de amor y honor.  
 Guerras civiles.  
 Guía de la corte.  
 Guzmanes de Toral.
- Hacer bien á los muertos. — Don Juan de Castro.  
 Halcon de Federico.  
 Hamete de Toledo. — Galan de Meliona.  
 Hay verdades que en amor.  
 Hazañas del Cid y su muerte.  
 Hazañas del segundo David. (*MS. autógrafa, biblioteca de Osuna.*)  
 Hechicera de Argel. — Mayor desgracia de Carlos V.  
 Hechos de Bernardo del Carpio. — Casamiento en la muerte.  
 Heredero del cielo (*auto*).  
 Hermosa fea.  
 Hermosa aborrecida. — Desdichada firme.  
 Hermosura de Alfreda.  
 Hidalgo Abencerraje. — Hidalgo Jacimin.

- Firmeza en la desdicha. — Agravado leal.  
 Flores de don Juan. — Rico y pobre trocados.  
 Hijo de sí mismo.  
 Hijo piadoso. — Bohemia convertida.  
 Hijo sin padre.  
 Hijo venturoso.  
 Historia de Mazagatos. — Mazagatos.  
 Historia de Tobias.  
 Hombre de bien.  
 Hombre por su palabra.  
 Honor contra la fuerza. — Industrias contra el poder.  
 Honor desagaviado. — Comendadores de Córdoba.  
 Honor en el agravio. — Libertad en la traición.  
 Honrado con su sangre.  
 Honrado hermano. — Horacios.  
 Honrado perseguido.  
 Honra por la mujer.  
 Humildad y la soberbia.
- Ilustre fregona. — Amanté al uso.  
 Imperial de Oton.  
 Imperial Toledo.  
 Imperio por fuerza.  
 Inclinación natural.  
 Infanta deseperada.  
 Infanta Gridonia. — Cielo de amor vengado.  
 Infanta labradora.  
 Infante don Fernando de Portugal.  
 Ingratitud vengada.  
 Ingrato.  
 Ingrato arrepentido.  
 Inocente Laura. — Traiciones de Ricardo.  
 Inocente sangre. — Carbajales.  
 Intención castigada.  
 Isla del Sol (*auto*). (*MS. autógrafa, biblioteca de Osuna.*)
- Jardín de amor.  
 Jardín de Vargas. — Gata de Mari-Ramos.  
 Jorge toledano.  
 Juan de Dios y Anton Martin. — San Juan de Dios.  
 Judía de Toledo. — Paces de los reyes.  
 Juez de su misma causa.  
 Jueces de Castilla.  
 Jueces de Ferrara.  
 Juventud de san Isidro.
- Laberinto de amor. — Prueba de los ingenios.  
 Laberinto de Creta.  
 Labrador del Tórmes. — Lo que puede un agravio.  
 Labrador venturoso.  
 Lacayo fingido.  
 Lágrimas de David (*auto*).  
 Lanza por lanza, la de Luis de Almansa.  
 Laura perseguida.  
 Lazarrillo de Tórmes.  
 Leal criado.  
 Lealtad, amor y amistad.  
 Lealtad en el agravio.  
 Lealtad en la traición. — Honor en el agravio.  
 León apostólico. — Cautivo coronado.  
 Ley ejecutada.  
 Libertad de Castilla. — Conde Fernan Gonzalez.  
 Libertad de san Isidro. (Debe ser la Juventud de san Isidro.)  
 Limpieza no manchada. — Santa Brígida.  
 Lo cierto por lo dudoso. — Mujer firme.
- Loco por fuerza.  
 Locos de Valencia. — Hospital de locos.  
 Locos por el cielo.  
 Locura por la honra. — Agravio dichoso.  
 Lo fingido verdadero. — Mayor representante san Ginés. (No creo sea suya.)  
 Lo que está determinado.  
 Lo que ha de ser.  
 Lo que hay que liar del mundo.  
 Lo que pasa en una tarde. (*MS. autógrafa, biblioteca de Osuna.*)  
 Lo que pasa en una venta.  
 Lo que puede un agravio. — Labrador del Tórmes.  
 Lucida perseguida.
- Llave de la honra.  
 Llegar en ocasión.
- Madre de la mejor. (Creo sea un auto de *Valdivieso*.)  
 Maestro de danzar.  
 Magdalena. — Mejor enamorada.  
 Mal casada.  
 Maldito de su padre. — Valiente bandolero.  
 Mal pagador en pajas.  
 Margarita preciosa (*auto*).  
 Marido mas firme. — Euridice y Orfeo.  
 Mármol de Felisardo.  
 Marqués de las Navas.  
 Marqués del Valle.  
 Marqués de Mantua. — Baldovinos y Carloto.  
 Mártir de Florencia.  
 Mártires de Madrid. (Creo es de *Mira de Mescua*.)  
 Mas galán portugués. — Duque de Berganza.  
 Mas mal hay en la aldehuela que se suena. — Gran prior de Castilla. — Hijo de la Molinera.  
 Mas pueden celos que amor. — Dama comedadora.  
 Mas valeis vos, Antona, que la corte toda. — Duquesa de Bretaña.  
 Mas vale salto de mata que ruego de buenos.  
 Matrona constante. — Matrona ilustre.  
 Mayorazgo dudoso.  
 Mayor corona.  
 Mayor de los reyes.  
 Mayor desgracia de Carlos V. — Hechicera de Argel.  
 Mayor dicha en el monte.  
 Mayordomo de la duquesa de Amalfi.  
 Mayor hazaña de Alejandro Magno.  
 Mayor imposible.  
 Mayor prodigio.  
 Mayor Rey de los reyes.  
 Mayor victoria.  
 Mayor virtud de un rey.  
 Médico enamorado.  
 Mejor alcalde el Rey. — Tirano de Galicia.  
 Mejor enamorada. — Magdalena.  
 Mejor maestro el tiempo.  
 Mejor mozo de España.  
 Mejor representante San Ginés. — Lo fingido verdadero. (Creo es de *Moreto y Cancero*.)  
 Melindres de Belisa. — Bizarrias de Belisa.  
 Mentiroso.  
 Mérito en la templanza. — Ventura por el sueño.  
 Merced en el castigo.  
 Meson de la corte.  
 Milagro por los celos. — Don Alvaro de Luna.
- Milagros del desprecio.  
 Mirad á quién alabais.  
 Misacantano (*auto*).  
 Mocedades de Roldan.  
 Mocedades de Bernardo del Carpio.  
 Molino.  
 Mounstro de amor.  
 Mounstro de la fortuna. — Reina Juana. — Marido bien ahorcado.  
 Monteros de Espinosa.  
 Montes de Gelboé. — David perseguido.  
 Moza de cántaro.  
 Mudable.  
 Mudanzas de la fortuna. — Sucesos de don Beltran de Aragon.  
 Muerte del Maestre.  
 Muertos vivos.  
 Muerto vencedor.  
 Mujeres sin hombres. — Amazonas.  
 Mujer firme. — Lo cierto por lo dudoso.  
 Muza furioso. — Prision de Muza.
- Nacimiento de Cristo.  
 Nacimiento del alba.  
 Nacimiento de Urson y Valentin. — Hijos del rey de Francia.  
 Natividad de nuestra Señora (*auto*).  
 Nadie lie en lo que ve, porque se engañan los ojos. — Engaño en el anillo.  
 Nadie se conoce.  
 Nardo Antonio, bandolero.  
 Naufragio prodigioso de don Manuel de Sousa. — Principe trocado.  
 Necedad del discreto.  
 Neron cruel. — Roma abrasada.  
 Niña de plata. — Burla vengada. — Cortés galán.  
 Niñeces del padre Rojas. (*MS. autógrafa, biblioteca de Osuna.*)  
 Niñez de san Isidro.  
 Niño diablo.  
 Niño inocente de la Guardia.  
 Niño pastor (*auto*).  
 Nobles como han de ser.  
 Noche de San Juan.  
 Noche toledana.  
 Nombre de Jesus (*auto*).  
 No son todos ruiseñores.  
 Novios de Hornachuelos.  
 Nuestra Señora de la Candelaria. — Guanches de Tenerife (*auto*).  
 Nueva victoria de don Gonzalo de Córdoba. (*MS. autógrafa, biblioteca de Osuna.*)  
 Nueva victoria del marqués de Santa Cruz.  
 Nuevo-Mundo descubierto por Colon.  
 Nuevo mundo en Castilla. — Descubrimiento de las Batuecas.  
 Nunca mucho costó poco.  
 Nuevo oriente del sol (*auto*).
- Obediencia laureada. — Primer Carlos de Hungría.  
 Oveja perdida (*auto*).  
 Obras son amores.  
 Ocasión perdida.  
 Octava maravilla.  
 Once mil virgenes. — Santa Ursula.  
 Otomano famoso.  
 Uracios.
- Paces de los reyes. — Judía de Toledo.  
 Padres engañados.  
 Padrino desposado. — Argelan, rey de Alcalá.  
 Paje de la Reina.  
 Palabra mal cumplida.  
 Palacios de Galiana. — Amores de Carlos.  
 Paloma de Toledo.  
 Pan y el palo (*auto*).

- Pastoral de Jacinto. — Pastoral de Alcañal.
- Pastoral de la siega.
- Pastor ingrato (*auto*). — Pastor lobo.
- Pastor Fido.
- Pastoral de los celos.
- Pastoral encantada.
- Pedro carbonero.
- Pedro de Urdemalas.
- Peñeros de la ausencia.
- Peñitas.
- Pendición de España. — Caballos, su descendencia.
- Perdida honrosa. — Caballero de San Juan.
- Peregrina.
- Peribañez. — Comendador de Ocaña.
- Perro del hortelano. — Amar por ver amar.
- Perseguido.
- Piadoso aragonés. (*MS. autógrafa, biblioteca de Osuna.*)
- Piadoso veneciano.
- Piedad ejecutada. — Pimenteles y Quiñones.
- Pleito por la honra. — Valor de Fernando.
- Pleitos de Inglaterra.
- Pobre mas poderoso. — San Juan de Dios.
- Pobreza estimada. — Riqueza mal nacida.
- Pobreza no es vileza.
- Pobrezas de Reinaldos.
- Poder vencido. — Amor premiado.
- Poder en el discreto. (*MS. autógrafa, biblioteca de Osuna.*)
- Poces de Barcelona. — Jardín de amor.
- Porceles de Murcia.
- Porfia hasta el temor.
- Porfiando vence amor.
- Porfiar hasta morir. (*Creo es la de Roete.*)
- Por la puente, Juana.
- Portuguesa. — Dicha del forastero.
- Postrez godo de España.
- Prados de Leon.
- Premio de la hermosura.
- Premio del bien hablar.
- Premio en la misma pena. — Merced en el castigo. — Dichoso en Zaragoza.
- Primera informacion.
- Primer Carlos de Hungría. — Obediencia laureada.
- Primer culpa del hombre. — Creacion del mundo.
- Primer Fajardo. — Fajardos.
- Primer Medicis. — Quinta de Florencia.
- Primer rey de Castilla.
- Primer rey de Persia, Ciro. — Contra valor no hay desdicha.
- Príncipe carbonero.
- Príncipe despeñado.
- Príncipe don Carlos.
- Príncipe Escanderbec. — Gran Jorge Castrioto. (*Creo es de Belmonte.*)
- Príncipe ignorante.
- Príncipe inocente.
- Príncipe melancólico.
- Príncipe perfecto (1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte). (*MS. autógrafa, biblioteca de Osuna.*)
- Prisiones de Adan (*auto*).
- Prision sin culpa.
- Frianza del hombre.
- Prodigio de Etiopía. — Santa Teodora.
- Prodigio de la India. — San Josafat.
- Profetisa Casandra.
- Prudencia en el castigo.
- Prueba de los amigos. (*MS. autógrafa, señor Olázaga.*)
- Prueba de los ingenios. — Laberinto de amor.
- Prueba de la paciencia. — Ejemplo de casadas.
- Psiquis y Cupido.
- Puente de Mantible
- Puente del mundo (*auto*).
- Quando Lope quiere, quiere. — Castigo sin venganza.
- Querer la propia desdicha.
- Querer mas y sufrir menos.
- Quien ama no baga fieros.
- Quien bien ama tarde olvida.
- Quien todo lo quiere todo lo pierde.
- Quien mas no puede.
- Quinta de Florencia. — Primer Medicis.
- Quinas de Portugal. (*Creo es de Tirso.*)
- Ramirez de Arellano.
- Ramilletes de Madrid. — Dos estrellas trocadas.
- Rayo del cielo.
- Rey Wamba.
- Rey de Frigia.
- Rey don Pedro en Madrid. — Infanzon de Illescas. (*Creo es de Tirso y Claromonte.*)
- Rey don Ramiro. — Ultimo godo.
- Rey don Sebastian. — Principe de Marruecos.
- Rey fingido. — Amores de Sancho.
- Rey sin reino.
- Reina de Lésbos.
- Reina doña Maria.
- Reina Juana de Nápoles. — Marido bien ahorcado.
- Reina loca.
- Remedio en la desdicha. — Abindarraez y Narvaez.
- Renegado fingido. — Argel de amor.
- Resistencia hourada. — Condesa Matilde.
- Rico avariento. (*Creo es la de Mira de Mescua.*)
- Rico y pobre trocados. — Flores de don Juan.
- Riqueza mal nacida. — Pobreza estimada.
- Roberto.
- Robo de Dina.
- Roma abrasada. — Crueldades de Nerón.
- Rómulo y Remo.
- Roncesvalles.
- Ruñan Castrucho.
- Ruiseñor de Sevilla.
- Rústico del cielo. — Santo hermano Francisco.
- Saber por no saber. — San Julian de Alcalá.
- Saber puede dañar.
- Salteador agradecido.
- San Adriano y Natalia.
- San Agustin. — Divino africano.
- San Andrés carmelita.
- San Antonio de Padua. — Divino portugués. (*Creo es de Montalvan.*)
- San Basilio el Magno. — Gran columna fogosa.
- San Benito Palermo. — Santo negro Rosambuco.
- San Diego de Alcalá.
- San Jerónimo. — Cardenal de Belen.
- San Ildefonso. — Capellan de la Virgen.
- San Isidro de Madrid.
- San Josafat. — Prodigio de la India.
- San Julian. — Animal profeta. — Dichoso parricida. (*No creo sea suya.*)
- San Julian de Cuenca.
- San Julian y santa Basilisa. — Amantes no vencidos.
- San Martin.
- San Nicolás de Tolentino. — Santo de los milagros.
- San Pablo. — Vaso de eleccion.
- San Pedro Nolasco.
- San Roque.
- San Segundo de Avila.
- Santa Brigida. — Limpieza no manchada.
- Santa Casilda.
- Santa Justa. — Casamiento con Cristo.
- Santa Liga. — Batalla naval.
- Santa Inquisicion (*auto*). (*Creo es de Mira de Mescua.*)
- Santa Polonia.
- Santa Teodora. — Prodigio de Etiopía.
- Santa Teresa de Jesus.
- Santa Ursula y once mil virgenes.
- Santiago el verde.
- San Tirso de España.
- Santo de los milagros. — San Nicolás de Tolentino.
- Santo Negro Rosambuco. — San Benito de Palermo.
- Santo Tomas de Aquino.
- Sarracinos y Aliatares.
- Sastre del campillo. (*Creo es la de Belmonte, cuyo MS. autógrafa está en la biblioteca de Osuna.*)
- Secretario de sí mismo.
- Secreto bien guardado.
- Selva confusa.
- Selvas y bosques de amor.
- Sembrar en buena tierra.
- Semranni.
- Serrana de Burgos.
- Serrana de la Vera. (*Creo es la de Velez de Guebara.*)
- Serrana del Tórmes.
- Servir a buenos.
- Servir a señor discreto.
- Servir con mala estrella.
- Siega (*auto*). — Pastoral de la Siega.
- Sierra de Espadan.
- Sierras de Guadalupe.
- Siete infantes de Lara. — Bastardo Mudarra.
- Si no vieran las mujeres.
- Sin secreto no hay amor.
- Siquis y Cupido.
- Soberbia abatida. — Humildad y la soberbia.
- Soldado amante.
- Sol parado. — Ascendencia de los maestros de Santiago.
- Sortija del olvido.
- Sucesos de don Beltran de Aragon. — Mudanzas de la fortuna.
- Sueños hay que verdades son. — Trabajos de Jacob.
- Sueños de los reyes. — Carboneros.
- Sufrimiento del honor.
- Sufrimiento premiado.
- Tan bien hagas cuanto pagues.
- Tambien se engaña la vista. — Nadie lle en lo que ve.
- Tellos de Meneses. — Valor, lealtad y ventura (*dos partes*).
- Templo de Salomon.
- Testigo contra sí.
- Testimonio vengado.
- Tirano de Galicia. — Mejor alcalde el Rey.
- Tirano castigado.
- Toison del cielo (*auto*).
- Toledano vengado.
- Toma de Alora.
- Toma de Longo por el marqués de Santa Cruz.

CATÁLOGO CRONOLÓGICO Y ALFABÉTICO.

L

Tonto de la aldea.  
Torneos de Aragon.  
Torneos de Valencia.  
Torre de Hércules.  
Trabajos de Jacob. — Sueños hay que verdades son.  
Tragedia del rey don Sebastian. — Bautismo del principe de Marruecos.  
Tragedia de Aristeo. — Aristeo.  
Traicion bien acertada.  
Traiciones de Ricardo. — Inocente Laura.  
Tres diamantes.  
Triunfo de la limosna (*auto*).  
Triunfo de la lealtad.  
Triunfo de la Iglesia (*auto*).  
Tritufos de la humildad y daños de la soberbia.  
Triunfos de Octaviano.  
Turco en Viena.

Ultimo godo. — Rey don Rodrigo.  
Urson y Valentin. — Hijos del rey de Francia.

**El doctor Alfonso Ramon.**

Español entre todas las naciones. — Clérigo agradecido.  
Santo sin nacer y mártir sin morir. — San Ramon.  
Sitio de Mons por el duque de Alba.  
Tres mujeres en una.

**Miguel Sanchez (el Divino).**

Guarda cuidadosa.

**El canónigo Francisco Tárrega (1).**

Cerco de Pavia.  
Cerco de Rodas.  
Duquesa constante.  
Enemiga favorable.  
Esposo fingido.  
Fundacion de la orden de la Merced.  
Gallarda Irene.  
Perseguida Amaltea.  
Prado de Valencia.  
Principe constante.  
Sangre leal de los montañeses de Navarra.  
Suertes trocadas y torneo venturoso.

**Gaspar de Aguilar.**

Amantes de Cartago.  
Fuerza del interés.  
Gitana melancólica.  
Gran patriarca don Juan de Ribera.  
Mercader amante.  
No son los recelos celos.  
Nuera humilde, ó la nueva humildad.

(1) De los autores valencianos existe, aunque rarísimo, algun ejemplar (véase nuestra introduccion al tomo anterior) en dos tomos ó partes, tituladas, la primera *Doce comedias de cuatro poetas naturales de Valencia*, 1608, y Barcelona, 1609; y la segunda, *Norte de la poesia española, ilustrado del sol de doce comedias, que forman segunda parte de Laureados poetas valencianos*. — Valencia, 1616. — Ambos tomos contienen nueve comedias de Tárrega, siete de Aguilar, dos de Guillem de Castro, cuatro de Ricardo del Turis, una de Boil y otra de Benedito.

Valeriana.  
Valiente bandolero. — Maldito de su padre.  
Valiente Céspedes.  
Valiente Juan de Heredia.  
Valor de Fernandico. — Pleito por la honra.  
Valor de las mujeres.  
Valor de Malta.  
Valor, fortuna y lealtad. — Tellos de Meneses (*dos partes*).  
Vaquero de Moraña.  
Vargas de Castilla.  
Varona castellana (*atalana*).  
Vaso de eleccion. — San Pablo.  
Vellocino de oro.  
Venganza de Gaiferos.  
Vengadora de las mujeres.  
Venganza venturosa.  
Ventura de la fea.  
Ventura en la desgracia.  
Ventura por el sueño. — Mérito en la templanza.  
Ventura sin buscarla.  
Veneno saludable.

Suerte sin esperanza.  
Venganza honrosa.

**Ricardo del Turia.**

Belligera española.  
Burladora burlada.  
Fe pagada.  
Vida y muerte de san Vicente.

**Don Guillem de Castro y Belvis (2).**

Amor constante.  
Allá van leyes do quieren reyes.  
Caballero bobo.  
Conde Alarcos.  
Conde de Irlas.  
Cuanto se estima el honor.  
Curioso impertinente.  
Degollacion de san Juan Bautista.  
Desengaño dichoso.  
Dido y Enéas.  
Don Quijote de la Mancha.  
Donde no está su dueño, está su duelo.  
Dudoso en la venganza.  
Enamorado mudo.  
Enemigos hermanos.  
Engañarse engañando.  
Fuerza de la costumbre.  
Fuerza de la sangre.  
Humildad soberbia.  
Ingratitud por amor. (*Autógrafo, biblioteca de Osuna.*)  
Justicia en la piedad.  
Mauzana de la discordia y robo de Elena. (Con *Mira de Mescua.*)  
Maravillas de Babilonia.  
Mal casados de Valencia.  
Mejor esposo san José.  
Mocedades del Cid (1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte).  
Nacimiento de Montesinos.  
Narciso en su opinion.  
Nieta de su padre.  
Pagar en propia moneda.  
Perfecto caballero.  
Piedad en la justicia.  
Pretender con pobreza.  
Prodigio de los montes y mártir del cielo. — Santa Bárbara.

(2) De Guillem de Castro hay dos partes ó tomos, Valencia, 1621, 1625, que comprenden veinte y cuatro comedias.

Verdadero amante. — Amor constante. (Es la primera comedia que escribió *Lope*, á los once años.)

Ver y no creer.  
Viaje del hombre (*auto*).  
Victoria de la honra.  
Victoria del honor.  
Vida y muerte del Cid. — Noble Martin Pelaez.  
Villana de Getafe.  
Villanesca.  
Villano en su rincón.  
Villano prodigioso. — A un tiempo rey y vasallo.  
Virtud, pobreza y mujer.  
Viuda, casada y doncella.  
Viuda valenciana.  
Vizecaína.  
Wamba.  
Vuelta de Egipto (*auto*).

Yerros por amor.

Zegries y Abencerrajes.

Progne y Filomena.  
Quien malas mañas ha.  
Quien no se aventura.  
Tragedia por los celos. (*MS. autógrafa, biblioteca de Osuna.*)  
Verdad averiguada y engañoso casamiento.  
Vicio en los extremos.

**Don Carlos Boil.**

Marido asegurado.  
Pastor de Menandra.

**Miguel Benedito.**

Hijo obediente.

**Licenciado Juan Grajales.**

Adversa fortuna del caballero del Espíritu Santo.  
Bastardo de Ceuta.  
Próspera fortuna del caballero del Espíritu Santo.

**Damian Salustrio, del Poyo.**

Adversa fortuna de Ruy Lopez Dávalos.  
Premio de las letras por el rey don Felipe II.  
Privanza y caída de don Alvaro de Luna.  
Próspera fortuna de Ruy Lopez Dávalos.

**Licenciado Mejía de la Cerda.**

Doña Inés de Castro (*tragedia*).

**Andrés de Claramonte.**

Ataud para el vivo y tálamo para el muerto. (*MS. autógrafa, biblioteca de Osuna.*)  
Católica princesa Leopolda.  
De Alcalá á Madrid.  
Deste agna no beberé.  
De lo vivo á lo pintado.

De los méritos de amor el silencio es el mejor.  
Dote del Rosario (auto).  
Favores de la Virgen (auto).  
Gran rey de los desiertos, san Onofre.  
Horrado con su sangre.  
Jorno de Babilonia.  
Infelice Dorotea.  
Inobediente, ó la ciudad sin Dios.  
Infante de Aragon.  
Jura de Baltasar.  
Mayor Rey de los reyes.  
Paseoseme el sol, salíome la luna, santa Teodora.  
Rey don Pedro en Madrid.—Infanzon de Illescas. (Creo es de Tirso.)  
Rigor y la inocencia.  
Tau de san Anton.  
Valiente negro en Flándes.

**Gaspar de Avila.**

Dicha por malos medios.  
Familiar sin demonio.  
Falleras de amor. (MS., señor Duran.)  
Gobernador prudente.  
Gran Séneca de España, Felipe II.  
Iris de las pependencias.  
Respeto en el ausencia.  
Sentencia sin firma.  
Servir sin lisonja. — Familiar sin demonio.  
Todo cabe en lo posible.  
Valeroso español y primero de su casa.  
Venga lo que viniere.

**Juan Quiros, jurado de Toledo.**

Famosa Toledana. (MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.)

**Licenciado Justiniano (Lucas).**

Los ojos del cielo, santa Lucia. (MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.)

**Cristobal de Mesa.**

Pompeyo (tragedia).

**Licenciado Gaspar de Mesa.**

El Bruto ateniense (auto de 1602). (En la biblioteca de Osuna.)

**Miguel Sanchez Vidal.**

La isla bárbara. (MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.)

**Hurtado de Velardo.**

Los siete infantes de Lara (tragedia).

**Alonso Morales.**

Conde loco.

**Doctor Mira de Mesquita.**

Adúltera virtuosa, santa Maria Egipcíaca.  
Adversa fortuna de don Bernardo Cabrera.

Amor, ingenio y mujer. — Tercera de si misma. (MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.)  
Amparo de los hombres.  
Arpa de David.  
Animal profeta. (MS., biblioteca de Osuna.)  
Caballero sin nombre.  
Carboneros de Francia, y reina Sevilla.  
Casa del Taur. (MS., biblioteca de Osuna.)  
Circe y Polifemo. (Con Montalvan y Calderon.)  
Clavo de Joel. (MS., señor Duran.)  
Conde Alarcos.  
Confusion de Hungria.  
Cuatro milagros de amor.  
Desgracias del rey don Alonso el Casto.  
Ermitaño galán y mesonera del cielo.  
Esclavo del demonio.  
Examinarse de rey. (MS. en la Biblioteca Nacional.)  
Ejemplo de la desdicha y capitán Belisario. (MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.)  
Fénix de Salamanca.  
Fe de Hungria (auto).  
Galán, valiente y discreto.  
Galán secreto.  
Hija de Carlos V.  
Hombre de mayor fama.  
Hero y Leandro.  
Inquisición (auto).  
Jura del príncipe de Asturias (auto). (MS., biblioteca de Osuna.)  
Lises de Francia.  
Lo que puede el oír misa.  
Lo que puede una sospecha.  
Lo que toca al valor, y príncipe de Orange.  
Mayor soberbia humana de Nabucodonosor.  
Marqués de las Navas.  
Mas vale fingir que amar.  
Mártires del Japon (auto).  
Mártires de Madrid (auto).  
Monte de piedad (auto).  
Negro del mejor amo. — San Benito de Palermo.  
No háy burlas con las mujeres.  
No hay reinar como vivir.  
No hay dicha ni desdicha hasta la muerte.  
Nuestra Señora de los Remedios (auto).  
Obligación contra su sangre.  
Pastor lobo (auto).  
Palacio confuso.  
Pedro Telonario (auto).  
Primer conde de Flándes. (MS., biblioteca de Osuna.)  
Prodigios de la vara, y conquista de Israel.  
Príncipe de la Paz y transformaciones de Celia (auto).  
Rico avariento. — San Lázaro.  
Ronda y visita de la cárcel (auto).  
Rueda de la Fortuna.  
Sol á media noche y estrellas á mediodía.  
Tercera de si misma. — Amor, ingenio y mujer.  
Vida y muerte de la monja de Portugal.

**Tirso de Molina (1).**

Alvaro de Luna (1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte).  
Amar por señas.  
Amar por razon de estado.

Amantes de Teruel.  
Amor y amistad.  
Amor místico.  
Amar por arte mayor.  
Amor y celos hacen discretos.  
Amazonas de las Indias. — Hazañas de los Pizarros (2.<sup>a</sup> parte).  
Antona Garcia.  
Aquiles.  
Arbol del mejor fruto.  
Averigüelo Vargas.  
Burlador de Sevilla — Convidado de piedra.  
Balcón de Madrid.  
Caballero de Gracia.  
Castigo del pensé qué. — El que fuere bobo no camine.  
Cautela contra cautela.  
Celosa de si misma.  
Celoso prudente.  
Celos con celos se curan.  
Cobarde mas valiente.  
Cómo han de ser los amigos.  
Condenado por desconfiado.  
Condesa bandolera — Niña del cielo.  
Conquista de Valencia por el Cid.  
Dama del Olivar. — Lorenza la de Esteruel.  
Desde Toledo á Madrid.  
Del enemigo el consejo.  
Don Gil de las calzas verdes.  
Doña Beatriz de Silva. — Favorecerá todos y amar á ninguno.  
Elección por la virtud. — San Pio V.  
En Madrid y en una casa. (Atribuida á Rojas.)  
Esto sí que es negociar.  
Escarmientos para el cuerdo.  
Fingida Arcadia.  
Firmeza en la hermosura.  
Honroso atrevimiento.  
Huerta de Juan Fernandez.  
Joya de las montañas. — Señora Orsía.  
Lealtad contra la envidia. Tercera parte de Hazañas de los Pizarros.  
Lagos de san Vicente.  
Mari-Hernandez la gallega.  
Marta la piadosa.  
Mayor desengaño.  
Mejor espigadera.  
Melancólico.  
Mujer que manda en casa.  
Mujer por fuerza.  
No hay peor sordo que el que no quiere oír.  
Palabras y plumas.  
Peña de Francia.  
Pretendiente al revés.  
Privar contra su gusto.  
Por el sótano y el tornó.  
Prudencia en la mujer.  
Quien calla otorga. Segunda parte del Castigo del pensé qué.  
Quien habló pagó.  
Quien no cae no se levanta.  
Quien da luego da dos veces.  
Quinas de Portugal.  
Reina de los reyes.  
Republica al revés.  
Rey don Pedro en Madrid ó el Infanzon de Illescas. (Se cree de Tirso, aunque el MS. de la biblioteca de Osuna la atribuye á Claramonte.)  
Romera de Santiago.  
Santa Juana (1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> parte). (MS. autógrafo, en la biblioteca de Osuna.)  
Santo y sastre.  
Siempre ayuda la verdad.  
Tanto es lo de mas como lo de menos.  
Todo es dar en una cosa. Primera parte de Hazañas de los Pizarros.  
Venganza de Tamar.

(1) De Tirso existen en colección cinco partes ó tomos, Madrid, 1627 á 1636, que comprenden sesenta comedias, y además tres en la obra titulada Cigarrales de Toledo.

Ventura con el nombre.  
Ventura te dé Dios, hijo.  
Vergonzoso en palacio.  
Vida y muerte de Heródes.  
Villana de la Sagra.  
Villana de Vallecas.

**Luis Velez de Guevara.**

Abadesa del cielo (*auto*).  
Aguila del agua y batalla naval de Lepanto.  
A lo que obliga el ser rey.  
Agravios perdonados (*dos partes*).  
Amor en vizeaino y los celos en francés.  
—Torneos de Navarra.  
Amotinados de Flándes.  
Asombro de Turquía, y valiente toledano Francisco de Ribera.  
Atila, azote de Dios.—La silla de san Pedro.  
Amor hace prodigios.—Celos hacen estrellas.  
Baltasara. (Con *Coello* y *Rojas*.)  
Caballero del Sol.  
Catalán Serrallonga. (Con *Rojas* y *Coello*.)  
Celos son bien y ventura.  
Celos hacen estrellas.—Amor hace prodigios.  
Cercos del Peñon.  
Cercos de Roma por el rey Desiderio.  
Corte del demonio.  
Conquista de Oran.—Gran cardenal de España.  
Correr por amor fortuna.  
Cristianísima Lis.—Azote de la herejía.  
Creación del mundo.  
Cumplir dos obligaciones.—Duquesa de Sajonia.  
Diablo está en Cantillana.  
Diego García de Paredes.—El valor no tiene edad.  
Espejo del mundo.  
Hermosura de Raquel (*1.ª y 2.ª parte*).  
Hijos de la Barbuda.  
Juliano Apóstata.  
Lo que pienso hago.  
Luna de la Sierra.  
Mas pesa el Rey que la sangre.—Honor de los Guzmanes.  
Mesa redonda (*auto*).  
Montañesa de Asturias.  
Niña de Gomez Arias.  
Nueva ira de Dios.—Tamorlan de Persia.  
Obligación a las mujeres. (Es casi igual a la de Cumplir dos obligaciones.)  
Ollero de Ocaña.  
Pleito del diablo con el cura de Madridijos. (Con *Rojas* y *Mira de Mesquita*.)  
Privilegio de las mujeres. (Con *Rojas* y *Coello*.)  
Príncipe esclavo, ó Escanderbek (*1.ª y 2.ª parte*).  
Rey en su imaginación. (*MS. autógrafo, señor Duran*.)  
Rey muerto.  
Reinar después de morir, Doña Inés de Castro.  
Restauración de España.—El Alba y el Sol.  
Rosa de Alejandría, santa Catalina.  
Serrana de la Vera. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna*.)  
Santa Susana.  
Si el caballo vos han muerto.  
También la ofrenda es veneno. (Con *Coello* y *Rojas*.)

También tiene el sol menguante, como la luna creciente.  
Tres edades del mundo.  
Tres portentos de Dios, y príncipe de la Iglesia.  
Verdugo de Málaga.  
Virtudes vencen señales.—Negro rey bandolero.

**Maestro José Valdivieso (1).**

*Autos.*

Amistad en el peligro.  
Angel de la Guarda.  
Arbol de la vida.  
Cautiva libre.  
Entre día y noche.  
Esenela divina.  
Ferias del alma.  
Fénix de amor.  
Flor de lis de Francia.  
Hijo pródigo.  
Hombre encantado.  
Hospital de locos.  
Loco cuerdo, san Simeon.  
Locos de Toledo.  
Locura.  
Nacimiento de la mejor.—Madre de la mejor.  
Nacimiento de Cristo.  
No le arriando la ganancia.  
Peregrino del cielo.  
Serrana de la Vera.  
Siquis y Cupido.  
Villano en su rincón.

**Luis Belmonte Bermudez.**

Acierto en el engaño, y robador de su honra.  
Afanador el de Utrera.  
Aun tiempo rey y vasallo. (Con *otros*.)  
Amor y honor.—Respeto, honor y valor.  
Casarse sin hablarse.  
Conde de Fuentes en Lisboa.  
Darles con la entretendida.  
Desposado por fuerza.—Olyidar amando.  
Diablo predicador.—Mayor contrario amigo.  
En riesgos luce el amor.  
Fiar en Dios.  
Fiestas de los mártires (*auto*).  
Fuerza de la razón.  
Gran Jorge Castrioto.  
Hazañas de don García de Mendoza.  
Hortelano de Tordesillas.  
Legado mártir—San Pedro.  
Mejor testigo el muerto. (Con *Calderon* y *otra*.)  
Mejor tutor es Dios. (Con *Calderon* y *otra*.)  
Renegada de Valladolid.  
Robador de su honra.—Acierto en el engaño.  
Sancha la Bermeja.  
Sastre del Campillo. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna*.)  
Satisfecho. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna*.)  
Siete estrellas de Francia—San Bruno. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna*.)  
Trabajos de Ulises.  
Tres señores del mundo, y triunvirato de Roma.

(1) Del maestro Valdivieso existe un tomo ó parte, titulado *Doce autos sacramentales y dos comedias divinas del maestro José de Valdivieso*, Toledo, 1622.

**Marco Antonio Orti.**

Amistad contra el amor.  
Deuda bien satisfecha.  
Virgen de los Desamparados de Valencia.

**Don Rodrigo de Herrera.**

Batalla de Clavijo.—Voto de Santiago.  
Castigar por defender.  
Del cielo viene el buen rey.  
Fe no ha menester armas, y venida del inglés á Cádiz.  
Primer templo de España.  
Segundo obispo de Avila.

**Doctor Felipe Godínez.**

Acertar de tres la una.  
Adquirir para reinar.—Glorias de Isabel.  
Aun de noche alumbra el sol.  
Basta intentarlo.  
Cautelas son amistades.—Lo que merece un soldado.  
De buen moro buen cristiano.  
Divino Isaac (*auto*).  
Horca para su dueño.—Aman y Mardoqueo.—Reina Ester.  
Ha de ser lo que Dios quiera.  
Lágrimas de David.—Rey mas arrepentido.  
Ludovico el Piadoso.  
Milagrosa elección.  
O el fraile ha de ser ladrón, ó el ladrón ha de ser fraile.  
Paciencia en los trabajos.—Trabajos de Job y prueba de la paciencia.  
Premio de la limosna (*auto*).  
Primer condenado.  
Provecho para el hombre.  
San Mateo en Etiopia.  
Soberbio calabrés.  
Soldado del cielo, san Sebastian.  
Virgen de Guadalupe.

**Don Diego Jimenez Enciso.**

Celos en el caballo.  
Encubierto.  
Engañar para reinar.  
Mayor hazaña de Carlos V.  
Médicos de Florencia.  
Príncipe don Carlos.  
Quien calla otorga.  
Santa Margarita.  
Valiente sevillano.—Pedro Lobon (*1.ª y 2.ª parte*).

**Bias de Mesa.**

Cada uno con su igual.

**Don Antonio Folch de Cardona.**

Dido y Eneas.  
Marina la porquera.  
Mas es el servir que el reinar.  
Lo mejor es lo mejor.  
Mas heróico silencio.  
Obrar contra su intención.  
No siempre mienten señales.  
Pragmática de amor.  
Vencer el fuego es vencer.

**Alonso de Vates.**  
Venganzas hay si hay injurias.

**Don Juan de Jáuregui (1).**  
El retraído.

**Don Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo (2).**

Escuela de Celestina. — Hidalgo presumido.  
Galan tramposo y pobre.  
Gallardo Escarraman.  
La sabia Flora mal sabidilla.  
Prodigios de amor.  
Victoria de España y Francia.

**Don Luis de Góngora y Argote (3).**

Doctor carlino.  
Fábula venatoria.  
Firmezas de Isabela.

**Maestro Alfonso Alfaro.**

Aristomenes Mesenio.  
Hombre de Portugal.  
Virgen de la Soledad.  
Virgen de la Salceda.

**Don Alonso del Castillo Solorzano (4).**

Agravio satisfecho.  
Fantasma de Valencia.  
Fuego dado del cielo (*auto*).  
Marqués del Cigarral.  
Mayorazgo Figura.  
Victoria de Norlingen y el infante de Alemania.  
Torre de Florisbella.

**Don Antonio de Huerta.**

Cinco blancas de Juan de Espera-eh-Dios.  
Competidores y amigos.  
No hay bien sin ajeno daño.

**Don Agustin Collado.**

Jerusalen restaurada, y gran sepulcro de Cristo.

**Don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lémus.**

Casa confusa.

**Don Juan de la Peña.**

Arca de Peralvillo.

**Hipólito Vergara (5).**

Defensor de la Virgen, san Fernando.

(1) Está en sus obras poéticas.

(2) En sus novelas, cuentos y otros libros de recreacion.

(3) En sus obras liricas.

(4) En sus libros de novelas, cuentos y poesias.

(5) En el libro de la vida del santo rey don Fernando.

**Don Bernardo Machado.**  
Cerco de Dio. — La pastora Alfreda.

**Don Juan de Silva.**

Locura cuerda.  
Lo que puede la aprension.  
Mocedades del duque de Osuna.  
Violencias del amor.

**Vicente Esquerdo.**

Fuerte, animoso, sagaz y valiente Martin Lopez Ayva.  
Ilustre fregona.  
Marte y Venus en Paris.  
Mina de amor.  
Toledana en Madrid.

**Jacinto Alonso Maluendas.**

Magdalena.  
San Luis Beltran.  
Santo Tomás de Villanueva.  
Sitio de Tortosa.

**Don Juan Ruiz de Alarcon (6).**

Amistad castigada.  
Anticristo.  
Crueldad por el honor.  
Cueva de Salamanca.  
La culpa busca la pena.  
Desdichado en fingir.  
Dueño de las estrellas.  
Empeños de un engaño.  
Exámen de maridos. — Antes que te cases mira lo que haces.  
Favores del mundo. — Ganar perdiendo.  
Ganar amigos. — Lo que mucho vale mucho cuesta.  
Industria y la suerte.  
Manganilla de Melilla (*mágia*).  
Mudarse por mejorarse. — Dejar dicha por mas dicha.  
No hay mal que por bien no venga. — Don Domingo de don Blas.  
Paredes oyen.  
Pechos privilegiados. — Nunca mucho costó poco.  
Prueba de las promesas.  
Quién engaña mas á quién.  
Quién mal anda mal acaba.  
Semejante á si mismo.  
Tejedor de Segovia (*dos partes*).  
Todo es ventura.  
Verdad sospechosa.

**Don Antonio Herrera.**

Las doncellas de Madrid.

**Don Jacinto Herrera.**

Duelo de honor y amistad.

**Don Diego Mógica.**

Demonio en la mujer. — Rey ángel de Sicilia.  
Ofensa y venganza en el retrato.

(6) De Alarcon hay en coleccion dos partes, Madrid, 1628, Barcelona, 1654, que comprenden veinte comedias.

**Juan Delgado.**

Cómo se engañan los celos.  
Prodigio de Polonia. — San Jacinto.

**Don Gabriel Bocángel.**

El emperador fingido.  
Nuevo olimpo.

**Don Jerónimo Lafuente.**

Engañar con la verdad.  
Mejor flor de constancia, santa Catalina.  
Veneno en la guirnalda y triaca en la fuente.

**Don Diego Muget y Solís (7).**

Cazador mas dichoso.  
Como ha de ser el valiente.  
Ermitaño seglar.  
Firme lealtad.  
Generoso en España.  
Igualdad en los sugetos.  
Venganza de la duquesa de Amalfi.  
Triunfos de amor y fortuna.

**Don Juan de Benavides.**

Loca, cuerda, enamorada. — Acertar donde hay error.  
Apolo y Dafne.  
Conquista de Almería. — Nuestra Señora del Mar.  
Marte español.

**Licenciado Gabriel de Roa.**

Arriesgarse por amor.  
Batalla del amor (*auto*).  
Eslavo del mas impropio dueño.  
Fénix de Tesalia.  
Premiar al liberal por rescatar su fortuna.

**Francisco Lopez de Zárate.**

Hércules furente (*tragedia*).  
Galiota del conde de Niebla.

**Don Sebastian Francisco de Medrano.**

Nombre para la tierra y vida para el cielo.  
Venganzas de amor.

**Pedro Garcia Garnero.**

Fuente de las virtudes.

**Don Gabriel del Corral.**

La trompeta del juicio.

(7) La parte de comedias de Muget y Solís fué impresa en Brusélas, 1626.

**Don Andrés Alarcon y Rojas.**

La hechicera.

**Don Alonso de Osuna.**El pronóstico de Cádiz.  
Fingir la propia verdad.  
Milagros del Serafín.**Don Antonio de Mendoza (1).**Cada loco con su tema.—El indiano montañés.  
Celos sin saber de quién.  
Celestina.  
Don Juan de Espina en Milan.  
Empeños del mentir.  
Marido hace mujer y trato muda costumbre.  
Mas mereçe quien mas ama.  
No hay amor donde hay agravio.  
Querer por solo querer.  
Quien mas miente, medra mas.  
Riesgos que tiene un coche.  
Sucesos prodigiosos de don Pedro Guerrero.**Don Antonio Coello.**Adúltera castigada.  
Amigamas verdadera, y Virgen del Rosario (*auto*).  
Arcadia fingida.  
Arbol de mejor fruto.  
Baltasara. (Con *Rojas* y *Guevara*.)  
Catalan Serrallonga. (Con *Rojas* y *Guevara*.)  
Cárcel del mundo (*auto*).  
Dar la vida por su dama.—El conde de Sex. (Atribuida á *Felipe IV.*)  
Dicho y hecho.  
Dos Fernandos de Austria.  
Escuela de la fortuna.—Esclavo de la fortuna.  
Lo que pasa en una noche.—Empeño de seis horas.  
Lo que puede la porfia.  
Peor es urgallo.  
Por el esfuerzo la dicha.  
Privilegio de las mujeres. (Con *Rojas* y *Velez*.)  
Yerros de naturaleza y aciertos de la fortuna. (Con su hermano *don Juan*.) (*MS., biblioteca de Osuna.*)**Don Juan Coello Arias.**

Robo de las sabinas.

**Luis Quiñones de Benavente.***Lous y Entremeses.***Don Lope Linaño.**

Bernardo del Carpio en Francia.

**Matias de los Reyes.**Agravio agrádecido.  
Dar al tiempo lo que es suyo.

(1) Hay un tomo de obras liricas y cómicas de Menozza, que comprende seis comedias.

De mentira sacar verdad.  
Enredos del diablo.  
Qué dirán, y donaires de Pedro Corchelo. (Atribuida á *Lope*.)  
Vida y raptó de Elias.**Don Juan ó don Francisco de Villegas.**Buen caballero maestré de Calatrava.  
Cómo nació san Francisco.  
Cuerdos hacen escarmientos.  
Culpa mas provechosa.  
Despreciada querida.  
Enés de la Virgen y primer rey de Navarra.  
Lealtad contra la ley.  
Lisonjear en palacio.  
Lo que puede la crianza.  
Lo que pueden los engaños.  
Lucidoro aragonés.  
Marido de su hermana y mentirosa verdad.  
Mas piadoso troyano.  
Morica garrida y hermanos amantes.  
Padre de su enemigo.  
Portugués mas heróico.  
Venganza y el amor.**Don Jerónimo de Villaizan.**A gran daño gran remedio.  
Mas valiera callarlo que no decirlo.  
Ofender con las finezas.  
Sufrir mas por querer mas.  
Venga lo que viniere.  
Quinta de Sicilia. (Creo es de *Martinez*.)  
San Agustin.  
Transformaciones de amor.**Francisco Suarez.**

Lucero de Verona, san Pedro Mártir.

**Don Francisco la Cerda.**

Universidad de amor.

**Maestro Juan Cabezas (2).**Engañar para casarse.  
Empeños que hace amor.  
Galan y esclavo uno mismo.  
Galan bobo.  
Matar por celos su dama.  
Morir á un tiempo y vivir.  
No hay castigo contra amor.  
Parto de las montañas.  
Pretensor de su madre.  
Príncipes de Tesalia.  
Querer por hacer querer.  
Reina mas desdichada.  
Tambien hay amor sin celos.**Doctor Juan Perez de Montalvan (5).**Aborrecer lo que quiere.  
A lo hecho no hay remedio, y principe de los montes.  
Amantes de Teruel.(2) La parte impresa en Zaragoza, 16...  
(5) De Montalvan hay dos partes, impresas, la primera en Alcalá, 1658, y la segunda en Madrid, 1659, y reimpresas en Valencia en 1652. Comprenden ambas veinte y cuatro comedias.Amor es naturaleza.  
Amor, privanza y castigo, y fortunas de Seyano.  
Amor, lealtad y amistad.  
Caballero del Febo (*auto*).  
Cardenal de Moron.  
Celoso estremeño. (Creo es la de *Lope*.)  
Centinela de honor.  
Cómo se guarda el honor.  
Como amante y como honrada.  
Como padre y como rey.  
Cuerdos hay que parecen locos.  
Cumplir con su obligacion.  
De un castigo dos venganzas.  
Defensor de la fe y principe prodigioso.  
Desdicha venturosa.  
Deshonra honrosa.  
Desprecios en quien ama.  
Dichoso en Zaragoza. (No creo es suya.)  
Divino portugués san Antonio de Padua (*auto*).  
Doncella de labor.—Marica la del puchero.  
Don Florisel de Niquea.—Para con todos hermanos.  
Dos jueces de Israel.  
Empeños que se ofrecen.  
Escanderbek (*auto*).  
Fin mas desgraciado.  
Ganancia por la mano.  
Gitana de Méfis.—Santa Maria Egipcíaca (*auto*).  
Gitanilla de Madrid.  
Gravedad en Villaverde.  
Hijo del Serafín, san Pedro Alcántara (*auto*).  
Hijos de la fortuna.—Tergenes y Clariquea.  
La Lindona de Galicia.  
Lo que son juicios del cielo.  
Lucha de amor y amistad.  
Mariscal de Biron.  
Mas constante mujer.  
Mas puede amor que la muerte.  
Monja Alférez.  
Morir y disimular.  
Mudanza en el amor.  
Mujer de Peribañez.  
Natividad del Señor (*auto*).  
Nazareno Sansón.  
No hay vida como la honra.  
Obrar bien, que Dios es Dios.  
Olimpa y Vireno.  
Palmerin de Oliva.—Encantadora Lucinda.  
Pedro Urdemalas.  
Polifemo (*auto*).  
Por el mal vecinó el bien.  
Premio de la humildad.  
Principe peregrino y prodigio en Dinamarca.  
Puerta macarena (1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte).  
Remedio, industria y valor.  
Reinar para morir.  
Rigor de la inocencia.  
San Juan Capistrano (*auto*).  
Santo Domingo el Soriano (*auto*).  
Segundo Séneca de España.—Principe don Carlos.  
Sentencia contra sí.—Húngaro mas valiente.  
Señor don Juan de Austria.  
Ser prudente y ser sufrido.  
Templarios.  
Toquera vizcatina.  
Valiente mas dichoso.—Don Pedro Girart.  
Valor perseguido y traicion vengada.  
Ventura en el engaño.  
Un gusto trae mil disgustos.

## OTROS AUTORES DE AQUEL PERÍODO CUYAS COMEDIAS SE IGNORAN.

EL CONDE DE LA CORUÑA.	LICENCIADO JERÓNIMO FERNANDEZ MONTERO.	DON ANTONIO IBARRA.
DON ESTEBAN DE PRADO.	MAESTRO JOSÉ CISNEROS.	DON FERNANDO LARRUA.
DON DIEGO TOVAR.	DON PEDRO DE LA BARRERA.	DON FRANCISCO MIRACLES.
EL CONDE DE SIRUELA.	PRÍNCIPE DE ESQUILACHE.	DON DIEGO DE VILLEGAS.
DON DIEGO COLLAZOS.	MARQUÉS DE JAVALQUINTO.	EL CONDE DE LA ROCA.
DON GASPAR DEL ARCO.	MANUEL LOPEZ.	DON ALONSO REINOSO.
LICENCIADO FELIPE BERNARDO DEL CASTILLO.	DOÑA MARÍA DE ZAYAS.	MARCELO DIAZ DE CALLE-CERRADA.
DON JORGE TOVAR.	DON JUAN DE LA PORTA CORTÉS.	GREGORIO LOPEZ MADERA.
DON FRANCISCO GUTIERREZ CADAGUA.	DON JOSÉ PELLICER Y TOVAR.	DON ALONSO DE ROZAS.
DON FERNANDO LUDEÑA.	DON PEDRO DE MENDOZA.	DON ANDRÉS TAMAYO.
DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.	DON PEDRO VARGAS Y MACHUCA.	DON DIEGO DE VERA ORDOÑEZ.
	DON PEDRO MESÍA DE TOVAR.	DON JUAN DE TAPIA.

Al final de la segunda parte de este *Catálogo* (que irá en el tomo siguiente) se colocarán las comedias publicadas anónimas, *de uno ó mas ingenios*, cuyos verdaderos nombres no haya podido averiguar. — En ellas no es posible aventurarse á seguir un órden cronológico, y por eso no se señalan aquí las que pudieron corresponder á este período, que comprende solo hasta 1635, prefiriendo hacerlo de todas y por el órden puramente alfabético al final del *Catálogo*.



---

---

## COMEDIA FAMOSA

DE

# LA RUEDA DE LA FORTUNA,

COMPUESTA

POR EL DOCTOR MIRA DE MÉSCUA.

---

LOA.

HALA DE ECHAR MUJER, Y EN HÁBITO DE LABRADORA.

---

Perdióse en un monte un rey,  
Andando á caza una tarde  
Con la mejor de su gente,  
Duques, príncipes y grandes;  
El sol hasta mediodía  
Abrasó con rayos tales,  
Que el mundo á Faeton, su hijo,  
Temió, otra vez arrogante;  
Pero revolviendo el tiempo  
Y levantándose el aire,  
Se cubrió el cielo de nieblas  
Y amenazó tempestades.  
Huyó á la choza el pastor,  
A la venta el caminante,  
Y amainaron los pilotos  
Todo el lienzo de las naves;  
Dijole al Rey un montero  
Que al pié de aquellos pinares  
Estaba una casería,  
En tal ocasion bastante;  
Bajaron por unas peñas  
Entre mirtos y arrayanes,  
Guiándoles el rumor  
Que remolinaba el aire;  
Vieron que en un manso arroyo  
Se bañaban los umbrales  
De un mal labrado cortijo,  
Con unos olmos delante,  
Apeóse el Rey, y entrando,  
Primero que se sentase,  
Quiso ver el dueño y huésped,  
Y como en su casa, honrarle.  
Supo el labrador apenas  
Que las personas reales  
Ocupaban su aposento,

Cuando en hielo se deshace.  
Entró su pobre familia  
A decirle que no aguarde,  
Pues le quiere ver el Rey,  
A que el mismo Rey le hable;  
Tiembla el labrador de nuevo,  
Mira el sayo miserable,  
Las abarcas y las pieles,  
Y de vergüenza no sale;  
El pobre cortijo mira,  
Como vigüela sin trastes,  
Hecho de pajas el techo  
Sobre unos viejos pilares;  
Llamó á su mujer, y dice:  
«Mujer, á huéspedes tales,  
Si no es el alma, no tengo  
Casa ni mesa que darles;  
Salid y decilde al Rey  
Que no es mucho me acobarde  
Ver su persona real  
En mis pajizos portales;  
Que coma en la voluntad,  
Que es mesa que á Dios apláce,  
Y duerma en el buen deseo,  
Que no tengo mas que darle;  
Que vos, como sois mujer,  
Pues no hay cosa que no alcancen,  
Hallaréis gracia en sus ojos,  
Y al fin podréis disculparme.»  
Dicen que entró la mujer  
Muy temerosa á hablarle,  
Por la obligacion que tienen  
De cuanto el marido mande;  
Y el Rey, muy agradecido  
A su vergüenza notable,

Cenó y durmió mas contento  
Que entre holandas y cambrayes.  
Yo pienso, senado ilustre,  
Que es esto muy semejante.  
De lo que hoy pasa á Riquelme  
Con este humilde hospedaje.  
En cada cual miro un rey,  
Un César, un Alejandro;  
Su pobre familia mira,  
Que es la que á serviros trae.  
Si no salió el labrador  
Teniendo á su rey delante,  
Quien ve tantos ¿qué ha de hacer,  
Sino lo que veis que hace?  
Mandóme, como mujer,  
Que saliese á disculpalle;  
Fué la obediencia forzosa,  
Aunque rústico el lenguaje.  
No os ofrece grandes salas,  
Llenas de pinturas graves  
De celebradas comedias  
Por autores arrogantes;  
No os ofrece ricas mesas,  
Llenas de gusto y donaire,  
Sino voluntad humilde,  
Que es la que con reyes vale;  
Perdonad al labrador,  
Pues hoy en su casa entrastes,  
Porque me agradezca á mi  
Las mercedes que hoy alcance;  
Oid la pobre familia,  
Ya los labradores salen,  
Mientras que vuelvo á la corte.  
Bésoos los piés, Dios os guarde.

## . BAILE CURIOSO Y GRAVE.

*Quando desde Aragon vino la Infanta  
A casar con don Juan, rey de Castilla,  
Las fiestas que se hicieron en Sevilla  
Nolas olvida el tiempo, y hoy las canta.*

Después que los castellanos  
Hicieron muestra gallarda  
Con máscaras y sortijas,  
Toros y juegos de cañas,  
Mantener quiso un torneo,  
En servicio de su dama,  
Un gallardo aragonés,  
De los Pardos de la casta;  
Airoso terció la pica,  
Furioso juega la lanza,  
Dando con destreza y brio  
Los cincó golpes de espada.  
Con la gloria de aquel día  
Ganó de su gloria el alma,  
La cual, venida la noche,  
Le admite dentro en su casa;  
Con amorosas razones  
Consiguen sus esperanzas,  
Y ella, abrazándote, dice,  
Al despedirlos el alba:  
«Mirad por mi fama,  
Caballero aragonés.  
—Por tus amores, Señora,  
Cuanto me mandes haré.  
»Mas ¿cómo la ha de guardar  
Quien á si guardar no pudo?  
—Con solo saher callar  
Que la guardéis no lo dudo.  
—Seré como piedra mudo,  
Y eterna fe guardaré;  
Por tus amores, Señora,  
Cuanto me mandes haré.»

En un corrillo otro día,  
Sin nombrar partes, se alaba,  
Y un adivino celoso  
Dió cuenta dello á su dama;  
Sus blancas manos torcia,  
Sus delgadas tocas rasga,  
Y llamado á su presencia,  
Con este desden le trata:  
«Alabásteis, caballero,  
Gentil hombre aragonés;  
No os alabaréis otra vez.  
»Alabásteis en Sevilla  
Que teniades linda amiga,  
Gentil hombre aragonés;  
No os alabaréis otra vez.»  
Sin admitirle disculpa,  
Que se ausente della manda,  
Y él jura de no volver  
Hasta volver en su gracia.  
El tiempo gastó la ira;  
Mas, como el amor no gasta,  
La dama llora su ausente,  
El retrato que miraba,  
Y la dama le demanda:  
«Y mi bien, ¿cuándo vendréis?»  
Y finge que le responde:  
«Lindo amor, no me aguardeis;  
»Que si de mi partida  
Fué causa un disfavor,  
Si no cesa el rigor,  
Yo no volveré en mi vida;  
Yo quedo arrepentida,  
Y mi bien, ¿cuándo vendréis?»  
Y finge que le responde:  
«Lindo amor, no me aguardeis.»  
En hábito de romero  
Un pajecillo despacha

Para que dé en Zaragoza  
Al caballero una carta.  
Cuando llegó el pajecillo,  
Al salir de la posada  
Encontróle el caballero,  
Desta manera le habla:  
«Romerico, tú, que vienes  
Donde mi señora está,  
Di, ¿qué nuevas hay allá?  
»—Estáse la gentil dama  
A sombras de una alameda  
Dando suspiros al aire,  
Y á su fortuna mil quejas;  
Dióme que os diese esta carta  
De su mano y de su letra,  
Que al escribirla, sus ojos  
Llenan el papel de perlas;  
Y díjome de palabra  
Que á Sevilla deis la vuelta,  
Adónde seréis su esposo  
En haz y en paz de la Iglesia.»  
Con el amor y el deseo,  
Como con ligeras alas,  
Vuelve el galán á Sevilla,  
Y así le dice á su dama:  
«A ser vuestro vengo,  
Querida esposa.  
—Dulce esposo mio,  
Veni en buen hora.  
»—Tras fieros desdenes,  
Que la vida acortan  
Y al amor pudieran  
Negar la victoria,  
A ser vuestro vengo,  
Querida esposa.  
—Dulce esposo mio,  
Veni en buen hora.»

# LA RUEDA DE LA FORTUNA.

## PERSONAS.

EL EMPERADOR MAURICIO.  
LA EMPERATRIZ AURELIANA, su mujer.  
FILIPO, capitán general.

LEONCIO, capitán general.  
LA INFANTA TEODOLINDA.  
EL PRÍNCIPE TEODOSIO.  
MITILENE, dama.

CÓSROES, caballero.  
HERACLIANO,  
HERÁCLIO, } villanos.  
UN LIMOSNEO. }  
FÓCAS, villano robusto.

DOS CAPITANES.  
MÚSICOS.  
CRIADOS.  
GENTE DE LA MÚSICA DE ACOMPAÑAMIENTO.

## ACTO PRIMERO.

Salen en orden los que pudieren, con algunos despojos y banderas, y á la postre FILIPO.

FILIPO.

Invicto César famoso,  
Cuya mano poderosa  
Temen la blanca Alemania  
Y la abrasada Etiopía;  
Tú, que en los hombros sustentas  
El África, Asia, Europa,  
Volando tu nombre eterno  
En las águilas de Roma;  
Tú, que ceñida la frente  
Con esa inmortal corona,  
Al polo del otro mundo  
Quieres llegar con tus obras;  
Ya que del Ártico helado  
Hasta la tórrida zona  
Pagan tributo á tu imperio,  
Sal á ver nuestras victorias.  
Triunfando, Señor, venimos  
A la gran Constantinopla,  
De los fieros esclavonios  
Que de Misia huyendo tornan.  
Restaurado queda el reino;  
Tus empresas prodigiosas,  
Que son espanto del mundo,  
Piden guirnaldas de gloria.  
Sube á los muros soberbios,  
Que de estrellas se coronan,  
Porque sus altas almenas  
La triforme luna tocan.  
Verás tu ejército ufano,  
Con la gente victoriosa,  
Que con bárbaros despojos  
Los gallardos brazos honran;  
Verás la región del aire,  
Que la estapizan y adornan  
Las enemigas banderas,  
Que tus soldados tremolan.  
Verás que en cadenas de oro  
Cuatro mil cautivos lloran  
La pérdida desdichada  
De su libertad preciosa.  
Treinta mil hombres me diste,  
Treinta y tres mil traigo ahora;  
Que á precio de mil cristianos  
Solo he comprado esta pompa.  
Veinte mil dejo sin almas,  
Y otros con vida tan poca,  
Que está esperando la muerte  
A solo que abran las bocas.  
Ya la fama bachillera  
Tocó en el aire la trompa;  
Va publicando en el mundo  
Esta jornada famosa.

Temblando están de tu imperio  
Los Alpes, Nervia, Borgoña,  
Galia, Germania, Bretaña,  
La Tropobania y Moscovia,  
La fiera invencible Scitia,  
La Tartalia belicosa,  
La inculta y áspera Armenia,  
La celebrada Polonia;  
Ya de todas las naciones  
Mas bárbaras y remotas  
Tributo te ofrecen unas,  
Y treguas te piden otras.  
Los indios vienen con oro,  
Los sámios vienen con rosas,  
Los tirios con carmesí,  
Los alarbes con aromas,  
Los citas con algodones,  
Los egipcios con aljófar,  
Los corintos con sus vasos,  
Los fenicios con sus conchas.  
Cada nación en tributo  
Te da las riquezas propias,  
Porque las crezca el valor  
En tu mano poderosa.  
Todos repiten tu nombre,  
Todos tu fama pregonan,  
Con mas lenguas que tenía  
La confusa Babilonia.  
Sirvete de ver la entrada  
De tu gente victoriosa;  
Porque los ojos del Rey  
Con mirar solo dan honra.  
Remunera con palabras  
Sus hazañas vitoriosas;  
Que aun en boca de los reyes  
Son necesarias lisonjas.  
Mostrándote agradecido,  
Podrá una palabra sola  
Mas que el tesoro guardado  
En tus doradas alcobas.  
Descubre en público el rostro,  
Que á las gentes aficiona;  
Porque será ver tu cara  
El triunfo de mi victoria.  
No me premian majestades,  
Ni plata me galardona;  
Solo quiero la presencia  
Que tantos reyes adoran.  
Solamente con tocar  
La púrpura de tu bola  
Dejaré de todo punto  
A mi fortuna invidiosa.  
Mi inclinacion es servirte,  
Premios no me correspondan,  
Porque la virtud se mueve  
Con el premio de si sola.  
Deja besarte los pies,  
Y tus sumilleres corran  
Esa cortina, que cubre  
Tu majestad grandiosa.

Corren una cortina, y está en un tribunal, en la grada alta, EL EMPERADOR MAURICIO, y en otra baja EL PRÍNCIPE TEODOSIO, su hijo, y LA INFANTA TEODOLINDA, su hija, y DOS CRIADOS en pie, bajo las gradas.

EMPERADOR.

Hoy, capitán vencedor,  
Corona en tus sienes vea  
El sol de su resplandor;  
Tu misma victoria sea  
El premio de tu valor.  
Hacerte inmortal procuro,  
Y harán tu nombre seguro  
Desde el Bétis al Idáspes  
Columnas de varios jaspes  
Y estatuas de bronce duro.  
Todas tus empresas ricas  
Pondré en aceradas planchas,  
Pues que mi fama publica,  
Mi temido imperio ensanchas,  
Mis tesoros multiplicas.  
Si á los bárbaros enojas  
Y tu espada en sangre mojas,  
Un laurel he de poerte  
Que ni el tiempo ni la muerte  
Puedan marchitar sus hojas.

FILIPO.

Solo, Señor, me aficiona  
(Llega á besar el pie al Emperador.)

Besar tus pies; que ellos solos  
Enriquecen mi persona.

EMPERADOR.

Cuanto abarcan los dos polos  
Te diera, con mi corona.

INFANTA.

Capitán gallardo y bravo.  
(Ap. Bien verá, cuando le alabo,  
Que en amarle me anticipo.)

PRÍNCIPE.

Es muy gallardo Filipo.

INFANTA.

Es gran varón.

FILIPO.

Soy tu esclavo.

INFANTA.

Por tan dichosa venida  
En albricias vuelvo á darte  
De mi alma y de mi vida  
Aquella pequeña parte  
Que me quedó á la partida.

*Tocan cajas destempladas y trompa ronca, y arrastrando un estandarte, salen en orden LEONCIO, detrás, de luto, armado, y lleva en la cabeza una corona de ciprés y un baston quebrado, y MITILENE, de cautiva.*

LEONCIO.

Ronca la trompa bastarda,  
Destemplado el atambor,  
Vestido el cuerpo de luto,  
Y de ánimo el corazón;  
Arrastrando el estandarte,  
Que ufano en alto se vió,  
Con solo aquesta cautiva,  
Aunque de extraño valor,  
El pecho lleno de heridas,  
Porque nunca atrás volví,  
Coronado de ciprés,  
Hecho piezas el baston;  
Si son ceremonias tristes,  
¡Oh famoso Emperador!  
Usadas del que es vencido,  
Ya verás cuál vengo yo.  
Nunca tu ejército viera  
El levantado pendon  
De los persas vitoriosos  
Tan á costa de mi honor;  
Nunca yo volviera vivo,  
Pluguiera al eterno Dios  
Que entré mi sangre vertida  
Diera el alma á su Criador;  
Pero quiso mi desdicha  
Librarme en esta ocasion  
De la pena de la muerte,  
Para dárme la mayor.  
Nunca logré sus deseos  
Quien desdichado nació;  
Que aun la muerte le aborrece,  
Si el vivir le da dolor.  
Una sintiera muriendo,  
Y viviendo siento dos:  
La pérdida de tu gente  
Y de mi noble opinion.  
Mi vida solo llorara;  
Mas ay, que llorando estoy,  
Un ejército de vida,  
Que el fiero persa quitó.  
Llegué un desdichado día,  
Cuando está el dorado sol,  
Entre los cuernos del Toro,  
Cobrando fuerza y calor.  
Mil prodigios, mil agüeros  
Nos causaron confusion:  
En un funesto ciprés  
La corneja nos cantó;  
Tembló la preñada tierra,  
De lástima ó de temor;  
Los montes se estremecieron,  
Sonó en el aire una voz,  
Mostróse el sol encendido  
De un encamado arrehol,  
Sudaron las naves sangre,  
Y llovieron el sudor.  
Antes de dar la batalla  
Cuyo fin cantando voy,  
Infinitos buitres vimos  
Cortar el aire veloz;  
Acobardóse la gente,  
Porque la imaginacion  
Puede mas que la verdad,  
Cuando tiene aprehension;  
Animéla dando voces,  
Pero no me aproveché;  
Que no hay fuerza en las razones,  
Que dé al cobarde valor;  
Y aunque puede al desmayado  
Animar la exhortacion,  
Y el ejemplo puede tanto,  
Que á veces es vencedor;  
Si el temor es general,

Timida la inclinacion,  
La fortuna adversa cierta  
Y el enemigo mayor,  
No animarán las palabras;  
Que en guerras jamás suplió  
Faltas de fuertes Aquiles  
Un Ulises orador.  
Acometimos primero,  
Porque esta aceleracion  
Es parte de la victoria,  
Si hay igual competidor.  
El nuestro fué desigual,  
En número nos venció;  
Cien mil personas juntaron  
De su bárbara nacion.  
A los principios fué nuestra  
La victoria; mas, Señor,  
La fortuna tiene siempre  
Mudable la condicion;  
Vueltas de ruedas veloces,  
Humo negro, tierna flor,  
Blanca sombra, débil caña,  
Cosas inconstantes son.  
No hay cosa firme y estable;  
Lo que cuerpo vivo es hoy  
Mañana es cadáver frio;  
Todo va en declinacion.  
La melancólica noche,  
Triste para mí, cubrió  
Los horizontes del mundo  
Con su negro pabellon;  
No descubrió el sol hermoso  
Su lucido aparador  
De estrellas, porque entre nubes  
La alegre luz se escondió.  
Cosío, el primer jefe persa  
Que desde el fuerte español  
Hasta el antipoda oculto  
Eterna fama ganó,  
Sobrevino de repente,  
Y vimos mas confusion  
En el ejército nuestro  
Que en la torre de Nembrot.  
Berramada y fugitiva,  
Nuestra gente el alma dió,  
De pena y de rabia, al punto  
Que pronunció esta razon;  
Digo al fin que, desmayada  
Nuestra gente, del rumor  
Que hicieron, nuevo son,  
En tropel desordenado,  
Nuestro ejército huyó,  
Cogiendo los enemigos  
De copete la ocasion.  
¡Ay pérdida desdichada!  
Ay cielo santo! Ay rigor  
De la mudable fortuna  
Y de la parca feroz!  
Infinitas muertes dieron  
Sin engaño ni traicion;  
Que yo alabo al enemigo,  
Porque invidio su valor.  
Entre los persas andaba  
Como un antiguo Sanson,  
Y como soy desdichado,  
Nadie á matarme acertó.  
Hasta la tienda real  
Pude entrar; que el escudron  
De guarda, con la vitoria  
Seguro, se descuidó.  
En ella estaba esta dama,  
Que á la lumbre de un farol  
Se ligaba dos heridas  
Que en pecho y brazo sacó.  
Llegué á asirla, defendióse,  
Y aunque mas se defendió,  
Anquises fué de estos hombros,  
Medea de este Jason;  
Por causar algun enojo  
Al príncipe vencedor  
La he cautivado, y traído  
Con no pequeña aficion;

Vencido vengo del persa,  
Pero de mí mismo no,  
Pues no he llegado á su mano,  
Aunque la tenga aficion.  
Esta es la trágica historia;  
No tengo la culpa yo.  
Sucesos son de la guerra;  
Mátame ó dame perdon.

EMPERADOR.

¡Cómo es posible que he oído  
Razones de hombre que viene  
Infamemente vencido?  
¡Qué poca vergüenza tiene  
El que cobarde ha nacido!  
¡Vivo delante de mí  
Has atrevido á poner?  
Cobarde, bárbaro, di,  
¡Para todos hubo muerte,  
Y la faltó para tí?  
Cómo la muerte inconstante,  
En mi ejército arrogante,  
Habiéndote de encontrar  
A ti en el primer lugar,  
Te dejó, y pasó adelante?  
Sentimiento natural,  
Cuando de otro está vencido,  
Tiene cualquier animal;  
Mas tú, que no lo has tenido,  
No eres hombre natural.  
Justo de hoy mas ha de ser  
Qué á tu honrado proceder  
Parca de la patria nombres,  
Pues que truecas cien mil hombres  
Por una flaca mujer.  
La deshonra y vituperio  
Tu corazón idolatra;  
Basta que en nuestro hemisferio  
Ha nacido otra Cleopatra  
Para asolar el imperio.  
No es razon que así esté armado  
Un capitán que ha huido,  
Ni ese pecho afeminado  
De acero esté guarnecido,  
Pues de miedo está aforrado.  
Del lado le sea quitada  
La espada, siempre envainada,  
Que hombre por mujeres trueca;  
Hile ya con una rueca,  
Pues no riñe con espada.

(*Vanle desarmando, como va diciendo.*)

Atarle también conviene  
Las manos, porque sagaz  
Huyendo del persa viene;  
No tenga mano en la paz,  
Si en la guerra no la tiene.  
Y ya que en él está mal  
Ser capitán general,  
Tú, Filipo, lo has de ser.

INFANTA.

Muy bien sabrá defender  
Tu corona imperial.

PRÍNCIPE.

El soldado vitorioso  
Qué á su rey hace famoso,  
Es razon que premio aguarde;  
Que el castigo del cobarde  
Le hace mas animoso.

FILIPPO.

Poderoso Emperador,  
Casos de fortuna han sido;  
Y así, no ha de estar, Señor,  
Desconfiado el vencido  
Ni seguro el vencedor.  
No hay en el mundo igualdad,  
Ni estado en seguridad  
Espera quien desconfía;  
Que á la noche sigue el día,  
Bonanza á la tempestad.  
Los estados son violentos;  
Y así, con estas memorias

manos pensamientos  
en grandes victorias  
e grandes vencimientos.  
Esta no le des;  
Segun el mundo es  
tante, adverso y vario,  
venció su contrario  
que él venza despues.

LEONCIO.

César, en quien confío  
que mi afrenta mandes,  
era el caso mio  
ejércitos grandes  
jes y de Dario.  
cesos semejantes  
memoria no borres;  
soberbios gigantes  
áquinas y con torres  
salidas de elefantes;  
res torreados,  
teles levantados,  
erdiéndose de vista,  
ramides conquista  
yos del sol dorados.  
dras podrás hallar,  
cubriendo el ancho suelo,  
dieran comparar  
estrellas del cielo  
arenas del mar;  
ndo en pompa dichosa,  
riba y pone en tierra,  
ortuna, invidiosa,  
suceso de la guerra,  
ra, triste y dudosa.

EMPERADOR.

La fortuna atribuyas  
te son flaquezas tuyas.

LEONCIO.

¿Qué, Señor, tanta infamia?

EMPERADOR.

¡E mueras y no huyas.  
¡Mue las manos atrás, y pónenle  
una rueda.)

¡Las cajas delante,  
¡ansí en la plaza un dia  
que el vulgo inconstante  
¡erre su cobardia  
¡ostigo semejante.

LEONCIO.

¡Cuyo amparo sigo,  
¡stigos y jueces  
¡afrenta que ha tenido  
¡e venció tantas veces  
¡na vez que es vencido.

¡Enzan á mirar con cuidado á Mi-  
¡ue el emperador Mauricio, Teo-  
¡io, príncipe, y Filipo.)

¡es que venganza os pida,  
¡s, un alma ofendida;  
¡os tengo de ser;  
¡s de hilar y torcer  
¡ambre de mi vida.

¡Dios que revelada  
¡la tierra en que reinas,  
¡filos de tu espada  
¡anca nieve que peinas  
¡ogre dejen bañada.

¡e acaben tus sucesos,  
¡cando tus excesos,  
¡ue el mundo forme aprisa  
¡ánulos de Artemisa  
¡sepultar tus huesos.  
¡amosa Mitilene!

¡estima como yo  
¡e en tan poco le tiene  
¡mbre que te venció.

¡e los que pudieren, en orden y  
¡el estandarte arrastrando; lle-  
¡á Leoncio, tocando cajas.)

MITILENE.

Volver por tí me conviene.—  
No es ley ni bien que deshonor  
Lo que honrado debe ser;  
Vencedor es, no te asombres,  
Porque hay en Persia mujer  
De mas valor que mil hombres;  
Y yo, que á este agravio salgo,  
Mas que mil persianos valgo,  
Pues si trae mil veces mil  
Por un ejército vil,  
Mira tú si ganas algo.  
Y el príncipe que ha vencido  
Tu ejército acobardado,  
Tanto el vencer ha sentido,  
Que diera lo que ha ganado  
Por solo lo que ha perdido,  
Y aun te diera su corona,  
Porque estima mi persona;  
Que tan bien el arco flecho,  
Aunque no he cortado el pecho,  
Como bárbara amazona.  
Tu capitán es valiente,  
Atrevido con valor,  
Y reportado prudente;  
Que esta es la virtud mayor  
Para quien gobierna gente.  
Si vencedor no escapó,  
La fortuna lo ordenó,  
Dudosa, adversa y esquiva.

EMPERADOR.

Agora digo, cautiva,  
Que mi capitán venció.

MITILENE.

El que victoria ha tenido  
Salga á probar mi valor;  
Y así verás cómo ha sido  
Mas fuerte que el vencedor  
El mismo que me ha vencido.

EMPERADOR.

(Ap. Su hermosura es celestial,  
Mi apetito natural,  
Y en cosas de inclinacion  
Tiene fuerza la ocasion.)  
Salte afuera, general.

PRÍNCIPE.

(Ap. O le ha cobrado afición,  
O con celos enojos  
Quiere doblar mi pasión.  
Dándole está por los ojos  
A beber el corazón.)  
Filipo, el Emperador  
Manda que salgas.

FILIPO. (Ap.)

Amor,

¿Qué veneno me estás dando!

PRÍNCIPE.

¿No has oído lo que mando?

FILIPO.

¿Qué me mandas?

INFANTA. (Ap.)

¡Ah traidor!

¿Divertido en mi presencia,  
Contemplando otra mujer?

FILIPO. (Ap.)

¡Ay amor, con qué violencia  
Muestras en mí tu poder!

PRÍNCIPE.

Filipo, ¿tanta licencia?

FILIPO.

A servirte estoy dispuesto. (Vase.)

EMPERADOR.

Tú, Teodosio, sal también,  
Y todos lugar me den.—  
Ah Príncipe, salte fuera.—  
¿Ya estáis vos de esa manera?

Parecido os habrá bien,  
César.

PRÍNCIPE.

Señora, ¿me llamas?

EMPERADOR.

Yo soy quien llamo.

PRÍNCIPE.

¿Qué quieres?

EMPERADOR.

Que así no mires las damas.

PRÍNCIPE.

Agrádanme las mujeres,  
Y esta mas.

EMPERADOR.

¿Qué fácil amas!

Repórtate y salte afuera  
A enfrenar esos intentos.

PRÍNCIPE.

¡Ay persiana! ¿quién tuviera  
Mas almas que pensamientos,  
Y en tu altar las ofreciera! (Vase.)

EMPERADOR.

Ya, cautiva, en quien confío,  
Es tan grande tu poder,  
Que aunque el tiempo es como río,  
Que atrás no puede volver,  
Hoy has vuelto atrás el río.  
Con tus partes mas que humanas  
Las fuerzas del alma ganas,  
Tus ojos me dan pasión,  
Porque hacen refracción  
En la nieve de mis canas.  
Con amorosa inquietud  
Siento un honrado temor  
De fénix en mi virtud,  
Que, abasándome en tu amor,  
Ha vuelto á la juventud.

MITILENE.

Esa nueva alteracion,  
Que tu vieja edad pretende,  
Merece mi correccion,  
Pues si mi rostro la enciende,  
La templa mi condicion.  
Persiana soy.

EMPERADOR.

Yo el monarca

Que el orbe esférico abarca,  
Y en el ancho mar es mio  
Desde el mas veloz navío  
Hasta la mas débil barca.  
El mundo de polo á polo  
Tendrás, si no eres ingrata;  
Oro te dará el Pactolo,  
Los franceses montes plata,  
Arabia su fénix solo.  
Mal fin en mis reinos haya  
Si en las faldas de tu saya  
No me parece que miro,  
En conchas del mar de Tiro,  
Los olores de Pancaya.  
El alarbe que hoy sujeto,  
Ciñendo corvado alfanje,  
Dará el bálsamo perfeto,  
Sus blancas perlas el Gange,  
Sus panales el Himeto,  
El elefante marfil,  
La ballena ámbar sutil,  
Sciptia verdes esmeraldas,  
Y para hacerte guirnaldas,  
Todo el año se hará abril.

MITILENE.

Si tu sacra majestad,  
Porque su cautiva vivo,  
Muestra en mí su potestad,  
El cuerpo tengo cautivo,  
Pero no la voluntad.  
Nunca lascivos amores  
Me enseñaron mis mayores;

De una piçá me enamoro,  
No de perlas, plata y oro,  
Guirnaldas, bálsamo y flores.

EMPERADOR.

¿Quién eres?

MITILENE.

Una persiana  
Que en los ejércitos vengo.

INFANTA.

Pues ¿quién te ha hecho inhumana?

MITILENE.

Mi noble sangre; que tengo  
Odio á la nacion romana.

INFANTA.

¿Qué romano fué atrevido  
A ofender tanta belleza?

Sale EL PRÍNCIPE TEODOSIO.

MITILENE.

De ningún hombre lo he sido;  
Mi misma naturaleza,  
La inclinacion me ha traído  
Su memoria y su valor.

PRÍNCIPE.

De la memoria no aparto.  
(Ap. Perdona el Emperador;  
Que está mi pecho de parto,  
Y ha de nacer este amor.)  
El ejército desea  
Ver tu rostro.

EMPERADOR.

Cuando sea  
Tiempo saldré.

PRÍNCIPE.

Mi pasión  
No pide esa dilacion.

EMPERADOR.

Lugar daré á que me vea;  
Vete, César.

PRÍNCIPE. (Ap.)

Es violento  
Elirme en esta ocasion,  
Porque la gloria que siento,  
Ré mora es del corazon,  
Que para su movimiento.  
¿Ay mi persiana gallarda!  
Como el alma tiempo aguarda  
Para hablarte, desespera,  
Porque aun el alma que espera  
Ofende cuando se tarda.

(Vase.)

Sale FILIPO, por otra puerta.

FILIPO.

Aunque la maten mis celos,  
Vuelvo ya determinado  
A ver los rayos; oh cielos!  
Del sol que Persia ha criado  
Entré sus montes y hielos.

INFANTA.

Otra vez la torna á ver.  
¿Qué hago, que no persigo  
Su vida? Pues la persiga  
Es el mayor enemigo  
Cuando da en aborrecer.

(Pónese delante de Mitilene el príncipe  
Teodosio, y Filipo habla con el Em-  
perador, mirando á Mitilene.)

No la tiene de mirar;  
Luna soy, que he de eclipsar  
Este sol para sus ojos.

FILIPO.

¿Dónde pondré los despojos  
Desta guerra?

INFANTA.

¿No hay lugar  
Para tratarlo despues?

FILIPO.

Los gallardetes no cuelgo  
Hasta que bese tus piés.  
(Ap. ¡Ay cautiva!)

INFANTA.

Yo me huelgo,  
Ingrato, que no la ves.

FILIPO.

Como entre nubes parecen  
Uos pedazos de cielos,  
Que en mis ojos resplandecen.

INFANTA.

Muriendo estoy destos celos;  
No la has de ver.

FILIPO.

Me oscurecen  
Tus brazos, mi sol divino.  
(Hace ademanes de cubrilla la Infanta,  
y él porfia por vella.)

MAURICIO.

Mientras que lo determino,  
Rige la gente.

INFANTA.

Traidor,  
Mal disimulas tu amor.

FILIPO.

¿Ay, qué rostro peregrino  
Sobre mis hombros estriba! (Vase.)

MAURICIO.

El poder de tierra y mar  
Todo es tuyo; haces reciba  
Tu alma, que á cautivar  
Veniste, no á ser cautiva.  
Dará el mar, si me regalas,  
El nácar de sus espumas,  
Y el Jénix rosadas alas  
Para que sirvan tus plumas  
De penachos en sus galas.  
Teodolinda, favorece  
Mi causa, pues entrístece.—  
Quite el jardín tus enojos,  
Y en él harán estos ojos  
Lo que el sol cuando amanece.

INFANTA.

Servirte y obedecerte  
Mi pecho humilde desea.

Sale EL PRÍNCIPE TEODOSIO,  
con una daga en la mano.

PRÍNCIPE.

Si impidiere mi mal fuerte,  
Aunque mas mi padre sea,  
Le tengo de dar la muerte;  
Aunque no lo debe ser,  
Ni me parió su mujer;  
Que, según los aborrezco,  
Hijo de tigre parezco,  
O fui trocado al nacer.

MITILENE.

Que soy muy dichosa digo.  
(Vanse las dos de la mano.)

PRÍNCIPE.

Adentro van; yo las sigo. (Vase.)

MAURICIO.

Esta es la gloria primera  
Que dió al hombre su enemigo.  
¿Otra vez Teodosio aquí?  
No son presunciones buenas,  
Y pues siempre que lo vi  
Se me han helado las venas,  
Ninguna sangre te di.  
No es mi hijo; y si lo es,  
Me aborrece; muera pues,  
No contradiga mi gusto;

Que quien quiere mi disgusto,  
Querrá mi muerte despues.

Sale HERACLIANO, con un gaban y  
báculo, y HERÁCLIO, de villano.

HERACLIANO.

Heráclio, ¿qué te parece  
La corte y esta arrogancia?

HERÁCLIO.

Que no es hombre de importancia  
Quien la corte no merece.

HERACLIANO.

Muchos hay que, retirados,  
Buscaron la soledad.

HERÁCLIO.

Cansóse la voluntad  
El peso de los cnidados.  
Esta pompa y edificio,  
Las damas, la bizarría,  
El trato, la policia,  
El orden de los oficios,  
Mueven mas mi corazon  
Que el ganado, caza y sierra.

HERACLIANO.

¿Te agradan cosas de guerra?

HERÁCLIO.

Es mi propia inclinacion;  
Yo confieso que en el yermo,  
Aunque mas el perro ladra,  
Mejor que en la dicha cuadra  
Entre mis ovejas duermo.  
Como las gobierno y domo  
Cuando mis silbos las llaman,  
Sus tiernas ubres derraman  
La blanca leche que como.  
Danme la fuente y el rio,  
Entre plata y cristal tierno,  
Leche por agua el invierno,  
Nieve pura en el estío;  
Los campos, con su quietud,  
Mis espiritus levantan,  
Las dulces aves me cantan;  
Todo es gusto y aun salud.  
Mas la trompa, el atambor,  
La gente, la urbanidad,  
La corte, la majestad  
De un rey, de un emperador,  
Mas me inclina y mas me alegra.

HERACLIANO.

Todo me cansó una vez,  
Cuando nevó la vejez  
Copos en la barba negra.  
La Emperatriz ha salido,  
Despachando al limosnero.  
Es un ángel.

HERÁCLIO.

Verla quiero.

Sale LA EMPERATRIZ AURELIANA,  
singalas, dando dineros al LIMOS-  
NERO.

EMPERATRIZ.

Pocos pobres han venido.  
LIMOSNERO.

Nos manda el Emperador  
No darles, y me recelo.

EMPERATRIZ.

Si es la limosna en el cielo  
Como en el suelo el favor,  
¿La niega?

LIMOSNERO.

Y á todo vicio  
De la mujer ni el vasallo  
No es decillo ni escuchallo;

Fe y alma tiene Mauricio.  
Di limosna.

(Vase enojado.)

HERACLIANO.

Pues la mano  
Nunca merecí, los pies  
Será razon que me des.

EMPERATRIZ.

¡Oh famoso Heracliano!

HERACLIANO.

Perdone tu majestad;  
Que con el traje que tengo  
En la montaña le tengo,  
Y apoyo mi urbanidad.

EMPERATRIZ.

¿Traes á Heraclio?

HERACLIANO.

Si, Señora;

Sin él no puedo venir.

EMPERATRIZ.

¿Es este?

HERACLIANO.

Y podrás decir  
Que ves un Héctor agora.  
En las cortes de los reyes  
No hay mancebo mas bizarro;  
El movimiento de un carro,  
Detiene, con cuatro bueyes.  
Tan ligero corre y salta,  
Que alguna vez ha alcanzado  
Al corzuelo remendado  
Por la montaña mas alta.  
Es una cuartana fria  
Del leon bravo y furioso,  
Es un vaguido del oso,  
Del lobo melancolia;  
Porque al lobo, oso y leon  
Los acobarda y destierra;  
Y sobre todo, á la guerra  
Tiene extraña inclinacion.

HERACLIO. (Ap.)

Sin duda tratan de mí;  
La Emperatriz me ha mirado,  
¿Si me querrá hacer soldado?  
En signo alegre nací.  
No sé qué deidad me inclina  
A respetar su presencia  
Con amor y reverencia,  
Como á una cosa divina.  
Inquietos están mis brazos  
Para llegar á abrazalla.  
Heraclio, bárbaro, calla,  
¿Tú á la Emperatriz abrazos?  
Para quitarse mejor  
Lo que mi pecho desea,  
Me retiro, y aunque sea  
Silla del Emperador,  
Me siento. (Siéntase en el tribunal.)

HERACLIANO.

Yo he deseado  
Que este galardón me des  
Solo en decirme quién es  
Heraclio, á quien he criado;  
Que, como tu majestad  
Me lo envió tan pequeño,  
Discurro, imagino y sueño,  
Y no doy en la verdad.  
(Quédase dormido Heraclio en la silla.)

EMPERATRIZ.

Yo descubriré quién es;  
Sirvame tu corazón  
Agora con atencion,  
Y con secreto despues.  
Desposéme, como sabes,  
Siendo César, con Mauricio,  
Que ya es monarca del mundo  
Desde el Anstro al polo frio.  
Mi esposo y mi emperador

Mostróme amor al principio,  
Y aborrecióme despues;

Hombre al fin, y amor del siglo.

Pero, como son la paz

De los casados los hijos.

Pedí al cielo me los diese

Y soñé extraños prodigios.

¡Ay cielos, ay rigor, ay cruel castigo!

Cumpla estos sueños Dios solo conmigo.

Durmiendo, á mi parecer,

Temblaban los edificios

De la gran Constantinopla,

Corriendo de sangre rios.

Dentro del mar y en la tierra

Sonaban grandes gemidos,

Hasta los pájaros daban

Articulados suspiros.

Entre arreboles de sangre

El sol estaba escondido,

Era un crepúsculo el día,

La noche un oscuro abismo.

Yo, confusa y temerosa,

No de mi propio peligro,

Iba al templo, y admirada

De los secretos juicios,

Hallábalo profanado

De bárbaros enemigos;

Que es el castigo mayor

Que da Dios al cristianismo.

Entre estas calamidades

Un trágico caso he visto,

Que el corazón me suspende

Las veces que lo imagino.

¡Ay cielos! etc.

Un traidor, aunque cobarde,

De humildes padres nacido,

Ya en el ejército nuestro,

Vanaglorioso y altivo,

Del gran imperio triunfaba,

Pasando en él á cuchillo

A mis hijos, á mi esposo

Y á este cuello triste mío.

Dábanos Dios esta muerte

Por los pecados y vicios

Del Emperador, mi esposo.

Triste caso, á estar cumplido!

¡Ay cielos! etc.

Aunque es verdad que los sueños

No tienen de ser creídos,

Por ser confusas especies

De aquellas cosas que oímos,

Cuando son malos se temen,

Porque suelen ser avisos

De Dios, que en sus obras tienen

Investigables caminos.

Todos los casos adversos

Parece que traen consigo

Mas crédito y certidumbre

Que los sucesos propicios.

¡Ay cielos! etc.

Al fin, tras de muchos sueños,

De la manera que digo,

Paró Heraclio; desde entonces

Le has tenido á tu servicio,

A tu casa le llevaron,

Y en su lugar puse un niño,

Hijo de una esclava escita

Y de un esclavo fenicio;

Fué la culpa de esconderlo,

Porque suceda en mis hijos

El imperio si se escapa

Del riguroso martirio.

¡Ay cielos, ay rigor, ay cruel castigo!

Cumpla estos sueños Dios solo conmigo.

Sospecho que ya se cumple

El influjo destes signos,

Porque ya el Emperador

Su conciencia ha destruido.

Aunque ya viejo, es cruel,

Es avariento y lascivo,

Y aun á la fe de cristiano

Le va corriendo peligro.

Mas ¡ay de mí, cómo juzgo  
Defectos de mi marido!  
Yo he mentido, Heracliano;  
Júzguete Dios, que le hizo.

HERACLIANO.

¡Sueños extraños! Inquieta  
Estarás con el temor.

HERACLIO. (Entre sueños.)

Pues que soy emperador,

El ejército acometa.

Heraclio soy, viva Cristo,

Con su cruz he de vencer;

Ya se puede acometer,

Buenos presagios he visto,

Emperador del Oriente

Y del Occidente soy,

Vengando la muerte estoy

De una cordera inocente.

HERACLIANO.

Dormido habla consigo.—

Despierta, Heraclio, despierta.

HERACLIO.

Capitan, cierra la puerta;

No se escape el enemigo.

HERACLIANO.

¿Quién en palacio y de día

De espacio á dormir se pone?

HERACLIO. (Despierta y bájase del trono.)

Tu majestad me perdone

Mi necia descortesía;

Porque, como allá dormimos

Sin respeto ni atencion,

No mudamos condicion

Cuando á la corte venimos.

EMPERATRIZ.

¿Qué soñabas?

HERACLIO.

Niñerías,

Imposibles confusiones,

Que causan las ilusiones

Del sueño y sus fantasías.

Cosas que ni pueden ser;

Sueños, al fin, mal formados

De casos imaginados.

EMPERATRIZ.

Yo los tengo de saber.

HERACLIO.

Soñaba que emperador

Era de toda la tierra,

Y que estaba en una guerra

Y escapaba vencedor;

Mil disparates.

HERACLIANO.

Seria

Cómo te asentaste mal

En esa silla imperial

Y te dormiste.

Salen EL PRÍNCIPE TEODOSIO, con

una daga desnuda y asido de MITI-

LENE, y ella con otra.

PRÍNCIPE.

Porfia,

Y verás de tu hermosura

El cristal ensangrentado

Si estás á mis ruegos dura;

Que un amor demasiado

Suele parar en locura.

Siento, despues que te vi,

Un letargo, un frenesi,

Y he de curar mal tan fuerte

Con tu amor ó con tu muerte,

Que hay dos extremos en mí;

Elige pues lo mejor,

Que en tu mano está.

MITILENE.  
No quiero  
Ni mi muerte ni tu amor.  
PRÍNCIPE.  
Pues ¿qué?  
MITILENE.  
Que pruebes primero  
Si hay en tus brazos valor.  
PRÍNCIPE.  
Son tus ojos muy humanos,  
Y fáciles mis antojos.  
MITILENE.  
(Ap. Por los cielos soberanos,  
Que si muere por mis ojos,  
Que ha de morir por mis manos.)  
Humane el pecho; que en él,  
Si el fuego de amor no mata,  
Le entraré esta daga.  
PRÍNCIPE.  
Infiel,  
Premia mi amor.  
MITILENE.  
Soy ingrata.  
PRÍNCIPE.  
Dame vida.  
MITILENE.  
Soy cruel.  
PRÍNCIPE.  
Sosiégate.  
MITILENE.  
Soy un mar.  
PRÍNCIPE.  
¿No me quieres ver ni hablar?  
MITILENE.  
Soy basilisco y sirena,  
Que con ver y hablar doy pena.  
PRÍNCIPE.  
Dámela, que al fin es dar;  
Dénme pena tus enojos,  
Tu vista y tus labios rojos,  
Mas tú no hablaras ni vieras  
Si la ponzoña tuvieras  
En la boca y en los ojos.  
EMPERATRIZ.  
¿Qué es aquesto? ¿En mi presencia  
Solicitándola estás  
Sin recato y con violencia?  
PRÍNCIPE.  
¿Qué mujer tuvo jamás  
Verdadera resistencia?  
Si es violencia ó voluntad,  
Desacato ó liviandad,  
Deje de darme consejos.  
EMPERATRIZ.  
Si los padres y los viejos  
Tienen esa autoridad,  
¿No la puedo yo tener,  
Que tu propia madre soy?  
PRÍNCIPE.  
Mi gusto tengo de hacer.  
(Tira de Mitilene.)  
MITILENE.  
Mira que yo un monté soy,  
Que no me podrás mover;  
Pues ofenderme deseas,  
Aunque mas principe seas,  
Vive el cielo, que te mate.  
EMPERATRIZ.  
Teodosio, tal disparate...  
(Porfia el Principe de llevarse á Mitilene, y desfiéndela la Emperatriz.)  
PRÍNCIPE.  
Ni me hables ni me veas.  
EMPERATRIZ.  
¿Hay tan ciega obstinacion?  
Tus apetitos reporta.

PRÍNCIPE.  
Yo sigo mi inclinacion.  
EMPERATRIZ.  
Déjala.  
PRÍNCIPE.  
Daréte.  
EMPERATRIZ.  
Corta.  
PRÍNCIPE.  
Toma pues; un bofetón  
Dejaré en tu rostro escrito,  
Que mi voluntad confirmes,  
Y no impidas mi apetito.  
HERÁCLIO.  
¿Ejes del cielo, estad firmes  
A tan bárbaro delito!  
Estrellado firmamento,  
Planetas que vueltas dais  
Con el rapto movimiento,  
Montes, casas, no os caigais,  
Con tan extraño portento;  
Ángeles santos y buenos,  
¿Cómo no nos dais desmayos?  
Nubes en aires serenos,  
¿Cómo no os rompeis con rayos  
Ni nos asombráis con truenos?  
¿Cómo tú, tierra pesada,  
Que, de metales preñada,  
Nombre de madre mereces,  
No tiembles ni te estremeces  
Viendo una madre agraviada?  
Vosotros, ojos, que atentos  
Contemplastes tal mujer,  
Llorad, haced sentimientos,  
Pues no los quieren hacer  
El sol ni los elementos.  
A tener razon, lo hicieran;  
Sosiega ya, corazón,  
¿Qué movimientos te alteran?  
Que siento aquel bofetón  
Mas que si á mi me lo dieran.  
Mano infame, mano ingrata,  
Mano que muerde rabiosa  
Al dueño que bien la trata,  
Y vibora ponzoñosa,  
Que á su misma madre mata;  
Buho que aborrece el día,  
Y con hambrientos antojos  
Matar sus padres porfia,  
Cuervo que saca los ojos  
A la madre que le cria;  
Toma la espada, inhumano,  
Bárbaro mas que cristiano;  
Pues que piedad no te enseña  
Con los padres la cigüeña,  
Apréndela de un villano.  
(Llévale adentro á palos.)  
PRÍNCIPE.  
Este villano ¿qué intenta?  
HERÁCLIO.  
Darte muerte.  
PRÍNCIPE.  
¿Ah de mi guarda!  
HERÁCLIO.  
Ira soy de Dios sangrienta,  
Porque el castigo no tarda  
A quien sus padres afrenta.  
EMPERATRIZ.  
Hecho pedazos te vea  
Brevemente, aunque esto sea  
Con la muerte de los dos;  
Pero no, que ofende á Dios  
Quien mal á nadie desea.  
HERÁCLIO.  
¿No sabrá el Emperador  
Tanta infamia, tanta mengua?  
EMPERATRIZ.  
Callarlo será mejor.

MITILENE.  
Inmóvil tengo la lengua,  
De cólera y de dolor.  
Sale HERÁCLIO.  
HERÁCLIO.  
Haz que le dén muerte dura.  
EMPERATRIZ.  
No importa; que fué locura.  
HERÁCLIANO.  
Gusano de seda fuiste,  
Que en tus entrañas trujiste  
Tu muerte y tu sepultura;  
Eres muro y planta altiva,  
Que en tus brazos has criado  
La hiedra que te derriba.  
EMPERATRIZ.  
Di que soy quien ha engendrado  
Ese amor y esa fe viva.  
HERÁCLIO.  
En venganza y desagravio  
No has meneado los labios;  
Con tu paciencia me aflijo.  
EMPERATRIZ.  
¿Qué bien pareces mi hijo  
En el sentir mis agravios!  
Para quitar la ocasion  
A un loco, será razon  
Que se lleve Heracliano  
A la persiana.  
HERÁCLIANO.  
Yo gano  
Un dichoso galardón.  
MITILENE.  
Venirme mas bien no pudo,  
Porque allí las piernas quiebre  
Al jabalí colmilludo,  
Corra la tímida liebre,  
Saque del agua el pez mudo;  
Seguiré la veloz gama,  
El otoño, cuando brama,  
Hasta que caiga herida,  
En la yerba guarnecida  
Con la sangre que derrama;  
Daré á las aves ligeras  
Ya prision y ya rescate.  
HERÁCLIO.  
Cuando no sigas las fieras,  
Aqui tienes quien las mate,  
Como sus servicios quieras;  
Las montañas de su altura  
Destilarán agua pura,  
Si á honrarlas tus ojos van,  
Y en su cristal dejarán  
Los rayos de tu hermosura.  
EMPERATRIZ.  
Idos luego á las montañas;  
Que es peligroso el palacio.  
HERÁCLIO.  
Son bárbaras sus bahañas.  
EMPERATRIZ.  
¿Quién te volviera despacio  
Otra vez á sus entrañas!  
MITILENE.  
Ya por los montes suspiro.  
HERÁCLIANO.  
De tu modestia me admiro.  
EMPERATRIZ.  
Toma, Heráclio.  
(Dale una sortija, y él bésale la mano.)  
HERÁCLIO.  
Eres muy franca.  
(Ap. Esta emperatriz me arranca  
El alma cuando la miro.)

## ACTO SEGUNDO.

Salen FILIPO y LA INFANTA  
TEODOLINDA.

INFANTA.

Como el tiempo antiguo y fuerte  
Los edificios deshace,  
Y la vida del que nace  
La pálida y triste muerte,  
Y como la vanidad  
Consuma cualquier riqueza,  
Y la cobardía pobreza  
Estraga la calidad,  
Ansí, Filipo, el ausencia  
Es la muerte del amor.

FILIPO.

Antes lo hace mayor  
Cuando es breve.

INFANTA.

En la apariencia;  
Fuiste ausente y olvidaste.

FILIPO.

Por tus ojos ó mis cielos,  
Que esas sospechas y hielos  
Con el amor engendraste.

Salen EL PRÍNCIPE TEODOSIO y LA  
EMPERATRIZ AURELIANA.

PRÍNCIPE.

Madre injusta, tigre biricana,  
Quitame el ser que me diste,  
O vuélveme á mi persiana.

EMPERATRIZ.

Hijo, si fui tigre fiera,  
No te podré querer mal,  
Porque no hay otro animal  
Que mas á sus hijos quiera;  
Mas tu mano cruel y avara  
Tomarse á entrar pretendió  
Al vientre de quien salió,  
Y quiso entrar por la cara;  
Hijo, enmendarte procura,  
De ofenderme no te cuadre;  
Que Dios respete á su madre,  
Con ser Dios.

PRÍNCIPE.

¡Gentil locura!  
¡Por qué me tiene abscondida  
La que al amor de amor mata,  
La que es bella como ingrata,  
La que es alma desta vida,  
La que es honra, luz y palma  
De mi honrado pensamiento,  
La que es raptó movimiento  
De los cielos de mi alma?  
Por qué ha ligado y deshecho  
Los ojos que luz me daban,  
Y centro donde paraban  
Los suspiros de mi pecho?  
Vuélvame la persa, ó muera,  
Aunque muráramos los dos.

EMPERATRIZ.

Considera pues que hay Dios,  
Y que es justo considera;  
Si el deleite humano es sueño,  
Y el desenfadado amor  
Es un caballo traidor  
Que arrastra á su mismo dueño,  
Resista tanta flaqueza  
La memoria del infierno;  
Si es hijo el nombre mas tierno  
Que nos dió naturaleza,  
Hijo, hijo regalado, (De rodillas.)  
Temme respeto y temor;  
Que en el vientre del amor

Muchas veces te he engendrado.  
Contigo fui liberal,  
Columnas mis brazos fueron;  
En peso un tiempo tuvieron  
Ese edificio mortal.  
Hijo de mi corazón,  
Pues no te pido que seas  
Con tus padres otro Enéas,  
Huye de ser Absalon.

INFANTA.

Tu majestad, ¿para qué  
Arrodillada se ha visto  
A mi hermano? Solo Cristo  
Mejor que su madre fué,  
Solo de virgen podía  
Arrodillarse á sus pies.—  
Y tú, Teodosio, ¿no ves  
Que esta es nueva tiranía?  
¿No has visto que no conoce  
La paternal reverencia?

PRÍNCIPE.

¿Quién me dió tanta paciencia?

EMPERATRIZ.

También él la reconoce.

PRÍNCIPE.

Algun demonio me ha hecho  
Que os aborrezca, y me incita.

FILIPO.

César y príncipe, quita  
Esa cólera del pecho;  
La Emperatriz, mi señora  
Y vuestra, demás de ser  
Madre, emperatriz, mujer,  
Como su idolo te adora;  
Por cuatro razones debes  
Su respeto y reverencia.

PRÍNCIPE.

¿Quién te dió tanta licencia,  
Que á mi persona te atreves?

FILIPO.

El ver que de buena gana  
Me has hecho siempre merced.

PRÍNCIPE.

Hidrópico soy, mi sed  
Es beber la sangre humana;  
La tuya derramaré,  
Si aconsejas desa suerte.

FILIPO.

Si te sirves con mi muerte,  
Mi espada propia daré.

(Dale su espada.)

Saca con ella, Señor,  
Vida y alma racional  
Del vasallo mas leal  
Que ha tenido emperador;  
Mas mi palabra te empeño  
Que, aunque le falte razon,  
No cometerá traicion  
Por no volverse á su dueño,  
A tu voluntad ofrezco  
Este cuello y esta espada.

PRÍNCIPE.

¡Oh, quién la viera empleada  
En las vidas que aborrezco!

Sale EL EMPERADOR, y UN CRIADO  
con él.

EMPERADOR.

No me da mi rabia espacio,  
Porque en cólera me enciendo,  
Y con un rayo pretendo  
Asolar ese palacio.  
¿Cómo el cuerpo desta casa,  
Que vida y alma no tiene,  
Faltándole Mitilene,  
No se deshace y abrasa?  
Cómo no das esta vez

Muerte á aquesta que ha escondido  
El claro sol que ha salido  
Al alba de mi vejez?  
Dame, falsa, dame, ingrata,  
Una cautiva que adoro;  
Guarneceré con su oro  
Esos cabellos de plata.  
Su cristal hermoso trae,  
Trae su alabastro, importuna,  
Porque sirva de columna  
A esta vida que se cae.  
Dame el alma que deseo,  
Dame mi espejo infiel;  
Porque si me miro en él,  
De menos edad me veo.  
Hipócrita, ¿dónde tienes  
El idolo de mi amor?

(Arrástrala de los cabellos.)

EMPERATRIZ.

Espera, aguarda, Señor;  
Lleno de cólera vienes.

EMPERADOR.

Este cabello villano  
Por fuerza te arrancaré.

EMPERATRIZ.

A la montaña se fué  
En casa de Heracliano.  
No entendí darte disgusto;  
Perdona, no estés con ira;  
Que ofendes á Dios, y mira  
Que es riguroso, aunque justo.

EMPERADOR.

¿Qué dices y reprehendes?  
Hipócrita, sal de aquí;  
No estés delante de mí,  
Que me enojas y me ofendes.

INFANTA.

Amor, si remedio esperas,  
A seguir su sol disparte,  
Que ya se puso en el monte,  
Porque es refran de las fieras.

FILIPO.

Con la razon que tenia,  
Viendo el mal que ausente estaba,  
Mi corazón palpitaba;  
Pero yo no lo entendia.

EMPERADOR.

Filipo, partirte puedes  
Por mi cautiva gallarda;  
Serás el águila parda  
De mi bello Ganimédes.  
Alba serás del sol mio  
Que traerás sus rayos de oro;  
Serás mi claro Pecloro,  
Argos serás de otra lo;  
Para su venida empiedra  
De granates los caminos,  
Viste los montes y pinos  
De arrayan y verde hiedra;  
Alumbren la noche negra,  
Cuando niegan luz los cielos,  
Volcanes y Mongibelos;  
Tiren paveses tu coche,  
Como pintan al de Juno;  
Y al fénix que arriba tiene  
Trajera al de Mitilene,  
A no ser el fénix uno.  
Al Príncipe te anticipo,  
César te hago de Roma,  
Mi púrpura propia toma;  
Tú Alejandro, soy Filipo.

Sale LA EMPERATRIZ AURELIANA,  
con una carta del Padre Santo.

EMPERATRIZ.

Nuestro santo pontífice Gregorio,  
Que ahora en Roma está con gran pe-  
[ligro,

Señor, ha despachado dos legados  
Con esta carta para ti, recibe  
El recado que traen, si eres servido.

EMPERADOR.

¿Ya no sabe Gregorio que aborrezco  
Sus cosas? ¿Para qué cartas me envía?  
Déjeme el Papa ya.

FILIPO.

La carta leo.

(Lee.) «Gregorio, obispo de Roma,  
» siervo de los siervos de Dios; á ti, Mau-  
» ricio, emperador de Oriente y Occi-  
» dente, salud y gracia y bendición  
» apostólica: Hijo en Cristo, la Sede  
» Apostólica y la Iglesia, en estas par-  
» tes occidentales y reinos de Italia muy  
» perseguida de infieles, principalmen-  
» te en la ciudad de Roma, que está  
» cercada de lombardos, y yo dentro,  
» sin poderla favorecer, si Dios por su  
» divina misericordia no la ampara de  
» parte suya; encarecidamente pido  
» favor, y hástele representar el peli-  
» gro al defensor de la Iglesia, para que  
» acudas con su ejército. Dios sea en  
» vuestra gracia, amén. Fecha en Roma,  
» en las calendas de mayo del año de  
» mil trescientos y tres.»

EMPERADOR.

Imposible ha de ser darle socorro;  
Sus trabajos padezca, si los tiene;  
Vuélvase el portador, y déle aviso  
Del mucho desamor que al Papa tengo.

EMPERATRIZ.

Señor, mire tu grandeza  
Que un cuerpo son los cristianos,  
Y no es bien que estén las manos  
Contrarias de la cabeza.  
Cuerpo es la Iglesia, Señor,  
Y sufrirá muchos males  
Si los miembros principales  
No le prestan el favor.  
Cuerpo el Papa, y el Rey es  
Brazos deste cuerpo misto,  
La cabeza solo es Cristo,  
Y los demás somos piés.  
Si al cuello no dan favor  
Los brazos con fortaleza,  
Enojarse ha la cabeza,  
Y los piés peligrarán.  
Como el Papa por su oficio,  
De la Iglesia eres columna;  
Pues si de dos falta una,  
¿No se caerá el edificio?  
Dios con ella se desposa,  
Tu brazo su escudo es;  
Repara los golpes pues,  
Porque no den en su esposa.  
Su mano da el cortesano  
Cuando cae una mujer;  
La Iglesia quiere caer,  
Dale, Emperador, la mano.

EMPERADOR.

Hipócrita, mal nacida,  
No me cansen tus sermones;  
Vive el cielo, que en prisiones  
Tienes de acabar la vida;  
Llévala luego á una torre.

INFANTA.

¿Señor!

EMPERADOR.

No mas me prediques  
Ni á mis órdenes repliques.—  
Llévala tú.

CRÍADO.

¿Señor!

EMPERADOR.

Corre;

Que padezca y sufra es justo,  
Pues no me tiene afición,

La que niega mi opinión  
Y contradice mi gusto.

(Llevan á la Emperatriz y suena ruido.)

¿Váleme Dios, qué ruido!  
¿Qué extraño temblor de tierra!

FILIPO.

Será la gente de guerra,  
Que algun motin ha movido;  
Ponte, Señor, tras de mí,  
Porque, estando desta suerte,  
Descargue el golpe la muerte  
En mis hombros, y no en tí.  
Cuando no fuere á la vista  
De tus ojos de provécho,  
Un muro será mi pecho,  
Que el ejército resista.

(Torna á sonar.)

EMPERADOR.

No es tierra; que son, creo,  
Batallas de hombres armados,  
En el aire congelados;  
¿No los veis?

FILIPO.

No los veo.

EMPERADOR.

¿No veis el cielo teñido  
Con la sangre que se vierte?  
¿No veis la pálida muerte?

FILIPO.

Solamente oigo el ruido.

Sale FÓCAS, con una espada.

EMPERADOR.

¿Veis una persona airada,  
Que me mira con rigor?

FÓCAS.

Mauricio, el Emperador,  
Morirá con esta espada.

EMPERADOR.

¿Viste en el aire pasar,  
Con una espada de fuego,  
Un mónstruo?

FILIPO.

Sí, Señor.

EMPERADOR.

Luego

Mi muerte no ha de tardar.

¿Oístele?

FILIPO.

Sí, lo oí.

EMPERADOR.

¿Vístelo?

FILIPO.

Tambien.

EMPERADOR. (Siéntase.)

No son

Casos de imaginación.

¿Ay, infelice de mí!

Mi sangre está hecha hielos,

El alma empieza á temer;

Nadie se puede esconder  
Del castigo de los cielos.

Viva el hombre con recelos  
De la justicia divina,

Que á los soberbios derriba,  
Solo al humilde levanta;

Al fin es justicia santa,  
Que ni tuerce ni declina.

Desde el Austro al polo frío  
Llegan con ancho hemisferio

Los límites de mi imperio.

Dios hizo el mundo, y es mio;

Mas es mundo, en él no fio.

Volver quiero el pensamiento  
A Dios, que es el pensamiento

Donde el alma ha de estribar.

David soy; quiero llorar  
Sin suspender mi tormento.

CRÍADO.

En sueño y melancolia  
Está; á solas le dejemos.

FILIPO.

Cosas prodigiosas vemos  
En este trágico día.

(Vanse.)

Queda durmiendo EL EMPERADOR. //  
sale FÓCAS, como la vision, con una  
espada, y se la pone al pecho.

EMPERADOR.

Rey ni emperador se escapa  
De padecer mal tan fuerte.

FÓCAS.

Fócas te ha de dar la muerte,  
Porque aborreces al Papa.

EMPERADOR.

¿Que me matan, que me matan!  
Filipo, socorre, ayuda;  
Con una espada desnuda  
Mi vida vieja desata.  
¿Que me muero, que me muero!  
¿Ay Jesus! dame la mano;  
Que me mata aqui un villano.

Sale FILIPO.

¿Ay, qué tribunal espero!

FILIPO.

El Emperador da voces.—  
¿Ay Señor, Señor! ¿qué tienes?

EMPERADOR.

Filipo, á buen tiempo vienes.  
¿Esas sombras no conoces?  
Saca, Filipo, la espada;  
Librame destas visiones.

FILIPO.

Si son imaginaciones.

EMPERADOR.

¿Los que me dan muerte airada?  
Dales, Filipo.

(Saca la espada Filipo.)

FILIPO.

No veo

Quien te ofende.

EMPERADOR.

Aquí á este lado;  
Dales, Filipo.

FILIPO.

Admirado

Estoy y verles deseo.

EMPERADOR.

Filipo, aquí se vinieron;  
Castiga su atrevimiento.

FILIPO.

Ya les doy, y nada siento.

EMPERADOR.

Déjalos, que ya se fueron.

¿Ay! Dios justo es mi Dios bueno;

¿Conocerás un villano,  
Que Fócas se ha de llamar

(¡Dichoso caso lozano!),  
Bajo de cuerpo y moreno?

FILIPO.

Buscaréle bien.

EMPERADOR.

Advierte

Que aquí me lo has de traer;  
Porque este tiene de ser  
El que me ha de dar la muerte.  
Dios me quiere castigar

Y mi pecho lo desea,  
Como en esta vida sea.  
Favor al Papa he de dar;  
La Emperatriz es muy santa,  
Ella será intercesora  
Con el justo Juez, que ahora  
Con su sentencia me espanta.

*Salen HERÁCLIO y músicos.*

HERÁCLIO.

Esta es la fuente que tiene  
Por guijas cristal y perlas,  
Porque cuando á cazar viene  
Llegue á coger y beberlas  
La gallarda Mitilene.  
Cuando aquí está calurosa,  
Bebiendo su agua dichosa,  
Le doy voces y le aviso  
No muera como Narciso,  
Viendo su imagen dichosa.

MÚSICO 1.º

Delante se nos ofrece.

MÚSICO 2.º

Vénus en Chipre parece.

HERÁCLIO.

Facelde una alegre salva,  
Sed ruiseñores del alba  
Que á mis ojos amanece.

MÚSICOS.

*Héla por dó viene la cazadora,  
Que cautiva y prende  
En red amorosa.*

*Sale MITILENE, con arco y flechas.*

*Del monte descende  
Mas linda y hermosa  
Que el sol cuando sale  
Siguiendo el aurora;  
A la fuente viene,  
Que corre invidiosa  
De ojos y labios  
Que sus aguas doran.  
Fieras y hombres mata  
La cazadora,  
Que cautiva y prende  
En red amorosa.*

HERÁCLIO.

Me pareces, decendiendo,  
Si verdad quieres que trate,  
Al sol que se va poniendo,  
Garza que al suelo se abate  
Y alba que viene riendo;  
Tu tardanza, por mi mal,  
La fuente está murmurando  
Entre dientes de cristal,  
Entendiendo está y brindando  
Esos labios de coral;  
Hizo que á tus movimientos  
Tenga mis ojos atentos  
Por podérteme ofrecer;  
Sangre quisiera tener,  
Como tengo pensamientos.

MITILENE.

¿Son honrados?

HERÁCLIO.

Bien nacidos,  
Y como en creer no tardan,  
Salen del alma atrevidos,  
Llegan á ti y se acobardan,  
Y vuelven arrepentidos.  
Después que entre fieras tratan,  
Tus manos matan las fieras,  
Nuestras vidas arrebatan,  
Y á mi tus ojos me matan,  
Que son del sol sus esferas.

MITILENE.

¿Cómo estás tan cortésano?

HERÁCLIO.

Con amor teme el tirano,  
Oye el sordo y habla el mudo,  
Calla el loco, entiende el rudo,  
Y es político el villano.

MITILENE.

Yo en el grado que te quiero,  
A ninguno quise bien.

HERÁCLIO.

Dulce amor, ¿qué mas espero?  
Dadme alegre parabien  
Deste favor lisonjero.

MÚSICO 1.º

¿Cómo de caza te ha ido?

MITILENE.

A tiempo has interrumpido  
Su plática regalada;  
En la espesura intricada  
Un ciervo dejo herido;  
Entre robles se escondia,  
Paciendo tomillos tiernos,  
Y como el cuerpo cubria,  
Mostrando un árbol de cuernos,  
Roble seco parecia;  
Moviése en espacio breve,  
Así dije: «Lo que veo  
Ciervo es que pace ó bebe;  
Porque aquí no canta Orfeo,  
El que los árboles mueve.»  
Disparéle satisfecha  
Una jara tan derecha,  
Que al medroso ciervo dió,  
Y por el monte abajó  
Mas ligero que una flecha;  
Por hondas bocas iguales  
Sangre y espuma vertia,  
Y así dejaba señales,  
Que la tierra parecia  
Copos de nieve y corales;  
Corrió al fin tan diligente,  
Que llegó á una clara fuente,  
Y allí bebiendo y bañando,  
Se está ahora desangrando  
Para morir dulcemente.

HERÁCLIO.

Eres hermosa Diana,  
Eres el margen florido  
Desta fuentequilla ufana  
Por las veces que has bebido  
Su cristal. *(Echase y canta.)*

MITILENE.

De buena gana.

HERÁCLIO. *(Canta.)*

*Con la música y ruido  
Del agua blanda, mi dueño  
Dulcemente se ha dormido,  
Y su rostro con el sueño  
Rosado está y encendido;  
Al valle quiero bajar  
Por rosas para enramar  
Sus cabellos y sus faldas.*

MÚSICOS.

*Vamos todos por quirnaldas,  
Dejémosla reposar.*

*(Vanse.)*

*Queda durmiendo MITILENE, y sale  
LEONCIO, todo vestido de pieles.*

LEONCIO.

Puede la música tanto,  
Que como alicornio vengo  
De una cueva que aquí tengo,  
Húmeda ya con mi llanto.  
Castigóme el cielo santo  
Con afrenta amarga y dura;  
Mas hoy en esta espesura  
Ha suspendido mi pena  
Esta voz, que fué sirena

Del mar de mi desventura.

A vencer los persas fui,  
Y en los cuernos de la luna  
*La Rueda de la fortuna*  
Me subió, pero caí;  
Y en una plaza me vi  
Con una ruca en el lado;  
Y así, viéndome afrentado,  
A los montes me subí  
Y aquel amor me ha faltado.  
¿Qué ninfa por agua viene  
A esta fuente clara y pura,  
Que sueño á su margen tiene?  
O esta es la misma hermosura,  
O es la bella Mitilene.  
¡Oh dulcísima ocasion  
Del estado en que me veo!  
¿Si es ella? Si es ilusion?  
Si es imagen del deseo  
Que está en la imaginacion?  
El corazón se ha alterado,  
Como á su dueño ha mirado.  
Ella es, yo la despierto;  
Mas no querrá á un hombre muerto,  
Que tal es un afrentado.  
Despierta no me ha querido,  
¿Y así he de abrazarla yo  
Ahora que se ha dormido?  
Tente, apetito, eso no;  
Que es amor descomedido.  
Entre estos lentiscos quiero  
Mirarla con afición,  
Y seré el hombre primero  
Que se venció en la ocasion,  
Teniendo amor verdadero.

*Sale EL PRÍNCIPE TEODOSIO,  
con DOS CRIADOS.*

PRÍNCIPE.

Bosques oscuros, que tan peregrinos  
Merecian los célebres pinceles  
De Timántes, de Cúsis y de Apóles,  
Tenidos en el mundo por divinos;  
Cuyos frondosos y elevados pinos,  
Verdes hayas, lentiscos y laureles,  
Cipreses imitais los chapiteles,  
Y os mirais en arroyos cristalinos;  
Si de sombra servís á mi enemiga  
Cuando viene á las fiestas con despojos  
De las fieras que mata en la espesura,  
Decidme dónde está, porque la siga,  
Si acaso de las hojas haceis ojos  
Para mirar despacio su hermosura.

CRIADO.

Sin ser destos montes planta,  
Yo podré decirte della;  
Mirala allí.

PRÍNCIPE.

«Imagen bella  
De la gloria bella y santa,  
Luciendo va como viento  
Entre enebros y lentiscos,  
Que en verla me dan tormento.  
Atad pues á la cruel  
Que claramente me mata,  
Mas hermosa y mas ingrata  
Que fué otro tiempo el laurel.  
*(Llegan y atanla, y él toma el arco.)*

MITILENE.

¿Qué es aquesto?

PRÍNCIPE.

Una afición.

MITILENE.

¿Quién me ató?

PRÍNCIPE.

Quien te ha adorado,

Un príncipe apasionado.

MITILENE.

Mejor dirás tu pasión. —  
Traidores, viles, villanos,  
¿Qué intentáis? Qué pretendéis?  
Del miedo que me tenéis  
Os pedo atarme las manos.  
Fantasmas del blando sueño  
En que he estado divertida,  
¿Qué queréis?

PRÍNCIPE.

Hallar mi vida.

MITILENE.

¿Quién te la quita?

PRÍNCIPE.

Mi dueño,

Yo te di mi libertad  
Y ahora me has de querer,  
Y por fuerza he de vencer  
Tu rebelde voluntad.

MITILENE.

¿Cómo has de poder forzarla,  
Pues aun no la fuerza Dios?

PRÍNCIPE.

Dándote muerte. — Los dos  
De un árbol podeis atarla;  
Con sus flechas ha de ser  
Muerta, si mi gusto niega.

(Atanla.)

LEONCIO. (Ap.)

Yo quiero ver dónde llega  
El valor desta mujer.

MITILENE.

Bárbaro, que nombre cobrás  
De traidor en pensamientos,  
En el alma, en los intentos,  
En palabras y en las obras.  
Plega Dios que te diviertan  
El alma eternos pesares,  
Y las flores que pisares  
En serpientes se conviertan.  
Sigate un oso herido,  
Para que mas bravo sea,  
Una tigre que no vea  
Los hijuelos que ha parido;  
Un toro agarrocheado  
Encuentres, y un elefante  
Que tenga siempre delante  
Un áspid recién pisado.  
Fieros leones encuentres,  
Que salgan de la cuartana,  
Porque con rabia inhumana  
Te sepulten en sus vientres.  
Haz desatarme, traidor,  
Y nuestras fuerzas probemos.

PRÍNCIPE.

En mi pecho hay dos extremos:  
Que aborrezco y tengo amor.  
Si en la parte que te adoro  
No me dan tus ojos guerra,  
De las peñas de la tierra  
Sacaré la plata y oro.  
De las entrañas saladas  
Del mar, que sorbe las vidas,  
Sacaré perlas asidas  
De conchas tornasoladas.  
Tuyas serán, tu mi dama  
Mientras con rayos eternos  
Dore al toro el sol los cuernos  
Y al pez argente la escama.  
Pero si te muestras fuerte,  
Del extraño amor que siento  
Saldrá el aborrecimiento,  
Procurándote la muerte.

MITILENE.

Rompe mi pecho; traidor,  
Y un pelicano seré,  
Que con él sustentaré  
Mis hijos, que es el honor;  
Tira, acaba, tira.

PRÍNCIPE.

Advierte

Que en este mortal estrecho,  
Lo que hay de la flecha al pecho  
Hay de la vida á la muerte.

MITILENE.

Y lo que hay del suelo al cielo  
Habrá de mis pensamientos  
Á tus cobardes intentos.

PRÍNCIPE.

Que me ha de vencer recelo,  
Y demudar la conciencia;  
Que, pues presume de fuerte,  
Menospreciando la muerte,  
Tema su misma vergüenza.

MITILENE.

Leona es mi honra, villanos,  
Que ligada se defiende,  
Y con los dientes ofende.  
Si está herida en las manos.  
Perro seré que, guardando  
Este honrado proceder,  
Cuando no pueda morder  
Llamaré gente ladrando.  
Montes, aves, plantas, fieras,  
Tened en esta ocasion  
Alma, piedad y razon.

LEONCIO.

Si tendrán, porque no muéras.

CRIADO 1.º

Las hojas vienen hablando  
A amparar esta mujer.

CRIADO 2.º

Huye, Señor.

PRÍNCIPE.

Descender

Quisiera al valle volando.

(Vanse el Príncipe y los criados.)

MITILENE.

¿Qué fiera, qué labrador,  
Qué deidad ha pretendido  
Mi defensa? Ángel ha sido  
De la guarda de mi honor.

Sale FILIPO, mirando un retrato.

FILIPO.

Mientras yo descanso un rato,  
Pregunta por algun hombre  
A quien llamen de ese nombre  
Y parezca á ese retrato.  
¿Qué espectáculo divino  
No es la gloria que deseo!  
En un espejo me veo,  
Mirando lo que imagino. —  
Dulce juez y testigo  
De mi amorosa pasión,  
¿Qué es aquesto?

MITILENE.

Una traicion

Que usó el Príncipe conmigo.  
Desátame, General.

FILIPO.

Con mi amor, esta ocasion  
Ha de perder la opinion.  
De cortesano y leal.  
¿En qué peligro me veo!  
Los cielos me están mirando,  
Y aqui me va despeñando  
El caballo del deseo:  
La buena ocasion es fuerza,  
Gozarla quiero por fuerza;  
Pero no, que soy honrado.  
Yo la voy á desatar.

MITILENE.

¿No me desatas?

Sale LEONCIO, y escóndese.

LEONCIO.

Ya tengo,

Cuando á desatalla vengo,  
Otro caso que mirar.

FILIPO.

La ocasion es poderosa;  
Hace al cobarde cruel,  
Ladron hace al hombre fiel,  
A la verdad mentirosa;  
Traidor hace al que es leal,  
Lascivo al mas continente,  
Riguroso al que es clemente,  
Y corto al que es liberal.  
¿Cuántos hombres han estado  
En esta resolucion,  
Y una pequeña ocasion  
Ciegos los ha derribado!  
Mitilene, tu hermosa  
Sirva á esta planta de hiedra,  
Y tú del todo eres piedra,  
Estando inmóvil y dura:  
Desde el punto que te vi  
Te adoré; como soldado,  
En las batallas que he dado  
Nunca la ocasion perdí;  
Si ves que te doy la muerte,  
¿Has de dejarte gozar?

MITILENE.

Mil muertes pienso pasar.

FILIPO.

Una mujer es tan fuerte,  
Que la vida aventurado  
Por su honra, no es razon  
Que venza una tentacion  
Al que quiere ser honrado;  
Noble soy y temo á Dios,  
Honra quiero, y Dios es gloria.

(Desátala.)

LEONCIO.

¿Ay Filipo, esa vitoria  
Hemos ganado los dos!

MITILENE.

Buscando voy deseosa  
Uno que me dió la vida.  
Luego vuelvo.

FILIPO.

Esa vida

Es honrada y animosa.

LEONCIO.

Solo queda el amistad  
Que me ha tenido; consiente  
Que agora salga, y le cuente  
Mi extrema necesidad.  
Como afrentado he vivido  
En los montes retirado,  
Me siento necesitado  
De dineros y vestido;  
De pasar me determino  
A los persas; y así, salgo  
A pedir que me dé algo  
Para pogerme en camino.  
Pero dudo, y no estoy cierto  
Si con este nuevo estado  
La condicion ha trocado;  
Mejor es llegar cubierto.  
Vergüenza y desdicha están  
En el que á pedir comienza,  
Y es mas desdicha y vergüenza  
Si pidiendo no le dan. — (Llega.)  
Caballero, si hay piedad  
En los capitanes fuertes,  
Mi vida está entre dos muertes,  
Agravio y necesidad,  
Y como vos fui soldado  
Y tuve riqueza alguna,  
Pero la adversa fortuna,  
Soberbia, me ha derribado;  
Rico pensaba morir,

Y ya vivo pobremente,  
Si no soy como la fuente,  
Que baja para subir.  
Otro es ya lo que yo fui,  
Lo que fueron otros soy;  
Mandé en el mundo, y ya estoy  
Sin poder mandarme a mí.  
Envidiaronme el estado,  
Mas ya es mayor en la gente  
La lástima del presente  
Que la invidia del pasado;  
Di otro tiempo y no pedi,  
No era pobre aunque mas diera,  
Y ahora rico estuviera  
Con lo menos que yo di;  
Fué mi estado como un sueño,  
Que gozándolo soñé,  
Y perdido, desperté,  
Y halléle en otro dueño;  
Fué arcaduz, siendo mio,  
Lleno en la rueda subió,  
Y en otro el agua se vió,  
Y así he bajado vacío.  
Hoy me obliga á que te pida  
Limosna; así tu privanza  
No padezca la mudanza  
De mi desdichada vida.

FILIPPO.

Tú has mostrado en el cubrir  
El rostro que noble has sido,  
Porque siempre al bien nacido  
Causa vergüenza el pedir;  
Quien viendo al necesitado,  
A dalle no se comide,  
Y al que con vergüenza pide,  
Aunque lo pida prestado,  
Noble no se ha de llamar;  
Y así, será caso cierto  
Que tú has de pedir cubierto  
Y que yo tengo de dar;  
Yo en la corte voy subiendo,  
Mas con miedo de vivir,  
Porque he encontrado al subir  
Otro que viene cayendo.  
Lo que con favor se gana,  
Decir no se puede estado,  
Sino dinero prestado,  
Que es de otro dueño mañana;  
Y así, el mio te daría,  
Mas tanto dél desconfío,  
Es tan comun, que hoy es mio,  
Y tuyo será otro día;  
Un grande amigo se vió  
En mi peso, en mi privanza;  
Bajó al mundo su balanza,  
Y así en otra subí yo;  
Procura pues remediarte  
Con esos pobres despojos;  
Mas te diera, y aun los ojos  
Sus lágrimas quieren darte,  
El corazon su piedad,  
Los brazos un lazo estrecho,  
Su misma vida mi pecho,  
Y el alma su voluntad;  
Mas ya que en adversidades  
A ejemplo imitas muy bien,  
Imitalo aquí tambien  
En recibir voluntades.  
Y al irte así no te asombres;  
Que el corazon me has quebrado  
En verte tan desdichado,  
Que has menester otros hombres.

LEONCIO.

Es pedir mal tan airado,  
Que, despues de haber pedido,  
Y con haber recibido,  
Tiemblo de haberlo pasado.

Sale MITILENE, y Leoncio se cubre.

MITILENE.

Si no hay causa que lo impida,

Honra y luz de los mortales,  
Yo te pido agradecida  
Esas manos liberales,  
Que saben dar una vida;  
Mas tu venida me honró  
Que el padre que me engendró,  
Porque si yo la perdiera,  
Mayor mi deshonra fuera  
Que la honra que él me dió;  
Y si saberla guardar  
Mas es que darnos la honra,  
Padre te puedo llamar,  
Que en guardarme vida y honra,  
Hoy me vuelves á engendrar;  
¿Quién eres?

LEONCIO.

Dos fui, y soy uno.

MITILENE.

Extraña naturaleza,  
Dos hombres asido en uno.

LEONCIO.

Dos fui, mas yo y mi riqueza,  
Ya soy pobre y soy ninguno.

MITILENE.

¿Tanto has sentido el perder,  
Que pierdes tambien el ser?

LEONCIO.

Si; que en haberla perdido,  
Tan otro soy del que he sido,  
Que no me has de conocer.

MITILENE.

¿Qué es tu riqueza-perdida?

LEONCIO.

Vida y honra.

MITILENE.

¿Gran deshonra!

¿Quién fué causa?

LEONCIO.

Tu venida;

Por ella perdí mi honra,  
Quizá mi hacienda y mi vida.

MITILENE.

Si te la puedo volver,  
Como sin deshonra sea,  
Pideme.

LEONCIO.

Podrás hacer

Lo que mi pecho desea,  
Sin ganar y sin perder.

MITILENE.

Harélo pues, pero advierte  
Que tengo de conocerte.

LEONCIO.

Cuando ya vivir me sienta.

MITILENE.

¿No vives?

LEONCIO.

No; que una afrenta

Es mayor mal que la muerte;  
Entonces te pediré.

MITILENE.

Esta será desde ahora  
Prenda y fe. (Dale una sortija.)

LEONCIO.

Estará esa fe

En el alma, que te adora.

Salen HERACLIANO y HERÁCLIO, y  
Los músicos, cantando.

MÚSICOS.

El alba en las flores  
Su aljofar vierte  
Para la cabeza  
De Mitilene.

HERACLIANO.

Todos guirnaldas te hacen  
De flores no cultivadas,  
Amapolas encarnadas  
Entre los trigos se nacen;  
Romero que en las montañas  
Flor cenicalo nos deja,  
De quien saca miel la abeja  
Y ponzoña las arañas;  
Flor de gallomba amarilla,  
Toronjil y trébol tierno,  
Que nos quita la polilla;  
Poleo, con que las garzas  
Suelen purgarse en las selvas.

HERÁCLIO.

Flores son, pero ningunas  
Tan finas como mi amor.

MITILENE.

Por esas flores pudieras  
Hallarme ya de otra suerte.

HERÁCLIO.

¿De qué modo?

MITILENE.

Con la muerte.

HERÁCLIO.

¿Signiéronte algunas fieras?

MITILENE.

Mas que fieras, un traidor,  
Que me ha ligado durmiendo;  
Pero á no volver huyendo,  
Él probará mi valor.

HERACLIANO.

Es tanto su atrevimiento,  
Que ya este viejo desea  
Saber quién tu origen sea.

MITILENE.

Contarélo, estáme atento.  
Yo, famoso Heracliano,  
Nací en el reino de Persia,  
Y el cielo me dió aquel nombre,  
La desdicha y la nobleza;  
Gozó el Rey una serrana,  
Enamorándose della;  
Que es el Rey como la muerte,  
Que no tiene resistencia.  
En cinta quedó aquel día,  
Y ojalá el cielo le diera  
La esterilidad de Sara,  
Aunque entonces no era vieja.  
Cumpliéronse nueve meses,  
Llegó mi parto, y mi estrella  
Me sacó al mundo, llorando  
Sus desdichas y miserias.  
Nací pues y fui criada  
Entre los montes y sierras,  
Y así á la guerra y la caza  
Me inclinó naturaleza.  
Cazando el Principe un día,  
Con el calor de una siesta,  
Llegó á la sombra de un pino  
Y me vió durmiendo en ella;  
Desperté sin conocelle,  
Me avergoncé en su presercia;  
Que naturalmente todos  
A sus príncipes respetan.  
La majestad de los reyes  
Es tan grande y tan severa,  
Que aunque no los conocamos,  
Nos provoca reverencia;  
Pero la sangre real,  
Que da vida á nuestras venas,  
Nos dió la aficion entonces  
Con una amistad estrecha.  
Nunca fué el Principe á caza,  
Que yo á su lado no fuera,  
Ni sin tenerme presente  
Descansó en la verde yerba.  
Al fin llevóme á la corte;  
Fui sin gusto, porque en ella

Anda la verdad vestida  
Con máscara de vergüenza;  
Después en su compañía  
Iba también á las guerras,  
Y mas de cuatro naciones  
De solo mi nombre tiemblan.  
Creció nuestro mútuo amor  
Cuando supimos quién era,  
Y apartónos la fortuna,  
Con sus mudanzas adversas.  
El desdichado Leoncio,  
Que ahora lora su afrenta,  
Desterrado del imperio,  
Llegó una noche á mi tienda;  
Defendime de sus brazos,  
Pero vine sin defensa  
Por dos livianas heridas,  
Y fui en las suyas presa;  
Nunca el Príncipe, mi hermano,  
Me vió, porque las tinieblas  
De la noche lo impedían,  
Y el ser su victoria cierta;  
Pero después no ha sabido  
De mí; que, si lo supiera,  
Mi libertad procurara  
A costa de su cabeza.

HERÁCLIO.

Detente, no digas mas;  
Calle, Señora, tu lengua,  
Porque me llevas el alma,  
A tus razones atenta.  
Nunca el Rey enamorado  
Tu dichosa madre viera,  
Nunca gozara aquel día  
Su recatada belleza,  
Nunca tuviera ocasión  
De gozarla, nunca fuera  
Tan generoso y fecundo,  
Para que tú no nacieras;  
Nunca el Príncipe cazara,  
Nunca llevarte quisiera  
A la guerra ni á la corte,  
Nunca al imperio viniera;  
Y ya que todo fué así,  
Para darme mayor pena,  
Nunca te vieran mis ojos,  
Que en vano tu luz desean.  
Pluguiera al eterno cielo  
Que humildes padres te diera  
El generoso principio  
Que tiene ya tu grandeza;  
Fuera un villano tu padre,  
Tu patria una pobre aldea,  
Tu sangre como la mía,  
Porque yo te mereciera;  
Que ya un tosco labrador  
No es posible que merezca  
Mirar el rostro divino  
De una gallarda princesa.  
¡Esperanzas mal logradas!  
¡Imaginaciones muertas!  
¡Alicion desengañada!  
¡Loco amor, alma indiscreta!  
Pero si los propios hechos  
Suelen suplir la nobleza,  
Que á los que nacen humildes  
La naturaleza niegan,  
A los ejércitos voy,  
Y por el Dios que gobierna  
Un mundo, cuatro elementos,  
Once ciegos y una Iglesia,  
Que en las ásperas montañas  
No has de verme hasta que tenga  
Ganadas por estas manos  
Honra propia y fama eterna.  
Mis hazañas han de darme  
Lo que á ti naturaleza,  
Y acaso querrás entonces  
Que tus favores merezca.

MITILENE.

Escucha, Heráclio, detente.

HERACLIANO.

Hijo, aguarda... oye... espera...  
Una vez determinado,  
Difícil será su vuelta.  
¡Ah sangre no conocida!  
¡Cómo te inflamas y alteras  
Con la bizarra memoria  
De generosas empresas!  
Algún día querrá el cielo...

MITILENE.

¿No es labrador?

HERACLIANO.

Si; que siembra  
Esperanzas de un imperio,  
Y ha de coger fruto dellas.

(Vanse.)

Salen EL EMPERADOR MAURICIO  
Y UN CRIADO.

CRIADO.

La Emperatriz, mi señora,  
Viene a verte.

MAURICIO.

Norabuena;  
Que si ha llegado mi hora,  
Culpas que esperan tal pena  
Piden tal intercesora. (Siéntase.)

Sale LA EMPERATRIZ AURELIANA.

EMPERATRIZ.

Llámame tu majestad;  
Y así, he venido, Señor,  
A tu voz con humildad,  
Con paciencia á tu rigor  
Y con gusto á tu piedad;  
Bien puedes ser riguroso,  
Que tanto como piadoso,  
Te he de querer y estimar.

EMPERADOR.

Hoy ha empezado á temblar  
Mi corazón animoso.  
Devota, santa, piadosa,  
Pacífica, religiosa,  
Discreta, humilde, obediente,  
Mártir que sufre paciente  
Mi condición rigurosa,  
Ruega á Dios, pues es tu amigo,  
Que en la muerte que me envía  
Se resuelva mi castigo;  
Ampárame, santa mía,  
Yo mismo fui mi enemigo;  
Ave soy que no he volado  
Porque, del cebo engañado,  
En la red del mundo di;  
Pez he sido que me así  
Del anzuelo del pecado;  
Nave del mundo es mi pecho,  
Que de vicios se cargó;  
Mas ya llegando al estrecho,  
Mis pensamientos y yo  
Pedazos nos hemos hecho.  
Arbol he sido lozano,  
Que en flores pasé el verano,  
Pero el invierno ha venido,  
Y sin fruto me ha cogido,  
Que tal es un mal cristiano.  
Ha sido con propiedad  
Primavera mi vejez,  
Otoño mi mocedad;  
Y así, será mi vejez  
El invierno de mi edad;  
Virgen he sido dormida,  
Que, sintiendo la venida  
Del esposo, desperté,  
Y sin aceite hallé  
La lámpara de mi vida.  
Préstame lo que has guardado,  
Virgen cuerda, mujer fuerte;

(Vase.)

Que ya mi esposo ha llamado  
A las puertas de la muerte  
Y temo verle enojado.

Levántase, y salen FILIPO y FÓCAS,  
labrador.

FILIPO.

Con diligencias no pocas,  
Entre los montes y rocas  
Un labrador he hallado  
Con las señas que me has dado  
Y con el nombre de Focas.

EMPERADOR.

Este es el mismo villano  
Que yo soñaba, este viene  
A ser conmigo inhumano.  
¡Qué extraño aspecto que tiene!  
¡Cómo parece tirano!  
Tiemblo de haberle mirado;  
Este será mi cuchillo.

FILIPO.

Con su muerte estás guardado.

EMPERADOR.

¿Cómo podré yo impedirlo,  
Si Dios lo ha determinado?

FILIPO.

Es cobarde.

EMPERADOR.

Si es cobarde,  
Será razón que se guarde  
Dél el valiente y el fiel,  
Porque siempre el que es cobarde  
Es traidor, y así es cruel;  
Mas yo no me he de guardar;  
Mis culpas quiero pagar,  
Y á mi Dios tendré contento,  
Regalando el instrumento  
Con que me ha de castigar.—  
¿Quién eres?

FÓCAS.

Un monstruo fui.

EMPERADOR.

¿Y tus padres?

FÓCAS.

¡Y el mar, porque en él nací,  
Y una barca fué mi cuna  
Hasta que á tierra sali;  
Un pescador me sacó,  
Y como á mí me crió  
Con palmas y verdes ovas  
Y leche de mansas lobas,  
Soy melancólico yo;  
Con esta melancolía  
Me suele dar un furor,  
Que imagino cada día  
Que mato al Emperador;  
Esta locura es la mía.  
Sali, criéme y crecí,  
Entre estos montes viví,  
En tus palacios estoy;  
Yo mismo no sé quién soy,  
Quién he de ser ni quién fui.

EMPERADOR.

Este prodigio se note.

FILIPO.

Mátalo, ten confianza;  
Tu sangre no se alborote.

EMPERADOR.

Mira que es mala crianza  
Quitarle á Dios el azote.

FILIPO.

Si es, al contrario, mentira,  
Cualquier suceso soñado  
En él se convierta.

EMPERADOR.

Mira  
Que tengo á Dios enojado,  
Y será darle mas ira.

FILIPO.

La defensa es natural,  
Y hasta el bruto irracional  
Quiere conservar la vida.

EMPERADOR.

Mata pues á mi homicida...  
Pero no, que es mayor mal.  
Si he de pagar desta suerte  
Mis pecados, ¿no es mejor  
Que los pague con la muerte?

FILIPO.

Dios perdona al pecador.

EMPERADOR.

Mátalo... Mas oye, advierte:  
Si Dios me ha de castigar,  
Y yo le quiebro esta vara,  
¿Otra le puede faltar?

FILIPO.

Claro está, no faltará.

EMPERADOR.

Pues no le quiero matar.

FILIPO.

Quizá Dios te ha perdonado.

EMPERADOR.

Dale la muerte... Detente;  
¿No será mayor pecado  
Matar un hombre inocente,  
En sueños solo culpado?  
Si el sueño ha de ser mentira,  
Darle la muerte es verdad.  
Viva pues.

FILIPO.

Temo, Señor,

Tus sueños.

EMPERADOR.

También los temo;

Dale muerte.

FÓCAS.

¿Qué rigor,  
¿Qué mal, qué agravio, qué extremo  
Cometió este labrador?

EMPERADOR.

Déjalo, bien dice... Espera,  
No me niegue Dios su luz;  
Darle un abrazo quisiera  
Por abrazarme á la cruz  
Donde Dios quiere que muera.—  
Llégate á mí, labrador,  
Llégate, que ya es amor  
La amenaza de matarte;  
Llega, que quiero abrazarte.

FÓCAS.

Pues ¿cómo á mí, gran Señor?

EMPERADOR.

Tus brazos un lazo son  
De mi vida muy estrecho;  
¿Ay Dios, qué extraña pasión!  
Un gran mal siento en el pecho,  
Que me abraza el corazón;  
Si á ser mi muerte has venido,  
Con el temor que he tenido  
Vencer mi muerte pretendo;  
¿Quién no la teme muriendo,  
Que en viviendo la ha temido?  
Como un hombre de importancia,  
Regalado ambos á dos;  
Perdónate tu ignorancia.

FÓCAS.

¿Qué es aquesto?

EMPERATRIZ.

Déle Dios  
Su don de perseverancia.  
(Vase Fócas.)

EMPERADOR.

Figura que, pasando el tiempo, en-  
[gaña,  
Flor que marchita el caluroso estío,  
Ampolla hecha en el agua ya por frío,  
Correo de la muerte, débil caña;

Sombra que hace tela de una araña,  
Ave ligera, despeñado río,  
Hoja del árbol y veloz navío  
Que navega este mar á tierra extraña;  
Un punto indivisible, un breve sueño,  
Corrido sueño y muerte prolongada  
Es la vida del hombre desabrada.  
¿Miserable de mí! si es tan pequeño  
El curso de mi edad, que es casi nada,  
¿Por qué pasé tan mal tan corta vida?

ACTO TERCERO.

*Sale un ejército de SOLDADOS en orden  
de guerra, y el parche tocando delan-  
te, detrás DOS CAPITANES.*

CAPITAN 1.º

Rimbombe el son del sonoro parche,  
Publicando el motin que se ha movido.

CAPITAN 2.º

El ejército quiere que elijamos  
Emperador que ampare nuestra Iglesia.

CAPITAN 1.º

Desnúdese la púrpura Mauricio,  
Y muera en su vejez su infame vicio.

*Tocan cajas, y sale LEONCIO, vestido  
de pieles, con la rueca.*

LEONCIO.

Romanos, capitanes del ejército,  
Los que siempre mostrasteis vuestros

Encasos de fortuna adversa ó prospera;  
Soldados valerosos, que el imperio  
Teneis en vuestros hombros, conser-

Contra las fuerzas de naciones varias,  
Mirad de la fortuna el espectáculo,  
Que á las entrañas de los montes aspe-

Enternecer podrá, causando lástimas;  
Contemplad la ruina y la miseria  
De un hombre que se vido en los Eli-

Y resbalando por los aires lóbregos,  
Al abismo bajó, profundo y cóncavo;  
Estimado me he visto entre los césares,  
Que solo me faltó vestir la púrpura,  
Y agora entre las bestias mas selváti-

Alimentos me dan silvestres árboles;  
Leoncio soy, si duran las reliquias  
Deste nombre infelice en las memorias;  
Miradme, si podeis no dando lágrimas;  
Contemplad de mi vida el caso trágico.  
Yo fui el que venci los medos y árabes,  
Yo puse el yugo en la cerviz indómita  
De los partos feroces y los vándalos,  
Y del imperio dilaté los limites;  
Un segundo Jason del mar Océano  
Me llamaron á mi los fuertes húngaros,  
Y vosotros, un Hércules católico,  
Que al mundo daba vueltas, hecho un

Del sol, que vueltas da por los dos tró-

Mas ya despues que el número infinito  
De los persas venció nuestros ejérci-

Lloro mi afrenta triste y melancólica.

Veis aquí el premio de mis nobles mé-  
[ritos.

Este es el triunfo raro y honorífico,  
(Saca la rueca.)

Este es el galardón que dan los princi-  
[pes;

A aqueste corazón, que con espíritu  
Pensaba de imitar á los etíopos,  
Con esta débil rueca se vió en público.

Capitanes invictos y magañimos,  
¿Qué premios esperais de un rey co-  
[lérico?

Agravio es vuestro, y yo muero llo-  
[rándole;

Si aunque el mundo veuzais del Austro  
[al Artico,

Y de nuevo ceñís á los antípodas,  
Discrepando una vez de casos próspe-  
[ros,

Mi afrenta habeis de ver en vuestros  
[ánimos;

¿No os lástima mi mal? No os causa  
[cólera?

No altera vuestra sangre esta ignomi-  
[nia?

No lloran vuestros ojos, apiadándose?  
No late el corazón sus alas pródidas?  
En vuestros pechos fuertes, ya tan fá-  
[ciles,

Si ya el Emperador es otro Cómodo,  
E imita con sus vicios á Heliogábalo,  
¿Qué esperais, capitanes, defendiéndolo-  
[elegid otro pacífico, [le?

Justiciero, clemente, afable y próspero;  
Mauricio en el gobierno está decrepito,  
Aunque en la vida signe á los sober-  
[bios;

Mirenme todos ya, compadeciéndose,  
Vestido de unas pieles, como sátiro,  
Huyendo de las gentes mas que un  
[bárbaro.

Eximid, eximid nuestra republica  
Del tirano poder de aqueste sátropa,  
Que á Roma desampara y al Pontífice.

¿Viva la gloria del eterno Artífice!

CAPITAN 1.º

¿Viva Leoncio, désele el imperio,  
La púrpura se vista!

TODOS.

¿Viva, viva!

CAPITAN 2.º

Mauricio es avariento y no nos paga;  
Un soldado queremos que gobierne  
El imperio de Oriente.

TODOS.

¿Viva, viva!

LEONCIO.

Ejército romano, yo no pido  
Que cargueis esa máquina en mis hom-  
[bros;

No soy Hércules yo, no soy Atlante,  
Que sufra tanto peso en mis espaldas.

TODOS.

A Leoncio queremos.

CAPITAN 1.º

El ejército  
Da voces eligiéndote; corona  
Tus sienes de laurel, púrpura viste.  
(Póntenle una corona de laurel, y le-  
vántanle en hombros.)

LEONCIO.

¿En efecto el ejército me elige?

TODOS.

SI.

LEONCIO.

¿Soy emperador?

TODOS.

¿Viva Leoncio!

LEONCIO.  
Pues que ya de comun consentimiento  
El imperio me daís, y yo lo aceto,  
Lo primero que mando es, que Leon-

No viva ya afrentado, y á mi cargo  
Tomo su agravio y honra, su persona  
Por leal al imperio le declaro;  
Y pues no tuvo culpa en ser vencido,  
Bastón de general le restituyo;  
¿Venís en ello?

CAPITAN 2.º  
Siendo tú Leoncio,  
Y siendo emperador, venga tu agravio.

LEONCIO.  
No es bien que emperador y alto mo-  
Satisfaga el agravio de Leoncio, [narca  
Y ya que general honrado vivo,  
El imperio y la púrpura renuncio,  
Porque el mundo no entienda que pre-

Riqueza ni interés, sino el bien públi-  
Otro elija el ejército, y rotulen [co;  
Mi nombre, pues venció mi ánimo al-  
tivo.)  
(*Quítase la corona.*)

CAPITAN 1.º  
¿Quién lo ha de ser?

SOLDADO 1.º  
Justino.

CAPITAN 1.º  
Es muy cobarde.

SOLDADO 2.º  
Filipo es general.

CAPITAN 1.º  
No querrá serlo.

CAPITAN 2.º  
Germano Quinto sea.

SOLDADO 2.º  
Es avariento.

CAPITAN 2.º  
Persio Cuarto.

SOLDADO 2.º  
Es loco.

LEONCIO.  
Demetrio.

CAPITAN 1.º  
Es muy cruel.

SOLDADO 1.º  
Liberio.

SOLDADO 2.º  
Es viejo.

LEONCIO.  
Tómense votos, llámese á consejo.

(*Tocan cajas, y viene una águila volan-  
do, y trae una espada en los pies, y  
déjala caer en el tablado.*)

¿Quién ha visto prodigio semejante?  
Un águila caudal entre las uñas  
Una espada se lleva.

LEONCIO.  
Ya la deja

En medio del ejército, y ligera,  
La lóbrega region del aire corta,  
Oponiéndose al sol con ojos firmes.  
La espada milagrosa levantamos.

CAPITAN 2.º  
Letras de oro en el pomo de la espada  
Están grabadas.

LEONCIO.  
Y dicen...

CAPITAN 2.º  
Tenla y reina solo un día.

LEONCIO.  
¿Temeroso portento! La cuchilla

¿Qué tal es?

CAPITAN 1.º  
En la vaina está aforrada;  
Que mi fuerza no basta á desasilla.

CAPITAN 2.º  
Pruebo á sacarla yo; ¡difícil caso!

LEONCIO.  
Dámela á mí también; es imposible.—  
Capitanes, ya entiendo este prodigio;  
Esta espada se cuelgue deste árbol,  
Y todos los soldados, uno á uno,  
A quitarle la vaina lleguen luego,  
Y aquel que desnudarla mereciere,  
Es el dueño, sin duda, á quien el cielo  
Esas letras escribe, y quien conviene  
Que el imperio gobierne.

CAPITAN 1.º  
Bien has dicho.

Pongámosla en los ramos deste árbol,  
Y á recoger se toque porque lleguen  
Los soldados al campo no vencido.

(*Tocan caja y cuelgan la espada.*)  
¡Oh fortuna mudable! Ayuda ahora  
Aqueste corazón, brazos y pecho,  
¡Mal haya mi desdicha! no la arranca.

SOLDADO 1.º  
Brazos y manos, yo seré Córos,  
Un Cébola he de ser, y he de quemaros  
Si no lá desnudáis. ¡Ah, voto á Cristo!

SOLDADO 2.º  
Hoy pienso renegar de mi fortuna  
Si no la desvaino. ¡Voto al cielo,  
Que es arrancar un monte! Hoy reniego  
Mil veces de mí mismo y de la espada.

CAPITAN 2.º  
Aguila parda, que en tus uñas negras  
Diste la espada, si eres algun diablo,  
Vuelve por mí si no la desvaino;  
Mas ya puedes volver, que soy un puto.

Sale FÓCAS, desnudo, con un cordel.

FÓCAS.  
¡Inconstante fortuna, cielo airado!  
¿Qué pretendes haber de un miserable,  
Que en el mundo no cabe su desdicha?  
¡Soberbio mar! ¿Por qué no me ane-

En las hinchadas olas que criaban  
Tus espumas azules y salobres,  
Cuando de ti nací, como otra Venus?  
¿Fieras del monte! ¿Cómo me negas-

El funesto sepulcro en las entrañas,  
Cuando leche me distes desabrída?  
Nunca sintiera tanto la miseria  
Aborrecido del linaje humano.

Arboles verdes, sustentad mi cuerpo;  
Tú, lazo estrecho, aprieta mi garganta;  
Ciega el órgano ya por donde espira  
El pulgón deste cuerpo desdichado.

(*Pone el cordel en la rama, y échasele  
al pescuezo.*)

CAPITAN 1.º  
¡Oh bárbaro sin fe! Esperad, ¿qué in-

tertentas?

Dar desdichado fin á mis desdichas,  
Rematar una vida lastimosa,  
Que aborrecen los hombres y los cielos.

CAPITAN 2.º  
¿Por qué pierdes ahora la paciencia?

FÓCAS.  
Porque naciendo, no conozco padres;  
Porque viviendo, nunca tengo gusto;  
Porque estando en los montes con po-  
El pasado bochorno del estío [breza,  
Y la nevada escarcha del enero,

A los palacios de Mauricio vine,  
Y siendo de su mano regalado,  
El Príncipe, envidiando mi desdicha,  
Aun los pobres sayales me ha quitado,  
Y me escapé, huyendo de la muerte.

LEONCIO.  
Dinos tu nombre.

FÓCAS.  
Yo me llamo Fócas.

LEONCIO.  
Un hombre que nació tan infelice,  
Algun suceso no pensado espera;  
Llégate á desnudar aquella espada.

SOLDADO 1.º (Ap.)  
¡Un bárbaro que está desesperado,  
Y que casi le quitan de la horca, [te!  
También ha de probar y entrar en suer-  
(*Desvaino la espada, y suena dentro  
un trueno.*)

LEONCIO.  
¡Válgame el cielo, qué prodigio extra-  
¡Fócas emperador! [ño!

CAPITAN 1.º  
El cielo quiere  
Que emperador tengamos prodigioso.

SOLDADO 1.º  
¡Fócas, victor!

CAPITAN 2.º  
Corónense sus sienes  
Del precioso laurel que Roma estima.

SOLDADO 1.º  
¡Victor es Fócas!

(*Levántanse en hombros.*)  
TODOS.  
¡Viva, viva Fócas!

FÓCAS.  
Soldados, capitanes valerosos,  
¿Burláis de mí?

CAPITAN 1.º  
No, tuyo es el imperio;  
De púrpura te viste, y con diadema  
Adorna la cabeza, que es del mundo;  
De la silla quitemos á Mauricio.  
Fócas la ocupe, y acometa el campo  
A los muros que honró Constantinopla.

FÓCAS.  
¡Cielos eternos! ¿Cómo teneis juntos  
Los extremos mayores deste mundo?  
¡Ah rueda de fortuna variable,  
Vueltas extrañas das! Tente, fortuna,  
¿Emperador soy ya?

TODOS.  
Sí; ¡viva Focas!

FÓCAS.  
Mauricio ¿no lo es?

TODOS.  
¡Muera Mauricio!

FÓCAS.  
Ya aceto; acometamos al palacio,  
Porque quiero emprender la monar-

[quia,  
Aunque me dure solo un breve día,  
(*Llévante en hombros los soldados.*)

LEONCIO.  
Aunque á Mauricio persigo,  
Me desmaya y desatina  
Su riguroso castigo;  
Que al bien nacido lastima  
El daño de su enemigo.  
Dejar pienso descuidado  
El ejército alterado;  
Que todo lo que es mal hecho,  
Aunque venga en su provecho,  
Le aborrece el que es honrado.

*Sale HERÁCLIO.*

HERÁCLIO.  
¿Quién gobierna en el real?

LEONCIO.  
Yo; ¿bete parecido mal?

HERÁCLIO.  
Tu persona, no tus pieles;  
En ejércitos crueles  
Una lieva es general.

LEONCIO.  
¿Qué quieres?

HERÁCLIO.  
Ser alistado.

LEONCIO.

¿Cansóte el ser labrador?

HERÁCLIO.

Siento en mí un ánimo honrado,  
Y aspiro á mas.

LEONCIO.

Es valor;

Sigueme, nuevo soldado.  
(*Vanse.*)

*Salen EL EMPERADOR MAURICIO Y EL PRÍNCIPE TEODOSIO.*

PRÍNCIPE.

De emperador inhumano,  
Y no de padre piadoso,  
Es tu amor.

EMPERADOR.

Es cortesano;

No vivas tan invidioso  
De Filipo y de un villano,  
Porque dar algún favor  
A un soldado, á un labrador,  
Es premio y es regocijo;  
No por eso para el hijo  
Me ha de faltar el amor.  
Mis regalos no merecen  
Tu perversa condicion,  
Pues cuando el hijo parece  
Que sigue su inclinacion,  
Aun el padre le aborrece.

PRÍNCIPE.

¿Yo soy tu hijo?

EMPERADOR.

Te crío

Por tal, y en tu madre fuí;  
Si la Emperatriz no fuera  
Tu propia madre, creyera  
Que no eras tu hijo mio;  
Ella es santa y te parió;  
Pero á tu padre pareces,  
Porque soy muy malo yo.

PRÍNCIPE.

Un hijo al fin aborreces  
Que siempre te aborreció.

EMPERADOR.

¿Me aborreces?

PRÍNCIPE.

Si, y desea

Mi corazón...

EMPERADOR.

¿Qué?

PRÍNCIPE.

Tener

Tu mismo imperio.

EMPERADOR.

Así sea;

Pero si malo has de ser,  
Hecho pedazos te vea.

(*Tocan á rebato.*)

*Sale FILIPO, alborotado.*

FILIPO.

César invicto, tu peligro nota,  
DD. C. DE L.-II.

Que eres hombre, aunque rey; teme la [muerte];

Que el ejército infame se alborota,  
Y el vulgo novelero ha de ofenderte,  
Perdida la vergüenza, y la fe rota;  
¿Quién puede resistillos? Huye, ad-  
Que el animoso prevenido tarde [vierte]  
Hace al valiente tímido, cobarde.

El confuso tropel desordenado  
Al que tiene tu voz derriba y mata;  
El erario comun ha despojado,  
Que es prodigio el amor de ajena plata.  
Con cólera y furor desenfrenado  
Alcázares derriba y desbarata.  
En efecto, Señor, sus viles bocas  
Callan tu nombre y apellidan Focas.  
El vulgo, como toro, en voz del Papa,  
Te viene á cometer; no son eternos  
Los reyes; si no es Dios, nadie se es-

[capa];  
Sacude por los hombros los gobiernos.  
El mundo universal sirve de capa.  
Has dejado el imperio entre los cuernos;  
Correr podrás sin carga tan pesada;  
Que el mas dulce reinar es tener vida.

EMPERADOR.

Ampara al que te engendró,  
Templa esas entrañas fieras.

PRÍNCIPE.

Fénix seré César yo;  
Que he menester que tú mueras  
Porque empiece á vivir yo.

EMPERADOR.

Hijo, en tu amparo me fundo.

PRÍNCIPE.

Soy un Hércules segundo,  
Tú viejo Atlante, y por eso  
Te quiero quitar el peso  
De la máquina del mundo;  
Sin duda el vulgo desea  
Que emperador venga á ser.

EMPERADOR.

Plega al cielo que así sea;  
Pero si malo has de ser,  
Hecho pedazos te vea.—  
Filipo, pues me tuviste  
Siempre, como noble, amor,  
El ejército resiste.

FILIPO.

Escóndete ya, Señor;  
Que tus palacios embiste.  
(*Vase el Emperador, y tocan al arma.*)

*Salen á la puerta ALGUNOS SOLDADOS, y Filipo los detiene.*

¿Pueblo ciego y atrevido!  
¿No veis que traición ha sido?

SOLDADO 1.º

La libertad se desea.

FILIPO.

El Rey, aunque malo sea,  
Ha de ser obedecido;  
¿Por qué la espada se toma  
Contra nuestro emperador?

SOLDADO 2.º

Porque con tributo toma  
La gente, y no dió favor  
Al pontífice de Roma.

FILIPO.

Ya la dió, volvéos atrás.

*Sale EL EMPERADOR, y retirales.*

Señor, ¿adónde te vas?

EMPERADOR.

Aunque huyendo así me fui,  
Confuso me vuelvo atrás;  
Que no advierto ni serás... (Vase.)

SOLDADO 1.º  
Prenderle tenemos.

FILIPO.

Antes

Con sangre habeis de ablandar  
Esos pechos de diamantes.

SOLDADO 2.º

Servirános de incitar;  
Que somos como elefantes.

FILIPO.

Tente, ejército cruel;  
Que he de morir antes que él.—  
Huye; ¿no ves lo que pasa?

*Retíralos, y sale EL EMPERADOR MAURICIO.*

EMPERADOR.

¿Es laberinto mi casa,  
Que no acierto á salir dél?  
Huyo, y me vuelvo turbado  
Al mismo puesto; ¡y de mí,  
Pecador y desdichado! (Vase.)

FILIPO.

Soldados, vengo yo así  
Porque es de Dios solo el dado;  
Y aquel rigor y malicia  
Con máscara de justicia  
Os ha cubierto los ojos;  
Quebrad en estos despojos  
(*Vales dando la capa y la ropilla, una cadena, las sortijas y la bolsa.*)

La cólera y la codicia;  
Templad, templad vuestros pechos,  
Saquen estos eslabones  
Lumbre de fe en vuestros pechos.—

*Torna á salir EL EMPERADOR MAURICIO.*

¿En el peligro te pones?  
Escóndete en este estrecho;  
Huye, Señor, de palacio  
Mientras que yo los regracio.—  
Tomad, Tomad.

SOLDADO 2.º

Vuelta al juego.

(*Vanse los soldados con las prendas.*)

EMPERADOR.

Huí de prisa, mas luego  
Aquí me vuelvo despacio;  
La majestad ofendida  
De mi Dios me causa asombros.

FILIPO.

Sube en mi espalda atrevida;  
Que Atlante serán mis ojos  
De los cielos de tu vida;  
Aunque me huelles y pises  
A la parte que ir descaes,  
Será con que me avises  
Que soy católico Enéas  
De un viejo y cristiano Anquises;  
Tu libertad así fundo,  
Huyendo irémos los dos,  
Pues soy Cristóbal segundo,  
Y tú pareces á Dios,  
Porque pesas mas que un mundo;  
Mover no puedo la planta;  
(*Prueba andar con él á cuestas, y no puede.*)

¿Quién fuera agora Atalanta  
O Dédalo en el andar!

EMPERADOR.

A quien Dios quiere humillar,  
En vano el hombre levanta.

FILIPO.

Montes sustento pesados,  
Y el dejarte me lastima  
Entre barbaros soldados.

## EMPERADOR.

Bien dices; que traes encima  
El monte de mis pecados.  
Poco importa tu servicio,  
Si la mudable fortuna  
Me derriba, si es su oficio,  
Y no basta una columna  
Para tan bajo edificio.  
¿Qué confusos sobresaltos  
Son estos? De mal tan fuerte  
No estamos los reyes faltos;  
Que es como el rayo la muerte,  
Que rompe edificios altos.—

Salen LA EMPERATRIZ AURELIANA  
Y LA INFANTA TEODOLINDA.

¡Ay hija amada! Quisiera  
Que el ejército tuviera  
Benignidad de elefante,  
Para ponerte delante,  
Como inocente cordera;  
Mas el lobo hace la presa  
En el cordero mejor.—  
Llévalas, Filipo, apríesla,  
Y vivan por tu valor  
La Emperatriz y Princesa.

## EMPERATRIZ.

Huyamos, aunque primero,  
Por si vives y yo muero,  
Digo, Señor, que, temiendo  
El caso que estamos viendo,  
Aguardando tu heredero,  
A Teodosio no pari;  
Heráclio es el que he parido,  
Que está en los montes; y así,  
Porque sea conocido,  
Tu sortija real le di,  
Y Heracliano le cria.  
Perdona, y guárdete Dios.

## EMPERADOR.

Extrañas nuevas me invia;  
Procurad vida á los dos,  
Y mejor que fué la mía.

## EMPERATRIZ.

Véte, Señor, á esconder.  
(Abraza la emperatriz Aureliana  
al emperador Mauricio.)

## EMPERADOR.

No es posible lo que dices;  
Soy árbol que en mal nacer  
Eché en el mundo raíces,  
Y no me puedo mover;  
Rama deste tronco viejo,  
¿Cómo tus brazos no loco?

(Abraza á la hija.)

## INFANTA.

Abrazos y alma pretendo  
Darte, siempre agradecida.

## EMPERADOR.

Los brazos estáis haciendo  
Puntales, porque es mi vida  
Pared que se está cayendo.—  
Llévalas, Filipo, luego;  
Que en lágrimas las anego.

## FILIPO.

Salgamos á las montañas.

## INFANTA.

Bañando van mis entrañas  
Montes de nieve y de fuego.

## EMPERADOR.

La muerte habéis de temer,  
Que es toro que está en la plaza,  
Y yo la capa he de ser,  
Que mientras me despedaza,  
En cobro os podéis poner.

(Vanse.)

Salen FÓCAS, y LOS CAPITANES y SOLDADOS,  
y EL PRÍNCIPE TEODOSIO, y  
tocan cajas.

## CAPITAN 1.º

Todo el palacio rendido  
Tienes ya

## FÓCAS.

Verme deseo  
De la púrpura vestido,  
Ya que en la rueda me veo  
De la fortuna subido.

## CAPITAN 2.º

¿Cómo Mauricio no muere?

## SOLDADO 1.º

Deja esa ropa; que quiere  
Vestirla el Emperador.

## EMPERADOR.

Si la merece mejor,  
Dios le guarde y le prospere;  
Cabeza he sido de Europa,  
Mas á quitármela viene  
El ejército de tropa,  
Y hombre que cuerpo no tiene,  
Bien podrá pasar sin ropa.

## SOLDADO 2.º

Déjanos, Señor, ponerte  
Esta ropa.

## PRÍNCIPE.

¡Feliz suerte!

## EMPERADOR.

Pues venis á desnudarme,  
Bien cerca estoy de acostarme  
En la cama de la muerte.

## FÓCAS.

Para quitar la ocasion  
De que se me atrevan otros,  
Acabe la pretension  
De aqueste, y á cuatro potros  
Le ligad.

## PRÍNCIPE.

Sucesos son

Y admiracion de soldados;  
Pero los cielos pretenden  
Que mueran despedazados  
Hijos que la madre ofenden,  
Soberbios y mal criados.

## FÓCAS.

Pues que el imperio procura,  
Désele esta muerte dura;  
Que estando así dividido  
Todo el reino y adquirido,  
Vendrá á ser su sepultura.

## EMPERADOR.

Hijo, si mueres, advierte  
Que á Dios lágrimas le dés;  
Que quien muere desta suerte,  
Cisne desta margen es,  
Que da música á la muerte.

## PRÍNCIPE.

Si sus obsequias cantando  
Muere el cisne, yo hombre soy,  
Que nace y muere llorando.

## FÓCAS.

Mi tapete has de ser hoy,  
Porque quiero pisar blando.  
No quiero alfombra ninguna;  
Que en tu vejez importuna  
Quiero que estriben mis piés,  
En señal de que esta es  
La Rueda de la fortuna.

## EMPERADOR.

Soberbio en tu trono estuve,  
Y Dios, que es investigable,  
Hoy me derriba y te sube.  
¡Antídoto saludable  
De la soberbia que tuve!

Un soberbio emperador  
Tenga la pena y molestia  
De Nabucodonosor;  
Que es bien que padezca bestia  
El hombre que es pecador.

(Echase á los piés de Fócas.)

## FÓCAS.

Si un Alejandro esculpido  
El mundo en el pié ha tenido,  
A ser mas eterno vengo;  
Que el mundo en las manos tengo,  
Y á los piés quien le ha regido.  
¡Oh tragedia nunca oída!  
¡Fortuna descomedida!  
¡Confusion de Babilonia!  
Basta ya esta cerimonia!  
Quítalde la vieja vida,  
Atravesalde en el pecho  
Esta.

(Dale la espada.)

## EMPERADOR.

Labrador bizarro,  
¿Por qué tanto mal me has hecho?  
Pero, como soy de barro,  
Fácilmente me has deshecho;  
Con regalos, con terneza  
Tu extraña naturaleza  
Traté, bien podrás decillo;  
Mas ¡ay! que afflé el cuchillo  
Para cortar mi cabeza.

## FÓCAS.

Tén paciencia; Dios lo ordena  
Por sus secretos juicios.

## EMPERADOR.

Su madre, de gracia llena,  
Alcance dél que mis vicios  
Se purguen con esta pena.

## HERÁCLIO. (Ap.)

Su muerte está recelando  
Mi triste imaginacion;  
Los ojos están llorando,  
Pulsando está el corazón,  
Los brazos están temblando.  
¿Qué es aquesto? ¿Ajeno mal  
Me lastima desta suerte?  
¿O es el temor natural  
Con que acobarda la muerte  
El ánima racional?

## SOLDADO 2.º

¿Cómo lloras tú, criatura?  
HERÁCLIO.

El no llorar ni gemir  
Mirando una sepultura  
O viendo un hombre morir,  
No es valor, sino locura.

## FÓCAS.

Con un aplauso pomposo  
Publicad que soy del suelo  
Emperador prodigioso,  
Y si espada me da el cielo,  
Conviene ser religioso.

(Sacan al emperador Mauricio, atravesado con la espada.)

## SOLDADO 2.º

Ya está el pecho atravesado.  
FÓCAS.

Muera, solo porque sea  
Hasta en morir desgraciado,  
Y solo su muerte vea  
Ese villano ó soldado.

(Vanse, y quedan el emperador Mauricio y Heraclio.)

## EMPERADOR.

Gracias á Dios podrá dar,  
Pues debíendote esta muerte,  
Hayas venido á cobrar,  
Porque no hay dolor mas fuerte  
Que es deber y no pagar;

no se le he pedido,  
nas que pobre he sido;  
eres liberal  
el principal,  
elta en lo corrido;  
res ser pagado  
ro, dame luz  
carlo prestado  
co de la cruz,  
stoy acreditado.

HERÁCLIO.  
tu sangre vertida,  
stimosas penas  
mi cuerpo da vida,  
teradas las venas,  
no soy su homicida.

EMPERADOR.  
aquesto, muerte airada,  
ndo tú tan impia,  
as imaginada,  
erte cada día  
mos olvidada?

HERÁCLIO.  
ta, eres dudosa,  
a, fuerte, animosa,  
o Dios atrevida,  
e viviendo lo olvida,  
mas peligrosa.

HERÁCLIO.  
a vuestra flaqueza  
e ánimo mi pecho,  
uelo mi tristeza,  
os sirvan de lecho,  
hada mi cabeza;  
nsia y agonía  
n mi compañía;  
ais solo, Señor;  
a desdicha mayor  
s en la muerte envía.

EMPERADOR.  
era agradecerte  
or que me has dado;  
eres, que en solo verte,  
que me has dorado  
ra de la muerte?  
écete de mí,  
viejo, y mozo fui,  
esidencia espero;  
sido rey, aunque muero  
bre como naci.  
eres?

HERÁCLIO.  
Soy un villano

EMPERADOR.  
Cualquier cristiano  
rador de Dios es,  
bras son la miés,  
paja y otra es grano;  
endré de aquestas dos?  
drá decir Roma.

HERÁCLIO.  
en tendréis gran vos,  
pique la paloma  
ritu de Dios.

EMPERADOR.  
a tu nombre, hermano.

HERÁCLIO.

EMPERADOR.  
¿Quién te crió?

HERÁCLIO.  
so Heracliano.

EMPERADOR.  
me Dios! ¿quién te dió  
ija desta mano?

HERÁCLIO.  
peratriz, mi señora.

EMPERADOR.  
Calla, Heráclio, calla; ahora  
El alma me ha desmayado  
Este gusto demasiado. (*Desmáyase.*)

HERÁCLIO.  
¿Qué tiernamente que llora!  
Y para mas lastimarme,  
Quedó del hablar ya falto.

EMPERADOR.  
Viendo la muerte tardar,  
Ha llamado al sobresalto  
Para acabar de matarme.  
¿Qué dices, Heráclio? Calla,  
Porque breve vida siento;  
La muerte quiere quitalla,  
Y la defiende el contento,  
Y están los dos en batalla.  
¿Tú eres Heráclio?

HERÁCLIO.  
Yo soy.

EMPERADOR.  
¿Que así á conocerte vengo?  
Mi Heráclio, muy pobre estoy,  
Un hora de vida tengo,  
En albricias te la doy;  
Y ¿he de morir? No me aflijo;  
Abrazame.

HERÁCLIO.  
¿Qué aflicion!

EMPERADOR.  
Tú sin duda eres mi hijo,  
Que lo dice el corazón  
Con último regocijo;  
Como en mi pecho te pones,  
Y juntos los corazones,  
De sentir sus movimientos,  
Conozco tus pensamientos  
Y sé tus inclinaciones;  
¿No sientes que eres mi hijo?

HERÁCLIO.  
Muéstraslo, á mi parecer,  
En morir con regocijo,  
Y yo lo doy á entender.

EMPERADOR.  
¿Tu sangre, Heráclio, no siente  
La alteracion de mi pecho,  
Viendo su imágen presente?  
Dame ya un abrazo estrecho  
Para morir dulcemente.

HERÁCLIO.  
La muerte me martiriza;  
Que en desdichas fénix soy,  
Y en ti mi fe se eterniza,  
Porque has venido á ser hoy  
Gusano de mi ceniza.  
Por librate y defenderte  
Entre montes te han criado;  
Vive encubierto, y advierte  
Que aborrezcas el pecado,  
Que fué causa de mi muerte.  
Si el imperio pretendieres  
Y la púrpura vistieres,  
Ampara como á cristiano  
Al pontífice romano  
Cuando en peligro le vieres;  
Que es la llave que abrir sabe  
El arca en que Cristo cabe;  
Y así, guardarla conviene,  
Porque, si guardarnos tiene,  
¿Cómo puede abrir la llave?  
Nunca tengas olvidada  
La muerte y eterno abismo,  
Pues tu principio es de nada,  
Y has de volver á ese mismo  
En el fin de la jornada.  
El mundo es mar que anegando  
Anda aquel que á Dios no halla;  
No peques pues, y en pecando,  
La penitencia es la tabla

En que has de salir nadando.  
Toma siempre el buen consejo,  
Honra al clérigo y al viejo,  
Reparte á pobres tus bienes,  
Y por si soberbia tienes,  
Pobre y humilde te dejó;  
Castiga al que lo merece.  
No pongas mucho tributo;  
Que mas en Dios resplandece.  
Infeliz puedes llamarme,  
Y en la desdicha imitarme,  
Que un mundo te pude dar  
Ayer, y hoy has de buscar  
Limosna para enterrarme.

HERÁCLIO.  
Señor, bendicion te pido,  
Ya que en la voz y en el tacto  
Por Jacob me has conocido.

EMPERADOR.  
Dios te bendiga.

HERÁCLIO.  
Aquí estoy  
Para un pecho endurecido.

EMPERADOR.  
Abrazame ya; que entiendo  
Que con el grave dolor  
El alma se va saliendo. —  
En vuestras manos, Señor,  
Este espíritu encomiendo.

(*Abrazanse, y queda muerto el emperador Mauricio, y tocan dentro flautas ó la música que hubiere.*)

HERÁCLIO.  
¿Ay años bien fenecidos!  
¿Cuerpo helado y sin sentidos!  
Voces te he de dar; perdona,  
Que pienso, como leona,  
Resucitarte á bramidos.  
Disteme el ser de criatura,  
Y yo quisiera pagarte;  
Mas es tal mi desventura,  
Que lo mas que puedo darte  
Es la pobre sepultura.

(*Vase, llevando el cuerpo.*)

Sale MITILENE y HERACLIANO.

HERACLIANO.  
¿Grán mal!  
MITILENE.  
¿Si es nueva dudosa?

HERACLIANO.  
La fama de nuevas malas  
Tiene ligeras las alas,  
Y es la del bien perezosa.

MITILENE.  
Llegaremos á los muros.

HERACLIANO.  
Como padre y como viejo,  
Ni lo mando ni aconsejo;  
Que no estaremos seguros.

Salen FILIPO, LA INFANTA TEODOLINDA y LA EMPERATRIZ AURELIANA.

FILIPO.  
¿Vienes cansada?  
INFANTA.  
De suerte,  
Que me ha faltado el aliento.

EMPERATRIZ.  
Y yo mil desmayos siento.

FILIPO.  
¿Son de hambre?  
EMPERATRIZ.  
Son de muerte.

INFANTA.  
Filipo, ¿dónde nos llevas?  
Que pasar de aquí es gran yerro.

FILIPO.  
En la falda deste cerro  
Hay, Señora, algunas cuevas;  
En ellas podeis estar  
Recatadas y escondidas,  
Para conservar las vidas,  
Que el mundo os quiere quitar.

HERACLIANO.  
¡Oh, mi Señora!

INFANTA.  
Los cielos  
A Mitilene han traído,  
Porque matarme han querido  
Con hambre, tèmor y celos.

HERACLIANO.  
¿Dónde vas?  
EMPERATRIZ.  
Voy temiendo  
El ejército alterado,  
¿Y mi Heráclio...?

HERACLIANO.  
A ser soldado  
Se me ha venido huyendo;  
Que sigue su inclinación.

MITILENE.  
Dame tus manos.  
EMPERATRIZ.  
Los brazos

Te he de dar.  
FILIPO.  
Y serán lazos  
De mi amorosa prision;  
Bien os podeis esconder  
De una escuadra desmandada.

EMPERATRIZ.  
Filipo, voy desmayada.  
(*Vanse todos, menos Filipo.*)

FILIPO.  
Yo buscaré de comer;  
No sé si acertado sea  
Ir por ello á la ciudad;  
No, porque es temeridad,  
Mejor será alguna aldea;  
Pero ¿cómo, si he quedado  
Sin dinero ni vestidos,  
Que todo lo he repartido  
En el motin? ¡cielo airado!  
¿Qué mudanza es la que miro?  
En un hora tanto mal:  
Ya Alejandro liberal,  
Ya mas pobre que Buíro.

Salen LEONCIO y DOS SOLDADOS.

LEONCIO.  
Que me aflige el alma, os digo,  
Y no es de hombre el corazón  
Que no tiene compasión  
Viendo muerto á su enemigo.

FILIPO.  
Leoncio, mi amigo, viene,  
Baston trae de general,  
No dudo que en el real  
Sus cargos antiguos tiene;  
Tal estoy, y á tiempo viene  
Que puede ser liberal;  
Pero mil vueltas ha dado  
En su estado, y yo no sé  
Si el amistad y la fe  
Se mudan con el estado.  
Quiero llegar embozado,  
Porque el qué pide importuna,  
Y no hay miseria ninguna  
A que ya puede venir,

Pues la mayor es pedir  
A Rueda de la fortuna. —  
Caballero, mi esperanza  
Es teatro en quien me fundo

Represente su mudanza,  
Yo el personaje segundo  
De la comedia *Privanza*;  
Yo representé un leal,  
Luego un capitán triunfando,  
Y despues un general,  
Y ya estoy representando  
Un pobre á lo natural;  
Fui leal porque serví,  
Venci por llegar á tiempo,  
Y triunfé porque venci,  
Y en un minuto de tiempo  
Muy rico y pobre me vi;  
Representé un vencedor  
En la jornada primera,  
Y aquesta, que es la postrera,  
Representé lo peor;  
Si muero desta caída,  
Será mi vida tragedia  
En desgracia fenecida;  
¡Quiera Dios hacer comedia  
Del discurso de mi vida!

Hoy tengo á quien sustentar;  
Aunque es justo el recibir,  
Tanto en el dar suelo hallar,  
Que, con ser muerte el pedir,  
Vengo á pedir para dar;  
Dió siempre y jamás pidió  
La familia que alimento;  
Y así, soy cigüeña yo,  
Que quiero darle sustento  
Al mismo que me le dió;  
Y si es pedir un estrecho  
Que la sangre hace sudar,  
Un pelicano me ha hecho,  
Pues qua quiero alimentar  
Con la sangre de mi pecho;  
Como el mundo es un tablero,  
En que no hay persona alguna  
Que no juegue y sea tercero,  
El naípe, que es la fortuna,  
Me dijo muy bien primero.  
Pude al principio ganar;  
No me quise levantar,  
Perdi todo el resto junto,  
Y estoy esperando punto  
Para poderme esquitar.

LEONCIO.

Mucho tu desdicha siento;  
Que en el teatro violento  
Deste mundo y sus locuras  
Hice tus mismas figuras,  
Que yo tambien represento.  
Jugué, ganaba, perdí,  
Otro mi resto ganó,  
Mas barato le pedí;  
Y así, con lo que me dió,  
Al juego otra vez volví;  
Suertes he empezado á hacer,  
Aunque, temiendo perder  
El naípe de la fortuna,  
No quise parar á una,  
Que emperador pude ser;  
Quiseme al fin levantar,  
Y en barato te he de dar  
Lo mismo que recibí,  
Cuando otra vez lo pedí  
Para volverme á jugar;  
Yo recibí buena obra,  
Y Dios me la dió en empeño;  
Pagar quiero, tú la cobra,  
Porque el hombre pobre es dueño  
De lo que al rico le sobra.  
Aunque nos parecen dadas  
Las limosnas, son prestadas;  
Como arcaduces vivimos,  
Que damos y recibimos,

Y andan las suertes trocadas.  
(*Ap.* Este tiene calidad,  
Y á Filipo me parece;  
Saber tengo si es verdad;  
Que una industria se me ofrece  
Para probar su lealtad.) (*Vase.*)

FILIPO.  
Las prendas mismas me ha dado  
Que en las montañas di yo,  
A él fué sin duda el soldado  
Que limosna le di yo,  
O mejor diré, prestado;  
En todo lo he de imitar,  
En el dar y en el recibir,  
En el subir y bajar;  
Él me ha enseñado á pedir,  
Y yo le he enseñado á dar.

Salen HERACLIANO, LA EMPERA-  
TRIZ AURELIANA y LA INFANTA  
TEODOLINDA.

Llamar quiero á Heracliano,  
Que vaya á comprar comida.  
HERACLIANO.  
Mejor estás escondida;  
No salgas, que es muy temprano.

FILIPO.  
¡Ah, Señora! ¿Dónde vais?  
¿No advertís que no es cordura,  
Siendo secreta y segura  
Esta cueva donde estáis?

MITILENE.  
Viéndola en tantos temores,  
De su lado no me aparto.

EMPERATRIZ.  
Soy como mujer de parto,  
Que me inquietan los dolores.

INFANTA.  
Yo consuelo sus enojos  
Llorando; que al alma vuelvo  
La razon, y la resuelvo  
En lágrimas de mis ojos.

Salen LEONCIO, con SOLDADOS con  
alabardas.

LEONCIO.  
¿Venís ya bien advertidos?

SOLDADO 1.º  
Sí, Señor.  
LEONCIO.  
Yo he de esperar,  
Y el suceso he de mirar  
Entre estos sauces crecidos.

SOLDADO 2.º  
Filipo, el Emperador  
Tu vida y honra perdona,  
Y has de elegir la persona  
Que quisieres.

HERACLIANO.  
Gran error  
Fué salirnos de las cuevas.

SOLDADO 2.º  
Escoge pues, si ha de ser  
Vida de alguna mujer  
Desas que contigo llevas.

FILIPO.  
Y cuando yo haya elegido,  
¿Han de morir las demás?

SOLDADO 2.º  
Sin cabezas las verás.  
FILIPO.

¡Oh, qué riguroso ha sido!  
Pero desta vez procuro  
Defenderlas con mi muerte.

SOLDADO 2.º

No es posible defenderte;  
Somos muchos, somos ciento;  
Mira la que has de elegir;  
Que esta es Rueda de fortuna.

FILIPO.

¿Qué ha de vivir sola una,  
Y las dos han de morir!  
Confuso el alma me tiene;  
Que la una es mi señora,  
Otra me estima y adora,  
Y yo adoro á Mitilene.  
¿Oh qué extraña confusion!  
¿Cuál dellas he de elegir?  
Mejor me será morir  
Que llegar á esta elección.

MITILENE.

Filipo, ¿qué te suspendes,  
Pues que con armas estamos?

FILIPO.

No es cierto lo que pretendes;  
La obligación natural  
Por la Emperatriz alega;  
Por Mitilene me ruega  
El amor, que es liberal;  
Humano agradecimiento,  
Defender quiero á la Infanta,  
Que nunca de mí levanta  
Los ojos del pensamiento.  
Aquí mis ojos están  
Como inciertos peregrinos  
Que han hallado tres caminos.  
Sin saber adónde van;  
De mi confusion me admiro,  
¿Qué he de hacer? Dios me resuelva;  
No sé á qué parte me vuelva  
Cuando á todas tres las miro.

INFANTA.

Si en el alma que te adora  
Hay fuerza alguna que cuadre,  
Filipo, yo tengo madre,  
Y advierte que es tu señora.  
La Emperatriz tenga vida,  
Y tú, que en su amparo vienes,  
Has de elegirla, si tienes  
Honra y alma agradecida.  
Muera yo, y mi madre viva;  
¿Qué dudas en la elección?  
Si no es que alguna afición  
Del ser racional te priva.

FILIPO.

Dices, Señora, verdad.  
Su vida libre ha de ser;  
Viva, porque ha de vencer  
A la afición la lealtad;  
Mas ¿podré librar á dos,  
Aunque yo venga á morir?

SOLDADO 2.º

¿Dos vidas, dice, elegís?  
Haz tu gusto.

FILIPO.

¡Santo Dios!  
Otra confusion me viene,  
Que á la razon tiene presa,  
Y no quiero á la Princesa  
Porque quiero á Mitilene;  
Si la Princesa me adora,  
Mitilene me aborrece;  
¿Cuál vida destas mereco  
Que muera por ella ahora?  
De ambas estoy obligado,  
Sin inclinarme á ninguna,  
Agradecido con una,  
Y con otra enamorado;  
Y ¿qué dudosa carrera!  
Qué confuso mar inquieto,  
Donde el hombre mas discreto  
Casi anegado se viera!  
Los ojos y el corazon

Mitilene me arrebató,  
Hallo luego el alma ingrata  
Y me llamo á la razon;  
Yo me voy determinando,  
Y por solo agradecer,  
He de morir y perder  
A la que estoy adorando;  
Y á Mitilene gallarda  
Me resuelvo en lo mejor,  
Y aunque me niega el amor,  
La ingratitud me acobarda.  
Viva la Infanta, y perdona;  
Que contigo he de morir.

MITILENE.

Has acertado á elegir,  
Como noble.

LEONCIO.

Una corona  
Merecerá tu lealtad,  
Y la vida que yo tengo  
Es de todas, y así vengo  
Humilde á tu majestad;  
Mauricio es muerto, mas tanto  
Su muerte se ha de estimar,  
Que se puede celebrar,  
Pues que murió siendo santo.  
Tras la noche del morir  
Salió el alma con el alba,  
Riyoóse el cielo, y con salva  
Dios le salió á recibir.  
Mártir ha sido, y prometo  
Que en mí no ha caído culpa;  
Que el ejército disculpa  
Mi buen celo.

EMPERATRIZ.

¿Que en efeto  
El Emperador murió?  
¿Ay extraña desventura!  
¿Cómo podré estar segura?

LEONCIO.

Si podrás, viviendo yo;  
Moriré en vuestra defensa.

EMPERATRIZ.

Mis prodigios se cumplieron;  
Secretos misterios fueron  
De la Majestad inmensa.

Sale CÔSRÔES, caballero.

CÔSRÔES.

Soldados y capitanes  
Del ejército romano,  
Los que sujetais al mundo  
Desde el Antártico al Austro,  
Los que bárbaras naciones  
Estáis siempre conquistando;  
Egipcios, tartaros, medos,  
Calibes y garamantos,  
Y otros godos, indios negros,  
Alarbes, persas y partos,  
Masejetes y argatisos,  
Citas, armenios y francos;  
Los que teneis todo el orbe  
Lleno de vuestros soldados,  
De los campos Aberinos  
Hasta los Eliseos campos;  
Pues sois señores del mundo,  
Elegiendo con aplauso  
Emperadores de Oriente,  
Y del Occidente echarlos;  
Escuchadme, yo soy persa,  
Y vengo desafiando  
A Leoncio, general;  
Del ejército gallardo  
De Persia vino vencido;  
Que la fuerza de mis brazos  
No pudieron resistir  
El poderoso contrario.  
Robónos el sol hermoso  
Del ejército persiano,

Que el principe de aquel reino  
Aquiles fué de sus rayos.  
La gallarda Mitilene  
A los persas ha faltado,  
Y á la pérdida no iguala  
La vitoria que alcanzaron;  
Restitúyanos la dama  
Que ya el orbe ha eternizado,  
Y yo quiero conquistalla  
Cuerpo á cuerpo, salga al campo;  
Si no aceta el desafío,  
Délla á rescate, que traigo  
Valor y precio por ella;  
Que un reino no vale tanto;  
Doce caballos famosos,  
Que en Lidia los engendraron  
En doce tártaras yeguas  
Los vientos desenfrenados;  
Bozales de plata y oro,  
Mas no jaeces bordados,  
Que en sus espaldas desnudas  
Suben los persas bizzaros;  
Diez mil romanos cautivos,  
Que cuando fué desdichado  
Perdió su adversa fortuna,  
Aunque su valor mostraron;  
Traigo púrpura de Tiro,  
Telas de Persia y Damasco,  
Y vuestros Césares muertos  
Traigo vivos de alabastro;  
Entrégume la cautiva  
Que sol en Persia llamamos,  
Reciba el rico rescate  
O salga desafiado.

MITILENE.

Déjame á mí responder.—  
Oye, persa temerario,  
Que al general desafias,  
Siendo un cruel estebano;  
Si á Mitilene ha traído,  
Venciólo como soldado,  
Y como noble, le hizo  
Que no recibiese agravio;  
Si Persia tanto la estima,  
Estimada está aquí en tanto,  
Que es miserable el rescate  
Que pródigo estás llamando;  
No se aceta el desafío,  
Porque el general romano,  
Si no es con principe ó rey,  
No puede salir al campo.

CÔSRÔES.

Pues yo, que le desafío,  
Bien puedo desafiallo,  
Que soy el principe persa.

MITILENE.

¡Gran Señor, querido hermano,  
El alma triste me alegras,  
Y ya te esperan mis brazos!

CÔSRÔES.

¡Oh famosa Mitilene,  
Voy á dejar el caballo. (Vase.)

Salen LOS CAPITANES tras HERÁ-  
CLIO.

CAPITAN 2.º

Muera, muera, capitanes,  
El atrevido villano  
Que á Focas ha dado muerte,  
Y ya le lleva arrastrando.

CAPITAN 1.º

Si se esconde en esos montes  
Se ha de librar, y es gallardo,  
Que el ánimo y el temor  
Son alas y vuelan tanto.  
(Súbese Heráclio á un montecillo.)

LEONCIO.

¿Qué es esto que pretendéis?

CAPITAN 2.º

Dar á un mozo temerario  
Mil muertes.

LEONCIO.

¿Qué ha cometido?

CAPITAN 2.º

Un delito extraordinario:  
En el palacio imperial  
Pudo entrar, y con un lazo  
Puesto en el cuello de Focas,  
Salió del mismo palacio;  
Muerte le dió, y su fortuna  
Lugar y ocasion le ha dado  
Para escaparse ligero  
Del rigor de nuestras manos.

HERÁCLIO.

Soldados y capitanes  
Que el orbe habeis conquistado,  
¿No es deshonra que os gobierne  
Un hombre desesperado,  
Un bárbaro en las costumbres,  
Mónstruo en las obras y trato,  
Enemigo riguroso  
De nuestro linaje humano?  
Que le di muerte confieso,  
Porque con ella he vengado  
La de Mauricio, mi padre;  
Su hijo soy, no os de espanto.  
Hasta aquí viví encubierto  
En casa de Heracliano;  
La madre teneis presente  
Deste corazón hidalgo;  
Por propia naturaleza  
Al imperio soy llamado.  
Vida quiero, no el imperio,  
Que es miserable teatro.

HERACLIANO.

Ejército valeroso,  
La verdad os dice Heráclio;  
La Emperatriz, mi señora,  
Le ha tenido disfrazado,  
Temiendo de la fortuna  
Aquestos sucesos varios,  
Que en su infeliz nacimiento  
Los cielos pronosticaron.  
Verdadero César nuestro  
Es sin duda, y está claro  
Que la sangre generosa  
Venga al padre desdichado.

(*Hincanse de rodillas al ejército la emperatriz Aureliana y la infanta Teodolinda.*)

EMPERATRIZ.

Si con los hombres piadosos  
Pueden las mujeres algo,  
Y lágrimas enternecen  
Los corazones de mármol,  
Una huérfana y viuda  
Ahora os piden llorando  
Piedad y vida de un hijo  
Y de un infeliz hermano.  
A mi esposo me quitasteis,  
Que ya el cielo está pisando,  
Pues que pagó con su muerte  
Sus descuidos y pecados.  
Ejército riguroso,  
Capitanes y soldados,  
Sargentos y centuriones,  
General, maestro de campo,  
Heráclio es mi propio hijo;  
Sed clementes, sed humanos.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Viva Heráclio! Viva Heráclio!

LEONCIO.

Entre el aire suenan voces.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Viva Heráclio! Viva Heráclio!

LEONCIO.

Si ya su nombre celebran  
Con voces los cielos santos,  
Heráclio es emperador.

CAPITAN 1.º

¡Viva Heráclio!

CAPITAN 2.º

¡Viva Heráclio!

(*Desciende Heráclio del monte al tablado.*)

LEONCIO.

El rey no fué que de Focas  
Estaba pronosticado;  
Rija Heráclio nuestro imperio.  
¡Viva Heráclio!

TODOS.

¡Viva Heráclio!

( *Corónanle.* )

Sale CÓSROES.

CÓSROES.

Mi gallarda Mitilene,  
¿Dónde estás? Dame tus brazos.

MITILENE.

Estoy, príncipe famoso,  
Tu venida deseando.

CÓSROES.

¿Quién es el emperador?

MITILENE.

El que ahora han coronado.

CÓSROES.

Dale al príncipe de Persia  
Las manos.

HERÁCLIO.

Felice caso;

Los brazos tengo de darte,  
Y á Mitilene la mano  
De esposo.

LEONCIO.

No puede ser.

Porque la suya me ha dado.

MITILENE.

Leoncio, ¿qué estáis diciendo?

LEONCIO.

Con esta sortija hablo.  
Por ella me prometiste,  
Entre esos altos peñascos,  
Cuando una vez te di vida,  
Que pidiese; ya ha llegado  
El tiempo á la condicion;  
Que no pierdes, y yo gano.

MITILENE.

¿Tu fuiste? ¡Válgame el cielo!  
Obligada estoy y callo;  
Digo que sí.

LEONCIO.

Pues ahora

Serás esposa de Heráclio;  
Vencerme quiero á mi mismo.  
Él es señor, yo criado,  
Y él merece solamente  
Ser tu esposo.

EMPERATRIZ.

¡Leal vasallo!—

Filipo, dale á la infanta  
La mano, pues has ganado  
La honra que has de gozar.

FILIPO.

Dasmé honor.

INFANTA.

Vivas mil años;

Y la historia prodigiosa  
Aqui tiene fin, Senado,  
No *La Rueda de fortuna*,  
Porque siempre está rodando.

# COMEDIA FAMOSA

TITULADA

## GALAN, VALIENTE Y DISCRETO,

DEL DOCTOR MIRA DE MÉSCUA.

### PERSONAS.

LA DUQUESA DE MÁNTUA.  
PORCIA.

ELISA.  
DON FADRIQUE.  
RAMON.

DUQUE DE FERRARA.  
DUQUE DE PARMA.  
DUQUE DE URBINO.

FLORES.  
UN MAESTRO.  
DAMAS.—MÚSICOS.

### JORNADA PRIMERA.

*Salen LA DUQUESA Y PORCIA.*

PORCIA.  
Después que murió tu hermano,  
El silencio y la tristeza  
Dan sombras á la belleza  
De ese rostro soberano.  
¿Cuándo á Mántua has heredado  
Vives con melancolía?

DUQUESA.  
Sí; que es grande la porfía  
De un desvelo y un cuidado.

PORCIA.  
Dime, ¿qué cuidado fuerza  
Tu desvelo y tu pesar?

DUQUESA.  
El no inclinarme á casar,  
Y haberlo de hacer por fuerza.

PORCIA.  
Mudable es la inclinación.

DUQUESA.  
Hombres y bodas me ofenden;  
Son muchos los que pretenden,  
Y temo errar la elección.

*Sale ELISA.*

ELISA.  
Un loquillo de buen gusto  
Llevan á Florencia, y fuera  
Quien algun placer te diera.

DUQUESA.  
Cualquier loco me da susto;  
Que pienso cada momento  
Que se enfurece.

ELISA.  
Imagino  
Que es loco por un camio,  
Que te puede dar contento;  
Jugar sabe al ajedrez,  
Y jugar contigo puede.

DUQUESA.  
Si no es furioso, se quede.  
PORCIA.

Ya habrá quien alguna vez  
Te divierta.

DUQUESA.  
Si el casarse  
Es un vivir con morirse,  
¿Por qué muerte ha de decirse  
Aquello que es cautivarse?  
Mal mi cuidado se olvida,  
Porque es una acción incierta,  
Que se yerra ó que se acierta  
Por el tiempo de la vida.  
El errar en otra acción  
Disculpa suele tener;  
Y así, en esta es menester  
Mas cuidado que elección.

*Sale FLORES, de loco.*

FLORES.  
Guarde Dios la buena gente,  
Y guarde también la mala,  
Por si hay della en esta sala;  
Pero mi malicia miente,  
Que entre damas tan hermosas  
Cosa mala no se halló.  
Pardiez, que á ser París yo,  
Fuérades las tres las diosas.

DUQUESA.  
La manzana ¿á quién se diera?

FLORES.  
Para quitarme de dudas,  
Si París las vió desnudas,  
Ropa fuera, ropa fuera.

DUQUESA.  
¿Cómo te llamas?

FLORES.  
¿Quién vió  
Tan necia pregunta? Di.  
Otros me llaman á mí;  
Que no he de llamarme yo.

DUQUESA.  
Tu nombre pregunto, amigo.

FLORES.  
¿Quién es un santo varón  
Con esclavina y bordon,  
Que trae un perro consigo  
Con un pan, sin que le asombre  
El verle una llaga aquí?

DUQUESA.  
San Roque.

FLORES.  
¿San Roque?

Sí.

FLORES.  
Luego ¿ya sabéis mi nombre?

DUQUESA.  
Y ¿de dónde eres?

FLORES.  
No soy;  
De la tierra solo he sido,  
Pues de la tierra he salido,  
Y á ella caminando voy.

PORCIA.  
Sentencioso quiere ser.

ELISA.  
Diz que es poeta, Señora;  
Y sin sentidos un hora  
Se está para componer  
Sus metros.

DUQUESA.  
Loco discreto,  
Hazme unos versos á mí.

FLORES.  
Siéntome pues, porque así  
Quiero pensar un soneto.

PORCIA.  
¿Si vino de Parma ayer?

DUQUESA.  
Sí.

PORCIA.  
Tres potentados son.  
DUQUESA.  
Don Fadrique de Aragón  
También viene á pretender.

**PORCIA.**  
 ¿Quién es ese caballero?  
**DUQUESA.**  
 Pobre, pero celebrado;  
 Noble, pero despreciado.  
**PORCIA.**  
 ¡Oh, qué malo es ese perro!  
**DUQUESA.**  
 Deudo dicen que es cercano  
 Del rey de Nápoles, sol  
 De Italia.  
**PORCIA.**  
 Medio español  
 Y medio napolitano,  
 Presumido y codicioso,  
 Tu estado pretenderá.  
**DUQUESA.**  
 Hacer imagino ya  
 Un exámen riguroso  
 De todos mis pretendientes;  
 Ese loco ¿nos ha oído?  
**ELISA.**  
 Él está muy divertido,  
 Y rumiando allá entre dientes  
 Sus consonantes.  
**DUQUESA.**  
 Despeje.  
**FLORES.**  
 Consonantes hay á boca,  
 Toca, loca, emboca, choca...  
**PORCIA.**  
 ¿Qué importará que le deje,  
 Si es loco y se divirtió?  
**DUQUESA.**  
 Dices bien; que no embaraza.  
**FLORES.**  
 Plaza, taza, calabaza,  
 Coroza, ¿coroza no!  
**DUQUESA.**  
 Digo, Porcia, que me ofende  
 Ver que mis estados sean  
 Lo que estos hombres desean;  
 Pues ninguno me pretende  
 A mi por mi solamente.  
 Cuando mi hermano vivía,  
 ¿Cómo entonces no tenía  
 Amante ni pretendiente?  
 Ello es codicia, y no amor,  
 Lo que á estos cuatro ha traído;  
 Imaginar que yo he sido  
 La deseada es error.  
 Una industria percibi:  
 Caprichosa quiero ser,  
 Si he de examinar y ver  
 Quién me quiere á mi por mi,  
 Y no por el grande estado.  
**PORCIA.**  
 Dificultoso será,  
 Pues cada cual mostrará  
 Que ha venido enamorado;  
 Servir y galantear  
 Es fácil al que enamora,  
 Y muchas veces, Señora,  
 Vale mas fingir que amar;  
 ¿Quién penetra la intención,  
 Y cuáles ojos discretos  
 Son lince de los secretos  
 Que están en el corazón?  
**DUQUESA.**  
 Porcia, muy posible es todo;  
 Humano lince he de ser,  
 Yo lo tengo de saber;  
 Escucha, sabrás el modo.  
 Las dos en grave clausura  
 Cerradas siempre nos vimos,  
 Y como dicen, vivimos  
 En hermosa sepultura.

Nadie me vió en la ciudad;  
 Si mis criados prevengo,  
 Logrado el capricho tengo  
 Con mucha facilidad.  
 Piense cualquiera que hoy  
 Ser mi pretensor profesa,  
 Qué eres, Porcia, la Duquesa,  
 Y que yo la Porcia soy.  
 El papel de Seralina  
 Has de hacer cuando nos vean  
 Esos que á Mántua desean;  
 Y si alguno se me inclina  
 Como a Porcia y como á pobre,  
 Será amante verdadero,  
 Y tendrá el lugar primero,  
 Aunque haciendo no le sobre,  
 En aquesta pretension.  
**PORCIA.**  
 ¿Podrá estar secreto?  
**DUQUESA.**  
 Sí,  
 Porque los hombres que á mi  
 Me conocen pocos son,  
 Y no saliendo de casa,  
 Con cuidado viviremos,  
 Y mas, que nos parecemos  
 Algo las dos.  
**PORCIA.**  
 ¿Y si pasa  
 De nosotras el secreto?  
**DUQUESA.**  
 Cuando esto se haya sabido,  
 Como dicen, ¿qué hay perdido,  
 Sino solo este conceto  
 Que formé? Pero verás  
 Cómo lo he de conseguir.  
**PORCIA.**  
 Desde hoy empiezo á fingir.  
**DUQUESA.**  
 Mas he pensado; oye mas:  
 Podré en cualquier ocasion  
 Que ellos se junten aqui,  
 Ser yo mas dueño de mi  
 Siendo la conversacion  
 Contigo; escuchando yo,  
 Podré mirar con efeto  
 Cuál es mas cuerdo y discreto.  
 Hasta ahora no se vió  
 Condicion como la mia;  
 El que inclinarme quisiera  
 Sea solo el que tuviere  
 Gala, ingenio y cortesía;  
 Con eminencia galan  
 Quiero que el amante sea,  
 Y en él la virtud se vea  
 Que en los diamantes, que están  
 Cuando brutos deslucidos,  
 Como piedras ordinarias,  
 Y visos de luces varias  
 Exhalan cuando pulidos.  
 Tambien le quiero valiente;  
 Que el ánimo y corazón  
 Dicen quién es el varon  
 Que debe ser eminente.  
 Con estas dos calidades  
 Satisfechos y advertidos  
 Quedan los ojos y oídos;  
 Pero si el ingenio añades,  
 Cesará el conocimiento  
 De mi noble inclinacion,  
 Pues será la discrecion  
 La luz del entendimiento.  
**PORCIA.**  
 Y ¿cómo ha de ser, me di,  
 Que esa noticia tengamos?  
**DUQUESA.**  
 Quiero que un festin hagamos  
 En casa esta noche; así,  
 Cogiéndolos sin pensar,  
 Cuál es mas galan veremos;

Que para los dos extremos  
 Que faltan, habrá lugar.  
**FLORES.**  
 El soneto acabé; plaza,  
 Que mi musa no está loca;  
 «A la Duquesa alabará mi boca,  
 Si el cielo me la libra de mordaza.»  
**DUQUESA.**  
 En verso medido empieza.—  
 Id delante y proseguid.  
**PORCIA.**  
 Elisa y Porcia, venid.  
**DUQUESA.**  
 Vaya al jardin vuestra alteza.  
**FLORES.**  
 «¿Quién vió pálida flor de calabaza  
 Trepando por las puntas de una roca?»  
**DUQUESA.**  
 Basta; ¿qué! ¿es verso?  
**PORCIA.**  
 Agudeza  
 Es propia de locos.  
**DUQUESA.**  
 Id  
 Vos delante, y proseguid.  
**PORCIA.**  
 Vaya al jardin vuestra alteza.  
 (Vase.)  
**Salen EL DUQUE DE URBINO, EL DE  
 FERRARA Y EL DE PARMA.**  
**FERRARA.**  
 Hermosa es Mántua.  
**PARMA.**  
 Es empeño,  
 De quien la fama ha salido.  
**URBINO.**  
 Mi iman poderoso ha sido  
 La hermosura de su dueño;  
 Ella me trae solamente.  
**FERRARA.**  
 ¿La habeis visto?  
**URBINO.**  
 Nunca.  
**FERRARA.**  
 ¿Pues?  
**URBINO.**  
 Tan grande su fama es,  
 Que si en cuatro partes miente,  
 Le ha de quedar hermosura,  
 Para ser la mas hermosa  
 Venus que tiñó la rosa  
 De carmin y sangre pura;  
 No ha sido en la antigüedad  
 Tan celebrada; de modo  
 Que, aunque no la imite en todo,  
 Será inmensa su beldad.  
 Las cosas grandes no pueden  
 Ser pintadas como son,  
 Porque á su misma opinion  
 Las mismas cosas se exceden.  
 Un ciego ver deseaba  
 El hermoso rosicler  
 Del sol, y para saber,  
 A todos lo preguntaba.  
 Cuál le pintaba y decia  
 Que era un orbe de luz varia,  
 Y singular luminaria,  
 Padre y principio del día;  
 Cuál le figuraba que era  
 Una luz con movimiento,  
 Que á faltar conocimiento,  
 Por Dios adorada fuera.  
 Vió despues el arrehol  
 Celeste con regocijo;

«Nadie supo pintar, dijo,  
Cómo es el sol, sino el sol.»  
Así, cuando contemplemos  
La hermosura y sol divino  
De la Duquesa, imagino  
Que admirándola, dirémos:  
«¡Oh Venus hermosa! Oh dama  
Nacida de otras espumas!  
Mudas lenguas, cortas plumas  
Han sido las de la fama.  
De la elocuencia y del arte  
Poco encarecida fuiste;  
Sola tú misma supiste  
Describirte y alabarte.»

FERRARA.

Vos, señor duque de Urbino,  
Ya tendréis noticia della;  
Yo alabaré su luz bell<sup>la</sup>  
Por diferente camino.  
Un hombre que deseaba  
Casarse en otra ciudad,  
Si no con curiosidad,  
Con afecto preguntaba  
A cuantos de allá venían  
Si era discreta y hermosa  
La que eligió por esposa,  
Y todos le respondían:  
«Señor, no la conocemos.»  
Y esto, que pudo temprar  
Su amor, le vino aumentar  
Con singulares extremos,  
Diciendo: «Si no es hermosa,  
Para que el gusto la goce,  
Mujer que nadie conoce  
Es honesta y virtuosa.»  
Esto me sucede a mí:  
Si es hermosa he preguntado,  
Y ninguno la ha alabado,  
Todos dicen: «No la vi.»  
Y yo a tanta novedad,  
Digo, admirado: «Mujer  
Que no se ha dejado ver,  
Mucho tiene de deidad.»

PARMA.

Duque de Ferrara, ó sea  
Malicia ó atrevimiento,  
Yo saco deste argumento,  
Por consecuencia, que es fea.  
La luz no puede encubrir  
Visos de purpura y nieve,  
Que aun en átomo tan breve  
Suele brillar y lucir.  
Confieso mi desvario,  
Ni dudando ni creyendo;  
Por otra razón pretendo:  
Su estado cae junto al mio.  
Soy amante en apariencia  
Y vuestro competidor;  
Lo que me falta de amor  
Me sobra de conveniencia.

URBINO.

Confesando esta verdad  
El de Parma, nos confiesa,  
Sin ofender la Duquesa,  
Que es mucha nuestra amistad.  
Y así, pues amor honesto  
Celos ni envidia no admite,  
Cada cual se solicite  
Su dicha, sin que por esto  
El que mas acepto fuere  
Tenga emulación alguna;  
Dé el amor ó la fortuna  
Esta dicha a quien quisiere.

FERRARA.

Sin dar envidias al sol,  
Sus rayos son de rubis.

PARMA.

Y los dos ¿qué me decís  
Del arrogante español,  
Que, sin hacienda ni estado,

A título de pariente  
Del rey don Alonso, intente  
Lo que habemos deseado?

URBINO.

Casi solo se ha venido;  
Y así, en nuestros galanteos,  
En festines y torneos  
Ha de quedar deslucido.

PARMA.

Pues, amigos, torneemos  
Y la sortija corramos,  
Justas y máscara hagamos,  
Deslucido le dejemos.

FERRARA.

Él viene, y querrá tratarse  
Con nosotros igualmente.

URBINO.

Por ahora es conveniente  
Sufrir y disimularse;  
Pero estando en la presencia  
De la hermosa Serafina,  
Sufrirlo no determina  
Mi cordura y mi paciencia.

FERRARA.

Lleve desaires iguales  
A la soberbia que tiene.

PARMA.

Aquí a propósito viene  
Hablar por impersonales.

Salen DON FADRIQUE Y RAMON,  
criado.

DON FADRIQUE.

Guarde Dios á vuecelencias  
Con salud y larga vida.

URBINO.

Guarde al señor don Fadrique.

PARMA.

¿Quién dudará que le obligan  
Venir á Mántua retratos  
De la hermosa Serafina?

DON FADRIQUE.

Bien puede dudarlo el Duque,  
Porque no tengo noticia  
Que haya retrato ninguno  
De beldad tan exquisita.  
Y si dicen que á Alejandro  
Retratarle no podía  
Sino Apéles, ¿qué pincel  
A los perfiles y líneas  
Desta deidad se atreviera,  
Sin temblar en la osadía.  
La mano al lienzo arrimada,  
Y sin turbarse la vista  
A los rayos de sus ojos,  
Mayormente si se imitan  
En dos cosas con el arte,  
Agua y luz? Cosa es sabida  
Que los vivos y excelentes  
Objetos turban y olvidan  
Nuestros sentidos; el sol,  
Cuando llega al mediodía,  
¿Qué ojos de águilas y liuces  
Hay que á sus rayos resistan?  
Cuando por las siete bocas  
El Nilo se precipita,  
Sordos deja á los que moran  
En las riberas vecinas.  
La nieve, que en los Tifeos  
Está en el tálamo antigua,  
El tacto humano entorpece;  
La oriental especiería  
Y los aromas suaves  
Que la Arabia fructifica,  
El olfato alteran siempre  
A quien por ella camina.  
El néctar dulce que labra,  
Chupando flores en Hibia,

La abejuela, estraga el gusto.  
Siendo esto así, ¿quién podría  
Retratar rayos de luz,  
Mirando nieve tan viva,  
Atendiendo, resistiendo  
Los aromas que respiran.  
Las razones que pronuncian  
De elocuencia peregrina?  
Quién un objeto tan alto  
Reducir pudo á medida  
Y proporción con el arte,  
Copiando luz tan divina?

URBINO.

¡Oh, qué afectado discurso!

PARMA.

Dejémosle que prosiga  
Con su escudero.

FERRARA.

El señor  
Don Fadrique se publica  
Enamorado y leido.

PARMA.

Bien dijimos que venía  
Con pretensiones á Mántua.

(Vanse los duques.)

DON FADRIQUE.

Discretos son, si adivinan  
Eso los señores duques.

RAMON.

Estos, con celosa envidia,  
Te han hablado descortés.

DON FADRIQUE.

Con igual descortésia  
Serán tratados de mí.

Sale FLORES, de galan gracioso.

FLORES.

Hallaros solos es dicha.

DON FADRIQUE.

Seas, Flores, bien venido;  
¿Qué tenemos?

FLORES.

Que la vida  
He de dar en tu servicio.  
Salió bien la industria mía;  
Fingime loco, y mandóme  
Que en su casa y corte asista;  
Y así, de sus esperanzas  
Tengo de ser una espía.  
Advierte en breves palabras  
Que á Porcia manda que finja  
Ser la Duquesa, porque ella  
Fingirse quiere su prima,  
Para ver si de esta suerte  
A su hermosura se inclinan.

DON FADRIQUE.

¿Es hermosa?

FLORES.

El mismo sol,  
Es la aurora, y es el día,  
Es la tarde, y no es la noche;  
Mujer es que encapricha.  
Esta noche hay un sarao,  
Y en ella Porcia fingida  
Quiere examinar cuál es  
El mas galan; no se vista  
Aquel pájaro que dicen  
Que nace de sus cenizas  
Mas galan que tú, Señor;  
Ven pues, y al abril imita.  
Duque de Mántua has de ser;  
Alerta, mira que sirvas  
A la que se llama Porcia;  
Advierte que es Serafina,  
No enamores la Duquesa.

## DON FADRIQUE.

Si me industrias, si me avisas  
De lo que pasa en palacio,  
La Duquesa ha de ser mía.

## FLORES.

Será tuya la mas bella  
Que los campos vieron, ninfa;  
A mi sayo jironado  
Y á mi ignorancia fingida  
Me vuelvo; véte con Dios,  
Pues de mi ingenio te fias.

(Vanse.)

## Sale LA DUQUESA.

## DUQUESA.

Este jardín ameno,  
De flores, plantas y de frutas lleno,  
El cielo nos retrata;  
Ese estanque de plata,  
El cielo es cristalino;  
Las ruedas de esa azuda, que es camino  
Del agua artificioso,  
Son móviles primeros;  
Las rosas son luceros  
Del firmamento hermoso;  
Las otras flores bellas,  
El numeroso ejército de estrellas;  
El girasol, que mira  
Al poniente una vez, y otra al levante;  
El sol, que el cielo gira,  
Y la luna menguante,  
O ya de su luz llena  
La cándida azucena;  
Estrellas, luna, sol, fuentes y flores,  
Todo me enseña amores,  
Y yo sola me hallo  
Sin saber qué es amor ni deseallo.  
Esa hiedra se enlaza,  
Y el tronco de los álamos abraza;  
Allí la flor de clície pena amando,  
Y á Apolo va buscando;  
Trepár quiere la murta por la parra,  
Y amando la violeta la pizarra,  
Besándola ha nacido;  
Allí canta en su nido  
El ruiseñor amores;  
Allí rayos del sol aman las flores;  
Allí las fuentes quiebran  
Su cristal, y celebran  
La jornada que hoy hacen  
Al mar, adonde nacen,  
Y á quien enamoradas.  
Se vuelven despenadas;  
La flor de clície, murta, yerba y flores,  
Todo me enseña amores;  
Y yo sola me hallo  
Sin saber qué es amor ni deseallo.

## Sale PORCIA.

## PORCIA.

¿Sola vuestra alteza?

## DUQUESA.

Sí,  
Aunque no estoy sola, digo,  
Las veces que estoy conmigo.

## PORCIA.

Un sábio lo dijo así:  
Ya están los competidores  
Avisados, y vendrán.

## DUQUESA.

Di, Porcia, ¿qué fingirán?  
¿Que vienen muertos de amores?

## PORCIA.

¿Dónde ha de ser el festin?

## DUQUESA.

Paréceme que es mejor

En aquese cenador,  
Palacio deste jardín.

## Sale FLORES, de loco.

## FLORES.

Alerta, madama mía;  
Que hay marranos en campaña.

## DUQUESA.

Todo es temas con España.—  
Mira, Roque, yo querria  
Que me digas la ocasion  
De quererlos mal.

## FLORES.

Diréla:

Yo anduve con una muela,  
Cantarillo y carretón;  
«Amolar cuchi,» decia,  
Y con esto eché sin cuenta  
A perder cuanta herramienta  
En la pobre España habia.  
De un lugar á otro pasaba,  
Y un español encontré,  
Gallego pienso que fué,  
Pues descalzo caminaba.  
Con un río nos topamos,  
Y él, que sin botas venia,  
Dijo que me pasaria,  
Como en la venta bebamos  
A mi costa; yo acepté,  
Y estando en medio del río,  
Me dijo el caballo mio:  
«Monsiur;» respondile: «¿Qué?»  
Replicóme: «Di, ¿cuál es,  
Sin mentir ni estar medroso,  
Cuál es rey mas poderoso,  
El español ó el francés?»  
Yo respondí con temor:  
«Tu rey tiene mas poder;»  
Y dejándome caer,  
Me dijo: «¿A tu rey traidor?»  
Escapéme medio abogado,  
Y cuantos así me vian,  
Me tiraban y decian:  
«Gabacho, pollo mojado.»

## DUQUESA.

Ya no me espanto que tengan  
Enojado á Roque así.—  
Porcia, traigan luz aquí.

## PORCIA.

¿Vendrán los músicos?

## DUQUESA.

Vengan.

(Vanse la Duquesa y Porcia.)

## FLORES.

Héme aquí loco en juicio,  
Muy falso y muy socarrón,  
Como muchos que lo son  
Por bolgar y andar al vicio.  
En las cortes y palacios  
Usan muchos desta treta.  
Uno haciéndose poeta,  
Y borrando cartapacios,  
Si no de Apolo, de Baco,  
Hace versos de horizontes,  
Ecos, relaciones, montes,  
Y no es loco, que es bellaco.  
Otro insulso majadero  
Cargado de hábitos hay,  
Tan sin donaire, que tray  
En la boca al mismo enero.  
Otro que anda todo el día  
Lleno de ocio y de pereza,  
La capilla en la cabeza,  
Con circunstancias de espía.  
Otro locuras fingia,  
Y á sus bodas convidaba,  
Diciendo que se casaba  
Con cierta señora; un día  
Con docientos le amagaron,

Y á su seso se volvió;  
Mas la música salió,  
Y los tres duques llegaron.

## Sale EL DUQUE DE URBINO.

## URBINO.

Bello jardín, tu belleza,  
Aunque irracional y muda,  
Remedando está sin duda  
La hermosura de su alteza;  
Que al pintar naturaleza  
Sus divinos resplandores,  
La tabla de los colores  
Y pinceles arrojó,  
Y con esto derramó  
Nieve y jazmin sobre flores.

## Sale EL DUQUE DE FERRARA.

## FERRARA.

Cristal, que un mármol pequeño  
Estás siempre retratando,  
Bien sé que estás envidiando  
La hermosura de tu dueño;  
Porque el alba, con el ceño  
De ver su rostro excedido,  
Y que Serafina ha sido  
Mas hermosa, ella lo siente;  
Y así, forman esta fuente  
Las lágrimas que ha vertido.

## Sale EL DUQUE DE PARMA.

## PARMA.

Murtas, que en Chipre habeis sido  
De Vénus verde guirnalda,  
Remedando á la esmeralda,  
Que su color no ha perdido;  
Si la madre de Cupido  
Hallasteis allá envidiosa,  
Aquí estaréis mas hermosa,  
Pues ballaréis mas divina  
La planta de Serafina  
Que el cabello de la Diosa.

## Sale DON FADRIQUE.

## DON FADRIQUE.

Murtas, rosas y cristales,  
En quien ese jardín llueve  
Copos y aromas de nieve,  
Si sois rasgos y señales  
De los rayos celestiales  
De vuestro dueño, hermosas  
Son las sombras tenebrosas,  
¿Que será la luz divina?  
Sombra sois de Serafina,  
Cristales, murtas y rosas.

## FLORES.

Majaderos cortesanos  
Los cuatro me parecéis,  
Pues todos cuatro queréis  
Ser duquesos mantuanos,  
Y á uno solo dirán sí;  
Par diez, si duquesa fuera,  
Bien sé yo quién escogiera.

## URBINO.

¿A quién, loco?

## FLORES.

Cuervo, á mí.

Salen DAMAS, PORCIA, LA DUQUESA  
Y UN MAESTRO, y siéntase Porcia  
en una silla, y los tres duques en un  
banco, y cantan.

## MÚSICOS.

Al festin de la hermosa duquesa  
De Mantua gentil

*Los galanes vienen apriesa ;  
Cada cual serviría profesa,  
Galan como abril.*

FLORES.

Escoged, señora Duca,  
Linda como almoradux,  
Duco que pueda ser dux  
De Venecia, y aun de Luca.  
Y si acaso le quereis  
Hombre robusto, voz gruesa,  
Escoged aquel, Duquesa,  
Que publica le quereis.  
A este el si se ha de decir;  
Pero si quereis enano  
Al daquino mantuano,  
Aqueste habeis de elegir.  
Con el español no hablo,  
Que, aunque es galan como el sol,  
Es en efecto español,  
Y me parece al diablo.  
Urbino, Parma, Ferrara,  
Esta la Duquesa es,  
Merece un delfin francés,  
Grande estado, linda cara.  
Esta es Porcia, y no dichosa,  
Pobre, mas dama perfeta,  
Que, sin ser fea, es discreta,  
Y sin ser necia, es hermosa.  
Y advertid, amantes nuevos,  
Que esta, ni dueña ni dama,  
Yo no sé cómo se llama;  
Sé que se sorbe cien huevos,  
Como quien hace una trova;  
Y esta que se llama Elisa  
Tiene una cara de risa,  
Ni sé si de alegre ó hoba.  
Yo soy loco destas donias,  
Y este que empieza á barbar  
Es maestro de danzar,  
Y tambien de ceremonias.  
Y para decirlo en suma,  
Estos mentecatos son  
Ruiseñores de cancion,  
Con barbas en vez de pluma. —  
Agora, Roque, sentaos,  
Porque el festin ha de ser.

PORCIA.

Diga lo que se ha de hacer  
El maestro de saraos.

DON FADRIQUE. (Ap.)

La falsa Porcia promete  
Con su hermosura rigores;  
Advertido anduvo Flores.

MAESTRO.

Traiga un paje un ramillete.

PORCIA.

Dad, maestro, aquestas flores.

MAESTRO.

A quien yo las llegue á dar,  
Una dama ha de danzar;  
Pero la dama, señores,  
Banza una vez.

URBINO.

Siendo así,  
Las flores habeis de dar.

FERRARA.

El festin he de empezar.

DON FADRIQUE.

Dadme el ramillete á mi.

MAESTRO.

A una cuestion les provocho,  
Y no me atrevo, Señora;  
Dad vos las flores agora.

PORCIA.

Dé el ramillete este loco  
A quien le quisiere dar;  
Cesará la competencia,  
Y tengan los tres paciencia.

URBINO.

Volvámonos á sentar.

FLORES.

A mí las flores me dan,  
Y loco en darlas seré;  
¿A quién, á quién las daré?  
Dóyselas al mas galan.

(Dáselas á Fadrique.)

DUQUESA.

¿Cómo, di, si es español,  
El ramillete le diste?

FLORES.

Luego ¿no entendeis el chiste?  
Porque le peguen los tres.

DON FADRIQUE.

No atribuya vuestra alteza  
Lo que hiciera á groseria;  
Yo confieso que venia  
Adorando esa belleza;  
Pero amor, naturaleza  
Segunda, mi inclinacion  
Forzó con tanta pasion  
Despues que otra dama vi,  
Que, estando fuera de mí,  
No supe hacer la eleccion.  
Amor, deidad poderosa,  
En mí su fuerza mostró;  
Una cosa pensé yo,  
Y el amor hizo otra cosa.  
Ir suele á coger la rosa  
Un galan en el jardin,  
Y encontrándose el jazmin,  
Sus candidas flores coge,  
Sin que la rosa se enoje,  
Pues se queda rosa en fin.  
Adorando las estrellas,  
Muchos hay que al sol negaron,  
Las estrellas envidiaron  
Entre tantas luces bellas;  
Sois el sol, alba son ellas,  
Y alba la que mi alma adora;  
Perdonadme, gran Señora,  
Si se atreve un español  
A negar flores al sol  
Por dárselas al aurora.  
Porcia tome el verde ramo,  
Haciéndole celestial,  
Y recíbalo en señal  
De que su amante me llamo;  
Del alma la riqueza amo,  
Las del mundo son extremos,  
Que españoles no queremos.  
Si la inclinacion bajé,  
Danzar el alta no sé;  
Porcia, la baja danceos.

(Danzan los dos, y cantan los músicos.)

MÚSICOS.

*Al festin de la hermosa duquesa  
De Mantua gentil  
Los galanes vienen apriesa,  
Cada cual servilla profesa,  
Galan como abril.*

DUQUESA.

Su alteza es dueño y juez;  
Dé ella el ramillete, diga  
Que el festin otro prosiga.

PORCIA.

Délas Roquillo otra vez.

FLORES.

Duquesa, esos son errores  
Mayores que mi locura;  
¿Soy yo mayo por ventura,  
Para andarme dando flores?  
A ninguno mas se dén;  
Ya no es fiesta, pues empieza  
Otra dama, y no su alteza.

URBINO.

Este loco ha dicho bien;

Porque su alteza debía  
Ser suplicada primero.

PORCIA.

Basta, ningun caballero  
Salga á la defensa mia.  
Que me enojaré; y agora  
Cese el festin.

DON FADRIQUE.

Del error  
De mi no pasado amor  
Ya os pedi perdon, Señora.

(Vanse, y queda la Duquesa la postrera,  
y Flores.)

FLORES.

Señora Porcia, escuchad:  
Al español que está fuera  
Una burla hacer quisiera:  
No os vais tan presto, esperad.

DUQUESA.

¿Aun el enojo te dura?

FLORES.

Ce, español, ce, que te llama  
Aquí fuera cierta dama,  
Con mas dicha que hermosura.  
Ven, español, me dirás  
Unos requiebros aquí. —  
¡Ay, qué viene tras de mí!  
Yo me escondo aquí detrás.

Sale DON FADRIQUE, y Flores se es-  
conde detrás de la Duquesa.

DON FADRIQUE.

¿Quién me llamó? Ya he notado  
Que voz de un ángel ha sido;  
¿Oh quién fuera el escogido!  
Porcia, como fui llamado;  
Con gusto vengo y forzado;  
Que si el fuego artificial  
Va en forma piramidal  
A su elemento, así yo  
Buseo la voz que llamó  
Como á centro natural.

DUQUESA.

No fui...

DON FADRIQUE.

Si muero yo,  
A ese no, en rigor extraño,  
Máteme tu dulce engaño,  
No me desengañes, no.  
Quien cosa alegre gozó  
En el sueño (¡pasion fuerte!),  
Que es ensayo de la muerte,  
Disgusto suele tener,  
Con ser soñado el placer,  
De que alguno le despierte.  
Un enfermo deliraba,  
Y grande rey se fingia;  
Imperios y monarquia  
En su locura gozaba;  
Sanó, y alegre no andaba.  
Diciendo: «Gracias no doy  
A quien me da salud hoy,  
Pues era rey soberano,  
Enfermo, y estando sano,  
Un hombre ordinario soy.»  
Soñé que me habias llamado,  
Y en mi altiva fantasia,  
Pudo causarme alegría  
Este bien, aunque soñado;  
Deliré, sol me he juzgado  
Que llamó á la hermosa aurora;  
Si este sueño mi alma adora,  
Y esta locura que veis,  
Señora, no me saneis;  
No me despertéis, Señora.

DUQUESA.

Este loco os ha llamado.—  
Véte de ahí.

(Vase Flores.)

DON FADRIQUE.

Loco fuera

Quien á la voz no viniera  
De un loco, que me ha tornado  
Cuerto á mi, pues digo osado  
Que hallé en este jardín verde  
Quien mis delirios acuerde,  
Si los otros locos son,  
Porque solo está en razon  
Quien por vos el seso pierde.

DUQUESA.

Amante de Serafina  
Habeis venido, Señor;  
No es de buen gusto el amor  
Que á otra hermosura os inclina.  
¿Quién deja la clavelina  
Por el pálido alhelí?  
Quién menosprecia el rubí  
Por la morada amatista?  
Sea vuestro amor con vista,  
No esté vendado por mí.  
Vos pobre, yo sin estado,  
Serémos sin duda alguna  
Delirios de la fortuna,  
Risa y fábula del hado;  
Festejad, enamorado,  
La belleza singular  
De Serafina; mudar  
Objeto no es de prudente;  
¿Quién se admira de una fuente,  
Viendo el píelago del mar?

DON FADRIQUE.

No os lo niega mi osadia,  
Ni mi locura lo crea;  
Amor pompas no desea.  
Si yo soy vuestro, y vos mía,  
Ricos fuéramos los dos,  
Yo de amor, vos de hermosura,  
Vos de luz, yo de ventura;  
Hazlo, amor, pues eres dios.  
Si fuente os habeis llamado,  
Permitid que sin aviso  
Me mire, como Narciso,  
En vos, de mi enamorado;  
Que estando en vos transformado,  
Ya no soy yo, sino vos,  
Y estuviéramos los dos,  
Yo Narciso, si vos fuente,  
Viéndonos eternamente;  
Hazlo, amor, pues eres dios.

DUQUESA.

Daros licencia no quiero.

DON FADRIQUE.

¿Palabras tan rigurosas?

DUQUESA.

Sí, que me faltan dos cosas,  
Que he de examinar primero.

DON FADRIQUE.

Siendo así, la vida espero.

DUQUESA.

Son difíciles las dos.

DON FADRIQUE.

Y vencidas, ¿queréis vos?

DUQUESA.

¿Qué he de querer?

DON FADRIQUE.

¿Qué? Querer.

DUQUESA.

¿Podrá ser?

DON FADRIQUE.

Sí puede ser.

Hazlo, amor, pues eres dios.

## JORNADA SEGUNDA.

Salen PORCIA y LA DUQUESA.

PORCIA.

¿Amas, Señora?

DUQUESA.

Esa fué.

Inútil curiosidad;  
Dueño de mi voluntad  
Eternamente seré.

PORCIA.

Si el español se te inclina,  
Y viste que es mas galán,  
Tus efectos estarán  
Movidos.

DUQUESA.

Hoy, Serafina,  
Cuatro cosas, es verdad,  
Quise examinar y ver,  
Y agora para querer  
Tengo andada la mitad.  
Mas soy tan dueña de mí,  
Que he de vencerme y no amar;  
Del amor he de triunfar.  
No quiero amor.

PORCIA.

Siendo así,

Dame para amar licencia.

DUQUESA.

Amor sin licencia viene.

PORCIA.

Tu respeto me detiene.

DUQUESA.

Ama, pero con prudencia;  
No deslustres mi figura,  
Pues Serafina me llamo;  
Ya que saben que no amo,  
No sepan que ama mi hechura;  
Pero ¿á quién te has inclinado?

PORCIA.

A don Fadrique, Señora,  
Que me desprecia y te adora,  
Y eso mismo me ha obligado.

DUQUESA.

¿Qué mujeril condicion!  
Mira, Porcia: yo quisiera  
Que tu voluntad tuviera  
Ese amor ó inclinacion  
A uno de esos duques, pues  
Todos te muestran amores,  
Siendo tan ricos señores;  
Don Fadrique es pobre, aunque es  
De ilustre genealogia.

PORCIA.

No importa, obligada estoy,  
Si ama á Porcia y Porcia soy.

DUQUESA.

¿Extraña sofisteria!

¿Ama el nombre ó la persona?

PORCIA.

Pareceme que te pesa.

DUQUESA.

Porcia, gran malicia es esa;  
Pero en efecto me abona  
Permitirte que ames; ama,  
Mira, inquieré y favorece,  
Con la atencion que merece  
La obligacion de una dama.

PORCIA.

Esto consigo lo trae  
Mi decoro y advertencia,  
Pues amo con tu licencia.—  
¡Hola!

Sale FLORES.

FLORES.

¿Señora?

PORCIA.

¿Quién hay  
En la antecámara?

FLORES.

Está

Un hombre, que no quisiera  
Verle jamás allá fuera.

DUQUESA.

Su loca tema será.

FLORES.

Pues Porcia, de mí enfadada,  
Porcia males me desea,  
Plegue á Dios que yo te vea  
Con el español casada,  
Que es la mayor maldicion.

DUQUESA.

¿Está don Fadrique ahí?

FLORES.

¿Fadri... quién?

DUQUESA.

Fadrique.

FLORES.

Sí,

Porque es-pera de Aragon.

PORCIA.

Dile que entre.

FLORES.

¿Al alfenique?

Entrad, buen hombre; que yo  
No sé vuestro nombre, no;  
Solo sé que acaba en ique.

Sale DON FADRIQUE.

DON FADRIQUE.

Si me manda vuestra alteza  
En qué le sirva, seré  
Tan dichoso, que tendré  
Por imperio, por grandeza,  
Por noble timbre y blason  
De mis armas, de servilla  
Con este y esta cuchilla,  
Rayo que fué de Aragon.

PORCIA. (Ap.)

Embarazada me veo;  
¿Cómo diré mi cuidado?

DUQUESA. (Ap.)

Parece que me ha pesado.  
Eso no; grave trofeo  
Yo misma he de ser de mi.  
Corazon, no sintais pena,  
Ame Porcia norabuena,  
Vámonos, alma, de aquí.

(Vase.)

DON FADRIQUE. (Ap.)

¡Ay, que se va la Duquesa!

¿Si el verme la da pesar?

Mas, pues me volvió á mirar,

Sin duda que no le pesa.

PORCIA. (Ap.)

O este fausto, ó la grandeza  
Que fingida represento,  
No le dan atrevimiento,  
O no ve en mí la belleza  
De Serafina cruel,  
Si ha sido mi inclinacion;  
Mas dígame mi pasion  
Al descuido este papel.

DON FADRIQUE.

Ya que no me habeis honrado,  
Mandándome, mi señora,  
Licencia me dad agora  
Para volver desdichado.

PORCIA. (Ap.)  
Pienso que no me ha entendido,  
(O que el papel no miró.)  
Ese papel se cayó.

DON FADRIQUE.  
A mí no se me ha caído.

PORCIA.  
Levantadle.

DON FADRIQUE.  
No es fineza,  
Y desacato se llama.—  
Señoras, ¿hay una dama  
Que dé un papel á su alteza?

Sale LA DUQUESA.

DUQUESA.  
Si daré; yo estoy aquí.

PORCIA.  
Poco tu cuidado tarda.

DUQUESA.  
Señora, si estoy de guarda,  
Fuerza es que me toque á mí.  
PORCIA. (Ap. á la Duquesa.)

Señora, si estás queriendo,  
¿Para qué me permitiste  
Amar?

DUQUESA. (Ap. á Porcia.)  
¿Yo querer? Yo amar?  
Te engañas, vuélvome á entrar;  
Mentiste, Porcia, mentiste. (Vase.)

DON FADRIQUE. (Ap.)  
¿Qué serán estas salidas  
De Serafina? Sospecho  
Que proceden de su pecho.

PORCIA.  
¿Cómo os va en Mántua?

DON FADRIQUE.  
Señora,  
¿Cómo me puede ir á mí  
En una tierra en quien vi  
Dos cielos juntos agora,  
Aunque el uno se encubrió  
Agora de mi presencia?

PORCIA.  
No os doy para eso licencia,  
Hablando conmigo.

DON FADRIQUE.  
Yo  
Pienso que sentís enojos  
De aquel mi pasado error.

PORCIA.  
Si en los labios hay rigor,  
Piedades hay en los ojos.

Sale LA DUQUESA.

DUQUESA. (Ap.)  
Allá dentro no sosiego;  
Sin saber de qué me aflijo;  
Pienso que por mí se dijo  
«Gustoso desasosiego».

DON FADRIQUE.  
Ya podré decir, Señora,  
Que el cielo sin nubes vi,  
Y al sol, fénix de rubí,  
Entre perlas del aurora.

PORCIA.  
(Ap. Ya pienso que me ha entendido  
Y me quiere. ¡Ay infelice!  
Por Serafina lo dice.  
No pensé que habia salido.)  
¿Qué quereis, Porcia?

DUQUESA.  
«Pretendo,  
Y bien, que sola no estés.

PORCIA.  
Necio advertimiento es,  
Pero ya tu intento entiendo.

DUQUESA.  
Vén á escribir.

PORCIA.  
Luego iré.  
DUQUESA.  
(Ap. Si la llamo y la porfio,  
Se sabe el engaño mio;  
¿Qué he de hacer? La sufriré.)  
¿Para qué estás porfiando,  
Si ves que ya no te quiere?

PORCIA.  
Yo sé que por mí se muere,  
Aunque tú lo estés negando.

DUQUESA.  
El papel no alzó.

PORCIA.  
Fué necio,

O no le vió.  
DUQUESA.

Fué desprecio,  
O si no, miralo agora.

(Deja caer un guante.)

DON FADRIQUE.  
(Ap. O con cuidado ó acaso  
Cayó un guante de mi cielo,  
Por dar estrellas al suelo,  
Yéndose el sol á su ocaso;  
Alzarlo quiero atrevido.)  
Este guante se os cayó.

DUQUESA.  
¿Quereis que le tome yo?  
Vos mismo habeis advertido  
Que no es decente primor  
Llegar á prendas de dama.

DON FADRIQUE. (Ap.)  
Ella se ha enojado ó ama.

DUQUESA.  
Favor es, y no es favor.  
(Vanse la Duquesa y Porcia.)

DON FADRIQUE.  
Corazon, buenos quedamos,  
Sin saber si es mal ó bien,  
Si fué favor ó desden;  
El ingenio discurrámos.  
Ella no ha querido el guante,  
Porque á mi mano llegó;

Luego ¿á mí me despreció?  
Luego ¿en vano soy su amante?  
Ella guante no ha querido  
Por dejarme á mí con él;  
Luego ¿no ha sido cruel?  
Luego ¿estoy favorecido?

Ambos argumentos son,  
Que están en balanza igual,  
No espero el bien, dudo el mal;  
¿Oh bárbara confusion!

¿No dijera, airada y fiera,  
Que allí el guante no quería,  
Si á mí me favorecía?

No dijera... Si dijera.  
¿No dejara, antes tomara,  
El guante, ofendida allí,  
Si me despreciara á mí?  
No dejara... Si dejara.

La duda se queda en pie,  
Confuso esté mi albedrío;  
Ya temo, ya desconfío.  
Mujer ó monstruo, ¿qué haré?  
Aquel emblema eminente  
Del fauno, que convidó  
Al hombre y manjar le dió,  
Uno helado, otro caliente,  
Viene á propósito; estaba  
El fauno considerando

Que el manjar que estaba helando,  
Con soplos lo calentaba  
El hombre; y tambien notó,  
Aunque bárbaro imprudente,  
Que el manjar que era caliente  
Con sus soplos enfrío.  
«Vete, le dijo, al momento;  
Que no quiero compañía  
Con quien calienta y enfria  
Con solo su mismo aliento.»  
Lo mismo diré, aunque amante:  
Vete, mujer singular,  
Porque no quiero adorar  
A quien da en un mismo guante  
Calor de bien celestial,  
Hielos de mortal desden,  
Guante que parece bien,  
Guante que parece mal.

Sale FLORES.

FLORES.  
¿Qué tenemos? ¿Hay mohina?  
DON FADRIQUE.

¿Qué esfinges los hombres amen!

FLORES.  
Esta noche hay otro exámen:  
Saber quiere Serafina

Quién es mas cuerdo y discreto;  
En aqueste cenador  
Hay conclusiones de amor;  
Vén prevenido en efeto,  
Que sepas mas que el diablo,  
No hables á tiento ni á bulto,  
No hables afectado y culto,  
No me juegues de vocablo;

No hables apriesa ni espacio,  
Di valimiento, desaire,  
De buen gusto, de buen aire;  
Que es lenguaje de palacio.  
Di antonomasia, bien suena,  
Di crepúsculos del día,  
Habla con antipatia,  
Di perifrasis; ¡qué buena!

Di versos claros y graves,  
Aunque no importa saber  
Sino embustes, para hacer  
Que entiendan todos que sabes;  
Vete, Señor, á estudiar.

DON FADRIQUE.  
Flores, no hay arte en efeto  
Para parecer discreto,  
Si no es el serlo, ó callar.

FLORES.  
Mucho hablar de locos es,  
Y de bobos callar mucho;  
Vete, pues; que un avechicho  
Ha salido de los tres.

DON FADRIQUE.  
Flores, mira, bueno fuera  
Que leyera este papel. (Vase.)

FLORES.  
Yo haré que responda á él,  
Aunque responder no quiera.

Sale EL DUQUE DE URBINO.

Bien vengas, duque de Urbino;  
Vuestro nombre es muy felice,  
Porque quien Urbino dice,  
Por fuerza pronuncia vino.

URBINO.  
Si tórtola en verde ramo  
Arrulla, y cada gemido  
Alma irracional ha sido,  
Que está diciendo «yo amo»;  
Si á la música y reclamo,  
Que de su consorte alcanza,  
Rayo de pluma se lanza,  
Ama, y espera favor,

¡Teniendo yo más amor,  
Tengo menos esperanza!  
Si la leona más fiera  
En los ásperos desiertos  
Pare sus bijuelos muertos,  
Y darles la vida espera  
Bramando, de la manera  
Que su bruto amor alcanza;  
Si espera tener mudanza  
En sus ansias y dolor,  
¡Teniendo yo más amor,  
Tengo menos esperanza!

FLORES.

¿Qué estais glosando entre vos?

URBINO.

Roque, valerme podeis.

FLORES.

¿Cómo de un loco os valeis?

URBINO.

Como lo somos los dos;  
Cuerdo serás si me traes  
Deste papel la respuesta,  
Y otra tendrás como aquesta.

FLORES.

¿Nada de contado dais?  
Como pagais el traer,  
Pagad también el llevar,  
Porque son simple es fiar,  
Y embustero el prometer.

URBINO.

Bien has dicho, Roque, toma;  
Haz que lea este papel.

(Dale una cadena.)

FLORES.

Para que responda á él;  
Idos luego, porque asoma  
Otro moro en la estacada.  
Cadena al cuello me puso;  
Mi locura será el uso,  
Si es locura aprovechada.

(Vase.)

## Sale EL DUQUE DE FERRARA.

FERRARA.

El tiempo todo lo cria,  
Todo el tiempo lo deshace;  
El sol hermoso renace,  
Y despues fenece el dia.  
Rayos Júpiter envía;  
El semblante negro y fiero  
Del aire pasa ligero;  
Sale el iris de color,  
Y solamente en mi amor  
Ni hay mudanza, ni la espero.

FLORES.

¿Qué hay, duque de Ferrara?

FERRARA.

(Ap. Si este loco un papel diera  
A la Duquesa, ya fuera  
Quien mi temor consolará.)  
¿Sabrás hacer que este lea  
La Duquesa?

FLORES.

Si sabré;

Pero no se le dará.

FERRARA.

Si le das, habrá preseña,  
Y aun otros premios mayores,  
Si respuesta, Roque, ves.

FLORES.

Mirad, hay oficios tres  
En España de señores,  
Y á mi se me han olvidado;  
Referidlos al instante.

FERRARA.

Pienso que son almirante,

Condestable, adelantado;  
Estos tres pienso que sí.

FLORES.

Agrádame este postrero;  
Con ese oficio le quiero.

FERRARA.

Un diamante y un rubí,  
Que son de Ceilan, dirán  
Mi amor y mi estimacion.

FLORES.

¿No son vuestros?

FERRARA.

Míos son.

FLORES.

Dice que son de Ceilan.  
Yo tendré cuidado; adios.

FERRARA.

Mira, Roque, que le lea.

FLORES.

Parma viene; no nos vea  
Hablar á solas los dos.

(Vase.)

## Sale EL DUQUE DE PARMA.

PARMA.

Tu vez fácil instrumento,  
Que nunca se imaginó,  
Dificultades venció,  
Pudo mas que el agua y viento;  
En el húmedo elemento  
La nave mas impelida,  
De un pequeño pez asida,  
Suspensa en su cuerpo está;  
Quizá este necio será  
Instrumento de mi vida.—  
Roque, ¿sabrás (no lo dudo)  
Decirle bienes de mi  
A la Duquesa?

FLORES.

¿Yo? Sí;

Que en efecto no soy mudo.

PARMA.

Mira que me has de alabar  
A mi mas en su presencia.

FLORES.

Pues ¿no tienes mas prudencia?

¿De un loco te has de fiar?  
Haz cuenta que ya lo digo;  
Pero solo no diré  
Que eres liberal.

PARMA.

¿Por qué?

FLORES.

Porque no lo eres conmigo.

PARMA.

Diamantes hay.

FLORES.

No los quiero,  
Porque las piedras parecen,  
Si los hombres amanecen  
Cuerdos una vez. Dinero  
Es el punto y es el centro  
Donde va todo á parar.

PARMA.

Esta bolsa has de tomar.

(Dale una bolsa.)

FLORES.

¿Qué caballos corren dentro?

¿Rucios, bayos ó castaños?

PARMA.

La diferencia no ignoro;  
Bayos son, pues que son oro.

FLORES.

Guárdete el cielo mil años,  
Y á la Duquesa también,

Porque si tu amor la agarra,  
Habrá una duquesa Sarra  
Y un duque Matusalen. (Vase.)

Salen LOS DUQUES DE URBINO  
Y DE FERRARA.

URBINO.

Como á centro natural,  
A este palacio venimos.

PARMA.

De esa suerte bien veréis  
Que estoy en el centro mio.

FERRARA.

Don Fadrique no le pierde.

PARMA.

Cortés fué, pues no ha querido  
Competencias con nosotros.

URBINO.

Blasonando á Mántua vino,  
Que adoraba la Duquesa;  
Mas sucedióle lo mismo  
Que á silvestre mariposa  
Que á una rosa pone sitio,  
Cercándola alrededor,  
Para beberle el rocío  
Del alba, menudo aljófar  
En aquel carmesi vivo;  
Y luego viene á sentarse  
En la malva y el espino,  
O en otra yerba mas vil.

FERRARA.

Si es arrogante y no rico,  
Ame á Porcia, que es tan pobre,  
O de vano perdió el juicio,  
Y enamore una criada.

PARMA.

Para verle deslucido,  
Pues que caballo no tiene,  
Corramos mañana, amigos,  
Sortija.

FERRARA.

Él viene ya;  
Corrámosla, bien has dicho.

## Sale DON FADRIQUE.

DON FADRIQUE.

Señores duques, si un tiempo  
Competidores nos vimos,  
Ya les dejo el campo solo;  
De la pretension desisto  
De la Duquesa.

URBINO.

Bien hace;

Porque este es mejor camino  
Para no quedar burlado  
De su esperanza.

FERRARA.

Y bien hizo;

Que aunque es Porcia una criada,  
Que habrá de estar en servicio  
De uno de nosotros, tiene  
Buena cara, hermoso brío.

DON FADRIQUE.

La Porcia que adoro yo,  
Y la dama que yo sirvo,  
Los dos imperios del orbe,  
Por quienes ha merecido,  
Ni en discrecion, ni en belleza,  
Ni en la sangre, ni en aviso  
La iguala dama ninguna;  
Y con los tres no compito,  
Porque son mis pensamientos  
Los orbes, los epiciclos  
Por donde van los planetas  
Siguiendo el capello rizo  
Del sol.

URBINO.  
Por muchos respetos,  
A la Duquesa debidos,  
Esto no ha de reducirse  
A duelo ni desafío;  
Mantened vos una justa  
En ese célebre circo,  
Sustentando esa opinión.

DON FABRIQUE.  
Si mantendré.

FERRARA.  
Pues, Urbino,  
Vamos; que para mañana  
Esta fiesta real publico.

(Vanse Urbino y Ferrara.)

DON FABRIQUE.  
La cólera me ha cegado,  
No sé lo que he prometido;  
Que, como estoy en desgracia  
Del rey Alonso, mi tío,  
Ni caballos ni dineros  
Tengo ahora. ¡Ah desvarios  
De la fortuna cruel!  
Que los montes y el abismo  
De las aguas encerradas  
Tengan tesoros tan ricos,  
Y el hombre viva anhelando  
Con hidrópicos designios,  
Sediento de sus entrañas;  
Y que el humano artificio,  
De los cóncavos del mar,  
De las bóvedas y riscos,  
De los montes, sus tesoros  
Saque a la luz de los siglos;  
Y que luego la fortuna  
Los reparta a su albedrío,  
Siendo loca y miserable  
Con los varones mas ricos!

Sale FLORES.

FLORES.  
Aun no he dado tu papel.  
Tristeza en tu aspecto miro;  
¿Qué tienes? Di.

DON FABRIQUE.  
Que una justa  
En este célebre circo  
He de mantener, siendo,  
Por lo que tú sabes, lro,  
El pobre mas celebrado  
De los poetas antiguos.

FLORES.  
¿Tú, siendo mi dueño? No.  
¿Tú pobre mientras yo vivo?  
Te has engañado. Señor;  
Esta cadena, un bolsillo  
Y dos sortijas te entrego,  
De valor tan excesivo,  
Que puedes comprar libreas  
Y caballos; estos mismos  
Que te motejan de pobre,  
Esto te han contribuido  
Porque compitas con ellos;  
Gasta bien y sal lucido,  
Que mas han de dar, si puedo.

DON FABRIQUE.  
Eres, Flores, un prodigio  
De lealtad; eres las flores  
Sobre quien llueve el rocío  
La aurora, brindando aljofar,  
Porque en los prados floridos  
Beba en cálices de rosas  
Las lágrimas que ha vertido.

FLORES.  
Soy español, y esto basta,  
Porque con lealtad te sirvo

Tanta, que, con ser criado,  
No soy, Señor, tu enemigo.  
(Vanse.)

Sale PORCIA y LA DUQUESA.

PORCIA.  
Pues sola te puedo hablar,  
Mil quejas pretendo darte.

DUQUESA.  
Dilas; que quiero escucharte.

PORCIA.  
¡Habrá quien pueda parar  
Un caballo en la carrera,  
Águila que va ligera  
O delphin que corta el mar?  
Pues di, ¿cómo será bueno  
Que tú detener pretendas  
Caballo que va sin riendas  
Y que no sabe de freno;  
Ni al águila mas suprema,  
Que, volando caudalosa,  
Hecha del sol mariposa,  
Las alas en él se quema;  
Ni al delphin, ave sin plumas,  
Que en los piélagos del Norte  
No habrá rayo que así corte  
Montes de nieve y espumas?  
Si es amor águila, en fin,  
Que alas tiene y es veloz;  
Si es un caballo feroz,  
Si es un ligero delphin  
Que nada en llanto y en fuego,  
¿Por qué amar me permitiste,  
Y en el centro me pusiste,  
Para detenerme luego?

DUQUESA.  
Escucha, Porcia: ¿qué río  
En sus principios no es fuente,  
Que se pasa facilmente?  
Qué árbol, pompa del estío,  
Y majestad singular  
Que en la campaña se ve,  
En sus principios no fué  
Vara fácil de arrancar?  
Amor, como planta, crece,  
Arbol copioso y sombrío;  
Amor crece como río,  
Abismo del mar parecé;  
Pero en su principio honesto  
Es fuente breve y escasa,  
Que facilmente se pasa,  
Vara que se arranca presto.  
Impedir quise tu mal,  
Vitorias de amor enseño,  
Cuando es un árbol pequeño,  
Cuando es un breve cristal.

Sale FLORES, con tres papeles.

FLORES.  
Señoras muy principales,  
Roque el secretario viene,  
Y aqui las consultas tiene;  
Despachemos memoriales.  
Solos estamos los tres,  
Despachemos; estos dos  
Son, Duquesa, para vos,  
Y este para Porcia es.

PORCIA.  
¿Papeles me traes a mi?

FLORES.  
Dejad, Duquesa, quereros  
De esos duques majaderos.

PORCIA.  
Responderélos así:  
Porcia, rompe ese papel.

DUQUESA.  
Sin verle, ¿no es tiranía?

PORCIA.  
Rómpele, por vida mía.  
(Rómpele los dos papeles.)  
DUQUESA.

¿No he de responder a él?  
(Lee.) «Aun sin ser entendido,  
«Gimo sin ser escuchado,  
«Lloro sin ser consolado,  
«Muero sin ser socorrido.»

FLORES.  
¡Qué lastimado que ama!

DUQUESA.  
¿Quién le escribió?

FLORES.  
Esa basura;  
Ese que es el mas figura,  
Que no sé cómo se llama.

DUQUESA.  
Bien cantada ha de sonar  
La letra.

PORCIA.  
¿Respondes?

DUQUESA.  
No;  
Dos versos añado yo  
Para poderlos cantar. (Escribe.)

FLORES.  
Hola, músicos, ¿no veis  
Que entran los duques y es hora?

Salen LOS CUATRO y MÚSICOS, y siéntanse.

DUQUESA.  
La Duquesa, mi señora,  
Manda que esto le canteis.

FLORES.  
Sin cuatro amantes tan fieles  
No podemos tener fiesta.  
A mis duques la respuesta  
Darán aquestos papeles;  
Y a tí, español, la darán  
Los músicos.

PORCIA.  
Deseosas  
De saber algunas cosas  
Todas mis damas están.

URBINO.  
Discurramos bien ó mal,  
Proponed.

PORCIA.  
Si una mujer  
Sola hubiese de tener  
Una cosa buena, ¿cuál  
Mas conveniente sería?

URBINO.  
Si le da naturaleza  
Ilustre sangre y nobleza,  
La parte mayor tendria;  
Que lo noble y generoso  
Da estimacion y ventura,  
Aunque no tenga hermosura  
Y aunque le falte lo hermoso.

FERRARA.  
¿Qué imperio, qué nación fiera  
La hermosura no ha vencido?  
Si hermosa hubiera nacido,  
Reinos é imperios tuviera;  
Todo lo sabe vencer  
Una belleza preciosa;  
Sin ser noble, siendo hermosa,  
Feliz fuera esa mujer.

DON FABRIQUE.  
El hombre no tiene puesto  
En la honestidad su honor,  
Pues puede ser gran señor,

Gran varon, sin ser honesto,  
Porque tiene que apelar  
A virtud y bizarría,  
Discrecion y valentia,  
U otra virtud singular?  
Siempre el hombre será honrado  
Si afrenta no ha recibido;  
La mujer así no ha sido;  
Que solo tiene librado  
Su honor en honestidad;  
De suerte que si á una dama  
Le faltase buena fama,  
¿Qué le importa la beldad,  
Ni el ser en todo perfecta,  
Ni la humana discrecion?  
Con tener buena opinion,  
Es noble, hermosa y discreta.

FLORES.

Enamoróme el conceto.  
Vitor, vitor le dijera,  
Pardiez, si español no fuera;  
Él es galán y discreto.

MÚSICOS. (Cantan.)

*Amo sin ser entendido,  
Gimo sin ser escuchado,  
Lloro sin ser consolado,  
Muero sin ser conocido.  
Ame, gima, llora y muera  
Quien vida y favor espera.*

PORCIA.

¿Cuál amante elegiría  
Una mujer, si es prudente?  
¿El mas galán ó valiente  
Ó discreto?

URBINO.

Claro está

Que al valiente elegiría,  
Que la estimacion segura  
Da á la mujer la hermosura,  
Y al hombre la valentia.  
La delicada belleza  
Hace á la mujer mujer,  
Y al hombre hace hombre el tener  
Espíritu y fortaleza.

FERRARA.

Galán, amante y felice  
Se confunden; no se llama  
El valiente de la dama,  
Sino que el galán se dice,  
Por ser virtud de mas peso;  
Y así, en los festines dan  
El premio al que es mas galán  
Las mismas damas por eso.

PARMA.

Si galas estimacion  
Con el dios de amor tuvieran,  
Sus alas del fénix fueran,  
Y sus plumas del pavon.  
Desnudo amor y con alas,  
Solo en sus flechas se fia;  
Luego ¿quiere valentia?  
Luego ¿amor no quiere galas?

FERRARA.

Alas de colores tiene.

URBINO.

Por las flechas es temido;  
Que las alas son su olvido.

FLORES.

Luego ¿lo errará el que viene?

DON FABRIQUE.

La discrecion es union  
De todas virtudes; que es  
Cuerdo, prudente y cortés  
El que tiene discrecion.  
Si en él virtud de prudente  
Y de cortesano están,  
Sabrá á tiempo ser galán,  
Sabrá á tiempo ser valiente.

Si es valentia, en efeto,  
Guardar la vida y honor,  
¿Quién ha de saber mejor  
Ser valiente que el discreto?  
Principalmente, Señora,  
Que la gala pertenece  
A la edad, y esta florece  
Como en el tiempo la hora.  
A la fuerte juventud  
Es dada la valentia,  
Y en la vejez se resfria  
Esta gallarda virtud.  
El hombre jóven se engaña,  
Si en verdes años se fia.  
¿Oh, qué bien que lo decia  
Un gran poeta de España  
En un soneto, que advierte  
Que pasa la vida así  
Como rosa y alhelí!

DUQUESA.

¿Cómo dice?

DON FABRIQUE.

De esta suerte:

Flores que fueron pompa y alegría,  
Despertando al albor de la mañana,  
A la tarde serán lástima vana,  
Muriendo á manos de la noche fria.  
Aquel carmin que al cielo desafia,  
Iris listado de oro, nieve y grana,  
Será escarmiento de la vida humana;  
¿Tanto comprehende el término de un  
[día!

A florecer las rosas madrugaron,  
Y para envejecerse florecieron;  
Cuná y sepulcro en un boton hallaron.  
Tales los hombres sus fortunas vie-  
En un dia nacieron y espiraron, [ron:  
Que, pasados los siglos, horas fueron.

FLORES.

Aunque soy loco en palacio,  
Cuerdo otras veces he sido;  
Y así, una cosa he leido  
En las obras de Bocacio,  
Que quiero experimentar.—  
Duquesa, una flor me dé  
Del cabello.

PORCIA.

¿Para qué?

FLORES.

A Urbino se la he de dar.— (Dásele.)  
Tomad—¿Quién tiene una banda?

PARMA.

No la traigo.

FERRARA.

Fué mi olvido.

FLORES.

Al español se la pido;  
Haced lo que Roque manda.

DON FABRIQUE.

Tómala pues. (Dale una banda.)

FLORES.

Tomad vos,

Doña Porcia, mi señora,  
Sin escrúpulos, y agora  
Disputen cuál de los dos  
Es el mas favorecido.

FERRARA.

Ninguno, pues son favores  
Dados de locos errores.

URBINO.

Ninguno favor ha sido,  
Pues la dama nó los da.

FERRARA.

Supóngase si los diera.

URBINO.

Mas favorecido fuera

Si en mi mano propia está  
Lo que en su cabello estuvo.

DON FABRIQUE.

Mio es el mayor trofeo,  
Si en manos de Porcia veo  
Banda que mi pecho tavo.

URBINO.

Esta rosa es favor, pues  
Diré que fué luz del dia.

DON FABRIQUE.

Y la banda que fué mia,  
Pero ya de Porcia es.

URBINO.

Favores las damas dan,  
Y el favor le trae quien ama.

DON FABRIQUE.

¿No es mas que tenga la dama  
Prenda alguna del galán?

URBINO.

Desde hoy me empiezo á esforzar.

DON FABRIQUE.

Desde hoy empiezo á vivir.

URBINO.

Gloria ha sido el recibir.

DON FABRIQUE.

Mas glorioso ha sido el dar.

PORCIA.

Prendas á quien adoró  
Da el sugeto que es amado.

DON FABRIQUE.

Luego ¿soy galanteado?  
Pues que doy las prendas yo?

PORCIA.

(Ap. ¿Celos exhalan mis ojos!  
Si la ocasion tengo asida  
De ser duquesa lingida,  
Templar tengo mis enojos.)  
Gran enfado he recibido;  
No entres, loco, mas aqui;  
¿Qué flor no fenece así?  
¿Qué flor engaño no ha sido?—  
Tomad vuestra banda vos.—  
Idos, duques, en buen hora.

DUQUESA.

Muy terrible estás, Señora.

FERRARA.

Sin favor quedan los dos.

(Vanse todos, menos la Duquesa y don  
Fadrique.)

DUQUESA.

¿Ah, español?

DON FABRIQUE.

¡Oh, qué alegría!  
Vueseñoria ¿qué manda?

DUQUESA.

Que no os pongais esa banda,  
Proponiendo que fué mia;  
Sin voluntad la tenia,  
Que no fué antojo liviano  
Tomarla de vuestra mano;  
Rompedla, como la flor  
De la Duquesa.

DON FABRIQUE.

Señora,

Si es que pretendéis ahora  
Que no parezca favor  
Trayéndola, ¿no es mejor  
Que os la vuelva? No lo digo  
Porque así favor consigo,  
Sino porque claro está  
Que mas segura estará  
De mí con vos que conmigo.

Tomadla, Señora mía,  
Bómpala vuestra belleza;  
Que así lo hizo su alteza  
Con la flor que no quería.  
Banda que fué luz del día  
En vuestra mano, un instante  
No ha de ser estrella errante,  
Pasando del soberano  
Oriente de vuestra mano  
A la sombra de un amante.

DUQUESA.

¿Otra vez en mi poder?  
Hacedla pedazos vos.

DON FADRIQUE.

Partámosla entre los dos,  
Que es lo mismo que romper;  
Y no la podré traer,  
Señora, si está partida,  
Y á mi vida parecida,  
Cuando entero no lo digo;  
Que el alma no está conmigo,  
Cuando vos me dais la vida.

DUQUESA.

Por romperla lo consiento.

DON FADRIQUE.

El alma y el cuerpo son  
Un compuesto y una unión  
De una vida y un aliento,  
Pues vida sin alma sienta,  
Porque ella y mi voluntad  
Están en vuestra deidad,  
Sin partirme ni morir.  
(Saca la daga y pártela, y cada uno se queda con su parte.)

Esta banda ha de vivir  
En virtud de esta mitad.

DUQUESA.

Flores y sombra ligera  
Vuestras esperanzas son.

DON FADRIQUE.

¿No decís en la canción:  
«Ame, gima, llore y muera,  
Quien vida y favor espera?»?

DUQUESA.

Quien espera, dije yo;  
Pero no quien no esperó.

DON FADRIQUE.

¿Que esperar no he de poder?

DUQUESA.

Falta un exámen que ver.

DON FADRIQUE.

Y ¿esperaré entonces?

DUQUESA.

No.

DON FADRIQUE.

Ese no mi muerte ha sido;  
¿Que esperar has de negar?

DUQUESA.

Si; que quien dice esperar,  
Dice no haber conseguido.

DON FADRIQUE.

Luego ¿ya dicha he tenido?

DUQUESA.

Aun esperar no os consiente  
Mi rigor.

DON FADRIQUE. (Ap.)

Amor, detente,  
Pues tantas dudas nos dan.

DUQUESA. (Ap.)

Él es discreto y galán;  
Quisiera amor que sea valiente.

## JORNADA TERCERA.

Salen RAMON Y FLORES.

FLORES.

Pues de Nápoles llegaste  
En día de tanta fiesta,  
Ramon, todas esas voces  
Que has escuchado, celebran  
Victorias de don Fadrique,  
Mantener en una tela,  
Que es una justa; y mandó,  
Caprichosa, la Duquesa  
Que torneó de á caballo  
Fuese, y no justa.

RAMON.

¿Qué intenta  
La Duquesa en tal rigor?

FLORES.

Quiso que á peligro vieran  
Sus vidas los caballeros  
Que la sirven y festejan,  
Por examinar cuál es  
Mas valiente; es una tema  
En que ha dado esta mujer,  
Aunque locura parezca,  
Que ha de ser quien es su amante  
Valiente por excelencia,  
Ya que en otras calidades  
Los ha probado.

RAMON.

No cuentan  
De mujer ninguna tal.

FLORES.

Es con todo extremo bella  
Y fantástica; diez días  
Há que encubre su grandeza,  
Fingiéndose Porcia, y pueden  
Su cuidado y diligencia  
Disimular y fingir  
Sin que esos duques lo entiendan.  
Ella sale, Ramon, véte,  
Y no te vea su alteza.

(Vase Ramon.)

Sale LA DUQUESA.

DUQUESA.

¿Que hay, Roquillo?

FLORES.

¿Qué ha de haber?  
Mucho pesar y tristeza  
De que ese español soberbio  
A mis tres amigos vengza.  
; Que no quiera la fortuna  
Derribar tanta soberbia  
Española! Que no hubiese  
Un gigante de gran fuerza,  
De algun libro desatado  
De caballerías necias,  
Que, descomunal y bravo,  
Su pan de perro le diera!  
; Hacedis visto algun cohete  
Andar cruzando la tierra,  
Aquí y allí sin parar,  
Hasta que cruje ó revienta?  
Así andaba aquel matante,  
De uno en otro con presteza  
Dando golpes, que era ver  
(; Ah, Porcia, cuánto me pesa!)  
Cuatrocientas herreras;  
Un juego de bolos era;  
El español los birlaba,  
Pues también birló al que llega.

(Vase.)

Sale EL DUQUE DE URBINO.

URBINO.

¡Oh, Porcia! Oh, señora mía!  
En hora dichosa y buena  
Te veo, donde podré  
Suplicar que favorezcas  
Mi pretension; Porcia ilustre,  
Seis mil ducados de renta  
Ofrezco para tu dote,  
Si dispones que yo sea  
Duque de Máptua y esposo  
De aquella ingrata belleza  
De Serafina.

Sale DON FADRIQUE.

DUQUESA.

Señor,  
Haré por vos cuanto pueda.

URBINO.

Desde el punto que te ví,  
Porcia hermosa, dije: «Aquesta  
Ilustre sangre contiene,  
Y parece hermosa piedra  
Engastada en metal pobre.»  
; Quién, mi señora, te viera,  
Que no conociera luego  
El ánimo, la grandeza  
De tu pecho generoso?  
Al si que me has dado, es fuerza  
Que, alegre y agradecido,  
Tu esclavo perpétuo sea.  
; Qué mal pueden encubrirse,  
Cuando pulsán las estrellas  
Sus visos y resplandores!

DUQUESA.

Véte, Duque, en hora buena;  
Que tu dama será tuya.

URBINO.

Tuya mi vida y hacienda. (Vase.)

DON FADRIQUE. (Ap.)

Fortuna adversa, ¿qué es esto?  
«Luego conocí quién eras;  
; Qué mal pueden encubrirse,  
Cuando pulsán las estrellas  
Sus visos y resplandores!»  
Amor, ó muerte ó paciencia.

DUQUESA.

Don Fadrique, ¿estáis cansado  
Del torneó?

DON FADRIQUE. (Ap.)

¿Que no muera  
Quien oye tales razones!  
«El si que me has dado, es fuerza  
Que, alegre y agradecido,  
Tu esclavo perpétuo sea.»  
Serafina elige al Duque,  
Ella le dijo quién era;  
Mi desengaño ha llegado,  
Pero mi muerte no llega;  
Porque, si el morir es dicha,  
La vida ha de ser eterna.

DUQUESA.

Don Fadrique de Aragon,  
¿Qué suspension es aquesta?

DON FADRIQUE. (Ap.)

«Y tu dama será tuya,  
Tuya mi vida y hacienda.»  
Yo la ví, yo lo escuché;  
Amor, ó muerte ó paciencia.

DUQUESA.

Ya parece frenesi.—  
Despierta, español, despierta.

DON FADRIQUE.

Bien has dicho, si finé sueño  
Mi esperanza lisonjera.

DUQUESA.  
¿Qué te divierte?

DON FADRIQUE.  
El oírte.

DUQUESA.  
¿Qué te suspende?

DON FADRIQUE.  
Mis quejas.

DUQUESA.  
¿Qué has oído?

DON FADRIQUE.  
Mis desdichas.

DUQUESA.  
¿Qué tienes?

DON FADRIQUE.  
No sé qué tenga.

DUQUESA.  
¿Qué te aflige?

DON FADRIQUE.  
¿Qué? La vida.

DUQUESA.  
Y ¿qué sientes?

DON FADRIQUE.  
No perderla.

DUQUESA.  
¿Qué dices?

DON FADRIQUE.  
No sé qué digo.

DUQUESA.  
No te entiendo.

DON FADRIQUE.  
Ni me entiendas;

Por eso pido al amor  
Que me dé muerte ó paciencia.

DUQUESA.  
Yo no asistí en el torneo;  
En él estubo su alteza  
Tras de verdes celosias,  
Pero yo he estado indispueta.

DON FADRIQUE.  
¿Aun esto mas? ¿Eso falta?

DUQUESA.  
¿Sabes, di, cómo sustenta  
Este brazo que yo sirvo  
La mas celestial belleza  
Deste mundo?

DUQUESA.  
Así lo has dicho

En el cartel.

DON FADRIQUE.  
Pues si es esta  
La causa deste torneo,  
No honralle con tu presencia  
¿No fué cruel tiranía?  
Y si lo viste y lo niegas,  
¿No es sequedad mas cruel?

DUQUESA.  
Cuenta, don Fadrique, cuenta  
El suceso del torneo,  
Para que yo te agradezca  
El manteuello y costallo.

DON FADRIQUE.  
(Ap. Disimularé mi pena  
Hasta mayor ocasion.)  
Escucha, y es bien que adviertas  
Que la cólera me obliga  
A contalle sin modestia.  
Llegó el día del torneo,  
Y un cartel...

DUQUESA.  
Detente, espera;  
Pues ¿qué cólera es la tuya?

DON FADRIQUE.  
¿No quieres tú que la tenga,

Si veo que diste un sí  
Al duque de Urbino?

DUQUESA.  
Es necia

Esa presuncion, Fadrique,  
Y á palabras tan groseras  
No doy yo satisfaccion.  
(Hace que se va.)

DON FADRIQUE.  
Espera, Señora, espera.

DUQUESA.  
Vuelvo por solo escuchar  
Esa relacion; empieza.

DON FADRIQUE. (Ap.)  
Yo no entiendo esta mujer.

DUQUESA.  
Refiere, ó voyme.

DON FADRIQUE.  
Está atenta.  
Murmurando de mí porque servia  
Dama de la Duquesa, y yo enojado,  
Respondí que en beldad y bizarría  
Ninguna deste mundo la ha igualado;  
Y que tanta verdad defenderia  
Con valor en campaña ó en poblado.  
A la plaza sali, gallardo y fiero,  
Con nombre del Dudoso Caballero.  
Y cuando...

DUQUESA.  
Esperad un poco;  
Primero es razon que sepa  
Por qué os llamais el Dudoso.

DON FADRIQUE.  
Pues ¿hay mas dudas que tenga  
Un amante desdichado?  
Siempre confuso me dejás  
Con acciones á dos visos:  
Ya me das de amar licencia,  
Ya matas mi confianza,  
Ya la licencia me niegas,  
Ya me dejás con un guante;  
Enojo en los labios muestras,  
Piedad en los ojos tienes;  
Ya la banda me desprecias,  
Ya la admites, ya la rasgas,  
Ya te quedás con la media.  
Eres, en fin, parecida  
á la que llamaron hiena,  
Animal tan enemigo  
Del hombre, que con cautela  
Vuestra voz finge, y suspende  
El caminante, que piensa  
Que es afligida mujer.  
Sigue la voz de la fiera,  
Da en sus garras, halla muerte,  
Y ella, furiosa y sedienta,  
Vase á una fuente á beber,  
Y al ver su rostro se acuerda  
Que mató á su semejanza;  
Y allí con lágrimas tiernas  
Llora el mismo que mató.  
De donde dijo un poeta,  
De aquellos que las auroras  
Tienen á sus musas gratas: [ras?  
«Si me quieres matar, ¿por qué me llo-  
Y si me has de llorar, ¿por qué me ma- [tas?»

DUQUESA.  
El ignorante halla dudas  
Donde no las hay. ¿Piensas  
Que has tenido viso alguno  
De favor? Bien-claras muestras  
Te di siempre de no amar;  
Y pues en vano te quejas,  
Quéjate contigo mismo.  
(Ap. ¿Qué cruel estoy!)

(Hace que se va.)

DON FADRIQUE.  
Espera,  
Ya me matas. (Ap. ¡Oh, qué Circe!)

DUQUESA.  
Refiere, ó voyme.

DON FADRIQUE.  
Está atenta.  
De la batalla ó fiesta llegó el día;  
Era cada balcon florido mayo,  
Vieron primero la persona mia  
Sobre los hombros de un hermoso bayo.  
Pisó el circo gentil con bizarría  
Aquel hijo del Bétis y de un rayo,  
Haciendo, como diestro en los torneos,  
Corvetas una vez, otra escarceos.  
Caminando á la tienda de campaña,  
No cesaban las cajas y clarines,  
Las damas repitieron: «Viva España;»  
Y aun me vertieron cándidos jazmines.  
Una sirena, cuya voz engaña,  
Llevada sobre el mar de dos delfines,  
Mi empresa fué; la letra: «En esta calma  
Me lleva amor para anegarme el alma.»  
Pero si me abraso en celos  
Y mi corazón revienta  
Con agravios declarados,  
¿Cómo desata la lengua  
Palabras disimuladas,  
Si dijiste al Duque, fiera,  
Que no te ves en la fuente  
Por no convertirte en cera?  
¿Ah piedad! queda contigo,  
Que con una cruel te quedas;  
Que yo no puedo contar,  
Cuando agravios me atormentan,  
Acciones que no agradeces;  
Tú me matas.

DUQUESA.  
Oye, espera;  
El Duque me dijo aquí  
Que por él intercediera  
Con la Duquesa, que hiciese  
Por su amor la diligencia;  
Si, le dije; y este sí  
Escuchaste.

DON FADRIQUE.  
No pretendas  
Dar color á mis recelos.

DUQUESA.  
Engañaste, y si supiera  
Que de mí se imaginara  
La mas mínima sospecha,  
No diera satisfaccion  
A palabras tan groseras.

DON FADRIQUE.  
No hay quien te entienda, mujer;  
Prosigo desta manera.  
Salió a la plaza Urbino, fué el primero;  
Una selva de plumas ha sacado  
De color verde, y nácar el cimero;  
Cuando el viento sutil las ha hondeado,  
Ya parece un abril, ya son enero;  
Un árbol pareció que está nevado.  
Hondas eran del mar las varias plumas,  
Pues mezcladas se ven olas y espumas.  
Con señas á batalla me provoca,  
Un duelo de dos tigres se dibuja,  
Ya para el curso la trompeta toca,  
Ya sacamos las lanzas de la euja;  
Ya acometemos, y con furia loca  
No hay asta que no rompa y que no cru-  
Tocaron los pedazos las regiones [ja;  
Del fuego, descendiendo hechos car- [bones.

Los brazos á la espada el duelo fian;  
Tanto los yelmos combatieron ellas,  
Que fraguas de Vulcano parecian,  
Y relámpagos eran las estrellas;  
Como nocturnas sombras nó se vian,  
El vulgo se admiró de ver estrellas;  
Mi contrario quedó tan sin sentido,  
Que ni bien era muerto ni dormido.  
Ya esperaba en el puesto el de Ferrara,

Que el iris se vistió de su librea ;  
Corrimos , y el caballo le arrojara  
Sial arzon no se asiera ; titubea ,  
Ya cae y ya no cae , ya sí , no para  
El caballo , y el libre se pasea ,  
Pues su dueño perdió sentido y freno ,  
Cuando mi lanza fué rayo sin trueno .  
Aquí el de Parma me provoca al duelo ,  
La fuerte lanza puesta ya en el ristre ;  
Exhalaciones fuimos , que en el cielo  
No hay vista perspicaz que nos registre .  
Su caballo se vio correr en pelo ,  
Sin silla , sin señor que le administre ;  
Porque en tierra cayó , y medir pudiera  
La que habrá menester cuando se mue-

[ra.  
Entrando van despues aventureros  
Por mostrar su valor ganando fama ,  
Ya con las lanzas , ya con los aceros ,  
Aqueste me acomete , aquel me llama ;  
Yo , invocando el favor de dos luceros ;  
Que son los bellos ojos de mi dama ,  
Ferez en los estribos me levanto ,  
Matando unos de envidia , otros de es-

[panto.  
Todo es aplauso , todo alegres voces ,  
Crece la admiracion , la noche llega ,  
Aquellos con valor , estos feroces ,  
Todos me embisten , invencion fué

[griega ;  
Corren ligeros , sombras son veloces ,  
Aquel repara , el otro no sosiega ,  
Discurro sin parar , cólera tengo ,  
Muchos me cercan , el agravio vengo .  
Las damas dicen paz , el sol se puso ,  
Sagena España una vez , otra Vitoria ,  
Pasmó la noble , el vulgo va confuso ,  
Salgo sin mí , tú estás en mi memoria ;  
Dichas prevengo , de infeliz me acuso ,  
Hallóme mi pesar , perdi mi gloria ;  
Tuyo en efeto soy , y mis deseos  
Servirán á tus plantas de trofeos .

DUQUESA.

Debo estar agradecida .

DON FADRIQUE.

Y ¿ cuándo lo mostrarás ,  
Si hoy un favor no me das ?

DUQUESA.

Basta no estar ofendida .

DON FADRIQUE.

¿ De qué ?

DUQUESA.

De que me han contado  
Que un guante rompiste mio .

DON FADRIQUE.

Dueño fué de mi albedrio ,  
Mirad si está bien guardado ;  
Pero si este se cayó ,  
Favor no es vuestro , Señora ;  
Dadme algun favor ahora ,  
En que vea claro yo ,  
Sin los visos de engañado ,  
Que dais premio á tanta fe .

DUQUESA.

Hoy un favor os daré .

DON FADRIQUE.

¿ AUN no estoy examinado  
De todo punto ? Yo sí  
Que me pudiera quejar  
De vos , de ver olvidar  
La media banda que os di .

DUQUESA.

Si es esta , ¿ qué pretendéis  
De favores lisonjeros ?

DON FADRIQUE.

Vivir , para agradeceros  
Que esa banda no olvideis .

DUQUESA.

No , no me juzgueis amante .

DON FADRIQUE.

¿ Qué quereis con tantos fieros ?

DUQUESA.

Vivir para agradeceros  
Que no olvideis ese guante .

( Vanse . )

Salen FLORES y RAMON .

FLORES.

Licencia esta noche ha dado  
Su alteza de hacer terrero  
A cualquiera caballero .

RAMON.

¿ Don Fadrique está avisado ?

FLORES.

Vé tú , y avisale presto ;  
Que yo me quiero quedar  
Ocupando este lugar .  
Porque nadie llegue al puesto .

Salen arriba PORCIA y ELISA .

PORCIA.

Elisa , por tu consejo  
Hago esfuerzos , y me inclino  
Desde hoy al duque de Urbino ;  
La española aficion dejo .  
Para olvidar la que haré .  
Cuando su amor me detiene ?

ELISA.

Piensa qué defectos tiene ;  
Di males dél .

PORCIA.

Si diré .

ELISA.

¿ Oh , si te viese duquesa !

PORCIA.

Con esperanzas estoy ,  
Y aunque fingida lo soy ,  
De serlo así no me pesa .  
Canta alguna cosa , amiga .

ELISA.

¿ Qué letra quieres que cante ?

PORCIA.

Una que mi mal espante ;  
Una que engañes me diga .

ELISA . ( Canta . )

*Esperanzas lisonjeras .  
Que solo tormento dais  
Mientras vivis y pasáis ,  
Como verdes primaveras .*

Sale LA DUQUESA en lo alto .

DUQUESA.

Porcia , ¿ música sin mí ?

PORCIA.

¿ Que no es vuestra , mi señora ?

ELISA.

A cantar empecé ahora .

DUQUESA.

¿ Ha venido alguno ?

PORCIA.

SÍ .

DUQUESA.

¿ Qué caballero ha llegado ?

ELISA.

¿ Quién mi música oyó ?

FLORES.

Yo .

ELISA.

Pues ¿ tu voz se oyó ?

FLORES.

No , no .

Porque yo canto endiablado .

El duque de Urbino vino ;  
Si halla en su clamor amor ,  
Será el disfavor favor ,  
Y su desatino tino ;  
Que enamorado estoy hoy .

ELISA.

¿ Qué lenguaje , ó barbarismo !

FLORES.

Soy el eco de mi mismo ,  
Ya he dicho que Urbino soy ;  
No me han de ocupar el puesto  
Tres duques , como de ases .

PORCIA.

Hoy temi que te cansases ;  
Galan saliste y dispuesto ,  
Y aun estábamos las dos  
En las rejas de estas salas ,  
Alabando tantas galas  
Con gusto .

FLORES.

Mas , juro á Dios...

PORCIA.

Bien la empresa no se via ;  
Decidnosla .

FLORES.

Fué extremada :

Una pandorga pintada ,  
Y así la letra decía :  
« Amor no quiere pandorgas ;  
Mas ¿ qué se nos da á los dos ,  
Si yo no soy el pandorgo ,  
Ni sois la pandorga vos ? »

PORCIA.

¿ Qué mal mote !

FLORES.

Es misterioso .

PORCIA.

La empresa del de Ferrara  
Quisiera saber .

FLORES.

Admira :

Un hombre pintó , que mira  
Si es la noche oscura ó clara ;  
La ventana cerró , y á eso  
Las alacenas abrió ,  
Y así la letra decía :  
« Obscura está , y huele á queso . »

ELISA.

¿ Corria buen temporal ?

FLORES.

Para ratones , Señora .

Sale DON FADRIQUE .

DON FADRIQUE . ( Ap . )

Pensaba yo que no era hora ,  
Y tardé , pensando mal .  
Ocupado está el terrero ;  
Flores es quien lo ocupó .

FLORES.

No sé quién es quien llegó ;  
Mi amo es , llamarle quiero .

DUQUESA.

La del español queremos .

FLORES.

Entre sus plumas y galas  
Pintó un fénix con sus alas ,  
Quemándose los extremos .

PORCIA.

¿ Por letra ?

FLORES.

Bruto amó á Porcia ;  
Pero yo , español astuto ,  
Amo á Porcia y no soy bruto .

PORCIA.  
Aun las mejores son esas.  
FLORES.  
Tal es el españolete.  
DON FADRIQUE.  
(Ap. Sin duda es él.) Flores, véte.  
FLORES.  
Fáltanme dos mil empresas.  
Otro en su empresa ha pintado  
Un doctor con su orinal,  
Y un mercader que el caudal  
En bayetas ha empleado;  
Era el mercader poeta,  
Y la letra de primor:  
«Ando tras este doctor  
Para vender mi bayeta.»

DON FADRIQUE.  
Véte, loco.

FLORES.  
Ya me voy. (Vase.)

Salen LOS TRES DUQUES.

FERRARA.  
El lugar nos han tomado.

URBINO.  
Pena de quien ha tardado.

PARMA.  
Breve será, si es dichoso.

FERRARA.  
¿Quién es?

DON FADRIQUE.  
¿Y quién lo pregunta?  
FERRARA.

Es el duque de Ferrara.  
DON FADRIQUE.  
Don Fadrique el que está aquí.

FERRARA.  
Si nos impedis la entrada  
A estos jardines, adonde  
Cae la luz de esa ventana,  
No seréis cortés, si viendo,  
Cuando la Duquesa aguarda,  
Que hable Porcia, y no su alteza.

DON FADRIQUE.  
No há mucho que en la estacada  
He dicho, y he sustentado  
En esa pública plaza,  
Que á la dama que yo sirvo  
Ninguna del mundo iguala;  
Y querer que deje el puesto  
Es volver á la demanda.

URBINO.  
Luego ¿vos imagináis  
Que el salir de fiesta y gala  
A la calle en un caballo,  
Correr dos ó tres lanzadas  
Es una gran valentía,  
Y que reñir en campaña  
De veras, será lo propio?

DON FADRIQUE.  
Sé que puse aquí las plantas  
Para no volver atrás.

PORCIA.  
Sin duda que le maltratan,  
Si tú no bajas, Señora.

DUQUESA.  
Mira, Porcia, que te engañas.

ELISA.  
No engaña, señora mía;  
Que no es vencer en campaña  
Ser mas diestro en pelear.

DUQUESA.  
¿Tú tienes desconfianza  
De don Fadrique?

PORCIA.  
Si tengo,  
Porque son verdades claras  
Las que esos señores dicen.

DUQUESA.  
Ya me teneis despechada  
Las dos, y los tres cobardes  
Que allí blasonan me agravian;  
Sea locura ó capricho,  
Yo os veré desengañadas. —  
Caballeros, ¿á quien digo?  
Del que ese lienzo nos traiga  
(Arroja un lenzueto.)  
La Duquesa ó yo seremos.

PORCIA.  
Eso es beber sangre humana;  
Entrañas tienes de tigre.

PARMA.  
Será del duque de Parma.

URBINO.  
Será del duque de Urbino.

FERRARA.  
No, sino del de Ferrara.

DON FADRIQUE.  
¿A quién digo, caballeros?  
Determinen ya quién gana  
Esa vitoria de lienzo,  
Porque despues de ganalla,  
Me la dé el que la tuviere.

URBINO.  
¿Qué soberbia!

FERRARA.  
¿Qué arrogancia!  
DUQUESA.

Con la rabia que me dieron  
Vuestras villanas palabras,  
No supe lo que me hice.

PORCIA.  
Baja á remediarlo, baja.  
(Vanse la Duquesa y Porcia.)

DON FADRIQUE.  
Con modestia lo pedía,  
Pero si soberbia llaman  
Pedirlo del uno, ahora  
A todos es la demanda.  
Dénme el lienzo, caballeros.

URBINO.  
Ya no son esas palabras  
Nacidas de bizarría.  
Sino de soberbia, y tanta,  
Que á ser cobardía llega;  
Que aun es accion temeraria.  
Reñir con uno no quiere  
Quien á tres juntos agravia,  
Si es forzoso que los tres  
No riñamos con ventaja.

DON FADRIQUE.  
Buen remedio: si los dos  
Dan el lienzo al uno, llana  
Queda la cuestion conmigo.

FERRARA.  
¿Arrogancia temeraria!  
Escucha, Duque de Urbino,  
¿No adviertes y no reparas  
Que si es Porcia quien le echó,  
Es prenda de una criada,  
Y no te toca el tenerla?

URBINO.  
Bien está advertido, basta,  
Quiero darte aqueste gusto;  
Si esa prenda es de tu dama,  
Tómala, alienta con ella,  
Cobra nueva vida, alcanza  
Ese favor que deseas;  
Porque sea mas hazaña

Mataréte, y ese lienzo  
Te servirá de mortaja.

DON FADRIQUE.  
¿El lienzo al fin me entregais?  
URBINO.

Si, porque es de una criada,  
Y no es prenda de mi dueño.

DON FADRIQUE.  
El lienzo que te acobarda  
Me da á mi tanto valor,  
Que es reñir con gran ventaja;  
Ya estamos tantos á tantos,  
Desocupen la campaña.

(Acuchillalos.)

Salen LAS DAMAS.

PORCIA.  
Baste, baste, caballeros.  
¿En mis jardines espadas?

DUQUESA.  
Es un rayo don Fadrique,  
Dueño mis ojos le llaman,  
Ya mi desden se acabó,  
La corriente de mis ansias  
Se ha desatado; ¡ay de mí!  
El es dueño de mi alma.

Sale DON FADRIQUE, con el lienzo y  
la espada desnuda.

DON FADRIQUE.  
Si este lienzo es el favor  
Que me teneis ofrecido,  
De vos no lo he recibido,  
Que lo ganó mi valor.

Si banda fué del amor,  
Amor verá que es despecho  
Haber de mis riesgos hecho  
Vuestros livianos antojos;  
Si hay piedad en esos ojos,  
¿Cómo hay tigres en el pecho?  
Cuatro vidas arriesgais;  
Mal, Señora, me queréis;

Costosa experiencia haceis,  
Pues así me aventurais.  
Tomad el favor que dáis;  
Llamarle favor no es bien,  
Desden sí, y rigor tambien;  
Y así, aunque el lienzo he ganado,  
Vengo á ser el desdichado,  
Pues gozo vuestro desden.

En Castilla sucedió  
Que una dama arrojó un guante,  
En presencia de su amante,  
A unos leones; entró  
El galán, y le sacó,  
Y luego, á su dama infiel,  
Le dió en el rostro con él;  
Agravió no haré tan claros,  
Pero tengo de imitaros

En ser conmigo cruel.  
Quedad, Señora, con Dios;  
Que yo me voy ofendido  
De mí, por agradecido,  
Por ser ingrata, de vos;  
Mal estaremos los dos  
En dos extremos tan raros;  
Quiero ausentarme y dejaros,  
Perderme quiero y perderos,  
Quiero morir de no veros,  
Cuando vivo de adoraros.  
El alma, en vos divertida,  
Goza con dichosa suerte  
Vida que parece muerte,  
Muerte que parece vida;  
Y si es la gloria fingida  
Y es la pena verdadera,  
Mas vale que ausente muera

Donde el morir es morir;  
Sin duda que no es vivir  
El vivir desta manera.

(Hace que se va.)

DUQUESA.

Don Fadrique, espera, aguarda;  
Yo te confieso mi error.  
No fué no tenerte amor,  
Esperanza fué gallarda  
De que tu espada te guarda.  
Cuando la ocasion te di,  
Vioria me prometí,  
Nunca recele tu muerte,  
Porque vide que el perderte  
Era mas perderme a mí.  
Si á la dama castellana  
Dió su amante un bofetón,  
Tienes la mesma razon,  
Borre tu mano la grana  
De mi rostro; y si villana  
Tu mano parecería,  
Defendíéngome este día  
Amante tan soberano,  
Señor, no te falte mano;  
Aquí tienes esta mia.

Salen LOS TRES DUQUES.

Aunque á los tres descontente,  
Mi capricho logro así,

GALAN, VALIENTE Y DISCRETO.

Pues á un amante la di  
Galan, discreto y valiente.  
Amor niño finge y miente,  
Yo, Duque, soy Serafina;  
Que así mi amor determina  
Quien me quiere y aborrece;  
Mántua á vuestros piés la ofrece.

DON FADRIQUE.

Mas quiero esa luz divina.

FERRARA.

Vive Dios, que merecis  
Por este agravio, esta injuria,  
Que á Mántua abrase mi furia.

DUQUESA.

Grande enemigo teneis.

URBINO.

Ferrara, no os enojeis  
De lo que á mi me tocó.

DON FADRIQUE.

¿Qué bárbaro se atrevió  
Así delante su alteza,  
Arriesgando su cabeza?

PARMA.

¿Quién dará ese riesgo?

DON FADRIQUE.

Yo.

Salen FLORES.

FLORES.

Y yo el cuchillo daré  
Agora que hay ocasiones  
De dejar estos jirones  
Quien loco en su seso fué.  
¿No me preguntan por qué  
Juana Flores fué mi madre?  
No hay locura que me cuadre;  
Confieso que cuerdo estoy  
Mientras no digo que soy  
El Rey, el Papa ó Dios Padre.

URBINO.

Yo adoré, no me ha pesado.

DUQUESA.

Yo tengo dueño, en efeto,  
Galan, valiente y discreto.

PARMA.

Yo el premio de enamorado.

DON FADRIQUE.

Yo el pago de mi cuidado.

FERRARA.

Yo, aunque en Mántua mas blasonen,  
Hallo partes que me abonen.

DUQUESA.

Y yo la dichosa fui.

FLORES.

La comedia acaba aquí;  
Vuestas mercedes perdonen.



# COMEDIA FAMOSA

TITULADA

## NO HAY DICHA NI DESDICHA HASTA LA MUERTE,

DEL DOCTOR MIRA DE MÉSCUA.

### PERSONAS.

EL REY DON GARCÍA.  
EL REY DON ORDOÑO.  
DON DIEGO PORCELOS.  
DON VELA.

MONGANA, *gracioso*.  
CARRASCO.  
LA REINA DOÑA VIO-  
LANTE.

DOÑA LEONOR.  
ISABELA.  
MARCELA.  
BRIANDA, *esclava*.

UN CRIADO.  
UNA ESPÍA.  
SOLDADOS.  
MÚSICOS.

### JORNADA PRIMERA.

*Tocan al arma, y salen con rodelas y espadas desnudas PORCELOS y DON VELA, MONGANA y CARRASCO.*

DON VELA.  
Pienso que al arma han tocado,

PORCELOS.  
Las huestes de don Garcia  
Tocan arma noche y dia.

DON VELA.  
Querrán tener desvelado  
El real de don Ordoño.

PORCELOS.  
Bien prevenidos están.

DON VELA.  
Paces ó treguas harán  
Los rigores del otoño.

PORCELOS.  
Ya que en Castilla nacimos,  
Y ha sido nuestra intencion  
Servir al rey de Leon,  
Pues hijos segundos fuimos  
En nuestras casas, es bien  
Que en nuestra grande amistad,  
Coronada de lealtad,  
Segundo nombre nos den  
De Piládes y de Oréstes.

DON VELA.  
Ya nos vieron semejantes  
Desde que fuimos infantes;  
No digas, no manifiestes  
Con palabras el amor,  
Que, unido en lazos estrechos,  
Un alma informa en dos pechos,  
Una vida y un valor.

PORCELOS.  
Pues las estrellas y Dios  
(Que sin él no hay astro alguno)  
En amor nos hacen uno,

Con privilegio de dos,  
No nos perdamos, no erremos,  
Don Vela, nuestra venida;  
Dividamos esta vida,  
Que con un alma tenemos.  
Don Ordoño y don Garcia  
Hijos legítimos son  
De Ordoño, rey de Leon,  
Y pretenden este dia  
Ambos el reino, y alegan,  
Don Garcia que es mayor,  
Don Ordoño que al traidor  
Las cristianas leyes niegan  
La corona, y que él lo fué  
Contra sus padres; de modo  
Que el derecho de ambos todo  
Puesto en las armas se ve.  
Y si ahora quiere Dios  
Que muerto quede ó vencido  
El que hubiéremos servido,  
Perdidos somos los dos;  
Porque, siendo como digo,  
Es cierto que su favor  
No ha de dar el vencedor  
A quien sirvió á su enemigo.

DON VELA.  
Ordenad, don Diego, vos  
Lo que habeis de hacer de mí.

PORCELOS.  
Mi parecer es que aqui  
Nos dividamos los dos.  
Con arte se ha de ayudar  
A la fortuna y la suerte;  
Que aun siendo fatal la muerte,  
Tal vez se suele excusar  
Con el ingenio y discurso.  
No nos perdamos los dos;  
Al un rey serviréis vos,  
Y yo al otro, y así el curso  
De la rueda de fortuna  
Contrastar y detener  
Podrémos, pues suele hacer  
Las mudanzas de la luna.  
Si venciere vuestro dueño,  
Vos me ayudaréis despues;

Mi amigo sois, y no es  
Este consuelo pequeño.  
Si acaso venciere el mio,  
Para ser vuestro nacl;  
Fiaros podeis de mí,  
Como yo de vos me fio;  
Y así con ingenio humano  
Amor nos ha dividido,  
Porque, estando uno caido,  
El otro le dé la mano.

DON VELA.  
Bien decís; que la amistad,  
Para mas satisfaccion,  
En la misma division  
Nos da perpétua unidad.  
Al hombre naturaleza  
Los brazos ha dividido,  
Para que, el uno perdido,  
Otro ampare la cabeza.  
El capitán que es prudente,  
Mezclando fuerzas con artes,  
Por no arriesgarse, en dos partes  
Suele dividir su gente.  
Contra la suerte importuna  
En esto hallamos remedio,  
Pues cogerémos en medio  
La rueda de la fortuna;  
Y á su correr y volar  
Con el paso presuroso,  
Como acostumbra, es forzoso  
Que en el uno ha de parar.

PORCELOS.  
¿A qué rey quereis servir?  
Vuestra eleccion es la mía.

DON VELA.  
Yo serviré á don Garcia.

PORCELOS.  
Yo á don Ordoño; y decir  
Pudiera en esta ocasion  
Que mayor dicha me fuera  
Que vuestro dueño venciera,  
Porque mas satisfaccion  
Tengo de vos que de mí;  
Y venciendo don Garcia,  
Pendiera la dicha mía

De vuestra mano; y así,  
Mas, segura la tuviera  
Que si la adquiriera yo.  
Aunque ya digo que no;  
Porque si dichoso fuera  
Con Ordoño, claro está  
Que, si un alma en los dos vive,  
Ni es infeliz quien recibe  
Ni es mas dichoso el que da.

DON VELA.

Ya vuestros brazos espero.

PORCELOS.

De su amorosa pasión  
Ha saltado el corazón  
A recibirlos primero.

MONGANA.

Pues vemos estas finezas,  
¿Quiere que los dos seamos?  
Dos monos de nuestros amos?

CARRASCO.

Y aun monas de las cabezas.

MONGANA.

Carrasco, mucho te quiero;  
Cuanto tuviera, por Dios,  
Que ha de ser comun de dos,  
Excepto moza y dinero.

CARRASCO.

Al cobrar nuestro salario,  
Vino y tabaco serán  
Tan de ambos, que no sabrán  
Cuál es dueño propietario.  
No ha de haber cosa partida  
Entre los dos; de tal suerte,  
Que engañemos á la muerte  
Cuando se engulla una vida.

MONGANA.

Voto á los rayos de Apolo,  
Que si pendencias tenemos,  
Tan uno los dos seremos,  
Que has de reñirlas tú solo;  
Y mientras riñas, bebiendo  
Estaré, para que asombre  
Que esté en dos partes un hombre,  
Bebiendo á un tiempo y riñendo.

CARRASCO.

El valor se ha de ver hoy.

MONGANA.

Si el valiente por guardar  
Su pellejo ha de matar,  
Carrasco, valiente soy,  
Pues cuando guardo la vida,  
Mato la sed.

PORCELOS.

Bien está,  
Camino el tiempo abrirá;  
Cada ejército convida  
A que mostremos los dos  
Nuestra ilustre sangre en ellos.

DON VELA.

Adios, don Diego Porcelos.

PORCELOS.

Amigo don Vela, adios.

MONGANA.

Sin cumplimientos ni ruegos  
Nos irémos dos mosquitos.

CARRASCO.

Adios, honra de coritos.

MONGANA.

Adios, honor de gallegos.

*(Vanse don Vela y Mongana.)*

CARRASCO.

Pienso, Señor, que has errado  
En haber hecho elección  
De Ordoño; rey de Leon  
Es García; desterrado

## EL DOCTOR MIRA DE MÉSCUA.

Ordoño estaba en Galicia,  
A quitarle el reino viene;  
Difícil es, porque tiene  
El mayor mayor justicia.

PORCELOS.

Carrasco, de mí nació  
El dividirnos; no fuera  
Puesto en razón que eligiera  
Lo que es mas seguro yo.  
Cuanto mas que nunca sabe  
El hombre el mejor camino  
De la dicha, porque vino  
Siempre acaso. No se alabe  
De que el camino eligió  
Dichoso persona alguna;  
Que está buena la fortuna  
Donde menos se pensó.

CARRASCO.

Aquí viene Ordoño.

PORCELOS.

Quiero

Ofrecerle mi persona,  
Y déle Dios la corona  
De un católico hemisfero.

*Tocan cajas, y sale EL REY DON  
ORDOÑO y SOLDADOS.*

REY.

¿Qué me aconsejais?

SOLDADO 1.º

Señor,

Que la batalla no des,  
Porque su ejército es  
En las fuerzas superior;  
Mas gente y mejor armada  
Es la suya; mi consejo  
Es retirarse.

REY.

Eres viejo;

Tienes ya la sangre helada.

SOLDADO 1.º

No me culpes si perdieres  
Tu gente en esa maleza.

PORCELOS.

Dáme los piés vuestra alteza.

REY.

Dime, soldado, ¿quién eres?

PORCELOS.

Don Diego Porcelos soy,  
Un hidalgo de Castilla,  
Que á tu servicio real  
Viene ofreciendo la vida.  
Cuando es razón que en campaña  
Los castellanos te sirvan,  
No es justo que se excusase  
Mi generosa familia.  
Este nombre, este apellido,  
De española sangre antigua,  
Fénix es en mí; yo solo.  
Sin que nadie me compita,  
Soy Porcelos; y así, quiero  
Que nazca de mis cenizas  
Segunda vez este nombre,  
Y en España eterno viva.  
Si yo en tu servicio mancho  
Esta famosa cuchilla,  
Mezclando púrpura humana  
En las ondas cristalinas  
De ese río; si á tus piés  
Dichosamente derriba,  
Como un halcon bien templado,  
La varia plumajería  
De su hueste y los leones  
Coronados, que iluminan  
Con los rayos de sus ojos  
Las banderas enemigas,  
¿Qué mas gloria para mí?

Vive el cielo, que me inclinan  
Sus estrellas á servirte;  
Y aunque es elección la mía,  
Parece que la arrebatan  
Con una fuerza divina.

Ya en las guerras de Navarra,  
Ya en las fronteras moriscas,  
Negué al ocio, y di experiencia  
A mi hidalgo bazarria.  
Si á quien soy correspondí,  
Ajenas lenguas lo digan,  
Aunque no se alaba aquel  
Que informa de su justicia.  
Esto he dicho porque alegre  
Vuestra majestad reciba  
Los deseos que mi alma  
Le consagra y le dedica,  
Y tambien porque he mirado  
El real de don García  
Con atención, y aunque ahora  
Tiene gente mas lucida,  
Como el nuestro, aunque menor,  
Dentro de un hora le embista,  
Segura está la victoria,  
Si va la caballería  
En frente del escudron,  
Y allí el bagaje camina.  
Es la razón porque el aire  
Nuestra ayuda solicita,  
Que en las espaldas nos da  
Tan fuerte, que las encinas  
De esas montañas arranca;  
Y siendo razón precisa  
Que en los ojos les dé el polvo,  
¿Quién duda, quién desconfía  
Del vencimiento? Pues ciegos,  
No ha de haber quien nos resista.  
Demás de que, siendo ahora,  
Como vemos, mediodía,  
Ganamos el sol, pues queda  
Sobre las mas altas líneas  
Del Auge, á nuestras espaldas,  
Y es fuerza que si declina,  
Crezca el viento, y los caballos,  
Partos del Andalucía,  
Como son estas campañas  
Tierra blanda y arenisca,  
Y las lluvias le han faltado,  
Formarán nubes que impidan  
Al ejército contrario  
Animo, fuerzas y vista.  
Y si en esto, gran señor,  
Natural filosofia  
Tiene crédito, yo he visto  
Que vuelan buitres por cima  
De su ejército graznando,  
Presagios de su ruina,  
Pues dicen los naturales  
Que mortandad adivinan.  
Ea pues, insigne Ordoño,  
Rey hasta aquí de Galicia,  
A quien el cielo y las aves  
Nuestros reinos pronostican,  
Manda que toquen al arma,  
Y ahora, que no imaginan  
Los contrarios que has de darles  
La batalla, porque miran  
Tus fuerzas muy inferiores,  
A Fabio Máximo imita  
Que con el arte y la industria  
Abismos acometía  
De escuadrones y de tropas.  
Las victorias que publica  
Mas celebradas la fama  
Son aquellas que se quitan  
Al ejército mayor.  
Sirva, Señor, mi venida  
De trompeta, porque soy  
Rayo que Júpiter vibra,  
Furor que el cielo desata,  
Flecha que Marte fulmina,  
Prodigio que el mar abortá,

Embudo que el fuego fabrica,  
 Ciartana deste leon,  
 Tambre y blason de Castilla;  
 Y no que mas soy, Señor,  
 Soldado de tu milicia.

REY.  
 Vive Dios, que no me dieran  
 Mas ánimo y alegría  
 Las lanzas de los romanos,  
 Las flechas de los scitas.  
 Dame esos brazos, Porcelos.

SOLDADO 1.º  
 Ahora llega una espía  
 Del ejército contrario.

Sale UNA ESPÍA.

REY.  
 ¿Qué hay de nuevo?  
 ESPÍA.

Que dos hijas  
 Del rey de Navarra vienen:  
 Violante con don García  
 Se viene á casar, Leonor  
 La acompaña; y tanto fian  
 De su victoria, que el Rey  
 Quiere que en su tienda misma  
 Las reciban, sin que pasen  
 A Leon; y de Castilla  
 Un gran soldado ha venido,  
 Que con razones incita  
 A que nos ganen el puesto;  
 Don Vela se llama.

PORCELOS.  
 Brillan  
 En sus armas, envidiosos,  
 Los rayos del sol.

REY.  
 Embista  
 Nuestro ejército primero  
 Al arma, y la infantería  
 Siga á los caballos.

PORCELOS.  
 Cierra,  
 Pues la ocasion nos anima.  
 (Entranse sacando las espadas, y que-  
 da solo Carrasco.)

CARRASCO.  
 Estando llena de moros  
 España, ¿no es gran desdicha  
 Ver ejércitos cristianos  
 Manchar con su sangre misma  
 Las campañas? Ya acometen;  
 Todo es confusion y grita,  
 Todo es horror; unos y otros  
 A Santiago apellidan.  
 Entrar quiero en la batalla,  
 Aunque el alma me lastima  
 Ver, en conflicto tan grande,  
 Que todos tengamos crisma.  
 (Dase la batalla con orden, y saliendo  
 de dos en dos los que hablan.)

Salen DON GARCÍA y EL REY.

DON GARCÍA.  
 ¿Cómo á tu hermano mayor  
 El reino le tiranizas?

REY.  
 Para vengar á mi padre,  
 A quien tú en su misma vida  
 Heredaste con violencia.

DON GARCÍA.  
 Eres traidor.

REY.  
 Es mentira;  
 Soy venganza de los cielos.

DON GARCÍA.  
 En vano, Ordoño, porñas.  
 (Vanse los dos.)

Salen MONGANA y CARRASCO.

MONGANA.  
 Mongana soy, buen Carrasco;  
 ¿Cómo de veras me tiras?

CARRASCO.  
 No te conozco; pelea.

MONGANA.  
 ¿Cómo quieres tú que riña  
 Con mis amigos?

CARRASCO.  
 Contrarios  
 Somos ya; riñe, gallina.

MONGANA.  
 Ojalá que yo lo fuera,  
 Pues siéndolo, volaría.

CARRASCO.  
 Riñe, liebre.

MONGANA.  
 Si lo fuera,  
 Correr pudiera. ¿No miras  
 A don Vela, mi señor,  
 Que mata, asuela y derriba?

CARRASCO.  
 ¿Por qué no miras también  
 A Porcelos, que es la grima  
 De tu gente?

MONGANA.  
 Vuelve el rostro,  
 Verás que vienen aprisa  
 Marchando mil elefantes  
 Con sus castillos encima.

CARRASCO. (Vuelve el rostro.)  
 ¿Por dónde?

MONGANA.  
 Por el infierno.

CARRASCO.  
 ¿Ah cobarde! allá caminas.  
 (Vase uno tras de otro.)

Sale DON DIEGO PORCELOS, acu-  
 chillando á DON GARCÍA.

PORCELOS.  
 Cuando todos van huyendo  
 De mi valor y mi furia,  
 ¿Tú me aguardas? Ya es injuria  
 De la fama que pretendo.

DON GARCÍA.  
 Verás quién es don García,  
 Alma y fuerzas de Leon.

PORCELOS.  
 Bien merecerá perdon,  
 Señor, quien no os conocia;  
 De vos retiro la espada,  
 Que, siendo de buena ley,  
 Cortar no sabe en un rey,  
 Porque es majestad sagrada.

DON GARCÍA.  
 No atribuyas á respeto  
 Lo que fué temor; pelea.

PORCELOS.  
 ¿Hay respeto que no sea  
 Temor también? Yo prometo  
 Que miro en tí una deidad  
 Tan oculta y superior,  
 Que, animándome el valor,  
 Me acobarda la lealtad.

DON GARCÍA.  
 Hombre que á Ordoño sirvió  
 ¿No ha venido contra mí?

PORCELOS.  
 Contra tus soldados, si;  
 Contra tu persona, no.

CARRASCO.  
 Pues aquí viene un soldado,  
 Con quien habrás menester  
 Tu valor; dale á entender  
 Quién eres.

Sale DON VELA, buscando á don  
 García.

DON VELA.  
 Iré á tu lado.

DON GARCÍA.  
 A animar iré mi gente;  
 Si ese vences, he vencido. (Vase.)

PORCELOS.  
 Si en su lugar, has venido,  
 Menester has ser valiente.

DON VELA.  
 Ya lo sentirás.

PORCELOS.  
 ¿Don Vela!  
 DON VELA.

¿Don Diego!

PORCELOS.  
 Pésame, á fe,  
 De encontrarte aquí.

DON VELA.  
 ¿Por qué?

PORCELOS.  
 Porque mi brazo recela  
 Ofenderte, y la amistad  
 Ha de estar con el honor  
 En el lugar inferior,  
 Y el honor es la lealtad.

DON VELA.  
 A nuestros reyes servimos;  
 Amigos somos, ¿qué harémos?

PORCELOS.  
 La obligacion que tenemos  
 Morir, porque á eso venimos.

DON VELA.  
 Será reñir contra mí.

PORCELOS.  
 Yo pareceré soldado  
 O loco ó desesperado,  
 Que se da la muerte á sí;  
 No podemos excusarlo.  
 ¿Viva mi rey!

DON VELA.  
 ¿Viva el mío!

PORCELOS.  
 ¿Oh vasallo de gran brio!

DON VELA.  
 ¿Oh valor de gran vasallo!

PORCELOS.  
 En dividirnos éramos.

DON VELA.  
 Encontrarnos fué desdicha.

PORCELOS.  
 ¿Qué mal buscamos la dicha!

DON VELA.  
 Pues muramos.

PORCELOS.  
 Pues muramos.

¿Estás, don Vela, cansado?

DON VELA.  
 Cuidado tengo de tí.

PORCELOS.  
 Mas mi amigo eres así;  
 Que te quiero muy honrado.

DON VELA.  
Casi por rendirme estoy.

PORCELOS.  
Eso no harémos jamás;  
Tú, porque en mi pecho estás;  
Yo, porque tú imagen soy.

DON VELA.  
Si nuestra la causa fuera,  
Rendirme yo fuera ley.

PORCELOS.  
Pues que sirves á tu rey,  
Amigo, tu amigo muera.

DON VELA.  
¿Quién ha visto tal crueldad?  
Contra tí son los aceros.

PORCELOS.  
Dios y el Rey son los primeros;  
Despues entra la amistad.

DON VELA.  
Si morimos, fama y gloria  
Serán dos triunfos pequeños.

PORCELOS.  
El honor de nuestros dueños  
Consiste en nuestra victoria.

DON VELA.  
Pues, amigo, á pelear  
Hasta morir ó vencer.

PORCELOS.  
Si me matas, vengo á ser  
Mas tu amigo.

(Tocan cajas.)

DON VELA.  
A retirar

Han tocado.

PORCELOS.  
Ya los dos.

Sin ser traidores, podemos  
Retirarnos.

DON VELA.  
Retirémonos.

PORCELOS.  
Pues adios, amigo.

DON VELA.  
Adios.

(Vanse los dos.)

Salen EL REY y DON GARCÍA, vencido;  
CARRASCO y MONGANA.

REY.  
Tus esperanzas venci;  
Rinde el ánimo tambien,  
O daréte muerte.

DON GARCÍA.  
¿A quién  
He de dar la espada?

REY.  
A mí.

Salen DON VELA y PORCELOS.

DON VELA.  
A tu lado estoy, Señor;  
Que quiero morir contigo.

DON GARCÍA.  
Ya no es tiempo, Vela amigo,  
Sino de mostrar valor  
Con la paciencia; venció  
Quien menos razon tenía.  
Ya soy solo don Garcia,  
Vencido y preso; rey, no.

REY.  
Rinde, soldado, la espada.

DON VELA.  
Cuando mi rey la ha rendido,  
Houa mia es ser vencido,  
La defensa es excusada;  
Dos fuertes cuchillas ves,  
Oh vencedor soberano:  
La de mi rey en tu mano,  
La del vasallo á tus piés.

REY.  
Levanta esa espada, Conde.

PORCELOS.  
¿Quién ese nombre merece?

REY.  
Solo el que á Marte parece  
Y á su sangre corresponde.

PORCELOS.  
Titulo es nuevo en España.

REY.  
Nuevo es también tu valor.

PORCELOS.  
Los piés te beso, Señor.

REY.  
Tuya es la victoria, hazaña  
Digna de Porcelos es;  
Nuevas honras darte quiero:  
Tambien es tu prisionero  
Ese soldado.

PORCELOS.  
Tus piés  
Otra vez humilde beso.  
Mil siglos te guarde Dios,  
Y así serémos los dos,  
Tú mi-dueño y yo tu preso.

MONGANA.  
Este título de conde  
¿Qué significa?

CARRASCO.  
No sé.

MONGANA.  
Conde, sin decir de qué,  
Honras son de viento.

CARRASCO.  
Y ¿dónde  
Piensas que estás?

MONGANA.  
Donde acabo  
La vida, y llantos escucho.

CARRASCO.  
No te desconsoles mucho;  
Que, en efecto, eres mi esclavo.

Sale UN SOLDADO.

SOLDADO.  
La que reina de Leon  
Vino á ser, llega á mediar  
Vuestras discordias.

DON GARCÍA.  
Y á dar  
A mis ojos mas pasion.

Salen LA REINA y DOÑA LEONOR,  
de camino, y ACOMPAÑAMIENTO.

REINA.  
Reyes famosos, ¿cuando á bodas vengo,  
Hallo batallas entre dos hermanos?  
Los tálamos dichosos que yo tengo,  
¿Son tumbas y sepulcros de cristianos?  
Cuando los labios con amor prevengo  
Para besar alegres vuestras manos,  
Debiendo estar unidas y trabadas,  
¿En vuestra misma sangre están man-  
[chadas?  
Envaine la razon vuestra cuchilla,  
Corónense de paz vuestros deseos,

Y desterrad los moros de Castilla,  
Si con sed anhelais de mas trofeos,  
Que dilatando van desde Sevilla  
Su imperio hasta los altos Pirineos,  
Rompiendo con orgullo y prez bizarra  
Las antiguas cadenas de Navarra.  
(Ap. Ni sé cuál es Ordoño ni Garcia;  
Mas ya conozco al uno en la tristeza,  
Y al otro he conocido en la alegría;  
Afectos que nos dió naturaleza,  
Con que las almas hablen cada día.)  
Ea, Señor, aliéntese su alteza; [tante  
No ha de enseñar el que es varon cons-  
A la adversa fortuna mal semblante.  
No estar alegre aquí fuera locura,  
Corto valor será mostrarse triste;  
Un rostro has de mostrar y una figura  
Al bien y al mal, si generoso fuiste.  
Considera, Señor, cuán poco dura [te,  
La dicha de los hombres; montes vis-  
Que columnas del cielo han parecido,  
Y las olas del mar los han sorbido.  
Para morir con vos y para amaros,  
O viviendo ó muriendo, habré venido;  
Del amor conyugal ejemplos raros  
Serémos, á pesar de humano olvido;  
Vuestra sombra seré, y acompañaros  
Pretendo, aunque este reino habeis  
[perdido.  
No me desposo yo con la corona;  
¿Qué reino como el alma y la persona?—  
Y á tí, cruel y bárbaro ambicioso,  
Que pretendes reinar tiranamente,  
¿No hay un rayo del cielo poderoso  
Que fulmine ese pecho ó le escarmiente?  
¿De qué sirve que estés vanaglorioso,  
Si ves que la fortuna es loca y miente?  
Seguridad promete, y nos engaña;  
Hablen aquí los términos de España.  
No llegues á triunfar de la victoria;  
Las garras del leon que tiranizas,  
Des haciendo tu pompa y vanagloria,  
Con roja sangre y pálidas cenizas  
En los anales borren la memoria  
De tu renombre, y las espumas rizas  
Del mar del Sur en piélagos crueles  
Dén fúnebre pasaje á tus bajeles.

REY.  
¿Conde!

PORCELOS.  
¿Qué manda tu alteza?

REY.  
Vive Dios, que causa amor  
Este singular valor,  
Esta celestial belleza.

PORCELOS.  
En Navarra la servi  
De menino, y á mi ver,  
No hay mas perfecta mujer.

REY.  
¿Deidades son las que vi!

DON GARCÍA.  
Señora, infelice ha sido  
Vuestro valor soberano,  
Pues que viene á dar la mano  
A un hombre preso y rendido.  
A ser reina de Leon  
Salisteis de vuestra casa;  
Ya habeis visto lo que pasa.  
Vueltas de fortuna son.

REINA.  
No han de decir en Castilla  
Que fui vana y ambiciosa;  
Señor, yo soy vuestra esposa.

DON GARCÍA.  
¡Oh valor! Oh maravilla  
De las mujeres!  
(Va á darla la mano.)

REY.  
Detente;  
Porque con tu misma espada  
La mano darás manchada  
De tu misma sangre.—Ardiente  
Es ya, Conde, mi pasión;  
Diselo luego á Violante.  
Su esposo seré y su amante;  
Postra á sus piés un leon.

PORCELOS.  
Señora, si vuestra alteza  
Para ser de un rey venia,  
No ha de ser de don García,  
Que será vana fineza.  
Dulce cosa es el reinar;  
Hija de un rey no ha de ser  
Vasalla de otro, y tener  
Dueño que preso ha de estar  
Mientras viva. ¿Habrà ninguna  
Que desestime el valor,  
Que aborrezca al vencedor  
Y desprecie la fortuna?

REINA.  
Don Diego, ¿tú me aconsejas  
Tal mudanza y eleccion?

PORCELOS.  
Si por un rey de Leon  
Un hombre vencido dejás,  
Será mudanza bizarra.—  
Ayúdame á persuadir,  
Bella Leonor.

DOÑA LEONOR.  
(Ap. Y á sentir  
Otra vez lo que en Navarra.  
¿Ay don Diego! Ay cruel amor!  
Huyendo para olvidar,  
He venido á tropezar  
Otra vez en tu rigor.)  
Señora, ¿Ordoño no es  
Mas galán y mas valiente?

REINA.  
Y ¿que tú tan fácilmente  
Esos consejos me des?

DON GARCÍA.  
¿No te ha bastado, tirano,  
Hacer traidora invasion  
En el reino de Leon,  
Sino querer dar la mano  
A Violante, y ver perdida  
Pompa de un rey y un amante?  
Sin el reino y sin Violante,  
¿Para qué quiero la vida?  
Salgamos á desafio  
Los dos; determine el duelo  
Esta causa, ya que el cielo  
Se muestra contrario mio.

REY.  
A salir no está obligado  
Con su preso un rey así.

DON GARCÍA.  
Salga don Vela por mí;  
Señala tú otro soldado.

REY.  
Salga Porcelos.

DON VELA.  
Mi rey,  
(Dan la espada á don Vela.)  
Aunque el reino haya perdido,  
El rey legitimo ha sido  
Por naturaleza y ley;  
Y es cierto que si la mano  
Violante á mi rey le da,  
Mujer de un rey se dirá,  
Y no esposa de un tirano.

PORCELOS.  
Quando la naturaleza  
Da los reinos eminentes,

El derecho de las gentes  
Da el imperio y la grandeza.  
En las armas consistió;  
Y así, es rey mas celebrado  
El que reino ha conquistado  
Que aquel que reino heredó.

DON VELA.  
Esa fué sofisteria  
Del ingenio; que no hubiera  
En el mundo, si eso fuera,  
Ni traicion ni tiranía.

PORCELOS.  
Si el vasallo con malicia  
Se opone á rey soberano,  
Decirse debe tirano,  
No el que emprenda con justicia.

DON VELA.  
Y el pretender la mujer  
Tras el reino, á su pesar,  
¿Cómo se podrá llamar?

PORCELOS.  
Accidente del poder.

DON VELA.  
Y ¿no es violencia?

PORCELOS.  
Aun no ha dado

La mano.  
DON VELA.  
Ya hay resistencia.

PORCELOS.  
¿Cómo puede haber violencia,  
Mejorándola de estado?

DON VELA.  
Yo lo contradigo.  
PORCELOS.  
Aquí  
Lo estoy defendiendo yo.  
(Empuñan las espadas.)

DON VELA.  
Y ¿no es injusticia?

PORCELOS.  
No.

DON VELA.  
Luego ¿tiene razon?

PORCELOS.  
Sí.  
DON VELA.  
Pues así espero la palma.  
(Riñen.)

PORCELOS.  
Esa á mí me está debida.

DON VELA.  
¿Ay amigo de mi vida!

PORCELOS.  
¿Ay amigo de mi alma!  
(Pónense en medio la Reina y doña Leonor.)

REINA.  
Y esta ¿es accion generosa?

DOÑA LEONOR.  
(Ap. Mi antiguo amor no consiente  
Un suceso indiferente  
Y una victoria dudosa.)  
Esperad, suspended luego  
Las armas; que en esto es  
Don García descortés  
Y poco bizarro, ciego  
De su pasión. Di, García,  
No querer que reina sea  
La que servierte desea  
¿Es amor? Es bizarria?  
¿Preso y vencido, pretendes  
Mujer de tanto valor?  
Las leyes rompes de amor,

La razon de amor ofendes;  
Amar es querer el bien  
De lo amado, aunque haya sido  
Con daño propio.

DON GARCÍA.  
Vencido  
Soy de tu razon tambien;  
Dueño no se ha de llamar  
De la divina Violante,  
Ni merece ser su amante  
Un hombre particular: (De rodillas.)  
Yo suplico á vuestra alteza  
Que, pues á ser reina vino,  
Siga la ley del destino  
Esa singular belleza.

REINA.  
A nadie fuerza esa ley;  
No esté así, que en mi opinion  
Tiene mas estimacion  
Nacer rey que morir rey;  
Porque sin duda ninguna  
Superior es la grandeza  
Que da la naturaleza  
A la que da la fortuna.

PORCELOS.  
¿Qué determinas, Señora?

REINA.  
Dudo y temo.  
PORCELOS.  
¿Qué es dudar?

REINA.  
Es conservar

REINA.  
Mi opinion.

PORCELOS.  
¿Piérdese ahora?

REINA.  
¿Yo ambiciosa?

PORCELOS.  
¿No es peor...

REINA.  
¿Qué? Prosigue.

PORCELOS.  
Que se diga  
Que es amor el que te obliga?

REINA.  
No, siendo honesto el amor.

PORCELOS.  
Y la ambicion ¿no es defecto  
En la que es sangre real?

REINA.  
Defecto fué natural.

PORCELOS.  
Luego ¿llamaráse afecto?

REINA.  
¿Qué importa que afecto sea?

PORCELOS.  
Ser mas licito.

REINA.  
¿Por qué?

PORCELOS.  
Porque es propio.

REINA.  
Impropio fué.

PORCELOS.  
¿Cuándo?

REINA.  
Quando lo desea.

PORCELOS.  
Ya es valor.

REINA.  
¿Cómo valor?

PORCELOS.  
¿No es valor noble deseo?  
REINA.  
Un reino es breve trofeo.  
PORCELOS.  
¿Para quién?  
REINA.  
Para el amor.  
PORCELOS.  
Luego ¿amaste?  
REINA.  
Al que tenía  
Por dueño sí, que conviene.  
PORCELOS.  
Muda objeto; ¿qué mas tiene  
Ordoño que don García?  
REINA.  
El haber sido primero.  
PORCELOS.  
Como rey le imaginaste.  
REINA.  
Es verdad.  
PORCELOS.  
Pues ¿rey hallaste?  
REINA.  
Dices bien; pero...  
PORCELOS.  
No hay pero;  
Reina has de ser de Leon.  
REINA.  
Ya me tienes convencida.  
PORCELOS.  
Déte el cielo larga vida.  
(*Están los reyes desviados, y ellos en medio.*)  
REY.  
¿Quién la venció?  
PORCELOS.  
La razon;  
Ya es tuya aquella hermosura.  
REY.  
Y tú, don Diego, has de ser  
El juez y chanciller  
De mis reinos.  
PORCELOS.  
Soy tu hechura.  
REY.  
Hasta ahora no vencí,  
Porque el fin de la victoria  
Es el triunfo y es la gloria,  
Y esa, Violante, está en ti.  
REINA.  
Ya, Señor, que esto ha de ser,  
En mi mano hallaréis vos  
Fe y amor. ¡Válgame Dios!  
¿Esto es casarse, ó caer?  
(*Al darle la mano, cae.*)  
DOÑA LEONOR.  
¡Mal agüero!  
PORCELOS.  
Es error vano;  
No hay agüeros.  
REY.  
Esto ha sido,  
Que mis brazos ha pedido  
Su amor al darle la mano;  
Y de aquella sujecion  
Que has tenido, te levanto,  
Con el matrimonio santo,  
A ser dueño de Leon.  
REINA.  
¡Ay Leonor, cómo he temblado!

DOÑA LEONOR.  
¿Cuándo tú sueles temer?  
REY.  
Cuando gano esta mujer,  
Este reino, este soldado,  
Para mi es felice día.  
DON GARCÍA.  
Por tí solo, amigo, siento  
En mi desdicha tormento.  
DON VELA.  
Tu mal siente el alma mía.  
DOÑA LEONOR.  
Aun vive mi voluntad.  
PORCELOS.  
Tuyo soy y tuyo fui.  
DON VELA.  
Don Diego, acordáos de mí.  
PORCELOS.  
Sagrada fué mi amistad.  
DON VELA.  
Y desdichada mi suerte.  
PORCELOS.  
Ningun sábio se ha llamado  
Dichoso ni desdichado  
Hasta que llega la muerte.

## JORNADA SEGUNDA.

Salen EL REY y PORCELOS.

REY.  
Despues que el reino poseo  
Con imperio singular,  
Por tenerte mas qué dar,  
Tener mas reinos deseo;  
Que, como vives en mí,  
Una misma cosa fuera  
Que para mi los tuviera,  
Ó tenerlos para tí.  
PORCELOS.  
A tantas obligaciones  
Responda por mí el silencio,  
Tu esclavitud reverencio,  
Hierros en el alma ponés;  
Mas, ya que estás generoso,  
Una merced me has de hacer,  
Para que yo pueda ser  
De todo punto dichoso.  
Sirvate don Vela, que es  
El mas noble caballero  
De Castilla.  
REY.  
Consejero  
Sois de mi estado, Marqués.  
PORCELOS.  
Títulos has inventado  
Para darme; ¿partiré  
Con él, gran señor?  
REY.  
A fe  
Que me dan mucho cuidado  
Los moros de Andalucía.  
PORCELOS.  
Ya que servirte no quieres  
De don Vela, si le hicieras  
Algunas mercedes, fía  
Que serán agradecidas  
De los castellanos luego.  
REY.  
Búrgos es vuestra, don Diego.  
PORCELOS.  
Déte edades repetidas  
El cielo, que ha coronado

De dicha á tu majestad;  
Pero, Señor, la amistad  
Me obliga á ser porfiado;  
(*Vase entrando el Rey, y tras él Porcelos.*)

Vuélvase libre á su tierra  
Don Vela, y preso no esté  
Un hombre ilustre, que fué  
Rayo fatal en la guerra.

REY.  
Volver quiero para dar  
Satisfaccion al deseo,  
Con que anhelando te veo  
Por vencer y porfiar;  
Don Vela ¿es muy noble?

PORCELOS.  
Sí.

REY.  
¿Con qué amor y bizzarria  
Él que sirvió á don García  
Me podrá servir á mí?  
Siendo noble, claro está  
Que, viendo preso á su rey,  
No me ha de servir con ley;  
Siempre á su dueño tendra  
Mas inclinacion, y dalle  
La libertad no conviene;  
Que si amor á su rey tiene,  
Ha de procurar sacalle  
De la prision en que está,  
Como noble y de valor;  
Y así, don Diego, es mejor  
Que esté preso; bastará  
Que tú contigo le tengas  
Con su homenaje en Leon.  
Tu casa es noble prision;  
Si anda libre, no prevengas  
Mas honra, mas libertad,  
Si en mi servicio reparas;  
Que hasta tocar en mis aras  
Ha de llegar tu amistad.

(*Vase.*)

PORCELOS.  
Entre dos imanes sigo  
La luz de un norte pequeño;  
Entre el gusto de mi dueño  
Y el provecho de mi amigo  
Partido está el corazon,  
Y vivo estando partido,  
Porque milagros han sido  
De amistad y obligacion.

Sale DON VELA.

DON VELA.  
Amigo y señor, ¿podré  
Dar á mi mismo cuidado  
Parabien de que ha llegado  
Mi libertad?

PORCELOS.  
No lo sé.  
DON VELA.  
¿Por qué no, siendo los dos  
Un cuidado y un tormento?

PORCELOS.  
Con el grave sentimiento,  
Ni sé de mí ni de vos;  
Sé á lo menos estos dias  
Mis fortunas tan siniestras;  
Mis mercedes serán vuestras,  
Y vuestras prisiones mías.

DON VELA.  
Pues ya, amigo, no pretendo  
Libertad; otra prision  
Padece mi corazon.

PORCELOS.  
Declárate; no te entiendo.

DON VELA.  
Leonor hermosa es su dueño,

Y ojalá que César fuera,  
Aunque es el mundo pequeño,  
Para que imperios la diera.  
Preso, pobre y desdichado,  
¿Quién dijera que podía  
Tener tan alta osadía?  
Parece que te has turbado.  
Si amas, don Diego, al momento  
Abrasaré mis anteojos,  
Negaré luz á mis ojos,  
Borraré mi pensamiento.

PORCELOS.

No, amigo; pero senti  
Que ames imposibles.

DON VELA.

Hoy

Solo en esto feliz soy;  
Favores tengo.

PORCELOS. (Ap.)

¡Ay de mí!

DON VELA.

Pienso que mi amor te inquieta.

PORCELOS.

No; el favor me maravilla.

DON VELA.

¿Conoces una esclavilla  
Que, por hermosa y discreta,  
Es el gusto de Leonor?

PORCELOS.

Si la conozco.

DON VELA.

Ella ha sido  
La que un papel me ha traído.

PORCELOS.

Eso es ya mas que favor.

DON VELA.

Ella sale, yo me voy;  
No piense que he contado  
Este amoroso cuidado,  
Viendo que tu amigo soy. (Vase.)

PORCELOS.

¿A quién habrán sucedido  
A un mismo tiempo dos muertes?  
Vela, troquemos las suertes:  
Sea yo el favorecido  
De Leonor, y tú del Rey.  
Amé á Leonor, yo pensaba  
Que amado tambien estaba;  
Olivar debo, que es ley  
De la amistad; declaró  
Su amor y dicha conmigo,  
Fué primero, soy su amigo,  
Mi lengua y ojos selló;  
Mas, si ya tiene favores,  
¿Cómo Leonor me ha engañado?  
Pene y calle mi cuidado  
Con celos y con rigores.

Salen DOÑA LEONOR y BRIANDA,  
esclava.

BRIANDA.

Señora, el Conde está aqui.

DOÑA LEONOR.

Bien al alma lo decía  
Una secreta alegría  
Que antes de verle sentí.—  
¿Don Diego mio?

PORCELOS.

Ese nombre  
Ya es indigno de tus labios;  
No injurias, no, con agravios  
Merecimientos de un hombre.  
(Ap. ¿Qué digo? A don Vela ofendo  
Si su secreto publico;  
Si mis celos signifíco,  
Tambien su agravio pretendo.

¿Qué he de hacer? Solo callar;  
¿Qué he de hacer? Solo sentir;  
¿Qué he de hacer? Solo morir;  
Sentir, morir y callar,  
Cosas son que han menester  
Fortaleza y discrecion.)

DOÑA LEONOR.

¿Qué accidente, qué pasión  
Te divierte del placer  
Que en mi presencia tenias?

PORCELOS.

Siempre estuve en tu presencia  
Con respeto y reverencia.

DOÑA LEONOR.

¿Cuándo, don Diego, solías  
Hablar tú con sequedad?  
Tú no me llamabas dueño?  
¿Cómo me miras con ceño?  
¿Es mudanza? Es gravedad?

PORCELOS.

Es desdicha y es respeto,  
Es ley y es obligacion.  
(Ap. ¡Ah fuerza de mi pasión!  
Ah fuerza de mi secreto!)

DOÑA LEONOR.

¿Respeto y desdicha han sido  
Los que causan tu mudanza?

PORCELOS.

No hay amor sin esperanza;  
Donde hubo amor hay olvido.

DOÑA LEONOR.

¿Qué lenguaje tan grosero  
Y tan extraño de ti!

PORCELOS.

(Ap. Perdido dentro de mí,  
Como en un desierto, muero;  
Por vía de dar consejo,  
Con la amistad cumpliré,  
Con los celos y mi fe,  
Ni lo digo ni me quejo.)  
(Sale la Reina á la puerta, oyéndolo.)

Señora, no he merecido

El bien y favor pasado.

Mejórate de cuidado.

Perdóname si, atrevido,

Te doy consejo. En Leon

Hay varones singulares,

Que abrasen en tus altares

Victimas del corazón.

Estima alguno, por quien

De la mejora del gusto,

De lo acertado y lo justo

Te vengo á dar parabien.

Vela atenta en tu cuidado,

Vela bien en tu deseo,

Vela en tu mejor empleo.

(Ap. Ya lo he dicho y to he callado.)

(Vase.)

DOÑA LEONOR.

¿Qué dices?

BRIANDA. (Ap.)

Culpas son mias;

Amores y engaños son

De mi mala condicion.

DOÑA LEONOR.

Ingrato, esas villanias

Bien merecidas están

De aquella que favorece

Hombre que no lo merece.

¿Agradecimientos dan

Los hombres desta manera

A quien los ama y adora?

BRIANDA.

La Reina está aqui, Señora.

DOÑA LEONOR.

Para que callando muera.

Sale LA REINA.

REINA.

Esto importa remediar.—  
Entra, Brianda, á pedir  
Recado para escribir.

BRIANDA. (Ap.)

Miedo tengo, y no pesar,  
De lo hecho; amo á don Vela,  
Y así, en nombre de Leonor,  
Le engaño con el favor.  
El amor todo es cautela. (Vase.)

REINA.

Quisiera no haber oído  
Los enojos con que estás,  
Aunque nunca oyera mas,  
Aunque perdiera un sentido;  
Que mejor le hubiera sido  
A quien oyó la sirena,  
Nacer sordo, si en la arena  
El alma deja en despojos.  
¿De qué nos sirven los ojos,  
Si es el ver para mas pena?  
¿Tú confiesas que has amado,  
Y tú favores confiesas?

¿Son propias acciones esas  
De quien la sangre ha heredado  
De reyes, que han coronado  
Sus escudos de leones?  
¿Cuándo á villanas pasiones  
Se abatió cual mariposa  
El águila caudalosa,  
Coronada de blasones?  
Leonor, Leonor, aunque sea  
Honesto el amor, lo debe  
Cubrir con montes de nieve  
La que ser buena desea.  
Si el Conde te galantea,  
Consentirlo tú, y callar,  
Por favor pudo bastar;  
Pero amor, quejas y agravios,  
Ni al corazón ni á los labios  
Los debe el alma fiar.

DOÑA LEONOR.

Negarte lo que has oído  
Fuera loco atrevimiento;  
Amé en Navarra.

REINA.

Ya siento  
El disgusto repetido,  
Que negarlo hubiera sido  
Respeto y virtud mas clara,  
Y negándose, repara  
Lo que á saberse comienza;  
Que es ramo de desvergüenza  
El confesar cara á cara.

Sale BRIANDA, con recado de escribir.

BRIANDA.

Aqui está la escribanía.

REINA.

Déjala en ese bufete,  
Porque quiero escribir; véte.

BRIANDA. (Ap.)

¿Oh si ya volase el día  
Para hablar con esperanza  
Al que mi amor engañó!  
Cautivo está como yo;  
Amor da la semejanza. (Vase.)

REINA.

Lo que yo dictare escribe;  
Quiero enmendar tus errores,  
Borrar quiero los favores  
Que el Conde de ti recibe.

DOÑA LEONOR.

Un error tan acertado  
Difícil és de enmendar,

Y mal se pueden borrar  
Favores que amor ha dado.

REINA.

Consultar se debe el modo  
De escribir este papel.

DOÑA LEONOR.

Y plega á Dios que con él  
No vengas á errarlo todo.

*Sale EL REY á la puerta.*

REY.

La Reina está con Leonor,  
Escribir querrá á Navarra;  
¡Ah mujer cuerda y bizarra,  
Dulce objeto de mi amor!  
Desde aquí pienso mirarte,  
Rayos tus ojos serán;  
Desde aquí soy tu galán,  
A hurto pienso adorarte.  
Una cadena y rubí,  
Que el rey de Toledo, Azar,  
Me envió, te vengo á dar;  
¿Qué imperio no es para tí?

DOÑA LEONOR.

¿Haslo ya pensado?

REINA.

Sí.

REY.

Al rey su padre responde.

REINA.

«Conde Porcelos...

REY.

¿Al Conde

Escribe la Reina? ¿Si  
Algo le querrá mandar?

DOÑA LEONOR.

Porcelos.

REINA.

»Si te he estimado...

REY.

Discretamente le ha honrado;  
Ella me querrá imitar.

DOÑA LEONOR.

Amado.

REINA.

De esa razon  
Tu loca pasion colijo;  
Amado tu boca dijo,  
Lo que está en el corazon.  
Estimado dije.

DOÑA LEONOR.

Así

Ya escrito.

REY.

Bien lo advirtió,  
Aun el eco la ofendió.  
¿Qué honestidad!

REINA.

Por aquí

Este papel no va bueno;  
Otro toma.

REY.

¿Qué atajada  
Se ve la mujer honrada,  
Escribiendo á un hombre ajeno!  
Todo es recato y temor,  
Todo es pesar y medir  
La razon que ha de escribir,  
Porque no parezca amor.

REINA.

«Conde don Diego Porcelos...

REY.

Dejarla quiero... Mas no,

Que quizá es cosa que yo  
A su instancia he de hacer.

DOÑA LEONOR.

Celos.

REINA.

»No niego que te he estimado,  
»Y que favores te di.

REY.

¿Dios me valga! ¿Estoy en mí?  
¿Oh necio desconfiado!  
Los reyes ¿no favorecen?  
De estos favores habló,  
Claro está.

DOÑA LEONOR.

Di.

REINA.

»Pero yo

»Siempre te amé.

REY.

Aquí padecen

Ilusiones mis oídos,  
Engaños mi entendimiento,  
Mi corazon desaliento,  
Miedo y horror mis sentidos.  
¿Cómo es esto? ¿Yo dudar?  
Yo temer? Mas ¿qué imprudencia!  
¿Por qué no tengo paciencia  
Para atender y escuchar?

DOÑA LEONOR.

Amé.

REINA.

»Con sola intencion

»De no pasar adelante.

REY.

¿Qué es lo que escucho?

REINA.

»Y tú, amante

»Atrevido, ¿aun en Leon

»Pretendes mas mis favores?

REY.

Pasos á mi muerte doy,  
Herido de un rayo estoy,  
Aspides piso entre flores.

REINA.

»Ama en otra parte pues;  
»No me mires ni me escribas.

REY.

Ya son injurias mas vivas,  
Parasismo fatal es  
El que siento; pero mienten  
Mis oídos, ilusiones  
Son de equivocadas razones,  
Mienten mis ojos, no alienten  
Contra mí mortales flechas.  
Vive Dios, que estoy corrido  
De que hayan en mí cabido  
Sombras de viles sospechas.  
El Conde fué mi trofeo,  
La Reina es ángel divino,  
Miento yo si lo imagino,  
Mataréme si lo creo.

DOÑA LEONOR.

Acabemos ya, Señora;  
Que atormentándome estás.

REINA.

No quiero que escribas mas;  
Quédese el papel ahora;  
Peor será que tu letra  
Llegue á sus manos; y así,  
Tú misma te enmienda á tí  
Con mi ejemplo; mal penetra  
Su corazon quien no sabe  
Disimular sus pasiones,  
Y dirigir sus acciones  
A virtud con rostro grave.  
Los libros de devocion  
De noche me has de leer;

Borrar quiero y deshacer  
Esa fácil impresion  
De tus afectos.

DOÑA LEONOR.

Señora...

REINA.

No repliques, sangre mia  
No tendrás si bizarria  
No muestras al Conde ahora  
En desprecios; si cruel  
No rompes amantes lazos,  
Yo misma te haré pedazos,  
Mas que he hecho á ese papel.

*(Rompe el papel.)*

No puedo, no, consentillo;  
Soy esquiva y singular.

DOÑA LEONOR.

¿Tanto delito es amar?

REINA.

Tanto delito es decillo.

*(Vase.)*

*Sale CARRASCO y MONGANA.*

CARRASCO.

¿Cómo no me ve, Mongana?  
Una vez de cuando en cuando  
Véame; que yo le mando  
Un vestido.

MONGANA.

Esta villana  
Fortunilla me ha cansado;  
¿Qué grosera es y qué necia!  
¿Cuántos méritos desprecia!  
Cuántos sin partes ha honrado!

CARRASCO.

Envidia, envidia comun  
Es tal queja y tal razon  
De los que bribones son.

MONGANA.

No se acaba el mundo aun.

CARRASCO.

¿Qué es aun?

MONGANA.

¿Aun no podemos  
Hablar bien los pobres?

CARRASCO.

No.

MONGANA.

Solo está este parque, y yo  
Estoy picado; juguemos,  
Carrasco, y la gravedad  
Quédese á un lado esta tarde.

CARRASCO.

Juguemos, aunque me aguarde  
El Rey.

MONGANA.

¿Quién?

CARRASCO.

Su majestad.

MONGANA.

Picara dicha importuna,  
¿Esto veo, y sin remedio?  
¿Qué he de ver con ojo y medio,  
Sino tuertos de fortuna?

CARRASCO.

Tiende tu capa en el suelo.

MONGANA.

¿Es porque está mas raida?  
Héla aquí que está tendida,  
Y en efecto me consuelo;  
Que hace calor.

CARRASCO.

¿Qué caudal  
Alcanza Mongana?

MONGANA.  
Aquí  
Sacaré cuanto hay en mí.  
(Alza por el naípe.)

CARRASCO.  
Y sacaré un hospital;  
Abora bien, el naípe es mio,  
Pare, Mongana.

MONGANA.  
Esta espada, (Quítasela.)  
Como el sombrero, me enfada.

CARRASCO.  
Pues perderá, yo lo fio.

MONGANA.  
¿Dicha hasta aquí se promete?  
A dos y dos.

CARRASCO.  
Cobarde es;  
Sota y rey.

MONGANA.  
Una, dos, tres,  
¡Ay! cuatro, cinco, seis, siete;  
Doblé mi parte.

CARRASCO.  
¿Y celebra  
De esa manera el ganar?  
¿Cómo tengo de jugar,  
Si así un rosario me enebra  
De pintas?

(Arroja Carrasco los naipes, y mientras Mongana los coge, le lleva el dinero, la capa, espada y sombrero.)

MONGANA.  
No regañemos,  
Ni arroje el naípe, soez;  
Yo los cogeré esta vez,  
Y con paciencia juguemos.  
¿Por una suerte los muerde,  
Y gruñe mas que un lechón?  
Naipes, tened compasión  
De un desdichado que pierde  
Eternamente; mi parte  
Dejó doblada, un real  
Era todo mi caudal,  
Dos he de hallar; de este arte  
Pudiera medrar. ¿Qué? ¿qué?  
¿Espada, capa y sombrero,  
Mi dinero y su dinero?  
¿Ah Carrasco! Él se me fué  
Con todo, demonio, caco. —  
¿Ah señores! por mi amor,  
¿Hay quien me enseñe una flor  
Para ganar á un bellaco?  
¿Que sea yo tan pobrete  
Y bestia tan desmañada,  
Que no sepa la puñada,  
La uñada ni el panderete?

Salte DON VELA.

DON VELA.  
Acaba ya de llegar,  
Noche, de la luz trofeo,  
Y agrádeme el deseo,  
Pues te sé lisonjear.  
En este parque te espero,  
Como quien te desaha;  
Sepulten la luz del día  
Los mares de este hemisfero.

MONGANA.  
Mi amo es este, ¿qué he de hacer?  
Que parezco jugador  
De pelota ó nadador;  
El juicio he de perder,  
Al agua me he de arrojar;  
¿Oh, qué buena está y templada!

Fu fu; lindamente nada  
Quien nada sabe ganar;  
(Nada en el tablado.)

A la garganta me llega;  
No nada un cisne mejor.

DON VELA.  
¿Estás loco?

MONGANA.  
Sí, Señor,  
Y aun borracho; hombre que juega  
Sin ramillete de flores  
No es hombre de habilidad.  
Pégasme la adversidad;  
Que solo dan los señores  
Su desdicha á los criados;  
Véte, pésia mi linaje,  
De Leon.

DON VELA.  
¿Y el homenaje?

MONGANA.  
¿Adónde mas desdichado  
Que aquí?

DON VELA.  
No me has de llamar  
Infeliz de esa manera.  
En palacio hay quien me quiera;  
Ya anochece, y he de hablar  
A cierta dama.

MONGANA.  
¿Quién es?

DON VELA.  
No lo has de saber.

MONGANA.  
Reviento  
Por saberlo, y aun lo cuento  
Desde ahora.

DON VELA.  
Toma pues

Tu capa.

MONGANA.  
¿Qué capa?

DON VELA.  
Espero,  
Dulce amor, en la estacada. —  
Toma tu espada.

MONGANA.  
¿Qué espada?

DON VELA.  
Cúbrete.

MONGANA.  
¿Con qué sombrero?

DON VELA.  
¿Jugaste?

MONGANA.  
Y están perdidos.

Dí quién es la dama ya;  
Alguna dueña será  
Viuda de siete maridos.

DON VELA.  
Pues, necio, infame, decid:  
¿La espada se ha de jugar?  
¿Cómo habeis de acompañar?

MONGANA.  
Con piedras, como David. (Vase.)

Salte PORCELOS.

PORCELOS.  
Vientos que moveis las flores  
De este parque sin sosiego,  
Templad ahora mi fuego,  
Y llevadme los rigores  
Del pensamiento; templad,  
Y haced que apacibles sean

Tres cosas que en mí pelean:  
Celos, amor y amistad.

DON VELA.  
¿Es don Diego?

PORCELOS.  
Amigo mio,  
Es el que vuestro ha de ser;  
El aura vengo á coger  
Deste parque hermoso y frío.

DON VELA.  
Yo, amigo, vengo á esperar  
La noche que va llegando;  
Amando estoy y esperando.  
A Leonor tengo de hablar,  
Porque así me lo mandó  
En este papel; no sé  
Si á leerlo acertaré,  
Como la luz se ausentó.

PORCELOS.  
Distintamente se ven  
Las letras; en bielos ardo.

DON VELA.  
«Aquesta noche os aguardo.»

PORCELOS.  
Considera, amigo, bien  
Que esta no es su letra. (Ap. Y yo  
Penas del alma desato.)

DON VELA.  
Quizá para mas recato  
La letra disimuló.

PORCELOS.  
Pudo ser. (Ap. Vuelva mi pena  
A alligirme el corazón.)

DON VELA.  
Ya que está de confusion  
Y sombras la noche llena,  
Amigo Conde, perdona,  
Este puesto guardarás.

PORCELOS.  
No te negaré jamás  
Vida, caudal y persona.  
¿A qué de cosas me obligo  
De dudas y de tormento?  
Y solo siento que siento  
Los amores de mi amigo.

DON VELA.  
Sale EL REY por otro lado.

REY.  
Ni el corazón en mi pecho,  
Ni yo en mi casa he cabido;  
A los campos he salido  
A dar voces á despecho  
De mi recato y decoro;  
Oiga la noche mi llanto.  
¿Que un hombre que estimo tanto  
Y una mujer que yo adoro  
Puedan ofenderme? Error  
Será de mi fantasia,  
Y la Reina notaría  
Aquel papel á Leonor  
Para el Conde, que quizá  
La sirve y la galantea;  
Esto fué, y aunque no sea,  
Me he de vencer y será.

DON VELA.  
Asómase BRIANDA á la ventana.

PORCELOS.  
Ya abrieron esa ventana;  
Leonor será.

DON VELA.  
Llego pues.

REY.  
Aquí hay gente; galán es  
De alguna dama.

PORCELOS.  
Inhumana  
Es la fortuna conmigo,  
Que ha dado piés de pavon  
A mi bizarra ambicion  
En la vida de un amigo.  
DON VELA.  
¿Es Leonor la que á la aurora  
Ha anticipado?  
BRIANDA.  
LEONOR  
Es la que os habla, Señor,  
Y Leonor la que os adora.  
REY.  
Leonor pienso que nombró.  
PORCELOS.  
¿Adora dijo? ¿Ay de mí!  
Si no es que bien no entendí,  
Ella en efecto olvidó.  
REY.  
Oír quisiera si es ella.  
DON VELA.  
Mi Leonor, si os he obligado,  
Diré que no me ha olvidado  
De todo punto mi estrella.  
REY.  
Mi Leonor dijo sin duda;  
¿Ob, si fuese este don Diego!  
Dame, noche, tu sosiego,  
Habla por mí, noche muda.  
BRIANDA.  
Don Vela, testigos son  
Los cielos de mis favores.  
REY.  
¿Don Vela ha dicho? ¿Ah rigores  
De mi pena y confusion!  
PORCELOS.  
Un hombre está allí parado,  
A reconocerle voy;  
Que yo mismo amparo soy  
De mi injuria y mi cuidado. —  
Caballero, en cortesía  
Pedirle y rogarle quiero  
Que desocupe el terrero.  
REY.  
Cierta es la desdicha mía;  
Que no es quien habla á Leonor  
Porcelos, antes le guarda  
Las espaldas. ¡Ah bastarda  
Naturaleza de amor!  
Quiérole bien y me ofende;  
Mataréle.  
PORCELOS.  
Caballero,  
Pues otro llegó primero,  
Váyase, si no pretende...  
REY.  
Él es, no quiere á Leonor;  
Y pues á él otro acompaña,  
Aquí hay traicion, no me engaña  
Mi sospecha; lo mejor  
Es retirarme y pensar  
Bien mis dudas y sospechas. —  
Agravió, deten las flechas,  
Añoja el arco al pesar. (Vase.)  
BRIANDA.  
Don Vela, como es temprano,  
Anda gente en el terrero;  
Mas tarde otra noche os quiero. (Vase.)  
DON VELA.  
Adios, ángel soberano.  
PORCELOS.  
Mal hice en no conocer  
Quién era; que un poderoso

Fuerza es que tenga envidioso.  
Mi enemigo puede ser;  
Sigole. (Vase.)  
Sale MONGANA, con un asador, embozado, con una rodela, y una cazuela por sombrero.  
DON VELA.  
¿Quién vá? ¿Quién es?  
MONGANA.  
Uu fiel criado que tienes.  
DON VELA.  
¿Cómo de esa suerte vienes?  
MONGANA.  
Vengo del modo que ves  
A guardarte las espaldas,  
Por si te buscan traidores;  
¿Qué te han dado?  
DON VELA.  
Mil favores.  
MONGANA.  
Mas valieran esmeraldas  
Y aun cuartos; yo lo primero  
Que en las cocinas topé  
Me vesti, porque no sé  
De espada, capa y sombrero.  
DON VELA.  
Esa es gracia necia y fría.  
MONGANA.  
¿Yo gracejo para mí?  
Si no me vistes así,  
Te he de acompañar de día;  
¿Quién es la dama tan blanda,  
Que quiere á un pobre?  
DON VELA.  
Es un cielo. (Vase.)  
MONGANA.  
Bien lo mereces; sabrélo,  
Aunque muera en la demanda. (Vase.)  
Sale EL REY, y sacan luces.  
REY.  
Poned las luces ahí,  
Y dejadme solo; estoy  
Tan fuera de mí, que soy  
Una sombra del que fui.  
¿De qué me sirve reinar,  
Si mi poder es tan breve,  
Que el agravio se me atreve  
Como hombre particular?  
Y en medio deste tormento,  
Lo que mas he de sentir  
Es el no poder decir  
A ninguno lo que siento.  
¿Hola!  
Sale PORCELOS.  
PORCELOS.  
¿Señor?  
REY.  
¿Conde, amigo?  
PORCELOS.  
No me honreis así, Señor.  
REY.  
(Ap. ¿Vos contra mí? Vos traidor?  
Yo me engaño, sombra ha sido;  
¿Contra mí atrevido vos,  
Levantándoos yo del suelo?  
Mas ¿qué mucho, si en el cielo  
Sucedió lo mismo á Dios?  
¿Contra mí mi propia hechura?  
No puede ser; ¿contra mí  
Hombre á quien el ser le di?

No puede ser, es locura.  
Vencerme tengo, y en vez  
De matarle, le daré  
Esta cadena, que fué  
Hermoso labor de Fez.)  
Dos joyas me han presentado:  
Esta, don Diego, es la una;  
Con vos parto.  
PORCELOS.  
A mi fortuna  
Estaré mas obligado.  
REY.  
Decid al merecimiento  
Y á mi amor.  
PORCELOS.  
Prendas de esclavo  
Son las cadenas.  
REY.  
Alabo  
La humildad y el rendimiento.  
Don Diego, dime verdad,  
¿Amas?  
PORCELOS.  
Señor, galanteo,  
Doy prisiones al deseo  
Y enfreno la voluntad;  
Que amaba podré decir,  
Y mi dama está cruel;  
Muerte me ha dado un papel,  
Fuerzas es no amar y sentir;  
Un papel, que hoy he leído,  
Aunque no era de su letra,  
Vida y alma me penetra.  
REY.  
(Ap. ¿Qué escucho! Estoy sin sentido.)  
Si de su letra no fué,  
¿Cómo recibes pasiones?  
PORCELOS.  
Eran suyas las razones.  
REY.  
(Ap. Mis dudas averigüé.  
Un papel, que hoy he leído,  
Aunque no era de su letra,  
Vida y alma me penetra.  
Elo está bien entendido:  
La letra fué de Leonor,  
De la Reina las razones;  
¿Qué quiero mas prevenciones?  
Disimulemos, rigor.)  
Conde, casaros deseo;  
Leonor, mi prima, ha de ser,  
Si gustais, vuestra mujer.  
PORCELOS.  
(Ap. ¿En gran turbacion me veo!  
Decir quisiera de sí;  
En medio don Vela está,  
Y si favores le da,  
Me ofendó tambien á mí.)  
Si gustara yo, Señor,  
Y ahora estoy de tal arte,  
Que... Mas no.  
REY.  
Si en otra parte  
Teneis, don Diego, el amor,  
No os casaréis; no os turbeis.  
PORCELOS.  
Amo, y para no agraviar  
A un amigo, el olvidar  
Es forzoso.  
REY.  
Bien haceis,  
Y bien claro habeis hablado;  
Idos, y pensadlo bien.  
PORCELOS.  
Vida los cielos te dén.  
REY.  
No os caseis, no vais turbado.  
(Vase Porcelos muy turbado.)

Sole LA REINA.

REINA.

Rey, señor y dueño mio,  
Veros mis ojos desean;  
No os he visto en todo el día,  
Que es un siglo en vuestra ausencia.

REY.

Mucho me huelgo de veros.  
(Ap. Quiero juntar esta puerta,  
Y tomar resolución  
En el golfo de mis penas.)

REINA. (Ap.)

Con inquietud está el Rey.

REY.

¿Violante?

REINA.

¿No decis reina?

REY.

(Ap. ¿Qué cruel es el agravio!  
Con dolor no hay elocuencia.)  
Breves razones, Señora:  
A Navarra es bien te vuelvas;  
Luego has de partirte. (Ap. Tente,  
No te descubras mas, lengua.)

REINA.

Mal que nunca se previno,  
Hierre, Señor, con mas fuerza;  
Amagos teneis de rayo:  
Da la muerte y despues truena.  
Mudanzas tan de repente,  
Solo el tiempo las hiciera;  
Solo el mar, varon insigne,  
Varios semblantes nos muestra.  
¿Vos con ceño? Vos callando?  
¿Vos con profunda tristeza?  
¿Vos decirme que me vaya?  
¿Qué novedades son estas?  
Si es que os caso, dueño mio,  
Por humilde esclava vuestra  
Podeis dejarme en palacio,  
Si no por esposa y reina.  
¿Cuándo al can que se ha criado,  
Aunque mas inútil sea,  
Se echa de casa, Señor?  
Mi amor y lealtad merezcan  
Los privilegios de un bruto.  
Si alguna mortal belleza  
Os da cuidado y amor,  
Bien sé, y estoy satisfecha  
De que no os amaré tanto,  
Aunque mayor dicha tenga;  
Pues ser ingrato por ser  
Amante no es excelencia  
En hombre particular,  
Cuanto mas en la grandeza  
De un rey, semejante á Dios,  
Que con justicia gobierna  
Reino, acciones y vasallos.  
Ea, Señor, resistencia,  
Resistencia á las pasiones;  
Como han estado secretas  
Hasta ahora, proseguid  
Con el silencio y modestia;  
Hija soy de un rey famoso,  
De antiguos reyes soy nieta,  
No desmerezca por mí;  
¿Qué dirán algunas lenguas  
De que á modo de repudio  
Así á mi padre me vuelva  
Baldonada y ofendida?  
Eso no, Dios no lo quiera,  
O al menos sepa la causa  
Por qué, Señor, me destierran  
Vuestros ojos de su luz;  
Que sin vos todo es tinieblas.  
(Vuelve el Rey la espalda.)  
¿Por qué, por qué, Señor mio?  
¿Aun no merezco respuesta?  
Morir sin saber de qué,

DD. C. DE L.-N.

Mal es que no se consuela.  
Pues, vive Dios, que he de ser  
En las llamas desta vela,  
Como Cébola el romano;  
Abrasar tengo con ella

(Toma una bujía, y quiere quemar  
la mano.)

Esta mano, ó la ocasion  
De mis desdichas y penas  
Tengo de saber de vos,  
Porque consolada muera;  
Ya que lástima no os doy,  
Horror os daré, que pueda  
Sacar piedad de ese pecho,  
Mejor diré de esa piedra.

REY.

Si los ojos abrasaras,  
Como la mano... (Deja la vela.)

REINA.

No es esa  
Palabra de un rey cristiano;  
No es hijo de la prudencia  
Lo que esa razon promete.  
Vive el cielo, que de estrellas  
Se corona, y son los ojos  
De esa luminosa esfera,  
Que mis pensamientos son  
De mas gallarda pureza  
Que sus altos rosicleres.  
En llegando á tal ofensa,  
No hay humildad, no hay amor,  
No hay recato, no hay paciencia;  
Tigre soy, haré pedazos  
Cuanto encuentra. Vuestra alteza  
Enmiende y borre lo dicho,  
Advirtiéndome que á la lengua  
Con candados de marfil  
Encerró naturaleza,  
Como fiero animal, pues  
Si se desata y se suelta,  
Con heridas incurables  
En las horas hace presa;  
Animal es prodigioso,  
Su velocidad detenga,  
Enfrente su curso leve,  
Hable con tiento, y proceda  
Mas advertido y mas cuerdo;  
Porque las palabras nuestras  
Son rios que atrás no vuelven,  
Si no es con infamia y mengua,  
Diciendo que hemos mentido.  
Mis ojos con evidencia  
Símbolos son del recato,  
La nieve, las azucenas,  
Los rayos del sol no han sido  
Jeroglíficos ó empresas  
De la virtud, como ellos.  
Los que imaginan y piensan  
Lo contrario son traidores;  
¿Qué mucho que me enfurezca,  
Considerando y sintiendo  
Los misterios que en sí encierran  
Palabras que son caballos  
Preñados de gente griega?  
¿Si los ojos abrasaras  
Como la mano! Revienta  
Mi pecho cólera y fuego,  
Es un Mongibelo, un Etna.  
Por los cielos soberanos,  
Que con esa espada diera  
Muerte á esta vida infelice,  
A no saber que se alegra  
Vuestra alteza con mi daño,  
Y aun con esa espada mesma  
Le diera muerte, á no ver  
Que es accion villana y fea;  
Que es sacrilegio atreverse  
A aquella deidad inmensa  
De los reyes. Ya me oyeron;  
Disimulo pues, y en esta  
Confusion yo desperté;

Halléme, Señor, sin fuerzas,  
Y sin sueño tan pesado.  
¿Qué alegre está quien despierta  
De ilusiones y fantasmas!

REY.

Violante ha estado muy cuerda  
Disimulando; con esto  
Encubramos las sospechas.

Sale DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.

A las voces he venido,  
Sin saber la ocasion...

REY.

Esta  
Es piedra contra los sueños.  
(Dala una sortija.)

Tomadla pues, y no crean  
Mas en ellos vuestros ojos.

REINA.

Por disimular la aceptan  
Mis manos.

REY.

Y yo os la doy  
Por hacer mas experiencias.

## JORNADA TERCERA.

Sale PORCELOS, DON VELA y MONGANA.

PORCELOS.

¿Al fin murió don García  
En las prisiones?

DON VELA.

Así

Me viene á faltar á mí  
La esperanza que tenía;  
Solo ese resquicio abrió  
A mi dicha la fortuna.  
Ya no hay esperanza alguna.

MONGANA.

Buen ventanazo nos dió.

PORCELOS.

Si la potencia divina  
Es quien la fortuna mueve,  
Desconfiar no se debe,  
Pues, donde no se imagina...

MONGANA.

Eso dicen de la liebre,  
Donde no piensan saltó,  
Pero de la dicha, no.

DON VELA.

Bárbaro, harás que te quiebre  
La boca.

PORCELOS.

Gusto de oíilo;

Dejadle.

DON VELA.

Véte de ahí,

O calla, Mongana.

MONGANA.

Aquí

Trovaré aquel estribillo:  
« ¡Oh terribles agravios, [labios!] »  
Matanme de hambre y ciérranme los

DON VELA.

Nunca hablaste sin dar pena.

MONGANA.

Como de esas tú me das.

PORCELOS.

¿Con necesidad estás?

Toma, amigo, esta cadena.

MONGANA.

Muy bien se la puedes dar,  
Animale, que es cobarde;  
Las cuatro son de la tarde,  
Y podemos comulgar;  
Como están mis tripas anchas  
A estas horas, así viva,  
Que puedo vender saliva;  
¿Hay quien quiera sacar manchas?

PORCELOS.

Aunque es dádiva del Rey,  
¿En quién mejor empleada?

DON VELA.

La merced es excusada.

PORCELOS.

Tomarla tienes.

DON VELA.

Si es ley  
Obedecer, tuyo he sido.  
¿Ah picaro!

MONGANA.

¿Qué regalo!  
No fué el estribillo ma' o;  
La cadena le ha valido.

PORCELOS.

Digo, pues, que la desdicha  
Es vivir desconfiando,  
Nadie sabe en qué ni cuándo  
Le ha de venir la desdicha.  
¿Cuántos en lo que tuvieron  
Por dichas, la muerte ballaron!  
¿Cuántos, cuando no pensaron,  
Ricos y alegres se vieron!  
Don Vela, mientras vivimos  
No hay buena ni mala suerte,  
Hasta que llega la muerte.  
Que es el fin á que nacimos.  
Morir bien y á la vejez  
Es la dicha verdadera;  
Y así, el hombre, hasta que muera,  
No puede, no, ser juez  
De su mala ó buena suerte.  
Vivir es dicha; al morir  
La dicha se ha de advertir.  
Si es mala ó buena la muerte.  
Quien muere bien es dichoso,  
Quien muere mal, desdichado.  
Un astrólogo afamado  
(Aunque siempre fui dudoso  
De la judicaria yo)  
Me dijo (el cielo lo impida)  
«Que seré dichoso en vida,  
Y no en la muerte.

DON VELA.

Mintió.

Ni te acuerdes ni lo creas;  
Eres varon singular,  
Y así, el cielo te ha de dar  
Aun mas vida que deseas.

PORCELOS.

Será así para los dos;  
Astrólogos no creí.  
Vivir bien me toca á mí,  
Lo demás le toca á Dios;  
Que, como yo haya vivido  
Bien creyendo y bien obrando,  
Muera yo del modo y cuando  
El cielo fuere servido.  
Voyme á ver al Rey.

DON VELA.

Adios.

MONGANA.

Ya podrás hacer retablos;  
El Señor de los diablos  
Sea bendito, que los dos  
Quedamos solos, toquemos  
Ese divino metal,

Tras quien va todo animal,  
Espejo en quien todos vemos  
Nuestras hermosas acciones.  
¿Oh cadena humana y bella,  
Si fueran los de Marsella  
Tus gallardos eslabones!  
Pienso que falsa has de ser,  
Porque, habiéndote tocado  
La mano de un desdichado,  
Alquimia te has de volver.

DON VELA.

Véte pues en hora buena;  
Que á una persona deseo  
Hablar, y viene.

MONGANA.

Y aun creo  
Que has de darle la cadena;  
Déjate de esos amores,  
Pagar podemos así,  
Que han de llover sobre mí  
Tus cansados acreedores;  
Y me habrá de suceder  
(Teméndolo estoy por puntos)  
Lo que á tres ciegos, que juntos  
Rezaban para comer.  
Dijo al uno una tapada:  
«Tome ese escudo, Tomé,  
Y repártalo.» Y se fué,  
No dejando á Tomé nada.  
Regocijados deste arte,  
Los ciegos se concomieron,  
Y sus partes le pidieron:  
«Tomé, mi parte, mi parte.»  
Él juraba á Jesucristo,  
Y ninguno le creía;  
Y hubo ciego que decía:  
«Si, se lo dió, yo lo he visto.»  
Sin mas ni mas intervalos,  
Confundido en los dos modos,  
Andaban á palos todos,  
Y se molieron á palos.

DON VELA.

Véte ya.

MONGANA.

Dime quién es  
La tal dama.

DON VELA.

Bestia, véte.

MONGANA.

¿Es mondonga del retrete?  
Sépallo, y muera despues. (Vase.)

Sale BRIANDA.

BRIANDA.

Vi á don Vela, y he venido,  
Como blanca mariposa,  
Siguiendo la luz hermosa,  
Que su cuna y tumba ha sido.—  
¿Señor don Vela?

DON VELA.

Brianda,  
Aurora de mi consuelo,  
Iris sacro de mi cielo,  
Mensajera por quien anda  
Comunicándose el bien  
De mi vida y de mi amor.  
Dime, ¿cómo está Leonor?

BRIANDA.

Buena, y amando también.

DON VELA.

Dale esta cadena, y ruega  
(Dale la cadena.)

Que la acepte, y en su pecho  
La vea yo, satisfecho  
De que favor no me niega;  
Por la extraordinaria hechura,  
Ya que no por el valor,  
Digna ha sido de Leonor.

BRIANDA.

Luego la daré.

DON VELA.

Procura

Hacer mis partes.

BRIANDA.

Es cierto.

DON VELA.

¿Quién te diera un gran tesoro! (Vase.)

BRIANDA.

En las finezas del oro  
De mi amor está encubierto;  
Disculpada es mi malicia,  
Remedio á mi amor prevengo,  
Y ya se verá que tengo  
Mayor amor que codicia;  
La cadena la he de dar.

Sale DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.

¿Brianda?

BRIANDA.

Señora mía,  
¿Cómo te va de alegría?  
¿Cómo te va de pesar?

DOÑA LEONOR.

De todo tengo, aunque soy,  
Entre mis quejas y amores,  
Las horas tristes mayores.

BRIANDA.

Así dice una canción:  
«Oh si volasen las horas del pesar,  
Como las del placer suelen volar!»  
Esta ha de estarte muy bien;  
Ponte al cuello esta cadena.

DOÑA LEONOR.

¿Quién te la ha dado? Que es buena.

BRIANDA.

No me preguntes de quién.

DOÑA LEONOR.

¿Ay, si de don Diego fuera!  
No te quiero examinar.

BRIANDA. (Ap.)

Don Vela se ha de engañar,  
Si la cadena la ve;  
También en deuda me está  
De que me voy, porque viene.

DOÑA LEONOR.

¿Qué mujer tu agrado tiene?  
Discretamente te vas.

(Vase Brianda.)

Sale PORCELOS.

PORCELOS.

Aquí me encuentro á Leonor,  
Y con dos afectos lucho;  
Mucho es mi respeto, y mucho  
Es en en el alma el amor.  
¿Llegaré? Tengo temor  
De ofender á la amistad.  
¿Callaré? Será cruelidad  
No explicar mis propios daños.  
¿Hablaré? Diráme engaños.  
¿Huiré? Tengo voluntad.

DOÑA LEONOR.

Conde, pasad adelante.  
¿Qué teméis ni qué dudáis?  
¿Suspenseo al verme quedáis?  
¿Sois acaso aquel amante  
Que prometió del diamante  
La firmeza y resplandores,  
Lo fino de los colores  
De la rosa, hija del mayo,

a del rayo  
de los amores?  
PORCELOS.  
s la que ha jurado  
lo de amistad,  
de la lealtad,  
o del cuidado,  
del amado,  
del olvido,  
que firme ha sido,  
de la esperanza,  
de la mudanza?  
DOÑA LEONOR.  
lo he cumplido.  
PORCELOS.  
ludo, Leonor.  
DOÑA LEONOR.  
firmo, don Diego.  
e luz el ciego,  
rde de valor;  
os faltó el amor,  
no por anteojos  
erdes y rojos,  
bjetos se ofrecen,  
rdes parecen,  
olor en los ojos.  
PORCELOS.  
; crédito y fe  
; que estima y ama,  
e dice la dama  
; mismo que ve,  
za, engaño fué,  
entendimiento,  
del cumplimiento;  
que estoy en mí,  
reer lo que vi,  
tir lo que siento.  
pecho me adora,  
lora á mi amigo,  
doras, conmigo  
vez traidora.  
n eres, Señora,  
traidora has de ser,  
er ó no querer;  
dos favoreces,  
lora dos veces;  
nstruo, y no mujer.  
es el decir  
litud y mi pena;  
r mi esa cadena,  
as de recibir.  
nigo he de sentir,  
nor ingrata fueres;  
en soy y quién eres,  
males que espero;  
me quieres muero,  
si me quieres.  
DOÑA LEONOR.  
enigmas y encanto,  
; confusión mía;  
ntiendo tu alegría,  
ehendo tu llanto;  
razones me espanto,  
nietro; y así,  
isma me perdí;  
enguaje tan sucinto  
as un laberinto,  
no sepa de mí.  
PORCELOS.  
a voz de sirena,  
me los oídos.  
DOÑA LEONOR.  
edra sin sentidos.  
PORCELOS.  
edra, esa cadena  
labones y ordena  
te hiriéndome están,  
e arrojé un volcán  
ismo de centillas.

DOÑA LEONOR.  
¿Para que me abrasen ellas?  
PORCELOS.  
Eres nieve; no podrán.  
DOÑA LEONOR.  
Eres ingrato.  
PORCELOS.  
Tú infiel.  
DOÑA LEONOR.  
Tú falso.  
PORCELOS.  
Tú fementida.  
DOÑA LEONOR.  
Mientes, Conde, por tu vida.  
PORCELOS.  
Cadena, parque y papel  
Son testigos.  
DOÑA LEONOR.  
¡Ah cruel!  
; Tanto engaño, tanto enredo!  
  
*A la puerta DON VELA, y escucha.*  
PORCELOS.  
Déjame, Leonor.  
DOÑA LEONOR.  
No puedo.  
PORCELOS.  
Libre soy.  
DOÑA LEONOR.  
Y esclava soy.  
PORCELOS.  
; Cómo, si rabiando voy!  
DOÑA LEONOR.  
; Cómo, si llorando quedo!  
*(Ásele de la capa.)*  
PORCELOS.  
Suelta la capa.  
DOÑA LEONOR.  
La palma  
He de alcanzar.  
PORCELOS.  
No podrás.  
DOÑA LEONOR.  
; No vale tu capa mas  
Que un alma? Suéltame el alma.  
PORCELOS.  
Engaña el mar con su calma,  
Y tú con esa dulzura.  
DOÑA LEONOR.  
¿Cuándo engaña fe tan pura?  
PORCELOS.  
Si finge amor.  
DOÑA LEONOR.  
Es error;  
Mas bien dices, no es amor  
El que llega á ser locura.  
*(Vase Porcelos sin ver á don Vela.)*  
DON VELA.  
; Esto escucho, y vivo estoy?  
Esto he visto, y tengo vida?  
Villana, falsa, homicida,  
Tirana del ser que soy,  
Pues vida me dabas, hoy  
Desestimas tu belleza,  
Tu recato, tu nobleza  
Y el alma que yo te di;  
; Cómo te lleva tras sí  
Tu misma naturaleza?  
; Desta suerte, desta suerte  
Se premia mi inmenso amor?  
Eres simbolo, Leonor,  
Del engaño y de la muerte.

DOÑA LEONOR.  
Hombre, ¿quién eres? Advierte  
Con quién hablas; que, á mi ver,  
Vienes loco.  
DON VELA.  
Puede ser;  
Que locos hace una pena.  
*(Ap. ; Que trayendo mi cadena  
Esto diga una mujer !)*  
Si amor á don Diego tienes,  
; Cómo me engañas á mí?  
DOÑA LEONOR.  
Loco, ¿qué dices?  
DON VELA.  
Que vi  
En ti amor, en él desdenes.  
DOÑA LEONOR.  
Hombre ú demonio, ¿á qué vienes?  
DON VELA.  
A ver tus muchos engaños.  
DOÑA LEONOR.  
; Qué sucesos tan extraños!  
DON VELA.  
Los que con el alma toco.  
DOÑA LEONOR.  
; Hola! Echad de aquí este loco.  
DON VELA.  
; Locuras son desengaños?  
DOÑA LEONOR.  
Haréte matar.  
DON VELA.  
Ya muero  
A manos de tus rigores.  
DOÑA LEONOR.  
; Qué dices?  
DON VELA.  
De los favores  
Que me diste desespero.  
DOÑA LEONOR.  
Hombre, véte.  
DON VELA.  
Oye, áspid fiero.  
DOÑA LEONOR.  
; Quién eres?  
DON VELA.  
Quien te ha adorado.  
DOÑA LEONOR.  
Y ¿quién soy?  
DON VELA.  
Quien me ha engañado.  
DOÑA LEONOR.  
; Yo te vi?  
DON VELA.  
Ni me has de ver.  
DOÑA LEONOR.  
; Qué desdichada mujer!  
DON VELA.  
Yo sí que soy desdichado.  
*(Vase cada uno por su puerta.)*  
  
*Sale MONGANA.*  
MONGANA.  
Viéndome desaliñado,  
Pobre, mal vestido y roto,  
; Quién dirá que soy devoto  
De saber lo que ha pasado?  
Por saber quién es la dama  
De don Vela, mi señor,  
Conde Claros con amor,  
Saltos diera de la cama.  
A costa de que un soldado  
De la guarda me despeje,

Con sus barbas de hereje,  
Hasta el jardín he llegado;  
Por Dios, que la Reina sale;  
¡Qué santa mujer! Qué hermosa!  
De las flores es la rosa,  
Mas que toda España vale.

*Sale LA REINA.*

REINA.  
¡Hola! Avisad á las damas  
Que á los jardines me voy;  
Si melancólica estoy,  
Hagan pálidas retamas,  
Hagan flores y jazmines  
Lo que el discurso no ha hecho;  
Mas si el mal está en el pecho,  
No hay remedio en los jardines. *(Vase.)*

MONGANA.  
La Reina es cosa sagrada;  
Della no puedo saber  
Quién es aquesta mujer  
Tan servida y recatada.

*Van saliendo LAS DAMAS, con bandas, hablando.*

A esta he de llegar primero;  
Ingeniosa es mi cautela.—  
*Criado soy de don Vela.*

*(Hace reverencia.)*

DOÑA LEONOR.  
Pues ¿qué importa, majadero?

MONGANA.  
No sois vos, pues respondeis  
Tan á secas.

DOÑA LEONOR.  
Anda, Isabela. *(Vase.)*

*Sale ISABELA, dama.*

MONGANA.  
*Criado soy de don Vela.*

ISABELA.  
Muy buena alhaja teneis. *(Vase.)*

MONGANA.  
Tambien me responde mal.

*Sale MARCELA, dama.*

Esta se llama Marcela.—  
*Criado soy de don Vela.*

MARCELA.  
Servis á lindo hospital.

MONGANA.  
Esta tampoco ha de ser.

*Sale BRIANDA.*

Una esclavilla bufona  
Sale tambien, y es persona  
A quien he de acometer.

BRIANDA.  
¡Qué aprisa la Reina va!  
Aun á las damas no espera.

MONGANA.  
Mas ¿si aquesta galga fuera?  
Pero presto se sabra.—  
*Criado soy de don Vela,*  
Mi Señora.

BRIANDA.  
Huelgo, á fe,  
De conoceros.

MONGANA.  
Ya sé

*(Todo el tiempo lo revela)*  
Que le dais muchos favores.

BRIANDA.  
Luego ¿ya me ha conocido?

MONGANA.  
¡Qué? Muy bien, y agradecido  
Está suspirando amores.

BRIANDA.  
Este rubi le has de dar  
En albricias; ¿que ha gustado  
Que yo le quiera?

MONGANA.  
Doblado  
Dice que ahora ha de amar.

BRIANDA.  
Buenas nuevas te dé Dios,  
Eso mis ojos desean;  
Voyme, porque no nos vean  
Solos hablando á los dos.  
La sortija es extremada,  
Tráigala desde hoy por mí.  
*(Ap. A la Reina la cogí.*  
Esclava y enamorada,  
¿Qué no ha de hurtar?) *(Vase.)*

MONGANA.  
¡Dos mil cruces  
Me hago! La perrenque ha sido;  
Lindamente lo he sabido,  
Y por lindos arcaduces.  
¡Oh cuánto necio blasona  
Que dama de partes tiene,  
Y es, cuando á saber se viene,  
Un punto mas que fregona!  
Don Vela y don Diego son.

*Sale DON VELA y PORCELOS.*

DON VELA.  
Esto, amigo, me ha pasado.

PORCELOS.  
De todo estoy admirado.

MONGANA.  
Déte mas admiracion  
El que sé quién es tu dama.

DON VELA.  
¿Qué dices, loco?

PORCELOS.  
Que yerra  
Tu gusto amando á una perra;  
Una galga es quien te llama  
Suyo.

DON VELA.  
Y ¿cómo lo has sabido?

MONGANA.  
Ella me lo dijo á mí,  
Y te envia este rubi;  
Piensa que la has conocido  
Y que la quieres.

PORCELOS.  
Don Vela,  
Eso es sin duda, Brianda  
En estos enredos anda,  
Suya ha sido la cautela.  
No era letra de Leonor,  
Y aun siempre yo sospeché  
Que la voz suya no fué.

DON VELA.  
¡Habrá desdicha mayor!  
Éché la fortuna el sello  
En perseguirme y burlar.

MONGANA.  
El rubi puedes tomar.

DON VELA.  
Ni he de tomarlo ni vello.  
A la bufona embustera  
Se le vuelve.

MONGANA.  
Si, mañana.  
PORCELOS.  
Toma esta bolsa, Mongana,

Por ese rubi; y no quiera  
Caer en la necedad  
De volverlo.

MONGANA.  
No caeré.

PORCELOS.  
Esto se gaste, que fué  
Atraverse mi amistad,  
Y en habiéndose gastado,  
Tú me avisarás despues.

DON VELA.  
A quien desdichado es,  
No hay consuelo, ni aun soñado.

PORCELOS.  
En mi he vuelto, corazon;  
Dame albricias, alma mia;  
Toma, toma mi alegría,  
Dame, dame tu pasion.  
Alentad, ojos, deseos,  
Alentad, no siendo extraños;  
No me mateis, desengaños,  
Con el placer, detenéos.

MONGANA.  
En estos jardines anda  
Ya la Reina.

PORCELOS.  
Verdad es;  
Retirémonos los tres.

DON VELA.  
¡Que me engañase Brianda!  
*(Vanse.)*

*Sale LA REINA y DOÑA LEONOR.*

REINA.  
Desnudo el invierno frio  
Estas ramas del jazmin,  
Monarca deste jardin;  
Y las albas del estio,  
Llorando en él su rocío,  
Restauraron su belleza,  
Y la arrugada corteza  
Vió su pompa natural;  
Y siendo yo racional,  
¿Es eterna mi tristeza?  
Esta fuente casi helada,  
La estacion del tiempo fria,  
Calla con melancolia,  
En si misma aprisionada;  
Vino mayo, y desatada  
Corrió con mas ligereza,  
Dando al aire con belleza  
Martinetes de cristal;  
Y siendo yo racional,  
¿Es eterna mi tristeza?  
El pajarillo, que muerde  
Esos ramos y esas flores,  
Cuando copia los colores  
De su pluma el campo verde,  
La voz rompe, el color pierde  
Que infundió naturaleza  
En su viudez, y así empieza  
Su música accidental;  
Y siendo yo racional,  
¿Es eterna mi tristeza?

DOÑA LEONOR.  
Señora, la causa di  
De tus tristezas.

REINA.  
No sé.

DOÑA LEONOR.  
¿No ha de haber remedio?

REINA.  
¿En qué?

DOÑA LEONOR.  
¿Quieres que te canten?

REINA.

Sí.

DOÑA LEONOR.

Siéntate pues, y la pena  
Acaso divertirás.

REINA.

Ya no podrá ser jamás.

DOÑA LEONOR.

Ponte al cuello esta cadena,  
Que es de labor africana,  
Y no se ha visto en Leon  
Tan curiosa perfeccion.

REINA.

Cualquier medicina es vana.  
Leonor, el Rey se ha cansado  
De mí, enfadado me mira,  
Aragon le ofrece á Elvira;  
Y mi pecho enamorado,  
Como no tiene otro estudio  
Sino amar con impaciencia,  
Siente mas del Rey la ausencia  
Que la afrenta del repudio.

DOÑA LEONOR.

Será engaño.— Cantad.

REINA.

Grece

Mi mal si música das;  
Que al alegre alegre mas,  
Y al triste mas le entristece.

músicos. (Cantan.)

*Celoza está y ofendida  
La gran reina de Cartago,  
Porque ha sentido la ausencia  
De aquel piadoso troyano.  
Llorando al fuego se arroja,  
Y las llamas se aumentaron,  
Porque lágrimas de amor  
Volcanes son, y no llanto.*

REINA.

Hizo bien.— Encendido fuego;  
Que si en desdichas me abraso,  
Quiero juntar en mi muerte  
Fuego á fuego, rayo á rayo,  
Pena á pena, furia á furia;  
Pues los cielos me negaron  
Vida á vida, amor á amor,  
Gloria á gloria, labio á labio.

DOÑA LEONOR.

¿Qué accidente es este tuyo?

*Sale EL REY, y UN CRIADO con un  
retrato, que le da al Rey.*

CRIADO.

Este es, Señor, el retrato  
Que me pediste de Elvira;  
De Zaragoza le traigo. (Vase.)

REY.

Tú me has servido muy bien.  
Quiero mirarla despacio,  
Porque ha de ser de mis penas  
El alivio y el reparo;  
Si mis sospechas no mueren,  
Si son ciertos mis agravios,  
Sustitucion será hermosa  
De aquella que estoy mirando.  
¡Cuánto, cuánto mas gallarda  
Es Violante que esta? ¡Cuánto  
Es aquel ángel (¡qué tanto!)  
Mas hermoso y mas bizarro?  
Sombra es esta de aquel sol.  
Nube es esta de aquel rayo;  
Pero ¡qué importa mi amor,  
Si el honor está temblando?

músicos. (Cantan.)

*El mar llora dos ejemplos  
De amantes, Ero y Leandro,*

*Unidos en una muerte,  
En una fe y en un mármol.*

REINA.

Dichosos aquellos dos,  
Que fenecieron amando,  
Si eran honestas sus vidas,  
Si eran sus amores castos.  
Dejadme arrojar á mí  
Sobre los duros peñascos  
De ese parque; mas ¿qué importa,  
Si no he de encontrar los brazos  
De mi esposo?

REY.

Las tristezas

De la Reina van pasando  
Adelante cada día,  
Y yo no me satisfago  
De mis dudas; déme el cielo  
La muerte ó el desengaño;  
Pero junto lo estoy viendo,  
En su cuello estoy mirando  
Desengaño y muerte. ¡Ah cielo!  
Lo que te pedí me has dado.  
¿No es aquella mi cadena?  
Sin vergüenza y sin recato  
La trae al cuello, diciendo  
Que se la dió un hombre falso.  
Ea, á sentir me retiro;  
Ea, ya á morir me aparto;  
Ea, acabemos con esto,  
Muramos, honor, muramos. (Vase.)

BRIANDA.

Mirando te ha estado el Rey  
Entre esas flores y ramos,  
Y se le cayó en el suelo  
Un retrato de la mano.

REINA.

Dámele acá; dame luego  
Ese veneno ó letargo,  
En que duermen mis sentidos.—  
Idos todos, retiráos.

DOÑA LEONOR.

¡Que niegue el Rey á esta fe  
Deudas de amor!

BRIANDA.

¿Qué intervalos

Son estos? (Vase.)

DOÑA LEONOR.

No los entiendo;  
El seso le va faltando. (Vase.)  
(*Quédase la Reina hablando con el re-  
trato.*)

REINA.

Elvira, entremos en cuenta  
Las dos ahora, y sepamos,  
Yo tu bien, y tú mi mal,  
Yo tu dicha, y tú mi agravio.  
Mas hermosa eres que yo,  
No lo niego; pero ¿cuándo  
No es la hermosura infeliz?  
Ejemplos tenemos raros.  
Naturaleza y fortuna  
Usan efectos contrarios;  
Al dar belleza, al dar dicha.  
Las dos nos truecan las manos.  
(*El Rey á la puerta, escuchando.*)

Elvira, escarmienta en mí.  
Que me he visto en el estado  
Que has de tener, y has de verte  
En el que yo estoy llorando.  
Dichosa tú, que tendrás,  
Cuando lleguen los trabajos  
De tu espíritu, consuelo  
En lo que á mi me ha pasado.  
Hallarás en mí un ejemplo  
De fe, de amor, de recato,  
Desdichas y mas desdichas,  
Unas tengo, otras aguardo.

Mira, Elvira, que al Rey quieras;  
Solo anhelan tus cuidados  
Por amarle como yo.  
Pero no podrá ser tanto.  
Mas; cómo tengo paciencia  
Para mirarte de espacio,  
Y para darte consejos  
Contra mí, que en celos ardo,  
Contra mí, que llamas hielo?  
Pensamientos soberanos,  
Deseos no conocidos  
Y amores nunca estimados,  
Plega al cielo que yo vea  
Al dueño deste traslado,  
Con los áspides que ahora  
El alma me están chupando;  
Plegue al cielo que yo goce  
Las quejas y desengaños  
Que tendrá.

Sale EL REY.

REY.

¿Qué es esto?

REINA.

Nada;

Tomad allá ese retrato. (Vase.)

REY.

Cuando á buscalte venia,  
Sospechas y dudas hallo,  
Que me contrastan de modo  
Que suelen vientos contrarios  
Impelir y detener  
Un bajel, que zozobrando  
Se ve en ondas de zafir,  
Se ve en montes de alabastro.  
Vi la cadena, y oi  
Palabras que eran regalos  
Del amor mas verdadero,  
Del corazón mas humano.  
¿Preguntaré quién la dió?  
¿He de andar averiguando,  
Como hombre vil, las injurias?  
No han de salir de los labios.

Sale PORCELOS.

PORCELOS.

Horas há que no te he visto;  
Dame, gran señor, la mano;  
Que el día que no la besó,  
Estoy tan desazonado,  
Que de nada tengo gusto.

REY.

Llega, don Diego, á mis brazos.

PORCELOS.

Sin la mano, no hay favor  
Que me satisfaga.

REY.

Extraños

Son tus modos de obligar;  
(*Ap.* Pero ¿qué he visto? ¿Qué vaso  
De veneno estoy bebiendo!  
En el rubí que le he dado  
A la Reina, mis dos joyas,  
Como amantes, se han trocado;  
¿Qué mas desengaños quiero?  
Bastan, honor, estos cargos;  
Por agraviado me doy,  
Cuando bastó sospecharlo.)  
Don Diego, venid conmigo.

PORCELOS.

Siempre seguiré tus pasos.

REY.

A las doce de la noche  
En este parque os aguardo.

(Vase.)

Salen al balcon DOÑA LEONOR  
y BRIANDA, esclava.

DOÑA LEONOR.

Brianda, en este balcon,  
Ya que la noche ha venido,  
Espero restituído  
A mi pecho el corazon.  
Hablarme quiere don Diego,  
Repetir querrá sus quejas;  
Y así, he venido á estas rejas  
Con algun desasosiego.  
Darle pretendo un favor,  
Si viene como solia;  
Vé á traer, Brianda mia,  
Una banda de color.

BRIANDA.

Huélgome mucho que estés  
Alegre; tambien lo estoy,  
Pero por la banda voy,  
Yo te lo diré despues.

DOÑA LEONOR.

Vengas, oh noche, en buen hora;  
Si amor me da tus favores,  
Tus estrellas serán flores,  
Tu obscuridad será aurora.

Salen PORCELOS y CARRASCO.

PORCELOS.

Carrasco, vuélvete á casa.

CARRASCO.

¿Cómo te puedo dejar?

PORCELOS.

Solo esta noche he de andar,  
No has de saber lo que pasa;  
Mira que me enojaré  
Si no te vas.

CARRASCO.

Tuyo soy.

(Ap. Aunque finjo que me voy,  
En este parque podré  
Esperar; que soy leal,  
Y aun puedo estar reposando,  
Porque él suele estar hablando  
Una noche natural.  
Aqui me tiendo, y él hable  
Cuanto le venga á la boca.)

(Pónese un lienzo en la cara, y la capa  
por almohada, y duerme.)

DOÑA LEONOR.

¿Quién á nuestras rejas toca?

PORCELOS.

(Ap. Ella respondió; ; notable  
Es su cuidado!) Leonor,  
¿Quién se pudiera atrever  
A estas rejas, á no ser  
Animado de tu amor?

DOÑA LEONOR.

¡Ay Conde! Gracias al cielo,  
Que mas apacible vienes.

PORCELOS.

Razon de culparme tienes.

DOÑA LEONOR.

Habla paso.

PORCELOS.

No hay recelo

Ya en mi amor; que el Rey me dijo  
Que tú mi dueño has de ser.

DOÑA LEONOR.

¡Oh, qué dichosa mujer!

PORCELOS.

Oh, qué inmenso regocijo!

EL DOCTOR MIRA DE MÉSCUA.

Sale MONGANA.

MONGANA.

Siguiendo voy y acechando  
A este bellacon; que muero  
Por vengarme. Como un cuero  
Está durmiendo y roncando.  
Ya una burla le prevengo;  
Que, como aprendo á escribir,  
Mi tintero ha de venir  
Siempre aqui. Si dél me vengo,  
Seré un famoso varon;  
Aunque esto será barato,  
Con que cuelguen mi retrato  
En alguna procesion.  
Tinta le echo en las dos manos,  
Pues las tiene tan tendidas;

(Échale tinta.)

¡Oh! véalas yo mordidas  
De dos valientes alanos.

PORCELOS.

¡Tal, Señora, has de decir?  
Darásme gran desconsuelo.  
¿Tú témores? Vive el cielo,  
Que de amante he de morir.

DOÑA LEONOR.

Y yo, Conde, he de quererte  
Hasta que deje de ser,  
Y aun mi amor ha de exceder  
Los términos de la muerte.

(Pica Mongana á Carrasco con una pa-  
ja en la cara, y él se tiñe al refre-  
garse con las manos.)

MONGANA.

Vos mismo seréis, Carrasco,  
Quien la burla os haga así;  
¿Pica la mosca? Eso sí,  
Eso será untar el casco.  
¡Oh, si un áspid le picara!  
No está otra mano segura;  
Déte el cielo la ventura  
Como te pones la cara.  
Él se pone negro y fiero;  
Borracho debe de estar,  
Pues no acierta á despertar.  
Espada, capa y sombrero  
Cobré ya.—No ha de dormir

(Quítaselo.)

Quien tiene enemigos, loco.—  
Otra vez le pico y toco,  
Acábase de teñir.

(Vase.)

PORCELOS.

¿Cómo he de irme sin señal  
De tan verdadero amor?  
Cómo he de irme sin favor  
Que hacerme pueda inmortal?

DOÑA LEONOR.

No os iréis; dame esa banda  
Azul, que el alma me alegra;  
¡Ay! que la arrojé, y es negra;  
¡Oh, qué necia estás, Brianda!

(Arroja la banda.)

PORCELOS.

¿Qué importa el negro color?  
Ningun agüero me muestra;  
Que en el haber sido vuestra,  
Está, Señora, el favor.

DOÑA LEONOR.

Adios, Conde, hasta mañana,  
Que volvais á ser el día  
De mi luz y mi alegría.

(Vase.)

PORCELOS.

Vos el alba soberana.—  
¡Oh banda, cuánto he estimado  
Teneros por prenda hermosa  
De la que ha de ser mi esposa!  
Vuestro color no ha turbado

Mi esperanza y mi alegría,  
Que la noche negra y fea  
El amante la desea  
Mas que el rosicler del día.  
¿Quién es? ¿Qué gente?

CARRASCO.

Ninguna

Hay; que sin espada estoy.

PORCELOS.

¿Quién eres, hombre?

CARRASCO.

¿Quién soy?

¿No conoce haciendo luna?

PORCELOS.

¿Eres sombra ó monstruo feo?

CARRASCO.

Pues que no me ha conocido,  
Quiero callar.

PORCELOS.

Negro ha sido

Esta noche cuanto veo.

CARRASCO.

Él me mandó que me fuese;

No quiero enojarle mas.

(Vase.)

PORCELOS.

¿Cómo callando te vas?  
Pero ¿qué recelo es ese,  
Corazon? Negro seria,  
Que estaba durmiendo aquí;  
Nunca en agüeros creí,  
Dios es quien todo lo guía,  
Porque el mundo engaña y miente;  
Bien es que algunas señales  
Han precedido á los males,  
Pero todo es accidente.  
Muerte y vida Dios la da;  
No hay potencia humana cierta;  
Las doce son, y la puerta  
Siento abrir; el Rey será.

Sale EL REY.

REY.

¿Es el Conde?

PORCELOS.

Sí, Señor.

REY.

¿Venis solo?

PORCELOS.

Solo vengo.

REY.

Esperad un rato.

(Vase.)

PORCELOS.

Tengo

Un linaje de temor:  
Que no entiendo para qué  
Solo á estas horas y aqui  
Me quiere el Rey; pero á mi  
¿Qué me importa? No lo sé,  
Ni es bien sabello; esperar  
Me toca y obedecer.

(Siéntase en una silla.)

Misterio el Rey ha de ser,  
Que no se ha de escudriñar;  
Pero esta melancolia,  
Este cuidado y temor,  
Que serán de nuestro humor,  
No se han de hacer profecía;  
Que han de ser afectos vanos,  
Pasiones de ánimo errantes,  
Porque nunca están constantes  
Los pensamientos humanos.  
El Rey me mira estos dias  
Con semblante diferente;  
Luego causa suficiente  
Tienen mis melancolias.

Si mi dicha se ha cansado,  
Cosas ordinarias son,  
Que tienen declinacion  
Las que llegan á su estado.  
Enemigos ni envidiosos  
No tengo; vanos temores,  
Dejadme; que ni hay traidores  
En palacio ni hay quejosos.  
Yo sirvo bien, vivo bien;  
Justo es el Rey, yo leal;  
Pues ¿por qué recelo mal?  
Si es amago, si es vaiven  
De la fortuna, ¿qué importa?  
Cáñese, injurias ofrezca,  
Como yo no las merezca;  
La vida mas larga, corta  
Parece cuando el morir  
Llega; con pálido ceño  
La tristeza engendra sueño,  
Seguro podré dormir. (Duérmese.)

Sale EL REY.

REY.

Pasos son de un desdichado  
Estos que doy, pues deseo  
Tener piedad, y me veo  
A ser cruel obligado.  
Tan obediente y leal  
Siempre el Conde me ha servido,  
Que, aunque me juzgo ofendido,  
No le puedo querer mal.  
Descuidado se durmió,  
Mucho hay aquí que decir;  
¿Seguro puede dormir  
Quien á un rey ofende? No.  
Ilusiones son y antojos  
Mis sospechas; la traicion  
Dicen que es como el leon,  
Que no cierra bien los ojos.  
Este duerme descuidado,  
Sin recelo, sin temor;  
¿Cómo puede ser traidor  
Un corazon sosegado?  
Casi todo, yo lo dejo;  
Pero si son vehementes  
Los indicios, piedad, ¿mientes?  
Con razon me ofendo y quejo,  
Conde amigo; si por dicha  
Eres leal, recto soy;  
Cuando la muerte te doy,  
Quejate de tu desdicha.  
(Quítale la espada, y al mismo tiempo  
le da de puñaladas, y él se desfiende  
de con la silla.)

PORCELOS.

¿Válgame Dios! ¿Quién da muerte  
A un inocente?

REY.

Un rey justo,  
Que te mata con disgusto,  
Y es tan contraria mi suerte,  
Que es fuerza.

PORCELOS.

Señor, Señor,  
Ten piedad, no te ofendí;  
¿Tú mismo me matas?

REY.

Si,  
Y en esto se ve mi amor;  
Que no quiero que ninguno  
Sepa que traidor has sido  
Y que yo estoy ofendido.  
Aunque vivo queda el uno  
De dos que saben lo cierto,  
Singular testigo es,  
Y yo moriré despues,  
De pena de haberte muerto.

PORCELOS.

Mi señor, ya siento mas,

En ansias tan infelices,  
Las palabras que me dices  
Que la muerte que me das.  
¿Traidor don Diego Porcelos?  
No puede ser; desdichado  
Eso sí, pues levantado  
Se vió en los cielos, y dellos  
Tú me has dejado caer,  
Para desdicha mayor.  
¿En qué te ofendí, Señor?  
Vive Dios, que él ha de ser  
Quien descubra mi lealtad,  
Quien me dé al morir paciencia,  
Quien ampare mi inocencia,  
Pues es la misma verdad.  
Tener espada quisiera  
Para rendirla á tus piés,  
No por defenderme, que es,  
Cuando tú gustas que muera,  
La defensa una traicion;  
Culpado debo de estar,  
Pues tú me quieres matar,  
Siendo tan recto varon.  
Culpado seré sin duda,  
Pero no sé en qué, Señor;  
¿Cómo, dime, tanto amor  
En tanto rigor se muda?  
Por ser tu hechura (¡ay de mí!)  
Lástima darte pudiera  
Verme deshacer. ¿Quién fuera  
Pobre hidalgo como fui!  
Tres cosas son las que hoy  
Te encomiendo, si te obligo:  
Mi honor, mi cuerpo, mi amigo,  
Porque el alma á Dios la doy.  
Y muriendo desta suerte,  
Mi dicha no tuvo efeto;  
¿Qué proverbio tan discreto!  
Que no hay dicha hasta la muerte.  
(Cae junto al paño, y tápale con él.)

REY.

¡Ah leyes del mundo! Ah sábios!  
¿Cómo no enmendais las leyes,  
Pues es forzoso á los reyes  
Vengar así sus agravios?  
Mas ¿qué he de hacer? Yo lo hice  
Porque esté secreto así;  
¡Ah miserable de tí!  
Ah venturoso infelice!  
No ha de haber ojos que crean  
Que yo le quise matar;  
Prevenidos han de estar  
Los que importa que le vean.  
Hola.

Salen LA REINA, DOÑA LEONOR Y  
BRIANDA, con luz.

DOÑA LEONOR.

¿Qué quieres, Señor?  
Rumor de espadas sentí.

REINA.

Señor, ¿vos estáis así?  
Vos ministro del rigor?  
¿Para esto me habeis mandado  
Venir aquí?

REY.

Mirad luego...  
(Aquí se turba) á don Diego...

DOÑA LEONOR.

¿Ay corazon desdichado!  
Ay mi esposo! Ay dueño mio!  
Ay caballero leal!  
¿Quién te ha dado muerte tal?

REY.

¿Qué dices?

DOÑA LEONOR.

De mi albedrío

Era el dueño, y yo del suyo;  
A mi esposo me han quitado.

REY.

Luego ¿él te quiso?

REINA.

Ha mostrado

Gran flaqueza el pecho tuyo.  
Si cuando yo te noté  
Aquel papel, se le diera,  
Tu amor ocasion no hubiera  
De la flaqueza que ve  
El Rey en ti; ¿tú, Leonor,  
Has de decir que has tenido  
Amor? Si piedad ha sido,  
¿Por qué le llamas amor?  
Lástima decir podrías  
De lástimas; pero no,  
Que si muerte el Rey le dió,  
Fueran las lágrimas pias  
Injustas; el Rey lo ha hecho,  
Justicia debió de ser;  
Él es rey y tu mujer,  
Ten valor, sosiega el pecho.  
Esta cadena me has dado,  
Que á tí el Conde te la dió;  
No quiero cadena yo  
De un hombre tan desdichado  
O tan traidor; toma pues  
Tu cadena; y vos, Señor,  
Oid aparte, y Leonor,  
Por osada y descortés,  
No me tendrá si me escucha.  
¿Vos cruel y vos tirano?  
Vos matais por vuestra mano?  
Esa indignidad es mucha.  
¿No podíades mandar  
Que lo matasen, si habia  
Hecho alguna alevosia?  
Y ¿qué delito fué amar  
A Leonor, para dar muerte  
A un hombre que os ha servido  
Con tal amor, y que ha sido  
De un leon bramido fuerte?  
Ea, Señor, ¿qué dirán  
Las historias de Castilla,  
Si vuestra misma cuchilla  
Corta los cuellos que están  
Sirviéndoos con tal cuidado?

REY.

Señora, ¿qué es de un rubí  
Que en prendas de amor os dió?

REINA.

Esa esclavilla le ha hurtado,  
Y ella dirá á quién le dió.

REY.

Dilo.

BRIANDA.

Señor, la verdad  
Es que tuve voluntad  
A don Vela, y me engañó  
El diablo, y se le di.

REY.

Válgame Dios, y ¿qué extraños  
Son del hombre los engaños!  
(¡Ay infelice de mí!)  
¿Que di la muerte á un amigo?  
Mi error á furia provoca;  
Tu eres reina, á ti te toca  
Darme un ejemplar castigo.  
Toma esa espada, da muerte  
A un homicida cruel  
Del vasallo mas fiel.  
No viva, no, desa suerte  
Hombre que para vengar  
Sus sospechas no inquirió  
La verdad, y se engañó.

REINA.

Yo mi vida os he de dar,  
No la muerte.

## EL DOCTOR MIRA DE MÉSCUA.

REY.

Entre don Vela,  
A quien llamar he mandado.

Sale DON VELA.

Ya no serás desdichado,  
Si es que el cielo te consuela.  
A ese varon heredaste,  
Sus títulos y su renta,  
Sus oficios, y á mi cuenta

Quedais siempre, porque amaste  
Al que mató esta cuchilla;  
A fe que han de hacer mencion  
De Ordoño, rey de Leon,  
Los anales de Castilla.

REINA.

Don Vela ha de dar la mano  
A Leonor, pues es trasunto  
Del infelice difunto,  
A quien, no el rigor tirano,  
Sino su misma desdicha,  
Dió la muerte.

DON VELA.

Yo no sé  
Cómo he vivir, si hallé  
Mayor desdicha en la dicha.

REY.

Tú has mejorado la suerte.

DON VELA.

Murió un hombre sin segundo,  
Y así se ve que en el mundo  
No hay dicha ni desdicha hasta la  
[muerte.

## COMEDIA FAMOSA

TITULADA

# OBLIGAR CONTRA SU SANGRE,

DEL DOCTOR MIRA DE MÉSCUA.

### PERSONAS.

DON LOPE DE ESTRADA.	DON NUÑO DE CASTRO.	COSTANZA, criada.	ANDRADA, criado.
DON GARCÍA VELAZQUEZ.	DOÑA SANGHA.	LAIN.	UN ESCUDERO.
	DOÑA ELVIRA.	UN JUSTICIA MAYOR.	UN CRIADO.

### JORNADA PRIMERA.

Salen DON NUÑO y DON LOPE, viejo.

DON NUÑO.

Ya, don Lope de Estrada, hemos llegado a este frondoso sitio, hermozeado [do] De esta undosa corriente, Que río a su fin corre, y nace fuente; Cuyo curso, impidiendo al sol ardores, Cinta de plata, ciñe esa ribera, Y abismo de cristal, riega esas flores.

DON LOPE.

¿Qué tiene que ver eso con llamarme, Y aquí solo traerme? ¿Es para que riñamos?

DON NUÑO.

Perdonarme El cansancio podeis; que, si atreverme A sacaros aquí solo he querido, Es, don Lope de Estrada, porque oído A mis razones deis un rato atento; Que las vuestras conmigo, en ocasión- [nos], Mas parecen agravios que razones.

DON LOPE.

Fué el consejo que os di de fiel amigo. El mal que en el Rey siento es de vasallo Tan leal, que no hallo Quien excederme pueda, [ceda]. Si no es que aquí yo mismo á mi me ex-

DON NUÑO.

Confieso esa verdad; mas ya que sigo La queja á que me habeis ocasionado, Respondedme, don Lope, mas templado, ¿Qué culpa tengo yo de los retiros [do]. De Alfonso, nuestro rey? ¿Qué culpa ten- [go] De que lamente á voces, con suspiros, De la bella Raquel la infausta suerte? ¿Fui cómplice atrevido yo en su muerte?

DON LOPE.

Don Nuño, las acciones del Monarca Y de los que en oficios colocados

Son como reyes casi venerados, Cuando efectos no son de tiranía, No las ha de impedir ciega osadía, Ni murmurarias; porque en esta parte El que murmura de su rey con arte, Con gusto, con cuidado, Aunque premio tenga el merecerlo, O ama el que es traidor, ó quiere serlo. Alfonso amor tenía;

Vos y vuestros parientes (¿qué osadía!), Con ánimo traidor (¿qué infame he- [cho]!).

Rompistes de Raquel el blanco pecho, Pudiendo, como nobles castellanos, Depuestos los aceros de las manos. Con blandas quejas y piadosos ruegos, Vencer de Alfonso los ardores ciegos. Dejáraisle gozar lo que queria; Que un día llama á voces á otro día, Y suele en la delicia mas ufana Lo que hoy parece bien causar mañana. Y cuando el rostro un rey atento entre- A sus vasallos, y á la voz no niega [ga] De sus piadosas quejas los oídos, Débese permitir que los sentidos Gocen tal vez delicias, Deleites ó caricias, Pues para obedecer de amor las leyes, Hombres como nosotros son los reyes.

DON NUÑO.

No niego esas verdades: Pero, con descompuestas libertades, Hacerme vos culpado En lo que yo, don Lope, no he pecado, Es querer, si se mira, Que haga su efecto contra vos la ira.

DON LOPE. [teis.]

Culpado fuisteis vos, un traidor fuisteis. Tome el acero, aunque en mi débil ma- Venganza de esta afrenta. [no],

DON NUÑO.

Ya me pesa, por Dios; fué desvarío.

DON LOPE.

Aun tengo fuerzas, no me falta brío.

DON NUÑO.

¿Qué pretendéis?

DON LOPE.

Mataros.

DON NUÑO.

Quisiera, arrepentido, reportaros.

DON LOPE.

Si no reñis, os mataré.

DON NUÑO. (Ap.)

Furioso

Le tiene ya la injuria, y animoso Quiere vengarse. Defenderme intento; Que, en todas ocasiones, Ha sido la defensa acuerdo sábio, Pues no hay que asegurarse del agrado- DON LOPE. [vio].

Flacas las fuerzas de mi brazo siento.

(Entran riendo, retirándose don Lope.)

DON NUÑO.

No á tan justos pesares me ocasionés; No midas mas tu acero con el mio.

DON LOPE. (Dentro.)

Muerto soy.

Sale DON NUÑO, con la espada en la mano.

DON NUÑO.

¡Ay de mi loco brío!

Ciego y precipitado, Ya difunto cadáver le he dejado. Retirarme pretendo, Porque me sigue gente, á lo que entiendo No buscaba su muerte; [do]. Efectos son de mi infelice suerte.

(Vase.)

Salen DOÑA SANGHA y LAIN, y COSTANZA y DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Sangha, tus cosas no entiendo; Yo vivo y muero quejoso, Pues si en tu favor reposo, En tus desdenes me enciendo.

A un mismo tiempo que miras  
Mi firme verdad dichosa,  
Mi voz escuchas piadosa,  
Y tirana te retiras.  
¿Cómo puedes, Sancha mía,  
Permitir, si en tu beldad  
Halló lugar la piedad,  
Que le halle la tiranía?

DOÑA SANCHA.

¿Yo tirana? Aquí llegaste,  
Perdido por la maleza,  
De esa encumbrada aspereza,  
Y albergue en mi casa hallaste.  
Referíste me tu historia,  
Que de la guerra venias  
De Cuenca, y que en pocos días  
Se consiguió la victoria;  
Que á Búrgos, donde se encierra  
El padre que te dió ser,  
Las treguas íbas á hacer  
Del cansancio de la guerra.  
Porque el Rey, algo obligado  
De un fiero accidente loco,

Dejó á Toledo há muy poco,  
Y á Búrgos se ha retirado;  
Que una hermana, en fin, te dió  
El cielo, hermosa beldad,  
Que desde su tierna edad  
En las Huelgas se crió,  
Porque la faltó su madre;  
Que del convento ha salido  
Ahora, porque ha venido  
Con Alfonso el rey tu padre.  
Y porque mas amparada  
De mi tu nobleza vieras,  
Me referiste que eras  
Garcí-Velazquez de Estrada.  
Yo, que tu nombre escuché,  
Sin ver que un hermano tengo  
En Búrgos, á quien prevengo  
La obediencia, que entregué  
Con voluntad mas que humana,  
Atropellé, firme en ella,  
Los recatos de doncella  
Con los respetos de hermana;  
Y aunque en parte recelosa,  
Por las razones que ves,  
Quise admitirte cortés  
Y aposentarte piadosa.  
Mira pues qué tiranía  
Cabe en aquesta verdad;  
O ha sido error mi piedad,  
O es culpa mi cortesía.

DON GARCÍA.

¿No dices mas?

DOÑA SANCHA.

Pues ¿qué ha habido,  
Que á mi el decirlo me impida?

DON GARCÍA.

Lo que callas de encogida,  
Yo lo diré de atrevido.  
La primera vez que oíste  
Mi amoroso pensamiento,  
Culpaste mi atrevimiento,  
Pero no me despediste.  
Segunda vez llegué osado,  
Aunque temi tu disgusto.  
Y escucháste me con gusto,  
Miráste me con agrado.  
Y un día, que los favores  
Del mirar y del oír  
Pude, Sancha, conseguir,  
Saliste á coger las flores  
Deste músico arroyuelo,  
Cuya voz nace halagüeña  
En la boca de esa peña.  
Y muere en tumba de hielo.  
Mi mano aquí bulliciosa,  
Porque gloria distribuya,  
Andaba tras de la tuya,

Como abeja tras la rosa.  
Tú, que con vergüenza aprisa  
Tejes púrpura en tu cielo,  
Cubriste á la mano un velo,  
Y descubriste la risa.  
Dudó la ignorancia mía  
Si era la risa en tu intento  
Pesar de mi atrevimiento  
O burla de mi osadía.  
Mas mi afecto soberano  
Me dijo, porque porfíe:  
«Jamás boca que se rie,  
Suele negar una mano.»  
Su nieve, y así el sosiego  
Como le usurpo al sentido,  
Con mis labios, atrevido,  
Quise ver si era de fuego.  
Vilo; y en esta porfía,  
Desvanecido y ufano,  
Ni retirabas tu mano,  
Ni te enojaba la mía;  
Y así, con esta violencia...

DOÑA SANCHA.

No prosigas.

DON GARCÍA.

Callaré.

LAIN.

Mi Costanza, siempre fué  
Discreta y sábia advertencia  
No estorbar al que llegó  
A la ocasion que desea;  
Como yo los piés meneé,  
Y harás lo mismo que yo.  
Sigueme, aunque no te cuadre,  
Pues sabes que tuyo soy.

COSTANZA.

Por no estorbarlos me voy;  
Que esto aprendí de mi madre.

*(Vanse Costanza y Lain.)*

DOÑA SANCHA.

Ya estamos solos ahora;  
Que refieras te permito  
Lo demás, Garcí-Velazquez,  
Que en tu empeño has conseguido.

DON GARCÍA.

¿No has dicho que has de ser mía?

DOÑA SANCHA.

Es verdad que yo lo he dicho;  
Pero en la distancia que hay  
Del pronunciarlo al cumplirlo,  
Temo (¡ay de mí!) que has de ser  
Como el amante fugido,  
Que huyendo estragos de Troya,  
Por los undosos zaliros  
Le condujo hasta Cartago  
Leve leño y blando lino.

DON GARCÍA.

Pues ¿temes que imite á Enéas?

DOÑA SANCHA.

Eso temo y eso miro;  
¿Sabes lo que obró inconstante?

DON GARCÍA.

Huésped fué de Elisa Dido,  
Vencióse de su belleza,  
Perdió sin alma el juicio,  
Palabra la dió de esposo,  
Gozóla, y despues, vencido  
De la ingratitude, huyó.

DOÑA SANCHA.

¿Oh cruel! Oh fementido!  
¿Que huyó despues de gozarla?

DON GARCÍA.

Hasta hoy ha merecido  
Por eso nombre de ingrato.

DOÑA SANCHA.

Yo lo creo; ya me inclino

A resistir tus intentos.  
Véte, por Dios; yo te pido  
Que te vayas y me dejes.  
DON GARCÍA.  
¿Qué dices, Sancha? Qué has dicho?  
DOÑA SANCHA.  
Que te vayas, don García.  
DON GARCÍA.  
Pues lo que el troyano hizo,  
¿Quieres que mi amor lo pague?  
DOÑA SANCHA.  
Hombre fué, y hombre has nacido;  
Pues hástame aquel ejemplo  
Para temer el peligro.  
DON GARCÍA.  
El mármol será inconstante  
Con mi pecho, el bronce...

DOÑA SANCHA.

Digo

Que no quiero ser despojo  
De las llamas y el cuchillo.  
Véte, ó por Dios, que la vida  
Me quite.

DON GARCÍA.

Tanto la estimo,  
Que solo porque la tengas,  
Voy á perder el sentido.

*(Hace que se va.)*

DOÑA SANCHA.

Pero con discurso poco  
Pronuncio lo que has oído.  
Error ha sido culpable;  
Porque, atento al beneficio,  
Sabras vivir obligado;  
Porque hasta ahora no he visto  
Señas en mí de otra Elisa,  
Ni en tus palabras indicios  
Para temerte otro Enéas,  
Falso amante y fugitivo.  
Mi huésped eres, estáte.  
*(Ap. No sé dónde muero ó vivo.*  
Quiérole, y mi daño temo;  
Temo el daño, y me retiro;  
Vase, y matame su ausencia;  
Pues, cielos, ¿por qué lo envío,  
Si no he de vivir sin él?)

DON GARCÍA.

Hallarás en tus desvíos  
La sinrazon de intentarlos  
O el pesar de consentirlos.

DOÑA SANCHA.

No puedo mas; que luchando  
Están los discursos míos,  
Con valor para vencer,  
Con temor por ser vencidos.  
La verdad es que te quiero;

Ya lo dije, ya está dicho;  
Pero cuando considero  
El mayor daño, reprimo  
Mis afectos, y quisiera.  
Antes de haberme rendido  
A su fuerza, ser un mármol,  
Depósito helado y frío;  
Porque pienso que ha de darme  
Bastante ocasion mi olvido,  
No digo para quitarme  
La vida, que no es castigo  
En quien llega á aborrecer,  
Que muera lo que ha querido,  
Sino para...; mas no quitero,  
Aunque lo siento, decirlo.  
Entiende lo que quisieres;  
Que ni pongo con juicio  
En mi accion lo que ejerí,  
Ni en mi boca lo que digo.

DON GARCÍA.

¿Qué temes, Sancha? Qué temes,

Si tan ilustre has nacido?  
Dame, besaré tu mano.

(Dale la mano.)

DOÑA SANCHÁ.

Mal mis intentos reprimo.  
Déjame, por Dios; que tienes  
En las palabras hechizos.  
(Ap. Y yo no sé lo que tengo;  
Que estos lances consentidos  
Llegan siempre á ser estragos  
Del honor mas defendido.)

DON GARCÍA.

Que seré tu esposo juro,  
Que seré tu esposo afirmo;  
Lo que mal quisiere goce,  
Huya de mí lo que siga.  
Viva lo que padeciere,  
Muera siempre lo que vivo,  
Si tu esposo no me vieren.  
Sancha, los presentes siglos.  
¿Quieres mas?

DOÑA SANCHÁ.

Que te recojas.

DON GARCÍA.

Mal podré, si me desvío  
De tus ojos.

DOÑA SANCHÁ.

¿No podrás?

DON GARCÍA.

En tí mis glorias confirmo.

DOÑA SANCHÁ.

Por allí se va á tu cuarto,  
Y por esta puerta al mio.

DON GARCÍA.

Iré siguiendo tus pasos.

DOÑA SANCHÁ.

Ya te he enseñado el camino;  
Lo demás tú lo verás,  
Si en la ocasion no has temido. (Vase.)

DON GARCÍA.

Loco voy, amor; á voces  
Tu hermoso imperio publico;  
Déjame la vida, pues  
Tu despojo es mi juicio.

(Vase tras ella.)

Salen LAIN y COSTANZA, con una luz,  
y pónenla en un bufete.

LAIN.

¿Dónde, Costanza, vas con tanta prisa?

COSTANZA.

A poner esta luz sobre un bufete.

LAIN.

A los bobos con eso, á quien lo ignora;  
No quiere luz, Costanza, la señora.

COSTANZA.

¿Qué es lo que dices? Malicioso eres.

LAIN.

Mejor se hallan sin luz muchas muje-  
[res.] COSTANZA.

Calla ahora, Lain, y en este suelo  
Nos sentemos los dos, porque hablando  
Divirtamos la noche.

LAIN.

¿Estás burlando?

Pues si estas noches todas que han pa-  
[sado]

No he asistido, Costanza, yo á tu lado,  
¿Por qué este suelo enladrillado quie-  
[res]

Que ahora sea colchon de mi descanso?

COSTANZA.

Tengo miedo, Lain, porque de noche,  
En forma de gigantes y dragones,

Inquietan esta sala mil visiones.

(Quiere levantarse, y detiéndolo Cos-  
tanza.)

LAIN.

Mil vi; ¡qué linda cosa, por mi vida!  
A buen puerto á ser huéspedes llega-  
[mos]

Llamar quiero á mi dueño; que nos va-  
[mos.] COSTANZA.

Repórtate; no el miedo te alborote.

LAIN.

Tengo gota coral, y si no excuso  
Estos lances, Costanza, aunque te  
[asombres]

No me podrán tener juntos diez hom-  
[bres.] COSTANZA.

Aquella luz se muere.

LAIN.

¡Ay de mí triste!

COSTANZA.

Cielos, ¿qué es esto? El alma se aniqui-  
Mira que está espirando, despavila. [la;

LAIN.

Voy; que sin luz la vida se me acaba.  
Ya despavilo. Peor está que estaba.

(Mata la luz.)

COSTANZA.

¿Qué es lo que has hecho?

LAIN.

¿No lo ves? La vela  
Se cansó de ser sola centinela;  
Desdichas mías son.

COSTANZA.

¡Linda osadía!

¿Yo á oscuras con un hombre?

LAIN.

¡Oh fiera arpía!

¿Engañásmeme, y ahora melíndricos?  
Este es encanto que mi mal señala;  
Llena está de gigantes esta sala.  
¿Adónde estás, mujer?

(Anda á buscarla.)

COSTANZA.

No has de saberlo.

LAIN.

Al viento ya te habrás encomendado;  
Que eres bruja sin duda.

COSTANZA.

Hable mas bien, ó haréle que se asom-  
[bre.] LAIN.

Harto asombrado estoy, y mas oyendo  
Tu voz en tantas partes; aquí hablas,  
Allí respondes, hácia allá preguntas;  
Deten el golpe, mira que me apuntas.

COSTANZA.

¿Que apunto yo?

LAIN.

¡Qué formidable seña!

Un gigante en la mano asé una peña,  
Y con amagos fieros de homicida,  
Me quiere trasladar á la otra vida.  
¡Jesus!

COSTANZA.

¿Qué fué?

LAIN.

La peña me ha tirado,

Y si no huyo el golpe con presteza,  
Me despoja de sesos la cabeza.

COSTANZA.

Ahora bien entiendes mis razones;  
Mas no cuando te pido me des algo.

LAIN.

Con eso mas de mi paciencia salgo;

¿Qué quieres que te dé porque me sa-  
bel peligro en que estoy? [ques

COSTANZA.

Lo que tuvieres.

LAIN.

No tengo, vive Dios, un real tan solo;  
Pero si tu piedad libre me escapa,  
Te daré este sombrero y esta capa.

COSTANZA.

Arroja.

LAIN.

Veslo ahí.

(Arrójale el sombrero y la capa, y ha-  
ce Costanza que abre una ventana.)

COSTANZA.

Ahora, amigo,

Abriendo esta ventana, porque Apolo  
Con su luz ilumina ya los campos,  
Conocerás, pues ya decirlo puedo,  
Que el enredo fué mio, y tuyo el miedo.

(Vase.)

LAIN.

Va es de día, por Dios; esta picaña  
Mè ha engañado, y como no le he dado  
Un tan solo cuatrin, ni darle espero,  
Me ha quitado mi capa y mi sombrero.

Salte DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

¡Lain!

LAIN.

Pues, Señor, ¿qué es esto?

DON GARCÍA.

Felicidades que puso  
El amor en quien indigno  
Se constituyó por suyo.  
Vamos de aquí; ¡presto, presto!

LAIN.

¿Qué dices?

DON GARCÍA.

Que luego á Búrgos

Partamos; porque esta tarde  
Sancha, que así lo dispuso  
Con mañosa discrecion,  
Tambien se parte; lo uno,  
Porque, si en las soledades  
Tanto tiempo nos ven juntos,  
Conspirará la malicia  
Armas contra nuestros gustos;  
Y tambien porque se impida  
Que sepa su hermano Nuño  
El hospedaje, á quien yo  
Tantas dichas atribuyo;  
Que en Búrgos, ella en su casa,  
Yo en la mia, sin que alguno  
Lo entienda, para gozarnos,  
Es bastante disimulo.

LAIN.

Aguarda, Señor, aguarda.  
Luego ¡júgose, pregunto,  
La pieza mas importante?  
¿Con el silencio nocturno  
Rindióse Troya?

DON GARCÍA.

Rindióse.

LAIN.

En aqueso finca; ¡oh punto!  
¿Qué dicha!

DON GARCÍA.

Con el respeto

Que en mi adoracion infundo,  
Lain, has de hablar de Sancha.

LAIN.

¿Anduvo el amor desnudo?

¿Quedó calvo de desdenes?  
 Quedó veloso de gustos?  
 ¿Hubo despojo de enaguas,  
 Desabrigo de coturnos?  
 ¿Examinóse el agrado?  
 ¿Explicóse lo venusto?  
 ¿Durmiéronse los temores?  
 ¿Extinguiéronse los sustos?  
 ¿Veneróse el bello encanto?  
 ¿Admiróse el blando bulto?  
 ¿Qué hubo, en fin?

DON GARCÍA.

Eres un necio,  
 Bárbaro, ignorante, rudo,  
 Si imaginas que las dichas  
 Me han de robar el discurso;  
 En las deidades á quien  
 La veneracion dió culto  
 Lo que se alcanza se debe  
 Presumir que ser no pudo.  
 Basta que sepas, Lain,  
 Que en el fuego que me cupo  
 De los incendios que Sancha  
 De sus dos soles compuso,  
 Donde, batiendo las alas,  
 Llegué á ser vivo trasunto  
 Del ave que en sus aromas  
 Desperdicia sus orgulllos,  
 Tantos alientos me infunde,  
 Que dellos con mayor triunfo,  
 A pesar de las cenizas,  
 Renace fénix segundo.

LAIN.

Aguarda, mi rey; dejando  
 Eso de Fénix, ¿qué hubo  
 En lo de prision eterna,  
 En lo de rendirse al yugo?  
 Di, ¿juraste de marido?

DON GARCÍA.

Juré, en fin, de serlo suyo.

LAIN.

Fuego del cielo consume  
 A quien tiene tan mal gusto;  
 ¿Qué! ¿marido te he de ver?  
 Mas no importa; es de futuro,  
 Y es siempre el jurar de serlo,  
 Para llegar, el consumo  
 Tomar á cambio en las Indias,  
 Y dar libranza en el turco.

DON GARCÍA.

Esposo he de ser de Sancha.

LAIN.

¿Quién te dice que no juzgo  
 Que á mi me ha de estar mejor  
 El maridaje que escucho?  
 Andallo, eso sí; habrá fiesta,  
 Que habrá librea no dudo;  
 Juzgarán los que me vieren,  
 Si juzgarán, que me cubro  
 De alguna capa y sombrero,  
 Segun lo que salto y bullo.

DON GARCÍA.

Vén, partamos; porque es tarde.

LAIN.

Otro poquito; presumo  
 Que estoy sin sombrero y capa.

DON GARCÍA.

¿Y la tuya?

LAIN.

Ese es un punto  
 Muy delicado.

DON GARCÍA.

¿Qué flema!

LAIN.

Vive Dios, que no me burlo.

Acaba.  
 DON GARCÍA.

LAIN.

¿Cómo que acabe?  
 O eres sordo, ó yo soy mudo;  
 ¿He de ir desta manera  
 En tu rocínate zurdo,  
 Hecho titere con alma?

DON GARCÍA.

Cúbrete.

LAIN.

Tomadle el pulso.

*Sale* DOÑA SANCHA.

DOÑA SANCHA.

Señor, ¿ya os vais?

DON GARCÍA.

Tú me has dado

Orden, mi bien, y licencia.

DOÑA SANCHA.

Quisiera fuera obediencia,  
 Mi señor, mas no cuidado;  
 Que quien con tal brevedad  
 Se parte y me deja, siento  
 Que muestra arrepentimiento  
 Ó arguye infidelidad.

DON GARCÍA.

Sancha, voy tan abrasado,  
 Tan ciego, loco y rendido,  
 Que vivo de agradecido  
 Y muero de enamorado.  
 Y aunque así mi vida ignoro,  
 Con las dichas que merezco,  
 No sé si lo que agradezco  
 Es menos que lo que adoro.  
 Fuera de que, si esta tarde,  
 Mi bien, á Búrgos te vas,  
 Allá mas despacio harás  
 De mis finezas alarde.

(Llaman.)

DOÑA SANCHA.

Aguarda; ¿qué golpes son  
 Aquellos?

DON NUÑO. (Dentro.)

¿Costanza!—¿Andrada!

DOÑA SANCHA.

Nuño es quien llama.

*Sale* COSTANZA.

COSTANZA.

Salgo.

DOÑA SANCHA.

¿Terrible ocasion!

COSTANZA.

De turbaciones acorta;  
 Busca remedio.

DOÑA SANCHA.

Es en vano.

¿Qué es esto?

*Sale* ANDRADA.

ANDRADA.

Nuño, tu hermano.

DOÑA SANCHA.

¿Ay de mí!

DON GARCÍA.

Tu vida importa.

LAIN.

Esto á mi suerte atribuyo.

DOÑA SANCHA.

¿Qué suceso tan impío!  
 En ese aposento mio,  
 Que mejor le diré tuyo,  
 Te esconde con tu criado.

DON GARCÍA.

Mirar por tu honor quisiera.

DOÑA SANCHA.

Yo cerraré por defuera.

(*Cierralos Sancha, y vuelve á llamar don Nuño.*)

ANDRADA.

Priesa trae de algun cuidado;  
 Indicios da su porfía.

DOÑA SANCHA.

Y tú, en entrando mi hermano,  
 Andrada, saca á ese llano  
 Los caballos de García,  
 Con cuidado y sin sentirse;  
 Que, cuando en sosiego manso  
 Nuño se entregue al descanso,  
 Podrá salir y partirse.

ANDRADA.

Voy.

(Vase.)

DOÑA SANCHA.

¿Quién tal desdicha vió!  
 Abre aprisa.

COSTANZA.

Es excusado,  
 Porque mi señor ha entrado;  
 Que Andrada pienso que abrió.

*Sale* DON NUÑO.

DON NUÑO.

Cierren las puertas; ninguna,  
 Costanza, sin llave quede.

DOÑA SANCHA.

Hermano, señor, ¿qué es esto?  
 (Ap. ¿Oh, qué demudado viene!  
 Un hielo cubre mis venas.)

¿Era tiempo que vinieses  
 A ver á tu hermana y ver  
 Esta casa, que parece,  
 Al pié de ese verde monte,  
 Que la ciñe y no la ofende,  
 Digno edificio de Alfonso?  
 Tuya, Nuño, será siempre,  
 Que para eso la heredé  
 De Iñigo Tello Meneses.  
 Nuestro tío; mas ¡ay triste!  
 ¿Cómo pregunto? ¿No atiendes  
 A mis razones, hermano?

DON NUÑO.

El honor, Sancha, que á veces...

DOÑA SANCHA. (Ap.)

Por honor comienza (¡ay cielos!);  
 Él sabe mi amor, y quiere,  
 Despues de habérmelo dicho,  
 Vengar su agravio en mi muerte.  
 ¿Dónde iré?

DON NUÑO.

Pues ¿aun no sabes  
 Mi pena, y así te vence  
 La turbacion? Oye, escucha.

DOÑA SANCHA.

Dilo, acaba, si no quieres  
 Que la dilacion me ofenda;  
 Dime presto lo que tienes.

DON NUÑO.

Una desdicha, que ayer  
 Me obligó, Sancha, á esconderme,  
 Y cuando mas con la noche  
 Seguro paso me ofrecen  
 Las sombras, que me permiten  
 Que no las tema y las huello.

Seis leguas, que hay hasta aqui  
Desde Búrgos...

DOÑA SANCHÁ. (Ap.)

Ya parece  
Que se desaboga el alma.

DON NUÑO.

Corri en un hijo del Bétis;  
Porque, aunque en tantos pesares  
Debida atención me niegues,  
O mis desaciertos culpes,  
O mis errores condenes,  
Como noble, me recojas;  
Como sálvia, me aconsejes;  
Como prudente, me animes,  
Y cómo hermana, me alientes.

DOÑA SANCHÁ.

La vida es tuya; prosigue.

DON NUÑO.

Ya sabes los accidentes  
Que en Toledo resultaron,  
Sancha hermana, de la muerte  
De Raquel.

DOÑA SANCHÁ.

Nadie lo ignora;  
Pero si al caso presente,  
Que tú le llamas desdicha,  
Importa para saberse  
(Ap. Todo lo escucha García),  
Referirlo, hermano, puedes.

DON NUÑO.

En Toledo, imperial solio,  
Donde undoso el Tajo vierte  
Cristal, que sus basas lame,  
Oro, que su pié guarnece,  
En cuyo espacio no hay  
Edificio que no apueste  
A duración con el tiempo,  
Y con el rayo á lo fuerte;  
Aqui, pues, lo inevitable  
Del hado infeliz consiente  
Que á Raquel, bella judía,  
Su imperio Alfonso rindiese.  
Muchos en el Rey culpaban  
El injusto error, al verle  
Rendido á una hebrea quien  
Rindió tantos moros reyes;  
Por parecerlos que estaba  
Tan fuera de sí, que á veces  
A los despachos negaba  
Las horas mas competentes.  
«¡Muera Raquel!» dicen, cuando  
Don Lope de Estrada quiere  
Evitar resoluciones  
Con el consejo prudentes,  
Y á mí y á cuantos conmigo  
A la ejecución se ofrecen  
Dijo: «Aunque Alfonso en Castilla,  
Nuestro rey, mas se divierte  
En el cariñoso balago  
Que en la voz del pretendiente,  
Su espíritu generoso  
Cuerdas enmiendas promete;  
Y así, pues sois desta causa,  
Como yo, todos íneces,  
No el furor pueda en vosotros  
Lo que la prudencia puede.»  
Con gusto escuché á don Lope;  
Mas los demás, en quien siempre  
Fué firme el intento, así  
Le respondieron, rebeldes:  
«Para que heroicas hazañas  
Haga Alfonso, y te venere  
La admiración ó le admire  
Noble atención elocuente;  
Para que, en fin, consigamos  
Que la posteridad muestre  
Su imagen en duro bronce  
Y su nombre en mármol breve,  
No es justo disimular

El afecto donde vierten  
Soberbios montes de fuego,  
Mares de cenizas breves.»  
Y así, cuando, ausente Alfonso,  
Diestro cazador, previene  
A ciervos del monte flechas,  
Y á garzas del viento redes,  
De Raquel llegan al lecho,  
Adonde, como otras veces,  
Su sol, dormido en su ocaso,  
Negaba luz á su oriente,  
Y cuales hambrientos lobos,  
Que de las dormidas reses,  
A pesar del que las guarda,  
La sangre intrépidos beben;  
Así, pues, los conjurados  
El pecho hermoso, inocente,  
De la descuidada hebrea  
Rompieron inobedientes.  
Volvió el Rey, y cuando el rostro  
Ver de su dama pretende,  
Halló pálido cadáver  
La blanca animada nieve.  
Miró el desmayado bulto,  
Y en su distancia una fuente,  
Que en humor sangriento rojo  
Va deshojando claveles.  
Los cabellos que le dieron  
Madejas de oro luciente,  
Duro plomo derretido,  
Bañado en sangre, le ofrecen.  
Loco y sin vida, á sus labios  
Le arroja el fiero accidente,  
Solo por ver si los suyos  
Algun aliento les deben.  
Mas, como no respiraron,  
Y advirtió que los que albergue  
Fueron del nácar mas puro  
Cárdenos lirios embeben,  
Tanto su sudor le hiela,  
Tanto su amor le suspende,  
Que le creyeron estatua  
Los que por rey le obedecen.  
Pero volvió en sí, juzgando  
Que, aunque el sentir es á veces  
Entendimiento, el valor  
Es mas ingenio en los reyes.  
Pátese á Búrgos, por ver  
Si podrá olvidar, ausente,  
Lo que en su afiento fué vida,  
Lo que en su memoria es muerte;  
Pero la imaginación  
Tanto daba en ofenderle,  
Que viendo un día en su cuarto  
Don Lope al Rey poco alegre  
Y retirado, me dijo:  
«Señor Nuño, no padece  
Culpas de atrevido quien  
A las experiencias cree;  
Si dejaran vuestros deudos  
Y vos de mi voz vencerse,  
Faltarán nubes que ahora  
Este sol entristeciesen.»  
Callé, y una vez que al campo  
Fuimos los dos, procuréle  
Quejoso desengañarle,  
Y cortés satisfacerle.  
Díjeme, en fin: «Ya sabéis,  
Señor don Lope, que siempre  
Son vuestros nobles consejos  
En mi obediencias corteses,  
Y que por ellos el rostro  
Negué al error, que rebeldes  
En Raquel, contra el rey nuestro,  
Los castellanos cometen.—  
No negasteis. Traidor fuistes.»  
Replicó el viejo impaciente.  
Yo, como á la sangre mía  
Aquella palabra ofende,  
Viles infamias la impone,  
Porque no sé qué se tiene  
La traición, que aun los que ignoran

Lo que es honor, la aborrecen.  
Enmudecido, del rostro  
Perdido el color, ausente  
La razón, ciego el discurso,  
Sin mi mismo llegué á verme.  
Armado de nube de iras,  
Tanto, que en espacio breve  
Los amagos de la vista  
Los senti rayos ardientes,  
Desenvolví las palabras  
Respondiéndole que miente;  
Y desnudando el acero,  
Vengar su agravio pretende.  
Mas como cobra un mentís  
El honor que allí se pierde,  
Procuré con mil perdones  
Obligarle y detenerle.  
Porfio á querer herirme,  
Y yo, como el defenderme  
Me toca en fin, y de brios  
Sus muchos años carecen,  
Ya por bado ó por desdicha,  
Ya por destreza ó por suerte,  
Mi punta en su anciano pecho  
Abrió camino á la muerte...  
Quedé...

DON GARCÍA. (Llama á la puerta.)

Abre, Nuño.

DOÑA SANCHÁ.

¡Ay de mí!

DON NUÑO.

¿Quién da golpes?

DOÑA SANCHÁ.

Hoy se pierden

Mi vida y mi honor, Costanza.

Mira si es gente que viene

Siguiendo á Nuño.

COSTANZA.

Ya voy.—

¡Oh, lo que el ingenio puede! (Vase.)

DOÑA SANCHÁ.

Sin vida estoy; ¡qué desdicha!

Quisiera impedir no oyese

García lo que dispongo;

Aquí el valor me conviene.

DON NUÑO.

¿Quién puede ser el que llama?

DOÑA SANCHÁ.

Desde esta pieza, que tiene

Una ventana á ese cuarto,

Lo verás conmigo; véntele.

(Tirando del, lo muda á la otra parte  
del tablado.)

DON NUÑO.

Aparta, veré quién es.

DOÑA SANCHÁ.

Aguarda, hermano, detente;

No te arrojes al peligro.

DON NUÑO.

¿Quién puede ser?

Sale COSTANZA.

COSTANZA.

Mucha gente,

Que indignada solicita

Ó tu prisión ó tu muerte;

Y como cerrar mandaste

Las puertas, es evidente

Que una espaciosa ventana,

Señor, que esa pieza tiene,

No muy alta, les ha dado

Lugar para que subiesen.

DON GARCÍA. (Vuelve á llamar.)

Abre, ó romperé la puerta.

DON NUÑO.  
Esta espada ha de valerme.

DOÑA SANCHÁ.  
Mejor remedio á tu vida  
Tu hermana Sancha previene;  
Sal por una puerta falsa,  
Que mira á ese monte, y véte;  
Sube en tu caballo aprieta,  
Y por las sendas mas breves  
Te vuelva á Búrgos, pensando  
Que, pues te juzgan ausente,  
Nadie en él te buscará;  
Que de mí seguro puedes  
Partir, pues sabré seguirte  
Y aun del riesgo defenderte.  
Ea, vuela; ese Pegaso  
Anima tan velozmente,  
Que sus batidos ijares  
Tu diligencia confiesen.

DON NUÑO.  
Bien has dicho; Dios te guarde. (*Vase.*)

COSTANZA.  
Buena fué la industria.

DOÑA SANCHÁ.  
¿Fuése?

COSTANZA.  
Mirárclo. (*Vase.*)

DON GARCÍA. (*Dentro.*)  
¡Ah Nuño infame!  
No tu vil traicion recuerde  
Miedos en tí, que me impidan  
Vengar la manchada nieve  
De las canas de mi padre;  
Abre, traidor; abre, aleve,  
O haré las puertas pedazos.  
(*Abre doña Sancha.*)

Salen DON GARCÍA y LAIN.

DOÑA SANCHÁ.  
Ya está abierto; ¿qué pretendes?

DON GARCÍA.  
¿Dónde está Nuño?

DOÑA SANCHÁ.  
A Búrgos  
Se partió; si no lo crees,  
Por tuya tienes la casa.

DON GARCÍA.  
¿Que esto tus engaños pueden?  
Temió mi valor tu hermano.

DOÑA SANCHÁ.  
Quien nació Castro no teme.

DON GARCÍA.  
Saca los caballos presto;  
Que he de seguirle.

LAIN.  
Conviene  
El seguirle; mas repara...

DON GARCÍA.  
Acaba.

LAIN.  
Ya te obedece;  
El ir sin capa y sombrero  
Es lo que mas me entristece. (*Vase.*)

DON GARCÍA.  
Vengaré, viven los cielos,  
Mi agravio.

DOÑA SANCHÁ.  
¿Que así me deje  
Quien á ser de mí albedrio  
Fiero robador se atreve?  
Que así las glorias de amante  
Ingrato bárbaro niegue,  
Y acciones tan vengativas  
Contra mi sangre recuerde?

¿Qué es esto, Garci-Velazquez?  
Qué es esto? ¿Ahora previenes  
Falsedades que te infamen,  
Desprecios que me atormenten,  
Descréditos que te culpen,  
Libertades que me afrenten?  
¿Este es el bien que gozaste,  
Las finezas que me debes,  
Las dichas que mereciste,  
Los favores que posees?  
Vuelve, esposo; no permitas,  
Señor, que mis gozos breves  
Justa desesperacion  
Los ultraje y los desprecie.  
Mira...

DON GARCÍA.  
Sancha, no son buenas  
Esas lágrimas que viertes  
Para quieu ve que á su padre  
Violenta mano le hiere;  
Para un hijo, que ayer vió.  
Sus canas pompa de nieve,  
Y hoy de un sepulcro de mármol  
Cenizas las juzga leves.  
La obligacion que me corre  
Nadie la conoce y siente  
Mejor que yo mismo, Sancha.  
Yo sé lo que me conviene;  
No ignoro lo que te debo,  
No niego lo que mereces,  
No desmayo en la palabra,  
No huyo lo que pretendes;  
Pero aquí mi muerto padre  
Me dice á voces que quiere  
Que helado bulto le estjme,  
Que cadáver le venere,  
Que ruina le obedezca,  
Que polvo le reverencie,  
Que á la venganza me anime,  
Que la aclame, que la aceche,  
Que la investigue animoso,  
Que la ejecute valiente;  
Y así, tus voces en mí  
Será imposible que esfuercen  
Lástima que las escuche  
O piedad que las despeñe.  
Los cielos, Sancha, te guarden;  
Queda adios, que no consiente  
Mas dilacion un agravio  
Ni mas tardanza una muerte.

DOÑA SANCHÁ.  
Aguarda, espera, no huyas;  
Oye, escucha, mira, advierte.  
A pesar de mis desdichas.  
¿Que estos rigores ordene  
La fortuna! Buena quedo,  
Mi robado honor padece,  
El ladrón huye tirano;  
Mi hermano la culpa tiene.  
García quiere vengarse,  
Ya temo que he de perderle.  
Pues acabadme, pesares;  
Acabadme, porque quede,  
Si estrago de lo que soy,  
Lástima de lo que fuere.

## JORNADA SEGUNDA.

Salen EL JUSTICIA y MUCHOS CRIADOS,  
acuchillando á DON NUÑO, y él reti-  
rándose, y el Justicia no saca la es-  
pada.

DON NUÑO.  
Yo no he de darme á prision,  
Don Pedro, aunque me mateis;

Porque es mas segura cosa  
El no dejarme prender.

JUSTICIA.  
Don Nuño, que os he avisado  
Que estos lances excuseis,  
No lo ignorais, y que siempre  
Vuestro amigo he sido fiel;  
Mas si vos, poco advertido,  
Delante de mí os poneis,  
No puedo excusar, don Nuño,  
Las órdenes de mi rey.

DON NUÑO.  
¿Qué orden os ha dado Alfonso?

JUSTICIA.  
Que os mate ó prenda.

DON NUÑO.  
Es cruel.  
¿Así se mata en Castilla  
Un Castro?

JUSTICIA.  
Podráto hacer  
Quien, como yo, nació Lara,  
Si no se deja prender.

DON NUÑO.  
Señor Justicia mayor,  
Si de ese modo ha de ser,  
Deste pretendo librarme.

JUSTICIA.  
¡Muera! ¡Prendedle!

DON NUÑO.  
No baréis;  
Porque son rayos de acero  
Cuantos movimientos veis.

(*Métele á cuchilladas.*)

Sale DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA.  
Voces en la calle siento,  
Y aun parece que tropel  
De gente acuchilla un hombre,  
Y que él, animoso, á hacer  
Llega desprecio de todos.  
¿Quién será? Que conocer  
No le puedo, porque yo  
De tan poca edad á ser  
Del convento de las Huelgas  
Tierno depósito entré,  
Que á nadie apenas conozco.  
Mucho le aprietan; mas él  
Huye el riesgo, y prevenido  
Socorro pide á los piés,  
Por habersele quebrado  
La espada (¡ay desdicha infiel!).  
Temí no fuera mi hermano;  
Que, como por la cruel  
Mano de un fiero alevoso  
Murió mi padre, el que fué,  
Si hoy sombra en bóveda triste,  
Rayo en la campaña ayer,  
Pienso que á mi hermano llegan  
A herirle el pecho tambien;  
Que quien nació como yo,  
Seguir con violencia ve  
A la voz de la corneja  
Lo funesto del ciprés.

Sale DON NUÑO, alborotado,  
sin espada.

DON NUÑO.  
¿Señora!

DOÑA ELVIRA.  
¿Ay de mí!  
DON NUÑO.  
Escuchad.

DOÑA ELVIRA.

¿Cómo?

DON NUÑO.

El temor suspended;  
Porque el Justicia mayor  
Con rigor y con poder  
Me obliga á que me retire  
De una rigurosa ley,  
Y en mi seguimiento viene,  
Porque órden tiene, del Rey  
Firmada, para llevarme  
Preso al castillo de Uclés.  
Vióme ahora y lo intentó;  
Yo, viendo el peligro infiel,  
Defensa á la espada pido,  
Y faltóme, como veis;  
Quise ampararme en la casa  
Que yo primero encontré.  
(Ap. Mas si no me engaño, aquí  
Vive don Diego Porcel;  
Su esposa es esta sin duda,  
Mejor la hablaré despues.)  
Ya sé, Señora, quién sois,  
Y quién vuestro dueño es.  
Noble nací, no con dicha;  
Halle en vos consuelo fiel;  
Así vuestro hermoso rostro,  
Que admirado el mundo ve,  
Del agosto de los años  
Viva triunfando el clavel.

DOÑA ELVIRA.

Ya iguala vuestro cuidado  
Al mío; piedad cortés  
Será hacer que os tenga oculto  
El aposento que veis.  
Palabra os doy de ampararos;  
Bien podeis entrar en él,  
Acabado.

DON NUÑO.

Vos me dais vida. (Entrase.)

DOÑA ELVIRA.

Atenta guarda seré,  
Si no bastante defensa,  
Hasta que lo venga á ser  
Mi hermano, y llevarle pueda  
Donde mas seguro esté.

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Sola, hermana, y divertida,  
Sin dar al tiempo atencion;  
Mas si es imaginacion  
De aquella sangre vertida  
De nuestro padre, es debida  
La tristeza al accidente  
El callar al mal presente;  
Porque siempre alivio halla  
La desdicha que se calla  
En el dolor que se siente.

DOÑA ELVIRA.

Deja, Señor, un momento.  
Si es que yo puedo entre tanto  
Dejar mi forzoso llanto,  
Tu debido sentimiento;  
Que ahora el rigor violento  
De la justicia huyó  
Un caballero, y se entró  
A pedir sagrado aquí;  
Halle, hermano, amparo en ti,  
Pues en mi piedad halló.  
En esa sala que ves  
Se esconde; llámarte quiero.

DON GARCÍA.

¡Justa accion!

DOÑA ELVIRA.

¡Ah caballero!  
Salid afuera.

Sale DON NUÑO.

DON NUÑO.

Despues

Que obligado... (¡ay de mí!)

DON GARCÍA.

Sueño ó verdad lo que miro?  
Verdad es; pero la admiro,  
Y crédito no la doy.

DON NUÑO.

¡Oh, qué infelice que soy!  
Pues cuando á sagrado aspiro,  
Y es forzoso que presuma  
Que le hallo en un amigo,  
Me conduce á mi enemigo  
El hado fatal en suma.

DON GARCÍA.

Huyendo montes de espuma,  
Solicita peregrina  
Puerto la nave; y vecina  
Al abrigo que procura,  
Se ve, cuando mas segura,  
Ser de un huracan ruina;  
Así tú, que á lo inhumano  
De una prision te negaste,  
Cuando sin ella te hallaste,  
Miras tu puerta en mi mano.  
Destrozo sangriento vano  
Serás hoy de mi cuchilla,  
Y pues eres navecilla,  
Que abrigo al puerto le debe,  
Seré huracan que te lleve  
A ser estrago en la orilla.

DOÑA ELVIRA.

¿Que este es Nuño?

DON GARCÍA.

El que atrevido

Nuestra sangre derramó.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿cómo de mi fió  
La vida, que he defendido?  
Mas si tan atento ha sido,  
Noblemente confiado,  
Consulta á lo que obligado  
Vive en tu sangre el valor.

DON GARCÍA.

A matarle.

DOÑA ELVIRA.

No es error

La venganza en tu cuidado,  
Ni que muerte á Nuño des;  
Mas si cuando de su pecho  
La confianza que ha hecho  
Acerado escudo es,  
Reserva el castigo pues  
Para mejor ocasion;  
Que ahora, en la prevencion,  
De cualquier sangriento estrago  
Será mas culpa el amago  
Que despues la ejecucion.  
Lo ingrato que en ti acredito  
Es voz de esa confianza,  
Porque deja tu venganza  
Muchas señas de delito.  
Ventajas mil te permito  
Para borrar tu inquietud;  
Obra con solicitud,  
Porque la ofensa que ultraja  
Se ha de vengar con ventaja,  
Mas no con ingratitud.

DON GARCÍA.

(Ap. ¡Oh cuánto mi agravio siento!  
Oh qué dudoso me hallo!  
Si escucho á mi hermana, callo;  
Si miro á Nuño, me aliento.  
¿Qué haré, si al golpe violento

Se arroja ciego el sentido?  
Templarme en lo prevenido;  
Porque es mas noble cuidado  
Estimar lo confiado  
Que castigar lo atrevido.  
Y aunque con justo adimiento  
Solicito la venganza,  
Pone en mi la confianza  
(Leyes de agradecimiento.)  
¿Qué te hizo el flaco aliento  
De un anciano, en que se via  
La espada, cuando reñía,  
Para impedir el suceso,  
Que mas á sa mismo peso  
Que á la mano obedecia?  
De un caduco sin vigor,  
De quien, aunque en mármol yace,  
De sus cenizas renace  
A despertar mi dolor.  
¿Qué hazaña fué, qué valor,  
Matar con ciega osadía  
A quien cuando mas fligia  
Esfuerzo que le alentaba,  
De puro viejo, dejaba  
De vivir lo que vivía?  
Ahora entre sombras nombra,  
Aunque cadáver las mide,  
Tu ciego error, y despidió  
Una voz en cada sombra.  
A mí me anima, no asombra,  
Mira cuál es lo inhumano  
De tu accion, pues ya gusano,  
Por la boca de la berida,  
Culpa su voz despedida  
La violencia de tu mano.

DON NUÑO.

Castigo de un noble pecho,  
Que casi llega á informarle,  
Es el correrse y pesarle  
De aquello mismo que ha hecho;  
Y así, remite el despecho  
Con que ver quieres vengado  
A tu padre, bulto helado;  
Que á mí, al pesar remitido,  
Lo que tengo de corrido  
Me sobra de castigado.  
Y tan falta de razones  
Me deja tu proceder,  
Que callo por no poder  
Igualarte en las acciones;  
Y tantas obligaciones  
Hoy en mi afecto declaras,  
Que si á tí, pues lo reparas,  
Confiado te he vencido,  
Yo, de puro agradecido,  
Quisiera que me mataras.—  
Y á vos, Señora, que daros  
Mil gracias quisiera, veo  
Que solo puede el deseo  
Con el silencio alabaros.  
No imperio, para borraros,  
Tenga el tiempo, esa beldad;  
Halle en la posteridad  
Culto elevado, y asombre  
En mármoles vuestro nombre,  
Y en ecos vuestra piedad.

(Hace que se va.)

DOÑA ELVIRA.

¿Fuése?

DON GARCÍA.

Mal seguro va.—  
Señor don Nuño, advertid.

DON NUÑO.

¿Qué es lo que mandáis?

DON GARCÍA.

Oid.

DON NUÑO.

El gusto obediencia os da.

DON GARCÍA.

Mejor vuestra mano está  
De una espada acompañada;  
Porque si alguno lograda  
Vuestra prision quiere ver,  
Mal os podréis defender,  
Si os falta, Nuño, la espada.  
Tomad esta; que interés  
Me corre en que la admitáis,  
Pues quiero que os defendáis,  
Para mataros, despues.  
Yo os la doy, aunque no es  
Sin riesgo, pues si os la dejo,  
Y advertido os aconsejo  
Que eviteis algun destrozo,  
Aunque me veis que soy mozo,  
Me mataréis como á viejo.

DON NUÑO.

A esta liberalidad  
Siempre he de vivir atento;  
Tanto, que mi rendimiento  
Se halle en mi voluntad.  
Huella en la presente edad  
Las mas altivas cervices,  
Pero en acciones felices,  
Con que tanto satisfacés,  
Si obligas con lo que haces,  
No ofendas con lo que dices. (Vase.)

DON GARCÍA.

¡Válgame Dios!

DOÑA ELVIRA.

¿Qué te ofende?

Igual á tu sentimiento  
Es el mio; á tus cuidados  
Los que mortales padezco;  
Busca ahora tu venganza.

DON GARCÍA.

¿Permiteme que del riesgo  
Deje ausentar al contrario,  
Y ahora me alientas? Veo  
Que es necia tanta piedad,  
Donde el agravio no es menos.

DOÑA ELVIRA.

La que ha tenido bastante  
Materia es para que el tiempo  
La guarde en labrados jaspes;  
No te pese del afecto  
Piadoso, porque pisar  
El blando humillado cuello,  
Herir á la confianza,  
Ultrajar el rendimiento,  
No diera honor á la herida,  
Sino vil infamia al hecho;  
Y no te valgas ahora  
De decir que mis consejos  
Son los que á tu brazo el golpe  
De la venganza impidieron;  
Que los ánimos heróicos  
Libran con bastante acuerdo  
La ejecucion á la mano,  
Y á la prudencia el acierto.  
Desta te has valido ahora,  
Para lo demás esfuerzo  
Te dió tu sangre; investiga,  
Busca ocasiones, atento,  
En qué á la tormenta suya  
Concedas seguro puerto;  
Y si te faltaren manos  
Y ánimo con que el deseo  
Logres, yo, que hija soy  
De aquel que, en polvo deshecho,  
Llanto debe á tu memoria,  
Te daré para el efecto  
Un ánimo en cada voz  
Y una mano en cada aliento. (Vase.)

Sale LAIN.

LAIN.

Pensativo estaba el Cid...  
Y no mas, aqui me quedo;  
Porque mi amo lo está en Búrgos,  
Y el Cid lo estaba en San Pedro.

DON GARCÍA.

¡Lain!

LAIN.

¡Señor!

DON GARCÍA.

Tu lealtad,  
Tu lealtad y secreto  
Hoy mi venganza aseguran.

LAIN.

No el secreto será menos  
Que la lealtad con que vivo.

DON GARCÍA.

La vida te va en tenerlo.

LAIN.

Al caso vamos, por Cristo.

DON GARCÍA.

Di, ¿qué forma ó qué remedio  
Tendré, Lain, para dar  
Muerte á mi enemigo fiero?

LAIN.

Eso ha menester espacio.

DON GARCÍA.

¿Qué espacio?

LAIN.

Pues ¿mucho es? Menos  
Es parecer de un letrado,  
Y mira catorce textos,  
Que dar la muerte á un cristiano.

DON GARCÍA.

¡Ay de mí! Buen consejero  
Hallo en mis locas desdichas.  
Véte, por Dios.

LAIN.

¿Es buñuelo?

Déjemelo usted pensar,  
Que yo lo diré bien presto;  
Mas ya voy cerca sin duda.  
Ve aqui el modo, yo le tengo:  
Yo me he de fingir al punto  
Un embajador, que vengo  
De Suecia; tú has de ser  
Mi porta-brazos, y luego  
Despues que al Rey mi embajada  
Se la haya dado en secreto,  
Iré á visitar las damas;  
Y cuando á mirar el bello  
Rostro yo llegue de Sancha,  
Y los dos solos estemos,  
A Nuño irás, que aguardando  
Estará para el efecto,  
Y con tu daga, animoso,  
Romperás su duro pecho.  
Y si Sancha se turbare,  
Diré: «Dama, detenéos;  
Que esto que miráis es cosa  
Que allá usamos los suecos,  
Y mas los grandes señores;  
Porque siempre uos comemos  
Un caballero en gígote.»

DON GARCÍA.

No hay insufrible tormento,  
En los que mas siente un alma,  
Como el de escuchar á un necio.  
Véte, por Dios, no me mates;  
Véte, y déjame.

LAIN.

No puedo;

Hasta aqui burlas han sido;

Pero ya que el sentimiento  
Con que vives se traslada  
A ser dolor en mi pecho,  
Vive Dios, que has de vengarte.

DON GARCÍA.

¿Hablas de veras?

LAIN.

¿Dirélo?

Si, que le importa á mi amo;  
Mas no, que el castigo temo.  
Jura que no has de enojarte.

DON GARCÍA.

¿Que jure? Pues tú ¿qué has hecho?

LAIN.

En fin, tú me has de jurar  
Que podré decir sin riesgo  
De tu enojo y de mi vida  
Una cosa; en el remedio  
De tu venganza consiste.

DON GARCÍA.

Si eso ha de ser, yo te ofrezco  
Mi palabra por quien soy;  
Asi mi brazo y mi acero  
Felices logren la herida  
Que solicitan atentos,  
Para que por ella Nuño  
Vierta el suspiro postrero,  
No he de enojarme.

LAIN.

Pues digo

Que soy de Costanza dueño.

DON GARCÍA.

¿Qué dices?

LAIN.

Que si te enojas,  
Romperás el juramento,  
Y cesará la maraña.

DON GARCÍA.

Admiro tu atrevimiento;  
Pues ¿qué dicha se me sigue  
A mí de tu amor?

LAIN.

Si entro

De noche á ver á Costanza,  
Si hasta su cámara llego,  
Si las llaves de la puerta  
Ella guarda en su aposento,  
¿Qué mas dicha ha de seguirte?  
Entiéndeme, pues te entiendo;  
¿Qué quieres? Tu criado soy,  
Lealtad guardo, valor tengo.

DON GARCÍA.

Pues di, ¿cómo á entrar te atreves  
En casa de Nuño?

LAIN.

Eso

Con mucha facilidad.

DON GARCÍA.

Mal me resisto; ¿y el riesgo?

LAIN.

No me ha sucedido mal.

DON GARCÍA.

¿Si te ve Nuño?

LAIN.

Eso temo.

DON GARCÍA.

¿Sancha?

LAIN.

Esa sí me ha visto.

DON GARCÍA.

¿Qué dice Sancha?

LAIN.

Es un cielo;  
Siente y llora tu mudanza.

DON GARCÍA.

¡Ah Sancha, cuando en mi pecho,  
Para no acabarme, vive  
Desatado el sufrimiento,  
A lo que tu amor me llama,  
A lo que tu hermano ha hecho!  
Ojalá antes que en tus brazos  
Me viera, y que hallara en ellos  
Primer aliento á mi vida,  
Segunda vida á mi aliento,  
Que en las reñidas batallas  
De los moriscos encuentros  
Corvo alfanje hiciera entonces  
Que de mis hombros el cuello  
Bajara á pedir sepulcro,  
A la campaña, sangriento.

LAIN.

¡Qué triste estás! Anímate.

DON GARCÍA.

¡Ah Lain, qué poco esfuerzo  
Vive en mí para esta empresa  
Cuando de Sancha me acuerdo!  
Mas dime, ¿cómo dispones  
Mi justa venganza?

LAIN.

Pienso  
Que habrá impedimegto poco;  
Mas deja que á disponerlo  
La solicitud mañosa  
Llegue de mi tosco ingenio;  
Que, cuando en obscura noche  
De los sentidos el sueño  
Mas apoderado viva,  
Sin duda te verás dentro  
De casa de tu enemigo

DON GARCÍA.

¡Qué escucho, piadosos cielos!  
Lain, si por ti mi brazo  
Consigue este heróico hecho,  
Cuanto valgo, cuanto fuere,  
Cuanto espíritu poseo,  
Y cuantas vidas me infunda  
El ver cadáver el cuerpo  
De mi enemigo, que en mí  
Serán gloriosos trofeos,  
Verás que, á ti agradecido,  
Por víctimas las ofrezco.

LAIN.

¿Soy yo deidad?

DON GARCÍA.

Eres ángel,  
Y serás de hoy mas un cielo;  
Dame esos brazos.

LAIN.

Por Dios,  
Que te apartes; que te temo.

DON GARCÍA.

¡Eso dices? Si me guías  
A conseguir mis deseos,  
Todo mi caudal es tuyo,  
Como á mi vida te quiero.

LAIN.

¡Jesus, Jesus! ¿Quién tal dice?  
Que me abrazo, que me quemo.  
Si te acuerdas de Virgilio,  
Cuando en églogas diciendo  
*Formosum Pastor* estaba,  
Mira que un lacayo feo  
Soy, con alba y sin narices,  
Barbado á lo nazareno.  
Con el color de mortaja,  
Y tan redondo de cuerpo,  
Que soy pipote con alma.

DD. C. DE L.-II.

DON GARCÍA.

¡Oh qué gustoso me aliento!  
Animo, Garcí-Velazquez,  
Pues lleváis para este empeño  
Un rayo en la blanca espada,  
Un agravio en el esfuerzo,  
Un dolor vivo en el alma,  
Y un muerto padre en el pecho. (Vase.)

LAIN.

Animo, Lain; que ya  
Cobra su juicio entero  
Don García, y aunque os vistes  
En peligro no pequeño,  
Sois Lain, y habéis de hacer  
Como quien viene de buenos. (Vase.)

Salen COSTANZA y DOÑA SANCHA,  
alborotadas.

COSTANZA.

¡Señora, Señora!

DOÑA SANCHA.

¡Ay triste!

¿Qué tienes?

COSTANZA.

Con grande priesa  
Andrada en casa entró ahora,  
Y dijo que una pendencia  
Mi señor había tenido  
Con el Justicia, y que della  
Resultó encontrarse luego,  
Dentro de su casa mesma,  
Con don García, y que juntos,  
Segun él se teme, es fuerza  
Que se hayan dado la muerte.

DOÑA SANCHA.

¡Hay mas tormentos? ¿Que tenga  
Tanto sufrimiento el alma!  
Que al imperio no se venza  
De la desdicha, y se humille  
Tristemente á su inclemencia!  
¿Para qué quiero la vida?

Sale DON NUÑO.

DON NUÑO.

Costanza, solos nos deja,  
Y entra una luz.

DOÑA SANCHA.

¡Ya no siento

Caliente sangre en las venas!

COSTANZA.

La luz tienes aquí.

DOÑA SANCHA.

Véte.

COSTANZA.

Voyme; en la calle me espera  
Lain; al punto que le deje  
En mi aposento, las puertas  
Cerraré, como otras veces. (Vase.)

DOÑA SANCHA.

(Ap. ¡Ay de mí! Sin duda queda  
Muerto mi esposo; que el rostro,  
La turbación, la tristeza  
Con que Nuño entra en su casa,  
Me ofrecen bastantes señas.)  
¡Muerta soy!

DON NUÑO.

¿Qué tienes, Sancha?

¿Qué causa te desalienta?

DOÑA SANCHA.

Dijéronme que tuviste  
La vida ahora tan cerca  
De la muerte, que de solo  
Verte á mis ojos, es fuerza

Que me mate la alegría,  
Como á otros matan las penas;  
Mas ¿cómo vienes tan triste?

DON NUÑO.

No sé qué te diga.

DOÑA SANCHA.

Cierta

Es la desdicha que temo;  
No lo niegues pues.

DON NUÑO.

Quisiera...

DOÑA SANCHA.

¿Quitaste la vida ¡ay cielos!  
A García?

DON NUÑO.

Bueno queda.

DOÑA SANCHA.

Acaba, pues, de arrojar  
Esa voz; que me atormenta  
Aun pensar la dilacion,  
Nuño, que has tenido en ella.  
(Ap. Eso sí, pase el tormento;  
Huíd del alma, tristezas;  
Buscad albergue, pesares;  
Gustos, contentos, no hay fuerza  
De los pasados enojos  
Que vuestro poder no venzan.  
Loca estoy; ¡mi amante vive!)

DON NUÑO.

Pues ¿cómo tan descompuesta  
Te tiene ese nuevo gozo?

DOÑA SANCHA.

Hermano, porque si hubieras  
Muerto al hijo, como al padre,  
Sobran con inclemencia  
Para nosotros palabras  
Injuriosas en las lenguas,  
Rencor en los corazones,  
Y faltara quien nos diera  
Descanso á nuestro cuidado,  
Y á nuestras voces orejas.  
¿Bueno está, vive García?

DON NUÑO.

Hice, hermana, resistencia  
Al Justicia mayor, que anda  
Con orden del Rey expresa  
Para prenderme; me ha dicho  
Que en mi casa me esté, y sea  
De manera, que me niegue  
A sus ojos, porque es fuerza,  
Si llega á verme, que el orden  
Que el Rey le ha dado obedezca.  
En fin, hermana, faltóme  
La cuchilla en la pendencia,  
Entré á esconderme en la casa,  
Sin que ninguno me viera,  
De Diego Porcel, y viendo  
Una hermosa dama en ella,  
Y entendiendo ser su esposa,  
Le pedí favor, y atenta  
A su sangre, me le ofrezco;  
Juzgó entonces ella mesma  
Que yo la había conocido;  
Porque has de saber que esta  
Dama que digo es la hermana  
De García, que en las Huelgas,  
Convento que edificó  
Nuestro Alfonso con grandeza,  
Ha vivido, porque en él  
Entró desde edad muy tierna;  
Y á esta casa, que don Diego,  
Por retirarse á su aldea,  
Dejó, se mudó García  
Con su hermana, por la pena  
De vivir la que la sangre  
De su muerto padre riega.  
En fin, no me conocí.  
Escondíome; cuando entra

Garcí-Velazquez de Estrada,  
Y queriendo con violencia  
Ejecutar su venganza,  
Detuvo el golpe ella mesma,  
Dándole á entender, hermana,  
Que, pues yo con diligencia  
De las manos del Justicia  
Me acogí á las suyas, era  
Descrédito de su sangre  
Faltarme sagrado en ellas.  
Redújose mi enemigo,  
Y no solo su nobleza  
Para salir de su casa  
Libres me dejó las puertas,  
Mas para venir me dió  
En esta espada defensa.  
Mira si es justo el afecto  
De mi penosa tristeza,  
Pues maté al padre de quien  
Hoy con acciones tan nuevas  
Y tan heróicas me obliga  
A que mi error encarezca,  
A que su agravio y mi culpa  
Arrepentido lo sienta.

DOÑA SANCHA.

Y ¿en qué quedaste con él?

DON NUÑO.

En que ahora con mas fuerza,  
Con mas cuidado, con mas  
Solicita diligencia,  
Dice que me ha de buscar.

DOÑA SANCHA.

Dime, por tu vida, ¿que ella  
Fué quien te libró del riesgo?

DON NUÑO.

Fué mi amparo, y quien discreta  
Quiso que igualase entonces  
Su piedad á su belleza.  
A Elvira debo la vida.

DOÑA SANCHA.

Bien está, no te entristezcas;  
Que para consuelo tuyo  
Lo que he escuchado me alienta;  
Ya es hora de recogerte.

DON NUÑO.

Lo mismo hacer puedes.

DOÑA SANCHA.

Entra.

DON NUÑO.

¡Ay don Lope, quién al mundo  
Volverte vivo pudiera! (Vase.)

DOÑA SANCHA.

García suspende el golpe  
Cuando halla en su casa mesma  
A Nuño, pero su enojo  
Ni le olvida ni le deja;  
Y doña Elvira, esta fué  
Mas prudente y mas discreta,  
Mas cuerda en lo ejecutivo,  
Mas piadosa en la defensa,  
Pues ella escucha mis voces;  
Que quien sopo á la clemencia  
Dar lugar en la venganza,  
Ofrecerá mas atenta  
Noble remedio á mi agravio  
O dulce alivio á mi queja. (Vase.)

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Cual en la noche obscura  
Tras de la oveja tímida se arroja  
Lobo cruel, que hambriento la despoja  
De la vida; así yo buscando vengo  
A Nuño, mi enemigo.  
Tomo esta luz por ver si en lo que sigo  
Me lleva su esplendor sin embarazo.

Toma la luz, y al entrar, sale DOÑA  
SANGHA.

DOÑA SANCHA.

Dejo á mi hermano... ¡Ay triste!

DON GARCÍA.

¿Qué te asombra?

DOÑA SANCHA.

¿Eres vana ilusion? ¿Quién eres, som-  
bra? [bra?

DOÑA SANCHA.

Sombra de lo que fui.

DOÑA SANCHA.

¿Qué falso engaño! [lo?

Yo sí que soy la sombra; ¿quieres ver-  
Pues mira, si es que puedo merecerlo,  
En tu inconstancia mi infeliz empleo,  
En tu injusta mudanza mi deseo,  
En tus locos desprecios mis temores,  
En tus falsas promesas mis errores,  
Sin que en tanta ruina  
A mis ojos vecina  
Una esperanza vea,  
Ni aliento alguno crea,  
Sino solo tormentos,  
Agravios, escarmientos,  
Engaños, impaciencias,  
Deshonores, violencias,  
Penas, infamia, llanto;  
Y así verás, saliendo de este encanto,  
Que yo, afligida, triste, cuidadosa,  
Sin honor, impaciente, temerosa,  
Sin vista, sin aliento, desdenada,  
Sin la vida, sin cuerpo, despreciada,  
Llego á ser, viendo tu tirano olvido,  
Sombra de lo que soy y lo que he sido.

DON GARCÍA.

Un aliento, una vida, un alma hallo,  
Que en ti mi voz inspira,  
Y aunque mi amor por ofendido callo,  
No en mi memoria el bien gozado espira,  
Pues al favor de mi pasada gloria,  
Yo, Sancha, he de ser tuyo; soberano  
Dueño mio serás, pero primero  
He de tomar venganza de tu hermano.  
(Va á entrar, y detiéndole doña Sancha.)

DOÑA SANCHA.

¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Oh qué trance fie-  
Señor, mi bien, espera; [ro!

¿Qué turbación! ¿Resolución tan fiera,  
Cuando me ves aquí, sigues furioso?

¿Eres tú quien dichoso,  
Quien rendido en mis brazos,  
Formó con tierno afecto dulces lazos,  
Quien la azucena cándida fragante  
Al jardín de mi honor robó triunfante,  
Donde, bellezas dilatando, era  
Adorno casto de su misma esfera?  
García, esposo, mira  
Cuán poco el alma en mi temor respira,  
Limites pon al vengativo intento,  
Verás mi rendimiento,  
Que si antes amoroso  
Trofeo de tu ruego fué glorioso,  
Hoy en desdichas tautas  
Será despojo humilde de tus plantas.

DON GARCÍA. (Ap.)

¡Oh, qué desdicha! Qué infelice suerte  
Es la mía! pues cuando  
Con ánimo mas fuerte  
Riesgos mayores vengo atropellando,  
Y á la venganza aspiro,  
Me suspenden las lágrimas que miro;  
No son lágrimas, no, ni pueden serlo,  
Júzguenlo cuantos merecieren verlo;  
Líquidas perlas son, que la corriente  
Dichosa anima de una y otra fuente,  
Que en sus ojos formó naturaleza,  
Naciendo de aquel risco de belleza.

¡Oh, qué beldad! Qué luz! Qué hermosa  
Qué cielo soberano! [estrella!  
Mal rayo abraza la violenta mano  
De Nuño, pues por ella,  
Por su sangriento y bárbaro destrozo,  
Glorias que gozar puedo no las gozo.

DOÑA SANCHA.

Mi señor, ¿qué respondes á mi ruego?

DON GARCÍA.

Que soy de nieve y que me abraso en  
Y á tu llanto quisiera, [fuego,  
Aunque me ves de bronce, ser decera.  
Perdona, Sancha hermosa,  
No impidas mi osadía;  
Que Nuño ha de morir.

(Va á entrar, y detiéndole enojada, po-  
niéndose á la puerta.)

DOÑA SANCHA.

¿Qué villanía!

Qué acción tan afrentosa!

Justamente se infama [ma.  
Quien no es cortés al ruego de una da-  
No permitió de Elvira la advertencia  
Impulsos en tu casa á la violencia,  
Y ¿en la mía resistes mi porfía?

¿Cuándo la sangre, dime, ha merecido  
Mas que las voces de un amor rendido?  
Pues, don García, advierte, [muerte:  
Que de mi hermano no has de ver la  
Y si con el rigor que en ti conoces  
Grosero porfiarés, daré voces.  
Criados hay en casa,  
Cerca tengo parientes;

Mas yo, que basto sola, y que no escasa  
En ánimo he nacido, con los dientes,  
Con la furia que ves en mis enojos,  
Con el fuego que sale de mis ojos,  
Y á fenecer mi vida se adelanta,  
Dividiré en pedazos tu garganta.

Entra, acaba; ¿qué aguardas?  
Qué esperas? Qué te tardas?  
A mis brazos te entrega;

Que si la muerte buscas de mi herma-  
Has de pasar por ellos, [no,  
Y puede ser, si con violencia llega  
Mis brazos á vencillos  
En bárbara porfía,  
Que sean los tuyos sepultura mía.

DON GARCÍA.

(Ap. Sin duda que me enseña

A ser de su materia alguna pena,  
O alguna fiera horrible  
Su espantosa crueldad en mi atesora,  
Pues no me vence Sancha cuando llora.

Poca alabanza á mi piedad procuro;  
El jaspé, el bronce duro  
Al buril obedecen,  
Y yo, que en mi nobleza resplandecen

Los hechos que heredé de mis mayo-  
He de poner á lágrimas rigores, [res,  
A lágrimas de quien por sí merezco!  
Déjame, Sancha, ir; yo te obedezco;

Ni seguiré á tu hermano,  
Ni á la venganza animaré la mano,  
Ni á ti quiero escucharte,  
Ni verte ni hablarte,  
Ni á mí tampoco verme,

Ni vivir ni alentarme ni entenderme;  
Sino desesperado,  
Sin juicio, sin alma, desdichado,  
Pedir al horizonte,  
O el mas alto y empinado monte

Albergue me dé oculto,  
Donde á pálido bulto  
La vida se traslade sin aliento,  
Donde, siendo de fieras alimento,  
Ni aun queden señas pocas  
De quien con ansias locas  
De la justa venganza se ha olvidado,

Quepide un padre en un sepulcro helado,  
Y en mortales enojos [do,  
Ha obedecido al llanto de tus ojos.  
(Vase.)

DOÑA SANCHÁ.

Aguarda, escucha, tente.—  
¡Qué furioso que parte!  
Pero no importa ya, si á ver presente  
Una esperanza llevo  
Que partirse obligado de mi ruego:  
Mas ¡ay de mí! que temo el ausearse.  
Pues ¿no bastaba ¡ay cielos!  
Mi esposo retirarse  
De mi amor, de mi voz, de mis desvelos,  
Tanto tiempo, tirano,  
Procurando la muerte de mi hermano;  
Sino ahora, que veo  
Casi ya conseguido mi deseo,  
Decirme que me deja,  
Que sin alma se aleja,  
Solo por no ofenderme;  
Que ya no quiere verme,  
Que huye de mis ojos,  
Que muere en sus enojos,  
Que va á desesperarse,  
Que á la gruta de un monte ha de en-  
que vive sin aliento, [tregarse,  
Que de las fieras ha de ser sustento?  
Y ¿que esto escuche cuando mas ren-  
[da?  
¡O acaben ya los cielos con mi vida,  
O fálteme en el mal que en mí se emplea,  
Tierra que pise, claridad que vea!

## JORNADA TERCERA.

Salen LAIN, huyendo de DON GARCÍA,  
que le sigue con la daga desnuda.

LAIN.

¡Jesus!

DON GARCÍA.

No te han de valer  
Las voces.

LAIN.

Si me alboroto  
De ver desnuda una daga,  
¿Qué te espantas?

DON GARCÍA.

No hay estorbo  
Para que tu fin no llegue.

LAIN.

Voces doy.

DON GARCÍA.

Mas me provocho.

LAIN.

¡Que me matan sin mi gusto!

DON GARCÍA.

¡Ah traidor!

LAIN.

Oyeme cómo  
Fué lo que causa tu ira.

DON GARCÍA.

¿Qué he de hacer, si veo que solo  
Me hallé en casa de don Nuño?

LAIN.

Repito el suceso todo:  
Costanza me abrió la puerta,  
Subí arriba, los piés pongo  
En su aposento; ella dijo,  
Como otras veces: «Forzoso  
Es desnudar á mis amos;  
Ya vuelvo, agúardame un poco.»

Yo, que me vi centinela  
De aquella torre, me asomo  
Para ver si alguno había  
Que me sirviese de estorbo.  
Bajo la escalera, llevo  
A la puerta, reconozco  
Que no hay un alma; y así,  
Quité con tiento el cerrojo.  
Entraste arriba, subimos,  
Y dijíteme animoso:  
«Lain, vigilante guarda  
Del puesto que ves te nombro;  
Si alguno á impedir subiere  
El hecho á mi mano heróico,  
Pon de tu acero á su espalda  
La punta, y al pecho el pomo.»  
Y apenas mi puesto guardo,  
Cuando ciertos pasos oigo,  
Que, desmintiendo las selvas,  
Me parecieron de corcho.  
Dije: «Esta es dueña; ¿qué haré?  
Si me ve, perdidos somos.»  
Y así, porque no me viese,  
Ni yo descubrir tampoco  
En su tumba una mortaja,  
Ni un *ab initio* en su rostro,  
O por si era dueña euana,  
Dueña en visperas de hongo,  
Cementerio de poquito,  
Y *requiem aeternam* romo,  
Me retiré, y cuando pienso  
Que seguro me arrinconó,  
Caí por un agujero  
O infierno, tan frio y hondo,  
Que si llamas no brotaba,  
Respiraba helados soplos;  
Su altura eran dos estados,  
Mejor lo dirán los lomos  
Y el sentido, pues del golpe  
Quedé sin uno y sin otro.  
Busco la puerta, y en vez  
De hallarla, un clavo topo,  
Que, sin jugar á la polla,  
Les dió á mis narices boto.  
Voy tentando las paredes,  
Y la mano en parte toco,  
Que ni sé si fué culebra,  
Si lagarto ó si demonio  
El que me dió tal bocado  
Con dientes tan ponzoñosos,  
Que haber servido pudieran  
Al fiero dragon de Cólcos;  
Mas viéndome sin remedio,  
Los inconvenientes todos  
Junto, y digo: «Si doy voces,  
Oírlo Nuño, y su enojo  
Vengará en mí; si adelante  
Paso, encontraré algun hoyo,  
Donde me sepulte vivo.»  
Y así, por remedio escojo  
Sentarme y estarme quedo;  
Casi dos dias del modo  
Que ves estuve gimiendo,  
Con que tal figura tomo,  
Que en esqueleto con vida  
Desmayado me transformo,  
Hasta que entrar á Costanza  
Vi por un postigo angosto,  
Que yo, de temor, no hallé,  
Y entonces despedí ansioso  
Tan flaca voz, que por flaca  
Pudieran llevarla en hombros.  
De su vestido me así,  
Y ella, que, volviendo el rostro,  
Vió en mí una cara de muerto,  
Dió voces, llamó socorro.  
Conocióme, á Sancha avisa,  
Y como aliento no gozo,  
Las dos al desmayo mio  
Dieron pistos de bizcochos.  
En fin, Sancha me regala,  
Presto mis alientos cobro,

Porque con pechugas de aves  
Dulcemente les soborno.  
Así estuve, así me vi;  
Ahora, ya que te informo,  
Conocerás que merezco  
Mas tu piedad que tu enojo.

DON GARCÍA.

Todos son enredos tuyos.

LAIN.

¿Que esto escucho y no me torno  
Yerno? ¿Es enredo la cara,  
Con que á lástima provocho?  
¿Dos dedos menos el pico  
De la nariz, que á ser romo  
Se pasó, de puntagudo?  
¿El dolor con que pregono  
Desconcertada la espalda?  
Si esto es enredo, á ser novio  
Antes me iré que sufrirte.

DON GARCÍA.

No hallo remedio á mi ahogo,  
Pues cuando entre negras sombras  
Mil dificultades rompo,  
Y á la garganta de Nuño  
Casi la cuchilla pongo,  
Sale Sancha y me detiene,  
Al golpe sirve de estorbo,  
Si no la escucho se enoja,  
Voces da si no respondo;  
Llora, y el llanto parece  
Que van vertiendo sus ojos  
Perlas, que, como claveles,  
Llueve la aurora en su rostro,  
O que á la púrpura el cielo  
Cubre de nevados copos.  
Pues mi fiero dolor sea  
Mi muerte, pues cuidadoso,  
Ni á Nuño en su casa mato,  
Ni á Sancha en mis brazos gozo.

(Vase.)

LAIN.

Furioso parte mi amo;  
Mucho temo lo furioso.  
Pues yo me iré muy á espacio;  
Porque cuando borrascoso  
Anda el juicio del amo,  
Y el entendimiento es corto,  
Puede de un golpe á un criado  
Ciclope hacerle de un ojo;  
Y así, para no ponerme  
En lances tan peligrosos,  
Mejor que el andar apriesa,  
Será el andar poco á poco. (Vase.)

Salen DOÑA SANCHÁ y COSTANZA,  
con mantos, y UN ESCUDERO.

DOÑA SANCHÁ.

Todo está como asombrado;  
Tan gran soledad me admira.

COSTANZA.

¿Dónde Elvira estará?

DOÑA SANCHÁ.

Mira

Si parece algun criado.

ESCUADERO.

Yo llamo y no me han oído;  
Ni un jazminillo hay que ladre.

(Llame.)

DOÑA SANCHÁ.

En fin, es casa sin padre,  
Triste albergue sin marido.

COSTANZA.

¿No tiene á su hermano?

DOÑA SANCHÁ.

Es llano

Que ocupa, con ser honroso,  
Mas la sombra de un esposo  
Que la vista de un hermano.

ESCUDEIRO.

Vuelvo á llamar. (Llama.)

COSTANZA.

Pasos oigo.

(Vanse Costanza y el escudero.)

Sale DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA.

¿Quién es quien da tantos golpes?  
¿No hay un criado ahí afuera?  
¿Qué es esto?

DOÑA SANCHÁ.

No te alborotes;  
Doña Sancha soy de Castro.—  
Dejadnos solos.

DOÑA ELVIRA.

¿Tú pones,  
Doña Sancha, el pie en mi casa?

DOÑA SANCHÁ.

No temas ni te congojes.

DOÑA ELVIRA.

Jamás conocí el temor.

DOÑA SANCHÁ.

Pues si no, ahora conoce  
Que, si el intento piadoso  
Permites que no se logre  
A que he venido, en Castilla  
Nuestros bandos tan disformes  
Se verán, que han de correr  
Arroyos de sangre noble,  
Mas que al mar hundosos ríos  
De plata encrespada corren;  
Y así, para que el intento  
Con que vengo sepas, oye:  
Cuando dió á tu padre muerte  
Mi hermano, rompiendo el orden  
Del respeto y cortesía  
Que la ancianidad se pone,  
Que lo senti, sabe el cielo,  
Con tanto extremo, que entonces  
A números apostaban  
Las lágrimas con las voces;  
Porque, en fin, dispuso Nuño,  
Para que yo me congoje,  
Dos aciertos, que á sus ojos  
Los culpa quien los conoce;  
Por error le califico  
Contra mi sangre, que un jóven  
Manchara, poco advertido,  
En la senectud su estoque.  
Esto es verdad; pero ya  
¿Qué remedio habrá que cobre  
Sangre de un cadáver frío,  
Que helado mármol recoge?  
Qué victorias, qué trofeos,  
Qué generosos blasones  
Adquiere quien obstinado  
Rige venganzas atroces?  
¿Qué asalto emprende animoso?  
¿Qué enarbolados pendones  
Sigue? ¿Qué contrarios riñe?  
¿Qué enemigo escudron rompe?  
Ojalá que hallar pudiera  
Vida en las llamas don Lope;  
Que yo en incendio voraz  
Fuera destrozado roble,  
Para que, viendo mi pecho  
De piedad efectos nobles,  
Fénix, si no á sus cenizas,  
Renunciara en mis ardores;  
Y no juzgues que temor  
La acción que miras dispone,  
Ni que para hablarte, Elvira,  
Mi hermano me ha dado orden,

Pues sé que si á su noticia  
Mis culpas llegaran torpes,  
Que dividiera mi cuello  
De un puñal al fiero golpe.  
En fin, es una desdicha  
Quien loca me descompona,  
Y quien mis quejas alienta  
Un vil desprecio de un hombre.  
¡Oh, pluguiera á Dios que antes  
Que á manos de la desórden  
Que ahora culpo, borradas  
Viera mis obligaciones,  
Que alto riesgo, desgajado  
Del mas empujado monte,  
Que aguda flecha veloz,  
Que bruta fiera del bosque  
Me acabara, y de la cueva,  
Que no permite que more,  
Sus horrores alma fueran,  
Mis ojos habitadores!  
Tu hermano, en fin, doña Elvira,  
Tu hermano, el dolor depone  
Al aliento; ¡qué vergüenza!  
Suspendenme los temores,  
Las palabras detenidas  
Frio sudor las encoge,  
Y helado el pecho, despide  
Por tales respiraciones.  
¡Ah, mal haya la mujer  
Que loca ejecuta acciones,  
Que las calla por injustas,  
O las niega si las oye!  
Tu hermano, cual otro Enéas,  
Huésped ingrato, una noche  
Robó al jardín de mi honor  
Las mas estimadas flores;  
De prevenidas cautelas  
Guarneció sus intenciones,  
Obrólas en mi ruina,  
Gozólas en mis errores.  
Llegó perdido á mi quinta,  
Hospedéle, porque el nombre  
Me dijo, rogóme amante,  
Pero tirano engañóme;  
Ahora olvidado niega  
Su palabra y mis favores;  
Glorias que gozó dichoso,  
Barbaro las desconoce.  
De ilustre fama por cierto,  
De honroso timbre compone  
Su cabeza, estos serán  
Sus laureles vencedores.  
Un Estrada; es bien que, injusto,  
Precisas leyes derogue,  
Y que á deudas tan debidas  
Paguen tan viles rigores?  
¿Un noble ha de permitir  
Que engaños le deshonoren,  
Que la cautela le injurie,  
Que la falsedad le nombre,  
Que una mujer se desprecie,  
Que unos ojos tristes floren,  
Que un alma alientos ignore?  
Estas sí que son afrentas,  
Estos delitos enormes,  
Estas sí que son desdichas,  
Estas sí que son traiciones,  
Que no una muerte. El herir,  
El matar, es en los hombres  
Una violencia, una furia,  
Un colérico desórden;  
Pero engañar una dama  
Es acción que reconoce  
La villanía, es querer  
Que la infamia le deshonre.  
Las promesas que se hacen,  
Las palabras que se ponen,  
No ha de haber ley que las venza,  
No ha de haber quien las revoque.  
¿Con doña Sancha de Castro,  
Conmigo tratos tan dobles,

Con quien por sangre y por lustre  
Los mas remotos conocen?  
Rabio solo de pensarlo;  
Temo que el dolor me robe  
El sentimiento, ó que de este  
La cólera me despoje.  
Si no mirara que es fuerza,  
Para evitar disensiones,  
Que de mis brazos tu hermano  
Su pecho inconstante adorne,  
Cuanto miro, cuanto veo,  
Cuanto en sí contiene el orbe,  
Viera su fin lastimoso  
En mis ardientes furoros.  
Mas no es tiempo que á los gustos  
Los alborotos estorben,  
Ni de que á las paces pongan  
Impedimento las voces;  
No es bien que mas don García  
Modos vengativos obre,  
Ni que mi agravio le culpe,  
Ni que tu enojo le apoye;  
Recuerden las amistades,  
Dulce parentesco logren;  
En la piedra del olvido  
Sepúltense los rencores.  
Así de metal luciente  
Tus blancas sienas coronas,  
Y al imperio de tus plantas  
Soberbios rayos se postren;  
Así á los orbes la fama  
De tu beldad les informe,  
Así sus ecos escuchen,  
Así tus huellas adoren;  
Así el nevado jazmín  
De tu frente no despoje  
El tiempo, ni de tus labios  
El purpúreo clavel tronque,  
Que dispongas luego, Elvira,  
Que contigo se despoje  
Mi hermano, y que yo en el tuyo  
Promesas cumplidas goce;  
Habrá con esto pinceles  
Para que tu cielo copien,  
Para eternizarte mármol  
Y para adorarle bronce.

DOÑA ELVIRA.

A responderte no acierto.  
Pésame, Sancha, de ver  
Que así te ofenda el poder  
De un culpable desacierto.  
Si con mi vida pudiera  
Que tu honor se restaurara,  
A las llamas la entregara,  
Al cuchillo la ofreciera;  
Porque, logrando cuidados,  
Los campos (¡qué maravilla!)  
No se vieran en Castilla  
De nuestra sangre bañados;  
Mas, como no hay quien impida  
Tu no vencido dolor,  
Sancha, el remedio mejor  
Será la sangre vertida.

DOÑA SANCHÁ.

¿Así te burlas de mí?  
¿Esa respuesta me das?

DOÑA ELVIRA.

Yo no me burlo jamás;  
Las burlas viven en ti,  
Pues con parecer liviano  
Quieres en tal desconcierto  
Que olvide á mi padre muerto,  
Y me case con tu hermano.

DOÑA SANCHÁ.

Ea, baste; que atrevidas  
Palabras y tan pesadas  
Son malas para escuchadas,  
Peores para sufridas;  
Cuando con vil entereza  
Mas le desprecie mi mano,

Soy Castro y tengo un hermano,  
Y el tuyo tiene cabeza.

DOÑA ELVIRA.

De esa respuesta enfadada,  
En tu necio enojo arguyo  
Que falta cabeza al tuyo,  
Pues no la tiene cortada.

DOÑA SANCHÁ.

¡Qué necia estás! De la mano  
De Nuño saldrá el castigo.

DOÑA ELVIRA.

Bien podrá; porque contigo  
No se ha de casar mi hermano.

DOÑA SANCHÁ.

Voyme, que el verte me enfada;  
Porque aun verme no mereces.

DOÑA ELVIRA.

Puedo honrarte cuantas veces...

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

¿Qué es esto, Elvira?

DOÑA ELVIRA.

No es nada.

DON GARCÍA.

Dilo, acaba.

DOÑA SANCHÁ.

Bien mi fama

Restauro y mi honor perdido.

DON GARCÍA.

Dime, Elvira, lo que ha sido.

DOÑA ELVIRA.

Pregúntaselo á tu dama.

DOÑA SANCHÁ.

Bien dices; vorá mejor  
García, aunque no se venza,  
En tu voz la desvergüenza  
Y en mi respuesta el dolor.  
Su dama (¡ah cielos!) me llama  
Tu osada, y yo, que ser  
Mas bien de Alfonso mujer  
Pudiera que no su dama,  
Muero en rabiosas fatigas;  
Porque, aunque sé conocerlo,  
No me ofende tanto el serlo  
Como que tú me lo digas.  
Desto es honra el ofenderse,  
Pues la afrenta ha de advertirse  
Que consiste en el decirse  
Mucho mas que en el hacerse.  
Buena quedo, bien honrada,  
A dos agravios rendida,  
De un desprecio despedida  
Y de un engaño afrentada.  
Ya, en fin, no hay medio que cuadre  
A los que miran mas sábios;  
Yo padezco dos agravios,  
Vosotros muerte de un padre.  
Ver podeis cuál es mayor  
Afrenta y mas conocida:  
O que se pierda una vida,  
O que se infame un honor.  
Mas el verlo y el decirlo  
Lo mostrará, sin dudarlo,  
Brazo que sabrá vengarle,  
Y hecho que sabe sentirlo.  
Rayo que sin resistencia  
Os abraza he de ser luego,  
Sin que se aplaque en el fuego  
Ni se temple en la violencia;  
Cueva que al día os oculte  
Seré entre sombras temidas,  
O á pesar de vuestras vidas,  
Duro marmol que os sepulte.  
Esto he de ser; mi valor  
A vengar desde hoy empieza

Un desprecio en la nobleza  
Y una afrenta en el honor. (Vase.)

DON GARCÍA.

Doña Elvira, Nuño, el día  
Que á tu amparo se entregó,  
Fiel seguridad halló  
En tu piedad y la mía;  
Vida le dió tu porfía;  
Y ahora, que á Sancha vez  
Casi humillada á tus piés,  
Tú, que con tu enojo luchas,  
Ni agradecida la escuchas,  
Ni la respondes cortés.  
A mas dudas me provoca  
Ver, cuando el acero empuño,  
Que estás cuerda para Nuño,  
Y para Sancha estás loca.  
Términos villanos toca  
En ti la razon ya ciega,  
Pues cuando el valor se niega,  
Mas obedecer pretende  
A las iras del que ofende  
Que á las voces del que ruega.  
No digo que tú admitieras  
De Sancha el ruego amoroso,  
Ni que pecho generoso  
Liberal le concedieras,  
Pero que le agradecieras  
Mas cortés la voluntad;  
Porque es mayor calidad  
Que halle con seguro abrigo  
El ruego del enemigo  
Valimiento en la piedad.  
Aunque el sufrir es bajeza  
De uno la descortesía,  
El tenerla yo, sería  
Falta de mayor nobleza;  
Y así, el ver que á tu grandeza  
La cortesía no esmalta,  
Me ofende, porque mas alta  
Generosidad previene  
El dársela á quien la tiene  
Que el pedirla á quien le falta.

DOÑA ELVIRA.

Si de Sancha no admiti  
El ruego, y le desprecié  
Ciega y enojada, fué  
Por el dolor que hay en mi;  
Mas, con el pesar que á ti  
Estos desprecios te dan,  
Que ya prefiriendo están  
Contra tu opinion colijo  
A los aciertos de hijo  
Las piedades de galán.  
Mas gloria tengo adquirida  
En dar á Nuño sagrado,  
Que tú, porque te ha pesado  
De dejarle con la vida.  
Este pesar homicida  
Es de la accion de tu pecho;  
Porque en quien mal satisfecho,  
Lo liberal no le aplice,  
Quita el ser bien el que hace  
El pesar de haberle hecho.  
Si yo descortés he sido,  
Soy hija y siento mi agravio;  
Mas tú, amante y poco sábio,  
Eres cobarde y rendido.  
De mi padre el pecho herido  
Pide venganza bastante;  
Y así, en voz tan importante,  
Es mejor, aunque te aflija,  
El ser descortés por hija  
Que cobarde por amante.  
García, ya basta; es,  
Niega á lascivos placeres  
Los aciertos de quien eres,  
En la venganza te emplea;  
O si no, porque se vea  
Cuánto mi dolor en vano  
Persuade á un vil hermano,

Vive Dios, en mi ofendido,  
Que lo que tú no has sabido,  
Lo sepa vengar mi mano. (Vase.)

DON GARCÍA.

Sancha sin honor me llama.  
Quien me engendró quiere ser  
Vengado. ¿He de obedecer  
A mi padre ó á mi dama?  
Pero la deuda me infama,  
Mi ignorancia es conocida,  
Pues con razon advertida  
Parece, en cualquier cuidado,  
Mas bien un padre vengado  
Que una dama obedecida.  
Si; pero cualquiera afrenta  
En mujer, suelen sentirla,  
Vengarla y aun recibirla  
Los extraños por su cuenta;  
Pues si esto es así, ¿qué intenta  
El discurso? Ya eterno  
En mí á Sancha, hermoso hechizo;  
Porque la afrenta impaciente,  
Si la venga el que la siente,  
La deshaga el que la hizo.  
Pues ¿qué aguardo? Ya es mi esposa  
Sancha; y ¿qué dirá Castilla?  
Dirá que el alma se humilla,  
De don Nuño temerosa.  
¿Ay honor! (¡qué fuerte cosa!)  
El qué dirán me fatiga,  
Pues lo que á esta voz obliga,  
Para que mas satisfaga,  
Es razon que no se haga  
Solo porque no se diga.  
Perdona, Sancha, perdona;  
Que si tu queja me culpa,  
La obligacion me disculpa,  
Cuando el rigor me ocasiona;  
Y pues la atencion pregoná  
Intentos que restituyo  
Al ánimo, en quien concluyo  
La satisfaccion que elijo,  
En haciendo como hijo,  
Haré despues como tuyo. (Vase.)

Sale UN CRIADO, con un papel, y  
LAIN, deteniéndole.

LAIN.

Aguárdese un poco, aguarde.

CRIADO.

Quiero á don García hablar.

LAIN.

Primero le he de avisar.

Aguárdese; que no es tarde.

CRIADO.

Importa darle un recado,  
Y con brevedad no poca.

LAIN.

A mí solo entrar me toca,  
Porque nael su criado;  
Los que no lo son, no dan  
Voces ni se entran aprisa.  
¿Qué sabe si está en camisa  
O como su padre Adán?  
No hay mas de con tal violencia  
Éntrome allá?

CRIADO.

Bueno está.

LAIN.

No está bueno ni estará;  
Que no ha de entrar sin licencia.  
Que se retire le pido,  
No mi enojo quiera ver;  
Que esto no lo puede hacer  
Sino es un entremetido.  
Sálgase.

CRIADO.

No es acertado,  
Estando aquí, que me salga.

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

¿Qué es eso?

LAIN.

No hay quien se valga  
Con este necio criado;  
Porque tiene en el furor,  
Con quien licencioso llama,  
Para entrar hasta la cama,  
Resábios de embajador.

CRIADO.

Nuño, mi señor, me dió  
Para vos este papel.

DON GARCÍA.

¿Qué puede querer? Mas él  
Diga lo que dudo yo.

(Lee.) «He sabido que vcs y vues-  
tra hermana publicáis, muy en mi da-  
ño, lo que pasó en vuestra casa, y  
que los miedos de vuestra resolución  
me retiran de vuestros ojos; y así, os  
aguardo esta tarde en Miraflores, con  
espada y capa, para que mas bien po-  
dais conseguir vuestra venganza, ó  
yo desmienta el descrédito en que  
me habeis puesto.—Nuño de Castro.»  
Nuño será obedecido;  
Id con Dios.

CRIADO.

Quedad con él. (Vase.)

LAIN.

Malo, por Cristo; ¡papel  
De desafío! ¡Perdido  
Soy!

DON GARCÍA.

Vén conmigo, Lain.  
Y pon silencio en tu boca.

LAIN.

¿Qué he de hacer? Callar me toca;  
Si no, llegara mi fin.

(Vanse.)

Salen DON NUÑO y EL MISMO CRIA-  
DO, dándole un papel.

DON NUÑO.

¿Qué dices? ¿Papel á mi?

CRIADO.

Digo, Señor, que un criado  
Me lo dió de don García  
Para ponerlo en tus manos;  
En él verás si es verdad.

DON NUÑO.

Sus letras me dan cuidado;  
Dice así; dejo al valor  
Lo que pudiera el engaño.  
Pues en la venganza es justa  
Mas la industria que las manos:  
(Lee.) «A las seis en Miraflores,  
»Nuño, esta tarde os aguardo,  
»Solo, con espada y capa,  
»Porque animosos veamos,  
»Vos sin riesgo vuestra vida,  
»O yo mi padre vengado.»  
Esto es ya reputacion;  
Con la tardanza me agravió;  
Mas los cielos, don García,  
Saben de mi afecto cuánto  
Me pesará de reñir  
Con quien así me ha obligado.  
Si tú lo quieres, no puedo,  
Aunque lo sienta, excusarlo;  
Porque estos lances precisos,  
Que al honor importan tanto,  
Ejecutados parecen

Mas bien que considerados.  
Ya es hora; quédate en casa. (Vase.)

CRIADO.

Con el órden que me ha dado  
Doña Sancha ya he cumplido;  
Los fines disponga el hado  
De manera, que dichosa  
Limite ponga á su agravio. (Vase.)

Sale DON GARCÍA, solo.

DON GARCÍA.

Valor en el Castro arguyo,  
Pues ha querido buscar  
Pecho en mí, donde acertar  
Pueda, como yo en el suyo.  
En el puesto estoy; mejor  
Es adelantarme en esto;  
Que llegar antes al puesto  
Es crédito del valor;  
Pero me quiero advertir  
Que, ya que estoy esperando,  
Sea solo imaginando  
Que al enemigo he de herir;  
Que quien piensa inadvertido  
Que el otro le ha de vencer,  
En la ocasion se ha de ver  
Muy cerca de ser vencido.—  
Gente he sentido, sin duda  
Es Nuño de Castro.

Sale DON NUÑO.

DON NUÑO.

(Ap. Llego

Corrido de que García  
Se haya adelantado al puesto;  
Pero no importa, si yo  
No tardo conforme al tiempo.)  
Pocas veces se ha dejado

(A don García.)

De ver que correspondiendo  
Vive el valor á la sangre.

DON GARCÍA.

Con las armas lo veremos.

Al meter mano, sale DOÑA SANCHA,  
con espada ceñida y una pistola.

DOÑA SANCHA.

Aguarda; que llega Sancha.  
Suspende el movimiento  
De las armas, porque oigais  
Lo que ofendida he dispuesto.

DON NUÑO.

¿Qué es lo que intentas? Aparta.

DOÑA SANCHA.

Vive Dios, que paso el pecho  
Del que mi voz no escuchare.

DON GARCÍA. (Ap.)

Mas que á Nuño, á Sancha temo.

DOÑA SANCHA.

Los papeles que llegaron  
Hoy á los dos, del ingenio  
Mio traza fué, adbitrada  
Para juntarnos y vernos  
Donde todos, animosos.  
El perdido honor cobremos.—  
García, sin padre estás;  
No te inquietes, porque luego  
Tiempo habrá para que des  
A la venganza el esfuerzo.—  
Hermano, el honor te falta;  
Esto si es desdicha, esto  
Fenecer á la violencia  
Del mas penetrante acero;  
Mas, como el que le robó

Está presente, no pierdo  
Para restaurarle el brio,  
A quien valiente obredezco.—  
García-Velazquez de Estrada,  
Escoge, antes que pasemos  
Adelante, lo que quieres:  
Ser mi esposo, ó que tu cuerpo,  
Sin vida, ocupacion sea  
Lastimosa deste suelo;  
Y no pienses que, aunque armado  
Un escuadron de mis deudos  
En lo umbroso de aquel sitio,  
Que álamos adornan, dejo,  
Me he de amparar de sus armas,  
Me he de valer de su imperio  
Para castigar tus culpas;  
Para vengar los desprecios  
De doña Elvira, tu hermana.  
Atiende á lo que pretendo;  
Porque antes que despidas  
El no por la boca, fiero,  
El plomo de esta pistola  
Te habrá robado el aliento.

DON GARCÍA.

Traicion, Sancha, ha sido tuya,  
Pues con tus parientes mismos  
Me obligas á que me case.

DON NUÑO.

Señor don García, el tiempo  
Que há que falta vuestro padre,  
Siempre habeis andado atento,  
Procurando vigilante  
Vuestra venganza en mi pecho;  
Siendo así, ahora me toca  
Cobrar el honor que pierdo.

DOÑA SANCHA.

Aparta, Nuño, pues yo,  
Que he venido á disponerlo,  
Sé que sabré conseguirlo.—  
En la dilacion hay riesgo;  
García, di, ¿qué respondes?

DON GARCÍA.

Que me mates, que este pecho  
Dividas; verás en él  
Fieramente combatiendo  
A la fe con que te adoro,  
Y al amor con que venero  
De mi padre las cenizas.

DOÑA SANCHA.

¡Ah García! ya te entiendo;  
Ya el si dices, aunque callas.  
Claro está que tus afectos  
Arrojan el si, que el alma  
Nunca ha tenido encubierto.  
Mas no lo prosigas, calla;  
Que, aunque tú, inhumano y fiero,  
Miraste mal por mi honor  
Y despreciaste mis ruegos,  
Yo ahora, mas generosa,  
Mirar por el tuyo quiero,  
Solo porque no publique  
La voz durable del tiempo  
Que de temor dijo si  
Un tan noble caballero;  
Y así, para conseguir  
Lo que ingeniosa pretendo,  
Basta que lo diga el alma,  
Y que lo calle el deseo.—  
Parientes, ya don García  
Dice á veces que es mi dueño.—

(Hace que habla adentro.)

Ya eres mi esposo. Pues mira  
Cuánto te estimo, que quiero,  
Por serlo, que hoy á tu padre  
Vengues en mi hermano mismo.  
Bien puedes reñir, acaba,  
Y no imagines que tengo  
Parientes que le defiendan,  
Que fué solo fingimiento,

Para obligarte á que dieras  
Feliz logro á mi deseo.  
Ea, acaba á tu enemigo ;  
Sin embarazos te ofrezco,  
Féncete ya con su vida ;  
Pero aguarda, que mas presto  
Hare que llegue la muerte  
Con esta bala á su pecho.

(Púese al lado de don García, y apunta á don Nuño.)

DON NUÑO.

¿Qué es lo que haces, doña Sancha?

DOÑA SANCHA.

Muerte.

DON NUÑO.

¿Mi fin sangriento  
Busca quien nació mi hermana?  
¿Contra mi rigor tan fiero?

DOÑA SANCHA.

Sí; porque es mas un marido,  
Y un hermano mucho menos,  
Y antes que aquí con el tuyo  
Me da su brillante acero,  
Por no mirarle en peligro,  
Quiero excusarle del riesgo.

DON GARCÍA.

A mujer que tanto sabe,  
Dificultades venciendo,  
Obligat contra su sangre,  
Fuera villano y grosero  
Quien no la diera y rindiera  
Nobles agradecimientos.—  
Nuño, por Sancha te estimo,  
Por ella reñir no puedo  
Contigo; tu hermano soy.

DON NUÑO.

Yo tu amigo verdadero.

Salen LAIN Y ANDRADA.

LAIN.

Gracias á quien lo ha hecho todo.  
¿Sancha con boca de fuego?  
Ballesta y lanzón habia  
Solamente en aquel tiempo;  
Mas la ballesta se deja  
Para cuando Alfonso el Sexto  
Tome juramento al Cid.

DON GARCÍA.

Siempre, cuando los discretos  
Disponen los fines, hallan  
Tan acordados aciertos.

A Nuño daré mi hermana.

DON NUÑO.

Glorias con ella poseo.

LAIN.

Yo la llevaré las nuevas  
Deste feliz casamiento,  
Por excusar, advertido,  
Que murmure algun discreto,  
Si á casarse por el aire  
Vino volando á este puesto.

DOÑA SANCHA.

Costanza, Lain, es tuya.

LAIN.

No será, porque no quiero.

DOÑA SANCHA.

¿Así la desprecias?

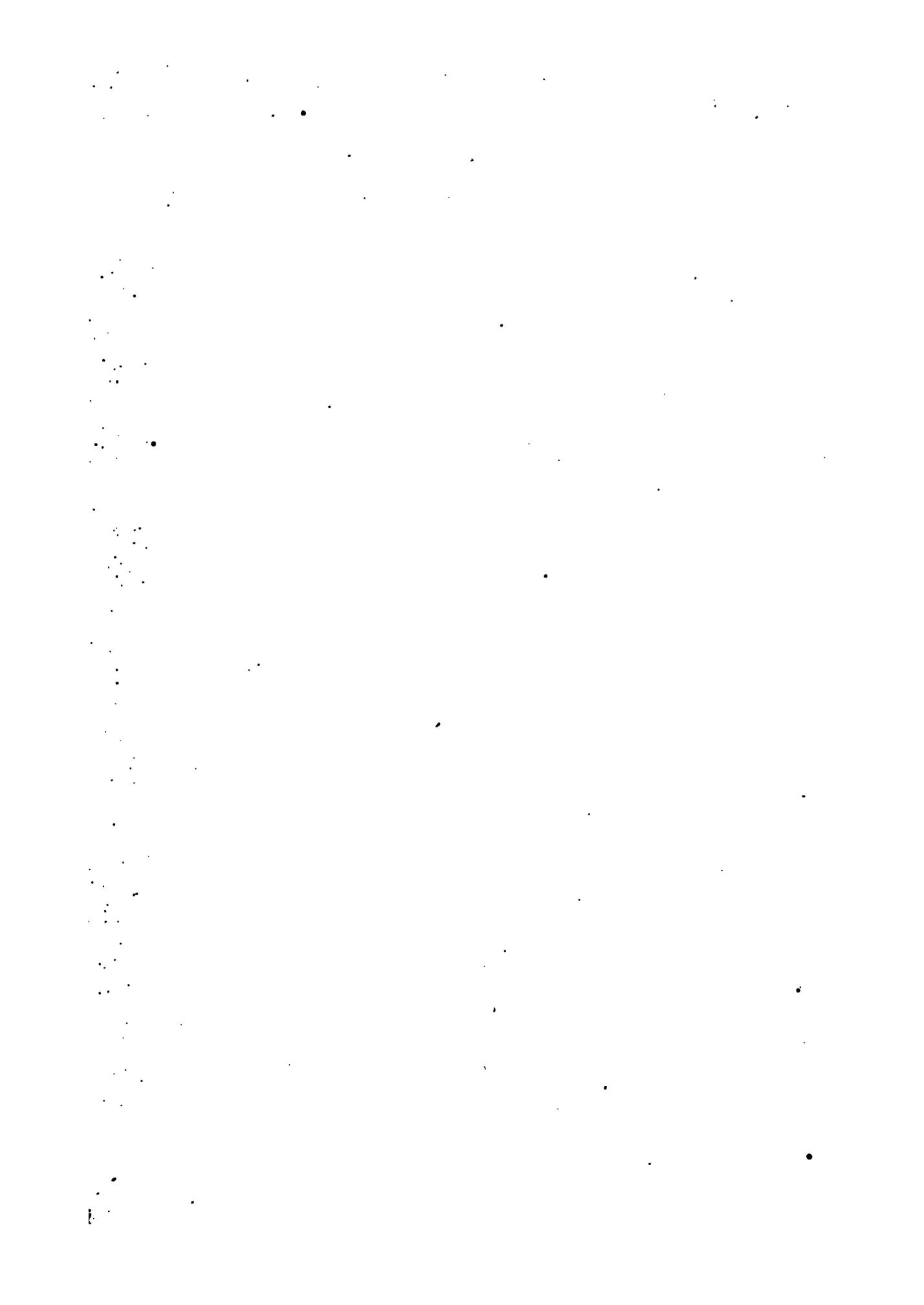
LAIN.

Sí;

No te espantes, porque temo,  
Aunque me ves hombre ahora,  
Transformaciones de ciervo.

DON GARCÍA.

Si no ha sabido, señores,  
Por su ignorancia, el ingenio  
Obligat contra su sangre,  
Castigo será el ser necio.



## COMEDIA FAMOSA

TITULADA

# LA FÉNIX DE SALAMANCA,

POR

EL DOCTOR MIRA DE MÉSCUA.

### PERSONAS.

DON GARCERAN, *caballero*.  
CONDE HORACIO.  
DON BELTRAN.  
DON JUAN.

DOÑA MENCÍA.  
LEONOR.  
ALEJANDRA, *dama*.  
LEONARDO, *criado*.  
SOLANO, *lacayo*.

RIVERA.  
OLIVERA.  
CAMILO.  
RUGERO.  
DON TELLO.

VILLENA.  
FÚNES.  
UN CORREO.  
UN CRIADO.

### JORNADA PRIMERA.

*Sale DOÑA MENCÍA, con vestido largo y hábito de san Juan, y LEONOR, su criada, como capigorrón.*

LEONOR.

¡Qué! ¿no estás desengañada?

DOÑA MENCÍA.

Es invencible mi amor;  
No me fatigues, Leonor.

LEONOR.

Tu locura es extremada.  
Sin duda, doña Mencía,  
Segun estas cosas van,  
Que ha de ser don Garceran  
Tu perdición y la mía.  
Seis meses há que saliste  
De Salamanca tras él,  
Y sin ballar rastro de él,  
Hasta Valencia corriste;  
Y agora quieres que esté  
En Madrid? ¿qué desatino!

DOÑA MENCÍA.

¡Ay dulce amiga! camino  
Tras los pasos de mi fe.

LEONOR.

Pues ¿no has mil veces jurado  
No tenerte obligación?

DOÑA MENCÍA.

Es verdad.

LEONOR.

¿Qué es tu intención?

Qué te da pena y cuidado?  
Si te olvidó, ¿no es costumbre  
De los hombres olvidar?  
Si no tienes que llorar,  
¿Qué te ha de dar pesadumbre?

DOÑA MENCÍA.

¡Ay amiga! mi inquietud

No tanto la causa amor,  
Cuanto el áspero rigor  
De su fiera ingratitud.  
La noche que se partió  
Aquel cruel, mil amores  
Me dijo, que fueron flores,  
Que su ausencia marchitó.  
Y aquella extraña mudanza  
Y no pensada partida  
Me trae y lleva perdida  
Tras una vana esperanza.

LEONOR.

Pues advierte que este traje  
Tu pretension no asegura;  
Medio mas fácil procura,  
No afrentes á tu linaje.

DOÑA MENCÍA.

No hay, Leonor, dificultad,  
De ese temor te retira;  
Que en la corte no se mira  
Con tanta curiosidad.  
Criado del gran Prior,  
Que vine esta primavera,  
He dicho que soy.

LEONOR.

Quimera

De tu loco y ciego amor.

DOÑA MENCÍA.

Pues ¿quién ha de reparar  
Qué soy mujer?

LEONOR.

Tu hermosura

Lo dirá y mi desventura.

DOÑA MENCÍA.

(*Ap.* Aquesta me ha de acabar.)  
Pues ¿no asegura á los dos  
Esta cruz y esta sotana?

LEONOR.

Si, Señora, que cristiana  
Soy, por la gracia de Dios;  
Mas hay diablos alguaciles  
Que no se espantan de cruces,

Que ven mas entre dos luces  
Que los lince mas sutiles;  
Que, aunque te llames don Carlos,  
Y yo Jaramillo el mudo,  
No es fácil desengañarlos:  
Que no ha de ser tu recato  
Tan grande, que alguna vez  
No te miren á la nuez  
Y á los puntos del zapato,  
Y echen de ver que eres macha,  
Y por la hebra el ovillo  
Saquen, y de Jaramillo  
Descubran tambien su tacha.  
Y en tal traje, esa cruz blanca  
No es la que te ha de salvar,  
Aunque te quieras llamar  
*La Fénix de Salamanca*;  
Que á la visita primera,  
Sin tener duelo y clemencia,  
Un alcalde nos sentencia  
A hilar en una galera.  
Tú, si algun tropiezo das,  
Como viuda varonil,  
Volveráste á tu monjil,  
Entera como te estás.  
Pero ¡ay de mí! mal pecado  
Si su cólera desfoga  
La sala, y quiebra la soga  
Por mí, como mas delgado.  
Mira que aquellos señores  
Sacan de la faltriquera  
Destierro, azotes, galera,  
Y aun dicen que son favores.  
Huyamos de la ocasion,  
Comámonos dos capones,  
Lo que han de comer sopones;  
Vámonos con bendicion,  
Porque yo querria llegar  
A tálamo que bien cuadre,  
Si por ventura mi padre  
Me pretendiere casar.

DOÑA MENCÍA.

¡Qué terribles desatinos  
Estás diciendo!

LEONOR.  
Señora,  
Todo sucede en un hora  
Por posadas y caminos.

*Sale á la ventana* ALEJANDRA  
Y LEONARDO.

LEONARDO.  
Mi señora, ¿no es gallardo  
Don Carlos, nuestro vecino?

LEONOR.  
Que nos miran imagino.

ALEJANDRA.  
Tienes buen gusto, Leonardo;  
¿Qué bien que pisa y qué airoso!  
Qué bien hecho es, qué galán!

LEONOR.  
Señora, mirando estás.

DOÑA MENCIA.  
Calla, y miren.

ALEJANDRA.  
¿Qué gracioso!  
¿Sabes quién es?

LEONARDO.  
Caballero,  
Y del Piamonte.

LEONOR.  
Repara  
Que te miran.

ALEJANDRA.  
Gentil cara.  
LEONOR.  
Háblale, que estás grosero.

ALEJANDRA.  
Hombre será principal.

LEONARDO.  
El hábito lo confirma,  
Y tu buen gusto me afirma  
Que no te parece mal.

ALEJANDRA.  
Es así, mas aunque fuera  
Un ángel, lo que poseo  
En tanto estimo, que feo  
Y tosco me pareciera;  
Porque no hay comparacion,  
Si está de por medio el Coude.

LEONARDO.  
Y él tambien te corresponde  
Con igual comparacion.

ALEJANDRA.  
¿Ha venido el coche?

LEONARDO.  
Sí.  
DOÑA MENCIA.

Si respondiera que no,  
Al sol le pidiera yo  
Prestado el suyo.

LEONOR.  
Eso'sí.  
Muy bien empieza, Señor;  
Habla con argentería.

ALEJANDRA.  
El coche del sol sería  
Para mi grande favor.

DOÑA MENCIA.  
¿Quereisle? Que cuando el sol  
Prestado no me lo diera,  
En medio de su carrera  
Se le quitara.

ALEJANDRA.  
Español  
Y bizarro encarecer.

DOÑA MENCIA.  
Que tambien los extranjeros  
Tenemos nuestros aceros.

ALEJANDRA.  
Muy bien se os echa de ver;  
Mas fuera temeridad  
Meteros en tanto aprieto.

DOÑA MENCIA.  
Vence tan alto sugelo  
La mayor dificultad.

LEONARDO.  
Mira que es tarde, Señora.

DOÑA MENCIA.  
¿Dónde vais?

ALEJANDRA.  
Al campo salgo.

DOÑA MENCIA.  
En vos veo, á fe de hidalgo,  
Lo que del campo enamora,  
Y agraviais si decís  
Que salís al campo.

ALEJANDRA.  
¿En qué?

DOÑA MENCIA.  
Alejandra, ¿no se ve  
Que fuera de vos salís?  
Porque las perlas hermosas  
Que el alba vierte en las flores,  
Y matizados colores  
De sus mejillas de rosas,  
Viento sutil y amoroso,  
Fuentes, que risa y cristal  
Vierten por el arenal  
Argentado y espacioso;  
Todo lo ve quien repara  
En tan divina pintura,  
Que del campo en la hermosa  
Es copia de vuestra cara;  
Y así, no teneis, por Dios,  
A qué salir ni á qué iros,  
Que no hay para divertir  
Mas que miraros á vos.

LEONARDO.  
A fe, que es gallardo mozo;  
¿Qué bien que cerró el conceto!

ALEJANDRA.  
¿Qué vecino tan discreto!

LEONARDO.  
¿Qué hará si le crece el bozo?

ALEJANDRA.  
Deseo con mas espacio,  
Señor don Carlos, gozar  
De vuestro pico.

LEONARDO.  
Picar  
Quereis en el pobre Horacio.

DOÑA MENCIA.  
Cuando fuéredes servida;  
Que cerca está la posada.

ALEJANDRA.  
Adios.

DOÑA MENCIA.  
Ella va picada.

LEONOR.  
Tú ¿cómo quedas?

DOÑA MENCIA.  
Perdida.

*Salen* DON BELTRAN Y DON JUAN.

DON BELTRAN.  
Este don Carlos, don Juan,  
¿Es fraile ó es caballero?

LEONOR.  
No hagas la calle terrero;  
Que viene allí el Capitan.

DON JUAN.  
Caballero y principal,  
Segun estoy informado,  
Que pasa á Malta, y criado  
Del gran Prior.

(*Hablan al oído Leonor y doña Mencía.*)

LEONOR.  
No hagas tal,  
Que es el viejo mal sufrido  
Y se pica de valiente;  
Del pié te mira á la frente.

DOÑA MENCIA.  
Vamos; que me han conocido.  
(*Vanse todos, menos don Beltran  
y don Juan.*)

DON BELTRAN.  
Hablarle quiero.

DON JUAN.  
Sería,  
Si no hay otro fundamento,  
Notable deslumbramiento;  
Sosegáos, por vida mía.

DON BELTRAN.  
¿Qué fundamento mayor  
Quereis, don Juan, que encontre  
Cada día en esta calle?

DON JUAN.  
No hay sin celos firme amor.  
Si el encontrar cada día  
A don Carlos os enfada,  
¿Qué he de hacer, si su posada  
Tiene enfrente de la mía?  
Celos tuvisteis ayer  
Del conde Horacio, y cuidado  
Hoy, Capitan, os ha dado  
Don Carlos; puedo temer  
Que tambien de mi mañana  
Tendréis sospecha y temor.  
Con tantos celos y amor  
Os adorará mi hermana.

DON BELTRAN.  
Mientras que la posesion  
No tiene el galán que ama,  
Señor don Juan, de su dama,  
No halla alivio su pasión.  
Y así, en tanto que no sea  
Alejandra mi mujer,  
No dejaré de tener  
Celos de quien la pasea.

DON JUAN.  
Nadie, don Beltran, festeja  
Su calle ni su ventana,  
Ni á ningun hombre mi hermana  
Silla ha dado ni ha hecho reja;  
Que su honrado nacimiento,  
Recato y honestidad,  
Refrena la libertad  
Y acobarda el pensamiento;  
Porque no hubiera señor,  
Por grave y rico que fuera,  
Que á raya no le tuviera  
Su honestidad y valor.  
Y es demasiado reñir,  
Si sale en coche, ó si no,  
Dónde va, quién se le dió,  
Y del bien y el mal gruñir;  
Mas creo que brevemente  
Vendrá la dispensacion,  
Con que vuestro corazón  
Se asegure fácilmente,  
Y una vez que estéis casado,  
Como dueño de mi hermana,  
Tapiad la puerta y ventana,  
No la dejéis ir al Prado;  
Nosalga, en silla ó en coche,

A ver madre, abuela ó tia,  
Tenedla en prensa de dia,  
Y en una estufa de noche;  
Y como tio y cuñado,  
Capitan, me perdonad;  
Que el amor y la amistad  
Esta licencia me han dado;  
Y si os quereis divertir  
Y gozar del fresco un rato,  
Vamos al Prado.

DON BELTRAN.

¡Qué ingrato  
Tanto amor me ha de salir!

DON JUAN.

¿No venis?

DON BELTRAN.

Ya voy tras vos.  
Ponéos á caballo luego;  
Mas este celoso fuego  
Tengo de apagar, por Dios;  
Que, quitada la ocasion,  
Menos el daño amenaza;  
Ya se me ofrece una traza,  
Pondréla en ejecucion;  
Que, si puedo, aquesta noche  
Ha de dejar la posada  
Don Carlos desocupada,  
Aunque yo vele y trasnoche;  
Pues el huésped es conocido,  
Y el dinero poderoso.  
Y un hombre, si está celoso,  
Hará lo que un ofendido.

(Vase.)

(Vase.)

Salen DON GARCERAN y SOLANO,  
de camino.

DON GARCERAN.

¿Dónde tomaste posada?

SOLANO.

Junto al Cármen.

DON GARCERAN.

¿Preveniste  
La cena?

SOLANO.

Si.

DON GARCERAN.

¿Qué trujiste?

SOLANO.

Un capon, una empanada,  
Dos perdices...

DON GARCERAN.

Bien las como.

SOLANO.

Medio cabrito extremado,  
Dos gazapos...

DON GARCERAN.

Regalado

Plato.

SOLANO.

¡Tienen tanto lomo!

Un gigote de carnero...

DON GARCERAN.

Si está manido, no es malo.

SOLANO.

Un jamon...

DON GARCERAN.

Gentil regalo;  
Has hecho buen despensero.

SOLANO.

De clarete y moscatel  
Tres azumbres; que sin vino  
Está en la mesa el tocino  
Como cautivo en Argel.

DON GARCERAN.

Yo tengo bien qué cenar.

SOLANO.

¿Que es buena cena?

DON GARCERAN.

Extremada.

SOLANO.

Pues vén, la verás pintada,  
Que no hay mas que desear,  
En esta calle primera:  
Que parece que el pintor  
Dió á los gazapos primor,  
Y sazón á la ternera.  
¿No me dirás, por tu vida,  
Qué bolsón diste á Solano  
Para que te tenga, ufano,  
Mesa y cama prevenida?

DON GARCERAN.

Luego ¿no tienes dineros?

SOLANO.

¿De qué los he de tener,  
Garceran, si desde ayer  
Estamos los dos en cueros?

DON GARCERAN.

¿No te di trescientos reales  
En Valencia?

SOLANO.

No lo niego;  
Mas oye la cuenta, y luego  
Podrás ver si están cabales.

(Saca un papel.)

«Cuenta de lo que Solano  
Ha gastado en el camino.»

DON GARCERAN.

Y dala tambien del vino.

SOLANO.

A fe que está en buena mano;  
Sé esta reales gasté  
En la maleta y cojín;  
Por dos mulas di á Machín  
Noventa, y me vine á pié.  
Ves, ahí tienes la mitad;  
Item veinte que perdiste,  
Y dos que á una moza diste,  
Que tuvo necesidad.  
Ciento en comida y posada  
Desde Valencia hasta aquí,  
Diez y ocho que bebí  
De vino en esta jornada.  
¿Cuántos faltan, si has contado,  
Para los trescientos?

DON GARCERAN.

Treinta.

SOLANO.

¿Justos?

DON GARCERAN.

Justos.

SOLANO.

En la cuenta

Estoy, por Dios, engañado;  
Que treinta menos cuartillo  
Al huésped di de señal,  
Mas, por falta de orinál,  
Me acuerdo, compre un jarrillo,  
Y con aquesta partida  
Están los treinta cabales;  
Mira tus trescientos reales,  
Y la cuenta concluida.

DON GARCERAN.

Toma, vende esta cadena.

SOLANO.

Del dinero ¿qué has de hacer?

DON GARCERAN.

Mientras negocio, comer.

SOLANO.

¿Comer dices? Bien me suena;  
Mas, gastada, ayunaremos  
Al traspaso cada dia.

Señor, ¿qué estrella te guía,  
Que tan mal viaje traemos?  
Qué pretendes?

DON GARCERAN.

Írme á Flándes

Con un entretenimiento,  
Y entre tanto hacer asiento  
Con uno de aquestos grandes.

SOLANO.

¿Qué! ¿quieres servir?

DON GARCERAN.

Solano,

El que no sirve no medra;  
De un olmo quiero ser hiedra  
Para que me dé la mano.  
Con el de Pastrana ó Feria  
Pienso tratallo mañana.

SOLANO.

Con el de Feria ó Pastrana  
Repararás tu miseria;  
Que, como grandes señores,  
No harán las cosas pequeñas.  
Apostaré que te suñas  
General, con sus favores.

DON GARCERAN.

Mal estás con el servir.

SOLANO.

Pues ¿no quieres que esté mal?  
Servir, Señor, á su igual,  
Es, don Garceran, vivir,  
Y no á un señor soberano,  
Que has de estar delante de él  
Como el ángel san Gabriel,  
Con el sombrero en la mano;  
Y si llama, con mas olas  
Ha de ser que tiene el mar.  
Sin servir puedes pasar;  
Andate, Señor, á solas,  
Y si no, vuelve los ojos  
A aquella Fénix divina.  
Deja la corte, camina,  
Concilia tantos enojos,  
Da la vuelta á Salamanca,  
Que allí está doña Mencía;  
Ya conoces su hidalguía,  
Voluntad segura y franca.  
Viudo estás, no hay qué temer;  
Resuélvete, Garceran;  
Que allí esperándote están  
Con hacienda y con mujer.  
Mas cuando della me acuerdo,  
Y de tu fiera mudanza,  
Mi imaginada esperanza,  
Como los sentidos, pierdo.

DON GARCERAN.

Dices bien, que fué rigor,  
Mas no lo pude excusar;  
Que dejarla fué estimar,  
Como era justo, su honor.

SOLANO.

Pues decirte á la partida:  
«Quedad con Dios,» ¿qué importaba?

DON GARCERAN.

Deja esa materia, acaba.—  
¿Ay ausente de mi vida!

SOLANO.

¿Hay intervalos, Señor?  
¿Qué discurrees ó qué sientes?

DON GARCERAN.

Memoria, no me atormentes  
Con tan extraño rigor.

SOLANO.

¿Date la viuda cuidado?

DON GARCERAN.

Y aun acabarme podria.

SOLANO.  
 ¡Necedad! Toma alegría;  
 Mira este famoso Prado,  
 Esta mezcla de colores  
 En jardines diferentes,  
 Bullir y saltar las fuentes,  
 Reír y alegrar las flores.  
 Los varios coches que en tropa  
 Discurren por la alameda,  
 Que, hiriendo el viento en la seda,  
 Caminan con viento en popa;  
 Las damas que á los estribos,  
 Con su donaire español,  
 Salen, dando luz al sol,  
 Como á su galan cautivos;  
 Esta confusion, que espanta,  
 Y esta grandeza, que admira,  
 De tanta verdad mentira,  
 Que se celebra y se canta;  
 De tanto amor sin amor,  
 De tanta gente perdida,  
 De tanta bárbara vida,  
 De tanto gentil señor;  
 De tanto á pié caballero  
 Que se ve y se disimula,  
 De tanto bonete y mula,  
 De tanto mulo y sombrero;  
 De tanto ciego con vista,  
 De tanto malo buen hombre,  
 De tanto sabio sin nombre,  
 De tanto loco alquimista;  
 De tanto ingenio abatido,  
 De tanto necio encumbrado,  
 De tanto ingrato, olvidado  
 Del favor que ha recibido;  
 De tanta dama pelota,  
 De tanto galan pelote,  
 Que se viste y come á escote  
 De lo que la pobre escota.

DON GARCERAN.

¿Has de hablar hasta mañana?

SOLANO.

Mucho la ocasion provoca;  
 Por Dios, que me iba de boca,  
 Y hablaba de buena gana.

DON GARCERAN.

Retírate aquí, Solano;  
 Verémos pasar la gente.

Salen EL CONDE HORACIO, ALE-  
 JANDRA y RUGERO.

HORACIO.

Fresco está el Prado.

ALEJANDRA.

Excelente.

HORACIO.

Lindo sitio.

DON GARCERAN.

Y linda mano,

Gentil mujer.

SOLANO.

Por mi fe,

Que es buena ropa.

HORACIO.

Rugero,

Avisarás al cochero  
 Que dé la vuelta.

RUGERO.

Sí haré.

ALEJANDRA.

Entrarme en él es mejor;  
 Que apearme ha sido exceso,  
 Y temo algun ruín suceso.  
 Hacelde llegar, Señor;  
 No quiera mi desventura  
 Traer por aquí á mi hermano.

DON GARCERAN.

Gallarda mujer, Solano.

SOLANO.

¿Hay ya nueva picadura?  
 ¿Hirióte con ballestilla  
 El dios ciego y herrador?

HORACIO.

Mi bien, aqúeste temor  
 Con razon me maravilla;  
 ¿Tan poco mi fe te debe,  
 Que un flaco temor te impide?

ALEJANDRA.

¿Flaco te parece? Mide  
 Con mi amor tu gusto breve;  
 Verás, Conde, si es razon  
 Que tema, como mujer,  
 Lo que puede suceder  
 En semejante ocasion.  
 Don Beltran anda celoso,  
 Don Juan no sospecha en vano,  
 Y si es el uno mi hermano,  
 El otro se llama esposo.  
 No quieras paguen mis ojos  
 Lo que han de sentir perderte.  
 ¡Ay Dios, qué trance tan fuerte!  
 ¿Qué ciertos son mis enojos!  
 Muerta soy, Conde.

HORACIO.

¿Qué viste?

ALEJANDRA.

A mi hermano y don Beltran.

HORACIO.

¡Brava temor! ¿Dónde están?

ALEJANDRA.

Hácia acá vienen; ¡ay triste!  
 Perdida soy; negra noche,  
 Apresura tu carrera.  
 ¡Ay Dios! si el coche viniera.

Sale RUGERO.

Aquí está, Alejandra, el coche.

HORACIO.

Repórtate.

ALEJANDRA.

No es posible;

Que temo ser conocida.

HORACIO.

Toma el coche.

ALEJANDRA.

Estoy perdida. (Vase.)

HORACIO.

Y de cobarde, terrible.

SOLANO.

Ya toma el coche.

DON GARCERAN.

Turbada.

Parece que va; cayó.

SOLANO.

¡No estuviera cerca yo!  
 ¡Bien vestida está y calzada!

GARCERAN.

¿Qué viste?

SOLANO.

Lo que encender  
 Pudiera un mármol: manteo  
 Que lo guarneció el deseo,  
 Que no hay mas que encarecer;  
 Algo de la media y pié,  
 Que, con un zapato justo,  
 Parece que brinda al gusto  
 Para descalzarle, á fe.  
 Mas parecióme tener  
 Una falta, y no lo es;  
 Que tener grandes los piés  
 Es sobra en una mujer.

HORACIO.

En qué extraña confusion  
 Estoy metido, pues veo  
 A riesgo lo que deseo,  
 Y en la mano la ocasion.  
 Si voy con ella, destruyo  
 Su opinion; y si me quedo,  
 A ley de quien soy, no puedo  
 Excusar lo que rebuso.  
 Si el coche ven, por las pias  
 Han de conocer su dueño;  
 En grave ocasion me empeño,  
 Desdichas son estas mias.  
 ¿Qué solo que me han dejado  
 Mis erizados! Ni un amigo  
 De los que comen conmigo  
 No descubro en todo el Prado;  
 Pero allí está de camino  
 Un hombre, á lo que parece;  
 Que en él el cielo me ofrece  
 Todo mi bien imaginó. —  
 ¿Caballero?

SOLANO.

¿A quién, Señor,

Llamais?

HORACIO.

A los dos.

SOLANO.

Deci:

«¡Ah caballeros!» que asi  
 Os responderán mejor.

DON GARCERAN.

¿No callarás, majadero?—  
 ¿Qué manda vuestra mercé?

HORACIO.

En vuestro talle se ve  
 Que sois noble caballero.

DON GARCERAN.

Si importa serlo, Señor,  
 Para serviros, yo he sido  
 Desgraciado, aunque he tenido,  
 Siendo humilde, algun valor;  
 Y si con él puedo y valgo,  
 Me podeis, Señor, mandar,  
 Y de mi os asegurar  
 Como del mejor hidalgo.

HORACIO.

De que lo sois, muestra clara  
 Me da vuestra gentileza,  
 Porque se ve la nobleza  
 En el lenguaje y la cara;  
 Pero, porque cierta dama  
 De prendas y de valor,  
 Con la tardanza, su honor  
 Se aventura y se difama,  
 No quiero el tiempo gastar  
 En ofrecimientos vanos;  
 Que con términos mas llanos  
 La merced pienso pagar.  
 Solo os suplico, entre tanto  
 Que ponga á salvo aquel coche,  
 Si ya no quiere la noche  
 Encubrirle con su manto,  
 Detengais dos caballeros  
 Que por aquí han de pasar,  
 Sin que deis, Señor, lugar  
 A desnudar los aceros.  
 El uno es mozo y galan,  
 Y el otro, aunque caño y viejo,  
 Es su brio y su despejo  
 De un valiente capitán.  
 Plumas trae negras y espada  
 Guarnecida de atajia;  
 Si errais las señas, seria  
 Perderme en esta jornada.

DON GARCERAN.

No tenéis mas que informarme.  
 Seguid el coche, Señor;  
 Que en ocasiones de honor

Se muy bien aventurarme.  
Las señas son conocidas;  
Bien podeis, Señor, partir;  
Que aquí están para os servir  
Dos espadas y dos vidas.

HORACIO.

Bésos las manos mil veces.—  
Cielos amigos, seréis  
De aquesta amistad jueces.

(Vase.)

DON GARCERAN.

¿Donde vas tú?

SOLANO.

A detener

Las mulas en que venimos,  
Aunque al paso que trajimos,  
Postas serán menester.

DON GARCERAN.

¿Para qué son postas, loco?

SOLANO.

Mal discurre, Garceran.

DON GARCERAN.

Presto vaguidos te dan.

SOLANO.

Siempre me estimas en poco;  
Mas hazme un placer, Señor,  
De admitir lo que imagino;  
Que el consejo tras el vino  
No suele ser el peor.  
Sin saber quién es el hombre  
Que de aquí partió ligero,  
Sin informarte primero  
De su calidad y nombre,  
Te has empeñado á estorbar  
A dos hombres este paso;  
Ves aquí que paso á paso  
Llegan y quieren pasar;  
¿Qué has de hacer, si su porfia  
Fuese tan grande, en rigor,  
Que juzgasen por temor  
Hablarles con cortesía?  
¿No es lance, no es ocasion  
Para venir á las manos,  
Si son los dos cortesanos.  
Y tú de buena opinion?  
Pues si reunimos, ¿hay vidas  
Para este acero sangriento?  
Y en tal caso es de momento  
Tener postas prevenidas.

DON GARCERAN.

Has discurredo, Solano,  
Con el temor, altamente;  
Siempre el cobarde es prudente.

SOLANO.

Como el atrevido insano.

DON GARCERAN.

No tienes que prevenir  
Ni de qué tener temor;  
Que el cielo lo hará mejor  
Que tú lo sepas pedir.  
Y si los dos que recelas  
Acertaren á pasar,  
Huir podrás sin matar,  
Pues no te faltan espuelas;  
Que yo tengo de acudir  
A quien estoy obligado;  
Que la palabra que he dado,  
Fué de esperar, no de huir.  
Y cuando hacer bien se ofrece,  
Sin saber á quién se hace,  
Es lo que mas satisface,  
Que aquello mas se agradece.

SOLANO.

Bien dices; mas digo mal,  
Sin saber si cena á oscuras  
Este por quien te aventuras,  
O con un cirio pascual;  
Si es merced ó tú ni vos,  
Señoría ó excelencia,

Por quien se pueda en conciencia  
Reñir y matar á dos;  
Que seria gran desastre  
Ser este tal hidalgo  
Un escudero guisote  
O por gran ventura un sastre.

DON GARCERAN.

Sin duda que es caballero.

SOLANO.

¿Caballero? ¿En qué lo vistes?

DON GARCERAN.

¿Los guantes de ámba no ólistes?

SOLANO.

¿No podría ser guantero?

DON GARCERAN.

Espera; que aquestos son.

SOLANO.

Tentemos la de Bilbao;  
Aunque estuviera en el Grao  
Mejor que en esta ocasion.

Salen DON BELTRAN y DON JUAN.

DON JUAN.

No ha de encubrirles la noche  
La libertad de los dos.

DON BELTRAN.

Aguijemos; que, por Dios,  
Que van juntos en el coche.

DON JUAN.

¿No tomaremos razon  
Si han pasado por aquí?

DON BELTRAN.

¿Qué hay que tomar? Yo los vi.

DON JUAN.

Ciega mucho la pasion;  
Informémonos primero.

DON BELTRAN.

¿Qué flema teneis extraña!  
¿Oh!; Nunca viniera á España!  
Informáos pues.

DON JUAN.

Caballero,  
¿Há rato que estáis aquí?

DON GARCERAN.

Toda esta tarde.

DON JUAN.

¿Ha pasado  
Por aquí un coche encarnado?

DON GARCERAN.

Un coche no, coches si.

DON BELTRAN.

De este tiran cuatro pias,  
Que gobiernan dos cocheros.

SOLANO.

¿Llevan libreas?

DON JUAN.

Azules.  
Vaqueros

SOLANO.

Habrá diez días  
Que ese coche vi en Valencia,  
Y en él al Virey, por Dios.

DON BELTRAN.

No hablan, lacayo, con vos.

SOLANO.

Lacayo con reverencia.

DON JUAN.

No seais hablador, hermano;  
Que no venimos de humor.

DON GARCERAN.

Este es un loco, Señor.—  
¿Que no has de callar, Solano?—  
Aunque he visto con cuidado  
Y admiracion juntamente  
Aqueste Prado excelente  
Y los coches que han pasado,  
No he visto por él pasar,  
Ni atravesar la carrera,  
El que decís; yo quisiera...

DON BELTRAN.

Que no hay que nos informar;  
Que por aquí fué, y la vuelta  
Tomó hácia Atocha, don Juan.

SOLANO. (Ap.)

¿Don tenemos?

DON JUAN.

Don Beltran...

SOLANO.

¿Otro don mas? Que hay revuelta...

DON JUAN.

Seguidme.

DON GARCERAN.

Será cansaros;  
Mas si buscarle os importa,  
Por otra senda mas corta  
Que vais, he de suplicaros;  
Que allí delante, un amigo  
Está hablando con su dama,  
Y importa mucho á su fama  
No tener ningun testigo.  
Hacedlo, por vida mia,  
Que en la corte á un forastero  
Hacer suele el caballero  
Amistad y cortesía.

DON BELTRAN.

Ya fuera mucho trabajo  
Y notable desatino  
Dejar el cierto camino  
Por buscar incierto atajo;  
Que para quien va de prisa  
Es demasiado rodeo.

DON GARCERAN.

No hay duda, sino que creo  
Que la ocasion es precisa;  
Mas córreme á mi mayor  
Obligacion y cuidado,  
Si un amigo me ha dejado  
Encomendado su honor.  
Halle esta vez á los dos  
Gentileza y cortesía,  
Porque, si pasais, seria  
Descomponerme; por Dios,  
Que la mujer es honrada  
Y el amigo conocido,  
Y por ventura habrá sido  
Forzosa la retirada.

DON BELTRAN.

Impórtanos conocer  
Quién va en aquel coche.

DON GARCERAN.

Que no paseis por aquí.

A mi

DON BELTRAN.

¿Cómo no?

DON GARCERAN.

Aquesto ha de ser.  
(Meten mano.)

SOLANO.

Antes que acuda al reclamo  
Del chas, chas, alguna gente,  
Guardaré, como valiente,  
Las espaldas de mi amo.

Salen DOÑA MENCIA y LEONOR, que se ponen al lado de Garceran.

LEONOR.

Cuchilladas son; acude.

DOÑA MENCIA.

Parécenme forasteros;  
Aguja.—Paz, caballeros,  
Paz digo, y nadie se mude.

DON BELTRAN.

Retirémonos, don Juan.

DOÑA MENCIA.

Mucha merced me haréis.  
(Ap. Ojos. ¿qué es esto que veis?  
¿No es este don Garceran?  
No es este el ingrato? ¡Cielos!)

SOLANO.

Yo he andado como un leon.

DOÑA MENCIA.

(Ap. Saber quiero la cuestion,  
Y; ay de mí, si fué por celos!)  
¿Por qué ha sido la pendencia,  
Podremos saber, hidalgo?  
Que aventurar lo que valgo  
Obliga vuestra presencia.

DON GARCERAN.

Agradezco ese favor  
Como venido del cielo;  
Que pocas veces da el suelo  
Tanta hermosura y valor.  
Pero si gustais saber  
La causa de esta cuestion,  
Fué cumplir mi obligacion  
Y amparar una mujer.

DOÑA MENCIA.

Bien ha sucedido. Aquí  
Me esperad; que no es razon,  
Si aqueza fué la ocasion,  
Se quede el negocio así.

DON GARCERAN.

Aquí os espero.

DOÑA MENCIA. (Ap.)

LEONOR.

No te apartes de su lado. (Vase.)

LEONOR.

¿Importa?

DOÑA MENCIA.

Ser mi cuidado  
Y mi tormento mayor.

Sale EL CONDE HORACIO.

HORACIO.

Llegué tarde.

SOLANO.

La tormenta,  
Gracias á Dios que ha pasado.

HORACIO.

¡Oh! ¡Nunca ciñera al lado  
Espada que así me afrenta!  
¿Qué ha sido aquesto, Señor?

DON GARCERAN.

Lo que no pude excusar.

HORACIO.

¿A quién tengo de pagar  
Tanta merced y favor?

SOLANO.

A mí, y es bien que celebres  
Mi valor; que los hidalgos  
Corrieron, como los galgos  
Suelen correr tras las liebres.

DON GARCERAN.

Óyete, loco, no afrentes  
Sus espadas sin respeto;

Que anduvieron, os prometo,  
Bizarros como valientes.

HORACIO.

En todo sois extremado  
Con superior excelencia;  
Que el valor y la prudencia  
Veo en vos en igual grado.  
Decidme, si sois servido,  
Vuestro nombre y calidad;  
Que una perfecta amistad  
En veros me he prometido;  
Que con hacienda y persona  
Os he de servir, Señor;  
Halle en vos este favor  
El Conde Horacio Colona.

DON GARCERAN.

Perdone vueseñoría  
Si en algo he andado grosero;  
Que erré, como forastero.

HORACIO.

Sois la misma cortesía.

SOLANO.

Vueseñoría perdone  
Mi mala imaginacion,  
Y también, con el perdón,  
Alguna gracia me done;  
Que, si va á decir verdad,  
Creí que era en el olor  
Portugués perfumador  
O hombre de esta calidad.

DON GARCERAN.

Conozca vueseñoría  
A Solano, mi criado,  
Por un hombre en quien no ha entrado  
Pesar ni melancolía.

Sale DOÑA MENCIA.

DOÑA MENCIA.

Esto está hecho, Señor;  
La mano me dad de amigo  
De aquellos hidalgos.

DON GARCERAN.

Digo

Que les soy su servidor.

SOLANO.

Luego ¿matarlos yo puedo  
Si los encuentro?

DOÑA MENCIA.

También

Me dad la vuestra.

SOLANO.

Está bien.

DON GARCERAN.

Valiente estás.

SOLANO.

Todo es miedo.

HORACIO.

Decidme, y no os divirtais,  
Lo que os tengo suplicado.

DOÑA MENCIA.

Si es secreto, aquí apartado  
Estaré.

HORACIO.

Muy bien estáis.

Débole vida y honor  
A este noble caballero,  
Soy agradecido, y quiero  
Saber de quién soy deudor.

DOÑA MENCIA.

El Conde pide razon,  
Y que el propio gusto tengo  
Os prometo, y os prevengo  
Mayor ó igual atencion.

DON GARCERAN.

Haré lo que me pedis;  
Que obligacion es forzosa,  
Si vida tan prodigiosa  
Con piedad y gusto ois.  
Mi nombre es don Garceran  
Cavañillas y Torrellas,  
Apellidos de mis padres,  
Don Vicente y doña Greida.  
Segundo fui de mi casa,  
Y como el amor heredan  
Los segundos de los padres,  
Y los mayores la hacienda,  
Mientras que vivieron fui  
El alivio de sus penas,  
El querido mayorazgo,  
Su alma y su vida mesma.  
En medio de sus regalos  
Y mi mocedad inquieta,  
Vino á Valencia una dama,  
Con sus padres, desde Huesca.  
Gente de mediano estado,  
Que entre las demás, plebeya  
Y la patricia, tenía  
Buen lugar por su llaneza.  
Vila, parecióme bien,  
Visité su casa, améla  
Tanto, que creció el amor  
Hasta casarme con ella.  
Sentidos mis padres de ello,  
Retiráronse á una aldea,  
Donde acabaron sus días  
De vejez y de tristeza.  
Quedé sin ellos, cargado  
De obligaciones y deudas,  
Con un enemigo hermano,  
Con una mujer á cuestras;  
Encontrado con mis deudos,  
Con los suyos en contienda,  
Porque les pido y se excusan,  
Porque les hablo y me niegan;  
Hasta que, de lastimados,  
Mis deudos mi vida ordenan,  
Mis alimentos componen  
Y mis trampillas conciertan.  
Quisieron que prosiguiese  
En la ocupacion primera;  
Que acabase mis estudios,  
Cosa para mi bien recia;  
Que, graduado, podría,  
Con mi calidad y letras,  
Su majestad ocuparme  
En una de sus audiencias.  
Resolverme fué forzoso,  
Y dejando en orden puesta  
Mi casa, y á mi mujer  
Recogida en Santa Tecla,  
Partí para Salamanca,  
Y dándome alguna priesa,  
Llegué, día de San Lucas,  
A aquella insigne academia;  
Tomé casa y compañía,  
Que me la hicieron muy buena  
Dos caballeros hermanos,  
Naturales de Plasencia.  
Empecé á estudiar con gana,  
Y mis trabajos lucieran,  
Si el catedrático amor  
De ostentacion no leyera  
La materia de *Arte amandi*,  
Tan llena de sutilezas,  
Que hube menester pasante  
Para mejor entendella.  
Ofrecióse la ocasion,  
Y un día que á San Estéban  
Salí...

DOÑA MENCIA.

¿Ay de mí! Leonor,  
Que aquí mi historia comienza.

LEONOR.

¿Qué historia ó qué calabaza?

DOÑA MENCIA.  
Luego ¿no has estado atenta  
A lo que dice este ingrato?

LEONOR.  
Si he estado, y soy una bestia.  
¿Garceran es este?

DOÑA MENCIA.  
Sí,

Calla.

LEONOR.  
Callará mi lengua,  
Pues por un hombre casado  
Andamos de venta en venta.

DOÑA MENCIA.  
¿Qué quieres? No lo sabía.

HORACIO.  
Pensamientos no os diviertan;  
Pasá adelante.

DOÑA MENCIA.  
Señor,  
No os quedeis en San Estéban.

DON GARCERAN.  
Digo que vi una mujer,  
Viuda, hermosa y bella  
Mas que el sol y que los cielos;  
Mas no quiero encarecella,  
Que todo será afilar  
La espada que me degüella,  
Y despertar la memoria  
Que me aflige y atormenta.  
Solo diré que venia  
En un coche con dos dueñas,  
Tocada de honestidad  
Y vestida de vergüenza.  
Apeóse y oyó misa,  
Y aquel rato que en la iglesia  
Estuvo, me vi en la gloria,  
Gozando de su presencia.  
Volvió á ponerse en su coche,  
Y yo, que estaba á la puerta,  
Al pasar, todo turbado,  
La hice una reverencia.  
Miróme, y hizo lo mismo;  
Fué, y dejóme en tinieblas,  
Naciendo de aquestas vistas  
Mi cuidado y su querella.  
Hasta llegar á su casa  
La seguí, supe quién era,  
Con que se aumentó el deseo  
De mi temeraria empresa;  
Que fué casada esta dama  
Con un tal don Saavedra,  
Que de un choque de un caballo  
Murió, entrando en unas fiestas;  
Y tan principal señora,  
Que de Guzman y Fonseca  
Tenia la mejor sangre,  
Y mas de seis mil de renta.  
Con estas partes divinas,  
Otras le dió el cielo, anejas  
A su mucha calidad,  
Tanto, que, por excelencia,  
Como á otra Sáfos un tiempo  
La llamó el milagro Grecia,  
La Fénix de Salamanca  
Llamaban todos á esta.  
Procuré hablarla y servir  
Mujer de partes tan bellas,  
Sin que pasase mi amor  
Los límites de quien era.  
Dióme el tiempo la ocasion,  
La ocasion su corta greña;  
Así, y entré en su casa;  
Con mi termino agradéla.  
Querer decir sus favores  
Será contar las estrellas.

DOÑA MENCIA. (Ap.)  
¿Ay de mí, si este villano  
Se atreve á mi fama honesta;

Que si de lo que no hizo  
Se alaba, esta daga fiera  
Le sacará el corazon,  
Y haré que rabiando muera!

DON GARCERAN.  
Mas pongo al cielo testigo  
Que fué con tanta limpieza,  
Que no la toqué una mano.

DOÑA MENCIA. (Ap.)  
¿Ay Garceran! bien pudieras...  
Hoy mi vida te consagro,  
Y mil, si tantas tuviera;  
Y ¿qué mujer no da el alma  
A un hombre de buena lengua?

DON GARCERAN.  
Creció con el largo trato  
Nuestro amor, de tal manera,  
Que era mi alma una Troya,  
Y la suya otra Aquileya.  
Por nancebo me tenia,  
Y persuadirse pudiera;  
Que casados estudiantes  
Muy pocas veces se encuentran.

Enternecióme su engaño,  
Y lastimóme la afrenta  
Que de ofendella y burlalla  
A su honor venir pudiera;  
Y así, resuelto á morir  
A las manos de la ausencia,  
Que no á ofender el cabello  
Mas corto de su cabeza,  
A la ocasion di de mano,  
Venei mi propia flaqueza,  
Dejé libros, cartapacios,  
Amigos, ciudad y escuelas;  
Y sin hablarla palabra  
Ni escribir solo una letra,  
Solo con este criado  
A mi casa di la vuelta.

Turbóse mi fiero hermano,  
Cayó mi mujer enferma;  
Que aparecerse así, acaso  
Sangre y corazon altera.  
Sintió en mis ojos la causa,  
Y crecieron las sospechas  
De mi amor, su enfermedad,  
Y acabó con su carrera.  
Lloré su muerte temprana;  
Que no hay vida tan entera,  
Que no la consuman celos  
Y que no la acaben penas.  
Viudo, quise partirme  
A Salamanca, y lo hiciera,  
Que la fe me aseguraba  
De aquella adorada prenda,  
Si un amigo con quien tuve  
Alguna correspondencia,  
Que trataba de casarse.  
Por cierto no me escribiera.  
Di crédito á sus razones;  
Que si se muda en presencia  
La mujer sin ocasion,  
Ausente ¿qué hará? Y con ella  
Al fin mudé parecer;  
Y partiendo de Valencia,  
A aquesta corte he venido  
A pretender por la guerra,  
Para que en Italia ó Flándes,  
Si se rompieren las treguas,  
Acabe con mis desdichas  
Una pistola francesa.

HORACIO.  
Suspension me habeis tenido,  
Garceran, y entre las cosas  
Que he oido maravillosas,  
Ninguna me ha parecido  
Tan digna de admiracion  
Como, amando y siendo amado,  
Perder tan buena ocasion;

Porque pocos, os prometo,  
Tuvieran tanta cordura;  
Que siempre el que ama procura  
Que llegue su amor á efeto.

DOÑA MENCIA.  
Anduvo don Garceran  
Como honrado caballero.

HORACIO.  
No hay negaros lo primero;  
Pero él hizo mal galan.

DOÑA MENCIA.  
Peor fuera ofender la fama  
De tan principal mujer.

HORACIO.  
La ocasion no ha de perder,  
Señor don Carlos, quien ama;  
Y quédese comenzada  
La cuestion para otro dia;  
Que de Garceran querria  
Saber si tiene posada.

DON GARCERAN.  
Sí, Señor; que mi criado  
La tiene ya prevenida.

HORACIO.  
La mia os tengo ofrecida,  
Si de ella no estáis prendado;  
Que caballos y dinero  
Tendréis á vuestro servicio.

DON GARCERAN.  
Serviros, Señor, codicio,  
Que es el premio verdadero;  
Mas vino en mi compañía  
Un caballero, y los dos  
Posamos juntos.

HORACIO.  
Sin vos  
Voy descontento, á fe mia;  
Pero aguardaréos mañana  
A comer.

DON GARCERAN.  
Iré á recibir  
Merced.

HORACIO.  
Bien sabréis cumplir.—  
Tú tambien.

SOLANO.  
De buena gana.  
(Vase el Conde Horacio.)

DOÑA MENCIA.  
Por ganarme por la mano  
El Conde, no os he ofrecido  
Lo que él mismo...

DON GARCERAN.  
Agradecido  
Os estoy.

SOLANO.  
Y está Solano.  
DON GARCERAN.

Yo os juro, á fe de quien soy,  
Que he estimado conoceros  
Tanto, que solo con veros,  
Mirando mi bien estoy;  
Que sois del original  
Mas bello que formó el cielo  
Perfectísimo modelo  
Y retrato natural;  
Y no os pese parecer  
A aquella Fénix divina;  
Que hieldad mas peregrina  
No alcanza humana mujer.

DOÑA MENCIA.  
Antes me quiero estimar  
En mas de lo que hasta aqui,  
Pues habeis ballado en mi  
Cosa que os pueda agrádar;  
Y si estriba en mi presencia

Parte de vuestro contento,  
No haré, os juro, ni un momento  
De vuestros ojos ausencia.

Sale RIVERA.

RIVERA.

¿Señor don Carlos?

DOÑA MENCIA.

Rivera,

¿Hay en qué os pueda servir?

RIVERA.

Véngos, Señor, á pedir  
Una cosa harto ligera  
Para vos, que para mí  
Es, don Carlos, bien pesada;  
Que vos hallaréis posada  
Mucho mejor que os la di;  
Pero tal huésped, sería  
Toparle grande aventura.

DOÑA MENCIA.

Pues ¿quién quitarme procura  
Mi posada?

RIVERA.

Dicha es mía.

Por el Rey está tomada  
Para cierto embajador,  
Y aquesta noche, Señor,  
Ha de estar desocupada;  
Que ya la ropa han traído.

DOÑA MENCIA.

Y ¿la mía?

RIVERA.

En mi aposento

La metí. En el alma siento  
No haberos mejor servido;  
Pero volveréis, que presto  
Se irá aqueste embajador;  
Que me debéis mucho amor,  
Y habeis de pagarme en esto.

DOÑA MENCIA.

De diferente manera  
Lo siento; que es gran ganancia  
Tener huésped de importancia.

RIVERA.

No, por vida de Rivera.

DOÑA MENCIA.

Vé tú, y búscame posada,  
Jaramillo, y acomoda  
La ropa.

DON GARCERAN.

Llévenla toda

A la que tengo tomada;  
Que allí cerca de la mía  
Os armarán una cama.

DOÑA MENCIA.

Por ventura tendréis dama,  
Y no querrá compañía.

DON GARCERAN.

No la tengo, por mi vida.

DOÑA MENCIA.

Pues con esa condición  
La aceptaré.

LEONOR.

¿Qué invención  
Es esta? Que vas perdida.

DOÑA MENCIA.

Antes me pienso gañar,  
Leonor, por este camino.

LEONOR.

Yo seré mal adivino,  
Si no hubiere que llorar.

DON GARCERAN.

Venid; sabréis mi posada.

SOLANO.

¿Es Jaramillo voacé?

LEONOR.

Yo soy.

SOLANO.

La mano me dé

Por amigo y camarada;  
Que la cama es buena y ancha,  
Limpia la ropa y el hombre,  
Que por la cara y el nombre  
Yo haré que metan ensancha;  
Que de ese nombre un pariente  
Tengo en Alcalá, y honrado,  
Que goza, á fe de soldado,  
Libros y vino excelente.

LEONOR.

Toco, y haga buen provecho  
Lo que hubiéredes bebido.

SOLANO.

Es el capon escogido.

LEONOR.

Adios, Rivera.

(Vanse todos, menos Rivera.)

RIVERA.

Esto es hecho,

Que de esta suerte asegura  
El Capitan sus recelos;  
Que con dineros y celos,  
No hay cosa que esté segura.

## JORNADA SEGUNDA.

Salen SOLANO y LEONOR.

LEONOR.

Bien has comido, Solano.

SOLANO.

Y bebido, Jaramillo;  
Que el clarete y el tintillo  
Andaban de mano en mano;  
Pero, por Dios, que no estabas  
Espacio, á mi parecer,  
Si despues de bien comer,  
Los huesos mondos chupabas.

LEONOR.

Todos comimos, Solano;  
Pero en el beber me diste  
Quince y falta...

SOLANO.

Bien dijiste;

Mas soy montañés, hermano,  
Y como la tierra es fria,  
En naciendo nos dan vino,  
Y con esto y con tocino  
Medra el muchacho y se cria;  
Y así, aunque heba del santo,  
Que es lo que alborota mas,  
Borracho no me verás,  
Alegre si tanto cuanto.

LEONOR.

Luego ¿no lo estás, Solano?

SOLANO.

Algo siento en la cabeza,  
Mas remedio esta flaqueza  
Con acostarme temprano;  
Pero si duermo tan mal  
Como anoche, en cuatro dias  
Las tristes lágrimas mías  
En piedras harán señal.

LEONOR.

El nuevo huésped lo haría;  
Mala noche te habré dado.

SOLANO.

¿Qué! ya estoy acostumbrado  
A dormir con compañía.

Mas no sé yo qué senti,  
Que estuve muy inquieto;  
Aunque si guardo secreto,  
Tú me dirás...

LEONOR. (Ap.)

¡Ay de mí!

Si sabe que soy mujer,  
Perdida soy.

SOLANO.

No te alteres.

LEONOR.

¿Yo? ¿De qué? (Ap. ¡Pobres mujeres!)

SOLANO.

No hay que negar.

LEONOR.

¿Qué he de hacer?

SOLANO.

(Ap. Verdad es lo que sospecho.)

De hoy mas podrá Jaramillo  
Buscar amo.

LEONOR. (Ap.)

¡Que un ovillo

Me hiciese tan sin provecho!

SOLANO.

Que no es delito, Señor,  
Que por muchos buenos pasa,  
Que el remedio tiene en casa,  
Y la unturilla mejor;  
Que una sarna se repara  
Con mucha facilidad.

LEONOR.

¿Yo sarna?

SOLANO.

¿Y es calidad

Mentir en cosa tan clara?

LEONOR.

En mi vida la he tenido.

¿Hay tan fiero pensamiento?

SOLANO.

Luego ¿yo soy el que miento?  
Muestra. (Mírale las manos.) Mal he  
Limpio estás. [presumido;

LEONOR.

Y ¿era, Solano,

Aqueste el secreto?

SOLANO.

Si.

¿De qué te ries?

LEONOR.

De mí;

Suelta, déjame la mano.

SOLANO.

Déjola; mas, Jaramillo,  
Si no es sarna, yo soy muerto,  
Que algun contagio encubierto  
Debe de ser, no hay sufrillo;  
Porque cuando te acostaste  
Cierta olorcillo me diste,  
Con que el alma me encendiste

Y las entrañas me helaste;  
Y tras esto, un comezon,  
Un fuego vivo, una llama,  
Que ni yo cabía en la cama,  
Ni en el cuerpo el corazon;  
Y si acaso me extendía  
Y con los piés te tocaba,  
Un no sé qué me picaba  
Que como pulga mordía;  
Y con aquesta inquietud  
Tuve noche toledana.  
Jaramillo, una manzana  
Es mi vida y mi salud;  
Si eres, como soy tu amigo,  
Di la verdad, no la niegues;

Que no es razon que me pegues  
Feste por dormir contigo.  
¿Qué tienes?

LEONOR.

¿Qué he de tener?

¿Hay tan extraña locura?

SOLANO.

Pues responderme procura  
A este picar y comer.

LEONOR.

Bien presto estás respondido.

Solano, el vino es calor,  
Y tanto, cuanto es mejor,  
Tiene de fuego escondido.  
Tú bebes mucho entre día,  
Y lo mejor, ¿no ha de estar,  
Cuando te vas á acostar,  
Helada la sangre y fria?  
Deja tú, pues, de beber,  
Y dormirás sosegado;  
Que de ser tú destemplado  
Nace el picar y el comer.

SOLANO.

No me dejas satisfecho;  
Que otras veces he bebido  
Mas que ayer, y no he sentido  
Comezon tan sin provecho.  
Mas esta noche sabrémos  
Si me quita el sueño el vino.

LEONOR. (Ap.)

Que este sospecha, imagino,  
Que soy mujer.

SOLANO.

¿Qué tenemos?

A fe que no estéis entero,  
Pues que tanto os recatais,  
Ni que conmigo durmais  
Si no os registro primero.

(Vanse.)

Salen EL CONDE HORACIO, DON  
GARCEBAN, RUGERO y DOÑA  
MENCIA.

HORACIO.

Pónganos de presto el coche,  
Rugero, y ten prevenida  
Mas temprano y mas cumplida  
La cena, y no á media noche.

DON GARCEBAN.

Si de esta suerte tratais,  
Señor, á los convidados,  
Si os parecieren pesados,  
De serlo la causa dais;  
Que fué tanta la abundancia  
De los manjares preciosos,  
Que á los festines famosos  
Exceden de Italia y Francia;  
Que parece que á porfia  
Vertían cada momento  
En la mesa el mar y el viento,  
Pescado y volateria.

HORACIO.

Garceran, siempre á mi mesa  
Se sirve un buen ordinario,  
Y alabar no es necesario  
Su abundancia, que me pesa;  
Que aquesta ha sido comida  
Como para cuatro amigos,  
Que para los enemigos  
Se adereza mas cumplida;  
Que un extranjero granjea  
Con esto las voluntades  
Para sus necesidades,  
Ya que otra cosa no sea.

SOLANO.

Mas; qué bien que te acudieron  
Los que te comen un lado,

DB. C. DE L. - II.

Aquel día que en el Prado  
En estrecho te pusieron!  
Cree que no hay que esperar  
De aquestos comeltones,  
Que de ellos y somajones  
Hay muy poco que fiar;  
Porque saben acudir  
Con mucha mas aficion  
Al doblon que á la ocasion,  
A comer que no á reñir.

HORACIO.

Digo que estás excelente,  
Y con la cuestion del Prado,  
Has, Solano, despertado  
Mi descuido impertinente;  
Que el papel que me escribió  
El Capitan no he leído.

DON GARCEBAN.

Extraño descuido ha sido.

SOLANO.

Pues ¿quién comiendo leyó?  
Que papeles que se envian  
Estando el hombre sentado  
A comer, piden prestado,  
Si acaso no desañan;  
Que, como es hora tan cierta,  
Pegan luego, y es mejor,  
Mientras comieres, Señor,  
Mandar que cierren la puerta;  
Que tal papel puede ser  
El que te dieren comiendo,  
Que te relaje, leyendo,  
El deleite del comer.

(Lee el Conde Horacio para sí.)

DON GARCEBAN.

Elocuente estás.

SOLANO.

El vino

Habla como un Ciceron.

DOÑA MENCIA.

¿Qué os escribe?

HORACIO.

Celos son.

DON GARCEBAN.

Parece que estáis mohino.

HORACIO.

¿Qué hora será?

DON GARCEBAN.

¿Qué es aquesto?

¿Quién os perturba y altera?

HORACIO.

Saber cuántas son quisiera.

SOLANO.

Las quince darán bien presto.

DON GARCEBAN.

¿Qué os escribe el Capitan?

HORACIO.

Bravatas con cortesía;

Creo que me desafia.

Leedle, don Garceran.

DON GARCEBAN. (Lee.)

«Sentimientos con sombra de agravisios piden satisfaccion como si lo fueran; que á no procurarlo, ni yo fuera quien soy, ni Alejandra quien es; pues por tí y marido, tengo obligacion á solicitar. Con uno de mis amigos aguardo á usía en el campillo de Doña Maria de Aragon, á las dos, donde, si razones no satisficieren mi queja, habré de remitilla á las armas.»  
De la posada. — Don Beltran.»

HORACIO.

¿Qué os parece?

DON GARCEBAN.

Que es el viejo

Bizarro, que teme y ama,  
Que quiere ser de su dama  
Galan, marido y espejo;  
Que asegureis su temor,  
Que es soldado y caballero,  
Cumpliendo, Conde, primero  
Con vos y con vuestro honor,  
Y con tiempo prevenir  
El suceso y compañía;  
Y pues son dos, de la mia  
Os podeis, Conde, servir.

DOÑA MENCIA.

¿Ay de mí! (Ap. ¿Con qué temores  
Lucha mi imaginacion!)  
Mas cuerda resolucion  
Se puede tomar, señores;  
Que si reñis, es la dama  
La que aqui viene á perder,  
Si no tiene la mujer  
Mas que perder que su fama;  
Que dirá, sin resistencia,  
El fiero vulgo atrevido  
Que por Alejandra ha sido  
Esta celosa pendeñcia;  
Y el olor, si bien se advierte,  
De una mocedad subida  
Se imprime tanto en la vida,  
Que aun no le borra la muerte.

HORACIO.

Don Carlos, son excelentes  
Vuestras discretas razones,  
Muchas mis obligaciones,  
Justos los inconvenientes;  
Que estimo á Alejandra, y quiero  
Su honor tanto como el mio;  
Mas rehusar el desafío  
Es mengua de un caballero.  
Pues ¿qué medio podeis dar  
Que asegure este temor?  
Porque si acudo al amor,  
La honra ha de peligrar.

DOÑA MENCIA.

Cumplir podeis facilmente,  
Conde, con entrambas cosas;  
Que ni son dificultosas  
Ni tienen inconvenientes.  
A las dos ha de aguardar  
El Capitan; si es pasada  
La hora determinada,  
Llegar tarde no es llegar;  
Y si el papel con cuidado  
Leistes, no os desafia,  
Antes se queja, y sería  
El responderle acertado;  
Mas ha de ser de tal suerte,  
Que de lo que está sentido  
No os deis vos por entendido.

DON GARCEBAN.

Muy bien don Carlos advierte.

DOÑA MENCIA.

Aquesto, don Garceran,  
Es lo que importa; que pasa  
El día, y se va á su casa  
A cenar el Capitan;  
Cena, acuéstase temprano,  
Y á la mañana despierta  
Con resolucion mas cierta  
Y con parecer mas sano.  
Levántase y oye misa,  
Ve á Alejandra, y sus enojos  
Olvida, viendo sus ojos;  
Sus celos, viendo su risa.  
Y Alejandra de su parte  
Ablandaré sus rigores;  
Que Venus con los favores  
Templó la fuerza de Marte.

HORACIO.  
Aunque dicen que el consejo  
Mas seguro ha de tener  
Tres cosas, porque ha de ser  
De amigo, de sábio y viejo,  
El vuestro, don Carlos, digo;  
Porque de las tres, las dos  
Están nacidas en vos,  
Que sois prudente y amigo.  
Y si es mejor responder  
Que no ver al Capitan,  
Hagámoslo, Garceran.

DON GARCERAN.

Mas que escribir se ha de hacer.

HORACIO.

Pues ¿hay en qué reparar?

DON GARCERAN.

Algo he pensado; escribid.

HORACIO.

A mi aposento venid.—  
Vos, Señor, á visitar  
Podeis ir, mientras escribo,  
A Alejandra, estos enojos;  
Mirad si sienten sus ojos  
Que es el alma con quien vivo.

(Vanse todos, menos doña Mencía  
y Leonor.)

DOÑA MENCIA.

Diréle de vuestro amor  
Mil imposibles.

LEONOR.

¿Es hora  
Que te pueda hablar, Señora?

DOÑA MENCIA.

Ni aun agora lo es, Leonor;  
Que aquestas cosas de Horacio  
Hacen me olvide de ti,  
Que para saber de mi  
No me dan siquiera espacio;  
Que preguntarte deseo  
Cómo te va con Solano.

LEONOR.

Con buen gigante villano  
Con pocas fuerzas peleo.

DOÑA MENCIA.

¿Tan presto tanta flaqueza?

LEONOR.

Pues veste con él, Señora,  
No una noche, sino una hora,  
Verémos tu fortaleza.

DOÑA MENCIA.

¿Por ventura ha sospechado  
Que eres mujer?

LEONOR.

Desventura  
Fuera saber por ventura  
Lo que yo tanto he guardado.

DOÑA MENCIA.

Pues ¿qué hay, Leonor, que te asom-

LEONOR.

[bre?  
Lo que se puede temer;  
Conóceme por mujer,  
Y echar de ver que soy hombre.  
Y porque con tiempo trates  
Del remedio por rodeos,  
Me ha dicho, no sus deseos,  
Sino algunos disparates;  
Y por eso es mi temor  
Mas grande que el que parece;  
Que si la ocasion se ofrece,  
¿Qué hará la pobre Leonor?

DOÑA MENCIA.

Alquila una cama luego;  
Pero mira que es mas sano  
Asegurar á Solano,  
No se encienda mas el fuego.

Deja pasar unos dias,  
Y despues de asegurado,  
Muda cama y deja el lado,  
Que hace tus flaquezas mias.

LEONOR.

Yo lo haré; mas por tu cuenta  
Y por la de Garceran  
Correrá si algun desman  
Sucede.

DOÑA MENCIA.

Ponlo á mi cuenta;  
Y agora aqui has de esperar  
A que acaben de escribir,  
Y á don Garceran seguir,  
Y de él no te has de apartar;  
Que es belicoso, y entiendo  
Que han de salir á buscar  
Al Capitan, y atajar  
Este disgusto pretendo.  
Y si pasare adelante,  
Leonor mia, como el viento,  
Me avisarás al momento.

LEONOR.

No habrá rayo semejante.

(Vanse.)

Salen DON JUAN, ALEJANDRA,  
LEONARDO y otros.

DON JUAN.

Dejadnos solos; la puerta  
Lleve Leonardo tras sí.

ALEJANDRA.

No importa, déjala así.

LEONARDO.

¿Cierro, ó dejaréla abierta?

DON JUAN.

Cierra, acaba.

(Vase Leonardo.)

ALEJANDRA.

Y la ventana;  
¿Quedarémos á oscuras?

DON JUAN.

Para reñir tus locuras  
Lo hiciera de buena gana;  
Que es tanta tu liviandad,  
Que verte sin luz gustara,  
Porque, no viendo tu cara,  
Te hablara con libertad;  
Mas, pues tantas atropellas,  
Alejandra, sin sentillas,  
La vara para decillas  
Tendré que tú para hacellas.  
Dime, mujer mas ligera  
Que tu vano y ciego amor,  
¿Quién, sino tú, con su honor  
Tan pródiga y loca fuera?  
No entiendo tus desvarios;  
Di, atrevida, lo que intentas,  
Porque la memoria afrentas  
De tus padres y los míos.  
¿Tú con el Conde en un coche,  
Y á vista de tanta gente,  
Te paseas libremente,  
Y tan cerca de la noche?  
¿Qué puedes tú pretender,  
Sino tu infamia, del Conde?  
Pero por tí me responde  
Ser mujer y ruin mujer.  
¿Y que estés ya tan perdida  
Que le quieras por galan,  
Afrentando al Capitan  
Y quitándome la vida!  
Vuelve en tí; con mas cuidado  
Tu vida traza y ordena;  
Que la mujer, cuando es buena,  
Es un reloj concertado;  
Que el móvil y el fundamento

De esta admirable invencion  
Es la medida razon

Y asentado entendimiento.  
Son las ruedas los movimientos,  
Que con tardos movimientos  
Detienen los pensamientos,  
Cuando pasan de atrevidos.  
Las pesas son el nivel  
Con que el bien ó mal obrar  
Se ha de medir y pesar,  
Como en un peso fiel.  
El indice que señala  
La hora los ojos son,  
Que dicen del corazon  
Si la tuvo buena ó mala.  
Es el volante el temor,  
Y aquel continuo pensar  
Que ha de correr sin parar  
Hasta la muerte el honor.  
Despertador, la memoria  
De quién es y á quién se ofende,  
Cuando deslustrar pretende  
De sus mayores la gloria.  
Es la campana su fama,  
Que si no la tiene buena,  
Por mas que la cubran, suena  
Y entre todos se derrama.  
Es relojero el cuidado,  
Que á no tenerle, ha de estar  
Alborotado el lugar,  
Y el reloj desconcertado.  
Y si de tí no le tienes,  
Siendo á tu honor importante,  
Del reloj un semejante  
A ser propiamente vienes.  
Y así, instrumentos pesados  
Por fuerza vendréis á ser;  
Que el reloj y la mujer  
Suenan mal desconcertados.

ALEJANDRA.

¿Jesus, y qué gracia, hermano,  
Tienes para predicar!  
¿Qué lenguaje para orar!  
¿Qué accion! ¿Qué saer de mano!  
Que, segun has ponderado  
Mis liviandades y errores,  
Son mis delitos mayores  
Que el mas horrendo pecado.  
¿Yo hablé al Conde, yo, don Juan,  
Con tanta desenvoltura?  
Sueños serán, por ventura,  
Tuyos ó del Capitan.  
Cuanto mas, que si salí  
Ayer al campo, ¿en qué erré  
Contra la empeñada fe  
Qué á mi tío distes y di?  
Que si tan leve ocasion  
Pudiera descomponer  
La honra de una mujer,  
Buena andaba la opinion.  
Si han de andar tan concertadas  
Como el reloj, á fe mia  
Que en la corte cada dia  
Óyeras mil badajadas.  
Y si así tu lengua infama  
Su sangre, ¿qué hará la ajena?  
Mujer ninguna habrá buena  
Ni honesta, ni limpia fama.

DON JUAN.

¿Es agravio con rigor  
Reprender tu liviandad?

ALEJANDRA.

Fuérzame la voluntad,  
Que es el agravio mayor.  
Cásasme, y al yugo pones  
Dos novillos desiguales;  
Mal las partes principales  
Del matrimonio compones.  
Y tan desigual partido,  
¿Cómo quieres que me cuadre,  
Si á quien puede ser mi padre

Este me das por marido?  
Mas no me tienes amor;  
Que, á tenermele, del Conde  
Fuera mujer.

DON JUAN.

No se esconde  
El amor ni el desamor.  
Dime, ¿no es tu tío un hombre  
Rico, principal y honrado,  
Que por noble y por soldado  
Es respetado su nombre,  
Y que le harán del Consejo  
Por sus servicios mañana?  
Pues ¿qué te causa, liviana?

ALEJANDRA.

Ser á mi disgusto y viejo.

DON JUAN.

¿El ser viejo? Pues despacio,  
Alejandra, y sin pasion  
El cuidado y ojos pon  
En la persona de Horacio.  
Verás mil imperfecciones  
Desde la planta á la frente,  
Que ni es galan ni es valiente,  
Ni luce en las ocasiones,  
Ni tiene mas calidad  
Que tu tío, ni es mejor,  
Ni es de mas fuerza ó valor.  
En su boca la verdad;  
Y un hombre tan á disgusto  
De la corte, que la enfada.  
Si esto es así, ¿qué te agrada?

ALEJANDRA.

Ser mozo y ser de mi gusto.

DON JUAN.

¡Oh, infame! (Saca la daga.)

ALEJANDRA.

¡Jesus! detente;  
Daga para mí, Señor!  
Esvaina; que el resplandor  
Me matará de repente.

Salen LEONARDO y OLIVERA.

OLIVERA.

¿Señor don Juan?

DON JUAN.

Olivera,  
¿Viene el capitán, mi tío?

OLIVERA.

No, Señor.

DON JUAN.

Taf desvario  
Castigar, loca, quisiera;  
Mas no faltará ocasion;  
¿Dónde queda?

OLIVERA.

Escucha aparte;  
Que hoy reina sin duda Marte.

LEONARDO.

Quejas del Capitán son.

ALEJANDRA.

¿Ay Leonardo! en grande aprieto  
Me ha puesto don Juan.

LEONARDO.

¿Por qué?

DON JUAN.

¿Qué me dices?

OLIVERA.

Lo que sé;  
Y la verdad, en efecto,  
Que yo le lleve el papel.

DON JUAN.

¿Con quién salió el Capitán?

OLIVERA.

Con el alférez Guzmán.

DON JUAN.

Buen amigo tiene en él.  
Por tí, Alejandra, por tí  
Anda la corte revuelta.

ALEJANDRA.

¿Por mí?

DON JUAN.

Calla, desenvuelta.—  
Ven, Olivera, tras mí. (Vase.)

ALEJANDRA.

¿Ay de mí, Leonardo amigo,  
Detente, que va enojado.

LEONARDO.

Si haré, mas será excusado;  
Que está don Juan mal conmigo.

(Vase.)

ALEJANDRA.

¿Qué de espinas, amor, entre las flo-  
De tus deleites tienes escondidas, [res  
Y qué de dias y horas desabridas  
En el breve placer de tus favores! [res  
¿Qué de pesares siembras entre amo-  
De glorias y esperanzas prometidas,  
Y qué de sobresaltos en las vidas  
Que asegurar pudieran sus temores!

Si eres tan falso, amor, que diverti-  
[dos  
Nos llegamos á tí, ¿qué dulce engaño  
Es este, con que, amor, nos traes per-  
[didos?

Mas ¡ay de mí! que, conociendo el  
[daño,  
Juzgamos por tan cuerdos los sentidos,  
Que tenemos por loco el desengaño.

Sale LEONARDO.

LEONARDO.

No le he podido alcanzar;  
Que con los piés parecia  
Que volaba, y no corría.

ALEJANDRA.

Bien te sabes disculpar.

Salen VILLENA y FÚNES, trayendo  
el uno un vestido de mujer y manto,  
y el otro unos chapines con virillas de  
plata.

LEONARDO.

Aquí están Villena y Fúnes.

ALEJANDRA.

Platero y sastre han venido;  
A mal tiempo es el vestido.

FÚNES.

¿Y el manto?

ALEJANDRA.

El manteo.

FÚNES.

El lúnes.

ALEJANDRA.

Póngale en ese bufete,  
Y venga por la mañana;  
Que agora no tengo gana  
De probármelo.

FÚNES.

El ribete

Advierta vuesa merced  
Que se me debe, y la seda;  
La cuenta á Leonardo queda. (Vase.)

ALEJANDRA.

Acaben ya; déjenme.  
Señor Villena; el cuidado  
Estimo, que va curioso

El joyel, como precioso,  
Y el san Jacinto extremado.

VILLENA.

Aquestas cosas no son  
De las que cuidado dan,  
Porque al señor Capitán  
Tengo mucha obligacion.  
Pidióme se le buscasen  
Estas joyuelas también,  
Y si te parecen bien,  
Que en tu poder se quedasen.

ALEJANDRA.

Y ¿qué son?

VILLENA.

Apretadores  
De diamantes.

ALEJANDRA.

Serán caros.

VILLENA.

Tienen fondo y son muy claros  
Y de lindos resplandores.

ALEJANDRA.

No me contentan en nada,  
Como venga por sus manos.

VILLENA.

Casar viejos cortesanos  
Con mozas, triste jornada.  
Al fin, ¿no contentan?

ALEJANDRA.

No;  
Véalos el Capitán,  
Quizá le contentarán.

VILLENA.

No haré tal desórden yo,  
Si habiéndomelas pedido  
Horacio, no se las diera.

ALEJANDRA.

Del Conde las recibiera,  
Como fuera mi marido.

VILLENA.

Es gran cosa hombre de estado  
Y mozo.

ALEJANDRA.

No me dé pena.  
Y ¿mis chapines, Villena?

VILLENA.

Aquí los trae mi criado.

ALEJANDRA.

Muestra. ¿Qué angostas virillas!

VILLENA.

No se usan mas de dos dedos.

ALEJANDRA.

Echan á perder los ruedos;  
Ya me cansan.

VILLENA.

Pues hundillas.

LEONARDO.

Hoy no estás de buen humor.

ALEJANDRA.

Estoy, Leonardo, perdida;  
Cánsame mi propia vida.

LEONARDO.

¿Qué tienes?

ALEJANDRA.

Miedo y amor.

VILLENA.

No quiero daros disgusto.

ALEJANDRA.

Toma, guarda esos chapines.

(Ponen los chapines con el vestido so-  
bre la mesa.)

VILLENA.  
No prometen buenos fines  
Bodas con tan poco gusto. (Vase.)

ALEJANDRA.  
¿Fuése Villena?

LEONARDO.  
Ya es ido.

ALEJANDRA.  
¿Qué oficiales tan pesados!  
Con ellos y mis cuidados  
Se cansará el mas sufrido.

LEONARDO.  
Don Carlos viene, Señora.

Sale DOÑA MENCIA.

DOÑA MENCIA.  
¿Bella Alejandra?

ALEJANDRA.  
Mis males  
No son, Leonardo, mortales;  
Pues mi suerte se mejora.

DOÑA MENCIA.  
¿En qué puedo yo serviros?

ALEJANDRA.  
Tomá esta silla, y sabréis  
Mi dolor, pues conoceis  
La causa de mis suspiros. —  
Y tú con atentos ojos  
Mira desde ese balcón  
Quién entra ó sale.

LEONARDO.  
Ocasión  
Es para nuevos enojos. (Vase.)

DOÑA MENCIA.  
Quisiera con mas espacio  
Y con mas gusto escucharos;  
Que sabéis tan bien quejaros  
Como atormentar á Horacio.

ALEJANDRA.  
Si supiédeses, Señor,  
Lo que por él ha pasado,  
En mas hubiera estimado  
El Conde mi fe y amor;  
Que el cuchillo á la garganta  
Puedo decir que he tenido,  
Que de un hermano atrevido  
Fué crueldad fiereza tanta.

DOÑA MENCIA.  
Tanto rigor no es posible,  
Si no es con grande ocasión;  
Que sin ella la pasión  
No hace á un hombre tan terrible.

ALEJANDRA.  
¿Qué mayor que la pasada,  
Y conocer que á su tío  
Trato con tanto desvío,  
Y estuve tan apretada?

DOÑA MENCIA.  
Pues de aqueos disfavores,  
Asperezas y desvíos  
Nacen otros desvíos,  
Y por ventura mayores.  
Sabed que ha desafiado  
Hoy el Capitan al Conde.

ALEJANDRA.  
Siempre, Señor, corresponde  
Con el temor el cuidado,  
Este suceso temi;  
Que mi corazón leal  
Pronosticó tanto mal.

DOÑA MENCIA.  
No os alboroteis; oi,  
Que por hoy está seguro  
Que ningun desman suceda.

ALEJANDRA.  
¿Quién hay que atajarlo pueda?

DOÑA MENCIA.  
Yo, Alejandra, lo procuro,  
Y con el mismo cuidado  
Un principal caballero.

ALEJANDRA.  
¿Quién es?

DOÑA MENCIA.  
Aquel forastero,  
Tan valiente como hourado,  
Que por el Conde y por vos  
Puso en peligro su vida.

ALEJANDRA.  
De amistad tan conocida  
Somos deudores los dos.  
Deséolo conocer  
Por lo que de su persona  
Me ha dicho Horacio Colona.

DOÑA MENCIA.  
Sábelo muy bien hacer;  
Él os vendrá á visitar.

ALEJANDRA.  
Decidme, Señor, ¿mi tío  
Fué quien hizo el desafio?

DOÑA MENCIA.  
Y el que habeis de regalar.

ALEJANDRA.  
¿De qué suerte, si es el Conde  
El dueño de mis sentidos?

Sale LEONARDO.

LEONARDO.  
Señora, somos perdidos.

ALEJANDRA.  
¿Qué dices? Habla, responde.

LEONARDO.  
Que con don Juan, mi señor,  
Viene el capitan.

ALEJANDRA.  
¿Ay triste!  
¿Qué pecho humano resiste  
Nuevas de tanto dolor?  
Que si aquí os halla don Juan,  
Temo alguna desventura,  
Y mayor me la asegura  
La furia del Capitan.

DOÑA MENCIA.  
¿Llegan cerca?

LEONARDO.  
En esa esquina  
Están parados hablando.

DOÑA MENCIA.  
Una traza estoy pensando.

ALEJANDRA.  
Yo mi muerte.

DOÑA MENCIA.  
Es peregrina.  
Dadme de presto un vestido  
De los vuestros; que ya he estado  
Otra vez tan apretado,  
Y esta traza me ha valido;  
Que la cara, talle y brio  
No lo han de echar á perder;  
Que yo haré que por mujer  
Me tengan tu hermano y tío.

ALEJANDRA.  
Pues vele aquí; que parece  
Le tenía prevenido  
Para este efecto.

DOÑA MENCIA.  
Nacido  
Me vendrá.

LEONARDO.  
A vestirse empiece;  
Que yo á la puerta estaré,  
Y avisaré con cuidado.

ALEJANDRA.  
¿Hay tal? El talle es pintado.

DOÑA MENCIA.  
¿Parezco bien?

ALEJANDRA.  
Bien, á fe.

DOÑA MENCIA.  
Yo soy muy lindo y bien hecho.

ALEJANDRA.  
¿Qué buenas piernas y piés!

DOÑA MENCIA.  
Esto para ti no es  
Ni de gusto ni provecho.  
Esconde aquestos despojos,  
Pues con estos me renuevo.

ALEJANDRA. (Ap.)  
¿Ay Dios, qué gentil mancebo!  
Tras él se me van los ojos.

DOÑA MENCIA.  
¿Hay chapines?

ALEJANDRA.  
Sí.

DOÑA MENCIA.  
Pues muestra.

ALEJANDRA.  
¿Caerás con ellos?

DOÑA MENCIA.  
No haré;  
Que tiento da al que no ve,  
La necesidad, maestra.

ALEJANDRA.  
¿Ando bien?

ALEJANDRA.  
¿Tiénesme loca;  
De tu destreza me espanto;  
¿Quieres toca?

DOÑA MENCIA.  
No; que el manto  
Me podrá servir de toca.  
¿Puede alguno, por ventura,  
Juzgarme por hombre?

ALEJANDRA.  
No,  
Porque el cielo igual te dió  
El ingenio y la hermosura.  
¿Qué bien te está el traje!

LEONARDO.  
Aviso;  
Que suben ya la escalera.

ALEJANDRA.  
Oigo.

LEONARDO.  
¿Jesus!

ALEJANDRA.  
¿Qué te altera?

LEONARDO.  
Ver un ángel de improviso,  
Que el hábito y el semblante  
Al mas tentado provoca.

ALEJANDRA.  
Leonardo, sella la boca  
Con este rico diamante.

(Dale una sortija.)

LEONARDO.  
No hablaré mas que una piedra.  
¿Hay mas graciosa invencion?

Salen DON BELTRAN y DON JUAN.

DON JUAN.  
Dar lugar á la pasión,  
Y en tal caso ¿qué le medra?  
Dejaldo, si sois servido;  
Que estas son cosas pesadas.

DON BELTRAN.  
Con darle dos cuchilladas  
Estuviera concluido.

ALEJANDRA.  
Hermano, tío y señor,  
¿Hoy sin verme? ¿Qué es aquesto?  
Tanto descuido tan presto,  
Señal es de poco amor;  
Que á no haberme divertido  
Con esta dama, mi amiga,  
La soledad enemiga  
Mucho la hubiera sentido.

DON BELTRAN.  
Alejandra, si entendiera  
Que divertirme podia,  
Todas las horas del día  
Te regalara y sirviera;  
Pero, como estoy tan cierto  
Que mi vista te da enojos,  
Y que en mi pones los ojos  
Como en un cadáver muerto,  
Retírome, porque veo  
Que te doy disgusto en verte,  
Privándome de esta suerte  
De aquello que mas deseo.

DOÑA MENCIA.  
Ella me ha dicho, os prometo,  
De vos dos mil excelencias.

DON BELTRAN.  
Que todas son apariencias.

DOÑA MENCIA.  
Todo es amor y respeto.

ALEJANDRA.  
Siempre he sido desgraciada  
Con mi tío; estoy corrida  
De ver que no sea creída  
Cuando estoy menos culpada.

DON JUAN.  
Leonardo, ¿no echas de ver  
Cuán trocada está mi hermana?

LEONARDO.  
De la noche á la mañana  
No hay firmeza en la mujer.

DOÑA MENCIA.  
Terrible desconfianza.

DON BELTRAN.  
Efectos son del amor.

DON JUAN.  
Leonardo, ¡ay de mí!

LEONARDO.  
¿Señor?

DON JUAN.  
Mira qué nueva mudanza.—  
¿Sabes quién es, por tu vida,  
Aquesta hermosa mujer?

LEONARDO.  
Bien, á fe.

DON JUAN.  
(Ap. ¡Tan presto arder!  
Tan presto el alma rendida!)  
¿No respondes?

LEONARDO.  
Una amiga  
De tu hermana. (Ap. ¿Hay tal suceso?)

DON JUAN.  
¡Ay, Leonardo! pierdo el seso.

LEONARDO.  
¿Qué tienes?

DON JUAN.  
Amor lo diga.

Y ¿sabes cómo se llama?  
LEONARDO.  
No lo sé. (Ap. ¡Gracioso loco!)

DON JUAN.  
¿Ni dónde vive?

LEONARDO.  
Tampoco.

DON JUAN.  
Tanto mas crece mi llama.

DON BELTRAN.  
Digo que vivo engañado,  
Y en albricias del favor,  
Los quilates de mi amor  
Prueba en la fe que te he dado.

LEONARDO.  
¿Qué! ¿te has ofendido?

DON JUAN.  
Mira,

Leonardo, aquella mujer,  
Y podrás echar de ver  
Lo que suspende y admira.  
Mira en sus ojos dos soles,  
Que despiden claros rayos,  
Y en sus mejillas dos mayos  
Con nativos resplandores.  
Mira en su boca cifrado  
Un paraíso terreno,  
Y mira un cielo sereno  
En toda junta pintado.

LEONARDO.  
¿Hay tan extraño accidente?  
Señor, vuelve en tí, ¿qué es eso?

Que todo es de carne y hueso,  
Ojos, mejillas y frente:  
Quiérote desengañar;  
Mas será echarlo á perder.

DON BELTRAN.  
Quiero, sobrina, creer  
Lo que pudiera dudar.

Sale OLIVERA.

OLIVERA.  
Un criado quiere hablarte,  
Del conde Horacio.

DON BELTRAN.  
Olivera,  
Dile que ya salgo fuera.—  
Don Juan, escucha á esta parte.

ALEJANDRA.  
¿De quién ha sido el recado,  
Que se dió con tal secreto?

DON BELTRAN.  
De un amigo, te prometo.

ALEJANDRA.  
¿Amigo, y tan recatado?

DON JUAN.  
Decis bien; ya no se excusa,  
Como el recado primero.

ALEJANDRA.  
¿Dónde vais?

DON JUAN.  
Un caballero

Nos aguarda.  
(Vanse todos, menos doña Mencía  
y Alejandra.)

ALEJANDRA.  
Estoy confusa.—

Don Carlos, el corazón  
Me dice que es el recado  
Del conde Horacio.

DOÑA MENCIA.

Cuidado  
Me da tu imaginación;  
Pero de él saldré bien presto.  
Ayúdame á desnudar.

ALEJANDRA.  
Mira que vuelven á entrar.

DOÑA MENCIA.  
¿Jaramillo?

Sale LEONOR.

LEONOR.  
¿Qué es aquesto?  
Señor, ¿qué invención, qué traje  
Es aqueste, qué vestido?

DOÑA MENCIA.  
Después sabrás lo que ha sido.

ALEJANDRA.  
Don Carlos, ¿es vuestro el paje?

DOÑA MENCIA.  
Mío es, y de él sabrémos  
Aquello que recelamos,  
Porque tanto cuanto amamos  
Viene á ser lo que tememos.  
¿Dónde queda Garcerañ,  
Jaramillo?

LEONOR.  
Con Horacio  
Le dejo junto á palacio,  
Esperando al Capitan,  
Que para darle un recado  
Le salió á buscar Rugero.

ALEJANDRA.  
Mi temor fué verdadero.

DOÑA MENCIA.  
Y con causa mi cuidado.

ALEJANDRA.  
Vestíos luego al momento,  
Y procurad atajar  
El daño, no deis lugar  
A algun suceso sangriento.  
No llegue su desvario  
A hacerle tan lastimoso,  
Que pierda en el Conde esposo,  
Y en los dos, hermano y tío.

DOÑA MENCIA.  
Mucho mas que tu temor  
Es, Alejandra, mi pena;  
Pero aquesta traza ordena  
Para tu remedio amor.

Toma un manto, y no te asombres  
Si acaso milagros vieres;  
Que amor hace hombres mujeres,  
Como hace mujeres hombres.  
Que de esta suerte tapadas,  
Y sin otra compañía,  
En tu firme amor conña  
Que hará mas que sus espadas.  
En hacerlo no aventuras  
Tu honor, ni el caso es liviano,  
Si del Conde y de tu hermano  
El sosiego y bien procuras.

ALEJANDRA.  
¿Qué no haré por redimir  
Vida que tanto me cuesta?

LEONOR.  
Señor, buena anda la fiesta.

DOÑA MENCIA.  
¿Cómo acertaré á salir?

Salen HORACIO, DON GARCERAN y  
SOLANO.

DON GARCERAN.  
Aquí podemos, Señor,  
Esperar al Capitan.

HORACIO.

Ha sido, don Garceran,  
La resolucion mejor.

DON GARCERAN.

Hablarle es mas acertado,  
Porque escribe el mas prudente,  
Sin pensar, pesadamente,  
Si acierta á estar enojado.  
Y aquesta opinion es mia;  
Que no hay arma tan cruel,  
Que hiera como un papel  
Estrito con demasia.

HORACIO.

Segun se tarda Rugero,  
No ha dado con él.

SOLANO.

Por Dios,  
Que si salen mas de dos,  
He de reñir el postero.  
Ya vienen los bravoneles.

DON GARCERAN.

¿Son ellos, Conde?

HORACIO.

Ellos son.

SOLANO.

Señores, anden á un son  
Espadas y cascabeles.

Salen DON BELTRAN Y DON JUAN.

¿Qué brava salva se han hecho  
Con los sombreros! Si calva  
Tuviera alguno, la salva  
No le hiciera buen provecho.

HORACIO.

Aquí, señor Capitan,  
Me ha traído un papel vuestro,  
Si no puntual, con gana  
De serviros y de serlo.  
Bien podeis con libertad  
Decirme qué es vuestro intento,  
Que de lo que aquí pasare  
Seguro estará el secreto;  
Que con atentas orejas  
Escucharé, como reo,  
El cargo, que pongo en duda  
Podais con justicia hacerlo.

DON BELTRAN.

Señor Conde, el cargo es justo,  
Y si, como justo, recto  
Fuera el juez, condenado  
Estábades en derecho.  
Ya sabeis mi calidad,  
Y tambien el parentesco  
Que tengo con Alejandra,  
Y mi pretension tras eso,  
Y que es su hermano don Juan  
Tan honrado caballero,  
Que es digno que se le guarde  
Justo y debido respeto.  
Pues siendo así, vos, Señor,  
Con músicas y paseos  
Haceis pública la causa  
Y evidentes los efectos;  
Que á pié, á caballo y en coche,  
Como si fuera terrero  
La calle de los Preciados,  
Os preciáis de ser molesto;  
Y que una tarde en el Prado,  
A vista de todo el pueblo,  
A su pesar y disgusto,  
Fuistes su coche siguiendo;  
Y tras esto, tan pesado,  
Tan atrevido y tan necio,  
Que al paso de sus caballos  
Iba caminando el vuestro.  
Todas estas cosas, Conde,

Me han dicho, y yo las sospecho,  
Y sospechas informadas  
Hacen el caso mas cierto.

Y porque entendais que agravios  
No consienten ni consiento,  
Sus deudos como su sangre,  
Ni yo como esposo y deudo,  
A este lugar para hablaros  
Os llamé, donde pretendo,  
O acabar con mis cuidados,  
O asegurar mis recelos;  
Que si á costa de mi honor  
Vuelan vuestros pensamientos  
Las alas les quebraré,  
Como á locos y soberbios.

HORACIO.

Otras veces, Capitan,  
Mas reportado y mas cuerdo  
Pienso que me habeis hablado  
Y sobre este caso mismo.  
Pero agora echo de ver  
Que está vuestro entendimiento  
Con la pasion, deslumbrado,  
Y el discurso poco menos.

Y que lo estáis, cosa es llana,  
Pues no veis que es un ejemplo  
De honestidad Alejandra,  
Como de hermosura un cielo.  
Que limpiamente la he hablado  
Algunas veces, confieso;  
Y si es culpa que me carga,  
Yo, Capitan, me condeno.  
Mas puédoos asegurar  
Que de su recato honesto  
Nadie podrá murmurar,  
Vive Dios, sino mintiendo.  
Y quien la infama y murmura  
Sois los dos, pues falsos sueños,  
Locas imaginaciones,  
Admitis por casos ciertos.  
Mengua es de hombres principales  
Tener de una mujer celos,  
Si es la mas segura guarda  
Ni pedillos ni tenellos;  
Y así, Capitan, de hoy mas,  
De tan flacos fundamentos  
No levanteis edificio  
Que os venga á servir de entierro.

DON JUAN.

Conde, el Capitan, mi tio,  
No es de los hombres plebeyos  
Con quien se pueda tratar  
Con tan desigual imperio;  
Ni yo, siendo su sobrino,  
Lo he de consentir. Tratemos  
Lo que importa, que palabras  
No son de ningun efecto;  
Que él se queja con razon,  
Y con la misma me quejo,  
Como mas interesado  
En su daño ó su provecho.

DON GARCERAN.

¿Qué quejas, qué sinrazones,  
Qué agravios, qué sentimientos  
Son estos, si son mayores  
Los del Conde que los vuestros?  
Si andais de noche y de dia  
Por todo el barrio inquiriendo  
Si pasó por vuestra calle,  
A qué hora y á qué tiempo;  
Si habló Alejandra, si acaso  
Por avisarla habló recio,  
Enfrente de su ventana,  
Al lacayo ó al cochero;  
Diligencias excusadas,  
Impertinentes desvelos,  
Que no sirven para mas  
Que infamarla y ofenderos.  
Y de vos, Señor, me espanto  
Que, consultando al espejo,  
No echeis de ver que han pasado

Por vos ya sesenta inviernos;  
Y es vergüenza que se diga  
Que un hombre de canas lleno  
Ande acuchillando esquinas.  
Cuando ha de darnos consejos.  
Dejad ya, por vida mia,  
Amorosos devaneos,  
Valentias de soldado  
Y locuras de mancebo.  
Y si habeis de andar, Señor,  
Cada dia en estos pleitos,  
Acabarlos de una vez  
Es el mas fácil remedio;  
Que ya en el Prado perdi  
En otra ocasion el miedo  
Al herir de esas espadas  
Y al brio de aquesos pechos.

DON BELTRAN.

¿Sois vos aquel gentil hombre  
Con quien el pasado encuentro  
Tuvimos don Juan y yo?

DON GARCERAN.

El mismo soy.

DON BELTRAN.

(Ap. Ya reviento,  
Ya son mis celos mayores,  
Y mis temores mas ciertos;  
Que este fué quien hizo espaldas  
A mi afrenta y vituperio.)  
Sobrino, el Conde sin duda  
Nos ha ofendido.

Salen DOÑA MENCIA Y ALEJANDRA,  
cubiertas con mantos, y LEONOR,  
detrás, en hábito de hombre.

ALEJANDRA.

Aguijemos;

Que dan voces.

SOLANO.

Vive Dios,  
Que es el Capitan acedo.  
Temor tengo que ha de haber  
Algun diluvio sangriento;  
Si de ésta escapo, ermitaño  
Tengo de ser ó ventero.

DON JUAN.

Pues ¿qué aguarda un ofendido?  
Meted mano.

ALEJANDRA.

Caballeros,  
(Descúbrense.)

Mirad quién teneis delante.

DON JUAN.

Alejandra, ¿qué es aquesto?

HORACIO.

¿Don Carlos?

DON GARCERAN.

¿Doña Mencía,  
Señora?...

DOÑA MENCIA.

Paso, estáis ciego;  
¿No me conoceis?

DON GARCERAN.

¿Ay triste!  
Perdonad, que estoy sin seso;  
Que, como dentro del alma  
Traigo, don Carlos, impreso  
Aquel fénix de hermosura,  
Y sois su retrato bello,  
 Toda el alma se alborota  
 Cuando de repente os veo,  
 Y mas en aqueste traje,  
 Que en solo verle ardo y tiemblo.—  
 ¿Qué os parece de esto, Conde?

HORACIO.

Tiéneme el caso suspenso.

DOÑA MENCIA.  
 Aquesto, Conde, ha de ser  
 Vuestro principal remedio;  
 Disimulad, que despues  
 Veréis si fué de momento  
 Aquesta transformacion.

DON GÁRCERAN.  
 Es admirable su ingenio.

DON BELTRAN.  
 ¿Qué es esto, Alejandra ingrata?  
 ¿Vienes á darme veneno  
 Con tu vista, y encender  
 Mas mi cólera y mi fuego?

ALEJANDRA.  
 No vengo sino á excusar,  
 Tio y señor, lo que temo,  
 Que es mi honor el que padece,  
 Y yo soy la que mas pierdo.  
 No quiera mi suerte avara  
 Que pierda con el suceso  
 Hermano que tanto amo  
 Y tio que tanto quiero,

DON BELTRAN.  
 ¿Tú me quieres?

DON JUAN.  
 ¿Tú me estimas?

DOÑA MENCIA.  
 Señor Capitan, dejemos  
 Las cosas que traen consigo  
 Desengaños verdaderos,  
 Y sed amigo del Conde.

DON BELTRAN.  
 ¿Yo amigo?

DOÑA MENCIA.  
 Si; yo os lo ruego.—  
 Y á vos, Señor, os suplico  
 Que me seáis buen tercero.

DON JUAN.  
 ¿Cómo podré disponer  
 De voluntad que no tengo,  
 Que, si es vuestra, ya no es mia?

DOÑA MENCIA.  
 No respondo á quien no entiendo.

DON JUAN.  
 Pues reparad en mis ojos,  
 Que ellos dirán lo que siento;  
 Que, como lenguas del alma,  
 A voces lo están diciendo.

DOÑA MENCIA.  
 Bien está, ya os he entendido;  
 Este negocio acabemos,  
 Sosegad á vuestro tio;  
 Que despues nos hablaremos.

DON JUAN.  
 Ya veis, Señor, á mi hermana  
 Y á esta dama de por medio;  
 De la una el llanto obliga,  
 Como de la otra el ruego.  
 Lo forzoso, voluntario  
 Se ha de hacer; al Conde hablemos,  
 Sin admitir mas descargo  
 Que la confesion que ha hecho.

DON BELTRAN.  
 Harélo por daros gusto.

DOÑA MENCIA.  
 Ha de ser con juramento  
 Que confirme esta amistad.

DON JUAN.  
 Eso será lo de menos.

DON BELTRAN.  
 Como el Conde de su parte  
 No dé ocasion, yo la aceto.

HORACIO.  
 De mí, señor Capitan,  
 Podeis estar satisfecho.

DON BELTRAN.  
 Pues con esa condicion  
 Ser vuestro amigo prometo.—  
 Y en vuestras hermosas manos  
 Hago homenaje de serio.  
 (Da las manos á Mencia.)

DOÑA MENCIA.  
 Vos, Alejandra, lo mismo  
 Pedid al Conde.

HORACIO. (Ap.)  
 ¿Qué es esto,  
 Querida Alejandra mia?

ALEJANDRA.  
 Fuerza de amor.

HORACIO.  
 Yo lo creo.

ALEJANDRA.  
 Dadme la mano. ¿Juráis,  
 Conde, como caballero,  
 De ser su amigo?

HORACIO.  
 Si juro.  
 (Ap. Como jureis vos primero  
 De ser mi esposa.)

ALEJANDRA.  
 Si juro.

DOÑA MENCIA.  
 Pues hágaos muy buen provecho,  
 Como malo al Capitan,  
 Si os pusiere impedimento.

ALEJANDRA. (Ap.)  
 No lo entienda; habla, Señor,  
 Mas bajo, y á lo que os debo  
 No añadais obligaciones.

DOÑA MENCIA. (Ap.)  
 De serviros yo las tengo.  
 Como servidor del Conde.

ALEJANDRA.  
 Señores, aquesto es hecho.

HORACIO.  
 Adios, señor Capitan. (Vase.)

DON BELTRAN.  
 Guárdeos, señor Conde, el cielo.

DOÑA MENCIA.  
 Dad la mano á vuestro tio;  
 Que yo á vuestro hermano quiero  
 Hacer aqueste favor.

DON JUAN.  
 Por él, Señora, os las beso.  
 (Vanse todos, menos Solano.)

SOLANO.  
 Jaramillo, este tu amo  
 Debe de ser hechicero,  
 Escolar ó nigromante;  
 Porque aquellos embelecó  
 Y aquestas transformaciones,  
 ¿Quién las hace sino aquellos  
 Que andan de viga en viga  
 Y vuelan de techo en techo?  
 Y si es así, Jaramillo,  
 Dile que yo se lo ruego,  
 Que no me convierta en ganso,  
 Sino en vino de Alaejos.

JORNADA TERCERA.

Salen DOÑA MENCIA, DON GARCE-  
 RAN, LEONÓR y SOLANO.

DON GÁRCERAN.  
 Bien salió el disfraz, don Cárlos.

DOÑA MENCIA.  
 Enamorarse don Juan  
 Ha sido, don Gárceran,  
 Mucho mejor que engañarlos.  
 ¿Qué ha dicho el Conde?

DON GÁRCERAN.  
 Está loco  
 De placer.

DOÑA MENCIA.  
 Y con razon;  
 Que tener la posesion  
 De quien bien quiere no es poco;  
 Y pues sus cosas amor  
 Las ha puesto en tal estado,  
 Las vuestras me dan cuidado,  
 Y veros sin él mayor.  
 Vos queréis bien, vos amáis,  
 Y tan principal mujer  
 Ausente no puede ser,  
 Pues presente la olvidáis;  
 Que quien tiene amor constante,  
 Aunque lo amado esté ausente,  
 En todo tiempo presente  
 Lo ha de juzgar el amante;  
 Y así, pienso que perdida  
 Teneis la memoria de ella.

DON GÁRCERAN.  
 ¿Ay, don Cárlos! vive en ella,  
 Que quien ama tarde olvida;  
 Que las cenizas están  
 De aquel incendio calientes,  
 Y aquellos dias presentes,  
 Que malas noches me dan.

DOÑA MENCIA.  
 No sé cómo concertar  
 Tanto arder, pensar, sufrir,  
 Con no la ver ni escribir,  
 Ni alguna disculpa dar;  
 Que si como vos la amara,  
 Fueran como mis deseos  
 Las cartas y los correos  
 Que escribiera y despachara.

DON GÁRCERAN.  
 Pues ¿quién tendrá atrevimiento  
 De escribir á una mujer  
 Tan principal, sin temer  
 Su ira y su sentimiento?  
 Que si cuando me parti  
 De Salamanca lo liciera,  
 No dudara ni temiera  
 Escribirla desde aqui.  
 Pero quien usó con ella  
 Tan desigual cortesia,  
 Escribiéndola, sería  
 Hacer mayor su querella.

DOÑA MENCIA.  
 No teneis qué reparar  
 Ni qué dudar ni temer;  
 Que quien bien supo querer,  
 Tarde y mal sabe olvidar.  
 Escribilda este ordinario;  
 Yo tambien escribiré  
 A persona que le dé  
 Las cartas, si es necesario.  
 Que cuando tenga entendida  
 La ocasion de vuestra ausencia,  
 Hallaréis sin resistencia  
 Dulce y alegre acogida.

DON GÁRCERAN.  
 Escribámosla en buen hora,  
 Y ha de ser entre los dos.

DOÑA MENCIA.  
 Mejor lo haréis solo vos.

DON GÁRCERAN.  
 Temed el alma, que la adora.

LEONOR.  
 ¿No ves la conversacion  
 De nuestros amos, Solano?

SOLANO.  
Si no murmuran, hermano,  
Tratan nuestra perdición ;  
Que estos pelones listados  
Descansan con nuestras penas ,  
Y son pebres de sus cenas  
Decir mal de sus criados.  
DON GARCERAN.  
Saca aquí fuera , Solano ,  
El recado de escribir.  
(Va Solano por el recado de escribir.)  
DOÑA MENCIA.  
Tú , Jaramillo , acudir  
Puedes al correo temprano,  
Y buscarásme quien para  
A Salamanca á las veinte ,  
Porque traiga brevemente  
Respuesta de aquesta carta.  
Pero no vayas , detente ;  
Que hablar quiero yo á Morales ;  
Que piden despachos tales  
Mas solícito expediente.

Sale SOLANO, con el recado de escribir.

SOLANO.  
Aquí tienes el recado  
De escribir y de contar ,  
De mentir y de engañar ,  
De notar y ser notado.  
¿ Falta otra cosa ?

DON GARCERAN.  
Poner  
Este bufete á este lado.  
SOLANO.  
(Ap. Todo lo quiere pintado  
Quien no tiene que comer.)  
¿ Está bien ? (Pone el bufete.)

DON GARCERAN.  
Llega otra silla.  
SOLANO.

Y aun dos he llegado. ¿ Hay mas ?  
Que si como mandas das ,  
Serás señor de Tobilla.

DOÑA MENCIA.  
No os divierta aqueste loco ;  
Empieza á escribir.

DON GARCERAN.  
Solano ,  
Calla.

DOÑA MENCIA.  
Sosegad la mano ,  
Sin borrones , poco á poco.  
DON GARCERAN.

Diréla mi soledad  
Y la larga pena mía ,  
Pintaré mi cobardía  
Y mi firme voluntad ,  
Mis suspiros y mi llanto ,  
Con que me abraso y me anego.

DOÑA MENCIA. (Ap.)  
¿ Qué es esto , amor ? ; Tanto fuego,  
Y en mi pecho hielo tanto !  
Pero conviene á mi honor  
Hacer de su fe experiencia ;  
Que es justa la resistencia ,  
Aunque firme sea su amor.

SOLANO.  
Jaramillo , ¿ no penetras  
Lo que escriben ?

LEONOR.  
Ni es posible.

SOLANO.  
Para mí no hay imposible.

LEONOR.  
Pues ¿ qué es lo que escriben ?

SOLANO.  
Y juntas harán razones ,  
Y las razones dirán  
Que pide don Garceran  
Prestados ciertos doblones ;  
Que yo imagino que al Conde  
Escribe mi pobre amo ,  
Porque siempre á este reclamo  
Hidalgamente responde.

LEONOR.  
Diferente pensamiento  
Es el mio ; que escribir  
Tan conformes es decir  
Que tenemos casamiento.

SOLANO.  
Pues ¿ quién se quiere casar ?

LEONOR.  
Don Garceran , ó me engaño.

SOLANO.  
Librea de fino paño  
No se podrá despintar.  
¿ Quién es la novia ?

LEONOR.  
Una dama  
De Salamanca.

SOLANO.  
Es famosa ,  
Si es una viuda hermosa  
Que allí celebra la fama.

LEONOR.  
Ella será : no hay prudencia  
Dónde hay voluntad y amor.

DOÑA MENCIA.  
Bien escrita está , Señor.  
Cerradla y tened paciencia ;  
Que yo la despacharé  
Con otra mia esta tarde ,  
Y el lunes , á lo mas tarde ,  
Respuesta de ella tendré.

GARCERAN.  
Ya está cerrada.

DOÑA MENCIA.  
Rogad  
A quien teneis por patron  
Que llegue á buena ocasion ,  
Y venga con brevedad.

DON GARCERAN.  
Tomad la carta , que en ella  
Libro todo mi tesoro ;  
Que si á los ojos que adoro  
Llega , nací en buena estrella.

DOÑA MENCIA.  
¿ Dónde me esperáis ?

DON GARCERAN.  
En casa  
Del conde Horacio os aguardo.

DOÑA MENCIA.  
Adios.  
DON GARCERAN.  
Vuela , tiempo tardo.

SOLANO.  
Tardo es el tiempo , él se casa.

Salen DON JUAN y DON BELTRAN.

DON BELTRAN.  
Aquesta dispensación  
Me trae , don Juan , desabrido.

DON JUAN.  
¿ De Roma no ha respondido  
El curial ?

DON BELTRAN.  
Solo un renglon ,  
Dos meses há , y remití

Letras,

Por cada letra cien reales ;  
Que para dar á curiales  
No hay plata en el Potosí.  
Dicen procura favor  
Con el cardenal Colona.

DON JUAN.  
Para tan grave persona  
En la corte está el mejor ;  
El conde Horacio es sobrino  
Del Cardenal , y en la mano  
Le tenemos.

DON BELTRAN.  
No está llano ,  
Don Juan , aquesse camino.

DON JUAN.  
Llano estará , si es el Conde  
Vuestro amigo declarado.

DON BELTRAN.  
Amigo reconciliado  
Mal y nunca corresponde ;  
No le hablaré , aunque la vida  
Me importe ; que si en el pecho  
Costumbre el rencor ha hecho ,  
Con dificultad se olvida ;  
Que mis celosos temores  
Batallan siempre conmigo ,  
Porque con capa de amigo  
Suelen , don Juan , ser mayores.

DON JUAN.

Terrible sois.

DON BELTRAN.  
Ya lo veo ;  
Pero yo me enmendaré.

Sale OLIVERA.

OLIVERA.  
Gracias á Dios , que te hallé.

DON BELTRAN.  
Yo se las doy , que te veo.  
¿ Hay algo de nuevo ?

OLIVERA.  
Sí ,  
De Roma el despacho.

DON BELTRAN.  
Albricias  
Tendrás , como las codicias ,  
Si traen carta para mí.—  
¿ Teneis qué hacer ?

DON JUAN.  
Sí , Señor.

DON BELTRAN.  
Pues yo me llevo al correo. (Vase.)

DON JUAN.  
Con extraño hombre peleo ,  
Todo es celos y temor ;  
Pésame de haberle dado  
A mi hermana por mujer ,  
Porque juntos han de ser  
Un ejército encontrado ;  
Que ¿ cuándo paz han tenido  
La paloma y el milano ,  
Mujer moza y viejo caño ,  
En un lecho y en un nido ?

Salen ALEJANDRA y LEONOR.

ALEJANDRA.  
¿ Fué el Capitan , mi tio ?

DON JUAN.

Ya se fué.  
ALEJANDRA.  
¿ Vendrá tan presto ?

No lo sé.

DON JUAN.  
ALEJANDRA.  
Don Juan, ¿qué es esto?  
¿Con tu hermana ese desvío?  
Alza los ojos, ¿qué tienes?  
¿Qué te da pena y cuidado?  
¿Bese tu dama enojado?  
¿Date celos ó desdenes?

DON JUAN.  
No he sido tan venturoso,  
Hermana, que haya llegado  
Siquiera á ser desdichado,  
Cuanto mas á estar dichoso;  
Pues decirme no has querido  
Quién es ni cómo se llama  
Aquella hermosa dama  
Que me trae desvanecido.  
Hermana de perlas y oro,  
Si mi tormento te obliga,  
Dime qué mujer, qué amiga,  
Es aquel ángel que adoro.  
¿En qué zona, en qué lugar  
Asiste tan apartado,  
Que el deseo ni el cuidado  
No la han podido encontrar?

ALEJANDRA.  
Tiéneme muy obligada,  
Don Juan, para que te diga  
Quién es aquella mi amiga,  
Tan hermosa y retirada.

DON JUAN.  
Representarme no quieras  
Las cosas que dan pesar;  
Que yo te sabré obligar  
Con mas gusto y con mas veras.

ALEJANDRA.  
¿Has de reírme?

DON JUAN.  
No haré.

ALEJANDRA.  
¿Ni darme pena?

DON JUAN.  
Tampoco.

ALEJANDRA.  
¿Ni mas dagnita?

DON JUAN.  
Fui loco.

ALEJANDRA.  
¿Ni amenazarme?

DON JUAN.  
¿Por qué?

ALEJANDRA.  
Y si en el Prado algun día  
Me llegase el Conde á hablar,  
¿Tiénese de acuchillar?

DON JUAN.  
Gran disparate sería.

ALEJANDRA.  
Y si por la calle pasa  
Y me asomase al balcon,  
¿Ha de haber reprension?

DON JUAN.  
Aunque le metas en casa;  
Y no me apures, que harás  
Que me infame mi locura;  
Que yo fio en tu cordura  
Que todo lo excusarás.  
¿Quién es? Dilo, hermana bella.

ALEJANDRA.  
No podré con claridad;  
Que en un día de amistad  
¿Qué te podré decir de ella?  
Que aun su nombre, te prometo,  
Don Juan, que se me ha olvidado;

Pero della y de su estado  
Te informa, como discreto,  
De don Carlos, porque él sabe,  
Como Garceran, quién es,  
Y haráslo por interés.  
Es la mujer mas suave,  
Mas cuerda y entretenida,  
Mas agradable y graciosa,  
Mas dulce y mas amorosa  
Que he conocido en mi vida.  
Y dejóme tan prendada,  
Que visitarla quisiera,  
Y aquesta tarde lo hiciera,  
A saber de su posada.

DON JUAN.  
Pues voyle, Alejandra, á hablar;  
Que trazar con él querria  
Que pueda en tu compañía  
Verla, hablarla y visitar. (Vase.)

Sale LEONARDO.

ALEJANDRA.  
Leonardo, ¿no es extremada  
La locura de un hermano?

LEONARDO.  
Desengañarle temprano  
Es cosa mas acertada;  
Que amor y pasión tan fuerte  
Pueden quitarle el juicio;  
Que el demasado ejercicio  
De la fantasia es muerte.

ALEJANDRA.  
Estáme bien que don Juan  
Trabe amistad con los dos.

LEONARDO.  
A él le está mal, por Dios,  
Y peor al Capitan.  
Ya entiendo tu pensamiento,  
Y el fin á que corresponde;  
Que la amistad con el Conde  
Apoyas.

ALEJANDRA.  
Ese es mi intento;  
Porque el Capitan, Leonardo,  
Me cansa con su porfia.

LEONARDO.  
Pues para aquel triste día  
Que te desposes te aguardo.

ALEJANDRA.  
¿Yo desposar con mi tío?  
¡Jesus! Leonardo, primero  
Me mataré.

LEONARDO.  
Intento fiero.  
En Dios, Señora, confío;  
Porque en la dispensacion  
Tenia dificultad,  
Y es mucha la autoridad  
Del Conde en esta ocasion.

ALEJANDRA.  
Es verdad, pero el temor  
Enflaquece mi esperanza,  
Porque es la desconfianza  
Hija bastarda de amor;  
Hablar al Conde quisiera.

LEONARDO.  
Iréle á buscar, si quieres.

ALEJANDRA.  
¿Ay mi Leonardo! Tú eres  
Mi remedio; parte... Espera.

Sale RUGERO.

ALEJANDRA.  
Rugero, seas bien venido.  
¿Y el Conde?

RUGERO.  
Queda en la calle.

ALEJANDRA.  
Di que se apee; que hablalle  
Deseo.

LEONARDO.  
Intento atrevido.

RUGERO. (Vase.)  
Voyle á avisar.

LEONARDO.  
Rematada,  
Señora, estás; vuelve en tí,  
No quieras se acabe aquí  
La tragedia comenzada.  
¿No te escarmienta el aprieto  
En que te viste, pasado?  
Háblale, mas con cuidado;  
Tenle amor, mas con secreto.  
Teme á tu hermano mayor  
Y á las canas de tu tío,  
Tu peligro, si no el mío,  
Mi vida, si no tu honor.  
No pienses que el Conde es Carlos,  
Que se puede disfrazar,  
Fingir ni disimular,  
Ni has de volver á engañarlos.

ALEJANDRA.  
Que no hay temor que me impida;  
Que quien tan de veras ama  
Atropella con su fama,  
Con honor, haciendo y vida;  
Y no estás tan temeroso;  
Que cuando venga don Juan  
Y mi tío el Capitan  
Hallaránme con mi esposo.

Sale EL CONDE HORACIO.

HORACIO.  
Mi bien, ¿tan grande favor  
Con tantos inconvenientes?

ALEJANDRA.  
Señales son evidentes,  
Conde, de mi firme amor  
Y del peligro presente;  
Que es la causa que me obliga  
A que despacio te diga  
Lo que el alma sufre y siente.

LEONARDO.  
Si ha de ir la conversacion  
Tan despacio, considera  
Que en esta sala primera  
No estáis bien.

ALEJANDRA.  
Tienes razon.

HORACIO.  
Eres, Leonardo, discreto.

ALEJANDRA.  
En la pieza de mi estrado  
Nos entremos; ten cuidado.

LEONARDO.  
Y yo ¿qué tendré?

ALEJANDRA.  
Secreto.

Salen DON GARCERAN y SOLANO.

DON GARCERAN.  
¿Que yo me caso, Solano?

SOLANO.  
Y ¿fuera gran maravilla  
Estar ingerto en Castilla  
Un naranjo valenciano?

DON GARCERAN.  
Y ¿que es con doña Mencia?

SOLANO.  
Así me lo dió á entender  
Jaramillo.

DON GARCERAN.  
Puede ser;  
Mas no es tal la suerte mia.  
¿Halo soñado?

SOLANO.  
No sueña,  
Porque no duerme jamás.

DON GARCERAN.  
¿Cómo vive?

SOLANO.  
Bueno estás;  
Vivirá mas que una dueña,  
Es encantado; experiencia  
He hecho de esta verdad  
Por tener necesidad  
De asegurar mi conciencia;  
Que no sé qué he sospechado  
Después que duerme conmigo,  
Y de un cristiano y amigo  
Sospechar mal es pecado.

DON GARCERAN.  
¿Qué sospechas?

SOLANO.  
Lo que temo;  
Que es hermafrodito.

DON GARCERAN.  
Extraño  
Juicio.

SOLANO.  
Pues no es extraño;  
Que es hermafrodito ó memo.

DON GARCERAN.  
¿Qué dices?

SOLANO.  
Buena es la risa.

DON GARCERAN.  
Necias imaginaciones.

SOLANO.  
Si se acuesta con calzones,  
Y se cose la camisa,  
Y se viste con estrellas,  
Y se entra en la cama á oscuras,  
¿Son muestras estas seguras  
Para presumir bien dellas?

DON GARCERAN.  
Pues ¿quieres tú condenar  
Lo que es recato y limpieza?  
¿Bueno estás de la cabeza!

SOLANO.  
Muy malo debo de estar;  
Pues juro á Dios que el coserse,  
Madrugar y recitarse,  
No dormir y retirarse,  
Y en la cama recogerse,  
Que tiene algun fundamento,  
Y mayor que el que barrunto;  
Pero ya he dado en el punto,  
O no tengo entendimiento;  
Y es, don Garceran, forzoso  
Que una de dos ha de ser:  
Que es Jaramillo mujer,  
Y si no mujer, potroso.

DON GARCERAN.  
Entrambas cosas, Solano,  
Son posibles. Mas ¿qué has hecho,  
Pues que no te has satisfecho,  
Estando del pié á la mano?

SOLANO.  
Pregúntale á mi cuidado  
Lo que de noche procuro,  
Mas mientras mas me aseguro,  
Le hallo menos descuidado.  
Yo busjo si él disimula,

Y déjole asegurar,  
Mas si le vuelvo á palpar,  
Vuelve el anca como mula.

DON GARCERAN.  
Tú traes terrible contienda;  
Pero por eso no dejes  
La empresa, aunque mas le aquejes,  
Y él se resista y defienda;  
Que si es mujer, de su engaño  
Otro se infiere mayor,  
Porque sus trazas amor  
Guia por camino extraño.

Salen HORACIO Y RUGERO.

HORACIO.  
¿En qué me puedo emplear,  
Que me esté tan bien, Rugero?

RUGERO.  
Mira lo que haces primero.

HORACIO.  
Que no tengo que mirar;  
Es Alejandra hermosa,  
Rica, honesta, limpia, afable,  
Discreta, dulce, agradable,  
Cuerda, sábia y virtuosa;  
Y quíerola tanto, en suma,  
Que á don Juan se la pidiera,  
Aunque en las malvas naciera,  
Como Vénus en la espuma.

SOLANO.  
El Conde, don Garceran.  
DON GARCERAN.  
¿Oh Señor! Seáis bien venido.  
¿Qué buen viento os ha traído?

HORACIO.  
Salí á buscar á don Juan.  
DON GARCERAN.

¿Qué le quereis?  
HORACIO.  
Consultar  
Con él cierto parecer.

Salen DOÑA MENCIA Y LEONOR.

DOÑA MENCIA.  
¿Es hora ya de comer,  
Solano?

SOLANO.  
Y aun de cenar.

DOÑA MENCIA.  
¿Qué hace tu amo?  
SOLANO.  
¿Estás ciego?

¿No le ves entretenido  
Con el Conde?

DOÑA MENCIA. (Ap. á Leonor.)  
¿Hasme entendido?

LEONOR. (Ap. á doña Mencía.)  
Sí, Señor.

DOÑA MENCIA. (Ap. á Leonor.)  
Pues parte luego.

(Vase Leonor.)  
DOÑA MENCIA.  
¿Podré, señores, terciar  
En esta conversacion?

DON GARCERAN.  
Llegáis á buena ocasion;  
Que ahora se empezó á entablar.

DOÑA MENCIA.  
Y ¿qué es el juego?

HORACIO.  
De damas.

DOÑA MENCIA.  
Y ¿qué se juega?

HORACIO.  
Favores.  
DOÑA MENCIA.  
Miron soy, no tengo amores,  
Ni son para mí sus llamas;  
Jugad los dos en buen hora,  
Que yo miro desde afuera.

DON GARCERAN.  
Por daros gusto lo hiciera,  
Mas hálleme pobre agora.

DOÑA MENCIA.  
Pues tened firme esperanza  
Que presto caudal tendréis,  
Con quien perdáis y ganeis,  
Con quien tanto bien alcanza.

HORACIO.  
Mas pobre soy en mi estado  
Que en el suyo Garceran,  
Si alimentos no me dan,  
Por verme tan empeñado;  
Que Alejandra en este punto  
Al juego de bien amar  
Me ha acabado de ganar  
Cuerpo y alma, todo junto;  
Y como la cantidad  
Es infinita en rehenes,  
Como mas seguros bienes,  
Le dejo mi libertad.

DON GARCERAN.  
Tales pérdidas, Señor,  
Por ganancias las tened;  
Mas quien os cogió en la red  
Era gentil cazador.

HORACIO.  
¿Qué mas redes que razones  
Dichas con labios suaves?  
Ni qué cazador, que graves  
Y fuertes obligaciones?  
Resuelto estoy, Garceran,  
A casarme, mas quisiera  
Ordenallo de manera  
Que lo supiera don Juan.

DON GARCERAN.  
Antes soy de parecer  
Que no lo sepa, si es llano  
Que ha de procurar su hermano  
La boda descomponer;  
Que si está su fe empeñada,  
Y la hermana prometida,  
Antes perderá la vida  
Que romper la fe jurada;  
Y en tal caso es acertado  
Meteros en posesion,  
Que si la dispensacion  
Llega, os hallaréis burlado.

HORACIO.  
Vendrá con dificultad;  
Porque de Roma he sabido  
Que con ellos no ha querido  
Dispensar su santidad.

DOÑA MENCIA.  
Que dispense ó no, Señor,  
Yo me ofrezco á daros llano,  
Como á la hermana, al hermano.  
No os embarace el temor;  
Que don Juan, agradecido,  
Se me muestra hoy mi galan.

HORACIO.  
Ya me ha dicho Garceran  
Lo que pasa.

DOÑA MENCIA.  
Está perdido;  
Hoy en la calle me habló,  
Y con el alma en la boca  
Me dijo su pasion loca.

DON GARCERAN.  
¿Tanto el disfraz le picó?  
DOÑA MENCIA.

Y picará cada día,  
Si es Alejandra instrumento  
De que dure su tormento,  
Pues á mis manos le envia;  
Porque sin duda don Juan  
Le ha pedido que le diga  
Quién era aquella su amiga  
Que sosegó al Capitan,  
Y habrále dicho que yo  
La conozco, y el cuitado  
Por ella me ha preguntado.

DON GARCERAN.  
¿Desengañástele?

DOÑA MENCIA.  
No;  
Antes dije ser verdad  
Que muy bien la conocia;  
Dijele dónde vivia,  
Nombre, estado y calidad,  
Y cómo habia envidado,  
Que hizo menos su tormento;  
Porque ya en su pensamiento  
Se representa casado.

DON GARCERAN.  
¿Graciosa burla! Decí,  
¿Quién dijiste que era?

DOÑA MENCIA.  
Extraño  
Os parecerá el engaño:  
Todas las partes le di  
De aquella doña Mencia  
Que vos olvidais ausente.

DON GARCERAN.  
Mi fe agraviais; que presente  
Está en la memoria mia.  
Conde, don Carlos intenta,  
Con tan ingeniosos modos,  
Si no buriarnos á todos,  
Meternos en una afrenta.

DOÑA MENCIA.  
Mejor lo podeis decir  
Cuando veais lo que pasa;  
Que esta, dije, era su casa,  
Y hoy á verme ha de venir.

DON GARCERAN.  
Segun eso, habrá de haber  
Segunda transformacion.

DOÑA MENCIA.  
Y aun tercera.  
SOLANO.  
Aquestos son  
Deseos de ser mujer.

DOÑA MENCIA.  
Monjil y tocas he hecho  
Prevenir á Jaramillo.

SOLANO.  
Que quiere este monacillo  
Darme un buen dia sospecho.

HORACIO.  
Pesada burla ha de ser.  
DOÑA MENCIA.

Y ¿no se la hacen mayor  
Hoy al Capitan, Señor,  
Si le quitais la mujer?

SOLANO.  
De estas burlas, por Solano,  
Pocas ó ninguna; arredo  
El casarme, si esto medro.

Sale LEONOR Y UN CORREO.

LEONOR.  
No os deis tanta prisa, hermano.

CORREO.  
Vengo cansado, y deseo  
Descansar siquiera un rato.

LEONOR.  
El caminar no es buen trato.  
CORREO.

Ni vida la del correo.  
DOÑA MENCIA.  
¿Qué hombre es ese, Jaramillo?

LEONOR.  
El peon que despachaste.  
DOÑA MENCIA.

Pues, bachiller, ¿qué pensaste  
Primero para decillo? —  
Seais, hermano, bien venido.

DON GARCERAN.  
Solano, dale un doblon  
De albricias á este peon,  
Para beber.

CORREO.  
Ya he bebido.  
SOLANO.  
Pues yo no, y á vuestra cuenta  
Me beberé la mitad.

DON GARCERAN.  
Dale dos.

HORACIO.  
La brevedad  
Lo merece.

DON GARCERAN.  
Dale treinta.  
DOÑA MENCIA.

¿Traeis cartas?  
CORREO.  
Este pliego.

DON GARCERAN.  
Abridle presto, Señor.

DOÑA MENCIA.  
Sosegáos.  
DON GARCERAN.  
¿Quién, con temor,  
Tiene, don Carlos, sosiego?

DOÑA MENCIA.  
¿Sabeis si estaba don Tello  
De camino?

CORREO.  
Antes que yo  
De Salamanca partió.

DOÑA MENCIA.  
No ha llegado.

CORREO.  
Detenello  
Pudo cierta viuda hermosa,  
Que á esta corte ha de venir.

DON GARCERAN.  
¿No sabeis á qué?

CORREO.  
A vivir.  
DON GARCERAN.

¿Vistela?  
CORREO.  
Vila; es famosa, —  
Y algo en la fisonomia  
Le pareceis, Señor, vos.

DOÑA MENCIA.  
Bien, á fe.  
DON GARCERAN.

(Ap. Conde, por Dios,  
Que es esta doña Mencia.)  
¿Abristeis el pliego?

DOÑA MENCIA.  
Sí. —

Idos en buen hora, amigo. —  
Tú le despacha.

CORREO.  
¿Qué digo?  
¿Qué es del doblon?

SOLANO.  
Vesle aquí.  
(Vase el Correo.)

DOÑA MENCIA. (Lee.)  
«A don Garceran.»

DON GARCERAN.  
¿A quién?

DOÑA MENCIA.  
A vos dice.

DON GARCERAN.  
No lo creo;  
Que á los tristes el deseo  
Les da por brújula el bien.

(Toma la carta.)  
HORACIO.

Abridla, no seais pesado.  
Leed sin desconfianza;  
Que en brazos de la esperanza  
Muchos, sin vos, se han librado.

DON GARCERAN.  
Abierta está.

HORACIO.  
Leed.

DON GARCERAN.  
Ya leo.  
DOÑA MENCIA.

No he visto amor tan cobarde.  
DON GARCERAN.  
¿Ay, don Carlos! Dios os guarde  
De veros como me veo,  
Tras tantos meses de olvido.

(Lee.) «Cruel fugitivo Encás,  
»Con el gusto que deseas  
»Recibió tu carta Dido;  
»Que no pudo la crueldad  
»De tu rigurosa ausencia  
»Descomponer la asistencia  
»De mi firme voluntad.  
»Que me has tenido quejosa  
»Puedo decir con razon,  
»Mas ya apruebo la ocasion,  
»Y digo que fué piadosa;  
»Y así, estimando tu fe,  
»Admitiré tus disculpas;  
»Que culpas que excusan culpas  
»Mal condenarlas podré;  
»Que tu mudanza, en rigor,  
»Hace en mi mayor efeto;  
»Que en lo que en ti fué respeto,  
»En mi viene á ser amor.  
»Este me lleva tras ti.  
»Y porque estoy de partida,  
»Ten lástima de mi vida  
»Por la que tengo de ti;  
»Que hasta verte, alegre dia  
»Ni hora sin ti ver espero.  
»De Salamanca, á primero  
»De mayo.—Doña Mencia.»

DOÑA MENCIA.  
¿Qué os parece? ¿Estáis contento?

DON GARCERAN.  
Y tan loca de placer  
El alma, que á encarecer  
No lo acierta el sentimiento.  
Carta de consuelos llena  
Y privilegio rodado,  
Por donde estoy excusado  
De la merecida pena;

Carta que en el mar incierto  
De mi continuo penar  
Sois carta de marear,  
Que me encamináis al puerto;  
Carta de pago y remate  
De todas cuentas pasadas,  
En su memoria olvidadas,  
Para que sus dudas trate;  
Carta ejecutoria mía,  
Tan en mi favor ganada,  
Que al alma sirve de honrada  
Y generosa hidalguía;  
Carta mía, real decreto,  
En donde vienen librados  
Los frutos de mis cuidados,  
Premio de mi amor perfeto.  
Bendigo, carta, la mano  
Hermosa que te escribí,  
La lengua que te dictó,  
El estilo soberano;  
El papel, la tinta, pluma,  
Apacibles instrumentos,  
Que, tocados, mis tormentos  
Deshiciste como espuma;  
Bendigo...

DOÑA MENCIA.

Don Garceran,  
¿Sobre qué pueblo bendito,  
Ciudad, provincia ó distrito  
Tantas bendiciones van?

HORACIO.

Finezas, don Cárlos, son  
De su amor.

SOLANO.

Y su locura,  
Pues quita el oficio al cura,  
Y incurre en excomunion.

DON GARCERAN.

Bien me tratáis.

DOÑA MENCIA.

¿Quereis ver  
Lo que me escriben á mi?

DON GARCERAN.

La sustancia referí.

DOÑA MENCIA.

La carta podeis leer;  
Que me dicen es, como ves,  
Con el cuidado que dieron  
Las cartas que se abrieron.

DON GARCERAN.

Y este don Tello ¿quién es?

DOÑA MENCIA.

Un honrado caballero,  
Con quien en su mocedad  
Tuvo mi padre amistad  
En Saboya, y hoy le espero.

LEONOR.

¿No sabes que ha de venir  
Don Juan?

DOÑA MENCIA.

Va lo sé.

LEONOR.

¿Qué esperas?

HORACIO.

En fin, ¿que quereis de veras  
Burlalle?

DOÑA MENCIA.

Y como á vestir

Me voy, esperadme un rato;  
Que de estas burlas que veis  
Los dos conocer podréis  
Si son veras las que trato.

(Vanse doña Mencía y Leonor.)

HORACIO.

Es don Cárlos extremado.

DON GARCERAN.

Y de un ingenio excelente,  
Y de verle tan prudente  
Y tan mozo me he admirado.  
Débole, Conde, la vida:  
Que él ha sido mi remedio,  
Pues por andar de por medio  
No está en penas consumida.  
Por él de doña Mencía  
Veré aquel cielo sereno,  
Y veré mi pecho lleno  
De contento y de alegría.

HORACIO.

¿No pensáis hacer, si viene,  
Alguna demostracion?

SOLANO.

Librea habrá de invencion.

DON GARCERAN.

¿Qué ha de hacer el que no tiene?

SOLANO.

Si te tienes de casar,  
No se excusa; hazla del paño  
Que en las caras traen ogaño  
Las damas de este lugar;  
Con guarnicion de un castillo,  
Si no la quierdes de espada;  
Gala al fin no muy usada,  
Mas es de acero y martillo.  
Los herreruelos suizos,  
Que nunca parecen mal,  
Con cuellos de Portugal,  
Que un moro los hará chicos;  
Y echarásles pasamanos  
De corredor ó escalera,  
Con botones en hilera,  
Que asientan los cirujanos.  
Sus bandas de arcabuceros  
Y ligas de venecianos,  
Con que saldrán mas ufanos  
Que Durandarte y Gaíferos.  
Jubones, al parecer.  
Del verdugo de la villa,  
Que los corta á maravilla,  
Tan cortos, que es un placer.  
Y porque presto se estragan  
Los sombreros, acomoda  
Sus cabezas á tu moda,  
De gorrás que nunca pagan.  
Y así, de balde vestidos,  
Tus pajes y tus lacayos  
Saldrán como papagayos  
Y como pascua floridos.

DON GARCERAN.

Tienes buen gusto, Solano;  
La invencion me ha satisfecho.

SOLANO.

Es librea de provecho  
Y de invierno y de verano.

HORACIO.

Gracia has tenido.—Dinero  
No os ha de faltar; vestid  
Cuatro ó seis pajes, lucid,  
Tratáos como caballero;  
Que con una letra mía  
Os dará mi mercader  
Lo que fuere menester;  
Que él me presta y él me fia.

SOLANO.

¿Qué fia? ¿Sobre qué prenda?

HORACIO.

¿Aquesto te da cuidado?

SOLANO.

No sin causa me le ha dado.

HORACIO.

Fíame sobre mi hacienda.

SOLANO.

¿Administratela?

HORACIO.

Sí.

SOLANO.

Lastimosa perdicion.

DON GARCERAN.

Arbitrios, Solano, son  
De ahorrar.

SOLANO.

Y de gastar, di,  
Y de mayores empeños;  
Que estos administradores  
Son de la hacienda señores,  
Y verdugos de sus dueños;  
Y peor si es mercader,  
Que dulcemente degüella  
Y fieramente desuella  
Al tiempo del menester.  
Y si llegais á sacar  
Paño ó seda, sin reparo  
Lo peor y lo mas caro  
Te han de venir siempre á dar;  
Y así desmedra tu hacienda  
Por donde piensas que gana,  
Y el otro rica y ufana  
Tiene su bolsa y su tienda.  
Mas acertar no se excusa,  
Garceran, lo que te ofrece,  
Pero no se lo agradece;  
Que dicen que no se usa.  
Y mete con la librea  
Vestidos para ti y todo,  
Y vestirásle á lo godo,  
Que es gala que mas campea.  
Calceta medio botarga,  
Jubon con punta de armar,  
Ferreruelo al carcañar  
Y la ropilla ancha y larga;  
Sombrero sobre la frente,  
Corto y sin pegar el cuello,  
Peinado y largo el cabello,  
Justo y voz á lo doliente.

DON GARCERAN.

No me descontenta el traje.

SOLANO.

Toda la gente de humor,  
Con punta y collar de honor,  
Entre escuderete y paje;  
Gente, al fin, de media suela,  
En la corte entreverada,  
Como tocino de ijada,  
Ni bien trucha ni truchuela.

DON GARCERAN.

Pues ya me parece mal  
Que este hábito trajera  
Un gran señor; le siguiera  
Como premática real,  
Pero de gente ordinaria,  
Ni por imaginacion;  
Porque tiene la eleccion  
Civil, disconforme y varia.

Salen DOÑA MENCIA, en hábito de  
viuda, y LEONOR.

DOÑA MENCIA.

Dime si salgo bien puesta.

LEONOR.

Tú te lo sabes; el alba  
Pareces cuando despierta  
Y á las puertas del sol llama.

HORACIO.

Volved, Garceran, los ojos;  
Veréis, entre nubes blancas,  
Prodigiosos resplandores  
Y maravillas extrañas.

DON GARCERAN.

Muerto soy, Conde, á traicion;  
Que quien con la vista mata,

Con un rayo poderoso  
Me ha muerto por las espaldas.  
Doña Mencía, señora  
De mi libertad esclava,  
Reina de mis pensamientos,  
Natural, que no bastarda,  
¿Es posible que te veo?  
Es posible que me amas?  
Mas no puede ser posible,  
Porque me escuchas y callas.

SOLANO.

¿Y es, don Garceran, posible  
Que un hombre con tantas barbas  
No echa de ver que es don Carlos,  
Y no mujer, con quien habla?

DOÑA MENCIA.

Vive Dios, don Garceran,  
Si no os reportais, que haga  
Un disparate con vos.

DON GARCERAN.

¿Cómo, Señora, tan brava,  
Tan fiera para conmigo!

DOÑA MENCIA.

¿Cómo tan fiera! ya pasa  
Aquesta descortesía  
A ser injuria pesada.—  
Járamillo, dame presto  
Mi espada; que á cuchilladas  
Le haré saber si soy hombre  
O mujer cobarde ú flaca.

HORACIO.

Sosegáos; don Garceran,  
¿Qué ideas son esas vanas?  
No echais de ver que es don Carlos,  
Y que es el mismo que trata  
Vuestro descanso y el mio,  
Aunque está con tocas largas?

DON GARCERAN.

Ya lo veo, Conde amigo;  
Pero camino no halla  
Mi confuso entendimiento  
Para salir desta calma.

HORACIO.

Vos le hallaréis, no os dé pena.

SOLANO.

Don Juan viene.

HORACIO.

Y Alejandra,  
Si no me engaño, Rugero.

SOLANO.

¿Qué enigmas son estas variadas?

*Salen* DON JUAN, ALEJANDRA  
Y LEONARDO.

DOÑA MENCIA.

¿Señora Alejandra!

ALEJANDRA.

Amiga,  
¿Qué lastimosa desgracia,  
Que desdicha ha sido aquesta?  
¿Hoy viuda y ayer casada?

DON JUAN.

Si se ofreciere ocasión,  
Y aunque no se ofrezca, trata  
Con ella de mi remedio.

DOÑA MENCIA.

¿Qué os diré, don Juan?

ALEJANDRA.

Nonada;

Habla á Garceran y al Conde;  
Que yo le diré tus ansias.

DOÑA MENCIA.

Hablad mas quedo.

DON GARCERAN.

¿Solano?

SOLANO.

¿Señor?

DON GARCERAN.

Mira bien, repara,

¿No es esta doña Mencía?

SOLANO.

¿Todavía estás en babilonia?  
Digo que se le parece  
Como un huevo á una castaña.

DON GARCERAN.

No son, sino sus facciones.

SOLANO.

No, Señor, sino contrarias;  
Y hay la misma diferencia  
Que entre la silla y la albarda.

DON GARCERAN.

¿Qué dices? ¿Estás borracho?

SOLANO.

Y tú ¿qué estás? Calabaza.

HORACIO.

¿No es graciosa la pendencia?  
Garceran, ¿es de importancia  
Que sea agora ó no sea  
Don Carlos?

SOLANO.

¿Locura extraña!

ALEJANDRA.

Cuando sepa la verdad  
Don Juan, no importará nada.  
Decidle, Carlos, que el Conde  
Es mi esposo y que se cansa  
Si piensa que de su tío  
He de ser mujer forzada.  
Yo sé romperá por vos  
Con promesas y palabras;  
Que inconvenientes mayores  
Quien tiene amor desbarata.

DOÑA MENCIA.

Llamadle.

ALEJANDRA.

Hermano, don Juan,  
Llégate mas cerca, acaba.

DON JUAN.

¿Quién mira al sol, sin temer  
Los rayos que le amenazan?

HORACIO.

¿No os divierte, Garceran,  
El ver allí lo que pasa?  
A don Carlos dice amores  
Don Juan.

DON GARCERAN.

Con ellos me abrasa.

HORACIO.

¿Teneis celos?

DON GARCERAN.

Celos tengo,  
Celos, Conde, celos, rabia.

*Sale* DON BELTRAN.

DON BELTRAN.

Señor don Juan, ¿qué es aquesto?

¿Vos aquí, y con Alejandra?

¿Con mis propios enemigos  
Tanto gusto, amistad tanta?

DON JUAN.

No os alboroteis, Señor,  
Hasta que sepáis la causa;  
Que á darle el pésame vino  
A esta señora mi hermana;  
Que ha enviudado, como veis;  
Y en semejantes desgracias

Han de ocurrir las amigas,  
Como es justo, á consolarlas.

DON BELTRAN.

Y ¿quién es esta señora?

DON JUAN.

Aquella bizarra dama  
Que os compuso con el Conde  
Cuando la cuestion pasada.  
Pienso que será mi esposa;  
Que desde aquel día el alma  
Le rendí, y ella es, Señor,  
El cuerpo donde descansas.

DON BELTRAN.

¿Es principal?

DON JUAN.

Partes tiene  
Divinas; de Salamanca  
Es natural.

*Sale* DON TELLO Y UN CRIADO.

CRIADO.

Aquí vive;  
Esta es, Señor, su posada.

DON TELLO.

Avisa, Medrano; espera,  
Que esta es mi sobrina.—Abraza,  
Doña Mencía, á don Tello.

DOÑA MENCIA.

Tío, de muy buena gana.

DON GARCERAN.

¿Qué es esto que estoy mirando?

¿Doña Mencía se llama,

Caballero, esta señora,

Y no don Carlos?

DON TELLO.

¿Qué gracia!

HORACIO.

¿Qué decis, Señor? ¿Mujer

Es el que habláis?

DON TELLO.

¿Esta casa

Es de locos ó de cuerdos?

Sobrina, ¿es torre encantada?

¿Qué es lo que estos caballeros

Ponen en duda?

DOÑA MENCIA.

Mas larga

Relacion pide, Señor,

Su admiracion.

SOLANO.

¿Inventara

Satanás mayor embuste!

Pero ¿qué ingenios se igualan

Al de mujeres? qué enredos,

Ni quién como ellas los traza?

DOÑA MENCIA.

Despues os diré, Señor,

Mi historia en breves palabras.

Baste, Señor, por agora

Que me hallais, si no casada,

Concertada por lo menos,

Con un hombre en quien se hallan

Gentileza y gallardia,

Lealtad, amor, fe, constancia;

Y solo vuestra venida

Aguardé, porque me honrara

La generosa presencia

Y respeto de tus canas.

DON TELLO.

Y ¿quién es el caballero,

Señora, con quien te casas?

DOÑA MENCIA.

El señor don Garceran.

DON GARCERAN.  
¿Qué hombre mortal alcanza  
Tanto bien? Dame tus brazos.

DOÑA MENCIA.  
Y el alma, Señor, con ellos.

DON GARCERAN.  
Y vos, don Tello, esas plantas,  
Por la merced que recibí  
De aqueñas manos hidalgas.

DON TELLO.  
Con el amor que Mencía  
Os doy mis brazos.

DON JUAN.  
Hermana,  
¿Qué es esto que estoy mirando?

ALEJANDRA.  
Pues ¿de qué, don Juan, te espantas?  
Efectos son del amor.

DOÑA MENCIA.  
Háblame, bella Alejandra.

ALEJANDRA.  
Agora con mas razón.

DOÑA MENCIA.  
Jaramillo, ¿por qué callas?

LEONOR.  
¿He de hablar sin ocasión?

DON TELLO.  
¿Es tu criado?

DOÑA MENCIA.  
Y criada.

DON TELLO.  
Esta es Leonor.

LEONOR.  
Sí, Señor;  
Leonor soy y vuestra esclava.

SOLANO.  
¿Cómo! ¿También Jaramillo  
Era mujer? ¿Que en mi cuadra  
La haya tenido dos meses,  
Y no haya sabido nada!  
Señor don Carlos primero,  
Y doña Mencía, octava  
Maravilla, mas famosa  
Que no las siete nombradas,  
Pues dos meses de aposento  
Tuve con aquesta ingrata  
Con nombre de Jaramillo,  
Haz se quede en mi posada  
Con nombre de mi mujer,  
Porque así me desagracia.

DOÑA MENCIA.  
Quisiera darte á Leonor,  
Solano, mas no le agrada  
A Leonor tu casamiento.

SOLANO.  
¿No? Pues fraile soy sin falta.

*Sale CAMILO.*

CAMILO.  
¿Señor Capitan?

DON BELTRAN,  
Don Juan,  
La dispensacion sin falta  
Os trae el señor Camilo.

CAMILO.  
No ha querido mi desgracia;  
Antes os vengo á decir  
Que su santidad el Papa  
No ha querido dispensar,  
Porque...

DON BELTRAN.  
No digais las causas,  
Basta decir que no quiso;

Que en tales casos no basta  
Ser el curial diligente.  
No nació para Alejandra.

DOÑA MENCIA.  
Pues por el Conde suplico  
Al señor don Juan su hermana  
Le dé por mujer, y á vos  
Tengais por bien que se haga.

DON BELTRAN.  
Yo, Señora, se lo ruego;  
Que mi sobrina levanta  
Su nombre con su grandeza,  
Y yo intereso su gracia.

HORACIO.  
Bésoos las manos, Señor,  
Por tan generosa hazaña.

DON JUAN.  
Pues el Capitan, mi tío,  
Tan fácilmente se allana,  
Alejandra es vuestra, Conde,  
Y ella sola es la que gana,  
Que el que pierde aquí soy yo,  
Pues burló mis esperanzas  
Y mi amor doña Mencía;  
Pero escogió como sabía.

DON GARCERAN.  
Paciencia, señor don Juan;  
Que burlas, y mas de damas,  
Podeis tener por favores;  
Y pues la noche está en casa,  
Y la cena prevenida,  
No hay sino á plazer gozalla.

DON BELTRAN.  
Es el consejo de amigo.

DON GARCERAN.  
Perdon, Senado, se aguarda,  
Y demos con esto fin  
*Al Fénix de Salamanca.*

# COMEDIA FAMOSA

TITULADA

## MAS PESA EL REY QUE LA SANGRE, Y BLASON DE LOS GUZMANES,

COMPUESTA

POR LUIS VELEZ DE GUEVARA.

### PERSONAS.

EL REY DON SANCHO.  
EL INFANTE.  
DON ALONSO DE GUZMAN.  
DON PEDRO, su hijo.

DON NUÑO.  
DON JUAN RAMIRO.  
DOÑA MARÍA.  
ELVIRA, criada.

EL MAESTRE.  
ABEN JACOB.  
ALIATAR.  
JAFER.

COSTANILLA.  
UN AYO.  
UN ATAMBOR.  
CRIADOS.—MOROS.

### JORNADA PRIMERA.

(Suena ruido y grita, cajas y trompetas.)

Salen COSTANILLA, con unas astas,  
y ALIATAR, moro.

COSTANILLA.

Moro, mas preguntador  
Que un señor en su lugar  
Acabando de heredar,  
Cuando no da en cazador,  
¿Qué es lo que quieres de mí?

ALIATAR.

Saber la causa, cristiano,  
De tan gran fiesta.

COSTANILLA.

Africano,

Por verme libre de tí,  
No habrá cosa que no intente.

ALIATAR.

Allá te guarde.

COSTANILLA.

Si es Dios,

Bien habrá para los dos.  
Escúchame atentamente:  
Don Sancho, rey de Castilla  
Y de Leon, por la gracia  
(Como dicen comunmente)  
De Dios y su buena maña,  
Y á quien, por ser valeroso  
El Bravo en Castilla llaman,  
Siendo mayores los hechos,  
Aunque es tan grande su fama;  
Hijo del Décimo Alfonso,  
Emperador de Alemania,  
En regocijo de haber  
Puesto á sus reales plantas  
La gran ciudad de Sevilla;  
Que por los Cerlas estaba;  
Este Cairo español, esta  
Babilonia castellana,  
Este ejército de almenas,

Este escándalo de casas;  
Esta, adonde, segun dice  
El refran, por comun patria  
Le dió, á quien Dios quiso bien,  
De comer; esta, no octava  
Maravilla, al fin, sino  
Primera de todas cuantas  
Hoy está arrullando el tiempo,  
Y ayer pregonó la fama;  
A quien el Guadalquivir,  
Profundo foso de plata,  
Viene estrecho para espejo,  
Y se lo deja á Triana;  
En cuyo cristal de mundos  
Muchas selvas se trasladan,  
Desde su torre del Oro  
Hasta su puente de tablas.  
(Perdóneme la oracion,  
Aunque la alargue de zancas  
Este paréntesis, que es  
Debido á las soberanas  
Grandezas de tan insigne  
Poblacion, de tan bizarra  
Ciudad, que, á pesar de siglos,  
Blason hermoso es de España.)  
Al fin, don Sancho, en alegres  
Muestras de empresa tan alta,  
Se deja lisonjear  
De las fiestas que le trazan  
Los hidalgos de Castilla;  
Y don Enrique, á esta causa,  
Su hermano, que solicita  
Su amistad por causas tantas,  
De aquella nave que trujo  
El lienzo en lugar del agua,  
Con la grandeza que has visto,  
Con la nobleza y la gala,  
Sale, llevando los ojos  
De los hombres y las damas,  
A mantener un torneo  
En el campo del Alcázar.  
Todos los aventureros  
Son Haros, Castros y Laras,  
Ricos hombres de Castilla,  
Aunque entre ellos se señala  
El bravo don Pedro Alonso  
De Guzman, que es á quien guarda,

Leal quanto cuidadoso,  
Un noble leon las espaldas;  
Que en una ocasion que tuvo  
Con los moros, entre tantas  
Con que á España inmortaliza  
Su heroica sangre Guzmaná,  
No pudiéndole rendir,  
Estando á pié, con la espada  
No mas en la mano, haciendo  
Mas riza que en una plaza  
Hace agarrochado un toro  
De Tarifa ó de Jarama,  
Que no hay valor que se atreva  
A desjarretalle, y sacan  
Lebrelles y armas de fuego,  
Que son diligencias vanas  
Contra su indómita furia;  
Esta suerte, de una jaula  
Arrojándole esta fiera,  
En vez de poner las garras  
En sus entrañas sangrientas,  
Se vino humilde á sus plantas  
Por celestial influencia,  
Virtud ó secreta causa  
De su pecho, y desde entonces  
Sigue doméstica y mansa  
Sus pasos, tanto, que todos  
El caballero le llaman  
Del Leon, pero es leon  
De los caballeros hasta  
En tener de desfavores  
Del Rey mil veces cuartana;  
Que, con haberle servido  
A él y á su padre en tantas  
Ocasiones, no le han hecho  
Una merced señalada  
De cuantas están haciendo  
Cada día á tantos mandrías,  
A tantos zurdos y necios;  
Condicion pintiparada  
De la infame fortuneja,  
A los méritos contraría.  
Solamente la ha tenido  
En casarse; que esta hasta  
Mas que todas, pues merece  
Por dichosa prenda amada  
A la gran doña María

*Deula*

Coronel, la sevillana  
De mas valor y hermosura  
Que tuvo la edad pasada,  
Ni la presente conoce;  
De seis villas mayorazga,  
Y juntamente con ellas,  
De cuatrocientas mil gracias;  
De cuyo dulce consorcio  
Nació esta perla con alma,  
Con quien son todas berruecos,  
Aunque entren las de Cleopatra;  
Mas de tal concha es rocío  
Y lágrimas de tal nácar,  
Luceros de tal aurora  
Y hermoso sol de tal alba.  
Hágale Dios tan dichoso  
Como merecen tan altas  
Partes de sangre y belleza  
Y de valerosa infancia.  
Pero, volviendo al torneo,  
La que de la nube armada  
Bajó, madama Sol es,  
Una francesa gallarda,  
Que desde que en Francia estuvo  
Enrique, vino de Francia.  
Siguiéndole como estrella,  
A su valor inclinada.  
Es competidora suya  
Marfisa, noble africana,  
Que tambien viene al torneo,  
De celos y amor armada;  
Que hoy se ha deshojado el libro,  
En el sevillano alcázar,  
Del caballero del Febo,  
Si no de Amadis de Gaula.  
Yo me llamo Costanilla,  
Escudero de la casa  
Del gran don Alonso Perez  
De Guzman, honor de España,  
Y este apellido tomé  
De haber nacido en la plaza  
De la Costanilla mesma;  
Que mi madre, que Dios haya,  
Una noche me parió  
A sobras de una mulata,  
Que administraba abadejo,  
Revestida de cuajada.  
Sirvo á Guzman, desde diez  
Años, con fe tan extraña,  
Que no le trocara hoy  
Por el Rey ni por el Papa.  
Del leon que antes he dicho,  
Tan amigo y camarada,  
Que comemos á una mesa,  
Dormimos en una cama;  
Aconséjome con él  
Para cosas de importancia,  
Y sé la lengua leucina  
Mejor que la castellana.  
No hay entre los dos, al fin,  
Cosa partida, y es tanta  
La amistad, que, á tener hijas,  
Con la mayor le casara;  
Porque es leon muy de bien,  
De honrado término y casta,  
Y á tener nietos leones.  
Fuera nobleza de Albania.  
Esta es mi historia y la ajena,  
Con todas las circunstancias  
Que á un preguntador responde  
Un hablador de ventaja.  
(*Tocan.*)  
Las cajas señal han hecho  
De la folla, y estas astas  
Han de servir á mi dueño,  
Que á estas horas en la talla  
Es un Roldan paladin,  
Un don Urgel de la Maza,  
Un Hércules, un Sanson,  
Un Galafre, una montaña,  
Un Bernardo, un Cid, un Marte,  
Un diablo en Cantillana.

Mahoma quede contigo,  
Y san Dios conmigo vaya. (*Vase.*)

ALIATAR.

Yo llego á ocasion extraña,  
Si Alá mis intentos guía,  
Y si la fortuna mia  
A mi valor acompaña.  
Hoy de ti, invencible España,  
El Africa ha de triunfar  
Por el brazo de Aliatar,  
Que esta empresa á cargo toma,  
Y en servicio de Mahoma  
Mi nombre he de eternizar.  
Ya parece que la fiesta  
Ha dado fin, y las cajas  
Compiten á hacerse rajás,  
De las astas en respuesta.—  
Sancho, ¿qué valor te presta  
Alá, cuando el mundo admira  
Armado desde Algecira  
Aben Jacob Almanzor,  
Que á lances de ocio y amor  
Tu arrogancia se retira?  
(*Vanse.*)

Salen LOS TORNEANTES, con sombreros  
de plumas, y EL MAESTRE, de bar-  
ba; y luego, EL REY.

REY.

Confieso que no he visto,  
Infante, mayor fiesta, y que bienquisto  
Pudiera en ella solo  
Hacerme desde un polo al otro polo,  
Cuanto mas en Castilla,  
Vuestro heróico valor, que á cada as-  
Pegó una estrella, Infante. [*tilla*]  
O fué cometa de su sol brillante;  
Cada ardiente reflejo  
Despreció ser de su zafir espejo;  
Las astas, las espadas,  
Cometas de sus dueños fulminadas,  
Nadaron por espumas  
De piélagos de arneses y de plumas,  
Y fué el lance postrero  
Tormenta de relámpagos de acero.  
En efeto, el torneo  
El término ha pasado del deseo,  
Y tuvo de excelente  
Acabar con el dia juntamente;  
Que, en muriéndose el dia,  
Cadáver es del sol la noche fria.

INFANTE.

Sevilla, que está ufana  
De ser de la grandeza castellana  
Heróica, impirea esfera,  
Del Bétis alegrando la ribera,  
Y tanto al cielo imita,  
Que el dia en luminarias resucita,  
Y tantas siendo, apenas  
Coronan tu cabeza sus almenas;  
Que al valor de tu pecho [*cho.*]  
Aun la del mundo fuera aplauso estre-

REY.

Despues del nuevo modo  
Y generoso celo con que todo  
Lo habeis esclarecido,  
Infante, de Sevilla estoy servido;  
Sevilla me ha obligado,  
Y estoy de su grandeza enamorado;  
No vi ciudad mas bella;  
Solo pudiera un rey ser rey con ella,  
Y grande rey seria,  
Porque Sevilla sola es monarquia.

INFANTE.

Por mi y por ella os beso  
La mano.

REY.

Con los brazos te confieso,

Enrique, que quisiera  
Ponerte con el sol.

INFANTE.

En esa esfera  
Fijar tu nombre aguardo,  
Aunque mas soberano, mas gallardo,  
En ti vivir presume;  
Que lo inmortal el tiempo no consume.  
Todos besarte ahora  
La mano aguardan.

REY.

Lleguen en buen hora;  
Que estoy con razon vano  
De tener en el suelo castellano  
Tan grandes, tan leales  
Vasallos, que pudieran, siendo tales,  
Sin ser de amor empeño, [*ño.*]  
Ser cada cual de un nuevo mundo due-

MAESTRE.

Guarde Dios á vuestra alteza,  
Pues con favores tan leales  
Con tan heróicas mercedes,  
Honra tan grandes vasallos.

REY.

Don Rodrigo de Mendoza,  
Maestre de Santiago,  
Primo mio, con vos solo  
Puede ser don Sancho el Bravo  
Manso rey; y así, desde hoy,  
Por mi interés propio, os hago  
De la tenencia merced  
De Tarifa, y en los años  
Vuestros, seréis mas defensa  
Que su muro, celebrado  
De los romanos y godos,  
Contra el soberbio africano  
Aben Jacob Almanzor,  
Que con número tan raro  
De alarbes desde Algecira  
La amenaza, procurando,  
Como Tarif otra vez,  
De quien el nombre ha tomado,  
Ganar á España por ella;  
Que, aunque de tantos soldados  
Hoy la tengo guarnecida,  
Importará en todo caso  
Vuestra persona, Maestre.

MAESTRE.

Puesto que privilegiado  
Mi mucha edad me tenia,  
Os beso otra vez la mano  
Por la merced que me haceis;  
Que el que nació tan honrado  
Vasallo como yo, tiene  
Obligacion, por vasallo,  
Para servir á su rey,  
A levantarse del mármol  
De su sepulcro.

REY.

En efeto,  
Don Rodrigo, sois Hurtado  
Y Mendoza.

MAESTRE.

Soy, Señor,  
Siendo quien soy, vuestro esclavo.

DON ALONSO.

Yo soy, Señor, don Alonso  
Perez de Guzman.

REY.

Ya sé  
Quién sois.

DON ALONSO.

Este es mi retrato  
Y mi heredero, don Pedro  
Alonso, de quien aguardo  
En vuestro servicio heróicas  
Proezas.

REY.  
Bien está.

DON ALONSO.

¡Extraño

Despego! ¡Raro desvio!  
¡Gran desden!

DON PEDRO.

Muy mesurado,  
Padre, nos recibe el Rey,  
Y confieso que es agravio  
Para sentirlo los dos  
En mucho extremo, pues cuando  
A tantos hace favores,  
Y mercedes hace á tantos,  
Tan secamente á los dos  
Nos responde. ¡Hay otro hidalgo  
De mejor sangre en Castilla  
Que vos, ni tiene otro brazo  
Mas valeroso que el vuestro,  
Ni otro acero mas bizarro?  
No puede en muchos imperios  
Ni en tantos mundos hallarlos,  
¡Vive Dios!

DON ALONSO.

Pedro, en el rey

Examinar el vasallo  
No puede los pensamientos;  
Que ya tendrá de tratarnos  
Esta suerte causa el Rey,  
Que nosotros no alcanzamos;  
Que se usan siempre traidores  
En las cortes y palacios,  
Que de desacreditar  
Viven méritos honrados;  
Y no es mucho que conmigo  
Hayan tambien encontrado,  
Que he podido dar envidia  
A mas de algun cortesano,  
Que es cobarde y lisonjero.  
De mi fe, que no he faltado  
A quien soy; lo demás corra,  
Pues que le toma á su cargo,  
Por cuenta de la fortuna;  
No es culpa ser desdichado.

REY.

¡Quién, Maestre, al fin ha sido,  
Pues del torneo os nombraron  
Por juez, el que mejor,  
Después del Infante, ha andado?

MAESTRE.

Todos concuerdan, Señor,  
Si no he de lisonjearos,  
Que fué don Alonso Perez  
El que ha andado mas bizarro.

REY.

Maestre, ¿qué don Alonso  
Perez? Que en Castilla hay tantos  
Dese apellido, que dudo  
A quién se debe ese aplauso.

MAESTRE.

A don Alonso, Señor,  
Perez de Guzman le han dado  
Lugar segundo.

DON ALONSO.

Y primero

A muchos que, blasonando,  
Aun no han ganado un bonete  
Al fronterizo africano;  
Y yo tengo de banderas  
Y de alfanjes de Damasco,  
De adargas y tablachinas,  
El gran templo sevillano  
Vestido, como el abril  
De hojas y flores los campos.

REY.

De vuestra soberbia, Perez  
De Guzman, estoy cansado  
Muchos dias há, y sentido

DD. C. DE L.-II.

Mucho mas de vuestro trato;  
Que, para hablaros así,  
Este lance he deseado,  
Porque delante de todos  
Os quise hacer este agravio.

DON ALONSO.

Palabras de un rey, Señor,  
Con enojo, no agraviaron,  
Pero pueden ser veneno.  
Yo no imagino, no alcanzo  
Que os pueda haber deservido  
Después que os besé la mano  
Por mi rey, y se entregó  
Sevilla, que de sus altos  
Muros hoy laurel os teje,  
Que goceis por largos años.

REY.

Bien me basta para ofensa,  
Y me sobra para enfado,  
Saber de vos que seguisteis  
Contra mi la voz del bando  
De mis sobrinos, haciendo  
Que Sevilla tiempo tanto  
Se obstinase á mi poder.

DON ALONSO.

Los Laras, Haros y Castros  
Hicieron lo mismo, el tiempo  
Que no se desengañaron  
Del derecho que tenían  
Los hijos de vuestro hermano;  
Pero, después que del vuestro  
Los dias nos informaron,  
La mano os besamos todos  
Por nuestro rey soberano.  
En la plaza de Sevilla,  
Con el debido aparato,  
Levanté el pendon por vos,  
El alcázar entregándoos  
Y la ciudad ese dia  
Que los nobles ciudadanos  
Por mi homenaje os hicieron;  
Y en mil fiestas he mostrado  
Los deseos de serviros;  
Pero, pues sois tan ingrato,  
Que, en vez de hacerme mercedes,  
Me haceis públicos agravios,  
Yo me desnaturalizo  
De vos, pidiéndoos el plazo  
Que los fueros de Castilla  
Dan á todos los vasallos  
Para salir destes reinos,  
Cuando por iguales casos  
Lo mismo que yo ejecutan;  
Que no habrá rey tan extraño,  
De quien no espere mercedes  
De mas gloriosos aplausos.

REY.

Desde luego os lo concedo;  
Y aunque son los señalados  
Del término treinta dias,  
Esta misma noche os mando  
Que no durmais en Sevilla,  
Triana ni San Bernardo;  
O por vida de la Reina  
Y del principe Fernando.  
Mi hijo, que la cabeza  
Os ponga á los piés.

DON ALONSO.

Yo parto

Luego, con la brevedad  
Que vuestra alteza ha mandado,  
Contento de obedecerle,  
De servirle mal pagado,  
Y algun dia echará menos  
Esta espada y este brazo.—  
Vamos, Pedro.

DON PEDRO.

Ya voy, padre,

Siguiéndoos, ya que imitaros

No pueda, y saben los cielos  
Que voy por ojos y labios  
Escupiendo basiliscos.

MAESTRE.

Señores, acompañando  
Salgamos á don Alonso  
Perez de Guzman, pues cuantos  
Hay en la sala y en Castilla,  
Ricos hombres y hijosdalgo,  
Todos somos deudos suyos  
Por su mujer y su hermano.

DON ALONSO.

No, caballeros; yo llevo  
Lo que me basta en los años  
Tiernos de don Pedro Alfonso,  
Mi hijo y mi mayorazgo,  
Y en ese leon, que siempre  
Me sigue, domesticado,  
Guardándome las espaldas  
De fingidos cortesanos,  
De palaciegos traidores,  
De lisonjeros ingratos,  
De dueños desconocidos,  
De amigos y deudos falsos.

MAESTRE.

Señores, vamos con él,  
Pues es nuestra sangre.

TODOS.

Vamos.

(Vanse.)

REY.

Todos tras él han salido.  
¡Notable resolucion!

INFANTE.

En Castilla y en Leon  
Esta costumbre han seguido  
Cuando sale desterrado  
De la presencia del Rey  
Un noble.

REY.

No es justa ley,

Y todos me han indignado.

INFANTE.

Ese consuelo, Señor,  
Se te concede al que va  
De su rey ausente, y da  
De don Alonso el valor  
Ocasión para mayores  
Demostraciones con él:  
Que es el vasallo mas fiel,  
Y por sus antecesores  
No debe nada á los reyes  
De Castilla y de Leon.  
Y de tan grande opinion,  
Que tienen fuerza de leyes  
En Castilla sus deseos;  
Y á ser lenguas sus almenas,  
No podrán contar apenas  
Los africanos trofeos  
Con que viene cada dia  
De las fronteras, después  
De ser...

REY.

Basta, Enrique; que es

Muy cansada groseria  
Hablar de un hombre tan bien,  
Con quien estoy yo tan mal.

INFANTE.

Señor, si yo en caso igual  
No llego á templaros, ¿quién  
Lo ha de intentar?

REY.

Yo sé, Infante,

Vuestros intentos.

INFANTE.

Los míos

Son de rendirle albedrios  
A vuestros piés.

REY.

Adelante;  
Que en vos he experimentado,  
En mayores estrechezas,  
Mas lisonjas que linezas.

INFANTE.

Vuestra alteza se ha engañado.

REY.

Vos, infante Enríque, vos  
Me habeis engañado á mi  
Muchas veces.

INFANTE.

Siempre fui

Leal.

REY.

Mientes, ¡vive Dios!

INFANTE.

Vive Dios, que he dicho tanta  
Verdad como vos.

(Saca la daga el Rey.)

Sale ALIATAR.

REY.

Villano,

Puesta en la daga la mano,  
Y con desvergüenza tanta,  
Pedazos te haré con esta,  
Sacaréte el corazón.

ALIATAR. (Ap.)

Yo entro en notable ocasion.

INFANTE.

Irme te doy por respuesta,  
Ya que quiso hacerte el cielo  
Mi rey.

REY.

Véte, ó vive Dios...

ALIATAR. (Ap.)

Uno se fué de los dos.

REY.

¿Quién es?

ALIATAR. (Ap.)

Que es el Rey, recelo,

Este.

REY.

Un moro se entró acá.

ALIATAR. (Ap.)

El Rey es, por los retratos  
Que he visto.

REY.

¡Oh hermanos ingratos!

ALIATAR. (Ap.)

El Rey es; ¡válgame Alá!  
¡Qué espantosa vista tiene  
Con el acero desnudo  
En la mano! Apenas dudo  
Si estoy con alma.

REY.

¿Quién viene,

Moro, en tu pecho, que así,  
Sin avisarme, has pisado  
Estas salas?

ALIATAR. (Ap.)

¡Que me he helado!

Mármol soy, y Aliatar fui.

REY.

¿No respondes?

ALIATAR.

Ten, Señor,

El brazo, baja el acero;  
Que yo, cuando...

REY.

Primero

He de saber...

ALIATAR. (Ap.)

¡Qué temor

Este cristiano ha infundido  
Tan notable en mi, que apenas  
Siento con sangre las venas,  
Pulsa con alma el sentido!

REY.

Moro, tu intento me di;  
Que esa turbacion...

ALIATAR.

Yo sé

Que lo sabes; de Alá fué  
Permision venir así  
A tus manos, que él te ha hecho  
De mis intentos sin duda  
Revelacion, y desnuda  
Me has visto el alma en el pecho.

Yo confieso que venia,  
De Aben Jacob enviado,  
A matarte, confiado  
En la heroica valentia  
Deste brazo, que Mahoma

Ha hecho contra el cristiano,  
Tantas veces africano  
Azote; pero Alá toma

A su cargo tu defensa  
De suerte en esta ocasion,  
Que aun con la imaginacion  
No he podido hacerte ofensa.

Esta fué de entrarme así  
La causa, porque las puertas  
Hallé de tu cuarto abiertas,  
Y apenas te encontré aqui

Con el acero en la mano,  
Cuando me faltó el valor,  
Estátua me hizo el temor,  
Y hombre quise ser en vano.

A tus piés estoy rendido;  
Si de tus manos merezco  
La muerte, el pecho te ofrezco,

Nunca de nadie vencido.  
Rómpele, pues no te puedo  
Resistir: que el verte airado

En el delito me ha helado,  
Y me ha encantado en el miedo;  
Como en su mayor raudal

Apresurado arroyuelo

Nace de plata, y con hielo

Muere senda de cristal,

Tu vista pone en cadena

Las almas; que mi furor

Se ha rotpido en el valor,  
Como el mar en el arena.

REY.

Levanta, pierde el temor;

Que yo en rendidos no mancho

Mi acero, que soy don Sancho,

Y el Bravo me llama el suelo

Castellano, y no merece

Brazo que á mi se atrevió

Que le dé la muerte yo;

Tu valor te favorece,

Tu ardimiento te acredita,

Tu temeridad te abona,

Tu confesion te perdona,

Tu temor lo solicita.

Porque nos dé, en conclusion,

A los dos fama este dia,

A ti tan grande osadia,

Y á mi tan nuevo perdon.

La vuelta no te resisto;

Libre este suceso cuenta,

Y á Aben Jacob representa

Solamente lo que has visto.

Retrátele mi semblante

Y el valor que en mí te admira,

Y dile que de Algecira

El ejército levante,  
Y que al Africa se vuelva,  
En fe desta relacion,  
Antes que su remision  
Con mi vida lo resuelva;  
Que entonces no le concedo  
Lo que hoy; que, aunque en la vencida  
Fuga le dejé la vida,  
No le perdonaré el miedo.  
Y en rehenes y en señal  
Desta palabra, le envío  
(Empeño del valor mio)  
Este desnudo puñal,  
Con que me ballaste en la mano,  
Que de la vaina saqué  
Para castigar la fe  
Mal segura de un hermano;  
Que hay que temer tanto en mí,  
Y en él tanto que dudar,  
Que aun armas le quiero dar  
Y añadir número en tí.  
Porque en llegándole á ver,  
Me dé, aunque apele al huir,  
Mas aceros que rendir  
Y mas hombres que vencer.  
Toma.

ALIATAR.

Muestra.

REY.

Véte agora

En paz.

ALIATAR.

Alá, soberano

Monarca, te haga cristiano

Rey del ocaso al aurora.

REY.

¿No te vas?

ALIATAR.

Ya, ya me voy.

REY.

¿Qué aguardas?

ALIATAR.

Mas ancho mundo;

Que en tí, oh Mahoma segundo,

Viendo prodigios estoy.

(Vanse.)

Salen DOÑA MARÍA, DON ALONSO  
y DON PEDRO.

DOÑA MARÍA.

¿Qué es esto, mi bien? El dia

De la mas lucida fiesta

Que vió Castilla, despues

Que reinan reyes en ella,

En que vos habeis andado

El mas bizarro, aunque, atenta

La envidia, os desacredite

Con la lisonja la ausencia;

Cuando los hombres publican,

Cuando las damas confiesan

Que les llevastes los ojos,

Sin perdonar las estrellas;

Cuando me habeis parecido

Mejor, aunque me pudieran

Dar celos las atenciones

De tanta airosa belleza

Sevillana, que parece

Que sobre las plumas vues/ras

Llovió el amor corazones,

Granizó abril primaveras;

Y en fin, ¿en tanta alegría

Venis con tanta tristeza,

Con desabrimiento tanto,

Pidiendo hotas y espuelas,

Con diversiones tan raras,

Con suspensiones tan nuevas?

¿Qué traeis, esposo amado?

DON ALONSO.  
¡Ay doña María! Ay prenda  
Amada! Ay esposa mía!

DOÑA MARÍA.  
Hablad, mi bien; que á la lengua,  
Que es mía, como los ojos,  
No es bien que menos le deba,  
Pues ellos me están hablando  
Mil confusiones de penas,  
Y esta puede disfrazallas,  
Y avara, lo regatea.—  
Pedro amigo, ¿qué ocasion  
Trae vuestro padre, que pueda  
Obligalle á que no dé  
Parte á vuestra madre della?  
Decídmela vos.

DON PEDRO.  
Señora,  
Rastante es la que le fuerza  
A enmudecer.

DOÑA MARÍA.  
Ah señor,  
Ah esposo, no os enmudezca  
Mi desdicha, pues mi amor  
Os merece mas finezas.  
¿Qué tenéis?

DON ALONSO.  
Voy á morir  
Esta noche, sin que pueda  
Tener remedio mi vida,  
Tener mi muerte defensa.

DOÑA MARÍA.  
¿De qué suerte, esposo amado?

DON ALONSO.  
Si he de hacer de vos ausencia,  
¿No es muerte, de vos partir,  
Pues que vivimos á medias  
Con un alma vos y yo?

DOÑA MARÍA.  
¿Partiros de mí?

DON ALONSO.  
Por fuerza;  
Que servirá un rey ingrato  
Obliga á estas inclemencias.  
Hoy me desnaturalizo  
De Castilla, por ofensas  
Que me ha hecho el Rey delante  
De cuanta goda nobleza  
Salió del torneo, y quiere  
Que luego, esta noche mesma,  
Salga de Sevilla y salga  
De mí. Ved, esposa, si esta  
Es causa para sentilla.

DOÑA MARÍA.  
Dejad que os responda á ella  
Con las palabras del alma,  
Que son lágrimas que encierran  
Conceptos de sangre muda,  
De quien el silencio es lengua.  
Siempre temí, tras de tantas  
Felicidades y buenas  
Fortunas, pensión alguna,  
Que no hay quien viva sin ella;  
Y esta, despues de la muerte,  
Es la mayor que pudiera  
Pagar mi amor á la envidia.

DON ALONSO.  
Mi bien, mi valor os deba  
Esfuerzos para alentarme;  
Yo voy con el alma vuestra,  
Y vos quedais con la mía,  
Y para retrato os queda  
Pedro en mi ausencia, Señora,  
Que también es alma vuestra.  
No hay sino tener valor;  
Que Algecira está muy cerca,  
Adonde voy á servir

A Aben Jacob en la guerra,  
No contra cristiano rey,  
Porque eso á mi sangre fuera  
Inexorable delito;  
Y aunque don Sancho me ofenda  
Con tantas demostraciones,  
Voy á obligalle, con muestras  
De quien soy, á Aben Jacob  
Que las alarbes banderas  
Contra sus contrarios reyes  
Moros al Africa vuelva,  
Y allí serville, ganando  
Famas, glorias y riquezas,  
Siempre Guzman, siempre Bueno,  
Hasta que don Sancho crea  
Que lo soy, y en su servicio  
Importante le parezca.  
Yo daré presto por vos  
Secretamente la vuelta,  
Con la decencia que es justo;  
Y entre tanto, el alma os lleva  
Por alma suya, dejando  
La mía por alma vuestra.

Sale COSTANILLA.

COSTANILLA.  
Señor, ya están los caballos,  
Como mandaste, á la puerta  
Del jardin; y si no he visto  
Mal, por esas cuerdas entra  
El infante don Enrique  
Ahora.

Sale EL INFANTE.

INFANTE.  
Destá manera  
Me obliga vuestro valor,  
Guzman el Bueno, á que venga  
A vuestra casa.

DON ALONSO.  
Señor,  
Siempre debí á vuestra alteza  
Grandes favores.

INFANTE.  
Yo vengo  
En persona á daros priesa  
Para salir de Sevilla;  
Porque esta noche, en defensa  
Vuestra, tuve con el Rey  
Un encuentro, en que pudiera  
Arriesgar honor y vida,  
Y huyendo de su fiereza,  
Determino á Portugal  
Pasarme, aunque me detenga  
En Sevilla algunos dias,  
Retirándome á las Cuevas  
Primero, porque me importa  
Esperar una respuesta  
Del rey de Aragon.

DON ALONSO.  
Infante,  
Siempre de vuestra grandeza  
Recibi grandes favores,  
Y otro aguardo que á este exceda.

INFANTE.  
Pues no andeis corto conmigo.

DON ALONSO.  
Ya sabeis cómo es muy deuda  
Del de Portugal, Enrique,  
Doña María, y su alteza  
Este parentesco estima  
Tanto, que á Pedro desea  
Criar en su casa. Hacednos  
Merced de que efecto tenga  
Esto; llevadle con vos,  
Para que en edad tan tierna  
Vaya mas acomodado,

Y con mas crédito pueda  
Ir su persona á las plantas  
De don Dionis.

INFANTE.  
Esa prenda,  
Guzman, me acreditará  
A mi con el Rey, y en esta  
Ocasion es para mí  
La lisonja, la fineza  
Que mas estimo.

DON ALONSO.  
Mil años  
Vuestra alteza favorezca  
Sus esclavos.

INFANTE.  
Guardaos Dios,  
Doña María.

DON ALONSO.  
¿Qué esperas,  
Pedro? Bésale la mano  
Al infante; ¡llega, llega!

INFANTE.  
Mas cerca tenéis los brazos.  
Yo avisaré cuando sea  
Tiempo de que Pedro parta  
Conmigo. Nada os detenga  
Mas, don Alonso, y salios  
De Sevilla con presteza;  
Que está enojado don Sancho  
Por la ocasion de los Cerdas,  
Y no sin causa le llama  
Castilla el Bravo; no sea  
La remision de partiros  
Causa de alguna tragedia.  
Y adios; que yo á la Cartuja  
También me retiro. (Vase.)

DON ALONSO.  
El sea  
En vuestro favor, Enrique.—  
Ea, Señora, esta ausencia  
Es forzoso ejecutar  
Mas presto que yo quisiera.  
Dadme los brazos, y adios;  
Valor mostrad y prudencia;  
Que no tengo que encargáros  
Las obligaciones vuestras,  
Y adios.—Pedro, adios, y el cielo  
Permita que á veros vuelva,  
Como deseo.

DON PEDRO.  
El os traiga  
Como esta casa desea,  
Y como yo he menester.

DOÑA MARÍA.  
En tan desdichada ausencia,  
Valor de mi pecho noble,  
Guardadme, para la vuelta  
De don Alonso, la vida.

COSTANILLA.  
Ya está con botas y espuelas  
Nuestro camarada.

DON ALONSO.  
¿Quién?  
COSTANILLA.

El leon.

DON ALONSO.  
Nunca tus veras  
Son otras.

DOÑA MARÍA.  
Quedo sin vida.

DON PEDRO.  
Sentir, no llorar, quisiera,  
Y no parece valor.

DON ALONSO.  
En dos partes se me queda

El corazon dividido.—  
Vamos, Costanilla.

COSTANILLA.

Buena  
Vuelta nos dé Dios á España,  
Aunque de garrucha sea.

(Vanse.)

## JORNADA SEGUNDA.

Salen ABEN JACOB y ALIATAR.

ALIATAR.

Es un retrato, en efeto,  
De Alá, con el mundo airado,  
Cuando bajara abrasado  
A dar el postrer decreto.  
En él el cielo cifró,  
Todo junto, cuanto en ser  
Humano pudo caber;  
Y al fin, él me acobardó  
De suerte, cuando le vi  
Con este acero en la mano,  
Que de sus rayos humanos  
Pájaro nocturno fui.  
El temor me granjeó  
El perdon de mi osadía,  
Y con esta arma me envía  
Para que te diga yo  
Que en rebenes te la da  
De que ha de acabar con todo  
El cristiano poder godo  
Sobre Algecira, si ya  
El ejército africano  
Antes de alzar no resuelves,  
Y al Africa no te vuelves;  
Que, si le esperas, en vano  
Después podrás apelar  
A escaparte con tu gente,  
Porque el miedo solamente  
De morir te ha de matar.

ABEN.

Basta, cobarde; no quieras  
Que de tus infames labios  
Mas vilezas, mas agravios  
Contra las sacras banderas  
De las africanas lunas  
Escuche, ardiendo en furor,  
Aben Jacob Almanzor,  
Que las cristianas fortunas  
Tantas veces ha tenido  
Entre sus plantas, y está  
Rigiendo, en lugar de Alá,  
El imperio no vencido  
De las dos Africas, para  
Poner el mundo á mis piés,  
Y España es poco interés,  
Ni la romana tiara  
De su cristiano alfaquí;  
Y ese que pintas tan bravo,  
Llevándole por mí esclavo,  
Verá el valor que hay en mí;  
Que he de volver á pasar  
Mis escuadrones ufanos  
Sobre espaldas de cristianos  
El estrecho á Gibraltar.  
Y este acero que has traído  
En rebenes, instrumento  
Será de tu fin sangriento.  
Mide, Aliatar fementido,  
La tierra con la garganta,  
Besa con los viles labios,  
Que han hecho tantos agravios  
A la ley de Meca santa,  
Esa arena, que ha de ser,  
Con ese acero cristiano,

LUIS VELEZ DE GUEVARA.

Mancha del nombre africano,  
Púrpura vil.—¿Qué hay, Jafer?

Sale JAFER.

JAFER.

De dos rayos andaluces,  
Dos cristianos caballeros,  
Y en el traje y los aceros,  
Que traen doradas cruces,  
Lo muestran, quieren los piés  
Besarte. ¿Entrarán?

ABEN.

Parece  
Emblema la que me ofrece  
Tu relacion. Entren pues;  
Que sobre estas almohadas,  
Donde siempre audiencia doy,  
Esperándolos estoy.

JAFER.

¿Mandas que entren sin espadas?

ABEN.

Jafer, entren como vienen;  
Que Aben Jacob Almanzor  
No le da el mundo temor.—  
Estas treguas entretienen  
Tu muerte, vil Aliatar,  
Para tormento mas fiero;  
Que de la mano el acero  
Cristiano no he de dejar.

Salen DON ALONSO y COSTANILLA.

JAFER.

Ya llegan.

DON ALONSO.

Sálvete el cielo,  
Aben Jacob.

ABEN.

Venga Alá  
Con vosotros; levánta  
Agora los-dos del suelo.

DON ALONSO.

El cielo tu vida aumente.

ABEN.

Decid, ¿á qué habeis venido?

COSTANILLA.

¿Qué largo está y qué tendido!

DON ALONSO.

Escúchame atentamente:  
Yo soy don Alonso Perez.  
Moro, de Guzman; mi nombre  
Es este, y es sol de España  
Celebrado en los mayores;  
Desta gran casa soy hijo,  
De cuyos progenitores  
Heróicos y no vencidos  
Nací en efeto, y tan pobre,  
Que fué menester valerme  
Con altas resoluciones,  
Para ganar de comer,  
Deste acero, haciendo el nombre  
De Alfonso el Décimo eterno  
Contra los moros pendones  
En Sevilla, y deseoso  
De ver de mí sucesores,  
Casé con doña Maria  
Coronel, que en sangre y dote  
De la persona y hacienda  
Hacen caso los mayores;  
Casamiento que envidiaron  
Hijosdalgo y ricos hombres;  
Ser de Sevilla, por ella,  
Alferez mayor tocóme,  
Mayor alguacil y alcaide  
De su alcázar y su torre;  
Don Sancho el Bravo (que reine

En Castilla en paz, y goce  
Su corona largos años)  
Tuvo por competidores  
A los hijos de su hermano,  
Luego que murió en los monjes  
De las Cuevas de Sevilla  
Su padre Alfonso, y entonces  
De sus sobrinos seguimos  
Muchos generosos hombres  
De Castilla y de Leon  
La voz, hasta que, conformes  
Las partes, se dió á don Sancho  
La obediencia que disponen  
Los homenajes reales.  
Haciendo á todos favores  
Y mercedes; mas conmigo  
Trín cruel, tan desconforme,  
Que públicamente un día,  
Después de un torneo, adonde  
Mostré en las burlas de Marte  
Veras del galan Adónis,  
Matarme intentó al veneno  
De descompuestas razones;  
Que en un rey palabras de ira  
Sirven de desnudo estoqu.  
Y entre muerto y ofendido,  
Dando en el rostro pregones,  
El carmin, de la vergüenza,  
Velo que la sangre noble  
Al alma, que á los cristales  
Del cuerpo entonces se opone  
Al reparo de la ofensa,  
Como está desnuda, corre;  
No teniendo otro, del Rey  
Me destierro en altas voces,  
Y me desnaturalizo  
De su vasallo, y conforme  
El fuero de España, pido  
Que el plazo mismo me otorguen  
Que á los demás se concede,  
Cuando estas satisfacciones  
Toman de injurias reales,  
Ya que el valor no conoce  
De un vasallo otra ninguna  
Con un rey, para que tome  
Resolucion de salir  
De sus reinos, y sin orden  
Me niega el plazo, y me manda  
Que no esté un hora en la corte,  
Pena de la vida. Parto  
De Sevilla, con un hombre  
En mi servicio, no mas,  
Que cortésmente socorre  
Un pecho hidalgo; con ese,  
Y con que me reconoce  
Por dueño, vengo á tus plantas  
A ofrecer la sangre noble  
Que tengo en servicio tuyo,  
Y á tu poder y á tu nombre,  
Mas que á otro principe, estoy  
Inclinado, porque cobres  
Conmigo un vasallo nuevo,  
Y un soldado de quien logres  
Los triunfos que á tu valor  
Y á tu imperio corresponden;  
Pero ha de ser, si me admities,  
Con aquestas condiciones:  
Lo primero, Aben Jacob,  
Que mi valor te propone,  
Es que no has de hacer al rey  
Cristiano guerra, ni adonde  
Daño á los suyos se hiciere.  
La segunda, que te tornes  
Al Africa, levantando  
Tus valientes escuadrones  
De Algecira. La tercera,  
Que han de respetar el nombre  
De mi rey, en las palabras  
Y en las imaginaciones,  
Los tuyos; que, aunque agraviado  
Vengo de sus disfavores,  
Los nobles han de cumplir

Siempre sus obligaciones;  
 Que son ofensas de reyes,  
 De los vasallos crisoles.  
 La cuarta y última, en fin,  
 Es. Aben Jacob, que sobre  
 Mi ley no has de argumentar  
 Conmigo, ni hacerme en orden  
 A la tuya, en su desprecio,  
 Ociosas comparaciones;  
 Que has de permitirme hacer  
 Lo que á cristiano me toque  
 Públicamente, y en todas  
 Las marciales ocasiones,  
 Que al español Patron nuestro,  
 Que vuestras lunas conocen,  
 He de apellidar, diciendo  
 Al son de los atambores:  
 «Cierra España y Santiago,  
 Que es voz que da corazones.  
 Con las condiciones dichas,  
 Como católico y noble,  
 Te juro sobre la cruz  
 Desta espada, en arreboles  
 Africanos tantas veces  
 Teñida, desde que jóven  
 Puso el abril en mis labios  
 Las tiernas premisas flores,  
 De servirte con lealtad,  
 Y hacer que al Africa asombre,  
 Y á las dos Asias con ella,  
 Tu blason, cuando tremolen  
 Otra vez los tafetanes  
 De Jérges, que vió Oloróntes,  
 Contra tu imperio, rindiendo  
 Cuantos rebeldes se oponen  
 Jequés á la majestad  
 Cesárea tuya, aunque broten  
 Las arenas africanas  
 Contra tí piélagos de hombres,  
 No igualando á la firmeza  
 De mi palabra ese monte,  
 Que presume eternidades  
 Con los celestes faroles;  
 Ni aquel escollo, que al mar  
 Por homenajes se expone  
 De la tierra, esa columna  
 Que está con el cielo al tope,  
 Ese que aspira á gigante,  
 Ese que se alienta á torre,  
 Ese que se mienta acero,  
 Y ese que se obstina bronce;  
 Pues soy don Alonso Perez  
 Claro de Guzman, y pone  
 El cielo en mi pecho cuanto  
 Repartió entre muchos orbes.

ABEN.

Cristiano, por Alá, que eres  
 El primero á quien conoce  
 Inclinacion mi albedrio,  
 Virtud de constelaciones  
 Secretas; llégate y dame  
 Los brazos.

DON ALONSO.

Los tuyos honren  
 Mi pecho, heróico monarca  
 Del Africa.

ABEN.

Desde hoy corre  
 Tu valor por cuenta mia,  
 Y desde hoy tu sangre noble,  
 Guzman, te hace de mi pecho  
 Dueño, con tantos honores,  
 Que admiren el mundo; dame  
 La mano, que no hay quien goce  
 Este favor, si no son  
 Solo nuestros sucesores  
 O la principal de todas  
 Nuestras mujeres, y cobre  
 Por ti vida ese cobarde,  
 Que estaba aguardando el golpe  
 Deste acero, que en mi mano

Está obstinando rigores,  
 Que tu venida ha templado.  
 (Habrá estado Aiatar hasta ahora ten-  
 dido en el suelo.)

DON ALONSO.

Tan grandes demostraciones  
 Me harán tu esclavo.

ABEN.

Guzman,  
 De tu rey es, no te asombre,  
 Prenda este acero.

DON ALONSO.

¿Qué dices?

ABEN.

Despacio sabrás el orden  
 Con que vino á mi poder.  
 Tómale, y no te alborotes;  
 Que quiero que la primera  
 Presea que mis favores  
 Te dan, sea de tu rey,  
 Porque sus estimaciones  
 Le vinieron en el grado  
 Que tú publicas á voces.

DON ALONSO.

Mil veces la beso, y pongo  
 Sobre mi cabeza y sobre  
 Mi honra y vida, Aben Jacob,  
 Y la guardaré, en tu nombre  
 Y en el suyo, lo que el cielo  
 Me dejare vivir, y honre  
 Ahora el derecho lado  
 Mio hasta que yo la torne  
 A su poder.

COSTANILLA.

Vuestra real

Morería me perdone,  
 Y me dé á besar sus manos,  
 Sus plantas ó sus talones,  
 Y conozca á Costanilla,  
 Que ha sido escudero al trote  
 Del tal Guzman, y os espera,  
 Si no es alzarse á mayores  
 Con la fama y la fortuna,  
 Volviendo á verme en la torre  
 Del Oro de mi lugar,  
 Como volvió Lanzarote  
 Cuando de Bretaña vino.

DON ALONSO.

Estas no son ocasiones,  
 Costanilla, para burlas.

COSTANILLA.

Espero yo que le informes  
 Dos horas á Aben Jacob,  
 O Aben Esaú, y me pones  
 Limite en que mis deseos  
 Sepan los Aben Jacobes?  
 Todos venimos de Adan.

ABEN.

Guzman, ya de mis acciones  
 Eres alma, y porque creas  
 Que esta verdad corresponde  
 A la experiencia, principio  
 Quiero dar luego. — ¿Jafer?

JAFER.

Señor.

ABEN.

Haz que á marchar toque  
 El campo, y desde Algecira,  
 Para que se embarque, tome  
 La vuelta del mar; que allí  
 Tréscientas fustas, que ponen  
 En confusion á los vientos  
 Arrogantes, porque asombre  
 A España, nos servirán  
 De puente al Africa.

DON ALONSO.

Sople

Tu fortuna hasta el imperio  
 Del Asia.

ABEN.

Desde hoy el nombre,  
 Guzman, de mi general  
 Goza.

DON ALONSO.

Con tantos favores,  
 A tu corona vendrán  
 Estrechos los horizontes.

JAFER.

Ya los parches y metales,  
 Para obedecer el orden  
 Que me has dado, se previenen.

(Vase.)

ABEN.

Danos, Jafer, dos bastones;  
 Que el Guzman y yo igualmente  
 A la campaña salobre  
 Del mar capitanearemos  
 Los armados escuadrones.

Sale JAFER.

JAFER.

Aquí están.

ABEN.

Muestra, Jafer,  
 Y haz que esotro el Guzman honre.

DON ALONSO.

Sobre el cielo me levantas.  
 Toca ahora á marchar.

COSTANILLA.

Oye,

Señor leon, á su tierra  
 Vamos; no hay sino dar orden  
 De pagar el hospedaje  
 De España; que los leones  
 Honrados siempre proceden  
 Como quien son.

DON ALONSO.

Con el orden  
 Pueden hacer la señal  
 Los clarines y atambores.

Tocan y vanse; sale DOÑA MARÍA Y  
 DON PEDRO, de camino, y EL AYO.

DOÑA MARÍA.

Esta carta habeis de dar  
 A don Dionis, Pedro mio,  
 Rey de Portugal y tío  
 Vuestro; legadle á besar  
 La real mano á su alteza  
 Con don Enrique el infante,  
 Y hasta que el Rey os levante  
 Con los brazos, que es fineza  
 Al parentesco debida,  
 No os habeis de levantar,  
 Ni cubriros sin mandar  
 Que lo hagais; y á esto, por vida  
 De vuestro padre, que estéis  
 Con atencion desde ahora,  
 Porque no os tengan...

DON PEDRO.

Señora,

En mí un retrato veréis  
 De los dos, porque deseo  
 Ser un cristal de los dos.

DOÑA MARÍA.

Guárdeos muchos años Dios;  
 Que en vos su retrato veo.  
 Partid-os luego, y volved  
 A darme otra vez los brazos,  
 Y adios.

DON PEDRO.

Adios.

DOÑA MARÍA.

A pedazos  
El alma se me va: líaced,  
Pedro, lo que os he encargado.

DON PEDRO.

Yo voy, Señora, advertido. (Vase.)

DOÑA MARÍA.

Pues guardaos Dios; sin sentido  
Mi corazón ha quedado,  
Pues se han partido de mi  
Dos almas; mi vida cese.—  
¿Élvira?

Sale ELVIRA.

ELVIRA.

Señora.

DOÑA MARÍA.

¿Fuése

Pedro?

ELVIRA.

Ya partió de aquí.

DOÑA MARÍA.

Dame una silla, y al punto  
Trae aquí papel y tinta;  
Escribiré á don Alonso,  
Si es que el dolor no me priva  
De sentido.

(Saca Elvira recado de escribir.)

ELVIRA.

Ya está aquí.

DOÑA MARÍA.

Cierra esa puerta, y avisa  
Que nadie entre donde estoy.

ELVIRA.

Ya voy.

DOÑA MARÍA.

Véte; adios, Elvira.—  
¿Con qué palabras podrán  
Expresar las ansias mías  
De dos ausencias tan grandes  
Los sentimientos que privan,  
Para poderlos copiar,  
De razón, al alma mía?  
Don Alonso de Guzman,  
Dueño y señor de mi vida,  
Después que anegada en llanto,  
Después que vuelta en cenizas,  
De mis suspiros al fuego,  
Me dejó aquella partida,  
La de Pedro me ha dejado...  
¿Ay de mí!

Sale EL REY.

REY.

Doña María,

No os alborotéis.

DOÑA MARÍA.

Señor,

Señor, ¿un rey de Castilla  
A estas horas en mi casa?

REY.

A vuestra casa me obliga  
Venir Enrique á estas horas,  
Porque, demás de una espía  
Que tengo de sus intentos,  
Sé que en ella se retira  
Por sagrado de mi enojo;  
Y como nadie podía  
Atreverse en vuestra casa  
A intentar esta pesquisa,  
Vengo yo mismo en persona.

DOÑA MARÍA.

Bien pudiera por mí misma  
Excusallo vuestra alteza,  
Cuando las injustas iras  
Con mi esposo os obligaran

Con tan nuevas osadías;  
Que esta casa solamente  
Es sagrado que publica  
Veneraciones de reyes,  
No de infantes de Castilla,  
De vuestra esfera huyendo;  
Que aquí ni aun el sol porfia  
Entrar, mi marido ausente,  
Que se desnaturaliza  
De vos por vuestros agravios;  
Que á Pedro, que es sangre mía,  
Alma de mis pensamientos  
Y alivio de mis desdichas,  
No le he querido tener  
En ella, porque los días  
Que estoy de mi dueño ausente,  
No quiere alivio mi vida.

REY.

Con vuestro valor compite  
Vuestra beldad peregrina;  
Mayor sois que vuestra fama,  
Puesto que ella me decía  
De vuestra hermosura extremos;  
Que toda sois maravillas;  
Y por vida de Fernando,  
Si vuestros ojos me miran  
Con menos desdenes, rayos  
Que toda el alma fulminan  
De un rey, aunque ella mas  
De soles nos acreditan,  
Que á don Alonso, á don Pedro,  
Que á vuestra heroica familia...

DOÑA MARÍA.

Vive Dios, si vuestra alteza  
Con palabras tan indignas  
De quien soy pasa adelante,  
Y lo que en ofensa mía  
Pasos ha dado, no vuelve  
Atrás con la misma prisa,  
Que á entrar los encaminó  
La vil sangre fermentada  
De algún forzado enemigo,  
De quien las horas se fian  
En las mas ilustres casas,  
Que dé un ejemplo á Sevilla  
Y á España, que el mundo asombre,  
Y abra ese balcon y diga  
A voces que es un tirano,  
Y un rey que desacredita  
Las casas de sus vasallos,  
Tan nobles como la mía;  
Que cuando, para agraviarme,  
Me juzgueis sin compañía,  
No penseis que estoy tan sola,  
Que no estoy conmigo misma.  
Esa es la puerta del cuarto  
Por donde entrastes; que pisan  
Estos ladrillos los reyes  
Viniendo á honrar muy de día  
De sus dueños los blasones,  
Que sus Coroneles pisan,  
Con los que orlan los escudos  
De los reyes de Castilla;  
Y pues tan desalumbado  
Venis á que os dé noticia  
De quién soy esta experiencia,  
Quiero con esta bujía,  
Dándoos luz, salir delante  
De vos.

REY.

¿Mujer no vencida!

DOÑA MARÍA.

Venid.

REY.

¡Invencible pecho!

DOÑA MARÍA.

Aquesta es doña María  
Coronel, don Sancho el Bravo,  
Nueva Evánes en Sevilla.

(Entrale alumbrando con la bujía.)

Sale DON ALONSO, armado con peto,  
espaldas y gola, y una rodela de acero  
á las espaldas, y EL LEON Y COSTANILLA,  
armado á lo gracioso.

DON ALONSO.

Deja ahora, Costanilla,  
Los caballos arrendados.

COSTANILLA.

Mejor será que en los prados  
Se entretengan desta orilla,  
Que las playas africanas  
Guarnecen y lisonjean,  
O ruego á Dios que te vean,  
En las que miro cristianas,  
De esotra parte del mar  
Estos desterrados piés,  
Aunque demos al través  
En Tarifa ó Gibraltar.

DON ALONSO.

Eso llegará algún día;  
Que bien me tienen sin mí  
Las soledades aquí  
De Pedro y doña María.

COSTANILLA.

Dios se lo perdone al rey  
Don Sancho y á sus bravezas,  
Que te obliga á hacer finezas  
Con otro de ajena ley,  
Y á mí á comer alcuzcuz  
Y cabra, habiendo en Sevilla  
Lenguados, que á Costanilla  
Le hicieran agora el buz,  
Y una cola, con perdon,  
De bacallao, que á un cristiano  
Vuelve emperador romano.

DON ALONSO.

¿Vino el leon?

COSTANILLA.

El leon

¿Cuándo deja de venir?  
Cuándo en la posada espera?  
Aquí está, que aunque yo quiera  
No me dejará mentir;  
Pero ¿cuándo has de decirme,  
Pues has callado hasta aquí,  
A qué venimos así?

DON ALONSO.

Bien puedes atento oírme.  
Aben Jacob Almanzor,  
Pagano rey, á quien sirvo  
Con las finezas que sabes  
Y con la lealtad que has visto;  
Como bárbaro sin fe,  
Como poderoso impío,  
Mudable como señor  
Y cobarde como rico,  
Mal seguro de mi pecho,  
Con quien el cristal no es limpio,  
Porque son de mis entrañas  
Viriles los hechos míos;  
O por envidias secretas  
De encubiertos enemigos,  
O por lo que en mis agravios  
Don Sancho el Bravo le ha escrito,  
De los favores pasados  
Tanto se extraña conmigo,  
Que sé que intenta mi muerte  
Con manifiestos indicios;  
Mas, como estoy del comun  
Aplauso favorecido  
En Africa, no se atreve  
A declarar sus designios,  
Por no desacreditarse  
De justo, de agradecido,  
Con la atención de sus reinos,  
De quien estoy tan bienquisto:

Y así, debajo el pretexto  
De mis valerosos bríos,  
O me aventure ó me arriesgue  
A los mas árdüos peligros,  
Y hoy me pone en el mayor  
Que á mi pecho no vencido  
Ha podido dar cuidado  
Despues que fama conquisto.  
Ya sabrás que en estos campos,  
Por aborto ó por prodigio  
Del infierno, para asombro  
De los venideros siglos,  
Vive una sierpe tan fiera  
Y un mónstruo tan peregrino,  
Que hace verdad las mentiras  
De los contextos antiguos;  
De tan horrible grandeza,  
Que no es gentilhomme un risco  
De su estatura, y parece  
Que se mueve un monte vivo.  
Condensa con el aliento  
Nubes en el aire frio,  
Que llueven de muertas aves  
Venenosas torbellinos;  
De una vez se paze un valle,  
Entero se bebe un rio,  
Y és una red barredera  
De cabañas y de apriscos;  
De su insaciable furor,  
Destos pueblos convecinos,  
Como si de carne fueran,  
Le tiemblan los edificios.  
Cortáronle estas arenas  
Al gigante basilisco,  
De chamelotes escamas,  
Un verdinegro vestido.  
Dos alas dicen que tiene,  
Al modo del hipogrifo,  
Que, aunque no vuela con ellas,  
Son de las plantas cuchillo.  
Tanto con la sombra empaña  
Al sol en medio el estio,  
Que de debe á cada paso  
Cada rayo un parasismo.  
En fin, este orco africano,  
Este fiton sarracino,  
Sin los ganados y fieras,  
Tantos hombres se ha comido,  
Que si pudieran estar  
Dentro de su vientre vivos,  
A estas horas no tuviera  
Marruecos tantos vecinos.  
A matar ese portento.  
Este horror, este vestigio,  
Me ha obligado Aben Jacob,  
Y á este efecto venimos.  
Entre los tres ha de ser  
La empresa: lo que al leoncillo  
Le toca, yo sé que puede  
Fiárselo Aleides mismo.  
Lo demás á nuestras manos  
Tenemos de remitillo;  
No hay sino tener valor,  
Pues españoles nacimos.

COSTANILLA.  
Pienso, si no estoy borracho,  
Que sueñas, por Jesueristo,  
O te has levantado acaso  
Hoy con algun tabardillo.  
Tabardillo es, juro á Dios;  
No hay sino que el frontispicio  
Te rapen luego, y te pongan  
Contra sierpes defensivos.

DON ALONSO.  
Aquí no aprovechan ya  
Las burlas, sino los bríos  
De un resuelto corazon.

COSTANILLA.  
¿Qué dices?

DON ALONSO.  
Esto que digo,

Y esto que ha de ser.

COSTANILLA.

¿Estás  
Endiablado? ¿Quién te ha dicho  
Que resuelto para sierpes  
El corazon he tenido?  
Estoy, el dia del Córpus,  
Con todos mis diez sentidos  
Temblando de la tarasca,  
Sin veneno ni colmillos,  
Hecha de lienzo pintado  
Y alfajias, porque he sido,  
Para contigo y con Dios,  
Siempre medroso de mio;  
Y ¿una sierpe de las señas  
Que has pintado y que no has visto,  
Quieres que embista? Eso no.

DON ALONSO.

Eso sí, estando conmigo;  
Que soy español y noble,  
Y su testa he prometido  
A Aben Jacob, cuando fuese  
Del dragon infernal mismo.

COSTANILLA.

¿Fuiste con san Jorge acaso  
A la escuela cuando niño?  
¿Tienes ensalmos de apelo?  
¿Cristete en algun libro  
De caballerías?

DON ALONSO.

Oye;

(Dentro ruido.)

Que pienso que á los relinchos  
De los caballos, la sierpe  
Se abate.

COSTANILLA.

¿Extraño ruido!

Parece que esa montaña  
Se viene abajo. ¿Silbitos?  
Mosquetero de comedia  
Habeis sido, voto á Cristo.

DON ALONSO.

Ea, animal generoso,  
De los brutos no vencido.  
Rey, esta fiera es vasallo  
Rebelde á tu señorío  
Irracional; obedezca  
Hoy el directo dominio  
Que debe á la majestad  
Del imperio campesino;  
Que otro leon á tu lado  
Va en mí, á eternizar contigo  
Su nombre, á pesar del tiempo,  
De la envidia y del olvido.  
Santiago, cierra España. (Vase.)

COSTANILLA.

Cierra España, y Jesucristo  
Vaya conmigo tambien;  
Que voy á los intestinos  
Desta bestia á ser Jonás  
De las musas, y me pinto  
Entre el higado y el bazo,  
Hecho ermitaño del limbo. (Vase.)

Salen ABEN JACOB y MOROS,  
con adargas.

ABEN.

Salgamos á ver el fin  
Deste cristiano enemigo,  
De entre este escuadron de robles;  
Que hoy de su pecho fingido  
En esta sierpe me venga  
Mahoma. Estad, como digo,  
Todos atentos, guardando  
Mi persona deste olimpo  
Con alma, que escupe un mar  
De veneno en cada silbo.

ALIATAR.

Ya parece que el leon  
Que se ayuda, mal herido  
Se rinde, y el acero,  
En vano manchado y tinto  
En la ponzoña del mónstruo,  
Que corre á su precipicio,  
Prueba á esgrimir.

JAFER.

Ya parece  
Que entre sus piés ha caido.

ABEN.

Sepulcro le da de escamas,  
Arrojándose el tibio  
Torreon encima agora,  
A pesar de sus arbitrios.  
Pero agora de la fiera,  
Que sale un golfo imagino  
De sangre, inundando el prado,  
Midiendo el fiero vestigio  
Con las espaldas la grama;  
Y el cristiano no vencido  
Con el acero cruzado  
Le derriba el cuello altivo.

COSTANILLA.

Victoria por don Alonso  
Perez de Guzman.

ABEN.

¿Qué miro

Y qué escucho juntamente!  
¿Hay mas extraño prodigio?  
Lleno de tierra y de sangre,  
Lleno de saña y de brio,  
Llega el cristiano arrogante.  
¿Mahoma, que has permitido  
Este pesar á mis ojos!

Sale DON ALONSO, con la rodela y es-  
pada llena de sangre, y COSTANIL-  
LLA, con la cabeza de la sierpe.

DON ALONSO.

Esta, Aben Jacob, que ha sido  
Aliento de mis hazañas,  
Y hoy de todos mis servicios,  
Ingrato dueño, es la fiera  
Cabeza del mas temido  
Mónstruo que en estas arenas  
Abortó el sol y el abismo.  
A pesar de su fiera  
Ya mi palabra he cumplido,  
Como has visto con los ojos,  
Atalayas y testigos  
De tan invencible empresa  
Y de tantos triunfos ricos,  
Como Túnez, Fez y Argel  
Lo confiesan, y rendidos  
Hoy á tus piés por mi brazo,  
Son del imperio morisco  
Nuevos heroicos despojos.  
Mas, pues á ver has venido  
Mi muerte, desconfiado  
De mi acero, y al peligro  
Deste animal arriesgaste  
La opinion que ha conseguido  
Un hombre como yo, asombro  
De tus fieros enemigos  
Y del mundo, pues no cabe  
Dentro dél el valor mio;  
Quédate con los que tienes  
En mi ofensa á los oidos,  
Lisonjeros y cobardes,  
Alarbes y advenedizos;  
Que no quiero servir rey  
Cruel, desagradecido,  
Fácil, mudable, tirano,  
Que me trueca por castigos  
Las mercedes, y las honras  
Por afrentosos suplicios;

Que cuando me falte leño  
Que al español patrio nido  
Me vuelva, sobre los hombros  
Salobres dese mar mismo,  
Pues es de España, pondrá  
En salvo este brazo altivo.

COSTANILLA.

Y el de Costanilla, perros,  
Pues su motilon he sido.

ABEN.

Matadlos.

TODOS.

Mueran.

COSTANILLA.

A ellos,

A ellos, leon amigo;  
Que no es malo, a falta de olla,  
Un jamon de un galgo frio.

(Vanse.)

### JORNADA TERCERA.

Sale DON ALONSO, DOÑA MARÍA  
Y COSTANILLA.

DON ALONSO.

Al fin, en esta fiesta, como digo,  
De una pequeña roca confiada, [go,  
Que, siendo para un pez estrecho abri-  
Contra un lebeque le pidió posada,  
Me arrojo, y á pesar de mi enemigo,  
Cortándole los cabos con la espada,  
Tan veloz á la fuga me provoca,  
Que imagino que me llevó la roca.  
Los remos luego entre los dos asimos,  
Y para que pasase á la carrera,  
Cuando no fueran alas, piés le dimos  
Al lagostin pintado de madera,  
Con la furia que al mar acometimos,  
Perdimos al leon en la ribera,  
Si de su ingratitud no fué cuidado,  
Hasta tomar en el bajel sagrado.  
Era un alarbe pescador el dueño,  
Que, de tan nuevos huéspedes seguro,  
Cuidado y redes, con el mar y el sueño,  
Reparte el africano Palinuro;  
Arco la plaza fué, flecha fué el leño,  
Por remos plumas tiro al cristal puro,  
Y como el sol dorando estaba el dia,  
Blanco de aquella apuesta parecia.  
El pescador alarbe, que despierto  
Otros remeros vió volando el pino,  
Que soñaba pensando, y lo mas cierto  
Que loco imaginaba un desatino,  
Probó á dar voces al vecino puerto,  
Y hallólo todo campo cristalino,  
Porque, si el sueño es muerte, el trueco

[alabo

De estar con vida ó esperarse esclavo.  
El leon, porque solo en la ribera,  
Huyendo vió que el berberisco buco  
Sorda navaja de las olas era,  
Como á esgajar el mutacen ó el luco,  
Donde Africa le dió solar de fiera,  
Feroz al mar se disparó trabuco,  
Y marino hipogrifo de otro Astolfo.  
A espumas y á bramidos creció el golfo.  
Entonces el escollo fugitivo  
Remos amaína, y aguardar procura  
Al leño irracional el bajel vivo,  
Que en velas de guedejas se asegura;  
Cuando el piélagos sordo al bruto altivo  
Le dió en lugar de puerto sepultura;  
Que, como sordo en fin, el mar violento  
Del animal equivocó el intento.  
La luz comun temblando al sueño esca-  
Anticipó el horror la sombra fria, [so,

Y con los privilegios del ocaseo  
Violó la noche términos del dia;  
Y en el rendido, en el preñado vaso  
Beberse el golfo el aquilon queria,  
Y delincuente sobre el mar profundo,  
Sopló la luz y á oscuras dejó el mundo.  
El golfo ciego, y de caduco, cano,  
De la fusta por báculo se asia,  
Inútil lastre siendo el africano,  
Con mi Acátes rendido en la cruzia;  
Ya con un remo en la siniestra mano,  
A César con Amielas parecia,  
Hasta que en una isleta, que el mar moja  
Como resaca el viento nos arroja.  
Era, mirado bien despues, un risco,  
Que descollado sobre el mar estaba,  
Salvaje que, vestido de marisco,  
Con él eternidades apostaba;  
De aqueste pues marítimo obelisco,  
De tantas flechas de cristal aljaba,  
El soplo de los vientos inhumanos  
Siete dias nos hizo ciudadanos;  
Hasta que, levantando el mar bandera  
De paz, en una calma plateada,  
Tan blanda, tan suave y lisonjera,  
Que abriendo la fustilla á la jornada,  
Descubriendo de España la ribera  
A tres auroras desta madrugada,  
Yaunque el leño llegó casi en pedazos,  
Tomé puerto en Tarifa y en tus brazos.

DOÑA MARÍA.

No pudo mas el deseo  
Estar ausente de vos;  
Que, como anima á los dos  
Sola el alma que en vos veo,  
No quise mas diferir  
Partir á buscar mi vida,  
Que, entre los dos dividida,  
Ni era morir ni vivir.  
Así á Tarifa venia  
A buscar embarcacion,  
Buscando, como es razon,  
Vuestra dulce compañía,  
Doy al cielo soberano  
Gracias de haberos hallado  
Antes de haberme embarcado.

COSTANILLA.

¿Es posible que en cristiano  
Pais ponemos los piés,  
Y que se acabó el trabajo  
Inmenso de mar abajo,  
Y mar arriba despues?  
¿Que haya sido con encuentro  
Tan dichoso? Loco estoy,  
Pienso que soñando voy.  
¡Oh España, del mundo centro!  
Volveré á besar mil veces  
Esa arena deseada,  
La tierra es linda posada,  
Quédesse el mar á los peces.  
Mal haya quien inventó  
Fustas en que el mar correr,  
Sino mulas de alquiler,  
En quien Adan caminó.

DOÑA MARÍA.

No sé tal de la Escritura.

COSTANILLA.

Yo sí, que fui sacristan,  
Y me reveló de Adan  
Grandes secretos el cura.

DOÑA MARÍA.

¿Qué de veces te envidié,  
Costanilla, porque audabas  
Con don Alonso!

COSTANILLA.

Envidiabas

Sin entendolo; que á fe,  
Que sí de la sierpe el dia  
Con él me vieras al lado,

Que me hubieras envidiado  
Muy poco, señora mia.

DON ALONSO.

Mucho siento que el Maestre,  
El invencible Mendoza,  
Tan vecino esté á la muerte.

DOÑA MARÍA.

La vejez y los cuidados  
Desta plaza, que defiende  
Tan cerca de Berberia,  
En este trance le tiene;  
Que está sin gente Tarifa,  
Y aunque inexpugnable, puedo  
Mucho número de moros,  
Como se dice que viene  
Con Aben Jacob agora,  
Darle cuidado, y previene  
Este recelo, pidiendo  
Al Rey socorro de gente;  
Y se entiende que en persona  
Guarnecer don Sancho quiere  
Este presidio, y le aguardan  
Ya por momentos que llegue.

DON ALONSO.

Tráigale Dios con la vida,  
Que á estas fronteras conviene,  
Y han menester sus vasallos;  
Que, aunque sé que me aborrece,  
Es mi natural señor,  
Y esto mi lealtad le debe;  
Que no dudo que otra vez,  
Airado contra mí, intente  
Aben Jacob la conquista  
De España, aunque inútilmente,  
Teniendo rey tan heroico  
Y vasallos tan valientes.

COSTANILLA.

Para colona de un mundo  
Basta ese brazo valiente,  
Ese acero no vencido.

DON ALONSO.

Pero, volviéndome al pariente  
Que entregué á Enrique, Señora,  
Que es justo que dél me acuerde,  
Y que como de tal hijo  
Las nuevas saber desee,  
¿Qué tenemos dél?

DOÑA MARÍA.

Señor.

No quiso á Enrique acogelle  
En Portugal don Dionís,  
Temiendo mal no ponerse  
Con don Sancho, y á la raya,  
Segun Pedro brevemente  
Escribió, envió á intimalle  
Este desengaño, y fuése  
Al Africa despechado;  
Y Pedro, que copia siempre  
Vuestras finezas, no quiso  
Dejalle, pensando verse  
Quizá con su padre allá,  
Aunque lo estorbó la suerte,  
Porque yo primero os goce  
En España.

DON ALONSO.

Extrañamente

Lo siento; pero de Enrique  
Confío que sabrá hacelle  
Merced, como á mí hasta agora,  
Y amparalle y defendelle.

DOÑA MARÍA.

Hágale dichoso Dios,  
Y dé la vida que puede.

DON ALONSO.

Entremos en el castillo,  
Pues decís que ya el Maestre,  
De enfermedad de sus años,  
Está cercano á la muerte.

Tocan cajas, y salen DON ENRIQUE, con baston, y DON PEDRO, en cuerpo. y ABEN JACOB, con baston, y ROSOS.

ABEN.

Ea, bastardos leños,  
De todo junto ese elemento dueños,  
Del mar paladiones,  
Abultad africanos escuadrones;  
Darán vuestras proezas  
Escándalo abrasado hasta los peces,  
Selvas á estas riberas  
De plumas, de jinetas, de banderas,  
Y vuestras medias lunas,  
Acreditando prósperas fortunas  
Y cristianos recelos,  
Nuevos cielos añaden á los cielos;  
Y presuman los montes  
Que les quiero colgar los horizontes  
De rojos tafetanes. [nes.  
Porque á verme triunfar salgan gala-

INFANTE.

Tus triunfos asegura  
De abril tanta florida arquitectura;  
Que á un tiempo tres esferas  
Vistes de tres armadas primaveras.

ABEN.

Todo eso, heróico Enrique,  
Como á los piés de Amir Abomenique,  
Mi hijo y mi heredero,  
Viene á los tuyos, y ponerte espero  
A esos mismos á España,  
Y contra Sancho el Bravo, si acompaña  
Mahoma el brazo suyo,  
Hermano ingrato y enemigo tuyo,  
Siendo de Alá castigo,  
Repetiré la historia de Rodrigo.  
Infórmate, Aliatar, de las espías  
Que estas campañas corren estos días;  
Antes de mi llegada,  
Sabe de quién Tarifa es gobernada,  
Y juntamente sabe  
Qué gente dentro de milicia cabe.

DON PEDRO.

Hasta aquí, Enríque, he venido  
Siguiéndote, con la fe  
Que has visto; mas ya que sé  
El intento que has traído  
Contra tu hermano, ofendido  
De sus sinrazones, quiero  
Cumplir como caballero  
A lo que estoy obligado;  
Que soy de un padre engendrado  
De quien ser retrato espero.  
Pensé en Africa alcanzalle,  
Y así al Africa seguí  
Tus pasos, adonde oí  
Mas causa para imitalle.  
Mi centro es, voy á buscallo,  
Que es el natural que sigo;  
Tú eres del rey enemigo,  
Y aunque á su ofensa me niegue,  
Es imposible que llegue  
Al centro yendo contigo.  
Dame licencia; que quiero  
Volverme á mi casa, adonde  
Mi padre, que corresponde  
A su valor con su acero,  
Por retrato verdadero  
Suyo, el que copió tendrá,  
Y enternecido dirá,  
Cuando en sus brazos esté:  
«Pecho que guarda esta fe,  
Con sangre Guzmaná está.»

INFANTE.

Don Pedro Alfonso, yo sigo  
El pretexto de mi agravio;  
Hijo soy de Alfonso el Sábio,  
Como Sancho mi enemigo.

Ya Castilla fué testigo  
De mis linezas con él;  
Mas, pues bárbaro y cruel,  
Ingrato conmigo ha sido,  
Lo que me usurpa le pido;  
Que también soy rey como él.  
No son los que intento yo  
Alevosos desatinos,  
Y en los Cerdas, mis sobrinos,  
El mismo ejemplo me dió,  
Y Adán no le repartió  
A Castilla mas que á mí.  
Hijo de Alfonso nací,  
Y él no nació su heredero;  
Ser rey de Castilla quiero,  
Pues hijo de su rey fui.  
Del vuestro padre agraviado,  
Se desnaturalizó,  
Y al Africa se pasó,  
Adonde ha desobligado  
A Aben Jacob, que le ha honrado,  
Y á su rey ha deservido.

DON PEDRO.

Mi padre ha correspondido  
A Aben Jacob y á su rey,  
A su patria y á su ley,  
Con la lealtad que ha debido;  
Y quien dijere otra cosa  
En Africa y en España,  
Siempre diré que se engaña;  
Que su espada valerosa  
Tanto ensalzó, victoriosa,  
De Africa el blason pagano  
Con el nombre castellano,  
Que puede con mas razon  
Llamarse, como Scipion,  
Hoy el Guzman Africano;  
Sin dejar de hacer jamás  
Por su rey tantas linezas,  
Que le han sobrado proezas  
Para muchos reyes mas,  
Y estas presto las verás  
Tú y Aben Jacob y yo.  
Con esta que me ciñó  
Lo defenderé entre tanto,  
Dando en esta edad espanto  
Al mundo, á mi padre no,  
Que sabe que he de cumplir  
Con mi sangre desta suerte,  
Invencible hasta la muerte,  
Si el valor pudo morir.

INFANTE.

¿Qué es esto?

DON PEDRO.

Hacer y decir  
Lo que debo á Dios y al Rey,  
A mi padre y á mi ley.

INFANTE.

Estoy de cólera ciego.—  
Quitadle la espada luego.  
(Empuñan todas las espadas.)

ABEN.

Celin, Aliatar, Muley.

ALIATAR.

Tu arrogancia es excusada,  
Cristiano; el acero venga.

DON PEDRO.

Todo el mundo se detenga;  
Que no he de rendir la espada  
Menos que en sangre bañada  
Africana; que me altera  
Poco todo un campo.

INFANTE.

Dejadme llegar á mí.  
Añera;

DON PEDRO.

Al mundo no temo así.

INFANTE.

Dadme, don Pedro, el acero,  
Porque con él templar quiero  
A Aben Jacob.

DON PEDRO.

Vesle aquí;  
Que menos que á tu persona  
No rindiera en este lance  
Acero del lado mio  
Y que me ciñó mi padre.

INFANTE.

Celin y Jafer, agora  
Preso á mi tienda llevadle,  
Y quede Jimen Jimenez,  
Ayo suyo, por su alcaide;  
Que esto, aunque rigor parece,  
Por ahora es importante.

(Llevan á don Pedro preso.)

JAFER.

Yo vengo de las espías,  
Señor, como me mandaste,  
Informado.

ABEN.

Y ¿qué has sabido?

JAFER.

Que el anciano venerable  
Mendoza murió en Tarifa,  
Y que es de sus homenajes  
Por don Sancho alcaide...

ABEN.

¿Quién?

JAFER.

El que quieres que hoy se llame  
Tu enemigo, don Alonso  
Perez de Guzman.

ABEN.

¿Las paces  
Hizo con el Rey tan presto?  
¿De los agravios de antes  
Sancho está tan satisfecho,  
Que de una plaza tan grande  
Le da la tenencia?

INFANTE.

El Rey,  
Aben Jacob, es mudable.

ABEN.

En las manos me le pone  
Alá para castigalle.  
¿Qué gente de guarda dicen  
Que tiene?

JAFER.

Poca, aunque parte  
Un capitán por alguna,  
Que tiene en los aduares,  
Alojada, de Sevilla  
Don Sancho el Bravo, y esparce  
Nuevas, diciendo que viene  
El Rey en persona á dalle  
Socorro, y que está tan cerca,  
Que le aguardan esta tarde.

ABEN.

Tarde llegará, aunque llegue;  
Porque muchas horas antes  
Rendida hallará á Tarifa.—  
Escalas al muro.

TODOS.

Al muro.

ABEN.

Toca al arma.

TODOS.

Al arma.

ABEN.

Baje  
Segunda vez á mis piés  
España el cuello arrogante.  
(Vanse.)

Salen al muro DON ALONSO, DON NUÑO y COSTANILLA.

DON ALONSO.

En vano el asalto intentan  
Los escuadrones alarbes;  
Que son muros de sus muros  
Estos pechos de diamantes.

DON NUÑO.

Allegándose infinitos,  
En el foso del combaten;  
Se retiran.

COSTANILLA.

Antes quieren  
Hacer con que el campo pase.

DON ALONSO.

Será para el otro mundo  
Todos, teniendo delante  
Estos corazones.

DON NUÑO.

Tocan,  
Señor, clarines y parches  
A recogerse.

COSTANILLA.

El perrito  
Que agora del foso sale  
Gateando, vive Dios,  
Que le he conocido sastré  
En Marruecos; aquel es  
Buñolero, aquel perañe,  
Boticario aquel que huye,  
Que le han dado sus jarabes  
Cámaras de miedo agora;  
Aquel que lleva el alfanje  
Desnudo, y va de su yegua,  
Que se le va, en los alcances,  
Si mal no me acuerdo, hacia  
Junto al alcázar zaques;  
Aquel cojó borcegues,  
Y aquel jibado alpargates;  
Aquel moro tuerto era  
Maulero de capellares,  
Cabra pesaba aquel zurdo,  
Aquel calvo, por las calles  
Higos y pasas vendía;  
Todos son canalla infame.

DON ALONSO.

Por el campo atentamente  
Discurro, y aunque el Infante,  
Que contra su hermano viene  
En este ejército alarbe  
Con Aben Jacob, dos veces  
He descubierto, señales  
De que con él venga Pedro  
No he visto; sospechas grandes  
Me dan sus ciegos intentos,  
Demás de sus vanidades;  
Al fin, miedos y recelos  
Propios del amor de un padre.  
El cielo, como piadoso,  
Con la vista desengañe  
Mis intentos.

DON NUÑO.

Otra vez  
Marchan las bárbaras haces  
Hacia la muralla, y dellas  
A pedir plática sale,  
Con un atambor no mas,  
Un moro.

DON ALONSO.

Será mensaje  
De Aben Jacob Almanzor,  
En partidos, en desaires,  
En amenazas envuelto.

ABEN.

Cuando esto, Enrique, no baste,  
Apeláremos al medio  
Postrero.

DON NUÑO.

Ya llega al márgen  
Del foso el embajador.

DON ALONSO.

Y yo á esta almena á escuchalle.

ALIIATAR, con un atambor, hace señal  
al muro.

ALIIATAR.

Llamad al Alcaide.

DON ALONSO.

Aquí,  
Moro, te aguarda el Alcaide;  
¿Qué quieres?

ALIIATAR.

Cidí Guzman,  
Alá-Quibir te acompañe,  
Y á los tuyos juntamente.

DON ALONSO.

Cid Aliatar, Dios te guarde.

ALIIATAR.

Aben Jacob, mi señor,  
Rey de Fez y Tarudante,  
Y de Marruecos y toda  
El Africa junta, grande  
Miramamolín, conmigo  
Te saluda.

DON ALONSO.

El cielo ampare  
Su imperio.

ALIIATAR.

Y te pide luego,  
Rogándote de su parte  
Con la paz, que la tenencia  
Desta plaza inexpugnable,  
Que á tu cargo tienes hoy,  
Se la entregues, y te pases  
A su servicio otra vez;  
Que, despues de perdonarte  
Los agravios que le has hecho,  
De Orán, de Ceuta y de Tanger  
Te hará jeque; que le importa  
Esta fuerza, pues es fácil  
Que, ella rendida, despues...

DON ALONSO.

No pases mas adelante.  
Aliatar, vuélvete y di  
A Aben Jacob que si sabe  
Que soy yo quien de Tarifa  
Es gobernador y alcaide,  
Y sabe el valor que tengo,  
Y le conoce el infante  
Don Enrique, ¿cómo intenta  
Temeridad semejante?  
Que si cuando le serví,  
De las fuerzas y ciudades  
Que me confié, y que yo  
Le gané á precio de sangre  
Tan buena, á sus enemigos  
Rendí una almena, cobarde,  
Ni desleal á la fe  
Que siempre juré guardalle  
Mientras le sirviese, cuando  
El tirano en tantos trances  
De afrenta y muerte me puso;  
De cuyos riesgos triunfante,  
Me admiró siempre la envidia  
De todos sus capitanes.  
Que pues hay docientos mil  
Moros, langostas alarbes,  
Que cubren los campos, bien  
Podrá rendir, sin rogarme,  
Con ellos estas almenas,  
Que son asombro del aire.  
Que lo intente, y verá cómo,  
Aunque un siglo las asalten,  
Le responden estos pechos,  
Que son ricos homenajes;

Que si, como hoy esperamos,  
Nos llega el socorro tarde  
Que Sevilla nos envía,  
Por no dejar sin él antes  
Desamparada á Tarifa,  
Y contra vuestros alfanjes  
Salgo á correr la campaña  
Con los castellanos Martes,  
No tienen para huir  
Aben Jacob y el Infante  
Tierra ni mar en el mundo,  
Cuando adargas y turbantes,  
Lunas y astas se volvieren  
Mundos de tierras y mares.

ALIIATAR.

Con esa respuesta vuelvo.

DON ALONSO.

Ya tardas.

ALIIATAR.

¡Valor notable!—  
Atambor, toca la vuelta  
Del campo.

COSTANILLA.

No va el mensaje,  
Si Aben Jacob es podenco  
De la costa que se sabe,  
Oliendo bien.

ABEN.

¿Qué tenemos,  
Aliatar?

ALIIATAR.

Para indignarte,  
Soberbias obstinaciones  
Dese cristiano arrogante.

ABEN.

Ya yo conozco este perro,  
Y no es menester tratalle  
Cortésmente.—Hágase, Enrique,  
Lo que resolvimos antes.

INFANTE.

Retiráos mientras yo llevo.—  
¡Ah, Perez de Guzman!

DON ALONSO.

Hable  
Vuestra alteza.

INFANTE.

¿Conoceis  
Esta prenda?

Sacan á DON PEDRO, en cuerpo, atadas las manos y vendado el rostro.

DON ALONSO.

Si es mi sangre,  
¿No he de conocella, Enrique?  
Aunque pudiera extrañarme  
Verle desta suerte. ¿Adónde  
Llevais maniatado, Infante,  
Ese cordero inocente,  
Que aun apenas balar sabe?

INFANTE.

Al sacrificio, Guzman,  
Si no tratas de entregarme  
A Tarifa antes que el sol  
A los antipodas baje;  
Que estoy con Aben Jacob  
Empeñado en esto, y vame  
El honor.

DON ALONSO.

Díte á mi hijo,  
Enrique, para tratalle  
Deste modo? ¿Tus enojos  
Con el Rey quieres que pague  
Esa cándida paloma,  
A cuyo pecho se abaten  
Tantos moriscos halcones,  
Deseosos de cebarse  
En esas entrañas mías,

Llenas de tan noble sangre?  
;Tú, que imparale debías,  
Al mismo paso que honralle,  
Eres su enemigo, Enrique?

INFANTE.

No son, Guzman, estos lances  
Para poder reducirme;  
O, como te he dicho, dame  
A Tarifa, ó en la garganta  
Verás desta amada imagen  
Tuya entorchar el cuchillo  
Africano, sin que baste  
El mundo á estorbarlo. Mira  
Qué resuelves.

DON ALONSO.

¡Bravo trance!

Entre el amor y el honor,  
Que ambos á dos se combaten!  
;Qué haremos, amor; qué haremos,  
Honor, que para tan grande  
Duda, sentenciarse pueda  
En favor de entrambas partes?  
Pongamos en dos balanzas,  
Aquí el Rey, aquí la sangre,  
Y vétese la victoria  
De las dos quien mas pesare.  
En la de mi sangre pongo  
La de Pedro, y admirables  
Partes, la edad, lo entendido,  
Lo cocés, lo cuerdo, el arte,  
El ser mi heredero, el ser  
En la casa de sus padres  
Solo, la inocencia tuya,  
Su valor inimitable,  
La lástima de su muerte,  
Y de su vida el rescate.

No hay mas que poner, pues mas  
En su balanza no cabe.  
Pongo en la del Rey ahora,  
En primer lugar, las grandes  
Obligaciones que tiene  
Un vasallo de mis partes,  
La lealtad de mis mayores,  
La mía, el pleito homenaje  
Que en las manos del Maestro  
Hice, nombrándome alcaide  
De Tarifa, esta ocasión  
Del Rey los mismos ultrajes,  
Mis quejas, que ha de ser esto  
Lo que hay ha de acreditarme  
Mas con el mundo, el saber  
Venir la piedad de padre;  
Llegará el fin del valor  
A hacer el mayor examen  
La fama eterna, que espera  
El valor de los Guzmanes.  
Mucho esta balanza pesa.  
Amor, amor, perdónadme;  
Que entre la sangre y el Rey,  
*Mas pesa el Rey que la sangre.*

DON PEDRO.

Apenas alzar los ojos  
Me atrevo á los de mi padre,  
Ni sacar la voz del pecho,  
Afrontado de mirarme  
Desta suerte; yo he tenido  
La culpa, pues del Infante  
Fué mi espada y mi honor.

DON ALONSO.

Mi silencio no os espante,  
Enrique, que hasta aquí ha sido  
Una suspensión notable,  
Que ha causado la crueldad  
Vuestra en el pecho de un padre;  
Y así, pues estáis resuelto  
A ejecutalle, yo, Infante,  
A no estorbarlo, rindiéndos  
A Tarifa, si arriesgase.  
No un hijo, sino mas hijos  
Que tiene gotas de sangre

Este brazo no venció,  
El que me poneis delante.  
Porque para la sangrienta  
Ejecucion, ya que os falte  
Piedad, no os falte el acero,  
Este, que para tan grande  
Ocasión, no sin misterio  
De mi valor admirable,  
Vino á mi poder, del Rey,  
Porque tan bien le emplease,  
Os le arrojo y veisle ahí;  
Y si en el campo faltase  
Quien lo ejecute, tambien  
Yo bajaré á ejecutarle;  
Que en mi no ha de desmentir  
Flaqueza de amor cobarde;  
Que soy don Alonso Perez  
De Guzman el Bueno.

DON PEDRO.

Padre, Padre,  
Padre, escuche.

DON ALONSO.

Ya no es  
Tiempo, Pedro, de llamarme  
Con ese nombre, que obliga  
A ternera los diamantes.  
Pedro, vos habeis de ser  
Mi padre de aquí adelante,  
Pues vos habeis de dar vida  
A mis hechos inmortales  
Con vuestra invencible muerte.  
Nada, Pedro, os acobarde,  
Morid como caballero;  
Que aunque ha de derramarse  
En vuestra sangre la mía,  
*Mas pesa el Rey que la sangre.*

DON PEDRO.

Padre y señor, no penseis  
Que con el nombre de padre  
Quise enterneceros, no,  
Como muchacho y cobarde;  
Llamaros fué solamente,  
Porque nada os sobresalte,  
Para decirnos que voy  
Contento, entre estos alarbes,  
A morir por Dios, por vos,  
Por el Rey y por mi madre;  
Que es mi patria España al fin,  
Que cuando de vuestra parte,  
Que es imposible otra cosa,  
Vuestras quejas intentasen,  
Vertiera mi sangre yo  
En ocasión semejante,  
Cuando en mi solo estuviera  
Toda la de los Guzmanes,  
Y la del mundo y mil mundos  
En mi solo se cifrase;  
Que entre mi sangre y el Rey,  
*Mas pesa el Rey que la sangre.*

DON ALONSO.

Don Pedro Alonso, eso es ser  
Mi hijo; el brazo arrogante  
Del africano al suplicio  
Con remision no os aguarde.

DON PEDRO.

Adios.

DON ALONSO.

Adios, hasta vernos  
En el cielo.

ABEN.

Retíradle,  
Y alza, Alístar, este cerco,  
Porque la sangre derrame  
Dese vil cristiano.

DON PEDRO.

Moros,  
No ha de haber muerte que espante  
Mi pecho, que, con la fe  
Que profeso, en este trance

Morir osaré invencible,  
Como fiero leónes Marte,  
Como de mi rey vasallo,  
Como hijo de tal padre,  
Como cristiano y Guzman,  
Como caballero y mártir.

*Méntenle, y sale DON ALONSO, con la  
rodela á las espaldas, quitándose la  
COSTANILLA, y DOÑA MARIA.*

DOÑA MARIA.

Seáis, Señor, bien llegado;  
;En qué el asalto paró?

DON ALONSO.

Aben Jacob lo intentó,  
Y despues, desengañado  
De la resistencia nuestra,  
Se retiró, haciendo extremos  
El bárbaro.

DOÑA MARIA.

;Qué tenemos  
De Pedro?

DON ALONSO.

El Infante muestra  
Que le estima, y brevemente  
Pienso que lo hemos de ver;  
Que lo excusa hasta poder  
Hacello sin que acreciente  
En Aben Jacob alguna  
Sospecha en esta ocasión,  
Pues viene, aunque sin razon,  
Ayudando á la fortuna.

DOÑA MARIA.

Con vida le traiga el cielo  
A nuestros ojos.

DON ALONSO.

Señora,  
Si hará; comamos ahora,  
Si os parece.

COSTANILLA. (Ap.)

No vió el suelo  
Mayor valor.

DOÑA MARIA.

Ya está aquí  
(Sacando la mesa.)

La mesa.

DON ALONSO.

Sillas llegad  
Y entre la vianda.

DOÑA MARIA.

Andad  
Por ella.

COSTANILLA. (Ap.)

;Quién mostró así  
Constancia, habiendo dejado  
Su hijo en lance tan fiero?

DON ALONSO.

Veros hoy contenta espero.—  
(Voces y algazaras dentro.)

;Qué es esto que habrá causado  
Un peregrino alboroto?  
Dadme la rodela luego;  
Que deste dexasosiego  
Tan peregrino, que han roto  
Los moros algunos portillo  
En la muralla sospecho,  
Y quiero que por mi pecho  
Entren.

DOÑA MARIA.

Heróico candillo,  
Tus pisadas seguiré.—  
Dadme otra rodela á mí;  
Que, pues Coronel nací,  
De su valor lo seré.

(Vase.)

*Sale DON ALONSO, con la espada desnuda, y COSTANILLA.*

COSTANILLA.

No pases mas adelante;  
Que el postigo que han abierto  
No es en el muro, y es cierto  
Que ya no será importante  
Para el que ha hecho el acero  
Que esgrime tu heroica mano;  
Porque ya el golpe africano  
Tu Isac rindió á su cordero  
La vida, y Aben Jacob,  
Desesperado, recelo  
Que alcanza el sitio; déte el cielo  
Las salvaguardias de Job,  
En la constancia paciencia;  
Que hoy á Dios has imitado  
En haber sacrificado  
Tu hijo.

DON ALONSO.

A su providencia,  
Con el debido decoro,  
Gracias le rinde mi fe;  
Que, vive Dios, que cuidé  
Que entraba la villa el moro.  
Volvámonos á acabar  
De comer.— ¡Oh Pálas nueva!  
¿Dónde tu valor te lleva?

*Sale DOÑA MARÍA, con espada y rodela.*

DOÑA MARÍA.

A seguirte y á imitar  
El tuyo. ¿Qué ha sucedido?

DON ALONSO.

El moro, desconfiado  
Del cerco, el campo ha alzado.

DOÑA MARÍA.

Gran cosa; y Pedro ¿ha venido?

DON ALONSO.

Por la vista, á mi pesar,  
Se ha exhalado el corazón.

DOÑA MARÍA.

Y ¿aquestas lágrimas?

DON ALONSO.

Son

Las que habeis vos de llorar;  
Que tanto á la fe debeis  
De lo que pretendo amaros,  
Que hasta el llanto quiero daros,  
Porque á mi costa floreis.

LUIS VELEZ DE GUEVARA.

DOÑA MARÍA.

Luego ¿Pedro es muerto?

DON ALONSO.

Yo

A la muerte...

DOÑA MARÍA.

¿Qué? ¡Ay de mí!

DON ALONSO.

Por Tarifa le ofrecí;  
Que el moro me amenazó  
Con él si no la rendia,  
Y para que mas seguro  
Lo intentase, desde el muro  
Le eché el puñal que traia,  
Porque mi lealtad pregone  
El sol; ya ha rendido ahora  
Pedro á la inclemencia mora  
La vida.

DOÑA MARÍA.

Dios le perdone;  
Y si su vida ha importado  
A la obligacion que os llama,  
Mas vive Pedro en la fama,  
Que su muerte ha eternizado;  
Que aunque en mi intento el dolor,  
Por madre, extremo violento,  
No se atreve el sentimiento,  
De vergüenza del valor.

DON ALONSO.

El mio afrenta.

DOÑA MARÍA.

Salgamos  
Ahora á dar al blason  
De Guzman, como es razon,  
Sepulcro.

DON ALONSO.

¡Gran mujer!

DOÑA MARÍA.

Vamos.

(Vanse.)

*Sale DON JUAN RAMIREZ, con el guion de Castilla, y SOLDADOS; y luego EL REY, con baston de general, y descubren un pálido negro, y DON PEDRO, degollado y el puñal hincado junto á él, lleno de sangre; y luego salgan DON ALONSO y DOÑA MARÍA, con luto, arrastrando estandartes.*

DON ALONSO.

Esté es el presente, invicto  
Don Sancho, que nuestros pechos  
Guardan en esta ocasion

Para tu recibimiento.

Don Pedro Alfonso, mi hijo,  
Dirá, entre su sangre envuelto,  
Que ha sabido ser leal  
Su padre en dichos y en hechos  
A su rey; y este puñal,  
En su garganta sangriento,  
Que á Aben Jacob enviaste,  
Y á mi poder trujo el cielo  
Para ser hoy por mi mano  
El valeroso instrumento  
De su muerte y de mi fama,  
Contra la envidia y el tiempo;  
Que desta suerte, Señor,  
De las quejas que tenemos  
Satisfaccion han tomado,  
Haciendo su nombre eterno  
Los vasallos como yo.

REY.

Que sois el mejor, confieso,  
Que á Rey ha besado mano,  
Y este ha sido el mayor hecho  
Que ha celebrado la historia  
De romanos y de griegos;  
Y cumpliendo con algunas  
De las finezas que os debo,  
Estas mercedes os hago,  
Y diga en el privilegio:  
Por cuanto vos don Alonso  
Perez de Guzman *el Bueno*  
Imitastes á Abraham  
Con mas invencible esfuerzo,  
Él en el dicho no mas,  
Y vos en el dicho y hecho,  
De una vez sacrificado  
A Dios y á mi el hijo vuestro,  
De Niebla os hago señor,  
De Santúcar y del Puerto  
De Santa María, Palos,  
Huelva, Sidonia y Trigueros;  
Y á la gran doña Maria  
Coronel le doy, sin esto,  
A Olivares y al Algaba  
Para chapines; y el cielo  
Os guarde en su compañía,  
Que es de matronas ejemplo;  
Y con aquesto, en Tarifa  
Entremos á honrar el cuerpo  
De don Pedro Alfonso.

TODOS.

Y tenga

Fin con tan alto suceso  
El *Blason de los Guzmanes*,  
En cuyos heroicos pechos  
*Mas pesa el Rey que la sangre*,  
Y perdonad nuestros yerros.

# COMEDIA FAMOSA

TITULADA

## REINAR DESPUES DE MORIR,

DE LUIS VELEZ DE GUEVARA.

### PERSONAS.

EL REY DON ALONSO DE PORTUGAL.  
EL PRÍNCIPE DON PEDRO.  
BRITO, *criado.*

DOÑA BLANCA, *infanta de Navarra.*  
DOÑA INÉS DE CASTRO, *dama.*  
ELVIRA, *criada.*

VIOLANTE, *criada.*  
EL CONDESTABLE DE PORTUGAL.  
NUÑO DE ALMEIDA.  
EGAS COELLO.

ALBAR GONZALEZ.  
ALONSO, *niños.*  
DIONÍS, *niños.*  
MÚSICOS.—CAZADORES.  
ACOMPAÑAMIENTO.

### JORNADA PRIMERA.

Salen *músicos cantando*, EL PRÍNCIPE *visitándose*, y EL CONDESTABLE.

*músicos. (Cantan.)*  
*Soles, pues sois tan hermosos,*  
*No arrojéis rayos soberbios,*  
*A quien vive en vuestra luz,*  
*Contento en tan alto empleo.*

PRÍNCIPE.  
La capa.

MÚSICO 1.<sup>o</sup>  
El Príncipe sale.

MÚSICO 2.<sup>o</sup>  
Prosigamos.

PRÍNCIPE.  
El sombrero.

*músicos. (Cantan.)*  
*Vuestra benigna influencia*  
*Mitigue airados incendios,*  
*Pues el raudal de mi llanto*  
*Es poca agua á tanto fuego.*

PRÍNCIPE.  
*¡Ay, Inés, alma de cuanto*  
*Peso, lloro, gimo y siento!*  
Proseguid, *cantad.*

MÚSICO 1.<sup>o</sup>  
Digamos

Otra letra y tono nuevo.

*músicos. (Cantan.)*  
*Pastores de Manzanares,*  
*Yo me muero por Inés,*  
*Cortesana en el aseo,*  
*Labradora en guardar fe.*

PRÍNCIPE.  
Parece que á mi cuidado  
Esa letra quiso hacer,  
Lisonjeódomme el alma,  
Eterna en mi pecho á Inés.

Volved, volved, por mi vida,  
A repetir otra vez  
Aquesa letra; *cantad,*  
Que me ha parecido bien.

*músicos. (Cantan.)*  
*Pastores de Manzanares, etc.*

PRÍNCIPE.  
Pues los pastores publican  
Que tanta hermosura ven  
En la deidad de mi amante,  
Con justa causa diré  
Que en perderme, fui dichoso,  
Por tan soberano bien.  
Siempre que llega al Mondongo,  
Parece que solo al ver  
A mi Inés bella, las aves  
Quisieran besar su pié.  
Las plantas, de su deidad  
Reciben fruto; no hay mes  
Que en viéndola no sea mayo,  
No hay flor que á su rosicler  
No tribute vasallaje.

Si aquesta es verdad, si es  
Dueña de aves y plantas,  
Y de todo cuanto ve  
El cielo en la tierra hermosa,  
No la lisonjeo en ser  
También yo su esclavo, amor;  
Pues á mi Inés me humillé,  
Pues me rendí á su hermosura,  
A voces confesaré,  
Diciendo con toda el alma,  
A los que amante me ven:  
«Pastores de Manzanares,  
Yo me muero por Inés,  
Cortesana en el aseo,  
Labradora en guardar fe.»

Salte BRITO, *de camino.*

BRITO.  
Déle vuestra alteza á Brito,  
Príncipe, á besar sus piés.

PRÍNCIPE.  
Brito, seais bien venido;  
¿Cómo dejais á mi bien?

BRITO.  
Déjame alentar un poco,  
Y luego te lo diré;  
Que aun no pienso que he llegado;  
Que un rocín de Lucifer,  
Que el portugués llama *pesta*,  
Que giba llama el francés,  
Bridon el napolitano,  
Y algunas veces *confier*,  
De tan altos pensamientos,  
Que en subiendo encima del,  
Anda á coces con el sol,  
Y á cabezadas despues,  
Me trae sin tripsas, que todas  
Se me han subido á la nosea  
A hacer gárgaras con ellas,  
Sin lo que toca al borrén,  
Que viene haciéndose ruedas  
De salmón.

PRÍNCIPE.  
Calla, no des  
Suspension á mi cuidado;  
Sino, dime, ¿cómo fué  
Tu viaje? Cuenta, Brito;  
Que ya deseo saber  
Nuevas de mi hermosa prenda.  
Habla, Brito.

BRITO.  
Bueno á fe;  
Para contarlo, quedemos  
Solos los dos.

PRÍNCIPE.  
Dices bien.—  
Condestable, despejad,  
Y á esos músicos les den,  
Cuando no por forasteros,  
Porque han celebrado á Inés,  
Mil escudos.

CONDESTABLE.  
Despejad.

PRÍNCIPE.  
Id con Dios.  
músico 1.º  
El cielo dé  
A vuestra alteza, Señor,  
Un siglo de vida, amén.  
PRÍNCIPE.  
Id con Dios.  
músico 1.º  
; Qué gran valor!  
músico 2.º  
; Qué cordura!  
músico 1.º  
Octavio, vén;  
No es señor quien señor nace,  
Sino quien lo sabe ser.  
(Vanse los músicos y el Condestable)  
PRÍNCIPE.  
Ya, Brito, quedamos solos;  
Dime, ¿cómo queda Inés?  
Cómo la dejaste, Brito?  
Responde presto.  
BRITO.  
A perder  
El sentido cada instante  
Que entre tus brazos no esté.  
PRÍNCIPE.  
; Y Alonso y Dionis?  
BRITO.  
El uno  
Es jazmin y otro clavel,  
Y cada cual es retrato  
De los dos.  
PRÍNCIPE.  
Has dicho bien;  
Prosigue, prosigue, Brito.  
BRITO.  
Oye y te la pintaré,  
Si de tanta beldad puede  
Ser una lengua pincel.  
Llegué á Coimbra apenas  
Ayer, cuando el blason de sus almenas  
A un tiempo hicieron salva  
Los músicos de cámara del alba,  
El sol y luego el día,  
Y primero que todos, mi alegría.  
Guié los pasos luego  
A la quinta, Narciso de Mondego,  
Que guarda en dulce empeño  
La beldad soberana de tu dueño,  
Cuando, dando al aurora  
Celos el sol, parece que enamora  
El oriente divino  
De Inés, sol para el sol mas peregrino.  
Que aun no he llegado creo;  
Piso el umbral, y en el zaguan me apeo;  
Que gustan los amantes  
Que les vayan contando por instantes,  
Por puntos, por momentos,  
Las dichas de sus altos pensamientos;  
Que brevemente dichas,  
No les parece que parecen dichas.  
Al fin al cuarto llevo,  
Alborozado, sin aliento, y luego  
A las cerradas puertas,  
Solo á tu amor eternamente abiertas.  
Dos veces toco en vano,  
Que en este oriente aun era muy tem-  
Si bien tu hermoso dueño, [prano;  
Rendida á su cuidado mas que al sueño,  
Voces dió á las críadas,  
Menos de mi venida alborozadas.  
Perdóme Violante,  
A quien mas debe el sueño que su  
Mas yo, como es mi vida, [amante;  
La quiero bien dormida y bien vestida,  
Esté ausente y presente,  
Porque mi amor es menos penitente.

PRÍNCIPE.  
Pasa, Brito, adelante,  
Y con mi amor no mezcles á Violante,  
Ni burles en mis veras;  
Que espero nuevas de mi bien.  
BRITO.  
Esperas  
Las que siempre procuro  
Yo traerte, vive Dios. Al fin el muro,  
El oriente dorado  
De aquel sol, de aquel cielo franquea-  
Sin reparo ninguno [do,  
Corro los aposentos uno á uno,  
Y no paro hasta donde  
Está la esfera que tu sol esconde.  
Su amor me desalumbra,  
Y sin la permission que se acostumbra,  
Verla y hablarla trato;  
Que el alborozo precedió al recato.  
Entro, al fin, sin sentido,  
Y en el dorado tálamo, que ha sido  
Teatro venturoso  
Mas de tu amor que del comun reposo,  
Amanciando entonces,  
Y enamorando mármoles y bronce,  
Lcs ojos en estrellas,  
En nieve y nácár las mejillas bellas,  
En claveles la boca,  
La frente y manos en cristal de roca.  
En rayos los cabellos,  
Entre Alfonso y Dionis, tus hijos bellos,  
Asidos á porfia  
(Por maternal terneza ó compañía),  
El cuello de alabastro,  
Deidad admiro á doña Inés de Castro,  
Aurora en carne humana,  
Tiriciado abril con la mañana,  
Todo un cielo abreviado,  
Y al sol de dos luceros abrazado.  
Quedé tierno y dudoso;  
Que, como de aquel árbol generoso  
Tan hermoso pendian,  
Racimos de diamantes parecian;  
Ella, amor ostentando,  
Aunque de honestidad indicios dando,  
A la nieve divina  
De púrpura corriendo otra cortina;  
Que de tales mujeres  
Siempre son los recatos sumilleres;  
Mas encendida aurora  
Sobre las almohadas se incorpora,  
Y ya, como embarazos,  
Deja á Dionis y Alfonso de los brazos,  
Que, de sentido ajenos,  
Favores y ternezas no echan menos;  
Tanto en tan dulce empeño  
Pueden los pocos años con el sueño.  
Y con ansia influita,  
Antes que una palabra me permita  
Ni besarla una mano  
(Recato portugués ó castellano),  
Me dijo: «¿Cómo dejas  
A Pedro, Brito?» Y con celosas quejas  
Prosiguió, mas hermosa  
Que lo está una mujer que está celosa,  
Porque han dado los celos  
Hasta el color que visten á los cielos,  
Tu tardanza culpando  
En Santaren con doña Blanca, cuando  
Tu padre la ha traído  
Para tu esposa.  
PRÍNCIPE.  
Perderé el sentido,  
Brito, si Inés no lia  
Todo su amor á toda el alma mia.  
Primero verá el cielo  
Su vecindad de estrellas en el suelo,  
Verá la noche fria  
Que puede competir al claro día,  
Que falte la firmeza  
Con que adoro á Inés.

BRITO.  
Oiga tu alteza;  
Basta, basta, no ofusques  
Mi relacion, ni imposibles busques  
Mal guisados, ni modos,  
Que yo los doy por recibidos todos;  
Y lo mismo hara el dueño  
Por quien te has puesto en semejante  
Al fin escucha atento. [empeño.  
PRÍNCIPE.  
Prosigue.  
BRITO.  
Como digo de mi cuento...  
PRÍNCIPE.  
Acaba,  
BRITO.  
Vén conmigo.  
La tal Inés, en la ocasion que digo,  
Finezas y ansias junta,  
Y entre falsa y celosa me pregunta:  
«Dime, Brito, ¿es bizarra  
Doña Blanca, la infanta de Navarra,  
De Pedro nueva empresa,  
Que viene á ser de Portugal princesa?»  
Yo la respondo entonces,  
Haciéndome de pencias y de gonces:  
«Aunque Blanca no es fea,  
Es contigo muy poca su tarea,  
Moneda mal segura,  
Que no puede correr con tu hermosura,  
Y si intenta igualarse  
Contigo, muy de noche ha de pasarse.  
En esto despertaron  
Dionis y Alonso, y juntos preguntaron  
A una voz por su padre;  
Eterneciose, oyéndolos, la madre,  
O fuese amor ó celos,  
Tocó á anegar en lágrimas dos celos;  
Y en lluvias tan extrañas,  
Sartas de perlas hizo las pestañas,  
Que en sus luces hermosas,  
De perlas se volvian mariposas;  
Y abrasándose en ellas,  
Granizaron los párpados estrellas;  
Y viendo contra el día,  
Que abajo tanto cielo se venia,  
Calmandó sus recelos,  
Dile tu carta y serenó sus cielos.  
Cedióse á su alegría,  
Convaleció de su tristeza el día,  
Quedó el sol sin nublado,  
Porque de aquel desprecio aljofarado  
Al último suspiro  
Mucho cristal obró para zafiro.  
Tomó el pliego y besóle,  
Y tres ó cuatro veces repasóle  
Con señas diferentes,  
Que es costumbre de esplas y de ausen-  
Pidió la escribanta, [tes,  
Volvió otra vez á perturbarse el día,  
Los cielos se cubrieron,  
A la tinta las lágrimas suplieron;  
Y mientras escribia,  
Un alma en cada lágrima cabia,  
Siendo en tantos renglones  
Las almas muchas mas que las razones.  
Cerró llorando el pliego,  
Sellóle, despachóme, y partí luego  
Otra vez por la posta. [ta;  
Pareciéndome el mundo senda angos-  
Y con el «fuera, aparta»,  
Entré por Santaren, y esta es su carta.  
PRÍNCIPE.  
Levanta, Brito, del suelo;  
Que solo tú puedes dar  
Tal alivio á mi pesar,  
Tal fin á mi desconsuelo.  
Toma esta cadena, Brito,  
En tanto que á besar llevo  
Las letras de aqueste pliego,  
Que Inés con el llanto ha escrito.

BRITO.  
Besa muy enhorabuena,  
Mientras que, tomada á peso,  
Primero yo tambien peso  
Las letras desta cadena.  
El Rey.

PRÍNCIPE.  
¿ Mi padre ?

BRITO.  
Señor,  
El mismo.

PRÍNCIPE.  
Guardaré el pliego  
De Inés.

BRITO.  
Y yo á guardar iré  
Mi cadena, que es mejor.

Sale EL REY DON ALONSO.

REY.  
¿ Príncipe ?

PRÍNCIPE.  
Señor.

REY.  
¿ Qué haceis ?

PRÍNCIPE.  
¿ Vos aquí ?

REY.  
No hay que admiraros  
De que venga yo á buscaros,  
Pedro, pues vos no lo haceis.  
Yo os quisiera hablar despacio.

PRÍNCIPE. (Ap.)  
Hoy corre mi amor fortuna.

REY.  
¿ Quién sois vos ?

BRITO.  
Señor, soy una  
Sabandija de palacio.

REY.  
¿ De qué al Príncipe servís ?

BRITO.  
De mozo fidalgo.

REY.  
Bien.

¿ De camino estáis tambien ?

BRITO.  
Soy su maza.

REY.  
¿ Qué decis ?

BRITO.  
Que voy siempre con su alteza  
Adonde quiera que va.

REY.  
Y aun donde no va.

BRITO.  
Esa es ya  
Maliciosa sutileza.

REY.  
Algo desembarado  
Sois.

BRITO.  
Sí, Señor poderoso;  
Que en palacio al vergonzoso  
Siempre el refrán ha culpado.

REY.  
¿ Cómo os llamais ?

BRITO.  
Brito.

REY.  
¿ Vos  
Sois Brito ? Ya quién sois sé;  
Sois hombre de mucha fe.

BRITO.  
Eso sí, Señor, por Dios,

Porque con ella he servido  
A su alteza, como ya  
De mi satisfecho está.

PRÍNCIPE.  
Es Brito muy entendido;  
Con razon le estimo y quiero,  
Téngole notable amor.

REY.  
Para que le hagais favor  
No habrá menester tercero;  
Que en esto debe tener  
Gran maña y agilidad.

BRITO.  
Mintió á vuestra majestad  
Quien fué de ese parecer;  
Que á su alteza no le han dado  
Tan pocas partes los cielos,  
Que haya menester anzuelos  
En el ardid del criado.  
No me ha menester á mí  
Para ninguna faccion,  
Porque los méritos son  
Siempre terceros de sí.  
Y cuando en alguna se halle  
Dificultosa de obrar,  
No ha de ir, ni es justo, á buscar  
Alcabueta á la calle;  
Porque el Príncipe es humano,  
Y alguna vez se enamora,  
Aunque á esta plaza hasta ahora  
No le he tomado una mano.  
Vuestra majestad real  
Perdone esas baratijas,  
Porque hasta en las sabandijas  
La defensa es natural.  
Y adios; que contra cautelas  
De palacio asisto en mí,  
Que estoy indecente así  
Con botas y con espuelas. (Vase.)

REY.  
Pedro, los que hemos nacido  
Padres y reyes, tambien  
Hemos de mirar el bien  
Comun mas que el nuestro.

PRÍNCIPE.  
Padre y señor, atencion  
Debida á esa majestad;  
¿ Qué me mandais ?

REY.  
Escuchad,  
Veréis que tengo razon.  
Yo os he casado en Navarra  
Con la Infanta, que Dios guarde,  
Y en Lisboa á vuestras bodas  
Se han hecho fiestas, y tales,  
Que todos nuestros fidalgos  
Procuraron señalarse,  
Dando muestras con su afecto  
De ser nobles y leales.  
Despues que llegó la Infanta,  
He reparado que sale  
A vuestro rostro un disgusto,  
Que os divierte de lo afable,  
Os retira de lo alegre;  
Y solo pueden llevarse  
Aquestos extremos, Pedro,  
Donde hay mucho amor de padre.  
Doña Blanca disimula,  
Y aunque la causa no sabe,  
Piensa que sin duda es ella  
Causa de vuestros pesares.  
Hacedme gusto de verla  
Con amoroso semblante;  
Príncipe, desenojadla,  
Que es vuestra esposa; no halle,  
Cuando con vos tanto gana,  
El perderse en el ganarse.  
Yo os lo ruego como amigo,  
Os lo pido como padre,

Os lo mando como rey,  
No deis lugar á enojarme.  
Ella viene; aquí os quedad;  
Prudente sois, esto baste. (Vase.)

PRÍNCIPE.  
¿ Ay Inés, cómo por tí,  
Loco, rendido y amante,  
Ni admito la correccion,  
Ni hay ventura que me cuadre !

Sale LA INFANTA.

INFANTA.  
Guarde Dios á vuestra alteza.

PRÍNCIPE.  
¿ Señora ?

INFANTA.  
¿ Príncipe ?

PRÍNCIPE.  
¿ Dadme  
La mano á besar.

INFANTA.  
Señor,  
Deteneos; que no es galante  
Accion que beséis mi mano,  
Cuando advierto que no sale  
Ese cortésano afecto  
De marido ni de amante.  
Yo, Señor, soy vuestra esposa;  
Y debeis considerarme  
Reina ya de Portugal.  
Sí fui de Navarra infanta.

PRÍNCIPE.  
(Ap. Eso no, viviendo Inés.)  
Señora, solo un instante  
Os suplico que me deis  
Audiencia; sentaos y hable  
El alma, que muda ha estado,  
Hasta poder declararse.

INFANTA.  
Decid.

PRÍNCIPE.  
Atended.

INFANTA.  
Ya oigo.  
Pasad, Príncipe, adelante.

PRÍNCIPE.  
Casé, Señora, en Castilla  
(Obedeciendo á mi padre)  
Primera vez con su infanta,  
Que en globos de estrellas yace.  
Tuve desta dulce union  
Un hijo, y puesto que sabe  
Vuestra alteza estos principios,  
Paso á lo mas importante.  
Cuando mi difunta esposa  
Vino conmigo á casarse,  
Pasó á Portugal con ella  
Una dama suya, un ángel,  
Una deidad, todo un cielo;  
Perdóneme que la alabe  
Vuestra alteza en su presencia,  
Que, informada de sus partes,  
Importa, porque disculpe  
Osadas temeridades,  
Cuando advertida conozca  
La causa de efectos tales.  
Era al fin (por acabar  
La pintura desta imágen,  
El retrato deste sol,  
Deste archivo de deidades)  
Doña Inés de Castro Coello  
De Garza, que con su padre  
Pasó á servir á la Reina,  
Mejor dijera á matarme;  
Y aunque siempre su hermosura  
Fué una misma, ni un instante  
Me atrevi, Señora, á verla  
Con pensamientos de amante;

Que á sola mi esposa entences  
 Rendí de amor vasallaje,  
 Hasta que, cruel, la Parca  
 Le cortó el vital estambre.  
 Muerta mi esposa, trató  
 Casarme otra vez mi padre  
 Con vuestra alteza, Señora,  
 Que el cielo mil siglos guarde,  
 Sin que este segundo intento  
 Conmigo comunicase;  
 Yerro que es fuerza que ahora  
 Vuestro decoro le pague,  
 Y le sienta yo, por ser  
 Vuestra alteza á quien se hace  
 La ofensa; que el sentimiento  
 No será bien que me falte  
 A tiempo que por mi causa  
 Padeceis tantos desaires.  
 (Ap. Confusa, hasta ver el fin,  
 Será fuerza que se halle.)  
 Muerta, Señora, ya mi esposa amada,  
 Querida tanto como fué llorada,  
 Pasados muchos días de tormento,  
 Difunto el gusto y vivo el sentimiento,  
 En un jardín, al declinar el día,  
 Mis imaginaciones divertía,  
 Mirando cuadros y admirando flores,  
 Archivos de hermosuras y de olores.  
 Al doblar una punta de claveles  
 Desta hermosa pintura los pinceles,  
 Al pasar por un monte de azucenas,  
 Que mirar su blancura pude apenas,  
 Porque la cauditez de su hermosura  
 La vista me robó con la blancura;  
 Y en una fuente hermosa,  
 Que tenía el remate de una rosa,  
 Para su adorno un Fénix de alabastro,  
 Vi á doña Inés de Castro,  
 Que al márgen de la fuente  
 Se miraba en el agua atentamente;  
 Y olvidado de mí, viendo mi muerte  
 En su deidad, la dije desta suerte:  
 «Nunca pensé que pudiera,  
 Muerta mi esposa, querer  
 En mi vida otra mujer,  
 Ni que otro cuidado hubiera  
 Con que el dolor divertiera  
 De mi pena y mi dolor;  
 Pero ya he visto en rigor,  
 Advirtiéndome tu deidad,  
 Que aquello fué voluntad,  
 Y aquesto solo es amor.  
 ¿Cómo puede ser ¡ay cielos!  
 Que en mi casa haya tenido  
 El mismo amor escondido,  
 Sin que remontase el vuelo  
 A su atención mi desvelo?  
 Cómo este bien ignoré?  
 Cómo ciego no miré?  
 Cómo en esta luz hermosa  
 No fui incauta mariposa,  
 Y cómo no te adoré?»  
 Hice este discurso apenas,  
 Cuando á mirarme volvió  
 El rostro, y entonces yo  
 Puse silencio á mis penas;  
 Heladas todas las venas,  
 Quedé, mirándola, helado;  
 Ella, el aliento turbado,  
 Quiso hablar, hablar no pudo,  
 Quedó suspensa, y yo mudo,  
 En su imagen transformado.  
 El alma á verla saltó  
 Por la puerta de los ojos,  
 Y á sus plantas, por despojos,  
 Las potencias le ofreció;  
 El corazón se rindió  
 Solo con llegar á ver  
 Esta divina mujer,  
 Y ella, viéndome rendido  
 Y en su hermosura perdido,  
 Pagó con agradecer.

Desde este instante, Señora,  
 Desde aqueste punto, Infanta,  
 Hicimos tan dulce union,  
 Reciprocando las almas,  
 Que girasol de su luz,  
 Atento á sus muchas gracias,  
 Vivo en ella tan unido  
 Debajo de la palabra  
 Y fe de esposo, que amor,  
 Cuando perdido se halla,  
 Para poderle cobrar,  
 Se busca entre nuestras ansias.  
 En una quinta que está  
 Cerca del Mondego pasa  
 Ausencias inexcusables,  
 Solamente acompañada  
 A ratos de mi firmeza,  
 Y siempre de su esperanza.  
 Tenemos de aqueste logro  
 De Cupido, desta llama  
 Del ciego dios, dos infantes,  
 Dos pimpollos y dos ramas,  
 Tan bellos, que es ver dos soles  
 Mirar sus hermosas caras.  
 Querémonos tan conformes,  
 Son tan unas nuestras almas,  
 Que á un arroyo ó fuentequilla,  
 Adonde algunas mañanas  
 Sale á recibirme Inés,  
 Todos los de la comarca  
 Lllaman, por lisonjearnos,  
 El Penedo de las ansias.  
 En fin, Señora, mi amor  
 Es tan grande, que no hay planta  
 Que para amar no me imite,  
 No hay árbol que con las ramas  
 Esté tan unido, como  
 Lo estoy con mi esposa amada.  
 Y aunque parezca desaire  
 A vuestra alteza contarla  
 Aqueste empleo, he advertido  
 Que es mejor, para obligarla,  
 Cuando engañada se advierte,  
 Decirlo y desengañarla;  
 Pues cuando de Portugal  
 No sea reina, en Alemania,  
 En Castilla y Aragon  
 Hay principes, que estimaran  
 Saber aquesta ventura,  
 Que habeis juzgado á desgracia;  
 Y porque me espera Inés,  
 Y culpárá mi esperanza,  
 Dadme licencia, Señora,  
 Que á verme en su cielo vaya,  
 Pues bien es que asista el cuerpo  
 Allá donde tengo el alma. (Vase.)

INEANTA.

¿Han sucedido á mujer  
 Como yo tales desaires?  
 ¿Cómo es posible que viva  
 Quien ha oído semejante  
 Injuria? Al arma, venganza,  
 Despida el pecho volcanes  
 Hasta quedar satisfecha;  
 Muera conmigo quien hace  
 Que á una infanta de Navarra  
 El decoro la profanen;  
 Que una mujer celosa y agraviada,  
 Sola consigo mismo es comparada;  
 Que si la aflige amor y acosan celos,  
 Aun seguros no están della los cielos. (Vase.)

Sale DOÑA INÉS, en traje de caza,  
 con escopeta, y VIOLANTE, criada.

VIOLANTE.

¿No estás cansada, Señora?  
 DOÑA INÉS.

Sí, Violante, y triste estoy;  
 Hacia el Mondego me voy,

Que el sol el ocaso dora;  
 Y antes que sea mas tarde,  
 Pues Pedro no viene, quiero  
 Retirarme.

VIOLANTE.

Siempre espero  
 Que hagás de tu gusto alarde,  
 Sin cuidados amorosos.

DOÑA INÉS.

Violante, no puede ser;  
 Que en la que llega á querer  
 No hay instantes mas gustosos  
 Que los que da á su cuidado;  
 ¿Qué será no haber venido  
 Mi Pedro?

VIOLANTE.

Le habrá tenido  
 El Rey, su padre, ocupado;  
 Desecha ya la tristeza  
 Que te aflige.

DOÑA INÉS.

No te asombre;  
 Que, aunque Pedro es rey, es hombre,  
 Y temo olvidos.

VIOLANTE.

Su alteza  
 Solo en tí vive, Señora,  
 Solo tu amor le desvela.

DOÑA INÉS.

Como el pensamiento vuela,  
 Hizo este discurso ahora.  
 Violante, advierte mi pena;  
 Que no temo sin razon,  
 Ni esta profunda pasion  
 Es bien que la juzgue ajena;  
 El Principe, mi señor,  
 Aunque amante le he advertido,  
 Se ve, Violante, querido,  
 Y esto aumenta mi temor;  
 Advierto que está delante,  
 Contrastando mi fortuna,  
 Una hermosa Venus, una  
 Blanca, de Navarra infanta;  
 Su padre quiere casarle,  
 Aunque casado se ve,  
 Y puede ser que mi fe  
 Llegue, Violante, á cansarle;  
 Mira tú si mi fortuna  
 Infelice puede ser,  
 Que á la mas cuerda mujer  
 Se la doy de dos la una;  
 Toma esa escopeta allá,  
 Ya que esta la quinta es.

VIOLANTE.

Descansa, Señora, pues.

DOÑA INÉS.

Todo disgusto me da.

VIOLANTE.

¿Quieres, Señora, que cante,  
 Para divertir tu pena,  
 Una letrilla muy buena,  
 Que te alegre?

DOÑA INÉS.

Sí, Violante;  
 Canta, y no por alegrar  
 Mi pena te lo consiento,  
 Sino porque á mi tormento  
 Quisiera un rato aliviar.

VIOLANTE. (Canta.)

Saudade miña,  
 ¿Cando vos veria?  
 Diga el pensamiento,  
 Pues solo él lo siente,  
 Adorando ausente,  
 Lo que de vos siento;  
 Mi pena y tormento  
 Se trueque en contento  
 Con dulce porfia.

DOÑA INÉS Y VIOLANTE.

Sadade miña,  
¿Cando vos vería?

VIOLANTE. (Canta.)

Miña anadade,  
Caro señor meu,  
¿A quién diré en  
Tanca verdade?  
La miña vontade  
Cuidadosa persuade  
De noite y de día;  
Sadade miña,  
¿Cando vos vería?

VIOLANTE.

Parece que se ha dormido,  
Y con paso diligente  
Vocitearás la hermosa fuente  
Todo el curso suspendido;  
Dejarla quiero al beleño  
Deite descanso, entre tanto  
Que da treguas a su llanto.  
Arboles, guardadla el sueño. (Vase.)

Salen EL PRÍNCIPE Y BRITO.

PRÍNCIPE.

Gracias a Dios, Brito amigo,  
Que te salido a ver mi bien;  
¿Quién fue mas dichoso? ¿Quién  
Pudo igualarse conmigo?  
¿Posible es, Brito, que estoy  
Bonde pueda ver mi esposa,  
Entre cuya llama hermosa  
Simple mariposa soy?

BRITO.

Tan posible, que llegamos  
A la quinta, que está enfrente  
Del Mondego.

PRÍNCIPE.

Aguarda, tente.

BRITO.

¿Has visto algo entre los ramos?

PRÍNCIPE.

¿No ves a Inés celestial,  
Que aquí a la vista se ofrece?

BRITO.

Que está dormida parece  
Al márgen de aquel cristal  
Que la fuente vierte; calla,  
No la despiertes, Señor.

PRÍNCIPE.

Díselo, Brito, a mi amor.

BRITO.

Luego ¿quieres despertalla?

PRÍNCIPE.

Quiero, Brito, y no quisiera  
Impediría el descansar.

BRITO.

Será lástima inquietar  
Su sosiego.

DOÑA INÉS. (Soñando.)

Tente, espera.

PRÍNCIPE.

Parece que habla.

BRITO.

Señor, entre sueño hablando,  
¿Qué estará mi bien soñando?

PRÍNCIPE.

Contigo el sueño será.

BRITO.

Contigo el sueño será.

DOÑA INÉS. (Vuelte a hablar como soñando.)

Que me mata; tente, aguarda.—  
¿Alonso, Dionis, Violante?

DD. C. de L.-II.

PRÍNCIPE.

Deja, Brito, que adelante  
Pase, porque ya se tarda  
Mi deseo en ver despierto  
Mi bello sol.

BRITO.

Llega pues;

Pero despertar a Inés  
Será grande desacierto.

DOÑA INÉS.

No me maten tus rigores;  
¿Por qué me quitas la vida,  
Pedro, Pedro de mi vida?  
Esposo, mi bien.

PRÍNCIPE.

Amores.

Mucho he debido al pesar  
Que en ti ha ocasionado el sueño,  
Pues te traje, hermoso dueño,  
En mi pecho a descansar.

DOÑA INÉS.

Pedro, Señor, dueño amado.

PRÍNCIPE.

¿Qué tienes, Inés?

DOÑA INÉS. (Despierta.)

Soñaba

Que la vida me quitaba...

PRÍNCIPE.

¿Quién?

DOÑA INÉS.

Un leon coronado,

Y que a mis hijos (¡ay cielos!)

De mis brazos ajentaba,

Y airado los entregaba

(Aun no cesa mi recelo)

A dos brutos, que inhumanos

Los apartaron de mí.

PRÍNCIPE.

¿Eso, Inés, soñaste?

DOÑA INÉS.

Sí.

PRÍNCIPE.

Fueron tus receelos vanos;

Desecha, Inés, el dolor,

Cóbrate mas valerosa;

Si bien estás mas hermosa

Con el susto y el temor.

DOÑA INÉS.

¿Eres mio?

PRÍNCIPE.

Tuyo soy.

DOÑA INÉS.

Y tuya mi fe será.

BRITO.

¿Adónde Violante está?

A pediría celos voy.

(Vase.)

DOÑA INÉS.

Nunca como hoy, dueño mio,

Temí de mi amor mudanzas,

No porque de ti no lo,

Sino por ser desdichada;

Apenas de nuestra quinta

Sali a caza esta mañana,

Cuando vi una tortolilla

Que entre los chopos floraba

Su amante esposo perdido;

Yo, de verla lastimada,

Llegué a temer que mi suerte

No me trajese a imitarla;

Vi luego que de una vid

Un olmo galan se enlaza,

Y envidiosa de sus dichas,

También se me turbó el alma,

Pues un tronco bruto goza

Posesion mas bien lograda,

Y yo apenas gozo el bien,

Cuando todo el bien me falta;

Y como en la tortolilla  
He visto mas declaradas  
Mis sospechas temerosas,  
Siendo yo tan desdichada,  
¿Qué mucho, Pedro, que tema  
Llegar a imitar sus ansias?

PRÍNCIPE.

¡Inés, si el sol en la tierra,  
Como produce las plantas,  
Infundiera en cada flor  
Una dejada, y llegara  
A reducir las bellezas  
Con las de tu hermosa cara  
(Que es la mayor, dueño mio)  
En otra mujer, palabra  
Te doy que, siendo yo tuyo,  
En mi corazon no hallara  
Ni un cortésano cariño,  
Ni una amorosa palabra,  
Ni un pequeño ofrecimiento,  
Ni un afecto en que mostrara  
Atomos de la afición  
Con que te adoro; que tanta  
Fuerza tiene tu hermosura  
Desde que está retratada  
En mi pecho, que tu nombre  
Tiene por objeto el alma;  
Alonso y Dionis; ¿dónde  
Están?

Sale ALONSO, niño.

ALONSO.

¿Padre?

PRÍNCIPE.

Pregunta amada,

¿Y vuestro hermano?

ALONSO.

Señor,

Ahora merendando estaba;

¿Quieres que vaya a llamarle?

PRÍNCIPE.

Sí, mi vida.

DOÑA INÉS.

Espera, aguarda.

Salen BRITO Y VIOLANTE, alborotados.

BRITO.

Señor, Señor, oye.

PRÍNCIPE.

Brito,

¿Qué dices?

VIOLANTE.

¿Señora?

DOÑA INÉS.

Cielos,

¿Qué es esto? Dílo, Violante.

VIOLANTE.

Dílo, Brito; que no puedo.

PRÍNCIPE.

¿De qué os turbais? Hablad.

BRITO.

Por la orilla del Mondego,

Y el camino de la quinta,

Tres coches han descubierto,

Y del Rey parecen.

DOÑA INÉS.

¿Hay

Mas desdicha?

PRÍNCIPE.

Vé en un vuelo,

Y reconoce quién es.

BRITO.

Ya yo he visto, aunque de lejos,

Que el Rey y la Infanta vienen,

Alvar González con ellos,

Y Egas Coello.

PRÍNCIPE.  
Ambos son  
Dos traidores encubiertos.  
VIOLANTE.  
Ya llegan.  
DOÑA INÉS.  
Pues yo me voy  
A retirar.  
PRÍNCIPE.  
Detenéos,  
Señora; que estando yo  
Con vos, no hay que temer riesgo.

*Salen EL REY y LA INFANTA, ALVAR GONZALEZ, EGAS COELLO y ACOMPAÑAMIENTO.*

REY.  
Aquesta es la quinta; entrad.—  
¿Pedro?

PRÍNCIPE.  
Señor, ¿qué es aquesto?  
INFANTA.

Ahora empieza mi venganza.

DOÑA INÉS.  
Ahora empiezan mis celos

REY.  
Ahora empieza mi castigo.

PRÍNCIPE.  
Ahora empieza mi tormento.

ALVAR.  
Ahora se enoja el Rey.

EGAS.  
Ahora la echa del reino.

VIOLANTE.  
Ahora te echan á gaieras.

BRITO.  
Ahora te dan docientos,  
Por alcahueta, Violante.

VIOLANTE.  
Miente y calla.  
BRITO.  
Callo y miento.

REY.  
No sé cómo reportarme.  
En fin, principe don Pedro,  
¿Ocasionalis á que haga  
Vuestro padre estos excesos  
De salir, para buscaros  
Fuera de la corte?

DOÑA INÉS.  
¿Cielos!  
Temiendo estoy su rigor;  
Pero, con todo, yo llego.—  
Deme vuestra majestad  
A besar su mano.

REY.  
¿El cielo  
Mayor belleza ha formado?  
De mirarla me estremezco.—  
¿Cómo os llamais?

DOÑA INÉS.  
Doña Inés  
De Castro.

REY.  
Alzáos del suelo.

DOÑA INÉS.  
Quien á vuestros piés se ve,  
Goza, Señor, de su centro,  
Pues en ellos...

REY.  
Levantad.

DOÑA INÉS.  
Toda mi ventura tengo.

REY.  
¿Qué honestidad! qué cordura!  
¿Quién es este caballero?

PRÍNCIPE.  
Un deudo cercano mio.

REY.  
Tambien vendrá á ser mi deudo;  
Muy lindo es.—¿Cómo os llamais?

ALONSO.  
Alonso, al servicio vuestro.

REY.  
Por vuestro abuelo será.

DOÑA INÉS.  
Tiene muy honrado abuelo.

REY.  
Y muy hermosa y muy noble  
Madre.

INFANTA.  
¿Qué ha sido esto, cielos!

REY.  
Vamos.

INFANTA.  
¿A esto el Rey me trae!  
Perderé el entendimiento.

REY.  
Venid, Infanta.

EGAS.  
Señor,  
Ved que para vuestro reino  
Esté inconveniente es grande.

ALVAR.  
Y con este impedimento  
De doña Inés, doña Blanca  
No logrará su deseo  
De casar en Portugal.

REY.  
Ya lo he mirado, Egas Coello;  
Mas no es ocasion ahora  
De salir de tanto empeño.

ALONSO.  
Dadme la mano, Señor,  
Y la bendicion.

REY.  
¿Qué bueno!  
¿Hay mas gracioso muchacho!

INFANTA.  
Mis desdichas voy sintiendo.

REY.  
Adios, doña Inés.

DOÑA INÉS.  
Señor,  
Guardé mil años el cielo  
A vuestra real majestad,  
Para mi señor y dueño  
De mi albedrio.

REY.  
¿Inés!  
¿Cuánto con el alma siento  
No poder aquí, aunque quiera,  
Mostrar lo mucho que os quiero!

BRITO.  
Violante, adios; que me voy.

VIOLANTE.  
Brito, adios; que lo deseo.

PRÍNCIPE.  
Adios, Inés de mi vida.

DOÑA INÉS.  
Adios, adorado dueño.

PRÍNCIPE.  
¿Muerto voy!

DOÑA INÉS.  
¿Yo voy sin alma!

PRÍNCIPE.  
¿Qué desdicha!  
DOÑA INÉS.  
¿Qué tormento!

## JORNADA SEGUNDA.

*Salen LA INFANTA y ELVIRA, criada.*

INFANTA.  
Esta es ya resolucion;  
No me aconsejes, Elvira.

ELVIRA.  
Infanta, señora, mira  
Que aventuras tu opinión.

INFANTA.  
Aunque lo advierto, no ignoro  
Tambien que en desprecio tal,  
Una mujer principal  
Atropella su decoro;  
Deja ya de aconsejarme,  
Y repara que, agraviada,  
Ofendida y despreciada,  
He de morir ó vengarme;  
A muchas han sucedido  
Desprecios de voluntad,  
Mas no de la calidad  
Que yo los he padecido;  
Bien que Inés es muy bizarra,  
Y aunque hermosa llegue a verse.  
No es justo llegue á oponerse  
A una infanta de Navarra;  
Que compitiendo las dos,  
Aunque es grande su belleza,  
Para igualar mi grandeza  
Es poco el sol, vive Dios.

ELVIRA.  
El Rey sale.

INFANTA.  
Pues, Elvira,  
Déjame sola; que ahora  
He de hablar claro.

ELVIRA.  
Señora...

INFANTA.  
Obedece, calla y mira.

ELVIRA.  
Ya me voy, y ruégalo al cielo  
Que se acabe tu cuidado.

INFANTA.  
El agravio declarado  
No admite ningun consuelo.

*Sale EL REY, solo.*

REY.  
Dejadme solo, Coello;  
Que á solas pretendo hablarla.  
Quisiera desenojarla.

INFANTA.  
(Ap. Pues me ofrece su cabello  
La ocasion, quiero lograr  
Mi intento.) ¿Señor?

REY.  
¿Infanta?

INFANTA.  
¿Tanto favor? ¿Merced tanta?  
¿Que vos me veugais á honrar?  
¿Gran ventura!

REY.  
Blanca hermosa,  
Tanto os estimo y venero,  
Tanto, bella Infanta, os quiero,  
Que fuera dificultosa  
La accion que para servirlos  
No emprendiera; y este afeto,

Hijo de vuestro respeto,  
Me obliga siempre asistiros  
Con un modo afecto, y tal,  
Que en lo discreta y bizarra,  
Dudo si sois en Navarra  
Nacida ó en Portugal.

INFANTA.

Con tanto favor tratais  
Mi fe, que ciega os adora,  
Que confusa el alma ignora  
El modo con que me honrais;  
Pero advierte mi cuidado,  
Viendo estos extremos dos,  
Que me habeis querido vos  
Hablar como despojado,  
Y advertido del rigor  
Que el Principe usa conmigo,  
Como su padre y su amigo,  
Me mostrais en vos su amor.

REY.

¿En qué estaba divertida,  
Hija mia, vuestra alteza?

INFANTA.

Solo en pensar la presteza,  
Gran señor, de mi partida.

REY.

¿Cómo con tal brevedad,  
Infanta, os queréis partir?

INFANTA.

Eso le quiero decir;  
Oiga vuestra majestad:

Por concierto de mi hermano,  
Y vuestro (mudos pesares,  
Hoy hable la estimacion,  
Los demás afectos callen),  
A este mar de Portugal,  
De nuestros navarros mares,  
En una ciudad de leños,  
En una escuadra volante  
De delphin, que volaba  
A competencia del aire,  
Llegué, Señor (¡ay de mí!),  
Un lunes, para mi martes,  
Que en el día, y no en el día,  
Se contienen los azares;  
Fué tan prospero y feliz  
Este deseado viaje,  
Que parece que anunciaban  
Tan venturosas señales  
Presagios de la desdicha  
Que ahora llega á atormentarme;  
Salió vuestra majestad  
A recibirme y honrarme  
Con su persona y amor,  
Que son afectos de padre;  
Y cuando al Principe (¡ay cielos!)  
Esperaba, para darle,  
Entre la mano de esposa,  
Tiernos requiebros de amante,  
Posesion del albedrio,  
Uniendo las voluntades,  
Supe que quedó en Lisboa,  
Sin que su cuidado pase  
Siquiera á saber con quién  
Su alteza espera casarse;  
Este cuidado, si descuido  
Cuidadoso, fueron parte  
Para empezar (¡qué desdicha!)  
Toda el alma á alborotarse,  
Y á tener lo que lloré  
Dentro de pocos instantes.  
Cuatro veces murió el sol  
En los brazos de la tarde,  
Por cuya muerte la noche  
Vistió lutos funerales,  
Primero que de su cuarto  
Fuese al mío á visitarme;  
Si fué agravio á mi decoro,  
Juzguélo quien amar sabe.  
Al fin vuestra majestad

Fué á visitarle una tarde;  
Lo que le mandó, no sé,  
Mas bien puedo asegurarme  
Que en defender mi justicia  
Sería todo de mi parte;  
Al fin me vió, y los empeños  
Que tuve solo un instante  
Que le di audiencia, no es bien  
Que mi lengua los relate;  
Bástame, siendo quien soy,  
Que los sepa y que los calle;  
Que, á no ser dentro de mí  
Tan bizarra y tan galante,  
¿Cómo pudiera pasar  
Por el tropel de desaires  
Que me han sucedido? Cómo,  
Sin que abortara volcanes,  
Que en cenizas convirtiera  
A quien intentó agraviarme  
Atrevido y poco atento?  
Vamos, Señor, adelante,  
Y perdonad que los celos  
Lleguen á precipitarme,  
Y el corazón á los labios  
Se asome para quejarse.  
Pasadas muchas injurias,  
Que es bien que en silencio pase,  
A una quinta del Mondego  
Fui, porque vos me llevateis,  
A volver mas despreciada  
Que me habia mirado antes,  
Pues se siente mas la ofensa  
Cuando delante se hace  
De quien, mirando el desprecio,  
Llegará á vanagloriarse;  
Esto, Señor, que parece  
Que es sentimiento que hace  
Mi persona en exterior,  
Segun os muestra el semblante,  
No es sino que así he querido  
De mi suceso informarle,  
Porque sepa que no ignoro  
Lo que vuestra alteza sabe;  
Que, á no ser así, es sin duda  
Que no pasara el desaire  
De ir á requebrar los nietos,  
Cuando me ofreció vengarme;  
Y á no ser así tambien,  
¿Cómo pudiera llevarse  
Que doña lués compitiera  
(Aunque son muchas sus partes)  
Conmigo? Que no lo hermoso  
Igualar puede á lo grande.  
Decid al Principe vos,  
No como rey, como padre,  
Que sus empeños disculpe;  
Que ha acertado al emplearse  
En quien tan bien le merece,  
Y que mire, cuando agravie,  
Que no todas, como yo,  
Podrán desapasionarse.  
Este pliego es á mi hermano,  
Donde le pido que trate  
De enviar por mí, sin que sepa  
Lo que ha podido obligarme;  
Que no es bien que le dé cuenta  
De semejantes desaires.  
Con mi partida, Señor,  
Pongo fin á mis pesares,  
Principio al gusto de Inés,  
Y medio para que trate  
Don Pedro su casamiento,  
Sin que yo pueda estorbarlo;  
Que, aunque ya lo está en secreto,  
Como llegó á declararme,  
Parece que aumenta el gusto  
Saber que todos lo saben.  
Adios, Señor; no me tenga  
Tu majestad ni me trate  
Jamás sino de partirme;  
Porque sería obligarme  
A que haga, por detenerme,

Lo que no por despreciarme;  
Que, aunque ahora soy prudente,  
No sé, en llegando á enojarme,  
Si me valdrá la prudencia  
Para no precipitarme.  
No detenerme es cordura;  
A mi cuarto voy, que es tarde.  
No hay, Señor, de qué advertirme;  
Que, pues llegué á declararme,  
Todo lo habré ya mirado  
(¡Voy muriendo!); el cielo os guarde.

REY.

Oye, Infanta.

INFANTA.

Alonso invicto,  
Vuestra majestad no mande  
Que un instante me detenga,  
O vive Dios, que á esos mares,  
Parténope desdichada,  
Me arroje para anegarme. (Vase.)

REY.

¿Alvar Gonzalez, Coello?

Salen LOS DOS.

ALVAR.

¿Señor?

REY.

Partid al instante,  
Y detened á la Infanta.

ALVAR.

Ya voy.

EGAS.

El Principe sale.

REY.

No sé cómo de mi enojo  
Ahora podrá librarse.  
¿Qué así me empuñe mi hijo!  
Irme quiero sin hablarle;  
Que si le hablo, sospecho  
Que no podré reportarme.

Sale EL PRINCIPE, solo.

PRINCIPE.

Señor, ¿vuestra majestad  
Conmigo airado el semblante?  
¿La espalda volveis, Señor,  
A vuestra hechura?

REY.

Dejadme,

No me hableis; que estoy cansado  
De ver vuestros disparates.  
Principe, no me veáis;  
Egas Coello, aquesta tarde,  
De Santaren al castillo  
Le llevad preso, allí pague  
Inobediencias que háp sido  
Causa de males tan grandes.

EGAS.

¿Qué principe tan prudente!

PRINCIPE.

Pues yo, Señor, ¿por qué?

REY.

Baste;

Ahora veréis si es mejor  
Obedecer ó enojarme. (Vase.)

PRINCIPE.

En fin, Coello, ¿que voy  
Preso á Santaren?

EGAS.

Así

Lo manda su alteza; á mí,  
Que noble criado soy,  
Me toca el obedecer.

PRINCIPE.

¿Sois vos mi acaide?

EGAS. El cuidado  
Y el guardaros ha fiado  
A mi noble proceder  
Y á sola la lealtad mia;  
Y así, es forzoso el hacerlo.

PRÍNCIPE.  
Si ahora anochece, Coello,  
Mañana será otro día.

EGAS.  
En cualquier aurora es  
Mi lealtad muy de español.

PRÍNCIPE.  
Mil cosas fomenta el sol,  
Que las deshace despues.

EGAS.  
Yo sé que llevo á servir  
Con fe, Señor, verdadera;  
Y así, muera cuando muera,  
Como os sirva con morir.

PRÍNCIPE.  
Creo que pena os ha dado  
El vernos que preso voy.

EGAS.  
Sé que vuestro esclavo soy,  
Y que solo mi cuidado  
Os sirve dias y noches,  
Como criado de ley.

PRÍNCIPE.  
Coello, sirvamos al Rey;  
Id á prevenir los coches.  
(Vase Egas Coello.)

Sale BRITO.

¿Qué hay, Brito? ¿Qué te parece  
De estrella tan importuna?

BRITO.  
Desto nos da la fortuna  
Cada día que amanece.

PRÍNCIPE.  
¿Qué doloroso trasunto!  
¿Muerto estoy! ¿Estoy perdido!

BRITO.  
Solo Belerma ha vivido  
Con el corazón difunto.

PRÍNCIPE.  
Parte, Brito, dile á Inés...  
¿Así te vas?

(Hace Brito que se va.)

BRITO.  
¿Por qué no?

PRÍNCIPE.  
¿Qué le dirás?

BRITO.  
¿Qué sé yo?  
Ya te lo diré despues.  
Quisiera, Señor, ponerme  
En la iglesia de San Juan,  
Porque esperezos me dan  
De que el Rey ha de prenderme.

PRÍNCIPE.  
¿Y eso temes, Brito? Véte;  
Mas ¿por qué te ha de prender?

BRITO.  
Fácil es de conocer:  
Porque he sido tu alcahuete;  
Y en ocasion semejante  
Llegara á sentir de veras  
Ir á bogar á galeras,  
Como me dijo Violante.

PRÍNCIPE.  
Brito, vé á la esposa mia,  
Y dila que pierdo el seso  
Hasta que la vea.

BRITO.

Y tras eso,  
¿Cómo el Rey preso te envía?

PRÍNCIPE.  
Pues si preso me queria,  
¿Para qué dos veces preso?  
Que á explicar mi sentimiento  
No basto, y si á eso te obligo,  
Di todo lo que te digo,  
Pues no cabe en lo que siento.

BRITO.  
Diréle que partes ciego  
Por su amor, lo que la adoras,  
Lo que suspiras y lloras  
Cuando te abrasa su fuego.

PRÍNCIPE.  
A mucho te has obligado;  
Que el mal á que estoy rendido  
Bien cabe en lo padecido,  
Mas no cabe en lo explicado.  
Dila que el Rey inhumano...  
Oye, Brito, y no la aflijas,  
Y aquellas dos perlas, hijas  
De aquel nácar castellano...

BRITO.  
No te entenezcas, Señor;  
Mira que llorando estás.

PRÍNCIPE.  
¿Ay, Brito! no puedo mas.

BRITO.  
¿Adónde está tu valor?  
Préndate el Rey, que el proceso  
Podrás romper algun día.

PRÍNCIPE.  
Mas si preso me queria,  
¿Para qué dos veces preso?  
(Vanse.)

Salen DOÑA INÉS y VIOLANTE.

VIOLANTE.  
¿Acabaste ya el papel?

DOÑA INÉS.

No.  
Pues ¿cómo?

DOÑA INÉS.  
He reparado  
Que no cabrá mi cuidado  
Ni mis finezas en él.

VIOLANTE.  
¿Leiste la glosa?

DOÑA INÉS.  
Sí,  
Y es tal, que pude llegar,  
Cuando la miré, á pensar  
Que se escribió para mí.

VIOLANTE.  
¿Sabesla ya?

DOÑA INÉS.  
Ya la sé.

VIOLANTE.  
¿Toda?

DOÑA INÉS.  
Nada hay que te espante;  
Mientras estuve, Violante,  
En mi cuarto, la estudié.

VIOLANTE.  
¿Quieres decirla, Señora?

DOÑA INÉS.  
Sí, Violante, aquesta es;  
Aliende.

VIOLANTE.  
Ya escucho.

DOÑA INÉS.  
Pues

No te diviertas ahora.  
*Mi vida, aunque sea pasión,  
No querría yo perdella,  
Por no perder la ocasion  
Que tengo de estar sin ella.*  
Dichoso y favorecido  
Me vi, Nise, en un instante,  
Y luego pasé de amante  
A extremo de aborrecido;  
Mas, aunque airado Cupido  
La flecha trocó en arpon,  
No pudo ser ocasion  
Para desear mi muerte;  
Que he de querer, por quererte,  
*Mi vida, aunque sea pasión.*  
El alma con que vivía  
Se fué á ti, cuando pensaba  
Que en mi pecho la hospedaba,  
Como tuya, siendo mía,  
Y aunque la pérdida via,  
Sin formar de amor querella,  
Contento me vi sin ella;  
Mas, á no ser en despojos,  
Nise, de tus bellos ojos,  
*No querría yo perdella.*  
Gobierno del hombre han sido  
Voluntad y entendimiento,  
Con que, á la razon atento,  
Mientras hombre fui, he vivido;  
Pero, despues que Cupido  
Puso en ti mi inclinacion,  
Puede tanto mi pasión,  
Que jamás, bella mujer,  
No te quisiera perder,  
*Por no perder la ocasion.*  
Cautivo y sin libertad  
Vivo despues que te vi,  
Y aunque vivi en mi sin mí,  
Rendido á tu voluntad,  
Esperé de ti piedad;  
Pero, despues que á mi estrella  
Tu imperio, Nise, atropella,  
Es tan contraria mi altura,  
Que ella misma me asegura  
*Que tengo de estar sin ella.*

Sale BRITO.

BRITO.  
Esconde, Inés, si es posible,  
Que no será fácil, de estos  
Peligrosos dulces ojos  
Los hermosos rayos negros;  
Esconde, por vida tuya,  
La canicula, lo fresco,  
Lo florido, lo nevado,  
Lo apacible, lo severo,  
Lo buscado, lo temido,  
Lo jugueton, lo compuesto,  
Lo alegre, lo mesurado,  
Lo lindo, lo mas que bello  
De esa cara; que un nublado  
No le ha de faltar á un cielo  
Donde hay tantas pesadumbres.

DOÑA INÉS.  
¿Qué dices?

BRITO.  
Véte de presto;  
Que viene la Infanta acá.

DOÑA INÉS.  
¿La Infanta acá?

BRITO.  
Pretendiendo  
Hallar en esa ribera,  
Por no perder el trofeo,  
Una garza que del aire  
Hoy ha derribado, entiendo  
Que ha de llegar.

DOÑA INÉS.  
Oye, Brito,  
¿Garza?

**BRITO.**  
**DOÑA INÉS.**  
 Y ¿ella le ha muerto?  
**BRITO.**  
 Sí, ella le mató; que á solas  
 Con un escuadrón soberbio  
 De pájaros salió armada.  
**DOÑA INÉS.**  
 Escuadrón sería de celos,  
 Pues vino á matarme á mí.  
**BRITO.**  
 En un alcazar soberbio,  
 Con la rímula en un mano,  
 Y en la otra mano una dólula,  
 La vieras como una Palas  
 O la borracha de Venus.  
**DOÑA INÉS.**  
 ¡Valgame Dios! ¿qué he de hacer?  
 Quiero retirarme, quiero  
 Que no me vea; mas no,  
 Sin duda es mejor acerbo  
 Esperarla y ver si pueden  
 Cortesanos cumplimientos  
 Obligarla.  
**BRITO.**  
 Díces bien.  
**DOÑA INÉS.**  
 Díme ahora de mi dueño,  
 ¿Cómo le dejaste, Brito?  
 ¿Tiene el príncipe don Pedro  
 Salud?  
**BRITO.**  
 Aunque de su parte  
 Solo á visitarle tengo,  
 Para que sepa, Señora,  
 Lo que pasa allá de nuevo,  
 No es posible; solo digo  
 Por ahora que se puede  
 Asegurar que esta noche  
 Venirá á verte.  
**DOÑA INÉS.**  
 ¿Cierto?  
**BRITO.**  
 Cierto.  
**DOÑA INÉS.**  
 Y dime, Brito, ¿qué hoy  
 De la Infanta?  
**BRITO.**  
 Que la veo  
 Ya junto á tí.  
**DOÑA INÉS.**  
 En hora mala  
 Venga á estorbar mis intencions.  
**Salen LA INFANTA, ALVAR GONZALEZ, EGAS COELLO y CALADONES.**  
**INFANTA.**  
 Mucha he sentido perderla.  
**ALVAR.**  
 Remontó, Señora, el vuelo  
 Tanto, que ha sido imposible  
 El hallarla.  
**INFANTA.**  
 El aire crees  
 Que en sí la habrá transformado  
 Para volar mas ligero.  
 Pues della, envidioso, pudo  
 Tomar ligereza.  
**DOÑA INÉS.**  
 El cielo  
 Dé á vuestra alieva, Señora,  
 La vida que yo deseo.  
**INFANTA.**  
 No me estuviera muy bien;  
 Inés, levántate del suelo;  
 ¿Vos aquí?

**DOÑA INÉS.**  
 Si esta ventura  
 De haberos, Señora, y veros,  
 Por estar aquí, he ganado,  
 Decir sin lisonja puedo  
 Que solo he sido dichosa  
 Aqueste instante que os veo.  
**INFANTA.**  
 ¿Cómo estáis?  
**DOÑA INÉS.**  
 Para servirlos,  
 Como mi señora y dueño.  
**INFANTA.**  
 (Ap. Parece que está muy triste;  
 ¿Si ha subido que á don Pedro  
 Le prendió el Rey? Es sin duda;  
 Pues amor, examinemos  
 Si podeis vivir en mí;  
 Que, aunque muerto ya os contemplo,  
 Para llegarlo á creer  
 Falta el último remedio.)  
 Triste estáis.  
**DOÑA INÉS.**  
 ¿Señora! ¿Yo?  
**INFANTA.**  
 No os afligís; que os prometo  
 Que me halgara de poder  
 Daros, doña Inés, consuelo.  
 El Príncipe en asistidos  
 Nunca pudo ser eterno,  
 Siempre ha menester casarse;  
 Ya lo está conmigo.  
**DOÑA INÉS.**  
 ¿Cielos!  
 ¿Qué decís?  
**INFANTA.**  
 Que á Santarén,  
 Como ya sabéis, fué preso,  
 Y saldrá para que así,  
 En un dichoso momento,  
 Junte dos almas, que vos  
 Habéis dividido.  
**DOÑA INÉS.** (Ap.)  
 Esto  
 No se puede ya llevar;  
 Que, fuera de ser desprecio,  
 Son celos; nadie lo vido  
 Cuérra en llegando á temeros.  
 Respondería quiero.  
**INFANTA.**  
 Inés,  
 Suspended un poco el vuelo  
 Con que ahora habéis volado;  
 Reducios á nuestro centro  
 Y sirvais de ejemplo,  
 De aviso y de claro ejemplo,  
 Que una blanca garza, hija  
 De la hermosura y del viento,  
 Voló esta tarde, y alíora,  
 Cuando ya llegaba al cielo,  
 La despidió en sus garras  
 Un gerifalte soberbio,  
 Enfadado de mirar  
 Que á su coronado ceño,  
 Desvanecida, intentase  
 Competir; esto es advertido,  
 Inés, no mas que de paso;  
 ¿Ya me entenderéis?  
**DOÑA INÉS.** (Ap.)  
 No puedo  
 Callar ya.  
**ALVAR.**  
 Mucha la Infanta  
 Se ha declarado.  
**EGAS.**  
 Yo temo  
 Alguna desdicha aquí.  
**DOÑA INÉS.**  
 Infanta, con el respeto

Que á tanta soberanía  
 Se debe, deciros quiero  
 Que no ajéis de mi nobleza  
 Lo encombrado con ejemplos.  
 Yo soy doña Inés de Castro  
 Coello de Gorra, y me veo,  
 Si vos de Navarra Infanta,  
 Reina de aqueste hemisferio  
 De Portugal, y casada  
 Con el príncipe don Pedro  
 Estoy primero que vos;  
 Mirad si mi casamiento  
 Será, Infanta, preferido,  
 Siendo conmigo hoy primero.  
 No penséis, Señora, no  
 Que es profanar el respeto,  
 Que debo hablaros así,  
 Sin responder que intento  
 Desempeñar á mi esposo.  
 Pues si él assiste en mi pecho,  
 Con él hablaré, no conmigo;  
 Y puesto que soy él, debo,  
 Si hablas como doña Blanca,  
 Responder como don Pedro.  
**INFANTA.**  
 Inés, ¿cómo os olvidáis  
 Que la que cayó del cielo  
 Era garza?  
**DOÑA INÉS.**  
 Y también blanca,  
 Segun vos dijais.  
**INFANTA.**  
 Bueno;  
 ¿Vos me respondeis á mí  
 Equivocos desacuordos?  
**DOÑA INÉS.**  
 Mal he hecho yo, Señora.  
**ALVAR.**  
 ¿Que así perdiese el respeto  
 A tanta soberanía?  
**DOÑA INÉS.**  
 (Si dice (valgame el cielo)  
 Que era blanca!  
**INFANTA.**  
 Bien está;  
 Retiros.  
**DOÑA INÉS.**  
 Amor, ¿qué es esto?  
**EGAS.**  
 El Rey viene ya.  
**INFANTA.**  
 Mi enojo  
 Quiero reprimir.  
**DOÑA INÉS.**  
 Yo entro  
 Temerosa y afligida.  
 Vamos, Violante; que espero  
 Hallar en Dios y Alguero  
 A mi pena algun consuelo.  
 (Vanse Inés y Violante.)  
**Salen EL REY y ACOMPAÑAMIENTO.**  
**REY.**  
 Lograr no pensé el hallaros.  
**BRITO.**  
 Vos á decir á don Pedro  
 Todo cuanto ha sucedido. (Vase.)  
**REY.**  
 Hija, Infanta, ¿qué es aquesto?  
 ¿Cómo ha pasado la tarde  
 Vuestra alieva en el empleo  
 De la casa?  
**INFANTA.**  
 Gran señor,  
 En la falda de este cerro,  
 Que la guarneció de plata

Un cristalino arroyuelo,  
Descubrimos una garza;  
Y aunque al remontar el vuelo  
Perdió la vida, volvió  
A vivir, Señor, de nuevo;  
Que no tengo con la garza  
Ni jurisdicción ni empleo,  
Después que una garza á mi  
Con viles celos me ha muerto.

REY.

No os entiendo.

INFANTA.

¡Ay gran señor!  
Pues bien podeis entenderlo;  
Que no es la enigma difícil  
Ni es el engaño encubierto.  
Doña Inés ahora acaba  
De decirme que don Pedro  
El príncipe es ya su esposo;  
Y aunque él lo dijo primero,  
No lo creí, por juzgar  
Que pudiera ser incierto;  
Mas después que doña Inés,  
Sin decoro y sin respeto,  
Se atrevió á decirlo aquí,  
Ha sido fuerza creerlo.

REY.

¿Que la modestia de Inés,  
Virtud y recogimiento,  
Pudo atreverse á perder  
La veneración que os tengo?  
Vive Dios, Alvar Gonzalez,  
Que el Príncipe, loco y ciego,  
Ha de ocasionarme á dar  
Con su muerte un escarmiento  
Tan grande, que á Portugal  
Sirva de futuro ejemplo.  
Yo remediaré esta injuria.

INFANTA.

Señor, el mejor remedio  
Es el no buscarle, pues  
Desde este instante os prometo  
Olvidar; que solo olvido  
Puede ser, si bien lo advierto,  
Medio para que se acabe  
Mi enojo, Señor, y el vuestro.

REY.

¿Qué os parece, Alvar Gonzalez?

ALVAR.

Señor, si ya todo el reino  
Espera con alegría  
Este feliz casamiento,  
Será grande inconveniente  
(Así, gran señor, lo entiendo)  
Que no llegue á ejecutarse;  
Y así, fuera buen acuerdo  
Apartar á doña Inés  
De Portugal.

REY.

¿Cómo puedo,  
Si está casada?

ALVAR.

Señor,  
Cuando aquese impedimento,  
Que es el mayor, no se pueda  
Remediar...

REY.

Dadme consejo.

ALVAR.

Me parece que la vida  
De Inés...

REY.

¿Qué decís?

ALVAR.

Entiendo...

REY.

Declaraos; ¿por qué teméis?  
Acabad.

ALVAR.  
Tengo por cierto  
Que peligrara.

REY.

¿Por qué?

ALVAR.

Señor, porque en solo eso  
Consistía el que pudiese  
Gozar la Infanta á don Pedro.

INFANTA.

Eso no; que mis agravios,  
Aunque ofendida los siento,  
No han de pasar á poder  
Conmigo mas que yo puedo.  
Viva mil siglos Inés;  
Que, si hoy por ella padezco,  
No es culpada en mis desdichas;  
Yo sí, pues yo las merezco.

REY.

Vamos á mirar mejor  
Lo que se ha de hacer en esto.

ALVAR.

¿A la ciudad?

REY.

No; que estoy  
Cansado y algo indispuerto,  
Vamos á la casería  
(Alvar Gonzalez) de Coello.

INFANTA.

¿Está cerca?

ALVAR.

Sí, Señora.

REY.

Disponed, piadoso cielo,  
Modo para consolarme;  
Que si aquesto dura, temo  
Que me han de acabar la vida  
Pesares y sentimientos.

INFANTA.

Vamos, Señor.

REY.

Vamos, hija.

INFANTA.

¿Qué valor!

REY.

¿Qué entendimiento!

INFANTA.

¿Qué prudencia!

REY.

¿Qué cordura!

Dadme la mano; que quiero  
Ser vuestro escudero yo.

INFANTA.

Tanto favor agradezco.

REY.

¿Quién viera de aquesta suerte,  
Blanca hermosa, á vos y á Pedro!  
(Vanse.)

Salen DOÑA INÉS y EL PRÍNCIPE  
DON PEDRO.

DOÑA INÉS.

Digo que no me aseguro.

PRÍNCIPE.

¿Posible es que no conoces  
Que es imposible engañar,  
Inés, tus hermosos soles?  
Cese el disgusto, bien mio,  
Y acábense los rigores;  
No me mates con desdenes,  
Basta matarme de amores.  
¿Tú enojada? Tú tan triste?  
¿Cómo puede ser que borren  
Nublados de tu disgusto  
Tus hermosos esplendores?  
Habla, Inés, dime tu pena;

¿Por qué, mi bien, no respondes  
Mas vale, si he de morir,  
Que me refieran tus voces  
La causa por qué me matas;  
No es bien que, sintiendo el golpe,  
Cuando no ignoro el morir,  
El por qué, mi bien, ignore.

DOÑA INÉS.

Señor, esposo, mi vida,  
Dueño mio, Pedro.

PRÍNCIPE.

Ahorre

Tu lengua, Inés, epítetos,  
Y dime ya quién te pone  
A ti en tales desconuelos  
Y á mi en tantas confusiones.

DOÑA INÉS.

Tu padre...

PRÍNCIPE.

Dilo.

DOÑA INÉS.

Pretende...

PRÍNCIPE.

Prosigue, mi bien.

DOÑA INÉS.

Dispone...

PRÍNCIPE.

¿Qué te turbas?

DOÑA INÉS.

Que te cases.

PRÍNCIPE.

Si aqueos son tus temores,  
Inadvertida has andado,  
Pues sabes que en todo el orbe  
No he de tener otro dueño.

DOÑA INÉS.

Aunque miro tus acciones,  
Esposo y señor, dispuestas  
A hacerme tantos favores,  
Es bien advertias que ya  
La fortuna eruel dispone  
Que te pierda, dueño mio,  
Y que de tus brazos goce  
La Infanta, que te previene  
Tu padre para consorte;  
Y puesto que no es posible  
Que seas mio, ni que logre  
Mas finezas en tus brazos,  
Será fuerza que me otorgues,  
Pedro, dueño de mi alma,  
Piadosas intercesiones,  
Para que el Rey, de mi vida  
La vital hebra no corte.  
Con tus hijos vivirá  
En lo áspero de los montes,  
Compañera de las fieras,  
Y con gemidos feroces  
Pediré justicia al cielo,  
Pues que no la hallé en los hombres,  
De quien de tan dulce lazo  
Aparta dos corazones.  
Mis hijos y yo, Señor,  
Con tiernas exclamaciones,  
Huérfanos y sin abrigo,  
Darémos ejemplo al orbe  
De los peligros que pasa  
Y á cuantas penas se expone  
Quien, sin ver inconvenientes,  
Se casa loca de amores.  
Por lo que un tiempo me quiso,  
Señor, es bien que me otorgue  
Esta merced; no padezca  
Quien fué vuestra, los rigores  
De una injusticia, mi bien;  
Que mármoles hay y bronces  
Que harán vuestra fama eterna.  
Ahora es tiempo de que note  
La mayor fineza en vos;

Mostrad, mostrad los blasones  
De vuestra heróica piedad,  
Para que conozca el orbe  
Que si matarme el Rey ha pretendido,  
Me habeis, querido dueño, defendido  
Con valiente osadía y fe constante,  
Por mujer, por esposa y por amante.

PRÍNCIPE.

No creyera, bella Inés,  
Que jamás desconfiaras  
De la fe con que te adoro,  
Alza del suelo, levanta,  
Enjuga los bellos ojos;  
Que las perlas que derramas  
Parecen mal en la tierra;  
En tus nacares las guarda,  
Que no hay en el mundo quien  
Se atreva, esposa, á comprarlas.

Si mi padre la cerviz  
Me derrubara á sus plantas;  
Si la Infanta, que aborrezco,  
La vida, Inés, me quitara,  
Porque mi padre contento  
Quedase y ella vengada,  
No solo fuera su esposo,  
Pero yo de mi garganta  
Derrubara la cabeza  
Primero que me obligara  
A decir si; que te adoro  
De tal suerte, prenda amada,  
Que sin ti no quiero vida.

DOÑA INÉS.

¿Cumpliréisme esa palabra?

PRÍNCIPE.

Digo mil veces que sí.

DOÑA INÉS.

Pues ya mi temor se acaba;  
Y ¿cómo habeis quebrantado  
La prison?

PRÍNCIPE.

Esta mañana

A Egas Coello le pedi  
Me dejase que llegara  
A verte; y aunque es traidor,  
Temiendo que me enojara,  
No me impidió.

DOÑA INÉS.

Pues, Señor,

Volved antes que las guardas  
Os echen menos; que es tarde,  
Y volvedme á ver mañana.

PRÍNCIPE.

Adios, Inés.

DOÑA INÉS.

Adios, Pedro;

No me olvides.

PRÍNCIPE.

Excusada

Está, esposa, esa advertencia.

DOÑA INÉS.

¿Si vuestro padre os lo manda?

PRÍNCIPE.

No puede tener mi padre

Jurisdicción en mi alma.

DOÑA INÉS.

¿Y si la Infanta porfia?

PRÍNCIPE.

Aunque porfie la Infanta,

DOÑA INÉS.

¿Y si el reino se conjura?

PRÍNCIPE.

Aunque en cruces iras arda.

DOÑA INÉS.

¿Tanta firmeza?

PRÍNCIPE.

Soy monie.

DOÑA INÉS.

¿Tanto amor?

PRÍNCIPE.

Solo le iguala

El tuyo.

DOÑA INÉS.

¿Tanto valor?

PRÍNCIPE.

Nadie en valor me aventaja.

DOÑA INÉS.

¿Tan grande fe?

PRÍNCIPE.

Si; que, ciego

A tus luces soberanas,  
No es menester que te vea  
Para que te adore.

DOÑA INÉS.

Basta;

Ea, adios, mi bien.

PRÍNCIPE.

Adios.

¿Quién contigo se quedara!

DOÑA INÉS.

¿Quién se partiera contigo!

¿Muerta quedo!

PRÍNCIPE.

¿Voy sin alma!

DOÑA INÉS.

Adios, adorado esposo.

PRÍNCIPE.

Adios, esposa adorada.

(Vanse.)

## JORNADA TERCERA.

Dicen dentro CAZADORES.

UNO.

Tó, tó, por acá; acudid  
Aprisa al sabueso, aprisa.

OTRO.

Al valle, al valle, á la fuente;  
No se escape; arriba, arriba;  
No se nos vaya.

BRITO. (Dentro.)

Estos son

Cazadores de Coimbra.

UNO.

Subid al monte, subid.

OTRO.

Huyendo va la corcilla  
Hacia la fuente; acudid.

Sale EL PRÍNCIPE Y BRITO.

PRÍNCIPE.

¿Ay doña Inés de mi vida!  
Parecióme que, acosada,  
Mal llagada y perseguida,  
Hacia la fuente llegaba.

BRITO.

¿Quién, Señor?

PRÍNCIPE.

Mi Inés divina.

BRITO.

¿Otro agüerito tenemos?

PRÍNCIPE.

Sin duda fué fantasía;  
Porque, á ser verdad, es cierto  
Que mi esposa no se iría.

Bruto, á arrojar á la fuente,  
Sino á las lágrimas mías.

BRITO.

De Santaren has venido,  
Y ya estamos de la quinta  
Una legua poco mas;  
Presto la verás muy fina  
Entre tus brazos.

PRÍNCIPE.

¿Ay cielos!

BRITO.

Y ahora ¿por qué suspiras?

PRÍNCIPE.

Porque no llevo á sus brazos.

BRITO.

Todo eso es hazañería.

PRÍNCIPE.

Dí, Brito, que este es deseo  
De gozar la peregrina  
Deidad de Inés, que es tan grande,  
Que solo pudo á ella misma  
Igualarse ..

BRITO.

Así es verdad.

PRÍNCIPE.

Todas las flores de envidia  
Suelen quedar..

BRITO.

¿De qué suerte?

PRÍNCIPE.

O agostadas ó marchitas;

La rosa, reina de todas,

Mirando á mi Inés un día,

Quedó, corrida de verla,

Falda y envejecida;

El clavel, Brito, agostado,

Cuando miró en sus mejillas

Mas viva púrpura envuelta

En sangre de Venus fina.

Dijome un bello jazmin:

«Jamás, Príncipe, permítas

Que tu Inés vea las flores;

Porque en viéndolas, corridas,

No se atreven á crecer.

Y tras si propias perdidas,

Siendo maravillas todas,

Dejan de ser maravillas.

BRITO.

Cuando te ha hablado el jazmin,

¿Que te ha dicho esas mentiras?

Ten seso y vamos al caso.

PRÍNCIPE.

Advierte, pues; yo queria,

Porque ninguno me viese,

No llegar hasta la quinta;

Y para el caso, esta carta

De Santaren traigo escrita,

Porque desde aquí la lleves;

Y otra tambien prevenida

Traigo para el Condestable;

Llévalas pues.

BRITO.

Y ¿me envías

Con estas cartas á mi?

PRÍNCIPE.

Pues ¿á quién jamás se fia

Mi pecho, sino es á ti?

Parte, acaba.

BRITO.

Y si por dicha

Me encontrase Alvar Gonzalez

Y Egas Coello, que privan

Con el Rey tu padre ahora,

Y hecha general visita

De todas las faltriqueras,

Viesen las cartas, y vistas,

Me mandasen ahorcar;

Pregunto, Señor, ¿sería  
Buen viaje el que había hecho?

PRÍNCIPE.

No temas, porque te anima  
Mi valor.

BRITO.

¡Qué linda flema!

Si estoy ahorcado por dicha  
Una vez, ¿de qué provecho  
Lo que me ofrecéis sería  
Para mí? ¿Podrá valerme  
Tu valor en la otra vida?

PRÍNCIPE.

Brito, llevarlas es fuerza.

BRITO.

Pues ¿por qué causa á la vista  
De la quinta te detienes?

PRÍNCIPE.

Porque mi padre en la quinta  
Me dicen que está de Coello,  
Que á cazar vino estos días,  
Y no quiero que me vea.

BRITO.

Y si prosiguen la enigma  
De la garza estos dos sacres,  
Que la prision solicitan  
De Inés; pregunto, Señor,  
¿Qué hará el Príncipe?

PRÍNCIPE.

¿Por dicha,

Aquesos sacres villanos  
Se atreverán á mi vida?  
Porque, guardada mi garza  
Y alentada de sí misma,  
Aunque con tornos la cerquen,  
Aunque airados la persigan,  
Remontará tanto el vuelo,  
Que la perderán de vista.  
Y los sacres altaneros,  
Cuando vean que examina  
Por las campanas del aire  
 Toda la region vacía,  
Cansados de remontarse,  
En mirandola vecina  
Del cielo, que es centro suyo,  
Y en él á Inés esculpida,  
Si la buscan garza errante,  
La hallarán estrella fija.

BRITO.

Lindamente la has volado;  
Di ya lo que determinas.

PRÍNCIPE.

Que partas, Brito, al Mondego;  
Que yo te espero en la quinta,  
Que está de allá media legua,  
Y una legua de Coimbra.

BRITO.

Allí estarás escondido.  
Mientras yo aviso á la ninfa  
Mas hermosa de la tierra.

PRÍNCIPE.

Si, Brito, allí determina  
Mi amor quedarte esperando;  
Allí la esperauza mía,  
Hasta que te vuelva á ver,  
De un cabello estará asida;  
Allí mi amor, mal hallado,  
Aguardará que le digas  
Si puede llegar á ver  
El objeto que le anima;  
Allí, Brito, viviré,  
Si es que puede ser que viva  
Quien tiene, como yo tengo,  
En otra parte la vida.

BRITO.

Allí puedes esperar  
A que luego allí te diga  
Lo que allí ha pasado allí;

Que has dicho una retahila  
De allies, para cansar  
Con allies á una tía;  
¡Cuerpo de Dios, con tu allí!

PRÍNCIPE.

Dila muchas cosas, dila  
Que las niñas de mis ojos,  
En su memoria perdidas,  
Si bien como niñas lloran,  
Sienten tambien como niñas.

BRITO.

¡Viva el principe don Pedro!

PRÍNCIPE.

Di que Inés, mi dueño, viva.

BRITO.

¡Qué amor tan de Portugal!

PRÍNCIPE.

¡Qué beldad tan de Castilla! (Vase.)

Salen en lo alto DOÑA INÉS y VIO-  
LANTE, con almohadillas.

DOÑA INÉS.

¿Qué hora es?

VIOLANTE.

Las tres han dado.

DOÑA INÉS.

Trae, Violante, la almohadilla.

VIOLANTE.

Aquí está ya.

DOÑA INÉS.

Pues sentadas,

Esto que falta del día  
Estemos en el balcon.

¡Ay de mí!

VIOLANTE.

¿Por qué suspiras?

DOÑA INÉS.

Porque desde ayer estoy  
Sin el alma que me acina.

VIOLANTE.

¿Cantaré?

DOÑA INÉS.

Canta, Violante;

Divierte las penas mías.

VIOLANTE. (Canta.)

*Es verdad que yo la vi  
En el campo entre las flores,  
Cuando Celis dijo así:  
«¡Ay, que me muero de amores!  
¡Tengan lástima de mí!»*

DOÑA INÉS.

Aguarda, espera, Violante,  
Beja ahora de cantar;  
Que temo alguna desdicha,  
Que no podré remediar.

VIOLANTE.

¿Qué tienes, señora mía?

¿Hay algun nuevo pesar?

DOÑA INÉS.

Por los campos del Mondego  
Caballeros vi asomar,  
Y segun he reparado,  
Se van acercando acá.  
Armada gente los sigue;  
¡Válgame Dios! ¿qué será?  
¿A quién irán á prender?  
Que aunque puedo imaginar  
Que el rigor es contra mí,  
Me hace llegarlo á dudar  
Que son para una mujer  
Muchas armas las que traen.

VIOLANTE.

Jesus, Señora, ¿eso dices?

DOÑA INÉS.

Violante, no puede mas

Mi temor; pero volvamos  
A la labor, que será  
Inadvertida prudencia  
Pronosticarme yo el mal.

Salen EL REY, ALVAR GONZALEZ,  
EGAS COELLO y GENTE.

REY.

Mucho lo he sentido, Coello.

ALVAR.

Señor, vuestra majestad,  
Por sosegar todo el reino,  
No lo ha podido excusar.

EGAS.

Señor, aunque del rigor  
Que queréis ejecutar,  
Parezca que en nuestro afecto  
Haya alguna voluntad,  
Sabe Dios que con el alma  
La quisiéramos librar;  
Pero todo el reino pide  
Su vida, y es fuerza dar,  
Por quitar inconvenientes,  
A doña Inés...

REY.

Ea, callad.

¡Válgame Dios Trino y Uno!

¡Que así se ha de sosegar

El reino? A fe de quien soy,

Que quisiera mas dejar

La dilatada corona

Que tengo de Portugal,

Que no ejecutar, severo,

De Inés tan grande crueldad.

Llamad, pues, á doña Inés.

GOELLO.

Puesta en el balcon está,

Haciendo labor.

REY.

Coello,

¿Visteis tan grande beldad?

¿Que he de tratar con rigor

A quien toda la piedad

Quisiera mostrar?

ALVAR.

Señor,

Si severo no os mostrais,

Peligra vuestra corona.

REY.

Alvar Gonzalez, callad;

Dejadme que me entenezca,

Si luego me he de mostrar

Riguroso y justiciero

Con su inocente beldad.—

¡Ay, Inés, cómo, ignorante

De esta batalla campal,

Es poco acero la aguja

Para defenderte ya!—

Llamada, pues.

ALVAR.

¿Doña Inés?

Mirad que su majestad

Mauda que al punto bajeis.

REY.

¿Hay mas extraña maldad?

DOÑA INÉS.

Ponerme á los piés del Rey

Será subir, no bajar.

(Quítanse del balcon.)

ALVAR.

Ya viene.

REY.

No sé por dónde

La pudiera; ay Dios! librar

Deste rigor, desta pena;

Mas, por Dios, que he de intentar

Todos los medios posibles.

Egas Coello, mirad  
Que yo no soy parte en esto,  
Y si es que se puede hallar  
Modo para que no muera,  
Se busque.

EGAS.

Llego á ignorar  
El modo.

ALVAR.

Yo no le hallo.

REY.

Pues si no le hallais, callad,  
Y á nada me repliqueis.

Salen DOÑA INÉS, LOS NIÑOS Y VIO-  
LANTE.

DOÑA INÉS.

Vuestra majestad real  
Me dé sus plantas, Señor;  
Dionis, Alonso, llegad,  
Y besad la mano al Rey.

REY. (Ap.)

¿Qué peregrina beldad!  
¿Valgate Dios por mujer!  
¿Quién te trujo á Portugal?

DOÑA INÉS.

¿No me respondeis, Señor?

REY.

Doña Inés, no es tiempo ya  
Sino de mostrarme airado,  
Porque vos la causa dáis  
Para alborotarse el reino,  
Con intentaros casar  
Con el Principe; mas esto  
Es fácil de remediar  
Con probar que el matrimonio  
No se pudo hacer.

DOÑA INÉS.

Mirad...

REY.

Inés, no os turbeis, que es cierto;  
Vos no os pudisteis casar,  
Siendo mi deuda, con Pedro  
Sin dispensacion.

DOÑA INÉS.

Verdad

Es, Señor, lo que decis;  
Mas antes de efectuar  
El matrimonio se trajo  
La dispensacion.

REY.

Callad,

Noramala para vos,  
Doña Inés, que os despenais;  
Pues si es como vos decis,  
Será fuerza que murais.

DOÑA INÉS.

De manera, gran Señor,  
Que cuando vos confesais  
Que soy deuda vuestra, y yo,  
Atenta á mi calidad,  
Ostentando pandonores,  
Negada á la liviandad,  
Para casar con don Pedro  
La dispensa tuve ya,  
¿Mandais que muera ¡ay de mí!  
A manos desta crueldad?  
Luego ¿el haber sido buena  
Queréis, Señor, castigar?

REY.

Tambien el hombre en naciendo  
Parece, si le mirais  
De piés y manos atado,  
Reo de desdichas ya,  
Y no cometió mas culpa  
Que nacer para llorar.  
Vos nacisteis muy hermosa,

Esa culpa teneis mas.  
(Ap. No sé, vive Dios, qué hacerme.)

EGAS.

Señor, vuestra majestad  
No se enternezca.

ALVAR.

Señor,  
No mostreis ahora piedad;  
Mirad que aventurais mucho.

REY.

Callad, amigos, callad;  
Pues no puedo remedialla,  
Dejádmela consolar.

¿Doña Inés, hija, Inés mía!

DOÑA INÉS.

¿Estoy perdonada ya?

REY.

No, sino que quiero yo  
Que sintamos este mal  
Ambos á dos, pues no puedo  
Librarte.

DOÑA INÉS.

¿Hay desdicha igual?

¿Por qué, Señor, tal rigor?

REY.

Porque todo el reino está  
Conjurado contra vos.

DOÑA INÉS.

Dionis, Alonso, llegad,  
Suplicad á vuestro abuelo  
Que me quiera perdonar.

REY.

No hay remedio.

ALONSO.

¿Abuelo mio!

DIONIS.

¿No ve á mi madre llorar?  
Pues ¿por qué no la perdona?

REY.

(Ap. Apenas puedo ya hablar.)  
Inés, que mueras es fuerza;  
Y aunque la muerte sintais,  
Sabe Dios, aunque yo viva,  
Quién ha de sentirlo mas.

DOÑA INÉS.

No siento, Señor, no siento  
Esa desdicha presente,  
Sino porque Pedro, ausente,  
Tendrá mayor sentimiento;  
Antes viene á ser contento  
En mi esta suerte homicida;  
Que perder por él la vida  
No ha sido nada, Señor;  
Porque há mucho que mi amor  
Se la tenia ofrecida.

Y cuando tu majestad  
Quiera quitarme la vida,  
La daré por bien perdida;  
Que en mi viene á ser piedad  
Lo que parece crueldad;  
Si bien, en viendo mi muerte  
Y mi desdichada suerte,  
Morirá tambien mi esposo,  
Pues este rigor forzoso  
No será en él menos fuerte.

De parte os poneis, Señor,  
De Blanca, que al bien excede,  
Y ayudar á quien mas puede  
Es flaqueza, no es valor.  
Si el cielo dió á Pedro amor,  
Y á mí, porque mas dichosa  
Mereciese ser su esposa,  
Belleza, dél tan amada,  
No me hagais vos desdichada  
Porque me hizo Dios hermosa.  
Sed piadoso, sed humano;  
¿Cuál hombre, por lo cortés,

Vió una mujer á sus piés,  
Que no la diese una mano?  
Atributo es soberano  
De los reyes la clemencia;  
Tenga pues en mi sentencia  
Piedad vuestra majestad,  
Mirando mi poca edad  
Y mirando mi inocencia.  
No os digo tales afectos,  
Aunque es mi dolor tan tijo,  
Por mujer de vuestro hijo,  
Por madre de vuestros nietos,  
Sino porque hay dos sugetos,  
Que, muerto el uno, ambos mueren;  
Pues si dos lirras pasieren  
Sin disonancia ninguna,  
Herida sola la una,  
Suena estotra que no hieren.  
¿Nunca, di, llegaste á ver  
Una nube, que hasta el cielo  
Sube, amenazando el suelo,  
Y entre el dudar y el temer,  
Irse á otra parte á verter,  
Cesando la confusion,  
Y no en su misma region?  
Pues en Pedro esto ha de ser;  
Siendo nubes en su ser,  
Son llanto en mi corazon.  
¿No oiste de un delincuente,  
Que, por temor del castigo,  
Llevando un niño consigo,  
Subió á una torre eminente,  
Y que por el inocente  
Daba sustento forzoso  
A entrambos el juez piadoso?  
Pues yo á mi Pedro me así,  
Dadme vos la vida á mí,  
Porque no muera mi esposo.

REY.

Doña Inés, ya no hay remedio;  
Fuerza ha de ser que murais;  
Dadme mis nietos, y adios.

DOÑA INÉS.

¿A mis hijos me quitais?  
Rey don Alfonso, Señor,  
¿Por qué me queréis quitar  
La vida de tantas veces?  
Advertid, Señor, mirad  
Que el corazon á pedazos  
Dividido me arraucais.

REY.

Llevadlos, Alvar Gonzalez.

DOÑA INÉS.

Hijos míos, ¿dónde vais?  
Dónde vais sin vuestra madre?  
¿Falta en los hombres piedad?  
¿Adónde vais, luces mías?  
¿Cómo que así me dejais  
En el mayor desconuelo  
En manos de la crueldad?

ALONSO.

Consuélate, madre mía,  
Y á Dios te puedes quedar;  
Que vanos con nuestro abuelo,  
Y no querrá hacernos mal.

DOÑA INÉS.

¿Posible es, Señor, rey mio,  
Padre, que así me cerrais  
La puerta para el perdon?  
¿Que no llegueis á mirar  
Que soy vuestra humilde esclava?  
¿La vida queréis quitar  
A quien rendida teneis?  
Mirad, Alfonso, mirad  
Que, aunque os llevais á mis hijos,  
Y aunque su abuelo seais,  
Sin el amor de la madre  
No se han de poder criar.  
Ahora, Señor, ahora

Es el tiempo de mostrar  
El mucho poder que tiene  
Vuestra real majestad.  
¿Qué me respondeis, rey mío?

REY.

Doña Inés, no puedo hallar  
Modo para remediaros,  
Y es mi desventura tal,  
Que tengo ahora, aunque rey,  
Limitada potestad. —  
Alvar Gonzalez, Coello,  
Con doña Inés os quedad;  
Que no quiero ver su muerte.

DOÑA INÉS.

¿Cómo, Señor? ¿Vos os vais,  
Y á Alvar Gonzalez y á Coello  
Inhumanos me entregais? —  
Hijos, hijos de mi vida. —  
Dejádmelos abrazar. —  
Alfonso, mi vida, hijo,  
Dionis, amores, tornad,  
Tornad á ver vuestra madre. —  
Pedro mío, ¿dónde estás,  
Que así te olvidas de mí?  
¿Posible es que en tanto mal  
Me falte tu vista, esposo?  
¿Quién te pudiera avisar  
Del peligro en que, ahogada,  
Doña Inés, tu esposa, está!

REY.

Venid conmigo, infelices  
Infantes de Portugal. —  
¿Oh nunca, cielos, llegara  
La sentencia á pronunciar,  
Pues si Inés pierde la vida,  
Yo también me voy mortal.

(Vase con los niños.)

DOÑA INÉS.

¿Que al fin no tengo remedio?  
Pues rey Alfonso, escuchad:  
Apelo de aquí al supremo  
Y divino tribunal,  
Adonde de tu injusticia  
La causa se ha de juzgar.

(Vanse.)

Sale EL PRÍNCIPE, con una caña en  
la mano.

PRÍNCIPE.

Cansado de esperar en esta quinta,  
Donde Amaltea á sus abríles pinta  
Con diversos colores,  
Vistosos colores de arrayan y flores,  
Sin temer el empeño, [dneño;  
Me he acercado por ver mi hermoso  
A esta caña arrimado,  
Que por humilde solo la he estimado,  
Pues al verla me ofrece  
Que en lo humilde á mi esposa se parece,  
Entré por el jardín, sin que me viera  
El jardinero; paso la escalera, [do,  
Y sin que nadie en casa haya encontra-  
He llegado á la sala del estrado.  
¿Hola, Violante, Inés, Brito, criados?  
¿Nadie responde? Pero ¿qué enlutados  
A la vista se ofrecen?  
El Condestable y Nuño me parecen.

Salen EL CONDESTABLE Y NUÑO,  
con lutos.

CONDESTABLE.

¿Válgame Dios!

NUÑO.

El Príncipe es sin duda.

CONDESTABLE.

Yerta tengo la voz, la lengua muda.

PRÍNCIPE. [nuevo?

Condestable, ¿qué es esto? ¿Qué hay de

CONDESTABLE.

Decidlo, Nuño, vos.

NUÑO.

Yo no me atrevo.

PRÍNCIPE.

Decidme, ¿qué os motiva á dudas tantas?

CONDESTABLE.

Dénos su majestad sus reales plantas.

PRÍNCIPE.

Mi padre ¿es muerto ya?

CONDESTABLE.

Señor, la Parca

Cortó la vida al inclito monarca.

PRÍNCIPE.

Pues ¿adónde murió?

CONDESTABLE.

En la quinta ha sido

De Egas Coello, porque había venido  
Su majestad á caza, y de repente  
Le sobrevino el último accidente  
De su vida, y de suerte nos quedamos,  
Que, con haberlo visto, lo dudamos.

PRÍNCIPE.

Aunque con justo llanto  
Deba sentir haber perdido tanto,  
Mi mayor sentimiento  
Es no haberme llamado  
Para verle morir; mas, pues el hado  
Dispuso; adversa suerte!  
Que no llegase al tiempo de su muerte,  
En sus honras verán hoy sus vasallos  
En cuanto en el dolor llega á pagallos,  
Excediendo á la pena desta nueva  
Todo el dolor y pena que yo deba.  
Y pues mi Inés divina es tan hermosa,  
Mi muy amada esposa,  
Ya que alegre y contenta  
Hoy su grandexa en Portugal ostenta,  
Todo en aqueste día,  
Si hasta aquí fué pesar, será alegría.  
Llamad á mi Inés bella.

CONDESTABLE.

¿Qué desdicha!

PRÍNCIPE.

No se dilate, Nuño, aquesta dicha.  
Llamad, llamad al punto á mi ángel  
[bello.

CONDESTABLE.

Sepa tu majestad que Egas Coello  
Y Alvar Gonzalez á Castilla han ido.

PRÍNCIPE.

Sin duda mis enojos han temido;  
Alcanzados, que quiero  
Ser piadoso, no airado y justiciero;  
Y á los piés de mi Inés luego postrados,  
De mí y la Reina quedarán honrados.

NUÑO.

¿Oh desdichada suerte!

CONDESTABLE.

Hoy recelo del Príncipe la muerte.

(Vanse Nuño y el Condestable.)

PRÍNCIPE.

¿Que ha llegado ya el día  
En que pueda decir que Inés es mía,  
Que alegre y que gustosa  
Reinará ya conmigo Inés hermosa?  
Y Portugal será en mi casamiento  
Todo fiestas, saraos y contento,  
En público saldré con ella al lado;  
Un vestido bordado [no,  
De estrellas la hice hacer, siendo adivi-  
Porque conozcan, siendo Inés divina,  
Que cuando la prefiero,  
Si ellas estrellas son, ella es lucero.  
¿Oh, cómo ya se tarda! [aguarda!  
¿Qué pensión siente quien amante  
¿Cómo hablarme no viene?

Mayores sentimientos me previene.  
A buscarla entraré; que tengo celos  
De que á verme no salgan sus dos cielos.

UNA VOZ. (Canta.)

¿Dónde vas, el caballero?  
Dónde vas, triste de ti?  
Que la tu querida esposa  
Muerta es, que yo la vi.  
Las señas que ella tenía  
Bien te las sabré decir:  
Su garganta es de alabastro,  
Y sus manos de marfil.

PRÍNCIPE.

Aguarda, voz funesta,  
Da á mis recelos y temor respuesta;  
Aguarda, espera, teñe.

Sale LA INFANTA, de luto, y le detiene.

INFANTA.

Espera tú, Señor; que brevemente  
A tu real majestad decirle quiero  
Lo que cantó, llorando, el jardinero.  
Con el Rey, mi señor (que muerto yace,  
Por cuya muerte todo el reino hace  
Tan justo sentimiento),  
A divertir un rato el pensamiento  
Sali á caza una tarde,  
Haciendo á mi valor vistoso alarde;  
Llegué á esa quinta, donde yace muer-  
Este dolor advierto, [to;  
¿Oh cielo! Oh pena airada!  
Hallé una flor hermosa, pero ajada;  
Quitando; oh dura pena!  
La fragancia á una candida azucena,  
Dejando el golpe airado  
Un hermoso clavel desfigurado,  
Trocando con airado desconsuelo  
Una nube de fuego en duro hielo;  
Y en fin, muestre valor hoy tu grande-  
A quitar hoy al mundo la belleza, [za,  
Provocándole á ello  
Alvar Gonzalez y el traidor Coello.  
Con dos golpes airados  
Arroyos de coral vi desatados  
Tan hermosa y bella,  
Que mi lengua no puede encarecella,  
Pues su tersa blancura  
Dechado fué de toda la hermosura.  
Parece que no entiendes  
Por las señas quién es, ó que pretendes  
Quedar, de sentimiento,  
Por basa de su infauso monumento;  
Mas, para que no ignores  
Quién padeció estos barbaros rigores,  
Yo te diré quién es, estadme atento;  
Que de sangre sembrando sentimiento,  
Sabrás que es mármol ya, ya es frío hie-  
Murió tu bella Inés. [to.

PRÍNCIPE.

¿Válgame el cielo!

(Desmáyase.)

INFANTA.

Del pesar que ha tomado [do —  
El nuevo rey, ¡ay Dios! se ha desmaya-  
¿Caballeros, hidalgos, hola, gente?

Sale EL CONDESTABLE Y CRIADOS.

CONDESTABLE.

¿Qué manda vuestra alteza?

INFANTA.

Un accidente  
Al Rey le ha dado; remediadle al punto.  
Pues temo es ya difunto;  
Que yo, compadecida  
De que la hermosa Inés perdió la vida  
Y de aqueste espectáculo sangriento,  
En las alas del viento,

Lastimada y amante,  
A Navarra me parto en este instante.

CONDESTABLE.

El Rey está desmayado.—  
Rey de Portugal. Señor,  
Cese, cese ya el dolor  
Que el sentido os ha quitado.  
Si vuestra esposa ha faltado,  
No falteis vos; id severo,  
Riguroso, airado y fiero,  
Contra quien os ofendió;  
Quién amante os advirtió,  
Os admire justiciero.

PRÍNCIPE. *(Volviendo en sí.)*

Si Inés hermosa murió,  
¿No fué por quererme? Si.  
¿Muriera mi Inés aquí  
Si no me quisiera? No.  
Luego la causa soy yo  
De la pena que le han dado.  
¿Cómo, Pedro desdichado,  
Si Inés murió, vivo quedas?  
Cómo es posible que puedas,  
No morir de tu cuidado?  
En fin, Inés, ¿por mi ha sido,  
Por mi, que ciego te adoro  
(De cólera y pena lloro),  
La muerte que has padecido  
Sin haberla merecido?  
¿Cuál fué la mano cruel  
Que de mi inocente Abel  
(A pesar de mi sosiego),  
Barbaro, atrevido y ciego,  
Cortó el hermoso clavel?  
¿Qué me detengo? Yo voy,  
Voy á ver mi hermoso bien.  
¿Quién, cielos divinos, quién  
Me ha olvidado de quién soy?  
¿Cómo reportado estoy?  
Aguarda, Inés celestial;  
Que también estoy mortal.  
No te partas sin tu esposo;  
Que me dejarás quejoso  
Si no partimos el mal.

CONDESTABLE.

¿Dónde vas, Señor?

PRÍNCIPE.

A ver  
A mi doña Inés hermosa,  
A mi difunta, á mi esposa,  
A la que reina ha de ser.

CONDESTABLE.

Mirad que podeis perder  
La vida, Señor.

PRÍNCIPE.

Callad,  
Dejad que la vea, dejad  
Que en sus brazos llegue á verme;  
Que no hago nada en perderme,  
Perdida ya su deidad.

Sale NUÑO.

NUÑO.

Ya á Alvar Gonzalez y Coello  
Presos trajeron, Señor.

PRÍNCIPE.

Mostrar quiero mi rigor  
En los dos.—¿Ay angel bello!  
Quisiera poder hacello  
En estos dos inhumanos,  
Matándolos con mis manos.—  
Sin que mi piedad inciten,  
Por las espaldas les quiten  
Los corazones villanos;  
Y para mayor tormento,  
Procuren, si puede ser,  
Que los dos los puedan ver  
Antes que les falte aliento.  
Y luego, para escarmiento,  
Con dos crueles arpones,  
Entre horror y confusiones,  
Queden mil pedazos hechos;  
¿Así pudiera en sus pechos  
Haber muchos corazones!  
Veamos ahora á Inés.

CONDESTABLE.

Gran señor, no la veáis;  
Mirad que así aventuráis  
La vida; vedla despues.

PRÍNCIPE.

¿Por qué lástima teneis  
De mi vida, si estoy muerto?  
Verla quiero, pues advierto  
Que no puede ser mayor  
Mi tormento y mi dolor.

CONDESTABLE.

Ya, gran señor, está abierto.  
*(Descubren á doña Inés muerta, sobre  
unas almohadas.)*

PRÍNCIPE.

¿Posible es que hubo homicida  
Fiero, cruel y tirano,  
Que con sacrilega mano  
Osó quitarte la vida?  
¿Cómo es posible, ¡ay de mí!  
Cómo, cómo puede ser  
Que quien á mi me dió el ser,  
Te diese la muerte á ti?  
Por su cuello; pena fiera!  
Corre la púrpura helada,  
En claveles desatada.  
¿Ay doña Inés! ¿Quién pudiera  
Detener ese raudal,  
Dar vida á ese hermoso sol,  
Dar aliento á ese arrebol  
Y soldar ese cristal!  
¿Ay mano! ya sin recelo  
Ser alabastro pudieras,  
Que hasta ahora no lo eras,  
Porque te faltaba el hielo.  
Ya faltó tu hermoso abril;  
Si bien piensa mi cuidado,  
Inés, que te has transformado  
En estatua de marfil.  
Si la vida te faltó,  
Tampoco, Inés, tengo vida,

Pues mi hermosa luz perdida,  
No estoy menos muerto yo.  
Nuño de Almeida, á Violante  
De mi parte la decid  
Que os entregue una corona,  
Que yo á mi esposa la di  
Cuando me case; en señal  
De que reinaria feliz,  
Si viviera.

NUÑO.

Voy por ella. *(Vase.)*

PRÍNCIPE.

Vos, Condestable, advertid  
Que os encargéis del entierro,  
Llevándola desde aquí  
A Aleobaza con gran pompa,  
Honrándome en ella á mí;  
Y porque yo gusto de ello,  
El camino hareis cubrir  
De antorchas blancas, que envidie  
El estrellado salir,  
Todas diez y siete leguas;  
Que también lo hiciera así  
Si, como son diez y siete,  
Fueran diez y siete mil.

*(Vase el Condestable.)*

Sale NUÑO, con la corona, y besa la  
mano á doña Inés.

NUÑO.

Esta es la corona de oro.

PRÍNCIPE.

De otra manera entendi  
Que fuera Inés coronada;  
Mas, pues no lo conseguí,  
En la muerte se corone.—  
Todos los que estáis aquí  
Besad la difunta mano  
De mi muerto serafín;  
Yo mismo seré el rey de armas.  
Silencio, silencio, oíd:  
Esta es la Inés laureada,  
Esta es la reina infeliz  
Que mereció en Portugal  
Reinar despues de morir.

Sale EL CONDESTABLE.

CONDESTABLE.

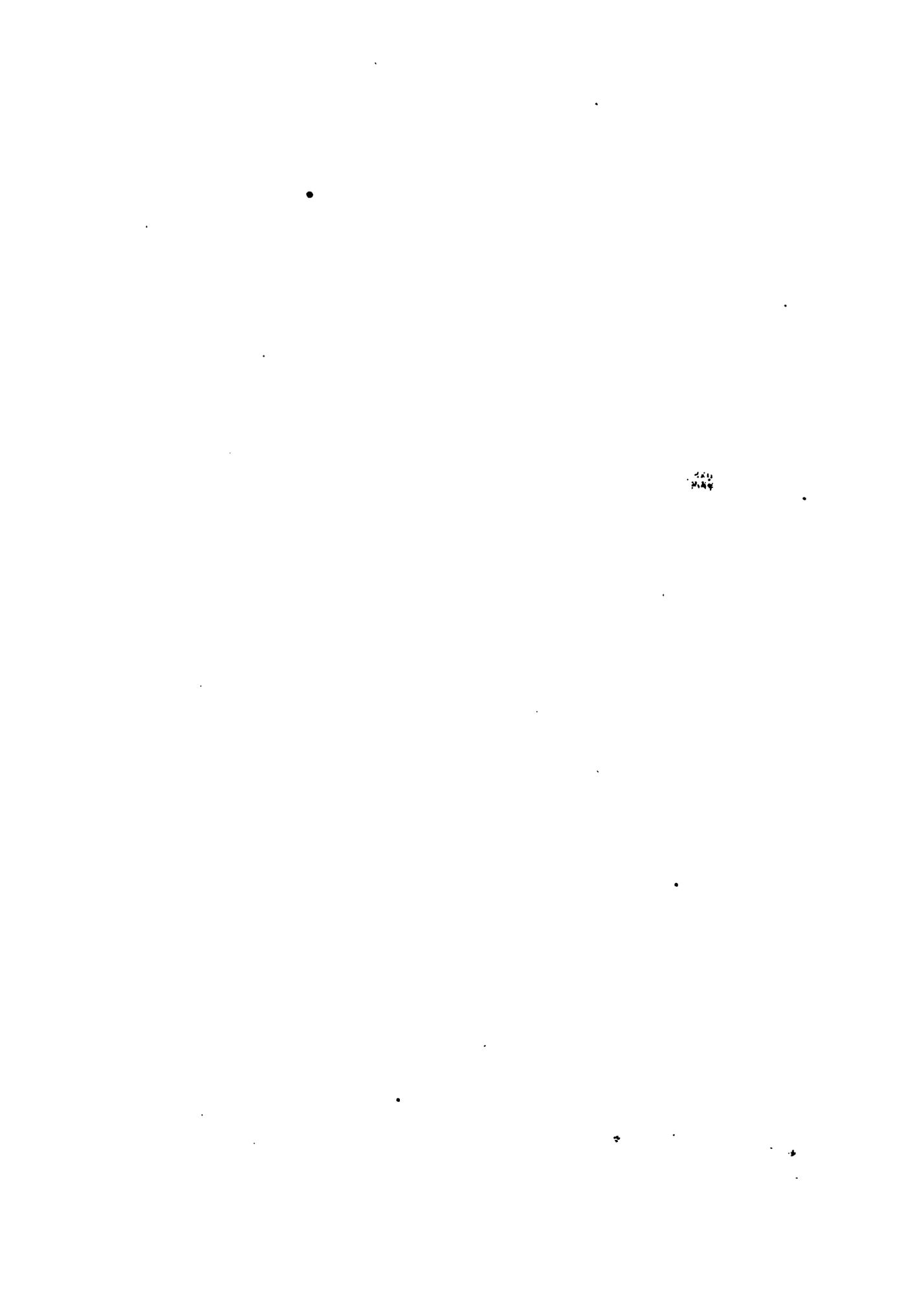
Murieron los dos, á quien  
Espalda y pecho hice abrir.

PRÍNCIPE.

Retírad el cuerpo hermoso  
Mientras que voy á sentir  
Mi desdicha.—¿Ay bella Inés!  
Ya no hay gusto para mí;  
Que, faltándome tu sol,  
¿Cómo es posible vivir?  
Vamos á morir, sentidos;  
Amor, vamos, á sentir. *(Vase.)*

CONDESTABLE.

Esta es la Inés laureada,  
Con que el poeta da fin  
A su tragedia, en quien pudo  
Reinar despues de morir.



COMEDIA FAMOSA  
DE  
**LOS HIJOS DE LA BARBUDA,**

COMPUESTA  
por **LUIS VELEZ DE GUEVARA.**

PERSONAS.

DOÑA BLANCA DE GUEVARA,  
*que es la Barbuda.*  
RAMIRO, } *sus hijos.*  
ORDOÑO, }  
DON GARCÍA, *rey de Navarra.*  
URRACA SANCHEZ, *su hermana.*  
DOÑA MARGARITA, *reina de Francia.*

ROBERTO, *su tío.*  
MARSILIO, *rey de Zaragoza.*  
CELIDORO, *general de Marsilio.*  
SANCHO, *labrador, gracioso.*  
MUDARRA, *escudero viejo.*  
DON OLFOS, *infante.*  
JIMEN, *caballero.*  
SANTIAGO APÓSTOL.

UN FIDALGO.  
UN VIEJO FRANCÉS.  
UN TAMBOR.  
DOS PADRINOS.  
CUATRO FRANCESES.  
OTROS CABALLEROS FRANCESES.  
ALGUNOS MOROS DE ACOMPAÑAMIENTO.  
MÚSICOS.—GUARDAS.

ACTO PRIMERO.

*Hacen ruido dentro, y dice* EL REY  
DE NAVARRA.

REY.  
Atravésá el cercado.

INFANTE.  
¡Ah caballeros!

Por aquí.  
JIMEN.  
Por aquí.

REY.  
Del monte á brio  
Acudan los lebreles y monteros.

JIMEN.  
El Rey dejó el caballo.

Salen EL REY y EL INFANTE DON  
OLFOS, JIMEN y LOS DEMÁS, á lo antiguo,  
y por otra parte SANCHO,  
labrador.

REY.  
En el sombrío  
Robredo el jabali se me ha escapado.

SANCHO.  
Lleve el diablo, amen, tanto jodio;  
¡Non dejarán facer al home honrado  
Quando dormiendo finca; no á quien di-  
Cuiden de salir luego del cercado. [go]

REY.  
Aqueste labrador habla conmigo.

INFANTE.  
Non conoce á la vuesa señoría,  
O es algun home sándio.

JIMEN.  
Con mas mesura. Faba, amigo,

SANCHO.  
¡Arre allá! ¿No via  
Que es montiña vedada?

JIMEN.  
Ved, hermano,  
Que es el rey de Navarra, don García.

SANCHO.  
Pues ¿qué? De ella os salid.

INFANTE.  
¡Sándio villano!

SANCHO.  
¿Ha de enforcarme el Rey por her mi  
Además que mentis. [oficio?

INFANTE.  
El home es llano,  
Y cuida que no hace perjuicio;  
Perdona su sandez.

SANCHO.  
Si atrás me fago,  
Non hablarán, á mi pesar, de vicio;  
¿Qué digo? Arre allá, salgan del pago.

INFANTE.  
¡Ah labrador desaguizado!

SANCHO.  
Ahuera,  
Non les dé con la honda un Santiago;  
Non me cuiden meter en la mollera  
Qu'es el Rey, con marañas y falsias,  
Que yo ya me humillara si lo viera;

Yo guardo aquestas cercas como mías,  
Que son de la mi dueña; salid ende.

REY.  
Saladas son del terco las porfias;  
A non saber cuán poco se le entiende,  
Le mandara enforcar, Olfos infante.

INFANTE.  
Un home poco doecho non ofende.

SANCHO.  
Yo desembrazo, ó pasen adelante.

REY.  
Matalde.  
SANCHO.  
Non lo fablo tan de veras.  
Gnarzones, refrená tan mal talante;  
Que non so moro yo.

REY.  
Dejalde.

JIMEN.  
Hoy vieras,  
A non fablar el Rey, muy mala guisa  
De la tu vida, y bien pagado fueras.

SANCHO.  
De qu'es aqueste el Rey este me avisa;  
Irme quiero.

REY.  
¡Ah gañan! Volve, ¿qué digo?  
Esperá, non vos vais tan aprieta.

SANCHO.  
El ha cuidado darme otro castigo;  
Perdona mi sandez, que non sabia  
Que su mercé era el Rey, Dios es testi-  
[go]

¡De quién es este monte y casería  
Que este cercado y este arroyo cierra?

SANCHO.  
De una dueña de grande fidalguia,  
Que llaman *la Barbuda* en esta tierra;  
Siendo su nombre Blanca de Guevara,  
De los Ladrones que Navarra encierra;  
Que despues que enviód de Ortun de

[Lara,  
Con dos hijos que tiene barraganas,  
Que mellizos nos dió su sangre rara,  
Vive entre esos robredos y arrayanes,  
Sin que jamás se miembro de Pamplo-  
En su hacienda y entre sus gañanes. [na

REY.  
¿Qué defeto se halla en su persona,  
Que la llaman *Barbuda*?

SANCHO.  
Soldemente  
Lo que sus huerzas y valor abona,  
Qu'es un bozo que tuvo eternamente  
Sobre el labro de arriba, señal rara  
De grande seso y corazon valiente;  
No ha nacido en la casa de Guevara  
Fembra tan aguisada ni tan fuerte.  
Ya de mas hermosa talle y cara, [te;  
Ni nunca jamás pavor tuvo á la muer-  
Que parece que el cielo que la fizo,  
Al facerla varon, trocó la suerte;  
Jamás el llanto al pecho satisfizo  
Que le dió su valor, que non debiera,  
Que es fembra, si no un home muy cas-

[tizo.  
¿Podré escurrirme ahora, con la vuesa  
Licencia?

REY.  
Espera un poco.  
SANCHE.  
Fasta agora

La forca me amenaza con la fuesa.  
¿Qué faré?

REY.  
Di, gañan, la tu señora  
¿Dónde finca al presente?

SANCHO.  
En caza creo;  
Que es además muy grande cazadora.

REY.  
Olfos, de verla á fe me da deseo.  
SANCHE.  
Escorriréme.

REY.  
Guarda la mesnada  
Que ves en mi compañía.

SANCHO.  
Ya la veo.

REY.  
¿Podráse aquesta siesta acalorada  
Albergar en su casa?

SANCHO.  
Asaz, Señore; [da;  
Que del mundo muy bien está abasta-  
Porque son suyas deste alrededor  
Todos aquestos valles y dehesas,  
Desde aquesta montaña á aquel alcobre;  
Habrà para las garras y las presas  
De los vuestos lebreles carne y pane,  
Llenos los fornos siempre y las artesas;  
Para el hambriento y acabado afane  
De los vuestos monteros, carne y vino,  
Y buena voluntad, que á todo gane.  
Perdona mi sandez y desatino,  
Que á la vuesa merced no conocia;  
Que non fuera en las obras tan mezqui-  
[no.

REY.  
Parte ya, y dile de la parte mia  
A la tu dueña que esta siesta quiere  
Aqui fincar el reye don Garcia,  
Y mientras en cenit el sol friere,  
Pasar con la mi gente en la su casa,  
Si á la voluntad suya le pluguiere.

SANCHO.  
Como un falcon iré.

INFANTE.  
La siesta pasa  
En esta apuesta y rica casería; [sa.  
Que tan alto va el sol, que el suelo abra-

REY.  
Esto ¿qué finca de la corte mia?  
INFANTE.  
Algunas doce millas.

REY.  
Cuido vella  
Antes que el sol al mundo apague el dia,  
Y salga en él la enamorada estrella.

Sale MUDARRA.

MUDARRA.  
Doña Blanca de Guevara,  
*Barbuda* por sobrenombre,  
Viuda de Ortun de Lara,  
Grán fidalgo é rico home,

De abolengo y sangre rara,  
Qu'es la mi dueña, me envia  
A la vuesa señoria;

A decirle en lo que tiene  
Esta merced, y que viene  
A mostrar su fidalguia.

Que por fincar aguardando  
Sus dos hijos, non está  
Ya los vuestos piés besando,

Y cuido que viene ya,  
Porque les finca hablando.  
Que, como llegar procura  
A facerle la mesura

A la vuesa señoria,  
Les dotrina fidalguia,  
Porque Dios les dé ventura.

Ya finca ante vuestos ojos;  
Guárdevos Dios verdadero  
De traiciones y de antojos.

REY.  
Guárdevos Dios, escodero.

Sale LA BARBUDA, con sus hijos, á lo  
antiguo.

BARBUDA.  
Fincarédes los finojos  
En el mismo suelo llano,  
En llegando en antes dél,  
Que es vuesto rey soberano;

É por demuesa mas liel,  
Le besarédes la mano;  
Y en antes que le besédes  
La su mano, agora tres  
Acatamientos farédes.

REY.  
Fermosa, don Olfos, es.

BARBUDA.  
Llegad, y non vos turbédes;  
Faced la primer mesura  
Connigo, de aquesta guisa;  
Erguid siempre la estatura.

INFANTE.  
Lo que facen les avisa.

REY.  
¿Qué divinal fermosura!

BARBUDA.  
Sea la segunda aqui.

RAMIRO.  
La gorra el Rey se ha quitado.

BARBUDA.  
Fácame mesura á mi;  
Que á las fembras es usado  
Acatar reyes ansi.

Non cuidéis, Ramiro, vos  
Qu'es la mesura á los dos,

Porqu'es home diferente,  
Y la face soldemente  
A los prestes y á Dios.  
Faced el acatamiento  
Postrero y fincad de hinojos;  
Arredradvos un momento  
De mi, non abrais los ojos,  
Sino solo el pensamiento;  
Y fincá aqui hasta tanto  
Que vos mande el Rey erguir.

ORDÓÑO.  
Cuido que adoro algun santo.

RAMIRO.  
¿Qué le habemos de decir?  
BARBUDA.

Yo le fablaré entre tanto.—  
A la vuesa señoria  
Pido la mano y los piés,  
Con mis hijos.

REY.  
Dueña mia,  
Erguidvos. (Ap. Como el sol es.)

INFANTE.  
Menos quema el sol del dia.

BARBUDA.  
Señor, la mano donad  
A Ordoñueto y á Ramiro,  
Mis hijos ambos.

REY.  
Tomad,  
Fidalgos, qu'en dambos miro  
Vuestro pecho de lealtad.

BARBUDA.  
Erguidvos del suelo agora,  
Faced otro acatamiento  
Al erguirvos.

RAMIRO.  
En buena hora.

BARBUDA.  
Habeisme dado contento,  
Válgavos nuesa Señora.

REY.  
El vuesto traje me admira,  
Doña Blanca de Guevara.

BARBUDA.  
Quien ya la corte non mira,  
Sinon la campiña, avara  
De lisonjas y mentira,  
Non ha menester, Señore,  
Otro traje qu'el villano;  
Conserva mas el honore  
Que non aquel cortesano.  
Lleno d'enfado y primore;  
Este es el traje primero  
De los montañeses nobles,  
Que siempre vestir espero.  
Además qu'entre estos robes  
Es agraciado y ligero;  
Ansi el venado que vuela  
Pude seguir y alcanzar,  
Quando el pavor le espolea;  
Fuera de que, cuido andar  
Como mi madre y mi agüela.

REY.  
¿Cómo non ceñis espadas  
A los vuestos hijos, dueña?

BARBUDA.  
Non las verán empuñadas  
Fasta non ser tan pequeña  
La su edad, y en las mesnadas  
De la vuesa señoria  
Fincaren, como fidalgos,  
Mostrando su valentia,  
Y en pos de moriscos galgos  
Esta prez de su hidálguia;  
Que non es justa razon  
Que se ceñan los aceros

Sin la vuesa bendicion.  
Armádoslos caballeros,  
Mas cedo garzones son.

REY.

Ya tienen edad cumplida;  
Armallos, la dueña honrada,  
Cuido.

BARBUDA.

Para otra venida  
Lo dejad, por vuestra vida;  
Tendrán mas membrada edad,  
Y ahora. Señor, yantad,  
Que los yantares esperan,  
Que magüer quisier que hueran  
Como la mi voluntad,  
Que en la mi casa non quiero  
Que los vuestos guisadores  
Fagan de yantar; qu'espero  
Baros yantares mejores,  
Costando menos dinero.

Las mis dueñas han dejado  
Por esto la su labor.

Y estará bien sazonado:

Que fembras guisan mejor

Qu'el home mas aguisado;

Darvos he, como confío,

Principios de leche y fruta

De aqueste vergel sombrío,

A duras penas enjuta

Del aljófar del rocío;

Un ganso vos daré luego

Con la salsa, que le cuadre

Mejor qu'el pernil gallego,

Y del vientre de su madre

Traer un cabrito al fuego;

Dorado con salmorejo

Algun gazapo ó conejo

Que se venga á las narices;

Y non vos daré perdices,

Que para invierno las dejo.

Donarvos podré un pichon,

Y algun pollo con agraz,

Y una olla, en conclusion,

Que la estimo mas en paz

Que cuantos yantares son;

Que esta fincaba guisada

Para el vuesto menester,

De todo bien abastada;

Y si mas quereis comer,

No faltará una empanada

Sazonada á lo aldeano,

Como se hacen aquí,

Mas de gusto cortesano,

Del lomo de un jabali

Que maté ayer por mi mano;

Buen pan, al fin, y reciente,

Candeal de aqueste día,

Tan blanco, que solamente

De la blanca nieve fría

Desdiga el estar caliente.

Habrà por postre garrida

Fruta de sartén y algunas

Uvas, y con vuesa vida,

Deseo por aceitunas,

Con que asenteis la comida.

REY.

Destá dueña ¿qué decís?

INFANTE.

Que mas non ficiera el preste

De Pamplona ó de Paris.

REY.

A fe, Olfos, que te cueste

Mas de cien maravedis.—

En pago desto, por Dios,

Que á los vuestros hijos dos

Tengo de llevar conmigo.

BARBUDA.

Si habeis jurado, non digo

Al, que os reproche á vos,

Vayan de muy buen talaute,

Sirvan-os de aquí adelante,  
Pues es de Navarra ley  
Servir el fidalgo al Rey.

REY.

Ya tienen edad bastante.

BARBUDA.

Llegad, hijos, y besad

La mano á su señoría

Por esta merced; llegad.

ORDOÑO.

En la vuesa compañía

Reye, que la Trinidad

Guarde mil eras y remos.

REY.

Fidalgos de prez.

RAMIRO.

Los dos

Servirvos procuráremos.

REY.

Guárdevos, fidalgos, Dios.—

Ea á yantar; ¿qué hacemos?

Olfos yantarà conmigo

Y doña Blanca.

BARBUDA.

Señor,

A facerlo non me obligo;

Yantad al vuesto sabor,

Y buena pro os faga.

REY.

Digo

Que se faga vuestro gusto.

BARBUDA.

Non yanto yo con los homes.

REY.

Es, doña Blanca, muy justo.

BARBUDA.

Non es mal querer los homes,

Sinon á mi estado injusto;

Que á una dueña que el velado

Como el mio le ha faltado,

En mas lóbrego lugar

Sola tiene de yantar,

O le será mal contado.

Perdonad el non poder

Recibir ese favor

Por enviudar la mujer.

REY.

Quiero todo vuesto honor,

É mas non cuido querer.

MUDARRA.

Ya los yantares están

En la tabla aparejados.

REY.

El olor farta que dan.

BARBUDA.

Entre los vuestos criados

Mis hijos os servirán;

Descubridvos los capotes.

(Toma las capas Mudarra.)

REY.

Blanca, adiós, hasta despues.

(¡Ay amor, non me alborotes!)

BARBUDA.

Beso vuestos reales piés.

REY.

Algunos sabrosos motes

De amor quiero que me cante,

Mientras como en su discaute,

El mi meloso cantore.

INFANTE.

A los dos darà sabore.

BARBUDA.

Id, hijos.

REY.

Venid, infante.

BARBUDA.

Escuchad, Mudarra, un poco.

MUDARRA.

Mandad á la vuesa pro,

Que lo faré al punto yo.

(Ap. Fincó en tanta gente loco.)

BARBUDA.

Ataviadvos, Mudarra,

Y lo mejor que ser pueda,

De vuesa gorra de seda

Y la calza mas bizarra;

Del mas enlocido sayo

Que á vos el yerós conhorto,

Porque habeis de ir á la corte,

De mis dos hijos por ayo:

Y á Sancho, el que en la montiña

Ha guardado hasta agora,

Dejando luego á la bora

El traje de la campiña,

Por ser garzon de fieltad,

Le pondréis un atavio

De los que el velado mio

(Haya buen siglo), escochad,

En su desposorio dió

A los pajes de librea,

Y ved, Mudarra, que sea

El que mas allí enloció.

Que finca en el mi almacén

Aquesta librea toda,

Con las mis ropas de boda

A buen recado tambien;

Faced, Mudarra, esto cedo.

MUDARRA.

Yo faré el vuesto mandado,

Y cedo estará á recado;

Porque, magüer que non puedo

Por la mi gota escorrer

Como quisiera, y faré

Cuanto fuere en la mia fe,

Sin pavor podrédes ir;

Que, si Dios me da su ayuda,

Han de ser (magüer soy viejo)

De toda Navarra espejo

Los hijos de la Barbuda.

BARBUDA.

Dios á las sus fechorias

Done buena man derecha;

Que sin el non aprovecha

Humana fuerza en los días.

Cuido que cantan; amén

Que le tengo d'escochar,

Veamos si es el cantar

De sutil metro tambien;

Que cuando metro y tonada

Se aunan en una pieza

Con pareja sutileza,

Es una cosa-agraciada;

Mas si es del rey cantador,

Tendrá sutiles cantares,

Y le farán los yantares,

Con el cantar, mas sabor.

músicos. (Cantan dentro.)

Conde Claros, con amores

Non pudiera reposare,

Apriesu pide el vestido,

Apriesa pide el calzare;

Presto está su camarero

Para habérselo de dare;

Que quien adama non duerme,

Y mas cuando celos haye;

Salto diera de la cama,

Que parece un gaviñane;

Que es con amores el lecho

Mármol duro y lid campate.

BARBUDA.

¡Qué sutil qu'es la canción!

Non la quisiera perder

Por todo el preciado haber

De los que en Navarra son.

MÚSICOS. (Cantan.)

*Las calzas se pone el Conde  
Apriesa, y non de vagare;  
Que amores de blanca niña  
Llamándole apriesa estane.*

Sale SANCHO, con vestido gracioso,  
con gorra y capa, y dice.

SANCHO.

Y yo quisiera saber  
Estas cómo han de fincar;  
Que en tan estrecho lugar  
Non sé cómo he de caber.  
Emparedado me han puesto,  
Y en dos embudos metido;  
Contra el Rey ¿qué he cometido,  
Que así me finca? ¿Qu'es esto?  
Calzas, calzas convas dos,  
Que ya el mi letigio veis,  
Por la virtud que teneis  
Y vos ha donado Dios,  
Que me digais de qué guisa  
Os tengo de ataviar;  
Que non vos puedo pasar  
A cubrirme la camisa.

BARBUDA.

Este es Sancho; apuesto viene  
De la librea.

SANCHO.

¡Ay de mí!

Que la mi dueña está aquí!

BARBUDA.

¿Oh Sancho?

SANCHO.

Non sé qué tiene,

La mi señora, este traje,  
Que atavialle no puedo,  
Nin me cuido partir cedo,  
Nin soy bueno para paje.

BARBUDA.

¡Oh mal mañoso garzon!

¿Eso habédes de decir?  
Cedo habédes de partir,  
Magüer que digais de non;  
Que vos faré si vos cojo...

(Tómale del brazo, y cáensele las calzas.)

SANCHO.

¿Qué me habédes de facer?

BARBUDA.

Menuzos en mi poder;  
Vos non sabeis, si me enojo...

SANCHO.

Basta, fincado de mí,  
Que finco un brazo tollido.

BARBUDA.

¿Non me habédes conocido?  
Ah villano, finca aquí.

SANCHO.

Déjame, non me desfagas.

BARBUDA.

¿De cuándo acá, el mal garzon,  
Non acatáis mi razon?  
Agora subid ahí,  
Y ponedvos la bujeta,  
Que en ellas finca cosella.

SANCHO.

¿Dónde?

BARBUDA.

Del sayo prendella;  
Polidvos esa coleta,  
Ponedvos bien el capote,  
Llevalde al uso y erguido,  
Que non fuera tan lucido,  
Si fuera de chamelote;  
Poned derecho el plumaje  
En vuestra gorra velluda.

SANCHO.

Hoy el diablo y la Barbuda  
Por huerza me hacer paje.

Sale MUDARRA.

MUDARRA.

Ya el Rey fincó de yantar.

BARBUDA.

¿Que ha yantado me decís?  
Mudarra, apuesto venís.

MUDARRA.

Lo que pude ataviar.

BARBUDA.

¿Ha yantado asaz el Rey?

MUDARRA.

Y asaz también la su gente  
Con el Rey juntamente,  
La vuesa fidalga grey;  
Como dueña de valía  
Y la mejor de Navarra  
Habeis comprido.

BARBUDA.

Mudarra,  
Deuda es de la fidalguía.

Sale EL REY y LOS DEMÁS.

REY.

Los yantares han fincado,  
Por mi fe, muy á sabor.

BARBUDA.

Faceisme merced, Señor.

REY.

Dueña, vos me habeis honrado.

BARBUDA.

Cedo vos quereis partir.

REY.

Si, que Urraca, la mi hermana,  
Me aguarda de buena gana,  
Y esto le cuido decir;  
Fablaré con ella asaz  
De la vuestra fidalguía.

BARBUDA.

A la vuesa señoría  
Beso los piés.

REY.

Finca en paz,  
Y acordavos de mí, Blanca;  
¿Quen me dió el mi corazón?  
Llevo la vuestra faicion  
Adonde el alma me arranca;  
Que non sé, á fe, qué cosquillas  
Los vuestros ojos me han fecho,  
Fechiceros en el pecho  
Con amorosas mancillas.

BARBUDA.

Non cuido lo que decís,  
Nin lo cuidaré jamás.

REY.

¿Ingrata sois además?

BARBUDA.

Ya es tarde; ¿vos no partís?

REY.

Aquí finco, si me parto,  
Dueña, con vuesa persona.

BARBUDA.

Si hoy vádes para Pamplona,  
Non tenédes tiempo farto.

REY.

¿Non me quereis cuidar,  
Blanca, en el mi afan amargo?

BARBUDA.

A mis fijos vos encargo,  
Y Dios vos deje lograr.

REY.

Non cuido qu'el pedernal  
Tenga tan duro talante.

BARBUDA.

Fijos, fincá aquí delante,  
Que Dios vos libre de mal.

RAMIRO.

A la vuesa bendicion,  
La nuesa madre, esperamos.

ORDOÑO.

Aquí humillados fincamos.

BARBUDA.

Dios vos rija el corazón.  
Solas tres cosas vos quiero  
Decir en antes que os vádes,  
Consejos de que os valgádes  
En la corte: lo primero  
Es de non sufrir alguno  
Baldon al honor molesto;  
Lo segundo, despues desto,  
De non decillo á ninguno;  
Lo tercero, en que jamás  
En mentira tropecédes;  
Que con esto y las mercedes  
Del Rey irédes á mas,  
Y serédes ambos dos  
Prez de vuesa fidalguía,  
Y alcáncevos, con la mía,  
La bendicion de mi Dios;  
Besad la mano y partid  
Con el Rey, nuese señor,  
Y donevos Dios honor  
En la paz como en la lid.

RAMIRO.

La fe de mi parte os doy,  
La nuesa señora y madre,  
De qu'el nome de mi padre  
Non manche el non ser quien soy.

ORDOÑO.

Yo de mi parte también.

BARBUDA.

El mi querido Ordoñuelo,  
Guárdevos un siglo el cielo  
Y la Trinidad, amén.—  
Tened, Mudarra, cuidado  
Contino de su enseñanza,  
Que vos dé Dios buena danza,  
Y envarédes por recado  
Para los sus menesteres;  
Y ende con el Rey partid.

SANCHO.

A este paje bendecid,  
Prez de todas las mujeres;  
Que voy con farto pavor  
A la corte.

BARBUDA.

El Rey se va.

SANCHO.

¿Aun un dedo no labrá  
Para mí?

REY.

Sino de amor,  
Vámonos.

INFANTE.

¿Gran fermosura!

REY.

Veré si ausencia me aplaca.

BARBUDA.

A la mi señora Urraca  
Faced por mi una mesura,  
Y adios.

REY.

Adios.—Voy finado.

SANCHO.

Adios, prado, adios, montaña,  
Adios, mauso arroyo brando,

Adios, el vergel y azuda,  
Que non sé si os podré ver;  
Que me llevan á perder  
Los fijos de la Barbuda.

(Vanse.)

Sale URRACA y MARSILIO, rey moro,  
pintando en un retrato que trae.

URRACA.

¿Qué demandas, moro fiero,  
Que como sombra me sigues?  
¿Quién te ha donado osadía  
Para que mis cuabras pises?  
¿Non tienes pavor, el moro,  
De las mis guardas, que asisten  
Honrando la mi persona  
Y al Rey que en Navarra vive?  
Si porque falta Garcia,  
Mi hermano, en casa, toviste  
Ardidoso el corazon,  
Y pisas mis cuabras libre,  
Cuida que Urraca, su hermana,  
Es fembra que si se finque  
De mal talante, te haga  
Que tengas ventura triste;  
Ay, si te ven mis fidalgos  
Y sus fuertes adalides,  
Non es mucho qu'en menuzos  
Vuelvas adonde saliste;  
Sal, moro, de las mis salas,  
Cedo, enantes que me obligues  
A que te done la muerte.

MARSILIO. (Pintando.)

¿Oh soberanos matices,  
Oh nácar, oh nieve, oh perlas!  
¿Cómo podrá ser posible  
Al arte con fuerza humana  
Obligar á que os imite?

URRACA.

Moro ¿qué faces? Responde,  
O véte, y aquí non finques;  
Que si vienen mis porteros,  
En triste sino naciste.

MARSILIO. (Pinta.)

Bellos ojos, soles graves.

URRACA.

Cuido que pintas.

MARSILIO.

No dicen  
Tambien los ojos del cielo.

URRACA.

Suspenseo calla y prosigue,  
Sin saber por dónde ha entrado,  
Cual si fincara invisible;  
Le he topado en el mi cuarto,  
Subiendo de los jardines;  
Maravilla me parece;  
¿Qué faré? Non es melindre,  
Que, si va á decir verdad,  
Pavor le tengo terrible.

MARSILIO.

No temas, hermosa Infanta,  
Pues que solo con que mires  
Puedes abrasar la tierra,  
Que nada tu luz resiste;  
Por fama de tu belleza  
Marsilio abrasado vive,  
Rey de Zaragoza noble,  
Que con ella se te rinde;  
Y ansí dos de los cristianos  
Cautivos que dentro sirven  
En sus baños cada día  
Las alabanzas que dicen,  
Tan grandes, que quiere amor,  
Como es rey tan invencible,  
Por fama abrasalle el alma,  
Y atropellando imposibles,  
Determina á don Garcia,

DD. C. DE L.-II.

Tu hermano, Infanta, pedirte,  
A cuya embajada sola  
Ayer á Navarra vine;  
Encargóme de su parte  
Que cuando fuese posible  
Procurase verte, Urraca;  
Y yo promesa le hice,  
Y que por tener tu imagen  
Menos confusa que vive  
En su pecho retratada,  
Por no haber visto el origen,  
Un retrato le llevase  
Con que en su verdad se afirmase,  
Prometiéndome una hermana  
Con un millon de cequies;  
Y jurando de ponelle  
Dentro en su mezquita insigne  
Junto á Mahoma, engastado  
En balajes y amatistes,  
Para que todos los moros  
A adoralle se arroddillen,  
Y como á su Alá respeten,  
Enciensen y sacrifiquen.  
Llegué á Pamplona, buscando  
Mas ocasion conveniente  
Para este intento entre tanto  
Que viene tu hermano; dije  
A un moro, qu'es tu hortelano  
De tus reales jardines,  
De los que se cautivaron  
Cuando al de Leon venciste,  
Mi pensamiento, vencido  
De dádivas que no piden,  
Ni posibles que no alcancen;  
Por un testigo que sirve  
Para bajar á ese bosque,  
Que el sol arroyuelos ciñen,  
Escondido pude estar,  
Y entre unas murtas y mimbres  
Me aconsejó que aguardase,  
Diciendo que á los jardines  
Sola bajabas las tardes;  
Y aguardé comó me dice,  
Cuando á poco espacio veo  
Que los arroyos se rien,  
Que los ruiseñores cantan  
Motetes mas apacibles;  
Que vierte el aurora perlas,  
Que el abril los campos viste,  
Tejiéndole al sol guirnaldas  
De claveles y alhelies;  
Y fué, que al jardin bajabas,  
Dando á los campos abriles,  
Risa á las aguas, motetes  
A los ruiseñores tristes,  
Guirnaldas al sol, y rayos  
Que le abrasen y le eclipsen,  
Perlas al alba, y aliento  
Al ámbar y á los jardines.  
Quedé admirado de verte;  
Mas ¿qué mucho que me admire  
Sin merecer solo el cielo  
De que su manto no pises?  
Un rato estuve suspenseo,  
Como á quien la noche embiste  
Alguna vez de repente,  
Que está sin vista, aunque mire.  
Pero despues que los ojos  
La luz de espacio aperciben,  
Ven la luz y quien la lleva;  
Y viéndola, ciego quise  
Hurtarte con el pincel  
Esa belleza imposible.  
El artificio á mis ojos,  
Ningunos entonces libres,  
Entre tanto que robaban  
Tu blancura los jazmines,  
Y el carmesi de tus labios,  
Los claveles carmesies,  
Entre la murta y laureles  
A Venus me pareciste,  
Cuando con Cupido andaba

Por los jardines de Chipre,  
O cuando sale á llamar  
Al alba que se le rie.  
Con dientes de estrellas tantas,  
En el carro de los cisnes,  
Al alabar el bosquejo  
Del retrato, te partiste.  
Y yo, como miré el sol,  
Tras tus bellos ojos vine;  
Seguí tus pasos, sin verme  
Seguro deste imposible,  
Por retratarte y mirarte,  
Hasta que á verme volviste.  
La novedad te admiró;  
Pero dejar de seguirte  
Sin acabar el retrato,  
Ni pude, Urraca, ni quise;  
Que, como soy noble, Infanta,  
Es razon que determine  
Cumplir mi palabra al Rey,  
Ya que fué al mio y le dije,  
Y ansi, sin temer al mundo  
Y á cuantos cristianos ciñen  
Acero cruzado al lado,  
Lo que he prometido hice.  
Y como á nobles y á reyes,  
Porque en algo se ejerciten,  
Un oficio les enseñan.  
Como siempre ociosos viven;  
La pintura me enseñaron,  
Con que ha querido que pinte  
Amor, para el cielo un sol,  
Para los hombres un tigre,  
Un cielo para la tierra,  
Para el fuego un imposible,  
Para el mar una sirena,  
Un veneno para el alma,  
Para el sentido una esfinge,  
Y para Marsilio un monstruo  
Tan bello como terrible.

URRACA.

Válasme nuestra Señora;  
Moro, ¿qué dello has hablado!

MARSILIO.

Si te pintara el cuidado  
Del que por fama te adora,  
Fuera imposible acabar  
En la eternidad del alma,  
Que cualquier sentido calma  
Cuando le llega á pintar;  
Siendo en los locos bosquejos  
De sus colores obscuras,  
Sombras todas las venturas,  
Y las esperanzas léjos.

URRACA.

La vuesa mandaderia  
No tendrá el Moro sazón;  
Que los que cristianos son  
Non precian la moreria.  
En baldé habédes venido;  
Contéteos el retrato,  
Que vos cuesta tan barato,  
Fincando tan atrevido,  
Y volvedros noramala;  
Ved que vos faré prender.

MARSILIO.

No tiene España poder  
Para eciarme de la sala;  
Y perdona no guardarte  
En esto solo el decoro.

Suena ruido, como que llega EL REY,  
y dicen dentro.

REY.

Avisa á la Infanta.

URRACA.

Moro,  
Ponedvos de aquella parte;

Que cuido que viene el Rey,  
Y yo en peligro me veo.

MARSILIO.

No importa; hablalle deseo.

Sale JIMEN.

URRACA.

¡Oh Jimen, home de ley!

JIMEN.

Ya el vuestro hermano ha llegado.

URRACA.

Él finque muy bien venido.

JIMEN.

¿Qué moro es este atrevido,  
Que en el vuestro cuarto ha entrado?

URRACA.

Un mandadero que viene  
Para mi hermano.

JIMEN.

¿Ansi?

URRACA.

Ya entra; espéralle aquí.

JIMEN.

Sañudo talante tiene.

Entra EL REY, EL INFANTE DON  
OLFOS, y RAMIRO y ORDOÑO, sin  
espadas y con gorras en las manos,  
y MUDARRA y SANCHE.

Ya llega el Rey, mi señor.

URRACA.

Muy bienvenido seádes,  
García.

REY.

¿Cómo fincádes,  
Urraca?

URRACA.

Al vuestro favor.  
¿Vepides bueno, el mi hermano?

REY.

Para faceros merced.—  
Llegá, mesura faced,  
E demandáde la mano  
A Urraca, la infanta vuesa,  
Fidalgos.

RAMIRO.

Es gran razon.

URRACA.

¿Quiéq estos garzones son?

REY.

Ya de la mesnada nuesa,  
(Ramiro y Ordoño se arrodillan, y  
Urraca les hace señal que se levanten,  
y prosigue el Rey:)

A quien donar cuido ayuda;  
De la casa de Guevara  
Y de la antigua de Lara,  
Y fijos de la Barbuda,  
Una dueña y rica fembra  
Fermosa además, por Dios,  
Que en esta ocasion de vos  
Muy luengamente se niembra  
Y vos face la mesura,  
En cuya casa he pasado  
El calor, y me ha donado  
De yantar, que en la espesura  
De su montaña cercada,  
Yendo en pos de un jabali,  
Viniendo á Pamplona, di  
De caza con mi mesnada.

URRACA.

Garzones apuestos son.

REY.

Faced que nuestas doncellas  
Dellos se sirvan.

URRACA.

Con ellas

Fablarán á su sazón,  
E cuando fiestas hobiere  
Sus posaderos tendrán,  
E á servir se fallarán  
Cuando yo yantar quisiere.

REY.

¿Qué face este moro aquí?

URRACA.

El rey Marsilio le envia  
Con una mandaderia.

REY.

Llegad, moro, en ante mí.—  
Allegadvos, posaderas.—  
Sentadvos, Urraca, vos  
En par de mí; quiera Dios  
Que sea por bien.

(Llegan sillas, y hace Marsilio acatamiento.)

MARSILIO.

¿Qué esperas,  
Que no me mandas sentar?

REY.

Posad-os, moro, en buen hora;  
Que no me membraba agora.

MARSILIO.

Don García, ¿podré hablar?  
Marsilio, famoso rey  
De la insigne Zaragoza,  
Saludes muchas envia,  
Don García, á tu persona;  
Y dice que, enamorado  
Por fama, aunque ha andado corta,  
En alabar la belleza

Que de tu hermana pregona;  
Porque á veces el amor,  
Que su fuerza poderosa  
Hacen de las alabanzas  
Ojos por donde enamora;  
A Urraca Sanchez te pide,  
Por mí, para dulce esposa,  
Ofreciéndote á Celima,

Su hermana, en cambio destotra.  
Y con ella, en Aragon  
Diez villas las mas hermosas  
Que tú señalar quisieres,  
Siendo en tu corte las bodas,  
Y jurando eternamente  
Amistad con tu corona,  
Y dándote cada un año,  
Por feudo y párias forzosas,  
Cien yeguas de Andalucía,  
De diferente piel todas,  
Y cada cual un retrato  
De la soberbia española;  
Cien alfanjes berberiscos,  
Veinte jacerinas cotas,  
Cien adargas de Marruecos,  
Cien lanzas y treinta alfombras,  
Las veinte de seda y lana,  
Las diez de plata y aljófar,  
Labradas por turcas manos  
De una de Constantinopla;  
Y que de veinte mujeres  
Que tiene Marsilio y goza,  
Solamente será Urraca  
El dueño, reina y señora.  
A esto vengo solamente;  
Mira que á Navarra importa  
La amistad del rey Marsilio.  
Tu respuesta espero ahora.

REY.

Dile á tu rey, mandadero,  
Que finco á la su persona  
Tenudo además, por cierto,  
Por los bienes que me otorga;  
Mas que los reyes que son  
En Navarra jamás donan  
Sus hermanas nin sus fijas  
A gente pagana y mora.  
Además, que Urraca Sanchez,  
Mi hermana, quiere ser monja,  
Y á ser casada, non cuida  
Ir con moro á Zaragoza.  
Esto podrédes fablalle.

MARSILIO.

No está sigura Pamplona.  
¡Ay de su furia, García!  
Tú la verás como Troya.  
Peligro corre esta vez  
Tu cabeza y tu corona;  
Porque á una voz de Marsilio  
Temblará Navarra toda.

(Lléganse Ramiro y Ordoño, cada uno  
á su lado de la silla, y dice Ramiro:)

RAMIRO.

Can ladrador, muy mas quedo;  
Que vos metiera en la boca,  
A no fincar aquí el Rey,  
Lo que á los canes afoga.

ORDOÑO.

Galgo, fincad mas espacio,  
Y acatad nuestas personas;  
Non vos meta en la trailla.

MARSILIO.

Sois para mí todos sombras.

REY.

Non fableis mas, mandadero;  
Pafidvos de la mi casa.

MARSILIO.

Para daros muerte importa.

INFANTE.

¿Quieres, Señor, que le mate?

JIMEN.

¿Gustas que muera?

MARSILIO.

Ya hablan

Muchos delante del Rey  
Que me dén la muerte ahora.  
Quien se atreviera á tener  
Fuera de aquí esta victoria,  
Sigame, alzando ese guante;  
Que al rio espero.

TODOS.

En buena hora.

(Vase, y echa un guante en el suelo,  
y llegan todos á cogelle, y tómanle  
y rómpenle los dos hermanos.)

ORDOÑO.

Suelta, Ramiro; ¿ahora dél?

RAMIRO.

Deja, Ordoño.

ORDOÑO.

¡A mí me toca.

RAMIRO.

Yo le he ganado primero;  
Deja.

ORDOÑO.

Cuida, que me enojas.

RAMIRO.

Si aquí non fincara el Rey...

ORDOÑO.

A non fincar su persona...

RAMIRO.  
¿Qué ficieras?

ORDOÑO.  
Te matara.

RAMIRO.  
Suelta.

ORDOÑO.  
Fasta que se rompa.

RAMIRO.  
Esta mitad me es asaz.

ORDOÑO.  
Con esta mitad me sobra  
Para buscarle primero.

RAMIRO.  
Yo fincaré con la gloria.

REY.  
Ah, garzones, volved ende,  
Volved.

RAMIRO.  
A vuesa corona  
Habemos de obedecer.

ORDOÑO.  
A vuesa voz nos volvemos.

REY.  
Non salgades de palacio;  
Que non es usada cosa  
Dar al mandadero muerte,  
Porque non face deshonra.  
Mas digádesme, ¿con qué  
Lidiar cuidabais agora,  
Non fincando con espadas?

RAMIRO.  
Con las manos, con la boca.

ORDOÑO.  
¿Faltará á un roble un renuevo?

RAMIRO.  
El mi rey, en tales cosas  
Mas hace el ánimo y saña  
Que la espada que mas corta.

REY.  
Dambos sois buenos fidalgos.

RAMIRO.  
Ser tus vasallos nos honra.

REY.  
Yo vos faré caballeros,  
Porque luzgan vuestas obras.—  
Vamos, Urraca.

Sale UN FIDALGO.

FIDALGO.  
Cuido  
Qu'es el rey de Zaragoza  
Este que por mandadero  
Fabló á la vuesa persona.

REY.  
¿Quién vos lo fabia, fidalgo?

FIDALGO.  
De los muros de Pamplona,  
Con cien moros de á caballo,  
Le han visto partir que asombra;  
De esa álameda escondidos  
Le aguardaban, y pregonan  
Esto los sus adalides.

REY.  
Non temo las sus zozobras;  
Fidalgos tengo, que bastan  
Contra la morisma toda.  
(*Entranse, y quedan los fijos de la Barbuda, Jimen y el Infante.*)

JIMEN.  
Libreme de las sus manos  
La Virgen, vuesa Señora.

INFANTE.  
Fidalgos, cuando fincaren  
Con el Rey tales personas  
Como nos, vos non tengádes  
Ardid á las tales cosas;  
Que, á ser dambos caballeros  
Armados, fuera esto agora  
Reprochado en otra guisa.

JIMEN.  
Atended que vos non cojan  
En otro que tal mis manos.

MUDARRA.  
Fablad bien en la mal hora;  
Que si les faltan espadas,  
Aquí finca esta mohosa.

SANCHO.  
Y yo finco aquí tambien  
Con mis calzas y mi gorra.

INFANTE.  
Quitadvos dende.

SANCHO.  
Quitadvos;  
Non vos despachurre. ¡Hola!

RAMIRO.  
Nota, Ordoñ, cómo fincamos.

ORDOÑO.  
Ambos fincamos sin honra.

RAMIRO.  
Por los evangelios cuatro,  
De non facer otra cosa,  
En fincando caballero,  
Sinon vengar mi deshonra.

ORDOÑO.  
Lo propio á los cielos juro.

SANCHO.  
Si alguna espada hay de sobra,  
Yo fincaré á vuestro lado,  
Y daré muerte á Mahoma.

ACTO SEGUNDO.

Sale DON GARCÍA, rey de Navarra.

REY.  
Amor, fijo de madre mal nacido  
E de un martillador, el dios ferrero,  
Pues es mi corazon un posadero,  
¿Por qué me faces, di, tan mal partido?  
De tus coyundas fasta agora erguido  
Fincó mi cuello libre y altanero,  
E agora fino con rigor mas fiero  
Que si un volcán tuviera en el sentido.  
Agro-dulce eres, carrasqueño y  
[brando,  
E como el aire, estás sin peso y tomo;  
Eres fantasma que se ve y se esconde.  
Un no sé qué, que viene no sé cuán-  
Abura non sé qué, ve no sé cómo, [do,  
Matanon sé con qué ni sé por dónde.

Sale MUDARRA.

MUDARRA.  
De un vueso macero he sido,  
Señor, llamado.

REY.  
Es verdad;  
Con vos quiero en poridad  
Fablar, que habédes venido  
En ocasion farto buena.

MUDARRA.  
Señor... ¿Qué me querrá el Rey?  
Un fidalgo soy de ley,  
E mi reale está llena  
De honradas fechorias  
Que mis pasados han fecho,  
Que legaron al mi pecho  
Prez de muchas fidalguas;  
Que vueso padre y abuelo  
(Que buen siglo hayan, amén)  
Pudieran decir mas bien,  
Y todo el navarro suelo,  
Qu'esta costilla sin par,  
Que finca ya á cama afín,  
Tiene sangre por ollin  
De moros de allende el mar.

REY.  
De la vuestra fidalguia  
Fincó acontentado asaz;  
Yo vos quiero para paz,  
Mudarra, en la cuita mía,  
Non para lides vos quiero.

MUDARRA.  
Pues mandá al vueso sabor.

REY.  
¿Habédes tenido amor?  
Digádesme, el escodero;  
¿Habédes querido bien?

MUDARRA.  
Non es home, don García,  
Quien non finca en garzonía  
Quando barragan tambien;  
Y hablando en poridad  
Con vos desto. el mio señor,  
Mas canas me ha puesto amor  
Que non la mi luenga edad.  
A duras penas tenia  
Cuarenta años, bien pequeña  
Edad, cuando fice dueña  
Una fembra, don García,  
Que me costó amargas penas,  
Tristes cuitas, negro afán,  
Ser tan mozo barragan,  
Fincando en tierras ajenas.  
Mas ¿non me diréis qué ha sido  
La causa desta llamada,  
O qué fembra vos agrada,  
Por quien fincais sin sentido?  
Que yo, de la parte vuesa,  
Le sabré fablar razones,  
Que convierta los baldones  
En amorosa dentuesa.  
¿A quién tenédes amor?

REY.  
Por la vuesa doña Blanca  
El ánima se me arranca.

MUDARRA.  
¿Válgame nueso Señor!

REY.  
¿De qué fincais amarrido?

MUDARRA.  
Del vueso mal pensamiento;  
Por el santo monumento  
Qu'en San Mamés finca erguido  
En el jueves de la Cena,  
Qu'es mover un pedernal,  
Una sierra, otro que tal  
A la vuesa cuita y pena;  
Qu'es fembra la dueña mía  
Que vos yantar á los ojos,  
Si fablais vuestros antojos,  
De la vuesa altanería.  
¿Cuidádes que la Barbuda  
Fembra es, Señor, por ahí?

REY.  
Por eso, escodero, aquí  
He menester vuesa ayuda;  
Y á fe que si le llevádes

De mi parte este papel,  
Que va el mi amor dentro dél,  
Luengas mercedes tengades;  
Que rico home vos faré  
De los ricos de Navarra.

MUDARRA.

Fidalgo soy y Mudarra,  
Bésosvos el vuestro pié;  
Por vos faré cuanto sea  
En mi poder.

REY.

Esecochad,  
Este papel la llevad,  
E cuando Blanca vos vea,  
De mi parte le dirédes  
Cómo finco por su amor;  
Que me haga mas favor,  
E que la faré mercedes;  
Que por la su fermosura  
Fincó tan sándio.

MUDARRA.

Fablad.

REY.

Que busco la soledad,  
Cuidando en la mi ventura,  
Y que finco con pavor,  
Si non cuida ser clemente,  
De que he de yacer doliente  
A la muerte del su amor.  
Y este sartal de granates  
Le endonad con esta perla,  
Qu'endespues de guarnecerla  
De oro de veinte quilates,  
Que aquesto tome en señal  
Del amor que me desvela;  
Que fué en verdad de mi agüela,  
Doña Jimena, el sartal;  
Que á doña Elvira, mi madre,  
Para sus bodas donó  
Cuando el mi padre honoró,  
Mi agüelo al Cide y su padre.  
Dirédes cómo sus fijos  
Caballeros fincan ya,  
Por quien hoy Pamplona está  
Con colgados regocijos,  
Y que finco con cuidado  
De facerles mas merced.  
El su talante atended:  
Que yo cuido disfrazado,  
Con Olfos y con Jimen,  
Vestido á troche y á moche,  
Fincar allá aquesta noche  
Con el mi cantor tambien,  
Porque diga algun cantar  
Que le obligue á enternecer,  
Que con esto podrá ser  
Su corazon domeñar;  
Que quizá por su feniestra  
Un poco podré fablalla;  
Que no será, si algo calla,  
Lleno de dicha siniestra;  
Y véte cedo; que viene  
Urraca, la infanta.

MUDARRA.

Adios.

REY.

Fablad á los hermanos dos,  
E decildes que conviene  
Al mi servicio que vádes  
A facer á Valdiceña  
De su armadura reseña,  
Y que cedo vos partádes;  
Y en la mi trotoneria  
Faced vos dén un troton,  
Y partid con la ascension,  
Que finca poco del día.

MUDARRA.

Escodero fui de honor,  
Cojo de manos y piés,

Y me ha fecho el interés  
Ligero como un azor.

(Vase.)

REY.

Quiero recibir á Urraca,  
Que con mis fidalgos viene;  
Non sé en qué se detiene.  
Allí parece que saca  
Un infanzon la coquilla,  
Y otro tras dél; son sin duda  
*Los fijos de la Barbuda*,  
Que non será maravilla;  
Con Olfos y con Jimen  
Es la enemiga trabada,  
Mal finca Urraca acatada,  
E mis palacios tambien.

*Salgan huyendo* EL INFANTE, JI-  
MEN y OTROS DOS, y *tras dellos* OR-  
DOÑO, RAMIRO y URRACA, *dete-  
niéndolos, y LAS GUARDAS.*

ORDOÑO.

Finen, Ramiro, los dos.

RAMIRO.

E todos cuantos con ellos  
Cuidaren de defendellos,  
Si non los defiende Dios.

URRACA.

Ramiro, Ordoño, fincad;  
Detenevros en mal hora.

ORDOÑO.

La nuesa reina y señora,  
Non es tiempo, perdonad.

REY.

¿Qu'es esto? ¿En mis salas pasa  
Un desaguisado igual?

RAMIRO.

La vuesa presencia real  
Pone á nuestas sañas tasa;  
Que á non fincar de por medio  
Vos ó Dios en tal lugar,  
Para dejar de fincar  
Non les fincara remedio.

INFANTE.

¿Fabládes delante el Rey?

SANCHO.

Aquí en fuera fablarémos;  
Que los fidalgos podémos.

RAMIRO.

Sancho, finca como es ley.

REY.

¿Por qué ha sido la ocasion?

RAMIRO.

Yo vos la diré sumada:  
A la vuesa hermana amada  
Cuántos infanzones son  
Aquí fincaban delante,  
Por honrar la corona,  
Sirviendo á la su persona.  
E don Olfos, el infante,  
E Jimen non ponen duda  
De fincar los mas cercanos,  
Cual si fincaran sin manos  
*Los fijos de la Barbuda*.  
E como aquesto miramos,  
Tanta saña recebimos,  
Que á dos coces que les dimos,  
De sus puestos les quitamos.  
Ficiéronse atrás, que en ellos  
Non suelen ser maravillas,  
Y sacando las cochillas,  
Dimos fasta aquí tras de ellos;  
Que, como de ver tal día  
Deseaban en efeto,  
No les guardaron respeto  
A la vuesa señoría.

URRACA.

Non mengua de la verdad  
Un pelo.

REY.

Dad las espadas,  
Ordoño é Ramiro; é dadas,  
A una torre los llevad.

SANCHO.

Porque non fablen de mí,  
Escorrimme determino.

REY.

Tambien el paje.

SANCHO.

¿Ay mezquino!

Con mala fada naci.

REY.

E vos, Olfos é Jimen,  
Venid conmigo; que tengo  
Que fablar.

SANCHO.

Al punto vengo,  
Por la fe de home de bien.

RAMIRO.

Sancho, finca junto á nos;  
Non salgas del nuesto lado.

SANCHO.

Non finco de muy buen grado,  
Así me perdone Dios.

REY.

Guardas, ¿ende non facédes  
Lo que vos mando?

RAMIRO.

Non sé

Si podrán facerlo, á fe.

REY.

¿Qué cuidais? ¿A qué atendédes?  
Las espadas les quitad.

ORDOÑO.

Y si nos non se las damos,  
¿Cómo ha de ser?

SANCHO.

Hoy fincamos

En gran peligro.

REY.

Llegad.

ORDOÑO.

Ninguno tenga osadia  
A llegar, si non pretendé  
Fincar aquí.

RAMIRO.

Apartad ende

E perdonad, rey García;  
Que con el acatamiento  
Que vos debemos é damos,  
Libres esta vez cuidamos  
Salir del vuestro aposento;  
Que, pues dona mas ayuda  
A los dos vuestro poder,  
No se han de dejar prender  
*Los fijos de la Barbuda*.  
E cuando aquesto que fablo  
Demandarlo algunos quieran,  
Los dos en el campo esperan.

UNA GUARDA.

Demánde voslo el diablo.

ORDOÑO.

Esto es darle al honor  
La venganza de un ultraje.

SANCHO.

Lo mesmo dice el su paje,  
Y lo cumplirá mejor.

REY.

Seguidlos; salgan tras dellos  
Todos mis maceros.

URRACA.  
Son  
De altanero corazón.  
REY.  
Si non podédes prendellos,  
Mataldos.

URRACA.  
Dejaldos ir;  
Que á tan valientes garzones  
Non son buenos galardones.

REY.  
Non les querádes sufrir,  
Urraca, sus demasías;  
Non fableis mas adelante.

URRACA.  
Fidalgos deste talante  
Son de las mesnadas mias.

REY.  
Idvos, Urraca, con Dios,  
Porque non fableis mas deso.

URRACA.  
Las vuestas manos vos heso.

REY.  
Yo fincaré con los dos.

URRACA.  
¡Oh, quién pudiera librarlos,  
O quién donallos pudiera,  
Para escapallos siquiera  
Del Rey, doblas y caballos!  
¡Oh, quién les pudiera dar  
Fasta el mismo corazón!

INFANTE.  
Estas altanees son  
Las que se han de castigar.

JIMEN.  
Yo vos juro que non fué  
De su sándia altanería  
Otra cosa, don Garcia,  
Ocasión, causa ó por qué,  
Si non las mercedes vuestas,  
Fechas con tal brevedad.

REY.  
Non fué por mi voluntad,  
Si he dado tales denuestas;  
Finco, Olfos y Jimen,  
Por la su madre perdido,  
E por aquesto he querido  
Facer á sus hijos bien.

INFANTE.  
Pues con aquesta ocasión,  
Si vos sabédes trazar,  
Podrédes su amor gozar;  
Que si sus dos hijos son  
En prision, non pongo duda  
Que, cuando de amor non fuera,  
Por obligarvos siquiera,  
Lo ha de sacar la Barbuda.  
Prendellos, y á buen recado  
En la prision los tendrédes,  
E á peligro los pondrédes,  
Porque seádes rogado  
De la Barbuda, y podrédes  
Facer lo faga por vos  
Al vneso sabor.

REY.  
Por Dios,  
Olfos, que en mi pro fablédes;  
Farélo de aquesa guisa,  
Y esta noche los dos quiero  
Que vamos al su terrero  
Conmigo, é cuando la risa  
Del alba empiece, podrémos,  
Sin que nos tope persona,  
Fincar de vuelta en Pamplona;  
Que trotones llevaremos  
Que fagan esta jornada

Mas ahina que pudieran  
Si alcotanes todos fueran;  
Que ya fincará avisada,  
Porque con el su escodero  
Se lo he enviado á fablar;  
Y allá podrémos llevar  
El mi cantor, porque quiero  
Que cante á mi remembranza  
La mas polida cancion  
Que tenga en esta ocasion;  
E pues la noche se lanza,  
Llena de paños de luto,  
Sobre la tierra, cuidemos  
En partir.

JIMEN.  
Partir podrémos,  
E cuida que saques fruto.  
Además que cualquier fembra,  
Rogada de un rey, fará  
Lo que demandares.

REY.  
Ya  
De sus lumbreras se cembra  
El azul vergel del cielo;  
Bien podrémos aguijar  
Nuesa jornada, é llegar  
A ver el mi amor.

INFANTE.  
El suelo  
Cuido revolver y dar  
Venganza al mi honor con esto,  
Y despues el su denuesto  
Por Navarra publicar,  
Pues en faciéndolo el Rey,  
Lo hemos de saber los dos.

JIMEN.  
Cuido beberles, por Dios,  
La sangre.  
INFANTE.  
Es muy justa ley.

REY.  
¿Qué fablábades los dos?  
INFANTE.  
Es, Señor, en la vuesa pro;  
Gozarás á Blanca.

REY.  
Y yo,  
Olfos, fineme despues.  
(*Vanse.*)

Salen RAMIRO Y ORDOÑO.

RAMIRO.  
Finquense los trotones arredrados,  
Ordoño, fasta tanto que haya nuevas  
De Sanchuelo.

ORDOÑO.  
Ramiro, ¿non venia  
A la par de nosotros? ¿Qué se ha fecho?

RAMIRO.  
Cuido que le han pescado.  
ORDOÑO.

Non es home que deje de guardarse;  
No le tengas pavor de guisa alguna.

RAMIRO.  
Atiende un poco, hermano.  
ORDOÑO.  
Genté suena, á mi ver.

RAMIRO.  
Pues finca, Ordoño,  
A guisa de lidiar; que cuido en antes  
Finar aquí que non donarme preso.

ORDOÑO.  
Otro que tal será tu hermano Ordoño.

Sale SANCHELO, con un lienzo de dinero.

SANCHELO.  
Non sé por dónde voy nin dónde finco,  
Qu'en lobreguez tamaña non se puede  
Divisar el camino; ellos agora  
Fincan de aquí dos leguas arredrados.

RAMIRO.  
Pára mientes, Ordoño, si este es home.

ORDOÑO.  
Home parece.  
SANCHELO.  
¡Válgame san Pedro!

Homes fincan aquí.  
ORDOÑO.  
¿Quién va?  
SANCHELO.  
¡Oh mezquino!

ORDOÑO.  
¿Quién va?  
RAMIRO.  
¿Non habla?

SANCHELO.  
Non; que finco mudo  
De pavor y además finco oliscado.

RAMIRO.  
¡Sanchuelo!  
SANCHELO.  
El mio señor Ramiro,  
Donadme vuestos piés dos mil vegadas;  
Que me finco con vos recién parido.

RAMIRO.  
¿Qué te has fecho?

SANCHELO.  
Viniendo en pos d'entrambos,  
Arredrado finqué de los trotones,  
Por non poder calcorrear á guisa  
De vuesa furia, cuando de los muros  
Del palacio del Rey me llamó Urraca,  
E donándome en este mocadero  
Algunas joyas suyas de valía,  
Que yo vos las donase me ha mandado,  
Y que con ellas vos partais al punto;  
Que el Rey cuida faceros un denuesto  
Si vos coge á las manos; non vos cale  
Sinon partidvos cedo, porque el Rey  
Non venga contra vusco de consuno.  
E á Ordoño, en poridad me dijo Urraca,  
Que le tiene talante y buen querencia,  
E que finca en su pecho figurado.  
Ved qué se ha de facer; que los merinos  
E máteros del Rey fincan buscándoos.

RAMIRO.  
Ea, Ordoño, perdamos á Navarra;  
Quiza en tierras sujetas á otros reyes  
Nos farán mas merced qu'el nueso pro-

[prio]  
Que nadie fué profeta en la su tierra.

ORDOÑO.  
Fablas, Ramiro, bien; vamos, Ramiro;  
Finquese España adios, vamos á Fran-

RAMIRO. [cia.  
Mas solo un parecer en antes quiero.  
ORDOÑO.

¿Cuál es?  
RAMIRO.  
Non vamos ambos de consuno,  
Sinon que cada cual su senda siga  
A dar con la aventura que topare,  
Y el primero que finque con alguna  
Faga pleito homenaje, so la pena  
De alevoso á su sangre, de que cedo  
Llame al otro; y partamos estas joyas  
Para el nueso viaje.

ORDOÑO.  
En la buen hora;  
Védes aquí, Ramiro, la mitade.

SANCHO. [sa]  
E yo ¿con quién he de ir? O ¿de qué gui-  
Me han de partir entrambos, si non

[quieren]  
Facer conmigo como Salomone  
Fizo con aquel hijo de dos madres?

RAMIRO.  
Yo donaré una traza con que agora  
Ninguno de los dos finque quejoso,  
Magüer con él non vaya; por los ojos  
Se ponga aqueste mocador Sanchuelo,  
Y al que primero de los dos donare  
Un abrazo, con aquese finque.

ORDOÑO.  
Fágase así.—Venid acá, Sanchuelo,  
Ponedvos este mocador en somo  
De los vuestros ojos.

SANCHO.  
Non quisiera  
Abrazar con la nariz y todo  
Algun robe de aquestos.

ORDOÑO.  
Vaya luego  
La nuesa prueba; idvos arredrando,  
E vendrédes despues hácia nosotros.

SANCHO.  
A la gallina ciega desta guisa  
Jugaban los garzones en mi aldea.  
(Ap. ¡Si aquí fincara algun pozo ahora!)  
Dios me depare aquí buena man dre-

ORDOÑO. [cha]  
Venid agora, Sancho.

RAMIRO.  
Non hablédes;  
Que vendrá por la fabla á vos, Ordoño.

SANCHO.  
¡Válgame san Tobías, que fué ciego!  
Desta vegada voy.

ORDOÑO.  
Ramiro ha sido  
El de la suerte; buena pro le haga.

SANCHO.  
Quitadme pues el mocadero.

RAMIRO.  
Daca,  
E partamos de aquí cedo; qu'es tarde.

SANCHO.  
Non cuidé ver mas en la mi vida.

RAMIRO.  
Ea, Ordoño, á facer el homenaje.  
ORDOÑO. (Entre las manos de Ramiro.)  
Juro á los cuatro santos Evangelios  
E á la sangre que tengo de Guevara,  
Clara juntamente, que si tengo  
Ventura alguna en tierras extranjeras,  
Que sea de Ramiro la mitade.

RAMIRO.  
Lo propio juro yo sobre esas manos.

SANCHO.  
Eyo, entre las de entrambos, juro é fa-  
Lo mesmo de mi parte. [blo]

RAMIRO.  
Adios con esto,  
Ordoño hermano.

ORDOÑO.  
Dadme un abrazo,  
E dévos Dios muy buena man derecha.

RAMIRO. [mano]  
Lo mesmo faga á vos; membráos, her-  
En las lides é trances que tuviéredes,  
Despues de Dios é de su Madre santa,  
Del apóstol Santiago, patron nueso,  
A quien España toda acata tanto,  
Que dicen que le ven los que le invocan  
En las sus lides y en sus trances todos;

E su favor nos donará; que somos  
Tenudos á facello por navarros,  
E por sus caballeros juntamente.

ORDOÑO.  
Ese será de mí de aquí adelante  
El nome que apellide.

RAMIRO.  
Adios, hermano

ORDOÑO.  
Sancho, fíncate adios.

SANCHO.  
Adios, Ordoño;  
Que unas ancas me fíncan de un troton,  
Que ha de facer que las verdades fable,  
Qu'enantes que yo á Francia llegue,  
Amancillado dellas, ir fenchido, [cuido  
Al revés de los otros infanzones,  
Do nunca me da el sol, de lamparones.  
(Vanse.)

Salen LA BARBUDA y MUDARRA.

BARBUDA.  
En fin, los mis hijos dos  
Fíncan caballeros ya;  
Denuesa de quien es da  
El Rey, ayúdele Dios.

MUDARRA.  
Vos fíncádes muy tenuda,  
La mi dueña, al su mandado;  
E á fe que me dió un recado,  
Despues desto, la Barbuda,  
Para vos, en que denuesa  
Mas talante é voluntad,  
E si va á decir verdad,  
Asaz le atañe á la vuesa  
Agraciada fermosura.

BARBUDA.  
Que fableis, el escodero,  
Mas claro conmigo quiero,  
Así Dios vos dé ventura;  
Que non entiendes, por Dios,  
Lo que fabládes agora.

MUDARRA.  
La mi dueña é mi señora,  
¿Solos fíncamos los dos?

BARBUDA.  
Ya lo veo.

MUDARRA.  
Pues atended.

BARBUDA.  
Fablád.

MUDARRA.  
El Rey vos tiene  
Buen talante, y aquí viene,  
Para faceros merced,  
Con un papel que os envia,  
Este sartal que vos dona,  
Que de la mesma persona  
De su madre á don García  
Le fíncó en el testamento;  
De granates finos es,  
Con su perla, quien despues  
Vos face prometimiento  
D'engastonárvosla en oro;  
Que fablando en poridad,  
Por la santa Trinidad,  
Que vos dé todo un tesoro,  
Si le querédes facer

Favor á la su demanda.  
Mostradvos, Blanca, mas branda;  
Que un rey tiene gran poder,  
É vos puede engastonar  
En oro y en plata así.  
Rico home me face á mí,  
Si os domeña mi fablar;

Non pierda yo aqueste haber,  
Nin vos este bien perdádes;  
Que pagar las voluntades  
Non es nuevo en la mujer.  
E finca esta noche aquí,  
A darvos con su cantor  
Una música al albor;  
Doleivos dél y de mí.  
¿Non tomádes el sartal?  
Non tomádes el papel?  
Mostradvos branda con él,  
Non fagádes ende ál.

BARBUDA.  
Callad, el mal escodero;  
Que os faré, si mas fabládes,  
La cabeza en dos mitades.

MUDARRA.  
Mezquino de mí, aquí muero.

BARBUDA.  
¿De cuándo acá, el mal fidalgo,  
Con sartal é con billete,  
Vos han fecho mi alcabuete  
Promesas de ningún algo?  
¿Vos sois, Mudarra, nacido  
En solares de Navarra?  
Vos del primero Mudarra  
Decendés, el mal nacido?  
Vos con estas fechorias  
Venis de la corte á mí?  
Estoy por facer... (Asele de la mano.)

MUDARRA.  
Aquí  
Fíncan hoy todos mis dias.

BARBUDA.  
Non sé qué castigo en vos  
Pudiera facer al fin,  
Viejo sándio, home ruin,  
Mal dicho seais de Dios.  
Estoy por darvos azotes,  
Que reventédes con ellos,  
Por mesarvos los cabellos  
E pelarvos los bigotes.  
¿A una fembra como yo...

MUDARRA.  
Tened, la dueña garrida,  
Cuita á mi mezquina vida.  
(Ap. El demoño me afució.)  
MÚSICO. (Canta dentro.)

Fonte frida, fonte frida,  
Fonte frida con amor,  
Todas las avecillas  
Cantan cuando nace el sol.  
Allí canta la calandria,  
Allí canta el ruiseñor,  
Allí canta el silguerrillo  
Y el chamariz parlador.  
Si non fué la tortollilla,  
Que nunca cantara, non,  
Nin reposa en rama verde,  
Nin pisa yerba nin flor.

BARBUDA.  
Este es el Rey, é sin duda  
Hoy pienso vengar mi honra.—  
Dadme, escodero roin,  
El vueso capcte vos,  
E tomá vos un pavés,  
E de las espadas dos  
Que fíncan con él perdidas,  
Donadme la que es mejor;  
E venid en pos de mí,  
Faciendo buen corazon.

(Pónese la capa de Mudarra y vanse.)

Sale EL REY, EL INFANTE DON OL-  
FOS, JIMEN y EL MÚSICO.

MUDARRA. (Ap.)  
¿Dónde me lleva esta dueña?  
El demonio me afució,

MÚSICO. (Canta.)

*Nin reposa en rama verde,  
Nin pisa yerba nin flor,  
Porque á la su compañía  
La muerte se la llevó.  
Malósele un ballestero;  
Dios le dé mal galardón,  
No acierte á cosa que tire  
Con la jara á su favor,  
E todo lo que yantare,  
Que le haga mala pro,  
Porque apartó dos quereres  
Que hubo juntado el amor.*

*Sale LA BARBUDA, con capa y espada, y MUDARRA, con una rodela, y pasan reconociendo.*

BARBUDA.

Non cantádes de amor mas;  
Que vos quebraré, el cantor,  
El discante en la cabeza.

MÚSICO.

¡Válgame nuso Señor!

BARBUDA.

Que á la puerta de mi casa  
Non lo consentiré, non;  
Que despertais á quien duerme,  
Y dirán que os tiene amor.

MÚSICO.

¡Con qué sandeces venides!  
Andadvos, home, con Dios;  
Que non sabeis por quién canto.

BARBUDA.

Farto mejor que non vos;  
E lo que al albor cantádes,  
Lo habédes de plañir vos.

(Dale un espaldarazo.)

MÚSICO.

Que me ha tordido, ¡ay de mí!

REY.

¿Quién dona al mi cantor?

BARBUDA.

Una persona que pudo;  
Que si aquí vuelve otro albor,  
He de atordilles el alma  
A él y á cuantos con él son.  
¿Non saben qu'es de mi dueña,  
La Barbuda, este quiñon,  
Y este castillo además?  
Y en todo este alrededor  
Non ha de osar requestar  
Home rico ni infanzon  
Cosa que á Blanca le ataña  
En el pelo de su honor.

MUDARRA. (Ap.)

Aguardando algun desman,  
Y temblando de pavor,  
Con el mi pavés cubierto,  
Como galápagos estoy.

REY.

Si eres garzon de su casa,  
Vete con la paz de Dios;  
Que por serlo solamente  
Te donamos el perdon.

BARBUDA.

Non me iré yo de esa guisa,  
Antes vos irédes vos;  
Que magüer fueseis el Rey,  
Aquí non flucaréis hoy.

INFANTE.

Matemos este villado.

BARBUDA.

Mentides como traidor  
Vos é cuantos con vos finca,  
Del Rey abajo.

MUDARRA.

Non voy

A guisa para lidiar;  
Que fino de mal olor.  
Aguardarle en su retrete  
Cuido que será mejor.

JIMEN.

Home del demoño, tente.

BARBUDA.

Non es ya buena sazon;  
Que fino lleno de saña,  
Y he de matarvos, por Dios.

INFANTE.

Home, mira qu'es el Rey.

BARBUDA.

Buena burla es, por quien soy;  
¿Aquí había de lincar  
El Rey, nuso señor?  
Nos vos valdrá esa mentira.

JIMEN.

Fablá, Señor, fablá vos.

REY.

El Rey es; home, detente.

BARBUDA.

Ya vos conozco en la voz.  
Perdonad mi desacato,  
Asaz es esto por hoy;  
E fincadvos norabuena,  
Que si sois el Rey, sois  
Tenudo á honrar las gentes  
Que vuestros vasallos son.

Non vos engañe ninguno,  
Nin cuideis que podréis vos,  
Con todo el vuestro poder,  
De aquesta dueña de pro,  
Que vive en este castillo,  
Ver la sombra de un favor;  
Que non el honor conquistan  
Nin dádivas nin cancion;  
Y arredradvos deste puesto,  
Que si lo sabe, vos doy  
Palabra de que á Pamplona  
Volédes como un falcon.

(Vase.)

REY.

Parece sombra; parece,  
Olfos, fantasma ó vision.  
¿Habédes visto jamás  
En home tanto furor?

JIMEN.

Santiguados nos envia.

REY.

Non es este corazon  
De menos que la Barbuda,  
Non puede ser otro, non;  
Vamos á Pamplona aprisa,  
Que ya el blanco resplandor  
De la alborada da nevas  
Que non finca luengo el sol.

MÚSICO.

Aquí aguardan los trotones.

REY.

¿Cómo vais, el mi cantor?

MÚSICO.

Atordido todavía  
Del golpe que m'endonó.

REY.

Guareceréis en Pamplona.

MÚSICO.

Non tornaré á cantar yo  
En parte que la Barbuda  
Pueda escocharme mi voz.

*Tocan á marchar, y salen MOROS y CELIDORO, general, y llevan en la bandera el retrato de DOÑA URRACA, y detrás MARSILIO, rey moro.*

MARSILIO.

El Ebro arriba marchen las hileras  
De los fuertes infantes y caballos;  
Irán, narcisos, viendo sus riberas;  
Que si Mahoma sale á contemplarlos,  
La traza me ha de dar para mi esposa,  
O ha de quedar Navarra sin vasallos;  
Que le miro en su esfera luminosa,  
Por partir tan viciosa y tan bizarra,  
Salir á ver mi gente belicosa;  
Gran descendiente de la antigua Sarra,  
Por quien los sarracenos apellidan,  
Estos serán sus rayos en Navarra;  
Por bocas hechas en sus pechos pidan  
La gloria general de mi deseo, ¡dan;  
Aunque Castilla y Francia me lo impi-  
Que si alcanzo, Profeta, este trofeo,  
Encensaré tu hueso en Meca santo  
Con pastillas de alárabe y sabeo,  
Verá el sol el retrato que levanto  
En mi bien, en fe de aquesta empresa,  
Con sus rayos y su luz espanto;  
Esa es la infanta de Navarra, y esa  
Ha de ser ó mi muerte ó mi ventura,  
Mirad si mi valor poco interesa;  
Que si Alejandro conquistar procura  
Al mundo por hacerse sin segundo,  
¿No vale mas que el mundo esta her-  
[mosura?  
Porque si es cielo su rostro, en razon  
[fundo  
Que vengo á ser, si gano su belleza,  
Mayor que si ganase á todo el mundo.  
Toquen las cajas, y á marchar empieza,  
Valiente Celidoro, que tus manos  
No me aseguran poco.

CELIDORO.

Tu grandeza

Me anima, sol de reyes africanos,  
Marsilio invicto, para que sea hombre,  
De mi todo el valor de los cristianos;  
Que en Aragón ninguno de tu nombre  
Ha dejado de ser rayo de España,  
Y cada cual al mundo inmortal hombre.  
Y no era menester para esta hazaña  
Intervenir, Marsilio, tu persona;  
Que bastaba el valor que me acompaña.  
Tú verás cómo pongo la corona  
De Navarra en tus pies, si no te entrega  
Esa belleza que tu amor pregoná,  
O costará lo que la hermosa griega  
Costó al troyano, el insuperable muro,  
Que ya al castigo de tus manos llega.

MARSILIO.

O gozarla ó morir en él procuro;  
Bajen, marchen á trozos las hileras,  
Y no volver al Ebro jamás juro  
Sin traer este sol á sus riberas.

(Vanse.)

*Sale RAMIRO y SANCHO, y luego UN FRANCÉS.*

RAMIRO.

A Dios gracias, que miramos  
Las murallas de París.

SANCHO.

Ramiro, buenos andamos,  
Gastando maravéis;  
Que ya non sé qué gastar;  
¿Qué hemos de hacer agora,  
En gastándose el dinero?

RAMIRO.

¿Eso plañes á tal hora?

**SANCHO.**  
Mal hubiese el caballero,  
Como el otro de Zamora,  
Que á padecer estos males  
Va, como los dos mesquinos,  
Por esos andurriales,  
De noche por los caminos,  
De día por los jarales;  
Que, como finó el troton,  
A pata hemos caminado,  
Y los que no hechos non son  
Llevan esto de mal grado.  
; Oh mal hayas el troton!  
Que magüer que de contino,  
De las ancas yo despues  
Las sentí, que en el camino  
Son mejor que propios piés  
Ancas de cualquier rocino.  
Llena de guerras está,  
Francia; ; qué hemos de facer?

**RAMIRO.**  
A esto venimos acá,  
**SANCHO.**  
Pues yo me cuido volver  
A Navarra.

**RAMIRO.**  
; Cómo ya?  
**SANCHO.**  
Poco á poco, con los piés;  
Que no quiero lides yo.  
Dóname licencia pues,  
E hágate buena pro,  
Ramiro, el país francés;  
Que á la fe que Ordoño ha fecho.  
Lo que yo quiero facer,  
Y del su saber sospecho.

**RAMIRO.**  
Non puede Ordoño tener,  
Sancho, tan menguado pecho;  
Yo sé que no fincará  
Sin mí, apurando el valor  
Que la su sangre le da.

**SANCHO.**  
Fágale muy buen sabor;  
Que yo non fincaré acá,  
Nin cuido entrar en Paris.  
Donadme, si vos servís,  
Para poderme tornar,  
Catorce maravedis.

**RAMIRO.**  
Ya fincas, Sancho, molesto.  
**SANCHO.**

Non quiero verme perdido;  
Que eres todo valentias  
E todo sándios extremos,  
En caminos é hosterías,  
Que ya los dos parecemos  
Libro de caballerías.  
Si non te dan la pimienta,  
Tan cedo tiras un plato  
E alborotas la venta,  
Sin que finque fasta un gato  
A quien non le tomes cuenta;  
E quieros que los franceses  
Entiendan tu razonar  
Con tajos y con reveses.

**RAMIRO.**  
Eso fué en solo un lugar,  
Una vegada.

**SANCHO.**  
Si fueses  
De talante reportado,  
Fuera...

**RAMIRO.**  
Si tu cuita es esa,  
Yo te fago la promesa,  
Y atiende, non seas pesado,  
Que ha sonado un atambor,  
E una trompeta tambien.

**SANCHO.**  
Este ha sido el mi pavor.

**RAMIRO.**  
Non suena cosa mas bien;  
Aqui viene un lidiador,  
Quiero fablarle é saber  
A qué tocan.

**FRANCÉS.**  
Ya el contrario,  
Seguro que ha de vencer,  
Marchar quiere; necesario  
Será el irlo á entretener.

**RAMIRO.**  
Fagádesme merced, si en la mesura  
De las lides se face, de decirme  
Qué trompetas son estas y atambores.

**FRANCÉS.**  
; Sois español?

**RAMIRO.**  
Al grado vuestro, amigo.  
**FRANCÉS.** [talle,  
Bien se os echa de ver en la lengua y  
Y en no saber tambien estas civiles  
Guerras de Francia. (Ap. ; Qué buen  
[talle tiene!)]

**RAMIRO.**  
Magüer que muchas cosas he esco-  
Narradme la ocasion. [chado,  
**FRANCÉS.**

Cárlos Capeto,  
Rey de Francia, murió sin heredero,  
Aunque dejó á madama Margarita,  
Mas hermosa qu'el sol. su hija legitima;  
Y como á Francia no la heredan hem-  
Pretende un tío suyo apoderarse, [bras,  
Teniendo á Lengüadoc y á la Gascuña  
De su parte, de Francia, y aunque el

[Papa  
Moderarlo ha querido, es imposible,  
Y así revuelta vive Francia toda,  
Y está Paris por Margarita agora,  
Con la mayor Bretaña y Delinado,  
Y por Roberto lo demás, que aqueste  
Es el nombre del tío, que por causa  
D'excusar muertes entre naturales,  
En guerras tan odiosas, determina,  
Teniendo en su poder á un extranjero,  
El hombre mas valiente que se halla  
En Francia ni en Europa por concier-  
Que se remita á dos espadas solas [to,  
La justicia del reino, y Margarita  
Condescendió por evitar mas muertes  
Con Roberto; su tío, y desta suerte  
Determinada de poner el caso  
En menos tiempo en manos de la suerte;  
Y el plazo es hoy, y no hay ningun solda-  
Que se atreva á salir al desafío; [do  
Que algunos que pudieran, están todos  
Estropeados y mal heridos deste,  
Que en el último encuentro que se tuvo,  
Parecía rayo con la espada y lanza;  
Y los demás, sabiendo la experiencia,  
No quieren ver su muerte y su deshon-  
Y para aqueste efeto solamente [ra;  
Tocan el atambor y la trompeta.  
Afligida y confusa, Margarita  
A Roberto me envía porque el plazo  
Alargue un día mas.

**RAMIRO.**  
; Caso notable!  
Pues volved, y decilde á Margarita  
Que un español navarro y caballero,  
De la casa de Lara é de Guevara,  
Que ha por nome Ramiro, non consiente  
Que vádes á decir eso á Roberto,  
É que cuido tomar esa demanda.

**FRANCÉS.**  
Eres la redencion de Margarita;

No eres hombre, eres ángel humano.  
Espero albricias grandes.

**RAMIRO.** La estacada  
; Dónde finca, francés?

**FRANCÉS.**  
En este llano.

**RAMIRO.** [Reina  
Pues hazme armar, francés, y di á la  
Que non cuido tener pavor alguno;  
Que hoy fincará por mi reina de Francia,  
O en la estacada fincarémos ambos.

**FRANCÉS.** [el cielo  
(Ap. Si este español no es arrogante,  
Le envié para bien de Margarita.)  
Vamos, fuerte español.

**RAMIRO.** Francés, camina.—  
Hoy, Sancho, he de probar el valor mio,  
Y el aventura mia juntamente.

**SANCHO.**  
Por el mio mal conocí sin duda  
Los fijos de la Barbuda.  
(Vanse.)

Salen por dos partes los campos de LOS  
FRANCESES, LA REINA DOÑA MAR-  
GARITA Y ROBERTO.

**REINA.**  
El cielo sin duda alguna  
Mi necesidad miró.

**ROBERTO.**  
Mi justicia el cielo vió,  
Pues me ayuda la fortuna.

**REINA.**  
Ya mi esperanza confia  
De hacerme dueño de Francia.

**ROBERTO.**  
Hoy la francesa arrogancia  
Domará la suerte mia.

**REINA.**  
Hoy un español mi honor  
Solo quiere restaurar.

**ROBERTO.**  
Hoy imposible es pensar  
Que otro saldrá vencedor.

**REINA.**  
Hoy verá el suelo francés  
Mas seguro su país.

**ROBERTO.**  
Hoy he de entrar en Paris  
Con Margarita á mis piés.

Salen los dos combatientes RAMIRO  
Y ORDOÑO, con sus PADRINOS.

**REINA.**  
Bizarro talle, extremado  
Aspecto y demostracion.

**ROBERTO.**  
Los cuerpos iguales son,  
Y el ánimo diferente.

**REINA.**  
Aqui presto se verá.

**ROBERTO.**  
Claro está que se ha de ver,  
Y sé quién ha de vencer.

**REINA.**  
Alguno se engañará.

**PADRINO 1.º**  
Iguales son las espadas.

**PADRINO 2.º**  
Como lo demás tambien.

ROBERTO.  
Luego en estando que estén  
Las rodela embrazadas  
Para pelear, podremos  
Dejallos.

PADRINO 1.º  
Sea en buen hora;  
Vámonos.

PADRINO 2.º  
Ya es tiempo agora  
De que reñir les dejemos.

SANCHO.  
Y tambien cuido mirar  
De lo mas luengo que pueda;  
Algun mal no me suceda  
Que yo tenga que curar.

RAMIRO.  
Hoy mi enemigo desfago.

ORDOÑO.  
Hoy desfago mi enemigo.

RAMIRO.  
Santiago finque conmigo.

ORDOÑO.  
Finque conmigo Santiago.

RAMIRO.  
Espera.

ORDOÑO.  
Aguarda.

RAMIRO.  
¿Qué es esto,  
Ordoño?

ORDOÑO.  
¿Ramiro hermano?

RAMIRO.  
Dóname tus brazos.

ORDOÑO.  
Llano  
Está el mi pecho con esto;  
¿Que desta suerte, Ramiro,  
Nos vengamos á encontrar,  
Y en un tan lueño lugar?

REINA.  
¿Qué veo?

ROBERTO.  
¿Qué es lo que miro?  
En vez de darse la muerte  
Se dan entrambos los brazos.

REINA.  
En amigables abrazos  
Truécen el enojo fuerte.

ROBERTO.  
¿Si se conocen y son  
De una nacion los dos? ;Cielo!

REINA.  
Que son sin duda recelo  
Entrambos de una nacion.

ORDOÑO.  
Fincando en este lugar,  
¿Ya qué cuidamos hacer?

RAMIRO.  
Ya no puede menos ser,  
Sinon que hemos lidiar;  
Porque ambos hemos donado  
Las vuestas palabras ya,  
E quien la palabra da,  
Fincá á cumplirla obligado;  
En nusco aquesta vegada  
Fuera dos reyes han fecho.

ROBERTO.  
Alguna traicion sospecho.

RAMIRO.  
Ya estamos en la estacada;  
Face, Ordoño, en esta parte,  
Que nos mira Francia toda,  
Y lidia.

ORDOÑO.  
Pues acomoda  
Tus armas, navarro fuerte,  
Y que non somos faz cuenta  
Hermanos, sinon dos furias,  
Y non fagamos injurias  
En nuesa palabra.

RAMIRO.  
Intenta.

ORDOÑO.  
Guárdate, mi hermano, ya.

RAMIRO.  
¿Yo? Guardadvos vos á vos;  
Que á mi me guardará Dios,  
Que por ambos juntos va.

ROBERTO.  
Otra vez se han embestido,  
Usanza debe de ser  
De su nacion; yo he de ver  
A Francia como he querido.

MARSILIO.  
Ambos se han arrodillado  
A las fuertes cuchilladas  
De las valientes espadas.

RAMIRO.  
Irgámonos.

ORDOÑO.  
De buen grado.

ROBERTO.  
En pié se han vuelto á poner;  
Valiente es el enemigo.

RAMIRO.  
Non cuidara que conmigo  
Teson pudieras tener.

ORDOÑO.  
Lo mesmo cuidaba yo,  
Ramiro.

RAMIRO.  
Lidíemos pues,  
Qu'está mirando el francés,  
Que nuestro furor pasmó;  
Ordoño, ferido estás.

ORDOÑO.  
Tú lo estás tambien, Ramiro.

RAMIRO.  
¿Qué habemos de hacer?

ORDOÑO.  
¿Podrémosnos hacer mas?

RAMIRO.  
Pues uno deambos importa  
Que se afinoje rendido.

ORDOÑO.  
Non me parece partido  
Bueno para mi, pues corta,  
Ramiro, tanto mi espada  
Como la vuesa.

RAMIRO.  
Es ansi:  
Mas ha de importar aqui  
Facerlo tú esta vegada  
Por excusar mas rigor;  
Porque sé que solicita  
Mas justicia Margarita,  
E por tu hermano mayor.

ORDOÑO.  
Aqui non hay memorias.

RAMIRO.  
Mira que puedo con esto  
Fincar, Ordoño, en gran puesto  
Para vuestas fechorias;  
Y tú no, pues que non puedes  
Desposarte con Roberto,  
Quando mas al descubierto  
Te quiera hacer mercedes;  
E yo sí con Margarita,  
Si saco de la estacada

Vencedora la mi espada,  
Qu'es lo que non facilita.

ROBERTO.  
De su plática me admiro.

ORDOÑO.  
Magüer non es justa ley,  
Solamente por verte rey  
Se puede facer, Ramiro;  
Y eso de muy mal talante.

RAMIRO.  
Pues volvamos á lidiar.

ORDOÑO.  
Non sé cómo he de acertar  
Con tantos homes delante;  
Farto vergonzadamente  
He fecho tu voluntad.  
(Vuelven á tocar y á pelear, y cae en  
el suelo Ordoño.)

ROBERTO.  
Extraña temeridad  
De la fortuna inclemente.

REINA.  
Darme el cielo solicita  
Lo que es mio, hoy, Roberto.

ROBERTO.  
Estoy, de coráje, muerto.

VOCES. (Dentro.)  
Victoria por Margarita.

ROBERTO.  
Esta es traicion. ¡Al arma! (Vase.)

REINA.  
Verá mi acero tu cuello.

RAMIRO.  
Tus nobles franceses arma,  
Y no temas, Margarita.

REINA.  
La vida, español, te debo,  
Y el honor.

RAMIRO.  
Con este nuevo  
Soldado, que vos imita,  
Y este infanzon que he vencido,  
Y que por guerra he fincado  
Conmigo, perdé cuidado  
De que veredes rendido  
Al vuese enemigo cedo.

VOCES. (Dentro.)  
¡Viva Roberto!

RAMIRO.  
A Paris

Vos recogé.  
VOCES. (Dentro.)  
A San Dionis.

RAMIRO.  
Yo vos ganaré, si puedo,  
A Francia, teniendo al lado  
Este vencido que védes;  
Que despues cosas veredes  
Que vos darán grande agrado;  
Y agora fincad á Dios,  
Que vamos á pelear.

VOCES. (Dentro.)  
¡Al arma!

REINA.  
Yo voy á dar  
Orden en Paris. (Vase.)

RAMIRO.  
Los dos  
Farémos en tanto estrago  
En ellos con vuesa gente.

VOCES. (Dentro.)  
San Dionis, al puente, al puente.

RAMIRO.  
Santiago.

ORDOÑO.  
Santiago,  
Que ese nos dará ayuda  
En este trance y afán.  
Franceses, mirad que van  
*Los hijos de la Barbuda.*

## ACTO TERCERO.

*Sale SANCHO, vestido de peregrino, d  
lo gracioso.*

SANCHO.  
Otra vegada te veo,  
Paris, famosa ciudad,  
Magüer con necesidad,  
Escarmientos de un deseo,  
Que fué el que á España pugnó  
De llevarme por fuir,  
De entre lides non morir,  
E mas lid fallé allá yo;  
Huí del fuego y di en las brasas,  
Fallando en Navarra agora  
De gente de Aragon mora  
Llenas las cristianas casas;  
Porque su reye Marsilio,  
Por vengar el su denuesto,  
En necesidad la ha puesto,  
Sin entrarle humano auxilio,  
E vuelvo con nuevo afán,  
Rodeando el mundo entero,  
En figura de romero;  
No me conozca Galvan.  
Dios te defienda, Navarra,  
Porque no hay homes que basten  
Ni fuerzas que la contrasten  
A esta canalla de Sarra;  
En Paris fallar espero  
Nuevas de mis amos dos,  
Si non fincan ya con Dios  
En su reino verdadero;  
Mas, segun soy acuitado  
De ventura, será cierto  
El haber entrambos muerto,  
Porque el bien me hará menguado.  
La ciudad está de fiestas,  
E por las plazas é calles  
Homes de aguisados talles  
E fembras asaz compuestas  
A las dos mil maravillas,  
Cruzan á pié y á caballo.  
Por Dios que he de demandallo;  
Que tan dispuestas cuadrillas  
Apellidan grande fiesta.  
Dos homes vienen aqui.

*Salen DOS FRANCESSES.*

FRANCÉS 1.º  
En toda mi vida vi  
En Paris tan grande fiesta.

FRANCÉS 2.º  
Como en Margarita adora,  
Da á los pesares de mano.

SANCHO.  
¿Señores?

FRANCÉS 1.º  
Perdoná, hermano.  
*(Vanse los franceses.)*

SANCHO.  
Non pido limosna agora.—  
Fuéronse sin atender;  
Priesa de las fiestas tienen.  
Por esotra parte vienen  
Otros dos.

*Salen OTROS DOS FRANCESSES.*

FRANCÉS 3.º  
Si se ha de ver,  
Por acá será mejor.

FRANCÉS 4.º  
Es lugar mas conveniente;  
Que alli hay junta mucha gente.

SANCHO.  
Al paso salgo.— ¿Señor?

FRANCÉS 3.º  
Perdoná; que no hay qué daros.

*(Vanse los franceses.)*

SANCHO.  
Todos cuidan que les pido  
Limosna; finco aborrido.  
¿Cómo podré encubertaros.  
Pobreza ó necesidad.  
En cualquier cosa molesta?  
Que aun para darme respuesta  
Me faceis mala amistad.

*(Suena ruido dentro, y dicen, sin salir  
fuera:)*

VOCES. *(Dentro.)*

Por acá.

SANCHO.  
Toda Paris  
Por esta plaza atraviesa.

VOCES. *(Dentro.)*

Aprisa.

OTROS.

Por aquí, aprisa.

SANCHO.

Ya salen de San Dionis;  
Nadie non ha de pasar  
Sin darne cuenta.

VOCES. *(Dentro.)*

Andad pues.

*Sale un venerable VIEJO, francés,  
y abrázase Sancho dél.*

SANCHO.

Por la veracruz, francés,  
Que me habédes de escuchar,  
E me he de agarrar de vos  
Fasta saber lo que quiero.

VIEJO.

¿Quién eres, hombre?

SANCHO.

Un romero,

Que va pidiendo por Dios,  
E quiero de vos saber  
Estas fiestas por qué son;  
Que otros en esta sazón  
Non me han querido atender,  
Porque entré agora en Paris.

VIEJO.

Y ¿de dónde eres?

SANCHO.

De España.

VIEJO.

Bien, español, desengaña  
Tu atrevimiento en Paris;  
Y agora en Francia es razón  
Que en todo contento os demos,  
Pues los dueños que tenemos  
Hijos de esa tierra son;  
A cuyo noble ardimiento  
Debe nuestra libertad,  
Si va á decir la verdad.

SANCHO.

¿De qué guisa?

VIEJO.

Estáme atento.

Estando Francia partida  
En dos enemigos bandos  
Por Margarita y Roberto,  
Pretensores del Estado;  
Margarita, por ser hija  
De aquel valeroso Carlos  
Que le llamaron Capeto,  
Como su ascendiente Magno,  
Y Roberto...

SANCHO.

Ya he sabido  
Antes, francés, este caso,  
E cómo dos homes buenos,  
Españoles y navarros,  
Hermanos, sin conocerse,  
Salieron á verse al campo,  
En que fincó vencedor  
El mayor de los hermanos;  
Que en ese tiempo á Navarra  
Me torné por los trabajos  
De tantas lides civiles,  
Que no me daban agrado,  
Por muchos inconvenientes.

VIEJO.

Esos, la parte ayudando  
De Margarita, siguieron  
A Roberto en trances tantos,  
Con el valor mas notable  
Que españoles han mostrado,  
Que en breves dias las plantas  
De Margarita besaron  
Los rebeldes enemigos  
Con la muerte del tirano.  
Agradecida la Reina  
A tantas hazañas, mano  
Dió de su esposa á Ramiro,  
El mayor de los hermanos,  
Y hoy en San Dionis se casan  
Con el mayor aparato  
Que ha visto jamás Paris  
Con otros reyes pasados;  
Porque Francia adora en ellos,  
Viendo que han sido sus brazos  
Su libertad y remedio  
En el peligro mas árduo.  
No hay señor ni grande en Francia  
Que con excesivos gastos  
No muestren lo que les deben  
En libreas y en criados;  
Está cifrado en la iglesia  
De San Dionis todo cuanto  
Hay de hermoso y noble en Francia,  
Del Rin á sus Alpes altos;  
Y es el comun regocijo  
De suerte, que de Palacio  
A San Dionis, todo es: «¡Vivan  
Nuestros reyes muchos años!»  
Ya la música parece  
Que da señal que acabaron  
La misa y las ceremonias,  
Y salen del templo santo.

*Tocan chirimias y salen CABALLEROS  
FRANCESSES DE ACOMPAÑAMIENTO, Y RA-  
MIRO y ORDOÑO, á lo francés, LA  
REINA DOÑA MARGARITA en me-  
dio, y diga, al salir, Ordoño:*

ORDOÑO.

Las carrozas.

CABALLERO 1.º

Plaza.

RAMIRO.

Ya

Llegó á su punto el deseo,  
Como imposible lo creo,

Aunque con el bien está.  
Tal es, Margarita bella,  
Vuestra divina hermosura,  
Que no creo mi ventura,  
Estando gozando della.

REINA.

¿Qué Durandarte francés  
En lengua y ternura estáis!

RAMIRO.

De adonde vos sois me dais  
Naturaleza, pues es  
Proverbio muy recibido,  
De que siempre suele ser  
La tierra de la mujer  
La patria de su marido;  
Y ya que no es natural  
Vuestra hermosura del suelo,  
Pues sois cielo y sois del cielo,  
Mi patria es mas principal.

SANCHO.

Sueño, ¿qué es esto que miro!  
¿En qué grandeza que va!  
Arrepiso lincó ya  
De haber dejado á Ramiro;  
Llegar á fablalles quiero,  
Magüer que no me podrán  
Conocer, como á Galvan,  
En figura dé romero.

ORDOÑO.

Ya la carroza real  
Aguarda.

(Llega Sancho de rodillas.)

SANCHO.

Prez del francés,  
Donáme los vuestos piés.

RAMIRO.

¿Eres español?

SANCHO.

¿Hay tal!  
¿Non conocéis á Sanchuelo,  
Vuestro paje?

RAMIRO.

¿Sancho, fijo?

SANCHO.

¿Non me dais un abrazo?

RAMIRO.

Irguete, Sancho, del suelo.

SANCHO.

La fabla mudado habédes  
Con el oficio del rey,  
Como de guardas é grey;  
Tan encumbrado vos védes.  
Ya no me faréis favores  
A guisa de los primeros,  
Ya con solos caballeros  
Fablaréis vuestos favores.

RAMIRO.

Tambien os faré mercedes,  
Magüer que vuesa tornada,  
Sancho, non merece nada;  
Pero ¿cómo vos volvédes?

SANCHO.

Finca Pamplona cercada  
Del moro de Zaragoza,  
E por Navarra destroza  
Cuanto topa con la espada.

RAMIRO.

¿Válgame vuestro Señor!

ORDOÑO.

¿Válgame la Treudad!

RAMIRO.

¿Fabládes, Sancho, verdad?

SANCHO.

Con farta cuita y dolor.

Sale LA BARBUDA por enfrente del  
tablado, á caballo, con una lanza en  
la mano.

BARBUDA.

¡Ah, fijos de la Barbuda,  
Los que, armados caballeros,  
En el altar de Santiago  
Habeis homenaje fecho,  
Jurando, como vasallos  
E como fidalgos buenos,  
De defender vuesa ley,  
Vueso reye é vuestos deudos,  
Vuesa patria, vuesa sangre,  
Vecinos é forasteros;  
Los que decidés que sois  
De nobles y leales pechos,  
E de la casa de Lara,  
E Guevara por lo menos;  
Los que habeis ganado á Francia  
Por la voluntad del cielo,  
E gozando su corona,  
Además fincais soberbios;  
Doña Blanca de Guevara,  
Fija del conde don Pedro  
De Oñate, é la vuesa madre,  
Los vuestos descuidos viendo,  
Con la licencia debida,  
A Margarita y aquellos  
Que vos van acompañando  
Vos viene á hacer un rieto;  
Rietovos, como traidores  
E cobardes caballeros,  
El pan, la carne y el vino,  
E todos cuatro elementos,  
La tierra que vos sustenta,  
Si vos calentare el fuego,  
El agua que os da bebida,  
El aire que vos da aliento,  
Las armas é los vestidos,  
Festines, justas, torneos,  
Vuestos cuerpos, vuestas almas,  
Los sentidos todos vuestos,  
Vuestas obras y palabras,  
Vuestos mismos pensamientos,  
El sol que os da luz, é fasta  
Las sombras de vuestos cuerpos;  
Y además de estar rietados,  
Fiqueis mal dichos si dentro  
De tres horas non salides  
Del homenaje soberbio  
De Paris, para ayudar  
Con vuestos brazos y aceros  
Al vuesto reye don Garcia,  
Y otro que tal despues desto  
A la vuesa infanta Urraca;  
Que el reye de Aragon, Marsilio,  
Con veinte mil moros cerca  
A Pamplona, desfaciendo  
Con sus morismas escuadras  
Las demás villas é pueblos;  
Que las gentes que han podido,  
A Vizcaya se fuyeron.  
A esto fincádes tenudos,  
Sali en su defendimiento.  
Llevad escuadras de Francia,  
Pasad apriesa los puertos,  
Sepa el moro de Aragon  
Que tiene gente el Rey vuestro  
Para echarle de Navarra,  
Con Mahoma, á los infiernos;  
Olvidad sus malandanzas;  
Porque en tal sazón no es tiempo  
Que se miembren los fidalgos  
De tuertos que el Rey ha fecho;  
Además que non empecen  
En los vasallos los tuertos;  
Que la lealtad se ha de ver

En los mayores denuestos;  
Que yo de la mesma guisa  
Pudiera facer lo mesmo.  
E acudo cual fijadalgo  
A la obligacion que tengo.  
¿Qué facédes? ¿qué cuidádes?  
Enlazad las armas cedo;  
Que á esto solo de Navarra  
Fasta la gran Paris vengo.

RAMIRO.

Aguardá, madre y señora.

ORDOÑO.

Señora, aguardá.

BARBUDA.

Non puedo.

RAMIRO.

Fincate en Paris agora,  
Fasta que nos aliñemos.

BARBUDA.

Non puedo dentro en sus muros  
Fincar, porque es juramento  
Fecho al apóstol Santiago;  
Fuera de Paris espero.  
Tres horas os doy de plazo,  
E si non salis tan presto,  
Con el rieto que vos fago,  
Seais maldichos del cielo.

(Revuelve el caballo y vase.)

RAMIRO.

Ordoño, al arma, partamos  
A Navarra.

ORDOÑO.

Ya en el pecho

El corazon me da saltos  
Por verme, Ramiro, en ella;  
Tenudos somos á dalle,  
Por el vuestro juramento  
E por fidalgos, ayuda  
Al vuestro reye; non tardemos,  
Non nos empezca, pasando  
El prazo que nos da el rieto,  
La maldicion de mi madre.

RAMIRO.

Ea, franceses, aquellos  
Que habeis sido en mis conquistas  
Tan valientes caballeros,  
Vamos á Navarra todos,  
Todos á mi reye libreemos.  
Restauré Francia Navarra,  
Como restauró su reino;  
Volved las galas de bodas  
En arneses y en aceros.  
Franceses, á España, á España.

FRANCÉS 2.º

Tras de vosotros irémos  
A ganar la casa santa.

REINA.

Yo tambien digo lo mesmo;  
Vamos donde vos aguarda,  
Mostrando su noble pecho,  
Doña Blanca, mi señora.

SANCHO.

Vamos, y finquen los perros.

(Vanse.)

Salen MARSILIO, reye moro, y CELI-  
DORO.

MARSILIO.

Pues tanto han aguardado, Celidoro,  
En cumplir mi promesa, determino  
Rendir al corvo alfanje y brazo mcro  
Desta ciudad el muro cristalino;  
Las lunas blancas, las aristas de oro,  
En honor del imperio sarracino,  
Abrasarán, poniendo mis fortunas,

En vez de las aristas, medias lunas.  
Hoy á mis plantas rendiré á Pamplona,  
Y gozaré por fuerza de su infanta,  
No como compañera en mi corona,  
Que con Navarra agora se levanta;  
Que, puesto que merezca su persona  
En la insigne Aragon grandeza tanta,  
Será mi amiga infame á su despecho.  
Por vengar el agravio que me ha hecho.  
—Ordena los infantes y caballos,  
Que hoy el último asalto darles quiero;  
Y para mas á mi furor llevarlos, [tero,  
Dése un pregón en todo el campo en-  
de que á fuego y á sangre los vasallos  
De mi enemigo rey pasar espero,  
Y que doy saco abierto y libres manos  
A todos mis valientes africanos.  
Perezcan todos, sarracinos fuertes,  
Teatro sea aquesta vez Pamplona  
De dos contrarias y enemigas suertes,  
La de Navarra y la de mi corona;  
Todo será tragedia, sangre y muertes;  
Que hoy á ninguno mi furor perdona;  
Y entre la mortandad de tanta gente,  
Reverencien á Urraca solamente.  
Y cuando de la furia ó del provecho  
Fuereis llevados de su vista acaso,  
Mirad que vive dentro de mi pecho,  
Y en sus soles bellisimos me abraso;  
Ese sagrado solo amor ha hecho  
Contra la pena del rigor que pago:  
Urraca es mi Mahoma, y es su casa  
Y su mezquita el alma que me abrasa.

CELIDORO.

A cumplir tu mandado voy, Marsilio,  
Ejecuta tu gusto, y lo que goza [xilio;  
Pamplona, sin que tenga humano au-  
Lleva á que mire al Ebro en Zaragoza.  
La fama apreste otro español Virgilio,  
Pues hoy tu gente toda la destroza,  
Y así en Pamplona como en Troya es-  
[criba  
Segunda historia, que sin muerte viva.

(Vase Celidoro, y queda el rey Marsi-  
lio solo.)

MARSILIO.

Hola muralla fuerte de Pamplona,  
Que parte á vos, Marsilio, enamorado,  
Para ceñir su sien de la corona,  
Que tiene vuestro muro coronado;  
Ya vuestra muerte y su rigor pregona,  
Ved que á vuestras almenas parte al-  
[rado;  
Que solo con el fuego de sus ojos,  
Cenizas han de ser vuestros despojos.

Sale UN MORO.

MORO.

Agora llegan dos embajadores  
De tu contrario don García, y piden  
Que licencia les dé para hablarte.

MARSILIO.

Ya vienen á mal tiempo; si pretenden  
Que mi furor se vuelva atrás, decildes  
Que se vuelvan al punto.

MORO.

Yo imagino  
Que procuran rendirte la ciudad.

MARSILIO.

[cia,  
Decildes que entren á mi real presen-  
que quiero ver lo que me quieren.

(Vase el Moro, y prosigue Marsilio : )  
Sin duda que ha temido don García  
El castigo cruel que se le acerca.

Salen EL INFANTE DON OLFOS Y  
JIMEN, por embajadores, y monos,  
con ellos.

INFANTE.

Donad los vuestros piés á estos fidalgos.  
MARSILIO.  
Decid á qué venis, arrodillados,  
Que á todos los navarros desta suerte  
He jurado escuchar, por el desprecio  
De vuestro rey.

INFANTE.

Non somos los navarros  
Fidalgos homes que eso consentimos;  
Además, Olfos y Jimen erguidos  
Vos hemos de hablar, non de otra  
MARSILIO. [suerte.

Decid vuesa embajada de ese modo.

JIMEN.

¿Asiento no nos dan, como es costum-  
A los embajadores? [bre

MARSILIO.

No lo uso,  
Y por eso os escucho en pié, navarros;  
No me repliqueis mas.

INFANTE.

Dice García,  
Nuestro señor y rey, que por no verse  
En tan misero estado con los suyos,  
Que te dará, Marsilio, lo que pides,  
Si le aguardas dos dias solamente:  
Porque aguarda respuesta de Castilla,  
Con quien ha consultado este negocio.

MARSILIO.

[tende  
Ya os entiendo, navarros, que pre-  
Con eso entretenerme don García,  
Para que en ese tiempo de Castilla  
Y de Leon pueda tener socorro.—  
Prendeldos por aquesto, y juntamente  
Por este desacato á mi persona;  
Que no pienso á García respondelle.

INFANTE.

Eso es contra los fueros y las leyes  
De nobres mandaderos.

JIMEN.

Non se face  
Esto como es razon.

MARSILIO.

Prendeldos, digo.  
INFANTE.  
Non faceis como rey.

MARSILIO.

Llevaldos presos,  
(Llévanlos presos los moros.)

Y de sus embajadas la respuesta  
Sea poner al muro las escalas,  
Sacando los aceros excelentes;  
Al arma, moros de Aragon valientes.  
(Vase.)

Salen CELIDORO Y UN TAMBOR.

CELIDORO.

Echese el bando al rededor del muro,  
Porque su muerte sepan los navarros,  
Que aquesto es intimalles la sentencia.

TAMBOR.

Marsilio, rey de Zaragoza y cuanto  
El Ebro baña y ven los altos montes  
De Jaca, de su seta escudo, y rayo  
Del cielo y de Mahoma, descendiente  
De la casa de Fez y de Marruecos,  
Hace saber á todos sus soldados

Cómo hoy asalta el muro de Pamplona,  
Pasando á sangre y fuego á cuantos vi-  
[ven  
Dentro dél con el nombre de navarros,  
Y dando libre saco en sus haciendas.  
Mándase apregonar, porque á noticia  
De todos venga. (Toca la caja.)

CELIDORO.

Ya de mi hado creo  
Que derribar sus almenas veo.  
(Vanse.)

Asómase á la muralla EL REY DON  
GARCÍA Y URRACA SANCHEZ.

REY.

¿Escuchastes el pregón,  
Urraca?

URRACA.

Ya le escuché.

REY.

Hoy se ha de mostrar la fe  
De los que navarros son;  
Magüer que dentro en Pamplona  
Ya tan pocos han fincado,  
Que tan solo está guardado  
El muro de mi persona.

URRACA.

E ¿de mi cuenta non faces  
Mas que de mis adalides?  
Mejor soy para las lides,  
Rey, que non para las paces.  
Veredesme, rey García,  
Esta vegada en la lid,  
Como nuevo abuelo el Cid,  
Por vuesa vida y la mía.

REY.

De vuestro pecho y valor,  
Urraca, tengo cuidado;  
Que sois un vivo traslado  
Del Cide, nuestro señor.  
Ya conozco vuestro pecho,  
Que me guarde Dios, amén;  
Mas don Olfos y Jimen  
Decidme ¿qué se habrán hecho,  
Que non parecen? El pregón  
Ha llegado á su mesnada,  
Urraca, con mi embajada,  
Si non lincan en prison,  
Por no hacerme mas denuesto.

URRACA.

Dios descubra la verdad.

REY.

Ya se llega á la ciudad  
La morisma, y mudan puesto  
Para hacer el asalto,  
Que tanto el moro desea.  
Dios con musco, Urraca, sea.

URRACA.

Non vos done sobresalto;  
Que por el Dios en que adoro,  
Que desde aqueste lugar  
Tengo de despachurrar  
A todo este campo moro.

(Tocan las cajas.)

Salen LOS MOROS que pudieren con es-  
calas, y MARSILIO Y CELIDORO.

MARSILIO.

Ea, al asalto, soldados;  
Estas escalas ligad  
Al muro, y en él mostrad  
Cómo sois rayos airados.  
¿Al arma pues!

REY.

Solamente  
Marsilio está sin mas grey;  
En él, Urraca, y su rey  
En contra de nuesa gente,  
Cuido que basta asaz  
Con toda la moreria.

(Habla Marsilio con el rey don Garcia.)

MARSILIO.

Verás hoy el fin, Garcia,  
De tu furia pertinaz;  
Aunque pienso que ponerme  
En ocasion semejante  
Esa belleza delante,  
Es porque no acierte á verme.  
Hoy gozaré su hermosura,  
A pesar de su rigor,  
Dando esta vez el valor  
Las veces á la locura.  
A tus dos embajadores  
Tengo presos y cautivos,  
Y agradece que están vivos;  
Mas morirán, no lo ignores;  
Que no quiero mas contigo  
Concierto, treguas ni paces.

REY.

Como rey bárbaro faces.

MARSILIO.

Ves cercano tu castigo;  
Pero si quieres huir  
Hoy de mi furia inhumana,  
Abrazate con tu hermana,  
Y dejarás de morir.

REY.

Sube, verás cómo bajas,  
En subiendo á duras penas,  
Al foso de las almenas,  
Can ladrador, fecho rajás.

URRACA.

Sube, bárbaro, ¿qué esperas?  
Con tu gente sarracina.

MARSILIO.

Solo tú, Urraca divina,  
Hoy resistirme pudieras.  
Y así, si en aqueste estado  
Me la quieres dar, Garcia,  
Volveré la furia mia  
Atrás, rio arrebatado,  
Cuyo curso es imposible  
Detener en su furor;  
Que solamente el amor  
Lo pudiera hacer posible.

REY.

Cuando la mi voluntad  
De dártela, moro, fuera,  
Mucho antes te la diera  
De aquesta necesidad;  
E si te mandé decir  
Que te cuidaba aguardar  
De aquí en dos dias, fué dar  
Espacio para venir  
De Castilla algun socorro;  
Porque al fin cualquier ardid  
Es permitido en la lid;  
Mas á esta sazón me corro  
Que cuides que he de hacer,  
Por verme así, de pavor  
Ofensa, el moro, á mi honor;  
Que la vida he de perder,  
Que semejante rencilla  
Pone en mis blasones hoy;  
E cuida, moro, que soy  
Nieto del Cid de Castilla,  
Que muerto vos santiguaba,  
E que soy navarro excedo.

MARSILIO.

Ya escucharos mas no puedo.  
¿A qué mi furia aguardaba,  
Sabiendo vuestra locura?—  
Tocad al arma y subid,  
Pese á la sangre del Cid;  
Que he de gozar su hermosura.

(Tocan las cajas y arriman las escalas,  
y suena dentro grita y voces de guerra,  
desnudando las espadas, y em-  
piezan á subir los moros.)

MARSILIO.

Al arma, soldados.

REY.

Dios  
No desampara jamás.  
URRACA.  
Sube, can, y fallarás  
A todo el mundo en los dos.

Salen RAMIRO, ORDOÑO y LA BAR-  
BUDA, con el ejército de Francia, y  
dan tras de los moros á cuchilladas.

RAMIRO.

¡Santiago, Francia, España!

ORDOÑO.

¡Francia, Francia! España cierra.

BARBUDA.

¡Santiago, guerra, guerra!

CELIDORO.

Señor, vuelve á la campaña;  
Porque con Francia y su ayuda  
Cubren los rayos del dia,  
En favor de don Garcia,  
Los fijos de la Barbuda.  
Conozcan tu brazo fuerte  
Y tu fortuna bizarra.

MARSILIO.

Acabará con Navarra  
Francia otra vez desa suerte.

BARBUDA.

Ea, fijos, faced un lago  
De su sangre en la campaña.

RAMIRO.

¡Santiago, Francia, España!

ORDOÑO.

¡Francia, España, Santiago!

(Arremeten unos contra otros, dándose  
de cuchilladas, y tocan las cajas, y  
los españoles y franceses retiran  
adentro los moros.)

URRACA.

Santiago van diciendo  
Los fijos de la Barbuda,  
Los que ganaron á Francia  
Y la tuvieron por suya;  
Aquellos dos, que parecen  
Con aquellas blancas plumas  
Sobre franceses sombreros,  
Que en Navarra no se usan.  
¿Qué bravamente que fieren  
Y á los moros desmenuzan!  
Sus espadas son dos rayos  
Que al sol le ciegan desnudas.  
¿Qué bien la su madre, Blanca,  
Los anima y los afucia!  
¿Oh, qué bien hidia con ellos  
Entre la morisma chusma!  
Yo vos dono la palabra,  
García, que vuesa cuita  
Tenga remedio con esto.

REY.

Del cielo vino esta ayuda;  
Vamos, Urraca, á esperallos;  
Que ya parece que anuncian  
La victoria que deseo.

URRACA.

Venzan amor, como cuidan,  
La Trinidad los ampare,  
E á los contrarios destruya,  
Que hoy restauran la Navarra  
Los fijos de la Barbuda.

(Vanse.)

Salen MARSILIO, como espantado, y  
MOROS, con las espadas desnudas.

MARSILIO.

¡Oh Mahoma! ¿qu'es aquesto?—  
Celidoro, aguarda, escucha;  
¿No has mirado por el aire,  
Con una espada desnuda,  
En un caballo, á un cristiano,  
Que con las armas alumbra  
Mas que el sol, y sobre el pecho  
Otra espada roja cruza?

CELIDORO.

Ya le he visto en su hipogrifo  
Hacer en tu campo injuria,  
Atropellando con él  
Cabezas que en sangre surcan.

MARSILIO.

¿No le ves venir ahora,  
Esgriemiento como pluma  
La espada? Huyamos, que viene,  
Y da espanto su figura.

Salen moros, retirándose de LA BAR-  
BUDA, y hay batalla fuera, y con  
ella sus dos hijos ORDOÑO y RAMI-  
RO, y aparece arriba, en un caballo,  
SANTIAGO, con una espada desnuda.

BARBUDA.

¡Santiago, Santiago!

SANTIAGO.

Navarros, ese os ayuda.  
No temais, con esta espada,  
A la contraria fortuna.

MARSILIO.

Detente, cristiano Alá,  
Que tus armas nos deslumbran.

RAMIRO.

¡Santiago, Santiago!

SANTIAGO.

Navarros, ese os ayuda.

(Métenlos á cuchilladas, y sigúenlos.)

Salen EL REY DON GARCÍA y UR-  
RACA, y diga RAMIRO dentro:

RAMIRO.

Victoria, Francia, victoria;  
Victoria, Navarra!

REY.

Suban  
Las gracias desta merced  
Al cielo; que debe muchas  
Navarra.

URRACA.

A los que le llaman  
Non desfavorece nunca  
El que en sono de once cielos  
Del menor gusano cuida.

REY.

Abranse todas las puertas  
De Pamplona, pues seguras  
Fincan con tan gran victoria;  
Cántese nuestra ventura.

Sale UN FIDALGO.

FIDALGO.

Con la virtud y despojos,  
É con toda Francia junta,  
Entran por Pamplona ya  
*Los hijos de la Barbuda.*  
Y ella, como es adalid  
Destá impresa y de otras muchas,  
Guía el triunfo.

REY.

Urraca, vamos

A verla; que es cosa justa  
Honrar la su fidalguía.

FIDALGO.

Ya tu salida se excusa;  
Que las ordinarias cajas  
Su buena venida anuncian.

*Salen RAMIRO, ORDOÑO y LA BAR-*  
*BUDA, y LOS DEMÁS que salieron de*  
*socorro, con EL REY MARSILIO, pre-*  
*so, y CELIDORO.*

BARBUDA.

Donadnos la vuesa mano.

REY.

Erguidvos, sol, prez é luna  
De la casa de Guevara,  
Que hoy de mas con vos se ilustra.  
É vos, Ordoño é Ramiro,  
Dadme los brazos; que en fucia  
De vuestos brazos non finca  
Navarra en niala ventura.

RAMIRO.

Santiago vos ha dado  
La victoria.

REY.

E vuesa industria.

ORDOÑO.

Para serviros, buen Rey,  
Non hemos de menguar nunca.

RAMIRO.

A vos, la señora Urraca,  
Facemos nueva medida.

URRACA.

Dios vos guarde, los fidalgos,  
Que amparastes nuestras cuitas.

ORDOÑO.

Ya vos lo debemos esto.

URRACA.

E además, Ordoño, mucha  
Voluntad que yo vos tengo.

ORDOÑO.

Dévos Dios buena ventura.

RAMIRO.

Ya son Olfos y Jimen  
Libres, Rey de las obscuras  
Prisiones, con otros muchos  
Que allá estaban.

REY.

Non hay duda,

Sino que sois los fidalgos  
De mas prez.

SANCHO.

Pero ¿ á mi ayuda

No me endonádes las gracias,  
El Rey?

RAMIRO.

Es home de burlas,

Es el vueso paje Sancho.

SANCHO.

El vueso dicho me atufa;  
Por la santa veracruz,  
Que he lidiado un hora justa,  
Como el Cid sobre Babieca,  
Contra los moros de Fúcar.

REY.

Blanca, por vuestro valor  
E la vuesa hermosura,  
Habédes de ser mi esposa,  
E reina en Navarra, é suya  
De Ordoño de Lara, Urraca,  
Pues Ramiro su ventura  
Halló en Francia.

BARBUDA.

En nueso reino

Vivádes edades muchas;  
Al vueso mandado estoy.

REY.

De la vuesa casa ilustran  
Nuevas reinas de Navarra.

ORDOÑO.

E yo vos fago medida  
Por el bien que me facédes.

URRACA.

Y todo mi pavor fuya,  
Pues alcancé mi deseo.

SANCHO.

Porque non finque en ayunas,  
Veladme á mí con Marsilio,  
Que aquí finca como Júdas.

RAMIRO.

Por estrenas destas bodas  
Me le donad, con la junta  
De los moros principales.

REY.

Prendas son, Ramiro, tuyas;  
Faz dellos á tu buen grado.

RAMIRO.

Libertad les doy segura,  
Con que torne á Zaragoza;  
Haciendo homenaje y jura  
Feudataria á tu corona.

MARSILIO.

Son aquí las párias justas;  
Yo las juro y las prometo.

RAMIRO.

Yo á gozar de mi fortuna  
Volveré á Francia.

SANCHO.

E yo ¿ cómo

Fincaré en tal desventura?  
¿ Iré contigo?

RAMIRO.

Conmigo

Irás; presto te atribulas;  
A Francia quiero llevarte.

SANCHO.

Como en ancas no me subas  
De un troton como el pasado,  
Vamos á ver sus monstruras.

REY.

Ansí á Navarra y á Francia,  
De la esclavitud mas dura  
Que han tenido, libertaron  
*Los hijos de la Barbuda.*

## COMEDIA FAMOSA

TITULADA

# EL OLLERO DE OCAÑA,

DE LUIS VELEZ DE GUEVARA.

### PERSONAS.

DON SANCHO ANZÚRES.  
MENDO.  
PAYO DE LARA.

BLANCA.  
ELVIRA.  
MARTIN.

DON NUÑO.  
EL REY.  
FORTUN.

UN ALCAIDE.  
UN CRIADO.  
ACOMPAÑAMIENTO.

### JORNADA PRIMERA.

Salé DON SANCHO ANZÚRES y  
MENDO.

MENDO.

Hoy has de perder el seso.

DON SANCHO.

Pues si me vengo á casar  
A mi gusto, ¿no he de dar,  
Mendo, en tan feliz suceso,  
Muestras del mayor exceso  
Que ha visto ingenio perdido?  
Que solo haber conocido  
Que mi venturosa suerte  
Se ha de acabar con la muerte,  
Pudo cobrarme el sentido.  
Si doña Blanca de Lara  
Es mujer tan principal,  
Que en sangre noble es igual  
A la mas ilustre y clara;  
Si naturaleza avara  
En viéndola enmudeció,  
¿Por qué no he de pensar yo  
Que viva la ha de guardar,  
Para volver á imitar  
Lo mismo que ella le dió?

MENDO.

Ya sale, y Payo de Lara,  
Tu suegro, con sus amigos  
Y deudos.

DON SANCHO.

A ser testigos  
De un bien que el sol enviara.  
¡Ay Mendo! advierte, repara  
En su divino poder,  
Pues yo he llegado á temer,  
Por ser el mas alto empleo  
Que alcanza humano deseo,  
Dudas de que pueda ser.

MENDO.

Elvira, su hermana, viene,  
Dama bizarra y hermosa.

DON SANCHO.

¿Qué flor, en viendo á la rosa,  
Gala ni hermosura tiene?  
Luz y resplandor contiene  
El sol, y con su favor  
Luce la estrella menor,  
Pero en distancia tan bella,  
Una es sol y otra es estrella,  
Y entrambas dan resplandor.

Salen PAYO DE LARA, BLANCA y  
ELVIRA, y ACOMPAÑAMIENTO.

BLANCA.

Muerta, Elvira, me has de ver  
En llegando á dar la mano.

ELVIRA.

No te cases.

BLANCA.

Es en vano,  
Porque debo obedecer  
A quien no puedo perder  
El respeto y la obediencia.  
¡Oh fiera y mortal sentencia!

PAYO.

Sancho Anzúres, este día  
Libró el cielo mi alegría,  
Dando mis años licencia,  
Porque con disfraz hurtado  
De la alegre juventud,  
Renace en mi la virtud  
Del mozo mas alentado;  
Pero, si miro un traslado  
En vos, del alma que os doy,  
Y como en espejo estoy,  
Viendo en Blanca mi alegría,  
Mis años son deste día,  
Sancho, pues comienzan hoy.

DON SANCHO.

Señora, si el ofreceros  
El alma darne pudiera  
Mas calidad, presumiera  
Que llegaba á mereceros;  
Porque son tan verdaderos  
Los afectos de mi amor,

Que, á ser gentil, sin temor  
Pensara, en fuego deshecho,  
Que estaba infusa en mi pecho  
La inteligencia mayor.

BLANCA.

Con vuestro ingenio sutil  
Me quereis mostrar, Señor,  
Que teneis en vuestro amor  
Mas de galan que gentil;  
No pinta el templado abril  
Mas bien su hermoso dosel  
Que vos vuestro afecto fiel,  
Y con tal gusto, que siento  
Que os tomáis todo el contento  
Para dejarme sin él.

ELVIRA.

¿Qué bien que le da á entender  
Su poco gusto mi hermana!  
Pero su esperanza es vana,  
Y mi desdicha ha de ser.  
En amar y aborrecer  
Vive trocada la suerte;  
Que en mis ojos Sancho advierte  
Una aficion conocida,  
Y viene á ofrecer la vida  
A quien le diera la muerte.

PAYO.

Don Sancho, las condiciones  
De nuestro contrato son.

DON SANCHO.

Ya yo sé mi obligacion,  
Fundada en justas razones;  
Aunque hay varias opiniones  
En Castilla, mas yo siento  
Que me toque el juramento  
Que hizo mi padre al Rey.

PAYO.

Si; que es derecho y es ley  
Cumplirle su testamento.

DON SANCHO.

Ya sé que el difunto Sancho  
Dejó al principe heredero  
Tan niño, que fué forzoso  
Darle tutor en el reino;

Dejo los pesados lances  
Del rey de Leon soberbio,  
Que pretendió la tutela,  
Por hermano del rey muerto;  
En cuya bárbara guerra  
Los castellanos hicieron  
Que el fiero leonés comprase  
Con sangre sus escarmentos;  
Pero mientras se temple  
Su furor, aquel mancebo  
Bizarro, aquel que á la fama  
Da mas blason en sus templos,  
Aquel don Nuño Almegir,  
Que del ambicioso fuego  
Leonés sacó al niño Alfonso,  
Y con su manto cubierto,  
En un español Pegaso  
Lo llevó á su patrio suelo,  
Cobrando Avila aquel dia  
Blasones que envidia el tiempo;  
Aunque ahora (falsas nuevas  
Serán sin duda) entre hierros  
Moriscos rindió la vida,  
Que esta fama hay en Toledo  
Despues que tuvo esperanzas  
De Leon y fué creciendo  
El niño rey, los oidos  
Que escuchaban lisonjeros  
Admitieron mas licencia,  
Que en el paternal decreto  
Concedió Sancho á sus años,  
Pues en el último acuerdo  
Mandó que hasta que tuviese  
Quince años, de su reino  
No tomase posesion,  
Y que los alcaldes puestos  
Por el difunto don Sancho  
No le entregasen los pueblos,  
Haciendo á fuer de Castilla  
Pleitesia y juramento.  
A vos y don Pedro Anzúres,  
Mi padre, dejó á Toledo  
En tenencia el Rey; murió  
Mi padre, y yo, que le heredo  
La futura sucesion,  
Por la obligacion que tengo,  
Hago aqui el mismo homenaje,  
Como español caballero:  
Que hasta que el rey Alfonso  
(Pues es castellano fuero)  
Tenga quince años y un dia,  
De no admitir en Toledo  
Ni su persona real  
Ni provision ni decreto  
Suyo, respondiendome siempre  
Con humilde acatamiento  
Y protesto los agravios,  
Y que de la fuerza apelo  
Para él mismo, y de morir  
Por cumplir el testamento  
De su padre; pero en cuanto  
Al vasallaje que debo,  
Como á mi rey natural,  
Juro tambien y prometo  
De servirle en paz y en guerra  
Con mis amigos y deudos,  
Con armas y con caballos,  
Con provision y dineros  
Contra el bárbaro Almanzor,  
Rey de Córdoba, poniendo  
Sobre el coronado alcázar  
Y en las torres de Toledo  
Los católicos pendones  
De Alfonso, porque los tiempos  
Digan que ofreció la vida  
A quien las puertas le cierra.

PAYO.

Dadme, don Sancho, los brazos;  
Que en vuestro favor sustento  
Para Alfonso contra Alfonso  
Este pedazo de cielo.

Esta ceremonia sola  
Faltaba para ofreceros  
La dichosa posesion  
De Blanca, y quieran los cielos  
Que goce el gusto Castilla  
Que yo á mis años le niego.—  
Dáos las manos.

BLANCA. (Ap.)

¡Ay don Nuño!

Cuando el mundo está diciendo  
A voces hazañas tuyas,  
¿Dejas el mejor empleo  
De tu alma en mano ajena?  
Si no es que las nuevas fueron  
Ciertas de que en Calatrava  
Rendiste el valiente pecho  
A los cordobeses moros.

DON SANCHO.

¿Pedrá la fortuna, el tiempo  
Ni la envidia, cuando sean  
Contrarios de mis deseos,  
Quitarme este bien?

MENDO.

Señor,

Aun no es tuyo.

DON SANCHO.

Calla, Mendo;  
Que en posesion tan vecina,  
Dudo que se ponga en medio  
Ni aun la muerte.

MARTIN. (Dentro, haciendo ruido.)

Yo he de entrar.

PAYO.

Mirad quién es.

MENDO.

Un correo.

PAYO.

Pues no le negueis la entrada.

Sale MARTIN, con alforjas y botas, como correo.

MARTIN.

Mejórense de porteros,  
O vive Dios, que las cartas  
Se las dé al primer flamenco  
Que pasare por la calle.

PAYO.

¿No veis que es orden que tengo  
Dada en casa?

MARTIN.

Pues si es orden,

Guárdenla para un convento;  
En la puerta de Visagra  
Mas de treinta ballesteros  
Me tentaron, y aun querian  
Espulgarme los gregüescos,  
¿Y aun aqui no estoy seguro?  
¿Traigo algun moro encubierto  
Para ganar la ciudad?  
Pues ¿qué me están deteniendo  
Ballesteros ni criados?

PAYO.

Para otra vez, os prometo  
Que no os detengan.

MARTIN.

A otra

Sabré lo que hay en Toledo,  
Y ataré siempre las cartas  
A la cola de un vencejo,  
Y él vendrá á pedir el porte;  
Mira á quién dice este pliego.

PAYO.

«A don Sancho Anzúres,» dice.—  
Tomad.

MARTIN.

Traigo comision

Para dársela yo mesmo;  
Porque tambien los correos  
Somos personas de orden.

DON SANCHO.

Mostrad pues.

MARTIN.

Sosiegue el pecho;  
¿Vuesaréc es don Sancho Anzúres?

DON SANCHO.

Sí, yo soy.

MARTIN.

Mírese en ello.

DON SANCHO.

Siendo yo, ¿qué hay que mirar?

MARTIN.

Déme un fiador.

DON SANCHO.

Majadero,

Si la carta es para mí,

¿Qué me pedis?

MARTIN.

Yo me entiendo;

El fiador de las albricias  
Le pido.

DON SANCHO.

Yo las prometo;

¿De dónde viene esta carta?

MARTIN.

¿Tambien vuesarced es de esos?

Civilidad; pues ¿la fecha  
No lo dirá? El majadero  
Que, dando el reloj, pregunta  
Las cuántas son, es lo mesmo.

DON SANCHO.

En el día mas dichoso  
Que vió en su discurso el tiempo,  
Que alentó glorias humanas,  
Que vió premiados deseos,  
¿Qué me puede suceder,  
Que no sean dichas? Correo  
Que viene pidiendo albricias,  
Claro está que algun suceso  
Dichoso me está aguardando;  
Dicho me está aguardando;  
Que, aunque á las glorias que espero  
En la posesion de Blanca  
No puede llegar contento  
Que las iguale, serán  
Adorno ilustre á lo menos.—  
¡Oh carta! Feliz presagio  
De mi bien, tus letras beso,  
Embebido en mi alegría.

BLANCA. (Ap.)

No ofrece minuto el tiempo  
Que no sea un parto engañoso  
De la esperanza que engendro;  
Mas es aborto infeliz,  
Pues ante mis ojos veo  
La tirana posesion  
Del que me ofrecen por dueño.

DON SANCHO.

¿Tan ciegos están mis ojos,  
Tan rudo mi entendimiento,  
Que en estas letras que junto  
No incurren algun veneno?  
Si no es que el mismo placer,  
Con galan advertimiento,  
Se me ha disfrazado ahora,  
Para que lo compre á precio  
De tan mortales avisos.  
Otra vez las letras leo.

(Lee.) «Don Sancho, advertid que la  
»mujer que pretendéis para casaros  
»se ha visto en otros brazos, y debe  
»la posesion que esperais, á otro  
»dueño.»

PAYO.

Blanca, don Sancho ha perdido

El color, haciendo extremos  
De turbacion y de enojo.

BLANCA. (Ap.)

Serán tristes sentimientos  
De la muerte que me aguarda.  
(Mira don Sancho á Martin.)

MARTIN.

¡Qué cortesano y discreto  
Es don Sancho! Apostaré  
Que me mira con intento  
De ver si me viene bien  
(Que es el gusto gran ropero)  
Alguno de sus vestidos.

DON SANCHO.

Mi muerte voy prosiguiendo.

(Lee.) «Y si estos avisos no sirven  
de desengaño, y ciego en vuestro  
amor, proseguís en vuestros deseos,  
dando la mano á doña Blanca, no fal-  
tará en Castilla quien manche su tá-  
lamo con sangre vuestra.»  
Hombre, ¿quién te dió esta carta?

MARTIN.

Las albricias se me han vuelto  
Patatas arriba.

PAYO.

Don Sancho,

¿Qué tenéis?

DON SANCHO.

Siento en el pecho

Un monte vertiendo llamas.—  
Cierra esa puerta.

MARTIN.

Tenéos,

Obedientes cerradores,  
Por Dios; que estos instrumentos  
Ya no tocan á vestir,  
Sino á desnudar.

ELVIRA.

¿Qué inquieto

Está tu esposo! ¿Qué tiene?

PAYO.

Hijo, de tan nuevo exceso  
Dadme cuenta, si es posible.

DON SANCHO.

Razon os dará mas presto  
Esta carta.

MENDO.

Ya he cerrado

Las puertas.

MARTIN.

¿A tu correo

Que viene pidiendo albricias  
Cierran la puerta? Esto es hecho;  
Yo apuesto, y pierdo, doblado  
Que son albricias de perro.

PAYO.

¡Valgame Dios! En mi honor,  
Que tan á costa sustento  
Con mi sangre, ¿hay mancha ahora,  
Siendo de Castilla espejo?  
Poco durará mi vida.

DON SANCHO.

Hombre.

MARTIN.

Y muy hombre.

DON SANCHO.

Si luego

No me dices la verdad,  
Morirás en el tormento  
Mayor que inventó la ira.

MARTIN.

Pues digo, juro y prometo,  
Por el siglo de los siglos,  
De todos los que asistieron  
Al Diluvio, de decir

DD. C. DE L.—II.

La verdad, como la siento  
Yo en el corazon sencillo.

DON SANCHO.

Dimela pues.

MARTIN.

«Padre nuestro,  
Que estás en los cielos.» Esta,  
Aunque esté de enojo ciego,  
No dirá que no es verdad;  
Esta sé y esta confieso.

DON SANCHO.

Otra es la que te pregunto

MARTIN.

Si es mas desta, será el Credó.  
En malos infiernos arda  
El español ó tudesco  
Que inventó cartas misivas.

PAYO.

Sancho, escuchadme primero  
Que se haga mayor examen.

MARTIN.

¿Por una carta este aprieto?  
¿Que escriba mil pesadumbres  
Un hombre desde Toledo  
Al Cairo, y el portador,  
Hijo de puta, muy hueco,  
Lleve cuatrocientos palos  
En seis renglones y medio?

DON SANCHO.

Mi discurso no está ahora  
Para volar pensamientos  
Sobre disculpas tan vanas;  
Lo que toco y lo que advierto,  
Es lo que á voces me pide.  
Por ser quien soy, el remedio;  
Sosiégate, no te turbes.

MARTIN.

Yo fuera el dichoso.

DON SANCHO.

El yerro

No le has cometido tú;  
Libertad tiene un correo  
De entrar á dar unas cartas  
En propio y ajeno reino.  
¿Quién te dió el pliego?

MARTIN.

Mi amo,

Diego Bellido, el ollero  
De Toledo.

DON SANCHO.

¿Qué me dices?

Mayor daño es el que temo;  
¿No es aquel de quien España  
Refiere barbaros hechos,  
Con voz de atropes delitos?

MARTIN.

El mismo.

DON SANCHO.

¿Y está ya quieto

En Ocaña?

MARTIN.

Está ya un santo;  
El juéves le desmintieron,  
Y no respondió palabra.  
Lo que mas hizo, en cogiendo  
Solos los desmentidores,  
Fue matar al uno dellos  
Y subirse al campanario.

DON SANCHO.

Y ¿sabes quién es el muerto?

MARTIN.

Si, Señor; Martin Anzúres.

DON SANCHO.

Mi primo es, viven los cielos.—  
Señor, el entrarme importa

Hoy en Ocaña.—Deseos,  
No os malogre la tardanza.

PAYO.

Pues ¿no temeis vuestro riésgo,  
Cayendo en manos del Rey?

DON SANCHO.

¿Y no importa el honor vuestro  
Mas que mi vida, Señor?  
Yo he de salir de Toledo  
A matar este villano,  
Que, desatando venenos  
De la lengua y de la pluma,  
Es un basilisco fiero  
Contra las honras y vidas;  
No antepongais á mi pecho  
Templadas prudencias vuestras,  
Porque he de salir si encuentro  
En el campo, no soldados  
De Alfonso, sino soberbios  
Almanzores y Tarifes,  
Con mas escuadras que dieron  
Nombre á Jérges.

PAYO.

Pues estáis

Tan ciegamente resuelto  
Al peligro que os aguarda,  
Quiero prevenir vuestras,  
Que salgais, sueltas espías,  
Que os avisen, en volviendo,  
Si está el camino seguro.

DON SANCHO.

En el valor de mi pecho  
Llevo la seguridad.

PAYO.

En buena opinion has puesto,  
Blanca, el honor de mi casa.

BLANCA.

¿Qué decis, que no os entiendo,  
Señor?

PAYO.

Que tu liviandad

Ha puesto en mi lengua freno,  
Para sentirla callando,  
Para callarla muriendo. (Vase.)

BLANCA. (Ap.)

Fortuna feliz, si vienes  
A estorbar mi casamiento,  
No sea con la pension  
De tan dañado secreto.

DON SANCHO.

Mendo, preven dos caballos;  
Que has de ir conmigo.

MENDO.

Dos vientos,

En sus imágenes brutas,  
Verás con alas de fuego.

BLANCA.

¿Don Sancho?

DON SANCHO.

¿Qué me mandais?

BLANCA.

Pues ¿yo tambien os merezco  
El disgusto que os han dado,  
Que respondeis tan soberbio,  
Que casi vais animando  
Descortesias?

DON SANCHO.

Respetos

Las llamad, cuando pudiera  
Con tanta causa perderlos,  
Que viera el sol mis ojos  
Dirigidos á ofenderos.

BLANCA.

¿Qué decis?

DON SANCHO.

Que vos...

BLANCA.  
Decid.

DON SANCHO.  
Sois vos...

BLANCA.  
¿Qué soy?

DON SANCHO.  
El sugeto

De mi dolor.  
BLANCA.  
¿De qué suerte?

DON SANCHO.  
Dejadme.

BLANCA.  
Esperad.

DON SANCHO.  
No puedo.

BLANCA.  
¿Por qué?

DON SANCHO.  
Porque estoy corrido.

BLANCA.  
¿De qué?

DON SANCHO.  
De mi loco empeño.

BLANCA.  
Y ¿por qué ha sido?

DON SANCHO.  
Por vos.

BLANCA.  
¿Qué arregastes?

DON SANCHO.  
El empleo

Del alma.  
BLANCA.  
Y ¿no merecía  
Ser su sagrado mi pecho?

DON SANCHO.  
A ser ella la primera,  
Bien decís.

BLANCA.  
¿Qué escucho, cielos!

¿Vos presumís...  
DON SANCHO.  
Y aun afirmo  
Que fué mal perdido el tiempo  
Que en vos la puse.

BLANCA.  
¿Por qué?

Pero advertid el respeto  
Con que en España me miran.

DON SANCHO.  
Pues abran puerta al silencio  
Las quejas y los agravios.

BLANCA.  
Mirad que quiero saberlos.

DON SANCHO.  
¿Cómo podréis encubrirlos,  
Siendo vos la causa dellos?

BLANCA.  
Es enigma entretenida,  
Que en la carta os escribieron.

DON SANCHO.  
A lo menos me avisaron  
Que ciñeron vuestro cuello  
Otros brazos.

BLANCA.  
(Ap. Cruel don Nuño,  
¿Tú revelaste el secreto  
De conquistados favores,  
Siendo favores honestos?)  
Y ¿qué pretendéis ahora?

DON SANCHO.  
Que vos me deis el consejo  
Que he de tomar.

BLANCA.  
Pues, don Sancho,  
Creed que solo un remedio  
Podrá ser en tanto agravio,  
Que os libreis del mal concepto  
Que contra mí honor tuvisteis,  
Y es, teñir el blanco acero  
En la sangre del villano  
Que vos creéis, como necio;  
Y si decís que es bajeza  
Igualar su nacimiento  
Villano con vuestra sangre,  
Matándole cuerpo á cuerpo.  
Estáis, don Sancho, engañado;  
Que en lo que ahora habeis hecho,  
Pareceis imagen suya,  
Y aun presumo que le ofendo;  
Y así, podeis sin excusa  
De ocasion, nobleza y tiempo,  
Reñir con él, y mirad  
Que no desprecieis, soberbio,  
Al contrario que buscáis  
Por villano; porque entiendo  
Que sabrá tambien mataros  
El que se puso á ofenderos.

DON SANCHO.  
Advertido y obediente  
Voy, Señora; pero el premio  
De la venganza que busco  
¿Cuál ha de ser?

MARTIN. (Ap.)  
¡Pobre Ollero!

DON SANCHO.  
Dilatad, cielo, las horas;  
Quizá me darán remedio.

BLANCA.  
Tambien os dará la mano  
La misma que os dió el consejo.  
(Vanse.)

Sale DON NUÑO, vestido de labrador.

DON NUÑO.  
Al mar, del Abrego herido,  
Puedo mi vida igualar,  
Que es un proceloso mar,  
De mis fortunas vencido;  
Acosado y perseguido,  
Hallo el descanso en morir;  
Llegan tan sin prevenir  
Las ocasiones, que he hallado  
Que obligan á un desdichado  
A no podellas sufrir.  
¡Ah Blanca! Norte eclipsado  
De mi entendimiento ciego,  
Cuando á tu vista me llevo  
Huye tu luz mi cuidado;  
En un piélagos abrasado  
Siento ya, ingrata, anegarme,  
Y porque puedo vengarme,  
Mientras puedo respirar,  
Te has dado prisa á casar  
Para acabar de matarme;  
Ay Dios, que ya llega tarde  
La diligencia mayor;  
Rindase el alma al dolor, (Siéntase.)  
Pues vive en pecho cobarde;  
Sus lúces recoja y guarde  
El sol, que en púrpura enciende  
El bacha, porque se ofende  
Que ya sus líneas señale;  
Que, aunque para todos sale,  
Para dichosos se entiende.

Sale MARTIN.

MARTIN.  
El alba cariaimpollada  
Salió despeñando al miedo,  
Y despertando en Toledo

Platillos de naranjada.  
De mi noturna jornada  
Cuenta estrecha pienso dar  
A quien me hizo caminar  
Con priesa y miedo excesiva;  
Mas, como no haya misiva,  
Todo se puede llevar.  
Esta cruz ¡qué linda seña!  
Me ha dicho en esta campaña  
Que me falta para Ocaña  
Una legua harto pequeña;  
Pero el bosquecillo enseña,  
Y sin miedo imaginado,  
Que en él tiene sepultado  
Ermitaños cimarrones,  
Y pienso que está de nones  
El bombrecillo sentado.  
Añagaza es, bien lo veo;  
Cogido me han, como lobo,  
En la trampa; lindo robo  
Harán á un pobre correo.

DON NUÑO.  
Si no me engaña el deseo,  
Este es Martin, que no impide  
Sombra el sol, que el cielo mide.—  
Martin, mi voz no te asombre.

MARTIN.  
Ladron que me sabe el nombre,  
Hasta la camisa pide.

DON NUÑO.  
Llega, no tengas temor;  
Que yo soy.

MARTIN.  
(Ap. Este es miramo.)  
Ladron, si eres el reclamo  
Deste escuadron salteador,  
Pide el oculto favor  
De quien te arroja al camino;  
Que soy Hércules divino,  
Si tú, ladron, eres Caco,  
Y aun para matarte, Baco  
Me dió un montante de vino.

DON NUÑO.  
Alegre vienes.

MARTIN.  
Afuera,  
Que soy hombre temerario;  
Pero contra un incensario  
¿Quién dudara y quién temiera?  
Oh Señor, saber quisiera  
Quién te ha puesto en libertad.

DON NUÑO.  
Deidad es la oscuridad  
De la noche, que ella pudo  
Dar en el silencio mudo  
Nombre á una temeridad;  
Mas ¿qué sentencia has traído?

MARTIN.  
Mi diligencia sabrás;  
Si me tardo un año mas,  
Hallo á Blanca con marido.

DON NUÑO.  
Seas mil veces bien venido;  
Siéntate, Martin; ¡ah cielos,  
Testigos de mis desvelos  
Tan justos! ¿Al fin le diste  
La carta?

MARTIN.  
Y muy cari-triste,  
Armó borrasca de celos;  
Hizo aprestar un caballo  
Para venirme á buscar.

DON NUÑO.  
Dichoso será el lugar  
En que yo pueda encontrarlo.

MARTIN.  
No es menester deseallo;  
Que, sin que nadie lo impida,  
Aprestó ya su partida.

DON NUÑO.  
¿Que tan venturoso fui?  
Como venga por aquí,  
Te doy de albricias la vida.

MARTIN.  
No te estuviera muy mal;  
Que en esos verdes espacios,  
Márgenes de aquestos bosques,  
En voladores caballos,  
Hoy los monteros del Rey,  
Que se entretienen cazando,  
Por divertir el enojo  
Que le ha causado don Sancho  
Y Payo Nuño de Lara,  
Porque los dos le han cerrado  
De la famosa Toledo  
Las puertas, y son agravios  
Que los lleva mal el Rey;  
Y si viene tu contrario  
A verse contigo, es fácil  
Mandar prenderlo ó matarlo  
El Rey, pues don Sancho viene  
No mas de con un criado,  
Ciego de sus mismos celos,  
Pues se arroja á averiguarlos  
Contigo, hasta que le digas  
A quien dió Blanca los brazos;  
Y si le pescan el cuerpo,  
Te excusarán el trabajo  
De reñir con él, que es noble  
Al fin, tú un pobre villano  
Imperviente, pues quieres,  
Sin señalarte salario,  
Remediar daños ajenos  
A costa de tu descanso;  
Tambien lo digo por mí,  
Que, la sotana ahorcando  
De gorrón de Salamanca,  
Por no sé qué puñetazos  
Que le di con una daga  
A un hombre, perdi el trabajo  
De mis honrosos estudios;  
Há que te sirvo dos años,  
Y siempre andamos á monte  
Con la manta y vidriado  
A cuestras.

DON NUÑO.  
Calla, Martin;  
Que el tiempo es el desengaño  
De la ignorancia en que vivo.

DON SANCHE. (Dentro.)  
Mendo, ten ese caballo.  
(Levántase Martin.)

MARTIN.  
Ya está en campaña Olíveros.  
Vive Dios, que me han hurtado  
La sangre; don Sancho es este.  
No se le niegue; bizarro  
Viene y con valiente brio  
Español.

DON NUÑO.  
¿Que llegó el plazo,  
Cielos, del bien que deseo?

Sale DON SANCHE.

DON SANCHE.  
¿Veniste tan mal premiado,  
Que no vinieras conmigo?  
Pero basta ser villano  
Para que el temor te ausente.  
A las ancas del caballo  
Te he de llevar hasta Ocaña;  
Mas será atadas las manos,  
Por pagar tu villanía.

MARTIN.  
Haga cuenta que me ataron,  
Y que hemos llegado ya,  
Porque el que mira es mi amo.

DON SANCHE.  
¿Eres tú Diego Bellido,  
El Ollero?

DON NUÑO.  
Muy de espacio  
Os haré la información;  
Bien podréis ir preguntando  
Lo demás; que yo respondo  
Que soy el Ollero.

DON SANCHE.  
¡Bravo  
Orgullo! ¿y á quien mataste  
En Ocaña?

DON NUÑO.  
Es cuento largo.

Sale EL REY, que será niño, y  
FORTUN.

FORTUN.  
Vuestra alteza se detenga,  
Porque he visto dos milagros  
Juntos, á don Sancho Anzures,  
Y aquel famoso villano,  
Diego Bellido el Ollero.

REY.  
Y llego á ver en entrambos  
Cumplido el mayor deseo.  
Vendrá sin duda don Sancho  
A valerse del favor  
De un hombre tan celebrado  
Por su valor en España;  
Quiero, Fortun, escucharlos  
Mientras los monteros llegan.

FORTUN.  
Si no se escapa volando,  
Quedará don Sancho preso.

DON NUÑO.  
Ya os digo que desacatos  
Contra mi rey natural,  
Me muero por castigarlos.

REY.  
Escucha.

DON NUÑO.  
Y vuestro primo,  
Martin Anzures Hidalgo  
(Como Castilla pregona),  
Pudiera enfrenar los labios  
En cosas que al Rey se ofende;  
Que hay en España villano  
Que, en tocándole á su rey,  
Subirá á hacer pedazos  
Al mismo sol, voto á Dios.

REY.  
¡Bizarro valor!

MARTIN. (Ap.)  
Burláos  
Con el tal ollero.

DON NUÑO.  
Dijo,  
Oyéndole hombres honrados  
(Y bastaba estar yo entre ellos),  
Que basta no sé cuántos años  
Era mal hecho entregarle  
A Toledo á un rey muchacho.

Yo le respondí que Alfonso,  
Que viva por siglos largos,  
De catorce años, tenía,  
Para regir sus vasallos,  
Ingenio y capacidad  
Mejor que vos y que Payo  
De Lara, porque los reyes  
Ganan el comun aplauso,  
Aunque niños, con los ojos,  
Y que merece el agravio  
De no entregarle á Toledo  
Castigo ejemplar; notaron  
Todos mi resolución,  
Y Anzures, soberbio y vano,

A otras cosas que le dije  
Me desmintió, no á su salvo;  
Que, antes que los que escuchaban  
Llegasen á remediarlo,  
Tenia dos estocadas  
Por los pechos, y tomando  
Iglesia, me defendí  
Desde la torre, tirando  
Las peñas que le servian  
De sustento al campanario.

MARTIN.  
Pues ¿no le dije en Toledo  
Que es mi amo un echa-cantos?

DON NUÑO.  
La hambre, al fin, enemiga  
Comun, y los varios casos  
Que destinan mi fortuna,  
De la torre me sacaron  
Entre luces y entre sombras  
De los rayos mal formados  
Del alba; alegre, par Dios,  
De ir á Toledo á informarnos,  
Mas bien que con cartas muertas,  
Con voces vivas; cansancio  
Y desesperada pena  
De las desdichas que traigo  
Tan sobre mis hombros siempre,  
A suspender me obligaron  
El camino y la intención.  
Esta es la verdad; si acaso  
Fuera de vuestros desiguos,  
Que tambien podréis juntarlos  
A esta nueva relacion,  
Quereis por deudo, don Sancho,  
Vengar al difunto Anzures,  
Lugar os ofrèce el campo  
Para vuestras bazarrias;  
Y no penséis que es agravio  
De vuestra nobleza ilustre  
Ver vuestro acero manchado  
En sangre de quien os busca,  
Con opinion de villano.

REY.  
¿Ha habido esfuerzo mayor?  
Si este no fuera villano,  
Hiciera su nombre eterno.

DON SANCHE.  
Pues las órdenes que traigo  
Son de matarte; que en tí  
Ha de morir el agravio  
De tu lengua y de tu pluma;  
Y para que veas que pago  
El valor de que te precias,  
He de hacer contigo campo,  
Igualando las personas  
Y las armas.

DON NUÑO.  
Con los brazos  
Os pagara este favor,  
A estar conformes entrambos.

DON SANCHE.  
¿Qué armas tienes?

DON NUÑO.  
Esta espada  
Y broquel, y desarmado  
El pecho.

DON SANCHE.  
Yo una rodela  
Traigo al arzon del caballo,  
Pero vestida una cota;  
Y advierte que es, si la traigo,  
Por el riesgo del camino;  
Porque para tí, yo basto  
Para quitarte mil vidas.

DON NUÑO.  
Con una podré pagaros.  
MARTIN.  
De Medina viene el aire,  
En verdad.

DON SANCHO.  
Pues desarmados  
Hemos de reñir, la cota  
Será menos embarazo.

DON NUÑO.  
No, no os desabriguéis;  
Que habréis venido sudando,  
Con la priesa del camino;  
Demás, que aunque fuesen rayos  
Los aceros desta cota,  
Tengo pujanza en el brazo  
Para juntar los extremos,  
Si alguna punta os alcanzo.

DON SANCHO.  
(Ap. No he visto mayor valor  
En hombre; ¡qué poco caso  
Hace de verse conmigo!)  
Mendo, quita del caballo  
La rodela.

(Vase don Sancho.)

FORTUN.  
Aquí está el Rey.  
DON NUÑO.  
Oh Señor, dejad mis labios  
Honrados en vuestras plantas.

REY.  
Por ser tu delito honrado,  
Le perdono; pero ahora,  
Pues te ha venido á las manos  
Ocasión en que á tu rey  
Puedas servir en el caso  
Mas importante, has de hacer  
Con Sancho Anzures campo,  
Entreniéndote en él  
Hasta llegar mis criados,  
Para que prenderle puedan.

DON NUÑO.

¿Y si llegase á matarlo?

MARTIN.  
Pan y mejoría.

REY.  
Estuviera  
Seguro del embarazo  
Que siente en él mi deseo.  
Á Toledo me han cerrado  
Payo y Sancho, tan soberbios,  
Que no podré sujetarlos  
Si no es con esta prision.  
Demás, que yo no me llamo  
Rey si me falta Toledo,  
Porque en Toledo cifraron  
Los cielos grandezas mías.

DON NUÑO.  
Si en esto hubiera librado  
Vuestra alteza la corona  
Del Asia, con el romano  
Imperio... Don Sancho viene;  
Encubrios en esos ramos,  
Señor; veréis la batalla  
Mas bizarra que en teatros  
De Roma admiró el valor.

REY.  
Fortun, con priesa y cuidado  
Vé á recoger los monteros,  
Porque todos á caballo  
Cerquen la salida al bosque.  
(Encúbrense el Rey entre los ramos.)

FORTUN.  
Presas es segura.

DON NUÑO.  
¿Hasta cuándo,  
Fortuna enemiga mía,  
Irás con tan fuertes lazos  
Eslabouando peligros?

Sale DON SANCHO, con rodela y la  
cota en la mano, y échala en el suelo.

DON SANCHO.  
Esta es la ventaja.

DON NUÑO.  
Hidalgo,

¡Valor!  
DON SANCHO.  
Ahora bien puedes  
Librar tu vida en las manos;  
Que he de llevarte á Toledo  
Preso ó muerto.

DON NUÑO.  
Corto plazo  
Tomaste para una empresa  
Que un ejército africano  
Dudara en él conseguirla.

DON SANCHO.  
Pues hoy bastará un don Sancho.

(Pelean los dos.)  
DON NUÑO. (Ap.)  
¡Bravo aliento! Es noble en fin,  
Y riñe con celos.

DON SANCHO. (Ap.)

¡Tanto  
Me dura un villano, cielos!  
No vi esfuerzo mas bizarro  
En hombre; ya pongo duda  
En la promesa.

DON NUÑO.  
De espacio;  
Que bien tenemos que hacer.

DON SANCHO. (Ap.)  
Vive Dios, que me ha admirado  
El sosiego con que riñe.

DON NUÑO. (Ap.)  
No está mas firme un peñasco.  
Si fuera otra pretensión,  
Pienso que dejara el campo  
Con honradas condiciones.

REY. (Ap.)  
Buen caballero es don Sancho,  
Pero el villano me admira.

FORTUN. (Dentro.)  
Hacia el bosque los caballos,  
Por acá; no se nos vaya.

DON SANCHO.  
¿Qué es esto, cielos airados?

DON NUÑO.  
Vuestro peligro el mayor;  
Ya os han cerrado los pasos  
Monteros del Rey, que manda,  
O prenderos ó mataros.  
Mas no permitan los cielos  
Que cuando vos, tan hidalgo  
Y cortés, dejáis la cota  
Por ventaja, peleando  
Con tanto valor, os mate  
Con mas ventaja un villano,  
De la que trajisteis vos.  
Subid en vuestro caballo  
Con la priesa que el peligro  
Os pide; que el tiempo es largo  
Para volvernos á ver.

DON SANCHO.  
Corrido voy, y obligado  
A pagar esta amistad.

DON NUÑO.  
Presto veréis al villano  
De Ocaña dentro en Toledo,  
Para acabar nuestro campo.  
(Vase don Sancho.)

Sale el REY.

REY.  
Hombre, ¿qué has hecho?  
DON NUÑO. En mi vida

Pude con injusto trato  
Acabar hazaña honrosa.

REY.  
Pues ¿no ves que me has quitado,  
En su prision ó su muerte,  
Mi mas seguro descanso?

DON NUÑO.  
¿Está en Africa Toledo?  
¿Sou scitas, persas ó partos  
Los que la guardan, Señor?  
¿No son tus mismos vasallos  
Tan leales como el mundo  
Conoce? Pues ¿qué cuidado  
Te da el de Lara y Aozúres?  
Apenas verán los rastros  
De tus huellas en Toledo,  
Cuando con dichoso aplauso  
Te coronen; yo lo digo  
Y sustentaré.

REY.  
En tus manos  
Estriba el bien que perdi.  
Pero ahora yo no alcanzo  
Cómo he de entrar en Toledo,  
Porque prevenir soldados,  
Y contra vasallos míos,  
No es hecho de rey cristiano.

DON NUÑO.  
Pues si tus ojos han sido  
Jueces del valor bizarro  
Que dentro en mi pecho vive,  
Fía de mi espada y brazo  
(Cuando me falle la industria),  
Claro Alfonso, tu descanso.  
Vamos, Señor, á Toledo;  
Que con el disfraz que trazo...

MARTIN.  
Encamisada tenemos.

DON NUÑO.  
En su alcázar, coronado  
De almenas, has de comer  
Mañana.

MARTIN.  
¿El Ollero es barro?

REY.  
En la fama de tus hechos  
Va seguro y conliado  
Alfonso; de tí me fio;  
Que pues diste á tu contrario  
Libertad por no prenderlo  
Con ventaja, caso es llano  
Que guardarás á tu Rey.—  
Apercebidme caballos.

DON NUÑO.  
A Toledo, gran señor.  
Si en el Danubio un villano  
Dió paso á César, ¿qué mucho  
Que con aliento gallardo  
Dé paso á su Rey ahora  
Otro villano en el Tajo?  
(Vanse.)

## JORNADA SEGUNDA.

Sale DON SANCHO, solo.

DON SANCHO.  
Blanca á que mate me envía  
Al que su honor ofendió,

Y vuelvo vencido yo  
De tu misma cortesía.  
Busquéle arrogante y fiero,  
Y echando la suerte en vano,  
Hallé en el traje un villano,  
Y en el trato un caballero.  
Y entre furiosos desvelos,  
Descubren las ansias mías  
Villano con cortesías  
Y caballero con celos.  
Esta es Elvira. ¡Oh tirana  
Fuerza de mortal ensayo!  
Ya la temo como á rayo  
Del bello sol de su hermana.

*Sale ELVIRA.*

ELVIRA.

Don Sancho, seáis bien venido.  
Muy bien habréis despachado;  
Que haber sin riesgo llegado,  
Clara informacion ha sido.

DON SANCHO.

Por Blanca se aventuró  
Mi vida, aunque no era mía;  
Yo hice lo que debía,  
Mas no lo que me encargó.  
¿Cómo llegaré á sus ojos,  
Sin que enojados me vean,  
Cuando en mi pecho pelean  
Las causas de sus enojos?  
¡Ay Elvira! Tú podrás  
Sola templar los rigores  
De Blanca.

ELVIRA.

En vuestros amores,  
Sancho, no tendré jamás  
Tan buena dicha, que sea  
Parte en el bien que esperais.

DON SANCHO.

Pues ¿por qué?

ELVIRA.

Porque no estáis  
Donde vuestro amor desea.  
Ocupais pocas memorias  
De mi hermana. (Ap. ¡Airados cielos!)  
¿Por qué con injustos celos  
Hacéis mis penas notorias  
Al alma y á mi tercera  
Del mismo bien que pretendo?

DON SANCHO.

De lo que dices me ofendo.  
Si Blanca me aborreciera,  
En la voz y en el semblante  
Lo hubiera dado á entender.  
No poderla obedecer,  
Causó el suceso inconstante  
Mi fortuna, y luego aun no  
Sabe Blanca mi venida.

ELVIRA.

Pues yo sé que está ofendida,  
Y que su gusto forzó,  
Aunque llegó, al parecer,  
Contenta á daros la mano.

DON SANCHO.

¿Qué dices?

ELVIRA.

Que ha sido en vano  
Porfiar y pretender.

DON SANCHO.

¿No me quiere Blanca?

ELVIRA.

No.

DON SANCHO.

Pues ¿de quién lo sabéis?

ELVIRA.

Della.

Será imposible vencella;  
Su pecho me declaró.

Y dice que antes el sol,  
Hecho segundo Faetonte,  
Servirá de basa á un monte  
Del hemisferio español,  
Y que la caliente pira  
De oloroso calambuco,  
Adónde el Fénix caduco,  
Para renacer, espira,  
Que, en vez de cenizas pardas,  
Engendra fenicios vuelos,  
Dará ardientes Mongibelos  
Y hasiliscos por guardas;  
Y de sus ardientes bocas,  
A quien la envidia se atreve,  
Saldrán piélagos de nieve,  
Que el fuego convierte en rocas;  
Y el mar, abollando espumas,  
Sin hacerle el viento señas,  
Hará parecer las peñas  
Cisnes de erizadas plumas;  
Y primero en su rigor  
Hallará la muerte olvido,  
Que llegue á ser su marido  
Hombre á quien no tiene amor.

DON SANCHO.

¿Qué mas bien puede pintar  
Ella misma su desden?

ELVIRA.

Pues ella viene, de quien  
Os podeis, Sancho, informar.

*Sale BLANCA, mirando en un retrato.*

DON SANCHO.

Divertida en un retrato  
Viene; ¿qué rigor tan nuevo!  
Venenos ardientes pruebo,  
Que por las venas dilato.  
¿Blanca otro amor? ¿Es posible?  
¿Y que burla mi deseo?  
Ya sus imposibles creo,  
Viendo el mayor imposible.

BLANCA.

Ingrato dueño mio,  
¿Con qué mortal licencia  
Estás bebiendo olvidos en mi ausencia!  
Si vives cuando el alma que te envio  
Le hace mayor fuerza á mi albedrío,  
¿Que inmóvil roca hubiera,  
Á quien el Tajo á solas  
Besa con labios de risueñas olas,  
Que mis quejas oyera  
Sin ablandarse, si diamante fuera?  
Los tiernos ruiseñores,  
A mis quejas atentos,  
Enternecen con lástima los vientos,  
Y desprecian el bosque, selva y flores,  
Llorando ausencias y cantando amores.

DON SANCHO.

Fuego influyen estrellas;  
Cobarde es la paciencia.  
Deme el celoso ardor noble licencia,  
Y quede entre justísimas querellas,  
Despojo fiero de sus manos bellas.—  
¿Señora?

BLANCA.

Seáis bien llegado,  
Señor don Sancho, á Toledo.

DON SANCHO.

Ya templó mi furia el miedo,  
Como el soberbio criado,  
Que delante del señor,  
El respeto le enmudece.

BLANCA.

Vuestra vitoria me ofreee  
Vuestro natural valor;  
Excusado es preguntar  
Si á aquel villano matastes.  
Decid, Señor, si le ballastes,  
Que es lo que puede dudar

Mi dicha; que en la vengauza  
De mi honor, estando á cuenta  
Vuestra, el valor me presenta  
Tan colmada la esperanza,  
Que yo en esta breve ausencia,  
Por lo que me prometistes,  
Solo en saber que salistes  
Hice la duda eviencia;  
Tanto, que podeis quitar,  
Yendo á defenderme á mí,  
A César lo del venci,  
Dejando el ver y el llegar.  
Pues el alma, acreditando  
El bien que en vos comprehendo,  
Sé que le vencisteis viendo,  
Y le matastes llegando.

DON SANCHO.

Mas que César prometí,  
Pero en el venci falté,  
Señora, porque llegué  
Y vi, pero no venci.  
Hallé en el campo un villano,  
Que su culpa confesó.

BLANCA.

¿Matástele?

DON SANCHO.

Blanca, no.

BLANCA.

¿Mas que hay valor soberano,  
Aplicado al enemigo?  
Mas que referis historias  
De las antiguas memorias,  
Cuando se perdió Rodrigo,  
Y que el montañés Pelayo  
Fuera con él un cordero,  
Y que el portugués vaquero,  
Que fué para Roma un rayo,  
Fuera cobarde con él?

DON SANCHO.

Si todo os lo decis vos...

BLANCA.

Y que así me ayude Dios,  
Que estoy ya de parte dél;  
Porque un hombre que ha tenido  
Tanto aliento y bizarría,  
Mejor que vos merecía  
El nombre de mi marido.

DON SANCHO.

¿Qué presto faltó la fe  
En cuya virtud vivía  
Mi amor, pues le respondía  
El vuestro! Mas ya se ve  
La falta de vuestro amor  
En el desden que mostrais.  
¿Qué presto mudada estáis!

BLANCA.

¿Quién os lo ha dicho, Señor?

DON SANCHO.

Elvira pudo advertir  
Cuánto mi amor se engañó.

BLANCA.

Pues ¿qué culpa os tengo yo,  
Si ella lo quiere decir?

DON SANCHO.

Y ese retrato ¿no aumenta  
Mi sospecha acreditada?

BLANCA.

La curiosidad me agrada;  
Huélgome que tengais cuenta  
Con mis acciones, sin ser  
Hasta ahora dueño mio.  
El retrato, es desvario  
Pensar que os ha de ofender;  
Que entre unos sueltos papeles  
De mi padre pude ahora  
Verle, y lo que me enamora  
Es la fuerza en los pinceles,  
Con que la valiente mano

De otro Lisipo español  
Da envidia á Marte y al sol,  
Por valiente y cortesano;  
Armado en blanco sé pinta,  
Con tan alta admiración,  
Que me roba la intención,  
Teniendo el alma sucinta  
Y abreyada en el pequeño  
Espacio de líneas breves,  
Que descubren rayos leves,  
Con tanta vida, que el sueño  
Deste dormido pincel  
Exhala en rayo armados  
Espiritus abrasados,  
Que me transforman en él.  
Mas, para que echéis de ver  
Que no quiero disgustaros,  
Quiero el retrato mostraros,  
Para que podáis perder  
Tan anticipados celos  
Como ahora me pedís,  
Y si el veneno encubris  
Con disfrazados desvelos,  
Y quereis borrar los sábios  
Rayos desta muerta vida,  
Fácil remedio os convida  
A templar vuestros agravios;  
Presto los podréis borrar,  
Pero bañando la mano  
En la sangre del villano  
Que dejasteis de matar.

DON SANCHO.

Oid, Señora, por Dios.

BLANCA.

¿Paréceos dificultoso  
El remedio?

DON SANCHO.

No es piadoso.

BLANCA.

Yo no os quiero monje á vos.

DON SANCHO.

Mostradme el retrato pues;  
Sabré lo que he de borrar.

BLANCA.

Sabed primero matar;  
Que el borrar será después.

ELVIRA.

¿Qué te importa que le vea?

BLANCA. (Muéstrale el retrato.)

Nada por cierto; advertid  
Que se parece al del Cid,  
Cuando en la primer pelea,  
Mozo, valiente y gallardo,  
Dió luces de mayor fama.

DON SANCHO.

Y ¿sabeis cómo se llama?  
(Ap. En mayores fuegos ardo,  
Cielos; que he visto mi muerte.)

BLANCA.

Aquí no hay escrito nombre  
Ni la edad; parece un hombre,  
Por lo que el pincel advierte,  
De valor tan soberano.  
Que, á darle vida los cielos,  
Con él os matara á celos,  
Siu que estuviera en mi mano.  
Y pues en la vuestra estriba,  
Perdeldos, si los teneis,  
Y el remedio no olvidéis  
Con venganza ejecutiva.  
Y advertid que, aunque os parece  
Blanda materia, es tan fino  
Diamante, que es el camino  
Que de ablandarle se ofrece  
Mas fácil para borrar  
Lo que os da celos en vano,

La sangre de aquel villano  
Que dejasteis de matar. (Vase.)

DON SANCHO.

¡Cielos! ¿qué ilusión me engaña,  
Y qué letargo cruel,  
Que el rostro de aquel pincel  
Es del villano de Ocaña?  
Blanca, en mis locos desvelos,  
A este, que es mi ofensor,  
Lo fui á matar por tu honor,  
Mas ahora por mis celos. (Vase.)

Sale MARTIN y DON NUÑO.

MARTIN.

¡Hubiera loco en Toledo  
Ni en Murcia que cometiera  
Hazaña tan escabrosa?  
Dime, Señor, lo que ordenas.

DON NUÑO.

Solo que calles, Martín,  
Porque viene el Rey tan cerca,  
Que escuchará tus locuras.

MARTIN.

Aquí tienes mi obediencia  
De generoso lebré;  
Aunque hay opinión que aprieta  
Tanto la hambre, que obliga  
A lo que el hombre no piensa.  
Mas dime, así Dios te guarde:

Si diligente navegas  
Al golfo de tus desdichas,  
Y es de quien mas te recelas  
Toledo, ¿cómo prometes  
A Alfonso (cuando le cercan  
Torres, muros, armas, hombres)  
La entrada, si se la niegan  
A los átomos del sol,  
Y le envían á las huertas  
A madurar los membrillos,  
Que es una gentil conseja?

¡Al niño Rey le disfrazas,  
Siendo una luz que penetra  
La obscuridad mas oculta?

¿Solo quieres que se atreva  
A entrar donde le resisten  
Las toledanas ballestas,  
Que, tirando al ojo, dicen  
Que da la punta en la ceja?

A Toledo hemos llegado;  
Mira que dicen las viejas:  
«Periculis en la mar,  
Periculis en la tierra.»

Señor, almenas y encinas,  
Yo estoy siempre mal con ellas;  
Pero es entrada de rey,  
¿Qué milagro si las cuelgan?

DON NUÑO.

Calla, Martín; que me matas.

MARTIN.

No me espanto; que ya llegas  
Tan perdigado, que pienso  
Que te matará un trompeta,  
Si vive junto á tu casa;

Los jueces de tu sentencia  
Son las dos partes contrarias;  
Sin remedio te condenan,  
Que eres reo universal  
Y en cualquiera parte pecas.

¿No tomaras el consejo  
De un zapatero, que afrenta  
Los Diógenes sesudos,  
Que hallaron con su prudencia  
Su santa comodidad?

DON NUÑO.

Si en diciéndolo me dejas  
Y callas, te escucharé.

MARTIN.

Oye, como te arrepientas.—  
Había un cierto lugar,

Tan incierto, que aun apenas  
Sus vecinos le sabian:

Su planta era en las riberas  
De un rio corto de talle,  
Porque á su lugar parecia;  
Sus vecinos, por ser trece,  
Los contaban por docena,  
Y una maestra de niñas,  
Que eran trece y la maestra.  
Dicen que fué antiguamente  
Colonia romana ó griega,  
Y agora, por sus pecados,  
Es española agujeta.

Pero con el buen olor  
Y aquella rancia nobleza,  
Eligen sus magistrados,  
Con poder sobre las penas.  
Llegó de año nuevo el día,  
Donde los cargos se truecan,  
Porque todo era postizo;  
Y el zapatero, ojo alerta,  
En sabiendo la elección,  
Cogió las hormas, con priesa  
Notable, en una barquilla,  
Que servia de muleta

Al pueblo, y se fué agua abajo,  
Y á poco mas de una legua  
Dió fondo en otro lugar,  
Casi de las propias señas,  
Si bien no tan opulento,  
Por ser poblacion mas nueva;  
Y así, tenia en la torre,  
Por campanas, dos egiéñas.

Admirandose la plebe,  
Que era entonces día de feria,  
De ver al Crispin sacar  
La pedestal herramienta,  
Le preguntaron á coros,  
Y no con poca sospecha,  
La causa de su mudanza;  
Mas él, con la voz serena,  
Les dijo: «Señores míos,  
Oigan, que la causa es esta.  
Ya sabrán vuestras mercedes  
De *ab initio* y *ante saecula*,  
Que en mi lugar ó mi haca  
(Que no vengo para fiestas;

Y diré mal de mi padre,  
En desarmando la tienda),  
Ya saben que sus vecinos,  
Por enfermedad secreta,  
No llegan al catorceno.

Pues hoy, por costumbre vieja,  
Hubo elección de justicia,  
Plega á Dios que en él se envuelva.  
Pues, como se está el lugar  
Siempre en sus trece, y es mengua  
En república tan noble  
No hacer la elección entera,  
Repartieron, como digo,

Los oficios por cabezas:  
Dos alcaldes ordinarios  
(Ya saben sus preeminencias),  
Uno de los hijosdalgo

Y otro de la villanesca,  
¿Hacia dónde está esta gente?

Pero yo pienso que cuentan  
Por villanas á las cabras,  
Hidalgas á las ovejas.

Luego un alguacil mayor,  
Con que tenemos tres piezas;  
Juez de testamentos, cuatro;  
Luego un recetor de penas

De cámara, que son cinco,  
Aunque de pujo revientan.  
Cuatro regidores, nueve,  
Que rigen cuatro carretas;

El escribano y alcaide  
De la cárcel, que está en jerga,  
Y su poco de verdugo,  
Cumplen doce, y ellos eran,  
Conmigo, trece. Pues digo

A los que saben de cuenta,  
Si los doce son justicia,  
Y yo me he quedado fuera,  
¿En quién la han de ejecutar,  
Si no es en mí? La madera  
De mis hormas me acompaña,  
Que no he de vivir en tierra  
De tantos justos pastores,  
Que aborcarán una estrella.  
Y es mejor ser con desdicha  
Jonás de aquella ballena,  
Arca de aqueste diluvio  
Y Lot de aquella humareda.  
Dijo el zapatero: y yo  
Digo que toda esta tierra  
Es justicia contra ti;  
Serás cuerdo si la dejas.  
El otro lió las hormas;  
Liemos las ollas nuestras  
Y llevémoslas á Egipto;  
Que allá no compran cazuelas.

DON NUÑO.

Discursivo estás, Martín;  
Ingenio tienes.

MARTIN.

Espera;  
Que estamos junto á los muros.

DON NUÑO.

Y han salido por la puerta  
De Visagra algunas guardas.

MARTIN.

A mí zapatero apela  
Antes que lleguen.

DON NUÑO.

¡Oh Alfonso!  
Muera yo, como te vea  
En Toledo coronado.—  
¿Sabes ya?

MARTIN.

No me encarezcas  
Lo que he de hacer; prevenido  
Vengo de razones hechas.  
Para engañar diez gitanos.

DON NUÑO.

Señor, esperad; que llega  
Nuestro intento á ejecutarse.  
(Vase.)

Sale DON SANCHE, con dos guardas.

DON SANCHE.

La vigilancia despierta  
De los cien ojos que fingen  
Del pastor fábulas griegas  
Es menester que os presente  
El peligro en la advertencia.  
Mal aconsejado el Rey,  
Está de Toledo cerca;  
Yo me escapé de sus manos,  
Dicha de mi buena estrella.  
Por armas es imposible  
Rendir las valientes fuerzas  
Del muro; querrá valerse  
De ardid y de estratagemas  
Para ganarnos la entrada.  
Advertid que en su defensa  
Está mi vida, y me importa  
(Para apurar las sospechas  
De un caso honroso) dejar  
Mañana á Toledo, y fuera  
Hoy mi partida, á no hacerse  
En San Roman las obsequias  
Del difunto rey don Sancho;  
Que Toledo las celebra  
Con aparato piadoso,  
Porque es legítima deuda.  
Cuidado, amigos, velad;  
No por vosotros se pierda  
Mi acreditada opinión.

GUARDA 1.º

Si los que la entrada intentan,  
Don Sancho, no fueran hombres,  
Atomos sutiles fueran  
Del sol que miras, en vano,  
Con armas ó con cautelas  
De griegos, podrán medir  
Los umbrales destas puertas.

GUARDA 2.º

No dará paso en la entrada  
Criatura que alientos tenga  
Para formar voz humana;  
Ni edad ni sexo reserva  
Nuestra vigilante guarda,  
Nuestra cuerda diligencia.  
Seguro puedes hacer  
Del muerto rey las obsequias,  
Dando á caducas cenizas,  
Señor, memorias eternas;  
Que á nuestro cuidado solo  
Dejar la guarda pudieras.

DON SANCHE.

Esta que os toca os encargo;  
Que en las demás ya se ordena  
El mismo cuidado y guarda.  
Adios, amigos, alerta.

(Vase.)

GUARDA 2.º

Miedos son de los alcaides,  
Porque de Alfonso es quimera  
Presumir que se arrojase  
A tal peligro.

MARTIN. (Dentro.)

¿Tropiezas,  
Burro de cien mil demonios?  
¿Pienzas que es carga de leña,  
Que no importa cuando caigas?  
Mira que son ollas nuevas,  
Burro infame; ¡ya cayó!  
La tierra volvió á su tierra,  
Y el barro volvió á su barro.  
(Suena ruido como que se quiebran  
ollas.)

Salen EL REY, DON NUÑO  
Y MARTIN.

DON NUÑO.

¿Cayó el burro?

MARTIN.

Y la cosecha  
Se perdió estando espigada;  
Ya todas las ollas quedan  
Mercaderes á quien falta  
Toda su correspondencia.

DON NUÑO.

¿Qué dices?

MARTIN.

Que ya han quebrado  
Todas.

DON NUÑO.

¡Malos años tengas  
Y mal San Juan! Pues, sobrino,  
Si viste que era tu hacienda,  
¿No le ayudarás al burro?

REY.

Si yo estuviera mas cerca,  
No cayera el asno, tío.

GUARDA 2.º

¿Qué es esto?

DON NUÑO.

Mas me valiera  
Que en Ocaña te quedaras,  
Y á Toledo no vinieras,  
Para dejarme perdido.

GUARDA 2.º

¡Pobre ollero! bien emplea  
Su caudal.—Decid, buen hombre...

DON NUÑO.

Déjeme, Señor, y tenga  
Lástima de mí desdicha;  
Muy bien volveré á mi tierra,  
Perdido el pobre caudal.

MARTIN.

Señor, dijo una bornera  
Que á la entrada se hacian  
Los panes tuertos; no quieras  
Que, por lo menos, volvámos  
Bizcos.

GUARDA 1.º

¿Cuántas ollas eran,  
Buen hombre?

MARTIN.

¿Quereis pagallas?  
Porque os barémos la cuenta,  
Y os las daremos baratas,  
Aunque perdamos en ellas.

DON NUÑO.

¿Que esto me haya sucedido  
Por este rapaz! La priesa  
Con que anoche me decia  
Que á Toledo le trujera.  
Pues no la has de ver, par Dios;  
Que no he de entrar, aunque quieran  
Los guardas.

GUARDA 2.º

Pues ¿no la ha visto?

DON NUÑO.

No, Señor; que es la primera  
Vez que le saco á volar;  
Quiere ver la santa iglesia,  
Porque yo le he encarecido  
Que es una valiente pieza;  
Y pues me quebró las ollas,  
Y ya no puedo hacer ventá,  
Le quiero dar por castigo  
Que sin ver la iglesia vuelva.

GUARDA 2.º

No teneis razon, hermano;  
Que, si tropezó la bestia,  
No tiene culpa el muchacho.

DON NUÑO.

Mas sabe de lo que piensan;  
No ha de entrar.

REY.

Pues sí he de entrar,  
Si estos señores me dejan.

GUARDA 2.º

Si dejamos.

DON NUÑO.

Plega á Dios  
Que una desgracia os suceda  
Si le dejareis entrar.

MARTIN.

No será de las pequeñas.  
Si para ver á Toledo  
Lo trajimos, no parezca  
Que castigais al muchacho  
Por lo que el jumento peca;  
Y pues los honrados guardas  
(Y plega á Dios que lo sean  
Del sepulcro el Juéves Santo)  
Nos dan para entrar licencia,  
Han de ver si se ha quebrado  
Tambien la bota; que en ella  
Traemos agua de Yépes.

GUARDA 1.º

Hermano, á todos nos pesa  
Del mal sucesos; tened,  
Pues es forzoso, paciencia.

DON NUÑO.

Por la piedad que han tenido,  
Quisiera...

GUARDA 1.º

¿Qué?

DON NUÑO.  
Dales cuenta  
De lo que el Rey...  
GUARDA 2.º  
Di, prosigue.  
DON NUÑO.  
Esperen un poco y beban.  
MARTIN.  
Por Dios, que viene bailando  
En la bota.  
GUARDA 1.º  
¡Cosa nueva!  
¿El vino baila?  
MARTIN.  
¡Ahora saben  
Que le prometió á la cepa  
De su madre no casarse,  
Y que, por la continencia  
Y la puridad que guarda,  
Baila en la cuba y se alegra?  
Y si acaso el tabernero  
Lo casa, se desmadeja,  
Que no parece que es él.  
El que comenzare tenga.  
DON NUÑO.  
Echales vino.  
MARTIN.  
Echarán;  
Y á fe, que si lo trajera  
De Madrid la dicha bota,  
Amenazara esta tierra  
Con un gentil aguacero;  
Porque allá cada taberna  
Es un diluvio.  
GUARDA 1.º  
¡Buen vino!  
MARTIN.  
Es vino de dos orejas.  
GUARDA 2.º  
No tiene adobo ninguno.  
GUARDA 1.º  
No le echaron cal.  
MARTIN.  
Ni arena.  
DON NUÑO.  
Muy buen provecho les haga.  
GUARDA 1.º  
Por Dios, que han de ir á la iglesia  
A ver las honras del Rey.  
DON NUÑO.  
Pues ¿adónde las celebran?  
GUARDA 2.º  
En San Roman.  
DON NUÑO.  
¡Ah sobrino!  
No te has de olvidar, ten cuenta,  
Que dicen que se ha juntado  
En San Roman la nobleza  
De Toledo.  
REY.  
Vamos, tío.  
Antes que acaben la fiesta.  
DON NUÑO.  
Déjame dar un aviso  
De mucha importancia.—Advertan,  
Y lo sé de buena parte.  
Que tienen al Rey muy cerca,  
Y dicen que distrazado  
Ha de entrar, y que le esperan  
En su alcázar á comer.  
GUARDA 1.º  
¡Válgame el cielo! ¿Qué estrella,  
Para nosotros dichosa,  
Te guió, porque nos dieras  
Aviso tan importante?

Entra, amigo; que quisiera  
Ser tan poderoso agora,  
Que vieras la recompensa  
Igual á tu beneficio.—  
El rastrillo se prevenga,  
En entrando estos villanos.

GUARDA 2.º  
No quiera el cielo que sea  
Tan infeliz nuestra suerte,  
Que por nuestra puerta venga.

DON NUÑO.  
Cerralda bien, por si acaso;  
Que hay engaños y hay cautelas.—  
Entra, sobrino; que es tarde,  
Y estarán en las acequias  
Del Rey.

REY.  
Dichosa venida,  
Tío.

DON NUÑO.  
Queden norabuena,  
Honrados guardas.

GUARDA 1.º  
El cielo  
Con salud á Ocaña os vuelva.

MARTIN.  
Y ¿qué hemos de hacer del asno?  
Pero con él se entretengan,  
Porque haya una guarda mas;  
Que poca es la diferencia.

(Entran.)

Salen DON SANCHO y PAYO,  
BLANCA y ELVIRA.

BLANCA.  
No os juzgaba yo en Toledo.  
Si pensais tocar mi mano  
Sin que mateis al villano,  
Daros desengaño puedo  
De que imposible ha de ser.

DON SANCHO.  
Por la ocupacion del día,  
Guardé la venganza mia  
Y la vuestra, por poder  
Ejecutarla mejor  
Mañana.

BLANCA.  
Disculpa ha sido  
Bastante; pero advertido  
Quiero que os deje mi honor  
Que no puedo blasonar  
De la sangre que me alienta,  
Si en el mundo hay quien me afrenta  
Cuando me llevo á casar:  
La ofensa de lengua ó pluma  
Siempre se advierte y se admira;  
No importa que sea mentira,  
Que basta que se presuma;  
De los blasones que son  
De mas alta calidad,  
Tanto como la verdad,  
Los sustenta la opinion;  
Y así, vos podréis en vano  
Presumir que os puedo honrar,  
Si, llegándoos á casar,  
Queda con lengua un villano.

PAYO.  
Blanca, aunque es mi propio honor  
El que defiendes, quisiera  
Que don Sancho no pusiera  
Tan á riesgo su valor,  
Ya que la suerte dichosa  
Le pudo otra vez librar.

Sale MENDO.

MENDO.  
Ya es hora de comenzar

Los oficios con piadosa  
Memoria del Rey, que tiene  
Dios en otra mejor vida.

ELVIRA.  
Entremos.

DON SANCHO.  
Bien prevenida,  
Con la guarda que conviene,  
Está la ciudad; las puertas  
Vieron diligencias mías.

PAYO.  
El descuido en tales días  
Hace las desdichas ciertas;  
Pero donde está el cuidado  
Vuestro, no hará falta el mio.

BLANCA.  
Que he de ver por vos confío,  
Sancho, mi honor restaurado.  
(Van á entrar, y suena música de trom-  
petas y atabales, y vanse Blanca y  
Elvira.)

PAYO.  
¿Qué es esto? ¿Música alegre  
De trompetas en la torre,  
Cuando celebramos honras  
De rey muerto? ¿Qué desorden  
Dió causa á esta novedad?

DON SANCHO.  
De la torre nos dan voces.

Aparece en lo alto, en una torre, EL  
REY NIÑO, armado, y DON NUÑO,  
con estandarte en la mano, con  
las armas de Castilla, y MARTIN.

DON NUÑO.  
Oid, oid, ciudadanos  
De Toledo, cuyo nombre  
En sus anales el tiempo  
Por leales antepone  
A los mejores vasallos  
Que vió el mundo, el sol conoce;  
Vuestro rey tenéis presente,  
Para que aquí le corone  
La lealtad que le debéis,  
Y él, agradecido, os honre.—  
¡Viva Alfonso! ¡Alfonso viva!  
Sin que ambiciones lo estorben;  
¡Viva Alfonso! (Tremola el estandarte.)

VOCES. (Dentro.)  
¡Viva el Rey.  
Pues de nuestros corazones  
Es el dueño!

GUARDA.  
¡Alfonso viva!  
Y mueran las opiniones  
Que la posesion le impiden.

PAYO.  
Perdido soy; los rigores  
Del Rey teme ya mi vida.

DON SANCHO.  
Siempre á los humildes oyen  
Los reyes; con la obediencia  
Y la lealtad nos socorre  
La necesidad presente.

PAYO.  
¡Alfonso viva! y corone  
Toledo su augusta frente  
Con mil triunfantes blasones.

REY.  
A tu industria debo el día  
Mas dichoso que los hombres  
Vieron en humanas glorias,

DON NUÑO.  
¿Ves cómo todos conocen  
Que eres su rey, y te esperan

Tan leales y conformes,  
Que es Toledo solo un cuerpo  
Y una voz?

REY.

Será tu nombre  
Famoso al mundo.

DON NUÑO.

Señor,  
Si he merecido favores  
Vuestros, la merced mayor...

REY.

Pide; que es justo que logres  
Tan heroica hazaña.

DON NUÑO.

A Sancho  
Anzures, Señor...

REY.

No toques  
Al perdon de quien merece  
Mi castigo.

DON NUÑO.

Pues revoque  
La sentencia tu piedad,  
O perderé los favores  
Que de tu gracia recibo.  
Payo y Sancho son los hombres  
Que en España te han servido  
Mas bien; que las intenciones  
Soyas han sido leales,  
Cumpliendo el legado y órden  
Que dejó tu padre.

REY.

A tí  
Deben el perdon.

PAYO.

Temores  
De un rey enojado están  
Amenazándome á voces.

MARTIN.

A mí, señores alcaldes;  
¿Cómo no olieron el poste?  
Las guardas se les cayeron,  
Malas cerraduras ponen;  
Pero es la llave maestra  
El Rey, que las abre y rompe.  
Los culpados se confiesen;  
Que hemos de ir dando garrote  
Hasta que toquen á visperas,  
Y son ahora las once.

(Vanse todos, menos Payo y don Sancho.)

Salen BLANCA y ELVIRA.

PAYO.

Hijas, vosotras podeis,  
Por mujeres, en quien pone  
Siempre la piedad los ojos,  
Aplacar al Rey.

BLANCA.

No borres  
Tu valor con tal flaqueza:  
Que, aunque á sus plantas te postres,  
Como deuda natural,  
Has de mostrar los blasones  
De tu sangre en el valor,  
Que tanto España conoce.  
Lleguemos á recibir  
A Alfonso.

ELVIRA.

Las turbaciones,  
Señor, arguyen delitos,  
Y no es bien que los apoyes  
Con el miedo en la presencia  
Del Rey.

Sale MENDO.

MENDO.

Señor, no te asombres.  
Aquel villano, el ollero,  
Que junto á Ocaña, en el bosque  
Riñó contigo...

DON SANCHO.

Prosigue.

MENDO.

He visto aquí.

DON SANCHO.

El que en la torre  
Tremolaba el estandarte,  
Aclamando el Rey á voces,  
Es sin duda; que el asombro  
Trujo al alma turbaciones  
Para enajenar la vista.

BLANCA.

Pues si los cielos conocen  
Mi ofensa, y porque la pague  
Le han traído, no perdones  
Su infame vida, don Sancho.

PAYO.

Si le vimos en la torre  
Con Alfonso, claro está  
Que, entre los demás leones,  
Trujo al villano por guarda.—  
No le ofendas ni le toques,  
Anzures.

BLANCA.

¿Caducos años  
Ha de haber para que borre  
Mi honor con villanas lenguas?  
Padre, ¿la vida antepones  
A mi honor? No eres mi padre,  
Pues quieres con miedos torpes  
Vivir afrentado.

PAYO.

Espera.

BLANCA.

Mi resolución conoces.—  
Sancho, si mi amor estimas,  
Junta la guarda que importe,  
Y por restaurar mi honor,  
Prende á ese villano. (Vase.)

PAYO.

En bronces

Viva tu heroico valor.—  
Sancho, el temor me perdona  
Del Rey; sin honra no debe  
Guardar la vida el que es noble;  
Cóbrala, pues la pretendes. (Vase.)

MENDO.

Señor, no faltarán hombres  
Que le maten.

Sale DON NUÑO.

DON NUÑO.

Sancho Anzures,  
Cumple tus obligaciones:  
Sangre y valor te acompaña,  
El lugar señala adonde  
Podamos ir á matarnos;  
Porque es mandato y es órden  
Del que con dichosos lazos  
Gozó de Blanca favores;  
Y me manda expresamente,  
Porque tus disignios borre,  
Que con mi riesgo te mate,  
Que no con viles traiciones.

DON SANCHO. (Ap.)

¿Hay mas apretado lance?  
¿Hubo imposibles mayores  
Entre deudas conocidas  
Y entre celosas pasiones?

La amistad con que me obliga  
Los celos la descomponen,  
Y es el mismo que me ofende  
Villano, naciendo noble,  
Porque el retrato publica  
Que á su imagen corresponde.  
¿Qué he de hacer en tantas dudas,  
Cielos?

DON NUÑO.

¿Cómo no respondes?

DON SANCHO. (Ap.)

Digo, ¿mataréle? No;  
Que es infamia de mi nombre.  
Pues ¿la promesa de Blanca  
Y mi amor, que es cielo inmóvil,  
Adonde su imagen vive?  
Muera pues, y no se asombre  
Quien supiere que á un villano  
Le rompa las excepciones  
De la amistad que le debo.  
Pero ¿qué dirán los hombres  
De tan grande alevosía?  
¿He de dar informaciones  
Al vulgo de que mi amor,  
Que imperio no reconoce,  
Es quien le mató?

DON NUÑO.

¿Qué dices?

DON SANCHO.

Que hasta que pasen tres soles  
No puedo reñir contigo.

DON NUÑO.

¿Por qué?

DON SANCHO.

No me apures, hombre.

DON NUÑO.

Pues ¿dentro en Toledo temes,  
Donde es fuerza que te sobre,  
Con el poder, el valor?

DON SANCHO.

Aun no sabes mis temores  
De qué proceden. (Ap. ¡Ah celos!)  
Ya me estáis diciendo á voces  
Que mi venganza permita  
Para que mis dichas logre.—  
Oh villano disfrazado,  
Nunca me diera en el hosque  
La vida tu hidalgo trato,  
Que tantos lazos me pone,  
Y con su ejemplo me enseña  
A cumplir obligaciones.—  
Ea, perdonen mis celos,  
Blanca y mi amor me perdona;  
Pero si al rostro le miro,  
Vuelve con nuevo desórden  
A abrasarme el mismo fuego  
Que cuando, en vivos colores,  
Vi su retrato en las manos  
De Blanca; finezas nobles  
De una pagada amistad,  
Hoy tomo vuestras liciones,  
Para decir que mi honor  
Os sigue, porque os conoce.

(Vuélvese.)

DON NUÑO.

Pues ¿cómo el rostro me vuelves?

DON SANCHO.

Porque te importa.

DON NUÑO.

No formes

Tan cautelosas quimeras,

DON SANCHO.

Véte en paz.

DON NUÑO.

¿Con qué temores  
Me amenazas?

DON SANCHO.

Con la muerte.

DON NUÑO.  
 ¿Qué dices?  
 DON SANCHO.  
 Que te socorre  
 Una amistad.  
 DON NUÑO.  
 ¿Hay traicion?  
 DON SANCHO.  
 Si la hubiera, á no ser noble.  
 DON NUÑO.  
 ¿Quién la intenta?  
 DON SANCHO.  
 Mis criados.  
 DON NUÑO.  
 ¿Por qué?  
 DON SANCHO.  
 Porque tienen órden.  
 DON NUÑO.  
 ¿De quién?  
 DON SANCHO.  
 Del poder que temo.  
 DON NUÑO.  
 ¿Es mujer?  
 DON SANCHO.  
 Y con rigores  
 De fiera.  
 DON NUÑO.  
 ; Oh enemiga mia!  
 Y ¿cómo no te dispones  
 A matarme?  
 DON SANCHO.  
 Soy quien soy.  
 DON NUÑO.  
 ¿Qué pretendes?  
 DON SANCHO.  
 Que no ignores  
 Que te pago.  
 DON NUÑO.  
 Yo confieso  
 Tan justas obligaciones;  
 Pero no sé á quién pagallas.  
 DON SANCHO.  
 Pues ¿no me ves?  
 DON NUÑO.  
 Ya veo un hombre  
 Que me vuelve las espaldas;  
 Y el alma, aunque reconoce  
 La deuda, no viendo al dueño,  
 Puede negarla.  
 DON SANCHO.  
 Dispones  
 Mal tu causa.  
 DON NUÑO.  
 Vuelve el rostro,  
 Y verá quién me socorre  
 En el peligro.  
 DON SANCHO.  
 No puedo.  
 DON NUÑO.  
 ¿Por qué?  
 DON SANCHO.  
 Porque los que me oyen  
 Te han de matar si te miro,  
 Pues verán iras feroces  
 En mis ojos contra ti.  
 DON NUÑO.  
 Queda en paz.  
 DON SANCHO.  
 La vida logres  
 Hasta que vuelvas á verme.  
 DON NUÑO.  
 Sí verá, como te importe;

Que van luchando conmigo  
 Extremos y oposiciones.

DON SANCHO.  
 Por villano irás contento,  
 Y agradecido, por noble.

(Vanse.)

## JORNADA TERCERA.

Sale MARTIN, solo.

MARTIN.

Déme el dolor de tan injusta muerte  
 La voz que impide el pensamiento mio;  
 Que á la rudeza de mi corta suerte  
 Puro lenguaje y lagrimas le fio.  
 La desdicha mayor que el sol advierte,  
 La historia mas cruel que escucha el

Se ha de ver hoy, aunque en el mundo

Dando sombras al sol, llanto á las olas.  
 ; Que en pecho de mujer caber pudiera,  
 Sin que la ablande la piedad ni el ruego,  
 La barbara crueldad que España espe-  
 ; Ira fatal del vengativo fuego! [ra!  
 Brutos peñascos desta gran ribera,  
 No tan sin seso á vuestra márgen lle-  
 A pediros piedad; que solo os pido  
 La durable atencion de vuestro oido.  
 Despues que Alfonso, con ardid extra-

Vuestra ciudad pisó con reales plantas,  
 Y Toledo, en virtud del nuevo engaño,  
 Huyó la frente á pesadumbres tantas,  
 Humilde, con alegre desengaño,  
 De oliva y de laurel (señales santas  
 De vitoria y de paz) vistió sus muros,  
 Con la presencia de su rey seguros.  
 Mostróse grato el Rey, y por los ruegos  
 De mi señor perdona á Sancho y Payo.  
 ; Ojalá fuera desatando fuegos

Tu piedad, español, vibrando un rayo,  
 Pues gobernados por motivos griegos,  
 De una mujer permiten el ensayo  
 De la muerte mas fiera y mas tirana  
 Que pudo ejecutar venganza humana!

Fuése el Rey á Escalona, y en su ausen-  
 Dejó por jueces y gobernadores [cia,  
 A los dos, que han firmado la sentencia;  
 Que ya el perdon se paga con rigores.  
 Blanca manda prenderle, y la licencia

El temor esforzó de ejecutores,  
 Que, libre ya por Sancho, le siguieron  
 Y en numerosa escuadra acometieron.  
 Rindióse en fin, porque lo hizo el día,  
 Y cargaron sobre él, de fuerza armados,  
 Despues de haber dejado en la porfia

Suclaro esfuerzo y su valor vengados.  
 Blanca, que en fuego de vengarse ardia,  
 Porque se queja que dejó infamados  
 Blasones de su honor, ; oh trance fuer-  
 Escribió la sentencia de su muerte. [te!  
 Y llega su crueldad á tan forzoso

Extremo de inclemencia, que á la orilla  
 Sale del Tajo á ver el lastimoso  
 Suceso, que á los orbes maravilla;  
 He vosotros, con golpe temeroso  
 (No limpio acero de feroz cuchilla),  
 Despeñado caerá al centro mas bajo,  
 Porque le sirva de sepulcro el Tajo.

Salen PAYO, DON SANCHO y BLAN-  
 CA, ELVIRA y UN CRIADO.

BLANCA.

Padre, mi nuevo rigor

No engendra el feroz deseo;  
 Que si yo morir le veo,

Son impulsos de mi honor.  
 El alma siente el dolor  
 De ver á un hombre matar;  
 Bien lo quisiera excusar;  
 Mas llegarlo á permitir,  
 Es porque en verle morir  
 Remedio el verme infamar.  
 Muchos que culpados son,  
 Y merecen mas crueldad,  
 Llegan á alcanzar piedad

En la misma ejecucion.  
 Suele tener compasion  
 El que ejecuta y lo escrito  
 Rompe, y del mortal confuso  
 Rompe, y del mortal confuso  
 Nos libra tan poco sabio,  
 Que deja lengua al agravio  
 Y desvergüenza al delito;  
 Y así, \*en los muertos despojos  
 De mi villano ofensor,  
 La parte ha sido el honor  
 Y los testigos los ojos.

Deje estos peñascos rojos  
 Quien bajamente me infama,  
 Quien tigre feroz me llama;  
 Advierta, siendo homicida,  
 Que de su difunta vida  
 Ha de renacer mi fama.

PAYO.

Muera el bárbaro villano,  
 Hija, pues tu honor estriba  
 En su muerte; mas no escriba  
 El tiempo caduco y vano  
 Que hay en un hecho inhumano

Asistencia de mujer.  
 Mata, pues tienes poder,  
 Pero no asistas; que excedes  
 A Busiris y á Diomedes,  
 Que al fin mataron sin ver.  
 El mas tirano eumigo,  
 Sedito de sangre ajena,  
 Inventor fué de la pena,  
 Pero no asistió al castigo.  
 Basta para fiel testigo  
 El pueblo que á verle llega.

DON SANCHO.

Aun la misma muerte ruega,  
 Mostrando alguna piedad.

BLANCA.

No me tiene voluntad  
 Quien este gusto me niega.

ELVIRA.

Solo podia estribar  
 Mi amor, que sin fruto espera,  
 En que el villano no muera,  
 Que es el que puede estorbar  
 El poder Sancho casar  
 Con mi hermana; mas mi suerte,  
 Que mis desdichas advierte  
 En mi amorosa pasion,  
 Hará del mismo perdon  
 Los verdugos de mi muerte. —  
 ; Oh amor, qué piadoso estás!  
 Pero es mi interés tu empleo,  
 Pues la vida le deseo  
 A quien no he visto jamás.

MARTIN.

Oh Blanca, alegre estarás;  
 Que entre el plebeyo gentio  
 Viene ya, perdiendo el brio,  
 La vida que temes tanto,  
 Para eternizar con llanto  
 Los cristales deste rio.

; Plega á los sagrados cielos,  
 Oh toledana sirena,  
 Que cantes en esta arena,  
 Siendo el instrumento celos,  
 Y que entre liquidos hielos  
 Destas rompidas esferas,

Con plumas y alas ligeras,  
Tu forma en cisne mudando,  
Mueras por vivir cantando,  
Y que en cantando, te mueras!

*Sale por arriba DON NUÑO, atadas  
las manos, y todos los que pudieren  
salir con él.*

DON NUÑO.  
Lo que enemigos soberbios  
Y feroces africanos,  
Conjuraciones y envidias,  
Traiciones y amigos falsos,  
Celos, crueldades, injurias,  
No han podido en largos plazos,  
¿Puede una mujer? ¡Ah cielos!  
¿De qué invencibles peñascos  
Formastes el corazón  
Desta fiera, que, animando  
La flaqueza femenil,  
Viene con alegres pasos  
A verme morir? ¿Que pueda  
Su abortecimiento tanto,  
Que, aun casándose, no quiere  
Que padeciendo y pensando  
Viva, por no darme tiempo  
Para llorar mis agravios?  
Vive pues, roca invencible,  
Puesta en el mar de mi llanto,  
Blason destos pardos montes,  
Que, de tu furor armados,  
Su misma yerba aborrecen,  
Para preciarse de ingratos;  
Vive pues; que yo en las aras  
Destos cristales turbados  
Daré la sangre que espera,  
Para que el mar lusitano  
Vaya publicando á voces  
Que en las riberas del Tajo  
Hay llorando cocodrilos,  
Y hay basiliscos mirando.

*(Mira Blanca hacia arriba, y reconóce-  
le y túrbase.)*

BLANCA. (Ap.)  
Los cielos conmigo sean;  
¿Qué ven mis ojos turbados?  
Qué mágica me conduce  
Sobre los montes tesalios?  
Qué Colcos me da sus yerbas?  
Qué Calipso sus encantos?  
Este ¿no es don Nuño? ¡Cielos!  
¿Qué me detengo? ¿Qué aguardo,  
Que no restauro su vida,  
Aunque con nuevos agravios  
Padezca mi honor en lenguas  
De mi padre y de don Sancho?

DON NUÑO.  
¿Qué aguardais, ministros fieros  
De mi muerte? Si el espacio  
Mas breve es eternidad,  
Obedecedla.

BLANCA.  
Esperáos,  
Hombres, detened el curso  
De mi rigor.

MARTIN.  
¿Qué milagro  
Es este? Aquí hay manganilla.  
¡Ah, Señor! no hagamos caso  
De la suspension; caer  
Es lo importante; ya has dado  
Lástima, no la resfries.  
Dijo un discreto azotado,  
Llevándole ya el perdón,  
Teniendo la espalda en blanco,  
Que todo el negocio estaba  
Hasta subir en el asno.  
Ya estás á vista del pueblo;  
Lágrimas ni ruegos vanos  
No te detengan.

BLANCA.  
Bajalde;  
Que para cierto descargo  
Su declaracion importa.

MARTIN.  
Si importa, subo y desato.

DON SANCHO.  
Ya la piedad de su muerte  
Formá mayores agravios,  
Ya con duplicados celos  
Nuevas injurias aguardo;  
¿Si Blanca le ha conocido?  
Si es el mismo del retrato?  
Que si es él, yo soy el muerto.

BLANCA.  
¿A qué aguardais? Desatadlo.

DON NUÑO.  
Martin, déjame morir.

MARTIN.  
Pues vé á morir allá bajo  
En buena conversacion.

DON NUÑO.  
No es piedad la que ha mostrado  
El pecho desta mujer.

MARTIN.  
Señor, hágase el milagro,  
Y mas que lo haga mi abuela.

DON SANCHO.  
Las rosas se le mudaron  
Y el rostro á Blanca; en los ojos  
Le ofrece el alma al villano.

ELVIRA.  
Luces descubre mi amor  
Del bien que espero.

BLANCA.  
Apartáos;  
Que me importa hablarle á solas.

PAYO.  
Admiro tan nuevos casos.  
¿Cómo nos enseña el tiempo!

DON NUÑO.  
¿Por qué desatas los lazos  
De la muerte? ¿Es, por ventura,  
Porque en el pequeño espacio  
Desta cruel suspension,  
Sienta la muerte que aguardo  
Con mas inmenso dolor?

MARTIN.  
¿Qué atento está el secretario!

BLANCA.  
¿Don Nuño?

DON NUÑO.  
Enemiga mía,  
¿Qué te han hecho los extraños  
Sucesos de mis desdichas,  
En tu servicio empleados,  
Que de fiscales te sirven?  
¿Para qué rigores tantos  
Tus crueldades ejecutan?  
¿Tan grandes son los agravios  
Del amor con que te adoro,  
Que merecen castigarlos?  
¿Con casarte no bastara?  
Matarme...

BLANCA.  
¡Ay Nuño!  
DON NUÑO.  
¿Este pago  
Merece mi amor, ingrata?

BLANCA.  
Advierte, mi bien...  
DON NUÑO.  
¿Qué en vano  
Te disculpas, cuando muero  
Por no ver llegar tus brazos  
A otro cuello!

BLANCA.  
Si me escuchas,  
Verás de mis desengaños  
Mi amor y verdad tan nobles,  
Que no has de poder borrarlos  
Del corazón donde viven.  
Si á mis oídos llegaron  
Nuevas de tu muerte, Nuño,  
Y dijeron que un villano  
Me infamaba, presumi  
Que tú le habías revelado  
Nuestros secretos amores;  
Y porque mi honor manchado  
Restaurase su opinion...

DON NUÑO.  
¡Ah falsa!

BLANCA.  
Escucha.  
DON NUÑO.  
¿Qué engaños

Trazas para mas tormento?  
Bien dices que soy villano,  
Pero no para creerte;  
Mira que te está esperando  
Tu esposo, y bien te merece,  
Porque es muy galán don Sancho,  
Agradecido y valiente;  
Pero si en tu pecho ingrato  
Pueden algo ruegos míos,  
Te suplico que la mano  
No le des hasta que yo  
Haga estas peñas del Tajo  
Rojo monumento mio.

BLANCA.  
No hay alma que baste á tanto,  
Mi bien, que escucharte pueda;  
Mira que le das mal pago  
A la fe mas invencible,  
Al respeto mas hidalgo  
Que ven los ojos del cielo;  
Advierte que mi descanso  
Está cifrado en tu vida.

DON NUÑO.  
Pues poco podrás gozarlo,  
Porque he de morir.

DON SANCHO.  
¡Oh celos!  
¿Qué aguardais? Comunicando  
Se están las almas. — Señora,  
Adonde hay testigos tantos,  
Mucha liviandad parece  
Que le pidas tan de espacio  
Cuenta á un villano, que pudo  
Manchar tu opinion.

BLANCA.  
Dejaldo;  
Que es cierta declaracion  
Hecha en el último paso,  
Que importa á mi honor saberla.

MARTIN.  
Es un dicho del diablo;  
No le acabará en seis horas.

DON SANCHO.  
Dure mientras yo me abraso.

BLANCA.  
¿Qué determinas, Señor?

DON NUÑO.  
Morir.

MARTIN.  
Y es lo mas barato.

BLANCA.  
Mira...

DON NUÑO.  
Ya no hay que mirar;  
Que está ya desesperado  
El sufrimiento.

BLANCA.  
¿No bastan  
Disculpas?

DON NUÑO.  
No; que llegaron

Tarde.

BLANCA.  
Pues no te reduces,  
Hemos de morir entrambos;  
La mano le quiero dar,  
En tu presencia, á don Sancho.

DON NUÑO.  
No, mi bien; traza otra muerte.

MARTIN.  
Por Dios, que se fué al atajo.  
No es nada bobo el mancebo.

BLANCA.  
¿Qué intentas?

DON NUÑO.  
Pedir mil años  
De vida al cielo, Señora,  
Para gastarla adorando  
Tus ojos.

DON SANCHE.  
;Ternos se miran,  
Cielos!

MARTIN.  
Ya va declarando.

BLANCA.  
Trazaré tu libertad;  
Que no faltarán engaños  
Para desvelar sospechas.

DON NUÑO.  
Nuño es ya tu humilde esclavo.

BLANCA.  
Y Blanca quien te conoce  
Por señor.

DON NUÑO.  
A este criado  
Podrás descubrirte, Blanca.

BLANCA.  
Será importante.—Llevaldo  
A la prision, que el tormento  
Le hará, aunque mas obstinado,  
Que confiese quién fué el dueño  
De la carta; que un villano  
Que jamás supo mi nombre  
No pudo, con temerario  
Atrevimiento, escribir,  
Con testimonio tan falso,  
Manchas de mi limpio honor.—  
(Llevan á Nuño.)

¿Y eres tú su leal criado?

MARTIN.  
Para lo que le cumpliere.  
(Ap. Aquí me rompen los cascos,  
Y pago los de las ollas.)

BLANCA.  
Dime...

MARTIN.  
Si juro.

BLANCA.  
En cerrando

La noche...

MARTIN.  
¿Noche, y cerrada?

BLANCA.  
Me has de ver con el recato  
Que pide el suceso mio,  
Y llevarás á tu amo  
Unas joyas y órden mio,  
Para que se libre.

MARTIN.  
Andallo,  
Pavitas; ¿mas que el Ollero,  
Ha de amanecer jurado  
De Toledo?

PAYO.  
Voy contento,

Hija, de ver que templaron  
Tus enojos su aspereza.

BLANCA.  
Cuidado con el villano.

DON SANCHE.  
¿No hasta que tú le tengas?

BLANCA.  
¿Qué dices?

DON SANCHE.  
Que se aplacaron  
Tus iras, y que le guardas  
La vida.

BLANCA.  
Si ha declarado  
Que no tiene culpa, ¿quieres  
Que muera, Sancho?

DON SANCHE.  
En el campo  
Le verás muerto á tus ojos.

BLANCA.  
Pues ¿fáltanle al otro manos?

DON SANCHE.  
¿Ya tú le defiendes?

BLANCA.  
Veo  
Que tiene razon, don Sancho.  
(Vanse.)

Salen EL ALCAIDE Y DON NUÑO.

ALCAIDE.  
Puedes creer que en mi vida  
Tuve contento mayor;  
Aplacárase el rigor  
De Blanca con la venida  
Del Rey, que entrará mañana,  
Para honrar el casamiento  
De Sancho y Blanca, y su intento  
Mudará con mas humana  
Piedad.

DON NUÑO.  
Y ¿se casarán  
Mañana?

ALCAIDE.  
Solo se espera  
A Alfonso; mucho quisiera,  
Porque es Sancho el mas galan  
Caballero que en España  
Luce en la campaña armado,  
Que en el término aplazado  
Le vieras en la campaña,  
Segun castellano fuero.  
Esperar si hay quien impida  
Su casamiento; convida  
La fama del caballero  
A ver su dichosa suerte.

DON NUÑO.  
Pues ¿quién se la ha de estorbar?

ALCAIDE.  
Nadie se ha de aventurar,  
Teniendo cierta la muerte.  
Pero Toledo murmura  
Que Blanca ofreció primero  
La mano á otro caballero,  
Y que puede, por ventura,  
Con poder y con amigos,  
Estorbar el casamiento.  
Y así, con bizarro aliento,  
Siendo jueces y testigos  
Alfonso y Toledo, quiere,  
De sol á sol, sustentar  
Sancho que puede casar  
Con Blanca, y si acaso hubiere  
Quien lo impida, peleando  
Morir ó vencer.

DON NUÑO.  
No habrá;  
Cierta su vitoria está.

ALCAIDE.  
Todos lo están deseando;  
Pero tambien hay quien diga  
Que si don Nuño viniera,  
Que el casamiento impidiera.  
Entre la hueste enemiga,  
Asaltando á Calatrava,  
Dicen que murió; no ha habido  
Castellano tan temido.  
Todas las veces que entraba  
En la batalla vencia;  
Despues del fuerte Bernardo,  
No ha habido hombre mas gallardo  
Ni valiente; bien podia  
Don Sancho dejar la empresa,  
Si con don Nuño lidiara.

DON NUÑO.  
Y don Sancho le matara.  
Castilla, del moro presa,  
¿A quién debe las memorias  
Y laureles vencedores?  
Don Sancho es de los mejores  
Caballeros que en historias  
Nuestras conserva la fama  
En hojas del tiempo.

ALCAIDE.  
¿Dél  
Dices bien, si con cruel  
Sentencia tu vida infama,  
Y condenándote á muerte,  
Es ejemplo de crueldad?

DON NUÑO.  
Eso tiene la verdad,  
Que el enemigo la advierte.

Sale MARTIN.

MARTIN.  
Señor, no sé á lo que vengo,  
Ni aun lo que traigo no sé.  
Sancho...

DON NUÑO.  
Prosigue.

MARTIN.  
Sí haré;  
Que ya la prosa prevengo.  
Al tiempo que me arrojaba  
En casa de Blanca...

DON NUÑO.  
Di.

MARTIN.  
Me dió un papel para tí,  
Y que sólo me encargaba  
La priesa, y este tambien  
Para el Alcaide; tomad.  
(Dale á cada uno el suyo.)

DON NUÑO.  
No será mi libertad.

ALCAIDE.  
Junto os ha venido el bien;  
Libre estáis, órden expreso  
Es de don Sancho; estimad  
Su generosa piedad.

MARTIN.  
Hubo mas feliz suceso?  
Mira lo que á tí te escribe;  
Que, por Dios, que es buen amigo.

DON NUÑO.  
¿Que en pecho de mi enemigo  
Piedad y clemencia vive!  
(Lee.) «Orden envío al Alcaide de  
» darte libertad; con ella, si eres ca-  
» hallero, y con disfraz de villano pre-  
» tendes á Blanca, puedes salir ma-  
» ñana al campo de la Vega á estorbar  
» con las armas mi casamiento, por-  
» que te cueste la vida ó ganarme la  
» vitoria. El Rey, que por horas espe-

ramos, será el juez, y juntamente el padrino de las bodas del que saliere vencedor. — *Don Sancho.*

Amigo, páguete el cielo  
La amistad que he hallado en tí;  
Poco valgo, pero en mí,  
Con cuidadoso desvelo,  
Tendrás una voluntad  
Agradecida de suerte,  
Que ni el tiempo ni la muerte  
Me olviden de tu amistad.

ALCAIDE.

De don Sancho la recibes,  
Y de mí la ejecucion.  
Véte en paz.

(Vase.)

DON NUÑO.

En tu prision,  
Cello, otra vez me recibes. —  
Martin, la mayor hazaña  
Que escribe el tiempo has de ver.

MARTIN.

¿Cómo?

DON NUÑO.

Hoy has de conocer  
Al que serviste en Ocaña.

(Vanse.)

Salen MENDO y FORTUN.

MENDO.

Ruego al cielo que no sean  
Desdichadas estas bodas.

FORTUN.

Segura tiene don Sancho  
Por las armas la vitoria;  
Demás, que no hay en Castilla  
Quien á su intento se oponga.  
Gozará sin duda alguna  
De la posesion dichosa.

MENDO.

En un mismo grado asisten  
La ventura y la deshonra;  
En su valor se ha librado  
Su buena suerte.

FORTUN.

¿Pregona  
El mundo vitorias tuyas,  
Y pones dudas ahora  
De la que tiene tan cierta?

(Tocan trompetas y cajas.)

MENDO.

Al son de marciales trompas  
Viene ya Alfonso á ocupar  
El régio asiento.

FORTUN.

Las honras  
Dan con la vista los reyes.

MENDO.

Entre escuadras numerosas  
De las guardas de Castilla,  
Que le cercan y coronan,  
Llega el generoso Alfonso.

VOCES. (Dentro.)

Plaza, plaza; afuera, afuera.

FORTUN.

Quedara Roma envidiosa,  
Si á esta palestra asistiera.

MENDO.

¿Qué debe Toledo á Roma,  
Si es corte de Alfonso?

FORTUN.

El entra  
Con majestad suntuosa.

(Tocan cajas y trompetas.)

Sale EL REY, y siéntase en un trono;  
DON SANCHE, PAYO y ACOMPAÑAMIENTO.

DON SANCHE.

Invicto Alfonso, pues eres  
Sol de España, á quien coronan  
Rayos del mayor planeta,  
Hoy, á la usanza española,  
Vengo, no á pedir mercedes  
Por las hazanas heroicas  
De mis pasados, que dieron  
A castellanas historias

Tanto lustre, ni las mias,  
Por quien tiene tu corona  
Tanto aumento; solo pido  
Tu justicia en tan honrosa  
Pretension. Payo de Lara,  
Que me apadrina y me honra,  
A doña Blanca, su hija,  
Me prometió por esposa.  
Ella le obedece en todo,  
Pero vive temerosa

De una carta que escribió  
Un villano, y que pregona  
Que tiene otro dueño Blanca;  
De que, ofendida y quejosa,  
Está pidiendo venganza,  
Y que sustente las horas  
Que seña'a el castellano

Fuero, hasta que el sol se ponga;  
Que no hay sugeto en Castilla  
Que pueda impedir mis bodas;  
Y que en espirando el sol,  
Como ninguno se oponga,  
Seré su dichoso dueño.

Lo que te suplico ahora,  
Gran señor, es, que si hubiere  
Quien ofrezca su persona  
A la batalla, que olvides  
Tu clemencia generosa,  
Dejando que en esta vega  
Manche el uno en sangre roja  
La yerba que la guarnece,  
Porque no ha de ser esposa  
Blanca de ningún hidalgo  
De Castilla, si blasona  
El competidor que vive,  
Favores que la deshouran.

REY.

Siento que os aventureis;  
Que estimo vuestra persona,  
Don Sancho; pero fiad  
En vuestra suerte dichosa,  
Que no ha de haber en Castilla  
Quien vuestro valor conozca,  
Que á disgustaros se atreva.

DON SANCHE.

Ya vuestro favor pregona  
Mis dichas.

PAYO.

Hijo, el valor  
Ha de restaurar mi honra.

(Tocan un clarín.)

Ya la trompeta señala  
Que viene á impedir las bodas  
El que dió aviso al villano.

MENDO.

Marciales galas te adornan.

FORTUN.

Mujer parece en el traje.

MENDO.

¡Oh, qué gallarda y airosa  
Se muestra!

FORTUN.

Nueva Camila  
Parece, en la selva Ansonia,  
Armada contra el latino  
Escuadron.

PAYO.

La misma diosa  
De las batallas la envidia.

MENDO.

Las plumas blancas y rojas  
En rayos de oro es un monte  
Que su cabeza coronan.  
Persia y Tiro le prestaron,  
Para hacerla mas hermosa,  
Púrpura y telas de oro,  
Que sobre la yerba arroja.

(Tocan cajas y trompetas.)

Sale BLANCA por el palenque, y EL-VIRA, que la apadrina.

BLANCA.

Alfonso, rey de Castilla,  
Cuyas armas vencedoras  
Tiembra el bárbaro africano,  
Yo soy Blanca, la que llora,  
Entre mal perdidos bienes,  
Las ausencias lastimosas  
Del que el alma reconoce  
Por dueño, cuyas memorias  
Mis pesares eternizan;  
Y así, en el plazo y las horas  
Que vuestra ley determina,  
Aventurando mi propia  
Vida, he venido á impedir,  
Si la muerte no lo estorba,  
Mi casamiento yo misma,  
Porque sin vergüenza y nota  
De infamia no puede ser  
Sancho mi esposo; y pregona  
La fama y mis propios ojos  
Que el que entre confusas sombras  
Del temor de vuestro enojo,  
Disfrazando su persona,  
Encubrió Castilla, es vivo,  
Don Nuño Almejir, que en hojas  
De eternidades escribe  
Las hazanas mas honrosas,  
Los servicios mas leales  
Que han dado régias coronas,  
Y es mi esposo.

REY.

¿Dónde está

Don Nuño?

(Tocan cajas.)

Sale DON NUÑO, armado.

DON NUÑO.

A vuestras heroicas  
Plantas rinde humilde el cuello  
Quien de la furia ambiciosa  
Del rey leonés, vuestro tío,  
Con hazaña tan honrosa,  
Que la está aclamando el tiempo  
Para futuras memorias,  
Os libró, y quien en las guerras  
Os sirvió con las vitorias  
Que reconoce Castilla  
Y que los alarbes lloran;  
A cercar á Calatrava,  
Que Almanzor, por su persona,  
Defendió con mas escuadras  
Que vió en sus márgenes Troya,  
Enviastes por escudillo  
De las castellanas tropas  
A Mendo de Benavides,  
Gran soldado, y que se apoya  
Su fama en sus propios hechos;  
Donde yo, con generosa  
Humildad (cuando pudiera  
Mas bien gobernar á Europa  
Que Augusto en su triunvirato),  
Os servi con mi persona,  
Como soldado sencillo.  
Los moros, con las vitorias

Tan recientes, ofendían  
 Con palabras afrentosas  
 Desde el muro á nuestro campo,  
 Y al son de bárbaras trompas,  
 A escaramuzar salían,  
 Volviendo siempre con honra.  
 Un día, al romper del alba,  
 Nuestras tiendas alborota  
 Abenjusef, un sobrino  
 De Almanzor, y con injuriosas  
 Palabras le pidió campo  
 Al General, donde todas  
 Las escuadras castellanas  
 Le oyeron, y por lisonja  
 De los vientos, á las tiendas  
 La lanza y jineta arroja,  
 Saliendo á un bosque á esperarle.  
 Yo entonces, con cautelosa  
 Bizarria, armado en blanco,  
 Sin dar de mi ausencia nota,  
 Sali al frondoso palenque,  
 Donde con soberbia pompa  
 De su misma vanidad  
 Estaba el moro, y con pocas  
 Palabras le di á entender  
 Que era el general. No asombra  
 El récio viento las selvas,  
 Desnudándole las hojas  
 Con mayor furia, que el moro,  
 Con la esperada vitoria,  
 Revolvió la yegua, y yo,  
 Con presteza caudalosa,  
 Ajustándome al caballo,  
 Le esperé; fueron dos rocas  
 Las que el encuentro sintieron;  
 Pero el moro, entre congojas  
 Mortales, abierto el pecho,  
 Falseado el ante y la cota,  
 Barrió con mil paramentos  
 De oro las yerbas rojas,  
 Donde el alma desatada,  
 Voló á las oscuras sombras.  
 Huyeron luego seis moros,  
 Que guardaran su persona,  
 Si bien pude aprisionar  
 Al uno, que desta gloria  
 Dió la nueva á nuestro campo.  
 Mendo, con alma envidiosa,  
 Supo qué yo con su nombre  
 Fingido acabé la heroica  
 Empresa que me eterniza,  
 Y por ofender mis glorias  
 Me dijo: «Mucho me ofendo  
 Que la opinion tan notoria  
 Al mundo de hazañas mías  
 Aventureis vos ahora,  
 Valiéndoos del nombre mio,  
 Donde la suerte dichosa,  
 Que dicha fué, y no valor,  
 Pudo trocarse, dudosa  
 Por lo menos, y dejarme  
 Con la infamia y la deshonra  
 De haberme vencido un moro.»  
 Mas yo, Señor, con la poca  
 Prudencia que da una afrenta,  
 Le dije: «Por ser notorias  
 De aquel moro las hazañas,  
 Y serle tan fácil cosa  
 El mataros, y que al campo,  
 Por ser general, le importa  
 Vuestra vida, quise daros  
 Sin peligro la vitoria;  
 Que á salir vos, estuviera,  
 En mi opinion, muy dudosa.»

Ciego de furioso enojo,  
 Mendo, dejando las postas  
 Y guardas, sacó la espada,  
 Y embrazando la lustrosa  
 Rodela, bizarro y diestro  
 Me acometió. Nueva historia  
 Pide esta batalla, Alfonso;  
 Mas ya sabeis que las rojas  
 Trenzas del sol descubrieron  
 En la campaña arenosa  
 Muerto al General; yo luego,  
 Con vergüenza lastimosa,  
 Mirando la ofensa vuestra,  
 Y sin caudillo la heroica  
 Empresa de Calatrava,  
 Aborrecido de todas  
 Las castellanas banderas,  
 Y mi muerte tan forzosa,  
 En desgracia de mi rey,  
 Puse el pecho, antes que rompan  
 Luces del alba dormida,  
 Coronada de oro y rosas,  
 Al mas bruto atrevimiento  
 Que honró con laureles Roma.  
 Tomé una escala, y al muro,  
 Entre fugitivas sombras  
 De la noche, la arrimé,  
 Y diciendo: «No perdonan  
 Reyes tan graves delitos;  
 Muera quien quita la honrosa  
 Opinion del rey que sirve;»  
 Y llamando entre animosas  
 Voces al patron de España.  
 Trepé al muro, á cuyas sordas  
 Voces despertando al sol,  
 Me vió revuelto en las tropas  
 De los turbados alarbes,  
 Que al son de trompetas roncás  
 Avisaron nuestro campo,  
 Que, con envidia gloriosa  
 De verme lidiando solo,  
 Poniendo escalas, se arrojan,  
 Animados con mi ejemplo,  
 A proseguir la vitoria.  
 Ganóse al fin Calatrava;  
 Pero yo, con vergonzosa  
 Pena del enojo vuestro,  
 Perdí con razon las glorias,  
 Por no padecer las penas  
 Que en vuestro enojo se apoyan.  
 Con el disfraz de villano  
 Empeñé tan espantosas  
 Hazañas, que han merecido  
 La gracia que os pido ahora.  
 Retiréme al fin á Ocaña,  
 Porque con alma amorosa  
 Confieso á Blanca por dueño,  
 Si la muerte no lo estorba.  
 Mis amorosos disignios  
 En vuestra presencia heroica,  
 Será por armas, Señor,  
 Blanca mi adorada esposa.

PAYO.

Con admiraciones pagan  
 Los sentidos tan dudosas  
 Noticias.

BLANCA.

Su vida temo.

MARTIN.

Ya no hay que temer.

REY.

Memorias  
 Dejará tu nombre eternas.

Yo te perdono, aunque cobras  
 Con tu vida un enemigo,  
 Y en pretension amorosa,  
 En valor y en calidad  
 Te iguala.

DON SANCHO.

Fuera costosa

La experiencia de su enojo,  
 Cuando á don Nuño le sobran  
 Tanto amor como justicia,  
 Y en su peregrina historia  
 Se confiesa por su dueño  
 Doña Blanca. No es tan corta  
 Mi capacidad, Señor,  
 Cuando los celos lo estorban,  
 Que pretenda mano ajena;  
 Pero, pues á todos honra  
 Vuestra presencia, querría,  
 Señor, que fuese mi esposa  
 Su hermana Elvira, que estimo,  
 Por sus prendas generosas,  
 El amor que me ha mostrado.

REY.

Y seré de entrambas bodas  
 Hoy el padrino.

DON SANCHO.

Don Nuño,

Ya nuestra amistad pregonan  
 Mis brazos y el parentesco.—  
 Blanca, merecida esposa  
 De Nuño, dale la mano.

BLANCA.

Para que queden memorias  
 De mis dichas, contra el tiempo,  
 En mármoles que no borran,  
 Con inmortales requiebros  
 Mi mano tienes muy pronta,  
 Y el alma tambien con ella.

Sale ELVIRA.

MARTIN.

Aquí está Elvira.

REY.

Bien cobras  
 Tu amor, Elvira, á don Sancho.

ELVIRA.

Claro está, cuando me abona  
 Vuestra mano, podré dar  
 La mia á Sancho; que ahora,  
 En licenciosos arrullos,  
 Soy de su luz mariposa.

DON SANCHO.

Yo, Elvira, estoy tan contento,  
 Que la fama con notoria  
 Solicitud pregonara  
 Lo que mi pecho atesora;  
 Pero esta mano es testigo,  
 Con lo cual verás gustoso  
 Si pago cuidados tuyos,  
 Si te quito tus congojas.

(Dale la mano don Sancho á Elvira.)

MARTIN.

Y yo ¿acaso soy fantasma?  
 ¿No hay alguna motilona,  
 Aunque haya estado en Galicia,  
 Como no despuente en gorda?

DON NUÑO.

Premiado saldrás, Martín,  
 Dando á su famosa historia  
 Fin *El Ollero de Ocaña*,  
 Si nuestras faltas perdonan.

# COMEDIA FAMOSA

TITULADA

## EL DIABLO ESTÁ EN CANTILLANA,

COMPUESTA

POR LUIS VELEZ DE GUEVARA.

### PERSONAS.

EL REY DON PEDRO. LOPE SOTELO. PERAFAN DE RIBERA, <i>viejo.</i>	DON SANCHO. DON GARCÍA. DON ÁLVARO. RODRIGO, <i>gracioso.</i>	CARRASCA, { ZALAMEA, { <i>alcaldes.</i> DOÑA MARÍA DE PADILLA. DOÑA ESPERANZA.	DON JUAN DE RIBERA. LEONOR, <i>criada.</i> CRIADOS. ACOMPAÑAMIENTO.
--	--	---	--

### JORNADA PRIMERA.

Salen EL REY DON PEDRO, LOPE SOTELO, DON SANCHO, DON GARCÍA y DON ÁLVARO, *todos de noche.*

REY.  
Ninguno quede conmigo,  
Sino es don Lope Sotelo.

(*Vanse.*)  
LOPE (*Ap.*)

Algo de nuevo recelo.

REY.

¿Lope?

LOPE.

¿Señor?

REY.  
¿Sois mi amigo?

LOPE.  
Esclavo de vuestra alteza  
Apenas merezco ser.

REY.  
Don Lope, yo he menester...

LOPE.

¿Qué, Señor?

REY.  
Vuestra cabeza.

LOPE.

REY.  
No os turbeis;  
Que en vuestros hombros la quiero,  
Porque desta suerte espero  
Que mejor me serviréis;  
Que mejor brazo y espada  
De Galicia no ha salido,  
Honrando contra el olvido  
Vuestra dulce patria amada,

Y la cristiana cuchilla  
Contra el moro eternizando...  
Pero, esto aparte dejando,  
¿Cómo dejais á Sevilla?

LOPE.  
Buena, Señor, y quejosa  
De que la favorezcáis  
Mucho menos que estimáis  
Su fabrica generosa.  
Y aquel rio, en quien mirando  
Su vistosa majestad,  
Es Narciso la ciudad;  
Pues sin razon despreciando  
La maravilla africana  
Del alcázar que vivis,  
Los veranos os venís  
A pasar á Cantillana.  
Aunque os puede disculpar  
Esta casa de placer,  
Que llegan á enriquecer  
Gudalquivir y Viar,  
Esos caudalosos rios,  
En cuyo sitio dichoso  
Vuestro abuelo generoso  
Trasladó el cielo los brios  
Del alarbe sevillano,  
Habiendo vencido ya;  
Porque á propósito está  
Para pasar el verano.  
Pero, con todo, Sevilla  
Siente vuestra ausencia así.

REY.  
¿Cómo estas noches, decí,  
Don Lope, está la Almenilla?

LOPE.

Llena de barcos y gente.

REY.

¿Bravas damas!

LOPE.  
Muchas hay  
Entre estopilla y cambray;  
Mas, pobre del que esté ausente,

Con la mas firme mujer,  
Aunque su amor mas le importe.

REY.  
Esa es ya plaga de corte.

LOPE.

Libreme Dios de querer  
Mujer ninguna que tenga  
El amor por granjeria.

REY.  
Andar desnudo solia  
En tiempo de Bras y Menga,  
Mas ya le quieren vestido  
Y lleno de oro las damas;  
Perdonen las castas famas  
De Penélope y de Dido.

LOPE.

Han dado en tal desatino.

REY.

¿Y la niña sábia?

LOPE.

Está

En el Candilejo ya.

REY.

Algo vendréis del camino,  
Aunque es tan corto, cansado,  
Y es razon que descanséis,  
Pues vuestra posada veis,  
Donde hablando hemos llegado.

LOPE.

Volveré con vuestra alteza.

REY.

No tenéis á qué volver;  
Que aquí es donde he menester,  
Don Lope, vuestra cabeza.

LOPE.

Pues vuestra alteza comience  
A mandarme.

REY.

De vos fio

Que me sirvais.

LOPE.  
¿Qué albedrío,  
Qué imposible el Rey no vence?  
Porque es dueño soberano.

REY.  
En esa palabra espero  
Que haréis como caballero.

LOPE.  
Esta espada y esta mano,  
Esta sangre y este pecho  
A vuestro servicio están.

REY.  
Vuestro huésped Perafán,  
Don Lope, según sospecho,  
Tiene una hija, y se llama  
Doña Esperanza, tan bella,  
Tan cuerda y sabia doncella,  
Que es espejo de la fama.  
Sé que la tenéis amor,  
Y que ella no os quiere mal,  
Y que, por seros igual  
En la sangre y el valor,  
Pretendeis casar con ella.  
Esto ha de cesar aquí.  
Porque habéis de hacer por mí,  
Don Lope, mas que por ella.  
Y no solo esto ha de ser,  
Porque no me cause en vano,  
Que del cristal de su mano  
Un papel tengo de ver,  
En que admita mis deseos;  
Que los reyes es razón  
Que gocen la posesión  
De tan divinos empleos.  
De suerte que venga á hacer  
Toda la voluntad mía,  
Sin que de doña María,  
Ni el cielo, si puede ser,  
Venga á entenderse jamás;  
Que lo que á hacer os obligo  
Se suele por un amigo  
Ofrecer, y un rey es mas.

LOPE.  
Señor, mire vuestra alteza...

REY.  
No hay que replicarme ya,  
Y advertid que en esto os va  
No menos que la cabeza. (Vase.)

LOPE.  
¿Inventó la tiranía  
Mas riguroso tormento,  
Ni vió humano entendimiento  
Desdicha como la mía?  
¿Que Dionisio atormentó  
Con celos, mal de que muero,  
Que á Neron, por ser mas fiero  
Tormento, se le olvidó?  
¿Ah poder! ¿Tanto has de ser,  
Que llegues al albedrío,  
Siendo imperio y señorío,  
Que al cielo negó el poder?  
Vive Dios, que aunque me dé  
Mil veces la muerte injusta,  
Que no he de hacer lo que gusta,  
De mi honor contra la fe;  
Que mayor rey es amor,  
Y le debo mas decoro  
Mientras á Esperanza adoro;  
Que la vida y el honor  
Son para ocasiones tales.  
Piérdase todo primero  
Que yo pierda el bien que espero  
De sus ojos celestiales.  
En un laberinto he entrado,  
Que no podré salir del,  
Porque don Pedro es cruel,  
Mozo, rey y enamorado,  
Y yo su vasallo soy.  
¿Ah Rey! Pero con la ley

Del amor, no hay rey, no hay rey;  
Si hay rey, si hay rey. ¿Loco estoy!

Sale RODRIGO, de camino.

RODRIGO. (Cantando.)  
¿Ay! que desde Vienes  
A Cantillana  
Hay una legüecita  
De tierra llana.  
Cantando y medio dormido,  
He llegado á la posada  
Con bota y sin camarada;  
Notable milagro ha sido.  
¿Qué bien debió de picar,  
Después que en aquella venta  
Me dejó haciendo la cuenta,  
Pues no le pude alcanzar,  
Don Lope! Yo apostaré  
Que descansa, porque agora  
Todos duermen en Zamora,  
Sino es quien camina á pié.  
¿Qué hará á estas horas Leonor,  
Mientras vela mi cuidado?—  
¿Quién va?  
(Va á entrar, y encuentra á don Lope.)

LOPE.  
Un hombre desdichado.

RODRIGO.  
¿Es don Lope, mi señor?  
Mosca de celos tenemos,  
Respingo habrá temerario.

LOPE.  
Quien tiene un rey por contrario  
Hará mayores extremos.

RODRIGO.  
¿Un rey? Guarda fuera, y mas  
Esta buena pieza.

LOPE.  
Aquí  
Estoy, Rodrigo, sin mí.  
Adios, adios.

RODRIGO.  
¿Dónde vas?

LOPE.  
No sé, por Dios, dónde voy.  
¿Ah Rey! Pero con la ley  
Del amor, no hay rey, no hay rey;  
Si hay rey, si hay rey. ¿Loco estoy!  
(Vase.)

RODRIGO.  
¿Oh enamorado don Lope!  
Cual no se ha visto jamás,  
Loco y temerario vas  
Tras tu cuidado al galope;  
De doña Esperanza son  
Celos, que es discreta y bella,  
Y querrá por dicha hacella  
El Rey doña Posesión.  
En la posada se ha entrado  
Por un postigo que halló  
Abierto, si no bajó,  
Pienso, á abrirle algun criado.  
Y si no me engaño, á fe,  
Mi Leonor sale.

Sale LEONOR.

LEONOR.  
¿Oh lacayo  
De mi vida! Como un rayo,  
Oyendo tu voz, bajé.  
A don Lope, tu señor,  
Encontré cuando bajaba,  
Pero no sé qué llevaba,  
Que no me habló.

RODRIGO.  
Está, Leonor,

Con no sé qué achaque nuevo,  
Que en Cantillana le ha dado,  
Que le tiene con cuidado.

LEONOR.  
¿Toca en celos?

RODRIGO.  
No me atrevo  
Que en eso hablemos, si á tanto  
Ha llegado su rigor;  
Que de secreto, Leonor,  
Me precio.

LEONOR.  
Pues entre tanto  
Dame esos brazos, Rodrigo.

RODRIGO.  
Leonor mía, aquí los tienes.

LEONOR.  
¿Cómo de Sevilla vienes?

RODRIGO.  
Celoso, Dios me es testigo.

LEONOR.  
Igual me tienes tú á mí  
El tiempo que te has tardado.

RODRIGO.  
Vive Dios, que no he mirado  
Un manto, pensando en tí,  
Y que hemos sido cartujos  
Yo y don Lope, mi señor.  
Dame tú cuenta, Leonor  
(Si no es meterme en dibujos),  
De lo que por acá pasa.

¿Hay por los niños del Rey,  
Siendo los dos mula y buey,  
Portal de Belén mi casa?

¿Mírate algun lindo tierno?  
¿Da en hablarte muy despacio  
Algun tonto de palacio  
Por el estilo moderno?

¿Desvanécete algun paje  
De excelencia ó señoría?  
¿Llévate la cortesía  
Los ojos tras el buen traje?

¿Hace de noche terrero  
Algun barbado tiplon?  
¿Hay cintica? Hay favoron  
De cabellito en sombrero?

¿Hate algun bravo pedido  
Celos de mí, á lo cruel,  
Y en pepitoria ó pastel  
Mis narices te ha ofrecido?

Que aunque hayas muerto en agraz  
Mis favores de este modo,  
Yo te absolveré de todo;  
Que soy celoso de paz.

¿Lloras?

LEONOR.  
¿No quieres que lllore,  
Viéndome tan mal pagada?

RODRIGO.  
Pasada por agua, amada  
Leonor, querrás que te adore,  
Siendo de mi corazón  
Idolo huevo no mas,

Porque esas perlas que estás  
Vertiendo, del alba son,  
Y han de hacerle falta agora,  
Que á llamar al sol comienza,  
Colorada de vergüenza,  
De ver que eres tú su aurora.

LEONOR.  
Entra, que es tarde, y te espera  
La cama mullida ya.

RODRIGO.  
¿Y cenar?

LEONOR.  
No faltará;  
Que aquí está tu despensera.

RODRIGO.  
Mira que tiene un mal nombre  
Desde Júdas.

LEONOR.  
Yo confieso  
Que tienes razon, mas eso  
Es porque Júdas fué hombre.

RODRIGO.  
Si mujer hubiera sido,  
Yo sé de su desenfado  
Que ni se hubiera ahorcado  
Ni se hubiera arrepentido.  
En esto no hay poner dudas,  
Ni querellas ofender,  
Aunque en besar y vender  
Cualquiera mujer es Júdas.

LEONOR.  
De parte de todas mientes.

RODRIGO.  
¿Qué azucarado mentis!  
A ámbar huele y sabe á anís  
Cuanto pasa por tus dientes.

LEONOR.  
Entrate, loco, á acostar;  
Que está la casa dormida.

RODRIGO.  
Vamos, Leonor de mi vida.

LEONOR.  
Vén, Rodrigo de Vivar.  
(*Vanse.*)

Salen DOÑA MARÍA DE PADILLA Y  
DON ÁLVARO.

DOÑA MARÍA.  
¿A quién llevó el Rey, decí,  
Don Álvaro, en compañía?

DON ÁLVARO.  
A don Sancho, á don García,  
A don Gutierre y á mí  
Y á don Tibalte; imagino  
Que en Cantillana encontré  
A don Lope, que llegó  
Esta noche de camino.

DOÑA MARÍA.  
Pues ¿cómo le habeis dejado?

DON ÁLVARO.  
Quisose quedar con él  
A solas.

DOÑA MARÍA.  
Quizá por él  
Nuevas cosas se han trazado,  
Y fué á Sevilla á ese efeto,  
Y con respuesta ha venido,  
Por haberle parecido  
Al Rey hombre mas secreto.

DON ÁLVARO.  
Don Lope es cuerdo, y sabrá  
Huir de dar, como es justo,  
A vuestra alteza disgusto.

DOÑA MARÍA.  
Don Álvaro, claro está  
Que yo me burlo. — ¿Quién es?

DON ÁLVARO.  
Su privado don García.

Sale DON GARCÍA.

DOÑA MARÍA.  
¿Y el Rey?

DON GARCÍA.  
El Rey ya venía.

DOÑA MARÍA.  
¿Dónde le dejaste, pues?

DD. C. DE L.—II.

DON GARCÍA.  
Con don Lope se quedó;  
Que quiso con él hablar.

DOÑA MARÍA.  
¿Qué repentino privar!

DON GARCÍA.  
Que trujo, imagino yo,  
Negocios de estado y guerra  
De importancia, que tratar  
Con el Rey.

DOÑA MARÍA.  
No hay que dudar,  
Esto algun secreto encierra;  
Que no puede menos ser  
Privanza tan repentina.

DON GARCÍA.  
Don Lope es persona dina  
De alcanzar y merecer  
Cualquier favor de su alteza,  
Por su ingenio y su valor.

DOÑA MARÍA.  
¿Digo yo menos, Señor?  
¿Qué me quebrais la cabeza?

DON GARCÍA.  
Vuestra alteza me perdone,  
Que enojarla no pensé;  
Que esto en don Lope se ve,  
Cuando yo no lo pregone;  
Que mas bienquisto criado  
No tiene en su casa el Rey,  
Y esto es cumplir con la ley  
De amigo.

DOÑA MARÍA.  
Ya estáis cansado.

DON GARCÍA.  
Vuestro humilde esclavo soy.

DOÑA MARÍA.  
Basta.

DON ÁLVARO. (*Ap.*)  
No puede llevar  
Ver á don Lope alabar.

DON GARCÍA.  
El Rey viene.

DOÑA MARÍA.  
Y yo me voy.

Al irse doña María, sale EL REY,  
y detiénela.

REY.  
¿Qué es esto, señora mía?  
¿Porque yo yengo os vais vos?  
No huyais de mí; que, por Dios,  
Que es faltar el sol al día  
Faltando vuestra belleza.  
Deteneos, no os escondáis;  
Que no es bien que os encubrais  
Cuando á amanecer empieza;  
Mirad que ocaso me haceis.

DOÑA MARÍA.  
Licencia me habeis de dar;  
Que quiero daros lugar  
Para que á don Lope hableis. (*Vase.*)

REY.  
Celos son. Culpa he tenido  
En no avisar los criados;  
Pero, ciego en sus cuidados,  
¿Qué amante fué prevenido?  
Divertir es menester

Agora á doña María,  
Porque, celosa, podía  
Venirlo todo á entender;  
Y su ciega condicion,  
Celosa en extremo, temo,  
Porque la quiero en extremo;  
Que, aunque con loca aficion  
A Esperanza solicito,

Suya es el alma en rigor,  
Porque una cosa es amor,  
Y otra cosa es apetito;  
Y la amorosa porfia  
En los dos es desigual,  
Que Esperanza es temporal,  
Y eterna doña María.  
Mayor gusto solicito  
De sus celosos desvelos;  
Que entrarse á dormir con celos  
Es comer con apetito. (*Vase.*)

Sale PERAFAN DE RIBERA, viejo, y  
DON LOPE.

PERAFAN.  
Seais, señor don Lope, bien venido,  
Que debistis llegar poco causado,  
Pues menos que soleis habeis dormido.  
¿Cómo venis?

LOPE.  
Con no sé qué cuidado,  
Que á los hombres no faltan cada día,  
Que me tiene confuso y desvelado.

PERAFAN.  
Si es falta de dinero, no querria  
Que anduvieseis tan poco cortesano,  
Que no os sirvieseis de la hacienda mía;  
Que, á fe de caballero y cortesano,  
Y amigo vuestro, en fin, y por la vida

[no,  
De Esperanza y de don Juan, su herma-  
Que de Granada vuelva á la medida  
Que piden mis deseos, que no hay cosa  
Que yo os pueda negar, de vos pedida.  
No es lisonja, por Dios, sino forzosa  
Obligacion, que debe á la nobleza  
La sangre de mi pecho generosa.

LOPE.  
Estimo, como debo, la largueza  
De vuestro noble y generoso pecho,  
Mas no es falta de hacienda mi tristeza;

[cho,  
Que ya estoy de quien sois tan satisfe-  
Que, á ser de esa ocasion, hoy excusara  
Las ofertas, Señor, que me habeis he-  
En ocasion mas superior repara. [cho.

PERAFAN. [tra,  
Amor debe de ser; que en la edad vues-  
Naturaleza misma lo declara, [tra,  
Que hasta en los brutos es comun maes-  
Y enseña á amar las fieras y las plantas,  
Como con la experiencia nos lo muestra.  
Sois mozo, sois galan, y teneis tantas  
Partes, que merecis rendir con ellas  
Hasta las luces de los cielos santas.  
Serviréis dama de palacio; estrellas  
Del imperio, inmortal á los zafiros,  
Emulacion de imágenes mas bellas;  
Adonde son aromas los suspiros,  
Holocausto las lagrimas, y donde  
Con sola voluntad podré serviros;

[ponde,  
Que aunque el caso á mi edad no corres-  
Os iré á hacer espaldas al terrero;  
Que á ningun trance lavejex me esconde.  
Yo volveré á ceñir el limpio acero,  
Que ociosamente vive, descuidado  
De aquella fama que ganó primero.  
Bien me podeis fiar, don Lope, el lado;

[ta,  
Que yo os prometo dar tan buena cuen-  
Que volvais con mis años disculpado.

LOPE.  
Bien en vuestro valor me representa  
La sangre que teneis mayores bríos,  
Y el favor que me habeis tomado á mi cuen-  
¿Cómo estáis de salud? [ta.

PERAFAN.

Como los rios,  
Que dan tributo al mar, camino agora,  
Con los achaques ordinarios mios;  
Pero para serviros.

LOPE.

Mi señora  
Doña Esperanza ¿cómo está?

PERAFAN.

Dormida,  
Pero siempre muy vuestra servidora.

LOPE.

Déle el cielo salud y larga vida,  
Y tenga aquel empleo que merece  
Su virtud y nobleza conocida.

PERAFAN.

Pero que sale á veros me parece;  
Que la ha obligado á madrugar el gusto  
Que el alborozo con razon la ofrece  
De la venida vuestra.

LOPE.

Y es muy justo,  
Si paga como debe mi deseo.

PERAFAN.

De los extremos de Esperanza gusto,  
Que en acudir á vuestras cosas veo.  
Pluguiera á Dios se hiciera el hospedaje,  
Pero vos vais tras mas dichoso empleo;  
Y aquí es razon que este discurso ataje.

Sale DOÑA ESPERANZA.

DOÑA ESPERANZA.

Vos seais tan bien llegado,  
Señor don Lope, á esta casa,  
Como de limite pasa  
El haberos deseado.  
¿Cómo venis?

LOPE.

¿Cómo puedo  
Venir con ese favor,  
Que á vuestro raro valor  
Obligado siempre quedo?  
Ya sé que salud teneis.

DOÑA ESPERANZA.

Con ella os pienso servir,  
Y no quiero recibir  
Esta merced que me haceis,  
En pié, que es justo de espacio  
Que los huéspedes gocemos  
De vos, y no que dejemos  
Que siempre os goce el palacio.  
Alcance un poco la villa,  
Señor don Lope, de vos.

LOPE.

Soy vuestro esclavo, por Dios.  
(*Siéntanse.*)

DOÑA ESPERANZA.

¿Cómo os fué, pues, en Sevilla?  
Que á gusto hayais negociado  
Deseo, como es razon.

LOPE.

Cumplí con la obligacion  
De caballero y soldado;  
Y tuve tan buen suceso,  
Que me he tardado seis dias,  
Y pudieran las porfias  
Llegar á mayor exceso;  
Porque era materia odiosa  
De puertos y de lugares,  
Y en cosas particulares  
Suele ser dificultosa.

DOÑA ESPERANZA.

¿Habeis visto muchas damas?  
Que las sevillanas son  
Bizarras.

LOPE.

Y con razon,  
De las amorosas llamas  
Esferas pudieran ser,  
Por la limpieza y el brio;  
Pero el pensamiento mio  
No está para echar de ver  
Beldad ninguna, ocupado  
En mas divina porfia.

DOÑA ESPERANZA.

¿Qué amorosa hipocresia!  
Qué fineza y qué cuidado!

LOPE.

Pésame que me tengais  
Por falso.

DOÑA ESPERANZA.

Los hombres son  
De una misma condicion.

LOPE.

Mal lo entendeis, si juzgais  
A todos de una manera.

DOÑA ESPERANZA.

¿Quién ausente firme ha sido?

LOPE.

Quien con firmeza ha querido.

DOÑA ESPERANZA.

Ya no hay quien tan firme quiera.

LOPE.

Confieso que eso es verdad,  
Porque no tiene segundo  
Mi firme amor en el mundo.

DOÑA ESPERANZA.

Que haya segundo dejad,  
Pues es tan grande, señor  
Don Lope, el mundo.

PERAFAN.

¿Tú quieres

Defender á las mujeres,  
Que no sabes qué es amor?  
Para quien lo entiende deja,  
Esperancica, estas cosas,  
Que en materias amorosas  
Yerra el que mas aconseja;  
Que amor es filosofia  
De celos, temor y ausencia,  
Que ha menester experiencia.

DOÑA ESPERANZA. (Ap.)

Y ¿qué mayor que la mia?

PERAFAN.

Aunque esto, que es natural  
A la mas ruda mujer,  
Se enseña sin aprender,  
Y mas si les está mal;  
Que por eso como fieras  
Son de los hombres tratadas,  
En tenerlas encerradas,  
Cubiertas de vidrieras,  
De rejas y celosias;  
Y dijo, á mi parecer,  
Muy bien cierto bachiller,  
De aquestas filosofias,  
Que esto del amor, que á pocos  
Tener con gusto consiente  
Jamás, era solamente  
Para muchachos y locos.  
Perdone el señor don Lope,  
Si ha parecido osadia;  
Que en tan larga cofradia  
No hay cuerdo que no se tope;  
Que tambien acá hemos sido  
De los muchachos y locos;  
Que se han escapado pocos  
Besta guerra con sentido.  
Pero, esto aparte dejando,  
¿Cómo está Sevilla?

LOPE.

Buena,  
Y de mil grandezas llena.

DOÑA ESPERANZA.

Siempre vivo deseando  
Ver su grandeza romana,  
Porque desde que naci,  
Jamás del muro sali,  
Don Lope, de Cantillana;  
De que contra el tiempo ingrato  
Tanto cuentan, que quisiera  
De su fábrica y ribera  
Tener siquiera un retrato.

LOPE.

Si os satisfacéis agora  
Con el de un toscó pincel,  
Que es mi relacion, con él  
Podré serviros, Señora.

DOÑA ESPERANZA.

Haréisme merced notable.

PERAFAN.

Y á todos.

LOPE.

Pues atencion,  
Y escuchad la relacion  
De su fábrica admirable.

PERAFAN.

Mirad que si me durmiere,  
Que me habeis de perdonar.

LOPE.

(Ap. No sé cómo puedo hablar.)  
Haced lo que gusto os diere;  
Que de cualquiera manera  
Recibo merced de vos.  
(Ap. Reventando estoy, por Dios.)

PERAFAN.

Mirad que Esperanza espera.

DOÑA ESPERANZA.

Y de suerte, que imagino  
Que la he de tener presente.

LOPE.

Escuchadme atentamente;  
Que serviros determino.  
Hércules, hijo de Alceo  
(A quien las claras hazafias  
De tantos Hércules quieren  
Que le atribuya la fama),  
Viniedo con las columnas  
(Que por *Non plus ultra* estaban  
Donde se acaba la tierra  
Y comienza el mar de España)  
A las riberas del rio  
Guadalquivir (africana  
Diccion, que quiere decir  
*Qui-viri* grande, y rio *Cúddal*),  
Que llamaron los antiguos  
Bétis, Bética llamada,  
Por él, toda la provincia,  
Desde el rio Guadiana,  
Que hoy se llama Andalucía,  
Corrompido de Vandalia,  
Nombre antiguo, porque fué  
De Vándalos habitada;  
Viendo su apacible sitio,  
Y agradecido á las aguas  
Del padre de tantos rios,  
Que al mar mayor feudo pagan,  
A Sevilla edificó,  
Cuya fábrica gallarda,  
Por Hispalo, un hijo suyo,  
Hispalis fué dél llamada.  
Coronóla Julio César  
Despues de fuertes murallas,  
Por reina de las ciudades  
Y por colonia romana;  
Aunque, segun Estrabon,  
Fué antes que Roma fundada  
Cien lustros, que, á nuestra cuenta,

De quinientos años pasan.  
 En varios tiempos despues  
 La ilustraron gentes varias,  
 Godos, vándalos, suevos,  
 Hunnos, citas, garamantas,  
 Hasta que vino á poder,  
 Por Rodrigo y por la Caba,  
 Con la tragedia española,  
 De la nacion africana.  
 Poco á poco corrompieron  
 Naciones y gentes varias  
 De Hispalis el nombre antiguo,  
 Y del tiempo las mudanzas.  
 Hispilia á llamarse vino,  
 Y luego los del Arabia  
 La llamaron Isvilia,  
 Y en la lengua castellana  
 Sevilla, creciendo siempre  
 Sus grandezas con su fama;  
 Y llamando á su conquista  
 El brazo y la invicta espada  
 Del santo rey don Fernando  
 (El mayor héroe y monarca  
 Que tuvo jamás la Europa),  
 Debajo su invicta planta  
 Puso sus soberbios muros,  
 Con Garcí Perez de Vargas.  
 Desde entonces de los reyes  
 De Castilla es corte, á causa  
 De ser la ciudad mas noble,  
 Mas rica, insigne y bizarra;  
 Tan populosa, que, haciendo  
 Montes de soberbias casas,  
 Impedir quiso que el Bétis  
 Tributase al mar de España;  
 Y él, rompiendo por enmedio,  
 Parece que agora aparta  
 De la una parte á Sevilla,  
 De la otra parte á Triana;  
 Cuyos edificios bellos  
 Se presentan la batalla,  
 Y á no estar en medio el río,  
 Pienso que escaramuzaran;  
 Mas para hablarse en las treguas  
 Hay una puente de tablas,  
 Sobre trece barcos puesta,  
 Y á cadenas amarrada,  
 Por donde se comunican  
 A esta Babilonia tantas  
 Mercaderías, que al peso  
 De los cielos no descansan;  
 La orilla arriba del río  
 Está la Cartuja santa,  
 Que, con preciarse de mudos,  
 Vive á la lengua del agua;  
 Tan suntuoso edificio,  
 Que mientras sus monjes callan,  
 Hablan las piedras por ellos  
 Con las lenguas de su fama;  
 Desde la torre del Oro,  
 Por insigne celebrada,  
 A quien sirve el sordo Bétis  
 De limpio espejo de plata,  
 Hasta esta famosa puente,  
 Por el río se trasladan  
 Dos selvas de árboles secos,  
 Donde las hojas son jarcias,  
 Desde donde el año todo  
 Compiten con otras tantas,  
 Que al zafiro de los cielos  
 Son dos cielos de esmeraldas;  
 Aunque dentro de sus muros  
 La primavera se halla  
 Tan bien, que ha jurado ser  
 De Sevilla ciudadana;  
 Entre cuyos edificios  
 Al blanco enero acompañan  
 Abril, vestido de verde,  
 Y el sol, bordado de nácar.  
 Veinte y tres mil casas tiene,  
 Y es del agua la abundancia  
 Tan grande, que pienso que hay

Tantas fuentes como casas;  
 Tan hidrópica es su sed,  
 O su vecindad es tanta,  
 Que un río entero se bebe,  
 Sin que al mar le alcance nada;  
 Que es el dulce Guadaira,  
 Que el muro á Sevilla asalta,  
 Por los caños de Carmona,  
 Con cristalinas escalas,  
 Cuyas aguas, porque nunca  
 A pagar tributo salgan  
 Al mar, dentro de sus muros  
 Las hace Sevilla hidalgas.  
 Su iglesia mayor, que fué  
 Mezquita alarbe y música,  
 Labor en fábrica ilustre,  
 A la de Efeso aventaja,  
 Cuya gran torre parece,  
 Por artificiosa y alta,  
 O pasadizo del cielo,  
 O que es del sol atalaya.  
 Cuando pintar quiso Ovidio  
 Del sol la luciente casa,  
 Con columnas de Epiropos  
 Pintó su famoso alcazar,  
 En cuyos estanques frios,  
 Desde la noche hasta el alba,  
 Se aconsejan las estrellas  
 Y se enamoran las plantas,  
 Y donde cisnes y peces,  
 Cambiando plumas y escamas,  
 Hacen con flores y murtas  
 Tornasoles de las aguas;  
 Sin mil edificios bellos,  
 Que son gigantes sin alma,  
 Que, á competencia del cielo,  
 Sobre el viento se levantan.  
 Tiene Sevilla en efeto  
 Trece puertas, once plazas,  
 Mil calles, docientos templos,  
 Que á la antigüedad espantan;  
 Es fértil, alegre y rica,  
 Insigne en letras y en armas,  
 Y no ha menester la corte  
 Para ser del mundo patria;  
 Y por remate de todo,  
 En la perdición de España  
 Dió nobleza á las Asturias,  
 A Galicia y á Vizcaya,  
 Un san Isidro á Leon,  
 Una imagen soberana  
 A Guadalupe, al martirio  
 Dos valerosas hermanas,  
 Que fueron Justa y Rufina,  
 Y á las arrianas armas  
 Un príncipe Hermenegildo,  
 Columna de la fe santa,  
 (Duérmese el viejo.)

Y un Laureano, que, haciendo  
 Sus manos fuente de plata,  
 Llevó su misma cabeza  
 A la tirana vengauza;  
 El mejor emperador  
 A Roma, y envidia á Mántua,  
 Un Silió Itálico, Homero  
 Español con justa causa.  
 Todo le sobra á Sevilla,  
 Que es la maravilla octava;  
 Mas, faltando tu belleza,  
 Todo á Sevilla le falta.

DOÑA ESPERANZA.

De mi padre al sueño puedo  
 Agradecer esa extraña  
 Lisonja.

LOPE.

Pluguiera al cielo  
 Fuera lisonja, Esperanza,  
 Que no biciera...

DOÑA ESPERANZA.

No prosigas.

LOPE.

Eso mismo el Rey me manda.

DOÑA ESPERANZA.

¿Qué es lo que dices?

LOPE.

No sé.

DOÑA ESPERANZA.

¿Qué tienes?

LOPE.

Estoy sin alma.

DOÑA ESPERANZA.

Mi bien, ¿qué te ha sucedido?

LOPE.

Quererte el Rey, Esperanza.

DOÑA ESPERANZA.

¿El Rey?

LOPE.

Y me manda al fin

Que desde hoy te deje.

DOÑA ESPERANZA.

Aguarda;

Pues ¿sabe el Rey que te quiero?

LOPE.

Nunca un malicioso falta,

Lince de los pensamientos,

Que penetra cuánto pasa.

Tú has dado sin duda al Rey,

En esta ausencia, Esperanza,

Ocasión para tenerla,

Que eres mujer, y eso basta;

Mal haya quien de mujer

Confía prendas tan altas

Como el gusto y el honor

Y la voluntad, mal haya.

DOÑA ESPERANZA.

Basta, don Lope; no intentes,

Por disculpa á tus mudanzas,

A costa de ofensas mías;

Que por puerta ni ventana

No he dado ocasión al Rey,

Ni al mismo sol que intentara

Darte celos, por mi honor,

Por mi sangre y la palabra

Que tienes de que he de ser

Tu esposa, que esta bastara.

Miente el Rey si te lo ha dicho,

El mundo y todos se engañan.

LOPE.

No puede mentir el Rey;

Perdona, Esperanza amada,

Que él me ha dicho que te ha visto,

Mas la parte no declara;

Bien puede ser de la tuya

Que no le hayas dado causa

Para intentar tus favores.

El en efeto me manda

Que te deje de querer,

Siendo imposible, Esperanza,

Y no solo que te deje,

Sino que contigo haga

Que le quieras, y me obliga,

Con notables amenazas

Del honor y de la vida,

Que de tu mano le traiga

Un papel, para que sirva

De testigo á mis palabras.

Con esta merced anoche

Me recibió, cuando al alba

Pude con lágrimas tristes,

Si no imitar, apiadarla;

Lo que faltó de allí al día,

Con mis celos, con mis ansias,

La cama y el pecho mio,

Hice campo de batalla.

DOÑA ESPERANZA.

¿Qué importa que quiera el Rey,

Si no es dueño de las almas?

LOPE.  
¡Ay, mi Esperanza perdida!  
DOÑA ESPERANZA.  
Mi padre despierta; aparta.  
PERAFAN. (*Despierta.*)  
Dormime, y cumplí, por Dios,  
Lindamente mi palabra;  
¿En qué va mi relacion?  
LOPE.  
En este punto se acaba.

Sale RODRIGO.

RODRIGO.  
Dame tus manos.  
DOÑA ESPERANZA.  
Rodrigo,  
Seas bien venido.  
RODRIGO.  
Estaba  
Por besarte los chapines  
Mil veces, honra de España,  
A ser casta cortesía.  
PERAFAN.  
¿Ya, Rodrigo, no nos hablas?  
RODRIGO.  
Hablar y servir por cierto;  
Dame tus manos.

PERAFAN.  
Levánta;  
¿Cómo dejas á Sevilla?  
RODRIGO.  
Como siempre, buena y brava;  
Dime un filo en el corral  
De los Olmos, y una mandria  
Tuvo no sé qué conmigo  
Sobre sí pasa ó no pasa;  
Llevó una mojada á cuenta,  
Siguióme la gurrullada,  
No pude tomar iglesia  
Ni embajador, y en las ancas  
De la mula de un doctor  
Me escapé con linda gracia.

PERAFAN.  
¿En las ancas de la mula  
De un doctor?

RODRIGO.  
Pues dime, ¿hay casa  
De embajador, hay iglesia,  
Hay torre, hay tierra del Papa,  
De mayores preeminencias?  
Pues hay médico que acaba  
De matar cuarenta enfermos,  
Y no hay quien le pida nada,  
En poniéndose en la silla.  
Pues lo mismo es en las ancas;  
Que el platicante mas zurdo,  
En asiendo la gualdrapa,  
Aunque mate, es como asirse  
De una iglesia á las aldabas.  
Hay aqueste privilegio  
En las mulas doctoradas,  
Desde el portal de Belen.

PERAFAN.  
¡Notable humor!

Sale LEONOR.

LEONOR.  
¡Gran privanza!  
PERAFAN.  
¿Qué es eso, Leonor?  
LEONOR.  
El Rey  
Se apea de un coche en casa,

Y dicen que viene á ver  
Al señor don Lope.

PERAFAN.  
¡Extraña  
Merced y raro favor!

LOPE. (*Ap.*)  
Ya empiezan mis celos.  
VOCES. (*Dentro.*)  
¡Plaza!

Sale EL REY, con ACOMPAÑAMIENTO.

REY.  
Por decirme que indispuesto  
Os sentís, y que en la cama  
Estabais, don Lope, quise  
Veniros á ver.

LOPE.  
Las plantas  
Reales de vuestra alteza  
Mil veces beso.

REY.  
En el alma  
Estimo el hallaros bueno.

PERAFAN.  
En honrar, Señor, posada  
Tañ corta, imitais á Dios,  
Siendo esta.

REY.  
(*Ap.* ¡Belleza rara!)  
Vuestra casa, Perafan,  
Puede pasar por alcázar;  
Levantad. ¿Es hija vuestra?

PERAFAN.  
Sí, Señor, y vuestra esclava.

REY.  
No teneis hijo?

PERAFAN.  
Señor,  
En la guerra de Granada  
Sirviendo está á vuestra alteza,  
Imitando á las hazañas  
De sus pasados; bien supo  
Vuestro padre (que Dios haya),  
En lo de las Algeciras,  
Si fué cobarde mi espada.

REY.  
Ya, Perafan de Ribera,  
Sé quién sois; doña Esperanza  
Estuviera (¡gran belleza!)  
Mejor en palacio.

LOPE. (*Ap.*)  
El alma  
Se me sale á cada vuelta  
Del Rey y á cada palabra.

PERAFAN.  
Vuestra alteza me perdone;  
Que soy solo, y en mi casa  
No hay quien mire por mi hacienda,  
Sino Esperancia.

REY.  
Basta.  
PERAFAN.  
Juan está ahí, en quien podeis  
Hacer merced á esta casa,  
Pues por sangre y por servicios...

REY.  
No está la paga olvidada.  
(*Ap.* ¡Qué honestidad! qué hermosura!  
Apenas los ojos alza;  
Vive Dios, que me ha causado  
Miedo y respeto.)

LOPE. (*Ap.*)  
¡Qué extraña  
Ocasión de celos, cielos!

REY.  
(*Ap.* A su fama se adelanta  
De su retrato tambien.)  
Adios, Perafan.

LOPE.  
Hoy trata  
Mi muerte, Esperanza, el Rey.  
DOÑA ESPERANZA.  
Ten de quien soy confianza,  
Y no receles.

LOPE.  
Advierte...

REY.  
¿No venís?

LOPE.  
Sí, Señor.  
(*Vansetodos, menos Leonor y Rodrigo.*)

LEONOR.  
¿No me hablas?

RODRIGO.  
Yo me acordaré de vos,  
Leonor.

LEONOR.  
¡Qué extraña mudanza!  
RODRIGO.

Voy muy grave con el Rey,  
Y pienso que por tu ama,  
Desde esta noche ha de andar  
El Diablo en Cantillana.

## JORNADA SEGUNDA.

Salen DOÑA ESPERANZA y LOPE.

LOPE.  
Esto me importa la vida;  
Al Rey tienes de escribir.

DOÑA ESPERANZA.  
Es obligarme á morir.

LOPE.  
Tu fe tengo conocida,  
Y lo que te pido sé  
Que tiene dificultad  
Para con tu voluntad,  
Que tan firme siempre fué;  
Pero en aquesta ocasion  
Haz cuenta, Esperanza mia,  
Que excusas mi muerte.

DOÑA ESPERANZA.  
El dia  
Que mayor obligacion  
Me has de deber, ha de ser  
Este.

LOPE.  
No tiene lugar  
La vida para pagar  
Las que te llevo á deber;  
Que el Rey está enamorado,  
Y no hay burlarse con él,  
Que es resuelto y es cruel,  
Y esta palabra le he dado.  
Tú, como cuerda, sabrás  
Con su amoroso desvelo  
Contemporizar; que el cielo,  
Que no ha negado jamás  
Remedio á toda desdicha,  
Contra este monstruo importuno  
Vendrá á descubrir alguno  
Entre tanto en nuestra dicha,  
Con que tenga nuestro amor  
El dulce fin que desea.

DOÑA ESPERANZA.  
Alto, como gustas sea;  
Pero ¿no fuera mejor  
Escribir de ajena mano,  
Porque mi letra á la suya  
No llegue?

LOPE.  
Ha visto la tuya,  
Y será intentarlo en vano.

DOÑA ESPERANZA.  
¿Cómo?

LOPE.  
Obligóme á mostrarle,  
Como este engaño penetra,  
En una carta tu letra,  
Y aunque quisiera engañarle,  
Ni tuve lugar ni pude;  
Al fin, la ha visto, Esperanza;  
Que el poder de un Rey alcanza  
Los pensamientos que mide;  
Los suyos del tiempo espero,  
Y de tu ingenio divino.

DOÑA ESPERANZA.  
Darte gusto determino.

LOPE.  
Aquí pienso que hay tintero,  
Pluma y papel.

(Llegan recado de escribir.)

DOÑA ESPERANZA.  
No pudieras  
Pedirme, don Lope, cosa  
De hacer mas dificultosa.

LOPE.  
Escribe, mi bien, ¿qué esperas?  
Mira que me aguarda el Rey.

DOÑA ESPERANZA.  
Ya tomo la pluma, y voy  
A escribir, y en mi no estoy,  
Porque voy contra la ley  
De nuestro amor.

LOPE.  
Es verdad,

DOÑA ESPERANZA.  
No dan, despues de los celos,  
Mayor infierno los celos  
Que escribir sin voluntad.

LOPE.  
Vaya, pues esto ha de ser;  
Di arriba: « Señor. »

DOÑA ESPERANZA.  
« Señor. » (Escribe.)

LOPE.  
« Vuestro grande amor. »

DOÑA ESPERANZA.  
« Amor. »

LOPE.  
« Don Lope me dió á entender. »

DOÑA ESPERANZA.  
« A entender. »

LOPE.  
« Y agradecida. »

DOÑA ESPERANZA.  
« Agradecida. »

LOPE.  
« Pagario intentar pudiera. »

DOÑA ESPERANZA.  
« Pudiera. »

LOPE.  
« Si le estuviera. »

DOÑA ESPERANZA.  
« Estuviera. »

LOPE.  
Pon lo demás, por tu vida;

Que yo estoy perdiendo el seso:  
Esto mas te deba yo.

DOÑA ESPERANZA.  
Harélo que gustas.

LOPE.  
¿ Vió  
Mas nuevo y raro suceso  
La tierra, desde que amor  
Tantas historias admira?  
Escribe, mi bien, y mira  
Que entretengas, sin rigor  
De desden ni desengaño,  
Con las razones al Rey;  
¿ Hay mas rigurosa ley  
Que esté mi vida en mi daño?

DOÑA ESPERANZA.  
Ya acabé; ¿ quiéresle ver?

LOPE.  
Ciérralo; que si está lleno  
Ese vaso de veneno,  
Sin verle le he de beber.

DOÑA ESPERANZA.  
¿ Ha de ir con cubierta?

LOPE.  
Si;  
Que es para el Rey, y el primero.

DOÑA ESPERANZA.  
Segundo escribir no espero.

LOPE.  
Séllale tambien; que ahí,  
Esperanza, el sello está,  
Y pluguiera á Dios que fuera  
De suerte, que no le hubiera.

DOÑA ESPERANZA.  
Yo he hecho, don Lope, ya  
Tu gusto.

LOPE.  
Nunca fué nuevo  
En ti, mi bien.

DOÑA ESPERANZA.  
Toma. (Dale el papel.)

LOPE.  
Adios.

DOÑA ESPERANZA.  
Adios. (Vase.)

LOPE.  
¡ Ay papel! en vos  
Mi vida y mi muerte llevo. (Vase.)

REY.  
Sale EL REY DON PEDRO, DON  
GARCÍA, DON ÁLVARO y CRIADOS.

REY.  
Confusa imaginacion,  
Que los sentidos despiertas,  
Para la guerra del alma  
Hagamos un poco treguas;  
Divirtámonos un poco;  
Que no es razon que sin ellas  
De una vez se pierda todo,  
Que es muy de casa la guerra;  
Rey soy, y tengo poder,  
Cuándo el mundo lo impidiera,  
Para gozar de Esperanza;  
Tratemos de otra materia:  
¿ Qué hay de nuevo en Cantillana?

DOÑA ESPERANZA.  
Hay una cosa bien nueva,  
Que trae, Señor, el lugar  
Sin seso.

REY.  
¿ De qué manera?

DOÑA ESPERANZA.  
Dicen que de pocas noches  
Acá, que á las doce y media,  
Mucha gente de la villa,

REY.  
Como tan tarde se acuestan,  
Por ser verano, ha encontrado,  
Arrastrando una cadena  
Y dando tristes gemidos,  
Una fantasma tan fiero,  
Que á la casa de la villa  
Mas alta con la cabeza  
Iguala y aun sobrepuja,  
Y por esta causa mesma  
Hay mil enfermos de espanto.

DOÑA ESPERANZA.  
Siempre tuve por quimera,  
Don García, estas fantasmas.

DOÑA ESPERANZA.  
Bien puede ser que lo sea.

REY.  
Estas suelen siempre ser  
Fábulas de las aldeas;  
Que es la ignorancia inventora,  
Y amiga de cosas nuevas;  
Acuérdomme que decia,  
Hablando en esta materia,  
Un hombre de muy buen gusto  
Y no meos experiencia,  
Que tres cosas en su vida  
No supo jamás lo que eran  
Ni dió credito, que son,  
Leguas, duendes y doncellas.

DOÑA ESPERANZA.  
Esto dicen muchos, y hay  
Criados de vuestra alteza  
Que tambien la han encontrado.

REY.  
Mentirán, por vida vuestra.

DOÑA ESPERANZA.  
Don Lope me contó anoche  
Que ha escuchado las cadenas  
Y los gemidos, saliendo  
De palacio.

REY.  
Si él lo cuenta,  
Verdad debe de decir.

DOÑA ESPERANZA.  
Y él de sí mismo confiesa  
Que no se atrevió á esperarla.

REY.  
Pues en don Lope no es mengua  
De valor, pues de su espada  
Sabemos tantas proezas.

DOÑA ESPERANZA.  
Don Lope viene, Señor.

REY.  
Venga muy enhorabuena.

LOPE.  
¿ Qué nuevas tenemos, Lope?

LOPE.  
¿ Qué nuevas, Señor? Muy buenas.

LOPE.  
¿ Hay papel?

LOPE.  
Y á vuestro gusto.

REY.  
¿ Que albricias no me pidieras?  
Porque te diera á Sevilla.

LOPE.  
Basta tu gusto por ellas.

REY.  
Idos, y dejadnos solos.

DOÑA ESPERANZA.  
En entrando con su alteza  
Don Lope, todos sobramos.

DOÑ GARCÍA.  
¿Qué se puede hacer? Paciencia.  
(*Vanse todos, menos el Rey y Lope.*)

LOPE.  
Toma, Señor, el papel. (*Dásele.*)  
REY.

Mil veces, don Lope, deja  
Que le bese y que le adore.

LOPE. (*Ap.*)  
Y á mi que de celos muera.

REY.  
(*Lee.*) «Señor, vuestro grande amor...»  
Pues dando crédito empieza  
A mi amor, de pagar son  
Las muestras mas verdaderas.  
(*Lee.*) «Don Lope me dió á entender...»

LOPE. (*Ap.*)  
No iguala nada á mi pena.

REY.  
(*Lee.*) «Y agradecida...»

LOPE.  
Estoy loco.

REY.  
(*Lee.*) «Pagarle intentar pudiera,  
» Si le estuviera á mi honor,  
» A mi sangre, á mi nobleza  
» Tan bien, como ser esposa  
» De don Lope, que este os lleva;  
» Yo le adoro, y ha de ser  
» Solo él mi dueño en la tierra,  
» A pesar del mundo todo;  
» No se canse vuestra alteza.—  
» *Doña Esperanza*, mujer  
» De don Lope.»

(*Vuelve á mirar á Lope.*)

LOPE.  
El Rey se altera,  
Y me ha mirado enojado,  
Si no me engaño.

REY.  
¿Que tenga  
Tal atrevimiento un hombre,  
Un vasallo, que en mi ofensa  
Cosa intente semejante,  
Y con esta desvergüenza  
Traiga á mi mano un papel,  
Con mas que puntos y letras,  
Soberbias y desengaños?

LOPE.  
¿Qué confusion es aquesta?  
¿Qué ha escrito Esperanza allí,  
Que aquí me tiene sin ella?

(*Vase el Rey á Lope, empuñada la espada.*)

Parece que el Rey se viene  
A mi con la mano puesta  
En la espada.

REY.  
Vive Dios,  
Que estoy, villano...

LOPE.  
Detenga  
Vuestra alteza su furor;  
Mire, escuche, espere, advierta  
Que yo, que nunca...

REY.  
¡Traidor!

LOPE.  
Repórtese vuestra alteza,  
Y trátame bien, que soy...

REY.  
¿Quién sois?

LOPE.  
Una hechura vuestra.  
REY.

Yo os volveré al primer nada.

*Sale DOÑA MARÍA.*

DOÑA MARÍA.  
Señor, ¿qué voces son estas?  
¿Vos con don Lope enojado?  
Parece imposible.

LOPE. (*Ap.*)  
Apenas  
Tengo sangre en que la vida  
Estribe; ¡ah causa secreta!  
¿Que en los reyes pueda tanto!

DOÑA MARÍA,  
Colérico estáis.

REY.  
Es fuerza,  
Por lo que debo á un suceso  
Que despues sabréis.

LOPE. (*Ap.*)  
Cabeza,  
Temblando estáis en los hombros;  
Veneno mezcló en las letras  
Esperanza para el Rey,  
Porque yo á sus manos muera.

REY.  
¿Don Lope?

LOPE.  
¿Señor?

REY.  
Besad  
Luego la mano á su alteza;  
Y prevenid la partida,  
Que importa vuestra presencia  
A mi hermano don Enrique  
En aquesta justa empresa  
Que intenta contra Archidona;  
Y en ocasiones como estas,  
A vuestro valor la paz  
Le está mal, habiendo guerra.

DOÑA MARÍA.  
El Rey como es justo os honra;  
Que allá la persona vuestra  
Le podrá servir mejor.

LOPE.  
Déme la mano tu alteza.

DOÑA MARÍA.  
Dios os traiga con vitoria.

LOPE.  
Los piés de vuestras altezas  
Mil veces beso.  
(*Éntrase doña María.*)

*Vuelve LOPE.*

REY.  
Advertid  
Que no habeis de estar apenas  
Dos horas en Cantillana,  
Sin ver ventana ni puerta  
De doña Esperanza, ó ved  
Si os estorba la cabeza.

LOPE.  
¡Ah vano amor! ya quedarás contento,  
Si de verme dichoso estabas triste,  
Pues solo una esperanza que me diste,  
Pluguiera á Dios se la llevara el viento.

Llévate mi celoso pensamiento  
Allá, con los sentidos que ofendiste;  
Que á quien penas con lágrimas resiste,  
Es alivio faltarle entendimiento.  
O quitame á lo menos la memoria,

Como las esperanzas de mis dichas  
En una solamente me has quitado.  
No se me acuerde la pasada gloria;  
Que no hay mayor desdicha en las des-  
[dichas  
Que haber sido dichoso un desdichado.  
(*Vase.*)

*Sale DOÑA ESPERANZA y LEONOR.*

DOÑA ESPERANZA.  
¡Ay Leonor, mucho se tarda  
Don Lope; culpa he tenido  
En haber con el Rey sido  
Tan resuelta.

LEONOR.  
Espera, aguarda;  
Eso que miras agora,  
¿No fuera razon de estado  
De amor haberlo mirado  
Primero?

DOÑA ESPERANZA.  
Quien ciega adora,  
En nada, Leonor, repara.

LEONOR.  
Pues ten agora valor.  
DOÑA ESPERANZA.  
Cuando le muestra el amor,  
Que es muy poco es señal clara;  
¡Ay! No puedo sosegar.

LEONOR.  
¿Qué temerosa mujer!

DOÑA ESPERANZA.  
Pues me permites querer,  
Permiteme recelar.

LEONOR.  
Recela, mas no de suerte  
Que venga á ser el recelo  
Tu muerte.

DOÑA ESPERANZA.  
Ya no es consuelo  
Defenderme de la muerte.  
Vuelve á abrir esa ventana;  
Que parece que escuché  
A don Lope.

LEONOR.  
Ilusion fué;  
Pero no ha sido tan vana;  
Que pienso que ha entrado acá  
Rodrigo.

*Sale RODRIGO, muy triste.*

DOÑA ESPERANZA.  
Rodrigo mío,  
¿Y don Lope? Mudo y frio  
Te quedas. Responde ya;  
¿Queda en palacio?

RODRIGO.  
Señora,  
Si no te dice el semblante...  
DOÑA ESPERANZA.  
Tente, tente, no prosigas;  
Que si es desdicha, no es tarde.

RODRIGO.  
Lo que me mandas haré.

DOÑA ESPERANZA.  
¡Ay Rodrigo, si acertases  
A decir que está don Lope  
Libre y vivo!

RODRIGO.  
Dios le guarde;  
Que vivó y libre camina,  
Aunque sin acompañarle  
Ningun criado.

DOÑA ESPERANZA.

¿Qué dices?

RODRIGO.

Si me permites que hable,  
Dirélo; mas temo luego,  
Al comenzar, que me atajes  
Con una corma en los dientes  
Y una horca en los gáznates.

DOÑA ESPERANZA.

Ya que me has asegurado  
Que está libre y vivo, dame  
Relación de su camino.

RODRIGO.

Escúchame sin turbarme.

DOÑA ESPERANZA.

Di, Rodrigo.

RODRIGO.

Yo venía,

Como acostumbro, á buscarle  
A palacio, cuando veo  
Que por sus umbrales sale,  
Haciendo extremos de loco  
Y arrojando de coraje  
Suspiros y espuma al viento;  
Cuando á los mismos umbrales  
Llegan dos postas, y en una,  
Que le pusieron delante,  
Sin tocar pié en el estribo,  
Subió al fuste por el aire.  
Dile voces y segulle;  
Cuando él, con razones tales,  
Me volvió á hablar, ajustando  
Al freno los alacranes:

«Rodrigo, queda con Dios;  
Que en desdichas semejantes  
Tú ni ninguno en el mundo  
No quiero que me acompañen.  
Y dile al dueño que adoro  
Que, pues que pretendió darme  
La muerte con su papel,  
Ni me llore ni me aguarde;  
Que, aunque estoy agradecido  
A su amor, por otra parte  
Me ha condenado á destierro  
Desengaño tan notable;  
Que sea, como promete,  
Siempre, en su papel, constante,  
Ya que no me deja el Rey  
Que la vea ni la hable.  
A la empresa de Archidona  
Me envía, donde matarme  
Podrán los celos primero  
Que los moriscos alfaújes.»  
Con esto, el caballo pica...

DOÑA ESPERANZA.

No prosigas ni te alargues  
En excusadas pinturas,  
Ya que no lo son mis males.—  
¡Ay, Leonor!

LEONOR.

¡Señora mía!

DOÑA ESPERANZA.

¡Cómo no recelé en balde!  
Porque siempre en sus desdichas  
Son profetas los amantes.  
¡Mal hayan, Leonor, mis manos,  
Pues que no tuvieron arte  
Para engañar, siendo cosa  
En las mujeres tan fácil!  
Queemara un rayo la pluma,  
O para la muerte darme,  
Después de haberlas escrito,  
Fuera cada letra un áspid.  
Ténganme lástima todas  
Las que de firmeza saben;  
Porque no sienten de ausencia  
Las fáciles y mudables.  
Loca estoy.

LEONOR.

Señora, espera.

RODRIGO.

Señora, escucha.

DOÑA ESPERANZA.

Ya es tarde.

No hay que excusar ni advertir,  
Dejadme hacer disparates;  
Que es desdicha notable  
Morir de firme una mujer amante.  
Plegue á Dios, Rey, que te dé  
Muerte un villano, un alarbe,  
Y cuando falte un Bellido,  
Que don Enrique te mate.  
Plegue á Dios que no te herede  
Tu hijo, y entre tu sangre  
Revuelto tu cuerpo veas,  
Y como villano acabes.—  
Y tú, dueño de mis ojos,  
Que vas imitando al aire,  
Vuélveme el alma ó permite  
Que te siga y que te alcance;  
Porque, cuando á detenerte  
Mis pensamientos no basten,  
El fuego de mis suspiros  
Es posible que te abraze;  
Que yo, haciendo dellos alas,  
También partiré á buscarte,  
Como amante salamandra,  
Que nunca del fuego sale.  
Espera, mi bien, espera;  
No te alejes, no te apartes,  
Y estima en menos la vida.

LEONOR.

¡Señora!

RODRIGO.

Escucha.

DOÑA ESPERANZA.

Dejadme;

Que es desdicha notable  
Morir por firme una mujer constante.  
(Vase.)

RODRIGO.

Pues queda su amante aquí,  
Señora Leonor, aguarde;  
Que há dias que no la veo,  
Y está un poquito intratable.  
Ya sabe que no me voy,  
Y cómo he quedado, sabe,  
Sin amo, y que he menester  
Que vuestra merced me ampare.  
Aunque me falte don Lope,  
Su clemencia no me falte,  
Pues sobre el vino y pernilles  
Tiene el poder y las llaves.  
Mira que está mi remedio  
En tus manos celestiales.

LEONOR.

«Yo me acordaré, Rodrigo,  
De vos.»

RODRIGO.

Si ha sido vengarte

Por el mismo estilo, vive  
El cielo, que no te álabes  
De este desden, si á rebato  
Toco de ausencia esta tarde.

LEONOR.

¡Qué poco pienso llorar,  
Si aqueso que dices haces!  
Porque un médico me ha dicho  
Que son las lágrimas sangre,  
Y á mi cualquiera sangría  
Llega á punto de enterrarme,  
Cuanto más siendo en los ojos;  
Dios mil años me los guarde.

RODRIGO.

Luego ¡no te deberán

Mis amorosos pesares  
Lo que á Esperanza don Lope?

LEONOR.

Rodrigo, no todas hacen  
En el mundo esos extremos;  
Porque dicen las comadres  
Que suceden mil desdichas  
De firmezas semejantes.  
Libreme Dios de ser necia.  
¡Jesus, Jesus!

RODRIGO.

Persignarte

Con esta daga quisiera,  
Porque mejor te admirases,  
Fregona ingerta en doncella,  
Doncella de Dios lo sabe,  
Mula gallega, en efeto. (Va á darla.)

LEONOR.

Tate, Abrahan, tate, tate;  
Que es desdicha notable  
Morir sin gana, á manos de un salvaje.  
(Vase.)

RODRIGO.

Bien te has vengado, enemiga.  
Plegue á Dios que mueras antes  
Que lo que en amor me debes  
En viles celos me pagues.  
Plegue á Dios que cuando friegues,  
Plegue á Dios que cuando laves,  
El jabon y el estropajo  
Que á toda sobra te falte.  
Plegue á Dios que cuanto guises  
Se te caiga del alnahafe,  
Y cuando tengas mas gusto,  
Te yerre un vestido un sastrer;  
Que yo me diera la muerte  
Con esta daga mudable,  
Para vengarme de tí,  
Si no pensara matarme;  
Que es desdicha notable [nandez.  
Que quede España sin Rodrigo Her- (Vase.)

Salen EL REY y DOÑA MARÍA,  
de caza.

REY.

Sirva de hermoso esmalte á la belleza  
Deste apacible sitio la esmeralda,  
Y esa de plantas áspera maleza,  
Salvaje por el pecho y por la espalda.  
Mira ese arroyo, que á bajar empieza  
Desde ese risco hasta esa verde falda,  
Qué de racimos de cristal de roca,  
Que desperdicia cuando al valle toca.  
Mirale luego, al son de los amores  
De tantas aves, cómo se dilata,  
Ya haciendo pasamanos de las flores,  
Ya entre las yerbas vibora de plata.  
Todo convida, amor inspira olores.  
¡Dichoso el que estas soledades trata  
Sin pena, ociosamente descuidado,  
Libre de la ambicion y del cuidado!  
¡Oh grande imperio de quietud! Oh

[vida  
La mas sabrosa, dulce y regalada,  
De pocos en el mundo conocida,  
De muchos, sin buscarte, deseada!  
Hoy tu apacible sitio me convida,  
Mas que del fiero jabali la armada,  
A apacantar la vista en tu hermosura,  
Adonde siempre la esperanza dura.

DOÑA MARÍA.

[dias  
El nombre de Esperanza há muchos  
Que anda valido en vos, y me han con- [tado  
Que os cuesta algun cuidado y aun [porfias  
Una esperanza de otro verde prado,

Y estas deben de ser melancolías  
Que quereis divertir de enamorado;  
Que sois muy tierno vos.

REY.

Como los cielos,  
Os vestís siempre de color de celos;  
Que ha hecho amor en vos naturaleza  
La costumbre ordinaria de pedillos,  
Aunque á ofender llegais vuestra be-  
Solo en imaginillos. [Ileza

DOÑA MARÍA.

Divertillos

Con eso procurais.

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Ya la aspereza  
Desta montaña, á quien sirvió de grillos  
Este arroyuelo en el invierno helado,  
Ya en plata fugitiva desatado,  
El cerdoso animal penetra agora,  
Acosado de perros y moneros,  
Porque desde la risa del aurora  
Le han seguido valientes y ligeros.  
Primero que la noche encubridora,  
Hecha pavon soberbia de luceros,  
Baje, podeis seguirle con ventaja, [ja.  
Porque al cristal de aquella fuente ba-

REY.

Vamos, Diana desta verde selva,  
Porque Vénus por vos tome venganza,  
Cuando á los ojos de su Adónis vuelva,  
Del campo flor con inmortal mudanza.

DOÑA MARÍA.

La montería al valle se revuelva.

REY.

¡Don García!

DON GARCÍA.

¡Señor!

REY.

¿Qué hay de Esperanza?

DON GARCÍA.

Habléla.

REY.

Y ¿qué responde?

DON GARCÍA.

No despidé.

REY.

¿Podré perderme?

DON GARCÍA.

Sí.

REY.

Caballos pide,

Y mira no me pierdas, don García;  
Que contigo he de hacer esta jornada,  
Podráse asegurar doña María,  
Porque ha dado en andar desconfiada.

DOÑA MARÍA.

Por aquí suena ya la montería.

(Suena ruido de caza.)

DON GARCÍA.

La traza de la caza fué extremada.

REY.

¡Oh, quién viera premiar tantas fine-

DON GARCÍA. [zas!

Caballo y palafren á sus altezas.

(Vanse.)

Salen LEONOR y PERAFAN.

PERAFAN.

¿Adónde está retirada  
Esperancica, Leonor?

LEONOR.

En su aposento, Señor.

PERAFAN.

¿Qué tiene?

LEONOR.

No tiene nada.

PERAFAN.

Pues ¿qué novedad es esta,  
Si suele salirme al paso?  
¿Sientese indispueta acaso?

LEONOR.

Triste sí, mas no indispueta.

PERAFAN.

¿Triste? Sin duda que há sido

La ocasion deste rigor

Que con don Lope, Leonor,

En desterrarle ha tenido

Sin mas ocasion el Rey

Que su misma voluntad;

Que es cobarde la crueldad,

Y á ninguno guarda ley.

¿Quién le vió ayer comenzar

Á privar, que no dijera

Que aquesto imposible fuera?

Ocasion debió de dar,

Puesto que me parecia

Don Lope buen caballero.

Llama á Esperanza; que quiero,

Porque acostarme querría,

Darle primero unas nuevas

De su hermano.

Sale DOÑA ESPERANZA.

DOÑA ESPERANZA.

Cuando oí

Tu voz, á verte salí.

PERAFAN.

Mal dice Leonor que llevas  
Este destierro, Esperanza,  
De don Lope.

DOÑA ESPERANZA.

Señor, sí;

Que, como posaba aquí,

Tambien el pesar me alcanza;

Que el trato del hospedaje

Siempre engendra voluntad.

PERAFAN.

Y yo le tengo amistad;

Mas no hay quien el gusto ataje

De un rey mancebo, y quizá

Con una punta de celos.

Estos son necios desvelos;

Lo que él quisiere será.

En mi casa estoy seguro,

Sin ninguna pretension,

Sin envidia ni ambicion;

Que solo vivir procuro.

Á ese muchacho quisiera,

Pues es tan hombre de bien,

Y lo merece tan bien,

Que el Rey mercedes le hiciera;

Que yo no pretendo mas.

DOÑA ESPERANZA.

¿Qué has sabido de mi hermano?

PERAFAN.

Que antes que pase el verano

Vendrá á verme.

DOÑA ESPERANZA.

Tú me das

Muy buenas nuevas. (Ap. ¡Ay, Dios!

¡Cuánto esforzarme procuro!)

PERAFAN.

Hizo treguas con el muro

Granadino ya por dos

Meses Enrique, y levanta

El sitio, y contra Archidona  
Marcha tambien en persona,  
Á conquistarla, con tanta  
Resolucion, que la villa  
No se le resistirá  
Una semana, y dará  
Luego la vuelta á Sevilla.

DOÑA ESPERANZA.

Tráigale con bien el cielo.

PERAFAN.

Bien puede ser que perdon

Alcance en esta ocasion

Del Rey don Lope Sotelo,

Cuando la guerra se acabe,

Si ha sido leve el disgusto.

DOÑA ESPERANZA. (Ap.)

Nunca el amor es tan justo,

Que perdonar celos sabe.

PERAFAN.

Esto me escribe tu hermano.

DOÑA ESPERANZA.

¿Recogerte determinas?

PERAFAN.

Los viejos somos gallinas

En acostarnos temprano;

Y así, recogerme quiero.

Recógete tú.

DOÑA ESPERANZA.

Sí haré.

Dios te guarde.

PERAFAN.

Dios te dé

Buen sueño. (Vase.)

DOÑA ESPERANZA.

El mortal espero.

LEONOR.

La esperanza eres peor  
Que se puede imaginar,  
Pues te pones á esperar  
Cosa tan mala.

DOÑA ESPERANZA.

¡Ay, Leonor!

¿Qué poco sabe tu pecho

De amorosa voluntad!

LEONOR.

Ella es mucha necedad,

Y hay muy pocas que la han hecho.

DOÑA ESPERANZA.

Soy de aquesta condicion;

¿Qué quieres?

LEONOR.

Que al uso seas,

Si ser discreta deseas,

Y vivir, en conclusion.

Mira tú en lo que han parado

Esas que firmes han sido,

Si fábulas no han mentido

Y autores se han engañado.

Tisbe murió con la espada

De Piramo; Ero también

Á Leandro hizo sarten,

Y murió en él estrellada;

Y otras muchas, que el amor

Las trujo al último exceso.

DOÑA ESPERANZA.

Y ¿no dejaron con eso

Eterna fama, Leonor?

LEONOR.

¿De famas hablas agora?

¿Qué amor tan gentil profesas!

DOÑA ESPERANZA.

Nunca de cansarme dejas.

LEONOR.

Tengo lástima, Señora,

A tus años, y quisiera  
Que como era justa ley,  
Que no te tuviera el Rey  
Por aldeana y grosera;  
Que en eso consistiría  
De tu don Lope el remedio  
Mas que en otro humano medio.  
¿Qué dijiste á don García?

DOÑA ESPERANZA.  
Ni bien ni mal.

LEONOR.  
La tibieza  
Es el estado peor.  
¿Vendrá el Rey?

DOÑA ESPERANZA.  
No sé, LEONOR.  
(*Suenan guitarras.*)

LEONOR.  
Música en la calle empieza.  
DOÑA ESPERANZA.

Será el Rey; que don García  
Me previno esta mañana.

LEONOR.  
Ponte un poco á la ventana,  
Por tu vida y por la mía.

DOÑA ESPERANZA.  
No tengo gusto, antes quiero  
Recostarme en este estrado.

LEONOR.  
En gentil grosera has dado.

DOÑA ESPERANZA.  
Desta suerte vivo y muerto.  
MÚSICOS. (*Cantan dentro.*)

*Los negros soles de Albania  
Estaba adorando Tirsi,  
Tan avaros, que al del cielo  
Niegan la luz que les piden.*

DOÑA ESPERANZA.  
¿Qué músicos tan cansados!

LEONOR.  
¿No te agradan? ¿Es posible  
Que, cantando desta suerte,  
Estas voces no te obliguen,  
Cuando no viniera el Rey  
A favorecerlas?

DOÑA ESPERANZA.  
Viven  
Muy léjos las alegrías  
De mis pensamientos tristes.

MÚSICOS. (*Vuelven á cantar.*)  
*Por hermosa y por soberbia  
Es amiga de imposibles,  
Y con ser sol destes campos,  
Es sombra de quien la sigue;  
Mas ¡ay del triste,  
Que quiere el cielo que en el viento fle!*  
(*Duermese doña Esperanza.*)

LEONOR.  
Durmióse; que solamente  
Así ha querido rendirse.  
Quiero dejar que descanses  
Esta firmeza invencible. (*Vase.*)

DOÑA ESPERANZA. (*Habla en sueños.*)  
Seais, dueño de mis ojos,  
Bien venido; que os partisteis  
Con el alma, y me dejasteis  
Sin mí, y con vos siempre firme.  
Dadme los brazos, mi bien,  
Y como hiedra, enéidme;  
Que soy vuestra. ¿Qué es aquesto?

*Sale DON LOPE, y levántase doña Es-  
peranza.*

¿Qué causas, mi bien, te impiden?

¿Vos conmigo desdeñoso?  
Vos enojado? Vos triste?  
¿Celoso estáis? Esperad,  
No os vais, escuchad, oidme;  
Iré tras vos dando voces.  
¡Ah, mi bien!  
(*Vase á entrar por donde está don Lo-  
pe, y encuentra con él.*)

DON LOPE.  
¿Qué empresa sigues,  
Esperanza, deste modo?

DOÑA ESPERANZA. (*Despierta.*)  
¡Ay! ¿Quién eres?

DON LOPE.  
Yo soy.  
DOÑA ESPERANZA.  
¿Finge

Esto el sueño todavía,  
O eres sombra que te vistes  
Del original que adoro?  
DON LOPE.

Si duermes, despierta, y ciñe,  
Mi vida, esos dulces lazos  
A quien te adora tan firme  
Como tú misma.

DOÑA ESPERANZA.  
¿Qué es esto,  
Mi bien?

DON LOPE.  
Venir á servirte,  
Venir á verte, á adorarte.

DOÑA ESPERANZA.  
Señor, parece imposible.  
¿Por donde entraste?

DON LOPE.  
Por ese  
Balcon, que de oriente sirve  
A tus ojos cuando quieres  
Dar á los campos abrieses  
Que, como ladron de casa,  
Por aquella parte vine  
Que asegura el sordo Bétis,  
Que duerme entre juncia y mimbres;  
Que con la fama y recelo  
Desta fantasma que dicen,  
No hay envidioso que escuche,  
Ni malicioso que mire.

DOÑA ESPERANZA.  
Con música en esta calle  
Al Rey encontrar pudiste.

DON LOPE.  
Primero se fueron todos.

DOÑA ESPERANZA.  
Don García me persigue  
Por el Rey.

DON LOPE.  
Será mandado.  
Es fuerza que determines  
Ir entreteniendo al Rey,  
Que importa á los dos; resiste  
A tu misma condicion;  
Que haber escrito tan libre  
Y con tantos desengaños,  
Como pienso que escribiste,  
Pudo ser causa, Esperanza,  
De mi muerte; hasta que miren  
Los cielos nuestros deseos  
Con mas venturosos fines;  
Que todo al poder del tiempo  
Viene á mudarse y rendirse,  
Y mas en el que es mudable,  
Viendo la empresa imposible.

Tú á sus ruegos, Esperanza,  
Siempre cortés y ditiel,  
Sin darle jamás favores;  
Es bien que contempories;

Que es, en efeto, absoluto  
Dueño de todo, y consisten  
Nuestras dos vidas en eso.  
Puesto que llego á pedirte  
La cosa mas peligrosa  
Que á las mujeres se pide;  
Mas, conociendo tu pecho,  
No es razon que desconfie.

DOÑA ESPERANZA.  
Con eso solo me ofendes.

DON LOPE.  
Perdona si te ofendiste;  
Que quien ama confiado  
Ó es necio ó está muy libre.  
Todas las noches vendré,  
Y adios; que el alba se ríe,  
Si no me engaño, Esperanza;  
Que ya despiertos lo dicen  
Los gallos de Cantillana,  
Y no quiero que al partirme  
Me encuentren sus labradores;  
Que los villanos son linces.

Y fálteme la tierra, el agua, el vien-  
[to,  
La luz del sol, que cuanto vive alcanza,  
Y de mis enemigos la venganza, [to;  
El propio honor, el mismo entendimien-  
El ánimo á la sangre, el nacimiento,  
En mis desdichas esperar mudanza,  
Y deberte, Esperanza, la esperanza,  
Que es el mas apretado juramento;  
Fálteme Dios en la postrera suerte  
Que hay del vivir humano al postrer  
[sueño,  
Cuando á este trance su clemencia  
[pida,  
Si tuviere poder la misma muerte  
Para quitarme, regalado dueño,  
El amor que te tengo, con la vida.

DOÑA ESPERANZA.  
Pues primero será la noche día, [no,  
Y niebla el sol, verano el cano invier-  
La guerra paz, lo temporal eterno,  
Disgusto el bien, pesar el alegría;  
Volverá el tiempo atrás, y en la por-  
[fia

De la fortuna varia habrá gobierno,  
Pena en la gloria y calma en el infierno,  
Que deje de adorarte el alma mía;  
Que no podrán mudarme deste in-  
[tento  
El Rey ni el sol, si lo que ve me ofrece,  
Que por ti todo lo desprecio y piso;  
Que la mujer, aunque es igual al  
Si sale firme, espíritu parece [viento,  
En no volver atrás en lo que quiso.

### JORNADA TERCERA.

*Salen todos los que pudieren, armados  
graciosamente, y RODRIGO, de sa-  
cristan; CARRASCA, alcalde labra-  
dor, y ZALAMEA, vejete alcalde, y  
sacan caja de guerra.*

ZALAMEA.  
Hagan alto las hileras  
En aquesta encrucijada,  
Que es por donde salir suele  
Este demonio ó fantasma.  
La frente del escuadron  
Nos toca á mí y á Carrasca,  
Por el oficio, en efeto,  
De alcaldes de Cantillana.

El Sacristan esté á punto  
Con el guisopo y el agua,  
Para en oyendo el ruido...

RODRIGO.

Por las aleluyas santas,  
Por los kiries y responsos,  
Que tengo de zampuzarla  
En el caldero, aunque venga  
En figura de tarasca.  
Mal conocen los señores  
Alcaldes la temeraria  
Virtud del sacristan nuevo,  
El valor y las palabras.  
Conjuró se, con que puedo  
Arrojar esta fantasma  
Al Rollo de Ecija. Miren  
Adónde quieren que vaya.

CARRASCA.

Mira, el Rollo, sacristan,  
No la ha menester; echadla  
A Vienes, que hay una legua,  
Cuando aguas y lodos haya;  
Que, par Dios, si entonces ella  
La legua que he dicho pasa  
Viva, que no ha de quedar  
En un mes para fantasma.

ZALAMEA.

Harto mejor será, Alcalde,  
Que llegue allá descansada,  
Porque sepan los de Vienes  
Que hay valor en Cantillana  
Para hacerles mal.

CARRASCA.

Decid,  
Zalamea, ¿cuándo falta  
Para eso, cuanto y mas donde  
Hay tan bellacas entrañas  
Como en nosotros?

ZALAMEA.

Decidlo  
Por vos, compadre Carrasca:  
Que, á pesar de todo el mundo,  
Yo las tengo muy hidalgas.

CARRASCA.

¿Qué hambrientas que las tendréis!

ZALAMEA.

¿Qué quereis? ¿Han de estar bartas  
De pan, ajos y cebollas,  
Como las vuestras, Carrasca?

CARRASCA.

Por eso bien que las vuestras,  
Por no parecer villanas,  
Nunca han comido tocino.

ZALAMEA.

Mentis por medio la barba.

CARRASCA.

Y vos por esotra media.

ZALAMEA.

¿Villano!

CARRASCA.

¿Hidalgo sin branca!

ZALAMEA.

¿Eso es falta?

CARRASCA.

Pues ¿hay cosa  
Que á todos haga mas falta?

ZALAMEA.

A mi no; que mi nobleza,  
Tan conocida, me basta.

CARRASCA.

Si descendéis de Longinos,  
Claro está.

ZALAMEA.

Por la Giralda  
De la torre de Sevilla,

De un papaco, que la vara  
Os la rompa en la cabeza.

CARRASCA.

No se os debe de dar nada  
De la crisma que hay en ella.

RODRIGO.

Ea, señores, no vaya  
Esto á mayor rompimiento.

CARRASCA.

Agradeced, Martín Gala,  
Al Sacristan; que yo os diera  
A entender...

RODRIGO.

Digo que basta.

CARRASCA.

Baste muy enhorabuena.

RODRIGO.

Si no, sea en hora mala.

CARRASCA.

El Sacristan nos perdone;  
Que tiene razon.

RODRIGO.

No falta  
Sino perderme el respeto.  
¿No saben que en esta causa  
Traigo las veces del Cura,  
Y su bonete y sotana,  
Y puedo descomulgarlos,  
Como quien no dice nada,  
Y casarlos siete veces,  
Si se me antoja?

ZALAMEA.

Esa es mala

Burla, por Dios.

RODRIGO.

No me enoje;  
Que volveré las espaldas,  
Dejándole, si son necios,  
A cuestras con la fantasma.

CARRASCA.

Señor sacristan Rodrigo,  
Perdone vuseñoranza,  
Para que Dios le perdone,  
Porque si mos desampara,  
Somos perdidos.

RODRIGO.

Está  
Muy bien; dése agora traza  
De cómo hemos de embestirle.

ZALAMEA.

Con el guisopo y el agua  
Ha de ir delante de todos,  
Cuando toquemos al arma,  
El Sacristan, y nosotros  
Guardándole las espaldas.

RODRIGO.

Y esta fantasma, en efeto,  
¿Qué hora tiene señalada  
Para venir?

ZALAMEA.

A las doce  
Y media, poco mas, baja  
De aquella ermita á la villa,  
Y poco á poco á la praza  
Por aquestas cuatro calles.  
Esto ha dicho Blas de Olalla,  
Que la vió, oyendo el ruido,  
Pasar desde su ventana,  
Y estubo sin habla un dia.

CARRASCA.

Antona está con tercianas  
De haberla visto una noche  
Desde léjos.

ZALAMEA.

La Polanca  
Malparió un hijo.

CARRASCA.

Anton Crespo,  
De escuchar desde su cama  
El ruido, habrá tres dias,  
Y serán cuatro mañana,  
Que no come y que se sale,  
Como tinaja quebrada.

RODRIGO.

Pasará gran pesadumbre,  
Si de esa suerte lo pasa.  
Y ¿en qué figura, en efeto,  
Aparece esta fantasma?  
Porque estemos prevenidos.

ZALAMEA.

Todos cuantos della hablan,  
Diferencian en el modo:  
Unos dicen que es muy blanca,  
Y tan alta, que pasea  
Los tejados con la cara;  
Otros que es un bulto negro,  
Otros que es como una vaca,  
Con tres cabezas, echando  
Por todas tres humo y llamas;  
Mas ninguno se conforma  
Con el otro.

RODRIGO.

¡Enigma extraña!  
Esta noche lo veremos.  
Alerta; no se nos vaya  
De las manos.

ZALAMEA.

Si ella viene  
Esta noche á Cantillana,  
Le mando mala ventura.

CARRASCA.

Yo prometo desollarla,  
Y á la puerta de la iglesia  
Colgarla, llena de paja,  
Adonde todos la vean.

RODRIGO.

¡Oh, qué graciosa alcaldada!

¿Que es espíritu no veis?

CARRASCA.

Porque no lo sea.

RODRIGO.

¡Extraña  
Simplicidad!

(Suenan dentro ruido de cadenas.)

ZALAMEA.

Imagino,  
Si mi vejez no me engaña,  
Que han sonado unas cadenas.

CARRASCA.

Y han vuelto á sonar.

RODRIGO.

Mal haya  
Quien no tiene muy gran miedo.  
(Suenan gemidos dentro.)

ZALAMEA.

Parece que un toro brama.

RODRIGO.

Y aun un infierno de toros.  
A todos tiembla la barba.  
(Vuelven á sonar gemidos.)

Otra; vive Dios, que está  
El Diablo en Cantillana.

CARRASCA.

Sacristan, esto se acerca,  
Salgamos tocando al arma,  
Y comenzad el conjuro.

TODOS. (A voces.)

¡Conjuradla, conjuradla!

RODRIGO.

Conjúrela Barrabás.

CARBASCA.  
Ya llega.

ZALAMEA.  
¡Santa Leocadia,  
Santa Tecla, santa Eufemia,  
Santa Agueda, santa Engracia!

RODRIGO.  
*Exi foras, abernuncio.*

ZALAMEA.  
Todos los santos me valgan.

CARRASCA.  
No hay ánimo que la espere.  
Huyamos.

RODRIGO.  
De buena gana.  
*(Van á entrarse, y encuentran con el Rey.)*

Con ella hemos dado agora  
Por estotra parte. Aparta;  
No hay duda sino que está  
*El Diablo en Cantillana.*  
*(Vanse.)*

**Salen DON GARCÍA y EL REY.**

DON GARCÍA.  
Por fantasma te han tenido.

REY.  
Desta manera se engañan  
Los que dicen que la han visto.

DON GARCÍA.  
¡Qué propia gente villana!

REY.  
Con notable miedo corren,  
Y viene á ser de importancia  
A mi amor, pues desta suerte  
La calle nos desamparan,  
Y sin testigos podrémos  
Conquistar la hermosa causa  
Que adoro.

DON GARCÍA.  
Ya, al parecer,  
Va siendo menos ingrata,  
Pues esta noche me ha dado,  
De que te ha de hablar, palabra,  
Arrepentida, Señor,  
Con razon de las pasadas.

REY.  
Tira una piedra, García.

DON GARCÍA. *(Tira una piedra.)*  
Ya va.

REY.  
Y con ella á mis ansias,  
Que pudieran, don García,  
Con mas razon despertarla.

DON GARCÍA.  
Y dices bien: que parece  
Que se ha dormido.

REY.  
Pues vaya  
Otra piedra, y piedra á piedra  
Llame donde amor no basta.

DON GARCÍA. *(Vuelve á tirar otra piedra.)*  
Ya la he tirado, y parece  
Que han abierto una ventana.

*Abren una ventana, y está en ella*  
PERAFAN, viejo.

REY.  
Pues retirete, García.  
Si no es sueño que me engaña...  
*(Vase don García.)*

PERAFAN.  
Un hombre á este balcon pienso  
Que se acerca.

REY.  
¿Es Esperanza?

Es mi bien?

PERAFAN. *(Ap.)*  
Esto está bueno;  
Las piedras no me engañaban.

REY.  
¿No respondéis?

PERAFAN.  
Caballero  
Cortesano ú de la casa  
Del Rey, hacedme favor  
Desta que veis respetarla;  
Que es de un noble caballero,  
Que su honor y sangre guarda,  
Y estamos en una aldea,  
Adonde con poca causa  
Desacreditarse puede  
Entre malicias villanas;  
Y no es bien hacer terrero  
A costa de opinion tanta,  
Ni que deis, por hacer señas,  
En mi honor tantas pedradas,  
Que descalabreis mi vida  
Y desperteis mi venganza.  
Si pretendéis casamiento  
Y sois noble, las ventanas  
No soliciteis con piedras;  
Que puertas tiene mi casa. *(Éntrase.)*

REY.  
Entróse; por Dios, que el viejo  
Que tiene prudencia rara  
Y valor. ¿Írème? No;  
Que él se habrá vuelto á la cama,  
Y ella saldrá, porque el sol  
Primero que el alba salga.  
¡Oh amor, al inconveniente  
Qué de pensiones que pagas!  
Aunque vencedor de todo,  
El mundo tiembla tus armas.  
Lisonjea, amor, mis penas,  
Pues me estás debiendo tantas,  
Con hacer que todos duerman,  
Y solo vele Esperanza.  
Mas, vive el cielo, que agora  
Sale un hombre de su casa;  
U he de matarle, por Dios,  
O conocerle.

**Sale PERAFAN, con espada y broquel.**

PERAFAN.  
Pues causan  
En vos tan poco respeto,  
Caballero, las palabras,  
Y me obligais, vive Dios,  
Que con las obras os haga  
Conocer que sois grosero,  
Y os he de echar con la espada,  
Pues no puedo con razones,  
De la calle á cuchilladas,  
Veréis quién soy, aunque viejo;  
Porque el valor nunca falta  
Donde hay sangre noble.  
*(Vase el Rey sin hacer caso de él.)*

Fuése  
Sin responderme palabra,  
Y vive Dios, que parece  
Que es el Rey, si no me engaña  
El crujido de las piernas.  
Pesarame que Esperanza  
Dé al Rey ocasion ninguna,  
Siendo de don Juan hermana  
Y de aquesta sangre hija.

DON JUAN. *(Dentro.)*  
Ten de aqueste estribo y llama.

PERAFAN.  
Mi hijo es este, sin duda,  
Que ha llegado; bien se acaban  
Los recelos de esta noche  
Con nuevas tan deseadas. *(Vase.)*

**Salen DOÑA ESPERANZA y DON LOPE.**

DOÑA ESPERANZA.  
Ya, dueño del alma mia,  
Vuestra remision culpaba,  
Y me ha debido por vos  
Muchas lágrimas el alba.

DON LOPE.  
Mi bien, no ha podido ser  
Menos, puesto que está el alma  
Siempre con vos.

PERAFAN. *(Dentro.)*  
Entra, Juan;  
Despertarás á tu hermana.

DON JUAN. *(Dentro.)*  
Un hombre está allí con ella,  
Si las sombras no me engañan.

PERAFAN. *(Dentro.)*  
¿Un hombre? Mátale.

DOÑA ESPERANZA.  
¡Ay cielo!  
Si puedes, mi bien, te escapa;  
Que son mi padre y hermano.

DON LOPE.  
No te alborotes, aparta,  
Y no temas mientras vieres  
En este brazo esta espada.

**Salen PERAFAN y DON JUAN, con espadas desnudas.**

PERAFAN.  
¿Quién eres, hombre?

DON LOPE.  
Don Lope,  
Dueño de doña Esperanza.

DON JUAN.  
¿Quién? Di.

DON LOPE.  
Don Lope Sotelo.

PERAFAN.  
¿Don Lope?

DON LOPE.  
¿De qué te espantas?

PERAFAN.  
De verte en mi casa ansi.

DON LOPE.  
Para ese seguro guarda  
Doña Esperanza una firma  
De mi mano, en que declara  
Que es mi esposa. Reportaos;  
Que podrá ser de importancia  
El haberme hallado aqui  
A todos, con la llegada  
Del señor don Juan; que el cielo  
Para mi bien esto traza.  
Volved, con esto, los dos  
Las espadas á las vainas,  
Pues sabéis quién soy.

PERAFAN.  
Entremos.

DON JUAN.  
¡Notable aventura!

PERAFAN.  
Extraña.  
*(Éntranse.)*

Sale EL REY, vistiéndose, y ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

¡Pesadas noches!

DON GARCÍA.

Ningunas

Tiene más cortas el año.

REY.

Hácnelas mas importunas  
De un dulce amoroso engaño  
Tantas contrarias fortunas;  
Que en las sabrosas porfias  
De las esperanzas mías,  
Que tan poco bien me ofrecen,  
Siglos las horas parecen,  
Y eternidades los días.

Sale DOÑA MARÍA, y toma la toalla.

Dadme la toalla.

DOÑA MARÍA.

Aquí,

Para serviros la, estoy.

REY.

¿Vos tanta merced á mí?

DOÑA MARÍA.

Sí; sois mi rey.

REY.

Vuestro soy.

DOÑA MARÍA.

Quiero ver, Señor, si así  
Puedo granjearos mas,  
Pues nunca alcancé jamás  
A gozar de vos un hora.

REY.

Siempre habeis de estar, Señora,  
Con celos.

DOÑA MARÍA.

Ya es por demás

El poder vivir sin ellos,  
Pues siempre tengo ocasion  
De pedillos y tenellos.

REY.

Vanas ilusiones son.  
Mas valor fuera vencellos;  
Que por los hermosos ojos,  
Soles vuestros celestiales,  
Que son quimeras y antojos.

DOÑA MARÍA.

Siendo ciertas las señales,

¿No lo han de ser los enojos?

REY.

¿Ciertas? ¿Cómo?

DOÑA MARÍA.

Tomáos vos

Cuenta á vos mismo, y veréis  
Si en vano os culpo.

REY.

Por Dios,

Que os engañais, pues sabeis  
Que un alma somos los dos,  
Y es de quien sois desigual  
Que hableis en cosa tan vil.

DOÑA MARÍA.

Si amais, no os parezca mal;  
Que aunque es materia civil,  
Es de causa criminal.

REY.

Si; pero á tales personas  
Los celos nunca han llegado,  
Que son líneas de otras zonas,  
Porque siempre han respetado  
Los cetros y las coronas;

Y cuando atrevidos fuesen,  
Fuera bien que se venciesen.

DOÑA MARÍA.

Vos en salud os sangrasteis;  
Que á don Lope desterrasteis  
Porque no se os atreviesen.

REY.

Ya es eso, por Dios, pasar  
De celosa á maliciosa.

DOÑA MARÍA.

Siempre lo debe de estar  
La que llega á estar celosa;  
Que celos es sospechar.

REY.

Desa suerte no es certeza.

DOÑA MARÍA.

Con vuestra alteza no arguyo;  
Porque á ser sofista empieza.

DON GARCÍA.

Perafan y un hijo suyo,  
Para entrar á vuestra alteza,  
Piden que puerta les dén.

DOÑA MARÍA.

No falta sino que venga  
Doña Esperanza tambien.  
La audiencia no se detenga  
Por mí, esperando no estén;  
Honradlos, pues, en efeto,  
A hacerlo estáis obligado  
En público y en secreto;  
Porque á un suegro y á un cuñado  
Se les debe ese respeto. (Vase.)

REY.

Todo desta vez lo dije.  
¡Notable es doña Maria!  
Pero ¿para qué me alijo?—  
Haced entrar, don Garcia,  
A Perafan y á su hijo.  
Agora corre este humor,  
Y ha de perdonar si en mí  
Viene causa á su rigor.

DON GARCÍA.

Ya está Perafan aquí.

Salen PERAFAN y DON JUAN.

PERAFAN.

Danos tus plantas, Señor.

REY.

Dios os guarde, Perafan  
De Ribera, — y seáis vos  
Muy bien venido, don Juan.

DON JUAN.

Mil años os guarde Dios,  
Y del belado aleman  
Al etiope abrasado  
Dilate vuestro valor  
Con vuestro nombre.

REY.

¿En qué estado

Queda la guerra?

DON JUAN.

Señor,

Estas treguas fin le han dado.  
Pide partido Archidona.  
Para ser de la corona  
De Castilla, y á este efeto,  
Aunque sin gusto, os prometo  
De que falte mi persona.  
Con este pliego me envía  
Enrique.

REY.

¿Queda mi hermano

Con salud?

DON JUAN.

Salud tenia

Quando partí, aunque el verano  
Ha durado la porfia  
De la guerra.

REY.

Yo deseo

Haceros merced, don Juan,  
Porque vuestro valor veo  
Y el que tiene Perafan,  
Y acudir quiero al empleo  
De doña Esperanza.

PERAFAN.

Agora

Hay ocasion.

REY.

¿De qué suerte?

PERAFAN.

Don Lope Sotelo adora  
Sus partes, y aunque divierte  
Tras la espada vencedora  
De Enrique, en esta jornada,  
Con las armas el amor,  
Esta cédula firmada  
Del nombre suyo, Señor,

(Dale al Rey la cédula.)

A doña Esperanza dada,  
Como es razon reconoce,  
Y determina cumplilla;  
Que obligaciones conoee  
Del hospedaje. Castilla  
Ansí mil años os goce,  
Que nos honreis, si hay lugar,  
Dando á don Lope licencia  
Para venirse á casar;  
Porque puede con su ausencia  
Riesgo nuestro honor pasar.  
Esto don Juan, por merced,  
Que pediros ha traído;  
Lo que interesamos ved,  
Y á lo que él os ha servido  
Aquesta merced haced,  
O á lo que mi padre y yo  
A vuestro padre y abuelo.

REY. (Rompe la cédula.)

Desta suerte.

PERAFAN.

¿Quién premio

Jamás tan heroico celo,  
Que la obligacion rompió?  
Vive Dios, que no habeis hecho  
Lo que debeis al valor  
Desta sangre y deste pecho.

DON JUAN.

Si con nuestro deshonor  
Quereis quedar satisfecho  
Del enojo que teneis  
Con don Lope, vive Dios,  
Que pagar no pretendéis  
Lo que debeis á los dos,  
Y que á los dos obligueis...

PERAFAN.

A un desatino.

REY. (Entrándose, vuelve á ellos.)

¿Qué es esto?

PERAFAN.

Señor, yo...

DON JUAN.

Yo...

REY.

Basta ya. (Vase.)

DON JUAN.

Eché la fortuna el resto.  
¿Que nos despreciase así!

PERAFAN.

Otro secreto hay aquí;  
Mas que sabemos los dos,  
Que lo sospeché, por Dios

Y anoche le descubrí,  
Aunque te lo deslumbre  
Cuando llegaste, don Juan.

DON JUAN.

¿Cómo?

PERAFAN.

Presumo que fué  
El Rey.

*Sale* DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Señor Perafan,  
Hoy vuestro valor se ve.  
A vos y á don Juan su alteza  
Manda que así como estáis,  
Que, pena de la cabeza,  
De Cantillana salgais  
Luego.

PERAFAN.

Bien su alteza empieza  
A premiarnos.

DON GARCÍA.

Perdonadme,  
Y como es justo, los dos  
De las nuevas disculpadme. *(Vase.)*

DON JUAN.

Moros hay, y vivé Dios...

PERAFAN.

Calla, Juan.

DON JUAN.

Padre, dejadme;  
Que de cólera reviento.

PERAFAN.

Obedezcamos al Rey;  
Que ha de haber mas sufrimiento  
En mas valor.

DON JUAN.

Esta es ley  
De un injusto pensamiento.

PERAFAN.

Esto debe de importar.  
Vamos donde van sus leyes;  
Que en todo hemos de pensar,  
Don Juan, que aciertan los reyes,  
Y obedecer y callar.  
Esto es justicia y razon,  
Lo demás es desatino;  
Porque Dios, en conclusion,  
Es, en lo humano y divino,  
La postrera apelacion.

*(Vanse.)*

*Salen* DOÑA ESPERANZA, RODRIGO  
y LEONOR.

DOÑA ESPERANZA.

¡Rodrigo!

RODRIGO.

A pedirte vengo  
La mano y la bendicion,  
Porque determinacion  
De irme con don Lope tengo.  
Pruebo mal en el oficio,  
Si puede llamarse así,  
De sacristan, porque aquí  
No es de ningun beneficio;  
Que de almorzar no se gana  
Apenas, y es destruirse,  
Porque han dado en no morir  
Cuantos hay en Cantillana;  
Que el médico está enojado  
Con el cura, y descompuesto  
El boticario, y por esto  
Los responsos ha colgado,  
Y han jurado el boticario

Y el médico que han de estar  
Seis veranos sin matar,  
Como suele de ordinario.  
Esta es la causa, Señora,  
Que con don Lope me lleva,  
Si la guerra no me prueba  
Tambien.

DOÑA ESPERANZA.

No intentes agora  
Hacer mudanza ninguna.  
Quédate, Rodrigo, en casa  
Mientras de don Lope pasa  
Y de mi amor la fortuna;  
Que será muy brevemente.  
Aquestas nuevas te doy.

RODRIGO.

Tu esclavo, Señora, soy  
Y lo seré eternamente.  
Vivas mas años que un censo  
Perpétuo, que una muralla,  
Que la manta de Cazalla;  
Porque, con tu ayuda, pienso  
Ser de Leonor, á pesar  
Del tiempo, dueño.

LEONOR.

Eso no,  
Miguel de Vargas; que yo  
Mejor me pienso emplear.  
Cuando haga ese disparate.

RODRIGO.

Pues ¿qué? ¿Aun no somos amigos?

LEONOR.

Vienes oliendo á bodigos.

RODRIGO.

¡Pluguiera á Dios!...

DOÑA ESPERANZA.

No se trate  
De pesadumbres agora.

LEONOR.

No entendí verte jamás  
Alegre, y pienso que estás  
De mejor humor, Señora,  
Si no me engaño. Imagino  
Que hace algun efecto el Rey;  
Porque un rey á toda ley...

DOÑA ESPERANZA.

Mi padre pienso que vino  
Y mi hermano.

RODRIGO.

Pues ¿está  
El señor don Juan aquí?

DOÑA ESPERANZA.

Desde anoche llegó.

RODRIGO.

Así  
De don Lope nos dará  
Famosas nuevas.

DOÑA ESPERANZA.

Rodrigo,  
Lo que te he dicho es lo cierto.

RODRIGO.

Plegue á Dios que al dulce puerto  
Llegue don Lope contigo,  
Tras tantas olas de ausencia,  
De celos y de temor.  
Yo quiero dar al señor  
Don Juan hoy, con tu licencia,  
La bienvenida.

*Salen* PERAFAN y DON JUAN.

PERAFAN.

Aquí está  
Esperanza.

RODRIGO.

Bien venido

Vuesamerced haya sido,  
Que era deseado ya  
De todos sus servidores.  
*(Habla doña Esperanza con su padre  
en secreto.)*

¿Vuesamerced viene bueno?

DON JUAN.

Perdonad; que soy ajeno  
De quién sois.

RODRIGO.

Estos señores  
Siempre me han hecho merced,  
Y les estoy obligado.

DOÑA ESPERANZA.

Es de don Lope criado  
Rodrigo.

RODRIGO.

Vuesamerced  
Desde hoy por suyo me tenga.

DON JUAN.

Guárdeos Dios.

PERAFAN.

Esto ha pasado:  
El Rey nos ha desterrado;  
Que desta suerte se venga  
De sus celos y de tí.

DOÑA ESPERANZA.

En casa os habeis de estar,  
Sin que salgais del lugar,  
Y dejadme hacer á mí;  
Que el Rey quiere ser llevado  
Por bien.

PERAFAN.

Tu hermano ha venido,  
Esperanza, sin sentido.

DOÑA ESPERANZA.

Venid, y perded cuidado;  
Que no hay del Rey qué temer  
Mientras mi industria os ampare,  
Y si yo no le engañare,  
No me llamaré mujer.

*(Vanse doña Esperanza, su padre y  
hermano.)*

RODRIGO.

¡Ah doncella!

LEONOR.

¿Qué nos manda?

RODRIGO.

Que procure componerme  
Donde duerma.

LEONOR.

Luego ¿duerme?

RODRIGO.

Y mas si es la cama blanda.

LEONOR.

¿No le desvela el amor?

RODRIGO.

El suyo en toda mi vida.

LEONOR.

Luego ¿hay otro?

RODRIGO.

No me pida

Tanta cuenta.

LEONOR.

¿Qué rigor!

RODRIGO.

He dado en esto.

LEONOR.

¡Oh, qué bueno!

RODRIGO.

Yo me voy; mire que esté

De mano de su mercé  
La cama.

LEONOR.

Picaño, lleno  
De mas vino que de amor,  
¿El se hace grave conmigo?

RODRIGO.

¡Oh! por vida de Rodrigo,  
Que está donosa Leonor.

LEONOR.

¿Qué tanto? Que me das gusto.

RODRIGO.

Di á tu galan que me vea,  
Si ser dichoso desea;  
Que haceros merced es justo.

LEONOR.

Bergante.

RODRIGO.

Basta. (Vase.)

LEONOR.

No hay cosa

Que cause tanto pesar  
En el mundo, como estar  
De un despocado celosa. (Vase.)

Sale DON LOPE, de noche.

DON LOPE.

Noche, en cuyo atrevimiento  
Mis recelos se confían,  
Mis esperanzas se fian,  
Y alienta mi pensamiento;  
Vos seáis tan bien venida  
Como fuisteis deseada  
Del alma mas abrasada  
Que se vió de amor perdida.  
Vuestra ciega oscuridad  
Ampare mi loco amor,  
Y mi celoso temor  
Vuestra obscura majestad;  
Que, sin poder resistirme,  
Vengo en tan dichoso empleo  
A gozar lo que poseo.  
Siempre amante, siempre firme;  
Y antes de la deseada  
Hora en que á Esperanza veo,  
Me trae loco el deseo,  
Con la vida aventurada.  
Dadme, dichasas paredes,  
Las nuevas de mi bien ya,  
Pues en vosotras está  
Al sol haciendo mercedes.  
Permitid, paredes mías,  
Mi dicha al Rey responded,  
Porque de tan gran merced  
Haga amor las alegrías.  
Gente parece que ha entrado  
En la calle, y debe de ser  
Cortesana, al parecer,  
Que el alma no me ha engañado.  
El Rey es. Volverme quiero;  
Que en la ordinaria señal  
Le he conocido; que mal  
Hago en esperar, si espero  
Ningun bien, pues ha venido  
A la ordinaria porfia  
De la esperanza que es mia.  
Perdiendo voy el sentido. (Vase.)

Salen EL REY, DON GARCÍA, DON  
ÁLVARO y DON SANCHO, de noche  
todos.

REY.

Un hombre atraviesa allí,  
Que me da que sospechar;  
O le tengo de matar,  
O reconocerle. Aquí  
Os quedad por breve espacio  
Los dos, y venga García

Haciéndome compañía  
Solamente, y á palacio  
Ninguno vuelva hasta tanto  
Que todos vuelvan conmigo.

DON GARCÍA.

Como tu sombra te siga.

(Vanse don García y el Rey.)

Sale DOÑA MARÍA, en hábito  
de hombre.

DOÑA MARÍA.

Noche, en cuyo obscuro manto  
Se amparan tantos secretos  
Y se ven tantas verdades,  
Lince de curiosidades,  
De tu muda sombra efetos,  
A descubrir vengo en tí,  
Por perdida centinela,  
El mal que el alma recela;  
Gente parada hay allí.

DON SANCHO.

¿Si es el Rey?

DON ÁLVARO.

¿Es don García?

DOÑA MARÍA.

Los criados del Rey son.

DON SANCHO.

¿Es vuestra alteza?

DOÑA MARÍA. (Ap.)

Ocasion

Me da la sospecha mia  
Para conseguir mi intento,  
Pues con ellos no está el Rey;  
A tanto obliga la ley  
De un celoso pensamiento;  
Quiero fingir que el Rey soy,  
Que los debió de dejar  
Entre tanto que él fué á hablar  
A quien tantos triunfos doy.

DON SANCHO.

¿No responde?

DON ÁLVARO.

¿Quién es?

DOÑA MARÍA.

Yo;

Seguidme.

DON ÁLVARO.

El Rey es.

DOÑA MARÍA.

¡Ah celos!

¿Qué mal han hecho los cielos,  
Que á vuestro infierno igualó?  
(Vanse.)

Salen EL REY y DON GARCÍA.

REY.

Ilusion debió de ser,  
O le dió mi pensamiento  
Alas con que venció al viento.

DON GARCÍA.

No tienes ya que temer,  
Que Esperanza está rendida;  
Que ha podido tu rigor  
Engendrar en ella amor.

REY.

Con eso guarda la vida  
De su padre y de su hermano.

DON GARCÍA.

Y aguarda en ese balcon,  
Si no es imaginacion.

DOÑA ESPERANZA. (Al balcon.)

¿Cé?

DON GARCÍA.

No he imaginado en vano;

Que te ha hecho señas agora  
Para que llegues.

REY.

García,  
A tu puesto te desvía,  
Y á las aves del aurora  
Apenas deja pasar.

DON GARCÍA.

Lo que me mandas haré. (Vase.)

REY.

Vino este bien que esperé,  
Tuvo mi dicha lugar  
En gloria tan soberana.

DOÑA ESPERANZA.

Para tu esclava nacl.

REY.

Ya no dirá amor por mí:  
¡Ay larga esperanza vana!  
Que tras el bien en que doy  
Tantos alcances al cielo,  
¿Cuántas noches há que vuelo,  
Cuántos días há que voy?

DOÑA ESPERANZA.

Siempre venció la porfia  
La mas imposible empresa,  
Si de hacer guerra no cesa,  
Con un día y otro día,  
Porque la que es mas tirana  
Se rinde, como lo estoy,  
Engañando al día de hoy,  
Y esperando el de mañana.

REY.

Para estimar tanto bien,  
Habeis hallado, Esperanza,  
Sin caudal la confianza,  
Y el pensamiento tambien;  
Ya no vive el albedrío  
Con leyes de embajador,  
Que despues que tengo amor,  
Es muy mas vuestro que mio;  
Haced, deshaced, mandad,  
Dad vidas, alzad destierros,  
Y de mis celos los hierros,  
Como locos, perdonad,  
Con tal que la causa dellos  
No vuelva á veros jamás.

DOÑA ESPERANZA.

Eso es lo que estimo en mas.

REY.

Vuestros negros ojos bellos  
Son dueños del alma mia.  
(Suena ruido de cadenas dentro.)  
Pero ¿qué es esto?

DOÑA ESPERANZA.

¡Ay de mí!

REY.

¿Qué es lo que tenéis? Decí,  
Luz del sol y sol del día.

(Vuelven á sonar.)

DOÑA ESPERANZA.

¿No escuchais, Señor?

REY.

Ya escucho  
Unas cadenas; ¿qué importa?

DOÑA ESPERANZA.

Vuestro valor os reporta.

REY.

Aquí no es menester mucho.  
(Quéjense dentro.)

DOÑA ESPERANZA.

¿Los gemidos no escuchais?

REY.

Pues ¿de quién son los gemidos?

DOÑA ESPERANZA.

¿No ha llegado á los oídos

Vuestros, el tiempo que estáis  
En Cantillana, esta fiera  
Fantasma?

REY.

Es burla, por Dios.

DOÑA ESPERANZA.

El cielo quede con vos;  
Que el alma el temor me altera,  
Y perdonadme. (Vase.)

REY.

Cerró

La ventana; ¡miedo extraño!  
Llegándose va, ó me engaño,  
El ruido; ¿iréme? No;  
Ya la voz otra vez suena,  
Tristemente dilatado;  
Agora en la calle ha entrado,  
Arrastrando una cadena,  
Un bulto blanco, tan fiero,  
Que me ha causado temor,  
Con tener tanto valor.

Sale LA FANTASMA.

Llegarme y hablarle quiero;  
Mas él se viene hácia mí.  
Vive Dios que he de mostrar  
Animo, sin recelar:  
Que esto debo á quien soy.—Di  
Quién eres y qué me quieres,  
Si es que vienes buscando  
Encargarme, deseando,  
Alguna cosa; ¿quién eres?  
¿Eres Blanca, que de esposa  
Solo me diste la mano?  
Eres Fadrique, mi hermano?  
Eres don Juan de Inestrosa?  
Eres mi madre? Responde,  
Si algo de mí has menester;  
Que yo te prometo hacer  
Cuanto pidas, aquí ú donde  
Te fuere mas importante  
A tu descargo y descuento;  
Que para escucharte atento,  
Animo tengo bastante.  
¿No respondes ni haces nada?  
Pues hacerte hablar procuro,  
Ya que no sé otro conjuro  
Que el acero de mi espada.

(Cae el bulto y la cadena, y queda Lope con cota y broquel, espada, media mascarilla y montera.)

REY.

El bulto en el suelo dió,  
Y con espada y broquel,  
De su portento cruel  
Otro prodigio quedó;  
Hoy de mi valor me alabo.—  
Hombre, fantasma ó difunto,  
No temo al infierno junto,  
Porque soy don Pedro el Bravo.

(Éntrase retirando don Lope, y el Rey acuchillándole.)

Sale por una puerta DON GARCÍA, y por otra DON ÁLVARO, DON SANCHE y DOÑA MARÍA.

DON SANCHE.

Repórtese vuestra alteza,  
Porque es irritar al Rey.

DOÑA MARÍA.

Amor nunca guarda ley  
Cuando á ser celoso empleza.

DON GARCÍA.

Caballeros, si es posible,  
Vuélvase por cortesia.

DOÑA MARÍA.

De guarda está don García;  
Esta vez es imposible  
Dejar de pasar delante,  
Aunque vos al paso estáis.

DON SANCHE.

¿Otro imposible intentais?

DOÑA MARÍA.

Seré á vencerle bastante.

DON GARCÍA.

¿Quién es?

DOÑA MARÍA.

La Reina.

DON GARCÍA.

Señora,

¿Vos desta manera?

DOÑA MARÍA.

Ansí

Vengo buscando sin mí  
A quien vos buscais agora,  
Por ver este desengaño.

DOÑA ESPERANZA. (Dentro.)

¡Que matan al Rey!

DOÑA MARÍA.

¡Ah cielo!

Mayor desdicha recelo;  
Venid, venid.

DON GARCÍA.

¡Caso extraño!

(Vanse.)

Salen acuchillándose EL REY y LOPE.

LOPE.

Suspenda la invicta espada;  
No me mate vuestra alteza.

REY.

¿Quién eres?

LOPE. (De rodillas.)

Un desdichado,

Que amor...

REY.

¿Por amor comienzas?

Disculpa tienes bastante;  
Levanta del suelo.

LOPE.

Deja

Que en él humilde te pida  
Primero perdon.

REY.

¿Qué esperas?

Ya te he perdonado, alza.

LOPE.

Con esa palabra, es fuerza  
Que sin máscara te bese  
Los piés, y decirte pueda  
Quién soy.

REY.

¿Quién eres?

LOPE.

Don Lope

Sotelo.

REY.

Pues ¿desta manera?

LOPE.

Fuerza de amor pudo tanto;  
Que desde la noche mesma  
Que me pediste á Esperanza  
Para dejarme sin ella;  
Porque imaginé, Señor,  
Que en teniendo algunas muestras  
De mi voluntad, habías  
De condenarme á su ausencia;  
Por prevenirlo, tracé  
Esta fantasma; que intenta

Amor imposibles cosas  
Contra el poder y la fuerza.  
Cuando dejar me mandaste,  
De Archidona por la guerra,  
A Cantillana, Señor,  
No estuve una legua apenas  
Ausente del bien que adoro,  
Y la misma estratagema  
Usando todas las noches,  
Entraba á gozarla y verla;  
Hallóme don Juan, su hermano,  
Y Perafan de Ribera  
Con ella, y queriendo darme  
Muerte los dos por la ofensa  
Hecha á su casa y honor,  
Enseñó Esperanza bella  
Una firma de mi mano;  
Fueron á hablarte con ella;  
Vine á saber el suceso,  
Encontróme vuestra alteza;  
A su invencible valor  
No bastó mi estratagema;  
Esta es mi historia, mi culpa,  
Mis celos y vuestra ofensa.  
Si no me disculpa amor,  
Aquí tenéis mi cabeza.

Salen PERAFAN, DON JUAN, DOÑA ESPERANZA, LEONOR y RODRIGO por una puerta, y por la otra, DOÑA MARÍA, DON GARCÍA, DON ÁLVARO y DON SANCHE.

PERAFAN.

No importa que el Rey agravie,  
Para que la sangre nuestra  
Vertamos por él.

DOÑA MARÍA.

Llegad.

DON GARCÍA.

Señora, aquí está su alteza.

DON ÁLVARO.

El Rey está aquí.

DOÑA MARÍA.

¿Señor?

REY.

Señora, ¿qué es esto?

DOÑA MARÍA.

Fuerza

De mis celos, imposibles  
De vencer de otra manera.

DOÑA ESPERANZA.

Cielos, aquí está don Lope;  
¿Qué novedad es aquesta?

PERAFAN.

Vuestra alteza nos perdone;  
Que, puesto que vuestra alteza  
Nos mandó de Cantillana  
Salir esta tarde mesma,  
Y no lo habemos cumplido,  
Las voces que en esa reja  
Dió Esperanza nos obliga,  
Sin reparar en la pena  
Que nos fué puesta, Señor,  
A ofrecer á vuestra alteza  
Nuestras haciendas y vidas.

REY.

Que ese amor os agradezca,  
Perafan, es justa cosa;  
Don Lope Sotelo sea  
De doña Esperanza esposo.

LOPE.

Mas años que el sol te veas  
Rey de Castilla y Leon.

REY.

Con la mayor encomienda  
De Castilla, que es lo menos  
Que debo á vuestra nobleza.

PERAFAN.

Guárdeos el cielo.

REY.

De un tercio  
Doy á don Juan de Ribera,  
Pues es tan grande soldado,  
Porque me sirva en la guerra.

DON JUAN.

Sobre vuestros hombros ponga  
Su imperio el sol.

REY.

Y á vos, reina  
De Castilla y de mi alma,  
Que es de vuestro sol esfera,

## LUIS VELEZ DE GUEVARA.

Palabra de nunca daros  
Celos, porque sé que llegan  
A perderos el respeto.

DOÑA MARÍA.

Guárdeos el cielo, que es deuda  
De mi amor.

DOÑA ESPERANZA.

Estoy confusa  
Y no creyendo yo mesma  
Lo que estoy viendo.

LOPE.

Después  
Sabréis, Esperanza bella,  
Grandes cosas.

RODRIGO.

A Rodrigo,  
Que los piés te bese deja,

Pues fué sacristan por tí  
Mas de una semana y media.

LOPE.

Guárdete Dios.

LEONOR.

Dame á mi  
Tus manos también.

RODRIGO.

No quieras;  
Que estaba agora fregando,  
Y no es mucho al ámbar huelan.

REY.

A palacio.

RODRIGO.

Dando aquí,  
Porque á sus casas se vuelvan,  
De *El Diablo está en Cantillana*,  
Senado, fin la comedia.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

LA LUNA DE LA SIERRA,

DE LUIS VELEZ DE GUEVARA.

PERSONAS.

PASCUALA.  
ANTON.  
MENGO.  
BARTOLA.

GIL DEL RÁBANO.  
CURA.  
EL PRÍNCIPE DON JUAN.  
EL MAESTRE.

DON GUTIERRE.  
GUZMAN.  
LA REINA DOÑA ISABEL.  
EL REY DON FERNANDO.

ORTUN.  
CRIADOS.  
GENTE.  
ACOMPANAMIENTO.

JORNADA PRIMERA.

Salen EL MAESTRE DE CALATRAVA,  
de camino, y DON GUTIERRE, dán-  
dole unas cartas, y CRIADOS.

DON GUTIERRE.  
Cartas de la Reina son.  
MAESTRE.

Por esa causa me apeo,  
Porque las trata el deseo  
Con esta veneracion.

DON GUTIERRE.  
Yo pensé en Sierra Morena  
Hasta Córdoba encontrarte;  
Hoy á la conquista parte,  
De alientos heróicos llena,  
La Católica Isabel,  
Que contra el moro andaluz  
Lleva la corte á Adamuz;  
Porque hasta mirarse de él  
Vencedora, no ha de dar  
Vuelta á Castilla. Fernando  
En Aragon, sosegando  
Un tumulto popular,  
Asiste por alma en ella;  
Que Castilla no ha tenido  
Reina, entre tantas que han sido,  
Mas heróica ni mas bella.  
Con el príncipe don Juan  
(Cuya vida guarde el cielo,  
Con el nombre de su abuelo)  
Cazando viene; que dan  
A Sierra-Morena honor;  
Ella divina Diana,  
Y él, bello, en mas soberana  
Deidad, Adonis mejor;  
Y pensó que ha de venir  
A hacer noche ó á hacer día  
A esta aldea.

MAESTRE.  
Andalucia

Podrá, á su sombra, rendir  
Con el Africa á Granada,  
Y mas si en esta ocasion  
Deja una mano al baston  
Y otra remite á la espada;  
Que, Palas nueva española,  
En ausencia de Fernando,  
La estoy armada esperando  
De las grevas á la gola;  
Y ruego á Dios que á sus piés  
Goce Granada, rendida,  
Como el fénix, mejor vida  
Y muchos triunfos despues.  
Dadme licencia, señor  
Don Gutierre, sin que sea  
Grosero, que el pliego lea.

DON GUTIERRE.

Eso es recibir favor,  
Maestre, de vucelencia  
En tan dichosa ocasion,  
Pues echais de ver que son  
Logros de mi diligencia.

MAESTRE.

(Lee.) «Ilustre maestre de Calatrava,  
» primo nuestro: El Rey parte á Aragon  
» á sosegar algunos alborotos que hay  
» en aquel reino, causados de su au-  
» sencia; y yo es fuerza, entre tanto,  
» que vaya á Andalucia, como lo hago,  
» y hacer á Adamuz plaza de armas pa-  
» ra la empresa de Granada, en com-  
» pañia del serenísimo príncipe don  
» Juan, nuestro muy caro y muy amado  
» hijo. A don Gutierre, nuestro criado,  
» hemos encargado la diligencia de este  
» pliego, para que os le dé en la parte  
» que de Andalucia os encontrare, dán-  
» dome por muy bien servida en esta  
» ocasion que os veais conmigo en Ada-  
» muz, porque he menester vuestra  
» persona con la brevedad posible.—  
» Guárdeos Dios. De Ciudad-Real, etc.  
» —Isabel.»

Mil siglos su nombre viva  
En Castilla y en Leon,

Y dichosa sucesion  
De don Juan goce. ¡Qué altiva,  
Qué heróica, qué soberana  
Mujer! que, mas que en ciudades  
Ni reinos, en voluntades  
Reina con deidad humana;  
Dueño es de los corazones  
De sus vasallos, y el mio  
Es mas suyo, que confio.  
Con victoriosos blasones,  
En su nombre conquistar  
Las dos Africas, despues  
Que deje puesta á sus piés  
A Granada; que alentar  
Pueden tan nobles favores,  
Tan soberanos alientos,  
Para mas árduos intentos,  
Para conquistas mayores;  
Que no puede ser ninguna  
Difícultosa, alentada  
De su valor y esta espada.

DON GUTIERRE.

Dicha fué de mi fortuna,  
Cuando del Andalucia  
En la raya puse el pié,  
Encontraros.

MAESTRE.

Mas lo fué,  
Señor don Gutierre, mia;  
Vaca una encomienda está,  
De que os habeis de servir  
Por el porte.

DON GUTIERRE.

Recibir  
De vos mercedes es ya  
Conocido en el valor  
De la sangre que teneis.  
Por la mucha que me haceis  
La mano os beso.

MAESTRE.

Señor  
Don Gutierre, yo recibo  
De vos merced; porque honrar  
Tan gran caballero es dar  
Nuevas honras al altivo,

Glorioso, antiguo blason  
De la cruz de Calatrava.

DON GUTIERRE.

Quien vuestro valor no alaba,  
Deshace su estimacion;  
Que es empresa concedida  
A ninguno.

MAESTRE.

Guardaos Dios;  
Que está mi sangre de vos  
Pagada y agradecida.

VOCES. (*Dentro.*)

Parad; que se apea aquí  
Su alteza.

DON GUTIERRE.

El Príncipe creo  
Que llega solo.

MAESTRE.

El deseo

Que para servirle en mí  
Vive por alma, no entiendo  
Que tanta dicha me niegue.

*Sale EL PRÍNCIPE DON JUAN, mozo,  
de camino, y GENTE.*

PRÍNCIPE.

Hasta que mi madre llegue,  
Pasar de aquí no pretendo.

DON GUTIERRE.

El Príncipe es; llegad pues,  
Maestre, besad su mano.

MAESTRE.

Dadme, señor soberano  
De Castilla, vuestros piés.

DON GUTIERRE.

Fernan Gomez, el maestre  
De Calatrava, Señor.

PRÍNCIPE.

Maestre, á vuestro valor  
El pecho es justo que os muestre,  
Con los brazos.

MAESTRE.

Guarda el cielo

Esa prudencia temprana,  
Esa dichosa mañana  
Que en el castellano suelo  
Nos empieza á amanecer,  
Muchos años.

PRÍNCIPE.

Guardaos Dios,  
Maestre, pues que con vos  
Del africano poder  
Queda Castilla triunfante.  
¿Cómo venis?

MAESTRE.

Con deseos

De daros nuevos trofeos  
Del sarracino arrogante.  
¿Cómo viene vuestra alteza?

PRÍNCIPE.

Con gusto de ver el día  
En que del Andalucía  
He de gozar la belleza.

MAESTRE.

Justamente os enamora  
Su fama.

PRÍNCIPE.

Grande la tiene  
En mi opinion.

MAESTRE.

¿Cómo viene

La Reina, nuestra señora?

PRÍNCIPE.

Trae salud, gracias al cielo;  
Que para bien de Aragon,

De Castilla y de Leon  
La goce.

MAESTRE.

Viva en el suelo  
Español edades mil,  
Logrando en nuevas esferas  
De imperios las primaveras  
De vuestro dichoso abril.

PRÍNCIPE.

En un jabalí cebada,  
De la sierra en la espesura,  
Imitarse á sí procura,  
Nunca de nadie imitada;  
Que, mientras que de la guerra  
No llega el original,  
Con valor á nadie igual  
Su imágen busca en la sierra;  
Pero ya sobre un caballo,  
Que parece que ha nacido  
En él el manto florido  
De quien es abril vasallo,  
Pisa con aire gentil,  
Siendo del sol maravilla;  
Que, como es reina en Castilla,  
Es potentado en abril.  
Bien merece su deidad  
Estos requiebros de un hijo  
Tan galan suyo.

MAESTRE.

No dijo

Vuestra alteza á majestad  
Tan gloriosa cosa alguna  
Que pueda llegar á ser  
Extremo, pues su poder,  
Su valor, de la fortuna  
Tambien vasallaje alcanza,  
Siempre el efecto juntando  
Al ser heróico, formando  
Los lauces de la esperanza.

*Sale LA REINA DOÑA ISABEL, con  
baquero, sombrero y venablo, y criados  
con ella.*

DOÑA ISABEL.

Pasead ese caballo  
Mientras tomo la litera,  
Pues aquí el Príncipe espera.

MAESTRE.

Y con su alteza un vasallo,  
Que á besar los piés os llega,  
Haciendo en vuestro servicio  
De su pecho sacrificio.

DOÑA ISABEL.

Maestre, jamás os niega  
Mi amor á tanta verdad.  
Los brazos. ¿Cómo venis?

MAESTRE.

Cuando entiendo que os servis  
En mi desta voluntad,  
Es forzoso que la vida  
Y que la salud me sobre.

DOÑA ISABEL.

Don Gutierre albricias cobre  
Hoy de vuestra bienvenida,  
Pues tuvo tantá ventura,  
Que os encontró con mi pliego  
En el camino.

MAESTRE.

No le niego

Que debeis á la fe pura  
Con que deseo serviros,  
Esa fineza.

DOÑA ISABEL.

Maestre,

Que menores os las muestre,  
Es no honrarme y desluciros.

MAESTRE.

Con vuestra grandeza sola,

Juvenil y soberana,  
Nueva Pálas castellana,  
Semiramis española,  
Mayor empresa pudiera  
Tener el fin deseado.

DOÑA ISABEL.

Bien mi valor ha dejado  
Experiencias en la fiera  
Que acabo de dar agora  
Muerte.

PRÍNCIPE.

Vuestra majestad  
Cansó á todos.

DOÑA ISABEL.

Es verdad,

Pero sali vencedora;  
Que del espumoso diente  
Dos veces acometida,  
Rindió en despojos la vida,  
Y la sangre á la corriente  
De una sierpe de cristal,  
Que, fugitivo arroyuelo,  
Cuando dejó de ser hielo,  
Fué lisonja de coral.

PRÍNCIPE.

Permitidme, gran Señora,  
Pues tanta ocasion me obliga,  
Que fuisteis de Adónis, diga,  
Y de Vénus vencedora.

(*Vase, y vuelve á salir luego.*)

DOÑA ISABEL.

Guardaos Dios, Juan, y al Maestre  
Agasajad.

MAESTRE.

Yo he quedado  
Solo con veros pagado.

DOÑA ISABEL.

Por la cenefa silvestre  
De este arroyuelo de plata  
Baja huyendo, al parecer,  
Una mujer.

PRÍNCIPE.

Y mujer

Que parece que retrata  
El vestido al arrebol  
Del día.

MAESTRE.

Si, y el cabello,  
Esparcido por el cuello,  
Parte rayos con el sol.

DOÑA ISABEL.

De pocos años parece  
Y de beldad soberana.

MAESTRE.

No obliga así la mañana  
Las aves, cuando amanece,  
A que la canten amores,  
Como en ardiente fatiga  
La serraneja se obliga  
De las aguas y las flores.

PRÍNCIPE.

Ya llega desalentada  
A tus plantas; que imagino  
Que por fin de su camino  
Las busca.

DOÑA ISABEL.

Vendrá agraviada.

*Sale PASCUALA, serrana, en cabello.*

PASCUALA.

¿Está aquí la Reina?

DOÑA ISABEL.

Sí.

PASCUALA.

¿Adónde?

DOÑA ISABEL.  
Serrana hermosa,  
Yo soy la Reina.

PASCUALA.  
¡Oh gloriosa  
Reina de Castilla! Así  
Vivais los años del sol;  
Así con eternos mayos  
Troqueis imperios, que á rayos  
Añadais al español;  
Así con divina hazaña  
Del moro andaluz triunfeis,  
Y de ganar acabeis,  
Rindiendo á Granada, á España;  
Así enlacedis hiedra hermosa  
A Fernando eternamente,  
Volviendo á gozarle ausente  
Como dama y como esposa;  
Así mil siglos goceis  
Los claros nombres que os dan,  
Y del príncipe don Juan  
Dulces bisnietos mireis;  
Así...

DOÑA ISABEL.  
Repórtate, espera;  
¿Qué traes? ¿Qué tienes?

PASCUALA.  
Señora,  
Escuchadme atenta agora;  
Sabréis el mal que me altera.  
Aquel pajizo asombro,  
Que no parece aldea,  
Sino peñasco duro  
De esta Morena-Sierra;  
Aquel, mas que edificio,  
Serrana competencia  
A nubes que intentaron  
Nevarle la cabeza;  
Es, Isabel dichosa,  
De dos Castillas reina,  
Mi desdichada patria  
O mi extranjera tierra.  
Amor, alma del mundo,  
A quien por rey veneran,  
Natural ó tirano,  
Sentidos y potencias;  
Desde que en mí pudieron  
Dar las primeras señas  
De tener albedrío,  
Sin tener resistencia,  
Me empenó en un serrano  
De tan divinas prendas,  
Que confesó la envidia  
Que fué elección discreta;  
Tan galán á mis ojos,  
Que ninguno en la aldea  
(De muchos que hay) no trajo,  
Los domingos y fiestas,  
Gaban mas aliñado,  
Cabeza con mas trenzas,  
Zapatos con mas lazos,  
Polaina mas bien hecha.  
En el solar del pueblo,  
Si baila ó zapatea,  
A todos aventaja,  
Y aun ellos lo confiesan;  
Cuando á la barra tira,  
Ninguno se le llega,  
Y á la carrera y lucha  
No hay quien con él se atreva.  
En fin, ¡Anton, Anton!  
Que es nombre que me suena  
Mucho mejor que cuantas  
Aves al sol despiertan,  
Contento me pagaba  
Con serranas finezas;  
Y yo, de agradecida,  
Almas tener quisiera,  
Mas que no pensamientos,  
Con que pagar aquella  
Que me dió y que guardaba

Con tan grande firmeza,  
No sé si por hermosa,  
O mudable en las vueltas  
De mi fortuna varia,  
Ya menguante, ya llena,  
Toda esta serranía,  
Que da á Sierra-Morena  
Aldeas, dió en llamarme  
*La Luna de la Sierra.*  
Sin duda adivinaron  
Las mudanzas que hoy prueba  
Mi suerte desdichada,  
Que no fué la belleza;  
Y si lo fué, tampoco  
Puedo librarme de ella;  
Que es sombra la desdicha  
De la hermosura, eterna.  
Pues cuando estaba yo  
Mas segura y contenta,  
Librando en esperanzas  
Venturas tan inciertas,  
Como era el ser su esposa,  
Que es la alegre cosecha  
Que amor, despues de tantas  
Lluvias de ansias, espera,  
Obligó á mi serrano  
Una precisa ausencia  
El martes, á apartarse  
Léjos de aquí diez leguas.  
Al fin, se fué, partióse;  
Y yo, sin su presencia,  
Con la mitad del alma  
Quedé viviendo á medias,  
Que esotra media parte  
Mi Anton se llevó en prendas,  
Para ser de la suya  
O guarda ó centinela.  
Comenzaron las horas  
A ser en el aldea,  
Para mis esperanzas,  
Siglos de plomo y piedra.  
Mi hermano en este tiempo,  
O mi veneno, ordena,  
Por intereses propios  
Y desdichas ajenas,  
Casarse con Bartola,  
Una serrana necia,  
Del color de su gusto,  
Que son de una librea,  
Hermana del alcalde  
De nuestra misma aldea:  
Tronco con vida de hombre,  
Necio con mucha hacienda;  
Con este, sin mi gusto,  
De casarme concierta,  
Sin ver que estaba el alma  
En otro dueño atenta;  
Hoy lo trató conmigo,  
Y con tanta aspereza  
Me obligó á que la mano  
Al villano le diera,  
Que, viendo en mí tan grande,  
No vista resistencia,  
Dentro en un aposento  
Con la llave me encierra,  
Para que de este modo  
Acabara por fuerza  
Comigo lo que el mundo,  
Con vida, no pudiera.  
Desesperada y loca,  
Busqué á mis ansias fieras  
Salvedad, si á desdichas  
Hay quien hallarla pueda;  
Y por una ventana,  
Que da al campo, resuelta  
A morir ó escaparme  
De tantas inclemencias,  
Me descuelgo, animada  
Del amor que me alienta,  
Del furor que me incita,  
Del mal que me despecha;  
Y apenas estampando

En la grama, en la arena  
Del margen de este arroyo,  
Que es parto de estas peñas,  
Las fugitivas plantas,  
A mi muerte ligeras,  
O al bien que no aguardaba,  
Encontré con las nuevas,  
Católica Monarca,  
De tu venida, y cerca  
Del bien, estuve á pique  
De ver rendida y muerta  
Al desaliento mio  
La esperanza, deshecha  
A tanto mar de agravios  
Y viento de tormentas;  
Pero, á tus piés llegando,  
Ningun recelo llega  
A darme sobresalto,  
Siendo tú mi defensa.  
Reina eres la mas alta  
Que conoce la tierra;  
Que has de hacerme justicia  
Mi agravio de ti espera.  
Así vivas los años  
Que el mundo te desea,  
Pues debes, por amante,  
Por ausente y por reina,  
Satisfacer mi injuria,  
Porque la vida deba  
Al Sol de España hermoso  
*La Luna de la Sierra.* (De rodillas.)

DOÑA ISABEL.  
Levanta; que no es justo  
Que esté, serrana, en tierra  
Quien se parece tanto  
Al cielo en la belleza;  
Que el nombre que os han dado  
De *Luna de la Sierra*  
Pienso que viene corto  
A la hermosura vuestra.  
Yo haré que no eclipse  
Ninguna humana fuerza  
Nube que á vuestros gustos  
Se opone con violencia.  
Tomad esta palabra  
De mí.

PASCUALA.  
Veas, eterna  
En Leon y en Castilla,  
Eternas primaveras.

DOÑA ISABEL.  
¿Cómo os llamais?

PASCUALA.  
Pascuala.

DOÑA ISABEL.  
Es vuestra cara buena,  
Las pascuas dais á todos.  
¿Qué gracia! ¿Qué belleza!  
Llegad, besad la mano  
Al Príncipe.

PASCUALA.  
A su alteza  
Los piés besaré y todo.

PRÍNCIPE.  
Alzad, serrana bella;  
Que á fe, que sois muy linda.

PASCUALA.  
Yo soy esclava vuestra.

MAESTRE. (Ap.)  
¿No vi mayor encanto  
En humana belleza!  
Loca me tiene el alma  
La hermosa serraneja.

PRÍNCIPE.  
¿Qué os parece, Maestre,  
La serrana?

MAESTRE.  
No es fea;

Razonable hermosura,  
En fin, para la sierra.

PRÍNCIPE.

Pues no me ha parecido,  
Por vida de la Reina,  
Maestre, otra en mi vida  
Tan hermosa como esta.

MAESTRE.

Espántame, viniendo  
De mirar vuestra alteza  
La beldad toledana,  
Narciso de su vega.  
Este es un tronco duro,  
Sin alma y con corteza.

PRÍNCIPE.

Antes es alma toda;  
No sé, la serraneja  
Me ha ganado la dicha,  
Y si lícito fuera  
A un príncipe de España...  
No sé lo que me hiciera.

MAESTRE. (Ap.)

No puedo divertirle,  
Pero la diligencia  
Ganará por la mano  
Al Príncipe la empresa;  
Aunque no es cuidadosa  
En él la competencia;  
Que son amores niños,  
Y el viento se los lleva.

DOÑA ISABEL.

Vamos, Príncipe.

PRÍNCIPE.

¡Hola!

La litera.

MAESTRE.

¿No piensa  
Vuestra alteza á su madre  
Acompañarla en ella?

PRÍNCIPE.

No, Maestre; á caballo  
Los dos iremos.

DON GUTIERRE.

Llega,

Con otro del Maestre,  
Un caballo á su alteza.

DOÑA ISABEL.

Pascuala.

PASCUALA.

¡Gran Señora!

DOÑA ISABEL.

Fiad de mi grandeza;  
Que os he de hacer justicia.

PASCUALA.

Así mi fe lo espera,  
Así mi amor lo aguarda  
De tan heroica reina.

DOÑA ISABEL.

Id conmigo, y venos  
Cerca de mi litera.

MAESTRE. (Ap.)

Volved por mí, sentidos;  
Porque voy con sospechas  
Que ha de volverme loco  
La Luna de la Sierra.

(Vanse.)

Salen GIL DEL RÁBANO, *alcalde*, y  
BARTOLA, *villana graciosa*, por una  
parte, y por la otra MENGÓ, *villano  
gracioso*.

GIL.

No tien, Mengo, de pasar  
De hoy las dos bodas; Bartola,  
Por no ser novia tan sola,

Ayudará á bien casar,  
Como á bien morir pescuda,  
A Pascuala, porque está  
Diz que algo cerril.

MENGO.

Ya

Bien podeis llamar al Cura,  
Alcalde, porque Pascuala  
Ha de casarse con vos,  
Aunque le pese par ños  
Norabuena ó noramala;  
Que no ha de volverse atrás  
El concierto que hemos hecho.  
Las coces son sin provecho  
Y los brincos por demás;  
Que no ha de ir con su intento  
Delante; sufra molestias,  
Que la mujer y las bestias  
Sientan el paso despues.  
Debajo queda encerrada  
De esta llave en mi aposento,  
Y hasta her el casamiento,  
No ha de aprovecharle nada;  
Porque no ha de ser Anton,  
Su primero pretendiente,  
Que está del lugar ausente,  
Lo que el pensó.

GIL.

Con razon;

Que sós su mayor hermano,  
Y corre por vuestra cuenta  
El casarla, aunque ella intenta  
Herlo por su propia mano.  
Dadla hacienda á toda ley;  
Que lo demás es morir.

MENGO.

Por el Cura podeis ir;  
Que aunque lo estorbara el Rey,  
Pascuala no ha de dejar  
De ser vuestra, brinque ó salte,  
Llore ó sospire.

GIL.

No falte

Por mí, yo le vó á llamar.  
Si posible es, abrandalda;  
Bartola queda con vos,  
Y pues para en uno sós,  
Entre tanto descozalda,  
Porque salga de los piés.  
Mejor. Mengo, que el hablalla  
Servirá de pasealla,  
Para corrella despues.

MENGO.

Bartola, ¿has quedado aquí?

BARTOLA.

Sí, por la gracia de Dios.

MENGO.

Solos estamos los dos;  
Llégate mas háncia mi.

BARTOLA.

No puedo; que está pegada  
Con la tierra, de virgüenza.

MENGO.

A hacer la prueba comienza;  
Que no puedes perder nada.

BARTOLA.

Mengo, ¿no es mas fácil cosa  
Que tú te llegues?

MENGO.

Sí, á fe.

BARTOLA.

Mas guárdate no alce el pié;  
Que soy algo relijosa.

MENGO.

Rijosa querrás decir;  
Y eso es de burras no mas.

BARTOLA.

Mengo, burras hallarás,

Si lo quieres advertir,  
Tambien en dos piés, y yo,  
Cuando tanto se atropella,  
Só burra, pues só doncella.

MENGO.

Pues burra doncella, jo;  
Que parece que trotais.

BARTOLA.

Mengo, el dimoño me aburra  
Si pienso ser vuestra burra.

MENGO.

Si haréis, Bartola; que estás  
Viendo cerca el alcalce.

BARTOLA.

Contentaréme, enojada,  
Con mi paja y mi cebada.

MENGO.

Bartola, el desden cruel  
Deja, pues estás aquí.  
No dés en nuevos antojos;  
Que me muero por tus ojos  
Desde el punto que te vi.  
Y tanto tanto en tu cara  
Todo mi calletre obrigo,  
Que por casarme contigo,  
De ser obispo dejara.

BARTOLA.

Mengo, en no siendo sencillo,  
Cuando en malicioso deis,  
Por novio comenzaréis,  
Y acabaréis en novillo.

MENGO.

Guarda huera, aqueso no;  
Trabas os pondré á los piés.

BARTOLA.

Dejaldo para dempues;  
Que el Cura, Mengo, llegó.

Salen EL CURA Y GIL DEL RÁBANO,  
*alcalde*.

CURA.

Dicen que la Reina pasa,  
Alcalde, por el lugar,  
A Adamuz.

MENGO.

Podrá posar

Del Escribano en la casa,  
Que es la mejor de la aldea  
En anchura y edificio,  
Que herle aqieste servicio  
Todas las veces desea  
Que ellos pasan por aquí;  
Aunque vien la Reina sola  
Con el Príncipe.

CURA.

Guárdeos Dios.  
Bartola,

BARTOLA.

Ya está sin mí,  
Acercando poco á poco.

GIL.

¿Cómo os fué, Mengo?

MENGO.

Estó loco,  
Porque es Bartola un dimoño;  
Coz tira, que no hay llegalla  
A comenzar á domar.

GIL.

Ella se vendrá á amansar  
En llegando á enalbardalla;  
Dejad que os eche á los dos  
El Cura el yugo, y verés  
Qué mansos estáis dempues.

CURA.

Como unos bueyes de Dios.

Pueden mucho las palabras  
Del matrimonio sagrado.

MENGO.

A vos os toca el cuidado,  
Cura, de meter las cabras  
A Pascuala en el corral;  
Que está de mal parecer,  
Y es mujer.

CURA.

Por ser mujer  
Lo ha de hacer mejor; ¿qué mal  
Le puede estar á Pascuala  
El Alcalde, hombre tan rico  
Y honrado?

GIL.

Yo só un borrico  
En la condicion.

CURA.

La mala  
De Mengo la trae así;  
Que Anton es cosa de viento.

MENGO.

Yo só, Cura, otro jumento  
Como el Alcalde, y no hui  
Con Pascuala prohibido  
Si no es en cosa que ya,  
Como veis, tan bien le está;  
Que este nombre que la han dado  
De Luna ó siete cabrillas  
Desvanecida la tiene,  
Sin ver lo que le conviene.

CURA.

Yo pretendo persuadilla  
Y metella por camino;  
Que es en efeto muchacha.

MENGO.

Y Anton la tiene borracha.

CURA.

Ser esta vez determino  
El cura y casamentero,  
Y ha de ser, de mi venida,  
Alcalde, vuestra, por vida  
Del bachiller Borreguero.

MENGO.

Decilde algunas razones  
De la Sagrada Escritura,  
Pues sois bachiller y cura,  
Contra maridos Antones;  
Y lo de la Antona ahí,  
¿Qué á propósito vendrá!

*Sale ANTON, galán, de serrano, con  
espada cenida.*

ANTON.

¿Dónde, villanos, está  
Pascuala?

GIL.

Anton está aquí.

ANTON.

¿Cómo, villanos, consiente  
El cielo; cómo, villanos,  
El mundo sufre, siu dar  
Uno abismos, otro rayos,  
Que en un ángel, que en el sol,  
Vuestras sacrilegas manos  
Se atrevan á hacer ofensa  
Con notables desacatos?  
¿Qué ley humana permite  
Que obligueis á un pecho humano  
Con tan tierna edad, y siendo  
Del cielo y del sol milagro,  
A que se case por fuerza  
Con un tronco mal formado,  
Con un prodigio vestido,  
Con un desnudo peñasco,  
Con menos alma que aquellos  
Que en esta sierra están dando  
El ejemplo á la dureza

Como al pasajero espanto  
Cuando de noche los mira,  
Perdido y sombras soñando?  
Y tú, Mengo...

MENGO. (Ap.)

Aquí só muerto.

ANTON.

¿Cómo es posible que tanto  
Puedas atreverte al cielo,  
Que aquellos hermosos años  
Pasen á la hermana tuya,  
Aunque parece contrario  
A su divina hermosura,  
A su entendimiento raro,  
Que sea su hermano un monstruo  
Como tú, un bruto inhumano;

Oses, cuando así lo seas,  
Del sol á tiranizallos

En un obscuro aposento,  
Para que de los agravios  
Al peso la cerviz midan,  
En su gusto encaminados,  
O desesperados mueran,  
A la mayor beldad dando  
Fin que los humanos ojos  
Han visto en ángel humano?  
¿Esta es, Alcalde, Justicia?

GIL. (Ap.)

Temblando estoy.

ANTON.

¿Es buen trato

Para vuestra profesion  
Esto, Cura? ¿Manda acaso  
El cielo que los que son  
Del en la tierra nombrados  
Para vicarios del cielo,  
En lugar de apaciguallos,  
Seais cómplice en forzar  
Voluntades?

CURA.

Temerario

Venis, Anton.

MENGO.

Por los ojos  
Basiliscos está echando.

BARTOLA.

Aquí espero un mal suceso.

GIL.

Aquí una tragedia aguardo.

ANTON.

El temerario sois vos,  
Pues sabiendo que en los casos  
De los matrimonios es,  
Mas que todo, necesario,  
Cura, la conformidad

De las partes, no mirando  
Vuestra obligacion, quereis  
Juntar dos almas, que tanto  
Se diferencian las dos.  
Lo que hay del bien á los daños,  
Lo que hay del sol á la noche,  
De la gloria á los trabajos,  
Del puerto al golfo, del cielo  
A la tierra, del tirano

Al amigo, de la muerte

A la vida, del descanso

Al infierno, de los celos

Al amor, aunque andan ambos

Siempre en un sugeto juntos;

Que todos estos contrarios

Viven en los dos mayores;

Pero, vive Dios, que estando

Vivo Anton, no han de eclipsarse,

Villanos viles, los rayos

De la Luna de la Sierra;

Que, en el camino informado

De este agravio, y que en mi ausencia,

Que fué de mi vida oceso,  
Os quisisteis atrever.

Como murciélagos vanos,  
A luces del sol ausente;  
Sobre las alas volando  
De mis firmes pensamientos,  
Llegué al lugar, y abrasado,  
A los umbrales de Mengo,  
Donde á los cómplices hallo  
Conjurados en la ofensa  
De Pascuala y de mi agravio.  
Mas agora veréis todos  
Del modo que satisfago,  
En el castigo el delito,  
Abriendo y descerrajando  
Cuantas puertas, cuantas sombras  
Tiene esta casa, este encanto  
Del sol, hasta dar con él  
A Pascuala.

CURA.

Extraordinario

Furor lleva.

BARTOLA.

Desa suerte

No pienso casarme; vamos,  
Hermano Alcalde, de aquí.

MENGO.

Haciendo notable estrago  
Va.

GIL.

No hay quien lo resista.

BARTOLA.

No fué Roberto el Diablo  
Tan ladino y mordedor  
Como él va.

CURA.

Pareceis mármol,  
Alcalde; entrad á prenderle,  
Pues veis que está quebrantando  
Una casa, y es delito,  
No solo para aborcallo,  
Sino para mas; prendedle.

GIL.

Préndale Poncio Pilato.

MENGO.

No le dejéis que se lleve  
A Pascuala.

GIL.

Yo me abraso  
De celos, pero de miedo  
Estó, Bartola, temblando.

BARTOLA.

Terciana debe de ser.

CURA.

Ya sale solo y turbado,  
Al parecer.

*Sale ANTON.*

ANTON.

¿Dónde habeis

Puesto á Pascuala, villanos,  
Que no está en toda la casa,  
Por mas que la he examinado?  
Vén acá, Mengo.

MENGO. (Ap.)

Aquí hué

Mi fin.

ANTON.

Mengo, hablemos claros.  
¿Dónde has llevado á Pascuala?  
¿Dónde tienes el milagro  
De estos montes escondido?

BARTOLA.

De Anton estoy recelando  
Me tiene de aborcar el novio.

MENGO.

Digo, Anton, que la he dejado  
Encerrada en este mismo  
Aposento, que con tanto  
Furor abriste el postrero.

(Vase.)

ANTON.  
¿Cómo no está allí, villano?

MENGO.  
Hidalgo, yo no lo sé;  
Debe de haberse á los campos,  
Por la ventana, escorrido.

ANTON.  
Muerto soy si lo ha intentado.  
Traidor, dime dónde está. (*Arrójale.*)

MENGO.  
Pues ¿sélo yo por acaso?  
Yo no la vide arrojar.

ANTON.  
Basta que lo haya intentado,  
Para que se haya quizá  
O muerto ó despedazado  
Entre esas peñas.

CURA.  
No habrá;  
Que es mujer, y son al gato  
Semejantes en las vidas.

ANTON.  
¿Burlas cuando estoy rabiando?  
Vive el cielo, que no deje  
En las que teneis, ingratos,  
Una apenas, ni en el mundo  
La que me falta buscando.  
¿Dónde te escondes, Pascuala?  
¿Qué nube de tus dorados  
Rayos, Luna de la Sierra,  
Sombra es tirana? Si acaso  
Escuchas, mira que soy  
Anton, que la vuelta he dado  
De la amarga ausencia que hice  
De tus ojos soberanos;  
Anton, que viene á perder  
Por tí mil vidas; tus brazos  
No me niegues, Luna hermosa,  
Cuando, por recién llegado  
No sea, porque primero  
Que muera pueda gozillos.—  
Paredes que un tiempo fuisteis  
Orientes, y agora ocasos,  
Del sol que adoré por mío,  
Dadme á Pascuala; peñascos,  
Que de la Sierra-Morena  
Sois antiguos muros y altos  
Contra las guerras del tiempo,  
Contra inclemencias del marzo,  
¿Dónde encubris vuestra Luna?  
¿Qué triste manguante ó cuarto  
Fué aqúeste, que contra mí  
Flechan los cielos, de llantos  
Y suspiros? ¡Loco estoy!

MENGO.  
En la trampa habemos dado.

ANTON.  
No he de dejar, vive Dios,  
En esta casa, villanos,  
Un ladrillo sin que vuele  
Por el aire hecho pedazos,  
Hasta que me deis la Luna  
Del espejo en que retrato  
El alma que tengo suya.  
Roldan soy enamorado  
Y celoso juntamente;  
Moxid todos á mis manos.  
(*Da tras ellos.*)

GIL.  
Anton, tenéos; que só  
El alcalde.

ANTON.  
Yo no guardo  
Respetos á quien no quiso,  
Justicia representando,  
Guardarme justicia á mí.

BARTOLA.  
Bercebú se ha desatado;  
Conjuradle, Cura.

CURA.  
Vade

Arredro.

ANTON.  
¿Que me abraso!

MENGO.  
Al gallinero, Bartola.

BARTOLA.  
En el humero me zampo,  
Mengo.

GIL.  
Y en el pozo yo.

ANTON.  
Dadme á Pascuala, villanos,  
Agnardad.

MENGO.  
Aguárdete  
El demonio.

ANTON.  
Hoy se ha cifrado  
Todo un infierno en mi pecho.  
Dadme á Pascuala, villanos.  
(*Entranse huyendo, y Anton tras ellos  
á cuchilladas.*)

LA REINA DOÑA ISABEL, EL  
PRÍNCIPE, EL MAESTRE, DON  
GUTIERRE y CHIADOS, y la Reina  
puesta la mano en la cabeza de PAS-  
CUALA.

PASCUALA.  
Esta en efeto, Señora,  
Es la casa de mi hermano.

DOÑA ISABEL.  
Por eso en ella me apeo.—  
¿Qué rumor es este?

Salen todos, como entraron, huyendo,  
y ANTON tras ellos.

TODOS.  
Huigamos.

DON GUTIERRE.  
¡Hola! mirad que está aquí  
Su majestad.

MENGO.  
Por sagrado  
Nos valga contra este loco.

ANTON.  
A esa voz, si fuera rayo,  
Me detuviera en mi propio  
Furor. Mas ¿qué estoy mirando?  
¿No es Pascuala la que veo?—  
Pascuala, dame los brazos.

PASCUALA.  
Detente, Anton; que ya es este  
Otro tiempo.

ANTON.  
¿Extraño caso!  
¿Otro tiempo puede haber  
En nuestro amor?

PASCUALA.  
¿No está claro,  
Si tú te ausentaste, Anton,  
Y yo soy mujer?

ANTON.  
¿Qué aguardo  
Para morir!

PASCUALA.  
Ten paciencia;  
Que me casa de su mano  
La Reina, nuestra señora.

ANTON.  
No hay paciencia en tales casos.  
¿Tú has de casarte con otro?  
¿Qué bien Luna te llamaron  
Por las mudanzas, cruel!

PASCUALA.  
No hagas extremos; que estamos  
Delante su majestad.

ANTON.  
Sin seso estoy.

PASCUALA.  
Pues cobrallo.

ANTON.  
Mataréme.

PASCUALA.  
¿Disparate!

ANTON.  
¡Ah fiera!

PASCUALA.  
Quéjaste en vado.

ANTON.  
Daré voces.

PASCUALA.  
No hay remedio.

ANTON.  
Pues ¿cuál será?

PASCUALA.  
El excusallo.

ANTON.  
¿Por qué te vas?

PASCUALA.  
Por no oírte.

ANTON.  
¡Ay, que muero!

PASCUALA.  
Eso no, estando  
Viva yo, querido Anton,  
Que para tu vida guardo  
La vida que tengo guay.

ANTON.  
Cielos, ¿qué es esto? ¿En qué caos  
De confusiones estoy  
Muriendo y resucitando?

PASCUALA.  
Ya está, Señora, aquí Anton,  
Que es con quien estuve hablando.

DOÑA ISABEL.  
Está bien, Pascuala.

ANTON.  
El cielo  
No me niegue el bien que aguardo.

DOÑA ISABEL.  
¿Quién es el alcalde aquí?

GIL.  
Yo soy, Señora.

MENGO.  
¿Hay mas raro  
Suceso!

DOÑA ISABEL.  
¿Cómo os llamais?

GIL.  
Con perdon vuestro, me llamo  
Gil del Rábano, Señora.

DOÑA ISABEL.  
Seréis indigesto.

GIL.  
Y harto.

DOÑA ISABEL.  
Y ¿quién es Mengo?

MENGO. (*Ap.*)  
Esto es hecho;  
Lo que debo, esta vez pago.  
Lindamente de la fuerza  
Mí carilla se ha vengado.

DOÑA ISABEL.

¿ Con qué conciencia, decid,  
Siendo de Pascuala hermano,  
Mengo, se la dáis á Gil  
Del Rabano, hombre tan basto  
Y tan contrario á su gusto?

MENGO.

Señora, acá los serranos  
No casamos las mujeres,  
Como en la corte, buscando  
Ellas unos los maridos;  
Porque acá se los buscamos.  
Gil del Rabano es alcalde  
Del lugar, rico y cristiano  
Viejo de cuarenta años,  
Mozo de piés y de manos  
Sano, gloria á Dios; y pienso  
Que esto basta para darnos  
Bastante para un marido,  
Sin andar escudriñando  
Si es ancho, alto ó pequeño,  
Si es derecho ó corcovado;  
Que, si esto importara, hubiera  
Para semejantes casos  
Albértares de maridos,  
Como los hay de caballos.  
A mas desto, por concierto  
Yo con Bartola me caso,  
Y como si fueran frenos,  
Los dos hermanas trocamos;  
Pero si no sós servida  
De que quedemos casados  
De esta suerte, aquí está el Cura  
Sin habernos despachado,  
Y se volverá á su casa  
Las tres á nades cantando,  
En ayunas de las bodas,  
Sin aleanzar un bocado.

DOÑA ISABEL.

No hubiera en balde venido,  
Si un cierto Anton, que esperamos,  
Hubiera de las jornadas  
Vuelto al lugar.

ANTON.

Si en mi daño  
No se muda la fortuna,  
Aquí está Anton, deseando  
Besar tus reales plantas,  
Como esta dicha...

DOÑA ISABEL.

La mano  
Le dad á Pascuala, Anton,  
Pues á tiempo habeis llegado  
Para los dos tan dichoso;  
Que yo de hacerlos me encargo  
Merced. El Principe y yo,  
Vuestra boda apadrinando,  
Os honrarémos, haciendo  
Que el Cura no haya ocupado  
El tiempo que ha estado aquí  
En balde.

ANTON.

O estoy soñando,  
O me miente mi deseo  
Lo que miro á lo que paso.

PASCUALA.

Verdades son, Anton mio;  
Dame la mano y los brazos.

ANTON.

Ya no puedo darte el alma,  
Pascuala, pues te la he dado.  
Loco estoy; si no me mata  
La dicha, poder es flaco  
El de la muerte con ella.

PRÍNCIPE.

Confieso que me ha pesado  
De habella visto, Maestre,  
Dar los brazos y la mano  
A un rústico labrador.

MAESTRE.

Son en calidad entrambos  
Iguales.

PRÍNCIPE.

Con la hermosura  
No hay sangre que iguale.

DOÑA ISABEL.

Vamos,  
Para que tenga la boda  
Efeto.

ANTON.

Vivas mas años,  
Inclita Isabel, que el sol.

DOÑA ISABEL.

Anton, vos sois muy gallardo,  
Y mereceis solamente  
A Pascuala.

ANTON.

Soy esclavo  
De tus piés, y á tu grandeza  
Hoy debo la vida.

DOÑA ISABEL.

Alzáos.

ANTON.

¡Cielos, posible es que es mia  
Pascuala! Fértiles prados  
De Sierra-Morena, montes  
Coronados de peñascos,  
Arroyos que los cristales  
Vais por ella despeñando,  
Aves que llamais al día,  
Galanes céfiros mansos  
De la noche, que, en lentiscos  
Y romeros retozando,  
Despertaís mas presto al sol,  
Pedidme albricias: que salgo  
Con ser dueño de Pascuala  
Después de recelos tantos.

MENGO.

Señora, no quede yo,  
Ya que soy de Anton cuñado,  
Sin casarme con Bartola,  
Porque parezca, acabando  
Con entrambos casamientos,  
Fin de comedia; aunque estamos  
Tan al principio de aquesta,  
Que la estoy viendo y soñando.

DOÑA ISABEL.

Mengo, en buen hora.

MENGO.

Bartola,

Llega á besarle la mano  
A su majestad por esta  
Merced.

BARTOLA.

Si no es que me empacho,  
Allá vá — Su rabaencia  
Me dé á besar los zapatos,  
Porque me casa con Mengo,  
O por su merced me caso;  
Que será como abrazar  
El verdugo al ahorcado.

DOÑA ISABEL.

Alzad, Bartola: que yo  
A los dos tendré cuidado  
De hacer merced.

MENGO.

Guarde Dios

A su señoría el prazo  
De un tramposo, que es eterno.

GIL.

Y á mí, que me habeis dejado  
De nones, ¿ qué pensais herme?

DOÑA ISABEL.

Alcalde perpétuo os hago  
Del lugar.

GIL.

Guárdeos el cielo.

DOÑA ISABEL.

Bien podeis desayunaros,  
Cura, en los dos casamientos.

CURA.

Quisiera, para acaballos,  
Ser en aquesta ocasion,  
Que á todos quereis honrarnos,  
Arzobispo de Sevilla.

DOÑA ISABEL.

Bien lo creo, Licenciado. —  
Venid, Principe.

PRÍNCIPE. (Ap.)

¡No he visto  
Mayor donaire! ¿ Qué falso  
Anda conmigo el deseo!

MAESTRE. (Ap.)

Loco me llevas, serrano,  
De envidia de ver la luna  
Que tu esperanza há gozado.

ANTON.

Dame la mano, Pascuala.

MENGO.

Bartola, dame la mano.

GIL.

Praza.

MAESTRE. (Ap.)

¡ Ay Luna de la Sierra!  
De tu luz voy recelando  
Que me ha de faltar por siglos  
Y me ha de matar por cuartos.

## JORNADA SEGUNDA.

Salen ANTON Y PASCUALA.

PASCUALA.

Al fin, Anton, ¿ te vas?

ANTON.

Voyme, Pascuala,  
Para sacar el trigo de las eras,  
Que de la parva que á ese monte iguala,  
Colmar, gracias á Dios, la troj esperas.

PASCUALA.

Aun madrugando el sol, mira tu gala.

ANTON.

Tú madrugas á abril las primaveras.  
Dichoso yo, que al lado tuyo espero  
Que me despierte el gallo y el lucero.  
¡ Cuán bienaventurado el casamiento  
De dos conformes almas, como el mío,

[miento,  
Donde es cualquiera un mismo pensa-  
Es una voluntad y un albedrío:

[tento;

No hay reinar como el bien de estar con-  
Sin gusto es todo humano desvario;  
Que al César, al monarca mas augusto,  
Todo le falta si le falta el gusto. [sa,  
Guarde Dios á Isabel, Pascuala hermo-  
Que nos dió de comer en nuestra aldea,  
En la mediana suerte venturosa  
Que el ambicioso rico no desea.

Busque en el mar el hambre codiciosa

[plea,

Del mercader, que tanta ciencia em-  
Logros á su esperanza de otra suerte,  
Tres dedos apartado de la muerte.  
Préciese el poderoso, rodeado [ros,  
Del escudron hambriento de escude-  
De la sangre real, del alto estado,  
Que le repiten tantos lisonjeros;  
Que yo, Pascuala, á tu dichoso lado,

O mirando dormidos tus luceros,  
O amaneciendo de mi vida al polo,  
Solo me envidio, que te gozo solo.

PASCUALA.

Amado Anton, galan y esposo mio,  
Pues cuando al campo vas, y tu Pascua-  
No sabe si es mujer ó si es rocío, [la  
Que, de ti ausente, el alba no la iguala,  
Como amante, ¿qué loco desvario!  
Pienso que te entretiene otra zagala

[da,

Mas hermosa que yo, mas bien prendi-  
Y entre temor y amor pierdo la vida.

[do!

¡Oh, qué presto que Mengo se ha vesti-  
Anton, dame los brazos, y en las eras  
Acuérdate de mí, pues yo me olvido;

[ras.

Que esto es, Anton amado, amar de ve-  
¡Qué flojo abrazo! Aprieta mas, queri-  
Ausente de mis ojos; mas. [do,

ANTON.

¿Qué esperas?

PASCUALA.

Juntarme tanto á ti, que eternamente  
Estar pudiese de tu pecho ausente.

ANTON.

Vamos, Mengo.

Salen MINGO Y BARTOLA.

MINGO.

Bartola.

BARTOLA.

Mengo mio.

MINGO.

A las eras me voy.

BARTOLA.

Vete en buen hora.

MINGO.

Bartola, ¿sientes mucho este desvio?

BARTOLA.

Sintiéralo si fuera para una hora;  
Mas con tanto marido, en el estío,  
Una alma se abochorna labradora,  
Que al lado tuyo paso los trabajos  
De un purgatorio de cebollas y ajos.  
Deja que me dé el aire, si es posible,  
Por lo menos un mes.

MINGO.

Amor me tienes,

No lo puedes negar.

BARTOLA.

Amor terrible,

Y, Mengo, mucho mas cuando no vien-  
MINGO. [ues.

Tú me pagas, Bartola, en lo posible,  
El poco que mis ansias entretienes; [ro,  
Que juro á Dios, que cuando verte espe-  
Quisiera ver á Bercebú primero. [de,  
Pero no puedo mas; quien mas no pue-  
Con su mujer se acuesta de ordinario;  
Anton se va, contigo el cielo quede.

BARTOLA.

Como no vuelvas, vé con Dios.

MINGO.

Es, Bartola, tu amor! ;Qué vario

BARTOLA.

Al tuyo excede;

Eres un almirez de boticario  
Para los ojos míos.

MINGO.

Tú, Bartola,  
Una burra con saya.

ANTON.

Vamos, hola.

MINGO.

Oleadme despacio, Anton hermano;  
Que eso es muy de cuñados.

BARTOLA.

¡Oh! Pruguiera

Al que las vidas hace de su mano,  
Que queso de olearos verdad fuera.

MINGO.

Agradezco el deseo.

PASCUALA.

Adios, serrano

Del alma mia.

ANTON.

Puesto el sol, me espera.

PASCUALA.

Eso fuera volver, Anton, mas presto;  
Que, volviendo tú el rostro, el sol se ha  
BARTOLA. [puesto.

No llores; ¿vase á Flándes? ¿qué zagala  
Tan tierna de Carona, niña en suma,  
Que la terneza con la edad iguala!  
Como puchero chico haceis espuma;  
Cebolla sois, Anton, para Pascuala;  
Andad con Dios.

ANTON.

¿Quién fuera veloz pluma

[ces,

Del pensamiento que en tu amor ofre-  
Para volver á verte muchas veces!

MINGO.

Vamos, Anton.

ANTON.

Adios; voy sin sentido.

(Vase.)

BARTOLA.

De nácar las mejillas se arrebola.

MINGO.

Bartola, ya me voy.

BARTOLA.

Pues ¿no te has ido?

MINGO.

Esa esperanza es mas que amor, Barto-

BARTOLA. [la.

Galápago eres, Mengo, no marido.

MINGO.

¿Cómo quedas?

BARTOLA.

Gozosa en quedar sola.

MINGO.

Adios.

BARTOLA.

Adios.

MINGO.

Y advierte, por mas gozo,  
Que á la noche me aguardes en un pozo.  
BARTOLA. (Vase.)

En él caigas, prega á Dios,

Porque no vuelvas acá.

PASCUALA.

Pocos recelos os da  
Amor, Bartola, á los dos.

BARTOLA.

Siempre fué amor necedad,  
Pascuala, entre los casados,  
Porque los gustos gozados  
Menguan de la voluntad.

PASCUALA.

Antes los gustos, que son  
Los que al amor siempre alientan,  
Se afirman mas y acrecientan,  
Bartola, en la posesión.  
¿No has visto, Bartola, el fuego,

Que mientras mas leña abrasa,  
Mas llama el aire embaraza,  
Y en faltando mengua luego?  
Pues así es la voluntad,  
Que mientras goza lo que ama,  
Siempre levanta mas llama.

BARTOLA.

No sé, Pascuala, en tu edad,  
Cómo has alcanzado tanto.

PASCUALA.

Bartola, con la experiencia  
No hay imposible en la ciencia  
De amor.

BARTOLA.

De tu amor me espanto.

PASCUALA.

Anton me ha enseñado á amar;  
Que en este quinto elemento  
De amor el entendimiento  
Sabe no mas navegar.  
Sin él no hay, Bartola, amor.

BARTOLA.

Debe de faltarme á mí  
Y á Mengo; que nunca vi,  
Hermano siendo mayor,  
Que en eso te pareciese  
Menos, ni en nada.

PASCUALA.

Bartola,

El alma parece sola  
Al cielo.

BARTOLA.

Si te pudiese,

Pascuala, con gusto hablar,  
Pues solas hemos quedado,  
Lo que tanto has alcanzado  
De amor y saber amar,  
Alguna cosa, Pascuala,  
Que te importa te diria.

PASCUALA.

¿A mí de amor?

BARTOLA.

Ser podria.

PASCUALA.

Si es de Anton, que se señala  
En alguna traicion nueva  
Contra mí, dándome celos,  
Así, Bartola, los cielos  
Le guarden, que aunque la prueba  
Sea costosa, me lo digas;  
Que querer saber su mal,  
Tambien es de amor señal,  
Y verás cuánto me obligas.  
¿Es mujer de nuestra aldea,  
Doncella, casada, sola?  
Dime la verdad, Bartola,  
Si la habla ó la pasea.  
¿Dala músicas? ¿Regala  
Sus amigas, sus vecinas?  
¿Pónese por las esquinas?

BARTOLA.

No es nada de eso, Pascuala.

PASCUALA.

Pues ¿qué es, Bartola?

BARTOLA.

Tu brava

Condicion, dura y silvestre.

PASCUALA.

Háblame claro.

BARTOLA.

El maestre

De la cruz de Calatrava,  
Aquel galan caballero  
Que con la Reina venia,  
Y con la insignia cubria  
Roja el pecho...

PASCUALA.  
Al caso espero  
Que vamos, Bartola.

BARTOLA.  
Aquel  
Que brancas prumas tremola  
En el sombrero...

PASCUALA.  
Bartola,  
¿Qué es lo que me cuentas dél?  
En efeto, que ya estoy  
Informada de quién es  
El Maestro.

BARTOLA.  
Aquese, pues...

PASCUALA.  
Vamos al becho.

BARTOLA.  
Ya voy.

PASCUALA.  
Di.

BARTOLA.  
Como es rico y discreto  
Y caballero galán,  
Y en esta sierra te dan...

PASCUALA.  
Vamos, Bartola, al efeto.

BARTOLA.  
De Luna, por tu hermostura  
O por otras causas, nombre,  
Y él es rico y gentilhombre,  
Pascuala, habrarte procura.  
A mí me cogió en la huenta  
Ante de ayer, y me dijo  
Que era tu desden prolijo,  
Y pudieras facilmente  
Dejarte galantear;  
Que él te puede enriquecer,  
Y herte, Pascuala, mujer.  
No le faltó son llorar  
A estas últimas razones;  
Y esta cadena me dió  
Para tí, y á mí me echó  
Una almuerza de doblones  
En la falda del sayuelo.  
Que en oro al sol desafían,  
Y un mármol abrandarian.  
Dijome que era su abuelo  
Un rey, su padre un infante,  
Y que su persona sola  
Era...

PASCUALA.  
Bartola, Bartola,  
No pases mas adelante;  
Que no soy de las mujeres  
A quien has de hablar así,  
Ni suelen hallarse aquí  
De tan viles pareceres  
Como tú; que estoy corrida  
Que con mi hermano casada  
Estés, ni que mi cuñada  
Seas. Bien es que en la vida,  
Aunque labrando quimeras,  
Para el interés que dieron,  
Siempre las cuñadas fueron  
Amigas de ser terceras.  
¡Oh parentesco tirano,  
Nunca bienquisto jamás!  
Que el de la suegra no mas  
Puede ser mas inhumano.  
Guarda esa cadena allá,  
Ese encanto impertinente,  
Que me parece serpiente.  
Que echando veneno está;  
Y di al Maestro que yo,  
Cuando mi Anton no adorara,  
Al pundoñor no faltara  
Que mi inclinacion me dió;  
Que le suplico que ahorre

De su loca pretension,  
Porque la vida de Anton  
Y honor por mi cuenta corre;  
Porque, obligada de ver  
Que prosigue en su porfia,  
Haré un desatino un día;  
Que, agraviada, soy mujer;  
Y que procure no hacerme  
Mal casada, ni afrentar  
Mi opinion en el lugar,  
Con despertar á quien duerme.  
Que cuando Isabel no quiera  
Corregille y castigalle,  
Sabré yo hacello y matalle;  
Y á tí, si otra vez, tercera  
Del Maestro, mé trujeras  
Recaudo sin enmendarte,  
¡Vive Dios, que he de cortarte  
La lengua con que lo hicieras! (Vase.)

BARTOLA.  
¡Tirte ahuera! Un carretero  
Mas gordo no pudo echar  
El «vive Dios»; no hay que habrar,  
Mal negocia el caballero,  
No hay quien vuese amor le meta.  
Paciencia, Maestro hermano;  
Que ha tenido mala mano  
Bartola para alcahueta. (Vase.)

Salen LA REINA DOÑA ISABEL Y EL PRÍNCIPE.

DOÑA ISABEL.  
¡ Vos melancólico, Juan?  
Vos, Principe, con tristezas?  
Vos, en esos verdes años,  
Con suspensiones tan nuevas?  
Mirad, Juan, qué es vuestro gusto,  
No me tengais con sospechas  
Tan variadas; que os quiero bien,  
Y me causais mucha pena  
De veros así.

PRÍNCIPE.  
Señora,  
Guárdeos el cielo, y eternas  
En Castilla y en Leon  
Vuestras alabanzas sean;  
Que con vos en Adamuz  
Y en la parte mas desierta  
Del mundo mejor me hallara  
Que en las delicias bíblicas  
De los jardines de Chipre,  
En los pensiles de Persia,  
En los eliseos de España  
Y en los asombros de Grecia.  
Adusta sangre ocasiona  
Muchas veces estas muestras,  
Sin que tenga acá en mi pecho  
Mas ocasion la tristeza.  
Hoy, con vuestra permission,  
Salir á caza quisiera;  
Que por lo que tiene el campo  
De esperanza en la librea,  
Contra los efetos es  
Melancólicos.

DOÑA ISABEL.  
No fuera  
Para mí de menor gusto  
El ir con vos; mas la priesa,  
Principe, de los negocios  
No me quiere dar licencia.  
Vaya en vuestra compañía  
Sirviendo, como desea.  
El maestro Fernan Gomez,  
Con que á la persona vuestra  
No le hará falta la mía.

PRÍNCIPE.  
El Maestro tiene prendas  
Tan grandes, que mas en eso  
Que en todo me lisonjea  
Vuestra majestad.

Salen EL MAESTRE Y GUZMAN.

MAESTRE. (Ap. á Guzman.)  
Guzman,  
Con esta traza he de verla,  
Y licencia de Isabel,  
Hoy, si es posible, en su aldea.  
Fingiré que voy á caza;  
Que el Alcalde nos apresta  
Vestidos de labradores  
A la usanza de la sierra.

GUZMAN.  
Todo el oro lo atropella.  
MAESTRE.  
Aquí está la Reina; aguarda.

DOÑA ISABEL.  
Maestre.

MAESTRE.  
Las plantas vuestras  
Beso, Señor.  
PRÍNCIPE.  
Guárdeos Dios.  
DOÑA ISABEL.

MAESTRE.  
Maestre, el Principe ordena  
Salir hoy con vos al campo,  
Porque pretende en la sierra,  
Matando algun jabali,  
Divertirse; tened cuenta  
Con su persona, y servidle,  
Como de vuestra nobleza  
Confío.

MAESTRE.  
(Ap. ¡Extraña ocasión  
Se pone en medio á mi empresa!  
Replicar es grosería.)  
Senora, cuando su alteza  
 Toda esa merced me haga,  
La debe á las experiencias  
De mis deseos.

PRÍNCIPE.  
Bien sé,  
Maestre, todas las deudas  
Que os tengo.

DOÑA ISABEL.  
No aguardéis mas.  
Pongan los coches y vengán  
Los monteros, y alegrad  
Al Principe, que es la prenda,  
Maestre, que quiero mas,  
Como á Fernando no sea. (Vase.)

PRÍNCIPE.  
Maestre, mi amigo sois,  
Y de vos solo me es fuerza  
Fiar una inclinacion  
Que me detiene suspensa  
El alma en tantos discursos,  
Que estoy sin mí.

MAESTRE.  
Vuestra alteza,  
Como de sí, de mí puede  
Confiar.

PRÍNCIPE.  
Así dan muestras  
De vuestras obligaciones,  
Maestre, todas las señas.  
Yo estoy loco desde el día  
Que vi aquella serraneja  
Que con aquel labrador,  
En esa vecina aldea,  
Casó mi madre.

MAESTRE.  
¡Pascuala,  
Que la Luna de la Sierra  
La llaman por otro nombre?

PRÍNCIPE.  
Maestre, si; y de manera  
Su beldad me tiene loco,  
Me tiene triste su ausencia,

Que, aunque no saben la causa,  
Por lo menos la tristeza  
Han echado de ver todos.  
Yo con vos tengo de vella  
Esta noche en su lugar.  
Buscad traza con que sea,  
Para que os deba el ser mío,  
Para que la vida os deba;  
Que la ocasion de la caza  
Ha de ser la estratagema  
Deste pensamiento.

MAESTRE.

(Ap. ¡Cielos!

Pará quien ama la mesma  
Causa, ¿hay suceso ú caso  
Mas apretado? De veras  
Tomo el principe don Juan  
La empresa.) No es esta empresa  
Para obligaros á tanto;  
Una villana grosera  
Con un principe de España  
Hace grande diferencia.

PRINCIPE.

La villana es para mí  
Mas alta que las estrellas;  
Que la muerte y el amor,  
De esta manera se precian  
De igualar todas las cosas.

MAESTRE. (Ap.)

No miro traza ni senda  
De hacelle dar paso atrás.  
¡Qué notable competencia!

PRINCIPE.

Maestre, vamos de aquí,  
Que el amor y el sol me llevan  
Los rayos, á ver los ojos  
De la Luna de la Sierra.

MAESTRE.

Vamos, Señor. (Ap. Vive Dios,  
Que ha sido en mas baja esfera  
Mis esperanzas la Luna,  
Pues cuando ha de crecer mengua.)

(Vanse.)

Sale PASCUALA.

PASCUALA.

Ya comienza á anohecer,  
Y no acaba de llegar  
Anton. ¡Qué necio pesar  
Embaraza mi placer!  
¿Qué ocasion podrá tener  
En las parvas tan groseras  
Con mis ansias lisonjeras,  
Buscando á mi muerte modos,  
Cuando van volviendo todos  
Los zagales de las eras?  
¿Qué tendrá mi labrador?  
¿Quién en ellas le entretiene,  
Cuando parece que tiene  
Acabada la labor?  
¡Ay sobresaltos de amor!  
No ofenda vuestro poder  
Mi quietud; que en el saber  
Su amor nada me acobarda,  
Y pues en el campo tarda,  
Mas le queda á Anton que hacer.  
Claro está que si no fuera  
Así, cuando el plazo pasa,  
A mis brazos y á su casa,  
Como los demás, volviera;  
Que ya la estrellada esfera  
No ocupa lumbre ninguna;  
Ya resplandece la luna,  
Y la de la Sierra en tanto,  
Sin Anton, convierte en llanto  
Su luz, si ha tenido alguna.  
De la puerta del lugar,  
Con esta nueva ocasion,  
Hasta que venga mi Anton

No me pienso levantar.  
Aqui le pienso esperar,  
Sentada; que podrá ser  
Que tenga tanto poder  
El deseo que le aguarda,  
Que abrevie el siglo que tarda  
Desde el pesar al placer.  
Envidiaré desde aqui,  
De mis vecinas casadas,  
No estar mejor empleadas,  
Pues yo tan dichosa fui;  
Sino el mirar ¡ay de mí!  
Que tan venturosas son  
En esta mesma ocasion  
De mis ausentes sentidos,  
Que han llegado sus maridos,  
Y que no llega mi Anton.

BARTOLA. (Canta dentro.)

*Estábase la aldeana  
A la puerta de su aldea,  
Viendo venir por la tarde  
Los zagales de las eras.*

PASCUALA.

Bartola es esta que canta,  
Y parece que la letra  
Que con mi tristeza dice;  
Escuchalla quiero atenta.

BARTOLA. (Canta dentro.)

*Cargados los altos carros  
De espigas doradas llevan,  
Y á sus rústicos cantares  
Van ayudando las ruedas.  
El zagal de Inés venia,  
El de Casilda y Lorenza.  
Como son vecinas suyas,  
Crece su envidia y su pena.*

PASCUALA.

Con lágrimas ha de ser  
La creciente. ¡Qué discreta  
Y qué enamorada copla  
Y suspension de mi ausencia!

BARTOLA. (Canta dentro.)

*En esta imaginacion  
Salieron luna y estrellas  
A ver tan léjos del alba  
La suya llorando perlas.  
Cuando vió que ya tardian  
La campana de la queda  
A recoger los zagales,  
Dijo, mirando á la puerta:  
«Toca la queda, mi amor no viene;  
Algo tiene en el campo que le detiene.»*

PASCUALA.

No cantes, Bartola,  
Mas, si te parece,  
Necias profecias  
De mi amor ausente.  
Beja, si es posible,  
Si no es que es adrede,  
De darme pesares,  
Dándome placeres.  
Los primeros versos  
Que cantaste alegre  
Para divertirme,  
Y á mí me entretienen,  
A las ansias mías  
Tan medidos vienen,  
Que se vistió el alma  
De ellos dulcemente;  
Mas cuando llegastes  
Por ofensa hacerme  
A mezclar en ellos  
Sospechas crueles,  
Que una alma adivina,  
Que un pecho padece,  
Que una ausente llora,  
Que una firme tiene,  
Toda la lisonja  
Que me hiciste pierdes;  
Que son con pensiones

Tiranas mercedes.  
Mas ¡ay! que sin duda  
Puede ser que fuesen  
Avisos que al alma  
De mi ausente vienen;  
Que cuando al aldea  
Todos los ausentes  
Zagales casados  
De las eras vuelven,  
Y él solo se tarda,  
Y ocasiona, ausente,  
Que al salir la luna  
La suya le espere,  
Algo tiene en el campo  
Que le detiene.

BARTOLA.

Tú vives, Pascuala,  
Presurosamente;  
Querer tan aprisa,  
A olvidar me huele.  
Véte mas despacio;  
Que luz que da siempre  
Tantas llamaradas,  
Apagar se quiere.  
Tambien Mengo es hombre,  
Y tambien no viene;  
En mis confianzas  
Tus prisas se enseñen.  
Bueno es que te mates  
Por cosas que tienen  
Remedio tan fácil.  
Como el de que esperes.  
Vive mas al uso,  
Ten frema, y entiende  
Que somos mentiras  
Hombres y mujeres.

PASCUALA.

¡Ay Bartola! aparta,  
Deja que me queje;  
Que amor que no es firme,  
Ni cela ni siente.  
Aunque Anton me olvide,  
Pretendo querelle,  
Con estos extremos,  
Desde aquí á la muerte.  
No juzgues por una  
Todas las mujeres.  
Pues ves que yo adoro,  
Como tú aborreces.  
Déjame que tema,  
Déjame que piense,  
Pues Mengo no asoma  
Y Anton no parece;  
Que algo tiene en el campo  
Que le detiene.

Salen EL PRINCIPE Y EL MAESTRE,  
DON GUTIERRE Y GUZMAN.

PRINCIPE.

Maestre, llegad á hablarla,  
Y decidla que me tiene  
Tan sin mí, que me ha obligado  
A que venga de esta suerte  
A ver sus hermosos ojos;  
Decid que amor no consiente  
En las esperanzas largas.

MAESTRE.

¡Notable lance!

PRINCIPE.

Maestre,  
Mirad que adoro á Pascuala.

MAESTRE.

Yo voy; vuestra alteza deje  
Su pretension á mi cargo.

Sale MENGO.

MENGO.

¡Pascuala!

PASCUALA.  
¡Mengo!  
MENGO.  
Ya viene  
Anton, que se ha detenido  
En recoger unos bueyes  
Y en her vesita á unas cabras,  
Que están rebosando leche.  
PASCUALA.  
¿No me pidieras allricias?  
MENGO.  
Dámelas tú, si quisieras.  
PASCUALA.  
Un cabezon te prometo  
Para el San Miguel que viene,  
Que no le tenga mejor  
Anton.  
MENGO.  
El cielo prospere,  
Pascuala hermosa, tu dicha.  
PRÍNCIPE. (Ap. al Maestre.)  
Maestre, el marido es ese.  
MAESTRE. (Ap. al Príncipe.)  
No es sino Mengo, el hermano.  
MENGO.  
¡Bartola!  
BARTOLA.  
¿Qué es lo que quieres?  
MENGO.  
Vamos á cenar, Bartola;  
Que vengo para comerme  
Todas las ollas de Egipto,  
Y al Cura.  
BARTOLA.  
Con hambre vienes.  
PRÍNCIPE.  
No esperes, Maestre, á mas.  
MAESTRE.  
Ya voy, Señor. Dilataba,  
Porque su Anton no viniese,  
El llegar.  
PRÍNCIPE.  
Llega; que estoy,  
De puro amante, impaciente.  
MAESTRE.  
Ya voy.  
GUZMAN. (Ap. al Maestre.)  
¿Qué dices, Señor?  
MAESTRE. (Ap. á Guzman.)  
Que estoy sin seso de verme  
A cuestras con este estorbo.  
PASCUALA.  
Bartola, mi Anton es este.—  
Dame los brazos, Anton. (Abrázale.)  
¡Ay de mi, cielos! ¿Quién eres?  
MAESTRE.  
Yo soy, que, con este traje,  
Vengo á adorarle y á verte;  
El Maestre soy.  
PASCUALA.  
Desvia.  
MAESTRE.  
Yo te adoro; tus desdenes  
No marchiten los abriles  
De mis esperanzas verdes.  
Tuyo soy.  
BARTOLA.  
¡Anton! Pascuala.  
PASCUALA.  
¡Perdida soy!  
BARTOLA.  
No te alteres;  
Que las mujeres se culpan  
Turbándose.

MAESTRE.  
En lance fuerte  
Llegó Anton; yo me retiro.  
Sale ANTON, vale á abrazar Pascuala,  
y detiénela.  
PASCUALA.  
¡Anton!  
ANTON.  
Pascuala, detente.  
PRÍNCIPE. (Ap. á don Gutierre.)  
Gutierre, el marido vino.  
PASCUALA.  
¿No me abrazas?  
ANTON.  
¿Qué hombre es este  
Que estaba contigo hablando?  
PASCUALA.  
Un labrador solamente,  
A quien por tí preguntaba;  
Que tambien dice que viene  
De las eras, y pensando  
Que eras tú, Anton, neciamente  
Los brazos le daba. Tanto  
Los deseos desvanecen  
A los amantes y engañan,  
Cuando firmemente quieren.  
ANTON.  
¡Labrador!  
PASCUALA.  
Pues ¿no le ves?—  
¡Labrador, Anton!  
ANTON.  
No huele  
Este á labrador. (Ap. Sospechas  
Villanas, guerras álevos  
De las paces del amor,  
No me rompáis las alegres  
Que goza el alma; que soy  
Marido.)  
PASCUALA.  
¿Qué te suspende?  
ANTON.  
Vamos, Pascuala, de aquí.  
PASCUALA.  
Vamos.  
ANTON. (Ap.)  
Sombras del oriente  
De mi honor y confianza,  
No me espantéis locamente;  
Que amor y honra tengo yo,  
Y cada cual por sí puede  
Hacer efetos mutables  
En quien menos alma tiene. (Vase.)  
PASCUALA.  
Sin mi voy; mal haya, amén,  
La venida del Maestre. (Vase.)  
PRÍNCIPE.  
En mala ocasion llegó  
El Anton.  
MAESTRE.  
¿Qué le parece  
A vuestra alteza que hagámos?  
PRÍNCIPE.  
Que, pues los músicos vienen,  
La llamemos, como al sol,  
A las dichosas paredes  
Que son oriente del suyo;  
Porque quiero de esta suerte,  
Antes de firme, enamoralla.  
MAESTRE.  
Bien dices.  
PRÍNCIPE.  
Vamos, Maestre.  
(Vase.)

Salen ANTON y PASCUALA, en casa.  
PASCUALA.  
Mi bien, mi esposo, mi Anton,  
Vos, que mi amor conocéis,  
Mis pensamientos sabéis,  
Pues tenéis mi corazon;  
Preguntalde en ocasion  
Que podais estar sin mí,  
Si es posible, amando así,  
Si no sois vos, Anton mio,  
Mas dueño de mi albedrio  
Que yo, que con él naci.  
Desde que tuve experiencias  
De amaros, bien sabe Dios  
Que no he quitado de vos  
Ni sentidos ni potencias;  
Que, en presencias y en ausencias,  
Os quiero tan igualmente,  
Que cuando estáis de mí ausente,  
Tanto en vos estoy sin mí,  
Que estáis mas presente aquí  
Que si estuvierais presente.  
Parece que dijo el cielo,  
Cuando al darne se señala,  
Sea para Anton Pascuala  
En teniendo mortal velo;  
Que antes que viniese al suelo,  
Para vos me formó Dios,  
Poniendo un alma en los dos,  
Con tanto amor, tanta fe,  
Que solamente podré  
Querer á Dios mas que á vos.  
ANTON.  
Pascuala, ¿con qué ocasion  
De satisfacciones tantas  
Hoy conmigo te has valido  
Mas que otras veces, Pascuala?  
¿He menester yo de tí  
Que con tantas muestras y ansias,  
Con desconfianzas tuyas,  
Pascuala, me satisfagas?  
He menester que de nuevo  
Las obras de tus palabras  
Lo que te debo me enseñen,  
Y digan lo que me pagas?  
¿No sé yo quién eres tú  
Y de la suerte que tratas,  
En mi presencia y ausencia,  
La vida de Anton y el alma,  
Y que es tu amor el mayor  
Que, despues que tiene aljabas,  
Arco, flecha, vanda y plumas,  
Ha visto el nieta del : gua?  
Por vida tuya y por vida  
De tu beldad soberana,  
Que me tienes ofendido  
De verte desconfiada.  
Yo he estado necio contigo;  
El cuidado de la parva  
Tan divertido me tiene,  
Hasta que se encierre en casa  
Todo aquel trigo, que estoy  
Sin mí, y contigo, Pascuala,  
Usando mil groserías.  
Dame esos brazos, y guarda  
Esas lágrimas hermosas  
Para que las beba el alba.  
Cenemos, por vida tuya;  
Que Bartola y Mengo tratan  
De dormir, y no es razon  
Que les envidiemos nada.  
PASCUALA.  
Todo está, Anton, prevenido;  
Siéntate, Anton de mi alma,  
En esta silla, entre tanto  
Que te pone tú Pascuala  
La mesa, que á fe que puede  
La nieve menos pisada  
Excusar la competencia  
Con los manteles; al arca

Vienen oliendo, por vida  
Tuya; que en la ropa blanca  
Arrojé un mayo de rosas  
La primavera pasada.  
Huele, huele.

ANTON.

A ti me huelen;  
Que de tu boca retratan,  
Para el campo y para el día,  
Olor el abril y el ámbar.  
De ti aprendieron las rosas  
A competir con él nácar.

PASCUALA.

Este es el pan y el cuchillo  
Y el salero...

ANTON.

Saca, saca

La olla.

PASCUALA.

Ya voy por ella;  
Que á fe que está sazónada  
Lindamente; que la eché,  
Con la salpresa de vaca,  
Un ganso y una paloma  
Y una lonja jaspeada  
De tocino de la sierra,  
Que puede comerla el Papa.  
¡Oh, cómo saltan, Anton,  
Los garbanzos!

ANTON.

No se iguala

Con esta dicha otra alguna.

PASCUALA.

Mientras que con la cuchara  
Gobierno las escudillas,  
Corta pan.

ANTON.

¿Qué rey alcanza

Esta quietud, esta paz,  
Para el cuerpo y para el alma?  
O no hay verdad en la tierra,  
O sola es verdad Pascuala.

(Comienza Anton á cortar pan, y Pascuala á sacar la olla, y cantan dentro, y suspéndese Anton á medio cortar.)

MÚSICOS.

La Luna de la Sierra  
Linda es y morena.

PASCUALA.

¿No cortas el pan, Anton?  
Mira que tengo sacada  
La olla, y voy á sentarme  
Contigo á cenar.

ANTON.

¿Qué cantan,

Pascuala, en la calle?

PASCUALA.

Apenas

Les entendí una palabra.  
Zagales deben de ser,  
Que tomando el fresco se andan  
Por el lugar.

ANTON.

Imagino  
Que á cantar vuelven. Aguarda.

MÚSICOS. (Cantan.)

La Luna de la Sierra  
Linda es y morena.

ANTON.

A ti, Pascuala, parece  
La canción.

PASCUALA.

A las zagalas

Del lugar siempre les hacen  
Coplas los mozos que cantan,  
Y ya sabes que ninguna,

Anton, de aquesto se escapa.—  
Cena, cea.

ANTON.

Bien podrian  
Perdonar á las casadas:  
Que ya sé que á las doncellas  
Les hacen versos y enraman  
Las puertas.

PASCUALA.

Tienes razón,  
Y ellos mas, si lo excusaran;  
Mas la libertad soltera  
Incorre en mayores faltas.  
Cena y déjalos; que ya  
Han pasado; ¡Malas pascuas  
Y mal San Juan les dé Dios!

ANTON.

Amén, amén.

PASCUALA.

A Dios gracias,  
Que con tu cara no puede  
Competir el sol.

ANTON.

Cenemos.  
Pascuala,

(Vuelven á cantar.)

PASCUALA. (Ap.)

Mal baya, amén,  
El Maestro; á Calatrava  
Muerto esta noche le lleven  
Antes que amanezca el alba.

MÚSICOS.

Luna, que reluces.

Toda la noche me alumbres.

ANTON.

¡Otra-luna! Vive Dios,

Que tanta luna me cansa.

PASCUALA.

Cena, Anton, por vida tuya.

ANTON.

No quiero cenar, Pascuala.

PASCUALA.

¡He de pagar, Anton, yo  
El enfado que te causan  
Esos villanos?

ANTON.

No sé.  
Pascuala, de cenar trata;  
Que yo cenaré despues.

PASCUALA.

Yo he nacido desdichada.

ANTON.

Esos no son labradores,  
No son guitarras serranas  
Estas, ni aldeanos versos  
Aquellos; sombras me espantan  
Aqui.

PASCUALA.

¡Loca estoy! ¿Qué haré?  
¿Llamaré á Mengo?

ANTON.

No; basta  
El desvelo del honor,  
Que mas adelante pasa.  
¡Oh pese á mí! ¡Tanta luna  
Sobre mí honra! ¡Mal haya  
El hombre que con mujer  
De nombre famoso casa.

PASCUALA.

Anton, vuelve en ti; pues eres  
Cuerdo, repórtate, aguarda;  
Que ya que tienes de mí  
Satisfacciones tan altas,  
No es justo, Anton, te moleste  
Lo que por la calle pasa.

ANTON.

Dices bien, tienes razón.

Loco de cólera estaba  
De ver que, sabiendo todos  
Los bríos que tengo, no hayan  
Mas, Pascuala, esos mancebos  
Respetado nuestra casa.  
Novedad me ha parecido;  
Mas la mocedad gallarda  
Les disculpa.

PASCUALA.

A cenar vuelvo.

ANTON.

Norabuena.

PASCUALA.

Y noramala

Para quien, contra mi gusto,  
Los gustos me sobresalta.  
(Ap. Prudente y cuerdo anda Anton.)

ANTON.

No comes, Pascuala, nada,  
Y está como de tu mano  
La olla.

PASCUALA.

Todo te haga  
Muy buen provecho; que á mí  
Me sustenta...

(Dan con una piedra en la ventana.)

ANTON.

¿Fué pedrada?

PASCUALA.

No sé, Anton; mas me parece  
Antojo.

ANTON.

Antojo, Pascuala,  
Debió de ser. Yo no cené  
Mas; perdóname y levanta  
La mesa en cenando tú.

PASCUALA. (Ap.)

Toda esta noche es borrasca,  
Cielos, ¿en qué os ofendi,  
Que desta suerte me agravia  
Vuestro rigor?

ANTON. (Ap.)

Piedras tiran,  
Anton, los que os amenazan  
En el honor; si es de vidrio,  
Haceros gran daño aguardan.  
¡Que estos daños me sucedan  
Por Pascuala! Mas Pascuala  
Me tiene amor, y aunque tiene  
Tan poca edad, tiene canas  
En la cordura; mas es  
Hermosa y solicitada  
De algun señor de la corte,  
Que trajo, por mi desgracia,  
La Católica Isabel  
A Adamuz; que siempre pasa  
Por aquí desde Castilla;  
Puede ser. Sospechas, basta;  
Que me matais.

PASCUALA.

Anton mio,  
¿Qué suerte ha sido, contraria,  
La que nuestras paces rompe,  
La que nuestros gustos agua?

ANTON.

Pascuala, yo estoy sin él;  
Déjame agora.

PASCUALA.

¿Qué extrañas

Desdichas!

ANTON.

Esto ha de ser.

PASCUALA.

¿Dónde vas, Anton?

ANTON.

Pascuala,  
Luego doy la vuelta.

PASCUALA.  
Espera,  
Oye, escúchame.  
ANTON.  
;Mal haya  
El hombre que con mujer  
De mucha hermosura casa! (Vase.)  
PASCUALA.  
Al aposento de Mengo  
Camina, y ya entró.—; Oh villana  
Bartola!—; Fiero Maestro!  
Ruego al cielo que una lanza  
Te parta la cruz del pecho  
En la vega de Granada.  
; Nunca las desdichas mías  
Con Isabel se encontraran!  
; Nunca...

Sale BARTOLA.

BARTOLA.  
; Pascuala!  
PASCUALA.  
Bartola,  
; Qué hay?  
BARTOLA.  
A Mengo de la cama  
Le sacó Anton, y le está  
Armando; no sé la causa.  
PASCUALA.  
Tú lo has sido.

BARTOLA.  
; Yo?  
PASCUALA.  
Tú, siendo  
Como las demás cuñadas.

BARTOLA.  
; Dónde vas?  
PASCUALA.  
Si me siguieras  
Con menos alevos plantas,  
Verás el valor que encierran  
Estos años.

BARTOLA.  
La Serrana  
De la Vera, en el que muestras,  
No te excede ni te iguala.  
Hija de un rayó parcos;  
Que á la mujer que se escapa  
De cien eslabones de oro,  
No puede vencerla nada.  
(Vase.)

Salen EL PRÍNCIPE, EL MAESTRE,  
DON GUTIERRE y GUZMAN, con  
ferreruelos de labradores, y músicos,  
cantando, y EL ALCALDE GIL DEL  
RABANO con ellos.

músicos. (Cantan.)

En los olivares de junto á Osuna  
Púsoseme el Sol, salíome la Luna.

PRÍNCIPE.

A mí se me ha puesto el sol,  
Y la luna que esperaba  
No quiere salir tampoco.

DON GUTIERRE.

A estas horas gozarla  
Su dichoso Endimion.

PRÍNCIPE.

Pese al villano, que tanta  
Dicha ha de tener.—Volved  
A cantar, y hacelle rajás  
Esa ventana con piedras.

MAESTRE. (Ap.)

Vino á espantarnos la caza  
El Príncipe solamente.

PRÍNCIPE.  
La postrera letra vaya.  
músicos. (Cantan.)  
En los olivares de junto á Osuna, etc.

PRÍNCIPE.

La puerta han abierto ahora,  
En lugar de la ventana,  
Y dos hombres han salido.

MAESTRE.

Será Anton, de camarada  
Con su cuñadillo Mengo;  
Que se pica de la ampa  
El villanchon.

Salen ANTON, embuzado, con capa y  
espada, y MENGO, armado á lo gra-  
cioso.

PRÍNCIPE.

Sali, Alcalde,  
Y despejadlos.

GIL.

; Qué manda  
Su alteza? Que no he entendido,  
Con todas mis alcaldadas,  
Este modo de her justicia.

MAESTRE.

Despejar es hacer plaza,  
Que es echar á Anton de aquí.

GIL.

Habrara para mañana.  
Allá vò, como un hereje.  
; Miren de qué suerte habran  
Los principes! Finco á Dios,  
Que son gente endimoiada.

MENGO.

Pienso que á guardar me llevas  
Un molimiento.

ANTON.

Si guardas  
El de mi honor, Mengo, no es  
El de menos importancia.

MENGO.

; Qué orden me das?

ANTON.

La que vieres  
Ejecutar á mi espada.

MENGO.

; Sabes tú que tengo yo  
Pergeño para estas danzas?

ANTON.

A pocos, oyendo el son  
De los aceros, les falta.

MENGO.

Yo soy, Antón, uno de ellos.

ANTON.

Esta es gente cortesana...  
; Vive Dios! Las sombras fueron  
Verdades, y no fantasmas.

MENGO.

Un hombre como una torre,  
Del un lado, y á esta banda  
Otros dos ó tres ó ciento,  
Que vienen con buena gracia  
Remedando la justicia.

ANTON.

; Es el Alcalde?

GIL.

Lo que he dicho para serlo,  
Y ver dos palmos de vara  
Alcololando la luna?

Salen PASCUALA y BARTOLA, em-  
buzadas, con sombreros, capa y es-  
pada.

PRÍNCIPE.

Otros dos vienen de guarda.

MAESTRE.

Serán amigos de Anton.

GIL.

No hay que replicar palabra;  
Despiojar es lo que importa.

ANTON.

; Vos venis haciendo espaldas,  
Alcalde, á los que pretenden  
Desacreditar mi casa?  
Vive Dios, que á vos y á ellos...

GIL.

No hay que replicar palabra;  
Despiojar es lo que importa.

MENGO.

Anton, el Alcalde rabia  
Porque á espulgar nos entremos.

PASCUALA.

Hoy me verás, si Anton saea  
La espada, hacer maravillas,  
Bartola.

BARTOLA.

Buen humor gastas  
Para mí, que, aunque esté Mengo  
Sin tripas y sin entrañas,  
Her no tengo cosa alguna.

ANTON.

Antes que de aquí me parta  
He de conocer, Alcalde,  
La gente que os acompaña.

GIL.

Si pensáis her resistencia,  
Os saldrá, Anton, á la cara;  
Que hay mas de lo que pensáis  
Allí.

ANTON.

Por la misma causa  
Lo he de hacer, si, pese al mundo.  
(Mete mano.)

GIL.

Tené, no saqueis la espada.

ANTON.

Mengo, ahora es tiempo.

MENGO.

Ahora  
Se me han caido las bragas;  
; Notable desgracia ha sido!

MAESTRE.

Entrémonos, si tú mandas;  
Que no es bien aventurarte  
Entre esta gente villana;  
Y déjame á mí con ellos,  
Verás cómo á cuchilladas  
No dejo hombre en el aldea.

PRÍNCIPE.

No me aconsejéis que haga  
Lo que no hicierais, Maestro,  
Viendo empuñar las espadas;  
Que los hombres como yo  
No han de volver las espaldas.

PASCUALA.

Esta es ocasion, Bartola,  
Para una gloriosa hazaña.

ANTON.

Vive Dios, que á todos juntos  
Os haga pedazos.

PRÍNCIPE.

Basta,  
Villano; no mas, detente.

ANTON.  
Parece que esas palabras  
Han puesto respeto en mí.

GIL.  
El Príncipe es. ¡Noramala  
Para vos y para Mengo!

ANTON.  
Señor, ¿vuestra alteza estaba  
En este rústico traje?  
¿Una deidad soberana  
Humanais con esa jerga?

PRÍNCIPE.  
Desaciertos de la caza  
Me derrotaron, Anton,  
Con Fernan Gomez de Lara,  
El Maestro, á vuestra aldea,  
Y en este traje gustaba  
Rondar y tomar el fresco.  
Esta noche en vuestra casa  
He de pasarla, y despues  
Volver á Adamuz al alba.

ANTON.  
Señor, mi casa es estrecha  
Para grandeza tan alta;  
La del Alcalde y el Cura  
Y escribano son mas anchas.  
Si no excede mis deseos,  
Vuestra alteza podrá honrallas;  
Que la mia es corta esfera  
A luces tan soberanas.

PRÍNCIPE.  
El cielo, Anton, de tu Luna  
Ser no puede esfera escasa  
Ni aun para el sol.

ANTON.  
Vos lo sois  
Del cielo hermoso de España.  
(Ap. ¡Maldiga el cielo esta Luna,  
Sú hermosura y mi desgracia!)

PRÍNCIPE.  
Entrad.  
ANTON. (Ap.)  
¿Qué es aquesto, cielos?

MAESTRE. (Ap. á Guzman.)  
Guzman, el Príncipe trata  
De darme muerte.

PASCUALA.  
¡Ay Bartola!  
Mas desdichas me amenazan.

PRÍNCIPE.  
Vamos.

GIL.  
El Príncipe quiere  
Tambien cebarse en Pascuala.  
¡De buena me escapó Dios!

MENGO.  
Mucho me huele mi hermana  
A princesa de alquimia,  
Que despues nos saldrá falsa.

BARTOLA.  
Tambien puede ser que sea  
Maestra de Calatrava.

MENGO.  
Guarde Dios mi pertinencia.

ANTON.  
Loco voy. ¡Cielos, mal haya  
El hombre que con mujer  
De mucha hermosura casa!

## JORNADA TERCERA.

Salen EL PRÍNCIPE DON JUAN, de  
camino; EL MAESTRE, DON GU-  
TIERRE, GUZMAN, ANTON Y PAS-  
CUALA.

PRÍNCIPE.  
¿Pascuala?  
PASCUALA.  
¿Señor?  
ANTON. (Ap.)  
Si ya  
Acabase de irse, cielos,  
Tanta ocasion de mis celos...

PASCUALA. (Ap.)  
Anton en brasas está.  
PRÍNCIPE.  
Pues hasta salir el sol,  
Y la vuelta del lugar,  
No hemos podido gozar  
De vuestro hermoso arrebol,  
Pues como si hubiérais sido  
De otro hemisferio haceis,  
Y siendo Luna, os habeis  
Toda la noche escondido;  
Siquiera á la despedida  
De tan ingrato hospedaje,  
Para darnos buen viaje,  
Rayos á abril, cielo y vida,  
Alzad, Pascuala, los ojos.

PASCUALA.  
Mejor, Señor, van así;  
Que, como no están en mí,  
Sino en Anton, por despojos  
Los tengo en los piés de Anton;  
Y este es todo mi interés,  
Que son mis ojos sus piés,  
Y sus piés mis ojos son;  
Porque, para no ser míos  
Ni suyos en dulces calmas,  
Anton y yo con las almas  
Trocamos el albedrios,  
Porque el amor nos iguala  
Con una misma atencion;  
Que los míos son de Anton,  
Y los de Anton, de Pascuala;  
Y así, en lo que me mandais  
No es posible obedeceros,  
Si es fuerza que para veros  
A Anton mis ojos pidais.

PRÍNCIPE.  
¿Qué notable villaneja!  
MAESTRE.  
Con su belleza tambien  
De un parto nació el desden.  
DON GUTIERRE.  
Un momento no la deja  
Del lado el patan.

PRÍNCIPE.  
No he visto  
Villano mas malicioso.  
MAESTRE.  
Por eso mismo es celoso.

PRÍNCIPE.  
Gutierre, un mármol conquisto,  
Su dureza podrá usar  
Un yunque. Luego, el villano  
Siempre al lado, ha sido en vano  
Poder á Pascuala hablar,  
Y ha de ser.

DON GUTIERRE.  
Decid...

MAESTRE.  
Llamallo,

Aunque esté mas advertido,  
Llevándole entretenido  
Hasta ponerse á caballo;  
Que entre tanto yo podré  
Hablar á Pascuala.

PRÍNCIPE.  
A todo  
Por Pascuala me acomodo;  
¿Cuándo vencida veré  
Mi amorosa pretension?  
MAESTRE.  
Presto, si puedo.—Ya es tarde;  
Pascuala, adios.

PASCUALA.  
Dios os guarde.  
PRÍNCIPE.  
Quedáos vos conmigo, Anton.

ANTON.  
¿Señor?  
PRÍNCIPE.  
Decid...

ANTON.  
¿Qué mandais?  
PRÍNCIPE.  
Pasá adelante.

ANTON.  
Ya voy,  
Aunque con el alma estoy  
En Pascuala.

PRÍNCIPE.  
Pues pisais  
Estos montes cada dia,  
¿Dónde hay mas caza?

ANTON.  
Señor,  
Si buscáis caza mayor  
De la que esta tierra cria,  
No podeis matarla aquí,  
Porque no aguarda el ojeo  
Jamás de ningún deseo;  
Aunque allá en los bosques, sí,  
De la corte, porque están  
Mas fáciles á la mano.

PRÍNCIPE. (Ap.)  
¿Qué entendido es el villano!  
MAESTRE. (Ap.)  
¿Qué malicioso patan!

PRÍNCIPE.  
Adios, Pascuala.  
ANTON. (Ap.)  
¿Otra vez?

PASCUALA.  
A la Reina, mi señora,  
Beso los piés.  
PRÍNCIPE.  
En buen hora.  
(Ap. No vi mas dulce esquivéz.)

ANTON.  
Mirad que es muy tarde ya,  
Y podrá el sol ofenderos.

PRÍNCIPE.  
Mas me abrasan los luceros  
Que se me ponen.

Salen el alcalde GIL DEL RÁBANO.

GIL.  
Ya está  
El camino despiojando,  
Y que entra el sol advertid.

PRÍNCIPE.  
Vamos, Alcalde.—Venid,  
Anton, que voy procurando  
El informarme de vos,  
Como plático en la tierra,

De la mas caza que encierra.—  
¿ Pascuala?

ANTON. (Ap.)

¿ Otra vez?

PRÍNCIPE.

Adios.

PASCUALA.

Lléveos Dios con bien.

GIL. (Ap.)

Yo digo

Que el Príncipe es lindo gallo.

PRÍNCIPE.

Hasta ponerme á caballo  
Quiero que vengais conmigo.

ANTON.

Ya os voy sirviendo.

PRÍNCIPE.

Y yo voy

Sin mí.

GIL.

Praza.

(Vanse todos, menos Pascuala y el  
Maestre.)

PASCUALA.

Ya se han ido,

Gracias á Dios.

MAESTRE. (Ap.)

Sin sentido

De ver al Príncipe estoy,  
De Pascuala enamorado;  
Pero perdone el respeto,  
Que amor es ciego.

PASCUALA.

¿ A qué efeto

El Maestre se ha quedado?

MAESTRE.

A adorarte y persuadirte  
Lo que me debes, Pascuala;  
A mi amor ninguno iguala.  
Pues no eres roca ni sirte,  
Sino mujer, y á tus piés  
Tienes un hombre rendido,  
Que tanto alarbe ha vencido,  
Mas dura á mi amor no estás;  
El Príncipe es niño, al fin,  
Y sin sentido pretende  
Tus favores, que no entiende  
De amor el principio y fin;  
Yo con el alma te adoro,  
Y sabré darte, Pascuala,  
Aunque á tu beldad no iguala,  
Por ser poco, un monte de oro;  
Llevaréte á Calatrava,  
Donde te verás servida  
Como la Reina, por vida  
De tus dos soles; aljaba  
De las flechas de los cielos  
Y de los rayos de amor,  
Truena un rudo labrador,  
Que te está matando á celos,  
Por un maestre.

PASCUALA.

Maestre,

Mas estimo para mí  
Aquel labrador, que á ti  
Te parece tan silvestre;  
Mas estimo aquel sayal  
Que cubre como corteza  
En aquella rustiqueza  
Un alma á ninguna igual,  
Mirándole satisfecho  
Del firme amor que en mí alaba,  
Que la cruz de Calatrava  
Que te está abrasando el pecho.  
Mejor Anton me parece  
Con la montera y el sayo  
Abigarrado, que el mayo  
Cuando galan amaneca

A los campos andaluces;  
Mas el disanto me agrada  
Su polaina respunteada,  
Mas salir entre dos luces  
Al campo con su gaban  
Y la espada me enamora,  
Que lo puede estar la aurora  
Viendo al sol menos galan;  
Mejor me suena al oído  
Su voz, viéndole llegar

A Anton del campo al lugar,  
Oliendo á trébol florido,  
A lentisco y á romero,  
Que la música mejor,  
Ni del ámbar el olor  
Cortésano y lisonjero;  
Y aunque tan tonto y silvestre  
Anton te parezca á ti,  
Es mayo, es sol para mí,  
Príncipe, rey y maestre;  
Su amor, sus celos adoro,  
Que es de mis ojos Narciso  
Mi Anton, y en esto que piso  
No estimo tus montes de oro.  
Bien puede en esta ocasion  
Tu tema desengañarte;  
Que no volviera á mirarte  
Si te volvieras Anton.

MAESTRE.

Eres rústica en efeto.

PASCUALA.

Quiero bien.

MAESTRE.

Eliges mal.

PASCUALA.

Anton, Maestre, es mi igual.

MAESTRE.

A tus desdenes sujeto,  
Un disparate he de hacer,  
Porque estoy loco.

PASCUALA.

Arre allá;

No os llegueis tanto, y mirá  
Que, agraviada, soy mujer,  
Y aunque me veis con tan poca  
Edad, sabré hacer con vos,  
Maestre, que...

MAESTRE.

¡Vive Dios,

Que en el ámbar de tu boca  
Mis labios he de sellarte!

PASCUALA.

Ya veréis cuál es mas fuerte.

MAESTRE.

¿ De qué modo?

PASCUALA.

Destá suerte;

Que soy Luna, si eres Marte.

(Sácale la espada.)

Sale ANTON.

ANTON.

Maestre, el Príncipe...; mas  
¿Qué es esto?

MAESTRE.

Son bizarrías

De Pascuala.

ANTON.

Y dichas mías,

Que no he de olvidar jamás;  
Que hallar con espada así  
Á Pascuala, me señala  
Que está volviendo Pascuala  
Por el honor que le di;  
Y veros á vos sin ella,  
Maestre, es tambien señal  
De que está con armas mal

Quien honra ajena atropella;  
Que, como os habeis quedado  
A deshoras con mi honor,  
De su justicia el rigor  
Las armas os ha quitado;  
Que á quien quedarse procura,  
Así es bien que le suceda,  
Pues no hay despues de la queda  
Ninguna espada segura.

PASCUALA.

No puedes estar ausente  
Donde estoy presente, Anton.

ANTON.

En esa satisfaccion,  
Ausente yo, estoy presente;  
Dame, Pascuala, la espada.

PASCUALA.

Toma.

ANTON.

Y vos, señor Maestre,  
Antes que roja se muestre  
De vergüenza, no manchada  
En la sangre granadina,  
Mirándose en el poder  
De una atrevida mujer  
Que á guardar su honor se inclina,  
Volvedla á honrar en el vuestro  
Con valor á Marte igual,  
Pues es su acero inmortal  
Amparo y escudo nuestro;  
No piense el moro andaluz  
Que libre de vos se ve;  
Que parece mal que esté  
Esa cruz sin esta cruz.  
Perdonad la mano necia  
Que toca, siendo villano,  
Acero que en vuestra mano  
Los rayos del sol desprecia,  
Y á Pascuala perdonad;  
Que bien merecen perdon  
Atrevimientos que son  
Hijos de tan tierna edad.  
Volvedla á ceñir, segundo  
Cid, de quien sois satisfecho,  
Aunque con la cruz del pecho  
Podeis dar espanto al mundo;  
Y pues con mano no escasa  
Hacernos merced podeis,  
Os suplico que olvideis  
Vos y el Príncipe esta casa,  
Si pagarme deseais  
Haber vuestro huésped sido;  
Que dirán que por marido  
De hermosa mujer me honrais;  
Que es la aldeana simpleza  
Tan maliciosa y tan mala,  
Que la luna de Pascuala  
Me pondrán en la cabeza.

MAESTRE.

Anton, el Príncipe y yo  
Os deseamos honrar.

ANTON.

Menos no es justo esperar  
De los dos, pues tanto os dió  
El cielo que repartir  
A los demás, que nacimos  
Humildes, y dar pudimos  
Lo que hemos de recibir;  
Pues de unos mismos primeros  
Padres, por diversos modos,  
Maestre, venimos todos,  
Villanos y caballeros;  
Que solamente el poder  
Nos pudo diferenciar,  
Y quien honra sabe dar,  
Mayor la viene á tener;  
Que averiguado está ya  
Que cuando tanto conviene,  
Quien la quita, no la tiene,  
Y quien la tiene, la da.

MAESTRE. (Ap.)  
Perdiendo estoy el sentido;  
No he visto mayor valor  
En mujer ni en labrador.

ANTON.

Mirad que el Príncipe es ido.

MAESTRE.

¡Qué invencible resistencia!  
Qué celos tan cuerdos!

Sale DON GUTIERRE.

DON GUTIERRE.

Ya,

Maestre, esperando está  
El Príncipe a vuecelencia.

MAESTRE.

Vamos, don Gutierre.

DON GUTIERRE.

¿Cómo

Con la serraneja os fué?

MAESTRE.

Es un peñasco; no ve  
Diamante el sol, en el plomo  
De aquel sayal engarzado,  
Mas hermoso ni mas duro,  
Y yo voy menos seguro,  
Mas loco y mas abrasado.

(Vanse los dos.)

ANTON.

¿Fuése en efeto?

PASCUALA.

Allá vayas

Y no tornes, ruego á Dios.

ANTON.

Pascuala, tú y yo á otros dos;  
Que parece que te ensayas,  
Con el acero en la mano,  
Para serrana amazona.

PASCUALA.

Como estimo tu persona  
Y mi honor, Anton, en vano  
Todo el rigor de los cielos  
Puede venir contra mí.

ANTON.

Ya en el puerto calmar ví  
La tormenta de mis celos.

Sale BARTOLA, huyendo, y MENGÓ,  
detrás de ella, con una tranca en la  
mano.

MENGÓ.

Bartola, espérate, pues  
Que presto hiciste negocio.

ANTON.

¿Qué es esto, Bartola? ¿Es ocio  
De estar holgando?

MENGÓ.

No es

Sino el mismo Barrabás,  
Que tengo en el corazón.  
Dejadme llegar, Anton,  
Con esta tranca no mas.

BARTOLA.

Tenedle, cuñado.

ANTON.

Mengó,

Ved que estoy por medio yo.

MENGÓ.

No os espante, Anton; que só  
Marido y quillotros tengo.

PASCUALA.

¿Qué son quillotros?

MENGÓ.

Diabros;

Que este nombre les conviene.

BARTOLA.

Bien se ve, Anton, que los tiene,  
Pues usa de esos vocabros.

MENGÓ.

Si los debo de tener,  
Dejádmela espachurrar.

ANTON.

¿Por qué la quereis matar?

MENGÓ.

No mas de porque es mujer,  
Que basta para delito.

BARTOLA.

Malos años para vos.

PASCUALA.

Sin sentido estáis los dos.

MENGÓ.

Y yo mas, pues no le quito  
La luenga.

BARTOLA.

La luenga á mí,

Siendo mujer, no podrés;  
Antes los ojos.

MENGÓ.

Dempues

Lo veréis; cuando de aquí  
Pascuala y Anton se vayan  
Yo os asentará la mano.

BARTOLA.

Gil del Rábano es mi hermano,  
Y es alcalde; cuando os trayan  
Vuestras cóleras á tanto,  
Que me queráis maltratar,  
Él os sabrá enquillotrar.

MENGÓ.

De nada de eso me espanto.  
Ya le sabré apostar yo

Las cuentas. Mas no ha podido;  
Que, siendo vuestro marido,  
Só mas que alcalde.

BARTOLA.

Eso no;

Que el Alcalde, á toda ley,  
Es sobre todo.

MENGÓ.

Mentís;

Que no es sobre mí.

BARTOLA.

Argois

Mal; que el Alcalde es el rey.

MENGÓ.

Ni aun su zapato.

BARTOLA.

¿El Alcalde

Su zapato?

MENGÓ.

Del Rey sí,

Y puede serlo el Sofí.

BARTOLA.

No os han de salir en balde,  
Mengó, tantas herejías  
Como contra el Rey habrais.

MENGÓ.

Yo os haré que no gruñáis.

BARTOLA.

No en mis dias.

MENGÓ.

Si en mis dias.

PASCUALA.

¿Hay tan graciosas porfias?

ANTON.

Mengó, demasiado andais.

MENGÓ.

Dejadme.

BARTOLA.

¿Qué percuráis?

MENGÓ.

Enviudar hoy.

BARTOLA.

No en mis dias.

MENGÓ.

En los míos ha de ser,  
Si puedo.—Dejadme, Anton;  
Veréisme de un coscorron  
Soldemente, sin mujer.

BARTOLA.

Primero yo sin marido,  
Y oiga Dios mis oraciones.

ANTON.

Segun todas las razones,  
Celos parece que han sido;  
Yo pretendo averiguallo.

MENGÓ.

¿Gruñís?

BARTOLA.

Sí; ¿qué me querédes?

MENGÓ.

Íránse pues los güespédes,  
Y comerémos el gallo.

BARTOLA.

El gallo que heis de comer,  
Mengó, no pienso ser yo.

MENGÓ.

¿Habrais?

BARTOLA.

¿Quién me lo quitó?

Yo he de hablar hasta caer.

PASCUALA.

Basta, Bartola; que estáis  
Con Mengó demasiada.

BARTOLA.

Sós su hermana y mi cuñada;  
Y así, en su favor habrais.

PASCUALA.

Bartola, de la razon  
Siempre mas pariente he sido;  
Quien no estima su marido  
No hace de sí estimacion.

ANTON.

Tambien, Pascuala, anda Mengó  
Extremado con Bartola;  
Que poner una vez sola  
Manos en su mujer, tengo  
Por acertado el marido  
Cuando averiguó su ofensa,  
Y no cada vez que piensa  
Lo que él quiere que haya sido.

MENGÓ.

Si vos le hubierais hallado,  
Decidme, en una ocasion  
A vuestra mujer, Anton,  
Lo que no le hubierais dado,  
Y mas cuando es tan costosa  
Prenda como esta cadena,  
¿Qué hicierais? Juzgá en la ajena  
Vuestra causa.

ANTON. (Ap.)

No reposa

El pensamiento un instante  
Desde el temor al recelo.

¿Qué cadena es esta, cielo?

Bartola no tiene amante

Que la pueda dar presea

Que tenga tanto valor,

Porque no mereció amor

Mujer necia, sobre fea.

Tercera debe de ser

De la que el alma me abrasa;

Que no sirve en una casa  
De otra cosa una mujer,

PASCUALA.

¿Sobre qué, Bartola, ha sido  
Esa pendencia?

BARTOLA.

No sé;

Pienso que me descaudé,  
Y que ha dado mi marido,  
Pascuala, con la cadena  
Que me dió; triste de mí!  
El Maestro para ti.

PASCUALA.

Pague, Bartola, esa pena  
La culpa de haber osado  
Recibilla tú primero.

BARTOLA.

Obligóme el caballero.

ANTON.

¿No le habeis, Mengo, sacado  
Quién se la dió?

MENGO.

No he tenido

Frema para tanto yo;  
Demás, que ¿quién preguntó  
A mujer, siendo marido,  
Cosa con que contestase  
Verdad?

ANTON.

Pues eso es así,  
Dejadme con ella á mí,  
Que podrá ser que alcanzase  
Mas que vos con ella yo;  
Y fiad de mí que os diga  
La verdad.

MENGO.

Eso me obliga.

ANTON.

Dadme esa cadena.

MENGO.

Hoy dió

Bartola fin si me ha sido  
Traidora; tomad, Anton.

ANTON.

¿En qué nueva confusion  
Vuelvo á poner el sentido!  
¿Ah cadena, vil prision  
De las honras! Ah cadena,  
Muda de metal sirena,  
Que das sueño á la razon!  
Ah vibora disfrazada!  
Ah villano embajador,  
Que traes en oro al honor  
Veneno por embajada!  
Ah causa de tantos males,  
Bienes que tanto costais!  
Ah eslabones que sacais  
Fuego de los pedernales!  
Ah rayo de la opinion,  
Y ay oro, al fin lisonjero!  
¿Mal haya el hombre primero  
Que te dió la estimacion!

PASCUALA.

Mengo le dió la cadena,  
Y Anton, de color perdido,  
Con ella se ha suspendido;  
Apenas se da una pena  
Treguas á esotra. ¡Ay Bartola!  
Dios te lo perdone, amén.

BARTOLA.

Y yo; he negociado bien?

PASCUALA.

Tú has sido la causa sola  
De mi daño.

ANTON.

Cuerdo espero  
Destá manera poner  
El remedio; esto ha de ser.—

DD. C. DE L.-II.

Bartola, á solas te quiero  
Hablar.

PASCUALA.

La verdad te di;  
No le niegues nada á Anton,  
Pues le importa á mi opinion.

BARTOLA.

¿Ay desdichada de mí!  
¿Cómo le he de confesar  
Que tu alcabueta he querido  
Ser?

PASCUALA.

Di que engañada has sido.

ANTON.

Vénme entre tanto á ensillar,  
Mengo, la yegua; que quiero  
Llegar á Adamuz.

MENGO.

Ya voy.

ANTON.

¿Pascuala?

BARTOLA.

Tembrando estoy.

PASCUALA.

¿Qué mandas?

ANTON.

Porque no espero

Quizá esta noche volver,  
Echame para el camino  
Unas lonjas de tocino,  
Y magras, si puede ser;  
Unas nueces, queso y pan;  
Que al cuidado que sustento  
Bástale para alimento.

PASCUALA.

¿Dónde tus intentos van?

ANTON.

Tú sabrás despues el fin;  
Queda segura y quieta,  
Y sácame la escopeta;  
Que es Sierra-Morena al fin.

PASCUALA.

Váyase Mengo contigo.

ANTON.

¿O importa, Pascuala mía;  
Mejor voy sin compañía.—  
Bartola, vénteme conmigo;  
Que quiero hablarte primero,  
Como he dicho; no te alteres.

BARTOLA.

Mal conoces las mujeres;  
Desbucharte, Anton, espero  
Cuanto tengo en las entrañas,  
Sin que quede cosa acá.

ANTON.

Teméndolo el alma está.

PASCUALA.

En confusiones extrañas  
Me deja Anton.

ANTON.

¿Vil metal,

Hoy veréis, no estando loco  
Ni siendo César tampoco,  
En qué os estima el sayal!

(Vanse.)

Salen LA REINA DOÑA ISABEL, EL  
PRÍNCIPE Y EL MAESTRE.

DOÑA ISABEL.

Vos seais tan bien venido  
Como mi amor os desea;  
Que habeis hecho de una noche  
Un siglo con vuestra ausencia.  
¿Dónde la pasasteis, Juan?

PRÍNCIPE.

Señora, en aquea aldea

Donde casastes á Anton  
Y á Pascuala; que en su mesma  
Casa nós aposentamos  
El Maestro y yo.

DOÑA ISABEL.

¿Está buena

La serraneja?

PRÍNCIPE.

Notable

Y esquiva sobre manera,  
Despues de casada.

DOÑA ISABEL.

Anton

Será celoso; que es bella,  
Y se casó por amores.

MAESTRE.

Algo el villano se muestra  
Cuidadoso.

DOÑA ISABEL.

No me espanto;

Que de su naturaleza  
Lo llevan los de su sangre.

PRÍNCIPE.

Pidióme al partir que os diera  
Un recaudo de su parte.

DOÑA ISABEL.

¿Cómo os fué, Juan, en la sierra?

PRÍNCIPE.

Divertime con la caza  
Notablemente; la vuelta  
Muchas veces he de dar  
Por allá; que la tristeza  
Melancólica no tiene  
Otro antidoto.

MAESTRE. (Ap.)

¿Qué nuevas

Para Anton y para mí!

PRÍNCIPE.

Al Maestro le agradezca  
Vuestra majestad, Señora,  
Lo que debo á las finezas  
De darme gusto.

MAESTRE.

Yo soy

Esclavo de vuestra alteza,  
Y lo deseo mostrar  
En mayores experiencias.

DOÑA ISABEL.

El Maestro es Fernán Gomez  
De Lara, y de sus finezas  
Siempre me prometo, Juan,  
En la paz como en la guerra,  
Como de tan gran vasallo,  
Servicios que le parezcan.

MAESTRE.

Vuestra majestad, Señora,  
Me honra siempre, y su grandeza  
Mis deseos acredita

Y mis servicios alienta.

(Ap. Y este es el mejor que puedo

hacer contra mí, en ofensa

de mi amor. ¡Ay Luna hermosa,

Los peñascos de tu tierra,

Mas que parto de tus montes,

hijos son de tu dureza!

¿Qué abrasado que me envían

Los desdenes y asperezas

Tuyas!)

PRÍNCIPE.

¿Maestre?

MAESTRE.

Señor.

PRÍNCIPE.

En la misma resistencia  
De Pascuala á mi amor nacen  
Alas.

MAESTRE.

No serán de cera,  
Siendo vuestras, ni sus rayos  
Del sol, aunque luna sea;  
Príncipe sois de Castilla,  
Y habeis de rendir por fuerza  
O por grado una villana.  
(Ap. Del Príncipe la presencia  
Con Anton y con Pascuala  
Me ha de servir á mi empresa.)

PRÍNCIPE.

Mañana hemos de volver  
A la aldea; que la aldea  
Es mi cielo, Fernan Gomez,  
Con la Luna de la Sierra.

MAESTRE.

Cuando vuestra alteza mande;  
Que siempre tiene dispuesta  
Mi persona en su servicio.

DOÑA ISABEL.

Ya sabeis, Juan, que se acerca  
De vuestro padre á Castilla  
La venida.

PRÍNCIPE.

Buenas nuevas  
Os dé Dios.

DOÑA ISABEL.

Ya de Aragón,  
Gracias al cielo, por letras  
Suyas, sé que se ha partido.

MAESTRE.

A su majestad conceda  
El cielo tan buen viaje  
Como sus reinos desean  
Y han menester.

DOÑA ISABEL.

Guárdeos Dios,  
Maestre; que ser espera  
Del valor vuestro, testigo,  
En la granadina empresa;  
Y así, es fuerza dilatarla.

## Sale ORTUN.

ORTUN.

De una mal peinada yegua,  
Corta de cola y de brio,  
Ave sin plumas, se apea  
Un serrano labrador.  
Que sube las escaleras  
De palacio, preguntando  
Por el Príncipe, la Reina  
Y el Maestre.

MAESTRE. (Ap. al Príncipe.)

¿Si es Anton?

DOÑA ISABEL.

A notable tiempo llega,  
Que nos halla a los tres juntos.  
Ortun, éntre; que mi audiencia  
A nadie negué jamás;  
Porque han de tener abiertas.  
Siempre para los vasallos  
Las voluntades y puertas  
Los reyes.

## Sale ANTON.

ORTUN.

Ya entró.

MAESTRE. (Ap. al Príncipe.)

Anton es.

¿Qué novedad de la aldea  
Le trae á Adamuz, buscando  
A la Reina, á vuestra alteza  
Y á mí?

ANTON.

Vuestra majestad  
Me dé sus piés.

DOÑA ISABEL.

Anton, ¿era  
Tiempo de vernos?

ANTON.

Señora,  
Las aves nocturnas vuelan  
En las tinieblas no mas;  
Nunca á los rayos se acercan  
Del sol.

DOÑA ISABEL.

Vos, con vuestra Luna,  
No quereis mas sol ni estrellas.

ANTON.

Señora, una labradora  
No es luna, ni sombra apenas  
De las sombras de la noche;  
Sabe Dios lo que me pesa  
Que ese nombre le hayan dado  
Los villanos de mi tierra.  
Vos sois luna y vos sois sol;  
Pascuala, una esclava vuestra,  
Que vive siempre obligada,  
Con Anton, hasta que muera,  
A la merced que de vos  
Recibimos.

DOÑA ISABEL.

¿Cómo queda?

ANTON.

Buena, Señora, á Dios gracias,  
Y humilde los piés os besa.

DOÑA ISABEL.

¿Estará hermosa?

ANTON.

Señora,  
La hermosura de la sierra  
Es tambien como sus flores,  
Que las marchitan y secan  
Gada dia el sol y el aire.

DOÑA ISABEL.

¿Hay esperanzas ó muestras  
De hijos?

ANTON.

Moza es Pascuala;  
Tiempo, Señora, la queda,  
Si vive; descanse agora.

DOÑA ISABEL.

El Príncipe os honra, y cuenta  
Que anoche le aposentasteis.

ANTON.

Hácenos merced su alteza,  
Aunque es mi casa una choza  
Tan humilde y tan estrecha,  
Que puede, para otras veces  
Que salga á caza, tenella  
Por excusada.

PRÍNCIPE.

Es Anton

Tan cumplido, que quisiera  
Haber tenido un palacio  
Para mí.

ANTON.

A quien os desea  
Servir debeis hacer siempre  
Merced y honras; que esto á cuenta  
De los príncipes está.

MAESTRE. (Ap.)

No puede encubrir las muestras  
De sus celos el villano.

DOÑA ISABEL.

¿A qué ha sido vuestra buena  
Venida, Anton, en efeto,  
Buscando príncipe, reina  
Y maestre?

ANTON.

Lo primero  
Señora, á besar la tierra  
De vuestras plantas reales,  
Y á traer esta cadena

Que al maestre Fernan Gomez,  
Gloria de la cruz bermeja  
De la antigua Calatrava,  
Anoche en mi casa mesma  
Se le debió de caer  
U olvidar, y ha sido fuerza,  
Hallándosela Bartola,  
Mujer de Mengo, traella,  
Que la ocultó hasta despues;  
Siendo al fin la vez primera  
Que una mujer ha callado  
Una hora estando sin lengua.  
Suplicoos que se la deis  
De vuestra mano, y de vuestra  
Parte tambien le digais,  
Señora, que favorezca  
Los vasallos y ahijados  
Vuestros; que aunque á su grandeza  
No podemos igualarnos,  
Tenemos honra en la sierra,  
Como en las grandes ciudades  
Y en las cortes; y si lleva  
Al Príncipe soberano,  
Dueño nuestro, á caza, sepa  
Que no ha de ser para hacernos,  
A la sombra suya, afrentas  
A vuestras mujeres propias  
Con pensamientos apenas,  
Cuanto y mas alborotando  
Con músicas las aldeas  
Y tirando de la calle  
A vuestras ventanas piedras;  
Que las malicias dormidas,  
Con facilidad despiertan.  
Que; vive Dios, que despues  
De Fernando y de su alteza  
(Que son dueños naturales  
De las vidas y honras nuestras),  
Que intentar deshonra mia  
A otro alguno no consienta  
En el mundo, aunque la vida  
Mil veces arriesgue y pierda!  
Y al Príncipe, mi señor,  
Le mandaréis que no sea  
El amparo de mi agravio  
Con ninguno que merezca  
Llamarse vasallo suyo;  
Que yo sé que á su grandeza  
Esto y mas le han de deber  
Sus vasallos; así vea  
A sus piés dos mundos juntos.  
Y si fué sembrar cadenas,  
El dejársela perdida  
El Maestre, porque intenta  
De agravios de labradores  
Coger fertiles cosechas  
Por la mano de Bartola,  
Engañase; que no llegan  
De abriles tan mentirosos  
Las locas vanas promesas.  
Con esto cumplo conmigo;  
Esta es la cadena, y esta  
La causa de preguntar  
Por el Príncipe y la Reina  
Y el Maestre. Guárdeos Dios;  
Que doy, con vuestra licencia,  
Vuelta á mi casa, y dejé  
En el umbral de la puerta  
De palacio un mozo ocioso,  
De los que la corte engendra,  
Mal seguro de fianzas,  
Con la yegua y la escopeta. (Yase.)

PRÍNCIPE.

No se cuenta del Villano  
Del Danubio mas discreta  
Ni retórica oracion.

DOÑA ISABEL.

Ortun, dad esa cadena  
Al Maestre, y pues el Rey  
Es fuerza que á Adamuz venga  
Por la posta, cuando llegue

A Toledo, su grandeza  
Ostente en ir desde aquí  
A recibille, y no tenga  
Ocioso el valor, que es causa  
De mocedades, y advierta  
Que se debe recelar  
De no hacer á nadie ofensa  
Quien puede honrar; que hay villano  
Que al demonio, con la afrenta,  
Excede en la obstinacion,  
Porque el demonio venera  
La cruz y en viéndola huye,  
Y ellos cruces no respetan.  
Y el Príncipe no imagine  
Que porque es principe y vea  
En mi señales de amor,  
Tanto ha de soltar las riendas,  
Que me altere con agravios  
Los vasallos, para ofensas  
Suyas haciendo á ninguno  
Espaldas, puesto que sea  
De Castilla el primer hombre  
En sangre y en preeminencias;  
Porque ¡por vida del Rey!  
Si los ofenden y alteran  
Yendo contra la justicia,  
Que es de los reinos defensa,  
Mas que el poder y las armas,  
Que nadie segura tenga,  
Ni principe ni vasallo,  
En los hombros la cabeza. (Vase.)

ORTUN.

¿Quién es hombre, y viendo airada  
Tanta majestad, no tiembla?

PRÍNCIPE.

Sin mi me dejó su enojo.

MAESTRE.

Mudo su valor me deja.

(Vase.)

Salen PASCUALA y BARTOLA.

BARTOLA.

Confeséle la verdad  
De plano á plano en efeto,  
Y como Anton es discreto,  
Estima tu honestidad.  
Disculpé la necesidad  
De la cadena en segundo  
Lugar; que todas me fundo  
Que prontas para esto están;  
Que lo aprendimos de Adán  
En el principio del mundo.  
Sosegó á Mengo de haber  
Franqueza en mí imaginado,  
Y con pecho de soldado,  
Sospecho que se fué á ver  
Con el Maestro, hasta her  
Segura su pertinencia,  
Porque quede la violencia  
De su voluntad ayuna,  
De lunadas de la luna,  
A la luna de Valencia.  
No hay burlas con el Anton;  
Lindamente se mosquea  
Del que picalle desea.

PASCUALA.

Yo temo en esta ocasion,  
Bartola, su condicion.

BARTOLA.

Lo que á mí me da mas pena  
Es que vuelva la cadena,  
Porque á nadie, en caso igual,  
A que vuelva la señal  
La ley comun le condena.

PASCUALA.

A Dios, Bartola, pluguiera  
Que las palabras y todo,  
Las vistas del mismo modo,

Volverlas Anton pudiera,  
Porque con el oro fuera  
Cuanto mi honor desdoró.

BARTOLA.

Lo mismo me hiciera yo;  
Volviéales por sus listas  
Las palabras y las vistas;  
Pero la cadena, no.

PASCUALA.

Temiendo estoy si daría  
Vuelta esta noche al lugar.

BARTOLA.

Tú has querido sola estar,  
Pues á Mengo, que podía  
Hernos aquí compañía,  
Ir tras Anton obligaste...

PASCUALA.

Poco, Bartola, alcanzaste  
Del temor que el amor cria;  
Quien amó siempre temió,  
Y nunca en la cosa amada,  
Por mas que esté confiada,  
De nada se aseguró;  
Que, á tener licencia yo  
De ir tras él, como fué Mengo,  
Mas seguro le prevengo  
Escudo en toda ocasion;  
Que para ofensas de Anton,  
Por alma un diamante tengo.

BARTOLA.

No has sido poco campestre  
Diamante duro y belado,  
Pues labrar no te has dejado  
De un principe y un maestro.

PASCUALA.

No hay poder á quien yo muestre  
Inclinado corazón.

BARTOLA.

Anton con justa razon  
Pagará tu amor y fe.

PASCUALA.

Herraduras escuché;  
¿Si llegó, Bartola, Anton?

Sale MENGO.

MENGO.

Sosígate; que no ha sido,  
Pascuala, Anton, sino Mengo.

PASCUALA.

Di, Mengo: pues ¿dónde queda  
Anton?

MENGO.

No menos que preso.

PASCUALA.

¡Preso! ¡Ay de mí!

MENGO.

No te alteres,

Y contaréte el suceso;  
Que un poco de viento ha sido  
La causa de quedar preso.

PASCUALA.

¿Por qué ha sido la prision,  
Al fin?

MENGO.

Al salir del pueblo,  
Porque llevaba cargada  
La escopeta le prendieron,  
Y mandóme te avisase.

PASCUALA.

¿Que es todo un poco de viento?

MENGO.

No es la causa para belle  
Ningun daño, y mas teniendo  
El padre alcalde en la corte,  
Que está la Reina en efeto.

Yo fui, como me mandaste,  
En el rocin del barbero;  
Que nunca he visto animal  
Tan alto de pensamientos;  
Y dando conmigo á cada  
Paso en la estrella de Venus,  
Y otras veces en los mismos  
Retretes de los infiernos,  
Llegué á Adamuz; que parece  
Que entré, entrando por el pueblo,  
En una jaula de locos;  
Todos son temas diversos,  
Unos habrando entre sí,  
Otros trocando dineros,  
Estos engañando á estotros,  
Y otros engañando á aquellos;  
Unas fantasmas, tapadas  
Con mas mantos, me dijeron  
Que eran mujeres, y yo  
Lo tuve por embeleco.  
Iban unos á caballo,  
Y otros á pié, mas dispuestos,  
Que á los caballos servian,  
Y no al dueño, de escuderos.  
Andaban hombres ociosos  
Cosas extrañas vendiendo,  
Hacia abajo y hacia arriba,  
Que yo no puedo entendellos.  
Mas de cincuenta alguaciles,  
Con escribanos engertos,  
Oliendo por las esquinas  
Delitos como podencos.  
Una bendicion de sastres,  
En cada portal cosiendo  
A largo hilvan los vestidos,  
Y á puñaladas los dueños.  
Páreme y dije: ¿Esta es  
La corte? Gracias al cielo,  
Que, libre de tantos sastres,  
Alguaciles, caballeros,  
Embustes, mentiras, trampas,  
Polvo y lodo, vive Mengo  
En su lugar y en su arado.  
Mas seguro y mas quieto.  
Llegué con esto á palacio,  
Y á Anton encontré subiendo  
En la yegua, y los dos juntos  
Nos volvíamos contentos  
Al lugar, cuando el diablo,  
Que nunca baraja encuentros,  
Con un alguacil nos topa,  
Júdas de barba y cabello,  
Tan poco en cosa ninguna  
Desmentidor de su pelo,  
Que, porque llevaba Anton  
Cargada y dos balas dentro  
La escopeta, dió con él  
En la cárcel, y poniendo  
Embargada en un meson  
La yegua, dió cuenta de ello,  
A un alcalde, de cuarenta  
Que debe de haber sospecho,  
Y yo al Maestro, con gana  
Que se lo dijese luego  
A la Reina, que se estaba  
Botas y espuelas poniendo,  
Para salir por la posta  
A recibir á Toledo  
Al Rey, que dix que tambien  
Viene la posta corriendo,  
Y se encarga de acaballo;  
Y Anton, por si acaso el tiempo  
Se dilatase, me envia  
A que te dé parte de ello,  
Porque no estéis con cuidado,  
Y á que me vuelva al momento.  
Y sospecho que esta noche,  
Antes del libro de acuerdo,  
Será imposible soltallo,  
Si antes, por her algun fresco,  
No está ventosa la sala  
Y sueltan algunos presos.

PASCUALA.  
Irme pretendo contigo,  
Mengó, á Adamuz.

MENGO.  
Lo primero  
Que me encargó Anton, Pascuala,  
Es que no salieses de estos  
Umbrales, porque es su causa  
Fácil.

PASCUALA.  
Pues obedeciendo,  
Yo te quiero despachar  
Con camisas y dineros.

MENGO.  
Eso sí, porque en la corte  
Todo se acabó con ellos.

(*Vanse todos, menos Bartola.*)

BARTOLA.  
Dos cortesanos he visto,  
Si no me engaño, en el pueblo  
Por esta calle que sale  
Al campo, y el uno de ellos  
Del Maestro me da el aire;  
Como el sol se va poniendo,  
No se divisan los rostros,  
Si acaso antojos no fueron.

*Salen EL MAESTRE y GUZMAN,  
de camino.*

MAESTRE.  
Nunca, Guzman, la ocasion  
Me dió mejor los cabellos,  
Ni amor con gusto jamás  
Ayudó mas mis deseos;  
Que salir á recibir  
A Fernando, y quedar preso  
Anton, parece que han sido  
En mi ventura portentos.  
Perdone Isabel, perdonen  
Del Principe los respetos,  
Los desdenes de Pascuala  
Y del villano los celos.  
¿Qué orden les diste, Guzman,  
A los demás caballeros  
Y criados que conmigo,  
Oro y diamantes vertiendo,  
Hoy de Adamuz han salido?

GUZMAN.  
Que en ese lugar primero,  
Que es La Conquista, te aguarden.

MAESTRE.  
Fué como tuyo el acuerdo.  
Estas las paredes son  
Que adoro.

BARTOLA.  
El Maestro creo  
Sin duda es.

MAESTRE.  
¿Es Bartola?

BARTOLA.  
Bartola, á servicio vuestro.  
Pergeño tengo notabre;  
Luego os conocí.

MAESTRE.  
No es tiempo  
De que en palabras, Bartola,  
Este poco que hay gastemos.  
Preso queda en Adamuz  
Anton.

BARTOLA.  
Ya sé que está preso,  
Y que no podrá venir  
Esta noche; que estáis muerto  
Por amores de Pascuala;  
Que son vuestros pensamientos  
De gozar esta ocasion,  
Y los míos son de heros

Toda la merced, Maestro,  
Que yo pueda; porque os tengo  
Lástima.

MAESTRE.  
Daré toda  
Mi hacienda y mi vida.

BARTOLA.  
Menos  
Os ha de costar Bartola.  
Yo os meteré en su aposento  
Esta noche; procurad  
Her vos lo demás, que entiendo  
Que hay pocas Lucrecias ya  
Mano á mano y cuerpo á cuerpo.

MAESTRE.  
Seré tu esclavo, Bartola.

BARTOLA.  
Dejadme mirar si á Mengo  
Le ha despachado Pascuala  
Para Adamuz, y con esto,  
Pues la noche nos ayuda,  
A abriros la puerta vuelvo. (*Vase.*)

MAESTRE.  
Guzman, de gusto estoy loco;  
¿Es posible que del cielo  
De Pascuala he de gozar  
Esta noche? ¿Que me veo  
Tan cerca del bien que estaba,  
A mi parecer, tan léjos?  
De albricias de mi alborozo,  
La primera te prometo  
Encomienda que vacare.

GUZMAN.  
Mil veces los piés te beso.

*Sale ANTON, con escopeta, y MENGO.*

MENGO.  
Dicha fué encontrarte. ¿Al fin  
La Reina supo el exceso,  
Y mandó luego soltarte  
Libre y sin costas?

ANTON.  
No debo  
Poco á la grandeza suya.  
¿Estaría Pascuala haciendo  
Éxtremos con mi prision?

MENGO.  
Lo mas que pude la tengo  
Conhortada.

ANTON.  
Por mas que hice,  
No pude llegar al pueblo  
Antes de ponerse el sol.  
Mete en el establo, Mengo,  
La yegua y ese rocin,  
Mientras yo á los brazos llevo  
De Pascuala.

*Sale BARTOLA.*

BARTOLA.  
Entrad.  
MAESTRE.  
Guzman,  
Sigue mis pasos.

ANTON.  
¿Qué es esto?  
Dos hombres á los umbrales  
De mi casa juntos veo,  
Y parecen cortesanos;  
Las puertas les han abierto,  
Y á entrarse dentro caminan.

MENGO.  
¿Brava llaneza!  
ANTON.  
¿Esto, cielos,  
A mis recelos faltaba!

MAESTRE.  
Loco voy.

ANTON.  
¡Ah caballeros!

MAESTRE.  
¿Quién llama?  
ANTON.  
Dos hombres solos,  
Que son de esa casa dueños  
Y en ella quieren entrar;  
Si acaso sals pasajeros  
Y buscaís posada, no es  
Meson este, aunque esté abierto  
A estas horas; que será  
Descuido de los de dentro,  
O esperarnos á nosotros  
Volver de Adamuz.

MAESTRE.  
Recelo  
Que Anton es ese, Guzman...  
Pero no; quedaba preso.

GUZMAN.  
Parece imaginacion.  
ANTON.  
Estos son sin duda, Mengo,  
El Principe y el Maestro,  
Que, con ocasion de vernos  
En Adamuz, preso á mi,  
Y á ti conmigo, esto han hecho.

MAESTRE.  
Guzman, ¿no pudiera ser  
Que fuesen galanes estos  
De Pascuala, y que, en ausencia  
De Anton, nos estén fingiendo  
Que son Mengo y él?

MENGO.  
Postigo  
Tiene, Anton, la casa; entremos.  
Por él, si el Principe son  
Y el Maestro, pues con ellos  
No hay burlas, son desviarse.

ANTON.  
Nadie en mi casa es mas dueño  
Que yo.—¡Hidalgos!—No parece  
Sino que los dos se han hecho  
De marmol, que ni responden  
Ni se van.

MENGO.  
Notable miedo  
Tengo en los güesos metido.

ANTON.  
Y para estos casos tengo  
Este amigo con dos balas,  
Que son almas de este cuerpo,  
Y cuentas de sacar almas,  
Y se harán guardar respeto  
Si aprieto el gatillo; aquí  
No hay mas joyas ni dineros.  
Si vueas mercedes son  
De la profesion que pienso,  
Que el mucho honor que guardamos  
Cosa de poco provecho  
Para gente tan honrada,  
Apártense, ó vive el cielo,  
Que el pedernal no se haga  
De rogar.

MAESTRE.  
Èl es resuelto  
Villano y tiene razon,  
Y no pudiera ser menos  
Este valor que ha mostrado  
Que de marido; tratemos  
Por ahora de dejar  
La empresa, pues vino á tiempo  
Tan notabre.

MENGO.  
Ya se van.  
No hay cosa como hablar récio.

ANTON.  
Vive Dios, Mengo, que estoy  
Por hacer lo que no he hecho,  
Y llevarme uno de bola.

MENGO.  
Con eso acalás el juego.

ANTON.  
Pero la imaginacion  
De que un príncipe heredero  
De Castilla viene allí  
De biela el alma en el pecho.  
; Oh respetos inhumanos  
De honor, de lealtad, de celos,  
De poder, de mujer propia,  
Dejadme ó matadme a un tiempo;  
Que no hay mayor tormento  
Que no poder morir y estar muriendo.  
(Vanse.)

Tocan un clarín, y sale LA REINA DO-  
ÑA ISABEL, EL ALCALDE y acom-  
pañamiento.

GIL.  
Siempre vuestra majestad  
Desprevenidos nos coge,  
Y no hay son porque se enoje  
Cuando nueva voluntad  
Lo que codicia no muestre,  
Así en todos como en mí.  
Ayer pasó por aquí  
Grande gente del Maestro,  
Que al mismo efecto decían  
Que iban de Adamuz con él.

DOÑA ISABEL.  
De aquí, Alcalde, á Coramuel  
Me parece que podían  
Al Rey haber encontrado.  
Porque avisos he tenido  
Que en La Conquista ha dormido  
Esta noche.

GIL.  
Habrá pasado  
Su alteza con mucha prisa,  
Como sois vos quien le espera.

VOGES. (Dentro.)  
Plaza, plaza: fuera, fuera.

DOÑA ISABEL.  
Este ruido me avisa  
De la llegada del Rey;  
Que a su rey, por varios modos,  
Es el aplauso de todos  
Natural y justa ley.

Tocan un clarín, y salen EL REY DON  
FERNANDO, EL PRÍNCIPE, EL  
MAESTRE y TODO EL ACOMPAÑAMEN-  
TO en cuerpo.

DOÑA ISABEL.  
Seáis, gloria de Castilla,  
Muy bien venido.

DON FERNANDO.  
Blason  
De Castilla y Aragon,  
Y del mundo maravilla,  
Muy bien hallada seáis.

DOÑA ISABEL.  
;Cómo venis?

DON FERNANDO.  
Vida tengo  
Cuando á vuestros brazos vengo.

DOÑA ISABEL.  
Lo que me debéis pagáis.

Salen ANTON, PASCUALA, MENGO  
y BARTOLA.

ANTON.  
Católico rey Fernando,  
Inclita Isabel, adonde  
De la justicia y las armas  
Ve el sol á un tiempo dos soles,  
De cuyos divinos rayos  
Nace á España fénix noble,  
Juan, para visagra ilustre,  
De Castillas y Aragonés;  
Perdonad si un Labrador  
Groseramente interrompe  
Los abrazos de la vid  
Mas hermosa y mas conforme  
Y del olmo mas amante  
Que Castilla reconoce  
Ni en silvestres casamientos  
Han celebrado los bosques;  
Que, como de par en par,  
Divinos imitadores  
De los cielos, tenéis siempre  
Las puertas y corazones  
Para escuchar los vasallos,  
Como ellos humanas voces.  
Que orejas son las estrellas  
Por donde los cielos oyen,  
No os ofenderéis de oír  
A un vasallo, que estos montes  
Rústicamente abortaron  
Por acebuche ó por roble,  
Pero con alma tan grande,  
Que vino á ser desconforme  
La sangre y el nacimiento  
A mas altos pundonores.  
Isabel (que el cielo guarde),  
Cuando pasó con la corte  
A Adamuz, merced me hizo  
De casarme, y darme dote,  
Con Pascuala, esta serrana,  
Que, obligada á mis amores,  
Contra el rigor de su hermano,  
De su piedad se socorre.  
Por su hermosura y mi agravio  
Le dió, entre sus labradores,  
De La Luna de la Sierra  
La Sierra-Morena nombre;  
Que belleza que por fama  
De gran nombre se conoce,  
Solo entre tantos gentiles  
Merece veneraciones.  
Fernan Gomez, el Maestro,  
Que con gloriosos blasones  
Midió la vega á Granada  
Hasta sus bermejas torres,  
Valiéndose del favor  
Del Príncipe, en ella pone  
Los ojos; nunca los suyos  
Vieran tan altos señores;  
Que, aunque en Pascuala los míos  
No han visto demostraciones,  
En sombras ni en pensamientos,  
Para villanos temores,  
;Qué garza humilde en el aire  
Riesgos de muerte no corre,  
Acometida de dos  
Tan generosos balcones?  
Acudi á pedir ayuda.  
Como murciélago torpe,  
A la reina de las aves,  
Aguila que al sol se opone;  
Volvi de sus reales pies  
Lleno de nuevos favores;  
Y estorbándome la entrada,  
Hallé á mi puerta dos hombres,

Y es posible que no fuesen  
Ni el maestro Fernan Gomez,  
Ni el príncipe de Castilla;  
Sombras fueron de la noche,  
Y de mis locos recelos  
Vanas imaginaciones,  
Que, al aire desvanecidas,  
Se deshicieron entonces.  
Loco de amor, imagino  
Verdaderas ilusiones,  
Y como el que espera presto  
Morir, tropieza en horrores,  
Esta enfermedad del alma  
Mas remedio no conoce  
Que el de la muerte y ausencia,  
Y por mas fácil escoge  
El segundo mi desdicha.  
La guerra ó el mar estorben  
Tantos soñados agravios,  
Tantos celosos rigores.  
Vos, Isabel, me casasteis;  
A vuestros pies vencedores  
A Pascuala os restituí.  
Con la misma hacienda y dote  
Que me disteis; que mas quiero,  
Humilde soldado y pobre,  
Que el mar me anegue, y morir  
Al veloz rayo del bronce  
De alarbe lanza jineta.  
De corvo acero de corte,  
De una mina que me vuele,  
De un peñasco que me arrojen,  
Que guardar propia mujer  
Hermosa, peligro al doble,  
Veneno del dueño mismo,  
Aspid cubierto de flores,  
Espada en mano de loco,  
Poder en cobarde, azote  
En tirano, y vidrio, al fin,  
Que con el aire se rompe.

DON FERNANDO.  
;Notable villano!

DOÑA ISABEL.  
;Extraño! —  
Vuestro furor se reporte,  
Anton, y pues conocéis,  
Y vuestro lugar conoce,  
Lo que tenéis en Pascuala,  
Para que el honor os sobre,  
Lo demás dejá á mi cuenta.

PASCUALA.  
Siglos Castilla te goce,  
Amparo de las mujeres  
Y milagro de los hombres.

BARTOLA.  
Todas dirémos lo mismo.

MENGO.  
Vos, Bartola, sós de gooces  
A cada viento que pasa.

ANTON.  
El cielo tu vida logre  
Para que te mire dueño  
De dos polos, de dos orbes.

GIL.  
Praza á sus dos jamestades.

MENGO.  
Y aquí se da fin, señores,  
Sin tragedia ni desgracia,  
Ni casamiento á la postre,  
A La Luna de la Sierra.

PASCUALA.  
Vuestras mercedes perdonen.



## COMEDIA FAMOSA

TITULADA

# AUN DE NOCHE ALUMBRA EL SOL,

DEL DOCTOR FELIPE GODINEZ.

### PERSONAS.

EL REY DON SANCHE, *barba*.  
EL PRINCIPE DON CARLOS, *su hijo*.

DON JAIME DE ARAGON, *galan*.  
DON JUAN DE ZÚÑIGA, *id*.  
NEBLÍ, *gracioso*.  
DOÑA SOL ABARCA, *dama*.

DOÑA COSTANZA, *dama*.  
INÉS, *caclava*.  
DOS CRIADOS.

### JORNADA PRIMERA.

Salen DON JUAN DE ZÚÑIGA y NEBLÍ.

DON JUAN.

Seas, Nebli, bien venido.

NEBLÍ.

Ea, don Juan, ya me tienes  
En Pamplona.

DON JUAN.

Galan vienes.

NEBLÍ.

Eso siempre yo lo he sido.

DON JUAN.

¿Cómo es la Francia te ha ido?

NEBLÍ.

Bella ciudad es Paris.

DON JUAN.

Ojalá su Flor de Lis  
De a España dichoso fruto.

NEBLÍ.

Por tu ausencia visten luto  
Las damas de aquel país.

¿Cómo te va con Costanza?

DON JUAN.

Ya no puedo querer yo  
A Costanza.

NEBLÍ.

¿Por qué no?

DON JUAN.

Porque, con feliz mudanza  
De don Jaime, esa esperanza,  
Que logra siempre conmigo,  
La dejo, ya no la sigo,  
Y adoro a un sol, no te asombre;  
Sol digo y Sol es su nombre,  
Ya me declaro contigo.  
Mucho tengo que contarte:  
Casado estoy en secreto.

NEBLÍ.

¡Jesus! ¿tú eres el discreto?

Tú el valiente como un Marte?  
Tú el navarro Durandarte,  
A quien vi en Francia llamar  
El Non de España y no-Par?  
Aunque digo neciamente;  
Ahora eres mas valiente,  
Pues te atreviste a casar.  
Y ¿quién es de tantos modos  
Tan pesada compañía,  
Que si es fea, es solo mía.  
Y si es hermosa, es de todos?  
¿Yo metido hasta los codos  
En empeños y cuidados?  
Mas lente allá tus enfados;  
Que yo, aunque me hables en ello,  
No pienso decirte aquello  
De suegros y de cuáquidos.

DON JUAN.

Calla, hasta saber despues  
La mujer que yo elegi;  
Lo que he pasado, Nebli,  
De penas en solo un mes;  
Mas razon es, razon es,  
Que cueste dificultades  
Bien de tantas calidades:  
Sol que sale, luna llena,  
Y cielo en noche serena,  
¿No son tres grandes beldades?  
Pues mayor es la que adoro.  
El sol es un rey tan bello,  
Que de su mismo cabello  
Hace su corona de oro;  
Mas depone su decoro  
En su ocaso, y se introducen  
Astros que de noche lucon;  
Si otras damas son estrellas,  
Mi sol siempre luce, y ellas  
Siempre con él se destucon.  
La luna, luz platearia  
Del cielo, hermosa es sin duda,  
Pero hermosa que se muda,  
Porque es su beldad prestada;  
Ya está llena, ya menguada;  
Mas mi esposa celestial,  
Astro que está siempre igual,

Es con luz propia, no ajena,  
Luna que está siempre llena  
De su beldad natural.  
Hermoso es todo ese velo  
Estrellado, mas no vive;  
Ser mas perfecto recibe  
Cualquier viviente del suelo;  
Mi esposa tambien es cielo,  
Mas tan viva en cada accion,  
Que alma todas ellas son;  
Y así, es, con gloriosa palma,  
Supuesto que toda es alma,  
Cielo sin imperfeccion.  
Luego tal belleza alcanza,  
Que es cielo y cielo viviente,  
Sol, y sol sin occidente,  
Luna, y luna sin mudanza;  
Logrose pues mi esperanza,  
Y gozo sin duda alguna  
Tres hermosuras en una,  
Tan sin defecto y tan bella,  
Que se han enamorado en ella  
El cielo, el sol y la luna.

NEBLÍ.

Por Dios, que lo has dicho bien,  
Hayas hecho mal ó no;  
Mas voy al caso, que yo  
Sé hablar de veras tambien;  
¿Qué sol es este con quien  
Casado, don Juan, te halló?

DON JUAN.

No sin causa te lo callo;  
Pero, en fin, ya estas aquí,  
Y aunque es tan secreto, á ti  
Y a don Jaime he de fiarlo.  
Aquí vendrá, aquí le espero;  
Que á eso he venido á palacio.  
A don Jaime pues de espacio  
Contar esta historia quiero;  
Y así, no te la refiero,  
Porque tú la oiras con él.

NEBLÍ.

Don Jaime es tu amigo fiel;  
Mas el y Costanza vienen.

Sale DOÑA COSTANZA, con manto,  
y DON JAIME.

DON JAIME.

¡Ay Costanza! igualdad tienen  
En ti lo hermoso y cruel.

DOÑA COSTANZA.

Don Jaime, vos sois galán,  
Y os estimo de manera,  
Que á vos sin duda os quisiera,  
Si no adorara á don Juan;  
Todos los gustos están  
Contrarios, que él me aborrece  
Al paso que mi amor crece;  
Pero á vos os satisfaga  
Que quien vuestro amor no paga,  
A lo menos lo agradece.  
Con esto, dadme licencia;  
Que ver al Rey solo espero.  
Allí está don Juan, no quiero  
Hablarle en vuestra presencia,  
No porque habrá competencia,  
Que eso puede asegurar  
Amistad tan singular,  
Sino porque de mi gusto  
Tendréis vos celos, y es justo  
No daros este pesar.

DON JAIME.

¿Podréis lograr el intento  
De hablarle al Rey?

DOÑA COSTANZA.

Yo tendré  
Orden de verle, aunque sé  
Su perpétuo encerramiento,  
Y que vuestro valimiento  
Podrá introducirme; adios. (Vase.)

DON JUAN.

Jaime, yo os espero á vos;  
Mas no llevo cuando os veo  
Con Costanza; que deseo  
No estorbaros á los dos.

DON JAIME.

Don Juan, yo lo creo así.  
Al Rey quiere hablar ahora,  
Quizá de vos, que os adora  
Tan ciega como hasta aquí.

DON JUAN.

No tengais celos de mí;  
Que, si ella en cruel ha dado,  
Yo os tengo ya asegurado.

DON JAIME.

Ya sé, don Juan, lo que os debo.  
Decidme lo que hay de nuevo;  
Que me teneis con cuidado.

DON JUAN.

Escuchadme pues; que es deuda  
A obligaciones pasadas,  
En el peligro presente  
Hablaros con confianza:  
Yo suelo amar tan secreto,  
Que esa fineza ordinaria  
De no decirselo á nadie,  
Porque otros también lo usaban,  
Me pareció vil, y á solas  
Andaba yo dando traza  
Cómo poder esconderlo  
De la mitad de mi alma;  
Y hallé el modo; que un amante  
Que como yo se recata,  
Ni aun á vos su amor os dijo,  
No porque de vos se guarda,  
Sino por poder preciarse  
Que el secreto de su dama,  
Si á la media alma lo da,  
A la otra media lo calla.  
Casado estoy en secreto:  
Con esta primer palabra  
Os digo que ya sin duda  
Seréis dueño de Costanza.

No penseis que me he casado  
Secretamente por falta  
De méritos en mi esposa,  
Que mas urgente es la causa;  
Ni por ser tan desvalido,  
Que he visto apenas la cara  
Al rey don Sancho, que hoy reina,  
Siendo yo Zúñiga, rama  
De Íñigo Arista, y pudiendo  
En mi capilla y mis armas  
Ver, por número de estrellas,  
Tantas lunas otomanas;  
Bien que al Rey, por su retiro,  
Castilla, Aragon y Francia  
Ya comunmente don Sancho  
El Encerrado le llaman;  
Y así, don Carlos, su hijo,  
Con libertad mas bizarra,  
Ya casi dueño gobierna  
La corona aun no heredada.  
Yo, don Jaime de Aragon,  
Miré á doña Sol Abarca,  
A quien sabeis que dió sangre  
La casa real de Navarra;  
Vila, y fuéronse tras ella  
Los ojos, que la miraban,  
Tras los ojos los afectos,  
Tras los afectos las ansias,  
Tras las ansias los suspiros,  
Tras los suspiros el alma,  
Y tras el alma un deseo  
De tener muchas que darla.  
Sol, con ser sol de mi estrella,  
Quizá igualmente inclinada  
Con un precepto inviolable,  
Me dió licencia de hablarla,  
Porque me mandó imperiosa,  
Aunque cuerda y recatada,  
Que por forzosos respetos,  
Que á nuestro amor importaban,  
Ni aun á vos os lo dijese.  
Era el caso de importancia,  
Y yo juré la obediencia;  
Si fué culpa, perdonadla.  
Hablábame pues, y viendo  
La nota y la vigilancia  
De unas vecinas curiosas,  
Quizá mal intencionadas  
(Que hay en las guerras de amor  
Quien sin trabajo y sin paga  
Se estará toda una noche  
Siendo posta á una ventana),  
Dejé de hablarle en la calle,  
Y por una puerta falsa  
Me entró un amor verdadero  
A clausura tan sagrada.  
Es la ocasion entre amantes  
Aspid que muerde y halaga,  
Hiena que mata y que llora,  
Sirena que duerme y canta.  
Yo amante y favorecido;  
Ella fina y obligada,  
Yo importuno á los favores,  
Ella á las porfias blanda;  
La resolucion postrera  
No es menester declararla;  
Que hay sucesos que se dicen  
Con lo mismo que se callan.  
Ya pues ambas voluntades  
Ultimamente empeñadas  
Con favores, que á los fines  
Groseras dichas alcanzan,  
Supe que el Principe (¡ay triste!)  
Tan loco á Sol adoraba,  
Que, habiendo de ser su esposa  
La serenísima infanta  
De Aragon, con quien están  
Sus bodas capituladas,  
A pesar del Rey, su padre,  
Ni lo atiende, ni se casa  
Su alteza, pues que de noche  
La misma calle rondaba,

Porfiado amante y ciega  
Mariposa de su llama.  
Supo mi amor; que una noche  
Me vió salir de su casa  
De mi Sol, y conocióme,  
Pues luego con voz turbada  
Me dijo: «Don Juan, tenéos;  
El Principe es quien os habla.  
Hijo soy de vuestro rey;  
Yo, yo adoro á Sol ingrata,  
Yo no puedo mas, yo muero;  
Si alguna dicha os dió entrada,  
Icaro de tanto rayo,  
El mismo Principe os manda  
Que no volvais mas á verla;  
Pues yo la adoro, olvidadla.»  
Aqui, Jaime, quedé muerto,  
Helósceme en la garganta  
La voz, y en la tierra inmortales  
Fueron de mármol las plantas;  
Mas ya en fin, cuando en el pecho  
Respiró la vital aura,  
Y usó de sus facultades,  
Con el calor desatadas,  
Empecé á hablar, y atájome,  
Diciéndome: «Don Juan, basta;  
Esto ha de ser sin respuesta,  
Aunque mas razones haya.»  
Fuése, y yo quedé sintiendo  
Violencia tan temeraria,  
Como deudor tan forzoso  
De obligacion tan honrada.  
Dijele á Sol el suceso,  
Y temerosa, dió traza  
En secreto á nuestras bodas,  
Por quedar asegurada;  
Yo, por el Principe, quise  
Excusarme y excusarla,  
Temiendo quizá las quejas  
Aun mas que las amenazas;  
Mas lágrimas de mujer,  
Sol con justicia tan llana,  
Yo convencido, y la deuda  
A honor de sangre tan alta;  
Caséme con tal secreto,  
Que sola Inés, una esclava,  
De Sol confidente, sabe  
Que está conmigo casada;  
Adorámonos los dos,  
Y aunque son muy limitadas  
Mi hacienda y la suya, Jaime,  
Entre unas pobres alhajas,  
Estoy tan rico con ella,  
Que, si es la mujer honrada  
Corona de su marido,  
No invidio al mayor monarca;  
Y vive Dios, que á Castilla  
Dispusiera una jornada  
Por ver á un deudo de Sol,  
Si no temiera dejarla;  
Y si no me voy, porfia  
Su alteza con tal instancia,  
Que en celos averiguados  
Temo iras ejecutadas  
Y aun otros futuros males.  
Figurad entre las ramas  
Que forman en una selva  
Verdes techos de esmeralda,  
Dos pajarillos amantes,  
Que con unas pobres pajas  
Van fabricando su nido  
A los polluelos que aguardan,  
Y que un cazador astuto,  
Cuando todo el nido saca,  
Quita á los padres que viven,  
Y á los hijos que á luz salgan;  
Pues veis aqui mi retrato  
En las verdes esperanzas  
De un matrimonio secreto;  
Deseo yo entre las alas  
O los rayos de mi sol  
Ver felizmente abrigada

Sucesion dichosa, cuando  
A estas prendas esperadas  
Conformemente, aunque pobres,  
Fabricamos nido ó casa,  
Siguiendo al padre y queriendo  
Con ocultas asechanzas  
Coger la madre en el nido,  
Consorte amorosa y casta;  
El Príncipe, que, cruel,  
Todo de una vez lo acaba,  
Hará á los padres que mueran,  
Y á los hijos que no nazcan.  
Yo vengo pues á pedirlos,  
Pues sois toda la privanza  
Del Príncipe, que si acaso  
Llega á saber lo que pasa,  
Que yo sé que está celoso,  
Nuestra antigua amistad haga  
Su oficio en las ocasiones;  
Pues esta es tan apretada.  
Tened lástima, don Jaime,  
Si no de mí, que me agravian,  
De una hermosura inocente,  
De una virtud soberana.  
Un desdichado dichoso,  
Que con tantas veras ama,  
Y con tanto amor padece,  
Os ruega y de vos se ampara,  
Cuando ya ampararme es deuda,  
Porque la nobleza hidalga  
Debe al ruego de justicia  
Lo que á la piedad de gracia.

DON JAIME.

Don Juan, yo os buscaré luego;  
Idos, que ahora á esta sala  
El Rey y el Príncipe salen,  
Y porque se persuada  
Que vos no me habeis hablado,  
Convendrá á la misma causa  
El que conmigo no os vea.

DON JUAN.

Adios pues, hasta mañana.—  
Vén, Nebli.

NEBLÍ.

Vamos; que quiero  
Besar los piés á mi ama,  
Que si es Abarca y es Sol,  
Pienso que cuando levanta  
Ese mismo sol del suelo  
Dos átomos con que anda,  
Abarcas de luz se ajusta  
Y rayos de oro se calza.

(Vanse Nebli y don Juan.)

Salen EL REY y EL PRÍNCIPE.

PRÍNCIPE.

Vuestra majestad, Señor,  
No me apure; que me cansa  
Todo lo que no es matarme.

REY.

Toda esta vida es batalla.—  
Don Jaime, ¿qué decís de esto?

DON JAIME.

Digo, Señor, que me espanta  
En un príncipe tan sábio  
Tristezas tan ordinarias.

REY.

Cárlos, yo os tengo casado  
Con doña Violante, hermana  
De don Pedro el Cuarto, feñix  
De Zaragoza y de España;  
Y rey y padre, pues tengo  
Valor juntamente y canas,  
Tendré entre consejos cuerdos  
Resoluciones gallardas.

PRÍNCIPE.

Yo la tengo de morir.

REY.

Don Jaime, doña Costanza

Me refirió todo el caso,  
Y que doña Sol Abarca,  
Que ama en secreto á don Juan,  
Con quien de casarse trata  
La misma Costanza, inquieta  
Al Príncipe muy humana.

PRÍNCIPE.

Hable vuestra majestad  
De ese sol con mas templanza;  
Que no es mas puro el del cielo,  
Aunque á mi su luz me abrasa.

REY. (Ap.)

¡Qué bien parece entre el régio  
Esplendor esta bizarra  
Generosidad! Que el hombre  
Que con sus celos infama  
La mujer que quiere, y mas  
Cuando no piensa dejarla,  
O no tiene entendimiento,  
O buena sangre le falta.

DON JAIME. (Ap.)

Don Juan está en gran peligro.

REY.

A caza saldéis mañana;  
Que quiero que os divertáis.

PRÍNCIPE.

Veré allí representada  
En las fieras mayor fiera;  
Mas me entristece la caza.

REY.

Id á la Casa del Campo.

PRÍNCIPE.

Digo que iré donde manda  
Vuestra majestad, Señor.

REY.

No me volváis las espaldas;  
Que os quiero mas que á mi vida.  
Escribid, porque se parta  
El correo á Zaragoza;  
Que eso solo es lo que aguarda.

PRÍNCIPE.

Váyase sin cartas mías.

REY.

¿Cómo ha de ir sin vuestras cartas?

PRÍNCIPE.

Porque muero.

REY.

Dios os guarde.

PRÍNCIPE.

Vuestra majestad se vaya,  
O yo me iré.

REY.

Bueno está;  
Que arguye poca constancia  
Rendirse á pasión tan necia,  
Que por serlo es porfiada.  
Casáos pues, y obedecedme  
Con el rigor y observancia  
Que debéis á un rey y padre,  
Que mas que á si mismo os ama;  
Ó por el siglo dichoso  
De la Reina, que, elevada  
A mejor corona, pisa  
Zafir del supremo alcázar,  
Que, á pesar de vuestro afecto,  
Que así la razon arrastra,  
Os castigue rigoroso,  
Si no en vos, en quien lo causa. (Vase.)

DON JAIME.

Señor, ved que vuestro padre...

PRÍNCIPE.

Jaime, no me digas nada;  
Yo estoy resuelto. Don Juan  
De Zuñiga ha entrado en casa  
Del Sol que adoro, despues  
Que con paciencia excusada  
Le avisé que la olvidase,

Pues que yo no la olvidaba.  
Traidor fué, pues volvió á verla;  
Su muerte es justa venganza  
De mis celos; ya es de noche,  
Id luego y ejecutada.

DON JAIME.

Señor, Príncipe, sois justo,  
Y á vos don Juan no os agravia,  
Porque yo sé...

PRÍNCIPE.

No sabeis

Cosa que importe á mis ansias  
Ni á mis celos; vive Dios,  
Que ha de morir.

DON JAIME.

Si se igualan

La piedad y la justicia  
En las deidades humanas,  
Como á tal...

PRÍNCIPE.

Esta es sentencia

Que pasó en cosa juzgada;  
No ha lugar la apelacion.

DON JAIME.

Si; mas hay, cuando es contraria,  
Suplica á vos de vos mismo.

PRÍNCIPE.

¡Jaime!

DON JAIME.

Señor, vinculada  
Os tengo á vos mi obediencia.

PRÍNCIPE.

Pues no repliqueis palabra;  
Acabad su vida, ó dad  
La vuestra por acabada.

DON JAIME.

Si daré si se la quito,  
Pues en la suya están ambas.

Salen DOÑA SOL é INÉS, esclava.

INÉS.

¿Qué es lo que escribe Costanza  
En este papel?

DOÑA SOL.

Ignora

Mi casamiento, en que ahora  
Ni de ella haré confianza;  
Y así, me escribe que quiere  
Ser mi huésped unos días.

INÉS.

Tú ¿qué respuesta le envías?

DOÑA SOL.

Inés, bien claro se infiere;  
¿Cómo he de tenerla en casa,  
Siendo ya don Juan mi esposo,  
Y el secreto tan forzoso?

INÉS.

¿Tú no sabes lo que pasa?  
Don Juan la quiso muy bien,  
Y pienso, si á casa viene,  
Que es de celos que de él tiene.

DOÑA SOL.

Yo lo presumí tambien;  
Mas don Juan me satisfaco  
Tan leal, que mis recelos  
Aun no han llegado á ser celos;  
Con todo, si don Juan hace  
A Castilla su jornada,  
Traeré á Costanza conmigo,  
Aunque ignora, como digo,  
Que con él estoy casada.  
Temo al Príncipe, en efecto;  
Que no dado, Inés, que acabe  
La vida á don Juan si sabe  
Que es mi marido en secreto,  
Pues dirá que se casó  
A pesar suyo don Juan.

INÉS.  
¡Ay señora, qué galán  
Vi ayer al Príncipe yo!  
El suele decirme á mi  
Sus penas, y yo le digo  
Que pierde el tiempo contigo.

DOÑA SOL.  
No, Inés, no ha de ser así.

INÉS.  
Luego ¿gustas que le dé  
Alguna esperanza?

DOÑA SOL.  
Necia,  
En mi tuviera Lucrecia  
Menor flaqueza y mas fe.

INÉS.  
A quejas muy repetidas  
Le despido yo; ¿qué quieres?

DOÑA SOL.  
Inés, si al Príncipe vieres,  
No quiero que le despidas,  
Porque esto es llegarlo á oír,  
Sin que huyendo, te vengas.  
Tan apriesa, que no tengas  
A quien poder despedir.

INÉS. (Ap.)  
En vano á su honor resisto.  
Sufra el Príncipe el desden;  
Que no puedo mas.

*Salen DON JUAN y NEBLÍ.*

DON JUAN.  
Mi bien,  
Un siglo há que no te he visto;  
Habla á Nebli sin recelo,  
Que es un antiguo criado,  
De quien siempre me he fiado.

NEBLÍ.  
Nebli soy, pues al sol vuelo.

DOÑA SOL.  
Por leal á tu señor,  
Te estimaré.

NEBLÍ.  
Ahora sí  
Puedo llamarme Nebli,  
Con alas de este favor.

INÉS.  
¿Nebli se llama, galán?  
NEBLÍ.  
Y con hambre eterna estoy  
Templado siempre; que soy  
Nebli pollo de don Juan.

INÉS.  
¿Nebli pollo es todavía?  
Pensé que mudado de aire.

NEBLÍ.  
La esclava tiene donaire,  
Y es docta en volateria.—  
Dime tú tu nombre á mi.

INÉS.  
Inés me llamo.

NEBLÍ.  
Alto pues;  
Garza parece la Inés.  
Que ha de volar al Nebli.

INÉS.  
Luego ¿es consecuencia clara  
Que algo quieres darme?

NEBLÍ.  
Niego  
La consecuencia y el luego.

INÉS.  
¿No tiene Sol buena cara?

NEBLÍ.  
De limiste.

INÉS.  
Ella es mujer  
De buena vida y costumbres,  
Mas solo da pesadumbres.

NEBLÍ.  
Muy pobre debe de ser.

INÉS.  
No serlo, pues es tan bella;  
¿Date á ti mucho don Juan?

NEBLÍ.  
Ya los señores no dan;  
Son muy pobres él y ella.

DOÑA SOL.  
Don Juan, ¿no es aquel don Jaime?

*Sale DON JAIME.*

DON JAIME.  
¿Qué desdichada hermosura! —  
Señora Sol, Dios os guarde. —  
Don Juan, mal se disimula  
El sentimiento en los ojos.

DON JUAN.  
Gran mal su tristeza anuncia.

DON JAIME.  
Retírense esos criados.

DON JUAN.  
Salios allá.

NEBLÍ.  
No me gusta  
La prevencion.—Inés, vamos.

(Vanse.)  
DOÑA SOL.  
Don Juan, pues aquí te busca  
Don Jaime, que soy tu esposa  
Le habrás ya dicho sin duda,  
Y si no, yo se lo digo;  
Porque menos se aventura  
En revelar el secreto,  
Que en juzgar él, si lo juzga,  
Que pudo hallarte en mi casa,  
No siendo yo esposa tuya.

DON JUAN.  
Sol, ya don Jaime lo sabe;  
Pero su tristeza es mucha,  
Pues á los ojos se viene.

DON JAIME.  
No sé, don Juan, cómo cumpla  
Con tantos respectos juntos,  
Entre penas tan confusas.  
Su alteza manda que os mate,  
Y aunque, entre miedos y dudas,  
A tanta resolucion  
Hice réplicas algunas,  
Quiso tomarlo á su cuenta,  
Cuando ve que, si lo rehusa,  
Se lo encargarán á otro,  
Que fácilmente concluya  
Con mi vida y con la vuestra;  
Que ninguna está segura  
Si pelagra la del otro,  
Pues es de ambos cada una.  
El Príncipe es el juez  
Que esta sentencia pronuncia,  
Y el delito es vuestro amor  
(¡Vive Dios, que es feliz culpa!),  
Y pienso que mi desdicha  
Es el fiscal que os acusa,  
Pues me han hecho á mi el verdugo  
Que la sentencia ejecuta.  
Este es el caso; yo vengo  
Sin resolucion ninguna  
A ponerle en vuestras manos;  
Vos callais y Sol se turba.  
Don Juan, muchas vidas tengo;  
Que ya la vuestra y la suya  
Tengo por propias, y ya  
No es mi desdicha tan suma,

Que no queréis que sean mas;  
Que, porque será ventura  
Tener yo muchas que daros,  
Dejaré de tener muchas.

DON JUAN.  
Yo no sé, por Dios, don Jaime,  
Con qué palabras reduzca  
A brevedad tantas penas;  
Y así, vuestra amistad supla  
Lo que falta á mi discurso;  
Que, aunque la accion es injusta,  
Si vos para ejecutalla  
No buscasteis coyuntura,  
Correis peligro, y si dais  
Noticia al Rey, se disgusta  
Con vos el Príncipe, y veo  
Que el morir vos no se excusa.  
Vos mirad por vos, don Jaime,  
Viendo tambien esta lluvia  
Que tiene al sol tan nublado,  
Esas perlas de alba pura,  
Que en azucenas y rosas  
Ni el mismo sol las enjuga;  
No me pesa á mi por mi  
Esta virtud que se encumbra  
Sobre si misma, y tan alta  
Pisa fueros de fortuna;  
Siento no mas que si muero,  
Como tórtola viuda,  
Que ahora con su consorte  
Tan dulcemente se arrulla,  
No posará en ramo verde,  
Y entre las selvas oscuras  
Pedirá endechas prestadas  
A las aves mas nocturnas,  
Maldiciendo entre sus ansias,  
Entre sus penas y angustias,  
Los arroyos que lo ríen,  
Las fuentes que lo murmurán.  
Esto quiero que os lastime;  
A mí, sin nuevas consultas.  
Dadme á fieras que me coman  
Ó á llamas que me consuman,  
Ó echadme al mar, donde el sol  
Cada noche se sepulta,  
Y cada mañana, en quien  
De lo mortal se desnuda,  
Fénix del agua renace  
De entre las ondas profundas;  
Que allí á mi bien la fe viva,  
Si la esperanza difunta,  
En todo aquel alabastro,  
De infaustas cenizas urna,  
Consagrará monumentos  
A las edades futuras.

DOÑA SOL.  
Señor don Jaime, en los ojos,  
Donde la elocuencia es muda,  
Mucho mejor que en los labios,  
Ora dos almas ocultas;  
Sobre la gloria de darse,  
Una por otra la usurpa,  
Cada cual tan ambiciosa  
De hacer la fineza suya,  
Que en la misma resistencia  
Con que están luchando á una,  
Vienen á injuriarse al tiempo  
Que obligarse mas procuran;  
Mas no luchan desconformes,  
Porque, si á luchar se juntan,  
No se juntan por luchar,  
Que antes por juntarse luchan;  
Porque hay no sé qué linaje  
De paz en la misma lucha,  
Pues los mismos que pelean  
Se abrazan cuando se injurian;  
No las despartais, don Jaime,  
Antes una misma punta  
Saque ambas almas la fuerza  
De la mano mas robusta;  
De una vez rompa ambos pechos,

Y si esto se dificulta,  
Y morir de un golpe solo  
No pueden dos vidas juntas,  
Os ruega una desdichada,  
Pues la crueldad y la astucia  
Quizá contra lo inocente  
Lo inexorable vinculan,  
Que cuando ya en ambos cuellos  
Déis dos heridas tan duras,  
Me déis á mi la primera,  
Y á mi don Juan la segunda.

DON JAIME.

Don Juan, bien podrá en vos mismo  
Mataros quien lo procura;  
Pero no en Sol, vuestra esposa,  
Que estáis en su alma, en cuya  
Inmortalidad tenéis  
Otra vida, no caduca,  
Que, á par de la eternidad,  
Mayor que los siglos dura.  
Salid de Pamplona luego;  
Que yo daré por disculpa  
Que érades ido á Castilla;  
A los riesgos que resultan  
Me expongo yo.

DON JUAN.

¿Vos sabéis  
Por qué el Príncipe promulga  
Ley contra mi tan severa?  
Pues ¿cómo quereis que huya  
Y deje en peligro á Sol?  
Si el cielo de piedad usa,  
Dad lugar á que la lleve.

DON JAIME.

Dadle vos á que discurra  
La razon y á que obre el tiempo,  
Pues poneis en aventura,  
Si lleváis á Sol ahora,  
Nuestras vidas y la suya.

DOÑA SOL.

Pues don Juan no ha de ir sin mí;  
Que quiero que nos conduzca  
A un fin una misma vida  
O una misma sepultura.  
Figurad casa movible  
Del mar, á quien aseguran  
Los cabos que la apuntalan,  
Las áncoras que la fundan,  
Edificio tan viviente  
Sobre la salada espuma,  
Que impulso proprio le alienta  
Y aura vital le estimula;  
Que avé de pino con alas,  
Bajel del viento sin plumas,  
Por regiones de agua vuela,  
Y piélagos de aire surca;  
Tan movible albergue, cuando  
De lino y leños se ayuda,  
Que va caminando siempre  
Con los mismos que la ocupan,  
Porque es á sus moradores  
Casa siempre tan conjunta,  
Que ellos no pueden mudarse  
Si ella tambien no se muda;  
Tan leal siempre y tan firme,  
Sin desampararlos nunca,  
Que hasta hundirse ó deshacerse  
No hay peligro que no sufra.  
Pues don Jaime, yo y don Juan,  
En dos almas, que son una,  
Somos nave y marinero  
Que en tanto golfo fluctúa;  
Yo soy la casa portátil  
En que él vive y en que él triunfa  
De tantas suertes de miedos,  
De tantas olas de injurias;  
En la tierra es ya mi llanto  
Océano que la inunda,  
Y adonde fuere yo, ha de ir;  
La embarcacion no se excusa,

Y es fuerza que con él vaya  
Su pobrecilla chalupa,  
Contra quien tanto elemento  
En tanto mar se conjura.  
Mas no importa, él vive en mí,  
Y yo soy casa tan suya,  
Que tengo de ir donde él fuere,  
A pesar de mayor furia;  
Porque no le he de dejar  
Hasta que, en igual fortuna,  
Las rocas me hagan pedazos  
O los abismos me hundan.

DON JAIME.

Ved, Señora, que á quedaros  
Os obliga la cordura;  
Que si os vais los dos, es fuerza  
Que os sigan y que os descubran,  
Y que don Juan muera entonces.

DON JUAN.

Don Jaime, nadie presume  
Que el deseo de la vida  
Tan engañoso me adula,  
Que yo me vaya sin ella,  
Y deje mi honor en duda.

DOÑA SOL.

¿Cómo en duda? Luego ¿en mí  
Son posibles las calumnias?  
Luego ¿este sol tendrá eclipses  
Por mudanzas de la luna?  
Luego ¿escuadrones formados,  
Que vibrado fresno empuñan,  
Que ciñen luciente alfanje  
Y visten morisca aljuba;  
Etna que incendios aborte,  
Nube que rayos escupa,  
Con truenos que al firmamento  
Estremezcan las columnas,  
Osarán á mi constancia?  
Véte, y verás cuán segura  
Armadas huestes desprecia  
Y fuerzas de reyes burla.  
Yo quedo conmigo misma.  
Véte, digo, y no atribuyas  
Este aliento á confianza  
Ni este valor á locura.

DON JUAN.

Muy bien dices; pero advierte...

DON JAIME.

Don Juan, sin tardanza alguna  
Os habeis de ir.

DON JUAN.

Yo iré donde  
Por unos dias me encubra,  
Con que vos os encargueis  
De mi bien.

DON JAIME.

Don Jaime os jura  
Ser guarda de su recato,  
De atenta, tan importuna,  
Que, siendo ella sol, y yo  
Águila, que no se ofusca,  
Examinarán mis ojos  
A rayos de Sol tan pura.

DON JUAN.

Pues yo buscaré, luz mía,  
Ocasión mas oportuna  
Para llevarte conmigo;  
Tú verás qué poco dura  
La ausencia. Abrazame ahora.

DOÑA SOL.

¡Ay, don Juan, que el sol se nubla!

DON JAIME.

Porque vuestra ausencia crean,  
Pudiera Sol, con industria,  
Traer consigo á Costanza.

DOÑA SOL.

Si la traeré; que ella gusta  
De estar conmigo unos dias.

DON JAIME.

Pues don Juan se vaya.

DOÑA SOL.

Suban  
Hasta el cielo mis suspiros.  
Justicia, amor; que me hurtad  
El mejor tiempo á mi vida.

DON JUAN.

En habiendo coyuntura,  
Vendré á verte. Adios, mi bien.

DOÑA SOL.

Mira que á mi centro acudas.

DON JUAN.

Tú eres un sol que me abrasas.

DOÑA SOL.

Tú un astro que al sol ilustras.

DON JUAN.

Tú la causa de mis dichas.

DOÑA SOL.

Tú el dueño de mis venturas.

DON JUAN.

Yo soy tu esposo y tu amante.

DOÑA SOL.

Yo esposa y esclava tuya.

## JORNADA SEGUNDA.

Salen INÉS y DOÑA COSTANZA.

DOÑA COSTANZA.

Diréte, Inés, lo que sabes;  
Porque mientras lo repito,  
Parece que lo acredito.

INÉS.

Pues empieza, porque acabes;  
Que decirme lo que sé  
Es darme encono.

DOÑA COSTANZA.

En efeto

Se fué don Juan con secreto,  
Y yo, despues que se fué,  
Inúspeda de Sol estoy  
Aquí en su casa.

INÉS.

Adelante.

DOÑA COSTANZA.

Temo que es don Juan su amante.

INÉS. (Ap.)

Leal, aunque esclava, soy;  
No he de decir lo que sé,  
Pues no digo que es su esposo;  
Mas basta hacer un engaño  
Al Príncipe, tan extraño.

DOÑA COSTANZA.

Quiso el Príncipe, celoso,  
Matarle. Don Jaime á mi  
Me ha dado de todo cuenta;  
Por eso don Juan se ausenta,  
Pero está cerca de aquí.  
Yo pues, que con tal porfia  
Casarme con él pretendo,  
No sé si, necia, desbiendo  
En su persona la mia;  
Y como para aplacar  
Al Príncipe el medio era  
Que Sol le hablara y quisiera,  
Y ella, en fin, no le ha de hablar;  
Porque él piense, aunque engañado,  
Que tiene á Sol reducida,  
Y así don Juan tenga vida,  
Que este solo es mi cuidado,  
Hurtándole á Sol el nombre,

A hablarle de noche vengo  
Al jardín, y le entretengo,  
Como ya ves. No te asombre  
Que, hablándome, haya creído  
Que soy Sol; porque, demás  
Que no ha hablado á Sol jamás,  
Sino de paso, yo he sido  
Tan sagaz, que, por poder  
Engañarle mas segura,  
Busco noche tan obscura,  
Que ni el bulto pueda ver.  
Yo pues junto desta fuente  
Hablo al Príncipe y le digo  
Que soy Sol. Tú eres testigo,  
Que siempre te hallas presente,  
Que no falto á mi decoro;  
Que si mi honor peligrara,  
No, Inés, no lo aventurara  
Por don Juan, porque le adoro.  
El, en efecto, que entiende  
Que le habla Sol, ya no extraña  
Los favores, y se engaña  
Con lo mismo que aprehende;  
Que en sola la aprehension,  
No en sí mismo, está el contento.  
Gozo es decir humo y viento;  
O nada ó mentira son  
Los bienes de amor. Inés,  
Pues, engañada la idea,  
No está el gusto en que lo sea,  
Sino en pensar que lo es.

INÉS.

Costanza, todo lo advierto.  
¿Queda mas?

DOÑA COSTANZA.

Su alteza, en fin,  
Me ha hablado en este jardín  
Tres noches, y está muy cierto  
Que hablando con Sol está;  
De modo que así ha tenido  
La dicha de haber creído  
Que Sol favores le da.  
Con que, en ardid tan extraño,  
Lograremos yo y su alteza,  
El su engaño en mi fineza,  
Yo mi fineza en su engaño.

Sale DON JAIME.

DON JAIME.

Sin que me sientan he entrado.  
Todo la industria lo pudo;  
Mientras el silencio mudo  
Recatos presta al cuidado;  
Que, guardando ajeno honor,  
Si es ajeno el de mi amigo,  
Las sombras del miedo sigo  
Con los pasos del temor,  
Adonde el ardid se atreve,  
Fiado á noche tan ciega;  
Que el sol hay noches que niega  
La luz que á los astros bebe;  
Porque há tres que, á mi pesar,  
Al Príncipe, aun no lo creo,  
Argos desdichado, veo  
En este jardín entrar.  
Ojalá averigüe aqui  
Si es firme Sol como bella;  
Que no ha habido culpa en ella,  
Como no hay descuido en mí.

Sale EL PRÍNCIPE.

PRÍNCIPE.

Gran dicha fué hallar abierta  
La puerta; gócese el fin  
De mi dicha en el jardín,  
Que me dió franca la puerta.  
Sol mía, ahora veré  
La verdad que tu amor tiene.

INÉS.

Costanza, el Príncipe viene.

DOÑA COSTANZA.  
Pues no te vayas.

INÉS.

No haré.

PRÍNCIPE.

Gente hay aqui. ¿Es doña Sol?

DOÑA COSTANZA.

Sol soy. Habla sin recelo.

DON JAIME. (Ap.)

Sol dice que es. Vive el cielo,

Si es natural arrebol

La vergüenza en una dama,

Sin luz ni arrebol está

Este cielo; que no hay ya

Fe ni verdad en quien ama.

PRÍNCIPE.

Pues determinado vengo.

Al salir de tu jardín,

Vi anoche un bulto, y en fin,

Hablo claro, celos tengo.

Temo que es don Juan, á quien

No habló don Jaime, ó no quiso;

Que ambos andan sobre aviso,

Pues que se guardan tan bien.

Vengo pues determinado

A no perder la ocasion;

Que esto es dar satisfaccion

De una vez á mi cuidado.

DOÑA COSTANZA.

No tengais celos; que os quiero

Mas que á mí, y es temor vano

Que un príncipe soberano

Los tenga de un escudero.

Vos sois mucho mas galan

Que todos, y yo. Señor,

No tengo á don Juan amor;

Que no os compite don Juan.

DON JAIME. (Ap.)

El daño es cierto. ¡Ay, amigo,

Qué buena cuenta que di

De tu honor!

PRÍNCIPE.

Sol, si hasta aqui

He sido cortés contigo,

Ya, sin el último empeño,

No creeré que á mí me quieries.

Dueño de tí misma eres;

Hazme de tí misma dueño.

DOÑA COSTANZA.

(Ap. Válgame aqui la cautela.)

Señor, quien de veras ama,

Mas los riesgos de la dama

Que los del honor recela.

Costanza pues es ahora

Mi huésped; yo os prometo

Que está cerca, y el secreto

De mi amor y el vuestro ignora.

Apenas por el oriente

Saldrá el sol cuando se vaya;

Podrá ser que ocasion haya

Mejor la noche siguiente.

Venid entonces, pues es

Honor de quien os adora.

(Ap. Remédiese el daño ahora;

Que otro ardid habrá despues.)

PRÍNCIPE.

Oye, la noche que viene

Quiero lograr mi ventura;

Tanto mi amor te asegura.

DON JAIME.

Atajar esto conviene

Con prudencia y discrecion;

Que, aunque en Sol el vil intento

Pasa ya de pensamiento,

Aun no llega á ejecucion.

PRÍNCIPE.

Cerca me has dicho que está

Costanza. Adios; que, en efecto,  
A tí te importa el secreto. (Vase.)

DON JAIME.

El Príncipe se fué ya.

Estoy, vivé Dios, aqui

Por tomar de Sol venganza;

Mas ha dicho que Costanza

Estaba cerca de allí.

Voyme; que quizá darán

Los cielos traza mejor

Para preservar su honor

Y defender á don Juan. (Vase.)

INÉS.

Costanza, ¿qué estáis pensando?

DOÑA COSTANZA.

Inés, otro nuevo ardid

Para quietar á su alteza.

Téngole pues de escribir,

Firmándome *doña Sol*,

Pues ya ser ella fingi,

Que Costanza no se ha ido;

Que no tiene que venir.

INÉS.

Bien puedes; que él no conoce

(Yo sé bien que esto es así)

Ni tu letra ni la suya.

DOÑA COSTANZA.

Todo es temer y fingir.

Sale DOÑA SOL.

DOÑA SOL.

Mientras don Juan me desvela,

No sé qué rumor senti,

Si quien sus ausencias siente,

Puede otra cosa sentir.

Vientos, si fuisteis suspiros,

Y acaso á saber venis

Si me acuerdo de mi esposo,

Volved, decidle que sí.

DOÑA COSTANZA.

Sol es esta.—Sol, ¿qué buscas?

DOÑA SOL.

Costanza, ¿tú estás aqui?

DOÑA COSTANZA.

¡Ay, amiga! Parecióme

(Ap. Aqui es forzoso mentir)

Que escuché á don Juan, y vine,

Por no despertarte á tí,

Con Inés, á ver quién era.

DOÑA SOL.

¿Qué dices? ¿En mi jardín

Don Juan de noche? (Ap. Ello es fuerza

Disimular y sufrir.)

DOÑA COSTANZA.

Pensé que á mí me buscaba.

¿Quieres recogerme?

DOÑA SOL.

Sí;

Mas no, ya me he desvelado.

Tú sola te puedes ir;

Que yo con Inés me quedo.

DOÑA COSTANZA. (Ap.)

Bien de ambos riesgos sali. (Vase.)

INÉS.

¡Ay, Sol, pasos he sentido!

DON JUAN y NEBLÍ, como que

saltaron.

NEBLÍ.

Ya estamos en el jardín.

¿Qué habemos de hacer ahora?

DON JUAN.

No dejaré Inés de abrir,

Si llamas á aquella reja,

Que está enramando un jazmin.

DOÑA SOL.  
Inés, ¿qué haré? Yo estoy muerta,  
Ni acierto á hablar ni á huir.—  
¿Qué es esto? ¿Quién va?

DON JUAN.

¡Luz mía!

DOÑA SOL.  
¡Mi don Juan!

NEBLÍ.

¡Inés!

INÉS.

¡Nebli!

NEBLÍ.

¡Señora!

DOÑA SOL.

Yo estoy turbada  
Desta novedad. Decid,  
¿Cómo habeis venido?

DON JUAN.

Sol,

Yo vengo á verte y vivir,  
Pues me tienes acá el alma.  
Tú ¿cómo estabas aquí?

DOÑA SOL.

Esta fuente, estos arroyos  
Te darán nuevas de mí,  
Pues tienen lengua las aguas.—  
Arroyuelos, que reis,  
Alegres de mi ventura;  
Fuente, que á aquel albellí  
Das aljofar, murmurando  
Entre dientes de marfil;  
Don Juan, quizá cuidadoso,  
Verdades viene á inquirir.  
Aguas, pues que sois tan claras,  
¿Por qué no se lo decis?

DON JUAN.

Yo en troncos de un bosque escritos  
Textos tengo mas de mil,  
Verdades dejo que crezcan,  
Por eso las escribí  
En troncos, cuya alma misma,  
Con impulsos de sentir,  
Vivientes lágrimas abre  
Vegetativo buril.  
Escrito está de mi letra  
En la corteza infeliz  
De un álamo negro: «Yo  
Tengo el corazón así;»  
Y en la de un olmo, con quien  
Está casada una vid:  
«Maldiga el cielo la mano  
Que os quisiere dividir.»  
¿Cómo no me diceis nada  
De don Jaime?

DOÑA SOL.

Ayer le vi,

Y me miró muy severo.  
Debióse de arrepentir  
De haber sido tan piadoso;  
Mas no me espanto; que, en fin,  
Tiene al Príncipe enojado.

DON JUAN.

¿Eso puedes presumir  
De don Jaime? El me dió vida,  
Y piensa que se la di.

DOÑA SOL.

Mejor es que yo me engañe;  
Pero lo erraste en venir  
Esta noche, que Costanza  
Es mi huéspedes; y así,  
Te has de volver.

DON JUAN.

No, bien mío;

Que en el celestial zafir  
Es ya el alba precursora  
Del mas hermoso rubí.

DOÑA SOL.

Mira el riesgo á que te pones.

DON JUAN.

Muy bien me podré encubrir  
Por un día de Costanza,  
Oculto en tu camarín,  
Por verte á hurto algun rato.

NEBLÍ.

Sol, ya don Juan no se ha de ir;  
Que él sabe ser tan secreto,  
Que todo cuanto le oí  
Suspirar en esta ausencia,  
Lo ha suspirado en latin,  
Bien que haciendo ambos un duo,  
Como el agua en el anís;  
Que dejé mi amor en cierne  
Tambien yo cuando me fui.  
Yo maestro de un cuquillo,  
Y él de un jilguero aprendiz,  
Don Juan cantaba por Sol,  
Y yo entonaba por Mí.

DOÑA SOL.

Digo, don Juan, que te quedes;  
Ya no quiero resistir.  
Por si han sentido rumor,  
Llegue en público Nebli,  
Como que busca á Costanza.  
Tú á mí me puedes seguir.

DON JUAN.

(Ap. ¿Que esté Sol tan á deshoras,  
Con Inés, en el jardín,  
Y que resista el quedarme!  
¡Oh, cómo suele ser vil  
La imaginacion humana.)  
Bellísimo serafín,  
Un primer ímpetu ha sido;  
Perdona, si te ofendi.

(Vanse doña Sol y don Juan.)

INÉS.

Nebli, ¿no me dices nada?

NEBLÍ.

Inés, quiero irme á dormir;  
Que he andado toda la noche  
En un tejado ó rocín,  
Consultado en caballero.

INÉS.

Apenas te conocí,  
Cuando te fuiste á aventuras,  
Escudero de Amadís;  
¿A qué ha venido tu amo?

NEBLÍ.

Hace frío, aunque es abril,  
Y viene á buscar el sol.  
Si hay acaso por ahí  
Algun planeta traído,  
Que á mí me pueda servir,  
Tambien me parió mi madre,  
Como la suya al Sofí.

INÉS.

¿Has cenado?

NEBLÍ.

No, por Dios,

Si verdad he de decir.  
Yo tengo sed, hambre y frío.  
¿Tienes algo de pernil,  
Como un trago de lo caro?  
Porque esto de san Martín,  
Segun lo que abriga, siempre  
Tiene capa que partir.

INÉS.

¿Pásaslo muy mal?

NEBLÍ.

Muy mal.

INÉS.

Lástima tengo de tí.  
Vamos; que te quiero dar

Los blancos de una perdiz  
Y lo tinto de una bota.

NEBLÍ.

¿Quién te regala?

INÉS.

Nebli,

El Príncipe, mi señor.

NEBLÍ.

¡Válgame el señor san Gil!  
¿Pésia mi abuela, qué vida  
Se rompe en este país!  
Sol habrá dado en el chiste,  
Su alteza gasta gentil;  
Inesilla, como bobá,  
Querrá comer y vestir,  
Y don Juan anda arrastrado,  
Como otro fray Juan Guarín,  
Marido muy criminal,  
Contra el intento civil.  
Bien haya cuerdos de ahora;  
Que lo que en tiempo del Cid  
Se llevaban las terceras,  
Toman ellos para sí.

Salen EL REY y DON JAIME,  
en palacio.

DON JAIME.

Señor, doña Sol se fia  
De mí y de vos. Justa ley  
Es que la defienda un rey  
De un príncipe que porfia;  
Y así, á avisaros envía,  
Tan honrada como bella,  
Que esta noche quiere vella  
Su alteza determinado.  
(Ap. Con este ardid he mirado  
Por don Juan, por mí y por ella.)

REY.

Sol tiene gran calidad;  
En fin, ¿defiende su honor  
Del Príncipe?

DON JAIME.

Si, Señor.

(Ap. ¡Ojalá fuera verdad!)

REY.

¿Qué ciega es la voluntad,  
Pues creece en la resistencia!

DON JAIME. (Ap.)

Diciendo al Rey que es violencia,  
Le obligo á que lo repare,  
Y si él no lo remediare,  
Yo haré mayor diligencia.

REY.

Don Jaime, el Príncipe viene.  
Idos; advertido quedo. (Vase.)

Salé EL PRÍNCIPE.

PRÍNCIPE.

Noche, que prestas al miedo  
Las sombras que tu horror tiene...  
Mi padre está aquí; conviene  
Disimular mi esperanza.

REY.

En fin, ¿no hay en vos mudanza?

PRÍNCIPE. (Ap.)

Sol, hermosura del día,  
Esta noche serás mía,  
Sin que lo impida Costanza.

REY.

Una carta he recibido  
De la Infanta, vuestra esposa,  
Y está de vos tan quejosa,  
Como yo por vos corrido.  
Amigo vuestro, os lo pido,  
Sí, rey y padre, os lo mando;

Que es mandar y estar rogando,  
Aunque es acción mal segura  
Poner en cerviz tan dura  
Yugo de imperio tan blando.  
Y si Sol no os da ocasión,  
Y llega á tal vuestro exceso,  
Que la preferís por eso  
A una infanta de Aragón,  
Tomaré resolución  
Con vos y con ella.

PRÍNCIPE.

¿Quién  
Habla de mi amor tan bien,  
Que esto os ha dicho?

REY.

Parece  
Que, en vez de acabarse, crece  
Vuestro amor con el desden.

PRÍNCIPE.

Pues si crece á mas esfera  
Con los desdenes, no useis  
De ellos con Sol, si quereis,  
Señor, que menos la quiera.  
Quien la ofende en vano espera  
Que yo me mude jamás;  
Mas volverá un río atrás  
De lo que hasta allí ha corrido  
Cuando agua le han añadido,  
Con que es fuerza correr mas.  
Sed pues con Sol mas clemente;  
Quizá cesando el rigor,  
Quitaréis fuerza al amor  
Y raudal á la corriente;  
Río es mi amor, si no es fuente,  
Que no puede atrás volver.  
Una de dos ha de ser:  
Yo dejo á vuestro albedrío  
Que quiteis el agua al río,  
Ó que le dejéis correr.

REY.

Cárlos, las fuentes porlan,  
Manando siempre; á la mar  
Van los ríos sin parar;  
No así los gustos se guían.  
Muchos que ahora querían,  
Sequedad despues mostraron,  
Y de amar se retiraron;  
Luego, aun amando, no fueron  
Ríos, pues atrás volvieron,  
Ni fuentes, pues se secaron.  
Segun esto, ¿qué será  
Amor? Un arroyo breve,  
Que correrá mientras llueve,  
Y luego se acabará.  
Tal vez, cristal puro, va  
Corriendo del monte al llano,  
Y es, aunque presume ufano  
Que su caudal será eterno,  
Censo que impuso el invierno  
Y lo redimió el verano.  
Ahora, que por ventura  
No tengo sed, corre aprisa  
Amor, y entre falsa risa,  
Me va ofreciendo agua pura,  
Mientras el invierno dura;  
Mas vendrá el estio luego,  
Y hallaré, si á beber llego,  
Donde agua el invierno vi,  
Guijas secas, que de sí  
Estén arrojando fuego.  
Sol no os quiere, yo lo sé;  
No vais esta noche allá;  
Que hacerla fuerza será  
Infame acción.

PRÍNCIPE.

Bien se ve  
Que hay quien avisos os dé;  
Mas si ya á saber se pasa  
Que el sol de noche me abraza,  
La relación no fué cierta;

Que primero me dió puerta  
En sus ojos que en su casa.

REY.

¿Eso es así?

PRÍNCIPE.

Sí, Señor.

La pasión perdió el respeto  
Al decoro y al secreto.

REY.

(Ap. Sin duda la tiene amor  
Don Jaime, y de ajeno honor  
Hace capa á propios celos.)  
Cárlos, escuchad recelos  
De quien ser su esposo espera;  
Porque un celoso se altera  
De ver azules los cielos. (Vase.)

Sale NEBLÍ, con un papel en la mano.

NEBLÍ.

Dije á Costanza que vine  
A saber de ella. Creyólo,  
Y me dió este papel;  
Pues no es de Sol, yo me arrojo,  
Y se le doy á su alteza.—  
Señor, si fuere amoroso  
El billete y de gusto,  
Ese es el porte que cobro.  
Su dueño dirá la firma.

PRÍNCIPE. (Ap.)

La firma es de Sol.

NEBLÍ.

El rostro  
Ha demudado. ¿Hay tramoya?

PRÍNCIPE.

Dice el papel de este modo:

(Lee.) «Señor: Costanza no ha querido  
»irse, y yo, por disimular, no he mos-  
»trado gusto de que se vaya; y así,  
»hasta que yo le avise, no venga al jar-  
»dín vuestra alteza, á quien me guarde  
»Dios, como deseo.—Doña Sol Abarca.»

Esta es traición, vive el cielo;  
Sin duda ha vuelto celoso  
Don Juan en secreto, y yo  
Por él la ocasión no logro.—  
¿Quién eres?

NEBLÍ.

Señor, un loco,  
Que suele hablar en juicio;  
Don Nebli me llamo, y poso  
En casa de Sol.

PRÍNCIPE.

Pues habla  
En seso conmigo un poco.  
¿Has visto toda la casa  
De Sol? Que, aunque hoy son escollos  
Tanto jase y alabastro  
Del edificio ya roto,  
Hay reliquias de haber sido  
Palacio de reyes godos.

NEBLÍ.

Señor, hoy la anduve toda;  
Y tanta grandeza, el oro,  
No ya enterrado cadáver,  
Sino convertido en polvo;  
Cuanto pórdido labrado  
Y cuanto artesón con oro  
Hace en su misma ruina  
Derribado mauseolo.  
¿Cuántos torreones altos,  
Que barrenaban el globo  
De las estrellas, ahora  
Son nuestro ejemplo y asombro,  
Pues con trémula vejez,  
En unos puntales toscos,  
Como en báculos, se tienen

Tan caducos promontorios!  
¿Qué traidores son los años!  
¿Con qué silencio engañoso  
Hurtan los pasos al miedo  
Y las crueldades al robo!  
Clama quien fué á la memoria,  
Y en vez de oír los sollozos  
Del lamento, en huellas mudas  
Dejan monumentos sordos.  
Ya pues el mayor concepto  
De la arquitectura, el monstruo  
Que de la ciencia fué parto,  
De la fortuna es aborto;  
Quizá porque á tanto olimpo  
Como era pasto glorioso,  
La tierra fué poco Atlante  
Para sostenerle en hombros;  
Siendo propiedad del cielo  
Tan miserable destrozo,  
Desengaño al presumido  
Y escarmiento al ambicioso.

PRÍNCIPE.

Bien sabes hablar de veras.

NEBLÍ.

Soy poeta y hombre docto.  
Voy al caso: vi su estrado,  
Su retrete, su oratorio,  
Su camarín y aun su cama;  
Que cuando yo me abochorno  
De curiosidad, no suelo  
Dejar roso ni belloso.

PRÍNCIPE.

Y ¿en qué cuarto está don Juan De Zuñiga?

NEBLÍ.

No conozco

Ningun Juan yo. (Ap. ¿Si Costanza  
Le dió en el papel el soplo?)

PRÍNCIPE.

En este papel me avisan  
Que Sol le esconde, y que todo  
Me lo dirá el portador.

NEBLÍ.

Señor (gran peligro corro),  
Puede ser que este don Juan  
Esté allí; mas yo soy corto  
De vista, y no le vería.

PRÍNCIPE.

Si tuviste buenos ojos  
Para ver toda la casa,  
¿Cómo te faltaron solo  
Para no ver á don Juan?

NEBLÍ.

Oyeme un cuento famoso:  
—Era un cura gran tñhur,  
Pero tan poco devoto,  
Que por jugar no rezaba.  
El Obispo, escrupuloso,  
Supo el caso, llamó al cura,  
Y díjole con enojo:  
«¿Qué es esto? ¿Cómo no reza?»  
Y el cura, sin alboroto,  
Respondió: «Señor ilustre,  
Ya he probado con anteojos,  
Y no veo.» Aquí el Obispo  
Replicó luego: «Pues ¿cómo  
Ve á jugar, y no á rezar?»  
Y él respondió presuroso:  
«Hágame á mi cada letra,  
Usia, como el as de oros,  
Y leeré el libro del rezo  
Como el de cuarenta y ocho.»—  
El cuento se está aplicado,  
Sin andar por circunloquios,  
Vi la casa, y no á don Juan;  
Pues lo que el cura respondo:  
Haga á don Juan vuestra alteza,  
Aunque no tiene mal tono,

Tan grande como una casa,  
Y veréle, aunque veo poco.

PRÍNCIPE.

Di que me diste el papel,  
Y véte.

NEBLÍ.

Yo me recojo  
Con sol, como las gallinas,  
Porque ellas y yo lo somos. (Vase.)

PRÍNCIPE.

¿Qué haré para averiguar  
Si Sol me engaña? Ya tomo  
Resolución: esta noche  
He de buscar cauteloso  
A don Juan dentro en su casa,  
Diciendo que un amor loco  
El sello rompió al secreto,  
Sacriligo á tantos votos.  
Perdone la cortesía;  
Mi padre está rigoroso,  
Sol me entretiene ó me burla,  
Costanza me pone estorbos,  
Don Juan me ofende, don Jaime  
Es confidente alevoso.  
Amor, piedad; que, aunque debo  
Resistir con pecho heróico,  
Há tanto que estoy sitiado  
De enemigos poderosos,  
Que es fuerza entregar la plaza,  
Si no me entrare el socorro.

Salen DOÑA SOL Y NEBLÍ.

DOÑA SOL.

¿Qué le dijiste á Costanza,  
Que se entró tan de repente?

NEBLÍ.

Tú has estado hoy impaciente,  
Ella notó la mudanza  
De tu rostro, y fué en fin:  
¿Qué hiciera á haber sospechado  
Que está todo hoy encerrado  
Don Juan en tu camarín!

DOÑA SOL.

A mi inquietud lo atribuyo;  
Lo mismo que tú colijo.

NEBLÍ.

Por Dios, que al irse me dijo  
Que aquel papel no era suyo  
(Ap. Si don Juan sabe el aprieto  
En que me vi con su alteza,  
Me ha de romper la cabeza;  
No hay cosa como el secreto.)

DOÑA SOL.

Ya puedo á don Juan llamar.—  
Mi bien, bien puedes salir.

Abre la puerta, y sale DON JUAN.

DON JUAN.

¿Qué malos son de sufrir  
Los plazos del esperar!  
Como pajarillo amante  
En la prision todo el día,  
Senti tus pasos, Sol mía,  
Y canté alegre al instante  
Que te anunció un arrebol  
Que por la puerta vi ahora;  
Y así, saludé al aurora  
Por mensajera del sol;  
Pero cuando vi que estaba  
Costanza contigo hablando,  
También lloré, imaginando  
Que mi sol se me nublaba.

DOÑA SOL.

Pues no flores, dueño mío;  
Que este sol, querido esposo,  
Sale á beber calóroso  
En tus ojos el rocío,

Con que se ha refrigerado.  
Ya vuelvo á decir que llores;  
Que á estos líquidos amores  
En el pecho enamorado  
Aposento les he hecho;  
Porque lágrimas que son  
Pedazos del corazón,  
Bien estarán en el pecho.

Sale INÉS.

INÉS.

Sol, escóndase don Juan.  
Yo iba ahora á abrir la puerta,  
Y viendo que estaba abierta,  
Menos cortés que galán,  
El Príncipe se entró en casa.

DOÑA SOL.

Luego sabrémos qué es esto.—  
Mi bien, escóndete presto.

DON JUAN.

Ya de los límites pasa  
La violencia; cerca estoy  
Para acudir, si importare.

NEBLÍ.

Rogando á Dios que en bien pare,  
Mientras no pára, me voy.

(Vanse Neblí é Inés.)

Sale EL PRÍNCIPE.

PRÍNCIPE.

Sol, sin tu licencia vengo;  
Mas si tú al amor la niegas,  
¿Cuándo esperaron los celos  
Á que les diesen licencia?  
En un papel me avisaste  
Que esta noche no viniera,  
Porque Costanza era estorbo  
Para cumplir tu promesa.  
Rompi el secreto jurado,  
No te pongas tan suspensa,  
Que parece que me escuchas  
Como quien se hace de nuevas.

DOÑA SOL.

Yo advertí á Inés que cerrase,  
Y mandé que á nadie abriera.

PRÍNCIPE.

Celoso estoy, no te admires  
Que contra tu gusto venga;  
Porque dicen unos celos  
Lo que callan mil finezas.

DON JUAN. (Ap.)

No tengo honor, pues no muero.  
¿Esperaré la respuesta,  
O tomaré, antes de darla,  
Satisfacción de mi ofensa?

DOÑA SOL.

Si á algun villano de Asturias,  
A quien jamás la tijera  
Llegó á emendar con el arte  
La desmelenada greña,  
Hubiera, Señor, oído  
Una injuria tan violenta,  
Un desafuero tan torpe,  
Una atrocidad tan nueva,  
Pensara que no era en ambos  
Comun la naturaleza;  
Porque hay hombres de quien dudo  
Si son hombres ó son fieras.  
Mas en un príncipe, en vos,  
En cuyas heróicas venas  
Tantos diferentes reyes  
Tan convenidos se mezclan,  
Es miedo, es error, es pasmo,  
Es asombro, es inclemencia,  
Es injusticia, es infamia,  
Es tiranía, es afrenta,  
Es temeridad, es ira,  
Es impiedad, es violencia,

Es alevosía, es furia,  
Es escándalo, es vileza,  
Es rabia, es furor; mas ¿cómo  
Podré reducir á cuenta  
Todo lo que es, pues no hay  
Indignidad que no sea?  
¿Yo promesa? Yo papel?  
¿Quién tan loco á la alta esfera  
Del sol levantara el vuelo,  
U osara á tanto planeta  
Ver en su eclíptica errante,  
Que abrasado no cayera,  
Icaro altivo ó Faeton  
Despeñado de sus ruedas?  
Yo soy doña Sol Abarca.  
El príncipe es vuestra alteza;  
Confesad que es ficción todo  
Cuanto habeis dicho en mi ofensa;  
Que, con ser la traición tal,  
Y yo ser yo, que en materia  
De honor no es posible que haya  
Mas que ser que ser yo mesma,  
Por ser vos el que lo dice,  
Yo misma no sé si crea  
Mas hablerla dicho vos  
Que ser yo incapaz de hacerla.

DON JUAN. (Ap.)

Confía da ha respondido;  
O es conocida inocencia,  
O es que me parece que es  
Lo que me holgara que fuera.

PRÍNCIPE.

De oírte estoy tan confuso,  
Que sé responderte apenas;  
Tú misma ¿no me dijiste  
En el jardín que te viera  
Esta noche? Y esta tarde  
¿No me escribiste tú mesma  
Que no viniera hasta tanto  
Que tú otro aviso me dieras?  
Pues ¿cómo así me respondes?

DON JUAN. (Ap.)

Ea, mi desdicha es cierta.  
Yo ¿no la hallé en el jardín?  
¿No me persuadió la vuelta?  
¿No me resistió el quedarne?  
¿No me habló mal de la ausencia  
De don Jaime? Pues ¿qué aguardo?

DOÑA SOL.

La admiración no la deja  
Articular á la voz  
Ni el uso libre á la lengua.  
¿Yo os he hablado en el jardín?  
Yo os he escrito?

PRÍNCIPE.

Espera, espera,  
No prosigas. Vive Dios,  
Que son ciertas las sospechas  
De mis celos, y que tengo  
De averiguarlos; que es fuerza  
Que te esté escuchando alguno,  
Pues hablas de esa manera.

DON JUAN. (Ap.)

Por eso lo está negando;  
Vive Dios, que es evidencia,  
Pues sabe que yo la escucho.  
Vii mujer, ¿á qué me fuerzas  
A que te mate y me maten?  
¿Oh, lo que siento que mueras!  
Su alteza, que no se ha ido,  
Cuando mi honor me da prisa,  
Te da esto poco de vida;  
No sé si se lo agradezca.

PRÍNCIPE.

Entremos á ver tu casa;  
Vén conmigo.

DOÑA SOL.

(Ap. ¡Ay, Dios, que si entra,

Y ve á Juan, ha de matarle!  
¿Dónde vais?

PRÍNCIPE.

Toda he de verla,

Vive Dios.

DON JUAN. (Ap.)

Necio respeto

Me detiene.

DON JAIME. (Da golpes dentro.)

Abran las puertas,

O las echaré en el suelo.

DON JUAN. (Ap.)

Voz de don Jaime es aquella.

DON JAIME.

¡Abran aquí!

PRÍNCIPE.

¿Quién da voces?

Salte DON JAIME.

DON JAIME.

¿Qué graciosa resistencia!

Yo puedo allanar la casa;

Que traigo orden de su alteza.—

Señor, ¿vos estáis aquí?

DON JUAN.

¡Oh amigo, á qué tiempo llegas!

PRÍNCIPE.

¿Qué es esto? ¿A qué habéis venido?

DON JAIME.

(Ap. Aquí ha de entrar la cautela.)

Señor, como soy tan vuestro,

Y dicen que teneis queja

Porque no maté á don Juan,

Vengo á hacer la diligencia

Con diez valientes soldados,

Porque una espía secreta

Me dijo que estaba aquí.

(Ap. Buen amigo soy; que mientras

Don Juan está allá seguro,

Yo le excuso acá su afrenta.)

DON JUAN. (Ap.)

Luego ¿Sol no le engañaba?

¡Hay tal traición!

DOÑA SOL. (Ap.)

Luego ¿eran

Verdad mis miedos?

PRÍNCIPE.

Don Jaime,

Allanad la casa y vedla;

Entremos juntos.

DOÑA SOL.

¿Qué es esto?

¡Así en Navarra respetan

La casa de doña Sol?

Yo iré, y cerraré la puerta

Por de dentro.

Hace que cierra la puerta, y ábrela  
con ímpetu, y sale DON JUAN.

DON JUAN.

Aparta, enemiga;

Yo la abriré y saldré fuera,

Si con todos los candados

Del mismo infierno las cierras.

Don Juan de Zúñiga soy.

PRÍNCIPE.

¡Hay semejante insolencia!

DON JUAN.

¡Vive Dios, que estaba aquí!

DON JAIME.

¡Notable desdicha es esta!

DON JUAN.

Verdad os dijo la espía,

Don Jaime, aquí estoy.

DON JAIME. (Ap.)

El piensa

Que soy desleal amigo;

Mas, como yo no lo sea,

Piénselo ahora, no importa.

PRÍNCIPE.

Tanto el enojo me ciega,

Que he enmudecido.—Matadle.

DON JUAN.

Mataráme vuestra alteza

Después que yo mate á Sol.

DOÑA SOL.

Mi bien, esposo (¡estoy muerta!),

No me espanto, si has oído

Al Príncipe, que te tengan

Temeroso sus palabras,

Por no decir sus quimeras;

Pero márame, bien haces,

O me mataré yo mesma,

No porque yo te he ofendido,

Sino porque tú lo piensas.—

Señor, don Juan es mi esposo;

Ya lo digo, que ya es fuerza.

DON JUAN.

¡Oh cruel! Antes ahora

Callarlo era mas prudencia,

Por no revelar la infamia

Cuando el secreto revelas.

Mas ya, en efecto, lo has dicho;

Y así, mi venganza vea

Quien ha sabido mi agravio.

DON JAIME.

Tenéos, don Juan.

DON JUAN.

Solo resta

Que un falso amigo me estorbe.

PRÍNCIPE.

Mucho debo á mi paciencia

O á mi admiración.—Don Jaime,

Haced que al punto le prendan.—

Don Juan, yo os dije una noche,

Testigos son sus estrellas,

Que no hablasteis á Sol;

Pues ¿cómo, sin mi licencia,

Os casasteis en secreto?

No quiero esperar respuesta.—

¿Qué gente teneis, don Jaime?

DON JAIME.

Diez de la guarda.

PRÍNCIPE.

Pues ea,

Vayan con don Juan los ocho;

Que los otros dos se quedan

Con doña Sol, porque quiero

Que en su casa quede presa.

DOÑA SOL.

¿Por qué me prendes á mí?

PRÍNCIPE.

¿Por qué? Porque, siendo deuda

De mi casa, te casaste

Antes que yo lo supiera.

DON JUAN.

Aquí me han de hacer pedazos

Primero que lo consienta.

Sol ha de venir conmigo.

PRÍNCIPE.

A no estar en su presencia,

Yo mismo os diera la muerte.

DOÑA SOL.

Déjate prender, no temas;

Que tiempo habrá que te vengues,

Cuando mi verdad no creas;

Y rey hay, aunque le llaman,

Por la omisión con que reina,

El Encerrado don Sancho.

A pesar pues de apariencias,

Vé seguro de mi honor;

Que, si ofendido te hubiera,

Supuesto que me importaba,

La culpa ya descubierta,

Tener quien me defendiese,

Claro está que no quisiera,

Por satisfacerte á ti,

Desobligar á su alteza.

DON JAIME.

Don Juan, ved que esto es forzoso.

DON JUAN.

Apelo á Dios de la fuerza.

Rey tenemos en Navarra.

DOÑA SOL.

Yo daré de esto al Rey cuenta.

Tú da treguas á la duda;

Que, no dando mas que treguas,

Si no te están bien las paces,

Volverás luego á la guerra.

PRÍNCIPE.

Prevenir quiero el peligro.—

¡Don Jaime!

DON JAIME.

¡Señor!

PRÍNCIPE.

No sepa

Mi padre que están casados,

Si es que el vivir no os da pena.

Quédense con Sol dos guardas,

Que salir no la consentan,

Porque no avise á mi padre.

DON JAIME.

Vamos, don Juan. (Ap. No es prudencia

Decirle culpas de Sol

Hasta ver si se remedian.)

DOÑA SOL.

¡Ay, qué amor tan desdichado!

PRÍNCIPE.

¡Ay, qué ingratitud tan bella!

DON JAIME.

¡Ay, quién os mostrara el alma!

DON JUAN.

¡Ay, que á un tiempo me hacen guerra

Un rey que de nada cuida,

Un príncipe que gobierna,

Una mujer que me agravia

Y un amigo que me niega!

## JORNADA TERCERA.

Salen DON JUAN Y NEBLÍ.

NEBLÍ.

Don Juan, quéjate de quedo;

Preso desde anoche estás,

Y tales suspiros das,

Que á las guardas pones miedo;

Y dicen, muy vigilantes,

Que sus pesadumbres son,

A fuer de descomunión,

Que son de participantes.

Jaime habló al Rey, y quizá

Por orden suya, en un coche

Llevó á doña Sol anoche

A su quinta, adonde está;

Que dió al Rey tanto cuidado

El caso de mi señora,

Que le han de llamar ahora

Don Sancho el Desencerrado.

DON JUAN.

Déjame, por Dios, Nebli.

NEBLÍ.

Calla; que quizá no es cierto.

Hoy vi las flores del huerto,

, cuando las vi,  
especto de tu esposa,  
sta de virtudes llená,  
y pureza en la azucena  
nesidad en la rosa.  
l al sol entre nublados,  
n mi presencia llovieron  
cristales, que fueron,  
razon desatados,  
res derretidos,  
lo menos serian  
mas las que corrian,  
las los detenidos.

DON JUAN.  
s aquel don Jaime?

NEBLÍ.  
Él es.

DON JUAN.  
véte.

NEBLÍ.  
Voyme á la quinta,  
la presa y la pinta;  
allá está tambien Inés. (Vase.)

Sale DON JAIME.

DON JAIME.  
uan, el Rey os espera,  
s quiere hablar muy espacio;  
estáis, id á palacio.

DON JUAN.  
ey á mi?

DON JAIME.  
¿Qué os altera?  
to desde anoche pasa  
cho al Rey; y así, vengo  
rden suya, y la tengo,  
se os vais á vuestra casa:  
que, aunque hubiera importado  
toda la verdad,  
e dicho á su majestad  
on Sol estáis casado,  
se así me lo previno  
ncipe, y no conviene  
r tanto á quien tiene  
ey su proprio destino.  
n fin, sin dificultades  
s vos libre, y yo quiero  
ros de mi primero  
os diga otras novedades.  
aréis que, arrepentido  
ros vida, os busqué  
estra casa, y no fué,  
Juan, todo aquel ruido  
se pensais, vive Dios;  
encia fué forzosa,  
guardar á vuestra esposa,  
ir mataros á vos;  
hallé para prenderos,  
si hubo secreta espía,  
presumir podía  
entonces pudiera veros;  
si venistes, y á mi  
se enviastes á avisar,  
no pude yo pensar  
estabades vos allí?  
si en esto me agraviasteis,  
o ir á buscaros no,  
me á vos os hallé yo  
me vos sin mi os hallasteis;  
esto pues que no fuera  
discurso haber creído  
habierades vos venido  
e yo no lo supiera,  
está que no mataros  
entendros intentaba,  
es cierto que os buscaba  
slo no pensaba hallaros.

DON JUAN.  
Jaime, si os debo mucho,  
DD. C. de L.-n.

Todo pienso que os lo pago,  
Pues de vos me satisfago  
Con solo lo que os escucho;  
Supuesto pues, ya lo advierto,  
Que por matarme no fuistes,  
Algo sin duda supistes  
De mí y de Sol, y si es cierto,  
Y sois verdadero amigo,  
¿Cómo me callais mi afrenta?  
¿Cómo lo mismo no intenta  
Mi honor con vos que conmigo?  
Si fuimos uno hasta aquí,  
Y un amigo en otro está,  
¿Cómo otro yo no sois ya,  
Y no obró en vos como en mí?  
Don Jaime, en vos hay mudanza;  
No estoy ya en vos, vive Dios,  
Pues estoy en mí, y no en vos,  
Tratando de mi venganza.

DON JAIME.  
(Ap. ¿Qué haré, que hasta ahora en fin  
Su agravio efeto no tiene?  
Sin novedad, no conviene  
Decirle lo del jardin.)

Por Dios, don Juan, que me espanto  
En que discurráis tan poco;  
El Principe, de amor loco,  
Anoche lo estuvo tanto,  
Que entró en vuestra casa, y yo,  
Que guardarla prometí,  
Con aquella industria ful  
Solo por saber que entró;  
Vos sois muy gran caballero,  
No puede en accion ninguna  
Correr vuestro honor fortuna.

DON JUAN.  
Jaime, el honor verdadero,  
Sé, en buena filosofía,  
Que de la virtud procede,  
Y que la virtud no puede  
Ser en mí sin accion mia;  
Mas el mundo desordena  
Tan ciego esta rectitud,  
Que hay honor que no es virtud,  
Pues pende de accion ajena;  
Y siendo dicha en rigor,  
Y no honor, lo que no adquiere  
Por sí mismo el que lo quiere,  
Dice el mundo que es honor,  
Y llega algun virtuoso  
A tan infeliz estado,  
Que es virtuoso, y no honrado,  
Solo porque no es dichoso.

DON JAIME.  
Pues eso no os toca á vos.  
Vamos á lo que hay de nuevo;  
Que no sé cómo me atrevo  
A decirlo, por Dios.  
El Rey habló en mi presencia  
Al Principe, y él le dijo:  
« Señor, yo soy vuestro hijo,  
Y sé que os debo obediencia;  
Mas ya con resolución  
Os quiero desengañar:  
No, no me pienso casar  
Con la infanta de Aragon,  
Antes lo he de hacer de suerte,  
Que á Sol pueda dar la mano.»  
Conforme á lo cual, es llano  
Que piensa daros la muerte  
Para casarse con ella.\*

DON JUAN.  
¿Qué decis?

DON JAIME.  
Que á él le está bien  
Ser dueño de un sol con quien  
El del cielo aun no es estrella;  
El Rey pues, muy ofendido  
De que por Sol no se case,  
Me mandó que la llevase

A mi quinta sin ruido,  
Donde ella está cuidadosa,  
Porque desde anoche intenta  
Dar al Rey de todo cuenta,  
Y decir que es vuestra esposa;  
Mas no la han dado lugar,  
Y como he dicho, tambien  
Callé yo, porque no es bien  
Dar á su alteza pesar.  
Vos veréis al Rey ahora;  
Habladle claro, no sea  
Que algun grave mal se vea,  
Porque el casamiento ignora.

DON JUAN.  
Fuerza es ir do el Rey me llama,  
Pero conviene al sucesor  
Verme con Sol antes de eso.

DON JAIME.  
¿Qué pretendéis?

DON JUAN.  
Ya la fama  
Habrá dicho su prision;  
No sepa que soy casado  
El Rey, que no es acertado;  
Don Jaime, en esta ocasion;  
Antes veré á Sol, y de ella  
Sabré por qué el Rey la prende.

DON JAIME.  
Si ya el Principe pretende,  
Don Juan, casarse con ella,  
Muy facil es de saber.

DON JUAN. (Ap.)  
Puede ser que el Rey me impida  
Que yo quite á Sol la vida,  
Si la ve que es mi mujer;  
Despues de muerta, sabrá  
Mi justicia y mi venganza  
A un mismo tiempo.

DON JAIME.  
Costanza  
Pienso que á la quinta ya  
A ver á Sol, como amiga,  
Bien que tampoco ha sabido  
Que ya sois de Sol marido,  
Ni es bien que yo se lo diga,  
Por no ver su sentimiento;  
Vos, por mi voto, al instante  
Ved al Rey; yo voy delante  
Por saber bien el intento  
Del Principe; que ya es tarde,  
Y temo algun accidente.

DON JUAN.  
Yo veré muy brevemente  
Al Rey y á Sol; Dios os guarde.  
(Vase don Jaime.)

Antes que á Sol llegue á ver,  
Consultad, honor, conmigo  
A qué voy y á que me obligo,  
Qué debo decir y hacer;  
Que, ó Sol lo dejó de ser,  
Ó en nube densa, luz rara  
De virtud no se declaró;  
Que tal vez la verdad pura,  
Para el que la ve está oscura,  
Pero en sí siempre está clara.  
Dice Jaime que su alteza  
Pretende, quizá no es vano,  
Matarme, y darle la mano;  
¿Qué diré de esta fineza?  
Diré, ojalá con certeza,  
Que es consecuencia forzosa,  
Puestan ciega mariposa  
Arde el Principe en su llama,  
Que ella no quiere ser dama,  
Pues él la pretende esposa.\*  
El dos veces afirmó  
Lo del jardin y el papel,  
Y ella, confiada, á él  
Otras dos se lo negó.

Sí, pero oyéndolo yo,  
Negar, fué miedo al castigo;  
Sí, pero como ella, digo,  
Si asegurarse quisiera,  
Que mas segura estuviera  
Con su alteza que conmigo;  
Pues ¿cómo á mi me obligaba,  
Y no al Príncipe, con quien,  
Si ambos se querían bien,  
Libre á mi pesar quedaba?  
Mas la culpa, que es esclava,  
Tiene esa vil sujecion,  
Porque, de su propia accion  
Naturalmente forzado,  
Está cobarde el pecado  
Delante de la razon.  
Yo vi á Sol en el jardín,  
Y si estubo en él su alteza,  
La ocasion... Mas no hay flaqueza  
Humana en un serafín.  
¡Ay, que la ocasion, en fin,  
Rinde la virtud mayor,  
Y de su mismo valor  
Es escrupulo forzoso  
Que aun antes de ser su esposo,  
La debí imperios de honor!  
Grosero argumento ha sido;  
Mas ninguna mujer cuerda  
A sí el respeto se pierda  
Con quien no es ya su marido;  
Que al que serlo ha prometido,  
No es obligarle, antes es  
Desde allí para despues  
Dejarle desobligado,  
De proceder confiado,  
Y de presumir cortés.  
Yo voy, haya ó no evidencia,  
Que aquí el rigor no es exceso,  
A fulminar el proceso  
Y á ejecutar la sentencia;  
Venga Sol á la presencia  
Del juez, como delincuente,  
Y sea eterno su occidente,  
Si han sido ciertos mis celos;  
Pero ¡defendedla, cielos,  
Si es verdad que está inocente!

Salen DOÑA SOL, DOÑA COSTANZA  
É INES.

DOÑA SOL.  
Seas, Costanza, bien venida.  
DOÑA COSTANZA.  
Sol, aunque anoche me fui,  
Porque todo ayer te vi  
U cansada á desabrada,  
Hoy supe que hubo en tu casa  
Anoche un grande ruido,  
Pero no lo que habia sido,  
Y vengo á ver lo que pasa,  
Y por qué causa estás presa  
En esta quinta.

DOÑA SOL.  
Costanza,  
Ya haré de tí confianza,  
Si es que de mí mal te pesa;  
El Príncipe...

DOÑA COSTANZA. (Ap.)  
Mi papel

Entra aquí.  
DOÑA SOL.  
A don Juan halló  
Anoche en mi casa. (Ap. Y yo,  
Que estoy casada con él,  
Quiero decirlo.) Halló, digo,  
A don Juan, que muy secreto  
Vino á mi casa.

DOÑA COSTANZA.  
¿En efeto  
Don Juan estaba contigo?

(Ap. ¡Ah falsa amiga! Cierta es  
Mi sospecha, en fin.

DOÑA SOL. (Ap.)

Adora  
Más ciega á don Juan ahora;  
Callar quiero hasta despues.

DOÑA COSTANZA.

Pues Sol, yo adoro á don Juan,  
Y si me agraviais los dos,  
Le he de decir, vive Dios,  
Que el Príncipe es tu galán,  
Y quien no falta quie. diga  
Que le hablaste en el jardín  
Estas noches; que si, en fin,  
Eres tú traidora amiga,  
Yo lo dispondré de modo,  
Que tu marido no sea,  
Si él ingrato lo desea.

DOÑA SOL.

(Ap. Fuerza es remediarlo todo;  
Que confirmará el engaño  
Don Juan si tal le dijere;  
Yo finjo pues que él la quiere.)  
Costanza, no es ese daño  
Que temo yo; él supo que eras  
Huésped mia; y así,  
Te buscó en mi casa á tí.

DOÑA COSTANZA.

¿Qué dices? ¿Hablas de veras?  
¿A mí me buscaba?

DOÑA SOL. (Ap.)

¡Ay cielos!

No me des mas ocasion.

DOÑA COSTANZA.

Perdóname, Sol; que son  
Muy vengativos los celos,  
Y no saben tener ley.  
Contigo pienso quedarme  
Esta noche, hasta enterarme  
Por qué te tiene aquí el Rey.

Sale NEBLÍ.

NEBLÍ. (Ap.)

Costanza está aquí; yo callo,  
Y disimulo.

DOÑA COSTANZA.

Nebli,  
¿Qué buscas? ¿A Sol?

NEBLÍ.

A tí  
Te busco, donde te hallo;  
A verte, desde la torre  
Don Juan me envía, aunque preso.

DOÑA COSTANZA.

¿Cómo está?

NEBLÍ.

Perdiendo el seso;  
Muy mal viento es el que corre.  
Figura un bruto en la plaza,  
Cuando, irritado una tarde,  
De tanto vulgo cobarde,  
Feroz se desembaraza,  
Y súbitamente asido  
Un alano de la oreja,  
En la repetida queja  
Del impaciente bramido,  
Siente con ansia mayor  
Hallarse entre su pujanza,  
Presto para la vengauza,  
Que herido para el dolor;  
Así con igual afan...

DOÑA SOL.

Necio, excusa el proseguir;  
Porque no te he de sufrir  
Que lo apliques á don Juan.

NEBLÍ. (Ap.)

Inés, ¿no es don Juan su esposo?

Pues á tiempo me ha dejado,  
Que, al animal comparado,  
Era aquí muy peligroso.

DOÑA COSTANZA.

¿Qué largo es este jardín!  
Forman una selva oscura  
Las plantas, cuya espesura,  
Que se dilata hasta el fin,  
Quizá con mas sombras hoy,  
Retrato el miedo dispone.

DOÑA SOL.

¡Ay Costanza! el sol se pone,  
Temiendo la noche estoy.

DOÑA COSTANZA.

Sol, con Jaime viene allí  
Su alteza; yo me retiro. (Vase.)

Salen EL PRÍNCIPE Y DON JAIME.

PRÍNCIPE.

Don Jaime, con esto miro  
Por doña Sol y por mí.

DON JAIME.

Pienso que su majestad  
A don Juan llamó; y entiendo  
Que ambos os vienen siguiendo.

DOÑA SOL.

¡Oh, cómo es falsa amistad  
La de don Jaime! ¿Qué harémos?

PRÍNCIPE.

Sol, no te vayas, espera.—  
Salios los dos allá fuera.

INES.

Vamos, Nebli, y escuchemos.  
(Escóndense.)

PRÍNCIPE.

Yo vengo aquí (no te alteres)  
A ofrecerte en mi persona  
Derecho á la real corona,  
El modo ya tú lo infieres;  
Que dar la muerte á don Juan  
No es rigor, sino justicia,  
Pues le avisé, y con malicia  
Pasó á esposo, de galán.  
Muera pues don Juan, y luego  
Serás mi esposa.

DOÑA SOL.

Señor,

¿Cómo es ciego vuestro amor.  
Pues en mí es lince, no ciego?  
Imaginad, si no pierde  
Quizá por muy repetida  
La comparacion, asida  
A un olmo una hiedra verde,  
Que en reciproca amistad  
Se unen los dos de tal modo,  
Que en las partes de este todo  
No hay union, sino unidad;  
Pues cuando á entrambos los liga  
Tan estrecho abrazo, adonde  
Ella se tiene, él se esconde,  
Ella le guarda, él se abriga;  
Deinos que un ingenio duro  
El olmo cortar espera,  
Y llevar la hiedra entera  
Para que sirva en un muro;  
Enters, inténtalo en vano;  
No, Señor, no puede ser,  
Limitóse aquí el poder;  
Porque esa robusta mano  
Puede en la union que deshace,  
Cortar el olmo, y no puede  
Hacer que la hiedra quede  
Para que al muro se enlace,  
Porque ella entre el rigor fiero  
Se cñe al olmo tan fiel,  
Que ningun golpe da en él,  
Sin que dé en ella primero.

PRÍNCIPE.

No sé á cuál de mis agravios  
Te responda; ¿qué rigor  
De hechizo oculto ha añadido  
Mudanza á tu condicion?  
Mirar quiero por tu vida;  
El Rey, mi padre, mandó  
A don Jaime que sacase  
A don Juan de la prision;  
Él vendrá á la quinta, y temo,  
Por lo que anoche pasó,  
Que muy honrado te mate.  
Deudos de satisfaccion  
Tienes en Castilla y ricos;  
Véte con Jaime, que yo  
Os seguiré cuando importe;  
Que ahora tambien no voy,  
Porque pago á mi fineza  
Lo que debo á mi opinion.

DOÑA SOL.

Bueno es, Señor, que en presencia  
De mi esposo digais vos  
Culpas, de que en mi no ha habido  
Primera imaginacion,  
Y que me obligueis ahora,  
Defendiéndome; y os doy  
Todas las gracias que os debo;  
Mas, supuesto que nació  
La obligacion de la culpa,  
Claro está que era mayor  
Obligacion excusarme,  
Que os tuviera obligacion.  
Yo he de esperar á mi esposo;  
Que en mi inocencia hay valor  
Para mas riesgo.

PRÍNCIPE.

¿A mí mismo  
Me negará que me habló  
En el jardín!

DON JAIME.

Yo confieso  
Que no sin admiracion  
Lo estoy viendo y escuchando.

PRÍNCIPE.

Por convencerla mejor,  
Tengo guardado un papel  
De su letra:

INÉS. (Ap.)

Aquí entro yo,  
Por lo que ayudé al enredo.

DOÑA SOL.

¿Papel de mi letra vos?  
Ved que os escucha don Jaime,  
Tened lástima á mi honor.

NEBLÍ. (Ap.)

¿Si era de Sol el billete?  
Pues si era suyo, por Dios,  
Que he de aplicar á mi amo  
Toda la comparacion.

PRÍNCIPE.

Sol, yo vine aquí resuelto;  
O lo consentas ó no,  
Yo he de matar á don Juan.

INÉS.

A hablar á Costanza voy,  
Y á decirle el gran peligro  
Que don Juan tiene; mas no,  
Que con Sol está casado.

(Vase.)

DOÑA SOL.

Vos haréis como quien sois;  
Dadme licencia.

PRÍNCIPE.

No has de irte...  
Mas véte, yo te la doy;  
Que debo mucho al decoro,  
Y tu desden da ocasion  
A mi paciencia y tu agravio.

DOÑA SOL.

Vos de vos sois vencedor;  
Pero para entreteneros  
Sabrá Costanza mejor;  
Yo la enviaré á que os asista. (Vase.)

Sale NEBLÍ.

NEBLÍ.

No es mal entretenedor  
Para un principe un Nebli.

PRÍNCIPE.

¿No eres tú quien me llevó  
Un papel?

NEBLÍ.

(Ap. Esto es muy malo.)  
Éralo, mas no lo soy.

PRÍNCIPE.

Pues ¿por qué no lo eres ya?

NEBLÍ.

Porque el tiempo es muy veloz,  
Y cuantas cosas han sido,  
O son otras ó no son.

PRÍNCIPE.

¿Sirves á Sol?

NEBLÍ.

Soy sirviente  
De don Juan y servidor  
De vuestra alteza; ya sé  
Que es muy gran regalador,  
Y que Inés come perdices:

PRÍNCIPE.

Luego ¿Inés te reveló  
El secreto, y tú á don Juan?

NEBLÍ.

Yo soy un gran hablador;  
Nada he dicho.

PRÍNCIPE.

Si hablas tanto,  
En tu misma confesion  
Dices que lo has dicho todo.

NEBLÍ.

¿Hay tal argumentador!  
¿Es esto lo de haber visto  
La casa, y á don Juan no?  
Pues juro á Dios, que en mi vida  
He sido saludador,  
Ni fuelle ni sacabuche,  
Ni Judas ni Galalon;  
Desde que os di el billetillo,  
Que á mi Costanza me dió,  
No he respirado.

PRÍNCIPE.

¿Costanza  
Te dió el papel?

NEBLÍ.

Si, Señor;  
Bien que me dijo despues  
Que era ajeno.

DON JAIME.

¿Si es traicion  
De Costanza? Ella sin duda  
El papel os escribió.

PRÍNCIPE.

Don Jaime, la que me hablaba  
En el jardín ¿no era Sol?  
Pues tambien me escribió ella.

DON JAIME.

Decis bien.

PRÍNCIPE.

Ella temió  
Sin duda á don Juan, su esposo,  
Y con tan justo temor,  
Fió á Costanza el secreto.

DON JAIME.

Costanza viene.

NEBLÍ.

Chiton,  
Señor Nebli; que esto creó  
Que va de mal en peor. (Vase.)

Sale DOÑA COSTANZA.

DOÑA COSTANZA. (Ap.)

Dijome Inés que su alteza  
Quiere matar con rigor  
A don Juan, y si él me quiere,  
Resnelta otra vez estoy,  
Que el Principe es muy cortés;  
Y pues no es casada Sol,  
Y así en hablarle ella misma  
No perdiera mucho honor,  
Y hablarle yo en nombre de ella  
Es fineza, y no traicion,  
Pues doy la vida á don Juan,  
Mi intento ayude el amor;  
Que tengo de hacer que viva,  
O tengo de morir yo.

PRÍNCIPE.

Costanza, á buen tiempo llegas.

DOÑA COSTANZA.

Sí, porque Sol me envió  
Para que yo en nombre suyo  
Os dé una satisfaccion.  
Dice que anoche la hablastes  
Donde don Juan os oyó,  
Y aquí, oyéndolo don Jaime;  
Y así, con afectacion  
Lo negó todo ambas veces;  
Mas yo, como sé que vos  
De Jaime os fiáis, os hablo  
Delante de él sin temor.  
Es Sol el recato mismo;  
Y así, el papel que os llevó  
Nebli pasó por mi mano,  
Y como somos las dos  
Desde entonces muy amigas,  
Pide que os esconda yo  
En el jardín; que esta noche  
Os quiere hablar en su amor.

PRÍNCIPE.

¿Qué dices, Costanza?

DOÑA COSTANZA.

Digo  
Que vengais sin dilacion  
Adonde espereis oculto.

PRÍNCIPE.

Vamos; que con tu favor  
Quiero, aunque muera abrasado,  
Ser mariposa del Sol.

(Vanse.)

DON JAIME.

¿Vióse maldad semejante?  
Vive Dios, que es ya forzoso  
Dar cuenta de esto á su esposo;  
Que ya no hay ardid bastante  
Para preservar su honor,  
Y mostrar mi buena ley;  
Mas él viene con el Rey.

Salen EL REY Y DON JUAN.

REY.

Don Jaime está aquí.

DON JAIME.

Señor,

¿Vos en mi quinta?

REY.

¿Está en ella  
El Principe?

DON JAIME.

Señor, sí;  
Léjos le llevó de aquí  
Costanza.

DON JUAN.  
¿Y Sol no es aquella  
Que allí retirada miro?  
Sola con Inés está.

REV.  
Don Jaime, yo dejé ya,  
Como vos veis, mi retiro,  
Y el Príncipe hará que deje  
El rey de Aragón su tierra,  
Y que, infestada con guerra,  
Toda Navarra se queje;  
Pues cuando no hay otro modo  
De curar un cuerpo, el arte  
Suele cortar una parte,  
Porque no perezca el todo.  
Yo llamé á don Juan, porque él  
Diese de Sol mas noticia;  
Que quiero ser con justicia  
Cruel, si he de ser cruel;  
Y aunque creí que los dos  
No aprobárades mi intento,  
Él es quien me pone aliento.  
Ahora os consulto á vos:  
En tan divina hermosura,  
Sin mas culpa que querer  
A mi hijo, ¿he de poder  
Eclipsar con sombra oscura  
Dos soles de beldad, llenos  
De honestidad y decoro?  
¿Oh, con qué afecto lo lloro!  
Pero no puede ser menos.

DON JUAN.  
Jaime, con el Rey he hablado  
Con tal ardid y cautela,  
Que de mi no se recela.

REV.  
Supuesto lo que ha intentado  
El Príncipe, á mi pesar,  
Cuando importa al bien del Rey  
Y de todo el reino, es ley  
Que muera el particular;  
Y así, pues deja á una infanta  
De Aragón Carlos, y espera  
Casarse con Sol, Sol muera;  
Que, aunque el tiempo crueldad tanta  
Guarde en viviente alabastro,  
No há mucho que en Portugal  
Otro ejemplo en todo igual  
Nos dió doña Inés de Castro;  
Bien veo que Sol es bella,  
Pero sé que favorece  
Al Príncipe, y que padece  
El reino todo por ella.

DON JUAN.  
En fin, ¿sabeis que ella á él  
Le ha favorecido?

REV.  
Sí.

DON JUAN.  
Pues dejadme el caso á mí;  
Que ninguno mas cruel  
Le dará la muerte luego.

DON JAIME.  
Con esto se vengará  
Don Juan sin riesgo, pues ya  
Obra el Príncipe tan ciego;  
Fuerza á un mismo tiempo ha sido  
Y razon, don Juan la mate.

REV.  
Pues, don Juan, no se dilate.

DON JUAN.  
Don Jaime, ¿qué habeis sabido?  
¿Cómo hablais ya de otro modo?

*Salen DOÑA SOL É INÉS.*

DOÑA SOL.  
Si el Rey está aquí, bien puedo,

Inés, hablarle sin miedo,  
Y darle cuenta de todo.

REY.  
El jardin es dilatado;  
Llevada, en caso de duda,  
Donde, aunque el Príncipe acuda,  
Ya esté el caso ejecutado.

INÉS. (Ap.)  
¿Ay Dios! don Juan es aquel;  
Sol tiene riesgo preciso,  
Si yo á don Jaime no aviso  
Para que la saque de él.

DON JAIME.  
Esta es Sol. Costanza habló  
Por ella al Príncipe; en fin,  
El la espera en el jardin;  
De aquí me llevaré yo  
A Inés ahora, y la suerte  
Favorable con vos anda.  
El mismo Rey os lo manda;  
Dadle á doña Sol la muerte.

DON JUAN.  
Idos con Dios.

DON JAIME.  
Inés, vamos.  
(*Vanse.*)

DON JUAN.  
Sol, si, porque ya es de noche,  
No me ves, yo soy tu esposo,  
Y su noble acero es este.

DOÑA SOL.  
Don Juan, Señor, oye, aguarda;  
Mira, bien mio, que vienes  
Engañado todavía,  
Y que al mayor delincuente  
Le guarda el juez un oído.

DON JUAN.  
Yo puedo seguramente  
Matarte, que el Rey lo manda;  
Pero no digas que mueres  
Sin haberte oído; dime,  
Mujer falsa, esposa aleve,  
¿No dijo ahora Costanza  
Al Príncipe que se viese  
Aquí contigo?

DOÑA SOL.  
¿Qué dices?  
DON JUAN.  
Don Jaime estaba presente,  
Que lo oyó todo.

DOÑA SOL.  
Don Jaime

Es traidor.  
DON JUAN.  
¿Y qué le mueve  
Al Rey, que tambien me dice  
Que al Príncipe favoreces?

DOÑA SOL.

El Rey se ha engañado.

DON JUAN.  
El Rey  
Es deidad, mentir no puede.

DOÑA SOL.  
El estar mal informados  
Es desdicha de los reyes.

DON JUAN.  
¿No te dijo en mi presencia  
El Príncipe claramente  
Que te habló en el jardin?

DOÑA SOL.  
Sí.

DON JUAN.  
¿Y que escribiste un billete?

DOÑA SOL.  
Tambien lo dijo.

DON JUAN.  
¿Es verdad  
Uno y otro? No lo niegues.

DOÑA SOL.  
Todo es falso.

DON JUAN.  
¿Y yo á deshora  
No te hallé junto á una fuente  
En tu jardin?

DOÑA SOL.  
Sí me hallaste.

DON JUAN.  
¿Qué hacias sin recogerte,  
Con Inés sola, tan tarde?

DOÑA SOL.  
Sentí rumor, levantéme,  
Hallé á Costanza.

DON JUAN.  
Don Jaime  
¿A qué fué anoche?

DOÑA SOL.  
A prenderte,  
Por dar al Príncipe gusto.

DON JUAN.  
Pues ¿y qué testigos fieles  
Presentas contra su alteza?

DOÑA SOL.  
Mi amor, mi fe.

DON JUAN.  
No presentes  
Testigos tan falsos.

DOÑA SOL.  
¿Falsos?  
Pues si estos no te convencen,  
No tengo otros, ni en mi hay culpa;  
Mátame luego, bien puedes.

DON JUAN.  
¿Tan huérfana es tu verdad?  
¿Es posible que no tienes  
Un testigo que te abone,  
Una presuncion que alegues?  
¿No hay lugar para que digas  
Al Príncipe que te muestre  
El papel? Ya hemos llegado  
Adonde las ramas crecen  
Sombra á la noche, repara,  
Si acaso sin culpa mueres,  
Que por el Rey y por mí  
Debo matarte dos veces.

(*Levanta la daga.*)

*Salen DOÑA COSTANZA Y EL PRÍN-  
CIPE, Y DON JUAN tiene el brazo  
suspense y temblando.*

PRÍNCIPE.  
¿Siempre me has de ver á oscuras?  
Mal Sol te llamas, Sol mia.

DON JUAN.

¿Quién nombró á Sol?

PRÍNCIPE.

Y así es día,  
Si el sol da luces tan puras...

DON JUAN.

Sol dijo otra vez, ¿qué es esto?

PRÍNCIPE.

Quiero pues, deidad hermosa,  
Pues fuiste en secreto esposa  
De don Juan (digolo presto),  
Darle á él la muerte, y á ti  
La mano de esposo fiel.

DOÑA COSTANZA.

Luego ¿casada con él  
Está Sol?

PRÍNCIPE.  
 ¿Tú misma á mi  
 Me preguntas si lo estás?  
 DOÑA SOL.  
 Su alteza y Costanza son;  
 Aquí sin duda hay traicion.  
 DON JUAN.  
 Oigamos, oigamos mas.  
 DOÑA SOL.  
 ; Si está en mi nombre el engaño!  
 ; Oh, si con mas claridad  
 Al cielo de la verdad  
 Diese el sol del desengaño!  
 Luz del primer arrebol  
 Exhala quien al sol nombra,  
 Vea, á pesar de la sombra,  
 Que *Aun de noche alumbra el Sol.*

PRÍNCIPE.  
 Sol, si te quise galan...  
 DOÑA COSTANZA. (Ap.)  
 Finezas estoy perdiendo;  
 Ya ¿por qué á don Juan defiende.  
 Si ya es ajeno don Juan,  
 Pues con Sol está casado?

DOÑA SOL.  
 ; Ay, don Juan! Dios manifiesta  
 La verdad.

Salen EL REY, DON JAIME, NEBLÍ,  
 y DOS CRIADOS con hachas.

PRÍNCIPE.  
 ¿Qué luz es esta?

REY.  
 Tarde me habeis avisado.

DON JAIME.  
 Tarde Inés ha descubierto  
 Todo el engaño.

PRÍNCIPE.  
 Costanza,  
 ¿Contigo estoy?

DOÑA COSTANZA.  
 La esperanza  
 De ser de don Juan (no acierto

A decirlo), á mí y á Inés  
 Nos hizo engañaros; yo  
 Os hablé siempre, Sol no.

REY.  
 Carlos, ¿qué es esto?

PRÍNCIPE.  
 El Rey es.

DON JAIME.  
 Sol con don Juan está aquí,  
 A tiempo que dan los cielos  
 Tal desengaño á sus celos.

PRÍNCIPE.  
 Pues ¿Sol no me escribió á mí?

DOÑA COSTANZA.  
 No, Señor.

DOÑA SOL.  
 Esta es piedad  
 De mas alta providencia.

REY.  
 ¿Don Juan?

DON JUAN.  
 Si me da licencia,  
 Señor, vuestra majestad  
 Para quietarme, es forzoso  
 Aun otro examen mayor;  
 Que el que es verdadero honor,  
 Siempre es muy escrupuloso. —  
 Costanza, no seas testigo  
 Contra la verdad, advierte  
 Que si doy á Sol la muerte,  
 Podré casarme contigo;  
 Dime, en fin, sin que la alteres,  
 Toda la verdad desnuda;  
 Que á tí te importa.

DOÑA COSTANZA.  
 Sin duda,  
 Probar mi nobleza quieres,  
 Pues ocasion tan forzosa  
 Me estás dando ahora aquí  
 Para levantar por tí  
 Un testimonio á tu esposa;  
 Mas no, no lo quiera el cielo.  
 Yo hablé al Príncipe, el papel  
 Le escribí yo, mas con él  
 Puedes salir de recelo.

DON JAIME.  
 Señor, esta es la verdad.

NEBLÍ.  
 Costanza el papel me dió,  
 Y al Príncipe le di yo.

PRÍNCIPE.  
 Aquí está el papel, mirad  
 Si la letra conoceis.

DON JUAN.  
 Esta letra es de Costanza.

PRÍNCIPE.  
 Aquí resta mi venganza.

DON JUAN.  
 Ahora, aunque me mateis,  
 Pues ya todos sin contienda  
 Saldremos de tanto abismo,  
 Y quiere Dios que lo mismo  
 Que me ofendió me defienda;  
 Que si allí Costanza engaña,  
 Siendo Sol, Sol es aquí,  
 Que desengaña; y así,  
 Lo que engaña desengaña.

PRÍNCIPE.  
 Y á mí el primer arrebol  
 Deb desengaño me alcanza,  
 Pues hablando con Costanza  
 Como si fuera con Sol,  
 Veo que tambien en ella  
 Es fantástico el placer,  
 Pues lo mismo viene á ser  
 Imaginaria ó tenella;  
 Voy á casarme á Aragon. —  
 Dale á Costanza la mano,  
 Don Jaime.

DON JAIME.  
 Yo soy quien gano.

REY.  
 Pues ea, pedid perdon  
 Al Senado.

PRÍNCIPE.  
 Eso os prometa  
 Quien suplir defectos sabe,  
 Porque la comedia acabe  
 Agradecido el poeta.



## COMEDIA FAMOSA

TITULADA

# LOS MÉDICIS DE FLORENCIA,

DE DON DIEGO XIMENEZ DE ENCISO.

### PERSONAS.

EL DUQUE ALEJANDRO.  
COSME DE MÉDICIS.  
LAURENCIO DE MÉDICIS

ISABELA, *dama*.  
CEFIO, *su padre*.  
LEONORA, *criada*.

JULIO, *lacayo*.

CLAUDIO.

OCTAVIO. — ACOMPAÑAMIENTO.

### JORNADA PRIMERA.

(*Suena dentro música y atabales y valedores, fugiendo gran fiesta.*)

Salen CEFIO, muy viejo, medio desnudo, con la espada en la mano, é ISABELA, su hija, del mismo modo, deteniéndole, y LEONORA.

CEFIO.

Deja, Isabela hermosa,  
Que al inocente pueblo, fatigado  
De servidumbre ociosa,  
Anime el yugo á sacudir osado;  
No me ciñes la puerta,  
A tantos daños por mi mal abierta.  
Deja, hija querida,  
Si quieres excusar de infame muerte  
Mi ya caduca vida,  
Que muera honrado y burle de mi suer-  
Pues quedarán vencidos [te,  
Los males que me tienen prevenidos.  
Aunque falta en la mano  
Del juvenil ardor la sangre ardiente,  
El tiempo intenta en vano  
Robar del alma el ánimo valiente.  
Abreme, ó daré voces,  
O al suelo rendiré la puerta á coces.

ISABELA.

Padre y señor, ¿qué es esto?  
Qué cólera os levanta de la cama  
Armado y descompuesto?  
Qué pueblo, qué valor, envidia ó fama,  
O qué forzoso hado  
Os lleva á tanto mal precipitado?  
¿La noche en que Florencia,  
Celebrando las bodas de su dueño,  
Hace al sol competencia,  
Dejais el lecho y despertais del sueño  
La espada ya dormida,  
De orin, de olvido y de valor vestida?

CEFIO.

¡Ah inocente Isabela!  
Esa grita, esa fiesta ocasionada  
Me pone el alma en vela.

ISABELA.

¿Por qué, Señor, la fiesta no os agrada?

CEFIO.

¿Por qué? Porque ha perdido  
Su libertad mi patria. ¡Estoy corrido!  
Abre la puerta, y muera.

ISABELA.

No lo permita Dios. Dejad tal hecho,  
No salgais allá fuera,  
O abriréis vos la puerta y yo mi pecho,  
Si la mar de mis ojos  
Se atreven á pasar tantos enojos.

Si ese tronco desnudo  
De la villana muerte es derribado,  
¿Quién servirá de escudo  
En la prolija guerra de mi hado?  
Vuelva al clavo la espada, [da.  
O en mi pecho, Señor, quede envaina-

CEFIO.

¿Oh amor, qué no has podido!...—  
No llores, hija, mas, suspende el llan-  
Que me has enternecido. [to;  
¿Tanto puede el amor y el amor tanto!

ISABELA.

Dame, padre, las manos.

CEFIO.

¡Oh Médicis! ¡Oh patria! ¡Oh ciudada-

ISABELA.

[nos!

Descansa aquí conmigo.  
¿Qué nuevo mal ahora te desvela?

CEFIO.

¡Ah Alejandro enemigo! —  
Ah, si fueras varón, hija Isabela!

ISABELA.

De varón tengo el pecho.

CEFIO.

Oye mi mal.

ISABELA.

Va, padre, lo sospecho.

CEFIO.

Guillermo de los Opazos,  
Tu abuelo, amada Isabela,  
De la casa de los Pazos

Lustre y honor y cabeza,  
Casó con nieta de Cosme  
De Médicis, que en Florencia  
Llaman padre de la patria,  
Padrastra mejor dijieran.  
Murió con este renombre,  
Y por sus grandes riquezas,  
Sus dos hijos, Cosme y Pedro,  
Su nombre y lugar heredan.  
La humildad, que encubre faltas,  
Fué causa de que pudieran,  
Siendo los piés de su patria,  
Ser de su patria cabezas.  
Casaron ilustremente,  
Y destos dos, en Florencia  
Quedaron Laurencio y Julio,  
Gente liviana y soberbia;  
Los cuales, desvanecidos  
Con sus oficios y rentas,  
Desestimaron mi sangre,  
Que es la mejor de sus venas.

Agraviaron á mis deudos  
En el honor y en la hacienda,  
Sin ver que la sangre noble  
No sufre ninguna afrenta.  
Determinaron los Pazos  
De matarlos, aunque fuera  
Solos, sin armas, durmiendo,  
En el Senado ó la iglesia;  
Y juntando sus amigos  
Y hasta mil hombres de guerra,  
Quisieron vengar su agravio  
Y libertar á su tierra.  
Y un domingo, de mañana,  
En Reparata la bella,  
Donde ellos iban á misa,  
Aguardaron á la puerta,  
Y entrando los dos hermanos,  
Pagó Julio su soberbia,  
Y se les libró Laurencio,  
Sin que matarlo pudieran.  
La gente vulgar y noble,  
Atrevida, loca y necia,  
Viendo á Julio ya sin vida,  
Dijeron: «¡Los Pazos mueran!»  
Turbáronse mis parientes  
Cuando vieron la inclemencia  
Del pueblo ingrato, atrevido,

Y murieron sin defensa.  
 No quedó Pazo en Italia,  
 Reliquia antigua de Grecia,  
 Sino fui yo, que por niño  
 Me libré de su fiera.  
 Crecí, y conmigo el enojo,  
 Y aunque solo y sin hacienda,  
 Por Italia y por el mundo  
 Resucité mi nobleza.  
 Hizome la Señoría  
 Dictador, por ser quien era,  
 Pensando aplacar mi furia  
 Sin otras tantas cabezas.  
 Entonces Carlos Octavo  
 Pasó á Italia á hacer guerra,  
 Y ganando á Luca y Pisa,  
 Llegó á cercar á Florencia;  
 Al cual fué con embajada  
 Pedro de Médicis, que era  
 Hijo del difunto Julio,  
 Desgraciado por herencia.  
 Tratóle medios de paz,  
 Y quiso mi suerte buena  
 Que le engañase el francés  
 Y nos dejase sin fuerzas.  
 Dióle á Pisa y á Liorna,  
 Petra-Santa y Cerecena,  
 Que son las llaves de Italia,  
 Con que abrió á su mal las puertas.  
 Volvió contento al Senado;  
 Mas cuando entendió Florencia  
 El concierto de las paces,  
 Rabiaba de enojo y pena.  
 Echóte la Señoría  
 Afrentosamente fuera,  
 De donde tomé ocasion  
 Para humillar su soberbia;  
 Y si no vengué mi agravio  
 En quien me hizo la ofensa,  
 En fin me vine á vengar  
 En toda su descendencia.  
 Pues por lo que hizo Pedro  
 Los desterré de Florencia,  
 Publicando por traidores  
 Los que fueron padres della.  
 Saqueáronles las casas,  
 Y de sus soberbias puertas  
 Hice borrar los escudos,  
 Honrados de armas ajenas;  
 De las calles y las plazas  
 Quité sus estatuas bellas,  
 Que las temi, por ser tantas,  
 Aunque eran bultos de piedra.  
 Quise hacer derribar  
 Las suntuosas iglesias  
 Que hizo Cosme el Primero,  
 Porque su nombre muriera;  
 Pero por santas y muchas,  
 No ejecuté mi sentencia,  
 Olvidando yo su agravio,  
 Y los Médicis su tierra;  
 Hasta que, por mi desgracia,  
 Carlos Quinto, de quien cuentan  
 Que ha de sujetar al mundo,  
 Y otros mil mundos que hubiera,  
 Quiso vengar este agravio,  
 Haciéndonos cruda guerra  
 Por contemplacion del Papa,  
 Sangre desta gente fiera.  
 Sujetónos, como sabes,  
 Y es tal mi fortuna adversa,  
 Que dió á Alejandro de Médicis  
 El estado de Florencia;  
 Y por atarnos las manos,  
 Y que nadie no le ofenda,  
 Le casa con Margarita,  
 Hija natural del César;  
 Que sin duda quiere Carlos  
 Levantar á las estrellas  
 Esta casa, pues la funda  
 Sobre tan preciosa piedra.  
 Mañana ha de entrar triunfando

Con Margarita en Florencia,  
 Dejando asolada Italia  
 Con tantos gastos y fiestas.  
 Ya perdió la libertad  
 Mi amada patria, mi tierra;  
 Ya los Pazos se acabaron,  
 Ya los Médicis comienzan.  
 Palacios vive Alejandro,  
 Yo una casilla pequeña;  
 En humilde lecho duermo,  
 Él duerme en cama de seda;  
 En su mesa sobra todo,  
 Todo me falta en mi mesa;  
 Él viste brocados ricos,  
 Yo visto una pobre jerga;  
 Él manda todo un ducado,  
 Yo no le tengo de renta;  
 Con hija del Rey se casa,  
 A tí un villano te espera;  
 A él le sirven, yo me sirvo;  
 De mi huyen, á él se allegan;  
 Él es señor, yo vasallo.  
 ¿Tengo razon, mi Isabela?  
 ¿No es esta bastante causa  
 De mi enojo y de mi pena,  
 De ver que, cuando yo rabio,  
 La ciudad les hace fiestas?  
 ¿Para qué quiero yo vida,  
 Si ya murió mi nobleza?  
 Para qué son estas canas, (Mésase.)  
 Si el pueblo no las respeta?  
 Para qué alcancé mis armas,  
 Si no he de vengar mi afrenta?  
 Toma allá la vil espada, (Arrójala.)  
 Dame, Isabela, una rueca;  
 Yo me rindo á la fortuna,  
 Pues lo ha querido mi estrella.  
 Mas ¿quién ha de ser valiente  
 Con tanta edad y pobreza?  
 ¡Ah, mi Isabela querida!  
 Si valiente jöven fueras,  
 Libertaras á tu patria  
 Y tu nombre engrandecieras;  
 Mas, ya que no quiso el cielo  
 Sino hacerte flaca y hembra,  
 Persiguelos con las armas  
 Que te dió naturaleza.  
 Maldice al duque Alejandro;  
 Di, como yo, mi Isabela,  
 Que de su estado no goce  
 Y que mal logrado muera;  
 Que su mayor enemigo  
 Sea gran duque de Florencia,  
 Y le mate á puñaladas  
 El amigo que mas quiera.  
 Más te quisiera decir;  
 Que estoy rabiando de pena,  
 Y pues me faltan las manos,  
 Quisiera tener mil lenguas. (Vase.)  
 LEONORA.  
 Fuése llorando.  
 ISABELA.  
 Leonora,  
 Muy viejo está; cada dia  
 Por cualquiera cosa llora.  
 LEONORA.  
 Graciosa melancolía  
 Es en la que ha dado ahora.  
 ISABELA.  
 Son reliquias del valor  
 De aquel pechazo famoso;  
 Mas ¿qué importa, si el rigor  
 De bado mas poderoso  
 Sujeta esfuerzo mayor?  
 Este enojo envejecido  
 Con los Médicis me tiene  
 Sin hacienda y sin marido;  
 Y así, Leonora, conviene  
 Que cobremos lo perdido.

Uno dellos ha de ser  
 Mi esposo.  
 LEONORA.  
 ¿Casarte quieres?  
 ¿Estás loca?  
 ISABELA.  
 ¿Qué he de hacer?  
 Las que son nobles mujeres  
 Algun dueño han de tener.  
 Mi padre se va acabando,  
 Quiero quedar con marido.  
 LEONORA.  
 ¿No ves que te está adorando  
 El Duque?  
 ISABELA.  
 Si está perdido,  
 Yo tambien.  
 LEONORA.  
 ¿Estás soñando?  
 ISABELA.  
 Bien despierta estoy, Leonora.  
 Esto ha de ser; el conejo  
 No se hizo para ahora.  
 LEONORA.  
 ¿La vida de un padre viejo  
 Has de aventurar, Señora?  
 ISABELA.  
 Pues ¿yo la aventuro?  
 LEONORA.  
 Si;  
 Que el Duque lo ha de matar,  
 Si te casas.  
 ISABELA.  
 ¿Cómo? Di.  
 LEONORA.  
 Porque en él se ha de vengar  
 Del casamiento y de tí;  
 Que los enojos pasados  
 De hijos, padres y abuelos,  
 Por tu amor disimulados,  
 Por tu desden y sus celos  
 Han de quedar castigados.  
 ISABELA.  
 El Duque es un gran señor;  
 No hará una cosa tan fea.  
 LEONORA.  
 A mayor poder, mayor  
 Peligro; y cuando no sea,  
 Soltera estarás mejor.  
 Yo, Isabel, no me casara,  
 Y lo que tú no recibes  
 Del Duque, yo lo tomara;  
 Que eres muy necia, pues vives  
 Pobre con tan buena cara.  
 ISABELA.  
 Yo no me he de obligar;  
 Que el menos valiente amor  
 Vence al mas bravo interés,  
 Cuanto mas que tengo honor,  
 Y el Duque casado es.  
 No se ha de casar conmigo,  
 Aunque nol leza me sobre;  
 Y así, mi Leonora, digo  
 Que quiero marido pobre,  
 Y no poderoso amigo.  
 Cosme de Médicis fué  
 La inquietud de mi sosiego,  
 Y á quien doy la mano y fe.  
 LEONORA.  
 Bien pintan al amor ciego,  
 Pues tantos daños no ve.  
 Cosme, un hombre aborrecido  
 Del Duque, y tan desgraciado,  
 Tan pobre y tan abatido,  
 ¿Pudo ocupar tu cuidado,  
 Y mano y fe le has rendido?

¿No fuera mucho mejor  
Que con Laurencio casaras,  
Pues tambien te tiene amor,  
Y manda al Duque, y mandarás  
A Italia con su favor?  
Y cuando esto no se hiciera,  
¿No era materia de estado  
Que el Duque amara y que diera,  
Y entretenerle picado.  
Sin que á tu honor ofendiera?  
¿Es bueno que á su disgusto  
Te cases con Cosme?

ISABELA.

Si;  
Que en amor no hay caso injusto.  
Cuanto mas, ¿qué me va á mi  
En su gusto ó su disgusto?  
Si dices que es enemigo  
De Cosme el Duque cruel,  
Y que no priva, yo digo  
Que, como prive conmigo,  
Mas que no prive con él.  
Si te parece mejor  
Laurencio, es vana locura;  
Que el Duque ignora su amor,  
Y ha de deshacer su hechura  
Si sabe que le es traidor.  
Pues querer entretener  
Un señor es peligroso;  
Que el vulgo no ha de creer  
Que un hombre tan poderoso  
Se pase con pretender.  
Pues tener mi honor perdido,  
Aunque mueran padre ó madre,  
Es locura; y si, ofendido,  
Matare el Duque á mi padre,  
Guarde Dios á mi marido.

(Dale un papel.)

Lleva á Cosme este papel.

LEONORA.

Si haré, pues la razon duermo;  
Mas di: ¿qué escribes en él?

ISABELA.

Que venga á las doce á verme.

LEONORA.

¡Oh hazaña de amor cruel!  
Mira que te has olvidado  
De poner el sobre-escrito.

ISABELA.

Basta que vaya firmado  
De mi nombre mi delito.

LEONORA.

Y ¿adónde hablarle has pensado?

ISABELA.

Por el jardín le he de hablar.

LEONORA.

Buena estás. Tu padre llama.

ISABELA.

Pues yo le voy á acostar.

(Vase.)

LEONORA.

Amor, aplaca mi llama;  
No ha de ser todo penar.  
Yo tengo puestos los ojos  
En Laurencio. ¿Qué he de hacer  
Para aplacar mis enojos,  
Pues no puedo merecer  
Que triunfe de mis despojos?  
Allí vive despreciado,  
Y aquí tan amado vive,  
Que yo misma me he olvidado.  
Amor, tu brazo apercebe,  
Iguala al cetro y arado.  
Dame alguna traza, amor,  
Pues tu porfia promete  
Venir mas alto rigor;  
Pero con este billete  
Puedo aplacar tanto ardor.  
Isabela escribe en él

A Cosme que venga á casa;  
Yo quiero dar el papel  
A Laurencio, pues se abrasa  
En el hielo de Isabel.  
Vendrá á verla, y yo, vestida  
Con sus ropas, ayudada  
De la noche, tendré vida,  
Pues que vendré á ser gozada  
De quien jamás fui querida.  
Alto, yo me determino.  
Mas ¡ay Dios! Cosme se ha entrado  
En casa, y viene mohino;  
Mas ¿quién licencia le ha dado  
Para tan gran desatino?  
Pero si dueño ha de ser  
De todo, bien puede entrar.  
Él es, quiérome esconder;  
Que si me ve, le he de dar  
El papel que no ha de ver. (Vase.)

Entran COSME y CLAUDIO, criado.

COSME.

Déjame, Claudio, no me des consejo;  
Que quiero bien y estoy determinado.  
Déjame entrar, y muera.

CLAUDIO.

Ya te dejo.

En casa de Isabela te has entrado,  
Sin respetar á Ceño, tu enemigo,  
Al necio vulgo ni aun al Duque airado.  
¿Qué pretendes aquí?

COSME.

Que seas testigo  
De la lealtad de mi hidalgo pecho;  
Verásme batallar á mi conmigo. [cho,  
Verásme, en fuego y lágrimas deshe-  
Vencerme á mi, que es la mayor vitoria.

CLAUDIO.

No pongas el valor en tanto estrecho,  
Véncete ahora en no emprender tal glo-  
No veas á Isabel, no intentes tanto; [ria,  
Harto harás de vencer á la memoria. (Vase.)

COSME.

Véte; que sale á sosegar mi llanto  
Mi querida Isabel.

Sale ISABELA.

ISABELA.

Cosme, ¿qué es esto?  
Con justa causa me has movido á pena.  
No te escribi que en público y tan pres-  
Me vinieras á ver. [to

COSME.

Estoy perdido.

ISABELA.

Si te vieron entrar, si, mal dispuesto  
Mi padre, no estuviera recogido,  
Fuera hoy tu fin.

COSME.

¡Pluguiera á Dios, Señora;  
Que mayor mal mi hado ha prevenido.  
Ni tuve papel tuyo, ni esta es hora  
De sospechar, aunque es la de mi muer-  
[te.

ISABELA.

Yo acabo de escribirte con Leonora,  
Y no te hubo de hallar; pero ¿qué suerte  
Tan adversa te obliga á inmenso llanto?

COSME.

¿Qué mayor mal ¡ah cielo! que per-  
[derte?

ISABELA.

¿Perderme á mi? ¿Qué causa puede

COSME.

[tanto?  
Mi desdicha, que puede lo imposible,  
Y hecho á tantos males, no me espanto;  
No te merezco yo.

ISABELA.

Ya estás terrible,  
Ya tu rabioso enojo has declarado;  
Advierte que al amor todo es posible.  
Sin duda, dueño mio, te has cansado  
De pretenderme, viendo mi dureza,  
Y estás ya de esperar desesperado.  
Si mi papel leyeras, tu aspereza  
Trocaras en favor, y te juzgaras  
Por digno dueño de mayor belleza.  
Las glorias del amor siempre son caras;  
Ya se acabó el rigor, ya soy tu esposa.

COSME.

[caras,  
¡Oh, qué bien que te pintan con dos  
Fortuna vil, ahora tan piadosa,  
Cuando es fuerza perder el dueño mio!  
Ya llegas tarde, mi Isabela hermosa.  
Yo, que aumento con lágrimas el rio;  
Yo, que ablandé esos montes suspi-  
[rando;

Yo, que viví muriendo, ardiendo en

[frio;  
Yo, que gasté diez años deseando;  
Yo, que fui ejemplo á firmes amadores;  
Y yo, que te he vencido porfiando,  
No te puedo gozar. ¡Tristes amores!  
¿Que no he de ser tu esposo? No lo creo.  
Y ¿que he de malograr tantos favores?  
Que he de huir cuando rendido veo  
El mármol que ablandé? ¡Pierdo el sen-  
Oye, Isabel, el fin de mi deseo. [tido!

ISABELA.

Cosme, ¿estás loco?

COSME.

Si; que te he perdido.  
(A todo este romance ha de estar Isa-  
bela atentísima á Cosme, haciendo  
grande sentimiento al fin de él.)

Ya sabes, bella Isabela,  
Y escuchame, aunque lo sabes,  
Cómo me dejó muy pobre  
Juan de Médicis, mi padre,  
Aquel capitán famoso

Que, entre mil hechos notables,  
Dió la vida por la Iglesia;  
Mas ¿quién por Dios es cobarde?  
Por lo cual mi madre triste,  
María de Salviatis,

Se fué á Trebia, y yo, bien niño,  
Fui acompañando á mi madre  
Desde Florencia, mi patria,  
Cuando persiguió mi sangre.

Mandó al capitán Oton  
Que nos prendiese ó matase;  
Mas Oton, compadecido  
De una inocente y un ángel,  
No ejecutó la sentencia;

Tiempo habrá en que yo le pague.  
Allí estuve hasta que el Papa,  
Mi tío, mandó llevarme  
A Roma con Alejandro,  
El gran duque, que Dios guarde.

Allí fui tan estimado  
Y me hice tan amable,  
Que fuera señor de Italia,  
A no ser noble mi sangre.

Servi al Duque, aficionóme  
Su condicion siempre afable,  
Su gala y entendimiento,  
Su valor, grandezza y talle;

Y al paso que me incliné,  
Por mi estrella y por sus partes,  
A amarle, me aborreció  
Tanto como llegué á amarle.

Fué la causa un lisonjero,  
Gran inventor de maldades;  
Su gran privado Laurencio,  
Infamia de mi linaje.

Con lisonjas, con mentiras,  
Con juegos, con liviandades,

Con festines y con versos,  
 Con ser su tercero infame,  
 Le ganó la voluntad.  
 Yo, con decirle verdades,  
 Con darle buenos consejos  
 Y estorbarle muchos males;  
 Con pretender toda Italia  
 En Florencia coronarme,  
 Quise ser mas que gran duque,  
 Ser del Duque amigo grande.  
 Con librarle de la muerte,  
 En el campo y en la calle,  
 Dos veces, que dos traidores  
 ¡Ay Dios! quisieron matarle,  
 Me aborreció con extremo;  
 Y tanto Laurencio vale,  
 Que él vive soberbio y rico,  
 Y yo pobre y miserable.  
 En fin, así pasé en Roma,  
 Hasta que guerras y paces  
 Hicieron duque á Alejandro.  
 ¡Plega á Dios que el mundo mande!  
 Venímonos á Florencia,  
 Donde para tantos males,  
 Mi Isabela, te vi un día,  
 Y muchos rondé tu calle.  
 Sirvióte el Duque tambien,  
 Y quiere amor que no basten,  
 Para rendirte á su ruego,  
 Interés, fuerza ni arte;  
 Y que pueda mi pobreza,  
 Premio de un dichoso amante,  
 Y mi verdad ó mi ruego  
 O mi ventura ablandarte.  
 Díjole mi amor Laurencio,  
 Y que era maldad notable  
 Que yo sirviese á su dama;  
 Y tú, mi Isabela, bien sabes  
 Que no le ofendí jamás.  
 Díjole que me matase,  
 O me echase de Florencia,  
 Para que á su amor te ablandes.  
 Parecióte bien al Duque;  
 En fin, me llamó esta tarde,  
 Y encerrado en su aposento,  
 Con bien airado semblante,  
 Me dijo aquestas palabras:  
 «Cosme, los que son mi sangre  
 Jamás hicieron traición,  
 Y las vuestras son tan grandes,  
 Que os destierran de Florencia.  
 Partios luego, y esto baste.»  
 Yo le pregunté la causa,  
 Y él, aunque prudente y grave,  
 La dijo; porque los celos  
 No guardan secreto á nadie.  
 Neguéle nuestros amores,  
 Dije que estaba ignorante  
 De los suyos; supliquéte  
 Que en Florencia me dejase.  
 Representé mis servicios  
 Y el deudo de nuestros padres;  
 Dijo que no. Repliquéte,  
 Y ya enojado y afable,  
 Dijo: «Cosme, partios luego;  
 Lo que pedis no es tan fácil,  
 Que no me importe la vida,  
 Pues sois causa de mis males.  
 Isabela os quiere bien;  
 Yo la adoro, y sus crueldades,  
 Sus desdenes, sus rigores,  
 Del amor que os tiene nacen.  
 Yo estoy rabiando de celos,  
 Y aunque me poneis delante  
 Mis grandes obligaciones,  
 Mis tormentos son mas grandes.  
 Cosme, primo, amigo, muero;  
 Que una pasión tan notable  
 No es amor. Dios me castiga,  
 Pues me da la muerte un ángel.  
 Si es verdadera amistad  
 La vuestra, si sois mi sangre,

Lástima os dé ver que muero,  
 Dad remedio á mis pesares;  
 Ahora, ahora es el tiempo  
 Que, con prudencia admirable,  
 Ganeis el primer lugar  
 De los amigos leales.  
 Vencéos vos, que yo no puedo;  
 Primo, amigo, remediadme.  
 Dejad, dejad á Isabela;  
 Partios al punto, ó matadme.»  
 Dijo; y echado á mis piés,  
 Siendo sus ojos dos mares,  
 Él quedó mudo, yo loco  
 Entre mil ansias mortales.  
 La amistad que tengo al Duque,  
 Y tu amor, contrarios grandes,  
 Empezaron la batalla.  
 Y el amor vencido sale.  
 Bien sé, Isabela querida,  
 Que la vida ha de costarme;  
 Pero al Duque he prometido  
 No verte jamás ni hablarte.  
 Muera yo, y el Duque viva,  
 Pues con morir y dejarte,  
 Seré ejemplo de amistad  
 Y ejemplo seré de amantes.  
 Mira si tengo razon  
 De sentir tantos pesares,  
 Pues me destierran de Italia  
 Cuando pudiera gozarte.  
 Quédate, Isabela, á Dios,  
 Pues son tantos mis pesares;  
 Que tuve el bien solamente  
 Porque sienta mas dejarte.

ISABELA.

«Cosme, Cosme! Apenas puedo  
 Hablar. ¿Cómo? ¿Que te partes?  
 ¿Turbada estoy! ¿Muerta estoy!  
 ¿Qué es esto? No puedo hablarte.  
 ¿La causa tu primo el Duque?  
 ¿Tú partirte? Tú dejarme?  
 ¿Cosme, que muero de amor!

COSME.

Ahora, ahora, pesares,  
 Ahora, ahora es el tiempo  
 De embestirme y de matarme.  
 Ea, que Isabela llora;  
 Ea, memoria, acordadme  
 De tantos perdidos bienes,  
 De tantos ganados males.  
 Amor, que pierdo á Isabela;  
 Desden, que llegó á rogarme;  
 Celos, que pretende el Duque,  
 Y es enemigo muy grande.  
 Tiempo, la ocasion se pierde,  
 Rigor, que he dejado á un ángel;  
 Olvido, que ya me ausento;  
 Ahora, ahora, pesares.

ISABELA.

Cosme, si el amor (¡ay cielos!),  
 Si la lealtad, si la sangre,  
 A una mujer... ¡Ay, no puedo!  
 Ay, Cosme, no puedo hablarte!  
 ¿Que me olvidas? Que me dejas?  
 ¿Tú partirte? Tú olvidarme?  
 ¿Para qué quiero yo vida?  
 ¡Loca estoy!

COSME.

Soy de diamante.

Mal haya la boca, amén,  
 Mal haya la lengua infame  
 Con que prometí á mi primo,  
 Querida Isabela, dejarte;  
 Mal haya la vil estrella  
 Que fué causa de inclinarme  
 A quererle mas que á mi;  
 Mal haya el traidor cobarde  
 Que dijo nuestros amores,  
 Causa de todos mis males;  
 Mal haya...

ISABELA.

Detente, Cosme,  
 No des palabras al aire.  
 Yo sola tengo la culpa,  
 Yo no me quejo de nadie,  
 Yo ocasioné mi desprecio;  
 Por que, llegando á rogarte,  
 Distes principio á mi olvido,  
 Propia condicion de amantes.  
 ¿Para qué vanos discursos?  
 Para qué extremos tan grandes?  
 Para qué lágrimas falsas?  
 Que no podrás engañarme.  
 ¡Oh falso, oh ingrato, oh cruel!  
 ¿Qué amistad, lealtad ó sangre  
 Obliga á un amante noble  
 A una hazaña tan infame?  
 ¡Venganza, cielos, venganza!

COSME.

¡Venganza, cielos, matadme!

ISABELA.

¿Yo no soy tambien tu prima?  
 Yo no dejo por amante  
 A un gran duque de Florencia,  
 Señor de mil voluntades?  
 Y cuando tú me repliques  
 Que no pudiera casarme  
 Con el Duque, Cosme mio,  
 Cosme del alma, ¿tú sabes  
 Que Laurencio, su privado,  
 Conmigo quiere casarse?

COSME.

¿Qué dices?

ISABELA.

Lo que me debes,  
 Lo que dije; no te espantes.  
 Pregúntalo á mis criadas,  
 A las rejas de esa calle,  
 A esos muros de mi casa,  
 De mi duro pecho imágen.  
 Mas rico que tú es Laurencio,  
 Él priva y nunca privaste,  
 Él me busca y tú me dejas,  
 Él es firme y tú eres fácil;  
 Y con todo, á tí te adoro,  
 Tu pobreza me es amable,  
 Tu desprecio es el que estimo.  
 (Vase á arrojar.)

A tus piés quiero arrojarme.

COSME. (Tiéndela.)

¡Prima! ..

ISABELA.

Aquí he de dar la vida,  
 O la palabra has de darme  
 Y la mano de mi esposo.

COSME.

¡Señora!...

ISABELA.

¿Qué! ¿Estás cobarde?  
 ¿Quién tiene imperio en las almas?

COSME.

¿Qué he de hacer yo contra un ángel?  
 Qué es esto? Cuando á Laurencio  
 Da el Duque tantos lugares,  
 Sin tener yo en toda Italia  
 Ni aun tierra para enterrarme;  
 Cuando le lleva á palacio,  
 Y á mi manda desterrarme  
 De Florencia; ¡él, un traidor,  
 Y yo, ejemplo de leales?  
 Su misma dama pretende;  
 Cuando yo, por no enojarle,  
 Mi dama dejo y mi vida.  
 ¡Ah monarcas miserables,  
 Los que elegis mal privado!  
 Callen los romanos, callen  
 Los griegos, y no celebren  
 Tantas nobles amistades;

Que la mía es la mayor.  
¡Que á un príncipe tan amable  
Le ofenda un mayor amigo!  
Vive Dios, que he de matarle.  
¿Al Duque ha de hacer ofensa,  
Viviendo yo? ¡Que esto pase!

(*Quiere irse.*)  
Voy á matar á Laurencio;  
No es bien que ahora repare  
En si el Duque me ha obligado.  
Es mi amigo, y esto baste.

ISABELA.  
Cosme, mi bien, ¿que me dejas?

COSME.  
Si; porque es fuerza dejarte,  
Isabela, y ruego á Dios  
Que mi enemigo me mate  
Sin que dé venganza al Duque,  
Y que muera como infame,  
Si no eres dueño del alma;  
Y ya que no puedo darte  
Palabra de casamiento,  
Te la doy de no casarme  
Sin que me des tú licencia.  
Obligación es mas grande  
La del honor que del gusto;  
Yo he cumplido con dejarte,  
Y cumpliré, mi Isabela,  
Con nuestro amor con matarme.

ISABELA.  
En fin, ¿no tiene remedio?  
Daré voces á mi padre.—  
¡Padre, Señor!...

COSME.  
¿Qué das voces?  
¡Si tú quieres que me maten!...  
Antes me mataré yo.

(*Va á sacar la espada.*)  
ISABELA.

Tente, Cosme, y no me acabes;  
Vuelve la punta á mi pecho,  
Y acabarás tantos males.  
¡Ay, Cosme! ¿qué haré sin tí?  
Véte en paz y no te cases,  
Será menor mi tormento.

COSME.  
¿Que he de pasar tus umbrales?  
¿No hay un rayo para un triste?

ISABELA.  
No, mi Cosme; Dios te guarde.

COSME.  
Y á tí, Isabel, mas que á mi.  
¿Qué! ¿Te quedas?

ISABELA.  
¿Qué! ¿Te partes?  
(*Vanse.*)

Salen LAURENCIO, de noche, muy galán, y JULIO, su criado, con linterna.

JULIO.  
Loco estás, Laurencio, espera.  
LAURENCIO.

Loco estoy; que, á no estar loco,  
Mi gusto tuviera en poco  
Y á tanto amor ofendiera.  
Loco me tiene el contento  
De ver la ventura mía,  
Pues paga amor en un día  
Tantos siglos de tormento.  
¿Que es posible que Leonora,  
Julio, te dió este papel?  
Que es posible que Isabel  
Me llama, busca y adora?  
Que rendi aquel imposible,  
Tan difícil de vencer?

¡Oh amor! grande es tu poder,  
Todo á tu imperio es posible.  
Vuélveme, Julio, á alumbrar;  
Que pienso que estoy soñando.

JULIO.  
Laurencio, estás deseando,  
Y eso te hace dudar.  
El papel es de Isabel,  
Y me lo dió su criada;  
No es tu ventura soñada.

LAURENCIO.  
Oye, mi Julio, el papel.  
(*Lee.*) « Pudo el tiempo y el amor  
» Dar fin á tantos enojos;  
» Vos me rendis mil despojos,  
» Yo ós confieso vencedor;  
» Esta noche de mi amor  
» Triunfaréis en mi jardín;  
» Ved primero que es el fin  
» El casamiento tratado;  
» Mirad que hay árbol vedado,  
» Y es mi honor el serafin.»

JULIO.  
¿Crearás que ya estás despierto?  
Crearás que Isabel te adora?

LAURENCIO.  
Crearé que pudo Leonora  
Darme vida, estando muerto.

JULIO.  
¿Y no crearás que has perdido  
El juicio?

LAURENCIO.  
Si lo creo;  
Mas ¿quién cumplió tal deseo,  
Que le quedase sentido?  
¿Yo tu esposo? El seso es poco;  
Loco estoy; ¡que he de gozarte!

JULIO.  
Bien haces, si has de casarte,  
En haberte vuelto loco;  
Que así disculpa tendrás  
De hacer tan grande locura.  
¿Casarte llamas ventura?  
Adelante lo verás;  
Dime, ¿cómo no reparas  
En que el Duque, mi señor,  
La tiene á Isabel amor?  
¿Ya se nace con dos caras?  
No lo aprendiste de mí;  
Jamás requebré tu dama;  
No hay gusto como la fama,  
Muy á lo viejo naci.  
Mira que aventuras mucho,  
Y que al Duque debes mas.

LAURENCIO.  
Vive Dios, que loco estás,  
Y aun yo lo estoy, pues te escucho;  
Mas me debo á mi que á él,  
No quiero morir de amor,  
Y mas quiero ser traidor  
Que perder á mi Isabel.

JULIO.  
Es resolución de amante,  
Pero no de caballero.

LAURENCIO.  
Calla, y mira, majadero,  
Que viene gente.

JULIO.  
Un gigante  
Mas largo que una esperanza  
De corte me ha parecido;  
Paga de tramposo ha sido,  
Concertadme esta mudanza.  
Temblando estoy de temor,  
Y vengo acá por valiente.

Salen CLAUDIO y COSME.

CLAUDIO.  
Sin duda que es esta gente.

COSME.  
Dos son.  
CLAUDIO.  
Tanto que peor.

COSME.  
Ellos son.  
JULIO.  
Mírenlo bien;  
No nos den por dar á otros.

LAURENCIO.  
¿Qué es esto? ¿Quién sois vosotros?

COSME.  
Escuchad, Laurencio.  
LAURENCIO.  
¿A quién?

COSME.  
Cosme, vuestro primo, soy.

LAURENCIO.  
¿Qué quereis?  
COSME.  
Vengo á buscaros,  
Y aparte quisiera hablaros.

LAURENCIO.  
Empezad; que ya lo estoy.

COSME.  
Estoy, Laurencio, ofendido  
De vos.

LAURENCIO.  
¿De mí?  
COSME.  
De vos, sí.

LAURENCIO.  
Pues ya me tenéis aquí.  
COSME.

Desterrado y perseguido,  
Por vos, salgo de Florencia.  
En el campo os quiero hablar;  
Que allá os he de preguntar  
Si os dió Alejandro licencia  
Para pretender su dama.

LAURENCIO.  
¿Sois su tutor?

COSME.  
Soy su amigo.

LAURENCIO.  
Pues desde aquí, Cosme, os digo  
Que tanto el Duque me ama,  
Que os quitó á Isabel á vos  
Solo por dárme la á mi;  
¿Quereis mas?

COSME.  
No es para aquí.

LAURENCIO.  
Es mi mujer, vive Dios.

COSME. (*Enojado.*)  
Salios, en siendo mas tarde,  
A Mirafior, gran traidor.

LAURENCIO.  
Yo os aguardo en Mirafior.  
COSME.

Adios pues.  
LAURENCIO.  
El cielo os guarde.  
(*Vanse Cosme y Claudio.*)

JULIO.  
¿Qué es esto?

LAURENCIO.  
Obra de pariente;

No quiere mas de matarme,  
Y paró en desafiarme.

JULIO.

¿Y qué has de hacer? Que es valiente.

LAURENCIO.

¿Qué? Gozar á mi Isabel  
Mientras él está al sereno.

JULIO.

Como hidalgo, que andas bueno.

LAURENCIO.

Así he de vengarme dél;  
Porque yo he de publicar  
Que salí y él no salió.

JULIO.

Lo mismo me hiciera yo,  
Mas bien tienes que pensar.  
Considerar que Isabel  
Te llama para casarte,  
Tu primo para matarte,  
No sé cuál es mas cruel;  
Elige el riesgo menor,  
O salir desabado,  
O muerto, ó salir casado;  
Que no sé cuál es peor.

LAURENCIO.

Gracioso estás, oye un poco;  
Que han abierto aquel postigo  
De Isabel.

JULIO.

Dios sea conmigo.

LAURENCIO.

¡Ay mi Julio, que estoy loco!

JULIO.

Por Dios, que es bien menester.

*Sale LEONORA.*

LEONORA.

¿Es Laurencio?

LAURENCIO.

El mismo soy;  
Rato há que aguardando estoy.

LEONORA.

¿Sabeis lo que habeis de hacer?  
La puerta se quede abierta,  
Porque podais fácilmente  
Salir, si mi padre os siente,  
Sin que oiga que abris la puerta;  
¿Traeis criado?

LAURENCIO.

Y muy fiel.

LEONORA.

Pues quédese aquí aguardando,  
Y entrad, y os irá guiando;  
Que está oscuro.

LAURENCIO.

Mi Isabel,

¿Cuándo he de poder pagar  
Tanto amor?

LEONORA. (Ap.)

Bien lo he engañado.

LAURENCIO.

Guarda, Julio, con cuidado  
Esta puerta.

(*Vanse.*)

JULIO.

Hombre á la mar.

Entróse, pero yo quedo  
Con notable riesgo aquí;  
Pero ¿qué se me da á mi?  
Animo, que todo es miedo.  
Luego veinte han de venir;  
Pero ¿no bastarán dos?  
¿Qué digo dos? Vive Dios,  
Que de uno pienso huir.

Parece que viene gente;  
Miedo les quiero poner,  
Pues ellos no han de saber  
Si soy gallina ó valiente;  
Pongo la capa á lo bravo,  
Y sueño espada y broquel.

*Sale EL DUQUE, muy galán, y OCTAVIO, su criado, de noche.*

DUQUE.

Aquí vive mi Isabel.

JULIO.

Bueno va, la industria alabo.

DUQUE.

Aquí vive la belleza  
Que adoro, y yo muero aquí.—  
Octavio, yo me perdí.

OCTAVIO.

Mucho quiere vuestra alteza.

DUQUE.

Resistese y es hermosa.

OCTAVIO.

Escribirla.

DUQUE.

No me escribe.

OCTAVIO.

Regalarla.

DUQUE.

No recibe.

OCTAVIO.

¿No es pobre?

DUQUE.

No es codiciosa.

OCTAVIO.

¿No es mujer?

DUQUE.

Y necio vos.

OCTAVIO.

Olvidarla.

DUQUE.

Es fuerte el gusto.

OCTAVIO.

Forzarla.

DUQUE.

No será justo.

OCTAVIO.

Pues encomendarse á Dios.

DUQUE.

Octavio, no hallo medio  
Para remediar mi suerte,  
Y entre la vida y la muerte,  
El morir es mi remedio;  
Cada noche vengo aquí,  
Y aun no me ha querido hablar.

OCTAVIO.

Fuerte cosa es porfiar

En lo imposible.

DUQUE.

¡Ay de mi!

OCTAVIO.

Muy bueno está vuestra alteza

Para tratar de casarse.

DUQUE.

Mujer que puede mudarse

Es mi mal.

OCTAVIO.

Brava dureza.

DUQUE.

Vamos; que estoy con disgusto.

OCTAVIO.

¿Falta Laurencio?

DUQUE.

No es eso;  
Aunque yo, Octavio, confieso  
Que sin él no tengo gusto;  
Débole grande amistad,  
Y estímole mas que á mi;  
Pero ¿no está un hombre allí?

JULIO. (Ap.)

Ya me vieron.

DUQUE.

Esperad;

Que me cuesta ya cuidado,  
Porque no alcanzo á qué fin  
En la puerta del jardín  
De Isabel está parado;  
Mucho holgara conocelle.

OCTAVIO.

Buen talle tiene.

JULIO. (Ap.)

Aquí es ello;  
Colgado estoy de un caballo.

DUQUE.

Llegad á reconocelle.

JULIO. (Ap.)

Acabóse la maraña;  
El diablo me trujo aquí.

OCTAVIO.

¿Caballero?

JULIO.

¿Dice á mi?

OCTAVIO.

Si.

JULIO.

Pues pienso que se engaña,  
Porque no soy caballero.

OCTAVIO.

¿No es caballero?

JULIO.

No, á fe.

OCTAVIO.

Pues ¿quién es?

JULIO.

Yo no lo sé.

OCTAVIO.

Será algun gran majadero.

JULIO.

Por Dios, que me conoció;  
Pero aunque es gran barbarismo  
No conocerse á sí mismo,  
No soy el primero yo.

OCTAVIO.

Él es loco.

JULIO.

Dice bien;

Pues sirvo sin ser premiado.

DUQUE.

Octavio, ¿quién es?

OCTAVIO.

Ha dado

El hombre en no decir quién,  
Y parece hombre de humor,  
Que acaso se paró allí.

JULIO. (Ap.)

No va muy malo hasta aquí,  
Si saliera mi señor.

OCTAVIO.

Dice que es un majadero,  
Y dice verdad el hombre.

DUQUE.

Haced que diga su nombre.

(*Vuelve Octavio á Julio.*)

OCTAVIO.

Majadero ó caballero,

Que todo lo puede ser,  
Suplicoos que me digáis  
Quién sois ó cómo os llamais,  
Porque lo quiero saber,  
Y excusaréis un enfado.

JULIO.

Jesus, de muy buena gana;  
Que por cosa tan liviana  
Cualquiera enojo es pesado.  
Yo soy, para entre los dos,  
Poeta y sastre; mirad  
Si os puedo decir verdad.

OCTAVIO.

Pues dirésmela, por Dios.

JULIO.

Si haré, escuchad un poco;  
Que, aunque es mi oficio mentir,  
Por fuerza lo he de decir,  
Por lo que tengo de loco.

OCTAVIO.

Pues decid el nombre.

JULIO.

¿El nombre?  
Mas, por Dios, que lo he olvidado;  
No debo estar bautizado.

OCTAVIO.

¿Quieres que te mate, hombre?

JULIO.

No por cierto.

OCTAVIO.

El nombre di.

JULIO.

Vive Dios, que va de veras;  
¿Quién me ha metido en quimeras?  
Yo me llamo don Piali.

OCTAVIO.

¿Nombre de moro y con don?

JULIO.

Hay dones en Berberia.

OCTAVIO.

Este es loco y desvaria.

JULIO.

Todos los hombres lo son,  
Cada uno por su camino.

DUQUE.

¿Dijote quién era?

OCTAVIO.

Si;

El poeta don Piali.

DUQUE.

¿Qué notable desatino!  
Yo estoy de muy buen humor  
Para locuras; echadlo  
De aquesa puerta ó matadlo;  
Que es todo celos amor.

OCTAVIO.

Pues, hombre, sastre ó poeta,  
O dejad la calle al punto,  
O la vida.

JULIO.

Todo junto.

Oiga, señor estafeta,  
Que en gran confusion estoy,  
Sin saber lo que he de hacer;  
Mas, pues me dan á escoger,  
Responda que ya me voy.

OCTAVIO.

Ya se fué.

DUQUE.

Ya me ha pesado,  
Octavio, que se haya ido  
Sin haberle conocido;  
Estoy con grande cuidado.  
Corred al punto tras él,  
O matadlo ó traedlo aquí.

Yo voy.

OCTAVIO.

DUQUE.

Yo no estoy en mí,  
¿Oh celos de amor cruel!  
¿Si era galán de Isabela,  
Mas venturoso que yo?  
¿Si fingió ser loco ó no?  
Mas si; que amor es cautela.  
Quiero llegarme al postigo,  
Quizá podré averiguar  
Mis celos; que mi pesar  
Hoy ha de acabar conmigo.  
Vive el cielo, que está abierto,  
Cierta mi sospecha ha sido;  
¿Que no hubiera conocido  
A quien de celos me ha muerto!  
Que haya quien goce el favor  
Que no pude merecer!  
Mas fué elección de mujer,  
Que apetece lo peor.  
Ardiendo estoy y temblando; [sigo?  
¿Qué haré? ¿á quién busco? ¿a quién?  
Mas ¿cómo, abierto el postigo,  
En la calle estaba hablando?  
Gran mal hay; ¿viven los cielos,  
Que tiene dentro el galán!  
¿Los dos gozándose están,  
Cuando yo muero de celos?  
Este guardaba la puerta,  
Y yo no quiero aguardar  
Que me acabe aquí el pesar,  
Pues que la he hallado abierta;  
Vive Dios, que he de saber,  
Entrando allá, quién ha sido  
El hombre que ha merecido  
Gozar tan bella mujer. (Vase.)

## JORNADA SEGUNDA.

Sale LAURENCIO, de la misma suerte  
que entró en el jardín, de noche, y  
LEONORA.

LEONORA.

Mi Laurencio, tarde es ya.

LAURENCIO.

No es tarde, aguardad un poco,  
Mi Isabela; que estoy loco.  
¿Cuán presto el tiempo se va!  
En mi vida no os he hablado,  
Y ya que os hablo, no os veo,  
Y apenas el bien poseo,  
Cuando el tiempo se ha pasado.  
¿Oh, si nunca amañeciera!—  
Oh Apolo, deten tu coche,  
Y haz eterna aquesta noche,  
Así en mas feliz carrera  
Alcances la fugitiva  
Dafne, no en laurel frondoso,  
Sino en medio cuerpo hermoso,  
Menos ligera y esquiva.

LEONORA.

¿Quién mas que yo deseára,  
Laurencio, que fuera así?

LAURENCIO.

Mas ¿cómo me he de ir de aquí  
Sin ver vuestra hermosa cara?  
Sin luz del sol he gozado,  
Y entre tan grande ventura,  
Siendo sol vuestra hermosura,  
A oscuras me habeis dejado;  
Tened, mi bien, encendida  
Luz, y estad muy confada;  
Que pareceréis gozada  
Lo mismo que pretendida.

LEONORA.

Será el milagro mayor  
Que ha hecho amor.

LAURENCIO.

Es verdad;  
Pero en tan grande beldad  
No es el milagro de amor,  
Sino de vuestra hermosura.

LEONORA.

Dejad eso; que ya es tarde.  
Señor, así Dios os guarde,  
Que será gran desventura  
Si acaso mi padre os sienta;  
Llevaos la llave con vos,  
Y cerrad, y guardaos Dios,  
Y venid mañana.

LAURENCIO.

Ausente  
De vos, ¿cómo tendré vida?  
¿Cuándo he de poder gozaros  
Sin miedo? Quiero abrazaros,  
Del alma hermosa homicida.

LEONORA.

Adios, mi Laurencio.

LAURENCIO.

Adios.

LEONORA. (Ap.)

Vo le he engañado muy bien. (Vase.)

LAURENCIO.

¿Oh, mal haya el tiempo, amén,  
Que nos divide á los dos!  
Adios, plantas, adios, fuentes,  
Que con el agua y el viento  
Celebrasteis mi contento;  
Pero ¿qué es esto? Allí hay gente.

Sale EL DUQUE, muy despacio, del  
modo que entró en el jardín; Lau-  
rencio se aparta, embozado, entre  
unos ramos.

DUQUE.

Por todo el jardín he andado,  
Y no he visto á nadie en él.  
Perdona, casta Isabel,  
Este celoso cuidado;  
Yo ofendi tus generosos  
Pensamientos soberanos,  
Mas son los celos villanos;  
Y así, son muy maliciosos.  
¿Oh cuán venturoso fuera  
Si en este jardín gozara  
Mi Isabel, si se ablandara!  
Mas es diamante y yo cera.—  
Plantas, decidse los vos,  
Así el viento bullicioso  
Siempre con soplo amoroso  
Os regale; mas ¡ay Dios!

(Mira á Laurencio.)

¿No está allí un hombre encubierto?  
¿Ah ingrata! ¿perdon te pido,  
Cuando el galán escondido  
Gozas, habiéndome muerto?  
Sin duda que este es el hombre  
A quien el otro aguardaba.  
Cielos, gozándola estaba;  
Sabré, vive Dios, su nombre;  
Pero ¿el honor de Isabela?  
¿Qué honor cuando estoy rabiando?

LAURENCIO.

Acá se viene llegando.  
Gran mal el alma recela;  
¿Si es Celso, que me ha sentido?  
Mas no; que si Celso fuera,  
Con mas cólera viniera  
A cobrar su honor perdido,  
Sin duda que es escudero

De casa, ó es mi criado,  
Que por burlarme se ha entrado  
En el jardín.

DUQUE.

¿Caballero?

LAURENCIO. (Ap.)

No es su voz, y ya se abrasa  
El alma; ¿quién puede ser?  
La voz quiero conocer;  
Mas hombre fuera de casa,  
Estando Julio á la puerta,  
No es posible; mas ¡ay cielos!  
Que ha dado vida á mis celos  
Una fe que juzgo muerta.  
¿Si es otro galán que ha muerto  
A Julio y ha entrado en casa?

DUQUE.

¿Qué es esto que por mí pasa?  
No sé si yerro ni acierto;  
Si doy á este hombre la muerte,  
Es forzoso que al ruido  
Despierten, y soy perdido;  
Que no es bien que desta suerte  
Ande un duque de Florencia,  
Que ha de casarse mañana  
Con la beldad soberana,  
Hija del César; paciencia,  
Paciencia, celos y amor;  
Mas, si se acierta á saber,  
¿Qué dirá el mundo, si el ser  
Le debo al Emperador?  
Y mas con hija de un hombre  
Que á Italia revolverá  
Por vengarse.

LAURENCIO. (Ap.)

¿Quién será?

DUQUE.

Ahora bien, yo sabré el nombre;  
Quiero sacarle á la calle  
O al campo, esto es lo mejor.

LAURENCIO. (Ap.)

¿Si es el Duque, mi señor?  
Que es su voz, su andar, su talle.

DUQUE.

¿Ah hidalgo?

LAURENCIO. (Ap.)

Quiero fingir

La voz, que el Duque es sin duda;  
Hoy la fortuna se muda.  
¿Qué he de hacer? Qué he de decir?

DUQUE.

A mí me importa saber  
Quién sois y qué haceis aquí.

LAURENCIO. (Ap.)

Si lo ha sabido (¡ay de mí!),  
¿Qué tengo de responder?  
¿Si conoció mi criado  
A la puerta? Si avisó  
Cosme al Duque? Pero no;  
Que, aunque enemigo, es honrado.

DUQUE.

¿Sois sordo? ¿Qué haceis aquí?

LAURENCIO. (Ap.)

Animo.

DUQUE.

Decíme el nombre.

LAURENCIO.

¿Quién me lo pregunta?

DUQUE.

Un hombre.

LAURENCIO.

Jamás á un hombre temí;  
Si sois deudo ó pretendiente  
De mi Isabela, yo soy  
Su primo, y casado estoy  
Con ella. Si sois prudente,  
No alborotemos la casa;

Que estoy casado en secreto,  
Y es bien que tengais respeto  
A Isabela.

DUQUE.

¿Aquesto pasa?

De celos no estoy en mí.—  
Yo gusto de respetar,  
Por su honor, este lugar;  
Mas salgámonos de aquí;  
Que en el campo ó en la calle  
Sabréis que no puede ser  
Isabel vuestra mujer.

LAURENCIO.

(Ap. Gran traza, yo he de engañarle.)

En el campo es lo mejor.

DUQUE.

Pues señalad el lugar.

LAURENCIO.

(Ap. De Cosme me he de vengar.)

Al valle de Mirafior.

DUQUE.

Pues seguidme.

LAURENCIO.

Ya yo os sigo,

Pero no por esta calle.

(Ap. A Cosme hallará en el valle;

Hoy morirá mi enemigo.

En gran peligro me vi,

Pero muy bien me he librado;

Cosme me ha desafiado,

Y el Duque sale por mí.)

(Vanse.)

*Sale COSME, como salió en la primera  
jornada.*

COSME.

Cansado ya de esperar  
Mi contrario en Mirafior,  
Sale á campaña mi amor,  
Con él he de pelear;  
Si llevo á considerar  
Que por el Duque cruel  
Dejo á mi amada Isabel,  
Peno, dudo, rabio y digo  
Que yo soy un fiel amigo,  
Pero no un amante fiel;  
¿Qué haré, fuerza de mi estrella,  
Que amar al Duque me inclina?  
Rara influencia divina,  
Que tanto gusto atropella.—  
Perdóname, Isabel bella,  
Que te dejo y no te olvido;  
Y pues al campo he salido,  
Ya pienso vencer así,  
Porque, en venciéndome á mí,  
Lo demás doy por vencido.

*Sale EL DUQUE, despacio.*

Allí viene un caballero,  
¿Si es acaso mi enemigo?  
Él es; esta vez castigo  
La traición de un lisonjero.

DUQUE.

Un grande rato há que espero  
A mi contrario en el valle;  
Gran necesidad fué dejalle,  
Sin darle en el jardín fin,  
Pues al salir del jardín  
Se me fué por otra calle.  
Agradézcalo á Isabela  
Y al César, que su temor  
Pudo obligar á mi amor  
A sufrir esta cautela;  
Pero en vano se desvela  
Quien jamás tuvo ventura.  
No vi noche mas oscura,  
Yo mismo, á mi no me veo.

Que no halle á quien deseo  
La misma noche procura;  
Apenas sé dónde estoy.  
¡Oh noche! Un bulto está allí,  
Sabré si es él.—¿Sois vos?

COSME.

Si;

Meted mano, que yo soy;  
Yo soy, acabad; que estoy  
Cansado ya de esperar.

DUQUE.

Tambien lo debeis de estar  
De vivir.

COSME.

Y muy cansado,  
Y como desesperado,  
He de morir ó matar.

DUQUE.

Pues yo os vi con menos fieros  
No há mucho, y con mas paciencia,  
Y antes que os mate, licencia  
Me dad para conoceros.

COSME.

No salen los caballeros  
Al campo á burlarse así.

DUQUE.

Decid quién sois.

COSME.

Yo.

DUQUE.

¿Vos?

COSME.

Si.

Loco de cólera estoy;  
Villano, ¿ignoras que soy  
Cosme, tu primo?

DUQUE.

¡Ay de mí!

COSME.

Cosme soy, el desdichado  
A quien tanto has perseguido;  
Cosme, del mundo temido,  
Y Cosme, del mundo amado;  
Soy quien tres veces le ha dado  
La vida al Duque cruel,  
Y soy su amigo mas fiel,  
Quien le acudió en su pobreza,  
Quien le sirvió en su riqueza—  
Y quien le ha dado á Isabel;  
Soy á quien mas ha debido  
Y á quien peor ha pagado;  
Soy quien sale desterrado...

DUQUE. (Ap.)

El traidor me ha conocido.

COSME.

Por lo bien que le he servido,  
Y soy quien tan pobre estoy,  
Pudiendo ser duque hoy  
De Florencia.

DUQUE. (Ap.)

¡Hay cosa igual!

COSME.

Y matando á un desleal,  
Sabrás, Laurencio, quién soy.

DUQUE.

Basta, Cosme, ya lo sé.

COSME.

¿Qué es esto? (¡Válgame Dios!)

DUQUE.

Fuerza es que fuerades vos  
Quien tan alevoso fué.  
¿Esta es la palabra y fe  
Que me disteis? Mas, en fin,  
Sois hombre bajo y ruin;  
Bien cumplis el juramento,  
Prometerio en mi aposento,  
Y gozarla en el jardín.

Decid que no os he hallado  
Dentro dél, y que es traicion  
De Laurencio, ó ilusion,  
Todo cuanto me ha pasado;  
Vos mismo habeis confesado  
Que de Isabel sois marido,  
De vos mismo lo he sabido;  
¿ Soy tirano? soy cruel?  
¿ Vos el amigo mas fiel?  
¿ Pagoos mal lo bien servido?  
COSME. (Turbado.)  
Señor, ¿ yo jardín? yo amor?  
¿ Yo casamiento? ¿ Tú aqui?  
Laurencio... No te ofendi.

DUQUE.  
¿ Turbado estás? ( ¡ ah traidor! )  
Al valle de Mirafior  
Salimos desafiados;  
Ya estamos bien apartados,  
Defiéndete; que, por Dios,  
Que con uno de los dos  
Se han de acabar mis cuidados.  
Tú no me puedes negar  
Lo que yo acabo de ver;  
Si Isabel es tu mujer,  
Yo soy quien te ha de matar;  
Vivo yo, no has de gozar  
El bien que por ti he perdido.

COSME.  
Ni mi palabra he rompido,  
Ni yo te he desafiado,  
Ni en el jardín me has hallado,  
Ni soy de Isabel marido.

DUQUE.  
Ya, traidor, no han de valer  
Tus fingidas humildades.

COSME.  
Si no has de escuchar verdades,  
Dame, gran señor, la muerte.

( Arroja la espada. )  
DUQUE.  
Si haré, porque desta suerte  
Fenecerá mi dolor;  
Toma la espada, traidor,  
O te mataré sin ella.

( El Duque le va tirando de estocadas,  
y Cosme con la daga ó el broquel se  
defiende, y éntranse. )

COSME.  
¿ Hay mas desdichada estrella!  
Tente, aguarda, oye, Señor.

Salen LAURENCIO y JULIO.

JULIO.  
No le dejé el postigo por cobarde,  
Sino porque Alejandro no me viera;  
Que, á no ser vuestro Duque ( Dios le  
[guarde],  
Ni entrara en el jardín ni yo me fuera.

LAURENCIO.  
No en vano hagas de tu pecho alarde;  
Deja eso ahora, porque el alma espera  
Saber qué dice Cefeo al papel mio.

JULIO.  
De su arrogancia y su vejez me rió.  
LAURENCIO.

¿ En fin?

JULIO.  
Llegué á su casa.

LAURENCIO.  
Di adelante.

JULIO.  
Por Cefeo pregunté; salió el buen viejo.  
Si bien eaduco, altivo y arrogante,  
Casi en los hombros de Isabel fué es-

[pejo].  
A su cielo, Señor, sirvió de Atlante;

Dile el papel, leyó, tomó consejo  
Consigo, pidió el báculo, y despacio  
Y bien confuso llega ya á palacio.

LAURENCIO.

¿ Oh si llegara ya!

JULIO.  
Ya estará en casa.

LAURENCIO.

¿ Viste á Isabela?

JULIO.  
No, mas vi á Leonora;  
Es hembra altiva y de favor escasa,  
No me valió decirle sol ni aurora,  
Ni aquello que me hiela y que me abra-

LAURENCIO. [sa].  
¿ Qué dijo de Isabel?

JULIO.  
¿ Oh! que te adora.

LAURENCIO.

¿ Qué mas te preguntó?

JULIO.  
Fiestas y entrada  
Del César; que por tí no han visto na-

LAURENCIO. [da].  
¿ Por mí?

JULIO.  
Por no enojarte no han salido.

LAURENCIO.  
¿ Oh venturoso yo con tal esposa!

JULIO.  
No hay ventura, Señor, sobre marido.  
Gasté lindo almacén y culta prosa,  
No me quedó ni talle ni vestido,  
Galan ó desairado, fea ó hermosa,  
Aderezos de calles y caballos,  
Que, por ser viejo, dejo de pintallos;

La salida del César á la empresa  
De Lutero, y sus falsas herejías,  
Sus partes, el valor de la Duquesa,  
Lugares, ceremonias, cortesías,  
Familia, ostentación, comedia, mesa,  
Juegos, fiestas, saraos, alegrías,  
Y por sentir á Cefeo en tu aposento,  
No digo en un romance todo el cuento.

LAURENCIO.  
A recibirle voy; que es sangre mia.

Salen CEFIO.

CEFIO.  
Laurencio, Dios os guarde.

LAURENCIO.  
¿ Ah Cefio, tío!

¿ Cuándo mi casa mereció este día?

CEFIO. [bri].  
Cuando el tiempo burló mi antiguo  
Que á ser cuando fortuna obedecía,  
Por fuerza, no por gracia, el brazo mio,  
( Lloro. )

No pisaran mis piés estos umbrales,  
Presagio triste de mayores males.

LAURENCIO.  
No hagais menos mi gusto con la pena,  
Que causa aquesse llanto, esos enojos.

CEFIO.  
El alma, como está de males llena,  
Revienta por la boca y por los ojos;  
No os admireis, que el hado me condena  
A que rinda á su imperio estos despo-

[jos].  
Mas, dejando esto aparte, este criado  
Me dió vuestro papel y gran cuidado;  
Decíme que os aguardo en mi posada,  
Porque tenéis que hablarme.

LAURENCIO.  
Así lo digo.

LAURENCIO.  
Así lo digo.

CEFIO.

Así pues, aunque ya no ciño espada,  
No aguardo dentro en casa á mi ene-

[migo].  
No luenga edad la sangre tiene helada;  
Que este brazo, que un tiempo fué cas-

De los tiranos Médicis, ahora [tigo]  
Restaurará su patria vencedora;

¿ Qué me quereis y adónde? Qué á esto  
[vengo];  
Las armas y hora señalad, que es tarde.

LAURENCIO. [detengo].  
¿ Ah Cefio! ah padre! ah tío! ¿ en qué  
La atada lengua, en la razón cobarde?

No os desafío yo, mi patria vengo;  
Que es caso feo que Florencia aguarde  
Dueño tirano, esclavitud pesada,  
Teniendo ese consejo y esta espada;

Si los Médicis fueron sangre mia,  
Sangre mia también los Pazos fueron;  
Ya todos con rigor y tiranía  
Se vengaron, si necios se ofendieron;

Acábense los bandos, llegue el día  
Tan deseado, que mis ojos vieron,  
Que olvideis vuestro enojo y seaís mi

( Alborótase Cefio. ) [padre];  
Dadme á Isabel y libertad mi madre.

Haced, Señor, mi suerte venturosa,  
Merezca, si es posible, ser marido,  
Padre y señor, de mi Isabel hermosa,  
Pues el si de su boca he merecido;

Haced también mi patria venturosa,  
Que toda Italia ayuda me ha ofrecido;  
Hay armas, ocasión, gente y dinero,  
Y solo el si de vuestra boca espero.

CEFIO.  
¿ Hay tal maldad! hay tal atrevimiento!  
¿ Cuán vano siempre fué la vil riqueza!

¿ Que quepa en tu arrojado pensamiento  
Igualar tu caudal con mi nobleza?  
¿ Mi hija me has pedido en casamiento,  
Cuando por mi linaje y su nobleza  
El mismo César me parece poco?

¿ Soberbio presumir, oh jóven loco!  
¿ Tan bien salieron los ilustres Pazos  
De otra vez que casaron en tu casa?  
¿ A mi te atreves, que te haré pedazos,  
Y aun polvos, con el fuego que me abra-

[sa].  
¿ La mano á mi Isabel? ¿ Cuándo mis bra-

[zos],  
Aunque Alejandro con el sol se casa,  
Han de eclipsar los Médicis tiranos?

¿ La mano á mi Isabel, teniendo manos?  
Quédate, vano, rapacillo, loco,  
La mano á mi Isabel?

LAURENCIO.  
Cielos, ¿ qué es esto?

Tío, Señor, escucha, espera un poco;  
Considera mas bien lo que he propues-

CEFIO. [to].  
A nueva furia mi rigor provóco.

LAURENCIO.  
Mira, Señor, que el cielo lo ha dispuesto;  
Advierte que he gozado á mi Isabela.

CEFIO.  
¿ Es verdad lo que dices, ó es cautela?  
¿ Válgame Dios!

LAURENCIO.  
Señor, yo la he gozado;

Del alma y del jardín tengo las llaves;  
Sin tu gusto con ella estoy casado,  
Mi calidad y hacienda ya lo sabes;  
Considerálo menos enojado;

No determino bien los casos graves  
La cólera; si en esto te he ofendido,  
Perdon mi veces á tus piés te pido.

CEFIO. [ta].  
Cielos, ¿ qué escucho! para tanta afren-

Guardasteis este viejo tantos años?  
¿Cómo es posible que mi honor con-

[sienta]

Deste traidor tan viles desengaños?

La misma honestidad mi casa afrenta;

¿Isabela gozada por engaños?

No puede ser, es virtuosa, es sabia;

Mas, si es mujer, ¿qué dudo? Ella me

[agravia.

¿Qué haré, cielos, qué haré? Dadme

[consejo,

Pues que me habeis dejado sin sentido.

LAURENCIO.

Señor, lo que conviene te aconsejo,

Mira que soy tu sangre y su marido.

CEFIO.

Calla, villano, calla; que, aunque viejo,

Sabré cobrar mi honor, si está perdido;

A Italia he de alterar y al mundo.

(Vase.)

LAURENCIO.

Padre,

Oye á Florencia, pues la llamas madre;

Su libertad ofrezco; aguarda, espera,

¿Hay furia igual! hay condicion mas

[vana!

¿Que me niegue á Isabel, cuando pu-

[diera

Ser duque de Florencia y de Toscana?

¿Hay mas triste suceso! A Dios pluguiera

Que la mano mas vil, mas inhumana

Te quitara, Alejandro, estado y vida,

Pues por ti pierdo mi Isabel querida;

¿Qué haré, si ha de matarla? ¿Estoy

Mal haya el Duque, amén. [sin seso!

Sale JULIO.

JULIO.

¿Favor notable!

No se ha visto de amor tan grande ex-

[ceso;

El gran Duque, y con serlo, mas afable,

Te visita en tu cuarto.

LAURENCIO.

¿Hay tal suceso!

JULIO.

En la antesala está; ¿no es variable

La fortuna, Señor?

LAURENCIO.

¿Vió á Cefio acaso?

JULIO.

No lo ha visto ninguno.

LAURENCIO.

¿Extraño caso!

Entra EL DUQUE, muy galan, y acom-

PAÑAMIENTO.

DUQUE.

¿Laurencio, primo?

LAURENCIO.

¿Gran señor! ¿qué es esto?

¿Tan grande exceso ha hecho vuestra

[alteza

Con un criado suyo, el mas humilde?

DUQUE.

Como me habeis faltado algunas noches

A tan grandes festines de palacio

(En secreto.)

Y en tan grandes pesares de allá fuera,

Y me escribisteis que os faltaba el gusto

Y la salud, he estado con cuidado,

Y vengo á visitaros por enfermo;

¿Cómo os hallais?

LAURENCIO.

Confuso y aun corrido

DUQUE.

Ya os conté que la noche desdichada,

Vispera de mis bodas venturosas,

Que no me acompañasteis, fui á la calle

De mi Isabel, adonde hallé aquel hom-

[bre

Arrimado al postigo, á quien Octavio

Nunca pudo alcanzar.

LAURENCIO.

Ya lo he escuchado,

Y cómo en el jardín estaba Cosme,

Y llevó á Mirador á vuestra alteza.

Como si allí estuviera lo sé todo.

DUQUE.

Quise matarle, y arrojé la espada;

Mas no por eso se aplacó mi enojo.

De la merced que vuestra alteza hace

A esta humilde hechura de sus manos,

Las cuales beso por merced tan alta;

Ya estoy bueno, Señor.

DUQUE.

Ea, estad bueno;

Que he menester, Laurencio, vuestra

[vida;

Y por si os dura, primo, la tristeza,

Villacayan es vuestra, cuyos prados,

Montes y sierras, rios y jardines

Han obligado á olvido á los antiguos;

Que fueron maravilla de los hombres;

Y no es mucho que haga maravillas

Por daros gusto, pues que no le tengo

Si os falta á vos.

LAURENCIO.

Los piés de vuestra alteza

He de besar, porque, poniendo en ellos

(Hincase de rodillas.)

La boca, signifique en las acciones

Lo que calla la lengua, de turbada.

DUQUE.

Los brazos tengo yo para mis deudos,

A quien estimo tanto; alzad, Laurencio.

Déjenos solos; que quisiera hablaros.

LAURENCIO.

Despéjenos la sala, caballeros.—

(Vanse.) [teza?

Ya se han ido; ¿qué manda vuestra al-

DUQUE.

Quisiera de un traidor una cabeza;

Muy enojado estoy.

LAURENCIO.

Señor, ¿conmigo?

DUQUE.

No, Laurencio; ¿con vos? Andad, pa-

LAURENCIO. [riente.

Mil vueltas habia dado el pensamiento,

Imaginando, gran señor, la causa,

Y no la hallaba.

DUQUE.

Claro está, Laurencio.

LAURENCIO. [alteza?

¿Quién, Señor, ha enojado á vuestra

DUQUE. [me,

¿Quién pudiera atreverse sino es Cos-

Confiado en el César, que le estima

Por la fama que tiene en toda Italia?

Cubrios, Laurencio.

LAURENCIO.

Gran señor,

DUQUE.

Cubrios.

Ya os conté que la noche desdichada,

Vispera de mis bodas venturosas,

Que no me acompañasteis, fui á la calle

De mi Isabel, adonde hallé aquel hom-

[bre

Arrimado al postigo, á quien Octavio

Nunca pudo alcanzar.

LAURENCIO.

Ya lo he escuchado,

Y cómo en el jardín estaba Cosme,

Y llevó á Mirador á vuestra alteza.

Como si allí estuviera lo sé todo.

DUQUE.

Quise matarle, y arrojé la espada;

Mas no por eso se aplacó mi enojo.

LAURENCIO.

¿Hirióle vuestra alteza?

DUQUE.

Bien quisiera,

Pero no me aguardó; y estoy celoso.

Muera Cosme, Laurencio.

LAURENCIO.

Cosme muera.

DUQUE.

Temo que en Trebia vivirá escondido,

Y Trebia está muy cerca de Florencia;

Sóbrame amor, y faltame paciencia.

LAURENCIO.

Poder te sobra, si te falta dicha.

DUQUE.

Pues venza mi poder á mi fortuna;

A este hipócrita adora toda Italia,

Los foragidos le apellidan Duque;

Y en fin, ama á Isabel, que es mas de-

[lito,

Y en su muerte, Laurencio, está mi vida,

La quietud de mi estado y es mi gusto.

LAURENCIO. [to.

Que te obedezca todo el mundo es jus-

DUQUE.

Llámenlo por edictos y pregones,

Y en tanto que el proceso se fulmina,

El poder y el amor, invictos jueces,

Me mandan que yo goce á mi Isabela

O por fuerza ó por gusto.

LAURENCIO.

(Ap. ¿Extraño caso!)

¿De qué suerte, Señor?

DUQUE.

A la Duquesa

Le he dicho que Isabela es prima mia,

Muy pobre y muy hermosa, y que no

[es justo

Aventurar la fama de mi sangre.

Permitiendo que viva con un viejo

Tan pobre como Cefio y tan caduco;

Que la traigamos luego á mi palacio

Por dama de su alteza, donde pienso,

Gozandola, acabar con mis pasiones,

Y con Cosme, y con cuantos intentaren

Quitarme el bien que yo no he mere-

[cido.

No puedo mas, Laurencio; estoy ce-

[luso,

Rabiando estoy, estoy desesperado.

LAURENCIO. (Ap.)

El cielo contra mí se ha conjurado.

¿Podré estorbar resolución tan grande?

DUQUE.

¿Qué dices?

LAURENCIO.

Que advierta vuestra alteza

Que aventura su estado y su persona

Si goza de Isabela sin su gusto.

DUQUE.

¿Por qué? Hablad.

LAURENCIO.

Quisiera no enojarte.

DUQUE.

Decid, Laurencio.

LAURENCIO.

Es belicoso el padre,

La ofensa grande, tiene muchos deu-

Y los Médicis somos tan odiosos, [dos,

Que con pequena causa nuestra patria

Se ha de alterar y sacudir el yugo,

Que tan pesado les parece á todos. [ble,

La libertad, Señor, siempre fué ama-

Y el señorío que adquirió la fuerza

Está sujeto á fáciles mudanzas.

Mire bien vuestra alteza lo que intenta.

DUQUE.

No os he visto jamás mas elocuente

En persuadirme cosas de mi gusto;

La prudencia ¿no evita el mayor daño?

LAURENCIO.

Sí, Señor.

**DUQUE.**  
Pues ¿qué haré? ¿Temeré en duda  
La súbita mudanza de mi estado,  
O estorbar de mi muerte el fin preciso?  
Si no gozo á Isabela, yo soy muerto,  
Y si gozo á Isabela, tendré vida;  
Y vivo yo, veremos quién se atreve  
A mi estado y persona.

**LAURENCIO.**  
Mejor fuera  
Que no hiciera mudanza de su casa;  
Que si viene á palacio, mi señora  
Es fuerza que descubra este secreto,  
Y que el César lo entienda por sus car-  
**DUQUE.** [tas.]

¿Será muy gran delito contra el César?  
Será bien que, dejándola en su casa,  
La goce Cosme á su placer las noches,  
Muriendo yo las noches y los días?  
Basta, no me canséis.

**LAURENCIO.** (Ap.)  
¡Ay, prendas mías!  
Cielos, ¿qué haré? ¿Diréle mi secreto?  
Pero de suerte está, que ha de matar-  
**DUQUE.** [me.]

Haced poner, Laurencio, la carroza,  
Y vamos á la casa de Isabela,  
Donde seréis testigo de la suerte  
Que se ablandará Cefeo, mi enemigo.

**LAURENCIO.** (Ap.)  
De mi deshonra habré de ser testigo.  
**DUQUE.**

Id vos delante, y avisad á Cefeo  
Que me aguarde en su casa.

**LAURENCIO.** (Ap.)  
Estoy sin alma;  
Mal haya la privanza, hacienda y vida,  
Que me cierran los labios. Matarélo;  
Que yo no he de sufrir tan grande agra-  
**DUQUE.** [vio.]

¿Qué decis? ¿Qué tenéis?  
**LAURENCIO.**  
Estoy sin gusto  
De ver que vuestra alteza persevera  
En tal resolución. Temo un gran daño.

**DUQUE.**  
No teme amor ni admite desengaño.  
(Vanse.)

*Sale ISABELA, muy bizarra.*

**ISABELA.**  
Si vivo en vos en este apartamiento,  
¿Cómo estoy viva, ausente de mi vida?  
Y si dejé el vivir con la partida,  
¿Cómo es posible que este daño siento?  
Si siento, ¿cómo del humano aliento  
No me priva una pena tan crecida?  
O ¿es que la pena está en el alma asida,  
Que imita en lo inmortal á mi tormento?

[go,  
Mas ¿cómo el alma se quedó conmi-  
Y no partió, mi Cosme, á acompañaros,  
Siendo de vuestro cuerpo el mas amigo?  
Bien quisiera partir allá á gozaros;  
Mas yo, que solo el bien de amaros sigo,  
No la dejé por no dejar de amaros.

*Sale LEONORA, alborotada.*

**LEONORA.**  
¡Señora, señora mía!  
¡Badme albricias de un gran gusto.  
Cosme...

**ISABELA.**  
¡Ay, Dios! ¿Qué bien empiezas!  
Prosigue, prosigue, ¡presto!

DD. C. DE L.-H.

**LEONORA.**  
No puedo mas; que estoy muerta,  
Porque de solos dos saltos  
Subí toda la escalera.  
A Cosme he visto en la calle.

**ISABELA.**  
¿En la calle?

**LEONORA.**  
Y en tu puerta.

**ISABELA.**  
¿Qué dices?

**LEONORA.**  
Que está en tu sala.

**ISABELA.**  
¿Loca estoy! ¿Quién tal creyera?

¿Daré voces? Pero no.  
Contento, tened paciencia,  
Que importa disimularos;  
Que amor huye de quien ruega.  
Pruebe Cosme mis desdenes;  
Que el que no sabe de penas  
No sabe estimar los gustos,  
Y lo fácil se desprecia.

*Sale COSME.*

**COSME.**  
¡Isabela!

**ISABELA.**  
¿Cosme!

**COSME.**  
Bueno.  
Haz que se salga allá fuera  
Leonora.

**ISABELA.**  
¿Leonora?

**COSME.**  
Sí.

**ISABELA.**  
¿Qué quieres?

**COSME.**  
Morir quisiera.

**ISABELA.**  
Bueno es, Cosme, tener vida,  
Y para que no la pierdas,  
Podrás irte de mi casa;

Que si lo sabe su alteza,  
Castigará justamente  
Que hayas vuelto á entrar en ella;

Que quien es tan fiel amigo,  
Quien hace tantas finezas,  
Que deja su misma dama  
Casi entre sus brazos muerta,

Es lástima que amancille  
Con una hazaña tan fea  
La bien divulgada fama,  
Que horró la suya Grecia.

Si aquel ardor invencible,  
Con que intentó tu soberbia  
El desprecio de mi amor,  
No le aviva tu nobleza,

¿Qué hará de tantas estatuas  
Con que ha intentado Florencia  
Celebrar tan grande hazaña,  
Haciendo tu fama eterna?

¿Esta es palabra de noble?  
Esta es, Cosme, la promesa  
Que al Duque y á Dios hiciste?

¿Qué presto diste la vuelta!  
Ahora bien, véte con Dios;

Que, aunque es de mujer mi lengua,  
Por lo bien que te he querido,  
Yo callaré esta flaqueza.—

Mira, Leonora, la calle,  
No pase álguien que le vea,  
Y en saliendo, cierra luego,

Que temo que se nos vuelva;  
Y con tanto, Dios te guarde.  
(Hace una reverencia y como que se va,  
y detiénela Cosme.)

**COSME.**  
Aguarda, aguarda, Isabela;  
Que yo no vengo á rogarte  
Ni á hacer al gran Duque ofensa.  
Vuelve, y no, vana, presumas  
Que con desprecio me venza  
Ni tu discrecion valiente  
Ni tu hermosura discreta.  
A tu casa he vuelto ahora  
Solo por saber quién sea  
Quien mereció en tu jardín  
Mas que un duque de Florencia;  
Quién entra por el postigo  
A gozar la primavera  
Que en tus mejillas de rosas  
Vinculó naturaleza;  
Quién fué el galán venturoso...

**ISABELA.** (Se enoja y da un golpe en la  
manga para soltarse.)  
Detente, Cosme, no quieras  
Disculparte con mi infamia.—  
La puerta, Leonora, cierra,  
Y echa de casa ese loco.

**COSME.**  
La puerta, Leonora, cierra,  
Y abre á la noche el postigo  
Del jardín para mi afrenta.—  
Vive Dios, que has de escucharme.

**ISABELA.**  
Habla mas paso.

**COSME.**  
Si hiciera,  
A no estar loco y rabiando.  
Afuera, locas promesas,  
Hechas á un tirano dueño,  
Que solo lisonjas premia.  
Afuera, valor soberbio;  
Que no hay valor que se atreva  
A resistir en el alma  
Ejércitos de belleza. (Todo las gentes.)  
Celoso estoy y rendido;  
Si hay algun hombre que tenga  
De nieve á de bronce el pecho,  
Intente accion como aquesta.

(Mira á Isabela.)  
Celoso vengo á saber  
Quién en tus jardines entra  
A gozar el dulce fruto  
Que sembraron mis ternezas;  
Quién es á quien das la mano  
De esposa, para que sea  
Tirano de mi ventura,  
Salteador de mis finezas;  
A quién rindes los favores,  
Que hacer dichoso pudieran  
Al mismo amor, si atrevido  
Osara á tan alta empresa;  
A quién en solos dos dias  
Abres, Isabel, la puerta,  
Si en tantos años no pudo  
Hallarla mi dicha abierta.  
Porque prometí no verte,  
Mal haya tan vil promesa,  
Te entregaste á ajeno dueño;  
Baja venganza, Isabela.  
¿No dieras tiempo á mi agravio,  
Pues diste tanto á mis penas?  
¿Qué fácilmente castigas  
Y qué fácilmente premias!  
¿Son estos, di, los extremos,  
Las lágrimas, las ternezas,  
Los desmayos, los suspiros  
Con que sentiste mi ausencia?  
¿No respondes? ¿Qué me dices,  
Que siquiera no lo niegas?

Callando me das tormento,  
Y tú el delito confiesas.  
Ahora bien, yo te he perdido,  
Y es muy justo que te pierda  
Quien dejó por su enemigo  
La mas estimada prenda;  
Mas si es verdad que los ruegos,  
En la muerte ó en la ausencia,  
De los que bien se quisieron  
Suelen tener mayor fuerza,  
Yo, que estoy mortal, te ruego  
Que saber de tí merezca  
Si has escogido á Laurencio  
Por dueño de tu belleza;  
Que con verdad que me digas,  
Partirá el alma contenta,  
Y celebrarán tus bodas  
Mis funerales exequias.

ISABELA.

Primero llegue mi muerte.  
¡Ay, mi bien! ¿hablas de veras?  
Que entendi que tus disculpas  
Buscabas entre tus quejas.  
¿Yo bodas, y con Laurencio?  
Yo jardín? Yo amor? Yo puerta?—  
Leonora, ¿qué enredo es este?

LEONORA. (Ap.)

Quiero disculpar su ofensa,  
Fingiéndolo otro nuevo agravio.

ISABELA. (Ponga á Leonora á la puerta,  
y éntrese.)

Será disculpa muy necia.—  
Yo, Cosme, no soy mujer  
De quien presumir pudieras  
Bajas venganzas de amor;  
Que es doctrina de otra escuela.  
Revielve toda la historia  
De tu amor y mi firmeza,  
Y verás en mil ejemplos  
Cuánto te quiere Isabela.  
Laurencio, el Duque y el mundo,  
Igualado á tu pobreza,  
Los estimo en lo que piso,  
Y esto te doy por respuesta.  
¿Quieres mas?

COSME.

Viven los cielos,  
Que fué tan cierta mi ofensa  
Como yo soy desdichado;  
Mira si hay cosa mas cierta.  
Laurencio en tu misma calle,  
Queríéndole yo echar della,  
Me juró que era tu esposo;  
Y por tu honor, Isabela...

ISABELA.

¡Quedo corrida!

COSME.

Y yo muerto.  
Y con mi lealtad muy necia  
Le llamé traidor al Duque;  
Y él, entre risa y soberbia,  
Me dijo, entre mil agravios:  
«Yo no pretendo á Isabela  
Para el Duque, el Duque sí  
Para mí; y porque ella  
Me favorezca y te olvide,  
Te destierra de Florencia.»  
No le creí, y por vengarme,  
Le repliqué que se fuera  
Al valle de Mirador,  
Donde entendi que mi ofensa  
O mi vida dieran fin;  
Pero son ambas eternas.  
Allí le esperé hasta el alba,  
Que entonces, en vez de perlas,  
Salió sembrando desdichas,  
Cogiendo yo el fruto dellas.  
Vi venir un caballero,  
Y el deseo, no las señas,

Me persuadió ser Laurencio;  
Quise matarle, y pudiera,  
Si al descubrirse no viese  
Al gran duque de Florencia.  
Quedé atónito y suspenso,  
Todas las acciones muertas;  
Y el Duque, muy enojado,  
Entre bien injustas quejas,  
Me dijo que en tu jardín  
(Atada tengo la lengua)  
Vió entre sus plantas un hombre;  
Y preguntando quién era,  
Le dijo que era tu esposo,  
Y pensando que esta ofensa  
O esta ventura era mía,  
Me quiso matar por ella.  
¡Pluguiera á Dios! Pero, en fin,  
Mi lealtad y mi nobleza  
Huyeron del Duque airado;  
Que aun la natural defensa  
Entendi que le ofendia,  
Y por desusadas sendas  
Vengo, Isabela, á tu casa.  
Mira tú ahora, Isabela,  
Si yo no entré en tu jardín,  
Quién en tus jardines entra.

ISABELA.

Esa es invencion del Duque.  
Si tus celos no te ciegan,  
Te sacarán de tu engaño  
Las razones de mi ofensa.  
Si dices que me pretende  
El Duque para que sea  
Esposa de su criado.  
¿Qué mucho que el Duque quiera,  
(Esté atento Cosme á la disculpa de  
Isabela.)

Infamándome, obligarte  
A que dejes á Isabela?  
Desafias en tu nombre  
A Laurencio, y cuando esperas  
En el campo tu enemigo,  
Sale á matarte su alteza.  
Claro está que si Laurencio  
Al Duque no lo dijera,  
Que no lo supiera el Duque  
Y que al valle no saliera.  
Ese es concierto de entrambos;  
Y cuando mi esposo fuera  
Laurencio, ¿para qué fin  
Una mujer de mis prendas  
Entretuviera á su primo?  
Calla, Cosme; que es vergüenza  
Sufrir tu necia lealtad  
Ni hablar en estas materias.  
Véte luego de mi casa,  
Ni me escribas ni me veas;  
Véte presto.

COSME.

Aguarda, escucha,  
Vuelve, por Dios, Isabela,  
A referir lo que has dicho:  
Que va el desengaño apriesa  
Alumbrando mis sentidos;  
Mas ¿quién del Duque creyera  
Que, para darla á Laurencio,  
Me quitara á mí mi prenda?  
De un grave sueño despierto.  
Afuera, celos, afuera;  
Que Isabela es mi mujer.

ISABELA.

Eso es si quiere Isabela.

COSME.

Si querrá; que injustos celos  
No fueron jamás ofensa  
Que no merezca perdon;  
Pero ¿qué loco creyera  
Que los señores engañan.  
Que los señores no premian?  
¡Ah gran duque! Ah primo mio!

Ah Alejandro! ¿Así se dejan  
Servicios de tantos años?  
Así el honor se atropella  
De una mujer principal?  
Mas ¿qué importa que así sea,  
Si yo estoy desengañado?  
Basta ya, locas quimeras.

ISABELA.

En fin, ¿he de perdonarte?

COSME.

Si; que es deidad la belleza.

ISABELA.

Ahora, Cosme, yo te adoro,  
No hagamos las burlas veras;  
Tuya soy.

COSME.

Dame los brazos.

ISABELA.

Si daré, porque lo creas.  
¿Por el Duque me dejabas?

COSME.

Isabel, no lo referas;  
Que, aunque fué el delito grave,  
Bastó el dejarte por pena.  
Pongamos remedio en todo.

ISABELA.

Lo que importa es que me quieras,  
Que fies mas del amor,  
Que á tu enemigo no creas,  
Que ha de ser dueño tirano;  
Que te salgas de Florencia,  
Que á mí me lleves contigo;  
Que le demos cuenta al César,  
Para que escriba á mi padre  
Y remedie tu pobreza.

COSME.

Yo, mi bien, quiero lo mismo.

ISABELA.

Fácilmente se conciertan  
Amantes que bien se quieren.

COSME.

Baste estas paces por fuerza,  
Que yo merezca tus brazos.

ISABELA.

Yo los doy, porque me creas.

Sale LEONORA, muy apriesa.

LEONORA.

¡Señora, grande desdicha!

ISABELA.

¿Qué hay, Leonora? Dilo apriesa.

LEONORA.

Tu padre casi difunto,  
La barba toda revuelta,  
Los ojos llenos de llanto,  
Con gran cólera y gran priesa  
Por la escalera se sube,  
Y ya le siento aquí fuera.

ISABELA.

¡Válgame Dios! ¡Qué desgraciado!  
Si te vió entrar, yo soy muerta.

COSME.

No es posible que me viese;  
Ten aliento.

ISABELA.

Abre la puerta  
Deste tocador, Leonora.—  
Escóndete, Cosme, y cierra.  
(Escóndese Cosme en el tocador.)

Sale CEFIO, muy alborotado.

CEFIO.

¿Está en casa Isabela?

ISABELA.  
 la está en casa á tu servicio.  
 CEFIO. (Ap.)  
 ¿Verdad? Si es cautela?  
 ¿de liviandad me ha dado indicio,  
 buena su madre,  
 y a favor contra el amor de padre.  
 ISABELA.  
 ¿mandas?  
 CEFIO.  
 ¿Estás sola?  
 ISABELA.  
 ¿ora está en la sala.  
 CEFIO.  
 Salte afuera.  
 En una y otra ola  
 ¿tú mi honor en mar de afrenta fie-  
 nos aquí alguno? [ra.]  
 ISABELA.  
 ¿Qué viejo está mi padre, qué im-  
 nos oye. [portuno!]  
 CEFIO.  
 Infame,  
 ¿ta vil de mis honradas canas,  
 ¿si es bien que te llame,  
 que las aras del honor profanas;  
 ¿ujercilla loca,  
 ¿cuchillo de mi vida poca,  
 ¿ha de aquel brocado  
 ¿dejaron los griegos y latinos,  
 ¿dio que ha abrasado  
 ¿omenajes de mi honor divinos;  
 ¿o, si el ser me debes,  
 ¿sas sin mi gusto? ¿A mi teatres?  
 ISABELA.  
 ¿Señor!...  
 COSME. (Ap.)  
 ¿Qué es esto?  
 CEFIO.  
 ¿yo nombre se estremece el orbe?  
 COSME. (Ap.)  
 ¿fortuna el resto.  
 CEFIO.  
 ¿ngo brazo que mi afrenta estorbe.  
 ISABELA.  
 ¿escucha un poco.  
 COSME. (Ap.)  
 ¿lo sabe todo; yo estoy loco,  
 ¿atará á Isabela?  
 CEFIO.  
 ¿tengo de escucharte?  
 ISABELA.  
 Mi disculpa.  
 CEFIO.  
 ¿alguna cautela.  
 ISABELA.  
 ¿engañé jamás, ni hallo culpa  
 ¿i inocente pecho.  
 ¿y, ¿quién te ha enojado? ¿Qué te  
 ¿puerta, qué ventana, [he hecho?  
 ¿vestas, qué vestidos, qué paseos,  
 ¿é amiga liviana,  
 ¿anos pensamientos, qué deseos  
 ¿jamás has visto?  
 CEFIO.  
 ¿eva furia el ánimo revisto.  
 ¿na hipocresía  
 ¿de librarte de mis fieras manos,  
 ¿que la sangre mia  
 ¿baste con los Médicis tiranos,  
 ¿nas infame dellos  
 ¿ste la ocasion por los cabellos.  
 ¿entro de mi casa  
 ¿de tu galán ó tu marido?

ISABELA. (Ap.)  
 Él sabe lo que pasa.  
 COSME. (Ap.)  
 Si la quiere matar, yo soy perdido;  
 Que el honor y la vida  
 He de arriesgar por Isabel querida.  
 CEFIO.  
 Tú elegiste, en efeto,  
 Como mujer, y yo con estos brazos  
 Estorbaré que un nieto  
 Junte otra vez los Médicis y Pazos.  
 (Quiere darta.)  
 ISABELA.  
 ¿Señor!...  
 COSME. (Ap.)  
 ¿Saldré? ¿Qué espero?  
 ISABELA.  
 Padre, escúchame y muera.  
 COSME. (Ap.)  
 Yo primero...  
 CEFIO.  
 ¿Qué tengo de escucharte,  
 Si Laurencio de Médicis...  
 COSME. (Ap.)  
 ¿Ah cielo!  
 CEFIO.  
 ¿Ha llegado á gozarte?  
 ISABELA.  
 ¿Laurencio á mí?  
 COSME. (Ap.)  
 ¿Qué oí? Rabio de celos.  
 CEFIO.  
 Por el jardin ha entrado  
 Laurencio y te ha gozado, y te has casa-  
 Yo lo sé de su boca. [do.]  
 ISABELA.  
 ¿Posible es que á Laurencio no conoces?  
 El miente. (Ap. ¿Yo estoy loca!  
 Cosme lo escucha todo.)  
 COSME. (Ap.)  
 Daré voces,  
 Porque mi pena es tanta,  
 Que no cabe del pecho á la garganta.  
 Engañóme Isabela.  
 ISABELA.  
 Laurencio te ha engañado.  
 COSME. (Ap.)  
 Tú me engañas.  
 ISABELA.  
 ¿Ay, padre, que es cautela!  
 COSME. (Ap.) [ñas!  
 ¿Ay, que muriendo, amor, me desenga-  
 ISABELA.  
 Llama á Laurencio luego,  
 Y percibe el cuchillo, el lazo, el fuego,  
 Si en mi presencia osado  
 Que me gozó, ni aun que me habló, di-  
 Con mi infamia ha intentado [jere;  
 Que me case con él ó desespere.  
 Pues ¿tal de mi has creído?  
 CEFIO.  
 Siendo mujer, en poco te he ofendido;  
 Mas si con tanta infamia  
 Laurencio ha pretendido el casamien-  
 Si fueras Laida ó Lamia [to,  
 (Siendo mi hija), á tanto atrevimiento  
 Diera castigo tanto,  
 Que fuera Italia mar de sangre y llanto.  
 Dejaréte encerrada,  
 Y yo iré por Laurencio, aguarda un  
 Y si no estás casada, [poco;  
 Deste soberbio mancebillo loco  
 Tú verás el castigo;  
 Y si lo estás, yo moriré contigo.  
 (Vase, y cierra la puerta.)

ISABELA.  
 Aquí, Señor, te espero.  
 COSME.  
 ¿Cerró la puerta?  
 ISABELA.  
 Sí.  
 COSME.  
 ¿Cerró la puerta?  
 Procura abrir; que muero.  
 ¿Oh, quién tuviera la del alma abierta,  
 Y quedara en tal calma,  
 Que, pues murió mi amor, muera mi  
 ¿De qué sirvió, Isabela, [alma!  
 Si es verdad que Laurencio te ha goza-  
 Dar con tan vil cautela [do,  
 Vida y ventura á un muerto, á un desdi-  
 Dejárame en mi suerte, [chado?  
 No sintiera otra vez desdicha y muerte.  
 Sin seso estoy, yo rabio;  
 Abreme, si es posible; que no cabe  
 En tu casa mi agravio.—  
 Cielos, ¿qué es esto?  
 ISABELA.  
 Escucha; que no hay llave.  
 COSME.  
 ¿Qué pregunto á los cielos?  
 ¿Esto es amor?  
 ISABELA.  
 ¿Mi Cosme!...  
 COSME.  
 ¿Estos son celos!  
 ISABELA.  
 Si acabo de decirte  
 Que Laurencio pretende mi deshonra,  
 ¿Por qué has de persuadirte  
 A que dice verdad?  
 COSME.  
 Porque á tu honra  
 Ninguno se atreviera,  
 Ni á tu padre Laurencio lo dijera,  
 A no ser tu marido.  
 Abreme ya, ó la puerta haré pedazos.  
 ISABELA.  
 Mi bien, mi padre es ido  
 Por Laurencio; yo quiero que tus bra-  
 Me dén muerte afrentosa [zos  
 Si dijere el traidor que soy su esposa.  
 COSME.  
 ¿Hay mujer semejante?  
 Abre, Isabela, no intentes nuevo engaño;  
 Si la puerta es diamante,  
 No aguardaré tan flero desengaño.  
 ISABELA.  
 Pues aguardar no quieres,  
 Muera de amor por quien de celos mue-  
 Acábeme tu espada. [res.  
 COSME.  
 ¿Qué intentas, Isabela?  
 ISABELA.  
 Morir contigo.  
 COSME.  
 Detente.  
 ISABELA.  
 Soy honrada;  
 Quiero acabar, pues triunfa mi enemi-  
 Del bien que yo tenia. [go  
 COSME.  
 ¿Quién vió tal confusion como la mia?  
 ¿Suelta; que yo te creo. [do?  
 Pues ¿quieres que no oiga lo que he oi-  
 ISABELA.  
 Ya te he dicho verdad, no es mi marido;  
 Guarda el desengaño.

COSME.  
No aguardo por lo menos menor daño.  
Y vive Dios, si es cierto  
Que se atrevió Laurencio á tu deshonor,  
Que aqui ha de quedar muerto, [ra,  
Yo con vida y sin celos, tú con honra.

ISABELA.  
Escóndete; que vienen.

COSME. [nen!  
¡Oh, cuán gran fuerza las mujeres tie-  
(Vase.)

Sale CEFIO.

CEFIO.  
Apenas pisé la calle,  
Cuando encontré con Laurencio  
En un coche, tan aprieta,  
Tan turbado y tan suspenso,  
Que apenas me conocia;  
Paró, y dijele, en efeto,  
Con cuántas veras negabas  
Tu infelice casamiento.  
«Yo he dicho verdad, responde;  
Gran mal hay. Vámonos presto  
A casa; que ha de ir el Duque  
A ver á mi prima luego.»  
Yo, extrañando la visita,  
Medio loco, y él sin seso,  
Llego con Laurencio á casa.

ISABELA.  
Pues dile que entre á Laurencio.

Entra LAURENCIO.

LAURENCIO.  
Ya, Isabela, estoy aqui;  
Ni sé si vivo ó si muero.  
Escucha á lo que he venido.

ISABELA.  
Mejor será que primero  
Averiguemos verdades.

COSME. (Ap.)  
Afojad un poco, celos.

ISABELA.  
¿Sabes, Laurencio, quién soy?  
COSME. (Ap.)

Bien empieza.

LAURENCIO.  
Bueno es eso  
Para quien está sin vida.  
Si lo haces por respeto  
De las canas de tu padre,  
Sé, Isabela, que eres mi dueño.

ISABELA.  
Si dices que me has gozado  
Y casádotte en secreto  
Conmigo, digo que mientes  
Como infame caballero;  
Y si á mi honor te atreviste  
Por ver á mi padre viejo,  
Para vengar mi deshonor  
Valor y nobleza tengo.  
Confiesa cómo has mentido;  
Y si no, viven los cielos,  
Que he de ahogarte entre mis brazos,  
Porque seas escarmiento  
De alabanzas fabulosas  
De galanes destos tiempos.

LAURENCIO.  
Parece que hablas de veras;  
Si supieras qué hay de nuevo,  
No negaras lo que pasa.

ISABELA.  
¿Qué pasa, traidor Laurencio?

LAURENCIO.  
¿Niegas que eres mi mujer?

CEFIO.  
Di la verdad.

ISABELA.  
Sí, lo niego.  
COSME. (Ap.)  
¿Qué importa, si él lo confiesa?

LAURENCIO.  
Sí por el miedo lo has hecho  
De tu padre, advierte, prima,  
Que ya es diferente tiempo.  
El Duque viene á tu casa,  
Cansado de los desprecios  
De pocos años de amante;  
Que el poder se cansa presto,  
Quiere llevarte á palacio,  
Y ya por fuerza ó por ruego  
Me dice que ha de gozarte;  
Que ignora mi casamiento.  
Mira, Isabela, si es razon  
Que á tu padre le neguemos  
Que estás casada conmigo,  
Y que pongamos remedio  
En tu deshonor y la mía,  
O que yo rabie de celos.

CEFIO.  
¿Quedan mas males, fortuna?  
COSME. (Ap.)

¿Quedan mas desdichas, cielos?  
CEFIO.  
¿El Duque te pretendia?  
COSME. (Ap.)

Engañado me ha Laurencio;  
No sabe el Duque su amor.  
ISABELA. (Ap.)  
No vió igual desdicha el tiempo.  
¿Qué haré, que Cosme lo escucha?  
Pues que no he perdido el seso  
Cuando estoy perdiendo á Cosme,  
No es posible que le tengo.

CEFIO.  
¿Qué respondes, Isabela?  
ISABELA.

Respondo que es otro enredo.  
Padre, Alejandro pretende  
Que me case con Laurencio,  
Y si me lleva á palacio,  
Será porque tenga efecto;  
Que el Duque lo sabe todo.

LAURENCIO.  
No lo sabe, vive el cielo.  
(Ap. ¿Hay mudanza tan notable?)  
Mira no presuma desto  
Que tienes piedad del Duque.

CEFIO.  
(Ap. Cordura es mudar consejo.)  
Isabel, dime verdad,  
Pierde el temor y el respeto;  
Que yo quiero perdonarte,  
Y como tú quieras, quiero  
Que te cases con tu primo,  
Y los dos me deis un nieto,  
Con que olvidemos agravios.

ISABELA.  
¿Qué es casarme? Plega al cielo  
Que si tal cosa ha pasado  
Jamás por mi pensamiento,  
Que aqui me trague la tierra.

COSME. (Ap.)  
¿Tiene mas pena el infierno?  
LAURENCIO.

Isabel, ¿estás en tí?  
Si los cipreses funestos,  
Si las hiedras amorosas,  
Que envidiaron mis requiebros;  
Si las estatuas hablaran,  
Si las fuentes, que tuvieron

Mudas entonces las lenguas,  
Por dar buen ejemplo al viento,  
Contaran nuestros amores,  
No los negaras tan presto.  
Isabel, en fin mujer,  
¿Posible es que, cuando vengo  
Casi sin alma á tu casa,  
Procuras que salga muerto?—  
Cefio, ¿no es esta la llave  
De tu jardín? Dime, Cefio,  
¿Esta es letra de Isabel?

(Dale el papel que le dió Leonora.)  
Lee el billete.

CEFIO.  
Ya lo leo.  
LAURENCIO.

¿No me llama? No me da  
Palabra de casamiento?  
No me señala el jardín  
Por tálamo, y el silencio  
De la noche por la hora  
Del mas felice suceso?

CEFIO.  
Esta es, Isabela, tu letra.  
ISABELA. (Ap.)

Cielos, ¿qué es esto que veo?  
¿El papel que escribí á Cosme  
Está en poder de Laurencio!

COSME. (Ap.)  
Aqui se acabó mi vida;  
¿Calló Isabel!

LAURENCIO.  
Di que miento.  
ISABELA.

Digo que mientes mil veces.  
¿Loca estoy!

CEFIO.  
Del mal el menos.  
Isabel, deja locuras;  
Mas quiero que sea mi yerno  
Laurencio que tu galán  
Alejandro. Ya esto es hecho.

ISABELA.  
Mira que no estoy casada.  
CEFIO.

Pues si no lo estás, yo quiero  
Que con Laurencio te cases.  
Dale la mano.

LAURENCIO.  
¿Qué es esto?  
Qué intentas, si te he gozado?  
COSME. (Ap.)

¿Que esto escucho! Que esto veo!

ISABELA.  
Padre, yo no he de casarme,  
Porque ni quiero ni puedo;  
Que estoy casada con otro,  
Con quien te diré á su tiempo.  
Si liviandote parece,  
Pon tú la espada, yo el cuello,  
Y quitándome la vida,  
No me culpará mi dueño.

CEFIO.  
¿Hay tan grande desvergüenza?  
COSME. (Ap.)

Conjuráronse los cielos  
Con mi desdicha este día.  
CEFIO.

Mataréla.  
LAURENCIO.  
Tente, Cefio;  
Que al Duque siento en la calle.  
Yo averiguaré el misterio  
Desta mudanza, y en tanto

Pongamos los dos remedio  
En nuestra afrenta.

CEFIO.

Sobrino,  
No temas, yo soy tu suegro,  
Ya olvidé nuestros enojos;  
Que la humildad y el respeto  
Con que me buscaste padre,  
Me obligaron y rindieron.

LAURENCIO.

Tus piés besaré mil veces.

CEFIO.

Levanta, hijo, del suelo.  
Defiende á Isabel del Duque;  
Que de Isabela yo espero  
Que hará lo que la mandare.

LAURENCIO.

No sé, padre; no lo entiendo.  
(*Vanse.*)

Sale COSME.

COSME.

¿Fuéronse ya? Abre, Isabel,  
Por donde salir; que temo  
Que he de acabar hoy con todo;  
Echame de casa presto,  
O vive Dios, de dar voces;  
Que me abraso, ¡fuego, fuego!

ISABELA.

Oye, Cosme, mi disculpa,  
Y quedarás satisfecho.

COSME.

No tienes que disculparte,  
Isabela, yo te creo.  
Tú no escribiste el papel,  
Tú no llamaste á Laurencio,  
Tú no le diste la llave  
Del jardín, ni le halló dentro  
El Duque, ni estás casada,  
Ni lo que decir no puedo;  
Porque quiere mi desdicha  
Que no me acaben mis celos.  
Abreme, ó diré que estoy  
Encerrado en tu aposento,  
Para que me mate el Duque.—

(*Da voces.*)

¡Laurencio! —; Alejandro! —; Cefío!

ISABELA.

Mi bien, mi señor, mi Cosme,  
Que te pierdes y me pierdo;  
Calla, y á cualquiera parte  
Do la fortuna y el tiempo  
Me arrojaré, vé á buscarme;  
Que este papel de Laurencio  
A ti lo escribí, mi Cosme,  
Y hay notable engaño en esto.  
Con Leonora lo envié;  
Pregúntale tú el suceso,  
Si acaso el Duque me lleva;  
Que yo, Cosme, bien me acuerdo  
Que el día que te partías  
Te pregunté si te dieron  
Este papel, y olvidéme  
De pedirle y de rompello.  
Esto es verdad, ten cordura;  
Que algún día querrá el cielo  
Que vivas desengañado.

COSME.

Déjame, Isabel; que muero.

ISABELA.

No des voces.

COSME.

¡Vive Dios!

Entra LEONORA.

LEONORA.

El Duque, Laurencio y Cefío  
Aguardan en la antesala.

ISABELA.

¡Ay Cosme! enciértrate presto;  
Que yo salgo á recibirlos. —  
Tú, Leonora, avisa, luego  
Que se vaya el Duque, á Cosme,  
Y cuéntale, mientras vuelvo,  
A quién diste mi papel.  
Mira, Leonora, que temo  
Gran traición en este caso. —  
Y si este tirano liero  
Me llevare á su palacio,  
Haz, Cosme, lo que te ruego. (*Vase.*)

LEONORA.

Véte con Dios, no adventures  
Mil vidas por unos celos. —  
Yo vuelvo en yéndose el Duque.

COSME.

Dime, Leonora, primero  
La historia deste papel.

LEONORA.

Luego; que ahora no puedo. (*Vase.*)

COSME.

¡Ah Leonora! espera, aguarda. —  
Fuése. ¡Otro engaño, otro enredo!  
De concierto están las dos.  
¡Ah Isabel, cuán tarde veo  
Que te has burlado de mí!  
Pues desta vez querrá el cielo  
Cuelgue la roja cadena  
En el soberano templo  
Del divino desengaño,  
Pues con tal rigor me has hecho  
Testigo de mis desdichas;  
Que ya no las llamo celos.

### JORNADA TERCERA.

Salen ISABELA y LEONORA, con capotillos y sombreros de camino, y COSME, con gaban y una cayadilla, muy galan.

ISABELA.

No admire, Cosme ingrato,  
El verme en Trebia en traje peregrino;  
Que amor abre el camino,  
Y vence dificultades;  
Admira mi firmeza,  
Soberbia vencedora de su alteza.  
Dejásteme en las manos  
De poderoso amante,  
Que á la flaqueza mía  
Opuso su poder y bizzarria,  
Ejércitos formando  
Contra mi gran pobreza  
De ambicion y riqueza;  
Y viéneste, filósofo,  
A ver sábias abejas  
Entre rudos pastores,  
Componer escuadron contra las flores.  
Cuando mis ojos tristes,  
Excediendo los mares,  
Lágrimas vierten, que llamabas perlas  
Y con tus labios ibas á cogerlas,  
Te vienes muy de espacio  
A ver nativas fuentes.  
Alabas sus resurtes diferentes,  
Que, lazos de cristal, riegan del cielo  
En diluvios de aljófar á este suelo.  
Del jabalí cerdoso

Al conejo medroso,  
Del simple pajarillo  
Al águila real, que es su caudillo,  
Hasta el pez inocente,  
Con red, perros y anzuelos  
Les haces cruda guerra,  
En el sire, en el agua y en la tierra;  
Y no ves, descuidado,  
Mayores asechanzas  
De un duque despreciado,  
Que con menos sosiego,  
En aire, en agua, en tierra, si no en  
Con celos te hace guerra. [fuego,  
De que tiembla ya el aire, el agua y  
El desdichado día [tierra.  
Que en mi retrete te dejé escondido  
Me llevó á su palacio  
Ese duque tirano;  
Allí mi padre anciano,  
No como flaco viejo,  
A mi defensa remitió el consejo;  
Prendióle, y por vengarme  
Le conté á la Duquesa  
El intento amoroso  
De su traidor esposo;  
Soltó á mi padre luego,  
Y llevóme á mi casa;  
Llamé á Leonora al punto,  
Y enojada, preguntó [Cosme,  
Qué es de un papel que, siendo para  
Se le entregó á Laurencio,  
Y quién de mi jardín le dió la llave.  
Niega que no lo sabe;  
Despidóla de casa,  
Y con rigor promete  
Descubrir el enredo del billete;  
Quise dejarlo todo  
Sin darte mas disculpa;  
Que no se debe dar donde no hay culpa.  
Viendo tu infame trato,  
Tu duro corazon, tu pecho ingrato,  
Cuando con mil pregones  
En las públicas plazas  
Con libelos y edictos,  
Dicen ya libremente  
Que contra el Duque conjuraste gente,  
Y tienes prevenidos  
Los mas de los rebeldes foragidos.  
Ofendese Florencia,  
Adonde eras amado; [chado.  
Que siempre fué bienquisto el desdi-  
El pueblo se amotina,  
Matan losregoneros  
Y rasgan los editos.  
Y en alabanzas cambian tus delitos;  
Y el Duque, mas prudente,  
Con perdonarte, apaciguó la gente;  
Mas temen que en secreto  
No te quite la vida; que es discreto.  
Con este pensamiento,  
Cuya voz se derrama por Florencia,  
Pido al viejo licencia,  
Y á Trebia parto al punto  
Con solos dos criados,  
Secretos y obligados,  
Fingiéndome que venia  
En santa romería  
A esta vecina iglesia  
De la Virgen del Huerto,  
Que es mar, nave, farol, estrella y puer-  
Aquí, Cosme, he llegado. [to.  
Aunque ofendida, á verte;  
Por excusar tu muerte  
Vengo á desengañarte,  
Si es que quieren los cielos;  
De tus injustos celos;  
Vengo á ofrecerte osada,  
Si temes tu enemigo,  
Un corazon que siempre está contigo.  
De mi pequeña casa,  
Por si ausentarte quieres,  
Traigo en joyas y en oro

Y en rica voluntad pobre tesoro.  
Dispon de todo ahora,  
Y examina á Leonora  
Y busca al desengaño;  
Prueben tambien tu daño,  
Que yo á ofrecerte vengo  
Un alma que no tengo,  
Una mujer rendida,  
Un pobre caudalillo y esta vida.

COSME.

Yo confieso, Isabela,  
Que, en Trebia retirado,  
Quise vivir del todo descuidado;  
Dieron mis ignorancias juveniles  
A cortes y á ciudades treinta abrilés,  
De donde, si no aumento,  
Saqué desengañado un pensamiento.  
Pensé que mi pobreza  
Me sirviera de muro; [seguro;  
Que el pobre en cualquier parte está  
Y vineme á esta aldea,  
Donde en dulce reposo  
Vivia, ni envidiado ni envidioso;  
Ni del Duque me acuerdo,  
Ni en nada soy culpado,  
Sino en ser desdichado;  
Ni he visto foragidos,  
Ni conjurado gente,  
Pero siempre padece el inocente.

Aquí, como los días  
Permanecen eternos,  
Revuelve la memoria  
Nuestra amorosa historia.  
Aunque procuro ciego  
El buscarte disculpa,  
No la hallo, Isabela, todo te culpa;  
Pues que un papel y llave,  
Que, aunque calla Leonora, bien lo sa-  
Mandaste que me diga [be,  
A quien dió tu billete;  
Déjame en tu retrete,  
Y despues de una hora  
Viene por mi Leonora,  
Sácame de tu casa  
Sin decir lo que pasa  
Ni contarme el suceso;  
Vengo, perdiendo el seso,  
A retirarme á Trebia,  
Y culpásmeme de espacio  
Que con el Duque te dejé en palacio.  
Señor desta alquería,  
Entre pastores rústicos suspendo  
El alma en armonía.  
Déjame aquí, Isabela, yo me entiendo;  
Déjame entre estas fuentes,  
Murmurando de estados diferentes,  
Y que entre peñas viva,  
Fatigando la caza fugitiva  
O admirando el misterio [perio;  
Del prudente escudron del dulce im-  
Que de la vil fortuna  
No temo cosa alguna,  
Pues en su fácil rueda  
No ha quedado ya mal que me suceda.  
Ni yo ausentarme quiero; [tranjero.  
Que el pobre en cualquier parte es ex-  
Venga el Duque á mi aldea,  
Que no suele morir quien lo desea,  
Y tú vuelve á Florencia  
A entregarle á Laurencio  
El corazón y vida,  
Y el oro que has traído;  
Que el oro mas precioso  
Es no vivir de nadie temeroso.

LEONORA.

No respondas, Señora;  
Viva tu honor, y muera ya Leonora;  
Que si hasta aquí he callado,  
Fué malicia, fué miedo, fué cuidado.  
Yo quiero bien á Julio,  
Criado de Laurencio;

Del alma y del jardín le di la llave,  
Delito fué de amor, si bien fué grave.  
Encontré la noche  
Que me mandó Isabela  
Que te diese el billete,  
De tantas desventuras alcahuete.  
Detúveme con Julio,  
Y por hacerse tarde,  
Le rogué que á tu casa  
Te lo llevase luego.  
Y con su engaño, dilatado fuego;  
Porque el traidor, ingrato,  
Con bien doblado trato  
Se lo entregó á Laurencio,  
Y aun le entregó la llave,  
Con que ha dado colores  
A fingidos favores;  
Y porque no se case,  
A costa de su fama,  
Publica que Isabela te adora y ama;  
Que en su jardín ha entrado,  
Que le ha escrito el papel y se ha ca-  
Si no fuera mentira, [sado.  
No negara Isabela el casamiento,  
Pues su padre gustaba;  
Y baste por disculpa,  
Aunque en esto no hay culpa,  
Conocer á Laurencio.

COSME.

No digas mas, Leonora;  
Que yo te he perdonado,  
Y tu me has satisfecho. — [cho;  
Perdóname, Isabela, lo que yo he he-  
Que aunque sufrir queria,  
Por los ojos brotaba el alegría.  
Tejamos mil abrazos  
Con amorosos lazos,  
Celebren mis pastores  
Nuestros dulces amores. —  
Prados, ya llegó el día  
En que Isabela es mía;  
Cantadle la vitoria  
Al santo desengaño,  
Divino triunfador del ciego engaño.

ISABELA.

Deja, Cosme querido,  
Extremos y recelos,  
Y guárdame un favor para otros celos;  
Lo que ahora conviene  
Es, que partas á Roma,  
Aunque pierdas tu hacienda  
Y no goces tu prenda,  
A ampararte del Papa,  
Y á este tirano arrójale la capa.  
Mira que está celoso,  
Y es cordura temer al poderoso;  
Teme tu injusta muerte,  
Y despues no te quejes de tu suerte;  
Que en torno de la luna [na.  
Los mas son los que se hacen su fortu-

COSME.

Dices bien, Isabela;  
Huya aquí la verdad de la cautela. —  
Claudio, ensilla caballos.

ISABELA.

¡Ay Dios! ¿qué gente es esta?

Sale EL DUQUE, con CRIADOS con pisto-  
las.

DUQUE.

Dadles con las pistolas la respuesta;  
Ese es Cosme, matadle.

COSME.

¡Valgame Dios!

ISABELA.

Huyamos, que es el Duque.

COSME.

Huye, Isabela, al coche. (Vase.)

DUQUE.

Cielos, ¿qué es lo que escucho?  
Qué es lo que miro, cielos?  
¡Vengo á matar y muérome de celos! —  
Oye, Isabela, espera. —  
Tened esa mujer y Cosme muera. —  
Aguárdame; que rabio,  
Que averiguo mi agravio;  
Yo mismo fui testigo  
Del bien de mi enemigo. —  
Muera Cosme, criados,  
Pues mueren mis deseos malogrados.  
Tened la ligereza  
De esa mujer ó monstruo de belleza;  
Y tú, monte gigante,  
Si te duele mi mal, ponte delante,  
O en tan fiera huida  
En duro mármol quede convertida;  
¡Oh esquiva desdeñosa, [sal  
Pues que huyes del sol, virgen frondo-  
(Vase el Duque por la parte donde fue  
Isabela.)

Sale COSME, huyendo, sin espada.

COSME.

Altas montañas de Trebia,  
Cuyos empinados riscos  
Con las estrellas se miden,  
A competencia de Olimpo,  
Amparad á un desdichado,  
Cuyos llantos y suspiros  
Robustas piedras ablandan,  
Triste aumento de los mios.  
Temblando estoy y turbado.  
¡Valgame Dios! ¿qué habrá sido  
De Isabela y de Leonora?

JULIO. (Dentro.)

Hola, ahu.

COSME.

Voces he oido,  
¡Si vuelve el Duque á matarme?  
Pero sin razon me aflijo.  
Un hombre es solo y á pié;  
Aumo, corazón mio.

Sale JULIO, de camino, vestido gracioso-  
samente.

JULIO.

Hola, ahu; ¿que no haya un alma?  
¿En qué comedia se ha visto  
Que falte un pastor á un hombre  
Que se perdió en un camino?  
¿Adónde estará esta ermita  
Donde Isabela ha venido?  
Estoy por romper las cartas;  
Yo he dado en gentil oficio.

(Quítale la espada á Cosme.)

COSME.

Suelta la espada, villano.

JULIO.

Ladrones dieron conmigo;

(Vase desmidando apriesa.)

Señor, hasta la camisa,  
Hasta quedar, como indio,  
En el puro cordobán,  
Está todo á tu servicio.

COSME.

¿No eres Julio?

JULIO.

Julio soy,

Mas del miedo estoy tan frio,  
Que mas parezco Diciembre.

COSME.

Julio, ¿no me has conocido?

JULIO.  
 Muy peor está que estaba;  
 Que no me mates te pido.—  
 No quede el mundo sin Julio;  
 Que se quejará el estío,  
 Médicos y sacristanes.  
 COSME.  
 ¡Notable ventura ha sido!  
 Deste sabré si Leonora  
 Verdad ó mentira dijo.—  
 ¿Encontraste al Duque acaso?  
 JULIO.  
 Aunque de léjos, le he visto  
 Que se volvía á Florencia.  
 COSME.  
 ¿Cómo has errado el camino?  
 JULIO.  
 Perdime en esa montaña,  
 Y por no ser te prolijo,  
 Dame licencia y tu mano.  
 COSME.  
 Hay mucho que hablar contigo;  
 ¿Adónde vas?  
 JULIO.  
 (Ap. Aquí es Troya,  
 Cogíome, pescóme vivo.)  
 Voy, Señor, con un despacho  
 Del Pontífice, tu tío.  
 COSME.  
 Pues ¿has estado tú en Roma?  
 JULIO.  
 Casi un mes, y ayer venimos  
 Laurencio y yo por la posta.  
 COSME.  
 Muéstrame el despacho, amigo.  
 JULIO.  
 ¿El qué, Señor?  
 COSME.  
 El despacho.  
 JULIO.  
 ¡Ay señores! ¿quién tal dijo?  
 ¿Pues un empacho del Papa?  
 COSME.  
 Haz, Julio, lo que te digo,  
 O darte he mil puñaladas.  
 JULIO.  
 (Ap. Luego me dará poquito.)  
 ¿A mí? Toma enhorabuena;  
 Y por el porte te pido  
 Que me dejes ir; que es tarde.  
 COSME.  
 Yo te enseñaré el camino;  
 ¿Conoces una criada  
 De Isabela?  
 JULIO.  
 He conocido  
 A Leonora y otras muchas.  
 COSME.  
 ¿Sí, Julio? Leonora digo.  
 ¿Hazla gozado?  
 JULIO.  
 ¿Gozado?  
 ¿Qué mal conoces sus bríos!  
 COSME.  
 Por lo menos tienes llave  
 De su jardín.  
 JULIO.  
 ¿Quién lo ha dicho?  
 COSME.  
 ¿Quién? Leonora.  
 JULIO.  
 Di que miente;  
 Que la llave del postigo  
 Ella se la dió á Laurencio.

COSME.  
 Luego ¿tú no la has tenido?  
 JULIO.  
 ¿Yo, Señor? ¿Para qué efecto?  
 COSME. (Ap.)  
 Celos, donde no hay resquicios  
 Para el sol entráis vosotros;  
 Sutiles sois y atrevidos.  
 JULIO. (Ap.)  
 Leonora de Barrabás,  
 ¿Qué es esto? ¿en qué me has metido?  
 COSME.  
 ¿No te dió un papel Leonora,  
 Que me diese?  
 JULIO.  
 Yo no he visto  
 Mas que uno para mi amo;  
 ¿Quieres que pierda el juicio?  
 ¿Qué notable testimonio!  
 COSME.  
 Y dime, Julio, ¿has sabido  
 Si á Isabel gozó Laurencio?  
 No lo digas.  
 JULIO.  
 No lo digo.  
 COSME.  
 (Ap. Engañádome ha Isabela;  
 ¿Quién vió tan nuevo martirio?  
 ¿Celos en taza penada?  
 Para morir resucito.)  
 ¿Es de Laurencio esta carta?  
 Di la verdad.  
 JULIO.  
 Aunque sirvo,  
 En mi vida fui alcahuete.  
 COSME.  
 Presto veré si has mentado.  
 (Lee el sobrescrito.)  
 «A la Señora Isabela,  
 Que Dios guarde.»  
 JULIO.  
 ¿Cómo dijo?  
 COSME.  
 ¿A Isabela escribe el Papa?  
 JULIO.  
 Vendrá errado el sobrescrito.  
 COSME.  
 Temblando rompo la nema.  
 JULIO.  
 (Ap. Abrióla; yo soy perdido.)  
 ¡Ay Señor, qué mal ha hecho!  
 COSME.  
 Ya estoy muerto, ya estoy vivo.  
 (Lee Cosme, y va mirando á Julio de  
 cuando en cuando, y hace muchas  
 acciones de miedo.)  
 «Mi bien, yo he llegado bueno  
 »De Roma y á tu servicio,  
 »Con tus cartas y regalos  
 »Alegre y favorecido;  
 »¿Prométeme que en Florencia  
 »Me dirás con qué motivo  
 »Negaste á Cefeo, tu padre,  
 »Que estás casada conmigo?  
 »Sabe Dios que lo deseo,  
 »Y si á verte no he partido,  
 »Es porque me manda el Duque  
 »Que no salga á recibirlo;  
 »Vente, y deja las novenas,  
 »Y no pongas en olvido  
 »Hacer favores á Cosme;  
 »Y escribirásme si ha dicho  
 »En palacio que es tu esposo,  
 »Para que el Duque, mi primo,  
 »Haga quitarle la vida.

»Dios te guarde.—Tu marido.»  
 Cielos, ¿qué es esto que veo?  
 JULIO. (Ap.)  
 No doy por mi vida un higo.  
 COSME.  
 ¿Para matarme, Isabela,  
 Me das favores fingidos?  
 Amor, ¿qué ofensa te he hecho?  
 Cuando apenas he subido  
 Con mi esperanza á la cumbre,  
 Me desribas al abismo?  
 Sisifo soy de tu infierno.  
 JULIO. (Ap.)  
 Yo tengo gentil aliño,  
 Probóme el alcahuetazgo.  
 COSME.  
 Vive Dios, que, pues has sido  
 Tercero de mis desdichas,  
 Que has de llevar el castigo.  
 (Va Cosme á quererle ahogar, y cáese-  
 le á Julio otra carta.)  
 JULIO.  
 Señor, mira que me ahogas;  
 Que me valgan, te suplico,  
 Las leyes de embajador.  
 COSME.  
 Otra carta se ha caído;  
 Alza esa carta, villano;  
 Muestra.  
 JULIO.  
 San Blas sea conmigo,  
 Válgate el diablo por hombre.  
 COSME.  
 Así dice el sobrescrito:  
 «A Bartolomé Valorio.»  
 ¿No es aqueste un foragido  
 Enemigo de Alejandro?  
 ¿Notable mal imagino!  
 (Lee.) «Yo vengo ahora de Roma,  
 »Y deo ya prevenidos  
 »Para libertar la patria  
 »Los soldados que os he escrito;  
 »Venios á Florencia al punto,  
 »Y aquí sabréis el designio  
 »De todos los conjurados;  
 »Y porque me importa, amigo,  
 »Matad luego al portador,  
 »Que es Julio, un criado mio.—  
 »Laurencio.»  
 JULIO.  
 ¿Qué es lo que dices?  
 ¿Esto llevaba conmigo?  
 ¿Hay tan gran bellaquería!  
 Buen pago de mis servicios;  
 ¿Ay señores, qué mal hombre!—  
 Cosme, tengo de decillo,  
 Es un traidor, vive Dios;  
 ¿Jesus! á no dar contigo,  
 Me hubiera muerto Valorio.  
 COSME.  
 ¿Con cada letra me admiro!  
 ¿Libertar quiere á Florencia  
 Laurencio?  
 JULIO.  
 Estoy sin sentido.  
 COSME.  
 Dime, Julio, ¿qué hay en esto?  
 JULIO.  
 Quiere matar á tu primo.  
 COSME.  
 ¿Al Duque?  
 JULIO.  
 Al Duque.  
 COSME.  
 ¿Es posible?  
 ¿Al Duque? ¿Extraño delito!  
 Di, Julio, ¿cómo lo sabes?

JULIO.

Porque lo trató conmigo,  
Pretendiendo con regalos  
Obligarme al homicidio;  
Mas yo, que toda mi vida  
No ofendi á Dios en el quinto,  
Le dije que no mil veces;  
Y así, no anduvo advertido  
En fiarme este secreto.  
Aunque tarde, lo previno  
Con el porte del despacho.

COSME.

Amor y agravios olvidó  
En tocándome en la vida  
Del amigo mas querido;  
Carácter fué tu amistad,  
Pues del alma no han podido  
Sacarte tantos agravios. —  
Julio, yo me determino  
A que vamos á Florencia;  
Sepa el Duque los delitos  
Deste traidor.

JULIO.

¿Estás loco?

¿Qué espantoso desatino!  
Tú no sabes lo que pasa;  
¿No es mejor que entre estos riscos  
Aprendamos á ermitaños,  
Que en esta edad es oficio?  
Yo apostaré que á estas horas  
Dentro en Florencia ha metido  
Laurencio cuatro mil hombres,  
Y mas, que son infinitos  
Los linajes conjurados;  
Que, como Alejandro ha sido  
Muy tirano, están quejosos  
Y afrentados los vecinos.  
No vamos allá, Señor.

COSME.

¿Que en tan notable peligro  
Está el gran duque Alejandro?  
¿Cuántas veces, señor mio,  
Te previne esta desdicha!  
Mares son, que no son rios,  
Mis ojos. — Julio, ¿qué haré?  
¿Con qué industria, con qué arbitrio  
Podré dar la vida al Duque?  
Pero ¿para qué me aflijo?  
Yo voy á entrarme en Florencia,  
Y con la espada que cifo  
Te defenderé del mundo,  
Y al son de mis tristes gritos  
Moveré á piedada las piedras,  
Si faltaren mis amigos.  
Ya voy, ya voy, Alejandro;  
No temas, que yo estoy vivo,  
Y si yo llegare tarde,  
Al fin moriré contigo. —  
Camina á Florencia, Julio.

JULIO.

Vive Dios, que vas perdido. (Vase.)

Salen LAURENCIO y LEONORA.

LAURENCIO. [dabas,

Perdona, que aunque supe que aguar-  
No he podido salir; vengo de Roma  
De visitar al Papa, nuestro tío,  
Que está muy malo.

LEONORA.

¿Y tú no vienes bueno?

LAURENCIO.

Yo vengo, mi Leonora, á tu servicio;  
¿Cómo está mi Isabel?

LEONORA.

Con gran cuidado.

LAURENCIO.

¿Díóle mis cartas Julio, mi criado?

LEONORA. [nuevo?

De espacio estás; ¿no sabes qué hay de  
Como en tus cartas á Isabel le mandas  
Que favorezca á Cosme, fué á la ermita  
De la Virgen del Huerto, junto á Trebia,  
Y sabiendo que el Duque andaba á caza,  
Casi á sus ojos se arrojó en la quinta  
De Cosme, donde el Duque los ha visto,  
Y por poco perdiríamos las vidas.

LAURENCIO.

No pude desear mejor suceso. [seso.  
Ya el Duque me lo ha dicho; pierdo el  
Él fué á matar á Cosme por su mano,  
Viendo el favor que tiene ese villano;  
Libróse á su pesar, y viene loco.

LEONORA.

Segun era su gente, no fué poco;  
Metióse Cosme en el frondoso monte,  
Y del Duque temblaba el horizonte;  
Isabela en el coche que tenia  
Volaba á par del viento, no corría; [do,  
Mas pienso que este Cosme es tan ama-  
Que los mismos soldados le han librado.

LAURENCIO.

[deroso.  
No importa, no; que el Duque es po-  
Él le vendrá á matar; que está celoso.

LEONORA.

Dejemos esto, y vamos á otra cosa:  
Un recaudo te traigo de tu esposa;  
Como negó á su padre el casamiento  
En tu presencia, y por estar ausente,  
No te ha dicho la causa, está afligida.

LAURENCIO.

En tu boca, Leonor, está mi vida;  
Dime, ¿por qué lo hizo mi Isabela?  
Que no en vano admiraba su mudanza;  
La industria de mujer todo lo alcanza.

LEONORA.

Porque su padre la matara luego  
Si confesara que eras su marido;  
Que el gusto que mostraba era fingido.  
No se atrevió á decirlo por sus cartas,  
Ni aun de sus manos se atrevió á escri-  
[birte;

Yo fui la secretaria en esta ausencia;  
Teme que ha de matarla.

LAURENCIO.

¿Extraño viejo!

LEONORA.

Pero Isabel te adora de tal suerte,  
Que vida le será por ti la muerte;  
Quiere esta noche hacerte una visita  
En tu cuarto.

LAURENCIO.

¿Qué dices?

LEONORA.

Lo que pasa,

Porque ya no es posible ir á su casa;  
Levantó las paredes, y el postigo  
Lo tapió de tal suerte, que es ventura  
Que aun el sol halle paso á la abertura.

LAURENCIO.

Leonora, ó tú me engañas, ó yo sueño;  
¿Isabela en mi casa y yo su dueño?

LEONORA.

Si, mas con tal melindre y condiciones,  
Que te has de reir mucho; estáme aten-  
[to.

Lo primero, que no ha de haber persona  
Dentro en tu cuarto.

LAURENCIO.

Claro está, Leonora.

LEONORA.

Pues que no ha de estar claro es el  
[segundo;

No quiere que haya luz, tiene vergüen-  
LAURENCIO. [2a.

No te espantes, Leonora, ni te rias;  
Dila que noches he de hacer los días.  
Ni habrá gente ni luz; pide otra cosa.

LEONORA.

Que de tu cuarto me has de dar la llave,  
Porque, si acaso sales con el Duque,  
No estemos en la calle.

LAURENCIO.

Bien previene;

Mas, como el Duque y yo somos amigos,  
El Duque tiene llave de mi cuarto,  
Y del cuarto del Duque yo la tengo,  
Y son llaves maestras del palacio,  
Y temo, como es tanta la privanza,  
No quiera visitarme.

LEONORA.

Pues ¿qué importa? [te?

¿Habrá mas de esconderse en tu retre.

LAURENCIO.

Dices bien, ¿Isabela vendrá sola?

LEONORA.

Yo me vendré con ella, pero al punto  
Me volveré por si llamare el viejo.

LAURENCIO.

Esta es la llave, y esta una cadena  
En albricias del gusto que me has dado;  
Dila á Isabel... Mas no la digas nada;  
Di que el contento me ha dejado mudo.

LEONORA.

Mujer que quiso bien, todo lo pudo.

LAURENCIO.

El Duque sale; vé con Dios, Leonora.

LEONORA.

No verá la cadena mi señora. (Vase.)

Sale EL DUQUE.

DUQUE.

¿Laurencio?

LAURENCIO.

¿Gran señor?

DUQUE.

Partíos al punto,

Y decidle á Isabel (que ya ha venido  
De Trebia, segun dijo el Secretario)  
Que esta noche en su casa ó en la mía  
La he de gozar, ó que he de dar la muera  
A su padre y á Cosme, su marido. [te  
Por quien ya mis justicias han partido;  
Esto ya no es amor, sino porfia.

LAURENCIO. (Ap.)

Fortuna y celos, ya ha llegado el día;  
Muera el Duque esta noche, muera el  
[Duque;

Notable traza el cielo me ha ofrecido.

DUQUE.

¿No vais, Laurencio?

LAURENCIO.

Haz cuenta que he venido. (Vase.)

Sale OCTAVIO.

OCTAVIO.

No sé, Señor, si lo diga;  
Cosme te pide licencia  
Para hablarte.

DUQUE.

No hay paciencia;

¿Posible es que no castiga  
El cielo este atrevimiento?  
Mátele luego la guarda.

OCTAVIO.

Muera Cosme.

*Sale COSME.*

COSME.  
Espera, aguarda;  
Que no merece mi intento  
Tan riguroso castigo.

DUQUE.  
¿Quiéres matarme, traidor?  
¿Qué quieres aquí?

COSME.  
Señor,  
Déjenme á solas contigo;  
Que importa.

DUQUE.  
¿Conmigo á ti?  
COSME.

Si; que bien seguro estás.

DUQUE.  
Aunque quieras, no podrás  
Matarme. — Salios de aquí. —  
(*Vase Octavio.*)

¿Qué quieres, que solo estoy?  
Que intentas?

COSME.  
Desengañarte;  
Laurencio quiere matarte.

DUQUE.  
¿A mí? Mientes, no te doy  
Crédito, no he de ofender  
Solo con el pensamiento  
A Laurencio; mas tu intento  
Bien claro se deja ver.  
¿No hallaste otra traicion  
Con que disculpar las tuyas?

COSME.  
Las traiciones son las tuyas,  
Las lealtades mías son.  
Lee estas cartas, y despues  
Me puedes mandar matar.

DUQUE.  
No has de poderme engañar.

COSME.  
Lee, y tú verás cuál es;  
Libertar quiere á Florencia.

DUQUE.  
Mira, Cosme, que es mi amigo  
Laurencio, y que es tu enemigo;  
Repórtate, y con prudencia  
Trata negocio tan grave;  
No me hables, Cosme, así  
De quien quiero mas que á mí;  
Advierte que nadie sabe  
Lo que se siente el dolor  
Que está lidiando conmigo;  
Que la ofensa del amigo  
Es el agravio mayor.  
Estoy, Cosme, por romper  
Las cartas; que mi aficion (*Arrójalas.*)  
Es tal, que tan gran traicion  
Yo no la quiero creer.

COSME.  
Es la enfermedad mayor  
La rendida voluntad;  
Sana de tu enfermedad,  
Pasa la purga, Señor.

DUQUE.  
(*Lee.*) «Mi bien, yo he llegado bueno.»  
¿Qué es esto, Cosme?

COSME.  
Lee mas.

DUQUE.  
¿Purga de celos me das?  
No es medicina, es veneno.

COSME.  
Lee, y sabrás la ocasion

De tus rabiosos recelos.  
Porque me maten tus celos,  
Fingió Isabel mi aficion;  
Porque la vieses conmigo,  
Sabiendo que ibas á caza,  
Fué á visitarme, y fué traza  
De Laurencio, mi enemigo.  
Quien en su jardin hallaste  
Fué á ese traidor, que no á mí;  
Julio me lo dijo así.  
Mira de quién te fiaste.

DUQUE.  
No está esta carta firmada.  
COSME.

¿Disculpas buscas á amor?  
Lee la otra carta, Señor,  
Donde verás confirmada  
La mayor alevosia  
Que cupo en pecho cristiano;  
Tu amigo, tu primo hermano  
Contrasta tu monarquía;  
El pueblo y los foragidos  
Contra ti están conjurados;  
Mas de cuatro mil soldados  
Armados y prevenidos  
Tiene dentro de Florencia;  
Abre los ojos, Señor.

DUQUE.  
Basta, muera este traidor,  
Pues la amistad, la clemencia...  
¿Dónde está Julio?

COSME.  
Aquí está. —  
Llega, Julio.

*Sale JULIO.*

JULIO.  
Estoy turbado.

DUQUE.  
Julio, seais bien llegado.

JULIO.  
Beso tus piés.  
DUQUE.

¿Quién podrá  
Resistir tanto dolor?  
Alzad del suelo, y creed,  
Julio, que os haré merced;  
¿Qué hay en esto?

JULIO.  
Grán señor,  
Verdad es cuanto ha contado  
Cosme, y yo buen testigo  
De lo que trató conmigo.  
Y de haberme despachado  
Con los pliegos que has leído.  
Perdime, á Cosme encontré,  
Leyó las cartas, y á pié  
A darte cuenta ha venido;  
Sin que reparase en nada;  
Que es notable su lealtad.

DUQUE.  
Ejemplo de la amistad.  
Gloria de la edad dorada,  
Dadme, Cosme, mil abrazos.  
Engañóme este traidor;  
Yo me vengaré.

COSME.  
Señor,  
Yo no merezco tus brazos,  
Déjame besar tus piés.

DUQUE.  
Vos veréis lo que os estimo;  
Sois mi amigo, y sois mi primo.

JULIO.  
Laurencio, Señor.

COSME.  
El es.

DUQUE.  
Bajaos, Cosme, al cenador  
Del jardin, porque el criado  
No me escuche.

COSME.  
Ten cuidado  
No te mate este traidor.  
(*Vanse Cosme y Julio.*)

*Sale LAURENCIO.*

LAURENCIO.  
Déme albricias vuestra alteza.

DUQUE. (*Ap.*)  
Saltos me da el corazon,  
¿Qué haré?

LAURENCIO.  
Señor, ¿qué ocasion  
Causa tan grande tristeza?

DUQUE.  
¿Venis solo?

LAURENCIO.  
Solo vengo.  
DUQUE.

Cerrad la puerta.

LAURENCIO.  
¿La puerta?

DUQUE.  
Sí.  
LAURENCIO. (*Ap.*)  
¿Qué es esto? ¿Si fué cierta  
Mi sospecha? Ya prevengo  
Mi disculpa.

DUQUE. (*Ap.*)  
¿Que es posible  
Que Laurencio sea traidor?

LAURENCIO.  
¿Tú lágrimas, gran Señor?  
Tú, á quien nada es imposible?

DUQUE.  
Yo lloro, Laurencio, sí;  
Que disculpa en mi valor  
Estar en mi pecho amor,  
Y es niño, y llora por mí;  
Lloro, y pretende mi llanto  
Mi ignorancia disculpar;  
Que es muy fácil de engañar  
Un hombre que llora tanto.  
Como la fortuna he sido,  
Pues con mi necio favor  
He dado el lugar mejor  
A quien no lo ha merecido.  
Muro soy, quise enlazar  
La hiedra entre piedra y piedra,  
Y viene á ser esta hiedra  
Quien me quiere derribar.

LAURENCIO.  
No te entiendo; solo digo  
Que, aunque en callar tu secreto  
Ganas nombre de discreto,  
No lo ganarás de amigo.

DUQUE.  
¡Ah Laurencio, á Dios pluguiera  
No lo fuéramos los dos!

LAURENCIO.  
¡Oh gran Señor! ruego á Dios,  
Primero Laurencio muera.

DUQUE.  
Cuando intentasteis quebrar  
Las estatuas que tenia  
Roma, y el pueblo os queria  
Con justa causa matar,  
¿No os libre? no os defendí?  
Y cuando me dió este estado  
El César, ¿qué no os he dado?  
Dueño sois dél y de mí.

Pues ¿por qué con tal rigor  
(Leed, Laurencio) habeis querido  
El nombre de agradecido  
Trocar por el de traidor?  
¿No sois mi dueño y amigo?  
¿Por qué me quereis matar?  
Por qué os quereis conjurar  
Con Valorio, mi enemigo?  
¿Tanta gente prevenida  
Para matarme á traicion?  
¿No hasta esta sinrazon  
Para quitarme la vida?  
Que estáis quejoso sospecho.  
Solos estamos los dos;  
Por mi os suplico y por Dios  
Que me digáis qué os he hecho.  
Si son celos, ¿á qué fin,  
Si amais á Isabela, amigo,  
No os declarasteis conmigo  
Cuando os hallé en el jardín?  
No á una mujer, todo el mundo  
Os diera, segun os quiero,  
Porque á Alejandro el primero  
No ha de exceder al segundo.  
Si es envidia de mi estado,  
¿Qué envidiais lo que teneis?  
Decidme lo que quereis  
Y de qué estáis enojado.  
Bien os podeis declarar;  
Que aqui estamos sin testigos.  
Laurencio, seamos amigos;  
Que yo os quiero perdonar.

LAURENCIO.

¡Ah señor! si vuestra alteza  
Tal ha llegado á creer,  
Solo puedo responder  
Que me corte la cabeza.  
Es verdad que yo escribi  
Á Valorio, y procurado  
Ver quién está conjurado  
En Florencia contra ti.  
Con todos hice amistad  
Por saber sus intenciones,  
Y tratando estas traiciones,  
Hice mayor mi lealtad.  
Mil veces te he descubierto  
Muchos traidores así,  
Y si no fuera por mí,  
Quizá ya te hubieran muerto.  
Juntar ahora queria  
Tus contrarios en Florencia,  
Para que sin resistencia  
Los mataras en un día.  
Y si no te lo he contado,  
Fué hasta tenerlo hecho,  
Pensando que de mi pecho  
Estuvieras confiado.  
A Julio quise matar,  
Porque dicen que trataba  
Matarte, y se lo pagaba  
Cosme, que quiere reinar;  
Y ellos dos, sin duda han sido  
Quien estas cartas te han dado;  
¿Un enemigo, un criado,  
Son los hombres que has creído?  
Esta carta de Isabela  
Es falsa, no es de mi mano  
Ni trae firma; este villano  
Habrá hecho esta cautela.  
Pregunta si tengo amor  
A Isabela, mi señora;  
Ella vendrá á verte ahora,  
Y sabrás si fui traidor.  
Sabe, Señor, de tu dama,  
Si es verdad que te he ofendido,  
Que si fuera su marido,  
No la trajera á tu cama;  
Y en tanto dame licencia,  
Si no me quieris matar,  
Porque yo no pienso estar  
En palacio ni en Florencia.

DUQUE.  
¿Qué me dices? Que Isabela  
A mi gusto está rendida?  
Vuestra es, Laurencio, mi vida;  
Traicion, engaño, cautela  
Fué cuanto me habian contado,  
Y por haberlo creído,  
Perdon mil veces os pido;  
No estéis, Laurencio, enojado.  
¿Qué os respondió la belleza  
Que adoro? ¿Mostró disgusto?

LAURENCIO.

Solo en cosas de su gusto  
Me hace merced vuestra alteza.  
Fui, llegué, hablé y venci;  
Temió Isabel tu crueldad,  
Rindióse, y por su beldad  
Todo tu estado ofreci;  
No pidió mas de una cosa.

DUQUE.

¿Qué fué, Laurencio?

LAURENCIO.

El secreto.

DUQUE.

Mil veces se lo prometo;  
Es discreta cuanto hermosa.

LAURENCIO.

Dijo que no has de tener  
En todo tu cuarto guarda.

DUQUE.

Quien á un serafin aguarda,  
¿Qué guardas ha menester?  
Ni habrá guardas ni criados,  
Yo solo en mi cuarto espero;  
Amigo, mirad que muero  
A manos de mis cuidados.  
Id presto por Isabel,  
Presto, presto; que estoy loco.  
Rendida Isabel, es poco  
Mis estados.

LAURENCIO.

¿Ya soy fiel?

DUQUE.

Dame, Laurencio, los brazos.

LAURENCIO.

Mira, Señor, no te mate.

DUQUE.

Dejad ese disparate;  
Poned redes, armad lazos  
Contra nuestros enemigos;  
Que á fe que he cogido dos,  
Que me han de pagar, por Dios,  
El revolver dos amigos.

LAURENCIO.

¿Quién son?

DUQUE.

No se ha de saber  
Hasta que venga Isabela.

LAURENCIO.

Voy por ella. (Ap. Esta cautela  
Ser duque me ha de valer.) (Vase.)

DUQUE.

¿Octavio?

OCTAVIO.

¿Señor?

DUQUE.

Mandad

Que no haya en mi cuarto gente,  
Publicad que estoy ausente,  
Y luego al punto bajad  
Por Julio y Cosme al jardín,  
Y en el cuarto de Laurencio  
Con secreto y con silencio  
Los entrad; ya tendrá fin  
El idolo de Florencia,  
Y acabarán mis enojos;

Cubrid á los dos los ojos,  
Y prendedlos con prudencia,  
Sin que pueda haber testigos.

OCTAVIO.

Laurencio se habrá de holgar.

DUQUE.

En albricias le he de dar  
Presos á sus enemigos.  
Si los prendo en otra parte,  
Se ha de alborotar Florencia.

OCTAVIO.

Digo, Señor, que es prudencia;  
Venza á la fortuna el arte.  
Dame la llave, Señor.

DUQUE.

Solo mi quietud procuro.

OCTAVIO. (Ap.)

No hay hombre que esté seguro  
Del pecho de este traidor. (Vase.)

DUQUE.

Quiero entrarme á desnudar;  
¿Valgame el cielo, que he oido  
Un espantoso gemido!  
Apenas acierto á andar.  
Temblando de espanto estoy;  
Allí una mujer me llama,  
¿Quién puede ser? ¿Si es mi dama?—  
Aguárdame, que ya voy. —  
¿Es aquel Laurencio? Si. —  
Laurencio, ¿tanto rigor? —  
Que me mata este traidor;  
Hola, gente.—¿Estoy en mí?  
¿Extraña melancolia!  
Loco estoy, voyme á acostar;  
¿Cuán juntos suelen andar  
El pesar y la alegría! (Vase.)

Salen COSME y JULIO, quitándose las  
ligas de los ojos.

COSME.

Aguarda, aguarda, no cierres,  
Octavio, y verás cuán presto  
Acabo, como Sanson,  
Con la vida y con el templo.

JULIO.

Esta es gran bellaquería,  
No pudiera haberla hecho  
Un zurdo ni un cejijunto.  
¿Ves algo? Que yo no veo.

COSME.

Solo veo mi desdicha;  
Buen pago, Julio, buen premio  
De mi lealtad; ¿dónde estamos?

JULIO.

No lo sé, que vine ciego;  
Mas, segun la escuridad,  
Estarémos en los versos  
De algun poeta muy culto;  
¿Estamos ahora buenos?  
¿Oh lealtad de Bercebú!  
Si hubiera en aqueste tiempo  
Danés Urgel el Leal,  
Fuera mas traidor que un cuervo.

COSME.

Yo temo que ha de matarme.

JULIO.

Desto has de estar muy contento,  
Porque dentro de cien años  
Estarán los libros llenos  
De tu nobleza y lealtad.

(Como que abren la puerta.)

COSME.

Escucha, Julio; que pienso  
Que abren la puerta.

JULIO.  
Mal año.  
COSME.  
¡Oh qué terrible, oh qué feo  
Es el rostro de la muerte!  
Sin espada estoy, y ¿qué haremos?

JULIO.  
Morir, pues somos leales.  
COSME.  
¿Abrieron, Julio?  
JULIO.  
Ya abrieron.

Sale LEONORA.

LEONORA.  
¡Oh oscura, apacible noche,  
Siempre piadosa á los ruegos  
De venturosos amantes,  
En tus sombras me encomiendo;  
Favorece mi osadía.—  
Laurencio, señor Laurencio.

COSME.  
Julio, voz es de mujer;  
Si es de Isabela, yo muero.  
En piedra me he convertido.

JULIO.  
Para marido eras bueno.

LEONORA.  
Laurencio, Isabela soy.

COSME.  
Ay, Julio, rabio de celos;  
Isabela ha preguntado  
Por Laurencio, este aposento  
Es de Laurencio sin duda.

JULIO.  
Fingirme Laurencio quiero.—  
Cé, Isabela, habla mas paso;  
Que debe de estar despierto  
El Duque.

LEONORA.  
¿Hacia dónde estás?

JULIO.  
Conmigo mismo no acierto.

LEONORA.  
¿Estás solo?

JULIO.  
Solo estoy,  
Bien puedes darme dos besos.

LEONORA.  
¿Hase sabido de Cosme?

JULIO.  
Sí, Isabela, ya está preso.

LEONORA.  
Dale gracias á mi industria;  
Sabe Dios lo que me huelgo.

JULIO.  
Díos te dé mucha salud.

LEONORA.  
¿Cuántas veces perdí el sueño  
Deseando esta ocasion,  
Para decirte el intento  
Con que te negué á mi padre—  
El amor que te confieso!  
Aborrécete de suerte,  
Que, en sabiendo el casamiento,  
Me diera mil puñaladas.

JULIO.  
Muchas son; bastaban menos.

LEONORA.  
Con la llave que enviaste  
He venido á tu aposento,  
Vergonzosa y afrentada  
De mi amor y mis deseos.

Huélgome que estés á oscuras,  
Y en este mudo silencio  
Piensa el remedio de todo,  
Pues sabes que eres mi dueño.

COSME.  
El que has pensado, enemiga,  
Será...

LEONORA.  
Detente; ¿qué es esto?

COSME.  
Dar venganza á tanto agravio.

LEONORA.  
¿Laurencio?

COSME.  
No soy Laurencio;  
Cosme soy.

LEONORA.  
¿Válgame Dios!  
Cosme, Señor, ¿qué te he hecho?  
Advierte que soy Leonora.

COSME.  
¿Quién?

LEONORA.  
Leonora.

JULIO.  
Lindo cuento.

LEONORA.  
No me mates, oye un poco;  
Que, pues hoy mueren tus celos,  
Bien puedes darme la vida.

COSME.  
Loco me tiene el contento.—  
Leonora, pues ¿cómo entraste  
En el cuarto de Laurencio,  
Tomando el nombre á Isabela,  
Sin haber en su aposento  
Luz, amante ni criado?

LEONORA.  
Es peregrino el suceso:  
Por engaño me ha gozado  
Laurencio, siempre fingiendo  
Que soy Isabel.

COSME.  
¿Qué dices?

LEONORA.  
La verdad, Cosme, te cuento;  
Conmigo estuvo en su casa  
En el jardín.

COSME.  
¿Santos cielos!  
¿Cuándo merecí este día?  
Darté mil abrazos quiero.  
¡Oh dichoso desengaño,  
Dulce fin de tantos celos! —  
¿Cómo os librásteis del Duque?

LEONORA.  
Corrió la posta el cochero  
Para llegar á mi muerte  
Y á descubrir este enredo;  
La llave, el papel, las cartas,  
Todo es traza de mi ingenio;  
Que Isabel no tiene culpa.

COSME.  
Leonora, todo lo creo;  
Que para mi desengaño  
Bastaba hallarte aquí dentro.—  
¡Ah, mi Isabela ofendida!  
Tuvo soy, si quiere el cielo;  
Celebra todos mi gusto.

JULIO.  
¿No será mejor primero  
Buscar por dónde escaparnos?  
Que yo he estado mas atento  
A aquella palabra llave  
Que á tu amor ni á tu embeleco.—

Dame la llave, Leonora.

COSME.  
No temas ni tengas miedo;  
Que yo te doy la palabra,  
Como noble caballero,  
De ampararte.

LEONORA.  
Díos te guarde;  
Con eso he cobrado aliento.  
Vamos y abriré la puerta.

COSME.  
Tente, aguarda.

JULIO.  
A lindo tiempo.

COSME.  
Parece que oigo ruido,  
Y entre el confuso silencio  
De la noche tristes voces.

JULIO.  
¿Válgame Dios! ¿qué es aquesto?

COSME.  
Escucha, Julio.

JULIO.  
Si escucho.  
(Ruido como que se queja el Duque.)

COSME.  
¿Si será en el aposento  
Del Duque, que está aquí cerca?  
¿Ay Julio, gran mal sospecho!  
El Duque es muerto sin duda.

JULIO.  
¿Qué me dices?

COSME.  
Lo que temo.  
Solo esta vez me he turbado,  
Todo me ha cubierto un hielo;  
Julio, ¿escuchaste otros golpes?  
No hay duda, Alejandro es muerto,  
Y yo he de vengar su muerte.

JULIO.  
¿Otras lealtades tenemos?

COSME.  
Para ahora es el valor;  
Mi Julio, avisa al momento  
Justicias y capitanes,  
Y á mis amigos y deudos  
Diles todo lo que pasa,  
Y cómo tiene Laurencio  
En Florencia foragidos;  
Toca al arma, cierra presto  
Las puertas de la ciudad,  
Convoca en mi ayuda el pueblo,  
Que me tiene grande amor;  
Llamen á Isabel y á Ceño,  
Y prendan los conjurados.—  
Tú, Leonor, despierta luego,  
Si quieres vida, el palacio.—  
Ea, valiente mancebo,  
Ea, Leonora gallarda,  
Que con la daga que tengo  
He de dar muerte al traidor,  
O tengo de quedar muerto.

(Vanse.)

Sale EL DUQUE, desnudo, con un candelero en la mano, una vela, un escabelillo, muy herido y ensangrentado, y LAURENCIO tras de él, con una daga en la mano.

DUQUE.  
¿Tú me matas?

LAURENCIO.  
Yo te mato.

DUQUE.  
Hola, criados, favor.

LAURENCIO.  
Muerte, tirano.

DUQUE.  
¡Oh traidor!  
¡Qué bien me pagas, ingrato!  
¿Qué te he hecho?

LAURENCIO.  
Darme celos.

DUQUE.  
Ya yo te ofrecí mi dama.

LAURENCIO.  
Quiero reinar, quiero fama.

DUQUE.  
¡Valedme, piadosos cielos!  
¡Ah Cosme, amigo fiel,  
Por mi mal no te creí,  
Y hoy me vengo á ver así!  
Ya yo estoy muerto; cruel,  
Déjame.

LAURENCIO.  
Acaba, tirano.

DUQUE.  
Pero hoy morirás conmigo.

LAURENCIO.  
Suelta, Alejandro, enemigo;  
¡Ay! el pulgar de la mano  
Me ha arrancado con los dientes;  
¡Ay, que rabio de dolor!  
¿Qué es esto, infame, traidor?  
¡Corazon, ¿esto consientes?—  
El Duque cayó en la cama,  
Quiero correr las cortinas.—  
Alma, ¿qué es lo que adivinas?  
¿Qué temes ó quién te llama?  
¿Qué haré? En extraña ocasion  
Vino á palacio Isabela.  
Apagado se ha la vela,  
Notable es mi confusion;  
A Isabel quiero avisar  
Y á Ceño; yo estoy turbado.  
¿Si daré aviso al Senado?  
Libertad, quiero gritar,  
Libertad. Yo tengo atada  
La lengua; ¡notable miedo!  
¡Libertad! Hablar no puedo.

COSME. (Dentro.)  
La puertá tiene cerrada;  
¡Qué maldad! Echadla al suelo.

LAURENCIO.  
¿Qué es esto? Dios sea conmigo;  
¿No es la voz de mi enemigo?  
Castigo ha sido del cielo.

COSME.  
Dictador, soldados, pueblo,  
Muerto es el duque Alejandro  
En su cama á puñaladas.

OCTAVIO.  
¿Aquí Laurencio encerrado?

COSME.  
¡Ah traidor! que has muerto al Duque.

LAURENCIO.  
¡Socorredme, cielos santos!

COSME.  
No han de valerte los piés.

CEFIO.  
Fortuna, ¡tantos trabajos!

LEONORA.  
¡Gran lástima! Del balcon  
A la calle se ha arrojado  
Laurencio, y Cosme tras él.

ISABELA.  
¡Ay Dios! ¡si se han muerto entrambos!

JULIO.  
Yo voy tambien á arrojarne;  
¡Vive Dios, que está muy alto!

RODOS. (Dentro.)  
Muera el traidor, muera, muera.

COSME. (Dentro.)  
Dejadme con él, soldados.

CEFIO.  
Sin duda Laurencio es muerto.  
Hoy dará fin de los Pazos  
El nuevo enemigo mio.  
Mirad desde aquí el palacio  
Todo cubierto de gente;  
Mirá el popular aplauso  
Que todos hacen á Cosme.  
¡Gran maldad! Los conjurados,  
Los rebeldes foragidos  
«Viva Cosme muchos años»  
Apellidan, «Cosme viva»  
Repiten desde el villano  
Al mas noble de Florencia;  
Los viejos y los muchachos  
Van diciendo «Viva Cosme»;  
Hoy el prudente Senado  
Le levanta por gran duque.

VOCES. (Gritan dentro.)  
¡Viva Cosme muchos años!

CEFIO.  
Cumplióse mi maldicion:  
Murió el infausto Alejandro  
A las manos de su amigo;  
Duque es su mayor contrario.

JULIO.  
Salto y brinco de placer.

Sale COSME y LOS DEMÁS.

COSME.  
Murió el traidor á mis manos;  
Mil puñaladas le di,  
El corazon le he sacado,  
Bebi su alevosa sangre,  
Y en el mirador mas alto  
He hecho poner su cuerpo  
Para escarmiento de tantos.—  
Mostradle, para que teman  
(Muestran á Laurencio muerto.)  
Rebeldes y conjurados.—  
Este es Laurencio, Florencia.  
Escarmentad, ciudadanos;  
Que aun no he vengado la muerte  
Del malograd o Alejandro.

ISABELA.  
Si acabará de vengarse  
Vuestra alteza, cuyo estado  
Dure mas que el mismo tiempo.  
Señor, á mi padre anciano  
Manda derribar del cuello  
Su cabeza; que aquí estamos,

Él para sufrir la muerte,  
Yo para morir llorando.

COSME.  
Yo responderé á su tiempo,  
Isabela, y entre tanto  
Hago dictador perpétuo  
A Otón, porque así le pago  
Haberme dado la vida,  
Y á Octavio mi secretario,  
Y á Leonora entraré monja,  
Pues me encargué de su amparo.—  
Y á ti, Julio valeroso,  
Por premiarte no te caso;  
Yo te dare...

JULIO.  
No dés nada;  
Que con eso estoy pagado.

COSME.  
Con todo, toma una villa  
La mejor de mis estados,  
Y aquí verás cómo es buena  
La lealtad.

JULIO.  
¡Gentil despacho!  
(Ap. Agradécelo á la llave  
De Leonora.)

COSME.  
¿Estoy soñando?  
Cielos, ¿que ha llegado el día?  
Isabela, yo te he dado  
Palabra de no casarme  
Sin tu gusto, y hoy me caso;  
Mira si me das licencia.

ISABELA.  
Señor, no estaba obligado  
Un gran duque de Florencia  
A cumplir lo que ha jurado  
Cosme de Médicis.

COSME.  
Bien,  
Pero siempre estimo tanto  
La palabra que dió Cosme,  
Que hoy te da el Duque la mano;  
Pide licencia á tu padre.

CEFIO.  
A tus piés arrodillado  
Pido perdon de mis culpas.

COSME.  
Dadme, gran Ceño, los brazos,  
Que de esta suerte os castigo;  
Lo pasado sea pasado.

ISABELA.  
Déjame besar tus piés.

COSME.  
No quieren eso mis brazos.  
Vamos á ver la Duquesa,  
Que, dermayada en su cuarto,  
Aguardará al duque nuevo,  
Y á dar entierro á Alejandro;  
Cuya verdadera historia,  
Como se ha representado,  
La escriben muchos autores.

JULIO.  
No has de llamarlos Senado.

COSME.  
Pues con esto dará fin  
La tragedia de Alejandro.

# COMEDIA FAMOSA

TITULADA

## DEL CIELO VIENE EL BUEN REY,

COMPUESTA

POR DON RODRIGO DE HERRERA.

### PERSONAS.

EL REY FEDERICO DE SICILIA.  
ÁNGEL.

EL DUQUE,  
LISANDRO.  
MOSCON, gracioso.

BATO, villano.  
LAURA, su hija.  
LA REINA.

UN PASTORCILLO.  
Músicos.

### JORNADA PRIMERA.

*Sale EL REY FEDERICO, alborotado, mirando al vestuario.*

REY.

Sueño pesado y fuerte,  
Imágen fea de la misma muerte;  
¿Cómo te has atrevido  
Al blason de mi nombre esclarecido?  
Cómo tu obscura llama  
Podrá eclipsar las luces de mi fama?  
¿Tú con ciegos enojos  
Piensas turbar los rayos de mis ojos?  
¿No ves que, si me irritó,  
Aun esa gloria al cielo no permito?  
En vano á mi persona  
Quitarás de Sicilia la corona;  
Que aunque el presagio triste  
Siempre en los medios de mi dicha asís  
Tambien sabrán mis buellas [te,  
Dominar en los cielos las estrellas,  
Y aun sus sagrados muros  
De mi noble valor no están seguros;  
Pues con ligeras alas  
Sabré poner al firmamento escalas.—  
Hola, criados míos,  
Escuchad, atended; ¿qué desvarios!

*Salen LISANDRO, MOSCON  
y EL DUQUE.*

LISANDRO.

¿Qué pena...

MOSCON.

¿Qué desastre...

DUQUE.

¿Qué cuidado...

LISANDRO.

Te aflige?

MOSCON.

Te obligó?

DUQUE.

Te ha despertado?

REY.

[do!]

Lisandro, Moscon, Duque (¡estoy perdi-  
Una ilusion no mas fué del sentido.

LISANDRO.

Pues ¿cómo, gran señor?

DUQUE.

Dinos la causa.

MOSCON.

Y en contar la ilusion no pongas pausa;  
Que tambien en palacio á los bufones  
Nos toca examinar las ilusiones.

REY.

Referiré á los tres lo que ha pasado,  
Y no por dar alivio á mi cuidado,  
Sino por hacer burla desta suerte  
Del sueño, del temor y de la muerte.

A ese jardin de palacio  
Esta mañana, contento,  
Como acostumbro otras veces,  
Sali á escuchar los parleros  
Ruiseñores, que, trinando  
Dulces y amantes requiebros,  
Rémoras son de las aguas  
Y sirena de los vientos;  
Y contemplando en los cuadros,  
De varias flores cubiertos,  
Vi que galan el fانون,  
Blandamente lisonjero,  
A las mas recién nacidas  
Iba arrullando y meciendo  
En sus verdes cunas, donde  
Prisiones breves tuvieron.  
Y acercándome á la fuente  
Que de Cupido y de Vénus  
Brotan dos estátuas vivas  
De alabastro tan perfecto,  
Que puede naturaleza  
Rendir al arte su ingenio;  
La imaginacion llevada  
De las caricias del sueño,

En un éxtasis suspensa  
Dejó el alma, recogiendo  
Mis potencias y sentidos  
En las prisiones del cuerpo;  
Cuando la idea confusa  
En aquel mortal beleño  
Me representó á la vista  
Lo que diré, estadme atentos.  
Parecióme que bajaba  
De lo mas alto del cielo  
Un pájaro hermoso, en quien  
Eran tantos los reflejos  
Despedidos de sus alas,  
Que creí que estaba viendo  
El iris, que en las tormentas  
Muestra colores diversos  
Y en giros tornasolados  
Da la paz al hemisferio;  
Y haciendo pun'as y tornos  
Sobre mi corona, abriendo  
El pico tenaz, entonces  
Dijo en humanos acentos  
Estas razones: « Tirano  
Rey de Sicilia, á quien dleron  
Hircanas tigres, sin duda,  
La substancia de sus pechos,  
¿Cómo, di, cruel, te atreves,  
Desvanecido y soberbio,  
A profanar el decoro  
De los divinos preceptos?  
Cómo no guardas justicia,  
Permitiendo que en tu reino  
Descubierto el rigor ande  
Y esté el buen celo encubierto;  
Que el pobre padezca injurias,  
Que el rico logre trofeos,  
Perdon el facineroso,  
Y el obediente desprecios?  
¿No adviertes que tu grandeza  
Es frágil arista al viento,  
Torre á la furia del rayo,  
Flor á las iras del cierzo?  
¿Cómo dices de constante,  
Cómo blasonas de eterno,

Seca arista, frágil torre,  
 Si á los primeros encuentros  
 Has de ser burla del aire,  
 Y de la tierra escarmiento?  
 Si eres águila caudal,  
 ¿Cómo abates tanto el vuelo,  
 Cómo remontas tan poco  
 Tus altivos pensamientos?  
 En lo noble de mis puntas  
 Toma generoso ejemplo,  
 Pues constante, cara á cara,  
 Al sol los rayos le bebo.  
 No pierdas, no, por bastardo,  
 Tu legítimo derecho;  
 Y pues ciego en las porfías  
 Deslustras tu nacimiento,  
 De la corona real  
 De la púrpura y el cetro  
 Pienso despojarte ahora.»  
 Y con el pico sangriento  
 La corona me llevó  
 De la cabeza, tan presto,  
 Que, aunque defenderla quise,  
 No pude estorbar su intento;  
 Y con vuelo arrebatado  
 Cortó las nubes ligero,  
 Siendo en el golfo del aire  
 Viva imitación del leño,  
 Que, sacudido del Noto,  
 Que, castigado del Euro,  
 Abollando montes de agua,  
 Vuela con alas de lienzo;  
 Hasta que en un laberinto  
 De nubes quedó encubierto,  
 Sin que pudiesen mis ojos  
 Volver otra vez á verlo,  
 Por mas que del laberinto  
 Procuraron ser Teseos.  
 De la vision asustado,  
 Despertó mi pensamiento,  
 Y llamando á los sentidos,  
 Sobre el caso discurrieron;  
 Pero, como á la razon  
 Se debe lugar primero,  
 La razon me ha aconsejado  
 Que no le niegue á mi esfuerzo  
 Hacer caso de ilusiones;  
 Pues, cuando fuera decreto  
 Celestial este que he oído  
 (Lo que en un sueño no apruebo),  
 Es tanta la bizarría  
 De mi corazón, que pienso  
 Que contra el decreto mismo  
 Se opusieran mis alientos.  
 ¿A mi funestas visiones?  
 A mi presagios funestos!  
 ¡Vivo yo, que estoy corrido,  
 Aunque no hago caso dellos!  
 (Ap. Por burlas de sus amagos,  
 Saber de los tres deseo  
 Si en lo que he visto haber puede  
 Encubierto algun misterio.)  
 A ti, Lisandro, te toca,  
 Por la experiencia de viejo,  
 Aconsejarme.—A ti, Duque,  
 Por mi privado y mi deudo.—  
 Tú, Moscon, por lo jocosó,  
 Siempre murmuras grosero  
 Las acciones de palacio;  
 Y así, que digas pretendo  
 En esta ocasion tambien  
 Tu burlesco sentimiento,  
 Para que á un tiempo los cuatro  
 Del presagio nos burlemos;  
 Para que la envidia vea,  
 Para que conozca el tiempo  
 Que no temo á las desdichas,  
 Ni á sus amagos no temo;  
 Y que, á pesar de amenazas,  
 Reinar en Sicilia espero,  
 Sin presagios, sin asombros,  
 Sin ilusiones, sin miedos,

Sin azares, sin temores,  
 Sin prodigios, sin portentos;  
 Porque de mi gran valor,  
 De mi majestad é imperio,  
 No puede temerse mas  
 Ni puede esperarse menos.

DUQUE. (Ap.)

¡Gran soberbia!

LISANDRO. (Ap.)

¡Presuncion

Extraña!

REY. (Ap.)

Saber pretendo

De los tres las intenciones.

LISANDRO.

Responda el Duque primero  
 A la propuesta.

DUQUE. (Ap.)

Si digo

Que este presagio es severo,  
 Será fuerza que se enoje,  
 Y desterrándome, temo  
 Perder á Laura, á quien amo;  
 Esta vez de lisonjero  
 Me he de vestir.

REY.

Decid, Duque.

MOSCON. (Ap.)

¡Qué brava la estoy urdiendo!

DUQUE.

Claro se advierte, Señor,  
 Que el pájaro que ligero  
 Te arrebató la corona,  
 Es la fama, cuyo vuelo,  
 Tal vez licenciosa, llega  
 A lo mas alto y supremo  
 De las esferas; y es claro  
 El ser la fama, supuesto  
 Que, siendo tambien deidad,  
 Envidiosa de tus hechos,  
 Te quiere usurpar la gloria.  
 Y en subir al cielo luego  
 Tu corona, dió á entender  
 Que solo merece el cielo  
 Guardar joya tan sagrada,  
 Porque sean sus luceros  
 El esmalte que la adorne.  
 Este es el feliz portento,  
 Si no me engaño, que has visto,  
 Donde claramente vemos  
 Cuánto á los cielos agrada  
 La constancia de tu reino,  
 Pues gustan que se coloque  
 Entre los astros mas bellos.

REY.

Bien discurre.

MOSCON.

(Ap. Quiero al Rey

Pagalle con la de rengo;

Que, si no lisonjeamos

En palacio, no comemos.)

Yo digo que el pajarote

Es el amor, que, aunque ciego,

Tambien le pintan con alas

Los antiguos y modernos.

Este, viendo que, amoroso,

Como atrevido y severo,

A un tiempo eres fiel amante

Y eres valeroso á un tiempo,

Conociendo que le usurpas

El ser valiente y ser tierno,

A quitarte la corona

Vino en forma de mochuelo,

Quizá para dedicarla

A Vulcano, que, aunque herrero,

Es en efecto su padre;

Porque es propio de los necios

Querer ostentar finajes,

Aunque en las malvas nacieron;

Si nó es que se la llevó  
 Para coronar á Vénus  
 En los jardines de Chipre  
 Por reina de tus deseos.

REY.

El que discurre tan bien  
 Merece, aunque es corto premio,  
 Esta cadena. (Dale una cadena.)

MOSCON.

Será

Rico blason de mi cuello.

¿Es toda de oro?

REY.

¿Quién duda?

MOSCON.

Vivas mas años que un cuervo.  
 (Ap. ¡Lo que vale la lisonja!  
 Aprended, mirones, desto.)

REY.

Di, Lisandro, si has mirado  
 Con tu discurso y prudencia  
 Deste sueño la sentencia  
 Y deste engaño el cuidado;  
 Que para que con verdad  
 Burle la deidad mas alta,  
 Solo tu consejo falta,  
 Solo falta tu piedad.

LISANDRO.

Si hay conocimiento en tí  
 De la verdad, gran señor,  
 Podrás saberla mejor  
 De tí propio que de mí.  
 No pide otro documento  
 O la verdad ó el engaño,  
 Sino un propio desengaño  
 Y un propio conocimiento;  
 Y así, entiendo que, aunque han dado  
 Su parecer los demás,  
 Al fin, Señor, quedarás  
 Por tí mas desengañado.

REY.

¿Te excusas de responder  
 A mi gusto?

LISANDRO.

Si me excuso;

Que estoy dudoso y confuso  
 Si agradarte he de saber;  
 Pues proponiendo tu gusto,  
 Y no sola la verdad,  
 No me deja libertad  
 De responder lo que es justo.  
 (Ap. Ya la discordancia siento  
 Qué mis voces han de hacer,  
 Llegándose á entremeter  
 Entre las deste instrumento;  
 Y aunque el alma las celebre  
 Y alabe la suavidad,  
 No ha de haber dificultad  
 En que la cuerda se quiebre.)

(Habla con el Rey.)

Jamás pretendí con arte,  
 Oh gran monarca, decirte  
 Lo que puede divertirte,  
 Mas solo desengañarte;  
 Y ahora mas, cuando es cierto  
 Algun venidero daño,  
 Advierto tu desengaño,  
 Y tu gran peligro advierto.  
 El sol tus años numere  
 Con los días de su vida,  
 Y el ave propia homicida,  
 Que vive al punto que muere;  
 Tus hazañas solemnicen  
 Las mas remotas regiones,  
 Y tus insignes blasones  
 Los mármoles eternicen.  
 No juzgues que es ilusion  
 El sueño, oh Rey, que profanas;  
 Antes por lisonjas vanas

Conoce las que lo son ;  
Que hay una deidad suprema,  
Digna que la adore el hombre,  
Que por su justicia asombre  
Y por su poder se tema.  
Juzga los tiempos pasados ;  
Quita la máscara al vicio ;  
Verás el gran desperdicio  
De los años mal gastados.  
Acuérdate que hay Deidad,  
Que á tus acciones asiste,  
A quien ni engañar pudiste  
Ni negarle la verdad ;  
Que vive y que está presente ;  
Disimula, espera, aguarda ;  
Con que parece que tarda,  
Y parece que consiente.  
A Baltasar la inclemencia  
Sufre el cielo y no prohibe,  
Hasta que una mano escribe  
De su muerte la sentencia.  
Aquel rayo que vestía  
El iris de plumas bellas,  
Que arrojaban las estrellas  
O que el fuego despedía ;  
Aquel ave que, rompiendo  
Lo que ocupa el aire vano,  
Robó el laurel soberano  
Mientras estabas durmiendo,  
Es el aviso divino,  
Que á tu grande obstinacion,  
O el castigo ó el perdón,  
Como piadosa, previno.  
Amenaza es de quitarte  
El reino ; no quiera el cielo  
Que se cumpla mi recelo,  
Pues creo que has de emendarte.

REY.

Calla.

MOSCON.

No podrá callar.

REY.

Sin duda debe estar loco.

MOSCON.

Pocas veces vi hablar poco  
Quien se ha excusado de hablar.

LISANDRO.

Y así, Señor...

REY.

Basta ya ;

¿ Qué brazo tan fuerte habría,  
Que á mi ofenderme podría,  
Y á quitarme el reino va ?  
Viva yo, que por escalas  
Del aire, de cielo en cielo,  
Llegue al empleo mi vuelo,  
Llegue á las etéreas salas,  
Donde, si hay deidad que asombra,  
Y que á un rey soberbio humilla,  
El sol ha de ser mi silla,  
La luna ha de ser mi alfombra.

MOSCON.

Y allí le harás á Moscon  
Algún sino extraordinario,  
No siendo el Aries ni Acuario,  
Ni el Cáncer ni el Escorpion ;  
La Libra, vaya con Dios,  
Por lo que enseña á hurtar ;  
Y el Can, porque en adular  
Nos parecemos los dos.

REY. (A Lisandro.)

No estés mas en mi presencia,  
Véte luego de Palermo ;  
Predica á peñas de un yermo,  
Y déntele fieras audiencia.

LISANDRO.

No por traidor me destierras,  
No por culpas me castigas ;  
Por verdades, sí, me obligas

Al albergue de unas sierras,  
A la rústica campaña  
De unos brutos, de unas fieras,  
Que, por no ser lisonjeras,  
Menos su amistad me daña.

REY.

No tan léjos has de estar  
De la corte ; que he advertido,  
Que, viendo lo que has perdido,  
Te causará mas pesar.  
La aldea que junto al haño  
Adonde á bañarme voy  
Está, por cárcel le doy  
A tu fiero desengaño.

LISANDRO. (Ap.)

Al piadoso cielo ruego  
Que mitigue sus enojos.

REY.

¿ Que no te maten mis ojos !  
Que no te abraze mi fuego !  
Véte.

LISANDRO.

Con gusto me voy,  
Pues es el tuyo la ley.

REY.

Sabes que siempre soy rey.

LISANDRO.

Tú, que fiel vasallo soy. (Vase.)

DUQUE.

Señor...

REY.

No hay que replicar.

(Ap. Que, pues no miré al decoro  
De su hija, á quien adoro,  
No me queda que mirar.)

(Hablando con Moscon aparte.)

Hanme dado algun cuidado  
De mi Laura los enojos.

MOSCON.

Mas bien gozarás sus ojos  
No estando el padre á su lado.

DUQUE.

Y yo en perpétuo disgusto  
Podré mas presto acabar,  
Si es forzoso renunciar  
En un tirano mi gusto.

REY.

Los cazadores preven ;  
Que con los balcones quiero  
Olvidar á ese gozoso.

MOSCON.

Harás, gran señor, muy bien ;  
Y de camino podrás  
Gozar del baño templado ;  
Que el calor es extremado.

REY.

Prevenido lo tendrás.

MOSCON.

A ponerlo por efeto  
Mi voluntad se sujeta.

REY.

Aquel pájaro me inquieta.

MOSCON.

No á mí, que soy con respeto,  
Cuando mis gracias ensayo,  
Al pájaro semejante  
En lo picudo y rapante ;  
Mas de donde diere el rayo. (Vase.)

Salen LA REINA y LAURA, dama.

REINA.

Mejor que yo alcanzarás,  
Laura, su perdón ahora.

LAURA.

Ya conocerás, señora,  
Que de mi segura estás.

REINA.

Vivas los años, Señor,  
Que quien es tuya desea.

REY.

Y esos mismos años vea,  
Reina y señora, tu amor.

REINA.

(Ap. ¿ Que disimule mis celos,  
Temiendo una tiranía,  
Cuando en una dama mia  
Conozco en el Rey desvelos ! )  
A tus piés, Señor, te ruego  
Vuelva Lisandro á la corte.

REY.

Es el castigo mi norte,  
La venganza es mi sosiego.

REINA.

Mira bien que su advertencia  
Se ajusta con la razon,  
Porqué estos amagos son  
Del cielo.

REY.

Ha sido imprudencia,  
Y la debo castigar.

REINA.

Antes fué consejo fiel.

REY.

¿ Venisme á rogar por él,  
Ó venisme á predicar ?

REINA.

Llega tú, Laura, y suplica  
Para tu padre el perdón.

LAURA.

Aunque es mucha mi razon,  
Eso á la razon implica.

DUQUE. (Ap.)

Perdóneme la lealtad  
Que á un rey se debe tener,  
Pues no tiene que perder  
Quien pierde la libertad.

REINA.

Llega tú, Laura.

REY. (Ap.)

Por verla  
Solo pedirme y rogarme,  
Me parece que he acertado  
En desterrar á su padre.

LAURA.

Los servicios que en tu casa,  
Siempre leal y constante,  
Lisandro, Señor, te ha hecho,  
Referirlos es cansarte ;  
Mas cuando nace el olvido  
De ignorancia, no de achaque,  
Si de venganza ó de enojo,  
El decirlos no es culpable ;  
Pues es de razon tan fuerte,  
Cuando la forman verdades,  
Que, á pesar de los enojos,  
Causa recuerdos bastantes.  
Apenas hubo en Sicilia,  
Cuando victorioso entraste  
Por las puertas de Palermo  
(A pesar del vulgo infame),  
Quien aclamase tu nombre ;  
Porque fué el temor bastante  
Hacer que todos temiesen  
Y tu poder recelasen ;  
Cuando la espada en su diestra,  
El enojo en su semblante,  
La razon en lo prudente,  
Y los premios en lo afable,  
Volvió en amor los temores,  
Lo aborrecible en lo amable,  
Dejando en todo tu reino  
Llanas las dificultades.  
El de Nápoles, vencido,  
Quiso el pasaje estorbarte

Por el mar, con treinta velas,  
Del cerúleo golfo ultraje;  
Y cuando faltó en tu reino  
Quien rompiese, quien cortase,  
Vengativo y animoso,  
Esos montes inconstantes,  
Con solos cuatro navios,  
Que, opugnando tempestades,  
Si no fueron del mar peces,  
Eran de sus ondas aves,  
Eché á pique diez bajeles,  
Hizo estremecer los mares,  
Y haciendo en todos su presa,  
Obligó á su rey besase  
La tierra donde sus plantas  
Procuraban humillarte.  
Treinta heridas ennoblecen  
Aquel pecho de diamante,  
Y adornan por él tu alcázar  
Cincuenta y cuatro estandartes.  
¿Quién te ha servido mas firme?  
¿Quién te asistió mas constante?  
¿Quién te aconsejó mas sábio  
Ni te sirvió menos fácil?  
Y hoy, cuando esperaba el premio  
De trabajos tan leales,  
¿Quieres pagarle en desprecios,  
Quieres en destierro darle  
El premio de sus victorias  
Y el precio de sus verdades?  
Mira, Señor, que si intentas  
De esta suerte castigarle,  
Mas le premias que castigas,  
Si el mundo la causa sabe;  
Pues los mas remotos reinos,  
Del suceso no ignorantes,  
Dirán que le has castigado  
Porque no quiso adularle.  
Si esta razon no te obliga,  
Si estas causas no te valen  
A que, piadoso, revoques  
La sentencia que firmaste,  
Dame licencia, Señor,  
Que su destierro acompañe,  
Para que estorbe mi ausencia  
Que digan lenguas mordaces  
Lo que á tu deidad desdice,  
Lo que en tu pecho no cabe.  
Demás de que es menos fuerte  
Una bala, un baluarte,  
Que á pretensiones mi pecho;  
Pues soy, si mujer, bastante  
Para resistir promesas,  
Para no oír libertades,  
Para defender honores  
Y para ilustrar linajes.  
Esto te he dicho, Señor,  
Para que el vulgo inconstante,  
O los que en palacio asisten,  
De tí con recato hablen;  
Que eres mi rey, en efecto,  
Y á los vasallos leales  
Siempre los reyes han sido  
En las tormentas la nave,  
En los peligros el puerto,  
En la pérdida el rescate,  
En los daños el remedio,  
En las penas el Acátes,  
En los riesgos el asilo,  
Y todo el bien en los males.

REINA. (Ap.)

¿Si es fingido?

DUQUE. (Ap.)

¿Si pretende

Divertirme?

REINA. (Ap.)

¿Si engañarme

Quiere de nuevo? ¡Ah traidora!

REY. (Ap.)

¿Con qué gloriosos esmaltes  
Doró el hierro de mi amor!

DUQUE. (Ap.)

No es tiempo ahora, verdades.

REY.

Basta, Laura, no haya mas.

(Ap. Por quien soy, que tus enojos  
Me llevan tras tí los ojos.)

LAURA.

¿La licencia no me das?

REINA.

Lo que Laura me ha pedido,  
Es solo que la conceda  
Que dejar la corte pueda,  
Y esto á vuestra alteza pido;  
Y así, en querer ausentarse,  
Por ver á su padre ausente,  
Muestra que, estando presente,  
Ha de gustar de quedarse.

REY.

Lo que tu ruego no alcanza,  
Por imposible ó injusto,  
No conseguirá otro gusto  
Ni gozará otra esperanza.  
(Ap. Perdona, Laura, el desvío  
Con que tus soles me ven;  
Digale amor que el desden  
Es fingido, que no es mio.)

(Hablando con ella.)

Volverá Lisandro presto  
Del destierro á que le obligo;  
Que es siempre Lisandro amigo  
Y en quien mi defensa he puesto.

LAURA.

Beso tus piés, confiada  
En tu palabra.

REY.

Perdona;

Que el ave que mi corona  
Llevó, avarienta y osada,  
Me desvela, hasta que pueda  
Darla entre los aires muerte.

REINA.

Espero, volviendo á verte,  
Saber que sin vida queda.

REY.

Laura, cesen los enojos;  
Que el perdon no será tarde.

LAURA.

El cielo tu vida guarde.

REY.

Para gozar de tus ojos.  
(Ap. Bien á la Reina he engañado.)

REINA. (Ap.)

¿Si Laura me ha divertido?

DUQUE. (Ap.)

Sin pulsos llevo el sentido.

REINA. (Ap.)

Celos, con mayor cuidado,  
Pues que sufro su rigor,  
Andemos de aquí adelante.

DUQUE.

Ya que soy de Laura amante,  
Sabré si es firme su amor.

(Vanse.)

*Ha de haber una enramada con unos  
escalones, por donde baje EL ÁNGEL,  
ricamente vestido, al son de música  
de chirimitas.*

ÁNGEL.

Ya llegó, Sicilia, el día  
Donde en consuelos presentes  
Se muden penas pasadas,  
A pesar de un rey que tienes.  
Ya llegó, pueblo oprimido,  
A ese mónstruo que te ofende,

O la piedad si se emienda,  
O el castigo si es rebelde.  
Aquella deidad suprema,  
Cuyo fiat obedecen,  
El bruto, aunque no discurre,  
Y la planta, aunque no siente,  
A mí, que soy su ministro,  
La licencia me concede  
Para derribar la estatua  
Que á las estrellas se atreve;  
Pues de la suerte que cuando  
Parece que se estremecen  
Los mas levantados montes  
O se desunen los ejes  
Del cielo, porque en las nubes  
Rompe el aire, que le ofende,  
Sale el fuego, que le oprime,  
Suena el trueno, que le hierre,  
Cuando perece el ganado,  
Cuando el ave no parece,  
Y se humillan por el suelo  
Los alcázares mas fuertes;  
Si despues de la tormenta  
El día claro amanece,  
Ahuyenta el sol negras nubes,  
Y en su esplendor las convierte;  
Así de justicia el sol  
Saldrá al mundo tan alegre,  
Que, á pesar de tanta noche  
Y de tempestad tan fuerte,  
Pise los montes mas altos,  
Los valles humildes huelle  
Entre al soberano alcázar,  
Y goce el rústico albergue.  
Vuestro rey será entre tanto,  
Y corrigiendo las leyes  
De este tirano, que el gusto  
En lugar de la ley tiene,  
Gobernaré vuestro reino,  
Dando lugar á que aliente.  
Hoy, que ha de entrar en el baño,  
Cuando el real vestido deje,  
Tomaré su forma y traje,  
Y perderá él la que tiene;  
Quedando en rostro y facciones  
Tan otro, tan diferente,  
Que ninguno le conozca,  
Siendo fábula á las gentes,  
De los varones desprecio  
Y de los niños juguete.  
Un gaban rústico y pobre  
Traeré del pajizo albergue  
De un villano de esa quinta;  
Que, aunque tanto á Dios ofende  
El pecador, nunca Dios  
Deja de acordarse siempre  
De su abrigo; pero ya  
Hacia el baño con su gente  
El Rey camina, despues  
De fatigar los celestes  
Distritos con los neblies,  
Que licenciosos se atreven  
A penetrar las esferas  
Con espíritu valiente,  
Hasta que á la altiva garza  
El coral liquido beben;  
Porque es tanta su crueldad,  
Y su codicia tan fuerte,  
Que, despues de haber quitado  
Horas y haciendas, pretende  
También que las simples aves  
Su misma sangre le pechen.  
Mas hoy, dichosa Palermo,  
Verán tus campos alegres  
Deshecho todo el encanto  
De esta venenosa sierpe,  
De este falso cocodrilo,  
De esta fiera hiena, de este  
Centro de toda maldad,  
Golfo de todo deleite.  
Yo soy el pájaro altivo  
Que le usurpé de las sienas

ona, porque en ellas  
saba injustamente,  
cias, Sicilia, albricias!  
tar muy contenta puedes,  
a se acaban tus males  
incipian tus bienes.—  
Federico ingrato,  
ada en las paredes

(Vase al son de la música.)

palacio verás  
tencia de tu muerte,  
iel no renovares,  
la sábia serpiente.

ORNADA SEGUNDA.

Salen LA REINA Y LAURA.

REINA.

me, Laura; que intento  
te jardín florido  
tir vanas memorias,  
se afligen los sentidos.

LAURA. (Ap.)

na, ¿qué suspensiones  
s que en la Reina miro?

REINA. (Ap.)

mi pensamiento,  
a máscara me quito.

LAURA.

vedades, Señora,  
es que el Rey se ha partido  
veo en tu rostro;  
qué, Señora, ha nacido  
mas que otras veces, hoy  
as tantos suspiros,  
o á entender que tu pecho  
penas un abismo,  
elago de tormentos  
pesares un río?  
edes manifestarlos,  
micalos conmigo;  
nales comunicados  
pre menores han sido,  
mi lealtad bien sabes  
es de lealtades prodigio.

REINA.

no tendré sosiego;  
te los comunico.  
Laura!

LAURA.

Tanto favor  
o que te he merecido.

REINA.

cha; que, pues estamos  
e flores, que narcisos  
el cristal de esa fuente,  
ne darán el motivo  
declarar mis penas.  
Mis celos hubiera dicho  
r, pero no conviene  
esar tal desatino:  
as personas reales  
s tienen del sol mismo.)

LAURA. (Ap.)

oderé con enojo  
declara conmigo,  
pellando recalos  
si honor por solo indicios.

REINA.

arriendo por el prado  
quida plata un hilo,  
trenza de cristal,  
culebra de vidrio,  
en detrimento suyo

DD. C. DE L.-H.

Provechosos desperdicios,  
Porque presume la selva  
Que es fineza lo que oficio;  
Y así, á pagar se dispone  
El humor que ha recibido,  
Dando en cada planta un mayo,  
Y en todas un paraíso.  
Para ofrecerle al arroyo  
La amenidad de su sitio;  
Que hasta la floresta quiere  
Satisfacer un cariño,  
Siendo citara de pluma  
Un músico pajarillo,  
Y hace en la copa frondosa  
De un chopo, sauce ó aliso,  
Desde donde escucha tierno  
Si su amante da un quejido,  
Para pagarle en moletes  
Lo que ha cobrado en suspiros;  
Que hasta un pájaro sonoro  
Sabe ser agradecido.  
En la falda de un peñasco  
Tiene la hiedra principio,  
Y como ve que ella sola  
Está exenta del dominio  
Del tiempo, se desvanece  
Para enamorar al risco.  
Sube á abrazarle amorosa;  
Y él, amante agradecido,  
Correspondiendo al favor,  
No mirando al desvario,  
En pago de sus finezas,  
Le ofrece cortés arrimo;  
Que usar de correspondencia  
Hasta una peña ha sabido.  
Laura, si el agradecer  
Es fuero de amor preciso,  
De quien no se escapa el ave,  
La selva ni el edificio,  
No es mucho que esté dudosa  
Si amor ha hecho lo mismo  
En tu pecho ¡estoy mortal!;  
Perdóname si lo digo,  
Pues son tantos los ahogos  
Que en mi pecho reprimidos  
Estuvieron hasta ahora,  
Que ya, sin poder sufríroslos,  
Es fuerza que al labio salgan  
Todos los afectos míos.  
Yo no digo que eres, Laura,  
La causa de estos principios,  
Aunque por tantos efectos  
Bien pudiera colegirlo;  
Solo advierto que, después  
Que á palacio te han traído,  
Veo muy poco gustoso  
A mi esposo Federico,  
Olvidando las finezas  
Y abrazando los desvios,  
En tus pensamientos, Laura,  
Solamente enternecido.  
No ignoro, Laura, no ignoro  
Que es tu honor más claro y limpio  
Que aquel que Febo luciente  
Ostenta en dorados giros,  
Y que á las olas de amor  
Has sido constante risco.  
No te pongo á ti la culpa,  
Que fuera en mi desvario;  
Solo pretendo que adviertas  
Que, teniéndote conmigo,  
Es aplicarme yo propia  
A mi garganta el cuchillo.  
Quitar, Laura, la ocasión  
El mejor remedio ha sido,  
Así en los fueros humanos  
Como en los fueros divinos.  
Solos estamos las dos,  
Atiende á lo que te digo,  
Advirtiéndome que mi intento  
A tu bien va dirigido.  
A ti te festeja el Duque

Con el casto y noble estilo  
Que en los palacios reales  
Justamente es permitido;  
Que á las deidades más puras  
Hace amor sus sacrificios.  
Del duque Alejandro sabes  
La casa y solar antiguo,  
Lo acendrado de su sangre,  
De sus estados lo rico;  
Mas, como esto es tan notorio,  
Ello por sí se está dicho.  
Tú has de ser su esposa, Laura;  
El modo deja á mi arbitrio;  
Que yo hare que el Rey le honre  
Con nuevos cargos y oficios,  
Y que del destierro venga  
Tu padre, á quien tanto estimo.  
No como reina te mando,  
Como amiga te suplico  
Que tengas de mi piedad,  
Pues mientras el casto hechizo  
De tus ojos viere el Rey,  
No ha de olvidar sus designios.  
Laura mía, hermosa Laura,  
Perdona mis desvarios,  
Y advierte que el darte al Duque  
Es lisonja, y no castigo.  
Así se midan tus años  
Con lo eterno de los siglos,  
Y tengas, Laura, en tus bodas  
Mas dichas que yo he tenido;  
Sáqueme tu lealtad  
De tan ciego laberinto.

LAURA.

A la primera propuesta  
No responder es preciso,  
Cuando vuestra alteza sabe,  
Cuando todo el mundo ha visto  
Lo constante de mi honor,  
Y de mi lealtad lo invicto;  
Mas solamente diré  
Que cuando el rey Federico,  
Con los fueros de tirano,  
Intentara algun delirio  
(Perdóneme que le dé  
De tirano el apellido,  
Pues sabe que en todo el orbe  
Lo dice la fama á gritos);  
Vuelvo á decir que si hiciera  
Algun desaire conmigo,  
Y obligado de mis ojos,  
Como vuestra alteza dijo,  
Pensando algun desacato,  
Se atreviera al honor mio,  
Que me sacara los ojos  
Yo misma.

REINA.

¿Qué heroicos bríos!

LAURA.

Yo misma, porque no fueran  
Causa de su precipicio;  
Y aun hiciera... Pero no  
En mas empeños me afirmo;  
Que es mi rey, y aunque es cruel,  
A deslealtades no aspiro.  
A lo segundo respondo...

REINA. (Ap.)

Mi vida pende de un hilo.

LAURA.

Que en darme, Señora, al Duque  
La mayor merced recibo,  
Pues mi nobleza no hallara  
Mas á su gusto marido.

REINA. (Ap.)

Albricias, vanos descelos;  
Que el encanto se deshizo.

LAURA.

Pero como la obediencia  
Es tan precisa en los hijos,  
Daréle cuenta á mi padre;

Que no es mio mi albedrio,  
Si su licencia me falta.

REINA.

(Ap. ¡Cielos, si se ha arrepentido!)

(Estos versos apriesa, con turbacion alegre.)

Eso no te dé cuidado;  
Verás cómo facilito  
Que venga luego á la corte,  
Donde lo que propusimos  
Efecto dichoso tenga.

LAURA.

En tu gusto me resigno,  
Como lo quiera mi padre.

REINA.

Yo, Laura, á ello me obligo.

LAURA.

¿Estás contenta?

REINA.

A mis brazos

Llega, no visto prodigio  
Del honor y la lealtad.

LAURA.

A vuestras plantas me humillo.

REINA.

¿Cumplírase la palabra?

LAURA.

¿Quién lo dada?

REINA.

Mucho estimo,

Laura, tan noble fineza.

LAURA. (Ap.)

¿Hay mas extraño capricho?

REINA.

Parece que viene gente,  
Volvamos á mi retiro;  
Que no quisiera que alguna  
Dama nos hubiera oído,  
Y le diera desto parte  
A mi esposo Federico.  
Vamos apriesa, y advierte  
Que en tu palabra conlío.

LAURA.

Como mi padre lo quiera,  
Señora, lo dicho dicho.

REINA. (Ap.)

Amor, venci.

LAURA. (Ap.)

Tantas dudas

Ya parecen desvarios.

(Vanse.)

Digan adentro EL REY, EL DUQUE y  
MOSCON, antes de salir al tablado.

REY.

Soltadle á los neblies las pihuelas;  
Que el recelo á la garza pone espuelas.

MOSCON.

En columbrando el Rey al pajarote,  
Quitadle luego al sacre el capirote.

(Salen ahora.)

REY.

Diversas aves se han volado.

DUQUE.

Extrañas.

Las grutas de estas ásperas montañas,  
En vez de fieras, estas aves crian,  
Que hasta las nubes penetrar porfian.

REY.

Aquel ave ó prodigio se me esconde,  
Sin que sepa el lugar, sin saber dónde  
Sus polluelos sustenta, el nido tiene,  
Ni en qué parte del aire se entretiene.

MOSCON.

Sin duda que amenaza tu desastre  
El pájaro á quien Plinio llama sastre;  
Si no fuera cernicalo ó milano,  
Debió de ser el pájaro escribano,  
Que con su pluma vueta por los aires;  
Y si acaso te enfadan mis donaires,  
Diré que ha sido un pájaro casero,  
Que llaman en palacio despensero.

REY.

Cansado estoy de la volateria.

MOSCON.

Y yo del tropezon del haca mia;  
Que quien corre la tierra y mira al cie-  
Es milagro no ruede por el suelo. [lo,

DUQUE.

Al baño, gran señor, hemos llegado.

MOSCON.

Es el baño del Cisne muy nombrado.

REY. [me;

Entrad conmigo, Duque, á desnudar-  
Que intento divertirme con bañarme.

(Vanse el Rey y el Duque.)

Sale EL ÁNGEL, y quédase al paño.

ÁNGEL.

La hora llegó ya de su castigo,  
O de la justa emienda á que te obligo;  
Amudarle la forma voy mandado [dado.  
Del que es quien es, y nunca se ha mu-  
(Vase.)

MOSCON.

Pues que tan solo, en efeto,  
Os dejan, señor Moscon,  
Yos teneis linda ocasion  
Para decir un soneto;  
Mas si esta heróica poesia  
No es de ingenio tan grosero,  
Murmurar un rato quiero  
Del Rey, pues me dá osadia  
El ser yo del Rey criado.  
Lograr pienso la ocasion;  
Mas quedo, señor Moscon;  
Que anda el mar alborotado,  
Y es infamia el murmurar.  
Lengua mia, callar puedes;  
Que, aunque no hay aqui paredes  
Que te puedan escuchar,  
Nunca el silencio dió enojos,  
Y para darte congojas,  
Tienen los árboles hojas.

Que tal vez les sirven de ojos.

Los plebeyos no han de ser  
Registro á las majestades;  
Mas saben bien las verdades,  
Y las sabrán defender.

De ser leal se destierra  
Aquel que al rey no perdona,  
Pues no puten la corona  
Los buriles de la tierra;  
Y si mi rey no previene  
Honor á las justas leyes,  
Para enseñar á los reyes  
Ministros el cielo tiene.

Sale EL DUQUE.

DUQUE.

Ya el Rey se queda bañando,  
Y manda que aqui le aguarde  
Hasta que avise.

MOSCON.

La tarde

Está á bañar convidando.

DUQUE.

¿Qué hará Lisandro, Moscon,  
En esta cercana aldea?

MOSCON.

A quien soledad desea,  
Palacios los campos son;  
Demás que el sábio, el prudente,  
Nunca mas acompañado  
Que cuando está retirado  
Del comercio de la gente.

DUQUE.

Dices bien; que aquellas flores  
Aun no fingen lisonjeras,  
Colores son verdaderas  
Sus naturales colores.  
Aqui las aves cantar  
Suelen al amanecer,  
Solo por entretener,  
Y no por lisonjear.

Cuando los arroyos bellos  
Son despeñados Faetontes,  
Besan los piés á los montes,  
Pero no murmuran dellos.

MOSCON.

En tanto que el Rey se baña,  
Entretengamos el tiempo.

DUQUE.

Dices bien, ¿Tienes amor?

MOSCON.

No le he tenido ni tengo.

DUQUE.

Éso ¿cómo puede ser,  
Siendo galan y mancebo?

MOSCON.

Has preguntado muy bien;  
Escucha mi pensamiento:  
Yo, segun mi natural,  
Amar quisiera, esto es cierto;  
Pero el amar se me acaba  
Al punto que considero  
Que, como mula sin tacha,  
No hallo mujer sin defecto;  
Mas esto se ha de entender  
Hablando de lo plebeyo,  
No de hermosuras que tocan  
En lo noble y lo supremo.

DUQUE.

Muy bien has hecho la salva.  
(Ap. Oírle con gusto pienso;  
Que, si va á decir verdad,  
Aun tiene gracia en lo necio.)  
Prosigue, Moscon, prosigue;  
Que me holgaré.

MOSCON.

Oye atento:

Si es moza, se hace de pencas,  
Diciendo: «No trato de eso.»  
Si es pasante, busca unciones  
Con que teñirse el cabello,  
Y si se repara bien,  
No es ámbar fino su aliento.  
Si es flaca, ¿quién puede haber  
Que enamore un esqueleto?  
Si es gorda, sin ser verano,  
Abochorna y quita el sueño;  
Si es alta, parece azul,  
Como la miren de léjos;  
Si es enana, es menester  
Humillarse por el suelo,  
O ponerse de cuclillas,  
Para decirle un secreto.  
Pues si tiene buenas manos,  
Dios nos libre del exceso  
Con que á puras manotadas  
Acicala y pule un cuento;  
Si buenos dientes, los labios  
Arregaza haciendo un gesto,  
Y á cualquiera chanza trae  
La risa por los cabellos;  
Si es discreta, ya se sabe  
Que no la falta lo feo;

Si hermosa, el ser una tosta  
Le compete de derecho;  
Mas todo lo referido,  
En mi opinión, es lo menos;  
Que estos son, si bien se mira,  
Particulares defectos,  
Que no á todas comprenden,  
Pues muchas se hallan sin ellos.

Vamos á las generales  
Trazas, tramoyas y enredos  
De las mujeres. ¿Quién hay  
Que sufra los embelecios  
De rizos, guedejas, moños,  
Que están diciendo *memento*,  
Calva, que ayer fuiste raso,  
Aunque hoy eres terciopelo?  
Quién habrá, digo otra vez,  
Que lleve con sufrimiento  
Las infusiones, las mudas,  
Los badalques y ungüentos  
Que hacen algunas mujeres  
Para pintarse de nuevo?  
Pocas son las que se lavan  
Con agua clara de enero;  
Todo es soliman y todo  
Arrebol, claras de huevos,  
Albayaide, piedra-lumbre,  
Babolas, miel y espejuelos,  
Y otras seis mil porquerías,  
Que duran en sus pellejos  
Lo que al sudor se le antoja  
O lo que permite el lienzo.  
Si bajamos pues abajo,  
Muy entablillado vemos  
Al talle, como si fuera  
Brazo con un desconcierto,  
Que si en un brazo le dan,  
Resuena el carton á hueco.  
Luego están los guarda-infantes,  
Los faldellines, los ruedos,  
Las enaguas, las polleras,  
Que, garlitos del infierno,  
Engañan á un hombre honrado  
Con el ceño que está dentro.  
Pero lo esencial olvido,  
De lo mejor no me acuerdo;  
¿Qué mujer hay que no pida?  
¿Quién no ha de quedarse muerto  
A un «dame» desvergonzado,  
A un «entríame» grosero?  
No, mi Duque; ¿yo querer?  
Yo enamorar? ni por pienso,  
Cuando en muchas de las hembras  
Tantos excesos contemplo,  
Condiciones depravadas,  
Tantas mañas y embelecios,  
Y que sobre todo, piden,  
Con que pienso que eché el resto.

DUQUE.  
Muy bien me has entretenido;  
(Dale una sortija.)

Toma esta sortija en premio.

MOSCON.  
Matusalen de los duques  
Te vean mis herederos.

DUQUE.  
Pienso que su majestad  
Sale del baño, y no sé  
Cómo tan presto; sabré  
Si hay alguna novedad.

DUQUE.  
Sale EL ÁNGEL, con el mismo vestido  
del Rey ó con otro parecido.

ÁNGEL.  
Vamos; que ya me he bañado.  
DUQUE.

Señor, ¿qué razon ha habido  
De haberte á solas vestido,  
Sin que nos hayas llamado?

ÁNGEL.  
Yo propio quise vestirme;  
Que, para bien acertar  
A gobernar y mandar,  
Tal vez conviene el servirme;  
Que, aunque rey tan recto me hallo,  
Porque el pueblo no se queje,  
No es justicia que le deje  
Toda la carga al vasallo.

MOSCON. (Ap.)  
A fe, que es esta razon  
Nueva en un rey tan tirano.

DUQUE.  
Aun todavía es temprano,  
Que apenas las cuatro son.

ÁNGEL.  
No importa, á Palermo vamos;  
Que entonces no será vicio  
Todo el honesto ejercicio,  
Cuando bien le moderamos.

DUQUE.  
¿Gran prudencia!

MOSCON.  
¿Gran mudanza!  
Él ha trocado el pellejo;  
Que no es suyo este consejo  
Ni tampoco esta alabanza.

ÁNGEL. (Ap.)  
De Dios es bien que veais  
El poder, rey atrevido.  
Donde vos, desconocido  
De todos, os conocéis.  
Es de Dios orden y ley  
Que de este que le enemista  
Tome forma y traje vista,  
Con traje y forma del Rey.  
Saldrá del baño desnudo,  
Y no hallando su vestido,  
Se vestirá mal sufrido  
(Señala entre las ramas, adonde ha de  
estar, no muy encubierto, un sayo  
pulido de labrador.)

Aquel, que es de un pastor rudo;  
Con que vestidos los dos,  
En la soberbia en que está,  
El tino conocerá  
Lo que puede y sabe Dios.

DUQUE. (Ap.)  
Sospecho que se ha quedado  
El Rey, Moscon, divertido.

ÁNGEL.  
Vamos pues. (Vase.)  
DUQUE.  
Él ha salido  
Del baño en otro trocado.  
¿Si es de algun sueño ilusion?  
De nuevo admirarme quiero. (Vase.)

MOSCON.  
Él ha salido cordero,  
Habiendo entrado leon.  
Si la vista no me miente,  
Y no es del deseo engaño,  
Sin duda dejó en el baño  
El pellejo de serpiente. (Vase.)

Sale EL REY del baño, á medio vestir,  
y dice antes de salir.

REY.  
¿Duque! — ¿Criados! — ¿Moscon! —  
¿Compañeros, hola, hola!  
¿Mi persona dejáis sola,  
Y mas en esta ocasion?  
¿No me venís á vestir?  
¿Qué es esto? ¿Nadie responde?  
¿Dónde estáis; villanos, dónde?  
¿Qué! ¿No me queréis oír? —

¿Hola, Duque! por quien soy,  
Que á todos mande matar,  
Y aun no se podrá templar  
El enojo con que estoy.  
Un Monjibelo es mi pecho,  
Que me enciende y que me abraza;  
¿Si esto acaso en sueños pasa?  
Que ha sido ilusion sospecho;  
Que sueño no puede ser,  
Pues que estoy despierto; veo  
Ser engaño, y traicion creo  
De quien me quiso ofender.  
Esta es la puerta del baño,  
Este es campo, y monte aquel,  
Este arroyo, aquel vergel;  
Luego no es del sueño engaño.  
Mas sin duda que estoy loco,  
O la memoria he perdido,  
Pues en sombras del olvido,  
Dudas piso, incendios toco.  
El vestido me han llevado;  
¿Que esto sufro, pésia al cielo!  
Que no pueda yo de un vuelo  
Llegar al cielo estrellado.  
Y en lugar de la escarlata  
Que mi persona ha lucido,  
Cortar ahora un vestido  
De sus estrellas de plata!  
Al mismo Dios me opondré,  
Y si quisiere estorbarme,  
Con él pretendo igualarme.

PASTORCILLO. (Dentro.)  
Calla, blasfemo, sin fe.

REY.  
¿Qué voz entre aquestas ramas  
A mi decoro se atreve?  
A mas cólera me mueve;  
Ahrasará con mis llamas  
Todo el monte; pero no,  
Registraré su maleza. —  
¿Quién se atreve á mi grandeza?  
Quién la ha profanado?

Sale ahora EL PASTORCILLO, poli-  
damente vestido, guardecido el va-  
quero de armiños.

PASTORCILLO.  
Yo.  
REY.  
Dime, ¿quién eres?

PASTORCILLO.  
Un niño,  
Con el valor de gigante.

REY.  
¿No vi rapaz semejante!  
Vestido de blanco armiño,  
Al alba envidia le da  
Y al mismo sol desafia.  
¿Cómo has tenido osadía?  
¿Cómo un átomo podrá  
Oponerse á todo el sol?  
O no debes de saber  
Que soy el Rey.

PASTORCILLO.  
Podrá ser,  
Pero ningun arrebol  
De su grandeza en tí veo.  
El Rey en palacio está,  
Yo le dejo ahora allá.

REY.  
¿No lo creo, no lo creo!  
PASTORCILLO.

Si tú la fe no conoces,  
¿Cómo puedes tener fe?  
Bien esta duda escuché  
De lo altivo de sus voces  
Y de su soberbia vana,

De su loca fantasía;  
Que la gloria de este día  
Será un infierno mañana.  
No ofendas al cielo mas,  
Trata de enmendarte plo;  
Que la vida humana es río,  
Que volver no puede atrás.  
Acuérdese su merced  
De Goliat el gigante,  
Que un pastorcillo ignorante  
Le puso en el cuello el pié.  
¿Cómo el temor no le incita  
La estatua de aquel Nabuco,  
Pues, cual si fuera un trabuco,  
La derribó una chinita?

REY.

Niño sabio, disfrazado  
Con el traje de pastor,  
No conoces mi valor,  
Pues sin temor me has hablado;  
El rey Federico soy,  
Aunque desnudo me ves;  
Arrodíllate á mis piés.

PASTORCILLO.

Mejor levantado estoy;  
No le haré tal ceremonia,  
Aunque me haga mas cariños;  
Que soy uno de los niños  
Del horno de Babilonia.

REY.

¿Cómo de Escritura sabes,  
Si la experiencia te falta?

PASTORCILLO.

En la Alemania mas alta  
Aprendi cosas muy graves,  
Y de modo concebí  
Las ciencias, sin estudiar,  
Que es imposible olvidar  
Lo que una vez aprendí.

REY.

Sin duda que es hechicero.—  
Véte al momento, rapaz.

PASTORCILLO.

Tengamos la fiesta en paz,  
Serenado caballero.

REY.

Mataréte. (Va á acometerle.)

PASTORCILLO.

No podrá.

REY.

Mas ¡qué grave suspension  
Me acobarda el corazón!  
Temblando en mi pecho está.

PASTORCILLO.

Aunque me ve rapaz tierno,  
A otro pastor muy rebecho  
Le hice yo rodar el trecho  
Que hay desde el cielo al infierno;  
Y aun ahora, si se sube  
A mayores, con un pié  
Tan alto le arrojare,  
Que le clave en una nube.

REY.

Véte ya de mi presencia;  
Que no sé qué miro en tí,  
Que de mis culpas aquí  
Hoy me acusa tu inocencia.

PASTORCILLO.

Ahora sí que me voy,  
Pues me empieza á tener miedo.

REY.

Mover las plantas no puedo,  
Sin duda hechizado estoy.

PASTORCILLO.

Voyme, pues de mí se espanta,  
Diciendo aquesta letrilla:

«Dios levanta al que se humilla,  
Y humilla al que se levanta.» (Vase.)

REY.

Esto que por mí ha pasado,  
A nadie habrá sucedido.  
¿Que no tenga yo un vestido  
Ni venga ningun criado?  
(Va hácia una enramada, donde estará  
un sayo puído de labrador.)

Peró un rústico vaquero  
Piadosa me da la tierra,  
Cuando el cielo me hace guerra,  
Porque hacerle guerra espero.  
(Vase vistiendo el vaquero.)

Quiero abrigarme con él,  
Pues mi mal lo quiere así;  
Y no porque me honre á mí,  
Mas por darle honor á él.

BATO. (Dentro.)

Pues se fué á Palermo el Rey,  
Cantando me daré priesa  
A buscar por la dehesa  
El novillejo y el buey.

UN MÚSICO. (Dentro.)

Novillejo perdido,  
Quizá por engañado,  
¿Cómo dejas el prado,  
De flores guarnecido,  
Y por fragosas breñas  
Buscas el vil sustento entre las peñas?

OTRO MÚSICO.

Amado novillejo,  
Y mil veces amado,  
Como al fin te he criado,  
Perdido no te dejo.  
Vuélvete á la querencia;  
Que, como buen pastor, siento tu ausen-

REY.

Con las voces que he oído  
De estos pastores, siento  
No sé qué movimiento,  
Apenas entendido;  
Que soy fiero perdida,  
Y oigo un pastor que dió por mí la vida.

MÚSICO 2.º

¿Cómo te engalanara  
De flores, si te viera!

MÚSICO 3.º

Yo en tu rescate diera  
El alhaja mas cara.

REY.

Alabaré tu nombre; [dre.—  
Mas esto es conocer que yo soy hom.—  
¿Ah, pastor?

Sale BATO, segundo gracioso.

BATO.

¿Quién llama?

REY.

Yo.

BATO.

¿Habeis acaso sabido  
De un novillejo perdido?

REY.

¿Tú no sabes quién soy?

BATO.

No.

REY.

¿No me conoces, villano?  
El Rey soy.

BATO.

¿Linda figura!

REY.

Humíllate á mi procura.

BATO.

¿Yo humíllarme? Será en vano.

¿Quién eres?

REY.

El Rey.

BATO.

¿Mamola!

¿Lindo rey mos ha venido!  
El loco es entretenido.

REY.

Por Dios que te mate.

BATO.

Hola,  
(Saca la honda.)

Si dos ripios arrebató,  
Le he de abollar la mollera.  
¿Qué ridícula quimera!

REY.

Yo soy el Rey.

BATO.

Yo soy Bato.

Poco el ser rey se le encaja,  
Aunque yo le he visto ogaño  
Lindo como flor de antaño.

REY.

¿Adónde?

BATO.

En una baraja.

REY.

¿A qué furias me provocó!

BATO.

Mas ¡ay! ¿No es este el vaquero  
Que me faltó, dominguero?  
Sin duda le hurtó este loco;  
Él es.—Sois lindo ladron,  
El vaquero habeis de dar,  
O entended que hemos de andar  
Entrambos al mojicon.  
(Quiere quitarle el vaquero.)

REY.

¿Criados, Duque?

BATO.

¿Llamais

Otros tales como vos?  
Soltá el vaquero, ó por Dios,  
Que mis manos conozcáis.

Sale LISANDRO, vestido de color.

LISANDRO.

Aparta. ¿Qué es esto, Bato?  
Qué te ha hecho este pastor?

BATO.

Se finge loco, Señor,  
Y es mayor ladron que un gato;  
Dice que es el Rey, y el sayo  
Que trae puesto me le hurtó.

REY.

Lisandro, ¿el Rey no soy yo?

BATO.

¿Oh qué linda fror de mayo!

LISANDRO.

¿Tú eres el Rey?

REY.

¿No me ves?

LISANDRO.

Porque te veo lo digo.

REY.

¿Tambien tú eres mi enemigo?

Si no lo soy yo, ¿quién es?

LISANDRO.

El que yo ahora encontré  
Hácia Palermo.

REY.

¿Es posible?

¿Vióse golpe mas terrible?

Dime, ¿no te desterré?

BATO.  
¡Qué lindos regalos!  
¡A Lisandro yo,  
el tal le desterró  
por cuatro mil palos.  
¡Loco hemos hallado,  
ha de haber en la aldea;  
mi vaquero, y sea  
loco.

REY.  
¡Ah cielo airado!  
LISANDRO.  
¡Que, aunque no es  
por lo que representa  
le ha de hacer afrenta.

BATO.  
¡Obraré despues.  
LISANDRO.  
¡Daré otro vaquero.

BATO.  
¡Questo, callaré.  
REY.  
Lisandro, ¿esa es la fe  
alloy caballero?  
¿tu rey desconoces?

LISANDRO.  
¡Es al Rey parecido  
rostro ni el vestido.

REY.  
¡Es; que bien me conoces.

BATO.  
¡Le trujo por aquí,  
¿mueso amo?

LISANDRO.  
¡Buscar  
é poder olvidar  
los ojos que hay en mi.  
Ver esos sembrados,  
está cerca la aldea.

BATO.  
¡Palacio desea,  
Rey, aquí hay criados.

REY.  
¡Palermo deseo,  
¿mis el desengaño.

BATO.  
¡Que, si no me engaño,  
la posta corriendo.

REY.  
¡Como de su venida,  
te mi verdad veréis.

Sale EL DUQUE.

DUQUE.  
¡Dro, en buen hora estéis.

LISANDRO.  
¡Le el cielo vuestra vida.

DUQUE.  
¡Los os conocí,  
el camino he torcido;  
¿bricias, solo os pido  
brazos.

LISANDRO.  
¡Veislos aquí.  
(Abrázanse.)

DUQUE.  
¡Los os alza el destierro,  
e á Palermo vengais  
la.

LISANDRO.  
¡Donde vos estáis,  
¿aya mas privado es yerro.

DUQUE.  
¡D, Lisandro, por llano

Su favor, porque hoy le vemos  
Tan trocado, que tenemos  
Rey santo por rey tirano.  
En Palermo entrar no quiso  
Sin que os viniese á llamar.

LISANDRO.  
Le habrá querido trocar  
Del cielo aquel santo aviso.

REY.  
¡Qué rey á Lisandro llama,  
Si yo soy el Rey? — ¿No veis  
Que aquí vuestro rey tenéis,  
Que os defiende, quiere y ama?  
Así el Duque lo dirá.

DUQUE.  
¡Hay tan raro frenesi?

REY.  
¡Cómo os partisteis sin mi?

LISANDRO.  
En esa locura da.

REY.  
No estoy loco; que es engaño.  
¿No os acordais que esta tarde...

BATO. (Ap.)  
El cielo mi juicio guarde.

REY.  
Conmigo fuistes al baño?

DUQUE.  
Es verdad que al baño fui  
Con mi rey y mi señor;  
Pero, loco labrador,  
Yo no te conozco á ti.

REY.  
¡Que este negarme procura!

LISANDRO.  
Llevarte al Rey bien será.

DUQUE.  
Y es cierto que gustará  
De su graciosa locura.

BATO.  
Él quiere, pues no replica;  
No vaya, Rey, muy despacio,  
Pues con él habrá en palacio  
De todo, como en botica.

REY.  
Lisandro, si de vasallo  
Os preciáis, ahora es bien  
Que de los vuestros me den  
Al punto el mejor caballo.

LISANDRO.  
Otra vez le vuelve el mal.

REY.  
Hágase luego mi gusto,  
Que ir á la corte no es justo  
A pié mi grandeza real;  
Que allá pretende mi brio  
Al rey que el nombre me ha hurtado  
Retarle á caballo armado,  
Y matarle en desafío.

BATO.  
Mal la maraña penetra,  
Señor rey de paramento,  
Porque esta jornada intento  
Que vaya al pié de la letra.

LISANDRO.  
Antes, por el pundonor,  
Un caballo le he dar.

BATO.  
Yo le pienso acompañar.

DUQUE.  
¡Qué lástima!

LISANDRO.  
¡Qué dolor!

BATO.  
Señor Rey, téngase á buenas,  
No haga locos desatinos;  
Que hay en la corte pepinos,  
Naranjas y berenjenas.

DUQUE.  
Vamos, porque el Rey espera.

LISANDRO.  
Vamos, Duque.  
(Vanse Lisandro y Bato.)

DUQUE. (Ap.)  
Esta ocasion,  
Para lograr mi aficion,  
Mas viva ser no pudiera;  
A Laura le pediré,  
Pues el Rey tan otro está.  
Amor, vuela, pues que ya  
Te lo merece mi fe. (Vase.)

REY.  
Mentido rey, allá voy;  
Espérame, reino ingrato;  
Que no te saldrá barato  
El creer que loco estoy;  
Porque mi brazo, recelo  
Que ha de ser en dura guerra  
Escándalo de la tierra  
Y asombro de todo el cielo. (Vase.)

## JORNADA TERCERA.

Sale EL DUQUE, vestido ricamente,  
con banda y sombrero de plumas.

DUQUE.  
Mientras que el rey Federico  
Con Lisandro dando está  
Audiencia, y Moscon me avisa  
Que ya quiere comenzar  
La fiesta, adonde Palermo  
Hoy confirma su lealtad;  
Pues que Laura me ha avisado  
Que en un balcon estará  
De los que caen al terrero,  
Contento quiero llegar;  
Que no profana el decoro,  
No, de palacio un galan  
Cuando, como yo, pretende,  
Sin esperanza, obligar.  
Demás, que al rey Federico  
Veo tan trocado ya,  
Que él y la Reina sin duda  
De Lisandro alcanzarán  
El si que esperando estoy.  
Permite, oh ciego rapaz,  
Que llegue el dichoso dia  
De tanta felicidad.

Sale LAURA á una ventana.

LACRA.  
Al Duque avisé viniese  
Al terrero, que culpar  
Le intento de que en dos dias  
No me haya visto; mas ya  
Mira al balcon cuidadoso  
Y se pasea galan.  
La seña haré.

(Hace señas con un pañuelo.)

DUQUE.  
Laura es;  
Bien lo muestra la seña  
De aquel ondeado lienzo,  
Que es mi bandera de paz. —  
(Llega al balcon.)

¡Cuándo mereció mi afecto,  
Aunque siempre fué leal,

Cuidadosas asistencias  
De tan suprema beldad?  
¿Por la tarde de un balcon  
Hacéis oriente? Será  
Por equivococar al mundo  
De Febo el curso solar.  
Ved que dos soles á un tiempo  
El mundo abrasar podrán,  
Si bien uno, de corrido,  
Ya se va corriendo al mar.

LAURA.

Duque, ¿sin verme dos días?  
Si mientras de mí te alejas,  
Que soy tu vida, y me dejas  
Muriendo, ¿cómo vivías?  
O ausente, en mi amor ardías,  
Fénix, cuyo fuego soy,  
Que, como me exhalas, voy  
Llegando á mi fin, y cuando  
La vida me estás quitando,  
Vida con morir te doy.  
Contéplome aquella fuente,  
Cuya desatada plata,  
Si viva á una antorcha mata  
En su golfo trasparente,  
Muera por el consiguiente,  
La enciende tierno y esquivo  
Fuego, y como te percibo  
En mí, y en tí me convierto,  
Vives de achaque de muerto,  
Mueres de achaque de vivo.  
Mas yo, Duque, te imagino  
Fuente del sol, que es un hielo,  
Cuando la mitad del cielo  
Borda su esplendor divino;  
Y en saliendo el vespertino  
Lucero, á sus orbes rojos  
Tributa ardientes despojos;  
Así es fuego tu violencia  
A la noche de mi ausencia,  
Y nieve al sol de mis ojos.  
Amar es un desear,  
Que el dorado arpon esmalta,  
Con que si el deseo falta,  
El amor ha de faltar;  
Y así, te puede culpar  
Mi fe, pues faltar arguyes;  
Si de tu vista la excluyes,  
No ocasiones su querella,  
Porque cuanto huyeres della,  
Tanto de quien eres huyes.

DUQUE.

Si deseo el amor fuera,  
En cumpliéndose cesara,  
Porque nadie deseara  
Lo mismo que poseyera;  
Desea el bien quien le espera,  
Y no quien le ha conseguido,  
Amando correspondido;  
Y así, nació destinado,  
Al deseo lo esperado,  
Y al amor lo poseído.  
Luego mi feliz trofeo  
No arguye contradicción,  
Pues la misma posesion  
Que aun no poseéis poseo;  
Y en el desearla veo  
Que jamás estar ocioso  
Puede el afecto amoroso,  
Pues siendo el acto inconstante,  
Implica que viva amante  
Quien no vive deseoso.

*Salte MOSCON, y quédase al paño.*

MOSCON.

Aunque es tiempo de avisarle,  
No le pretendo avisar,  
Pues tan fino en el terrero  
Hablando con Laura está.  
Lo que le toca á mi oficio

Es ver si puedo escuchar  
Los requiebros que la dice,  
Y los que ella le dirá,  
Por ver si algo se me pega  
De amor; mas es por demás.

DUQUE.

¿Quién solicita y procura  
Que me hagais tanto favor?

LAURA.

Amor.

DUQUE.

Y á empresa tan superior  
¿Quién me alienta y apresura?

LAURA.

Ventura.

DUQUE.

¿Y cuál será en tal altura  
El premio de mi ardimiento?

LAURA.

Contento.

DUQUE.

Ya pues con mayor aumento  
De mi fineza os obligo;  
Pues en serviros consigo  
Amor, ventura y contento.

LAURA.

Si fué cruel mi hermosura,  
¿Quién incita vuestro ardor?

DUQUE.

Amor.

LAURA.

Cuando él despida el rigor,  
Vuestra fe ¿qué me asegura?

DUQUE.

Ventura.

LAURA.

¿Y si en mí el afecto dura  
Igual con el rendimiento?

DUQUE.

Contento.

LAURA.

Pues yo con mayor aliento  
Aumento mi amor, por ver  
Qué tengo ahora en tener  
Amor, ventura y contento.

DUQUE.

Tiene un amante en tener  
Amor crecido y robusto,  
Gusto;  
Faltando el desden injusto,  
Se le acrecienta el querer  
Placer;  
Y el verse corresponder,  
Va adquiriendo cada día  
Alegria.  
Dejad pues la cobardía,  
Y amor juntos frecuentemos,  
Porque con esto tendremos  
Gusto, placer y alegría.

LAURA.

Confieso que habrá en querer,  
Sin género de disgusto,  
Gusto;  
Y que tener será justo,  
Viéndose corresponder,  
Placer;  
Pero está tan al perder  
A cualquiera niñería  
La alegría,  
Que yo, en tan necia porfía  
Llegando á considerar,  
No quiero con tanto azar  
Gusto, placer ni alegría.

*(Tocan clarines dentro.)*

DUQUE.

Este belicoso acento  
Me avisa que es tiempo ya  
De ir á la fiesta. ¿Quién vió

Que una fiesta dé un pesar?  
Adios, mi Laura.

LAURA. *(Arrójale una banda verde-mar).*

Esa banda

En mi nombre llevarás,  
Y no extrañes el color,  
Que en el color verde-mar  
Hay esperanzas, que en ondas  
Te ofrece tranquilidad. *(Vase.)*

DUQUE.

De buena esperanza el puerto  
Sin duda habré de tocar  
Con tal favor.

MOSCON.

Vuecelencia

No enamore un punto mas;  
Que ya los duques y condes,  
Marqueses otro que tal,  
Para correr las sortijas  
Juntos en la plaza están  
De palacio, aunque me han dicho  
Que el Rey no se quiere hallar  
En la tal fiesta; no entiendo  
Deste rey el natural:  
Ayer aturdía el mundo,  
Y hoy en aturdirse da.

DUQUE.

Vamos apriesa.

MOSCON.

Sin duda

Con favor tan singular,  
Que has de llevar de codillo  
Los premios á los demás.  
*(Vause.)*

*Salen EL REY y BATO.*

BATO.

Que acompañe á aqueste loco  
Me ha sopricado mi amo.  
¿No es mala la comezon!

*(Está pensativo el Rey.)*

No podría hacer el diablo  
Vestido de tan buen gusto  
Como es un loco aforrado  
De lo mismo; porque yo  
Diz que tengo lindos cascos.  
Frio debo ser sin duda,  
Pues me aforran de verano.

REY.

No es natural, no es posible  
Lo que está por mí pasando;  
Superior causa sin duda  
Es causa de mis agravios.

BATO. *(Ap.)*

¿Qué figuras que está haciendo!  
Atento lo está mirando;  
A la he, que si se emperra,  
No dó por mi vida un cuarto.

REY.

Si creyera que era el cielo  
Origen de tantos daños,  
No estuviera, no, seguro  
El mas luciente topacio  
Que en su camara de estrellas  
Guarda el firmamento avaro.  
Poco es esto, el mismo Dios  
No lo estuviera.

BATO.

¿San Pabro!

A hereje este rey de locos  
Va por sus pasos contados.

REY.

Vén acá. ¿No es esto así?

BATO.

Señor, yo só mal cristiano,  
Mas buen católico, y creo

Que solo de Dios el brazo  
Es el todopoderoso;  
Y en esa fe confiado,  
Le dejo para quien es,  
Aunque me de mas trabajos.

REY.

En fin, eres de la tierra  
El mas humilde gusano;  
Estaba por arrojarte  
Desde ese balcon abajo,  
Y si no, en aquel estanque,  
Foso que guarda á palacio.

BATO.

¿Soy yo Leandro? Só Flor,  
De quien me dijón angaño,  
Y afirman los fabuleros,  
Que, como huevós entrambos,  
Ella se murió en tortilla  
Y él fué por agua pasado?  
¿En estanco echarme á mí?  
¿Soy yo por dicha tabaco?  
¿Arrojarme de un balcon?  
¿Soy yo basura?

REY.

Villano,

Véte al momento.

BATO. (Ap.)

¿San Lésmes!

REY.

¿Aun te detienes?

BATO. (Ap.)

¿San Mauro!

REY.

¿Eres sordo?

BATO. (Ap.)

¿San Panuncio!

REY.

¿No respondes?

BATO. (Ap.)

¿San Macario!

REY.

¿No te vas?

BATO.

(Ap. ¡Válgame el Credo!  
Excepto el Poncio Pilato.)  
Ya se irán; que no son bestias;  
Y aun se irán por todos cabos,  
Sin que sea menester;  
Mas adviértote entre tanto  
Que se ha de estar cejos quedos,  
Mi rey, porque un soldado  
Tudesco, como un gigante,  
Esta esa puerta guardando;  
Que es un frasco con bigotes,  
Y con guarda-infante un jarro.

REY.

A una legión de demonios  
No temo, ¿y quieres, villano,  
Que tema solo á un tudesco,  
Que es fuerza que esté borracho?

BATO.

Tal me sucediera á mi;  
Mas aconsejole, hermano,  
Que no se llegue á la puerta,  
Porque le ha de hacer, y es craro,  
Muy vecino de Moguer,  
Que está cerquita de Palos.

REY.

Véte, grosero, de aquí;  
Que ¡vivo yo...

BATO.

Estó tembrando.

REY.

Qué de un puntapié te arroje  
Mas allá del otro cabo  
Del mundo! y muy poco he dicho.

BATO.

Él tien pulsos temerarios;  
Co rriendo vó, y á este loco  
Que le guarden dos mil diabros.

(Vase.)

REY.

Ahora, ahora, discursos;  
Ahora, ahora, cuidados;  
Razon, entremos en cuenta,  
Pues que solo me han dejado.  
Cuándo al campo sali ayer,  
Me hizo Palermo el aplauso  
Que á su rey natural debe;

Y cuando estuve en el campo,  
Me respetaron por rey  
Cazadores y criados.  
Entré en el baño; ojalá  
No hubiera en el baño entrado,  
Pues fué golfo de veneno,  
Si no de ponzoña lago,  
Adonde nueva Medea  
Introdujo sus encantos.

Rey Federico entré en él,  
Pues todos lo confirmaron;  
Pero cuando del sali,  
A mis criados llamando,  
No pareció mi vestido  
Ni tampoco mis criados.  
Doy voces, nadie responde,  
Irrítame, blasfemando

Del mismo Dios; cuando un niño,  
Que salió de entre unos ramos,  
Me reprehende severo.  
Pero ¿para qué me canso  
En traer á la memoria  
Los desprecios de Lisandro,  
Las sinrazones del Duque,  
Las necedades de Bato,  
Afirmando que soy loco,  
Siendo su rey soberano?

En fin, yo entré por las puertas  
De Palermo, en un caballo,  
Sin que nobles y plebeyos  
Me hiciesen el agasajo  
Y cortés acatamiento

Que á su rey debe un vasallo.  
Llego á palacio, y sabiendo  
La Reina cómo he llegado,  
No me sale á recibir,  
Ni Laura, aquel dueño ingrato;  
Que de todas mis desdichas  
Ninguna he sentido tanto.

Pues cuando la mujer propia  
Desprecia á su esposo, y cuando  
La dama tributa olvidos  
A su mismo rey, son casos,  
Que, á no afirmar que estoy loco  
Después que sali del baño,  
Dijera bien que ellos solos  
La locura me han causado.

Mandar luego que no entre,  
Aunque lo intente, en mi cuarto,  
Cerrarme todos las puertas,  
Dejarme por guarda á Bato,  
Un rústico labrador,  
Todos son indicios claros  
De que, ya cansado el cielo,  
Me ha dejado de su mano,  
Y que aquel prolijo sueño  
Fué verdadero, y no falso;  
Si bien yo no he de creerlo  
Hasta que Dios, mas templado

Conmigo, lo manifieste  
En un prodigio ó milagro;  
Aunque su verdad, sin duda,  
Me dice en avisos tantos.

Pero, con todo, yo mismo  
He de ver mi desengaño.  
Aquí ha de estar un espejo  
De armar, cristalino y claro,  
Donde me vi muchas veces;

Miraré si estoy trocado  
Mi rostro en el, si mi talle  
No es tan perfecto y bizarro  
Como solia, siquiera  
Por desmentir tantos labios  
Venenosos, que me están  
El decoro inficionando;  
Porque solo esta experiencia  
A mis dudas le ha faltado;  
Mas antes que, sumiller,  
De su cristal y sus marcos  
Llegue á correr la cortina,  
Le he de informar de mi agravio.  
Y pues verdad siempre dice,  
De lisonjas no me valgo  
En esta ocasion, aunque  
Tanto de ellas me he pagado;  
Porque á quien verdad observa,  
La lisonja es desacato.  
Solo al cristal pediré,  
En sus verdades fundado,  
En sus rectitudes cierto,  
Que antes que pronuncie el fallo  
De mi muerte ó de mi vida,  
Mire con piedad mis años,  
Con decoro mi corona,  
Con atencion este caso;  
Porque acabe de creer  
Mis dudosos embarazos,  
Que no soy ya Federico  
Y que estoy de juicio falto.

(Vase llegando al espejo; antes de correr la cortina, el Rey dice este soneto.)

Lámina breve, en quien mi pecho in-  
[tenta

Ver la sentencia de mi vida ó muerte;  
Golfo dudoso, adonde, si se advierte,  
He de ballar mi bonanza ó mi tormenta.

Cristalina verdad, que representa  
Al hombre en el teatro de la suerte  
Una y otra fortuna, y se convierte  
Toda en el hombre, de lisonja exenta.

Tengo aliento y temor y extraño

[espanto,  
Pues ver mi mal ó bien en ties preciso,  
Por descifrar las dudas de un engaño.  
Manifiéstale ya tu claro aviso,  
Y sea mas piadoso el desengaño  
Que el que en otro cristal lloró Narciso.

(Corre la cortina.)

Pero ¿qué es esto, cielos inhumanos?  
No han sido ¡ay triste! mis recelos va-  
¿Qué rostro es el que veo, [nos.  
Pálido, flaco, macilento y feo?  
¿Qué horrible ceño! qué vision extraña!  
Ya digo que Palermo no se engaña;  
Ya disculpo; ay de mí! los que decían  
Que á mi rostro y mi voz no conocían.  
En bruto trasformado  
Me tiene mi desdicha ó mi pecado;  
Iba á decirlo, mas callarlo quiero,  
Que no es bien que lo crea, aunque lo

[infiero.—  
Cristal que la verdad á todos dices,  
Esta vez, por mi mal, te contradices;  
Yo soy el rey, el mundo bien lo sabe;  
Pues ¿cómo ahora de mi aspecto grave  
Las facciones desmienten? [tes.  
Cómo la verdad callas? Mientes, mien-  
¿Así intentas que yo tu verdad crea?  
Dispon que en ella á mi contrario vea;  
Si no, diré, si aquí no te provoco,  
Que soy el cuerdo yo, y tú eres el loco.

*Sale EL ÁNGEL, con el vestido parecido al que el Rey dejó en el baño, con corona y cetro, y quedase al paño, y el Rey le está mirando absorto en el espejo.*

ÁNGEL. [cuánto,  
¡Oh cuánto un pecador le cuesta, oh  
A Dios piadoso, justiciero y santo!  
Pues el cristal contempla divertido,  
Y en él se ha visto ya desconocido;  
Con insignias de rey pretendo ahora  
Que así se vea en mí, ya que se ignora;  
En el cristal intento estar visible,  
Pero en las demás partes invisible.

REY.  
¿Quién es el robador de mi corona,  
Sustituto civil de mi persona,  
A quien Palermo aclama,  
Usurpándome el nombre, honor y fama?  
*(Pónese el Ángel detrás del Rey, y le ve en el espejo.)*

ÁNGEL. *(Ap.)*  
Ahora le verás, que paso á paso  
Cerca de ti me voy.

REY.  
¡Terrible caso!  
Mas ¡ay cielo! ¿qué miro?  
¡Ya su retrato en el cristal admiro!  
Ahora sí, cristal, puedo llamarte  
Verdadero. *(Retírase el Ángel.)*

ÁNGEL.  
Retírome á esta parte.  
REY. *(Dice esto no mirándose al espejo.)*

Mi forma me usurpó, ¡qué tropelia!  
Vuelvo á mirarle. Poco la alegría  
En mi pecho ha durado;  
*(Vuelve á mirarse al espejo.)* [do;  
Sin duda que este espejo está encanta-  
Ya no parece en él, ni en esta sala  
Hay mas que yo; ¡qué desventura iguala  
A la mía! volver á verlo intento,

*(Cuando acabe este verso, ha de volver el Ángel á ponerse junto al Rey.)*

Sabré si fué ilusión del pensamiento.  
Pero segunda vez vuelvo á miralle  
Con mi rostro, corona, brio y talle.—  
Encantador tirano, espera un poco.—  
No hay duda; ¡cielos, yo me vuelvo lo—  
*(Estáse quedo el Ángel.)* [co!

¡Oh, quién pudiera unirse con sus bra-  
[zos,  
Y hacerle entre los míos mil pedazos!  
¡Que fortuna me dé, siempre envidiosa,  
Desdicha real, la dicha mentirosa!  
Mas, pues constante, no hace movi-  
Desafiarle intento; [miento,  
Porque, aunque en sombra veo mi con-  
Nunca será juicio temerario [trario,  
Que yo le rete aquí, pues mi desvelo  
Cumple con esto con la ley del duelo,  
Supuesto que á mi agravio de esta suer-  
[te

No puedo hallarle para darle muerte.  
*(Vuelve á mirarse el Rey al espejo.)*

Pues me usurpaste la corona y brio,  
Hoy te reto y te llamo á desafío;  
Mentido Rey, responde si le aceptas.  
Pues tanto me fatigas y me inquietas;  
*(Hace la señal el Ángel con la cabeza.)*  
Que sí con la cabeza has respondido;  
¿Cumplirás lo que aquí me has prome-  
[tido?

*(Vuelve con la cabeza á decir que sí.)*  
Ya también con la seña lo asegura.

Pues véte ahora, y defender procura  
Tu corona de mí.—Ya no parece;

*(Apártase el Ángel.)*  
Al paso de la duda el temor crece.  
Una joya en el pecho me ha quedado,  
Que de tantas fortunas me han dejado;  
Sobre ella haré me preste algún vasallo  
Espada y banda, armas y caballo.—  
Ulises burlador, espera, espera  
Que baje un rayo de la quinta esfera,  
Y si tu brazo Dios no mueve, en vano  
Te escaparás de mi invencible mano;  
Pues ya conozco que si Dios te ampara,  
Aun no podré mirarte cara á cara.

*(Vase.)*  
ÁNGEL.  
Ya parece que tratas de enmendarte.  
Tengayo, cielos, en su enmienda parte.  
Al desafío he de salir; que infiero  
Que ha de ser este el medio verdadero  
Para que reconozca su pecado  
Cuando á mis piés se vea derribado;  
Y si el perdón aclama arrepentido,  
Quedará vencedor, siendo vencido.  
*(Dentro música de trompetas y atabalillos, como que están en la fiesta.)*

ÁNGEL.  
Esta música me advierte  
Que ya esta fiesta acabaron;  
Pasaré desde esta cuadra  
Al salón grande, y dejando  
Estas insignias de rey,  
Les podré salir al paso. *(Vase.)*  
*(Tocan trompetas y chirimías.)*

LISANDRO. *(Dentro.)*  
¡Viva Federico!  
MOSCON. *(Dentro.)*  
¡Viva!

LISANDRO. *(Dentro.)*  
Viva el rey de sicilianos,  
Pues, cual Fénix, entre aromas  
Las plumas ha renovado.

REINA. *(Dentro.)*  
Decid que viva mi esposo  
Felices y largos años.

*Sale EL ÁNGEL, mirando al vestuario.*

ÁNGEL.  
Leales vasallos míos,  
Mucho agradezco el aplauso  
Que me hacéis, mucho el festejo;  
Yo os prometo de premiaros;  
Pero si de mi gobierno  
Estáis satisfechos tanto,  
Cuanto de mis sinrazones  
Estuvisteis agraviados,  
Désele al cielo la gloria,  
Mas no á mí, fieles vasallos,  
Pues un rey agradecido  
Supo hacer de un rey ingrato.

*Sale LA REINA.*

REINA.  
Esposo, Señor, ¿qué es esto?  
¿Ahora tan retirado,  
Cuando Palermo os aclama  
En festivos aparatos?

*Sale LAURA.*

LAURA.  
Federico invicto, ahora  
Que os está el pueblo aclamando  
Salomon de nuestros tiempos,  
¿Os estáis en vuestro cuarto?

*Salen LISANDRO y MOSCON.*

LISANDRO.  
Señor, ¿tan grande retiro?  
MOSCON.  
Señor, ¿desprecio tan raro?  
REINA.  
No ocultéis vuestra persona.  
LAURA.  
No ostentéis tanto recato.  
LISANDRO.  
No malogreis sus designios.  
MOSCON.  
No ofendáis sus agasajos.  
REINA.  
Ved que un rey agradecido  
Es del pueblo espejo claro.  
LAURA.  
Ved que un rey es sol que ilustra  
Todo un reino con sus rayos.

LISANDRO.  
El sol de Sicilia sois,  
Y alma de todos sus campos.  
MOSCON.  
Ved que á su reino es un rey  
Lo que á un paje hambriento un plato,  
Lo que á una dueña un monjil,  
Y á un poeta muchos cuartos.

ÁNGEL.  
Esposa, reina y señora,  
Laura, Lisandro, admiraros  
No es justo de mi retiro,  
Porque aunque juzgais que he estado  
Ausente, siempre presente,  
Vuestros afectos mirando  
Estoy, y de todo el reino,  
Sin que me cause embarazo  
La distancia; que el amor  
Que dentro en mi pecho guardo  
A las ciencias que aprendí,  
Eso me han facilitado;  
Ya sé, Laura, que esta tarde  
Al Duque estuviste hablando  
Desde un balcón del terrero,  
Y que la Reina y Lisandro  
Tratan de tu casamiento  
Con el Duque, y no me espanto,  
Si hoy será su esposa Laura;  
Porque ya en mí se acabaron  
Todas aquellas finezas,  
Que viste en tiempos pasados.

LAURA.  
¡Señor! *(Ap. ¿Quién se lo habrá dicho?)*  
ÁNGEL.

No, no teneis que asustaros.—  
Esposa, Lisandro amigo,  
Hoy dará Laura la mano  
Al Duque.

LISANDRO.  
Tus plantas beso.  
REINA.

Merezca, esposo, tus brazos.  
ÁNGEL.  
Vuestro soy y lo he de ser;  
Que el amor que me enseñaron  
Es en carácter impreso;  
Y así, no puedo borrarlo.

LISANDRO.  
Si el buen rey del cielo viene,  
Este del cielo ha bajado.  
LAURA.  
De un ángel sin duda es todo  
Cuanto ha dicho y cuanto ha hablado.  
MOSCON. *(Ap.)*  
Hoy se ha vuelto zahori

El que ayer fué topo malo ;  
Yo apostaré que las tripas ,  
Higado, bofes y bazo  
(*Va llegando á él, y el Angel le mira mucho.*)

Me está penetrando ahora ;  
Pero ¿ qué temo ? qué aguardo ?  
Hablarle intento.

ÁNGEL.  
¿ Moscon ?

MOSCON.

Gran señor, muy olvidado  
Vuestra majestad me tiene,  
Pues ya en los nidos de hogaño  
No hay pájaros ; ¿ qué se han hecho,  
Señor, tantos favorazos  
Como solias hacerme ?

ÁNGEL.  
Ya estoy en otro trocado.

MOSCON.

¿ A mí, que al juego del hombre  
Siempre te seguí de ganso,  
Me tratas de esa manera ?

ÁNGEL.  
De bufones no me pago.

MOSCON.

Yo, que fui perro ventor  
De amor en la caza y galgo,  
Que las perdices y liebres  
Te las traía á la mano,  
¿ Es posible que merezca  
Esos desvios ?

ÁNGEL.  
Bellaco,

Calla los errores míos,  
Pues que yo los tuyos callo.—  
Dénle una ración, y aprenda  
Algun oficio entre tanto ;  
Pero, si no le aprendiere,  
Vaya á galeras.

MOSCON.

(*Ap. San Franco*)

De Sena sea conmigo,  
Pues el comer me han quitado.)  
Aprended, flores, de mí ;  
Bufones, con todos hablo.

(*Toca dentro la música, y disparan algunos arcabuzazos.*)

Sale EL DUQUE.

DUQUE.

Federico generoso,  
Nunca he entendido hasta aquí,  
Viendo triunfo tan glorioso,  
Lo que es el ser rey ; y así,  
Hoy te juzgo el mas dichoso,  
Hoy con exceso se abona  
Lo grande de tu corona ;  
Desde hoy temerán tu espada  
Desde la Alemania helada  
Hasta la Tórrida Zona ;  
El oro, á quien avarienta  
Guarda en sus cofres la tierra,  
Siendo de si misma afrenta,  
Por no hacer al mundo guerra,  
Hoy á tus piés se presenta ;  
Los diamantes, que centellas  
Son ó pedazos de estrellas,  
Hijos bizarros del sol,  
Por ilustrar su arbol,  
Hoy son alfombra á tus huellas ;  
Lo que mas llegué á admirar  
Fué tanto monte de abeto  
Que en sus hombros sufre el mar,  
Y á quien tienen tan sujeto,  
Que aun no se puede quejar ;  
Caballos son de madera,  
Pues cada cual ( si se altera

Neptuno, que en ondas crece )

Domado bruto parece  
Castigado en la carrera ;

Y aunque del Euro y el Noto

Se ven tal vez oprimidos,

Despreciado el alboroto,

Siempre guardan entendidos

Las ideas del piloto ;

Las galeras, que suaves

Son á las ondas mas graves,

Tan veloces discurrían,

Que á la vista parecían

Del mar voladoras aves ;

Los pintados gallardetes,

Que eran del viento copetes,

Formaban entre arreboles

Fatigados tornasoles,

Volátiles ramilletes ;

Asustaba de manera

El estruendo de los tiros,

Que asombraba la ribera ;

El fuego en ardientes giros

Asaló la cuarta esfera ;

Los príncipes y señores

De Sicilia, los mayores

Que en la sortija se hallaron,

En la destreza mostraron

De su sangre los primores ;

El que mas diestro lució,

De toda jactancia faltó,

Y los premios se llevó.

Fué el gran duque de Montalto,

Príncipe de Paternó ;

Sobre el sombrero llevaba

Toda una selva de plumas,

Que al viento lisonjeaba,

En un bruto que nadaba

Por el mar de sus espumas ;

Y el caballo, cuya piel

La de un tigre parecía,

En lo brioso y lo fiel

Parece que conocía

Quién iba montado en él ;

Pues castigado del arte,

Tanto el freno le sujeta,

Tanto lo diestro reparte,

Que es un monte si se quieta,

Y es un rayo cuando parte ;

Como se temía y se irrita,

Equivocado parece,

En la destreza que imita,

Que la espuela le entorpece

Y el bocado le agilita ;

Pues tan á compás corvetas

Formaba el bruto al estruendo

De las cajas y trompetas,

Que me pareció que haciendo

Iba en el aire floretas ;

Con tal destreza blandía

Su heróica mano la lanza,

Que della un círculo hacia,

Dando el pueblo en su alabanza

Mil vítores de alegría ;

Su hijo, Adónis galán,

Que es conde de Cartagena,

A quien el lauro le dan,

Salió airoso á la jineta ;

En un tostado alazan ;

Era el bruto ardiente rayo,

Parto del Andalucía,

En la firmeza Moncayo,

Y su frente parecía

De plumajes todo un mayo.

Tan atento discurrió

El Conde, que con verdad

Muy bien puedo decir yo

Que mas de una voluntad

Con la sortija llevó ;

Quedaron abortos todos

De ver en tan pocos años

Todo el valor de los godos ;

Y así, los propios y extraños

Le aclaman por varios modos ;

No hay príncipe mas lucido,

Mas afable, mas querido,

Mas liberal y cortés ;

Que en efecto en todo es

A su padre parecido ;

El de Terranova vi,

Bizarro, fuerte español,

En un bayo, que creí

Que, á ser codicioso el sol,

Le quisiera para sí ;

Pero anduvo desgraciado,

Porque al pasar la carrera,

El caballo, alborotado,

Hizo que á la breve esfera

No tocase el fresno herrado ;

De Castilla el almirante,

Señor de Módica, fué

El que lucido y triunfante

Mostró la lealtad y fe

Que á su rey tiene constante ;

En un picazo, que al viento

Parece que desafia,

Entró bizarro y contento

El bruto, porque tenía

El nombre de pensamiento ;

Lo demás, por no cansarte,

En silencio dejaré ;

Solo digo en esta parte

Que cada cual dellos fué

Hijo de Pálas y Marte ;

Callarlo es consejo sábio,

Porque no les hago agravio,

Pues puede su relacion

Caber en la admiracion,

Mas no caber en el labio.

De vestidos y bordados

No te alabo los primores,

Pues advierten mis cuidados

Que en ser de tales señores,

Ellos se están alabados ;

En fin, bien puedes tener

En tu reino conianza

Desde ahora, pues el ver

En tí, Señor, tal mudanza,

Su mudanza viene á ser.

ÁNGEL.

Estimo la relacion,

Y Palermo no se admire

Que á su aplauso me retire,

Y mas en esta ocasion ;

Porque de un buen rey arguyo,

En el pesar ó el placer,

Para todos ha de ser,

Pero nunca ha de ser suyo ;

Nadie tiene menos parte

En sí que un rey.

DUQUE.

Es así.

ÁNGEL.

Pues todo fuera de sí,

Sin saber de sí se parte ;

Por lo cual alabo yo

A una entendida persona

Que, viendo la real corona

En el suelo, no la alzó,

Diciendo : « Aquel te levante

Que tu peso no conoce. »

REINA.

Tal príncipe el reino goce

Por tiempo que al tiempo espante.

MOSCON.

No entiendo el estilo avaro

Del Rey, aunque lo procuro ;

Con los demás habla oscuro

Pero conmigo muy claro ;

Y no es este desatino,

Pues que pretende quitarme

El comer, y esto es hablarme  
Pan por pan, vino por vino.  
(*Tocan dentro trompetas y cajas hácia  
la parte por donde entrará despues  
el Rey, armado y á caballo.*)

UNOS. (*Dentro.*)

Guarda el loco.

OTROS. (*Dentro.*)

Al desafío.

VOCES. (*Dentro.*)

Guarda el loco, que va al duelo.

REINA.

Mas ¿qué es esto? Qué rumor  
Es el que embaraza el viento  
En el patio de palacio?

LISANDRO.

A saberlo voy.

ÁNGEL.

Tenéos;

Que la causa ya la sé.

MOSCON. (*Ap.*)

¡Que ya la sabe tan presto!  
Aunque este rey me ha entendido,  
Por Cristo, que no le entiendo.

ÁNGEL.

Tiémeme desafiado  
Cierto príncipe encubierto.

MOSCON.

Yo apostaré que es el loco  
Que de la aldea trajeron.  
¡Linda fiesta!

ÁNGEL.

Y me es forzoso

Cumplir con la ley del duelo;  
Que, aunque afirman que está loco,  
Me quiere quitar el reino.—  
Dame un peto y espaldar,  
Que en esa cuadra de adentro  
Le hallaréis.

DUQUE.

Ya voy por él.

REINA.

Esposo, Señor, ¿qué es esto?  
¿Vos batalla con un loco?  
No discurría de vos eso.

LAURA.

¿Qué es esto? ¿Vos desafío?

ÁNGEL.

No temo, Laura, los riesgos.

LISANDRO.

Por vos saldré á la batalla.

MOSCON.

¿Qué batalla ó qué embeleco?  
Que es un pobre mal trapillo.

ÁNGEL.

Eso no es de caballeros,  
Pues fuera gran cobardía  
El no reñir por mi mesmo.

Salte EL DUQUE, con las armas.

DUQUE.

Aquí están, Señor, las armas;  
Mas siento que á tanto empeño  
Pueda obligaros un loco.

ÁNGEL.

Duque, no puede ser menos;  
La causa sabrás despues.

(*Vase armando, y tocan dentro.*)

Armadme, Duque, y sea presto;  
Que el rumor se va acercando.

REINA.

¿Es posible que no puedo  
Disuadiros?

ÁNGEL.

No es posible

Que yo pueda obedeceros;  
Que hay en este desafío  
Oculto un grande misterio.

LAURA.

Federico es todo enigmas.

LISANDRO.

Que no le alcanzo confieso.

ÁNGEL.

Desde esa ventana baja,  
Que está cercana al terrero,  
Veréis, Señora, con Laura,  
Desta batalla el suceso,  
Que será feliz sin duda.

REINA.

Así del cielo lo espero.—  
Vamos, Laura.

LAURA.

Ya te sigo;

Alguna desdicha temo.

(*Vanse.*)

DUQUE. (*Ap.*)

¡Que haya venido este loco  
A estorbar mi casamiento!

LISANDRO.

Algun prodigio se aguarda.

DUQUE. (*Ap.*)

Sin duda no la merezco.

LISANDRO.

Si gusta tu majestad,  
Los dos padrinos serémos.

ÁNGEL.

No he menester mas padrinos  
Que la justicia que tengo.  
Entrad; que por esta puerta  
Salimos luego al terrero.

(*Éntranse por una puerta, y salen lue-  
go por la otra*)

LA REINA Y LAURA se asoman á una  
reja baja que ha de haber, y salen  
EL ÁNGEL, EL DUQUE Y LISAN-  
DRO.

ÁNGEL.

Palermo está alborotada,  
Y ya á mi contrario veo,  
Que hácia nosotros se viene;  
Hoy se ha de ver un portentó.

(*Tocan.*)

REINA.

Ya descubro en la palestra  
A mi esposo.

(*Vuelven á tocar.*)

LAURA.

Y todo el pueblo

Ha concurrido, admirado  
De ver tan nuevo suceso.

DUQUE.

Ya llega.

LISANDRO.

Bizarro viene.

ÁNGEL. (*Ap.*)

Permitid, Autor supremo,  
Que este Luzbel atrevido  
Pida perdon de sus yerros.

Salga, al son de trompetas y cajas, EL  
REY, á caballo, armado de todas ar-  
mas, pero no saque calada la visera,  
porque pueda representar mejor, y  
BATO, vestido de lacayo ridicula-  
mente, que le viene acompañando; y  
estando no léjos del tablado, diga.

REY.

Rey intruso, rey fantasma,  
Que te precias de hechicero,  
Pues tu persona no he visto  
Sino es en sombras ó en sueños;  
Tirano de mis acciones,  
Ladron de mis pensamientos,  
Usurpador de mi honra  
Y escándalo de mi reino;  
Tú, que, gerifalte altivo,  
Siendo gavilan ratero,  
Mi corona arrebataste  
Con rapantes instrumentos,  
Oye mi verdad ahora,  
Y advierte que no pretendo  
Declararte con palabras,  
Sino con obras, mis hechos;  
Ya sabes que en la palestra  
Cristalina de un espejo,  
Breve campaña de luces,  
Corto espacio de reflejos,  
Te llamé noble y valiente,  
Y te persuadi severo  
A este campal desafío,

Como se ve, cuerpo á cuerpo;  
Por señas el si me diste,  
Y ya veo que fué cierto,  
Pues con tan bizarros brios  
En la palestra te veo;  
Confieso que desde ahora  
Mayor envidia te tengo,  
Pues muy bien ser rey merece  
Quien sabe cumplir un duelo;  
Previénete á la batalla,  
Pues que ya permite el tiempo  
Que se descubran engaños  
De fingidos devaneos,  
En cuyo circo sin duda

Entramos á dos verémos,  
Yo, si es mio tu valor,  
Tú, si el mio es tuyo mesmo;  
Segunda vez te provooco  
Y con verdad te prometo,  
Que al ver real tu persona,  
He tenido algun recelo;  
Y á ser capaz de temor  
Mi siempre invencible pecho,  
Dijera en esta ocasion  
Que me has infundido miedo.  
Y por Dios, á quien parece  
Que ya humilde reverencio,  
Despues que un cuerpo te admiro,  
Que enfrenara mis intentos,  
Si no creyera que el mundo,  
Si no viera que mi reino  
Me ha de imputar de cobarde  
Despues de tantos trofeos;  
Y fuera gran cobardía,  
Si con valeroso esfuerzo  
Lo confirmara mi lengua,  
No lo afirmara mi acero.

ÁNGEL.

Desmonta ya del caballo;  
Que, aunque tu estilo agradezco,  
Tambien veo que te importa  
Que este duelo no dejemos.

REY.

Tenme el caballo.

BATO.

Sin duda

Que este loco es del infierno,

Ya que estas abigarradas  
Me han matado, y no me han muerto.  
(*Apéase el Rey.*)

DUQUE.  
Veloz desmonta.  
LISANDRO.  
Su brio  
No es, no, de humilde sugeto.

REINA.  
Mi vida de un hilo pende.

LAURA.  
Y la mía de un cabello.

MOSCON.  
Gran cortesía ha mostrado.  
Yo por loco no le tengo;  
Que alabar al enemigo,  
Parece malo y es bueno.

ÁNGEL.  
Pues en la estacada estamos,  
Suene el bélico instrumento.

(*Tocan de cuando en cuando.*)

REY.  
Saca la espada, que ya  
La mía también prevengo,  
Y guárdate de mi furia.

ÁNGEL.  
Eso á tí te lo aconsejo.

REY. (*Riñendo.*)  
¡Gran pulso!

ÁNGEL.  
¡Valiente brazo!

REY.  
En vano herirle pretendo.

LISANDRO.  
¡Airosamente batallan!

MOSCON.  
¡Qué bien riñen!

(*Riñen.*)  
DUQUE.  
¡Por extremo!

LAURA.  
Valor el loco ha mostrado.

REINA.  
¡Ay, Laura! á mi esposo temo.

ÁNGEL.  
Herirme intentas en vano.

REY.  
¡Qué será, que, aunque lo intento,  
No puede hallarle mi espada,  
Y solo acuchillo el viento? (*Cae.*)

Mas ¡ay de mí, que he caído!

(*Pónale el Ángel el pié sobre el pescuezo, y tiene levantada la espada.*)

ÁNGEL.  
Para que sea tu cuello  
El alfombra de mis piés,  
«¿Quién como Dios?» di, soberbio.

REY.  
Piedad, campeón valiente,  
Piedad, heroico mancebo;  
Porque no sé qué en tí admiró,  
No sé qué en tu espada advierto,  
Que rayos ardientes vibra  
Contra mí.

ÁNGEL.  
¿Qué sientes de eso?

REY.  
Siento que el brazo de Dios,  
A quien, perjuro y blasfemo,  
Negué tantas veces, es  
El que me castigó; y siento  
Que eres tú ministro suyo.

ÁNGEL.  
Pídele perdón, que es cierto;  
Que pues te ha sufrido malo,  
También sabrá hacerte bueno.

REY.  
Si hasta aquí no le adoré,  
Ahora le adoro y creo,  
Y en su defensa y verdad  
Perderé mi vida y reino.  
Sus preceptos guardaré,  
Reedificaré sus templos,  
Que por mi culpa han estado  
Profanados y deshechos.

ÁNGEL.  
¿Así lo prometes?

REY.  
SÍ.  
ÁNGEL.  
(*Ap. Y yo, que lince penetro  
Su corazón, reconozco  
Que es verdadero su efecto.*)  
Levanta ahora á mis brazos. —  
Sicilianos, caballeros,  
Príncipes, grandes, señores,  
Senadores y plebeyos,  
El arcángel Miguel soy,  
Que, por divino decreto  
Del que es Motor soberano,  
Bajé á ejercer el gobierno  
De Sicilia, lastimado  
Su amor de ver los excesos,  
Las injusticias, los daños  
De Federico soberbio.  
Mudé su forma en el baño,  
La suya tomé, queriendo  
Dios mostrarle de esta suerte  
De su gran poder lo inmenso.  
Lo que ha pasado habeis visto,  
Ahora admirad de nuevo  
Lo que veréis; á su forma  
Ya segunda vez le he vuelto;  
Quitadle ahora las armas.

(*Quitante la celada.*)

DUQUE.  
¡Gran prodigio!

LISANDRO.  
¡Gran portentoso!

ÁNGEL.  
Este es vuestro rey, y este  
Gobernará el reino vuestro,  
Tan otro de aquí adelante,  
Que á los demás sea ejemplo.  
Besadle todos la mano,  
Y reconoced atentos  
Que en los mayores conflictos  
El buen rey viene del cielo.

REINA.  
Esposo.

REY.  
Esposo.

REY.  
Reina y señora,  
Vasallos y compañeros.

LISANDRO.  
Ya todos te veneramos.

DUQUE.  
Ya todos te obedecemos.

BATO.  
Yo pienso que está dormido.

MOSCON.  
Yo que estoy soñando pienso.

ÁNGEL.  
Quedad en paz, sicilianos;  
Porque al alcázar supremo  
Me vuelvo del Trino y Uno;  
Y aunque me voy, no me ausento;  
Que con vos siempre estaré,  
Porque veais en mi ejemplo  
Que el buen rey del cielo viene.

(*Vase.*)

TODOS.  
Así todos lo creemos.

BATO.  
Como un pájaro voló.

LAURA.  
Ya surca el golfo del viento

LISANDRO.  
¡Gran día!

DUQUE.  
¡Felice suerte!

REINA.  
Sepa el mundo este suceso.

REY.  
Laura, tu esposo es el Duque.

LAURA.  
Soy tu esclava.

DUQUE.  
Tus piés beso.

REY.  
Mi camarero mayor,  
Levantad.

MOSCON.  
¡Qué lindo es esto!

REY.  
Y á mi privado Lisandro  
Yo le daré muchos premios.

REINA.  
Laura, por mi cuenta corren  
De hoy mas tus muchos aumentos.

BATO.  
Yo me voy á mi alquería  
A colgar estos gregüescos,  
Para que sirvan á Judas  
Los juéves del prendimiento.

MOSCON.  
Yo me voy á meter fraile;  
Que en fin allí comeremos.

REINA.  
Decid que mi esposo viva.

TODOS.  
Viva por siglos eternos.

DUQUE.  
Teniendo aquí fin dichosos  
Este caso verdadero.



# COMEDIA FAMOSA

TITULADA

## DUELO DE HONOR Y AMISTAD,

POR DON JACINTO DE HERRERA.

### PERSONAS.

DON GARCÍA.  
DON RAMON.  
EL REY.

LA REINA.  
DON SANCHE.  
TERESA.

LEONOR.  
HERNANDO.  
SOLDADOS. — CRIADOS.

### ACTO PRIMERO.

Salen LEONOR y TERESA.

LEONOR.

No sé, hermana, lo que siento  
De no enojarte conmigo,  
Cuando tan claro te digo  
Que te falta entendimiento.  
O tan necia eres en todo,  
Que aun no sabes enojarte,  
O tan sábia en esta parte,  
Que de saber buscas modo,  
Sabiendo en tí conocer  
Culpas de ingenio tan graves;  
Porque saber que no sabes,  
Ya es principio de saber.

TERESA.

Yo no sé filosofías,  
Pero sé callar. En fin,  
¿A qué has venido al jardín?

LEONOR.

Teresa, de mí te has  
Como de hermana mayor;  
Y así, buscando el remedio  
De las dos, he hallado un medio  
Que ha de lograr nuestro amor.  
A la reina, mi señora,  
De Aragon, he yo servido  
De dama; y tú, que has venido  
A la misma plaza agora,  
Mientras don Sancho de Lara,  
Nuestro padre, está sirviendo  
En la guerra al Rey, entiendo  
Que ya, por tu buena cara,  
Tienes buen nombre en palacio;  
Que la hermosura, Teresa,  
Suele acreditarse apriesa,  
Y la discrecion despacio.

TERESA.

Leonor, dime este argumento.  
¿Téngole yo de verdad  
A don Ramon voluntad?

LEONOR.

Este á la letra es el cuento

De un galan que se curaba  
De la vista, y al dotor  
Preguntó: «¿Veo mejor?»

TERESA.

Quiérole, que es cosa brava.

LEONOR.

¿Quisiérasle para esposo?

TERESA.

Y ¿cómo que le quisiera!

LEONOR.

¿Y si él no quiere?

TERESA.

Que quiera.

LEONOR.

¿Qué ingenio tan lastimoso!

TERESA.

¿No es don Ramon de la casa  
Del conde de Barcelona?  
No tiene gentil persona?  
Pues si conmigo se casa,  
Nuestros hijos ¿no serán  
Deste linaje tambien?

LEONOR.

En fin, tú le quieres bien,  
Y él es discreto y galan.  
Mas ¿quién quieres que lo sea  
De tu ingenio?

TERESA.

¿Por qué no?

Pero si soy boba yo,  
Tú eres peor, que eres fea.

LEONOR.

Fea soy, pero así vivo  
Discreta, no digo nada;  
Pero soy desconfiada,  
Que es el acto positivo  
Que prueba mas la nobleza  
De la discrecion; no quiero  
Disputar cuál es primero:  
El ingenio ó la belleza.

TERESA.

Leonor, á mí no me agravia  
Que lo pongas en disputa;  
La raposa es muy astuta

Y la gallina no es sábia;  
Y tras eso, pienso yo  
Que cualquier hombre se inclina  
A comer de la gallina,  
Y de la raposa no.

LEONOR.

Déjate de esa locura;  
Sabes cuánto desconfío  
De mi ingenio, por ser mío  
Y por faltarme hermosura;  
Que á don García de Haro,  
Su amigo de don Ramon,  
Miré con inclinacion,  
Y hoy le escribí, hablemos claro,  
De letra mía un papel,  
Diciéndole que le llama  
A este jardin una dama,  
Sin haberle dicho en él  
Mi nombre; porque he temido,  
Si viéndome no le agrado,  
O que no venga llamado,  
O que no vuelva escogido.

TERESA.

Pues ¿qué pretendes?

LEONOR.

Hablar

De noche aquí á don Garcia;  
Y en efecto, si de día  
(Sin poderlo yo excusar,  
Aunque lo he de resistir)  
Quisiere verme, imagino  
Un ardid ó un desatino.

TERESA.

Acáballo de decir;  
Que siempre los que revientan  
De discretos son pesados.

LEONOR.

Di que los desconfiados  
Dudan todo lo que intentan.  
Digo que ha de verte á tí  
Si quiere verme.

TERESA.

¿Y qué hará

Con eso?

LEONOR.  
A ti te verá  
De día, y de noche á mí.  
TERESA.  
Luego ¿enamóralle quieres  
Con tu ingenio y mi hermosura?  
Dios te dé buena ventura;  
Haz de mí lo que quisieres.

LEONOR.  
Teresa, pagarte espero;  
Porque don Ramon admire  
Tu ignorancia y se retire,  
Hablarle de noche quiero  
Con nombre tuyo, ingeniosa,  
Porque te temo excluida  
A ti por poco entendida,  
Como á mí por poco hermosa.

TERESA.  
Lindamente lo acomodas.  
¡Oh qué bien! ¿Que yo de día  
Vea á Ramon y á Garcia  
Muy de léjos, y que todas  
Las noches, ya con el uno,  
Ya con el otro, te estés  
Tú muy de cerca, y despues  
Me quede yo sin ninguno?  
Eso, Leonor, es mascar  
A dos carrillos.

LEONOR.  
Testigo  
Serás de todo conmigo;  
Y así, no hay que recelar.

TERESA.  
Yo no temo ningun daño.  
Casaréme acreditada  
De discreta, y ya casada,  
Llámesse Ramon á engaño.  
Mas ¿hablaréle de día?

LEONOR.  
No, que te conocerán;  
Y así, solo te verán  
Don Ramon y don Garcia.

TERESA.  
En fin, ¿he de hacer de modo  
Que no me conozcan?

LEONOR.  
Sí.

TERESA.  
Ya viene. ¿He de estar aquí?

LEONOR.  
Como yo has de estar á todo.

TERESA.  
Párecete gentil hombre  
Garcia á ti, á mí Ramon.

*Salen DON GARCÍA y HERNANDO.*

DON GARCÍA.  
Yo he de lograr la ocasion.

HERNANDO.  
Jardin y dama sin nombre,  
O es cómo ó es aventura.

DON GARCÍA.  
La burla temo.

LEONOR.  
¿Quién va?  
¿Es don Garcia?

DON GARCÍA.  
(Ap. Aquí está;  
Mas la noche es tan oscura,  
Que no la he de ver la cara.)  
Yo he sido tan obediente,  
Que pienso que aquella fuente  
Lo está murmurando clara,  
Pues sin haber conocido  
Por quién vengo á este jardin...

LEONOR.  
Vos habeis venido en fin,  
Pues seais muy bien venido.

DON GARCÍA.  
¿Quién está con vos aqui?

LEONOR.  
Una criada tan bella  
Y tan otra yo, que á ella  
La habeis de tener por mí.  
(Ap. No te descubras, Teresa.)  
¿Y con vos?

HERNANDO.  
Un camarada,  
Que podrá con la criada  
Comer en segunda mesa.

TERESA.  
No hay cosa mucha ni poca  
Que comer.

HERNANDO.  
¿Qué bien responde!  
¿No hay manjar del alma?

TERESA.  
¿Adónde  
Tienen las almas la boca?

HERNANDO.  
En la nariz.

TERESA.  
Puede ser;  
Por eso el buen olor suele  
Alentar; que cuando huele,  
Debe un alma de comer.

HERNANDO.  
Por Dios, que sois entendida,  
El ingenio sois primero.

TERESA.  
Vos el primer majadero  
Que me lo ha dicho en mi vida.  
¿Conoces á don Ramon?

HERNANDO.  
Es muy galan caballero.

TERESA.  
Leonor dice que le quiero,  
Debe de tener razon.

HERNANDO.  
¿Una mondonga se inclina  
A quien de señor se precia?

TERESA.  
Hágole por no ser necia;  
Que todo el mundo imagina  
Que lo soy, y ello es verdad;  
Mas, aunque por serlo calle,  
Por lo menos en amalle  
No nuestro mi necesidad.

LEONOR.  
La duda puede hácer pausa  
En ese punto; en efeto,  
Yo os he llamado en secreto;  
Si quereis saber la causa,  
Yo os vi, no hay mas que saber;  
Ved vos allá, don Garcia,  
Si el veros fué culpa mia,  
O vuestra el dejaros ver.

Yo, confesando lo mal  
Que á mí mesma me resisto,  
Quise ver, habiéndoos visto,  
Si sois á vos mismo igual;  
Y veo que ingenio y gala  
Son iguales de tal modo,  
Que en cada parte halla un todo  
Quien las mira y las iguala.  
Pues si cada una en vos  
Tiene extremo tan igual,  
No sabrá el amor á cuál  
Se ha de volver de los dos.  
Porque el alma, suspendida  
En entrambas perfecciones,

Con sus mismas suspensiones  
O se embaraza ó se olvida.  
Quiérelas ambas, y entre una  
Y otra tan partida espera,  
Que ninguna deja entera  
Por no dejar á ninguna.

DON GARCÍA.  
Elevada la razon  
Mientras os oye, repara  
Si podrá ser vuestra cara  
Como vuestra discrecion;  
Que, como el alma inmortal  
Es todo espíritu, temo  
Que alcance menor extremo  
La hermosura material;  
Pero si el alma perfecta  
Perfectos órganos pide,  
Ya el ser hermosa se mide  
En vos con el ser discreta;  
Y así, cuando la luz dé  
Lugar á tanta ventura,  
Quiero ver vuestra hermosura,  
Que agora adoro por fe.  
Que es fuerza, despues de oiros,  
Desear veros, Señora;  
Que mientras os oigo agora,  
En la gloria del oiros  
Ninguna cosa deseo;  
Porque, aunque espero ver mucho,  
No hace falta lo que escucho  
A todo lo que no veo.

LEONOR.  
Mal me estará que me vea  
Quien me hace tanto favor;  
Dicen que es ciego el amor,  
Pésame que no lo sea.

DON GARCÍA.  
Bien dicen, ciego es quien ama.

LEONOR.  
No es ciego, pues quiere ver.

DON GARCÍA.  
Con las demás lo ha de ser  
El que ya ha visto á su dama;  
Que, habiéndola visto á ella,  
Si para esotras no es ciego,  
Podrá encontrar otra luego  
Que le parezca mas bella,  
Y venir á amarla mas;  
Pero yo averiguo aqui  
Que esto es imposible en mí,  
Si es fácil en los demás.  
Los demás esperan ver,  
Y en otros ojos mas bellos;  
Yo no; y así, cieguen ellos;  
Que yo lince pienso ser;  
Porque, viendo la belleza  
Que á ese ingenio corresponde  
Cuánta perfeccion esconde  
Toda la naturaleza,  
En otras damas ver quiero,  
No porque podré dejaros  
Por otra, que es fuerza amaros  
Habiéndoos visto primero;  
Sino porque accion forzosa  
El verlas á todas es,  
Para averiguar despues  
Que sois vos la mas hermosa.

LEONOR.  
Si inclináis la voluntad  
A la belleza exterior,  
No me tendréis mucho amor,  
Porque fué necesidad,  
No virtud, veros de noche.

DON GARCÍA.  
¡Ojalá el señor del día,  
Que en otro hemisferio guía  
Los caballos de su coche,  
Deshaga aqui sombras tantas!  
¡Ojalá los de la aurora

Pasen con mas furia agora,  
Y quebrando entre sus plantas  
Los mas hermosos luceros  
De alguna deshecha estrella,  
Un rayo caiga ó centella,  
Que me dé luz para veros!

LEONOR.

¡Ojalá, despues que os vi,  
Pudiera con mis enojos  
Sacarle al cielo los ojos!  
Porque, celosos de mí,  
Se visten de azul los cielos;  
Y si ven que os amo firme,  
Temo que han de deslucirme  
Con sus luces ó sus celos.

DON GARCÍA.

Ya me debeis mucho amor;  
Y así, por fuerza he de veros.

LEONOR.

Basta hablaros y quereros.

DON GARCÍA.

Mataráme ese rigor.

LEONOR.

¿Que en fin quereis verme?

DON GARCÍA.

Si.

LEONOR.

(Ap. Ya me empené en esta empresa;  
Verá la cara á Teresa,  
Pues me vió el ingenio á mí.)  
Pues, don García, la dama  
Que hoy sacare en el tocado  
Flores de liston dorado,  
Esa os quiere y esa os llama.  
(Ap. Gran ardid se me ha ofrecido.)

DON GARCÍA.

En fin, ¿la dama á quien viere  
Flores doradas me quiere?  
El color mismo ha tenido  
Proporcion, gala y decoro,  
Porque, despues de nublado,  
Parezca el sol coronado  
Con flores ó rayos de oro.

LEONOR.

Pues ya es hora, don García,  
De recogerlos.

DON GARCÍA.

Adios.

(Vase.)

HERNANDO.

Mas que mondonga sois vos;  
No sé si esa boberia  
Es engaño.

TERESA.

Toma allá  
Ese diamante.

HERNANDO.

Ya sé

Que sois muy boba.

TERESA.

¿Por qué?

HERNANDO.

Porque es muy bobo el que da. (Vase.)

TERESA.

Leonor, ¿qué hay de nuevo? ¿Has dado  
Buen principio á tus amores?

LEONOR.

Vén, y daréte unas flores  
Que hice ayer para el tocado;  
Porque has de salir con ellas  
Hoy entre las demás damas  
De la Reina.

TERESA.

Entre tus llamas  
Faltan no sé qué centellas,  
En que arder yo misma quiero.

Escribele otro papel  
A don Ramon, y di en él  
Que en las rejas del terrero  
Le puedo esta noche hablar;  
Hablarásle tú por mí;  
Y yo, que, asistiendo allí,  
Tengo de oír y callar,  
Por ser necia, habré de ser,  
Segun lo que agora infiero,  
Como tahir sin dinero,  
Que mira á mas no poder.

LEONOR.

Pues sea ó no sea locura,  
Con esta experiencia intento  
Saber si el entendimiento  
Puede mas que la hermosura.

(Vanse.)

Salen EL REY Y DON RAMON.

REY.

Mientras don Sancho de Lara  
Está de los infieles  
Defendiendo mi corona,  
Truje á palacio en dos veces  
A sus hijas, Leonor  
Y Teresa, en cuya nieve,  
Que fuego interior anima,  
Que espíritu blando enciende,  
Entre afectos encontrados  
Y entre afectos diferentes,  
Hallé un hielo que me abraze  
Y un incendio que me hiele.  
Yo, en fin, adoro á Teresa.  
¿De qué estás triste? ¿Parece  
Que te ha pesado de oírme?

DON RAMON.

Señor, aunque á mí me pese,  
¿Qué importa, si sois mi rey?

REY.

Luego, Ramon, ¿tambien tienes  
Amor, como yo, á Teresa?

DON RAMON.

Confieso que de repente  
Al corazon, por los ojos,  
Entró un veneno tan fuerte,  
Que cupo en la primer vista;  
Mas mi lealtad, si conviene,  
Será antidoto que cure  
Aun mayores accidentes.

REY.

Pues, Ramon, porque averigüen  
Experiencias lo que debes  
A mi confianza, quiero  
Que, sin que la Reina llegue  
A entender este cuidado,  
Solicites diligente  
Que me hable á solas Teresa.  
Tú le has de dar mis papeles,  
Y procurarme los suyos;  
Ya advierto el inconveniente,  
Ya sé el riesgo á que te expones;  
Pero, demás de que excedes  
En entendimiento á todos,  
Esta accion mía merece  
Que con fe igual me compitas,  
Para que seamos siempre,  
Yo el cuerdo mas confiado,  
Tú el mas leal confidente.

DON RAMON.

Aquí dió fin mi esperanza;  
Dejad que los pies os bese,  
Dudoso á cuál debo mas  
De dos afectos valientes:  
O á la confianza en vos,  
Que ningún peligro teme,  
O á la fe en mí, que asegura  
Que os confiais cuerdate.

REY.

Hablemos pues de Teresa.

Salen DON GARCÍA Y HERNANDO.

HERNANDO.

¡Jesus, lo que me encareces  
La discrecion de esa dama!  
Si todas las noches duermes  
Así, presto serás loco.

DON GARCÍA.

Avisame cuando vieres  
Flores de liston dorado  
En un sol, á cuyo oriente  
Serán hoy entre las flores  
Mis pensamientos alegres,  
Invisibles pajarillos  
Que le canten mil moteles,

HERNANDO.

Esos conceptos de flores,  
Esos vivos ramilletes  
Que en la cabeza, entre rosas,  
Como en facistol viviente,  
Cantan la solfa del alba,  
Ser sus prisioneros pueden  
En la jaula de la mano.

DON GARCÍA.

Calla; que está el Rey presente,  
Y muy valido con él  
Don Ramon, á cuyas sienas  
Dan la virtud y la sangre  
Tan merecidos laureles.

DON RAMON.

Don García; vuestra alteza  
Le dé licencia que llegue  
A don García de Haro.

DON GARCÍA.

Tendrá el lugar que merece  
Don Ramon, si con vos priva.

REY.

Deseo favorecerle;  
¿En fin, sois grandes amigos?

DON GARCÍA.

Señor, Piládes y Oréstes,  
Niso y Eurialo, Acátés  
Y Eneas, y finalmente,  
Efestion y Alejandro,  
Cuando todos se cotejen  
Con nosotros dos, apenas  
Nombres de amigos merecen.

REY.

Bien sabeis encarecerlo.

DON RAMON.

Señor, vuestra alteza piense  
Que los dos somos tan uno,  
Que porque un monstruo no fuese  
De dos cuerpos, se han unido  
Las dos almas solamente.

REY.

Bien podeis terciar, García.—  
Ramon, por entretenerme,  
Me hablaba en doña Teresa.

DON GARCÍA.

Materia al hablar se ofrece,  
Por recien venida agora.

DON RAMON.

No sé si su ingenio puede  
Ser igual á su hermosura.

REY.

Punto, don Ramon, es ese  
En que yo he pensado á solas.  
Figuremos dos mujeres,  
Una fea y entendida,  
Otra que, al contrario, fuese  
Muy hermosa, pero necia;  
¿Cuál eligieras?

DON RAMON.

Parece,  
Señor, que á la mas hermosa ;  
Porque á los ojos se viene  
La misma hermosura, y entra  
Por ellos mismos á hacerse  
Dulce tirano del alma,  
Tan buscada, aun cuando ofende,  
Tan amada, aunque castigue,  
Tan servida, aunque no premie,  
Que, sin haber corazon  
Que en fin no se le sujete,  
En la misma tirania  
Es dueño de cuanto quiere.  
La hermosa, si es necia, calle,  
Y en el silencio se muestre  
Mas señoril hermosura,  
Mas serena y mas decente.  
Venga un hombre fatigado  
De sus pretensiones; entre  
A mediodía en su casa,  
Saiga á recibirle alegre  
Una mujer muy hermosa,  
No hay fatiga que no cese.  
Y si dicen que el ingenio,  
Que es todo espíritu, excede  
A la corporal belleza,  
Digo que mientras dependen  
De los órganos del cuerpo  
Las almas inteligentes,  
Como todas sus acciones  
De los sentidos se mueven,  
Lo espiritual olvidan  
Y lo sensible apetecen ;  
Y así, vemos que las gracias  
Suelen causar mas deleite,  
Aunque son tan materiales,  
Que con la risa se sienten,  
Y que el mas sutil discurso,  
Porque es espíritu, suele,  
O tener menos aplausos,  
O cansar á los oyentes.

REY.

Yo soy de opinion contraria,  
Don Ramon ; porque no siempre  
Hay luz para la hermosura,  
Hay velos que nos la nieguen,  
Hay mantos que nos la tapen,  
Hay distancias que la alejen,  
Hay paredes que la escondan,  
Y hasta las mismas paredes  
Dicen que tienen oídos,  
Porque todo lo penetren  
Las acciones del ingenio.  
El pasa á ver los ausentes  
En el mas remoto clima,  
No hay estorbos que le cerquen,  
No hay mares que le detengan,  
No busca rayos lucientes,  
No huye sombras oscuras,  
Que, como él á sí se tiene,  
No necesita de nadie  
Para que le manifieste.  
No es tan noble la hermosura ;  
Que antes claro se convence  
Que busca favor prestado,  
Mendigando ajenos bienes ;  
Que distante no se alcanza,  
Cubierta no se concede,  
Encerrada no se goza,  
Y sin luz no puede verse.

DON GARCÍA.

Añada mas vuestra alteza :  
Que se acaba ó se envejece  
La hermosura con los años,  
Y el ingenio es como el fénix,  
Que renace de sí mismo,  
Y mejor, que el fénix muere  
Para nacer, y el ingenio  
Se mejora inmortal siempre ;  
Por eso vemos que el tiempo,

Quizá, ó porque nos parece,  
A vista de nuestro engaño,  
Que va al paso de los bueyes,  
Con surcos de arrugas ara,  
Si bien en campo viviente  
De la esquilmada hermosura,  
Tierra ya flaca y estéril ;  
Y el ingenio, cuanto mas  
Frutificado, mas fértil  
Le labran los mismos años ;  
Da frutos permanentes  
De noticias y discursos,  
Con tal sazón, que en sus mieses  
Es todo grano pesado,  
Sin mezcla de paja leve.  
De aquí es tambien que en los viejos  
La sabiduria crece,  
Que suele ser en los mozos  
Como fuego en leño verde,  
Donde, aunque se ven las llamas,  
Como es materia rebelde,  
O se apagan ellas mismas  
O el humo las oscurece ;  
Pues, por mucho que arda el fuego  
Hasta que el leño se seque,  
Si entre el humo á veces luce,  
Se esconde entre el humo á veces.  
Tal es la sabiduria :  
En los verdes años prende  
El fuego en ellos ; mas, como  
Hay pasiones que se mezclen  
Entre estas oscuridades,  
Si en una accion resplandece,  
En otra se ofusca, dando  
Humo que los ojos ciegue ;  
Pero en la edad seca luce  
La sabiduria, y vense  
Arder las llamas mas puras,  
Que, como no se detiene  
Su accion en la resistencia  
De la mocedad, parece  
Que quedan libres del humo  
Que causar el verdor suele ;  
De modo que á la hermosura  
La sabiduria vence,  
Pues esta triunfa del tiempo,  
Y aquella con él perece.

HERNANDO.

Señor, vuestra majestad  
Se sirva de conocerme  
Por algebrista de amor,  
O por humor, que pretende  
Tener lugar con los grandes.

REY.

Cubrios pues.

HERNANDO.

¿ Qué mas tiene  
Un grande que yo ? Cubrirse,  
Pensando que lo merece ;  
Cubrome, y pienso lo mismo.  
¿ Qué hay ya que nos diferencie ?  
Que las cosas deste mundo  
Son comedia larga ó breve ;  
Porque no son como son,  
Sino como se aprenden.

REY.

Filósofo estás.

HERNANDO.

Señor,  
Entre tantos pareceres,  
Quiero dar tambien el mio.  
A mi hermosura me fecit ;  
Bien que las almas son almas  
Que allá discurren y entienden ;  
Mas mientras en cuerpos viven,  
Con los cuerpos se entretienen.  
Eso de sabiduria,  
Esa razon ó esos entes  
Con tantas formalidades,  
Son muy buenos para el vientre

De una idea de Platon.  
A mi uná moza, que peque  
De gorda antes que de flaca,  
Ni tan circular que ruede,  
Ni tan buida que pique ;  
Que oro por cabellos peine,  
Que del colodrillo al moño,  
Sobre limpias trenzas, siembre  
Flores al mayo, con perlas  
Que el alba misma le llueve ;  
Una frente por lo blanco,  
De mosquetas ó mosquetes,  
Donde están los buenos gustos,  
Como en campo, frente á frente ;  
Unas cejas ó unos arcos  
Con que el amor atraviese  
Al corazon su flechita ;  
Unos ojos tan alegres,  
Que con donaire sus niñas  
Parlen cuanto al alma vieren ;  
Tan vivos, que no se duerman,  
Y tan castos, que degüellen  
Con una vista Judit  
A un pensamiento Holoférnes ;  
Unas pestañas archeras  
Que á estos ojos, como á reyes  
De los sentidos, los guarden ;  
Unas mejillas que vierten  
Líquida á partes la grana,  
Cuajada á partes la leche ;  
Una nariz no muy grande,  
Ni chica extremadamente,  
Ni roma ni borromea,  
Sino nariz de que aprende  
Dulces perfiles Timantes,  
Derechas lineas Apéles ;  
Una boca compasada,  
Adonde el ámbar aliente,  
Adonde el alba se rie  
Con dos labios ó claveles,  
Custodia de una muralla  
De jazmines ú de dientes ;  
Una barba, en cuyo hoyo  
Muertas mil almas se entierran ;  
Porque matar cuerpos solos  
Ya son muy civiles muertes.  
Esta es la que elijo yo  
Mientras carne se comiere ;  
Que esotra dama doctora  
Será buena para un viérnes.

REY.

La Reina viene.

Salen LA REINA, y TERESA, con flores doradas en el tocado, y OTRAS DAMAS.

REINA.

¿ Es posible  
Que tanto tiempo me deje  
Vuestra alteza ? ¿ En qué lo pasa ?  
Que yo sin oírle y verle  
Confieso que apenas vivo.

REY.

(Ap. La Reina sin duda entiende  
Mi amor.) Vuestra alteza sabe  
Que yo la pago igualmente.

DON GARCÍA. (Ap.)

Hernando, doña Teresa,  
La recien venida, tiene  
Flores de liston dorado.  
Su entendimiento excelente  
Admiré anoche, y agora  
Su hermosura me suspende.

REINA.

(Ap. ¿ Qué atento la mira el Rey !  
Causa mis sospechas tienen.)  
Buena ha venido Teresa.  
¿ Gran lástima que quisiese  
Naturaleza extremarse,

Animando desta suerte  
Un cuerpo que es tan gallardo  
Con alma tan diferente.  
Hannos dicho que es muy necia.

REY.

Esto es pasion, bien se infiere.

DON GARCÍA.

Vive Dios, que si es posible  
Que en reinas envidia reine,  
Que la Reina está envidiosa;  
Que á competirla se atreve  
La emulacion misma apenas.

*Sale LEONOR, con flores doradas  
tambien.*

LEONOR. (Ap.)

Quiero que dudoso quede  
Viendo las flores doradas  
En mí y Teresa.

DON GARCÍA.

Detente,  
Detente, Hernando; ¿qué es esto?  
Tambien el cabello teje,  
Leonor con las mismas flores.

HERNANDO.

Pues, don García, echar suertes.

DON RAMON.

Señora, doña Teresa  
¿No es entendida?

REINA.

Creedme,  
Que dice mil necesidades.

DON RAMON.

Sin duda, pues lo consiente,  
Que es necia, pero es hermosa.

REY.

Ella lo escucha, y no vuelve  
Por sí; muy necia es, pues calla.

TERESA.

Leonor, en bien se me acuerde,  
¿No dijiste que no hablase  
Porque no me conociesen?

LEONOR.

Sí, Teresa.

TERESA.

Segun eso,  
Ya puedo hablar libremente,  
Porque ya me han conocido.

LEONOR.

No hables palabra, antes piensen  
Que de modesta has callado.

HERNANDO.

Señor, el discurso es este:  
Ambas sacaron las flores;  
Teresa es necia, y infieres  
Que es Leonor la del jardin,  
La cual, cuando Dios quisiere,  
Vendrá á ser el leño seco  
Que, como sábia, gobierne  
En Constantinopla al turco,  
En Argel á Muley Jeque,  
Bien que á la verdad no es fea;  
Y así, no te desconsuelas,  
Porque una mujer á oscuras  
Es mujer aunque sea sierpe.

DON GARCÍA.

¿Solo porque calla es necia?  
¿No puede ser que desprecie  
Con el silencio la injuria?  
La deidad mas eminente  
¿Túrhase luego, aunque el hombre  
Atrevido la blasfemie?  
No por cierto, antes callando,  
Y sufriendo al que la ofende,  
Da indicios de ser verdad  
En que luego no se vengue.

DD. C. DE L.—II.

HERNANDO.

Digo que es deidad Teresa.

LEONOR.

(Ap. Aquí el ingenio se esfuerce  
Para ayudar el engaño.)  
Don García, ¿no es prudente  
Doña Teresa? Mi hermana  
Sufriendo está estos desdenes  
Por los celos de la Reina.

DON GARCÍA.

Luego, Leonor, ¿el Rey quiere  
A Teresa?

LEONOR.

Sí, García.

DON GARCÍA.

¿Quién, sino mujer tan fuerte,  
Vencerá su ingenio mismo?  
Hernando, ¿qué te parece?  
¿Soy buen intérprete?

HERNANDO.

Digo  
Que desde luego te pueden  
Añadir á los setenta.

LEONOR.

Teresa, ¿qué aguardas? Véte.

TERESA.

¿Escribiste aquel papel?

LEONOR.

Tú puedes ir y traerle;  
Que, escrito de letra mia,  
Le dejé sobre el bufete  
Del estrado.

TERESA.

Yo haré luego  
Que se le dé ó se le lleve  
El criado de García.  
Leonor, y cuando estuvieres  
Con Ramon, ¿no podrá hablarle?

LEONOR.

Verémos lo que conviene.  
Véte agora.

TERESA.

Y si te pide  
Que le abrace y requiebres,  
¿Podré requebrarle yo  
Y abrazarle?

LEONOR.

¿Qué inocente!

TERESA.

Voy por el papel.

(Vase.)

DON GARCÍA.

Hernando,  
Fuése aquel ángel, y fuése  
Tras ella mi pensamiento.

DON RAMON.

Por seguirla, en impacientes  
Suspiros exhala el alma.

LEONOR.

Ciego amor, fuerza es que yerre  
Si la razon no me guia.  
Voyme de aqui.

(Vase.)

HERNANDO.

¿Qué resuelves?

DON GARCÍA.

Pedirle señas mas ciertas,  
Y que diga claramente  
Su nombre.

HERNANDO.

Y á san Antonio,  
Que hace hallar lo que se pierde,  
Que te depare tu juicio.

(Vase.)

REINA.

¿Vuestra alteza se divierte?  
No está aqui.

REY.

Segui á Teresa.

REINA. (Ap.)

El mismo mal se remedie  
A sí mismo. Háblela el Rey;  
Que, si su ignorancia advierte,  
El dejará de quererla.  
Paciencia, celos crueles;  
Que, aunque en sí las majestades  
Efectos comunes sienten,  
Es bien disimulen reinas  
Lo que sintieron mujeres.

REY.

¿Viene vuestra alteza?

REINA.

Vamos.

*Sale HERNANDO, y da un papel á don  
Ramon, y mirale el Rey.*

HERNANDO.

Este mandó que te diese  
Teresa.

REY.

(Ap. Un papel le ha dado.)  
Vaya vuestra alteza, y déme  
Licencia para quedarme.

DON RAMON.

Tal soy, que no he de leerle  
Hasta que el Rey lo haya visto.

REY.

Ramon, ¿cúyo es el billete?  
¿Parece que te has turbado?  
Tú mismo sin responderme  
Te has entregado á tí mismo;  
Que hay sangre tan delincuente,  
Que, por no manifestarse  
Y andar recatada siempre,  
En el corazon se esconde;  
Pero, como tambien suele  
Robar el color al rostro,  
Al tiempo del esconderse,  
En el mismo robo entonces  
La conocen y la prenden.

DON RAMON.

Antes si el color se roba,  
Señal de que se enflaquece  
El corazon, y la sangre  
Acude por socorrerle;  
Indicios da de tan buena,  
Que al corazon favorece  
Para alentarle á que haga  
Quizá mas de lo que puede.  
Este es papel de Teresa.

HERNANDO.

Segun esto, el papel debe  
De ser para el Rey; mi amo,  
Que por Teresa se muere,  
Echó buen lance, y yo he sido,  
Sin saberlo, el alcahuete.  
Voy á decirselo todo.

(Vase.)

REY.

En fin, ¿Teresa te quiere?

DON RAMON.

No sé lo que el papel dice.

REY.

Dice el papel de esta suerte.  
(Lee.) «Don Ramon, no es culpa mia  
«Que, habiéndoos visto, os quisiere;  
«Deseo esta noche hablaros;  
«Pagadme esta deuda y vedme  
«En las rejas del terrero,  
«Porque sus yerros acierte.»  
¿Quien así te escribe es necia?  
No he visto papel mas breve,  
Ni con mas buen aire escrito.

DON RAMON.

¿Que ella me llame y me ruegue,

Y que es fuerza ser yo ingrato?  
Valedme, cielos, valedme.

REY.

Ramon, yo estoy sospechoso;  
Esos suspiros ardientes,  
Ese semblante tan triste  
Me han dicho cómo procedes.

DON RAMON.

Señor, que á Teresa adore  
El alma, y que no la altere  
Este papel, no es posible;  
Exhalóse un vapor leve,  
Subió hasta media region,  
Turbó el aire de repente  
Y enmarañóse una nube;  
Permitid, Señor, que truene  
Al tiempo que aborta el rayo,  
Que se sacuda y se quiebre,  
Hasta que se haya deshecho  
Por los ojos que la llueven.  
Dad tiempo á la tempestad;  
Que, despues que se serene  
El cielo, nublado agora,  
Y que la tormenta cese,  
Mi lealtad, que es sol, á quien  
Turbar vapores no pueden,  
Se aparecerá mas clara  
A pesar de inconvenientes.

REY.

Don Ramon, habla á Teresa;  
Que yo quiero estar presente,  
Y averiguar si es tan necia  
Como la Reina encarece.

DON RAMON.

Digo que debe ser mudo  
Y ciego el que es obediente.

REY.

Juntos iremos á hablarla,  
Y ambos seremos jueces  
De su entendimiento.

DON RAMON.

Amor,  
Dame paciencia ó la muerte.

REY.

Ruégale á Dios que sea necia,  
Si quieres que te la deje.

(Vanse.)

## JORNADA SEGUNDA.

Sale EL REY Y DON RAMON.

DON RAMON.

Señor, confieso que ha sido  
Vuestra heróica confianza  
Favor tan alto, que alcanza  
Al cielo donde he subido;  
Mas esta merced os pido,  
Porque os importa á vos esta,  
Teresa el vivir me cuesta,  
Y hablarla yo, de amor ciego,  
Es como aplicar al fuego  
Una materia dispuesta.  
Vos venis á examinar  
Si es necia ó si es entendida;  
Muy á costa de mi vida  
Lo quereis averiguar.  
Mas mandarme estar y hablar  
En amorosa contienda  
Con dama que así se prenda,  
Y que yo amara tan firme,  
Parece que es persuadirme  
Vos mismo á que yo os ofenda.  
En fin, vuestro amor me obliga  
Que, estando juntos los dos,

Yo solo, oyéndolo vos,  
Fingidos amores diga.  
Temo que no se consiga  
El fruto de estas quimeras;  
Que entre burlas lisonjeras  
Creeréis vos que estoy fingiendo,  
Y yo, que lo estoy sintiendo,  
Quizá lo diré de veras.

Ved pues que es peligro extraño  
Lo que vuestro amor me manda;  
Que el amor es peste blanda,  
Es apetecible engaño;  
Cierra los ojos al daño  
Tal vez un suave olvido,  
Con que se aduerme el sentido,  
Y en los brazos de ese sueño  
Pasa á obligacion de empeño  
La burla de haber fingido.

REY.

Ramon, el peligro sé;  
Pero aunque á Teresa amais,  
Tambien sé que acrisolais  
En el riesgo vuestra fe;  
Demás de que le hablaré  
De ese modo, y de otro no,  
Pues ella á vos os llamó.  
Vos sois quien sois, y en efeto  
Me habeis de tener respeto,  
Estando presente yo.  
En fin, vos habeis de hablalla,  
Y ver, sin que ella me vea,  
Si es necia.

DON RAMON.

Ojalá lo sea;  
Pues, siéndolo, podré amalla.

Salen TERESA Y LEONOR á la reja.

LEONOR.

Déjame hacer; oye y calla.

TERESA.

¿Diz que el Rey quererme espera?  
No le querré aunque se muera.

LEONOR.

Yo lo dispondré de modo  
Que lo remediemos todo,  
Y que don Ramon te quiera.

REY.

Ya la ventana han abierto.  
Llega, Ramon; que yo aquí  
Estaré junto de ti.

LEONOR.

¿Quién es?

DON RAMON.

Un vivo y un muerto.

LEONOR.

Don Ramon, si es eso cierto,  
Tendréis en mi buen lugar,  
Porque os vengo á desear  
Vivo para quien os ama,  
Y muerto para otra dama  
Que celos la puede dar.  
Tendréis por atrevimiento  
Llamaros en un papel,  
Y habréis conocido en él  
Ya mi poco entendimiento.  
No sé si os diga que siento  
Ver lo mal que se interpreta  
La accion quizá mas perfeta;  
Porque no hay mas discrecion  
Que saber en la ocasion  
Despreciar el ser discreta.  
(Ap. Mucho importa proseguir  
Aquella cautela mia  
Con que engañé á don Garcia.)  
Todo os lo quiero decir.  
En fin, yo vine á sentir  
A la Reina con los celos,  
Y tanto, viven los cielos,

Mi fe de leal se precia,  
Que antes pareceré necia  
Que dar á su alteza celos.

REY.

Vive Dios, que á ti te adora,  
Y que á mí me ha despedido;  
Pero ¿qué te ha parecido?

DON RAMON.

Que es muy necia, y veo agora  
Que la Reina, mi señora,  
Tiene razon.

REY.

Antes ves  
Que habló discreta y cortés.

DON RAMON.

Vuestra alteza no se queje;  
Que es necia porque la deje,  
Pero no porque lo es.

REY.

Basta, tú tienes razon;  
De lo pasado me pesa.  
Que hacerte hablar á Teresa  
Es ponerte en ocasion;  
Despidete, don Ramon,  
Mas no te vayas de aqui;  
Que habré de irme tras ti,  
Y es tan discreta, que entiendo  
Que la estaré siempre oyendo,  
Aun hablando contra mí.

LEONOR.

¿Parece que estáis suspenso?

DON RAMON.

Pensando deho de estar;  
Que pienso que hay que pensar  
Contra un amor tan inmenso.

TERESA.

¿Fué pulla aquello del pienso,  
Leonor? Que, como soy ruda,  
Por mí lo dijo sin duda.

LEONOR.

¿Hay bestia igual!

TERESA.

¿Qué molestia!  
En eso si que soy bestia,  
Pues he de estar siempre muda.

DON RAMON.

¿No estáis sola?

LEONOR.

Deste empleo  
Es testigo una criada.

DON RAMON.

Todo no ha de importar nada.

LEONOR.

Muy poco alentado os veo.

DON RAMON.

Las alas corté al deseo;  
Y así, me voy por lo llano,  
Y aún así temo no en vano  
Tropezar en la llaneza,  
Si no me tiene su alteza,  
O vos no me dais la mano.

TERESA.

La mano ha pedido; yo  
Se la daré por detrás,  
Como que tú se la das.

LEONOR.

¿Mano quereis?

TERESA.

¿Por qué no?  
Claro está, pues la pidió.

DON RAMON.

¿De mí os burlais vos también?

LEONOR.

Yo para tener á quien  
Va á caer no valgo nada;

Déos la mano esta criada,  
Porque ella os tendrá mas bien.

TERESA.

Veisla aquí, que es una pella  
De nieve.

DON RAMON.

Graciosa estáis.

TERESA.

Veisla aquí, ¿no la tomáis?  
Pues quedaréme con ella.

DON RAMON.

¿Sabéis lo que he imaginado?  
Que esperabais al señor,  
Pues previno vuestro amor  
Criada para el criado.

LEONOR.

¿Celitos del Rey, mi rey?

DON RAMON.

Eso no, no estoy celoso;  
Porque en mí es lo mas forzoso  
Cumplir con la buena ley.

LEONOR.

¿Que tanto amais á Teresa?  
Habeis de decirlo presto.

DON RAMON.

Mas que á mí.

REY.

Ramon, ¿qué es esto?

DON RAMON.

Un error dicho de priesa,  
Que no ha sido en mí, aunque es mio;  
Porque en tanta brevedad,  
Fué accion de la voluntad,  
Pero no del albedrio.

LEONOR.

La verdad, ¿sabréis querer?

DON RAMON.

¿Librase de amor alguno?

LEONOR.

¿Y quereis ser para en uno  
Con Teresa?

DON RAMON.

Puede ser.

LEONOR.

¿Puede ser? Gentil respuesta.  
Quando esperé, y era justo,  
Mil hipóboles del gusto  
Y mil gustos de la fiesta,  
¿Respondeis al casamiento  
Con tan flemático amor?

DON RAMON.

Ya que estáis de buen humor,  
Responderé con un cuento.  
Dijéronle á un caballero  
La murmuracion que habia  
De lo mucho que mentia,  
Y él dijo á un paje: «Yo quiero  
Enmendarme; á ti te encargo  
Que te estés siempre conmigo,  
Y si algunos cuentos digo,  
Quando vieres que me alargo  
En lo que voy á decir,  
Tírame, estando allí junto,  
De la capa al mismo punto,  
Y no me dejes mentir.»  
Esperó el paje ocasion,  
Y su amo en la primera  
De mentir, que en fin ya era  
Aquella su inclinacion,  
Dijo: «En una casa mia  
Tengo sala de mil pasos  
De largo, y no son escasos.—  
¿Y cuántos de ancho tenia?»  
Preguntó luego un oyente;  
A que el paje le tiró  
De la capa, y respondió:  
«Seis pasos tasadamente.»

Replicaron los demás:

«Pues ¿cómo así lo trazastes,  
Que á sala tan larga echastes,  
Seis pasos de ancho no mas?»  
Y á los que le preguntaron  
Respondia él al pasar:  
«Mas le quisiera yo echar,  
Sino que no me dejaron.»

REY.

Yo me aparto, y fingiré  
Que llevo agora.

DON RAMON.

Paciencia

Me dé amor; mas gente viene,  
Voyme.

LEONOR.

¿Por qué tan apriesa?

REY.

¿Quién va?

DON RAMON.

¿Quién es?

REY.

El Rey soy.

DON RAMON.

Yo don Ramon; que á Teresa,  
Que aquí gozaba del fresco,  
Hablé de paso.

REY.

No os vean

Aquí otra vez; idos luego.

LEONOR.

Ramon se va, el Rey se queda.  
Yo me retiro, habla tú,  
Y finge que eres tú mesma  
La que has hablado hasta agora. (Vase.)

TERESA.

Dicen que, como yo aprenda  
A hablar bien y tenga ingenio,  
Podré parecer discreta.

REY.

Teresa hermosa, aquí está  
Un rey que os pide licencia  
Para decir que os adora.  
¿No respondeis?

TERESA.

Linda tela

Era el raso azul del cielo,  
Si no se manchara apriesa.

REY.

Antes nunca hay accidente  
Que deslustre su limpieza.

TERESA.

Pues las nubes ¿no son manchas?

REY.

(Ap. Vive Dios, que se hace necia  
Agora, que habia conmigo.)  
Teresa, hablemos de veras;  
Ya sé que eres entendida.

TERESA.

No hay que sacar consecuencias;  
Que á don Ramon quiero bien,  
Y él no querrá que yo os quiera.

REY.

¿Qué te ha dicho don Ramon?

TERESA.

(Ap. Yo oí decir á un poeta  
Que el amar todo es embustes.)  
Dijome que no os quisiera,  
Porque soy una inocente,  
Y es un Heródes la Reina.

REY.

Luego ¿don Ramon me vende?

TERESA.

Poco importa que él os venda,  
Si yo no os quiero comprar.

REY.

Bien arguye su cautela  
El cuento del mentiroso;  
Yo castigaré mi ofensa,  
Por vida de mi corona.

TERESA.

No le hagais mal. (Ap. Ya me pesa  
De haber dicho esta mentira.)

Salen DON GARCÍA y HERNANDO.

DON GARCÍA.

Hernando, si galantea,  
Segun lo que me dijiste,  
El Rey á Teresa, y ella  
Le escribe, no hay que dudar;  
Porque, conforme á esta cuenta,  
Leonor es la del jardin.

HERNANDO.

Pardios, que Leonor no es fea,  
Aunque se infame ella misma;  
Porque, de puro discreta,  
Dió en ser muy desconfiada.

DON GARCÍA.

Si en una ventana destas  
La hallase acaso, no pienso  
Contentarme ya con señas,  
Sino con que me hable claro.

HERNANDO.

Probemos ventura, espera;  
Que allí está un bulto, que tiene  
De altor mas de dos mil leguas;  
¿Jesus, qué cosa tan alta!

DON GARCÍA.

Calla, gallina, no temas;  
Que un hombre es como los otros.

HERNANDO.

Dios, por su santa clemencia,  
Me libre de horas menguadas  
Y de fantasmas que crezcan.

REY.

Mira que hablas con un rey.

HERNANDO.

Vive Cristo, que el Rey era;  
Mira tú si era bien alto,  
Pues era la misma alteza.

REY.

Teresa, tu sangre ofendes  
Con ese estifo.

DON GARCÍA. (Ap.)

Teresa

Es la que está con el Rey.

TERESA.

Diga el Rey lo que dijera  
Una discreta, y dirélo;  
Será el sacristan su alteza,  
Y yo seré la campana,  
Que, como al niño en la escuela  
Lleva el maestro la mano,  
A ella le lleva la lengua  
El sacristan que la tañe.

DON GARCÍA.

¿Hay tan notable respuesta!  
Bien me lo dijo Leonor;  
Por no agraviar á la Reina  
Se finge necia sin duda.

HERNANDO.

Y ¿qué dirémos si fuera  
Verdad que Teresa es hoba?

DON GARCÍA.

Verás con qué diferencia  
Discurre hablándome á mí.

REY.

Causado de tus quimeras,  
Quiero dejarte. (Vase.)

HERNANDO.  
El se va.  
García, ¿qué aguardas? Llega.

*Sale LEONOR á la reja.*

LEONOR.  
Recógete; que es muy tarde.

TERESA.  
Adios, que voy muy depriosa;  
Que me estoy durmiendo toda. *(Vase.)*

DON GARCÍA.  
¿Podrá llegar quien desea  
Sacar fruto de unas flores,  
Teresa hermosa, á estas rejas?

LEONOR.  
¿Es don García?

DON GARCÍA.  
Es un alma  
Rendida á vuestra belleza,  
Que, por culpa de unas flores,  
Es esta noche alma en pena.

LEONOR.  
¿Eran las flores doradas?

DON GARCÍA.  
Quizá estuvo en la materia  
La culpa, y el caso hizo  
Un monstruo de dos cabezas;  
Que, ó las unió algun error,  
Ó las mueve un alma mesma.

LEONOR.  
Bien supiera responderos  
Que aun en los monstruos no yerra  
La intencion de quien los hace;  
Que así pienso que lo enseña  
La mejor filosofia.

DON GARCÍA.  
¿Adviertes de qué manera  
Discurre agora?

LEONOR.  
Hablar sé,  
Aunque celos de la Reina  
Me han hecho necia.

HERNANDO.  
Ha sido  
Necedad que lo parezca  
Quien es Séneca con moño.

DON GARCÍA.  
¿En fin, sois doña Teresa?  
En fin, sois la mas hermosa?

LEONOR.  
En fin, soy quien es mas vuestra.

DON GARCÍA.  
¿El Rey estaba con vos?

LEONOR.  
¿Teneis celos?  
DON GARCÍA.  
Será fuerza,  
Si dais vos misma la causa,  
Que quien tenga amor los tenga.

LEONOR.  
Yo sí los tendré, vos no;  
Porque quizá en vuestra idea  
Habrá mudanzas de objetos.

DON GARCÍA.  
Tan superior á la rueda  
De la fortuna es mi fe,  
Que aprenden de su firmeza  
A ser firme el firmamento  
Y á ser fijas las estrellas;  
¿Qué amago de otra hermosa,  
Qué impulso de deidad nueva,  
Violará el culto á estas aras?  
Doy que á mi fe verdadera  
La apostasia de amor,  
Primer impetu, se atreva

Con voluntario deseo,  
Accion de apetito apenas;  
¿Qué pasión mal corregida,  
¿Qué inclinacion lisonjera  
Querrá turbar sol tan claro,  
Que en vapor no se resuelva,  
Que en humo no se deshaga  
O en aire se desvanezca?  
¿Vistes marinos embates,  
Que en márgen de opuesta arena  
Quebrados se desvanecen,  
Desvanecidos se quiebran;  
Tan deshechos en sí mismos,  
Que, aunque locos no escarmentan,  
Espumas vuelven humildes  
Las que olas vienen soberbias?  
Pues sea un mar inconstante  
La condicion inquieta  
De la variedad humana,  
Entre embates y violencias;  
Haya pensamientos, olas  
Que, amenazando firmezas,  
Lleguen, como á opuesta playa,  
Donde mi amor las espera;  
Que, como allí al dar el golpe  
Es tanta la resistencia,  
Con su mismo impetu todas  
Suelen quebrarse en sí mesmas.  
La arena soy, tornen luego  
Porfiadamente necias;  
Que, ya que no escarmentadas,  
Yo las volveré deshechas.

LEONOR.  
¿Veis todos esos favores?  
Veis todas esas finezas?  
Me está pesando de oírlas.

DON GARCÍA.  
¿Por qué?

LEONOR.  
Porque es cosa cierta  
Que me las decis á mí  
Pensando en otra mas bella.

DON GARCÍA.  
No digais tal.

HERNANDO.  
Ahora bien,  
Yo desparzo esa pendencia  
Con una pregunta breve:  
Aquella criada, aquella  
Mondonga que da diamantes,  
¿Querrá un rato de conversa?

LEONOR.  
No está aquí.

HERNANDO.  
Con ser tan tonta,  
Dice algunas agudezas  
Cuando habla de don Ramon.

LEONOR.  
Aunque de Ramon me cuentan  
Que es muy grande amigo vuestro,  
La ley en que no dispensa  
Un amante es el secreto;  
Ni don Ramon ni el Rey sepan  
Que me habláis vos, porque importa;  
Y advertid mas: que el Rey piensa  
Que yo quiero á don Ramon.

DON GARCÍA.  
Luego ¿el Rey tiene sospecha  
De don Ramon?

LEONOR.  
Sí, García.

DON GARCÍA.  
Como á don Ramon no ofenda,  
Silencio eterno os prometo.

LEONOR.  
Pues cumplidme esa promesa.

DON GARCÍA.  
Pondré un candado á mis labios.

HERNANDO.  
Y ya en mi boca está puesta  
La chapa y la cerradura,  
Aunque para tales puertas  
Los de mi cámara suelen  
Tener sus llaves maestras.

LEONOR.  
Adios; que encargo el secreto,  
Y no es razon que amanezca,  
Y nos descubra el aurora.

HERNANDO.  
Adios; que ya las tinieblas  
Van aprieta á recogerse.

DON GARCÍA.  
Y el alba viene tan cerca,  
Que con blanco pié á la noche  
Le pisa la falda negra.

*(Vanse.)*

*Sale DON RAMON y LA REINA.*

REINA.  
Esta noche, don Ramon,  
Sé que con vos salió el Rey;  
Y advierto la buena ley,  
No me deis satisfaccion,  
Que debeis ser obediente  
A cuanto el Rey os mandare,  
Aunque el afecto repare  
En algun inconveniente;  
Que claro está que su alteza  
No empeña su voluntad  
Adonde la necedad  
Es pension de la belleza.

DON RAMON.  
Don Sancho de Lara agora  
Ha vencido una batalla,  
Con que hoy Aragon se halla  
Libre de la seta mora;  
Y cuando al fin desta empresa  
Le esperamos vencedor,  
Le honrará el rey mi señor.  
*(Ap. Celosa está de Teresa.)*  
Fuera de que, es mas que todos,  
Que vuestra alteza lo quiere,  
Y si de Teresa infiere,  
Viéndola hablar de aquel modo,  
O callar, que es ignorante,  
Vuestra alteza esté advertida  
Que es con extremo entendida,  
Y que quizá es importante  
Fingirse necia.

REINA.  
¿Por qué?

DON RAMON.  
Porque yo la adoro, y ella,  
Tan ingrata como bella,  
Tan mal me paga esta fe,  
Que, deseando que yo  
Venga en amarla á cansarme,  
Procura desagradarme;  
Por eso en ser necia dió,  
O en parecerlo.

REINA.  
Ramon,  
Vos me engaños.

DON RAMON.  
Esto es cierto.

REINA.  
¿Sabeis lo que agora advierto?  
Que tiene al Rey aficion,  
Pues á vos no os quiere bien,  
Que pudierais ser su esposo,  
Y que, viendo al Rey celoso,  
Os trata á vos con desden;  
O por engañarme á mí,  
Quizá ser necia ha fingido.

DON RAMON.  
Vuestra alteza ha discurrido  
En mi favor.

REINA.  
Es así.  
(Ap. Pero yo os quitaré á vos  
Del lado del Rey.)

DON RAMON.  
Deseo  
Ser muy leal.

REINA.  
Ya lo veo.  
Ahora bien, idos con Dios;  
Que el Rey viene.

Sale EL REY.

REY.  
Salios fuera.—  
Don Ramon, no os vais.

DON RAMON.  
Con ira  
Parece que el Rey me mira. (Vase.)

REY.  
Mas idos; que allí os espera  
Don Garcia, vuestro amigo.

REINA.  
Vuestra alteza está enojado.  
(Ap. Debe de haber escuchado  
Lo que habló Ramon conmigo;  
Diré que me dijo aquí  
Ramon que quiere á Teresa,  
Por ver, si así lo confiesa.)

REY.  
¿Qué dijo Ramon de mí?

REINA.  
Dijome que estaba agora  
Muy valida una discreta,  
Que, porque á mí me respeta,  
Finge que todo lo ignora.  
No son vanos mis celos;  
Que me dicen que se precia  
De ingeniosa, y se hace necia  
Para desmentir mis celos.

REY.  
(Ap. Culpas á culpas añade;  
Don Ramon quiere en efeto  
A Teresa, y en secreto  
A la Reina persuade  
Que con sus celos impida  
Mi intento; luego los dos  
Competimos. Vive Dios,  
Que le ha de costar la vida.)  
Don Ramon es desleal;  
Vuestra alteza ha declarado  
O su amor ó su cuidado;  
Y Teresa, aunque hace mal,  
Visto el engaño despues,  
Que vuestra alteza lo siente,  
Por mostrar que está inocente  
Ha fingido que lo es.

REINA.  
Ella es necia, por lo menos,  
En haberlo parecido.

Sale HERNANDO.

HERNANDO.  
Muchas veces han perdido  
Los buenos por ser tan buenos.  
Despues que el secreto oyó  
A Teresa, está rabiando  
Por decirlo el buen Hernando,  
Y el buen Hernando soy yo.

REINA.  
Vuestra alteza y don Ramon  
Convienen en que haber sido  
Teresa necia es fingido.

HERNANDO.  
Yo llevo á linda ocasion;  
A decillo me resuelvo.

REY.  
Pienso que de dar audiencia  
Es hora ya; con licencia  
De vuestra alteza, me vuelvo. (Vase.)

HERNANDO.  
Dé vuestra alteza la mano  
A un criado tan discreto,  
Que nunca guardó secreto;  
Y llame á un escribano,  
Diré mi dicho.

REINA.  
¿No es  
Vuestro señor don Garcia?

HERNANDO.  
Yo asisto á su señoría.  
Declare el testigo pues  
Con toda solemnidad;  
El cual, despues de haber hecho  
La cruz conforme á derecho,  
Prometiò decir verdad.  
(Ap. Yo les doy con la del mártes.)

REINA.  
Decid, y ved que ha jurado  
El testigo.

HERNANDO.  
Preguntado  
Que si conoce á las partes  
Y de aquesta causa tiene  
Noticia, dijo que sí.  
Preguntado si es así  
Que es embustera solemne  
Teresa, dijo que es cosa  
Notoria que se recata  
Y se finge mentecata  
Porque la Reina es celosa.  
Preguntado si Teresa  
Quiere al Rey, aunque lo esconde,  
Este testigo responde  
Que la garatusa es esa;  
Y que este testigo diò  
A don Ramon un papel.  
Que ella le escribió, no á él,  
Si al Rey, porque él le leyó.  
Preguntado si es amigo  
El dicho Rey de la dicha  
Doña Teresa, ó por dicha  
Lo pretende, este testigo  
Dijo que en su alteza cabe  
Ser dueño de todas juntas;  
Pero á las demás preguntas  
Responde que no las sabe;  
Que otros que por interés  
Dicen, siempre se desecocan,  
Y dijo que no le tocan  
Las generales, y que es  
De un año, si bien se inclina  
Que en el segundo va entrando;  
Y lo firmó, don Fernando  
Fernandez de Fernandina.  
Pero todo lo que aquí,  
Con descuido ó con cuidado,  
Dijo del Rey va testado,  
Non vala, que no es así.

REINA.  
Bien, yo te doy en tu dicho  
Por ratificado ya.

HERNANDO.  
Pues, Señora, si ello está  
Dicho ya, lo dicho dicho.

REINA.  
Toma, y dime cuanto oyeres  
Deste amor.

HERNANDO.  
Seré estafeta  
De toda nueva secreta;  
Reina de las reinas eres.

Salen TERESA y LEONOR.

TERESA.  
Di lo que quieres decirme.

LEONOR.  
La Reina está agora aquí;  
Véte.

TERESA.  
¿Comeráme á mí  
La Reina? No quiero irme.

REINA.  
¿Teresa?

TERESA.  
Señora mía.

REINA.  
¿Cómo te va en Zaragoza?

TERESA.  
Dicen que soy buena moza;  
¿Qué importa la boberia?

REINA.  
Muda de lenguaje ya;  
Que es eso que fingir quieres,  
Indignidad en quien eres.

TERESA.  
Leonor, mi hermana, dirá,  
Que sabe hablarme á mi modo.  
Lo que eso quiere decir.

REINA.  
A tu padre he de escribir,  
Dándole cuenta de todo,  
Si no me dices por qué  
Esta locura has fingido;  
Dime verdad, ¿por qué ha sido?

TERESA.  
¿Qué brava historia que sé!  
Murmuraban del leon  
Que tenia mal aliento  
De boca, y él, descontento  
De tener esta opinion,  
Como es rey este animal,  
Mandó que todos le oliesen  
La boca, y luego dijese  
Si le olia bien ó mal.  
El que llegaba, decía:  
«Mal le huele á vuestra alteza»;  
Y él, con enojo y braveza,  
Le mataba y le mordía.  
Fué la zorra, y preguntada:  
«Huéleme mal?» respondió:  
Tengo romadizo yo,  
«Y no he podido oler nada.»

REINA.  
Y tú la fábula dices,  
De astuta y de maliciosa.

TERESA.  
Debió de hablar la raposa,  
Como yo, por las narices,  
Por fingir con propiedad.

HERNANDO.  
Lo mismo quiere ella hacer.

LEONOR. (Ap.)  
Esta ha de echarme á perder.

TERESA.  
Oigan la moralidad.

REINA.  
Ya pasa de necia á loca.

TERESA.  
El Rey me parece á mí  
Que pide mucho, y que así,  
Le huele muy mal la boca.  
Es como el leon bizarro,  
Y en pedir no comedide,  
Pues en ofiende que pide,  
Ser zorra y tener catarro.

REINA.  
¿Tú sufres esto á tu hermana?

TERESA.  
Hablando en la discrecion,  
Diré otra comparacion  
De la zorra, harto galana.

LEONOR.  
¿Posible es que no te corrás?

HERNANDO.  
¿Bebeis vino?

TERESA.  
¿Yo? En mi vida.

HERNANDO.  
Pues ¿cómo sois tan leida  
En la historia de las zorras?

REINA.  
No hallo remedio que cuadre,  
Todo es duda y confusion;  
Pero esta reportacion  
Debo á don Sancho, su padre.

LEONOR.  
(Ap. Temiendo estoy algun daño.)  
Don Ramon me dijo á mí...

REINA.  
Ya sé que quieres...

TERESA.  
¿A quién?

REINA.  
¿A don Ramon? Hago bien.

REINA.  
Todo es cautela y engaño;  
Don Ramon me dijo á mí  
Que Teresa le aborrece,  
Forzoso el rigor parece.  
Teresa, mira por tí;  
Que haré una demonstracion.  
Ya sé que fingir te quieres  
Ignorante, y no lo eres.

TERESA.  
¿Dijois eso don Ramon?  
Pues sabed que aunque ya sea  
Mi discrecion tan famosa,  
Que yo soy necia y hermosa,  
Y Leonor discreta y fea.

REINA.  
Si me hablas más de ese modo,  
Te he de castigar, Teresa.

TERESA.  
Leonor, ¿mas que me echan presa,  
Y que me pones de lodo?—  
Yo os quiero hablar al oido.

LEONOR. (Ap.)  
Si lo dice y no lo niego,  
Se sabrá el engaño luego;  
Ya el remedio he prevenido.  
Yo quiero decir tambien  
Que es fingida su ignorancia.

TERESA.  
Alto, lo digo en sustancia:  
A don Ramon quiero bien,  
Y si discreta me halló,  
Es porque Leonor le ha hablado  
De noche, y ha publicado  
Que quien le hablaba era yo.

REINA.  
Leonor, ¿es esto verdad?

LEONOR.  
¿Cómo verdad? Yo ¿qué puedo  
Decir, sino que es enredo,  
Como lo es la necesidad?

TERESA.  
Señora, ella sí se precia  
De enredadora.

LEONOR.  
Confieso  
Que decís verdad en eso,  
Como en decir que eres necia.

REINA.  
Ahora bien, dejadlo ahora;  
Que yo lo averiguaré.

LEONOR.  
Claro el embuste se ve.

REINA.  
Idos con Dios.

LEONOR.  
¿Qué has hecho?

TERESA.  
Decir quien eres.

LEONOR.  
Yo te daré mil enojos.

TERESA.  
Leonor, ya he abierto los ojos;  
Agora haz lo que quisieres.  
(Vanse Teresa y Leonor.)

Sale EL REY.

REY.  
Mal reposa quien bien ama;  
Necio es amor, pues porfia.—  
Hernando, llama á García.

REINA.  
He de ver para qué llama  
A García el Rey.

HERNANDO.  
Él viene;

REY.  
El lobo está en la conseja.

REY.  
Solos á los dos nos deja.

REINA.  
Oír á los dos conviene.  
(Vase Hernando, y pónese la Reina  
detrás del paño.)

Sale DON GARCÍA.

REY.  
García, seais bien venido,  
A solas os quiero hablar;  
Yo soy rey y vos vasallo,  
Ya veis á qué os obligais.  
Yo quiero bien á Teresa,  
Yo hice en mi voluntad  
A don Ramon mi tercero;  
Y él, como yo, á mi pesar,  
Tambien la quiere; ¿qué es esto?  
¿Tambien como él os turbais?  
Bien hacedis; que una traicion  
Debe aun oida alterar.  
El fué el mas leal criado,  
Y tan desleal es ya,  
Que mi amor dijo á la Reina.  
Vos pues me habeis de vengar;  
Muera, muera don Ramon.  
No importa que vos seais  
Tan leal amigo suyo;  
Que antes así será igual  
A la injuria la venganza;  
Porque es sin duda igual,  
Pues el mas leal ofende,  
Que le mate el mas leal.

REINA. (Ap.)  
Ya este amor está sabido;  
Escuchemos lo demás.

REY.  
¿Parece que estáis confuso?  
Obedeced y callad.

DON GARCÍA.  
Por fuerza he de obedeceros,  
Que os han informado mal;  
Porque la fe en don Ramon  
Es, como el cielo, incapaz  
De impresiones peregrinas.

Si al número celestial  
Astro añadido parece  
Un cometa, ha de juzgar,  
Quien lo ve, que no en el cielo,  
Sino que en el aire está;  
Porque el cielo incorruptible  
No admite en sí novedad.  
Los mismos ojos se engañan,  
Y los oidos están  
Sujetos á oír traidores.  
Señor, engañado estáis;  
No os alteren apariencias;  
Sábido sois, diferenciad  
De los cometas los astros.  
Doy que es forzoso dudar  
Si fué desleal Ramon  
O si vos os engañais;  
Doy que en uno y otro hay dudas.  
El sabio, cuando las hay,  
No ha de pensar lo mas fácil;  
Pues mas fácil es pensar  
Que vos estáis engañado  
Que no que él fué desleal.

REY.  
Mal discurris, don García;  
¿Cómo me puedo engañar,  
Si á mí la misma Teresa  
Me dijo con libertad  
Que queria á don Ramon,  
Y que él arbitrios la da  
Para que á mí no me quiera?  
Hoy le habeis de matar.

DON GARCÍA.  
(Ap. Ya Teresa me previno  
Que el Rey, aunque es falsedad,  
Piensa que ella á Ramon quiere.  
Pues si á él la vida va,  
Aunque yo arriesgue la mia,  
Bien me puede perdonar  
El secreto de Teresa,  
Que he de decir la verdad.)  
Señor, no á don Ramon solo,  
Aunque esto pudo bastar;  
A vos, á mí y á Dios debo  
Lo que ya diré, escuchad;  
Que aunque frágil leño entregue  
A tantos golpes de mar,  
No es bien, por salvar la vida,  
Que peligre la amistad.  
Teresa, que tan astuta  
Como fina sabe amar,  
Por mas fe, por mas secreto  
O por mas seguridad,  
Dijo que á Ramon queria.  
Pues, Señor, no lo creais,  
No á Ramon, á mí me quiere;  
Yo, yo adoro su beldad.  
Si hay culpa, en mí está la culpa,  
No en Ramon, que es un cristal  
La firme fe de su pecho,  
Que no se puede quebrar;  
Porque, si el cristal se quiebra,  
En los pedazos podrán  
Parecerse muchas caras,  
Y él una tiene no mas.  
Yo pues, por su discrecion,  
Aun mas que por su beldad,  
Amo á Teresa, y á ella,  
Aunque vos me la quitais,  
Se le van tras mí los ojos.  
¿Oh, cómo es gran necesidad  
Fiarse de ojos humanos,  
Que son ojos que se van!  
Mucho sentiré perderla;  
Vos no admireis, pues amais,  
Que á la causa del dolor  
Sea el sentimiento igual;  
Sino que en una razon,  
Donde no hay capacidad  
Para una pena tan grande,  
Tenga la vida lugar.

Mas si en el mismo alentarme,  
El aliento he de gastar,  
Por fuerza he de vivir ménos  
Cuanto me alcanzare mas.

REINA. (Ap.)

La enredadora es Teresa.  
¡Aquí que hay que averiguar.  
Pues confiesa don García  
Que le tiene voluntad  
A él, y no á don Ramon;  
Y ella ha dado en publicar  
Que es don Ramon á quien quiere?  
Leonor me ha dicho verdad.  
A su padre he de escribir  
Que si quiere remediar  
A Teresa, á Zaragoza  
Se venga con brevedad. (Vase.)

REY.

Bien puede ser, don García,  
Que ella no quiera pagar  
A Ramon, y á vos os quiera;  
Mas él, vendiendo lealtad,  
Me dijo que la adoraba.

DON GARCÍA.

Si vos, Señor, lo afirmáis,  
¿Qué puedo yo replicaros?

REY.

Vos supisteis excusar  
La muerte á Ramon; que agora  
Veo que hay facilidad  
En que Teresa me engañe.  
(Ap. García quiere mostrar  
Que es amigo de Ramon;  
Hasta que con claridad  
Lo haya averiguado todo,  
Tengo de disimular.)  
Yo me voy desengañando;  
Y á Teresa he de olvidar;  
Vos es forzoso que á ella  
O que á don Ramon perdáis;  
Ved cuál elegís, García:

DON GARCÍA.

No es fácil decir á cuál:  
A ella le he dado el alma,  
A él también se la di ya;  
Ambos lo merecen todo;  
Pónganos el cielo en paz;  
Que en todo el duelo hay ninguno  
Tan difícil de ajustar  
Como entre dama y amigo,  
Duelo de honor y amistad.

(Vanse.)

## JORNADA TERCERA.

Sale LA REINA y LEONOR.

REINA.

Leonor, tu ingenio no mas  
Pudo, con ardid extraño,  
Lograr hasta aquí el engaño  
Que aquí confesando estás;  
Que, aunque primero tu hermana  
Lo declaro, tú de modo  
Sabes persuadirlo todo,  
Que, en oyéndote, era llana  
Verdad cuanto me decías;  
Y así, hasta haberme enterado,  
Ni al Rey he desengañado,  
Ni hablo mas en quejas mías;  
Porque ya olvido á Teresa.  
La pasión hizo en efeto  
Que yo escribiese en secreto  
A tu padre, y ya me pesa.  
Hoy pienso que llegará;

Porque al punto se partió.  
No temas; que aquí estoy yo,  
Tan desenojada ya,  
Que, pues de mí se confia  
Tu desconfiado amor,  
Te doy palabra. Leonor,  
De casarte con García.

LEONOR.

Esa merced es igual,  
Señora, á vuestra grandeza;  
Pero advierta vuestra alteza  
Que ha de recibillo mal  
García si de repente  
Sabe que me hablaba á mí,  
Y no á Teresa.

REINA.

Es así:

Discurre como prudente.  
Con ardid y á pausas sea,  
Leonor, el desengañallo.

LEONOR.

Una diferencia hallo  
Entre la necia y la fea;  
Que la necia puede ser  
Menos necia con el arte,  
Que entre el estudio sé parte  
Y entre el ingenio el saber;  
Y así, Teresa no es ya  
Tan necia como solia;  
Yo soy fea todavía,  
Y lo seré, claro está;  
Porque la exterior belleza  
Del afeite, antes es vicio,  
No estriba en el artificio,  
Sino en la naturaleza.

Sale EL REY.

REY.

Con cautela he persuadido  
A la Reina que no quiero  
A Teresa, aunque ya espero  
Cobrarne; que estoy perdido.  
Tal con los celos me hallo,  
Porque á uno de dos adora,  
Bien que he sufrido hasta agora,  
Sin poder averiguallo.  
Don Sancho tarda por puntos;  
Por ver cuál la quiere, intento  
Proponer el casamiento  
A entrambos amigos juntos.

(Tocan cajas.)

REINA.

Oye, que suena ruido  
De cajas; tu padre viene.

LEONOR.

Y el Rey la noticia tiene.  
Pues para verle ha salido,  
Con despojos que ya entrega  
A la corona real.

REY.

Leonor, el nuevo Ahibal,  
Don Sancho, tu padre, llega.

(Tocan cajas.)

Salen DON SANCHO y SOLDADOS.

DON SANCHO.

Antes de merecer los pies reales,  
Que pido vencedor y humilde adoro,  
Si no vitorias al deseo iguales,  
Triunfos diré medidos al decoro;  
Escribidlos en láminas fatales,  
Vos para fama, para ejemplo el moró;  
Porque la eternidad, que en bronce im-

[prime,

Con vivientes caracteres lo anime,  
Echa á rodar la poderosa mano,  
Que á toda acción su término limita,

Esa bola del tiempo por el plano  
De la espaciosa eternidad que habita;  
Él rueda á su destino soberano.  
Ella en sí misma durará infinita. [llama  
Triunfad del también vos; que Dios sé  
Inmortal en el ser, vos en la fama.  
Por vencer á Jofar, rey de Valencia,  
Que en medio de sus huestes parecía  
Centro de la mayor circunferencia  
Que líneas terminó en la fántasia,  
Con no sé qué linaje de impaciencia  
Vuestro ejército insigne esperó el día;  
Porque, como el vencer era preciso,  
Dar la batalla prevenida quiso.  
Quisola dar, y dióla, y venció en ella  
Tan presto, que la misma verdad halla  
Que primero que el dalla fué el vence-

[lla,

Porque quiso vencella antes de dalla;  
Pues si al fin lavitoria está en querella,  
No venció la batalla en la batalla.  
Vencióla por haberlo antes querido;  
Y así, antes de vencer, ya habia ven-

[cido.

En un instante la que el aire cierra  
Inmensa copia y presumió segura  
Medir al cielo su ámbito, ya en tierra  
Se está midiendo á sí su sepultura.  
Jamás tan gran matanza oyó la guerra;  
Si la curiosidad sumar procura  
Cuántos murieron, dudo si el guarismo  
Faltará á los curiosos á sí mismo.  
El que contara las arenas, créo  
Que las cabezas moras no sumara;  
Pero excediólas tanto mi deseo,  
Que multitud menosprecié tan rara,  
Pues, aunque otro dejara en tal trofeo  
De sumarlas, Señor, porque no hallara  
Número igual á las moriscas rocas,  
Yo las dejé por parecerme pocas.  
Huyó Jofar, seguile diligente [puerto  
Hasta el Grao de Valencia, en cuyo  
Un bergantín previno cuerdamente,  
Presago el corazón de mal tan cierto;  
Llegué pues á la orilla, y de repente,  
Tendido el lienzo todo en campo abier-  
Vi que volaba el bergantín alado, [to,  
En su cáñamo mismo amortajado.  
¿Quién vió en marina playa veloz nave,  
Que animado bajel, delfín con plumas,  
Volar en agua, en aire nadar sabe,  
Batiendo á un mismo tiempo alas y es-

[pumas?

«Bien es, le dije, oh fugitiva nave,  
Que de marino pájaro presumas,  
Pues batiendo las alas de tus velas,  
Nadas el aire y por el agua vuelas.» [ve,  
Quise alcanzarle en hombros de aire le-  
Y á mí un aviso me alcanzó, que agora  
Duda la causa que al efecto debe  
La confusion ó el modo que la ignora.  
Leí la carta misteriosa y breve,  
En que dice la Reina, mi señora:  
«Conviene que caseis luego á Teresa;  
Ya vendréis vencedor, venid apriesa,  
Y á su alteza diréis que yo os lo mando.»  
Señor, el rey sois vos, la Reina escribe;  
Nosé si, mientras yo fe le estoy dando,  
Me quita á mí el honor quien le recibe;  
Mas si no llega la desdicha cuando  
Tarde el remedio al daño se apercibe,  
Ya anticipé el marido y la obediencia,  
Bien que ha de preceder vuestra licen-

[cia,

A don Juan Pimentel traigo conmigo,  
El jóven mas galán, el mas valiente,  
Tantas veces horror del enemigo,  
Cuantas su acero fulminó luciente.  
A mí, á mi hija, á mi familia obligo;  
Tal yerno, tal esposo, tal pariente  
Elegir supe con igual fineza.  
Déme los pies agora vuestra alteza.

REY.

Los brazos daré á quien viene  
Tan digno destes abrazos,  
Aunque no ha menester brazos  
El que como vos los tiene.  
La Reina podrá deciros  
Que está ya muy satisfecha  
De un escúpulo ó sospecha,  
Que fué causa de escribros;  
Y aunque don Juan Pimentel  
De Teresa es digno esposo,  
Gustaré, si no es forzoso,  
Que no la caseis con él;  
Porque la quiero empleada  
(Aunque en la eleccion reparo)  
En don Garcia de Haro  
O en don Ramon de Moncada.

REINA.

Don Sancho, yo os escribí  
Informada con engaño;  
Yo os llamé, yo os desengañé.

DON SANCHO.

Señora, ya estoy aquí;  
Ya, con tal satisfacion,  
Culparé á Teresa en vano,  
Y mas si le da la mano  
Don Garcia á don Ramon;  
Que cualquiera dellos es  
Deudo de la casa real.  
Y el vencedor mas leal  
En tan glorioso interés  
Premio aventajado tiene. —  
Dadme licencia, Señor,  
Que agora abraze á Leonor.

REINA.

Y á Teresa, que ya viene.

LEONOR.

Seáis, padre y señor mio,  
Tantas veces bien llegado  
Cuantas fuistes deseado.

DON SANCHO.

Todo de tu amor lo fio.

Sale TERESA.

TERESA.

Yace en un tronco con idea obscura  
Una forma escondida, un ser oculto,  
Que saca el arte del madero oculto,  
Que rompe, corta, labra, pule, apura;  
Hasta que poco á poco se figura,  
Y se parece en fin sagrado bulto,  
Capaz de adoracion, digno de culto;  
Tanto puede en un leño la escultura!  
Al arte, á la labor, al pulimento  
Debe el rubí, el diamante y el topacio  
Su lustre, su esplendor, su lucimiento;  
Labróme igual estudio, aunque de  
[espacio,  
Y recibió otro ser mi entendimiento;  
Tanto puede el estifo de palacio!

DON SANCHO.

Llega, Teresa.

TERESA.

Seáis,  
Padre y señor, bien venido;  
La mano y los piés os pido  
Cuando los brazos me dáis.

DON SANCHO.

Teresa, guárdete Dios;  
¿Cómo estás?

TERESA.

Agora buena;  
Porque no puede haber pena  
Habiendo venido vos.

REY.

Bien se ve que era fingida  
La necesidad; ¿qué bien sabe  
Mezclar lo alegre y lo grave!

DON SANCHO.

Ya Teresa es entendida;  
Su modo de hablar extraño.

REY.

A Garcia y á Ramon  
Reconozco obligacion  
Cuando llegó el desengaño;  
Con entrambos juntos quiero  
Hablar á solas, y ver  
De cuál Teresa ha de ser.

REINA.

Leonor, con cuidado espero,  
Hasta ver lo que responde  
Don Garcia.

TERESA.

Mas que mio,  
Es de Ramon mi albedrío,  
Y él á este amor corresponde.

LEONOR.

Siempre cuando juzga amor,  
Tuvo en la primer noticia  
El ingenio la justicia  
Y la hermosura el favor.

(Vase.)

DON SANCHO.

Señor, segun he inferido,  
Don Ramon y don Garcia,  
Quizá con igual porfia,  
A Teresa han pretendido;  
Pues si resueltos acaso  
De tal manera no están,  
Que yo responda á don Juan  
Pimentel que no la caso  
Con él por tenerla vos  
Casada, haré al momento  
Con don Juan el casamiento.  
Agora hablad á los dos.

(Vase.)

Salen DON GARCÍA y DON RAMON.

DON RAMON.

Claro está que á vos os debo  
La gracia del Rey; y así,  
Despues que le hablaste, vi  
En su alteza un rostro nuevo,  
Pues convirtió los enojos  
En agrados de semblante.

DON GARCÍA.

Por vos gracia semejante  
Suelo yo hallar en sus ojos.

REY.

Ramon, Garcia, aquí estoy  
Esperando que llegueis.

DON GARCÍA.

Aquí dos vidas teneis,  
Y aun puedo decir que os doy  
Dos juntas en cada uno;  
Porque están ya tan unidas  
Las almas, que sin dos vidas  
No podrá vivir ninguno.

DON RAMON.

Y es bien así; que mostraros  
Ninguno su amor pudiera,  
Si, dividido, tuviera  
Solo una vida que daros.

REY.

Cuando las vidas juntaís  
Con esa union, aun no creó  
Que llegó con el deseo  
Donde con obras llegais;  
Que en fin sois dos, y me pesa  
Que ni el favor ni el poder  
Se extienda á mas que ofrecer  
Solo á uno vida en Teresa.  
Yo he hablado á su padre, y él,  
Si no la doy luego esposo.  
Dice que será forzoso  
Darla á don Juan Pimentel;

Y que así, conviene luego  
Tomar la resolucion.

Don Garcia, don Ramon,  
Vuestra justicia os entrego;  
El uno de los dos puede  
Ser su esposo; ¿qué he de hacer  
Si es fuerza, habiendo de ser,  
Que el otro sin ella quede?  
Yo os tengo igual voluntad,  
Y de otra igual obligado,  
Igualmente he deseado  
No hacer la desigualdad,  
Cuando os hizo iguales Dios  
En honra, hacienda y fortuna.  
Dos sois, y Teresa es una;  
Allá os convenid los dos.

(Ap. Con esto averiguaré

(Yéndose prosigue.)

Cuál de ellos es el querido;  
Entrambos se han suspendido,  
Igual en ambos se ve  
Una pasion manifiesta.)  
Ois, ¿yo no estoy en mí!  
Ved que he de volver aquí  
Yo mismo por la respuesta. (Vase.)

DON GARCÍA. (Ap.)

¿Puede caber en una alma  
Mas suspensiones?

DON RAMON. (Ap.)

¿No sé

Si á un tiempo mismo en un pecho  
Mas dudas pueden caber!

DON GARCÍA.

Don Ramon, dadme lugar  
A que discurra, y despues  
Que obedezcan en un peso  
Las balanzas al fiel,  
Despues que á su quietud pueda  
Naturalmente volver  
La razon, que violentada  
Fuera del centro se ve,  
Podré quizá preguntaros  
Lo que ya llevo á temer;  
¿A temer dije? Mal dije;  
Perdonad el descortés  
Lenguaje, amigo del alma;  
Porque, ¿qué cosa ha de haber  
Que á mi me pueda estar mal,  
Si á vos os ha estado bien?  
Ya pienso que el Rey olvida,  
Tan cuerdo como cortés,  
La mas bella ingratitud,  
El mas hermoso desden.  
¿Qué os toca á vos deste caso?  
Yo para hablar me alenté;  
Hablad vos, que para otros  
Quiero alentarme tambien.

DON RAMON.

Estrecho viene á la pena  
El corazon; fuerza es  
Que reviente por la boca  
Lo que no ha cabido en él.  
Ya es tiempo que os comuniqué  
Una gallarda altivez,  
Del ánimo un noble osar,  
Un generoso emprender;  
Pues ya, si no por sí mismo,  
Quizá por satisfacer  
A los celos de la Reina,  
Corrigió su afecto el Rey.  
Yo vi á Teresa, y al punto,  
Como en tribunal, miré  
Las tres potencias del alma,  
Que, unánimes todas tres,  
Sentenciaron que la amase;  
Garcia, sentencia fué,  
Porque tres votos conformes  
Sentencia suelen hacer.  
Yo la elegi por esposa,  
Porque, en reciproca fe,

Ser corona del marido  
Suele la buena mujer;  
Y así, en virtud deste amor,  
Si es Dafne, Apolo será,  
Porque la siga beldad,  
Para alcanzarla laurel.  
Resta, García, que agora  
Digais vos si la quereis,  
Aunque, pues no lo he sabido,  
No la debeis de querer.  
Pero no, mal argumento;  
Que yo la quise tambien,  
Y os callé mi amor: de donde  
Vos, García, inferiréis  
Que callarle al buen amigo  
No es contra la buena ley  
De la amistad; claro está,  
Pues yo á vos os le callé,  
Que yo, habiendo vos callado,  
Infiero que puede ser  
Que, como callé y la quise,  
La querais vos y calleis.

DON GARCÍA.

Don Ramon, ya en el jardin,  
Ya en las ventanas, la hablé  
A Teresa algunas noches,  
Donde advertí su saber,  
Donde penetré su ingenio;  
Bien que de dia admiré  
El abril en sus mejillas,  
Entre azucena y clavel.  
Dejo el gusto de Teresa,  
Porque ni tratamos dél,  
Ni es tan nuestra su opinion,  
Que podamos disponer  
Della ninguno de entrambos;  
Y así, solo dudaré  
En lo que á su alteza agora  
Habemos de responder.  
Tal pues la quise, que dudo  
Quién es parecido á quien,  
Si fué Adónis como yo,  
O si yo soy como él.  
No os dije este amor á vos,  
Porque quise obedecer  
Al precepto de callarlo;  
Pero, á pesar del cruel  
Rigor de este imperio suyo,  
Yo me acuerdo que una vez  
Que importó á nuestra amistad,  
El secreto quebranté;  
Mas muera yo, y vivid vos;  
Que eso importa. Casáos pues  
Con Teresa, pues la amais;  
Y ruego á Dios la goceis  
Mas años ó mas edades  
Que en esa extendida piel  
De los cielos letras de oro  
Suelen los siglos leer.  
Ruego á Dios que logreis juntos,  
En regalada vejez,  
Tantos hijos, tantos nietos,  
Que apenas vos los conteis,  
Ni su madre, en vuestra mesa;  
Y ruego á Dios otra vez  
Que cuantos hijos os diere,  
Que nietos con gozo os dén;  
Tantos nuevos mundos crie  
Para ellos, solo porque  
A cada hijo el imperio  
De un mundo entero le deis;  
Y que yo los mismos años  
Viva con vos, para ver  
Esas dichas, que en la idea  
Dulcemente imaginé.  
Diréis que os hablo turbado,  
Aunque lo digo; diréis  
Que en fin lo siento; y respondo  
Que, á despecho de mi fe,  
Con el primer movimiento  
El apetito, infiel

Vasallo de la razon,  
Rebelde un instante fué;  
Pero ya está corregido,  
Y vive Dios, que, á poder,  
Con la boca, con los dientes,  
Con las manos, con los piés  
Le hollara y despedazara,  
Corrido que pueda haber  
En corazon que os rendí,  
O en alma que os entregué,  
Un primer impetu deste,  
O una accion sola de aquel,  
Que falte á nuestra amistad  
Y atienda al propio interés.

DON RAMON.

Ya no quiero yo casarme,  
Don García; vos podeis  
Dar á Teresa la mano.

DON GARCÍA.

Si mudais de parecer,  
Don Ramon, porque pensais  
Que quizá Teresa fué  
Liviana en accion mas leve,  
;Vive Dios!...

DON RAMON.

Paso, tened;  
Que os estáis precipitando.  
Luego que os vi proponer  
Que me casase con ella,  
Del todo me aseguré;  
Pues cuando escrupulo alguno  
Pudiera el caso tener,  
No me aconsejarais vos  
Lo que no me estaba bien.

DON GARCÍA.

Pues casáos.

DON RAMON.

Eso no;  
Lo que vos habeis de hacer,  
García, es casaros luego;  
Que, si á don Juan Pimentel  
Quiso dársela don Sancho,  
Querrá luego responder  
Que no puede porque á vos  
Os la tiene dada el Rey.  
Padezca yo, que no importa,  
Y cuantos, amigo fiel,  
Bienes á mi me rogastes  
Se logren en vos amén.

DON GARCÍA.

; Sois vos mas amigo mio  
Que yo vuestro? ;No podré  
Oponerme á vuestro amor,  
Como al mio os oponéis?  
Ramon, dama tan discreta  
A vos os querrá escoger.  
Digáosle al Rey que vos  
Con Teresa os casaréis.

DON RAMON.

Mucho replicais, García.  
Atended, pues, atended;  
No lo hagais ya por vos mismo,  
Ni porque la mereceis,  
Ni porque, en fin, estuvisteis  
Mas léjos de su desden,  
Sino porque yo lo quiero.  
; Ya no me replicaréis?

DON GARCÍA.

Vos sois tan amigo mio,  
Que yo sé que no quereis  
Lo que yo no quiero; yo  
Porque á vos no os está bien,  
Ni quiero que lo queráis;  
Luego ya no la quereis;  
Y así, no la quiero, cuando  
La dejéis vos de querer.

DON RAMON.

Tiempo perdeis y ocasion;

Ved que á don Juan Pimentel  
La dará luego don Sancho;  
Pues ya es ajena, haced  
Que sea vuestra, y no de otro.

DON GARCÍA.

Don Ramon, no me apreteis;  
Por fuerza habeis de sentirlo,  
Forzoso en vos ha de ser  
El pesar de no gozarla;  
Pues si la habeis de tener,  
Don Juan os la dé, no yo;  
Que puesto en razon no es  
Que el mas extraño os le excuse,  
Y el mas amigo os le dé;  
Y añadid mas, que yo quiero  
Que vos mismo lo juzgueis.  
; Será amistad verdadera  
Que cuando mi amigo esté  
Llorando aqui el bien perdido,  
Que ve en ajeno poder,  
Esté yo entre mis placeres  
Gozando este mismo bien?  
No, vive Dios; que ser debe  
El pesar, como el placer,  
Comun entre los amigos,  
Y si acaso respondeis,  
Porque es otro yo mi amigo,  
Que vos, sujeto á esta ley,  
En cualquier bien que yo tenga,  
Parte como yo tendréis;  
Eso, Ramon, mucho menos,  
Porque en cuanto á la mujer,  
No ha de ser tan otro yo,  
Que tenga parte tambien.

DON RAMON.

Esas razones militan  
Tambien por mí; pedid pues  
Mas término aquí á su alteza.

DON GARCÍA.

Término le pediré,  
Mas ya podrá convenirnos  
Esta razon; que despues  
Que sé que á Teresa amais  
(La causa oculta no sé,  
Quizá por estar mas léjos  
De poderos ofender),  
Vive Dios, que su hermosura  
Me parece menos bien.

DON RAMON.

Pues despues que yo he sabido  
Que vos amarla sabeis,  
Me parece á mi mejor;  
O porque la miro en fe  
De que ha de ser vuestra esposa,  
O porque así venga á hacer  
Algo mas cuando la dejo  
Por amigo tan fiel.

DON GARCÍA.

Yo no la quiero.

DON RAMON.

Yo sí.

*Sale HERNANDO, con dos papeles.*

HERNANDO.

Señor, señor, ; llegaré?

DON GARCÍA.

; Qué quieres, Hernando?

HERNANDO.

Hablarte;

Ciego estás, pues que no ves,  
Ni por rescuicios el gusto,  
Ni por brújula el papel.  
Mandóme que te le diese  
Leonor, mas díome á entender  
Que es de Teresa, su hermana.—  
Don Ramon, como me des  
El porte, aquí tienes otro;

La misma Teresa fué  
Quien me le dió por su mano.

DON GARCÍA.

Yo leeré el mío, leed  
El vuestro vos.

DON RAMÓN.

Ya le leo.

HERNANDO.

Tormentas suelen correr  
Estas damas de alto bordo,  
Naves que cuando se ven  
En gran piélago engolfadas,  
El mas diestro timonel,  
Resistiendo olas de celos,  
Está de mar en través,  
U da en bajos que, como  
Para nadar este pez  
Pide mucha agua, por grande,  
Allí se puede perder.  
¡Oh bien haya una fragata,  
Acomodado hajel,  
Que en las costas de la mar  
Tan poca agua ha menester,  
Que en cualquiera parte nada!

DON GARCÍA.

Ramon, al jardín iré;  
Que allá me llamó Teresa.

DON RAMÓN.

A mí me llama también.

DON GARCÍA.

Yo, porque á vos os elija,  
Voy allá.

DON RAMÓN.

Yo, porque os dé  
A vos la mano de esposa.

HERNANDO.

Ambos servís á Raquel  
En Teresa, pues Leonor,  
Cuando al uno se la dén,  
No es Lia la engañosa.

*Sale* EL REY.

REY.

Confuso vuelvo á saber  
La respuesta; obligaciones  
Tengo á don Sancho, ¿qué haré?  
Templar mi afecto.—García,  
Ramon, ¿en qué os resolvéis?

DON GARCÍA.

Que de término pedimos  
De aquí á mañana.

(*Vanse.*)

REY.

Está bien;  
Idos con Dios.—No te vayas,  
Hernando.

HERNANDO.

Yo esperaré  
La merced que ya adivino.

REY.

Vén acá, yo soy el Rey;  
¿Cuál de los amigos quiere  
Á Teresa?

HERNANDO.

¿Hágame de hacer  
Merced si lo digo?

REY.

Si.

HERNANDO.

Pues, Señor, don Ramon es  
El que se muere por ella.

REY.

¿Y don García?

HERNANDO.

También.

REY.  
Teresa ¿á cuál quiere?

HERNANDO.

A entrambos.

REY.

Ahora bien, yo mandare  
Que venga potro y verdugo.

HERNANDO.

No, Señor; esa merced  
No es la que yo he adivinado.

REY.

Pues di la verdad.

HERNANDO.

En fez

La hubiera creído un moro;  
Teresa escribió un papel  
A Ramon, otro á Garcia.  
Forme agora un bachiller  
En artes el silogismo,  
O *sic argumentor*, quien  
Escribe á dos quiere á dos;  
Pues á dos, como se ve,  
Escribe Teresa, ¿luego  
A dos debe de querer?  
Júzguelo, y si no dijere  
El artista mas soez  
Que es buena la consecuencia,  
Que me ahorquen por un pié.

REY.

¿Qué les dice en los papeles?

HERNANDO.

Que en el jardín se han de ver  
Esta noche.

REY.

Pues, Hernando,  
No digas que yo lo sé.

HERNANDO.

A mi secreto apostemos;  
Que callar no he de poder.  
(*Ap. A la Reina he de decirlo.*)

REY.

Pues apostemos también  
Que te cuelgan de una almena.

HERNANDO.

Vaya de cuento: una vez  
Llegó á pedir cierto pobre,  
Salió á darle una mujer  
De buen talle la limosna;  
Miróla el pobre, y pardiéz  
Que la requirió alentado;  
Que entonces debía de haber  
Amor también para pobres,  
Que habia menos interés.  
Oyóle el marido, y dijo:

«Ah, señor pobre de bien,  
¿Quiere apostar que le doy  
Mil palos?» Respondió él:  
«Señor, no quiero apostar;  
Dios guarde á vuesamerced.»

REY.

Pues calla, si no es que quieres  
Ver tu cuello en un cordel.

HERNANDO.

Vaya con Dios vuestra alteza;  
Que yo nunca apostaré.

(*Vanse.*)

*Salen* LEONOR y DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Teresa, un ángel humano  
Admiré en vos, mas confieso  
Que preferí con exceso  
Vuestro ingenio soberano.  
Yo pensé daros la mano;  
Pero el tiempo descubrió  
Que Ramon os mereció;

Y así, á dejaros me obligo;  
Porque, amándonos tal amigo,  
Os ame dos veces yo.  
El tiempo todo lo acaba,  
Mas vengo á quejarme del,  
Porque reveló infiel  
Lo que tan secreto estaba.  
El mar, que la arena lava,  
Suele en ondas dilatarse,  
Que vienen solo á quebrarse;  
A tu misma imitación  
Los bienes del tiempo son  
Que llegan para acabarse.  
Nadie pues podrá sentir  
Aun entre bienes placer,  
Pues todos vienen á ser  
Éfimejas del vivir.  
El agosto ha de venir,  
Que caduca pompa abrasa,  
Y en fin, si con mano escasa  
Un pasatiempo da el tiempo,  
Ese mismo pasatiempo  
Nos dice que el tiempo pasa.  
Solo no teme estos daños  
El campo en invierno triste;  
Pues pasa el tiempo, y le viste  
De nuevo todos los años.  
De sus mismos desengaños  
Le despoja, aunque le muda;  
Mas hasta en esto es sin duda  
Que caduca el tiempo anciano,  
Pues viste el campo en verano,  
Y en invierno le desnuda.

LEONOR.

García, pródigo estás  
De mi favor; ¿quién te dijo  
Que yo á don Ramon elijo,  
Si á ti te adoro no más?  
Pero, en fin, gusto me das,  
Pues preferirés con fineza  
El ingenio á la belleza.  
Habla á la Reina, García;  
Que toda esta causa mia  
Ya está en manos de su alteza.

DON GARCÍA.

No es posible que Ramon  
Me haya engañado; yo sé  
Que si os adora por fe,  
Le quereis por eleccion.

LEONOR.

Ya ha llegado la ocasion  
De que en esta diferencia  
Dé la Reina la sentencia.

*Salen en otra parte* DON RAMON  
y TERESA.

DON RAMÓN.

Teresa mia, García  
Es tu dueño, y dije mia,  
Perdona la inadvertencia.  
Yo vine obediente aquí;  
Dí lo que mandas, que á él  
Le llamaste en un papel,  
Teresa, y en otro á mí.  
La voz he extrañado en tí,  
Bien que mudarla solias  
Cuando necia te fingias;  
Y así, tampoco la extraño.

TERESA.

Saldrá el sol del desengaño,  
Y deshará sombras frias.

*Sale* EL REY.

REY.

Confuso, triste y dudoso  
Vengo á este jardín confuso,  
Porque á don Sancho no excuso  
La razon de estar quejoso.

Triste, porque ya es forzoso  
Este dolor que en mi asiste,  
Dudoso de quien resiste  
A mi amor; ¡cielos! ¿qué hará  
Quien tan justamente está  
Dudoso, confuso y triste?

DON RAMON.

¡Teresa hermosa!

REY.

Ramon,  
Habla con Teresa. ¡Cielos!  
Luego ¿Ramon me da celos?

DON GARCÍA.

Teresa, imposibles son  
Mi amistad y mi afición.

REY.

Teresa dijo también  
García á otra parte; ¿á quién  
Está hablando? Vive Dios,  
Que se ha dividido en dos  
Por querer á entrambos bien.

Salen LA REINA, DON SANCHE  
Y HERNANDO.

REINA.

Calla, no temas, Hernando.

HERNANDO.

Déjeme ir á confesar  
Vuestra alteza, yo lo dije,  
Fué yerro, fué necedad,  
Fué mengua mía, y el Rey  
De vuestra alteza dirá  
Que Menga le ha dado celos  
Sin ser cosquilloso Bras.  
Ello habrá cordel y almena.

REINA.

Conviene disimular  
Que el Rey á Teresa quiere;  
Porque su padre, que está  
Dudoso, no lo confirme.

DON SANCHE.

Señora, ¿qué me mandais  
En el jardín? ¿A qué efecto  
Me traéis á este lugar  
Y antes de eso, en mi presencia  
A dos criados mandais  
Vengan aquí con dos hachas?

REINA.

Yo he venido á remediar  
A vuestras hijas, don Sancho;  
Sé que en el jardín están  
Con Ramon y con García;  
Y habémoslas de casar

Ambas juntas de una vez;  
Que el Rey, mi señor, quizá  
Busca en el jardín lo mismo.

HERNANDO.

Lo que dije no es verdad,  
Yo hablé por boca de ganso.  
¡Que quise en fin apostar!  
Que en fin hube de decillo!  
¿Mas que los palos me dan,  
Que no le dieron al pobre?

LEONOR.

García, si eres leal,  
Dame la mano de esposo.

TERESA.

Ramon, si sabes amar,  
Yo soy tuya, y tú eres mío.

DON RAMON.

Teresa, nadie es igual  
En méritos á García.

REY.

Sin duda debe de estar  
En una parte Teresa,  
Y en otra el eco.

REINA.

Aquí está  
El Rey, y las hachas vienen.

HERNANDO.

Digo otra vez que no hay tal;  
Yo miento y tataramiento.

LEONOR.

Esta mano me has de dar,  
De que has de ser mío.

Salen CRIADOS con hachas.

DON GARCÍA.

Cielos,  
¿Qué luz es esta?

REINA.

Llegad.

DON GARCÍA.

¿Qué es esto? ¿con quién estoy?

REINA.

Don García, agora estáis  
Con quien siempre habeis estado;  
Su alteza os vino á buscar,  
Por saber que en el jardín  
De noche á Leonor hablais,  
Como á Teresa Ramon.  
Don Sancho quiso vengar  
Con las armas esta injuria;  
Pero si os cansa la paz,  
Ociosa es aquí la guerra,

Y aunque el Rey tenga pesar  
De hallaros aquí, es tan sábio,  
Tan cuerdo, tan liberal  
En dar perdones de ofensas,  
Que por mí os le ha dado ya.

HERNANDO.

El Rey me mira. ¿Qué dice  
Agora su majestad?  
Pues le toca, y nos tocó,  
No haga sino callar.

REY.

(Ap. La Reina es prudente, y pudo  
Con tanta facilidad  
Moderar mi enojo.) El vuestro  
Podeis, don Sancho, templar.—  
Don Ramon, dadle la mano  
A Teresa.

DON SANCHE.

Si gustais  
Vos, Señor, yo no replico;  
Pues responderé á don Juan  
Pimentel que vos lo hicisteis.

REINA.

Don Ramon, ¿á qué aguardais?

DON RAMON.

¿Qué respondeis, don García?

DON GARCÍA.

Que aunque estimé la beldad,  
Preferi siempre el ingenio;  
Que el suceso pudo hallar  
Medio para convenirnos,  
Pues vemos con claridad  
Que miramos á Teresa,  
Y que Leonor suele hablar;  
De modo que hay dos en una,  
Tan perfecta cada cual  
En su esfera, que es un todo;  
Y fué invencion singular  
Que, pues los dos somos uno  
Con tanta conformidad,  
Sean ellas una tambien;  
Porque así con lazo igual  
Se casen dos que son uno  
Con dos que es una no mas.

DON RAMON.

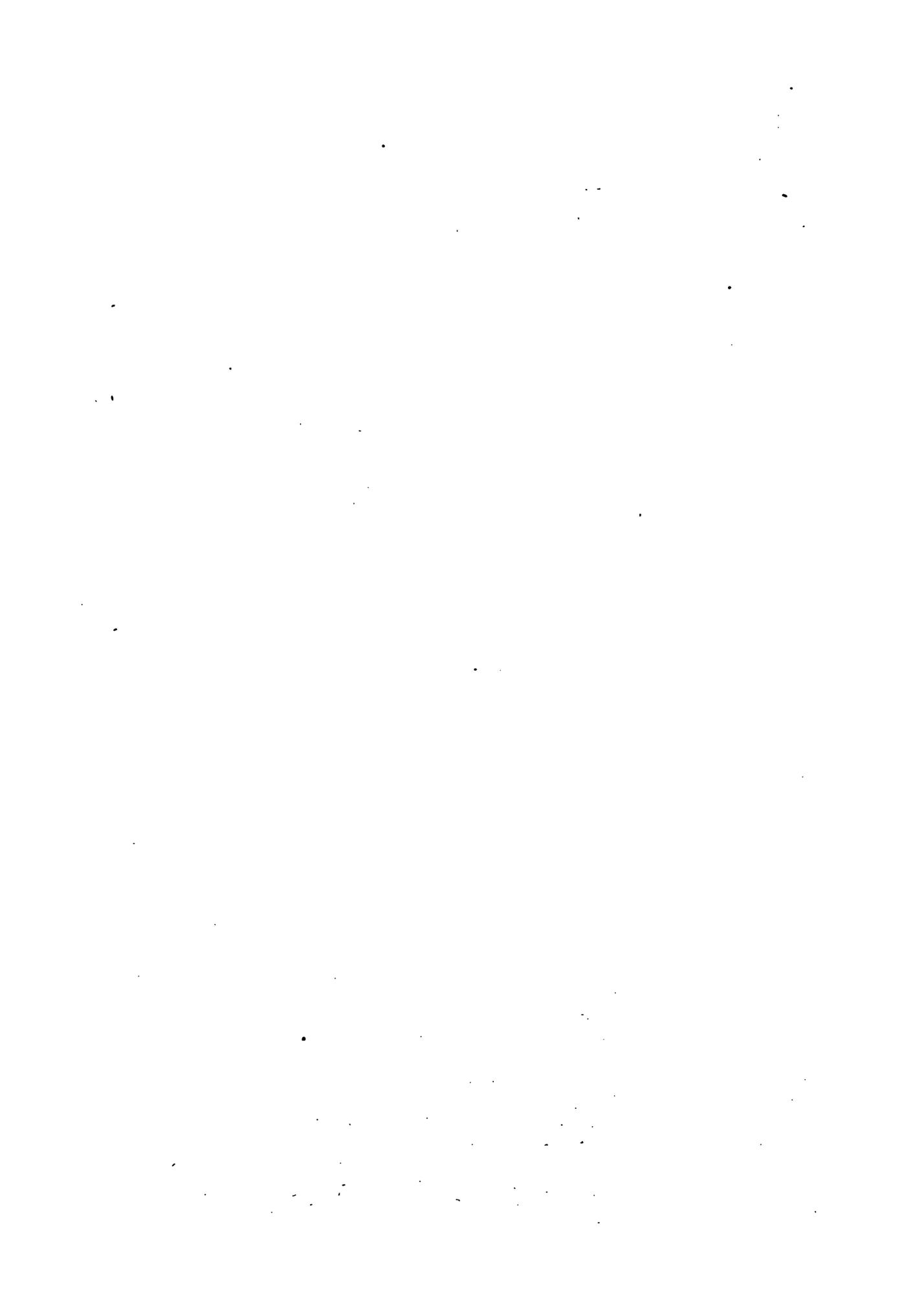
Pues doy la mano á Teresa.

DON GARCÍA.

Yo á Leonor.

DON RAMON.

Y perdonad  
Las faltas, Senado ilustre;  
Que entre uno y otro galan,  
Llamó á este caso el poeta  
*Duelo de honor y amistad.*



## COMEDIA FAMOSA

TITULADA

# GALAN TRAMPOSO Y POBRE,

DE ALONSO JERONIMO DE SALAS BARBADILLO.

### PERSONAS.

DON LOPE, *galan tramposo.*  
MONDEGO, *su criado.*  
DON GARCÍA, *caballero leonés.*

DON DIEGO, *hermano de don García.*  
DON FERNANDO, *caballero sevillano.*

DON RODRIGO, *caballero navarro.*  
DOÑA ISABEL, *viuda.*  
DOÑA INÉS, *su hija.*

MARINA, *esclava.*  
FELICIO, *criado de don García.*  
TRES EMBOZADOS.

### JORNADA PRIMERA.

#### DON LOPE Y MONDEGO.

MONDEGO.

Digo, Señor, que tu primo  
Ha llegado de Leon.

DON LOPE.

Calificada opinion  
Goza, y por ella le estimo.  
Este hombre es don García,  
Y por escrito emprimé  
Con él; ¡qué bien que corté  
Ingenio y pluma aquel día!

MONDEGO.

Por Dios que es notable treta.

DON LOPE.

¿De eso vives admirado?  
Muchos primos he ganado  
En virtud de la estafeta.

MONDEGO.

¡Qué graciosos desatinos!

DON LOPE.

Aun para mas te prevengo;  
¿Qué te espantas? primos tengo  
Isleños y ultramarinos.  
Pues solo para emprimir  
Con algun hombre afamado,  
Con mis cartas he pasado  
De la otra parte del mar.  
Suelo yo con gracia extraña  
(Accion que nadie me veda)  
Pasearme por la arboleda  
De los linajes de España;  
De donde con osadía,  
Conforme el ingenio vuela,  
Tal vez desgajo una abuela,  
Y tal arranco una tía.  
Mil abuejos prevenidos

Tengo de quien me amparar,  
Porque yo suelo mudar  
Mas abuelos que vestidos.

MONDEGO.

Considerado tu humor,  
Tienes...

DON LOPE.

Dime lo que sientes.

MONDEGO.

Recámara de parientes,  
No de vestidos, Señor;  
No he visto mayor frescura  
De condicion.

DON LOPE.

Como voy

Por esta arboleda, estoy  
Amenisimo.

MONDEGO.

Procura

Mejorarte de accidentes,  
Porque esos árboles son  
Muy secos, y no es razon  
Que de sombras te contentes.  
Campana es poco segura  
La selva por donde vas,  
Que las mas veces podrás  
Perderte por su espesura.  
Busca fruto con astuto  
Ingenio, y mas no te ultrajes;  
Que arboledas de linajes  
Dan flor mucha y poco fruto.  
Deja las vanas ficciones  
De esa arboleda molesta;  
Que no hay mas bella floresta  
Que un talegon de doblones.  
Que el oro se considera,  
Y en justa razon se funda,  
De el hombre sangre segunda,  
Que ennoblece á la primera;  
Y así, cualquiera mortal  
Tiene en su sangre tesoro,

Porque la segunda es oro,  
Y la primera coral.

DON LOPE.

Oye, que á los entendidos  
Se debe satisfacer;  
Por Dios, que les he de hacer  
Gran banquete á tus oídos.  
Si otros á la vanidad  
Consagran este deseo,  
Yo solamente le empleo  
En fértil utilidad.  
De estos deudos adquiridos  
Con arte, y ya confirmados,  
Saco yo premios honrados,  
Logro frutos muy lucidos;  
Y así, huésped me he de hacer  
Del que á ser mi huésped viene.

MONDEGO.

Grande aparato previene  
Tu ingenio.

DON LOPE.

Pues ha de ser.

MONDEGO.

Tu atrevimiento me agrada;  
Bizarria singular.

DON LOPE.

Por Dios, que he de emparentar  
Con él hasta en la posada.

MONDEGO.

Parece que siento ruido.

DON LOPE.

Dices verdad, ya llegó.

MONDEGO.

Y no al puerto que él pensó.

DON LOPE.

En el puerto se ha perdido.

MONDEGO.

Subir la escalera siento.

DON LOPE.  
También la sube el que va  
A la horca.  
MONDEGO.  
No será  
Este menor escarmiento.  
DON LOPE.  
Escucha, por vida mía.  
MONDEGO.  
Como un mármol pienso estar.  
DON LOPE.  
Oye; que quiero soltar  
 Toda la volateria. (Habla alto.)  
 El juicio menor perdido.

Salen DON GARCÍA y FELICIO,  
 y apártanse á un lado.

FELICIO.  
Parece que está enojado.  
DON GARCÍA.  
Aun en mí no ha reparado,  
 De el enojo divertido.  
 Retirémonos aquí,  
 Y su indignacion sabrémos.  
 (Retiranse mas.)

MONDEGO.  
Señor, templa tus extremos.  
DON LOPE.  
No cabe templanza en mí.  
 ¿Esta casa me alquilabas,  
 Si en ella un hombre murió  
 De peste? ¿Quién te engañó?

MONDEGO.  
Tú, que tu engaño buscabas,  
 Dandome tan grande prisa,  
 Que busqué, mas no elegí.

DON LOPE.  
No son buenas para aquí  
 Ni aun apariencias de risa.  
 Responde mas mesurado.

MONDEGO.  
Como el mal año, murió  
 De una seca que le dió  
 Este huésped desdichado.  
 Tus furoros no se alteren,  
 No te admires, no te asombres;  
 ¿Es mucho morir los hombres  
 De lo que los años mueren?

DON GARCÍA.  
Riñe con mucha razon.  
FELICIO.  
¿Que á ser su huésped venias,  
 Y en camino te ponias  
 De la barca de Aqueron?

DON LOPE.  
Busca luego una posada  
 Y ropa, porque en la mía  
 Hay malicia desde el día  
 Que estuvo en casa apestada.

MONDEGO.  
¿Oh edad ciega y alevosá,  
 Triste yo, que en tí nací,  
 Pues hasta la ropa en tí  
 Se sabe hacer maliciosa!  
 Mas compétele á esta edad  
 La malicia con justicia;  
 Que mal faltará malicia  
 A quien sobra necedad.

DON LOPE.  
¿Gracias dices, ignorante?  
 Vive el cielo...

MONDEGO.  
Siempre vive,  
 Y no servicio recibe  
 De memoria semejante,

Pues siempre te veo acordar  
 De el cielo en los juramentos.

DON GARCÍA.  
No deis mas seña á los vientos;  
 Templad el justo pesar.  
 Mirad que soy don García.

DON LOPE.  
Agora con mas razon  
 Crecerá la indignacion  
 Que en mi pecho se encendia.  
 Dime, ¿dónde hospedaré  
 A mi primo, dime dónde?

MONDEGO.  
Mi turbacion te responde  
 Con humildad que no sé.  
 Pues hay deudo y amistad,  
 Perdone, y su estrella siga;  
 Que una casa seca obliga  
 A tan grande sequedad.  
 Esto no admite disputa,  
 Antes es opinion llana,  
 La casa mas seca es sana,  
 Y esta es seca, aunque no enjuta.  
 Si por tal huésped enojos  
 El verla seca te da,  
 Llorá, y húmeda estará  
 Con el agua de tus ojos.  
 Tu llanto el remedio gaste;  
 Que si el bien nace de allí,  
 Le podrás decir así  
 Que en los ojos le hospedaste;  
 Mas contra la sequedad  
 Medio mas fácil intenta;  
 En el pozo le aposenta,  
 Y sobrarate humedad.

DON LOPE.  
A la muerte le condeno;  
 Será hospedalle traicion  
 En la casa donde son  
 Aun las paredes veneno.  
 Pues despues que entró tan fuerte  
 La muerte á verter sus iras,  
 Estas paredes que miras  
 Están cebadas en muerte.

MONDEGO.  
Pocas en Madrid verás  
 Que no estén por su camino  
 De uno y otro desatino  
 Apestadas mucho mas.  
 La casa mas noble peca  
 De seca, bien claro está,  
 Pues que en ninguna se da;  
 Mira si hay cosa mas seca.

Yo no pido por temer  
 Algun suceso bien malo;  
 Si algo dan, es con un palo,  
 Y aun éste seco ha de ser;  
 Que hoy la sequedad, Señor,  
 Tan extendida á estar viene,  
 Que aun tal vil dádiva tiene  
 Sequedad, y no verdor.  
 Seco está el mundo y no crece  
 Sino en ser grosero y vil;  
 Que solo el pródigo abril  
 Dádivas verdes ofrece.

DON LOPE.  
Mas injuria me propones  
 Con la excusa que me das,  
 Puesto que apestado estás  
 Aun en las mismas razones.

DON GARCÍA.  
Mis criados han buscado  
 Para sí cierta posada  
 Tan compuesta y aliñada,  
 Que excede á su humilde estado.  
 Desde aquí buscar podrémos  
 Con nuestra comodidad  
 Mas pompa y autoridad,  
 Pues en muchas la ballarémos.

DON LOPE.  
¿Yo, que os habia de hospedar,  
 Vuestro huésped he de ser?

DON GARCÍA.  
Hoy tenéis de obedecer.

DON LOPE.  
Vuestra luz me ha de guiar.

DON GARCÍA.  
Adios, que en casa apestada  
 Ya es mucha conversacion  
 Esta.

(Vanse don García y Felicio.)

DON LOPE.  
Salió la invencion  
 Tan sutil como acertada.  
 Bellísimo embuste.

MONDEGO.  
Airoso  
 Mientes con tal desenfado,  
 Que en tí el mentir ha ganado  
 Un distrito prodigioso.  
 Gran provincia es el mentir,  
 Despues que leguas le aumentas  
 Y distancias le acrecientas;  
 Al fin ¿irás?

DON LOPE.  
¿No he de ir?  
 Ya tenemos asentado  
 Que á comodidad aspiro,  
 Y que á las leyes no miro  
 De un ingenio recatado.

MONDEGO.  
Bien haces en no tratar  
 Con el honor melindroso,  
 Que es un enfermo achacoso,  
 Que siempre se ha de guardar.  
 Cualquiera soplo le hiere  
 De la fama; ¿á quién no enfada  
 Cosa que es tan delicada,  
 Que de un venticillo muere?  
 Envidia tu desenfado,  
 Con tu despejo me ajusto,  
 De las escuelas de el gusto  
 Debes de ser licenciado  
 Y aun retor; que el proceder  
 Tuyo me deja advertido  
 Que de el gusto mal régido  
 Digno retor puedes ser.

DON LOPE.  
Soy de los gustos buscon.  
MONDEGO.  
¿Qué dulce tendrás la vida!

Sale FELICIO.

FELICIO.  
Ya os espera prevenida  
 Posada y buena intencion,  
 Porque emiende la segunda  
 Lo que falta á la primera.

DON LOPE.  
Nuestra amistad verdadera  
 Sobre la intencion se funda.  
 Hoy don García me ha preso  
 Con nuevas obligaciones,  
 Aumento á su amor blasones,  
 En él gloria y en mí exceso.  
 Decilde que ya ha venido  
 La noche, y que he de ir primero  
 A ver de cierto lucero  
 Los rayos que me han herido.  
 Yo procuraré abreviar,  
 Reciba por vos mi excusa;  
 Que aun aquí el alma me acusa  
 Que no le voy á buscar.

(Vase Felicio.)

MONDEGO.  
¡Jesus, qué buen caballero  
Es el monsiur leonés!  
¡Qué blando y fácil! ¡No ves  
Que el leou se hace cordero?  
Juzgará en su fantasia  
El hidalgote enfadado  
Que es acto caballeroso  
Esté de la hospedería;  
Y por ser muy caballero,  
No de su bolsa sin daño,  
Tendrá en Madrid todo el año  
Oficio de mesonero.  
¿Dónde, ó pésia á mi linaje...

DON LOPE.  
Calla.

MONDEGO.  
Tu voz no me impida;  
Verá su hacienda comida  
Del cáncer del hospedaje.

DON LOPE.  
Vén á ver la bizzarria  
De una y otra hermosa dama,  
Dulce aumento de la fama  
Y émulo hermoso del día.

MONDEGO.  
Espera; que tengo aqui  
De esas damas dos papeles,  
Que á tus intentos inútiles  
Gustan de premiar así.  
Este es de doña Isabel,  
Que, con ser madre, parece  
Que ayer nació, y este ofrece,  
Mas niña, aunque no mas fiel,  
Su hija doña Inés.

DON LOPE.  
Pudieras  
Haber albricias pedido.

MONDEGO.  
Tú eres, tan bien entendido,  
Que con manos lisonjeras  
Darás lo que no pedi;  
Que hace el mérito mayor  
No haber pedido, Señor,  
Lo mismo que mereci.  
Dame, Señor; que es gran mengua  
De tu bidalgo entendimiento  
Que pague el merecimiento  
Los descuidos de la lengua.

DON LOPE.  
El decoro maternal  
A doña Isabel la quiero  
Guardar, leyendo primero  
Este papel magistral.  
No tendrá cuatro razones;  
Que es la madre muy sucinta.

MONDEGO.  
Y ¿serán de buena tinta?  
Todas serán conclusiones.

DON LOPE.  
(Lee.) «En la puerta de el jardín de  
mi casa, que sale al campo, os espe-  
ro esta noche entre doce y una; mi  
voluntad os llama, y mucho mas la  
soledad del sitio. — Dios os guarde.»  
El papel no me mintió.

MONDEGO.  
Bien muestra en su brevedad  
Ingenio y autoridad.

DON LOPE.  
Su gran belleza negó.

MONDEGO.  
El de la graciosa Inés,  
Hija suya y tan perfeta,  
Que la iguala en ser discreta,  
Este es, Señor,

DON LOPE.  
¿Este es?  
Pues tambien será pulido;  
Que es la Inés gran papelista.  
Aun apenas tengo vista.

MONDEGO.  
Pienso que está el sol dormido.  
Pero al fin le podrás leer;  
Que un escrupulo ha quedado  
De luz, confuso y turbado.

DON LOPE.  
Sí; que breve viene á ser.  
(Lee.) «Entre doce y una os espero  
esta noche en la puerta de el jardín  
de mi casa, que mira al campo; el  
sitio es solo, y la hora le hace mucho  
mas. — Dios os guarde.»

MONDEGO.  
¡Qué poco habladoras son  
Estas damas por escrito!  
Bien escriben de poquito,  
No forman tercer ringlon.  
Pero en tan pocas razones  
Tu perdición te han pedido.

DON LOPE.  
Es mi ingenio mas lucido  
En las fuertes ocasiones.

MONDEGO.  
¿Contra dos puedes pelear?  
DON LOPE.  
Puedo pelear y vencer.

MONDEGO.  
¡Oh prodigioso poder!  
DON LOPE.

Oféndesme con dudar.  
Los ingenios femeninos  
Son como alamos hojosos,  
Sin fruto vanagloriosos  
Entre arroyos cristalinos.

MONDEGO.  
Pues ¿no es fácil de quitar  
Tauta hoja?

DON LOPE.  
Yo podré;  
Que cierto airado seré,  
Que las sabré desnudar.

MONDEGO.  
¿Cierzo dices? No quisiera  
Verte imitar los cuidados  
De el cómitre de los prados,  
Que les dice: «Ropa fuera.»

DON LOPE.  
¡Oh, qué ingenio tan verdense!  
Hacia los prados te vas;  
Vamos.

MONDEGO.  
Voy muerto.

DON LOPE.  
Serás  
Testigo de un caso honroso;  
Pues engañar dos mujeres,  
Vengando á los demás hombres,  
Merece inmortales nombres.

MONDEGO.  
¿Que tan grande empresa esperes?  
Pues cuando Eva importuna  
Comió lo que no debía,  
No pensó el diablo que hacia  
Poco en engañar á una.  
Desde entonces viene á ser  
Gran tragona esta canalla,  
Pues buscó, para engañalla,  
Cosa que era de comer.

DON LOPE.  
Vén, y mi ingenio verás  
Vencedor, nunca vencido.

MONDEGO.  
Quedará el diablo corrido,  
Un protodiablo serás.  
Si tú engañas sus extraños  
Engañas con rostro tierno,  
Podrán llevarte al infierno  
A leer cátedra de engaños.  
(Vanse.)

Salen DOÑA ISABEL y DOÑA INÉS.

DOÑA ISABEL.  
¿No te quieres acostar?  
DOÑA INÉS.  
Es noche para gozada,  
Que es hermosa.

DOÑA ISABEL.  
Y tú pesada.  
DOÑA INÉS.  
Título es que me ha de honrar;  
Que el ser fiviana es delito,  
En calidad cual la mía.

DOÑA ISABEL.  
¡Qué vana bachillería!  
Con vergüenza te permito  
Que ocupes este lugar.  
(Ap. Cómo la engaña no sé.)

DOÑA INÉS. (Ap.)  
Grande mi desdicha fué;  
¿Cómo la podré engañar?  
Que á mi madre, que jamás  
A este lugar salió,  
Antojo y parto te dió  
Tan sin tiempo.

DOÑA ISABEL.  
Necia estás,  
Y si es que tu inadvertencia  
En su obstinacion se está,  
Mi chapin castigará  
Descuidos de tu obediencia.

Salen DON LOPE y MONDEGO.

MONDEGO.  
Ya te aguardan en el puesto;  
Tu estrago tengo de ver.

DON LOPE.  
Antes mi gloria; en vencer  
O morir la gloria he puesto.

DOÑA ISABEL. (Ap.)  
¿Que esta no se quiso entrar?  
Don Lope es, y tengo miedo  
Que se vuelva.

DOÑA INÉS. (Ap.)  
Apenas puedo  
Mi espíritu sosegar.  
Mi madre será ocasion  
De que don Lope retire  
Sus pasos, porque suspire  
Fuego eterno el corazon.

DON LOPE.  
Mi paso determinado  
Alaba.

MONDEGO.  
Tras el suceso  
Que antes, Señor, te confieso  
Que me dejás lastimado.  
Mas que no hazaña, locura  
Es empresa semejante;  
¡Oh buen caballero andante,  
El cielo te dé ventura!

(Llégase don Lope embozado.)

DON LOPE.  
Jamás entendí que diera  
La noche luces tan claras  
Entre sus sombras avaras,  
Liberal y lisonjera;

Me en la ilustre claridad  
Que vuestra belleza envia,  
Renace fénix el día,  
Y muere la escuridad.

DOÑA INÉS.

¡Jesus! huigamos.

DOÑA ISABEL.

Huigamos.

DON LOPE.

Pues ¿de quién? Don Lope soy,  
Que hecho es este campo estoy  
Ave de sus verdes ramos.

MONDEGO.

Dices bien.

DON LOPE.

¿Cómo?

MONDEGO.

Me aplico

A que eres ave, Señor;  
Que queieu es tan hablador,  
Es fuerza que tenga pico.

DOÑA ISABEL.

El veros tan escondido  
En la capa haciendo fieros  
A la misma noche, y veros  
Acometer atrevido,  
Miedo nos pudo poner.

DOÑA INÉS.

A mí me le puso tanto,  
Que de el recibido espanto  
Purgarme habré menester.

DON LOPE.

Meliandre, pero gracioso.

MONDEGO.

No lo es, porque se aplica  
A concepto de botica,  
Purgativo y revoltoso.

DON LOPE.

¿No anduvo graciosa y grave?

MONDEGO.

Si hablas de la purga, no,  
Por Dios; que el aire dejo  
Oliendo todo á jarabe.  
Concepto no solenices,  
Cuyo efeto dividido,  
Sí es bueno para el oído,  
Hace ofensa á las narices.

DOÑA ISABEL. (Ap.)

Bien con mi hija cumplí;  
Mi turbacion la agradó.

DOÑA INÉS. (Ap.)

De mi espanto se creyó  
Mi madre; yo la venci.

DON LOPE.

Pésame de haber turbado  
Vuestro seguro reposo,  
Salteador poco dichoso,  
Cuanto pude afortunado;  
Y así, pues debéis de estar  
En silencio tan sereno,  
Dando al verde campo ameno  
Mas colores que imitar,  
Poco dije discurriendo,  
Con altas contemplaciones,  
Las celestes estaciones  
Que los signos van haciendo.  
Pues esta noche tan bellas  
Luces el cielo sacó,  
Que en este campo intentó  
Ver estrellas contra estrellas,  
Yo me voy por no impedirlos,  
Aunque aquí pierdan los ojos  
Los siempre bellos despojos  
Que se compran con suspiros.

MONDEGO.

¿El oro terso y la plata

Compran los suspiros? No,  
Porque, á ser moneda, yo  
Me hiciera luego beata,  
Que es la mas copiosa gente  
De moneda suspirona,  
Tan astuta y socarrona,  
Que entre el suspirar ardiente,  
Con un modo no entendido  
Suelen dormir y roncar,  
Pretendiéndonos pasar  
Por suspiro el que es ronquido.  
Y yo sé de cierto boho  
(Engaño á fe no pequeño),  
Que cabezadas de sueño  
Las pasa en cuenta de arrobo.

DON LOPE.

Boca tienes de serpiente,  
Que aun la virtud no perdona.

DOÑA ISABEL.

Hónrenos vuestra persona,  
Pues cesó el inconveniente.

DON LOPE.

Con un engaño las dos  
Se burlan; calla, y verás  
Que las he de engañar mas.

MONDEGO.

Hazlo y páguetelo Dios.

DON LOPE.

¡Oh noche mas bien vestida  
Que fué el día precedente,  
Pues mas sol está presente  
Todo luz y todo vida!  
A larga ausencia de Febo  
Sepulta su claridad,  
Pues tanta serenidad  
A tu silencio le debo.

MONDEGO.

A la noche deja, y muda  
De intento por otro modo;  
Que, por hablártelo todo,  
Gustas de hablar á una muda.  
Tanto hablas, que conviene  
Que ella mude sus sentidos,  
Convirtiéndose en oídos  
Todo lo que en ojos tiene.

DON LOPE.

Dime si te recogieras  
De buena gana á dormlr.

MONDEGO.

Primero tengo de oír  
Del sol las aves parleras.  
Veré en rosas florecientes  
A la aurora, que en naciendo,  
Muy falsa se está riyendo  
Por mostrar los buenos dientes.  
Veréla bordar, Señor,  
El campo, con gran placer  
De haber visto una mujer  
Que madruga á hacer labor.  
Y aun mas estoy advirtiendo  
De esta doncella lozana,  
Que labra de buena gana,  
Pues siempre se está riyendo.  
Pero he llegado á temer  
Que es necia.

DON LOPE.

¿Quién te lo avisa?

MONDEGO.

Blanca y rubia y toda risa,  
Por fuerza necia ha de ser.  
Con que, siendo esto verdad,  
Que bien ser verdad parece,  
Lo primero que amanece  
En el mundo es necedad.

DON LOPE.

¡Qué buena noche he pasado!  
Muchas como esta quisiera,  
Aunque yo á mayor esfera

Me juzgaba destinado;  
Porque en ella concerté  
Hablar cierta hermosa dama,  
Por cuya luciente llama  
Rayos del sol desprecié;  
Y cuando fui por hablalla,  
Hallé persona con ella,  
Que me impidió proponella  
Cuanto me gozo en amalla.

DOÑA ISABEL. (Ap.)

Esto lo ha dicho por mí.

DOÑA INÉS. (Ap.)

Sin duda por mí lo dice.

DON LOPE. (Ap.)

Bien á las dos satisface.

MONDEGO.

Pienso que aun yo te creí.

DON LOPE.

Una parienta cercana

De la dama me impidió.

DOÑA ISABEL. (Ap.)

¡Oh, qué bien se declaró!

Alma tiene cortesana.

¿Qué mas cercana parienta

Que la hija que parí?

DOÑA INÉS. (Ap.)

Su grande ingenio advertí,  
A que le adore me alienta.  
¿Hay parienta mas cercana  
Que mi madre? El que es discreto  
¿Qué bien dice su conceto!

DON LOPE.

Lloro mi muerte inhumana.  
Aunque no debo llorar;  
Que, si aquel bien me faltó,  
Otro el cielo me ofreció,  
Bien digno de celebrar.

DOÑA ISABEL.

Si aquí la dama estuviera...  
Persuádase á que lo está,  
Y hable con ella.

MONDEGO.

Será

Desterralle.

DOÑA ISABEL.

Escucha.

MONDEGO.

Espera.

Engañalas, y verás  
Cómo á todos te prefieres;  
Que quieren mas las mujeres  
A quien las engaña mas.

DON LOPE.

Dijera: «Señora mía,  
En cuyos ojos amor,  
Para salir vencedor,  
Tiene luciente armería,  
A ofreceros he venido  
Un alma donde reineis;  
Que sola vos mereceis  
Un imperio tan lucido.  
En esta alma vuestra y mía  
Ejercitad majestades;  
Que asegura eternidades  
Tan constante monarquía;  
Que á no ser prenda inmortal,  
Señora, no os la ofreciera;  
Que de daros me ofendiera  
Un imperio temporal.»

DOÑA ISABEL.

A ser yo esa dama hermosa,  
Estuviera agradecida.

DOÑA INÉS.

Y yo tan reconocida  
Como bien vanagloriosa.

MONDEGO.  
¡Qué bien te han favorecido!

DON LOPE.  
De las dos voy obligado,  
Tan felizmente premiado,  
Que restauré lo perdido.

DOÑA INÉS. (Ap. á doña Isabel.)  
¡Qué vano que está, qué grave!

DOÑA ISABEL. (Ap. á doña Inés.)  
Presto se desvaneció.

DOÑA INÉS. (Ap.)  
Mi madre no me entendió.

DOÑA ISABEL. (Ap.)  
Engañéla; poco sabe.

DOÑA INÉS. (Ap.)  
¡Oh grande amor!

DON LOPE.  
Y tan fuerte,  
Que muero á manos de amor.

MONDEGO.  
Por morir sin dolor,  
Será dichosa tal muerte.  
Mas quiero morir de amores,  
Con ser tan necio morir,  
Que no llegarme á rendir  
A consultas de doctores.  
Su grande malicia ved,  
Pues dan con mano pesada.  
Una muerte consultada,  
Como si fuera merced;  
Pues cuando saber codicio  
De mi salud mal perdida,  
Está en consulta mi vida  
Como si fuera un oficio.  
Sus consultas, sus recatos,  
¿A quién no turban y alteran?  
Nuestras vidas consideran  
Garnachas ó vireñatos.

DON LOPE.  
Gente he sentido.

MONDEGO.  
¿Por Dios?

DON LOPE.  
Vamos, Mondego, camina;  
Que aquella frontera esquina  
Descubre un hombre.

MONDEGO.  
Y aun dos.

DOÑA ISABEL.  
Aunque es campo, no alborote  
El barrio, váyase luego.

DOÑA INÉS.  
No inquiete nuestro sosiego,  
Ni dé causa que se note.

DON LOPE.  
Muy bien se pueden entrar  
Vuestras mercedes seguras.

MONDEGO.  
No habrá marciales locuras;  
Que no me inclino á matar,  
Sino es á la mal regida  
Hambre, con quien estoy mal;  
Hambre matante y mortal,  
De quien yo soy hambrecida.

DOÑA ISABEL.  
Notable empresa.

MONDEGO.  
Creed  
Que en esto soy temerario,  
Aunque yo mas de ordinario  
Me acuchillo con la sed.  
Con dos hebras de tocino  
La suelo resucitar,  
Para volverla á matar  
Con el estoque del vino.

DD. C. DE L.—II.

Nace con tocino y deja  
Su vida al vino; advertir  
Quiere en nacer y en morir  
Que es mi sed cristiana vieja.

DON LOPE.  
Vámonos; que sin comer  
Puedes la sed provocar,  
Porque para tanto hablar  
Bien has menester beber.

DOÑA INÉS.  
Adios, y vaya ocupado  
En esa dama.

DON LOPE.  
Si haré.

DOÑA ISABEL.  
No la olvide.

DON LOPE.  
No podré,  
Que es alma de mi cuidado.

DOÑA INÉS. (Ap.)  
Mi madre ruega por mi.

DOÑA ISABEL. (Ap.)  
Mi hija por mi rogó.

DOÑA INÉS. (Ap.)  
Amor, tu industria venció.

DOÑA ISABEL. (Ap.)  
Amor, venciste y vencí.

(Vanse las dos.)  
MONDEGO.  
¡Oh prodigioso pintor,  
Cuyos ilustres colores  
Dan al aire tantas flores,  
Tantas plumas al amor!  
¿Quién era el hombre que viste?  
Porque yo, aunque dije dos,  
A ninguno vi, por Dios.

DON LOPE.  
Oye, pues no me entendiste:  
Yo, que la incomodidad  
Menor siempre la condeno,  
Por excusar de el sereno  
La molesta calidad,  
La plática concluí  
Con aparente invencion.

MONDEGO.  
Declárame tu intencion.

DON LOPE.  
Pregunta.

MONDEGO.  
¿Pregunto así?

DON LOPE.  
Preguntar puedes sin miedo.

MONDEGO.  
¿Soy yo tonto ó gran señor,  
Que preguntan sin temor?

DON LOPE.  
Lo primero te concedo.

MONDEGO.  
Di, ¿por qué causa enamoras  
A madre y hija?

DON LOPE.  
Has andado  
Curioso y determinado.

MONDEGO.  
Dime, entre estas dos señoras,  
Aunque es la madre muy bella,  
¿No era la hija mejor?

DON LOPE.  
Yo no soy preso de amor,  
Tengo interesable estrella;  
La hija tiene de renta...

MONDEGO.  
¿Cuánto?

DON LOPE.  
Hasta tres mil ducados.

MONDEGO.  
¿Son fieles?

DON LOPE.  
Tan bien contados,  
Que no resbalé en la cuenta.

MONDEGO.  
¿Tres mil todos efetivos  
Y que se pueden palpar?

DON LOPE.  
¿Dudas?

MONDEGO.  
Pues ¿no he de dudar,  
Si suelen ser fugitivos?  
El que hoy conquistar pretende  
Al dinero loco va,  
Pues en un castillo está,  
Dondé un leon le defiende.  
Sus armas he contemplado,  
Y hallar dinero no espero,  
Porque sé que está el dinero  
En un castillo encantado.

DON LOPE.  
Oye, si no es que esta gloria  
Me la quieres divertir.

MONDEGO.  
Muy bien puedes proseguir  
Con tu adinerada historia.

DON LOPE.  
¿Al fin la historia te agrada?

MONDEGO.  
Dala el oro tal valor,  
Que esta es la historia, Señor,  
Mas digna de ser contada.

DON LOPE.  
La madre con un hermano  
De este señor don Garcia,  
Que á ser mi huésped venia,  
Trae un pleito; es caso llano  
Que con él ha de salir,  
Porque tiene en su favor  
Dos sentencias.

MONDEGO.  
Y, Señor...

DON LOPE.  
Di, bien puedes proseguir.

MONDEGO.  
¿Cuánto el mayorazgo vale?

DON LOPE.  
Siete mil escudos; yo,  
A quien nunca amor hirió,  
Por mas que el golpe señale,  
Voy con dos fines, y son,  
Que si la madre es postrada  
En el pleito, aunque entregada  
Mi alma juzga á su aficion,  
La desmentiré la traza,  
Y de la hija seré;  
Mas si vence, entregaré  
Toda el alma á la madraza.

MONDEGO.  
¿Siete mil! ¿Tanto dinero  
A una hembra se le concede?  
Hacienda es que suplir puede  
Las faltas de un majadero.  
¿Son todos en oro puro?

DON LOPE.  
¿Habia de ser aguado?

MONDEGO.  
De ese modo me le han dado  
Siempre.

DON LOPE.  
¿Por Dios?

MONDEGO.  
Por él juro.  
Cuando á uno dan un tesoro,  
Y el oro que en él le dan

Es á precio de su afán,  
A este tal le aguan el oro ;  
Y así, pobre la imagino  
Entre tantas vanidades ;  
Que yo busco puridades  
En el oro y en el vino.

DON LOPE.

El gusto más lisonjero,  
Poco ó mucho viene aguado.

MONDEGO.

De la fortuna he pensado  
Mil veces que es tabernero,  
Y aun grande borracha y tal.

DON LOPE.

¿Qué dices?

MONDEGO.

Probar lo quiero.

Cuando á uno le dan dinero  
Es vino de Ciudad-Real;  
Mas cuando suelta el corriente  
De las penas, digo yo  
Que entonces se emborrachó  
De el vinazo de Torrente.

DON LOPE.

Docto en los vinos estás.

MONDEGO.

En sus nombres, no en sus obras.

DON LOPE.

Fama de vinoso cobras.

MONDEGO.

Calla; que otros lo son mas.  
Dí, ¿viene con don García  
Su hermano?

DON LOPE.

Viene don Diego

Esta noche, y trae, Mondego,  
Fuego á la esperanza mia.

MONDEGO.

¿Cómo! ¿Don Diego se llama?

DON LOPE.

Don Diego, un mozo valiente,  
Sagaz, cortés y prudente,  
Buena dicha y mejor fama.  
Este trata de casarse  
Con ella, para excusar  
El pleito y asegurar  
Los peligros de anegarse;  
Y por rendilla mejor,  
Con su hermano, que es muy rico,  
Trata ¿qué mal significa  
(Si no muero) mi dolor!  
De casar á su hija bella,  
Con que ellos gozan de estado  
Seguro, y yo, desdichado,  
Quedo á remar con mi estrella.  
Luego á esta calle vendrán  
Los dos.

MONDEGO.

¿Sin duda?

DON LOPE.

Es muy cierto;

Yo vengo tan encubierto,  
Que no me conocerán.

MONDEGO.

Dos hombres vienen allí.

DON LOPE.

Escucha.

Salen DON GARCÍA y DON DIEGO,  
embosado.

DON GARCÍA.

Entrar no podemos,

Siendo tan tarde.

DON DIEGO.

Verémos

Las rejas.

DON LOPE.

Oyes.

MONDEGO.

¿Yo?

DON LOPE.

Sí.

(Embózanse don Lope y Mondego.)

MONDEGO.

Bien conocí á don García.

DON LOPE.

Y yo al otro, que es don Diego;  
Estos con tirano fuego  
Afrentan la gloria mia.

DON DIEGO.

A las puertas del jardín  
Dos hombres, hermano, veo,  
Y mi curioso deseo  
Saber quisiera á qué fin.

MONDEGO.

Yo pienso que estos intentan  
Reconocernos.

DON LOPE.

Mi engaño

Les previene un grave daño,  
Tal, que en él su sangre afrentan.

Llámame tú señorita,

Y déjame hacer á mí;

Alza la voz y di así:

«Señor, ¿dónde va vusía?»

Que la respuesta veloz

Yo la daré prontamente,

Acertada y conveniente,

Mudando el tono y la voz.

MONDEGO.

¿Dónde va vusía?

DON LOPE.

Vamos;

¿En este campo qué hacemos,

Pues de este jardín tenemos

El fruto que deseamos?

(Vanse don Lope y Mondego.)

DON DIEGO.

Sigámoslos, don García.

DON GARCÍA.

¿Ya, don Diego, para qué,  
Si entre estas sombras hallé  
Aun mas luz que pretendia?  
Que con soberbia osadia  
Dijese, porque perdamos  
El juicio, si honor gozamos:  
«¿En este campo qué hacemos,  
Pues de este jardín tenemos  
El fruto que deseamos?»

¿Qué es esto, hermano? Un veneno

Por mis venas ha corrido,

Negras nubes ha vestido

El cielo de amor sereno;

Cayó el rayo sin el trueno,

Y sin prevencion, fué tanto

El horror, que, helado el llanto,

Aun no ha podido correr;

Que aquí menos vino á ser

El golpe que no el espanto.

DON DIEGO.

Arrebatánme furoros,

Todo soy congoja y luto

De ver que estos gozan fruto

Donde nos niegan las flores;

Han pensado mis temores

Si es que este nos conoció,

Y con arte se valió

De lenguaje malicioso.

¿Quién sería tan curioso,

Pues que agora llegué yo?

Decid, generoso acero,

Resplandeciente y lucido,

¿Qué sueño os ha suspendido,

Perezoso y lisonjero?

Dad el límite postrero  
A mi vida; no es rigor  
Este sangriento furor,  
Pues dais con igual efeto  
Paz eterna á mi sugeto,  
Y escarmiento con su horror.

DON GARCÍA.

Cuando los pasados días  
En este gran mar entré  
De la corte, las miré  
Triunfar de dos señorías,  
Pero que á sus bizarrías  
Despreciaban fué opinion;  
Mas yo ausente, la ocasion  
(Tal no pronuncian los labios)  
Abrió puerta en mis agravios  
Con llaves de la traicion.  
Dirás tú que porfiado  
A tu infamia te he traído;  
Vengate en mí, aunque no he sido  
En tal bajeza culpado;  
Porque yo desesperado,  
Mucho mas, mientras me advierte  
Mas razon, amo la muerte,  
Y aun yo propio me matara,  
Porque aun en esto quedara  
Desobligado á la suerte.  
Recelo que por allí  
Viene una luz, y será  
La justicia, y hácia acá  
Se llegan.

DON DIEGO.

Pienso que sí;

Vamos, ¿qué hacemos aqui?  
No demos nueva ocasion  
Para nuestra perdicion,  
Cayendo en mas triste estado;  
Basta que me han desarmado  
Los celos al corazon.

(Vanse.)

Salen, con una linterna. DON RODRIGO  
y DON FERNANDO.

DON FERNANDO.

Este alguacil vuestro amigo  
Haber venido pudiera,  
Y esta gente no se fuera  
Sin reconocella.

DON RODRIGO.

Digo

Que teneis mucha razon;  
Mas otra noche podremos  
Buscar otro, y gozaremos  
Mas á tiempo la ocasion.

DON FERNANDO.

Ser fino amigo mostrais;  
Vuestro amor es infinito,  
Pues me ayudais á un delito  
Sin que la razon sepais.  
Mas escuchad.

DON RODRIGO.

Vuestro gusto

Me sirve á mí de razon.

DON FERNANDO.

Juzgue vuestro corazon  
Si debe llamarse justo.  
Sevilla es mi patria ilustre,  
Que el mar y el sol lisonjean,  
Aquel engendrando el oro,  
Y este en traerlo á sus puertas;  
Que solo por adulalla,  
Preñadas de oro navegan  
Por desiertos cristalinos  
Naves ricas y soberbias.—  
Ciudad, cuyo alcázar noble,  
Confiesa mayor defensa  
A la sombra de un Guzman  
Que á las torres que le cercan;

Guzman, generoso Alcides,  
Que el hombro aplica y sustenta,  
Con el invencible Atlante  
Español, tantas esferas;  
A quien por su patrocinio  
Deben igual reverencia  
En su palestra las armas  
Y en su academia las letras.  
En esta ciudad, que, siendo  
Fértil campo de riquezas,  
Los que animosos las buscan,  
Generosos las desprecian,  
Tengo una hermana lucida,  
Florecente competencia  
De el aurora y de el abril,  
Con mas flores y mas perlas,  
Cuyos ilustres tesoros  
Cela el manto porque sea  
De lo que prodigó el cielo  
La honestidad avarienta.  
Nació en una aldea á quien  
El Bétis viste de amena  
Emulacion á su rostro,  
Si no es que copiar le intenta.  
Allí se crió, rendida  
Tanto á fatigar las selvas,  
Que en su venablo llevaba  
Su postrer paso á las fieras.  
Con la sangre de los brutos  
Hizo florecer la yerba,  
Fiscal de sus tiranías,  
Aunque se vengaba en ellas.  
Pero apenas vió su edad  
Diez y siete primaveras,  
Siendo á su rostro retratos  
Las que su edad años cuenta,  
Cuando mis padres la llaman  
A Sevilla, mas con fuerza  
Que voluntad, despreciando  
Vanamente su opulencia,  
Tan divertida se hallaba  
En la caza y satisfecha,  
Que la debieron suspiros  
Sus barbaras asperezas.  
En la ciudad balló aplauso  
Tanto, que se dijo en ella  
Que ejercitaba su oficio  
En mas ilustre materia;  
Que si allá cazaba brutos,  
Acá con mayores fuerzas  
Almas y deseos libres  
Ve rendidos en sus quejas.  
Al fin pasaron mis padres  
A la ciudad que se asienta  
Sobre luceros y signos,  
No menos firme que bella.  
Mi hermana solicitaron  
Dos hombres de ilustres prendas,  
Uno rico y presuntuoso,  
Y otro con pobres finezas.  
En la eleccion se detuvo,  
Consultándose á si mesma,  
Porque entre intereses grandes  
Amor dudoso se muestra.  
Verdad es que al menos rico  
La inclinaba la grandeza  
De su ánimo y sus virtudes,  
Que bien generosas eran.  
Cuando llego allí un don Lope,  
Un hombre que no se precia  
De mas valor que su aumento,  
Corta espada y larga lengua.  
Intentó tambien casarse  
Con ella, y halló la empresa,  
Cuanto atrevida, burlada  
Por codiciosa y no cuerda.  
El, por conseguir su intento,  
Falsamente al mundo cuenta  
Vanos mentidos favores,  
Que aun nombrallos es torpeza.  
Ausentóse persuadido  
A que nuestra diligencia

Le buscara para dalle  
Bien por el mal que nos deja.  
Consultó conmigo el caso  
Mi hermana cuando las rejas  
De un convento fueron cárcel  
De aquella infeliz belleza.  
Dejéla depositada,  
Y parti con fieles nuevas  
De que en esta corte asiste,  
Siendo la fábula en ella.  
Supe que aqui en esta casa,  
Cuyos balcones y rejas,  
Siendo jueces de este campo,  
Coronan sus alamedas,  
Con arrogante osadia  
A ciertas damas requiebra,  
Bien livianas si le escuchan,  
Perdidas si le desprecian.  
Y fiado en la amistad  
Que entre los dos se profesa,  
Vinculo fiel y seguro  
Lazo de correspondencia,  
Te truje en mi compañía,  
Para que mi amparo fueras,  
Por si acaso mayor daño  
Prevenian las estrellas;  
Y para reconocer  
A don Lope esta linterna,  
Porque no se errara el golpe,  
Que entonces en mi alma diera.  
Mas, porque sin la justicia  
Nadie á reconocer llega  
A otro, que á ella tan solo  
Se concede esta licencia,  
Esperaba ese alguacil,  
Y para que tambien fuera  
Testigo de mi venganza,  
Aunque en pesadas cadenas  
Me entregara á la prision,  
Porque así lograra en ella  
El no haber quedado en duda,  
El vengador de mi afrenta.

DON RODRIGO.

¿Cómo se llama la bella  
Causa de vuestra jornada?

DON FERNANDO.

LEONOR.

DON RODRIGO.

¿Leonor?

DON FERNANDO.

Celebrada

Tanto Sevilla por ella,  
Que ella es todo su ornamento.  
Este retrato os dirá  
Si es que igualalla podrá  
Cuanto ilustra el firmamento.  
Y alabaréis igualmente  
Con espíritu elegante  
Tanto de bello al semblante  
Cuanto al pincel de valiente.

DON RODRIGO.

Llegalde á la vecindad  
De esta luz, rara belleza,  
En quien la naturaleza  
Juntó gracia y majestad.  
De espacio le quiero ver,  
Yo os le volveré mañana.

DON FERNANDO.

Advertid que es de mi hermana.

DON RODRIGO.

Lo que debo sabré hacer;  
Es por ver en competencia  
Este y otro de otra dama  
Que allá celebra la fama.

DON FERNANDO.

Habrà mucha diferencia.  
Temed esos resplandores,  
Si no es que acaso quereis  
El retrato que traicis,

Abrasarle en sus colores.  
Este retrato podrá  
Ser de esotro incendio ciego;  
Que uno tabla y otro fuego,  
Fácil el remedio está.

DON RODRIGO.

Mas sois amante que hermano.

DON FERNANDO.

Es un cielo mi Leonor;  
Todo el imperio de amor  
Se ha reducido á su mano.  
Los elementos mejores  
La imitan ( feliz destino ),  
El agua en lo cristalino,  
Y el fuego en los resplandores.  
Demos fin á esta venganza;  
Que en Sevilla la veréis.

DON RODRIGO.

Con ese favor haceis  
Lisonjas á mi esperanza;  
Mas dudo de mis estrellas  
Tan singular maravilla,  
Porque vella, y en Sevilla,  
Es ver dos cosas muy bellas.

## JORNADA SEGUNDA.

MARINA, DON LOPE Y MONDEGO.

MARINA.

Mis señores me mandaron  
Que á vuesamerced dijese  
Que á la Trinidad se fuese  
A misa, y que no esperaron  
Porque habian de oír primero  
Un sermón docto.

DON LOPE.

Está bien,  
Bella esclava, en quien se ven  
Hierros de un bárbaro fiero.  
El mas impío fué del suelo,  
Pues sacrilego y tirano,  
Errar quiso con su mano  
Un grande acierto del cielo.  
Prodigiosas muestras daba  
De sacrilega osadia,  
Pues quiso errar á porfia  
En lo que el cielo acertaba.  
Y en campo tan descubierto  
Quedó, por su deshonor,  
Mas conocido el error,  
Y sin ofensa el acierto.

MONDEGO.

Con dama tan berberisca  
Requiebros no has de perder,  
Que pienso que ha de tener  
Ciertos resábios de arisca;  
¿Qué amores tan singulares  
Por lo ardiente y lo emperado!  
Dirás que estás abrasado  
De amores caniculares;  
Si no es que ya por las bellas  
Luces que ofrece en despojos,  
Digas que ves en sus ojos  
Los canes que son estrellas.  
De este amor can no hay dudar  
Será fiel, y no cobarde;  
Tendrás amor que te guarde,  
Y no de quien te guardar.  
Por esto su noble trato  
Celebro, estimo y venero,  
Que en Madrid es el primero  
Que ha dejado de ser gato.  
Amores perros me alientan,  
Porque otros con sus excesos  
Dejan á un hombre en los huesos,  
Y á estos, huesos los sustentan.

MARINA.  
Bien bufoniza el sirviente.

MONDEGO.  
¡Qué presto que me mordió!  
Al primer golpe arrojó  
Las tenazadas del diente.

MARINA.  
Sin duda sois gran señor,  
Pues con vos habeis traído  
Siervo que es entretenido  
Con lenguaje moleador.  
Los señores singulares  
En todo venis á ser;  
Gente llamais de placer  
A los que dicen pesares.

MONDEGO.  
No vi galga mas hidalga;  
¡Qué veloz!

DON LOPE.  
¿Veloz?

MONDEGO.  
Tal siento;  
Si me alcanzó el pensamiento,  
¿No es velocísima galga?

DON LOPE.  
Sabe que esta es de su dueño,  
Privanza que le gobierna;  
Y yo con esta accion tierna  
En un negocio la empeño  
Que mucho me ha de valer;  
Que yo sin particular  
Fin no supiera gastar  
Tanta prosa.

MONDEGO.  
Así ha de ser,  
Y es justo al negocio acuda.

DON LOPE.  
Gran dificultad encierra.

MONDEGO.  
Pues si ayuda bien la perra,  
Será tu perra de ayuda.

DON LOPE.  
Ella le ha de disuadir  
A su amo el casamiento.

MONDEGO.  
Escucha, que pasos siento;  
Temo que vuelve á venir.

DON LOPE.  
¡Qué notable desatino!  
A mil errores te ofreces.

MONDEGO.  
Siempre los perros dos veces  
Suelen andar el camino.

Salen DON DIEGO Y DON GARCÍA.

DON DIEGO.  
Docto sermon.

DON GARCÍA.  
Este orador sagrado  
De erudicion cristiana y de elocuencia  
Rica y feliz es campo cultivado,  
Donde el ornato es flor, fruto la ciencia;  
Este es el prodigioso Hortensio (1), ar-

[mado]  
Espíritu de luz, que sin violencia  
Alumbra, mas no abrasa; que al mas  
[ciego]  
Reparte luz, sin castigar con fuego.

DON LOPE.  
¡Oh señores! ¡tan presto habeis oído  
Misa y sermon?

DON GARCÍA.  
La misa hemos dejado

(1) El maestro Hortensio Félix Paravicino, celebrado escritor y predicador de la época.

Para despues; que estoy ciego y herido  
De un fuego todo sombra en mi cuida-  
—Don Diego, escucha. [do.]

(Habla al oído á don Diego.)  
DON LOPE. (Ap. á Mondego.)

El caso sucedido  
Anoche entre los cuatro ha levantado,  
Mondego, estas borrascas de recelos;  
Que son nublado de el amor los celos.

DON GARCÍA.  
Don Lope, solo os quiero.

MONDEGO.  
Tú entendiste  
Muy bien su pecho.

DON LOPE.  
Véte, y vuelve luego.—  
García, vuestro rostro grave y triste [go];  
Me ha empeñado en un gran desasosie-  
Decidme vuestro mal en qué consiste.

DON GARCÍA.  
¿Estamos solos?

DON LOPE.  
Ya se fué Mondego.

DON DIEGO.  
Y yo cerré la puerta, don García.

DON GARCÍA.  
Exequias hago á la esperanza mia.  
Don Lope, bien sabeis mi fe, mi ardiente  
Voluntad para vos.

DON LOPE.  
¿Quereis agora  
Diferir con un término imprudente  
Vuestro intento? Ya sé que sois aurora  
Que amaneció mis dichas, y el oriente  
Donde con nuevos rayos se colora,  
[tos].  
Vertiendo en mi bien prósperos aumen-

DON GARCÍA.  
No vengo yo á pedir os cumplimientos.  
Vamos al caso.

DON LOPE.  
Vamos norabuena.

DON GARCÍA.  
¿Bien sabeis que mi hermano y yo trata-  
Bodas con ciertas damas? [mos]

DON LOPE.  
La cadena  
Conozco que os ha preso.

DON GARCÍA.  
Prosigamos;  
Apenas aqui ayer, con la serena  
[camos]

Noche mi hermano entró, cuando bus-  
La calle destas damas (¡caso fuerte!).

DON LOPE.  
Vamos á la ocasion que así os advierte.

DON GARCÍA. [mos]  
Dos hombres alli hallamos, y entendi-  
Que eran señores tan confusamente,  
Que por irsenos luego no pudimos  
Aun percibir sus señas; diligente  
Cualquiera de nosotros, emprendimos  
Seguillos, pero pudo aquel presente  
Dolor atarnos con la misma pena,  
Porque es la adversidad fuerte cadena.  
Tú, que eres tan antiguo cortesano,  
Di quién son estos dos.

DON LOPE.  
Contra mujeres,  
Y principales, es vil, es villano [res]  
Quien no enfrena la lengua ó parece-  
Del vulgo vario. (Ap. Aquí es cuando me

[gano],  
Fortuna, si me ayudas, si tú quieres.)

DON DIEGO.  
No os receleis de amigos tan leales.

DON LOPE.  
¿Hede hablar mal de damas principa-  
¿Que pudiese haber en la pureza [les]  
De unas mujeres nobles tal exceso?

DON DIEGO.  
Habla mas claro, rompe la pereza  
De tu discurso, ó mal lograr el seso  
De tus primos verás.

DON LOPE.  
Con la estrechez  
De el deudo, que me obligas te confieso  
A no cumplir con el silencio justo [lo].  
Que se debe á su honor, por darte gus-

El conde Pinabelo  
Pasearon por su calle algunos dias,  
Pero nunca me dijo mi recelo  
Que aquellas fuesen mas que bizzarrías;  
Mas la fama vulgar cubrió de un velo  
Su honor con sospechosas fantasías;  
Que hubo vecino (engañanse los tales)  
Que dice que pasaron sus umbrales;

Sus umbrales, y en tiempo sospechoso,  
Y aun dicen que el Marqués decir solía  
(No lo creo por Dios), muy jactancioso,  
Que el uno y otro dellas poseía  
Aun mas que procuraron; yo, celoso  
En vuestro nombre, el golpe recibía,  
Injurado á las luces de los cielos; [los].  
Que el polvorin de amor labran los ce-

DON DIEGO.  
No mas, don Lope; estoy desengañado  
Tanto, que aunque está en duda mi

[justicia],  
Proseguir quiero el pleito, provocado  
Deste bárbaro error, desta malicia.  
Violentas guerras me propone el hado;  
Mas yo, despreciador de esta codicia,  
No quiero viles paces; que me llama  
La ambicion de vivir sobre la fama.  
De no pasear su calle juramento  
Hago, para lo que es enamorallas.

DON GARCÍA.  
Y yo lo mismo juro.

DON LOPE. (Ap.)  
Con mi intento  
Salí; proseguiré con engañallas.

DON DIEGO.  
¿Qué decis?

DON LOPE.  
Que celebro el sentimiento  
Justo, y que así se debe castigallas.

[miedo]  
(Ap. ¡Oh qué empeñado estoy! Ya tengo  
A los últimos fiudos de este enredo.)

DON DIEGO.  
Y esos señores ¡siguen obstinados  
La pretension de gustos tan injustos?

DON LOPE.  
Tal vez si de ellas son importunados,  
Porque ya los divierten otros gustos.  
(Ap. La verdad es que fueron despre-

[ciados]  
Y que los desterraron los disgustos  
De los desdenes de las damas bellas;  
Mas yo sigo el error de mis estrellas.)  
Yo voy á misa, volveré á buscaros.  
¿Cuánto me pesa haberos referido  
Vuestra desdicha, y no poder libraros  
De tan grave dolor! (Vase.)

DON DIEGO.  
Yo estoy corrido.

DON GARCÍA.  
Y yo desesperado.

DON DIEGO.  
¡Oh cuán avaros

Los hados nuestro bien han divertido!  
Busquemos estos hombres; que quisie-  
[ra  
Despicarme en su sangre, si pudiera.  
No es bien que dos señores italianos  
Seburlen de la nuestra, que en Castilla  
Tantos blasones goza soberanos,  
De la fama constante maravilla;  
Rayo será de insultos tan tiranos.  
A los vientos desnuda, mi cuchilla.  
Saber quiero la casa.

DON GARCÍA.

Escucha, advierte.

DON DIEGO.

Sus umbrales serán lecho en su muerte.

DON GARCÍA.

No, porque de este modo se escurece  
Nuestra venganza; que esta á los um-  
Ha de ser de ellas mismas. [brales

DON DIEGO.

Me parece

Que te iluminan rayos celestiales;  
Pero solo una duda se me ofrece.

DON GARCÍA.

Yo quiero que la duda me señales.

DON DIEGO.

El no pasar su calle haber jurado.

DON GARCÍA.

Yo te puedo absolver de ese cuidado.

DON DIEGO.

¿Cómo?

DON GARCÍA.

Condiciona el juramento

Hicimos, solo en cuanto á enamorallas;  
Y así, como llevamos otro intento, [llas  
No se quiebra aunque vamos á ronda-  
La puerta.

DON DIEGO.

Dices bien, y yo consiento

Castigallas; pretendo con vengallas,  
Pues hago así su error mas conocido,  
Que aun estoy mas furioso que ofendi-  
[do.

Salen DON RODRIGO y DON FER-  
NANDO.

DON RODRIGO.

Perdonad el entrarnos sin licencia;  
¿Está en casa el señor don Lope?

DON GARCÍA.

Agora

Hizo, llevado de la misa, ausencia,  
Y á eso vamos los dos porque ya es hora.  
¿Habeis de esperar?

DON RODRIGO.

Es diligencia [ra.

Que con cualquier tardanza se empeo-  
DON GARCÍA.

Entrad donde os sentéis.

DON FERNANDO.

Estos umbrales

Bastan.

DON GARCÍA.

No á los que son tan principales.

DON FERNANDO.

Andad con Dios; que es día de precepto,  
Y pienso que es muy tarde.

DON DIEGO.

Solamente

Nos llevara la misa.

(Vanse don Garcia y don Diego.)

DON FERNANDO.

¿Qué discreto

Y qué cortés!

DON RODRIGO.

Cualquiera es bien prudente.

DON FERNANDO.

Que ha sido diligencia, te prometo.  
Muy grande el descubrir tan brevemente-  
La casa del autor destas injurias, [te  
Con que ya empiezo á sosegar mis fu-  
[rias;

Que el ver que la venganza se avecina  
Suspende y entretiene los furios.

DON RODRIGO.

Mientras él llega á ver la postrer ruina  
De sus años, que habrán de darse en  
[flores

A la sangrienta parca, si te inclina  
La piedad y suspendes los rigores,  
En breve relacion diré.

DON FERNANDO.

Ya espero.

DON RODRIGO.

Como vivo de aquello por quien muero.  
Pasando del mar las ondas,  
Que sacrilego y soberbio

A los cielos desafía

En la campaña del viento,

Cuando, arrebatao arenas

De lo profundo del centro,

Quiere manchar la hermosura

De tanto dorado espejo,

A Méjico he navegado

Tres veces, mas con deseos

De ambicion que de codicia,

Honrado sí, no avariento;

Porque, siendo yo en Navarra,

Mi patria, de los mas buenos

(Que en lo que es tan conocido

Ser mi coronista puedo),

Le quiero obligar al Rey

A que me haga, como intento,

Merced de la roja insignia,

Portada de ilustres pechos,

Testimonio de la sangre

Leal, y lucido premio,

Que aun despues de muerto sirve

De pompa al mármol desierto.

Viniendo pues en la flota

Ultima con buen suceso,

No dado del mar acaso,

Debido á piadosos ruegos,

Puse los pies en Sevilla,

Gran madre y copioso pueblo

De admiraciones constantes

En edificios soberbios.

Vi á Leonor, tu hermosa hermana,

Cuyo poderoso incendio,

Sin perdonar lo sagrado,

Pidió al alma rendimiento.

Con imperioso desden

Estragos hizo y desprecios,

O por blasonar victorias,

O para dar escarmientos:

Sabiendo su calidad,

Celebrar quise himeneos

Con ella, y hacer dichosos

Mis años con tal acierto;

Cuando el Consejo, que rige

Tantos distantes imperios,

Adonde el sol y la luna

Se hacen tributarios nuestros,

Al tiempo que me propuse,

Con blando y cortés ingenio,

A intercesores felices

De tan alto casamiento,

Para el servicio del Rey

Me llama, dándome en esto

Ocupacion mas ilustre,

Bien que opuesta á mi amor tierno.

Fué la obediencia forzosa;

Que en los nobles el precepto

De superiores tan sábios

Tiene gran parte de cielo.

Supe que un pintor tenia

Un retrato de ella, extremo

De imitaciones, y amable

Robo por ser tan perfecto.

Pedisele con el oro,

Y resistióse, ofreciendo

Copiarle tan fiel, que pueda

Ser distinto y ser el mismo.

Juntos los miré en mis manos,

Como aquí agora los veo,

Y turbada la eleccion,

Ocioso tuvo su efeto.

Al fin parti con el uno,

Que es este, á quien diferencio

Por la cinta verde, hermosa

Adulacion de el deseo.

Seis meses há que en Madrid

Estoy de amores tan ciego,

Que aunque muchos cortesanos

Me califican por necio,

La calle Mayor y el Prado,

Teatros tan lisonjeros,

Que halla el rey de los sentidos

Dulce suspension en ellos,

Con diligencias extrañas

Huyo, excuso y aborrezco,

De su tráfigo ofendido,

De su pompa descontento.

Luego que á Madrid llegaste

Te vi, y el oculto fuego

Que en la sangre esta encendido

Puso en tu amor sus extremos.

Sin saber por qué, ofrecime

A servirte con esfuerzos

Tan grandes como tú sabes,

Tan fieles como yo siento.

Mas cuando en esta pasada

Noche retrato tan bello

Vi en tus manos, conocí

La causa de estos efetos.

Quise llevarle á mi casa,

Y entre dudas y recelos

Junté los dos, y conformes

Ser uno me respondieron.

Fernando, á Leonor adoro;

De mi hacienda y nacimiento

Podrá informarte la corte,

En quien tengo ilustres deudos.

Dámela por cara esposa;

Que altivo me la prometo,

Si no ultrajaren desdichas

Lo que abonaren los méritos.

DON FERNANDO.

Aunque tu relacion con cualquier parte

Me pudiera causar admiraciones,

La mano del sutil pintor venero,

Que pudo, siendo fiel, ser lisonjero.

(Tómale los retratos.)

Déjamelos ver juntos; ¡oh prodigio,

Adonde viene breve la alabanza

De la mas elocuente confianza!

DON RODRIGO.

No alabes al pintor, responde luego

A mi importuno amor; á Leonor pido,

Dame á Leonor, ó pediré á los cielos

Que flechen contra ti rayos de ira,

Hijos del fuego que mi pecho espira.

Dame á Leonor; que sin Leonor despre-

Altivas y gloriosas ambiciones; [cio

Merézcala el amor que en mí se enseña,

Y advierta tu poder á quien desdeña;

Mira que soy amor, no soy Rodrigo.

DON FERNANDO.

En los casos tan graves mas despacio

Consulta á la razon; espera y ama,

Y no des mas aumentos á tu llama.

Mucho tienen las bodas de infelices

Cuando sin eleccion se hacen por gusto;

Con pasos caminemos soñolientos,  
Y no serémos juego de los vientos.

DON RODRIGO.

Pues vuélveme el retrato.

DON FERNANDO.

¿Cuál?

DON RODRIGO.

El mío,

Que con la cinta verde se señala.

DON FERNANDO.

No pidas tanto.

DON RODRIGO.

Pido lo que es justo;

Que estas no son violencias de disgusto

DON FERNANDO.

Pues advierte, Rodrigo. En la dichosa  
Patria donde naciste tengo un tío,  
Que en la virtud y sangre resplandece,  
Decoro al tiempo y majestad al mundo,  
De quien desesperé tener segundo.  
Con su hijo, y mi primo, hemos tratado  
Las bodas de Leonor, que han de se-

[guirse

Después de esta venganza generosa,  
Si los hados la ofrecen venturosa.  
Y no es bien que mi hermana allá casada  
El bello robo de su rostro enseñe;  
Que en las tierras pequeñas aun los bue-

[nos

Escándalo y horror hallan en menos.  
Si fuera en esta corte ó en Sevilla,  
Con tu casto deleite dispensara,  
Pues jamás ofendieron los pinceles  
La honestidad de las mujeres fieles.

DON RODRIGO.

Escúchame, por Dios,

DON FERNANDO.

No habrá razones

Con que puedas vencerme; en casa es-

DON RODRIGO.

[pero.

Oye, detente.

DON FERNANDO.

Estoy algo ofendido.

DON RODRIGO.

¿De quién?

DON FERNANDO.

De aquel pintor que, licenciado,  
Roba el valiente rostro de mi hermana,  
Pues le profana su avaricia necia,  
Que poniéndole en precio, le desprecia.

(Vase.)

DON RODRIGO.

¡Ay de mí, cuán vanamente  
Esparcí mi confianza,  
Pues peligro en la bonanza  
Por un pequeño accidente!  
Desdicha ha sido la mía  
Tan singular, que no hubiera  
Quien su daño previniera,  
Porque no se conocía;  
Que ya mi infelicidad  
Tanto en mi mal se entretiene,  
Que á mis desdichas previene  
Invención y novedad;  
Porque es tanta la aspereza  
Que en mi estrella conocí,  
Que aun ha mudado por mi  
Su estilo naturaleza.  
Mas ya que aquí me quedé  
Con mi espada valerosa,  
Hoy en la sangre alevosa  
Deste hombre me vengaré.  
Pero el no haberle jamás  
Visto me puede traer  
Daño.

Salen DON DIEGO Y DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Déjase entender

Ya por lo menos lo mas.  
Yo desde hoy he renunciado  
Aun el mirar sus umbrales;  
Que con desengaños tales  
No puedo amar obstinado.

DON DIEGO.

¿Aun se está aquí el forastero  
Que busca á don Lope?

DON GARCÍA.

Sí.

DON DIEGO.

Y aun me ha parecido á mí,  
Por lo que en él considero,  
Que este hombre no está gustoso,  
Y que el negocio que tiene  
Es de gran peso.

DON GARCÍA.

Conviene

Que le hables artificioso.

DON DIEGO.

Déjame solo, y sabrás  
Después el suceso todo.

DON GARCÍA.

Fío del prudente modo  
Tuyo que le vencerás;  
Y conviene penetrarle  
El alma, porque no sienta  
Don Lope aun sombra de afrenta  
En casa que ha de amparalle.

DON DIEGO.

Soy del mismo parecer;  
Déjame solo.

DON GARCÍA.

De modo

Me voy, que me quedo todo

Contigo.

DON DIEGO.

No es menester.—

Caballero, ¿á quién buscáis?

DON RODRIGO.

Ya cuando á misa os partistes,

Señor, de mí lo entendistes.

DON DIEGO.

Por don Lope preguntais;

¿Conoceisle?

DON RODRIGO.

No, Señor;

Pero el hombre que venía  
Haciéndome compañía,  
Que es persona de valor,  
A lo que de él entendí,  
Le conoce.

DON DIEGO.

No creais

Tal.

DON RODRIGO.

Pues ¿por qué lo dudais  
Tanto?

DON DIEGO.

Porque no es así.

DON RODRIGO.

¿Qué certidumbre tenéis

De que se engañó?

DON DIEGO.

Si él fuera

Hombre que me conociera,  
Viéndome como me veis,  
Ya me hubiera conocido.

DON RODRIGO.

Luego ¿vos sois?

DON DIEGO.

Sí, yo soy;

¿Qué me queréis? Aquí estoy  
Para todo prevenido;  
Que entonces, porque partí  
A cumplir con tanta prisa  
La obligación de la misa,  
A conocer no me di.

DON RODRIGO.

¿Posible es que pudo errarse  
En vuestro conocimiento  
Un hombre de entendimiento?

DON DIEGO.

Es fácil el engañarse.  
Yo soy, ved qué me queréis,  
Porque, si me lo ocultais,  
Justas sospechas me dais  
De que otros fines tenéis.  
Hablad con resolución;  
Que ya no saldréis de aquí  
Sin que de vos para mí  
Yo conozca la intención.

DON RODRIGO.

Voy al caso.

DON DIEGO.

Al caso id.

DON RODRIGO.

¿En Sevilla no estuvistes  
Algun tiempo, y de allá distes  
Después la vuelta á Madrid?

DON DIEGO.

No lo niego.

DON RODRIGO.

¿Festejastes

A doña Leonor, que es dama  
Que dió ocasion á la fama  
(Con lo que vos la infamastes)  
De espanto y admiración?

DON DIEGO.

(Ap. Tal mujer no conocí,  
Pero diréle que sí.)

Adoré su perfeccion,  
Fué su beldad peregrina,  
Y aun hoy la memoria adoro  
De aquel honesto tesoro,  
De aquella beldad divina.  
(Ap. Bien le excuso por aquí  
A don Lope algun disgusto.)

DON RODRIGO.

Vuestro proceder injusto  
Me trae por ella y sin mí.

DON DIEGO.

Decídmelo, ¿cómo entendeis,  
Señor, de mi vida tanto?

DON RODRIGO.

¿De esto recibis espanto?  
Sé mucho mas.

DON DIEGO.

¿Qué sabeis?

Decíldo, por vida mía.

(Ap. Ya en esto soy mas curioso  
De lo que importa.)

DON RODRIGO.

Es forzoso

Cumplir con la cortesia.  
Haré lo que me mandais:  
Sé que aquí á doña Isabel  
Y á doña Inés con infiel  
Trato á un tiempo enamoraís,  
Las que viven en la calle  
De el Río, las dos que son  
Madre y hija.

DON DIEGO.

(Ap. Otra ocasion

Hallé por examinalle,  
De la misma que buscaba  
Diferente, y para mí  
Mas importante.) Es así,

Sabeis lo que aun yo ignoraba;  
Mas vamos á vuestro intento.

DON RODRIGO.

Yo vengo á desafiaros;  
Que en el campo he de mostraros  
Que es vil vuestro pensamiento,  
Pues á la ilustre belleza  
De aquella dama ofendistes.

DON DIEGO.

¡Qué vana jornada hicistes  
Con arrogante fiereza!  
Enfrenar quiero el violento  
Golpe de mi noble espada,  
Porque esta casa alterada  
No se oponga á nuestro intento;  
Que yo, cuyo corazon  
Está enseñado á vencer,  
Huyo siempre de tener  
Pendientes de ostentacion.  
En el campo con recato  
Reñiréis y sin cuadrilla;  
Que acuchillarse en la villa  
Es batalla de aparato.  
Allí vence aun el que muere,  
Con virtud jamás postrada,  
Y aquí desnuda la espada  
Mas resplandece que hiere.  
Enviad mañana un criado  
Con un papel, y el lugar  
Donde me habeis de esperar  
Me advertid.

DON RODRIGO.

Voy avisado.

DON DIEGO.

Proceded con gran secreto.

DON RODRIGO.

Tan recatado y prudente,  
Que me llamen justamente  
Amigo fiel y discreto.

(Vase.)

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

¿Qué hay, hermano?

DON DIEGO.

Admiracion,

Y no poca, para mí.

DON GARCÍA.

¿Cómo se ha entregado en tí  
Tan violenta turbacion?

DON DIEGO.

Este don Lope ¿es pariente  
Nuestro?

DON GARCÍA.

El que sí porfia;  
Yo de su genealogia  
No anduve tan diligente,  
Que lo haya averiguado;  
Mas por la correspondencia  
De cartas y diligencia  
Que en mis causas ha mostrado;  
El querer que me hospedara  
En su casa, que lo hiciera  
Si una desgracia no hubiera,  
Que el intento le estorbara;  
Verle andar con principal  
Gente y en traje decente,  
Me hace pensar que es pariente  
Mío.

DON DIEGO.

No es mala señal;  
Pero, con vuestra licencia,  
He de averiguar su vida,  
Que pienso que anda vestida  
De infame y vil apariencia.

DON GARCÍA.

Templa, hermano, los verdores  
De tu ardiente lozania,  
Mira que se llega el día

De dar fruto entre esas flores;  
Que ese indicio cauteloso,  
Quizá en el viento fundado,  
Puede llevarte arriscado  
A un precipicio furioso.  
Navegar mares inciertos  
Desmiente prosperidades,  
Porque á las temeridades  
Se deben pocos aciertos.—  
¿Qué es lo que quieres, Marina?

Sale MARINA.

MARINA.

Vuestras primas han enviado  
Un bien gracioso recado.

DON GARCÍA.

Pasa adelante, camina.

MARINA.

Dicen con gran bizzarria  
Que, pues que no vais á vellás,  
A veros vienen hoy ellas.

DON GARCÍA.

Diráslas que don García,  
Por no esperarlas, se fué  
De casa.

DON DIEGO.

Mas cortésmente  
Responded.

DON GARCÍA.

Como lo siente  
El alma, lo pronuncié.

(Vase.)

MARINA.

¿Cómo se fué tan furioso?

DON DIEGO. (Ap.)

Si lo que yo sé supiera,  
Menos furioso se fuera;  
¿Qué huésped tan alevoso!  
Mas yo quiero moderallas  
La embajada de tal modo,  
Que ni me despida en todo,  
Ni me empeñe en esperallas,  
Por quedar indiferente  
Para lo que resultare  
De lo que hoy examinare  
De este fingido pariente;  
Que es tal, que despues que oí  
Su artificioso rodeo,  
Traigo hecho espada el deseo  
Contra él y contra mí.  
¿Y querrá que no resista  
Mi hermano á tanta vileza,  
Juzgando que es gran nobleza  
Dar crédito á un quimerista?  
Que siendo tan bien nacido  
(Aunque en eso hablo por mí),  
Es desconocerse á sí  
El no haberle conocido.

MARINA.

De tu parte ¿qué diré?

DON DIEGO.

(Ap. Responder cuerdo querría,  
Sin arrogante osadía  
¿Cómo templarme podré?)  
Diráslas que nos llamó  
Un ministro de los graves  
Para un dicho, y que no sabes  
El gran secreto, y que yo  
Fuí del respeto llevado,  
Y tambien porque vinieron  
Dos alguaciles, que hicieron  
Volver el gusto en cuidado.  
¿Oyes?

MARINA.

Señor.

DON DIEGO.

Dilo así.

MARINA.

De ese modo lo diré.

DON DIEGO.

Engaño, yo os seguiré  
Tanto, que acabei en mí.  
A los filos moriréis  
De la razon que en mí está,  
Aunque mas fácil será  
Que vos á mí me acabei.

(Vase.)

MARINA.

Porque estas bodas divierta  
Don Lope, ofrece copioso  
Dinero, tan poderoso,  
Que á la traicion me despierta.  
El órden pienso guardar  
Que me dejó don García,  
Y á estas damas su osadía  
Barbara representar.  
Olvidaré de don Diego  
La prudencia con que habló,  
Cuando modesto intento  
Templar de su hermano el fuego;  
Que así pretendo irritar  
Sus pechos, y con veneno  
De tantas malicias lleno,  
Celosa guerra sembrar.  
Mas en el arte y el modo  
De atencion me he de valer,  
Que no me quiero perder  
Por aventurarlo todo;  
Que es digno de eternos daños,  
Casi infierno merecia,  
El que mal logró en un día  
Estudio de muchos años.  
Parece que ya paró  
Un coche, no me engañé;  
Este la trompeta fué  
Que á batalla me llamó.  
En mis engaños sutiles  
Fácilmente han de perderse;  
Que un esclavo ha de valerse  
Aun de las fuerzas mas viles.

Salen DOÑA ISABEL y DOÑA INÉS.

DOÑA ISABEL.

¿No están mis primos acá?

MARINA.

No están acá, mis señoras;  
¿Quién son las bellas auroras?  
Duplicado el sol está.  
¿Tales primas en el suelo  
Mis dueños han conseguido?  
Parentesco han contraido  
Con los luceros del cielo.

DOÑA INÉS.

¿Qué alentada lozania  
De su natural salió?  
Dime, amiga, ¿quién llevó  
Lisonjas á Berberia?  
Tierra que palmas produce  
¿Cómo lisonjas consiente,  
Si en ellas tan diferente  
Fin se reconoce y luce?  
Antes las palmas severas  
Virtudes solian premiar,  
Mas ya saben adular,  
Como viles lisonjeras.

MARINA.

Apostaré que es doncella.

DOÑA INÉS.

Dime, ¿de qué lo inferiste?

MARINA.

Por lo que en la palma diste,  
Vendrâte á quedar con ella.

DOÑA INÉS.

La palma tuve ocasion,  
Y por eso la tomé.

MARINA.  
De tu virgen sangre fué  
Justísima pretension.  
DOÑA INÉS.  
¡Qué ladina! qué discreta!  
No tiene precio.

MARINA.  
Si tengo,  
Porque á ser vendible vengo,  
Y no hay cosa tan perfecta,  
Que, en llegando á ser vendible,  
No tenga precio y desprecio;  
Que todo está en darse aprecio.

DOÑA INÉS.  
Es su donaire increíble.

MARINA.  
¡Con qué terneza que os miro!  
Bendigo mi esclavitud,  
Pues por ella la virtud  
De vuestras almas admiro.  
¡Ay, suspiro descuidado!  
Mas no, cuidadoso fué.

DOÑA ISABEL.  
Como cautivo se ve,  
Suspira el pecho abrasado.

MARINA.  
No se empeñó mi suspiro  
En mi triste cautiverio;  
Causas de mayor misterio  
Son, que al silencio retiró.  
En vuestro amor se engendró  
Este suspiro violento,  
Y por eso atrevimiento  
Tan licencioso tomó;  
Porque si en mi se engendrara,  
Sordo de el alma saliera,  
O entre los labios muriera  
Sin que el viento le gozara.  
¿Cómo tú puedes tener  
Años cincuenta de edad,  
Y tan perfecta beldad  
En ellos resplandecer?

DOÑA ISABEL.  
¿Quién lo dice?  
MARINA.  
Don García,  
Mi señor.

DOÑA ISABEL.  
¿Mi primo?  
MARINA.  
Sí,  
En quien mil señales vi  
De traidora alevosía.  
Señora, aunque te dé pena,  
Te dice esto quien te ama:  
Cuando te nombra te llama  
La prima Matusalena;  
Y hoy, levantando yo un plato,  
Notando tu ancianidad,  
Dijo que tenías edad  
Para cualquier vireinato;  
Mas yo, que miro esos dientes,  
Que, á las de el aurora iguales,  
Sobre esos rojos corales  
Son perlas resplandecientes,  
Presumo que se burlaba.

DOÑA ISABEL.  
Necias burlas son, Marina.

MARINA.  
Mía ha de ser la mobina,  
Pues que contra mí fundaba  
El engaño que aquí veo  
Con mis ojos desmentido.

DOÑA INÉS.  
De mí ¿qué te han referido?  
Porque saberlo deseo.

MARINA.  
Dijeron de tí estos días,

Y hoy, si no estoy engañada,  
Que eres mujer tan delgada,  
Que ser concepto podías,  
Y aun pluma para escribir  
En escuelas, aunque en suma  
Está con pelo esta pluma,  
Porque sabes maldecir.  
Don Diego dijo: «Es la niña  
Toda melindres y enfados,  
Y un duende de los estrados,  
Que anda con ropa y basquiña;»  
Y concluyó (que el decoro  
Tanto te ha perdido, Inés)  
Que eres zancarrón con piés,  
Euvuelto en seda y en oro.

DOÑA INÉS.  
Bien ves que te han engañado;  
Descúbrese la quimera,  
Pues si yo zancarrón fuera,  
Tú me hubieras adorado.

MARINA.  
Ved con qué gentil despejo  
Con el zancarrón me dió.

DOÑA ISABEL.  
El gracejo te pagó  
En moneda de gracejo.

MARINA.  
Pues mas piedad pienso fuera  
Dejar las burlas suaves,  
Y hablaros en veras graves,  
Aunque su golpe os doliera.

DOÑA ISABEL.  
Habla, Marina, di quién  
Te impide, verdades quiero.

MARINA. (Ap.)  
Al fin desnudo el acero.

DOÑA INÉS.  
La muerte nos está bien.

MARINA.  
Apercebid la paciencia;  
Que es tal la descortesía  
De mi señor don García,  
Que con loca inadvertencia  
Dijo á voces que se fué  
Por no esperaros; su hermano,  
Aunque anduvo mas humano...

DOÑA INÉS.  
¿Por qué te turbas?

MARINA.  
No sé,  
Aunque sí sé; porque vi  
Poco menor sequedad  
En él, y esta libertad  
Se funda, á lo que entendi,  
En que traen los pensamientos  
En otra parte ocupados,  
Divertidos y entregados  
Al arbitrio de los vientos,  
Y hacen tan loca fineza  
Por damas, que están las tales  
Léjos de seros iguales  
En calidad y en belleza.

DOÑA ISABEL.  
Bien puede amor cegar cualquier deseo  
Y triunfar de un espíritu constante,  
Que se opone arrogante  
A sus violentas leyes.  
Temidas y adoradas de los reyes.  
Que esté en otras memorias ocupado  
Y contra la razón tiranizado  
Mi primo, ni lo dudo ni me ofendo;  
Acto de amor jamás le reprehendo,  
Que es libre el albedrío,  
Y busca novedades licenciosas,  
Que en la inquietud pretende su reposo.  
Mas al ejercitarse [so]  
En descortés desprecio,  
En vez de amante, nos le ofrece necio.

Pudiera ser despojos de otra dama,  
Y ser cortés conmigo;  
Mas yo ya le prevengo tal castigo,  
Que en mi satisfacción, como en su afren  
Traiga fuerza violenta. [ta,

MARINA.  
Tanto vuestro decoro han ofendido,  
Que hablan de vuestro casto honor con [saña,

Y el uno al otro cauteloso engaña,  
Diciendo con espíritu atrevido  
Lo que yo aun no lo fio de los labios,  
Que no han de pronunciar vuestros  
DOÑA ISABEL. [agravios.

Cielos, de las virtudes protectores,  
Fidelísimo amparo  
De la honesta esperanza,  
Castigad esta ofensa;  
Que tanto atrevimiento  
Injuria al sol y le apadrina el viento.  
No es bien que tantos bárbaros errores  
Machén de nuestro honor las castas flo- [res;

Dime, querida Inés, ¿cómo á los cielos  
Presentas tus agravios?

DOÑA INÉS. [bios,  
Llama es la que fué púrpura en mis labios,  
Y el que antes pecho fué, volcán de ce- [los;

Mas yo tengo la espada prevenida,  
Que con noble venganza,  
Vida de mi esperanza  
Será y fin de su vida;  
Que el esposo que tengo yo elegido  
No reconoce igual en todo el suelo.

DOÑA ISABEL.  
El mío prenda fué dada del cielo.

DOÑA INÉS.  
No puede hacer al mío competencia.

DOÑA ISABEL. (Ap.)  
¡Ay Dios, cuanto estimara  
Poder hablar agora libremente,  
Y pasar á los labios desde el pecho  
El nombre de don Lope, el desengaño  
De esta que competirme ha pretendido  
En la elección dichosa de marido.

DOÑA INÉS.  
(Ap. Amor, á no ser larga esta licencia,  
Publicara aquel último secreto  
Que en mi depositaste,  
Viera mi madre el venturoso efeto,  
Pues conociendo que á don Lope adoro,  
La pusiera ambición tanto tesoro.)  
Mas ¿qué hacemos aquí tan divertidas  
En nuestra propia injuria?  
Espire el corazón llamas y furia.

DOÑA ISABEL.  
Administre venganza,  
Crezca fuerzas al daño,  
Que en este desengaño  
Disculpa llevó para mi mudanza.

DOÑA INÉS.  
Yo pediré sus armas á los cielos.

DOÑA ISABEL.  
Bástanme á mí las que me dan los celos.  
(Vanse doña Isabel y doña Inés.)

MARINA.  
Arde, arde las dos; que así conviene  
A aquel que en esforzar estos engaños  
Puesta su dicha tiene,  
Pero yo, al escapar de tantos daños,  
¿Cómo sin daño puedo?  
Mas, ay, ¡qué tarde me ha llegado el mie-  
¿De qué efeto será legando tarde? [do!  
Animáos pues, espíritu cobarde,  
Sigamos nuestra suerte,  
Pues es acción gloriosa,

O sacudir la esclavitud odiosa,  
O entregarse á los filos de la muerte;  
Que despues del sangriento y negro oca  
De sus trágicos pálidos horrores [so  
Amanece la fama en resplandores,  
Ilustre asunto me provoca y llama,  
Morir infame y renacer en fama.

Vase, y al tiempo que vuelve las espaldas, sale MONDEGO y llámala.

MONDEGO.

¡Ah señora! to, to, to,  
¡Quién la dijo sal ahí,  
Que se nos sale de aquí?  
Diga, ¿por qué no ladró  
Cuando me sintió que entraba?

MARINA.

¡Oh finísimo picaño!  
Así me dieran el paño.

MONDEGO.

Por Dios, bellissima esclava.  
Bravos ojos; si aguzas  
Sus rayos, yo me perdí;  
Por Dios, que en sus niñas vi  
Dos valientes moros Muzas.  
Cautivan almas, despojos  
De que á poblar los veniste;  
Que el Argel donde naciste  
Te trujiste acá en los ojos.

MARINA.

Pregúntote, por mi vida,  
¿Qué tabernero te dió  
Vino tan cortés? Que yo  
Debo estarle agradecida.  
¿Cuándo yo te he merecido  
Favor que es tan singular,  
Que aquí vienes á gastar  
La alegría que has bebido?

MONDEGO.

¿Desprecias requiebros míos?

MARINA.

Antes los juzgo amorosos;  
Que requiebros tan vinosos  
No serán requiebros frios.

MONDEGO.

Ojos tiernos, tu belleza  
Cuando la miro me debe...

MARINA.

Ojos tiernos en quien bebe  
Son achaque, y no fineza.

MONDEGO.

Tus dos mejillas, Señora,  
Se cortaron...

MARINA.

No soy vana.

MONDEGO.

De las mantillas de grana  
En que envuelven á la aurora;  
De tus dientes excelentes  
No hablo nada.

MARINA.

¿Cómo así?

MONDEGO.

Porque es pulla para tí  
Hablarle, Marina, en dientes.  
¿Tenemos algo de nuevo  
En aquel punto?

MARINA.

Si, vén;

Que quiero que sepas bien  
El suceso.

MONDEGO.

Va le apruebo.

Vé delante.

MARINA.

¿Por qué atajos

Buscas?

MONDEGO.

Tus dientes temí;  
Quiérotos librar así  
De peligro á mis zancajos.

MARINA.

Delante has de caminar  
Esta vez, y no te alteres,  
Porque si acaso cayeres,  
Te pueda yo levantar.

MONDEGO.

Voy delante.

MARINA.

Y yo te sigo;

Librete Dios que te corra.

MONDEGO.

¿Por qué?

MARINA.

Soy perra, y tú zorra.

MONDEGO.

Al fin voy con mi enemigo.

(Vanse.)

## JORNADA TERCERA.

DON LOPE, MONDEGO y MARINA.

DON LOPE.

¿Ya de mí estos ignorantes  
Se recelan?

MARINA.

Si, Señor.

MONDEGO.

Mira si entienden la flor  
Estos leones amantes.  
Pocas burlas con leones,  
Que á la primer manotada  
Te dejarán desollada  
La piel de tus invenciones.  
Y en quitándote (¡oh gran daño!)  
Esta piel de caballero,  
Quedas (decir te lo quiero)  
Hecho un cadáver picaño.

DON LOPE.

No los temo.

MONDEGO.

¿La razon?

DON LOPE.

Pinta isopo á la raposa  
Siempre engañando ingeniosa  
La fiereza del leon. (Háblate al oído.)  
Llega el oído y aplica  
El entendimiento en él.

MARINA.

El caballero novel  
Tiene inventiva tan rica,  
Que con diversa tramoya  
El juicio les volverá  
A mis dueños, y será  
Segundo Sinon en Troya.

MONDEGO.

¡Oh qué ingenioso procedes!  
Sutilísima invencion;  
Si aciertas la ejecucion,  
Darte parabienes puedes.  
¿Cómo hallas tan varias tretas  
Para mentir? Yo he pensado  
Que es tu consejo de Estado  
De sastres y de poetas.

DON LOPE.

Por Dios, peregrina union;

¿Cómo se pueden unir?

MONDEGO.

En el hurtar y el mentir  
Una misma cosa son.

MARINA.

Los poetas á los sastres  
Bien pueden ser comparados,  
Pues, segun son desgraciados,  
Todos ellos son desastres.

MONDEGO.

Ya no, gracias al Mecénas,  
Cuyas fertiles olivas  
Ofrecen luces tan vivas  
A nuestras musas amenas.

MARINA.

¡Oye! que mis dueños vienen.

DON LOPE.

¿Qué presto que los oyó!

MONDEGO.

No los oyó, los sacó  
Por el olfato; que tienen  
Narigudo natural  
Los perros, que á su señor  
Conocen por el olor.

Salen DON GARCÍA y DON DIEGO.

DON LOPE.

No hablas bien si no hablas mal.  
Ya va de juego, ten cuenta;  
¡Jesus, Jesus! (Cae don Lope.)

MONDEGO.

Él cayó.

DON GARCÍA.

¿No es don Lope? ¿Qué le dió?

MONDEGO.

La triste pasion violenta  
Que se le suele cargar  
Sobre el corazon.— Marina,  
Quitémosle esta pretina;  
Tambien me ayuda á quitar  
Los botones.

MARINA.

¿Qué mas quieres?

MONDEGO.

Estas vueltas le afojemos  
De los brazos; no valemos  
Los hombres, sin las mujeres,  
Nada en una enfermedad;  
Por Dios, que es gente piadosa.

MARINA.

Llevarle á la cama es cosa  
Mas segura.

MONDEGO.

Gran piedad.

Seguir tu consejo quiero;  
Vamos, que yo he de ayudarte.  
(Levántante del suelo entre todos, y cédesele un papel del pecho á don Lope.)

¿Hasta en esto has de mostrarte?  
Cantar tu piedad espero.

DON DIEGO.

¿Qué dichoso es el marido  
Que tiene mujer suave  
En dolencia larga y grave,  
De su agrado socorrido!  
Qué bien le sabe servir!  
Qué apacible le entretiene!

MONDEGO.

Es por el gusto que tiene  
En pensar se ha de morir.  
Si es que le asiste á curar,  
No es por lo bien que le ama,  
Mas por cobrar buena fama,  
Para volverse á casar.  
Fines lleva no entendidos  
En aquellas obras mudas;  
Que hay mujer mano de Judas,  
Que es toda mata-maridos,  
(Entrase Mondego, con don Lope en los brazos.)

DON DIEGO.  
Este papel se cayó  
A don Lope, que en el pecho  
Le traía, y satisfecho  
Quedaré con verle yo.

DON GARCÍA.  
Eso no, por vida mía;  
Que se le hemos de volver  
Sin leerle; que viene á ser  
Género de alevosía  
Leerle sin su voluntad.

DON DIEGO.  
Leerle con la mía quiero.

DON GARCÍA.  
No es acción de caballero,  
Sino mucha liviandad.

DON DIEGO.  
Yo para esto degradarme  
Quiero de la fantasía  
De tanta caballería;  
Por Dios, que he de aventurarme.

DON GARCÍA.  
Mirad que le romperé.

DON DIEGO.  
No romperéis, vive...

DON GARCÍA.  
Hermano,  
No jureis.

DON DIEGO.  
Quitad la mano,  
Si así no excusáis que os dé  
Luz de tantas invenciones;  
Que yo del papel confío  
Que no vendrá muy vacío  
De engaños y de traiciones.  
No heber el desengaño  
Quereis; pues ello ha de ser,  
Prevenios á heber  
La muerte de vuestro engaño.  
Leo.

DON GARCÍA.  
Estoy tan persuadido  
De vos, que diré que sí  
Para vos, no, para mí.  
DON DIEGO. (Abre el papel y léelo.)  
También me daréis oído.  
Firma el conde Pinabelo;  
¿Veis cómo hay mucho que ver?

DON GARCÍA.  
Presto; que puede volver  
Mondego.

DON DIEGO.  
Justo recelo.  
(Lee.) «Habiéndoos pedido por un  
papel, de mi parte y de la del mar-  
qués Fabio, advirtiédesed á vuestros  
huéspedes excusasen el acudir de no-  
che á la calle de aquellas damas ma-  
dre y hija, por excusar el aventura-  
llos y el aventurarnos, dijistes al  
criado de palabra que esos caballe-  
ros eran vuestros huéspedes y deu-  
dos, y que á tan libre petición respon-  
deríades mejor con la espada que  
con la pluma; advertídmec con el por-  
tador dónde me quereis dar esa res-  
puesta, y sea luego. Dios os guarde.  
— El conde Pinabelo.»

DON GARCÍA.  
Suspensio os habeis quedado,  
Vuestra injuria habeis leído;  
Por don Lope ha respondido  
El cielo, en él agraviado.  
Con el fuego de amor fiel,  
Que en este papel esconde,  
Gallardamente responde  
Por nosotros y por él.  
No seais ingrato, por Dios,

De hoy mas; que, en la opinion mía,  
Cuanto por vos respondia  
Os está acusando á vos.  
¿Quién tal caso no admiró,  
Pues él os dió y vos le distes,  
Él bien que no merecistes,  
Vos mal que no mereció?  
¿Al fin callais?

DON DIEGO.  
Os confieso  
Que me da bien que pensar  
El suceso, y por pagar  
Lo que debo á este suceso,  
Y también satisfacer  
Unas dudas que hay en mí,  
Que fácil las admití,  
Y no las puedo vencer,  
Al alférez he de hablar  
Don Martín, que há muchos años  
Que á don Lope trata.

DON GARCÍA.  
Extraños  
Caminos quereis buscar.

DON DIEGO.  
Voyme, porque ya anochece,  
Y esta hora señalé  
De verme con él. (Vase.)

DON GARCÍA.  
Diré  
Que jamás os amanece.—  
De esta ofensa á mí me alcanza  
Aun mas que mi hermano piensa;  
Que es en mi mayor la ofensa  
Que en él la desconfianza.—  
¿Qué hace el enfermo, Marina?

Salen MARINA Y MONDEGO.

MARINA.  
Siéntese mas aliviado.  
DON GARCÍA.  
Gracias doy á tu cuidado.

MONDEGO.  
Es enfermera divina.  
DON GARCÍA.  
Como á mi propia persona  
Le regala; no he tratado  
Caballero mas honrado.

MONDEGO.  
Señor, tu virtud le abona.  
DON GARCÍA.

La virtud que asiste en él  
Le ilustra y le califica,  
Que es joya preciosa y rica,  
Digna de su pecho fiel.

MONDEGO.  
Vos le honrais.  
DON GARCÍA.  
Bien justamente;  
Que á un varon tan valeroso  
Mas le amo por virtuoso  
Que por mi deudo y pariente. (Vase.)

Sale DON LOPE.

DON LOPE.  
¿Qué bien hizo su papel  
El papel!

MONDEGO.  
Tú has negociado  
Barato, pues no ha costado  
Matar fuego tan cruel  
Mas que solamente un pliego  
De papel (hazaña brava).  
No pensé que se mataba  
Jamás con papel el fuego,  
Y mas fuegos semejantes

Al que aquí vimos arder,  
Porque el papel suele ser  
La leña de los amantes,  
Principalmente de aquellos  
Que son, con necias lisonjas,  
Trasgos de tornos de monjas,  
Que el papel habla por ellos.

DON LOPE.  
Razon será que confieses  
A mi ingenio este blason.

MARINA.  
Poco papelistas son  
Estos amantes leoneses.  
Mal ser fulleros mostraron;  
Que amor quiere penetrarse.

MONDEGO.  
No supieron descartarse,  
Y encartados se quedaron.

DON LOPE.  
Esta vuelta de cadena  
Recibe, Marina mía,  
Y espera de mí, confía.

MONDEGO.  
Oye, señora morena,  
Mire que no espere nada  
Mas que lo mismo que ve;  
Que el espera siempre fué  
Dádiva desesperada;  
Y así, yo tan solo creo  
En lo que miro presente;  
Que el espera es propiamente  
Dádiva para un hebreo.  
Solo en la esperanza como  
De Dios, porque esta es efeto.

DON LOPE.  
Por eso dijo un discreto  
Que es Dios lindo mayordomo.

MONDEGO.  
Verdad es que experimento  
Con mas verdad cada día.

DON LOPE.  
El que la dijo tenia  
Claro ingenio y nacimiento. (Vase.)

MONDEGO.  
Buena cadenilla, y tal,  
Que en ti cobra mas tesoro,  
Porque se realza el oro  
En tus manos de cristal.

MARINA.  
¿Cristal yo? Quita, desvia;  
Caro requiebro.

MONDEGO.  
¿Por qué?

MARINA.  
Porque si es de cristal, fué  
Comprado en la platería.

MONDEGO.  
Por jazmines las celebro.

MARINA.  
Mal requiebro.

MONDEGO.  
¿Por qué mal?

MARINA.  
Es requiebro temporal,  
Pasa junio y no hay requiebro;  
Esa alabanza florida  
Casi á ser injuria viene,  
Porque es tan mortal, que tiene  
Solos dos meses de vida.  
Oír requiebros quisiera  
Nuevos á la poesía,  
Sin ir á la platería  
Ni esperar la primavera.

(Vanse.)

*Sale DON RODRIGO, solo.*

DON RODRIGO.  
Caminando voy, sin ver  
Dónde me llevan las plantas,  
Veloces mas que felices;  
Que traen las desdichas alas.  
¡Oh imperio duro de amor,  
Con cuánto dolor del alma  
La sombra del sol perdí,  
Que fué luz de mi esperanza!  
Perdí una tabla en el tiempo  
Que con las ondas airadas  
Peleaba de mi fortuna,  
Y anegárame sin tabla.  
Este es el campo, y aquellas  
Son las puertas de la casa,  
En quien don Lope fabrica  
Torres á sus esperanzas.  
Aquí es donde don Fernando  
Y yo la noche pasada  
Quisimos hacer su sangre  
Triunfo de nuestras espadas.

*Sale DON FERNANDO.*

DON FERNANDO.  
A don Rodrigo parece  
Aquel que en acciones varias  
Gran divertimento muestra  
Por culpa de mi ignorancia.  
Quitéle el retrato al tiempo  
Cuando en él pude á mi hermana  
Dejar resguardo á sus bodas,  
Por si las primeras faltan,  
Vana presuncion de el hombre.  
¡Qué fácilmente se engaña  
Aquel que alargar se deja  
De su altiva confianza!  
Qué mal consejo fué el mio,  
Pues la persona bizarra  
De don Rodrigo pregona  
De él virtudes soberanas!  
Qué airoso que se pasea  
Con gentileza bizarra!  
La espada empuña; ¿si busca  
De mis desprecios venganza?  
De tanta cólera ciego,  
No me ha visto, y como se halla  
En este campo tan solo,  
Habla airado en voces altas.

DON RODRIGO.  
Mataréle, vive Dios.

DON FERNANDO.  
Matar dijo, gran palabra;  
Parece que estos son fieros  
Con que á mi vida amenaza.

DON RODRIGO.  
Pagaráme la osadía.

DON FERNANDO.  
Si acaso osadía llama  
El quitarle yo el retrato,  
Será soberbia arrogancia.  
Desatemos estas dudas;  
Que hablándonos cara á cara,  
El romperá su silencio,  
Yo venceré mi inorancia. —  
¿Qué haceis, señor don Rodrigo?  
¿Quién os turba y sobresalta?

DON RODRIGO.  
Oye, Fernando, y sabrás  
De tantas iras la causa.  
Después que sin el retrato  
Me dejaste entre las llamas  
De mis altivos deseos,  
Tributarios de la parca,  
En casa de don Garcia,  
Donde tú conmigo estabas,  
Entró eso don Lope, aquel  
Que fué nube de tu fama.

Hablóme, y recibí espanto,  
Porque, habiendo tú su cara  
Visto, le desconociste.  
Mas son del tiempo mudanzas.  
Quedamos desafiados,  
Y que yo le señalara  
Por un papel, fué concierto,  
El campo, el día y las armas.  
Mas apenas me partí  
Para disponer la traza,  
De que di cuenta á un amigo  
Digno desta confianza,  
Cuando él, que bien le conoce  
Há dias, me dijo tantas  
Vilezas de sus costumbres,  
Que me ofendi en escuchallas,  
Pues por lo menos le habian  
En el rostro y las espaldas  
Hecho afrentas vergonzosas  
Sin defendello su espada.  
Yo sé bien que de este campo  
Noche alguna apenas falta,  
Con ofensa de estas rejas,  
A quien dice que idolatra.  
Verteré su sangre vil.  
Y si aquí, por mi desgracia,  
No viene antes que amanezca,  
Le he de matar en su cama.  
Tan lleno de este furor  
En mi pensamiento estaba,  
Que dije á solas conmigo,  
Vertiendo veneno el alma:  
«Mataréle, vive Dios.»  
Y después con mayor saña:  
«Pagaráme la osadía.»  
Como si con él hablara.  
Yo cumpliré la promesa,  
Mostrando en fiñez tanta  
Que soy tu mayor amigo,  
Y muy galan de tu hermana.

DON FERNANDO. (Ap.)

Engañóse mi discurso.  
¡Oh presuncion necia y bárbara,  
Pues lo que fué en mi defensa,  
Yo por mi ofensa juzgaba!  
Sin duda que es don Rodrigo  
Gran caballero en España;  
Que este valor generoso  
Nace de valiente causa.  
A mi hermana darle quiero,  
Pues que mi primo dilata  
Estas bodas, fiel indicio  
De que no sabe estimallas.

DON RODRIGO.

Daréle muerte esta noche;  
Porque yo larga distancia  
Tengo de estar de Madrid  
Mañana al nacer del alba.

DON FERNANDO.

¿Cómo, don Rodrigo? ¿Dónde  
Te partes?

DON RODRIGO.

Voy á Navarra,  
Que desde allá de mi padre  
He recibido una carta  
En que el venerable viejo  
Dice que le sobresaltan  
De la mas comun y cierta  
Aquellas últimas ansias.  
Solo ocasion tan forzosa,  
Solo tan urgente causa  
Pudiera llevarme; ¡ay cielos!  
Que en las últimas palabras  
Dice que lo que le obliga  
Mas á verme antes que salga  
De este mundo, es darme el orden  
(Aquí el ánimo me falta)  
Que he de tener en casarme,  
Porque ha elegido la dama.

DON FERNANDO.

¿Casar te quieres, Rodrigo?

DON RODRIGO.

Yo no quiero, él me lo manda.  
Mira la carta.

DON FERNANDO.

Obedezco.

DON RODRIGO.

Al fin con mis propias plantas  
Pasos doy hácia la muerte,  
Y será ventura hallarla.  
¿Hasla visto?

DON FERNANDO.

Si, la firma

Quiero ver, ver y besalla;  
Don Diego de Beamoute  
Es tu padre?

DON RODRIGO.

¿Qué te espantas?

DON FERNANDO.

Porque es tu padre mi tío,  
Pero di, ¿cómo te llamas  
Mendoza?

DON RODRIGO.

Porque el hacienda

Muda el apellido y casa.

DON FERNANDO.

De esto ha nacido el engaño;  
De tan forzosa inorancia  
Se apadrina mi disculpa.  
Toma los brazos y el alma;  
Primo, tu esposa es Leonor.

DON RODRIGO.

En las mayores borrascas  
Se pacifican las ondas,  
Los vientos su fuerza amansan.

DON FERNANDO.

Sabe, primo, que ella es  
La dama que te señala  
Por esposa, y podrás verlo  
De cartas que me acompañan.  
Pero antes que consigas  
Su mano hermosa, con manchas  
De la sangre de don Lope  
Tengo de lavar mi fama.  
La noche llega, y oscura,  
Tanto, que pienso que traza  
La muerte de este alevoso  
Que de sus sombras se ampara.  
Muera el alevé.

DON RODRIGO.

No dudes,  
Mas oye una industria extraña,  
Y es, que si acaso justicia,  
Como en el lugar hay tanta,  
Al mismo tiempo llegare  
De la ocasion, por templalla  
Y hacella que nos respete,  
Hemos de usar de esta traza:  
Tú has de llamarme el Marqués,  
Yo á ti el Conde, y será causa  
De que si nos retiramos,  
Si no es grande la desgracia,  
Elijan el no seguirnos.

DON FERNANDO.

Con tal prudencia lo trazas,  
Que me obligas á entregarte  
Un gran tesoro del alma.  
Los dos retratos recibe;  
Que es bien digna confianza,  
Si has de ser dichoso dueño  
De el original que aguardas.

DON RODRIGO. (Habla con los dos retratos.)

¡Oh vosotros, del sol copias mas bellas,  
Donde tanto se esfuerzan los colores,  
Que ambiciosas os buscan las estrellas

Por robaros robados resplandores!  
 ¿Cómo pudo el pincel copiar centellas,  
 Mentir acciones y fingir ardores?  
 Suprema fué de el arte valentía  
 En fe de la verdad que aquí mentía.  
 Retratos de Leonor os miro, y tales,  
 Que, viendo perfeccion tan ingeniosa,  
 Os juzgo ser, como ella, originales,  
 Viva verdad, no sombra mentirosa;  
 Porque su luz, que en rayos inmortales  
 Suave nace, y crece prodigiosa,  
 Os ha tan igualmente conmutado,  
 Que sois conmutacion, y no traslado.  
 Cualquiera de vosotros me parece  
 Unico, aunque sois dos (suma grande-  
 Duplicados el número os ofrece, [za],  
 Y únicos os propone la belleza;  
 Eterno oriente sois, que permanece,  
 Sin que declina el sol de la fleza  
 De aquel nativo resplandor primero,  
 Jamás occidental, siempre lucero.  
 A vosotros consagra por trofeos  
 Mi vista sus espíritus sutiles,  
 Porque aquí ve excedidos los hibleos,  
 Y halla mas ilustrados los pensiles;  
 Canora voz de espíritus orfeos,  
 O sacra emulacion de los abriles  
 Mas fértiles os cante; que yo en tanto  
 Aprisiono la voz y espero el canto.

DON FERNANDO.

Vuelve á pedir el alma á los pinceles,  
 Mira que te la llevan fugitiva; [fielees,  
 Que no es bien dar á sombras, aunque  
 Lo que se debe á la belleza viva;  
 En esta imitacion no te desyeyes,  
 Pues te aguarda virtud mas atractiva:  
 Mira que viene gente, escucha, espera.

DON RODRIGO.

Vengar la injuria de este sol quisiera.

Salen DON GARCÍA y DON DIEGO.

DON DIEGO.

Supe que este don Lope es embustero,  
 Y que en la corte pasa introducido  
 A la gran dignidad de caballero;  
 Al fin es caballero permitido.  
 Comprólo con lenguaje lisonjero  
 Y con temeridades de atrevido;  
 Que aquí tal vez se premian osadías  
 Y son las libertades bizarrías.  
 El marqués Fabio, el conde Pinabelo  
 Fueron fantasmas que formó su enga-  
 [ño,  
 Con que injuriando á la verdad del cie-  
 [lo.

Manchó esta casa y fabricó su daño;  
 Mintió culpas el vil, con que su celo,  
 Que fué tan atrevido como extraño,  
 Dando veneno en la fingida afrenta,  
 Irritar nuestros ánimos intenta.  
 De vuestra liviandad estoy corrido,  
 Que abraceis por legitimo pariente,  
 Sin haber gran examen precedido,  
 Al que trofeos y blasones miente.

DON GARCÍA.

¿Testigo fiel no hicistes vuestro oído  
 A quella noche, y vistes libremente  
 Hablar aquellos hombres embozados?

DON DIEGO.

No hay secreto constante en los criados;  
 Porque el suyo ha contado cómo fueron  
 Los dos de aquella fabula inventores,  
 Y aquellos dos señores se fingieron;  
 Ostentando mentidos resplandores,  
 Que á la fortuna así imitar quisieron.  
 Que tal vez pasar suele á los honores  
 Mas altos los mas viles velozmente,  
 Sin aplauso y con queja de la gente.

DON GARCÍA.

[gaño,  
 Pues yo aun sigo las sombras de mi en-  
 Y en esta calle hasta el brillar del día  
 Tengo de estar, pidiendo al desengaño  
 Mas luz que el rayo de el oriente envía;  
 Al Conde y al Marqués busco y con daño  
 Castigo justo y fiel de su osadía,  
 Verter su sangre en este campo espero,  
 Dando insignias de púrpura al acero.

DON FERNANDO.

¿Si este don Lope es?

DON RODRIGO.

No lo parece.

DON FERNANDO.

Sus pasos seguiré.

DON RODRIGO.

Los tuyos sigo.

DON DIEGO.

Hacia acá viene gente.

DON GARCÍA.

El ruido crece;

Don Diego, acometamos, vén conmigo.

DON RODRIGO.

Pienso que la pendencia nos ofrece

Esta gente.

DON FERNANDO.

Si no es nuestro enemigo,

¿Habemos de reñir?

DON RODRIGO.

Yo reñiría,

Porque huir la ocasion es cobardía.

DON FERNANDO.

Yo siempre lo he tenido por prudencia.

DON RODRIGO.

Cuando no está á los ojos; mas llegada,

En cualquier hombre noble es indecen-  
 [cia

Negalla el rostro y retirar la espada.

DON GARCÍA.

Desocupad la calle.

(Ponen mano.)

DON RODRIGO.

Esa violencia

La veréis en los dos ejecutada.

DON DIEGO.

¿Oh loco cuanto vano atrevimiento!

DON FERNANDO.

¿Oh alevos! vuestro fin será violento.

DON GARCÍA.

Defiéndense los dos con gallardía.

Salen TRES EMBOZADOS, con una  
 linterna.

DON FERNANDO.

Per allí pasa luz y viene gente.

Retírese, Marqués, vuesañoría;

Que es la justicia.

DON RODRIGO.

Si; que es indecente,

Conde, que aquí nos halle.

(Vanse don Fernando y don Rodrigo.)

DON GARCÍA.

Iguála tanta luz.

DON DIEGO.

Vamos.

DON GARCÍA.

Detente;

Que no son la justicia, y cuando sea,

¿Qué importa que nos halle y que nos

Ya se fueron.

DON DIEGO.

Quisiera haber reñido

Antes con estos por el libre modo

Con que nuestros semblantes han he-  
 Con su luz.

DON GARCÍA.

En Madrid se sufre todo.

DON DIEGO.

Yo en todas partes soy muy mal sufrido.

DON GARCÍA.

Yo en la corte á su estilo me acomodo;

Que no me toca á mi fabricar leyes

A los ojos sagrados de los reyes.

Ya el vil nombre no darás

A don Lope de embustero;

Que á tan noble caballero

Mas reverencia tendrás.

Ya al Marqués y al Conde oiste.

DON DIEGO.

Si, pero aun queda mi pecho

De este hombre mal satisfecho.

DON GARCÍA.

¿Dudas lo mismo que viste?

De los hombres principales

Habla con estimacion;

Que es igual obligacion

Hablar bien de los iguales.

Con fácil credulidad

A sus émulo creíste,

Error con que desmentiste

Nuestra antigua calidad.

¿Quién duda que te hallarías

En un corrillo de aquellos

Que peinan barba y cabellos

Y adulteran damerías?

Y admirando sus valientes

Brios vanos, tal te hiciste,

Que el veneno recibiste

De estos Narcisos serpientes.

Si es que te quieres casar

Y dispensar liviandades,

Sin ofender calidades

De otros, te puedes manchar;

Que, vive el cielo, que estoy...

El lo sabe.

DON DIEGO.

Hermano, espera,

Y el respeto considera

Que por anciano te doy.

Suspende tan vanas furias,

Corrige vanas pasiones,

Y de las reprehensiones

No haga parte las injurias.

¿Cómo me das casamiento

Tan desigual y engañoso,

Cuando ves que estoy celoso

Aun de los pasos del viento?

Yo no niego lo que vi,

Que fuera temeridad,

Mas tambien haré verdad

Lo que de don Lope oí.

DON GARCÍA.

¿Adónde?

DON DIEGO.

En este lugar

Mismo; porque quien espera,

Aun mas de lo que quisiera

Tal vez suele averiguar.

DON GARCÍA.

Yo estoy del sueño vencido.

DON DIEGO.

Lo mismo es que de el engaño;

Mal verás al desengaño

Cuando de él te hallas rendido.

Alienta las luces muertas

De tus ojos, mal vencidas;

Que diligencias dormidas

No hallan verdades despiertas.

Noble y perfecta hermandad

No obliga á asistir conmigo;

De tu verdad fui testigo,

Seráslo de mi verdad;

Y si es que acaso engañoso  
Fuere el discurso en que espero,  
Serás solo el verdadero,  
Y yo el vano y sospechoso.

DON GARCÍA,  
Escucha; que por allí  
Viene gente, y recelosa.

DON DIEGO.  
Por sí llega cuidadosa,  
Retirémonos aquí.

Salen DON LOPE Y MONDEGO.

MONDEGO.  
¿Al fin das en proseguir  
Este engaño?

DON LOPE.  
No es engaño  
Si de mi pobreza el daño  
Quiero con alas huir.  
He vivido de artificio  
Tanto tiempo, que no sé  
Ya qué tretas usaré  
En tan peligroso oficio.

MONDEGO.  
¿Oh poltron, que al floreciente  
Ingenio dejas rendir!  
¿En el campo de el mentir  
Te estrechas tan cortamente?  
No eres lucido oficial;  
Con serte poca tarea,  
Breve invencion, flaca idea,  
Desconténtame el caudal.  
Tus engaños por mas daños  
Los veniste á recibir,  
Pues te dieron el mentir  
Tasado hasta ciertos años.  
Admiracion grave siento,  
Y es su fundamento fuerte  
Que no mienta hasta la muerte  
Quien miente de nacimiento.

DON LOPE.  
También se acaba el fingir,  
Digo el sutil y curioso.

MONDEGO.  
Miente menos ingenioso.  
DON LOPE.

Es insolente mentir.  
En un rico casamiento  
Y que tenga calidad  
Pongo mi felicidad,  
Bien honrado pensamiento;  
Y este le he de conseguir  
Buscando aun los viles medios;  
Que no ha de excusar remedios  
Quien no se quiere morir.  
Salíome mal en Sevilla  
Este intento; aquí no sé  
Cómo de el caso saldré.

MONDEGO.  
Tu empresa me maravilla.  
DON LOPE.

Llama á la ventana.  
DON DIEGO. (Ap.)  
Ya

Se acercan á la ventana.  
DON GARCÍA. (Ap.)  
Empresa necia, y ¡qué vana  
Aun la intencion les saldrá!

DON DIEGO. (Ap.)  
Deja que llamen primero,  
Y espera el suceso.

DON GARCÍA. (Ap.)  
¿Quién  
Con sangre de hombre de bien  
No desnudará el acero?

DON LOPE.  
Mondego, llama tan necio,  
Que las bagas despertar.

MONDEGO.  
¿Quieres que hasta en el llamar  
Haga el exámen de necio?

DON LOPE.  
Tú no has menester exámen,  
Bastante aprobacion tienes.

MONDEGO.  
Parece que á dar me vienes  
Un prevenido vejámen,  
Y al tiempo de amanecer  
Será como el tiempo frio.

DON LOPE.  
Llama.  
MONDEGO.

Será desvario  
Tan dulce sueño romper,  
Como en el sueño me empeño  
Siempre con tal voluntad,  
Trato con gran caridad  
De mis prójimos al sueño;  
Porque el sueño, si se advierte,  
Es, con virtud conocida,  
Parte mayor de la vida,  
Aunque imágen de la muerte.

DON LOPE.  
Deja de filosofar.  
MONDEGO.

Hágolo muy pocas veces.  
DON LOPE.

Y esas desprecio mereces,  
Porque llegas á cansar.

DON DIEGO. (Ap.)  
Don Lope es este; salí.  
Con mi intento. He conocido  
Talle y voz.

DON GARCÍA. (Ap.)  
Estoy corrido  
De que jamás lo creí.

MONDEGO.  
¿Oyes?  
DON LOPE.

¿Qué?  
MONDEGO.  
Las cinco dan,  
Y el alba empieza á reir  
De que nos ve sin dormir  
Cuando ellas durmiendo están.  
En la esquina de allí enfrente  
Pienso que gente he sentido.

DON LOPE.  
Yo también, y he prevenido...  
MONDEGO.

Di lo que tu ingenio siente.  
DON LOPE.

El irnos pues con el día.  
Aquí es imposible hablar;  
Que despues en mi lugar  
Vendrá la africana espía.

MONDEGO.  
¡Oh! la Marina es princesa  
De berberiscas esclavas;  
Solo con menear las habas  
Hace jardín de una artesa.  
Suele el infierno cercar  
Con sacrilegos conjuros,  
Y pues le cerca los muros,  
Sin duda le quiere entrar.  
Siempre mormura entre sí,  
Y es que trae allá consigo  
Algun familiar amigo;  
Con quien razona.

DON LOPE.  
¡Ay de tí!

MONDEGO.  
Ay de ella es lo verdadero,  
Mas ¡ay de mí, que podría

Tener aquí por espía  
Algun duende gran parlero!  
(Vanse los dos.)

DON DIEGO.  
Yo conseguí la vitoria.  
DON GARCÍA.

Con la luz que el alba da  
Todo lo he visto.  
DON DIEGO.

Él se va  
Con nuestra pena y su gloria.  
Vive el cielo, que quisiera  
Haberle aquí castigado,  
Porque donde fué culpado  
Ejemplar pena tuviera;  
Que si aquí los instrumentos  
De mis aceros bañara,  
A estas piedras les dejara  
Sangre suya y escarmientos.  
¡Ah hermano! yo la nobleza  
Alabo de tu bondad,  
Mas tanta credulidad  
Fué liviandad y flaqueza;  
Que hombre tan ceremonioso  
En las acciones que hacia  
Mas atentas descubria  
Un ánimo cauteloso;  
Y te prometo...

DON GARCÍA.  
No mas,  
Hermano; que es dar veneno  
Al pecho, que tengo lleno  
De un volcan.

DON DIEGO.  
Rendido estás.  
DON GARCÍA.

Tan rendido y tan furioso,  
Que por poderme vengar  
Mas presto vengo á estimar  
El estar de mí quejoso.  
¿Qué esta liviandad se vea  
En mujeres principales,  
Y que yo de amigos tales  
Tanto crédito posea?  
¡Oh corte, toda aparato,  
Fábula y ostentacion,  
Prevenida en la invencion  
Y cautelosa en el trato!  
Dos días no pienso estar  
En Madrid.

DON DIEGO.  
Que no es culpado  
Madrid; tú sí, que has dejado  
Tus esperanzas burlar.  
Que á ningún lugar debemos  
Mas, si somos ingeniosos,  
Pues contra los cautelosos  
De ellos mismos aprendemos;  
Con que así en los mismos daños  
Los remedios nos previene,  
Porque en sus engaños tiene  
Escuela de desengaños.  
La corte es la verdadera  
Clase, ilustra entendimientos;  
Los demás son rudimentos,  
Esta es la línea postrera.

DON GARCÍA.  
Sea ilustre y generosa;  
Que yo hallo mas ganancia  
En mi sincera ignorancia  
Que en su malicia ingeniosa.  
Al fin me quiero partir  
A una amena soledad,  
Donde sonora verdad  
Pienso á las aves oír.  
Pues como fieles amantes,  
Sin artificios traidores,  
Cuando cantan sus amores  
Dicen verdades constantes.  
Pero antes he de hablar

A estas mujeres; que intento  
Castigar su atrevimiento.

DON DIEGO.

¿Si te quieres despeñar?

DON GARCÍA.

Dime, ¿qué mas despeñado?

DON DIEGO.

¿Llamas? Estarán durmiendo.

DON GARCÍA.

Las ventanas van abriendo.

DON DIEGO.

Pues ¿para qué han madrugado?

DON GARCÍA.

Ayer supe yo que habían  
De ir Atocha esta mañana,  
Que á esta empresa soberana  
Devotas se prevenían;  
Que aunque en vida libertada  
Viven con desasosiego,  
Cenizas tienen del fuego  
De esta devocion sagrada.

DON DIEGO.

Ya ellas salen.

DON GARCÍA.

Bien sabia

Yo que habia prevencion.

DON DIEGO.

Madrugó la devocion;

¿Qué temprana romeria!

*Salen DOÑA ISABEL y DOÑA INÉS.*

DON GARCÍA.

No llegues; que desde aquí  
Mas atentos las verémos;  
Aunque no, llegar podemos.  
¿Qué te parece?

DON DIEGO.

Que sí.

DON GARCÍA.

¿Adónde tan de mañana?

DOÑA ISABEL.

Respuesta dar no debia  
A vuestra descortesia.

DON GARCÍA.

Si haréis; que sois cortesana,  
Y estáis en el proceder  
De la corte puntual.

DON DIEGO.

En el campo estamos mal.

DOÑA ISABEL.

Visita no me ha de hacer  
En mi casa el que se huyó  
De la suya cuando en ella  
Puse los piés.

DON GARCÍA.

Merecella

Aun por eso pienso yo;  
Que despues que al Pinabelo  
Y al Fabio marqués y conde  
Vuestro gusto corresponde  
Sin el honrado recelo,  
Tendréis por muy buen partido  
Que no os vea el que pudiera  
Impedirlo.

DOÑA ISABEL.

No creyera

Que érades tan atrevido,  
A no ver el licencioso  
Lenguaje que agora usais,  
Plática en que ya mostrais  
Ser mas libre que curioso.  
Las mujeres no podemos,  
Aun las de mas altos nombres,  
Excusarles á los hombres  
Sus extremados extremos.  
Las vanas galanterias

Que el Conde y Marqués tuvieron,  
Si como fuego nacieron,  
Fueron humo en breves dias,  
Pues cuanto ellos arriscados  
Siguieron su liviandad,  
Con igual velocidad  
Volvieron desengañados.  
Mas ¿para qué cuenta os doy  
A quien ni debo ni es justo?

DON GARCÍA.

De este proceder injusto,  
Señora, admirado estoy.

¿Que esto se sufre en Madrid?

DOÑA INÉS.

Esto siempre lo veréis.

DON DIEGO.

¿Por qué el discurso rompeis?

DON GARCÍA.

Escuchad las dos, oid.  
Si la noche que mi hermano  
En Madrid puso los piés,  
Que há tan poco tiempo, que es  
Aun moderno cortesano,  
Los dos la puerta paseaban,  
Y en altas voces decian  
Que de este jardin tenian  
El fruto que deseaban,  
¿Cómo con tanto furor  
Lo que es tan cierto negais,  
Y dar sombras procurais  
A tan claro resplandor?

DOÑA ISABEL.

Pues si apenas há diez dias  
Que aquí tu hermano llegó.

DON DIEGO.

Tantos há que vine yo.

DOÑA ISABEL.

Si es así, ¿cómo podias  
Ver á los que están ausentes  
Há cuatro meses y mas?  
¿Que en ser quimerista das?  
Que tan sin vergüenza mientes?  
¿Cuándo esos hombres tuvieron  
Favores, aun de las vanas  
Vistas que dan las ventanas,  
Que para ellos no se abrieron?  
A toda la vecindad  
Examina, y sabrás de ella  
Si es resplandeciente estrella  
La de nuestra castidad.

DON GARCÍA.

¿Esto niegas?

DOÑA ISABEL.

¿Esto afirmas?

Ni eres noble ni pariente  
Mio, pues tan libremente  
En tu opinion te confirmas.

DON DIEGO.

Esto no es para tratado  
En el campo; aqui entraremos  
En tu jardin, y podremos  
Hablar con menos cuidado,  
Ya que allá dentro no quieres  
Darnos lugar.

DON GARCÍA.

Aun aqui

Estamos mas bien.

DOÑA ISABEL.

Sea así;

Di todo lo que supieres.

DON DIEGO.

Yo digo: ¿negar podeis  
Que aquí un don Lope os pasea?

DOÑA ISABEL.

Eso no, y quiero que sea  
Mi esposo, porque pagueis  
Vuestro desprecio y locura.

DON DIEGO.

Por cierto que es el empleo  
Igual con vuestro deseo.  
Estimad vuestra ventura.

DOÑA ISABEL.

Haré tanta estimacion  
Por mi gusto y vuestro daño,  
Que antes que se cumpla el año  
Tendrá premio su intencion.  
Sin duda será mi esposo.

DOÑA INÉS.

Eso no lo puede ser;  
Que yo he de ser su mujer;  
Mi casamiento es forzoso.

DOÑA ISABEL.

¿Qué dices?

DOÑA INÉS.

Que tengo aqui

La cédula que él me dió,  
Y otra que le hice yo  
Tiene él mia.

DOÑA ISABEL.

¿El te dió á ti

Cédula? Por vida mia,  
Que el embuste bueno fuera  
Si igual burla nos hiciera.

DOÑA INÉS.

Presto mostrar la podia.

DOÑA ISABEL.

Veamos.

DOÑA INÉS.

Toma.

DOÑA ISABEL.

Esta es

Su letra, y su firma es esta.

DON DIEGO.

¿Qué me dices de esta fiesta?  
¿Es bien que engañado estés?  
¿Qué dices?

DON GARCÍA.

Tan alévoso

Hombre en mi vida no vi.

DOÑA ISABEL.

¿Que don Lope encierra en sí  
Un trato tan cauteloso?  
Dice las mismas razones  
Tu cédula que la mia.

DOÑA INÉS.

Pues su intencion ¿qué sería?

DOÑA ISABEL.

No entiendo sus intenciones.

*Sale MARINA.*

DON GARCÍA.

¿Tú en esta casa, Marina?

MARINA.

Triste de mí, yo soy muerta,  
Disciplina tengo cierta.

DON DIEGO.

Diga, ¿por qué el rostro inclina?  
A solas la he visto hablar  
Con don Lope el embustero,  
Y ella no menos; si inflero  
Mal, ¿podránme castigar?

*(Saca la daga.)*

MARINA.

Señor.

DON DIEGO.

Déjate vencer;

Habla claro ó morirás.

MARINA.

Quita la daga, y sabrás  
Cuanto pretendes saber.  
Vuestro huésped, que procura

Fortuna á fuerza de engaños,  
Intentando un casamiento  
Noble, aunque por medios bajos,  
A estas señoras engaña  
A un tiempo, solicitando  
Casarse con la mas rica  
Siempre que llegare el caso.  
A ninguna quiere bien,  
Porque es tan interesado,  
Que lo que le está mejor  
Prefiere á lo justo y santo.  
Solo quiere acomodarse  
Por este modo, faltando  
De el amistad á las leyes,  
Enemigo del buen trato.  
Pues á vosotros, señores,  
Hizo una noche un engaño  
Para echaros de esta puerta.

DON DIEGO.

Verdad dices.

MARINA.

Verdad trato;

Porque su criado y él  
Dos señores titulados  
Se fingieron, y el don Lope  
Dijo así, la voz mudando:  
«¿ En este campo qué hacemos,  
Pues de este jardín llevamos...»

DON GARCÍA.

Calla, escucha, no prosigas.

DOÑA ISABEL.

¡Oh vil!

DOÑA INÉS.

¡Oh infame!

DON GARCÍA.

¡Oh villano!

MARINA.

Era su intento con esto  
Divertiros, y apartaros  
De estas damas, y que yo  
Ayudase al trato falso.  
Confieso que así lo hice,  
El ánimo arrebatado  
De promesas y intereses,  
Que me habrán de salir vanos.

DON DIEGO.

La confesion de tu culpa  
Te absuelve. ¡Oh suceso raro!  
Oh amigo falso! Quisiera  
Dar castigo á tanto agravio.  
Retírate allá, Marina;  
Que nunca de los esclavos  
Me espanto que sean traidores;  
De los amigos me espanto.

Salen DON FERNANDO Y DON RODRIGO.

DON RODRIGO.

Señor don Lope, acá fuera  
Una palabra.

DON DIEGO.

Engañado

Fuistes; que no soy don Lope,  
Y en engaño que fué tanto  
Me disculpa el ser su amigo,  
Porque pretendi librarlo  
De vuestro valiente acero,

Temeroso de su daño;  
Mas ya que traiciones tantas  
Sé de su vida, entregaros  
Juro la persona misma,  
Y con mi espada y mi brazo,  
Para la satisfaccion  
Vuestra, prometo ayudaros,  
Y tomar á costa mia  
Venganza de vuestro agravio.  
¿Cuál es?

DON RODRIGO.

Intentó en Sevilla,  
Insolente, y no bizarro,  
Bodas con Leonor hermosa,  
Hermana de don Fernando;  
Y porque la disfamó,  
Pretendimos, con matarlo,  
Satisfacer nuestra injuria.

DON DIEGO.

Lograránse vuestros pasos.

DON RODRIGO.

Anoche aquí nos fingimos  
Dos señores titulados  
En este campo, queriendo  
Sin riesgo nuestro matarlo;  
Mas estorbó una luz.

DON DIEGO.

¿Qué os parece de esto, hermano?  
De aquí nació el confirmarse  
El engaño en los dos tanto.

DON RODRIGO.

Él ha de venir agora  
Aquí, que de su criado  
Lo tenemos entendido;  
Que no fué poco engañarlo.

DON GARCÍA.

Haced una cosa todos.

DON RODRIGO.

¿Qué?

DON GARCÍA.

Dejad puesto en mis manos  
El castigo de este hombre.

DON RODRIGO.

Todos en tí le dejamos.

DON GARCÍA.

Pues para principio dél,  
Es bien nos halle casados;  
Dame la mano, Señora.

DOÑA INÉS.

El alma doy y la mano.

DOÑA ISABEL.

Y yo tambien á mi primo  
Don Diego.

DON RODRIGO.

Aquí celebramos  
Todos nuestro casamiento.—  
Primo, tus brazos aguardo.

DON FERNANDO.

Yo te doy la mano, primo,  
Por Leonor.

DON RODRIGO.

Yo el alma y brazos.  
Llegué al puerto de mis glorias.

DON DIEGO.

Caso admirable y extraño.  
Suspension; don Lope viene.

DON RODRIGO.

Muera.

Salen DON LOPE Y MONDEGO.

DON LOPE.

De veros me espanto  
Tan conformes; gran desdicha.  
¡Jesus, Jesus!

DOÑA ISABEL.

¡Oh villano!

Tus injurias, tus vilezas,  
Que aun son veneno en los labios,  
Todas tus culpas se saben.

DON DIEGO.

Marina de tus engaños  
Ha dado larga noticia.

MONDEGO.

En la trampa habemos dado.  
Vive Dios, que nos espera  
Gentil borrasca de palos.

DON RODRIGO.

Vive Dios, que ha de morir.

DON GARCÍA.

Ya tenemos asentado  
Que yo he de darle el castigo.

DON RODRIGO.

Por lo que hicieres pasamos.

DON GARCÍA.

¿Qué haces, Marina?

MARINA.

Aquí estoy.

DON GARCÍA.

Marina, desde hoy te hago  
Libre, y te doy por esposo  
A don Lope, y yo te mando,  
Don Lope, no lo rehuses;  
Porque, por el cielo santo,  
Que te pasemos el pecho  
Todos cuantos aquí estamos.

DON LOPE.

Obedezco á mi desdicha.

DON GARCÍA.

Así quedas castigado.

DON LOPE.

Dime, ¿por qué deste modo,  
Morir pudiendo en tus brazos?

DON GARCÍA.

Tu culpa fué pretender  
Casamiento rico y alto;  
Y así, yo te doy la pena  
Cón el mas pobre y mas bajo.

MONDEGO.

Venga la gata de casa.

DON RODRIGO.

¿Para qué?

MONDEGO.

Porque está llano  
Que, si á mi amo dan la perra,  
Yo con la gata me caso.

DON LOPE.

Mi fábrica dió en el suelo.  
Perdonad, varones sábios,  
Al Galan tramposo y pobre,  
Si hay perdon en yerros tantos.



COMEDIA FAMOSA

TITULADA

EL MAYORAZGO FIGURA,

DE DON ALONSO DE CASTILLO SOLORZANO.

PERSONAS.

DON DIEGO.	MARINO, lacayo.	LUISA, su criada.	HERMENEGILDO, criado.
DON JUAN.	FELICIANO, criado.	DOÑA ELENA, dama.	URBINA, escudero.
DON PEDRO, anciano.	DOÑA LEONOR, dama.	INÉS, su criada.	DOS CRIADOS.

ACTO PRIMERO.

Salen DON DIEGO Y FELICIANO.

FELICIANO.  
Extraña pasión de amor.  
DON DIEGO.  
No pudo mas, Feliciano;  
No está el sosiego en mi mano  
Mientras dura su rigor.  
Determina doña Elena  
Dar dilación á mi mal,  
Aunque ve que es tan mortal.

FELICIANO.  
Poco le duele tu pena;  
Tus finezas, tus desvelos  
Muy poco la han obligado,  
Pues dilata tu cuidado.

DON DIEGO.  
Testigos hago á los cielos  
Que en firmeza, en atención,  
En servir y en adorar  
Nadie me llega á igualar  
De cuantos nacidos son.  
Manifesté mi deseo,  
Y ha sido della admitido,  
Viendo que va dirigido  
Al dulce y casto himeneo;  
Y aunque muestra voluntad  
Con estima de mi fe,  
Quiere que dudoso esté  
Del premio de mi lealtad,  
Pues nunca estoy mejorado  
De dicha, y de día en día  
Corre la esperanza mia  
Por término dilatado.  
Ayer la representé,  
Por si mi dicha mejora,  
Cuánto la obliga deudora,  
Y á persuadirla llegué  
Que me honre con su mano  
Por dar fin á mis pasiones.

FELICIANO:  
¿Y prosigue en dilaciones  
Su tema?

DON DIEGO.  
Sí, Feliciano,  
Hasta tener yo en la flota  
Cartas.

FELICIANO.  
Ver quiere primero  
Certezas que tu dinero  
No ha peligrado en derrota;  
Y hallo que es un vil cuidado  
Dar, la que trata de amar,  
A interés primer lugar.

Sale MARINO, de camino, con fletro.

MARINO.  
Gracias á Dios, que he llegado.

DON DIEGO.  
Marino, seas bienvenido.

MARINO.  
Esos piés permite darme.

DON DIEGO.  
Alza, Marino, á abrazarme.  
¿Cómo en Sevilla te ha ido?

MARINO.  
Bien, pues fui por un socorro,  
Y traigo toda una herencia.

FELICIANO.  
No es nada la diferencia.

DON DIEGO.  
¿Cómo?

MARINO.  
Salto, brinco, corro,  
Estoy loco de contento.

DON DIEGO.  
Sosiega; ¿qué loco estás!

MARINO.  
Señor, si albricias no das  
De tu dicha, de tu aumento,  
No esperes saber de mí  
La nueva que estoy callando.  
Albricias.

DON DIEGO.  
Yo te las mardo.

MARINO.  
¿Buenas?

DON DIEGO.  
Buenas.

MARINO.  
¿Cierto?

DON DIEGO. Sí.

MARINO.  
Pues digo en breves razones  
Que tu tío se murió,  
Y su hacienda te mandó,  
Que en barras y patacones  
Son doscientos mil ducados,  
Que con esta flota vienen,  
Y en Sevilla te los tienen  
Seguros ya y registrados;  
Honrado tío has tenido.

DON DIEGO.  
Téngale Dios en el cielo.

MARINO.  
Y á nosotros en el suelo  
Nos dé contento cumplido  
Con herencia tan honrada. —  
¿No digo bien, Feliciano?

FELICIANO.  
Y aun rebien.

MARINO.  
¿A qué cristiano

El heredar no le agrada?  
Sea consuelo de tu pena  
Tanta barra y patacon

DON DIEGO:  
Ya se llegó la ocasión  
En que será doña Elena,  
A quien estimo y adoro,  
Dueño desta cantidad.  
(Ap. Aunque es poco á su beldad  
Darla de Creso el tesoro.)

MARINO.  
Este pliego es de tu agente;  
En él aviso te da  
De lo que has sabido ya  
De mí, aunque mas latamente.  
Ahí viene el testamento  
De tu tío, que verás;  
Y si licencia me das,

Porque con hambre me sienta,  
Me apropincuo á la cocina  
A ver si hallo un bocado  
Que me deje consolado  
De un hambre fiera y canina. (Vase.)

DON DIEGO.

Véte muy enhorabuena.—  
Haz regalar á ese loco.—  
Todo cuanto tengo es poco  
Para tí, querida Elena.

(Vanse.)

Salen DOÑA LEONOR y LUISA, con mantos.

LUISA.

Señora, ¿no me dirás,  
Por mi amor y por tu vida,  
Dónde con esta salida  
Tan secretamente vas?  
Tú has dejado al escudero,  
Prevenida y recatada,  
Con embozo y disfrazada;  
Aunque es término grosero  
Una criada saber  
Lo que tú querrás negar,  
Perdona; que el preguntar  
Es tentación de mujer.  
¿Puedo saber de tu intento  
La causa? Dila, Señora,  
A quien tu designio ignora.  
¿Es amor el fundamento?

DOÑA LEONOR.

Acertaste, Luisa mía;  
Con este disfraz, amor  
Quiere que sufra un rigor  
Con que ofenderme podría.

LUISA.

¿Y merécelo el sugeto?

DOÑA LEONOR.

Pues, si no lo mereciera,  
¿Saliera desta manera?

LUISA.

Que es dichoso te prometo.

DOÑA LEONOR.

Antes su dicha no sabe,  
Si es dicha quererle yo  
Con tanto amor.

LUISA.

¿Cómo no?  
Abra el secreto tu llave,  
Y revéleme tu pena,  
Si de consuelo carece,  
Y mi amor te lo merecé;  
Que estoy de tu empleo ajena.

DOÑA LEONOR.

Como há tan poco que estás  
En mi servicio, no sabes  
Mi tormento y penas graves;  
Pues escucha y las sabrás.  
En aquel día festivo  
De aquella antorcha divina,  
Prodigio de santidad,  
Del gran precursor Baptista,  
De aquel sagrado profeta  
Que en general solemnizan,  
Con aplausos y alabanzas,  
La cristiandad, la morisma;  
Para celebrarle alegres,  
En el abril de una quinta  
A una opulenta merienda  
Nos juntamos seis amigas.  
Yace este ameno jardín  
Tan cerca de las orillas  
Del humilde Manzanares,  
Que sus plantas fertiliza.  
Rompiendo fué la carroza  
Sus vidrieras cristalinas,  
Hasta llegar al lugar

Que gustos me prevenia.

Después de haber del gozado  
Las rosas, las mioutisas,  
Los jazmines, los claveles,  
Las jaspeadas clavellinas,  
El albeli variado,  
El adónis, la siringa,  
El narciso, la retama  
Y flor de la maravilla;  
Después que en los surtidores  
Aumentó el contento risa,  
Los descuidos castigados  
Con las burlas prevenidas;  
Causadas de travesear  
Por los cuadros que matizan  
Hermosas flores que el alba  
Guarnece de argenteria,  
Nos retiramos gustosas  
A la casa, donde habia  
Hermosas y alegres cuadras,  
Debiendo á la pulcra  
Del dueño un compuesto adorno  
De escritorios, mesas, sillas  
Y pinturas excelentes,  
Recreo para la vista.  
Haciase la merienda  
En una estrecha cocina,  
Debajo de aqueste cuarto,  
Y para darse con prisa  
Solicitó el cocinero,  
No vió saltar una chispa  
Desde la lumbre á unas pajas;  
Obró la materia viva  
Tan prestamente, que el fuego,  
Prendiéndose en las vigas  
Del techo, comenzó á arder  
Con llamas tan excesivas,  
Que sitiaba nuestra estancia,  
Impidiendo la salida  
Con su poderosa fuerza;  
Mas temiendo una desdicha  
Mis cinco amigas, salieron  
Animosas y atrevidas,  
Dejándome dentro sola,  
Del humo desvanecida;  
Donde en tal conflicto puesta,  
Mirando cómo peligraba  
Mi persona, en tanto riesgo  
De favor destituida,  
Con llanto y piadosos ruegos  
Al jardinero pedía  
Que del riesgo me librara;  
Mas él no se determina.  
En esta aflicción estaba,  
Cuando se apea en la quinta  
De su coche un caballero,  
Que el ruido que en ella oía  
Le trujo á saber la causa;  
Y informado que corría  
Peligro, entre el humo y fuego,  
Mi vida, puesta á las iras  
De su furor, al momento  
La capa del hombro quita,  
La espada y la daga arroja  
Con talabarte y pretina.  
Y sin mirar al peligro  
De las llamas excesivas,  
Que abrasaban ya las puertas,  
Los techos y cuanto habia,  
Con un ánimo increíble  
Entró por mí á toda prisa,  
Temiendo haber hecho el fuego  
Todo mi cuerpo ceniza.  
Y hallándome desmayada,  
Con el susto y agonía  
De verme en peligro tal,  
Del fatal riesgo me libra.  
Sacóme en brazos afuera,  
Alegrando con mi vista,  
Viéndome libre del daño,  
A mis llorosas amigas.  
Con el aire que me dió,

Volvieron á cobrar vida  
Mis sentidos, que hasta entonces  
Enajenados tenia.  
Vuelta ya en todo mi acuerdo,  
La acción generosa y pia  
Del caballero estimé  
Con muestras de agradecida.  
Puse en él la vista atenta;  
; Nunca la pusiera, Luisa!  
Pues me cuesta desde entonces  
Verme del amor vencida.  
Lo airoso de su persona,  
Su talle, su bizarria  
Y mi obligación, que es mas,  
Dieron con fuerzas crecidas  
Con mi libertad en tierra,  
Que en lo severa y altiva  
Jamás le rendí al amor  
El feudo que solicita.  
Acompañome hasta casa,  
Adonde con mas caricias,  
Mas gusto y mas agasajos,  
Por la merced recibida,  
Le rendí de nuevo gracias,  
Todas ellas dirigidas  
A que de mi nuevo amor  
Llevase de allí premisas.  
No lo debí de entender,  
Pues cuando su cortesía  
Me prometió visitarme,  
Nunca llegó esta visita  
Ni pisó mas mis umbrales,  
Como si en toda su vida  
Me hubiera visto ni hablado;  
Cuatro meses há que lidian  
Mis penas con mis desvelos,  
Y la memoria enemiga  
Me está acordando sus partes,  
Porque con esto me alija.  
Procuré con resistencias  
Reparar las baterias  
Que el amor me estaba dando;  
Hiceme fuerza á mi misma;  
Mas á la fuerza de amor,  
De quien muy pocos se libran,  
Resistirla es abrazarla,  
Repararla es admitirla.  
Viviera con esta pena  
Hasta acabar con mi vida,  
Que á tanto obliga el recato,  
Si ayer, que al Carmen fui á misa,  
En su iglesia no mirara  
Que este galán asistía  
Al lado de una embozada,  
Donde, puestos de rodillas,  
Hablaron cosa de un hora.  
Los celos, centellas vivas  
Del amor, pudieron darne  
Tal pasión y tal fatiga,  
Que, á ser lícito, estorbara  
La conversacion, perdida  
Con la pasión de los celos;  
A tanta cólera obligan.  
Desde entonces no sosiego,  
Porque los celos me irritan,  
Que son en pechos de amantes  
Los que en ellos siembran cismas.  
Para remediar mi daño  
Hoy mi intento determina  
Buscar á este caballero  
Dentro en su posada misma,  
Y saber del con certeza  
Si tiene dama que sirva,  
Si tiene dueño que adore,  
Si tiene empleo á que asista;  
Si le tiene, el desengaño  
Vendrá á ser la medicina  
De mi pasión amorosa,  
Y harán pausa mis porfias.  
Si vive libre, sabré  
Con halagos, con caricias,  
Agasajos y ternezas,

Que á los mas libres obligan,  
Obligarle, enamorarle,  
Hasta que en festivo dia,  
En una jente la iglesia  
Dos voluntades distintas.

LUISA.

Cuerdamente lo has trazado  
Porque en confusion no vivas,  
Amando con tal silencio:  
¿Ya tendrás larga noticia  
De la calidad y partes  
De ese caballero?

DOÑA LEONOR.

Amiga,  
Ya he sabido que se llama  
Don Diego de Acuña.

LUISA.

Mira  
Que la corte es todo engaños.

DOÑA LEONOR.

Su solar está en Galicia;  
Y afirmarme que desciende  
De noble prosapia y limpia.

LUISA.

¿De su hacienda no has sabido?

DOÑA LEONOR.

Sé que tiene un tío en Indias,  
Y él aquí sus pretensiones  
Las esfuerza y solicita.

LUISA.

Será rico.

DOÑA LEONOR.

No reparo  
En hacienda.

LUISA.

Tú eres rica,  
Y tienes para los dos.

DOÑA LEONOR.

Yo tengo en seguras líneas  
Seis mil ducados de renta,  
Sin la moneda efectiva  
Que me aborra mi tutor,  
Que en su poder deposita.

LUISA.

Ya le juzgo el mas dichoso  
Del orbe, si es que su dicha  
Merece alcanzar tu mano.

DOÑA LEONOR.

¡Plegue á Dios que lo consiga!  
Mas no seré tan dichosa.

LUISA. (Hace que repara.)

Al revolver desa esquina  
Parece que vi á don Juan.

DOÑA LEONOR.

Nunca me faltan desdichas.  
¿Si me ha conocido acaso?

LUISA.

Tú vas tan desconocida,  
Que lo dudo.

DOÑA LEONOR.

Que no haya  
Hora y punto en todo el dia  
Que este hombre no me eanse.  
Camina, Luisa, camina.

LUISA.

Apresuremos el paso.

DOÑA LEONOR.

Poca ventura es la mia,  
Pues no hallo gusto sin pena  
Ni contento sin desdicha.

(Vanse.)

Salen DOÑA ELENA é INÉS, criada.

DOÑA ELENA.

¿Diste el papel á don Diego  
de Acuña?

INÉS.

Señora, si;  
En su casa se le di.

DOÑA ELENA.

¿Sabes si le llegó el pliego  
Del agente de Sevilla?

INÉS.

No sé que le haya llegado.

DOÑA ELENA.

¿Ni tú se lo has preguntado?

INÉS.

Exceder de la cartilla  
Que le toca á una criada  
Ya peca en bachilleria.

DOÑA ELENA.

Dirás que es descortesía.

INÉS.

Es tenerme por cansada,  
Lo que del puedo decir,  
Es que siente en su pasión  
Ver en ti poca afición.  
Cuando se alienta á servir,  
A amar, querer y estimar  
A tu hermosura.

DOÑA ELENA.

Esta bien;  
No morirá del desden  
Ni tampoco de esperar.

INÉS.

¿No iguala á tu calidad?

DOÑA ELENA.

Si.

INÉS.

¿No puede ser tu esposo,  
Si con tu mano es dichoso?

DOÑA ELENA.

Hay una dificultad,  
Que esa ejecucion dilata.

INÉS.

¿Cuál es?

DOÑA ELENA.

No aprietes, Inés,  
En querer saber cuál es.

INÉS.

Eres á su amor ingrata.

Salen con prisa DOÑA LEONOR y  
LUISA, embozadas.

DOÑA LEONOR.

Si favor queréis hacerme,  
En esta ocasion le espero;  
Seguida de un caballero  
Que pretende conocerme,  
¿Adónde podré esconderme?

DOÑA ELENA.

Sosegáos.

DOÑA LEONOR.

Estoy mortal;  
Que es mi pena desigual.

DOÑA ELENA.

No teneis de qué temer;  
Que no ha de osarse atrever  
En casa tan principal.

DOÑA LEONOR.

Aquí viene; estoy perdida.

DOÑA ELENA.

Perded, perded el temor.

Sale DON JUAN.

DON JUAN.

Señora doña Leonor,  
Ya estáis de mi conocida,  
Y aunque no sea esta salida  
En mi favor (pues escasa

La fortuna veloz pasa  
Por mis dichas con porfia),  
Por singular, este dia  
Es justo meterle en casa.  
Prestadme un rato atencion  
En la ocasion que se ofrece,  
Si es que esta dicha os merece  
Tanto tiempo de aficion.

DOÑA ELENA.

Aquí no será razon  
Que á esta dama disgusteis  
Ni nuevo susto la deis;  
Dejalda, Señor, por Dios.

DON JUAN.

¿Qué mal tercio que hallo en vos!  
Qué poca piedad teneis!

DOÑA ELENA.

Escuchalde un rato os pido.

DOÑA LEONOR.

No teneis que persuadirme;  
Que cuanto puede decirme  
Ya yo lo tengo entendido.  
Dirá que, de amor perdido,  
Dos años há que me adora,  
Que me sirve y enamora,  
Dando de mí olvido quejas  
A los hierros de mis rejas  
Desde la noche á la aurora:  
Dirá que siempre el cuidado  
Fué aumento de su firmeza;  
Díame que á su fineza  
Ningun amante ha igualado;  
Que porfia mal pagado,  
Y que ha de perseverar  
En querer servir y amar,  
Aunque admitirle no quiera;  
Que esta es la mas verdadera  
Fineza para obligar;  
Dirá que sin intencion  
Del premio que nunca alcanza,  
Ama, que es sin esperanza  
De llegar á posesion;  
Y aunque veo su aficion,  
Como objeto nunca ha sido  
De mi gusto, perdon pido,  
Respondo sin obligarme  
Que lo que gasta en amarme  
Es todo tiempo perdido.  
Ya con este desengaño  
Cesará vuestra porfia.

DON JUAN.

Con todo, por cortesía,  
Aunque conozca mi daño,  
Y aunque yo os parezca extraño  
De vuestro gusto, me oid.

DOÑA LEONOR.

Pesado estáis.

DON JUAN.

Advertid...

DOÑA LEONOR.

No teneis que me cansar,  
Que no os tengo de escuchar;  
Porfiad ó persuadid,  
Que ya os tengo respondido.

DON JUAN.

Leonor hermosa,

DOÑA LEONOR.

Cansado  
Sois; ¿esto ha de ser forzado?

DON JUAN.

Mi bien.

DOÑA LEONOR.

No seáis atrevido.

DON JUAN.

Leonor.

*Sale DON DIEGO, al paño.*

DOÑA ELENA. (Ap.)  
Don Diego ha venido;  
Pésame de su venida.  
DON JUAN.  
Ingrata, fiera, homicida,  
DOÑA LEONOR.  
Ya os he dicho que os cansais.  
DOÑA ELENA.  
Lo que os suplico es que os vais.  
DON JUAN.  
Iré sin alma y sin vida,  
Mas logrando mi porfia:  
Porque os he de ser molesto,  
Y habeis de oirme.

*Sale del todo DON DIEGO.*

DON DIEGO.  
¿Qué es esto?  
DOÑA ELENA.

Una pesada osadia.  
A esta dama, que venia  
De embozo y bien descuidada,  
Y tambien á su criada,  
Las siguió este caballero,  
Algo pesado y grosero;  
Y ella, de verle asustada,  
De mi casa se valió,  
Y alteroso y porfiado,  
Hasta esta cuadra se ha entrado,  
Y licencia la pidió  
Para hablarla, estando yo  
Delante; mas no ha querido  
Dar á sus quejas oído,  
Antes, atajando el daño,  
Con un claro desengaño  
Severa le ha despedido;  
Y aunque su severidad  
Ha visto, hablarla porfia.

DON DIEGO.  
Con damas no es cortesía  
Ir contra su voluntad.

DON JUAN.  
Vive ajena de piedad  
Con quien debe obligaciones.

DON DIEGO.  
Las amantes aficiones,  
Que en guerra de amor se alistan,  
No con fuerza se conquistan  
Cuando persuaden razones.

DON JUAN.  
Esas no me quiere oír.

DON DIEGO.  
Pues no es justo porfiar  
Con quien no quiere escuchar.

(Tómale de una mano.)  
Conmigo habeis de venir;  
Fino amar es persuadir.

DON JUAN.  
Mal se apagará mi llama,  
Si he visto que no me ama.

DON DIEGO.  
Pues yo, que servir os quiero,  
He de ser vuestro tercero  
En persuadir á esta dama.

(Vanse los dos.)  
DOÑA ELENA.

Gracias á Dios, que se fué.  
DOÑA LEONOR. (Ap.)

Ya estoy con desasosiego  
De haber visto aquí á don Diego;  
Si esta es su dama sabré.

DOÑA ELENA.  
Ya que no hay de quien temer,  
Bien os podeis descubrir.

DOÑA LEONOR.  
En poco os pienso servir,  
Que es malo lo que hay que ver;  
Pero, por no ser ingrata  
Adonde favor hallé,  
Obedezco.

(Descúbrense las dos.)

DOÑA ELENA.  
Bien se ve  
Que el cielo el favor dilata  
Con vos con tan franca mano,  
Que esa belleza disculpa  
De vuestro amante la culpa,  
Aunque es su desvelo en vano.

DOÑA LEONOR.  
Suplicoos no lisonjeeis  
A quien piensa desde agora  
Ser muy vuestra servidora.

DOÑA ELENA.  
Sobrado favor me haceis;  
Mas de vos quedo agraviada  
De que me hagais lisonjera.  
Cuando con verdad sincera,  
Sin mostrarme doble en nada,  
Alabo vuestra hermosura.

DOÑA LEONOR.  
Ese excesivo favor  
Ofrece pagar mi amor  
Con fe de amiga segura.

DOÑA ELENA.  
Yo muy vuestra lo he de ser.

DOÑA LEONOR.  
Tendrá mi aficion aumento.

DOÑA ELENA.  
Tomad por un rato asiento.

DOÑA LEONOR.  
Siempre os he de obedecer.  
(Siéntense en sillas ó almohadas, y las  
criadas en el suelo.)

DOÑA ELENA.  
¿Vuestro nombre no sabré?

DOÑA LEONOR.  
Doña Leonor de Guzman  
Me llamo, y vivo á San Juan.

DOÑA ELENA.  
En lo mismo os pagaré;  
Yo me llamo doña Elena  
De Leiva y Sotomayor.

DOÑA LEONOR.  
(Ap. ¡Oh, si pudiese mi amor  
Hallar alivio en su pena,  
Y salir de mi cuidado

Si es cosa suya don Diego!  
Que no puedo hallar sosiego  
Hasta haberlo averiguado.)  
Confieso que agradecida  
A vuestro hermano le estoy,  
Y que deudora le soy  
Mientras Dios me diere vida;  
Porque aliviarme de un susto  
Y sacarme de un cuidado  
Ha sido favor sobrado,  
Que al fin me excusó un disgusto.

DOÑA ELENA.  
Don Diego es tal caballero,  
Que me holgara, aquesto es llano,  
De tenerle por hermano,  
Segun le estimo y le quiero.

DOÑA LEONOR.  
(Ap. Eso es malo.) Yo entendi  
Que vuestro hermano seria.  
¿Es vuestro amante?

DOÑA ELENA.  
Porfia  
Hallar aficion en mi;

Mas yo, aunque le doy entrada,  
No es con fina voluntad.

DOÑA LEONOR.  
¿Qué! ¿Fáltale calidad?

DOÑA ELENA.  
No; que la tiene sobrada.

DOÑA LEONOR.  
Pues ¿por qué no le mostrais  
Amor?

DOÑA ELENA.  
Reparo prudente  
En no casar pobremente.

DOÑA LEONOR.  
¡Oh, qué cuerda en eso andais!  
(Ap. Albricias, corazón mio;  
Que aun inclinacion no es  
La que mira en interés.)

DOÑA ELENA.  
Dícame que tiene un tío  
En Indias, con quien ha estado,  
Y afirma que en plata y oro  
Tiene un inmenso tesoro;  
Así me lo ha ponderado,  
Y de lo que aquí le envia  
Aquesta verdad se infiere.

DOÑA LEONOR.  
Si esposo os estima y quiere,  
No estéis á su amor tan fria.

DOÑA ELENA.

Yo estimo en mucho á don Diego;  
Mas aquesta estimacion

No llega á ser aficion  
Que me dé desasosiego.  
Sé que tiene calidad,  
Sé que su amor y cuidado  
Los quilates han mostrado  
De una fina voluntad,  
Y que su excesivo amor,  
Su fe y su mucha asistencia  
Merecen correspondencia  
De voluntad y favor;

Mas yo, que á mi estimacion  
He de observar con recato,  
Con dilaciones le trato;  
Que es primero mi opinion.  
Don Diego no tiene hacienda,  
Sino aquella que le da  
El tío, que en Quito está,  
Mientras que por el pretenda;  
Si yo con él me casase  
Sin mirar esto primero,  
Y las barras ó el dinero  
De su tío le faltase,  
¿No será gran necesidad,  
Guiados por aficiones,  
Aumentar obligaciones  
Al estado y calidad,  
Sin tener, Leonor, con qué,  
Siendo atlante de mi estado  
Un dote muy moderado,  
Que de mi padre heredé?  
Su tío puede morirse,  
La hacienda puede entraparse,  
O el tío puede mudarse,  
Y de darla arrepentirse.  
Y como está en condicion  
De haber en esto mudanza,  
No me fundo en la esperanza.

DOÑA LEONOR.  
Mas vale la posesion.

DOÑA ELENA.  
Mi amor no ha llegado á ser  
En mi cosa de cuidado;  
Si don Diego lo ha pensado,  
Mi fingir fué entretener.  
Al que la mano le diere  
Con amor y voluntad,  
Ha de tener cantidad

De hacienda, porque se infiere  
Que con ella he de portarme,  
Leonor, conforme á quien soy,  
Y en la corte, donde estoy,  
Pocas han de aventajarme.  
Antes que la mano dé,  
Don Diego tenga paciencia;  
Que aquí ha de obrar la evidencia,  
Sin hacer papel la fe.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

Con esto me he asegurado  
Del daño que imaginé;  
Solo me falta que esté  
Don Diego desengañado;  
Que será fácil de hacer  
Si le hallo en su posada.  
¿Dama tan interesada  
Había de pretender  
Para esposa?

DOÑA ELENA.

¿Qué decis?

DOÑA LEONOR.

Que si todas como vos  
Lo miraran, mas de dos  
El daño que aquí advertís  
Excusaran.

DOÑA ELENA.

No mirando  
Mas que á lograr su deseo,  
Comienza en gusto el empleo,  
Y prosiguese llorando.

DOÑA LEONOR.

Yo voy de vos instruida  
Para hacerme recatada,  
Pues viviré asegurada  
Con preceptos de advertida;  
Y porque de exceso pasa  
Mi enfado, quiero dejaros.

(Levántese.)

DOÑA ELENA.

Yo iré, amiga, á visitaros.

DOÑA LEONOR.

Será para honrar mi casa,  
Que hará de su dicha alarde  
Si halla ese favor en vos.

DOÑA ELENA.

Yo he de recibirle.

DOÑA LEONOR.

Adios,

Doña Elena.

DOÑA ELENA.

El cielo os guarde.  
(Vanse las dos.)

INÉS.

Amiga tuya he de ser;  
Que te he cobrado afición.

LUISA.

Si amigas las amas son,  
Las criadas ¿qué han de hacer?

INÉS.

Pues visita han concertado,  
En tu casa nos veremos.

LUISA.

Será para que nos demos  
Seis toques de razonado.

(Vanse.)

Salen DON DIEGO Y FELICIANO,  
su criado.

DON DIEGO.

Lo que digo me ha pasado.

FELICIANO.

Ha sido extremado cuento.

DON DIEGO.

En harto trabajo hallé

Al penado caballero;  
Porque era tal su porfía  
(Después de ver su desprecio,  
Queriendo hablar con la dama)  
Por decir su pensamiento,  
Que tuvo mucho que hacer  
Con persuasiones y ruegos  
En despejarle de allí,  
Que estaba muy récio y terco.

FELICIANO.

Sin confrontacion de estrellas  
Jamás se ha logrado empleo.

DON DIEGO.

Opuesta debe de ser  
La de aqueste amante tierno  
A la de su dama ingrata,  
Pues no premia sus deseos  
Aunque conoce su amor.

Sale MARINO.

MARINO.

Dos damas de lindo aseo,  
De gentil garbo y prendido  
Y de rumboso despejo  
Dicen que quieren hablarte.

DON DIEGO.

Entren, Marino, al momento.

MARINO.

Ya teneis franca la entrada.

Salen DOÑA LEONOR Y LUISA,  
embozadas.

DOÑA LEONOR.

¿Podré hablaros en secreto?

DON DIEGO.

Podréis, tomando una silla.

DOÑA LEONOR.

Aunque sea por poco tiempo,  
Por daros gusto, la ocupo.

DON DIEGO.

Hola, despejad.

MARINO.

Dejemos

Este par de rebanadas  
Acompañando al torrezno  
De mi amo, que las pringue;  
Que sabrá muy bien hacerlo.

(Vanse los dos criados.)

DOÑA LEONOR.

Cierta dama principal,  
Que muestra buenos deseos,  
Don Diego, que vuestras dichas  
Siempre vayan en aumento,  
Me ha mandado que os pregunte  
Si en Madrid teneis empeños  
De amor con alguna dama  
Para fin de casamiento;  
Y que me digais verdad,  
Fiándoos de su silencio,  
Que os promete de tenerle.  
Mirad que os importa hacerlo.

DON DIEGO.

(Ap. Exquisita es la embajada,  
Y de embozo cuando menos.)  
Sin ver á quien me descubro,  
Nunca secretos revelo.  
Si os descubris, os diré  
La verdad.

DOÑA LEONOR.

Yo lo prometo.

DON DIEGO.

Jurad que lo cumpliréis.

DOÑA LEONOR.

Por todos los juramentos  
Que pueden jurarse, digo  
Que lo haré. ¿Estáis satisfecho?

DON DIEGO.

Pues digo, hablando verdad,  
Que es de mi amor el objeto  
Una dama desta corte.

DOÑA LEONOR.

¿Y es el nombre?

DON DIEGO.

De decirle? ¿Tambien tengo

DOÑA LEONOR.

No se excusa.

DON DIEGO.

Ponetsme en notable aprieto.  
Llámase pues doña Elena  
De Leiva, á quien con extremo  
Quiero y adoro.

DOÑA LEONOR.

¿Y os paga?

DON DIEGO.

Muchas esperanzas tengo,  
Porque lo afirma su amor,  
Que en dulce y casto himeneo  
He de merecer su mano.

DOÑA LEONOR.

¿Cierto?

DON DIEGO.

Téngolo por cierto.

DOÑA LEONOR.

Pues de aquehas certidumbres  
Salen contrarios sucesos,  
Como podréis esperar.

DON DIEGO.

Pues ¿en qué ofendida os tengo,  
Que eso me pronostiqueis?

DOÑA LEONOR.

En nada; solo os advierto,  
Porque deseo serviros,  
Que en doña Elena hay pretexto,  
Hasta veros heredado,  
No dar su consentimiento  
En daros su blanca mano;  
Y sé bien la causa desto,  
Que es el desear portarse  
Con fausto y con lucimiento,  
Con la hacienda que esperais;  
Su amor nunca llegó á serlo,  
Sus cariños son fugidos,  
Todo es mentido y supuesto,  
Y al fin, padeceis engaño.

DON DIEGO.

¿Válgame el piadoso cielo!  
¿Puedeme aquella hermosura,  
Puedeme aquel ángel bello  
Engañar? No; aquí hay malicia  
De algun envidioso pecho,  
Que quiere estorbar la union  
De dos corazones tiernos  
Con maliciosos embustes.  
Dama que entre negros velos  
Derramando estáis ponzoña  
Contra mí, deciros puedo  
Que, al paso que me digais,  
Ponderando, encareciendo,  
Los engaños de mi dama,  
La estimo, la adoro y quiero.  
Mujer que el rostro se encubre,  
Es claro y es manifiesto  
Que viene solo á engañar.

DOÑA LEONOR.

Pues porque vivais ajeno  
De esa mala presuncion,  
Yo me descubro. Ya tengo  
Mas autoridad con vos, (Descúbrese.)  
Si de mi conocimiento  
Teneis acaso memoria.

DON DIEGO.  
Yo os he visto, y no me acuerdo  
Adónde.

DOÑA LEONOR.  
De vuestra idea,  
Fuerza de mayor sugeto  
Os ha borrado mi imagen.  
; No os acordais ya del fuego  
En que á una dama librásteis?

DON DIEGO.  
Y aunque anduve tan grosero,  
Que no os volvi mas á ver...

DOÑA LEONOR.  
Quien vive por gusto ajeno  
Está en todo disculpado;  
Que lo mas priva á lo menos.  
Mas los empeños de amor  
En los que son caballeros  
No estorban la cortesía  
Con las damas.

DON DIEGO.  
Yo os confieso  
Que me conozco culpado;  
Enmendaréme del yerro.

DOÑA LEONOR.  
Tarde habéis dado en la cuenta,  
Y aun tambien en la que os veo  
Incrédulo y persuadido  
A que os aman con exceso.  
Pues, don Diego, abrid los ojos;  
Que yo, que de casa vengo  
De doña Elena, que soy  
La que hice aquel desprecio  
De don Juan de Bracamonte,  
Galán porfiado y necio,  
Supe de boca de Elena  
Cuanto os he dicho, y os vengo  
A dar aviso de todo;  
Perdonad mi atrevimiento.  
Y á la dama que me envía  
Le daréis la culpa desto,  
Que está de vos lastimada  
Porque malográis desvelos;  
Que os tiene un poco de amor,  
Y si no llega á su aumento,  
Es porque Elena lo estorba,  
Que es de vuestro amor el centro.  
Puede muy bien competirla  
En beldad, entendimiento,  
En lo airoso y bien prendido,  
Y en hacienda, pues es cierto  
Que tiene seis mil ducados  
De renta en juros y censos,  
Que ya ha heredado su casa;  
Mas, ¿por qué canso y molesto  
A quien está enamorado  
Con relaciones y cuentos?  
Quedáos con Dios, advertido  
De que experiencias ha hecho  
A muchos escarmentados,  
Y que vos lo estéis deseo.  
Adios.

DON DIEGO.  
Esperad, Señora.  
Oidme, oidme.

DOÑA LEONOR.  
No puedo;  
Que hago gran falta en mi casa.

DON DIEGO.  
El nombre saber pretendo  
De esa dama que decis.

DOÑA LEONOR.  
Solicitado primero;  
Que será facilidad  
El deciroslo tan presto.

DON DIEGO.  
Yo lo sabré en vuestra casa.

DOÑA LEONOR.  
Si la acertais, porque temo

Que ya se os habrá olvidado  
Con vuestros divertimientos.  
(Vanse doña Leonor y Luisa.)

DON DIEGO.  
Hola, Marino.

Salen MARINO y FELICIANO.

MARINO.  
Señor.  
DON DIEGO.

Feliciano.  
FELICIANO.  
El garbo es bueno  
De una de las embozadas,  
Y parece de buen pelo.

DON DIEGO.  
Solo ha venido á advertirme  
Que Elena me está fingiendo  
Amor y soy engañado.

FELICIANO.  
Ella está en mi pensamiento.

MARINO.  
Pues ¿de embozadas te crees?  
DON DIEGO.

Con el rostro descubierta,  
Feliciano, me ha advertido  
Que esta es la dama del fuego  
Que yo libré de la quinta,  
Y la que á aquel caballero  
Desprecio en casa de Elena.

FELICIANO.  
Es un ángel de los cielos,  
Excédela en hermosura,  
A doña Elena, pidiendo  
Perdon á tu amor, Señor.

DON DIEGO.  
Yo lo conozco y confieso.

FELICIANO.  
Harto mejor te estuviera  
Que mudaras galanteo  
Con esta, porque he sabido  
Que posee, á questo es cierto,  
Seis mil ducados de renta.

MARINO.  
¿Cuando menos?  
FELICIANO.  
Cuando menos.

DON DIEGO.  
Con esto tengo entendido  
De la dama el pensamiento,  
Que por sí misma me hablaba.

FELICIANO.  
¿De qué modo?  
DON DIEGO.  
Es lindo cuento.

Coronista de sí misma  
Se hizo, y con fundamento,  
Pues dijo en todo verdad.  
Ella ha mostrado deseos  
Y gusto de que la sirva,  
Poniendo en otro sugeto  
Sus méritos y sus partes.

MARINO.  
Pues, Señor, manos y á ello.

FELICIANO.  
Que doña Elena te engaña,  
Há días que lo sospecho;  
Y aun los dos lo conferimos,  
Si te acuerdas.

DON DIEGO.  
No lo creo;  
La experiencia te dará  
Entera noticia desto.

FELICIANO.  
Hacerla; que la verdad  
No tuvo el rostro encubierto.

MARINO.  
Doña Elena te repudie,  
Y para poder hacerlo  
Sin nota de grosería,  
Oye una traza que tengo  
Pensada, con que sabrás  
Si te tiene amor perfeto  
A tu persona ó hacienda.  
Yo he de fingirme heredero  
De tu tío, ser tu primo,  
Y que de las Indias vengo  
Rico, ufano y heredado  
Por manda del testamento;  
Que será fácil fingirle,  
Con la noticia que tengo  
De todos sus requisitos.  
Diráselo á Elena luego  
Con sentimiento fingido,  
Y de mi podrá creerlo  
Después, porque la he de ver;  
Y puedo bien hacer esto,  
Porque aquí nunca me ha visto.  
Lo demás que advertiremos  
Dejo para mas despacio.  
Con esta experiencia intento  
Saber si te quiere á tí  
O si quiere á tu dinero.  
Vente conmigo á trazarlo.

DON DIEGO.  
Alabo tu pensamiento.  
Póngase en ejecución;  
Que salir de engaños quiero,  
Y no vivir engañado  
Con pena y desasosiego.

MARINO.  
Mujeres, alerta, alerta;  
Que todos os entendemos.  
Para una, hay otra tramoya,  
Para un enredo, otro enredo.

## ACTO SEGUNDO.

Salen DON DIEGO, DOÑA ELENA  
É INÉS.

DOÑA ELENA.  
Yo he llegado á conocer,  
Don Diego, vuestra tristeza.

DON DIEGO.  
Presente vuestra belleza,  
¿Cómo la puedo tener?

DOÑA ELENA.  
Dejad el lisonjear;  
Que á mil pasos se os conoce,  
Por mas que el valor la emboce.  
¿Hase perdido en el mar  
La flota?

DON DIEGO.  
No se ha perdido;  
Que ya á Sevilla ha llegado.

DOÑA ELENA.  
Pues ¿qué os puede dar cuidado?  
(Ap. Malas nuevas ha tenido.)  
¿Haos venido el pliego?

DON DIEGO.  
Si,  
Y en esa carta veréis  
Lo que saber pretendéis,  
Y yo en mi ausencia temi.

(Dale una carta.)  
DOÑA ELENA. (Lee en alto.)  
«El señor don Pedro de Acuña,

»vuestro tío, murió luego que par-  
»tió la flota del Perú, el año pasado.  
»Testó de docientos mil pesos ensa-  
»yados, con que funda un mayoraz-  
»go, haciendo heredero dél al se-  
»ñor don Payo, vuestro primo, que es  
»el que lleva esta, con cargo de daros  
»en cada un año trecientos ducados  
»de alimentos; he sentido mucho ver  
»trocada la voluntad de vuestro tío, y  
»que por estar vos ausente, no consi-  
»derase vuestros méritos. Dios os con-  
»suele y guarde muchos años.—*Jorge*  
»*Grimaldo.*»

DOÑA ELENA.

Con razon habeis sentido  
Del tío el torcido intento;  
Y así, deste sentimiento  
Mucha parte me ha cabido.  
Vos perdéis por obediente  
Lo que un mal considerado,  
De la razon olvidado,  
Dió solo al que vió presente.

DON DIEGO.

Esa es mi pena mayor.

DOÑA ELENA.

Para no darla á entender,  
Don Diego, os han de valer  
Vuestra prudencia y valor.  
Pues en estas partes dos,  
De que os vemos adornado,  
Os hizo tan consumado  
La franca mano de Dios.  
Es á un hombre principal  
Poco accidente una herencia,  
Cuando en ingenio y prudencia  
Funda su mayor caudal.  
Esto os sirva de consuelo  
Ver que en vos juntas estén,  
Cuando en muy pocos se ven,  
Las riquezas que os dió el cielo.

DON DIEGO.

Mil siglos, hermosa Elena,  
Te dé vida el alto cielo,  
Que has sido con tu consuelo  
Epitima de mi pena.  
¿Cómo podré en tu servicio  
Dar equivalente paga  
Que á tal favor satisfaga?  
Solo ofrezco en sacrificio  
Una alma, que tuya es  
Desde que te conocí,  
Aunque será para tí  
Prenda de corto interés.  
Y aunque yo no sea el dichoso  
Que heredó tanta riqueza,  
El mérito de firmeza  
Me puede hacer venturoso.

DOÑA ELENA.

Esa es la que he de tener  
En mas estima.

DON DIEGO.

(*Ap.* ¡Ah malicia!  
¿Que acusasen de codicia  
A aquesta firme mujer?)  
¿Cuándo, mi Elena, gustais  
Que, agradecido y ufano,  
Merezca yo vuestra mano,  
Que tanto me dilatais?  
Trecientos escudos son  
Los que me dan de alimentos,  
Y yo tengo cuatrocientos.  
De mi renta en conclusion.  
Quien ama vuestra beldad  
Y aspira á dicha tan alta,  
Lo que de hacienda le falta  
Suplirá su voluntad.

DOÑA ELENA.

Don Diego, atajar un daño

Que os espera ya es clemencia,  
Si abraza vuestra prudencia  
Un desnudo desengaño.  
Mi opinion es lo primero  
Que ha de mirar el cuidado  
Y al aumento de mi estado,  
Que á mi aficion le prefiero.  
Vuestra renta es moderada  
Para vivir con el porte  
Que yo deseo en la corte;  
Que he de vivir ajustada  
A un limitado vestir  
Y á un moderado comer,  
Y desto no hay exceder

Si en descanso he de vivir;  
Que el poco tener impide  
Cualquiera desman ó exceso,  
Pues vivir medida á un peso  
Con mi gusto no se mide.  
Andar en coche prestado  
Quien de suyo no le tiene,  
No es cosa que les conviene  
A mi calidad y estado.  
Querer que salga de aquí  
Para vivir en Galicia,  
Ni el deseo lo codicia  
Ni eso pasará por mí.  
Pues damas de cortos dotes  
Lo han excusado casadas,  
Por no vivir disgustadas  
Entre abarcas y capotes.  
Mi dote es tan moderado,  
Que aun á mi gasto no alcanza,  
Y es mas rica mi esperanza  
Que lo que habeis heredado.  
Yo sin dote, y pobre vos,  
Viviremos con despecho;  
Esto es mirar al provecho  
Que nos importa á los dos.

DON DIEGO.

No el desengaño y consejo  
Con que enfrais mi aficion  
Me han causado admiracion,  
Sino vuestro gran despejo.  
Que tengo por cosa rara,  
Sabiendo la aficion mia,  
Decirme vuestra osadia  
Los pesares cara á cara.  
Que causara menor daño  
Quien mis acciones abona  
Que por tercera persona  
Me enviara el desengaño.  
En mí no juzgéis disgusto,  
Queja alguna ó sentimiento;  
Que vuestro procedimiento  
No me ha cogido de susto.  
De vuestro amor fui avisado  
Que á interés se ha reducido,  
Y pues que me halla advertido,  
Ya estaba desengañado.  
Que tenga vuestra opinion  
El primer lugar es justo,  
Cuando á la hacienda, y no al gusto,  
Os lleva la inclinacion.  
Busque vuestra bizarria  
Dueño muy á su provecho,  
Ya que su aficion ha hecho  
Trato de mercaduria.  
Y su esperanza pretenda  
No descaer de su estado,  
Halle marido hacendado;  
Que amor carece de hacienda.  
Haga á mi primo favor  
Y déle el lugar primero,  
Si en virtud de su dinero  
Ha de engendrarse su amor.

DOÑA ELENA.

El consejo he de tomar.

DON DIEGO.

Veráse en varios aprietos  
Si ha de sufrir sus defectos.

DOÑA ELENA.

Yo se los sabré emendar,  
Como él me tenga aficion.

DON DIEGO.

Dudo verle reducido;  
Que es un potro mal sufrido.

DOÑA ELENA.

Mucho finge la pasion.

*Salte URBINA, escudero.*

URBINA.

Don Payo de Cacabelos,  
Caballero galiciano,  
Quiere besar vuestra mano.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Aquí me vengan los cielos  
Desta ingrata fementida,  
Que en amarme ha sido avara.

URBINA.

Es la figura mas rara  
Que he visto en toda mi vida.  
¿Daisle, Señora, licencia?

DOÑA ELENA.

Si, porque verle deseo.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Hará muy gentil empleo.

*Salte MARINO, vestido á la antiguo, con  
follados, y HERMENEGILDO, criado.*

DOÑA ELENA.

Entre luego en mi presencia.

MARINO.

Conducido de un sirviente,  
Que mis gustos amplifica  
Y mis penas modifica,  
A vuestra mansion algente,  
Serafica señora.  
Vengo á adorar el fulgor  
Que supera en esplendor  
A la en que habita la aurora.

DOÑA ELENA.

Seáis, Señor, bien venido.

MARINO.

Verifico que lo soy,  
Si próximo á vos estoy.

DOÑA ELENA.

Tal favor no he merecido.  
(*Ap.* Extraña y rara figura,  
Inés amiga.)

INÉS.

Admirable,  
Aunque el tallo es razonable.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Mi venganza se asegura.

*MARINO. (Reparando en don Diego.)*

Admiro en mi señor primo  
El aquilino valor,  
Pues no le ciega un ardor  
Tan esplendente y opímo.  
¿Oh qué heróico os ostentais  
En el brillar y el arder!  
Inmortal debeis de ser,  
Pues que no periclitais.

DON DIEGO.

No me envidieis venturoso.

MARINO.

Arguye calamidad  
Que delante esta beldad  
Estéis poco leticioso.

DON DIEGO.

No estoy bueno.

MARINO.  
¿En tal distrito?  
Pero sin duda será  
Porque lo visible está  
De tantas luces ahito.

DOÑA ELENA.  
Yo os dejo, bien empleada  
Elena; dadme licencia  
Que deje vuestra presencia.

DOÑA ELENA.  
El cielo os guarde.

DOÑA ELENA. (Ap.)  
Burlada  
Mi esperanza con mi amor  
Quedan, cese ya el desvelo;  
Mas de aqueste agravio apelo  
A los ojos de Leonor. (Vase.)

DOÑA ELENA.  
Tomad silla en que sentaros.

MARINO.  
Como el ríquias apetezco,  
Sin replica obedezco.  
(Siéntense los dos.)

URBINA.  
Es el mismo conde Claros.

MARINO.  
Con la duplicada lumbre  
Hacen los soles visivos  
Delictos ejecutivos,  
Si es en vos, fénix, costumbre.  
Con júbilo aparato  
El alma fiestas publica,  
Porque esta dicha me indica  
Premisas de felicioso;  
Y como al sol me apropieno,  
Inquieto en su claridad,  
Que me tiene opacidad  
Y estirpe derelincuo.  
Válgame su pulcritud,  
Si no lo impide el reato,  
Que yo no me quede abstrato  
De mirar tal celsitud.

DOÑA ELENA.  
Aunque tan crespo lenguaje  
Dude el llegarle a entender,  
Para poder responder,  
Porque lisonjas ataje  
(Que yo por tales las tengo),  
Digo que, si no lo soo,  
Deilas hago estimacion.

MARINO.  
De tal absurdo me abstengo,  
Y á tanto golfo me entrego  
De luz fulgente y brillante,  
Que me temo naufragante.

DOÑA ELENA.  
El primer galan que en fuego  
Anegarse significa  
Sois vos, Señor.

MARINO.  
Es verdad,  
Mas es tal su potestad,  
Que el alma me clarifica;  
Que esa beldad luminosa  
Mi alma abrasa y enciende.

DOÑA ELENA.  
¿Mucho?  
MARINO.  
Si, porque la prende  
La parte garabatosa.

DOÑA ELENA.  
Lo exquisito del lenguaje  
Me agrada, y mas su aficion.

MARINO.  
Suplico preservacion  
De vilipendio y ultraje;  
Que amor rapaz y gigante

Quiere que de vos arguya  
Ser la perfecta aleliya  
Para un corazon amante;  
No ha de zozobrar mi vida,  
Si vos la daís esperanza.

DOÑA ELENA.  
Ya muestro de la alabanza  
Los colores de corrida.

MARINO.  
¿Oh! Quién tuviera facundia  
Docta, erudita y locnaz,  
Para alabar de esa faz  
Matices de verecundia;  
Con sus rosas y sus flores  
Callen abriles y mayos,  
Que pueden ser los lacayos  
De esos célicos primores.  
Si afecta acaso orfandad  
De empleo, en que se acredita  
Esa gran beldad, admita  
Mi encendida voluntad.  
Esto hablando vulgarmente,  
Porque lo culto no ofenda;  
Que temo que no se entienda.

DOÑA ELENA.  
¿Y si ofendeis al paciente?

MARINO.  
Hasta saberlo seria  
Ignorancia, y no traicion;  
Pero si hay prosecucion,  
Ya es tacaña tirania;  
Beldad tan miraculosa  
Tiranizarse no es bien.

DOÑA ELENA.  
Irritóse de un desden.  
MARINO.  
¿Desden? Accion injuriosa.

DOÑA ELENA.  
Él mostró la fugitiva,  
Y al fin mudó parecer.

MARINO.  
Debió en vos de conocer  
Condicion viudicativa.  
Mas, volviendo á nuestro ensayo  
De amor, ¿vos no me diréis,  
Asi mil sig'os goceis,  
Qué os parece de don Payo?

DOÑA ELENA.  
Que sois gentil caballero.

MARINO.  
Solo y en vos idolatro,  
No trampeo ni enmoatro,  
No miento y traigo dinero;  
¿Quereisme con esto?

DOÑA ELENA.  
Si;  
Que es opuesta esa opinion  
A las que del siglo son.

MARINO.  
Lo que seré siempre fui.

DOÑA ELENA.  
De vuestra herencia querria  
Saber cómo se mudó  
Vuestro tío, y os dejó  
Su hacienda.

MARINO.  
Fué dicha mia.  
DOÑA ELENA.

Ya espero la relacion  
Con lo que de Indias traeis,  
Como en culto no me habéis.

MARINO.  
Imprecó vuestra atencion.  
Don Pedro de Acuña y Castro  
De Andradé, mi señor tío,  
Que en el reino de Galicia

Tiene su solar antiguo,  
Hermano fué de mi madre  
Y del padre de mi primo;  
De suerte que en parentesco  
Gozamos de un grado mismo.  
Sirvió en Flándes cuarenta años,  
Y mereció el premio digno  
De su valor, pues le dieron,  
Perpétuo, un gobierno en Quito.  
Pasó al Pirú, donde pudo  
Hacer un consorcio rico  
De casi cien mil ducados,  
Pero gozóle sin hijos.  
Granjeó por su persona  
(Sin la manda que le hizo  
Su esposa cuando murió)  
Otros cien mil pesos, cinco  
Mas ó menos, que en la cuenta,  
Como coronista fino,  
Nunca me quisiese errar,  
Que me parece delicto;  
Humanado se ha el lenguaje.  
¿Qué os parece?

DOÑA ELENA.  
Que habeis sido  
Galan en serme obediente.

MARINO.  
Ya por vuestro gusto vivo.  
Viéndose pues divicioso  
Don Pedro, graso y foruido  
De patacones y barras,  
Enviar á la corte quiso  
A don Diego, conociendo  
Que, ambulante como activo,  
Haria en su pretension  
Carabanas de solicito.  
Pretendia introducirse  
En el rojo lagartismo  
Del patron de las Españas;  
Un hábito...

DOÑA ELENA.  
Ya he entendido.

MARINO.  
Mi primo, en vez de acudir  
A solicitar ministros  
Y á cortejar presidentes,  
Dábase gentiles fillos  
De venéreas locuciones,  
Y el deseo cupidíneo  
No dejaba malograr,  
Que no es en esto remiso.  
Viendo mi tío la mora  
En su despacho, y el hipo  
De su sobrino (avisado  
Que cursaba el tusonismo),  
Fué tal la melancolla  
Que desto le sobrevino,  
Que dominando en su alma,  
Amenazó á su individuo.  
Hallándose ya *in extremis*,  
Y que en término sucinto  
Le dan vida limitada,  
Para testar se previno.  
De sus bienes una parte  
Dió á su alma, y del residuo  
A mí me constituyó  
Por su heredero inquilino,  
Con gravámen pensionario,  
Que tenga desto mi primo  
Cóngrua y alimentacion;  
Que no tuvo dél olvido.  
Esto dispuesto, su mal  
Le hizo rendir el espíritu  
Con el último resuello.

DOÑA ELENA.  
¿Resuello?  
MARINO.  
¿Qué! ¿está mal dicho?

DOÑA ELENA.  
Es muy baja voz, don Payo,  
Y habláis por términos infimos.

MARINO.  
(Ap. Bajé la clavija tanto  
Del dialecto primitivo,  
Que curso los arrabales  
Del plebeyo Calepino.)  
Yo heredé al fin (no os admire,  
Que es todo para serviros)  
Docientos mil pesos.

DOÑA ELENA.  
¿Tanto?

MARINO.  
¿No es verdad, Hermenegildo?

HERMENEGILDO.  
Y ciento y catorce mas.

MARINO.  
Como no sé bien guarismo,  
No estoy muy cierto en la cuenta;  
Este es contador unico.

HERMENEGILDO.  
Y de eso le sirvo en casa.

MARINO.  
Viendo ya el viaje propincuo  
Para España, me embosqué,  
Ocupando un gran navio  
Con sola mi ropa y plata;  
Y en el Bétis, claro rio,  
Surgió con toda la flota  
Libre de susto y peligro,  
Sin que el holandés pirata  
Pudiese darla pellizco.  
En plata y oro traeré  
Los ciento y cuarenta y cinco  
Mil pesos.

DOÑA ELENA.  
Gentil hacienda.

MARINO.  
¿No es verdad, Hermenegildo?

HERMENEGILDO.  
Sí, Señor.

MARINO.  
La pedrería  
De diamantes, y ¡qué ricos!  
Viene tripartita en cajas;  
Traigo un carbunco tan fino,  
Tan clarifico y fondoso,  
Con tan esplendentes visos,  
Que alumbrá mas que una antorcha.—  
¿No es verdad, Hermenegildo?

HERMENEGILDO.  
Es cierto.

INÉS. (Ap.)  
Mucho se alarga  
Este hidalgo.

DOÑA ELENA.  
Yo he creído  
Todo cuanto aquí refiere,  
Porque en el Pirú su tío  
Fué un hombre muy poderoso.

MARINO.  
Fué de Guachambo, un sobrino  
De Atabaliba, esta piedra,  
Y del cacique Acholimbo  
La hubo el señor don Pedro.  
Es un portento, un prodigio;  
Vale treinta mil ducados.—  
¿No es verdad, Hermenegildo?

HERMENEGILDO.  
Como en ello se contiene.

MARINO.  
Traigo un guapil de zafiros.

DOÑA ELENA.  
¿Qué es guapil?

MARINO.  
Un escritorio.

URBINA.  
Estos nombres de los indios  
Chilindrinas me parecen:  
Guapil, Guachambo, Acholimbo,  
El demonio los pronuncie.

MARINO.  
Item, traigo en un tabicho  
Cien topacios.— ¿No es verdad?

HERMENEGILDO.  
Sí, Señor, con un jacinto.

MARINO.  
Del jacinto no me acuerdo;  
De memoria le he perdido.

HERMENEGILDO.  
Ni yo de los cien topacios.

MARINO.  
El criado de corrido,  
De que el jacinto olvidé,  
Negar la partida quiso  
De todos los cien topacios.

DOÑA ELENA.  
Es honrado.

MARINO.  
Y fidedigno.

¿Engullis bien chocolate?

DOÑA ELENA.  
En Madrid se ha introducido  
Tanto, que todos le toman,  
Hombres, mujeres y niños.

MARINO.  
Hacen bien los madrileños;  
Yo traigo en catorce lios  
Cosa de ochocientas cajas.—  
¿No es verdad, Hermenegildo?

HERMENEGILDO.  
Y otro lio, donde vienen  
Jicaras y molinillos,  
Y cuatrocientas toallas  
Indias.

URBINA.  
Por Dios, que nos vino  
A medida del deseo  
De mi señora, que ha sido  
Tahura de chocolate,  
Y aun lo es.

DOÑA ELENA.  
A él me inclino.

MARINO.  
Item, traigo un papagayo  
Tan bien plumado y jarifo,  
Tan pulquérriamo y jovial,  
Tan faceto y tan festivo,  
Que es solo la perfeccion  
De todos los que hay en Quito.

DOÑA ELENA.  
¿Habla bien?

MARINO.  
Eso le falta;  
Pero en él he conocido  
Una habilidad tan rara,  
Que, si no me miente, afirmo  
Que dentro de breve tiempo  
Hable como un descosido.

INÉS.  
Lindo humor tiene el don Payo.

DOÑA ELENA.  
Apostaré que es prodigio  
De pájaros el que trae.

INÉS.  
¿Él parla mucho?

MARINO.  
Infinito,  
Aunque habla de alimentos,  
Porque su padre aun es vivo,

Y no ha heredado su habla.—  
¿No es verdad, Hermenegildo?

HERMENEGILDO.  
Sí, Señor.

MARINO.  
Merezca, Elena,

Que vuestro clavel diviso  
Pronuncie un sí, que me haga  
De vos vuestro esposo digno;  
Que en cuanto á mi calidad,  
Cacabelos, mi epiciclo,  
Publicará en ululatos,  
Confesara en altos gritos,  
Que de un Panfilio en un Payo,  
Y de un Payo en un Panfilio,  
Se deriva mi progenie  
Hasta mí, que me apellido  
Don Payo de Cacabelos,  
Noble en el reino galicío.

DOÑA ELENA.  
No os respondo por ahora,  
Si bien, don Payo, me inclino  
A vos.

MARINO.  
(Ap. Mejor á la hacienda,  
En que á lo largo he mentido.)  
¿Quedo, Elena, en vuestra gracia?

DOÑA ELENA.  
Quedais.

MARINO.  
¿Qué tanto?

DOÑA ELENA.  
No os digo  
De presente cuánto sea.

MARINO.  
¿Para ser favorecido  
Basta?

DOÑA ELENA.  
Basta.

MARINO.  
A riveder,  
Bello objeto querubínico,  
Arcangélico, seráfico,  
Balbuciente me despido,  
Las locaciones me faltan,  
Efecto de amantes finos.  
Adios, adios.

DOÑA ELENA.  
Él os guarde.

MARINO.  
Para ser vuestro manipulo  
Con bendicion de la Iglesia.  
(Ap. Los pulmones llevo fritos.)  
(Vanse Marino y Hermenegildo.)

INÉS.  
¿Que este á don Diego le gane  
La dicha?

DOÑA ELENA.  
Sí; que ha venido  
Con runfla de muchos pesos,  
Y yo el dinero codicio.

INÉS.  
Pues ¿un marido figura  
De los tiempos de Rodrigo  
De Vivar quieres tener?

DOÑA ELENA.  
En casándose conmigo,  
Yo le mudará el pellejo,  
Si es menester; que al marido  
Tonto la sábia mujer  
Le hace cuerdo y entendido.

INÉS.  
Si eso emprendes, mucho harás  
De un loco que muestra brios.

DOÑA ELENA.  
Yo he de hacer de un loco un cuerdo  
En breve.

INÉS.

No te replico.

*(Vase.)*

URBINA.

Ea, háganse estas bodas,  
Quizá medraré un vestido;  
Que despues que di en poeta,  
Ni tengo un cuarto ni visto. *(Vase.)*

*Salen* DON PEDRO, viejo, y DON  
JUAN.

DON JUAN.

Como os digo, mi cuidado  
Nace de tenerla amor;  
Pero siempre hallo en Leonor  
Contra mi su rostro airado.  
Significola en mis quejas  
Una firmeza segura,  
Y á mi terneza es mas dura  
Que los hierros de sus rejas.  
Hasta agora mi paciencia  
Su rigor ha tolerado;  
Mas creciendo mi cuidado,  
Mengua en ella la clemencia.  
Viéndome pues afligido,  
Y que en su gracia no medro,  
Mi pasion, señor don Pedro,  
Por su alivio os ha elegido;  
Persuadid á la belleza  
De vuestra sobrina amada  
A que se muestre obligada  
De mi amor y mi firmeza,  
Para que en casto himeneo  
Goce con dulces prisiones  
El logro de mis pasiones,  
La dicha de aqueste empleo.

DON PEDRO.

Señor don Juan, advertido  
Me deja vuestro cuidado  
De las penas que ha pasado,  
Las ansias que ha padecido.  
Se que os allige el desden  
Que hallais en Leonor hermosa,  
Y que el alma no reposa  
Hasta tener este bien;  
Y así, me ofrezco á serviros,  
Como dirá la experiencia,  
Y de que tengais paciencia  
No he menester advertiros;  
Que he de elegir ocasion  
En que á Leonor pueda hablar;  
Que empleos se han de tratar  
Con gusto, tiempo y sazón.  
En todo seréis servido.  
Vivid de hoy mas alentado,  
Pues de lo que habeis pasado  
Me dejais compadecido.  
Con el desden y crueldad  
Los firmes no desfallecen;  
Que las muy damas carecen  
Desto que llaman piedad.  
Y de lances semejantes,  
Hallo que las mas hermosas  
Con acciones rigurosas  
Acrisolan sus amantes.  
Yo llevo firme esperanza  
De persuadir á Leonor.  
El premio esperad de amor;  
Que quien no espera no alcanza.

DON JUAN.

Los piés quisiera besaros  
Por el bien que me ofrecéis.

DON PEDRO.

Presto, don Juan, os veréis  
Con mayor dicha envidiaros.

DON JUAN.

Mi esperanza estriba en vos.

DON PEDRO.

Haré que el premio no tarde.  
Yo me voy.

DON JUAN.

El cielo os guarde  
Mil años.

DON PEDRO.

Don Juan, adios.  
*(Vase.)*

*Salen* DOÑA LEONOR y LUISA,  
criada.

DOÑA LEONOR.

Vuélveme, Luisa, á decir  
Eso.

LUISA.

Daráte mas pena.

DOÑA LEONOR.

¿Don Diego en casa de Elena?

LUISA.

Yo le vi entrar y subir  
La escalera, que, advertida  
De la calle, lo miré,  
Donde un hora le aguardé  
Que saliese.

DOÑA LEONOR.

Estoy perdida

De celos.

LUISA.

En vano das

En querer á quien no te ama,  
Sabiendo que tiene dama;  
Engañada y ciega estás.

*Sale* DON DIEGO.

DON DIEGO.

Conocido ya el engaño  
En el proceder de Elena,  
He ofrecido la cadena  
Al templo del desengaño.  
Confieso que en tanto daño,  
Que mi sufrimiento apura,  
Desconfiado en la cura,  
Rindiera el alma en despojos,  
A no hallar en vuestros ojos  
Medicina en su hermosura.  
Estimo el ser avisado  
De vuestra cuerda advertencia,  
Para que con la experiencia  
Hiciese pausa el cuidado.  
Y así, aunque no escarmentado  
De amar con seguridad  
A esa divina beldad,  
Hermosísima Leonor,  
Con mayor caudal de amor  
Mudo en vos mi voluntad.  
En vos amaré á la dama  
De quien fui favorecido,  
Sin que el tiempo ni el olvido  
Apaguen mi ardiente llama.  
Aventajaré á quien ama  
Con mas fe, con mas firmeza,  
Y si hallo en vuestra belleza,  
Que á esos ojos soy propicio,  
Dar mi alma en sacrificio  
Será la menor fineza.

*(Vase Luisa.)*

DOÑA LEONOR.

Estimo en vuestra mudanza  
Efectos de la experiencia,  
Donde pudo la evidencia  
Dar muerte á vuestra esperanza,  
Perdida la confianza  
En ojos de engaños llenos.  
¿Amais los míos por buenos?  
¡Oh, qué mal gusto teneis,  
don Diego, pues pretendéis  
El venir de mas á menos!

DON DIEGO.

Si antes amé ciegamente,  
De la pasion olvidado,  
Ya miro desengañado  
El bien que tengo presente;  
Y lo que mi alma siente  
Viene en mi accion á explicarse,  
Y no debe condenarse  
Su intento, bella Leonor,  
Cuando pretende mi amor  
Mudarse por mejorarse.

DOÑA LEONOR.

Yo sé que vuestra memoria  
No se olvidará de Elena.

DON DIEGO.

Nunca se vuelve á la pena  
El que se goza en la gloria.

DOÑA LEONOR.

A beldad que es tan notoria,  
Conocido agravio es  
El que la haceis descortés.

DON DIEGO.

La vuestra no me concede  
Que ame donde precede  
Al amor el interés.  
Como el tahir que jugando  
Ha su dinero perdido,  
Y con caudal mas crecido  
Le emplea, el juego mudando;  
Así yo, que estaba amando  
A Elena, perdiendo allí,  
Mi desgracia conocí,  
Y con mas caudal de amor  
Me mudo á juego mayor;  
Que espero ganar aquí.

DOÑA LEONOR.

Emplead todo el caudal  
A ese juego, y no se mude,  
Aunque el tahir siempre acude  
Adonde le tratan mal.

DON DIEGO.

No es siempre fortuna igual;  
En el juego del querer  
Correspondencia ha de haber.

DOÑA LEONOR.

No faltará entre los dos.

DON DIEGO.

Pues si esa tengo de vos,  
¿Cómo podré yo perder?

DOÑA LEONOR.

¿Cómo supistes de Elena  
Su simulada ambicion?

DON DIEGO.

Con una nueva invencion,  
Que fué alivio de mi pena.  
La flota de barras llena  
Esperaba, y que la orilla  
Rompiese su errada quilla,  
Y que en ella yo tocase  
La plata que me llegase  
En salvamento á Sevilla.  
El aviso me llegó,  
Que trujeron dos criados,  
Con docientos mil ducados,  
Que mi tio me mandó.

DOÑA LEONOR.

¿Viviendo?

DON DIEGO.

No; que murió.

DOÑA LEONOR.

Muchos años los goceis.

DON DIEGO.

Dueño de todo seréis.  
De todo aqueste dinero  
Finjo á un lacayo heredero.

DOÑA LEONOR.

Bueno.

DON DIEGO.  
La intencion sabréis.  
A visitarla ha acudido,  
Muy preciado de la herencia,  
Y hale dado Elena audiencia,  
Y aun favores prometido.  
Pretende por lo marido  
Enternecer su hermosura,  
Del favor ya se asegura.

DOÑA LEONOR.  
;Oh fuerza de la ambicion!

DON DIEGO.  
Ciega pues de la razon,  
Querrá un marido figura.

Sale LUISA.

LUISA.  
A visitarte ha venido...

DOÑA LEONOR.  
;Quién?

LUISA.  
Doña Elena de Torres.

DON DIEGO.  
;A qué mal tiempo que llega,  
Que mis dichas interrumpe!

DOÑA LEONOR.  
Importa, señor don Diego,  
Porque conmigo no os tope,  
Que en mi camarín estéis  
Escondido.

DON DIEGO.  
Como importe  
A vuestro gusto, obedezco,  
Aunque el mío se malogre.

DOÑA LEONOR.  
Aqui os habeis de esconder.  
Perdonad, y no os enoje  
Mi recato; que mi fama  
No es bien que ande en opiniones.

DON DIEGO.  
En todo he de obedeceros,  
Aunque mi placer se estorbe. *(Vase.)*

Salen DOÑA ELENA, INÉS Y URBINA.

DOÑA ELENA.  
Leonor bella.

DOÑA LEONOR.  
Elena hermosa.

DOÑA ELENA.  
Mi fineza os corresponde.

DOÑA LEONOR.  
Seais, amiga, bien venida;  
Que estimo aquestos favores.—  
*(Abrazanse.)*

Traed sillas.

LUISA.  
Aqui están.  
*(Siéntanse.)*

DOÑA ELENA.  
Forzosa ocupacion  
Hau estorbado al deseo,  
Hermosa Leonor, que goce  
La dicha de visitaros.

DOÑA LEONOR.  
El no acusar dilaciones  
Entre amigas es llaneza  
De amor; ya sé que la corte,  
Con varios divertimientos,  
Multiplica ocupaciones;  
Tendriaislas muy precisas.  
;Cómo estáis? Mas si es conforme  
A la muestra la salud,  
Con su bellad corresponde.

DOÑA ELENA.  
Yo estoy muy para servirlos,

Aunque falten los primores  
Que de mi rostro lingis;  
El vuestro si que en el orbe  
Le admiran por un prodigio  
De belleza y perfecciones.

DOÑA LEONOR.  
Y esa ¿no es adulacion?

DOÑA ELENA.  
No; que estas verdades oyen,  
Leonor, vuestros oidos,  
Ajenas de adulaciones.

Sale LUISA.

LUISA.  
El señor don Pedro sube  
A verte.

*(Altrase Elena.)*

DOÑA LEONOR.  
No os alborote,  
Doña Elena, su venida,  
Si pensais que es algun jóven,  
Porque don Pedro es anciano,  
Y mi tío.

URBINA.

Recatõe,  
Porque pase por melindre  
Entre estudiadas acciones.

Sale DON PEDRO.

DOÑA LEONOR.  
Seais, Señor, bien venido.

DON PEDRO.  
Sobrina mía, en quien pone  
Tantos primores el cielo.

DOÑA LEONOR.  
Hacéisme siempre favores.

DON PEDRO.  
;Quién es, Leonor, esta dama?

*(Hácela cortesia.)*

DOÑA LEONOR.  
Es doña Elena de Torres,  
Señora y amiga mía,  
Dama principal y noble.

DON PEDRO.  
Pues quiero, con su licencia,  
Que me escuchéis dos razones,  
Que os importan, en secreto.

DOÑA ELENA.

El que me trateis, señores,  
Con llaneza es lo que estimo.—  
Oid todo cuanto importe,  
Leonor, al señor don Pedro.

DOÑA LEONOR.

Merezca de vos perdones  
Esta primera llaneza.

DOÑA ELENA.

Sed á su mandato dócil.  
*(Vanse doña Leonor, don Pedro y  
Luisa.)*

INÉS.

Hermosa sala.

DOÑA ELENA.

Extremada.

URBINA.

Todo en ella está conforme,  
Y en igual correspondencia  
Bufetes y contadores.

DOÑA ELENA.

;No celebrais las pinturas?

URBINA.

En esta amenaza á Adónis  
El cerdoso jabali  
Por dejarle á buenas noches;  
Aqui Europa surca el mar,

Combatida de temores,  
En la taurifera piel  
En que se disfraza Jove.

DOÑA ELENA.

Historia entendeis, Urbina.

URBINA.

Desto de trasformaciones  
Sé mucho.

INÉS.

Pues haceis mal  
En no hacer una que importe.

URBINA.

;Y es?

INÉS.

Que de viejo caduco  
Os volvais en fuerte jóven.

URBINA.

Pegómela la taimada.

DOÑA ELENA.

Este camarín responde  
A esta sala; en él se ven

*(Mira adentro.)*

Paises, medallas, flores,  
Y algunos buenos retratos  
De los pinceles mejores  
Esta corte. Mas ¿qué es esto?  
Inés, ¿quién es aquel hombre  
Que allí procura esconderse?

INÉS.

No será bien que lo ignores;  
Don Diego de Acuña es.

DOÑA ELENA.

;Don Diego?

INÉS.

Si las facciones  
No me engañan, él es cierto.

DOÑA ELENA.

;Oh tramoyas de la corte!  
Nunca entendi que Leonor  
Diera á venéreas pasiones  
Lugar. ;Don Diego en su casa?

INÉS.

Si en la tuya no le acoges,  
El busca donde le admiten;  
Tus curiosas atenciones  
Este daño han descubierto.

No te ofendas ni te enojas.  
;Pésate que esté don Diego  
Aqui?

DOÑA ELENA.

Si.

INÉS.

Bien se conoce  
En tí cuán celosa estás;  
Pero si en don Payo pones  
Tu aficion y aun tu codicia,  
No es justo que te congoje  
Aquello que has despedido.

DOÑA ELENA.

Son mis vanas presunciones  
Tan remontadas, Inés,  
Que en verle libre á aqueste hombre  
De mí dominio me abraso.

INÉS.

Despreciástele y mudóse!

Salen DOÑA LEONOR Y LUISA.

DOÑA LEONOR.

Perdóname, hermosa Elena.

DOÑA ELENA.

*(Ap. De gentil humor me coge,  
Cuando de verla me ofendo.)*

;Y tu tío?

DOÑA LEONOR.

Despidióse,  
Y fué por otra puerta.

DOÑA ELENA.  
Leonor, tantas diversiones  
He hallado en aquesta sala,  
Que, advirtiéndome en los primores  
De estas valientes pinturas,  
Me han causado admiraciones.

DOÑA LEONOR.  
Razonables son algunas.

DOÑA ELENA.  
Entre las que reconoce  
Por mas célebres tu gusto,  
Que muestra mas perfecciones,  
Hay una en tu camarín.

INÉS. (Ap.)  
Con la pasión, declaróse.

DOÑA LEONOR.  
(Ap. ¡Ay Dios! ¡Si ha visto á don Diego!  
Ya estoy llena de temores.)  
¿Es retrato ó es país?

DOÑA ELENA.  
Es el retrato de un hombre  
Que un tiempo adornó mi sala;  
Parecióme bien entonces,  
Pero deshiceme dél.

DOÑA LEONOR.  
Contra el gusto no hay razones;  
Yo apeteci esa pintura,  
Informada de pintores  
Que era de pincel valiente,  
Y á su alabanza es conforme.

DOÑA ELENA.  
¿Al fin la estimas en mucho?

DOÑA LEONOR.  
Tanto, que cuanto compone  
Este camarín y sala,  
Y los tesoros mayores,  
Su valor no igualaran  
A mi estima.

DOÑA ELENA.  
No conoces  
Lo que es pintura, Leonor.

DOÑA LEONOR.  
Tú menos, pues los valores  
Del pincel mas natural  
No permites que te honren.

DOÑA ELENA.  
Ya me ofende tu osadía.

DOÑA LEONOR.  
Como al retrato no toques,  
Porque no se ofenda el dueño,  
Sufriré tus miraciones.

Yo no juzgo que sea agravio  
Que lo que defectos pones,  
Desestimas y desprecias,  
Yo le estime y yo le compre.

DOÑA ELENA.  
Pobre pintura has comprado.

DOÑA LEONOR.  
Sin marco parece pobre,  
Mas yo se le haré muy rico.

DOÑA ELENA.  
Del metal de los doblones  
Será bueno.

DOÑA LEONOR.  
¿Qué! ¿te burlas?

DOÑA ELENA.  
No, porque sé que en tus cofres  
Hay materia para hacerle.  
Quédate con Dios, y goces  
El retrato muchos años.

DOÑA LEONOR.  
A costa de tus pasiones  
Me estará muy bien gozarle.

DOÑA ELENA.  
Adios.

DOÑA LEONOR.  
Él tus dichas logre.  
(*Vanse doña Elena y Urbina.*)

INÉS.  
Mi ama va mas picada  
Que puede estarlo un jigote.

LUISA.  
Y la mía habrá comido  
Pimientos ó mostachones.

(*Vanse.*)

*Sale DON DIEGO.*

DON DIEGO.  
Cuando el suelo que pisais  
Yo le respete y adore,  
Aun no pago lo que os debo.

DOÑA LEONOR.  
Habeis andado algo torpe  
En no cerrar esa puerta;  
Que huir de censuradores  
En amantes es cordura.

DON DIEGO.  
Pues cuando Elena se enoje,  
Los pesares la atormenten  
Y los suspiros la ahoguen,  
Nada me puede importar;  
Que amor, que preceptos pone,  
Solo me manda quereros  
Y que olvide otros amores.

DOÑA LEONOR.  
Yo os lo agradezco, don Diego.  
Temo que mi tío torne;  
Y así, Señor, os suplico  
Que, excusándome temores,  
Os vais, porque aqui no os halle.

DON DIEGO.  
Harto lo siento, mas voyme.  
¿Cuándo os he de ver?

DOÑA LEONOR.  
Mañana.

DON DIEGO.  
¿Sin falta?

DOÑA LEONOR.  
No hay dilaciones  
Donde el amor hace esfuerzos.

DON DIEGO.  
Si el tiempo veloz no corre,  
Tendré mil siglos de ausencia  
Hasta que esa dicha goce.

DOÑA LEONOR.  
Adios. (*Vase.*)

DON DIEGO.  
Adios, mi Leonor.  
Tiempo, apresura la noche;  
Que los mas breves instantes  
Son siglos entre amadores.

### ACTO TERCERO.

*Salen DON JUAN y DON PEDRO.*

DON JUAN.  
Ya de vuestra boca espero,  
Señor don Pedro Narvaez,  
Una respuesta que sea  
El alivio en mis pesares.  
¿Qué ha respondido Leonor?  
No pretendais dilatarme  
El gozo que el alma espera  
Con tanto afecto.

DON PEDRO.  
Escuchadme.

Yo hallé á Leonor de visita,  
Ocupada con un ángel;  
Tal me pareció una dama,  
Que me dijo apellidarse  
Doña Elena; es muy hermosa,  
Y con su licencia, aparte  
La habló en vuestra pretension.  
Referila vuestras partes,  
Vuestra constancia y amor,  
Que no las ignora nadie.

DON JUAN.  
¿Qué os respondió?

DON PEDRO.  
Que conoce,  
Señor, vuestras calidades,  
Pero que no tiene intento  
Por ahora de casarse;  
Que es muy moza para verse  
Con los cuidados que trae  
El matrimonio, que son  
A veces intolerables.  
Dios sabe, señor don Juan,  
Cuánto lo siento no darle  
A vuestro amor la respuesta  
Que merecen sus quilates.  
Forzarla á que se os incline,  
Aun no es empresa de un padre,  
Cuanto mas de mí, que soy  
Su tío.

DON JUAN.  
Mi amor constante  
Pierde méritos con ella;  
Aquesto sin duda nace  
De que en otro amor se obliga  
Leonor.

DON PEDRO.  
Es gran disparate  
Que tal cosa os digan de ella;  
Su recogimiento es grande,  
Y nunca ha dado al amor  
Ni feudo ni vasallaje.  
Aquesto debéis creerme;  
Y porque se me hace tarde  
Para hacer una visita  
Que es de cumplimiento, dadme  
Licencia, y quedad con Dios,  
Señor don Juan. (*Vase.*)

DON JUAN.  
Él os guarde.—  
Desde hoy, Leonor, me despiendo  
De tu amor, pues que no valen  
Para contigo finezas  
Que obligaran voluntades.  
En tus helados desdenes  
Vino mi fuego á apagarse,  
Que antes pudiera su fuerza  
Dar llamas por cien volcanes.  
A doña Elena de Torres,  
Dama hermosa y de buen talle,  
La he hablado algunas veces,  
Despues que no quiso darle  
Audiencia doña Leonor  
A mi amor firme y constante.  
Es bizarra con extremo,  
A esta pretendo inclinarme,  
Y aun pedirle por esposa;  
Y quien podrá hacer mis partes  
Será don Diego de Acuña,  
Que me afirman con verdades  
Que es mucho suyo, y aun deudo;  
Por su medio será fácil  
Conseguir mi nuevo intento,  
Pero mi dicha le trae  
En esta ocasion aqui.

*Sale DON DIEGO, con hábito de Santiago.*

DON DIEGO.  
¿Don Juan?

DON JUAN.  
¿Don Diego? Esta tarde  
He sabido que esa cruz  
Al noble pecho dió esmalte.  
Goceisla por largos siglos,  
Con la encomienda mas grande  
De su órden militar.

DON DIEGO.  
Los cielos, amigo, os guarden.  
Antes de ayer recibí  
De mano del Condestable  
El hábito.

DON JUAN.  
Gran señor.

DON DIEGO.  
A todos mil honras hace.  
¿Hay en qué serviros pueda?

DON JUAN.  
Hoy se me ofrece en qué os canse.

DON DIEGO.  
Mi descanso es el serviros.  
Comenzad pues á mandarme;  
Sepa, don Juan, vuestro intento.

DON JUAN.  
Con la noticia bastante  
Que teneis de que Leonor,  
Esquiva, severa y grave,  
Menosprecia mis finezas  
Sin permitir obligarse,  
He mudado ya de intento.

DON DIEGO.  
Pues ¿qué! ¿amais en otra parte?

DON JUAN.  
Sí, don Diego; á doña Elena  
De Torres; que despícarne  
He querido del desden.

DON DIEGO.  
Cuerdamente lo mirastes.

DON JUAN.  
Sé que teneis en su casa  
Mucha entrada, y sé que os hace  
Mil honras y mil favores,  
Nunca admitiendo de nadie  
Consejo sino de vos;  
Y así, para que yo alcance  
La dicha de merecerla,  
Que será para mí grande,  
Os elijo intercesor  
Para con Elena; dadme  
Este honor, con persuadirla,  
Refiriéndola mis partes,  
Me dé la mano de esposa,  
Si gusta con ella honrarme.

DON DIEGO.  
(Ap. O este ha ignorado el amor  
Que á Elena he tenido grande,  
Pues me descubre su intento,  
O quiere certificarse  
Si la estoy queriendo ahora;  
Yo haré que se desengañe.)  
Señor don Juan, vuestro intento  
Ha andado bien en mudarse;  
Que es Elena un serafín  
En la beldad, y es notable  
Su divino entendimiento,  
Que á muchos ventajas hace.  
Lo que yo haré por serviros  
Con Elena, será darle  
Parte de vuestra intencion  
Y de vuestras calidades.  
Solo os digo que desea  
De un bruto, de un ignorante,  
De un primo que Dios me dió  
(Y esto porque hacienda trae  
De las Indias) ser su esposa;  
Pero yo, aunque sea mi sangre,  
Como aborrezco este empleo,

Estorbaré que se case  
Con él, y os admita á vos.

DON JUAN.  
En todo sabréis honrarme.  
¿Cuándo os veréis con Elena?

DON DIEGO.  
Presto, don Juan; esta tarde.

DON JUAN.  
Fiando en vuestra amistad,  
No será justo que os canse  
Mas; quedad con Dios, don Diego.

(Vase.)  
DON DIEGO.  
La vida el cielo os alargue. —  
Ya vuelto casamentero  
El que ha sido galán antes,  
Va á solicitar á Elena  
Que se emplee y que se case  
Con don Juan; hoy he de verla,  
Aunque sea contra el gravámen  
Que Leonor me tiene puesto,  
Que ni la vea ni hable.  
Si se enojare, podré  
A mi salvo disculparme;  
Mas los enojos no duran  
Entre los firmes amantes.

(Vase.)  
Salen INÉS, y MARINO tras ella.

MARINO.  
Inés bella, Inés gentil,  
Del amor ardiente rayo,  
Que le haces la mueca al mayo  
Y la mamona al abril,  
No se esquite tu persona  
Contra mi cariño así,  
Porque será hacerme á mi  
La mueca y aun la mamona.  
Póngase á tu fuga tregua,  
Porque con aquesto solo,  
Ni yo vendré á ser Apolo,  
Ni tú Dafne de la legua.  
Escúchale á un caballero  
Cuatro razones de amor,  
Familiarismo esplendor;  
Espera, espera.

INÉS.  
Ya espero.  
MARINO.  
De la planta á la nariz,  
Y desde allí hasta el cabello,  
Es todo tu bulto bello.  
¿Quién hacerte genitrix  
Pudiera de un bello infante!

INÉS.  
Heme venido á enojar  
Que me requiebre en vulgar.  
¿Piensa que soy ignorante?

MARINO.  
Por el inclito abolorio  
De mi prosapia en Galicia,  
Que en mí no ha habido pigricia;  
Que entendi que el auditorio  
Era de estofa mediana  
Y que cualquiera parlado  
Le pudiera ser de agrado.

INÉS.  
¿Juzgáste me chabacana  
O con ingenio bisoño?  
Pues mas de dos entendidas  
No me igualan presumidas  
Con enaguas y con moño.

MARINO.  
Ya afecto credulidad,  
Y pues esa perfeccion  
Pide culta locucion,  
Oiga mi verbosidad.  
Nise, que cubicularia

Eres de Elena, y ultrajas,  
Haciéndole mil ventajas,  
A la tropa familiaria,  
Cosquillosamente intima  
Tu fulgoroso esplendor,  
Rayos á un flamante amor,  
Que fué embrión y se anima.  
Y pues domina imperiosa  
En mi tu luz, Nise bella,  
Sea venérea centella,  
Y no chispa fulgurosa.  
Conoce afectos anejos  
Al amor que has visto en mí,  
Para que goce de ti  
El premio con mil amplexos.  
Halle mi pesar leticia  
En tu famula beldad,  
Y de socarronidad  
Expele toda nequicia.

INÉS.  
Si á la mentida aficion  
En que os fingis con empeño  
Premiara amado, á mi dueño  
Fuera hacerle gran traicion.  
Y así, disculpa, Señor,  
Esta cortedad aquí,  
Que no os puedo dar por mí  
Esperanza de favor.  
Perdonad, señor don Payo.

MARINO.  
Poco, Elena, os obligó,  
Pues para amplejarla yo  
Me estáis negando el ensayo.

INÉS.  
No queráis por lo indirecto  
Dar estímulo al cuidado.

MARINO.  
Por Dios, que se os ha pegado  
La roña de mi dialecto;  
Con un brazo y otro brazo,  
Nise, podeis iniciar  
Aquesto del abrazar,  
Dejando el culto embarazo.

INÉS. (Ap.)  
Es de don Payo el humor  
Tal, que, si noble no fuera,  
Por mí galán le admitiera,  
Porque le he cobrado amor.

MARINO.  
No impetra la persuasiva,  
Aunque hable á lo gongorio,  
Que circuya el bello emporio;  
Ea, sed ejecutiva.

INÉS.  
Tanto dais en porfiar,  
Que, por no ser enfadosa,  
Os abrazo.

MARINO.  
Linda cosa.

Sale URBINA, y los ve abrazados.

URBINA.  
Esto se llama abrazar.  
Bueno va, por Jesucristo;  
Que en los tres años que he amado  
A tal dicha no he llegado.

INÉS. (Reparando en el viejo.)  
El escudero me ha visto;  
¿Qué importa?

URBINA.  
Esto es negociar  
Con brevedad, no morir  
Con esperar y servir.

INÉS.  
Llegalde, don Payo, á hablar.

MARINO.  
Seáis, Urbina, bien venido.

URBINA.  
Lo contrario había pensado.  
MARINO.  
¿Cómo?  
URBINA.  
Ser muy mal llegado.  
MARINO.  
(Ap. Socarron me ha respondido.)  
¿Dónde está mi Elena hermosa?  
URBINA.  
En visita la dejé.  
MARINO.  
¿Con...?  
URBINA.  
Con una dama.  
MARINO.  
¿A fe?  
URBINA.  
Que enfrente de casa posa.  
MARINO.  
¿Y cuánto se tardará  
En venir?  
URBINA.  
Ya voy por ella.  
MARINO.  
No os detengais.  
URBINA. (Ap.)  
La centella  
De celos me abrasa ya.  
¿Con qué prisa me despide  
Para acrecentarme enojos!  
MARINO.  
¿Teneis nubes en los ojos?  
URBINA.  
Una, pero no me impide  
El ver sin dificultad,  
Aunque sea dar un abrazo.  
INÉS. (Ap.)  
Malicias tiene el pelmazo.  
MARINO.  
Hablando aquí en paridad,  
¿Visteisme abrazar á Inés?  
URBINA.  
Y deso estoy muy celoso,  
Pues no he sido tan dichoso,  
Aunque la sirvo años tres.  
MARINO.  
Y eso ¿es para casamiento?  
URBINA.  
Pues ¿para qué había de ser?  
Amola para mujer.  
MARINO.  
¿Y es con su consentimiento?  
URBINA.  
Si he de deciros verdad,  
Ella siempre me desdenea,  
Muy esquiva y zahareña.  
INÉS.  
No le tengo voluntad.  
URBINA.  
Llámola en versos constantes;  
Que me precio en la poesia...  
MARINO.  
Me gusta, por vida mia.  
URBINA.  
Despeño de los amantes,  
Roca, mármol, risco helado,  
Peña altiva y fuerte acero.  
INÉS.  
Todo es porque no le quiero.  
URBINA.  
Págame mal mi cuidado;

Unos versos la hice ayer,  
Que dedico á su rigor.  
MARINO.  
Oigámoslos, por mi amor.  
¿Son cultos?  
URBINA.  
No los sé hacer.  
MARINO.  
Vaya de versos.  
URBINA.  
No son,  
Señor, de los realzados,  
Pero son acomodados  
Para decir mi intencion.—  
Si gusta Inesarda que sufra y que calle,  
Amando, queriendo, sufriendo y velan-  
do, ¿Cómo lo podré, si he estado mirando  
Tomarla apretada medida á su talle?  
Cuando ella me aburre, yo dalle que da-  
Querer, mas querer, sentir y llorar. [He,  
Hasta que vea que no hay que esperar,  
Y que me pone de piés en la calle.  
MARINO.  
Repente composicion,  
Y al suceso del abrazo.  
URBINA.  
Con tal prontitud los trazo.  
MARINO.  
Muy á lo de Mena son.  
INÉS.  
Así los compone Urbina.  
URBINA.  
Otros me veréis hacer  
A vos, que tomáis placer  
Con esposa y concubina.  
MARINO.  
Huyendo se fué el vejete,  
En diciendo la malicia.—  
Inés, no tengas tristicia.  
INÉS.  
Es un soplon.  
MARINO.  
Y un pobrete.  
La hoja quedó doblada;  
Volvamos á nuestra historia.  
INÉS.  
No se verá en esa gloria.  
MARINO.  
Inés mia, Inés amada,  
Inés con hombres cortés.  
INÉS.  
Repórtese; que está loco.  
MARINO.  
En la materia que toco,  
Un poco te quiero, Inés.  
INÉS.  
Poco y tan poco será,  
Que casi á ser nada venga;  
Otra de amor le mantenga,  
Pues que tan hambriento está.  
MARINO.  
Oyeme, niña, pues es  
Mi amor festivo y solene...  
Mas, porque tu ama viene,  
Yo te lo diré despues.  
Salen DOÑA ELENA, y URBINA, que  
la trae del brazo.  
DOÑA ELENA.  
¿Qué calurosa que vengo!  
Quitame, Inés, ese manto;  
Que en el tiempo del estío  
Aun el soplillo es pesado.

URBINA.  
Apretóle el tejedor.  
DOÑA ELENA.  
¿Aquí está el señor don Payo?  
MARINO.  
Aquí me tiene Cupido,  
A fuer de rito judaico,  
Intruso en la espectacion,  
Mas lijo que lo está un mármol.  
DOÑA ELENA.  
¿No estaba con vos Inés?  
MARINO.  
Aquí entretuvo el cuidado.  
URBINA. (Ap.)  
Y aun el gusto.  
INÉS.  
Calla, viejo.  
URBINA.  
Solo por mi honra callo.  
DOÑA ELENA.  
¿Teneis cartas de Sevilla?  
MARINO.  
Sí, Elena; Jorge Grimaldo,  
Mi agente, me ha remitido  
Cosa de diez mil ducados  
En plata doble, y me tiene  
Lleno de tedio y espanto  
Ver la poca cauidad  
De dinero que ha labrado  
La casa de la moneda.  
DOÑA ELENA.  
Deben de labrarla tantos,  
Que para todos no habrá.  
MARINO.  
(Vase.)  
Ya dice que á otro ordinario  
Me enviará mas cantidad,  
Con lo que allá me he dejado  
De plata, perlas y piedras.  
DOÑA ELENA.  
Ya con lo que os ha enviado  
Les podemos dar principio  
A nuestras bodas.  
MARINO. (Ap.)  
Andallo;  
Sal quiere el huevo; diez mil  
Es el principio del gasto;  
¿Qué vendrán á ser los medios  
Y los fines? Batacazo  
Puede temer cualquier bolsa  
Que le viniere á las manos.  
DOÑA ELENA.  
Tracemos, pues, los vestidos.  
MARINO.  
Ausentense los criados,  
Que siento no hablar cultoso;  
Que es lenguaje desairado  
El vulgar, y en estas cosas  
El culto no he de gastarlo.  
DOÑA ELENA.  
Decis muy bien.— Vos, Urbina  
Y Inés, despejad entrambos,  
Y dejadnos aquí á solas.  
INÉS.  
Por mí, yo obedezco.  
URBINA.  
Vamos.  
(Vanse los criados.)  
DOÑA ELENA.  
Tomad silla.  
MARINO.  
Ya me siento.  
(Siéntanse.)  
DOÑA ELENA.  
De aquestos diez mil ducados,

Con los demás que se esperan,  
Vestidos y joyas trazo,  
Colgaduras, coches, silla,  
La familia de criados  
Desde la escalera arriba  
Y de la escalera abajo.

MARINO.

Muy bien está.

DOÑA ELENA.

Lo primero...

MARINO. (Ap.)

Con buen pié en la boda entramos.

DOÑA ELENA.

Sacaré doce vestidos,  
A doce meses del año  
Ofrecidos. ¿Qué colores?  
Uno ha de ser cabellado,  
De tela riza, color  
Que ahora se usa.

MARINO.

Y los calvos

El cabellado desean,  
Pero nó en tela ni en raso.

DOÑA ELENA.

Otro de nácar.

MARINO.

No es cosa

De mi gusto.

DOÑA ELENA.

Andáis errado.

MARINO.

Es muy malo ese color.

DOÑA ELENA.

¿La causa?

MARINO.

Porque he juzgado

A la que de nácar viste,  
Que ha venido por el Rastro,  
Y la hicieron los rastreros  
El vestido de livianos.

DOÑA ELENA.

Ella ha de ser.

MARINO.

Vaya pues,

Aunque brindeis los milanos,  
Cernícalos y alfanegues,  
Que comen este guisado.  
¿No elegis el verdegay?

DOÑA ELENA.

No he jurado en papagayo.

MARINO.

Pues es color muy honesto;  
Allá en las Indias le usamos.

DOÑA ELENA.

Maldiga Dios tan mal uso.

Otro elijo noguerado.

MARINO.

¿Del color de la nogada?

DOÑA ELENA.

¿Qué lindo humor vais gastando!

¿Burláis?

MARINO.

No me burlo á fe,  
Sino que soy mentecato,  
Y no entiendo de colores.

DOÑA ELENA.

Pues yo muy de veras hablo.

MARINO.

Yo tambien.

DOÑA ELENA.

Otro he de hacer...

MARINO.

¿Cómo?

DOÑA ELENA.

Azul.

MARINO.

¿Oscuro ó claro?

¿Célico ó celoso?

DOÑA ELENA.

Azul.

MARINO.

¿De aqueste azul ordinario?

DOÑA ELENA. —

Si.

MARINO.

Los negros lo apetečen.

DOÑA ELENA.

Será de lama, y bordado  
De negro.

MARINO.

Bueno, me gusta;

El buen capricho os alabo.

¿No trazais otro pajizo?

DOÑA ELENA.

En los tiempos de Pelayo

Fué valido ese color.

MARINO.

Teneis el gusto extremado;

Que dama que de pajizo

Se viste esta en él penando,

Como alma del purgatorio,

Con llamas por todos lados.

DOÑA ELENA.

Otro vestido haré verde.

MARINO.

La esperanza de los asnos

Se acabará con mirarle

Cuando le estén deseando.

DOÑA ELENA.

Será de lama de flores.

MARINO. (Ap.)

De arbolan lo habrá tomado,

Verde y flores que prometen

Un verde y florido mayo.

DOÑA ELENA.

Parece que estáis de fisga.

MARINO.

Soy tan generoso y franco,

Que siento que me deis cuenta

De tan misérrimos gastos;

Gastad á vuestra eleccion.

DOÑA ELENA.

Coche y silla haré.

MARINO.

Yo eselavos

Os compraré.

DOÑA ELENA.

No sean negros.

MARINO.

No serán, porque, mirando

Llevar á una dama negros,

Juzgarán pechos cristianos,

Y mas si sale de noche,

Que va en poder de los diablos.

DOÑA ELENA.

Una cosa, mi señor,

Es la que he de suplicaros,

En que me habeis de dar gusto.

MARINO.

Siempre á dárosle me allano.

DOÑA ELENA.

Que habeis de olvidar lo antiguo

Y vestir lo cortesano;

Al uso quiero ese talle,

Que es de muchos envidiado.

MARINO.

¿Cortesano he de vestirme?

DOÑA ELENA.

Sí, mi señor.

MARINO.

¿Repudiando

De don Olfos y don Bueso

La escarcela y los follados?

DOÑA ELENA.

Eso mismo es lo que pido.

MARINO.

Oid un cuento en el caso.

En dulce barraganía

Dos amantes engarzados

Estuvieron largo tiempo;

Mas llególe el desengaño

A la dama, y á su dueño

Le dijo (el rostro bañado

En lágrimas) que queria

Ser monja, y dejar el trato

Lascivo de su amistad,

Pidiéndole para el santo

Intento dote y ajuar.

Con todo lo necesario.

No sintió el galán la fuga

De su compañía tanto.

Como el pedirle aquel dote;

Que dijola mesurado:

«Señora del alma mía,

De amiga á monja es gran salto;

Quedarse en beata puede,

El intento minorando.»

De follados á calzones

Tan de repente no paso;

En calzas me quedaré.

DOÑA ELENA.

Bien está el cuento aplicado.

Sale URBINA.

URBINA.

Don Diego de Acuña quiere

Besar, Señora, las manos

A vuesaucé.

MARINO.

Yo me voy.

DOÑA ELENA.

¿Por qué?

MARINO.

Porque me ha cansado

Que con mis propios papeles

Haya pretendido un hábito,

Y que le tenga en los pechos.

DOÑA ELENA.

¿Hábito?

MARINO.

Y de Santiago.

DOÑA ELENA.

Ha sido término ruin,

MARINO.

Superchérico, tacaño,

Y trecientas cosas mas;

Por otra parte me escapo.

DOÑA ELENA.

Decid que suba don Diego.

(Vase Urbina.)

MARINO.

Adios, mi bien; mas despacio

Trazad lo que conviniere. (Vase.)

DOÑA ELENA.

El cielo os guarde mil años.

Sale DON DIEGO.

DON DIEGO.

Aunque á novedad juzgueis

Mi venida, habiendo tanto

Tiempo que no vengo á veros,

Como embajador he osado

Llegar á vuestra presencia.

DOÑA ELENA.  
De ese militar ornato  
Recibid mi norabuena.

DON DIEGO.  
Yo la admito muy ufano,  
Y este y los demás aumentos  
Que tuviere, los consagro,  
Señora, á vuestro servicio.

DOÑA ELENA.  
Tengo por milagro raro  
Que aquí os permita venir  
Aquel serafín humano  
Que os gobierna el albedrío.

DON DIEGO.  
No os entiendo.

DOÑA ELENA.  
No me espanto,  
Que hablo oscuro ó en griego;  
La bella Leonor, el pasmo  
De la beldad, el prodigio  
Del orbe.

DON DIEGO.  
Pues decid, ¿cuándo  
Tiene aqueso imperio en mí?

DOÑA ELENA.  
Gracia tenéis en negarlo.  
Yo he visto un retrato vuestro  
En su camarín.

DON DIEGO.  
¿Retrato?

DOÑA ELENA.  
Miento; que fué original.

DON DIEGO.  
Fué de los ojos engaño.

DOÑA ELENA.  
Nunca me engaño en la vista.

DON DIEGO.  
Dicha fuera haber llegado  
A tanto bien.

DOÑA ELENA.  
¿Disimulos

Quando yo lo he visto y cuando  
Todos saben que la amais?  
Mas en efeto, ¿por cuánto  
Tiempo os ha dado licencia  
Que estéis aquí?

DON DIEGO.  
Por un año  
Y por mil; porque Leonor  
No me veda (hablando claro,  
Como sabe que la adoro)  
Que hable con vos, cuando he dado  
En olvidar vuestro nombre.

DOÑA ELENA.  
(Ap. De pesar y celos rabio.)  
Decidme á lo que venís.

DON DIEGO.  
El tiempo que lo dilato  
Viene á ser muy contra mí.

DOÑA ELENA.  
Créolo; vamos al caso.

DON DIEGO.  
¿Bien conocéis á don Juan  
De Bracamonte?

DOÑA ELENA.  
Ese hidalgo  
¿No era amante de Leonor?

DON DIEGO.  
Sí, mas su amor ha mudado  
En vos; es noble y es rico,  
Desea que vuestra mano  
Honre la suya y su casa.  
Por tercero me ha enviado  
Para tratar deste empleo,  
Y es que se engañó, juzgando

Que soy muy vuestro válido,  
Y que podría yo tanto  
En esto, que él consiguiese  
Su intento; ved con espacio  
Si os conviene, porque pueda  
Darle á quien la está esperando  
De vos alegre respuesta.

DOÑA ELENA.  
¿Tan léjos son vuestros barrios,  
Que ignorais que á vuestro primo  
Estimo y quiero?

DON DIEGO.  
¿A don Payo?

DOÑA ELENA.  
Al mismo.

DON DIEGO.  
¿Hablaisme de veras?

DOÑA ELENA.  
De veras, don Diego, os hablo.

DON DIEGO.  
¿Para esposo?

DOÑA ELENA.  
Para esposo.

DON DIEGO.  
Pienso que os estáis burlando.

DOÑA ELENA.  
No me burlo.

DON DIEGO.  
Pues á un hombre  
Loco, desigual, menguado,  
¿Habeis de elegir esposo,  
Cuando es llamado de cuantos  
Le conocen en Madrid,  
Por necio y por mentecato,  
El mayorazgo Figura?

DOÑA ELENA.  
Don Diego, con él me caso.

DON DIEGO.  
Mucho os anima el dinero;  
Que la persona y el trato  
De tan menguado sugeto  
No han hecho en vos tal milagro.

DOÑA ELENA.  
No despreciéis vuestra sangre.

DON DIEGO.  
Aunque no trato de amaros,  
Siento que hagais tal empleo,  
Y si puedo, he de estorbarlo.

DOÑA ELENA.  
Estorbarlo no podréis.

DON DIEGO.  
Si haré, que yo tengo mano  
Con personas muy de arriba;  
Que no he de ver malograros,  
Casada con tal figura.

DOÑA ELENA.  
¿Sois vos mi tutor acaso?  
Pues porque no lo intenteis,  
Sin el debido aparato  
Que á mi calidad se debe,  
Con el vestido que traigo  
He de casarme mañana,  
Sin aguardar á mas plazos.

DON DIEGO.  
(Ap. Eso es lo que deseo.)  
Pues con lo poco que valgo  
Habeis de ver si lo estorbo.

DOÑA ELENA.  
Será término villano.  
Dejad luego mi presencia;  
Que, de mi desden picado,  
Os quereis vengar.

DON DIEGO.  
¿Yo?

DOÑA ELENA.  
Sí.

DON DIEGO.  
¿No veis que me he despicado  
Con Leonor, y mi Leonor  
Es portento soberano  
De la beldad, que aventaja  
A todas, como el sol claro  
A las lucentes estrellas?

DOÑA ELENA.  
Quedáos para mentecato. (Vase.)

DON DIEGO.  
Perdida va, de celosa;  
Llegarásele su plazo,  
Y entonces conocerá  
Lo que cuesta un desengaño. (Vase.)

*Salen á una reja* LUISA y DOÑA LEONOR.

LUISA.  
Fresca noche.

DOÑA LEONOR.  
Será buena

Si don Diego presto viene,  
Y estorbo no le detiene.

LUISA.  
Ya no será doña Elena.

DOÑA LEONOR.  
De eso vivo bien segura;  
Que estoy cierta de su amor.

LUISA.  
Apeló de su rigor  
A tu divina hermosura.

DOÑA LEONOR.  
Lisonjera, Luisa, estás.

LUISA.  
No es lisonja, te prometo;  
Que don Diego fué discreto  
En ir de menos á mas.

DOÑA LEONOR.  
Mucho es Elena.

LUISA.  
Si es;

Mas donde Leonor está,  
Cualquiera la dejará  
Por tan hermoso interés.

*Sale* MARINO, *de noche.*

MARINO.  
Noche. amparo de mochuelos,  
De lechuzas y de buhos,  
Que sin herencias de muertos  
Te vistes de negro luto,  
¿Adónde hallaré á mi amo,  
Que le busco á somormujo,  
Cubierto á lo envergonzante,  
Huyendo de los concursos,  
Para que no me conozcan?

DOÑA LEONOR.  
Allí he divisado un bulto  
Que por esta calle baja.

LUISA.  
¿Si es don Diego?

DOÑA LEONOR.  
Yo lo dudo;  
Que le es inferior en talle.

LUISA.  
Hombre parece de vulgo.

MARINO.  
Dos damas honran los hierros  
Desta reja; con mil gustos  
Me apropincuo donde hay fembras.—  
Guarde el cielo los coluros (Llégase.)

Las dos brillantes faces,  
quien el sol es mendrugo  
iz, mendigando rayos.

LUISA.

El hombre llega con humos  
racejar.

DOÑA LEONOR.

Gracemos

él, que tiene buen gusto.

LUISA.

El hombre llega con despejo.

MARINO.

Las cosas que el farol nocturno  
ordais en esa reja  
darle muchos sustos,  
do que tenéis mas luz,  
afan abejaruco,  
solitudines busca,  
elante y vagabundo,  
que vuestra beldad  
divorezca un minuto  
empo, si lo permite  
candor verecundio.

LUISA.

El hombre, este es el galán  
llena.

DOÑA LEONOR.

¿El lacayo? Dudo  
sea él.

LUISA.

Yo le conozco;  
que un grande amigo suyo  
me mostró en una calle,  
ser él no dificulto,  
do que habla deste modo.

MARINO.

Los hombres de hablar á lo mudo,  
muy torpe en hacer señas,  
edará aquí muy burdo.

DOÑA LEONOR.

¿Saber con quién se habla  
bien que se mire mucho.  
¿En sois?

MARINO.

Soy un caballero  
me llamo don Gerundio  
itoque.

DOÑA LEONOR.

¿De Vitoque?

MARINO.

Que nací en el Maluco,  
Vitoques de allá  
ilustres en el mundo.

DOÑA LEONOR.

¿Dios mas, y descubrid  
la vida.

MARINO.

Si la descubro,  
en un rostro de carne.

DOÑA LEONOR.

¿Estará fuera del uso.

MARINO.

Dios, que es moza gentil,  
mas que un boquirubio  
riendo por su belleza.

DOÑA LEONOR.

¿Decís?

MARINO.

Que sois un sumo  
punto de la beldad,  
e cuantos atributos  
si dieren, merece mas  
bello plenitumio.

DOÑA LEONOR.

¿Logamente habláis.

DD. C. DE L.—II.

MARINO.  
He profesado el estudio  
De esa ciencia.

DOÑA LEONOR.

Así parece.

MARINO.

Si queréis, con vuestro indúlgeo,  
Que me llegue un poco mas,  
Aunque sea darle un susto  
Al alma, que ya os adora,  
Recto llego y sin condumio.

DOÑA LEONOR.

Llegad.

(*Lléguese Marino mas.*)

MARINO.

La reja me indica  
(Huyendo de lo menudo  
Sus hierros) que por lo raro  
Puedo algun favor futuro  
Esperar, y el optativo  
Está con muchos impulsos  
De hacer una rara prueba,  
Por si acaso halla conducto  
Para apropiarme allá.

LUISA.

Señora, aunque sea disgusto  
Para el penante lacayo,  
Tú verás cómo le burlo;  
Haz que ejecute en la reja  
Su deseo, y en el punto  
Que con la prueba se salga...

DOÑA LEONOR.

Ya te entiendo.

LUISA.

Pues yo acudo

A llamar á dos criados. (*Éntrese.*)

MARINO.

Tanto á ese sol me vinculo,  
Esclavo de esa beldad,  
Que con mas valor que un Macio  
Pruebo allegarme mas cerca.

(*Entre la cabeza por la reja, y cójale  
doña Leonor por las orejas, y téngale  
le asido.*)

San Pascasio, san Panuncio,  
San Lésmes, san Romualdo,  
San Pantaleon, san Bruno,  
Las auriculares formas  
De mi semblante rotundo  
Me las desquician del casco.

Salen dos criados, de figuras, con máscaras.

CRIADO 1.º

Guatizambo.

CRIADO 2.º

Californio.

CRIADO 1.º

Aroga, aroga; que es tiempo.

CRIADO 2.º

Desnuda.

(*Vante quitando los follados y ropilla,  
y quede en calzoncillos.*)

CRIADO 1.º

Ya le desnudo.

MARINO.

¿Qué haceis, hombres mascarosos?

CRIADO 1.º

Probamos con un conjuro  
A despojarle la ropa,  
Para que en el mes de julio  
No le dé tanto calor.

MARINO.

Del pensamiento abrenuncio;  
Las coces me han de valer.

(*Tírales coces.*)

CRIADO 2.º

No harán, señor macho rucio;  
Que en nuestro poder está  
La ropa.

CRIADO 1.º

Vaya al profundo.

(*Vanse con la ropa.*)

MARINO.

Soltadme vos, doña Urganda.

DOÑA LEONOR.

Vade retro.

MARINO.

Lindo gusto;

Lo que yo la he de decir  
Me ha dicho, yo me escabullo;  
(*Éntrese doña Leonor.*)

Por Dios que he quedado bueno,  
Ellos me han dejado in pluribus  
Solo con paños menores;  
El término ha sido sucio,  
Pero mas sucio estoy yo;

(*Échase la mano atrás.*)

¿Que esta gente sufra el mundo?

Sale DON DIEGO, de noche.

DON DIEGO.

Pienso que vengo algo tarde,  
Y en Leonor no dificulto  
Que á esta hora esté despierta,  
Viendo que he tardado mucho;  
No pensé que era tan tarde.

MARINO.

San Barlahan, san Mercurio  
Me saquen de aqueste aprieto;  
Que diez hombres de consuno  
Vienen á embestir conmigo;  
Ya, de miedo, estoy sin pulsos.

DON DIEGO.

Un bulto diviso blanco.—

¿Quién va?

MARINO.

Todo el apatusco  
Del pelear me acomete.

DON DIEGO.

¿Quién va, digo?

MARINO.

Un garipundio,  
Un pelagallo, una liebre.

DON DIEGO.

Este es Marino.

MARINO.

San Junco  
Y el cirio pascual me libren.

DON DIEGO.

Diga, pues se lo pregunto,

¿Quién es?

MARINO.

Una ánima en pena,  
Que viene del otro mundo.

DON DIEGO.

¿Qué pide el ánima?

MARINO.

Paso  
Para topar lo que busco.

DON DIEGO.

¿Y qué busca?

MARINO.

Unos calzones;  
Que aquestos no están enjutos.

DON DIEGO.

Este es el paso que doy,  
Anima ó cuerpo.

(*Dale de espaldarazos.*)

MARINO.  
Un diluvio  
De demonios se ha soltado.

DOÑ DIEGO.  
¿Es Marino?

MARINO.  
Soy un puto,  
Pesar de quien me parió.

DOÑ DIEGO.  
Perdona si el filo agudo  
Te pudo hacer algun daño.

MARINO.  
No me le ha hecho, aunque pudo;  
Pero con espaldarazos  
Me has dado lindo pan duro.

DOÑ DIEGO.  
¿Cómo estás de esa manera?

MARINO.  
En empresas poco ducho,  
Una me ha salido mal,  
Con que me hallo desnudo.

DOÑ DIEGO.  
¿Cómo?

MARINO.  
Vámonos á casa,  
Si quieres que por menudo  
Te lo cuente; que deseo  
Que te rias con buen gusto.

DOÑ DIEGO.  
Vamos; que Leonor hermosa  
Estará, á lo que presumo,  
Acostada; esta es su casa.

MARINO.  
¿Su casa? Casa de brujos  
Se puede llamar mejor.

DOÑ DIEGO.  
¿Por qué?

MARINO.  
Tardaréme mucho  
En contar lo que ha pasado;  
Allá, que estaré seguro,  
Lo sabrás, y que he de ser  
Novio mañana del rubio  
Serafin de doña Elena.

DOÑ DIEGO.  
En eso hay que decir mucho.

MARINO.  
Desde hoy escarmiento en ser  
Curioso; que los magullos  
De la espada de mi amo  
Me han pautado todo el bulto.  
(Vanse.)

Sale DOÑA ELENA, muy bizarra, é  
INÉS.

DOÑA ELENA.  
¿Pusiste aquel pomo, Inés?

INÉS.  
Ya queda puesto en la sala,  
Y con el calor exhala  
Olor á estas piezas tres.

DOÑA ELENA.  
¿Estoy bien tocada?

INÉS.  
Sí.  
DOÑA ELENA.

DOÑA ELENA.  
¿Qué te parece el vestido?  
INÉS.  
Que es muy bizarro y lucido,  
Y todo está alroso en ti;  
No está mas galan el mayo.  
(Ap. Con poca fuerza se miente.)

DOÑA ELENA.  
¿Si me habrá sido obediente  
En el vestirse don Payo?

INÉS.  
Es de tan extraño humor,  
Que en su tema extraordinaria,  
Temo una gala contraria  
Al uso de mas primor.

DOÑA ELENA.  
Leonor estaba avisada,  
Y se tarda ya en venir.

INÉS.  
Querrá en tus bodas lucir,  
Bien prendida y bien tocada,  
Y en eso se tardará.

DOÑA ELENA.  
Tocarse á lo de palacio  
Requiere, Inés, mucho espacio.

INÉS.  
En casa la tienes ya.

Salen DOÑA LEONOR, con otro vestido,  
y LUISA, con mantos.

DOÑA LEONOR.  
Amiga, ¿habrásme culpado  
Mi tardanza?

DOÑA ELENA.  
A tu hermosura  
La adorna tal compostura,  
Que no es mucho haber tardado.

DOÑA LEONOR.  
La tuya puedo decir  
Que está con primor tan raro,  
Que aventajas al sol claro  
En el brillar y lucir.

LUISA. (Ap.)  
Muy para ser novia estás,  
Inés mia, te prometo.

INÉS. (Ap.)  
Adulas á lo discreto.

LUISA. (Ap.)  
Te engañas si en eso das.

Sale URBINA.

URBINA.  
El señor don Payo y toda  
La nobleza que le asiste  
Suben la escalera.

DOÑA LEONOR. (Ap.)  
Triste  
Fin pronostico á esta boda.

Salen MARINO, con calzas y nueva gala  
ridicula; DON DIEGO, DON JUAN,  
DON PEDRO y CRIADOS.

MARINO.  
A objetos tan luminosos,  
Que espelen luces difusas,  
¿Qué vigor resistirá,  
Próximo á su esfera ebúrnea?  
Tremulante la osadía,  
Mil deliquios la circundan,  
Y afecta retrocedencias  
Cuando piensa que conculca.

DOÑA LEONOR.  
Notable modo de hablar.

DOÑA ELENA.  
Del esposo que me ilustra,  
Menos encarecimientos  
Harán su fe mas segura.

MARINO.  
Doméstico y nada sério  
Este amante se vincula  
A que del casto himeneo  
Le pongan yugo y coyundas.

DOÑA ELENA.  
Yo estimo vuestra humildad  
Y conozco mi ventura.

DON PEDRO.  
¿A qué se aguarda, señores?

URBINA.  
A que solo venga el cura.

DON DIEGO.  
Antes que el párroco llegue,  
Y el casamiento concluya,  
Propongo un impedimento.

DOÑA ELENA.  
Don Diego, no pongais dudas;  
Que yo tengo de casarme,  
Y será osadía mucha  
Querer estorbar mi empleo,  
Que nadie en él dificulta;  
Don Payo ha de ser mi esposo,

MARINO.  
Pluguiera á la excelsa y pura  
Majestad del gran Jehova  
Que celebrara estas nupcias;  
Pero no puedo, Señora.

DOÑA ELENA.  
¿Quién lo estorba?

MARINO.  
La fortuna,  
Que no me quiso hacer noble.

DOÑA ELENA.  
¿Cómo no?

MARINO.  
La maña astuta  
De mi amo me vistió  
A lo de Nuño Rasura,

Porque en el juego de amor  
Os diese una garatusa.  
Yo no me llamo don Payo  
Ni soy de la noble alcurnia  
De la antigua Cacabelos;  
Que es mi patria la Coruña.  
Lacayo soy de don Diego,  
Que el mandil y almohaza usa,  
Y es mi nombre Anton Marino;  
Aquesta es la verdad pura.

DOÑA ELENA.  
¿Este hombre dice verdad,  
O miente?

DOÑA LEONOR.  
Así lo asegura  
Don Diego.

DON DIEGO.  
En todo la dice;  
Porque, viendo en vos la mucha  
Codicia y el poco amor

Que á mis penas, mis angustias,  
Que á mis ansias y desvelos  
Mostrabais, porque la duda  
De si me amabais ó no  
Se viese en verdad desnuda,  
Fingi á Marino heredero  
De la cantidad y suma  
Que de mi tío heredé;  
Presentóse á esa hermosura,  
Y vos, sin advertimiento  
De verle decir locuras,  
Codiciosa de su hacienda,  
Sin la razon que os alumbra,  
Le hacíades vuestro esposo;  
Estorbarlo fué cordura.

DOÑA ELENA.  
¿Que esto se usase conmigo,  
Y que no tenga ninguna  
Persona que mi venganza  
Solicite?

DOÑA LEONOR.  
No le turban  
Amenazas á don Diego,  
Que es Andrade y es Acuña.

DOÑA ELENA.  
Señor don Juan, esta mano  
Será vuestra si procura  
Vuestro valor mi venganza.

DON JUAN.  
En mí fuera dicha suma,  
Pero ya estoy desposado.

DOÑA ELENA.  
¿Con quién?

DON JUAN.  
Una prima suya  
Me ha prometido don Diego.

DOÑA ELENA.  
¿Fáltanme mas desventuras?

DON DIEGO.  
Porque no quede sin boda  
Esta tan flustre junta,  
Doña Leonor es mi esposa.

DOÑA LEONOR.  
Y esta es mi mano.

MARINO.

Aleluya.

DON PEDRO.

Gocéisos por largos años.

DOÑA ELENA.

Yo me voy triste y confusa ;  
Que estoy rablando de celos.  
(Hace que se va, y detiéndola don Diego.)

DON DIEGO.

Grosería fuera mucha  
Apuraros mas, Elena ;  
Que mi venganza no apura.  
Acompañad á mis bodas  
Con otras, que las procura  
Don Juan, que no está casado,  
Como ha dicho.

DON JUAN.

Si es que gusta  
Mi señora doña Elena  
Darme su mano, en la culpa  
Del mentir pido perdon.

DOÑA ELENA.

Aunque agraviada me turban  
Tantos pesares, la doy ;  
Que no he de olvidarlos nunca,  
Aunque perdone á don Diego.

MARINO.

Escudero de aventuras,  
Lacayo por otro nombre,  
Inés y Luisa me juzgan ;  
De las dos ¿ hay quien me quiera ?

INÉS.

Yo no, porque no me arguyan  
Que halló en mí facilidad.

LUISA.

Ni yo tampoco ; que nunca  
Tuvo pláticas conmigo.

MARINO.

Pues á reveder, mis chulas ;  
Que celibato me quedo.

DON DIEGO.

Démosle fin, si os disgusta,  
Al interés castigado  
Y al Mayorazgo Figura.



## COMEDIA FAMOSA

TITULADA

# EL MARQUÉS DEL CIGARRAL,

DE DON ALONSO DEL CASTILLO SOLORZANO.

### PERSONAS.

DON ANTONIO, *caballero*.  
FABIO, *su criado*.  
DON COSME  
FUENCARRAL, *lacayo*.

TORIBIO,  
LLORENTE, } *villanos*.  
ALCALDE,  
LEONOR, *dama*.  
MARINA, *villana*.

EL PRIOR DE SAN JUAN.  
UN CABALLERO *de este*.  
DON IÑIGO, *caballero*.  
LUPERCIO, *criado*.  
LORENZO, *villano*.

UNA DUEÑA.  
MÚSICOS.  
CRIADOS.  
ACOMPAÑAMIENTO.

### JORNADA PRIMERA.

Salen DON ANTONIO, *de estudiante*,  
y FABIO, *criado*.

FABIO.

Extraña resolución.

DON ANTONIO.

Es este mi gusto, Fabio.

FABIO.

Haces á tu sangre agravio,  
Fundado en ciega pasión.  
Cuando presume tu madre  
Que á Sevilla hemos llegado,  
Y que en su hermano has hallado  
Tío, suegro y nuevo padre;  
Cuando su indiano tesoro  
Le juzga ya en tu poder,  
Y á tí rico en poseer  
Barras y cabellos de oro;  
Y cuando en tu boda espera  
Hasta el mas triste lacayo  
Verse mas galán que mayo  
Por la verde primavera;  
Tú, con alma enamorada,  
Olvidas tanto interés  
Por una villana, que es  
Rémora de tu jornada.  
Cese, por Dios, tu deseo,  
Tan dañoso á tu pasión,  
Cuando te aguarda ocasión  
De mas venturoso empleo.

DON ANTONIO.

Fabio amigo, yo confieso  
Que te sobra la razón,  
Mas es tanta mi afición,  
Que me obliga á tal exceso.  
Amo aquesta labradora,  
Siendo su rara beldad  
Prision de mi libertad,  
Centro en quien mi alma mora.  
Della estoy favorecido,

Y espero veré premiado  
Este amoroso cuidado,  
Mal fundado y bien perdido.  
Gozada esta fiera ingrata,  
Será luego mi partida;  
Que un villano amor se olvida  
Al paso que mas se trata.

FABIO.

Si dura su resistencia,  
Y tú el fin pretendes ver,  
Bien pienso que es menester,  
Para esperarte, paciencia;  
Mas plegue al cielo que al fin,  
Resistiendo tu deseo,  
No te deje sin empleo  
El villano serafín;  
Mas no es traza la que has dado,  
Herido de amor rapaz,  
Para encubrirte en Orgaz,  
Que sirvamos á un cuitado  
Que es figura de figuras.

DON ANTONIO.

¿Quién? ¿Este recién venido?

FABIO.

Si, que así se lo he oído  
Por todas las comisuras;  
Tal nos refirió un lacayo  
Que ha traído de su tierra.  
Aquí tu elección lo yerra.

DON ANTONIO.

¿No es caballero?

FABIO.

Al soslayo,  
Un villano es bien nacido,  
Que, loco de una desgracia,  
Ha dado en decir por gracia  
Que es ilustre, y procedido  
Del patriarca Noé,  
Mas noble y mas excelente  
Que todo humano viviente.  
¿No es locura?

DON ANTONIO.

Bien se ve.

FABIO.

Pasó, á casarse á Sevilla,  
El César por su lugar,  
Y salióte á visitar  
Con capa, gorra y plumilla.  
Llamóme el César pariente,  
Y vista su presunción,  
O por loco ó por bufon,  
Le da silla en que se siente;  
Y siguiéndole el humor  
Siempre en sus acciones todas,  
Porque alegrase sus bodas,  
Le llevó el Emperador  
Consigo aquella jornada,  
Donde en Sevilla se halló  
Tan valido, que se vió  
Su persona mejorada.  
Por la locura que ostenta,  
Sin descaer de su estado,  
Se sabe que ha granjeado  
Dos mil ducados de renta.  
Vinose á aqueste lugar  
Por ser, por lo presumido,  
Del suyo mal recibido.

DON ANTONIO.

Será un hombre singular.

FABIO.

Mira si gustas servir  
A un orate confirmado.

DON ANTONIO.

Mientras dura mi cuidado,  
Así me pienso encubrir;  
Que con lo que me refieres  
Me ha dado mayor deseo.

FABIO.

Harémos muy buen empleo.

DON ANTONIO.

Fabio, no te desespere.

FABIO.

¿No me he de desespere?

DON ANTONIO.

No, pues no me desespere.

FABIO.

A costa de mi dinero  
Te puedes aventurar ;  
Que con él has de suplir  
Las faltas de la razon ;  
Porque ayunar no es razon ,  
Y ya lo empiezo á sentir ;  
Mas advierte que aqui sale,  
Y el Alcalde le acompaña.

DON ANTONIO.

Es una figura extraña.

FABIO.

No hay ninguno que le iguale.

DON ANTONIO.

Vámonos; que no es mi intento  
Que por ahora me vea.

FABIO.

Como tú quisieres sea,  
Vamos; un loco hace ciento.

(Vanse.)

*Salen DON COSME, ridiculamente vestido de luto; EL ALCALDE y FUENCARRAL.*

DON COSME.

Yo soy don Cosme de Armenia  
(Alcalde y fratelo mio),  
Desde el arca del diluvio  
Derivado y procedido ;  
Que , como afectó mansion  
Aquel nadante edificio  
En los escollos de Armenia ,  
Donde tomé mi apellido,  
Noé, mi señor abuelo,  
Dió cuidado al tercer hijo  
Que á mi estirpe generosa  
Le diese honroso principio ;  
Y así, de lo mas selecto,  
Puro, substancial y primo  
De su sangre me engendró  
Para honra de estos siglos ;  
Tanto, que, en su parangon  
Con lo terso y con lo limpio,  
Son escoria los cristales,  
Son basura los arminios.  
Yo, que estaba descuidado,  
Retirado y recogido  
En mi patria de este sol  
Corto, y estrecho epiciclo,  
Acertó á pasar por ella  
El famoso Carlos Quinto,  
Que iba á casarse á Sevilla  
Con la hija del invicto  
Don Manuel de Portugal.  
Vile, víome, y conocido  
Por su cercano pariente,  
Quiso llevarme consigo ;  
Que , si no lo ha por enojo,  
Yo y el César somos primos  
Por la linea de Jafet ;  
Esto lo saben los niños.  
Y si no me engaña el árbol  
Que curiosos han escrito,  
Está nuestro parentesco  
A grados seis mil y cinco.  
Dos soles vieron á un tiempo  
En el bético distrito.  
Veraniego el de don Cosme,  
Y el de Carlos invernizo.  
El, viendo cuán mal se avienen  
Dos luminosos abismos  
De esplendor en corto espacio  
(Escarmentado en el hijo  
Del planeta Barbarroja,  
Que , atropellando los signos,  
En la etiope sarten  
Dejó á sus patriotas fritos),  
No quiso que allí asistiese,  
Y con rigor expulsivo,

Me retrocedió á Almodóvar,  
Mi solar y centro antiguo.  
No sé yo si el buen Alcalde  
Mi periodo habrá entendido ;  
Que le juzgo, en la fachada,  
Que es poco metafórico.  
Diga la verdad.

ALCALDE.

Señor,

Aunque tengo aqeste oficio,  
No me le dieron por letras,  
Si por hombre bien nacido ;  
Que, si por letras se diera,  
Juro por el pan bendito  
Que de toda la cartilla  
Nunca he pasado del *Christus*.

DON COSME.

Segun eso, ¿ estará ayuno  
Del discurso narrativo,  
Sin entenderme palabra ?

ALCALDE.

Es así como lo ha dicho.  
Habrarne de esa manera  
Es meterme en leborrintios ;  
Por acá solo se habra  
Pan por pan, vino por vino.

DON COSME.

Digo (pues que el buen Alcalde  
Es tanto del plebeismo)  
Que el Emperador, mi deudo,  
Ha gustado y fué servido  
Que con dos mil escudejos  
De renta hiciese retiro.  
A Almodóvar, mi solar ;  
Esto, haciéndome marido  
De la hermosa Zacateca,  
Hija del cacique Urriquo,  
Nacidos en Chuquizaque  
Y á España recién venidos ;  
Con la cual y con mi suegro,  
Y el aparato debido  
A nuestras autoridades,  
A Almodóvar nos volvimos ;  
Donde, de comer los dos  
Ensaladas de pepinos,  
Pagando la postrer deuda,  
Se pasaron á otro siglo.  
Murió al fin mi cara esposa,  
Murió mi suegro querido,  
Sin haber visto del dote  
Ni un papagayo ni un mico.  
Quedé con dos mil de renta,  
Corta hacienda al fausto altivo  
De mi garbo, porque soy  
De España grande legitimo.

ALCALDE.

¿ Qué es grande ?

DON COSME.

Forrar meollo  
Con fieltro y tafetan liso  
Delante el Emperador.

ALCALDE.

Cobijarse, ya he entendido.

DON COSME.

El Emperador, mi deudo,  
Cubrirme cien veces hizo,  
Con que soy cien veces grande.

ALCALDE.

¿ Tantas ? Nunca tal he oído.

DON COSME.

Parecióme el lugarejo  
De Almodóvar corto sitio  
Para ostentar mi grandeza,  
Y sus villanos malignos.  
Quise venirme á Toledo,  
Mas, por un mal de zollipo  
Que tengo, temí sus calles ;  
Y este lugar he escogido,

Que me dicen que es su temple  
Sano, apacible y benigno,  
Igual á mi complexion.  
Vengo un poco deslucido  
De criados de mi casa ;  
Que de Almodóvar los hijos  
No se quieren destetar  
De los paternos bodigos ;  
Y así, le rogué al Alcalde,  
Dándome el recien venido,  
Que me inquiriesen sirvientes,  
Advirtiendo que me sirvo  
Con puntualísimo afecto,  
Y que el criado que elijo,  
Han de concurrir en él  
Lo noble, discreto y limpio.

ALCALDE.

Señor, de lo mas granado  
Del pueblo os traigo escogido  
Lo mejor.

DON COSME.

Yo he menester

Cosa de seis pajecillos.

FUENCARRAL.

Para llenarse de sarna,  
En entrando, de improviso,  
O para lamer los platos,  
Si no los hallan lamidos.

DON COSME.

Un prudente mayordomo,  
Un camarero solicitio,  
Un maestresala severo  
Con fondo en caballerizo ;  
Sobre todo, un secretario,  
Que, como tan mal escribo  
(Propio de hombres de mi porte),  
Me deshago, me destrizo  
En escribir de mi mano.

ALCALDE.

En todo seréis servido ;  
Todos esperan afuera.

DON COSME.

A remunerar me obligo  
El cuidado del Alcalde ;  
Que soy muy agradecido.

ALCALDE.

Al punto entrarán aqui. (Vase.)

DON COSME.

Mas hombre de bien no he visto  
Que el Alcalde.—Fuencarral,  
¿ Qué te has hecho ?

FUENCARRAL.

Andar perdido  
En busca de aqeste alcalde.

DON COSME.

Pues ¿ en lugar tan sucinto  
Te pierdes ?

FUENCARRAL.

Para otra vez  
He menester, como á niño,  
Traer puesto en las espaldas  
Rótulo de pergamino.

DON COSME.

¿ Qué vulgar gracioso eres  
Cuándo no pecas en frio !

FUENCARRAL.

He jurado en cantimplora,  
Y así tengo helados dichos.

*Salen EL ALCALDE, con TORIBIO,  
LLORENTE y DON ANTONIO, de  
estudiante.*

ALCALDE.

Aqui tienes los sirvientes.

DON COSME.

¿ Cómo os llamais ?

TORIBIO.  
¿Yo? Toribio

De Poncil.

DON COSME.

Toribio Ponce  
Desde este día os confirmo;  
Vos seréis mi camareero.  
¿Teneis capricho en vestiros?

TORIBIO.

Hasta ahora no le tuve,  
Mas no faltará capricho.

DON COSME.

Decidme vos vuestro nombre.

LLORENTE.

Llorente Berros me digo.

DON COSME.

Don Llorente de Barrasa  
Sea hoy mas vuestro apellido;  
Mi maestresala seréis.

LLORENTE.

¿Qué es maestresala?

FUENCARRAL.

Esto es lindo;

Jugar, Señor, á dos manos  
El azote y los cuchillos  
Con los pajes y en la mesa.

LLORENTE.

A maestresala me inclino,  
Por dar tajos y reverses  
En lo asado y lo cocido.

DON COSME.

Me gusta, á fe de quien soy;  
Es bueno el despejo y brio.  
¿El nombre?

FABIO.

Pascual me llamo

Zapatero.

DON COSME.

No lo admito.

¿Zapatero? No me gusta.

FABIO.

Es sobrenombre, no oficio.

DON COSME.

Llamáos don Pascual Zapata;  
De Zapatero derivó  
El Zapata.

FUENCARRAL.

Así lo harán

Muchos figuras del siglo.

DON COSME.

Mi mayordomo mayor  
Os hago.

FABIO.

Si en eso os sirvo,  
En ese oficio me empleo.

DON COSME.

Si; que en vos he conocido,  
Si el fisionómico objeto  
No engaña los ojos míos,  
Que para tomar mohatras  
Sois especial, sois unico.—  
Vos ¿cómo os llamáis, nancebo?

DON ANTONIO.

Yo me llamo don Domingo  
De Zurdacaci.

FUENCARRAL.

¿De qué?

DON ANTONIO.

De Zurdacaci.

FUENCARRAL.

Maldigo

El apellido cien veces.

¿Debeis de ser vizcaíno?

DON ANTONIO.

Si, Señor.

FUENCARRAL.

Yo lo jurara.

DON COSME.

Parece que han merecido  
Solo la pluma esta gente;  
Raer el don es preciso  
Si os hago mi secretario.

DON ANTONIO.

Dalde, Señor, por raído.

DON COSME.

Y aun el vestido repudio.

DON ANTONIO.

Por causa de un beneficio  
Que tengo, ando desta suerte.

DON COSME.

Traelde, mientras le pido  
Al Papa un caballerato,  
Para que podais vestiros  
De seglar, y gozar dél.

DON ANTONIO.

Yo, señor don Cosme, escribo  
Francés, redondo, bastardo,  
Gótico, asentado, grifo,  
Procesado, y en seis lenguas.

FUENCARRAL.

Sabeis mas que Galepino.

DON ANTONIO.

Escribiré en todas ellas  
A un conde, á un duque, á un obispo,  
A un principe, á un potentado,  
Aunque sea el Palatino;  
A un rey, á un emperador,  
Y al que se pone el anillo  
Y tiara de san Pedro.

DON COSME.

Hombre, ¿de dónde has caído,  
Tan nacido para mi?

¿Tuvo mas dicha un judío?

DON ANTONIO.

Hago mis pocos de versos,  
Y en culto tambien escribo.

DON COSME.

¿En culto! ¿qué mas deseo?

FUENCARRAL.

¿Vive Dios, que le ha venido  
La horma de su zapato!  
Topó Sancho á su rocino.

DON COSME.

Solo contador me falta.

DON ANTONIO.

De castellano y guarismo  
Sé tambien sus reglas todas.

DON COSME.

Tambien baréis ese oficio.

ALCALDE.

Los pajes traeré mañana.

DON COSME.

Al secretario remito  
La eleccion de todos ellos.

DON ANTONIO.

Es favor muy excesivo.

DON COSME.

Zardacáz, mi secretario,  
Asentaréis en mis libros  
A don Pascual, don Llorente,  
A vos y al buen don Toribio.

(Vanse.)

Salen LEONOR y MARINA, de villanas.

LEONOR.

En este prado, que Flora  
Esmalta de bellas flores,  
Donde en su espacio atesora,

Entre lucidos colores,  
Su aljófar blanco la aurora;  
Aqui, donde ve Amaltea  
Su bella copia esparcida,  
Y en los cuadros que bermosea  
La república florida,  
Con aromas nos recrea;  
Vengo para no encontrarme  
Con Lauro, que, amando firme,  
Pasa á necio y á cansarme;  
Que aqui podré divertirme,  
Y sin su vista alegrarme.

MARINA.

Tanta es tu riguridad  
Como su mucha paciencia.

LEONOR.

Si te he de decir verdad,  
Cuanta mas es su asistencia  
Es menos mi voluntad.

MARINA.

Notable es tu rebeldía.

LEONOR.

Quiérole mal.

MARINA.

No es razon.

LEONOR.

Da ocasion con su porfía;  
Que amar con tanta pasion,  
Si á otra enciende, á mi me enfria.

MARINA.

¿No es igual para tu esposo?  
Si lo quiere vuestro padre,  
¿Obedecer no es forzoso?

LEONOR.

Quien con mi gusto no cuadre,  
Está de serlo dudoso.

MARINA.

Tu esquivaza vitupero.

LEONOR.

No es de mi gusto, Marina.

MARINA.

¿Sabes, hermana, qué infierio?

LEONOR.

¿Qué?

MARINA.

Que á otra parte se inclina

Tu amor.

LEONOR.

¿Dónde?

MARINA.

Al forastero.

LEONOR.

Prométote que me agrada  
Su término y cortesía.

MARINA.

¿Confesaráste obligada?

LEONOR.

¿Tan presto? No, hermana mia.  
Júzgame mas recatada.  
Yo gozo mi libertad.  
Mas cuando inclinarme hubiera,  
Servida con igualdad,  
Te aseguro que pusiera  
En Celio la voluntad.

MARINA.

No porque sirva cortés,  
Debes de Celio agradarte;  
Que en Lauro hay mas interés.

LEONOR.

Dél puedes aficionarte,  
Pues tan de tu gusto es;  
Que, si yo hubiera de amar,  
A Celio diera lugar  
Para ser de mi admitido.

MARINA.  
¿Sin ser de tí conocido?

LEONOR.  
No me pueden engañar  
Partes que tiene exteriores  
(Aunque yo ignore quién sea),  
Dignas de alcanzar favor.

MARINA.  
Los tuyos sé que desea.

LEONOR.  
Antes verá mis rigores.

Sale DON ANTONIO.

DON ANTONIO.  
Menos rutilante dora  
El campo el mayor farol,  
Pues á la deidad del sol  
Afrentas con dos, Leonora.  
Mas ufana mira Flora  
Esta alfombra que hermosa  
Tu pié, divina Amaltea,  
Pues con mas vivos colores  
La belleza de las flores  
Nuestra vista lisonjea.  
La república vistosa  
Que aromas tributa al prado  
Le debe á este pié abreviado  
Fecundidad mas copiosa.  
Menos lozana la rosa,  
Asistir se viera aquí  
Con lo blanco y carmesi;  
Pues si tiene presunciones,  
Es ya por las perfecciones  
Que ha recibido de tí.  
Armonia ofrecen grata  
Estas cristalinas fuentes,  
Siendo en liquidas vertientes  
Citaras de undosa plata.  
Alegre canto dilata  
Turba alada que le espera  
Con música lisonjera,  
Pues entre piras de flores,  
Varios pájaros cantores  
Te aclaman su primavera.  
¿Que mucho, Leonor gentil,  
Que al sol le causes desmayos,  
Cuando de usurpas sus rayos  
Para afrenta del abril?  
Un alma tengo, y si mil,  
Hermosa Leonor, tuviera,  
Con ella las ofreciera  
A tu divina beldad;  
Accion de una voluntad  
Que en amarte persevera.

LEONOR.  
Celio, aunque de vos infero  
Que amais, á sentir me allano  
Que, si sois muy cortesano,  
Teneis mas de lisonjero.  
Como esto en vos considero,  
Y lo llevo á conocer,  
No me atreveré á creer  
Ser vuestra alición perfeta,  
Porque pareceis poeta  
En esto de encarecer.  
La mas fina voluntad  
En su dueño exagerada,  
De hipérboles apoyada,  
Es sospechosa verdad;  
Mas pierde la autoridad  
Cuanto mas la ponderéis.

DON ANTONIO.  
Agravio á mi amor le haceis  
Si crédito no le dais.

LEONOR.  
Será exceso lo que amais,  
Si es como lo encareceis.

DON ANTONIO.  
No acuseis á mi rudeza  
Faltas de que no os alabe;  
Que es tan torpe, que no sabe  
Ponderar tanta belleza;  
Mas, si en vos naturaleza  
Puso, con tal perfeccion,  
Partes tan grandes, que son  
Alientos de mi esperanza,  
Lo que faltó en la alabanza  
Sobró en la contemplacion:

MARINA.  
No perderá la fineza  
Por lo mal significada;  
Lo encarecido me agrada.

DON ANTONIO.  
No llega á tanta belleza.

LEONOR.  
No os creo.  
DON ANTONIO.  
¿Hay tal entereza!

LEONOR.  
¿No sois hombre?  
DON ANTONIO.  
Y con amor.  
LEONOR.

¿Cuál le tiene?  
DON ANTONIO.  
¿Qué rigor!

Yo le tengo.  
LEONOR.  
El tiempo quiero  
Que me asegure primero.  
DON ANTONIO.  
Pues él será mi fiador.

Salen EL ALCALDE, FUENCARRAL  
Y DON COSME.

DON COSME.  
No me desagrada el casco  
Del lugar.

ALCALDE.  
¿Lugar? Es villa,  
De este reino de Toledo  
La mas principal y antigua.

DON COSME.  
¿Tiene équites generosos?  
ALCALDE.

No entiendo.  
DON COSME.  
A la plebeisma  
Está templado el Alcalde.

¿No entiende de prosa crítica?  
FUENCARRAL.

¿Si hay caballeros aquí?  
ALCALDE.  
De eso hallará carestía;  
Hidalgos de buena data,  
De alcornias bien ingreidas.

DON COSME.  
¿Qué cantidad?  
ALCALDE.  
Hasta dos.

DON COSME.  
Propónganse sus familias.  
ALCALDE.  
Nada quedan á deber  
A cualquiera que los sirva.

DON COSME.  
Adefesios respension.  
FUENCARRAL.  
Dice que si multiplican  
Hidalgos de su linaje.

ALCALDE.  
¿Oh! Solo Pero Botija  
Tien diez hijos, todos machos,  
Y otros tantos Juan Parrilla.

DON COSME.  
Me agrada, á fe de quien soy;  
Fecundante genitricia.  
¿Hay diversion?

ALCALDE.  
¿Conversion?

¿De quién?  
FUENCARRAL.  
Casa entretenida  
De juego, quiere decir.

ALCALDE.  
Temporadas se ejercita.  
DON COSME.  
¿A qué juegos?

ALCALDE.  
Al rentoy,  
Y tambien á la malilla.

DON COSME.  
¿Con la lengua ó con los naipes?

ALCALDE.  
Con todo, si se emberrinchan.  
DON COSME.

¿No usan tal vez la carteta,  
Y con encaje las pintas?

ALCALDE.  
No, Señor.  
DON COSME.  
Mal gusto tienen.  
Yo pasaré triste vida  
En el corto lugarejo.

¿Y de la esfera feminea  
Hay faces de buena data?

ALCALDE.  
No entiendo á su señoría.  
DON COSME.

Si del femenino sexo  
Hay perfecta simetria.  
ALCALDE.

Menos lo llevo á entender.  
FUENCARRAL.  
Dice si en Orgaz hay niñas  
De buena cara.

ALCALDE.  
Eso sí;  
Cuatro tengo yo muy lindas,  
Que es para alabar á Dios.  
Hizo por santa Lucia  
Nueve años la mayor dellas;  
Hila como una perdida.

FUENCARRAL.  
De mas edad las desea.  
ALCALDE.

Asi yo no lo entendia;  
Hay aquí muy buenas mozas.  
DON COSME.

¿Pésia á tal!  
ALCALDE.  
 Toda Castilla  
No las tiene como Orgaz,  
De hermosas.

DON COSME.  
¿Hermosísimas?  
ALCALDE.

Veráslas un dia de fiesta,  
En la iglesia oyendo misa,  
Mas frescas que una albahaca,  
Mas que una espetera limpias.  
Un labrador tiene aquí  
A dos doncellas por hijas,  
La flor de toda la tierra;  
Tal son Leonor y Marina.

Mas ¿qué me canso en loarlas,  
Si ya las tiene á la vista?  
Que han salido á ver el prado.

FUENCARRAL. (Ap.)

Y por Dios, que se le arrima  
El secretario á la una.  
¡Oh, qué de cerca la mira!  
No es muy bobo ni muy lardo.

DON ANTONIO.

Adios, mi Leonor querida;  
Que no puedo aqui esperar.  
De tus ojos me desvia  
La gente que al prado viene  
A estorbar, con su venida,  
Que no goce deste bien.

LEONOR.

Adios.

DON ANTONIO.

Adios, prenda mia,  
(*Vase hácia don Cosme.*)

DON COSME.

Gústame, á fe de quien soy,  
La mozueta; es muy jarifa.  
¿A questo produce Orgaz?

ALCALDE.

Si, Señor.

DON COSME.

Me refocila.—

Zurdacay, secretario,  
¿Quién es la labradorcilla  
Con quien hablabais?

DON ANTONIO.

Señor,

De Lorenzo de la Encina,  
Un honrado labrador,  
Es hija mayor.

DON COSME.

Se inclina

Mi gusto á confabular  
Con ella; dalde noticia  
De quien soy y del deseo.

DON ANTONIO.

Yo os serviré. (Ap. ¿Qué desdicha,  
Que aqui hubiese de venir!)

FUENCARRAL.

¡Por Dios, que no es tuerta ó bizca!  
La hermanaja me contenta;  
En viéndola entretenida  
A la mayor, yo me llevo  
A ella.

DON ANTONIO.

Leonor mia,  
Don Cosme de Armenia; ay Dios!  
Quiere hablarte, y yo querría  
Que lo mas presto que puedas  
Le hables, y te despidas.  
Señoría has de llamarle.

LEONOR.

Figura entre señorías  
Puede ser el tal don Cosme.

DON COSME.

Lleguemos; que se apropinca.—  
Dios guarde la labradora.

LEONOR.

Y á vos, Señor.

DON COSME.

Por mi vida,

Que teneis rebuena cara.  
¡Orgaz estos rostros cria!  
¿Cómo es el nombre?

LEONOR.

Leonor.

DON COSME.

Por el siglo de mi prima,  
Que me habeis ateluyado  
Cuanto de requiem traía;

Que ese garbo y ese brio  
Es tímulo de amicitia,  
Y el recreo de los ojos  
Mi cuerpo desintestinan.

LEONOR.

¿Venis, Señor, á burlaros?

DON COSME.

¿Cómo á burlar? Por la línea  
Del patriarca mi abuelo,  
Que, olvidando chiliudrinas,  
Son cuantas digo verdades;  
Que aturde, encanta y hechiza  
Ese simétrico palmo,  
Esa beldad serafina.

¿Es labrador vuestro padre?

LEONOR.

Si, Señor.

DON COSME.

¿Qué corta dicha  
Tengo en que no fuese conde!

LEONOR.

¿Por qué causa?

DON COSME.

Porque habia  
De honraros como á mi esposa;  
Mas, pues no me facilita  
El villano estirpe el serlo,  
Humanaos á concubina  
Del mas noble caballero  
Que las historias antiguas  
Celebran en prosa y verso.

LEONOR.

Suplico á vuesañoría  
Me trate con mas respeto;  
Que, aunque en humildad nacida,  
Me precio de ser honrada.  
Haga de mi mas estima;  
Que si, villana, no igualo  
A la noble jerarquia,  
Mis pensamientos la exceden.

DON COSME.

¡Altivez remontativa!

DON ANTONIO.

Ya estoy con menos temores;  
Que Leonor es entendida,  
Y ha de despreciar de un loco  
Los amores y caricias.

(*Llégase Fuencarral á Marina.*)

FUENCARRAL.

Vuesamerced, mi señora,  
Vuelva el rostro, si se digna  
De hablar con este sirviente,  
Que ya apetece su vista.

MARINA.

¿Qué manda vuesamerced?

FUENCARRAL.

¡Oh cuerpo de mí, qué linda!  
¿Qué lindaza y qué lindona  
Es vuesarced! ¿No sabria  
Cómo se llama, mi reina?  
Por mi fe, que me lo diga.

MARINA.

Pues ¿qué le importa saberlo?

FUENCARRAL.

Mucho, porque la codicia...

MARINA.

¿Quién?

FUENCARRAL.

¡Mi alma, cuando menos.  
¿Cómo se llama?

MARINA.

Marina.

FUENCARRAL. (*Llegándose.*)

¡Ay Marina de mi alma!

MARINA.

Apártese allá.

FUENCARRAL.

Cherisca,

Cheribayo.

MARINA.

¿Qué?

FUENCARRAL.

Un favor.

MARINA. (*Dándole un bofetón.*)

Tome, si dél necesita.

DON ANTONIO.

¿Qué ha sido?

FUENCARRAL.

No ha sido nada;

Fué tomarle la medida

Al tamaño de este rostro.

¡Por Dios, que es la moza arisca!

Salen LORENZO, villano viejo, y UN  
CABALLERO del prior de San Juan.

LORENZO.

Aquí está el señor Alcalde.

ALCALDE.

¿Qué hay, Lorenzo?

LORENZO.

Todo el día

Os andamos á buscar.

ALCALDE.

Tengo la condicion misma

Del Rey, que donde no está

No le hallan.

CABALLERO.

Aquí os traía

Del gran Prior esta carta.

ALCALDE.

¿Del gran prior de Castilla,  
Don Fernando de Toledo?

CABALLERO.

Del mismo; tomad.

ALCALDE.

¡Qué dicha!

CABALLERO.

El habia de venir;

Mas un achaque le obliga

A hacer cama y á quedarse;

Y así, en su lugar me envia.

ALCALDE.

Pues yo no la sé leer;

Léala su señoría

Por mí.

DON COSME.

Mostrad; que me place.

Así dice la misiva:

(*Lee.*) «Luego que el Alcalde reciba  
esta, se vea con Lorenzo de la Enci-  
na, un labrador de ese lugar, que  
tiene, en nombre de hija suya, á doña  
Leonor de Toledo, mi sobrina, hija  
de un caballero de la casa de Alba.  
Yo habia de ir por ella; mas, por estar  
indispuesto, va en mi lugar don Die-  
go de Toledo, mi dendo; lleva vesti-  
dos, carrozas y gente que la acompa-  
ñe hasta Consuegra, donde la espero.  
Hágame merced que la partida sea  
luego, con el decoro que se debe;  
que lo agradeceré.— *El gran Prior.*»

ALCALDE.

¡Juro á mí, Lorenzo hermano,  
Que me huelgo que esa niña  
Sea hija de tales padres!

LORENZO.

Encubierta la tenia

Hasta ahora, como veis,

Con el nombre de mi hija,

Desde que la traje á Orgaz.

ALCALDE.

No hay hombre en toda la villa  
Que haya pensado otra cosa.

LORENZO.

Una tarde que venia  
De la ciudad de Toledo,  
De un cigarral que en la cima  
De ese ribazo hace asiento,  
Y al hermoso Tajo mira,  
Oigo que me están llamando  
A voces con mucha prisa.  
Vuelvo del camino, llego,  
Y atando allí la pollina,  
Subo á ver quién me llamaba,  
Por una escalera arriba,  
Hallo en la primera sala,  
Con manto y tocas tendidas,  
Una venerable dueña,  
Que me pregunta dónde iba.  
Yo se lo dije, y sacando,  
Envuelta en ricas mantillas,  
Una niña, me la da,  
Diciendo que importaría  
Que en mi lugar se criase;  
Y ofreciome, por primicias  
De la paga, una cadena,  
Que pesa mas de una libra  
De oro, que tengo guardada.  
Yo, tomando mi chiquilla,  
Traté de criarla en casa,  
Porque acertó á estar parida  
Mi mujer de esotra moza.  
Desde aquel día me libran  
Cada pascua cien ducados,  
Y galas con que se vista  
Leonor á la usanza nuestra.  
Yo, haciendo buena mochila  
Deste dinero, he comprado  
Olivares, casas, viñas,  
Y estoy rico, gloria á Dios.

ALCALDE.

Es la historia peregrina.

MARINA.

¿Qué es esto, Leonor hermosa?

LEONOR.

¡Haberme dado esta dicha  
Los cielos, naciendo noble,  
De prosapia ilustre y limpia!

MARINA.

¿Llevarásme allá contigo?

LEONOR.

Tendríte en mi compañía,  
Como hasta aquí, como hermana.

MARINA.

¿Seré allá doña Marina?

LEONOR.

Claro está.

MARINA.

Estaráme bien.

LORENZO.

Dadme vuestros brazos, hijas;  
Mal dije, doña Leonor.

LEONOR.

Amor de padre me obliga  
Tenerte siempre respeto  
Mientras yo tuviere vida.

DON COSME.

No se ponen mal los bolos  
Con la moderna noticia  
De que ya es noble Leonor;  
Ya emprendo aquesta conquista.  
Aspiremos á himeneo  
Con festejarla y servirla;  
Ya olvido el concubinarne,  
Aun pensarlo es proserfia.—  
Decid, Señor, al Prior  
Cómo ha leído su epistola  
El gran don Cosme de Armenia,

Y á no estar con las insignias  
Fueñas de su viudez,  
Era la ocasion precisa  
Para ir acompañando  
La beldad de su sobrina;  
Que le doy mil norabuenas,  
Y que, pasados diez días,  
En que el año viudal  
Cumplo, le haré una visita  
Con expulsion de hayetas;  
Que no es bien que mi tristicia  
Asume por sus umbrales  
Cuando es tiempo de alegría.

CABALLERO.

Yo se lo diré al Prior.

DON ANTONIO.

No va mal, bien se encamina  
Mi pretension deste modo;  
Estaráme bien que asista  
Don Cosme, amante en Consuegra  
De esta beldad peregrina;  
Que allí le diré quién soy.

DON COSME.

Venid, señora sobrina;  
Que ya por la casa de Alba  
Somos todos de una pinta,  
Y yo muy cercano deudo.

LEONOR.

De tal favor soy indigna.

DON COSME.

El brazo tomad.

LEONOR.

¡Señor!

DON COSME.

Esto ha de ser, no resista  
Vuesñoría; que ya  
Bien merece señoría. *(Dale la mano.)*  
*(Ap. Flechas de amor son sus ojos,*  
Penetrantes, punzativas;  
¡Los pulmones me ha abrasado!)  
¡Hola! los coches, aprisa.

## JORNADA SEGUNDA.

Salen EL GRAN PRIOR DE SAN JUAN  
y DON IÑIGO, caballero.

PRIOR.

Seais, primo y señor, muy bien venido.

DON IÑIGO.

Vos, primo, gran Prior, muy bien halla-  
Que no exagero el gusto que he tenido  
De veros en Consuegra descansado.

PRIOR.

No es nuevo el ser de vos favorecido,  
Y todo lo debéis á mi cuidado;  
Que siempre he deseado con afecto  
Ver de vuestros aumentos el efecto.

DON IÑIGO.

La nueva del empleo de mi hermano,  
Del que supe habrá muy poco en Lombar-  
Del servicio del César soberano [día,  
Y del Duque, mi tío, me desvia.

PRIOR.

¿Cómo dejais al gran monarca hispano?

DON IÑIGO.

De nuevo le dejé sobre Pavia.

PRIOR.

¡Gran valor!

DON IÑIGO.

Por sus hechos se le debe  
El décimo lugar entre los nueve.

PRIOR.

Mi padre ¿queda bueno?

DON IÑIGO.

Está gallardo.  
Como es Alba de un César generoso,  
Alumbra siempre aquel país lombar-  
Precursora del sol tan luminoso: [do,  
Mas sus cartas (que en dar he sido tar-  
Os dejarán, leyéndolas, gustoso, [do)  
Y las nuevas que os doy, acreditadas.

PRIOR.

Han sido con afecto deseadas, [ña  
Sabed, primo y señor, que me acompa-  
Una dama en mi casa, y decir puedo  
Que es su hermosura la mayor de Espa-  
Y como á tal el labio le concedo. [ña,

DON IÑIGO.

¿Quién es?

PRIOR.

Venida por ventura extraña,  
Hija de don Garcia de Toledo,  
Embajador en Roma.

DON IÑIGO.

¿Dónde estaba?

PRIOR.

En Orgaz encubierta se criaba;  
Su madre, retirada en un convento,  
Espera de mi primo la venida,  
Y él me escribió de Roma que al mo-  
A Consuegra su hija sea traída. [mento  
Al punto obedeci su mandamiento.  
Aqui la tengo, y es de mi servida.  
En cuanto de su gusto se le ofrece;  
Mas no hago nada, que ella lo merece.  
Un don Cosme de Armenia (humor

[gracioso),

Que á Sevilla llevó el César consigo,  
Con quien su majestad se halló gus-  
DON IÑIGO. [so...

Conózcole muy bien, y soy su amigo.

PRIOR.

Este, para vivir con mas reposo,  
Se vino á Orgaz, y en la ocasion que digo  
Que traje á mi sobrina, me ha enviado  
Con el que fué por ella un gran recado.

DON IÑIGO.

¿Que don Cosme de Armenia en Orgaz  
Tengo de verle. [viva!

PRIOR.

Dice, afirma y jura  
Que de Noé su estirpe se deriva  
Por línea recta.

DON IÑIGO.

¡Es célebre figura!

El tema nada tiene de inventiva,  
Pues que descende dél toda criatura.

PRIOR.

Lo que de nuevo aqueste tema tiene  
Es el decir que él solo de allí viene.  
Ayer se cumplió el plazo prometido  
En que ha señalado su venida.

DON IÑIGO.

Y si con vos le traéis entretenido,  
Pasaréis en Consuegra alegre vida;  
Siendo de vos honrado y aplaudido.  
Su persona tendréis desvauecida,  
Agasajando á un gran truhan de fama,  
Que entre los suyos príncipe se llama.

Sale FUENCARRAL, con fletro de camino.

FUENCARRAL.

¡Gracias á Dios, que he topado  
Con palacio!

DON IÑIGO.

¡Fuencarral!

SEÑOR. ¿hay ventura igual  
A la mía? ¿Aquí has llegado?

DON IÑIGO.  
Todos estamos acá;  
Besa la mano al Prior.

SEÑOR.  
Los dos piés será mejor,  
Si con gusto me los da.

PRIOR.  
¿Quién es, primo?

SEÑOR.  
Es un lacayo  
De don Cosme, hombre importante,  
Que no nació semejante  
Desde un mayo hasta otro mayo;  
Viénete á ver, gran Prior,  
Don Cosme, y le ha parecido  
Hacerte desto advertido,  
Siendo yo su precursor.

PRIOR.  
Humor tiene.  
DON IÑIGO.  
Es extremado.

SEÑOR.  
Es razon; y así, conviene  
Que, cuando el amo es soleno,  
Sea media fiesta el criado.

PRIOR.  
Estimaré, como es justo,  
De don Cosme la llegada;  
Porque ha sido deseada  
Con afecto y sumo gusto.

DON IÑIGO.  
¿Que haya venido aquí  
El gran don Cosme!

SEÑOR.  
Es su intento  
Vivir en Orgaz de asiento.

DON IÑIGO.  
Y eso ¿es cierto?

SEÑOR.  
Debe de haber veinte días  
Que á Orgaz habemos llegado,  
Que á su patria han tripulado  
Sus leves sienes vacías;  
Allí vino de Sevilla.

DON IÑIGO.  
¿Con aquella hermosa indiana,  
Con quien se casó en Triana?

SEÑOR.  
Con quien le dieron papilla,  
De achaque de refriados  
Ella y su padre cayeron  
Enfermos, y se murieron,  
Con que alivió sus cuidados.  
Dos Galenos homicidas  
Les dieron fin; ¡gran poder!  
Que un suegro y una mujer  
Tienen mas de treinta vidas.  
De suegro y mujer viudo  
Hizo sentimiento poco;  
Que quien llora á un suegro es loco,  
Y quien le canta, sesudo.  
Agrídulce se obstentó  
Al pueblo, y fué, á mi entender,  
Tras de perder la mujer,  
Por lo que el César le dió.  
Viéndose pues hacendado,  
Vano, presumido y necio,  
Daba en tratar con desprecio  
Al mas rico y estirado.  
Revelado el villanaje  
Contra su altivez al fin,  
Como suelen al mastin  
Hacer los gozques ultraje,

Tal se halló mi presumido  
De villanos acosado,  
Con que á su patria ha dejado,  
Y á Orgaz, Señor, se ha venido.

DON IÑIGO.  
¿Cómo le va de locura?

SEÑOR.  
Gracias á nuestro Señor,  
Cada día está peor,  
Siempre su tema le dura;  
Ha dado ahora en pensar  
Que si en España tuviera  
Un lugar, que dél pudiera  
Nuevo título tomar,  
Y ser grande hecho y derecho;  
Porque tal se juzga ya...

DON IÑIGO.  
Si en eso no mas está,  
Dalo, Fuencarral, por hecho;  
Que yo tengo un cigarral,  
Que está cerca de Toledo,  
De donde decirle puedo  
Que es marqués.

PRIOR.  
No decis mal;  
Mas, pues él os ha de ver,  
Decirle mejor sería  
Que este título le envía  
Con vos el César.

DON IÑIGO.  
Placer  
Me habeis en la traza dado.

SEÑOR.  
No dudo yo que logréis  
La burla, que le dejeis  
De juicio ya rematado;  
Mas él debe de venir.

PRIOR.  
Ya nos lo dice el rumor  
De la gente.

DON IÑIGO.  
Gran Prior,  
Salgámosle á recibir.

SEÑOR.  
*Salen DON COSME, galan de figura,  
acompañamiento y DON ANTONIO,  
galan, vestido de seglar.*

PRIOR.  
Sea vuestra señoría  
Muy bien venido á su casa.

DON COSME.  
Para recibir merced  
De usia es mi llegada.

PRIOR.  
¿Cómo viene vuecelencia?

DON COSME.  
(Ap. Eso sí, pésia á mis barbas,  
Quien exceclencia quisiere,  
Anticipese á llamarla.)  
Para servir á su lencia;  
Esta tierra de la Sagra  
Es tan estéril de coches,  
Que raras veces se hallan,  
Aunque den por uno solo  
Los dos ojos de la cara;  
Y así, he venido de Orgaz  
En una tordilla haca,  
Que, á tener vuelo, de tordo  
Pudiera bien estimarla;  
Mas es de tan realzado  
Trote, que traigo las ancas,  
Con la gran trotonería,  
Mas que bayeta frisada.

PRIOR.  
A saber yo su venida,  
Mi carroza le enviara.

DON COSME.  
Hiciéraisme gran merced.

DON IÑIGO.  
¿Don Cosme!

DON COSME.  
¿Ventura tanta!  
¿Vos, don Iñigo, en Consuegra?

DON IÑIGO.  
Llegué aquí de vuestra patria,  
Adonde á buscaros fui.

DON COSME.  
Pues ¿hay algo de importancia  
En que yo pueda serviros?

DON IÑIGO.  
Al partirme para España,  
Me mandó el César que os viese,  
Y que os trajese una carta  
Y un título de marqués.

DON COSME.  
¿Al fin primo y al fin Austria!

DON IÑIGO.  
Fuí á Almodóvar, donde supe,  
Don Cosme, vuestra mudanza;  
A Orgaz partí en vuestra busca...

PRIOR.  
Y habrá como dos semanas  
Que yo aquí le he tenido,  
Convaleciendo en mi casa  
De unos achaques del mar.

DON COSME.  
Es de la salud madrastra.—  
¿Cómo dejais en Milan  
A mi tío, el duque de Alba?

DON IÑIGO.  
Con buena salud le dejo.

DON COSME.  
¿Qué hay de guerra?

DON IÑIGO.  
El César trata  
De darle asalto á Pavia.

DON COSME.  
A gobernar sus escuadras,  
Yo se la diera en las uñas  
En dos horas de tardanza.

PRIOR.  
¿Quién tiene vuestro valor?

DON COSME.  
Eso se pierde quien anda  
A elegir por oficiales,  
No soldados, sino mándrias,  
Exceptando al duque albano,  
Que ese es soldado de fama.

PRIOR.  
A estar allá vuecelencia,  
Allanara toda Italia  
El César en poco tiempo.  
(Ap. Es la figura mas rara  
Que pienso ver en mi vida.)  
A ese brazo y á esa espada  
¿Quién la iguala en todo el orbe?

DON COSME.  
Ninguno, Prior, la iguala;  
Mas, volviendo á lo del título...

SEÑOR. (Ap.)  
Lo del título le escarba,  
Y muere ya por saberlo.

DON COSME.  
¿Es, Señor, de buena data?

DON IÑIGO.  
Marqués sois del Cigarral.

SEÑOR.  
No nos faltarán cigarras.

DON COSME.  
 Calla, necio.—¿Dónde cae  
 Ese lugar?  
 DON ÍÑIGO.  
 En la falda  
 De ese monte de Toledo.  
 PRIOR.  
 Media legua hay de distancia  
 Desde la ciudad á él.  
 DON COSME.  
 ¿Vecinos?  
 DON ÍÑIGO.  
 Quinientas casas.  
 DON COSME.  
 ¿Qué iglesias?  
 DON ÍÑIGO.  
 Seis.  
 FUENCARRAL.  
 La mayor  
 Se llama Santa Leocadia,  
 Su abogada.  
 DON COSME.  
 ¿Tú qué sabes?  
 FUENCARRAL.  
 Estuve una temporada  
 En el Cigarral, Señor.  
 DON ÍÑIGO.  
 Es excelente su fábrica.  
 DON COSME.  
 ¿Qué naves?  
 FUENCARRAL.  
 Cuarenta y cinco.  
 DON COSME.  
 Sin duda el seso te falta.  
 FUENCARRAL.  
 Las cuarenta le añadí;  
 Cinco tiene.  
 DON COSME.  
 He de ampliarla.  
 Podemos pedirle obispo;  
 Que me escribo con el Papa.  
 PRIOR.  
 Si eso es cierto, yo no dudo  
 De que catedral la haga.  
 DON ÍÑIGO.  
 Deslucirála Toledo,  
 Con quien ninguna se iguala.  
 FUENCARRAL.  
 Y será ver de pareja  
 Una pulga y una abada.  
 DON COSME.  
 ¿Cuántos monasterios tiene?  
 DON ÍÑIGO.  
 Franciscos de la observancia,  
 Dominicos y agustinos.  
 FUENCARRAL.  
 Y hermanos de la capacha.  
 DON COSME.  
 ¿Tiene lonja?  
 FUENCARRAL.  
 De tocino  
 No faltará en cualquier casa.  
 ¿Lonja! Pues ¿esto es Valencia,  
 Sevilla ó Leon de Francia?  
 DON COSME.  
 ¿Tiene corral de comedias?  
 DON ÍÑIGO.  
 No, Señor; también le falta.  
 DON COSME.  
 Harémosle un coliseo  
 De arquitectura romana,  
 Adonde se represente.

FUENCARRAL.  
 Y adonde por fiesta salgan  
 Onzas, tigres y leones,  
 Grifos, dragones, tarascas,  
 Que lidien con caperuzas.  
 DON COSME.  
 ¡Qué á lo largo disparatas!  
 PRIOR.  
 Precioso está su lacayo.  
 DON ÍÑIGO.  
 Muy al tiempo con él anda.  
 PRIOR.  
 Es un gentil socarron.  
 DON ÍÑIGO.  
 Y aun el que arrimado calla,  
 No me parece que es menos.  
 PRIOR.  
 Así lo muestra en su traza.  
 DON COSME.  
 Cogeieme tan empeñado,  
 Don Íñigo, que me falta  
 Cadena, cintillo, broche,  
 Pasador ó sortijaza  
 De diamante, como el puño,  
 Que daros; mas, sin ser paga  
 (Que dejo para su tiempo),  
 Os daré una perra braca,  
 La mejor de todo el orbe.  
 FUENCARRAL.  
 Si no estuviera con sarda.  
 DON ÍÑIGO.  
 Estimaréla por vuestra.  
 DON COSME.  
 Muy bien podeis estimarla;  
 Que baila con grau primor  
 La capona y zarabanda.  
 PRIOR.  
 ¿No me preguntáis, Marqués,  
 Por mi sobrina?  
 DON COSME.  
 Gran falta  
 Fué perderla de memoria.  
 Este título lo causa;  
 Que me pone su alborozo  
 Olvido en las importancias.  
 Dad licencia que la bese  
 Las manos.  
 FUENCARRAL.  
 Por la tardanza  
 Pensé que se iba á un carrillo,  
 De dos que tiene en la cara.  
 PRIOR.  
 Decid á doña Leonor  
 Cómo don Cosme la aguarda  
 Para hacerla una visita;  
 Que aquí puede en esta sala  
 Salir para recibirla.  
 (Vase el criado.)  
 DON COSME.  
 Por Dios, que teneis bizarra  
 Sobrina, señor Prior;  
 Que es toda la flor, la nata  
 De la perfeccion; ¡es linda!  
 A tener licencia ámplia  
 Del Emperador, mi deudo,  
 Os prometo que gustara  
 De juntarme en himeneo  
 Con su beldad soberana.  
 PRIOR.  
 En eso yo gano mucho,  
 Y si es que de veras habla  
 Vucelencia, yo me obligo  
 Ganar del César la gracia.  
 DON COSME.  
 Haréisme mucha merced;

Que está tan conglutinada  
 Mi alma á su perfeccion,  
 Que ya no es mía mi alma.

Salen LEONOR y MARINA,  
 y ACOMPAÑAMIENTO.

PRIOR.  
 Aquí viene mi sobrina.  
 DON COSME.  
 ¡Oh, qué bien la están las galas!  
 Me gusta, á fe de marqués;  
 ¡Por Dios, que viene bizarra! —  
 Vueseñoría le dé  
 A besar sus manos blancas  
 Al marqués del Cigarral,  
 Y aqueste favor le haga.  
 LEONOR.  
 Vueseñoría, Señor,  
 Honre siglos esta casa  
 Con esa heroica presencia.  
 PRIOR.  
 Sillas, ¡hola!  
 DON COSME.  
 Sillas traigan;  
 Que quien tan de asiento tiene  
 Una alicion asentada,  
 Sentido del sentimiento  
 Que los sentidos me encanta,  
 Que se siente está asentado.  
 FUENCARRAL.  
 Y pues en Tajo le aguardan,  
 Sentido al sentar se sienta  
 Con las antifonas malas.  
 DON ANTONIO.  
 Cielos, ¿qué es esto que veo?  
 ¡Qué gloria que siente el alma  
 Con la vista de Leonor!  
 Sus bellas luces me abrasan.  
 ¡Qué nuevo ser que le da  
 El vestirse como dama!  
 Bien pueden en lo prendido  
 Cederle todas ventaja.  
 ¡Ay Leonora de mi vida,  
 Causa hermosa de mis ansias,  
 Dueño de mi libertad  
 Y objeto de mi esperanza,  
 Quién pudiera hablarte á solas!  
 DON COSME.  
 Ya me ha dado la palabra  
 El Prior, Leonor hermosa,  
 Que seréis mi esposa cara,  
 Pidiendo licencia al César;  
 Y será dicha muy rara  
 El serlo de un caballero  
 De la mas noble prosapia  
 Que hay del diluvio hasta ahora.  
 PRIOR.  
 A lo menos es bien rancia.  
 Señas hago á mi sobrina  
 Que conceda con su plática,  
 Porque á don Cosme enamore.  
 LEONOR.  
 Si es que mi tío lo trata,  
 Concediendo con su gusto,  
 A él estoy subordinada.  
 DON COSME.  
 ¡Que esos vivientes claveles,  
 Custodias de aqueza caja,  
 Locuaz centro de deseos,  
 Pronuncien esas palabras!  
 Que ese anhelito vital,  
 De quien se produce el ámbar,  
 Organizado hecho voz,  
 Tantos favores me haga!  
 ¡De contento pierdo el seso!  
 FUENCARRAL.  
 La ponderacion es baja;

Que quien le tiene perdido,  
Será la pérdida nada.

DON COSME.

Diera aquí dos cabriolas  
De placer, hermosa dama,  
Si no me pusiera estorbo  
El batanco del haca.

LEONOR.

El sentimiento del gozo  
Solo le exagera el alma.

DON COSME.

Y el cuerpo también, Señora;  
Que es su funda, que es su jaula.

FUENCARRAL. (Llégase á Marina.)

¡ Ah mi señora Marina!  
¿ Podrá llegar á la playa  
De amor un sirviente al trote,  
Que pasa grande borrasca?

MARINA.

No, Señor.

FUENCARRAL.

¡ Tanto rigor!  
Después que mudo la cáscara,  
¿ Se estima en tanto la fruta?  
Mas viste de seda, y basta. —  
¿ Qué me dice? ¿ Qué responde?

MARINA.

Las señoras no se traían,  
Por no perder de su estima,  
Con la familia lacaya.

FUENCARRAL.

Después que se introdujeron  
Las comedias en España,  
Pueden servir los lacayos  
A los estrados y salas,  
Y aun hablar con las señoras  
De jerarquías mas altas  
Que la seora Marina,  
Pues son princesas ó infantas.

MARINA.

Conmigo no corre el uso.

FUENCARRAL.

Suplico á vuestra arrogancia...

MARINA.

No me suplique el que ejerce  
El mandil y la almohaza.

FUENCARRAL.

Toco á jarrete con esto.  
Fuencarral, las esperanzas,  
Mas verdes que unas acelgas,  
Se os han convertido en gualdas;  
Empeñóse aquesta hembra  
Con el corcho y con la plata,  
Y las galas la han borrado  
Las memorias de villana;  
Querrá servirse á lo culto,  
A fuer de las reales casas,  
Con meditados papeles,  
Razones azucaradas,  
Donde en juegos del vocablo,  
Garitero amor se haga,  
Y en las glosas de los motes  
Se ostenten las elegancias.  
Abrenuncio del amor.  
Que siempre en chapines anda;  
Bien haya amor de tres suelas,  
Que es amor á pata llana.

PRIOR.

Bien será que descanséis,  
Señor Marqués.

DON COSME.

Ya descansa,  
Prior, quien está en su centro.

PRIOR.

¡ Hola! en la sala dorada  
Tenga aposento el Marqués.

CRÍADO.

Ya prevenida le aguarda.

PRIOR.

Vamos, primo.

DON COSME.

Adios, Leonor.

LEONOR.

Adios.

DON COSME.

Lo vulgar se calla  
De aquello: «Aunque voy, me quedo»  
Que al buen entendedor pocas pala-  
bras.

(Vanse todos, menos Leonor y Marina.)

LEONOR.

¿ Qué me dices deste amante?

MARINA.

Que es una figura extraña,  
La mas célebre de España,  
Para entretener bastante.

LEONOR.

Ver qué vano, qué arrogante  
De lo vulgar se desvia,  
Y en lo señor se confia,  
Me causa risa, y no peca.

MARINA.

Él funda en su tema loca  
El título y señoría;  
El marqués del Cigarral  
Se intitula.

LEONOR.

Hale venido

Este título nacido

A lo tonto y perenal.

MARINA.

¿ Viste á Celio?

LEONOR.

Y por mi mal.

MARINA.

Galan viene.

LEONOR.

Mi cuidado

Con su vista se ha aumentado;

¿ Qué es esto, amor? ¿ En qué andais?

¿ Tanto apretar? ¿ No mirais

A mi mudanza de estado?

Quise á Celio en igualdad

De estado, sin entender

El que llegase á tener

Inclinada voluntad.

Hoy, que á mas autoridad

Ha subido mi balanza,

Pierda Celio la esperanza;

Mas quien ama con fineza,

En pecho donde hay firmeza,

Poco importa la mudanza.

Déjame, Marina, aquí

Sola.

MARINA.

Quiero obedecerte. (Vase.)

LEONOR.

¿ Qué es esto, amor? (¡ Trance fuerte!)

¿ Tanto rigor contra mí?

¿ Cómo, si noble naclí,

Pierdo de mi inclinacion

Con esta loca afición,

Pues soy noble á mi despecho?

Salga Celio de mi pecho,

Si en él tuvo posesion.

Salte DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

Si la memoria ha dejado  
En el estado presente  
Vivo acuerdo de un ausente,  
Que por vos vive en cuidado,

Licencia el amor me ha dado

Para deciros, Leonora,  
Cuando fortuna os mejora  
De estado y de calidad,  
Que mi fina voluntad  
Mas os quiere y os adora.  
Perdonad si, inadvertido,  
Me he puesto en vuestra presencia;  
Que del amor la violencia  
Muy pocos la han resistido.  
Saber de vos he querido,  
Con la dicha que gozais,  
En la esfera que os hallais  
(Que por mil años goceis),  
Cuando ya señora os veis,  
Si de Celio os acordais.

LEONOR.

Puesta, Celio, en este estado,  
Olvido, y no acuerdo, os muestro;  
Que es el mio con el vuestro  
Desigual en sumo grado;  
Ya os dejo desengañado,  
Haced pausa en la porfia.

DON ANTONIO.

Mi voluntad ya no es mia,  
Viva en su perseverancia;  
Que de una opuesta asonancia  
Hace el amor armonía.

LEONOR.

Es loca temeridad  
El seguir un imposible.

DON ANTONIO.

¿ Qué rigor!

LEONOR.

Mucho.

DON ANTONIO.

¡ Terrible!

LEONOR.

No hay remedio.

DON ANTONIO.

¿ Ni piedad?

LEONOR.

Adonde hay desigualdad,  
Vive la afición violenta.

DON ANTONIO.

Ya que el desden me atormenta,  
Pues desengañado estoy,  
Os he de decir quién soy;  
Estadme, Leonor, atenta.  
Aquella célebre villa,  
Ilustre, famosa, insigne,  
Que los montes carpetanos  
Le dan á su nombre origen,  
Es, bella Leonor, mi patria,  
Y mi generosa estirpe,  
Por realce de mi sangre,  
De los Vargas y Ramirez;  
A cuyo blason aplaude  
La fama con voces libres,  
Por todo cuanto circunda  
El imperio de Anfitriote,  
Desde aquel famoso alcalde  
Que, siendo en la fe tan firme,  
Las dos vírgenes gargantas  
Cortó con filos sutiles.  
De esta célebre prosapia,  
Ser hijo de don Fadrique  
De Ramirez y de Vargas,  
Tengo por honroso timbre.  
Murió mi padre muy mozo,  
Dejándome en años quince  
Debajo de la tutela  
De doña Constanza Enriquez,  
Mi madre, que aun vive ahora.  
Vine joven, solo; vine,  
Y comencé á dar al tiempo  
Travesuras juveniles  
Con mancebos de mi edad,

Del lugar nocturnos lince;  
 Dado á la libre soltura,  
 De la virtud distraime.  
 ¡Oh, cuánto le importa al noble  
 (Si las acciones no mide  
 Con la prudencia y recato)  
 Ver los amigos que elige.  
 Acompañeme de bravos,  
 Matantes espadachines,  
 Sanguijuelas de la hacienda  
 De aquellos que los admiten.  
 Empeñome su osadía  
 (Que mal con lo noble dice)  
 En resistirme mil veces  
 Contra alcaldes y alguaciles;  
 Accion que á la sangre illustre  
 Le desmiente y contradice,  
 Pues por perderle el respeto,  
 Es de España el mayor crimen.  
 Hasta los veinte y seis años  
 Tuve esta vida insufrible,  
 Poco dado á lo de Adónis,  
 Por ser mucho á lo de Aquiles.  
 Llegó á este tiempo á Sevilla,  
 Puerto célebre, que admite  
 Flotas preñadas del oro  
 De los indianos países,  
 Un hermano de mi madre,  
 Que por peligrosas sirtes  
 Navegó á la Nueva-España  
 En verdes años pueriles.  
 Este, en Méjico casado  
 Con la hija de un cacique,  
 Tuvo de este matrimonio  
 A la divina Matilde.  
 Muerta su esposa, en España  
 Condujo sus bienes libres,  
 Que serán cien mil ducados,  
 Y al punto á mi madre escribe  
 Que para darme esta dama  
 Luego á Sevilla me envíe;  
 Y porque vaya mas presto,  
 Entre sus cartas remite  
 La copia de la beldad  
 Que á ser mi esposa apercibe.  
 Partí de Madrid con prisa,  
 Llegué á Orgaz, adonde fuiste  
 El dulce, el hermoso estorbo  
 Que el curso veloz impides.  
 Vite, Leonor, en el prado,  
 El cabello suelto y libre,  
 De quien el rapaz amor  
 Forma las redes sutiles.  
 Vi tus dos soles hermosos,  
 Que de negro esmalte visten,  
 Por quien el mayor planeta  
 Padece de envidia eclipses.  
 Vi tus perfectas mejillas,  
 Que el nácar y nieve imprimen;  
 De quien la purpúrea rosa  
 El bello color codicie.  
 Vi el primoroso clavel,  
 Que hablando en dos le divides;  
 Custodia hermosa, que guarda  
 Perlas que engastan rubies;  
 Y con esto, vi tu gracia,  
 Tan excelente y sublime,  
 Que al darla ponderaciones,  
 La mayor le viene humilde.  
 De la fuerza de su hechizo,  
 Sin imitar al de Circe,  
 Con mas finezas de amante  
 Llegué á ser rendido Ulises.  
 Tu belleza, tu hermosura  
 Hacen que á mi prima olvide,  
 Y que en traje de estudiante  
 Asista por encubrirme;  
 Ocultando desde entonces  
 Del patron de España insigne  
 De la ropilla y la capa  
 Las dos cruces carmesies.  
 Así mi pena y cuidado

Llegaste, Leonor, á oirme  
 Varias veces, pero en todas  
 Tu silencio me despiere.  
 Llegué, asistiendo en Orgaz,  
 A gozar de dos abriles,  
 De dos verdes primaveras  
 Las rosas y los jazmines;  
 Y porque el lugar notaba  
 El verme hablarte y seguirte,  
 Por vivir en él con causa,  
 A don Cosme entré á servirle.  
 Quiso la varia fortuna  
 Mostrarte el rostro apacible,  
 Y descubrir á este tiempo  
 Tu calificado origen.  
 Esforzose mi esperanza  
 Para mas seguros fines,  
 Pues calidades iguales  
 Hacen el amor mas firme.  
 En este estado que gozas,  
 Considerándome humilde,  
 Mientras mas me explico amante,  
 Con el desden me despides.  
 Obligóme el desengaño  
 Que me has dado á descubrirme.  
 Esto es verdad, mi Leonor;  
 Mia te llamé, mal dije.  
 Don Antonio soy, no Celio;  
 Si mi voluntad no admites,  
 Cuando pierdo el ofrecerla  
 A los ojos de Matilde,  
 Iré á morir donde nadie  
 Sepa mi muerte infelice,  
 Porque no te culpe, ingrata,  
 El mal pago que me diste,

LEONOR.

Generoso don Antonio,  
 Si el disfras os ocultaba,  
 Siempre vuestro ser me daba  
 De quien erais testimonio.  
 No es el mayor patrimonio  
 En la mujer la beldad,  
 La riqueza en cantidad;  
 Que el de mayor interés  
 Es averiguado que es  
 La modesta honestidad.  
 Supuesto lo cual, si fui  
 Sorda siempre á las querellas  
 Vuestras, pues á todas ellas  
 Jamas atencion les di,  
 Fué porque el hábito os vi  
 Que del pecho habeis quitado,  
 Siendo á Orgaz recién llegado,  
 Y en calidad desigual,  
 Empleos me estaban mal;  
 Que era el daño declarado.  
 Sabe el mismo niño amor  
 Que de vos siempre estiné  
 Desvelos, firmeza y fe  
 En su debido valor;  
 Y que si mostré rigor,  
 Era fuerza que le hacia  
 Al alma, que ya os queria;  
 Y así, oculta la piedad,  
 No expliqué mi voluntad,  
 Que era mas vuestra que mia.  
 Ahora, que mi ventura  
 Quién yo sea ha declarado,  
 Burlar quise del cuidado  
 En que os puso mi hermosura;  
 Pero ya que me asegura  
 Vuestra cierta relacion  
 Las prendas de estimacion  
 Vuestras, tanto á amarlas llevo,  
 Don Antonio, que os entrego  
 Alma y vida; vuestras son.

DON ANTONIO.

Confirme esa blanca mano  
 Ese favor que me haceis.

LEONOR.

El alma (que es mas) tenéis,  
 Contenta del bien que gana.

DON ANTONIO.

Niño amor, dios soberano,  
 Ponles pausa á tus rigores,  
 Multiplica estos favores,  
 Fomenta tu ardiente llama,  
 Porque me ponga la fama  
 Entre firmes amadores.  
 Marfil animado, en quien  
 Puso el cielo liberal  
 Flechas de amor que hagan mal,  
 Gracias que parezcan bien;  
 No es mucho que á vos se os dén  
 Lauros que en tantas memorias  
 Acuerden triunfos y glorias.  
 Si amor, de sí descuidado,  
 De vos ¡oh mano! ha fiado  
 Sus mas célebres victorias,  
 De un retiro de ámbar puro  
 Sacar el rapaz Cupido  
 Cristal de primor vestido,  
 Prodigio de amor desnudo.  
 ¡Qué arnés trazado, qué escudo  
 Podrá hacerlos resistencia,  
 Dulce hechizo sin violencia,  
 Si tantas almas rendis,  
 Cuando eficaz persuadis  
 Beldad con mucha elocuencia?  
 Esa bella perfeccion,  
 Objeto de gracias varias,  
 Tiene partes tan contrarias,  
 Que implica contradiccion.  
 Ocasionais confusion  
 Al que dais desasosiego.  
 Pues duda, si amante ciego,  
 Cómo á conservarse atreve  
 Tanto fuego en tanta nieve,  
 Tanta nieve en tanto fuego.

*(Bésale la mano.)*

Salen DON COSME Y FUENCARRAL.

DON COSME.

¡ Vos empañar el cristal  
 Con esa boca asquerosa,  
 Cuando menos de la esposa  
 Del marqués del Cigarral!  
 ¡ Hay atrevimiento igual!  
 Por la fe de caballero,  
 Soez, vil, bajo escudero,  
 De ruin trato y proceder,  
 Que hoy habeis de echar de ver  
 Del modo que os impropero!  
 ¡ Vos el fueco del bigote,  
 Que tanto humedece Baco,  
 Y vuelve pardo el tabaco,  
 Al martil dais mazacote?  
 Por el santísimo bote  
 De la Magdalena santa,  
 Que, por osadía tanta,  
 Ha de costar el besugo  
 Que os ha de dar el verdugo  
 Un apretón de garganta.

DON ANTONIO.

Señor.

DON COSME.

No hay que señorear;  
 ¡ El disimulo me alegra!  
 Si no hay verdugo en Consuegra,  
 Yo os tengo de homicidar.

DON ANTONIO.

Oid.

DON COSME.

No hay que replicar;  
 ¡ La mano habeis besucado,  
 Y su cristal profanado?  
 ¡ Estoy que rabio de enojo!

¿Donde yo besara flojo,  
Besais vos tan apretado?

DON ANTONIO.

Escuchadme.

DON COSME.

¡Hay tal locura!

¿A la mano os atrevisteis?  
Yo apostaré que le disteis  
El beso con lamedura,  
¡Ya mi paciencia se apura!

LEONOR.

Oidme os ruego, Señor.

DON COSME.

Para tal besucador  
Os será remedio sano,  
Leonor, poner á la mano,  
Como á niño, un babador.

LEONOR.

Suplico á vuestra señoría  
Oiga, y á su secretario  
No acuse tan temerario;  
Su causa tomo por mía.  
A suplicarme venia  
Que os enviase un favor;  
Yo, sabiendo vuestro amor,  
Y viendo que porfiaba,  
Aquesta banda le daba;  
Esta es la verdad, Señor.  
El, con el favor ufano,  
Como criado leal,  
Bien nacido y principal,  
Llegó á besarme la mano;  
Esto es cierto y esto es llano,  
Valgan mis satisfacciones  
Para excusar presunciones.

DON COSME.

Si esa beldad me agasaja,  
Ya el enojo se me baja,  
Mi señora, á los talones.—  
Secretario, yo os culpé  
Con enojo y sin razon,  
Tanto, que á degollacion  
En mi mente os condené;  
Mas, conociendo esa fe,  
Un vestido os quiero dar;  
Aqueste podréis tomar.

FUENCARRAL.

No es cosa que le conviene,  
Por la gran costa que tiene  
En haberle de expulgar.

DON ANTONIO.

Beso á vuestra señoría  
La mano.

DON COSME.

Eso si besad;  
Para eso hay facultad.

LEONOR.

Y mayor para la mía;  
Tomad la banda.

DON COSME.

Este día  
Mi voluntad se acrisola.

LEONOR.

Vamos.

DON COSME.

Secretario, bola.

DON ANTONIO.

Señor.

DON COSME.

Advertid, hermano,  
Que aquesta que llevo es mano.

DON ANTONIO.

Sí, Señor,

DON COSME.

Y no es estola.

(Vanse.)

## JORNADA TERCERA.

Salen EL PRIOR, DON ÍÑIGO, LU-  
PERCIO y OTRO CRIADO.

DON ÍÑIGO.

Escribeme mi prima en esta carta  
Que á Madrid, donde está, luego me  
Que espera mi venida. [parta;

LUPERCIO.

Es lástima de verla qué afligida  
Sin don Antonio vive.

DON ÍÑIGO.

Admirado me tiene lo que escribe;  
Que desde que á Sevilla hubo partido,  
Nueva ninguna dél no le ha venido.

PRIOR.

Presumo que se ha muerto.

LUPERCIO.

Eso tenemos todos por muy cierto.

DON ÍÑIGO.

Como Sevilla ampara varias gentes  
Y abunda de valientes,  
Habrá encontrado alguno,  
Antes de haberse visto con su tío,  
Que, con la vida, le quitase el brio;  
De allá ¿qué escriben?

LUPERCIO.

El señor don Diego  
Está desto con gran desasosiego,  
Temiendo que al pasar Sierra-Morena,  
Que nunca de ladrones está ajena,  
Le han quitado la vida.

DON ÍÑIGO.

Es presuncion que deja ser creida.

PRIOR.

Descansad, y por estos cuatro dias  
Podréis tener paciencia;  
Que importa de mi primo la asistencia.

LUPERCIO.

Hágase vuestro gusto.

PRIOR.

Haced que le regalen, que es muy justo;  
Dejad, primo, la pena y el enfado.

(Vanse los criados.)

DON ÍÑIGO.

Pienso que don Antonio con cuidado  
En Sevilla está oculto, y de su esposa  
Examina si es cuerda y virtuosa.

PRIOR.

Decis muy bien, Señor.

DON ÍÑIGO.

El cielo quiera  
No sea trofeo de la Parca fiera.

PRIOR.

Sabed, Señor, que para háceros fiestas  
Toros he prevenido,  
Y al Marqués mi sobrina le ha pedido  
(Fingiéndose del tal enamorada) [da.  
Que en la plaza se obsteute á dar lanza-  
don ÍÑIGO.

¿Don Cosme piensa hacello?

PRIOR.

Al principio dudó, ya viene en ello;  
El socarron lacayo le amonesta  
Que no dé risa y cause mayor fiesta,  
Si no está ejercitado;  
Mas él, muy presumido y confiado,  
Viendo que ya sus dudas son pesadas,  
Afirma que ha de dar cuatro lanzadas.

DON ÍÑIGO.

Será fiesta solemne.

PRIOR.

Así lo espero.

DON ÍÑIGO.

Rodarán el caballo y caballero;  
¿Cuándo serán los toros?

PRIOR.

Yo quisiera  
Que mañana en la tarde los hubiera;  
Mas esta noche tengo prevenida  
Una burla al Marqués, y por mi vida,  
Que habemos de reir.

DON ÍÑIGO.

Si es ya precisa,  
Desde luego, Prior, prevengo risa.

PRIOR.

A mi sobrina tengo dado aviso,  
Que ser el todo en esta burla quiso.

DON ÍÑIGO.

Decid la burla.

PRIOR.

Ahora en ningún modo.  
Venid conmigo, allá lo sabréis todo.  
(Vanse.)

Salen, de noche, DON COSME  
y FUENCARRAL.

DON COSME.

No se ha visto, Fuencarral,  
En todo el ancho hemisferio  
Hombre mas feliz que yo.

FUENCARRAL.

Ereslo con grande extremo.

DON COSME.

¿Que, de dos dias venido,  
Este rostro y este cuerpo  
Hiciesen tal batería  
En aquel divino pecho  
De aquel ángel?

FUENCARRAL.

No me espanto.

DON COSME.

Eso puede lo perfeto.

FUENCARRAL.

Ereslo mucho, Marqués.

DON COSME.

Todos me lo dicen, y yo me lo veo;  
Al fin me avisa Leonor  
Que saldrá á hablarme, y aun pienso  
Que he de tener ocasion  
Para entrar.

FUENCARRAL.

Dalo por hecho.

DON COSME.

Perdida estará por mí.

FUENCARRAL.

Sí, Señor; sal quiere el huevo.

DON COSME.

Fuencarral, yo la disculpo,  
Teniendo en mí tal objeto.

FUENCARRAL. (Ap.)

¿Qué confiado está el tonto  
De lindo! El verá muy presto  
La burla con que le aguarda  
La que le llama al terrero.

DON COSME.

Noche, refugio y amparo  
De los humanos deseos,  
Que te pones por los hombres  
El capuz de paño negro;  
Capa de cualquier engaño,  
Manto de cualquier enredo,  
Asilo de toda maula,  
Sombra de todo martelo;  
No dejes lucerna viva

Del taller del firmamento;  
Embótales su luz pura  
Con tapabocas de velos.  
Halle en ti el señor Apolo  
Un capote tan severo,  
Que se retire de dar,  
Por luz de estrellas, bostezos.  
Seas, noche, finalmente,  
Mas lóbraga con tu ceño  
Que son las obras de un culto,  
Que habla chino y suena armenio;  
Que te ofrezco, si me amparas,  
Por victimas á tu templo,  
Una lechuga, dos buhos,  
Tres zorras y seis mochuelos.

*Sale EL PRIOR, DON ÍNIGO y CRIADOS,  
con lanterna y luz cubierta.*

PRIOR.

Ya don Cosme está en la calle.

DON ÍNIGO.

Vámosle, Prior, siguiendo;  
Que ha de ser linda la burla,  
Si llega á tener efeto.

PRIOR.

Paróse.

DON COSME.

Este es el balcon.

FUENCARRAL.

Míralo bien.

DON COSME.

El tercero

Me dijo Leonor; la seña  
Para que salga prevengo. *(Silba.)*

DON ÍNIGO.

Ya silba, la seña hace.

*Sale LEONOR á un balcon.*

LEONOR.

¿Es el Marqués?

DON COSME.

Sí, mi bien.

LEONOR.

Habeis venido á mal tiempo.

DON COSME.

¿Cómo?

LEONOR.

Porque está el Prior

Aun todavía despierto.

DON COSME.

Pues aqñeste cuarto ¿es suyo?

LEONOR.

Sí, Señor; que el mio tengo  
Detrás dél, y no hay ventana  
Por adonde poder vernos.

DON COSME.

Por Dios, que me da cuidado.

LEONOR.

No tengáis, Marqués, recelo;  
Que, si se duerme el Prior,  
No se diferencia un muerto.

DON COSME.

Pues ¿qué me mandais que haga?

LEONOR.

Por si le viniere el sueño,  
Quiero que estéis acá arriba,  
Porque la ocasion gocemos.

DON COSME.

¿Cómo?

LEONOR.

Echándoos una escala.

DON COSME.

Ya viniere.

LEONOR.

Ya va al suelo.

*(Arroja la escala.)*

DON COSME.

¡Hay dicha como la mia!—  
Fuencarral, ¿qué dices desto?

FUENCARRAL.

Que eres, Señor, como el César:  
Venir, ver y vencer luego.

DON COSME.

En estando yo allá arriba,  
Véte luego al punto.

*(Sube por la escala.)*

FUENCARRAL.

Harélo.

PRIOR.

Él sube con lindo brío.

DON ÍNIGO.

Tal piensa que le va en ello.  
*(Está don Cosme en lo alto, y Fuencarral vase.)*

LEONOR.

Importa aguardar aquí,  
Si no temeis el sereno.

DON COSME.

Que no hay sereno que ofenda,  
Cuando hay calor en el pecho.

LEONOR.

Lo que os encargo, Marqués,  
Es que esperéis con silencio,  
Sin moveros de un lugar,  
Mientras que deo en sosiego  
Al Prior; porque, si os siente,  
Hay peligro.

DON COSME.

Ya lo veo;

Que es un César el Prior,  
Y yo muy poco Pompeyo  
Para resistirme aquí.

LEONOR.

Adios; que al momento vuelvo.  
*(Hace que cierra y vase.)*

DON COSME.

¡Lindo, por Dios, me ha dejado!  
Botijon de agua parezco,  
Que le ponen á enfriar.  
¡Oh amor! oh rapaz! oh ciego!  
¡En cuántos peligros pones  
A los bravos caballeros  
Como yo!

PRIOR.

De burla vaya.

DON ÍNIGO.

El habla á mudar comienzo.

*(Légase al balcon.)*

DON COSME.

¿Quién me llama?

DON ÍNIGO.

Atienda, escuche:

Si se ha subido á ese puesto  
Para darle algun arañón  
A la ropa ó al dinero  
Del gran prior de San Juan,  
Cuatro guijarros, que tengo  
A propósito escogidos,  
Le harán tortilla los sesos,  
Si no me arroja la capa,  
Espada y daga al momento,  
El sombrero y la valona;  
Y esto sin tardanza.

DON COSME. *(Ap.)*

¡Bueno!

¡A lindo tiempo ha venido  
Este nublado pedrero!  
Si esto le sucede á un grande,  
¿Qué ha de esperar un pigmeo?  
No sé qué me he de decir  
En el caso; por lo menos

Este me rompe los cascós,  
Y si el tiro sale incierto,  
Despertará la pedrada  
Al Prior. ¡Hay tal aprieto!

DON ÍNIGO.

¿Qué determina?

DON COSME.

*(Ap. ¡Aun porfia!)*

Oiga, señor caballero;  
Excuselo, si es posible,  
Darne este desabrimiento;  
Que no soy ladron, por Dios.

DON ÍNIGO.

Por el diablo querrá serlo.

DON COSME.

Por quien vuesaerced mandare;  
Soy amante.

DON ÍNIGO.

No lo creo.

DON COSME.

Créalo por Jesucristo.

DON ÍNIGO.

Déme lo que pido luego,  
O aquesta piedra le hará  
Saltar el ojo derecho.

DON COSME.

Tente, hombre del demonio;  
Que puedes dejarme tuerto,  
Y en un grande es fealdad.

PRIOR. *(Ap.)*

Apenas tenerme puedo  
De risa.

DON COSME.

¡El cielo me ayude!

DON ÍNIGO.

¿Tiro?

DON COSME.

Un monazo parezco,  
Perseguido de muchachos;  
¡Válgame todo el Salterio!

DON ÍNIGO.

De esta vaya.

DON COSME.

Tente, tente,

Y taratente; ¿qué es esto?  
¿Yo he de sufrir dos pedradas?  
Para una no hay celebro.

¡Ay amor! ¿cómo consientes  
Que hagan este vilipendio  
De un amante, fondo en grande?

Gozar la posesión quiero

Del marqués del Cigarral.

¡Oh quién el libro del duelo

Y una luz tuviera aquí,

Para saber lo que debo

Hacer en esta ocasion!

Mas, pues no acerté á traerlo,

Paciencia.

DON ÍNIGO.

¿Qué me responde?

Qué me dice?

DON COSME.

Que te entrego

Todo lo que me has pedido.

*(Arroja la espada, valona y sombrero.)*

DON ÍNIGO.

Pues aun no quedo contento;  
Déme ropilla y calzones.

DON COSME.

Son calzas.

DON ÍNIGO.

No importa serlo;

Ea, déme lo que pido.

DON COSME.

¿Cuando menos?

DON IÑIGO.  
 Cuando menos,  
 O la piedra le disparo.

DON COSME.  
 Demonio de los infiernos,  
 ¿No basta lo que te he dado?

DON IÑIGO.  
 ¿Cómo hasta? Venga presto.

DON COSME.  
 A trueque de no inquietar  
 Al Prior, á quien mas temo,  
 Me habré de quedar desnudo;  
 De darle las calzas huelgo,  
 Que han de tener que limpiar;  
 Que las ha mojado el miedo.  
*(Arrójale ropilla y calzas; cójalo don Iñigo.)*

DON IÑIGO.  
 Ladron amante, ó lo que es,  
 Aviseme, se lo ruego.  
 A qué hora sale el alba  
 A los balcones del cielo.  
*(Vanse don Iñigo y el Prior.)*

DON COSME.  
 A la hora que te dén  
 Mas de mil y cuatrocientos  
 Azotes en las costillas.

*Sale UNA DUEÑA á la ventana á vaciar una bacínica; ha de estar mas arriba.*

DUEÑA.  
 Obscura noche, en extremo!  
 Agua va. *(Entrase.)*

DON COSME.  
 ¿Qué es esto? ¡Ay Dios!  
 ¿Agua va? ¡Lindo consuelo!  
 ¡Vive Dios, que son orines  
 Hediondos! Oh, reniego  
 De la maldita dueña,  
 Vestigio del hondo centro,  
 Atand de huesos vivos  
 Y paladion de embelecicos.  
 ¡No orines mas en tu vida!  
 Arrojar la escala quiero.  
 Yendo desnudo á acostarme. *(Baja.)*  
 ¡Hay mas desgracias á un tiempo!

PRIOR.  
 Ya baja el pobre desnudo;  
 Salid todos al encuentro.

*Salen LOS CRIADOS.*

CRIADO 2.º  
 ¿Quién va?

DON COSME.  
 ¡A questo me faltaba!  
 Quién lo pregunta, le ruego.

CRIADO 1.º  
 La justicia.

DON COSME.  
 ¿La justicia?  
 Pues yo decirla no quiero  
 Quién va; que no me está bien.

CRIADO 2.º  
 Pues vaya á la cárcel luego.

DON COSME.  
 ¿A la cárcel? ¡Vive Dios,  
 Corchetes, viles plebeyos,  
 Que mientras hubiere piedras,  
 No he de tener sufrimiento  
 Para dejarme prender!

CRIADO 1.º  
 Favor al Rey.

DON COSME.  
 Es mi deudo,  
 Y es favorecerme á mí.  
*(Llegan el Prior y don Iñigo.)*

DD. C. DE L.—II.

PRIOR.  
 Apartad todos; ¿qué es esto?

CRIADO 1.º  
 Este hombre se nos defiende,  
 Y su nombre le ha encubierto.

PRIOR.  
 ¿Quién es? Mostrad esa luz.  
*(Saca luz.)*

DON COSME.  
 Es gran descómimiento  
 Que traten así un marqués.  
*(Dice á los criados.)*

PRIOR.  
 ¡Señor don Cosme! tenéos;  
 ¿A estas horas de esa suerte?

DON COSME.  
 A nadar, gran Prior, vengo.

PRIOR.  
 ¿A nadar por Navidad?

DON COSME.  
 Hay gran calor en mi pecho.

PRIOR.  
 A mucho os poneis, Señor.

DON COSME.  
 Nada, Prior, en su tiempo;  
 No es nada, aquesto es lo fino.

PRIOR.  
 Para la salud no es bueno.

DON IÑIGO.  
 Cuando hay calma de bochorno  
 De amor (perdone Galeno),  
 Es un baño saludable.

PRIOR.  
 Pues lo decis, yo lo apruebo.

DON IÑIGO.  
 Pues ¿sin vestido os venis  
 Por las calles?

DON COSME.  
 Como tengo  
 Tanto fuego, á lo desnudo  
 No le ofende el agua ó viento;  
 Menos ropa trajo Adán  
 En el campo damasceno.  
*(Ap. Como no han visto la escala,  
 Valgame del embelecico.)*

PRIOR.  
 Venios, Señor, acostar;  
 Que si sabe aqueste exceso  
 Mi sobrina, ha de pesarle.

DON COSME.  
 Mucha voluntad la debo.

*Llega UN CRIADO con un vestido.*

CRIADO.  
 Este vestido llevaba  
 Un ladroncillo, y corriendo  
 Le alcanzó.

PRIOR.  
 Mostrad: parece

Mucho, gran don Cosme, al vuestro.

DON COSME.  
 Yo le dejé en esa esquina,  
 Porirme con menos peso  
 A bañar.

DON IÑIGO. *(Ap.)*  
 Bien disimula.

DON COSME.  
 Que le hayan hallado huelgo;  
 ¿Al fin no queréis que nade?

PRIOR.  
 No, Señor, porque os queremos  
 Apto para dar lanzada.

DON COSME.  
 Entraré á darla mas fresco.

PRIOR.  
 Venid, y os acostaréis.

DON COSME.  
 Amor, desde hoy mas no pienso  
 Andar contigo en tramoya;  
 A pié quedo galanteo.  
*(Vanse.)*

*Sale DON ANTONIO y FABIO.*

DON ANTONIO.  
 ¿Es posible, Fabio amigo,  
 Que Lupercio aquí ha llegado?

FABIO.  
 Sí, Señor.

DON ANTONIO.  
 Ten gran cuidado  
 Con que no encuentre contigo.

FABIO.  
 Ha sido gran maravilla  
 Verle y no verme, Señor;  
 Venia con el Prior  
 Paseandose por la villa,  
 Y como le vi primero,  
 Luego que le conocí,  
 De su vista me escondí.

DON ANTONIO.  
 Eso mismo hacer espero;  
 A Fuencarral le diré  
 Me sepa á lo que ha venido.

FABIO.  
 Que á don Iñigo ha traído  
 Carta de tu madre sé.

DON ANTONIO.  
 Estará adigida y triste  
 Por mí.

FABIO.  
 Ha sido gran delito  
 No haberla, Señor, escrito  
 Desde que de allá partiste.  
 Debe á compasion moverte  
 En su vejez tu cuidado;  
 Que es cierto el haber pensado  
 Que rindes feudo á la muerte.

DON ANTONIO.  
 Este amor, Fabio, me tiene  
 Sin seso y fuera de mí.

FABIO.  
 Pues don Iñigo está aquí,  
 Declárate.

DON ANTONIO.  
 No conviene  
 Por ahora; que Leonor  
 Ocasion quiere aguardar  
 Mejor, por no disgustar  
 A su tío, el gran Prior.

FABIO.  
 Es fuerza, mientras está  
 Lupercio aquí, de escondernos,  
 Para que no pueda vernos.

DON ANTONIO.  
 Traza para todo habrá.

FABIO.  
 Con cuidado te regala.

DON ANTONIO.  
 A nuestro loco marqués,  
 Con los regalos que ves  
 Le han dado una noche mala,  
 Con una burla penosa.

FABIO.  
 ¿Cómo?

DON ANTONIO.  
 Con su traza pudo

Dejarle el Prior desnudo  
A don Cosme.

FABIO.  
¡Extraña cosa!

DON ANTONIO.

Leonor, que finge afición  
A don Cosme y le regala,  
Prevenida de una escala,  
Le hizo subir á un balcon,  
Donde le dejó al sereno;  
Y don Inigo despues  
Le hizo arrojar al Marqués  
Todos sus vestidos.

FABIO.  
¡Bueno!

Quedaría sazonado  
Al sereno y sin vestido,  
De los vientos combatido.

DON ANTONIO.

Muy mala noche ha pasado;  
Mas aquí sale.

FABIO.  
Y con él

Don Inigo.

Sale vistiéndose DON COSME, DON  
INIGO y FUENCARRAL.

DON COSME.

Estoy atento.

DON INIGO.

El primer advertimiento  
Al que en lanzada es novel,  
Es, que en un caballo seguro,  
No inquieto ni revoltoso,  
Ha de ostentar en el coso;  
El que llevais es un muro  
En firmeza.

DON COSME.

¿Y en lealtad?

DON INIGO.

Es de los del gran Prior  
El mas leal y mejor  
Caballo, al fin de bondad.

DON COSME.

¿Cómo se llama?

DON INIGO.

El Rodado.

DON COSME.

Ya el nombre me hace temer;  
Que si del vengo á caer,  
Seré en basura rodado.

DON INIGO.

Saldreis con calzas y cuera,  
Con gorra y capa terciada,  
Ancha y cortadora espada,  
Que al sol deslumbre en su esfera;

Sacaréis cuatro lacayos  
Osados y toreadores,  
Con tan lucidos colores,

Que parezcan cuatro mayos;  
Esto delante, el caballo,  
Que entonces irá sin vista,

Porque cuando el toro embista,  
Pueda mejor esperallo,  
Daréis vuelta por la plaza,

Ofreciendo liberal  
Salutación general,  
Que lo cortés no embaraza;

Y despues que con lozana  
Presencia veros dejeis,  
El puesto que tomaréis  
Será junto á la ventana

Donde esté doña Leonor,  
Con la lanza prevenida,  
Aguardando la salida  
Del toro de mas furor;

Saldrá el toro, y contra vos

Se vendrá luego derecho;  
Entonces con firme pecho,  
Encomendáudoos á Dios,  
Fuerte sobre los estribos,  
Y con la lanza en la mano,  
Del fiero bruto inhumano  
Rendiréis los incentivos;  
Advirtiendo que la lanza  
Vaya siempre su cuchilla  
Apuntando á la espaldilla.

DON COSME.

¿No es mas seguro á la panza?

DON INIGO.

Sí es, mas no está en el uso.

DON COSME.

¿Que hasta en esto del matar

Al uso habemos de andar?

¡Reniego de tal abuso!

Y si acaso el golpe errase,

Porque el torillo le buyese,

Y á mi caballo embistiese,

¿Qué he de hacer?

DON INIGO.

Si á eso llegase,

Sacar entonces la espada

Es precisa obligacion,

Y pegarle de antubion

Una y otra cuchillada.

DON COSME.

¿Y si el toro, mas ligero,

Viendo que el golpe se ha errado,

Contra mi caballo, osado,

Quisiese ser mondonguero,

Y dándole con ventajas

Córnadas con su fiereza,

Me hiciese con mi cabeza

Alzar del suelo las pajas?

DON INIGO.

Entonces con mas valor

Iréis contra el toro fiero

A reñir el blanco acero.

DON COSME.

Paréceme que es horror;

Y será mas acertado,

Entre tanta tabaola,

Buscar de una cabriola

El seguro de un tablado.

DON INIGO.

Huir con tal prontitud

Parecerá mal, Señor.

DON COSME.

Pues ¿no pareceré peor

Echado en un ataud?

DON INIGO.

Fea es la vida sin fama,

Y al fin afrentoso empleo.

DON COSME.

Muerto, ¿no estaré mas feo

A los ojos de mi dama?

DON INIGO.

Bien sé que os estáis burlando,

Pues fio de ese valor

Que lo habeis de hacer mejor

Cuanto mas lo estéis dudando;

Y porque el Prior me espera,

Adios, Señor.

DON COSME.

Él os guarde.

DON INIGO.

Daréis envidia esta tarde

Al mismo sol en su esfera.

DON COSME.

No os pondero, secretario,

En lo que me aguarda hoy;

En grande peligro voy.

DON ANTONIO.

Ya veo que es temerario,  
Mas ese esfuerzo sabrá  
Desempeñarse de todo.

FUENCARRAL.

Si no le pone de lodo

Algun toro; que si hará.

DON COSME.

¡Quién, oh Leonor soberana,

Esta accion dejar pudiera!

¡A malas lanzadas muera!

Si la doy de buena gana!

(Vanse.)

Sale LEONOR, sola.

LEONOR.

Amor niño, dios vendado,

Poderoso entre los dioses,

Pues no se libró ninguno

Destos dorados arpones;

Así del arco que ejerceis

Todos los tiros se logren,

Sin que al arco de tus flechas

Se opongan pechos de bronce,

Que en castísimo himeneo

Dejes, amor, que se gocen,

Para ejemplo de firmeza,

Dos amantes corazones.

Sale DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

Tan á buena ocasion llego,

Leonor hermosa, que os oye

Mis venturosos oídos.

LEONOR.

Que os hago siempre favores.

Sale DON INIGO.

DON INIGO.

En busca del gran Prior

He venido, y no sé dónde

Pueda estar; ¡aquí Leonor!

Retirada con un hombre!

Aqueste presumo que es

Secretario de don Cosme;

Desde aquí podré escucharles,

Pues este paño me esconde.

(Arrimase.)

LEONOR.

Rogando estaba á aquel dios

Que tiene en Chipre su corte,

Que liberal me entregase...

DON ANTONIO.

¿A quién?

LEONOR.

A ti, á quien escoge

Siempre el alma por su dueño,

Pues otro no le conoce.

DON INIGO.

¡Qué es esto, cielos, que escucho!

¡Oh Leonor, mal correspondes

Con la sangre que heredaste!

¡Es justo que te enamores

De un hombre no conocido,

De un hombre de bajo porte,

Que son servicios á un loco

Sus calidades mayores?

DON ANTONIO.

¡Ay Leonora de mi vida!

En un caos de confusiones

Me veo.

LEONOR.

¿Cómo, mi bien?

DON ANTONIO.

Siguiendo el dichoso norte

De tu beldad, he pasado-

Entre toscos labradores  
Un año entero en Orgaz;  
Y ahora, que mis temores,  
Con calidades iguales,  
Aguardaban posesiones,  
Veo que temes, Leonor,  
Que el gran Prior no se enoje,  
Si esta afición le declaras,  
Dudosa en resoluciones;  
Y así, te vengo á decir...  
Ay Dios, mi bien, ¿qué temores  
Me enmudecen?

LEONOR.

¿Qué, mi dueño?

DON ANTONIO.

Que hay ocasion que me estorbe  
El estar aquí en Consuegra.

LEONOR.

¿Qué puede haber, que te importe  
Hacer, mi bien, tal mudanza?  
Mas sois mudables los hombres.

DON IÑIGO.

De la plática que escucho  
No sé qué concepto forme,  
Porque oyéndola, me veo  
En notables confusiones.

LEONOR.

Don Antonio, yo presumo  
Que el sevillano horizonte  
Os debe de estar llamando,  
Y los célestes primores  
De esa dama, prima vuestra,  
A quien tantas sinrazones  
Habeis hecho en no ir á verla;  
Partios en buen hora adonde  
Halleis, Señor, mas riquezas,  
Si no agasajos mayores;  
En cuanto á llegar á amaros,  
Nadie me iguala en el orbe;  
Solo siento que este pecho,  
Obediente como dócil,  
Le desconozcais, ingrato.

DON ANTONIO.

Indignas acusaciones,  
No debidas á mi fe,  
Son, Leonor, las que me pones,  
Cuando puedo ser ejemplo  
De leales amadores;  
No memorias de mi prima,  
No sus grandes perfecciones,  
Piedras, oro, perlas, plata,  
Que me da su padre en dote,  
Hacen, hermosa Leonor,  
Que el gusto me desazonen;  
Que ese no puede perderse  
En tanto que yo te adore;  
Lo que me obliga á ausentarme  
De la beldad de esos soles,  
Es ver que un criado mio,  
Que aquí llegó y me conoce,  
Trae de mi madre cartas  
Para que en breve negocien  
La partida de mi tío  
A Madrid, y él la dispone,  
Para ir á darla consuelo  
En sus penas y aflicciones;  
Este criado que digo,  
Se ha detenido, con orden  
Del Prior, por cuatro dias,  
En que por fiesta le corren  
Toros, sortija, y le alegran  
Con mil varias diversiones;  
Lo que el criado asistiere  
Aquí, porque no me tope  
Y me descubra, es forzoso  
Que otro lugar nos aloje  
A mí y á Fabio.

DON IÑIGO. (Ap.)

¿Qué escucho!

Sin buscarle, por su informe,

He ballado aquí á mi sobrino;  
Que hace el amor que se emboce.

LEONOR.

Mi bien, de lo que temeis  
Yo os quitaré los temores  
Con que os escondais el tiempo  
Que estuviere aquí ese hombre.  
Fingios, Señor, enfermo;  
Aqueste medio se tome.

DON ANTONIO.

Decis bien, yo os obedezco;  
Mas, si piedad no socorre,  
Doblaréisme las pasiones.

LEONOR.

Yo lo prometo, mi bien.

DON ANTONIO.

Honradle con brazos dobles  
A este cuello.

LEONOR.

Adios, mi bien.

DON ANTONIO.

A enfermár voy.

LEONOR.

Sea de amores.

(Vanse Leonor y don Antonio.)

DON IÑIGO.

Sin dar lugar á la traza  
En que van los dos conformes,  
Daré cuenta al gran Prior  
De aquestas dos aficiones,  
Y haré que á Leonor la case,  
Porque don Antonio logre,  
Con la beldad que desea,  
Sus amantes pretensiones.

Salte EL PRIOR y UN CRIADO.

PRIOR.

¿Primo?

DON IÑIGO.

Señor.

PRIOR.

De buscaros

Vengo.

DON IÑIGO.

Este lugar me esconde,  
Donde he sabido un secreto.

PRIOR.

¿Podré saberle?

DON IÑIGO.

Disponen

Dos personas de esta casa  
Casarse.

PRIOR.

Algun gentil hombre

Será y alguna criada.

DON IÑIGO.

Gente es de mas alto nombre.

PRIOR.

¿Quién?

DON IÑIGO.

(Altérrese.)

Cuando menos Leonor;

Vuecelencia se reporte;

Que si le digo el galan,

Podrá ser no se alborote.

PRIOR.

¿Es don Cosme?

DON IÑIGO.

¡Eso es muy bueno!

PRIOR.

¿Quién es?

DON IÑIGO.

Es de mayor porte  
Que don Cosme, aunque es marqués.

PRIOR.

Sacadme de confusiones,  
O decidme si os burlais.

DON IÑIGO.

Perdonad, Prior, los temores;  
Que don Antonio Ramirez,  
Noble y alentado jóven,  
Secretario del Marqués,  
Es el que se desconoce  
En aquel humilde traje.  
Vió á Leonor, enamoróse,  
Yendo á casarse á Sevilla,  
Y entre aquellos labradores  
De Orgaz se quedó á servirla.

PRIOR.

¿Qué me decis?

DON IÑIGO.

Lo que ois.

PRIOR.

Si eso es cierto, como creo,  
Y los dos están conformes,  
Quiero que al punto se casen.

DON IÑIGO.

No hay cosa que mas importe.

PRIOR.

Yo ofreceré á mi sobrina  
Diez mil ducados de dote,  
Sin la hacienda de su padre.

DON IÑIGO.

Sea con mil bendiciones;  
La venida de Lupericio  
Dió á mi sobrino temores  
De que fuese conocido,  
Y á su dama cuenta dióle  
De esto, y han concertado  
Que él se haga doliente.

PRIOR.

¡Vióse

Traza mas bien ordenada!

DON IÑIGO.

¿Cuándo faltan invenciones  
Entre dos que bien se quieren?

PRIOR.

Hoy quiero que se desposen;  
Que mi sobrina granjea  
En vuestro sobrino un hombre  
Entendido y principal.

DON IÑIGO.

En vos tiene quien le honre.—

(Ruido suena dentro.)

¿Qué ruido es este?

PRIOR.

Sin duda

Que ocasionan estas voces

Los toros.

DON IÑIGO.

¿Cómo?

PRIOR.

Los prueban,

Y eligen los toreadores

Cuales se pueden correr.

(Suena otra vez ruido.)

DON IÑIGO.

Otra vez el ruido se oye.

Salte FUENCARRAL, admirándose.

FUENCARRAL.

¡Válgate Dios por Marqués!

PRIOR.

¿Qué hay, Fuencarral?

FUENCARRAL.

¡Ay señores!

Al Marqués le ha sucedido...

¿Qué?  
 DON IÑIGO.  
 FUENCARRAL.  
 ¡Válgame san Onofre!  
 Una desgracia muy grande  
 En el encierro.  
 DON IÑIGO.  
 ¿Cogióle  
 El toro?  
 (Esté hablando el Prior con su criado.)  
 FUENCARRAL.  
 Peor.  
 DON IÑIGO.  
 ¿Qué ha sido?  
 FUENCARRAL.  
 ¿No me dejaréis que tome  
 Aliento?  
 DON IÑIGO.  
 Dí.  
 FUENCARRAL.  
 De esta va.—  
 Musas, bien es que os invoque.  
 PRIOR.  
 La brevedad os encargo.  
 CRIADO.  
 A servirte se dispone  
 Mi obediencia.  
 PRIOR.  
 Salgan luego,  
 Porque luego se desposen.  
 (Vase el criado.)  
 FUENCARRAL.  
 Para salir don Cosme á dar lanzada,  
 Accion á tu sobrina prometida,  
 Por ser novel en ella muy dudada,  
 Y despues de dudada, bien temida,  
 Quiso aceptarla, haciéndola ensayada,  
 Y hallando que el encierro le convida,  
 Púsose en su caballo de hierro,  
 Y ostentóse con lanza en el encierro.  
 Ocupa el coso con la lanza al lado,  
 Y en pálido color el suyo muda, [do  
 Cuando el toril despide un bruto arma-  
 De doble punta, fuerte como aguda.  
 Dos veces le emprendió, y acobardado,  
 Huyó dél, y el Marqués, viendo que  
 [duda,  
 Dicele en altas voces con mohína:  
 «Voto á Dios, que el torillo es un galli-  
 [na.»  
 La falta enmienda el vulgo novelero,  
 Dando al pasado toro sustituto,  
 Que al coso cabriolas de ligero  
 Con faz sañuda y con impulso bruto;  
 Fuera yo coronista muy grosero,  
 Si el describir su forma no ejecuto,  
 Y aunque no me valdré de la cultura,  
 Atención, que me embarco en la pinta-  
 [ra.  
 Cuello de fuelle, frente de proceso,  
 De caractéres crespos enlazada,  
 Adonde el armazon, el doble hueso,  
 Efectos hace de la Parca airada;  
 Cerdas enriza por el lomo grueso,  
 En piés cortos, barriga dilatada,  
 Los ojos arrojando fuego vivo,  
 Y el todo, aun sin ofensa, vengativo;  
 Negro el color, sin ser de Monicongo,  
 Humo despide sin tomar tabaco, [go,  
 Y uniéndose á la tierra mas que el hon-  
 Procura á cualquier panza darle saco;  
 Cada cual pone en cobro su mondongo,  
 Depósito de Ceres y de Baco; [nas  
 Que echan de ver que el torotiene ga-  
 Que haya para su fiesta mas ventanas.  
 Está copia feroz del dios Tonante,  
 Bufando truenos, despidiendo rayos,  
 Salió al coso con arma penetrante,

A caza de librea de lacayos; [gante,  
 Vibra el corvo instrumento, que, arto-  
 Fuera fin de tordillos y de bayos.  
 Viendo pues su fiereza los peones,  
 Con cuidado refuerzan sus calzones.  
 Sin hacer, escarbando, cortesia  
 (Tan propio de los brutos de su raza),  
 De don Cosme antevió la valentia,  
 Haciéndole que mida la ancha plaza  
 De segundo rebote su porfia;  
 Las fajas de las calzas desenlaza,  
 Quedando el gran jinete, del suceso,  
 Dándole el sof donde le dió á don Bue-  
 [so.  
 En hombros de peones le han traído,  
 Y de los topes casi derrengado.  
 PRIOR.  
 Pésame del suceso que ha tenido;  
 Harémos regalarle con cuidado.  
 Sale DON ANTONIO, LEONOR y  
 CRIADOS.  
 DON ANTONIO.  
 Esos piés, gran Prior, humilde pido.  
 PRIOR.  
 Seáis, señor don Antonio, bien hallado;  
 Que nos viene con vuestro desembozo  
 A mi sobrina dicha y á mi gozo.  
 DON IÑIGO.  
 Abrazadme, sobrino, y estad cierto  
 Que de vuestro recato fui la espia  
 Que al Prior vuestro amor ha descu-  
 [dierto.  
 DON ANTONIO.  
 Ha sido todo para dicha mia.  
 FUENCARRAL.  
 Sin don Cosme se hace este concierto;  
 A decirselo voy. (Vase.)  
 LEONOR.  
 Ya llegó el dia  
 De mí tan deseado.  
 PRIOR.  
 Dad la mano  
 A don Antonio.  
 DON ANTONIO.  
 Aquí yo solo gano.  
 LEONOR.  
 Tomad.  
 PRIOR.  
 El cielo os haga muy dichoso;  
 Estimad en Leonor tan buen empleo.  
 DON ANTONIO.  
 Acciones de ese pecho generoso,  
 Darme el bien á medida del deseo.  
 PRIOR.  
 De este consorcio aguardo temeroso  
 La furia del Marqués.  
 DON IÑIGO.  
 Queda muy feo,  
 Pues á doña Leonor halla casada  
 Cuando está su persona estropeada.  
 Sale DON COSME, armado ridícula-  
 mente con un chuzo y una rodela, y  
 FUENCARRAL.  
 DON COSME.  
 Si no mirara Prior,  
 Falso, atrevido, perjuro,  
 Que el ejercer crueldades  
 Es propio de los verdugos;  
 Si no mirara que soy  
 Primo de un César Augusto,  
 Y que deben mis acciones  
 Dar admiracion al mundo,  
 No dudara en este lance  
 Ensartaros uno á uno,  
 Como si fuérades cuentas,

Con el hierro de este chuzo.  
 ¿Qué es ensartar? Poco he dicho;  
 No dudo, Prior, no dudo  
 Que os hiciera pepitoria,  
 Así como os hallo juntos.  
 ¿Pepitoria dije? Es nada;  
 Un jigote muy menudo  
 Con esta espada os hiciera,  
 Para comérmele al punto;  
 O derribando esta casa,  
 Os diera el último susto,  
 A no temer, cual Sanson,  
 Quedar con todos difunto;  
 Que la perfeta venganza  
 (Así el duelo lo dispuso)  
 Ha de ser que el ofensor  
 No ha de sacar ni un rasguño.  
 ¿Es bien que mientras me pongo  
 Cara á cara con un bruto,  
 Con mas valor que lo hicieran  
 Ciceron ni Quinto Curcio,  
 Donde siendo estropeado,  
 Por desgracia, y no descuido,  
 Librándose mis caderas  
 De no admitir dos tarugos,  
 Deis á la bella Leonor  
 A un doméstico, á un alumno  
 De mi casa, por esposa,  
 Sin prevenir mi disgusto?  
 ¿A un hombre de quien se sabe  
 Que funda el aumento suyo  
 En los puntos de una pluma,  
 Para subirse de punto?  
 ¿Olvidando en mi persona,  
 Claro estirpe y valor sumo,  
 Que le heredé, cuando menos,  
 Desde el general diluvio;  
 Reconocidos de cuantos  
 Se agregaron de consuno  
 En las bodas del gran Carlos  
 Al margen del Bétis puro?  
 ¿Un hombrecillo trivial  
 Ha de profanar el culto  
 De la deidad mas hermosa  
 Que mira el planeta rubio?  
 ¿Qué me podeis responder  
 Al delito que os acuso?  
 Decid, ingrato Prior,  
 Sino callar como un mudo?  
 PRIOR.  
 Refrenad, señor Marqués,  
 Los coléricos impulsos,  
 Y hoy de mis satisfacciones  
 Veréis cuán bien me disculpo.  
 El que de vuestros papeles  
 Hasta ahora cargo tuvo,  
 Es don Antonio Ramirez,  
 Que ha estado en Orgaz oculto,  
 En el traje que le hallastes,  
 Vasallo de amor desnudo,  
 Y en el fuego de sus aras  
 Un aerisolado Mucio;  
 Sirvió á la bella Leonor  
 Desde un agosto hasta un julio,  
 Pasando por su beldad  
 Mil amantes infortunios;  
 Conformes las voluntades,  
 Don Iñigo (con su gusto)  
 Ha hecho este casamiento,  
 En que vienen los dos juntos;  
 Esto se hizo porque el César  
 Me avisa en un pliego suyo  
 (Que esta noche me ha traído  
 Un apresurado nuncio)  
 Que allá pretende casaros  
 Con una infanta del Cuzco,  
 Que ha venido de su tierra  
 A que el Pontífice Sumo  
 La dé el agua del bautismo.  
 DON IÑIGO.  
 Y en diamantes, en carbunclos,

## EL MARQUÉS DEL CIGARRAL.

Esmeraldas, oro y plata  
Trae casi un millon de escudos.

PRIOR.

Dos mil tengo prevenidos  
Para que partais al punto  
Con el órden que me envía;  
Ved si es casamiento á gusto.

DON COSME.

Si eso es así, gran Prior,  
Vuestra sobrina tripulo;  
Llévela mi secretario,  
Gócense los dos en uno.  
La empresa quiero dejar,  
Donde está cierto el escrúpulo,  
La empanada que comiere

No ha de faltarle repulgo.  
Veamos el órden del César;  
Con la Infanta me vinculo  
En apacible himeneo.

FUENCARRAL.

Vamos, y echemos de rumbo;  
¿Qué has de hacer á Fuencarral?

DON COSME.

Vizconde.

FUENCARRAL.

¿Viz qué? ¡Abrenuncio  
El vizcondado! No quiero  
Ser bizco ni cejijunto.

DON COSME.

Serás lo que tú quisieres.

FUENCARRAL.

Alto pues; desta vez subo  
A oficio de mas valor,  
Si no se me vuelve en humo.

DON COSME.

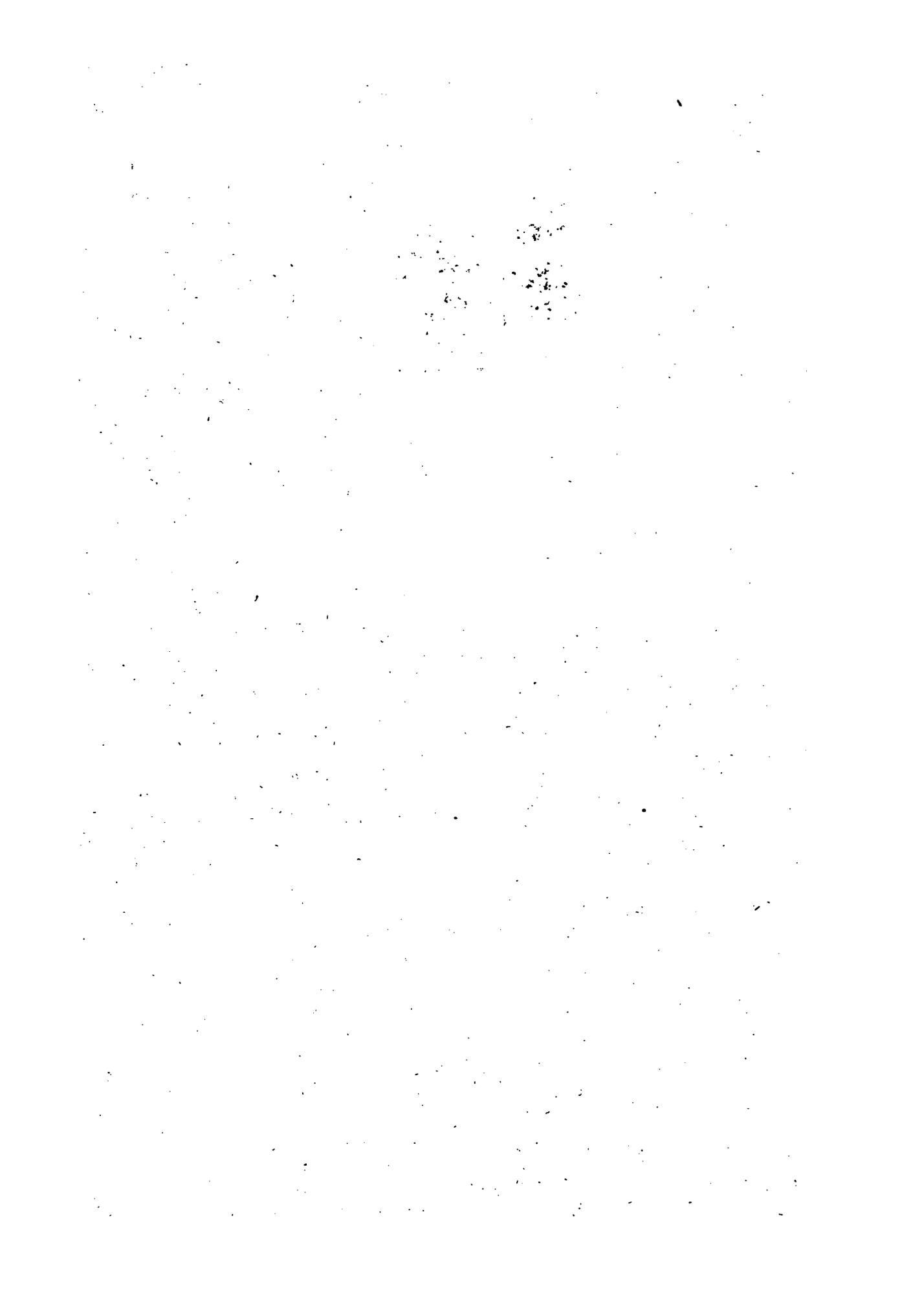
De vuestras bodas, Señora,  
Teneis padrino seguro  
En mi.

LEONOR.

Haceisme merced.

DON COSME.

Es lance que no le excuso,  
Deseando, gran Senado,  
Que haya sido vuestro gusto  
*El marqués del Cigarral.*  
Perdonad sus yerros muchos.



## COMEDIA FAMOSA

TITULADA

# EL DIABLO PREDICADOR, Y MAYOR CONTRARIO AMIGO,

DE LUIS DE BELMONTE BERMUDEZ.

### PERSONAS.

FELICIANO, *galán*.  
EL GUARDIAN DE SAN FRANCISCO.  
EL GOBERNADOR DE LUCA.

LUZBEL.  
OCTAVIA, *dama*.  
JUANA, *criada*.  
TEODORA.  
LUDOVICO.

SAN MIGUEL.  
ASMÓDEO.  
FRAY ANTOLIN.  
FRAY PEDRO.  
FRAY NICOLÁS.

ALBERTO, } *criados*.  
CELIO, }  
UN NIÑO JESUS.  
NUESTRA SEÑORA.  
TRES POBRES.—CRIADOS.

### JORNADA PRIMERA.

*Baja LUZBEL, en un dragon.*

LUZBEL.

¡Ah del oscuro reino del espanto,  
Estancia del dolor, mansion del llanto;  
Donde ya de otro daño sin recelo,  
La desesperación es el consuelo!  
Abrid; y tú, de quien mi rabia fia  
De esa noble y eterna monarquía  
El gobierno en mi ausencia,  
Ven á mi voz.

*Salte ASMÓDEO por un escotillon.*

ASMÓDEO.

Ya estoy en tu presencia;  
Pero ¿qué te ha obligado  
A que me llames?

LUZBEL.

¿No lo has penetrado?

ASMÓDEO.

No, Príncipe, si bien creo que es mucha  
La causa.

LUZBEL.

Y la mayor.

ASMÓDEO.

Pues díla.

LUZBEL.

Sobre este helado vestigio,  
En cuya forma triforme  
Di espanto en su *Apocalipsi*—  
Al mas venturoso jóven,  
Para saber los que el yugo  
De mi imperio reconocen,  
En término de dos días  
He dado la vuelta al orbe,

Escucha.

Y de diez partes, las nueve,  
Por las justas permisiones  
Del Criador eterno, yacen  
A mi obediencia conformes.  
Los bárbaros, sacrificios  
Me ofrecen, y adoraciones  
En las mentidas estatuas  
De barro, de hierro y bronce.  
La morisma en su vil secta,  
Y también otras naciones,  
Que en una verdad disfrazan  
Mil diferentes errores,  
Sin que á ninguna de tantas  
Sus distantes horizontes  
La disculpe de que al Dios  
Que todo lo hizo ignore,  
Pues no hubo en toda la tierra  
Clima tan ignoto, donde  
No llegasen, explicadas  
Por alguno de los doce  
Discipulos, las verdades  
De los cuatro historiadores;  
Ni parte donde el cruzado  
Leño, ya en llano ó ya en monte,  
No quedara por testigo  
De su pertinacia torpe.  
Solamente algunas partes  
De la Europa se me oponen,  
Adorando al Uno y Trino,  
Y al Verbo por Dios y Hombre;  
Pero, aunque en ellas hay muchos  
Jardines de religiones,  
Cuya agradable fragancia  
De sus penitentes flores  
Penetra el eterno alcázar,  
Para que á Dios desenoje  
De lo mucho que le ofenden  
Los mismos que le conocen,  
Los que me dan mas tormento  
Son (¡oh! mi rabia me ahogue)  
Esos hijos (sin nombrarle  
Será fuerza que le nombre)  
De aquel, por menor mas grande,

De aquel, mas rico por pobre,  
De aquel retrato de Dios  
Humanado tan conforme,  
Que si en un pesebre Cristo  
Nació, Francisco, por orden  
También divina, un pesebre  
Para oriente suyo escoge.  
Si tuvo, como maestro,  
Doce discipulos, doce  
Fueron los que de Francisco  
Sigueron también el norte.  
Si el uno murió suspenso  
De un árbol, no hay quien ignore  
Que otro de los de Francisco  
Murió pendiente de un roble.  
Si de Jesus el sagrado  
Culto, la lluvia de azotes  
Le trasformó en laberintos  
De sangrientos tornasoles;  
De la sangre de Francisco,  
Todas las habitaciones  
Que tuvo parecen jaspes,  
Salpicadas de sus golpes.  
Si á Cristo la infame turba  
Le tejieron de cambrones  
Impia y régia diadema,  
Que le hiera y le corone,  
Francisco, en robusta zarza,  
Solo en los paños menores,  
Castigando pensamientos,  
Inculpable por veloces,  
Revolcado entre sus puntas,  
Logró la zarza verdores  
De laurel, que coronaron  
Penitencias tan feroces.  
Si cinco puntas abrieron  
En aquel árbol triforme,  
Al cielo en su Autor divino,  
Siempre abiertas para el hombre,  
No fué su retrato en ella  
Francisco, aunque yo lo lloro,  
Sino original traslado,  
Pues en una union acorde

De manos, piés y costado,  
 Con increíbles favores  
 De Dios, mereció Francisco  
 En una, cinco impresiones  
 De penetrantes heridas,  
 Que al recibirlas entonces  
 La dicha de su contacto  
 Le lisonjeó los dolores.  
 Hasta otro Tomás curioso  
 Tuvo, que incrédulo toque  
 La herida de su costado,  
 A cuyo cruel informe,  
 Un éxtasis doloroso  
 Le dejó á Francisco inmóvil;  
 De suerte que le juzgaron  
 Por tránsito sus menores.  
 Los hijos pues deste humilde  
 Portento de perfecciones,  
 Con el fruto de su ejemplo,  
 Son mix contrarios mayores.  
 Que el Hacedor soberano  
 Castigara oposiciones  
 De quien, siendo su criatura,  
 Pretendió de Criador nombre,  
 Vaya, que aun no fué el castigo  
 A mi delito conforme,  
 Y no solo no me ofende,  
 Pero me añade blasones;  
 Que su sacrosanta Madré  
 Pusiera en mi cuello indócil  
 La planta, cuyo coturno  
 De serafines compone,  
 No me irrita; que si es reina,  
 Por infinitas razones,  
 De las nueve órdenes bellas,  
 Tronos y dominaciones,  
 Puesto que perder no puedo  
 Mi ser angélico noble,  
 Mi reina es, y no me ultraja  
 Que su pié mi cerviz dome.  
 Solo tengo por injuria  
 Que á tantas persecuciones  
 Estos miseros descalzos  
 Tantos vencimientos logren;  
 Que el ser tan flacos contrarios  
 Los que á mi poder se oponen,  
 De mi altivez acrecientan  
 Mas las desesperaciones.  
 Ellos al cielo conducen  
 Mas almas que ese salobre  
 Pielago produce arenas;  
 Mas que cuantas plumas torpes  
 De tantos heresiarcas  
 Han conducido legiones  
 De espíritus al infierno.  
 Y no, Asmodeo, te asombre;  
 Que si este mal no se ataja,  
 Muy presto no ha de haber donde  
 Los remendados mendigos  
 La bandera no enarbolen  
 De aquel que, por su valiente  
 Humildad, mereció el nombre  
 De gran alférez de Cristo;  
 Y que aquella silla goce  
 Que perdí, cuando intentaron  
 Mis soberbias presunciones  
 Fijarla en el sòlio trino,  
 Poniendo en arma su corte.  
 Para esta empresa te llamo;  
 No fácil te la propone  
 Mi ciencia, porque despues  
 De la del celeste monte,  
 A ninguna tan difícil  
 Se arrojaron mis reñcores;  
 Porque la regla que guardan,  
 Como sabes, estos hombres,  
 Es la apostólica yida,  
 Y no por inspiraciones  
 Solamente instituida,  
 Porque Dios mismo esta órden  
 Dictó á boca, que Francisco  
 Fué su secretario entonces;

El cual le dijo, piadoso  
 Para con sus posteriores:  
 «¿Quién, Señor, guardará regla  
 Tan cruel, que se compone  
 De veinte y cinco preceptos  
 Sin glosa ni explicaciones,  
 Con pena de mortal culpa,  
 Siendo humano?» Y respondióle:  
 «Yo criaré quien la guarde,  
 Francisco, no te congojes.»  
 Mas no le dijo que todos,  
 Uniformemente acordes,  
 La guardarían; que fueran  
 Vanas nuestras pretensiones.  
 Parte á España, y en Toledo,  
 Que es hoy de sus poblaciones  
 La mayor, siembra impledades  
 En los de mediano porte  
 Y en los gremios, que estos son  
 Los que á estos frailes socorren,  
 Estorbando que en sus pechos  
 La devoción fuerzas cobre;  
 Que son, en lo que aprenden,  
 Tenaces los españoles.  
 No en los ricos te embaraces;  
 Que mas que tus persuasiones  
 Hará la ambición en ellos;  
 Y aunque vean dos mil pobres,  
 No harán reparo ninguno;  
 Que, como nunca estos hombres  
 Ven de la necesidad  
 La cara, no la conocen;  
 Esto en general, que en todas  
 Las reglas hay excepciones.  
 Yo en esta ciudad de Luca  
 Me quedo, donde disponen  
 Mis cautelas que estos frailes  
 La conservacion no logren  
 De un convento que han fundado,  
 Haciendo en sus moradores  
 Que las limosnas conviertan  
 En vergonzosos baldones;  
 Que ya casi persuadidos  
 Los tengo á que son mejores  
 Limosnas las que se hacen  
 A quien con obligaciones  
 Lo pasan miserablemente  
 Que á los que vienen con nombre  
 De religiosos mendigos,  
 Sin que á la ciudad importe.  
 Entre los demás que tengo  
 Para que mi engaño apoyen,  
 Hay aquí un rico avariento,  
 Con quien fuera el que supone  
 La parábola, piadoso  
 Y liberal, cuyo nombre  
 Es Ludovico, y ya llega  
 De Florencia su consorte,  
 Tan infeliz como hermosa  
 Y cuerda, pues antepone  
 A su pasión la obediencia  
 Del padre, que, siendo noble,  
 Con este ambicioso bruto  
 La casó por verse pobre.  
 Pero es devota de aquella  
 De todos los pecadores  
 Abogada, que la libra  
 De estas imaginaciones.  
 Pero ya llega á su casa;  
 Parte á España, que aunque invoquen  
 En su ayuda estos mendigos  
 Las divinas protecciones,  
 He de hacer que esta segunda  
 Nave de la Iglesia choque  
 En los escollos de ímpios  
 Y rebeldes corazones,  
 Negándoles el sustento,  
 O que en los bajíos toque  
 De la natural flaqueza,  
 Con que por lo menos logre  
 Que en su poca confianza,  
 Sin que el piloto lo estorbe,

Zozobre, si no se pierde,  
 O encalle, si no se rompe.

ASMODEO.

Príncipe de las tinieblas,  
 A tus preceptos responde  
 Obediendo Asmodeo.  
 Desde hoy estén á tu órden  
 Los espíritus impuros  
 Del español horizonte;  
 Presto verás los del tosco  
 Sayal con fuerzas menores,  
 Si Dios mismo en favor suyo  
 Su autoridad no interpone.  
 (Sube Asmodeo en el mismo dragon que  
 bajó Luzbel.)

LUZBEL.

Estos frailes dejarán  
 Desamparado el convento,  
 Por la falta del sustento,  
 Si hoy limosna no les dan;  
 Que con solo un pan ayer,  
 Que un pasajero les dió,  
 Todo el convento comió;  
 Mas hoy no le han de tener,  
 Que aunque el Guardian ha salido,  
 Viendo su necesidad,  
 A pedir por la ciudad.  
 Ninguno le ha socorrido.  
 Mas esta la casa es  
 De Ludovico, y por ella  
 Va entrando su esposa bella;  
 Pero llorará despues  
 El haberse reducido  
 De su padre á la obediencia;  
 Que su amante, de Florencia  
 Desesperado ha venido,  
 Siguiéndola.

Salen LUDOVICO, de camino, y CRIA-  
 dos; y por otra puerta OCTAVIA y  
 JUANA.

LUDOVICO.

Conoció

Sin duda las ansias mias  
 Vuestro padre, pues dos dias  
 La dicha me anticipó;  
 Aunque tambien he sentido  
 El que no me haya avisado;  
 Para que hubiera logrado  
 El haberos recibido.  
 Con la ostentacion forzosa,  
 Diez millas de la ciudad.

OCTAVIA.

No quiero mas vanidad,  
 Señor, que ser vuestra esposa;  
 Y así, no os quise obligar  
 A una fineza excusada.

JUANA. (Ap.)

Es que ya viene informada  
 De lo que siente el gaslar.

LUDOVICO.

Muy bien habeis respondido.

JUANA. (Ap.)

¡Qué presto se ha conformado!

OCTAVIA. (Ap.)

Horror el verte me ha dado.  
 ¡Qué desdichada he nacido!

JUANA.

¿Qué te parece?

OCTAVIA.

No sé.

Déjame; que estoy sin vida.

LUZBEL. (Ap.)

La mujer está afligida;  
 Pero bien tiene de qué,  
 Porque es el hombre peor.

De todos cuantos encierra  
El ámbito de la tierra.

LUDOVICO.

Tan ufano está mi amor  
De poderos llamar mía,  
Que aun viéndolo no lo creo.

OCTAVIA.

Pues creed que mi deseo  
No esperó ver este día.

Sale UN CRIADO.

CRÍADO.

Un florentín caballero,  
Que Feliciano se llama,  
Te quiere hablar.

LUDOVICO.

¿Feliciano

En Luca? Mucho me espanta.

JUANA. (Ap.)

Él te ha venido siguiendo.

OCTAVIA. (Ap.)

Esto solo me faltaba.

LUDOVICO.

Pues ¿qué espera?

CRÍADO.

Tu licencia.

LUDOVICO.

¿Quién es dueño de mi casa  
Y de mi pide licencia?

Sale FELICIANO.

FELICIANO.

Prevencion fuera excusada  
El pedirla; pero supe  
Que ahora de llegar acaba  
Vuestra esposa, y mi visita  
Juzgué que os embarazara.

LUDOVICO.

Señor Feliciano, fuera  
De ser nuestra amistad tanta,  
Caballeros tan ilustres  
Honran siempre, no embarazán,  
Y yo pienso que es mi esposa  
Vuestra deuda.

FELICIANO.

Y muy cercana;

Mas, como el padre la tuvo  
De todos tan recatada,  
Nunca llegué á conocerla;  
Que hasta que la vi casada  
Siempre la tuve por otra.

LUDOVICO.

Pues es cosa bien extraña.

OCTAVIA.

La condicion de mi padre,  
Como sabéis, fué la causa.

FELICIANO.

Y vuestra mucha obediencia.—  
Goceis, Ludovico, á Octavia  
Los años que yo deseo.

JUANA. (Ap.)

Pues morirás mañana.

LUZBEL. (Ap.)

Tú harás que la goce poco,  
Si María no la ampara.

LUDOVICO.

¿Y á qué ha sido la venida  
A Luca? Que me alegrara  
De que fuera muy despacio.

FELICIANO.

Amigo, Luca es mi patria;  
Pero solamente vengo  
A vender de mi mediana  
Hacienda lo que ha quedado.

Y salir luego de Italia,  
Porque mi intento es servir  
Al gran César de Alemania,  
Pues ya de mis pretensiones  
Murieron las esperanzas.  
De veinte años en Florencia  
Entré, donde pleiteaba  
De por vida un mayorazgo,  
Con asistencia del alma.  
Vióse el pleito sin citarme,  
Y aunque mi abogado estaba  
Presente, en quien yo tenía  
Neciamente confianza,  
Nada en mi defensa dijo,  
Porque la parte contraria  
Selló con oro sus labios;  
Que con solo una palabra,  
En que el hecho consistía,  
Vieran mi justicia clara.  
En fin, perdi el pleito.

LUDOVICO.

Amigo,

Todo el oro lo contrasta,  
No hay cosa que lo resista.

LUZBEL. (Ap.)

Yo he de hacer, cuando no caiga,  
Que tropiece en la sospecha.

FELICIANO.

Que esa es verdad asentada  
Se ha visto bien, Ludovico,  
En vos y en mi prima Octavia,  
Pues por hombre poderoso  
Gozais la fénix de Italia.

LUDOVICO.

Decis bien.

OCTAVIA.

Aunque el ser vos

Parte tan apasionada  
Me aseguren de que son  
Lisonjas vuestras palabras,  
Si en la intencion no me ofenden,  
En lo que suenan me agravian.  
Yo me casé por poderes  
Sin ver con quien me casaba;  
Claro está que no gustosa,  
Pero tampoco forzada;  
Que no tienen albedrío  
Mujeres nobles y honradas.  
Pero si yo fuera mía,  
Ni todo el oro de Arabia,  
Creed, señor Feliciano,  
Que á casarme me obligara  
Con Ludovico, y decirle  
Que fué su hacienda la causa,  
Cuando fuera verdad, fuera  
Verdad poco cortesana.

FELICIANO.

Yo le he dicho lo que siento  
Con llaneza, en confianza  
De la amistad.

LUDOVICO.

Yo sintiera

Que de otra suerte me hablaras.  
LUZBEL. (Acercándose á Ludovico.)

Mas de Octavia la respuesta,  
Si bien se mostró enojada,  
Parece que es disculparse.

LUDOVICO. (Ap.)

Sin duda que quiso Octavia  
Disculparse con su dendo,  
Por ser su nobleza tanta,  
Que se casó con un hombre  
Que en la sangre no la iguala,  
Pues le dijo que, á ser suya,  
Conmigo no se casara;  
Aunque también ser pudiera...  
Pero es ilusion.

Salen EL GUARDIAN y FRAY ANTO-  
LIN, que es lego.

GUARDIAN.

Deo gratias.

FRAY ANTOLIN.

Por siempre, pues callan todos.

LUDOVICO.

¿Cómo se entran en mi casa  
Sin llamar? Con estos frailes  
Tengo oposicion extraña.

GUARDIAN.

Abierta estaba la puerta.

LUZBEL. (Ap.)

Con este no hago yo falta;  
Voy adonde mas importe. (Vase.)

JUANA.

Buen lance ha echado mi ama.

LUDOVICO.

Pues ¿á qué entraron?

GUARDIAN.

Entramos...

FRAY ANTOLIN.

Por voto mio no entrara.

GUARDIAN.

A darte el parabien...

LUDOVICO.

Bueno.

GUARDIAN.

A tí y á tu esposa Octavia,  
Y á pedirte que hoy siquiera  
(Porque el sustento nos falta)  
Mandes que nos den limosna.

LUDOVICO.

Hoy está muy ocupada  
Toda mi familia, padres;  
Váyanse, que me embarazán.

GUARDIAN.

Pues en el día que tomas  
Posesion tan deseada  
De tí, sobre ser tan rico  
Como el que mas en Italia,  
¿No le darás á Dios algo,  
O en hacimiento de gracias,  
O en albricias, cuando sabes  
Que nuestros hermanos pasan  
Necesidad tan extrema,  
Que aun nos ha faltado el agua?

LUDOVICO.

Yo he menester lo que tengo;  
Y si el sustento les falta,  
¿Por qué la ciudad no dejan?

GUARDIAN.

No es tan poca la constancia  
De los hijos de Francisco;  
Dios volverá por su causa,  
Moviendo los corazones  
Y serenando borrascas,  
Que ha levantado el infierno  
En tí y en toda tu patria.

LUDOVICO.

Salgan de mi casa luego,  
O saldrán por las ventanas,  
Viven los cielos.

FELICIANO.

Tenéos.

FRAY ANTOLIN.

Vámonos, padre.

LUDOVICO.

¿Qué aguardan?

Váyanse presto.

JUANA.

¡Ay, Señora!

¿Con este has de vivir?

OCTAVIA.  
Juana,  
Morir será lo mas cierto,  
Pues nací tan desdichada.

LUDOVICO.  
Trabajen para el sustento,  
O esperen que se le traiga  
El que instituyó la regla.

GUARDIAN.  
El demonio por tí habla.

FRAY ANTOLIN.  
No tal; que él no ha menester  
Al demonio para nada.

LUDOVICO.  
¡Hay mayor atrevimiento!

FELICIANO.  
Padres, por Dios que se vayan.

LUDOVICO.  
Matad esos vagamundos.

FELICIANO.  
¿Qué decis?

OCTAVIA.  
Esposo, hasta.  
FRAY ANTOLIN.

Por mí padre san Francisco,  
Que le ha de servir de vaina  
El que llegue, á este cuchillo.

GUARDIAN.  
Hermano...  
FRAY ANTOLIN.  
Dios no me manda  
Que me deje matar.

GUARDIAN.  
Vamos,  
Y tengamos confianza;  
Que Dios dijo á nuestro padre  
Que jamás á su sagrada  
Religion le faltaria  
El sustento.

FRAY ANTOLIN.  
Pues ya tarda,  
Padre mio.

GUARDIAN.  
Tenga, hermano  
Antolin, fe y esperanza.

FRAY ANTOLIN.  
Fe y esperanza me sobran;  
La caridad me hace falta.  
(*Vanse los dos.*)

LUDOVICO.  
No volvieran al convento  
Si presentes no os hallarais  
Vos, por vida de mi esposa.

JUANA.  
Este no es cristiano.

OCTAVIA.  
Calla.  
FELICIANO.  
En lástima se convierte  
Ya de mis celos la rabia.

*Sale UN CRIADO.*

CRIADO.  
Ya las mesas están puestas,  
Y los músicos aguardan.

LUDOVICO.  
Entrad, porque honreis mi mesa.  
FELICIANO.

(*Ap. Por si puedo hablar á Octavia  
Lo acepto.*) Yo soy quien puede  
Honrarse con merced tanta.  
Vamos.

OCTAVIA. (*Ap.*)  
Que se quede sientto.

LUDOVICO. (*Ap.*)

No creí que lo aceptara.  
OCTAVIA. (*Ap.*)  
¡Ay Feliciano! ¡Qué presto  
De mí has tomado venganza!  
(*Vanse.*)

*Salen EL GUARDIAN, y FRAY ANTO-  
LIN, con piedras en las manos.*

GUARDIAN.  
Deje las piedras.

FRAY ANTOLIN.  
¿Cómo que las deje?  
Y si sale un criado de este hereje  
Tras nosotros, verá con la presteza  
Que un par dellas le escondo en la cabe-  
GUARDIAN. [*za.*

La crueldad y la ira, [*mira*  
Fray Antolin, deste hombre no me ad-  
En tan protervo como impío pecho;  
Solo me admira el huracan deshecho  
Que el demonio en seis dias solamente  
Ha levantado en la piadosa gente  
Que limosna nos daba; [*taba.*  
Que, en fin, aunque no mucha, nos bas-  
FRAY ANTOLIN. [*so*

Padre Guardian, mientras queda el avi-  
A nuestro general, será preciso  
Los cálices vender.

GUARDIAN.  
No querrá el cielo  
Que llegue á tan notable desconsuelo  
Nuestra necesidad.

FRAY ANTOLIN.  
¡Qué gentil flemma!  
Pues ¿á qué ha de llegar si ya es la extre-  
GUARDIAN. [*ma?*

Mas estas piedras que convierta espero  
En pan un cierto amigo tabernero,  
Que hace su fe milagros cada dia.

GUARDIAN.  
Sin duda, con el hambre, desvaria.

FRAY ANTOLIN.  
Que hará pan de las piedras imagino,  
Quien sabe convertir el agua en vino.  
GUARDIAN.

Aquí vive Teodora; llame, hermano,  
A su puerta.

*Llama, y sale LUZBEL.*

LUZBEL. (*Ap.*)  
Esta vez llamará en vano.  
TEODORA. (*Dentro, como enfadada.*)

¿Quién es?  
FRAY ANTOLIN.  
No tiene traza la Teodora  
De dar nada.

GUARDIAN.  
Dos frailes son, Señora,  
Franciscos.

*Sale TEODORA.*

LUZBEL. (*Ap. á Teodora.*)  
Tienes hijos, y estás pobre.  
TEODORA.

Padres, pidan limosna á quien le sobre;  
Que yo tengo en mi casa  
Muchos que sustentar, y es muy escasa  
Mi hacienda.

GUARDIAN.  
Sí será, mas ni un bocado  
De pan en toda la ciudad me han dado;  
Dáosle tú, por Dios; que en él espero  
Que le pague.

TEODORA.

Mis hijos son primero.  
(*Vase.*)

Perdonen.  
FRAY ANTOLIN.  
La razon es concluyente.

GUARDIAN.  
¡Oh lo que sabe la infernal serpiente!  
LUZBEL. (*Ap.*)

De poco os admirais; mas ya, inspirado  
De mí el Gobernador, viene irritado;  
Hácia esta parte conducirle espero.

FRAY ANTOLIN.  
De la serpiente querellarme quiero.  
GUARDIAN.

¿A quién?  
FRAY ANTOLIN.  
A Dios; que es mucho atrevimiento  
El hacer que nos quiten el sustento.

Las demás tentaciones,  
Silicios, disciplinas y oraciones,  
Puedo vencer; mas no es para sufrida  
Tentacion que nos quite la comida;  
Que el natural derecho es lo primero.

Ayer nos dejó un pan un pasajero,  
Y antes que le soltara de las manos,  
Todos á él nos fuimos como alanos;  
Y el buen hombre, asustado y afligido,  
Viéndose de los frailes embestido,  
Juzgó su muerte cierta;

Y sacando los piés hácia la puerta,  
Decia: «Yo no he hecho mal ninguno,  
Padres, ténganse allá; ¿tantos á uno?»

GUARDIAN.  
Padre, pues Dios lo permite,  
Que esto nos conviene crea.

FRAY ANTOLIN.  
Yo lo creo, en cuanto al alma;  
Pero una hambre tan fiera,  
Padre Guardian, mucho dudo  
Que á mi cuerpo le convenga;  
Y si el demonio me embiste,  
Quien no come no pelea.

GUARDIAN.  
Seráfico padre mio,  
¿Qué es esto? En tan opulenta  
Ciudad, tan cristiana y noble,  
¿Permitis vos que convierta  
Contra vos, en vuestros hijos,  
Del demonio la cautela  
Tantos blandos corazones  
En duras rebeldes piedras? —  
Bárbara gente, mirad  
Que vuestros sentidos ciega  
El enemigo de toda  
La humana naturaleza.  
Dad limosna á san Francisco;  
Que no hay empleo que tenga  
Tan segura la ganancia,  
Pues todo el cielo granjea.  
Dadle á Dios algo; que el pobre  
Es su semejanza mesma.  
No le cerreis, ciudadanos,  
A la piedad las orejas.

FRAY ANTOLIN.  
¿Mas que en vez de pan volvemos,  
Padre, cargados de leña,  
Si no calla?

*Salen EL GOBERNADOR y CRIADOS,  
y LUZBEL detrás de él.*

LUZBEL. (*Ap.*)  
No permitas  
Que ciudad que tú gobiernas  
Alboroten estos frailes,  
Que ser humildes profesan.

GOBERNADOR.  
¿Qué voces son estas, padres?  
¿Por qué la ciudad alteran?

GUARDIAN.  
Gobernador generoso,  
Doy voces porque nos niegan  
La acostumbrada limosna,  
Con que el perecer es fuerza;  
Que mi religion ni tiene  
Ni puede tener hacienda;  
Solo la piedad cristiana  
Es quien la ampara y sustenta;  
Pero está en segura finca,  
Ya que esta es la vez primera  
Que faltó á frailes franciscos,  
Ni en la villa mas pequeña,  
El sustento.

LUZBEL. (Ap.)  
Si les falta,  
¿Por qué la ciudad no dejan?

GOBERNADOR.  
Pues si esta ciudad es, padre,  
Tan mala, que solo en ella  
Les ha faltado el sustento,  
El irse donde le tengan  
Será el mas prudente medio  
Y el mas fácil.

GUARDIAN.  
Quien gobierna  
Ciudad tan ilustre y quien  
La ley de Cristo profesa,  
¿Eso responde? ¿Qué mas  
Un alarbe respondiera?

LUZBEL. (Ap.)  
¿Esto sufres?

GOBERNADOR.  
Pues ¿conmigo  
Habla con tal desvergüenza?  
Bastantes pobres tenemos,  
Naturales de esta tierra,  
Que ya trabajar no pueden,  
Y es la obligacion primera  
De la ciudad sustentarlos,  
Y es limosna mas acepta  
Que en ellos. Vayanse luego,  
Quitense de mi presencia;  
Que, vive Dios...

GUARDIAN.  
Los infieles  
El pobre sayal respetan  
De mi padre san Francisco;  
Y pues que tú le desprecias,  
Siendo cristiano, sin duda  
Mueve el demonio tu lengua.

GOBERNADOR.  
No mueve sino la tuya,  
Porque justamente pueda  
Castigar tu atrevimiento.—  
Pregonad luego que, pena  
De perdimiento de bienes,  
Nadie en la ciudad se atreva  
A dar limosna á estos hombres.

(Vase, y los criados.)

FRAY ANTOLIN.  
Ella es gente tan perversa,  
Que está de mas pregonarlo.

GUARDIAN.  
¿Que tan bárbara fiera  
Quepa en un pecho cristiano!  
¿Qué mas Diocleciano hiciera?

GOBERNADOR. (Dentro.)  
Echadlos de aquí ó matadlos.

FRAY ANTOLIN.  
Buena la hemos hecho.

VOCES. (Dentro.)  
¡Mueran!

LUZBEL. (Ap.)  
No es eso lo que pretendo.

FRAY ANTOLIN.  
Por Dios, que nos apedrean;  
Huyamos, padre, al convento,  
Pues que le tenemos cerca.

GUARDIAN.  
Gente sin fe, detenéos.

FRAY ANTOLIN.  
Corra; que en la diligencia  
Consiste salvar las vidas.

VOCES. (Dentro.)  
¡Mueran estos frailes! Mueran!

FRAY ANTOLIN.  
Aprisa, padre.

GUARDIAN.  
Dios mio,  
¿Qué persecucion es esta?  
(Yanse los dos.)

LUZBEL.  
Logré, á pesar de Francisco,  
Mi intento; ya será fuerza  
Que el convento desamparen;  
Pero ¡qué resplandor ciega  
Mi vista?

Aparecen el NIÑO JESUS, cubierto el  
rostro con un velo, y SAN MIGUEL.

SAN MIGUEL.  
Infernal serpiente,  
Yo humillaré tu soberbia.

LUZBEL.  
¡Miguel!

SAN MIGUEL.  
¿Cómo imaginaste,  
No ignorando la promesa  
Que hizo el Criador á Francisco,  
Quitarle el sustento puedan  
De tu envidia los engaños?

LUZBEL.  
Ninguno con mas certeza  
Que yo sabe que no puede  
Faltar su palabra inmensa;  
Mas faltar su confianza  
Puede, y ya su gran fineza,  
Que ya, si aun no les falta,  
Indecisa titubea;  
Pero mi triunfo no estriba  
En que estos hombres no tengan  
El alimento preciso,  
Sino en los que se le niegan.

SAN MIGUEL.  
Pues tú mismo lo que has hecho  
Desfaz, para que obedezca  
Ludovico la ley santa.

LUZBEL.  
¿Yo contra mí mismo? ¡Pésia  
Mi desdicha!

SAN MIGUEL.  
Y fabricar  
Otro convento, en que tenga,  
A pesar tuyo, Francisco  
Mas hijos de su obediencia.

LUZBEL.  
Pues yo, ¿cómo?

SAN MIGUEL.  
No repliques;  
Lo mismo has de hacer que hiciera  
Francisco. Vé á su convento,  
Y á sus frailes con prudencia  
El querer desampararle  
Reprehende, y por tu cuenta  
Corre desde hoy su alimento,  
Y ha de ser para que puedan  
Sustentar algunos pobres,

Como lo manda la regla,  
Que Dios dictó; parte luego,  
Y hasta tener orden nueva,  
Lo que te mando ejecuta,  
Sin que en nada retrocedas,  
Porque otra vez á Francisco  
En sus frailes no te atrevas.  
(Va subiendo la apariencia poco á poco,  
mientras Luzbel dice estos versos.)

LUZBEL.  
Preciso es; mas permitídmeme  
Que de tan cruel sentencia  
Mis sentimientos apelen  
Al alivio de la queja.  
Vos ¿no le disteis al hombre,  
Porque á lo mejor atienda,  
Dejando aparte los cinco  
Sentidos, las tres potencias?  
¿A la voluntad no basta  
Su entendimiento por rienda?  
Tambien al entendimiento  
¿Su memoria no le acuerda  
La brevedad de la vida,  
Que hay muerte, que hay gloria y pe-  
Si esto no basta, ¿no tiene [na?  
Celestial inteligencia,  
Que le auxilia por instantes?  
Bien ventajoso pelea,  
Pues yo no tengo mas armas  
Que su natural flaqueza.  
Si estas vuestra soberana  
Absoluta Omnipotencia,  
No solamente me quita  
Tantas veces que use de ellas,  
Sino hoy me manda que yo  
Contra mí mismo las vuelva,  
¿Para qué son permisiones?  
Sálvense todos, no tenga  
El hombre voluntad propia;  
Solo se cumpla la vuestra;  
Pero ¿para qué me canso,  
Si el ejecutarlo es fuerza?  
Porque, á mi pesar, los hombres  
A obedeceros aprendan.

A un tiempo se cubre la apariencia,  
vase Luzbel, y salen EL GUARDIAN,  
FRAY ANTOLIN, FRAY PEDRO y  
FRAY NICOLÁS.

FRAY ANTOLIN.  
A tanto extremo ha llegado.

GUARDIAN.  
Padre, ¿eso ha sucedido?

FRAY ANTOLIN.  
Milagro patente ha sido  
El haber vivos llegado.

FRAY NICOLÁS.  
Jamás en tan grande aprieto  
Convento nuestro se vió.

GUARDIAN.  
Limosna tal vez faltó;  
Mas perderles el respeto  
Con extremo semejante,  
Tan á cara descubierta,  
No se ha visto.

FRAY ANTOLIN.  
Hasta la puerta

Llegó el escuadron volante  
De muchachos, disparando  
Piedras, y uno dijo: «Esta  
Vaya del lego á la testa.»  
Pero no se fué alabando  
El mancebo, voto á tal,  
Del intento, aunque fué vano;  
Que yo llevaba en la mano  
Como un puño un pedernal,  
Y á darle las gracias fué.

GUARDIAN.  
Pero ¿le hizo algun mal?  
FRAY ANTOLIN.  
No;  
Las narices le aplastó.  
GUARDIAN.  
¿Qué dice, hermano?  
FRAY ANTOLIN.  
Sí, á fe.  
GUARDIAN.  
Pero ¿le hizo sangre?  
FRAY ANTOLIN.  
Risa  
Me da; pues ¿no era forzoso?  
GUARDIAN.  
¡Jesus! ¿Sangre en un religioso!  
FRAY ANTOLIN.  
A bien que no soy de misa.  
FRAY PEDRO.  
Padre Guardian, ya nos vemos  
Con tan gran necesidad.  
Que salir de esta ciudad  
Luego es fuerza; no esperemos  
A que despues no podamos.  
FRAY NICOLÁS.  
El esperar á mañana,  
Padre, es esperanza vana,  
Y de la suerte que estamos,  
Otro dia mas pudiera  
Con las vidas acabar.  
GUARDIAN.  
A poderlo remediar  
Con la mia, la perdiera  
Gustoso en esta ocasion,  
Por lo que se ha de decir,  
Y porque lo ha de sentir  
Toda nuestra religion.  
FRAY ANTOLIN.  
Solo por la fe la vida,  
Padre, se debe perder;  
Mas morir de no comer  
Es necedad conocida,  
Que al derecho natural  
Ningun precepto prefiere;  
Y el primero que yo viere  
Con pan, por bien ó por mal,  
Conmigo habrá de partir,  
Aunque un obispo le traiga,  
Y si no, caiga el que caiga.  
GUARDIAN.  
¿Eso un fraile ha de decir?  
FRAY ANTOLIN.  
Y lo haré.  
FRAY NICOLÁS.  
Padre Guardian,  
Nuestro padre san Francisco  
Manda que, si no quisieren  
En algun pueblo admitirnos,  
Pasemos donde seamos  
Con caridad recibidos;  
Sin que prevenir pudiera  
Que donde la ley de Cristo  
Profesan nos maltralaran,  
Ni que hubiera tan impio  
Gobernador, que mandara,  
Pena de bienes perdidos,  
Que nadie nos dé limosna.  
GUARDIAN.  
Padres, ya estoy convencido;  
En su custodia llevemos  
El Sacramento divino  
Descubierto hasta salir  
De la ciudad, que no fio  
De esta gente; las reliquias  
Llevar tambien es preciso,  
Repartidas entre todos.  
FRAY ANTOLIN.  
Y el hermano jumentillo

Las casullas y ornamentos  
Llevará, si es que está vivo;  
Porque ayer le hallé comiendo  
De su refectorio mismo  
La mesa.  
GUARDIAN.  
Vamos.  
Sale LUZBEL, vestido de fraile.  
LUZBEL.  
Deo gratias,  
Hermanos. (Ap. ¡Fiero castigo!)  
GUARDIAN.  
¡Válgame Dios! ¿Quién es, padre?  
Que de verle aqui me admiro.  
FRAY ANTOLIN.  
¿Por dónde ha entrado este fraile?  
FRAY NICOLÁS.  
Por la puerta no ha podido;  
Que yo la cerré.  
LUZBEL.  
No hay puerta  
Cerrada al poder divino.  
Él es quien (sin que pudiera  
Excusarme) me ha traído  
Desde tan ignoto clima,  
Que el puesto donde yo asisto,  
En mi vocacion constante,  
El sol, general registro,  
O le perdonó por pobre,  
O dejó por escondido.  
GUARDIAN.  
Dígame, ¿qué nombre tiene?  
LUZBEL.  
Mi nombre es y mi apellido  
Fray Obediente Forzado,  
De antes Querub...  
FRAY ANTOLIN.  
Vizcaíno  
Debe de ser el tal fraile.  
GUARDIAN.  
Parece varon divino.  
FRAY ANTOLIN.  
Bien su palidez lo muestra.  
LUZBEL.  
Pues jamás tan encendido  
Tuve el espíritu.  
GUARDIAN.  
Padre,  
Díganos pues á qué vino;  
Que nos tienen recelosos  
Sus palabras y el prodigio  
De entrar cerradas las puertas.  
Algun engaño imagino  
De nuestro comun contrario;  
¿Temblando estoy!  
FRAY ANTOLIN.  
Yo apercibo  
Hisopo y agua bendita,  
Por si acaso es el maligno.  
LUZBEL.  
No teman y esténme atentos:  
Orden traigo de Dios mismo  
A boca de reprehenderles  
La poca fe que han tenido.  
Los que siguen la bandera  
Del gran alférez de Cristo,  
¿La plaza que les entrega  
Desamparan fugitivos?  
No há dos dias naturales  
Que puso el contrario el sitio;  
¿Cómo desmaya tan presto  
De vuestra esperanza el brio?  
Los que debieran ser rocas,  
De corazones impies  
A los embates, ¿qué oponen,

Siendo culpa lo indeciso,  
A riesgos amenazados,  
Temores ejecutivos?  
Sabiendo que á nuestro padre  
Prometiò Dios que á sus hijos  
No faltaria el sustento,  
¿Incurren en un delito  
Tan grande como el pensar  
Que pueda lo que Dios dijo  
Faltar? (Ap. ¿Que yo tal pronuncie!)  
Crean (Ap. ¿Volcanes respiro!)  
Que cuando de todo el orbe  
Cerraran á un tiempo mismo  
Los vivientes racionales  
A la piedad los oidos,  
Los ángeles les trajeran  
El sustento prometido  
De su Criador, ó el demonio,  
Porque fuese mas prodigio.  
FRAY ANTOLIN.  
Con el fervor echa llama  
Por los ojos.  
GUARDIAN.  
Padre mio,  
Bien se ve que es enviado  
De Dios, pues tanto han podido  
Sus palabras, que mil vidas  
Diera primero á los filos  
De la hambre, que dejar  
De mi padre san Francisco  
La casa.  
FRAY PEDRO.  
No habrá ninguno  
De sus verdaderos hijos  
Que no dé por Dios la vida.  
FRAY NICOLÁS.  
Y estarán todos corridos,  
Padre, de haber intentado  
Volver la espalda al peligro.  
LUZBEL. (Ap.)  
Lo que fué natural miedo,  
En mérito han convertido;  
¿Qué presto á lo mejor vuelven  
Los que de Dios asistidos  
Están!  
FRAY ANTOLIN.  
Padre, esta es pregunta:  
Estándome yo quedito,  
Sin buscar algo que coma,  
¿Será padecer martirio  
Por Dios el morir de hambre?  
LUZBEL.  
Juzgo que no; mas le afirmo  
Que coma muy presto.  
FRAY ANTOLIN.  
Luego  
Fuera mejor, padre mio;  
Que ya se cierra el gazuete.  
LUZBEL.  
Hermanos, con sacrificios  
Satisfagan la amorosa  
Queja del Autor divino;  
De su alimento me encargo  
Desde luego, haciendo oficio  
De limosnero.  
FRAY ANTOLIN.  
¿Limosnas  
En esta ciudad? Me rio.  
LUZBEL.  
Presto saldrá de este engaño;  
Que el hermano ha de ir conmigo.  
FRAY ANTOLIN.  
Yo no me atrevo.  
LUZBEL.  
No tema,  
Fray Antolin.

FRAY ANTOLIN.  
¿Quién le dijo  
Mi nombre?

LUZBEL.  
Yo le conozco.—  
Padre Guardian, no dé indicio  
De temor; abra esas puertas.

GUARDIAN.  
Este es ángel; no replico.  
FRAY ANTOLIN.  
Alguna sarna se cura  
El padre; que el olorcillo  
Es de azulre.

GUARDIAN. (Ap.)  
Mas ya el cielo  
Me da de quién es aviso.  
¡Válgame Dios!

LUZBEL.  
A los frailes  
Anime; que están rendidos.

GUARDIAN. (Ap.)  
Encubrir este portento  
Por los frailes es preciso.

LUZBEL. (Ap.)  
Váyanse al coro, y no teman;  
Que, mientras yo les asisto,  
Seguro estará de lobos  
Este redil de Francisco.

GUARDIAN.  
Si, pues ya Dios en triaca  
El veneno ha convertido.

(Vase el Guardian, fray Pedro y fray Nicolás, y quedan solos fray Antolin y Luzbel.)

LUZBEL.  
Tome las arguensas, padre,  
Porque traiga lo preciso  
Esta noche; que mañana  
Se llevará el jumentillo.

FRAY ANTOLIN.  
Yo creo que volveremos  
Al convento con lo mismo  
Que llevamos.

LUZBEL.  
Tan cargado  
Ha de volver, sin pedirlo,  
Que ha de llegar al convento  
Muy cansado.

FRAY ANTOLIN.  
Y aun molido,  
Si me encuentran los muchachos.

LUZBEL.  
No tema, pues va conmigo;  
Que mientras les asistiere,  
No hay que recelar peligros.

FRAY ANTOLIN.  
Pues ¿por qué?

LUZBEL.  
Porque ya tienen  
Su mayor contrario amigo.

JORNADA SEGUNDA.

Salen EL GUARDIAN, FRAY PEDRO  
Y FRAY NICOLÁS.

FRAY PEDRO.  
Él es varón prodigioso,  
Padre Guardian; sus portentos  
El ser humano desmienten.

GUARDIAN.  
De muchos santos leemos,

Padre, portentos tan grandes,  
Y eran humanos.

FRAY NICOLÁS.  
Es cierto,  
Y que podía Dios en este  
Obrar lo que en aquellos,  
Y mas, si fuere servido.

FRAY PEDRO.  
Claro está; pero no es eso  
Lo que nos tiene confusos,  
Sino ignorar en qué reino  
O en qué provincia este santo  
Tomó el hábito; porque esto  
Ni él ha querido decirlo,  
Ni hemos podido saberlo;  
Con que juzgo que no es fraile.

GUARDIAN. (Ap.)  
Ni aun quisiera parecerlo.

FRAY NICOLÁS.  
Yo he pensado que es Elias,  
Porque manda con imperio  
Notable y con aspereza.

GUARDIAN. (Ap.)  
No asistia en tan ameno  
País.

FRAY PEDRO.  
Yo creo que es ángel.

GUARDIAN. (Ap.)  
Puede ser; pero no bueno.

FRAY PEDRO.  
Porque sufrir cada día  
Un trabajo tan inmenso  
Como andar la ciudad toda  
Y asistir en el convento,  
Que labra con tanta priesa,  
Trabajando y disponiendo,  
Y hallarse presente en casa  
Cuando importa, siendo cuerpo  
Humano, fuera imposible,  
Sin que tal vez por lo menos  
El cansancio le rindiera.

GUARDIAN.  
Solo asegurarle puedo,  
Padre, que Dios le ha enviado;  
No examinen sus misterios.  
A fray Forzado obedezcan  
En todo, pues cuanto ha hecho  
Y cuanto ha mandado es justo;  
Que yo tambien le obedezco,  
Y soy su guardian.

Sale FRAY ANTOLIN.

FRAY ANTOLIN.  
No hay parte  
Segura de este hechicero;  
Dos gazapos me ha sacado  
Que escondi en un agujero,  
Con una vara de hondo;  
Por mi mal vino al convento,  
Él ha dado en perseguirme.

GUARDIAN.  
Fray Antolin, pues ¿tan presto  
Se vuelve á casa?

FRAY ANTOLIN.  
Si, padre;  
Que dos veces el jumento  
Y yo venimos cargados,  
Y es fuerza volverme luego;  
Que quedan muchas limosnas  
Por traer.

GUARDIAN.  
Gracias al cielo;  
¿Dónde queda fray Forzado?

FRAY ANTOLIN.  
No sé; que solo le veo  
Cuando él quiere que le vea.

En la obra del convento  
Que labra está todo el día;  
Pero no deja por eso  
De entrar en mas de mil casas.  
Él camina mas que el viento,  
Y trabaja por cien hombres;  
En la fabrica un madero  
No le pudieron subir  
Veinte hombres; llegó á este tiempo,  
Y asiéndole por el cabo,  
A no agacharse tan presto  
Los que arriba le esperaban,  
Los birla, y vienen al suelo.

GUARDIAN.  
Esa bien se ve que es fuerza  
Sobrenatural.

FRAY ANTOLIN.  
A tiempos  
Está, que parece un ángel,  
Y otras veces en el cielo  
Pone los ojos, y brama  
Como un toro, y yo sospecho  
Que, aunque él disimula, tiene  
Muchos males encubiertos,  
Y sin duda que son llagas,  
Que huele muy mal el siervo  
De Dios.

GUARDIAN.  
Calle; que ya viene.

Sale LUZBEL.

LUZBEL.  
Deo gratias.  
GUARDIAN.  
En la tierra y cielo  
Se las den ángeles y hombres.

FRAY ANTOLIN.  
Temor me causa y respeto.

FRAY PEDRO.  
Y á todos.  
GUARDIAN.  
Sea bien venido  
Su caridad.

LUZBEL.  
Vaya luego,  
Fray Antolin, á la casa  
De don César; que allá dejo  
Seis aves y unas conservas.  
Tráigalas, y al enfermero  
Las entregue.

FRAY ANTOLIN.  
Voy volando.—  
Venga conmigo, fray Pedro. (Vase.)

GUARDIAN.  
¿En qué estado tiene, padre  
Fray Obediente, el convento  
Que labra?

LUZBEL.  
Ya está acabado.

GUARDIAN.  
¿De todo punto?  
LUZBEL.  
El blanqueo

GUARDIAN.  
Le falta.  
Que me ha admirado  
La brevedad le confieso.

LUZBEL.  
Pues habiendo cinco meses  
Que se abrieron los cimientos,  
Me han parecido cien años;  
Mas de mi parte no he puesto  
Sino el hallarme presente  
A todos, buscar dinero  
Y trazar la arquitectura;  
Pero, si el Autor eterno

Me lo hubiera permitido,  
En cinco dias, y en menos,  
Hiciera mas que cien hombres  
En cinco meses han hecho.

GUARDIAN.

(Ap. No darne por entendido  
Será mejor.) Bien lo creo;  
Pero Dios no hace milagros  
Sin necesidad de hacerlos.

LUZBEL.

El milagro yo le hiciera;  
Que bastante poder tengo,  
Si Dios no me lo coartara.

GUARDIAN.

Ya de quién es estoy cierto;  
No ha menester explicarse.

LUZBEL.

No lo ignoro. (Con falsedad.)

GUARDIAN.

Y de que es menos

Su poder que el de mi padre  
San Francisco.

LUZBEL.

El valimiento,  
Padre Guardian, que su padre  
Tiene con el Rey eterno,  
Es su poder, y que es grande  
Por esa parte confieso;  
Mas no es poder el poder  
Que necesita del ruego.

GUARDIAN.

Pues ¿qué poder no procede  
Del de Dios?

LUZBEL.

No argumentemos,  
Tenga humildad; que conmigo  
El que sabe mas es lego.

GUARDIAN.

Eso nunca lo he dudado;  
Mas no pudo por lo menos,  
Con cuanto puede y alcanza,  
Lograr su mayor deseo.

LUZBEL.

¿No? Pues diga, padre, ¿en mi  
Qué castiga Dios?

GUARDIAN.

Su intento.

LUZBEL.

Él es muy buen religioso,  
Padre Guardian, pero necio.  
Cuando yo llegué, ¿no estaban  
Cobardemente resueltos  
A dejar él y sus frailes  
Desamparado el convento?  
Luego ya de parte suya  
Logré mi intencion, supuesto  
Que, por mirarlos vencidos,  
Se puso el Criador en medio.  
Déle gracias del prodigio  
Que mira; pero creyendo  
Que, á ser su constancia mas,  
Fuera mi castigo menos.

GUARDIAN. (Ap.)

Muy bien me ha mortificado.

LUZBEL.

Es preciso hacer lo mesmo  
Que, vivo, hiciera Francisco;  
Mire si pesar tan fiero  
Será mortificacion  
Mayor, sobre el vituperio  
De que el sayal de Francisco  
Me disfrace, aunque supuesto.

GUARDIAN.

Nunca se vió tan honrado  
Desde que cayó del cielo.

LUZBEL.

La memoria le ha faltado,  
Con el desvanecimiento  
Que le ha dado, pues se olvida  
De que su origen primero  
Procede de polvo ó barro.

GUARDIAN.

No me olvido; bien me acuerdo  
De que Dios al primer hombre  
De aquel barro damasceno  
Hizo con sus propias manos;  
Y el ángel le costó menos  
Cuidado, pues con un *flat*...

LUZBEL.

Esa materia dejemos,  
Que ni es de aquí ni él la sabe;  
Además de que no tengo  
Permision de responderle.  
¿Cuándo quiere que empecemos,  
Padre, la fundacion nueva?

GUARDIAN.

Si le parece, sea luego.

LUZBEL.

A mí me importa; ¿qué frailes  
La han de empezar?

GUARDIAN.

Yo no puedo

Nombrarlos; á cargo suyo  
Está elegir los sugetos  
Y el número; por mi cuenta  
Corre solo el cumplimiento  
De todo lo que ordenare.

LUZBEL.

¿Qué falso está! Pero el tiempo  
Llegará presto en que pase  
Otra vez de extremo á extremo.

GUARDIAN.

Dios querrá que tus astucias  
Nos den mas merecimiento.

LUZBEL.

Si Dios lo ha de hacer, no dudo  
Que será fácil; mas ellos  
Ya sé yo cómo pelean.

GUARDIAN.

Que soy de barro confieso.

LUZBEL.

Mire que ya sus ovejas  
Entran á pacer, y pienso  
Que al pastor esperan; vaya  
Y cuide de que, en comiendo,  
No se esparzan, porque puede  
Perdersé alguna.

GUARDIAN.

Yo creo

Que es ociosa diligencia;  
Mas él las guarde, si hay riesgo,  
Pues Dios le ha traído á ser  
De sus ovejas el perro. (Vase.)

LUZBEL.

Fuerza será, pues rabiando,  
Morder á ninguna puedo;  
Mas de otra suerte algun dia  
Yo y el pastor nos veremos. (Vase.)

Salen FELICIANO y JUANA.

FELICIANO.

¿Salió Ludovico ya?

JUANA.

Sí, mas te cansas en vano;  
Que á no verte, Feliciano,  
Resuelta mi ama está.

FELICIANO.

¿Tanto rigor!

JUANA.

No es rigor;  
Que antes me ha dado á entender...

FELICIANO.

¿Qué?

JUANA.

Que el no quererte ver  
Nace de tenerte amor;  
Que es virtuosa y honrada,  
Y dice que aun él mas leva  
Pensamiento excusar debe,  
Pues ya en fin está casada.  
Su padre anduvo cruel.

FELICIANO.

Al fin ella fué vencida.

JUANA.

Y mire á quién; mejor vida  
Pasáramos en Argel.  
No se ha visto hombre tan fiero,  
Si algun pobre se le llega,  
Y mas mientras mas le ruega.  
Solo un fraile limosnero  
De san Francisco porfia,  
Y le trae desesperado;  
Nunca limosna le ha dado,  
Pero él viene cada dia,  
Y le ha querido matar;  
Pero solo con que el santo  
Le mire, le pone espanto,  
Y no se atreve á llegar.  
A un pobre ayer un criado  
Un poco de pan le dió,  
Y al punto le despidió,  
Despues de muy maltratado.  
Mi señora no ha tenido  
Moneda de plata ó cobre  
Con que dar limosna á un pobre,  
Ni él lo hubiera consentido.  
De esto está tan afligida  
Mi ama y con tal temor,  
Que el verle la causa horror.

FELICIANO.

Juana, aunque doy por perdida  
Mi esperanza, le he de hablar  
Esta vez, quiera ó no quiera;  
Pero será la postrera.

JUANA.

Pues si lo quieres lograr,  
A esa cuadra te retira;  
Que sale, y se ha de volver  
Luego que te llegue á ver.

FELICIANO.

Bien dices.

(Entrase.)

Sale OCTAVIA.

OCTAVIA.

¿Qué mal lo mira

El padre que, solamente  
En su codicia fundado,  
A su hija la da estado!  
Que la mujer mas prudente,  
Si á su esposo aborreciendo  
Está, y á otro tiene amor,  
Bien podrá guardar su honor,  
Pero vivirá muriendo.—  
¿Juana!...

JUANA.

¿Que siempre has de estar  
Hablando conmigo?

OCTAVIA.

Sí.

JUANA.

Feliciano ha estado aqui.

OCTAVIA.

No le vuelvas á nombrar,  
Si algun gusto quieres darme,  
Mientras yo presente esté.

JUANA.

De aqui adelante lo haré.

Sale FELICIANO.

FELICIANO.

¡Qué! ¿Ya te ofende el nombrarme?

OCTAVIA.

Sí, Feliciano, y el verte  
Mucho mas; véte al instante,  
O iréme yo.

FELICIANO.

Tente.

OCTAVIA.

Suelta.

FELICIANO.

Vive Dios, que has de escucharme  
Sola esta vez; que en mi vida  
Volveré a verte ni hablarte.

OCTAVIA.

Di pues, y verás que en tí  
No hay razon para culparme.

FELICIANO.

Pues ¿cómo negarme puedes  
Que mas de un mes me ocultaste  
El intento, que sabías,  
De tu interesado padre?  
Si amenazas ni violencias  
Fueran disculpa bastante,  
Aun eso no tienes, puesto  
Que no intentó violentarte.  
¿Qué disculpa tener puede  
Una mujer de tu sangre  
De haber rompido palabra  
Que tantas veces firmaste?  
No solo no replicaron  
Tus labios ni tu semblante,  
Mas fué menester mentir  
Para que te desposasen,  
Pues dijiste que jamás  
Palabra le diste á nadie,  
Y en este papel postrero  
Que eras mia confesaste.  
Certificaciones tuyas  
Son estas, con que pagastes  
Diez años que, en guerra viva  
De amor, seguí su estandarte,  
Haciendo mí fe la posta  
Todo este tiempo constante.  
Las noches en tus ventanas,  
Los dias en tus umbrales,  
Mujeres tan nobles...

OCTAVIA.

Tente;

Que, aunque á mí decoro falte,  
Has de saber que tú fuiste  
La causa de mis pesares.  
Algunas sospechas tuve  
De que intentaba casarme  
Mi padre, mas no certezas  
De que pudiese avisarte;  
Pero sí mi padre mismo,  
Como á primo de mi madre,  
Te dió parte de mi empleo,  
Y en el presente te ballaste,  
¿Por qué dices que aquel día  
Se vió el pleito sin citarte,  
Ni que le perdiste, puesto  
Que no quisiste ganarle?  
¿Para qué con tantos ruegos,  
Si no habian de importarte,  
Me pediste, Feliciano,  
Que mis papeles firmase?  
¿No te escribí ese papel  
Postrero tres dias antes  
De aquel infelice dia?  
Pues si tú estabas delante,  
Y era sobrado instrumento  
Para que lo embarazases,  
Pues digo en él que soy tuya,  
¿Por qué no lo presentaste?  
Primero que el sí le diera

De mi desdicha á mi padre,  
Delante de tanta gente,  
Dije, volviendo á mirarte:  
«Ya llegó el lance forzoso.»  
¿Por qué entonces no llegaste?  
¿Fuera justo, Feliciano,  
Callando tú, que yo hablase?  
¿Qué importó que me sirvieras,  
Hecho estatua de mi calle,  
Soldado de amor, diez años,  
Si en la ocasion me faltaste?

(Quítale el papel.)

Este papel dice (suelta):  
«No hay de qué sobresaltarte;  
Que esposa tuya es Octavia.»  
¿Quién es quien puede quejarse?  
A voluntad tuya puse  
El plazo; ¿quién fuera parte,  
Confesando yo ser mio,  
Para dejar de cobrarle?  
Yo hice, en fin, Feliciano,  
Cuanto pude de mi parte;  
Arbitrio en tu pleito fuiste,  
Contra mí le sentenciaste;  
Por tí padezco la pena  
De cautiverio tan grande  
Y pesado, que mi vida  
Será el precio del rescate;  
Y puesto que la ofendida  
Soy, y tú quien te vengaste,  
Véte, y no vuelvas á verme;

(Rasga el papel.)

Porque si en estos umbrales  
Pones las plantas, haré,  
Vive el cielo, que te mate  
Ludovico, á quien tú proprio  
Me vendiste, no mi padre,  
Supuesto que los dos fuimos,  
Yo infeliz y tú cobarde.

(Vase.)

LUDOVICO. (Al paño.)

¿Qué escucho? ¿Válgame el cielo!

FELICIANO.

¿Que á tu decoro mirase  
Entonces culpas, Octavia?

JUANA.

Gentil disculpa; ¿pensaste  
Que era pleito de revista?

FELICIANO.

¿Sin mí estoy!

JUANA.

Véte; que es tarde,

Y vendrá su esposo.

LUDOVICO. (Dentro.)

¡Hola!

JUANA.

Mejor será que te halle

Solo; adios.

(Vase.)

FELICIANO.

Véte; que yo

Tengo disculpa bastante.

Sale LUDOVICO.

LUDOVICO.

¡Loco estoy! «Que los dos fuimos,  
Yo infeliz y tú cobarde.»

FELICIANO.

¿Ludovico?

LUDOVICO.

¿Feliciano?

FELICIANO.

Á veros en este instante  
Entré; mas ya me volvía.

LUDOVICO.

Ved si teneis qué mandarme.

FELICIANO.

La hacienda mia de campo

Quisiera que vos compraseis;  
Pero esto se ha de tratar  
Muy despacio, y ahora es tarde.

LUDOVICO.

Yo iré á buscaros.

FELICIANO.

Adios.

(Vase.)

LUDOVICO.

Vuestra vida el cielo guarde  
(Ap. Para que yo te la quite);  
Pero mi peligro es grande,  
Porque son muchos sus deudos,  
Y son los mas principales  
De la ciudad, con que es fuerza,  
Cuando con la vida escape,  
El perder toda mi hacienda.  
Y si él primero fué amante  
De Octavia, y es ella el pleito  
Que perdió, no es tan culpable  
En Feliciano mi ofensa.

Este papel al entrarse  
Octavia rompió. ¿Qué ciego  
Es amor! Pero el juntarle  
Para que leerle pueda,  
Sin mucho espacio no es fácil.  
Letra es de mujer, sin duda  
Es de Octavia; en esta parte  
Dice: «Feliciano mio.»

¿Respirando estoy volcanes!  
Ya declinó mi fortuna;  
En esta dice: «asustarte;»  
Y en esta: «tuya es Octavia.»  
Primero verás, infame,  
Tu muerte, viven los cielos.

(Vuelve á arrojar los pedazos.)

JUANA. (Al paño.)

¿Que los pedazos dejase?  
Mas no ha reparado en ellos;  
No sé cómo los levante.

Sale JUANA.

LUDOVICO.

¿Qué quieres?

JUANA.

Ando buscando  
Pedazos de papel.

LUDOVICO.

(Ap. Tarde

Lo previno.) ¿Para qué?

JUANA.

Estoy con un mal de madre,  
Y el humo de los papeles  
Me le quita.

LUDOVICO.

No es tan fácil

Para tu mal el remedio.

JUANA.

Este no es mal; que es achaque.

LUDOVICO.

Así lo entiendo; ¿qué esperas?

Véte de aquí.

JUANA.

Que me place.

(Ap. ¿Jesus qué cara! del mundo  
Me fuera por no mirarle.) (Vase.)

LUDOVICO.

No me toca á mí matar  
Á Feliciano en rigor;  
Á Octavia entregué mi bonor,  
Y della le he de cobrar  
Primero que á ejecutar  
Liegue su vil hermosura  
Mi afrenta, porque es locura  
El creer que, enamorada  
Y á su disgusto casada,  
Puede haber mujer segura.  
Mis manos en su garganta

Podrán impedir que acudan  
A sus voces las criadas,  
Y ahogada... Pero ya culpa  
Mi cólera la tardanza.

*Al irse, sale LUZBEL, por la misma  
puerta y le detiene.*

LUZBEL.

Dale á san Francisco alguna  
Limosna. (Ap. ¡Que yo impidiera  
De Octavia la muerte injusta!  
Mas Dios lo manda.)

LUDOVICO.

No sé  
Cómo no temes mi furia,  
Fraile, fantasma ó demonio;  
Sin duda tu muerte buscas.  
¿Qué me persigues, si sabes  
Ya por experiencias muchas,  
Que en mí no ha de hallar limosna  
Tu religion ni ninguna?  
¿Qué me quieres?

LUZBEL.

Reducirte;  
Que la Omnipotencia suma  
Me lo manda, y es forzoso  
Que con sus órdenes cumplo.  
Y puesto que le obedece  
Quien de los filos y puntas  
De la invencible guadaña  
No puede temer la furia,  
Obedece tú, no esperes  
Que el término de tus culpas  
Llegue, que está ya muy cerca.  
Date, Ludovico, alguna  
Parte á Dios, de las riquezas  
Que en esas arcas ocultas,  
Para que por ese medio  
Puedas aplacar su justa  
Indignacion, y piadoso,  
Sus auxilios te reduzgan  
A restituir.

LUDOVICO.

Detente;

Que me admiro de que sufra,  
Viven los cielos, mi rabia  
Tus descompuestas locuras.  
¿Yo limosna? Véte luego;  
Que mi hacienda, poca ó mucha,  
Mi fortuna me la ha dado.

LUZBEL.

Ludovico, no hay fortuna,  
Ni es la que tu hacienda llamas,  
Absolutamente tuya.  
Y no solo la adquirida  
Con viles cambios y usuras  
Oro es toda de quien la goza,  
Sino la del que madruga  
Para el trabajo á la aurora,  
Comiendo de lo que suda.  
Todos los que en esos campos,  
Tal vez con piadosa lluvia,  
De la tierra, comun madre,  
Rompen las entrañas duras,  
Y en sus senos animosos,  
Por depósito, sepultan  
Del antecedente agosto  
La rica miés grana y rubia,  
Después de muchos afanes  
Y esperanzas mal seguras,  
Como á dueño de la tierra,  
Su diezmo á Dios le tributan;  
Y él lo entrega á sus ministros,  
Con orden de que consuman  
En sí solo lo que basta,  
Conforme el puesto que ocupan;  
Y como sus mayordomos,  
En los pobres distribuyan  
Lo demás, que Dios en ellos  
Todas sus rentas vincula.

Cuantos adquieren riquezas  
Con lo que al pobre le usurpan,  
No verán de Dios la cara,  
Si no es que la restituyan  
Como les fuere posible;  
Y esto ninguno lo duda.  
Pues ¿cómo tú de la hacienda  
Dueño absoluto te juzgas,  
Siendo corneja, vestida  
De tantas ajenas plumas?  
Imprudente almendro, advierte  
Que, según mis conjeturas,  
Será de infinitas plantas  
Escarmiento tu locura.

LUDOVICO.

En tu vida he de vengar,  
Hipócrita, mis injurias.

LUZBEL.

No te muevas, que no sabes  
Quién soy; atento me escucha.  
Mira que en ti solamente  
No hay resquicio ni disculpa,  
Porque el comun enemigo  
De todos tu bien procura,  
No solo por oprimido,  
Mas tambien porque sin duda  
Le ha de quitar muchas almas  
El ejemplo de la tuya.  
Goza ocasion tan dichosa;  
Ni tus potencias perturba  
Ningun espíritu impuro,  
Ni tus sentidos ofusca.  
Justicia y misericordia  
De Dios en su muerte luchan;  
Déle á la misericordia  
Tu arrepentimiento, ayuda.  
Mira que de su justicia  
La divina espada empuña,  
Y que su inmensa paciencia,  
Que es la vaina que la oculta,  
Se ha cansado ya; ¿qué aguardas?  
Mira que ya la desnuda,  
Mira que el brazo levanta,  
Mira que el golpe ejecuta.

LUDOVICO.

Ya me arrepiento.

LUZBEL.

(Ap. ¡Oh, pesé  
Al infierno!) Pues ¿qué dudas?  
La caridad es la puerta  
Del perdón, por ella busca  
La entrada; dame limosna.

LUDOVICO.

Eso no.

LUZBEL.

Vil criatura,  
Peor que Luzbel te juzgo,  
Pues si él pudiera, sin duda  
Fuera su arrepentimiento  
Tan grande como su culpa,  
Y tú, pudiendo, no quieres.

LUDOVICO.

Pues esta vez, aunque huyas,  
Te he de matar.

LUZBEL.

No te acerques,  
Porque haré que se reduzga  
Tu forma á menos que á tierra;  
Que aun eso no has de ser nunca.

LUDOVICO.

¡Hola, Alberto, Celio! este hombre  
Me atemoriza y asusta.

*Salen ALBERTO, CELIO, OCTAVIA  
Y JUANA.*

CELIO.

Señor, ¿qué mandas?

OCTAVIA.

¿Qué es esto?

ALBERTO.

¿Por qué das voces?

JUANA.

Sin duda  
Que ha sido el fraile la causa.

LUDOVICO.

¿Que en mi casa no se cumpla  
Lo que mando! ¿No os he dicho  
Que no dejeis entrar nunca  
A este fraile?

CELIO.

Por la puerta  
No ha entrado.

ALBERTO.

Es cierto.

JUANA.

Sin duda

Que es santo.

OCTAVIA.

Padre, por Dios,  
Que excuse una desventura.

LUZBEL.

A estorbar la vuestra vine.

OCTAVIA.

¿La mía?

LUZBEL.

Sí.

OCTAVIA.

Fuera injusta.

LUZBEL.

Ya sé que estás inocente,  
Mas los indicios os culpan.

OCTAVIA.

Pues ¿qué haré?

LUZBEL.

Yo nada os puedo  
Aconsejar: que la fuga  
Es confesaros culpada.

OCTAVIA.

Yo espero en la siempre pura  
Madre de Dios, que me ampare.

LUDOVICO.

Hombre, véte, y no presumas  
Que mi firme intento mude  
Tus palabras importunas;  
Que aunque fueran mis riquezas  
Las de Creso y Midas juntas,  
No hallarás en mí limosna.

LUZBEL.

No hemos menester la tuya;  
Tú necesitas de darla,  
Que á mis frailes sobran muchas,  
Pues que con ellas sustentan  
Trescientos pobres en Luca.  
Ya te dejo; pero mira  
No añadas culpas á culpas;  
Que está inocente quien piensas  
Que tu deshonor procura.  
(Ap. ¡Que mi soberbia impaciente  
En tan infame coyunda  
Oprima el Criador eterno!  
¡Oh nunca, Francisco, oh nunca  
A humildad tan poderosa  
Se opusieran mis astucias!) (Vase.)

LUDOVICO.

Este sabe ya mi afrenta;  
En la quinta, mas oculta  
Podrá estar su muerte, en tanto  
Que pueda salir de Luca,  
Poniendo en salvo mi hacienda.

JUANA.

Lo mejor será que huyas.

OCTAVIA.

¿Eso dices, necia?

LUDOVICO.

Octavia,  
Este fraile me disgusta  
Tanto, que por unos días,  
Por ver si en ella me busca,  
Nos hemos de ir á la quinta.  
¿Qué dices?

OCTAVIA.

¿Eso preguntas?  
¿Qué puedo decir, si sabes  
Que mi voluntad es tuya?

LUDOVICO.

Celso, haz poner la carroza.—  
Tú, Alberto, para que suplas  
En los negocios mi ausencia,  
Te quedarás.

ALBERTO.

Pues tú gustas,  
Yo lo haré

LUDOVICO.

Vamos, Octavia.

JUANA. (Ap.)

Mira que este disimula  
Su enojo para matarte.

OCTAVIA. (Ap.)

Mi inocencia me asegura.

LUDOVICO. (Ap.)

Primero verás, infame,  
Tu castigo que mi injuria.

(Vanse.)

Sale FRAY ANTOLIN.

FRAY ANTOLIN.

El jumentillo mi maña  
Envió con el donado,  
Y salgo, desafiado  
De mi hambre, á la campaña;  
Y esta vez la he de matar,  
Sin que la persecucion  
De aqueste fraile Neron  
De mí la pueda librar.  
Cuanto yo escondo me quita,  
Porque otro no puede ser,  
Sin que me pueda valer  
La parte mas exquisita.  
Ningun regalo consigo,  
Que en manos suyas no caiga,  
Y me ha obligado á que traiga  
Todos mis bienes conmigo.  
Las mangas traigo rellenas;  
El peso, con la costumbre,  
No me dará pesadumbre,  
Y servirán de alacenas.  
Mucho es que este fray Forzado  
Con tal trabajo no enferme;  
Porque ni come ni duerme,  
Que es espíritu he pensado.  
Porque lo que mas asombra,  
Yendo juntos por la calle,  
Es cuando vuelvo á miralle,  
Que su cuerpo no hace sombra.  
Ótro convento fundando  
Está ya, con prisa tanta,  
Que todo el lugar se espanta;  
Pero siempre regañando.  
Dentro del pecho presumo  
Que toma tabaco de hoja,  
Porque el aliento que arroja  
Por las narices, es humo.  
Él me ha dado en perseguir  
Y en no dejarme comer;  
Mas hoy no le ha de valer,  
Porque él ha de presumir  
Que ya estoy en el convento,  
Y merendaré seguro.  
Ya estoy muy lejos del muro;  
En este altílo me siento,  
Que todo lo señorea,  
Porque si alguno pasare,

DD. C. DE L.-II.

Primero que en mí repare,  
Es fuerza que yo le vea.  
Polla, empanada y pernil  
Traigo; que es bueno imagino  
El pan; mas lo que es el vino,  
Puede arder en un candil.  
A Heliogábalo me igualo,  
Y nunca el comer condeno  
Si lo que se come es bueno,  
Porque todo es de regalo.  
Yo, en fin, no tengo otro gozo,  
Mi estómago es un abismo,  
Y cuanto como, es lo mismo  
Que si cayera en un pozo.  
No ha de estar de manifiesto  
Todo; conforme comiere  
Saldrá, porque si viniere  
Alguno, lo esconda presto;  
Salga el pernil.

Sale LUZBEL.

LUZBEL.

¿Qué cruel,  
Señor, os mostrais conmigo!  
¿Yo amigo de mi enemigo?  
¿Sirviendo al hombre Luzbel?  
¿Oh, pese á la pena mia!  
¿De Francisco sosituto  
Es; oh poder absoluto!  
Quien quiso dar luz al día?  
Basta tan fiero tormento,  
Y cuanto me habeis mandado,  
Señor, está ejecutado;  
Que de este rico avariento  
La proterva obstinacion  
Solo la podrá vencer  
Vuestro absoluto poder.  
A estorbar la ejecucion  
De dar muerte á su mujer  
Voy. (Ap. Ya el lego se ha sentado  
A comer lo que ha ocultado  
De mí; mas no ha de comer  
Nada de lo que ha traído.  
De esta suerte haré que crea  
Que no le he visto, y me vea.)

FRAY ANTOLIN.

Pardiez, que no le ha valido  
Á fray...; Válgame san Pablo!  
¿Cómo este fraile llegó  
Tan cerca, sin verle yo?  
Santo es; mas no es sino diablo.  
No me ha visto.

(Guarda lo que estaba comiendo.)

LUZBEL. (Ap.)

Ya guardó

Lo que á comer empezaba.

FRAY ANTOLIN.

Pues que no puedo escaparme,  
Preciso es llegar.— *Deo gratias.*

LUZBEL.

¿Fray Antolin?

FRAY ANTOLIN.

Padre mio,

¿Dónde va?

LUZBEL.

Voy á la granja

O quinta de Ludovico,  
A impedir una desgracia;  
Mas él ¿á qué vino al campo?

FRAY ANTOLIN.

Es que el médico me manda  
Que ande todo lo que pueda,  
Y sea por tierra llana,  
Porque tengo humores gruesos.

LUZBEL.

Si en el comer se templara,  
Los humores consumiera;

Seis frailes se sustentaran  
Con lo que el padre Antolin  
Come.

FRAY ANTOLIN.

No tengo otra falta.

LUZBEL.

De esa se originan muchas,  
Porque la regla relaja  
De su padre san Francisco,  
Y la devocion estraga  
Tambien de sus bienhechores,  
Viéndole por las mañanas,  
Y aun por las tardes, tomar  
Chocolate en veinte casas.

FRAY ANTOLIN.

Padre, lo que me dan tomo,  
Y esto mi regla lo manda.

LUZBEL.

Mas esto se entiende cuando  
Con necesidad se halla.

FRAY ANTOLIN.

Muchas veces he querido  
Vencer de mi hambre el ansia;  
Mas no he podido, que luego,  
Con los regalos que sacan,  
Me engaña el demonio.

LUZBEL.

Miente;

Su flaqueza es quien le engaña.  
¿Hale propuesto el demonio  
Alguna vez, entre tantas,  
Que la gula no es pecado?

FRAY ANTOLIN.

No, pero gula se llama  
Comer sin gana, y á mí  
Jamás me faltó la gana.

LUZBEL.

Su hambre y la sed que tienen  
Los hidrópicos son falsas.

FRAY ANTOLIN.

No tal; que cuanto yo como  
Es salida por entrada.

LUZBEL.

¿No come en el refectorio,  
De pan, como de vianda,  
La racion suya y la mia?

FRAY ANTOLIN.

Sí, Padre.

LUZBEL.

Pues ¿no le bastan?

FRAY ANTOLIN.

Dos raciones son, hermano,  
Para mí dos avellanas.

LUZBEL.

Que no reviente me admira.

FRAY ANTOLIN.

Gracia ha tenido.

LUZBEL.

Se engaña;

Que á tener gracia, no hubiera  
Perdido, hermano, mi patria.

FRAY ANTOLIN.

¿Su patria perdió por eso?

LUZBEL.

Sí, porque perdi la gracia  
De mi rey, y fué preciso,  
Aunque á mí pesar, dejarla.

FRAY ANTOLIN.

¿Qué reino es ese?

LUZBEL.

Está en clima

Tan remoto, que argonauta  
Ninguno le ha descubierto,  
Y será noticia vana.

FRAY ANTOLIN.  
Pues, si no le han descubierto,  
¿Quién le trajo al Padre?

LUZBEL.  
¿Cuántas  
Veces he dicho á los padres  
Que Dios?

FRAY ANTOLIN.  
La boca me tapa.  
Allí vienen unos pobres.

LUZBEL.  
¿Ah, hermanos?

FRAY ANTOLIN.  
¿Por qué los llama?  
Déjelos; que andan buscando  
Sitio para su matanza.

LUZBEL.  
Lleguen, hermanos.

FRAY ANTOLIN.  
Si aquí  
No podemos darles nada,  
¿Qué los quiere?

LUZBEL.  
Si tuvieran  
Necesidad, no faltara.

*Salen TRES POBRES.*  
POBRE 1.º  
Nuestro santo limosnero  
Es.

POBRE 2.º  
Padre mio.

POBRE 3.º  
Bien haya  
Quien por nuestro bien le trajo  
A Luca.

LUZBEL. (Ap.)  
Y por mi desgracia.  
¿Comieron en el convento?

POBRE 1.º  
Llegamos tarde.

FRAY ANTOLIN.  
Esa es trampa;  
Que á los tres, y yo presente,  
Les dieron hoy su pitanza.

POBRE 1.º  
Pero tengo seis chiquillos,  
Y á mi mujer en la cama.

FRAY ANTOLIN.  
Si de esa suerte procrea,  
¿Quién á sustentarlos basta?

POBRE 2.º  
Pues yo tengo nueve, y nunca  
Sale mi mujer de casa,  
Porque es manca y es tullida.

FRAY ANTOLIN.  
Nueve ha parido, ¿y es manca?  
Vayanse con sus mujeres  
A una isla despoblada;  
Que en poco tiempo pondrán  
Un ejército en campaña.

POBRE 3.º  
Yo no tengo hijo ninguno;  
Mas tengo un padre, que pasa  
De noventa años.

FRAY ANTOLIN.  
En vano  
Refieren aquí sus plagas;  
Vayan despues al convento.

LUZBEL.  
Mucho siento que no traiga,  
Hermano, algun regalillo  
Para la que está en la cama  
Enferma; mírelo bien.

FRAY ANTOLIN.  
¿Qué he de mirar? ¿Es matraca?

LUZBEL.  
Pues yo los llamé, y es fuerza  
Que lleven algo.

FRAY ANTOLIN.  
Pues haga  
Que una docena de cuervos  
En los picos se lo traigan;  
Que aquí no hay otro remedio.

LUZBEL.  
Si habrá, tenga confianza,  
Y á sus mangas eche, hermano,  
La bendicion.

FRAY ANTOLIN. (Ap.)  
No hay humanas  
Diligencias contra este hombre;  
Él me vió comer.

LUZBEL.  
¿Qué aguarda?

FRAY ANTOLIN.  
Mejor será que eche el padre  
La bendicion á sus mangas,  
Y deje las manganetas.

LUZBEL.  
No me replique palabra;  
Porque haré...

FRAY ANTOLIN.  
Ya le obedezco;  
Pero de tan mala gana,  
Que no será de provecho.

LUZBEL.  
La bendicion ya está echada;  
Mire ahora lo que el cielo  
Envia.

FRAY ANTOLIN.  
No envia nada;  
Hüero salió este milagro.

LUZBEL.  
No gaste conmigo chanzas;  
Saque de la manga izquierda  
Medio pernil, que ese basta  
Para ese pobre y su padre.

FRAY ANTOLIN.  
Aquí no hay remedio.

POBRE 2.º  
;Extrema

Maravilla!  
POBRE 3.º

Si por cierto.  
LUZBEL.

Cocido está.  
POBRE 1.º  
¿Cosa rara!

FRAY ANTOLIN.  
Y aun digerido estuviera,  
Si un instante se tardara  
El padre.

LUZBEL.  
Déle á ese pobre.

FRAY ANTOLIN.  
Mejor es que le reparta  
Entre los tres.

LUZBEL.  
No le pido  
Consejo; déle á Dios gracias,  
Y tenga fe.

FRAY ANTOLIN.  
Los milagros  
Como este se obran con maña.

LUZBEL.  
Désele pues.

FRAY ANTOLIN.  
Como este se obran con maña.

LUZBEL.  
Désele pues.

POBRE 2.º  
Venga.

FRAY ANTOLIN.  
Tome,  
Y mal provecho le haga.

LUZBEL.  
Para este pobre, que tiene  
A su mujer en la cama,  
Saque una polla.

FRAY ANTOLIN.  
Si hay polla,  
Que quede repuesta basta.

LUZBEL.  
Ya le he dicho...

FRAY ANTOLIN.  
No se enoje.  
(Ap. Los diablos lleven tu alma.)  
Aquí está ya, tome.

POBRE 1.º  
Y viene  
Cocida y salpimentada.

FRAY ANTOLIN.  
La salpimienta se vuelva  
Soliman.

LUZBEL.  
Una empanada,  
Que tiene dentro un gazapo,  
Y está en la derecha manga,  
Saque al momento.

FRAY ANTOLIN.  
*Laus Deo;*

Tome.  
POBRE 3.º

Quien con Dios alcanza  
Tanto, eternamente viva.

LUZBEL.  
(Ap. Esa es mi mayor desgracia.)  
Saque un pan.

POBRE 1.º  
Un pan es poco.

FRAY ANTOLIN.  
No hay mas.

POBRE 1.º  
Habrás sido mala  
La cosecha, pues no envian  
Mas de un pan.

POBRE 2.º  
Pan no nos falta.

POBRE 3.º  
Mucho nos dan, porque este año  
Le abarató la abundancia.

FRAY ANTOLIN.  
Pues tierras hay, que aunque fuera  
Un pan cada gota de agua,  
Lloviendo á pedir de boca,  
El pan no se abaratará.

POBRE 1.º  
Padre, ¿habrá un trago de vino?

FRAY ANTOLIN.  
¿Vino tambien? ¿Calabaza!

LUZBEL.  
Pues saque una.

FRAY ANTOLIN.  
Padre mio,  
Advierta que es cargo de alma.  
Déjele para las misas;  
Que es vino del cielo.

LUZBEL.  
En casa  
Tienen de ese propio vino;  
¿Qué espera? La calabaza  
Les dé.

FRAY ANTOLIN.  
Tomen; que mejor  
Les diera calabazadas.

LUZBEL.  
Ya se pueden ir.

POBRE 2.º  
Primero  
Nos deje besar sus plantas.

LUZBEL.  
Apártense allá.

POBRE 3.º  
No quiere  
Que le agradezcamos nada.

LUZBEL.  
Váyanse.

POBRE 2.º  
Adios, padre mio.  
(Ap. ; No vi aspereza tan santa !)  
(Vanse.)  
LUZBEL.

Diga , ¿páresele justo  
Hacer despensas las mangas  
De un hábito tan sagrado?

FRAY ANTOLIN.  
Padre...

LUZBEL.  
No me diga nada.

FRAY ANTOLIN.  
Por amor de Dios le pido  
Que de esto no sepa nada  
Ningun religioso , y déme  
Su caridad mil patadas.

LUZBEL.  
No lo sabrán, pero haré ,  
Si de enmendarse no trata ,  
Que el padre Guardian le envíe  
Sin el hábito á su casa  
O choza , donde coma ,  
Despues de estar con la azada  
Trabajando todo el dia ,  
Unos tasajos de cabra.  
En el refectorio coma  
Cuanto le pidiere el ansia  
De su vil naturaleza ;  
Que hasta que la satisfaga  
Le traerán lo que pidiere ;  
Mas no ha de tomar ni aun agua  
En otra parte ; y advierta  
Que no se me esconde nada.

FRAY ANTOLIN.  
Digo, padre fray Forzado ,  
Que haré todo lo que manda.

LUZBEL.  
Ya va llegando á la quinta  
Ludovico con Octavia.

FRAY ANTOLIN.  
¿Desde aquí los ve ?

LUZBEL.  
Mi vista  
Mucho mas léjos alcanza ;  
Camine , Antolin , que allá  
Le aguardo.

FRAY ANTOLIN.  
¿Que allá me aguarda ?  
Pues ¿no iremos juntos ?

LUZBEL.  
No ;  
Que cuando del coche salgan  
Es fuerza hallarme presente.

FRAY ANTOLIN.  
Pues si hay una legua larga ,  
¿Cómo ha de llegar á tiempo?

LUZBEL.  
A mí un instante me basta. (Vase.)

FRAY ANTOLIN.  
¡Jesus mil veces! El viento  
Le llevó ; ya no me espanta  
Que , sin haberle yo visto ,

Tan cerca de mí llegara ,  
Ni que por extenso viera  
Cuanto traía en las mangas ;  
Mas pasarme todo un dia  
Comiendo una vez es chanza ;  
Y supuesto que no hay parte  
De su vista reservada ,  
Como me lo fueren dando  
Lo esconderé en mis entrañas. (Vase.)

Salen FELICIANO y CELIO.

CELIO.  
Si dices que te ha avisado  
Juana de que receloso  
Está ese hombre , ¿no es forzoso  
Crear lo que ha recelado,  
Si en su quinta estás primero  
Que él llegue?

FELICIANO.

O es cierto ó no  
Lo que Juana me avisó ;  
Si es cierto, por caballero ,  
Por primo suyo y amante ,  
A Octavia debo librar.

CELIO.

¿Y quién te ha de asegurar  
De si es cierto?

FELICIANO.

Su semblante ;  
Que si es cierto que ha sabido  
Con verdad lo que ha pasado ,  
Yo soy el que le ha agraviado ;  
Que Octavia no le ha ofendido.  
Y viéndome solo aquí,  
Puesto que tiene valor,  
O yo lograré mi amor,  
O él se vengará de mí.  
Con los caballos espera ,  
De esos robles encubierto.

CELIO.

¿Por qué , si quedó Roberto  
Con ellos?

FELICIANO.

Porque pudiera,  
Si estamos dos, encubrir  
Su intencion, si es que la tiene.  
Mas ya la carroza viene ;  
Sin duda quieren salir  
De ella, porque se ha parado.  
Véte.

CELIO.

Acechando estaré ,  
Y si importase, saldré ;  
Pero ten mucho cuidado,  
Que es fiero.

FELICIANO.

Él lo da á entender ;  
Pero de esto mismo infiero  
Lo contrario, que no es fiero  
Quien lo quiere parecer ;  
Mas ganaré por la mano,  
Si al verme muda el color.

CELIO.

El plomo lo hará mejor.

Salen LUZBEL.

LUZBEL.

¿Adónde vais, Feliciano?

FELICIANO.

Padre...

CELIO.

¿Por dónde ha venido  
El Santo?

FELICIANO.

(Ap. Admirado estoy  
Y turbado.) Padre, voy...

LUZBEL.

Ya sé lo que os ha traído ;  
Y no es justo que me espante  
Querer en esta ocasion  
Cumplir con la obligacion  
De caballero y amante ;  
Pero no paseis de aquí,  
Volvéos por la arboleda ,  
Sin que Ludovico pueda  
Veros , y dejadme á mi ;  
Que vos podréis en rigor ,  
Si os ayudare la suerte ,  
De Octavia excusar la muerte ,  
Mas no quitándola el honor ;  
Pues quien aqui me ha enviado ,  
Vida y honor le dará ,  
Y á su esposo templará ;  
Bien podeis ir confiado.

FELICIANO.

Advierta su caridad  
Que este hombre le ha de perder  
El respeto, y puede ser  
Que le arroje su maldad  
A otro mayor desvario.

LUZBEL.

Trayendo yo, Feliciano,  
Orden de Dios, no hay humano  
Poder que resista el mio.

CELIO.

Presto ; que el coche han dejado.

FELICIANO.

Ya le obedezco gustoso ,  
Varon santo.

CELIO.

Prodigioso ;

En fin , de Dios enviado.

(Vanse.)

LUZBEL.

Señor, si por tantos modos  
Podeis vos librar del riesgo  
A esta mujer, y tambien  
Reducir á ese protervo ,  
Rebelde , avariento, monstruo ,  
Solo con el querer vuestro,  
Pues redujo la codicia  
Del publicano Mateo ,  
¿Por qué á mí me lo mandais ,  
Sabiendo vos que no puedo ?  
Pero ya los dos se acercan ,  
Y Octavia , aunque con recelo ,  
Viene animosa , fiada  
Del justo devoto afecto  
Que á la siempre Virgen pura  
Tiene ; que la ampare creo ,  
Que inocencia y fe aseguran ;  
Que es ya divino el empleo.  
Mas ya llegan.

Salen LUDOVICO y OCTAVIA.

OCTAVIA.

¿Para qué ,  
Cuando tan cerca tenemos  
La quinta , el coche dejamos ?

LUDOVICO.

Por eso mismo le dejo.

LUZBEL. (Ap.)

Por causarle mas espanto ,  
Hasta que quiera su intento  
Ejecutar, no ha de verme,  
Y entonces me pondré en medio.

LUDOVICO.

Que solo te traje , Octavia,  
Para dejar satisfecho  
Mi agravio en tu infame vida.

OCTAVIA.

Tú te agraviabas en creerlo ,  
Porque yo no te he ofendido

Ni aun con solo el pensamiento;  
Que si le hubiera tenido,  
Bastante lugar y tiempo  
Tuve de ponerme en salvo;  
Pues de tu falso recelo  
Me envió el cielo el aviso  
Con el padre limosnero  
De san Francisco.

LUDOVICO.

Pues ya  
Ni ese mágico ni el cielo,  
De mi han de poder librarte.

OCTAVIA.

Escucha.

LUZBEL.

Tente, blasfemo;  
Que si permision tuviera  
De quien por fuerza obedezco,  
Yo solo te convirtiera  
En cenizas con mi aliento.

LUDOVICO.

Tus descompuestas palabras  
Confirman que tus portentos  
Son en virtud del demonio;  
Pero lograré mi intento,  
A tu pesar, con su muerte.

LUZBEL.

La tuya verás muy presto,  
Si no le pides perdon  
A Dios, y repartes luego  
En los pobres tus tesoros,  
Pues tienen más parte en ellos  
Que tú.

LUDOVICO.

¡De cólera rabio! —  
Encantador, embustero,  
¿Dónde te escondes?

OCTAVIA.

¡Señora,  
Pues vos sabeis que no tengo  
Culpa, libradme deste hombre!

LUZBEL.

Advierte, pecador ciego,  
Que está tu fin muy cercano.

LUDOVICO.

Sombra ó fantástico cuerpo,  
Si amenazas, ¿por qué huyes?  
Mas vengaré por lo menos  
En esta mujer mi agravio.

LUZBEL.

Detente.

OCTAVIA.

Sin culpa muero. —  
¡Virgen, dadme vuestro amparo!  
(*Cae como muerta.*)

LUDOVICO.

Muere, infame. (Vase.)

LUZBEL.

Pues, eterno  
Señor, ¿cómo me impedis  
Que con impulso violento  
Guarde de Octavia la vida,  
Pues de otra suerte no puedo?  
Ya dejándola por muerta,  
Vuelve á la carroza el fiero  
Homicida.

Sale FRAY ANTOLIN.

FRAY ANTOLIN.

Padre mio,  
¿Qué ha sucedido, que huyendo  
Va Ludovico?

LUZBEL.

Su vista  
Le informará del suceso.  
¿No ve á Octavia en ese campo?

FRAY ANTOLIN.

¡Jesus! Pues ¿no llegó á tiempo  
De impedirlo?

LUZBEL.

A tiempo vine,  
Mas sin duda fué decreto  
Soberano.

FRAY ANTOLIN.

¿No la absuelve?

LUZBEL.

Ya espiró; pero ¿qué es esto?

FRAY ANTOLIN.

¿De qué se ha quedado absorto?

LUZBEL.

Confuso estoy.

FRAY ANTOLIN.

Vamos presto,  
Y llevémosla á la quinta.

LUZBEL. (Ap.)

Algunos de sus portentos  
Quiere obrar Dios con Octavia.

FRAY ANTOLIN.

¿A qué aguarda? Vamos presto.

LUZBEL. (Ap.)

Que ni al infierno ha bajado  
El alma, ni subió al cielo,  
Ni ha entrado en el purgatorio,  
Y naturalmente ha muerto.

FRAY ANTOLIN.

Pues hace tantos prodigios  
Por cosas que importan menos,  
A esta dama resucite,  
Pues á sus ojos la han muerto;  
Que es milagro obligatorio.  
(Ap. Ahora sabré de cierto  
Si este es santo ó es demonio;  
Mas orando está.)

(*Baja en la tramoya que mejor parece,  
una niña que haga la Virgen,  
acompañada de ángeles, y llega has-  
ta Octavia y tócala con las manos.*)

LUZBEL. (Ap.)

Ya veo

De mi duda el desengaño;  
Que, haciendo la tierra cielo,  
Cercada de querubines,  
Baja la Madre del Verbo,  
La ocasion de mi delito,  
La causa de mi destierro;  
¿Que sola una devocion  
Que os tiene (¿de mi blasfemo!)  
A tanto extremo os obligue?  
Pues ¿quién no es devoto vuestro  
De cuantos á Dios conocen,  
Sino es yo, porque no puedo?

FRAY ANTOLIN. (Ap.)

Con Dios sin duda está hablando;  
Que hace visajes y gestos,  
Como suelen las beatas.

LUZBEL. (Ap.)

¡Oh, reniego de mi mismo!  
Postraréme á pesar mio. (Póstrase.)  
Pues á la opresion que tengo  
Me añade el Criador que sea  
Testigo de mi tormento.

FRAY ANTOLIN.

Padre, padre, ¿con quién habla?  
¡Jesus mil veces! El fuego  
Que arroja me ha chamuscado;  
Si acaso no es diablo, es cierto  
Que es alma del purgatorio.

LUZBEL.

(Ap. Ya llega al cadáver yerto,  
Ya con sus divinas manos  
Le toca, y á un mismo tiempo  
El alma á su mortal cárcel  
Vuelve, y el vital aliento;

Ya vuelve á ocupar su trono,  
Y ya su guardia, tendiendo  
Las cuchillas de las alas,  
(*Tocan, y vuelve á subir en la misma  
tramoya.*)

Cortan con su Reina el viento.)  
Levante del suelo á Octavia,  
Hermano.

FRAY ANTOLIN.

Solo no puedo;  
Que pesa mucho un difunto.

LUZBEL.

Viva está.

FRAY ANTOLIN.

Como mi abuelo.

LUZBEL.

Haga lo que yo le digo,  
Sin replicar.

FRAY ANTOLIN.

Mas ¡qué veo!  
Voto á tal, que se revuelve.

Salen FELICIANO y CELIO.

FELICIANO.

Si tú le viste corriendo  
Y solo, muerta es Octavia;  
Pero, aunque la oculte el centro  
De la tierra...

LUZBEL.

Feliciano,

Reportáos.

FELICIANO.

De vos me quejo  
Mas que del vil Ludovico.

OCTAVIA.

¿Qué soberano consuelo!  
Mas ¿qué es lo que estoy mirando?

FRAY ANTOLIN.

Pues aqui no hay embeleco,  
Santo es á macha-martillo.

FELICIANO.

¿Octavia mia?

LUZBEL.

Tenéos,

Feliciano.

OCTAVIA.

Padre mio,  
Déjeme que bese el suelo  
Que pisa.

LUZBEL.

Apartad, Señora;  
Que la que es Reina del cielo  
Os dió la vida.

OCTAVIA.

Y tambien  
Su intercesion.

LUZBEL. (Ap.)

Esto siento  
Mas que todas mis desdichas.

OCTAVIA.

Que salgais de Luca os ruego,

Feliciano.

FELICIANO.

Y aun de Italia  
Toda salir os prometo,  
Si os volveis con vuestro padre.

LUZBEL.

Hay mucho que hacer primero  
Que de su ausencia se trate;

Quede este caso secreto  
Por dos dias, que conviene.  
Vos, Feliciano, volvéos  
A la ciudad; que yo á Octavia  
Pondré donde esté sin riesgo.

FELICIANO.

Preciso es que obedezca;

Pero ¿no sabré primero  
Lo que ha pasado?

LUZBEL.

Mañana  
Que lo sepais os prometo.  
Idos, y llevad sabido  
Que ha importado este suceso  
Mucho á vuestro amor.

FELICIANO.

Alegre  
Con esta esperanza vuelvo. (Vase.)

LUZBEL.

Venid conmigo, Señora ;  
Que esta noche por lo menos  
En casa de una devota  
Nuestra quedaréis ; que luego  
Dispondrá lo que gustare.

OCTAVIA.

Yo, padre mio, no tengo  
Que disponer; mi albedrío  
A la eleccion suya dejo.

LUZBEL.

Vamos; que por el camino  
Sabrá quién del suyo es dueño.

OCTAVIA.

Vamos. (Vase.)

LUZBEL.

Antolín, camine.

FRAY ANTOLIN.

Padre, de hambre no veo;  
Por pan me llevo á la quinta.

LUZBEL.

Camine ; que en el convento  
Comerá.

FRAY ANTOLIN.

Padre, una legua  
Es para mí mucho trecho,  
Y el estómago se ahila.

LUZBEL.

Pues para que coma luego,  
Yo haré que solo de un salto  
A la puerta del convento  
Se ponga.

FRAY ANTOLIN.

Téngase, padre.

LUZBEL.

Mire si quiere...

FRAY ANTOLIN.

No quiero ;  
Ya se me quitó la hambre.

LUZBEL.

Pues ande, y tenga por cierto  
Que es mi poder mas que humano.

FRAY ANTOLIN.

Pues ¿por qué me advierte de esto?

LUZBEL.

Porque me ha de hallar muy cerca  
Cuando me juzgue muy léjos.  
Camine.

FRAY ANTOLIN.

Vuelvo á mi duda,  
Porque no hay santo soberbio.  
(Vase.)

### JORNADA TERCERA.

Salen OCTAVIA y JUANA.

JUANA.

Admirada estoy, Señora,  
De tu suceso.

OCTAVIA.

Mi muerte,

Como te he dicho, fué un sueño  
Tan gustoso, que no puede,  
Juana, explicarte mi lengua  
Tal gloria, siendo tan breve ;  
Pero el santo limosnero,  
Que á todo se halló presente  
Por inspiracion divina,  
Me informó de que la siempre  
Virgen y madre, cercada  
De parainfos celestes,  
En mi cuerpo, ya cadáver,  
Vió clara y distintamente  
Poner sus sagradas manos.

Sale FELICIANO.

FELICIANO.

Y á mí de la misma suerte  
Me lo ha dicho.

OCTAVIA.

Pues ¿qué es esto?  
¿Cómo á entrar aquí te atreves?

FELICIANO.

¿Cómo? El dueño de esta casa  
Me dió licencia de verte,  
Por tu deudo.

OCTAVIA.

Mas no sabe

Que tú, Feliciano, eres  
Quien me has puesto en el estado  
Que estoy, y si no te vuelves,  
Dejaré luego esta casa.

FELICIANO.

Ya cesó el inconveniente  
Que tuvo el poder hablarte,  
Puesto que esposo no tienes.

OCTAVIA.

Aunque el padre fray Forzado  
Me asegura que la muerte  
Dirimió ya el casamiento,  
Y á dejarme se prefiere  
Libre sin estorbo alguno,  
No quiero yo que lo intente ;  
Que, aunque tanto le aborrezco,  
Como satisfecho quede  
De mi inocencia y su engaño  
Ludovico, he de volverme  
Con él á vivir muriendo.

FELICIANO.

¿Qué es volver?

JUANA.

¡Jesus mil veces!  
Pues ¿con hombre tan sin alma  
Y tan sin Dios, que no tiene  
Seña alguna de cristiano,  
Volverte, Señora, quieres?

OCTAVIA.

Esto es forzoso. Ya voy.

FELICIANO.

Primero que tú lo intentes  
Le he de quemar en su casa.

JUANA.

Bien pudiera, por hereje.

FELICIANO.

Con un hombre que la vida  
Te quitó sin ofenderle ;  
Vive Dios...

OCTAVIA.

Indicios tuvo

Para juzgar evidente  
Su agravio ; mas, suponiendo  
Que ya con él no volviere,  
Nada conseguir pudieras  
Con eso, porque aunque quede  
De mi voluntad el dueño,

Y casarme resolviese  
Contigo, ya no es posible.

FELICIANO.

Pues ¿quién impedirlo puede?

OCTAVIA.

Tú, pues ocasion has dado  
De que con razon sospeche  
Toda la ciudad que tuvo  
Causa para darme muerte  
Mi esposo, puesto que es fuerza  
Que yo en el pleito confiese  
Toda la verdad del caso,  
Y que, aunque estoy inocente,  
Pudo juzgarme culpada  
Ludovico, sin que fuese  
Temeridad el creerlo.

FELICIANO.

Y ¿cómo desmentir quieres  
Esa sospecha?

OCTAVIA.

Con solo

No ser tuya se desmiente.

JUANA.

Señora, una vez creído,  
Maldito el remedio tiene.

OCTAVIA.

Si tendrá.

FELICIANO.

Cualquiera es vano,  
Porque, si preciso fuese,  
Bien sabes que, si rompiste  
Un papel, me quedan veinte,  
Y que están todos firmados.

OCTAVIA.

Y cuando no lo estuviesen,  
No los negara ; mas ya  
De nada servite puede  
Presentarlos, pues es cierto  
Que todos esos papeles  
Prescribieron desde el día  
Que, hallándote tú presente,  
Mi infelice casamiento  
Consentiste, pues no tienes  
Que alegar causa ninguna  
Que impedirte lo pudiese.

FELICIANO.

Causa tuve, y la mas justa.

OCTAVIA.

Cuando infinitas tuviesen,  
No te valiera ninguna  
Ya en el estado presente.  
Porque, cuando el juez el pleito  
En favor tuyo sentencie,  
Apelaré á un monasterio,  
Porque satisfecho quede  
Ludovico de que nunca  
Tuve intencion de ofenderle.

FELICIANO.

Oye, espera.

OCTAVIA.

No me obligues  
A que dé voces ; que el verte  
Me causa horror.

JUANA.

Es mentira.

FELICIANO.

No dudo que me aborreces.

OCTAVIA.

Necio fueras en dudarlo,  
Pues tantas causas me mueven.

FELICIANO.

Escucha.

OCTAVIA.

Suelta.

**Sale TEODORA.**

TEODORA.  
¿Qué es esto?  
OCTAVIA.

No es nada; pero no dejes  
Entrar aquí á Feliciano.

TEODORA.  
¿Por qué, siendo tu pariente  
Y á quien le toca tu amparo?  
OCTAVIA.

Ni de él puedo yo valerme,  
Ni quiero.

TEODORA.  
Pues ¿de quién pudo  
Saber en tiempo tan breve  
Mi casa y que en ella estabas?  
Que yo juzgué que viniese  
Llamado de tí por Juana.

**Sale FRAY ANTOLIN, alborotado.**

FRAY ANTOLIN.  
Mucho ha sido defenderme  
De tantos.

JUANA.  
¿Qué es eso, padre  
Fray Antolin?

TEODORA.  
¿De qué viene  
Tan alborotado?

FRAY ANTOLIN.  
Hermana,  
Ha dado en pensar la gente  
Que soy santo desde el punto  
Que fray Forzado, mi jefe,  
Hizo un milagro á mi costa,  
Y he menester esconderme  
Por unos dias; ahora,  
Cogiéndome de repente,  
Con cuchillos y tijeras  
Me embistieron mas de veinte.  
El hábito me quisieron  
Cortar, y por defenderle,  
En muslos, piernas y brazos  
He sacado seis piquetes  
De la refriega.

FELICIANO.  
Pues ¿cómo,  
Con prodigios tan patentes,  
No se le llegan al padre  
Fray Forzado?

FRAY ANTOLIN.  
No se atreven,  
Porque los atemoriza  
Con la vista solamente,  
Tanto, que todos se apartan;  
No ha habido santo como este;  
Solo porque no le toquen,  
No permite que le besen  
La manga; pero yo creo  
Que el hábito es aparente,  
Y aun el cuerpo.

OCTAVIA.  
¿Y hoy le ha visto?

FRAY ANTOLIN.  
No quisiera que él me viese.

FELICIANO.  
Él fué, Octavia, quien me dijo  
Adonde estabas.

OCTAVIA.  
No puede  
Fray Forzado haberte dicho  
Que es justo hablarme ni verme;  
Que haberte dicho la casa,  
Seria porque supieses,  
Como tu intencion ignora,  
Que estoy en parte decente,  
No para que en ella entraras.

FELICIANO.

Confieso que razon tienes;  
Pero ya entré, y has de oirme.

JUANA.  
Poco en escucharle pierdes.

OCTAVIA.  
Di; pero en vano te cansas.  
(*Hablan los dos.*)

JUANA.  
No digas lo que no sientes.

TEODORA.  
Y el padre fray Antolin,  
De nuestro santo ¿qué siente?

FRAY ANTOLIN.  
Que me tasa la comida,  
Que aunque, sin otros relieves,  
Mi racion como y la suya,  
Porque él ni come ni bebe,  
Me quedo como en ayunas,  
Que mi estómago no enciende  
Lumbre para dos raciones;  
Y cierto que es cosa fuerte  
Quitarle á un hombre el sustento.  
Y no debo obedecerle  
Contra el natural derecho,  
Porque yo corporalmente  
Por veinte frailes trabajo,  
Y es fuerza comer por veinte.

TEODORA.  
Pues un pollo le he guardado  
Grandecito, con que almuerce,  
Salpimentado, y un bollo,  
Que yo amasé con aceite,  
Como de libra, y tambien  
Media azumbre de clarete.

FRAY ANTOLIN.  
Yo necesidad tenia,  
Y bien grande ciertamente;  
Pero este santo es demonio.

TEODORA.  
Pues aquí no hay que temerle;  
Que yo cerraré la puerta.

FRAY ANTOLIN.  
Aunque la calafatee,  
No estoy seguro de este hombre;  
Mas los vahidos me tienen  
Sin vista; tráigalo, hermana,  
Y venga lo que viniere.

(*Vase Teodora.*)  
Que un pollo, con un bollito  
De una libra, no me puede  
Dañar, y es parva materia.  
Léjos quedó; cuando llegue  
Ya me habré desayunado.

OCTAVIA.  
Un imposible pretendes.

FELICIANO.  
Esa es venganza.

OCTAVIA.  
Te engañas.

**Salen TEODORA y LUZBEL.**

TEODORA.  
Aqui está, tome.

LUZBEL. (Ap.)  
No puede  
Este lego reprimirse;  
Pero yo haré que escarmiente.

FRAY ANTOLIN.  
Ya era mancebito el pollo  
En verdad.

TEODORA.  
De cuatro meses;  
Para gallo lo guardaba.

FRAY ANTOLIN.

Pues si gallinas no tiene,  
¿Para qué gallo queria?

TEODORA.  
Para que en casa le hubiese.

FRAY ANTOLIN.  
Críe gallinas; que gallo  
No le faltaré, si quiere.

TEODORA.  
Deje las chanzas y coma,  
Por si acaso...

FRAY ANTOLIN.  
Yo soy breve;  
En cuatro ó cinco bocados  
Despacharé.

LUZBEL. (Ap.)  
Si pudieres.  
(*Aseo de los gazañales.*)

FRAY ANTOLIN.  
Que me ahogo, que me ahogo.

TEODORA.  
¿Qué es eso, hermano?  
FELICIANO.

¿Qué tiene,  
Fray Antolin?

OCTAVIA.  
¿Qué le ha dado?

FRAY ANTOLIN.  
Que me mata; suelte, suelte.

FELICIANO.  
¿Quién le ha de soltar?

LUZBEL.  
*Deo gratias;*

¿Qué es esto?  
TEODORA.

A buen tiempo viene  
Su caridad, porque al padre  
Le ha dado un mal de repente.

LUZBEL.  
Apártense; que no es nada.

FRAY ANTOLIN.  
¿Qué disimulado viene!  
¿Este es santo? Lleve el diablo  
El alma que lo creyere.

LUZBEL.  
¿Qué ha sido?

FRAY ANTOLIN.  
Buena pregunta;  
Que con dos hierros ardientes  
Me apretaron los gazañales.

LUZBEL.  
Pues yo presumi que fuese,  
Padre, alguna apoplejia;  
Mas para despues se quede.—  
Señor Feliciano, ¿vos  
En esta casa?

OCTAVIA.  
Pretende  
Que todo el lugar confirme  
Lo que es fuerza que sospeche

LUZBEL.  
Bien excusarlo pudierais;  
Pero, de cualquiera suerte,  
No quedará en vuestro honor  
El escrúpulo mas leve.—  
Idos, señor Feliciano;  
Que por ahora conviene  
No darle disgusto á Octavia.

FELICIANO.  
En todo he de obedecerle,  
Padre, por muchas razones;  
Mas mire que solamente  
Por hoy le di la palabra  
De que estar seguro puede  
Ese hombre.



Para que me dé osadía,  
En dos tragos de clarete.

LUZBEL.

Vaya.

FRAY ANTOLIN.

No quedará gota. (Vase.)

LUZBEL.

¿Que en esto Luzbel se emplee!

En buen estado, Criador  
De cielo y tierra, me tienen  
Mignel, vuestro capitán,  
Y Francisco, vuestro alférez. (Vase.)

Salen LUDOVICO, CELIO, ALBERTO  
y CRIADOS.

LUDOVICO.

¿Que el cuerpo no habeis hallado  
De esta mujer?

ALBERTO.

No, Señor.

LUDOVICO.

Ese fraile encantador,  
De secreto la ha enterrado.

ALBERTO.

Claro está, pues se halló allí,  
Que luego la llevaría,  
Y sepulcro la daría,  
Y te ha estado bien á ti;  
Porque ya en Luca estuviera  
Público, y teniendo aviso,  
A prenderte era preciso  
Que el Gobernador viniera,  
Aunque es tu amigo el mayor.

LUDOVICO.

Ya yo le tengo avisado,  
Y de la causa informado.

ALBERTO.

¿Qué gentil gobernador!

LUDOVICO.

De esta y cualquier pretension  
De mi parte tengo al juez,  
Y me pesa que otra vez  
No pueda mi indignacion  
Matarla; pero esta mano  
Me acabará de vengar,  
Porque no me he de ausentar  
Sin dar muerte á Feliciano.  
Ni aun despues pienso ausentarme;  
Que en estando averiguada  
Mi razon, muy poco ó nada  
Me ha de costar el librarme.  
Solo retirarme quiero,  
Por no ver á este embáidor,  
Hechicero, estafador,  
Con capa de limosnero.

ALBERTO.

Llamando están.

LUDOVICO.

Vé advertido.

De que no dejes entrar  
Sino al que á comprar viniere  
Los géneros que no hubiere  
En Luca, que han de pagar,  
Sobre la falta, el deseo,  
O los buscarán en vano;  
Que si la mitad no gano,  
¿Para qué mi hacienda empleo?

ALBERTO. (Ap.)

Lo mismo hace con el trigo.

LUDOVICO.

Avisame de quién es  
Antes que entrada le des.

ALBERTO.

Claro está. (Vase.)

CELIO. (Ap.)  
Grande castigo

## LUIS DE BELMONTE BERMUDEZ.

Le ha de dar á este hombre el cielo;  
No hay seña en él de cristiano.

LUDOVICO. (Ap.)

El matar á Feliciano  
Me causa mucho desvelo,  
Que por ahora ha de andar  
Con cuidado y prevención.

Sale ALBERTO.

ALBERTO.

Señor, dos mujeres son  
Las que te quieren hablar;  
Y la una, aunque tapada,  
De bizarro parecer.

LUDOVICO.

No me vendrán á traer.

CELIO.

Tampoco á pedirte nada  
Vendrán.

LUDOVICO.

Pues ¿de qué lo infieres?

CELIO.

De que ya desengañados  
Están, y aun escarmentados,  
Los pobres y las mujeres.

LUDOVICO.

-Entren pues, y cierra luego.

ALBERTO.

Buscar quiero á quién servir.

(Yéndose.)

CELIO.

Hoy me pienso despedir.

LUDOVICO.

Con grande desasosiego  
Estoy.

CELIO.

No hay en la ciudad  
Quien, eu oyendo su nombre,  
No diga que tan mal hombre  
No le tiene el mundo entero.

Vuelven á salir EL CRIADO, OCTAVIA y  
JUANA, tapadas, y detrás LUZBEL y  
FRAY ANTOLIN.

ALBERTO.

Entrad.

Yo estoy temblando de miedo.

OCTAVIA.

Mi arrojo ha sido terrible.

FRAY ANTOLIN.

Sin duda estoy invisible;  
¿Qué linda cosa!

LUZBEL.

Hable quedo.

LUDOVICO.

¿Qué me teneis que mandar?

OCTAVIA. (Ap.)

Turbada estoy (¡ay de mí!);

¿Si entró fray Forzado?

LUZBEL.

Si.

OCTAVIA.

A solas os quiero hablar.  
(Ap. Ya mas animosa estoy.)

LUDOVICO.

Idos.—Ya decir podeis  
(Vanse los criados.)

Quién sois y lo que quereis,  
Pues ya estoy solo.

OCTAVIA.

Yo soy.

(Descúbrese.)

LUDOVICO.

¿Qué miro? Sombra, ¿yo? ¿Válgame el  
Fantástica vision. [cielo!

OCTAVIA.

Pierde el recelo;

No soy vision, no temas.

LUDOVICO.

Susto ha sido;  
Que ni medroso estoy ni arrepentido  
De verte muerta. Si á pedir me vienes  
Que haga bien por tu alma, padre tie-  
[nes,  
A él le toca, y tambien al falso amigo  
Que en mi agravio fué cómplice contigo.

OCTAVIA.

Viva estoy, no te vengo á pedir nada;  
Que aunque la vida me quitó tu espada,  
Me la volvió la Virgen siempre pura,  
En cuya confianza fui segura  
Contigo ayer, por la inocencia mia,  
Y á quien me encomendé cuando mo-  
Clara y distintamente [ria.  
Afirmo que lo vió fray Obediente  
Forzado, á quien confieso, agradecida,  
Que por su intercesion me dió la vida.  
La crueldad te perdono,  
Por la sospecha tuya; y para abono  
De que no te ofendia  
Ni aun la imaginacion de parte mia,  
Aunque ya el nudo fuerte  
Que ató la Iglesia desató la muerte,  
Otra vez...

LUDOVICO.

Cierra los labios

Y vuelve al pecho la voz;  
Que aun antes de pronunciada  
Me enfurece tu intencion.

Contigo murió mi afrenta,

Y mi enemigo mayor,

Solo para que viviera,

Por tu vida intercedió;

¿Qué disculpa puedes darme,

Si escucharon tu traicion

De tu boca mis oidos;

Si en el papel que rompió,

La queja que de tu amante

Tenias, en un renglon

Partido vieron mis ojos,

Firmado mi deshonor?

¿Cómo, vil mujer, te atreves

(¡Ciego de cólera estoy!)

A pronunciar que otra vez

Vuelva á ser tu esposo yo?

Véte, ó tomará mi agravio

Otra vez satisfaccion,

Y en esa infame criada,

Que ayer de mí se escapó,

Por testigo de mi agravio.

OCTAVIA.

Tu necia imaginacion

Te ha mentido.

JUANA.

No mintiera,

Si hubiera podido yo.

LUDOVICO.

Quitate de mi presencia;

Y si estás libre, tu amor

Logre su infame deseo

Con quien primero que yo

Te tuvo en sus brazos.

OCTAVIA.

Miente

Tu infame lengua; que el sol

No llegó á tocar la mano

Que mi desdicha te dió;

Y aunque á ser mia otra vez

He vuelto en esta ocasion,

Casarme con Feliciano

No le está bien á mi honor.

LUDOVICO.  
Ni al mío que vuelvas viva.

LUZBEL.  
No tema.

FRAY ANTOLIN.  
El caso llegó.

LUDOVICO.  
Que no ha de poder Francisco,  
Porque de su religion  
Soy contrario, conseguir  
Que viva sin honra yo;  
Que á su pesar...

JUANA.  
¿Celio, Alberto?

FRAY ANTOLIN.  
¿Llegó?

LUZBEL.  
Sí.  
(Al querer sacar la daga, se pone en medio fray Antolin.)

FRAY ANTOLIN.  
Téngase á Dios,  
Que es justicia de justicias.

JUANA.  
Como un mármol se quedó.

LUZBEL.  
En esa iglesia me espere;  
Que ya con todo cumplió.

JUANA.  
Presto.

LUZBEL.  
No hay que apresurarse.

JUANA.  
Lindamente sucedió.

OCTAVIA.  
Jamás me vi tan gustosa.  
(Vanse las dos.)

FRAY ANTOLIN.  
¿Qué mira? Ya se atufó.

LUDOVICO.  
Pues ¿cómo tú...

FRAY ANTOLIN.  
Como, sí.

LUDOVICO. (Como embelesado.)  
No has temido?

FRAY ANTOLIN.  
Como no;  
Que el poder que fray Forzado  
Tiene, en mi sustituyó.  
Estése quieto, y oiga  
Con paciencia y atención  
Mis elocuentes palabras.  
(Ap. Este lo mismo que yo  
Sabe de letras sagradas.)

LUDOVICO.  
Soñando sin duda estoy.

FRAY ANTOLIN.  
Dé limosna á san Francisco,  
Cíñase con su cordon,  
Que él le meterá en cintura  
Su estomagado rencor;  
Si no, con su escapulario,  
Que como estomaticon  
Le desbalaque ó componga,  
Como dijo Agamenon.  
Mire que son sus doblones  
Los cabellos de Absalon,  
Y que el demonio por ellos  
Le ha de asir; deje que el sol  
Los vea, pues son sus hijos.  
Dé limosnas á trompon  
Para los pobres que él hizo,  
Funde un hospital á dos,  
Y case veinte doncellas,  
Que ya por él no lo son;

Haga todo lo que digo  
Luego al punto; que, si no,  
Se irá tan derecho al cielo  
Como el que de allá cayó;  
Y se lo aborrrará de misas,  
De sepultura y clamor;  
Que, segun su santa vida  
Y buena disposicion,  
No tendrá sobre su entierro  
La parroquia un sí ni un no.

LUDOVICO.  
¡Lego vil!

FRAY ANTOLIN.  
Téngase, digo;  
Que soy yo mucho peor  
Que fray Forzado.

LUDOVICO.  
Mi rabia  
Es ya desesperacion.

FRAY ANTOLIN.  
Vomite todos los yerros  
Que su avestruz ambicion  
Se ha tragado, y descalabre  
Con ellos á un confesor:  
Con un guijarro como este  
(Saca de la manga un guijarro.)  
(No es mala la prevencion,  
Por si me embiste de golpe)  
El gran-cardenal doctor  
Se sacudia los huesos,  
Porque la carne voló;  
Como el cutis ó pellejo,  
Que el desierto le dejó  
Pergamino, aunque arrugado,  
Sonaba como un tambor.

LUZBEL.  
No diga mas desatinos,  
Aparte.

LUDOVICO.  
Un frio sudor  
Se ha esparcido por mis venas.

FRAY ANTOLIN.  
¿Por qué no me le dejó?

LUZBEL.  
Calle, que es un loco; vaya,  
Y diga al Guardian que yo  
En esta casa le espero;  
No se detenga.

FRAY ANTOLIN.  
Ya voy;  
Mas su caridad advierta  
Que es mia la conversion  
Deste hombre, que ya le dejo  
Mas blando que un algodón. (Vase.)

LUDOVICO.  
Mágico, demonio ó santo  
(Que en mi determinacion  
Todo es uno), ¿qué te importa  
Que yo me condene ó no?

LUZBEL.  
Siendo santo, me importara  
Mucho dar un alma á Dios;  
Mas siendo demonio, nada,  
Que ni tu condenacion  
Me está mejor; el salvarte  
Me pudiera estar peor.  
Muchas veces, Ludovico,  
Sin poderlo excusar yo,  
Te he dicho que te enmendases,  
Y que advirtiese tu error  
Que el término de tus culpas  
Se acercaba; ya llegó.  
Suplica de la sentencia,  
Pide espera.

LUDOVICO.  
El corazon  
Se quiere salir del pecho.

LUZBEL.  
¿Qué aguardas? Pídele á Dios  
Con ansias que te dé tiempo.

LUDOVICO.  
No pueden tener perdon  
Mis culpas.

LUZBEL.  
No desconfies;  
Que esa es la culpa mayor  
Que cometen los mortales;  
Ponle por intercesor  
A Francisco, y porque empiece  
A ser tu amigo desde hoy,  
Y en su amparo te reciba,  
Dale limosna.

LUDOVICO.  
Eso no.

LUZBEL.  
Mira que despues de aquella  
Poderosa intercesion  
De la siempre Virgen Madre,  
No hay otra alguna mayor  
Para el Juez divino; mira  
Que, por ser su opuesto yo,  
Me ha dado el mayor castigo  
Que haber pudo en quien soy;  
Pídele pues que interceda  
Por ti, que puede con Dios  
Tanto, que es de sus devotos  
Raro el que se condenó;  
El hará que te dé tiempo,  
Pídele su proteccion,  
Y á granjearle comieuzas;  
Dale limosna.

LUDOVICO.  
Eso no;  
En llegando á dar limosna  
A Francisco, olvido á Dios.

LUZBEL.  
Pues mira que solo tienes...

LUDOVICO.  
No has de causarme temor.

LUZBEL.  
Un breve instante de vida.

LUDOVICO.  
Eso acredita que son  
Engaños tus persuasiones;  
Jamás me senti mejor.

LUZBEL.  
Señor, ¿es ya tiempo?

SAN MIGUEL. (Dentro.)  
Sí.

LUZBEL. (Llegándose.)  
Rebelde, vil pecador,  
Racional, fiero retrato  
Mío, por opuesto á Dios,  
Tu castigo llegó; baja  
Adonde en llama feroz,  
Que ni fulmina ni alumbrá,  
Seas eterno carbon.

LUDOVICO. (Húndese.)  
¡Ay de mí!

LUZBEL.  
¡Y ay de cuántos  
Son ricos con el sudor  
De los pobres! Ya Luzbel  
Vuestras órdenes cumplió,  
Criador de cielo y tierra;  
Ya tiene la fundacion  
Principio de ese convento,  
Que mi obediencia labró,  
Ya es en Luca con extremo  
General la devocion  
Con estos frailes; ¿qué falta  
Para que deje, Señor,  
Este sayal, que aborrezco  
Tanto como le amais vos?

*Baja en una tramoya* SAN MIGUEL.

SAN MIGUEL.  
Luzbel, para que sacudas  
El yugo de tu opresion,  
Falta que á los pobres vuelvas  
Lo que á los pobres quitó  
Ese miserable bruto.

LUZBEL.  
Pues ¿cómo he de poder yo?

SAN MIGUEL.  
No repliques, que bien puedes,  
Pues Dios te da permission;  
Y mira que solamente  
Persigas la religion  
De Francisco en lo que á todas;  
Pero en su alimento no. (Vuela.)

LUZBEL.  
En lo que mas les importa  
Podré vengarme.—Astarot,  
Del infeliz Ludovico  
Toma luego forma y voz,  
Para ejecutar el órden  
Que tengo del Hacedor  
Eterno.

*Vuelve á subir por donde se hundió el mismo* LUDOVICO.

LUDOVICO.  
Ya obedecido  
Estás.

LUZBEL.  
Miguel me ordenó  
Que, primero que sacuda  
El yugo de mi opresion,  
Vuelva á los pobres de Luca  
Todo cuanto les quitó  
El misero Ludovico;  
Y porque el Gobernador  
No lo impida...

LUDOVICO.  
Ya te entiendo;  
Vamos á la ejecucion.

LUZBEL.  
Pues por la ciudad á un tiempo  
Lo publique una legion  
De las muchas de quien eres  
Capitan, porque á tu voz  
Acuda el pueblo.

LUDOVICO.  
Bien dices.

LUZBEL.  
Entra, y desde ese balcon  
Llamalos.

(*Éntrase Ludovico.*)

LUDOVICO.  
Pueblo de Luca,  
Ya mi crueldad se trocó  
En lástima; venid todos,  
Pobres, llegad, que otro soy.

*Salen* ALBERTO y CELIO.

LUZBEL.  
Ya se juntan.

ALBERTO.  
Padre mio,  
¿Qué es aquesto?

LUZBEL.  
Obra de Dios;  
Quiere repartir su hacienda.

CELIO.  
Pues adviérta que á los dos  
Nos debe muchas raciones.

LUZBEL.  
Yo os daré satisfacion.

(*Vase.*)

ALBERTO.  
Todo el pueblo se ha juntado.

CELIO.  
Ya viene el Gobernador.

*Salen* EL GOBERNADOR y CRIADOS.

GOBERNADOR.  
¿Qué es esto? ¿Quién ha causado  
Tan grande alboroto?

LUDOVICO.  
Yo.

GOBERNADOR.  
Pues ¿qué intentais?

LUDOVICO.  
Que á los pobres  
Vuelva lo que mi rigor  
Les ha usurpado.

GOBERNADOR.  
Mas ¿cómo  
Entre tanta confusion  
De gente será posible?

LUDOVICO.  
¿No lo veis?  
GOBERNADOR. (*Mira dentro.*)  
¿Válgame Dios!

Fray Forzado lo reparte  
Solo.

LUDOVICO. (*Ap.*)  
Con una legion  
De espíritus que le asiste.

*Salen* EL GUARDIAN y FRAY ANTO-  
LIN.

FRAY ANTOLIN.  
Yo fui quien le convirtióó.

GUARDIAN.  
Calle; que no es Ludovico  
El que mira.

FRAY ANTOLIN.  
¿Cómo no?  
Pues ¿estoy yo ciego, Padre?

GOBERNADOR.  
¡Oh padre Guardian!  
GUARDIAN.  
Señor.

GOBERNADOR.  
¿Qué dice de una mudanza  
Tan rara?

*Salen* LUZBEL, FELICIANO, OCTA-  
VIA y JUANA.

FELICIANO.  
¿Sin vida estoy!

LUZBEL.  
No tema; que Octavia es suya.

GOBERNADOR.  
Señora, á buena ocasion  
Venis.

OCTAVIA. (*Ap.*)  
La desdicha mia  
Esta mudanza causó.

LUZBEL.  
Ya tengo, padre Guardian,  
(*Llegándose á él.*)

GUARDIAN.  
De dejarlos permission.  
Pues di quién eres, y véte,  
Sin que les causes horror;  
Que á todo el pueblo mañana  
Referiré el caso yo.

GOBERNADOR.  
Ludovico, mi señora  
Octavia...

LUZBEL.

Gobernador,  
No prosigas; que ni es este  
Ludovico, ni soy yo  
El que habeis pensado.

GOBERNADOR.  
¿Cómo?

LUZBEL.  
Aunque está sin bendicion,  
(*Quitase el hábito.*)

Quitarme el hábito es fuerza,  
Que de disfraz me sirvió,  
Primero que os desengañe.  
Escuchadme sin temor:  
Al infeliz Ludovico  
Vivo la tierra tragó,  
Y porque tú no pudieras  
Impedir la ejecucion  
De restituir su hacienda,  
Su misma forma tomó,  
Con órden mia, este impuro  
Espiritu. Luzbel soy;  
De limosnero he servido,  
Por mandamiento de Dios,  
A los hijos de Francisco,  
En pena de que fui yo  
De negarles el sustento  
Esta ciudad, el autor.  
El Guardian, que está presente,  
A quien Dios le reveló,  
A todo el pueblo mañana  
Referirá en su sermon  
El suceso mas despacio;  
Ya entre tus hijos y yo,  
Francisco, cesó la tregua;  
Ya vuelvo á ser tu mayor  
Contrario; mira por ellos,  
Que si en su alimento no,  
En perturbar su virtud  
Se ha de vengar mi rencor.

(*Húndese.*)

GOBERNADOR.  
¿Raro prodigio!

FELICIANO.  
Espantoso.  
GUARDIAN.  
De todo testigo soy.

OCTAVIA.  
No estoy en mí, de asustada.  
JUANA.

¿Buen santo!  
FRAY ANTOLIN.  
¿Que fuese yo  
Compañero del demonio?

GUARDIAN.  
Si, mas como santo obró.

FELICIANO.  
Ya no hay estorbo que impida,  
Octavia, mi pretension.

OCTAVIA.  
Deja que pierda primero  
Esta desdicha el horror;  
Que en fin fué mi esposo.

GOBERNADOR.  
Es justo.

FELICIANO.  
No puedo negarlo yo.

FRAY ANTOLIN.  
En las jornadas del cielo  
Hallará sin distincion  
Este caso el que lo dude;  
Merezca, si os agradó,  
Por extraño y verdadero,  
Ya que no aplauso, perdon.

## COMEDIA FAMOSA

TITULADA

# LA RENEGADA DE VALLADOLID,

DE LUIS DE BELMONTE BERMUDEZ.

### PERSONAS.

EL CAPITAN DON LOPE.	MELCHOR DE ACEVEDO.	GARCÍA, <i>criado.</i>	DOS HOMBRES.
DOÑA ISABEL.	NARANJO, <i>su criado.</i>	ZULEMA, {	DOS MUJERES.
BEATRIZ, <i>criada.</i>	UN SARGENTO.	CEILAN, } <i>moros.</i>	MOROS.—MORAS.

### JORNADA PRIMERA.

*Salen DOÑA ISABEL y BEATRIZ,  
y arroja aquella un libro.*

DOÑA ISABEL.

¿Qué dices, necia? No quede  
En casa libro devoto,  
Yo no he de cumplir el voto  
De religion; tanto puede  
En mí una ciega pasión,  
Donde estoy tan bien perdida,  
Que juzgo que tengo vida  
Después que tengo afición.  
¡Monja, en eterna clausura,  
Detrás de una reja, cielos!  
De mi propia tengo celos,  
Viendo mi corta ventura.  
¿El alma no es mía? Sí.  
¿No es su dueño mi albedrío?  
Pues ¿cómo á otro señorío  
Se rinde, viviendo en mí?  
Cubren al halcón los ojos  
Porque después más atento  
Suba, penetrando el viento,  
Tras de los blancos despojos  
De la garza, que se humilla  
En la defensa que intenta,  
Por más que veloz se ausenta  
Y las nubes acuchilla.  
Pues si en la alcandara estoy,  
Halcón de otra voluntad,  
La garza es mi libertad,  
Que ya buscándola voy;  
Porque en la esfera de amor,  
A quien ya obedece el mío,  
Halle pasto mi albedrío,  
Sin volver al cazador;  
Demás, que es mi amor tan puro  
Y tan honesto, que he sido  
Dichosa en buscar marido,  
Con quien mi estado aseguro.

BEATRIZ.

¿No miras...

DOÑA ISABEL.

¿Qué he de mirar?

BEATRIZ.

Que esperamos á tu hermano  
De Salamanca, y es vano  
Tu intento, y habrás de dar  
Ocasión escandalosa  
Para aventurar tu honor,  
Tan ciega en tu loco amor?

DOÑA ISABEL.

Cansada estás y enfadosa,  
Beatriz; no me fuerza el cielo,  
Y ¿tendrá el poder humano  
Aliento y rigor tirano?  
Necio será su desvelo  
Contra un resuelto albedrío;  
Llegue mi hermano.

BEATRIZ.

Ya tarda.

DOÑA ISABEL.

Llegue; que no se acobarda  
Amor que llega á ser mío.  
Don Lope Ramirez es.

BEATRIZ.

¿No es el Capitan, Señora?

DOÑA ISABEL.

¿Eso tu simpleza ignora?

BEATRIZ.

No lo ignoro; más después  
Llorarás verte casada  
Con quien tan presto se irá,  
Y sola te dejará,  
Aunque casada, burlada.  
En Valladolid, ya sabes  
Que forma una compañía;  
Él se ha de ir, llegando el día  
Que llores tus penas graves.  
Pues si vas con él, por ser  
Tan ciego tu loco amor,  
Ofendes el claro honor  
De una tan noble mujer,  
Sin que restaurallo puedas  
Con tan deslucida acción,

Arriesgando tu opinión  
Si te vas y si te quedas;  
No hagas tan errado empleo.

DOÑA ISABEL.

¿Tú te atreves á pensar  
Que puedes aconsejar  
A tan resuelto deseo?  
Tres días há que no me ha visto  
Don Lope, y le he de escribir  
Solo por darme á sentir  
Penas, que en vano resisto.

BEATRIZ.

Pues determinada estás,  
Y el riesgo no consideras,  
Siendo notorio el que esperas,  
Luego escribille podrás. (Vase.)

DOÑA ISABEL.

Tan perdidamente quiero,  
Tan ciegamente me arrojo,  
Que tiemblo mi mismo enojo  
Con los desaires que espero.  
Si puedo tener templanza,  
Cuando he llegado á temer  
Que su ausencia me ha de ser,  
Aun más que ausencia, mudanza.  
Muestra.

BEATRIZ. (*Saca recado de escribir, y  
sientase doña Isabel.*)

Tu criada soy.

Tan humilde, que, sabiendo  
Los riesgos que voy temiendo,  
Sirviéndote en ellos voy.

(*Escribe doña Isabel.*)

La primer criada he sido  
Que siente (háblela más cuerda)  
De que su ama se pierda;  
Pues si hasta ahora no ha habido,  
Aunque la anden á buscar,  
Quien lo sienta, bien lo fundo,  
Es bien que me llame el mundo  
La criada singular.  
Mi miedo es impertinente;  
Que siempre la más segura,

Aunque siente que murmura,  
Murmura, pero no siente.

DOÑA ISABEL.

Ya está escrito.

BEATRIZ.

Pues ¿qué mandas?

DOÑA ISABEL.

Que tú se le lleves luego  
A su casa.

BEATRIZ.

¿Tienen casa

Los soldados forasteros?

DOÑA ISABEL.

Dile...

BEATRIZ.

El papel lo dirá.

(Ruido dentro.)

¿Tu hermano!...

DOÑA ISABEL. (Guarda el papel en la  
manga.)

¡Válgame el cielo!

Salen MELCHOR DE ACEVEDO  
y NARANJO, de estudiantes.

MELCHOR. (Ap.)

Mi hermana escribe papel,  
Que encubre de mi respeto;  
¿Si hay novedad en la ausencia  
De mi padre?

DOÑA ISABEL.

¡Qué á buen tiempo

Llegas á tu casa, hermano!  
Que la prisa que le dieron  
Los pleitos á nuestro padre  
Fué causa, por no perdellos,  
De que solo te avisara,  
Sin esperarte.

MELCHOR.

No puedo

Ir á serville á Madrid;  
Que fuera peligro nuevo  
Dejarte sola.

DOÑA ISABEL.

Tú seas

Muy bien venido; ¡el deseo  
Colmaste á mis esperanzas  
Con tu vista.

MELCHOR.

Este mancebo

No viene por mi criado.

NARANJO.

Por mal estudiante vengo;  
Que son las letras muy duras,  
Y no las muele mi ingenio.  
Trajome á Valladolid  
Para ver si en ella puedo  
Acomodar cinco arrobas,  
Que esas me han dicho que peso;  
Y así, quisiera servir  
A un honrado arriero,  
Sin pagar siete del bullo,  
Y mas cuando entre el invierno.

MELCHOR.

A caballo mal podréis  
Ir sirviendo á vuestro dueño.

NARANJO.

¿Es un cuero mas honrado  
Que yo, pues nunca le vemos  
Ir á pié? Si así gustare,  
Y si no, vuélvame el trueco;  
Que yo buscaré otro oficio  
Holgon y de mas provecho.

MELCHOR.

Mientras le buscáis, tendréis  
Esta casa.

NARANJO.

No me atrevo

A tenella toda, basta  
Que sustente un aposento;  
Que tengo flacos puntales,  
Y me echaré con el peso.  
Vuestasted me dé licencia;  
Que voy, por no perder tiempo,  
A repasar los oficios;  
Mas haga cuenta que tengo  
El reloj de mediodía  
Tan ajustado en mi pecho,  
Que no daré un cuarto mas,  
Para que no me echen menos. (Vase.)

BEATRIZ.

¿Hay tal humor de gorrón?

MELCHOR.

(Ap. Indicios, disimulemos  
Hasta acrisolar verdades;  
Que no es justo que en mi pecho  
Tenga crédito mayor  
La sospecha del concepto  
Que la virtud de mi hermana.)  
Isabel, de los desec  
Que has tenido siempre doy  
Mil alabanzas al cielo,  
Pues eliges el estado  
Mas seguro, con tan cuerdo  
Discurso, que no les dejas  
Que merecer á mis ruegos;  
Pues viendo lo que te importa,  
Con tu claro entendimiento  
Llegaste á desvanecer  
Los cuidados al remedio.  
Nobles, Isabel, nacimos;  
Las memorias guarda el tiempo  
En las montañas de Burgos,  
Con peñas por privilegios;  
Pero si nacimos pobres,  
¿De qué servirán trofeos,  
Si en el polvo de los siglos  
Se van manchando ellos mismos?  
Que la nobleza en el pobre,  
Con abatido silencio,  
Es á los ojos del mundo,  
Mas que blason, escarmiento;  
Y así, como lo conoces,  
Te vales en tanto riesgo,  
Como si fuera delito,  
Del sagrado de un convento.  
Mil parabienes te doy;  
Dame los brazos por ellos,  
Porque el alma los reciba,  
Como por amor, por premio.

(Abrazata.)

DOÑA ISABEL.

(Ap. Muerta estoy.) ¿Qué bien parece,  
Hermano, que de tu ingenio  
Copié tan justa eleccion,  
Siendo tu voz el espejo  
En que ejecutadas miro  
Las dichas que no merezco!  
A tu cargo está mi vida,  
Mi estado en tus manos dejo;  
Que por hermano te estimo,  
Por padre te reverencio  
Y por estrella dichosa,  
Que con lucientes reflejos  
En las borascas del siglo  
Me vas conduciendo al puerto.

MELCHOR. (Ap.)

Cielos, ¿hubo mayor dicha  
En los humanos deseos?

DOÑA ISABEL. (Ap.)

Veneno fueron sus voces,  
Aspides sus labios fueron.

MELCHOR. (Ap.)

¿Si se engañaron los ojos?

DOÑA ISABEL. (Ap.)

Amor, vamos al remedio.

MELCHOR. (Ap.)

Su obediencia los desmiente.

DOÑA ISABEL. (Ap.)

Este es el último riesgo.

MELCHOR. (Ap.)

Si escribió, no fué delito,  
Aunque llegó á parecerlo  
En encubrirse de mi  
Con tan recatados miedos.

DOÑA ISABEL. (Ap.)

¿Qué mujer en el peligro  
No excede el mayor ingenio?

MELCHOR. (Ap.)

Dudosas sospechas mias,  
No os confirmo ni os condeno.

DOÑA ISABEL. (Ap.)

Bajel de mis esperanzas,  
Al mar, aunque peligramos.

MELCHOR.

Y ¿cuándo, Isabel, dispones  
Que tengan dichoso efecto  
Tus deseos y los míos?

DOÑA ISABEL.

Yo por mí, muy tarde es luego.  
(Ap. Así su pecho aseguro.)

MELCHOR.

(Ap. Ya está asegurado el pecho.)  
Dispondré que sea mañana.

DOÑA ISABEL.

Con bien sea. (Ap. En menos tiempo  
Se puede abrasar el mundo,  
Si yo le aplico mi fuego.)

(Tocan una caja.)

Sale NARANJO.

NARANJO.

Ya tengo valiente oficio.

MELCHOR.

De todo tu bien me alegro;  
Y ¿cuál es?

NARANJO.

El de soldado,

Que hace dos lucas á un tiempo;  
Bien ejercitado es honra,  
Y mal usado es provecho;  
Pero yo, mirado bien,  
A lo segundo me atengo.

MELCHOR.

Bien presto te acomodaste.

NARANJO.

¿No han escuchado los ecos  
De aquella caja sin llave?  
Pues sepan que tiene dentro  
El tesoro de la India;  
Cada golpe es un misterio,  
Pues en tocandola vienen  
Bailando los mesoneros  
A pedir lo que no cobran;  
Búrlense con el Sargento.  
A otro soncito llueven,  
Entre suspiros y ruegos,  
Colchones de las posadas,  
Que nunca vuelven enteros;  
Pero si á un pobre soldado  
Tan poca lana le vemos,  
¿Es mas hidalgo un colchon?  
Vengan mas y vuelvan menos.  
De otro barrio se ha venido  
Una bandera, y entiendo  
Que la plantan en la calle.

DOÑA ISABEL. (Ap.)

¿Si me burla mi deseo?

MELCHOR.

Y ¿quién es el capitán?

NARANJO.  
De todo informado vengo,  
Porque he de sentar la plaza.  
Don Lope Ramirez.

DOÑA ISABEL. (Ap.)  
Cielos,  
¿Si tantas dichas me engañan?  
MELCHOR.

Llena de marcial estruendo  
Está España. Carlos Quinto,  
Que su fama vence al tiempo,  
Ganó á Bujía; y ahora,  
Juzgándolo á menosprecio  
El Turco, dice que junta,  
En bien reforzados leños,  
Una poderosa armada,  
Que entre marciales trofeos  
Entregó á Ceilan, bajá  
Valiente como soberbio,  
Porque la casa otomana,  
De quien viene, le da alientos  
Para dalle al mar despojos,  
Despues de barrer sus puertos  
Con las tronadoras balas,  
En los pendones sangrientos,  
Coseletes abollados  
Y despedazados fresnos;  
Y así, Filipino Segundo,  
Nuestro rey, que guarde el cielo,  
Para reforzar la plaza  
Junta el socorro que vemos.  
¡Oh, quién trocará las letras  
Por las armas!

NARANJO.  
Yo las trueco,  
Y sin haberlas probado.

MELCHOR.  
Isabel, al punto vuelvo;  
Que voy á dar unas cartas,  
Que me importan.

DOÑA ISABEL.  
Yo te espero  
Con gusto, obediente.

MELCHOR.  
Adios.  
(Ap. Desvaneci los recelos.)

DOÑA ISABEL. (Ap.)  
¡Oh, nunca hubieras venido!

MELCHOR.  
¡Qué falsos fueron los miedos  
Donde experiencias seguras  
Hallan recatos honestos! (Vase.)

DOÑA ISABEL.  
Yo misma daré el papel  
A don Lope, pues granjeo  
Su vista; que en ella sola  
Libro dichosos remedios,  
Logro pensamientos libres  
Y excuso evidentes riesgos. (Vase.)

NARANJO. (Al irse Beatriz la detiene.)  
Doncella, aprende callando.

BEATRIZ.  
Basta que sea palabrero.

NARANJO.  
Pues oiga veinte razones,  
Que tienen veinte provechos,  
Si me las concede todas.

BEATRIZ.  
Busque una moza de asiento,  
Que escuche sus desatinos.

NARANJO.  
Oigame solo el primero,  
Y si le parece bien,  
Serán dos; yo me resuelvo  
A echalla á perder, si gusta;  
¿Qué responde?

BEATRIZ.  
Que no quiero.

NARANJO.  
Esa es tacha de doncella,  
Y está remediada presto;  
Yo la llevaré á Bujía,  
Y será mi candelero,  
Alojándose conmigo,  
Porque me han de dar un tercio,  
Que llevarémos á cuestras  
Los dos, y en llegando al pueblo,  
No nos faltará un pajar.

BEATRIZ.  
Sepa que yo no me duermo  
En las pajas.

NARANJO.  
Sea en los trigos,  
Muchacha; que para el tiempo  
No hay mejor cama de campo.  
Lo que me mueve es el celo  
De remediarte; que yo  
Con cualquiera me contento.

BEATRIZ.  
Pues vaya á sentar la plaza;  
Porque en casa hay cierto pleito,  
Y si salimos con él,  
Le podré escuchar de nuevo. (Vase.)

NARANJO.  
Yo se lo dije una vez,  
Y el diablo cuatro, y aun pienso  
Que me ha de echar rogadores,  
Si no lo remedia el cielo.

(Tocan la caja.)  
Ya estoy de piés en la calle,  
Tomo esta esquina, y espero  
Que la bandera se plante  
Con todo aquel parlamento  
Con que se entrega la posta.  
¡Oh, qué bizarro mancebo  
Es el Capitan! Por Dios,  
Que merece su respeto  
Que yo le pida un vestido;  
Ya viene con el Sargento,  
Que me parece tambien  
Buen soldado y lindo cuesco.

Salen EL CAPITAN DON LOPE  
Y EL SARGENTO.

CAPITAN.  
Como es primero el honor,  
Las ocupaciones mías  
Me han ausentado tres dias,  
Para abrasarme de amor.  
¿Qué disculpa, que lo sea,  
Daré á Isabel?

SARGENTO.  
¿No es bastante  
El trazar, tan fino amante,  
Que de su balcon te vea?  
Discreta eleccion ha sido  
La tuya; que así podrás,  
Pues que tan vecino estás,  
Poner tu pena en olvido;  
Y ella es fuerza que agradezca  
La suezza de venir  
Donde la puedas servir.

CAPITAN.  
No hay amor que la merezca.  
NARANJO. (Llega haciendo reverencias.)  
Yo, mi señor Capitan,  
Si el traje no le embaraza,  
Quisiera sentar la plaza.  
Aunque fuera en la del pan.

CAPITAN.  
Pues ¿cómo, siendo estudiante,  
Muda intento?

NARANJO.  
Porque si;

Porque las letras en mí  
Están de sede vacante.

SARGENTO.  
Muy rubio es para soldado.

NARANJO.  
Y él ¿monda barbas?

SARGENTO.  
Señor,  
Parece muy hablador.

NARANJO.  
Por la mano me ha ganado.

SARGENTO.  
¿Qué dices?

NARANJO.  
Que no se meta  
Donde nadie le convida;  
Porque no ha de hablar la brida  
Cuando yo hablo á la jineta.

CAPITAN.  
¿Quiere sentar plaza?

NARANJO.  
Intento  
Servir al Rey en Bujía;  
Pero iré en la compañía,  
Como no vaya el Sargento.

CAPITAN.  
Pues ¿cómo se ha de quedar?

NARANJO.  
Vusté lo puede decir:  
Que yo me vaya á servir,  
Y que él se vaya á estudiar.

SARGENTO.  
Buen humor, por vida mía.

CAPITAN.  
Y muestra tener aliento.—  
Plaza teneis.

NARANJO.  
Seó Sargento,  
Vamos á la roperia.

SARGENTO.  
¿Qué ha de comprar?

NARANJO.  
Un vestido.

SARGENTO.  
¿Qué dinero lleva?

NARANJO.  
El suyo;

Que yo en el aire concluyo.

CAPITAN.  
Por Dios, que lo ha merecido  
El despejo.

NARANJO.  
Y aun dos pares  
Merezco; que soy muy hombre.

CAPITAN.  
¿Cómo se llama?

NARANJO.  
Mi nombre

Tiene cuatro mil azares;  
Naranjo, aunque estoy ahora  
Sin hoja.

SARGENTO.  
Mas no sin flor.

CAPITAN.  
Déle un vestido.

SARGENTO.  
¡Señor!

NARANJO.  
¿Es suyo, que así lo llora?

Nunca he podido tragar  
Sargentos que recatean;  
Para hombres que pelean  
Se ha de vender y empeñar.

SARGENTO.  
Si pelea, yo lo ignoro.  
NARANJO.  
Pues bien se puede guardar;  
Que un moro le ha de matar,  
Y yo he de matar al moro.  
CAPITAN.  
Acabe, déle un vestido.  
SARGENTO,  
Seó mata-moros, entremos.  
NARANJO.  
Sargento, no nos burlemos;  
Que soy hombre mal sufrido,  
Y en vistiéndome, sabré  
Irme de la compañía.  
(*Vanse el Sargento y Naranjo.*)

CAPITAN.  
¿Cuándo ha de llegar el día  
Que tenga premio mi fe?

*Sale DOÑA ISABEL al balcon.*

DOÑA ISABEL.  
Solo esta es buena ocasión,  
Aunque me dejan turbada  
Miedos de mi hermano, que  
Ya por instantes le aguardan  
Mis desdichas.

CAPITAN.  
Ya en sus ojos  
Se van templando mis ansias.

DOÑA ISABEL.  
Don Lope, en ese papel  
Podeis conocer las causas  
Que me obligan á escribidos.  
(*Arroja el papel y vase.*)

CAPITAN.  
¡Cielos, cerró la ventana!  
Sin flechas quedó el amor,  
Y yo he quedado sin alma.  
(*Alza el papel.*)

¿Qué puede escribir? Sus letras  
Son basiliscos que matan;  
Que, pues la vista me niega,  
En el papel se disfrazan.

(*Lee.*) «No hay paga para la ingrati-  
titud como el olvido...»

Para que yo desespere,  
Sin disculpas que me valgan,  
¿Qué mas pruebas que mi agravio?  
Pero, si admiten venganzas  
No merecidas injurias,  
No esperen á duplicarlas  
Con proseguir lo que escribe,  
Tan propio de su mudanza. (*Rómpelo.*)  
Muera yo pues de infeliz,  
Pues con ofensas se pagan  
Finezas de amor tan puro.

*Sale NARANJO, de soldado.*

NARANJO.  
Mande usted tocar al arma;  
Que vengo de arremetida,  
Y he de llevarme una casa.  
¿No conoce lo que viste?  
(*Ap.* El me está mirando á pausas,  
Y luego á un papel rompido,  
Y despues á la ventana,  
Donde yo soy recién huésped.  
Aqui hay alguna trapaza,  
Por vida de mi conciencia.)  
¡Señor!

CAPITAN.  
Déjame.

NARANJO.  
Si gastas

Humor amante, descubre  
Lo que de las señas falta;  
Y si ese roto papel  
Te ha caído en desgracia,  
Por algun desden escrito,  
Que voló de esa ventana,  
Yo soy de quien vive dentro,  
Si puede ser de importancia,  
Familiar, sin ser sortija.

CAPITAN.  
¿Qué dices?  
NARANJO.  
Que esta mañana...

CAPITAN.  
Prosigue.  
NARANJO.  
Digo y prosigo  
Que entramos por Salamanca  
Yo y un Melchor de Acevedo,  
Que es el dueño desta casa,  
Con una hermana tan prima  
En el donaire y las gracias...

CAPITAN.  
Detente.  
NARANJO.  
Ya me detengo.

CAPITAN.  
Amigo, en mi amparo hallas  
Cuantos favores deseas.

NARANJO.  
No trato de mis ventajas  
Hasta que servicios míos,  
Vidriados en España,  
Pasen á la Berberia;  
Pero mira lo que mandas  
Aqui y en el otro mundo;  
Que, si Naranjo se planta,  
No hay cólera que no corte,  
Porque llueve Dios naranjas.

CAPITAN.  
Pues en fe de tu valor,  
Y que entras en esta casa,  
Te fio mis pensamientos.

NARANJO.  
Yo pagaré la fianza.

CAPITAN.  
Alza ese papel.  
NARANJO.  
¿Qué dice?

CAPITAN.  
A la primera palabra,  
Despechado, le rompí.

NARANJO.  
Pues ¿por qué?

CAPITAN.  
Porque la ingrata,  
Dueño suyo, sin oírme,  
Me mató con amenazas.

NARANJO.  
Pues ¿no le leyeras todo?

CAPITAN.  
¿Qué humano aliento bastara  
A proseguir el veneno?

NARANJO.  
¿No puede haber la triaca  
En la receta postrera?  
Junta y prosigue.

CAPITAN.  
Me cansas.

NARANJO.  
Pues descánsate el ejemplo  
De dos piedras, ya que tardas  
En juntar dos papelillos,  
Porque el uno te amenaza. —  
Pleiteaban ciertos curas  
De San Miguel y Santa Ana,

Probando el uno y el otro  
La antigüedad de su casa;  
Y el de San Miguel un día,  
Que acaso se paseaba  
Por el corral de su iglesia,  
Descubrió mohosa y parda  
Una losa y ciertas letras,  
Que gastó tiempo en limpiarlas;  
Dicen: *Por aquí Selin...*

Partió como un rayo á casa  
Del Obispo, y dijo á voces:  
«Mi justicia está muy llana,  
Ilustrísimo señor;

Esta piedra era la entrada  
De alguna cueva, por donde  
El moro Selin entraba  
Para guardar los despojos  
En la pérdida de España.»

Quedó confuso el Obispo;  
Pero el cura de Santa Ana,  
Que estaba presente, dijo:  
«Vamos á ver dónde estaba  
Esa piedra tan morisca,  
Que tan castellano habla.»

Fuéronse los dos, y entrando  
A la misma parte, hallan  
Rompida otra media losa,  
Y que juntandolas ambas,  
Dicen: *Por aquí se limpian*

*Las letrinas de esta casa.*  
Junta ahora los papeles,  
Y verás cómo te engañas.

CAPITAN.  
Sin fruto sigo tu humor.

NARANJO.  
Tarde olvida quien bien ama.

CAPITAN.  
(*Lee.*) «No hay paga para la ingrati-  
titud como el olvido; mas, como no  
«caben venganzas en un rendido cora-  
»zon, os suplico tengáis piedad de la  
»mujer mas infeliz que ha habido en  
»el mundo, viniendo á socorrer mis  
»ansias con vuestra vista.»

¡Albricias, amor, albricias! —  
Tú mi sosiego restauras.

NARANJO.  
Vive Dios, que merecias  
Estar dos ó tres semanas  
En la cueva de Selin.

CAPITAN.  
Pues que las dichas me llaman,  
No pierdan, por no admitidas,  
Lo que merecen gozadas. (*Vase.*)

NARANJO.  
Arremetió, como un César,  
Con resolucion bizarra;  
Vamos á dalle socorro,  
Para que rinda la plaza.

(*Vanse.*)

*Sale DOÑA ISABEL.*

DOÑA ISABEL.  
Si don Lope vió el papel,  
¿Cómo mi riesgo no advierte?  
En mi viene á ser ya muerte  
Lo que fué tardanza en él.  
Si se niega á la verdad  
De mis mortales desvelos,  
Ya no solicité, cielos,  
Su amor, sino su piedad.

*Sale EL CAPITAN.*

CAPITAN.  
Perdonadme, Isabel mia;  
Que el no haberos visto ha sido...

DOÑA ISABEL.

La flor perdona el olvido  
Al sol en volviendo el día;  
Que, aunque entre sombras se ignora,  
Viéndose despues tan bella,  
Viene á pensar que no es ella  
La que por su ausencia hora;  
Y pues la vida en la flor  
Dura cuanto vive el día,  
No turbe la sombra fria  
Tan caduco resplandor.  
Logre la luz que recibe,  
Si en ella gozarse quiere;  
Que hay mucha sombra en que muere,  
Y hay poca luz en que vive.

CAPITAN.

¿Qué sombra ha de haber ingrata  
Que causaros pueda enojos,  
Siendo al verme vuestros ojos  
El rayo que la desata?

DOÑA ISABEL.

Pues mi voz el riesgo os muestra,  
No sea mi esperanza vana.

CAPITAN.

Vuestro soy.

DOÑA ISABEL.

Pues yo mañana  
Quizá no podré ser vuestra.  
Hoy llegó mi hermano, y tengo  
De vida el plazo de hoy,  
Y tan sin remedio estoy,  
Que muero si lo prevengo.  
La antorcha, que el humo advierte,  
Luto de la luz respira,  
Que cuando acaba y se mira,  
Luce su vida en su muerte.  
La fuente el cristal perdiendo  
Que anhela á subir, mirando  
Que la despeña bajando  
El que la anima subiendo,  
Una y otra se introduce  
En mi amor con tanto extremo,  
Que sube el cristal que temo,  
Y temo el ardor que luce.

CAPITAN.

Pues mi amor ha de advertir  
Que imposibles pudo hallar;  
El cristal no ha de bajar  
Ni la luz ha de morir.

DOÑA ISABEL.

Pues dispongamos el modo.

*Salen á la puerta* NARANJO  
y BEATRIZ.

NARANJO.

Si se acomoda tu ama,  
Dale una higa á tu fama.

BEATRIZ.

Digo que ya me acomodo.

NARANJO.

Pues escucha, Beatricilla;  
Que, aunque tu amor nada ignora,  
Pretendo que tu señora  
Te repase la cartilla.

BEATRIZ.

Ya escucho para aprender  
La lección que he de estudiar.

CAPITAN.

Peligro hay en aguardar.

DOÑA ISABEL.

Pues esta noche ha de ser;  
Que aunque se pinte mi hermano  
Argos de su honor y el mío,  
En otra llave me flo,  
Mas que en el silencio vano;  
Yo saldré.

NARANJO.

Nuño ha salido  
Tambien, mi seo Capitán;  
Si no he comido su pan,  
Me comeré su vestido;  
Y así, le debo asistir  
En el peligro mayor;  
Yo escuché entero su amor,  
Y estriba solo en partir;  
Y mas esta noche, pues  
Noche de San Juan bendito,  
Que hay bulla para un delito,  
Sin presumir que lo es;  
Mas, por si alguien se desvela  
En viendonos ir en tropa,  
Tú el Júpiter desta Europa,  
Yo el Caco desta mozueta,  
Es bien que las esperemos  
Donde seguras estén.

CAPITAN.

Naranjo ha dicho muy bien;  
Sea en los verdes extremos  
De Pisuerga, que retrata  
Los álamos de su orilla,  
Que besándola se humilla,  
Peinándola se dilata.

NARANJO.

Allí entre coros distintos,  
La granuja del lugar  
Sale esta noche á formar  
Bodegas y laberintos.

DOÑA ISABEL.

Entre mi pena y mi amor,  
¿Cómo os he de conocer?

NARANJO.

Cantando yo, que he de ser  
Un barbado ruiseñor.

DOÑA ISABEL.

Si veniste con mi hermano,  
Mas fe me debes guardar,  
Porque te sabré premiar.

NARANJO.

Este premio es el que gana.

DOÑA ISABEL.

¿Queda así, don Lope?

CAPITAN.

Así

Me premie el amor.

*Sale* MELCHOR.

MELCHOR.

¿Qué es esto,  
Airados cielos?

DOÑA ISABEL.

¿Qué presto  
Mis esperanzas perdí! (Vase.)

NARANJO.

Lo dicho dicho, aunque truene  
Y se hielen los naranjos. (Vase.)

MELCHOR.

¿Cómo se atreve á mi casa  
Ni el mismo sol?

CAPITAN.

Sosegáos,  
Si aguardáis satisfacción.

MELCHOR.

Ni la pido ni la aguardo,  
Cuando evidencias publican  
Delitos contra el recato,  
Contra el honor y el decoro  
Destas paredes, que tanto  
Los escrupulos ignoran  
De agravios imaginados.

CAPITAN.

Pues tan resuelto os negáis  
Á la disculpa, y tan vano,

Que de apariencias mentidas  
Cuerdo formáis el engaño,  
Decid lo que pretendéis;  
Que os veo sin armas, si acaso  
Estragáis la cortesía.

MELCHOR.

Aquí no puedo mostráros  
Que sabré estorbar intentos  
Y podré impedir los pasos;  
Porque voces descompuestas,  
Tocando al honor sagrado,  
Por mas que blasone limpio,  
Basta su aliento á mancharlos;  
Y así, pues sois caballero,  
Pues os preciáis de soldado,  
Os pido que señaleis,  
Pues en la sangre os igualo,  
El lugar donde yo pueda  
Satisfacerme.

CAPITAN.

En el campo.

MELCHOR.

Yo os lo estimo y agradezco.  
(Ap. ¡Oh vil mujer! Tú has dejado,  
Con el papel que escribiste,  
Tan manifiesto el agravio,  
Que aun no mereces las dudas  
De llegar á sospecharlo.)

CAPITAN.

¿Dónde queréis que os espere?

MELCHOR.

Señalad vos sitio y plazo.

CAPITAN.

(Ap. ¿Qué haré, si Isabel me aguarda,  
Y hay lances tan apretados  
De amor y honor? El remedio  
Es prevenirlos entrambos  
A un mismo tiempo.) Pues veo  
Que de escrupulos tan vanos  
Teneis recelo, y del viento  
No os atreveis á fiaros,  
Sea en la parte mas oculta  
Donde sus márgenes pardos  
Baña con silencio el rio.

MELCHOR.

El valor acreditaron  
La soledad y las sombras.

CAPITAN.

Ya se vienen despeñando.

MELCHOR.

Yo con mi ofensa las busco.

CAPITAN.

Yo con mi razon las llamo.

MELCHOR.

Siglo es el menor instante.

CAPITAN. (Ap.)

Y eterno el menor espacio  
Para el fuego que me anima.

MELCHOR.

Yo os espero.

CAPITAN.

Y yo os aguardo. (Vase.)

*Sale* BEATRIZ.

MELCHOR.

¿Beatriz?

BEATRIZ.

Señor, ¿qué me mandas?

MELCHOR.

¿Quién te estaba ahora hablando?

BEATRIZ.

Un criado de tu padre,  
Que de Madrid ha llegado  
Ahora.

MELCHOR.

¿Es García?

BEATRIZ.  
Sí.  
MELCHOR.  
Dí que aguarde.

BEATRIZ.  
Voy volando. (Vase.)  
MELCHOR.

¡Que forme mi propia vista  
Dos opuestos tan contrarios,  
Libertad en su clausura,  
Y delito en su recato!  
Pierdo el sentido; mas bien  
Los indicios confirmaron  
La culpa; tomar don Lope  
Posada en la calle, acaso  
Pudo ser, pero ¿no pudo  
Haber sin intento entrado  
En mi casa, si el papel  
Oculto pudo llamarlo?

Está DOÑA ISABEL á la puerta.

DOÑA ISABEL.  
Despida el alma el temor;  
Que á deseos obstinados  
Las amenazas sirvieron  
De espuelas para animarlos.

MELCHOR.  
Mientras prevengo el remedio,  
Mis intentos le disfrazo  
Para asegurar su pecho;  
Pero soy tan desdichado,  
Que, dejando el riesgo en casa,  
Voy fuera della á buscarlo. (Vase.)

DOÑA ISABEL.  
¡Oh sombras del sol ausente!  
Mas que á la luz de sus rayos,  
Debe mi amor al silencio,  
Con que bajais coronando  
Cuantos horizontes miden  
Vuestros oscuros espacios.

Sale BEATRIZ, con una luz.

BEATRIZ.  
¿Señora?  
DOÑA ISABEL.  
Beatriz, ¿qué dices?

BEATRIZ.  
Que salió fuera tu hermano.

DOÑA ISABEL.  
¿Y fué el criado con él?

BEATRIZ.  
Luego salió.

DOÑA ISABEL.  
Pues llegaron  
Mis buenas dichas.

BEATRIZ.  
Espera,  
Que está en lo que falta el daño;  
Porque me pidió la llave  
De tu cuarto.

DOÑA ISABEL.  
¡Intento vano!  
¿Cerró por defuera?

BEATRIZ.  
Sí.

DOÑA ISABEL.  
Con esto irá descuidado  
De qué otra llave será  
Quien rompa los duros lazos  
De obediencias mal sufridas  
Y respetos mal guardados.  
Disfrazadas hemos de ir,  
Para que quede burlado  
El mas atento peligro,  
Aunque nos siga los pasos;  
Pero ¿qué atenciones miro,

Cuando libre imperio alcanzo?  
Estrella dichosa sigo,  
Y el bien que me ofrece aguardo.  
(Vase.)

Decoracion de campo.

Dentro ruido de sonajas y guitarras, y  
salen DOS HOMBRES y DOS MUJERES con  
mantellinas.

HOMBRE 2.º  
Aquí está bueno.

HOMBRE 1.º  
Pues vaya  
De música á toda broza.

HOMBRE 2.º  
Muy bien ha dicho esa moza;  
Que lo merece la playa.

HOMBRE 1.º  
Gente se acerca.

HOMBRE 2.º  
Escuchad.

Salen por otra parte EL SARGENTO y  
NARANJO, con capas.

SARGENTO.

¿Dónde me traes?

NARANJO.  
¡Qué porfia!

Gobierno la compañía,  
Pero no la soledad;  
El Capitan me mandó  
Que le espere donde estamos;  
Traígole porque aguardamos  
Brava ropa.

SARGENTO.  
Aquí estoy yo.

NARANJO.  
Dos fardos son, y si veo  
Que don Lope el suyo empieza,  
De Holanda tiene una pieza  
En tocando yo el angeo.

SARGENTO.  
Pues yo me siento.

HOMBRE 1.º  
Va un tono

Entre pandero y sonaja.

NARANJO.  
Allí suena gente baja;  
Si canta, no la perdono,  
Porque mi seña ha de ser.

HOMBRE 1.º  
Cante Alonso un tono grave.

NARANJO.  
No cante si no lo sabe.

HOMBRE 1.º  
¿Quién le mete en responder  
Al pollo crudo?

NARANJO.  
Podré,  
Porque es noche de San Juan,  
Y tú el que inventó el refran  
«Esta agua no beberé».

HOMBRE 1.º  
¿Ah, seo estropajo?

NARANJO.  
¿Ah, fregona?

HOMBRE 1.º  
¿Ah, seo mosto?

HOMBRE 2.º  
Esa es la uva.

HOMBRE 1.º

Sahagun.

NARANJO.

Esa es la cuba.

HOMBRE 1.º

Tetuan.

NARANJO.

Esa es la mona.

(Canta el músico.)

HOMBRE 1.º

Ensillem el potro rucio.

NARANJO.

El verdugo tiene otro.

HOMBRE 1.º

Suba el puerco en ese potro.

NARANJO.

¿Por qué no habla limpio el sucio?

HOMBRE 1.º

Si voy á ti...

NARANJO.

No lo creas.

HOMBRE 1.º

Déjame cantar.

NARANJO.

No quiero;

Que canto yo.

HOMBRE 1.º

Como un cuero.

NARANJO.

De tí salen las correas.

HOMBRE 1.º

Pues ¿qué has de cantar, chicharra?

NARANJO.

En jácara la prision

de un estudiante gorrón.

HOMBRE 1.º

No te ha de faltar guitarra;

Que tienes buen gusto.

HOMBRE 2.º

Vamos

A ver si sabe cantar.

NARANJO.

Veréis cómo hago temblar

Playas, cristales y ramos.

(Vase donde está Naranjo, y daule la

guitarra, y canta.)

A la ciudad de la cárcel,

Donde hay tiniebla comun,

Que aunque entra la luz del cielo,

No tiene del cielo luz,

Trajeron mi noble cuerpo,

No en sepulcro ni ataud,

Como en espacioso entierro,

Porque vine en un Jesus;

Pidiéronme la patente...

HOMBRE 1.º

¿Quién la pidió?

NARANJO.

Calla tú.

HOMBRE 1.º

Pues ¿qué respondiste?

NARANJO.

«Hidalgos,

Quisiera venir de Ormuz

Para que en perlas preciosas

Pagara mi esclavitud.»

Calé mi horma de azúcar,

Pensando á lo de Dragut,

Asomar el almadraba,

Mas convertíme en atun;

Pero apenas me pescaron,

Cuando, por huir del flux,

Resbalé en una secreta,

¡Miren en qué plenitud!

*Hasta el cañon de la barba  
Sentí el mohino betun;  
Que á subir mas, no se oyeran  
Las voces de mi laud;  
Llegaron todos á verme,  
Como si fuera avestruz,  
Pero en llegando á la orilla  
Pasaban diciendo puf.*

HOMBRE 1.º

Esa historia mas parece  
Que la has cantado en Esgueva.

NARANJO.

Para que tú la limpiaras  
La canté donde la oyeras.

*Salen con sereneros* DOÑA ISABEL y  
BEATRIZ.

DOÑA ISABEL.

Lleguemos; que allí cantaron.

BEATRIZ.

Y parece nuestra seña.

HOMBRE 1.º

Mal puerto es este; corramos  
Otro poco la ribera.

(*Vanse.*)

NARANJO.

Tan ligeras galeotas  
No se volverán sin presa.

DOÑA ISABEL.

Llega, Beatriz.

BEATRIZ.

¿Es Naranjo?

NARANJO.

¿Posible es que no me huelas?  
¿Y tu señora?

BEATRIZ.

Aquí está.

NARANJO.

Pues toda la rosca fuera;  
Que ya hay Santelmo en la gavia  
Y van en popa las velas.

*Sale EL CAPITAN, con capa.*

CAPITAN.

Hacia allí escucho la voz.

DOÑA ISABEL.

Mucho tarda.

NARANJO.

Quién espera

Se queja contando siglos,  
Y son minutos las quejas.

*Sale MELCHOR, con espada y broquel,  
y GARCÍA.*

MELCHOR.

Necio, si te dejo en casa,  
¿Con qué intencion te desvelas  
En seguirme?

GARCÍA.

Por si acaso

Servirte, Señor, pudiera,  
Como hay ocasiones tantas  
Esta noche.

MELCHOR.

No se arriesgan

Lós que se precian de cuerdos;  
Vete luego.

GARCÍA.

Que obedezca

Es justo. (*Ap.* No he de dejarle  
Un punto, por si le empeña  
Alguna ocasion.)

(*Vase.*)

DD. C. DE L.-II.

SARGENTO.

Yo iré

A buscarle.

DOÑA ISABEL.

Haréis que os deba

Cuanta dicha espera el alma.

SARGENTO.

En mi viene á ser ya deuda. (*Vase.*)

CAPITAN.

Veré si entre aquellas sombras

Luce la luz que me niegan.

MELCHOR.

Quiero ver si á aquella parte

Está quien mi agravio intenta.

CAPITAN.

¿Quién está aquí?

NARANJO.

Quién te aguarda;

Aquí está tu amada prenda.

CAPITAN.

Isabel, cierta es mi dicha.

DOÑA ISABEL.

Don Lope, ya desespera

Tu tardanza el sufrimiento.

MELCHOR.

¿Si acaso el sentido sueña?

No; que Isabel y don Lope

Sus voces me representan;

Pero ¿cómo puede ser

Cuando una llave la encierra?

Pero cosas tan posibles

¿Por qué el discurso las niega,

Si el oído lo averigua

Y el agravio lo confiesa?

Mas apuremos la duda.

DOÑA ISABEL.

Pues conocéis cuánto arriesga

Mi honor por vos...

CAPITAN.

Mucho os debo.

DOÑA ISABEL.

Porque vuestro amor no pierda

Los quilates de tan firme

Acrisolado á finezas,

Y puedan lograrse á un tiempo

Mis venturas en la vuestra,

Es bien que los breves dias,

Mientras la gente se apresta

Que habeis de llevar, que yo

Esté donde el sol no pueda

Descubrirme, aunque mi hermano

Martirice el aire á quejas,

Consulte al honor venganzas

Y libre su injuria en piedras.

MELCHOR. (*Ap.*)

Saldrán sus intentos vanos,

Como mis venganzas ciertas.

CAPITAN.

Segura estaréis adonde

La imaginacion se pierda,

Aunque discursos mendiguen

El indicio y la sospecha.

DOÑA ISABEL.

Vamos pues.

CAPITAN.

Importa hablar

A un hombre, que ya me espera

Sin duda entre aquellos olmos.

MELCHOR.

Donde está viva la afrenta,

Es el lugar mas oculto.

(*Sacan las espadas.*)

CAPITAN.

Pagasteis mi diligencia.

DOÑA ISABEL.

Mi hermano es este (¡ay de mí!).

NARANJO.

Beatricilla, esta es la muestra;

Apela á las herraduras,

Que yo uso de las soletas.

(*Vanse.*)

DOÑA ISABEL.

¡Bastaba un peligro, cielos,

Para que imitar pudiera

Las raices destos troncos!

Marmol el temor me deja.

MELCHOR.

¡Bravo aliento, vive Dios!

CAPITAN.

¡Qué bien por su honor pelea!

(*Ríen.*)

*Sale GARCÍA.*

GARCÍA.

Señor, á tu lado estoy.

MELCHOR.

¡Ah villano! no te atrevas

A ponerme en ocasion

Tan infame, con sospechas

De una ventaja alevosa.

Junto á ese tronco me espera,

Que te he menester al punto

Que me venga desta afrenta.

GARCÍA.

La ventaja de los dos

Para un hombre fuera ofensa. (*Vase.*)

CAPITAN. (*Ap.*)

Por el riesgo de su hermana,

Si entre las sombras la encuentra,

Procura apartallo adonde

Menor su peligro sea.

MELCHOR.

Poco valor es el mio,

Viendo tan clara mi afrenta.

(*Métese riendo, y dicen.*)

HOMBRE 1.º

La justicia, la justicia.

DOÑA ISABEL.

Si tantos riesgos me cercan,

¿Qué aguardo, siendo el mayor

El que mi temor desvela?

¿Es don Lope?

*Al tiempo que se quiere entrar doña*

*Isabel, sale por la misma parte* MEL-

*CHOR, y cógela del brazo.*

MELCHOR.

Esta es la causa

De mi agravio, aunque le templa

La dicha de haberla hallado.

DOÑA ISABEL.

Ya no hay remedio á mis penas.

*Sale por otra parte EL CAPITAN.*

CAPITAN.

El bien que á las sombras debo,

Ellas mismas me le niegan;

¿Adónde estará Isabel,

Para que librala pueda?

MELCHOR.

Mi criado es este, bien supo

Granjearme su obediencia. —

García, aquesta mujer,

Ya que tu valor se arriesga,

Has de llevar á mi casa.

(*Entrégasela al Capitan.*)

CAPITAN.

¿Quién ha de haber que se atreva,  
Si la llevo yo? El engaño  
Me dió lo que no pudiera  
El valor.

MELCHOR.

A mi enemigo  
Volveré á buscar.

CAPITAN.

No temas,  
Señora; don Lope soy.

DOÑA ISABEL.

Porque milagros merezca  
Mi amor.

MELCHOR.

Del mayor peligro  
Libré el honor, aunque pierda  
En el segundo la vida.

CAPITAN.

La noche el amparo sea  
De tan dichosa fortuna,  
Para dar luego la vuelta,  
Pues amor y honor me obligan.

DOÑA ISABEL.

Felizmente nos empeña.

MELCHOR.

Honra del que nace noble,  
¿Qué de peligros me custas!

DOÑA ISABEL.

Amor despeñado, en vano  
Te culpan y te aconsejan.

(Vanse cada uno por su puerta.)

## JORNADA SEGUNDA.

Tocan á rebato, y salen DOÑA ISABEL,  
con capotillo y sombrero de camino.

DOÑA ISABEL.

¡Oh noche oscura, Imágen de mi suerte!  
¿Dónde entre las zozobras de mi muer-

te,

Sola, triste y perdida me conduces?  
Cuando al alba el socorro la destuces,  
El empujado monte aun no divisa,  
Dando mi llanto veces á su risa;  
Perdida voy, sin senda ni camino,  
Al arbitrio cruel de mi destino; [gaña!  
¡Oh cómo el pensamiento siempre en-  
dejé mi patria amada, dejé á España,  
Y de mi amor siguiendo la osadia,  
Con don Lope há que vivo yo en Bujía  
Tanto tiempo, ó á mi me lo parece,  
Segun mi estrella las desdichas crece,  
Que de padres y hermanos no me acuer-

do,

Quando amparo y honor en ellos pierdo;  
Y por un hombre, que te llamo esposo  
Por honestar horror tan afrentoso,  
Que el voto que hice á Dios de religiosa  
Me lo impide con fuerza poderosa;  
Y él engañoso, cuando no lo hiciera,  
Ni trato ni palabra me cumpliera.  
En odio va trocando mi deseo  
La fealdad del delito en que me veo;  
Mas ¿qué importa; tirano, ay! como im-

pida

Este afrentoso modo de mi vida?  
Dejada vivo del favor del cielo,  
Evidencia es precisa, no recelo;  
Pues saliendo á esta quinta de Bujía  
Ayer á divertir la pena mía,  
Al volver esta noche, hallamos antes  
Cubierto todo el campo de turbantes,

LUIS DE BELMONTE BERMUDEZ.

De una armada que el turco ha condu-

cido;

Entra el presidio, al riesgo inadvertido,  
Y al huir su violencia, apresurados,  
Perdió don Lope á todos los criados.

¿Qué haré? que si enmudezco, no los

[sigo,

Y si doy voces, llamo al enemigo;  
Mas ¿cómo me han de hallar, sin saber

[dónde?—

¿Beatriz, don Lope?—Nadie me respon-

[de.—

¿Señor, mi esposo?—Mas mi labio

[miente;

¿Qué haré?—Esconderme entre esos

[montes broncos,

Sepultaré mi vida entre sus troncos;  
Por aquí... mas ¡ay Dios! senda no sigo  
Que al paso no me siga el enemigo.

(Tocan á rebato, y retirase doña Isabel.)

Sale NARANJO, asustado.

NARANJO.

¡Gran mal! Como cien mil toros,  
Cien mil moros flechas llueven;

Cien mil demonios le lleven  
Al alma que inventó moros.

Con la noche han parecido  
Sin duda aquí por encanto;

Mas, Señor, ¿de dónde tanto  
Moro nocturno ha venido?

De miedo, sin alma salgo;  
¿Que aquí no haya quien celebre

Que viniese yo á ser liebre  
A tierra de tanto galgo?

Yo me voy de cerro en cerro;  
Mas, si me pescan el bato,

Virgen, ¿qué hará un pobre gato  
Cercado de tanto perro?

Pues cuáles son no lo ignoro,  
Porque viéndolos estuve;

Turbante hay como una nube,  
Miren cómo será el moro;

Miedo mio, ¿dónde estoy?  
Guía, pues delante vas,

Porque, si no es hácia atrás,  
Yo no sé dónde me voy;

Cuantos piso, moros son;  
Aqueste sí que andar es

De ceca en meca. ¡Ay mis piés!  
Topé con el zancavron. (Tropieza.)

DOÑA ISABEL.

Cielos, mi muerte sospecho,  
Gente llegar siento aquí.

NARANJO.

Jesus, ¡qué bulto!  
DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí!  
NARANJO.

NARANJO.

Este es moro hecho y derecho.  
DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.

¿Quién es?  
NARANJO.

NARANJO.

Un pobre gallego,  
Que, aunque de cristiano lloro,  
De veros, si es que sois moro,  
Me desbautizaré luego.

DOÑA ISABEL.

¡Ay cielos! ¿eres cristiano?  
NARANJO.

NARANJO.

Si soy, pero no me mate;  
Porque perderá el rescate  
De un duque napolitano.

DOÑA ISABEL.

¿Qué dices?  
NARANJO.

NARANJO.

Merced me haced;  
Que aunque Italia, si por Dios,

Me dé excelencia, de vos

No quiero sino es merced.

DOÑA ISABEL.

Cielos, ya menos esquivo  
Esta dicha os debo á vos.—

¿No es Naranjo?

NARANJO.

Voto á Dios,  
Que si no hablas, te cautivo.

DOÑA ISABEL.

¿Y don Lope?

NARANJO.

Mi ansia es esa,  
Porque todos los perdí  
Por perderme mas á mi;

Solo por Beatriz me pesa,  
Que se quedó entre esos cerros;

Y ella es tal, que he imaginado,  
Si los moros la han topado,  
Que ahora se está dando á perros.

DOÑA ISABEL.

¿Qué hemos de hacer?  
NARANJO.

NARANJO.

¿Corres bien?

DOÑA ISABEL.

¿Por qué?

NARANJO.

Para que arranquemos  
De carrera, y no paremos  
Desde aquí á Jerusalem.

DOÑA ISABEL.

Tente; que el recelo teme.  
O es tropel de gente (¡ay triste!).

NARANJO.

¿Tropel? Tú que tal dijiste;  
De muerte soy, desahuciéme.

Sale BEATRIZ, y topa con Naranjo.

BEATRIZ.

Muriendo voy de congojas;  
¿Adónde me iré?

NARANJO.

¿Tú enojos?  
BEATRIZ.

BEATRIZ.

¿Es Naranjo de mis ojos?  
NARANJO.

NARANJO.

Si, naranja de mis hojas.  
BEATRIZ.

BEATRIZ.

Perdidos somos.  
DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.

¿Qué dices?  
BEATRIZ.

BEATRIZ.

Que de Bujía, Señora,  
Saliste ayer en mal hora,  
Pues somos tan infelices,  
Que á don Lope un escuadron

de moros allí han cercado,  
Y ya á Bujía han tomado,  
Segun es su aclamacion;  
Escucha sus voces ya,  
Que se acercan tras la mia.

VOCES. (Dentro.)

Por el Gran Señor Bujía;  
Vitoria, vitoria, Alá.

NARANJO.

¿Tú estás libre?  
BEATRIZ.

BEATRIZ.

Menguado,  
¿No me ves?

NARANJO.

Aun no creía  
Que hayan tomado á Bujía,  
Y á ti no te hayan tomado.

DOÑA ISABEL.

El cielo mi obstinacion

Castiga sin duda aquí;  
Que de mi padre ¡ay de mí!)  
Me alcanza la maldición,  
Y aquí nuestra muerte viene.  
(*Suena ruido dentro de cuchilladas.*)

*Sale EL CAPITAN DON LOPE.*

CAPITAN.  
Librarnos es imposible.

DOÑA ISABEL.  
Don Lope es, ¡pena terrible!

NARANJO.  
Virgen, ¡qué mala voz tiene!  
¡Ay don Lope desdichado!  
¡Eras él va la turba impia;  
¡Cómo han ganado á Bujía,  
Hechos perros de ganado!

DOÑA ISABEL.  
Vé tú á ayudarle.

NARANJO.  
¿Yo ayuda?  
Que se la dé un boticario.

DOÑA ISABEL.  
Acude á tanto contrario.

NARANJO.  
A su agüela que le acuda.

BEATRIZ.  
¿No le has de favorecer?  
Saca la espada.

NARANJO.  
Es cansar;  
¿Para qué la he de sacar,  
Si yo no la he de meter?

BEATRIZ.  
Villano, cobarde, calla;  
¿En ti este amparo tenemos?

NARANJO.  
Señora, no nos conseemos;  
Que no he de entrar en batalla.

DOÑA ISABEL.  
Pues ¿qué harémos?

NARANJO.  
Entregarnos;  
Que si se traba pendencia,  
Luego por la resistencia  
A galeras han de echarnos,

DOÑA ISABEL.  
Ya se acercan.

NARANJO.  
¡Fuego!

BEATRIZ.  
Espera.

NARANJO.  
Mi puesto es la retaguarda;  
Hagan ustedes mas guarda,  
Pues llevan la delantera.

DOÑA ISABEL.  
Cielos, ¿qué haré en tal conflicto?  
Que en culpas tan declaradas,  
Las plantas siento gravadas,  
Y el peso de mi delito;  
De un mármol es mi tibieza.  
¡Oh fortuna cautelosa!  
¿Cómo es tan pesada cosa,  
Que la obró mi ligereza?  
Cuando á inmóvil me condenas,  
No hay donde ir, sino á perderme;  
Que apenas puedo moverme,  
Y si me muevo, es á penas;  
Rendida yo á mi temor,  
Soy mi mayor enemigo;  
Que es la mitad del castigo  
Reconocer el error;  
Segun vano es mi desvelo,

Cuando mi riesgo aseguro,  
Parece que huir procuro  
Con el intento del cielo.—  
¿Beatriz?

BEATRIZ.  
¿Qué dices, Señora?

DOÑA ISABEL.  
Presto á seguirme dispoñte,  
Escóndanos deste monte  
La inculca maleza ahora. (*Vase.*)

BEATRIZ.  
Vén, Naranjo.

NARANJO.  
Es degollarme.

BEATRIZ.  
Pues no vienes, ¿dónde has de ir?

NARANJO.  
Yo no estoy para venir,  
Porque no puedo menearme.

BEATRIZ.  
¿A esta ocasión tienes miedo?

NARANJO.  
Haz corazon, y Santiago.

NARANJO.  
Ya yo de las tripas hago,  
Pero corazon no puedo.

BEATRIZ.  
Si es que mi amor te obligó,  
Vén á defenderme aquí.

NARANJO.  
Vén tú á defenderme á mí;  
Que mas lo he menester yo.

BEATRIZ.  
Sácame deste conflicto,  
Aunque te mueras de miedo,  
Si eres hombre.

NARANJO.  
Pues no puedo,  
Porque soy hermostodito.

BEATRIZ.  
¿Que asi me pagues?

NARANJO.  
Hermana,  
¿Quieres que te libre?

BEATRIZ.  
Sí.

NARANJO.  
Pues deja enterrarte aquí;  
Vendré á sacarte mañana.

BEATRIZ.  
Llévame, por Dios, á parte  
Que no me halle ni me esconda.

NARANJO.  
Yo te enterraré bien honda,  
Porque no puedan hallarte;  
Mas ellos, Beatriz, por Dios,  
Los dejes dar sobre ti  
Mientras yo me escondo aquí.

BEATRIZ.  
Espera, vamos los dos.  
(*Escóndense donde no los vea la gente.*)

*Sale ZULEMA, moro.*

ZULEMA.  
Alá nuestra dicha traza,  
Pues se ha rendido Bujía  
Al amanecer el día.

NARANJO.  
¡Ay Beatriz! Moro en la plaza.

ZULEMA.  
Gente habló aquí; si es rendida,  
Es mía; ¿dónde estará?

NARANJO.  
Aquí no hay nadie; hácia allá  
Hay mucha gente escondida.

ZULEMA.  
¿Dónde hablaron? Mas Ceilan  
Viene peleando animoso,  
Y un soldado valeroso  
Acude á su capitán.

*Sale CEILAN y otros moros, acuchillando al CAPITAN y al SARGENTO.*

CEILAN.  
¿Qué intentais, bárbara gente,  
Contra tan ciertos peligros?

CAPITAN.  
Solo porque me mateis  
Os provocho, aunque rendido.

SARGENTO.  
Ya es resistirnos en vano.

CAPITAN.  
Antes morir solícito,  
Pues he perdido á Isabel.  
Matadme; pero ya el brio  
Tenerme en pié es imposible,  
Cansado, infeliz y herido.

CEILAN.  
No le ofendais, detenéos;  
Que en mi nobleza es indigno  
Dar á un rendido la muerte.

NARANJO.  
¿Ay Beatriz! ya están cautivos;  
Como un azafran se ha puesto  
El Sargento, de amarillo.

BEATRIZ.  
Calla tú; que estoy rezando.

CAPITAN.  
Si estos son hados precisos,  
¿Qué importa mi resistencia?  
Ya en mi te da, moro invicto,  
Un esclavo la fortuna,

A tus piés mi acero rindo,  
En sangre africana pago,  
Y no con ella te irritó;  
Que aunque el daño de los suyos  
Sienta un pecho bien nacido,  
Entre soldados valientes,  
Aun á costa de sí mismos,  
Es estimado el valor  
De los propios enemigos.

CEILAN.  
Bien tu nobleza se infiere  
Del modo con que te rindo.

VOCES. (*Dentro.*)  
Seguidla todos.

DOÑA ISABEL. (*Dentro.*)  
¿Don Lope!

CEILAN.  
¿Qué es eso?

ZULEMA.  
Al propio peligro  
Viene huyendo una cristiana  
De nuestros soldados mismos.

CAPITAN.  
Cielos, Isabel es esta,  
Y ya la espada he rendido,  
A pesar de la fortuna!

CEILAN.  
A una mujer es delito;  
Nadie la ofenda, soldados.

*Al salir DOÑA ISABEL, topa con Ceilan al paño, y abrázase con él.*

DOÑA ISABEL.  
Socórreme, esposo mío.

CEILAN.  
Si haré, aunque tu nombre ignoro.

DOÑA ISABEL.  
¡Válgame el cielo! ¿qué miro?  
¡Yo la libertad perdida?  
Don Lope ¡ay triste! rendido,  
¿Y á un moro nombre de esposo  
Abrazo? ¡qué triste indicio!  
Mas quien desprecio obstinada  
Al que yo tuve elegido,  
Por seguir la ligereza  
De mi inconstante albedrío,  
Bien merece en su lugar  
A un infiel; que así ha querido  
Ponerme el cielo á los ojos  
Lo grave de mi delito,  
Pues dándome el que merezco  
En desprecio del que elijo,  
A vista del mal que he hallado,  
Me dice el bien que he perdido.

CEILAN.  
No vi mujer tan bizarra.—  
Di quién eres; que tu brío,  
Aunque de tu pena ajado,  
De tu nobleza es indicio.

CAPITAN. (Ap.)  
Eché mi fortuna el resto.

DOÑA ISABEL.  
Si esto del cielo es castigo,  
¿Qué me detengo? qué espero?  
Qué aguardo ya, que no rindo  
La libertad y la vida  
A este cautiverio esquivo?  
Fuera adorno; que ya es tiempo  
De ultrajes, y no de alifios;  
Una esclava vuestra soy,  
Que de mi infeliz destino  
Solo estas señas infiero;  
Y aunque otras puedo deciros,  
No las queráis saber ya;  
Que en el estado que miro,  
Si no enmiendo lo que soy,  
¿De qué sirve lo que he sido?

CEILAN.  
Si de mi tienes noticia,  
Tu temor desacredito,  
Pues hallas en mi nobleza  
Amparo mas que dominio,  
Del bajá Ceilan el nombre  
Saben los remotos indios;  
Di quién eres, y asegura  
Con mi valor tu peligro.

DOÑA ISABEL.  
Tras ser tu esclava, no tengo  
Que darte de mi otro indicio,  
Que una humilde mujer soy,  
Que en un derrotado pino  
Del riesgo del mar airado  
Sale á riesgo mas preciso.  
Sola en ese bosque estaba;  
Que en mi pena no he tenido  
Mas amparo que esos troncos,  
Mas albergue que esos riscos.  
No es mi calidad mas que esta,  
Aunque es el ultraje mio;  
Calla su afrenta mi pecho;  
Porque si quien soy testigo,  
Es fuerza decir mi infamia,  
Y es mas odioso delito  
Decirla que cometerla,  
Pues entonces sin sentido  
La emprendió la ceguiedad,  
Y la refiere el aviso.

CAPITAN. (Ap.)  
El corazon me ha pasado,  
Negándome, aunque es preciso.

CEILAN.  
Pues ¿á quién llamaste esposo,  
Si nadie estaba contigo?

DOÑA ISABEL.  
(Ap. Dizfrazar importa el yerro  
De mi labio inadvertido.)  
Las religiosas cristianas,  
No ignoras que sin delito  
Llaman esposo á su Dios;  
Y como yo mi albedrío  
Con voto me obligué á serlo,  
Valiéndome deste alivio,  
Le invocaba en mi congoja.  
¡Oh violencia del destino!  
¿Cómo en esto se conoce  
Que el cielo así mi castigo  
Con providencia dispone,  
Pues en el suceso mismo,  
Con la alusion del discurso  
A ser forzoso ha venido,  
Pare disfrazar mi error,  
Que confiese mi delito!

CEILAN.  
¡Bella mujer, por Alá!  
Cuando hoy no hubiera tenido  
La victoria de Bujía,  
Que há tanto que solicito  
Con asaltos y interpresas,  
Esta hermosura que admito  
Bastara para corona  
Del triunfo que me apercibo.—  
Toquen á marchar al punto;  
Que pues ya el sol á estos riscos  
Corona de oro les ciñe,  
Yo ahora, por deslucirlos,  
Con esta estrella, en Bujía  
Triunfante entrar determino.

ZULEMA.  
Toca á marchar á Bujía.  
NARANJO. (Ap.)  
Beatriz, que no nos han visto.  
Juro á Dios, que están borrachos.

BEATRIZ.  
¡Que se los llevan, Dios mio!—  
¡Señor, dejen á mi ama,  
Por amor de Jesucristo!

CEILAN.  
¿Qué es aquesto?

ZULEMA.  
Una cristiana.  
CEILAN.  
Traedla tambien.

ZULEMA.  
En un brinco;  
Que es mía la presa.

NARANJO.  
¡Ay Dios!  
Presa el perro en Beatriz hizo.—  
Ciégale tú, san Antón.

ZULEMA.  
Venga, pues dichosa ha sido.

BEATRIZ.  
¡Ay, desdichada de mí!  
¿Quién diablos hablar me hizo?

NARANJO.  
Pues por eso he hecho bien;  
Que he estado aquí callandito.

ZULEMA.  
Otro cristiano está allí.

CEILAN.  
Prendedle pues.

NARANJO.  
¡San Cirilo!

ZULEMA.  
Salga.

NARANJO.  
Déjenme, señores;  
Por la Virgen se lo pido.

ZULEMA.  
¿Qué es dejar? Venga.  
NARANJO.  
No quiero.

ZULEMA.  
¿Cómo no?  
NARANJO.  
Como lo digo.

CEILAN.  
Matadle si se resiste.  
NARANJO.  
No hagan tal; que ya me rindo.  
Señor moro mayor, cierto  
Que usted, salvo esos morillos,  
Tiene un modo que cautiva.  
Mas ¿por qué á mi me han prendido?

CEILAN.  
Buena duda.  
NARANJO.  
Si soy turco,  
Claro es que es buena.

CEILAN.  
¿Qué has dicho?  
¿Tú eres turco?

NARANJO.  
Sí, Señor.  
CAPITAN.

Traidor, villano, atrevido,  
¿De miedo niegas la fe?  
NARANJO.  
Torco estar, é hablar torquilo,  
E comer é beber sempre  
Pasillas é datesillos,  
Sangullo, alcuzcuz, corcules,  
Hambacocha, melhormigo,  
El gelip, el tut, el gen,  
E soy torco, juro á Cristo.

CEILAN.  
Pues ¿cómo aquí entre cristianos  
Te hallo con ese vestido?

NARANJO.  
Este es disfraz para entrar  
En España sin peligro.

CEILAN.  
¿A España? ¿A qué?

NARANJO.  
A predicar.

CEILAN.  
Pues ¿qué predicas?  
NARANJO.  
Predico  
La gran geta de Mahoma,  
Y converti á los principios  
Cien cristianos.

CEILAN.  
¿Qué se hicieron?

NARANJO.  
Como estaban convertidos,  
Todos se metieron frailes.

CEILAN.  
¿Frailes moros? No lo he visto.

NARANJO.  
Yo fundé un convento dellos.

CEILAN.  
Pues si en Turquía has nacido,  
¿En qué parte fué?

NARANJO.  
En Madrid.

CEILAN.  
¿En Madrid?  
NARANJO.  
Sí, á San Francisco,

CEILAN.  
Que es la Morería vieja.

¿Y cómo es tu nombre?

NARANJO.

El mio

Es Belerbey Naranjo.  
Pero, si no me has creído,  
Pregúntame de la geta;  
Verás, en turco y morisco,  
Si no la sé como el Credo.

CEILAN.

Ya lo que eres no averiguo;  
Basta confesar mi ley;  
Cuidarás de mis cautivos,  
En premio de confesarla.

BEATRIZ.

¡Cielos, que me haya tenido  
Engañada este perrazo!

NARANJO.

Señor, miedo es cuanto he dicho;  
Sacadme presto de moro,  
Aunque sea para indio.

CEILAN.

Un sol llevo en la cristiana.—  
Vamos, tomad el camino,  
Y empiece la aclamacion,  
Pues ya va el triunfo conmigo.

CAPITAN.

Vamos á morir, desdichadas.

DOÑA ISABEL.

Vamos á llorar, delitos.

CAPITAN.

Padezca el que es infeliz.

DOÑA ISABEL.

Muera quien tan mala ha sido.

CAPITAN.

Hoy acabó mi fortuna.

DOÑA ISABEL.

Hoy empezé mi castigo.

TODOS.

¡Ceilan, nuestro baja, viva!

NARANJO.

¡Viva el Basan! ¡Ah morillo!  
¡No eche el ojo á la cautiva,  
Que le pondré como un Cristo!

VOCES. (Dentro)

¡Tierra, tierra! La nave va perdida.  
(Vanse.)

Sale MELCHOR DE ACEVEDO, por  
medio del tablado, como arrojado del  
mar.

MELCHOR.

¡Cielos, valedme! ¡Ya solo la vida  
Salvar intento en tanto desconsuelo!  
¡Terrible tempestad, valgame el cielo!  
Salí en la tabla á tierra venturosa.  
Salve, salve otra vez, Madre piadosa,  
De naufragio infeliz, que firmes lazos  
Siempre grata recibes con abrazos;  
La vida me restauras, ya perdida,  
¡Oh fortuna, en mi desconocida! [to,  
Del hombre mas piadoso al justo inten-  
Solo á mi viejo padre, y sin aliento,  
Le quedaba el consuelo que interesa  
De ver como cumplida mi promesa  
Volvia yo de Roma, ya logrado  
De sacerdote el titulo sagrado;  
Que era el último gozo, tras la pena  
De aquella hermana infiel, falsa sirena,  
Que nos robó el honor, sin saber dónde,  
Ó mar ó tierra, su maldad esconde,  
Para que ya, juzgándola perdida,  
De riesgo tan cruel lloré la vida.  
¿Dónde me habrá arrojado mi fortuna?  
¿Qué tierra es esta, que de leño alguna  
No lo puedo inferir? Allí elevado  
Se corona de estrellas un collado,  
Y allí diviso, para alegres señas,

Una cruz en lo inculto de sus peñas.

Por este lado la ribera corre  
Un bosque espeso, que con una torre  
Remata en un castillo; mas ¿qué veo?  
O á mis temores el recelo creo,  
O (segun en las señas que le noto,  
Que al venir por aquí dijo el piloto)  
Aqueste es el presidio de Bujía,  
A quien el turco ya tomado había.  
Tierra es de moros, que la cruz oculta  
Pudo quedarse, por ser parte inculta,  
Donde sus plantas aun no habrán llega-  
[do.

Perdido soy; que aquí no habrá queda-  
Albergue de cristianos, si la guerra [do  
Há tantos días que le dió esta tierra.  
Mas, cielos, un rumor de gente siento;  
¿Quién será? Ya ocultarme es vano in-  
[tento.

Perdi la libertad, hallé la muerte,  
Mi vida dejo en manos del que acierte.

CEILAN. (Dentro.)

Con las redes cercad esta espesura,  
Que es el sitio mejor.

MELCHOR.

¿Qué desventura!  
Moros son; ¿qué he de hacer? ¡Ay hado  
[esquivo!  
Ya aquí habré de quedar muerto ó cau-  
[tivo.

Salen ZULEMA y CEILAN, moros.

ZULEMA.

Este sitio á la caza he prevenido,  
Que es mejor por lo inculto y escondido.

CEILAN.

Ya no queda festejo ni trofeo  
Con que no haya obligado mi deseo,  
Rendido de su brio y bizzarria,  
A esta cristiana, de quien yo en Bujía,  
Con ser el vitorioso, fui el cautivo;  
Su rostro miro ya menos esquivo.

ZULEMA.

Hoy á la caza, á tu deseo atenta,  
Sale en un palafren, que al sol afrenta.

CEILAN.

Prevenid pues su vista á mi deseo;  
Que al paso he de salir. Pero ¿qué veo?

MELCHOR. (Ap.)

Confirmó mi desdicha el cielo airado.

ZULEMA.

Cristiano es el que ves.

MELCHOR.

Y un desdichado,  
Que á vuestros piés se vale, en su triste.  
De la hidalga piedad de la nobleza. [za,

CEILAN.

¿Quién eres?

MELCHOR.

Un cristiano, que la suerte  
Me sacó de los brazos de la muerte  
A ponerme en tus manos.

CEILAN.

¿De qué modo?

MELCHOR.

Siendo preciso referirlo todo,  
Saber no quiseras mi suceso triste.

CEILAN.

Pues ¿cómo estás aquí, y á qué viniste?

MELCHOR.

Traido del destino.

CEILAN.

¿De qué suerte?

MELCHOR.

Aunque sé que á piedad ha de moverte,  
No quiero ser prolijo en referirlo.

CEILAN.

La extrañeza de verte obliga á oirlo.  
Dilo, pues.

MELCHOR.

Mira que es el escucharme...

CEILAN.

¿Qué puede ser?

MELCHOR.

Empeño de ampararme.

CEILAN.

Noble soy.

MELCHOR.

Eso anima lo que emprendo.

CEILAN.

Prosigue pues.

MELCHOR.

Escucha.

CEILAN.

Ya te atiendo.

MELCHOR.

De mi heróica patria, España,  
Valiente africano, á cuyas  
Nobles piedades veneran  
Las sombras de mi fortuna,  
Buscando un fiero enemigo,  
Salí en vano, pues se ocultan  
Para durar en mi pecho  
Providencias de mi injuria.  
Robóme una hermana aleve,  
Engañada de su industria,  
Si el amor no roba al alma  
La parte que mas la ilustra.  
Siguiendo esperanzas vanas  
De mi venganza en su fuga,  
A romper del mar soberbio  
Llegué las ondas profundas,  
Y viendo de mis afrentas  
Tan parcial á la fortuna,  
Para tomar un estado  
Que honrosamente la supla,  
Fuí á aquella ciudad insigne  
Que de siete montes junta  
Los altos robustos cuellos  
A su imperiosa coyuda,  
Y del Pontífice Sumo  
Recibi con pompa augusta  
La mas sagrada corona  
Que hace deidad absoluta;  
Con cuyo poder, del pan  
Trasformé la especie pura  
Con cinco palabras solas,  
En todas las glorias juntas.  
Con tan alta dignidad,  
Por llevar de sus angustias  
A un padre anciano este alivio,  
Que en su deshonra las lluvias  
De sus ya eclipsados ojos  
Desmoronaban difusas  
Por la viviente muralla  
La barbacana caduca,  
A repetir del mar fiero  
Volvi las sendas incultas;  
Y cuando aliento me daban  
Sus tranquilas ondas surtas,  
Comenzando á tibios soplos  
De un asta la horrenda furia,  
Convocó gigantes olas  
Contra las estrellas puras.  
Salí alterado nocturno  
A la campaña cerúlea,  
Y para asaltar al cielo  
Se armó de torres de espuma.  
La igual superficie undosa  
Se abrió en cavernosas grutas,  
El viento en ellas bramaba,  
Deshecho en ráfagas turbias;  
Y la nave, entre el horror  
De la batalla confusa,  
Naciendo y muriendo al riesgo,

Ya era sepulcro, ya cuna;  
Ya entre ellas la gavia toca,  
Ya arenas la quilla surca,  
Y del sol y el mar á un tiempo  
Se vió elevada y profunda.  
Encendida y apagada  
En los rayos, en la espuma,  
Turbó el temor los alientos,  
Creció el peligro la duda.  
La ambicion desprecio el oro,  
Y aun no obligó á la fortuna,  
Porque el furor de las olas,  
Cifrando el impetu en una,  
Le dió la nave á un escollo,  
Cuyas irritadas puntas,  
De verse della azotadas,  
Se la volvieron agudas  
A la cara, hecha pedazos,  
En venganza de su injuria.  
Cubrióse el mar de despojos,  
La gente entre ellos fluctua,  
Cuál á una tabla se abraza,  
Y cuál en vano la busca,  
Cuál cierra al horror los ojos,  
Abriendo el pecho á la angustia,  
Cuál á la media palabra  
La voz y el alma pronuncia,  
Y cuál por valerse de otro,  
Ambos la muerte apresuran;  
Que donde es tanto el conflicto,  
Que el mismo remedio turba,  
Mas mueren en su defensa  
Que del daño que rehusan.  
Yo de entre tantos naufragios,  
Por altas causas ocultas,  
En una tabla á esta playa  
Sali á la clemencia tuya,  
Contra la furia del viento,  
Que, según violencias suyas,  
Venci; librarme en tus manos  
Tiene providencia alguna.  
Esta mi desdicha ha sido,  
Esta su crueldad injusta;  
Pero si en ti hallo socorro,  
Si en tu rigor piedad usas,  
Si su inconstancia desmientes,  
Si de un rendido no triunfas,  
Contento harás de mi pena,  
De mi desdicha ventura,  
Bonanza de mi tormenta,  
Y contra mi estrella dura,  
Porque cuando el mundo todo  
Rinde á su fiera coyunda,  
De mas que hombre se acredita  
Quien revoca la fortuna.

CEILAN.

Suspense, español, escucho,  
Mas tu temor asegura;  
Que en mí...

VOCES. (Dentro.)

El bruto se despeña;  
Desbocado va sin duda.

ZULEMA.

Señor, ¡extraño peligro!  
Por las malezas incultas  
De aquel monte, la cristiana  
Va con indómita furia  
Precipitando el caballo.

CEILAN.

¿Qué dices? Todos acudan  
A socorrerla al instante;  
Mi vida el bruto a ventura.  
Seguidme todos, seguidme.

(Vase.)

MELCHOR.

¿Qué es esto, cielos? ¿Qué dudas,  
Qué zozobras, qué peligros  
Tan extraños me atribulan?  
Solo he quedado; ¿qué haré?  
Sin duda el cielo procura

Mi libertad desta suerte.  
Aqui de ramas confusas,  
Que apenas el sol penetra,  
Miro una larga espesura;  
En ella encubrirme quiero;  
Que si es esto piedad suya,  
Del mar llegará entre tanto  
Quien me socorra y la cumpa. (Vase.)

Salen EL CAPITAN y EL SARGENTO,  
de cautivos, y BEATRIZ, y cae por  
enmedio del tablado DOÑA ISABEL,  
abrazada con una cruz quebrada.

CAPITAN.

Ya en vano es nuestro desvelo.

BEATRIZ.

Id todos á remediallo.

SARGENTO.

Precipitado el caballo.

BEATRIZ.

¡Gran dolor!

DOÑA ISABEL.

¡Válgame el cielo!

CAPITAN.

Llegad todos.

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí!

CAPITAN.

Albricias, cielos; ¿qué he oido?

DOÑA ISABEL.

No os turbeis; que aunque el sentido  
Con la violencia perdi,  
De aquel repecho advertida,  
Deste palo me valí.  
Que aunque le arranqué tras mí,  
Hizo menos la caída.  
Mas ¡ay Dios!

CAPITAN.

¿Qué has extrañado?

DOÑA ISABEL.

Una cruz es, que fijó  
La piedad cristiana; yo,  
Rompiéndola, la he quitado.  
¡Ay de mí, que fiel testigo  
De mi culpa viene á ser!

CAPITAN.

¿Qué miras en ella?

DOÑA ISABEL.

El ver

Mas señas de mi castigo;  
Yo, cuando me precipité,  
Rompo esta cruz escondida?  
¿No acaso los de mi vida  
Agravo en este delito?

Yo á Dios un triunfo le quito,  
Estando en estado tal?  
Cielos, indicio es fatal;  
Que aunque, por ser nuestra luz,  
Es buena señal la cruz,  
Romperla es mala señal.  
Palabra de esposo di  
A Cristo, y se la quebré;  
La cruz el tálamo fué  
Que á este triunfo apercebí.  
Yo la he roto; ¡ay de mí!  
Con este caso horroroso.  
Accidente es misterioso;  
Que es propio que á su despecho  
Deje el tálamo desbecho  
Quien ha ofendido á su esposo.  
Yo le ofendí, y me embarqué,  
Ciega, en el mar de mi horror,  
Y en las velas del amor  
Herir el viento dejé.  
Pues ¿cómo agora saldré  
Del golfo en que estoy metida,

Aunque, de la fe advertida,  
Al punto de la nave acierte,  
Si por quedarme en la muerte  
Rompi el árbol de la vida?  
Esta era la última seña  
Que aquella peña guardó  
De la fe; la borro yo,  
Mas dura que aquella peña.  
¿Qué será de mí, si empeña  
El cielo mi culpa así?  
Qué espero, si lo que allí  
Se reservó, aunque crueles,  
De tanta turba de infieles,  
No se reserva de mí?

CAPITAN.

¿Que así viniese yo á verte  
Una vez que llego á hablarte,  
Cuando há tanto que aun mirarte  
No me ha dejado mi suerte!  
Bella Isabel, ¡qué rigor!  
¿Tú de mi amor olvidada?  
Tú de un infiel festejada  
Y tan atenta á su amor?  
Tú ¿en qué te puedes rendir,  
Empeñando su poder,  
Y yo pudiéndole ver,  
Sin que lo pueda impedir?  
¿Qué fineza no has debido  
A mi afecto desdichado?  
Qué culpa ó qué desagrado  
Tu mudanza ha merecido?  
Y si no, agora, que hablarte  
He podido sin recelo,  
Da á mi desdicha un consuelo,  
Lógrame el bien de mirarte;  
De tu labio...

DOÑA ISABEL.

No prosigas,  
Causa de todos mis males;  
Tú me has puesto en trances tales;  
Déjame pues, no me sigas.  
Que por ti lloro, por ti  
Á Dios y á padres deje,  
Mi sangre y casa afrenté,  
Mi patria y honra perdi.  
En tu rostro miro escrito  
Mi error, mirarme no intentes;  
Vete, no me representes  
La fealdad de mi delito.

CAPITAN.

Detente, espera, Isabel.

BEATRIZ.

¡Ay triste! Don Lope, advierte  
Que viene Ceilan, y á verte  
Pueden llegar.

CAPITAN.

¿Qué cruel!

¿Así te vas?

DOÑA ISABEL.

Me retiro

De ese error.

CAPITAN.

¡Qué dicha fiera!

DOÑA ISABEL.

No me detengas.

CAPITAN.

Espera.

Sale CEILAN y ALGUNOS MOROS, y van al  
Capitan, que, porfando, tiene de  
la mano á doña Isabel.

CEILAN.

Aqui está. Pero ¿qué miro?

CAPITAN. (Ap.)

¡Ay cielos! ¡Fuerte ocasion!

CEILAN.

Pues dime, ¿con qué intencion,  
Cristiano, te hallo así?

CAPITAN.  
Señor... (Ap. En vano ¡ay de mí!  
Resisto la turbacion.)

CEILAN,  
¿Qué dices?

CAPITAN.  
Su intercesion  
Con el favor procurando,  
Así la estaba rogando  
Que me templase el rigor  
Del trabajo y la prision  
Tan rigurosa y tan dura,  
Pues á tu amor su hermosura  
Merece mas atencion.  
Y queriéndose excusar,  
Me obligó en mi afecto triste  
A hacer la instancia que viste  
La fuerza de mi pesar.

CEILAN.  
Pues, vil cristiano, atrevido,  
¿Tú á tocar osas su mano,  
Cuando yo lo intento en vano,  
De su decoro vencido?  
Tú con tanto atrevimiento  
Remedio á tus males das?  
Pues á mis plantas tendrás  
Alivio de tu tormento.

CAPITAN.  
Mis pesares considera.

CEILAN.  
Selle la tierra tu labio,  
Vengue este ultraje el agravio  
De tu ignorancia grosera.—  
Llevalde.

CAPITAN.  
¿Rigor esquivo!

CEILAN.  
Y ponadle desta suerte  
En una cadena.

CAPITAN.  
Advierte  
Que soy noble, aunque cautivo.

CEILAN.  
Llevalde.

CAPITAN.  
Tu intercesion,  
Señora, me ha de valer.

DOÑA ISABEL.  
¿Qué intercesion te he de hacer,  
Estando yo en la prision?

CEILAN.  
¿Qué te detienes, villano?—  
Apartadle á mí furor.

CAPITAN.  
Ya te obedezco, Señor.  
¿Oh rigor fiero, inhumano!  
¿Tal ingratitud se vió?  
Mas, siendo mujer instable,  
Mas que en ser ella mudable,  
Yerro en admirarme yo.

(Llévanle á empellones.)

DOÑA ISABEL.  
Sufra rigor tan cruel,  
Y en una dura cadena  
Vengue su afrenta mi pena,  
Pues la padezco por él.

CEILAN.  
Ahora, cristiana bella,  
Da ahircias á mi deseo,  
Pues ya sin riesgo te veo;  
Y si el rigor de mi estrella  
Las finezas de mi amor  
Con accidentes impide,  
Tú con mis afectos mide  
La dicha de tu favor.  
El festejo prevenido  
A divertir tu pesar  
Te le ha venido á aumentar.

DOÑA ISABEL.  
Señor, ¿con qué ha merecido  
Una humilde esclava tuya  
Favor que pagar no puedo?

CEILAN.  
Debiendo finezas quedo  
A mi amor, violencia es suya;  
Y si tu pecho obligado  
Corresponde á lo que quiero,  
Una corona hoy espero.  
Que el gran Señor me ha mandado.  
Solo este triunfo deseo,  
Porque si vengo tu enojo,  
Sea á tu planta despojo.  
Lo que á mi afrenta trofeo.  
Si aspiras á la riqueza,  
Consagrare, aunque te agravia,  
Todo el tesoro de Arabia  
Al cuello de tu belleza.  
Cuanto del indio crisol,  
Haciendo al mundo la salva,  
Congela en conchas el alba,  
Grana en arenas el sol;  
Y porque logres mas medras,  
Al mismo sol te daré,  
Pues en tu mano pondré  
Todas sus luces en piedras.  
El rubí, que en ti vencido,  
Mas fino le harás agravio,  
Pues, de afrentado, en tu labio  
Se pondrá mas encendido;  
Y lo que mas es, un rey,  
Que esposa suya te llame,  
No mas de que se le aclame  
Tu amor, dejando tu ley.

DOÑA ISABEL.  
¿Yo mi ley? ¡Cielo divino!  
¿Qué superior persuasion  
Tiene una infeliz razon,  
Que á ella forzada me inclino?  
¿Yo de tan indigno amor  
A las finezas me obligo?  
¿Oh pensamiento enemigo!  
Miente tu ciego furor.  
Pero quien tantos errores  
Cometió en sola una accion,  
¿Qué duda en este, si son  
Aquellos casi mayores?  
Cielos, yo me precipito;  
Porque no está, aunque se ofusca,  
Léjos de hacerle quien busca  
Disculpas á su delito.  
Mas si yo le cometiera,  
Ya ¿qué pudiera perder,  
Si lo mas perdí en hacer?  
¿Ay de mí! ¡Desdicha fiera!  
Budé; ya esto es otorgar  
En parte; que al discurrir,  
La mitad del consentir  
Se supone en el dudar.  
De las tres potencias, dos  
Ya de su parte ver llevo,  
El entendimiento ciego  
Y la memoria sin Dios.  
Pues sola la voluntad  
¿Qué resistencia ha de hacer,  
Cuando della en la mujer  
Nace la facilidad?  
Sin mí estoy; oh pensamiento!  
Déjame, déjame ya.

CEILAN.  
¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.  
¿Ay triste! Está,  
Señor, con un sentimiento  
Tan confusa mi memoria,  
Que en mí no puedo volver.

CEILAN.  
¿No ha de bastar mi poder  
Para tan poca victoria?—

Llamad mis músicos todos,  
Resuenen sus instrumentos,  
Y la caja á los acentos  
Alegren por varios modos.

ZULEMA.  
Ya, de tus damas seguidos,  
Un vistoso alarde haciendo,  
Llegan aquí, suspendiendo  
Los ojos y los oidos.

Salen, cantando y bailando, TODAS LAS  
DAMAS, de moras, y NARANJO delante,  
tambien de moro.

DAMAS. (Cantan.)  
Mambra niña, goza ya Torquí,  
A la niña roya velaroriri.

NARANJO.  
Zac, Melec. Si esto alguna  
Gracia ha tenido, Señor,  
Yo he sido el compositor  
Desta música perruna;  
Que me ha costado mil guerras  
De ensayar á cada mora  
Este tonillo, y agora  
Le cantan como uñas perras.

CEILAN.  
Suplen, pues, hoy tus acentos  
Del clarín la prevencion  
Para la caza, pues son  
Alegre iman de los vientos.

NARANJO.  
Pues no esperéis mas aquí;  
Que hácia las redes he oído  
Entre las ramás un ruido,  
Y es sin duda un jabalí,  
Que le he oido por tocino  
En la sartén del deseo.

CEILAN.  
Yo ya en el rumor le veo;  
Alegarte así imagino,  
La flecha y el arco toma.

DOÑA ISABEL.  
Precepto tu gusto es.

NARANJO.  
Muera el cochino, pues es  
Enemigo de Mahoma.

CEILAN.  
Seguid su brio gentil;  
Que yo aquí le he de esperar.

NARANJO.  
Si le mato, he de colgar  
En la mezquita un pernil.

DOÑA ISABEL.  
Aunque aquesta traza es vana,  
Por obedecerte Iré.

(Vanse los cristianos.)  
CEILAN.  
A suerte feliz tendré  
Que le mate la cristiana.

ZULEMA.  
Ya le van haciendo el cerco;  
El verla será ventura,  
Por ser tanta la espesura.

NARANJO. (Dentro.)  
Hácia aquí, pues, anda el puerco.  
Tiradle; que entre las hojas  
Se encubre de aquellos olmos.

DOÑA ISABEL.  
Ya le he tirado.

CEILAN.  
Sin duda  
Le acertó; que hácia nosotros  
Se viene arrojando, herido.

*Sale MELCHOR DE ACEVEDO, herido con una flecha, y cae á los piés de Ceilan.*

MELCHOR.  
¡Valedme, cielos piadosos!  
CEILAN.  
¿Qué es lo que miro?  
MELCHOR.  
¡Ay de mí!  
CEILAN.  
Hombre ó bruto, habla.  
MELCHOR.  
Si logro  
Vuestro socorro, si haré.  
CEILAN.  
¿No eres tú...

MELCHOR.  
¿Quién de vosotros,  
Queriendo librar (¡ay triste!  
Con el alma el habla arrojo)  
La libertad, ha perdido  
La vida de aqueste modo?  
Secreto suyo es, mas ya  
Falta el aliento forzoso.  
La mucha sangre que pierdo,  
Plugüera al cielo, que invoco,  
Que, ya que muero entre infieles,  
Fuera por la fe que adoro.

CEILAN.  
¡Extraño caso! el cristiano  
Que hoy vi en la playa solo  
Es este. — Llevadle luego,  
Procurad los medios todos  
Para remediar su vida,  
Aunque ya en él caben pocos.

MELCHOR.  
Si él lo quiere, será en vano,  
Si no es del cielo el socorro.  
(*Llévante.*)

*Salen LOS CRISTIANOS.*

NARANJO.  
Aquí sin duda cayó.  
DOÑA ISABEL.

¿Dónde está?  
CEILAN.  
Vuelve los ojos;  
Verás la fiera que has muerto,  
Que allí le llevan en hombros.  
Un sacerdote cristiano,  
Que, escondido entre esos troncos  
Por extraño acaso estaba,  
Has herido deste modo.  
Mira quién son, pues por fiera  
Este muere entre nosotros.

NARANJO.  
¡Que lo dije!  
DOÑA ISABEL.  
¡Ay de mí triste!  
¿Qué has hecho, brazo alevoso?  
¿Yo á un sacerdote sagrado  
Sacrífega flecha arrojo?  
¿Yo á Cristo, en vez de una fiera,  
Bárbaramente me opongo?  
¿Qué es esto, cielos? ¿qué es esto?  
Yo en cuantas acciones obro,  
Contra Dios son los efectos?  
Si los dudo y si los noto,  
Iras tuyas son sin duda,  
Y yo, cayendo en su oprobio,  
Dejada estoy de su mano.  
¡Ay de mí! en vano lo lloro;  
Yo le dejé, y él me deja.  
Precisos indicios toco  
De mi desesperacion;  
Dejadme, dejadme todos,  
U dadme la muerte.

CEILAN.

Espera.

DOÑA ISABEL.

A tus piés, Señor, me postro;  
Como esclava vil me trata,  
Sienta el ultraje afrentoso  
Del cautiverio mi vida,  
Maltráteme á mi del modo,  
Pues lo merezco mejor,  
Que lloran siempre los otros;  
Pise tu planta mi boca,  
Fíjense al suelo los ojos,  
Sufra mi pecho el castigo,  
Y no mis brazos el ocio.  
Véngale al cielo, pues te hizo  
Instrumento de sí propio,  
Para tomar por tu mano  
Su venganza en mis oprobios.

CEILAN.

Levanta; que en vano intentas  
Con tu despecho mi enojo;  
Si á mi amor mas piedad haces  
Con esos mismos ahogos,  
Mas me enamoras.

DOÑA ISABEL.

¿Qué dices?

CEILAN.

Que mas rendido te adoro.

DOÑA ISABEL.

¿Que no has de lograr mi ruego?

CEILAN.

Con afectos amorosos.

DOÑA ISABEL.

¿Que has de proseguir tu empeño?

CEILAN.

Pasará de amor á asombro.

DOÑA ISABEL.

¿No es posible que le olvides?

CEILAN.

Sin término lo conozco.

DOÑA ISABEL.

Pues, cielos, ya yo he perdido  
La esperanza con vosotros.  
Esa me pudo frenar;  
Mas ya que á fuerza de todos  
Mis delitos no la alcanzo,  
No he de ser de tantos modos,  
Ya que soy ingrata al cielo,  
Al bien que en ti reconozco.

CEILAN.

Pues ¿qué intentas?

DOÑA ISABEL.

Resolverme...

CEILAN.

¿A qué?

DOÑA ISABEL.

A ser tu esposa.

CEILAN.

¿Cómo?

DOÑA ISABEL.

Dejando á Dios.

CEILAN.

¿Eso afirmas?

DOÑA ISABEL.

Ya no espero su socorro.

CEILAN.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Que haciendo aquí

Testigos para su abono  
Al cielo, al mar y á la tierra,  
Hombres, fieras, montes, troncos,  
Digo que, ciega y osada,  
A Cristo y á su fe olvido,  
De la verdad me despido,  
Precita y desesperada;

Y pues ya estoy condenada,  
Sacra Justicia, por vos,  
Bórrese de entre los dos  
De mi gloria la memoria,  
Guárdese el cielo su gloria,  
Y quédese Dios adios.

CEILAN.

Ahora llega á mis brazos.

BEATRIZ.

¡Cielos, qué errores!

NARANJO.

¿Qué asombros!

Aturdido estoy de oírlo.

DOÑA ISABEL.

Ya soy tuya.

CEILAN.

Ya te adoro.

DOÑA ISABEL.

Celima soy, no Isabel.

CEILAN.

Al mundo tendré envidioso;  
Alabad todos mi dicha.

DOÑA ISABEL.

Publicad mis voces todos.

CEILAN.

Pues vamos donde celebren  
Mis triunfos por venturosos.

DOÑA ISABEL.

Vamos donde en alegrías  
Se truequen tantos ahogos.

CEILAN.

Gané al mundo.

DOÑA ISABEL.

Perdí el cielo;

Pregone el clarín sonoro  
De la fama que desde hoy  
La *renegada* me nombro  
De *Valladoíd*, que á Dios  
Perdí el temor y el decoro.

(*Vanse.*)

## JORNADA TERCERA.

*Sale NARANJO, solo.*

NARANJO.

Siendo mal cristiano, puedo  
Ser moro al menor vaiven,  
Pues, Naranjo, asirte bien  
A las aldabas del Credo.  
Si reniego y me aventuro  
A volver á España, allí  
No harán comedia de mí,  
Pero auto, yo lo aseguro.  
Entre tanto familiar,  
¿Qué será, si se repara,  
Ver á Naranjo con cara  
De sentenciado á quemar?  
Verme aquí ya encorozado,  
Y en día claro, es forzoso.  
Pues, según es de dichoso,  
Nunca le llueve á un quemado.  
Habrá aquel día en mi alarde  
Turroneras y limeros,  
Mucha gente y seis cocheros  
Descalabrados; ¡gran tarde!  
No se verá el diablo en eso;  
El sambenito y la llama  
Quédense para mi ama,  
Que es renegada profesá.  
¿Qué bien le probó Bujía!  
Como yo soy bachiller  
Por Huesca, ella viene á ser  
Probada por Berbería.

Notable ha sido su estrella,  
Pues teniendo el orden ya  
Del gran señor el Baja,  
Hoy se corona con ella.  
Unas coplas de su historia  
Compuse, y he de tratar,  
Para podellas cantar,  
De tomarlas de memoria;  
Y si me doy buena maña,  
Y voy imprimiendo pliegos,  
He de comer con los ciegos  
Cuando Dios me lleve á España;  
Pues ya el viaje prevengo,  
Llevándome al Capitan,  
Si engaño bien á Ceilan  
Con el hábito que tengo.  
Que parezca por mejor  
Me otorgo al ruego primero  
El motilon, compañero  
De aquel padre redentor.  
Naranjo, bien disimulas.

(Tocan.)

Mas ya festivas señales  
Dan trompetas y atabales,  
Pues por Dios que no son bulas.

*Tocan trompetas y atabales, y por una parte EL CAPITAN DON LOPE y los que pudieren, de esclavos, con almohadas, que pondrán sobre el trono algo levantado, y por la otra, MOROS DE ACOMPAÑAMIENTO, y DOÑA ISABEL, en traje de mora.*

CEILAN.

Pues con tantas evidencias,  
Para crédito mejor,  
Han confirmado tu amor.  
El tiempo y las experiencias,  
Esta corona que gano  
Te ofrezco, aunque hubiera sido  
La que Arabia ha producido  
Para el turbante otomano.

DOÑA ISABEL.

Ya que amor nos proporciona,  
Mercediendo que igualmente  
Alumbre mi humilde frente  
Los rayos de esta corona,  
A tal dicha agradecida,  
Treguas con mi pena haré.

CEILAN.

¿Qué pena habrá, que no esté  
Entre los dos repartida?

DOÑA ISABEL.

Parte en el pesar no alcanza  
Quien es mi esposo y mi dueño.

CAPITAN.

¿Es esto verdad, ó sueño?  
¿En tal amor tal mudanza?  
Pero de ver no me asombro  
Rota la fe de los dos,  
Pues mujer que niega á Dios,  
No es mucho que olvide á un hombre.

CEILAN.

No quede en prision alguna  
Nadie que tu esclavo sea,  
Que no salga donde vea  
El triunfo de tu fortuna.  
Dejen los mas olvidados  
Su habitacion tenebrosa,  
Y alégrese el ser dichosa  
Entre tantos desdichados.  
Cuantos hoy tu suerte espera  
Sean aplausos felices,  
Siendo á tus plantas matices  
Que bordó la primavera. —  
Cubrid el suelo, cristianos,  
Celebrad su dicha así.

DOÑA ISABEL.

Son áspides para mí  
Flores que cortan sus manos.

NARANJO.

¿Qué zarazas tan bien dadas!  
Lléveme el diablo con bien  
A España, aunque allá tambien  
No hay falta de renegadas.  
Pues cualquiera dejará  
Por otro el galan que tiene,  
Y todas con el que viene  
Reniegan del que se va.  
Mas obre mi diligencia,  
Porque mi embuste se acierte.

DOÑA ISABEL.

Vosotros turbais mi suerte,  
No estéis mas en mi presencia;  
Que con airados enojos,  
Despues que en nuestra eleccion  
Opuestas las leyes son,  
Os aborrecen mis ojos.

CAPITAN. (Ap.)

¿Ah, cómo el Juez infinito  
Quiere que el castigo dé  
La misma causa que fué  
Instrumento del delito!  
Pero mi noble osadia  
Vengar con su muerte piensa,  
En primer lugar la ofensa  
Del cielo, y despues la mia.

(Vanse los cautivos)

DOÑA ISABEL.

En ciertos estorbos vanos  
La imaginacion tropieza;  
Causan mi nueva tristeza  
Esos esclavos cristianos. [to,  
Y aunque pequeño y leve el fundamen-  
Turba mis glorias, borra tus empresas,  
Cuando nos teme aquel y este elemento,  
Cuando sigo la ley que tú profesas,  
Cuando por mi cuidado y por tu aliento,  
Siendo reliquias de cristianas presas,  
Barados pueblan la morisca playa  
Los pinos de los montes de Vizcaya.  
De aquella gruta en cuyo obscuro olvido  
Algun misero esclavo preso asiste,  
Suele arraucarse un racional gemido,  
Por mas que el duro centro lo resiste,  
Pues trabajosamente conducido,  
Busca para salir el eco triste,  
Por alguna rotura ó quiebra poca,  
Pasaje en las entrañas de la roca.  
Su querella, en mi oído resonando,  
Al paso que me irrita, me conmueve,  
Me recuerda, si apelo al sueño blando;  
Si alegre estoy, á mi placer se atreve,  
Si canto de mi amor las dichas, cuando  
La noche calla, el aire no se mueve,  
Y quieto el mar con suspension serena,  
Descanso en el regazo del arena;  
Al medir con la voz el instrumento,  
Aquella pena repetida en vano  
Es lazo articulado de mi acento,  
Y estorbo entre las cuerdas y la mano,  
Y dilatada en la region del viento,  
Sea pavor ó sea afecto humano,  
Poco á poco parece que se aleja  
De mi atencion la perezosa queja. [do  
¿Qué me persigues? si en mi nuevo esta-  
Ya has el nombre cristiano aborrecido.  
La suerte en este ser me ha transforma- [do,  
Del otro aun las memorias he perdido,  
De un padre y de un hermano aun no ha [dejado  
Señas el tiempo en mí, la patria olvido,  
Que si me deshereda ó si me infama,  
Hija adoptiva me llamó la fama.  
Pues no busquen piedades halagueñas  
En mis oídos, siendo imitadores

De los pasos que escudan á esas peñas;  
Crespos de piel, manchados de colores;  
Y porque goce originales señas,  
Ya que la copia soy de sus rigores,  
Este clamor feroz, como á leona,  
Parece que me aplica la corona.

CEILAN.

Pues vén al regio sitial,  
Ya que tu suerte lo quiso;  
Pero ¿cómo esos cristianos  
(Tan gran descuido es deíto),  
Para que pueda subir  
A su asiento, no han traído  
La prevencion necesaria?  
Sirvan de alfombra ellos mismos,  
Por pena á su inadvertencia. —  
De tantos como han salido  
De esas grutas, un esclavo  
Traed.

*Llégrese ZULEMA al paño, y saque del brazo á MELCHOR, miserablemente vestido de esclavo, con cadena.*

ZULEMA.

Entre los que miro,  
El que está mas cerca es este.

CEILAN.

Pues así te facilito  
La subida. — Derrivad  
Ese animado edificio,  
Para que ponga las plantas  
Con imperioso dominio  
Celima sobre sus hombros.  
(Derrribante en el suelo.)

MELCHOR.

¿Que despues que preso vivo  
Tantos años há, este ultraje  
Sea mi primer alivio!

CEILAN.

¿No te acuerdas de la caza,  
En que equivocaste el tiro?  
Pues este es el sacerdote  
Que hirió tu flecha, y yo mismo,  
Segun le ha trocado el tiempo,  
Desconocerle he querido;  
Pisa su cerviz, ¿qué aguardas?

DOÑA ISABEL.

Harélo, ya que me has dicho  
Quien es, por desprecio suyo.  
Mas, cielos, ¿cómo retiro  
Mis pasos? Parece que hallo  
Mas difícil el camino;  
¿Si hace repugnancia en mí  
La dignidad de su oficio?  
Con la ley perdí el respeto;  
Vanidad y aplauso mio,  
El pisar su frente á aqueste  
Por segundo triunfo elijo;  
Mas tropecé en mis intentos.

(Téngate Ceilan.)

CEILAN.

Lograrlos será preciso.

DOÑA ISABEL.

No se logren de esa suerte. —  
Alza del suelo, cautivo;  
¿Qué bien digo yo, cristianos,  
Que con vuestra vista impido  
Mis dichas! No ofenden tanto  
Los ojos del basilisco.

MELCHOR.

No pisa, no, huella humana  
Sobre carácter divino,  
Que es mi autoridad sagrada,  
Y soy, cuando lo ejercito,  
Entre Dios y el hombre un medio,  
Pues ni yo por su ministro

Me igualo con Dios, ni el hombre  
Puede igualarse conmigo.

DOÑA ISABEL.

Pues así batir tu estado  
Quiero. — Señor, yo te pido  
Dilates hasta mañana  
Mi aclamación; que, en castigo  
Deste soberbio, pretendo  
Lograr heroicos designios.

CEILAN.

Todo á tu voz se sujeta.

DOÑA ISABEL.

Pues en mas público sitio,  
Para mayor vituperio  
Suyo, domar solicito  
Esta cristiana altivez;  
Y por mas afrenta, él mismo  
Ha de ir llevando el caballo  
En que yo imite el estilo  
De aquellos triunfales carros  
De romanos y de egipcios.

MELCHOR.

¿Mas rigores busçais, cuando  
Há tanto tiempo que habito  
Ese obscuro centro, adonde  
Arrastro el peso prolijo  
Destos hierros, no ignorando  
Metal del discurso mio?

DOÑA ISABEL.

Agradece á tu fortuna  
Que la luz del día has visto.

MELCHOR.

Ese, que es consuelo en todos,  
Me sirve á mi de peligro;  
Que viene á ser en aquel  
Que entre sombras ha vivido,  
Para ciega diligencia  
Ver del sol los rayos limpios,  
Pues, de puro noble, pasa  
A ser daño el beneficio.  
¿Ay infelice de mí!

DOÑA ISABEL.

Y esas deben de haber sido  
Las que escuché; hasta sus quejas  
Tienen imperio conmigo.

MELCHOR. (Ap.)

Que un padre mismo engendrarse  
Dos extremos en dos hijos!  
De mi pecho la obediencia,  
De aquella hermana el delito.

DOÑA ISABEL.

¿Qué es lo que entre ti pronuncias?

MELCHOR.

Aun te ofende el referirlo.

DOÑA ISABEL.

Dilo, esclavo.

MELCHOR.

Pues haz cuenta

Que así lo echo y lo digo.  
Regó fecunda campaña  
Deuso vapor, que propicio,  
Con providencia del mayo,  
Dió abundancias al estío.  
Fué una propia y útil boda  
La lluvia, mas no el distrito  
O la heredad, mas los frutos  
Variamente producidos  
Y desconformes brotaron  
De una influencia y de un sitio;  
El uno en granadas mieses  
Puntual y agradecido,  
Y en abrojos y malezas,  
Otro obstinado y remiso.  
Este creció provechoso,  
Y aquel, aunque en su principio  
Dió fértiles esperanzas,  
Mal inclinado, previno  
Amarga inútil cosecha;

Que, olvidando el beneficio  
De la nube contra el aire,  
Tan favorable y propicio,  
Arrojó viciosas puntas,  
Que ingrata y estéril quiso  
Pagarle al cielo en espigas  
La deuda de haber nacido.

DOÑA ISABEL. (Ap.)

O es frenesi de su pena,  
O enigma que no descifro.

CEILAN.

¿Qué suspensa está, llevada  
De sus discursos prolijos!

DOÑA ISABEL.

Mónstruo de paciencia raro... —  
Parece que ha enmudecido. —  
Hombre... — A mi voz no responde. —  
Esclavo... — En vano le animo.

CEILAN.

¿Cristiano?

MELCHOR.

Señor.

DOÑA ISABEL.

Al nombre

De cristiano has respondido,  
Y al de hombre, mónstruo y esclavo  
Tu labio estuvo remiso.

MELCHOR.

De hombre, esclavo y mónstruo tres  
Nombres me ha dado mi suerte;  
Dicen que el término es muerte,  
Y el de cristiano aun despues  
De morir; yo muerto estoy,  
Segun los indicios doy  
En lo que sufro; y así,  
Me olvido de lo que fui,  
Y respondí á lo que soy.  
De aquel naufragio violento  
Libré ningun bien humano,  
Solo el nombre de cristiano  
Del mar saqué á salvamento.  
Y esta en el fiero elemento  
Deuda fué, que piedad no;  
Pues, por mas que me arrojé  
De todo pobre desnudo,  
Quitarme ella no pudo  
Lo que ella misma me dió.

DOÑA ISABEL.

¿Tanto estimas ese nombre?

MELCHOR.

El guardarle aquí es preciso  
Prenda que entregó la fe;  
Fuera mayor el delito  
Si en África se perdiera.

DOÑA ISABEL. (Ap.)

¿Ay de quien calla! Que avisos  
Parecen, y no los quiero  
Y ni vanamente oírlos,  
Pues cada acento en su labio  
Es una flecha en mi oído.

MELCHOR.

Mira...

CEILAN.

Postrado has de darla  
Tu disculpa.

MELCHOR.

Ya me humillo

A sus piés.

CEILAN.

Besa la tierra

Que pisan.

MELCHOR.

No es permitido

En mí adorar planta humana.

CEILAN.

La corona que apercibo  
Para su frente la ilustra.

MELCHOR.

Yo poseo, por mi oficio,  
Otra corona, que goza  
Menos temporal dominio.

CEILAN.

Vil esclavo, ¿contradices  
Mi gusto?

MELCHOR.

Inventa martirios;  
Que yo solo el pié venero  
Del gran vicario de Cristo.

CEILAN.

Destá suerte. (Arrójale.)

DOÑA ISABEL.

No le ofendas.

CEILAN.

Pues ¿tú estorbas su castigo?

DOÑA ISABEL.

Cualquier miserable estado,  
Piadosamente atractivo,  
Tiene virtud de llamar  
El favor hácia sí mismo.

CEILAN.

Pues volvedle á su prision.

MELCHOR. (Ap.)

Será su rigor alivio,  
Si el cielo quiere que tenga  
Puerto en los naufragios míos.

CEILAN.

Y tú de aquestos jardines  
Pisa los cuadros floridos,  
Mientras yo sigo tus pasos.

DOÑA ISABEL. (Ap.)

¡Cielos! saber determino  
Por qué confusa me dejas.

CEILAN.

Guardas, haced vuestro oficio.

(Vanse llevando á Melchor á empujones, y queda sola doña Isabel, paseándose por el tablado.)

DOÑA ISABEL.

A este sitio gigante de la playa,  
Aunque sin voz, marítima atalaya,  
Fundó en las peñas, que sepultan vivos,  
Siendo albergue de miseros cautivos,  
Salgo á ver siempre el mar, ya en feroz

[guerra,

O ya sereno espejo de la tierra.  
¡Ah mónstruo ajeno de firmeza alguna.  
Qué de rostros mudaste á la fortuna!  
Ceilan, con experiencia  
De las distancias que midió la ciencia,  
Hácia la parte donde muere el día  
Me advierte que está España, patria

[mia;

Dijemal, que el que fué infeliz, inliero  
Que en su naturaleza es extranjero.  
La dicha es patria del que á hablarla vie-

[ne,

Cualquiera nace allá donde la tiene;  
Mi esposo es de la gran casa otomana,  
Con que logró un principio venturoso;

[so...

Pues, cielos, si no tengo el fin dicho  
MELCHOR. (Debajo del tablado, haciendo ruido de cadenas.)

¡Ay de mí!

DOÑA ISABEL.

Ya me turba el triste acento,  
Parece que entendió mi pensamiento;  
Mas quejas de un cautivo escucho vano,  
Vuelva el discurso á proseguir ufano.  
Pues, cielos, si al presente bien no añá-  
Ver felices los fines de mi estado, [do  
Me quejaré de vuestras luces bellas,  
Pues son segundas causas las estrellas;  
Pero será, pues sus efectos guía,  
Norte para acertar...

MELCHOR.  
¡Virgen María!

DOÑA ISABEL.  
Segun atenta he notado,  
Parece que ha respondido  
La voz con otro sentido,  
Bien léjos de mi cuidado.  
De aquel que injuria la suerte  
Esta es la estancia escondida,  
En donde pasa una vida  
Tan parecida á la muerte;  
Diera por examinar  
Deste esclavo el sentimiento...  
Pero un descuido á mi intento  
Ayuda, y se ha de lograr;  
Que el que las tareas lleva  
Y el remo á estos desdichados,  
No echó los fieros candados  
Al postigo desta cueva.  
*(Abre ella misma un escotillon del tablado.)*  
¡Ah del centro adonde el puro  
Rayo del sol llega en vano!

MELCHOR.  
¿Quién llama?

DOÑA ISABEL.  
Infeliz cristiano,  
Sal de aquea albergue obscuro.—  
Ya sube mas alentado  
Por la escala que la peña  
Cavada en sí misma enseña.

*Sale MELCHOR por el escotillon, sin cadena.*

MELCHOR.  
Ya á tu presencia he llegado.

DOÑA ISABEL.  
No temas.

MELCHOR.  
Mi mal recelo.

DOÑA ISABEL.  
¿Por qué, cuando he sido yo  
Quien la cadena mandó  
Quitarte?

MELCHOR.  
Páguelo el cielo.

DOÑA ISABEL.  
¿Tú solo aquí has habitado?

MELCHOR.  
Otro hay abajo, que suele,  
Cuando el duro esparto muele,  
Cantando aliviar su estado.

DOÑA ISABEL.  
En la mayor aspereza  
Cualquier cautivo consiente  
Alivio; tú solamente  
No le ballas en tu tristeza.

MELCHOR.  
La esclavitud no ha causado  
Mi dolor.

DOÑA ISABEL.  
¿Este no ha sido

Tu mal?

MELCHOR.  
No es el padecido.

DOÑA ISABEL.  
Pues ¿cuál?

MELCHOR.  
El imaginado.  
Que vive el alma no ignores,  
Cuando en ella están librados,  
Mas sensible en sus cuidados  
Que no el cuerpo en sus dolores.  
Pertenece al sentimiento  
El daño actual que ves,  
Y el que imaginado es,  
Le toca al entendimiento.

Los hierros con que el rigor  
Tiene un esclavo oprimido  
Se quejan, y el ser oído  
Sirve de alivio al dolor;  
Y así, mas estoy sintiendo  
En el Argel de una pena  
La imaginada cadena  
Que se arrastra sin estruendo.

DOÑA ISABEL.  
Dolor de tal calidad,  
Gran causa es bien se aperciba.

MELCHOR.  
Tan grande es, que en ella estriba  
El perder mi libertad;  
Y mi patria, dulce nombre,  
Segunda madre, pues ya  
Que no le engendra, le da  
Ley y costumbres al hombre.

DOÑA ISABEL.  
De muy poco afecto fué  
Esa utilidad en mí;  
Las costumbres las perdí,  
Y la ley no la guardé.  
Nadie, aunque mude de estado,  
Pone su patria en olvido.

MELCHOR.  
Ya es consuelo haber perdido  
La mia, pues he notado  
Que el cielo no me volvió  
Adonde ya se sabia  
(¡Ay triste!) la afrenta mia.

DOÑA ISABEL.  
¿Y á ti solo te tocó?

MELCHOR.  
Antes á ser mancha llega  
De muchos; que una deshonra,  
Como es cáncer de la honra,  
Por el contagio se pega.

DOÑA ISABEL. *(Ap.)*  
¿Su deshonra en su tormento!  
¿Cuál sería la que yo  
Causé en mi sangre?

MELCHOR.  
El que dió  
Mas muestras de sentimiento  
Fué mi padre; digna acción  
De pensamientos altivos,  
Y aunque há tantos años, vivos  
Represento en mi atencion  
Su pesar, su desconuelo,  
Aquella vejez llorosa,  
Aquella inquietud honrosa,  
Aquel mirar siempre al cielo.  
Pues ya, como anciano estaba,  
Sintió el honor que perdía,  
Aun mas que yo, porque habia  
Mas tiempo que le guardaba;  
Rendido al dolor impio,  
Murió; mi suerte lo ordena.

DOÑA ISABEL.  
*(Ap. Si mata á un padre una pena,  
Lástima tengo del mio.)*  
¿Y quién la causa previno  
De afectos que tanto obraron?

MELCHOR.  
Un extremo, que engendraron  
La imprudencia y el destino;  
Una... pero aquí es preciso  
No infamarla, que es mujer,  
Y segun llego á entender,  
Parece que darlas quiso  
Decoro naturaleza,  
Ya que las dió imperfeccion,  
Pues con nuestra estimacion  
Desagravia su flaqueza.

DOÑA ISABEL. *(Ap.)*  
A sentir su mal me obligo;  
Memorias, no me turbéis.

MELCHOR. *(Ap.)*  
Pesares, no os renoveis.

DOÑA ISABEL.  
¿No prosigues?

MELCHOR.  
Ya prosigo.  
*(Cantan abajo la copla que se sigue, y los dos empiecen á llorar, mirándose el uno al otro.)*  
voz. *(Canta.)*  
*En Valladolid vivia  
Una dama muy hermosa,  
Que ofrecido á Dios se habia,  
Y su padre la tenia  
Para monja religiosa.*

DOÑA ISABEL.  
Este llanto no he entendido;  
¿Cómo tu labio enmudece?

MELCHOR.  
Y á tí ¿por qué te enternece  
El acento que has oído?

DOÑA ISABEL.  
Lo que publica sonoro  
Causa el efecto que ves.

MELCHOR.  
Y yo; que como esta es  
La tragedia que yo lloro.

DOÑA ISABEL.  
Pues tú aumentas mi desvelo.

MELCHOR.  
¿Qué escucho?

DOÑA ISABEL.  
Esta sin ventura  
Que á religiosa clausura  
Se ofreció...

MELCHOR.  
¿Válgame el cielo!

DOÑA ISABEL.  
Le dió una palabra vana  
A Dios.

MELCHOR.  
Pues yo vengo á ser  
Hermano de esa mujer.

DOÑA ISABEL.  
Y yo su infeliz hermana.

MELCHOR.  
¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.  
Verdades son.

¿Tú esclavo? El alma lo siente.

MELCHOR.  
¿Y tú en traje que desmiente  
La cristiana religion?

¿Qué es esto?

DOÑA ISABEL.  
Agraviar la fe.

MELCHOR.  
¿Y tu ley?

DOÑA ISABEL.  
Ya la perdí.

MELCHOR.  
¿Y el cielo?

DOÑA ISABEL.  
No le temí.

MELCHOR.  
¿Y tu ofensa?

DOÑA ISABEL.  
La olvidé.

MELCHOR.  
¿Y el precepto?

DOÑA ISABEL.  
Le quebré.

MELCHOR.

¿Y Dios?

DOÑA ISABEL.

Renegué profana.

MELCHOR.

Pues no te fingas mi hermana,  
Que ella el bautismo logró;  
Y aquí, mujer, te hallo yo  
Sin las señas de cristiana.  
Cuando con solo temor  
Hallarte sin honra creo,  
; Sin ella y sin Dios te veo?  
Ya es la pérdida mayor.  
Mas si huyó de ti el honor,  
Viento de humanos autojos,  
Dios no, aunque le das enojos,  
Que es luz de infinito ser;  
Ya la volverás á ver,  
En volviendo á abrir los ojos.  
Llora, que así en razon cabe,  
Pues fuentes los ojos son,  
Y es el arca el corazon,  
Que tenga el dolor la llave.  
; Lloras callando?

DOÑA ISABEL.

Es que sabe

El llanto á Dios obligar.  
Las lágrimas han de hablar,  
La lengua no ha de sentir,  
Que es indigna de pedir  
Lo que se atrevió á negar.  
Mas blasfema ofendió á Dios,  
Rompiendo la presa luego  
De su piedad; yo me anego.  
María, asiréme á vos.  
Corramos juntos los dos,  
Sed la tabla fiadora  
Que me salve, porque agora,  
Con las turbias avenida,  
De mi error van muy crecidas  
Las iras de Dios. ; Señora!  
Lo que os ofrecí no olvidó;  
Llevadme vos donde pueda  
Ponerlo en ejecución,  
Yo os cumpliré la promesa;  
Déme el cielo un gran dolor.  
Y tú, pues tienes las señas  
De divino por tu sacra  
Sacerdotal preeminencia,  
Sustituye el tribunal  
De la justicia suprema,  
Para que, siendo tú el juez,  
Yo quien sus culpas confiesa,  
Tú asegurando perdones,  
Yo ofreciendo penitencias,  
Tú admitiéndome á la gracia,  
Yo postrada por la tierra,  
Tú piadoso, yo vertiendo  
A tus pies lágrimas tiernas,  
Tú representes á Cristo,  
Y yo imite á Magdalena.

MELCHOR.

Agora si el amoroso  
Nombre de hermana granjeas,  
Con lo que siente tu llanto,  
Con lo que dice tu lengua;  
Llega á mis brazos.

DOÑA ISABEL.

Mas justo

Es que á tus plantas tal deuda  
Reconozca; pues quien hace  
Que yo á ser cristiana vuelva,  
No es hermano, sino padre,  
Que mi nueva vida engendra.

DON LOPE, *al paño.*

CAPITAN.

; Cristiana dijo! ; Qué escucho?  
Cuando mi valor intenta

La venganza, ¿quiere el cielo  
Que la ejecución suspenda?  
Dos cosas á un tiempo admiro;  
Pues ser su hermano confiesa  
Aquel cautivo, saldré  
De confusiones tan nuevas.

Sale EL CAPITAN.

DOÑA ISABEL.

A buen tiempo te ha traído  
El cielo, para que sepas  
Que el que ves...

CAPITAN.

Ya esa noticia

Tarde á mis oídos llega;  
Que es tu hermano me ha informado  
Tu voz.

DOÑA ISABEL.

Pues la Providencia

Divina traerle quiso  
Adonde por él merezca  
La nueva luz que me alumbró.  
Y tú, que fuiste primera  
Causa de tantos errores,  
Dejando pasiones ciegas,  
Pues ya fueran para mí,  
No lisonjas, sino ofensas,  
Testigo has de ser ahora  
De la mas cristiana prueba,  
De la accion mas prodigiosa.

CAPITAN.

; Quién tal suceso creyera,  
Que en Africa una fortuna  
A los tres juntar pudiera?

MELCHOR.

Pero aunque el haber oído  
Quien soy mi agravio me acuerda,  
Por el estado en que estoy,  
Y el que profeso con muestras  
De piedades, perdonara  
Otras mayores ofensas.

CAPITAN.

De hoy mas reine una hermandad  
En los tres.

MELCHOR.

Di lo que intentas.

DOÑA ISABEL.

Yo (si Dios mis pasos guía)  
He de besar las arenas  
Que á la romana tiara  
Dan religiosa obediencia,  
Sacando de esclavitud  
Cuantos cautivos...

CAPITAN.

Resuelta,

Imposibles facilitas.

MELCHOR.

; A qué embarcacion apelas,  
Que hasta las cristianas playas  
A salvamento nos vuelva?

DOÑA ISABEL.

Con un fingido rigor  
Haré aprestar la galera  
Mas veloz de los cautivos,  
Que esas tarazanas pueblan,  
Y los dos saldréis conmigo,  
Llevando para defensa  
Los de mas satisfacion.

MELCHOR.

Del puerto las centinelas  
Nos conocerán.

CAPITAN.

Y el ir

Sin armas es loca empresa.

DOÑA ISABEL.

Mañana es dia festivo,  
En que honrarme Ceilan piensa

De la corona de Fez,  
Con que Amurátes le premia.  
; Pluguiera al cielo divino  
Que la del martirio fuera!  
Y como á este fin, traídos  
De poblaciones diversas,  
En la ciudad cada dia  
Moros extranjeros entran,  
Creerán que sois destos mesmos;  
Que á mi cargo el daros queda  
Trajes que á todos disfracen,  
Y armas para que os deliendan.

CAPITAN.

Bien lo disponeis.

MELCHOR.

; Y cuándo

Ha de ser?

DOÑA ISABEL.

En lo que resta

Del dia las prevenciones  
Dispondré sagaz y atenta,  
Y entre el dormido silencio...  
Mas recatarnos es fuerza;  
Despues lo sabréis.

MELCHOR.

El cielo

Esos discursos alienta.

DOÑA ISABEL.

Pues aguardadme apartados,  
Por no despertar sospechas,  
Los dos, hasta que os avise.

CAPITAN.

Tu fama ha de ser eterna.

MELCHOR.

Tu nombre guardará el bronce.

DOÑA ISABEL.

Ea pues, mi celo os deba  
Que me ayudeis hasta el fin.

CAPITAN.

Y hasta la ciudad suprema,  
Que á siete montes las frentes  
Pisa...

MELCHOR.

Y hasta que te veas  
Postrada al gran Pio Quinto,  
Sacro pastor de la Iglesia.

DOÑA ISABEL.

Pues advertid que el suceso  
En la dilacion se arriesga.

CAPITAN.

Yo estaré atento á tu aviso.

MELCHOR.

Yo cumpliré lo que ordenas.

CAPITAN.

Eres voz que nos conduce.

MELCHOR.

Y norte que nos gobierna.

DOÑA ISABEL.

Volved.

MELCHOR.

; Qué advertencia falta?

DOÑA ISABEL.

; Qué aventuramos en esta  
Resolucion?

CAPITAN.

Ser sentidos.

DOÑA ISABEL.

; A qué riesgos nos condena  
Ese estorbo?

MELCHOR.

Al de la muerte.

DOÑA ISABEL.

; Rehusarás tú padecerla  
Por la fe?

CAPITAN.  
Alientos mostrara.  
DOÑA ISABEL.  
¿Y tú?  
MELCHOR.  
Mil vidas perdiera.  
DOÑA ISABEL.  
¿Jurais aquesta cristiana  
Confederacion?  
MELCHOR.  
Por ella  
Moriré.  
CAPITAN.  
Lo mismo digo.  
DOÑA ISABEL.  
Pues yo seré la primera  
Al cuchillo.  
MELCHOR.  
Ese es valor.  
CAPITAN.  
Esa es razon.  
MELCHOR.  
Esa es deuda.  
CAPITAN.  
Es triunfo.  
MELCHOR.  
Es ser redentora  
De cautivos.  
DOÑA ISABEL.  
Dios lo quiera,  
Para que cuelgue en sus templos  
Por trofeos las cadenas.  
(*Vanse cada uno por su parte.*)  
Sale BEATRIZ y NARANJO.  
BEATRIZ.  
Ya que el Bajá te ha mandado  
De la mazmorra sacar,  
Y que estás á bien librar  
En galeras consultado;  
Por si el remo en ti se emplea,  
Que si hará, mediante Dios,  
Despidámonos los dos,  
Sin que Zulema lo vea.  
NARANJO.  
¿Hasta la playa á ese efecto  
Me traes? No son medios vanos;  
Que aunque, á falta de cristianos,  
Es un moro tu respeto,  
Por mi antigüedad contigo,  
Voz y voto he de tener.  
DOÑA ISABEL. (*Dentro.*)  
Ningun cristiano ha de ser  
Reservado del castigo.  
BEATRIZ.  
Algun nuevo daño advierto,  
Naranjo.  
NARANJO.  
¿Con qué motivos  
Aquel tropel de cautivos  
Le irán llevando hácia el puerto?  
BEATRIZ.  
Estos vendrán informados,  
Y sabrémos la ocasion.  
Salen ZULEMA y LOS DEMÁS MOROS, y  
DOÑA ISABEL, con bengala y espada  
ceñida.  
DOÑA ISABEL.  
Así pago la aficion  
Que debo al Bajá, soldados.  
(*Ap.* Cielos, yo os quiero pedir  
Que, pues me volveis á dar  
Vista para no cegar,  
Me deis voz para fingir.)

Ya sabéis que el diligente  
Afan de las centinelas  
Descubrió cristianas velas  
Hácia este mar del poniente;  
Y yo con desvelo atento  
En sus gavias levantadas  
Vi las flámulas cruzadas,  
Que tremolaban al viento.  
Y como el cristiano ha dado  
Sospecha para poder  
Desde allí reconocer;  
De mi esfuerzo aconsejado  
Ceilan, con poder supremo  
A todos esos cautivos,  
Que intentaban fugitivos  
Librarse, los echa al remo;  
Que así, para examinar  
Si el enemigo se enoja,  
Dos galeotas arroja  
Sobre la espalda del mar.  
ZULEMA.  
¿Y desta sarta no es cuenta  
Naranjo por lo cuadrado?  
Tambien es acomodado  
Para galeote; ¿qué intenta?  
¿Qué holgazan y vagamundo  
Con estos cuartos está!  
NARANJO.  
Conservarlos, porque ya  
No se halla un cuarto en el mundo.  
DOÑA ISABEL.  
Corra una misma fortuna;  
Y pues ya con ciego espanto  
La noche tiende su manto  
Sobre el rostro de la luna,  
Llévalde.  
NARANJO.  
Siento el dejar  
Esclava á Beatriz, por ver  
Que tú la podrás vender,  
Y ella se sabrá alquilar.  
BEATRIZ.  
¿Tú galeote?  
ZULEMA.  
¿Qué te alteras?  
Yo me casaré despues  
Contigo.  
NARANJO.  
Lo mismo es  
Casarse que ir á galeras.  
(*Llevan á Naranjo los moros.*)  
ZULEMA.  
Vaya al remo.  
DOÑA ISABEL.  
(*Ap.* Estos parecen  
Rigores y son piedades.)  
Tú, Beatriz...  
BEATRIZ.  
¿Qué es lo que ordenas?  
DOÑA ISABEL.  
Que retirada me aguardes  
Junto á esas ramblas.  
BEATRIZ. (*Ap.*)  
¿Qué intenta,  
Que del silencio se vale?  
DOÑA ISABEL.  
Ya de avisarlos es tiempo,  
Pues los tengo hácia esta parte,  
Encubiertos con la noche,  
Disfrazados con los trajes.—  
Salid á la playa, amigos.

Lléguense al paño MELCHOR DE ACEVEDO, EL CAPITAN y EL SARGENTO, en trajes de moros, con espadas y broqueles.

MELCHOR.  
Ya esta voz nos satisface.  
DOÑA ISABEL.  
Ea, cristianos, ó al viento  
El pardo lino desate  
Nuestra industria, ó á la fe  
Estas vidas se consagren.  
MELCHOR.  
Cristiano valor esconden  
Los moriscos almaizares.  
CAPITAN.  
De tan buen soldado fio  
Resoluciones mas grandes.  
SARGENTO.  
A vuestro lado, don Lope,  
¿Quién ha de morir cobarde?  
DOÑA ISABEL.  
Venid siguiendo mis pasos.  
MELCHOR.  
La noche ha cubierto el aire,  
Y con sus mudos horrores  
Se oyen del mar los embates.  
CAPITAN.  
Pisemos con tal silencio,  
Que entre las obscuridades  
De nuestros mismos oidos  
Nuestras buellas se recaten.  
MELCHOR.  
Para que las atalayas  
Que sobre los baluartes  
Están no puedan sentirnos,  
Cuidémos que al aprestarse  
La galera, lentamente  
Las áncoras se levanten,  
Que mudo el timon se mueva,  
Que al dar orden de que zarpen,  
De banco á banco á la proa  
Sorda la palabra pase;  
Y que bogando á cuarteles  
Cada remo en golpes graves,  
Templadamente castigue  
Las ondas para que caellen.  
CAPITAN.  
¿Aseguraste á Ceilan?  
DOÑA ISABEL.  
Ya no hay prevención que falte.  
Salen por otra parte CEILAN  
y ZULEMA.  
CEILAN.  
Como nuestras costas corren  
Cristianas velas, me trae  
Receloso este cuidado.  
CAPITAN.  
Gente viene.  
DOÑA ISABEL.  
¿Qué notable  
Riesgo! ¿Si nos han sentido?  
CEILAN.  
¿Qué tropa es la que tan tarde  
Pisa la playa?  
ZULEMA.  
Será  
La escuadra que á rondar sale  
El puerto.  
DOÑA ISABEL.  
Pues á embarcarnos,  
Aunque sigan nuestro alcance.  
CAPITAN.  
Bien nos anima.

MELCHOR.  
Resuelta  
Vencerás dificultades.  
DOÑA ISABEL.  
¿Qué estorbo humano ha de haber,  
Cuando llevo á Dios delante?  
(*Vase.*)

CEILAN.  
Si es la ronda del presidio,  
¿Cómo con descuido fácil  
Se fué sin reconocernos?

ZULEMA.  
Si no es que al oído engañen,  
Del mar, que azota esas peñas,  
Siento romper los cristales  
Sordos remos, que sus ondas  
Repetidamente baten.

CEILAN.  
Para saber lo que ha sido,  
La luz nos dan los celajes  
Del día, que ya amanece;  
Mas, cielos, ¿qué bajel sale  
Del puerto, dejando rotas  
Las amarras y los cables?

MELCHOR. (*Dentro.*)  
Bogad con brío, españoles.

DOÑA ISABEL. (*Dentro.*)  
¿Virgen, váledme, ayudadme,  
Pues sois mi amparo y la luz  
De mi salvación!

CEILAN.  
¡Notable  
Cosa! La voz de Ceilma  
Es la que oigo. De coraje  
Ardo en iras; ¿qué es aquesto?  
Zulema, al punto, al instante  
Dos galeras apercibe.

TODOS.  
¡Iza, boga, buen viaje!

*Tocan clarines y cajas; llega hasta la  
mitad del patio la galera, donde están  
DOÑA ISABEL, MELCHOR, EL  
CAPITAN, NARANJO Y BEÁTRIZ.*

DOÑA ISABEL.  
Ya, Ceilan, el cielo quiere,  
A mi intento favorable,  
Que aquel sacrilego error  
Con esta acción se restaure.  
Yo protesto en tu presencia,  
Ya que la negué inconstante,  
Que confieso el del bautismo  
Nunca borrado carácter.  
Y el no quedarme resuelta  
Dónde con mi propia sangre  
Vuestros crueles martirios  
Ilustres memorias labren,  
Es porque aquestos cautivos  
Libertad feliz alcancen.  
Y los demás que se embarcan  
Sobre esotro leño errante,

Que ya entre rizas espumas  
Tiende las velas al aire;  
Y aunque hollar quieras las ondas  
Con tus proas en mi alcance,  
Tremolo en señal de guerra  
Este sagrado estandarte,  
A un tiempo defensa y norte,  
Para que no me acobarden,  
Ni las flechas, ni las balas,  
Ni los vientos, ni los mares.

CEILAN.  
Toca á embarcar; ya te sigo.

CAPITAN.  
Valor habrá que te aguarde.  
MELCHOR.

Cristiano esfuerzo tejemos.

NARANJO.  
Beatricilla va por lastre,  
Señor.—Zulema.

ZULEMA.  
De ti,  
Si te alcanzo, he de vengarme.

MELCHOR.  
El cielo nos encamine.  
(*Tocan cajas.*)

TODOS.  
¡Buen viaje, buen viaje!

CEILAN.  
Y aquí esta humilde pluma  
Piadosa disculpa alcance.

## COMEDIA FAMOSA

TITULADA

# OFENDER CON LAS FINEZAS,

DEL LICENCIADO DON JERONIMO DE VILLAIZAN.

### PERSONAS.

EL CONDE DE BARCELONA. ENRIQUE, <i>galan.</i>	OCTAVIO, <i>galan.</i> BLANCA, <i>dama.</i> ELVIRA, <i>su prima.</i>	DOROTEA, <i>criada.</i> DON GARCIA, <i>padre de Blanca.</i>	DESVAN, <i>criado.</i> FABIO, <i>criado.</i>
--	--	--	---

### JORNADA PRIMERA.

Salen BLANCA y ELVIRA.

BLANCA.

No me aconsejes, Elvira.

ELVIRA.

Pues, Blanca, si en tu congoja  
Mi modo de hablar te enoja,  
Tu modo de amar me admira.

BLANCA.

Amor que firme suspira,  
Que reconocido adora,  
Blando ruega y triste llora,  
¿No es amor?

ELVIRA.

No, Blanca.

BLANCA.

Pues,  
Si no es amor, dime, ¿qué es  
Esto que se ve y se ignora?

ELVIRA.

Yo, que sé amar y vivir  
A la luz de un solo ardor,  
Sabré que eso no es amor,  
Lo que es no sabré decir;  
Porque amar á uno y oír  
A otro, ni es amor ni olvido;  
Y así, un pecho divertido  
Entre ternuras y anteojos  
Olvidará por los ojos  
Lo que amó por el oído.  
Yo adoro á Octavio, y constante,  
A solo adorarle atiendo,  
Y tú, cuando estás queriendo,  
Aunque tan firme y amante.  
Le haces tambien buen semblante  
Al Conde, y con mudas señas,  
Cuando le escuchas, lo empeñas;  
Luego culpada te hallas  
En lo que á Enrique le callas  
Y en lo que al Conde le enseñas.  
En una fe prevenida  
Cualquier descuido es bajaça,

Amar cobarde es flaqueza,  
Y culpa engañar, querida;  
Y así, un alma repartida  
Ni podrá amar ni temer,  
Porque, si se ha de querer  
Con decoro y con primor,  
La vida de un solo amor  
 Toda un alma ha menester.

BLANCA.

Oye, Elvira, que primero  
Daré la vida contenta,  
Que permita, que consienta  
Culpa en mi amor verdadero.  
Solo á Enrique estimo y quiero;  
Que, aunque al Conde le he sufrido  
Y escuchado, no he temido,  
No, que salga vencedor  
De un amor firme otro amor,  
Ni he estimado ni creído.  
¿No se ve el Etna eminente  
Ser, y mostrarse en un bulto,  
Vivo Mongibelo oculto  
Y helada sierra aparente?  
¿Qué mucho, pues, que yo intente  
Ser Etna mejor adonde  
Con Enrique y con el Conde  
Soy una breve mentira,  
De nieve en lo que se mira,  
De fuego en lo que se esconde?  
Y ¿qué importa que me explique  
Su fe el Conde, si en rigor  
El me está hablando en su amor,  
Y yo pensando en Enrique?  
Y así, porque no me aplique  
Luz que después me acobarde,  
Hago del incendio alarde,  
Porque en un duelo reñido  
Aprende para vencido  
El que se teme cobarde.  
Quien habla en sí ha de olvidar  
No está muy firme en su amor,  
Ni está bien con su valor  
Quien no le sabe empeñar.  
¿Qué hiciera yo en adorar  
A Enrique sin resistencia  
De otro amor, de otra violencia?  
Luego á mas mérito nace,

Porque hay glorias que las hace  
Mayores la competencia.

ELVIRA.

Confieso que quiso mas  
La que mas supo vencer;  
Pero ¿dejará de ser  
Mas firme la que jamás  
Dió ese agrado que tú das  
A otro amor? Nadie lo ignora;  
Luego tu fe se perdora,  
Pues esa atención fingida  
Que das á lo que se olvida,  
Quitas á lo que se adora.  
Y esto es solo discurrir  
En un buen duelo de amar,  
Donde no se han de buscar  
Conveniencias de vivir;  
Porque en llegando á advertir  
Que es absoluto señor  
El Conde, que tiene amor,  
Que Enrique es noble, tú hermosa,  
La ocasion muy peligrosa,  
Muy delicado el honor,  
El vulgo muy atrevido,  
Tu padre muy alentado,  
El peligro muy hallado,  
El remedio mal sabido;  
Que no ha de ser tu marido  
El Conde, que lo ha de ser  
Enrique, y vais á perder,  
El la vida y tú la fama;  
Que eres mucho para dama,  
Y poco para mujer;  
Que el Conde te quiere á ti,  
Y finge que á mí me quiere;  
Que Octavio, mi amante, muere  
De celos que no le di;  
Y que entrando el Conde aquí  
Con Enrique, puede ser  
Que cada uno llegue á ver  
Su agravio en particular;  
Que entrambos se han de enojar,  
Y que en fin se han de saber;  
Que el Conde no ha de sufrir  
Desaire en su autoridad;  
Que Enrique, aun siendo verdad,  
Disculpas no ha de admitir,

Ni tú has de poder cumplir  
Con todo; peligros son,  
Prima, en cuya confusión,  
Contra tu estado y el mío,  
Crece el daño, falta el brio  
Y enmudece la razón.

BLANCA.

No es nuevo en mi discurrir  
¡Ay Elvira! en mi pesar,  
Mas ni me atrevo á olvidar  
A Enrique ni á resistir  
Al Conde, y no puedo huir  
Un mal y otro repetido,  
Y de los dos, he tenido  
Por medio mas acertado  
Tener al Conde engañado  
Que aventurarle ofendido.

ELVIRA.

Doy que pueda ser cordura  
Esa atenta prevención,  
A la verdad, ¿no es traición  
O fineza mal segura,  
Cuando Enrique con fe pura  
Toda el alma te mostró,  
Encubrirle que te amó  
El Conde, y aventurar  
A que él se pueda enojar,  
Pues se lo callaste?

BLANCA.

No;

Porque, estando en mi seguro  
El decoro de mi amante,  
Mientras yo con fe constante  
Dilatarte un mal procuro;  
Aunque hoy su enojo aventuro  
Si sus celos no le digo,  
Pues con callarlos le obligo,  
Como mi intención sea buena,  
Y yo le excuse una pena,  
Mas que se enoje conmigo.  
Demás de que es conveniencia,  
Decente al suyo y mi honor,  
Callarle á Enrique otro amor,  
Porque, viendo otra asistencia,  
Temiera de su violencia  
Lo que tú temiendo estás,  
Y aunque él se esforzara mas,  
En algún temor cayera  
Quizá, de que no pudiera  
Satisfacerse jamás.  
Y entre un cuidado celoso  
Y un descuido asegurado,  
Mas le quiero sin cuidado  
A Enrique que cuidadoso;  
Sin ser querido es dichoso,  
No turbe su dicha ahora  
Una sospecha traidora,  
Porque aun mentida la ofensa,  
Hace infame al que la piensa  
Y dichoso al que la ignora.  
Finalmente, si le diera  
Cuenta á Enrique de otro amor,  
Viendo empeñado su honor  
Con el Conde, ser pudiera  
No verme mas, y esto fuera  
Para mí el mayor pesar.  
Luego es fineza el callar,  
Pues aunque los riesgos toco,  
No le quiero yo tan poco,  
Que le quiera aventurar.

ELVIRA.

A todo me has satisfecho.

BLANCA.

Bien sabes lo que he vencido  
Con el Conde, y que he querido  
Sacarle el amor del pecho;  
Mas, no siendo de provecho  
Mostrarme con él severa,  
He dispuesto, la primera  
Noche que me venga á ver,

Declararme, y ha de ser,  
Escucha, de esta manera.

(Hablan las dos.)

Salen ENRIQUE, DESVAN y DOROTEA.

ENRIQUE.

¿Qué hace Blanca?

DOROTEA.

Con su prima

La dejé haciendo labor.

ENRIQUE.

¿Podré hablarla?

DOROTEA.

Si, Señor;

Porque sé yo lo que estima  
Tu persona, y se holgará  
De saber que estás aquí;  
Mas las dos vienen allí.

BLANCA.

Enrique ha venido ya;  
Disimula, no le des,  
Elvira, qué sospechar.

ELVIRA.

Mucho tenemos que hablar.

BLANCA.

Pues déjalo hasta despues.

ENRIQUE. (Llegándose.)

¿Blanca?

BLANCA.

¿Enrique? (Ap. Amor, anima

El fuego que en los dos arde.)

ENRIQUE.

Dijome el Conde esta tarde  
Que vendrá á ver á tu prima;  
Que, como sabes, la adora  
Cortés, galán y discreto,  
Confíandome este secreto  
De mi lealtad; yo, Señora,  
Como tanto el verte estimo,  
Que vivo mas, según creo,  
A cuenta de lo que veo  
Que á cuenta de lo que animo;  
Queriendo, con la ocasión  
De avisar á Elvira, hablarte  
Este rato, y acordarte  
Mi siempre firme afición,  
Me vine un poco delante;  
Si mucha licencia ha sido,  
No estima, no, ser querido  
Quien no es solícito amante.

BLANCA.

Está tan lejos en tí  
De ser culpa esa licencia,  
Que en tu amor fué diligencia,  
Y agradecimiento en mí.  
Juzga, pues, si enamorada,  
Cortés, atenta y gustosa,  
Podrá tenerme quejosa  
Lo que me tiene obligada.

ENRIQUE.

¡Ay, Blanca, lo que te debo!

BLANCA.

¡Ay, Enrique, esto es amar!

ENRIQUE.

Déjeme el cielo pagar  
Fe tan firme, amor tan nuevo.

BLANCA.

¿Hablaste á mi padre?

ENRIQUE.

Si,

Blanca.

BLANCA.

¿Y qué respondió?

ENRIQUE.

Como lo esperaba yo.

BLANCA.

Habló su piedad por mí;  
¡Que estos ratos nos impida,  
Por querer á Elvira, el Conde!

ENRIQUE.

Mal á nuestro amor responde  
Su piedad encarecida.

BLANCA.

Esfuerza mi engaño, Elvira,  
Hablando á Enrique.

ELVIRA.

Si haré.

(Ap. ¡Que así se engañe una fe  
Que á ser inmortal aspira!)

ENRIQUE. (Ap.)

¡Que el Conde me esté estorbando  
Lo que amor me está ofreciendo!

BLANCA.

¡Que cuando lo estoy queriendo  
A Enrique, le esté engañando!

ENRIQUE.

Mas, si á buena luz se mira,  
Mzyor la desdicha fuera  
Si el Conde á Blanca quisiera;  
Mas vale que quiera á Elvira.

BLANCA.

Mas, si por haberle amado,  
Puede llorarle perdido,  
Como en mí no esté ofendido,  
No importa que esté engañado.

DESVAN.

¿Dorotea?

DOROTEA.

¿Qué hay, Desvan?

DESVAN.

Mil requiebros atrasados,  
Que, de puro estar guardados,  
Sentidos pienso que están.

DOROTEA.

¿Con eso sales ahora?

DESVAN.

Pues ¿con qué quieres que salga,  
Que menos cueste y mas valga?  
Está Enrique á tu señora  
Hablando en cosas de amor,  
Y desde que los oí,  
Me emportuguésé, y sentí  
Tiernisimo.

DOROTEA.

¿Eso es furor

O arrendajo?

DESVAN.

Soy perdido

Por hacer cuanto veo hacer;  
Y así, como vi querer,  
Quiero como un deseoso.  
Finalmente, no hay acción,  
Buena ó mala, que si veo  
Hacerla, no la deseo;  
Y puede aquesta pasión  
Tanto en mí, que como un día  
Que á un hombre iban azotando,  
Se le quedasen mirando  
Todos, fué la rabia mía  
Tal, que en el asno subí,  
Y pedí que me azotasen,  
Porque á él no le mirasen,  
Y me mirasen á mí.

DOROTEA.

Desvan, muy malo es sufrir,  
Y á mucha costa y trabajo.

DESVAN.

En esto del arrendajo

No me puedo reprimir;  
Y si como estoy en pié  
Y tan mal acomodado,  
Estuviera bien sentado,  
Vieras milagros, si á fe.

BOROTEA.

Pues si por eso lo dejas,  
A esa cuadra nos saldremos  
Y habrá donde nos sentemos.

DESVAN.

Lindamente me aconsejas.

(Vase.)

ELVIRA.

Confieso el riesgo en que estoy,  
Enrique, y aunque procuro,  
Por la opinion que aventuro  
Y los disgustos que os doy,  
Divertir el galanteo  
Del Conde, no me he atrevido  
A aventurarle ofendido,  
Cuando empeñado le veo.

BLANCA.

Prima, ese es lance forzoso,  
Y de mí digo que hiciera  
Yo lo mismo, si me viera  
Querida de un poderoso.

ENRIQUE.

Mal hicieras, Blanca, estando  
En el empeño en que estás,  
Pues siempre se obliga mas  
Despidiendo que engañando.

BLANCA.

¿De qué sirve despedir  
A quien no se ha de apartar?

ENRIQUE.

De saber asegurar  
A quien lo puede sentir.

ELVIRA.

Si mi amante no fiara  
De mi su honor, me ofendiera.

ENRIQUE.

Si mi dama entretuviera  
A otro amante, la dejara.

BLANCA.

Siendo amante y poderoso,  
No es bueno para ofendido.

ENRIQUE.

Peor es para marido  
El que fué galán celoso.

ELVIRA.

Eso es ya mucho apretar.

ENRIQUE.

Y eso es mucho permitir.

BLANCA.

Yo me dejara morir.

ENRIQUE.

Yo me supiera matar.

BLANCA.

Basta, Enrique; considera  
Que no es bien que me amenaces.

ENRIQUE.

Yo no digo lo que haces,  
Mas digo lo que yo hiciera.

BLANCA.

Elvira, ¿qué dices?

ELVIRA.

Digo

Que el mismo temor me dan  
El Conde para galán  
Que Enrique para marido;  
Mas pienso que viene gente.

BLANCA.

¿Si es el Conde?

ENRIQUE.

Puede ser;

Y pues le ha de entretener  
Elvira, cuando se siente  
El Conde, Blanca, procura  
Dejar la conversacion  
Y salir, pues la ocasion  
De hablarnos es tan segura.  
¿Qué dices?

BLANCA.

(Ap. Esto es peor.)

Que me holgara de poderle  
Dejar al Conde, y hacerle  
Este gusto á nuestro amor;  
Pero dejar sola á Elvira  
Con el Conde, y dar lugar  
A que se canse en hablar,  
No es justo: tras esto, mira  
Lo que queres, que eso haré.

ENRIQUE.

Tienes razon; yo pedi  
Como amante.

BLANCA. (Ap.)

Bien sali

Del peligro en que me hallé.

ELVIRA.

El Conde.

ENRIQUE.

Pues, Blanca, adios.

*Hace que se va, y sale EL CONDE.*

CONDE.

¿Enrique?

ENRIQUE.

¿Señor?

CONDE.

¿Qué hacias?

ENRIQUE.

Avisarlas que venias  
A Elvira y Blanca, y las dos  
Te esperan.

CONDE.

Pues ten cuidado,

Por si viene don Garcia.

ENRIQUE.

En la diligencia mia  
Queda el riesgo asegurado.

(Ap. ¡Hay linaje de desdicha  
Como la que veo, cielos,  
Que, sin darme el Conde celos,  
Me estorbe el Conde la dicha! (Vase.)

BLANCA.

¿Se fué Enrique?

ELVIRA.

Ya se fué,

Y entró el Conde.

BLANCA.

Pues, Elvira,

A esa cuadra te retira,  
Déjame con él.

ELVIRA.

Si haré,

Blanca; mas saber deseo  
Qué intentas.

BLANCA.

Desengañar

Al Conde, y asegurar  
El peligro en que me veo,

Si se sabe su aficion,  
Porque ha de ser mi marido  
Enrique, y porque he temido  
Su resuelta condicion.

ELVIRA.

Cuerdamente lo has pensado.

BLANCA.

Pues adios, Elvira.

ELVIRA.

Adios.

(Ap. En tanto que hablan los dos,

Me ocupará mi cuidado;  
A escribirle un papel voy  
A Octavio, que, como es primo  
Del Conde, aunque yo lo estimo,  
Ha dado en pensar que soy  
La dama que el Conde ama;  
Y temiendo su disgusto,  
Por no faltar á su gusto  
Quiere faltar á su dama.  
Y aunque Blanca me encargó  
Este secreto, perdone  
Blanca y su temor me abone,  
Porque soy primero yo.) (Vase.)

CONDE. (Ap.)

Dudo qué misterios son  
Quedar Blanca y irse Elvira;  
No sin novedad me admira  
En Blanca esta permission.

BLANCA. (Ap.)

Mucho mi opinion desdigo  
En quedar sola, pues voy  
Siempre á perder; mas no estoy  
Sola cuando estoy conmigo.

CONDE. (Ap.)

Pero sin duda que trata  
De premiar mi amor quejoso.

BLANCA. (Ap.)

Quando el remedio es dudoso,  
Le pierde el que le dilata.

CONDE. (Ap.)

Pues ¿qué dudo, que no llevo  
A lograr tanta ventura?

BLANCA. (Ap.)

Pues ¿qué aguarda mi cordura,  
Que no atiende á mi sosiego?

CONDE. (Ap.)

Lógrese mi amor constante.

BLANCA. (Ap.)

Quede mi fe encarecida.

CONDE. (Ap.)

Sin Blanca no quiero vida.

BLANCA. (Ap.)

Viva la fe de mi amante.

CONDE.

¿Blanca?

BLANCA.

¿Señor?

CONDE.

No creí

Hallarte á solas un día.

BLANCA.

Diligencia ha sido mia.

CONDE.

¿Aun eso mas?

BLANCA.

Señor, sí.

CONDE.

La mano por la fineza.

BLANCA.

No porque os halleis conmigo  
A solas...

CONDE.

¿Qué decis?

BLANCA.

Digo

Que me escuche vuestra alteza.  
Dos años há que me mira  
Vuestra alteza, Dios le guarde  
Para blason generoso  
De sus nobles catalanes;  
Dos años há que me mira  
Cortés, secreto y amante,  
Tan atento á mi decoro,  
Tan sufrido en sus pesares,  
Que, sin publicar el fuego

Que en mudas cenizas arde,  
Guardó el calor en el pecho  
Sin dar la llama al semblante.  
¿Parécele á vuestra alteza  
Que fué mucho el ocultarse,  
El vencerse, el resistirse?  
Mucho fué, pero repare  
En que yo, siendo mujer,  
En vez, si, de hacer alarde  
Del ser querida, pudiendo  
Desvanecerme sus partes  
Generosas, me negué  
A estos aplausos vulgares.  
En este tiempo, Señor,  
Vos asistente, yo afable;  
Vos puntual, yo cortés;  
Vos siempre fino en guardarme  
Del vulgo, yo siempre atenta  
A que al honor de mi sangre  
Ni con sospechas se injurie  
Ni con indicios se manche,  
Convinimos en que Elvira  
Dijese á entender... Mas si sabe  
Vuestra alteza, claro está,  
Tan por menor estos lances,  
¿De qué sirve referirlos  
Segunda vez, ni acordarse  
Que es príncipe, yo mujer,  
Vasallo leal mi padre,  
Mi estado el mas peligroso  
Y el vulgo mas vigilante?  
Pasemos á lo que importa;  
Escúcheme, y no se canse;  
Que le he menester ahora  
Mejor príncipe que amante.

CONDE.

No es posible divertirme,  
Porque de tus ojos salen...  
¡Ay Blanca!

BLANCA.

¿Pese á mis ojos!

Cuando mi honor persuade  
Vivamente mi peligro,  
¿Ellos con violencia fácil  
Le divierten, ó le informan  
Menos seguras verdades?  
Vuestra alteza no lo crea,  
Gran Señor, mientras yo hable;  
Haga esto por mí, ó si no,  
Vive Dios, que me los saque.

CONDE.

Bueno está, Blanca.

BLANCA.

Señor,

Ni os enoje ni os espante,  
Cuando mis ojos me ofenden,  
Que airada los amenace;  
Porque si la tiranía  
De unos ojos puede y hace,  
Ocasinando un deseo,  
Que se deshonre un linaje,  
Aunque ciegue mi hermosura,  
Mucho mas vendrá á importarme  
Un rigor que me asegure  
Que unos ojos que me infamen.

CONDE. (Ap.)

¡Notable mujer!

BLANCA. (Ap.)

Enrique,

Esto es quererte y honrarte;  
Mucho me debe tu amor,  
Plegue á Dios que me lo pagues.

CONDE.

Prosigue, Blanca; que ya,  
Sin divertirme á mirarte,  
Te escucho atento; prosigue.

BLANCA.

Digo pues, Señor, que aparte  
Vuestra alteza su razón

De su albedrío, y repare  
Qué fin pretende en su amor;  
Porque en las dificultades,  
Quien no previene los fines,  
Bien merece que le falten  
Los sucesos. Vuestra alteza,  
Claro está; no ha de casarse  
Conmigo; pues, aunque es cierto  
Que apurando calidades,  
Doña Blanca de Cardona  
No cede á ninguno en sangre,  
Es conde de Barcelona  
Vuestra alteza, y es mi padre  
Vasallo suyo; y en fin,  
No es posible que me engañe  
Yo á mi misma de manera,  
Que, en fuerza de ser mi amante,  
Crea que su amor le obligue  
A que conmigo se case.  
Pues pensar que á las lisonjas,  
Que á los ruegos, que al exámen  
De su amor, he de ser rosa  
Cuya púrpura fragante  
El que la buscó posible  
La solicitó cadáver,  
No, Señor, porque si tiene  
La rosa beldad que atrae,  
Tambien para su defensa  
Tiene espinas que la guarden.  
¿Para quién es el vencerse,  
Sino para un hombre grande,  
Que, dueño de su fortuna,  
Dentro de sí mismo cabe?  
Válgame con vuestra alteza  
Lo que me ha querido; alcance,  
Como adorada lisonjas,  
Como afligida piedades  
Y como mujer consuelos,  
Porque á los dos nos alaben  
De que ha sabido vencerse  
Y yo he sabido rogarle.

CONDE.

(Ap; Mudo he quedado, y no tengo  
¡Ay de mí! qué replicarle.)  
Blanca, jamás de mi amor  
Esperé, el cielo lo sabe,  
Ni mas premio que tenerle  
Ni mas dicha que adorarle;  
Vivir y amar solo quiero,  
Déjame que viva y ame.

BLANCA.

¿Y mi honor?

CONDE.

¿No se asegura

En mí fe muda y constante  
El secreto, pues ha estado  
Mi amor en la noble cárcel  
Del pecho, sin que á los ojos,  
Por indicios, por señales,  
Salga jamás?

BLANCA.

No hay secreto,

No, que pueda asegurarse  
Del tiempo, de la fortuna,  
Del amor, de sus pesares,  
De las sospechas del vulgo,  
De los desvelos de un padre.  
Y aun se esfuerza este peligro,  
Después que Enrique, á quien trae  
Conmigo, á mi padre hablo  
Para que con él me case,  
Y los dos se han convenido,  
Y ya para efectuarse  
Esperan su gusto, y este  
No hay razón por qué les falte.  
Enrique está disculpado,  
Porque piensa que es amante  
De Elvira; yo, no es posible  
Que la respuesta dilate  
Sin hacerme sospechosa.  
Vos no sufriréis desaires,

Ni Enrique es hombre con quien  
Podré segura casarme,  
Oyendo otro amor. Juntad  
Aquestas dificultades,  
Y hallaréis que una fineza  
Sola, aunque muy importante,  
Os queda que hacer por mí,  
Que es venceros, y dejarme  
Libre, para que yo pueda...

CONDE.

Oye, espera; ¿qué es dejarte?  
Qué es sufrir que otro te quiera,  
Y yo de celos me abraze?  
¿Ves cuántos inconvenientes  
Me has propuesto? Pues mas fácil  
Es atropellarlos todos  
Que vencerme ni olvidarte.  
Pues cuando todos se juntan  
Contra mí, si no bastaren  
Las ternuras, las finezas,  
Con rigores, con crueldades...

BLANCA.

No prosiga vuestra alteza  
Con la razón, ni la acabe  
Tan en descrédito mio,  
Que después, cuando se halle  
Quieto el ánimo, le pese  
Que su voz la pronunciasse.  
Yo le he propuesto mis dudas;  
Tome, pues, tiempo bastante  
Para responderme á ellas,  
Porque es mi razón tan grande,  
Que la ha de reconocer  
Mayor cuanto mas pensare  
En ella; y pues me encarece  
Tanto sus cuidados, pase  
La dilación por fineza;  
Que por lo menos es darle  
Ocasión para que vuelva  
Otra vez á visitarme.

CONDE.

Admito, Blanca, el consejo,  
Pero me lo das en balde;  
Porque he de responder siempre  
Esto mismo.

BLANCA.

Por instantes

Muda empeños el arbitrio  
En las personas reales.

CONDE.

El que elige lo mejor  
Se obliga á no ser mudable.

BLANCA.

Lo mejor es lo mas justo  
En un príncipe constante;  
Y ahora déme licencia  
Vuestra alteza, porque es tarde.

CONDE. (Ap.)

¡Ay de mí! ¿Cuán imposible  
Está el remedio á mis males!

BLANCA. (Ap.)

Quiera Dios que mis desdichas  
Ó se enmienden ó se acaben.

CONDE. (Ap.)

Un volcan llevo en el pecho.

BLANCA.

(Ap. El cielo libre á mi amante.)  
¿No os vais, Señor?

CONDE.

Ya me voy.

BLANCA.

Vivid felices edades.

CONDE.

Mas vale, si he de perderos...

BLANCA.

¿Qué decís?

CONDE.  
Que el cielo os guarde.  
(Vase.)

Salen OCTAVIO y DOROTEA, con manto, y trae un papel en la mano, y DESVAN al paño.

DOROTEA.  
Siguiéndote he venido Desde tu casa, pero no he podido [ra. Alcanzarte hasta ahora; este es de Elvi- OCTAVIO.

¿De Elvira?  
DOROTEA.  
Sí, Señor.  
OCTAVIO.  
Mucho me admira.

DOROTEA.  
¿Por qué?  
OCTAVIO.  
Porque juzgaba Yo que en mejor esfera se abrazaba El sol de su hermosura.

DOROTEA.  
No ofendas su lealtad y tu cordura; [ra. Porque Elvira, Señor, que amante espe- Se abraza en ti, que es su mejor esfera.

DESVAN. (Ap.)  
Por mas que disfrazarse ha querido La criada de Blanca, no ha podido; Y vive Dios, que el traje me señala Que ha salido de mala, O de buena ha salido, Porque pienso que á mala se ha metido.

DOROTEA.  
Mira que estás haciéndote este agravio.

DESVAN.  
¿La criada de Blanca con Octavio?  
DOROTEA.  
Esto no es para aquí; lee y responde Al amor con que Elvira corresponde.

OCTAVIO. [dos.  
Leo, aunque burle Elvira mis cuida- (Lee el papel aparte.)

DESVAN  
¿Papelito? ¿Esto mas? ¿Celos firmados Cuando mi amor entrarse ha pretendi- En la orden estrecha de marido? [do Pues no ha de profesar, por Dios eterno, Crnel esta festilla del infierno; [ra. Que si amante de Blanca y su hermosu- Pensó votar clausura, Sabiendo esta insolencia, No votará clausura ni paciencia.

OCTAVIO.  
Yo he leído, y me manda tu señora Que la vea esta noche; vuelve ahora, Y di que haré su gusto.

DOROTEA.  
Eres cortés. (Vase.)

OCTAVIO.  
Obedecerla es justo. — ¿Qué me podrá querer ahora Elvira, Cuando sé que la mira El Conde, aunque de mí se ha recatado, Y mas de alguna noche le he encontrado Con Enrique á su puerta? [cierta Mas ¿qué importa, qué importa que sea Mi duda, si es Elvira quien me llama, Su honor quien ruega, mi temor quien Y ciegos de llorar los ojos míos, [ama, Aman su engaño y temen sus desvíos?

DESVAN.  
¿Blanca, Octavio, papel? Lindo reclamo;

Ya rabio por decirselo á mi amo. Pero bien puede ser, verdades curso,

[so, Aunque á estas tablas se le altere el cur- Que á los lacayos *quoque* les es dado El soliloquio y el paloteado. Bien puede ser que sea Elvira á quien Octavio galantea, Y no Blanca, es verdad; pero si el Conde

[de. Ama á Elvira, que á Octavio correspon- Diréle al Conde que los dos le infaman. Aunque me meta en lo que no me ha- Pero el Conde sale aquí, [man. Y viene Enrique con él.

OCTAVIO.  
El Conde sale; ¡ah cruel! Véngume el amor de ti.

Salen EL CONDE, DON GARCÍA y ENRIQUE.

DON GARCÍA.  
Digo, Señor, que he casado A Blanca, y que solo espero Vuestra licencia.

CONDE.  
(Ap. Yo muero.)  
Bien está.

DON GARCÍA.  
Sé que la he dado Marido su igual; que Enrique Es tan bueno como yo, Y mi nobleza buscó Quien su estimacion publique.

CONDE.  
También fuera bien, García, Que vuestra eleccion supiera Yo primero, porque fuera Primera eleccion la mia; Pero vos lo habeis mirado Mejor.

DON GARCÍA.  
Vuestro gusto...

CONDE.  
Primo, ¿Qué hay de nuevo? (Ap. Mal reprimo Este ardor disimulado.)

ENRIQUE. (Ap.)  
Parece que á don García Le habló con desabrimiento El Conde en mi casamiento, Y recelo...

CONDE. (Ap.)  
¡Ay Blanca mia!

ENRIQUE. (Ap.)  
Con mil pensamientos lucha Mi amor.

CONDE. (Ap.)  
Esto me conviene.

OCTAVIO.  
Disgustado el Conde viene.

CONDE.  
¿Enrique?

ENRIQUE.  
¿Señor?

CONDE.  
Escucha.  
OCTAVIO. (Ap.)  
Su desatencion me admira, Y de ella me he de valer, Porque no me estorbe el ver Esta noche á doña Elvira. (Vase.)

DON GARCÍA.  
El Conde se ha puesto á hablar Con don Enrique, y intiero

Que hablan de su vida; quiero Darles á los dos lugar. (Vase.)

DESVAN.  
Páreceme que me quedo Con mi mala nueva; pues Yo se la daré despues A Enrique, si ahora no puedo. Dejémosle que sosiegue: Que una mala nueva, es llano Que llega siempre temprano, Por tardísimo que llegue. (Vase.)

CONDE.  
Digo pues que un caballero Rico y noble se ha amparado De mi favor y prendado, Para que yo sea tercero Con Blanca en su casamiento; Por eso, cuando lo oí A don García, respondí Con aquel desabrimiento, Pesándome de que hubiese Tratádolo antes contigo.

ENRIQUE.  
A saber yo...

CONDE.  
No lo digo, Enrique, porque me pese De la fortuna en que estas, Sino por darte á entender La causa que tuve, y ver Quién tiene adquirido mas; Y así, pues es tan discreta Blanca, y habrá declarado Ya á su prima su cuidado, Porque no hay cosa secreta Entre las dos, hoy veré, Enrique, á mi Elvira bella, Yendo tú conmigo, y de ella Sin embarazos sabré De Blanca la inclinacion, Porque, siendo preferido El que ella hubiere elegido, Mude el otro de afeicion, Yo no falte á lo que es justo, Obre bien la intencion mia, quede honrado don García Y case Blanca á su gusto.

ENRIQUE.  
Pues si espera vuestra alteza A que ella elija, yo sé Que en su estimacion tendré... (Ap. Pero en mi será bajaza La presuncion.)

CONDE.  
¿Qué decias?  
(Ap. Yo muero si él me responde.)

ENRIQUE. (Ap.)  
Mucho me examina el Conde; Despaño, sospechas mias,

CONDE.  
(Ap. Pero aquí está Enrique, y tanto Me llevó fuera de mí Mi pena, que me rendí; De mí descuido me espanto.) Enrique, esto queda así; Esta noche iras conmigo.

ENRIQUE.  
Tu esclavo soy.

CONDE.  
Yo tu amigo.

ENRIQUE.  
¿Irás esta noche?

CONDE.  
Sí.

ENRIQUE.  
Pues yo te aguardo.

CONDE.  
Adios.

ENRIQUE. (Ap.)

Cielos  
(¡ Ah Blanca !), quiera el amor,  
Que se engañe mi temor  
En sus dudas y mis celos. (Vase.)

CONDE.

Cuando mas pienso mis males,  
Me parecen mas, y menos  
Míos son, porque están llenos  
De peligros desiguales ;  
Yo no he de poder conmigo  
No querer á Blanca ; pues  
Ser con ella descortés  
Tampoco, porque desdigo  
Al decoro y la piedad  
De un príncipe generoso ;  
Verle á mi costa dichoso  
A Enrique es mucha bondad ;  
Echarle de Barcelona  
Es escándalo mayor,  
Manifestarle mi amor  
Es no estimar mi persona  
Y confesar que le temo ;  
No temerle es imposible,  
Llevarle es pena terrible,  
No llevarle es loco extremo ;  
Porque haberme acompañado  
Siempre, y excusarme ahora,  
Es decirle lo que ignora,  
Y hacerle andar con cuidado ;  
Ver á Blanca es obligarme  
A responderla ; excusar  
Este lance es intentar  
Consumirme y acabarme ;  
Pues ¿ qué medio he de elegir,  
Con que á Enrique no le ofenda  
En el honor, Blanca entienda  
Mi fe, y yo pueda vivir? (Vase.)

Sale BLANCA.

BLANCA.

Ya que mis mudos agravios  
Fueron de mi amor despojos,  
Mis enojos  
Salgan del pecho á los labios,  
Y del silencio á los ojos ;  
Que no es mucho que oprimidas  
Mis penas calificadas,  
Por guardadas,  
Me consuelen referidas,  
Pues me afligieron calladas ;  
Yo amo á Enrique y tengo honor,  
Y cuando su fe acredito,  
Otra permito  
Para que en mi sea favor  
Y en su sospecha delito ;  
Si el Conde en su amor prosigue,  
Y Enrique le está asistiendo,  
Y yo sufriendo,  
¿ Qué importa que yo le obligue,  
Si él piensa que yo le ofendo ?  
Buena me ha puesto el amor,  
Pues aunque lleve adelante  
El ser constante,  
A riesgo tengo mi honor  
En las dudas de mi amante ;  
Y aventurada su vida  
En la indignada grandeza  
De su alteza,  
Mi fe no ha de ser creida,  
Y lo ha de ser mi flaqueza ;  
¿ Quién le hará creer á Enrique  
Que el encubrirle otro amor  
Fué favor,  
Por mas que lo califique  
Su peligro y mi temor ?  
Teniendo á Enrique engañado,  
Ofendo su calidad,  
Es verdad ;  
Pero haberle confesado  
Fuera costosa lealtad.

Resistir el galanteo  
Del Conde fuera indignarle,  
Engañarle  
No fué reprimirle, y creo  
Que no ha de ser reportarle,  
Pues aunque intente mi amor  
Al Conde desengañar,  
Y asegurar  
Sus sospechas y mi honor,  
No nos da el Conde lugar ;  
Con que no hay razon ni hay medio  
Para aclarar desengaños  
Tan extraños.  
¿ Oh lo que huye el remedio !  
¿ Oh lo que alcanzan los daños !  
En fin, no es posible huir  
La muerte, la infamia, el llanto.  
¿ Cielo santo,  
Si el padecer es morir,  
No dure mi vida tanto!

Salen ELVIRA y DOROTEA.

ELVIRA.

En fin, ¿ dijo que vendria  
Esta noche?

DOROTEA.

Sí, Señora.

ELVIRA.

¿ Ay dueño del alma mía!  
Hoy verás que quien te adora  
Engañarte no podia.—  
Ten cuenta pues, Dorotea,  
Por si viene.

DOROTEA.

Bien está.

(Vase.)

ELVIRA.

Por el patio me hallará,  
Y cuando alguno me vea,  
Por el jardín se saldrá.

BLANCA.

¿ Elvira?

ELVIRA.

Blanca, ¿ qué hacias?

BLANCA.

Conmigo á solas estaba,  
Pensando las penas mías.

ELVIRA.

Todo con morir se acaba.

BLANCA.

Estas crecen con los dias.

ELVIRA.

¿ Hablastes al Conde ?

BLANCA.

Sí.

ELVIRA.

¿ Y te respondió ?

BLANCA.

Que no.

ELVIRA.

Pues ¿ qué temes ?

BLANCA.

¿ Ay de mí!

ELVIRA.

Harto mas padezco yo,  
Y sin causa.

BLANCA.

¿ Cómo así?

ELVIRA.

Como tú á Enrique le callas  
Que el Conde te tiene amor,  
Y en tí el callar es mejor,  
Porque empeñada te hallas  
En sus deudas y en tu honor ;  
Pero yo, que en el amor  
Del Conde no tengo parte,

Y tengo, por obligarte,  
Aventurado mi honor,  
Mejor me podré quejar,  
Blanca, pues me llevo á ver  
En un preciso pesar,  
Donde es forzoso perder,  
Y nunca puedo ganar.

BLANCA.

No pierdas el beneficio,  
Encareciéndolo, Elvira ;  
Que el que es liberal de oficio,  
El don en sus manos mira,  
Mas no en su boca el indicio.

ELVIRA.

Prima, no te has de enojar  
De que, viéndote afligir,  
Te quiera yo consolar  
Con traer y conferir  
Junto al tuyo mi pesar ;  
Porque, á la verdad, nací  
Tan tu amiga, que haré mas  
Por tu gusto que por mí.

BLANCA.

Eres mi amiga, y jamás  
Esperé menos de tí.

Salen EL CONDE, ENRIQUE  
y DOROTEA.

DOROTEA.

Nunca para vuestra alteza  
Hay puerta cerrada.

CONDE.

¿ Enrique ?

ENRIQUE.

¿ Gran señor ?

CONDE.

De mi fineza  
Puedes fiar que ella aplique  
El remedio á tu tristeza.

BLANCA.

El Conde.

ELVIRA.

Sin duda viene  
A responderte.

ENRIQUE.

Señor,

Quien en sus tristezas tiene  
Tan discreto valedor,  
Gran fortuna se previene. (Vase.)

ELVIRA.

Blanca, adios.

BLANCA.

¿ Ay prima! ya

Saber el alma desea  
La respuesta que me da.

DOROTEA.

¿ Señora ?

ELVIRA.

¿ Qué hay, Dorotea ?

DOROTEA.

Octavio en el patio está.

ELVIRA.

Pues vamos ; porque has de abrir  
Luego del jardín la puerta,  
Porque si acierta á venir  
Mi tío, hallándola abierta,  
Se pueda Octavio salir.

(Vase Elvira y Dorotea.)

CONDE. (Ap.)

Hasta que llegué á mirar  
A Blanca me parecía  
No me habian de faltar  
Razones, y que tenia  
Mil respuestas que la dar ;  
Pero luego que la vi  
Me turbé y enmudecí ;

Ni sé hablar ni aun mirar sé,  
Porque en su vista olvidé  
Cuanto á solas discurri.

BLANCA. (Ap.)

El Conde es tan gran señor,  
Que no ha de querer usar  
Violencias contra mi honor.

CONDE.

(Ap. Ya no lo puedo excusar.)  
¿Blanca?

BLANCA.

¿Señor?

CONDE.

Ya mi amor,

Mi obediencia ó mi locura,  
O todo, pues llegó á ser  
La fuerza de tu hermosa  
Tal, me trae á responder  
A tus cargos...

BLANCA.

Bien segura

En vuestra gracia y valor  
Está mi vida, Señor.

CONDE.

Digo pues... (Ap. Pierdo el sentido.)  
Digo, Blanca... (Ap. Estoy perdido.)

BLANCA.

¿Qué decis?

CONDE.

Que tengo amor.

BLANCA.

Ya lo sé; pero advertid...

CONDE.

¿Qué he de advertir, si conoces...

DON GARCÍA. (Dentro.)

Hidalgo, esperad, oid.

CONDE.

¿Es tu padre el que da voces?

BLANCA.

No está en casa; proseguid.

ENRIQUE. (Al paño.)

El Conde está con Elvira,  
Y á don García le he oído  
Dar voces; quiero avisarlos;  
Pero ¡ay Dios! ¿qué es lo que miro?  
Blanca con el Conde á solas,  
El Conde tan divertido,  
Ella ¡ay de mí! tan hallada,  
Elvira sin asistirlos,  
Don García alborotado,  
Mi amor ciego, y yo muy fino?  
¡Válgame Dios, qué de cosas  
He pensado y he sentido!

(Sale.)

CONDE.

¿Enrique?

ENRIQUE.

¿Señor?

CONDE.

¿Qué es esto?

ENRIQUE.

Que á don García he sentido  
Dos veces, que entré á avisarte  
(¡Ah mudable!), y que imagino  
Que nos vió á los dos entrar.

CONDE.

¡Fuerte lance!

BLANCA.

¡Gran peligro!

(Ap. Y para mí el mas costoso,  
Pues averiguados miro  
En el semblante de Enrique  
Sus celos.)

CONDE. (Ap.)

Mal ofendido

Tengo á Enrique, y me ha pesado

De qué á solas me haya visto  
Con Blanca; ¿qué haré?

ENRIQUE. (Ap.)

¿Eran estos

Los embarazos precisos  
De hablarme?

BLANCA.

(Ap. Aquí de mi amor;

Que para el riesgo se hizo  
El ingenio y la presteza,  
Pues con el estorbo mismo  
Con que él pudiera alargar  
Su casamiento conmigo,  
He de adelantarle yo.)  
Señor, mi padre ha sabido  
Que hay gente aquí dentro; es cierto  
Que no ha de dejar retiro  
Que no vea, y pues no es justo  
Que os halle á solas conmigo  
En mi cuarto y á estas horas,  
En este aposento mio  
Os entrad, quedando Enrique  
Por dueño de sus indicios;  
Que, pues los dos han tratado  
Que sea Enrique mi marido,  
Es menor inconveniente  
Achacarle, en tal peligro,  
A su amor esta fineza  
Que á mi honor este delito.

ENRIQUE.

Vuestra alteza no se esconda,  
Gran señor; que yo no he dicho...

BLANCA.

Enrique, ahora no estamos  
Para andar en mas arbitrios;  
El mejor es el mas breve.

CONDE.

Yo, Blanca, á nada replico,  
Por tu honor y por tu padre. (Vase.)

ENRIQUE.

Yo he de perder el juicio.

DON GARCÍA. (Dentro.)

Suelta, Elvira, ó vive Dios,  
Que haga un extremo contigo;  
Saca una luz á este cuarto.

Salen DON GARCÍA, ELVIRA y DO-  
ROTEA, con luz.

ELVIRA.

Espera, Señor.

DON GARCÍA.

Yo he visto

Entrar un hombre aquí dentro,  
Y aunque viejo, tengo brios  
Para...—Señor don Enrique,  
¿En mi casa? (Ap. Mal resisto  
El enojo y la venganza.)  
¿Cuando yo, reconocido  
A vuestra sangre, os ofrezco  
A mi hija y facilito  
La intercesion con el Conde,  
Vos con medios tan indignos  
Y escándalos tan costosos  
Al honor de Blanca, al mio  
Y al vuestro tambien, usais  
Tan mal de todo?

BLANCA. (Ap.)

Corrido

Está Enrique, y yo mortal.

ELVIRA.

(Ap. Notable ventura ha sido  
Poderse escapar Octavio  
Sin que le viese mi tio.)  
Cierra el jardin, Dorotea.

DON GARCÍA. (Ap.)

Mucho á Enrique le he reñido.

ENRIQUE.

(Ap. ¿Qué he de hacer, pues si declaro,

Para abonar mis designios,  
Que no soy yo el hombre á quien  
Entra buscando, le obligo  
A que mire el cuarto y halle  
Al Conde, que está escondido?  
Finalmente, vengo á ser  
Reo y actor de un delito,  
Que si le niego me agravio,  
Y me ofendo si le digo;  
Pues conceder la sospecha,  
Y obligarme á ser marido  
De Blanca, cuando en mis celos  
Tantos riesgos examino,  
Es resolucion culpable;  
Pero entre tantos peligros,  
Sáquele yo libre al Conde  
De un desaire tan indigno;  
Que despues nadie en mi afrenta  
Ha de forzar mi albedrio.)  
Señor don García, tanto  
Vuestro disgusto he sentido,  
Que quisiera (si por Dios)  
No haber entrado ni visto  
A Blanca, porque quien tanto  
Como yo desea serviros,  
Por no daros un pesar,  
No se buscara un alivio;  
Vine á veros para daros  
Cuenta de que ya, advertido  
El Conde en nuestro concierto,  
Obligado á los servicios  
De mi casa y de la vuestra  
(Que los principes invictos  
Nunca mas lo son que cuando  
Honran á los suyos), vino  
En mi casamiento; estaba  
Sola Blanca, y yo muy fino,  
La ocasion muy á la mano,  
El riesgo no prevenido,  
Vos ausente, ciego amor;  
Juzgad si con lo que he dicho,  
Queriendo bien á una dama,  
Hiciérades vos lo mismo.

DON GARCÍA.

Aunque debiera ofenderme,  
Enrique, de que atrevido  
Profanásedes en Blanca  
Lo sagrado de este sitio,  
Como á hijo os reprendo,  
Y os perdono como á hijo;  
Y si hasta aquí vos y yo,  
A fuer de nobles, quisimos,  
Con intervencion del Conde,  
Y no por otro camino,  
Disponer nuestros conciertos,  
Ya es forzoso, ya es preciso...  
Pero esto no es para aquí;  
Enrique, ventos conmigo.

ENRIQUE. (Ap.)

Estó es peor, porque el Conde  
Queda acá dentro escondido,  
Y Blanca... Mienten mis celos,  
Y miento yo si imagino  
Que en su opinion...

DON GARCÍA.

¿No venis,

Enrique?

ENRIQUE. (Ap.)

¡Cielos divinos,  
Solo contra mi indignados,  
Nunca para mi propicios!  
¡Ay Blanca, ay Conde, ay amor,  
Ay celos, ay honor mio!  
A buen tiempo mi vida habeis traído,  
Pues hallo el daño huyendo del peligro.

BLANCA.

Llorando se entró, y me deja  
El corazon afligido.

(Vanse don García y Enrique.)

Sale EL CONDE.

CONDE.

Ahora, que puede el alma  
De tus engaños fingidos  
Quejarse, culpando...

BLANCA.

Espere  
Vuestra alteza, y advertido  
De mi honor y de mi esposo,  
No ofenda al blason antiguo  
De Cardouas y Moncadas;  
Ya es Enrique mi marido.  
Si hasta ahora, temerosa  
De su poder, he admitido  
Con lisonjas aparentes  
Galanteos permitidos,  
Ya son ajenos mis ojos,  
Ya tengo dueño, á quien rindo  
El alma, ya no he de dar  
A otra atencion mis sentidos;  
Y así, no hay medio, Señor,  
Ni le siento ni le admito,  
Entre morir ó casarme.

CONDE.

Oye, mi bien, dueño mio.

BLANCA.

Perdóneme vuestra alteza  
Si grosera me desvío  
Sin responderle, aunque piedoso  
Que con desaires le obligo;  
Porque celoso y amante,  
Poderoso y despedido,  
Es fuerza, viendome ajena,  
Que entre quejas y suspiros  
Tuerza su decoro el llanto  
Y aje su semblante el brio  
O el despecho ó el enojo;  
Y pues ya, con lo que ha visto,  
Fuera culpa el estimarlo,  
Será lisonja el no oirlo.—  
Elvira, acompaña al Conde. (Vase.)

CONDE.

Si va mi dolor conmigo,  
Yo basto para mis males. (Vase.)

ELVIRA.

Gracias á Dios, que han salido  
Libres mi vida y honor  
De tan ciego laberinto.

## JORNADA SEGUNDA.

Salen BLANCA y DOROTEA.

BLANCA.

Dime otra vez, Dorotea,  
Y otras muchas, lo que pasa.

DOROTEA.

Que busqué á Enrique en su casa  
Tercera vez.

BLANCA.

¿Quién desea  
Volver á excusar su mal  
Sino yo? Y dime, ¿te habló  
Desvan?

DOROTEA.

Y me lo negó.

BLANCA.

¿Que en fin viste á Enrique?

DOROTEA.

Porflar! Digo, Señora,  
Que antes de llamar le oí,  
Y que se escondió de mí.

¿Hay tal

BLANCA.

¿Que así ofenda á quien le adora!

DOROTEA.

Y agradéceme que callo  
Cosas, que si las supieras,  
U olvidarás ó murieras.

BLANCA.

Pues dílas, porque me hallo  
A tiempo que pasare—  
Los desaires que hace Enrique  
Conmigo, porque no aplique  
Mas diligencias mi fe;  
Y cuéntamelo de modo,  
Que me ofenda mas y crezca  
El pesar, y lo padezca  
El alma, y me aflija todo.

DOROTEA.

Digo que le oí, y despues,  
Para llamar mas segura,  
Le vi por la cerradura  
De la llave; llamé pues;  
Negáronme á Enrique, y vi  
Su espada, capa y sombrero  
Puesto en una silla; quiero  
Entrarle á buscar, y allí  
Fué el turbarse los criados  
Y el enfurecerme yo;  
Pero nada me valió;  
Y en fin, dejando apurados  
Todos los indicios, viendo  
Que en vano era mi porfia,  
Le dije que yo sabia  
Que Enrique me estaba oyendo;  
Y así, pensaba contarte  
Cuanto habia visto, y Desvan,  
Con un burlesco ademan,  
Dijo: «Deja de cansarte;  
Porque no te ha de servir  
Que te oiga, si es mi señor  
De los sordos el peor;  
Digo, el que no quiere oír.»  
Supe tambien que no ha vuelto  
Enrique á palacio mas,  
Y que á no volver jamás  
A su alteza se ha resuelto;  
De donde puedo inferir  
Que es verdad cuanto has pensado,  
Y que el Conde le ha mandado  
Apartarse y desistir  
De su amor. Este es, Señora,  
El fin que tienen tus dichas.

BLANCA.

¡Ahora, ahora, desdichas!  
Pesares, ahora, ahora;  
Mas ¡ay, que llego á advertir  
Que un pesar y otro pesar  
Ninguno hasta á matar,  
Y todos saben herir!

¿Vióse traicion semejante  
En un hombre bien nacido?

¿Enrique ingrato y querido,  
Y yo ofendida y constante?

¿El á aborrecer y huir,

Y yo á rogar y querer?

¿Oh mal haya la mujer

Que su amor llegó á decir

Jamás, porque el mas rendido

Amante, el mas lisonjero,

Tarda en ofender grosero

Lo que en juzgarse querido!

Pues no ha de alabarse el Conde,

Ni Enrique, ni la fortuna,

Ni el amor, que en su importuna

Accion mi lealtad se esconde;

Porque para las porfias

Del Conde tengo mi honor,

Para el grosero temor

De Enrique, las ansias mías;

Para la fortuna tengo

El no tener que perder,

Y para el amor, el ser  
Yo quien de mi amor me vengo;  
Llore pues, pero no tanto,  
Que elija el llorar remedio  
Para arder; dése al remedio  
Lo que se ha de dar al llanto.—  
Dorotea, yo he llegado  
Al estado que has sabido;  
Sin ser culpada he creído  
Que el Conde se ha declarado  
Con Enrique.

DOROTEA.

Ser podía;

Mas ¿qué intentas?

BLANCA.

Dorotea,

Parezca delito, y sea  
Fineza la verdad mia;  
Ocasión he de buscar  
De ver al Conde, y si fué  
Muda hasta ahora mi fe,  
Pues sé morir, sabré hablar.  
La voz sola me quedó;  
Piérdase, pues me perdí,  
Porqué no ha de haber en mí  
Nada que sea mas que yo.

Salen OCTAVIO y ELVIRA.

OCTAVIO.

Segun esto, yo me holgara  
Que el Conde y Blanca se vieran,  
Porque los dos dispusieran  
Cómo Enrique se aquietara.

ELVIRA.

Blanca está aquí.

OCTAVIO.

Pues, Señora,

¿Será bien hablar con ella  
Del Conde?

ELVIRA.

Sí, y ofrecella

Tu favor puedes ahora.

DOROTEA.

Disimula.

BLANCA.

Mal podrá.

ELVIRA.

¿Blanca?

BLANCA.

¿Elvira?

ELVIRA.

Disgustada

Parece que estás.

BLANCA.

No es nada.

OCTAVIO.

Si de mí os guardais, me iré,  
Blanca; mas quiero advertiros  
Que sé vuestro mal, y espero  
Que yo he de ser el primero  
De quien habeis de serviros,  
Si le quereis remediar.

ELVIRA.

Prima, en vano es recatarnos  
De Octavio, que ha de ayudarnos,  
Y es por quien ha de pasar  
Cualquier medio que hoy se intente  
Para aquietar el cuidado  
De Enrique, pues le ha contado  
Su ausencia el Conde, y la siente  
Por el riesgo de tu honor,  
Tanto, que te ofrece aquí  
Su persona.

BLANCA.

¿El Conde?

OCTAVIO.  
Si,  
Blanca.  
BLANCA.  
Luego ¿no es su amor,  
Su persona, su crueldad,  
Sus celos y su violencia  
Causa de la injusta ausencia  
De Enrique?

OCTAVIO.  
Blanca, mirad  
Que no os merece esa ofensa  
La atencion con que procura  
El Conde dejar segura  
Vuestra opinion, cuando piensa  
Como principe vencer  
Su pasion, a asegurar  
A Enrique, y aun procurar  
Que, siendo vos su mujer,  
Quedeis seguros los dos.

BLANCA.  
Yo sé que se ha declarado  
Con Enrique, y él, de honrado,  
Se retira.

OCTAVIO.  
No, por Dios;  
Antes, viéndolos lastimada,  
Y á Enrique mal ofendido,  
Desea, compadecido  
De vuestra fortuna airada,  
Poner él propio el remedio,  
Pues en él se ocasionó  
La sospecha, y juzgo yo  
Que era el mas seguro medio  
Veros con el Conde.

BLANCA.  
¿Quién,  
Cuándo, para qué ó adónde  
Me he de ver yo con el Conde?

ELVIRA.  
Prima, repara...

BLANCA.  
¿Tan bien  
Con sus visitas me ha ido,  
Que le quiera ocasionar  
A mi opinion un pesar  
Cuando de otro aun no he salido?  
No, Elvira; ya, por mi mal,  
Que soy desdichada sé;  
Ya me perdí, ya enojé  
A Enrique, ya, desleal  
Al decoro de mi fama,  
Me aborrece; ya no espero  
Satisfacerle, ya muero  
De su hielo y de mi llama;  
Ya sé que el Conde es señor  
Y que me puede amparar;  
Pero si me ha de costar  
Este remedio el temor  
De verle al Conde en mi casa,  
Y que lo llegué á saber  
Enrique, mas quiero arder  
En el fuego que me abraza.

ELVIRA.  
Forzoso es que te replique  
Y advierta que no es buen medio  
No valerte de un remedio  
Que ha de hacer dichoso á Enrique;  
Tú no le has de aborrecer,  
Tu honor te ha de asegurar,  
El, ó no se ha de casar,  
O se ha de satisfacer;  
Tú le ruegas, él se esconde,  
Y el remedio de este error  
Es satisfacer su amor;  
Pues ¿quién podrá sino el Conde?  
Porque á ti no te ha de oír,  
A mi no me ha de creer,  
Octavio no ha de poder  
Su sospecha disuadir;

El tiempo ha de hacer mayor  
Cada dia este pesar,  
Y tú no has de declarar  
A tu padre tu temor;  
Y así, el mas preciso modo  
De abonar tu honor es ver  
Luego al Conde, y disponer  
Medios que lo abracen todo.

OCTAVIO.  
Páreceme que procura  
Vuestro honor Elvira.

DOROTEA.  
Ahora  
¿En qué reparas, Señora,  
Y mas cuando estás segura  
De que Enrique venga á verte,  
Cuando aun buscado se esconde?

BLANCA.  
Octavio, bien sé que el Conde,  
Si atiende á quién es, y advierte  
Que por su ocasion estoy  
Lastimada y ofendida,  
Su honor, su estado y su vida  
Debe arriesgar; mas no soy  
Tan vana, que me lo crea,  
Tan fácil, que me asegure,  
Ni tan necia, que procure  
No pensar si lo desea;  
Y si ha llegado á creer,  
¿Qué es creer? á sospechar,  
A ligrir ó á imaginar  
Que el verle yo pudo ser  
Sombra, indicio ó presuncion  
De algun agrado...

OCTAVIO.  
Señora,  
Solo atiende el Conde ahora  
A abonar nuestra opinion;  
Que esto es lo que debe hacer  
El que se precia de honrado.  
Cuando tiene aventurado  
El honor de una mujer.

BLANCA.  
Pues, Octavio, ya que advierte  
El riesgo en que estoy el Conde,  
Ya que á quien es corresponde,  
En un peligro tan fuerte  
Me valdré de su valor  
Contra mi desdicha; pues,  
Por amante, por cortés,  
Por galán y por señor,  
Debe ampararme, y de vos  
Lo fio.

OCTAVIO.  
Creed tambien  
Que procuro vuestro bien  
Y el de Enrique.

ELVIRA.  
Octavio, adios. (Vase.)

OCTAVIO.  
Él os guarde. (Vase.)

BLANCA.  
Dorotea,  
Ten cuenta, porque vendrá  
El Conde.

DOROTEA.  
Pues entrará  
Sin que ninguno lo vea. (Vase.)

BLANCA.  
Digo mi mal, mi pena no se entiende;  
Vivo sin alma, adoro sin ventura;  
Celoso el Conde, mi quietud procura;  
Amado Enrique, mi lealtad ofende.  
Mi ardor me hiela, su temor me en-  
[ciende,  
En mí es fineza lo que en él locura,  
Todo mi presuncion me lo asegura,  
Y nada mi ventura comprehende.

Amor, pues muerta con llorar te obli-  
[go;  
Cielos, pues fiel vuestra piedad imploro;  
Penas, pues vuestras iras no mitigo,  
Lograd las ansias con que á Enrique  
[lloro,  
Persuadid la verdad con que le sigo  
O quitadme la fe con que le adoro.  
(Vase.)

Salen ENRIQUE y DESVAN, de noche.

DESVAN.  
En fin, ¿te has determinado  
A verte con don García?

ENRIQUE.  
Sí, porque era cobardía,  
Después de haberme negado,  
Enviándome hoy á pedir  
Don García, en un papel,  
Que venga á verme con él  
A su casa, no venir.

DESVAN.  
Y ¿cómo piensas hablarle?  
¿De yerno cabizcaido  
Ó de amante despedido?  
Pues, si llegas á quitarle  
El mi señor, me parece  
Que enfurecido te habla,  
Que se endemonia, se endiablo,  
Se ensayona ó se ensuegrece.

ENRIQUE.  
¿Qué ignorancia! Entra á avisar  
Que estoy aquí á don García.

DESVAN.  
Voy; pero saber queria  
En esto de ver y hablar  
A Blanca, si hay ocasion,  
Cómo te va.

ENRIQUE.  
Bien, porque  
Ya en mi vida la voré.

DESVAN.  
¿Notable resolucion!  
Pero no se compadece  
Proponer no verla mas  
Con estar adonde estás  
Ahora; antes me parece  
Que hablaras récio al entrar,  
Y por si te llegó á oír,  
Saldrás de espacio al salir,  
Y entonces te ha de pesar  
Cada pié un quintal.

ENRIQUE.  
¿Qué poco  
Sabes de honor!

DESVAN.  
Es verdad;  
Pero tú de voluntad  
Sabes menos.

ENRIQUE.  
Cuanto loco  
Me afronta en mis celos, cuando  
Tan á mi costa estoy viendo  
Que el Conde me está ofendiendo,  
Que Blanca me está engañando;  
Y fingiendo que ama á Elvira  
El Conde, la tiene amor  
A Blanca, y cuando mi honor  
Confiando se retira  
A sentir el no poder  
Estar con ella, creyendo  
Que lo mismo está sintiendo  
Blanca (¡ay de mí!). Llegué á ver  
Su culpa tan evidente,  
Que con facil persuasion  
Me niega á mí la ocasion,  
Y al Conde se la consiente.  
Para mí se hizo el temer,

El huir, el recelar,  
Y para el Conde el hablar,  
El permitir, el querer.  
Tan desiguales extremos  
Cabén en un alma y puede  
Amar, que Blanca se quede  
A solas; pero dejemos  
De darle á un pecho afligido  
Esto mas que padecer,  
Pues cuando es culpa el querer,  
Es pena el haber querido;  
Y así, no me acuerdes mas  
La causa de mi mal; deja  
De renovarme una queja,  
De que no espero jamás  
Consuelo ó satisfaccion.  
Blanca es mujer y me olvida,  
Soy noble, y está ofendida,  
Y aumenta mi indignacion  
Si me acuerdan su desden;  
Esta es accion natural,  
Y no quiero pensar mal  
De lo que he querido bien.

DESVAN.

Vive Dios, que lo has tomado  
Muy de veras.

ENRIQUE.

Si está lleno  
El corazon del veneno  
Que el Conde y Blanca me han dado,  
¿Es mucho que por los ojos  
Y por la boca se salga,  
Sin que la medida valga  
A reprimir los enojos?  
No, Desvan.

DESVAN.

Tienes razon;  
Mas ¿cómo, estando compuesto  
De amor tu pecho, tan presto  
Se ha llenado el corazon  
De sospechas? ¿No podían  
Resistir, si lo intentaban,  
Las finezas que se estaban  
A los celos que venían?

ENRIQUE.

Y aun por ser mucho el amor  
Que tuve á Blanca, este olvido,  
Nuevamente introducido,  
Es tanto, porque al favor,  
A la fineza, al agrado  
Sucediendo la sospecha,  
Quedó aquella fe deshecha,  
Aquel sol tiranizado;  
Y como el que un vaso tiene  
Lleno de un licor sabroso,  
Si echan de otro venenoso  
Cantidad menor, se viene  
A apoderar el veneno  
De todo el licor, de modo  
Que el vaso es veneno todo,  
Y está de ponzoña lleno;  
Así el pecho, aunque se vió  
Lleno de amor, alimento  
Dulce de mi pensamiento,  
Luego que en él se mezcló  
El veneno de los celos,  
Creciendo su tiranía,  
Cuanto fué dulce alegría  
Volvió en amargos desvelos.

DESVAN.

Al discurso me acomodó,  
Y aunque hasta aquí le dudé,  
Le admito, y le esforzaré  
Con un simil á mi modo.  
¿Comiste acaso avellanas,  
Y al gustar de su comida,  
No has partido una podrida,  
Después de cuarenta sanas,  
Y aquel mal sabor es tal,  
Que te hace arrojar también

Las que te supieron bien,  
Porque una te supo mal?  
Pues aplica á tus recelos,  
Si es que el efecto has sentido,  
Aunque yo nunca he creído  
Que sean verdad tus celos.  
Cuanto al Conde, antes me ajusto  
A que Blanca corresponde  
A Octavio, y que trata el Conde  
Su casamiento y su gusto;  
Porque darle la criada  
De Blanca un papel, y luego  
Por la noche, entrando ciego  
A dejar averiguada  
Su sospecha don García,  
Haberle visto primero  
En el patio hacer terrero  
A una reja, donde habia  
Gente, y dando yo á la calle  
La vuelta, verle salir  
Por el jardín, y encubrir  
De mi su rostro y su talle,  
Bastantes indicios son  
Para pensar que es Octavio,  
Y no el Conde, el que á tu agravió  
O á tus celos da ocasion.

ENRIQUE.

Mas de una vez he dudado,  
Si, que pueda ser el Conde  
A quien Blanca corresponde;  
Porque desde que enojado  
De aquesta casa sali,  
Y al Conde con Blanca hallé,  
Como en palacio no entré  
Ni á ver á Blanca volvi,  
De esta calle no he faltado  
Noche ninguna, y no ha habido  
Sombra que pueda haber sido  
Ocasion de algun cuidado,  
En cuyos mudos desvelos  
Blanca empeñada se vea;  
Mas doy que el Conde no sea  
Dueño fatal de mis celos;  
Doy que sea Octavio el galán  
De Blanca; ¿será por eso  
Menos culpable suceso,  
Y en mi engaño? No, Desvan.  
Ya quise á Blanca, y creí  
Que era firme su belleza;  
Ya me dió celos su alteza,  
Ya en las dudas consentí.  
Negnème á Blanca, á su padre  
Y al Conde; á Blanca, por ver  
Que en mi honor no puede haber  
Satisfaccion que me cuadre;  
A su padre, porque ya  
Celoso y honrado intento  
Estorbar yo el casamiento  
Que él facilitando está;  
Al Conde, porque es mi dueño,  
Y no le he de ocasionar  
A su amor otro pesar  
Y á mi lealtad otro empeño;  
Y pues se niega mi fama  
A una beldad que me ciega,  
A un amigo que me ruega,  
A un principe que me infama,  
Y finalmente, al poder  
De mi propia voluntad,  
Que no es la dificultad  
Donde hay menos que vencer,  
En el lance peligroso  
Donde empeñado me ves,  
Me disculparé cortés,  
No me casaré celoso.  
Entra pues, y á don García  
Di que aguardándote estoy.

Voy.

DESVAN.

ENRIQUE.

Espera.

DESVAN.

Ya no voy.

ENRIQUE.

Un hombre sale, desvía.

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Ya tarda Enrique, y creí  
Que anduviera mas cortés.

DESVAN.

Llega, ¿qué dudas? Él es.

ENRIQUE.

Señor don García, aquí  
Me teneis.

DON GARCÍA.

Enrique, seais  
Bien venido, y ya colijo  
Que es verdad que sois mi hijo.

ENRIQUE.

¿En qué?

DON GARCÍA.

En lo que me costais;  
Pues desde la noche cuando  
Con Blanca os hallé, jamás,  
Enrique, os he visto mas  
En mi casa; y preguntando  
Por vos en palacio, oí  
Decir que no habeis entrado  
A ver al Conde; he pensado  
Si hay algun pesar; y así,  
Cuatro veces os busqué  
Para ofreceros mi casa  
Y mi persona, y si pasa  
La pena adelante, fué  
Corta mi dicha en no hallaros,  
Y por eso os escribí.  
Mas no estamos bien aquí;  
Entrad, que tengo que hablaros  
Muchas cosas.

ENRIQUE. (Ap.)

Esto ahora  
Faltaba (¡ah suerte enemiga!);  
Con mas finezas me obliga  
Don García cuando ignora  
Su desdicha y mi temor.

DON GARCÍA.

¿Qué decis?

ENRIQUE.

Que esa amistad  
Os sabré estimar.

DON GARCÍA.

Entrad. (Vase.)

ENRIQUE.

¡Ah cielos! Ah Blanca! Ah honor!  
¿Quién, quién me dijera á mi  
Que habian de sentir mis males  
El pisar estos umbrales,  
Que aun besar no merecí? (Vase.)

DESVAN.

Los dos se entraron; ¿qué haré,  
Sino dormir ó cantar,  
O tener miedo ó pensar  
Mis pecados? No lo sé.

Salen DOROTEA, EL CONDE  
Y OCTAVIO, de noche.

Con dos hombres mas, por Dios,  
Viene sola una mujer;  
Muy firme debe de ser,  
Que no tiene mas de dos.  
Y pues el rato me truecan,  
Y yo no me le he buscado,  
Ya yo sé lo que he pecado;  
Quiero ver lo que ellos pecan.

DOROTEA.  
Bien puedè entrar vuestra alteza;  
Que Blanca le aguarda.

DESVAN.  
¿Cómo?

¡Octavio!

OCTAVIO.  
¡Gran señor!

DESVAN.  
Tomo  
Que me rompan la cabeza  
De bien á bien; estos dos  
Me han visto.

OCTAVIO.  
¿Te he de aguardar?

SI.

OCTAVIO.  
Pues yo bajo á esperar  
En el patio.

CONDE.  
Adios.

OCTAVIO.  
Adios.  
(Vanse el Conde y Octavio, cada uno  
por su lado.)

DESVAN.  
¡Oh, qué bueno!

DOROTEA.  
Allí está un hombre  
Solo, que me da cuidado  
Conocerle.

DESVAN. (Ap.)  
Y ¡qué pagado  
Quiere Enrique que me asombre  
Que por la calle no pasa  
Una sombra ni un azar!  
Pues ¿qué sombras ha de ballar,  
Si entran los cuerpos en casa?

DOROTEA.  
¿Quién está aquí?

DESVAN. (Ap.)  
Aquesta es  
Dorotea, y es partido  
No darme por entendido  
De lo que he visto.

DOROTEA.  
Hable pues.

DESVAN.  
De espacio; baste el rigor,  
Ronda fatal del fregado.

DOROTEA.  
¿Qué es esto?

DESVAN.  
Que se ha bajado  
El desvan al corredor.

DOROTEA. (Ap.)  
¡Válgame Dios! ¿Si le ha visto  
Desvan á su alteza?

DESVAN. (Ap.)  
¡Hoy muero!

DOROTEA. (Ap.)  
A Octavio y al Conde quiero  
Avisarles.

DESVAN. (Ap.)  
Mal resisto  
Mi temor.

DOROTEA.  
¿Qué hacías, Desvan?

DESVAN.  
Está Enrique, mi señor,  
Con tu amo...

DOROTEA. (Ap.)  
Esto es peor.

DESVAN.  
Y cansado del zaguán,  
Al corredor me subí.

DOROTEA.  
Aunque quiera hablar, no puedo,  
Desvan; porque tengo miedo  
De que nos hallen aquí.

DESVAN.  
Adios.

DOROTEA. (Ap.)  
Prevendréle á Octavio  
De que Desvan le vió entrar,  
Por si puede deslumbrar  
Su sospecha, cuerdo y sábio;  
Y diréle lo que pasa,  
De camino, á mi señora,  
Que está con el Conde ahora,  
Y Enrique dentro de casa. (Vase.)

DESVAN.  
Esto se va disponiendo  
Todo lo peor que puede.  
Plegue á Dios que yo no quede  
Por las costas; y así, entiendo  
Es cuerda resolucion  
Coger la de Villa-Diego  
Antes que se encienda el fuego  
Y haya mayor confusion. (Vase.)

Salen EL CONDE Y BLANCA.

CONDE.  
Prosigue, Blanca, en tu intento.

BLANCA.  
Vuestra alteza, gran señor,  
Me escuche.

CONDE.  
Siempre mi amor  
Vive á tu opinion atento.

BLANCA.  
Acordarle, Señor, á vuestra alteza  
Lo que debe á su sangre, á su nobleza,  
A su amorosa llama,  
A mi padre, á mi esposo y á mi fama,  
Es pensar que ha podido  
Entregarlo al olvido;  
Y pues no es acertado  
(Suponiéndole principe olvidado)  
Infamar su decoro  
Para abonar las penas que yo lloro;  
El tiempo es breve, el lance peligroso,  
El lugar sospechoso,

Yo mujer, vos galán, mi padre honrado,  
Mal seguro mi estado,  
Comun el daño, el riesgo conocido;  
Oiga pues, y sabrá á lo que ha venido.  
Enrique no me ha visto desde el día  
Que, airado, quiso la desdicha mía  
Que solos nos hallase;  
No es mucho que temiese y se ausen-  
Porque encontrar quien ama [tase;  
A solas á su dama  
Hablando con un hombre  
De nobles partes y de ilustre nombre,  
Y no ver mas sus ojos  
Por no templar en ellos sus ojos,  
No es desaire, es valor; no es grosería,  
Fineza es noble; porque no sería  
Sino infamia y baja

Tener que ponderarle á la belleza.  
Vos sois la causa, vos el instrumento  
De las penas que siento,  
De los daños que lloro;  
De vos me valgo, vuestro es mi decoro,  
Y mi opinion es vuestra;  
Haced alarde, haced bizarra muestra,  
Principe esclarecido,  
Del valor adquirido,  
Del honor heredado,  
Por mas que, lastimado  
En tanto empeño, vuestro mal replique.

Satisfágase Enrique,  
Cáseme yo, remédiese mi fama;  
Una mujer compadecida os llama  
Para que la ampareis, y solamente [te,  
Quiero que hagáis en la ocasion presen-  
No lo que debe hacer un noble amante  
O un principe constante,  
Sino lo que un hidalgo caballero,  
Cualquier particular. Solo esto quiero;  
Pues, por mujer, de nadie me ampa-  
[rara,

Que á su costa mi honor no procurara.  
Esta es, Señor, mi pena y mi fatiga;  
Si á piedad os obliga,  
Para que la sepais os he llamado;  
Ved lo que os toca hacer á ley de hon-  
[rado.

CONDE.  
Respondiendo á los cargos que me has  
[hecho,  
Digo, Blanca (Ap. Un volcan tengo en  
[el pecho;  
Porque la adora el alma y ser intenta  
Tercera de su amor y de mi afrenta);  
Digo pues que no he visto  
A Enrique. (Ap. Mal resisto  
Este ardor.)

BLANCA.  
¿Qué! ¿Os turbais?

CONDE.  
A la memoria  
Blandas lisonjas de mi antigua gloria  
(¡Ay Blanca!) me acordaron.

BLANCA.  
Mirad...

CONDE.  
No os enojeis, ya se pasaron;  
Y pues me habeis llamado para hacer-  
[me  
Dueño de vuestra pena, he de vencer-  
[me,  
Procurando de Enrique el casamiento;  
Y advertid que no es poco lo que in-  
Porque os amo de suerte, [tento,  
Que lo que no pudiera, no, la muerte,  
Que era encubrir mi amor, vuestro de-  
[coro  
Lo ha podido (¡ay de mí!); porque os  
Tan firme, tan constante, [adoro  
Que, á ser posible...

BLANCA.  
No pase adelante  
Vuestra alteza; repare que no es medio  
Ese de procurarme á mi el remedio,  
Y la opinion á Enrique.

CONDE.  
Razon tienes,  
Blanca, en las culpas que á mi amor pre-  
Pero estando contigo, [vienes;  
Aunque á callar me obligo,  
Publican mis enojos  
Las lenguas de los ojos;  
Si no puedes contigo no enojarte,  
Yo no puedo conmigo no mirarte.

BLANCA.  
Pues por quitar la causa, me iré.

CONDE.  
Espera,  
Blanca; no hagás mi culpa mas grosera;  
Ya me voy.

BLANCA.  
Dios os guarde. (Vase.)  
CONDE.

De mi fia  
Que asegure tu honor la atencion mia.  
¿Quién habrá (¡ay cielos! ay amor!) que  
[crea  
Que pueda tanto contra mí, que sea  
En mi opinion forzoso

Rogar amante y padecer celoso?  
Pero tanto podrá quien tanto adora.

*Salen al paño* DON GARCÍA  
Y ENRIQUE.

DON GARCÍA.

Por no dar qué decir, no salgo ahora,  
Enrique, á acompañaros.

ENRIQUE.

Aquí habeis de quedaros.

DON GARCÍA.

Adios, hasta mañana; y estad cierto  
Que no baste á estorbar nuestro con-  
El Conde.

[cierto  
(Vase.)

CONDE.

Un hombre sale; ¿si es su padre  
De Blanca?

ENRIQUE.

No hay consuelo que me cuadre,  
Cuando adoro... Mas ¿ay de mí! ¿Qué  
O lo finge el deseo, [veo?  
O del cuarto de Blanca... (¿Qué recelos!)  
Vamos de espacio, celos.

(Se va el Conde encubriendo, y Enrique  
le va siguiendo.)

*Salen al paño* BLANCA Y DOROTEA.

BLANCA.

¿Enrique con mi padre?

DOROTEA.

Si, Señora;

Desván lo dijo ahora.

BLANCA.

No es posible que el Conde haya salido;  
Quiero avisarle, para que, advertido,  
Se recate de Enrique.

DOROTEA.

Haslo pensado

Muy bien.

CONDE.

Algun criado

Debe de ser; y cuando no, no quiero  
Que llegue á conocerme. (Vase.)

ENRIQUE.

Rabio, muero

De celos; á estas horas  
(¿Ah sospechas traidoras!) [bio!  
En el cuarto de Blanca un hombre? ¿Ra-  
Pero en su sangre vengaré mi agravio;  
Mas no, porque está en casa don Gar-  
[cia,

Y es publicar su infamia con la mía.  
Seguirle quiero hasta la calle, adonde,  
Si me niega quién es...

(Llega Blanca á detener á Enrique,  
creyendo que es el Conde.)

BLANCA.

(Ap. Este es el Conde.)

Vuestra alteza, Señor...

ENRIQUE. (Ap.)

¿Qué es lo que escucho?

Con nuevos daños lucho.

¡Ah proceder ingrato!

BLANCA.

Procure con recato

Salir, y no publique  
Mi error, porque está Enrique  
Con mi padre, y no es justo que lo vea.

ENRIQUE.

Dime despues que tus mentiras crea,  
Fácil, ingrata, aleve...

BLANCA.

¡Ay Dios! ¿Qué es esto?

¿Es Enrique?

ENRIQUE.

No soy sino un compuesto  
De desdicha y de agravios.

BLANCA.

Saliérase mi vida por los labios  
Antes que en tu creído desengaño  
Oyeras á tu costa y en mi daño,  
Con señales tan ciertas,  
Deshonras vivas y verdades muertas.

ENRIQUE.

Dime ahora, injusto dueño  
De mi infamia; dime ahora,  
Despues de agravios creídos,  
Mal estudiadas lisonjas.  
¿Era el Conde (¡oh rabia! oh celos!),  
Muerte del honor, ponzoña  
Del alma, desasosiego

Buscado de la memoria?  
¿A estas horas de tu cuarto  
Sale el Conde? Y á estas horas

Yo sintiendo mi desdicha,  
Tú buscando mi deshonra?

Que no perdone mi vida  
Quien á su honor no perdona;

Si me olvidas, ¿para qué  
Me buscas? Y si le adoras,

¿Para qué le engañas? ¿Tanto  
Tu facilidad te informa,

O te divierte, ó te inclina,  
O te persuade, ó te postra,

Que aun no obras con disculpa  
La eleccion? Siendo una sola,

Fueras ingrata á mis penas  
Y agradecida á las otras.

A mí en mi casa me ruegas,  
Y en la tuya me deshonras;

Tú á entrambos nos ofendes,  
Y con ninguno te abonas.

Mátame pues, vence, triunfa  
De los dos; y pues no importan

Prevenidas advertencias  
Contra vanidades locas,

Añade culpas á culpas  
Y celos á celos; goza  
Del Conde...

BLANCA.

Bueno está, Enrique;

Bastan los cargos, reporta  
El alivio que en tus quejas  
Buscan tus ansias celosas

Tan á mi costa, y repara  
En que, si sufrí hasta ahora

Desesperaciones tuyas,  
Fué porque atendí tu boca

A tu queja; y no á mi agravio,  
Que es muy diferente cosa.

ENRIQUE.

Dices bien, tienes razon:  
Yo te ofendo, tú me adoras;  
Yo me engaño, tú me obligas;

El Conde no viene á cosa  
De mi agravio, ni él ha estado

Aquí, ni salias ahora  
A que de mí se guardase.

Sueño fué, mentira y sombra  
Mi temor; cuando le hallé

Hablando contigo á solas,  
Trataba mi casamiento,

Y él quiere á Elvira, y no es otra  
La ocasion de su cuidado.

¿Hay mas que decir?

BLANCA.

Reporta,  
Enrique, el pesar ardiente  
De las penas que te ahogan,  
Y repara...

ENRIQUE.

Vive Dios,  
Blanca, si el salir me estorbas,

Que por este corredor  
Me arroje, porque conozcas

De mi amor desesperado  
La barbaridad mas loca.

Déjame, y no des lugar  
A que tu padre nos oiga;

Quede entre los dos secreta  
Tu culpa, y fia, Señora,

Que te la sabré callar,  
Pues soy á quien mas le importa

Tu honor, tu persona y vida;  
Y ya tan sola una cosa

Te pido, y es, que me dejes  
Morir de mi pena propia;

Que adores al Conde es justo  
En apacible concordia;

Blandas lisonjas le animen,  
Pues tiernos lazos le adornan;

Que padezca yo vencido,  
Que vivas tú vencedora,

Pero sin verme jamás;  
Porque, siendo ya forzosa

En mi muerte mi desdicha,  
O mi infamia en tus lisonjas,

Curando penas con penas,  
Hoy me conviene, hoy me importa,

Pues no he de excusar mi muerte,  
Elegir la mas dichosa,  
Muriendo de mi desdicha

Antes que de tu deshonra. (Vase.)

BLANCA.

Enrique, Señor, mi bien  
(¡Oh desdicha rigurosa!),

¿Así te vas? Oye, escucha:  
Si mi vida, si mis obras

Han pensado contra tí  
Leve culpa, fácil sombra...

¡Ay de mí, cuán en mi daño!  
Ay de mí, cuán á tu costa

Te han salido mis finezas,  
Pues crece tu agravio en todas!

Si encubro el amor del Conde  
Con prevencion amorosa,

Por no avivar tus sospechas,  
Resulta en culpa notoria

De mi verdad el secreto;  
Si hablo con el Conde á solas

Para estorbar su cuidado,  
Con resolucion heroica

Confirma Enrique sus celos;  
Y si salgo cuidadosa

A prevenir su recato,  
El primero con quien topa

Mi desdicha es con mi amante.  
¿En qué, cielos, es enojo

La verdad, que los Inceros  
Contra quien la dice informan?

Llore la mayor desdicha,  
Pues es la mayor de todas

Ofender con las finezas  
Y agraviar con las lisonjas.

### JORNADA TERCERA.

*Salen* EL CONDE Y OCTAVIO *por una*  
*puerta,* Y ENRIQUE *por la otra.*

OCTAVIO.

Enrique ha venido ya. (Vase.)

CONDE.

Déjame á solas con él.

ENRIQUE.

¡Ay de mí! ¿Qué me querrá  
El Conde?

CONDE. (Ap.)

¡Ah pena cruel!

Conjurado el cielo está  
Contra mi amor, pues me obliga  
Blanca, por mi y por su honor,  
A que yo á Enrique le diga  
Mi muerte. Paciencia, amor;  
Que ya es fuerza que prosiga.

ENRIQUE. (Ap.)

El Conde anoche (¿ay de mí!)  
Con Blanca, y llamarme ahora;  
Ver yo lo que pasó allí,  
Saber que su amor la adora;  
Estar con Octavio aquí;  
Volverse Octavio, y quedar  
A solas con mis recelos;  
Amor, ¿en qué han de parar  
Unos celos y otros celos,  
Un pesar y otro pesar?

CONDE.

Dos quejas tengo de vos,  
Enrique.

ENRIQUE.

Aunque yo no sé  
Que sean ciertas, no, por Dios,  
Decidlas; procuraré  
Satisfacer á las dos.

CONDE.

Seis días há que no me veis,  
Enrique, y no lo acertais;  
Pues cuando en mi amor teneis  
Buen lugar, le aventurais  
Con los retiros que haceis.  
Quien os vió ayer á mi lado,  
Y hoy vuestra ausencia ha sabido,  
¿No es cierto que habrá pensado  
Que os he desfavorecido  
O que me habeis enojado?  
Luego es error, cuando aquí  
En la amistad de los dos  
Lugar en mi pecho os di,  
Haceros culpado á vos,  
O hacerme mudable á mí.

ENRIQUE.

Gran señor, si yo creyera...  
(Ap. ¿Valgame Dios! ¿Quién pensara  
Que tales quejas me diera  
El Conde?) Si imaginara,  
Gran señor, que os ofendiera  
Con no veros...

CONDE.

Esta queja,  
Enrique, toca á mi amor  
No mas: el os aconseja,  
Que no os culpa. Mi valor  
Me admira: y así, la deja  
Sin oír satisfaccion.  
(Ap. Amor, callad y sufrid.)  
Mayores los cargos son  
En la segunda.

ENRIQUE.

Decid.  
(Ap. ¿Qué notable confusion!)

CONDE.

¿Por qué causa dilatais  
El cumplir con don García,  
Casándoos? No respondais;  
Que en la dilacion de un día  
Mil riesgos ocasionais,  
En que peligrá el honor  
De Blanca, la calidad  
De su padre, vuestro amor  
Y aun mi propia autoridad.

ENRIQUE.

¿Qué es lo que escucho, Señor?

CONDE.

Diréisme que ha procedido  
Vuestra dilacion de mí,  
Pues visteis cuán desabrido  
A su padre respondi

De Blanca, y vos, advertido,  
Recatado, leal y atento,  
Creyendo que era mi intento  
Darle otro dueño, templasteis  
Vuestro amor, y dilatasteis  
Hasta ahora el casamiento.  
Pues no, Enrique; no ha de ser  
Causa de agravios mi gusto;  
Blanca es ya vuestra mujer,  
Lo contrario no era justo;  
Y así, no se debe hacer.  
Don García es la persona  
A cuya pluma y espada  
Le debe mas Barcelona,  
Vos sois honor de Moncada,  
Blanca es honor de Cardona.  
Don García se querella

De mí, y no hay medio que cuadre  
Sin casaros. Blanca es bella;  
Y así, cumplid con su padre,  
Con vos, conmigo y con ella;  
Y así, Enrique, efectúad  
Vuestra boda, y excusad  
La queja de don García,  
La de su hija y la mía,  
Pues todos dicen verdad.  
Quedaré Blanca obligada,  
Su padre reconocido,  
Barcelona asegurada,  
Vos dichoso, yo servido,  
Y mi intencion bien lograda.

ENRIQUE. (Ap.)

¿Qué escucho? ¡Oh pena! ¡Oh rigor!  
Pero ¿qué duda el valor,  
Que al Conde...

CONDE.

¿No respondeis,  
Enrique? Pero quereis  
Lograr (claro está) el amor  
De Blanca, y sacarme á mí  
Del escrúpulo en que estoy.

(Hace que se va.)

ENRIQUE.

Espera, Señor; si fui  
Ciego amante, noble soy,  
Vuelva mi opinion por mí.  
Cuando sabe vuestra alteza  
Mi calidad, mi nobleza,  
Mi valor y mi lealtad,  
No es menester...

CONDE.

¡Hacia dónde se endereza  
Prevenicion tan excusada  
Como acordarme el valor  
De vuestra sangre heredada?

ENRIQUE.

Para advertiros, Señor,  
Que en vos... Pero aquí no es nada,  
Señor... (Ap. De espacio, recelos,  
No os asomeis á los labios,  
Pues si os pronuncian mis celos,  
Serán en mi rostro agravios  
Los que en el alma desvelos.  
No os halle la voz jamás;  
Si el Conde me aprieta mas,  
Temo...)

CONDE.

(Ap. Él se ha declarado;  
Pero yo estoy ya empeñado,  
Y no he de volver atrás.)  
Si acaso son prevenciones  
Para no os casar, Enrique...

ENRIQUE.

No son sino presunciones  
De honor, para que no aplique  
Violentadas intenciones  
Vuestra alteza.

CONDE.

Bueno está,

Enrique.

ENRIQUE.

Si os ofendia  
Mi sangre, vertedla ya;  
Porque manchada no es mia,  
Y vertidalo será;  
Y pues nunca os ofendi,  
No será mucha fineza  
Verterla una vez por mí,  
De cuantas por vuestra alteza  
En el campo la verti.

CONDE.

¿Qué decis?

ENRIQUE.

Que desde el día  
Que mi amor os declaré,  
Y os dió cuenta don García  
De mi boda, como hallé  
Que vuestra alteza tenia  
Otro intento, desisti  
Del mio. (Ap. Excusarme quiero  
Sin riesgo de Blanca, si  
Falté á mi dolor, pues muero,  
Pero no me falte á mí.)  
Y así, Señor, vuestra alteza  
No se empeñe en procurar  
Esta boda por fineza  
De Blanca, ó procure dar  
Otro dueño á su belleza.

CONDE.

(Ap. Enrique está receloso  
De mí, yo estoy empeñado,  
Blanca tiene peligroso  
Su honor, Enrique es honrado,  
Don García está quejoso;  
Si aprieto á Enrique, le aumento  
Sus sospechas; si me voy,  
No logra Blanca su intento;  
Y si le logra, le doy  
A mi amor otro tormento.

Pues ¿qué he de hacer? ¿Qué? Morir  
Primero que consentir  
Que por mí llegue á perder  
Su honor Blanca; esto ha de ser,  
A todo le he de salir.)  
Enrique, Blanca ha llegado  
A quejarse de que he sido  
Yo quien su boda ha estorbado,  
Y piensa que yo os impido  
El que no estéis ya casado;  
Y pues yo no os lo impedi,  
Y ella cuerdamente aquí  
Mira el riesgo de los dos,  
Ni yo he de perder por vos,  
Ni ella ha de perder por mí;  
Y pues vos se la pedisteis  
A su padre, y admitió  
Vuestra persona, y me disteis  
Parte á mí, y él publicó  
La eleccion que vos hicisteis,  
Y es tan bueno don García  
Como vos, y es sangre mia  
Blanca, y ya se ha publicado  
Que en su casa habeis entrado  
Como galán, y sería  
Culpa grave en su opinion  
Dejar sin satisfaccion  
Este escándalo, que está  
Hoy pendiente, y lo será,  
Si ven cuán sin ocasion  
No os casais, y han de creer  
Los que han llegado á pensar  
Que es Blanca vuestra mujer,  
Que en mi hallasteis qué temer,  
O en ella qué remediar.  
Blanca se vale de mí,  
Su padre es noble; y así,  
Pues somos uno los dos,  
No os hagais ingrato á vos

Ni me bagais tirano á mi.  
Yo debo hacerle favores  
A don Garcia, y si vos  
Heredais, serán mayores,  
Claro está, pues sois los dos  
Mis dos vasallos mejores.  
Casáos, pues; pero si ciego  
Dejais de cumplir conmigo,  
Obrará mi enojo luego,  
Siendo mayor el castigo  
En los desaires del fuego;  
Y justamente indignado  
De veros escrupuloso,  
Cuando os dejo asegurado,  
Quien no me atendió piadoso,  
Me habrá merecido airado. (Vase.)

ENRIQUE.  
¿Qué es esto, honor? ¡Ay de mí!  
Sentidos... Mas yo me engaño,  
Porque despreciarme así  
El Conde, es yerro, es engaño,  
Es ilusion; yo menti.  
No puede ser, mis oídos  
Me engañan, y cuando no,  
Mi honor viva, pues le echó  
Esta culpa á mis sentidos,  
Pero á mi príncipe no.  
¡Salir el Conde á deshora  
Del cuarto de Blanca, y cuando  
Sé que la sirve y la adora,  
Y de mí se están guardando,  
Casarme con ella ahora?  
¡Oh violencia! Oh tiranía  
Del poder! no te empeñaras  
A menos costa, y sería  
Piedad tu airada porfia,  
Si la vida me quitaras  
Solamente, y no el honor;  
Pero ¿qué importa el rigor,  
El ruego y la tiranía,  
La violencia ó la porfia  
Del Conde? Muestre el valor  
Rostro esquivo á los rigores,  
Peeho firme á las violencias,  
Y entre agravios y favores,  
Prefiera mis conveniencias  
El duelo de mis amores.

Sale DESVAN.

DESVAN.  
¡Señor, ah, Señor! ¿estás  
Solo?

ENRIQUE.  
Desvan, ¿qué me quieres?

DESVAN.  
No puedo decirte mas,  
Mientras no me respondieres  
Si estás solo; ¿asi te vas?

ENRIQUE.  
Suelta.

DESVAN.  
Señor, como hacías  
Visajes y tropelias,  
Y vi que á solas hablabas,  
Que allá te lo preguntabas  
Y allá te lo respondias,  
Que hablabas á alguien creí.

ENRIQUE.  
Aparta, necio; ¡ay de mí!

DESVAN.  
Oye, escucha: la criada  
De Blanca...

ENRIQUE.  
¿Qué dices?

DESVAN.  
Nada.

ENRIQUE.  
Pero si ya la perdí,  
¿Qué pregunto?

DESVAN.  
Con Octavio  
La vi ahora.

ENRIQUE.  
Cierra el labio,  
Infame; pero, Desvan,  
¿De veras? ¿Adónde están?  
¡Oh lo que sufre un agravio!

DESVAN.  
Junto á palacio les vi.  
ENRIQUE.

¿Qué dices?  
DESVAN.  
Verdad, por Dios.

ENRIQUE.  
Pues sígueme.  
DESVAN.  
Voy tras tí.

ENRIQUE.  
¡Ay ingrata! (Vase.)  
DESVAN.  
Plegue á Dios,  
Señor, que me saque á mi  
De loco, y á tí de amante;  
Porque estoy, segun infiero  
De nuestra vida inconstante,  
Trocado ya en escudero  
De algun caballero andante. (Vase.)

Salen OCTAVIO y DOROTEA.

DOROTEA.  
Lo que te he dicho pasó  
Anoche.

OCTAVIO.  
¡Notable azar!

DOROTEA.  
Por excusarle un pesar  
A Enrique, se le aumentó.

OCTAVIO.  
¿Y Blanca?

DOROTEA.  
Pierde el sentido,  
Padece, suspira y llora,  
Porque tiene honor, adora  
A Enrique y le ve ofendido;  
En fin...

OCTAVIO.  
Aqui están los dos.

Salen ENRIQUE y DESVAN por la  
misma puerta.

DOROTEA.  
Me encargó que este papel  
Le diese al Conde.

ENRIQUE. (Ap.)  
¡Ah cruel!

(Saca Dorotea un papel de la manga.)  
DESVAN.

Ya escampa.  
ENRIQUE.

Pues, vive Dios,  
Que he de averiguar por mí  
Quién es dueño de este agravio;  
Aqueste papel, Octavio,  
No es para vos.

(Llega Enrique por detrás, y le quita-  
rá á Dorotea de la mano el papel que  
va á dar á Octavio.)

OCTAVIO.  
¿Cómo?

DESVAN.  
Aqui  
De los truenos y los rayos,  
Ello bien me pueden dar;  
Mas, por Dios, que he de sacar  
De vergüenza á los lacayos.

OCTAVIO. (Ap.)  
Para el Conde era el papel,  
Y ha de confirmar su agravio  
Enrique, si le ve.

ENRIQUE.  
Octavio,  
Escuchad.  
DOROTEA. (Ap.)  
¡Lance cruel!

OCTAVIO.  
Sin el papel, nada puedo  
Escuchar.

DESVAN.  
Desvan, ¿qué esperas?  
Vive Dios, que va de veras;  
Casi casi tengo miedo.

DOROTEA.  
Nada á Blanca le aprovecha.  
(Hace Desvan que va á meter mano á la  
espada, y detiènele Enrique.)

DESVAN.  
Mas ¿qué miedo hay que me asombre?  
Luego le han de dar á un hombre  
Por la tetilla derecha?

ENRIQUE.  
Octavio, ó este papel  
Es de Blanca ó es de Elvira.  
Si es de Blanca, ¿qué os admira  
El verme empeñar por él,  
Sabiendo que es dueño mío,  
Y que en reciproco empleo  
Vive feliz mi deseo  
A cuenta de su albedrío?

OCTAVIO.  
Si es de Elvira, es para el Conde  
El papel, no para vos;  
Pues si es de una de las dos,  
Y ninguna os corresponde,  
Fidelidad es, no error,  
Aquesta temeridad,  
Pues si es de Elvira, es lealtad,  
Y si es de Blanca, es amor.

OCTAVIO.  
Enrique, sea el papel  
De cualquiera de las dos,  
Viene para mí, y ni vos  
Ni el Conde sois dueño de él.

ENRIQUE.  
Pues, Octavio, yo lo tengo  
Ya en mi poder, y sabré  
Defenderle, y le tomé  
A todo riesgo, pues vengo  
Con esta resolucion;  
De ella no, no he de apartarme,  
Basten ó no á disculparme  
Mi lealtad ó mi alicion.  
Ya me llegué á resolver;  
Soy noble, estoy empeñado,  
Y no os le hubiera tomado,  
Si os le hubiera de volver.

OCTAVIO.  
Pues, Enrique, aunque el lugar  
Me obligue á veneracion,  
Tomaré satisfaccion  
Donde se me hace el pesar;  
Y pues me le haceis aqui,  
Aqui he de vengar mi agravio.  
(Sacan las espadas Octavio y Enrique.)

Sale DON GARCÍA.

DESVAN.  
Cierra España.

DON GARCÍA.  
Enrique, Octavio,  
¿Qué es esto? (Ap. Mas; ay de mí!  
¿Si es Dorotea; ay honor!  
Aquella mujer?)

OCTAVIO. (Ap.)  
Corrido  
Estoy.  
DOROTEA.  
Si me ha conocido,  
Soy perdida. (Vase.)  
ENRIQUE. (Ap.)  
Esto es peor;  
Pues si entiende don García  
La ocasion de este pesar,  
La culpa ha de resultar  
En su afrenta y en la mia.  
(Vuelven á envainar las espadas.)  
DESVAN.  
El diablo sin duda fué  
Quien á don García ha enviado,  
Porque me ha desbaratado  
La mejor cólera que  
Había tenido jamás.  
DON GARCÍA. (Ap.)  
Turbados están los dos.  
DESVAN.  
Ello, en no estando de Dios,  
Ser valiente es por demás.  
DON GARCÍA.  
Caballeros, ¿no sabré  
Yo la ocasion del disgusto,  
Si no hay enojo tan justo  
Que mayor cuidado os dé,  
Ni hay agravio que por sí  
Pida mas satisfaccion?  
Declaradme la ocasion,  
Para que se acabe aquí.  
ENRIQUE.  
No es mas de lo que habeis visto.  
OCTAVIO. (Ap.)  
Para mejor ocasion  
Dejo mi satisfaccion.  
DON GARCÍA. (Ap.)  
Mal mis sospechas resisto.  
ENRIQUE. (Ap.)  
Mayor la desdicha fuera  
A saberlo don García.  
OCTAVIO.  
(Ap. A su honor ofenderia  
De Blanca si lo dijera.)  
Si estáis de por medio vos,  
Claro está, no será nada.  
ENRIQUE.  
Vuestro es mi honor y mi espada.  
DON GARCÍA.  
Dios os guarde.  
OCTAVIO.  
Adios. (Vase.)  
ENRIQUE.  
Adios. (Vase.)  
DON GARCÍA.  
Cierta mi sospecha es;  
Pero cumplirá mi honor  
Ahora con el valor,  
Y con las dudas despues. (Vase.)  
Sale DOROTEA, como asustada.  
DOROTEA.  
Desvan, ¿qué ha habido? Que allí  
De mi amo me he encubierto.  
DESVAN.  
Si nos hubiéramos muerto  
Cuatro hombres de bien aquí  
Como unos cochinos...  
DOROTEA.  
Voy  
A contarle á mi señora  
Lo que pasa.

DESVAN.  
Escucha.  
DOROTEA.  
¿Ahora  
Estás colérico?  
DESVAN.  
Soy  
Sanguino en dos grados.  
DOROTEA.  
Pues  
Sángrate, y por si te ves,  
Desvan, en otro trabajo,  
Y la cólera despues  
La sangre enciende á destajo,  
Con dos azumbres ó tres  
Echa la cólera abajo,  
Y veréte de revés  
Lo que has reñir de tajo.  
(Vanse.)  
Salen BLANCA y ELVIRA.  
ELVIRA.  
Templa esa pena importuna,  
Dales vado á tus enojos,  
Blanca, y no paguen tus ojos  
Los yerros de tu fortuna.  
Llora, mas sea con alguna  
Templanza; porque, rendida  
A esa pena repetida,  
Que el corazon te enajena,  
Primero que con tu pena  
Has de acabar con tu vida.  
Desdichas, cuyo ser nace  
De alguna causa secreta,  
Quien las huye las respeta,  
Y quien las flora las hace.  
¿Qué importa que te amenace  
Amor con introducir  
Sombras, que se han de fingir,  
Si es tan fácil su poder,  
Que el comenzar á nacer  
Es acabar de morir?  
Cumple tú con adorar  
A Enrique, cumpila tu amor  
Con tu lealtad y tu honor,  
Y déjale al cielo obrar.  
El sol se deja ignorar  
De una nube, y no se deja  
Vencer; pues si él te aconseja  
Su riesgo y tu confianza,  
¿Qué mas tiene esta esperanza  
En su duda que en tu queja?  
BLANCA.  
¿Ay Elvira! cuando es ya  
Mi pena infelice, pues  
Sabiendo que el daño lo es,  
No sé si el bien lo será,  
Confie el sol, porque está  
Enseñado á amanecer;  
Mas, si es que teme el perder  
Sus rayos para vivir,  
Siempre que se ve morir,  
No sabe si ha de nacer.  
No siento el verle ofendido  
A Enrique, al Conde empeñado,  
Mentida mi fe, burlado  
Mi amor, y mi honor perdido;  
Solo (¡ay Elvira!) he sentido  
Ver en mi contraria suerte  
Que para que yo no acierte  
Al remedio ni á la herida,  
Ni sé buscarme la vida,  
Ni sabe hallarme la muerte.  
Fineza fué el no querer  
Al Conde, y el tolerar  
Su amor, y el desengañar  
Su asistencia, y el temer  
Su indignacion, y encender  
Sus ansias con mis tibiezas;  
Mas, pues tras tantas firmezas

Le tengo mas indignado,  
Muera yo, pues he llegado  
A ofender con las finezas.  
ELVIRA.  
Pues ¿qué has de hacer?  
BLANCA.  
¿Qué sé yo,  
Si todo se yerra en mí?  
Con Dorotea le escribí  
Al Conde lo que pasó  
Despues que anoche salió,  
Porque no le niegue nada  
A Enrique, y porque, avisada  
Su cordura, obre mejor,  
Y quede, si no el amor,  
La opinion asegurada.  
Sale DOROTEA, como asustada,  
con manto.  
DOROTEA.  
¿Señora?  
BLANCA.  
¿Qué hay, Dorotea?  
DOROTEA.  
Enrique, Octavio...  
BLANCA.  
¿Qué ha sido?  
DOROTEA.  
Mi señor...  
BLANCA.  
¿Qué?  
DOROTEA.  
Me ha seguido.  
ELVIRA.  
Él viene.  
DOROTEA.  
Pues no me vea. (Vase.)  
Sale DON GARCÍA.  
DON GARCÍA.  
¿Quién á Dorotea ha enviado  
Fuera de casa?  
BLANCA.  
Señor...  
(Ap. Aun será el daño mayor  
Si mi padre la ha encontrado;  
Eso sí, yérrenlo todo  
Mis amantes prevenciones.)  
DON GARCÍA.  
Salgamos de confusiones,  
Blanca, y si puede haber modo  
Para prevenir los daños  
De que me informe el temor,  
Que amenazan á tu honor,  
A mi vida y á mis años,  
Dimelo antes que vea  
Preciso mi agravio, pues  
Ahora es tiempo, y despues  
Ninguno habrá que lo sea.  
Hoy, queriendo averiguar  
Tantos riesgos en mi honor,  
Yendo á palacio á buscar  
A Enrique para ajustar  
Con él el medio mejor  
De abreviar su casamiento,  
Tan empeñado le vi  
Con Octavio, que temi  
El fin del suceso. (Ap. Intento  
Saber de los dos cuál sea  
La causa.) Viles negar,  
Y díome mas que pensar  
Si era acaso Dorotea  
Una mujer que de mí  
Se escondió; volví á buscarla,  
Pero no pude alcanzarla  
Despues, aunque la seguí.

BLANCA.  
Señor, cuanto has presumido  
Por indicios y apariencias  
Son verdades y evidencias;  
El responder desabrido  
El Conde, y el no casarse  
Enrique, el reñir Octavio,  
Y el encubrirte su agravio,  
Y lo demás que pensarse  
Puede en tu daño y el mío,  
Todo tiene fundamento;  
Mas no es culpado el intento  
De su alteza, ni el desvío  
De Enrique, ni el galanteo  
De Octavio, ni la opinión  
De Elvira, ni tu atención,  
Ni mi amor, ni mi deseo.

DON GARCÍA.

Luego ¿soy yo el ofendido,  
No siendo nadie el culpado?

BLANCA.

Sí, porque al que es desdichado  
Le sobra lo perseguido;  
Mas sí á mi Enrique me oyera,  
Y el Conde se declarara,  
Yo sé que yo me abonara,  
Y que Enrique me creyera.

DON GARCÍA.

Luego ¿puede hacer el Conde  
Algo que importe al sosiego  
De mi honor?

BLANCA.

Sí, Señor.

DON GARCÍA.

Luego Os venid conmigo adonde  
Esto tiene de acabarse;  
Que no quiero (¿qué dolor!)  
Que se halle expuesto mi honor.

ELVIRA.

No han podido remediarse  
Mejor tus cosas.

BLANCA.

Ven, prima;

Que hoy ha de ver Barcelona  
Que Enrique, que su persona,  
Que su honor, que quien le estima...  
Pero si allá lo has de oír,  
Te lo quiero aquí callar.

ELVIRA.

Si despues lo has de contar,  
No lo tienes que decir.

(Vanse.)

Sale ENRIQUE, con un papel en la mano, y DESVAN.

ENRIQUE.

Ahora sí que á mi suerte  
Le está el alma agradecida.

DESVAN.

¿Qué tienes?

ENRIQUE.

Hallé la vida  
Cuando buscaba la muerte.

(Lee.) « Señor, habiendo yo entendido que en los retiros de Enrique tenía parte vuestra alteza, le advertí dos veces que ninguna humana diligencia bastaría á que no fuese yo de Enrique. »

DESVAN.

¿Eso dice?

ENRIQUE.

Sí, Desvan;

Cuando la estaba ofendiendo  
Mi desconfianza, creyendo

Que era el Conde su galán,  
Era Blanca mas constante.

(Lee.) « Anoche, habiéndome ofrecido vuestra alteza efectuar mi casamiento, supe estaba Enrique con mi padre, y saliendo á advertirlo á vuestra alteza, hablé por yerro con él. »

DESVAN.

Luego ¿de eso procedió  
El hablar el Conde?

ENRIQUE.

Sí,

Desvan, y yo presumí  
Desprecios, que él no pensó.

(Lee.) « Y así, suplico á vuestra alteza temple á mi padre, y no hable á Enrique, por no aventurar su verdad, que por lo que á mi toca, ya que he errado, los sucesos podrán haberme hecho desdichada con él, pero no mudable. — Guarde Dios á vuestra alteza. » — Doña Blanca de Cardona. »

DESVAN.

¿Y firma?

ENRIQUE.

Sí.

DESVAN.

Confirmando

Su amor, su fe y su porfía,  
Porque no hay bellaquería  
En papel que se firmó;  
Y no solo se ve ya  
Que el Conde no te hace agravio,  
Mas se echa de ver que Octavio  
No ama á Blanca.

ENRIQUE.

Claro está;

Porque si Octavio la amara,  
Y Blanca le despidiera,  
¿No es cierto que Octavio fuera  
De quien mas se recatara?

Octavio es amigo mío,  
Y no tengo que creer  
Que en los dos pudo haber  
Tan tirano desvío;

Fuera de que no pudieron  
Asentar ni prevenir  
Que yo había de salir

A aquel tiempo, ni creyeron  
Que yo me había de arrojar  
Tan ciego sobre el papel,

Sufriendo el quedar sin él  
Octavio, ni que á excusar  
El fin de empeño tan grave  
Se ofreciese don García;

Y porque la opinión mía  
De satisfacer se acabe,  
Pues la sospecha nació  
De que iba á Octavio el papel,

Para que al dársele á él  
Llegase á tomarle yo.

Seguro estoy de este agravio,  
Pues no es posible que un hombre  
De tal sangre y de tal nombre

Y tal valor como Octavio,  
Se estime tan poco á sí,  
Que dejase concertado  
El quedar él desairado

Por asegurarme á mí.

DESVAN.

¿Quién, sino tú, discurriera  
Tan noble y tan alentado?

ENRIQUE.

Nunca piensa el que es honrado  
Que otro hará lo que él no hiciera;  
Y aunque tengo disgustada  
A Blanca, á Octavio ofendido

Y al Conde tan desabrido,  
Como yo deje apurada

La verdad de este papel,  
Repita Blanca rigores,  
Use el Conde disfavores  
E intente Octavio cruel  
Cualquiera demostración;  
Que, como esté defendida  
Mi fe, no vale mi vida  
Mas que mi satisfacción.

DESVAN.

¿Lindamente ha sucedido!  
Porque cuando mucho, Octavio  
Vengará en los dos su agravio;  
Blanca, por no haber creído  
Sus finezas, te enviara  
Noramala; el Conde airado,  
Sabiendo que te has tomado  
Ese papel, mandará  
Que sin pompa ni aderezo  
(Conveniente á tu persona)  
Te saquen de Barcelona  
Con un papel al pescuezo.  
Pero el Conde sale aquí.

Sale EL CONDE.

CONDE.

¿Enrique?

ENRIQUE.

¿Señor?

CONDE.

¿Vendréis

A responderme, y habeis  
Meditado bien que fui  
Yo quien la propuesta os hice,  
Blanca á quien se hace el pesar,  
Y vos quien le ha de excusar?

Pues yo por mi satisfacción  
En la forma que debí  
Al empeño de los dos,  
Vuelvo á que os pagueis á vos  
Lo que me debéis á mí.

¿Qué respondeis?

ENRIQUE.

Gran señor,

Aunque os debí responder  
Antes, me importa saber  
Ahora... Mas ¿qué rumor  
Es ese?

CONDE.

Fabio, ¿qué es eso?

Sale FABIO.

FABIO.

Es don García, que espera  
En esa cuadra de afuera  
Con Blanca y Elvira.

CONDE.

(Ap. ; Exceso

Notable!) Enrique, mirad  
Lo que habeis de responder,  
Porque no os ha de valer  
Para injurias mi amistad.

Salen DON GARCÍA, BLANCA y ELVIRA, con mantos.

DON GARCÍA.

Si culpare vuestra alteza  
Tan nueva demostración,  
A tanto obliga el blason  
De mi sangre y mi nobleza;  
Y aunque valerse debieran  
De vos, ó para vengar  
Su agravio, ó para enmendar  
Cuantas desdichas me alteran,  
Solo vengo á que seais  
Testigo de que en mi honor  
Y el de Blanca no hay error;  
Y así, os pido la asistais  
Ahora, porque, apurada  
De indicios, en que la hacia

Cómplice la atención mia,  
Dice que no está infamada  
En ella mi calidad,  
El decoro de los dos  
Ni el de Enrique, y que sois vos  
Testigo de esta verdad.

CONDE.

Cuando mi sangre no fuera  
La misma en vos, cosa es clara  
Que por mujer la amparara. —  
Salios todos alla fuera.

BLANCA.

No os vais, Enrique.— Señor,  
La causa de entrar yo aquí  
Es don Enrique; y así,  
Que me oiga importa a mi honor,  
Porque, ó yo me he de volver,  
O no os habeis de quedar,  
O Enrique me ha de escuchar.

CONDE.

¿Qué dices?

BLANCA.

Lo que ha de hacer.

DESVAN. (Ap. á Enrique.)

¿Qué dices de esto?

ENRIQUE. (Ap. á Desvan.)

Desvan,

Que vuelve Blanca por mí,  
Y los celos que temi  
Desvaneciéndose van.

BLANCA.

Ahora os suplico yo  
(Que importa á la opinión mia)  
Digais lo que contenia  
Un papel que Octavio os dió.

CONDE.

¿Cuándo?

BLANCA.

Hoy.

ENRIQUE.

Escucha.

BLANCA.

Y en él

Os doy cuenta del estado  
De estas cosas.

CONDE.

No ha llegado  
A mis manos tal papel.

BLANCA. (Ap.)

¡Aun esto no hubo de ser  
Como lo esperaba yo!

ENRIQUE. (Ap.)

Sola esta vez se acertó  
Mi amor á satisfacer.

BLANCA.

Bien me holgara que el papel  
Hablara ahora por mí;  
Pero, pues ya le escribí,  
Y es verdad cuanto hay en él,  
Y os le ha de mostrar Octavio,  
Y me oye Enrique, y pretendo  
Su honor, y me estáis oyendo  
Vos, y yo lloro mi agravio,  
Mi padre mi casamiento,  
Y de uno y otro pesar  
Os vengo ahora á informar.  
En público, estadme atento.  
Ya sabeis que era Enrique mi marido,  
Que os dió cuenta mi padre de este in-

[tento,

Y vos le respondisteis desabrido;  
Que Enrique dilató mi casamiento;  
Que me valí de vos; que mi fe ha sido  
Roca firme en el mar, torre en el viento;

Que, á pesar de peligros y enterezas,  
Aposté á mis desdichas mis finezas.  
Vióme Enrique en fin, ardió en mi fue-

[go;

Tuvo celos, es noble, temió el daño;  
Desistióse, es amante, estuvo ciego;  
Busquéle, soy mujer, creció su engaño;  
Lloré, soy firme, embarazóme el ruego;  
Volví á vos, perdí el bien, vió el desengaño.  
Quedando á tanta pena repetida [ño,  
Vos culpado, él celoso, yo ofendida.  
Salió, pues, de mi cuarto vuestra alte-

[za,

Y viendo el riesgo en que mi honor que-

[daba.

Empeñó en mi decoro su nobleza;  
Supe que Enrique con mi padre estaba,  
Y por no ocasionarme una bajeza,  
Si viera Enrique que en mi casa estaba,  
Os salí á prevenir, y ciego el labio,  
La que nació fineza murió agravio.  
Blanca es de Enrique; mas si no lo fue-

[re,

Cisne seré que á llanto se apercibe,  
O para festejarse lo que muere,  
O para aborrecerse lo que vive;  
Sabrá así Barcelona, cuando viere  
Que no hay temor que deodorar me pri-

[ve,

Que quien fiel ruega y ofendida adora  
Mantendrá siempre lo que dice ahora.

Si vuestro honor con ruegos me obliga-

[ra,

Si Enrique con desprecios me ofendie-

[ra,

Si mi amor con recelos me estorbara,  
Si mi padre con miedos me alligiera,  
Si el cielo con rigores me forzara, [ra,  
Si el infierno con sombras me oprimie-  
Llegando á declararme de este modo.  
Mi honor es antes, y despues es todo.  
Mas si viere (¡ ay de mí!) que en sus ti-

[biezas

Llega con novedad la pesadumbre,  
Deberánte á sus dudas mis firmezas  
Lo que debe el dolor á la costumbre;  
Sabré que le ofendí con las finezas,  
Queno hay abono que un error deslum-

[bre,

Que cumplí con mi honor, y que hemos

[sido

Yo infeliz, él ingrato y vos sufrido.

DON GARCÍA.

¿Qué respondeis, gran señor?

CONDE.

Lo primero, Blanca bella,  
Es, que Octavio no me ha dado  
Vuestro papel.

ENRIQUE. (Ap.)

Si os le diera,

No estuviera mi esperanza  
Con la alegría que muestra.

Sale OCTAVIO.

OCTAVIO.

Despues de buscar á Enrique,  
Para dejar satisfecha  
A aquella ingrata, y á Blanca  
Luego, para darla cuenta  
Del suceso del papel,  
Como encontrarlos no pueda,  
Le vengo á avisar al Conde  
Del caso, aunque con vergüenza  
De que á lograr bizarrías  
Conmigo Enrique se atreva.  
Pero aquí están Blanca, Elvira

Y Enrique; pienso que llega  
Sin tiempo mi prevención.

CONDE.

Octavio, ¿qué aguardas? Muestra  
El papel que escribió Blanca;  
Habla.

DESVAN. (Ap.)

Ahora nos destierran.

OCTAVIO.

Señor, antes que llegase  
A mis manos, loca y ciega  
La temeridad de Enrique  
Se le quitó á Dorotea.  
Llegó entonces don García,  
Y yo, porque no entenderia  
Culpas contra Blanca, é entonces  
Disimulé; mas no quedan  
En los hombres como yo...

CONDE.

Basta, Octavio; que esa queja  
Ya no es tuya, sino mia.

DESVAN. (Ap.)

Ahora nos zamarrean.

CONDE.

Enrique, ¿vos teneis brios...

ENRIQUE.

Escúcheme vuestra alteza:  
Cuando os di cuenta, Señor,  
De este amor, vuestra respuesta  
Avivó recelos míos;

Neguéme á cuantas finezas  
Manifestó Blanca; ahora  
Resultaban mis sospechas  
Contra vos y contra Octavio,  
Y al tiempo que Dorotea  
Le estaba dando un papel,  
Prevíno mi amor la empresa;  
Llegó primero á mis manos,  
No presumí entonces que era  
Vuestro, leíle, y hallé  
En él vivas experiencias  
De la inocencia de Blanca.  
Si vuestros cuidados eran  
Satisfacerme, este ha sido  
Mejor medio, y no lo fuera  
Otro ninguno; el papel

(Sócale.)

Es este, y porque se vea  
Que es mas mi honor que mi vida,  
Logrando dichas y penas,  
Ofrezco á Blanca mi mano,  
Y á vuestros piés mi cabeza;  
Quedará Octavio vengado,  
Prevenida vuestra ofensa,  
Satisfecho don García,  
Feliz yo, y Blanca contenta.

CONDE.

Blanca, por lo que á mí toca,  
Como estéis vos satisfecha  
Y esté Enrique asegurado,  
No hay temor que serlo pueda.  
Yo tomo por cuenta mia  
La queja de Octavio, y de ella  
La satisfacción remito  
A Octavio; y porque se vuelvan  
En ventura los agravios,  
Dad la mano á Elvira bella.

OCTAVIO.

Vuestro soy.

ELVIRA.

Esta es mi mano.

BLANCA.

Y aquí acaba la comedia,  
A quien su autor intitula:  
Ofender con las finezas.



## COMEDIA FAMOSA

TITULADA

# SUFRIR MAS POR QUERER MAS,

DEL LICENCIADO DON JERONIMO DE VILLAIZAN.

### PERSONAS.

DOÑA LEONOR.  
DOÑA ANA.  
INÉS, criada.

DON JUAN.  
DON GARCÍA FAJARDO.  
DON DIEGO, su hermano.

LIRON, criado de don Juan.  
DON PEDRO, padre de Leonor.

JULIO, criado de don García.  
UN CASERO.

### JORNADA PRIMERA.

Salen DOÑA LEONOR é INÉS, su criada, y trae Inés un papel cerrado en la mano.

DOÑA LEONOR.  
¿Qué puede quererme ahora  
Doña Ana?

INÉS.  
Este me dejó  
Su criada.

DOÑA LEONOR.  
Y no esperó  
La respuesta?

INÉS.  
No, Señora;  
Porque temió que la viera  
Tu padre. Abre el papel,  
Y verás qué dice en él.

DOÑA LEONOR.  
Dice de aquesta manera:  
(Lee.) «Amiga, el estado en que están las cosas por los antiguos encuentros de mis parientes y los de don Diego, no me consiente hablarle en mi casa, ni el enojo de tu padre, por la muerte de tu hermano, me permite visitarte como solía; á mi me importa hablar á don Diego, y en ninguna parte puedo sin riesgo como en tu casa, haciendo que esté tu coche á la puerta de la iglesia mayor mañana por la tarde, y que salgan en él dos criadas tuyas, para que, quedándose una en la iglesia, y entrando yo en su lugar, pueda seguramente entrar en tu casa. Grande es el peligro; pero con decirte que me importa, que eres mi amiga, te lo digo todo. Dios te guarde. — Doña Ana.»

INÉS.  
¡Notable peligro!

DD. C. DE L.-II.

DOÑA LEONOR.  
Inés,  
Si es consejo, por tu vida,  
Que hasta que yo te le pida,  
En tu vida me le des;  
Yo te confieso es muy grave  
El riesgo á que nos ponemos  
Doña Ana y yo, si nos vemos,  
Y si mi padre lo sabe;  
Mas si ella el riesgo atropella,  
Y con rogarme me obliga,  
¿En qué muestro ser su amiga,  
Si no hago nada por ella?  
Don Juan vive en un jardín,  
Cuyo dueño, como sabes,  
No está en Valencia, y las llaves  
Dejó á mi padre; yo, en fin,  
Por poderle acudir mas,  
Cuando en mas peligro estaba  
Don Juan, como no bajaba  
Mi padre al jardín jamás,  
De un criado, á quien dejó  
La vivienda, me lle;  
Con dádivas le obligué,  
Y él de don Juan se encargó,  
Como yo se lo pedi,  
Donde mas seguro está,  
Pues ninguno pensará  
Que vive don Juan allí.

INÉS.  
¿No basta que ahora estés  
Tan empeñada en tus penas  
Propias, sin que en las ajenas  
Te empeñes de nuevo?

DOÑA LEONOR.  
Inés,  
Cuando yo no la debiera  
Esta y otras amistades,  
Por ver las dificultades  
Que tiene en su amor, lo hiciera,  
O porque amor me lastima,  
Siendo su amiga en su afán,  
O por hacerle á don Juan  
Esta lisonja en su prima;  
O lo mas cierto, por ser

Tan parecido el pesar  
En las dos, que, en suspirar,  
En sufrir y en padecer,  
Sin diferencia ninguna,  
De penas y de rigores  
Las dos en nuestros amores  
Corremos una fortuna.

INÉS.  
No tengo qué replicar.

DOÑA LEONOR.  
Eres discreta; y así,  
Como lo demás, de tí  
Esto y todo he de fiar.  
Haz, por tu vida, de suerte  
Que mañana á punto esté  
El coche.

INÉS.  
Procuraré  
Servirte y obedecerte.

DOÑA LEONOR.  
Tú le has de llevar, y luego  
Cuidarás de que esté abierta  
De esotra calle la puerta,  
Porque pueda entrar don Diego;  
Que, aunque mañana creí  
Ver á don Juan donde está  
Escondido, porque bá ya  
Dos dias que no le ví,  
Y tengo mucho que hablarte  
De su pena y de la mía,  
Mañana irá, ó otro dia,  
Al jardín á visitarle.

INÉS.  
¿Al fin tengo de llevar  
El coche? Pues he de ir,  
Yo me voy á prevenir  
Todo picaresco ajuar;  
Quiero decir, las chimelas,  
La ropa de chamelote,  
Juhoncico de picote,  
Con manto de cuatro suelas  
Y saya de picardia,  
Que juntos vienen á ser

Instrumentos de caer  
En toda alcagüetería.

DOÑA LEONOR.

Mucho á mi amor le debí,  
Pues el peligro mayor  
Que á todos diera temor,  
Me da una fineza á mi;  
Sola una vez me rendí,  
Las demás he de vencer,  
Por vivir y por tener  
Con jurisdicción alguna  
Mas derecho á la fortuna,  
Pues tengo mas que perder.

Sale DON PEDRO.

DON PEDRO.

¡Leonor!

DOÑA LEONOR.

Señor, ¿dónde vas?

DON PEDRO.

A morir.

DOÑA LEONOR.

¿Qué dices?

DON PEDRO.

Digo

Que hasta hallar á mi enemigo  
No he de responderte mas.  
Después que á Pedro perdí,  
De suerte, Leonor, estoy  
Muerto en el alma, que soy  
Quien menos sabe de sí,  
Hasta que del homicida  
Que dió á tu hermano la muerte,  
Y enemigo de mi suerte,  
Mató en la suya mi vida,  
Me deje el cielo vengar.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¡Ay don Juan del alma mía!

DON PEDRO.

¿Qué es lo que dices?

DOÑA LEONOR.

Decía

Que no te has de apasionar  
Tanto. (Ap. Amor me dé elocuencia  
Para poder persuadir  
A mi padre, y divertir  
Su venganza y su violencia.)  
Señor, ya Pedro murió,  
Y ausente don Juan está;  
Ya el cielo lo quiso, y ya  
La desdicha sucedió.  
Busquemos para tus daños  
Remedios que bien te estén,  
Porque no les están bien  
Esos odios á esos años;  
Ya don Diego y don García  
Fajardo, por enemigos  
De don Juan, son tus amigos;  
Falte al rigor la porfía;  
Porqué, si es torpe el poder  
Para poder destruir,  
Dos veces peca en vivir  
Quien vive para ofender.  
Homicida fué, tirano,  
Don Juan, y el matarle fuera  
Venganza; mas, porque él muera,  
No vuelve á vivir mi hermano.  
Hoy está compadecida  
Valencia de tu valor;  
No eche á perder tu rigor  
Tanta piedad bien nacida.  
Perdona; que, aunque serán  
Los consejos de mujer,  
Soy hija, y temo perder  
Tu vida y la de don Juan.

DON PEDRO.

Poco te debe, Leonor,  
Tu sangre, pues ahora en mí  
La desprecias; siempre fui

(Vase.) Enemigo del rigor,  
Mas no es rigor la crueldad  
Que tan justa viene á ser;  
Y aunque á ti, por ser mujer,  
Te toca el tener piedad,  
No imaginé que estaría  
Aquella sangre inocente  
En mi vejez tan caliente  
Y en tu mocedad tan fría.  
Noble soy, y aunque estoy viejo  
En los años, no en los bríos,  
Y pensando ver los míos  
En tu edad como en espejo,  
Yo, que vengarme deseo,  
Hallo, después que te vi,  
Que no me parezco á mí  
Cuando en tus ojos me veo.

DOÑA LEONOR.

Antes me atrevo á creer,  
Por lo que me has referido,  
Que espejo á tu enojo he sido,  
Y á tu piedad lo he de ser;  
Que como un hombre enojado  
Que á un espejo se llegó,  
Luego que en él se miró,  
Sosegó el semblante airado,  
Lo mismo te ha sucedido;  
Que, aunque enojado llegaste,  
Después que en mí te miraste,  
Todo el enojo has perdido;  
Y así, recibe el consejo  
Que en el cristal te has hallado;  
Que no has de volver airado,  
Si te has mirado al espejo.

DON PEDRO.

Aunque pudieras, Leonor,  
Hacer ese efeto en mí,  
Debes, mirándome en tí,  
Hacer mi enojo mayor;  
Que, como en los miradores  
Hay, por gustos de sus dueños,  
Unos espejos pequeños,  
Que hacen los rostros mayores,  
Destos, Leonor, has de ser;  
Que, cuando llegue á mirarme,  
El enojo ha de aumentarme  
La falta que te ha de hacer  
Tu hermano, ó habré pensado  
Que no es el cristal fiel  
Donde me busqué cruel,  
Y me hallé mas reportado;  
Y así, por cumplir conmigo,  
Con tu sangre y con tu amor,  
O infama por mi dolor,  
O calla por mi enemigo;  
Porque no es justo que entiendan  
Mis oídos de tus labios  
Que no ofendan los agravios,  
Y las venganzas ofendan. (Vase.)

DOÑA LEONOR.

Nada su enojo reporta,  
Creciendo su riesgo van;  
Mas si está vivo don Juan,  
Y yo vivo en él, ¿qué importa?  
Doña Ana es amiga mía,  
Su primo don Juan mi amante,  
El desvalido y constante,  
Sus contrarios cada día  
Mas poderosos; mas ciego  
Don García, mas terrible  
Mi padre, y mas imposible  
Mi voluntad, no lo niego;  
Mas, si el amor ha de ser  
Quien lo ha de facilitar,  
El darme qué aventurar  
Es darme mas que vencer.  
Vengan pues por varios modos  
Peligros; que, si el amor  
Se ha de vencer con amor,  
Amor tengo para todos.

Salen DON JUAN, LIRON é INÉS,  
deteniendo á don Juan.

INÉS.

¿Es posible que te atreves  
Á entrar aquí?

DON JUAN.

No hay temor

Que lo impida.

INÉS.

Aparta.

DOÑA LEONOR.

Cielos,

¿Qué miro? ¿Don Juan?

DON JUAN.

Yo soy.

Si se te hiciere de nuevo  
Verme en tu casa, Leonor,  
Mas de nuevo se me hace  
El vivir sin verte yo.

DOÑA LEONOR.

¿Qué es esto, don Juan, mi bien?  
¿Tú en mi casa? ¿Muerta soy!  
¿Tú en un peligro tan grande?  
Habla; ¿qué es esto, Señor?

DON JUAN.

Esto es despedirse un rayo  
De la violencia del sol,  
Salir del arco una flecha,  
Subir al cielo un vapor,  
Romper el aire un cometa,  
Quebrar los polos su union,  
Surcar el golfo una nave,  
Reventar fuego un cañon,  
Abrir la tierra una fuente,  
Herir el viento una voz;  
Esto el rigor de una ausencia,  
De unos celos un temor,  
Y esto el no verte en dos días,  
Que es la violencia mayor.

LIRON.

Y tú, Inés, ¿no me preguntas  
Lo que es esto?

INÉS.

¿Yo, Liron?

¿A qué efeto?

LIRON.

Pues no importa

Para decirte lo yo:

Soy el trueno de aquel rayo  
Y la sombra de aquel sol,  
La pluma de aquella flecha,  
El humo de aquel vapor,  
La cola de aquel cometa,  
El nudo de aquella union,  
La vela de aquella nave,  
Pólvora de aquel cañon,  
El agua de aquella fuente,  
El eco de aquella voz;  
Y para decirlo todo  
De una vez, ambos á dos  
Somos un *orate fratres*,  
Pero soy el *fratres* yo.

DOÑA LEONOR.

(Ap. Muerta soy, apenas mueve  
Las alas el corazón,  
No puedo hablar, porque el miedo,  
Que de repente ocupó  
Toda el alma, me ha impedido  
En la garganta la voz,  
En el cuerpo el sentimiento,  
En los sentidos la acción;  
Y entre el peligro y la vida,  
Entre el alma y el temor,  
No vivo de lo que fui  
Ni muero de lo que soy.  
¿Si vuelve mi padre? ¡ay cielos!  
¿Si le verá? Si le vió?

Pero agora es menester  
La cordura y el valor.)  
Que os volvais, don Juan, os ruego.

DON JUAN.

Ya sé el peligro en que estoy;  
Pero escuchad.

DOÑA LEONOR.

No es posible.

DON JUAN.

No temais, volved en vos.

DOÑA LEONOR.

Déjame estar temerosa,  
Don Juan, pues os dejo yo  
Estar tan ocasionado.

DON JUAN.

Oye, sabrás la ocasion.

DOÑA LEONOR.

Temo que mi padre vuelva.

DON JUAN.

No temas, mi bien, Leonor;  
Ya con la seguridad  
Que la noche me ofreció,  
Vine seguro hasta aqui  
Desde el jardin donde estoy  
Escondido, por la muerte  
De tu hermano; ya pasó  
El peligro, ya entré dentro,  
Ya tu padre no me vió,  
Y ya te veo, que estaba  
Ausente de tí mi amor,  
Como al vencerse la noche  
Con el día aquella flor,  
Que para vivir espera  
El rayo tibio del sol.

DOÑA LEONOR.

Señor don Juan, yo no entiendo  
Este linaje de amor;  
Vos siempre á darme pesares,  
Y á tomarlos siempre yo.  
Apenas libre me veo  
De un peligro, de un error,  
Cuando del que ha de venir  
Me avisas el que ya pasó,  
Y todo por culpa vuestra,  
Todos por vuestra ocasion;  
Cabed dentro de vos mismo,  
Venced vuestra condicion,  
Corregid vuestro albedrío,  
Moderad vuestro furor,  
No os deis todo á cualquier pena,  
Que esa es desesperacion  
De una afliccion obstinada;  
Y si es cierta la afliccion,  
Mirad por ella y por mí.  
Basta, basta que por vos  
Aventure yo mi vida,  
Sin que aventure mi honor;  
Si es fuerza el atropellar  
Imposibles, si es valor  
Entrarse por un peligro  
A costa de otro mayor,  
Yo no quiero las finezas  
Tan á costa de los dos.

DON JUAN.

Aunque para haber venido  
A tu casa era ocasion  
Bastante el haber dos días  
Que no nos vemos los dos,  
Otro tormento, otra pena,  
Otra muerte, otro dolor,  
Ahoga el llanto en los ojos,  
Los suspiros en la voz,  
Y despreciando la vida,  
Por los peligros me entró.

DOÑA LEONOR.

¿Otro tormento, otra pena  
Mas que no verme?

DON JUAN.

Mayor.

DOÑA LEONOR.  
¿Ha ya sabido mi padre  
Que nos queremos los dos?

DON JUAN.

Cuando lo sepa, ¿qué importa,  
Si no sabe dónde estoy?

DOÑA LEONOR.

¿Te ha buscado la justicia?

DON JUAN.

Esa desdicha, Leonor,  
Solo á mi vida amenaza,  
Y en quien ama y tiene honor,  
Pena que pára en morir  
No es la pena mas atroz.

DOÑA LEONOR.

¿Mayor pena que la muerte?

DON JUAN.

Mayor mal, sí, Leonor;  
¿No son mayor mal los celos?

DOÑA LEONOR.

Mayor mal los celos son;  
Pero repara primero  
Que lo pronuncie la voz.—  
Inés, ten cuenta si vuelve  
Mi padre.

INÉS.

Advertida estoy.

DOÑA LEONOR.

Digo, don Juan, que repares  
Primero con atencion  
Si los tienes ó los finges;  
Que en mujeres como yo  
Los recelos son delitos,  
Porque ha de ser fe el amor  
Que no les deje á los ojos  
Ni á los oídos su accion;  
Porque, si se empieza á alzar  
Con las dudas el honor,  
El escrúpulo no mas  
De sí creyó ó no creyó  
Pone á peligro mi fama  
Allá entre imaginacion;  
Y si has de ser mi marido,  
No le basta á mi opinion  
El ser buena para mí,  
Si para tí no lo soy.

DON JUAN.

Mas cortés es mi delito,  
Menos grosero mi error;  
No son celos, son temores  
De no merecerte, son  
Cuidados de un imposible;  
No infiel, suspenso estoy  
Entre el dolor y la queja,  
Entre el recelo y la voz;  
Pues ni falto al sentimiento,  
Por no faltar á mi amor,  
Ni consiento en la sospecha,  
Por no infamar tu opinion.

DOÑA LEONOR.

Si es rendimiento esa queja,  
Descansa y dila, y te doy  
Palabra de asegurarte  
Del escrúpulo menor.  
Yo el consuelo te daré;  
Haz, sin que lo sepa yo,  
De tí adentro que el consuelo  
Pase por satisfacion.

DON JUAN.

Supe ayer (no has de enojarte)  
Que tu padre...

DOÑA LEONOR.

Acaba.

DON JUAN.

¿Ay Dios!...

DOÑA LEONOR.

Mira que es tarde, don Juan.

DON JUAN.

Para tener ocasion  
Mas fácil á su venganza,  
Ha tratado (¡qué rigor!)  
Casarte con la cabeza  
De los Fajardos, que son  
Mis enemigos mayores.  
Yo lo supe, y me dejó  
La nueva terrible como  
Queda en el soto el pastor  
Que de repente del rayo  
Vió la luz y el trueno oyó,  
Que no le bastó á matar  
El incendio tronador,  
Y no le deja vivir  
El estallido, y quedó  
Entre el incendio y la llama,  
Entre la vida y la voz,  
Sin morir ni respirar,  
Un compuesto de los dos;  
Y así, he venido á saber  
Si esto es verdad ó no;  
Si es tu esposo don Garcia,  
Ejecute su rigor  
El fuego del rayo en mí,  
Haga cenizas mi amor,  
Y muera yo de una vez;  
Mas para que muera yo  
No es menester el incendio,  
La llama, el fuego, el ardor  
Del rayo; que el estallido  
Para matarme bastó.

DOÑA LEONOR.

Mucho me holgara, don Juan,  
De contarte por menor  
La verdad, mas no es posible;  
Solo por respuesta doy  
A tus dudas y á tus quejas  
Que soy tuya y tengo honor.  
En eso de don Garcia  
No tengo parte; los dos  
Nos verémos en tu casa;  
Que yo buscaré ocasion  
Para verte en el jardin.  
Vuélvete ahora, Señor,  
Antes que mi padre vuelva.

DON JUAN.

Espera.

DOÑA LEONOR.

Acaba, por Dios;  
Que eso es darme pesadumbre.

DON JUAN.

No es sino morir de amor.

DOÑA LEONOR.

¿Quiéreste volver, don Juan?

DON JUAN.

Sí, Señora; ya me voy.

DOÑA LEONOR.

¿Mas que ha de venir mi padre?

DON JUAN.

No volverá...

INÉS.

¿Mi señor!

DOÑA LEONOR.

¿Es burla ó verdad, Inés?

INÉS.

¿Que sube!

DOÑA LEONOR.

Temblando estoy.

DON JUAN.

Dame á besar una mano.

DOÑA LEONOR.

Toma, y vuélvete.

DON JUAN.  
Leonor,  
¿Irás á verme mañana  
Al jardín?

DOÑA LEONOR.  
Sí.

DON JUAN.  
Adios.

DOÑA LEONOR.  
Adios. (Vase.)

INÉS.  
Lindamente la han tragado  
Los señores.

LIRON.  
Luego ¿no  
Viene el viejo?

INÉS.  
Venirá.  
Mamá el señor Liron.

(Vanse.)

Salen DON DIEGO y DON GARCÍA.

DON DIEGO.  
Aunque intentes, hermano don García,  
Encubrirle esa pena al alma mía,  
En tu desasosiego  
Conozco tu disgusto.

DON GARCÍA.  
Oye, don Diego:  
Ya sabes que mató don Juan Centellas  
A don Pedro de Luna, y las querellas  
Sabes con que su padre, airado, intenta  
Vengar su muerte y redimir su afrenta.

DON DIEGO.  
Todo lo sé, y tambien que su esperan-  
Para facilitar esta venganza, [za,  
Por verse viejo, solo y desvalido,  
Se valió de nosotros, que hemos sido  
Opuestos á don Juan. (Ap. A Dios plu-  
Que nuestro amigo fuera, [guiera  
Porque á su prima adoro,  
Y el fin que ha de tener mi amor ignoro.)  
Sé tambien que es su intento  
Ofrecerte á su hija en casamiento;  
Sé que lo has acetado, y sé que es mucha  
Su virtud y nobleza.

DON GARCÍA.  
Pues escucha:  
Hacia el campo esta tarde me salía  
A estar conmigo y con la pena mía,  
Y al tiempo que pasaba  
Por la iglesia mayor, parado estaba  
El coche de Leonor; y yo, pensando  
Verla ó hablarla, me detuve, cuando  
Dos tapadas se entraron  
En el coche, y de mí se recataron  
Tanto; que su cuidado avisó el mio;  
Segullas, y porfio,  
Celoso y recatado, en conocerlas.

DON DIEGO.  
¿Qué dices?

DON GARCÍA.  
Porque el verlas,  
Las cortinas cerradas,  
Las calles discurrir mas excusadas,  
Celos me añadió á celos.  
Dos veces me llegué al estribo...

DON DIEGO.  
(Ap. ¡Ay cielos!  
Que era doña Ana la que en él venia,  
Y si la conoció, perdió en un día  
Nuestro amor el secreto, yo su mano;  
Ella enojó á su primo, yo á mi hermano,  
Pues si llega á saberse nuestro intento,  
Ninguno ha de admitir el casamiento;  
Y aunque con esta doña Ana no venia,  
¡Notable azar!) Prosigue, don García.

DON GARCÍA.  
Dos veces pues por el estribo llego.

DON DIEGO.  
¿Y al fin las conociste?

DON GARCÍA.  
No, don Diego;  
Mas para las sospechas que he traído  
Basta que una criada he conocido  
De Leonor, y saber me falta ahora  
Si acaso era Leonora  
La dama que de mí se encubrió tanto  
El rostro con el manto.  
Ya paró el coche, y he de ver, don Die-  
Si son ciertas mis dichas. [go,

DON DIEGO.  
¿Estás ciego?

Advierte, don García,  
Que no pase el cuidado á grosería,  
El recelo á bajaiza,  
La sospecha á delito, la fineza  
A desprecio, el engaño  
A evidencia, y la duda á desengaño;  
Que hay hombre en su sospecha tan  
[constante,  
Que, por llevar sus celos adelante,  
Dará á entender, segun la ofensa apura,  
Que le importa el agravio ó le procura,  
Y que le está peor á su cuidado  
El quedar satisfecho que agraviado.

DON GARCÍA.  
Don Diego, mis recelos  
Desde que fueron dudas fueron celos;  
Que si el indicio fuera [ra,  
Tan grande, que disculpas no admitiese  
El alma por la boca y por los labios,  
A riesgo abierto, los llamara agravios.

DON DIEGO.  
(Ap. Si sabe don García  
Que es prima de don Juan la que venia  
En casa de Leonor, y á verla ha entrado,  
Le ha de dar mas cuidado [ne;  
Saber por qué se encubre y á qué vie-  
Y si mas en la calle se detiene, [ta,  
Me embaraza el entrar por la otra puer-  
Que ya para este efeto estará abierta.  
¿Hay modos de desdicha mas extraños?  
¿Que nazcan de un descuido tantos da-  
[ños?]

Volvámonos, hermano, y no prosigas  
A apurar mas disgustos.

DON GARCÍA.  
Mas me obligas  
Con fingidos consuelos,  
Si en apurar mis celos  
Mis dudas me empeñaron...

DON DIEGO.  
Pues ya no has de poder, porque se en-  
[traron.

DON GARCÍA.  
Por tu culpa, don Diego,  
No llegué á conocerlas.

DON DIEGO.  
¿Estás ciego?

¡Excusarte un error le llamas culpa?  
Pero el estar celoso te disculpa.  
Volvámonos; repara  
Que apenas es de noche, y si te hallara  
A su puerta parado  
Su padre de Leonor, es tan honrado,  
Que de tí se ofendiera.

DON GARCÍA.  
Con celos no hay cordura; aquí me es-  
[pera.

DON DIEGO.  
A ser locura tu recelo pasa.

DON GARCÍA.  
Ya no hay consejo que á mis celos en-  
[dre;  
Que he de entrar en su casa.

DON DIEGO.  
Pues repórtate, y mira que su padre  
De Leonor nos ha visto; no le demos  
A entender la ocasion de tus extremos.

Sale DON PEDRO.

DON PEDRO.  
Ah señor don García,  
¿A pié y en esta calle? (Ap. ¡Ay honra  
No acierto á hablar.) Yo vengo [mial  
A desaros las manos.)

DON GARCÍA.  
Y yo tengo  
Mucho que hablar con vos, y os he en-  
A buen tiempo. [contrado

DON DIEGO. (Ap.)  
A don Pedro le ha pesado  
De encontrarle á su puerta;  
Todo en abono mio se concerta.

DON GARCÍA.  
Esto es forzoso; perdonad, don Diego.

DON DIEGO. (Ap.)  
Daré la vuelta á esotra calle, y luego  
Vendré á ver á doña Ana; que la puerta,  
Pues ya entraron en casa, estará abier-  
[ta. (Vase.)

DON PEDRO.  
Ya sabeis que la fama  
Es, señor don García, en una dama  
La hermosura mayor; yo os he ofrecido  
A Leonor por esposa, y he sentido,  
Cuando están nuestros deudos empe-  
En mayores cuidados, [ñados  
Que no mireis por vos, por mí y por ella.  
Vos muy galan, muy bella  
Leonor, muerto su hermano,  
Y yo muy viejo, el vulgo muy tirano,  
Público en el lugar vuestro deseo,  
Repetido en mi calle el galanteo,  
El honor melindroso,  
La envidia atenta, el tiempo peligroso;  
Alguno que lo mira,  
Que parece que calla y que suspira;  
Luego temer pudiera  
Que crean todos lo que yo creyera;  
Y así, no permitais que yo me queje  
De Leonor, ni que á vos os aconseje  
Segunda vez; remediense estos daños:  
Que, aunque es el galanteo en vuestros  
Escándalo decente, [años  
Pensarán que mi hija lo consiente,  
Y yo lo callo, que es error mas grave,  
Pues ni le admito yo, ni ella lo sabe;  
Y así, seguid mejor vuestras acciones,  
Porque en las opiniones  
Que una vez toma el vulgo por su cien-  
El escándalo pásapora afrenta. [ta,

DON GARCÍA.  
Digo, señor don Pedro, que me ajusto  
A vuestra correccion y á vuestro gusto.

DON PEDRO.  
No, señor don García; antes me quejo  
Que llameis correccion lo que es conse-  
Decoro es de los dos; y así, procuro [jo;  
Que esté mi amor y el vuestro mas se-  
[guero;  
Y porque es tarde, vamos, don García;  
Que os he de acompañar.

DON GARCÍA.  
Eso seria  
Escándalo mayor.

DON PEDRO.  
No hay que excusaros,  
Dentro de vuestra casa he de dejaros;  
Esto ha de ser, ahora he de tomarme  
Con vos esta licencia.

DON GARCÍA.  
Si es écharme  
Por fuerza de la calle...

DON PEDRO.  
Eso sería  
En entrambos costosa grosería;  
Y así, primero que salgáis, os digo  
Que os he sacado y os salisco conmigo;  
Con que está vuestra duda satisfecha.

DON GARCÍA.  
Al fin me voy dejando mi sospecha  
Mayor. ¿Qué fin espera mi cuidado  
De un amor cuya vida he reparado? [los  
Que han permitido, por mi mal, los cie-  
Que empiece en una muerte y unos ce-  
[los. (Vase.)

Salen DOÑA ANA é INÉS, con mantos.

DOÑA ANA.  
Esto nos ha sucedido  
Con don García, Leonor:  
Desde la iglesia mayor  
Nos vió salir, y ha seguido  
El coche.

DOÑA LEONOR.  
[Notable azar! —  
¡Ay, Inés, si os conocí!

INÉS.  
No; porque el cochero echó  
Por defuera del lugar,  
Y luego se cansaría  
De seguirnos; no lo dudo.

DOÑA ANA.  
Pierde el temor, que no pudo  
Conocernos don García;  
Mas di: ¿cómo estás con manto,  
Leonor? ¿Ibas fuera?

DOÑA LEONOR.  
Sí,  
Tenia qué hacer, y creí,  
Como te tardabas tanto,  
Que no vinieras; mas ya  
Dilataré el ver, doña Ana,  
A tu primo hasta mañana.

DOÑA ANA.  
Pues ¿sabes tú dónde está?

INÉS.  
Por su puerta hemos pasado.

DOÑA LEONOR.  
Y ¿vió el coche?

INÉS.  
No, Señora.

DOÑA LEONOR.  
Solo me faltaba agora  
Por mi alivio ese cuidado,  
Después de no verle hoy,  
Como lo había pedido.

INÉS.  
Ruido á la puerta he sentido.

DOÑA ANA.  
¿Si es don Diego?

INÉS.  
A verlo voy. (Vase.)

DOÑA LEONOR.  
Si fuere, déjalo entrar,  
Y no te quites, Inés.

DOÑA ANA.  
El manto, porque después  
A doña Ana has de llevar.

DOÑA ANA.  
¿Es verdad que ibas á ver  
A mi primo?

DOÑA LEONOR.  
Sí, doña Ana,  
Y habré de verle mañana,  
Ya que hoy no ha podido ser;

Porque de suerte lo pasa  
Sin mí, que temer podría  
Que él se viniese á la mía,  
Si yo no voy á su casa.

DOÑA ANA.  
Pues si le vieres, Leonor,  
No digas que yo he venido,  
Ni que tu casa he elegido  
Por sagrado de mi honor;  
Pues, aunque tu pensamiento  
Es dueño de su albedrío,  
Ya sabes cómo mi tío  
Trató nuestro casamiento.  
Y aunque él se excusó por tí,  
Y yo por otro galán,  
No es bien que entienda don Juan  
Esta liviandad en mí.

Y mas, siendo la ocasión  
Don Diego Fajardo, pues  
Su mayor contrario es;  
Ya sé que por mi afición  
Don Diego ha de procurar  
Estas paces, y no es bien,  
Hasta que amigos estén,  
Que lo llegue á sospechar.  
Yo vengo á tratar el modo  
Cómo tu padre y su hermano  
Le den á don Juan la mano,  
Con que se apacigüe todo;  
Y así, que guardes te ruego  
Este secreto, advertida  
De que nos va en él la vida,  
La suya y la de don Diego.  
Pues aunque hoy dadasa esté,  
Quizá el cielo dispondrá  
Una dicha que será  
Por un delito que fué.

DOÑA LEONOR.  
Cuándo á mí no me importara  
Que don Juan no lo supiera,  
Y por tí no lo encubriera,  
Por mi gusto lo callara;  
Que, aunque mujer he nacido,  
Jamás en esto lo fui,  
Pues tan parecido en mí  
Es el secreto al olvido.  
Que, como jamás le halla  
La voz, está persuadida  
A que el silencio la olvida,  
Y no es sino que la calla.

Salen DON DIEGO.

DON DIEGO.  
Aunque falte á la amistad  
De don Pedro, pues pudiera  
Enojarse si supiera  
Que al respeto y calidad  
De su casa ofendo aquí,  
¿Qué importa que muy fiel  
Mi amistad me culpe en él,  
Si amor me disculpa á mí?  
Aquí están las dos.

DOÑA ANA.  
¿Don Diego?

DON DIEGO.  
¿Doña Ana?

DOÑA ANA.  
Seas bien venido.

DON DIEGO.  
Si alegre y favorecido  
A besar tus manos llevo,  
Decir podré con verdad,  
Ufano con tal favor,  
Que, á no haber muerto de amor,  
Muriera de vanidad;  
Y aun no queda encarecida  
Mi voluntad verdadera,  
Pues cuando á tus ojos muera,  
Quedo á deber una vida.

Y solamente he sentido  
No poder, firme y constante,  
Morir una vez de amante  
Y otra de favorecido.

DOÑA ANA.  
Hable, don Diego, por mí  
Esta fineza no mas,  
Que por ella inferirás  
Lo que puedo hacer por tí  
En peligros semejantes;  
Porque en llegando á querer,  
Las finezas han de ser  
La lengua de los amantes.  
Pero dejemos ahora  
Hipérboles, y á Leonor  
Le agradece este favor.

DON DIEGO.  
Perdonad, bella Señora,  
A mi amor, pues divertido  
En tan apacible calma,  
Por hacer dichosa un alma,  
Hice grosero un sentido.

DOÑA LEONOR.  
No habeis sido descortés,  
Que en presencia de la dama,  
Descortesía se llama  
Ser con otra mas cortés.  
Agradecelde, don Diego,  
A doña Ana tanto amor,  
Y si yo en este favor  
Tengo alguna parte, os ruego  
Que os acordeis algun día  
(Si me valiere de vos),  
De lo que hago por los dos  
Ahora, pues ser podría  
Que os hubiere menester.

DON DIEGO.  
Para aventurar mi honor  
Y vida, basta, Leonor,  
Ser yo noble y vos mujer.

DOÑA LEONOR.  
El valor todo lo allana.

Salen INÉS, alborotada.

Mas ¿qué ruido es este, Inés?

INÉS.  
Vengo muerta.

DOÑA LEONOR.  
Dilo pues.

INÉS.  
Haz que se esconda doña Ana  
Y que se vaya don Diego;  
Que es don Juan, y hoy vió pasar  
El coche y le ha visto entrar,  
Y viene celoso y ciego.

DON DIEGO.  
¿Qué importa? Di que entre acá;  
Que nadie se ha de esconder.

DOÑA LEONOR.  
Eso es écharme á perder.

DOÑA ANA.  
Aun peor que estaba está.

DOÑA LEONOR.  
Por esa puerta, que sale  
Al patio, os salid, Señor; —  
Y tú, amiga...

DOÑA ANA.  
¿Qué temor?

DOÑA LEONOR.  
De ese camarín te vale.

DON DIEGO.  
Advertid.  
DOÑA LEONOR.  
No hay que advertir;  
Sed mas cuerdo y mas cortés.

DON DIEGO.

Yo me voy.

*(Vanse doña Ana y don Diego.)*

DOÑA LEONOR.

Agora, Inés,

A don Juan puedes abrir.

*Sale DON JUAN.*

DON JUAN.

No vengo, tirano dueño  
De mi amor y mis suspiros,  
Amante á contar mis quejas,  
Firme á obligar tus desvios,  
Quejoso á decir mis ansias,  
Triste á procurar mi alivio,  
Blando á enternecer tu amor,  
Y muerto á llorar tu olvido;  
No vengo, Leonor, á ser,  
A fuerza de incendios vivos  
En el fuego de tus ojos,  
Fénix mejor de mi mismo;  
A ser escándalo vengo  
De mi agravio, á ser testigo  
De mi infamia, y escarmiento  
De los dos engaños míos,  
A librarme de una vez  
De ese mentiroso hechizo  
De tu amor, y á dar venganza  
A tu padre y á mi amigo.

DOÑA LEONOR.

Si buscas satisfacción,  
Sabe que mi honor estimo  
Mas que tus celos, don Juan;  
Acaba, descansa, dílos;  
No ande el duelo en opiniones,  
Hagan las quejas registro  
Del agravio, informe el alma  
La verdad á los sentidos.

DON JUAN.

Porque te adoro me ofende  
Tu rigor, porque te sirvo  
Me desprecias, y me matas  
Porque la vida no estimo.  
Cuando yo, por no apartarme  
De tus ojos, solicito  
Mi muerte, pues de Valencia  
Por tu ocasion no he salido;  
Cuando la nueva no mas  
De que ayer tu padre quiso  
Casarte con don Garcia,  
Desesperado y perdido  
Me trujo á verte, y me hallé  
Tan bizarro en el peligro,  
Que me festejó buscado  
Lo que me asustó temido,  
Cuando porque me volviere,  
Por soborno ó por alivio,  
Dijiste que me verias  
En el jardín, donde ha sido,  
A imitación de las flores,  
Mi amor su retrato mismo,  
Al nacer el alba adorno,  
Al morir el sol delito.  
Y cuando yo te esperaba  
Para descansar contigo  
De las penas en que muero  
Y de la ausencia en que vivo,  
; Con qué pena lo declaro!  
Con qué dolor lo publico!  
Tu coche, ¡ay Leonor! tu coche  
Pasar por el jardín miro;  
A don Garcia detrás,  
Sentada Inés al estribo.  
Celoso tomo la espada,  
Enojado el coche sigo;  
Traigo conmigo un criado,  
Encárgole ser registro;  
Veo apear dos mujeres,  
Quiero llegar atrevido;  
Topo á tu padre á tu puerta,

Al rostro la capa aplico;  
Vuelvo la calle cobarde,  
A esotra puerta me arrimo;  
Llega un hombre arrebozado,  
Oigo á Inés que baja á abrirlo;  
Dejo el criado á la puerta,  
Que tenga cuenta le aviso;  
Pretendo subir á verte,  
Desfendelo Inés con bríos,  
Detienenme tres criadas;  
Avisante que he venido,  
Oigo cerrar una puerta,  
Siento en esotra ruido;  
Hallo que vienes de fuera,  
Puesto el manto sin alioño,  
La voz sin palabras hechas  
Y el rostro sin color fino;  
Mira si para un agravio  
Son menester mas indicios.

DOÑA LEONOR.

*(Ap. ¿Es verdad ó es ilusion  
Lo que por mi ha sucedido?)  
Don Juan, advierte, repara  
Que soy tuya y que lo he sido.  
Pero haces de suerte el cargo,  
Que parece que es preciso  
Tu agravio; no acierto á hablar,  
Disculpado estás conmigo.  
Pero imagino, Señor  
(¿Qué sé yo lo que imagino?),  
Que debe de ser verdad,  
Don Juan, todo lo que has dicho  
Y que ha pasado por mí;  
Pero yo no lo he sabido.*

DON JUAN.

Mal me asegura tu engaño.

DOÑA LEONOR.

Habla quedo, no dés gritos;  
Mira no venga mi padre.

DON JUAN.

Su venganza solicito;  
Viva ó muera, que no siempre  
Se han de temer los peligros;  
Un vivir amenazado,  
Ni le logro, ni le estimo;  
Pues viviendo, lo que temo,  
Temo aun mas de lo que vivo;  
Y así, acaben de una vez  
Mis ansias y mis suspiros.  
Dime quién es el dichoso  
Que tan presto ha merecido  
Esas finezas.

DOÑA LEONOR.

Don Juan,

Ya te he dicho, ya te he dicho  
Que se vayan poco á poco  
Tus sinrazones conmigo;  
Quizá pueden ser finezas  
Las que sospechas delitos.  
Bien puede ser que sean ciertos  
Los recelos que has tenido;  
Que los cargos sean verdad  
Y que no lo sea el delito.  
Sin intencion no hay agravio,  
Ni hay ofensa sin indicio;  
De la ejecucion del brazo  
Es el amago el principio;  
Aun la violencia del rayo  
Se templa en lo ejecutivo,  
Que del estruendo y la llama  
Es el relámpago aviso.  
Primero que el sol corone  
De luz y esplendor los riscos,  
Planeta menor el alba,  
Los dora con rayos tibios.  
Piedad ó costumbre sea  
De lo airado ó lo benigno,  
Lo mismo que al sol el alba  
Es al rayo el estallido.  
Pues si guarda un elemento

Sus fueros de obras precisos,  
Y no me has dado ocasion  
De ser ingrata, y he sido  
Constante á fuerza de penas,  
Firme á pesar de peligros,  
No te informe á ti tu agravio  
Mientras yo ignorare el mio.

DON JUAN.

Estos, Leonor, no son celos;  
Agravios son conocidos.

DOÑA LEONOR.

¿Conocidos?

DON JUAN.

Y evidentes;

Yo lo he visto.

DOÑA LEONOR.

¿Tú lo has visto?

DON JUAN.

Y tengo de conocer  
Al hombre que se ha escondido.

DOÑA LEONOR.

¿En mi casa?

DON JUAN.

Sí, en tu casa.

DOÑA LEONOR.

*(Ap. ¿Qué he de hacer? Pues si le digo  
Que la que pasó en el coche  
Era doña Ana, y que vino  
A verse aquí con don Diego,  
Ofendo el decoro mio,  
Aventuro que no crea  
La verdad, pongo á peligro  
A doña Ana, y embarazo  
Las paces, que, á ruego mio,  
Ha de tratar con mi padre  
Don Diego; pues yo prosigo  
En negarlo aunque se enoje  
Don Juan.)* Tú estas persuadido  
A tu agravio, y no hay agravio;  
A mi olvido, y no hay olvido;  
A tus celos, y no hay celos;  
; Ha de poder mas contigo  
Una duda en un instante  
Que una fe de muchos siglos?  
En ti han podido engañarte  
Los ojos y los oídos;  
Pero en mí te informa el alma,  
Que no puede haber mentido;  
Y así, me has de creer,  
Y no á ellos lo que han dicho.  
Pues no será justo que  
Tenga crédito mas lijo  
Un sentido para un alma  
Que un alma para un sentido.

DON JUAN.

No trates de asegurarme,  
No, porque el afecto mismo  
Con que me estorbás la entrada,  
Aumentas los celos míos.

DOÑA LEONOR.

No es verdad lo que me quieres;  
No hagas con ingrato estilo  
Agravio de la fineza  
Y queja del beneficio;  
Que esto es amor.

DON JUAN.

¿Es amor?

DOÑA LEONOR.

¿Quieres verlo? Tú has querido  
Averiguar unos celos,  
Que imaginados ó vistos  
Dan muerte; yo te aseguro  
La vida, el gusto, el alivio;  
Tú quieres mirar de el sol,  
Rayo á rayo, el fuego activo,  
Que te abraza y que te ciega;  
Yo con nublados mitigo

En tus dudas y en tus celos,  
Ya las llamas, ya los visos;  
Tú el basilisco de amor,  
Que son los celos, preciso  
Quieres mirar, yo le cierro  
Los ojos al basilisco;  
Tú quieres pisar el áspid,  
Yo los pasos te resisto;  
Tú te aventuras al daño,  
Yo te defiendiendo el peligro;  
Tú te empeñas, yo te guardo;  
Tú te pierdes, yo te libro;  
Pues si tú buscas el daño,  
Y yo el remedio te aplico,  
Tú eres quien te quieres menos,  
Y yo quien mas te ha querido;  
Y así, pues que no has de entrar,  
Porque, como ya te he dicho,  
A ti y á mí nos importa,  
Y soy noble, y no me olvido  
De que soy tuya, y si vuelve  
Mi padre, que está ofendido,  
Temo un daño, y no has de usar  
Descortésias conmigo,  
Y no se puede creer  
De mí que tenga escondido  
Hombre de tan bajas prendas,  
Que cuando á voces publico  
Que soy tuya, lo esté oyendo,  
Y no salga á resistirlo,  
Vuélvete al jardín, don Juan.

DON JUAN.

Mejor dirás á un martirio  
De mi imaginar sospechas  
Y de tormentos fingidos.  
Al fin me vuelvo, Leonor,  
Desesperado y corrido.

DOÑA LEONOR.

Contento y asegurado  
Dirás mejor.

DON JUAN.

Hoy perdimos,  
Yo la prision de tus ojos,  
Y tú el imperio en los míos.

DOÑA LEONOR.

Yo sabré satisfacertos.

DON JUAN.

Y yo sabré no admitirlos;  
Y así, entre caducas flores  
Voy, celoso y ofendido,  
A morir de muchas veces.  
¿Qué mal hizo, qué mal hizo  
Quien se guardó para el rayo,  
Y no murió del aviso!

DOÑA LEONOR.

Llorando va, mas no importa;  
Tenga celos, tema olvidos,  
Cuente quejas, finja agravios,  
Sufra enojos, dé suspiros,  
Llore dudas y haga extremos  
De celoso; que yo admito  
La sospecha que hoy me infama,  
Por los daños que hoy le impido;  
Yo sabré satisfacerle,  
Pues enojarle he sabido.

## JORNADA SEGUNDA.

Salen LIRON y DON JUAN.

LIRON.

Esperé, como mandaste,  
A la puerta de Leonor,  
Y á poco rato, Señor,  
De como en su casa entraste,  
Salir dos mujeres vi,

Que hácia la casa guiaron  
De doña Ana; ellas se entraron,  
Tardábanse y me volví;  
Y cuando hallarte pensé  
Alegre y desengañado,  
Bien herido y mal curado  
De tus sospechas te hallé.  
¿Qué tienes, que á todas horas,  
Que con tu mal te aconsejas,  
Hablas como que te quejas  
Y miras como que lloras?  
Acaba ya de perder  
A tus males el cariño,  
Vaya el amor para niño  
Y Leonor para mujer;  
Que si ponderar tus daños  
Tan eficaz lo porfias,  
No hay don Juan para dos días,  
Y hay celos para mil años.  
Vuelve en tí, dale al amor  
El pago que á ti te dan.  
¿Hablas? ¿Respondes, don Juan?  
A esotra puerta, Señor.

DON JUAN.

[los ?

¿Qué furia, qué veneno es este, cie-  
¿Así muere un amor de tantos años?  
¿Que no baste á advertirme los engaños  
Quien pudo ocasionarme los desvelos?  
Cuando menos pensaba en mis rece-

[los,

Y menos sospeché los desengaños,  
Tanto el indicio apresuró los daños,  
Que aun no tuve lugar de tener celos.  
¿A quién jamás, á quién le ha sucedi-  
Sentir sin alma y no rogar quejoso? [do  
Solo á mí, que á mis penas he nacido.

Pues ni sabe mi amor huir celoso,  
Ni yo puedo esperar correspondido,  
Ni me deja el agravio estar dudoso.

LIRON.

Ya escampa; ¿hay tal suspension?  
El hombre trae la veleta  
Como cascado de poeta  
En noche de colacion.  
Mira, Señor, que es vulgar  
Error, justo de reñir,  
Que tú te dejes morir  
Por quien te dejas matar.

DON JUAN.

¡Ay Liron! que no has sabido  
Querer mucho, pues tan presto  
Tienes el gusto dispuesto  
A olvidar lo que has querido.

LIRON.

Dicen los que mas se alaban  
De finos enamorados  
Que en celos averiguados  
Las amistades se acaban.  
Esto dicen todos, yo  
Ni quito ni doy consuelos;  
Juzga tú si están tus celos  
Averiguados ó no.

DON JUAN.

Vén acá; solos estamos,  
Habla á mi pena.

LIRON.

Si haré.

DON JUAN.

No digamos lo que fué,  
Lo que pudo ser digamos.  
¿No pudo ser que viniendo  
A verme Leonor, la viera  
Don Garcia, y que siguiera  
El coche, y ella, temiendo  
Que aquí la vieses entrar,  
Lo quisiese desmentir,  
Dándome á mí qué sentir,  
Y no á él qué sospechar?  
Porque si á hablarle en su amor

A don Garcia saliera,  
Pensar que á que yo la viera  
Pasó por aquí, es error.  
Pudo ser que el embozado  
No entrase á ofenderme á mí;  
Que la puerta que yo vi  
Cerrar, fuese sin cuidado;  
Que el recelo y turbacion  
De Leonor, el estorbarme  
La entrada y el obligarme,  
Con razon ó sin razon,  
A no averiguar por mí  
Mi amor y mis celos, fuera  
Temor de que no viniera  
Su padre, y me hallara allí.  
Pues si esto pudo ser,  
Y pudieron engañarse  
Los ojos, y á declararse  
Allega así una mujer  
Conmigo, y es principal;  
Y viéndome desvalido,  
Me ha alentado y me ha querido  
Con una fe tan igual,  
Que jamás temí este daño,  
¿Por qué he de creer aquí  
Que Leonor me engaña á mí,  
Y no soy yo quien me engaña?

LIRON.

Un coche á la deshilada,  
Una cortina corrida,  
Una dama muy salida,  
Y una puerta muy cerrada,  
Y lo demás que se ofrece  
Al discurso que señalo,  
Ello no puede ser malo,  
Mas por Dios que lo parece.  
Pero, pues lo abonas ya,  
Y en seguir tu humor obligo,  
Si tú lo acabas contigo,  
Conmigo acabado está;  
Que harta compasion merece  
Quien á tal tiempo ha venido,  
Que se hace desentendido  
Del daño que le padece.

DON JUAN.

Dices bien; miente el amor  
En los ojos y los labios,  
Y no mienten los agravios  
Y en las dudas el honor.  
¿No me dijo que vendría  
A verme Leonor y á hablarme,  
Y solo vino á matarme  
De celos con don Garcia?  
¿Yo no vi que bajó á abrir  
Inés, que estaba arrimado  
Un hombre, que entró embozado;  
Que en mí quiso resistir  
La entrada, que se turbó  
Leonor cuando le avisaron,  
Que dos puertas se cerraron,  
Y que al fin no me dejó  
Que entrase á desengañarme  
De los celos que traía?  
Pues ¿qué ignorancia porfia  
Vanamente á consolarme?  
Fineza no pudo ser  
Para obligarme á salir,  
Pues menos que en resistir  
Tardara en satisfacer;  
Y era fineza mayor  
Darme en pena tan crecida  
Un rigor mas á la vida  
Que una sospecha al honor.  
Luego no puede quererme  
Quien de un lance tan dudoso  
Me dejó venir celoso,  
Pudiendo satisfacerme.

LIRON.

Eso sí, cuerpo de Dios;  
Acaba de ser galán  
Recluso, que nos tendrán

Por cartujos á los dos.  
Doña Leonor nos afrenta,  
Y su padre de doña Ana  
Nos ruega, y con mucha gana;  
Toma tu paz por su cuenta,  
Con que á su hija le des  
La mano y te cases luego;  
Esto importa á tu sosiego.  
Sé con tu prima cortés.

DON JUAN.

La vida me ha de costar,  
Pero no me he de vencer;  
Yo no me pude valer  
De violencias para entrar.  
Resistiéndolo Leonor,  
Esperar á que viniera  
Su padre, y allí me viera,  
Era otro daño mayor;  
Pues su afrenta publicaba  
La de Leonor y la mía,  
Y á mi honor no le valía  
Lo que á los dos infamaba;  
Y así, pues no he de pedir  
Que Leonor me satisfaga,  
Y cuando por sí lo haga,  
Ya no lo puedo admitir.  
Después de aquel desengaño,  
Hoy á doña Ana veré;  
Quizá así divertiré  
Este amor con este engaño.  
Y por lo menos verá  
Leonor, si viniere aquí,  
Que de los celos que vi,  
Huigo las disculpas yo.

Salen DOÑA LEONOR É INÉS, con man-  
tos, y EL CASERO con ellas.

DOÑA LEONOR.

¿Qué hace don Juan?

CASERO.

Aunque ha estado

Hoy mas triste que otros días,  
Luego que á verle venias  
Le juzgué mas consolado.  
Háblale y dile, Leonor,  
Que, pues jamás viene aquí  
Tu padre, y flas de mi  
Tú su vida y él tu amor,  
Y nadie puede saber  
Que vive aquí retirado,  
Se aliente, pues le ha postrado  
Tanto el pesar desde ayer,  
Que temo un daño mayor. (Vase.)

DOÑA LEONOR.

¡Ay don Juan! quieran los cielos  
Que se reduzgan sus celos  
Á la verdad de mi amor.

LIRON.

Inés y Leonor.

DON JUAN.

¿Qué dices?

LIRON.

Que son ellas, ó estoy ciego.

DOÑA LEONOR.

¡Ay Inés! temblando llego.

INÉS.

Llega, y no te atemorices.

DOÑA LEONOR.

Porque no pienses, don Juan,  
En mi agravio y á mi costa,  
Que te ha arrojado del pecho  
Quien de su casa te arroja;  
Aunque mi estado me excusa,  
Aunque mi sangre me abona,  
Aunque mi amor me asegura  
Y aunque mi honor me reporta,  
Y algunas finezas mías,  
Pienso que ya serán pocas,

Porque después de unos celos  
Es tan flaco de memoria  
El amor, que si una duda  
A ser agravio se asoma,  
Finezas de muchos siglos  
Se olvidan en pocas horas;  
Finalmente, aunque pudiera  
Prometerme que yo sola  
Valiera, don Juan, contigo  
Mas que tus sospechas todas,  
No quiero de sus recelos  
Que adelantes las lisonjas;  
Que no estragues las finezas  
Quiero solamente ahora;  
Y así, por satisfacerte...

DON JUAN.

Si eso solo te apasiona,  
Leonor, yo estoy satisfecho,  
Si no lo estaba hasta ahora,  
De que fué flor mi esperanza,  
De que fué mi vida sombra,  
De que fué mi dicha engaño,  
De que fué mi amor lisonja,  
De que fué mi gloria sueño,  
Y tu amor... Pero ¿qué importa  
Que amor... que vida... que dicha,  
Que esperanzas y que gloria,  
Al cabo no fué mentira,  
Flor, engaño, sueño y sombra?

DOÑA LEONOR.

Anoche entraste en mi casa.  
Parece que unas á otras  
Se llamaban las desdichas;  
Pero ¿cuándo vienen solas?  
Vi en un peligro tu vida,  
En otro mayor mi honra,  
Y en mas sospechas mi amor;  
Y yo, entre tantas congojas,  
Por morir de cada una,  
No quise morir de todas;  
No hallaba el alma en el cuerpo,  
Las palabras en la boca,  
Ni en el pecho el corazón;  
Pues ya en tu vida medrosa,  
Ya en mi amor desconfiada,  
Y ya en tus celos absorta,  
Embarazada en sí misma  
Con el susto la memoria,  
Quedé muda, y procurando  
Que la atención reconozca  
La verdad; quedé tan bulto,  
Que anduve á buscar mi sombra.  
Tuviste razón, no culpa;  
Tus dudas fueron forzosas,  
Tus celos fueron precisos,  
Tus sospechas fueron propias;  
Solo culpo mis desdichas,  
Y casi no culpo á todas;  
Que hay desdichas que se vienen  
Sucedidas ellas propias.  
En fin, yo vengo, don Juan,  
A satisfacerte agora;  
Que tus celos...

DON JUAN.

No, Leonor;—

Difícil empresa tomas,  
Si yo vi anoche en tu casa  
Apariencias tan notorias,  
Que para una muerte bastan  
Y para un agravio sobran...

DOÑA LEONOR.

¿No pudo ser una dama  
La que se escondió medrosa  
Anoche en el camarín?

DON JUAN.

Sí, Leonor, y ¿quién te estorba  
Que digas que fué mi prima  
Doña Ana?

DOÑA LEONOR.

Pues ¿fuera cosa  
Muy imposible?

DON JUAN.

A lo menos

Sería imposible cosa  
Que ella propia lo confiese,  
Si las dos mujeres solas  
Que anoche á su casa fueron  
Iban á eso; ¿qué te asombras?  
Esto es verdad.

DOÑA LEONOR.

Mis desdichas

Pretenden volverme loca.

DON JUAN.

Bastan, Leonor, los engaños,  
Que no consuelan y enojan  
Para una ofensa temida;  
Guarda una fineza heroica  
Y un consuelo adelantado  
Para una fe escrupulosa;  
Mas para unos celos vivos,  
Donde el agravio se toca,  
Lastiman de nuevo el alma  
Las satisfacciones cortas,  
Porque acuerdan el agravio  
Y no excusan la deshonra.  
Ya es tarde para disculpas.

DOÑA LEONOR.

Don Juan, si amado blasonas  
Y favorecido huyes,  
Los desaires no enamoran;  
Si desvanecido piensas  
Que el venir á verte agora  
Es amor, y no es honor,  
Será confianza loca.  
Haz tú que yo no padezca  
Por tus celos en mi honra.  
Que aunque padezca en el gusto,  
Perdiendo mi amor, no importa.  
Y pues me has dado á entender  
Claramente que te enojan  
Las satisfacciones mías,  
Yo no quiero que las oigas  
Ni las creas; solo quiero  
Que, cortés con mi persona,  
Me remitas esta injuria.  
Pues te excuso esta lisonja.

DON JUAN.

Haz que no haya temido,  
Y harás que no crea agora;  
Mas ya confirmé el agravio  
Cuando le temí; perdona,  
Que en el duelo del honor  
A veces se ofrecen cosas  
Que alborotan prevenidas,  
Y apuradas no alborotan.  
Y como el amor es miedo,  
Que hace mayores las sombras,  
Aunque vistas no importaran,  
Porque no se ven importan.  
Una fineza me queda,  
¡Ay Leonor! harto costosa,  
Que hacer por tu honor y el mio,  
Que es no escuchar de tu boca  
Satisfacción.

DOÑA LEONOR.

¿Y eso puede

Ser fineza?

DON JUAN.

Sí, Señora;

Que hay verdades desdichadas  
Y hay mentiras venturosas.  
Y si por satisfacerte  
Vienes á decirme ahora  
Verdades, no he de creerlas.  
Porque mis celos informan  
En mi agravio, y lo he creído;  
Luego el no oírte me abona;  
Y si es mentira, te excuso

Esta culpa mas; de forma  
Que el no oír satisfacciones  
A tí y á mi nos importa.

DOÑA LEONOR.

¿De qué sirve la cordura?  
Salgan del pecho á la boca  
Las palabras, los suspiros,  
El llanto el silencio rompa.  
Primero soy yo que nadie.

DON JUAN.

Mira que á riesgo no pongas  
Tu verdad.

DOÑA LEONOR.

Si no bastaren  
Palabras afectuosas,  
Bastarán lágrimas vivas.

DON JUAN.

Suspende el menudo aljófár;  
Que no he de esperar, Leonor;  
Yo su violencia amorosa;  
Que es el llanto en la mujer  
Que persuade y que llora,  
Veneno de la razon,  
Que la mata y que la postra;  
Ya se vió, arando la tierra  
La víbora ponzoñosa,  
Que el veneno que en sí guarda,  
La sustenta y la conforta;  
Y al verse oprimida della,  
Descansa cuando la arroja,  
Pero adonde la derrama,  
Turba, mata y inficiona;  
Pues el mismo efecto haceu  
Esas lágrimas, que todas  
Son consuelo de tu pena  
Y alivio de tu congoja;  
Pero en mí serán veneno  
De la razon, si me tocan,  
Pues por beber su ternura  
Consentiré mi deshonra.

DOÑA LEONOR.

¿Al fin, don Juan, te resuelves  
A no oirme?

DON JUAN.

Esto le importa  
A mi honor.

DOÑA LEONOR.

¿Y mis finezas?

DON JUAN.

Con mis agravios se borran.

DOÑA LEONOR.

Pues no porque el llanto mio  
Con lágrimas amorosas,  
Persuadiendo mis verdades,  
Fundaran tus vanaglorias;  
Bien así como el arroyo  
Cuya corriente sonora  
Solo afeitaba las flores  
De su márgen arenosa,  
La nieguen al llanto mio  
Tus seguridades locas,  
Como al licor lo que riego,  
Como á piedad lo que informa;  
Ni por el aire templado  
De mis quejas lastimosas  
Gima, pensando que sueña,  
Ruegue, pensando que sopla;  
Bien así como el almendro  
Halagüeñamente ronda  
Suave el viento, oreando  
Sus recién nacidas hojas;  
A mis piadosos suspiros  
Se hagan tus piedades sordas,  
Porque estas lágrimas mías,  
Que como el arroyo adornan,  
Allí márgenes y flores,  
Y aquí mejillas y rosas,  
Si las desprecias ingrato,  
Crecerá su llanto en ondas,

Para que anegue la espuma  
Cuanto floreció el aljófár;  
Y mis amantes suspiros,  
Que como el viento pregonan  
Dicha á tu amor en mis ruegos,  
Vida al almendro en sus hojas;  
Si usare mal de la dicha  
Tu desvanecida pompa,  
Morirá para escarmiento,  
Naciendo para lisonja.  
Vén, Inés; que voy mortal.

INÉS.

No te apasionas, Señora.

DON JUAN.

Vén, Liron; que esto es tomar  
Mis venganzas á mi costa.  
Hoy he de ver á mi prima.

LIRON.

Con linda prisa lo tomas.

DOÑA LEONOR.

A doña Ana has de llevar  
Luego un papel, que me importa.

DON JUAN.

Enternecido me dejan  
El corazon tan congojas;  
Pero he de morir primero  
Que consentir mi deshonra. (Vase.)

DOÑA LEONOR.

¿Que desta suerte me deje  
Ir don Juan! Mas ¿qué me asombra  
Que tomen celos tan claros  
Venganzas tan rigurosas!

(Vause.)

Salen DOÑA ANA y DON DIEGO.

DOÑA ANA.

Por no ponerte, don Diego,  
En el peligro que ayer  
Con mi primo, ni perder  
Por descuido mi sosiego,  
Aunque no es riesgo menor,  
Sabiendo tú lo que pasa,  
Hallarte un padre en su casa,  
Que un primo en la de Leonor,  
Te he llamado, porque quiero  
Que tu voluntad me deba  
Otra fineza mas nueva.

DON DIEGO.

Mucho de tu pecho espero,  
Y á todas piensa mi amor  
Que satisface por mí  
En aventurar por tí  
De nuevo vida y honor.

DOÑA ANA.

Menos se ha de aventurar  
Y mas se ha de conseguir,  
Si lo que vienes á oír  
Lo vas luego á ejecutar;  
Ya sabes cómo trató  
Mi padre mi casamiento  
Con mi primo, y que el intento  
A su amor lo rehusó  
Por Leonor, y yo por tí;  
Tambien don Diego ha sabido  
Que se dió por ofendido  
Mi padre.

DON DIEGO.

Señora, sí;  
Y que dió muerte don Juan  
A un hermano de Leonor;  
Que ella está firme en su amor,  
Aunque á mi hermano la dan  
Por marido, diligencia  
Que su padre ha procurado,  
Y mi hermano lo ha acatado,  
Y que está oculto en Valencia  
Tu primo don Juan; ¿hay mas

Que saber? Sácame luego  
De cuidado.

DOÑA ANA.

Mi don Diego,  
Escúchame, lo sabrás.  
Viendo á don Juan perseguido,  
Mi padre se ha lastimado  
Tan de veras, que ha olvidado  
Cuántas quejas ha tenido,  
Y toma por cuenta suya  
Hasta el disgusto menor  
De don Juan, porque su amor  
De su nobleza se arguya;  
No es esto, don Diego, no.  
Lo que á mí me da cuidado,  
Solamente me lo ha dado  
Ver que mi padre trató  
Conmigo su intento, y es  
Obligarme deste modo,  
Y en sosegándolo todo,  
Casarme con él despues;  
Que en los conciertos vendrá  
Don Pedro es cosa sabida,  
Porque nada que le pida  
Mi padre le negará;  
Los encuentros de tu hermano,  
Que por esta causa duran,  
Cesarán si se aseguran  
Que te dé Leonor la mano;  
Don Juan, por verse contento,  
Aunque atropelle su amor,  
Ha de olvidar á Leonor  
Y admitir mi casamiento;  
Y Leonor, que resistia  
De tu hermano la esperanza  
Por don Juan, con su mudanza,  
Casará con don García;  
Y quedaremos así,  
Despues de tanto disgusto,  
Yo casada sin mi gusto,  
Y tú, don Diego, sin mí;  
Pues pensar que yo he de hacer,  
Por huir este rigor,  
Cosa que falte á mi honor,  
No, don Diego, no ha de ser;  
Porque si mi voluntad  
Se adelanta á una bajeza,  
Hoy la tendrás por fineza;  
Y despues por liviandad;  
Y es error introducido  
Por necia razon de estado  
El tenerte ocasionado  
Y esperarte comedido;  
Y así, templo con valor,  
Si nuestra dicha lo alcauza,  
En don Pedro la venganza,  
Y en don García el amor;  
Porque, al paso que don Juan  
Menos enemigos tenga,  
Aunque otro amor le prevenga,  
Mas sus firmezas serán;  
Esto me ha tocado á mí,  
Que es imaginar los medios,  
Y el aplicar los remedios  
Te toca, don Diego, á tí.

DON DIEGO.

Pues si con eso se allana  
El fin que mi amor tenia,  
Yo tomo por cuenta mia  
Esas dos cosas, doña Ana;  
Y si importare tambien  
Ser amigo de don Juan,  
Sabrás que á mi cargo están  
Sus paces, pues le están bien  
A él, á Leonor y á los dos.

DOÑA ANA.

Bien has dicho.

DON DIEGO.

Pues, doña Ana,  
Con lo que hubiere, mañana  
Te avisaré.

DOÑA ANA.  
Adios.  
DON DIEGO.  
Adios. (Vase.)  
DOÑA ANA.  
Eso queda bien así,  
Para no quedar quejosa,  
Que, pudiendo ser dichosa,  
Por descuido lo perdi;  
Yo he de hacer por mis cuidados  
Cuanto se puede decir;  
Mas, si no se puede huir  
La violencia de los hados,  
Y si me viere la luna  
Besar de su rueda el pié,  
Esto le tocó á mi fe,  
Lo demás á la fortuna.

Salen DON JUAN y LIRON.

LIRON.  
Entra con el pié derecho,  
Y di tres veces: «Doña Ana;»  
Y la una carabana  
De olvidar habrémos hecho;  
Y encomendándolo á Dios,  
Que nos acuerde con bien  
Del agravio y del desden,  
Habrémos hecho las dos.

DON JUAN.  
¿Siempre has de estar de un humor?

LIRON.  
Paciencia; que peor fuera  
Que de muchos estuviera;  
Pero repara, Señor,  
En que está tu prima aquí.

DON JUAN.  
Pues volvámonos.

LIRON.  
Ya no;  
Que puede ser que nos vío.

DOÑA ANA. (Ap.)  
Cielos, ¿no es mi primo? Si;  
El es, bien lo recelaba  
El alma, cuando temia  
Que el daño que prevenia  
Los remedios dilatava;  
Ya con la seguridad  
Que mi padre le ha ofrecido,  
Viene á verme, y se ha atrevido  
A salir por la ciudad.

LIRON.  
Ya te ha visto, vuelve en tí;  
No dés con la turbacion  
Muestra del pesar.

DON JUAN.  
Liron,  
Disculpa es turbarme aquí;  
¿No es la turbacion efeto  
De amor?

LIRON.  
Sí.  
DON JUAN.  
Pues si me he hallado

La disculpa de turbado,  
Que arguye amor y respeto,  
Y á fingir amor entré  
Cuando quiero en otra parte,  
Déjame que supla el arte  
Lo que no suple la fe;  
Y cuente esta turbacion  
Por lisonja otra belleza,  
Pues ganaré la fineza  
Sin costarme la traicion.

LIRON.  
Pues Dios te turbe con bien,  
Y por si no te turbare,  
Avisa; que, si importare,  
Yo me turbaré tambien.

DON JUAN. (Ap.)  
Fuerza ha de ser ya hablar  
A mi prima, aunque no quiera.  
DOÑA ANA. (Ap.)  
No hablarle á don Juan quisiera,  
Mas no lo puedo excusar.

DON JUAN.  
Quien por quitar mis enojos,  
Prima y señora, me advierte  
Que me aparte de la muerte,  
Y me acerca á vuestros ojos,  
Hoy hallará en mis sentidos  
Que es muerte mas dilatada  
Una belleza buscada  
Que mil contrarios temidos.

DOÑA ANA.  
Si tuvieran tal poder  
Mis ojos para rendir,  
Y pudieran elegir  
Las muertes que habian de hacer,  
A las vidas fementidas  
De vuestros contrarios fuertes  
Les diera yo muchas muertes,  
Por daros á vos sus vidas.

DON JUAN.  
Bien vale una voluntad  
La fineza.

DOÑA ANA.  
Yo quisiera  
Que á mi un amor me valiera,  
Y á vos una libertad.

DON JUAN.  
Yo vengo cautivo aquí  
De los ojos por quien muero,  
Y mas libertad no quiero.

DOÑA ANA.  
¿Cautivo y con gusto?

DON JUAN.  
Sí,  
Doña Ana; con gusto vivo  
En la prision donde estoy.

DOÑA ANA.  
Tambien yo, aunque libre estoy,  
Tengo el corazon cautivo.  
(Ap. Razones sin alma son;  
Amor, la fe las revoca;  
Que las pronuncia la boca  
Sin saberlo el corazon.

DON JUAN. (Ap.)  
A vos las lisonjas labra;  
Leonor, no te ofendas, mira  
Que hay palabra que es mentira  
Primero que fué palabra.

Sale INÉS.

INÉS.  
Mi señora me mandó  
Que aqueste papel te diera  
En tu mano, y que volviera  
La respuesta me encargó;  
Mas ¿cómo, señor don Juan,  
Vos en esta casa?

DON JUAN.  
Pues

¿De qué te admiras, Inés?

INÉS.  
Buen amante y buen galan.

DON JUAN. (Ap.)  
Pésame que me haya hallado  
Aquí Inés.

LIRON. (Ap.)  
En el garlito

Nos cogieron.

INÉS. (Ap.)  
Y el bendito  
Del lacayo, el mesurado,

¿Qué socarron, qué fruncido  
Me mira! ¿Fuego de Dios,  
Que los abraze á los dos!

DOÑA ANA. (Ap.)  
Turbado y descolorido  
Está don Juan.

DON JUAN.  
(Ap. No quisiera  
Que me hubiera visto Inés,  
Pues dirá Leonor despues  
Que eran mis celos grosera  
Disculpa, y que en mis cuidados  
Tuvieron ya consentida  
La venganza prevenida  
Y los celos deseados.  
¿Qué mal se enmienda un error!  
Mas diré que vine á ver  
A mi tio, esto ha de ser.)  
Don Alonso, mi señor,  
¿Está en casa?

DOÑA ANA.  
Don Juan, sí,  
Y no hay puerta para vos  
Cerrada; entrad.

DON JUAN.  
Guárdeos Dios.  
(Ap. ¿Qué extremos son estos? Di,  
Amor, ¿qué desigualdades  
Causan en mi tus fierezas?  
Ausente, lloro tristezas;  
Muerto, no admito verdades;  
Vivo, siento sinrazones,  
Buscando, temo mi olvido,  
Y celoso y ofendido,  
No escucho satisfacciones;  
Baste la desigualdad,  
Amor; que es rigor violento  
Que pague el entendimiento  
Culpas de la voluntad.)

LIRON.  
¿Dónde vas, Señora?

DON JUAN.  
A ver

A mi tio.  
LIRON.  
¿He de esperar?

DON JUAN.  
Sí, que no me he de quedar;  
Al jardin he de volver. (Vase.)

DOÑA ANA.  
Ya se fué don Juan, ahora  
Muestra, Inés, ese papel.

INÉS.  
Que respondas luego á él  
Te suplica mi señora. (Dale el papel.)

DOÑA ANA.  
(Lee.) «Por hacerte, amiga, un gusto,  
ofreciéndote mi casa, me he hecho  
á mi un pesar, y he puesto á don Juan  
en un cuidado muy contra mi repu-  
tacion; dame licencia para que yo le  
satisfaga, contándole la verdad del  
caso, porque no es justo que pague  
mi opinion culpas de tu inadverten-  
cia. Dios te guarde.—Doña Leonor.»

¿Qué tengo de responder?  
Entra, Inés, y llevarás  
Respuesta; no vi jamás  
Tanto secreto en mujer. (Vase.)

INÉS.  
¿Quiéresme decir, Liron,  
Por qué se salió don Juan  
Fuera del jardin?

LIRON.  
Están,  
Inés, de otra condicion  
Las cosas; ha se firmado

Con doña Ana el casamiento  
De don Juan, y él muy contento  
Lo ha admitido y lo ha estimado;  
Porque en esta casa, Inés,  
Se vive de par en par,  
Y no topará el azar  
Un hombre, aunque entre en el mes  
De mayo; jamás el coche  
Va tapadas las cortinas  
De medio ojo; en las esquinas  
No hay embozados de noche,  
Y están las puertas abiertas;  
Aquí no hay casas adonde  
Para un galán que se esconde  
Cierra una dama dos puertas;  
Esto es amor, Inés mía,  
Porque hay uno solo, Inés;  
Que habiendo muchos, no es  
Amor, sino cofradía;  
Y en tan ciega confusión  
Hay cofrade que entra ciego  
Por la bocamanga, y luego  
Sale por el cabezon.

INÉS.

Picaro, ¿de esa manera  
Hablas conmigo? Ya tarda  
Mi cólera; pero aguarda,  
Que te he de matar siquiera.  
(*Vanse.*)

Salen DON PEDRO Y DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Ahora llegué, y he sabido  
Que á buscarme dos veces habeis ido,  
Señor don Pedro, y vengo  
A ver qué me mandais.

DON PEDRO.

A favor tengo

Esta visita.

DON GARCÍA.

Vuestro fué el cuidado,

DON PEDRO.

Es verdad que esta tarde os he buscado,  
Porque un negocio de los dos tenia  
Que resolver con vos; oid, García.  
Partida tengo el alma en dos cuidados;  
Que en mis bríos cansados  
Y en mis años prolijos [hijos,  
Dos penas me dió el cielo en mis dos  
Cualquiera es grande, y la mayor cual-  
Pues porque no prefiera [quiera,  
Ninguna en la mayor, en tierra calma  
Me ocupó toda el alma;  
Y cuando luego funda  
Quejas del sentimiento, la segunda,  
Porque no me doy todo á sus desvelos,  
Que hasta las penas saben tener celos,  
Piadoso, si sabido,  
En mi dolor la vengo de mi agravio;  
Tanto, que si una sola me importuna,  
Toda el alma la doy á cada una;  
Y si en entrambas la pasión me ciega,  
Es la mayor la que primero llega;  
La muerte de mi hijo  
Fué de mis años un dolor prolijo;  
Yo os confieso que, ciego en mi vengan-

[za,

Se burló de mis canas mi esperanza;  
Pero también confieso [seso,  
Que lo que erró el dolor, enmienda el  
Pues viendo yo que aquella sangre fría  
El sentimiento solo padecía,  
Y que en mi hija su opinion padece,  
Pues al paso que crece  
En mí el descaído, en vos el galanteo  
Y en ella la hermosura, crecer veo  
En el vulgo, que atento lo murmura,  
La desdicha comun de la hermosa.  
Me resolví, porque mi honor me llama,  
A faltar á mi pena, y no á su fama;

Y así, pues que don Juan huyó mi furia,  
Y la muerte de Pedro no es injuria,  
Ni su venganza alivio de mis años,  
Y mi vida se huye de mis daños,  
Y á mi nobleza y su virtud atento,  
Deseais de Leonor el casamiento,  
Y á vuestra voluntad reconocido,  
Su mano os he ofrecido,  
Y ha de ser vuestra esposa  
Leonor, me ha parecido justa cosa,  
Pues ha de ser mañana ó otro día,  
Que sea luego, y con eso, á vos, García,  
Que os hago la mayor lisonja creo,  
Pues que os acorto siglos al deseo,  
Doy á Leonor estado,  
Satisfacion al vulgo, á mi cuidado  
Quietud, á vuestros deudos alegría,  
A Valencia un buen día,  
Y Leonor, vos y yo tendrémolos luego,  
Leonor dicha, vos gusto, y yo sosiego.

DON GARCÍA. (*Ap.*)

Cuando de celos muero, es mi desdicha  
Tal, que el amor me mata con la dicha,  
Pues posible la veo,  
Y me estorba lo mismo que deseo;  
Pero hasta asegurarme de que han sido  
Engaños los recelos que he tenido,  
No la he de dar la mano  
A Leonor, pues mi hermano  
Me lo aconseja; intento  
Dilatar por ahora el casamiento.

DON PEDRO.

Admirado, confuso y aun corrido  
Me tiene que hayais enmudecido  
Tanto, cuanto creía  
Que una lisonja á vuestro amor hacia;  
¿Qué tenéis? ¿Qué dudais? ¿Os ha pesado  
De que haya el casamiento apresurado?

DON GARCÍA.

(*Ap.* Esto ha de ser, ahora me conviene  
El dilatar mi boda; nunca tiene  
A disgusto un amante  
Que el fin á su esperanza se adelante,  
Y mas cuando es la prenda [da  
Tan superior; no quiero que se entien-  
De mi tal grosería.)  
Hizome novedad la dicha mía,  
Como no la esperaba,  
Y lo mismo que dudo, celebraba  
El corazon amante;  
Peligro en los informes del semblante.  
Por Leonor la lisonja os he estimado,  
Y pagárosla quiero de contado.

DON PEDRO.

Luego habeis de casaros.

DON GARCÍA.

¿Cuándo?

DON PEDRO.

Luego,

Esta noche,

DON GARCÍA.

No os ruego,

Señor don Pedro, que tambien quisiera  
Yo que esta noche fuerá;  
Pero han de prevenirse algunas cosas  
Que para un casamiento son forzosas.

DON PEDRO.

Eso no os dé cuidado, don García;  
Que, pues vos la queeréis, y es hija mía,  
Leonor hará mi gusto;  
Prevenidas están las voluntades  
Que bastan, excusemos vanidades;  
Entrad, visitaréis á vuestra esposa.

DON GARCÍA.

Señor don Pedro, oid; no es justa cosa  
Que estos lances se traten  
Con tanta prisa; haced que se dilaten  
Hasta que llegue el tiempo conveniente,  
Porque casarme ahora es imposible.

DON PEDRO.

Mucho decís en eso, don García;  
Y pues nunca negó la sangre mía,  
Ni yo os he de rogar, sabré, aunque  
Remitir á violencias el consejo, [viejo,  
Y serán, castigando demasias,  
Espadas blancas estas canas mias.

DON GARCÍA.

Discurrid como sabio,  
No hagais agravio lo que no es agravio.

DON PEDRO.

Yo sé lo que es honor y lo he sabido;  
Estoy de vuestras cosas ofendido.

DON GARCÍA.

¿Qué cosas?

DON PEDRO.

Los paseos,

Rondas y galanteos  
De mi casa, que han dado  
Escándalo al lugar; pero vengado  
Le dejaré primero que se entienda  
Que pudo haber quien á mi sangre ofen-  
DON GARCÍA. [da.  
Basta, señor don Pedro; que no he sido  
Quizá el mayor escándalo que ha habido  
En vuestra casa.

DON PEDRO.

¿Qué decís?

DON GARCÍA.

Que siento

Que, á vuestro honor atento,  
El vulgo le murmura, y que se crea  
El escándalo y sea  
Verdad, y esté yo cierto que no hesido  
La causa del escándalo creído. (*Vase.*)

DON PEDRO. [¡Ay cielos!

García, oid, no os vais.—¿Qué es esto?  
No bastaban cuidados sin recelos?  
Pero calle la queja, hable el agravio,  
No entre el sentimiento con el labio,  
La voz con los enojos  
Ni el dolor á la parte con los ojos;  
Mi honor padece, y el peligro es tanto,  
Y así prefiera la atencion al llanto;  
El remedio á la queja, Leonor salga  
De los ojos del vulgo, y no la valga  
Por disculpa mi sangre y su inocencia;  
Parte secreta tengo yo en Valencia,  
Donde ella viva y mueran mis enojos,  
Quitándosela al vulgo de los ojos;  
Esto ha de ser, yo voy á que al momento  
Ponga en ejecución mi pensamiento.  
Pero ella viene aquí.— Leonor, tú vie-  
A buen tiempo. [neñ

Sale DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.

¿Qué tienes?

Que el disgusto en los ojos te he leído.

DON PEDRO.

A tu honor y á mis canas se ha atrevido,  
Infame, una sospecha.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* ¡Ay Dios, si sabe  
Mi amor y el de don Juan! ¡Desdicha gra-  
¿A mi honor? [ve!)

DON PEDRO.

A tu honor; no lo he creído,  
Leonor, porque si hubiera presumido  
Que tus ojos han dado  
Ocasión al delito que he escuchado,  
Yo propio le vengara,  
Con las manos los ojos te sacara;  
Pero yo sé que está mi honor seguro,  
Solamente procuro

Satisfacer al vulgo; y así, quiero  
Quitarte de sus ojos, y al cochero  
Manda que ponga el coche  
Y te lleve al jardín, porque esta noche  
Has de dormir en él; yo voy delante.

DOÑA LEONOR.

¿Tan de prisa, Señor? Aguarda, espera;  
¿No bastará mañana? (Ap. ¡Ah, quién  
Avisar á don Juan!) [pudiera

DOÑA LEONOR.

Venir conmigo?  
Pues ¿tú rehusas

DOÑA LEONOR.

Acuestas son excusas  
Por tu comodidad.

DOÑA LEONOR.

Nada te impida;  
Mi honor es antes, y despues mi vida,  
Y esto ha de ser, Leonor.

DOÑA LEONOR.

Haré tu gusto.—  
Mi padre va al jardín, y descuidado  
Don Juan, mi amor culpado,  
Mi padre cuidadoso,  
Notada mi opinion, mi amor quejoso,  
Yo con desaires y don Juan con celos,  
¿Hay mas desdichas, cielos?  
Basten, basten los daños,  
Acábase mi vida con los años,  
Y no dure el dolor mas que la herida,  
O bien se lleve de una vez la vida,  
Cielos, vuestro rigor y mi tormento,  
O de una vez me lleve el sentimiento;  
¿Quién pudiera avisarle lo que pasa  
A don Juan! Que está Inés fuera de casa  
Agora. ¡Oh quién pudiera  
Hacer que se saliera!  
Que aunque vive quejoso,  
De su pena celoso,  
Que mi crédito infama,  
Nunca olvida quien ama,  
Ni vive ni sosiega  
El alma en el cuidado  
De mi amante adorado;  
Que, viendo las desdichas á los ojos,  
Hasta los riesgos duran los enojos.

Sale INÉS.

INÉS.

Señora, ¿qué das voces?

DOÑA LEONOR.

Inés, seas bienvenida; pues conoces  
El genio de mi padre, un grave daño  
Procura remediar.

INÉS.

Suceso extraño;  
Habla, di ya, Señora.

DOÑA LEONOR.

Que va mi padre hácia el jardín ahora,  
Donde vive don Juan, corre al instante,  
Avisale que buya.

INÉS.

No es tu amante  
Tan descuidado, que temer se pueda  
Que esa ni otra desdicha le suceda.

DOÑA LEONOR.

Mira, Inés, que se va mi padre ahora.

INÉS.

Poco importa, Señora.

DOÑA LEONOR.

Háblame claro, Inés. — ¡Ay pena mía!

INÉS.

No está ya en el jardín, como solia,  
Don Juan.

DOÑA LEONOR.

Valedme, cielos.—  
Pues ¿dónde está?

INÉS.

Vengando está tus celos.

DOÑA LEONOR.

¿Qué dices?

INÉS.

Que le dejó con su prima,  
Que con ella se casa, que la estima,  
Y tu amor atropella;  
Llevé el papel que me mandaste, y ella  
Respondió que contigo se veria.  
Grande es la pena, pero no sería  
Piedad el encubrirtela; repara,  
Ya que el cielo en desdichas se declara,  
Que es tu honor... Mas perdona; que á  
[los ojos  
El eco me salió de tus enojos,  
Y como en ellos tengo tanta parte,  
Por no afligirte mas, quiero dejarte.

(Vase.)

DOÑA LEONOR.

De espacio, penas, de espacio;  
No os deis tanta prisa, enojos;  
A tiempo llegais, desdichas;  
Celos, vamos poco á poco;  
Y si venis á matarme,  
Dáos lugar unos á otros,  
Logre cada cual su muerte,  
Que vida habrá para todos;  
Para todos habrá vida,  
No porque mi esfuerzo solo  
Basta para tantos males,  
Ni porque el menos penoso  
No sobre para una vida,  
Ni porque yo les estorbo  
Su poder á las desdichas;  
Mas porque dellos conozco  
Que ni pretenden mi muerte  
Ni buscan mi desahogo,  
Pues sin que mate ninguna,  
Afligen todas de un modo,  
Y así me doblan la pena,  
Matándome poco á poco,  
De suerte, que no es piedad  
El no matarme, ni ahorro  
El no morir, que le importe  
Al dolor que mis enojos  
Dilatan lo ejecutivo,  
Si aumentan lo riguroso.  
¿A quién le habrán sucedido  
Las desdichas que yo lloro,  
Sin que lastimada pierda  
La vida y el juicio todo?  
¿El vulgo á mi honor se atreve?  
Argos siendo de mis ojos  
Mi padre, vengar procura  
En don Juan agravios propios;  
Mi amor divierte en sus canas,  
Ya la venganza, ya el odio;  
Yo, constante en los peligros,  
O los venzo ó los reporto;  
Doña Ana de mí se vale  
Para intentos amorosos,  
Y cuando por obligarla,  
Viniendo don Juan celoso,  
Y debiendo asegurarse,  
Los desengaños le estorbo,  
Y á mí decoro me pierdo  
Por no perdella el decoro;  
Viendo ya por su ocasion  
Mi honor á riesgo notorio,  
Ni á don Juan le desengañó,  
Ni mis finezas apoyo,  
Ni sus secretos descubro,  
Ni las verdades pregonó;  
Antes contra mí se vale  
De la fineza y el modo;  
Mas ¿qué me admira el suceso,  
Si yo misma me deshonro,  
Y por los respetos suyos  
Falto á mis respetos propios?  
Pues fué la fineza oculta,

Siendo público el oprobio,  
Y aquello no lo vió nadie,  
Y esotro lo vieron todos;  
Y don Juan, cuando me debe  
Tanto amor... Mas yo me corro  
De acordar finezas mías  
Cuando mis agravios toco;  
Porque le amaba las hice,  
De haberlas hecho blasono,  
Y ahora, que las olvida,  
Porque las pierdo las lloro.  
¿Qué he de hacer? Pues si á don Juan  
De mi inocencia le informo  
Y la verdad le refiero,  
No ha de creerla, y me pongo  
A peligro de un desaire  
Mas grosero y mas costoso;  
Hacerla cargo á doña Ana  
De la obligacion, tampoco,  
Pues supo no agradecerla,  
Y negarla sabrá, y todo;  
Que quien no excusa lo ingrato,  
No excusa lo mentiroso;  
Dar la mano á don Garcia,  
No es venganza; hacer notorios  
A mi padre mis agravios,  
Es solicitar su enojo,  
Aventurando la vida  
De don Juan; cielos, ¿no hay modo  
De consuelo á mis desdichas?  
¿A un delito se hace sordo  
Vuestro rigor? A unas quejas  
Mostrais indignado el rostro?  
¿Para cuándo son los rayos  
De la esfera luminosos,  
Si ahora en mudas piedades  
Duerme el aire? Pero ¿cómo  
Pido al cielo mas venganzas,  
Cuando los agravios propios  
Me vengan de quien los hace?  
Que á un ingrato, á un aveoso,  
Condenarle á ser ingrato  
Es castigo y es ahorro,  
Pues se le dobla la pena,  
Sin que cueste el alboroto;  
Y así, pues me dice el tiempo  
Que en sucesos amorosos,  
Ni son méritos las penas,  
Ni las finezas soborno,  
Sufrir penas no es desdicha,  
Hacer finezas no es logro,  
Lograr venturas no es tarde,  
Vencer peligros no es poco,  
Llorar dichas no es alivio,  
Pedir rayos es asombro,  
Dejarse morir es culpa,  
Y el morir matando es odio.  
Solo entre tantos pesares  
Y entre tantos daños, solo  
Sufrir mas por querer mas  
Será venganza de todos.

## JORNADA TERCERA.

Salen DON DIEGO y DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Esto ayer me sucedió  
Con don Pedro, y me ha pesado  
De haber á Leonor culpado;  
Mas de suerte me apretó  
Con fieros y con porfias,  
Que para abonar mi honor,  
Eché la culpa á Leonor  
De las dilaciones mías.

DON DIEGO.

Aunque anduviste pesado  
Por ella, el caso no fué

Para menos, ya se ve,  
Porque hacerle á un hombre honrado  
Casar, estando celoso,  
Y que atropelle su fama  
Por no ofender una dama,  
Es lance bien riguroso.  
Y aunque no pudiste hablar  
Con la certeza que yo,  
En los celos que te dió  
Leonor, cuando haya lugar,  
Y importe dar á entender  
Que son tus celos verdad,  
Yo con mas seguridad  
Que nadie lo puedo hacer.

DON GARCÍA.

¿Qué dices?

DON DIEGO.

Que yo me allano

A volver por su opinión.  
(Ap. Ahora es buena ocasion  
De divertirse á mi hermano  
Del intento que tenía,  
Pues cumplo así con su honor,  
Con don Juan y con Leonor,  
Y con doña Ana.) García,  
Mil días há que deseo  
Hablar á solas contigo,  
Como hermano y como amigo,  
Porque empeñado te veo  
De suerte contra don Juan,  
Por su padre de Leonor.  
Que hablan mal de tu valor  
Cuanto en Valencia están.  
Si es don Juan nuestro enemigo,  
Yo á la venganza me allano,  
Pero sea por vuestra mano  
La venganza y el castigo;  
Porque el ir de compañía  
A tomar satisfacción,  
O es linaje de traición,  
O es parte de cobardía.  
Cuando viven encontradas  
Dos casas, como hoy lo están  
La nuestra y la de don Juan,  
No se llega á las espadas;  
Porque en el que mas blasona  
De bizarro, es la porfía  
De sangre á sangre, García,  
No de persona á persona.  
Y aunque estas oposiciones  
Tarde entre nobles se olviden,  
Por lo menos nunca piden  
Sangrientas ejecuciones.  
Perseguir á un desvalido  
Es delito de valor,  
Adelantar un rigor  
Es declararse ofendido,  
Y ofrecerte una beldad  
El que vengarse procura,  
Es venderte una hermosura  
Y comprarte una crueldad.  
Y habeis de quedar, García,  
Si la venganza se alcanza,  
Don Pedro con su venganza  
Y tú con su alevosía.  
Y cuando tu amor procura  
Que honrado y dichoso salga,  
No es bien que á Leonor le valga  
Una traición su hermosura.  
Si casandote evitaras  
Casos atroces y injustos,  
Iras, muertes y disgustos,  
A Dios y al mundo obligaras;  
Pero ejecutar rigores,  
Dar venganzas y verter  
Sangre, y que este haya de ser  
El precio de tus amores,  
O es prevenirte al castigo.  
Tú propio, ó es avisar  
A la muerte, ó desear  
Al cielo por enemigo.

DON GARCÍA.  
Aunque es de hermano menor  
El consejo, le admitiera  
Si yo fuera libre, y fuera  
Capaz de consejo amor.  
Pero ¿quién, si amor porfia,  
No intenta temeridades?

DON DIEGO.

García, hablemos verdades;  
Basten engaños, García;  
Que no es disculpa el amor,  
Aunque con él te disculpas,  
Cuando en el amor hay culpas  
Que se atreven al honor.

DON GARCÍA.

Si lo dices por mis celos,  
No tienes que encaecer  
Indicios, que pueden ser  
Engaños, y no recelos.

DON DIEGO.

Mira que te vas buscando  
El mayor agravio á ti,  
Pues por engañarme á mí,  
Te estás tú propio engañando.

DON GARCÍA.

Don Diego, yo no te pido  
Parecer; baste, por Dios,  
El consejo.

DON DIEGO.

Entre los dos

Cualquier agravio es partido,  
Y el tuyo te he de quitar  
Por lo que me toca á mí.  
(Ap. Mas ciego está que creí,  
Y cierto que le he de hablar  
Mas claro.)

DON GARCÍA.

Don Diego, ayer

No di la mano á Leonor  
Porque de cierto temor  
Me quise satisfacer.  
Fácil será de apurar,  
Mas luego le he de pedir;  
Que es noble, y no ha de mentir,  
Y yo me puedo engañar.

DON DIEGO.

Quando en lances tan costosos  
Crecen los inconvenientes  
A daños tan evidentes,  
Remedios son peligrosos.  
(Ap. Con otro intento venía.  
Pero perdona, Leonor,  
Porque primero es mi honor  
Y el de mi hermano García.)  
Ya que á verte ciego llevo,  
Decir verdades no dudo,  
Porque no he de estar yo mudo  
Cuando tu amor está ciego.  
Mientras puede hallarse medio  
Al mal que se va aumentando,  
No es justo aguardar á cuando  
Esté el daño sin remedio.  
Mucha pena te ha de dar  
Lo que ahora me has de oír;  
Mas hoy lo puedo decir,  
Mañana lo he de callar.

DON GARCÍA.

Declarate mas.

DON DIEGO.

Si haré,

Pues no me entiendes así,  
Leonor quiere, y no es á ti.

DON GARCÍA.

¿Sábeslo tú?

DON DIEGO.

Yo lo sé.

DON GARCÍA.

Pues ¿cómo, si lo has sabido  
Primero, no lo has vengado?

DON DIEGO.

Porque no estás agraviado  
De que á otro haya querido,  
Sí, porque le vió primero,  
Lo amó primero que á ti.

DON GARCÍA.

¿Conoces al hombre?

DON DIEGO.

Sí,

García, y es caballero  
De los nobles del lugar.

DON GARCÍA.

Di quien es, ó habré creído,  
Don Diego, que te ha movido  
Otro fin particular  
Para darme este disgusto,  
No estando bien informado.

DON DIEGO.

Tan al revés has pensado,  
Que estoy faltando á mi amor  
Por no faltar á mi honor.  
Desto hablaremos despues  
Los dos; sabe ahora que es  
Don Juan galán de Leonor.

DON GARCÍA.

¿Cómo puedes ser, si está  
Ausente?

DON DIEGO.

Hoy se ha declarado;

No está sino retirado  
En un jardín, Leonor va  
A verle, bien lo sé yo;  
El jardín es de un pariente  
De su padre, que está ausente,  
Y las llaves le dejó.  
De todo estoy informado,  
Y aunque lo pensé callar,  
Tu honor me hace atropellar  
Secretos que me han fiado,  
Este es honor, cuando eres;  
Y si en los lances de amor  
El vencerle es más valor,  
Repara.—Pero ¿qué quieres,  
Julio?

Sale JULIO, criado.

JULIO.

Don Pedro de Luna

Quiere hablarte.

DON DIEGO.

Esto es peor.

DON GARCÍA.

Vendrá á volver por su honor  
Don Pedro sin duda alguna.—  
Di que entre.

(Vase el criado.)

DON DIEGO.

¿De qué modo

Piensas hablarle?

DON GARCÍA.

Don Diego,

Veré lo que quiere, y luego  
Será mi honor sobre todo.

Sale DON PEDRO.

DON PEDRO.

Solo os habré menester,  
Señor don García, á vos;  
Mas no importa que á los dos  
Os halle juntos; ayer  
Me respondistes, García,  
Llegando yo muy contento  
A abreviar el casamiento

De Leonor (porque queria Casarla luego por dalle Tan buen marido á Leonor), Que no érades el mayor Escándalo de mi calle. Entonces no respondi, Y ahora vengo á saber Qué escándalo puede haber Que toque á Leonor y á mí. Si fuere cierto, García, La advertencia os deberá; Si no, en vos castigaré, Vive Dios, la demasia.

DON DIEGO.

Repórtale, y no le digas Que Leonor quiere á don Juan.

DON GARCÍA.

(Ap. Cuando en tal estado están Las cosas, poco me obligas En encargarme el secreto.) Señor don Pedro, yo soy Vuestro amigo; y así, doy Cuenta del daño, y prometo De cumplir cuanto ofrecí, Hasta dejaros vengado; Mas, decidme, ¿os han dejado Las llaves de un jardín?

DON PEDRO.

Si.

DON GARCÍA.

Pues quien os ofende á vos, Y me da celos á mí, Vive retirado allí.

DON PEDRO.

¿Qué dices?

DON GARCÍA.

Que de los dos Temiendo quizá el castigo, Quien puede haberlo mandado Lo oculta, haciendo sagrado La casa de su enemigo.

DON PEDRO.

(Ap. Aun por eso resistía Leonor que me adelantase, Y que al jardín la llevase; Muerto voy.) Adios, García.

DON GARCÍA.

¿Dónde vais?

DON PEDRO.

Voy á tomar Venganza de mi enemigo. (Vase.)

DON GARCÍA.

Pues para cumplir conmigo Os tengo de acompañar; Que no será bien contado De nuestra amistad estrecha Que, dejándoos con sospecha, Me aparte de vuestro lado. (Vase.)

DON DIEGO.

Con celos va y con amor; Pero en lance tan forzoso Mas vale que esté celoso Que casado sin honor. Y pues al jardín se van Los dos, los he de seguir, Por si le puedo advertir De su peligro á don Juan; Que una cosa es en mi fama, Viendo mi agravio tan llano, Ser amigo de mi hermano, Y otra amante de mi hermana. (Vase.)

Salen DON JUAN Y LIRON.

LIRON.

Con grande prisa nos fuimos Del jardín, haciendo extremos De los celos que sentimos; Mas, por Dios, que nos volvemos Con mas prisa que salimos.

DON JUAN.

Yo confieso que sali Triste y celoso de aquí; Pero confieso tambien Que sali queriendo bien, No hice mucho si volvi. En este jardín vivia, Aqui de Leonor gozaba, Y cuando ella no venia, Su hermosura me acordaba Cada rosa que salia. Yo vi una vez un jazmin Teñir en sangre su flor; Dudé, reparé, y en fin, No fué sino que Leonor Entraba por el jardín. Y como á las luces bellas Del sol y sus rayos rojos Son las vislumbres centellas, Y así, en virtud de sus ojos, Eran las flores estrellas.

LIRON.

Pues, si es tan bella Leonor, Y hace estrellas de las flores, ¿Cómo puede ser, Señor, Oír lágrimas y amores Sin piedad y con amor?

DON JUAN.

Yo vi á Leonor, ya lo sé; Tuve celos, ya los vi; En este jardín la hallé; Lloró, no me enternecí, Rogóme, y la desprecié; Porque amor es niño y tiene Desigualdades, y ya Su modo de obrar previene Que ni ofende aunque se va, Ni obliga cuando se viene.

LIRON.

Y pues ¿qué tiene que ver Ser niño amor con tener Celos de Leonor, que llora, Con venirla á ver ahora Y con despreciarla ayer?

DON JUAN.

Aquel llorarla perdida Y no quererla rogada, Irse, y pensar que la olvida, Volver, y estar confiada, Y buscarla despedida, Todo es amor; que amor es Como un niño en todo, pues Si algo le quitan, se enoja; Llora, dáselo, y lo arroja Colérico, mas despues Que se fué quien lo enojó, Luego que solo se vió Y el llanto empezó á enjugar, El propio vuelve á buscar Lo mismo que despreció. Así á un amante le quitan Con los celos el amor, Los celos al llanto incitan, Y cuando con el favor Acallarle solicitan, Celoso, enojado y ciego, Desprecia el llanto y el ruego; Pero ¿qué viene á importar El huir y el despreciar Si vuelve rogando luego?

LIRON.

Por Dios, que lo has descurrido Bueno y rebueno, y tan bueno, Que es de lo bueno que he oido; Ya ni el volverte condeno, Ni culpo haberte salido.

DON JUAN.

Pues abre el jardín.

LIRON.

¿Yo?

DON JUAN.

Si.

LIRON.

¿Tan presto te has olvidado De que ayer, cuando sali, Dejé tu cuarto cerrado Y las llaves te volvi?

DON JUAN.

Dices bien, no me acordaba De que las guardé, Liron; Toma y abre. (Dale unas llaves.)

LIRON.

Aquí se acaba De confirmar tu pasion; Que eso solo te faltaba. Llego y abro.

DON JUAN.

Liron, di

Al casero que volvi.

(Entran los dos por una puerta, y al salir por la otra, se corre un paño del vestuario, y se descubre un jardín con dos rejas cubiertas de hiedra, y junto á ellas unos asientos.)

LIRON.

Voy; por allí va el casero Junto á aquel cuadro primero. ¿Quieres que le llame?

DON JUAN.

Si;

Pero él nos ha visto y llega.

Sale EL CASERO.

Fabio, ya te vuelvo á ver.

CASERO.

¿Posible es, Señor, que os ciega Tanto el amor, que á perder La vida os entráis así?

DON JUAN.

¿Qué es lo que dices?

CASERO.

Don Juan,

Mirad por vos y por mí.

DON JUAN.

Pues ¿qué hay de nuevo?

CASERO.

Que está

Leonor y su padre aqui Desde anoche, y que se viene Don Pedro á vivir de asiento Al jardín.

DON JUAN.

Misterio tiene Su mudanza.

CASERO.

No es mi intento Daros pena, antes previene Vuestros peligros mi amor.

DON JUAN.

Pues ¿qué ocasion le ha movido A traer aqui á Leonor?

CASERO.

Con don García ha tenido Un disgusto mi señor; Y á lo que anoche entendí, Su padre la trajo aqui Para que nadie la vea.

DON JUAN.

(Ap. Nada escucho que no sea Otra pena para mí.)

¿Don Pedro está en casa?

CASERO.

No;

Esta mañana salió.

¿Y Leonor?  
 DON JUAN.  
 CASERO.  
 Pierde el sentido  
 En pensar que os habeis ido.  
 DON JUAN.  
 ¿Qué hace ahora?  
 CASERO.  
 Pienso yo  
 Que á doña Ana está aguardando.  
 DON JUAN.  
 ¿A mi prima?  
 CASERO.  
 Sí, Señor.  
 DON JUAN.  
 ¿Válgame el cielo! ¿A Leonor  
 Retira su padre, dando  
 Causa al retiro el amor  
 De García, y á enojarse  
 Tanto los dos han venido,  
 Que la obliga á retirarse?  
 ¿Qué vió en Leonor, que ha tenido  
 Por remedio el ocultarse?  
 Pero sin duda que vió  
 Algo de lo que vi yo,  
 Mas yo no he de verlo mas.  
 CASERO.  
 ¿Sin ver á Leonor te vas?  
 ¿Quieres que la llame?  
 DON JUAN.  
 No;  
 Sin hablarla me he de ir,  
 Pues solo me ha de servir  
 De mas pena y mas cuidado.  
 CASERO.  
 Espera; un coche ha parado,  
 Y ya no puedes salir,  
 Si no quieres que te vea  
 Tu prima, porque ella es  
 La que del coche se apea.  
 DON JUAN.  
 Pues no he de ser descortés,  
 Ya que ingrato á su amor sea;  
 Ni ella me ha de ver aquí,  
 Ni á Leonor tengo de hablar.  
 LIRON.  
 ¿Qué delito cometí,  
 Cielo, que me hacen andar  
 Escondido aquí y allí?—  
 Para encubrirte mejor,  
 En ese aposento, adonde  
 Solias vivir, te esconde,  
 Pues tienes llave, Señor,  
 Y al jardin salen las rejas;  
 Que en hallando la ocasion  
 Te saldrás.  
 DON JUAN.  
 Bien me aconsejas.  
 Abre esa puerta Liron.  
 LIRON.  
 Maldiciones son de viejas;  
 Entra, pues.  
 DON JUAN.  
 Bien se ha trazado.—  
 Vén, Liron. (Vase.)  
 LIRON.  
 Pierde el cuidado.  
 CASERO.  
 ¿Por qué?  
 LIRON.  
 Porque me congojo  
 En hallándome cerrado.  
 (Vanse.)

Salen DOÑA LEONOR y DOÑA ANA.  
 DOÑA LEONOR.  
 Luego que el coche senti  
 Bajó á buscarte mi amor.  
 DOÑA ANA.  
 Porque no tengas, Leonor,  
 Mayores quejas de mí,  
 Te vengo á satisfacer  
 De que muy tu amiga soy.  
 DOÑA LEONOR.  
 Para la pena en que estoy,  
 Todo será menester.  
 Sube á sentarte.  
 DOÑA ANA.  
 No, amiga;  
 Ahora espacio no tengo,  
 Porque á venir como vengo  
 Solo tu pena me obliga.  
 DOÑA LEONOR.  
 Pues, si no quieres subir,  
 Aquí te puedes sentar.  
 (Siéntanse las dos en uno de los bancos.)  
 DOÑA ANA.  
 Dices bien.  
 DOÑA LEONOR.  
 Pues á escuchar  
 Empieza.  
 DOÑA ANA.  
 Empieza á decir.  
 Y to tienes que alligirte,  
 Pues en llegando á escucharte,  
 Tardaré en asegurarte  
 Lo que tardare en oírte.  
 (Pasa don Juan á la otra ventana.)  
 DON JUAN. (Ap.)  
 Creí que se habían entrado  
 Doña Leonor y doña Ana,  
 Y junto á esotra ventana,  
 A hablar las dos se han sentado;  
 Y pues no saben que aquí  
 Las oigo escondido, quiero  
 Saber si el mal de que muero  
 Es mayor que le temi.  
 DOÑA LEONOR.  
 Lo primero he de saber  
 Si está don Juan en tu casa;  
 Porque el alma me traspasa  
 Pensar que se salió ayer  
 Para no verme jamás.  
 DOÑA ANA.  
 Ayer estuvo conmigo  
 Don Juan, la verdad te digo;  
 Pero no lo he visto mas.  
 DON JUAN. (Ap.)  
 Seguras las dos están  
 De que las escucho.  
 DOÑA LEONOR.  
 ¡Cielos!  
 Ya no me bastaban celos,  
 Sino ausencia de don Juan.  
 DOÑA ANA.  
 Prosigue, Leonor; mas di,  
 ¿Hay quien nos escuche?  
 DOÑA LEONOR.  
 No;  
 Porque don Juan se llevó  
 La llave al salir de aquí.  
 Y mi padre piensa que  
 Su dueño dejó cerrado  
 Este cuarto, y ha mandado  
 Que no se abra; dicha fué,  
 Para que no viera aquí  
 Su cama.  
 DON JUAN. (Ap.)  
 Leonor ignora  
 Que entré dentro.

DOÑA LEONOR.  
 Y así ahora  
 Puedes escucharme.  
 DOÑA ANA.  
 Di.  
 DOÑA LEONOR.  
 Tú me escribiste un papel  
 (Aquí doña Ana le tengo),  
 Diciendo que le importaba  
 A tu amor y á tu sosiego  
 El hablar sin embarazos  
 En mi casa con don Diego  
 Fajardo.  
 DON JUAN.  
 ¡Cielos! ¿qué escucho?  
 DOÑA LEONOR.  
 Y para entrar con secreto  
 En mi casa me pediste  
 El coche, porque sin riesgo  
 Tú por la una puerta entrases,  
 Y luego en anocheciendo  
 Don Diego por la otra puerta.  
 Envié el coche.  
 DOÑA ANA.  
 Ya me acuerdo,  
 Leonor; y así, no refieras  
 Tan pormenor el suceso,  
 Pues ni olvido la fineza  
 Ni la obligación te niego.  
 DOÑA LEONOR.  
 No, doña Ana; muy de espacio  
 Te he decir lo que he hecho  
 Por tí, con las circunstancias  
 Que se fueren ofreciendo;  
 Porque sepas lo que olvidas,  
 Y sepa yo lo que pierdo.  
 Vióte don García entrar  
 En el coche, y presumiendo  
 Que era yo la que en él iba,  
 Siguió el coche desde lejos,  
 Y para encubrirse dél  
 Torció el camino él cochero;  
 En fin, acertó á pasar  
 Por este jardin á tiempo  
 Que me esperaba don Juan.  
 DON JUAN. (Ap.)  
 Sentidos, estadme atentos  
 A una verdad; que os importa  
 Vida y honor cuando menos.  
 DOÑA LEONOR.  
 Vió pasar de largo el coche,  
 A Inés al estribo, y luego  
 A don García detrás;  
 No hizo mucho en tener celos.  
 Y mas cuando vió en la calle  
 Que entró embozado don Diego  
 Y le resistí la entrada;  
 De suerte que entró con miedo  
 Y salió con desengaños  
 Tan claros como groseros;  
 Y don García, que está  
 Receloso por lo mesmo,  
 Llegando mi padre ayer  
 A hablarle en mi casamiento,  
 Perdió á mi honor el decoro  
 Y á sus canas el respeto;  
 De forma que por hacerle  
 Un gusto á tu amor, le he hecho  
 A mi opinion un pesar,  
 Un agravio manifiesto  
 A mi padre, una injuria  
 A mi amor y á mis deseos,  
 Y á mi amante, que es lo mas,  
 Un disgusto y un desprecio.  
 Esto me debes, doña Ana,  
 Y en pago desto te debo.  
 Que tratas, segun me han dicho,  
 Con don Juan tu casamiento.  
 No lo he creído, doña Ana,

No, por Dios, porque, á creerlo,  
Ni tú, ni don Juan, ni el mundo,  
Ni la muerte... Mas no quiero,  
Por si hubiere de ser rayo,  
Avisar con el estruendo;  
Lo que importa es procurar  
A este daño algun remedio,  
Con que don Juan se asegure  
Y mi honor quede bien puesto;  
Porque, en llegando mi fama  
A que la murmure el pueblo,  
Y á que mi padre y don Juan  
La culpen, yo soy primero;  
Y no estoy tan mal conmigo,  
Doña Ana, que, si no veo  
Que tú te empeñas por mí,  
Como yo por ti me empeño,  
Me deje morir callando;  
Y así, te digo que en viendo  
Que faltas al beneficio,  
Te he de faltar al secreto.

DON JUAN. (Ap.)

Hallando voy esperanzas  
Entre los peligros, cielos;  
Si con tu nueva ventura  
No estoy loco, no estoy cuerdo.

DOÑA ANA.

Sin reportarte, Leonor,  
A la amenaza y los fieros,  
Porque donde no hay delito  
Son las disculpas sin tiempo,  
Yo no he de negar temosa  
Lo que obligada agradezco,  
Porque, á lo que yo imagino,  
Sobre ser ingrato, es necio-  
El que es ingrato, por dar  
A entender que puede serlo;  
Ni he de querer á don Juan  
Ni he de olvidar á don Diego;  
Y así, piensa qué finezas  
Hacer en tu abono puedo;  
Que, sin rehusar ninguna,  
Desde ahora las ofrezco.  
Hablarle claro á mi primo  
Y decir que no le quiero,  
Es poca fineza, pues  
Hacerle á un hombre un desprecio  
Es vanidad de una dama,  
Aunque sea con otro intento;  
Y yo no he de hacer por tí  
Finezas en cuyo riesgo  
Me quede de mas á mas  
La vanidad por consuelo.  
Declararme con mi padre  
Es tan poco, que es lo menos;  
Pues, siendo suya mi fama,  
Ha de procurarla atento.  
Y aunque al decirle mi amor  
Me salgan colores, tengo  
Para su cólera un llanto  
Y para su enojo un ruego.  
Lo que es mas, será perderme  
Tanto á mi misma el respeto,  
Que le declare á tu padre  
Todo el caso, y le haga dueño  
De mi honor, pues si le digo  
Que no consienten mis deudos,  
Cuando él persigue á mi primo,  
Que case yo con don Diego;  
Y echada á sus piés, le pido  
La vida de don Juan, creo  
Que me ha de escuchar piadoso  
Y ampararme caballero.  
Y don Juan, viendo que he sido  
Yo la ocasión de sus celos,  
Pues los confieso yo propia,  
Será tuyo, y dejaremos  
Castigado á don García,  
Agradecido á don Diego,  
Desenajado á tu padre,  
A mi primo satisfecho,

Dichosa nuestra amistad  
Y desengañado el pueblo.

DON JUAN. (Ap.)

Declaróse la fortuna  
En favor de mis deseos;  
Sola esta satisfacion  
Pudo haber para mis celos.

DOÑA LEONOR.

Mucho me obligas, doña Ana.

(Levántanse de donde están sentadas.)

DOÑA ANA.

Yo pensé volverme luego,  
Leonor; mas no he de salir  
De aquí sin hablar primero  
A tu padre.

DOÑA LEONOR.

Bien has dicho.

DOÑA ANA.

Y por si dudare en ello,  
A don Diego he de escribirle  
La resolucion que aprendo  
Para que se halle delante.

DOÑA LEONOR.

Inés está en mi aposento,  
Y ella te dará recado  
De escribir.

DOÑA ANA.

Voy al momento.

*Sale DON JUAN, y está escuchando.*

DOÑA LEONOR.

Busco remedios al daño,  
No porque los pienso hallar,  
Mas por ver si con hablar  
En ellos la pena engaño;  
Pero, si no hay desengaño  
Tal que á don Juan le despene,  
Aunque ya piadoso ordene  
Poner en salvo su vida,  
En vano cura la herida  
Quien dentro la flecha tiene.  
¡Que siendo su agravio incierto,  
Sea cierto mi deshonor!  
Que no le baste á mi amor  
Ser firme para ser cierto!  
Mi verdad han encubierto  
Sus ojos y sus oídos,  
Mas con fueros permitidos  
Contra el humano poder,  
Que aun les haya menester  
La verdad á los sentidos.  
¡Que esté yo amando á don Juan  
Cuando él piensa que le ofendo!  
¡Yo adorando y él creyendo  
Celos, que á matarle van!  
¡Que aun dejarle no podrán  
Mis lágrimas satisfecho!  
¡Y que nada es de provecho!  
No; pero, en tan triste calma,  
Verdades, salid del alma,  
Suspiros, dejad el pecho.  
Alentad, corazón mio,  
Ojos, llorad una fe,  
Perdido un bien que adoré,  
Un malogrado albedrío;  
Sea vuestro llanto un río  
De penas, sin que jamás  
Vuelva su corriente atrás,  
Porque mis ojos se alaben  
De firmes y de que saben  
Sufrir mas por querer mas. —

(Llega don Juan á hablarla.)

¡Ay don Juan del alma mía!

DON JUAN.

Deja, mi bien, de afligirte;  
Que aunque yo pierda el oírte,  
No ha de ser mi amor porfia,  
Porque fuera grosería,

Y usar mal del llanto en mí,  
Si despues que hallé y que vi  
Tan clara satisfacion,  
Sosegado el corazón,  
Cupiera dentro de sí.  
Temiendo un peligro entré,  
Y hallé una seguridad;  
Mis celos la hacen verdad,  
Porque al descuido lo fué;  
Creíla porque la hallé  
Desnuda y no procurada;  
Porque una verdad buscada,  
Cuidadosa y prevenida,  
Comenzó á no ser creída  
Desde que nació adornada.

DOÑA LEONOR.

Estoy tan hecha á morir,  
Que apenas el alma advierte  
Si el morir fué para verte,  
O el verte para vivir.  
Mas, pues no sé distinguir  
Esta gloria ni aquel daño,  
Dilátase el desengaño,  
Dure esta gloria ligida,  
Porque me dure la vida  
Lo que durare el engaño.  
Hállote desenajado  
Cuando te lloré perdido;  
Sentí que te hubieras ido,  
Ya siento que hayas llegado  
A peligro de que, airado  
Mi padre, te dé la muerte.  
Y aunque es dicha grande el verte,  
No enviarte es desvario;  
Porque ahora, que eres mio,  
Será mas pena el perderte.

DON JUAN.

Déjame que logre el pecho  
El bien de oírte, Leonor,  
Sin que ofendido tu amor  
Quede en lágrimas deshecho.

DOÑA LEONOR.

Luego; estás ya satisfecho?

DON JUAN.

Sí, Leonor, y asegurado.

DOÑA LEONOR.

Bien haya lo que he llorado.  
Pues cobré mi honor perdido.

DON JUAN.

Mal haya lo que he temido,  
Pues tuve al sol enojado.  
Vi en tus lágrimas mi fuego,  
Y á mi desengaño en ellas,  
Vi que tus mejillas bellas  
La formaban perlas luego;  
Y aunque entre celoso y ciego,  
De sospechas y de enojos,  
Mis celos rendí en despojos,  
Porque se lleve la palma  
De los temores de un alma  
Una perla de tus ojos.

DOÑA LEONOR.

¿Todo ese valor les dan  
Á mis lágrimas ahora  
Tus finezas?

DON JUAN.

Sí, Señora,

Y siempre el mismo tendrán.

DOÑA LEONOR.

Pues yo me acuerdo, don Juan,  
Cuando, de piedad ajeno,  
De amor y de agravios lleno,  
Sin escuchar mis enojos,  
Gada lágrima en mis ojos  
Era en tu boca un veneno.

DON JUAN.

No me referas mi error  
Cuando yo tu amor reñero,

Ni haciéndome mas grosero,  
Te bagas mas firme, Leonor.  
Ni alli pudo mas tu amor,  
Ni pudo menos aqui;  
Porque á nuestro amor alli  
Nubes de celos cubrieron.

DOÑA LEONOR.

Y mis lágrimas salieron  
Menos claras que hoy las vi.  
¡Viste la concha del mar,  
Que bebiendo el sudor frío  
Del alba, de aquel rocío  
La perla empieza á formar;  
Y si acierta el día á estar  
Sin sombra, nube ó vapor,  
Mas clara y de mas valor  
Aquella perla se cria,  
Pero si está pardo el día,  
Pierde el precio y el color;  
Causando esta variedad,  
No el alba que el sudor llueve,  
Ni la concha que le bebe  
En corta capacidad;  
Sino en la desigualdad  
Del cielo claro y cubierto  
De nubes, de quien es cierto  
Que esta mudanza procede?  
Pues lo mismo le sucede  
A cuantas lágrimas vierto.  
Que cuando al cielo de amor  
Nubes de celos cubrieron,  
Entre sus sombras perdieron  
Mis lágrimas el valor;  
Mas, pasado aquel temor,  
Vale, en fe de que te adoro,  
Cada lágrima un tesoro;  
Porque se deba este acierto,  
No á la fe con que las vierto,  
Sino al tiempo en que las lloro.

DON JUAN.

Porque logres tus lisonjas,  
Mis disculpas te agradezco.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¡Oh qué bien tras un enojo  
Escucha el amor un ruego!

DON JUAN. (Ap.)

¡Con qué gusto hacen las paces  
Dos amantes que riñeron!

DOÑA LEONOR.

¿Estimas mucho el quedar  
De tus dudas satisfecho?

DON JUAN.

Tanto, Leonor, que volviera  
A estar celoso de nuevo,  
Si pensara hallar despues  
Un desengaño tan cierto.

DOÑA LEONOR.

Aunque es tan bueno, don Juan,  
Este rato, no mas celos;  
Que no se halla á cada paso  
Satisfaccion para ellos.

(Hacen ruido dentro.)

Mas ¡ay de mí! ¿no es la voz  
De mi padre la que siento?  
El cielo libre tu vida.

DON JUAN.

Alguna desdicha temo.

Sale INÉS.

DOÑA LEONOR.

Inés, ¿dónde vas?

INÉS.

Señora,  
Bajé á llamar al casero  
Para que un papel llevase  
Que doña Ana está escribiendo,  
Y hallé á Liron, que me dijo  
Que estaba don Juan dentro;

DD. C. DE L.-II.

Quise verle, mas tu padre,  
Con don García y don Diego,  
Entraban por el jardín.

DON JUAN.

¿Qué dices?

DOÑA LEONOR.

Valedme, cielos.—

Don Juan, mi bien:

DON JUAN.

No me pidan

Que huya, porque primero  
Me han de hacer mil pedazos.

DOÑA LEONOR.

Eso es perderme y perderos,  
Mi bien, don Juan.

DON JUAN.

O han sabido

Que estoy aqui, y se han dispuesto  
A tomar venganza, ó vienen  
A firmar tu casamiento.

DOÑA LEONOR.

Yo no digo que os salgais  
Del jardín, pero os advierto  
(Muerta estoy) que puede ser  
Que vengan con otro intento.  
Escondéos en esta cuadra,  
Y cetrad vos por de dentro,  
Y si viéredes mi vida  
Ó la vuestra en algun riesgo,  
Salid entonces, don Juan.

DON JUAN.

De esa manera, yo acepto (Escóndese.)  
El esconderme, Leonor.

LIRON. (Dentro.)

Poco á poco, caballeros.

Salen DON PEDRO, DON GARCÍA y

DON DIEGO, y traen asido á LIRON.

DOÑA LEONOR.

Cierra por defuera, Inés.

INÉS.

Bien has dicho.

DOÑA LEONOR.

Bien se ha hecho.

DON GARCÍA.

Señor don Pedro, este es  
Criado suyo, y es cierto  
Que está en el jardín don Juan.

LIRON.

Ni es mi amo, ni ha de serlo,  
Ni lo fué, ni lo será,  
Y todos los demás tiempos  
De pretérito y futuro,  
Perfecto y pluscuamperfecto.

DON PEDRO.

Yo dejaré de una vez  
Mis agravios satisfechos;  
¿Qué haces tú aqui?

DOÑA LEONOR.

¿Yo, Señor?

(Tárbase.)

Por tu gusto... Mas primero...  
Pero yo no he visto á nadie.

DON PEDRO.

Bien está, ciérrrenme luego  
El jardín. ¡Ay honor mio!

DOÑA LEONOR.

Escuchad, señor don Diego.

DON DIEGO.

¿Qué mandais?

DOÑA LEONOR.

Mi vida está

En grande peligro, y pienso  
Que os he de haber menester,  
Si os acordais.

DON DIEGO.

Ya me acuerdo,  
Y cumpliré mi palabra.

DOÑA LEONOR.

¿Entendéisme?

DON DIEGO.

Ya os entiendo.

DON GARCÍA.

Cuidado muestra Leonor.

DON PEDRO.

La llave de ese aposento

¿Quién la tiene?

DOÑA LEONOR.

Hase perdido.

DON PEDRO.

Rompan las puertas.

DOÑA LEONOR.

Primero,  
Señor, que adelante pases...

Sale DOÑA ANA.

DOÑA ANA.

¿Qué alboroto es este, cielos?

DON PEDRO.

Aparta.

DOÑA LEONOR.

Señor, escucha.

DON GARCÍA.

La puerta abren por de dentro.

DON JUAN. (Dentro.)

Abre la puerta, Leonor.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

Echó la fortuna el resto.

DON PEDRO.

La voz es de mi enemigo.

DOÑA LEONOR.

Padre, señor.

DON PEDRO.

Vive el cielo,

Infame, si me replicas.

DON DIEGO.

Esperad, señor don Pedro,  
Que es vuestra hija Leonor;  
Sepamos quién es, primero,  
El que se esconde, y obrad  
Como noble y como cuerdo.—  
Abre esa puerta, Leonor;  
Ya que encubrirlo no puedo,  
Lo imposible del peligro  
Facilitará el remedio.

(Abre Leonor y sale don Juan.)

DON JUAN.

Si para tantos agravios  
Basta una vida que tengo,  
A precio de mucha sangre  
Se ha de vender.

DON PEDRO.

¿El respeto

Se pierde desta manera  
A mi casa?

DON GARCÍA.

De mis celos

Y de tu ofensa, en su vida  
Vengaré el agravio nuestro.

DOÑA LEONOR.

Padre, señor.

DOÑA ANA.

Primo.

DON DIEGO.

Hermano.

(Tercia don Pedro la capa y empuña  
la espada, y Leonor se le echa á los  
piés, y con la mano le coge la espa-  
da; detiene don Diego á don García,  
y doña Ana á don Juan.)

LIRON.  
Detenme, Inés, porque estemos  
Detenidos dos á dos.

INÉS.  
Detenido estás y bueno.

DOÑ PEDRO.  
Suelta, infame, ó, vive Dios,  
Que en tu vida.

DOÑA LEONOR.  
Eso te ruego.  
Señor: que vengues tu agravio,  
Mi delito y tu desprecio,  
En mi vida, y no en mi honor,  
Aunque en el honor te ofendo;  
Nó he de soltar de tus piés  
Mis brazos, sin que primero  
Dés á mi voz los oídos.  
Escúchame ahora, y luego,  
Sin resistir tu venganza,  
Daré la vida á tu acero;  
Que me escuchéis solamente  
Pido, García, don Diego,  
Si mis ojos y mi vida,  
Si mi llanto, si mi ruego...

DOÑ DIEGO.  
Poco se pierde en oír  
A Leonor, señor don Pedro;  
Quizá puede haber disculpa.

DOÑ PEDRO.  
A agravios tan manifiestos  
¿Puede haber disculpas?

DOÑA LEONOR.  
Sí.

DOÑ PEDRO.  
¿Cuáles son?

DOÑA LEONOR.  
Estadme atento.  
Ya sabes que á mi hermano... Mas no  
Acordarte el disgusto [es justo  
Cuando el perdón te pido.  
Hallóse de mi hermano desmentido  
Don Juan, es caballero,  
Su desagravio remitió al acero.  
Esté, en suma, fué el caso;  
Que son las leyes del honor tan graves,  
Como ya tú lo sabes,  
Aunque estás lastimado,  
Porque eres noble; y pues naciste honra-  
Que lo juzgues, te pido, [do,  
Como honrado, mas no como ofendido.  
Amaba yo á don Juan; tampoco quiero,  
Cuando estás tan severo,  
Irritar tus enojos,  
Dieciéndote mi amor, porque los ojos  
A la piedad le ciega  
El que acuerda delitos cuando ruega.  
Solo diré, Señor, que, receloso  
De tu agravio penoso  
Don Juan, quiso ausentarse;  
Esto si muy de espació ha de contarse,  
Porque el verse temido.  
Es el rato mejor del ofendido.  
Quedamos, pues, con sola aquella heri-  
Mi hermano sin la vida, [da,  
Tú con tu enojo, y yo sin esperanza,  
Don Juan con el temor de tu venganza,  
Y entre un tormento y otro repetido,  
Ni tú matas, ni él muere, ni yo olvido;

Antes viendo su vida amenazada,  
Quedé mas empenada,  
Y opuesta á tus rigores,  
Mejoré en sus desdichas los favores,  
Cuando es accion mas fuerte  
Ayudar á una vida que á una muerte.  
Piedad fué, si parece inobediencia,  
Oponerme al rigor de tu violencia,  
Pues mi vida á la suya defendía,  
Que, como yo le amaba, en él vivía;  
Y si tú le mataras,  
Sin mi, como sin Pedro, te quedarás.  
Aquí, pues, retirado y escondido  
Hasta ahora ha vivido.  
Y ahora le has hallado,  
Siendo cómplice yo deste cuidado,  
Donde á un tiempo te llama  
En mi hermano tu pena, en mi tu fama.  
Primero es mi opinion, nadie lo ignora;  
Y así, démosle ahora,  
Yo la voz á los labios, tú al oído  
La razon, los enojos al olvido,  
A la piedad las culpas,  
Lugar al ruego, y al amor disculpas;  
Si vengativo, si cruel le dieras  
Dura muerte á don Juan, porque le vie-  
En parte diferente, [ras

Llorara yo su vida solamente;  
Pero si aquí su sangre se derrama,  
El perderá la vida, yo la fama.  
Dueño eres de mi honor, repara, ad-  
Que si en darle la muerte [vierte  
Tu venganza porfia,  
Haces precisa la deshonra mia, [do,  
Y dirán, pues le hallaste aquí escondi-  
Que estaba ya el delito cometido.  
No es noble, no, quien contra el ruego  
Como padre le atiende, [ofende;  
Segunda vez te deberé la vida;  
Y pues borra la ofensa el que la olvida,  
Triunfemos de la ofensa y las crueldades, [des,

Yo con los ruegos, tú con las piedades;  
O si me has de matar, mátame luego,  
Sin escuchar las lágrimas y el ruego;  
Que si vas dilatando el castigarme,  
Temo que no halles vida que quitarme,  
Pues desatada en lágrimas y enojos,  
Se habrá salido el alma por los ojos.  
Esto quise decirte, porque atento  
Midas con lo advertido lo sangriento.  
Si mi ruego te obliga,  
Mi honor enmienda y tu rigor mitiga;  
Mas si el perdón no alcanza,  
Empieza por mi muerte la venganza.

DOÑ JUAN.  
Ahora que Leonor te ha declarado  
Mi amor y su cuidado,  
Y á tus plantas rendida  
Muere animosa, ruega convencida,  
Si no ha de enternecerte,  
Prosiga tu venganza con mi muerte.  
Si á don Pedro maté con mano airada,  
Agravios de mi honor vengó mi espada,  
Porque como á Leonor, que en mi vivía,  
Miraba entonces para esposa mia,  
Y en el honor me hirieron, fué forzoso  
Quedar honrado para ser su esposo.  
Hasta ahora mi vida aseguraba  
Porque mi amor callaba;

Mas, ya que lo has sabido,  
Ni huyo tu venganza ni la impido. [te  
Aunque el peligro de Leonor me advier  
Que publicas su infamia con mi muerte.  
A un tiempo ofrezco, por lograr tu furia  
O prevenir tu injuria,  
La vida al riesgo ó á Leonor la mano.  
Obra piadoso ó mátame tirano;  
Que, pues dos almas tiene amor unidas,  
Basta una muerte para entrambas vi-  
[das.

DOÑ DIEGO.  
Advertid, señor don Pedro...

DOÑ PEDRO.  
Señor don Diego, esperad;  
Que yo en lances de mi honor  
Sé lo que mejor me está.  
Por vengar mi honor he sido  
Enemigo de don Juan  
Hasta ahora, y por lo mismo  
He de ser su amigo ya.  
Mas me debe la opinion  
De una hija por casar  
Que el dolor de un hijo muerto.—  
La mano á Leonor le dad,  
Don Juan.

DOÑ JUAN.  
A tus piés primero.  
Padre, la vida, que ya  
Es tuya.

DOÑ PEDRO.  
Señor García,  
De aquesto no os ofendais;  
Que, no pudiendo ser vuestra,  
Porque salieron verdad  
Vuestros celos, vos y yo  
Nos venimos á obligar,  
Yo en buscarla otro marido,  
Y vos en no lo estorbar.

DOÑ GARCÍA.  
No lo estorbo ni lo ofendo;  
Antes digo que será  
Don Juan mi mayor amigo,  
Si gusta de mi amistad.

DOÑ JUAN.  
Si lo estimo y lo agradezco,  
Don García, y en señal  
De su firmeza, ha de ser  
Parentesco desde hoy mas,  
Dando la mano á mi prima  
Don Diego, y le he de pagar  
Lo que á su nobleza debo  
(Que todo lo supe ya)  
Con alcanzar de su padre  
El casamiento.

DOÑ DIEGO.  
Harás  
Un esclavo de un amigo.

DOÑA ANA.  
Tuya mi vida será.

LIRON.  
Inés, vámonos de aquí,  
Porque tocan á casar.

INÉS.  
Eso no; libre me llamo,  
Y acoto mi libertad.  
Y aquí tiene fin dichoso  
Sufrir mas por querer mas;  
Agradeced los deseos,  
Y las faltas perdonad.

TRAGEDIA MAS LASTIMOSA DE AMOR,

TITULADA

EL CONDE DE SEX,

DAR LA VIDA POR SU DAMA,

DE DON ANTONIO COELLO.

(Atribuida al rey don Felipe IV.)

PERSONAS.

DUQUE DE ALANSON.  
CONDE DE SEX.  
SENESCAL.

COSME, *gracioso*.  
BLANCA, *dama*.  
LA REINA ISABELA.

FLORA, *criada*.  
ALCAIDE.  
ROBERTO.

UNA DAMA.  
CRIADOS.  
SOLDADOS.

JORNADA PRIMERA.

*Disparan dentro un arcabuz, y dice*

ROBERTO.

ROBERTO.

Muere, tirana.

REINA.

¡Ah traidores!

ROBERTO.

Así vengo los agravios  
Que has hecho á mi sangre.

REINA.

ROBERTO.

Está espada, por si acaso  
Mintió el golpe de la bala,  
Tiña tu pecho.

CONDE.

Ah villanos,

Eso no; yo la defiendo.

ROBERTO.

¿Qué intentas, hombre?

*Sale* COSME.

CONDE.

Mataros.

COSME.

¡Ruido de armas en la quinta,  
Y dentro el Conde! ¿Qué aguardo,  
Que no voy á socorrerle?  
¿Qué aguardo? ¡Lindo recado!  
Aguardo á que quiera el miedo  
Dejarme entrar. Pues yo gasto  
Linda flema. Si á eso espero,  
Bien socorreré á mi amo.

CONDE.

No huyais, cobardes traidores.

COSME.

Aqueste es el Conde.

ROBERTO.

Huyamos;

Que se alborota la quinta.

*Salen* ROBERTO y OTRO,  
*con máscaras.*

COSME.

¿Quién va?

ROBERTO.

Nadie impida el paso;

Que le meteré dos balas.

COSME.

Con mucho menos hay harto.

OTRO.

¿Quedó muerta?

ROBERTO.

No lo sé;

¡Qué ocasion se ha malogrado!

(*Vanse.*)

*Salen* EL CONDE DE SEX y LA REINA ISABELA, *ella en enaguas y cotilla, á medio vestir y con mascarilla.*

CONDE.

Huyeron.—¿Estáis herida?

REINA.

No, buena me siento; erraron  
El golpe.

CONDE.

Pues yo los sigo.

REINA.

No, no los sigais; dejaldos.

CONDE.

¿Por qué?

REINA.

Temo vuestro riesgo.

CONDE.

Mucho os debo.

REINA.

Mucho os pago

Ahora; mas otro dia...

CONDE.

¿Qué?

REINA.

No puedo declararos

Mas agora, porque temo

Que de la Reina en el cuarto

Se haya sentido ruido,

Y hallarme será gran daño

Aquí en tal traje. Idos presto.

CONDE.

Yo os obedezco.

REINA.

Esperáos;

¿Es sangre? ¿Qué! ¿Estáis herido?

CONDE.

Herido estoy en la mano,

Aunque poco.

REINA.

Pues tomad

Aquesta banda; apretáos

La herida.

CONDE.

Es gran favor.

REINA.

No es favor, pero pensado

Si os está bien que lo sea;  
Que en lance tan apretado  
La necesidad dispensa  
Lo que prohibió el recato.  
(Ap. En todo parece al Conde;  
Mas ¿cómo, si no ha llegado  
De la guerra? Amor le ofrece  
A la vista antojos vanos.)

CONDE.

¿Conocéisme?

REINA.

Aquesa banda  
Señal para hacer buscaros  
Será, y adios; que yo estoy  
En grande riesgo, si acaso  
Sabe la Reina este exceso;  
Y así, el secreto os encargo  
De todo.

CONDE.

Yo os lo prometo.

REINA. (Ap.)

¿Si me ha conocido acaso?  
Mas ¿quién dirá que yo estoy  
En hábito tan humano? (Vase.)

CONDE.

¿Hay confusión mas extraña?

COSME.

¿Qué es esto?

CONDE.

¿Quién es?

COSME.

Cosme, que ha tenido miedo  
Que puede valer por cuatro.

CONDE.

Cosme, ¿viste salir tú  
Dos hombres enmascarados  
Por aquí?

COSME.

Escuchen la flema;

Pues de aqueso es mi trabajo;  
Pero dime: ¿qué mujer  
Es esta que hemos soñado  
Entre los dos?

CONDE.

No lo sé

COSME.

Pues ¿qué has visto?

CONDE.

Todo cuanto  
He visto ha sido un enigma.

COSME.

Y los hombres que pasaron  
Por aquí, ¿quién son?

CONDE.

No sé.

COSME.

Pues ¿qué infieres desto?

CONDE.

Escucha, y yo te diré  
Lo que he sabido del caso:  
Ya sabes cómo venimos  
De la guerra, y que llegando  
Los dos esta tarde á Londres,  
Supimos que este verano  
La Reina por unos días,  
Para divertirse cuidados  
Del gobierno, se ha venido  
A aquesta casa de campo,  
Que está dos leguas de Londres,  
Y es de Blanca, sol bizarro  
Y blanco de mis finezas,  
Y yo lo soy de sus rayos.

COSME.

Ya sé que tú, por cumplir  
Las leyes de enamorado,

Veniste á ver encubierto  
A Blanca hermosa, fiado  
En la llave desta puerta,  
Quien otro tiempo dió paso  
Mil veces á tus deseos,  
Cuando esta quinta teatro  
Fué de tan finos amores,  
Antes que entrase en Palacio  
Blanca á servir á la Reina.  
Sé que te quedé esperando,  
Sé que te entraste allá dentro,  
Que hubo arcabuz y embozados;  
Sé que tuve todo el miedo  
Que tener puede un cristiano,  
Y esto es lo que sé mas bien,  
Porque lo estoy estudiando  
Desde el día en que nací;  
Y pues esto no es del caso,  
Dime lo demás.

CONDE.

Pues oye.

Cosme, lo que has ignorado:  
Entré en la quinta, cuya oculta puerta  
Al mas pequeño impulso la hallé abierta  
La novedad admiro, [ta;  
Empiezo á caminar por el retiro  
De una verde esperanza,  
Que hasta venir la noche me asegura.  
Pasa por esta quinta conducido  
Un descuido del Tamesis florido,  
Líquido desperdicio ó vena breve,  
Por donde el río se sangró de nieve;  
Descaminada plata,  
Que en senda cristalina se desata,  
O fugitivo aljófara transparente,  
Que callado se huyó de la corriente.  
Este pues, valla undosa,  
Divide el sitio ameno,  
Tan denso é intricado,  
Que la greña frondosa  
De su crespo cabello enmarañado,  
Soplando áirado ó lento,  
Con gran dificultad la peña el viento;  
Por este, pues, camino,  
Siéndome siempre el río cristalino,  
Cuando el tino se pierde,  
Hilo de plata en laberinto verde.  
A pocos pasos advertido siento  
En el agua ruido,  
Hago el exámen, árbitro el oído;  
Nada averiguo así, por mas que atento  
En informarme insista.  
Recojo la atención para la vista;  
Ella penetra ramas, y yo veo  
(Escucha lo que vi, que aun no lo creo)  
Una mujer divina,  
Reclinada en la margen cristalina,  
Quitarse, descuidada,  
Azul cendal y media nacarada,  
Negros despues coturnos al pié breve,  
Que, primavera errante, flores llueve;  
Las dos columnas bellas  
Metió dentro del río, y como al vellas  
Vi cristal en el río desatado,  
Y vi cristal en ellas condensado,  
No supe si las aguas que se vian  
Eran sus piés, que líquidos corrian;  
Así sus dos columnas se formaban  
De las aguas que allí se congelaban.  
El hermoso cabello, suelto al viento,  
En quien con manso aliento  
El céfiro lascivo se abrigaba,  
El agua licenciosa salpicaba,  
O fué lisonjearla el cristal frío,  
O envidiosas las ninfas de aquel río,  
Pensando que estuviera menos bello,  
La encanecieron parte del cabello;  
Y como mas atento amor miraba,  
Quise ver si su rostro conformaba  
Con lo demás, y cuando verle piensa  
Mi curiosa atención, hallo defensa  
Que, de negro cendal, pudo encubrilla

El medio rostro media mascarilla,  
Dejando libre, con beldad no poca,  
Lo que hay desde la barba hasta la boca;  
Advertido recato,  
Que, aunque pensó que nadie la miraba,  
Quiso al agua encubrir el rostro, el rato  
Que se juzgó indecente,  
Porque no lo parlara la corriente.  
Yo, que al principio vi, ciego y turbado,  
A una parte nevado,  
Y en otra negro el rostro,  
Juzgué, mirando tan divino mostro,  
Que la naturaleza cuidadosa,  
Desigualdad teniendo tan hermosa,  
Quiso hacer por asombro ó por ultraje  
De azabache y marfil un maridaje.  
Tan hermosa en efeto parecia  
Con la nube que el rostro le cubria,  
Que, como la miró desde su esfera,  
Por imitarle en algo, si pudiera,  
Antes de despeñar al mar su coche.  
El sol se cubrió el rostro con la noche.  
Quiso probar acaso  
El agua, y fueron cristalino vaso  
Sus manos, acercólas á los labios,  
Y entonces el arroyo lloró agravios;  
Y como tanto, en fin, se parecia  
A sus manos aquello que bebía,  
Temí con sobresalto, y no fué en vano,  
Que se bebiere parte de la mano.  
Llegó la noche en fin, salió del río,  
Y delgado cambray chapó el rocío  
De las dos azucenas;  
Envidian á las flores las arenas,  
Viendo que ha de pisarlas;  
Y luego, en acabando de enjugarlas,  
A cubrir empezó sus dos columnas  
Con dos nubes de nácar importunas;  
Adorno suele ser, pero ¿quién duda  
Que era mayor adorno estar desnuda?  
En esto ruido siento,  
Oigo una voz decir: «Muera, tirana,  
Dispara un arcabuz su bala al viento;  
Túrbome yo de ver que la profana:  
Ella cae á las flores de repente;  
Y todo fué tan indistintamente, [ mismo  
Que empezaron á obrar á un tiempo  
Ruido, voz, bala, susto y parasismo.  
Dos hombres, dos traidores,  
El rostro infame cada cual cubierto,  
Por si ha salido el arcabuz incierto,  
Sacaron los aceros vengadores  
Contra su pecho: entonces yo ligero  
Llego y hágame blanco de su acero,  
Riño con ellos, huyen recatados  
De mi valor, ó su traición turbados.  
Yo los sigo; ella, en si restituida,  
Teme en seguir los riesgos de mi vida.  
Con recelo me habló, ya tú lo oíste;  
Esta banda me dió, ya tú lo viste.  
Fué; no sé quién es; solo he sabido  
Que esta mujer, que enigma ha pare-  
cido,  
Quizá en mi corazón hubiera entrado;  
Mas, como á tanto amorle viene estre-  
cho,  
No consiente otro huésped en el pecho.  
COSME.  
Notable suceso ha sido.  
CONDE.  
Ven acá.  
COSME.  
¿Qué?  
CONDE.  
Discurramos  
Quién será aquesta mujer.  
COSME.  
La mujer del hortelano,  
Que se lavaba las piernas.  
CONDE.  
Necio, de veras te hablo.

COSME.  
Pues yo de veras lo digo.

CONDE.  
Dos hombres enmascarados  
Tener llave de la quinta,  
Atreverse á entrar estando  
La Reina en ella, no es  
De poca importancia el caso.

COSME.  
Pues será alguna mondonga,  
Con algun honrado hermano,  
Que venga á vengar su honor.

CONDE.  
Mira que estás muy cansado.

COSME.  
Pues ¿quién quieres tú que sea?  
¿Por fuerza ha de ser milagro?  
¿Viste tú mas que unas piernas  
Y un rostro muy bien tapado?  
Detrás de una mascarilla  
Pudo estar Arias Gonzalo,  
La Monja alférez, Elvira  
Y la moza de Pilatos.

CONDE.  
Necio, el arte y el aseo,  
El modo de hablar, el garbo  
Arguyen nobleza en ella.

COSME.  
Pues, ya que notaste tanto,  
¿No podiste conocerla  
En la voz?

CONDE.  
No, porque hablando  
Con turbación no es posible;  
Fuera de que, es necio engaño  
Pensar que, entre tantas damas  
Como tienen en palacio  
La Reina, en la voz se pueda  
Conocer aquesta.

COSME.  
Es llano,  
Y mas quien ha estado ausente.

CONDE.  
Ya es muy tarde; y Cosme, vamos.

COSME.  
¿No has de entrar á ver á Blanca?

CONDE.  
No; que estará con cuidado,  
Si acaso oyeron el ruido,  
Y no es bien que sin recato,  
Si me ven, eche á perder  
Un amor de tantos años.

COSME.  
Vamos pues.  
CONDE.  
¿Ah Blanca mía!  
Perdona si me ha estorbado  
De hablarte esta noche y verte  
Un suceso tan extraño;  
Que mañana irá mi amor,  
Ciego á tus divinos rayos,  
A ser salamandra ardiente  
En tus ojos soberanos.

(Vase.)

Salen FLORA, criada, y EL DUQUE  
DE ALANSON.

DUQUE.  
¿Qué hace Blanca?

FLORA.  
Está vistiendo

A la Reina.  
DUQUE.  
Yo he venido

A su cuarto, conducido  
Deste mal que estoy sintiendo,

Para hablarte en mi cuidado,  
Pues eres tú la tercera  
De mi amor.

FLORA.  
En vano espera  
Vuestra alteza ser pagado.

DUQUE.  
Pues ¿qué dice, cuando amante  
Por ella el pecho suspira?

FLORA.  
Como ella á casarse aspira,  
Vuestra alteza no se espante  
Que, habiendo tanta distancia,  
Tema poner su aficion  
En un duque de Alanson,  
Hermano del rey de Francia;  
Y así, ingrata corresponde;  
Que, aunque es de tan alta esfera,  
Vos sois mas. (Ap. ¿Quién le dijera  
Que es porque ella quiere al Conde?)

DUQUE.  
Yo vine, como sabrás,  
Con color de una embajada,  
A Londres, y mi jornada  
No fué á las paces; que mas  
Fué á tratar mi casamiento  
Con la Reina; y tanto gano,  
Que á Londres el Rey, mi hermano,  
Me envió para este intento;  
Y aunque esto está en buen estado  
Con los grandes y la Reina,  
Blanca, que en mi pecho reina  
Hoy, me da mayor cuidado.  
Este papel le has de dar,  
Pero yo tengo de ver  
(Esté gusto me has de hacer)...

FLORA.  
En todo puedes mandar.

DUQUE.  
Lo que, al leerle, responde.

FLORA.  
¿Cómo?  
DUQUE.  
Ocultándome aquí.

FLORA.  
Mire tu alteza...  
DUQUE.  
Por mí  
Has de hacer aquesto; ¿dónde  
Me entraré? Pues soy cautivo  
De la causa de mi pena,  
Quitame tú esta cadena.

FLORA.  
¿Qué lindo madurativo  
Ablandaré! ¿Hay tal porfia?  
Pues lo quiere vuestra alteza,  
Entrese en aquesta pieza,  
Que sale á una galería.

(Escóndese el Duque.)

Salen BLANCA y COSME.

BLANCA.  
Vuélveme á dar mil abrazos.

COSME.  
Bástame besar tus piés  
A mí, Señora, y despues  
Merezca el Conde tus brazos;  
Porque no te diese susto  
El verle entrar de repente,  
Porque inopinadamente  
Suele dar la muerte un gusto,  
Yo me adelantó, y él llega.

FLORA.  
(Ap. El Conde viene ¡ay de mí!),  
Y como el Duque está aquí,  
Ha de escuchar ¡estoy ciega!)  
Cuanto pasa en sus amores;

Quiérola así remediar.)  
Tu alteza se puede entrar  
Un rato á ver los primores  
Que esa hermosa galería  
En tantas pinturas tiene,  
Porque una visita viene  
A ver á Blanca, y sería  
Cansancio estaros aquí;  
En yéndose, avisaré  
A tu alteza.

Sale EL CONDE.

DUQUE.  
Así lo baré. (Vase.)

FLORA.  
Pues adios; bien está así.  
CONDE.  
Nunca creí que llegara  
Esta dicha.

BLANCA.  
Dueño mío,  
Solemnicen hoy mis brazos  
La dicha de haberte visto;  
¿Vienes bueno?

CONDE.  
Ya lo estoy;  
Que hasta aquí solo he vivido  
A cuenta de la esperanza  
De ver tus ojos divinos.

BLANCA.  
¡Ay, Conde, lo que me cuestas!

CONDE.  
¿Sabes, Blanca, lo que digo?  
Que le agradezco á la ausencia  
El haberme suspendido  
La gloria de estarte viendo,  
Porque agora mas la estimo.  
Bien haya la ausencia, Blanca;  
Bien haya, amén, pues me hizo,  
Solo con darme el tormento,  
Mas despierto en el alivio.

BLANCA.  
Yo, Conde, solo con verte,  
Como siempre; mas ¿qué digo?  
Informate tú del pecho,  
Pues en él has asistido,  
Y no limite la lengua  
Un amor que es infinito,  
Ni las finezas de un alma  
Eche á perder un sentido.

CONDE.  
¿Qué hiciera yo por pagarte?

BLANCA.  
Si eso, Conde, has pretendido,  
Ya tengo con qué me pagues.

CONDE.  
Pues ¿qué dudas, Blanca? Dilo.

BLANCA.  
Una merced has de hacerme.

CONDE.  
¿Merced, Blanca? ¿En qué te sirvo?

BLANCA.  
Mira que te fio el alma.

CONDE.  
Ya, Señora, estoy corrido.

BLANCA.  
¿Eres mi dueño?

CONDE.  
Tu esclavo.

BLANCA.  
¿Soy tu esposa?

CONDE.  
Eres bien mío.

BLANCA.  
¿Quiéresme mucho?

CONDE.

Te adoro.

BLANCA.

Pues, en fe de eso que has dicho,—  
Salto los dos allá fuera,—

(Vanse *Flora y Cosme.*)

Y escucha tú.

CONDE.

Ya se han ido.

(Ap. ¿Qué querrá Blanca?)

BLANCA.

Ya sabes

(Oh conde de Sex invicto)  
Que me serviste tres años,  
Y que al fin mi pecho esquivo  
Labrar se dejó, aunque bronce,  
Al buril de tus suspiros,  
Pues que, con la fe y palabra  
Que me diste de marido,  
Te hice dueño de mi honor,  
Y que no nos atrevimos  
A casarnos por mi padre  
Y mi hermano, que enemigos  
Fueron siempre de tu casa.

CONDE.

Todo, Blanca, lo he sabido,  
Y que ya, después de muertos  
Tu hermano y padre, quisimos,  
Dándole cuenta á la Reina,  
Casarnos, cuando Filipo  
Segundo, español monarca,  
Contra Ingalaterra hizo  
La armada mayor que nunca  
Con pesadumbre de pino  
La espalda oprimió salobre  
De aqúese monstruo de vidrio;  
Y que á mi la Reina entonces  
Me envió con sus navíos  
A procurar resistir  
Tan poderoso enemigo.  
Por esto nó pude entonces  
Casarme; agora he venido  
De la empresa, y á la Reina  
Pediré, á sus piés rendido,  
Que me case.

BLANCA.

Pues supuesto

Que es verdad lo que me has dicho,  
Y que mis males te tocan  
Ya como los tuyos mismos,  
Bien podré seguramente  
Revelarte intentos míos,  
Como á galán, como á dueño,  
Como á esposo y como amigo.  
La reina de Ingalaterra,  
Isabela, que ha tenido  
Siempre suspensa la Europa  
Con fuerza ó con artificio,  
Prendió á María Estuarda,  
Reina de Escocia y archivo  
De virtudes y bellezas,  
Por unos falsos indicios.  
Creyó Isabela, ó creyeron  
De Isabela los validos,  
Que María fomentaba  
En secreto los desinios  
De rebeldes conjurados  
(¿Qué engaño para creído!),  
Llamó Isabela á la Reina  
A su corte, y ella vino,  
Bien como al traidor reclamo  
Suele incauto pajarillo  
Venir improvisamente,  
Festejando su peligro,  
A ser despojo sangriento  
Del cazador enemigo.  
Mi padre, que muchos años  
Estuvo en los tiernos míos  
Con la embajada en Escocia,  
Siempre se inclinó al servicio

De María y de aquel reino;  
Y yo, con el amor mismo,  
Cuando nací, me crié  
Con la Reina, y le ha debido  
Mi amor muchos agasajos  
Y no pocos beneficios.

Con esto, á mi viejo padre  
Y á mi hermano Ludovico,  
Por cómplices y traidores,  
Los meten en un castillo,  
Solo porque la inocencia  
De la Reina no han querido  
Perseguir, como los otros;  
Solo porque el hecho indigno  
No apoyaron, como nobles;  
Solo porque, siendo amigos  
De la virtud é inocencia,  
Ser parciales no han fingido  
De la malicia. ¡Oh, mal haya  
Mil veces, mal haya el siglo  
En que para conservarse,  
Porque es monarca el delito,  
Ha menester la virtud  
Ser hipócrita del vicio!  
En fin, Conde; en fin, Señor  
(¿Con qué lástima lo digo!),  
Teñiendo en sangre la Reina  
Aquel infame cuchillo,  
Noble víctima, inocente,  
Fué de injusto sacrificio;  
Bella flor, que de la noche  
Se defendió en su capillo,  
De ignorancias del arado  
Probó los groseros filos;  
De atrevimiento villano  
El antojo inadvertido  
Violar pudo honesta rosa,  
Que aun se recató al rocío;  
Falleció blanca azucena,  
De quien se copió el armiño,  
A los hielos del enero  
O á los rayos del estío;  
Dejóse ajar de una mano,  
Deshojado clavel fino,  
Y pisar de errante huella,  
Destroncado hermoso lirio;  
Porque, muriendo la Reina  
Al arado, al pié, al cuchillo,  
Al antojo, hielo y mano,  
Murieron en el suplicio  
Juntos flor, víctima, rosa,  
Clavel, azucena y lirio;  
También mi padre y mi hermano,  
Por no estar bien convencidos,  
Murieron de la prision  
Al lento y sordo martirio;  
Pero, en fin, como traidores,  
Quedaron destituidos  
De su hacienda y de su estado,  
Y hasta Roberto, mi primo,  
Por pariente de mi padre,  
Que no por otro delito,  
Huyó el riesgo, y sin estado  
Vive en Escocia escondido.  
Yo, en venganza de la Reina,  
Del hermano y padre mio,  
Irritada y persuadida  
(Que también está ofendido)  
Del noble conde Roberto,  
Mi primo, me determino  
A dar la muerte á esta fiera,  
Y quizá por su destino,  
O por justicia del cielo,  
Venirse ella misma quiso  
A mi quinta algunos días.  
Yo, en fin, á Roberto escribo  
Que venga en secreto á darla  
La muerte; que el tiempo, el sitio,  
El asistirle yo siempre,  
Y estar desapercebidos,  
Daban ocasion bastante  
Para lograr sus desinios.

Vino, y esperó ocasion  
Unos días escondido;  
Y ayer, bajando Isabela  
Sola á los jardines, dijo  
Que no hubiese nadie en ellos,  
Y yo á Roberto le aviso;  
Entonces, dejando abierto  
De la quinta el un postigo,  
Él la tiró una pistola  
Al tiempo que de unos mirtos  
Saltó un hombre á socorrerla;  
Y él, por no ser conocido  
Si al ruido acudiese gente,  
Se fué, dejando perdidos  
A un tiempo ocasion, venganza,  
Esperanzas y desinios.  
Yo, el corazón lleno de ira,  
En rabia el pecho encendido,  
Ardiendo en venganza el alma  
Y en cólera el rostro tinto,  
Pues son tuyos mis agravios,  
Y tuyos aun mas que míos,  
Como á esposo, como á dueño,  
Como á señor y marido,  
Hoy á tu valor apelo,  
Mi venganza á ti te fio;  
Venga tus propios agravios,  
Pues los míos te probijo.  
Muera esta tirana, Conde;  
Escribe al Conde, mi primo;  
Junta mis amigos todos,  
Pues todos son tus amigos.  
Sin riesgo puedes matarla;  
Porque es tan aborrecido  
El nombre desta tirana,  
Que, en vez de darte castigo,  
Lauros le dará tu patria  
A tu valor peregrino;  
Y si no, viven los cielos,  
Que, si leal ó remiso,  
O dudas ó no te atreves  
A hacer esto que te pido,  
Yo misma, yo misma, Conde,  
Cuando faltara en mi primo  
El valor ó la ocasion,  
Apelando á aquestos brios,  
Con los dientes, con las manos,  
O con mis propios suspiros,  
Cuando faltara instrumento  
A mi afeto vengativo,  
He de hacerla mas pedazos  
Que ese monstruo cristalino  
Hunde cruel en su centro,  
Que es vecindad del abismo.

CONDE. (Ap.)

¿Hay tal traicion? Vive el cielo,  
Que de amarla estoy corrido,  
Blanca, que es mi dulce dueño;  
Blanca, á quien quiero y estimo,  
¿Me propone tal traicion?  
¿Qué haré? Porque si ofendido,  
Respondiendo como es justo,  
Contra su traicion me irrito,  
No por eso he de evitar  
Su resuelto desatino;  
Pues darle cuenta á la Reina  
Es imposible, pues quiso  
Mi suerte que tenga parte  
Blanca en aqueste delito;  
Pues si procuro con ruegos  
Disuadirla, es desvario;  
Que es una mujer resuelta  
Animal tan vengativo,  
Que no se dobla á los ruegos,  
Antes con afecto impio  
En el mismo rendimiento  
Suelen aguzar los filos;  
Y quizá desesperada  
De mi enojo ó mi desvío,  
Se declarará con otro,  
Menos leal ó mas fino,

Que quizá por ella intente  
Lo que yo hacer no he querido;  
Demás que el inconveniente  
Del vil Roberto, suprimo,  
Tampoco cesa, y ¿quién duda  
Que él, por traidores ó amigos,  
Tenga muchos conspirados,  
Que fomenten sus motivos?  
Pues yo tengo de librar  
A la Reina del peligro;  
Vive Dios, que he de barrer  
Aquestos fieros prodigios  
De traición de Ingalaterra;  
Todos juntos conducidos  
En un día con mi industria,  
Se han de venir al cuchillo;  
Que despues á Blanca sola,  
Sin persuasión de su primo,  
Con ruego ó con amenazas  
Atajaré sus desinios.

BLANCA.

Si estás consultando, Conde,  
Allá dentro de ti mismo  
Lo que has de hacer, no me quieres;  
Ya el dudarlo fué delito.  
Vive Dios, que eres ingrato.

CONDE.

En esto me determino.

BLANCA.

¿Qué respondes?

CONDE.

Ya te doy  
La respuesta por escrito.

*Pónese á escribir el Conde sobre un  
bufete, y asómese EL DUQUE.*

DUQUE. (Ap.)

Como tarda tanto Flora  
Curioso á ver he salido  
Qué visita es la que á Blanca  
Tanto entretiene. ¿Qué miro?  
¿El conde de Sex con Blanca?  
Pues ¿cómo? ¿El Conde ha venido  
De la guerra?

CONDE.

La respuesta  
Nunca dudarse ha podido  
De mi afecto, siendo ya  
Tan grandes agravios míos.  
Párase Cosme, y á Escocia  
Lleve esta carta, en que digo  
A Roberto que se venga  
El y todos sus amigos  
A la deshílada á Londres;  
Que con la gente que rijo,  
Que me seguirá, y el pueblo,  
De quien estoy tan bienquisto,  
Daré la muerte á la Reina.

DUQUE. (Ap.)

¿Qué escuchó?

CONDE.

En corrientes ríos  
De su infame sangre pienso  
Anegar su cuarto mismo.  
(Ap. En viniendo, todos juntos  
Morirán en el suplicio.)  
¡Muera esta tirana! ¡Muera!  
Arranque mi brazo invicto...

DUQUE. (Ap.)

¿Hay tal traición?

CONDE.

Deste reino  
Y del mundo este prodigio;  
Que, á pesar de Ingalaterra,  
Si una vez la espada esgrimo,  
He de beber de su sangre.

Sale EL DUQUE.

DUQUE.

No podréis mientras yo vivo.

CONDE. (Ap.)

¡Válgame el cielo!

BLANCA. (Ap.)

¡Ay de mí!

CONDE.

¿Qué es esto, Blanca?

BLANCA.

¿Qué miro?

¿Cómo vuestra alteza, el Conde...

Toda soy un hielo frío.

CONDE.

Pues ¿cómo, Blanca, en tu cuarto  
El Duque?

BLANCA.

¿Quién le ha metido

En mi cuarto á vuestra alteza?

DUQUE.

Nadie, Blanca; que yo mismo  
Me entré acá, quizá guiado  
De algun impulso divino,  
Para estorbar tal maldad.

BLANCA.

Pues ¿cuándo tu alteza ha visto  
En mi ocasión para hacer...

DUQUE.

Esperad; ¡qué desatino!  
Por vida del Rey, mi hermano,  
Y por la que mas estimo  
De la Reina, mi señora,  
Y por... Pero yo lo digo;  
Que en mí es el mayor empeño  
De la verdad el decirlo:  
Que no tiene Blanca parte  
De estar yo aquí; que yo mismo  
Me entré, hallando abierto, á ver  
Esos cuadros, divertido,  
Que tiene esta galería;  
Y estad muy agradecido  
A Blanca de que yo os dé,  
No satisfacción, aviso  
Desta verdad; porque á vos,  
Hombre como yo...

CONDE.

Imagino

Que no me conocéis bien.

DUQUE.

No os habia conocido  
Hasta aquí; mas ya os conozco,  
Pues yo tan otro os he visto,  
Que os reconozco traidor.

CONDE.

Quien dijere...

DUQUE.

Yo lo digo;  
No pronunciéis algo, Conde,  
Que yo no pueda sufriros.

CONDE.

Cualquier cosa que yo intente...

DUQUE.

Mirad que estoy persuadido  
Que hace la traición cobardes;  
Y así, cuando os he cogido  
En un lance que me da  
De que sois cobarde indicios,  
No he de aprovecharme desto;  
Y así, os perdona mi brio  
Este rato que teneis  
El valor disminuido;  
Que, á estar todo vos entero,  
Supiera daros castigo.

CONDE.

Yo soy el conde de Sex,  
Y nadie se me ha atrevido

Sino el hermano del rey  
De Francia.

DUQUE.

Yo tengo brios  
Para que, sin ser quien soy,  
Pueda mi valor invicto  
Castigar, no digo yo  
Solo á vos, mas á vos mismo,  
Siendo leal, que es lo mas,  
Con que queda encarecido;  
Y pues sois tan gran soldado,  
No echeis á perder, os pido,  
Tantas heroicas hazañas  
Con un hecho tan indigno.  
¿Qué os ha hecho á vos la Reina?  
¿Por qué su privanza os hizo?  
¿Qué desinios son aquestos?  
Ea, Conde, corregidos.  
Solo yo sabré este caso;  
Pero mal dije, yo mismo  
No lo sabré; que, en saliendo  
De aquesta cuadra que piso,  
Si agora he sabido aquesto,  
Despues no lo habré sabido.  
Yo quedaré muy ufano  
Que me debais este aviso;  
Que yo sé muy bien que Blanca,  
Si yo no hubiera salido  
Primero á vuestros intentos,  
Conforme el blason antiguo  
De su sangre y de la vuestra,  
Os hubiera respondido.  
Ya habréis mudado de intento;  
Y si no, estad advertido  
Que á quien se atreve á tener  
El mas oculto desinio  
Contra la Reina, yo entonces,  
Que la guardo, que la asisto,  
Que la estimo, que la quiero,  
Que la deliando y la libro,  
Atalaya á sus pisadas,  
Argos á su sol divino,  
Sabré ser lince que os vea  
Los mas ocultos motivos.  
Y sabré daros mil muertes;  
Que, si aquesta espada esgrimo,  
Todo un mundo de traidores  
Son pocos al valor mio.  
Miraldo mejor, dejad  
Un intento tan indigno,  
Corresponded á quien sois;  
Y si no bastan avisos,  
Mirad que hay verdugo en Londres,  
Y en vos cabeza; harto os digo. (Vase.)

CONDE.

Corrido y confuso estoy;  
¿Vióse lance como el mio?  
Pero piense ahora el Duque  
Mal de la fe con que sirvo  
A la Reina; que despues,  
Con la hazaña que imagino,  
El verá que soy leal.—  
Lleven la carta á tu primo. (A Blanca.)  
(Ap. No he de responder al Duque  
Hasta que el suceso mismo  
Muestre cómo fueron falsos  
De mi traición los indicios,  
Y que soy mas leal cuando  
Mas traidor he parecido.)

BLANCA.

¿Hubo desdicha mas grande?  
Y aun mayor hubiera sido  
Si no aciata á ser el Duque  
El que escuchó los desinios  
Del Conde. ¡Válgame el cielo!  
¿Qué desdichada he nacido!

*Salen EL SENESCAL y LA REINA.*

REINA.

Senescal, esto que os digo  
Me sucedió.

SENESCAL.  
El cielo santo  
Nos defendió vuestra vida.

REINA.  
Haced pues que los soldados  
De mi guarda estén á trechos  
Aquesta quinta guardando  
Hasta que me vuelva á Londres.

SENESCAL.  
¿No será mejor buscarlos  
A los viles agresores?

REINA.  
¿Cómo?  
SENESCAL.  
Yo haré echar un bando,  
Que ofrezca grandes mercedes,  
El delito publicando,  
A quien diere el agresor,  
Y que será perdonado.  
Si es cómplice, el que le entregue;  
Y pues son los dos culpados,  
Podrá ser que alguno dellos  
Entregue al otro; que es llano  
Que será traidor amigo  
Quien fué desleal vasallo.

REINA.  
No lo apruebo, Senescal,  
Que así se publique el caso,  
Y no quiero yo que sepan  
Que hubo quien se atreva á tanto,  
Que intente darme la muerte  
Dos leguas de mi palacio;  
Que quizá despertáremos  
De algunos que están callando  
La traición con este ejemplo;  
Que es gran materia de estado  
Dar á entender que los reyes  
Están en sí tan guardados,  
Que, aunque la traición los busque,  
Nunca ha de poder hallarlos;  
Y así, el secreto averigüe  
Inormes delitos cuando,  
Mas que el castigo escarmientos,  
Da ejemplares el pecado.

Sale UN CRIADO.

CRIADO.  
El de Sex pide licencia  
Para entrar.

REINA.  
Pues ¿ha llegado?  
Mucho me temo... Decid  
Que espere; mas no, dejadlo.  
Entre.

Sale EL CONDE.

CONDE.  
Si acaso merezco  
Besar tus piés...

REINA.  
Levantáos,  
Columna de Ingalaterra;  
Que ya solo con miraros  
Sé el suceso de la guerra.  
(Ap. Locos pensamientos vanos,  
Dejadme; ¿qué me quereis?)

CONDE.  
Yo mismo he querido daros  
La nueva.

REINA.  
¿Qué hay de mi armada?

CONDE.  
Libre está el reino. dejamos  
De los españoles leños  
Limpio nuestro mar britano.

REINA.  
¿Feliz suceso!

SENESCAL.  
¿Gran nueva!  
CONDE.  
Desta suerte fué...

REINA.  
Esperáos;  
No quiero oír el suceso  
Hasta teneros premiado.—  
Senescal, haced al punto  
La cédula en que le hago  
De Ingalaterra almirante  
Al Conde.

CONDE.  
Besar tu mano  
Será de tan grandes premios  
El mayor.  
(Llega el Conde á besar la mano á la  
Reina, y ella repara en la banda.)

REINA.  
Debo pagaros...  
(Ap. ¿Qué miro?) Porque á servicios...  
(Ap. ¿No es esta mi banda?) tantos  
Mi reino... ¿Cuándo llegasteis?  
CONDE.  
(Ap. En la banda ha reparado.)  
Agora.

REINA.  
¿En aqueste punto  
Os apeáis?  
CONDE. (Ap.)  
¿Qué mas claro  
Indicio que fué la Reina,  
Aun cuando hubiera faltado  
Lo que dijo Blanca?

REINA.  
¿Ahora?  
No lo creo; ¿algun cuidado  
No habiades de tener  
Que de amante ó cortesano  
Anoche os hiciese un poco  
Adelantar? Confesaldo;  
Yo os perdono el haber sido  
Menos puntual vasallo  
Que amante, por vida mía.  
(Ap. Él lo niega.)

CONDE.  
A empeño tanto,  
¿Quién lo negará, aunque importe  
La vida?

REINA.  
¿Es favor acaso  
La banda, ó estáis herido?

CONDE.  
Siempre he vivido ignorado  
De amor; mas ya dulcemente  
La banda ha lisonjeado  
Los dolores desta herida,  
Que me dieron en la mano  
Por serviros.

REINA.  
Yo lo creo.  
(Ap. ¿No bastaba, amor tirano,  
Una inclinacion tan fuerte,  
Sin que te hayas ayudado  
Del deberle yo la vida?)  
¿Quereis mucho? ¿Sois pagado  
De la dama de la banda?

CONDE.  
Es el sugeto tan alto,  
Que aun no podrán mis suspiros  
Alcanzar allá volando.

REINA.  
(Ap. ¿Si anoche me conoció?  
Mas esto es hablar á caso.)  
Y ella ¿sabe vuestro amor?

CONDE.  
Aunque en batallas y asaltos

Tan atrevido y valiente  
Me mostré, no lo soy tanto,  
Que ose decir la mi amor,  
Porque aun de mí le recato.

REINA.  
Pues si no se lo habeis dicho,  
No teneis de qué quejaros.

CONDE.  
Ni aun á quejarme me atrevo.

REINA. (Ap.)  
¿Diréle al Conde (¿qué aguardo?)  
Que soy á quien dió la vida?  
Mas ¡oh necia lengua! paso.  
¿Será bien que sepa el Conde  
Que soy la que sin recato  
Vió anoche como mujer,  
Cuando deidad me ha juzgado?  
Cráme deidad el Conde;  
Que lo que tienen de humanos  
No han de revelar los reyes  
A los ojos del vasallo.

CONDE. (Ap.)  
¿Qué es esto, locura mía?  
¿Atreverme (mal hago)  
A presumir que la Reina...  
Pero no; ¡qué necio engaño,  
REINA.

(Ap. El Conde me dió la vida;  
Confieso que me ha pesado.  
¡Oh infame agradecimiento,  
Que engendró mi amor bastardo;  
Hijo de padre traidor,  
Yo te atajaré los pasos.  
Ea, cordura, ¿esto sufres?)  
¿Conde!

CONDE.  
¿Señora!  
REINA.  
(Ap. Venzamos...)  
¿Cómo no os vais (Ap. ¡Estoy loca!)  
A descansar?

CONDE.  
Solo aguardo  
Licencia.

REINA.  
Pues idos luego.  
CONDE.

Ya os obedezco.  
REINA.  
Esperáos.  
(Ap. ¿Qué es esto?) Esperad un poco,  
Y os llevaréis el despacho  
Desta merced que os he hecho.  
(Ap. ¿Que así me rinda un cuidado?  
Esta es la primera vez  
Que tener el pecho ingrato  
Fuera en mi menos baja.)

Sale EL SENESCAL, con escribano.

CONDE.  
Confusa estoy; ya le aguardo.

SENESCAL.  
Esta es la cédula; firme  
Vuestra alteza.

REINA.  
Ya he firmado.—  
Tomad la cédula, Conde,  
De aquesta merced que os hago;  
Yo misma el despacho os doy,  
Solo por no dilataros  
La merced, porque no quiero,  
Cuando me servís y os pago,  
Echar á perder el premio  
Con hacer que os cueste pasos.

CONDE.  
El mayor premio es serviros.  
(Ap. ¿Si es tanto favor acaso?)

REINA. (Ap.)  
¡Amor loco!...

CONDE. (Ap.)  
¡Necio amor!...

REINA. (Ap.)  
Que ciego...

CONDE. (Ap.)  
Que temerario...

REINA. (Ap.)  
Me abates á tal bajeza...

CONDE. (Ap.)  
Me quieres subir tan alto...

REINA. (Ap.)  
Advierte que soy la Reina.

CONDE. (Ap.)  
Advierte que soy vasallo.

REINA. (Ap.)  
Pues me humillas al abismo...

CONDE. (Ap.)  
Pues me acercas á los rayos...

REINA. (Ap.)  
Sin reparar mi grandeza...

CONDE. (Ap.)  
Sin mirar mi humilde estado...

REINA. (Ap.)  
Ya que te admito acá dentro...

CONDE. (Ap.)  
Ya que en mí te vas entrando...

REINA. (Ap.)  
Muere entre el pecho y la voz.

CONDE. (Ap.)  
No te asomes á los labios.

REINA.  
¿Oíste, Conde?

CONDE.  
¡Señora!

REINA.  
Vedme despues.

CONDE.  
Soy tu esclavo.

(Ap. ¡Necio engaño, no me subas,  
Para caer de mas alto!)

## JORNADA SEGUNDA.

Salen COSME y EL CONDE DE SEX.

COSME.  
Agora á Londres llegamos,  
Y ¿ya á palacio venimos?

CONDE.  
Los que á reyes asistimos  
Nunca, Cosme, descansamos.  
Agora la Reina llega  
Desde la quinta á palacio,  
Y como es mas breve espacio,  
Ni la privanza sosiega  
Ni el amor; cada esperanza  
Me lleva, como se ve,  
A ver á Blanca, mi fe,  
Y á la Reina, mi privanza.

COSME.  
Gran desdicha es el privar,  
Pues hace á los mas amigos  
Ser hácia dentro enemigos.

CONDE.  
Mas trabajo es envidiar,  
Cosme, que ser envidiado.

COSME.  
Esa es mas desdicha sola.

CONDE.  
¿No trujiste la pistola?

COSME.  
Vesla aquí, y hasta grabado  
Tu nombre en ella; mas di:  
¿Por qué la mandas traer?

CONDE.  
Como habemos de volver,  
Cosme, tan tarde de aquí,  
No es mucho que me prevenga;  
Que la privanza ocasiona  
Envidias.

COSME.  
En tu persona  
No me espanto que la tenga.

CONDE.  
No ha sido con otro fin.  
(Ap. Del Duque estoy receloso,  
Porque está muy sospechoso;  
Pero no, que es noble al fin.)

COSME.  
Ya la hemos traído, y pues  
¿Dónde irá á guardarla agora?

CONDE.  
Al cuarto de Blanca; Flora  
Te la guardará, y despues,  
Pues de Blanca me despido,  
Al irme la pedirás.

COSME.  
Eso es lo que apruebo mas;  
Porque yo siempre he temido  
Azar, si saber lo quieres,  
Con ese instrumento atroz;  
Que sin pensar tiran coz  
Arcabuces y mujeres.  
¿Por qué te quitas la banda?

CONDE.  
Porque á ver á Blanca paso,  
Y si ella la viese acaso,  
Que siempre en recelos anda,  
Puede ser que me la pida,  
Como curiosa y mujer,  
Y me pesara, por ser  
De la dama á quien di vida.

COSME.  
¿Que nunca hayamos sabido  
Si era dama ó si era dueña!  
¿No dió esa banda por seña?

CONDE.  
Sí.

COSME.  
Pues ¿alguna no ha habido  
Que en ella haya reparado?

CONDE.  
No, Cosme.

COSME.  
Este dedo diera  
Solo por saber quién era;  
¿Que no hayamos alcanzado  
Quién fuese, por mas que yo  
Me desvelo y te desvelas!  
De algun libro de novelas  
Presumo que se soltó;  
Ella era una gentil tronga.

CONDE.  
No digas tal, majadero.

COSME.  
A pagar de mi dinero,  
Que era dueña ó vil mondonga;  
Pues que esta banda presea  
Es que cualquiera la tiene,  
Sin ser... Pero Blanca viene;  
Escóndela, no la vea.

(Toma la banda en la mano.)

Salen BLANCA y FLORA.

BLANCA.  
¿Adónde... (Ap. No sé qué ha ocultado  
De mi Cosme.)

CONDE.  
Blanca hermosa...

BLANCA. (Ap.)  
¿Qué será? Que estoy dudosa.

CONDE.  
¿Dónde vas?

BLANCA.  
Hame llamado  
La Reina. Vénte conmigo,  
Iré bien acompañada.

CONDE. (Ap á Cosme.)  
Mira que no digas nada  
A Blanca de...—Ya te sigo.  
(Vanse Blanca y el Conde.)

COSME.  
(Ap. Con esto á perder lo echó;  
Porque yo no me acordaba  
De decirlo, y lo callaba,  
Y como me lo encargó,  
Ya por decirlo reviento;  
Que tengo tal propiedad,  
Que en un hora ó la mitad  
Se me hace postema un cuento.)  
Guarda, Flora, esta pistola  
Hasta irse el Conde despues;  
Mira no te dé un revés,  
Y te pegue golpe en bola.

FLORA.  
Pues en el cuarto la meto  
De mi señora.

COSME.  
(Ap. ¡Habrà ya  
Treinta y seis horas (si habrá)  
Que estoy callando el secreto?  
Allá va.) Flora... Mas no;  
(Vase Flora.)  
Sea persona mas grave.  
No es bien que Flora se alabe  
Que el cuento me desfloró.  
Dos cosas juntas (¿qué haré?)  
Me están matando: una ha sido  
Saber lo que no he sabido,  
Y otra decir lo que sé.  
Por saber quién fué, me muero,  
La dama con mascarilla,  
Y esta tambien por decirla  
Tan solo saberla quiero.  
Muy bien el Conde negocia.

Salen BLANCA.

BLANCA.  
Cosme, ¿cómo tan despacio  
Te estás agora en palacio,  
Si te has de partir á Escocia?

COSME.  
Al alba, aunque yo trasnoche,  
Mandó el Conde que me parta.

BLANCA.  
Ves aquí, Cosme, la carta;  
Pártete luego esta noche,  
No aguardes á mas.

COSME.  
Sí haré.

BLANCA.  
¿Qué escondes aquí?

COSME.  
(Ap. Maldito  
Es esto; si otro poquito  
Me aprieta, se lo diré.)  
No es nada. (Ap. Jesús mil veces,  
Ya se me viene á la boca  
La purga.)

BLANCA.  
Eso me provoca.  
COSME. (Ap.)  
¡Qué regüeldos tan soeces  
Me vienen! ¡Terrible aprieto!

BLANCA.  
Dilo pues.  
COSME. (Ap.)  
Asco me da.  
BLANCA.  
Majadero, acaba ya.  
COSME. (Ap.)  
¡Qué asqueroso es un secreto!

BLANCA.  
Haz de mi paciencia prueba.  
COSME.  
Aguarda, reventaré;  
Quiero decirlo, porque  
Mi estómago no lo lleva.  
Protesto qu'es gran trabajo;  
Meto los dedos.

BLANCA.  
Di ya.  
COSME.  
Ea pues, secreto va,  
Como agua fuera de abajo:  
Aquesto que traigo es banda,  
Y de ti la encubri yo;  
El Conde me lo mandó,  
Que en estos enredos anda.  
A él se la dió una mujer  
Encubierta y disfrazada,  
Que libró de una estocada;  
No supe quién pudo ser.  
El Conde, alevé é indiscreto,  
Perjuero, falso, cruel,  
Pisaverde, cascabel.  
Toma la banda en efeto;  
Y aquí la historia dió fin.  
Y pues la purga he trocado,  
Y el secreto vomitado  
Desde el principio hasta el fin,  
Y sin dejar cosa alguna,  
Talasco me dió el decillo,  
Voy á probar de un membrillo  
O á morder de una aceituna. (Vase.)

BLANCA.  
De lo que á Cosme he escuchado,  
Aunque mal, he colegido  
Que el Conde anda divertido;  
Y aunque crédito no he dado,  
Es hombre en fin. ¡Ay de aquella  
Que á un hombre fió su honor,  
Siendo tan malo el mejor!  
Mas, pues lo quiso mi estrella,  
He de apretar al momento  
Que nos casemos los dos.  
¿Quién será? ¡Válgame Dios!  
¿Si tiene algun fundamento  
La banda? La Reina viene.—

Sale LA REINA ISABELA.

¿No fué al jardín vuestra alteza?

REINA.  
Todo cansa; ¡qué tristeza!  
Nada, Blanca, me entretiene.

BLANCA.  
¿Quiere vuestra majestad  
Que llame á las damas?

REINA.  
No,  
Déjame sola; que yo  
Gusto de la soledad.  
Haced que cante allá fuera  
Irene; ¡gran desconsuelo!

BLANCA.  
Guarde vuestra vida el cielo  
Tanto como yo quisiera. (Vase.)

Sale EL CONDE.

CONDE.  
Loco pensamiento mio,  
Que á un imposible desvelo  
Tan rícidamente me encubres  
De ambicioso ó de soberbio,  
Abate, abate las alas,  
No subas tanto; busquemos  
Mas proporcionada esfera  
A tan limitado vuelo.  
Blanca me quiere, y á Blanca  
Adoro yo, ya es mi dueño;  
Pues ¿cómo de amor tan noble  
Por una ambicion me alejo?  
No conveniencia bastarda  
Venza un legitimo afecto;  
No hagamos razon de estado  
Del gusto ni del deseo;  
Congruencia, venza amor.

REINA. (Ap.)  
Este es el Conde; ya tiemblo,  
¡Qué efeto tan poderoso!

CONDE. (Ap.)  
¡La Reina! Volverme intento,  
No me arrastre la locura.

REINA. (Ap.)  
Ciega estoy, mas irme quiero;  
Venza la razon al gusto.

CONDE. (Ap.)  
Mas yo vuelvo.  
REINA. (Ap.)  
Mas yo vuelvo.

CONDE. (Ap.)  
¿Y Blanca?  
REINA. (Ap.)  
¿Y la majestad?  
CONDE. (Ap.)

Mas, oh fortuna, probemos;  
Que pesa mas que el amor  
Una hermosura y un reino.

REINA. (Ap.)  
Mas, oh cuidado, volvamos;  
Que amor, cuidado y deseo  
Son muy fuertes enemigos,  
Y es uno solo el respeto.

CONDE. (Ap.)  
¿Hablaréla?  
REINA. (Ap.)  
Quiero hablarle.  
CONDE. (Ap.)

Yo quiero llegar.  
REINA. (Ap.)  
Yo llego.  
CONDE.

¿Señora!  
REINA.  
¿Conde! (Ap. Estoy loca.)  
CONDE.

(Ap. Cobarde estoy.) Aquí vengo,  
Girasol de vuestros rayos,  
A beber su luz atento.

REINA.  
¿Cómo vos en vuestra idea,  
Aunque vasallo? ¿Qué es esto?  
(Suene instrumento.)  
CONDE.

Quieren cantar.  
REINA.  
Es Irene,  
Y se lo maadé. (Ap. Agradezco  
Que atajase una locura  
A mi voz un instrumento.)  
voz. (Canta.)

Si acaso mis desvarios  
Llegaren á tus umbrales,

La lástima de ser males  
Quite el horror de ser míos.

REINA.  
¡Qué bien dice! Es extremada  
La redondilla.

CONDE.  
En extremo.  
REINA.

Confieso que me ha agradado,  
Por ser de amor, el conceto.

CONDE.  
Anda agora muy válida.  
REINA.

Con razon.

CONDE.  
(Ap. Ea, amor ciego,  
Con una industria á la Reina  
Decirla mi amor pretendo.)  
Pues si á vuestra alteza tanto  
Le han agradado estos versos,  
Yo los había glosado  
A mi imposible deseo;  
Y si vuestra alteza gusta,  
Los diré.

REINA.  
Mucho me huelgo.  
Repetid primero el mote,  
Y diréis la glosa luego.

CONDE.  
Así dice el mote, que,  
Por ser de mi amor, me acuerdo:  
Si acaso mis desvarios  
Llegaren á tus umbrales,  
La lástima de ser males  
Quite el horror de ser míos.

REINA.  
Ese es el mote; decid  
Lo que habeis glosado.

CONDE.  
Empiezo.

Aunque el dolor me provoca,  
Decir mis quejas no puedo;  
Que es mi osadia tan poca,  
Que entre el respeto y el miedo  
Se me mueren en la boca;  
Y así, no llegau tan míos  
Mis males á tus orejas,  
Perdiendo en la voz los bríos;  
Si acaso digo mis quejas,  
Si acaso mis desvarios.  
El ser tan mal explicados  
Sea su mayor indicio;  
Que, trocando en mis cuidados  
El silencio y voz su oficio,  
Quedarán mas ponderados;  
Desde hoy por estas señales  
Sean de ti conocidos,  
Que sin duda son mis males,  
Si algunos mal repetidos  
Llegaren á tus umbrales.

Mas ¡ay Dios! que mis cuidados,  
De tu crueldad conocidos,  
Aunque mas acreditados,  
Serán menos admitidos;  
Que, con los otros mezclados,  
Porque no sabiendo á cuáles,  
Mas tu ingratitud se deba,  
Viéndolos todos iguales,  
Fuerza es que en comun te mueya  
La lástima de ser males.  
En mí este efeto violento  
Tu hermoso desden la causa;  
Tuyo y mio es mi tormento;  
Tuyo, porque eres la causa;  
Mío, porque yo le siento.  
Sepan, Laura, tus desvios  
Que mis males son tan suyos,  
Y en mis cuerdos desvarios  
Esto que tienen de tuyos  
Quite el horror de ser míos.

REINA.  
¡Buen conceto, lindo estifo  
Y bien ponderado efeto!  
¿Laura es en fin?

CONDE.  
No, Señora;  
Que aqueste nombre es supuesto.

REINA.  
¿Si es por mí? Cobarde amante...

CONDE.  
No cobarde, sino cuerdo.

REINA.  
Pues revienta de cordura,  
O quiere poco.

CONDE.  
El mas tierno  
Vasallo soy que el amor  
Tuvo entre tantos trofeos.

REINA.  
No puede haber grande amor  
Sin ser pagado; y por eso  
Fingió allá la antigüedad  
Que hasta que creciese Anteros,  
Que es el reciproco, nunca  
Crecia Cupido; luego,  
Si no decis vuestro amor,  
Nunca lo sabrá el sugeto;  
Sin saberlo, no os tendrá  
Reciproco amor, es cierto;  
Si ella no os lo tiene á vos,  
No podrá crecer el vuestro;  
Luego no puede ser grande  
Vuestro amor, pues que vos mesmo  
Le quitais el beneficio  
De hacer que vaya creciendo.

CONDE.  
Aunque está bien discurrido,  
Es sofisticado argumento;  
Que el mas verdadero amor  
Es el que en si mismo quieto  
Descansa, sin atender  
A mas paga, á mas intento;  
La correspondencia es paga,  
Y tener por blanco el precio  
Es querer por granjeria;  
Luego es amor imperfecto,  
Pues le estraga la codicia,  
Y sirve á cuenta del premio.

REINA.  
Eso es cuanto á conformarse  
Con el favor ó desprecio;  
Segun gustare la dama;  
Pero no cuando el silencio  
Puede ser mucho cuidado,  
Que cabe dentro de un pecho,  
Sin rebosar por los labios.  
(Ap. Si; que por mí mal lo veo.)

CONDE.  
No ocupa lugar amor,  
Que es espíritu, y no cuerpo;  
Fuera de que, si él porfía  
Salirse fuera á despecho  
De la cordura, el temor  
Le hace cejar hácia dentro.

REINA.  
¿Temor de qué?

CONDE.  
De decirlo;  
Que ser pagado no puedo.

REINA.  
Pues ¿qué dama quereis vos,  
Que no os quiera?

CONDE.  
La que quiero.  
(Ap. ¿Si me entenderá la Reina?)

REINA.  
(Ap. ¿Si soy yo quien le desveto?)

Pues si estáis vos persuadido  
Que es imposible quereros,  
¿Qué conveniencia es callar?

CONDE.  
Callo porque tengo miedo  
De aventurar cierta dicha,  
Que si la digo, la pierdo.

REINA.  
¿Dicha?

CONDE.  
Si, solo callando.

REINA.  
¿Qué dicha, si estáis diciendo  
Sabeis que no admitiría  
Vuestro amor?

CONDE.  
Por eso mesmo.

REINA.  
¿Porque no os quisieran?

CONDE.  
Si.

REINA.  
¿En qué lo fundais?

CONDE.  
En esto:  
Dentro está del silencio y del respeto  
Mi amor; y así, mi dicha está segura,  
Presumiendo tal luz (dulce locura)  
Que es admitido del mayor sugeto.  
Dejándome engañar deste conceto,  
Dura mi bien, porque mi engaño dura;  
Necia será la lengua si aventura  
Un bien que está seguro en el secreto.  
No á los labios se asome licencioso  
Mi amor, que perderá, desengañado,  
Gloria que puede presumir dudoso.  
No averigüe su mal, viva engañado;  
Que es feliz quien, no siendo venturoso,  
Nunca llega á saber que es desdichado.

REINA.  
Pues oid lo que os respondo  
Con vuestro propio argumento:  
Quien callando de miedo ó de respeto  
Gloria que se fingió juzga segura,  
Solo aquello es feliz que á su locura  
Con procurado olvido está sujeto.  
Si él se juzga infeliz ya en su conceto,  
Y sabe que de necio el bien le dura,  
¿Qué bienes declarándose aventura,  
Ó qué males se excusa en el secreto?  
Diga pues su cuidado licencioso,  
Nada arriesga en quedar desengañado,  
Pues que lo está tambien cuando du-  
[doso];  
Que, si de solo miedo está engañado,  
Quizá hablando será mas venturoso,  
Y callando no es menos desdichado.

CONDE.  
Pues, supuesta la opinion  
De vuestra alteza, yo quiero  
Atreverme. (Ap. Ea, cuidado...)

REINA. (Ap.)  
Cordura, mucho le aliento.

CONDE.  
Por no morir el mal cuando  
Puedo morir del remedio...  
Digo pues... (Ap. Ea, osadía,  
Ella me alentó; ¿qué temo?)  
Que será bien que tu alteza...

Sale BLANCA, con la banda puesta.

BLANCA.  
Señora, el Duque...

CONDE. (Ap.)  
A mal tiempo  
Vino Blanca.

BLANCA.  
Está aguardando  
En la antecámara...

REINA. (Ap.)  
¿Ay cielos!...

BLANCA.  
Para entrar...

REINA. (Ap.)  
¿Qué es lo que miro?

BLANCA.  
Licencia.

REINA.  
Decid... (Ap. ¿Qué veo?)  
Decid que espere. (Ap. ¿Estoy loca!)  
Decid... andad.

BLANCA.  
Ya obedezco.

REINA.  
Vení acá, volved.

BLANCA.  
¿Qué manda  
Vuestra alteza?

REINA.  
(Ap. El daño es cierto.)  
Decidle... (Ap. No hay que dudar.)  
Entretenedle un momento...  
(Ap. ¿Ay de mí!) mientras yo salgo,  
Y dejadme.

BLANCA.  
(Ap. ¿Qué es aquesto?)

Yo voy. (Vase.)

CONDE.  
Ya Blanca se fué;  
Quiero pues volver.

REINA. (Ap.)  
¿Ah celos!

CONDE. (Ap.)  
A declararme atrevido,  
Pues si me atrevo, me atrevo  
En fe de sus persuasiones.

REINA. (Ap.)  
¿Prenda mía en otro cuello!  
Vive Dios; pero es vergüenza  
Que pueda tanto un afecto  
En mí.

CONDE.  
Segun lo que dijo  
Vuestra alteza aquí, supuesto  
Que cuesta cara la dicha  
Que se compra con el miedo,  
Quiero morir noblemente.

REINA.  
¿Por qué lo decis?

CONDE.  
(Ap. ¿Qué espero?)  
Si á vuestra alteza... (Ap. ¿Qué dudo?)  
Le declarase su afecto  
Algun aman...

REINA.  
¿Qué decis?  
¿A mí? ¿Cómo? Loco, necio,  
¿Conoceis me? ¿Quién soy yo?  
Decid quién soy; que sospecho  
Que se os huyó la memoria.  
¿Sabeis que no admite el cielo  
Peregrinas impresiones  
De humanos atrevimientos?  
¿Cuándo, si al Olimpo, altivo,  
Subir pretendió soberbio,  
En la mitad del camino  
No quedó causado el cierzo?  
Cuándo vapor contra el sol  
Se entregó nube en el viento,  
Que no quedase á sus rayos  
Menudos átomos hecho?  
Suban pues al sol y Olimpo,  
Ya altivos y ya groseros,

Soplando viento en suspiros,  
Tejiendo nube de afectos,  
Y del Olimpo y del sol  
A lo ardiente y á lo excelso  
Quedar  el viento cansado,  
Quedar  el vapor deshecho.

CONDE.

  Señora!... (Ap.   Perdido estoy!  
Atrevido pensamiento,  
Que neciamente fiaste  
Poca cera   mucho incendio.  
La Reina, que habl  sin duda  
Sin intencion...)

REINA.

Idos luego,  
No est is en palacio mas.

CONDE.

Ya obedezco. (Ap.   Est is contento,  
Loco pensamiento mío?  
Ea pues, escarmentemos;  
Buscad vuestro centro en Blanca.)

REINA.

  No os vais? (Ap. Mucho valor tengo.)

CONDE.

Ya me voy.

REINA.

No, no os mov is,  
Y agradecedme que os dejo  
Cabeza en que se engendraron  
Tan livianos pensamientos.  
(Ap.   Ay recato! Aunque esto digo,  
Sabe Dios lo que le quiero.) (Vase.)

CONDE.

Adios, ambicion.   Ah Blanca!  
  Qué arrepentido que vuelvo  
Del tiempo que me apartaba,  
De ambicioso   de soberbio,  
Del empeño de tus ojos,  
Que son el mayor imperio! (Vase.)

Salen EL DUQUE DE ALANSON  
Y BLANCA.

DUQUE.

No prosigas, Blanca, mas;  
Ya el engaño he entendido,  
Yo me doy por advertido  
Del aviso que me das.  
Cuando partido un cuidado  
Entre t  y la Reina vi,  
Y era solo amor en t .  
Lo que all  razón de estado,  
  Dices que tienes amor  
Al Conde, y que es tan forzado,  
Que le has menester esposo  
Si quieres tener honor,  
Y que de honrada y constante,  
No es mucho haber preferido  
El que t  buscas marido  
A el que   t  te busca amante?  
Dices bien; pero recelo  
Que otro tuviera por culpa  
La que t  das por disculpa,  
Y admito yo por consuelo.  
Curar quisiste, homicida,  
Y fué tan cruel el medio,  
Que morirme del remedio  
Puede aun mas que de la herida;  
Mas yo beb  tan templado,  
O de tibio   de cortés,  
El veneno, que despues  
Conozco que me ha sanado.  
Antes, con pasion trocada,  
Te he de pagar generoso  
El dejarme t  celoso  
Con dejarte yo   t  honrada.  
Si dices que en el honor  
Eres del Conde acreedora,  
Yo hablar    la Reina agora,  
Aunque me lo riña amor;

Yo la pedir , si viene,  
Que te case. Blanca bella,  
Y t  le dirás   ella  
La denda que el Conde tiene.  
Esto mi fe te aconseja;  
Y aunque se me queja amor,  
No importa, que mi valor  
Sabr  acallarle la queja;  
Esto ha de ser, aunque lucho  
Conmigo y con mi pasion.

BLANCA.

Cuando una resoluc n  
Tan de vuestra alteza escucho,  
  Qué tengo que responder,  
Sino que   su aviso debo  
Cobrar el honor de nuevo,  
Que perdí como mujer?  
  A tus plantas...

DUQUE.

Blanca, espera;  
No me agradezcas asi  
El hacer por t  y por mi  
Lo que por mi solo hiciera.

Sale LA REINA.

BLANCA.

  La Reina!

REINA. (Ap.)

Cuidado mío,  
Búscame alguna disculpa;  
Quizá no tuvo la culpa.  
El Conde.   Qué desvario!  
  No le vi la banda yo?  
No pudo ser que otra fuese,  
O que   su poder viniese  
Sin que el Conde... Pero, no;  
  Cómo pudo...

DUQUE.

(Ap. Divertida  
La Reina est ;   gran tristeza!)  
Un esclavo vuestra alteza  
Tiene en mi.

REINA.

Guarden la vida  
De vuestra alteza los cielos.

DUQUE.

Yo he venido á suplicar  
Una merced.

REINA.

  Mandar,  
Diga su alteza. (Ap. Desvelos,  
Dejadme ya.)

DUQUE.

Blanca y yo  
Pedimos una merced  
Misma   tu alteza.

REINA.

Pues ved,  
Blanca, qué es lo que mandó  
El Duque,   me pedis vos.

DUQUE.

Pues por mi tu alteza har   
Lo que Blanca le dir   
Estando   solas las dos. (Vase.)

REINA.

  Qué será? Confusa estoy.—  
Decid pues.

BLANCA.

(Ap. Ya estoy resuelta.  
No   la voluntad mudable  
De un hombre est  yo sujeta;  
Que, aunque no s  que me olvide,  
Es necesidad que yo quiera  
Dejar   su cortesia  
Lo que puede hacer la fuerza.)  
Gran Isabela, escuchadme;  
Y al escucharme tu alteza,  
Ponga, aun mas que la atencion,  
La piedad en las orejas.

Isabela os he llamado  
En esta ocasion, no reina;  
Que, cuando vengo   deciros,  
Por mi mal, una flaqueza  
Que he hecho como mujer,  
Porque menos os parezca,  
No reina, mujer os busco,  
Solo mujer os quisiera.

REINA.

  T  flaqueza?

BLANCA.

Yo, Señora.

REINA. (Ap.)

No s  qué el alma recela.

BLANCA.

Pues requiebros y suspiros,  
Amores, ansias, finezas,  
Y lágrimas sobre todo,  
Son, aunque el honor no quiera,  
Lima sorda del secreto  
En la mujer mas honesta.  
  Oh, cuán   mi costa supe  
Esta verdad la experiencia!  
Porque el Conde...

REINA.

  El Conde?

BLANCA.

El mismo.

REINA. (Ap.)

  Qué escucho?

BLANCA.

Con sus ternezas

De amor...

REINA.

  El conde de Sex?

BLANCA.

Si, Señora.

REINA.

(Ap. Yo estoy muerta.)

Pasa adelante.

BLANCA.

  Ay de mí!

Que, como juzgo   tu alteza  
Tan léjos destos cuidados...

REINA. (Ap.)

Pluguiera   Dios lo estuviera.

BLANCA.

No me atrevo   referirle  
Desnudamente mis penas.

REINA.

Pues   qué importa? Dilas ya;  
Mujer soy tambien, no temas  
(Ciega estoy). Dirás que el Conde,  
Claro está, am  tu belleza;  
Que hubo recados, no es nuevo;  
Papeles, ya es cosa vieja;  
Que le hablaste, no me espanto;  
Que te encareció sus penas;  
Si haria, yo te lo creo;  
Que hiciste t  resistencia,  
Que eres noble, claro está;  
Que dió lágrimas y quejas;  
Es hombre en fin, bien sabria;  
Y que t , un poco mas tierna,  
Eres mujer, no es milagro,  
Admitiste sus finezas,  
Te pagaste de su llanto,  
Y que despues, loca y ciega,  
Que incendio crece en un punto,  
Amor que empezó en pavesa...  
Eres mónstruo, eres prodigio  
De voluntad, de firmeza,  
De suspiros, de cuidados;  
Y él, con reciprocas penas,  
Te adora, sirve y estima,  
G rasol de tu belleza.  
  Es esto lo que pas ?  
  Mas que fué desta manera?

BLANCA.  
Así fué todo.

REINA. (Ap.)  
¡Ay de mí!

BLANCA.  
Pero pasa á mas mi pena,  
Pero es mayor mi desdicha.

REINA.  
¿Qué dices, mujer? Pues ea,  
Dilo todo.

BLANCA.  
Porque estando  
En aquella quinta mesma  
En que estuviste estos dias,  
Como de mi padre era  
Tan gran enemigo el Conde,  
Antes que yo á vuestra alteza  
Entrase á servir, Señora,  
No se atrevió mi firmeza  
A que en público á mi padre  
Me pidiese; y yo, resuelta,  
Que á veces duerme el recato  
Si está la afición despierta,  
Le llamé una noche oscura...

REINA.  
Y ¿vino á verte?

BLANCA.  
¡Pluguiera  
A Dios que no fuera tanta  
Mi desdicha y su fineza!  
Vino mas galán que nunca;  
Y yo, que dos veces ciega  
Por mirarle estaba entonces,  
Del amor y las tinieblas...

REINA.  
Pasa adelante.

BLANCA.  
No puedo;  
Que embarga aquí la vergüenza  
La voz.

REINA.  
Dí pues, mujer;  
Dilo, acaba. (Ap. Porque beba  
De una vez todo el veneno.)

BLANCA.  
En fin, yo, rendida y necia,  
Muy sin huir el recato,  
Muy oyendo sus promesas,  
En la ocasion, que es lo mas,  
Que hay pocas veces que pueda  
Estarse firme el decoro  
Cuando en la ocasion tropieza;  
Dándome palabra y mano  
De esposo...

REINA.  
Mujer, espera;  
Véte poco á poco; yo  
No quiero morir deprimida.

BLANCA.  
Me sucedió lo que á todas,  
Si en tal lance se pusieran.

REINA.  
(Ap. Ya bebí todo el veneno.)  
¿Qué dices, mujer?

BLANCA.  
Tu alteza  
Lo colija allá consigo;  
Que de ocasion como aquesta  
Sacó qué llorar mi honor,  
Y no qué decir mi lengua.

REINA. (Ap.)  
Adios, esperanza mía;  
Adios, que ya el viento os lleva.

BLANCA.  
Lo que á vuestra alteza pido,  
Es que, pues sabe la deuda  
Que me tiene el Conde, haga  
Que me cumpla la promesa.

REINA. (Ap.)  
¡Estamos buenos, amor!  
¡Oh, quién fingir se pudiera  
Alguna duda!  
BLANCA.  
Esto es justo;  
Y pues por deuda tan cierta,  
En fin, el Conde es mi esposo...  
REINA.  
¿Cómo vuestro esposo? (Ap. Estoy  
Ciega.)

BLANCA.  
Como esposo mio.  
REINA.  
¿Qué escucho? Liviana, necia,  
Fácil...  
BLANCA.  
¡Señora!  
REINA.  
Que á un hombre,  
Olvidada de vos mesma,  
A un hombre, á un traidor, á un falso...

BLANCA. (Ap.)  
¿Qué confusiones son estas?  
REINA.  
Necia, vuestro honor rendistes.  
¿Cómo os atreveis, resuelta,  
A decir que amais al Conde?

BLANCA.  
Pues ¿cómo así vuestra alteza...  
¿Por qué al Conde...

REINA.  
(Ap. Loca estoy;  
El afecto me despeña.)  
Este es celo, Blanca.

BLANCA.  
¿Celo?  
(Ap. Añadiéndole una letra.)

REINA.  
¿Qué decis?  
BLANCA.  
Señora, que,  
Si acaso posible fuera,  
A no ser vos la que dice  
Esas palabras, dijera  
Que de celos...

REINA.  
¿Qué son celos?  
No son celos; es ofensa  
Que me estáis haciendo vos.  
Supongamos que yo quiera  
Al Conde en esta ocasion;  
Pues si yo al Conde quisiera,  
Y alguna atrevida loca,  
Presumida, descompuesta,  
Le quisiera, ¿qué es querer?  
Le mirara, que le viera,  
¿Qué es verle? No sé qué diga,  
No hay cosa que menos sea;  
Con las manos, con los dientes,  
Con la vista, con las quejas,  
Con la intencion, con el ceño  
O con las palabras mesmas,  
¿No la quitara la vida,  
La sangre no le bebiera,  
Los ojos no la sacara,  
Y el corazon, hecho piezas,  
No la abrasara? (Ap. Mas ¿cómo  
Hablo yo tan descompuesta?  
Los celos, aunque fingidos,  
Me arrebataron la lengua  
Y despertaron mi enojo.  
¡Jesus! ¿yo tan sin modestia?  
¿Qué necesidad! Qué locura!)  
Pero vos estad atenta,  
Estaréis desto advertida,  
Para cuando se os ofrezca,  
Aunque os importe el honor

(Que vuestro honor nada pesa);  
Estando yo de por medio,  
Que no habeis de hacerme ofensa  
De mirar á quien yo mire,  
De querer á quien yo quiera.  
Mirad que no me deis celos;  
Que si, fingido, se altera  
Tanto mi enojo, ved vos,  
Si fueran verdad, qué hicieran.  
Pues en ello os va la vida,  
Aunque vuestro amor se pierda,  
Escarmentad en las burlas,  
No me deis celos de veras. (Vase.)

BLANCA.  
¿Quedamos buenos, honor!  
Honra, decid, ¿quedais buena?  
¿Qué ocasion busca la vida,  
Si no acaba en esta afrenta?  
Mi sangre ofendida clama  
Contra el rigor de la Reina;  
Burlado mi amor del Conde,  
De su ingratitude se queja;  
Los celos, siempre mas vivos,  
Con mi muerte se alimentan;  
Mi llanto celebra el daño  
Como alivio ó como queja;  
Suspiros mi pecho abrasan  
O por indicio ó por pena;  
Y entre celos, ansia, llanto,  
Rigor, suspiros y ofensas,  
Todo el honor lo padece,  
Y nada el llanto remedia;  
Pues, si no es remedio el llanto,  
Sino solo estratagemas,  
Apelemos, honor mio,  
A la venganza; ¿qué esperas?  
La Reina ofendió mi sangre,  
La Reina, tirana y fiera,  
Hermano y padre me quita,  
Y sin estados me deja;  
La Reina manchó el cuchillo  
De Maria en la inocencia,  
La Reina me quita al Conde,  
Y me amenaza soberbia  
Con equívocas palabras  
Que no le mire ni quiera;  
La Reina al Conde le obliga,  
Ya amorosa ó ya severa,  
A que él me niegue, perjuró,  
Mi honor; pues la Reina muera.  
Ea pues, celos valientes,  
No fiéis á mano ajena,  
Como hasta aquí, la venganza.  
Yo misma, yo, pues me alienta  
El honor y la ocasion,  
He de dar muerte á esta fiera.  
Agora entrará á acostarse,  
Y pues que sola se queda  
En su cuadra, y yo la asisto,  
Loca atrevida y resuelta  
(Que quien está sin honor,  
Desesperada, ¿qué arriesga?),  
He de hacerla mil pedazos,  
Bien como irritada fiera,  
Que, echando menos los hijos,  
Sacude al cielo la arena  
Y atruena el monte á bramidos,  
Hasta que al ladrón encuentra;  
Hijo es del alma el honor,  
Tigre soy y me la llevan,  
Y á cobrarle voy furiosa,  
Sin que mi peligro tema;  
Que al que aborrece la vida  
El peligro le festeja.—  
Mi enojo va contra tí,  
Guárdate de mí, Isabela;  
Que soy tigre irritada, y voy resuelta  
Hasta cobrar el hijo que me llevas.

Salen EL SENESCAL, LA REINA y  
UNA DAMA, con una luz.

REINA.

Poned aquesas consultas,  
Senescal, sobre un bufete;  
Que, aunque ya es tarde, es forzoso  
Verlas antes que me acueste.

BLANCA.

Mi enemiga viene aquí,  
Sola es fuerza que se quede;  
Voy á trazar mi venganza,  
Pues tal ocasion se ofrece. (Vase.)

SENESCAL.

Guarden los cielos la vida  
De tu alteza, como pueden,  
Para bien de Ingalaterra,  
Pues tan vigilante atiende  
A su reino y sus vasallos.

REINA.

Esto es fuerza mientras fuere  
Reina; id con Dios, Senescal.

SENESCAL.

Prodigio es la Reina siempre  
De prudencia y de valor. (Vase.)

REINA. (Siéntase en una silla, haya un  
bufete delante della con papeles.)

¿Qué dificultosamente  
El querer bien y el reinar  
En un sugeto se avienen!  
Déjame un rato, cuidado:  
Por cuidado mas decente  
Aquestos papeles miro.  
Aquí dice: «El conde Félix...»  
Conde hubo de ser por fuerza  
Con el primero que encuentre;  
Conde en fin. ¡Válgame Dios!  
¿Si querrá mucho? Si quiere  
El Conde á Blanca? ¿Quién duda  
(¡Ah traidor!) que la tuviese  
En sus brazos? Oh cuidado,  
No me atijas neciamente.  
¡Válgame Dios! ¿Qué desvelos!  
Haga treguas, mientras viene  
La muerte á trazar mis males,  
El hermano de la muerte. (Duérmese.)

Sale BLANCA, con la pistola.

BLANCA.

Guiadme, pasos cobardes;  
Que, si el temor os detiene,  
Plumas os dá mi venganza;  
Sola está la Reina, y duerme  
Quizá su postrero sueño;  
¿Buena ocasion se me ofrece!

Sale EL CONDE.

CONDE.

Fuí á ver á Blanca á su cuarto,  
Y no está en él; y así, viene,  
Dudoso mi amor, á ver  
Si por ventura está en este  
De la Reina. Aquí está Blanca.

BLANCA.

Ea, venganza, ¿qué temes?  
Esta pistola del Conde,  
Que hallé en mi cuarto, á su muerte  
Será instrumento.

CONDE.

¿Qué miro?

REINA. (Entre sueños.)

Blanca me mata.

BLANCA.

¿Qué temes,

Corazon?

REINA.

De celos, Conde,  
Me mata Blanca.

BLANCA.

Bien puedes

Decirlo, porque te mato  
De celos con esta...

(Echa la pistola contra la Reina, y llega  
el Conde y le ase de la pistola, y  
Blanca se turba.)

CONDE.

¡Ah alevé!

¿Qué intentas?

BLANCA.

Déjame, Conde...

CONDE.

Eso no.

BLANCA.

Darle la muerte.

CONDE.

Suelta, Blanca.

BLANCA.

¡Ah infame! suelta.

CONDE.

Pues ¿tú matas...

BLANCA.

¿Tú defiendes...

CONDE.

¿Tú á la Reina?

BLANCA.

¡Ah traidor!

CONDE.

Traidora eres.

Forcejando los dos, se dispara la pistola,  
despierta la Reina, dentro EL  
SENESCAL, y salen TODOS.

REINA.

¿Qué miro?

SENESCAL.

Acudamos todos.

¿Qué arcabuz, qué ruido es este  
En el cuarto de la Reina?  
Qué es aquesto?

CONDE. (Ap.)

¡Lance fuerte!

REINA.

¿Qué es esto, Conde?

CONDE. (Ap.)

¿Qué haré?

REINA.

Blanca, ¿qué es esto?

BLANCA. (Ap.)

Mi muerte

Llegó.

CONDE. (Ap.)

¿Hay mayor confusion?

SENESCAL.

¿Traidor el Conde?

CONDE. (Ap.)

¿Quién puede

Salir de aprieto tan grande?  
Porque si callo, se infiere  
De mí el delito, y si digo  
La verdad, infamemente  
Echo la culpa á mi dama,  
A Blanca, á Blanca, á quien tiene  
Por centro el alma; ¿qué haré?  
¿Hubo confusion mas fuerte?

REINA.

Conde, ¿vos traidor? — ¿Vos, Blanca?

El juicio está indiferente;

¿Cuál me libra? ¿Cuál me mata?

Conde, Blanca, respondedme.

«¿Tú á la Reina? Tu á la Reina?»

Oí, aunque confusamente.

«¡Ah traidora!» dijo el Conde.

Blanca dijo: «Traidor eres.»

Estas razones de entrambos  
A entrambas cosas convienen:  
Uno de los dos me libra,  
Otro de los dos me ofende.  
Conde, ¿cuál me daba vida?  
Blanca, ¿cuál me daba muerte?  
Decidme; mas no digais,  
Que neutral, mi valor quiere,  
Por no saber el traidor,  
No saber el inocente.  
Mejor es quedar confusa,  
En duda mi juicio quede;  
Porque cuando mire al uno,  
Y de la traicion me acuerde,  
Al pensar que es el traidor,  
Que es el leal tambien piense.  
(Ap. Yo le agradeciera á Blanca  
Que ella la traidora fué,  
Solo á truco de que el Conde  
Fuera el que estaba inocente.)

SENESCAL.

Señora, aunque vuestra alteza  
Averiguarlo no quiere,  
A mí, por gran senescal,  
Delito tan insolente  
Me toca saber de oficio,  
Y mas cuando es tan urgente  
El juicio contra el Conde,  
Pues él en las manos tiene  
La pistola.

REINA.

Decís bien;

Averiguarlo conviene.

Decid...

CONDE.

¿Señora!

REINA.

Decid

La verdad, saberla teme  
Mi amor; ¿fue Blanca...

BLANCA.

¡Ay de mí!

REINA.

La que intentaba mi muerte?

CONDE.

No, Señora; no fué Blanca.

REINA.

Luego ¿sois vos?

CONDE.

(Ap. ¡Lance fuerte!)

No lo sé.

REINA.

¿No lo sabeis?

Pues ¿cómo está aquesa alevé  
Instrumento en vuestra mano?

CONDE.

(Ap. Cielos, ¿qué he de responderle  
Como yo soy desdichado...

REINA.

No, sino yo.

CONDE. (Ap.)

¿Qué me quieres,

Fortuna?

REINA.

Prended al Conde.

SENESCAL.

¿Dónde mandais que le lleve?

REINA.

A la torre de palacio.

CONDE. (Ap.)

Fortuna, ya te estremeces.

REINA.

Presa esté Blanca en su cuarto  
Hasta que otra cosa ordene,  
Y esto mejor se averigüe.

BLANCA. (Ap.)  
Muda estoy, no sé qué intente.  
REINA.  
Llevaldos pues.  
CONDE. (Ap.)  
Muerto voy.  
REINA. (Ap.)  
¡Ah Conde, mucho me ofendes!  
BLANCA. (Ap.)  
¡Ah Conde, mucho me obligas!  
CONDE. (Ap.)  
¡Ah Blanca, mucho me debes!  
Ruego al cielo que el amarte  
La cabeza no me cueste.

## JORNADA TERCERA.

Sale LA REINA ISABELA.

REINA.  
Preso está el Conde alevoso  
Por indicios de traidor,  
Y también le acusa amor  
Por ingrato y engañoso;  
De su ingratitud quejoso  
Está amor, de su traición  
La justicia y la razón,  
Y ambos, luchando entre sí,  
Me sacan fuera de mí,  
Y estoy sola en mi pastón.  
Ea, ya es tiempo, cuidado;  
A estar contigo he salido,  
Disculpas me has prometido,  
A ver si alguna has hallado.  
El Conde aleve ha intentado  
Darme muerte; ¿cómo pudo?  
Supongamos que lo dudo.  
El Conde con Blanca ¡ay triste!  
Me ofende; ¿qué respondiste  
A este cargo? Que estoy mudo.  
¿Mudo estás? ¿Si lo estuviera  
El fiscal, que es el rigor?  
Ingenioso eres, amor;  
Buscame alguna quimera.  
¿Oh si no saber pudiera  
Aquello mismo que sé!  
Discorra amor, pues no ve.  
Ea pues, ciegos extremos,  
Lo que pudo ser pensemos,  
No pensemos lo que fué.  
¿No pudo ser que no fuera  
El Conde quien me mataba,  
Sino Blanca, que allí estaba,  
Pues yo, celosa y severa,  
La di ocasión de que hiciera  
Tan cruel venganza? Si,  
Bien digo; porque yo oí  
Razones, que á la disculpa  
Igualmente y á la culpa  
Las puedo aplicar aquí.  
Si el uno me defendía  
Cuando el otro me mataba,  
El Conde es quien me libraba,  
Blanca fué quien me ofendía.  
Bien te engaño, pena mía;  
Esto es cuanto á los recelos  
De la traición; mas ¡ay cielos!  
Dos males el alma llora;  
Busquemos disculpa agora  
A la ofensa de los celos.  
¿No pudo ser que mintiera  
Blanca en lo que me contó  
De gozarla el Conde? No;  
Que Blanca no lo fingiera.  
Pues cuando esto verdad fuera,  
¿No pudo haberla gozado

Sin estar enamorado?  
Y cuando tierno y rendido  
Entonces la haya querido,  
¿No puede haberla olvidado?  
¿No le vieron mis antojos?  
Entre encogimientos sabios,  
Muy callado con los labios,  
Muy bachiller en los ojos,  
Cuando al decir sus enojos  
Yo su despecho reñí?  
Luego ¿á mí me quiere? Si,  
Esto es verdad; y si no,  
Amor, no lo sepa yo,  
O sépalo yo sin mí.  
¿Oh discurso escrupuloso,  
Que con réplicas precisas  
De un nuego indicio me avisas!  
¿No vi yo al Conde engañoso  
El instrumento alevoso  
En su mano? Cosa es clara.  
¿No pudo ser que llegara  
El á estorbar su traición,  
Y Blanca con turbación  
En su mano le dejara?  
Pues él ¿cómo, cuando muere  
Su inocencia, no disculpa,  
Por no echar á sí la culpa,  
A Blanca? Claro se infiere;  
Luego el Conde á Blanca quiere,  
Pues la libra con su honor.  
¿Cómo, si de su rigor  
Blanca misma se quejaba?  
Luego ¿el Conde me mataba,  
Si á Blanca no tiene amor?  
¿Oh mal haya la agudeza,  
Con que á mí pesar me aviso!  
Siempre mi daño es preciso;  
Si uno acaba, el otro empieza;  
Si busco en su amor firmeza,  
Hallo en su lealtad recelos,  
Y si quieren mis desvelos  
Diferenciar de pasión,  
Convalezco á la traición  
Para enfermar de los celos.  
¿Oh, si el Conde traidor fuera,  
Para que á Blanca no amara!  
Oh, si el Conde la adorara,  
Para que no me ofendiera!  
Oh, quién sin amor le viera,  
Por no verle sin honor!  
¿Quién hallara en él amor,  
Aunque hallara algún vil trato!  
¿Oh, quién le tuviera ingrato,  
Por no tenerle traidor!

Salen EL DUQUE DE ALANSON  
Y EL SENESCAL.

DUQUE.  
De la fama que el suceso  
Divulgó confusamente  
Por todo el palacio, supe  
Vuestro riesgo, y cuando viene  
Mi amor con susto á informarse,  
Quiéren los cielos que encuentre  
Al Senescal, que me ha dicho  
Que estáis sin peligro; aumente  
La vida de vuestra alteza  
El cielo, y la libre siempre  
De traiciones.

SENESCAL.  
Porque vea  
Vuestra alteza si haber puede  
Duda en la traición del Conde,  
La misma pistola tiene  
Escrito el nombre del Conde;  
Que es lisonja que hacer suelen  
Los artífices al dueño.  
Leerlo tu alteza puede.

REINA.  
(Lee.) «Soy para el conde de Sex.»

SENESCAL.  
Este indicio es evidente  
De que es el Conde traidor.

Sacan DOS CRIADOS á COSME asido.

CRIADO 1.º  
Entre, acabe.  
COSME.  
¿Qué me quieren?  
CRIADO 2.º  
No se resista; ¿qué intenta?  
COSME.  
Ya no dejo que me lleven  
Como un cordero, si agora  
Achacarme pretendiesen  
Resistencia.

CRIADO 1.º  
Avisa tú  
Al gran Senescal que aqueste  
Es cómplice con el Conde.

SENESCAL.  
¿Qué es esto, Fabio? ¿Qué quieres?  
CRIADO 1.º

Señor, en casa del Conde  
Hallamos de aquesta suerte  
Aqueste criado suyo,  
Que sin duda parte tiene  
En la traición de su amo,  
Pues sabiendo que le prenden,  
Se ausentaba.

SENESCAL.  
¿Cómo entras  
Acá dentro? Haced que espere;  
Que está aquí su majestad.

REINA.  
No importa; decidle que entre.  
(Ap. ¡Oh, si disculpase al Conde!)

CRIADO 1.º  
Llegad pues.  
COSME.  
¿Tiene juanetes  
El gran Senescal?

CRIADO 1.º  
¿Por qué?  
COSME.

Déjame que se los bese,  
Por captarle la piedad.

SENESCAL.  
Cómplice sin duda eres;  
Porque ¿cómo te ausentabas,  
Si parte en esto no tienes,  
En sabiendo que prendieron  
A tu amo?

COSME.  
Nadie puede  
Decir que yo lo sabía;  
Que hasta que aquestos crueles  
Me agarraron esta noche,  
Ignorante estuve siempre  
Del suceso; que esta tarde,  
Dejándole en el retrete,  
Me fui, y no le he visto mas.

SENESCAL.  
Pues ¿dónde ibas desta suerte?  
COSME.

Acabara ya; si es eso  
Lo que saber se pretende,  
Dirélo con mucho gusto,  
Que á mí nadie ha de vencerme  
En cortesía. Yo iba  
A Escocia, como un cohete,  
Con esta carta del Conde  
A otro conde, su pariente.

SENESCAL.  
¿Qué es de la carta?

COSME.  
Esta es.

SENESCAL.  
Muestra.

COSME.  
Muestro; ¿qué mas quieren?

Miren si soy porfiado.

REINA.  
Temblando estoy; ¡oh, si fuese  
En su favor!

SENESCAL.  
A Roberto...

Es la carta.

REINA.  
Abrirla puedes.

SENESCAL.  
Así dice: (Lee.) «Conde amigo,  
»Informado estoy que tienes  
»Grandes quejas de la Reina,  
»Y que intentas justamente  
»Matarla; yo lo deseo...

REINA.  
¡Válgame el cielo! Mostrad;  
Su letra y su firma tiene.  
No hay que dudar, muerta soy.

SENESCAL.  
(Lee.) «Para que mas fácilmente  
»Nuestro intento se disponga,  
»Venirte en secreto puedes,  
»Con todos los conjurados,  
»A Londres; que desta suerte,  
»Con el pueblo que me sigue,  
»Será fácil darla muerte...

COSME.  
¿Hay tan gran bellaquería?

SENESCAL.  
(Lee.) «Y responde brevemente  
»Con ese criado mio,  
»Que es hombre muy confidente.»

COSME.  
¿Qué escucho? Señores míos,  
Dos mil demonios me lleven  
Si yo confidente soy,  
Si lo he sido ó si lo fuere,  
Ni tengo intencion de serlo.

SENESCAL.  
Preso le llevad.

COSME.  
Esperen;

«No es grandísima injusticia,  
Señor, que preso me lleven  
Por confidente, sin serlo?»

CRIADO 2.º  
Venga ya.

COSME.  
Vuestras mercedes  
Aguarden; ¿hay tal desdicha?  
¿Por confidente! Aun si fuese  
Por otro cualquier delito,  
Llevara bien el prenderme;  
Mas ¿por confidente á mí?  
¿Hay mas desdichada suerte?

CRIADO 1.º  
Acabe ya.

COSME.  
¿Tengo yo  
Cara de ser confidente?  
Yo no sé qué ha visto en mí  
Mi amo para tenerme  
En esta opinion, y á fe,  
Que me holgara de que fuese  
Cosa de mas importancia  
Un secretillo muy leve  
Que sé suyo, por decirlo;  
Que es que el Conde á Blanca quiere,  
Que están casados los dos  
En secreto; y con ser este

Un cuento de dos de queso,  
Que no hay para untar los dientes,  
Con algun chisme cartujo  
Siempre que se me ofreciere  
Lo he de decir, juro á Dios,  
Por ver si soy confidente.

REINA.  
¿Casados el Conde y Blanca?

COSME.  
Recasados.

REINA.  
¿Trance fuerte!

(Ap. Malas nuevas te dé Dios.)  
¿Y se quieren?

COSME.  
Se requieren.

REINA.  
Idos de aqui.

SENESCAL.  
Despejad.

DUQUE.  
Pues ¿cómo tanto lo siente?  
Si fuera mujer la Reina,  
Segun lo que al Conde quiere,  
Recelara... Mas no es justo.

COSME.  
¡Oh, qué diferente tienen  
La cara que no el vasallo,  
Si se mesuran, los reyes!

(Vanse Cosme y los criados.)

SENESCAL.  
Si vuestra alteza dudaba  
La traicion del Conde aleve,  
Ya la habrá visto bien clara.

DUQUE.  
Pues ya que ocasion se ofrece,  
No será ser yo fiscal  
Si una verdad os dijese,  
Y mas cuando vuestra vida  
Padeció el riesgo presente  
Por no haberos yo avisado;  
Yo sé indubitavelmente  
Tambien que el Conde es traidor;  
Porque él, con otros alevos,  
Que por cartas conspiraba,  
Pretendia dar la muerte  
A tu alteza; yo lo supe,  
Quisele matar, templéme,  
Y por ser tan gran soldado,  
Pensando que aquesto fuese  
Algun leve enojo, entonces  
Yo con palabras corteses  
Le procuro disuadir,  
Y el secreto le promete  
Mi voz, pensando que ya  
De su traicion se arrepiente;  
Pero, supuesto que el Conde  
Porfia, sin que se enmiende  
En su traicion, y su alteza  
Por tal delito le prende,  
Quise darle esta noticia,  
Porque si acaso sintiese  
Verse amenazar sin causa  
Desta traicion, la consuele  
Que tiene cabeza el Conde,  
Y hay verdugo que la vengue.

SENESCAL.  
Y cuando tan gran traicion  
Disimular pretendiese  
Vuestra alteza, el reino entonces  
Castigará á quien la ofende.

(Vanse todos, menos la Reina.)

REINA.  
Ea, amor, ya el daño es cierto;  
Morid ya, cuidado loco,  
Pues que no os dejan siquiera  
El consuelo de dudoso.  
Ya no hay duda que os consuele,  
Ya el discurso escrupuloso

La experiencia de mi daño  
Me hizo beber por los ojos;  
Ya no hay mentira que linjas,  
Ya no hay engaño ni abono  
Que mientas, ya no hay siquiera  
Un quizá; que cierto es todo.  
El Conde traidor dos veces  
Me ofende, siendo uno solo,  
Como á mujer en el gusto,  
Como á Reina en el decoro.  
El Conde quiere matarme,  
El Conde, de Blanca esposo,  
Ofende mi amor; el Conde  
En amor me causa oprobios,  
En traicion me busca muertes,  
En cuidados me da enojos,  
En deslealtades peligros,  
Y en celos me causa asombros;  
Mas ¡oh sentimiento! espera,  
No confundas presuroso  
Dos males que son distintos:  
Vámonos mas poco á poco.  
Cada cual te busca entero,  
Siente el uno, y luego el otro;  
Que si de una vez los sientes,  
Quizá dirán, sospechosos,  
Que es ardid de la flaqueza,  
Y no prisa del enojo.  
El Conde, adorando á Blanca,  
Habiendo entrado engañoso  
Tan dentro de mí, ¿se burla  
De la fe con que le adoro?  
¿Adoro dije? Si dije;  
No pienses que me equivoco.  
Honor, duérmase el recato,  
Esta vez abóguese sordo;  
Que confunde el sentimiento  
La atencion con el abogo.  
El Conde, mi dulce dueño,  
Que ya en mi pecho amoroso  
Idolo fué, á quien el alma  
Consagró en culto devoto  
Verdad en tiernas finezas,  
Victima en duros enojos,  
Agua en lágrimas distintas,  
Y fuego en suspiros roncros,  
¿Con otra mujer me ofende?  
Con otra mujer? Pues ¿cómo?  
¿Es Blanca mejor que yo?  
¿Tiene valor mas heroico?  
¿Tiene mas amables partes?  
Y lo que encarezco solo,  
¿Quiérete mas, Conde? ¿Debes  
Á su fe extremos mas locos,  
Mas verdad á sus finezas,  
A su favor mas soborno,  
Mas suspiros á su pecho,  
Mas lágrimas á sus ojos?  
¿Quiérete mas? Mas ¿qu'es esto?  
¿Yo ternuras? Yo sollozos?  
Yo, á pesar de mi grandeza,  
Con infame llanto mojo  
La púrpura real, que viste  
La majestad por adorno?  
Yo, en rayos que arroja el pecho  
Por indicio ó desahogo,  
Hago el decoro cenizas  
Y el valor deshago en polvos?  
Enjugue pues mi venganza,  
O bébase lo que lloro;  
Cierre la razon valiente  
La boca, por donde arrojó  
Suspiros que me disfaman,  
Porque, cegando los propios,  
O me ahoguen ó se vnelvan  
A la esfera en que los formo.  
¿Cuidado un traidor me debe,  
Suspiros un alevoso,  
Memorias un desleal,  
Y un fomentido sollozos?  
¿Por un hombre que, infiel,  
Estando á las voces sordo

Con que en el rey mudamente  
Habla lo majestuoso,  
Pretendí darme la muerte,  
Siento, gimo, peno, lloro,  
Padezco, suspiro y muero?  
¡Oh, qué afecto tan impropio!  
¡Muera el Conde! Muera el Conde!  
Bien repito; que es forzoso  
Que muera el Conde dos veces,  
Pues dos delitos le noto.  
Duplíquese pues su vida;  
Muera una vez por asombro  
De traición, por mal vasallo,  
Y muera también el propio  
Otra vez por mal amante,  
Y entrambas por alevoso.  
Contra el Conde, infiel vasallo,  
Hoy, como reina, me opongo;  
Contra el Conde, falso amante,  
Como mujer, me apasiono.  
Busque pues, mujer, venganza;  
Reina, legales oprobios;  
Justificada, castigos;  
Mal correspondida, modos;  
Escarmentos, justiciara;  
Y en fin, ofendida, asombros,  
Para que, muriendo el Conde  
Por ingrato y alevoso,  
Por castigo y por venganza  
Le dé un delito y otro,  
El castigo la justicia,  
Como la venganza el odio. (Vase.)

Salen EL CONDE DE SEX, EL AL-  
CAIDE, COSME, y luego, EL SE-  
NESCAL.

ALCAIDE.

Aquí está el gran Senescal.

CONDE.

¡Oh Señor!

SENESCAL.

Conde, yo vengo

Por el gusto de la Reina,  
Por lo que á mi oficio debo,  
Solo á ver si vuecencia,  
Aunque todo el Parlamento  
Le ha dado ya por culpado,  
Por los indicios de nuevo  
Quiere dar algun descargo.

CONDE.

Solo el descargo que tengo  
Es el estar inocente.

SENESCAL.

Aunque yo quiera creerlo,  
No me dejan los indicios;  
Y advertid que ya no es tiempo  
De dilación, que mañana  
Habeis de morir.

CONDE.

Yo muero

Inocente.

SENESCAL.

Pues decid:

¿No escribistes á Roberto  
Esta carta? Aquesta firma  
¿No es la vuestra?

CONDE.

No lo niego.

SENESCAL.

El gran duque de Alanson  
¿No os oyó, en el aposento  
De Blanca, trazar la muerte  
De la Reina?

CONDE.

Aqueso es cierto.

SENESCAL.

Cuando despertó la Reina,  
¿No os halló, Conde, á vos mesmo  
Con la pistola?

DD. C. DE L.—II.

CONDE.

Es verdad.

SENESCAL.

Y la pistola, pues vemos  
Vuestro nombre allí grabado,  
¿No es vuestra?

CONDE.

Yo os lo concedo.

SENESCAL.

Luego ¿vos estáis culpado?

CONDE.

Eso solamente niego.

SENESCAL.

Pues ¿cómo escribiste, Conde,  
La carta al traidor Roberto?

CONDE.

No lo sé.

SENESCAL.

Pues ¿cómo el Duque,  
Que escuchó vuestros intentos,  
Os convence en la traición?

CONDE.

Porque así lo quiso el cielo.

SENESCAL.

¿Cómo, hallado en vuestra mano,  
Os culpa el vil instrumento?

CONDE.

Porque tengo poca dicha.

(Ap. O por decir lo mas cierto,  
Porque tengo mucho amor,  
Y á Blanca culpar no quiero.)

SENESCAL.

Pues, sabed que si es desdicha,  
Y no culpa, en tanto aprieto  
Os pone vuestra fortuna,  
Conde amigo, que, supuesto  
Que no dais otro descargo  
En fe de indicios tan ciertos,  
Mañana vuestra cabeza  
Ha de pagar...

COSME.

Malo es esto.

SENESCAL.

Culpas de vuestra desdicha.

CONDE.

¿No hay remedio?

SENESCAL.

No hay remedio.

CONDE.

Pues, ya que es fuerza el morir...

(Ap. ¡Ay mi Blanca, cómo temo  
Que tu traición en mi muerte  
No ha de escarmentar! Yo quiero  
Hablarla, por persuadirla  
Que desista de su intento.)

Pues, ya que muero sin duda,  
Y no hay piedad ni remedio,  
Hacedme un bien.

SENESCAL.

¿Qué mandais?

CONDE.

Antes que muera (esto os ruego)  
Dejadme hablar á mi esposa,  
A mi Blanca; porque tengo  
Un negocio que encargarle.

SENESCAL.

Yo soy juez, Conde; no puedo.  
Mañana habeis de morir,  
Y ha de ser con tal secreto,  
Que nadie en todo el palacio  
Lo sabe ni ha de saberlo;

Porque, como se presume  
Que entre nobles y plebeyos  
Teneis muchos conjurados,  
Porque no se altere el pueblo,  
El secreto se procura;

Y así, Conde, esto supuesto,  
No es bien que lo sepa Blanca,  
Si se procura el secreto.

COSME.

¿Sabe vusted si á mi me ahorcan?

ALCAIDE.

No; que el Conde, vuestro dueño,  
En todo os ha disciplinado.

COSME.

Déjeme darle dos besos.  
Albricias, señor gazzate;  
Que, en albricias de que os veo  
Libre de tan fuerte trago,  
Deshollinaros pretendo  
Con otro trago también,  
Pero ha de ser de Alajeos.

SENESCAL.

Vos, Alcaide, con las guardas  
Todas, cerrando primero  
La torre, os venid conmigo,  
Porque os dé la Reina luego  
Orden para ejecutar  
Esta muerte.

ALCAIDE.

Yo obedezco.

SENESCAL.

Así lo mandó la Reina.—  
Y vos, Conde, disponéos  
A morir como quien sois;  
Que aquí la sentencia llevo  
A que la Reina la firme,  
Aunque mas sienta el perderso.

(Vase el Alcaide.)

CONDE.

Ea, valor, no me dejes;  
Hoy te he menester, esfuerzo;  
No eche á perder el temor,  
Cuando animoso y resuelto,  
Noble, amante y valeroso,  
Por librar á Blanca muero,  
La hazaña mayor que nunca  
Entre romanos y griegos  
Con letras de bronce escribe  
La corónica del tiempo.  
Viva Blanca, aunque yo muera.  
¿Fuera bueno, fuera bueno,  
Por conservar, temeroso,  
La vida que ya aborrezco,  
Echar la culpa á mi dama?  
¿Qué dijeran de tal hecho  
Los que á vista de mi vida  
Están á mi fama atentos,  
Sino que el conde de Sex,  
Con tan vil infame medio,  
Como todos los demás,  
A la muerte tuvo miedo?  
Si por mí temo el morir,  
Por mí el vivir también temo;  
Pírdame yo á mi por mí,  
Mas valgo yo que yo mesmo.—  
Traeme una luz.

COSME.

Voy por ella. (Vase.)

CONDE.

Ya que á Blanca hablar no puedo,  
Para disuadirla, amante,  
De su traición, cuando pierdo  
La vida porque ella viva,  
Sirva un papel de tercero  
Para la fineza (¡ay Dios!)

(Saca la luz Cosme, y pónela en un  
bufete.)

Última que hacer espero  
Por quien quise mas que á mí;  
Bien dije, mas bien lo nuestro;  
Solo en mí de cuantos aman  
No ha sido encarecimiento,  
Pues es verdad cierta en mí

Lo que en los otros requiebro.—

Tú, amigo, aqueste papel...

COSME.

Muriéndome estoy de sueño.

CONDE.

Darás en su mano á Blanca;

A Blanca, mi dulce dueño,

En habiendo muerto yo.

COSME.

Así lo haré. Yo me entro

A dormir mientras escribe;

Porque estoy hecho dos cueros,

Si otros están hechos uno,

Con el vino y con el sueño. (Vase.)

*Sale LA REINA, con una luz y de la suerte que salió al principio de la comedia, con máscara y enaguas.*

REINA.

Sola está la torre y mudo

El palacio; que por eso,

Por orden del Senescal,

Al Alcalde y guarda tengo

En la antecámara ¡ay triste!

Esperando el orden fiero

Para la muerte del Conde,

A quien yo misma sentencio.

El Conde me dió la vida;

Y así, obligada me veo.

El Conde me daba muerte;

Y así, ofendida me quejo.

Pues ya que con la sentencia

Esta parte he satisfecho.

Pues cumplí con la justicia,

Con el amor cumplir quiero.

CONDE.

Así está bien; esté aviso

Me debe Blanca.

REINA.

Está el Conde; será á Blanca.

Pues ¿qué importa? Ya no es tiempo

Destas cosas. Triste estado

Es cuando, estando en un pecho

Tan vivo el amor, no tiene

Para los celos aliento.

¡Ay honor, mucho me debes!

Depongamos lo severo,

Algo me deba el amor,

Y tenga también mi afecto

En mí de mí alguna parte;

Llévame, piedad; yo llevo.—

¡Conde!

CONDE.

¿Qué miro?

REINA.

No es sombra,

Verdad es la que estáis viendo.

Imaginad que es posible,

Porque tiempo no gastemos

Inútilmente en la duda,

Y haciéndoos fuerza el creerlo;

Escuchad el fin que traigo,

Sin averiguar los medios:

Yo soy (si no os acordáis,

Por las señas os lo acuerdo)

Una mujer que librástes

De la muerte.

CONDE. (Ap.)

¿Qué misterio

Tendrá la Reina en tal traje?

REINA.

En fin, Conde, yo, queriendo

Pagaros con vuestra vida

La misma vida que os debo

(Bien digo, la misma, ¡ay triste!);

Sabiendo agora, sabiendo

Que la Reina, justiciera,

Os da muerte, y sin remedio

Habéis de morir mañana,

Habiendo tenido medio

De tomar aquesta llave

De la torre, que instrumento

Ha de ser de vuestra vida,

Y lo fué de entrar á veros,

No me preguntéis el modo,

A daros la vida vengo.

Tomad la llave, y despues

En la mitad del silencio

De la noche os escapad

Por un postigo pequeño

Que tiene la torre al parque,

Y vivid, Conde; que es cierto

Que si vos morís, sin duda

En mi vida... Pero questo

No es del caso. Esta es la llave;

Tomad pues, porque no quiero

Que estos instantes usurpen

Las palabras al remedio.

CONDE.

Ingeniosa mi fortuna

Halló en la dicha mas nuevo

Modo de hacerme infeliz,

Pues cuando dichoso veo

Que me libra quien me mata,

También desdichado advierto

Que me mata quien me libra;

Que estoy, Señora, tan léjos

De ser dichoso, que ahora,

En este favor que os debo,

Se valió de la desdicha

Esta dicha para serlo;

Mas, pues sois tan de mi parte,

Y el tomar aqueste empeño

De librarme solo ha sido

Por pagarme aquel primero

Que me debe vuestra vida,

Yo me doy por satisfecho

Solo con que me troqueis

Un favor de tanto riesgo

A otro mas fácil.

REINA.

Decid.

CONDE.

Para que muera contento,

Antes de morir (que yo

Sé bien que podeis hacerlo)

Merezca yo ver el rostro

De la Reina. Aquesto os ruego

Por la vida que os he dado;

Que solo para este intento

No es bajeza hacer alarde

En mi generoso pecho

Del beneficio que os hice.

REINA.

Nada con la Reina puedo;

Que, aunque estoy muy cerca della,

También della estoy muy léjos;

Pero, si ella está ofendida

De vuestro alevoso intento,

¿Qué consuelo hallar procura

Vuestra traicion, vuestro yerro

De una reina en la justicia,

De una ofendida en el ceño?

CONDE.

¿Yo ofensa?

REINA.

Pues ¿qué descargo

Teneis? Hablad.

CONDE.

Solo tengo

La inocencia.

REINA.

¿Qué disculpa?

CONDE.

(Ap. ¡Ay Blanca!) La del silencio.

REINA.

Pues si no hay otro, morir

Es el último remedio,

Y el mas cierto el desta llave.

CONDE.

Ver la Reina es el mas cierto.

REINA.

Pues, aunque para el perdon

Será ocioso aqueste medio,

Yo voy, Conde, á procurarlo

Con ella para el consuelo.

CONDE.

¿Dónde vais?

REINA.

A esto que os digo,

Aunque de la Reina temo

Que no habeis de verla el rostro.

CONDE.

Pues esperad; yo sospecho

Que sois tan una las dos,

Que lo mismo que deseo

De consuelo viendo el suyo,

Conseguiré viendo el vuestro;

Y así, yo quiero excusaros

Que os aventureis en esto,

Pidiendo aquesto que os digo

Cuando vos podeis hacerlo.

Yo os ruego que os descubrais;

Que, si ver la Reina quiero,

Viéndoos á vos, que sois una,

Pienso que será lo mesmo.

(Ap. Sepa que la he conocido;

Quizá hará lo que le ruego.)

REINA.

(Ap. Pues me conoce tan claro,

Forzoso es mudar de intento;

Quizá en viéndome dará

Las disculpas que deseo.)

Yo he de hacer lo que decís;

Pero primero os advierto

Que quizá os está mejor

Que tenga el rostro cubierto;

Que tanto mi ser transforma

Esta máscara que tengo,

Que os espantaréis de ver

Cuánto así me diferencio.

CONDE.

No excuseis tanto mi dicha.

REINA.

Pues si esto ha de ser, primero

Tomad, Conde, aquesta llave;

Que si ha de ser instrumento

De vuestra vida, quizá

Tan otra, quitado el velo,

Seré, que no pueda entonces

Hacer lo que ahora puedo;

Y como á daros la vida

Me empeñé por lo que os debo,

Por si no puedo despues,

Destá suerte me prevengo.

(Dale la llave.)

CONDE.

Yo os agradezco el aviso,

Y agora solo deseo

Ver el rostro de mi dicha

En el de la Reina y vuestro.

REINA.

Aunque siempre es un mismo,

Esté que ahora estáis viendo,

Conde, es solamente mio;

Y aqueste que ahora os muestro

Es de la Reina, no ya

De quien os habló primero.

(Descúbrese.)

CONDE.

Ya moriré consolado;

Aunque si por privilegio,

En viendo la cara al Rey,

Queda perdonado el reo,  
Ya deste indulto, Señora,  
Vida por ley me prometo;  
Esto es en comun, pues es  
Lo que á todos da el derecho;  
Pero si en particular  
Merecer el perdon puedo,  
Oid, veréis que me ayuda  
Mayor indulto en mis hechos:  
Mis hazañas...

REINA.

Ya las sé,

No penseis que no me acuerdo;  
Dellas estoy obligada,  
Y aunque ya pagado os tengo,  
Nunca quisiera otra vez  
La grandeza de mi pecho  
Escuchar vuestros servicios  
Sin daros algo de nuevo;  
Y como ahora es forzoso  
Que sea inútil recuerdo,  
Conde, el de vuestras hazañas,  
Pues perdonaros no puedo,  
No quiero oirlas, callaldas;  
Que si soy la Reina y veo  
Que de vos estoy servida,  
Tambien soy la misma y siento  
Que ofendida estoy de vos,  
Y á mi pesar, considero  
Que borra la ofensa cuanto  
Los servicios habian hecho;  
Y así, solo servirá  
Decirlas, cuando no os premio,  
En mí de vergüenza mucha,  
Y en vos de poco provecho.

CONDE.

En fin, ¿la Reina no puede  
Usar de piedad?

REINA.

No puedo.

CONDE.

Pues si no puede la Reina  
Doblarse al llanto y al ruego,  
Una mujer, á quien yo  
Di la vida por lo menos,  
No dejará de mostrarse,  
Pagándome con lo mesmo,  
Agradecida.

REINA.

A la Reina

De aqúese agradecimiento  
No le toca nada, Conde.

CONDE.

Luego ingrato es vuestro pecho.

REINA.

Si la ofendida os castiga  
Por cumplir con lo severo,  
Tambien la obligada os libra  
Por cumplir con el empeño.

CONDE.

¿Cómo?

REINA.

Ya sabéis el modo.

CONDE.

¿No hay otro?

REINA.

No.

CONDE.

No le apruebo,

Es infame.

REINA.

Es el mejor.

CONDE.

¿Me aconsejais?

REINA.

No aconsejo

Lo que es contra mi justicia;  
Que antes, si os halla, en saliendo,  
Mi rigor, haré mataros.

CONDE.

Y ¿es ese agradecimiento  
De quien me debe la vida?

REINA.

No soy yo; pero, supuesto  
Que fuese, ya yo cumpli.  
Pagando con lo que os debo.

CONDE.

¿Solo con darme esta llave?

REINA.

Sí, Conde, solo con eso.

CONDE.

Luego esta, que si camino  
Abriera á mi vida abriendo,  
Tambien le abrirá á mi infamia;  
Luego esta, que es instrumento  
De mi libertad, tambien  
Lo habrá de ser de mi miedo;  
Esta, que solo me sirve  
De huir, es el desempeño  
De reinos que os he ganado,  
De servicios que os he hecho,  
Y en fin, de esa vida, de esa  
Que teneis hoy por mi esfuerzo.  
¿En esta se cifra tanto?  
Pues, vive Dios (estoy ciego),  
Que he de hacer que, si quereis  
Tener agradecimiento  
Y darme la vida, sea  
Por otro mas noble medio;  
Y si no, que pueda á voces  
Quejarme al mundo, diciendo  
Que no pagais beneficios;  
Que de los reales pechos  
Es la mas indigna accion.

REINA.

¿Dónde vais?

CONDE.

Vil instrumento

De mi vida y de mi infamia,  
Por esta reja cayendo  
Del parque, que bate el rio,  
Entre sus cristales quiero,  
Si sois mi esperauza, hundiros;  
Caed al húmedo centro,  
Donde el Támesis sepulte  
Mi esperanza y mi remedio;  
No quiero huyendo vivir.

(Arroja la llave.)

REINA.

¿Ay de mí! Mal habeis hecho.

CONDE.

Sed agora agradecida;  
Ya os he quitado este medio  
De agradecerme y librarme.  
Agora, agora os acuerdo  
Servicios y obligaciones;  
Que es forzoso, no teniendo  
Aquel que me estaba mal,  
Buscar otro medio nuevo  
De librarme ó ser ingrata.

REINA.

Ser ingrata escoger quiero  
(Sin vida estoy); que ese modo  
Solo, á pesar del respeto,  
Os supo hallar mi piedad.

CONDE.

Luego ¿he de morir?

REINA.

Es cierto.

Yo hice por vos cuanto pude,  
A pesar de lo severo;  
Como mujer, os libraba;  
Como Reina, no me atrevo.  
Mañana habeis de morir,  
Mañana, mañana es luego.  
(Ap. ¡Oh llanto! no me publiqués  
Humana; que cuando deo

De serlo en tener piedad,  
No lo sea en los fetos.)  
Adios, Conde.

CONDE.

¿En fin, sois bronco?

REINA.

¡Pluguiera á Dios fuera cierto;  
Mas soy...

CONDE.

¿Qué sois?

REINA.

Ya es ocioso.

Soy quien pondrá en escarmiento  
Con vuestra cabeza al mundo.

CONDE.

Por vos inocente mereo.  
¿Quién me dijera algun día...

REINA.

Vos teneis la culpa deso;  
Que algun día pensé yo...  
Mas tan poca dicha tengo,  
Que os doy la muerte yo misma.  
(Ap. Apenas el llanto enfreno,  
¡Ay honor, maldito seas!)

CONDE. (Ap.)

¡Ay amor, cómo me has muerto!

REINA. (Ap.)

En él moriré aunque viva.

CONDE. (Ap.)

En Blanca vivo aunque muero.

REINA. (Ap.)

¡Ah, si fueras leal!

CONDE. (Ap.)

¡Ah, si

A Blanca quisiera menos!

(Vanse.)

Salte COSME, con una carta en la mano.

COSME.

A morir llevan al Conde,  
Y él me encargó que le diera  
Aqueste papel á Blanca.  
En muriendo, y será fuerza  
Servirle, pues fui criado;  
Mas por esta causa mesma  
Hay razon para no hacerlo;  
Que si es mi amo, la regla  
General de los criados  
Me excluye desta obediencia.  
¿Qué será aqueste papel?  
¿Testamento? No, almoneda.  
¿Excomunion? No, palabra  
De esposo; mas tarde llega.  
Mas ya sé lo que es sin duda;  
¿Es aquesta la sentencia?  
Mas no la enviara así.  
La enviara... Que, si es fuerza  
Que enviude en muriendo él,  
Él, por darla buenas nuevas,  
Se la debe de enviar  
A que se buelgue con ella.  
Mi curiosidad es mucha,  
Y no es justo que la tenga  
Con cuatro dedos de moño,  
Sin decentarla siquiera,  
Desde que, por no saber  
Lo que llevaba en sus letras  
Aquella carta del Conde,  
Estuve á pique y muy cerca  
De morir por confidente;  
¡Maldigo la confidencia!  
Esto es escarmiento, astucia,  
Recelo, honor, providencia,  
Y no deslealtad, señores;  
Y bago primero protesta  
A los lacayos fieles  
Que se usan en las comedias

Que solo aquesto me mueve;  
Veamos si es macho ó hembra.

(Abre la carta.)

Violéla, ya no hay remedio;  
Mas ¿qué es esto, Santa Tecla?  
¿Este secreto escondias,  
Papel? Voy apriesa, apriesa,  
Por si tenerle es delito,  
A hacer el silencio piezas,  
A hacer el secreto astillas  
Y hacerme muchas la lengua;  
No me han de coger de susto.  
Pero aquí viene la Reina;  
Apartado esperaré.

Salen LA REINA y EL SENESCAL,  
y apartase Cosme.

REINA.

Ejecutad la sentencia.

SENESCAL.

¿Dónde morirá?

REINA.

En palacio;

Porque es fuerza que se tema  
Que quizá el pueblo, alterado,  
Se conspire en su defensa.  
Para escarmiento le mato;  
Mas no quiero que lo sepan  
Hasta que el tronco cadáver  
Le sirva de muda lengua;  
Y así, al salon de palacio  
Haréis que, llamados, vengan  
Los grandes y los milores,  
Y para que allí le vean,  
Debajo de una cortina  
Haréis poner la cabeza.  
Con el sangriento cuchillo,  
Que amenace, junto á ella,  
Por símbolo de justicia,  
Costumbre de Ingalaterra;  
Y en estando todos juntos,  
Mostrándome justiciera,  
Exhortándolos primero  
Con amor á la obediencia,  
Les mostraréis luego al Conde,  
Para que todos entiendan  
Que en mí hay valor que los rinda,  
Si hay piedad que los atreva.

SENESCAL.

Yo voy. Tragedia espantosa  
Hoy aqueste reino espera.

(Vase.)

COSME.

Aguardando estuve á solas  
Para hablar con vuestra alteza.

REINA.

¿Qué quereis?

COSME.

Señora, el Conde

Que dé este papel me ordena  
A Blanca, en muriendo él;  
Yo, por no sé qué quimera,  
Le abrí, y hallando en él cosas  
Dignas de que tú las sepas,  
Le traigo aquí, por si acaso  
Al Conde en algo aprovecha.

REINA.

¿A Blanca el papel? Mostrad;  
Del Conde es aquesta letra.  
(Lee.) « Blanca, en el último trance,  
» Porque hablarte no me dejan,  
» He de escribirte un consejo  
» Y tambien una advertencia:  
» La advertencia es, que yo nunca  
» Fui traidor, que la promesa  
» De ayudarte en lo que sabes  
» Fue por servir á la Reina,  
» Cogiendo á Roberto en Londres  
» Y á los que seguirle intentan;  
» Para aquesto fué la carta.  
» Esto he querido que sepas  
» Porque adviertas el prodigio  
» De mi amor, que así se deja  
» Morir por guardar tu vida;  
» Harta ha sido la advertencia.  
» ¡Válgame Dios! El consejo  
» Es que desistas la empresa  
» A que Roberto te incita;  
» Mira que sin mí te quedas,  
» Y no ha de haber cada dia  
» Quien, por mucho que te quiera,  
» Por conservarte la vida,  
» Por traidor la suya pierda.»  
Hombre, ¿qué trujisté aquí?

COSME.

¿Tenemos mas confianza?

REINA.

Anda, avisa al Senescal  
Al punto, no te detengas...  
(Ap. ¡Ay Conde, que eres leal!)  
Que la ejecucion suspendan.  
(Ap. No en vano el alma dudaba

Su traicion; ¡alegres nuevas!  
¡Viva el Conde, y viva yo!)  
¡Hola, guardas! (Ap. ¿Qué refrena  
Mi alborozo?) Al Conde al punto  
Le traed á mi presencia.

Sale EL ALCAIDE.

ALCAIDE.

¿Qué mandas?

REINA.

¿Dónde está el Conde?

ALCAIDE.

Aquí está ya.

REINA.

Pues ¿qué esperas?

Qué es del?

ALCAIDE.

Aquí está del modo

Que lo mandó vuestra alteza.

(Descubre al Conde degollado.)

REINA.

¡Válgame Dios! Llegó tarde.  
¡Ah traidores, y qué presta,  
Qué veloz esta vez sola  
Anduvo vuestra obediencia!  
Juro por la misma sangre,  
Que, á pesar de mi paciencia,  
Que esmalta el cuchillo en grana  
Y el suelo en corales riega;  
Por esas lumbres del cielo,  
Que son mariposas bellas  
Que en el luminar del mundo  
Trémulamente se queman;  
Por ese espejo del dia,  
De quien las hacías eternas  
Con que se alumbra la noche  
Son pedazos que se quiebran;  
Que he de dar la muerte á Blanca,  
Si en el centro, si en la esfera  
Se ocultase; y entre tanto  
Que aquesta mudanza llega,  
Cubrid aquese cadáver,  
No mire yo tal tragedia  
Hasta que, matando á Blanca,  
Y vengado al Conde, tenga  
Fin su traicion con su muerte;  
Y del Senado merezca  
El perdon de nuestras faltas,  
Pues en serviros se emplea.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

EL MARIDO HACE MUJER

Y EL TRATO MUDA COSTUMBRE,

DE DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.

PERSONAS.

DON JUAN.  
DON SANCHO.  
DON FERNANDO.

DON DIEGO.  
MORON, *gracioso*.  
DOÑA JUANA.

DOÑA LEONOR.  
INÉS, *criada*.  
GENTE.

JORNADA PRIMERA.

*Salen MORON é INÉS, criados, muy alegres.*

MORON.  
A pares andan las bodas;  
Albricias.

INÉS.  
¿De qué, picaño?  
MORON.

Que hay muchos necios ogaño,  
Y habrá novios para todas.

INÉS.  
Tu amo perderá el sentido  
En ver que ya mi señora  
Se casa.

MORON.  
Inés, hasta ahora  
Quien se pierde es el marido.

INÉS.  
De presto desentainó  
El vil conceto.

MORON.  
Hable bien;  
Que soy muy hombre de bien,  
Y no hablo concetos yo.

INÉS.  
Pues ¿es delito el conceto?  
MORON.

Y aun es pecado importuno,  
Y juro á Dios, que á ninguno  
Le absolvieron de discreto;  
Que sou los siempre entendidos  
Copas penadas; yo muero  
Por hablar leve, que quiero  
Descansados los oídos,  
Siempre frescor y buen aire;  
Por Dios, que es la discrecion  
Apretada religion,  
Y bravo empeño el donaire.

INÉS.  
Los hombres que gracejean  
(Vil cosa) que lo casado  
Es insufrible y pesado,  
Merece que se lo crean;  
Que no hay contento tan justo,  
Ni puede haber mas contento,  
Que hallar en un casamiento  
Estimacion, paz y gusto.

MORON.  
Ya salen.  
INÉS.  
Y ¡qué agarrados  
De las manos!

MORON.  
Bien les viene;  
Que tan temprano conviene  
Poner paz entre casados.

*Salen los desposados de la mano, DON SANCHO de la de DOÑA JUANA, y DON JUAN de la de DOÑA LEONOR, y con ellos GENTE y DON FERNANDO, tío de los novios.*

DON FERNANDO.  
Para bien, Señora, sea  
El ver hoy en cuatro esposos,  
Sin necesidad dos dichosos,  
Y dos venturas sin fea,  
Muchos años este bien  
Goceis, de mil bienes llenos.

MORON.  
No dijo muchos y buenos,  
Quejaráse el parabien.  
¿Hay cosa, si bien la miras,  
En que se digan sin tiento  
Necesades ciento á ciento,  
Y mil á mil las mentiras,  
Que en un pláceme inocente  
Y en un pésame ignorante,  
Donde hasta el mismo semblante  
Es el primero que miente?

INÉS.  
Esa es forzosa costumbre,  
Y el dicho nunca se excusa.  
MORON.  
Hasta en saber que se usa  
Conozco que es pesadumbre.  
INÉS.  
Pues ¿cómo quieres decirlo?  
De tu simpleza me asombro.

MORON.  
El pésame con el hombro,  
Y el parabien con gestillo.  
Hable todo; que es gran mengua,  
Pues hay tantas novedades,  
Que todas las necedades  
Á cargo estén de la lengua.

DON FERNANDO.  
Ea, galantes y leves  
Los parabienes, señores,  
Los mas grandes son mejores,  
Pero mejor los mas breves.  
Sobrinos, con advertencias  
Prolijas no he de cansarme,  
Aunque pudiera tomarme  
De padre muchas licencias.  
D: ros aquí de casados  
Ahora muchos precetos,  
Bien pudieran ser discretos,  
Mas tambien fueran pasados.  
En la obligacion partido  
Llegais el campo á tener;  
Cuerda basta la mujer,  
Sábio aun no basta el marido.  
Suyas son las dos, y nuestras  
Las dichas; muchas tened.  
Suyas sois en fin, pues ved  
Que ya en nada quedais vuestras. —  
Y vos, don Sancho y don Juan,  
Estad cada uno advertido  
Que el entrar á ser marido  
No es salir de ser galan.  
Sufrir todos es el modo  
Mas cuerdo y de mas disculpas;

Ellos todo, si no es culpas,  
Y ellas las culpas y todo.  
Con esto, el dejaros es  
El mas cuerdo advertimiento;  
Que fué siempre el cumplimiento  
Majadero muy cortés.  
Adios, adios.

*(Quítase el sombrero, y vase aprisa,  
y detiénenle.)*

DON SANCHO.

Aguardad.

DON FERNANDO.

Esta fué prevención mía;  
El casarse es compañía,  
Yo os doy esta soledad.

DOÑA JUANA.

Id con él, seguidle aprisa,  
Y háced que vuelva.

DON JUAN.

Es en vano.—

Vén, don Sancho.

DON SANCHO.

Vén, hermano.

MORON.

Envidia me ha dado y risa  
El viejo, que en la costumbre  
De embarazo tan atento,  
Le ha quitado al casamiento  
Gran trozo de pesadumbre;  
Que la noche de la boda  
Darle á un triste desposado  
Con un comedián malvado  
Y la parentela toda;  
Luego una cena pesada,  
Donde ostenta el gran cuidado  
La torta su verdugado  
Y su moño la empanada;  
Y de uno y otro muy lleno,  
Quedar el novio maldito,  
Entre galán y entre ahito,  
Ni para suyo ni ajeno;  
Es de las simples crueldades  
Que ha inventado el cumplimiento,  
Guarnecido el casamiento  
De mayores necesidades.

INÉS.

Ya anochece; á tu amo lleva  
Este aviso.

MORON.

Hacerlo quiero:

Que soy hombre bajo, y muero  
Por dar una mala nueva.

*(Vanse todos, menos doña Juana y doña Leonor.)*

DOÑA JUANA.

Ya, hermana, estamos casadas,  
Y aunque parezcan tempranos  
Los preceptos que en mi tío,  
Siendo pocos, fueron tantos,  
Advierte que en tan ceñida  
Religion ahora entramos,  
Que, á no prevenirla el gusto,  
La estremeciera el espanto.  
Ved la observancia en que humilde  
Compiten siempre á milagros,  
Retiros lo recoleto,  
Y estrecheces lo descalzo,  
La modestia capuchina,  
El silencio cartujano,  
Cuyo encierro á campo abierto  
Mudas puertas abre al campo;  
Los grandes anacoretas,  
Y los eremitas varios,  
Las Tebaidas, los desiertos  
Poblados de asombros tantos;  
Pues todo, todo aun no es  
Un movimiento, un amago,  
Una imagen, una sombra,  
Una linea, un punto, un rasgo

De la religion en que entra  
Una mujer, profesando  
En la ley de un matrimonio  
Las clausuras de un recato.  
La religion mas estrecha  
Tiene, hermana, noviciado,  
En que el arrepentimiento  
Mude el rumbo ó vuelva el paso.  
Pues cuando (que no lo temo)  
Las dos nos arrepintamos,  
Romper podrémos á quejas  
Los cielos, mas no los lazos;  
Que un matrimonio á disgusto  
Es guerra, es sitio, es asalto,  
Donde, hasta que venza el uno,  
(rudamente mueran ambos.  
Ya con voluntad ajena  
Vivimos, y ya es vasallo  
El albedrio, que sufre  
De ajeno imperio los brazos.  
Eso que nos permitieren,  
Solo será nuestro, armando,  
No de flechas la obediencia,  
Sino el respeto de aplausos.  
Pero si libres y altivas  
Exenciones profesamos,  
Y osadas obedecemos  
Peligros y antojos vanos,  
No habrá tormento ni afrenta  
Que las dos no padezcamos,  
Dando gemidos sin voz,  
Diciedo injurias sin labios.  
Sin paz estará la vida,  
Sin lástima los trabajos,  
Los pesares sin socorro,  
Sin enmienda los engaños,  
Sin oídos todo el cielo,  
Sin remedios todo el daño,  
Sin paciencia el sufrimiento,  
Y la venganza sin manos.

DOÑA LEONOR.

¡Jesus, hermana! ¡Ay Jesus!  
Deja respirar, si acaso  
Lo permiten los señores  
Crespos maridos de ogaño.  
No veo en tu prevenido  
Sermon, tenebroso y largo,  
Ni aqui paz ni despues gloria;  
Todo es guerra, todo es llanto.  
Solo te faltó sacarme  
(Y era poco) entre dos palos  
Crucificado un marido,  
Y te juro que lo aguardo.  
Mientras respondo de veras,  
Quiero, aunque están olvidados,  
Decirte un chiste, que cuento  
Le llamaban los aucianos.  
Daba el hábito á un novicio  
Un prior, y en acabando  
La ceremonia, le dijo,  
Muy sesudo y mesurado:  
«Hijo, de la religion  
Los afanes, los cansancios,  
Los aprietos, los rigores,  
Todo es, hijo, el primer año;  
Que adelante, con la ayuda  
De Dios y la mia, hermano,  
Quisieras no haber nacido;  
Tanto espere el que hace tanto.»  
Páreceme que el ejemplo  
No es menester aplicarlo,  
Y que sientes que olvidaste  
Otro consuelo tan falso.  
Hermana, en lo misterioso,  
En lo austero, en lo afectado,  
Queriendo hacerlos decentes,  
Se hacen necios los recatos.  
Ya que tú del matrimonio  
Las montañas me has pintado,  
Los despeños, los horrores,  
Los asombros, los peñascos;

La pobre doncellería  
Si que observa esos enfados,  
De una madre en la clausura,  
Y en la religion de un manto;  
Pero las casadas, oye,  
Que de las muy cuerdas hablo,  
En quien con lo entretenido  
No se embaraza lo santo.  
¿No has visto en Madrid el rio,  
Donde es tan dulce tacaño  
Y mozo de tan buen aire  
El pícaro del verano,  
Las embozadas meriendas,  
Sus verdes traviesos baños,  
Blanca injuria de las ondas,  
Fresca envidia de los ramos?  
Pues todo, todo lo gozan  
Casadas nobles, llevando  
La vista y la confianza  
De un marido atento y sábio.  
¿Qué holgura licita y cuerda  
Se les niega, disfrutando  
El jardín mas escondido,  
El mas público teatro  
Sus repetidas visitas?  
Que en nuevas y en juicios varios  
Son trompetas las señoras,  
Son gacetas los estrados;  
Que entre permisiones tantas,  
Lo ceñido, lo templado,  
Aunque todo deuda sea,  
Todo merece un milagro.  
Y si soltase la vista  
A lo diferente y flaco,  
En quien los mozos señores  
Todos los condes tan claros,  
Nada de lo diferente  
He de perder; paso llano  
Quiero no mas, que primores  
Son discretos desdichados.  
Nada sufro que me apriete:  
Vestido y marido holgado,  
Algre semblante y vida,  
Alto cuello y chapin bajo.  
Taz á taz voy con mi esposo,  
Yo cuerda si él avisado,  
Yo enamorada si él tierno,  
Yo apacible si él humano,  
Yo fiera si él imperioso,  
Yo enemiga si él contrario,  
Yo rebelde si él terrible,  
Yo temeraria si él bravo;  
Que no es ley, honor ni deuda  
Sufrir un dueño, un tirano,  
Muy soberbio de dichoso,  
Muy presumido de ingrato.

DOÑA JUANA.

Hermana...

DOÑA LEONOR.

Lo dicho dicho.

DOÑA JUANA.

Pues lo esperado esperado.

DOÑA LEONOR.

Pues ánimo, á la batalla.

DOÑA JUANA.

Pues vencerán los cristianos.

*(Vause.)*

*Salen DON SANCHO y DON JUAN.*

DON SANCHO.

Yo vengo resuelto en esto.

DON JUAN.

¿Venis loco?

DON SANCHO.

Vengo honrado.

DON JUAN.

Nunca es honra lo excusado.

DON SANCHO.

Lo forzoso nunca es presto.

DON JUAN.

Dejadme, que aun no es mi tío  
Tan extraño como vos;  
Que si él hizo con los dos  
Aquel fresco desvarío,  
Fué á lo menos cortesana  
Y airosa la novedad,  
Mas la vuestra es necedad  
Tan peregrina y temprana,  
Que la noche de casado,  
En vez de estar un esposo  
Entretenido, amoroso,  
Si no alegre y sazonado,  
Vos con rigores no pocos  
Pensando estáis en poner  
A vuestra noble mujer  
Leyes y preceptos locos.  
¡Ahora, cuando era justo  
Hacer, en ansia amorosa,  
Con vuestra gallarda esposa  
Tantos aplausos al gusto,  
Darla quereis instrucciones  
Severas, desconfiadas,  
Pudiendo ser desdichadas  
Noticias las prevenciones?  
¿Y quereis que vuestra esposa  
Piense de vos, desdichado,  
Que teneros por menguado  
Será censura piadosa?  
Vos no quereis entenderlo;  
Que es decir á una mujer  
Todo lo que no ha de hacer,  
Decirla que puede hacerlo.

DON SANCHO.

¿Habeis dicho?

DON JUAN.

He dicho, y poco;  
Que es fiera y desapacible,  
La cosa menos sufrible,  
La mala razon de un loco.

DON SANCHO.

Muy de lo hermano mayor  
Os portais, y es caso fuerte,  
Y aun injuria, lo que advierte  
El imperio, y no el amor.  
Oídme, pero sin pena  
Y sin furia; que, si estoy  
Necio ahora, no lo soy  
En cosa ni en casa ajena.  
Vos tenéis por prisa vana  
Que á mi esposa en paz amiga  
Esta noche yo le diga  
Lo que no ha de hacer mañana.  
Si luego esta noche trato  
De advertirla, verá en eso  
Que no es culpa de su seso,  
Sino ley de mi recato;  
Y si en otro cualquier día  
Lo advirtiera, fácilmente  
Pensara que fué accidente,  
Y que no es condicion mia.  
Y atenta doctrina es  
Que no ignore, si lo ignora,  
Que hombre que lo advierte ahora  
No lo sufrirá despues.

DON JUAN.

¡Hay tan nueva prevencion!  
Reirme, hermano, dejad;  
Que aun mas que la necedad  
Es necia en vos la razon.  
¡Antes, en fin, de acostado  
Habeis de hablarla?

DON SANCHO.

Señor,

Muy antes.

DON JUAN.

¿No era mejor  
Para despues lo cansado?  
Ya que abris tan fresca llaga,  
¿Quién os ha hecho temer

Que hiciera vuestra mujer  
Lo que no quereis que haga?  
Y prevencion corta ha sido,  
Y no de ánimo sincero,  
No prevenirla primero.  
De que erais tan prevenido.  
Y ved, hermano, por Dios,  
Que la ofendeis, pues así.  
Lo que ella hiciera por si  
Creeréis que lo hara por vos.  
Quitáisle en tan flaca muestra  
Una gloria, en que os arguya  
Que á lo que es decencia suya  
Llamaréis prevencion vuestra.

DON SANCHO.

Si esta noche, en fin, procuro  
Poner con ley rigurosa,  
Leyes, grillos á mi esposa,  
¿A qué riesgo me aventuro?

DON JUAN.

Que os tengan...

DON SANCHO.

Paso, no quiero

Oírlo de vos; será  
Que por necio me tendrá,  
Por villano, por grosero,  
Por torpe, por desabrido,  
Por cruel, por insufrible,  
Por extraño, por terrible,  
Por loco, por atrevido.  
Pues perdone mi mujer,  
Y cuantos se cansen dello;  
Que todo eso quiero sello,  
Y no lo que puedo ser.

DON JUAN.

Pues eso y esotro y todo  
Lo seréis; que en un extraño  
Discurso fabrica el daño,  
Mas que la sustancia, el modo.  
Ya que sois novio importuno,  
Haced lo que pruebo yo:  
Lo que el mas necio, mas no  
Lo que no hiciera ninguno.  
¿Vos, con nuevo desatino  
Y descaminado empeño,  
No atináis á que es despeño  
Lo que pensais que es camino?  
La mujer que mas se muestra  
Flaca, cuando va á perderse,  
Firme suele mantenerse  
En la confianza nuestra;  
Mas si con desconfianza  
La tratamos, vengativa,  
Todo lo arrastra y derriba,  
Hasta la misma esperanza.  
Tenga, pues, si se acomoda  
Vuestra quietud á tenella,  
Todas las virtudes ella,  
Vos la confianza toda.  
No os la quiteis; que si indicio  
Dais en ocasion alguna  
De que os falta esta columna,  
Mucho temo el edificio.  
Y tanto á temerle llego,  
Que lo que ignorante y rudo  
Os errais por no ser mudo,  
Lo pagaréis por ser ciego.

DON SANCHO.

¿En fin, os parece error,  
Y no lo aprobais?

DON JUAN.

¿Que sea

Tan necio un necio!

DON SANCHO.

Pues en,

Discretísimo suñer,  
Seguid vos lo conbado,  
Yo lo temido, y veremos  
Quién hace de ambos extremos  
El suyo mas desdichado.

DON JUAN.

El vuestro ya lo habeis hecho;  
Que locuras tan pesadas,  
Primero que pronunciadas,  
Infaman dentro del pecho.  
Y dejemos tan cansado  
Coloquio; que, vive Dios,  
Que, aun dichoso, vos con vos  
Siempre seréis desdichado.

Salen DON DIEGO y MORON, y hablan  
aparte los dos hermanos.

DON DIEGO.

¿Que tú lo viste? Que es cierto  
Que se desposó Leonor?  
O en el mundo, ó en amor  
¿Cuándo se duerme despierto?  
En tan injustos enojos,  
Solo en mi daño creidos,  
De escucharlo los oídos,  
Están temblando los ojos.  
Desposarse porque fué  
Conveniencia, no pudiera  
Hallar mas vil, mas grosera,  
Baja disculpa la fe.

MORON.

De toda doncella infiero,  
Crecidita, que arde y muere  
Por matrimonio, y que quiere,  
No el mejor, sino el primero.

DON DIEGO.

¿Si estarán ya recogidos?

MORON.

Si cumplen con lo casados,  
Hora es de estar acostados,  
Pero no de estar dormidos.  
¿Qué curiosidad tan vana!  
Partid la envidia tambien;  
Tú esta noche se la ten,  
Y él á ti por la mañana.

DON DIEGO.

¿Qué vil pena, y qué bien lidia  
Con ella mi fe inmortal,  
Pues llego á tener un mal,  
Que le consuela una envidia!  
¿Qué haré ya sin esperanza?

MORON.

Irte, y si á acostarte vas  
Solo, de ambos tomarás  
Honradísima venganza.

DON DIEGO.

Mira si parece Inés.

MORON.

Inés no; pero los dos  
Novios.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

MORON.

Por Dios,

Que son ambos.

DON JUAN.

Ello es

Desdicha; hacedlo en buen hora,  
Que es peor, y así lo espero.

DON SANCHO.

Tarde es, cenemos primero;  
Pero dos hombres ahora  
En casa ¿qué buscarán?

DON JUAN.

Pues si hay dos horas en ella,  
Y en sazon tan dulce y bella  
Todo marido es galán,  
Esos mozos, en quien brilla  
La edad, habrán entendido  
Que comedia hemos tenido,  
Y alegres vendrán á oílla;  
Y si acertaren á ser

Dados á la devocion,  
Vendrán á oír el sermón  
Que haceis á vuestra mujer.

DON SANCHO.

¿Donaires ahora?

DON JUAN.

Son

Vuestras cosas de tal aire,  
Que aun haciéndolas donaire,  
Se hacen desesperacion.

MORON.

Atiende; que el un casado  
Mira de marido nuevo.

DON SANCHO.

Con poca paciencia llevo  
Lo embarazoso y lo hallado.—  
Hidalgos desadvertidos,  
¿Qué buscan, y tan despacio?  
Que esta casa no es palacio,  
Que consiente entremetidos.

(Pónese delante don Juan.)

DON JUAN.

Paso, don Sancho. ¿Qué modos  
Son los vuestros? No penseis,  
Cuerpo de Dios, que os habeis  
Casado ahora con todos.—  
Caballeros, yo creia  
Que pensasteis que aquí hubiera  
Alguna fiesta que fuera  
Digna de vuestra alegría,  
Y solo para poderos  
Entretener lo estimara,  
Y que todo festejara  
A tan nobles caballeros.

MORON.

Vos nos habeis conocido  
Cabalmente; la Maria  
De Riquelme en compañía,  
La mujer de su marido,  
Que venia á entreteneros  
Creimos.

DON DIEGO.

Y bien lograda  
Es al menos la jornada,  
Que he llegado á conoceros,  
Porque vuestra cortesía...

DON SANCHO.

No es ninguna; ¿cumplimientos  
A estas horas?

DON JUAN.

Sentimientos

Dais á la modestia mia:  
Ya verán vuestros engaños  
Que si un hora no he podido  
Sufriros yo tan marido,  
¿Qué hará Juana tantos años?  
Venid, hermano; que es tarde.

DON SANCHO.

¿Sin irse aquellos?

DON JUAN.

Primero

Nosotros.

DON SANCHO.

¿Qué?

DON JUAN.

Caballero,

¿Mandais mas?

DON DIEGO.

El cielo os guarde.

DON SANCHO.

Vive Dios, pues, que he de ver...

MORON.

¡Hay tal temple de casado!

(Vanse don Sancho y don Juan.)

Lástima es que haya topado  
Este hombre aquella mujer.

DON DIEGO.

Aunque es tan inexpugnable  
La suya, seguirla espero;  
Pero deste majadero  
Nada puede ser amable.

MORON.

¿Y Leonor?

DON DIEGO.

Hame ofendido

Toda el alma; ¡oh, quién pudiera  
Querer la hermana! Que fuera  
Grande ayuda su marido.

MORON.

¿Qué distintos dos hermanos!

DON DIEGO.

De hoy mas responderle espero,  
A el don Juan con el sombrero,  
Y al don Sancho con las manos.

MORON.

No hay que aguzar los aceros;  
Si el simplon lo entremetido  
Nos vistió, el otro entendido  
Nos forró de caballeros.  
Inés sale.

Sale INÉS.

INÉS.

¿Con qué gusto

Salgo!

DON DIEGO.

¿Inés mia!

INÉS.

¿Señor!

DON DIEGO.

¿Qué imposible?

INÉS.

Ni en tu amor

Me hables ni en tu disgusto,  
Y lee este papel y espera;  
Pero, adios.

MORON.

¿Cómo? Eso nones;

Que me has de oír mil razones.

INÉS.

A no ser pocas, lo hiciera;  
Decentar la voz no quiero  
En esa migaja.

MORON.

Inés,

Dime ahora, y no despues,  
De tus amos.

INÉS.

Lo primero

Es, que ya cenando están,  
Mi amo don Juan mas gustoso,  
Mas alegre, mas chistoso  
Que la noche de San Juan;  
Pero su hermano don Sancho  
Con la visera calada.

MORON.

Él es novio de lanzada,  
Cerviguillo corto y ancho.  
¿Qué liero y hosco es el hombre,  
Berrengada vista y ceja,  
Y sin anomio en la oreja,  
No se puede oír su nombre!  
¿Están con mucho alborozo  
Las hembras?

INÉS.

Mi ama no;

Pero no le fiaré yo  
Viejo amor ni nuevo mozo.  
En dos airosos manteos,  
Blanco y nácar descolladas,  
Y en mesuras colocadas,  
Envainados los deseos,  
Aguardán con bizzarria  
Su permitida licencia,

De una justa violencia  
La forzosa demasia;  
Y porque ya habrán cenado,  
Y recogerse es razon,  
Y la noche y la ocasion  
Pide silencio al Senado,  
Adios; que despues sabrás  
De los nuevos desposados.

(Vase.)

MORON.

Inés, ¿ya no están casados?  
Sepa el turco lo demás.

DON DIEGO.

Cuanto mas leo el papel,  
Mas falsedad me parece;  
Que este crédito merece  
Verdad que empezó sin él.  
Tarde me persuadirás  
A mas fe y á menos ira;  
Que es propio de una mentira  
Socorrerse de otra mas.

MORON.

A la escasa lumbrecilla  
Que ofrece en esta ocasion,  
En vez del grave blandon,  
La picaña lamparilla,  
Que se apensó mi amo, veo,  
Rumiando las tristes hojas  
De aquel papel.

DON DIEGO.

Mas congojas  
Y engaños que letras leo.

MORON.

¿Qué tenemos? ¿Son disculpas  
De forzóme aquel Neron?

DON DIEGO.

Oye; que hasta en la razon  
Hallan peligro las culpas.  
(Lee.) «Sin fe una injusta violencia  
»Me casó, cuando vivia  
»Bien hallada en ti la mia;  
»Mi muerte fué mi obediencia.  
»Una flaca resistencia  
»Ninguna victoria alcanza;  
»Ya es mi pena tu venganza,  
»Y advierte que en la ocasion  
»Dentro de la posesion  
»Tambien cabe una esperanza.»  
Moron, di, ¿qué es esto?

MORON.

¿Qué?

¿Quieres que el alma le saque  
En décima, en badalque,  
De la esperanza y la fe?

DON DIEGO.

¿Esperanza?

MORON.

El entendello

Dejemos, si no te enoja,  
A la providencia floja,  
Que llaman dormir sobre ello.

DON DIEGO.

Yo bien lo entiendo.

MORON.

Que es chanza;

Que en promesa tan vacia,  
Engaño y bellaqueria  
Caben, pero no esperanza.  
Deja ya desta cruel,  
Como dicen los menguados,  
En el jubon los cuidados.

DON DIEGO.

Moron, los que están en él.  
¿Inés fuése?

MORON.

Luego al punto  
Que el Sancho...

DON DIEGO.  
¿Sancho se llama?  
Pero es dueño de su ama.

MORON.  
Es marido de por junto  
El Sancho.

DON DIEGO.  
El Sancho nació  
De su condicion esclavo.

MORON.  
El Sancho es don Sancho el Bravo,  
Y manso le espero yo.

(Vanse.)

Salen DON SANCHE y DOÑA JUANA.

DON SANCHE.  
No os acosteis, doña Juana;  
Oid antes, de honor llena,  
Una plática; y si es buena,  
Nunca os parezca temprana.  
Doña Juana, es un cuidado  
Que, si no se da, se tiene;  
Quien dice lo que conviene,  
Aunque canse, no es cansado.  
No aviso en lo que os prevengo  
Nada; y si justo no viene  
Con el humor que otro tiene,  
Será con el que yo tengo.

DOÑA JUANA. (Ap.)  
Admirada espero y muda.  
¿Dónde va á parar este hombre?  
Pero, aunque todo me asombre,  
Solo hace miedo la duda.

DON SANCHE.  
Desde la primera hora  
De esposo hacer he querido  
Esta accion; perdon os pido  
De dilatarlo hasta ahora.  
De la manera que al cielo,  
Que sus influjos reparte,  
Se le sufre en cada parte  
El ardor, el aire, el hielo;  
Así es forzoso y debido  
Que, ya en pesar ó en placer,  
Sufra una honrada mujer  
El temple de su marido.

DOÑA JUANA.  
Esta es razon tan forzosa,  
Que le sobra lo advertido.

DON SANCHE.  
En la mujer lo sufrido  
Es la parte mas hermosa;  
¿Esperaréis reprehensiones  
Pulidas y bachilleras?

DOÑA JUANA.  
No espero tal.

DON SANCHE.  
No á mis veras  
Razon, pero si razones.  
Vos habeis de andar, ó yo,  
Con el tiempo; que en extremos  
Distintos cada hora vemos  
Un vario, un nuevo Madrid.  
Si el poderoso gobierno  
El Prado y calle Mayor  
Prohiben en un error.  
Es un melindre moderno.  
A todo habeis de ir adonde  
Todos van; mi madre fué,  
No temo lo que se ve  
Ni apruebo lo que se esconde.  
En estaciones excuso  
Hablaros, y si ha de ser,  
Haced lo que habeis de hacer  
Por devocion, no por uso.  
Amigas, no sé que os diga;  
Mas si sé: la que eligiera  
Vuestra atencion para nuera,

Esa escoged para amiga,  
Los trajes, que en varios modos  
Son un desvelo importuno,  
No habeis de inventar ninguno,  
Mas podréis entrar en todos.  
Otros misterios que os ruego,  
Que ignorais, no, no os lo digo;  
Que es presto, y no soy amigo  
De decirlo todo luego.  
Con esto, acostáos en tanto  
Que yo decirlo no quiero.

DOÑA JUANA. (Ap.)  
No sé cuál ponga primero,  
La obediencia ó el espanto.

DON SANCHE.  
¿Qué respondeis?

DOÑA JUANA. (Ap.)  
¿Qué desdichas!

DON SANCHE.  
¿Qué decíades ahora?

DOÑA JUANA.  
Que mi obediencia os adora.  
(Ap. Necesades tan bien dichas.  
Mas es mi esposo; aunque muera,  
Respetaré su rigor;  
Que desear, al mejor,  
Pero sufrir, á cualquiera.) (Vase.)

DON SANCHE.  
Aun satisfecho no quedo  
De que dije lo bastante;  
Marido anduve y amante.  
Quiero cumplir con el miedo.  
Para la noche primera  
Algo dije, y mas hablara,  
Si otro mal no me llamara,  
¿Y quién si ya no lo fuera!  
¿En hora tan sospechosa  
Dos hombres? Tiemblo de oirlo;  
No tengo para sufrirlo  
La condicion tan dichosa.  
Toda la casa he de ver,  
Y toda la he de cerrar;  
Con dudar, no hay que dudar;  
Con temer, no hay que temer.  
A oscuras la casa está,  
Pasos voy sintiendo.

(Anda todas las puertas.)

Sale DON JUAN.

DON JUAN.  
Un daño,  
Que recelo, y que no extraño  
Que sea de todos ya,  
Me ha inquietado ahora, y temo  
Una fiera pesadumbre  
En mi hermano, que acostumbre  
Aun caminando su extremo.

DON SANCHE.  
El rumor siento hácia aqui,  
Mataré á quien fuere; un hombre  
Siento allí.

Sale DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.  
No sé que nombre  
A lo que pasa por mí  
Pueda darle mi marido.  
Aun antes de serlo en todo,  
Instrucciones, y en tal modo  
Despertar de no dormido  
No sé lo que puede ser;  
Negarse luego á la cama,  
Cuando á caricias de dama  
Esperaba á su mujer,  
¿Qué será, cielos?

DON SANCHE.  
¿Quién va?  
Hombres digo que he sentido.

DOÑA JUANA.  
Voz escuché.  
DON JUAN.  
Este ruido  
De un gran mal indicios da;  
Que hácia el cuarto de mi hermano  
Lo siento.

DON SANCHE.  
Diga quién es.  
DOÑA JUANA.

¿Ay Jesus!  
DON JUAN.  
Yo tomo, pues,  
Aquella luz; que no en vano  
Pienso que temo. (Vase.)

DON SANCHE.  
La vida  
Perderá si no habla presto.

Sale DON JUAN, con luz.

DOÑA JUANA.  
Señor, esposo.

DON JUAN.  
¿Qué es esto,  
Don Sancho, hermano?

DOÑA LEONOR.  
Perdida  
Salgo de ver que mi esposo  
Con espada y con broquel...  
Mas ¡cielo!

DON JUAN.  
¿Caso cruel!  
Hombre fiero y lastimoso.

DOÑA LEONOR.  
Hermana.  
DON SANCHE.  
Perded el susto;  
En casa ruido senti,  
Sali, y mi esposa tras mí,  
(Ap. Pero ¿a qué? Temerlo es justo.)  
La oscuridad y el rumor  
Que cerca de mí sentia...

Sale DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.  
¿Qué ha sido esto, hermana mía?

DOÑA JUANA.  
(Ap. Por su honor y mi valor,  
Lo callaré.) Unos ladrones  
Sintió, yo salté, y á oscuras,  
Pensando...

DON JUAN.  
Vuestras locuras,  
Que no ya imaginaciones,  
Nos han de traer á estado...

DON SANCHE.  
Siento ruido, un bulto veo,  
Sin luz salgo.

DON JUAN.  
A todo creo  
Que saldréis desalumbrado;  
¿Vos sois noble, vive Dios!

DON SANCHE.  
Si reñis, y no en secreto,  
No he de guardaros respeto.

DON JUAN.  
Pues yo si el decoro á vos.—  
Aun no estaba recogido  
Don Sancho, que al punto oyó  
El ruido, y le estimo yo  
Que aun no estuviese dormido.  
Ya huyeron; volvamos pues  
A recogerlos.

DOÑA LEONOR.  
Ay Juana,  
¿Qué hombre es este?

DON JUAN.  
Un hombre, hermana,  
Tan despierto como ves.

DOÑA JUANA.  
Amigas, mientras volvemos  
A mirar la casa, entrad,  
Y de la noche lograd  
Lo que falta.

DOÑA LEONOR.  
A tus extremos  
Pienso, hermana, que has medido  
El esposo que has topado.

DOÑA JUANA.  
Siempre deberá el cuidado  
Mucho mas á lo marido.

DOÑA LEONOR.  
¿Qué honrada y qué mentecata  
Respuesta!

DOÑA JUANA.  
¿Cómo ese nombre  
Le das?

DOÑA LEONOR.  
Galán para el hombre,  
Y para mujer lo ingrata.

DON JUAN.  
Don Sancho, esto va en secreto;  
Alabáos que habeis llegado  
A que lo desconfiado  
No puede en vos ser discreto.  
Mirad, hermano, por Dios,  
Que desdicha sin morir  
Ella se sabe venir;  
No la ayudeis tanto vos;  
Que os juro...

DON SANCHO.  
No jureis nada;  
Eternamente he de hacer  
Lo mismo.

DON JUAN.  
Habeis menester  
Mas sufrimiento que espada.  
En fin, ¿no hay remedio?

DON SANCHO.  
No.  
DON JUAN.  
Vivid con vos, esto os digo.

DON SANCHO.  
Si para vivir conmigo  
Ya sé que me basto yo.  
¿Oh qué hermano tan sin brio!

DON JUAN.  
¿Oh qué mujer, de honor llena!

DOÑA JUANA.  
¿Oh qué suerte, para ajena!

DOÑA LEONOR.  
¿Oh qué hombre, para ser mio!

## JORNADA SEGUNDA.

*Sale MORON, andando aprisa, mirando hacia atrás, recelándose que le siguen y buscando dónde esconderse, y sale DON SANCHO tras él.*

MORON.  
El Sancho con criminales  
Pasos me sigue y molesta,  
Y es hombre para una fiesta  
De los fieros animales.  
Esto de sierpe lerneá  
Es corto requiebro.

DON SANCHO.  
Él es.

MORON.  
El Sancho es hombre de piés.

DON SANCHO.  
¿Ah hidalgo?

MORON.  
¿Quién me hidalgúea?  
¿Oh mi señor!

DON SANCHO.  
Esclero,  
¿Qué buscais?

MORON.  
¿Oh mi señor!  
Cierto amigo que un doctor...

DON SANCHO.  
No os turbeis; mostrad primero  
El papel.

MORON.  
¿Yo?  
DON SANCHO.  
Vive Dios,

Infame.  
MORON.  
¿Terrible aprieto!

DON SANCHO.  
Suelta ya.

MORON.  
Oid un secreto;  
El papel no es para vos.

DON SANCHO.  
Claro es que no es para mí,  
Pero será... Mal nacido,  
La vida ó el papel pido.

MORON.  
No es igual el trueque.  
DON SANCHO.

Aquí  
Has de morir, hablador.

MORON.  
¿Que me matan!

DON SANCHO.  
¿Oh villano!

*Sale DON JUAN.*  
DON JUAN.

Voces son. — ¿Qué es esto, hermano?  
DON SANCHO.

Este villano traidor,  
Que trae un papel.

DON JUAN.  
¿Qué importa?  
DON SANCHO.

¿Qué importa, si le ha traído  
A mi esposa?

DON JUAN.  
Hombre atrevido,  
La injusta lengua reporta;  
Que es imposible, aunque veo  
Otro mayor, que es oírlo.  
Y otro mas vil, que es decirlo.

MORON.  
Todo es falso.  
DON JUAN.  
Yo lo creo.

DON SANCHO.  
Picaño.

DON JUAN.  
Aparta. — El papel  
Me dad á mi.

MORON.  
(Ap. Esto es peor.)  
Volverme será mejor.

DON JUAN.  
Luego volveréis por él;  
Mostrad.

MORON.  
Ved que os le doy saho.  
DON SANCHO.

Yo le quiero ver primero.

DON JUAN.  
¿Primero? Ni aun después quiero,  
Y de que seáis mi hermano  
Mil veces me ofendo; ¿en qué  
Vuestra mujer, en efeto,  
Os desmerece el respeto,  
La confianza y la fe?  
Pues cuando (aunque no hay disculpa  
En ello) un error hiciera,  
Gran culpa digo que fuera,  
Mas decirlo es mayor culpa.  
(Ap. ¿Qué cosa? ¿Para mi hermana  
Papel? Quiero hacer recuerdo  
Desté hombre... Si, ya me acuerdo.)

DON SANCHO.  
¿Qué seguridad tan vana!

DON JUAN.  
Doña Juana es un espanto,  
Es un prodigio de honor,  
Y después de mi Leonor,  
De ningunacreo tanto. (Abre el papel.)  
Será una cosa de risa  
Y donaire.

DON SANCHO.  
Vedle presto.

DON JUAN. (Ap.)  
¿Válgame el cielo! ¿qué es esto?  
¿Qué no esperado, qué aprisa  
Un veneno de ansias lleno  
Por mi pecho se dilata,  
Que es mil muertes, y no mata  
Por mas partes de veneno!

¿Jesus, qué extraña locura  
Y qué diferente cosa!

¿Papel para vuestra esposa?  
¿Quién la hallara tan segura!

DON SANCHO. (Ap.)  
Turbado está. Otra vez digo  
Que es para mi esposa, y muere  
Por deslumbrarme; eso quiere,  
Bien lo acabará conmigo.

DON JUAN.  
(Ap. La injuria, que aun no temia  
En mi hermana ni en ajena  
Mujer (¿qué rabia! qué pena!),  
Toda ha llegado á ser mia.  
Este papel se escribió  
A Leonor, á mi mujer;  
La desdicha puede ser,  
Mas no el merecerla yo.)  
Estoy furioso y corrido  
De que vos á una inocente  
Tan virtuosa y prudente  
La hayais, don Sancho, ofendido.  
(Ap. Con inutil piedad vengo  
A curar, porque mas pene,  
La herida que otro no tiene,  
Callando la que yo tengo.)

DON SANCHO.  
Todo el papel me ha caído,  
Y es la causa toda mía;  
Con razon me lo encubria  
El pícaro del criado.

DON JUAN.  
(Ap. El horrador y el papel,  
Descuido, que aun da cuidado,  
Vienen juntos, bien pensado  
El agravio que está en él.  
El un papel vuelvo aquí,  
Cumpliendo y disimulando  
Con un necio hermano, euando  
Me he menester para mí.)  
Mancebo desacordado,

Volved á vuestro ejercicio;  
Baste ser ruin el oficio,  
No le hagais vos desdichado.  
Llevad, y con mas recato,  
Ese papel á quien va;  
No erreis mas, que no os saldrá  
Quizá otra vez tan barato.  
Andad, andad; que os prometo  
Que aun dijera...

MORON.

Vuesasted

Me hiciera mucha merced.  
(Ap. Gran menguado ó gran discreto  
Es este hombre, que el billete  
No le ignora; voyme y calo.  
¿Dónde estáis, que nunca os hallo,  
Venturillas de alcabuete?  
¿Quién le diera con un bota!  
Que mira.)

DON SANCHO. (Ap.)

¿Qué bien sospecho!

MORON. (Ap.)

Vive Dios, que es muy mal hecho  
Que le dejen andar solo. (Vase.)

DON JUAN.

¿Dónde vais?

DON SANCHO.

Yo voy adonde

Me importa.

DON JUAN.

Gracioso extremo.

DON SANCHO.

Sabré quién es; que me temo  
Que es criado de algun conde.

DON JUAN.

Tened; ¿es posible, hermano,  
Que imaginases aquel  
Desvario? Sois cruel,  
Sois injusto, sois tirano.

Vuestra desdichada esposa  
Tiene, por mas desdichada,  
Con vos dicha deshonrada,  
Que aun no basta la hermosa?

DON SANCHO.

¿Pensais que estoy satisfecho?

DON JUAN.

¿Yo pensar tal desatino?

DON SANCHO.

Yo creo lo que imagino.

DON JUAN.

Que os haga muy buen provecho;  
Que contra vos viene á ser  
Pensar tantas liviandades.

DON SANCHO.

Yo pienso y digo verdades,  
Que vos quereis esconder.

DON JUAN.

Ni eso es verdad, ni se entiende  
Que debais decirlo vos.

DON SANCHO.

Don Juan, la verdad es Dios;  
Quien no la dice la ofende.

DON JUAN.

Justamente se retira  
Si á la decencia es contraria;  
Verdad que no es necesaria,  
Bien merece ser mentira.  
Mas para vos, no hay tormento  
Como vos.

DON SANCHO.

Si esto es gran mengua,  
Sed vos cuerdo de la lengua  
Y yo del entendimiento. (Vase.)

DON JUAN.

A solas conmigo quedo,  
Sin atreverme á mi mal;  
Que en mal tan nuevo y mortal,

Hasta el valor hace miedo.

Mas la cara al enemigo

Volvamos á ver; leamos

Si este monstruo que esperamos

Es amenaza ó castigo.

(Lee.) «Leonor, tus satisfacciones

»De brazos de ajeno dueño,

»Sin aplauso las escucho,

»Templadamente las creo.

»Si estás descontenta, el trato

»Es mañoso amigo y cuerdo;

»Don Juan milagros te ha

»A la ocasion de un discreto.»

Aquí está borrado, «ingrata»

(Vulgar cosa), aquí, «no quiero

Mas disculpa,» y aquí dice:

»Para engaños sobra el tiempo.

»No respondí á tus papeles

»Ni recados, porque hubieron

»Menester, Leonor, entonces

»Todo yo mis sentimientos.»

¿Satisfacciones? ¿papeles?

¿Recados? ¿Qué busco y temo

Ya mas testigos, y en culpa

Que aun sospechada es lo mesmo?

Mi seguridad, mi fe,

Mi caricia, mi respeto,

Mi confianza, hasta llegar

Al peligro de su extremo;

Con otro empeño á mis brazos,

Y proseguir fiero en ellos

Pláticas, que aun de pensarlas

Se estremece el sufrimiento.

¿Será lo mas valeroso,

Lo mas bizarro, entrar luego

Con saña, con furia y rabia,

Feroz, turbado y soberbio,

A herir de una mujer flaca

El vil descuidado pecho,

A ensangrentar noble mano

En rendido infame cuello?

¿Quién dirá que es bizarria

Ni valor? ¿Puede ser esto?

Que no resistido y fácil,

Venganza será, y no esfuerzo.

En ella culpas y en mi

Agravios, que no se han hecho;

Pero ¿he de guardar ¡ay triste!

A que se hagan, si el fuero

Del honor rayos fulmina

A escondidos pensamientos?

Sea el castigo, en buen hora,

Sañudo, airado y resuelto;

Que honrado será, no airoso.

Y hará mas ruido que ejemplo.

Pero, aunque no hay otra cosa,

Probemos otra, en que veo

Mas constancia, mas valor;

Ay, si fuese mas acierto!

Leonor está aventurada,

Perdida no, pues en medio

De la libertad de moza,

Solo entregada á su imperio.

Sus licencias moderando,

Se permitió á un galanteo,

Sobornada de las dulces

Lisonjas de amante tierno.

Y aficionada y servida

Y obligada, puso freno

A la ocasion, y al decoro

Atados tuvo los riesgos.

Veamos si con el arte

Y el cuidado recogemos

Esta barquilla, entregada

A un aire de tantos vientos;

Que si la prudencia y maña

Por advertido y secreto

Camino ayudase poco,

Y el cuidado obrase menos,

Entonces si llegaria

A tiempo el desnudo acero,

Mas piadoso en lo mas bravo,

Mas limpio en lo mas sangriento.

Mi hermano y yo caminamos

A un mismo errante despeño

Por sendas varias; que tiene

Muchos caminos lo necio.

Honor, estas dilaciones

Te sacrificio, y ofrezco

Mis ceguedades vendadas

Por lámparas á tu templo;

Que á los que ahora me acusan,

Templado, celoso, espero

Poblar de espantos, de asombros,

De horrores y de escarmientos.

Verá Leonor, verá el hombre,

Verá el mundo, verá el ciclo

Que no tiene menos furia

La espada en manos de un cuerdo.

Sale DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.

Paréceme que he sentido  
Hablar con voces y extremos  
A don Juan.

DON JUAN.

Leonor es esta.

Yo os vengaré, sufrimiento.

DOÑA LEONOR.

Esposo, don Juan, amigo,

¿Qué teneis?

DON JUAN.

(Ap. ¡Oh lisonjero

Agravió!) ¿Qué he de tener?

Una batalla, un infierno,

Un hermano que, furioso

Porque traia un mancebo

Un papel, y recatado

Se lo escondió, de ira lleno,

Y mas de infamia y locura,

Matarle quiso, diciendo

Que era el papel (¡qué hajeza!)

Para su esposa; yo llevo,

Libro al hombre, el papel tomo,

Y hallo en él (¡oh viles celos!)

Otra cosa; ¡qué distante!

Qué extraña! En pensarlo tiemblo.

En fin, tan distinta y nueva,

Mi Leonor, que te prometo,

Que te admirara. El criado

Despido, el papel le vuelvo,

Y á mi hermano (estáme atenta)

Con desden, enfado y ceño

Le digo: «Señor don Sancho,

El término indigno vuestro

Miente á vuestra sangre misma,

Mas no á vuestro entendimiento.

Por mujer teneis un ángel,

Que es muchos en el ingenio,

En la gracia, en la pureza,

En lo apacible, en lo bello.

Advertencias y regalos

Se mezclen siempre, encubriendo

Que es propia herida, y en todo

Muestre un reposo despierto.

Confiadla, divertidla,

Entretenedla, pues vemos

Que, obligada, hasta una fiera

Hace caricias al dueño.

Y cuando ella advierta y mire

Que sin castigos ni fieros,

El marido, en vez de lanzas,

Empuña avisos modestos,

¿Quién duda que, cuerda y sabia,

En sus limites estrechos

Se recoja, y luego sean

Los escándalos ejemplos?

Que si medios tan suaves

No bastasen, hierro á hierro,

A fuego y sangre, y sin que

Ni aun cenizas deje el fuego,

Yo mismo, yo le llevara

La mano, y con el dennedo  
Que á Leonor, sí, á Leonor digo,  
En igual trance y aprieto,  
Le pasara el pecho, el alma;  
Pero ; ay mi Leonor, cuán léjos  
Del daño estoy ! Pero en sombras  
Asombraran mis recelos;  
Miedos tengo que don Sancho,  
Con su extraño desacuerdo,  
Fue á inquietarla. Voy volando;  
Quédate, Leonor, temiendo. (Vase.)

DOÑA LEONOR.

En desdicha tan cruel  
¿ Hay dicha como la mía ?  
Que este papel me traia  
Moron sin duda, y con él  
Topó el otro, que ha pensado  
Que era para su mujer ;  
¿ Y que un necio sepa hacer  
Buenas obras de cuñado ?  
Todo es como yo pudiera  
Pintarlo. Siga lo honroso  
Mi hermana; que un falso esposo  
Lo paga desta manera.—  
¿ Inés ?

Sale INÉS.

INÉS.

¿ Señora ?

DOÑA LEONOR.

Trae luego

Los mantos.

INÉS.

¿ Adónde vas ?

DOÑA LEONOR.

Inés, despues lo sabrás ;  
En suma, ver á don Diego  
Me importa el vivir.

INÉS.

Y en suma

¿ Estás resuelta ?

DOÑA LEONOR.

Infinito.

INÉS.

Pues vuelvo ; que el chapinito  
Ya no es corcho, sino pluma. (Vase.)

DOÑA LEONOR.

¿ Si don Diego en el papel  
Me nombró ! Pero no haria ;  
Que, mas que culpa, seria  
Moderna ignorancia en él.  
Quiero, aunque esté mesurado,  
Deste suceso avisarle ;  
Que fácil será toparle,  
Pues calle Mayor ó el Prado  
No puede ningun ocioso  
Negarlo á estas horas.

Sale INÉS.

INÉS.

Ya

Tienes aqui el manto.

DOÑA LEONOR.

¿ Está

Descogido ?

INÉS.

Ten ; que airoso

Es el traje y qué de hazañas  
Ha hecho un ojo tapado,  
En un cendal emboscado  
Un escudron de pestañas !  
Vamos presto ; no nos vea  
La hermana ó la madre Juana.

Sale DOÑA JUANA, al querer irse  
doña Leonor é Inés.

DOÑA JUANA.

¿ Dónde con mantos, hermana ?

INÉS.

La Sancha con todos sea.

DOÑA LEONOR.

Tengo una cosa forzosa

Que hacer.

DOÑA JUANA.

No has de salir.

DOÑA LEONOR.

¿ No ?

Pues ¿ quién lo embaraza ?

DOÑA JUANA.

Yo.

DOÑA LEONOR.

¿ Conmigo tan imperiosa ?

¿ Eres mi madre ?

DOÑA JUANA.

Soy mas ;

Que te conozco, á fe mia.

INÉS.

Ferma, ferma.

DOÑA JUANA.

Hermana mia,

No te canses, no saldrás.

DOÑA LEONOR.

Que saldré, mil veces digo,  
Aunque te pese ; que estoy  
Ya determinada, y soy...

DOÑA JUANA.

Pues yo he de salir contigo ;  
Que si el negocio es decente,  
No estorbo yo, y no lo siendo,  
No hay que salir.

DOÑA LEONOR.

Bien te entiendo ;

Que hacer de lo impertinente  
Virtud, ya es maña traidora  
De la mala condicion.

DOÑA JUANA.

Leonor, tú tendrás razon,  
Mas no ha de valerte ahora ;  
Que has de quedarte, ó contigo  
He de salir.

INÉS.

Vén en ello ;

Que un trascanton ha de hacello.

DOÑA LEONOR.

Quiero que vaya conmigo ;  
Que para hacer yo mi gusto  
No me estorba nadie.—Vé,  
Trae el manto.

DOÑA JUANA.

Aunque yo sé

Que harás siempre lo que es justo,  
Mientras tus esparcimientos  
Llevas, llevarás mis pasos.

DOÑA LEONOR.

Las leyes mas que los casos

En tí sola...

DOÑA JUANA.

Tus intentos,

Leonor, no han menester pocas ;  
Pónme el manto ; ¿ adónde has de ir ?

DOÑA LEONOR.

No te lo quiero decir.

Salen DON JUAN y DON SANCHO.

DON JUAN.

No me refieras tan locas  
Diligencias.

DON SANCHO.

Por los pies

Se me escapó.

DOÑA LEONOR.

Vén, tapada.

DON JUAN.

Yo no he de hablaros en nada.

DON SANCHO.

Hola, ¿ dónde van las tres ?

DON JUAN.

¿ Qué os alborota ? ( ; ay de mí ! )  
Írán donde fuere justo.

DON SANCHO.

Doña Juana, yo no gusto  
Que salgais vos.

DON JUAN.

Mi Leonor si ;

Yo quiero que vayais donde  
Gustareis, y que lleveis  
El coche.

DON SANCHO.

En él no saldréis ;

Que á mí nada se me esconde.

DON JUAN.

No hagais caso desto, hermana ;  
¿ Qué dudas ? ¿ Por qué no vas ?

DON SANCHO.

¿ Mi mujer salir ya mas  
Ni asomarse á la ventana ?

DON JUAN.

Vé, Leonor.

DON SANCHO.

No salgais vos.

DON JUAN.

Vé tú sola, y véte al Prado.

DON SANCHO.

Haced lo que os he mandado,  
Doña Juana.

DON JUAN.

Vive Dios,

Que han de ir entrambas y cuantas  
Hay en casa.

DON SANCHO.

Mi mujer,

Lo que yo quiero ha de hacer.

DON JUAN.

Quando sin bajezas tantas  
Procedais mas atinado.  
Malo á mí tio tenemos ;  
Venid, pues, y á verle iremos.

DON SANCHO.

No me apreteis demasiado ;  
Que antes en casa encerrada  
Mi mujer ha de quedar.

DON JUAN.

Harto mas pudiera estar  
Esa locura encerrada.

DON SANCHO.

No he de sufriros de hoy mas ;  
Que excedeis...

DON JUAN.

Los desabridos,

Preciados de mal sufridos,  
Se obligan á sufrir mas ;  
Que aunque os pese, han de ir las dos.

DON SANCHO.

Doña Juana, todo el dia  
A la labor.

DON JUAN.

Leonor mia,

Al Prado, á todo, y adios.

(Vanse don Juan y don Sancho.)

INÉS.

Frente á frente ahora están  
Dos opuestos escuadrones.

DOÑA JUANA.

¿ A mí tan nuevas razones ?

DOÑA LEONOR.

¿ Yo marido tan galan ?

DOÑA JUANA.  
¿A mí preceptos tempranos?  
DOÑA LEONOR.  
¿A mí dueño tan cortés?  
DOÑA JUANA.  
¿A mí grillos á mis piés?  
DOÑA LEONOR.  
¿Para mí todo en mis manos?  
DOÑA JUANA.  
¿Que esté yo sin libertad?  
DOÑA LEONOR.  
¿Que esté todo en mi albedrío?  
DOÑA JUANA.  
¿Que escarmiente el honor mío?  
DOÑA LEONOR.  
¿Que temple mi liviandad?  
DOÑA JUANA.  
¿Que muestre tanta aspereza?  
DOÑA LEONOR.  
¿Que tenga tal confianza?  
DOÑA JUANA.  
Todo merece venganza.  
DOÑA LEONOR.  
Todo merece firmeza.  
DOÑA JUANA.  
Todo desobliga así.  
DOÑA LEONOR.  
Mucho obliga un trato amig.  
DOÑA JUANA.  
Honor, yo sea contigo;  
Que ya todo es contra mí. —  
¿Qué piensas hacer, Leonor?  
DOÑA LEONOR.  
Ya lo tengo bien pensado.  
DOÑA JUANA.  
¿La calle Mayor ó el Prado?  
DOÑA LEONOR.  
Algo he pensado mejor.  
DOÑA JUANA.  
Tú sola tienes licencia  
De tu esposo; vé en buen hora.  
DOÑA LEONOR.  
No pienso salir ahora,  
Juana; que es todo obediencia  
Una libertad prudente.  
DOÑA JUANA.  
¿Qué duras son, qué pesadas  
Las acciones recatadas!  
INÉS.  
(Ap. En compás bien diferente  
Llevan, y en vario semblante,  
Las tortóllitas de un nido,  
Una bajos de marido,  
Y otra contraltos de amante.  
Gran descanso es ser mirona  
En tal garito.) En fin, ¿cejas?  
¿Ya no sales?  
DOÑA JUANA.  
En fin, ¿dejas  
De salir?  
DOÑA LEONOR.  
Así corona  
De aciertos la confianza  
A un bizarro hidalgo pecho.  
DOÑA JUANA.  
Y en mí aquella injuria ha hecho  
Movimiento, no mudanza;  
Que hay mucho en mí que perder;  
Pero, por ser ley divina  
El mostrarle que camina  
Erradamente, he de hacer  
Lo que jamás no llegó  
A mi honrado pensamiento;

Dé muestras mi sentimiento,  
Solo me perdone yo.  
Bueno es querer que por sí  
Sea yo á mi honor fiel.  
Si ha de ser, mas que por él,  
Por lo que me debo á mí.  
Tener quiero entre excelentes  
Partes, á mi sangre iguales,  
Perfecciones naturales,  
No virtudes obedientes,  
Bajísimo natural,  
Ser bueno por complacer,  
Y con afectos de ser  
Lisonjero espiritual.  
Yo salgo, si tú no quieres,  
Aunque nada aventurando;  
Tengan freno, pero blando,  
Las generosas mujeres.  
Y por fineza lo cuento  
El no haberle obedecido;  
Que desta vez advertido  
En tan pequeño escarmiento;  
Que á hombre tan poco avisado  
Avisarle no es injusto  
Que quien no sufre lo justo,  
Que sufra lo demasiado.  
DOÑA LEONOR.  
Yo, hermana, no te aconsejo;  
Que en hacer lo que prohibe,  
He visto siempre que vive  
Muy diligente el consejo.  
Mas vé, Juana; que haces bien,  
Y ambas guardemos justicia,  
Yo en pagar una caricia,  
Y tú en vengar un desden.  
DOÑA JUANA.  
Pues oye primero, hermana;  
Don Sancho ¿no lo merece?  
INÉS.  
Y algo mas.  
DOÑA JUANA.  
¿Qué te parece?  
DOÑA LEONOR.  
Que en todo eres muy temprana. —  
Entra, Inés.  
INÉS.  
Voy con temor.  
¿Qué, hermana Leonor, tenemos?  
DOÑA LEONOR.  
Yo sé, Inés...  
INÉS.  
¿Cuerdos extremos!  
Leonor, no sois vos Leonor.  
DOÑA LEONOR.  
Paguemos en noble trato  
Y advertida cortesía;  
Que á una fe una villanía,  
Ya es ser hereje lo ingrato.  
DOÑA JUANA.  
Inés, vén conmigo.  
INÉS.  
Voy.  
¿Dónde te lleva el capricho?  
DOÑA JUANA.  
A no hacer lo que me han dicho.  
INÉS.  
Del mismo trabajo soy.  
DOÑA JUANA.  
Honor, no estéis vos quejoso;  
Que en resolución tan nueva,  
Yo no voy, porque me lleva  
La necedad de mi esposo.  
(Vanse.)

*Sale MORON, como que huye, y DON DIEGO detrás.*

MORON.  
Déjame andar huyendo todavía,  
Y no pienses que hacerlo es cobardía;  
Que huir de tonto es el valor perfeto,  
Ciencia del fuerte y armas del discreto,  
¡Oh bendito don Juan! Juan de buen al-  
[ma,  
Que marido de paz, holgado y ancho,  
Como contraveneno es contra Sancho.  
DON DIEGO. [ha visto.  
El don Sancho, es frialdad; que en fin te  
MORON.  
No me preguntes mas; que, vive Cristo,  
Que aun aqui del don Sancho estoy tem-  
DON DIEGO. [blando.  
¿Que tan noble, cortés, piadoso y blan-  
[do,  
En tan duro suceso, el mismo esposo  
Topó y volvió el papel? Discreto quiso  
Callar su afrenta, pero no mi aviso.  
Vive Dios, que me afrento de ofenderle,  
Y quiero antes vencerme que vencerle.  
MORON.  
Haces hidalgamente, ¡y qué hidalga  
Mujer! Que esta será la vez primera  
Que á un cristiano galan correspondi-  
[do,  
Al mundo haceis los dos ejemplo nuevo,  
De tibio amante y de celoso manso;  
Que el don Juan, que no rifa como potro,  
Es marido de teta con el otro.  
DON DIEGO. [ociosa,  
Gran tentacion me ha dado, y no está  
Degalantear la hermana, illustre, her-  
[mosa,  
Pues, aunque honesta, en fin se ve ayu-  
[dada  
De aquella tempestad desconfiada  
Desu esposo; que están sus inquietudes  
De escarmiento poblando las virtudes,  
Y débame el marido impertinente  
El darle la razon de lo que siente.  
MORON. [bo,  
Dos mozas, que llamamos de buen gar-  
Que ya caduco está lo de buen aire,  
Y vulgar el desaire,  
Desembarcan de un coche.  
DON DIEGO.  
Bien se huelan;  
Gallardos brios, generosos talles.  
MORON.  
No hay mejores caballos de las calles.  
*Salen DOÑA JUANA e INÉS, topadas.*  
DOÑA JUANA.  
Villana servidumbre, y mas villana  
La injusta mano que oprimir intentada,  
Una alma noble, que, naciendo exenta,  
Bate el erguido cuello; ¡ah ley tirana!  
¡Oh arrogante, oh cruel soberbia hu-  
[mana,  
Aun de exceder tus márgenes sedienta,  
Que libre, que atrevida, que violenta,  
Jurisdiccion presume soberana!  
Yo, en paz criada, en resplandor nacida,  
Sin conocer mis pasos el denuedo,  
Al decoro, al honor vivi rendida;  
Mas ya es justo poder lo que no puedo;  
Que no es decente á generosa vida [do.  
Que lo que obra el valor se deba al mie-  
INÉS.  
¿Sabes dónde estás?  
DOÑA JUANA.  
Inés,

Por nueva en estos anteojos,  
 Todo lo ignoran mis ojos,  
 Todo lo dudan mis pies,  
 ¿Qué calle es esta?

INÉS.

¡Ay qué Juana!

¿No ves tanto señor mozo,  
 Bizarro galán destrozado  
 De tanta quietud humana?  
 Es la Mayor.

DOÑA JUANA.

Bien dudé;

Qué eternamente la vi.

INÉS.

A Moron he visto allí.

MORON.

Si aun lo mismo que se ve  
 No engaña, á Inés veo ahora  
 Y á Leonor.

DON DIEGO.

¿Qué injusto nombre!

DOÑA JUANA.

Este es don Diego.

INÉS.

¿No es hombre  
 De buen arte? (Ap. La traidora  
 Bien le conoce.) ¿Qué hacemos?  
 ¿No hablamos?

DOÑA JUANA.

¿Qué novedad!

¿Hablar yo?

INÉS.

La ociosidad

Es gran pecado; troquemos  
 Aquello que travesura  
 Se llama.

DOÑA JUANA.

Inés, ¿yo tan vana?

Mas veamos si mi hermana  
 Disculpa bien su locura.  
 Tápate mas; no te vea  
 Ninguno.

INÉS.

Un manto, Señora,

Anochece á cualquier hora.—  
 ¿Cé, galán?

MORON.

¿Qué bien se emplea

En mi ese nombre!

INÉS.

Simplon,

¿Conócesme?

MORON.

¿Qué! ¿tú eres,  
 Maldita entre las mujeres?

INÉS.

Moderado socarrón,  
 Llama á tu amo, y con recato  
 Di que llegue, y que no es  
 Leonor esta.

MORON.

¿Cómo, Inés?

INÉS.

Como es otra, mentecato.

MORON.

¿Gran razon!

INÉS.

Tenle advertido

Que hable de lo muy perfeto;  
 Que he dicho que es muy discreto.

MORON.

Sabe decir « desvalido,  
 Atencion, galanteria,  
 Tal vez desaire, atinado,  
 Lo cierto es, pesar, cuidado,  
 Presumido, groseria... »

INÉS.

¡Ay qué discreto!—Señor,  
 Tiento en hablar; que es la hermana.

DON DIEGO.

Estos pasos, doña Juana?  
 Enredos son de Leonor.

MORON.

¿Es Leonor el turco? Llega,  
 Desmesúrate.

DON DIEGO.

Es en vano.

INÉS.

Fiate un poco á lo humano,  
 Suelta el mujer.

DOÑA JUANA.

Soy tan lega

En el arte, que no sé

Ni aun el camino; yo llevo.—

¿Sois vos el señor don Diego?

DON DIEGO.

Lo que ha negado la fe,  
 Bien se pregunta.

DOÑA JUANA.

Merece

Gran atencion la respuesta;

Buena debe de ser esta,

Pero no me lo parece.

Otra oigamos: que por dicha,

Como hisoña, no entiendo

Lo mejor.

DON DIEGO.

Yo no pretendo

Hacer de la fe desdicha;

Bien con mi mal quedo así.

DOÑA JUANA.

¿Esto ha querido mi hermana?

Ya, de honrada, no estoy vana,

Ni me debo tanto á mi.—

Cé, Francisca, llega luego.

INÉS.

Pues bien, ¿qué te ha parecido?

DOÑA JUANA.

Ni sabroso para oido,

Ni lindo para don Diego.

INÉS.

¿Qué te ha dicho?

DOÑA JUANA.

De la fe

Grandes trabajos.

INÉS.

Leonor

Creyó que era.

DON DIEGO.

¿Oh ciego error!

No es mi enemiga, ni sé

Qué será, todo se esconde;

Pero, cualquiera que sea,

Con gran ventaja pelea,  
 Porque escucha y no responde.

MORON.

¿Decir quién es la tapada

No hay remedio?

INÉS.

No, Moron.

MORON.

¿Oh mantos de humo, que son

Criados, que no encubren nada!

INÉS.

Es una mujer de bien.

MORON.

¿Gran cosa! pero infinitas

Conozco yo...

Sale DON SANCHO.

DON SANCHO.

No hay visitas

Como cuidar mucho y bien  
 De mi casa. De mi hermano  
 Huyendo vengo, por ver

Si osó salir mi mujer;

Cuerpo á cuerpo, y mano á mano

Están, aunque divididos,

Cuatro allí (ved lo que pasa).

Déjenlas salir de casa,

Que esto verán los maridos.

¿Qué miro? Que son los dos

De quien tanto me recelo;

¿Y ellas quién? ¡ay santo cielo!

Inés, Leonor; vive Dios,

Que son ellas. ¡Bien temi!

¿Qué maldad! qué infamia! Aquel

Es el traidor del papel.

¿Qué haré? ¿Matarélos? Sí.

Mi hermano muy cortesano

Miré, y con rabia me rio.

Sale DON JUAN.

DON JUAN.

¿Que antes de ver á mi tio

Se me escapase mi hermano!

¿Terrible hombre! El se volvió

A casa.

DON SANCHO.

¿Don Juan?

DON JUAN.

¿Qué es esto,

Don Sancho?

DON SANCHO.

Yo digo presto

Todo lo que siento yo.

Vuestro dictámen bolgado,

Tan galante y esparcido,

Tan discreto lo marido,

Lo galán demasiado,

Ved, don Juan, ved dónde para.

DON JUAN.

¿Qué queréis darme á entender?

DON SANCHO.

Que aquella es vuestra mujer.

DON JUAN.

Cien mil veces cara á cara

Mentis, y en vuestro desvelo

Pensad con baja porfia

En la vuestra, no en la mia;

Que os mataré, vive el cielo.

Ni partais entre los dos

Vuestras locas vanidades;

Todas vuestras necedades

Son menester para vos.

(Ap. Ellas son, y los dos hombres

Son aquellos; ¡ay de mí!)

DON SANCHO.

Andad primoroso aquí,

Y aunque les deis falsos nombres,

Mis recatos os dirán

Que es cosa mas atinada

Que esté una mujer cerrada

Que hablando con su galán.

DON JUAN.

Si eso verdad fuera, á vos,

Por vil pariente y amigo,

Y á ellas y á todos, digo,

Os matare, vive Dios;

Y aun castigo mas tirano

Merecia el que tan fiero,

La injuria que vió primero

La guardó para un hermano.

(Ap. Cierto es mi daño, y el medio

Blando; qué inútil salió!

¿Oh mal grande, que enfermó

Nuevamente del remedio!)

MORON.  
Pléguele Dios.

INÉS.  
¿Qué hay ahora?  
Qué tienes, que estás turbado?

MORON.  
No es nada; el Sancho me ha dado...

INÉS.  
Es mal de todos.—Señora,  
Tu marido...

DOÑA JUANA.  
Aunque le espero  
Sin temor, don Diego, al punto  
Os retirad.

DON DIEGO.  
No pregunto  
La causa, y serviros quiero  
En lo que menos quisiera.—  
Vamos, Moron.

MORON.  
¿Qué has hallado?

DON DIEGO.  
Un tahur muy recatado,  
Que no envida á la primera.

MORON.  
La mesurada es sin duda.

DON DIEGO.  
¿En qué lo has visto?

MORON.  
En que anda  
Tras ella el novio de Irlanda,  
Que es su marido de ayuda.

DON DIEGO.  
Dejarla solo es injusto.

MORON.  
El perro es muy ladrador.  
(*Vanse don Diego y Moron.*)

INÉS.  
¿Y don Juan?

DOÑA JUANA.  
Algo mejor;  
Mas tengo espacioso el gusto.  
DON JUAN.

¿Seguirélas? No, no venza  
Tanto el dolor, que vengar  
Esto en público es sacar  
Una hora á la vergüenza.  
Voy á casa á prevenir;  
Mas ¡oh enemiga! ¿qué, qué  
Prevengo en tan falsa fe,  
Mas que matar y morir?  
A buen tiempo mis enojos  
Tomaron, fieros, tiranos,  
Venganza de propias manos,  
Pero no de ajenos ojos. (*Vase.*)

DON SANCHO.  
Vive Dios, que estoy corrido  
De ver tan afeminado  
Un hermano, y mi cuñado;  
He de pasarlo á marido.  
Mujer loca y atrevida,  
Bachillera y licenciada,  
Si fuerais (¿qué es ser?) mi esposa,  
Aqui os quitara la vida,  
Y holgara que mi mujer  
Fuerais; que en mal tan violento...

DOÑA JUANA.  
Quiero darle este contento  
No mas.

INÉS.  
¿Qué quieres hacer?

DOÑA JUANA.  
Descubrirme aqui.

INÉS.  
Eso no.

DOÑA JUANA.  
Responderle.

INÉS.  
Eso será  
Conocerte.

DOÑA JUANA.  
No podrá;  
Que soy mal sufrida yo.

DON SANCHO.  
¿Qué bien teneis escondido  
El rostro en accion tan fea,  
Tan baja, porque no os vea  
Vuestro ignorante marido!  
Sois una mujer liviana,  
Sois una...

DOÑA JUANA.  
Inés, dejamé;  
Dos venganzas tomaré,  
La mia y la de mi hermana.

INÉS.  
Que no te descubras digo;  
Que yo os vengaré á las dos.

DON SANCHO.  
Y vos ruin.

INÉS.  
Menos de vos;  
Con mi amá ni conmigo  
No se meta vuestasted;  
A su mujer, presumida,  
Recatada y recogida,  
Puede hacerla esa merced.

¿Hay locuras semejantes!  
¿Querer en toda ocasion  
Ser, como descomunion,  
Novio de participantes?  
Que ni á su propio marido  
Le sufriera esta señora  
Eso que le ha dicho ahora.

DON SANCHO.  
Él es tan necio y sufrido,  
Que merece, y no es injusto,  
Cuanto le sucede aqui.

DOÑA JUANA.  
En mi vida, Inés, le oi  
Requiebro de tan buen gusto.

DON SANCHO.  
Yo sí que tomé buen medio,  
Que á mi mujer le estorbé  
El salir.

DOÑA JUANA.  
Cierto que fué  
Muy como suyo el remedio.

DON SANCHO.  
Pero vos teneis disculpa;  
Que al marido que alcanzais  
Qualquier ofensa que hagais  
Suya es, no vuestra, la culpa.

DOÑA JUANA.  
¿Ay Inés, que estoy corrida!  
Que contentándome va.

DON SANCHO.  
Este mal ejemplo hará  
Que, estrechándole la vida  
A mi mujer, á su hermana  
La encierre mas cada hora.

INÉS.  
Hará siempre lo que ahora  
Mi señora doña Juana.

DON SANCHO.  
Eso le importa deberme  
Su honor, porque mi recelo...

DOÑA JUANA.  
Déjame hablar con el cielo;  
Que dél no puedo esconderme.  
Cielos, ¿que presuma este hombre  
Que él es quien buena me hace?

DON SANCHO.

Cualquiera, no como nace,  
Como vive, tiene el nombre;  
La sangre es tiempo perdido;  
*El marido hace mujer.*

DOÑA JUANA.  
Pues esta vez no ha de ser;  
La mujer hará al marido.

INÉS.  
¿Cómo?

DOÑA JUANA.  
Con ser cada día  
Batalla lo que fué amor.

INÉS.  
Nunca es bueno el ser peor.

DON SANCHO.  
¿Qué mujer para ser infia!  
Buen marido á toda ley.

DOÑA JUANA.  
¿Hay tal bruto!

INÉS.  
Es toro fiero,  
Y remedio no le espero,  
Sino que le tire el Rey.

## JORNADA TERCERA.

*Sale DOÑA LEONOR.*

DOÑA LEONOR.

Si la nieve erizada  
En hombros del enero  
Se muestra el cierzo fiero  
De crespó horror armada,  
Apacible se temple al blando rayo  
De los sonoros céfiros de mayo.  
Si el mar con rizas huellas  
Pisa el sol las plumas,  
Y en escollos de espumas  
Peligran las estrellas,  
Luego se humillan las hinchadas olas  
A tiernas calmas y á caricias solas;  
Si el poderoso airado,  
De la fortuna dueño,  
Saca su altivo ceño,  
De asombros coronado, [tante,  
Glorioso á un rendimiento en breve ins-  
La tempestad serena del semblante;  
Yo, que nieve no he sido,  
Fuego ni mar furioso,  
Ni airado poderoso,  
Ni bruto embravecido,  
Mas bien mejor me rendiré constante  
A un marido galan que á un loco amante

*Sale DON JUAN.*

DON JUAN.

Por el aire quisiera, en tanto fuego,  
Haber llegado ya, que vuelvo ardiente;  
De mi infamia la luz me lleva ciego,  
Negado á la noticia de la gente.  
Verá Leonor, verá si tarde llevo  
A la venganza, y que sangrientamente,  
Sin hacer del silencio servidumbre,  
Sé sufrir por valor, no por costumbre.  
Aqui está mi cuñada; ¡oh generosa  
Envidia noble de mi honor perdido!  
Oh valiente mujer! Oh paz gloriosa  
De la injusta inquietud de tu marido!

[sal  
Oh á mas rigor mas furia! Oh falsa espo-  
Mas libre á mas amor, de amor vencido,

[tida,  
¿Qué en vano te obligué cuando, adver-  
Mas récio que mi voz te habló mi vida!

[diente  
¿Qué apacible, qué amable, qué obe-  
A tu dueño! Yo solo el ignorante.

¡Oh Juana! Dulce amiga honestamente,  
Aunle adoras las culpas del semblante.  
Y qué osada Leonor y qué insolente,  
Atenta á las lisonjas de su amante;  
¡Oh cómo tarda! Oh si llegase, y luego!  
Pero ¿á qué nueva luz estoy mas ciego?  
¿Leonor aquí?

DOÑA LEONOR.

Don Juan, mi bien, mi amigo  
[ño?

DOÑA JUANA. (Ap.)  
¡Válgame Dios! ¿Es cierto? Es mas enga-  
¿Llegó primero, ó yo tardé conmigo,  
Con el peso y dolor de tanto daño?

DOÑA LEONOR.

Mi señor, ¿qué teneis?  
DON JUAN. (Ap.)  
Aun no me obbligo,  
Con tanto desengaño, al desengaño,  
Yo vi á Inés, yo la vi: que en ver enojos  
Pesados, verdaderos son los ojos.  
¡Ellas eran, no hay duda, cielo santo!

DOÑA LEONOR.

¿Mi bien, esposo?  
DON JUAN. (Ap.)  
Quede el honor mio  
Vengado y muera.

Salen DOÑA JUANA é INÉS, con  
mantos.

DOÑA JUANA.

Inés, quita este manto.

DOÑA LEONOR.

Inés, Juana; ¿qué veó? ¿Es desvario?

DOÑA JUANA.

¡Qué léjos! No pensé cansarme tanto.  
DON JUAN.

Como es bien, á los ojos no le fio.  
Respirad, corazón; perdona, esposa,  
Que en tu hermana te miro mas hermo-  
INÉS. [sa.

Tu cuñado está aquí.  
DOÑA JUANA.

No temo nada.  
Entre, que solo á mi temerme puedo;  
Que es furia una mujer desobligada,  
Que al miedo tiene ya perdido el miedo.  
(Vanse doña Juana é Inés.)

DON JUAN. [pada,

(Ap. En mi advertencia envainaré mi es-  
Pues satisfecho y recatado quedo  
Que lo que mas se oye y que se mira  
No tiene mas verdad que ser mentira.)  
Leonor,

DOÑA LEONOR.

Don Juan, Señor; hablad, bien mio,  
¿Qué cuidados traeis?

DON JUAN.

Turbado ahora  
Llego, Leonor, de ver á nuestro tío,  
Que no los males desta casa ignora.  
De don Sancho ha sabido el desvario,  
Y tan caducamente á Juana adora.  
Que temo en tal ruina, en tantos daños,  
El anciano edificio de los años.  
(Ap. Quiérola divertir en Juana ahora;  
Piense, y no en mi turbado pensamiento;  
Que una desconfianza es mas traidora  
Cuando no la merece un sentimiento.)  
Leonor, dichosa el alma que te adora  
Y á tus divinas partes vive atento;  
Que á tí, nunca ofendida ni quejosa,  
Aun lo entendida te confiesa hermosa.  
Voy á estorbar que el viejo apresurado  
No intente aquel remedio tan ruidoso,  
Para necesidad tan desdichado,  
Para la estimacion tan peligroso.

¡Dichoso nuestro amor, feliz estado  
El nuestro, y cien mil veces yo dichoso,  
[pañia,  
Que en tu amable, en tu hermosa com-  
Envidia todo el sol la estrella mia!  
(Vase.)

Salen INÉS, con manto, y DOÑA  
JUANA.

DOÑA JUANA.

Inés, ya me entiendes.

INÉS.

Tanto,

Que voy luego, y á mis piés  
Madrid chico golfo es  
Cuando me embarco en mi manto.  
La caridad deste oficio  
Es grande; que ellas primero  
Toman hierro en vez de acero,  
Y yo hago el ejercicio. (Vase.)

DOÑA LEONOR.

Hermana, ¿cómo has tardado  
Tanto?

DOÑA JUANA.

Te lo ha parecido.

DOÑA LEONOR.

¿Si lo sabe tu marido?

DOÑA JUANA.

Leonor, llámale cuñado,  
Y no hables mucho conmigo.

DOÑA LEONOR.

¿Qué es no hablar mucho? ¿Es razon.  
Sabiendo la condicion  
De tu esposo?

DOÑA JUANA.

Ya te digo  
Que le llames tu cuñado,  
Y no mas.

DOÑA LEONOR.

¿Súpote bien

La calle Mayor, en quien  
El primer paso que has dado  
Tuviste entera una tarde?

¿Es bueno, es justo, es decente

Que al escuadron floreciente  
Y al tierno bizarro alarde  
De tanto libre mancebo  
Fuese tu retiro airoso,  
Lo mirado por lo hermoso,  
Lo buscado por lo nuevo?

De bien acondicionado

Un hombre opinion tenia,  
Pero su mujer decia:

«Si, si; por lo enladrillado.»

Y así, tú, encogida y bella,

Sin la ocasion cuerda has sido,

Pero en una que has tenido

¡Ay triste del mi cuñado,

Y en fin, si has hundido el mundo

No mas de por un enfado,

¡Ay triste del mi cuñado,  
Juana, al enojo segundo!

DOÑA JUANA.

¿Cómo, cómo tú ese modo?

¿Quién te ha hecho en lo que excedes

Tan virtuosa, que puedes,

Leonor, murmurar de todo?

¿Quién vió jamás, quién, tan potro

Lo santo, santó menguado,

Que todo lo reformado

Quiere empezar por el otro?

Si la reprehension por tí

Empieza, tan ocupada

Estará, Leonor, que nada

Ha de sobrar para mí.

La virtud tendrá segura,  
Aunque mas tarde comience,  
En el vicio quien le vence,

Pero no quien le murmura.  
¡Oh virtud mal entendida,  
Ya del alma falsa estrella,  
Que todos hacen con ella  
Conveniencias de la vida!  
Nunca vi al mundo tan lleno  
De maldad, que aun es mayor  
Que ser malo, y ser peor  
Disputar tanto el ser bueno.  
A ofender no me acomodo  
A ninguno, es fuerza aquí;  
Pero hoy predico de tí,  
Y así te lo digo todo.

DOÑA LEONOR.

Juana, correrte no quiero;  
Deja, no hagas mas estrago;  
Si digo lo que no hago,  
De tí lo aprendi primero.

DOÑA JUANA.

Solo un error esto encierra.

DOÑA LEONOR.

¿Y es, Juana?

DOÑA JUANA.

Que siendo aquí

Tú la enferma, yo me fui

A los aires de tu tierra.

(Vase Leonor.)

Soberana virtud, sencilla y pura,  
De nuestra vida estimacion primera,  
Mi alma con rendido amor venera  
La gloriosa verdad de tu hermosura.  
Mas de tí, ¡oh vergüenza, oh malsegu-  
Virtud bastarda, fementida y fiera! ¡ra  
Con destrozo fatal hallar quisiera  
La preciosa traicion de tu locura.  
Con ira noble miraré un tirano  
Esposo vil, que en ciego barbarismo  
Mi quietud alteró turbada en vano.

[abismo,

Cielos, de mí ¿qué fuera en tanto

Si, como mi desdicha está en su mano,

No estuviera tambieu mi valor mismo?

Sale DON SANCHO.

DON SANCHO.

¿Que me detuviesen tanto

A aquellos hombres, que no

Pude seguirlos! Que yo

Tal sufrí! De mí me espanto.

DOÑA JUANA.

El cuñado de mi hermana

Viene aquí; ¿si habrá traído

Otro primor de marido?

DON SANCHO.

Mas aquí está doña Juana.

DOÑA JUANA.

Veamos si me agradece

Que no sali con Leonor.

DON SANCHO.

Buen cuidado, grande amor

Toda esta casa os merece;

Que con tanta libertad

Salir á Leonor dejasteis,

Que en consentirlo tomasteis

Parte de la liviandad.

DOÑA JUANA.

(Ap. Fortuna cruel, grosero

Marido, si esto es querer

Que yo sea vil mujer,

¿Qué importa, si yo no quiero?)

Si obedeció á su marido,

¿Qué le pides?

DON SANCHO.

Buen acuerdo;

¿Qué importa? Que solo el cuerdo

Ha de ser obedecido,

DOÑA JUANA.  
¿De suerte que será culpa?

DON SANCHO.  
Grande, obedecer á un loco.

DOÑA JUANA. (Ap.)  
Aunque no me ayudas poco,  
No me bastas por disculpa.  
Mas ¿quién dudó quién así  
Merece una villanía?  
¡Ab, la venganza mía  
Se pudiera hacer sin mí!

DON SANCHO.  
¿Habeiste ya preguntado  
Qué coche, dama ó señor  
Topó en la calle Mayor,  
Florida arrabal del Prado?  
¿Procurasteis que informada  
Os trujese relacion  
De su ociosa ocupacion  
Y de tanto no hacer nada,  
Y la espaciosa porfia  
Con que en calma tanto coche  
Cuentan por fiesta á la noche,  
El haber perdido el día;  
El concierto, el gusto, el nombre,  
Y en la carroza insolente  
Admitir, no solamente  
La plática, sino el hombre?  
¿Todo eso quereis saber?  
¿Qué honrado trato, qué honesto!

DOÑA JUANA.  
¡Válgame Dios! ¿Que todo esto  
Puede hacer una mujer?  
Y cuando eso hubiera sido,  
Que no será, ¿no es peor  
Que hable en la calle Mayor  
Y lo vea mi marido?

DON SANCHO.  
(Ap. Vive Dios, que lo ha contado,  
Y que iban juntas las tres;  
Todo lo sabré de Inés.)  
Cuando un marido es menguado,  
Todo es fácil que se vea,  
Y quien no estorba á una hermana  
Lo aturdida y lo liviana,  
Es forzoso que lo sea.

DOÑA JUANA.  
¿Don Sancho!

DON SANCHO.  
Hablad; que aun me enfada  
En vos silencio tan loco.

DOÑA JUANA.  
No puedo deciros poco;  
Y así, no os respondo nada.  
(Ap. Mucho me llevo á temer  
Defienda el cielo mi honor;  
Que aunque estoy en mi valor,  
Vivo dentro de mujer.)

DON SANCHO.  
No os vais. No andeis prevenida;  
Que he de saber lo que fué. (Vase.)

DOÑA JUANA.  
Añ desdichada una fe  
No la quiero arrepentida.  
Cuanto mas camino á ella,  
Mas tardo en mi perdicion;  
Que tengo mucha razon,  
Y no me atrevo á perderla.  
Mas en vano defenderla  
Intento, en vano porfío;  
Que aunque es vano el albedrío,  
Tan poco pude con él,  
Que en no tener parte en él,  
Conozco solo que es mio.  
Espere mas poderosa  
Con el rigor la obediencia,  
Pero sabe una paciencia  
Ser mas cuerda que dichosa.

DD. C. DE L.—II.

Mas que obligada, quejosa  
De mi sufrimiento quedo;  
Que á la razon que no puedo  
Ni valerla ni ayudarla,  
No hallo en qué aprovecharla,  
Si no es en tenerla miedo.  
Pero sea la postrera  
Resolucion; que si dura  
En don Sancho esta locura,  
Puede ser que yo no muera.  
Y que la venganza quiera  
Vivir, pero ¿yo temello?  
Caiga, caiga y rinda el cuello  
Mi furor; mas cuando calle  
Y no pueda perdonalle,  
¿Qué me hace pensar en ello?

Salen INÉS y MORON, muy recatados.

INÉS.  
Entra, y no temas, cuitado.

MORON.  
¿Qué no es temer? No entraré  
Si no me traen una fe  
De que está el don Sancho atado.  
¿Escribirme no pudiera  
Leonor un billete, pues  
Sabe hacerlo, y yo no?

DOÑA JUANA.  
Inés,  
¿Viene ese hombre?

MORON.  
Guarda fuera.  
Por Cristo, que es la marida  
Del Sancho. ¡Oh perra traidora!

INÉS.  
Quítale el miedo, Señora;  
Que es un pollo de por vida.

DOÑA JUANA.  
Señor Morón, ¿tanto miedo?

MORON.  
Aun queda mas.

DOÑA JUANA.  
Lo gustoso  
Hace alarde de medroso.

MORON.  
Siempre hago yo lo que puedo.

DOÑA JUANA.  
Llamarle yo habrá tenido  
Por gran novedad, y es  
Gusto y ocasion.

MORON.  
Inés,  
No desaten al marido;  
Que me iré sin responder.

DOÑA JUANA.  
¿Qué teme? ¿Qué tiene ahora?

MORON.  
Que vuesa merced, Señora,  
En cuanto hombre es su mujer,  
Y en solo verla me espanto.

DOÑA JUANA.  
Quiero fiarle un secreto;  
Que sé que es hombre discreto.

MORON.  
No pensé que sabia tanto  
Doña Juana, mi señora.

DOÑA JUANA.  
A don Diego he menester  
Hablar al anochecer  
Puntualmente, que es la hora  
Que luces no se habrán puesto,  
Y sin luz estar conviene,  
Por si alguna gente viene,

MORON.  
Es un chiste muy honesto;

Gran favor, mas no lucido,  
Quererle á oscuras.

DOÑA JUANA.  
Inés,  
Advierte que hasta despues  
Que haya bien oscurecido  
No ha de entrar.

INÉS.  
¿Ni te ha de ver?

DOÑA JUANA.  
No, hermana; que importa así.—  
¿Yo engaños? Mas por aquí  
Empezaré á ser mujer. (Vase.)

MORON.  
Sin luz dice que le quiere,  
Que será caso cruel;  
Sin duda quiere con él  
Rezar algun miserere.  
Ella es sol, pero con nieblas.

INÉS.  
Es muy santa, ¿qué te espanta?

MORON.  
Es santa y semana santa,  
Con ayuno y con tinieblas.

INÉS.  
Tiene caprichos bizarros.

MORON.  
Pues contigo se aconseja.  
No, Inés, no ignora, no deja  
El camino de los carros.  
Eres, Inés, general,  
Para diluvio te guarda;  
Que eres, con maña gallarda,  
Alcahueta universal.

INÉS.  
De lo alcahuetado, en fin,  
Se ha de fiar el veneno,  
Para encubrirlo al mas bueno,  
Para alentarle al mas ruin.

MORON.  
El Sancho ya sabe hacer  
Algo bueno.

INÉS.  
¿Qué, Moron?

MORON.  
Vaya dicho con perdon:  
Hacer mala á su mujer.

INÉS.  
¿Eso es bueno?

MORON.  
Yo no quiero  
Que sea mala ninguna,  
Pero si ha de serlo alguna,  
Sea la de un majadero.  
Si ella del novio enemigo  
Se venga, Inésita amiga,  
Yo la absuelvo, como diga:  
«Don Sancho sea conmigo.»  
Vamos.

INÉS.  
Escucha, ¿y no llevas  
Algo que darme?

MORON.  
De nada  
Me asusto; piensa, cuitada,  
Civilidades mas nuevas;  
Que darte dos de á ocho, quiero,  
Segovianos de buen talle;  
Que no he visto, sino el dalle,  
Cosa hidalga en el dinero.

(Vanse.)

Sale DON JUAN.

DON JUAN.  
Esta noche muy temprano,

Que en su posada me espera  
Mi tío avisa, y quisiera  
Hablar antes con mi hermano;  
Que veo resuelto al viejo  
A remediar su celosa  
Condición escandalosa;  
Que, desdeñando el consejo,  
Y de su paz enemigo,  
No es tan necio y desigual  
En estar con todo mal  
Como en estar bien consigo.

*Sale DON SANCHO, sañudo.*

DON SANCHO.

Hermano, ¿habeis encontrado  
Al viejo?

DON JUAN.

¿Qué le quereis?

DON SANCHO.

Ya creo que lo sabeis.  
Vengo, don Juan, muy cansado;  
Que me han dicho que mi tío  
Se mete y habla furioso  
En si soy terrible esposo;  
Este imperio todo es mio.  
Hacer puedo y deshacer,  
Si á gobernarme se inclina;  
Es tío de su sobrina,  
Pero no de mi mujer;  
Que es justicia destemplada,  
Y muy indigna de ser  
De varon grande, el creer  
De uno todo, y de otro nada.

DON JUAN.

(Ap. Con su ofensa misteriosa  
; Qué falso está el mentecato!  
Mas responderle no trato;  
Que por mas bizarra cosa  
Tengo y por mas conveniencia,  
Por mas hazaña y mas gloria,  
Ofrecerle la victoria  
Que admitir la competencia.)  
Vos sois en todo acertado,  
Todo en vos es singular,  
Nada en vos hay que enmendar.

DON SANCHO.

Vos seréis mas atinado,  
Y con desvelo y valor,  
Mas gallo de vuestra casa,  
Mas féuix de vuestra brasa.  
Mas lince de vuestro honor.  
Que penetráis las mujeres  
Con la vista tan sencilla,  
Cual si un manto de Sevilla  
Fuera muralla de Ambéres.

DON JUAN.

Aunque pueda responderos,  
No he de enojarme ya mas  
Con vos, porque se hace mas  
En sufriros que en venceros.  
Pero vos, ¿qué habeis pensado  
Que sois?

DON SANCHO.

Yo cuerdo, advertido,  
Recatado, prevenido,  
Discreto, prudente, honrado.  
En mi la honra nació  
Nunca de agravios manchada;  
Y en fin, ni es hombre ni es nada  
Quien no fuere como yo.

DON JUAN.

No porfiaremos jamás;  
Como yo no sea ahora  
Lo que vos sois, en buen hora  
Sea todo lo demás.

(*Vanse.*)

*Salen INÉS y DOÑA JUANA.*

INÉS.

Estas injurias me dijo,  
Y entre amenazas furiosas,  
En la daga la una mano,  
Y al cuello asida la otra,  
No menos que tus traiciones  
Me pregunta, y en su boca  
Es lo enemiga, lo infame,  
La mas válida lisonja;  
Y viendo que no respondo...

DOÑA JUANA.

Calla, Inés; no quieras que oiga  
Afrentas, no, sino furias,  
Ya en mi pecho rayos todas.  
Vete, Inés, vete, no ayudes

(*Vase Inés.*)

Mi enojo.— ¡Estrellas piadosas,  
A muchos siempre tan blandas,  
Y á mi tantas veces sordas!  
; De qué abismos prodigiosos,  
De qué Libias arenosas,  
Desierto ó leve poblado  
De tanta infernal ponzoña,  
Salió este monstruo, que intenta  
Alterar la paz dichosa  
De mis sentidos, que al arma  
A tantas desdichas toca?  
La sequedad, la tibieza,  
En los maridos tan propia,  
No hace á la fe menos fuerte,  
Mas hácela mas costosa;  
Pero la ruindad, la infamia,  
La desconfianza sola,  
Desquiciará de los orbes  
La estable firmeza hermosa.  
La fábrica de mi honor,  
Tronco firme, inmóvil roca,  
Constancias bate, y la injuria  
Bajas flaquezas tremola,  
Ya para una débil caña,  
Cuya entereza es tan corta,  
No soy ejemplo, y ser pude  
Crédito, para ser Troya.  
Sea maldad, traicion sea,  
Tempestad soy, que en la forma  
Que en los desatados cielos,  
Que sus esferas trastornan  
Los impacientes arroyos,  
Arrebatados destrozan  
Mieses, plantas, frutos, flores,  
Verbas, ramas, troncos y hojas;  
Avenida soy de agravios,  
Tras mí llevo, ciega y loca,  
Recatos, obligaciones,  
Alma, gusto, vida y honra.  
Vean los fieros maridos  
Que es netedad peligrosa,  
A la fe pintarla lejos,  
Y al honor fingirle sombras.  
Si las honradas me acusan,  
Si las sufridas me notan,  
Si me admiran las cobardes,  
Si me infaman las dichosas,  
Si me condenan las fuertes,  
Si las cuerdas me acongojan,  
Mis culpas les encomiendo  
A las desdichadas solas.

*Salen DON DIEGO é INÉS.*

DON DIEGO.

No ha podido ser mejor  
El tiro.

INÉS.

Habla paso; ¿es cosa  
Nueva un engaño?

DON DIEGO.

Fingirse  
Juana y ser Leonor.

INÉS.

No pongas  
Culpa al temor de que huyeras  
De su nombre, cuando lloras  
Su olvido.

DON DIEGO.

¿Qué claro engaño  
Y qué oscuridad!

INÉS.

Forzosa,  
Porque ninguno te vea.

DOÑA JUANA.

A Inés escucho.

INÉS.

Señora,

Don Diego.

DOÑA JUANA.

¿Advertiste aquello?

INÉS.

No me tengas por bisona;  
Engañar nunca se olvida.  
; Qué presto se desenoja  
Quien ama!—Llega, don Diego.

*Sale DON JUAN.*

DON JUAN.

Siempre no espantan sombras.  
Un hombre ha entrado embozado,  
Y en el aire y la persona  
Me pareció aquel; ¡oh vanas  
Imaginaciones locas!  
Mas ¿qué oscuridad es esta?  
Qué confusión? No se borran  
Fácilmente unas noticias  
Cuando se encuentran con otras.  
No siento á nadie, aunque allí  
Me parece...

DON DIEGO.

No son pocas  
Las ocasiones, Leonor.

DON JUAN.

¿Leonor? ¡Ah cielos! Dudosa  
Está el alma; que en los ojos  
Y en los oídos se forman  
Nubes, que se desvanecen  
A cualquier luz que las toca.  
Mas á sufrirlo ni á creerlo  
Me atrevo; que vitoriosa  
He visto á mi fe, y conmigo  
Están falsas mis memorias.

DON DIEGO.

Aquí engañado he venido,  
Leonor.

DON JUAN.

¿Desdicha espantosa!  
Matarélos; mas no escucho  
La voz de Leonor, que informa  
Aun mas que el nombre.

DON DIEGO.

Al instante

Que te vi, Leonor, esposa  
De don Juan, cuya nobleza,  
Cuyo valor, cuya gloria  
Tiene opinion tan lucida,  
Propuse, y tú no lo ignoras,  
Que tuviese mi respeto  
Su espada, y sospecha ociosa.  
Mi amor honrado y cortés,  
Que navegó esta derrota,  
Anegóse, y con suspiros  
Hizo salva á sus victorias.  
Vive en los dichosos brazos  
De don Juan, mil siglos goza  
Tal bien; que te estimo honrada  
Mas que te adoraba hermosa.

DON JUAN.

¿Qué dicha! No para dichas,  
Mas no se quitan las olas

De mi temor y mi pena;  
Que en el modo y en la hora  
Toda es misterios la duda.

DON DIEGO.  
Leonor, aunque no respondas,  
Te he de preguntar por qué  
En forma tan sospechosa  
Me has llamado con el nombre  
De tu hermana, cuya historia  
A los honrados lastima  
Y á los cuerdos enamora;  
Que desobligada...

DOÑA JUANA.  
Espera,  
Toda su opinion le torna  
A Leonor; con doña Juana  
Estás hablando.

DON DIEGO.  
Señora,  
Cuanto es mayor la ventura,  
La extraño mas.

DOÑA JUANA.  
Yo, yo propia  
Te llamé.

DON JUAN. (Ap.)  
¡Oh, preñadas penas,  
Cuántos monstruos se os antojan!  
¡Qué dichosos desengaños!  
Mas en dudas tan costosas,  
Por no haberlos menester,  
Yo los perdonará ahora.

DOÑA JUANA.  
Turbada estoy; si han llamado  
A la ocasion poderosa,  
Tan contra mi una venganza,  
Mi desdicha la perdona.  
Llamé á este hombre, mas no  
Riesgo y no aciertó medrosa  
A perderme, ni me atrevo  
A que salgan vencedoras  
De mis purezas mis iras;  
La falsa fe, la alevosa  
Coñdicion del enemigo,  
De un tirano la traidora  
Desconfianza, el severo  
Rigor, todo me ocasiona,  
Todo me arrastra y despeña,  
Y á mi perdicion me arroja;  
Pero en vano, que es todo aire,  
Con quedar una fe airosa.

Salen DON SANCHO.

DON SANCHO.  
¿Cómo á estas horas á oscuras  
Está mi casa?

DOÑA JUANA.  
Don Diego,  
Ruido siento; que os vais luego  
Os suplico.

DON DIEGO.  
¡Qué locuras!  
Pues ¿no he saber primero  
Para qué llamado he sido?

DOÑA JUANA.  
Ya vos lo habeis referido;  
Saberlo quisé, y no quiero  
Saber mas.

DON DIEGO.  
Ved que es error  
Que en peligro os deje aquí.

DOÑA JUANA.  
Temedme en todos así.

DON DIEGO.  
¡Mujer rara!  
Aquí hay rumor;  
Gran traicion á temer llevo.

DON DIEGO.  
Si para esto me ha llamado,  
Yo vine desalumbado  
A no mas que á volver ciego. (Vase.)

MORON.  
Mucho reza esta mujer;  
Dejóme aquí la lués liera  
Tan solo, como si fuera  
Algun dichoso de ayer,  
Y aunque es gracia vieja el miedo,  
Hoy no es gracia.

DON SANCHO.  
Allí he sentido  
Una voz.

DON JUAN.  
¿Si habrá venido  
Mi tio?

DOÑA JUANA.  
¿No os vais? Ya quedo  
Con vos cansada, y conmigo  
Se que á esta casa teneis  
El respeto que debeis;  
Y segunda vez os digo  
Que os llamé á desengañaros,  
Con la fineza y valor  
De don Juan y de Leonor.

DON JUAN.  
Ya no os quisiera tan claros,  
Desengaños merecidos;  
Que aunque ya os debo el vivir,  
A gran pesar del oír  
Descansaron los oídos.

DON SANCHO.  
La voz escucho de un hombre,  
Y de una mujer la afrenta;  
Nunca hay sospecha que mienta.

MORON.  
No hay ladrillo que no asombre  
En esta casa.

DON SANCHO.  
¡Ah traidora!  
Hacia allí sus pasos sientó.

MORON.  
Del tenebroso aposento  
La devocion temo ahora.

DON SANCHO.  
¡Ah ingrata!  
¡Oh si fuese lumbre!—  
Inés de mis ojos, ¿quién  
Anda aquí?

DON SANCHO.  
¡Ah infame!

MORON.  
¡Qué bien  
Pronuncia una pesadumbre!  
El Sancho es.

DON SANCHO.  
Llamas arrojan  
Mis ojos.

MORON.  
Huyendo salgo;  
¿Que falte á este pobre hidalgo  
Parientes que le recojan?

DON SANCHO.  
¡Ah falsa mujer! Aquí  
Morirás.

MORON.  
¡Qué! ¿mujer yo,  
Y del Sancho? ¿Quién guardó  
Tal desdicha para mí?

DON SANCHO.  
Traidor, ¿di quién eres?

MORON.  
Trate  
Usté bien á su mujer.

DOÑA JUANA.  
Eso es quererme perder.  
DON SANCHO.  
Vive Cristo, que te mate.

MORON.  
Témolo, y que no me goce.

DOÑA JUANA.  
¿Quereis que me hallen á oscuras  
Con vos?

DON JUAN.  
Luces son seguras,  
Estar con quien os conoce.

DON SANCHO.  
¿Soltarte quieres, bergante?

MORON.  
En esta casa, ni adrede,  
Ningun hombre honrado puede  
Ser mujer un solo instante;  
Y así, perdone vusted,  
Que me suelto.

DON SANCHO.  
¡Oh perro! en vano  
Piensas huir de mi mano.—  
Hola, criados, traed  
Luces, que el peligro es mucho;  
Que hay traidores y aun traidora.

DOÑA JUANA.  
¡Ay de mí!

DON JUAN.  
No estéis, Señora,  
Con pena.

DOÑA JUANA.  
Otra voz escucho.

DON FERNANDO. (Dentro.)  
¿Está encantada esta casa?  
¿No hay luz en ella, ni quien  
Responda?

DON JUAN.  
Mi tio es este.  
Salir quisiera por él;  
Mas no me atrevo á dejar  
Sola á Juana.

DON SANCHO.  
Yo he de ver  
Mi afrenta antes de vengarla;  
Mas vengarela despues,  
Hartando de gusto y sangre  
A mis ojos.

Salen el viejo DON FERNANDO, y  
GENTE con luces.

DON FERNANDO.  
De tropel  
Entrad todos.— ¡Oh villano!  
¿Tú con espada?

DON SANCHO.  
Y tambien  
Con razon.

Salen DOÑA LEONOR e INÉS.

DOÑA LEONOR.  
Inés, ¿qué es esto?

INÉS.  
¡Ay, Señora! No lo sé;  
Pero sospecho gran mal.

DOÑA JUANA.  
¡Ay, don Juan! ¿Tú aquí?

DON JUAN.  
No estés  
Confusa; que tus virtudes  
A todas luces se ven.

DON FERNANDO.  
Cuanto me han dicho es verdad,  
Traidor, ingrato, sin ley.

DON SANCHO.  
 ¡A qué buen tiempo venisteis!  
 Que ahora, tío, veréis  
 Si mis celos son injustos,  
 Si es mi condicion cruel.  
 Aquí vuestra vil sobrina,  
 No ya mi aleve mujer,  
 Encerrada con un hombre  
 Y á solas está; y si es  
 Tan terrible la ocasion,  
 Tan injusto el proceder,  
 Tan público su delito,  
 Tan convencida su fe,  
 Tan forzosa mi venganza,  
 Sin que vos lo perdoneis,  
 Mueran entrambós, y vivan  
 Mi honor y mi nombre.

DON FERNANDO.  
 Ten,  
 Villano; que cien mil veces  
 Mentirás, antes que ser  
 Verdad lo que has dicho ahora.

DON SANCHO.  
 ¿Mentir yo? Apartad, ¿no veis  
 Juntos allí los traidores?  
 Mi mujer es una infiel,  
 Doña Juana es una infame.

DOÑA JUANA.  
 Miente mil veces, y quien  
 Lo creyere miente mas.

DON SANCHO.  
 ¡Oh adúltera!

DON FERNANDO.  
 Lucifer,  
 Hereje, ¿á tu hermano mismo?  
 Aquí la verdad veréis  
 Deste bellaco.

DOÑA JUANA.  
 ¿Estáis loco?

Estáis...

DON FERNANDO.  
 Fuera, dejenme;  
 Que yo, con solo este palo,  
 Tomaré venganza del.

DON SANCHO.  
 ¡Ah encubridor, vil hermano!

DOÑA JUANA.  
 Mentis mas.

Salen DON DIEGO y MORON, con  
 espadas desnudas.

DON DIEGO.  
 Ea, entrad pues;  
 Que espadas sientó.

MORON.  
 En las veras  
 Con la zurda, y sin broquel  
 A los Sanchos.

DON SANCHO.  
 ¡Oh enemigos!

Estos son.

DON FERNANDO.  
 Falso, esta vez

A buena luz se descubren  
 Tus infamias.

MORON.  
 Tenganlé;  
 Que está enmaridado.

DON DIEGO.  
 El ruido  
 De las espadas, y el ser  
 En casa tan noble obliga...

DON FERNANDO.  
 Habeis entrado muy bien. —  
 Sobrina, no hay que esperar;  
 Al punto se ha de poner  
 Todo el remedio, y ahora  
 Conmigo te llevaré;  
 Que para apartaros luego  
 Vicario no es menester.  
 Si un disgusto solo aparta  
 Todos cuantos puede haber,  
 Es un marido ignorante,  
 Peligroso y descortés.  
 Yo los aparto, yo solo,  
 Y el que quisiere despues  
 Saber en lo que ha parado  
 La maraña, esperesé  
 A que la segunda parte  
 Se escriba, y podrá saber  
 Qué hará el Vicario en el caso;  
 Que yo disuelvo sin él.

DOÑA JUANA.  
 Señor, sepamos primero...

DON FERNANDO.  
 No hay que querer ni saber;  
 Juana hará lo que yo mando.

DOÑA JUANA.  
 Señor, aunque siempre haré  
 Tu gusto, á breves razones  
 Todos atentos me estén.  
 Ser mala yo es imposible,  
 Ni ser buena su mujer,  
 Y estas dos cosas no pueden  
 Ni estar juntas ni estar bien.  
 Su suerte cada marido  
 Labra con su proceder;  
 Todo lo estraga el soberbio,  
 Todo lo triunfa el cortés;  
 El cuerdo obliga á ventura,  
 El necio manda cruel,  
 Ruega el honrado; y en fin,  
 El marido hace mujer.

DOÑA LEONOR.  
 Nadie como yo lo sabe.

MORON.  
 Ea, degrademosté  
 De marido.

DON SANCHO.  
 Yo conozco  
 Mi horror, mi engaño; mas ser  
 Marido en paz no es posible;  
 Siempre haré lo mismo.

MORON.  
 Él  
 Es Sancho à *nativitate*;  
 Yo apostaré, y sin perder,

Que mas de treinta mujeres  
 Le apetečen.

INÉS.  
 ¿Para qué?

MORON.  
 Para vengarse, y hacernos  
 A todos esta merced.

DON DIEGO.  
 Señor don Juan.

DON JUAN.  
 Esta casa  
 Os conoce, y que sabeis  
 Ser honrado caballero. —  
 ¿Mi Leonor?

DOÑA LEONOR.  
 Don Juan, mi bien.

DON JUAN.  
 ¡Qué acierto es quererte tanto!

DOÑA LEONOR.  
 ¡Qué gloria es amarte!

DON FERNANDO.  
 Ven,  
 Sobrina; quede el ingrato  
 Solo consigo.

DON JUAN.  
 No estéis,  
 Hermano, triste; que presto  
 Se ha de remediar.

DON SANCHO.  
 Haré  
 Ostentacion que habeis sido  
 Mas cuerdo, pero...

DOÑA JUANA.  
 Ofendeis

Mi verdad.

DON SANCHO.  
 Yo soy el necio.

MORON.  
 Por siempre jamás amén,  
 Aunque otra vez se haya dicho.

INÉS.  
 Eso es nuevo cada vez.

MORON.  
 Él acabó santamente,  
 Rueguen á Judas por él;  
 Así sea mi salud  
 Como queda bien usted.

DON SANCHO.  
 Picaro.

MORON.  
 Y sin ser marido.

INÉS.  
 Moron, ¿no hay un poco de  
 Casamiento?

MORON.  
 Esta comedia,  
 De las buenas al revés,  
 Tiene vicario, y no cura;  
 Pero no le negaréis,  
 Pues acaba en descasarse,  
 Que esta farsa acaba bien.

# COMEDIA FAMOSA

TITULADA

## LOS EMPEÑOS DEL MENTIR,

DE DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.

### PERSONAS.

TEODORO.  
MARCELO.  
DON DIEGO.

DON LUIS.  
DOÑA ANA.  
ELVIRA.

TERESA.  
TRES BRAVOS.  
CRIADOS.

### JORNADA PRIMERA.

*Salen TEODORO y MARCELO, de camino, con botas y sin espuelas.*

MARCELO.  
En fin, ¿que este es Madrid?

TEODORO.  
Esta es la villa,  
Que el nombre de ciudad ha desprecia-  
do;  
No salve, sino admire, ¡oh coronado  
Pueblo de majestades, cuya planta  
Besa tanta corona y region tanta!

MARCELO.  
Siempre apacible y claro, y siempre her-  
roso,  
¿A quién no alegra, oh grande, oh gene-  
Noble Madrid, tu vista y tus reflejos?

MARCELO.  
Poca persona tiene desde léjos.  
TEODORO.  
Esta es la puerta de Alcalá, que el nom-  
bre da a esa calle. ¡Qué explayada y bella!

MARCELO.  
¡Qué ancha que es de caderas! tiene talle  
Tambien de traer enaguas esta calle.

TEODORO.  
¿Qué bizarros, qué ilustres edificios!  
Qué gigantes de cal en alto vuelo!  
Son batallas de piedra con el cielo;  
Destos dirás ahora maravillas.

MARCELO.  
Muchas casas columbro yo en euclillas.  
TEODORO.

Mira estos campos, mira estos jardines,  
Que le son a Madrid, en aires puros,  
Roja atalaya en florecientes muros,

MARCELO.  
En quien hallan los cónsules mas gra-  
Aplaudidos tambien de flores y aves,  
Paz al cuidado y tregua a los deseos.

MARCELO.  
Sí, sí, jardines son, pero no hibleos.

TEODORO.  
¿Qué dirás deste Prado airoso y limpio?

MARCELO.  
Que en dos hileras de álamos y sauces,  
Con las llagas que le hacen tantas fue-  
Es verde procesion de penitentes. [tes,

TEODORO.  
Deste escudron de coches ¿qué me di-  
ces?

MARCELO.  
Nada, nada, otra vez nada en efeto;  
Que los quiero guardar tambien secre-  
TEODORO.  
Si murmurante vienes a la corte,  
Granjearás caudal poco en esos tratos;  
Que andan los maldicientes muy bara-  
MARCELO.  
Lo murmurante hoy, estado es donde  
Todo lo que no es, aun no se esconde;  
Nada me hagas hablar, pregunto solo  
Si es mas que esto Madrid.

MARCELO.  
Madrid es tanto,  
Que en la soplada fábrica de un manto,  
Y de un breve chapin en el distrito,  
La Ménfis, vanidad, pompa de Egipto,  
La Babilonia del asirio asombro,

MARCELO.  
La que al romano imperio arrimó al  
Le son corta medida a competencia;  
Que, si no en multitud ni en opulencia,  
En sazón, en belleza, en alegría,  
Desde las blancas márgenes del día  
A los negros umbrales del ocaso,  
Cuanto huella del sol el rojo paso,  
En gusto, en majestad, en ornamento,  
Madrid, con tubuen aire, todo es viento.

TEODORO.  
Madrid es tanto,  
Que en la soplada fábrica de un manto,  
Y de un breve chapin en el distrito,  
La Ménfis, vanidad, pompa de Egipto,  
La Babilonia del asirio asombro,

MARCELO.  
La que al romano imperio arrimó al  
Le son corta medida a competencia;  
Que, si no en multitud ni en opulencia,  
En sazón, en belleza, en alegría,  
Desde las blancas márgenes del día  
A los negros umbrales del ocaso,  
Cuanto huella del sol el rojo paso,  
En gusto, en majestad, en ornamento,  
Madrid, con tubuen aire, todo es viento.

MARCELO.  
Y el oso de sus armas ¿es airoso?

TEODORO.  
Siendo, en fin, de Madrid tambien el

MARCELO.  
Que sea; mas ¿qué fábrica eminente,  
De los muros del sol guerra luciente,  
Es esta, que, ceñida a un templo ancia-  
Es justa vanidad del aire vano, [no,  
Que la venero aun antes que la miro?

TEODORO.  
Este es el celebrado Buen-Retiro,  
Ocio sin él de un celo desvelado,  
Templo que a la templanza ha levantado  
Una modestia, del favor despierto,  
Que poblado de luz, forma un desierto;  
Bien que, de águilas ya glorioso nido,  
El que de un cisne fué lecho escondido,  
Alcázar se descubre a un sol ahora  
En las primeras líneas del aurora;  
En cuyo lucimiento y compostura,  
La riqueza, el aseó, la hermosura;  
Asisten, con jamás vista extrañeza,  
A ser número mas que a ser grandeza;  
En lustre tan real, tan grande en modo,  
Que, si no es la ambicion, le cabe todo.

MARCELO.  
¿Este es palacio nuevo? Oh bien se-  
Atencion general de tanto mundo,  
Donde Felipe, tantas veces grande,  
Seguido siempre y competido nunca  
De la grandeza castellana toda,  
Rico de admiracion es el espanto,  
En tanta varia fiesta, en triunfo tanto,  
A todo, en el valor, destreza y nombre,  
Mas que pudiera en rey, lo excede, en  
TEODORO.  
Aquí de su grandeza y de su aliento  
(Que a su buen aire sí, que todo es vien-  
Altas señas ha dado; que en su diestra,  
En la festiva pública palestra,  
El agravio español, pesado y leve,  
Con tanto honor y espíritu le mueve,  
Que tiemblan los bastones en campaña  
De los amagos solos de una bazaña.  
Aquí, gallardo hermano y tierno esposo,  
De la reina de Hungría el parto hermoso  
Celebró con milfiestas, siendo en ellas,

MARCELO.  
¿Este es palacio nuevo? Oh bien se-  
Atencion general de tanto mundo,  
Donde Felipe, tantas veces grande,  
Seguido siempre y competido nunca  
De la grandeza castellana toda,  
Rico de admiracion es el espanto,  
En tanta varia fiesta, en triunfo tanto,  
A todo, en el valor, destreza y nombre,  
Mas que pudiera en rey, lo excede, en  
TEODORO.  
Aquí de su grandeza y de su aliento  
(Que a su buen aire sí, que todo es vien-  
Altas señas ha dado; que en su diestra,  
En la festiva pública palestra,  
El agravio español, pesado y leve,  
Con tanto honor y espíritu le mueve,  
Que tiemblan los bastones en campaña  
De los amagos solos de una bazaña.  
Aquí, gallardo hermano y tierno esposo,  
De la reina de Hungría el parto hermoso  
Celebró con milfiestas, siendo en ellas,

Oh gloriosa Isabel, tus luces bellas  
Alma de sus acciones, pues no en vano  
Tu mérito y tu nombre soberano  
Le hicieran majestad, á no ser tuya;  
Que es grandeza, que pide iguales mo-

Ser galan tuyo, como rey de todos.  
Aquí del generoso ilustre alcaide,  
Que en lo bizarro, sin lisonja alguna,  
Le pudiera ser deuda la fortuna;  
A los reyes y damas juntamente,  
Tan cortés, tan galan, fino y decente,  
Los festeja, que muestra que ha seguí-  
Afinado, modesto, esclarecido, [do,  
Con antigua razon y luz temprana,  
De palacio la senda soberana;  
Que es en las damas y en las meninas  
Aun agraviado el nombre de divinas.

MARCELO.  
Ya que en Madrid estamos, ¿qué ejer-  
Tomaremos los dos? [cicio

TEODORO.  
Sea un oficio  
Entre noble y mecánico.

MARCELO.  
¿Qué? Escuderos.

TEODORO.  
Ese es muy ocupado; ea, embusteros  
Ha de ser.

MARCELO.  
Es oficio peligroso.

TEODORO.  
Siempre le he visto culpas de dichoso.

MARCELO.  
Vengo en él, y el primer embuste sea  
Que, habiendo á pura pata, que llama-

[mos,  
Venido tantas leguas, nos calzamos  
Las espuelas; que estoy escrupuloso  
De hacer divorcio de las judas botas,  
Que descalzarlas es gran desatino,  
Sino hay tambien vicarios del camino.  
(Quítanse las espuelas de las pretinas,  
y dáltanlas.)

Ya estamos espolados y en la corte;  
Los rumbos me descubre deste norte.

TEODORO. [mos  
Conviene; oh mi Marcelo! que siga-  
La senda que nos lleva, entretenida,  
Mas que no á buen vivir, á buena vida;  
Siempre estarás conforme, siempre  
A cuanto yo dijere; [atento  
Jurarás cuantas cosas yo mintiere.

MARCELO.  
Si la misma mentira ella en persona  
Fuera de sastrer en sastrer  
(Vulgaricéme), nunca un compañero  
Le hallara mas cabal ni caballero;  
Haré verdad las cosas que tú sueñas,  
Y mentiré por señas;

Y si quieres mentir mas descansado,  
Y conocer quién soy, déjame ahora  
Mil mentiras en blanco, que yo tenga  
Para llenar despues cuando convenga.

TEODORO.  
Abrazame, oh Marcelo; que yo fio  
Que ha de ser este pueblo tuyo y mio.

MARCELO.  
¡Bravo es el cadendon!

TEODORO.  
Y este ¿no es nada?

MARCELO.  
Falso puede jurar de camarada;  
Pero ¿qué sale aqui?

TEODORO.  
Nada te admire;

Que en la corte, entre tantas necesidades,  
Lo menos nuevo son las novedades.

Salga DON DIEGO, empuñando la es-  
pada y terciando la capa, y TRES  
HOMBRES hablando con él á modo de  
bravos.

DON DIEGO.  
Ha sido mucha traicion  
Llamarme, y sin susto vengo;  
Que para peligros tengo  
Aun mas mio el corazon.  
De un papel de desafio  
Llamado salgo, y si es ya  
Mas traicion vuestra, será  
Mas valor y empeño el mio.

BRAVO 1.º  
Usted es persona muy cuerda,  
Reportada y de importancia,  
Y quien anda de ganancia  
No es bien que en nada se pierda.  
Del labrador que el tributo  
Cultiva en futuro pan,  
Es solo suyo el afan,  
Y es para todos el fruto.  
La comparacion se aplica:  
Usted, que tantas sembró  
Pintas, y el naípe le dió  
Una cosecha tan rica,  
Desabroche ya esa mano  
Con los amigos, pues sabe  
Que en el peor año le cabe  
A cada hormiga su grano.  
Usted nos cierre estas bocas;  
Que es justo que pague usted  
Buenas intenciones, que  
Valen mucho y hay muy pocas.

DON DIEGO.  
Madrid no ha visto jamás  
Término tan descortés,  
Si ya una dicha no es  
Ganar un peligro mas;  
Comparacion, gusto, intento  
Pagara yo luego allí,  
Si lo pidieran, y aqui  
Pagaré el atrevimiento.  
Picaros estafadores.

(Mete mano, y todos.)

BRAVO 1.º  
¿Miserablito y brioso?  
Buen badulaque.

BRAVO 2.º  
Famoso.

MARCELO.  
¿A uno tres? Serán traidores,  
Y es afrenta de los dos,  
Teodoro, no acometellos;  
Que el ser mas ruines que ellos  
No es posible, vive Dios.

TEODORO.  
Dices bien.—Trinca insolente,  
¿Tres á solo un caballero?

(Metén mano, y huyen los valientes.)

BRAVO 2.º  
Huyamos.

BRAVO 1.º  
Y yo el primero.

MARCELO.  
Muchos no hacen un valiente;  
¿Qué bien huyen!

DON DIEGO.  
¿Y qué bien  
Que yo agradeceros debo  
La vida, noble mancebo!

MARCELO.  
Agradecedla tambien

Al camarada, que es hombre  
De valor.

DON DIEGO.  
Bien le mostró;  
Y sepa, señores, yo  
La suerte, la patria, el nombre  
De dos ya tan dueños míos.

TEODORO.  
Primero es bien que de vos  
Sepamos á quién los dos  
Obligamos; que esos brios  
No esconden vuestra fortuna.  
Decid, con vuestra licencia,  
¿Quién sois? ¿Qué fué la pendencia?

DON DIEGO.  
La causa es, no haber ninguna.  
Yo soy un antiguo hidalgo;  
Que con mi sangre, á lo menos  
Ninguno se peronara,  
Si no es yo, lo caballero.  
No de la suerte olvidado  
Nací en hacienda y en deudo,  
Ni á ser pobre en lo envidioso,  
Ni á ser rico en lo soberbio.  
Criéme en Madrid, al temple  
Bestos aires, que en venenos  
Floridos, son verdes lazos  
De los dulces años tiernos.  
Buena opinion, leve gusto,  
Amigos pocos y cuerdos,  
Alguno en la confianza,  
Y todos en el sombrero.  
Algo de amor, lo bastante  
Para ser templado medio  
Entre peligros de loco  
Y entre corduras de necio.  
Derramado en cortesias  
Mas que en costumbres, no temo  
Que de mi lengua y mi trato  
Me acuse nada el silencio.  
De airosa pluma indiciado,  
Horas entregué á los versos;  
Traje, si no el mas lucido,  
El mas galan el ingenio.  
Mis ejercicios de mozo  
Y mis entretenimientos,  
Ociosidades sin queja  
Y descuidos sin desprecio.  
La comedia, el Prado, el rio,  
Y tal vez con poco riesgo  
De ocasion, no de codicia,  
Surcar los golfos del juego.  
De aqui nació la pendencia  
Que estos tres hombres, fingiendo  
Un papel de desafio,  
Firmado de nombre ajeno,  
Al campo (¿qué gran baja  
Es decirlo!) con su enredo  
Me sacan, y en él me piden,  
Retóricos y molestos,  
Que tributario les sea  
De mis ganancias; y viendo  
La desvergüenza elocuente  
Y elegante atrevimiento,  
Meti mano; mas no es justo  
Referiros el suceso  
En que vuestra espada sola  
Fué mi escudo y fué mi templo;  
Y así, pasará á informaros  
De la obligacion que tengo  
A nobles correspondencias  
Y á generosos aciertos.  
Mis padres fueron ilustres,  
Y siguieron mis abuelos  
Las dos sendas vinculadas  
A la gran sangre del reino:  
Palacio y la guerra, en donde  
Ganaron crianza y premios;  
Pajes del Rey y soldados,  
Alta escuela de aquel tiempo,  
Eu una y otra alcanzaron

Por amparo y por maestro  
Aquel gran duque, no Alba,  
Sino sol de los Toledo,  
Postrera fecunda linea  
De los grandes, de los diestros  
Capitanes, que dió á España  
A tanta abundancia el cielo;  
Formados todos á sombra  
De los siempre heróicos hechos  
Del gran Gonzalo Fernandez,  
A mas siglos menos muerto.  
Vino á la corte mi padre,  
De heridas y honores lleno,  
Y el segundo rey Felipe,  
El solo muchos consejos,  
Sin consulta de ninguno,  
Le dió un hábito; gran precio,  
Tremolar blasones tantos  
La roja señal de un pecho.  
Dos hijos dejó varones,  
A mí y á don Pedro Tello,  
Que ahora murió en la Alsacia,  
Cuyo nombre y cuyo acero  
Fué gran parte en las victorias  
Del Feria, que, César nuevo,  
Llegó y venció, y en Felipe  
Vez cuarta estribó el imperio.

MARCELO.  
(Ap. Toca á embestir; que cayó  
La mentirilla en el cuento,  
Como la sopa en la miel;  
Civil lo dije, ya es hecho.)  
¿Don Pedro Tello murió?  
Don Pedro?; Válgame el cielo!

TEODORO.  
¿Quiero, ó válgame yo, y todo!  
¿Que murió el señor don Pedro?

DON DIEGO.  
¿Le conocisteis, amigo?

MARCELO.  
¿Eso decis?

TEODORO. (Ap.)  
Darme quiero  
Prisa, porque en la mañana  
Se quiere encajar Marcelo.

MARCELO.  
¿Qué dura, qué triste nueva!  
¿Qué mas desdichas espero,  
Pues la mayor parte mía  
Murió?

DON DIEGO.  
Vuestro sentimiento  
Me restituye su vida;  
¿Fuisteis su amigo?

MARCELO.  
En extremo;  
Lloradme muerto con él.

TEODORO. (Ap.)  
Voto á Dios, que no lo entiendo;  
Por todas sus coyunturas  
Está brotando embelecós.

DON DIEGO.  
Dejó mi padre una hija,  
Y quiso piadoso el cielo  
Darle en virtud y hermosura  
El dote del casamiento.  
Doña Elvira de Guzman  
Se llama, porque mi abuelo,  
Por Guzman y valeroso,  
Se llamó dos veces Bueno.

MARCELO.  
Tengo noticia de todo;  
Que el malogrado mancebo  
Ni me reservó cuidado  
No me recató secreto.

DON DIEGO.  
Muchos nobles la han pedido  
Por la virtud y el ingenio.

Si es caudal honrado nombre,  
Si es dicha merecimiento.  
Parece que te entristeces.

TEODORO.  
De un casamiento me acuerdo.

MARCELO.  
¿Nada has de callar, Teodoro?  
(Ap. El se dá prisa.)

DON DIEGO.  
En efecto,  
Reconociendo sus partes  
Mis parientes, siempre atentos,  
No despreciando á ninguno,  
Los tiene á todos suspensos;  
Porque don Pedro, mi hermano,  
Trató mas con gusto nuestro  
En Nápoles de casarla  
Con un don Luis de Vivero.  
Pidió un retrato de Elvira,  
Y enviámosle pequeño  
En una carta...

MARCELO.  
No pases  
Adelante; que no debo  
Acallar esas memorias,  
Divertir este tormento.  
(Ap. Aquí me marido yo.  
En este don Luis me vuelvo.)  
Estrecha viene una vida  
A tan mortales recuerdos;  
¿Cómo tarda el corazón,  
Desatado de sí mismo!  
Don Luis de Vivero ¡ay triste!  
Soy; mas no soy, que no tengo  
Sin don Pedro ser ni vida;  
Téngale Dios en el cielo.

TEODORO. (Ap.)  
Téngate Dios en su gloria.

MARCELO. (Ap.)  
Esto es mentir á dos tengos.

TEODORO. (Ap.)  
Por mentiroso de ayuda  
Me trae, por Dios, cual á perro;  
¿Oh mentiras venturosas,  
Qué dicha es mentir mas presto!

DON DIEGO.  
¿Vos sois don Luis?

MARCELO.  
Mis desdichas  
¿Cómo pueden ni pudieron  
Ser de otro?

DON DIEGO.  
¿Y dudarle yo,  
Señor don Luis, cómo puedo?  
Que menos que á vuestra mano,  
Que reconocido beso,  
Ni yo le debiera tanto,  
Ni tuviera tanto esfuerzo.

MARCELO.  
Ya no es tiempo de encubrirme.—  
Teodoro, saca al momento  
El retrato.

TEODORO. (Ap.)  
¿Qué retrato?

MARCELO. (Ap.)  
Harárame que pierda el seso.

TEODORO. (Ap.)  
Miente como has de mentir.

MARCELO. (Ap.)  
No me vayas al enredo,  
Como á la mano.

TEODORO.  
Señor...

MARCELO.  
Saca el retrato, grosero;  
¿Encomendéte otra cosa?

¿Trájeteme para otro efecto?  
¿Sacó otra joya de Italia  
Ni otra reliquia mi pecho?  
Sácale luego.

TEODORO.  
Señor...  
DON DIEGO.  
Él le ha perdido, y yo veo  
Maravillas y milagros.

MARCELO.  
Dame aquí el retrato luego.  
(Anda tras él, y Teodoro se esconda en  
don Diego.)

TEODORO.  
(Ap. Cazadores pretendientes,  
Indianos casamenteros,  
Vuestra infinita mentira  
Se me revista en el cuerpo.)  
Con las joyas y los dijes  
De balajes, y el espejo  
De topacios, y el carbunco  
Al tope y los camafeos,  
El retrato me quitaron;  
Una vida sola tengo.  
Una muerte debo á Dios,  
Y á tí lo demás te debo.

MARCELO.  
¿El retrato? Vive Dios,  
Que despues que te haya muerto,  
Aun tendrá sed de venganzas  
Mi ardiente amable deseo.

DON DIEGO.  
Descuido ha sido notable;  
Por haberme hallado en medio,  
Que os reporteis os suplico.

MARCELO.  
De las joyas no me acuerdo;  
Pues murió don Pedro, solo  
Perder el retrato siento.

DON DIEGO.  
Huésped seréis esta noche  
De su original, y creed  
Hallaréis agradecida  
A la casa y á los dueños.

MARCELO.  
Teodoro, vuélvete á Italia;  
Que en ver tu sombra me muero.  
Fiel eres, pero aciago;  
Bien nacido, pero necio.

TEODORO.  
Diez años há que te sirvo,  
¿Y salgo con este premio?

DON DIEGO.  
Por hacerme á mi merced,  
Y por su bizarro aliento  
En la pendencia pasada,  
Se ha de quedar.

MARCELO.  
Nada niego

A cosas de doña Elvira  
Ni á la sangre de don Tello.  
Quedaos adios, y dejadme  
Volver, peregrino y ciego,  
A no volver ya conmigo,  
A no saber de mí mesmo.  
Las cartas que á la partida  
Me dió para mis conciertos,  
Para vos y vuestra hermana,  
Reconocido os lo dejo.—  
Saca, Teodoro, esas cartas.

TEODORO.  
(Ap. Que está endemoniado pienso;  
Quiero mentir á su trote.)  
Tambien me hurtaron el pliego.

MARCELO.  
¿Eso mas?

DON DIEGO.  
No hay que hacer caso

De lo escrito; que ya iremos  
Adonde mas que papeles  
Harán sentir ojos bellos;  
Venid y descansaréis.

MARCELO.

¿Qué descansar? Ya habrán hecho  
Mi aposento mis criados;  
Que quise entrar encubierto.

DON DIEGO.

Mi casa está prevenida.

MARCELO.

No ha de ser.

TEODORO.

¿Tan nobles ruegos

Desprecias?

MARCELO.

Bergante, ¿vos

¿También entremetidejo?

(Ap. Este hombre es la misma Filis,  
Que anda en el primer concierto  
Tan blando.)

TEODORO. (Ap.)

Sin duda tuvo

En la pendencia gran miedo.

MARCELO. (Ap.)

Miente mas largo, Teodoro.

TEODORO. (Ap.)

Miente mas corto, Marcelo.

MARCELO. (Ap.)

Para cosas de honra y punto  
No vales.

TEODORO. (Ap.)

Proto-embustero,

Mentir para otro es mentira,  
Y solo es justo y honesto  
El mentir para si mismo.

MARCELO.

Poltron, descuidado, fiero,  
No has de comer mas mi pan.

TEODORO. (Ap.)

Basta á los dos el ajeno.

(Vanse, haciendo muchas hazañerías.)

Salen ELVIRA y DOÑA ANA.

DOÑA ANA.

Elvira, los pocos años  
Mucho no pueden saber,  
Y moza y linda mujer  
¿Cuál de esto hará desengaños?

Celebrada una hermosura,  
Siempre estará peligrosa,  
Y no siempre está en lo hermosa

Mal hallada una ventura.

Mil galanes de mil modos

Te son festejo importuno,

Y mientras no lo es ninguno,

Piensan que bueigas con todos.

¿Qué temes, Elvira? ¿Quién

Te puede á ti ser ingrato?

Que aunque ya murió el buen trato,

Aun es vivo el querer bien.

Yo sé un hombre que te quiere

Con tan fina ley y amor,

Que no es su tierno dolor

De lo blando, que se muere.

De verdad muere por ti,

Y solamente ha fiado

Su bien nacido cuidado

De amor, del alma y de mí.

No es de aquellos que en antojos

Ceban todo el pensamiento,

Siendo en sus pasos intento

Cualquier noticia en sus ojos.

Tan recatado y ceñido

Vive, que en nuevo secreto

Gasta todo lo discreto

Solo en no ser entendido.

Si quieres saber el nombre,  
Pues somos primas y amigas,  
Sabe que es...

ELVIRA.

No me lo digas,

Basta saber que es un hombre.

Conocer al enemigo

Es menos riesgo, mas no

Me aseguro en eso yo,

Sino en que yo estoy conmigo.

Nada temer mi denuedo

Me hace; que en lo esparcido

Para todo lo atrevido

Solo de mi tengo miedo.

Inclinacion pensé yo

Que era amar, y yo imagino

Que se ha de amar por destino,

Pero por consejo no.

Medios todos son injustos,

Querer por intercesion,

Poca entereza, que son

Muy licenciados los gustos.

Poco tiene merecido

Ningun hombre para mi,

Porque te parezca á ti

Muy bueno para querido;

Y á no hacer tiro á mi hermano,

Que le amaras te pidiera,

Porque el hombre no tuviera

Tan buenas partes en vano.

No ajustaste bien los modos

De culpar, no amar yo á alguno,

Que por el querer á uno,

Se pasa á quererlos todos.

Mi condicion me disculpa

Con oír extremos tantos;

Que están los necios espantos

Muy vecinos de la culpa.

Tú, con tantas bizarrías,

Sufrir puedes ocasiones,

Pues aun con tus perfecciones

Temiera yo en siendo mías.

DOÑA ANA.

Perdona; que todo ha sido

Arma falsa, que segura

Sé que guarda tu clausura

La vispera de marido.

Quise ver si, ya entregada

Á nuevas matronerías,

Misteriosa respondias

Tus necedades de honrada;

Y tu primor nada ignora,

Aunque muy nuevo á ser viene;

Que hablar libre y mal se tiene

Por grande virtud ahora.

ELVIRA.

Esa virtuosa insolencia,

Aun diciendo verdad, miente;

Que en nada será decente

Quien habla con indecencia.

Aun de lo que errare, no

A nadie culpar espero;

Que para buena, no quiero

Hacer mas que serlo yo.

De don Diego, y no es temprano,

Estos dias he entendido

Que pasar quiere á un marido

Todo el cuidado de hermano.

Con un don Luis de Vivero,

Que en Nápoles está ahora,

Me han dicho, y que cada hora

Se espera este caballero;

Y acuérdome que un retrato

Pidió mio, y le envió

Don Diego, aunque me encubrió

La causa con gran recato.

Pues tú con él tanto puedes,

Sabe lo que hay; que ver siento

La libertad en el viento,

Y junto al alma las redes.

Que aunque no ha de ser porfia

Mi voluntad nunca en nada,  
Quiero tenerla informada,  
Ya que no la tengo mia;  
Pues, aunque mujer naci,  
Parece mucho albedrío,  
Esto que ha de ser tan mio,  
Disponerlo tan sin mí.

DOÑA ANA.

Elvira, no dudes dello,  
Y que lo dejó efectuado,  
Que aun es mas que concertado,  
Tu hermano don Pedro Tello;  
Y de don Luis he entendido  
Que es persona señalada  
Por el arte y por la espada.

ELVIRA.

No es harto para marido.

DOÑA ANA.

¿Qué le falta?

ELVIRA.

¿Eso preguntas?

Noble, entendido y tambien,  
Sobre todo, hombre de bien,  
Que es todas las partes juntas.

DOÑA ANA.

Lo noble lo dice el nombre,  
Pero dejaste olvidada  
La hacienda.

ELVIRA.

Buena es hallada,  
Mas la mayor es el hombre.

Sale DON DIEGO, muy alborozado, y  
quédanse á la puerta, de modo que  
puedan ser vistos, Marcelo y Teo-  
doro.

DON DIEGO.

Que aqui os detengais os ruego;  
No asustemos á mi hermana,  
Y esta dicha... Mas ¿doña Ana  
En casa?

DOÑA ANA.

Señor don Diego,  
¿De qué tan grande alegría?

DON DIEGO.

De verte pudiera ser,  
Pero todo este placer  
Es dicha de Elvira y mia;  
Lo afinado y lo galante  
Perdona; que hoy es forzoso  
Que aun hasta el nombre de esposo  
Sea embarazo de amante.  
Hermana, Elvira, no pido  
Albricias, pero merezco...

ELVIRA.

Nada hasta ahora te ofrezco;

¿Qué me traes?

DON DIEGO.

A tu marido,  
En un mancebo gallardo  
Por su valor.

ELVIRA.

¿Qué asustada

Lo escucho!

DON DIEGO.

Y debo á su espada...

ELVIRA.

¿Triste y dudosa lo aguardo!

DOÑA ANA.

Mil parabienes te doy;  
Que he oido, si es el Vivero,  
Que es bizarro caballero.

ELVIRA.

¡Ay prima! esperando estoy  
Entre alborozo y enojos.  
Quiera Dios, pues lo ha querido,

Que de tanto que has oído  
Quede algo para los ojos.

DON DIEGO.

Sóbrate la compostura  
Natural, no hay que adrezarse  
Mas bien; que ha de examinarse  
A descuido la hermosura.  
Siempre estás bizarra.

Sale TERESA.

TERESA.

¿Oís,  
Mozuelas? Buen aire sopla  
De repente, como copla,  
El novio.

DON DIEGO.

Señor don Luis,  
Entrad, honrad.

(*Entran Marcelo y Teodoro poco á poco  
y á la par, y Marcelo muy de figura.*)

ELVIRA.

¿Cuál será?

DOÑA ANA.

Eso es menester decillo.

TERESA.

¡Ay, si fuese el hombrecillo!

DOÑA ANA.

Aun yo estoy con susto ya;  
Pero Elvira se alborozó.

TERESA.

Ya llegan.

MARCELO. (Ap.)

De esposo embisto.

TEODORO. (Ap.)

Ata la chanza.

MARCELO. (Ap.)

Por Cristo,

Que es de lo caro la moza;  
Para entrar muy caballero,  
¿Cómo he de hacer?

TEODORO. (Ap.)

Lo enfadoso

Fuera bien, pero entra airoso.

MARCELO.

Todo un don Luis de Vivero  
Teneis, Elvira dichosa,  
De par en par.

ELVIRA. (Ap.)

¿Qué desdicha!

DOÑA ANA. (Ap.)

La necedad ya está dicha;  
El novio es, él es.

MARCELO.

¿Qué hermosa!

TERESA.

¡Ay señores, qué mal dejo  
Que tuvo la reverencia,  
Y aforrada en mi conciencia,  
En malvado oficialejo!

MARCELO.

¿Qué dijera Paulo Jovio,  
Teodoro, desta española  
Bizarria y deidad sola?

DOÑA ANA. (Ap.)

Mintió el demonio del novio.

TEODORO. (Ap.)

¡Por Dios, que es bella la Elvira!  
¡Que este fruto haya sacado  
No mas que el haber plantado  
Mas temprano una mentira!

TERESA.

Mal haya yo vez y media,  
Si (por vida desta cara)  
Al tal hombre le tomara  
Por mio en una comedia.

MARCELO.

¡Ah, don Pedro malogrado!  
¿Cuánto, por dicha tan mia,  
Deseabas tú este día!  
No te merecí cuñado.  
Es la cabeza cortada,  
Mi señora doña Elvira,  
Del Pedro, y no es, no, mentira  
El retratejo.

(*Túrbase Elvira.*)

DON DIEGO.

Turbada,

Señor don Luis, es decencia  
Que no se excusa.

MARCELO.

A no sello,

Tuviera yo celos dello.

ELVIRA.

(Ap. ¿Qué vil será la obediencia,  
Que con suerte tan cruel  
Se ajuste! Mio es el sí,  
Y no puede ser sin mí  
Ser desdichada con él.)  
Amiga, pues ya fué dicha  
En tal hora hallarte aquí,  
Ayuda, ayuda á que en mí  
Se dilate esta desdicha.

¿Qué hombre es este, que no hay parte  
En él que obligue á querido?  
¿Qué hallado, qué entremetido,  
Qué mal porte, qué ruin arte!  
Que no sea gentilhomme  
¿Qué importa? Y sufrirle quiero  
Mal aire de caballero.  
Mas no mala traza de hombre.  
Que esto agrada, me espanto,  
A mi hermano; ¿este mi dueño?  
Súfrase algo de pequeño,  
Mas de hombre bajo no tanto.

DOÑA ANA.

Ni aun lo pequeño es sufrible;  
¿Qué civil, qué desairado!  
Aun el pobre del criado  
Es trato mas apacible.

MARCELO.

Teodoro.

TEODORO.

¿Qué mandais?

MARCELO.

Hola,

¿Cómo, necio y descuidado,  
Has de parecer criado,  
Si dejas la criada sola?  
En reverencias no estás  
Perito, mal las encajas.

TEODORO.

¿Cómo he de hacerlas?

MARCELO.

Mas bajas,

Cuando las fingieres mas.

(*Pásase Teodoro con la criada.*)

TEODORO.

Descuido ha sido; traeráse  
La recámara al momento.

DON DIEGO.

Quisiera que el casamiento  
Esta noche se efectuase;  
Pero no es tarde mañana.

DOÑA ANA.

¿Qué en ello que está don Diego!

ELVIRA.

Mi hermano en todo está ciego.

DON DIEGO.

Dichosa ha sido mi hermana  
Elvira, lo agradecida  
Tambien lo muestra á su mano;  
Que ya no solo es hermano,

Sino padre, pues la vida  
Sabrás despues de qué suerte  
Me la dió, y se la he debido  
Segunda vez.

ELVIRA. (Ap.)

¿Y has querido

Pagársela con mi muerte?

TEODORO.

Mi señora, yo me llamo...

TERESA.

No quiero saber su nombre;  
Mas usted, seo gentilhomme,  
Tiene mas talle de amo.  
Dígame, por vida mia,  
Vuesasted, si lo perdona,  
¿Y trae esta ruin persona  
El señor don Luis cada día?

TEODORO.

Viene hoy de embozo.

TERESA.

Es donaire.

TEODORO.

Es de la gala el crisol.

TERESA.

Nubes habrá para el sol,  
Mas no hay sombras para el aire.

TEODORO.

En Italia, entre diez mil  
Infantes, en cualquier calle  
Era el príncipe su talle.

TERESA.

¿Y llamábanle el gentil  
Español?

TEODORO.

¿Cómo? Y el bello.

TERESA.

¿Son camaradas?

TEODORO.

Mal año;

Es mi amo entero.

TERESA.

Es engaño,

Ya hubiera dicho mal dél;  
¿Trae vestidos muy galanos  
De Italia?

TEODORO.

Y los da tambien.

TERESA.

Que los sabrá coser bien,  
Me lo han parlato sus manos;  
¿Era sastre ó capitán,  
Señor don Luis, en Nápoles?

TEODORO.

La flor de los españoles  
Le llamaban en Milan.

TERESA.

Despues de á casarse, el bello  
Garzon, ¿á que es su jornada?  
¿Qué es lo que pretende?

TEODORO.

Nada.

TERESA.

Saldrá su merced con ello.

TEODORO.

¿Cómo te llamas?

TERESA.

En cuanto

Al nombre, nada hay civil;  
Teresa.

TEODORO. (Ap.)

Y Teresa Gil

En el perseguirnos tanto.

DON DIEGO.

Señor don Luis, esta noche

¿Qué no engaña aun en nosotros  
Dentro de nosotros mismos?  
¿Quién no se miente á sí mismo  
Sangre, discrecion y esfuerzo?  
Y ¿qué es mentir á los otros,  
Si yo á mi propio me miento?  
Cuantos en Madrid profesan  
En ejercicios diversos,  
Mientras semblantes y nombres,  
Hablo flojo y callo récio;  
Ya la tela está empezada,  
Ser menos señor te ofrezco.  
No me murmures; que estoy  
Tan amo, que ya me temo.

MARCELO.

Animo, que ya me riudo;  
Teodoro, embuste y á ello.

TEODORO.

Embuste, y él á nosotros  
Es camino mas derecho.  
Paso, que la Elvira sale;  
Retiro, y volvamos luego  
Con la invencion tan guisada,  
Que pueda cenarla un muerto.

MARCELO.

Invencion la de la clin,  
Que en sortijas y torneos,  
Entre muchas, sola una,  
Una sola lleva el premio.

(Vanse.)

Sale ELVIRA.

ELVIRA.

Blanda, risueña, cristalina fuente,  
Que al hermoso explayar de sus albores,  
Si las selvas le dan cunas de flores,  
Margen los campos son á su corriente;  
Si festiva, sonora, airosamente  
Los céfiros la van diciendo amores,  
Si requiebros los dulces ruiseñores,  
Si el sol, sino galan, quejas de ausentes;  
¿Qué presto en hondo valle, aunque

[mas bella,

De turbio arroyo vil desmerecida,  
En vano gime, en vano se querella!  
¿Oh yo, mil veces yo, mas ofendida;  
Que en ella aun hasta el ser murió con

[ella,

Y en mí, viviendo el ser, pierdo la vida.

Sale TERESA, apresurada.

TERESA.

Escucha atenta, Señora;  
Que hay gran novedad.

ELVIRA.

¿Y es?

TERESA.

No te lo diré despues,  
Sino ahora y muy ahora.  
¿Sabes qué hemos entendido  
En casa?

ELVIRA.

Di mas aprisa.

TERESA.

Que este don Luis...

ELVIRA.

¿Qué, Teresa?

TERESA.

Es mentiroso, es fingido.

ELVIRA.

¿Es cierto ó es sospechado?

TERESA.

Sospechado; pero oírás,  
Que hay otra sospecha mas.

ELVIRA.

¿Qué sospecha?

TERESA.

Que el criado  
Es el don Luis verdadero.

ELVIRA.

Que todo embuste á ser viene,  
No lo dudo, pero él tiene  
Mas arte de caballero;  
Mas ¿qué testigos, qué señas  
Te lo obligan á decir?

TERESA.

Muchas, grandes.

ELVIRA.

¿Oh mentir,

En cuánta mentira empeñas!  
Nada verdad me parece;  
Que son casos imposibles,  
Necedades apacibles,  
Que la comedia agradece.  
Dime lo que has entendido;  
Pero véte, que despues  
Lo dirás todo; ya es  
Dicha dudado un marido.

Salen MARCELO y TEODORO, y Mar-  
celo descubierto.

TERESA.

Los dos vienen.

ELVIRA.

El semblante

Me ha de informar lo primero.

TEODORO.

Lleva quitado el sombrero,  
Y en viéndonos, al instante...

MARCELO.

Ya te entiendo.

TEODORO.

Ansi lo creo.

MARCELO.

¿En fin te has enamorado?

(En viendo que los mira Elvira, descú-  
brase Teodoro y cúbrase Marcelo.)

ELVIRA. (Ap.)

El sombrero entró quitado  
El otro, y porque los veo,  
Se ha vuelto á cubrir el que es  
Hasta ahora don Luis.

TEODORO.

No hay Nápoles, no hay París,  
Sino Madrid, donde ves  
Una deidad como Elvira.

ELVIRA. (Ap.)

En mí hablan, y empezar  
Quiero ahora á desatar  
Los nudos desta mentira.

TEODORO.

Con novedad admirado...

MARCELO.

Terrible ha sido tu intento.

ELVIRA.

(Ap. Aquel modo y hablamiento  
No es respeto de criado.  
Llamo al descuido, á ver cuál  
Responde.) ¡Ah don Luis!

TEODORO.

Señora. —

¿Ves que te llama?

ELVIRA.

(Ap. Hasta ahora

Esto no sale muy mal;

Pero corta prueba es.)

¡Ah Teodoro!

TEODORO.

Ama mía.

ELVIRA.

(Ap. Si hace fe la bizzarria,

Mas galan y mas cortés  
Es este.) Un negocio tengo  
Contigo.

TEODORO.

Divina ventura

Grande mia; ¡qué hermosura!  
A ser muy dichoso vengo  
Si en qué servirte se ofrece.

ELVIRA.

De tu buen gusto lo fio,  
A pesar de mi albedrio,  
Que á otros mal le parece.  
Aprieta mi casamiento

Tu amo don Luis de modo

Que, de ver que es mio todo,

Me hace lástima el tormento;

Que entre suspiros y llantos

Es desperdicio el mayor,

Que en mí se gaste un dolor,

Que puede ser para tantos;

El porfia, y yo no puedo

Resistirme sin tu ayuda;

Que el morir, aun de la duda,

Es lo mas bajo del miedo;

Haz siquiera por un dia

Que mi alma no le vea,

Y como suya no sea,

Yo la perdono el ser mia;

Y esta lisonja recibe:

Que te deba yo el vivir,

Muera yo de mi morir,

Mas no de lo que otro vive.

TEODORO.

Siento, Señora, de suerte

Tu congoja, que ofrecer

El morir por tí es hacer

Gran precio á tan flaca muerte;

¿Quedarás agradecida

De que yo á don Luis persuada

Que no te embarace en nada?

ELVIRA.

Mas te debo que la vida;

Perpétuo agradecimiento

En mí, Teodoro, hallarás.

TEODORO.

¿Y no te obligarás mas

De que deje el casamiento

El mismo don Luis, por darte

Mas gusto, y no quiera verte,

Y que muera de ofenderte

Tan presto como de amarte?

ELVIRA.

Digo mil veces que holgara

Que á don Luis se lo debiera.

TEODORO.

Bellísima Elvira, espera.

MARCELO. (Ap.)

Aquí todo se declara.

TEODORO. (Hincase de rodillas,  
y levántase.)

Aquí tienes, aquí está

A tus piés don Luis; que en vano

Impulso tan soberano

Puede resistirse ya.

Yo soy don Luis, que, obligado

De tu retrato y la hermosa

Relacion; ¡qué tierna cosa!

¡Ah mancebo malogrado!

Encubierto quise verte,

Para ver si á la pintura

Tu generosa hermosura

Igualaba en alta suerte;

Y ya que tan soberanos

Testigos hacen las paces,

No hay embozos, no hay disfraces,

Hasta el alma está en tus manos;

Si te causo, harás que vuelva,

Y que al instante me vaya,

No á los deleites del Haya,

Sino al rigor de la Elba,  
Que ni en su florido seno  
Pusilipo ni Puzol,  
Verde caricia del sol,  
Lisonja del mar Tirreno,  
Me acojan, sino el Levante,  
Las galeras, en que armado,  
Sea de un dolor soldado,  
Y de un imposible amante.—  
Llega, Teodoro, habla, di  
A voces claras quién soy.

MARCELO.

Señora, si erré, aquí estoy,  
A mi dueño obedeci;  
La gente llana y honrada,  
Fingir gran tiempo, Señora,  
No sabe, cual la traidora,  
Hacia si misma envainada;  
Perdona el engaño.

ELVIRA.

(Ap. ¿Es sueño

Esto que escucho? Este daño  
Tiene un recibido engaño,  
Que recata el mas pequeño;  
Y este tan grave parece,  
Que no me atrevo á juzgar,  
A decir ni imaginar  
Todo el temor que merece  
En lo que no engaña este hombre;  
Ya por lo menos ha sido  
El mas galán y entendido;  
La duda queda en el nombre;  
Pero, en fin, entendimiento  
Y tallo no desagrada;  
Dudemos algo, que nada  
Con prevencion da escarmiento.)  
(A él. Don Luis, no extrañéis la duda,  
Ni la suspension.)

TEODORO.

Señora,  
Todo lo yerra y lo ignora  
Novedad que no se duda;  
Dudar es prudencia.

Salen DON DIEGO y TERESA.

DON DIEGO.

En fin,  
¿Que esa plática anda en casa?

TERESA.

Esto que te digo pasa.

DON DIEGO.

Disfrazado y sin jardín  
Se fué á averiguar, primero  
Que casarse, la belleza  
De Elvira, el dote y nobleza.  
No se asuste lo Vivero,  
Que todo es mas; ¿que es Teodoro  
Don Luis?

TERESA.

Así lo he entendido.

DON DIEGO.

Dime cómo lo has sabido;  
Que la primer seña ignoro.

TERESA.

Él ha dejado caer  
Entre criados y criadas  
Sus palabras tropezadas,  
Y en secreto á verle ayer  
Vino un hidalgo y aun dos,  
Y en gran puridad hablaron,  
Y ambos don Luis le llamaron.

DON DIEGO.

No lo dudo, vive Dios;  
Que aunque uno y otro mancebo  
Es gallardo, este lo es mas.

ELVIRA.

(Ap. Mi hermano viene.) Hallará

Un huésped y amigo nuevo,  
Hermano.

DON DIEGO.

¿Nuevo y amigo?  
¿Cómo? ¿Mas si fuese cierto?

TEODORO.

Amigo y señor, no acierto;  
¿Con qué vergüenza lo digo!  
Dadme los brazos mil veces,  
Y perdonad el embozo  
De un amor viejo, que mozo  
Cadauca en estas niñeces;  
Dad á don Luis vuestros piés.

DON DIEGO.

Señor don Luis, disfrazado  
Empezó en desconfiado  
Lo que hoy acaba en cortés.  
(Ap. Aquella prisa molesta  
Que el otro á casarse daba,  
Sin duda que examinaba  
Delgadeces de la honesta.)  
Don Luis, no dudeis de nada.

TEODORO.

¿Qué bien lo habeis entendido!

MARCELO.

Criado soy.

DON DIEGO.

Y bien lucido.

TEODORO.

Criado no, camarada.  
Teodoro es deudo. (Ap. ¿Qué sientes?)  
Hombre de brio y de fe,  
Criado antiguo de los que  
Llamamos despues parientes.

DON DIEGO.

¿Cómo os habeis detenido  
Tanto en Italia?

TEODORO. (Ap.)

Espantosas

Mentiras y extrañas cosas  
Conmigo; que poco os pido,  
A no ser la causa mucha.

MARCELO. (Ap.)

Mezcla verdades.

DON DIEGO.

Yo quiero

MARCELO. (Ap.)

Saberla.  
Del majadero  
Estoy temblando, él escucha.

TEODORO.

Despues que Gustavo Adolfo,  
Del Norte ardiente caseta,  
No contentándose rayo,  
Se desvaneció centella;  
Ya que muerto el Duque alabe,  
Arrogante y baja alteza,  
A despeños levantada,  
Y á mas fábricas deshecha;  
Viendo los dos soles de Austria,  
Que aun el halcon de Noruega  
En tanta imperial garzota  
Baña las garras sangrientas;  
Dos águilas de dos nidos  
Tiernos desatan, que sueltas,  
Las campañas de los siglos  
Vendrán á su vuelo estrechas;  
Y el grande Cuarto Filipino,  
Que es tantas veces su diestra  
Muro de plata al imperio,  
Columna de oro á la Iglesia,  
Manda partir desta corte,  
Pacífico Marte en ella,  
Al marqués de Leganés,  
Que por camaradas lleva  
Los mas bizarros soldados,  
Que en San Felipe reniegan  
Pretensiones, aun las breves,

Mal sufridas de sus piedras;  
El marqués de los Balbases  
Le sigue, y tan presto llega  
A Milan, que, ó no las hubo,  
O le ignoraron las lenguas;  
Donde el claro invicto infante,  
Mas esperanzas que espuelas  
Calzadas, que ya en su aurora  
Le amanece en tanta estrella,  
La gente entriega al bizarro  
Don Diego, y él parte, y deja  
En desierto á Lombardia,  
De amor poblado y de ausencia;  
Y entonces yo, aunque esperaba  
Guerra mayor, sus banderas  
Sigo, que un ángel las guía  
Y un español las gobierna;  
Con este glorioso anuncio,  
¿Qué mucho que España tenga  
Victorias, y que sus armas  
Libertad de Europa sean?  
Juntándoseles el conde  
Cervellon, parten la vuelta  
De Ratisbona, que solo  
A la fama ya no incierta  
De este ejército se rinde  
Al rey de Hungría, que empieza  
Mas con triunfos que con años  
A formar edad tan tierna;  
Visita el claro Fernando  
En Pasao su hermana bella,  
María, que en las virtudes  
No menos que en todo es reina,  
Y en Rotemberg, ajustando  
Que las católicas fuerzas  
Se junten, marcha el Infante,  
Y el Rey asalta y saquea  
A Bonábert, y al de Grana  
Le envia, dándole cuenta  
Del aprieto de Norlinguen,  
Y que ha entrado á socorrerla  
Pólvora y gente, y que en vano  
Esta expugnacion se intenta,  
Si el ejército español  
No acude á todo; y apenas  
Oye el Infante el aviso,  
Cuando cajas y trompetas  
Y alborozos que ha llegado  
Publican, y en altas muestras  
De amor y en lucidas tropas  
De una cortés competencia,  
Sale á recibirle el Rey,  
Su primo, y en una esfera,  
En poca luz muchos soles,  
Del austro á las dos estrellas.  
Las caricias, los aplausos  
Igualan, y las finezas  
Del Rey, sin pasar de justas,  
Llegaron todas á inmensas;  
Comen juntos, viendo entrambos  
Ejércitos, que despliegan  
Estandartes de humo al aire,  
Y orbes de fuego á la tierra;  
Beimar y Horns, arrogantes,  
Con insolentes promesas,  
El socorrerla aseguran;  
Mas con militar cautela,  
Haciendo punta á Norlinguen,  
Se abriga de las almenas  
De unos bosques; y el Mejía,  
Diestro y sábio, que penetra  
Su intento, y que con ventaja  
Pelear quiere, en serena  
Frente y sosiego animoso,  
Todo valor y prudencia,  
Las órdenes y los puestos  
Reparte; que mas pelea  
Que el tropel de muchas manos,  
La quietud de una cabeza;  
El teniente general  
Galazo dispone y piensa  
Lo mismo, en que la victoria

Antes de empezar comienza;  
 El marqués de los Balbases,  
 Con el duque de Nochera,  
 El Cervellon, el Gálazo,  
 Con el Teri de la Reina,  
 Del gran don Diego advertidos,  
 Resuelven que una eminencia  
 Y el bosque se ocupe, y salen  
 (Honra española y tudisca)  
 Cuatrocientos mosqueteros,  
 Y de imperiales cornetas  
 Tres mil caballos, y al punto  
 Le ocupan, y aunque le alientan  
 Con sumo valor, los carga  
 Tanta sajonia y sueca  
 Tempestad, que se retiran,  
 Quedando en esta refriega  
 Preso el sargento mayor,  
 Y gloriosa desta empresa  
 La nacion toda española;  
 El sajón, que no se acuerda  
 Del Albis, en que su abuelo,  
 Mas escarmientos que arenas  
 Pisando, Luzbel segundo,  
 Pagó á gemidos soberbios;  
 Desamparado aquel bosque,  
 Leganés, que considera  
 Que avanzar á la colina  
 (¡Oh gran hombre en la experiencia!)  
 La victoria estriba, manda  
 Que los tercios acometan  
 De Bolmeser y Toralto,  
 Y el padre Camasa en ella  
 Fortifique lo que diere  
 Lugar la noche, y que sea  
 El conde Juan Cervellon  
 A quien todos obedezcan;  
 Así se ejecuta, y luego  
 El gran duque de Lorena,  
 De la católica liga  
 General, por el Baviera,  
 El Rey, el Infante y todos  
 En el consejo concuerdan  
 Que el llegar á la batalla  
 Conviene mas que la empresa  
 De Norlinguen, y que el puesto  
 Que llaman la Montaneta  
 Se sustente, y al instante  
 Los alemanes refuerzan  
 Con el tercio del Idiasquez,  
 Sin que los tudescos quieran  
 Ceder; el gran guipuzuanano  
 Se huye á las competencias  
 De la vanguardia, queriendo  
 Con valerosa modestia  
 Que, por ganar la victoria,  
 Todo el pundonor se pierda;  
 Frente á frente los dos campos  
 La batalla se presentan,  
 Quinola en que la fortuna  
 No menos que un mundo juega.  
 Los dos invictos Fernandos,  
 Gloria de España y Bohemia,  
 Que antes que el temprano bozo  
 Dorados laureles peinan,  
 En dos truenos andaluces,  
 Tan fuego, que en las riberas  
 Del Bétis, paciendo rayos,  
 Centellas mintió la yerba,  
 Los primeros al peligro  
 Se ponen, sin mas defensa  
 Que el respeto de las balas,  
 Poco seguro, aunque es deuda,  
 Con suma paz el semblante,  
 Gran presagio en quien gobierna;  
 El gran Leganés, que mira  
 Que una bala no respeta  
 Lo mas real, pues al lado  
 Del Infante á matar llega  
 A un coronel, y á don Pedro  
 Giron le tronche una pierna,  
 Les suplica se retiren,

Y ambos le responden: «Ea,  
 Si aquí llegan pocas balas,  
 Ir á encontrarlas mas cerca.»  
 Rompe el impetu enemigo  
 Del tudesco la firmeza,  
 Y al punto los españoles  
 Cobran el puesto que dejan;  
 Dos veces se le restauran,  
 Y los españoles quedan  
 De vanguardia, y el Marqués  
 Con los dos tercios los ceba  
 Del conde Paniguerola  
 Y Carlos Guasco, y que tengan  
 Al Cardenal valeroso  
 A las espaldas, y ordena  
 Al valiente don Enrique  
 De Aragon que cierre, y cierra  
 Santiago, y cuatrocientos  
 Mosqueteros, y en la mesma  
 Furia el borgoñon albergue;  
 Y con saña tan resuelta,  
 Tras el Sansibier famoso  
 Leonato el marqués, y en nueva,  
 Aunque antigua bizzarria,  
 Picolomini caliente  
 Con sus ardientes corazas  
 La batalla, y con las nuestras  
 Embiste el de los Balbases,  
 Y en ardiente fortaleza,  
 Gambacurta desagracia  
 Tanta sangre en tanta ajena;  
 Yo y don Pedro Santaula  
 La escaramuza tremenda  
 Trabajamos con los dragones,  
 Que ni con valor sosiegan  
 Ni con las manos descansan;  
 Y en tan reñida pelea  
 Los bizzaros enemigos,  
 Que en heroica ni en inmensa  
 Valentia quince veces  
 Rendir, despejar intentan  
 Del puesto á los españoles,  
 Que en fuerte, en suma entereza,  
 Constancia, los quince asaltos  
 Resisten y los desprecian,  
 Como las inmóviles rocas  
 Del mar á las hondas fieras,  
 Que en espumas se deshacen,  
 Y en su porfia se quiebran;  
 Ya causados y rendidos,  
 La esperanza y campo dejan  
 Los suecos, y en fugas viles  
 Cambian arrogancias necias.  
 «Victoria, España y Hungria,»  
 Gritan todos, y del César  
 Y de Felipe los nombres  
 A eternidades se cuentan.  
 El Rey y el Infante siguen  
 La victoria, y tan sangrienta,  
 Que veinte mil fuertes vidas  
 A sus plantas quedan muertas.  
 Ganóse la artilleria  
 Y estandartes y banderas  
 Trecentas; todo el bagaje,  
 La gloria, que la primera  
 Se debe á Dios, á Felipe,  
 A tres Fernandos, y eterna  
 Al Marqués y á todos; tanto  
 Vence en Dios quien en Dios reina.  
 Cuantas casacas azules  
 Fueron celosa contienda  
 De Marte, en su sangre roja,  
 Ya son lástima, y no afrenta;  
 Hacen los croatas fieros  
 Su agosto, que sin clemencia,  
 En racionales espigas,  
 Cuantas topan; tantas siegan;  
 Herido y preso el Beimar,  
 Libre y prisionero queda  
 Gustavo Horns del gran duque  
 Lorenés, y con nobleza  
 Enemiga y grave asombro

El sueco dice: «¡Oh cuán cierta  
 Es vuestra fama, españoles!  
 Que hoy leones en fiereza,  
 Hombres no, sino prodigios,  
 Habiéis sido de la guerra.»  
 Norlinguen se rinde, y ciñen  
 Las sienas (siempre severas)  
 Del triunfo los dos Fernandos;  
 Despáchame con las nuevas  
 Al Rey, y el mar con portentos,  
 Y con asombros la tierra  
 Me detienen, pero en vano;  
 Que piratas y sirenas,  
 Bandereros y peligros,  
 Mas que me asustan, me tiemblan.  
 Ya en presurosas jornadas,  
 Antes á vuestra presencia  
 Que á Madrid llevo, y primero  
 A esta dicha que á sus puertas;  
 Lo demás lo habeis sabido,  
 Mis amorosas licencias  
 Perdonando; que amor tiene  
 Mayor luz en las mas ciegas;  
 Que en la muerte de don Pedro,  
 Er mis lástimas y endechas,  
 En mis daños y fatigas,  
 En mis ansias y finezas,  
 Como al sol la nieve cruda,  
 Como al campo la alta sierra,  
 Como al jebuche las ondas,  
 Como al céfiro las selvas,  
 Como al aurora las flores,  
 Como al rocío las yerbas,  
 A los ojos de mi Elvira  
 Todos mis males se templan.

MARCELO.

(Ap. Válgate el diablo mil veces,  
 ¡Qué gran mentira!) Una linea  
 Ni una tilde le ha quitado  
 A la verdad; ¡Jesus!

ELVIRA.

Llena  
 De admiracion y cuidado  
 Me dejais.

TERESA.

¿Y ha sido cierta  
 La resolucion que tuvo  
 El bandolero?

MARCELO.

¡Hay tal mengua!  
 ¡Que me echase los azotes  
 (Dios se lo pague) en galeras!

TERESA.

Que no era criado el otro,  
 Luego lo vi.

MARCELO.

¿En qué, Teresa?

TERESA.

En que no me dijo amores,  
 Siendo criada, y no lega.

MARCELO.

Lo mismo pienso hacer yo.

ELVIRA.

En relaciones, en piezas  
 Se refiere esta batalla,  
 Y bien pudo hallarse en ella,  
 Que es bizarro; ahora bien,  
 Ya la mentira primera  
 Les creimos, y es castigo  
 Empeño y venganza cuerda,  
 Que quien creyó una mentira,  
 Que todas juntas la crea.

DON DIEGO.

Este sí que es español  
 De los que cualquier princesa  
 Extraña puede prendarse,  
 Sin pecado de comedia.

TEODORO.  
Parece, Señora mía,  
Que habeis quedado suspensa.

ELVIRA.  
Vuestros peligros me asustan  
Aun todavía.

MARCELO.  
La hembra  
No está muy en la maraña,  
Pues socarrona y discreta...

TEODORO.  
Quien quiere acertar, Señora,  
Con amaros nada yerra.

DON DIEGO.  
Mejor don Luis tiene Elvira.

ELVIRA.  
¿No es el arte y la presencia  
Ruín testigo?

TEODORO.  
(Ap. ¡ Ah gran embuste,  
Y cuán pocos te escarmentan!)  
Marcelo, ¿qué dices?

MARCELO.  
Digo  
Que cuanto quisieres mientas  
En ti, pero en mi no quiero;  
Que con extraña inclemencia  
Me has arrastrado, y al punto  
Me ahorcaste, y después destas  
Justicias, así quisiste  
Azotarme, y solo resta  
Que luego en otro romance  
Me saques á la vergüenza.

TEODORO.  
Algo se ha de fingir.

MARCELO.  
Solo  
Se te olvidó (si te acuerdas)...  
TEODORO.

¿Qué?  
MARCELO.  
Que todo lo venciste,  
Que por Dios que te lo crean.  
(Vanse los dos.)  
DON DIEGO.

Gran soldado y caballero,  
Hermana; luego lo vi,  
Que en nada me engaña á mí,  
Que era el don Luis de Vivero  
Este, y no el otro, y ¡ qué bien  
En todo se conoció!  
Y así di la traza yo  
De tu desposorio.

ELVIRA.  
Y ¿también  
Estás en que este segundo  
Es don Luis?

DON DIEGO.  
Pues ¿no se ve?  
En mi vida me engañé.

ELVIRA.  
(Ap. No es menos necio en el mundo  
Un confiado; en efeto,  
Verdadero ó mentiroso,  
El es hombre bien garboso,  
Bien galán y bien discreto;  
Si aun fueran breves antojos  
Decir que inclinada estoy,  
Por lo menos ya no doy  
Por agraviados mis ojos.)  
¿Qué determinas, hermano?

DON DIEGO.  
Que has de desposarte luego.

ELVIRA.  
Ser luego, eso no, don Diego.

DON DIEGO.  
El replicarme es en vano.

ELVIRA.  
¿Qué colérica y dudosa  
Es mi suerte!

DON DIEGO.  
Ten paciencia;  
Que á pedir voy la licencia.

Sale DOÑA ANA.

Mas ¿qué buen encuentro, hermosa  
Doña Ana?

DOÑA ANA.  
Tan presuroso  
Primero, ¿adónde?

DON DIEGO.  
Hemos sabido  
(Ap. ¡Qué picon tan entendido!)  
Que es el don Luis y el esposo  
De Elvira...

DOÑA ANA.  
¿Quién?  
DON DIEGO.

El criado  
Del que lo fingió primero.

DOÑA ANA.  
¿Prima?

ELVIRA.  
En segundo Vivero,  
Sí, mejor anda embozado  
Mi peligro, y tan aprisa  
Como ves, mi hermano intenta  
El desposarme.

DOÑA ANA.  
¿Qué afrenta!  
Muchos un engaño avisa.

ELVIRA.  
Verdad es que es gentil hombre,  
En traza y modo no miente  
Ni engaña, mas no es decente...

DOÑA ANA.  
¿Qué hechizos tiene este hombre  
Con tu hermano?

ELVIRA.  
Juntos quiero  
Dejaros, porque mejor  
Le des á entender su error;  
Ser él y ser caballero,  
Si será, pero es mas justo  
El asegurarnos mas.

DOÑA ANA.  
Inclinada y cuerda estás,  
Mucho puedes con tu gusto;  
Véte.

TERESA.  
Si al fin es costumbre  
¡Ay señora! que molesta  
Todo marido, ya es esta  
Mas honrada pesadumbre.  
(Vanse Teresa y Elvira.)

DOÑA ANA.  
Aunque pudiera ofenderme  
De tu tibieza, primero  
Quejarme, don Diego, quiero  
(Tanto llegas á deberme)  
De lo que yerras contigo  
Que de lo que en mi no aciertas;  
Que manebo te diviertas,  
Que te entretengas amigo,  
No es culpa; que á Madrid veo  
Tan acomodado ahora  
(Oigolo así), que se ignora  
Una queja de un deseo;  
Mas que en tema vergonzosa  
Pongas en tanta aventura  
Una hermana, peor segura  
En lo mujer que en lo hermosa,  
¿Dónde está tu entendimiento?  
¿No sabes, mozo ignorante,

Que en Madrid á cada instante  
Se pisa en un escarmiento?  
Lo que pide mayor modo  
Es una atenta cordura;  
No creer nada es locura,  
Necedad creerlo todo;  
¿Qué noticias ó qué prendas  
Tienes de que cierto ha sido  
Lo que otra vez te ha mentido?

DON DIEGO.  
Paso, doña Ana, no ofendas  
Mi obligacion ni mi trato;  
Que antes me pondré ofendido  
A mil riesgos de mentido  
Que no á un peligro de ingrato;  
Tú no te has visto informada  
De sus partes; que si oyeras  
Su discrecion ó si vieras  
Solo en su mano una espada,  
Celos tuviera yo ahora  
De decirlo; ¿qué mas fe  
Que él mismo? Que en él se ve  
Cuando se duda ó se ignora.

DOÑA ANA.  
¿Que es tan valiente?  
DON DIEGO.  
Es espanto.

DOÑA ANA.  
En la ocasion pensar puedo  
Que tuviste mucho miedo,  
Pues ahora dices tanto.

DON DIEGO.  
¿Miedo es pagar...  
DOÑA ANA.

Ya te digo  
Que sea lo que quisieres,  
Que llevo á temer que queres  
Casarle tambien conmigo;  
No he visto en ansia amorosa  
Ley mas tierna y mas liviana;  
Que si yo fuera tu hermana,  
Ya me tuvieras celosa.

DON DIEGO.  
Decir lo que yo te adoro  
En todo el tiempo aun no cabe,  
Y pues tu experiencia sabe  
Que yo tus partes no ignoro,  
No te quejes.

DOÑA ANA.  
¿Yo quejosa?  
¿Qué bajo indigno blason!  
Que puedo en la presuncion  
Ser vanidad de una hermosa.

DON DIEGO.  
¿Ah qué falsa estás conmigo!

DOÑA ANA.  
¿Oh qué vano estás de ti!

DON DIEGO.  
¿Oh qué cierta estás de mí!

DOÑA ANA.  
¿Oh qué necio estás contigo!

(Vanse.)

Sale ELVIRA, sola.

ELVIRA.  
Amor, ¿qué medrosa llevo  
A tu nombre! ¿Oh nunca, amigo,  
No seas traidor conmigo!  
Basta loco y sobra ciego;  
A perdonarte me entrego,  
Si me pierdo bien en ti,  
Algo de la dicha sí,  
Mas de la disculpa no;  
Sea lo que amare yo  
Cuerto en él y digno en mí.  
¿Un hombre que vino errante

Ha de obligar á querido?  
Si ruin, le huyo marido;  
Si noble, le temo amante;  
Pero siempre estoy constante  
En que no he de sufrir yo  
Corto empleo; y si nació  
Sin favor mi suerte alguna,  
Sea baja su fortuna,  
Pero con bajeza no.  
Menos ofendida quedo,  
Si es mi amor aborrecido  
Del que debe ser querido.  
Dulce amor, todo eres miedo,  
Y yo toda soy recato;  
Que ha llegado el falso trato  
A que todo sea fingido,  
Y el mas disculpado pido,  
Pues todo ha de ser ingrato.  
A las experiencias demos  
Parte de lo que ignoramos,  
Los sentidos recojamos,  
Todo el hombre averiguemos.  
Pero aquí vienen; fíemos  
Luz tan nueva y escondida  
A escucharlos. ¡Oh perdida  
Razon! Si hay solo un nacer,  
Un vivir, ¿por qué ha de ser  
Tantas muertes una vida?

*Salen TEODORO y MARCELO.*

TEODORO.  
Marcelo, ¿en qué ha de parar  
Tanto enredar y fingir,  
Tanto anhelar y embustir?

MARCELO.  
¿Viste los remos del mar  
Vagando en tremenda hileras,  
Y que encierra en conclusion  
Tanta perla de ladron  
La concha de una galera?  
Pues de nuestro falso trato  
Lo mismo imagina ahora,  
Y yo se lo doy (Señora  
Comparacion) de barato.

*(Escucha Elvira desde la puerta.)*

ELVIRA. (Ap.)  
Bien los oiré desde aquí.

TEODORO.  
Ella, entre dulce y terrible,  
Es rebelion apacible.

MARCELO.  
¡Ay miedo! Así afato á mí.

ELVIRA. (Ap.)  
Atencion; que algo se mira.

MARCELO.  
Señor Vivero fingido,  
¿Qué hemos de hacer?

ELVIRA. (Ap.)  
Mas oído.

MARCELO.  
Con la hermosura de Elvira,  
¿Qué pillamos? Qué Vivero,  
Qué don Luis y qué soldado  
Es este que hemos tomado?

TEODORO.  
No lo sé; de amores muero.

ELVIRA. (Ap.)  
¡Ah enemigos!

MARCELO.  
¿Qué mentira  
Ha sido esta en que se ve  
Nuestro empeño?

TEODORO.  
Nada sé;  
Solo sé que adoro á Elvira.

ELVIRA. (Ap.)  
Ya es tiempo.

MARCELO.  
No hay que temblar, conde Fabio;  
Ya acabaron los disfraces,  
Sépalos el mundo.

ELVIRA. (Ap.)  
¿Qué haces,  
Pensamiento? ¿Haréte agravio  
En creer que esto es verdad?  
¿Dudaré? Sí, ¡oh cuán fea

MARCELO.  
Cosa que, si verdad sea,  
Lo ayude mi voluntad!

ELVIRA.  
Ea, Señora, ¿qué dudas?  
Sé condesa, pues que puedes,  
Porque hoy andan las mercedes  
O revoltosas ó mudas;  
Las salas luego se truequen,  
Zampa el dosel, y en tus faldas  
La silla vuelta de espaldas.

TEODORO.  
Por temer no la desflequen;  
Muy en ello estás.

MARCELO.  
¿Qué tarde  
Que lo tomas! Date prisa,  
Señora; que no hay condesa  
Que su vispera no guarde.

ELVIRA.  
¿Hay tan simples alegrías?

TERESA.  
¿Condesa y marquesa junto?  
Dila que te llame al punto  
Vuestro par de señorías,  
Y aun presumo en mi conciencia  
Que es poco, y que son agravios;  
Que anda entre los mismos labios  
Tropezando la excelencia.

TEODORO.  
Llámote proto-embustero.  
¿Qué bien salimos! Ten cuenta  
Si averiguan la regenta.

MARCELO.  
Otro embuste mas no quiero.  
Con la hija del Regente  
Al momento has de casarte;  
Voy...

*(Detiéndole Teodoro.)*

TEODORO.  
¿Procuras escaparte?

MARCELO. (Ap.)  
Pluguiera á Dios.

ELVIRA.  
Oyes, tente,  
No des voces, el secreto  
Os guardaré. (Ap. Y no me lleva  
Atencion para la prueba;  
Este es camino discreto.)

MARCELO.  
No hay secreto, lindo espacio;  
Con la lengua el falso vino  
A engañar, porque menino  
Fué desde niño en palacio;  
Yo no he de callar.

TEODORO.  
Traidor,  
Que me destruyes.

ELVIRA.  
Espera,  
Calla dos dias siquiera.

MARCELO.  
¿Dos dias á un hablador?  
¿Buen regalo! un siglo encierra  
Un instante; pero harélo.

TEODORO. (Ap.)  
De aquí bien veré gran cielo.

ELVIRA.  
*(Ap. De aquí descubro gran tierra.)*  
Conde, don Luis ó Teodoro  
*(Que estos tres nombres te sé),*  
No digo que te querré,  
Que aun ese efecto me ignoro;  
Cualquiera que seas, si eres  
Hombre principal y honrado,  
En las costumbres sobrado,  
Tienes lo que no tuvieres;

MARCELO.  
Estamos sitiados.

ELVIRA.  
Embusteros, ah traidores,  
Ah infames, ah enredadores.—  
¡Hermano, hermano, criados!

TEODORO.  
¿Qué tienes?

ELVIRA.  
Ladrones son.

TEODORO.  
Perdidos somos, Marcelo.

MARCELO.  
Al grátis-dato yo apelo.

TEODORO.  
Traicion, señores, traicion.

ELVIRA.  
Da voces.

MARCELO.  
Sí, yo tambien  
Daré voces, daré gritos  
Fieros, grandes, infinitos;  
¿Cómo parecerá bien  
Que, siendo tú el conde Fabio,  
Hijo del noble marqués  
De Bitoldo, que este lo es...

TEODORO. (Ap.)  
¿Conde, marqués!

MARCELO.  
Se haya hecho, ó que por solo  
Que allá don Pedro, tu hermano  
(Dios se lo perdone), un vano  
Retrato, injuria de Apolo,  
Le enseñó, viene muy necio,  
Enamorado y perdido  
A intentar ser tu marido?  
Pero yo hablaré mas récio.—  
Pues á casar te has venido  
Con la hija del Regente,  
Todo amor es vano y miente,  
Serás, traidor, su marido;  
Iréme al Rey, iré al Conde.  
*(Saca la daga, va tras él Teodoro, y  
detiéndole Elvira.)*

TEODORO.  
Perro, calla, ¿este secreto  
Descubres?

ELVIRA.  
Tened.

TEODORO.  
¿Qué aprieto!

Si en el centro se me esconde,  
Le he de matar.

ELVIRA.  
Tenéos.

MARCELO.  
De Italia iré al presidente;  
¿A la hija del Regente  
Quieres burlar?

TEODORO.  
¿Mis deseos  
Tan hermosos y tan justos  
Me estorbas, traidor, villano?  
Solo á Elvira doy la mano.

ELVIRA.  
Templad, Señor, los disgustos.

MARCELO.  
No hay que temblar, conde Fabio;  
Ya acabaron los disfraces,  
Sépalos el mundo.

ELVIRA. (Ap.)  
¿Qué haces,  
Pensamiento? ¿Haréte agravio  
En creer que esto es verdad?  
¿Dudaré? Sí, ¡oh cuán fea

MARCELO.  
Cosa que, si verdad sea,  
Lo ayude mi voluntad!

ELVIRA.  
Ea, Señora, ¿qué dudas?  
Sé condesa, pues que puedes,  
Porque hoy andan las mercedes  
O revoltosas ó mudas;  
Las salas luego se truequen,  
Zampa el dosel, y en tus faldas  
La silla vuelta de espaldas.

TEODORO.  
Por temer no la desflequen;  
Muy en ello estás.

MARCELO.  
¿Qué tarde  
Que lo tomas! Date prisa,  
Señora; que no hay condesa  
Que su vispera no guarde.

ELVIRA.  
¿Hay tan simples alegrías?

TERESA.  
¿Condesa y marquesa junto?  
Dila que te llame al punto  
Vuestro par de señorías,  
Y aun presumo en mi conciencia  
Que es poco, y que son agravios;  
Que anda entre los mismos labios  
Tropezando la excelencia.

TEODORO.  
Llámote proto-embustero.  
¿Qué bien salimos! Ten cuenta  
Si averiguan la regenta.

MARCELO.  
Otro embuste mas no quiero.  
Con la hija del Regente  
Al momento has de casarte;  
Voy...

*(Detiéndole Teodoro.)*

TEODORO.  
¿Procuras escaparte?

MARCELO. (Ap.)  
Pluguiera á Dios.

ELVIRA.  
Oyes, tente,  
No des voces, el secreto  
Os guardaré. (Ap. Y no me lleva  
Atencion para la prueba;  
Este es camino discreto.)

MARCELO.  
No hay secreto, lindo espacio;  
Con la lengua el falso vino  
A engañar, porque menino  
Fué desde niño en palacio;  
Yo no he de callar.

TEODORO.  
Traidor,  
Que me destruyes.

ELVIRA.  
Espera,  
Calla dos dias siquiera.

MARCELO.  
¿Dos dias á un hablador?  
¿Buen regalo! un siglo encierra  
Un instante; pero harélo.

TEODORO. (Ap.)  
De aquí bien veré gran cielo.

ELVIRA.  
*(Ap. De aquí descubro gran tierra.)*  
Conde, don Luis ó Teodoro  
*(Que estos tres nombres te sé),*  
No digo que te querré,  
Que aun ese efecto me ignoro;  
Cualquiera que seas, si eres  
Hombre principal y honrado,  
En las costumbres sobrado,  
Tienes lo que no tuvieres;

Para mí no hay cosa alguna  
Mas indigna, mas vulgar,  
Mas injusta, que tasar  
Los hombres por su fortuna;  
Seas laurel ó seas roble,  
No dudes que en esta parte  
Solo no he de perdonarte  
Ser hombre de bien y noble.

TEODORO.  
Menos que al alma ilustrara  
No supiera amarte á tí,  
Y tu sol, que vive en mí,  
Hasta la sangre hace clara;  
Mi amor es todo español.

MARCELO.  
¿Las lágrimas de tu madre  
Y el Regente?

TEODORO.  
¿Qué! No hay padre;

Elvira es hija del sol.  
Teodoro, el merced arrima,  
Y di cuál menos agravia,  
La Condesa, Elvira ó Fabia.

MARCELO.  
El socorrillo de prima  
Fuera gran cosa.

TEODORO.  
Locura;  
Condesa entera le queda.

MARCELO.  
Llámesese, mientras que hereda,  
Condesa de Ja Futura.

TERESA.  
Pregunto al hombre de bien,  
¿Las criadas de condesas  
Son señoras?

MARCELO.  
Si profesas,  
Has preguntado muy bien,  
Muy rebien; si no lo son,  
Podrán ser cuentas benditas;  
Que yo he llamado infinitas  
Con harta menos razon.

TERESA.  
Qué, ¿estamos desahuciadas  
De señora?

MARCELO.  
Eso no.

TERESA.  
Por cierto que pensé yo  
Que bastaba vizcriaditas.

TEODORO.  
Una joya de valor,  
Luego que llegue, le dés,  
La recámara.

TERESA.  
Los pies  
Beso al Conde, mi señor.

TEODORO.  
Malvado, ¿qué le respondes?

MARCELO.  
Pillaro, este giorno afuera,  
Si de responder hubiera,  
Pobrecitos de los condes.—  
El patron, fillola mia,  
¿Es noble?

TERESA.  
Y cristiano viejo.

MARCELO.  
Buen vino en cualquier pellejo.

TERESA.  
¿Y es rico su señoría?

MARCELO.  
Cien mil carlines contados  
De renta.

TERESA.  
¿Y es un carlin...

DD. C. DE L.-II.

MARCELO.  
Cuarenta escudos.

TERESA.  
En fin,  
Mas son de tres mil ducados.

TEODORO.  
¿Condesa hermosa?

ELVIRA. (Ap.)  
Tened;  
Mas cuerda soy hasta ahora.

TERESA.  
¿Qué triste estás! ¿Ay señora!  
¿Hante llamado merced?

ELVIRA. (Ap.)  
Dudas, yo he de averiguaros.

TERESA.  
¿Qué os parece estas venturas?

MARCELO. (Ap.)  
Que hemos de quedar á oscuras  
En siendo condes mas claros.

### JORNADA TERCERA.

Salen DON DIEGO y ELVIRA.

DON DIEGO.  
Díme otra vez y otras ciento,  
Hermana, tan nuevo caso,  
Que si á la pena le paso,  
Tendré quejoso al contento;  
En fin, dices...

ELVIRA.  
Que esta nueva  
Novedad hay mas, y en suma,  
Destos pájaros la pluma  
Tantas veces se renueva.  
Que el dudarlo y el creello  
En tu prudencia no mas  
Consiste, y cuerdo verás...

DON DIEGO.  
No pienso dudar en ello,  
Aunque no haré novedad  
Mientras la noticia es corta;  
Mas servirle, es lo que importa,  
Con mayor autoridad;  
El duplicar el cochero  
Es forzoso, que á no nada  
Es vispera titulada;  
Y ahora acordarme quiero  
Que mil veces me escribió  
Que un señor napolitano  
Era su amigo, mi hermano,  
Y si tu retrato vió,  
No dudes que enamorado  
Te busca.

ELVIRA. (Ap.)  
¿Hay facilidad  
Mayor! Hay tal necedad!  
¿En qué olvido se ha bañado  
Su razon, que en tanto abismo  
La pone? Y si algun encanto  
Hay en esto, aunque no tanto,  
Yo peligro ya en el mismo.  
¿Oh qué necio se despeña  
Hombre, si merece el nombre  
Quien á estar creyendo á un hombre  
Con obstinacion se empeña!

DON DIEGO.  
¿Qué estás discurrendo, Elvira?  
Que es conde y será marqués;  
¿Qué mucho?

ELVIRA. (Ap.)  
¿Qué antigua es  
La dicha de una mentira!

DON DIEGO.  
Su presencia corresponde  
A dignidad tan lucida,  
Y no he visto yo en mi vida  
Mejor tamaño de conde.

ELVIRA.  
¿A quién donaire no hiciera  
Esta liviandad?

DON DIEGO.  
Hermana,  
Yo no he visto esta mañana  
Al Conde, y buscarle...

ELVIRA.  
Espera;  
Que es razon comunicarle,  
Y ahora vendrá doña Ana.

DON DIEGO.  
¿Qué prudencia tan anciana!  
No vendrá mas que á dudarlo  
Todo, y con sus bizarrías  
A ofender tambien.

ELVIRA.  
Don Diego,  
Mira que el ver...

Entran DOÑA ANA y TERESA.

TERESA.  
Entra luego,  
Zampano las señorías.

DOÑA ANA.  
(Ap. Tan loca criada está  
Como ellos.) ¿Primo?

DON DIEGO.  
¿Señora?

DOÑA ANA.  
Que es mar nuevo cada hora  
El dia; contadme ya  
Lo que no pudo Teresa  
Con su alborozo.

DON DIEGO.  
Esto es  
Que el señor conde y marqués  
De Bitoldo...

ELVIRA.  
Lo Marquesa  
Estoy temblando.

DON DIEGO.  
Un retrato  
Vió de Elvira, enamoróse  
En Italia, y resolvióse  
Con este embozo y recato  
A venirse, y sin saberlo  
Su padre...

DOÑA ANA.  
Fineza ha sido;  
Mas ¿qué certeza ha traído  
De que es él?

DON DIEGO.  
Tropezó en ello;  
Si no es conde ó son engaños,  
Disputarlo ya no espero  
Contigo.

DOÑA ANA.  
Ni yo lo quiero;  
Dios os conde muchos años,  
Dios nos libre que en enredos  
Se cebe una voluntad;  
Que llegará la verdad,  
Antes que en pasos, en miedos.—  
Y tú, ¿por ventura estás  
Tan necia?

ELVIRA.  
Llego á dudarlo,  
Y en llegar á desearlo,  
No tan necia, pero mas.

TERESA.  
(Ap. De envidia y rabia le pesa;

Ved con lo que ahora viene.)  
Pues ¿mi señora no tiene  
Harto bulto de condesa?  
Y á fe que todos los días  
A mil pobres, desta salsa,  
Pienso por la puerta falsa  
Dar sopa de señorías.

DOÑA ANA.

¿Conde? (Ap. Endiablados están  
Todos.)

ELVIRA.

Hermano, lleguemos  
A su aposento, y veremos  
Si algunas señas nos da,  
Papeles, en que se funda  
La verdad.

DON DIEGO.

Tu parecer  
Sigo, aunque no es menester.

ELVIRA.

En esta pieza segunda  
Está un bufete, y en él  
Muchos papeles.

(Estén en un bufete muchos legajos de  
papeles.)

DON DIEGO.

Veamos  
Si mas testigos hallamos.

ELVIRA.

Dice el primero papel:  
«Soneto en lengua italiana,  
«Al retrato di signora  
«Elvireta.»

DON DIEGO.

¿Desto ahora  
Qué dices? Yo apuesto, hermana,  
Que es gran soneto.

DOÑA ANA.

Si es suyo,  
Compondrá bien cualquier cosa.

ELVIRA. (Ap.)

No escondió lo malicioso.

TERESA.

Soneto al retrato tuyo,  
¿Es cosa mala?

ELVIRA.

Aquí trata  
De negocios: «Memoriali  
«De servichi principali,  
«Y calità de casata  
«Bitolda.»

DOÑA ANA.

¿Es mucha familia?  
DON DIEGO.  
Pese á tal, ha emparentado  
Con lo mas noble y granado  
De Nápoles y Sicilia.

DOÑA ANA.

Temiéndome estoy de loca  
Tambien: ¿como, buen hermano,  
Te has informado temprano?

ELVIRA.

Del conde de la Bicoca,  
Del marqués de la Garulla  
Y del duque de los Codos  
Cartas.

DOÑA ANA.

Sus estados todos  
Pienso que caen en la Pulla.

DON DIEGO.

Esa es provincia famosa  
En Nápoles.

ELVIRA.

Retirado  
Está aquí un pliego y cerrado.

DOÑA ANA.

Abrirle.

DON DIEGO.

¿Dama, y curiosa?  
Dios nos guarde.

ELVIRA.

«Al marqués, conde  
»De Bitoldo, mi señor,»  
Dice.

DON DIEGO.

Todo en su favor  
Habla, concierta y responde.

ELVIRA.

En español es la carta,  
Y dice así: (Lee.) «Aunque son tantos  
»De una verdad los peligros  
»Y de una fe los agravios,  
»La que á tu servicio tengo,  
»Como antiguo y fiel criado,  
»Y que recibí en tu casa,  
»La obligacion de los años  
»Me obliga, fuerza y compele.  
»Gran señor, que abanderando  
»Mis riesgos, te dé noticia  
»Que tu hijo, el conde Fabio,  
»Sin mirar á la grandeza  
»De tu casa, al nombre claro  
»De sus mayores (¿qué injuria!),  
»Persuadido de un retrato  
»(Ap. Dios nos ayude), casarse  
»Intenta, y está casado  
»Con una dama española,  
»Que aunque de buen gesto y garbo,  
»No es mas que una honrada hidalga,»  
(Ap. No es corta alhaja lo hidalgo,  
Con licencia de lo conde.)

DON DIEGO.

En el fuero castellano  
No hay mas blason que hidalguia;  
Prosigue.

ELVIRA.

(Lee.) «Y tantos engaños  
»Ha hecho, que se ha fingido  
»(¿Qué indecencia!) un moderado  
»Particular caballero,  
»Que ella aguardaba, y él, falso,  
»Ciego de amor, claramente  
»Quien es ha dicho, entregando  
»A nubes tan escuderas  
»Del sol los bitoldos rayos,  
»Y aun pienso que ofrecer quiere,  
»En trueque indigno, á su hermano  
»A tu hija, la señora  
»Doña Quiteria Fracaso.»

DON DIEGO.

Eso no me lo habia dicho.

ELVIRA.

Tenialo reservado  
Para albricias.

DOÑA ANA.

Yo os ofrezco  
De no acusaros de ingratos.

ELVIRA.

(Lee.) «De la hija de tu deudo  
»Ni se acuerda ni hace caso,  
»Doctor, mi señor; al hombre  
»No hay metérselo en los cascos,  
»Porque he querido dar cuenta  
»Al Rey; lo que llaman palos  
»En Castilla es la amenaza  
»Mas barata de sus manos;  
»Este es el fingido viaje  
»De Alemania, este el bizarro  
»Aliento, en que prometia,  
»Pompeyo napolitano,  
»Que era César un belitre,  
»Y un bellaguin Alejandro;  
»Este el báculo, el arrimo,  
»El bien, el gusto, el descanso  
»De tu vejez.»

DON DIEGO.

Ea, no leas  
Ya mas. ¿Qué mas declarados  
Indicios? ¿Qué mas testigos?  
Yo perdono al secretario,  
Siendo Guzman, lo escudero,  
Aunque ignora que los altos  
Linajes, como este y otros,  
No sufren medios muy bajos.  
Si tienen mentido el nombre,  
Están lucidos y claros,  
Si le tienen verdadero,  
Que en cualquier sitio y estado  
Son mejores que otros muchos  
De otras clases, ya el acaso  
Del casarse los guarnezca,  
O los corone de aplausos;  
A sacar cuatro doseles  
Voy, y tambien otras cuatro  
Colgaduras, pues ya es tiempo  
De prevenir los dos cuartos;  
Vuelve el pliego, y diestramente  
Le deja oculto y cerrado  
Adonde estaba escondido,  
Y adios.

TERESA.

¿Ay miedo, si entrambos  
Fuesen marqueses!

DOÑA ANA.

Elvira,  
Si es falso ó si es fino el trato,  
No lo juzgo; mas, ya sea  
Engaño ó verdad, el diablo  
No puede disponer mas bien  
Un embuste y un engaño;  
Casi me voy persuadiendo;  
Pero véte muy despacio;  
Que inclinacion y codicia  
Dan mucha prisa á tus pasos.

TERESA.

¿Qué linda predicadora  
Tenemos! Y si al reclamo  
Le viniera el ser condesa,  
Lo hiciera ella mas barato.

ELVIRA.

No me temas fácil nunca;  
Que no digo yo dudando,  
Sino en altas evidencias  
Y en intentos soberanos,  
Como es no mas que un dudoso  
Caballero, acompañado  
De honores, que los venero  
En cualquiera que los hallo;  
Tuviera cuantas grandezas  
Esconde en senos avaros  
El sol, ó cuantas ahora  
El nuevo hermoso palacio  
Contiene, que en el desvelo  
De un siempre atento cuidado,  
O son triunfo de su dueño,  
O son desden de su mano;  
Tarde mi paz turbarian,  
Prima; que tengo muy mansos  
Los deseos, y con ellos  
Los pensamientos muy bravos.

(Vanse.)

Salen TEODORO y MARCELO.

MARCELO.

No es menos lo que refiero.

TEODORO.

¿Suceso extraño!

MARCELO.

Segui  
La tropa, luego que oí  
Era don Luis de Vivero.

TEODORO.

¿Don Luis?

MARCELO.  
Don Luis, y al postigo  
De San Martín, en posada  
Bien puesta y autorizada  
Se apea.

TEODORO.  
No estoy conmigo,  
De asustado.

MARCELO.  
En fin, la gente,  
Que trae mucha y bien lucida,  
Mientras la cena ó comida  
Se dispone diligente.  
De un baulete pequeño  
Y unas maletas desata  
Curiosa y bastante plata,  
Al noble gusto del dueño;  
Vestidos verdes y rojos,  
Y negros muchos, y en suma  
(Aquí atención, que sin pluma  
Saqué la copia en los ojos),  
Cinco joyas muy lucidas  
De varia hechura, pequeñas  
Las dos, mas ningunas señas  
Se quedaron escondidas;  
El tal Vivero á un vecino  
Por la casa preguntaba  
De don Diego, y si llegaba  
La otra ropa, que imagino  
Que viene la impertinente  
Telaza y el majadero  
Oropel, que es lo primero  
En que á las novias se miente;  
Ahora, Teodoro, mira  
Qué hemos de hacer, que en los huesos  
Está con estos sucesos  
Nuestra bien gorda mentira;  
Si ha de haber fuga forzosa  
Al punto; que no creia  
Que hasta la bellaqueria  
Ha menester ser dichosa.

TEODORO.  
¿Qué dices, cuitado? Calla,  
Ten ánimo, ten aliento;  
Que aun á nuestro vencimiento  
Le queda mucha batalla.  
Mira el bufete, si acaso  
En el facillo han caido  
Del papelaje.

MARCELO.  
Habrá sido,  
Como dicen, bravo paso;  
Revueltos están, y el pliego  
De la verdadera historia  
Le han abierto.

TEODORO.  
Ten memoria  
De los joyones, y luego  
Atiéndeme á la maraña,  
Que aun tiene vida.

MARCELO.  
La Elvira,  
Y lo demás.

TEODORO.  
La mentira  
Ya es traje, y á nadie engaña.

MARCELO.  
¿No era mas corto rodeo  
El fingir? Que á esta doncella,  
Yo no hallo el ser tan bella.

TEODORO.  
¿Qué importa, si yo lo veo?  
Que en la sabrosa batalla  
De la hermosura, á ser viene  
Belleza la que se tiene,  
Pero mas la que se halla.

Salen ELVIRA, DOÑA ANA y TERESA.

TERESA.  
Ya está el Conde, mi señor,  
En casa; ¡qué alegre cosa  
Un señorazo!

TEODORO.  
Hoy, esposa,  
Queja tendréis de mi amor;  
Que en no permitidos ocios,  
Me embarazan cada instante  
Varias cosas, que en lo amante  
Son groseros los negocios,  
Y es la ocupacion ahora  
Mas justamente ofrecida  
A importancias de la vida,  
El morir por vos, Señora;  
Sé que es locura adoraros  
Sin mas méritos que el mio,  
Y siendo este el desvario,  
No hay mas acierto que amaros.

ELVIRA.  
Si los recatos y enojos  
Se hallaran mas persuadidos,  
Ni je estorban mis oidos,  
Ni desayudan mis ojos;  
Hablad á mi prima.

TEODORO.  
Prima,  
Aunque es nombre sospechoso  
Para todo grande esposo,  
Haré el aprecio y la estima  
Que debo de su merced.

DOÑA ANA.  
¿Que ni en tanta italianía  
Me quepa una señoría!  
Estrella tengo en merced.

MARCELO.  
Usia no esté encogida;  
Que ya...

DOÑA ANA.  
No estés deshollada;  
Que señoría llamada  
Es persona agradecida.

ELVIRA.  
¿Qué poco me desvanece  
Nada! Mas guerras que el nombre  
Es el hombre, y en el hombre  
No hay mas de lo que merece;  
¿Oh si los grandes señores  
Fuesen merced! que ir guardando  
El soto, ¿qué importa, cuando  
Las guardas son cazadores?

MARCELO.  
¿Hay fantástica aficion?

TERESA.  
¿No le he dicho que al cuitado  
Le tengo mas desdenuado  
Que á los Martínez el don?

MARCELO.  
¿Bravo rumbo!

TERESA.  
¿Qué te quejas?  
Del volumen no te asombres;  
Que tambien traen los hombres  
Guarda-infante en las guedejas;  
Solo á preguntarte vengo,  
Por hablar al uso bien,  
Si eres tú Conde tambien?

MARCELO.  
Alguna amenaza tengo,  
Y no hay vivir ni hay paciencia;  
Que está el mundo en vil porfia,  
Pesado por señoría  
Y necio por excelencia;  
Vuestra merced, ¿qué mancilla  
Me haceis? ¿Que hoy se llegue á ver

Ofensa la que fué ayer  
Honra de un rey de Castilla!

TERESA.  
No te pierdas, ignorante,  
No prediques. (Vase.)

MARCELO.  
Calla, loca;  
Que en estas fiestas me toca  
Mi púlpito en consonante.

Entre muy apresurado DON DIEGO.

DON DIEGO.  
Ya quedan de raso de oro  
Los tres doseles llados;  
Que usándose tres estrados...  
Pero ¿aqui el Conde y Teodoro?—  
Hermano, vueseñoría  
Me dé la mano.

TEODORO.  
La mano  
Te doy, y otra mas de hermano.

DON DIEGO.  
(Ap. Cierto es aquello.) La mia,  
En serviros ocupada,  
No ha estado á un tiempo breve  
A vuestros piés, como debe.

MARCELO.  
¿Que introducida y cansada  
Esta necedad cortés  
Anda! que es lo cortesano,  
O «yo beso vuestra mano»,  
O «yo beso vuestros piés».

Salte TERESA.

TERESA.  
Un criado de palacio  
Busca al Conde, mi señor. (Vase.)

MARCELO.  
¿Hay embeleco mayor!

TEODORO.  
¿Hola!  
Querrán muy de espacio  
Que entres en las fiestas.

MARCELO.  
Que  
Entre el criado.

Entra UN CRIADO.

CRIADO.  
¿Vueseñoría?

TEODORO.  
(Ap. No le oiré, por vida mia.)  
Sillas; pero estoy en pié.

CRIADO.  
Mi señora la Condesa,  
Duquesa, á vueseñoría.

TEODORO.  
¿Qué grandeza y cortesía!

CRIADO.  
Y á mi seora la Marquesa  
Suplica vayan á honrar  
Las fiestas que en Buen-Retiro...

TEODORO.  
¿Qué justamente me admiro!  
¿Y es digno de celebrar  
Destos tan grandes señores,  
Que, en servir siempre ocupados,  
Partan tan altos cuidados  
En tan diversos favores  
Y tan baratos? Ninguna  
Modestia á la suya alcanza;  
Quieren ser en alabanza  
Como son en la fortuna.

A su excelencia dirá  
Vuesacé que, si pudiere,  
La Condesa, ó si quisiere,  
Irá á servirla.

MARCELO.

Y podrá

Añadir el mensajero  
Que sí al Conde, mi señor,  
A tiempo, en tanto favor,  
Le llegaren, como espero,  
Dos frisonos de Toscana,  
Toreando á lo español,  
Dará envidia á todo el sol,  
Y á todo lo Cantillapa.

TEODORO.

¿Qué fiestas hay?

CRÍADO.

Las mayores

De á caballo, y despues dellas,  
Dos comedias.

TEODORO.

Iré á vellas,

Que huelgo de sus primores.  
¿Cúyas son?

CRÍADO.

Es peregrina

La primera, de un lucido  
Ingenio grande, escondido  
En lo Tirso de Molina.

MARCELO.

La otra será mediana;  
Que es de un fidalgo que en ellas  
Nada hace bien sino hacellas  
Muy tarde y de mala gana.

TEODORO.

¿Qué es la historia?

CRÍADO.

La tragedia

(Bien que con lazos severos)  
De dos grandes embusteros.

TEODORO.

Gran mundo es esa comedia;  
Será cosa entretenida.  
Vuesacé vaya en buen hora,  
Y á la excelente señora  
Beso la mano.

MARCELO.

Pulida

Guarnicion.

DON DIEGO.

Muy gran favor

Destos señores ha sido.

TEODORO.

¿Quién mucho no ha recibido  
De su grandeza?

*Sale TERESA y UN CRIADO.*

TERESA.

Señor,

De parte del Almirante  
Un recado.

TEODORO.

Este es cuadrilla.

CRÍADO.

El Almirante.

TEODORO.

En Castilla

Gran cosa; pase adelante.

CRÍADO.

Suplica á vuesñoría  
Luzga su cuadrilla, entrando  
Con él.

MARCELO.

Lo estaba temblando.

TEODORO.

Atended, esposa mía;

Dígale que ya en linaje  
Soy Guzman.

DOÑA ANA.

Y buen galan.

TEODORO.

Aunque Enriquez y Guzman  
Es antiguo maridaje,  
Que de mi no determino  
Sin saberlo.

(*Vase el Criado.*)

DOÑA ANA.

¿Qué primores!

Los tres Guzmanes mayores.

MARCELO.

El haber sido menino  
En aprieto semejante  
Te pone; ha sido galano  
Este nuevo pasamano.

TEODORO.

Ya respondí al Almirante.

DON DIEGO.

¿Qué honradazos pensamientos  
Tiene, hermana! ¿Qué respondes?

ELVIRA.

Que parecen bien los condes  
A su obligacion atentos.

*Sale TERESA.*

TERESA.

De un don Luis de Vivero,  
Que de Italia hoy ha llegado,  
Está á la puerta un criado.

TEODORO.

Conocí á ese caballero,  
Dios le perdone.

MARCELO.

¿Qué haces,

Teodoro?

TEODORO.

Yo estoy despierto.

DON DIEGO.

¿Don Luis? ¿Quién duda que es muerto?

DOÑA ANA.

¿Don Luis? ¿Si hay nuevos disfraces?

TEODORO.

Ea, ¿por qué no decis  
Que entre?

ELVIRA.

En mas nuevo cuidado

Entro. ¡Buen talle!

*Sale DON LUIS.*

DOÑA ANA.

Extremado.

MARCELO. (*Ap.*)

Teodoro, el propio don Luis  
Es, por Dios.

TEODORO.

¿Cómo? ¿Qué es esto?

¿Hay deshuello tan patente?

¿Hay maldad tan insolente?

DON DIEGO.

¿Qué es esto?

TEODORO.

Agarradle presto;

Que este el bandolero es  
Que nos robó en Cataluña,  
¿Y el traidor la espada empuña?

DON DIEGO.

¡Oh perro!

ELVIRA.

¡Ay triste!

DON LUIS.

Despues

De deciros que mentís  
Mil veces, no el bandolero,  
Sino don Luis de Vivero,  
Soy.

TEODORO.

Criado y don Luis  
Juntamente; ya verán  
Si el que una vez ha mentido  
Puede nunca ser creído;  
Y el bellaco el capitan  
Es por lo menos, y aquel  
Que el retrato me tomó.

DON DIEGO.

Mintiendo en efecto entró;  
No hay creelle.

MARCELO.

Vamos tras él;

Que se escapará.

TEODORO.

Eso temo,

Que es ladron; echadle mano.

DON LUIS.

Tú mientes, como un villano.

TERESA.

¿Mentís á un conde? ¡Oh blasfemo!

ELVIRA.

¡Hay tan nuevas confusiones!

DON DIEGO.

Matarle, si se resiste.

DOÑA ANA.

Harto bizarro es el triste.

TERESA.

¿Qué lindos son los ladrones  
En Cataluña!

DON LUIS.

¡Esto escucho!

MARCELO.

Si las joyas trae consigo  
Vedle, que todas me obligo  
A decirlas; y ¿qué mucho,  
Si á mi cargo tantos años  
Las tuve?

(*Escudriñante.*)

DON DIEGO.

El retrato bello

Que yo envié á don Pedro Tello  
Es este.

TEODORO.

¡Qué dicha!

DON LUIS. (*Ap.*)

Engaños

Es cuanto en Madrid se topa.

MARCELO.

Cinco joyas el malvado  
Nos quitó.

DON DIEGO.

Cinco he topado.

MARCELO.

La primera es una Europa  
De rubis, bufando el toro  
De ver que mueve sus faldas  
Un céfiro de esmeraldas.

TEODORO.

Costó á mi padre un tesoro  
En la almoneda de Urbino.

DON DIEGO.

¡Hay tal ladron! Señor Marqués,  
La misma, la misma es.

MARCELO.

Un abujon peregrino  
Es la otra.

DON LUIS. (Ap.)  
¿Qué demonio  
Dárselo pudo á entender?  
MARCELO.  
¿Las otras?  
DON DIEGO.  
No es menester  
Mas señas, mas testimonio  
Del salteo; un alguacil  
Llamemos; que esta prision...  
TEODORO.  
Eso no; que aunque es ladron,  
Tan cortes y tan gentil  
Anduvo, que el buen pasaje  
No le excusó.

DON LUIS. (Ap.)  
¿Hay tal suceso!  
Hay tal maldad! y ¿qué exceso  
Venirme yo sin un paje!

DOÑA ANA.  
Ni su talle ni su cara  
Le culpan.

TEODORO.  
Yo le seré  
Alcalde, y le basto, aunque  
Fuese Ladron de Guevara.

ELVIRA.  
¿Cárcel mi casa?  
MARCELO.  
No hay trena  
Sin grillos.

TEODORO.  
Dáos á prision.  
DON LUIS.

¿Yo ladron? ¿A mi ladron?  
DON DIEGO.

Vaya, échele una cadena.  
MARCELO.

¿Oh bautizada guardaña!  
DON LUIS.

¿Tratar así á un caballero?  
MARCELO.

¿Tratóme el ruin bandolero  
Mejor á mi en Cataluña?  
(Llévanle á empellones, y quedan doña  
Ana, Elvira y Teresa.)

DOÑA ANA.  
Aguarda, prima; y ¿tú estás  
En que es ladron?

ELVIRA.  
Si es ladron  
O no, ya en mi confusion  
No cabe, no cabe mas;  
A resolverme no acierto,  
Ni á discurrir; que ha traído  
Las señas de un foragido  
Y las noticias de un muerto;  
Y aunque su talle le abona,  
Al paso que todo va,  
Mas que por la barba ya,  
Se miente por la persona.

DOÑA ANA.  
O ladron sea ó Vivero,  
Mira cuánto yo me agravio;  
Yo te doy tu conde Fabio,  
Y me tomo el bandolero.

ELVIRA.  
Lastimada estás del caso;  
¿Y mi hermano?

DOÑA ANA.  
Él se mejora;  
Que ahí le queda, Señora,  
Doña Vitoria Fracaso.  
(Vanse.)

Sale DON LUIS.

DON LUIS.  
A mí preguntarme quiero,  
Si es que yo lo sé, qué ha sido  
Esto que me ha sucedido.  
¿Yo muerto? Yo bandolero?  
Yo ladron, y preso yo?  
Y cuando buscaba aquí  
Prisiones de amante sí,  
Pero de culpado no,  
Quise, á lo galan anciano,  
Ver escondida á mi esposa,  
Y quedo á su vista hermosa  
En los grillos de otra mano;  
Este conde y cuanto hallé  
En esta casa turbó  
Mi paz toda, y solo no  
Quedó turbada mi fe;  
El original ingrato,  
Que sin reparar en ello  
Vió mi estrago, y en lo bello  
Solo no mintió el retrato.  
Criado ni criada se ve.

TERESA. (Aprisa.)  
¿Qué intentará mi señora?  
DON LUIS.

Por allí va.—Ce,  
TERESA.  
A deshora,  
¿Qué mala letra es la ce!

DON LUIS.  
Ce, ¿á quién digo?  
TERESA.  
¿Quién cecea?

DON LUIS.  
Llegad; don Luis de Vivero.

TERESA.  
Gato por el mes de enero,  
Aun sin tejado saltea,  
Mal año.

(Huye, y cógela don Luis.)

DON LUIS.  
En vano á los piés  
Pedis socorro.

TERESA.  
¿Ay señores!  
Si hubo tantos salteadores,  
Señor Vivero montés,  
Yo le pido...

DON LUIS.  
El salteamiento  
Forzado de vos ha sido.

TERESA.  
¿Ay triste! ¿quién me ha traído  
Ahora á aqueste aposento?

DON LUIS.  
No temais, doncella hermosa.

TERESA.  
De ese lado nada temo.  
DON LUIS.

Basta de linda el extremo,  
No le tengais de medrosa.

TERESA.  
¿Requebrador tambien es?  
DON LUIS.

Solo de vos saber quiero  
Qué hombre es este ó caballero.

TERESA.  
Un infinito marqués,  
Que se casa con mi ama,  
Y antes era... Pero sientó  
Entrar gente al aposento,  
Y no espero mas. (Vase corriendo.)

DON LUIS.

¿Hay llama  
De volcan que fuego tanto  
Despida? Hay rayo veloz  
Que abraze mas' que esta voz?

Salen ELVIRA y DOÑA ANA.

DOÑA ANA.  
De tu cordura me espanto;  
¿Aquí vienes?

ELVIRA.  
Prima mia,  
Ser una mujer piadosa  
En el puesto es baja cosa;  
Pero es alta bizarría  
La piedad en la piedad,  
Y despues de haberte oído,  
Tampoco me he persuadido  
Que es ladron.

DOÑA ANA.  
La oscuridad,  
Si hay cosa que quede oscura,  
Nos vale.

ELVIRA.  
De lo mejor  
Se aprovecha un salteador;  
Pero en mí yo voy segura.  
Quédate aquí; que yo quiero  
Llegar.

DON LUIS.  
Que hay gente imagino  
Otra vez.

ELVIRA.  
Yo determino  
La experiencia.— Caballero,  
O quien sois, ved que ha llegado  
La justicia, que ha sabido  
Que aquí está un preso escondido;  
Y estéis ó no estéis culpado,  
Yo me resuelvo á valerlos  
Y á escaparos; esa puerta  
Salid, os la dejo abierta;  
Salid, ¿qué aguardais?

DON LUIS.  
Deberos  
Tanto, sin deberos nada,  
Es merced muy ofendida;  
Que antes dejaré la vida  
A un cuchillo, que dudada  
Mí verdad.

DOÑA ANA.  
Que viene gente.  
ELVIRA.

Vamos.  
DON LUIS.  
Señora, esperad.

DOÑA ANA.  
¿Qué has hallado?

ELVIRA.  
Una verdad,  
Que si engaña, todo miente.  
(Vanse Elvira y doña Ana.)

DON LUIS.  
¿Qué prision, qué causa es esta?  
Qué confusiones, qué encantos,  
Que no hiciera asombros tantos  
Una encantada floresta?

Sale TEODORO.

TEODORO.  
Esta vez, si entiende alguna  
De engaños, pues que ya saben  
Ser sospechadas de todos  
Y no entendidas de nadie,  
Valed, este ya postrero  
Embuste; que nunca saben  
Tener queja las mentiras,  
Ser dichosas las verdades;

No seré yo, no, el primero  
Que de mentiras fatales  
Me componga, y victoriosos  
Tremole sus estandartes. —  
Salteador ó caballero,  
Que en este aposento yaces  
Preso en tan nueva ofendida  
Cortés peligrosa cárcel,  
Yo soy, yo, don Diego Tello  
De Guzman; que los Guzmanes  
Ser buenos como en el nombre,  
Es mayorazgo en la sangre;  
Que viendo que te has valido  
De la memoria agradable  
De aquel don Luis que en mi amor  
Siempre morirá mas tarde,  
Resuelto á una gentileza  
Vengo, aunque tanto se agravie  
Mi cuñado, tu ofendido,  
Generoso, ilustre alcaide.  
Casé con él á mi hermana,  
No por necias vanidades  
De títulos (que en el mundo  
Es mejor quien mejor nace),  
Sino por ver que, ya muerto  
Don Luis, no puede guardarle  
La fe y palabra del hombre,  
Coyunda y lazo el mas grande;  
Y aunque á tanta ofensa mia  
El nombre suyo tomaste,  
Este sagrado te valga,  
Defiéndate ese homenaje;  
Las puertas tienes abiertas,  
Vete y lleva lo que hurtaste  
O adquiriste en esos cinco  
Delincentes de diamante.

(Pone un lienzo envuelto en el bufete.)

Todas las joyas te vuelvo,  
Gímalo el Conde ó lo brame  
Elvira y criados, deudos  
Con necios nombres me ultrajen;  
Deste cuarto, que es el mio,  
Una escalera á la calle  
Te guie, tu norte sea  
En tan borrascosos mares.  
Huye luego, véte luego;  
Que el Conde, á quien agraviaste,  
Fué á prevenir la justicia,  
Y cuando nunca engañases,  
Y el mismo Vivero fueses,  
¿A cuántas indignidades  
Te expones? Si hallas casada  
A mi Elvira, y tantas partes  
Son las de su claro dueño  
En rico, lustroso y grave.  
Que arrepentirse no puede;  
Si no alguaciles y alcaldes,  
Huye desprecios, afrentas,  
Desvíos, desigualdades,  
Descortesias, desdenes,  
Que no digo ya desaires;  
Que ser yo prision ni grillos,  
Ni lo admiten mis umbrales,  
Ni lo consiente mi fama,  
Ni lo sufre mi linaje.

DÓN LUIS.

Justamente á tan oscura  
Tiniebla el bajo semblante  
Mostrais, y intentais conmigo  
Bizarrias tan infames,  
Que á tener aqui una espada,  
Sin presuncion arrogante,  
Os pagara el necio aviso  
De tan indignas piedades;  
¿Yo fuga ni yo valerme  
De mas que mi nombre? En balde  
Excedéis de cortesano  
La falsa engañosa márgen;  
Casada ó no vuestra hermana,  
Por testigo he de quedarme  
De vuestro enemigo trato,

De vuestro aleve hospedaje;  
Mi resolucion es esta,  
O sus mudanzas me abrasen,  
O vuestras culpas me injurien,  
O mis desdichas me maten. (Vase.)

TEODORO.

Mal me ha salido la traza,  
Y barquilla fluctuante  
En olas tantas bien cruje,  
Mas no desmaya la nave;  
Creí que desesperado  
Se fuera, y que en ese trance  
Se resolvieran don Diego  
Y Elvira; Marcelo sale  
Con triste rostro al encuentro.

Sale MARCELO, corriendo.

MARCELO.

Si no es, Teodoro, el escape,  
No hay ahora otro discurso;  
De Italia dos capitanes,  
Y tres criados del Vivero  
En casa están.

TEODORO.

Baste, baste,  
Ya lo entiendo, y no hago mucho;  
Ellos vienen á buscarle.  
¿Qué harémos?

MARCELO.

Desta mañana  
Ofrecer segunda parte;—  
Que acabarse no es posible,  
Senado.

TEODORO.

Quita, aun nos cabe  
Mas esperanzas; ea, vamos,  
Que á pensar voy.

MARCELO.

Si pillaste  
Las joyas, bien vamos.

TEODORO.

Deja  
Codicias civilidades;  
Que en su proceder se cuentan  
Los hombres, y son capaces  
Todos de todo; que todos  
Tienen la suerte por madre.  
(Vanse.)

Salen DON DIEGO, ELVIRA, DOÑA  
ANA, TERESA y LOS CRIADOS de don  
Luis.

CRIADO 1.º

A esta casa vino solo  
Don Luis, mi señor, y un paje  
Traer no quiso; ¿dos dias  
Negarle?

DON DIEGO.

¿Cómo negarle?  
Cuando don Luis fuera vivo,  
El que ayer vino á buscarle  
Es un ladrón bandolero  
Que robó al Conde.

CRIADO 1.º

A un alcalde  
Darémos cuenta.

ELVIRA.

Don Diego,  
Salga este ladrón, veránle  
Estos hidalgos, saldremos  
Desta confusion.

DON DIEGO.

¡llamadle;  
Venga.

Sale DON LUIS.

TERESA.

Salid, ladronazo.

CRIADO 2.º

Señor, ¿tú ladrón?

DÓN LUIS.

La cárcel  
Es ya deuda, y pues lo ajeno  
Vengo á buscar...

DÓN DIEGO.

Perdonadme,  
Señor don Luis; que aun lo espero.  
Mas decid, ¿quién, si se sabe,  
Es el marqués de Bitoldo  
En Nápoles?

DÓN LUIS.

Quien se llame  
Tal título en todo el reino  
No se hallará.

DOÑA ANA.

¿Qué desastre!  
Doña Vitoria Fracaso  
Ha fracasado.

DÓN DIEGO.

Al instante  
Busquemos estos ladrones,  
Que, despues de engaños tales,  
Se llevan las joyas; nunca  
Me engañaron los bergantes.

Salen TEODORO y MARCELO.

TEODORO.

Caballeros, damas, todos  
Los que oyen, si el no admirarse  
De nada es precepto antiguo,  
Y en lo tierno y en lo amante  
Aun brillan hoy las estrellas;  
Dulces amorosos fraudes,  
Y hurtos y engaños pasaron  
A blasones celestiales;  
Atencion, que nada vive  
Sin mentir; ¿no miente el aire,  
Miente el dia, miente el año?  
Todo miente, y en el naípe  
Del mundo, figura es todo,  
Y todos representantes  
En su teatro ya muchos,  
Y á nosotros bien galantes  
Nos ha durado tres dias,  
Como comedia del arte;  
El señor don Luis, en buen hora  
Con dulces fecundas paces  
Goce en la gloriosa Elvira  
En una tantas beldades;  
Vuesas mercedes perdonen,  
Que el buen gusto no hay negarle;  
Y si hay venganza, sabremos  
Morir, y no de cobardes.

TERESA.

Este sí que es discretazo,  
Que no dijo miente el ángel,  
Siendo el que mintió el primero.

ELVIRA.

Quien tal creyó que tal pague.

DÓN LUIS.

Aunque yo ignoro el suceso,  
No he de consentir que nadie  
Los ofenda.

DÓN DIEGO.

Ni yo puedo  
A una obligacion negarme;  
De las joyas de mi hermano,  
La que mas os agradare  
Tomad, y volved las otras.

DÓN LUIS.

Yo las tengo, ¿y tú?

TEODORO.  
Ese lance  
Se averiguará mañana.

MARCELO.  
Luego ¿ las joyas dejastes?  
¡ Oh simple honrado!

TEODORO.  
Y aun pienso,  
Dejando estas necedades,  
Curar delitos y humores  
Con las píldoras de Flándes.

MARCELO. (Ap.)  
Gran escuela, si hay maestros.

DON LUIS.  
Bellisima Elvira, dadme  
La mano.

ELVIRA.  
De lo ladron,

Y que en mí no lo negastes,  
No os quiero decir concepto.

DON DIEGO.  
Si están ya tus falsedades  
Envainadas, ya tu mano  
Pido.

DOÑA ANA.  
Que te desengañes  
Puedes tomar por victorias,  
Y por fracaso el casarte.

TERESA.  
Vueseñorías son gente  
Barata, que lo mas fácil  
Se han tomado unas cuitadas  
Señorías vergonzantes,  
Y hoy se lastima cualquiera  
Merced mañallada; pasen  
A embestir hácia otros necios,

Y metiendo aquí el montante,  
Dejo de cansar al Conde.

MARCELO.  
¿ No te casas?

TERESA.  
¿ Yo casarme?  
No hay lacayito en la historia,  
Huérfana quedo.

MARCELO.  
Admirable  
Auditorio, esto de embustes  
Es una gala, es un traje  
Que, aunque se rompe muy presto,  
Anda siempre con buen aire;  
*Los empeños del mentir*  
Son estos; quien se entregare  
A creerlos y á seguirlos  
Escarmentará mas tarde.



# COMEDIA FAMOSA

TITULADA

## CADA LOCO CON SU TEMA,

6

### EL MONTAÑÉS INDIANO,

DE DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.

#### PERSONAS.

HERNAN PEREZ, *viejo*.  
DOÑA LEONOR.  
DOÑA ISABEL, *dama*.  
DOÑA ALDONZA, *tia*.

DON JUAN, *galan*.  
BERNARDO, *su amigo*.  
DON LUIS DE PERALTA,  
*galan*.

EL MONTAÑÉS.  
UN CRIADO SUYO.  
DON JULIAN.  
UN CRIADO SUYO.

LUISA, *criada*.  
UN ESCUDERO VIEJO.  
Dos músicos.

#### JORNADA PRIMERA.

Salen HERNAN PEREZ, DOÑA ISABEL y DOÑA LEONOR, *huyendo dél*, y DOÑA ALDONZA, *tia, deteniéndole, que les quiere dar con el báculo*.

HERNAN.

Esto ha de ser, vive el cielo.

DOÑA ALDONZA.

Tenéos; que es desatino.

HERNAN.

Bástale ser mi sobrino,  
Y ser mi padre su abuelo;  
¿Tan gran desvergüenza pasa?  
¿Despreciar con tal rigor  
A mi sobrino, al señor  
Del solar de nuestra casa?  
Ha de casarse con él  
Una dellas, y aun las dos,  
Si pudieran, vive Dios.

DOÑA ISABEL.

¡Terrible padre!

DOÑA LEONOR.

Cruel.

DOÑA ALDONZA.

Mirad que es mucha crueldad  
Darles marido á disgusto.

DOÑA ISABEL.

Yo lo quiero de mi gusto.

DOÑA LEONOR.

Yo de mi comodidad.

HERNAN.

Hijas, ¿las dos, enemigas,  
Sois ocasion de mis daños?

¿Qué descanso de mis años!  
Qué fruto de mis fatigas!  
Pobre á las Indias pasé,  
Y en ellas, por mi nobleza,  
Con gran dote de riqueza  
Y de virtud me casé  
Con su madre, que me dió  
Esas prendas afrentosas,  
Hijas suyas en lo hermosas,  
Pero en las costumbres no;  
Que, á ser viva, bien segura  
Corrigiera su bondad  
Esa peligrosa edad,  
Esa ignorante hermosura.  
Faltó vuestra hermana, y luego  
A España volví, y querría  
Dar un verde á la edad mía  
En los campos del sosiego.  
Traigo mucho que me sobre,  
Y aunque mas lo multiplico,  
Tengo tesoros de rico,  
Mas no descansos de pobre.  
Quisiera ser rico honrado;  
Que la hacienda peligrosa  
Vive en los cofres ociosa  
Y anda inquieta en el cuidado.  
No quiero de indiano el nombre;  
Que su riqueza mezquina  
Es hacienda en la picina,  
Que le viene á faltar hombre.  
Murió mi hermano mayor,  
Dejó un hijo solo, lleno  
Deste ordinario veneno,  
Poca hacienda y mucho honor.  
Quiero casarle con una  
Destas, y que mi riqueza  
Plante en su naturaleza  
Los frutos de mi fortuna;  
Y cuando á sus pensamientos  
Salgo á proponer los míos,

Una piensa desvarios  
Y otra dice atrevimientos.

DOÑA ALDONZA.

Sosegáos, hermano, un poco;  
Que ellas serán obedientes.

HERNAN.

¡Qué terribles! qué insolentes!

DOÑA LEONOR.

No quiero.

DOÑA ISABEL.

Ni yo tampoco.

HERNAN.

¿Estas injurias resisto?  
Perderárame con perdelle.

DOÑA LEONOR.

Yo no le quiero, sin velle.

DOÑA ISABEL.

Ni yo, cuando le haya visto.

DOÑA ALDONZA.

Pues antes verle desean,  
Ya tienen razon en algo.

HERNAN.

¿Cómo? ¿A un hidalgo, á un hidalgo  
Es menester que le vean?

DOÑA ISABEL.

Hidalgo, ¿qué triste nombre!  
Que aun no dijo caballero;  
Solo hidalgo es mal agüero.

HERNAN.

¿No es galan? no es gentilhombre?  
Quien le ha visto ¿no me advierte  
Que es de su padre traslado,  
Que es dispuesto, que es trabado,  
Robusto, animoso y fuerte?

DOÑA ISABEL.

Trabado y fuerte en efeto;

Será tirador de barra.  
 ¡Qué persona tan bizarra,  
 Que aun no le pintó discreto,  
 Que aun no dijo tierno, amable,  
 Cortés, gallardo, amoroso,  
 Gentil, despejado, airoso,  
 Apacible ni agradable!  
 Pero ¿qué tallo ó qué gusto  
 Tendrá un moceton muy récio,  
 Entre linajudo y necio,  
 Entre pesado y robusto,  
 Vestido de paño azul,  
 Que el negro, aunque menos vale,  
 No mas de las pascuas sale  
 De la cárcel del baul;  
 Que con su balcon y su perro  
 Vive en el monte, y no en casa,  
 Y á la noche vuelve y pasa  
 Todo el libro del becerro,  
 Creyendo de sí despues  
 Que aun es mas claro que Apolo,  
 Dando á Dios gracias de solo  
 Que le hizo montañés;  
 Y en la iglesia muy profundo,  
 Y en las bodas placentero,  
 Querer sentarse el primero,  
 Y no beber el segundo?  
 Muy puesto en que su montaña  
 Vale mas que mil tesoros,  
 Y pensando que es de moros  
 Todo lo demás de España.

HERNAN.

¿Hay tal maldad? ¡qué consuelo  
 De mí vejez!

DOÑA ISABEL.

Calle, padre;  
 Que él decia á nuestra madre  
 Esto mismo de su abuelo.

DOÑA LEONOR.

Tiene razon: muchos dias  
 Sobre mesa lo contaba.

HERNAN.

Quien bien de comer acaba,  
 ¿Cuándo refiere hidalguas?  
 Esta es ya resolucion.  
 A mi sobrino he llamado,  
 Y aun á Roma he despachado  
 Ya por la dispensacion.  
 Los retratos le envié;  
 Que quiero que suya sea  
 La que mas le agrade, y crea  
 A la vista, no á la fe.

DOÑA ISABEL.

Mentid. pinceles ingratos,  
 Ninguno sea cortés;  
 Que es el primer montañés  
 Que se casa por retratos.

DOÑA ALDONZA.

Dejadlas con sus engaños;  
 Yo guiaré con mas paciencia  
 A la luz de la obediencia  
 La ceguedad de sus años.

HERNAN.

Eso importa, eso ha de ser;  
 De vos lo quiero fiar;  
 Que á mi sobrino he de dar  
 Hacienda, sangre y mujer.

DOÑA ISABEL.

¿Fuése?

DOÑA LEONOR.

Ya se fué.

DOÑA ALDONZA.

Sobrinas,  
 Rebelion; vayan sus años  
 A una corte de castaños  
 Y Babilonia de encinas.  
 No faltaba mas, despues  
 Que España nos dió acogida,  
 Que traducir nuestra vida,

De cacique, en montañés.—  
 Isabel, ya mis intentos  
 Te descubri, ya verias  
 En estas cenizas frias  
 Encendidos pensamientos;  
 No haya mas necesidad  
 De advertirte.

DOÑA ISABEL.

Ya sé, tia,  
 Que la inquieta todavia  
 Esa pobre humanidad.

DOÑA ALDONZA.

Hijas, en Madrid vivimos.  
 No hay parentesco mejor  
 Que el del gusto; que en amor  
 Hasta los rubios son primos.  
 No doy á vuestros antojos  
 Mas licencia, que, esparcidos,  
 Es dar gusto á los oidos  
 Y municion á los ojos.  
 Demasias, ni aun por costumbre;  
 Que el papel, requiebro y trato,  
 Si no lo sufre el recato,  
 Ya lo admite la costumbre.  
 Y que tienen, advertid,  
 Otro saber diferente  
 De otro clima y de otra gente  
 Estos aires de Madrid.  
 No hallaréis lugar segundo  
 Para vuestro alegre humor;  
 Que para achaques de amor  
 Es la botica del mundo.

DOÑA LEONOR.

¡Qué bien lo ha dicho mi tia!  
 Esta si que es nuestra madre;  
 Váyase con Dios mi padre  
 Con su cansada hidalguia.  
 Yo vengo de buena gana,  
 Y esto el mundo lo confiesa,  
 Que la sangre montañesa;  
 Mas la vida castellana...

DOÑA ISABEL.

Ay amigo corazon,  
 No mas me faltaba á mí  
 Que un hidalgo jabalí  
 De los montes de Leon.—  
 Hermana, á lindo lugar,  
 A Madrid, hemos llegado,  
 Que es la region del agrado  
 Y la provincia de amar.  
 ¡Qué talles, qué entendimientos  
 No hay aqui! Que aun los antojos  
 Pasan mas allá los ojos  
 De los mismos pensamientos.  
 Cuando yo á don Luis queria  
 En las Indias, no pensaba  
 Que en Madrid amor armaba  
 Mayor lazo al alma mia.  
 Leonor, ¿qué te ha parecido  
 De don Juan, deste mancebo,  
 No Fénix ni Adónis nuevo,  
 Sino galan y entendido?  
 Que no soy de las pesadas,  
 Que buscan narcisierias,  
 Sino verdes gallardias,  
 Con buen aire descuidadas.  
 Dime dél mil perfecciones,  
 Mil gracias encarecidas,  
 Dejando en él presumidas  
 Las mismas admiraciones;  
 Que en su tallo bien se ve  
 Lo infinito que merece.  
 ¿Qué dices? Qué te parece?

DOÑA LEONOR.

Bonico, mas anda á pié.

DOÑA ISABEL.

Luego ¿andar á pié es bajeza?  
 Los nobles quedaran buenos  
 Si una bestia mas ó menos  
 Fuera en el mundo nobleza.

Pues advierte, hermana mia,  
 Que en el ejército ya  
 Del mundo, marchando va  
 A pié la caballeria.

DOÑA LEONOR.

Y dime, Isabel, te ruego,  
 ¿Y el primo de allende el mar?

DOÑA ISABEL.

Era muy fácil templar  
 Tanto mar tan poco fuego.

DOÑA LEONOR.

¡Ay necia y varia Isabel!  
 Yo si gran dueño escogí;  
 Cuéntame envidias de ti,  
 Díme perfecciones dél.  
 Muérome por alaballo;  
 ¿No es mucho lo que merece?  
 ¿Qué dices? Qué te parece?

DOÑA ISABEL.

Necio, y aun anda á caballo.

DOÑA LEONOR.

Pues ¿yo admitiera despojos  
 De hombre de á pié, de un mancebo  
 Pisa-barroso? No debo  
 Cosa tan vieja á mis ojos,  
 Cuando miro en esa calle  
 A pié un triste gentilhombre,  
 Asco me da ver el hombre,  
 Que lastima ver el tallo;  
 Pues en la calle Mayor,  
 ¿Qué es miralle embarazado  
 Entre el coche del letrado  
 Y el caballo del señor?  
 Allí da una sofrenada,  
 Pasar quiere, y luego fiero  
 Alza el azote el cochero,  
 Y el bravo empuña la espada,  
 Y porque no le permite  
 Su fortuna que se vea  
 En coche, rabia, desea  
 Pragmática que los quite;  
 Mas si tal vez desempiedra  
 La calle en vano, sospecho  
 Que querria quedar becho  
 Coche mármol como piedra.

DOÑA ISABEL.

Y ese tu galan cansado,  
 O cochista ó rocinista,  
 Majadero á letra vista,  
 Del pueblo mal acetado,  
 ¿No es cofrade de los lodos?

DOÑA LEONOR.

No; que cuando llueve y topa  
 Coche ajeno, le dan popa  
 Y mano derecha todos.

DOÑA ISABEL.

¿Que es caballero popero?  
 ¡Oh pobre gente y molesta!  
 Lo que á un picaro le cuesta  
 Guisarse de caballero.  
 Vanidad, ¡oh ley estrecha!  
 Que esta gente vana y grave  
 Solo de los otros sabe  
 Cuál es su mano derecha.  
 ¿Yo habia de dar cuidado  
 De que mi calle registre  
 Hombre de brazo en el ristre  
 Y de dolor de costado?  
 Yo habia de estar sujeta  
 De que mis favores pida  
 Una ventura á la brida  
 Y un oficio á la jineta?  
 Esto, Leonor, te convenza,  
 Aunque vano el mundo esté;  
 Que nunca á ninguno á pié  
 Sacaron á la vergüenza.  
 Vaya un señor por la calle,  
 Y lleve la vista mia  
 Atada á su bizzarria

Y suspendida en su talle,  
Salga en un caballo hermoso  
Con bizarro desenfado,  
Cortés con mucho cuidado,  
Y con gran descuido atroso;  
Lleve lucida detrás  
Su familia y su valor,  
Le hagan parecer señor,  
Y él lo sea mucho mas;  
Que sin soberbia ninguna,  
De lo que el mundo blasona,  
Le alivien por su persona  
Aun mas que por su fortuna;  
Y en su inclinacion constante,  
Sea fino y bueno en todo;  
Que si no, es joya de lodo  
Puesta en caja de diamante.

DOÑA LEONOR.

¡Oh, qué vulgares intentos!  
¡Qué lástima! qué locura,  
Que tenga tal hermosura  
Tan descalzos pensamientos!  
Pues ¿cómo á un señor lucido  
No escoges?

DOÑA ISABEL.

Fuera importante  
Si hubiera de ser amante  
Esto que ha de ser marido.

DOÑA LEONOR.

Yo, Isabel, soy mas prudente;  
No quiero en la escuela tuya,  
Ni grande que me destruya,  
Ni pequeño que me afrente.  
El antojo me acompaña  
Solo de un gran caballero  
Del solar de su dinero,  
Que es el mas noble de España.

DOÑA ISABEL.

Pues yo solo un hombre quiero  
De ingenio, de honra y valor,  
Sin bostezos de señor  
Ni escrúpulos de escudero;  
Que solo tenga por mengua  
Mentir, engañar y ser  
Descomedido, y tener  
Fama indigna y mala lengua.  
Que si á la comedia llega,  
Y no halla banco, se siente  
En una grada, y se afrente  
Quien por él madruga y ruega.  
Que á pié se baje hasta el Prado,  
Y diga, en viendo á las dos:  
«Aquí, por gracia de Dios,  
No viene rocín prestado.»  
Y en fin, necia hermana mía,  
La vana ambicion destierra;  
Que en el amor y la guerra,  
Española infantería.

(Vanse.)

Salen DON JUAN y BERNARDO,  
de galanes.

BERNARDO.  
No lo haré, vive Dios, si me asatean.

DON JUAN.

Bernardo amigo...

BERNARDO.

No hay Bernardo amigo;  
¿Está mi mocedad descomulgada?  
¿Apredré yo las mozas por ventura?  
¿Fué mi padre traidor á la hermosura?  
No lo haré, vive Cristo, aunque me ma-

DON JUAN.

Mira que estás diciendo disparates,  
Mira que en tu amistad mi amor se fia,  
Mira que eres mitad del alma mia,  
Mira que mi bien solo está en tu mano.

BERNARDO.

Mira tú que soy mozo y soy cristiano,  
Mira que tengo el gusto bien nacido;  
¿Yo afrontar esa suerte mi linaje?  
Yo hacer bajeza? yo bellaquería?  
Yo querer á una tía? yo á una tía?  
Arredro vayas, pensamiento injusto;  
Dios mire por la honra de mi gusto.

DON JUAN.

[tia,  
¿Qué loco estás! ¿Que, en fin, en siendo  
No es mujer? ¿Qué opinion tan enfado-

BERNARDO.

[sa!  
En llegando á ser tía es otra cosa.  
No hables en eso mas; que tengo hecho  
Voto de castidad de tía y suegra,  
De madre y de parienta cuarentona,  
Y no quiero por tí ni tus engaños  
Meterme por la pica de los años.

DON JUAN.

Mira que doña Aldonza es rica y noble.

BERNARDO.

¿Eso mas? ¿Doña Aldonza! Rematólo;  
Tendrá ducientos años como un dia;  
Pequé en Matusalen si vivo en tía.

DON JUAN.

¿Ducientos años? Solos veinte y nueve  
Cumple por mayo.

BERNARDO.

Quien reinaba entonces  
Sería por ventura don Pelayo; [yo.  
Porque tambien se usaba el mes de ma-  
¿De la edad de mujeres no has oido  
Que es un pique á los cientos?

DON JUAN.

¿Qué ignorancia!  
Qué extraña novedad!

BERNARDO.

En sus engaños,  
Oye el esfuerzo inútil de los años,  
Veinte y tres, veinte y cuatro, veinte y  
[cinco,  
Veinte y seis, veinte y siete, veinte y  
[ocho,  
Veinte y ocho, veinte y ocho, veinte y  
[nueve,  
Mas veinte y nueve mas, y en esta cuen-  
[ta,  
En no pudiendo mentir mas, sesenta.

DON JUAN.

Tienes razon, por Dios; pero ¿qué im-  
Si casado con ella... [porta,

BERNARDO.

¿Qué es casado?  
¿Hay traicion! hay engaño semejante!  
Tirábasme de llano con lo amante,  
Y ahora; oh falso, oh vil, oh fementido,  
De corte me tiráis con lo marido! [bre!  
¿Oh, qué susto me ha dado solo el nom-  
DON JUAN.

¿Hay cosa como ser casado un hombre,  
Y con mujer de bien, que es mas que  
[hermosa?

No hay mas bien, no hay mas dicha; que  
El matrimonio es santo. [en efecto

BERNARDO.

Y santo oficio,  
Porque en entrando en él cualquier ca-  
[sado,  
Por fuerza ha de salir penitenciado.  
Cásese un apacible, un sordo, un ciego,  
Que afinando su rico mayorazgo,  
Con manco privilegio en lo caido  
Dé el almojarifazgo de marido.

DON JUAN.

[to,  
Vive Dios, que me corroy que me afren-  
Que, siendo tú mi amigo y hombre hon-  
[rado,

Sigas el vil error de quien infama  
La honrosa vida y la segura fama!  
¿Hay cosa tan vulgar, tan baja y fea,  
Como hablar de mujeres y maridos,  
Y aun de otras peligrosas novedades,  
A la lengua de España, cosa extraña,  
Hacer de ajeno mal enferma á España?  
Honremos nuestra patria generosa,  
Que por tantas hazañas y blasones  
Es la envidia comun de las naciones;  
Muchos hombres de bien Madrid en-

[cierra,  
Muchas Lucrecias hoy en Madrid vemos  
Que se revisten con valor divino  
Al rey Clinero y al poder Tarquino;  
Y si habías de premiar merecimientos,  
Que tantas veces dieron escarmientos,  
A la virtud y letras, ¿en qué edades  
Se vincularon mas las dignidades?  
Escucha un argumento, en que conozcas  
Que está España en virtudes floreciente,  
Que pocas veces Dios á indignos reinos  
Dió bueno y santo rey de favor tanto;  
¿Qué mas aprobacion si el nuestro es  
[santo,

Y de su tronco esclarecido vemos  
Ramas tan generosas y felices?

BERNARDO.

Espántome tambien cómo no dices

Que no se tira ya por recobezo,  
Sino cierto á ventana señalada.

DON JUAN.

A pluma tan sutil, aguda espada.

BERNARDO.

Ea, don Juan, yo quiero obedecerte,  
Y tanto en no hablar mal mortificarme,  
Sin tocar la provincia de enfadosos,  
Que aun pienso decir bien de los dicho-  
Solo esto de la tía... [sos;

DON JUAN.

Vive el cielo,  
Que no he hablarte mas.

BERNARDO.

¿Ferrion conmigo?

DON JUAN.

No sabes hacer bien ni ser amigo;  
¿Pidote yo por dicha que la adores,  
Sino que la entretengas ó la engañes,  
Para que á su sobrina...

BERNARDO.

Ya te entiendo;  
Vuelve, que tuyo soy, tía me fecit;  
Con liga de vejez por tí me pescan  
Ancianas redes y caudacos lazos.

DON JUAN.

¿Oh fénix socarron, dame esos brazos!

BERNARDO.

¿Oh mundo, mundo, quién de tí se fia!  
Ayer era hombre honrado, y ya soy tía.

Sale LUISA, con manto.

LUISA.

Ce, ¿qué digo?

BERNARDO.

¿Quién nos llama?

LUISA.

Ce, galan.

DON JUAN.

¿Quién puede ser?

BERNARDO.

Una chispa de mujer,  
Una centella de dama  
Veó no mas.

LUISA.

Caballero.

BERNARDO.  
No es á mí; que soy hidalgo  
Solamente.

DON JUAN.  
¿Quereis algo?

LUISA.  
Mucho, pues á vos os quiero.

DON JUAN.  
¿Luisica?

BERNARDO.  
No aprendió tarde  
El oficio.

LUISA.  
Mi señora  
Me dió con gran prisa ahora  
Este papel.

DON JUAN.  
Díos te guarde.

LUISA.  
A la Trinidad á misa  
Va con su tía y su hermana.

BERNARDO.  
¿Qué habilidad tan temprana!

DON JUAN.  
Espera.

LUISA.  
Vengo de prisa.

DON JUAN.  
Bernardo.

BERNARDO.  
Alegre te escucho.

DON JUAN.  
¿Traes un doblon por ventura?

BERNARDO.  
Es hoy mártes.

DON JUAN.  
¿Qué locura!

Pues ¿qué importa?

BERNARDO.  
Importa mucho,  
Saberlo mil veces quiero;  
Que ha de ser aciago el día  
En que he de amar á una tía  
Y he de prestar mi dinero.

DON JUAN.  
Dale el doblon á la niña;  
Que aun cien mil le diera.

BERNARDO.  
¿Oh fuego,

Que valga dinero luego  
El traer una basquiña!—  
Oiga.

LUISA.  
¿Qué dice, galan?

BERNARDO.  
Que presto gran cruz tuviera,  
Si el ser alcahueta fuera  
El hábito de San Juan.  
Reciba, pues, el tributo  
Destos villanos de amor,  
Que, siendo alcahueta en flor,  
Lo ha venido á ser en fruto.

LUISA.  
Muestre.

BERNARDO.  
¿Y lo toma?

LUISA.  
Y lo tomo.

BERNARDO.  
Yo la guardaré el dinero.

LUISA.  
No he menester tesorero,  
(Quítaselo á él.)  
Contador ni mayordomo.

BERNARDO.  
¡Hay tal ave de rapiña!  
Toma, pide y da recado;  
¡Vive Dios, que han enseñado,  
Linda labor á la niña!

LUISA.  
¿No ve que soy de un criollo  
Engendrada á lo moderno?

BERNARDO.  
¿Qué perla para el infierno!

LUISA.  
¿Qué arracada para el rollo!

BERNARDO.  
¿Sabe persignarse? Digo  
Si sabe hacer esto.

LUISA.  
Escuche;  
Con los dedos de un estuche  
En la cara de un amigo.

(Vase.)

BERNARDO.  
¿Oh perra, cara de endrina!  
Vive Dios, que es la rapaza,  
No menos que de mostaza,  
Un grano de Celestina.

DON JUAN.  
Bernardo, Bernardo.

BERNARDO.  
¿Ay susto!

Quitó el doblon.

DON JUAN.  
¿Qué rigor!

¿Oh lo que se precia amor  
De hacerle tiros al gusto!  
Oye, escucha este papel.

BERNARDO.  
Mudarése; que es hermosa.

DON JUAN.  
Entre una dicha dichosa  
Viene mi desdicha en él.  
(Lee.) «En dar mi padre porfia  
»A su sobrino mujer;  
»Temo que yo lo he de ser,  
»Que es mas la desdicha mia.  
»Si ganamos á mi tía  
»Con tu amigo, decir puedo  
»Ser tuya; aguardando quedo  
»A que logres esta dicha.  
»Don Juan, vence á la desdicha,  
»Pues que yo he vencido al miedo.»

BERNARDO.  
¿Pésia con la suerte mia!  
¿Qué mas lamentos hicieras  
Si tú de pasar hubieras  
Por el golfo de la tía?  
¿Hay tonto mas temerario!  
Muchacha tan rica y bella,  
Péscale, y demos con ella  
En la isla del Vicario.

DON JUAN.  
¿Estás loco? ¿Yo en mi vida  
Casarme con vicariada?  
¿Yo con boda cedulada,  
Hecha mal y bien mentida?  
Yo pleito matrimonial,  
Atento á que me consuma  
La flaca hacienda una pluma,  
La paciencia un tribunal?  
Yo sufrir «Venga el proceso»,  
Y entre muda bolsa y labios  
De entre citado de agravios  
Y dilaciones de preso?  
Yo pleitear, Bernardo amigo,  
Con un rico perulero,  
Que medirá su dinero  
Las palabras de un testigo?  
Si la engañé, si fingi  
Grandezas que no he tenido,

Si pasé desvanecido  
De los términos de mí;  
Si atento á cautelas viles,  
Cubrieron en mis acciones  
Fantásticas relaciones,  
Miserias escuderiles,  
Y siendo yo mas honrado,  
Me vea solo y fallido,  
De un anciano perseguido  
Y de un rico despeñado,  
Dios guarde mi voluntad  
De perder tan sin razon,  
Si me vencen, la opinion,  
Si venzo, la libertad.

BERNARDO.  
Pues, mal haya tu cordura,  
¿En qué se funda ó que espera?

DON JUAN.  
A que su padre se muera.

BERNARDO.  
¿Jesus, qué extraña locura!  
Ya por menguado te dejo.  
¿Mas fácil no viene á ser  
Que se mude una mujer  
Que no que se muera un viejo?  
Pues ¿en qué tu amor se fia?  
¿Para qué intentas, cobarde,  
Que las espaldas te guarde  
A la esquina de una tía?

DON JUAN.  
No sé; solo estoy constante  
En que me verá afligido  
Con cuidados de marido  
Y sin deseos de amante;  
Y si el amor siempre dura,  
¿Qué corazon no traspasa  
El tener en pobre casa  
Mal servida una hermosura?  
Del Vicario con licencia  
A casarme me condeno,  
Mas no con sentencia.

BERNARDO.  
Bueno,  
¿Y el casarse no es sentencia?

DON JUAN.  
Que digas mal te permito  
Del que, atrevido y violento,  
Quiere entrar al casamiento  
Por la puerta de un delito.

BERNARDO.  
Los dos tenéis linda flemma.

DON JUAN.  
Ni soy de á pié ni á caballo  
Sin gusto del padre.

BERNARDO.  
Andallo;  
Cada loco con su tema.

Salen DON JULIAN, galan gracioso,  
y SU CRIADO.

DON JULIAN.  
¿Ansi el cuidado se pierde  
De lo que mando? ¿Qué es esto?  
¿No haber al caballo puesto,  
Picaño, la cinta verde?  
No me obedecéis jamás.

DON JUAN.  
¿Quién es este?

BERNARDO.  
Un buen sugeto,  
Un don Julian, en efeto,  
Un don Julian, y no mas,  
Caballero testamento  
Todo, item mas, desta gente  
Que ogaño le dió accidente  
De un poco de crecimiento;

De que oiga misa me avisa  
Siempre.

DON JUAN.

La causa deseo.

BERNARDO.

Cuando á caballo le veo,  
Sé que es fiesta, y voy á misa.

DON JUAN.

Es grandísimo galán  
De doña Leonor.

BERNARDO.

¿Qué dices?

DON JUAN.

Vén, y no te escandalices,  
Que aun le quiere bien.

DON JULIAN.

¿Don Juan

Se llama?

CRiado.

Sí, llega á hablarle;

Que es buena persona.

DON JULIAN.

¿Qué?

¿Yo hablar á quien anda á pie?

DON JUAN.

No es muy trabajoso el talle.

BERNARDO.

¿Que en fin quiere á este animal?

¿Qué baja, qué infame cosa!

¿No es doña Leonor hermosa?

No sé cómo escoge mal.

DON JUAN.

Bien se trata y se sustenta,

Y anda bien acompañado.

BERNARDO.

Don Juan, siempre le he topado

Empanado en una afrenta;

Que un lacayo muy corito

Adelante, y luego atrás

Un paje andrajoso, mas

Que familia, es sambenito.

(Vanse don Juan y Bernardo.)

DON JULIAN.

¿Fuése el don Juan?

CRiado.

Ya se fué.

DON JULIAN.

Y el otro ¿quién es?

CRiado.

Un mozo

De gracejo y desembozo,

Tambien ministro de á pié.

DON JULIAN.

Y el hidalguete peinado

¿Tiene sazón?

CRiado.

Si lo es

Ser noble, cuerdo y cortés,

Es hombre muy sazónado.

DON JULIAN.

Dios le saque, si es así,

Del purgatorio de hidalgo;

¿Qué hay de nuevo? Contad algo;

¿Qué dice el pueblo de mí?

¿Qué dicen esos podridos?

Decid, que no siento nada;

¿Oh que vida tan holgada

Gozamos los presumidos!

La verdad, que no me espanto

Ni me desdeno de oilla.

CRiado.

Que no hay tal necio en Castilla.

DON JULIAN.

Por eso me quiero tanto.

¿Qué mas?

CRiado.

Que cansas.

DON JULIAN.

Es justo,

Si á todos les doy cuidado.

CRiado.

Que te quieres demasiado.

DON JULIAN.

Hago bien, tengo buen gusto.

¿Qué mas?

CRiado.

Que eres mal nacido.

DON JULIAN.

Buen parto tuvo mi madre.

CRiado.

Que no te conocen padre.

DON JULIAN.

Fué muy poco entremetido.

¿Qué mas?

CRiado.

Que eres rico y loco.

DON JULIAN.

Rico, tacha acomodada.

¿Qué mas?

CRiado.

Que á nadie das nada.

DON JULIAN.

Bien, ni lo ofrezco tampoco.

CRiado.

Que eres hombre bajo.

DON JULIAN.

Alguno

Es mas alto ó mas entero.

CRiado.

Que no quitas el sombrero.

DON JULIAN.

No quito nada á ninguno.

¿Qué mas?

CRiado.

Que es cosa pesada,

Que siendo ayer nada, admira...

DON JULIAN.

Si en esto de ayer se mira,

Todos, todos fuimos nada.

¿Qué mas?

CRiado.

Que de muchos modos

Mientes.

DON JULIAN.

Ese es grande error;

¿Qué cosa para mi humor

Hacer yo lo que hacen todos!

CRiado.

Dicen de estas, mil verdades.

DON JULIAN.

¿De eso, amigo, te fastidias?

Pasen ellos las envidias,

Y yo las comodidades.

Entran DON JUAN y BERNARDO por

un lado, y al otro DOÑA ISABEL,

DOÑA LEONOR, DOÑA ALDONZA y

UN ESCUDERO, los unos á una par-

te, y en medio ellas, y los otros á la

otra parte.

DON JUAN.

Hallarlos aquí es mejor.

BERNARDO.

Ya prevengo á su lindura

Bonetada y miradura,

Que es el barato de amor.

DOÑA ALDONZA.

Isabel amiga...

DOÑA ISABEL.

Quedo,

Tia, menos presurosas;

¿Cómo se ve que á estas cosas

Les tiene perdido el miedo!

Ah tia, y este enfadoso (Por don Julian.)

¿No la tiene embarazada?

DOÑA ALDONZA.

Nunca miro al que me enfada.

DOÑA LEONOR.

¿No es gallardo? no es airoso?

(Por el mismo.)

¿Qué gravedad le acompaña!

Tan gentil mozo no he visto.

BERNARDO.

Ea, con la tia embisto;

Santiago, cierra España.

DON JUAN.

Tente; que estás en la calle.

BERNARDO.

Pues en la calle y de día

Se ha de mostrar valentia.

DOÑA ISABEL.

¿Qué mal hombre!—¿Qué buen talle!

(A don Julian y á don Juan.)

Necios los hados están,

Que dieron sin ley ninguna

Tan desairada fortuna

A mancebo tan galán.

CRiado.

Cualquiera es linda y honrosa.

DON JULIAN.

Yo enamoro á lo marido

Solo á un dote bien nacido

Y á una hacienda bien hermosa.

ESCUADERO.

¿Qué buscan estos mocitos

Jaramenos de bigotes?

A lo dulce de los dotes

¿Cómo acuden los mosquitos!

Ellas son tan inquietas,

Que darán, siendo casadas,

Veneno en copas doradas,

Como dicen los poetas.

DOÑA LEONOR.

Isabel, advierte ahora

En aquella gentileza.

ESCUADERO.

Es muy grande su riqueza;

Seis mil ducados, Señora,

Tiene de renta, y es ya

De la gente mas lucida.

DOÑA LEONOR.

¿Seis mil tiene, por tu vida?

DOÑA ISABEL.

Es muy necio, si tendrá.

DOÑA LEONOR.

Y tu don Juan, que está allí,

Isabel, ¿qué es lo que tiene?

DOÑA ISABEL.

Merécelo todo, y viene

A tenerlo todo en mí.

¿Quién no tendrá voluntad,

Si se va por lo mejor,

A lo bizarro el amor,

A lo pobre la piedad?

DOÑA LEONOR.

¿Cómo haré que llegue aquí?

DOÑA ISABEL.

Dejando caer un guante,

Porque acuda y le levante,

Y á un necio hablarás así.

(Deja doña Leonor caer un guante.)

¿Qué se te cayó?

DOÑA LEONOR.  
No es nada.

DON JULIAN.  
Ce, criados, hola, un guante  
Se ha caído, ce, levante;  
¿Qué digo? Ce, camarada.

BERNARDO.  
Él y su ánima podrá  
Levantarle, majadero;  
Que á ser de la que yo quiero  
(Ahora encajo la tia),  
Ya estuviera el guante ahora  
Colocada su fortuna  
En la mano de la luna,  
Que es la tia de la aurora.

DOÑA ALDONZA.  
Por mi lo dijo, sobrina.

DON JULIAN.  
Nunca yo me bajo á nada.  
(Levántele don Juan y désele á doña  
Leonor, y enójase doña Isabel.)

DOÑA ISABEL.  
Déjame; que estás pesada.

DOÑA LEONOR.  
Aunque el alma no se inclina  
A esta gente, es tan galán  
Don Juan, que muy suya quedo,  
Y negarte no te puedo  
Que sea muy cortés don Juan;  
Cierto, hermana, que lo es.

DOÑA ISABEL.  
De linda cosa se precia,  
No tiene cosa mas necia  
Ya como ser muy cortés;  
¿Qué presuroso! Qué hallado  
Mostró su galán desvelo,  
Que antes que bajase al suelo  
Cayó sobre su cuidado!  
Qué fino y loco diria,  
Con su loca brevedad,  
Que llegó la voluntad  
Antes que la cortesía!  
Pues en cuidados tan vanos  
Descubrieron mis enojos,  
Que le alzaba con los ojos  
Primero que con las manos.

DOÑA ALDONZA.  
Yo voy muy agradecida  
Y muy vuestra.

BERNARDO.  
¿Qué lenguaje!  
Dale al alma buen pasaje;  
Que es vuestra como la vida;  
Seré vuestro eternamente,  
Siempre os tengo de servir,  
Solo me cuesta el mentir  
Quererla muy fácilmente.

DOÑA LEONOR.  
Cansado me ha don Julian;  
Pensó que era, el ignorante,  
De desafío aquel guante;  
Mas apacible es don Juan,  
¿Quién le diera otra fortuna!

CRÍADO.  
Doña Leonor te ha mirado  
Con enojo y con enfado.

DON JULIAN.  
No me duele cosa alguna;  
Lo que no le daña á un hombre  
Nunca es daño, majadero.

BERNARDO.  
Esas calzas, caballero,  
Y perdone erralle el nombre.

DON JULIAN.  
Desenvaine esa malicia.

BERNARDO.  
Ya que no puede torcellas

Ni doblallas, haga de ellas  
Una vara de justicia.

CRÍADO.  
¿Esto sufres? Pésia á tal.

DON JULIAN.  
¿Por qué no, si es ya costumbre  
Que no me dé pesadumbre  
Cosa que no me hace mal?  
(Vanse don Julian y su criado.)

DON JUAN.  
Mi bien, ya me dió el papel  
Lucia, y en mi posada;  
¿Qué es esto? ¿Tú mesurada?  
Amor es, doña Isabel  
Amiga.

DOÑA ISABEL.  
¿Gracioso humor!  
¿Y con el guante, en efeto,  
No se dijo algun conceto  
De la limosna de amor?  
Mucho aquella mano os debe,  
Y no le iria muy mal  
De lisonjas de cristal  
Y necesidades de nieve;  
¿No os dió mi hermana el hallazgo?  
Servidla, que es la mayor;  
Pero no penseis, Señor,  
Que es la hacienda mayorazgo.

(Vase.)  
BERNARDO.  
Mosca lleva; ¿qué tenemos?

DON JUAN.  
De un amante desventuras,  
Y de una mujer locuras,  
Y de una venganza extremos.

BERNARDO.  
¿Qué cansada niñería!  
¿A quién no ceta y desmaya  
Cosa tan niña? ¿oh bien hayá  
La prudencia de una tia!  
Sirve, don Juan, á su hermana;  
Que, aunque Isabel es mejor,  
Yo tomará que Leonor  
Fuera tia una semana.

DON JUAN.  
Deja, no seas cruel;  
Que de un triste que le adora,  
Toda el alma ocupa ahora  
Solo el nombre de Isabel.

BERNARDO.  
Vamos siguiendo este dote.

DON JUAN.  
¿Qué desaliñado estás!  
Ven, y á la tia hablarás.

BERNARDO.  
Yo mandaré que la azote,  
Yo mandaré que la riña.

DON JUAN.  
¿Ay, cómo ha de hacer, quejosa,  
Desatinos de celosa  
Y desacuerdos de niña!

BERNARDO.  
Un mundo puso á sus piés  
Un Cortés; si el mundo fuera  
Isabel, no le venciera  
El mismo Fernán Cortés.

(Vanse.)  
Salen HERNAN PEREZ y UN CRIADO  
del Montañés, vestido graciosamente.

HERNAN.  
¿Que al fin llegará esta tarde?

CRÍADO.  
Ayer salió de Buitrago.

HERNAN.  
Traerá famoso cuartago.

CRÍADO.  
Lindo, Señor, Dios le guarde.

HERNAN.  
¿Viene bueno?

CRÍADO.  
Como un roble.

HERNAN.  
¿Es bien dispuesto?

CRÍADO.  
Es terrible.

HERNAN.  
¿Es gustoso? Es apacible?

CRÍADO.  
El mismo Rey no es mas noble.

HERNAN.  
Eso á las mil maravillas;  
¿Es bien acondicionado?  
Pregunto si tiene agrado.

CRÍADO.  
Eso, no sufre cosquillas.

HERNAN.  
¿Cómo? ¿Es soberbio?

CRÍADO.  
Es un Cid,

HERNAN.  
Enojado.

HERNAN.  
Eso me agrada;  
Pero, si no sufre nada,  
No es bueno para Madrid;  
Tómense con el sobrino.—  
Lucia, regáleme  
A este criado, que á fe  
Que él sea hidalgo muy fino.

CRÍADO.  
Eso, ninguno es mejor;  
No, par Dios.

LUCIA.  
El tal criado  
Solemnemente es barbado;  
¿Ay si es así su señor!

HERNAN.  
Esté todo prevenido,  
Y avisa si viene luego.

LUCIA.  
¿Oh mal haya el solariego,  
Y qué presto que ha venido!  
(Vanse Lucia y el Criado.)

HERNAN.  
¿Oh, qué buen yerro que espero  
Para casar á mis hijas!  
No quiero arengas prolijas  
De extraño casamentero;  
Son estos aduladores,  
En conciertos bien mentidos,  
Antojos de los oídos,  
Que hacen las cosas mayores;  
Ninguno es tan confiado,  
Que de sí mienta insolente  
Lo que el otro engaña y miente.

Sale EL ESCUDERO.

ESCUDERO.  
Dadme albricias; que ha llegado  
Vuestro sobrino dichoso,  
Tan hermoso como el sol.

HERNAN.  
Basta, bizarro español;  
Yaya en buen hora lo hermoso.

ESCUDERO.  
Es mas galán que Narciso.

HERNAN.  
Y como que lo será.

*Salen DON LUIS DE PERALTA, de camino, galan, y vále á abrazar Hernan, y se suspende.*

DON LUIS.  
¡Oh, gracias á Dios, que ya,  
Tierra de mi cielo piso!

Ya llega.  
ESCUDERO.

HERNAN.  
¿Sobrino mio?  
DON LUIS.

¿Tio y señor?  
HERNAN.  
Mas ¡ay cielo!  
¿No eres don Luis?

DON LUIS.  
¿Qué recelo  
Es este? ¿No sois mi tio?  
ESCUDERO.

Don Luis dijo; á mi señora  
Le voy albricias pidiendo. (Vase.)

HERNAN.  
De las Indias vengo huyendo  
De tí, y en Madrid ahora  
Aun no me dejas? ¿Qué espías  
Previenes á mi quietud?  
¿Qué lazos á mi salud?  
¿Qué peligros á mis dias?  
Isabel ya está casada,  
Y con hombre que has de ver  
La cara de su mujer  
Por la punta de su espada. (Vase.)

DON LUIS.  
Este es el recibimiento,  
Cielos, despues de pasar  
Tantas montañas de mar  
Y tantos golfos de viento?  
¿A solo dar escarmiento  
A tristes y á desvalidos  
Y á ser queja de ofendidos  
Nace ya llena de antojos,  
La prosperidad sin ojos,  
Y la hacienda sin oídos?  
¿Así la sangre se engaña?  
Así falta la nobleza?  
Así muda la riqueza  
A los hombres en-España?  
¿Tanto el ser dichoso daña?  
La abundancia es ya locura;  
¿Quién pensara, ¡oh suerte dura!  
Quién creyera, ¡oh falsa gloria!  
Que era contra la memoria  
La yerba de la ventura?  
¿Casada Isabel se ve,  
Cuando imaginaba yo  
Que, si de su padre no,  
Fuera huésped de su fe?  
En deudo y mujer fié,  
Vil pariente y loco amante;  
¿Ah, cómo soy ignorante,  
Pues necio hallar he querido  
Rico deudo agradecido  
Y ausente mujer constante!

*Salen DOÑA ISABEL por una puerta,  
y EL MONTAÑÉS por otra, y va  
Isabel á abrazar al Montañés, y se  
suspende.*

DOÑA ISABEL.  
¿Que don Luis vino de Lima?  
¿Con qué gusto á verme salgo!

MONTAÑÉS.  
Es la casa, á fe de hidalgo.

DOÑA ISABEL.  
¿Primo de mi vida?

Querida.

MONTAÑÉS.  
Prima

DOÑA ISABEL.  
¡Jesus! ¿qué hombron  
Es este? ¡Ay triste! ¿qué miedo  
Me ha dado!

MONTAÑÉS.  
Confuso quedo.  
DON LUIS.

¿Prima, Isabel?  
MONTAÑÉS.  
¿Estos son  
Los parentescos de acá?

Juro á Dios que un galgo mio  
Precio mas que de mi tio  
Todos los doblones ya;  
¿Esto el ser ricos encierra?  
Deben de ser muy peinados  
Y úsanse muy delicados  
Los primos en esta tierra;  
¿Qué piensan los bachilleres?  
Que yo algun hombre seria  
Destos que la corte cria

Consultados en mujeres?  
¿Hombron á mí, la tacaña?  
Sepa, aunque me ponga nombres,  
Que á los hombres, para hombres  
Los engendra la Montaña.

DON LUIS. (Ap.)  
¿Quién será este moceton?

MONTAÑÉS. (Ap.)  
¿Quién será este apocado?

DON LUIS. (Ap.)  
¿Qué hosco, fiero y airado!

MONTAÑÉS. (Ap.)  
¿Qué galano y fanfarron  
Con sus botas y plumillas!

DON LUIS. (Ap.)  
Tal hombre en mi vida vi.

MONTAÑÉS.  
¿Pensaban que yo era así,  
Compuesto de mantequillas?

DON LUIS. (Mira adentro.)  
Quiero escuchar lo que pasa;  
¿Qué grandes voces que dan!

MONTAÑÉS.  
¿Qué le dicen? ¡Ah galan!  
Nadie escucha en esta casa,

DON LUIS.  
¿Quién os mete en eso á vos?  
MONTAÑÉS.  
Yo, que en el campo al instante  
Lo haré bueno.

DON LUIS.  
Al de Agramante  
He llegado, vive Dios;  
Un reto y otro; en buen hora  
Venid.

MONTAÑÉS.  
Por aquí saldré;  
Venid tras mí.

DON LUIS.  
Yo llegué  
Sobre el cerco de Zamora;  
Bien me ha hospedado mi tio,  
Que en él hallé una venganza,  
En su hija una mudanza,  
Y á su puerta un desafio.

### JORNADA SEGUNDA.

*Salen EL MONTAÑÉS, y DON LUIS  
detrás, mirando á una parte y á otra,  
como que no saben las calles.*

DON LUIS.  
No quiero pasar de aquí;  
Que este modo de sacar

Al campo y desafiar  
Todo es nuevo para mí;  
Si al campo ofreceis la espada,  
Y anochece ya, dejad  
La confusa variedad  
De tanta calle ignorada;  
Que pienso que esta es la parte  
Donde nos vimos los dos,  
Y aquí todos, vive Dios,  
Falsedad, mentira y arte;  
Que estos recelos consiente,  
Y aun esa sospecha mía,  
Quien sin causa desafia  
Y quien riñe fácilmente;  
Este engaño que se encierra  
En vos, disculparle puedo,  
Si os dan recatado miedo  
Las costumbres desta tierra;  
Y no hay segura campaña  
Ni se ve pendencia honrosa,  
Cosa indigna y afrentosa  
Del claro blason de España.

MONTAÑÉS.  
Caballero, yo os confieso  
Que ha sido este desafio  
Demasias de mi brio,  
Y de mis años exceso;  
Platicase en la Montaña  
Poco lo lindo y lo airoso,  
Y mucho lo escrupuloso  
Del antiguo honor de España;  
Y así, aunque fué culpa mía  
Esta ardiente mocedad,  
No quiero á la necedad  
Añadir la cobardía.  
Ya no es bien que mas aguarde,  
Que el reñir á lo prudente,  
Antes, lo excusa el valiente,  
Pero despues, el cobarde.  
Meted mano.

(Meten mano.)

*Salen DON JUAN y BERNARDO.*

DON LUIS.  
Aguárdeos Dios,  
Que así me habeis despenado.

DON JUAN.  
Dos son.  
BERNARDO.  
¿Qué te da cuidado?

Deja, péguense los dos;  
¿No has oido aquel conceto,  
Y mas de noche tambien,  
Que entre dos que riñen bien  
Nadie se puso discreto?

DON JUAN.  
Paz, caballeros.

BERNARDO.  
Paz digo.

*Salen DON JULIAN y su CRIADO.*

CRIADO.  
Cuchilladas hay aquí;  
Mete mano.

DON JULIAN.  
¿Estás en tí?  
Con quien no riñe conmigo,  
Nunca yo me metí en nada  
Que no me tocase.

(Vase.)

BERNARDO.  
Acuda,  
Don Julian.—Fuése sin duda;  
Que trae con calzas la espada.

DON JUAN.  
Ténganse fuera; ¿qué es esto?

BERNARDO.  
¡Oh qué traviesas espadas!

ESCUDERO. (A la ventana.)  
¿En mi puerta cuchilladas?  
Venga una bacha de presto.

BERNARDO.  
Toscon, acuchillador,  
Detente.

Salen HERNAN PEREZ Y EL CRIADO  
del Montañés.

HERNAN.  
Llega, no tardes,  
Llega esa luz.

CRiado.  
¿Ah cobardes!  
Afuera, que es mi señor;  
Dales, que estoy á tu lado.

HERNAN.  
Espera.

CRiado.  
Buen desatino,  
Si es mi señor.

HERNAN.  
¿Mi sobrino?  
CRiado.

Tu sobrino.

HERNAN.  
¿Ah cielo airado!  
¿Y hanle herido?

MONTAÑÉS.  
Este es mi tío.  
CRiado.

Llega, y dale mil abrazos.

MONTAÑÉS.  
Mi señor, dadme los brazos.

HERNAN.  
Amado sobrino mío,  
Norabuena yo te vea;  
¿Tú con la espada desnuda?

MONTAÑÉS.  
Presto saldréis desta duda.

HERNAN.  
¿Qué mas mi vida desea!

BERNARDO.  
¿Qué bien riñe, pésia tal!

DON JUAN.  
¿Hanse herido?

BERNARDO.  
Siempre vi

Que riñen bien para sí  
Estos que no se hacen mal.

DON LUIS.  
¿Qué imaginacion, qué sueño  
Pasa por mí? ¿Que este ha sido  
El llamado, el escogido,  
Para injuria y para dueño  
De mi querida Isabel?  
Será en tronco hermosa hiedra,  
Y en toso muro de piedra  
Un racimo de clavel.

DON JUAN.  
¿Es este aquel venturoso  
Que ha llegado á ser ahora  
Noche de mi blanca aurora,  
Sombra de mi sol hermoso?  
No será en él Isabel,  
Aunque mas deudo y mas noble,  
En seco tronco de roble  
Verde ramo de laurel.

BERNARDO.  
Este hombre es el Montañés;  
¿Qué pulido y agraciado!  
Será en blandura y agrado  
Un seron de portugués.  
El mozo es bravo y valiente,  
Y en él el viejo ha traído  
Gran cantidad de marido  
Y gran bulto de pariente.

HERNAN.  
¿Cuál destes es?

MONTAÑÉS.  
El vestido  
De camino.

HERNAN.  
¿Hay tal maldad!  
Este de envidia y crueldad  
A matarle habrá salido;  
¿Ah traidor!

MONTAÑÉS.  
¿Cómo traidor?

HERNAN.  
Entra á descansar en casa;  
Que allá sabrás lo que pasa.

DON JUAN.  
¿Qué locura!

DON LUIS.  
¿Qué rigor!

HERNAN.  
Vén, que te esperan los brazos  
De mas donaire y mas brio;  
Mil caricias en un tío,  
Y en dos primas mil abrazos.  
(Vanse Hernan, el Montañés y su  
criado.)

DON JUAN.  
Fuése sin hacerse amigo.

BERNARDO.  
No se enojará con él,  
Por lo cortés, Isabel,  
Como se enojó contigo.

DON JUAN.  
Bonete de pedernal  
El señor novio ha traído.

BERNARDO.  
Sin duda fué concebido  
En sombrero original.

DON LUIS.  
¿Posible es que aquella dicha  
Y esta sinrazon consiento?  
¿Tanto puede un sufrimiento,  
Tanto rinde una desdicha,  
Tirano viejo ambicioso,  
Que te desvela y engaña?  
¿Solo es noble la Montaña,  
Solo es deudo el que es dichoso?  
Con ocasion tan segura  
A ver á tus hijas vengo,  
Que la misma sangre tengo,  
Mas no la misma ventura.

BERNARDO.  
Y el pulidete, á fe mia,  
Que es brioso.

DON JUAN.  
Bueno fuera  
Que desayudar pudiera  
La gala á la valentia;  
Yo le estoy aficionado,  
Sepamos quién es tambien.

BERNARDO.  
Será muy hombre de bien;  
Que parece desdichado.

DON JUAN.  
Por parecer forastero,  
Porque en vos he conocido  
Mil señas de ofendido  
Y muchas de caballero,  
Os he cobrado aficion;  
Decidme quién sois; que os juro  
Que ballaréis en mi seguro  
Un hidalgo corazon.

DON LUIS.  
Vuestra bizarra presencia  
Os abona; oid, Señor,  
Las desdichas de un amor  
Y los daños de una ausencia,

Lo que lloro y lo que siento,  
Quién soy y á lo que he venido.

BERNARDO.  
Vive Dios, que es entendido;  
Que no dijo: «Estáme atento.»

DON LUIS.  
Yo soy don Luis de Peralta,  
Caballero descendiente  
De los que á un mundo pusieron  
Duro freno y blandas leyes;  
Nací en la ciudad de Lima,  
Donde los vireyes tienen  
La bien respetada silla  
Del imperio de occidente;  
No pasé mi edad primera  
En ocio ignorante siempre,  
Vil tirano y falso amigo  
De los años florecientes;  
Sino con libros discretos,  
Amigos los mas fieles,  
Y consejeros mas duros  
De la edad florida verde,  
Pues con su ejemplo despiertan  
Los varones excelentes,  
Afrenta de los que ahora  
En tanta ignorancia duermen;  
Que las historias y hazañas  
En divino ardor encienden  
Los ánimos generosos,  
Los espíritus valientes.  
Versos tal vez escribia  
Cuerda y atinadamente,  
Ni pesados en las burlas,  
Ni en las veras descorteses,  
Sin hacer ofensa á nadie,  
Aunque el vulgo los celebre,  
Que no es donaire el que agravia,  
Ni agudeza la que ofende;  
Resistime á los antojos  
De mozo, mas no de suerte,  
Que entre pesadas corduras  
Viviese de amor ausente;  
Que pocos años, preciados  
De severos y prudentes,  
Hacen necios los afectos  
Cuando piensan que los vencen.  
Son el ocio y el amor  
Cazadores diferentes;  
Uno los campos saquea,  
Otro los vientos suspende;  
El ocio por tierra llana  
Rinde la cobarde liebre,  
Pero el amor junto al cielo  
La garza animosa emprende,  
Que de vista, y no de fe,  
Entre los aires se pierde;  
A los mismos pensamientos  
Su velocidad emprende,  
Y aun á la misma esperanza  
Se esconde infinitas veces;  
Remóntase por los aires,  
Y al derribarla, parece,  
O que una nube se rompe,  
O baja un rayo de nieve;  
Ella vuela y él la sigue,  
Crece la porfia y crece  
El gusto; que amor desprecia  
Lo que alcanza fácilmente.  
Esta inclinacion fué causa  
De que los ojos pusiese  
En altas dificultades,  
Y no en vulgares deleites;  
Una prima hermana mia,  
Hija dese viejo aleve,  
Lisonjero y falso amigo,  
Ingrato, y si vil, pariente  
En doña Isabel, en años  
Y en cordura la mas breve,  
Y la mas grande en mudanza,  
En belleza, y no en desdenes,  
Ella niña y yo mancebo,

¿Qué llama pudo encenderse?

Mas fácil y mas fiel alma  
Bien elige y mejor siente;  
Pasábamos los amores  
Entre finezas alegres,  
Entre pependencias sabrosas,  
Entre experiencias corteses;  
Era yo tan rico entonces,  
Que el padre quisiera verme  
Al estrecho parentesco

Añadir lazos mas fuertes;  
Pero sucedió en mi hacienda  
Un espantoso accidente:  
Que buscan lo mas lucido  
Las injurias de la suerte.

Un volcan tiene Arequipa,  
Que, de fuego armado, suele  
En las convecinas tierras  
Hacer estragos ardientes;  
Este reventó, y en montes  
De humo y ceniza convierte

Los que tantos años fueron  
Campos de doradas mieses.  
Quedó mi hacienda abrasada,  
Luego el viejo se arrepiente;  
Que no hay fe ni amistades vivas  
Cuando las venturas mueren.

Quiso apartarme de casa;  
Pero, como no pudiese,  
Porque el amor resistido  
Peligros y engaños vence,  
Quejose de mí al Virey,  
Que en las Indias tanto puede,

Que aun las imaginaciones  
Se adoran y se obedecen;  
Grandeza del rey de España,  
Que en otro mundo respeten  
Tántas tierras, tantos mares  
Una sombra de los reyes.

Pensó desterrarme á Chile,  
Que aun hoy está mas rebelde  
Que en tiempo de sus Lautaros,  
Cincoyas y Tucapeles;  
Mas no pudiendo, enojado,  
Hijas y hacienda previene,

Con todo á España se embarca,  
Salió pobre y rico vuelve;  
Yo perdido, loco sigo,  
No su hacienda, aunque él lo piense,  
Sino del alma ofendida  
Tantos ya perdidos bienes;

Y cuando llego á Madrid,  
Después de traer diez meses  
Pisando mi ausente vida  
Los confines de la muerte,  
Hallo un monstruo que me agravie,  
Un serafín que me deje,

Un necio que me acuchille,  
Un deudo que me desdigne,  
Una envidia que me mate,  
Una pena que me anegue,  
Un triste que lo padezca  
Y un discreto á quien lo cuente.

Señor don Luis, vuestra pena,  
En tan justo sentimiento,  
Ya como propia la siento.  
(Ap. Y como que no es ajena.)  
En mi amistad ofrecida  
Tendréis segura y honrada,  
A vuestro lado una espada,  
Y para todo una vida.

Aunque es don Juan solamente  
El discreto, aquí tambien  
Tendréis un hombre de bien,  
No quiero decir valiente.

Guárdeos Dios, que en vos se mira  
Aun mas que decís; no sé,  
Don Juan, cómo contaré

Una ignorancia, una ira  
Simple y loca, sin reirme.  
No podré contarlo; oid.

BERNARDO.

El mentecato á Madrid

Viene á buscar mujer firme;

En tantos meses de ausencia

Hay mudanza que le espante,

Si acá basta alzar un guante

Y hacer una reverencia?

Aquella cordura extraña

Y perfeccion en criarse,

En Indias debe de usarse,

Porque aun no ha pasado á España.

¿Qué metro de argenteria

Para contar su afición!

Basta, que el vicio es lebron,

Y el amor volateria;

Yo liebre quiero á mi dama,

Y no garza á lo discreto;

Que las liebres en efeto

Son gente que tienen cama.

DON LUIS.

Por esto al campo salimos,

Y en las calles ofuscados,

Dando pasos engañados,

Al mismo lugar volvimos.

DON JUAN.

¿Oh qué estrecha condicion

Debe el hombre de tener!

Si aquí vive, ha menester

Mas holgado corazon;

¿Solo por eso acuchilla?

¿Qué desconfianza! ¿Piensa

Que está clavada la ofensa

En las puertas de Castilla?

En Madrid hay tanto honor,

Que en él cien mil casas veo,

Que ni las sabe el deseo,

Ni las penetra el amor.

A lá posada venid;

Que he de ir con vos.

DON LUIS.

Es en vano,

Yo he de ir con vos.

BERNARDO.

¿Pobre indiano,

Qué alhaja para Madrid!

DON LUIS.

Todos aquí sois corteses.

BERNARDO.

Pobres sin caudal en nada,

Es cosa muy desairada

Indianos y ginoveses.—

Don Juan, ¿qué dices? qué sientes?

DON JUAN.

Que vino á linda ocasion

Este primo.

BERNARDO.

Ricas son;

Hallarán dos mil parientes.

DON JUAN.

Mi remedio haré que sea.

BERNARDO.

Tantos primos se le ofrecen,

Que estas hidalgas parecen

Montañesas de Guinea.

(Vanse.)

Salen HERNAN PEREZ, EL MONTA-

ÑÉS Y EL ESCUDERO, y á la puer-

ta, escuchando, DOÑA ISABEL, DO-

ÑA LEONOR Y DOÑA ALDONZA.

DOÑA LEONOR.

Desde aquí le escucharemos.

DOÑA ISABEL.

Temo que ha de ser muy malo.

ESCUADERO.

El buen viejo Arias Gonzalo,  
Que viene haciendo de extremos.

HERNAN.

Es hijo de mi cuñado,  
Como digo, y reprehendo  
Sus travesuras.

MONTAÑÉS.

Ya entiendo.

HERNAN. (Ap.)

Parece desconfiado;  
Lo demás quiero encubrir.

MONTAÑÉS.

¿Querer metarme? ¡Ah traidor!  
No es tierra para mi humor  
Donde hay tanto que sufrir.

HERNAN.

Ea, deja que te abrace  
Otras mil veces.

DOÑA LEONOR.

¿Cuál es?

DOÑA ISABEL.

Ay hermana, ¿no le ves  
Con el cuello de «aquí yace»?

DOÑA ALDONZA.

Isabel, ¿si es este el hombre  
Que decias?

DOÑA ISABEL.

El que vi

Es este hombrón.

HERNAN. (Ap.)

Este si

Que es bravo, que es gentil hombre;  
¿Qué bizarro! qué membrudo!

DOÑA LEONOR.

Si estas del sobrino amado  
Son galas de desposado,  
¿Cual seran las de viudo?

HERNAN.

Algo parece á su madre;  
Pero no, mas á mi hermano,  
Que en lo robusto y lozano  
Es retrato de su padre;  
Quitadle aquí las espuelas,  
Venga una ropa godoy.

ESCUADERO.

Temblando, por Dios, estoy  
De la montera y chinelas.

DOÑA LEONOR.

¿Ropa, Isabel? Cosa extraña.

DOÑA ISABEL.

Calla, Leonor; que imagino  
Que quiere que eche el sobrino  
La loa de la Montaña.

MONTAÑÉS.

No soy tan acomodado;  
Paso, que no soy, Señor,  
Ni récipe de doctor,  
Ni párrafo de letrado;  
¿Ropa quiere que me den?  
Si esta le parece mala,  
En mi tierra no hay mas gala  
Que ser muy hombre de bien.

HERNAN.

Si compitiendo no están  
Entre la envidia y el gusto,  
Mis hijas tendrán mal gusto.

DOÑA ALDONZA.

Y como que le tendrán.—  
Loco está el viejo, Isabel.

ESCUADERO.

De las hijas me lastimo,  
Que les ha de hurtar el primo,  
Y se ha de casar con él.

DOÑA LEONOR.

¿Si es la gala del baul  
Esta?

DOÑA ISABEL.

Al cuello has de mirar,  
Que ha jurado de no entrar  
Por las puertas del azul.

DOÑA LEONOR.

Da gracias desto á los cielos.

DOÑA ISABEL.

Leonor, decir has querido  
Desto de azul y marido  
Algun concepto de celos.

HERNAN.

¿Qué brioso! qué alentado!  
El es moceton de chapa;  
Llegue á quitarle la capa  
Un pulido almidonado;  
Mártir de nuevas cuchillas,  
Que en hondas azules va  
Pasando su rostro ya  
Un golfo de lechuguillas;  
Llamad, de gozo estoy lleno,  
A mis hijas y á su tia.

MONTAÑÉS.

¿Qué tia?

HERNAN.

Cuñada mía.

MONTAÑÉS.

Cuñada en casa no es bueno.

ESCUDERO.

Yo voy.

DOÑA ISABEL.

Tia de mi vida,  
Medrosa estoy.

ESCUDERO.

Desposadas  
Vengan, porque son llamadas.

DOÑA ISABEL.

¿Ay triste de la escogida!

ESCUDERO.

Ya vienen.

HERNAN.

¿Tal mozo aguarda,  
Y ellas tan discretas son?

MONTAÑÉS.

Esta es la que dijo *hombron*,  
Y aunque es loquilla, es gallarda;  
Si son así las costumbres,  
No hay querer ni pedir mas;  
Pero hablo mal, y jamás  
Me enamoran pesadumbres.

DOÑA LEONOR.

Hermana, apercibe el sí;  
Suya serás, que es muy justo.

DOÑA ISABEL.

El hombre tendrá buen gusto,  
Y vendrá á escogerte á tí.

DOÑA ALDONZA.

¿Qué quedo se está! ¿Hay tal cosa!

DOÑA ISABEL.

Tia, debe de esperar  
Que le vamos á abrazar.

MONTAÑÉS.

¿Quién no perdona á una hermosa?  
Mil veces, primas, os beso  
Las manos.

DOÑA ISABEL.

¿Triste de mí!  
Acabemos; que temi  
Que se quedaba en el beso.

DOÑA LEONOR.

Seais, Señor, bien venido.

DOÑA ISABEL.

Como fuisteis deseado.

HERNAN.

¿Qué cortésmente que ha entrado!

DOÑA ALDONZA.

De todas seréis servido.

DOÑA LEONOR.

¿Venis bueno?

DOÑA ISABEL.

Aun es avaro  
De palabras.

MONTAÑÉS.

Salud tengo,  
Y á vuestro servicio vengo.

DOÑA ISABEL.

¿Ay hermana! que habla claro.

DOÑA LEONOR.

¿Qué pensabas? ¿Oh, cuál es  
Esa ignorancia!

DOÑA ISABEL.

Imagino  
Que al fin, como vizcaino,  
Hay vascuence montañés.

HERNAN.

¿Cuál te parece mejor?  
Escoge luego.

MONTAÑÉS.

No es justo  
De repente escoja el gusto,  
Sino despacio el honor.

HERNAN.

Cualquiera es muy virtuosa;  
Lindo entendimiento enseña.

MONTAÑÉS.

Paréceme la pequeña  
Bachillera y mas hermosa;  
Esotra es mas mesurada,  
Y en mi mujer me contento  
Con mediano entendimiento  
Y hermosura acomodada.  
Yo me declaro, Señor,  
Ya tengo esposa.

HERNAN.

¿Cuál quieres?

MONTAÑÉS.

Tío, en esto de mujeres  
La mas poca es lo mejor;  
A la mas niña.

HERNAN.

¿Oh qué bien!  
¿Isabel?

DOÑA ISABEL.

¿Señor?

HERNAN.

Marido  
Tienes; albricias te pido,  
Y te doy un parabien.

DOÑA ISABEL.

¿Marido?

HERNAN.

Tu primo hermano,  
Cuando menos.

DOÑA ISABEL.

¿No es mejor  
Leonor?

HERNAN.

No quiere á Leonor;  
Dale, rapaza, la mano.

DOÑA ISABEL.

Pesadamente le quieres.

HERNAN.

Esa palabra me enoja.

DOÑA ISABEL.

¿Dónde se sufre que escoja  
Un hombre, y no dos mujeres?  
Vengan mas primos, darás  
En qué escoger (¡ay de mí!);  
Mas si todos son así,  
Yo perdono los demás.

DOÑA LEONOR.

¿Oh, cómo es bien entendido!  
Cien mil años goces dél.

DOÑA ISABEL.

¿Jesus!

DOÑA ALDONZA.

¿Qué te dió, Isabel?

DOÑA ISABEL.

Aquí un dolor de marido.

HERNAN.

No hay remedio, esto ha de ser.

DOÑA ISABEL.

Aun resistillo no puedo;  
Si prima le tengo miedo,  
¿Qué será cuando mujer?

HERNAN.

Abrázala, ten mas brio,  
Llega de presto.

DOÑA ISABEL.

¿Ah cruel!  
Si, que es garifo el doncel;  
¿Ay mi bien, ay don Juan mío!

MONTAÑÉS.

No me parece razon  
Sin dispensacion llegar.

HERNAN.

Llega; que para abrazar  
Basta mi dispensacion.

(Llega á abrazarla.)

Salen DON JUAN y BERNARDO, alborotados.

DON JUAN.

Entra; que bien lo he trazado.

BERNARDO.

¿Sin llamar? ¿Estás en tí?

DON JUAN.

¿Cómo estáis, pobre de mí,  
Tan sin pena y sin cuidado,  
Quedando herido tan mal  
Don Luis de Peralta?

DOÑA ALDONZA.

¿Quién?

BERNARDO.

Muy sosegados estén;  
¿Hay flemma en el mundo igual?

DON JUAN. (Ap.)

Saber si el otro es querido,  
Y que este en casa no quede,  
Solo esta industria lo puede.

MONTAÑÉS.

¿Don Luis queda tan herido?

BERNARDO.

Tiene tanta cuchillada,  
Y que es peligrosa dicen;

Unos el brazo maldicen,  
Y otros alaban la espada.

HERNAN.

¿Gran cuchillada, mancebo?

BERNARDO.

¿Oh pésia quien me parió!  
Parece que se la dió  
El caballero del Febo;  
No la sintió hasta despues,  
Y entrando en casa un barbero,  
Llegó un alcalde.

HERNAN.

¿Qué espero?

¿Llegó un alcalde?

BERNARDO.

Y aun tres;  
La confesion le han tomado,  
Y aunque él se ha estado en sus trece...

**DON JUAN.**  
Demasiado lo encarece.  
**BERNARDO.**  
Ya está todo averiguado.  
No estáis seguro, Señor;  
Que queda el buen caballero...  
**HERNAN.**  
Sobrino, esto es lo primero,  
Iglesia ó embajador.—  
Vos, caballero, informadle  
De quién soy, y á toda ley  
Fuga; que es mayor el Rey  
En la vara de un alcalde.  
**MONTAÑÉS.**  
¿A esto á Madrid he venido?  
**HERNAN.**  
No te detengas, acaba,  
Que vendrán; ya me espantaba  
De que no le hubiese herido.  
**DON JUAN. (Ap.)**  
No han caído en la malicia.  
**MONTAÑÉS.**  
A quedarme es bien que pruebe;  
Mas no, que el mas noble debe  
Mas respeto á la justicia.  
*(Vanse el Montañés y Hernan Perez.)*  
**BERNARDO.**  
¡Oh qué buena va la gente!  
**DOÑA ALDONZA.**  
¿Mi sobrino el ofendido?  
**DOÑA ISABEL.**  
¿Mi primo don Luis herido?  
**DON JUAN. (Ap.)**  
Vive el cielo, que lo siente.  
**DOÑA ALDONZA.**  
¿Tan gran herida el traidor  
Le dió?  
**DOÑA ISABEL.**  
¿Perderá la vida?  
**DON JUAN.**  
No; muy pequeña es la herida,  
Pero es grande aquel dolor.  
**BERNARDO.**  
Sin duda que algun gigante  
Le prestó aquel chirlo.  
**DOÑA ISABEL.**  
Enredo  
Me parece; muerta quedo,  
Vos pagaréis lo del guante.  
**DON JUAN.**  
Ah don Luis, tuya es la palma;  
Qué pena tan bien sentida,  
Mas que deudo de la vida,  
Es parentesco del alma.  
**DOÑA ISABEL.**  
¿Tan tristes nuevas escucho?  
**DOÑA LEONOR.**  
¡Ay cómo en todo eres loca!  
**DON JUAN.**  
Sin duda la herida es poca,  
Y aquel sentimiento es mucho.  
**DOÑA ALDONZA.**  
Vuelto me habeis el sentido.  
**DOÑA ISABEL.**  
Bernardo, yo he de perder  
El juicio.  
**BERNARDO.**  
Poco hay que hacer,  
Ya es don Juan el mal herido;  
¡Oh qué extremadas niñeces!  
No con don Luis firme estés;  
Que, por Dios, que es mas cortés  
Que don Juan, cuarenta veces.  
**DON JUAN.**  
¿Qué dices?

**BERNARDO.**  
Que es bravo el potro;  
Cantó lindamente en él.  
**DON JUAN.**  
¿Qué has sentido de Isabel?  
**BERNARDO.**  
Que dará cédula al otro.  
**DON JUAN.**  
No la ha mudado la ausencia;  
Siempre se quieren los dos.  
**BERNARDO.**  
Ea, encomiéndalo á Dios,  
Y á la primer reverencia.  
**DON JUAN.**  
Mira qué extremos aquellos;  
¡Piedad, cielos soberanos,  
Que muero celoso á manos  
De sentimientos tan bellos!  
**BERNARDO.**  
Déjala ya; que es mancilla,  
Que sigas á quien te ofende.  
Esta es garza, bien lo entiende;  
Mas parece tortolilla.  
**DON JUAN.**  
¿Qué desatinos! qué engaños!  
Seguir con tales porfias,  
Una firmeza sin días  
Y una hermosura sin años.  
**DOÑA LEONOR.**  
Procura disimular  
Que á don Juan haces la guerra.  
**DOÑA ISABEL.**  
El vino á descubrir tierra,  
Y ha de anegarse en la mar.—  
¿La espada de aquel cruel  
Herir á don Luis?  
**DOÑA ALDONZA.**  
No es nada.  
**DOÑA ISABEL.**  
Mas atinara la espada  
Si el estrago hiciera en él.  
**DON JUAN.**  
No ha de quedar su mudanza  
Sin tomar venganza mia;  
Que es muy dulce villanía  
Lo civil de la venganza.—  
¡Hermosa doña Leonor!  
**DOÑA LEONOR.**  
¿Señor don Juan?  
**DOÑA ISABEL.**  
El entado  
¿Qué á lo antiguo se ha vengado!  
Pasó de farsa y amor,  
Pero fué gran desvario,  
Con mi hermana.  
**DOÑA LEONOR.**  
Él es gallardo.  
**DOÑA ALDONZA.**  
¿Así os retirais, Bernardo?  
**BERNARDO.**  
Muchísimo dueño mio,  
¿Qué es retirarme? ¿quién hay  
Mas firme en esta demanda?  
Aunque esas tocas de Holanda  
Son castillo de Cambray.  
**DOÑA ALDONZA.**  
Temo que ha de ser fingido,  
Y engastado en pedernal.  
**BERNARDO.**  
¡Jesus! ¿Yo bajeza igual?  
**DOÑA ISABEL.**  
Bien parece mal nacido  
El amor, pues cuando ve  
Que le ofenden quiere mas.

**DON JUAN.**  
No supe ofender jamás.  
**DOÑA LEONOR.**  
*(Ap. ¡Oh si no anduviera á pié!)*  
Esta noche, aunque mas tarde,  
Holgaré de hablar con vos.  
**DOÑA ISABEL.**  
¿Qué falsos están los dos!  
**DON JUAN.**  
Haréis que de noche aguarde  
Todo el sol. *(Ap. Tambien lo siente;*  
Ahora vengo á entender  
Que á un mismo tiempo hay mujer  
Que dice verdad y miente.)  
**DOÑA ALDONZA.**  
Tiene Isabel cada día  
Mil pareceres.  
**BERNARDO.**  
Cansado  
Está don Juan y enfadado  
De tanta rapaceria;  
Por eso es cuerdo mi amor,  
Que busca infinita edad.  
**DOÑA ALDONZA.**  
Linda lisonja en verdad.  
**BERNARDO.**  
Dios manda amar al mayor;  
Y así, nunca me desvela  
Quien mi nieta puede ser;  
Que es mas respeto querer  
A quien puede ser mi abuela.  
**DOÑA ALDONZA.**  
Socarron me ha parecido;  
Pero sea socarron,  
No quiero amante lloron,  
Sino alegre y esparcido.  
**DOÑA LEONOR.**  
Tanto Isabel se acobarda  
Despues que ha sido escogida,  
Que ni obedece entendida,  
Ni se resiste gallarda.  
**DON JUAN.**  
¿Qué buena está mi locura,  
Envidiando, y con razon,  
Del un primo la eleccion,  
Y del otro la ventura!  
**DOÑA ISABEL.**  
¿Que esto sufro y que esto callo!  
Que Leonor celos me dé!  
¿Qué presto con el de á pié  
Que cayó de su caballo!  
*Entre DON LUIS, y repare á la puerta.*  
**DON LUIS.**  
Aunque la vida me cueste,  
Lo he de ver; que mal reposa  
Quien tiene el alma celosa.  
Pero ¿qué silencio es este?  
¿Si podré ver á mi tia?  
**BERNARDO.**  
*(Ap. Este es don Luis; mas ¿qué aguar-*  
Si hay embustes de resguardo?) *(do,*  
¿Cómo has tenido osadía  
De venir aquí? ¿Estás loco?  
**DON LUIS.**  
Amigo, ¿qué ha sucedido?  
**BERNARDO.**  
Está el Montañés herido,  
Y no es tu peligro poco;  
La justicia como un rayo  
Anda ya, y es junto al pecho.  
Véte; que esta vez sospecho  
Que se descuido el soslayo.  
Vine á ver...  
**DON LUIS.**  
¿Extraña cosa!

BERNARDO.  
Si nos culpan.

DON LUIS.  
¿Quién no admira  
Mi desdicha? (Vase.)

BERNARDO.  
¿Qué mentira  
No es en crédito dichosa?  
Creyólo.

DOÑA ALDONZA.  
¿Quién era?

BERNARDO.  
Un paje  
Mio; ¿qué digo? Un criado.

DOÑA ALDONZA.  
No te veo acompañado.

BERNARDO.  
Hago siempre buen pasaje  
A la familia.

DOÑA ALDONZA.  
¿Qué buenos  
Seréis los dos!

BERNARDO.  
No me canso  
En reñir; que es gran descanso  
Tener un pícaro menos.

DOÑA ISABEL.  
¿Que una cosa no se ofrezca  
En que vengarme!

Sale DON JULIAN.

DON JULIAN.  
El ruido  
Quiero saber de qué ha sido,  
Aunque mas tarde parezca.

DOÑA ISABEL.  
Don Julian, linda venida.

DON JULIAN.  
¿Doña Isabel, mi señora?

DOÑA ISABEL.  
Don Julian, venga en buen hora.

DON JULIAN.  
(Ap. Agradéla, es entendida.)  
He de hacerla una fineza  
Esta noche.

DOÑA ISABEL.  
Gran favor  
Me haréis.

DON JULIAN.  
Llevará primor,  
Tendrá garbo y extrañeza.

DOÑA ISABEL.  
Bien le merece mi fe;  
Y la vuestra ¿es verdadera?

DON JULIAN.  
Como yo.

DOÑA ISABEL. (Ap.)  
No te quisiera,  
Aunque anduvieras á pié.

DON JULIAN.  
Tan viles celos me dan,  
Que no los puedo sufrir.

BERNARDO.  
A fe que no ha de morir  
Tan bajamente don Juan;  
Mire usarcéd por su vida,  
Que es muy bien mirar por ella.

DON JULIAN.  
No tengo que defendella  
Si la veo acometida.  
(Pónese Bernardo en medio de don Ju-  
lian y doña Isabel.)

BERNARDO.  
Que aquí ha de haber cuchilladas,  
Y es tan honesto vusté,

Que de mala gana ve  
En carnes á las espadas.

DON JULIAN.  
¿Qué merecerá, galán.  
El que viene muy hallado  
A ser necio y ser cansado?

BERNARDO.  
Que le llamen don Julian.

DON JULIAN.  
Destos hago yo desprecios,  
Que parece en bajo cobre  
Un discretillo muy pobre.

BERNARDO.  
Tan mal como rico un necio.

DON JUAN.  
Que ha de haber pendencia aguardo;  
Llego á quitar la ocasion.

DOÑA ISABEL.  
Don Julian tuvo razon.

DOÑA LEONOR.  
Mas razon tuvo Bernardo.

DOÑA ISABEL.  
Mira, Leonor, que te engañas;  
Que es de á pié, como don Juan.

BERNARDO.  
Por solo este don Julian  
Se han de perder quince Españas.  
(Ap. Dije el concepto; paciencia.)

DOÑA LEONOR.  
¿Y á don Julian no conoces,  
Que es de á caballo?

DOÑA ALDONZA.  
Estas voces  
Han de parar en pendencia;  
Hermanas, entráos adentro,  
Y si ha de haber valentía,  
En el campo.

BERNARDO.  
¿Oh eruda tia!

DON JULIAN.  
Es muy pequeño este encuentro  
Para mi; yo me recojo.  
Quédense, que yo me fundo  
En que no hay cosa en el mundo  
Que me merezca un enojo. (Vase.)

DON JUAN.  
¿Esto ha podido sufrir?  
¿Oh optimista de la honra,  
Que piensa que no hay deshonra,  
Ni mas vivir que vivir!

DOÑA ISABEL.  
De nuevo mi amor empieza;  
Que la traición enemiga  
La voluntad desobliga,  
Mas no vence á la firmeza. (Vase.)

DOÑA LEONOR.  
Algo confusa me siento;  
Que me lleva en mi afición,  
Al uno la inclinación,  
Y al otro el conocimiento. (Vase.)

DOÑA ALDONZA.  
Mi Bernardo, adios. (Vase.)

BERNARDO.  
Yo estimo  
Ese desengaño, ah cielos,  
¿No me da á mi también celos  
Con su poquito de primo?

DON JUAN.  
No estoy en muy mal estado,  
Cielos.

BERNARDO.  
Pues, don Juan, ¿qué ha sido?  
¿Aun don Julian te ha vencido?  
¿Qué de buen aire has quedado!

DON JUAN.  
Isabel, si yo te pierdo,  
Loco moriré sin ti:  
Que no tomaré de mí  
Loca venganza de cuerdo.  
Tantos extremos haré,  
Que en mirándote perdida,  
Daré, con perder la vida,  
Satisfacción á la fe.

BERNARDO.  
Tomarás cédula ahora,  
Y casaste de antubion.

DON JUAN.  
¿Burlas en esta ocasion?

BERNARDO.  
Tomarásla, ¿quién lo ignora?

DON JUAN.  
Cuando sin honra ninguna  
Viviera, y fuera ofendida  
Una experiencia mi vida  
De agravios de la fortuna;  
Cuando para mi ventura  
Descubriera en su belleza  
Nuevos mundos de riqueza,  
Nuevos cielos de hermosura;  
Cuando mi amor invencible  
Solo ese remedio hallara,  
Y esta ocasion le aumentara  
Nuevos lazos de imposible;  
Cuando (quiero hacer la salva  
A nuestro adagio español)  
Fuera, despreciando al sol,  
Hija al fin del duque de Alba,  
No me casara, Bernardo,  
Con ella, si he de tener  
Mi legitima mujer  
Por camino tan bastardo.

BERNARDO.  
¿Tú de amor haces alarde?  
Don Juan, tu tibieza miente;  
Que ostentacion de prudente  
Es disculpa de cobarde;  
¿Oh qué honrada boberia!  
Pues mira lo que en mi humor  
Puede una ley, un amor  
Y una honrada cortesía;  
Cuando aquel dulce anascote  
Naciera sin soles ni albas  
En las, no digo en las malvas,  
Sino en las Indias sin dote;  
Cuando en su frente y su cuello,  
Sin ser ofensas tempranas  
De la batalla de Canas,  
No se escapara un cabello;  
¿Oh bien haya la fe mia!  
Si ella me quisiera á mí,  
Juro á Dios, como el Sofi,  
Me casara con la tia.  
(Vanse.)

Salen DON JULIAN Y EL CRIADO, y  
DOS MÚSICOS.

DON JULIAN.  
No tienes maña, no tienes  
Felicidad en servir.

CRiado.  
Si no han querido venir.

DON JULIAN.  
¿Con dos músicos te vienes?  
Rogarias; anda, véte,  
Necio; al testigo rogado,  
Pero al músico pagado  
La presea, el dobloncete;  
¿No trujiste chirimitas  
Y el órgano que advertí?

CRiado.  
¿Son visperas?

DON JULIAN.  
Para mí,  
De tantas venturas mías;  
Y las hachas que he mandado,  
¿Qué es dellas?

CRIADO.  
¿No consideras  
Que á dar música vinieras  
Con luz muy desalumbado?

DON JULIAN.  
Lleguen los músicos, hola;  
¿Qué letras?

MÚSICO.  
De los floridos  
Claros ingenios lucidos  
De nuestra lengua española,  
Que muchos puedo nombrarte.

DON JULIAN.  
Pulidamente se escribe  
Entre gente ilustre, y vive  
Culto el metro y crespo el arte;  
Hase escondido el Parnaso,  
Y corre ya tan obscuro,  
Que, por claro, terso y puro,  
No se entiende á Garcilaso;  
A un ingenio el mas divino  
Imitan cien majaderos,  
Y han venido á ser romeros  
Por donde él es peregrino;  
¿Cantais algo de marcial?

MÚSICO.  
No es conocido tal hombre,  
Ni es pastoril ese nombre.

DON JULIAN.  
Al fin músico legal;  
¿Qué tonos?

MÚSICO.  
Cosa bizarra  
De Juan Blas.

DON JULIAN.  
Es muy solene;  
Vengan de Alvaro, que tiene  
Gran sabor en la guitarra;  
Templad diez veces y aun ciento,  
Y cruda música espere  
Quien bravo aguardar no quiere  
Que se guise el instrumento;  
Va de Isabel, por mi amor,  
Cosa gloriosa y novel.

MÚSICOS. (Cantan.)  
La reina doña Isabel,  
Viendo venir vencedor...

DON JULIAN.  
Quedo, ignorantes, parad.

MÚSICOS.  
¿No es de gloriosa memoria  
Esta Isabel?

DON JULIAN.  
Quiero historia  
De gloriosa voluntad;  
¿No hay de Isabel ó Belilla,  
Ó Belisa, pastoril,  
Alguna letra gentil?

MÚSICO.  
Nueva y famosa letrilla.

MÚSICOS. (Cantan.)  
Pastores de Manzanares,  
Yo muero por Isabel,  
Cuya beldad solo admite  
Competencias de mi fe.

EL ESCUDERO, en la ventana.

ESCUDERO.  
¿Musiquita? ¡Oh, cómo suena!  
Oh, cómo que dan placer  
A las doce una guitarra,  
Y á las once un almirez!

DON JULIAN.  
Cogiome el aire el poeta,  
Y en la ventana se ve  
Que la florece y ocupa  
Aquel ángel de clavel.

ESCUDERO.  
Oír cantar solamente  
Lo habian de merecer  
El amante y el discreto,  
Y con cédula del Rey.

DON JULIAN.  
¿Ce, mi señora?

ESCUDERO.  
Borracho,  
Amante de Lucifer...  
(Ap. Mas quiero fingir un poco.)

DON JULIAN.  
¿Hermosísima Isabel?

ESCUDERO.  
¿Tontísimo don Julian?  
Conocile.

DON JULIAN.  
Grande fué  
El favor de aquesta noche,  
Para la primera vez.

ESCUDERO.  
Es una sierpe mi tia,  
Mi hermano es un no sé qué,  
Mi primo un desatinado,  
Mi padre un Neron cruel,  
Don Julian un mentecato,  
Mas don Julian es quien es.

Salen DON JUAN y BERNARDO.

DON JUAN.  
Digo que hiciste muy mal,  
Y si entrarais con él...

BERNARDO.  
Vieras deshecho su enredo,  
Y en doña Isabel despues  
El requiebro y el abrazo,  
Y el «mi primo» y el «mi bien»,  
Y el Bercebú que te lleve.

DON JUAN.  
Todo lo quisiera ver:  
Ofendírame una envidia  
O matárame un desden;  
Viera mi gloria en sus manos,  
Y mi ventura á sus piés,  
Y con don Luis no mintieras,  
Que como amigo le hablé,  
Y los mas leves engaños  
Infaman la buena ley;  
Que por cuanto el mundo tiene  
Dos cosas no las haré:  
Ni hacer traicion al amigo,  
Ni decir mal de mujer.

BERNARDO.  
Hipócrita del amor,  
Di que eres noble y fiel,  
Generoso y entendido,  
Cuerto y bizarro también;  
Mas no digas, ni lo pienses,  
Que tienes amor; que en él,  
Ni es el alma tan sufrida,  
Ni es la envidia tan cortés.

DON JUAN.  
Yo soy así, no me mates,  
Guitarras? ¿Qué puede ser?

BERNARDO.  
¿Guitarras no mas? Un hombre,  
Á lo requiebro lebre!,  
De la reja del balcon,  
Don Juan, asido se ve.

DON JUAN.  
¿Hay mas penas que me acaben!  
¿Hay mas celos que me dén!  
¿Quién será?

BERNARDO.  
Será otro primo.

DON JUAN.  
¿Si es don Julian?

BERNARDO.  
No; yo sé  
Que ahora, para mañana,  
Tratando está de poner  
Listones verdes á un bayo,  
Esqueleto cordobés.

DON JUAN.  
De celos muero.

BERNARDO.  
La tia,

DON JUAN.  
¿Qué hará ahora?

DON JUAN.  
¿Que has de ser  
Pesado siempre conmigo?

BERNARDO.  
Que está dando, apostaré,  
En ansias de mocedad  
Dos filos á la vejez.

DON JULIAN.  
¡Ay dulce Isabel!

ESCUDERO.  
Mi dueño,  
La mano os doy, y daré  
Una cédula.

BERNARDO.  
Ella tiene  
Una mano de papel.  
Este sí que es hombre al uso;  
Agarróla.

DON JUAN.  
Dejamé  
Matar á este venturoso,  
Que tiraniza mi bien.

BERNARDO.  
¿Estás en tí?

DON JUAN.  
Oh pocos años,  
¿Qué desatinos hacéis!

DON JULIAN.  
Isabel, de vuestros ojos  
Ya las cortinas corred;  
Que está nublado ese cielo.

ESCUDERO.  
Tanto, que empieza á llover,  
Y á cantaros por lo menos. (Echa agua.)

BERNARDO.  
Don Julian, don Julian es.

DON JUAN.  
Los celos se han vuelto en risa.

ESCUDERO.  
Perdóneme vuesa red  
El haberle bautizado.

BERNARDO.  
Será la primera vez.

Sale EL MONTAÑÉS.

MONTAÑÉS.  
Todo cuanto hay en la corte  
Es, como lo imaginé,  
Poca verdad, mucho engaño,  
Trato doble y mala ley.  
Sospecha tengo que ha sido  
Embuste cuanto escuché,  
Y que estas primas son falsas  
Y faciles de romper.  
Del Embajador la casa  
Con mil recelos déje;  
Que del viejo me ha cansado  
Tanta anciana sencillez.  
¿Quién puede vivir en tierra  
Donde hay tanto que temer?

Que solamente en la mía  
Tememos á Dios y al Rey.  
Gente hay aquí; ¿si es justicia?  
Mas ladrones podrán ser.  
Allí hay dos, y aquí son cuatro;  
Picaros, ¿no bastan seis?—  
¿Puedese pasar, hidalgos?

BERNARDO.

Podrá quien tuviere piés.

MONTAÑÉS.

Mejor quien tuviere manos.

(Tocan las guitarras.)

DON JULIAN.

Cantad mas; que me engañé.

MONTAÑÉS.

¿Aquí guitarras? Qué presto  
Señas del cuidado hallé!

DON JULIAN.

Lo de Isabel proseguid.

MONTAÑÉS.

Eso no proseguiréis,  
Hidalgos; que en esta casa  
Nadie se suele atrever  
De su fama al generoso  
Verde sagrado laurel.  
Esas músicas son buenas  
Donde no pueden tener,  
Ni mas que perder la fama  
Ni que aventurar la fe.

DON JULIAN.

¿Hay nuevo oficio en la corte  
De quita-músicas? ¿Quién  
Os mete en cosas ajenas?—  
¡Hola! Cantad.

MONTAÑÉS.

No canteis,  
Y á quien aquí se atreviere  
A cantar le romperé  
El instrumento en los cascós.—  
Y vos sois un descortés,  
Un necio y un atrevido.

BERNARDO.

Por siempre jamás, amén.

DON JULIAN.

Vos sois un hombre arrojado;  
Yo soy quien soy, y seré  
Lo que quisiere, y no mas.

MONTAÑÉS.

Muy sufrido pareceis.

DON JULIAN.

Soy muy grande cortesano.

MÚSICO.

¿Esto se sufre? No estés  
Tan cobarde.

DON JULIAN.

¡Oh buen cantor!

MÚSICO.

Aunque no traigo broquel,  
¿Quieres que yo le aenchille?

DON JULIAN.

Haréisme mucha merced;  
Que es un gallina.

MONTAÑÉS.

Villanos,  
¡Oh, qué mal me conocéis!  
(Metén mano todos, sino don Julian.)

BERNARDO.

Don Julian perece ahora;  
Que el Montañés es aquel,  
Y entiende poco de Filis.

DON JUAN.

Yo le quiero socorrer.

(Saca una linterna.)

DON JULIAN.

¡La justicia!

MÚSICO.

Guarda fuera.

DON JUAN.

Desviense.

BERNARDO.

Tengansé.

Del solar del mismo infierno

Es un rayo el Montañés.

(Vanse.)

## JORNADA TERCERA.

Salen HERNAN PEREZ y EL MONTAÑÉS, con vestido negro y el mismo cuello, y EL ESCUDERO, en un azafate, trae uno de muchos anchos y algunas cadenillas, y vestido negro de seda.

HERNAN.

El dinero es fuerte muro,  
Nada cuidado te dé;  
Que siempre el dinero fué  
El sagrado mas seguro.  
Aqui estarás escondido;  
Muda de traje.

MONTAÑÉS.

Apartad;  
Que no está mi autoridad  
Pendiente de mi vestido;  
No gusto de cadenillas,  
Ni de esos cuellos me dén,  
Que en otro estaré mas bien  
Un bosque de lechuguillas.

HERNAN.

Ya estoy temiendo algun daño.

ESCUDERO.

¿Hay tan peregrino extremo?

MONTAÑÉS.

Llevadlo; que en todo temo  
Que ha de haber algun engaño.

HERNAN.

Uno temo, y otro dudo;  
¿Qué tienes?

ESCUDERO.

El majadero

Se precia de verdadero,  
Y quiere andarse desnudo.

HERNAN.

Sobrino, ¿tú deste modo?

MONTAÑÉS.

Hablar claro determino.

HERNAN.

Parece que estás mohíno.

MONTAÑÉS.

Vos teneis culpa de todo.

HERNAN.

¿Ya das tan presto esa muestra?  
¿Qué ingratitud! ¿Yo culpado?

MONTAÑÉS.

Tío, yo he sido engañado;  
Pena es mía, culpa es vuestra.  
Yo pienso que la justicia  
Y el aviso (perdonad)  
Es prevenida piedad  
De alguna prima.

HERNAN.

Hay sinrazón semejante?

MONTAÑÉS.

Yo de vos llamado he sido  
Solo para ser marido,  
Que no para ser amante.

En hija rica y hermosa  
Me ofreció vuestra cordura  
Una posesion segura,  
Y no esperanza dudosa;  
Y he menester con la espada  
Ganarla, y vengo á pensar  
Que me he venido á casar  
A la vega de Granada.  
Son cosas poco fieles  
Que no estén (¡oh primas locas!),  
Ni estas ventanas sin tocas  
Ni esta calle sin broqueles;  
Ni lo culpo ni lo apruebo,  
Mas que teneis, averiguo,  
Vos la verdad á lo antiguo,  
Y ellas la vida á lo nuevo.

HERNAN.

Eres un descomedido,  
De malicioso estás ciego;  
¿Que un desconfiado luego  
Se convierta en atrevido!  
No ha de dar un hombre honrado  
A un engaño tan violento  
Lugar en el pensamiento,  
Cuanto mas en el cuidado.  
¿Cuándo ha sido sospechoso  
Ningun hombre bien nacido?  
¿Quién ha entrado á ser marido,  
Por las puertas de celoso?  
Los daños siempre los ve  
Con prevencion cuerda el sábio,  
Y el necio, atento á su agravio,  
Siempre los mira con fe.  
Si no hay cosa en que dispenses,  
Y del engaño haces gala,  
¿Qué mujer no será mala,  
Si basta que tú lo pienses?

MONTAÑÉS.

Yo no sé filosofías;  
Solo sé que no dan muestras  
Ellas de ser hijas vuestras  
Ni de ser parientas mías.  
¿Quereis que yo sufra y calle  
Que en vuestra hija, Señor,  
Me deis un pesquisidor  
De mi cara y de mi talle?  
Que yo soy tan bien nacido,  
Que, aunque mas presume y siente,  
La excedo para pariente,  
Y sobro para marido.

HERNAN.

¡Oh, qué soberbio que estás!  
Advierte, Luzbel segundo,  
Que ser hidalgo, en el mundo  
Es ser hidalgo, y no mas.

MONTAÑÉS.

De Aragon reinó en la silla  
Un hidalgo que eligieron,  
Y de un hidalgo se hicieron  
Los mas grandes de Castilla.

HERNAN.

En eso no, no te engañas;  
Pero crecer los verías,  
No con necias hidalguías,  
Sino con fuertes bazañas.  
Vienes en traje, que puedo  
Preguntarte si entendías  
Que á desposarte venias  
A las Asturias de Oviedo;  
Y de suerte, que no dudo  
Que pensaste, á lo infanzon,  
Que Madrid era Leon,  
Corte de Ordoño ó Bermudo.  
Ya no es el tiempo del Cid;  
Que ahora mas ricos son  
Que los grandes de Leon  
Los chapines de Madrid.

MONTAÑÉS.

Si esto os causaba desvelos,  
¿Cómo no me socorrísteis?

Y qué, ¿mas galan salisteis  
De casa de mis abuelos?  
Mas de un rico nadie aguarde  
Bien ninguno; que esta gente,  
Por no hacer bien solamente,  
Viven mucho y mueren tarde.

HERNAN.

¡Qué! ¿Ya te parezco eterno?  
¡Ah enemigo! bien está;  
Aun no soy tu suegro, y ¿ya  
Tienes achaques de yerno?  
Si allá tan ricos no están,  
Pudieras haber venido  
En las finezas lucido  
Y en las palabras galan.  
Si antes de estar desposado  
No haces caricias y amores,  
¿Qué sequedades mayores  
Te quedan para casado?  
Isabel toma venganza  
De ver tu poca afición;  
¿Qué será en la posesion  
Un soberbio en la esperanza?

MONTAÑÉS.

Ya he dicho que no venia  
A enamorar.

HERNAN.

¡Qué rigor!  
Ya que infamas el amor,  
No agravies la cortesía.

MONTAÑÉS.

No la caseis á disgusto;  
Si para mí la forzais,  
El honor aventurais  
Con las violencias del gusto;  
Que yo, no porque soy vano,  
Sino libre de interés,  
Un mundo pondré á mis piés  
Por no torcer una mano.

HERNAN.

¿Que es forzar? Ella te adora.  
Ya salen, no seas loco;  
Sobriño, véncete un poco;  
Dile requiebros ahora,  
Muéstrale agrado y blandura,  
Caricia, humildad y amor;  
Que no hay victoria mayor  
Que rendirse á la hermosura.

Sale DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.

Corderilla amorosa,  
Que, triste y extranjera,  
Pierdes á mano llera  
La dulce vida hermosa,  
Cuando era entre el ganado  
La blanca admiracion del verde prado;  
Lucida flor, bañada  
De púrpura y de nieve,  
Que fué de mano alevé  
Oprimida y cortada,  
Cuando en verdor temprano  
Gozaba los umbrales del verano;  
Fuentecilla risueña,  
Desprecio del rocío,  
Que en mas violento río  
Vida y cristal despeña,  
Cuando eran en amores  
Aplauso lisonjero de las flores;  
Avecilla sonora,  
De envidia y mano incierta  
O perseguida ó muerta  
En su primera aurora,  
Cuando era su armonía  
Clarín del alba y suspension del día;  
Flor, corderilla y fuente,  
Avecilla quejosa,  
Muerte mas lastimosa  
Mi vida espera y siente;  
Que es mas para sentida  
Forzar el alma que perder la vida.

HERNAN.

Llega, mira que te espera;  
Que aguardar, siendo tan linda,  
A que una mujer se rinda  
Es victoria muy grosera.

DOÑA ISABEL.

¡Ay triste! huyendo del mal,  
He venido á dar en él.

HERNAN.

¡Oh, qué hermosa está Isabel!  
Es su talle celestial.

MONTAÑÉS.

Dejadnos solos; por vos  
Y por ella pienso hablarla.

HERNAN.

Eso es modo de agradarla;  
¿Qué finos verá á los dos!  
Dila que has sido dichoso,  
Tierno la pide una mano;  
Dila: «Dueño soberano,  
Cielo mio, sol hermoso.»  
No digas que es una dea,  
Que no es al uso, y repara  
Que tiene su hermosa cara  
Entendimiento de fea.  
(Ap. Desde aquí escucharlos quiero.)  
(Escóndese.)

MONTAÑÉS.

Yo quedo bien advertido;  
Por bárbaro me ha tenido.

DOÑA ISABEL.

De amores y penas muero.  
(Siéntense en dos sillas, y apártenlas  
los dos, y cuando dice el verso las  
juntan.)

MONTAÑÉS. (Ap.)

Piensa que yo he de rogarla  
Por su dote; si yo valgo...

HERNAN. (Ap.)

Solo sabe ser hidalgo.  
Él no acierta á enamorarla;  
Pienso que la desafia.

MONTAÑÉS. (Ap.)

Pues á fe, prima enfadada,  
Que algun día...

DOÑA ISABEL. (Ap.)

¿Linda cosa!

Castigos en profecía.

MONTAÑÉS. (Ap.)

Hablarla será forzoso,  
Pues lo ofrecí, duramente.

DOÑA ISABEL. (Ap.)

Él será honrado pariente,  
Pero desairado esposo.  
¡Que don Juan me olvide ya,  
Y este se me acerque tanto!

MONTAÑÉS. (Llégase.)

Prima, infinito me espanto...

DOÑA ISABEL. (Desvíase.)

Espántese mas allá.

MONTAÑÉS. (Levántase furioso.)

¿Esto se consiente aquí?

Sale HERNAN PEREZ.

HERNAN.

Hija, dime lo que ha sido.

DOÑA ISABEL.

No mas de que no he querido  
Que se espante junto á mí.

MONTAÑÉS.

Es una muy mal criada.

HERNAN.

Quedo; que no ha de ofender  
A la mas baja mujer

Ni la lengua ni la espada.  
Un hombre con otro puede  
Ser soberbio en el disgusto;  
Pero una mujer, es justo  
Que siempre bizarra quede.

MONTAÑÉS.

El ser cuerda y amorosa  
En mi prima petecia,  
No su loca demasia  
De ser rica y ser hermosa.

HERNAN.

¿Qué mas ternura y firmeza?  
Demasiado favorece,  
Pues de quien no la merece  
Se deja amar la belleza.  
Tierno, y no bravo, el amante;  
¿Qué mas testarudo fuera,  
Qué mas fiero, si viniera  
A enamorar á un gigante?

MONTAÑÉS.

Mucho mas cuerda es Leonor,  
Mas me agrada que su hermana;  
No quiero esta filigrana  
Ni este melindre de amor.  
Adore á su primo indiano,  
Que ya es historia sahida,  
Y que debe mas la herida  
A sus ojos que á mi mano.  
Yo soy poco temporal,  
Desden pago con desden;  
Que en mi vida quise bien  
Á quien me quisiese mal. (Vase.)

HERNAN.

¿Qué condiciou tan extraña!  
Consigo querrá casarse.

DOÑA ISABEL.

Padre, no deben de usarse  
Requiebros en la Montaña;  
Huélgome que le conoce,  
Y que saldrá del engaño.

HERNAN.

No quiero, no, que un extraño  
Mi hacienda y mi sangre goce,  
Ni es bien que heredarme acierte  
Quien ni aun con piedad fingida  
Sufrir no sepa su vida  
Dilaciones de mi muerte;  
Y la muerte misma aguarde,  
Aunque parezca rodeo,  
A pasar por su deseo  
Para llegar menos tarde;  
Y así, que me herede quiero  
Quien templará mansamente  
En la sangre de pariente  
La codicia de heredero. (Vase.)

DOÑA ISABEL.

¡Locura!  
¿Qué ceguedad! Qué engaño! Qué  
Este agrado comun de ser hermosa,  
Adulacion del cielo peligrosa  
Y antigua enemistad de la ventura,  
Suerte agraviada, dicha mal segura,  
Daño apacible, ofensa generosa;  
Que en difícil region de ser dichosa  
Nació para escarmiento la hermosura.  
¿Qué buen gusto que tiene la desdi-

[cha,

Pues elige el mayor merecimiento,  
Sin darse á la ignorancia en parte al-

[guna!

¿Qué agravios hizo el mérito á la di-

[cha,

Que siempre la verdad y entendimiento  
Los tiene por delitos la fortuna?

Sale DON JUAN.

DON JUAN.

Aunque me encuentren aquí  
Tu padre y tu primo ahora,  
No hay mas peligros, Señora,

Que vivir y estar sin tí.  
Hermosísima Isabel.  
Mi bien, mi cielo, mi vida,  
¿Yo agraviado? ¿Tú ofendida?  
¿Yo quejoso y tú cruel?  
¿Qué causa, amores, te di  
Para llamarme enemigo?  
Que el alma no está conmigo,  
Por saber que estoy sin tí.  
Vuelve, y no tengas en calma  
A quien te ruega y te adora,  
Pues tu amor, dulce señora,  
Sabe el camino del alma.

DOÑA ISABEL.  
(Ap. Así lo dice el Señor,  
Mi primo tal viene a ser,  
Que precia mas la mujer  
La venganza que el amor.)  
Don Juan, ya me ves casada;  
Que no hay daño que no intente  
La resolución valiente  
De una mujer agraviada.  
Nunca agravies en presencia;  
Mira que son mal sufridos  
Los ojos; que los oídos  
Son gente de mas paciencia.

DON JUAN.  
Primera luz de mi vida,  
Del alma temprano dueño  
Y de mis floridos años  
Prision dulce en lazos tiernos,  
¿Qué agravios, qué sinrazones  
Mis tristes ojos te han hecho,  
Que solo de tu hermosura  
Dan seña mis pensamientos?  
No me mates, que soy tuyo;  
Que si vi tus ojos bellos,  
Para quitarme la vida  
Llegan tarde los tormentos.  
Si quieres satisfacciones,  
A tus piés, Señora, vengo  
Bañando en lágrimas tiernas  
Tantos arrepentimientos.

DOÑA ISABEL.  
¿Qué bien parece quejoso!  
Los hombres así están buenos;  
Que viven los confiados  
En jurisdicción de necios.  
¿Qué he de hacer? Tengo marido,  
Él me adora y bien le quiero,  
Y como no empieza el gusto,  
Aun no llega el escarmiento.

DON JUAN.  
¿Ayer vino, y hoy te casas?  
Solo en mis males pudieron  
Caber siglos de desdichas  
En solo instantes de tiempo.  
No lo digas; aunque en mí  
Los imposibles son ciertos,  
Quizá podrá ser que viva  
En tanto que no lo creo;  
¿Por qué, mi bien, me has dejado?

DOÑA ISABEL.  
Don Juan, que han de ser, te advierto,  
En lo que aun no importa, finos  
Amores que son discretos. (Vase.)

DON JUAN.  
¿Ah fácil! como tu amor  
Era niño y lisonjero,  
Vivia en flacas prisiones,  
Mal pendiente de sí mismo.  
¿Tan poco duran los bienes?  
Tanto engañan los deseos?  
Tan presto de tanta gloria  
Señas y esperanzas pierdo?  
De los grandes edificios,  
En quien mostraron soberbios  
Su jurisdicción los años,  
Su monarquía los tiempos,  
En las ya mudas ruinas

Perlas reliquias vemos,  
Para despertar descuidos,  
Para avisar escarmientos;  
En sus violentas hazañas  
Perdona siempre el incendio  
A bronces para testigos,  
A mármoles para ejemplos;  
De las fábricas de nieve  
Que, ayudadas de los vientos,  
Sobre los montes levantan  
Ambiciones del invierno.  
Aun deja el verano ardiente  
Contra la ley de su fuego,  
Contra el poder de su llama  
Blancas memorias de hielo;  
Pues de amor al edificio,  
Con obligación de eterno,  
Que, a pesar del mundo, apuesta  
Duraciones con el cielo,  
¿Cómo han faltado cenizas  
Que digan en su silencio:  
«Aquí hay luces de un amor  
Que fué mas y duró menos?»

Sale DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.  
Ya no me puedo sufrir;  
¿Qué bien quedan satisfechos  
Mis mal fingidos rigores  
Con tan dulces sentimientos!  
Generoso dueño mio,  
¿Dejar de ser tuya puedo?  
¿Tan necia soy yo, mi vida?  
¿Tan mal gusto, mi bien, tengo?  
¿Cómo es posible olvidarse  
Amor que, siempre viviendo,  
Vive en lo mejor del alma  
Atado al entendimiento?  
Don Juan, el peligro es mucho,  
Mi padre constante y viejo,  
Mi primo altivo y dichoso,  
Yo desdichada y tú cuerdo.  
Llévame luego contigo;  
Mira, mi señor, que temo  
Llorar desventuras mías  
En duros bronces ajenos.  
Si eres pobre, yo te adoro;  
No podré advertir en ello,  
Que en las descomodidades  
Tiene amor ojos mas ciegos;  
Y no pienses que es flaqueza,  
Que jamás culpadas fueron  
Gallardas resoluciones.  
Quise tomar por remedio...  
Parece que te medidas;  
¿No me respondes? ¿Qué es esto?  
¿Ah, como siempre, sois todos  
En las venturas soberbios!

DON JUAN.

Oye, mi señora, escucha.  
DOÑA ISABEL.  
¿Qué he de escuchar? ¿Esto espero?  
¿Conmigo traiciones tantas?  
¿Para mi tantos desprecios?  
¿Tú quieres bien? Tú eres noble,  
Tú galán, tú caballero?

Entra BERNARDO.

BERNARDO.  
¿Tía y primo se me antoja  
Cuanto en esta casa veo!  
¿Si ha venido aquí don Juan?

DOÑA ISABEL.

¿Despreciar mi casamiento?

BERNARDO.

¿Casamiento? Aquí fué Troya;  
Déñese batalla de celos.

DOÑA ISABEL.

Dejar de ser mi marido

Quando en tus manos me entrego,  
No hay disculpa, eres un loco;  
A ser de mi primo vuelvo.  
Moriré por no rogarte;  
Que la bajeza del ruego  
Profana de la hermosura  
Los altos merecimientos. (Vase.)

BERNARDO.

Pues bien, Príncipe (¿qué cascos!),  
Este es paso lindo y tierno  
Para que te vuelvas loco.  
Vaya de furia y de extremos;  
Don Juan, arroja la capa;  
Ea, derriba el sombrero;  
Di «cielo airado!», y pregunta  
Por el alma, y niegue el cuerpo;  
Vaya lo de la memoria  
Y razon, y todo aquello  
Que está obligado en comedias  
A decir quien pierde el seso.  
Don Juan, para ser poeta  
(Que los buenos son discretos),  
No he visto jamás en nadie  
Tan desmentido el ingenio;  
Que el hacer coplas ¿quién duda  
Que es el pedazo mas bello  
Del entendimiento humano,  
Hechas con entendimiento?

DON JUAN.

¿Hay hombre mas desdichado?

BERNARDO.

¿Hay hombre que sepa menos?  
¿Desdichas llamas las culpas  
Y antiguos engaños nuestros?  
Desdichado es quien gobierna  
Prudente, acertado y cuerdo  
Sus cosas, y luego salen  
Ofendidas del suceso;  
Pero a Isabel tú la pierdes  
Por solo un capricho, siendo  
Un serafín de doblones  
Y un fénix de amores nuevo.  
Si guardas a que se muera  
Su viejo padre, te advierto  
Que el desearles la muerte  
Es el Jordan de los viejos.

DON JUAN.

Ni me disculpo ni aguardo  
Mas que a morir; que ni espero  
Mas riqueza que adorarla,  
Mi mas bien que el mal que tengo.  
Bernardo, yo nací pobre;  
Nobleza y valor me dieron  
Mis padres, y quietamente  
Se casaron mis abuelos.  
No quiero pleito y mujer;  
Que a un rico es atrevimiento  
Ganarle por enemigo  
Sobre costumbres de suegro.  
Soy hombre de bien, y aunque es  
Mayorazgo tan pequeño,  
No he de deslucirlo a manos  
De dorados menosprecios;  
Y en fin, ¿cómo he de encargarme  
De un sol, de un ángel, teniendo  
Posesión en pobre casa  
Y esperanza en rico pleito? (Vase.)

BERNARDO.

¿Hay menguado semejante?  
En toda mi vida vi  
Cuerdo tan fuera de sí  
Y tan encogido amante.

Sale LUISA.

LUISA.

¿Si es don Juan? No, ya se ha ido;  
Vuelvo a decir que ha quedado  
El picaron.

**BERNARDO.**  
Por un lado  
Conversa, y favor la pido  
A mi señora donada  
Deste convento.

**LUISA.**  
Ah señor  
Motilonazo de amor...

**BERNARDO.**  
¿Podrémos, de camarada,  
Entretenernos un rato?

**LUISA.**  
Ann no he llegado á ser tia;  
Que para él, por vida mia,  
Que se está niño este plato.

**BERNARDO.**  
Probarle un tantico deja;  
Que de todo un poco entiendo.

**LUISA.**  
¿Cómo no le quemar, siendo  
Amante de la ley vieja?

**BERNARDO.**  
¿Hay tal agravio y deshonra?

**LUISA.**  
Diga, y ¿no la tiene miedo?

**BERNARDO.**  
De la tia decir puedo  
Que me ha llevado mi honra;  
Mudo-plática parece,  
O medrado tomajon.

**LUISA.**  
Siempre le duele el doblon,  
Cuitadillo me parece.

**BERNARDO.**  
¿Cómo se llamaba?

**LUISA.**  
El hombre  
Quiere hablar mal de Luisica;  
¿Ya no sabe que Marica?

**BERNARDO.**  
Pues diga, y ¿con ese nombre  
Se atreve á ser fea?

**LUISA.**  
Y diga,  
¿Es mas grande la beldad  
De la grave ancianidad  
De la tia?

**BERNARDO.**  
Quedo amiga;  
Victor tu niñez y agrado.

**LUISA.**  
No es muy malo el bellacon.

*Sale DOÑA ALDONZA.*

**DOÑA ALDONZA. (Ap.)**  
Luisica y Bernardo son;  
¿Qué tratarán?

**BERNARDO.**  
Hásmelo dado  
Hacia contento y solaz.

**DOÑA ALDONZA. (Ap.)**  
¿Tal cosa mis ojos ven?

**LUISA.**  
La tia es todo su bien.

**BERNARDO.**  
Tengo el gusto mas rapaz;  
¿Yo en la tia mis deseos?

**LUISA.**  
De la tia es gran compadre.

**BERNARDO.**  
Soy muy devoto del padre  
De los santos Macabeos.

**DOÑA ALDONZA. (Ap.)**  
¿Hay tales bellaquerías?

**LUISA.**  
Eso no lo entiendo yo;  
¿Por qué?

**BERNARDO.**  
Porque se llamó  
No menos que Matatías.

**DOÑA ALDONZA.**  
¿Cómo se llamó?—Picaña,  
Entráos adentro, y no mas.

**LUISA. (Ap.)**  
La tia es un Barrabás.

**BERNARDO. (Ap.)**  
Disimulo, y cierra, España.

**DOÑA ALDONZA.**  
¿Matatías?

**BERNARDO.**  
¿Por ventura  
El ser yo docto te affige?  
Vive Dios, que es lo que dije  
De la Sagrada Escritura,  
Y que hablar cosa en contrario  
Es caso de Inquisicion.

**DOÑA ALDONZA.**  
Dignísimo socarron,  
Fingido, inconstante y vario,  
¿Con una niña un mancebo  
Tan sesudo? ¿Qué dolor!

**BERNARDO.**  
Junto en un cuerpo de amor  
Testamento Viejo y Nuevo.

**DOÑA ALDONZA.**  
Bueno ha estado el desengaño.

**BERNARDO.**  
¿Yo engañarte, madre mia?  
¿Ya no sabes que una tia  
Es yerba contra el engaño?

**DOÑA ALDONZA.**  
Por antojos presumidos  
No tengo lo que ya espero.

**BERNARDO.**  
Han dado en llegar primero  
Los años que los maridos.

**DOÑA ALDONZA.**  
Si me quieres, veré yo  
Abora...

**BERNARDO.**  
¿En qué cosa?

**DOÑA ALDONZA.**  
Amigo,  
En que te cases conmigo.

**BERNARDO.**  
¿Agraviarte yo? Eso do.

**DOÑA ALDONZA.**  
¿Agravio?

**BERNARDO.**  
Y traicion tambien;  
Digo que traicion se llama  
El casarse con la dama  
Que se está queriendo bien.

**DOÑA ALDONZA.**  
¿Traicion casarse con ella?

**BERNARDO.**  
Sí, traicion se ha de llamar  
El casarse, que es tomar  
Remedio de aborrecerla;  
Y tan fino soy, que digo  
Que he de amarte hasta la muerte;  
Y así, por no aborrecerte,  
No he de casarme contigo.

**DOÑA ALDONZA.**  
Ya no mas palabras locas;  
No entraréis, pues esto pasa,  
Vosni don Juan en mi casa.

**BERNARDO.**  
¿Esas canas y esas tocas

Y esa noble autoridad  
Enojarse? ¿Qué indecencia!

**DOÑA ALDONZA.**  
Ya sé tu libre insolencia  
Y tu ciega libertad;  
Ya sé que no eres fiel,  
Que aun la herida de don Luis  
Mentistes, y que fingis  
Por el dote de Isabel;  
Pues en vano se os antoja  
Mentir á vuestra codicia.  
(Ap. Ni me ruega ni acaricia,  
Ni el traidor me desenoja.)  
No lograréis los engaños;  
Sola es vieja la pobreza;  
Que hay madres con gran belleza  
Y tias con pocos años.  
Otros mejores que tú  
Me ruegan, y así me vengo;  
Que por cara y edad tengo  
Doce barras del Perú.

**BERNARDO.**  
¿Quién fuera bien entendido  
Para volverse aquí loco!  
¿Ah cielos! ¿cómo sé poco,  
Pues tan gran dote he perdido?  
Luego fuera caballero;  
Que cualquier persona rica  
Caballero se fabrica  
Del polvo de su dinero.  
¿Doce barras! ¿Qué desden!  
Mas para mi voluntad  
Son muchos siglos de edad  
En pocos años de argen...

*Sale DOÑA LEONOR.*

**DOÑA LEONOR.**  
Contenta de hallarte aquí  
Vengo, porque he deseado  
Darte de cierto cuidado  
Alguna cuenta de mí.  
Bernardo, la cortesía  
En los hombres siempre ha sido  
De nuestro agrado y sentido  
Una blanda tiranía.  
Si anduvo don Juan conmigo  
Tan cortés, que pudo hacer  
Que yo pudiese vencer  
Otra inclinacion, amigo.  
Dime, y dime la verdad:  
Andar á pié (¿qué disgusto!)  
¿Es necesidad ó es gusto?

**BERNARDO.**  
Es gusto y necesidad.

**DOÑA LEONOR.**  
¿Qué mal caso!

**BERNARDO.**  
Él es un hombre  
Que de nada, que no es culpa,  
Ni se corre ni disculpa;  
Y es tan bienquisto su nombre,  
Que, si engolfarse quisiera  
En lo que llaman prestado,  
En calle Mayor ó en Prado  
Potro caballero fuera.  
El duque de Alba Fernando  
A un sastre le preguntó:  
«¿Cómo os llamais?» Respondió:  
«Señor, Toledo.» Temblando  
El sastrecillo de miedo,  
De las orejas le asió  
Mohino el Duque; decía:  
«Toledano, y no Toledo.»  
A muchos que veo yo  
A caballo hiciera así;  
Necio encaballado sí,  
Pero caballero no.  
Mas, pues eres tan notable  
Mujer en el desear,

Llévete Dios á gozar  
La jineta perdurable.

DOÑA LEONOR.

Si rico le hiciera yo,  
¿A caballo no andaría?

BERNARDO.

Por comodidad si haría,  
Pero por soberbia no;  
Que pienso que la igualdad  
Sería su mayor gloria;  
Aunque es falta de memoria  
Siempre la prosperidad;  
Mas no recibas enojo;  
Él no es bueno para ti.

DOÑA LEONOR.

¿Que no es bueno para mí?

BERNARDO.

Tienes príncipe el antojo;  
Si hay ventolera...

DOÑA LEONOR.

Mal sabes

Mi elección, y á los señores,  
Por mas buenos, por mejores,  
Por mas ilustres, mas graves,  
Y porque á todos exceden  
En grandeza, los estimo  
Con respeto, y me lastimo  
Que son mucho, y nada pueden.

BERNARDO.

Bien has entendido el modo.  
Vives, Leonor, engañada;  
¿Cómo que no pueden nada?  
¿No ves que lo mandan todo?  
Un señor es de temer,  
Que manda, y no es importuno;  
Que nunca falta á ninguno  
Mil doblones que ofrecer.

Sale DON JULIAN.

DON JULIAN.

Ya en efecto, como yerno,  
Entre sin llamar.

BERNARDO.

LEONOR,

Tu saborido.

DOÑA LEONOR.

Mejor

Dirás mi cansancio eterno;  
Es un cansado ignorante.

BERNARDO.

Yo pienso que él y don Juan,  
Como si fuera en Adán,  
Pecaron en aquel guante.  
Nada le da pesadumbre;  
¿Qué felicidad!

DOÑA LEONOR.

Ha hecho

¡Oh, qué afrentoso provecho!  
Del sufrimiento costumbre.

BERNARDO.

Dale unos celos de á pié  
Conmigo.

DOÑA LEONOR.

Es un majadero;

No tendrá celos.

DON JULIAN.

Ver quiero

Dónde está Isabel.

BERNARDO.

Yo sé

Que ha de rabiarse; que en amor  
Siempre hay celos.—Don Julian,  
Favorecidos están  
De Isabel y de Leonor  
Dos hombres en esta casa,  
Diciéndose los traidores  
Mil requiebros, mil amores.

DON JULIAN.

¿Eso es verdad?

BERNARDO.

Esto pasa.

DON JULIAN.

Tienen celestial agrado;  
¡Oh mujeres de los cielos!

BERNARDO.

Ten celos, bestia; ten celos,  
Majaderon confiado.

DOÑA LEONOR.

Deja, no hagas caso dél.

BERNARDO.

¿Que nada quiere sentir?

DON JULIAN.

De nada me he de podrir,  
No, por vida de Isabel.

Sale EL MONTAÑÉS.

MONTAÑÉS.

Leonor es mas recogida,  
Mas retirada y honesta,  
Y aun es... Mas ¿qué gente es esta?

DOÑA LEONOR. (Ap.)

Mi primo; ¡yo soy perdida!

BERNARDO.

¿Qué temes?

DOÑA LEONOR.

Sus atrevidos

Sospechosos ardimientos;  
Que, como cuento de cuentos,  
Es marido de maridos. (Vase.)

MONTAÑÉS.

¿Tambien Leonor? Bien están  
Criadas estas doncellas;  
¿De qué sirve ser tan bellas,  
Si no...

BERNARDO.

¡Al arma, don Julian!

DON JULIAN.

No es bien ayudar en nada  
A la muerte; que al morir  
Harto le ayuda el vivir. (Vase.)

BERNARDO.

Mi alma con vuestra espada.

MONTAÑÉS.

Este es el uno. Es mal hecho  
Que á las casas principales  
Se atreva á personas tales,  
Sin virtud y sin provecho;  
Entrar aqui de ese modo,  
Diga, ¿quién se lo mandó?

BERNARDO.

Soy muy comedido yo,  
Nunca me lo mandan todo.

MONTAÑÉS.

Yo soy muy poco apacible  
Para donaires; ¿qué aguarda?

BERNARDO.

Hombre, que parece guarda  
De la puente de Mantible,  
¿Qué has visto?

Sale DON LUIS.

DON LUIS.

Resuelto sigo  
Este error, aunque me prendan;  
Que es mayor mal que me ofendan  
Tantas dudas.

MONTAÑÉS.

Ya le digo

Que si aqui vuelve otro dia..

BERNARDO.

Suplico ajuste.

MONTAÑÉS.

Hablador,

Vaya con Dios.

BERNARDO.

¿Yo temor?

¿Pésia tanta valentia! (Mefe mano.)

MONTAÑÉS.

¿Pésia tanto hablar!

DON LUIS.

¿Qué escucho!

BERNARDO.

Bien haya la poca honra  
Del Julian, que la deshonra  
Mira por la vida mucho.  
Voyme; que gran gente acude. (Vase.)

DON LUIS.

¿Qué veo?

MONTAÑÉS.

¿Qué estoy mirando?

DON LUIS.

El caso me está obligando  
A que lo crea y lo dude.

MONTAÑÉS.

¿No eres don Luis?

DON LUIS.

Don Luis soy;

Y ¿tú el Montañés?

MONTAÑÉS.

¿No estás

Herido?

DON LUIS.

No vi jamás

Tal engaño, no lo estoy;  
Y ¿tú no quedaste herido?

MONTAÑÉS.

¿Herido yo? ¿Hay tal maldad?

DON LUIS.

Ya es fácil hacer verdad  
Lo que de ambos han mentido.

Sale DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.

¡Oh, qué invencion tan extraña  
He pensado! Mas ¿qué miro?  
Ya lo dudo y ya lo admiro.

DON LUIS.

Esta es la amistad de España.

MONTAÑÉS.

Don Luis, la espada suspende,  
No es justo ser enemigos;  
Que hace seguros amigos  
Pendencia que nada ofende.  
Desta casa á entrambos toca  
Este engaño y falsedad;  
¿Qué primas! Qué autoridad!  
Una es necia y otra es loca.  
Ya sé, primo, que has venido  
De Isabel enamorado,  
Y en mirarte desdichado  
Pienso que la has merecido;  
Mi nobleza te asegura,  
Su esposo, don Luis, serás;  
Porque hoy ha de poder mas  
Tu razon que mi ventura.

DON LUIS. (Ap.)

¿Si acaso saber intenta  
Mi pecho? Mas no; que ha sido  
A Madrid recién venido,  
Y aun no es posible que mienta.

DOÑA ISABEL.

¿Hay tal liberalidad?  
Aun no tiene en mi albedrío  
Parte don Luis.

DON LUIS.

Yo me fio  
De vuestra noble amistad;  
Volved por un ofendido,  
De amparo y de vida ajeno,  
Y siempre ha de estar el bueno  
De parte del desvalido.  
No háy hombre en el mundo fuerte  
En la dicha que declina;  
Que todo vive y camina  
Al semblante de la suerte;  
Mas vos, de ayer cortesano,  
Poco desto entenderéis;  
Que para que os enmendeis  
De hombre de bien es temprano.  
Haréis una rica hazaña,  
Liberal, nueva y piadosa,  
Y una prueba generosa  
Del valor de la Montaña.

(Vanse todos, menos doña Isabel.)

DOÑA ISABEL.

Corazon, de primo en primo;  
Pues esta vez no ha de ser,  
Yo he de morir ó vencer.

Sale HERNAN PEREZ.

HERNAN.

¡Oh, cuánto la nueva estimo!  
Isabel, ¿cómo no miras  
Mi alegría? Que ha llegado  
La dispensacion.

DOÑA ISABEL.

¿Qué enfado!

¡Ay triste!

HERNAN.

¿De qué suspiras?  
¿Qué sientes?

DOÑA ISABEL.

¡Ay desdichada!

HERNAN.

¿Qué tienes? ¿Qué ha sucedido?

DOÑA ISABEL.

¡Nunca yo hubiera nacido!  
Temo...

HERNAN.

¿Qué? No temas nada.

DOÑA ISABEL. (Ap.)

¿Qué bien finjo!

HERNAN.

Está segura,  
Descubre el alma conmigo;  
Tu padre soy y tu amigo.

DOÑA ISABEL.

¿Qué afrenta! ¿Qué desventura!

HERNAN.

¡Ay! Dios te dé buena dicha;  
Declárate, amiga, hermana.

DOÑA ISABEL.

Oye, en vida mas temprana,  
La mas antigua desdicha.  
Noble padre mio,  
¡Oh, qué dulce nombre!  
Que es padre dos veces  
Ser padre y ser noble;  
Don Juan de Guevara,  
Un gallardo jóven,  
Flor de los mancebos,  
Fénix de los hombres,  
Puso en mi los ojos,  
Fabricando entonces  
Solamente un alma  
De dos corazones.  
Quise de don Luis  
Romper las prisiones,  
Y en mas fuertes lazos  
Las hallé mayores;  
Con blandos suspiros,

Con tiernas razones,  
Con nuevas finezas,  
Con dulces amores,  
Halló en mi desdicha  
Muchas ocasiones,  
Y en mis pocos años  
Resistencias pobres.  
Con blanda violencia  
Robó (no te asombres)  
Del mayor cuidado  
Las tempranas flores.  
Son fáciles selvas,  
Son plumas veloces,  
Las que fueran antes  
Imposibles montes.  
Siempre en el amor  
Tienen los errores,  
No solo disculpas,  
Pero adulaciones.  
De mi esposo ¡ay tristes!  
Ay hombres traidores!  
Me dió la palabra,  
Que atrevido rompe;  
Y teniendo en poco  
Mi sangre y mi dote,  
Que ya son ofensas  
Las obligaciones,  
Me deja burlada.

Padre, pues conoces  
Tu antigua nobleza,  
Tus claros blasones,  
Señor, no consientas  
Que el desprecio logre,  
Y Guevaras sean  
De tu honor ladrones;  
Que yo de mi vida  
Cobraré en rigores  
Deudas que un ingrato  
Niega y desconoce;  
Cansando, afligida,  
Si no me socorres,  
Al mundo con quejas,  
Al cielo con voces.

HERNAN.

¿Qué es burlar? ¿Qué te desvela?  
Casarése, aunque le pese,  
Cuando su Guevara fuese  
El mismo conde don Vela.  
Si es Guevara, tanta gloria  
Encierra la sangre mia.

DOÑA ISABEL. (Ap.)

Herile por la hidalguia;  
Amor, ¡victoria, victoria!  
Ciego con su calidad,  
Que es su mayor desatino,  
Ni se acordó del sobrino,  
Ni culpó mi libertad.

Salen EL MONTAÑÉS Y DON LUIS.

MONTAÑÉS.

Yo reduciré á mi tío.

DON LUIS.

Temo la cólera suya.

MONTAÑÉS.

Isabel ha de ser tuya.

HERNAN.

Bizarro sobrino mio,

Ahora de tu valor...

MONTAÑÉS.

Mira que está aqui don Luis.

HERNAN.

Pues juntos los dos venis,  
Juntos volved por mi honor.

MONTAÑÉS.

¡Tío!

DON LUIS.

Mi señor, ¿qué furia  
Es esta?

HERNAN.

Venid conmigo  
A cobrar de un enemigo  
Una deuda y una injuria.  
No da espacio la desdicha;  
Allá la causa os diré.

MONTAÑÉS.

Confuso voy.

DON LUIS.

Yo seré

Aun desdichado en la dicha.

(Vanse todos, menos doña Isabel.)

Salen DON JUAN Y BERNARDO.

BERNARDO.

[dicho]  
Don Juan, ¿aqui me vuelves? ¿No te he  
Que este Cid montañés, que en su tizona  
Envaina la que á nadie no perdona,  
Ya que no en lo retórico, en lo fiero  
Fué segundo villano del Danubio,  
Celoso universal como diluvio?

DON JUAN.

Con este enredo que te digo estorbo  
El casamiento de Isabel; poniendo  
Demanda ante el Vicario.

BERNARDO.

¿En nombre tuyo?

DON JUAN.

Dios me libre. De parte de un don Cár-  
Del primer apellido Campafioso, [los  
Diciendo que Isabel le ha dado cédula;  
Que la mentira es madre de los pleitos,  
Pues ha engendrado con error profun-  
El engaño los pleitos en el mundo; [do  
Que si miro á Isabel en otro dueño,  
Será, con alma tierna y afligida,  
Lo menos del morir perder la vida.

BERNARDO.

[ñas?

¿Cuándo se huelgan los que juegan ca-  
Mirando su cansancio y su fatiga,  
Preguntaba á un jinete su criado;  
Y así, yo quiero preguntarte ahora,  
Viendo tu amor, tu pena y tu cuidado,  
¿Cuándo se huelga un triste enamora-

DOÑA ISABEL.

[do?

¿Qué bien trazada cosa!

BERNARDO.

Alerta, digo;

Mira un ángel de perlas.

DON JUAN.

Ay amores,

¿Qué linda está!

BERNARDO.

Síafe, como unas flores.

¡Oh simple, que, siguiendo una locura,  
César dejas de ser de su hermosura!

DON JUAN.

Sin duda que Isabel me quiere menos.

BERNARDO.

¿En qué lo echas de ver? ¿Notable cosa!

DON JUAN.

En que me ha parecido mas hermosa.

DOÑA ISABEL.

[aire,  
(Ap. Burlarme quiero; estoy de tan buen  
Que lo que fué dolor será donaire.)

Don Juan, ¿vuelves por mí? Mi bien, mis

[ojos,

¿Qué aguardas? Tuya soy, llévame lue-

DON JUAN.

[go.

De abundancia de luz estoy tan ciego...

BERNARDO.

Rueguen al angelito.

DON JUAN.

Es todo en vano.

BERNARDO.  
¡Oh barbada ventura de cristiano!  
Ea, don Juan, que yo pienso algun dia  
Adular toda el alma de alegría.—  
Sin duda espera el tonto que le fuer-

[cen.—  
Señá doña Isabel, tenga paciencia;  
Que á mi señora doña Juana ahora  
Le quitaré el melindre y el empacho.  
¡Que un hombre, de templado, esté  
[borracho!

*Salen todos, con espadas desnudas.*

HERNAN.  
Aqui ha venido; matadle,  
Si se resiste ó lo niega.

BERNARDO.  
¡Jesus! este ha sido encanto  
De la tía.

HERNAN.  
El traidor muera,  
Si al momento no se casa.

DON JUAN.  
Tened la mano y la lengua;  
Que no me habeis conocido.

HERNAN.  
Has de casarte por fuerza,  
Aunque te pese.

DON LUIS.  
Mi espada  
Ayuda mi muerte mesma.

DON JUAN.  
Ved que soy un caballero,  
Que no tengo mas hacienda  
Que el ser noble.

MONTAÑÉS.  
Eso te basta,  
Si usas bien de la nobleza.

BERNARDO.  
Santo Dios, ¿hay tal suceso?  
Vive Cristo, que le ruegan  
Los dos maridos y el padre.

DON JUAN.  
Yo soy la misma pobreza;  
¿Qué os engaña?

MONTAÑÉS.  
Ya eres rico,  
Si te has de casar con ella;  
Si pobre, tambien, pues eres  
Tan noble, que lo confiesas.

BERNARDO.  
Cásate con todos juntos  
(Ap. ¿Hay tal honra? Hay tal simpleza?)  
Hasta con la misma tía.

*Salen DOÑA ALDONZA y DOÑA LEONOR.*

DOÑA ALDONZA.  
¿Qué desventuras son estas?  
¿A Isabel y á don Juan juntos  
Hallaron?

DOÑA LEONOR.  
De no ser cuerda  
Ahora verá los daños;  
Mataránlos.

HERNAN.  
¿A qué esperas?  
Dale la mano.

DOÑA ISABEL.  
Cobarde  
Pecador, ¿qué temes? Llegá;  
Que á mi me lo debes todo.

DON JUAN.  
Mi mano y mi vida es esta,  
Que el alma ya está contigo;  
Pero ¿qué embuste y quimera  
Es este?

DOÑA LEONOR.  
Admirada quedo.

DOÑA ALDONZA.  
Estoy confusa y suspensa.

HERNAN.  
No has de salir con la tuya;  
¿Qué bien me vengo!— Asi queda,  
Don Juan, vengado el honor  
De ilustres casas anejas;  
Ya me entiendes.

DON JUAN.  
No os entiendo;  
Dicha es mía y gloria es vuestra.

MONTAÑÉS.  
¿Qué liviandad!  
DON LUIS.  
¿Qué ventura!

HERNAN.  
Ya sé que mas te contenta  
Leonor, sobrino.

DOÑA LEONOR.  
¿Qué importa?

HERNAN.  
¿Tenemos historia nueva?

DOÑA LEONOR.  
Yo, Señor...  
HERNAN.  
¿Hay mas don Juanes?

¿Qué aguardas? Que tanta renta  
Le pondré, que ande á caballo.

DOÑA LEONOR.  
Eso me anima y me alegra.

MONTAÑÉS. (Ap.)  
En mi poder, yo sé bien  
Que será honrada y honesta.

DOÑA LEONOR.  
A caballo, eso me basta.

MONTAÑÉS.  
Mi fe con vos será eterna.

DON JUAN.

Ahora un enamorado  
Se huelga, Bernardo.

BERNARDO.  
Tenga,  
Con su mujer se lo coma;  
Que un casado no se huelga.

*Salen DON JULIAN y SU ESCUDERO.*

DON JULIAN.  
A lindo tiempo he llegado,  
Mi suegro y señor; la bella  
Doña Isabel me dió anoche  
Palabra firme y expresa  
De ser mi esposa; y así,  
Vengo á casarme con ella.

HERNAN.  
Isabel, ¿tantos maridos?

DOÑA ISABEL.  
Si es don Julian, ¿qué te alteras?  
Que luego os diré la causa  
De liviandad tan discreta.

ESCUDERO.  
Yo, mi señor don Julian,  
Soy la malvada doncella  
Que os dió anoche la palabra,  
Con cristiana diligencia,  
Que os bauticé; vuestra soy.

DON JUAN.  
De la divina belleza  
De Isabel yo soy el dueño.

DON JULIAN.  
Sedlo muy enhorabuena;  
Pero tener por marido  
Hombre de á pié, ¿qué vergüenza!

DOÑA ISABEL.  
«No hay hombre cuerdo á caballo,  
Se dijo por esta bestia.

MONTAÑÉS.  
¿Quién es este?

BERNARDO.  
Un ordinario  
Filósofo desta tierra,  
Que las descomodidades  
Tiene solo por afrenta.

HERNAN.  
Don Luis, ya que no has podido  
Ser mi yerno, de mi hacienda  
Tendrás lo que tú quisieres;  
Que al fin eres sangre nuestra.

DON LUIS.  
Ni vuestra riqueza estimo  
Ni vuestra sangre; que en ella  
Gustos buscaba, y no pobre  
Y mal nacida riqueza.  
No quiero en la corte nada,  
Donde es tan vil, tan incierta  
La amistad, y donde vive  
La ventura tan soberbia.

DON JUAN.  
Don Luis, yo soy vuestro amigo.

DON LUIS.  
No quiere amor que lo crea;  
Mas yo lo quiero ser vuestro.  
(*Danse las manos.*)

DOÑA ALDONZA.  
Bernardo, ¿que no te alientas  
Para casarte conmigo?

BERNARDO.  
¿Está en su seso? A la iglesia  
Tiene gana de ir por novia,  
Cuando era justo por muerta;  
Pero déme acá esa mano.

DOÑA ALDONZA. (*Dale la mano.*)  
¿Es de burlas ó de veras?

BERNARDO.  
Sí, sí; la mano, pues ¿no?

DOÑA ALDONZA.

¿Recibesme?  
BERNARDO.  
Por mi suegra.

DOÑA ALDONZA.  
Maldito seas, amén.  
Ya mis deseos se enfrenan;  
Que los años y sucesos  
Lo mas rebelde escarmentan.

DON JUAN.  
Todo es temas en el mundo;  
Que en él vive y en él medra,  
Cada cuerdo con su agravo,  
Cada loco con su tema.

# COMEDIA FAMOSA

TITULADA

## NO HAY VIDA COMO LA HONRA,

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

### PERSONAS.

DON CÁRLOS OSORIO.  
DON FERNANDO CEN-  
TELLAS.  
TRISTAN, gracioso.

DON PEDRO, viejo.  
EL VIREY.  
UN SECRETARIO.  
DOÑA LEONOR.

ESTELA.  
LAURA.  
EL CONDE ASTOLFO.  
INÉS, criada.

TEODORO, } criados.  
CLAUDIO, }  
OTROS CRIADOS.

### JORNADA PRIMERA.

Salen DON CÁRLOS OSORIO, con  
grillos, y TRISTAN, su criado.

DON CÁRLOS.  
¿Qué dices de mi fortuna?

TRISTAN.  
Que aun así estás muy galán.

DON CÁRLOS.  
Esto es ser pobre, Tristan;  
Desde mi primera cuna  
Nací con aquesta estrella.

TRISTAN.  
No es muy mala, pues Leonor  
Te muestra tener amor.

DON CÁRLOS.  
Pues, si no fuera por ella,  
¿Qué hubiera sido de mí?

TRISTAN.  
¿Y esos grillos?

DON CÁRLOS.  
Ya se trata  
De reducirlos á plata;  
Y entre tanto estaré así,  
Pues no me quiere escuchar  
El Virey.

TRISTAN.  
Es un...  
DON CÁRLOS.

Detente,  
No te arrojes neciamente;  
Que en todo caso el honrar  
A la justicia es justicia.

TRISTAN.  
Dices bien; pero no cuando  
Trae la justicia arrastrando  
La pasión y la malicia;  
Que quien justicia no hace,  
No es justicia para un hombre.

DON CÁRLOS.  
Basta tener solo el nombre,  
Aunque tal vez se disfrace.  
¿No has visto un hombre mirar

Con risa alguna pintura  
Tan grosera y tan obscura,  
Que le obliga á murmurar?  
Mas si el mismo que la ofende,  
Por las letras que á los piés  
Tiene, ve que imagen es,  
Aunque el pincel reprehende,  
Humilde y con el sombrero  
Quitado, ¿no reverencia  
Su retrato? Es evidencia.  
Pues de la justicia infiero  
Lo mismo: bien puede ser  
Que esté tan mal retratada,  
Que no se parezca en nada  
A quien debe parecer;  
Mas la vara es un renglon,  
Que dice: «Yo soy justicia»;  
Y no obstante su malicia,  
Se le debe adoracion;  
Que, aunque sea, siendo ingrata  
A su nombre soberano,  
Pintura de mala mano,  
En efecto, á Dios retrata;  
Y no es justo que los dos  
Intentemos ofender  
A quien puede responder  
Que es un traslado de Dios.

Salen DON FERNANDO, galán, de  
camino, con grillos, y TEODORO,  
criado.

TEODORO.  
¿Hay tan extraño suceso?

DON FERNANDO.  
Teodoro, lo porvenir  
¿Quién lo puede prevenir?

TEODORO.  
¿Tú desta suerte? Tú preso?  
DON FERNANDO.

Trató mi padre casarme  
Con doña Leonor de Ibarra,  
Mi prima, mujer bizarra,  
Y que pudo enamorarme  
Antes de verla, porque es,  
Segun dicen, bella moza;  
Llego aquí de Zaragoza,  
Y antes de entrar, ya lo ves,

Sobre salpicar á un hombre,  
Acaso sin culpa mia,  
Me dijo tal demasia,  
Hombre al fin de bajo nombre,  
Que á apearme me obligó  
Y á darle de cintarazos,  
Sin esperar á otros plazos.  
Llegó la justicia, y dió  
En que el hombre estaba herido  
(Costumbre ó codicia antigua);  
Y así, mientras se averigua,  
Adonde ves me han traído,  
Y adonde yo, por no hacer  
Con mi tio y con mi esposa  
Mi cordura sospechosa,  
No me he querido valer  
En esto de su favor,  
Puesto que con veinte escudos,  
Que harán hablar á los mudos,  
Me dice el procurador  
Que de aquí me sacará.

TEODORO.  
Eso es negociar callando.

TRISTAN.  
Ese es aquel don Fernando  
Que te dije.

DON FERNANDO.  
Oye, allí está,  
Y aun mirando con cuidado,  
Aquel hidalgo, de quien  
Dicen todos tanto bien.

DON CÁRLOS.  
¿Qué brioso y qué alentado!  
DON FERNANDO.

Hablarle quiero.  
DON CÁRLOS.

Acá viene.  
TRISTAN. (Ap.)  
Ya se miran, ya se llegan,  
Ya se abrazan, ya se ruegan.

DON FERNANDO.  
Esta licencia tiene  
La cárcel. (Ap. ¡Gentil presencia!)  
DON CÁRLOS.

Vos me honrais.

TRISTAN. (Ap.)

¿Quién tal pensara?

Por un ojo de la cara  
No harán una reverencia.  
¿Qué tales están los dos  
Para danzar un torneo!

DON CARLOS.

Si por la cárcel granjeo  
Un amigo como vos,  
En deuda soy á los grillos,  
Pues han sido los terceros.

DON FERNANDO.

¿Qué haremos?

DON CARLOS.

Entreteneros;

Naipes hay, y mis librillos  
He traído; escoged, ea,  
Y sentaos.

DON FERNANDO.

Mejor será,

Pues tiempo nos sobrará,  
Hablar en algo que sea  
De mas gusto; y así, os ruego,  
Porque os he cobrado amor  
Desde que os vi, que el valor  
Rinde y aficiona luego,  
Vuestra prision me digais;  
Que por esas escaleras  
La cantan de mil maneras.

DON CARLOS.

Puesto que tanto me honrais,  
Oid, si os hago servicio.

TEODORO.

Ya están asidos los dos.

TRISTAN.

Pues juntémonos los dos  
A rezar en este oficio.

(Saca Tristan una baraja de naipes, y  
vanse los dos criados.)

DON CARLOS.

Ya os habrá dicho esa gente  
Que soy don Carlos Osorio,  
Caballero de Valencia,  
Mas noble que venturoso.  
Nací hidalgo como el Rey,  
Mas tan pobre, que me corro,  
Vive Dios, de haber nacido  
Para ser blanco afrentoso  
De los buenos y los malos,  
De los unos y los otros;  
Que es la pobreza un lunar  
Tan feo, que en cualquier rostro  
Sirve de escalon obscuro,  
Adonde tropiezan todos.  
Viéndome, en fin, desvalido  
De la fortuna y el oro,  
Patrimonio que da el cielo  
Al formar al hombre á soplos,  
Estudié de humanidad,  
Que es lo que llaman los doctos  
Buenas letras, lo que basta  
A un cortesano curioso.  
Danzo tambien, corro, esgrimo,  
Y cuando se ofrece, toco,  
Sin melindre, una vihuela  
En su metro numeroso;  
Y sobre todo, hago versos,  
Sin decir mal de los otros,  
Que, para el siglo que corre,  
Os prometo que no es poco.  
Determinéme á no amar,  
Porque fuera lance impropio,  
Siendo pobre, divertirme  
En empleos amorosos;  
Que amar sin tener qué dar,  
O es preciarse de muy loco,  
O tener hecha la cara  
Al desaire de andar corto.  
Mas viendo á Casandra un día

(No es este su nombre propio,  
Mas cállole por modestia),  
Quedé mudo, quedé absorto,  
Y quedé mas pobre que antes,  
Pues liberal á mi modo,  
Hasta sin alma quedé,  
Porque la ferí á sus ojos.  
Amábantela Feliciano,  
Floro, Alberto, Lucidoro  
Y el conde Astolfo, si bien  
Con mas licencia que todos  
El dicho Conde, por ser  
Mas noble ó mas poderoso.  
Antojósele (¡qué dicha!)  
Bajar una tarde al Soto  
A enamorar á sus ninfas  
O á dar nieve á sus arroyos;  
Y viniendo por el rio  
En su coche, y tras él Floro,  
El Conde, Alberto y Ricardo,  
Y yo tambien, que iba solo,  
Como carta que en el juego,  
Donde el amor pide oros,  
Es figura, y no ganancia,  
Y así, la descartan todos,  
Sucedió que los caballos,  
Atentos á un alboroto  
Que mas adelante hacia  
El placer de algunos mozos,  
Se alteraron de manera,  
Que, sin atender, fogosos,  
A los preceptos del freno,  
Rompiendo el cristal sonoro,  
Se abalanzaron al rio  
Con tal furia, que el piloto  
De aquella encerrada barca  
Probo el agua y midió el golfo.  
Ya lo veis; Casandra entonces,  
Sacando el turbado rostro  
Por el canal del estribo,  
Con acentos lastimosos,  
Piedad al cielo pedia  
Y á sus amantes socorro;  
Mas ellos (¿quién tal pensara?),  
Como peñas, como troncos  
Inmóviles, al remedio  
Y á su voz estaban sordos.  
Llego yo entonces, y ciego  
De ver su tibieza, arrojé  
El vestido, aunque era tal,  
Que me hiciera poco estorbo;  
Salto al agua, esgrimo el brazo,  
Hiero el aire, el cristal rompo,  
Y al coche voy, que, parado,  
Parecia verde escollo,  
Cercado de plata falsa  
Y de sucesivo plomo.  
Entré dentro, y ella, ansiada  
Con el susto y el asombro,  
Al cuello me echó los brazos,  
Y en los mios la acomodo  
Sin aliño; que la priesa  
Dió licencia á tan forzados  
Favores, que aun el pecado  
Que hasta allí fué melindroso,  
Dicen que enseñó al cristal,  
Por no decir á mis ojos,  
De la columna de seda  
No sé qué seda con oro.  
Iba Casandra sin pulsos,  
Y caía sobre el hombro  
Izquierdo mio su cara;  
Y como el golpe furioso  
Del agua, con mis vaivenes,  
Me combatía, ella y todo  
Mudaba sitio á la cara,  
Tanto, que sus labios rojos  
Vi tal vez, como de paso,  
Con los mios venturosos  
Encontrarse sin querer;  
Porque entre su cielo hermoso  
Y entre mi rostro no había

Mas tabique que su rostro.  
En esto ya sus amantes,  
O corridos ó envidiosos,  
Se habian escondido. En fin,  
Casandra, de aquel asombro  
Cobrada, con un suspiro,  
Que el aire guardó con otros,  
Corriendo las dos pestañas,  
Fué sumiller de sus ojos;  
Y apenas volvió en su acuerdo,  
Cuando, salpicando á trozos  
Con viva sangre la nieve,  
«Señor don Carlos Osorio,  
Me dijo, para quereros  
Bastaba solo el abono  
De ser quien sois, y saber  
Que os debo, no, no lo ignoro,  
Dos años de voluntad;  
Pero ahora, que conozco  
Que os debo tambien la vida,  
Creed que á mi cuenta tomo  
La paga, y creed tambien  
(Esto cubriéndose el rostro)  
Que os tengo amor y algo mas.»  
Con esto quedé tan loco,  
Fernando, que aun no creí,  
Por ser mio, tanto gozo;  
Que es en un hombre abatido  
El favor tan sospechoso,  
Que volví á mirar al campo  
Por ver si hablaba con otro.  
Estaba cerca un molino,  
Y para con mas decoro  
Poder secarme y vestirme,  
A su sagrado me acojo.  
Allí estuve hasta la noche;  
Y al volver, entre unos olmos  
Me pareció que habia gente,  
Y con mas atencion, oigo  
Hablar seis hombres tan cerca,  
Que casi con ellos topo;  
Y con la luz que la luna  
Daba pródiga, conozco  
Que era el Conde y sus criados,  
Que, como á una fiera, á un toro,  
Me acosan y me retiran;  
Mas yo, diestro y orgulloso,  
Al primero que encontré,  
Que fué acaso el conde Astolfo,  
En la mano de la espada  
Alcancé un mandoble, y roto  
De una vena el primer velo,  
Bañó de púrpura el pomo.  
Llegó entonces la justicia  
De la Hermandad, que el contorno  
De aquel campo visitaba,  
Y sin oír en mí abono  
Mis disculpas, al Virey  
Me llevan, que, rigoroso  
Solo conmigo, quizá  
Porque vió que estaba roto,  
Maniatado hizo traerme  
A este obscuro calabozo,  
Donde, á pesar de la envidia,  
Vivo el hombre mas dichoso  
Que tiene el mundo. Aquí estoy  
De aquella deidad que invoco  
Regalado cada día;  
Aquí me escribi, y respondo  
Lo menos de lo que siento,  
Y lo mas de lo que ignoro.  
Esta es, Fernando, mi historia,  
Esta la luz que enamoro,  
Esta la aurora que sigo,  
Esta la dicha que gozo,  
Esta la vida que paso,  
Esta la suerte que logro,  
Esta la gloria que espero  
Y esta la gloria que adoro.

DON FERNANDO.

¡Notable historia por cierto,

Y digna de eterna fama!  
Con razon Casandra os ama.

DON CÁRLOS.  
Pues de camino os advierto  
Que es lo mejor de Valencia;  
Rica, hermosa y celebrada.

Salen TRISTAN y TEODORO.

TRISTAN.  
Oye...

TEODORO.  
Escucha...

TRISTAN.  
Una embajada,  
Aloque en la diferencia  
De color, alegre y triste,  
Magra, gorda, mala, buena,  
Parte gusto, parte pena,  
Ansia, gloria, susto y chiste  
Te traigo.

DON CÁRLOS.  
Pues di primero  
La buena.

TRISTAN.  
Pues ¿no es mejor  
Saber antes la peor,  
Porque el bocado postrero  
Te cure de aquella mala?

DON CÁRLOS.  
No, Tristan; que puede ser,  
Si entrambas se han de saber,  
Que la mala sea tan mala  
Y de tanto rigor llena,  
Que no me deje en el pecho  
A la vida de provecho  
Para que sepa la buena;  
Y la buena puede ser  
Tan dulce en el regalar,  
Que no le deje al pesar  
Rastro para acometer;  
Y así, diestro maestresala,  
La buena es bien que me des;  
Que harto tiempo habrá despues  
Para trinchar de la mala.  
Empieza, acaba, di presto.

TRISTAN.  
Pues digo que libre estás.  
Esta es la buena.

DON CÁRLOS.  
¿No mas?

TRISTAN.  
No mas; pues ¿es barro esto?

DON CÁRLOS.  
¿Levantóse el Conde?

TRISTAN.  
Sí;  
Y el Virey está informado  
Del caso, y orden ha dado  
Para que salgas de aqui.

DON CÁRLOS.  
Di ahora la mala.

TRISTAN.  
Digo  
Que el siervo de don Fernando...

DON CÁRLOS.  
¿Ya escucha el alma temblando!

TRISTAN.  
Ha estado hablando conmigo,  
Y dice que su señor  
Es de Leonor...

DON CÁRLOS.  
¿Qué?

TRISTAN.  
Pariente;  
Y que su padre...

DON CÁRLOS.  
Detente.

TRISTAN.  
Viendo en estado á Leonor,  
Ya me entiendes, moza y bella,  
Le envia á casar...

DON CÁRLOS.  
¿Pues bien?

TRISTAN.  
No conmigo.

DON CÁRLOS.  
Pues ¿con quién?

TRISTAN.  
Dice el siervo que con ella.

DON CÁRLOS.  
¿Con Leonor?

TRISTAN.  
Sí, con Leonor.

DON CÁRLOS.  
¿Diceslo de veras?

TRISTAN.  
Sí.

DON CÁRLOS.  
Todo el cielo sobre mí  
Se ha caido. ¿Ay triste amor!  
Ya no puede la fortuna  
Ni dar mas ni quitar mas.

TRISTAN.  
En efecto libre estás.

DON CÁRLOS.  
El oro negoció presto;  
Y viene á ser lo peor  
Que la historia de Leonor,  
Aunque con nombre supuesto,  
Le he contado.

DON FERNANDO.  
Pues, amigo,  
¿No me dais el parabien?  
Libre estoy.

DON CÁRLOS.  
Y yo tambien.

DON FERNANDO.  
¿Vos tambien?

DON CÁRLOS.  
(Ap. ¡Ay enemigo!)

Sí, Fernando...

DON FERNANDO.  
¿Iréis ahora  
A ver á vuestra Casandra?

DON CÁRLOS.  
Aunque ciega salamandra  
Soy de su fuego, y la adora  
Toda el alma, hasta las dos  
De la noche no podré.  
(Ap. Tristan. ¿qué diré? Qué haré?)

TRISTAN. (Ap. á don Cárlos.)  
Disimular.

DON FERNANDO.  
Pues de vos,  
Puesto que lugar habrá,  
Me he de amparar.

DON CÁRLOS.  
No seas corto;

Aqui estoy, si acaso importo.

DON FERNANDO.  
Yo soy nuevo en el lugar,  
No sé las calles, y quiero  
Que á una casa me lleveis,  
Que acaso conoceréis...

DON CÁRLOS.  
(Ap. ¿Eso mas? Cielos, ¿qué espero?)  
Y es...

DON FERNANDO.  
De don Pedro de Ibarra.

DON CÁRLOS.  
Es muy grande señor mio.  
(Ap. ¿Hay tal suceso?)

DON FERNANDO.  
Es mi tio.

DON CÁRLOS.  
Una hija, muy bizarra,  
Si acaso yo no me engaño,  
Ha de tener. (Ap. ¡Ay amor!)

DON FERNANDO.  
¿Llámase doña Leonor?

DON CÁRLOS. (Ap.)  
Por mi mal y por mi daño.

DON FERNANDO.  
Discreto sois; y pues vos  
El alma me habeis fiado,  
Sabed que vengo casado  
Con ella.

DON CÁRLOS. (Ap.)  
¿Mal te haga Dios!

DON FERNANDO.  
¿Qué dices?

DON CÁRLOS.  
(Ap. ¡Ay triste!) Digo  
Que es muy hermosa mujer.  
(Ap. ¿Esto es morir ó querer?)

DON FERNANDO.  
Mirad que venis conmigo  
Hasta ponerme en su casa.

DON CÁRLOS. (Ap.)  
Esto ¿en qué fabula cabe?

TRISTAN.  
Medianamente la sabe.

DON CÁRLOS. (Ap.)  
Lo que ahora por mí pasa,  
Tal estoy, que no lo creo.

DON FERNANDO.  
Venid, porque verla pueda.

DON CÁRLOS.  
(Ap. ¡Muerto voy!) Todo os suceda...

DON FERNANDO.  
¿Cómo?

DON CÁRLOS.  
Como yo deseo.

(Vanse.)

Salen ALGUNOS CRIADOS y EL CONDE,  
con banda, acompañando á DOÑA  
LEONOR é INÉS, con mantos.

DOÑA LEONOR.  
Vueseñoria de aqui  
No ha de pasar.

CONDE.  
Quien se abraza

Por todo pasa.

DOÑA LEONOR.  
Mi casa

No es iglesia.

CONDE.  
¿Para mí

Siempre crue!

DOÑA LEONOR.  
Soy quien fui.

CONDE.  
Pues tomar agua bendita  
De un hombre, ¿qué da ni quita?

DOÑA LEONOR.  
No da ni quita, Señor;

Mas tengo al agua temor,  
Aunque sea agua bendita.

Aquella pila, aunque breve  
(Tanto puede el temor mio),  
La imagino un grande rio,

Que á sus márgenes se atreve;  
Y vuelta la grana en nieve,  
Temo su furia cruel;  
Porque, si tropiezo en él,  
Es fuerza, Señor, llamaros,  
Y no quiero aventuraros  
A que os arrojeis á él.

CONDE.

Ya os entiendo; mas responde  
Mi amor que la voluntad  
En una publicidad  
Tal vez el amor esconde.

DOÑA LEONOR.

Es engaño, señor Conde;  
Que el hombre que ve á su dama  
Con peligro en vida ó fama,  
Y la suya no aventura,  
O revienta de cordura,  
O es muy poco lo que ama.  
Mandadme, Señor, en cosa  
Que pueda servirlos yo,  
Mas en cosas de agua no,  
Que es para mí peligrosa;  
Y si es ocasion forzosa,  
Gusto, tema ó interés,  
Yo entraré al agua cortés,  
Mas con condicion...

CONDE.

Decl.

DOÑA LEONOR.

Que esté don Cárlos allí,  
Por si peligro despues...  
Aunque no, no quiero tal;  
Porque, si al agua se atreve,  
Y hollando la riza nieve,  
Me socorre liberal,  
Podrá ser que le esté mal,  
Y que, envidiando su suerte,  
A la noche se concierte,  
En disimulado alarde,  
Algun nadador cobarde,  
Que salga á darle la muerte.

CONDE.

A tan necio responder  
La mejor satisfacion  
Será quitar la ocasion,  
Y dejaros por mujer;  
Que despues yo sabré hacer...

DOÑA LEONOR.

¿Qué ha de hacer vuesañoría?

CONDE.

Vengar esa groseria.

DOÑA LEONOR.

¿Cómo?

CONDE.

Matando, pues puedo...

DOÑA LEONOR.

¿A quién?

CONDE.

A don Cárlos.

DOÑA LEONOR.

Quedo.  
(Ap. ¡Ay Cárlos del alma mia!)

CONDE.

Vos veréis...

DOÑA LEONOR.

Es rigor fiero.

CONDE.

A quien mereció esos brazos...

DOÑA LEONOR.

¿Cómo, Conde?

CONDE.

Hecho pedazos.

DOÑA LEONOR.

Pues ¿yo digo que le quiero?

CONDE.

No; mas tengo por agüero  
Que compitamos los dos.

DOÑA LEONOR.

¡Señor conde Astolfo!

CONDE.

Adios.

INÉS.

¿Qué has hecho?

CONDE.

Voy á trazar

La muerte que le he de dar  
Para vengarme de vos.

DOÑA LEONOR.

Matar á Cárlos mi enemigo quiere  
Para que yo le quiera agradecida;  
Muerta debo de ser, muerta ó herida,  
Pues en Cárlos me hiere si le hiere.  
Que yo viva sin Cárlos no lo espere,  
Porque tengo á su vida el alma asida,  
Y es descomedimiento de la vida [re.  
Que viva el cuerpecuando el alma mue-  
Conde cruel, si, por mirarme esqui-  
Solicitas de Cárlos la venganza, [va,  
A ti te está mejor que Cárlos viva;  
Que, aunque por él mi desamor te al-  
Si vive, vivo yo, y estando viva, [canza,  
Tal vez podrá engañarte la esperanza.  
(Vanse.)

Salen DON CÁRLOS, DON FERNANDO  
Y TRISTAN.

DON FERNANDO.

¿Llegamos ya?

DON CÁRLOS.

Ya llegamos.

DON FERNANDO.

Vive Dios, que está una legua  
De la cárcel esta casa.  
¡Válgate Dios por Valencia!  
Hecho pedazos estoy.

TRISTAN.

Señor, ¿dónde vas? ¿Qué intentas?

DON CÁRLOS.

No sé, Tristan.

TRISTAN.

Yo lo creo;

Pues dime, ¿con qué conciencia  
Traes á este hombre arrastrando  
Por calles y callejuelas  
Dos horas há sin parar,  
Dando vueltas y mas vueltas?

DON CÁRLOS.

Mira, en pensar que le llevo  
¡Ay Tristan! á que la vea,  
A que la adore, y quizá  
A que se case con ella;  
Pues llegar á ver sus ojos  
Y adorar sus luces bellas,  
Aunque parecen dos cosas,  
Para mi son una mesma.  
Me pierdo, tanto, que tuve  
La mano en la espada puesta  
Para darle de estocadas.

TRISTAN.

Y eso ¿diceslo de veras?  
¡Jesus! ¿Qué mal pensamiento!  
Reza muchos credos, reza,  
Porque Dios te guarde el juicio.

DON CÁRLOS.

Menos tendré cuando veas  
Que doy voces como amante.

TRISTAN.

Y aun como loco pudieras.

DON FERNANDO.

Tristan, tu señor ¿qué tiene,  
Que, ya estrando las cejas,  
Ya los ojos en el cielo,  
Y ya el semblante en la tierra,  
Va hablando consigo mesmo?

TRISTAN.

Señor, mi amo es poeta,  
Y los tales, cuando escriben,  
Mudan mas de cuatrocientas  
Caras en una hora sola;  
Porque, si es de cosa tierna,  
Se retozan ellos mismos,  
Se miran y se gorjean;  
Si de guerras, se ensayonan,  
Se encolerizan y emperran  
De manera, que tal vez,  
Llevados de aquella idea,  
Encasquetando el sombrero,  
Al primero con que encuentran,  
Como si fuera de Holanda,  
De Francia ó Inglaterra,  
Diciendo: «¡Santiago, á ellos!  
¡Cierra, España!; Todos mueran!»  
Le dan dos ó tres puñadas  
O le quiebran la cabeza.  
Ahora, que abrió los brazos,  
Y dando al sesgo una vuelta,  
Se puso en *orate fratres*,  
Escribe sin duda quejas.

DON CÁRLOS.

Este loco siempre está,  
Aunque el mundo se revuelva,  
De gracia; lo cierto es,  
Y bien la color lo muestra,  
Que al volver por esa esquina  
Encontré al Conde, y la fuerza  
Del enojo y de los celos  
Me ha puesto desta manera.  
(Ap. Ello ha de ser; pues ¿qué aguardo?  
¡Dénme los cielos paciencia!)  
Esta es, Fernando, la casa. —  
Llama, Tristan, á esa puerta;  
Mas tente, que desde aquí,  
Con mediana diligencia,  
Puedes verla antes de hablarla,  
Porque ella y su prima Estela,  
Cantando á las almohadillas,  
Para entretener la fiesta,  
Han hecho jardin al patio.

DON FERNANDO.

Y Estela ¿vive con ella?

DON CÁRLOS.

No vive; pero el amor  
Que la tiene es de manera,  
Que se juntan cada dia.

*Descúbrese un estrado, en que están  
haciendo labor DOÑA LEONOR,  
ESTELA Y LAURA.*

TRISTAN.

Si chirimias hubiera,  
Fuera tramoya á pié quedo;  
Mas escucha, que ya suena.

LAURA. (Canta.)

*De su querido Vireno  
La bella Olimpa se queja,  
Mas porque le lleva el alma  
Que porque el honor le lleva.  
¡Ay! dice, triste, quejosa...*

DOÑA LEONOR.

No trates, Laura, de quejas;  
Que parece que es ponerme  
Miedo, y estoy muy resuelta. —  
¡Ay preso del alma mia!

DON CÁRLOS.

La de la mano derecha...

TRISTAN.  
Acábalo de parir.  
DON CÁRLOS.  
Es Leon...  
ESTELA.  
Buena cabeza,  
Bien tocada estás.  
DOÑA LEONOR.  
¡Ay prima!  
Si de un deseo dijeras,  
No pienso que te engañaras.  
DON CÁRLOS.  
La otra es su prima Estela,  
Que para estrella la faltan,  
Quizá por yerro, dos letras,  
Y le sobran para sol  
Muchas.  
DON FERNANDO.  
Por cierto que es bella;  
Mas Leonor...  
DON CÁRLOS.  
¿Qué te parece?  
DON FERNANDO.  
¿Qué me parece? Que es flecha  
Del mismo amor, que es un rayo  
Del sol, que es sol, y que della,  
Para aprender á lucir,  
Pueden bajar las estrellas  
Desde su cielo.  
TRISTAN.  
No pueden;  
Que están de aquí muchas leguas,  
Y bajarán despedadas.  
DON CÁRLOS. (Ap.)  
¿Hay tal cosa? ¿Que consienta  
Ésto un hombre! Vive Dios...  
DON FERNANDO.  
Cielos, ¿qué cólera es esa?  
TRISTAN.  
Ahora escribe batallas.  
DON CÁRLOS.  
En viendo que alguno llega  
A gozar con libertad  
Lo que quiere ó lo que intenta,  
Me acuerdo de aquel tirano,  
Que así mi ventura inquieta;  
Y sin poder resistirme,  
Como si aquí le tuviera,  
Me alboroto.  
TRISTAN.  
Es muy sanguino.  
(Ap. ¿Mas que das con todo en tierra?)  
ESTELA.  
Digo que es aquel don Cárlos.  
DOÑA LEONOR.  
Dices bien; ¡ay prima! deja,  
Deja la almohadilla ahora,  
Y pues mi padre está fuera,  
Dile que entre, y de camino  
Echa la aldaba á la puerta;  
Vosotras desde el balcon...  
Ya me entendeis, tened cuenta.  
DON FERNANDO.  
Ya nos han visto, yo llego.  
DON CÁRLOS.  
Primero, con tu licencia,  
He de ganar las albricias,  
Porque Leonor por las nuevas  
Hable á Casandra mañana.  
DON FERNANDO.  
Muy enhorabuena sea;  
Tu amigo soy, aquí aguardo.  
DOÑA LEONOR.  
Mi bien...  
DON CÁRLOS.  
Señora.  
DD. C. DE L.—II.

DOÑA LEONOR.  
¿Así llegas  
Después de tanta prision?  
¿A quién miras ó qué piensas?  
DON CÁRLOS.  
Nada, Señora.  
DOÑA LEONOR.  
¿Qué dices?  
¿De qué calle me haces señas?  
DON CÁRLOS.  
Tente, por Dios, que te pierdes,  
Y está la causa muy cerca.  
DOÑA LEONOR.  
¿Qué dices? Habla mas claro.  
DON CÁRLOS.  
Ese hidalgo que allí queda  
Es don Fernando, tu primo,  
Es don Fernando Centellas;  
Viene á casarse contigo,  
Es muy galán, tú su deuda,  
La parte el juez de esta causa,  
Yo el que espero la sentencia,  
Mi verdugo el desengaño,  
Este patio la escalera;  
Ya me quieren arrojar,  
Harto he dicho, adios te queda.  
DOÑA LEONOR.  
Mi bien, mi esposo, señor,  
Oye, escucha, advierte, espera.  
DON CÁRLOS.  
¿Qué quieres?  
DOÑA LEONOR.  
Que te reportes.  
¿Qué lástima y qué vergüenza!  
Cierto que cuando te vi  
Llegar, turbada la lengua,  
Ya mordeíndote los labios,  
Ya desquiciando sin cuenta  
De su lugar las palabras,  
Y ya escupiendo centellas  
Por los ojos, que pensé  
Que el cielo sobre la tierra  
Se caía, ó que el Virey,  
Con ocasion ó sin ella,  
Te desterraba del reino,  
O que, por vengar su ofensa,  
El Conde andaba pagando  
A quien la muerte te diera  
(Que ya las muertes se pagan,  
Como el paño en una tienda);  
Y confiéste que estuve  
Escuchándote mas muerta  
Que viva; mas ya que sé  
Que es la ocasion tan diversa,  
Vuelvo en mí. ¡Jesus, qué susto!  
No te perdono la pena  
Que me has dado.  
DON CÁRLOS.  
¿Agora burlas,  
Viéndome morir de veras?  
DOÑA LEONOR.  
Cárlos, sí; que nada importa  
Que mi primo vaya ó venga;  
Nadie se casa dos veces  
En la católica Iglesia,  
Antes de haber enviudado;  
Yo, conforme á mi conciencia,  
Há dias que me casé;  
Estás vivo, yo contenta,  
Soy cristiana, temo á Dios;  
Harto he dicho, el mundo venga.  
Llama agora á don Fernando;  
¿Quieres mas?  
DON CÁRLOS.  
Solo quisiera  
Poder besarte los pies.  
DOÑA LEONOR.  
Las manos están mas cerca;  
¿Y he de abrazar al tal primo?

DON CÁRLOS.  
Eso es fuerza.  
DOÑA LEONOR.  
Pues, si es fuerza,  
Ponte detrás, y al descuido  
Te daré la mano izquierda.  
Llámale.  
DON CÁRLOS.  
Venció el amor.  
DOÑA LEONOR.  
Esto es, prima, estar resuelta.  
DON FERNANDO.  
En fin, ¡qué bien negociaste!  
DON CÁRLOS.  
Está loca, de contenta.  
DON FERNANDO.  
Mucho me huelgo.  
TRISTAN.  
Tragóla  
El señor novio.  
ESTELA.  
Ya llegan.  
DON FERNANDO.  
Ya os habrá dicho don Cárlos...  
DOÑA LEONOR.  
Los brazos son la respuesta  
De lo que Cárlos me ha dicho;  
Vengais muy enhorabuena.  
(Llégase por detrás Cárlos, y besa  
la mano.)  
TRISTAN.  
Como una cordera está  
Aguardando; llega y besa.  
DON FERNANDO.  
¿Este abrazo fué por prima?  
DOÑA LEONOR.  
Y este por esclava vuestra.  
TRISTAN.  
No aguarda que se lo rueguen.  
DOÑA LEONOR.  
Mirad que mi prima espera  
Para besaros las manos.  
DON FERNANDO.  
Perdonad, señora Estela;  
Que Leonor tuvo la culpa.  
DOÑA LEONOR.  
Y mi tío ¿cómo queda?  
DON FERNANDO.  
Con salud, aunque la gota  
Algunas veces le aprieta.  
ESTELA.  
¿No es muy galán nuestro primo?  
DOÑA LEONOR.  
Parece que le requiebras;  
¿Quieres que diga que sí?  
Que lo haré porque tú quieras,  
Mas no porque lo he mirado.  
Dame el pulso; ¿estás enferma?  
¿Sientes algo en ese pecho?  
¿Duélete ya la cabeza?  
¿Jesus, qué calenturon!  
ESTELA.  
Por tu vida, que estoy buena;  
Que no me muero, Leonor,  
Tan aprieta como piensas.  
TRISTAN.  
Con la cabeza te dice  
Que te vayas y qué vuelvas.  
DON CÁRLOS.  
Pues voyme.—Fernando, adios;  
Dadme hasta después licencia.

DON FERNANDO.  
 Carlos, esta es vuestra casa ;  
 Mandad, disponed en ella.

DOÑA LEONOR.  
 Al señor don Carlos, primo,  
 Por obligacion y deuda,  
 Debemos servirle todos.

DON CÁRLOS.  
 Tristan, ¿ si ahora le cuenta  
 Lo del río ?

TRISTAN.  
 Pues ¿ por qué  
 No le avisaste ?

DON CÁRLOS.  
 ¿ Qué pena !

Yo, Señora...

DOÑA LEONOR.  
 ¿ Ves, Fernando,  
 A Carlos, que tan de nuevas  
 Se hace ? Pues yo le debo...

DON CÁRLOS.  
 Sí, porque mi padre era  
 Gran servidor de esta casa.  
 (Ap. ¡ Ay, Tristan, si me entendiera !)

DOÑA LEONOR.  
 Aun no me acordaba de eso.

DON CÁRLOS.  
 Si es porque, estando en la iglesia  
 El otro día, á un hidalgo  
 Que habló mal en su ausencia  
 Le dije lo que sentía,  
 Fué respeto á vuestras prendas.

TRISTAN.  
 No entiende mas que una burra.

DOÑA LEONOR.  
 ¿ Qué proprio es de la nobleza  
 Disimular los favores  
 Y encubrir las gentilezas !  
 Esto digo...

DON CÁRLOS. (Ap.)  
 ¡ Muerto estoy !

DOÑA LEONOR.  
 Porque, si por él no fuera,  
 Ya no tuviéades prima...

DON FERNANDO. (Ap.)  
 Carlos se turba y altera,  
 Y Leonor dice que debe  
 Tanto á Carlos. ¿ Mas que fuera  
 Que Leonor fuese Casandra ?

DON CÁRLOS.  
 Dejadlo, por vida vuestra.

DOÑA LEONOR.  
 Pues ¿ no es mejor que mi primo  
 Sepa y conozca la deuda  
 En que mi vida os está ?

DON FERNANDO.  
 Sí, prima, porque agradezca  
 El beneficio tan grande.

TRISTAN.  
 Vive Cristo, que revienta  
 Por desbuchar el secreto,  
 Como si tua purga fuera.

DOÑA LEONOR.  
 Digo pues...

DON FERNANDO.  
 Decid, decid.

DOÑA LEONOR.  
 Que por la verde cenefa  
 Iba del río, una tarde,  
 En mi coche, bien ajena  
 Del daño...

DON FERNANDO.  
 Ya sé la historia.

TRISTAN.  
 Metió los dedos; ya es fuerza  
 Echar hasta las entrañas.

DON FERNANDO.  
 Y sé que el coche sin rienda,  
 Se entró por el agua, y luego...

DON CÁRLOS. (Ap.)  
 ¿ Hay desdicha como aquesta ?  
 ¡ Que no la avisase antes !

DON FERNANDO.  
 En los brazos, casi muerta,  
 Al prado restituyó  
 Su florida primavera.  
 Todo lo sé; que las cosas  
 Que tocan en gentileza  
 Antes de hacerse se saben;  
 Y así, por tan gran fineza  
 Dadme los brazos, no os vais  
 (Ap. De cólera el alma tiembla);  
 Porque he menester mataros.

DON CÁRLOS.  
 ¿ Matarme ?

DON FERNANDO.  
 Sí.

DON CÁRLOS.  
 No lo creas,  
 Porque vive mucho un pobre  
 Cuando de vivir le pesa.

DOÑA LEONOR.  
 Venid, primo, á descansar.—  
 No sé qué me piense, Estela,  
 Deste abrazo.

ESTELA.  
 Que no es bueno.

DOÑA LEONOR.  
 Pues échate esa antepuerta  
 Y véte; que quiero ver  
 Si fué cierta mi sospecha.

ESTELA.  
 Bien me ha parecido el primo;  
 Plegue á Dios que por bien sea.  
 (Vase Estela y escóndese Leonor.)

DON FERNANDO.  
 ¿ Fuéronse ya ?

DON CÁRLOS.  
 Ya se fueron.

DON FERNANDO.  
 Con los hombres de mis prendas  
 No se usan en la honra  
 Tan viles estratagemas.

DON CÁRLOS.  
 Yo soy don Carlos Osorio.

DON FERNANDO.  
 Yo don Fernando Centellas.

DON CÁRLOS.  
 Este patio no es campaña,  
 Ni esa calle es alameda.

DON FERNANDO.  
 Pues por eso quiero yo  
 Ir á parte donde pueda  
 Hablar con menos testigos.

DON CÁRLOS.  
 Pues seguidme.

Sale DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.  
 (Ap. Ahora entra  
 Mi papel.) ¿ Dónde bueno ?

DON FERNANDO.  
 Como soy nuevo en Valencia,  
 A don Carlos le rogaba  
 Me llevase donde viera  
 Alguna cosa.

DOÑA LEONOR.  
 Es temprano;  
 Porque aun estáis con espuelas.

DON FERNANDO.  
 Fáciles son de quitar.

DOÑA LEONOR.  
 Es tarde; mi padre cierra  
 En anocheciendo Dios.

DON FERNANDO.  
 Pues despues...

DOÑA LEONOR.  
 ¿ Qué linda flema !  
 Al punto habeis de acostaros.—  
 Carlos, aquella es la puerta  
 De la calle,— y por aquí  
 Se va á vuestro cuarto.— Ea,  
 Idos vos,— y quedáos vos ;  
 En mi casa estáis, paciencia.

DON FERNANDO.  
 Mañana...

DON CÁRLOS.  
 Ya entiendo.

DON FERNANDO.  
 Adiós.—

¿ Es por aquí la escalera ?

DOÑA LEONOR.  
 Sí, primo.

DON FERNANDO.  
 Pues voy delante.

DOÑA LEONOR.  
 Y yo tras vos.— Carlos, llega.

DON CÁRLOS.  
 ¿ Fuése ?

DOÑA LEONOR.  
 Sí; despues te aguardo.

TRISTAN.  
 Aténgome á esta pendencia.

DOÑA LEONOR.  
 Ahora no puedo mas ;  
 Dios te guarde.

DON CÁRLOS.  
 ¡ Noche, vuela !  
 (Vanse.)

## JORNADA SEGUNDA.

Salen ESTELA é INÉS.

ESTELA.  
 Inés, déjame conmigo  
 De mí misma murmurar;  
 Déjame á solas llorar  
 Esta locura que sigo.  
 ¡ Ay Inés !

INÉS.  
 Pues ¿ en qué estado  
 Tienes, Señora, tu amor ?

ESTELA.  
 En que Carlos con Leonor  
 De palabra está casado ;  
 Mi primo, aunque receloso,  
 Como este secreto ignora,  
 A Leonor sirve y adora ;  
 Mi tío, mas riguroso,  
 Sin prudencia ni razon,  
 La quiere casar con él.  
 Leonor le teme cruel  
 Por su fuerte condicion.  
 Carlos duda se la dén,  
 Aunque á su padre la pida ;  
 Que es la pobreza encogida,  
 Y mas en hombres de bien.  
 Y yo ¡ triste ! por no hablar  
 Con peligro de Leonor,  
 Muerta de envidia y de amor,  
 De celos y de pesar,  
 Amo, adoro, busco y quiero,  
 Solicito, llamo, sigo

A un traidor, á un enemigo,  
Por quien vivo y por quien muero.

INÉS.

Pues di : sabiendo Fernando  
Todo el suceso del río,  
¿ Pretender no es desvario  
Lo que está Cárlos gozando?

ESTELA.

Él no sabe que la goza,  
Y ya sobre esto rieron,  
Y allá se satisficieron :  
Nunca (¡ ay Dios ! ) de Zaragoza  
Viniera aqese traidor !

INÉS.

Si; pero si mi señora  
A Cárlos quiere y adora,  
Por fuerza tu honesto amor  
Ha de venir á lograrse.

ESTELA.

¿ Qué importa, si don Fernando  
En Leonor está adorando?

INÉS.

Todo cesa con casarse.

ESTELA.

¡ Ay Inés ! Pluguiera al cielo,  
Aunque despues me costara  
La vida ; pero repara  
En que en aquel entresuelo  
Siento ruido.

INÉS.

¡ Muerta soy !

ESTELA.

Válgame Dios, ¿ qué será ?

INÉS.

Dos hombres vienen acá.

*Salen DON CÁRLOS y TRISTAN,  
alborotados.*

ESTELA.

Turbada y medrosa estoy.

DON CÁRLOS.

Tristan, Estela está aquí.

TRISTAN.

Di que nos esconda presto ;  
Que ya tiritó.

ESTELA.

¿ Qué es esto ?

DON CÁRLOS.

No lo sé, ni sé de mí ;  
Solo sé que estando hablando  
Con mi esposa, ¡ ay Dios ! llegó  
Su padre.

ESTELA.

¿ Vióte ?

DON CÁRLOS.

No vió :

Porque, corriendo, volando,  
A otro cuarto me pasé,  
Y una escalera que vi  
En dos saltos la subí,  
Y la mayor suerte fué  
Llegar aquí ; mas, por Dios,  
Que aun no estoy seguro aquí ;  
Que los dos vienen allí.

ESTELA.

Pues entrad aquí los dos.

(*Escóndense.*)

*Salen DOÑA LEONOR y DON PEDRO,  
su padre.*

DON PEDRO.

Aparte quiero hablarte.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Muerta vengo,

Color apenas en el rostro tengo ;

¿ Si vió mi padre á Carlos cuando huía?

¡ Ay esposo ! ay amor ! ay triste día !

¿ Si estará ya en la calle ?

ESTELA.

¿ Prima ?

DOÑA LEONOR.

Acaba.

DON PEDRO.

Retírate allá un poco.

ESTELA.

Soy tu esclava.

DOÑA LEONOR.

Señor, aquí me tienes.

DON PEDRO.

Pues escucha.

DOÑA LEONOR.

Mi turbacion con mi peligro lucha.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¡ Ah, quién lo oyera !

DON PEDRO.

Ya yo estoy cansado,

Colérico, mohino y enfadado,

Leonor, de vuestras cosas.

DOÑA LEONOR.

Si te han dicho...

DON PEDRO.

¿ Qué han menester decirme, si á esta

(*Ap.* Asi mi noble honor se desconcierta)

Hay espadas, hay sangre y hay heridas,

Quizá por vuestra causa recibidas ?

Y aunque entonces estéis vos en la cama,

Espadas á la puerta de una dama

Son como tiro de arcabuz valiente,

Que el efecto que hace no se siente

Donde dispara, sino donde pára ; [ra.

Yame entendeis, la consecuencia es cla-

Yo he venido á entender, y aun me lo

(Quizá fué presuncion ó fué capricho),

Que Cárlos os festeja para esposa.

DOÑA LEONOR.

Señor...

DON PEDRO.

No lo he creído, porque es cosa

Que no lleva camino ; que, á ser cierta,

No digo emparedada, sino muerta

Os habia de ver este mozuolo,

Antes de que lograra su desvelo. [do!

Con un pobre, ¡ por Dios, gentil mari-

DOÑA LEONOR.

¿ Quién lo dijo, Señor ?

DON PEDRO.

No lo he creído,

No me satisfagais ; pero ¿ quién duda

Que pensaréis, Leonor, que estas razo-

Se encaminan á hacer que de Fernando

Se concluya el tratado casamiento ?

Pues no, Leonor ; que mas dichoso au-

El cielo os ha buscado. [mento

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¿ De qué tratan ?

ESTELA. (*Ap.*)

¿ Quién duda que será de vuestra muer-

Mas nada puede oirse. [te?

TRISTAN. (*Ap.*)

Reconciliado está.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Y yo estoy loco.

TRISTAN. (*Ap.*)

¿ Tú no lo oyes ?

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

No.

TRISTAN. (*Ap.*)

Pues yo tampoco.

DON PEDRO.

Hija, mirad : Astolfo, Astolfo, digo,

El conde de Belflor...

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Y mi enemigo.

DON PEDRO.

Esta mañana me llamó.

DOÑA LEONOR.

¿ A qué efeto ?

DON PEDRO.

A efeto de casarse.

DOÑA LEONOR.

Es muy discreto.

¿ Y con quién quiere el Conde ?

DON PEDRO.

Con vos quiere.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Aquí del todo mi esperanza muere.

DON PEDRO.

Así lo dijo.

DOÑA LEONOR.

Y vos ¿ qué respondistes ?

(*Ap.* ¡ Ay tragica hermosura ! ay ojos tris-

DON PEDRO.

[tes !]

¿ Qué habia de responder, sino que es-

Llano todo á su gusto, y que ganaba

Mi calidad en ello, pues queria

Pasarla de merced á señora ?

Verdad es que Fernando ha de sentirse,

Agraviarse, correrse y desabrirse ;

Pero no importa, no ; que mi provecho

Es primero que todo.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Aquesto es hecho.

DON PEDRO.

¿ Qué dices ? qué respondes ? qué mor-

DOÑA LEONOR.

Señor, confusa estoy. (*Ap.* Si aquí con-

¡ Ay dulce bien ! que pierdo por ti el

[seso,

Mas que obligarte, viene á ser perderte,

Siendo instrumento de mi triste muer-

Pues consentir en la palabra dada. [te ;

Es tomar contra mi también la espada ;

Mejor es, mejor es, yo me resuelvo

A decir, aunque mienta, que á mi primo

Quiero, adoro, respeto, amo y estimo,

Y así podré excusarme, sin perderme,

Y mas honestamente defenderme.)

Digo, Señor...

DON PEDRO.

¿ Qué dices ?

DOÑA LEONOR.

Que no puedo,

Aunque á tus amenazas tengo miedo,

Dejarme de ofender de tus razones,

Pues á mi costa la palabra pones.

ESTELA. (*Ap.*)

Ahora habla Leonor.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Y de manera,

Que el eco puede oirse.

DON PEDRO.

Ya me altera

La disculpa.

DOÑA LEONOR.

Pues oye la disculpa ;

Y verás que mi amor no tiene culpa.

En cuanto á lo de Cárlos...

ESTELA. (*Ap.*)

« Cárlos, » dice.

DOÑA LEONOR.  
Me corro de que pienses que mi brio,  
Mi gala, mi valor y mi albedrío  
A un hombre se rindiese, que no vale,  
Aunque su ser con su pobreza iguale,  
Para ser escudero de tu casa.

ESTELA. (Ap.)  
¿Oyes aquello?

DON CÁRLOS. (Ap.)  
El alma se me abrasa.

DOÑA LEONOR. [vios,  
(Ap. Perdoná, Carlos mio, estos ágra-  
Que aunque á la posta pasan por los la-  
[bios,

El amor, que en escrúpulos repara,  
Que miento está diciéndome á la cara.)  
En cuanto al casamiento que me dices,

[ces  
No es bien, padre y señor, te escandali-  
De que á mi primo quiera bien; que el  
[trato

Siempre con el amor comió en un plato.  
Tú me dijiste que á Fernando amase,  
Porque un lazo de amor nos enlazase;  
Miréle bien, y consentí en el lazo.

TRISTAN. (Ap.)  
Por allá viene ahora el ramalazo.

DOÑA LEONOR.  
Yo le adoro en efecto; yo le adoro;  
Perdona si á tu ser pierdo el decoro;  
Porque el amor, cuando en locura toca,  
Es calentura y sálese á la boca.

ESTELA. (Ap.)  
Cielos, yo soy la muerta y la agraviada.

TRISTAN. (Ap.)  
Y mi amo ¿quedóse en la posada?

DON PEDRO. [res?  
En fin, Leonor, ¿á don Fernando quie-

DOÑA LEONOR.  
Tú lo mandaste.

DON PEDRO.  
¿Qué obediente que eres!

DOÑA LEONOR. [arte.)  
Soy hija tuya. (Ap. En fin, valióme el

DON PEDRO.  
Pues no, Leonor, no tengo de forzarte;  
Pero, pues dices que á Fernando ado-

[ras,  
Puesto que nada con su amor mejoras,  
Luego te has de casar.

DOÑA LEONOR.  
Pues ¿por qué luego?

DON PEDRO.  
Porque me cansan tantas dilaciones,  
Y es andar la opinion en opiniones;  
Fuera desto, Leonor, viéndoos casada,  
Cumpló tambien con la palabra dada;  
Pues con decir que á mi pesar se ha he-

[cho,  
Queda el Conde seguro y satisfecho,  
Contento mi sobrino, yo sin susto,  
Y vos, hija, casada á vuestro gusto.

DOÑA LEONOR. (Ap.)  
Tal tenga la salud quien mal me quiere;  
Ya no hay remedio que mi mal espere.

ESTELA. (Ap.)  
Carlos, difunta estoy.

DON CÁRLOS. (Ap.)  
Y yo sin vida.

DON PEDRO.  
Por don Fernando voy,

DOÑA LEONOR. (Ap.)  
¿Ay homicida!

DON PEDRO.  
¿Parece que os turbais?

DOÑA LEONOR.  
Haste engañado;  
Que solo tu respeto me ha turbado.

DON PEDRO.  
Ven, sobrina, conmigo, porque quiero  
Informarme de tí.

DON CÁRLOS.  
¿Cielos, hoy muero!

ESTELA.  
Sin alma voy.—¿Y Carlos, prima mia?

DOÑA LEONOR.  
En mi alma se está como solía.

ESTELA.  
Mira que soy mujer, y que te he oído,  
Y aun Carlos.

DOÑA LEONOR.  
¿Cómo Carlos?

ESTELA.  
Destá, suerte.

DOÑA LEONOR.  
¿Si escuchó la sentencia de su muerte?

ESTELA.  
¿Cómo escuchar? El alma se le abrasa.

DON CÁRLOS.  
Ya rabio por salir de aquesta casa.

ESTELA.  
Carlos, adios.

DON PEDRO.  
¿No vienes?

ESTELA.  
Ya te sigo.

DOÑA LEONOR.  
Ciérrate, de camino, ese postigo,  
Y tú ponte á la puerta.

TRISTAN.  
Inés, ¿es hora?

INÉS.  
Ya pienso que se fué; salid agora.

(Salen de donde estaban.)

DON CÁRLOS.  
Muerto salgo.

DOÑA LEONOR.  
¿Pues, Señor?

TRISTAN.  
No hay señor. ¿Lindo entremés!

DOÑA LEONOR.  
Claro está que habréis oído  
Mis locuras; mas tambien  
Sabréis el fin que me mueve.

DON CÁRLOS.  
Sí, Leonor, todo lo sé.  
¿Fuése ya el señor don Pedro?

DOÑA LEONOR.  
Seguro estáis; ya se fué.

DON CÁRLOS.  
Pues perdonad, porque tengo  
Cierta negocio que hacer,  
Y no puedo detenerme.—  
Ven, Tristan.

TRISTAN.  
Aparta, Inés.

DOÑA LEONOR.  
¿Tan deprisa es el negocio?

DON CÁRLOS.  
Es fuerza hablar al Virey  
Sobre pretensiones mias.

DOÑA LEONOR.  
Bien estoy con que le hableis;  
Pero no yéndoos así.

DON CÁRLOS.  
Pues ¿cómo, cómo ha de ser?

DOÑA LEONOR.  
Diciéndome «dueño mio,  
Leonor, esposa, mujer».  
O aquellas cosas que, amando,  
Los hombres decir sabeis.  
«Yo tengo una ocupacion,  
Luego, luego volveré;»  
Y eso no tan mensurado,  
Con los ojos en los piés,  
El rostro descolorido,  
Necio, de puro cortés,  
Cortés, de puro enojado,  
Y enojado, de cruel.

TRISTAN.  
Tiene razon que le sobra.

DOÑA LEONOR.  
Pues ¿en qué, Tristan, en qué?

DON CÁRLOS.  
En nada.—Vamos de aqui.

DOÑA LEONOR.  
No harás tal; que he de saber  
Primero por qué te vas.

DON CÁRLOS.  
¿Por qué me voy? Por querer.

DOÑA LEONOR.  
Eso no; que, si es culpada  
Mi voluntad y mi fe,  
Por aborrecer será;

DON CÁRLOS.  
Pero yo sabré el por qué,  
Aunque me cueste dar voces.

DON CÁRLOS.  
Pues, para que no las des,  
Por vida...

DOÑA LEONOR.  
No jures mas.

DON CÁRLOS.  
Tuya, Leonor, que esta vez  
No he de ser tan ignorante,  
Que mi infamia y tu desden  
Llegue á contarte yo mismo.

DOÑA LEONOR.  
Pues aparta, aparta, Inés.—  
Agora prueba á salir.

DON CÁRLOS.  
Aunque te pese, saldré.

DOÑA LEONOR.  
Pues, por vida de los dos,  
Que por aqui no ha de ser.

DON CÁRLOS.  
Deja, déjame salir.

DOÑA LEONOR.  
Desenajado, si baré.

DON CÁRLOS.  
¿No ves que juré tu vida?

DOÑA LEONOR.  
¿No ves que las dos juré?

DON CÁRLOS.  
¿No ves que juré primero?

DOÑA LEONOR.  
Y eso ¿qué importa?

TRISTAN.  
Tened;

Que yo quiero concértaros.  
¿Qué es lo que juraste?

DON CÁRLOS.  
¿Qué?

De no decírselo á ella.

TRISTAN.  
Pues vuélvete á la pared,  
Y cuéntalo á esos damascos,  
A ti mismo, á mi ó á Inés,  
Como si fuera á Leonor,  
Y tú, en oyendo el papel,  
Daos pan y callejuela.

DON CARLOS.  
Y así no vendré á romper  
El juramento?  
TRISTAN.  
No digo...  
DON CARLOS.  
Pues oyeme tú, cruel, (A Tristan.)  
Traidora, fácil, mudable,  
Si en efecto te adoré...  
TRISTAN.  
Mucho fué, con esta cara.  
DON CARLOS.  
Y si sabes qué después...  
TRISTAN.  
Esto huele á chamusquina.  
DON CARLOS.  
De tu hermosura gocé.  
TRISTAN.  
Sería lampiño entonces.  
DON CARLOS.  
¿Cómo, ingrata...  
TRISTAN.  
Inés, Inés,  
Ponte aquí; que, vive Dios,  
Que, aunque esto de burla es,  
Estoy rabiando por verme  
Arriado á la pared;  
Porque temo que mi amo,  
Segun está portugués,  
Se engañe con mil demonios,  
Puesto que claros estén,  
En los ceros de la cuenta,  
Y me requiebre sin ver  
Que soy Sibila barbada  
Y tan macho como él.  
INÉS.  
Pues ponte tú en mi lugar.  
TRISTAN.  
Y cómo que me pondré.  
DOÑA LEONOR.  
Pasa, Carlos, adelante.  
(Múdanse.)  
TRISTAN.  
Eso sí; por allá dé  
El rayo.  
INÉS.  
Yo ya te escucho.  
DON CARLOS.  
Digo pues, fácil mujer...  
DOÑA LEONOR.  
Sabe Dios que no es verdad.  
DON CARLOS.  
¿Cómo no, si te escuché  
Decir de mi mil afrentas?  
DOÑA LEONOR.  
Amor fué, que no desden.  
DON CARLOS.  
Y decir que á mi enemigo  
Amabas, ¿qué pudo ser?  
DOÑA LEONOR.  
Entretener á mi padre.  
DON CARLOS.  
¿Y esperar á que con él  
Vuelva para que te cases?  
DOÑA LEONOR.  
Resolucion suya fué.  
DON CARLOS.  
Y decirle tú que sí... (Vuelve á ella.)  
DOÑA LEONOR.  
Fué respeto de querer.  
DON CARLOS.  
¿Y quieres que aguarde yo  
A que vuelva, y tu después,

Entre obediente y turbada,  
Ya azucena, ya clavel,  
Dés la mano á don Fernando?  
Que eso de darla sin fe,  
Es consuelo del agravio,  
Pero, en fin, agravio es.  
Llegará tu padre airado,  
Y don Fernando con él;  
«Aquí está vuestro marido,»  
Te dirá con altivez.  
Y tú, torciendo las manos,  
Vuelto en nieve el rosicler,  
Muda, torpe y encogida,  
Aunque adorándome estés,  
Por haberle dicho ya  
Que á tu primo quieres bien,  
Ni responderás turbada,  
Ni tendrás qué responder.  
Quedándote como arroyo,  
A quien el hielo tal vez  
Embargó toda la aljofar,  
Haciendo á medio correr  
Que fuese plata labrada  
Y detenido papel  
Lo que fué vidro con voz  
Y carambano con piés.  
O por fuerza ó por balago,  
Claro está, vendrá á vencer  
Tu padre, que es padre en fin,  
Y yo desde aquel cancel,  
Muerto, celoso y confuso,  
La sentencia escucharé  
De mi muerte, pues mi muerte  
Está en llegarlo á saber;  
Y sin apelar (¡ay Dios!)  
Desta rigurosa ley,  
De este golpe inexcusable,  
Desta pena descortés,  
A tribunal mas piadoso,  
A mas favorable juez,  
Que mi propio corazon,  
Como el que abrasarse ve  
En las llamas del afecto,  
A mi corazon diré:  
«Arded, corazon, arded;  
Que yo no os puedo valer.»  
DOÑA LEONOR.  
Ahora escucha.  
TRISTAN. (Ap.)  
¡Gran mal!  
DOÑA LEONOR.  
¿Cómo?  
TRISTAN.  
Como viene...  
DON CARLOS.  
¿Quién?  
TRISTAN.  
Nuestro suegro.  
DON CARLOS.  
¿Estás contenta?  
DOÑA LEONOR.  
Pues yo ¿qué he podido hacer?  
TRISTAN.  
Ya atraviesa el corredor.  
DOÑA LEONOR.  
Vuelve, vuélvete á esconder.  
DON CARLOS.  
¿Qué es esconder? Vive el cielo...  
DOÑA LEONOR.  
Eso es echarme á perder,  
Y aun perderme para siempre.  
TRISTAN.  
Ya pasa como un lebrél  
A esotro cuarto.  
DOÑA LEONOR.  
¡Bien mío!

TRISTAN.  
Ya el sombrero se le ve;  
Apríesa, cuerpo de Cristo.  
DON CARLOS.  
No, Leonor.  
TRISTAN.  
Ya se apropió.  
INÉS.  
Tu temor te da á entender  
Que viene.  
DOÑA LEONOR.  
Luego ¿no viene?  
INÉS.  
No; pero tu primo y él  
Están hablando.  
TRISTAN.  
Es verdad;  
Pero ya, á mi parecer,  
O al parecer de mi miedo,  
Llega como un Lucifer;  
Ya nos ve, ya nos degüella,  
¡Qué buen pulso! de un revés;  
Ya pedimos confesion,  
Ya llaman á fray Miguel,  
A fray Juan ó fray Gerundio,  
Ya doy el postrer vaiven,  
Ya me llevan entre dos,  
Y de camino tambien.  
Me espulgan las faltrigueras,  
Por si hay algo que barrer;  
Ya me desnuda una vieja,  
Y con estopas y pez  
Calafatea el postigo  
Que nunca el sol pudo ver.  
Ya me hilvana con anteojos,  
Ya me tiran de los piés,  
Ya me zampán como un galgo  
En la tumba de alquiler.  
Ya la cruz de la parroquia  
Viene protestando; que  
No ha de esperar un instante,  
Aunque se lo mande el Rey;  
Ya los clérigos empiezan  
El «No me lo recordeis»;  
Ya me levantan en hombros,  
Ya encienden, si hay qué encender,  
Ya dan conmigo en la iglesia,  
Ya deslian el fardel,  
Ya me bajan á lo fresco,  
Ya me machucan la sien,  
Ya los amigos se van  
Porque es hora de comer;  
Ya no hay Tristan en el mundo;  
Y así, por guardar la piel,  
Porque no me defen solo  
Ni dar que llorar á Inés,  
Dejándola en mi lugar  
Y posteando al revés,  
Me zambullo de gazapo  
Por siempre jamás, amén.  
(Escóndese, haciendo figuras.)  
INÉS.  
Señora, ya se despiden.  
TRISTAN.  
Amo del demonio, vén. (Vase.)  
DOÑA LEONOR.  
Carlos, por amor de mí...  
DON CARLOS.  
Por tí, Leonor, ¿qué no haré?  
DOÑA LEONOR.  
Tú veras que te lo pago  
Con el alma.  
DON CARLOS.  
Yo entraré.  
Pues tú quieres, á morir,  
A callar y padecer,  
A sufrir y á reventar,  
Y á decir, Leonor, tambien

A los ojos, que lo saben,  
Y al corazón, que lo ve:  
«Arde, corazón, arde!»  
Que yo no os puedo valer.»

(Escóndese.)

Sale DON PEDRO.

DON PEDRO.  
¿Hija?  
DOÑA LEONOR.  
¿Señor?  
DON PEDRO.  
Ya tu primo  
Se viste.  
DOÑA LEONOR.  
Pues ¿para qué?  
DON PEDRO.  
Para que le des la mano.  
DOÑA LEONOR.  
Ya estoy de otro parecer.  
DON PEDRO.  
¿Qué dices?  
DOÑA LEONOR.  
No te apasionés.  
(Ap. Dulce amor, ayudamé.)  
Yo lo he mirado mejor,  
Y aunque parezca mujer,  
Esto de ser señorita  
Tiene, tiene no sé qué,  
Que me ha brindado el deseo,  
Por ser tu gusto y por ser  
Aumento de nuestra casa...  
DON PEDRO.  
Así como quiera es;  
Veinte mil ducados tiene  
De renta.  
DOÑA LEONOR.  
Luego ¿hago bien?  
DON PEDRO.  
Con los brazos te respondo;  
Loco estoy, abrazamé,  
Abrazame muchas veces.  
DON CARLOS. (Ap.)  
¿Qué presto cayó en la red!  
TRISTAN. (Ap.)  
Como á indio, le ha engañado  
Con figura de oropel.  
DON PEDRO.  
Hija, yo le voy á hablar.  
DOÑA LEONOR.  
Sí, pero esto ha de ser  
Con prudencia y con espacio;  
No piense que el interés  
Nos obliga solamente.  
DON PEDRO.  
Ya te entiendo; dices bien.  
DOÑA LEONOR.  
Cueste, cuéstele cuidado.  
DON PEDRO.  
Yo sé que responderé  
A tu gusto.  
DOÑA LEONOR.  
Dios te guarde.  
DON PEDRO.  
Y á vuesañoría dé  
La salud que yo deseo.  
DOÑA LEONOR.  
¿Señoría? Presto es.  
DON PEDRO.  
En profecía te llamo  
Lo que despues has de ser.  
Loco de contento estoy.  
DOÑA LEONOR. (Ap.)  
¿Oh codiciosa vejez!

DON PEDRO.  
Y dime: por ser tu padre,  
¿No me han de llamar también  
Señoría?  
DOÑA LEONOR.  
Claro está.  
DON PEDRO.  
Pues adios, hasta despues. (Vase.)  
Salen DON CARLOS y TRISTAN.  
DOÑA LEONOR.  
Ya pasó del corredor.  
TRISTAN.  
Desalcobémonos pues;  
Que ya estoy abochornado.  
DON CARLOS.  
Dame, Señora, los piés.  
DOÑA LEONOR.  
¿Estás ahora contento?  
DON CARLOS.  
Estoy como quien se ve  
Resucitar de la muerte.  
DOÑA LEONOR.  
¿No hice muy bien mi papel?  
DON CARLOS.  
Es ingenioso el amor.  
DOÑA LEONOR.  
No hay saber como querer.  
DON CARLOS.  
No hay querer como obligar.  
DOÑA LEONOR.  
Pues esta es mi mano; vé,  
Vé de presto, y tráeme aquí  
Licencia para poder  
Despcarnos de secreto:  
Que antes de una hora has de ser...  
DON CARLOS.  
¿Qué, Leonor?  
DOÑA LEONOR.  
¿Qué? Mi marido.  
DON CARLOS.  
Esclavo tuyo seré,  
Pues pobre quieres quererme,  
Pudiendo ser...  
DOÑA LEONOR.  
Carlos, vén  
Y no pases adelante.  
DON CARLOS.  
Solo es esto agradecer.  
DOÑA LEONOR.  
Con voluntad todo sobra,  
Porque es muy rico el placer.  
DON CARLOS.  
¿Y sin ella?  
DOÑA LEONOR.  
Todo falta.  
DON CARLOS.  
Vivas mil años, amén.  
(Vanse.)  
Salen DON FERNANDO y ESTELA.  
DON FERNANDO.  
Estela, así Dios te guarde,  
Que no puedo mas conmigo.  
ESTELA.  
Rosa del sol soy contigo.  
DON FERNANDO.  
Sí, pero saliste tarde.  
ESTELA.  
Todo al amor es posible.

DON FERNANDO.  
Yo te quisiera querer;  
Pero ya no puede ser,  
Que es mi pasión invencible.  
ESTELA.  
Fernando, yo no te pido  
Que me quieras.  
DON FERNANDO.  
Pues ¿qué quieres?  
ESTELA.  
Que procures, si pudieras,  
Porque te importó su olvido,  
Olvidarte de Leonor.  
DON FERNANDO.  
¿Cómo puedo?  
ESTELA.  
Imaginando  
Imperfecciones; que cuando  
Llega á pensar el amor  
Fealdades, ya está vecino  
A no ser amor; y así,  
Por agradarte de mí,  
Puedes también de camino  
Pensar que soy la mujer  
Mas bella del mundo; mira,  
Alaba, encarece, admira,  
Aunque sea sin querer.  
La hermosura de mi boca;  
Piensa que en distancia breve  
Es cifra de grana y nieve,  
La frente cristal de roca,  
Ramillete las mejillas,  
De azahar y nácar mezclados,  
Las cejas arcos pintados,  
Y las manos maravillas;  
Los ojos claros espejos,  
Donde el amor se retrata;  
La garganta tersa plata,  
De cuyos blancos reflejos  
Tiene envidia el sol; y así,  
Podrá, Fernando, tu amor,  
Lo que quitare á Leonor,  
Darme de barato á mi.  
DON FERNANDO.  
Alto pues, yo quiero hacello,  
Desde aquí doy en amante;  
Mírote parte por parte.  
ESTELA.  
¿Qué dices deste cabello?  
DON FERNANDO.  
Bueno está; pero Leonor,  
Cuándo hace trenzas del pelo,  
¿No se toca por el cielo?  
ESTELA.  
¿Y eso es olvidar, traidor?  
DON FERNANDO.  
Así yo me enmendaré.  
De buena mano está el rizo;  
¿Es postizo?  
ESTELA.  
¿Qué es postizo?  
DON FERNANDO.  
Perdonad; que ya pensé  
Que eran trenzas levadizas;  
Que, aunque muchas las excusan,  
He sabido que se usan  
Hasta las barbas postizas.  
Buenas manos.  
ESTELA.  
El jabón  
Y el pan de almendras lo hacen.  
DON FERNANDO.  
Ellas hermosas se hacen.  
Pues ¡la hechura!  
ESTELA.  
Manos son;

El guante las arrebola  
Y las conserva el color.

DON FERNANDO.

Prométote que Leonor  
(Y a questo con agua sola)  
Tiene las mejores manos...

ESTELA.

Basta ya; que ya me has muerto.

DON FERNANDO.

No me acordé del concierto.

ESTELA.

Mis pensamientos son vanos;  
Mas, viven, traidor, los cielos,  
Que, pues en celos me abraso,  
Que has de pasar lo que paso  
Y he de abrasarte de celos.  
Vive Dios, que has de saber  
(Leonor, perdone tu honor)  
Que Carlos goza á Leonor.

DON FERNANDO.

No es gozar de una mujer,  
Hacer de su amor empleo,  
Y amar lo que muchos aman  
Cortésmente; que esto llaman  
En la corte galanteo.

ESTELA.

Yo no sé la propiedad  
De este vocablo discreto;  
Pero solo te prometo,  
Y esto con toda verdad,  
Que Carlos...

DON FERNANDO.

Di lo demás.

ESTELA.

Suele hablar (escucha atento)  
Con Leonor en su aposento,  
Y de noche. *(Hace que se va.)*

DON FERNANDO.

¿Dónde vas?

ESTELA.

A preguntar á Leonor,  
Porque saberlo deseo,  
Si es aquesto galanteo.

DON FERNANDO.

No es sino infamia y rigor.

ESTELA.

Pues mira con mas nobleza,  
Fernando, cómo te casas;  
Porque hay cosas en las casas  
Que salen á la cabeza.

DON FERNANDO.

Mirase herido un hombre, y porque  
La herida mas oculta y diligente, [sea  
Un paño blanco pone á la corriente,  
Para que en él se empape y no se vea;  
Pero la sangre, que salir desea,  
Lo viene á descubrir mas claramente,  
Porque el color, secretó no consiente,  
Y la sangre lo blanco señorea.

Viendo que estoy herido de desvelos,  
Para tapar Estela tanto daño,  
Desengaños les pone á mis recelos;  
Pero decídele, cielos, que es engaño,  
Que si es la herida amor, y el paño celos,  
Mas se ha de ver la sangre con el paño.

*(Vanse.)*

Salen DON CARLOS y TRISTAN, de  
noche.

DON CARLOS.

Muy presto habemos venido.

TRISTAN.

De tu amor tu priesa nace.

DON CARLOS.

No importa; que oscuro hace.

TRISTAN.

Ya estarás arrepentido  
De haberle dado á Leonor  
Aquel disgusto.

DON CARLOS.

Tristan,

Licencia los celos dan;  
Que es colérico el amor;  
Mas ya cesó mi sospecha,  
Pues el estar desposados  
Me quita de esos cuidados.  
Haz la seña.

TRISTAN.

Ya está hecha,

Y en la ventana está Inés.

Salen DOÑA LEONOR é INÉS  
á la ventana.

DON CARLOS.

Pues pregunta si hay lugar  
De entrar.

TRISTAN.

Voylo á preguntar.

INÉS.

¿Es Tristan?

TRISTAN.

El mismo es.

INÉS.

¿Y tu señor?

TRISTAN.

Allí aguarda.

¿Y tu señora?

INÉS.

Ya viene;

Que en cuidado se lo tiene.

DOÑA LEONOR.

La voluntad nunca tarda.

Dile á tu señor que venga;  
Que ya su esclava está aquí.

DON CARLOS.

¿Es mi esposa?

DOÑA LEONOR.

Carlos, si;

Que es bien que este nombre tenga  
Quien á tanto se ha atrevido.

DON CARLOS.

¿Es hora?

DOÑA LEONOR.

Temprano es.

Mas no importa. Vé tú, Inés,  
Y mira si se ha dormido  
Mi padre.

INÉS.

Yo lo sabré.

*(Vase.)*

DOÑA LEONOR.

Tú, Señor, espera abajo;

Que ya voy.

*(Vase.)*

DON CARLOS.

Ese trabajo

Pondré á cuenta de mi fe.  
Como si fuera, Tristan,  
Aquesta vez la primera  
Que sus brazos mereciera,  
Estoy loco.

Sale EL CONDE, al paño.

CONDE.

Por galan

Y marido, á rondar vengo  
A Leonor, digo á mi esposa;  
Ella es noble y es hermosa,  
Bastante disculpa tengo;  
Y fuera de aquesto, ha sido  
Mas que amor, tema y enfado,  
Pues basta haberlo intentado  
Para haberlo conseguido.

DON CARLOS.

¿Qué dices?

TRISTAN.

Que siento gente.

DON CARLOS.

¿Válgame Dios! ¿Quién será?  
¿Si es la justicia, que va  
Buscando algún delincuente?  
Si es Fernando, que por dicha  
No se habia recogido?

TRISTAN.

Hacia aquella parte hay ruido.

DON CARLOS.

Esto ha sido mi desdicha;  
Mas, en todo caso, es bien  
Que no nos topen aquí.

TRISTAN.

Pues ¿qué harémos?

DON CARLOS.

Vén tras mí,

Hasta esotra calle vén;  
Darémos lugar con esto  
Para que adelante pase  
Quien fuere.

TRISTAN.

Y si se quedase,

¿Qué remedio?

DON CARLOS.

Volver presto.

*(Vanse.)*

Salen EL CONDE, y DOÑA LEONOR  
baja á la puerta, y llega UN CRIADO.

CRIADO.

Por Dios, que lo han hecho bien.

CONDE.

¿Cómo así?

CRIADO.

Como se fueron.

CONDE.

Gentil gallina comieron.

DOÑA LEONOR.

Bien podeis entrar, mi bien;  
Ya la casa está segura.

CRIADO.

¿Oyes aquello?

CONDE.

Por Dios,

Que esperaban á los dos;  
¿Linda ocasion, gran ventura!  
Que yo soy, quiero fingir,  
El llamado.

CRIADO.

Bien harás,

Y así el misterio sabrás.

CONDE.

Pues mientras vuelvo á salir,  
Retira toda la gente,  
Y desde lejos podrás  
Esperarme.

CRIADO.

Bueno vas.

CONDE.

La ocasion me hace valiente.

*(Entrase el Conde, y vanse los criados.)*

Salen DON CARLOS y TRISTAN.

TRISTAN.

Buenas nuevas.

DON CARLOS.

¿Cómo así?

TRISTAN.

O se fueron ó pasaron,  
Porque la casa dejaron.

DON CÁRLOS.  
 Bien hice de irme de aquí.  
 TRISTAN.  
 A la puerta hay ruido. ¿ Llamo ?  
 ¿ Qué digo ? ; Moza , hola , Inés !  
 INÉS.  
 Diga su nombre , ¿ quién es ?  
 TRISTAN.  
 Tristan soy.  
 INÉS.  
 Pues ¿ con tu amo  
 No pudiste entrar ahora ?  
 TRISTAN.  
 No pude ; que mi señor  
 Aun no ha entrado.  
 INÉS.  
 Buen humor  
 Gastas tú ; con mi señora  
 Va Carlos por la escalera.  
 TRISTAN.  
 Engaño ó desdicha fué.  
 DON CÁRLOS.  
 Mujer , ¿ qué me dices ?  
 INÉS.  
 No sé.  
 DON CÁRLOS.  
 ¿ Qué te alborota y altera ?  
 INÉS.  
 Señor , gran mal.  
 DON CÁRLOS.  
 ¡ Ay de mí !  
 INÉS.  
 Un hombre...  
 DON CÁRLOS.  
 Acaba.  
 INÉS.  
 Llegó  
 Cuando mi señora abrió.  
 DON CÁRLOS.  
 ¿ Y entró dentro ?  
 INÉS.  
 Señor , sí.  
 DON CÁRLOS.  
 Pues ¿ qué aguardo ? Muerto estoy.  
 INÉS.  
 Advierte...  
 DON CÁRLOS.  
 Nadie me hable.  
 TRISTAN.  
 ¡ Brava desdicha !  
 INÉS.  
 Notable.  
 DON CÁRLOS.  
 Sígueme . ¡ Sin alma voy !  
 ( Vanse . )  
 Sale DOÑA LEONOR , sin chapines ,  
 trae de la mano al CONDE , y cierran la puerta .  
 DOÑA LEONOR .  
 Ya , Carlos mio , podeis  
 Descansar y descubrirnos ;  
 Ya no es posible sentirnos ;  
 Mi padre , como sabeis ,  
 Queda acostado ; mi primo  
 Tambien en su cuarto está .  
 Nadie ofenderos podrá ;  
 Y fuera de esto , yo estimo  
 Tanto , Señor , vuestra vida ,  
 Que la mirara y guardara  
 Con los ojos de mi cara  
 Antes que verla ofendida ;

Una palabra siquiera  
 No habeis hablado , Señor ;  
 Pues ¿ por qué tanto rigor ,  
 Siendo yo la que debiera  
 Estar quejosa ? Mis ojos ,  
 No trateis , no , de agraviarme ,  
 O por mi fe , de enojarme .  
 ( Llaman . )  
 Mas ¡ cielos ! ó son anteojos ,  
 O siento ruido en la puerta .  
 ( Detiéndola el Conde . )  
 CONDE .  
 Deten el paso veloz .  
 DON CÁRLOS . ( Dentro . )  
 Abre , Leonor .  
 DOÑA LEONOR .  
 ( Ap . Esta voz  
 Es de Carlos , ¡ yo soy muerta ! )  
 Hombre , ¿ quién eres ? ; qué has hecho ?  
 DON CÁRLOS . ( Dentro . )  
 Carlos soy , tu esposo soy .  
 ¿ Qué aguardas ?  
 DOÑA LEONOR .  
 ¡ Difunta estoy !  
 DON CÁRLOS .  
 Abre , ó pasaréme el pecho ;  
 ¿ Qué te detiene ?  
 DOÑA LEONOR .  
 ¿ Qué haré ?  
 DON CÁRLOS .  
 Abre , ó en tantos enojos ,  
 Con el fuego de mis ojos  
 La madera abrasaré .  
 DOÑA LEONOR .  
 Hombre , déjame .  
 CONDE .  
 Eso no .  
 DOÑA LEONOR .  
 Carlos , no puedo , aunque quiera .  
 DON CÁRLOS .  
 Pues será desta manera .  
 ( Derriba la puerta , y Carlos encima ,  
 lleno de polvo , con la espada desnuda . )  
 CONDE .  
 El postigo derribó .  
 En gran peligro me veo .  
 DOÑA LEONOR .  
 Señor...  
 DON CÁRLOS .  
 ¿ Quién es aqueste hombre ?  
 DOÑA LEONOR .  
 Escúchame , y no te asombre ;  
 Que estoy mortal .  
 DON CÁRLOS .  
 Yo lo creo .  
 DOÑA LEONOR .  
 Bajé , Señor ; bajé , querido esposo ,  
 Si bien con pié medroso ,  
 Con el alma turbada ,  
 Llevándome la luz esa criada  
 Del balcon á la puerta : [ muerta !  
 ¡ Antes pluguiera á Dios me hallara  
 Llegó al umbral , y con silencio grave ,  
 El hueco de la llave .  
 Si bien esfera angosta ,  
 Busca la osada mano por la posta ,  
 Y en la prisa se ofusca ;  
 En fin balla la mano lo que busca .  
 La llave aplico entre las ondas pardas ,  
 Toco el muelle y las guardas ,  
 Tiro hácia mí la puerta ,  
 Para tí , mi Señor , para tí abierta ;  
 Y aquel hombre embozado [ do ,  
 ( ¡ Qué atrevimiento ! ) se me pone al la-

Y yo , con noble amor , con fe inocente ,  
 Con alma diligente ,  
 Con afecto vencido ,  
 Con ansia viva y con siniestro oído ,  
 Y con silencio atento ,  
 Blanda le halago , tímida le tiento .  
 El , con engaño falsamente mudo ,  
 Hecha la capa escudo ,  
 El sombrero en la frente  
 Y arrojada la vista al occidente ,  
 Callando me acaricia ,  
 Que le quitó la lengua otra codicia .  
 Con ambas manos las basquiñas prende  
 Por no hacer tanto estruendo ; [ do ,  
 Que el ruido de las sayas , aunque blan-  
 Cuando van sin chapines arrastrando ,  
 Parece que al crujir la bordadura ,  
 O publica el delito ó lo murmura .  
 Llegó á mi cuarto tropezando , y luego  
 Dejó el fingido fuego ,  
 La luz apartó á un lado ;  
 Que no busca la luz amor hurtado ;  
 Y segura del hecho ,  
 A sus brazos me arrimo , no á su pecho .  
 Milagro fué , Señor , yo lo confieso ,  
 No hacer algun exceso ,  
 Pasando , como loca ,  
 Siquiera de los brazos á la boca ;  
 Que , no habiendo embarazos ,  
 Nunca el amor se contentó con brazos .  
 Pero viéndole ( ¡ ay cielos ! ) , en mi me-  
 No despegar la lengua , [ gua ,  
 Presumiendo , cobarde ,  
 Que aun duraban los celos desta tarde ,  
 Culpando tus enojos ,  
 Guardé los brazos y teñí los ojos .  
 Estando , pues , mis inculpables labios  
 Feriando desagravios ,  
 Por amorosos trucos ,  
 Escucho de tu voz los tiernos ecos ,  
 Tan tiernos , que á los bronces  
 Vestir pudieran de dolor entonces .  
 En tanta confusion , en pena tanta ,  
 Un nudo á la garganta  
 El fracaso me puso ,  
 Y toda me corté ; que no está en uso  
 En tales ocasiones  
 Consentir á los miembros sus acciones .  
 Los piés turbados , á la tierra asidos ,  
 Los labios descuidados ,  
 Fatigado el aliento ,  
 Ajado el nácar y encogido el tiento ,  
 A la primer pregunta ,  
 Plaza pasé conmigo de difunta .  
 Como suele la oveja , á quien el lobo ,  
 Por trato doble ó robo ,  
 Prendió en sangrienta lucha ,  
 Cuando los silbos del pastor escucha ;  
 Y así , yo , que te oía ,  
 Lloraba por seguirte y no podía .  
 Asido de mis manos temerosas ,  
 Siendo tu esposa , esposas  
 Con las tuyas me puse ;  
 Tanto su ciego amor le descomponen ;  
 Hasta que tú , resuelto , [ to .  
 La puerta arrancas , en tu polvo envuel-  
 Esto es , Señor , lo que hasta aquí ha pa-  
 Si asomos de pecado , [ sado ;  
 Si escrupulos de culpa ,  
 Si rastro de delito en mi disculpa  
 Hallas , rómpeme el pecho ,  
 Si ya con el dolor no está deshecho .  
 Basta , Señor , de púrpura caliente  
 Este pecho inocente ,  
 Y esta vida que aspira ,  
 Rompe , acomete , pasa , hiere , tira ;  
 Ya mi marido eres ,  
 O me castiga , ó haz lo que quisieres .  
 DON CÁRLOS .  
 Levanta , Leonor , del suelo . —  
 Y tú , cualquiera que seas ,

Que en mi deshonra te empleas,  
En fe de ese ferruero.  
Pide al cielo que del cielo  
Bajen helados querubés,  
Que te lleven por las nubes  
Hasta el undécimo muro;  
Que de mí no estas seguro  
Si á los cielos no te subes.  
Habla, ó si no, sin saber  
Tu calidad, de tu vida  
Seré bárbaro homicida.

CONDE.

(Ap. Ya es forzoso responder,  
Mas con industria ha de ser.)  
No es, Carlos, tener amor  
Aventurar el honor  
De la dama.

DON CARLOS.

Así lo entiendo;  
Mas ¿qué pretendes?

CONDE.

Pretendo  
Que no le pierda Leonor.  
Con cualquier suceso aquí  
Es cierto que se aventura;  
No siendo aquí está segura.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

Este es el Conde, ¿ay de mí!

DON CARLOS.

Dices bien.

CONDE.

Pues ven tras mí.  
(Ap. Que mis criados están  
Allá fuera y te darán  
La muerte.)

DOÑA LEONOR.

Carlos, advierte  
Que está mi vida y mi muerte  
En tus manos.

DON CARLOS.

Tú, Tristan,  
Con Leonor puedes quedarte.

TRISTAN.

Yo no he de quedar aquí,  
Morir tengo junto á ti;  
El triunfo salió de Marte.

CONDE.

¿Vienes?

DON CARLOS.

Ya voy á matarte.

DOÑA LEONOR.

Esposo, Señor, amigo.

DON CARLOS.

¿Tú defiendes mi enemigo?

DOÑA LEONOR.

No, sino tu vida, ¿ay cielos!

DON CARLOS.

No temas; porque mis celos  
Son muchos y van conmigo.

### JORNADA TERCERA.

Salen DON CARLOS y TRISTAN, con  
escopetas.

DON CARLOS.

Vuelvo otra vez á abrazarte.

Pues, Tristan, ¿cómo te ha ido?

TRISTAN.

Muy bien, aunque mal comido.

DON CARLOS.

Solo tu amor fuera parte  
Para darme tan buen día.

TRISTAN.

Bien malos los tuve allá.

DON CARLOS.

Dime, dime, ¿cómo está  
Mi Leonor, el alma mía,  
Mi esposa y todo mi bien?

TRISTAN.

Con salud, aunque muy triste.

DON CARLOS.

¿Que la hablaste? Que la viste?

TRISTAN.

Con los ojos.

DON CARLOS.

¿Qué mas bien!  
Véndeme, Tristan, los ojos;  
Pues con ellos la miraste,  
Dame la luz que gozaste.

TRISTAN.

Favores me dió á manojos;  
Así de comer me diera,  
Que vengo medio difunto.

DON CARLOS.

Cuéntame punto por punto  
Cómo llegaste á su esfera.

TRISTAN.

Pues escucha. Yo llegué  
A Valencia...

DON CARLOS.

¿Qué valor!

TRISTAN.

Aunque con harto temor,  
Al momento me informé  
De tu pleito y de tu estado,  
Y supe cómo el Virey  
A pregones te ha llamado,  
Y seis mil ducados de oro  
Promete (¡qué disparate!)  
A quien te prenda ó te mate.

DON CARLOS.

¿Por qué?

TRISTAN.

Porque sin decoro,  
Al momento me informé  
De tu pleito y de tu estado,  
Y supe cómo el Virey  
A pregones te ha llamado,  
Y seis mil ducados de oro  
Promete (¡qué disparate!)  
A quien te prenda ó te mate.

DON CARLOS.

Es mentira;

Que, mas que mi propia ira,  
Le mató su sinrazón.  
Mas dime, ¿cómo se sabe  
Tan cierto que le maté,  
Si nadie lo vió?

TRISTAN.

No sé;

Pero, como es hombre grave,  
Hay testigo, yo le vi,  
Que, en favor del muerto Conde,  
Dice cómo, cuándo y dónde,  
Y lo vió como el Sofí.

DON CARLOS.

Y di, ¿su hermano Rugier  
Aprieta?

TRISTAN.

¿Linda receta!

Quien hereda nunca aprieta,  
Sino por bien parecer.  
Pero, volviendo á tu esposa,  
Que es materia de mi gusto,  
Va de cuento y va de susto.

DON CARLOS.

Ya escucha el alma gozosa.

TRISTAN.

Llegué de noche y llamé.

DON CARLOS.

Y dime (¿sospecha fuerte!),  
¿Abrieron sin conocerte?

TRISTAN.

Medi hora porfié,  
A pique de algun desastre,  
Y al cabo no merecí  
Siquiera un «¿quién está ahí?»  
Que suele decirse á unastre.

DON CARLOS.

Pues ¿qué desastre temías?

TRISTAN.

Ciertos mozos cascabeles,  
Que, sonando los broqueles,  
Llamando á sus celosías,  
Daban vueltas á la puerta  
Con gran música y rumor.

DON CARLOS.

¿Y asomábase Leonor?

TRISTAN.

Como si estuviera muerta.

DON CARLOS.

Dios te lo pague, Tristan;  
Que me has vuelto el cuerpo al alma.

TRISTAN.

Los dos merecis la palma  
De lo fino y lo galán.  
En fin, tantos golpes di,  
Que Inés un postigo abrió,  
Y en la voz me conoció;  
Bajó, abríome, entré y subí;  
Y Leonor, alborotada,  
Arrojando la labor,  
Bajó al primer corredor,  
Preguntándome turbada  
Por tu salud, á quien yo  
Respondí que bueno estabas,  
Y en este monte quedabas;  
Calló, suspiró y lloró,  
Y contóme que había muerto  
Su padre.

DON CARLOS.

Desdicha ha sido;  
Que, en ausencia de un marido,  
Donde es el riesgo tan cierto,  
Sirve de marido un padre.

TRISTAN.

Leonor no lo ha menester;  
Que, aunque es mujer, no es mujer  
Sino para la comadre.

DON CARLOS.

¿Está pobre?

TRISTAN.

¿Aqueso dices  
Sabiendo que pleitos tiene,  
Y que quien los tiene, viene  
A vender muebles raíces,  
Plata, hacienda, ropa y trastos  
Para gastos de justicia?  
Que, aunque es virtud, su malicia  
Ha llegado á tener gastos.  
No le ha quedado una joya,  
Y en lo que yo confirmé  
Su grande pobreza, fué  
(Que con aquesto se apoya)  
En que, saliéndome un rato  
Anteanoche á pasear,  
Inés me bajó á alumbrar  
Con candil de garabato,  
Que es una alhaja tan vil  
En una casa de honor,  
Que no sé cuál es peor,  
Una suegra ó un candil.  
Pues en lo que toca á dieta,  
Sin duda debe de haber  
Precepto de no comer  
En aquella casa escueta,  
Porque á nadie vi tratar  
De pedir manducacion,  
Y tanto, que un sabáñon,  
Que me solía abrasar,

Tan cortés y honrado fué  
En ayunar como yo,  
Que aun en burlas no comió  
Mientras allí tuve el pié.  
No es burla; un frison grosero,  
Solo de estar, por su mal,  
Dos horas en el portal,  
Salió caballo ligero.  
Y un mastin entró (esto es mas)  
Pesado como un hidalgo,  
Y otro día salió galgo.

DON CÁRLOS.

Siempre de burlas estás.

TRISTAN.

En fin, yo me despedí,  
Y esta me dió, en que te avisa  
Que te vayas muy aprisa  
A Castilla, porque así,  
Mientras el pleito se enfria,  
Seguro puedes estar,  
Y mañana he de llevar  
La respuesta.

DON CÁRLOS.

¡Ay honra mía!

Mucho tienes que argüir  
Sobre mis vanos recelos,  
Mis dudas y desconsuelos.  
Pues ¿cómo yo he de partir  
Sin ver primero á Leonor  
Y examinar con los ojos  
Mis celos ó mis autojos?  
Eso no, civil temor.  
Casta Leonor y mujer,  
Sola, hermosa y celebrada,  
Querida y necesitada,  
Bien puede, bien puede ser;  
Mas yo he de verlo, aunque sea  
Mi fiscal y mi homicida.

TRISTAN.

¿Qué dices?

DON CÁRLOS.

Que está mi vida  
En que con Leonor me vea  
Antes que otra cosa intente.

TRISTAN.

Señor...

DON CÁRLOS.

Aquesto es amor;  
Yo he de verme con Leonor,  
Por ver si tu lengua miente  
En lo que de ella asegura.

TRISTAN.

Advierte...

DON CÁRLOS.

¿Tú no dijiste  
Que fuiste? Pues si tu fuiste  
Por hacer la noche oscura,  
También yo podré.

TRISTAN.

No puedes,  
Porque te buscan á tí,  
Y no á mí.

DON CÁRLOS.

Yo iré sin mí.

TRISTAN.

Lengua tienen las paredes.

DON CÁRLOS.

Luego ¿han de topar conmigo?  
Luego ¿me han de conocer?  
Y luego ¿me han de prender?

TRISTAN.

Si; que es fuerte tu enemigo.

DON CÁRLOS.

Vamos; que todos son pocos.

TRISTAN.

Pues ¿dónde desta manera?

DON CÁRLOS.

A mi casa.

TRISTAN.

Mejor fuera  
A la casa de los locos.

(Vanse.)

Salen DOÑA LEONOR é INÉS.

DOÑA LEONOR.

Vuelve á esperar á Tristan;  
Que yo entre tanto á estas flores,  
A quien del sol los rigores  
La luz usurpando van.  
Quiero reñir su locura,  
Pues tanto se me parecen  
En las mudanzas que ofrecen.

INÉS.

Dios te guardé; ¡qué hermosura!

(Vase.)

DOÑA LEONOR.

¿De qué sirve, decid, hacer alarde,  
Flores, de vuestros vanos resplandores,  
Si cuando el sol recuerda, naceis flores,  
Y no os halla la sombra de la tarde?

Ayer aquella flor, menos cobarde,  
En copia de rubies bebió albos,  
Y ya son de vergüenza sus colores,  
Cadauca presto, aunque nacida tarde.

Hoy muere, en fin, aun antes de na-  
[cida,  
Y ayer del campo fué púrpura estrella,  
Y en sus nácares mismos encendida,  
Ayer se vió adorar, y hoy se atropel-  
[la;

Flores, la dicha es flor, y flor la vida;  
Miradme á mí, ó escarmentad en ella.

Sale INÉS.

INÉS.

Si no lo tienes por pena,  
Estela y Fernando á verte  
Entran ya.

DOÑA LEONOR.

¡Qué mayor suerte!

Vengan muy enhorabuena,  
Que les debo mil favores  
En ocasion tan urgente.

INÉS.

Luego ¿y á Fernando?

DOÑA LEONOR.

Tente,

Tente, Inés, si no es que ignores  
Que ya para mí ha trocado  
La voluntad en desden,  
Y que á Estela quiere bien,  
De su hermosura obligado,  
Y de verme con marido,  
Que es la mas fuerte razon.

Salen DON FERNANDO y ESTELA.

INÉS.

Él cumplió su obligacion,  
Y Estela lo ha merecido.

ESTELA.

Solo ha merecido Estela  
Que pagueis su grande amor.

DOÑA LEONOR.

Prima, Fernando...

DON FERNANDO.

Leonor...

DOÑA LEONOR.

Algo tiene de cautela  
Cogerme desprevenida.

ESTELA.

Yo perdono la merienda.

DOÑA LEONOR.

¿Cómo te va con la prenda?

ESTELA.

Como quien la halló perdida.  
¿Qué hay de Carlos?

DOÑA LEONOR.

Salud tiene.

DON FERNANDO.

¿Y de pleitos?

DOÑA LEONOR.

Tiene amigos,  
Aunque hay algunos testigos;  
Así el oro á vencer viene,  
Que juran lo que no vieron,  
Porque sola yo lo vi.

DON FERNANDO.

A no renovar en tí  
Desdichas que procedieron  
De aquella noche infelice,  
Te rogara la contarás.

DOÑA LEONOR.

Y mandándolo me honrarás;  
Que aunque el dolor que se dice  
Renueva, ofende y altera  
La llaga, también sé yo  
Que mueve á quien le escuchó.  
Esto fué desta manera.

Como celoso toro, que en el prado,  
Verde palestra, de coral ceñida,

Al adúltero silba enamorado,  
Peinando el suelo con la mano hendida,  
Y en viéndoles, parece que arriscado  
Le bebe la mas parte de la vida,  
Metiendo mano cada cual valiente

A las dos medias lunas de la frente;  
Carlos, así de su valor vestido,

Carlos, así de su furor armado,  
Carlos, así de su nobleza herido,

Carlos, así de su pasion buscado,  
Carlos, así celoso y ofendido,

Contra el Conde se vuelve tan airado,  
Que le pronosticó su eterno sueño,

Antes que con la espada, con el ceño,  
Saca el Conde la suya, y Carlos fuerte,

Tanto con él intrépido se junta,  
Que por el pecho le escondió la muerte,

Y por la espalda, le asomó la punta,  
El alma, luego que el suceso advierte,

Desampara la forma ya difunta, [to,  
Que como al tiempo de andar de pue-  
Halló dos puertas mas, salió mas presto.

Allegan los criados, y cual rayo,  
De las nubes aborto mal parido,

Encubierto los sigue, y á un lacayo  
Quita el caballo, al Conde prevenido;

Era el fuerte animal de color bayo,  
Y de manos y piés tan sacudido,  
Que cuando con la cólera relincha,

Mide lo que hay del suelo hasta la cin- [cha,  
Sube gallardo en él, y á mí se viene,

Diciendo: «Mi Leonor, mi luz, mi vida,  
Hoy mi adversa forma, porque tiene

Tanto de adversa ¡ay Dios! como de mía,  
Loca, mudable, bárbara y perene,

Me aparta de tu dulce compañía.» [do,  
Y «adios, Leonor», mil veces repitien-

Flecha de plumas pareció corriendo.  
Con dos remos por banda la galera,

Del fogoso animal tan alta sube,  
Que pareció codicia de otra esfera,  
Ó antojo de beber de alguna nube;

Porque la tierra olvida de manera,  
O me lo pareció, segun estuve, [vo  
Que, á ser visible el aire, mas de un cla-

Se viera impreso en el cenit octavo.  
Como suele quedar la flor doncella,  
Hija de Adónis, cuando el viento airado  
Con diáfano acero la degüella,

Por la garganta de su pié delgado;

O cual mustio clavel, que se querella  
Del sol, que las entrañas le ha abrasa-  
Y agonizando con la fiebre loco, [do,  
Viene á morir, quizá de beber poco.  
Así quedé llorando lo que ahora  
Con lágrimas repito dilatadas,  
Nocomo alguna, que el melindre llora,  
Aun enjutas primero que lloradas.  
A la noche, á la tarde y al aurora,  
Aquellas glorias, por mi mal pasadas,  
Lloran mis ojos con eterno llanto; [to;  
Que tanto ha de llorar quien pierdetan-  
Porque, llegando, ¡ay Dios! á mi despe-  
[cho,

A imaginar, cuando la noche calma,  
Que ha de sobrarme la mitad del pecho  
Y ha de faltarme la mitad del alma,

[cho,  
A no acordarme de que Dios lo ha he-  
Y á no temer la perdición del alma,  
Yo misma, para ejemplo de las gentes,  
[tes.

Me hubiera hecho pedazos con los dien-  
Mas esperando que mi suerte esquivá  
Saqué una vez en mi favor la espada,  
Sola, necesitada, muerta, viva,  
Melancólica, triste y desdichada,  
Afligida, llorosa, compasiva,  
Pobre, constante, huérfana y honrada,  
Guardo la vida, porque Carlos tenga  
Con quien partir la suya cuando venga.

ESTELA.

Vivas, Leonor, muchos años;  
Que con la vida se alcanza  
Todo.

DOÑA LEONOR.

Sola esa esperanza  
Es alivio de mis daños.  
Mas ya el sereno nos dice  
Que á la sala nos entremos.

DOÑ FERNANDO.

Todos tu luz seguiremos.

DOÑA LEONOR.

Fuera de eso, aunque infelice,  
Espero cierto galan.

ESTELA.

¿Galan?

DOÑA LEONOR.

Sí, por vida mía.

ESTELA.

¿Es Carlos?

DOÑA LEONOR.

¿Cómo podía?

ESTELA.

Pues ¿quién, por mi amor?

DOÑA LEONOR.

Tristan,

Que, como no es conocido,  
La otra noche estuvo aquí.

DOÑ FERNANDO.

¿Y espéralas ahora?

DOÑA LEONOR.

Sí.

DOÑ FERNANDO.

Huélgame de haber venido  
En tan gustosa ocasión.

DOÑA LEONOR.

Pues entrad y cenaréis,  
Con tal que me perdoneis.

ESTELA.

Buenos tus cuidados son.

DOÑA LEONOR.

Antes no os convidó á nada;  
Que si doy lo que me enviáis,  
Vosotros sois quien me honrais,  
Y yo soy la convidada.

ESTELA.

¿Qué discreta!

DON FERNANDO.

¿Qué cortés!

ESTELA.

No hay, Fernando, dicha hermosa.

DON FERNANDO.

Ser hermosa es ser dichosa.

DOÑA LEONOR.

Adelántate tú, Inés.

(Vanse.)

Salen DON CARLOS Y TRISTAN.

TRISTAN.

Advierte...

DON CARLOS.

Ya es por demás.

TRISTAN.

La sogá llevas tras tí.

DON CARLOS.

A Valencia he de ir así.

TRISTAN.

Mira que á tu muerte vas,  
A quien te mate ó te prenda  
Da el Virey seis mil ducados,  
Con que infinitos soldados,  
Destos que toda su hacienda  
Llevará una hormiga en peso,  
Andan locos á buscarte,  
Por prenderte ó por matarte.

DON CARLOS.

Y confieso que es exceso;  
Pero aquí tengo de ver  
Si hace un milagro el amor.

TRISTAN.

¿Milagro pides? ¿Qué error!

DON CARLOS.

¿Por qué?

TRISTAN.

Porque puede ser  
Que pare en tu detrimento.

DON CARLOS.

Mi mal no puede, aunque quiera,  
Ser mas.

TRISTAN.

Sí puede.

DON CARLOS.

Es quimera,  
Porque esto es hablar al viento.

TRISTAN.

Enfermó un hombre de un ojo,

Y tanto su mal creció,  
Que de aquel ojo cegó,  
Si no lo habeis por enojo.  
Con el ojo que de bones  
Le vino á quedar, pasaba,  
Y veía lo que bastaba,  
Sin curas, agua ni uncciones.

Mas, como uno le dijese  
Que si es que vista desea,  
Al Cristo de Zalamea  
Devoto y contrito fuese,  
Donde por diversos modos,  
El cojo, el ciego, el mezquino,  
Con el aceite divino

De todo mal sanan todos,  
El al punto se partió.  
Con fin de desentuetar,  
Al soberano lugar;  
Y apenas en él entró,  
Cuando á la lámpara parte,  
Y tanto el aceite agota,  
Que entrambos ojos se frota  
Por una y por otra parte.  
El ojo que bueno estaba,  
Con el contrario lloró,  
Sintió tan fuerte dolor,  
Que del casco le saltaba.

Y en fin, sin remedio alguno,  
Hubo de venir á estado,  
Que de allí á una hora el cuitado  
Ya no via de ninguno.  
Al Cristo entonces se fué  
Atentando como pudo,  
Y á sus piés muy á menudo,  
Con mas cólera que fe,  
A grandes voces decía:  
« Señor, á quien me consagro,  
Ya no quiero mas milagro,  
Sino el que yo me traia. »  
Cesó el dolor, y al momento,  
Contento de hallar su ojo,  
Se volvió sin mas antojo  
De milagro. Aplica el cuento.

DON CARLOS.

¿Qué importa, si me traspasa  
El alma aun con mas dolor  
Que la muerte...

TRISTAN.

¿Qué, Señor?

DON CARLOS.

¿Qué? Las cosas de mi casa.

TRISTAN.

Mi señora es tan honrada,  
Que mas no lo puede ser.

DON CARLOS.

Sí; pero en fin es mujer,  
Y mujer necesitada.

TRISTAN.

Muchas en el mundo ha habido  
A quien nombre el tiempo da  
De firmes.

DON CARLOS.

Eso será,

Siendo dichoso el marido.

TRISTAN.

La que es buena, por sí es buena,  
Sin otra solicitud;  
Porque la propia virtud  
No estriba en la dicha ajena.

DON CARLOS.

Estando en el arco asida,  
¿Por qué una cuerda se parté?

TRISTAN.

Porque tirando sin arte,  
Si pasan de la medida  
Adonde llega la cuerda,  
Por fuerza se ha de romper.

DON CARLOS.

Eso vendrá á suceder  
Con Leonor. Leonor es cuerda;  
Pero viéndose apretada  
De tanto necio galan,  
Y sobre todo, Tristan,  
Estando necesitada,  
Rendida á injustos abrazos,  
Podrá decir: «Cuerda fui;  
Tiraron mucho; y así,  
Fué fuerza hacerme pedazos.»

TRISTAN.

Y cuando fuese verdad,  
Tú ¿qué has de hacer?

DON CARLOS.

¿Qué? Matarla,  
Consumirla y abrasarla.

TRISTAN.

No estando tú en la ciudad,  
Y siendo Leonor discreta,  
¿Cómo has de poder saber  
Si te pudo ó no ofender?

DON CARLOS.

No hay cosa, Tristan, secreta.

TRISTAN.  
Quien ama y honrada fué,  
Aun no se fia de sí.

DON CÁRLOS.  
¿No tiene vecinos?

TRISTAN.  
Sí.

DON CÁRLOS.  
Pues yo sé que lo sabré;  
Que hay hombre que se entretiene  
En ser perpétuo veedor,  
Y para hacerlo mejor,  
Su libro de caja tiene,  
Donde el que quisiere saber  
Si el vecino entró ó salió,  
Si la música se dió,  
Si se asomó la mujer,  
Lo verá tan puntual  
Como fué la presuncion,  
Y con su cuenta y razon,  
Fojas tantas, noche tal.

TRISTAN.  
Vendrá á ser ese vecino,  
Si lo cursa dos inviernos,  
Cronista de los infiernos.

Salen TEODORO y CLAUDIO, con ha-  
chas, y ESTELA y DON FERNANDO,  
con DOÑA LEONOR.

DON FERNANDO.  
En fin, ¿el galán no vino?

ESTELA.  
Por llevarte mas presente,  
He consentido, Leonor,  
Que pases del corredor.

TRISTAN.  
Esta es la calle; mas tente,  
Que hay dos hachas á la puerta.

DON CÁRLOS.  
¿Dos hachas? Agüero ha sido.

TRISTAN.  
¿Qué puede haber sucedido?

DON CÁRLOS.  
Estará ya mi honor muerto  
De enfermedad de algun yerro,  
Y enterrarle en oro y cobre,  
Porque á la puerta de un pobre  
Nunca hay hachas sin entierro.

TRISTAN.  
¿Qué entierro ó qué frenesi?  
¿No ves á Estela y Fernando  
Estar con Leonor hablando?

DON CÁRLOS.  
Pues escucha desde aquí.

CLAUDIO.  
Cárlas ha sido dichoso  
En topár con tal mujer.

TEODORO.  
Como no venga á caer;  
Porque, aunque adore á su esposo,  
Como son los pareceres  
Varios, puede su belleza  
Cansarse de su pobreza;  
Que hay, Claudio, muchas mujeres  
Que son, á mas no poder,  
Haciendo una liviandad,  
Malas por necesidad,  
Y no por quererlo ser.

TRISTAN.  
¿Oyes eso?

DON CÁRLOS.  
Muerto soy.

TEODORO.  
Advierte, Señor, que es tarde.

DON FERNANDO.  
Pues adios.

DOÑA LEONOR.  
El cielo os guarde.  
DON FERNANDO.

¡Hola! El coche.—Vuestro soy. (Vase.)

DON CÁRLOS.  
¿Qué te parece, Tristan?

TRISTAN.  
Que ha sido tu flema mucha.  
DON CÁRLOS.

Di mi pasion; mas escucha,  
Que allí una música dan.

TRISTAN.  
Pues ¿qué importa que la dén?  
¿No será mejor llamar,  
Ver á Leonor y cenar?

DON CÁRLOS.  
No es mejor ni me está bien.  
VOCES. (Cantan.)

¡Ay necesidad infame!  
¿A cuántos honrados fuerzas  
A que, por amor de ti,  
Hagan mil cosas mal hechas!

DON CÁRLOS.  
¿Ay honor, y cómo creo  
Que habeis de volverme loco!  
Cuanto miro, cuanto toco,  
Cuanto escucho y cuanto veo,  
Parece que en profecía,  
Como si me conociera,  
Me anuncia con voz severa  
La dicha tristeza mía.

¿Yo por mi mujer infame?  
¿Oh mal haya el inventor  
Deste género de honor,  
Si honor es bien que se llame  
Cosa que no está en mi mano,  
Y estriba en ajena culpa!  
Pero dará por disculpa  
Algun político humano  
Que, como por sacramento  
Son el hombre y la mujer  
Una carne, un alma, un ser,  
Una vida y un aliento,  
El agravio se reparte  
Segun es la cantidad,  
Y como por vecindad,  
Le alcanza al hombre su parte.  
Pues ¿cómo mi honor manchado,  
Y pudiéndolo impedir?

No, Leonor, yo he de morir,  
Y he de morir por honrado.  
¡Vive Dios, Leonor hermosa,  
Que no has de ofender tu honor  
Por ser pobre, y que mi amor  
Ha de hacer por ti una cosa,  
Que á poner venga en olvido  
Cuantos triunfos generosos,  
Por afectos amorosos,  
Hayan los hombres tenido!  
Adios, Tristan.

TRISTAN.  
¿Dónde vas?

DON CÁRLOS.  
Esto en el honor es ley,  
A verme con el Virey.

TRISTAN.  
¡Jesus, qué perdido estás!  
¿Al Virey? Escupe luego.

DON CÁRLOS.  
Quédate, y dila á Leonor  
Que voy á morir de amor,  
Como fénix en el fuego,  
Y en mi nombre la darás  
Este abrazo.

TRISTAN.  
Escucha, espera.  
DON CÁRLOS.  
No soy hombre; que soy fiera.

TRISTAN.  
Pues dime, ya que te vas,  
¿A qué vas? Para que entienda  
El extremo de tu amor.

DON CÁRLOS.  
A dejar rica á Leonor,  
Porque despues no me ofenda.  
(Vanse.)

Salen ALGUNOS CRIADOS, y detrás EL  
REY, firmando cartas, y UN SECR  
TARIO.

SECRETARIO.  
Esta que firmaste ahora  
Es para su majestad.

VIREY.  
Pues luego la trasladad.

SECRETARIO.  
Cerrada está.

VIREY.  
¿Quién ignora  
Que vida con v se escribe?  
No, Secretario, con b.

SECRETARIO.  
Yerro de la pluma fué;  
Que no mío.

VIREY.  
Quien recibe  
Una carta mal escrita  
No sabe si fué ignorancia,  
Y aunque, en fin, no es de important  
Y al dueño desacredita,  
Es una cosa tan justa  
Hablar siempre con verdad  
En todo á su majestad,  
Que aun el alma se disgusta  
De esa breve niñería;  
Y así, volved á escribir,  
Porque no se ha de mentir  
Al Rey ni en la ortografía.

SECRETARIO.  
Para el Marqués, tu sobrino,  
Es esta.

VIREY.  
¿Hay mas que firmar?  
SECRETARIO.

Bien te puedes acostar.  
CRIADO. (Dentro.)

¿Hay tan grande desatino!  
Sin duda que loco viene.

VIREY.  
¿Qué es eso?

CRIADO.  
Un hombre que ha d  
En que, aunque estés acostado,  
Te ha de hablar.

VIREY.  
¿Qué traza tiene?

CRIADO.  
Aun no le he visto la cara.

VIREY.  
Pues decilde que entre.

CRIADO.  
Entrad.

Sale DON CÁRLOS.

DON CÁRLOS.  
Ello es gran temeridad,  
Pero el amor no repara  
En nada.

VIREY.

Decid que hable,  
Pues está ya en mi presencia.

DON CÁRLOS.

Solo quiero á vuecelencia.

VIREY.

¿Solo? ; Suceso notable!  
Mas un hombre como yo,  
Que jamás conoció el miedo,  
¿De qué duda? Solo quedo. —  
Idos todos.

(Vanse todos, menos el Virey  
y don Carlos.)

DON CÁRLOS. (Ap.)

Ya cerró.

VIREY.

Ya está cerrada la puerta  
Y á solas estás conmigo;  
¿Qué dices agora?

DON CÁRLOS.

Digo

Que mi muerte se concerta.  
¿Has de darme, gran Señor,  
Palabra, sin agraviarme,  
Sea quien fuere, de escucharme?

VIREY.

Si doy; hablad.

DON CÁRLOS.

(Ap. ; Qué valor!)

Yo soy don Carlos Osorio.

VIREY.

¿Qué decis?

DON CÁRLOS.

Escucha agora,  
Llustre Señor, la accion  
Mas nueva y mas prodigiosa  
Que en los anales del tiempo  
Han escrito sus historias.  
Yo maté al Conde, es verdad,  
Mas fué porque con mi esposa  
Le hallé una noche, fingiendo,  
En la voz y en la persona,  
Que era yo, para gozar,  
Fiado en sus negras sombras,  
Si no el todo, alguna parte  
Del aliento de su boca.  
Y cuando fuera mi dama,  
Viéndole con ella á solas,  
Hiciera tambien lo mismo;  
Que en mi opinion no se forma  
El duelo de aqueste agravio  
Porque la mujer se nombra  
Propia, sino porque, siendo  
Dueño suyo el que la goza,  
Atreverse á enamorarla  
Es despreciar su persona,  
Y no tenerle respeto,  
Sea ó no la mujer propia;  
Que en las ofensas del gusto  
Tambien al alma le tocan.  
Temeroso de las varas,  
Que en cualquiera parte sobran,  
Dejó animoso á Valencia,  
Y huyendo de mil pistolas,  
Me fui á un monte tan preñado  
De los pinares que aborta,  
Que sus torcidas raices,  
Que por la tierra se asoman,  
Aun riñendo sobre el sitio,  
Se pisan unas á otras.  
Allí, empedrados los riscos  
De cantuesos y amapolas,  
Tan cerca habitan del cielo,  
Que los llantos de la aurora  
En vasos de nácar beben  
Primeramente el mundo una hora.  
Por este verde edificio  
Discurriendo en mis congojas,  
Entre dos peñas hallé  
Formada una parda alcoba,

Que, á mi parecer, seria,  
Si el desaliño se nota,  
U de algun sátiro albergue,  
U de algunos brutos choza.  
Entramos yo y un criado,  
Que en mis aflicciones todas  
Me ha acompañado leal,  
Y mirando á la redonda  
Aquel hospedaje oscuro,  
Mil aberturas y bocas  
Descubrimos tan confusas,  
Que en su fábrica arenosa  
Aun yo no me hallaba á mi  
Muchas veces sin antorcha.  
Con este me aseguré  
En la modestia enojosa  
Que mis temores me daban,  
Y puesto en la celda angosta  
De uno de aquellos nichos  
De árboles, pellejos y hojas,  
Hice cama, donde estuve  
Cercado de peñas toscas  
Diez meses y mas tres dias,  
Con el fuego y con la honda  
Matando para comer.

Ya la liebre corredora  
Y ya el tímido gazapo,  
Que entre las matas se emboscan.  
Y estando mirando un dia  
Recrearse una paloma  
Que á su consorte marido,  
Cuando el sol los campos dora,  
Con mil géneros de arrullos  
El pico daba amorosa,  
Vi que un gabilan hambriento  
Con agudas alas corta  
El aire desde una encina,  
Y estando mas cerca, roba  
De los dos al triste esposo,  
Lleandole entre las corvas  
Uñas al árbol primero,  
Donde con furia rabiosa  
Se lo comió sin trincharle,  
Llena de plumas la boca;  
Y volviendo á la viuda,  
Vi que afligida y llorosa,  
Dando vueltas y escarbando  
Con los piés la verde alfombra,  
Parece que á la fortuna  
Se queja de afectuosa:  
Que en el mas torpe animal  
Tiene el dolor ceremonias.  
Era entre todas, Señor,  
Si bien de una especie todas,  
Esta mas blanca de pluma  
Y mas jarifa de pompa;  
Por lo cual otros amantes,  
Contentos de verla sola,  
En vez de pésame y luto,  
La cercan y la enamoran;  
Cuál una pluma le quita,  
Cuál la halaga y la retoza,  
Cuál galan se cantonea,  
Cuál la arrulla y cuál la ronda,  
Y cuál los granos de trigo  
Le lleva para que coma;  
Que hay tambien aves discretas,  
Y saben que el dar importa.  
En fin, aunque se defiende  
Y aunque la pena le ahoga,  
La necesidad le obliga,  
Tanto este monstruo ocasiona,  
A que el tálamo de pajas  
Pise, de otro amante novia.  
Esto vi, Señor, un dia,  
Y revolviendo en mis cosas,  
Confuso y turbado dije  
A mi cobarde memoria:  
«Leonor es mujer y pobre,  
Muy querida y muy hermosa,  
El mundo fuerte enemigo,  
Ausente yo, y ella sola.

Pues; qué sé yo si Leonor  
Hace como la paloma,  
Y da lugar en el nido  
A quien el trigo le arroja?»  
Con aquestos pensamientos  
El alma traje tan loca,  
Que tirar piedras podia  
A los sentidos que informa.  
Despacho luego un criado  
A Valencia por la posta,  
El cual me refiere ¡ay cielos!  
De mi Leonor, de mi esposa,  
Necesidades tan grandes  
Y finezas tan bonrosas,  
Que al paso que me regalán,  
El corazón me apasionan.  
Y despues de mil discursos,  
Viendo que la tenebrosa  
Noche me ayuda, en el traje  
Que miras, entro á deshora,  
Resuelto á satisfacer,  
Aunque á morir me disponga,  
De mis dudas y recelos  
La conciencia escrupulosa;  
Y estando en mi calle un rato,  
Por ver si alguno alborota  
Mi casa, cuanto escuché  
Fué anunciarme mi deshonra  
Y encarecer á Leonor,  
Añadiendo que, aunque agora  
Es una peña, un diamante,  
Un risco, un monte, una roca,  
La vencerá, andando el tiempo  
(Si bien de fuerte blasona),  
La necesidad infame,  
Que no hay virtud que no rompa.  
Y así, viendo que mi vida  
Ni me sirve ni me importa,  
Que no es vida, bien mirado,  
Vida con tantas zozobras;  
Y acordándome que tú  
A quien me mate ó me coja  
Ofreces seis mil ducados,  
Intento; notable cosa!  
Entregarme yo á mí mismo,  
Para ganar desta forma,  
A costa de una garganta,  
Lo que Valencia pregona;  
Y porque Leonor, siquiera  
Con esta ayuda de costa,  
Se libre de los peligros  
Que en profecía la acosan.  
Mira, Señor, si el amor  
Que me anima y me provoca  
Es bien nacido, y merece  
Bronce y mármol, pues se arroja,  
Como gentil, á la muerte,  
Que ya me espera por horas.  
Yo me prendo, yo me mato,  
Yo me sirvo de ponzoña,  
Yo me traigo al sacrificio,  
Yo doy la leña y la aroma,  
Yo me vendo como esclavo,  
Yo pongo al cuello la soga,  
Yo soy mi verdugo, yo,  
Que cuando el honor le arroja,  
Contra sí mismo se vuelve,  
Como arrojada pelota.  
Cúbrame los piés de hierro  
La cárcel, sus lanzas rompa  
La justicia, que, enojada,  
Contra mí se muestra sorda.  
Brote fiscales el oro,  
Que mi inocencia pospongan;  
Salga de madre el poder,  
Dé voces la envidia ronca,  
Y escribanse contra mí  
Mas delitos y mas hojas  
Qué tiene ese mar salado  
De arenas, peces y conchas;  
Que aunque sé que desta suerte  
Voy muriendo por la posta,

Y ha de matar á Leonor  
Tragedia tan lastimosa,  
Mas quiero morir que oír  
Su pobreza y mi deshonra,  
Su riesgo y mis amenazas,  
Sus dichas y mis congojas;  
Que para un hombre de bien,  
Que hace estimacion heróica  
De la honra que profesa,  
*No hay vida como la honra.*

VIREY.

Envidioso me has dejado,  
Porque en fábulas ni historias  
No he visto resolucion  
Tan honrada y tan briosas.

DON CÁRLOS.

¿Qué responde vuecelencia?

VIREY.

Que soy Sandoval y Rojas,  
Y sé estimar la nobleza;  
Espera un poco. — ¡Hola, hola!

Salen EL SECRETARIO, DON FER-  
NANDO y DOÑA LEONOR.

SECRETARIO.

¿Señor?

DON FERNANDO.

¿Qué es aquesto?

VIREY.

Entrad.

DOÑA LEONOR.

Daré voces como loca.

DON CÁRLOS.

¿Mi Leonor?

DOÑA LEONOR.

Pues ¿cómo, ingrato?

¿Es posible que malogras  
Una vida que es tan mia,  
Por una accion tan impropia  
Del ser humano? ¿Qué tigre,  
Manchado á trechos, qué onza,  
Pintada de moscas negras  
Y de color parda y roja,

Hubiera sido conmigo  
Tan fiera y tan rigurosa?  
¿Qué me importa la riqueza  
Que con tu muerte me compras,  
Si no puede aprovecharme?  
Porque apenas en la losa  
Tu cabeza destroncada  
Verá el alma que te adora,  
Cuando con el mismo acero,  
Aunque parezca lisonja,  
Me abriré el pecho yo misma,  
Y de su esfera amorosa  
Tan vivo te sacaré  
En brazos de mi memoria,  
Que pueda otra vez prenderte  
La justicia cavilosa.

¿Es posible que me matas?

DON CÁRLOS.

¡Ay Leonor! Ay dulce esposa!  
Con eso muero contento;  
Llega, pide, admite, cobra  
En mis brazos la disculpa.

VIREY.

Hoy, aunque en palabras pocas,  
Verá el mundo que compite  
Con la faccion animosa  
De Carlos mi gran piedad.  
Escuchad todos ahora.

DON CÁRLOS.

Leonor, oye.

DOÑA LEONOR.

¿Trance fuerte!

VIREY.

Cárls, por ser tan notoria  
La muerte del conde Astolfo,  
Porque le halló con su esposa,  
Confiesa que le mató.

DON CÁRLOS.

Es así.

TRISTAN.

¿Notable cosa!

VIREY.

Mas, supuesto que el que mata

Sin odio ni vanagloria,  
Solo por guardar la vida  
O la hacienda, siendo propia,  
Aun para con Dios no peca,  
Y la honra es una joya  
Mas que la vida estimable  
Y que la hacienda preciosa;  
Que, como Carlos lo dice,  
*No hay vida como la honra;*  
Digo que á Carlos perdono,  
Porque en accion tan heróica  
No ha de enojarse un virey  
De lo que Dios no se enoja.  
Y porque yo prometí  
Seis mil ducados, sin otras  
Mercedes, al que trajere  
Muerta ó presa su persona,  
Pues él mismo se ha traído  
Sin grillos y sin esposas,  
Lo prometido le doblo.

DON CÁRLOS.

Como Dios haces ahora:  
Siendo nada, el ser me has dado.

DOÑA LEONOR.

A tus plantas generosas  
Ofrezco lo que me das,  
Que es la vida.

TRISTAN.

Aquí hay tres bodas;

Aquesto por abreviar  
Cumplimientos y tramoyas,  
Estos señores se casan,  
Estotros dos se desposan,  
Yo me arrugo con fnés,  
Y aquí tiene fin la historia  
Del marido mas honrado.

DOÑA LEONOR.

No se llama de esa forma.

DON FERNANDO.

Pues ¿cómo?

DON CÁRLOS.

Yo lo diré:

*No hay vida como la honra.*

## COMEDIA FAMOSA

TITULADA

# LA MAS CONSTANTE MUJER,

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

### PERSONAS.

CÁRLOS, *galán.*  
EL DUQUE DE MILAN.  
EL CONDE DE PUZOL.

ISABEL, *dama.*  
ROSAURA, *dama.*  
FLORA, *criada.*

LAURA, *criada.*  
SERON, *lacayo.*  
ACOMPAÑAMIENTO.

### JORNADA PRIMERA.

Salen ISABEL, FLORA y SERON, *de-*  
*teniendo á CÁRLOS.*

ISABEL.  
No has de salir, vive el cielo,  
Sin decirme la ocasion  
Primero de aquesta ausencia.

CÁRLOS.  
Déjame, Isabel, por Dios.

ISABEL.  
¿Qué es dejarte?—Tenle, Flora.

FLORA.  
Pues ayúdame, Seron.

SERON.  
Ya te ayudo.

CÁRLOS.  
Mataréte.

SERON.  
Ya no te ayudo.

ISABEL.  
Señor,  
Si valen algo contigo  
Mi fe, mi humildad, mi amor,  
Ya que te vas, como quien  
Se huye de la prision,  
Dime, ¿adónde vas así?

CÁRLOS.  
A morir.

ISABEL.  
¿Por qué ocasion?

CÁRLOS.  
Porque nací desdichado,  
Porque he de perderte hoy,  
Porque te casa tu padre  
Con el conde de Puzol,  
Y porque no quiero verlo;  
Mira si tengo razon  
Para dejar á Milan.

ISABEL.  
No la tienes.

CÁRLOS.  
¿Por qué no?

ISABEL.  
Porque soy yo la que casan,  
Y no he de casarme yo  
Con otro, viviendo tú,  
Y queriéndonos los dos.

CÁRLOS.  
Pues ¿qué he de hacer, si tu padre,  
Que siempre me aborreció,  
De casarte, aunque te pese,  
Tiene ya resolucion?

ISABEL.  
¿Qué has de hacer? Llegarte á mi,  
Y con mucha turbacion,  
Destroncadas las palabras,  
El semblante sin color,  
Coléricas las acciones,  
Sin pulsos el corazon,  
Muerto el brio, vivo el daño,  
Sordo el bien, torpe la voz;  
Y en fin, todos los sentidos  
Con el ansia y el dolor  
Barajados, como casa  
De principe que murió;

Decirme, Cárlas, decirme  
Con blandura ó con rigor:  
«Mi bien, señora, ó mujer  
A secas (que la pasion  
No repara en ceremonias),  
En aqueste estado estoy.  
Tu padre quiere casarte,  
Y con mi competidor;  
Mira qué habemos de hacer;»  
Que entonces te diré yo  
Mi sentimiento; y si fuere  
Muy á tu satisfaccion,  
Te quedarás en Milan,  
Como hasta ahora; y si no,  
Para dejarme tendrás,  
Si no disculpa, ocasion,  
Sin que tú partas cobarde,  
Ni ofendida quede yo;  
Porque irse un galán, no habiendo  
Hecho la dama traicion,

Si en ella es mucha desdicha,  
En él es poco valor.

CÁRLOS.  
¿Qué importa, si aun para hablarte,  
Segun desgraciado soy,  
Ocasion apenas tengo,  
Despues que el Conde te amó?

ISABEL.  
¿No hay un papel?

CÁRLOS.  
No hay papel,  
Sino es el del corazon,  
Que baste á las penas mías;  
Porque un papel, en rigor,  
Podrá llevar las razones,  
Pero las lágrimas no;  
Que, como ellas y el papel  
Son de una misma color,  
Aunque le sirvan de tinta  
Al alma que las vertió,  
En enjugandose, dejan  
De ser aquello que son,  
Y solo queda en papel  
Lo que fué papel y amor.

ISABEL.  
Pues dime aquí lo que pasa,  
Que cuando el daño llegó  
A ser tanto como das  
A entender, no es discrecion  
Malograr tiempo ninguno;  
Y así, en tanto que los dos  
Hablamos, los dos podréis,  
Desde aquese corredor,  
Avisar si álguien saliere.

SERON.  
De todo advertido estoy.

FLORA.  
Yo tambien; que en esta ciencia  
Puedo leer de oposicion.

SERON.  
Así supieras el credo.

FLORA.  
Mirar y callar, Seron.  
(*Vanse Flora y Seron.*)

ISABEL.

Ya puedes hablar: di ahora  
Lo que tu pecho sintió.

CÁRLOS.

Pues digo que, como sabes,  
De tus rayos girasol,  
Mariposa de tu fuego,  
Aguila de tu candor,  
Y abeja dulce, que á cuenta  
De tus claveles vivió,  
Há seis años que te adoro,  
Y sabes (¡mortal estoy!)  
También que desde los bandos  
Que Estéfano Cervellon  
Introdujo en Lombardia,  
Cuando Milan se asoló,  
Esforcias y Borromeos  
Se miran con tal rencor,  
Que si tu padre llegara  
A entender nuestra aficion,  
El quitarte á ti la vida  
Fuera el castigo menor.  
A questo supuesto, digo  
Que el Duque ayer me contó,  
Como á su amigo y privado,  
Que tu padre le pidió  
Licencia para casarte,  
Y el Duque le respondió...

ISABEL.

¡Muerta escucho!

CÁRLOS.

Que fíase

De su cuidado y amor  
El casarte de su mano.  
Tu padre le replicó:  
«Como no la deis esposo  
(Que fuera gran disfavor  
Para mi) de los Esforcias,  
A todo obediente estoy.»

ISABEL.

Y el Duque, ¿qué dijo á eso?

CÁRLOS.

¿Qué dijo? Le aseguró  
De que Esforcia no sería,  
Y á esa pena le añadió  
La de saber que Rosaura,  
Que es del Duque, mi señor,  
Hermana, tiene ofrecido,  
Porque de ella se valió  
Tu padre, hablar por el Conde.  
Mira, en tanta confusion,  
Si puede haber mas desdichas  
Que me cerquen; pues si doy  
Licencia á mi voluntad,  
Hago agravio á tu opinion,  
Pues no habiendo de ser mia,  
Es aventurar tu honor.  
Si hablo al Duque, está empeñado  
En responderme que no;  
Si á Rosaura, está obligada  
Por estotra intercesion;  
Si á tu padre, le ocasiono  
A mas ira y mas furor;  
Si callo, pierdo mi gusto;  
Y si quiero hablar, los dos  
Nos perdemos, pues quedamos,  
Yo, Isabel, sin galardón,  
Y tú con la fama en duda  
Para con el vulgo atroz.  
Pensar vencer á tu padre  
Es vana imaginacion;  
Hablar al Duque, locura;  
No darle cuenta, traicion;  
Sufrir á otro amante, infamia;  
Estorbarlo, indiscrecion;  
Aborrecerte, imposible;  
Casarme con otra, error;  
Y en efecto, verte ajena,  
Mortal desesperacion  
Para el alma. Mira ahora

Si hago bien enirme yo  
A morirme de mi agravio,  
Que es la enfermedad mayor  
Para quien amando llega  
A perder lo que adoró.

ISABEL. (Ap.)

De suerte he quedado (¡ay cielos!),  
Que apenas puede la voz  
En el pecho articularse;  
Pero, aunque la pena (¡ay Dios!)  
Me tiene fuera de mí,  
Aqui importa mi valor  
Para detener á Carlos,  
Porque es de mi corazón  
La mitad; ¿la mitad dije?  
Erré, la lengua mintió;  
Que si fuera la mitad,  
Con la media que quedó  
Pudiera, aunque se ausentara  
De mis ojos Carlos hoy,  
Tener como media vida;  
Pero si tan suya soy,  
Que vivir sin él no puedo,  
Como el alba sin el sol,  
No es Carlos, no, la mitad,  
Sino todo el corazón;  
Que en el imperio del gusto,  
Cuando el amor es amor,  
Ni en la vida hay diferencia,  
Ni en el alma hay division.

CÁRLOS.

¿Estás ya desengañada  
De que no es, no, desamor  
irme, habiendo de perderte,  
Sino muy cuerda eleccion  
Para no ver...

ISABEL.

Bueno está;

Basta, Carlos, que el blason  
Con esos miedos desdoras  
De tu heroico pundonor.  
Cuando yo contra los hados  
Y su vil conjuracion,  
Soy monte, soy edificio,  
Soy muralla y roca soy,  
Que á las espumas del mar  
Tantas veces rebatió,  
¿Tú te rindes, tú te cansas,  
Y como de azahar la flor,  
Que es pastilla que se quema  
En el brasero del sol,  
Espiras al primer aire,  
Mueres al primer ardor?  
Yo te doy que el Duque quiera,  
Como absoluto señor,  
Darme esposo de su mano;  
Que muestre su indignacion  
Mi padre, como hasta aqui;  
Que interponga su favor  
Mi señora por el Conde;  
Y en fin, que contra los dos  
Todo el mundo se conjure;  
Cuando llegue la ocasion  
De casarme, di, ¿no es fuerza  
Que diga primero yo  
Que sí? Pues no tengas pena  
Que lo diga, aunque el rigor  
De una daga me lo mande,  
Pues cuando en su ejecucion,  
Forzada la voz, dijera  
De si por decir de no,  
Colérica la verdad  
Saliera de su prision,  
Y dijera que mentía  
Con los afectos, que son  
Los modos que tiene el alma  
Para desmentir la voz,  
Cuando dice con la boca  
Lo que niega el corazón.  
Carlos, ya estás empeñado,  
Y tambien lo está mi amor;

Dejarme, es ingratitud,  
Afligirme, compasion;  
Volver atrás, cobardía,  
Y no verme, sinrazon;  
Que no nacieron de un parto  
La voluntad y el temor.  
No es constante quien no espera,  
Mas quiso quien mas sufrió,  
A un pesar sigue un placer,  
Tras la noche sale el sol,  
La fortuna es merecerla,  
La verdad siempre venció,  
Su edad tiene la desdicha,  
Todo el tiempo lo mudó,  
Con amor no hay imposible  
Ni ventura sin pasion;  
Y en fin, para todo halla  
Remedio quien le buscó;  
Y cuando el remedio falte,  
Y usen de todo rigor  
Las estrellas, sabrá el mundo  
Que pudo mi estimacion  
Vivir sin gozarte, sí,  
Pero sin quererte no;  
Porque aquello es fortuna, y esto amor,  
Y no está mi fortuna en mi eleccion.

Salen SERON y FLORA.

SERON.

Mi señor.

FLORA.

Rosaura.

SERON.

El Duque.

FLORA.

Tu padre y el de Puzol.

SERON.

Acabad, cuerpo de Cristo.

FLORA.

Presto; que llegan los dos.

ISABEL.

Pues adios; hasta despues.

CÁRLOS.

Mil años te guarde Dios.

ISABEL.

Carlos, siempre he de ser tuya.

CÁRLOS.

Yo lo he de ser y lo soy.

ISABEL.

Amor, volved á animaros.

CÁRLOS.

Volved á vivir, amor.

(Apártanse los dos.)

Salen EL CONDE DE PUZOL, ROSAU-  
RA, EL DUQUE DE MILAN y LAURA.

CONDE.

Esto vuelvo á suplicar

A vuecelencia.

ROSAURA.

Yo haré

Cuanto pueda, ya qué sé,  
Por mi mal, lo que es amar.  
(Ap. Pues despues que á Carlos quiero,  
Aunque lo callo y reprimo,  
De cualquiera me lastimo  
Que muere del mal que muero.)

DUQUE.

Buena Isabel ha venido.

ROSAURA.

Si algo vale mi favor,  
El Conde la tiene amor;  
Y así, á vuestra alteza pido  
Premie su amor y asistencia,  
Y á sus méritos tambien.

DUQUE.  
¡Ay loco amor! Está bien;  
Mas déjelo vuela el cielo  
Para mejor ocasión,  
Y entonces podrá mandarme.  
(Ap. Mucho ha sido reportarme.)

ROSAURA.  
Yo cumplí mi obligación.

CÁRLOS. (Ap.)  
Y yo, pues morir me veo,  
Si dentro de mí estuviera  
El Duque, no respondiera  
Mas conforme á mi deseo.

ISABEL. (Ap.)  
Parece, según responde  
El Duque, que ha consultado  
Mi deseo y mi cuidado.

CONDE.  
Señor...

DUQUE.  
Es cansaros, Conde.

CONDE.  
¿Por qué, si el dármele á mí  
Hoy en vuestra mano está?

DUQUE.  
Porque nadie, Conde, da  
Lo que quiere para sí.

CONDE.  
Ya le entendí á vuestra alteza.  
(Ap. ¡Ay de mí!)

DUQUE.  
Pues sed discreto,  
Y guardad, Conde, secreto,  
O guardad vuestra cabeza.

CONDE. (Ap.)  
Aquí dió fin mi afición.

DUQUE.  
(Ap. Mas vale hablar que morir;  
Y pues que no puedo huir  
De que sepan mi pasión,  
De Carlos me he de valer  
Para que á Isabel la cuente  
Lo que el alma sufre y siente.)  
Vén, Carlos, que es menester  
Mas que nunca tu cuidado;  
Salud los cielos os den.

ROSAURA.  
Y á vuestra alteza también.

DUQUE.  
Esto es lo mas acertado.

CONDE.  
Eslávo soy de tus piés.

DUQUE.  
Di, amigo, y el mas amigo,  
Pues quiero... Mas vén conmigo,  
Y diréte despues.  
(Vanse el Duque, el Conde y Carlos.)

ROSAURA.  
Basta, Isabel, que su alteza,  
Como dueño soberano,  
Quiere darte de su mano  
Esposo, que tu belleza  
Merezca y tu entendimiento.

ISABEL.  
Siempre el Duque, mi señor,  
Hizo á mi casa favor;  
Si bien, aunque calló, siento  
Que quiera darme marido,  
Porque á su gusto me ajustó  
Sin mi elección y mi gusto.

ROSAURA.  
Presumo que te he entendido.  
¿Querías al Conde? Di  
La verdad, que te hablo yo.

ISABEL.

Al Conde, Señora, no.

ROSAURA.

¿Y á otro sin el Conde?

ISABEL.

Si.

ROSAURA.  
Muy aprisa has respondido.

ISABEL.  
Es que la pasión estaba,  
Mientras no se declaraba,  
A la puerta del sentido,  
Como quien quiere salir  
Y con la puerta no acierta;  
Pero viendo que la puerta  
La manda el amor abrir,  
Apenas vió claridad,  
Cuando, sin mirar su mengua,  
Salió del pecho á la lengua,  
Y te dijo la verdad.

ROSAURA.  
¿Y él, dime, sabe tu amor?

ISABEL.  
Claro está, pues puedo hablarle.

ROSAURA.  
Dichosa tú, que fíarle  
Puedes tu pena y dolor.  
(Ap. Y triste de quien suspira  
Tan sin premio en lo que emprende,  
Que llama á quien no la entiende  
Y busca á quien no la mira,  
Porque sin remedio muera.)

ISABEL.  
Si alguna melancolía,  
Como nube en claro día  
Y como mancha en vidriera,  
Eclipsa tu luz, advierte  
Que es ofender mi amistad  
El encubrir la verdad.

ROSAURA.  
¿Ay Isabel! que es de muerte  
La causa que así me olvida  
De mi ser y de mi honor.

ISABEL.  
Mayor será mi valor  
Para ofrecerte la vida  
Contra el fracaso ó el daño  
Que te esperá suceder.

ROSAURA.  
(Ap. Ahora bien; yo soy mujer,  
Y como tal, es engaño  
Pensar que puedo callar  
Estando de esta manera.)  
Flora, Laura, idos afuera.  
(Vanse Flora y Laura.)

ISABEL.  
Ya se han ido; desahogar  
Puedes el pecho conmigo,  
Y de mi lealtad creer  
Que haré cuanto pueda hacer.

ROSAURA. (Ap.)  
Pues ¿qué dudo, que no digo,  
Si he de aliviar mi tormento,  
Lo que sufro y lo que lloro,  
Lo que temo y lo que adoro,  
Lo que calló y lo que siento?  
Por ver si con ese ingrato  
Hay modos, sin declararme,  
Que le obliguen á mirarme.

ISABEL.  
No te aflijas.

ROSAURA.  
Pues un rato  
Me escucha con atención,  
Puesto que flaqueza fué,  
Y mi pena te diré  
Con una comparación.

¿Viste un águila valiente,  
Que encienta de pluma  
Y rizada como espuma  
Desde la cola á la frente,  
El cuello largo, el pié chico,  
Mas por ira que por gala,  
Derecho el corte del ala,  
Y con el ramo del pico  
Mira al sol desde su asiento  
Con atención tan devota,  
Que parece que le agota  
Cuando le bebe el aliento;  
Y en medio de esta deidad,  
De esta pompa, de este honor,  
De esta luz y de este ardor,  
Y en fin, de esta majestad,  
Con que el nido de ladrillo  
Hace que á planeta anhele?  
¿No has visto también que suele  
Ver pasar un pajarillo,  
Y que sin dársele nada  
Del planeta que la asiste,  
Con el pajarillo embiste,  
Y en acosarle empenada  
(Aunque es de las aves reina,  
Y su altivez la reporta),  
Con el pico el aire corta  
Y con el ala le peina,  
Hasta que al centro abatida  
Por una presa tan vil,  
La cuchilla de marfil  
Esgrime contra su vida;  
Y abriendo la boca oscura,  
Se le come sin mascar,  
Tan aprisa, que, á encontrar  
En el estómago anchura,  
Volar pudiera y vivir,  
Pues tan vivo le tragó,  
Que allá en el buche acabó  
El pájaro de morir?  
Pues así yo, que nací  
Tan alentada, que puedo  
Ponerme á mi misma miedo,  
Si me imagino sin mí,  
Cuando altiva y arrogante  
Desde mi solio divino  
Miraba al duque de Ursino,  
Que es el que ha de ser mi amante,  
Un hombre vi tan perfecto  
(¡Ah, nunca le viera yo!),  
Que el alma me arrebató  
Tan á pesar del respeto,  
Que dejé contra mi estado,  
Y sin poder resistillo,  
El sol por el pajarillo,  
Como el águila en el prado;  
Mas con una diferencia,  
Que el águila le venció,  
Mas yo no; pues antes yo  
Quedé muerta en su presencia.  
El águila fué mi amor,  
El Duque el sol que dejé,  
Y el pájaro Carlos fué,  
A quien rendí mi valor;  
Mira si es causa (¡ay de mí!)  
Para que muera, hasta tanto  
Que diga mi pena el llanto,  
O tú la digas por mí.

ISABEL.  
Vuelve á decirme quién era  
(Ap. ¡Ay amor! ay pena triste!)  
El pajarillo que viste  
Cuando volaste ligera.

ROSAURA.  
Carlos Esforcia.

ISABEL. (Ap.)  
Esto es hecho.

ROSAURA.  
¿No fué discreta elección?

ISABEL.  
(Ap. Por enemigo el corazon  
Se me ha quebrado en el pecho.)  
Sí, pero muy desigual  
Y muy ajena de ti.

ROSAURA.  
Por eso digo que fui  
Como el águila real.

ISABEL.  
En ella su arrojamiento  
Fué ignorancia, y no desden.

ROSAURA.  
En llegando á querer bien,  
Nadie tiene entendimiento.

ISABEL.  
Siempre le tiene el valor  
Cuando se atiende y se escucha.

ROSAURA.  
Tambien si la gala es mucha,  
Tiene disculpa un error.

ISABEL.  
Para galan, hasta gala,  
Pero no para marido.

ROSAURA.  
Cárlos es tan bien nacido,  
Que en sangre á mi sangre iguala.

ISABEL.  
Sí, mas si el Duque te quiere,  
Poco su sangre importó.

ROSAURA.  
Cásemse á mi gusto yo,  
Y venga lo que viniere.

ISABEL.  
¿Cómo, estando de por medio  
Quien lo puede resistir?

ROSAURA.  
Yo no te vengo á pedir  
Parecer, sino remedio;  
Y así, supuesto, Isabel,  
Que no es capaz de razon  
Esta mi loca pasion,  
Esta mi pena cruel,  
Este mi ardiente deseo,  
Este mi amante delito,  
Este mi ciego apetito  
Y este mi bárbaro empleo;  
No me repliques á nada,  
Porque para no lo hacer,  
Tengo amor y soy mujer,  
Y vengo determinada;  
Que es decirte por buen modo  
Que, en lugar de aconsejarme,  
Trates solo de ayudarme,  
Aunque se aventure todo.

ISABEL.  
(Ap. ¡Hay fortuna mas cruel!)  
Si eso en mi mano estuviera...

ROSAURA.  
Si estará.

ISABEL.  
¿De qué manera,  
Estando en su gusto de él?

ROSAURA.  
Mira, yo le tengo amor,  
Pero dársele á entender  
Yo misma, fuera perder  
El respeto á mi valor;  
Y así...

ISABEL.  
Tente, que ya sé  
Que quieres (Ap. ¡Suerte enemiga!)  
Que á Cárlos bable y le diga  
Tu amor, tu pena y tu fe,  
Y desde aqui te prometo  
Con mucho gusto servir.  
(Ap. Porque deseo morir;

Y para que tenga efecto,  
Y muera sin hacer cama,  
Es atajo que yo llegue,  
Y al mismo que adoro ruegue  
Que quiera bien á otra dama;  
Porque es una peticion,  
Que quien pedirla concierta  
Y al punto no se cae muerta,  
No cumple su obligacion.)

ROSAURA.  
Ya, segun eres discreta,  
Mi ventura considero.

ISABEL. (Ap.)  
Si he de morirme primero,  
¿Qué importa que lo prometa?  
Pero, cielos, si el sentido  
Acaso no me ha faltado,  
¿Cómo... (¡ay de mí!)

ROSAURA.  
¿Qué te ha dado,  
Que así el color has perdido?

ISABEL.  
Nada, sino el ver que así  
Tu opinion se amancilló.

ROSAURA.  
Pues que no me aflijo yo,  
No te dé cuidado á ti.

ISABEL.  
(Ap. ¿Yo por otra (¡ay hado injusto!)  
A Cárlos he de rogar?)  
No es posible...

ROSAURA.  
¿Qué?

ISABEL.  
Dejar  
De hacer, Señora, tu gusto.

ROSAURA. (Ap.)  
¿Qué ventura!

ISABEL. (Ap.)  
¿Qué impiedad!

ROSAURA. (Ap.)  
¿Qué dicha!

ISABEL. (Ap.)  
¿Qué desaliento!

ROSAURA. (Ap.)  
¿Qué esperanza!

ISABEL. (Ap.)  
¿Qué tormento!

ROSAURA. (Ap.)  
¿Qué fineza!

ISABEL. (Ap.)  
¿Qué crueldad!

ROSAURA. (Ap.)  
Hoy á vivir empecé.

ISABEL. (Ap.)  
Hoy mi esperanza perdí.

ROSAURA. (Ap.)  
Hoy el silencio rompí.

ISABEL. (Ap.)  
Hoy la vida me quité.

ROSAURA.  
Vamos, porque mi dolor  
Sosiegue con tu cordura.

ISABEL. (Ap.)  
Pues nacimos sin ventura,  
Vamos á morir, amor.  
(Vanse.)

Salen CÁRLOS y SERON.

CÁRLOS.  
Si no ballares á Isabel,  
Búscame á Flora siquiera,

Para que de mi desdicha  
Lleve á su dueño las nuevas.

SERON.  
Ni la una ni la otra  
Es posible que parezcan;  
Porque no he dejado en casa  
Desvan, tejado, azotea,  
Sala, cuarto, corredor,  
Recibimiento, escalera,  
Camarin, retrete, estrado,  
Reja, aposento, gatera,  
Patio, jardín, galería,  
Sótano, alcoba, despensa,  
Portal, cochera, guardilla,  
Tránsito, esconce, tronera,  
Estera, suelo, riocon,  
Caballeriza y bodega.  
Que no haya visto, y por Dios,  
Que no puedo dar con ellas.  
Solo me dijo endenantes,  
Encontrándome una dueña...  
Por señas, que era tan larga,  
Tan difusa y tan extensa  
De la cabeza á los piés,  
Que si álguien se resolviera  
A caminarla, sería  
Necesario que saliera  
De los piés muy de mañana,  
Como quien anda diez leguas,  
Para llegar á la noche  
A cenar á la cabeza.

CÁRLOS.  
¿Qué te dijo? Dilo aprisa;  
Que no es ocasion aquesta  
Para donaires, Seron.

SERON.  
Que estaban con su excelencia,  
Y que ya se despedía.

CÁRLOS.  
¿Oh qué mal rato la espera,  
Y qué de penas le aguardan,  
Si la tengo de dar cuenta  
De los intentos del Duque!

SERON.  
En fin, ¿la quiere su alteza?

CÁRLOS.  
No solamente la quiere,  
Sino quiere que yo sea  
Quien sus intentos la diga  
Y sus penas la encarezca.

SERON.  
Y tú, ¿qué dijiste á eso?

CÁRLOS.  
Conociendo la extrañeza  
De su natural esquivo  
Y su condicion severa,  
¿Qué le habia de decir?

SERON.  
Tu amor decirle pudieras,  
Confiado en su amistad.

CÁRLOS.  
Fuera confianza necia;  
Que un señor diera una espada,  
Un caballo, una cadena,  
Una joya, una pintura,  
Y otras semejantes prendas;  
Mas la dama no es posible,  
Y mas queriendo de veras;  
Que si Alejandro la dió,  
Fué despues de gozar de ella;  
Y así, no fue bizarría  
Sino solo en la apariencia;  
Que el dar ajada una flor  
Y pisada una azucena,  
Mas viene ser para un hombre  
Comodidad que fineza.  
El Duque me quiere bien,  
Porque ve que en paz y en guerra

Le he servido, hasta ponerle,  
Con la sangre de mis venas,  
El cetro de oro en las manos  
Y el laurel en la cabeza.  
Pero temiendo su enojo  
(Ya conoces mi modestia),  
Soy corto, no me atrevi.

SERON.

Buen remedio, no lo seas;  
Que aun Dios quiere que le pidan,  
Con ser Dios, á boca llena.  
No peques, Señor, de corto;  
Habla claro, y escarmenta  
En los dedos de las manos,  
Pues todos al plato llegan,  
Y con cuanto el hombre come  
Se untan y se refriegan,  
Y solo el dedo meñique,  
Ni come jamás ni cena,  
Por estar siempre encogido  
Y subido en talanquera;  
Que hasta un dedo ha menester  
Perder tal vez la vergüenza  
Para alcanzar, como todos,  
Un bocado de la mesa.

CÁRLOS.

Basta; que siempre has de estar  
De buen gusto, aunque me veas  
Cercado de mil desdichas.

SERON.

Mira; desdichas ajenas  
Nunca me dan pesadumbre;  
Pero repara que es ella,  
Si no yerro.

CÁRLOS.

No te engañas;  
Ella es, y ya me pesa  
De verla; que aunque la busco,  
Como es para entretenerla,  
Tengo á desdicha el hallarla;  
Que es mi congoja tan nueva,  
Que estando en verla mi vida,  
Viene á pesarme de verla.

Sale ISABEL.

ISABEL. (Ap.)

¡Oh qué bien que se conoce  
De Carlos la adversa estrella,  
Pues tan luego le he encontrado!  
Que, á un triste luego le encuentra  
Quien va á decirle un pesar  
Ó á darle una mala nueva.

Asómase EL DUQUE al paño.

SERON.

El Duque.

DUQUE.

¿Carlos?

CÁRLOS.

¿Señor?

DUQUE.

Quien bien ama mal sosiega;  
Ahora vi que salía  
Isabel por esa puerta.  
Llega, y haz lo que te he dicho.

CÁRLOS.

La respuesta es mi obediencia.

DUQUE.

Pues en esta galería  
Te aguardo con la respuesta.  
Dios te guarde. (Vase.)

CÁRLOS.

Soy tu esclavo.

(Ap. ¡Habrá desdicha como esta!)

Asómase ROSAURA al paño.

ROSAURA.

¿Isabel?

ISABEL.

Señera mía.

¿Qué me manda vuecelencia?

ROSAURA.

Decirte cómo sin duda  
El cielo mi dicha ordena,  
Porque Carlos está solo.  
Ya me has entendido, llega,  
Llega y háblate; advirtiéndome  
Que estriba en tu diligencia  
Que tenga vida Rosaura.

ISABEL.

Por muchos años la tenga  
(Aunque muera yo); y así,  
Retírese á esotra pieza  
Vuecelencia, y hablaréle.

ROSAURA.

Mira, ha de ser de manera  
Que se logre mi deseo.

ISABEL.

Cuanto yo alcance y entienda  
Le diré.

ROSAURA.

Pues eso basta,

Si lo escucha; adios te queda. (Vase.)

CÁRLOS. (Ap.)

¡Que haya de llevar un hombre,  
Que de ser quien es se precia,  
Recados de otro galán  
A la dama que festeja!

SERON.

Consuélnense los maridos  
Que á sus mujeres los llevan.

ISABEL. (Ap.)

Que una mujer de discurso  
Y que profesa nobleza  
(¡No sé cómo me lo diga!),  
Al galán que la desea...  
Pero no quiero decirlo,  
Que si en fin, aunque no quiera,  
He de decirlo despues  
Cuando la ocasion se ofrezca,  
Basta que despues lo diga,  
Sin que ahora lo refiera,  
Porque no es para dos veces  
El repetir una afrenta.

CÁRLOS. (Ap.)

Pero si ha de ser, ¿qué dudo?

ISABEL.

(Ap. Pero ¿qué dudo si es fuerza?)

¿Carlos?

CÁRLOS.

¿Isabel?

ISABEL.

¿Qué tienes,

Que los ojos de la tierra  
Apenas apartas? Dilo,  
Dilo, Carlos, y no temas  
Que haya cosa que me aflija;  
Porque estan grande la pena  
Que tengo dentro del alma,  
Que aunque otras ahora veagan,  
Para haberlas de sentir,  
Segun aquesta me aprieta,  
O es fuerza que esperen mucho,  
Como los que tarde llegan,  
O que vivan de alimentos  
Del sentimiento de aquesta.

CÁRLOS.

Pues digo que te he perdido;  
Mira si hay pena que pueda  
Igualar á esta desdicha.

ISABEL.

La mía, porque es la mesma,  
Y tiene causa mayor.

CÁRLOS.

¿Mayor causa? ¡Ay Isabela!  
¡Oh qué engañada que vives,  
Puesto que culpa no tengas!  
Y si no, cuéntame tú  
La causa de tu tristeza,  
Y yo te diré la mía,  
Y verás la diferencia.

ISABEL.

Pues dígame que Rosaura  
Quiere que su esposo seas,  
Y que yo, que te idolatro,  
Sea de los dos tercera;  
Ya lo dije, Dios te guarde.

CÁRLOS.

Ya lo escuché; mas espera,  
Y verás (¡ay dueño mio!)  
Lo que vale, lo que pesa  
Mas mi pena que la tuya.

ISABEL.

Pues ¿qué mayor puede haberla,  
Si ella te quiere?

CÁRLOS.

¿Qué importa,

Si su hermano la concierta  
Con el de Ursino casar,  
Para que cese la guerra?  
Y cuando aqueste embarazo  
De por medio no estuviera,  
Sus diligencias, en fin,  
Fueran solo diligencias;  
Mas no hay violencias injustas;  
Que una mujer de sus prendas  
No puede hacer mas que amar;  
Pero si yo te dijera  
Que Federico, que el duque  
De Milan, cuya grandeza  
Compite con el poder,  
El poder con la soberbia,  
La soberbia con el gusto  
Y el gusto con la entereza,  
Te adora, Isabel, y dice  
Que, aunque el mundo se revuelva,  
Te ha de gozar, ¿qué dirías  
De una desdicha tan cierta?

ISABEL.

Que es mayor esta desdicha  
(Ya mi valor no aprovecha),  
Y que junta con esotra,  
De suerte la vida anega,  
De manera arrastra el alma  
Y de modo me atraviesa  
El pecho de parte á parte  
(Porque estás en él me pesa),  
Que cuando... Pero no puedo  
Hablar ni mover la lengua;  
Que la pena en la garganta,  
Como si de esparto fuera,  
Me está sirviendo de sogá;  
Y así, en tanto que me suelta,  
Perdona, que estoy mortal;  
En mis lágrimas deshecha,  
De esta manera diré (Saca un pañuelo.)  
Lo que de otra no pudiera.

CÁRLOS.

Hermosa Isabel, ya veo  
Que es bastante la materia  
Que he dado á tu corazón  
Para cualquiera tragedia.  
Pero, supuesto que el daño  
Ni se alivia ni remedia  
Con el dolor solamente,  
Deja el sentimiento y deja  
De martirizarte el alma.

ISABEL.

Si verme viva deseas,

Déjame, Cárlos, que lllore,  
Déjame, Cárlos, que sienta.

CÁRLOS.

¿Cómo, si así te consumes?

ISABEL.

Si un hombre, Cárlos, enferma  
Por abundancia de humor,  
¿No es cierto que apenas llega  
El médico que le cura,  
Cuando á toda prisa ordena  
Que de ambos brazos le sangren,  
Que es la primer diligencia  
Para que el daño de adentro  
Le estorbe, saliendo fuera?  
Pues así, viendo mi amor,  
Que el alma toda está llena  
De pesares y disgustos,  
De imposibles y de ofensas,  
De congojas y de agravios,  
De celos y de tristezas,  
Manda romper de los ojos  
Las dos cristalinas venas,  
Para que alivien del pecho  
Las ansias que le atormentan;  
Que las lágrimas de un triste  
Son, si se repara en ellas,  
Sangrías que hace el amor  
Cuando toda el alma enferma.

CÁRLOS.

Pues ¿cómo, dime, hasta hoy,  
Con ser tanta tu dolencia,  
No te has dejado sangrar,  
Y ahora la fortaleza  
Rindes de tu heroico brio  
Con tan declaradas muestras?

ISABEL.

Escúchame la razón.  
De un hombre, Cárlos, se cuenta  
Que, habiendo nacido mudo,  
Sin que en veinte años pudiera  
Formar el menor acento,  
Ni pasaba de una letra;  
Viendo matar una noche  
A su padre en su presencia,  
De repente habló; que fué  
Tanta del dolor la fuerza,  
Que, apoderado del alma,  
Venció la naturaleza,  
Y vino á hacer el dolor  
Lo que no pudo hacer ella.  
Así yo, que hasta este punto,  
Gallarda, advertida y cuerda,  
He sido muda, callando  
Tantos suspiros y quejas,  
Viendo que matan mi amor  
Y que cae difunto en tierra,  
A voces lloro su muerte  
Y atropello mi prudencia;  
Que cuando el dolor es tanto,  
La misma naturaleza,  
Para dejarse vencer,  
Parece que da licencia.

CÁRLOS.

¿Muerto tu amor?

ISABEL.

Claro está,  
Pues con trazas y cautelas  
Rosaura, el Duque, mi padre,  
Tu temor y mi impaciencia  
Le están haciendo pedazos  
Y quebrantando en dos piedras;  
Y así, resuélvete, Cárlos,  
Antes que yo me resuelva,  
O á no verme, ó á llevarme  
Donde libre el alma pueda  
Decir que te quiero á voces.

CÁRLOS.

Luego ¿irás donde yo quiera?

ISABEL.

¿Eso me preguntas, Cárlos,

Conociendo mi firmeza?  
Al cabo del mundo iré.

CÁRLOS.

Pues, Isabel, ya que llega  
La desdicha á ser tan grande,  
Que el Duque gozarte intenta,  
Y á mi su hermana me quiere,  
Antes que en entrambos crezca  
La llama que los anima  
Y el fuego que los alienta,  
El mejor camino es irnos  
A Francia ó á Inglaterra,  
O á una villa de las mías,  
Y entre tanto con inciertas  
Esperanzas divertirlos;  
Que aunque mal hecho parezca  
En mi lealtad, con amor  
No hay cosa, Isabel, mal hecha.

ISABEL.

Eso sí, Cárlos, el brio  
De tu noble sangre muestra.

CÁRLOS.

Sin tí no quiero fortuna.

ISABEL.

Sin tí no quiero grandeza.

CÁRLOS.

Contigo nada me aflige.

ISABEL.

Contigo todo me alegra.

CÁRLOS.

Mi gusto es mi señorío.

ISABEL.

Y mi voluntad mi alteza.

CÁRLOS.

Pues adios, hasta despues.

ISABEL.

Vivas edades eternas.

CÁRLOS.

Como sea siendo tuyo.

ISABEL.

Y aunque de Rosaura seas.

CÁRLOS.

Máteme Dios, si tal fuere.

ISABEL.

Dios te guarde.

CÁRLOS.

Adios te queda.

SERON.

Gracias á Dios, que acabaron  
De quebrarnos la cabeza.

(Vanse.)

## JORNADA SEGUNDA.

Salen SERON y FLORA.

FLORA.

Si va á decir la verdad,  
Yo, Seron, vengo temblando.

SERON.

Yo y todo, aunque disimulo.

FLORA.

Si nos sienten en palacio,  
Aqui llegó nuestra hora.

SERON.

Ya eso es hacer mucho agravio,  
Flora, á quien está contigo;  
Ten buen ánimo, que cuando  
Suceda todo tan mal  
Como lo has imaginado,  
Por eso á tu lado viene

Un hombre, que es tan bizarro,  
Tan colérico, tan loco,  
Tan amante y alentado,  
Que no hablará una palabra  
Aunque le maten á palos  
Y á tí te muelan á azotes;  
Y así, no hay que dar cuidado,  
Sino mostrar lindo brio.

FLORA.

Por cierto, gentil amparo.

SERON.

Esto ha sido hablar de chanza;  
Que si á las veras llegamos,  
Lo haré mejor que lo digo;  
Pero, dejando esto á un lado,  
Notable resolución  
Han tomado nuestros amos.

FLORA.

Segun las cosas están,  
El medio mas acertado  
Es huir el cuerpo á todo.

SERON.

De manera que casados  
Amanecerán mañana  
En el lugar mas cercano,  
Saliedo de aquí esta noche.

FLORA.

Y si tú quisieras...

SERON.

Paso,  
Basta, basta, quedo, tente,  
Abrenuncio, guarda, Pablo;  
Que no me quiero nupciar.

FLORA.

Eres necio, sobre falso.

SERON.

Ya sé que dice el refran:  
«Si quieres un lindo rato,  
Bebe frio; si una hora,  
Come en tu casa temprano;  
Si un buen día, hazte la barba;  
Si una semana, vé al baño;  
Si un buen mes, mata un fechon;  
Y si quieres un buen año,  
Cásate con mujer limpia.»  
Ya lo sé; mas no me hallo  
Con ánimo de sufrir  
Despues de esto mil enfados;  
El ordinario de ver  
Cada mes el ordinario,  
Con cartas para la Holanda  
Y billetes para el rastro.  
Si no pare la mujer,  
Dicen que ella es mari-macho,  
O el marido es para poco  
Si le sucede al contrario.

¿Quién hay que sufra en el mundo,  
Si no es jurando de santo,  
De una preñada el antojo  
O de una parida el asco?  
Luego el haber de tragar,  
Aunque no quiera, un muchacho,  
Que es suyo porque lo dicen,  
No porque esté averiguado;  
Si llora, es hijo de padre  
En lo sonoro del canto,  
Aunque el niño lllore en tiple  
Y su padre en contrabajo.  
Luego las impertinencias  
De una ama, y andar comprando  
Los dijes para Juanico,  
Las mantillas y zapatos.  
Luego el recordar de noche,  
Diciendo muy asustado:  
«Llama al ama, mece al niño,  
Que se está haciendo pedazos.»  
Luego ver entrar la moza  
Con su esportillo en el brazo,  
Pidiendo para carbon,

Y esto sin tener un cuarto,  
Que es cosa para morir  
Solo en pensarlo un cristiano.  
Y no saber, finalmente,  
De cierto el mas confiado  
Si es sombrero el que se pone  
De lana sobre los cascos,  
O caperuza de hueso,  
Como el atril de san Marcos.  
Y así, huyendo de uno y otro,  
En lugar de estos trabajos,  
Rondo, paseo, enamoro,  
Galanteo, triunfo, gasto,  
Bebo, como, calzo, visto,  
Corro, brinco, salto y bailo,  
Sin andar pidiendo al cielo,  
Muy devoto y mojigato,  
La gracia del envidiar,  
Que es la gracia del casado.  
*Quam mihi et vobis nos dé*  
A cuantos juntos estamos;  
Que yo sé que habrá muy pocos  
Que le pidan lo contrario.

FLORA.

¿Y mi amor?

SERON.

¿Y mi cabeza?

Mas déjalo; que mi amo  
Sale ya con tu señora.

Salen CÁRLOS é ISABEL.

ISABEL.

Yendo, Señor, á tu lado,  
No hay cosa que me acobarde.

CÁRLOS.

¿Sacó Julio los caballos?

SERON.

Ya está aguardando con ellos  
A la puerta de palacio.

CÁRLOS.

Pues alto, vamos de aquí.

ISABEL.

Mi vida pongo en tus manos;  
Mas salga Flora primero.  
Para que pueda avisarnos  
De la novedad que hubiere.

SERON.

Lindo explorador llevamos.

CÁRLOS.

Bien has dicho.—Vé delante.

FLORA.

Pisad mas quedo y de espacio;  
Que ya voy á abrir la puerta.

(Llaman.)

Mas ¡ay Dios!

CÁRLOS.

Flora, ¿llamaron?

FLORA.

Si, Señor.

CÁRLOS.

Pues ¿á estas horas?

ISABEL.

No te dé, mi bien, cuidado;  
Que algun recado será  
De Rosaura; y así, en tanto  
Que me informo, escóndete.

(Llaman.)

SERON.

De importancia es el recado,  
Porque llaman muy aprisa.

ISABEL.

Ten paciencia por un rato.

CÁRLOS.

¡Ah Isabel, lo que me cuestras  
De azares y sobresaltos!—  
Entra, Seron.

SERON.

Solo ahora

(Escóndense.)

Quisiera serlo de esparto,  
Para esconderme en mi mismo.

ISABEL.

¿Entráronse?

FLORA.

Ya se entraron.

ISABEL.

Pues abre ahora esa puerta.

FLORA.

Pues que tú lo mandas, abro.—

¿Quién es?

Sale EL DUQUE DE MILAN.

DUQUE.

Yo soy.

FLORA.

¿Señor mio!

(Ap. Mal lance habemos echado.)

ISABEL.

¿Cómo?

FLORA.

Es el Duque.

ISABEL. (Ap.)

¡Ay de mí!

Muerta soy, si ha visto á Carlos.

FLORA.

No ha visto; que si eso fuera,  
No entrara tan reportado.

ISABEL.

¿Señor?

DUQUE.

¿Isabel?

ISABEL.

Pues ¿cómo...

(Ap. Difunta estoy!)

DUQUE.

Sosegáos.

CÁRLOS. (Ap.)

Vive el cielo, que es el Duque.

FLORA.

Habla quedo.

SERON.

Aquesto es malo.

ISABEL.

Si vuestra alteza imagina  
Que es el extrañarme tanto,  
Desprecio ó poca atención  
A su persona, es engaño;  
Honor es (Ap. ¡Ay Carlos mio!),  
Honor es, no desagrado;  
Porque quien viere á estas horas  
A vuestra alteza en mi cuarto  
Podrá decir...

DUQUE.

No podrá.

Escucha, Isabel, un rato.  
Yo te adoro, ya lo sabes,  
Porque te lo dijo Carlos,  
Y te lo han dicho mis ojos,  
Aunque lo has disimulado  
Por tu honor, como tú dices,  
O por tu desden bizarro;  
Pero, viendo que contigo  
Ruegos, finezas, regalos,  
Rendimientos, persuasiones,  
Quejas, lágrimas y llantos  
No bastan, ni yo conmigo  
Tampoco á olvidarte basto,  
Me he resuelto... Pero aquí  
Lo podrás ver mas de espacio;  
Toma este papel y advierte,

(Dale un papel.)

Porque lo estimes en algo,  
Que he sido yo quien le ha escrito,  
Y tu honor quien le ha notado.

ISABEL.

Yo lo veré.

DUQUE.

Pues adios.

(Vase.)

ISABEL.

Guárdete el cielo mil años.—  
Cierra la puerta en saliendo.

CÁRLOS.

¿Puedo salir?

FLORA.

Ya he cerrado.

ISABEL.

Si, Señor.

SERON.

Gracias á Dios.

(Salen.)

ISABEL.

Muerta estuve.

CÁRLOS.

Yo lo salgo.

Dame el papel.

ISABEL.

Vesle aquí,

Tómale y hazle pedazos.

CÁRLOS.

Eso no, porque en efecto,  
Aunque es su dueño tirano  
De tu gusto, es dueño mio,  
Y este papel es un rasgo  
Que substituye su nombre;  
Y en los leales vasallos  
Tiene tal fuerza la ley,  
Y obliga la sangre á tanto,  
Que basta sola la sombra  
Del príncipe soberano  
Para infundir reverencia  
En medio de los agravios.  
Y así, si como galán,  
Celoso y enamorado,  
Divido su blanca nema,  
Como vasallo, en los labios  
Pongo su firma, y le leo  
Con el sombrero en la mano;  
Dos renglones tiene solos.

ISABEL. (Ap.)

Ya los escucho temblando.

CÁRLOS.

(Lee.) «Mañana seré tu esposo.  
» Dios te guarde muchos años.—  
» El Duque.»

FLORA.

¡Grande palabra!

SERON.

Cogióla todos los pasos.

CÁRLOS.

Toma, Señora, el papel. (Dáselo.)

ISABEL.

Parece que te ha pesado.

CÁRLOS.

Quiérote bien, no te espantes.

ISABEL.

Antes por eso me espanto,  
Pues conociendo mi amor  
Y sabiendo...

CÁRLOS.

Isabel, paso;

Que ya son esos favores,  
Como dicen, excusados.

ISABEL.

¿Por qué razon, Carlos mio?

CÁRLOS.

(Ap. Llegó de mi vida el plazo.)

Escúchame la razon;

Solos, Isabel, estamos;  
 Légate mas (¡ay de mí!),  
 Légate mas, por si acaso  
 Es esta la vez postrera.  
 El Duque te quiere tanto,  
 Que su esposa quiere hacerte,  
 Y lo firma de su mano;  
 Cosa que nunca esperé  
 De su natural ingrato.  
 Yo te quiero bien, y tengo  
 Obligacion, como honrado,  
 A procurar tu fortuna,  
 Como en efecto lo hago.  
 (Ap. Si es con rigor de mi vida,  
 Tú verás el desengaño.)  
 Yo soy, aunque bien nacido  
 (Que esto no puedo negarlo),  
 Carlos Esforcia no mas;  
 El Duque... pero es en vano  
 Pintarte la diferencia  
 Que hay de mi estado á su estado,  
 Siendo yo nada con él.  
 Isabel, hablemos claro:  
 Quiere al Duque, yo lo digo;  
 Quiere al Duque, que es gallardo,  
 Y digna aquesta fineza  
 De tu amor y tu agasajo.  
 Esto ha de ser, no te alijas,  
 Yo me doy por bien pagado  
 Solo con saber que has hecho  
 Tu deber en este caso.  
 No hay cosa en tí como tú,  
 Y primero que mi daño,  
 Es tu provecho, Isabel,  
 Porque lo será de entrambos.  
 Mude tu amor á otra casa,  
 Que, por verle mejorado,  
 Todos lo tendrán á bien;  
 Mas vale el Duque que Carlos.  
 Ocupe el Duque tu pecho,  
 Y á mí, como mal criado,  
 Echame de él con violencia,  
 Con desprecio y con enfado;  
 Que para haber de salir  
 Todo será necesario.  
 Y en fin, cástate con él,  
 Aunque, si en ello reparo,  
 Ya has dicho que si, pues viendo  
 Que descubierto te hablo,  
 No me has mandado cubrir,  
 Como quien dice callando  
 Que ya es deuda este respeto;  
 Y así, obediente y postrado,

(Arrodillase.)

Mudando estilo y lenguaje  
 (No me detengas los brazos),  
 A vuestra alteza la pido  
 Que me dé á besar la mano,  
 No como á galán ni amante,  
 Sino como á su vasallo;  
 Y con ella (¡ay Dios!), licencia  
 Para que, desesperado,  
 Me vaya á buscar la muerte.

ISABEL.

Basta, Señor; basta, Carlos;  
 No me enternezcas el alma,  
 Basta lo que yo me paso.  
 Cúbrete y álzate; ay triste!  
 Y no me desprecies tanto,  
 Que juzgues que soy mujer,  
 En el modo y en el trato,  
 Como las demás mujeres;  
 Y para que asegurado  
 Quedes de aquesta verdad,  
 Mira ahora cómo rasgo  
 La letra y firma del Duque.

(Ráspale.)

CÁRLOS.

¿Qué has hecho?

ISABEL.

Hacerle pedazos,  
 Para que veas que estimo

Mas un rincón á tu lado  
 Que todo el poder del mundo;

(Llaman dentro.)

Mas segunda vez llamaron.

CÁRLOS.

Este es el Duque, que vuelve.

FLORA.

Señora...

ISABEL.

Ya lo he escuchado.

CÁRLOS.

Pues mira: si estás resuelta

A ser mía, no hay atajo

Como que el Duque me vea.

ISABEL.

¿Qué importa, si malogramos

El intento de salir

Esta noche de palacio?

CÁRLOS.

Pues ¿qué he de hacer?

ISABEL.

Esconderte.

CÁRLOS.

Es ofender mi bizarro

Corazon.

ISABEL.

Esposo mío,

Si aqueste favor no alcanzo

De tí, mira que me pierdes.

(Llaman.)

FLORA.

Aprisa; que están llamando.

SERON.

Señor, que te echas á puertas.

ISABEL.

¿Qué dices?

CÁRLOS.

Que ya lo hago,

Aunque me lo riña el brio

De mi espíritu alentado.

ISABEL.

No hayas miedo que responda

Cosa, Señor, en tu daño.—

Abre, Flora.

SERON.

Pues chiton,

Y estemos como unos santos.

(Escóndense.)

Sale EL DUQUE.

ISABEL.

¿Duque, mi señor?

DUQUE.

¿Esposa?

ISABEL. (Ap.)

Eso no, viviendo Carlos.

DUQUE.

El papel era tan breve,

Que por eso me he animado

A volver por la respuesta.

ISABEL.

Yo le he visto muy de espacio;

Y aunque conozco, Señor,

Lo mucho que en esto gano,

Os ruego que lo mireis

Menos desapasionado,

Porque despues con el tiempo...

DUQUE.

Ya lo tengo bien mirado.

ISABEL.

Pues dame, Señor, licencia,

Ya que honrarme queréis tanto,

Para dar cuenta á mi padre.

DUQUE.

Si, pero dame una mano  
 En tanto que se la das.

ISABEL. (Ap.)

¿Hay lance mas apretado?

DUQUE.

¿Qué dices?

ISABEL. (Ap.)

Sin alma estoy.

CÁRLOS. (Ap.)

¿Qué esto sufra un hombre honrado?

ISABEL.

Que hasta ahora no soy vuestra,

Y no es bien desazonaros

Con mi liviandad el gusto,

Que os espera mas barato;

Porque muchos hombres hay

Que despues de estar casados,

Les pesa de haber tenido

Favores adelantados;

Porque imaginan celosos,

Y presumen temerarios,

Que quien antes de casarse

Aventuró su recato,

Despues de casada, puede

Hacer tambien otro tanto.

DUQUE.

Sabiendo que es gusto mio,

Regatear una mano,

Mas que valor, es melindre,

Mas que decoro, es agravio;

Y así, la fuerza...

ISABEL.

Detente.

(Ap. Descolorido está Carlos.)

SERON.

¿Salir quieres? ¿Estás loco?

CÁRLOS.

Cuanto he podido he callado;

Pero ya no puedo mas.

ISABEL.

Señor...

DUQUE.

Defiéndeste en vano;

Que esto ha de ser, vive Dios,

Ya que en esto me he empeñado.

Salen CÁRLOS y SERON.

CÁRLOS.

Si no me matas primero,

Por imposible lo hallo.

ISABEL.

¿Qué has hecho?

CÁRLOS.

Lo que he debido.

DUQUE.

Pues ¿cómo es esto? Villano,

¿Qué haces aquí?

ISABEL.

Carlos, tente.—

Y tú, señor soberano,

Escucha en breves razones,

SERON.

Aquí nos cuelgan á entrambos.

CÁRLOS.

Cumpla yo mi obligacion,

Y hágame despues pedazos.

DUQUE.

Por saber mejor tu culpa,

Te doy de vida este rato.

ISABEL.

De Carlos ya conoces la ascendencia,

De mi sangre ya miras la arrogancia,

De ambas casas ya ves la competencia,

Y de tu ser al nuestro la distancia;

De todo tienes ciencia y experiencia,  
So'lo ignoras mi amor y su constancia,  
Solo tu pena sabes y mi olvido;  
Pues sabe ahora lo que no has sabido.  
Yace en el Apenino hermoso un prado,  
Tan vestido de murta y espadaña, [do  
Que mas de algun arroyo ha murmurado  
Que se quiere casar con la montaña;  
Pasa un rio por él, no sin cuidado, [na,  
Porque como es galan y está en campa-  
Parezca en él aquel cristal deshecho,  
Taball de plata que le cruza el pecho.  
Aqui llegué á cazar, y el primer tiro  
Apenas con la vista concertaba,  
¡Ay Dios! cuando á mi lado un oso miro,  
Que un olmo con los brazos desgajaba,  
Y que viendo mi pena en mi retiro,  
El olmo deja que trinchando estaba,  
Como quien dice, hambriento y deno-

«Mejor árbol es este que el pasado.»  
Llegó entonces acaso al mismo puesto  
Cárlas Esforcia, y viéndome difunta,  
La espada arroja y á morir dispuesto,  
Abre los brazos y con él se junta;  
Y sacando la daga tan de presto,  
Por entre el pecho le asomó la punta,  
Que la congoja de morir postrera  
Aun no le dió lugar que la sintiera. [to  
Viste un verde boton que medio abier-  
Se abriga con la noche en su vestido,  
Y el capillo de nâcar descubierto  
Queda entre macilento y encogido,  
Y que en saliendo el sol, ya menos muer-  
La copa de clavel tiende atrevido, [to,  
Y asomando las perlas al cogollo,  
Despierta rosa y se acostó pimpollo?  
Pues así mi hermosura, así mi vida,  
Puesto que altiva, valerosa y fuerte,  
Quedó, si no postrada, suspendida,  
Como que no era vida ni era muerte;  
Mas llegando la fama esclarecida  
De Cárlas, y trocándose la suerte,  
Como encontré en el alma sus amores,  
Volví á vivir con nuevos resplandores.  
Desde entonces Señor, desde aquel

[dia,  
Aquel ser que me dió volví á entregalle;  
Pero, si á su valor se lo debía,  
Mas fué restituirle que no dalle;  
Y así, viendo que el alma no era mía,  
De bien á bien se la ofrecí á su tallo,  
Porque poco importara el defendella,  
Si me pudiera ejecutar por ella, [mío!  
En este tiempo, ¡oh Duque, oh señor  
De tu amor me dijeron el estado,  
Y yo, por mas respeto que desvío,  
No di lugar alguno á tu cuidado;  
Porque si así galan en mi albedrío  
Era ley que tuviese mejor lado,  
No quise aventurarte á que estuvieses  
Donde menos que duque merecieses.  
Cuando llegaste tú, ya el alma estaba  
(Puesto que nuestra sangre lo impedia)  
Con Cárlas divertida, ya le amaba,  
Y como al mismo cielo le queria;  
Y así, si quieres que á diversa aljaba  
Rinda la libertad, que ya no es mía,  
Sácame, si, del alma esta centella,  
Y admitiré tu amor en lugar de ella;  
Y aun no sé si podré, pues de la suerte  
Que si una estampa en la pared fijada,  
Quitarla quieren con violencia fuerte,  
Rompida quedará, no despegada; [te  
Así aunque quieras con su mismamuer-  
Arrancar esta estampa idolatrada,  
Se han de quedar á fuerza de tus brazos  
Al corazon asidos mil pedazos.  
Y así, disculpa, anima, galardona,  
Sigue, maltrata, descompon, enciende,  
Acredita, concede, premia, abona,  
Hiere, castiga, atemoriza, ofende,

Suple, permite, véncete, perdona,  
Busca, anhela, consigue, mata, prende,  
Porque, que ya lloré ó ría, viva ó muera,  
Siempre hallarás mi amor de una ma-

CÁRLOS. (Ap.) [nera.

¡Valiente resolucion!

DUQUE. (Ap.)

Solamente mi cuidado  
Compite con su traicion.

SERON.

Si has de morir arrastrado,  
Ya traes contigo el seron.

FLORA.

No sé, Señora, si has hecho  
Bien en declarar tu pecho  
Con tan libre desengaño.

ISABEL.

Tal estoy, que ni en mi daño  
Reparo, ni en mi provecho.

DUQUE.

¿Quién duda que has de entender,  
Siendo la ocasion tan fuerte

En que á Cárlas llego á ver,  
Que entre mi enojo y su muerte

Diferencia no ha de haber?  
Pues no, no ha de ser así,

Porque si lo mato aqui  
En venganza de su olvido,

Logra el gusto que ha tenido  
De verse morir por ti.

Porque quien tan cauteloso,  
Como amante se escondió,

Y salió como tu esposo,  
Dicho se está que salió

De su muerte deseoso;  
Y quiero yo que se vea

Que le aborrezco en mi idea  
Con odio tan singular,

Que no le quiero matar,  
Porque sé que lo desea.

Pero, porque no es razon  
Que queden sin castigar

Tu desden y tu traicion,  
De los dos he de tomar

A un tiempo satisfaccion.  
De ti solo con quererte,

Con visitarte, con verte,  
A tu pesar; — y de ti

Con que vivas, porque así  
Tú propio te des la muerte;

Porque, siendo ella mujer,  
Y sabiendo que la veo,

Es fuerza que has de temer  
Que la obligue mi deseo

Ó la vengza mi poder.  
Y solo este pensamiento,

Aunque sea fingimiento,  
De una esperanza perdida,

Basta á quitarte la vida,  
Si tienes entendimiento.

Y así, véte libremente, —  
Y tú tambien te retira

Antes que otra cosa intente.  
CÁRLOS.

Considera...  
ISABEL.

Advierte...  
CÁRLOS.

Mira...  
DUQUE.

¿No te has ido?  
SERON.

¿Qué impaciente!  
ISABEL.

Ya te dejo.  
CÁRLOS.

Ya me voy.  
DUQUE. (Ap.)

De celos rabiando estoy.

ISABEL.  
Por la otra puerta saldré;  
Aguárdame allá.

CÁRLOS.  
Si haré.

ISABEL.  
Dios te guarde.

CÁRLOS.  
Tuyo soy.

(Vanse todos, menos el Duque y Seron.)

SERON.  
Eso sí, vamos de aqui.

DUQUE.  
¿Hola, Seron?

SERON. (Ap.)  
¡Ay de mí!

Mas conmigo no hablará;  
Que otros Serones habrá.

DUQUE.  
¿Hola?

SERON.  
¿Es á mí?

DUQUE.  
Seron, si.

SERON.  
Con esto ha echado ya el sello  
Mi desdicha.

DUQUE. (Ap.)  
De este modo

Será mas fácil sabello.  
SERON.

¿Mas que yo lo pago todo,  
Sin comello ni bebello?

DUQUE.  
¿Ha entrado, di, aqui otra vez

Cárlas? Mira que soy juez,  
Di la verdad; ó el acero

Ó el potro...  
SERON. (Ap.)

¡Jesus! yo muero  
Hoy como esclavo de Fex.

DUQUE.  
¿Qué dices?

SERON.  
Que es excusado

Aqui lo uno y lo otro;  
Porque, aunque soy muy honrado,

¿Para qué es menester potro,  
Sabido que soy criado?

Mas tu hermana...  
DUQUE.

Calla ahora.

Sale ROSAURA.

ROSAURA.  
¿Señor?

DUQUE.  
¿Hermana y señora?

ROSAURA.  
Laura ahora me contó

Que entrar en mi cuarto os vió,  
Y como extrañe la hora,

Vine á saber si á tu alteza  
En algo puedo servir.

DUQUE.  
Cuando es tanta mi tristeza,

Solo dejarme morir  
Será la mayor fineza.

Mas, porque, siendo mi hermana,  
Es forzoso desear

Saber mi pena inhumana,  
La diré, sin aguardar

A que la sepas mañana.  
Yo vi á Isabel y la amé,

Y de Carlos me fié,  
Porque mi amor la dijera,  
Y su amante Carlos era,  
Contra mi amor y mi fe.  
Halléle ahora escondido,  
Y ella muerta y él corrido,  
Me dijeron la verdad;  
Mira con qué brevedad  
Mi peña te he referido.

ROSAURA.

(Ap. Tal estoy, que apenas sé  
Si lo que he escuchado es cierto;  
Mas no, que pues lo escuché,  
Y la pena no me ha muerto,  
Engaño sin duda fué;  
Porque, á ser de otra manera,  
Desaire del alma fuera  
Si á imaginario llegara,  
Que á vivir se acomodara  
Y á creerlo se opusiera.)  
Siendo tal la enemistad  
De ambos linajes, confieso  
Que me hace dificultad.

DUQUE.

A mi también, y por eso  
Dudé de su voluntad.  
Mas sí, despues de engañarme,  
Él traidor y ella cruel,  
Para mas atormentarme,  
Lo confiesan ella y él,  
¿Qué duda puede quedarme?

ROSAURA.

¿De suerte que cierto fué?

DUQUE.

Como yo tu hermano soy.

ROSAURA. (Ap.)

Pues ¿cómo vivo y lo sé?  
Mas no vivo, muerta estoy,  
Aunque hablando ahora esté;  
Que, como el alma es su centro,  
Salió el dolor al encuentro,  
Hablando perdió el sentido;  
Que hay muertes que no hacen ruido,  
Porque matan hacia dentro.  
¡Perdida estoy!

DUQUE.

; Oh qué bien

Se ha conocido el amor  
Que me tienes, pues tan bien  
Sientes, como yo, el dolor  
De este mi perdido bien!

ROSAURA.

Es, hermano, de manera,  
Que, si yo tu amor tuviera,  
Y estuviera como estás,  
Ni pudiera sentir mas  
Ni ofenderme mas pudiera;  
Y así, lo que se ha de hacer  
Para estorbar tanto daño  
(Si el consejo de mujer  
Contra un cierto desengaño  
De provecho puede ser).  
Es, que yo de aquí adelante  
Sea guarda vigilante  
De Isabel (; ah ingrata fiera!),  
Porque no pueda, aunque quiera,  
Hablar con su loco amante.  
Y tú, con otra ocasión,  
Como dueño poderoso,  
Hagas poner en prision  
A Carlos, por alevoso  
Y de ingrato corazón;  
Que si ella por él te olvida,  
Ingrata, necia y cruel,  
Soberbia y desconocida,  
No se ha de casar con él  
O la he de quitar la vida.

DUQUE.

Parece que te has vestido

De mi afecto en mi fortuna,  
Segun lo que lo has sentido.

ROSAURA.

Cuando la sangre es tan una,  
Siempre la pena lo ha sido;  
Y es esto tanta verdad  
En mi amor y mi lealtad,  
Que pienso, viven los cielos,  
Que tengo los mismos celos  
Que tiene tu voluntad.  
Y así, vamos y confía  
De la diligencia mia  
Cualquiera feliz suceso,  
Como Carlos esté preso  
Antes que amanezca el dia.

DUQUE.

Si eso importa, antes de una hora  
Su prision has de saber,  
Como su intencion traidora.

ROSAURA.

Pues haz cuenta que á nacer  
Vuelve tu esperanza ahora.

DUQUE.

La vida te deberé.

ROSAURA. (Ap.)

Mi propio negocio haré.

DUQUE.

Yo vengaré mi desprecio.

ROSAURA. (Ap.)

Y yo de un amante necio  
El desden castigaré.

DUQUE.

Ya no vale la cordura.

ROSAURA.

Ya no aprovecha el valor.

DUQUE.

Ya el sufrimiento es locura.

ROSAURA.

Ya es descrédito el temor.

DUQUE.

Ya ofende la compostura.

ROSAURA.

El amor no sufre agravio.

DUQUE.

Con celos no hay hombre sábio.

ROSAURA.

Ni con ofensa hay amigo.

DUQUE.

Pues ¿cómo con su castigo  
El alma no desagravio? —  
Ven, infame, y me dirás (A Seron.)  
Lo demás.

SERON.

Terrible estás.

DUQUE.

No gozará Carlos de ella.

ROSAURA.

Mil pedazos he de hacella,  
O no le ha de ver jamás.

(Vanse.)

Salen ISABEL, CÁRLOS y FLORA, de camino.

CÁRLOS.

Ya no hay, mi bien, qué temer,  
Pues libres del Duque vamos,  
Y desposados estamos.

ISABEL.

Gran ventura fué poder  
Salir tan secretamente,  
Y ser tan corta esta aldea,  
Que apenas hay quien nos vea,  
Porque apenas tiene gente.

CÁRLOS.

Solo falta que Seron  
Acabe ya de venir  
Para podernos partir;  
Y así, con toda atencion  
Mira, Flora, si ha venido,  
Y vamos luego de aqui.

FLORA.

Para servirte nació. (Vase.)

CÁRLOS.

Y entre tanto divertido  
Con tu hermosura estaré,  
Pintando mi grande amor.

ISABEL.

¿Es muy grande?

CÁRLOS.

Es el mayor

Que puede ser.

ISABEL.

No lo sé.

CÁRLOS.

¿Por qué, si, como á porfia,  
Va creciendo á cada instante?

ISABEL.

Porque está mi amor delante.

CÁRLOS.

Pues oye, por vida mia,  
Y verás que por mi parte  
Mi amor se lleva la palma.

ISABEL.

Si me tienes toda el alma,  
Claro está que he de escucharte.

CÁRLOS.

Es tan grande, Isabel, el amor mio,  
Que contigo compite solamente,  
Y aun él, si se imagina diferente,  
Parece que es mayor que su albedrio;  
Pensar que ha de crecer, es desvario,  
Porque ha llegado á estar tan eminente,  
Que aun no le basta el pecho á lo que  
Y paga muchas penas de vacio. [siente,

En efecto, es el alma de mi vida,  
Porque mi vida de su amor se infiere,  
Cual vida de su aliento procedida;

Y así, supuesto que si olvida muere,  
Y que el alma de si nunca se olvida,  
Nunca podrá morir, pues siempre que-

ISABEL. [re.

Harto encaecido queda;  
Mas oye mi pensamiento;  
Podrá ser, si estás atento,  
Que satisfacerte pueda.

Si contigo mi amor no ha cometido,  
Será porque contigo es tan discreto  
Y se sabe guardar tanto respeto,  
Que aun no se quiere ver de si vencido.

No puede ser mayor de lo que ha sido;  
Pero puede en su ser, ser tan perfecto,  
Que crezca en el valor, no en el efecto;

Si no mas dilatado, mas sentido. [maua,  
Alma es mi amor, mas no de vida hu-  
Sino de otra inmortal; porque si escier-

La muerte de la vida mas lozana, [ta  
Cierra, muriendo, á nuestro amor la  
Y yo estoy con el mio tan ufana, [puerta;  
Que aun le quiero tener despues de

CÁRLOS. [muerta.

Yo me rindo desde aqui,  
Si no, Isabel, á tu amor,  
A tu ingenio superior.  
Pero ¿qué ruido hay allí?

Salen SERON y FLORA.

FLORA.

Ya, Señor, llegó...

SERON.  
Delente  
Pues, porque vengo mortal.

CÁRLOS.  
¿Qué hay de nuevo?

SERON.  
Mucho mal;  
Mas óyeme atentamente,  
Y sabrás lo que ha pasado  
Después que de allá saliste.

CÁRLOS.  
Dilo aprisa, no estés triste.

ISABEL.  
El corazón se me ha helado.

SERON.  
Apenas con el Duque me dejaste;  
Y por la puerta del jardín bajaste,  
Cuando Rosaura, del suceso ajena,  
Vino á saber la causa de su pena;  
A quien el Duque, casi descompuesto,  
Hizo de todo relacion tan presto,  
Que verla y repetir los accidentes  
Pudieron ser dos cosas diferentes;  
Pero no pudo ser que se supiera  
Cuál de las dos en él fué la primera.  
Quedó Rosaura... Pero no habrá pluma,  
Por mucho que presume  
De atenta y delicada.

Que pinte la pasión disimulada  
Con que calló y sufrió su afecto interno.  
¿No habeis visto un arroyo en el invierno,

[no,  
Que siendo por defuera armiño helado,  
Cristal macizo y algodon cuajado,  
Es por de dentro espejo derretido  
Y va corriendo con secreto ruido,  
Cual tiorba de plata fugitiva,  
Sirviéndole el aljófar que está arriba  
(Para que no le saquen por el rastro)  
De pabellón ó toldo de alabastro?  
Pues de este mismo modo, aunque el

[semblante  
Severo estaba, rígido y constante,  
Suspension afectando entre la risa,  
Por de dentro corria tan aprisa  
El dolor á escondidas de la cara,  
Que si con atenciones se repara,  
Por encima del velo de azucenas  
Se le pudieran escuchar las penas.  
Mas desmintiendo su dolor tirano,  
Con que era el sentimiento por su her-

[mano,  
Le aconsejó que al punto te prendiese,  
Que de Isabel, para que no te viese,  
Ella sería guarda cuidadosa;  
Invencion en efecto de celosa;  
Y así, sin remitirlo á la mañana  
(Que es impaciente lapasión humana),  
Os fueron á buscar, y yo con ellos,  
Deseos de asir por los cabellos  
La ocasion de tomar venganza fiera  
Del amor que en entrambos reverbera.  
Pero en llegando á ver que no os balla-

[ban,  
Y que, según las señas que se daban,  
Vuestra huida era cierta, fueron tales  
Sus impaciencias y ansias desiguales,  
Así en la desazon como el denuedo,  
Que aun ellos mismos se tuvieron mie-  
Mirad qué haría yo, que los oía. [do];  
Y que mi parte en la traicion tenia.  
Como toro vencido en la pelea  
Del que con mas ventura galantea  
La vaca hermosa á quien rindió la vida,  
Que con la mano hendida,  
Escribiendo sus celos en la arena  
(Socorrido papel para una pena),  
Se presenta en el prado,  
Corto de piés, de manos apartado,  
De las orejas erizado el vello,

Encarrujada la cerviz del cuello,  
Negra la tez, la frente alborotada,  
Y traviesa la cola dilatada,  
Que tal vez barre de las flores bellas  
El humor que sudaron las estrellas;  
Y mientras satisface sus enojos,  
Los párpados cerrando de los ojos  
Y embistiendo á los troncos impaciente,  
La media luna esgrime de la frente  
Hasta que rinde el cuello á tierra poca,  
Rumiando la venganza entre la boca;  
Así el Duque quedó (ya le conoces),  
Diciendo casi á voces: [bas,

«Cárlos traidor, que mi paciencia prue-  
Mátalo todo, pues el bien me llevas.»  
Rosaura entonces ya desatinando,  
Y al descuido arrojando  
Del alma mil piadosos pensamientos,  
Que salian á título de alientos  
Y de respiraciones mesuradas,  
Que pesadumbres eran confirmadas,  
Tales cosas le dijo, que, irritado,  
Juró desesperado,

No sin duros asombros, [bros,  
Que el cuello ha de quitarte de los hom-  
Sin mas informacion que su sospecha,  
Por la traicion en el palacio hecha,  
Despachando por partes diferentes  
Ministros para el caso confidentes,  
Y prometiendo á quien te diere preso,  
Favores y mercedes con exceso.  
Esto es, Señor, lo que en la corte pasa,  
Y lo que me dijeron en tu casa  
Que te dijese, habiéndome escapado  
Del Duque, que, en sus celos ocupado,  
Me dió lugar para poder venirme,  
Y de sus fuertes garras desasirme.

Ahora tú consulta con tu pecho,  
Supuesto lo que has hecho,  
Lo que has de hacer, y elija tu albedrío,  
Pues que conoces el afecto mio,  
Que en buen ó mal suceso,  
Rico, pobre, cautivo, libre ó preso,  
En aire, en mar ó en tierra,  
En campo, villa ó corte, en paz ó guerra,  
Has de ballarme á tu lado; [rado,  
Porque, aunque soy plebeyo, soy hon-  
Y en llegando á saber lo que hacer quie-  
[res,

Quiérote bien, y haré lo que quisieres.  
ISABEL.  
Tal he quedado, Cárlos de mi vida,  
Que el alma apenas de dolor vencida,  
Animo tiene (yo te lo confieso)  
Para buscar remedio en tal suceso.

CÁRLOS.  
Ya el remedio, Isabel, está buscado,  
Pues nací por mi mal tan desdichado.

ISABEL.  
¿Y cuál es?

CÁRLOS.  
El postrero;  
Esperaré que venga el mundo entero,  
Y con honrado brío,  
Como causado del aliento mio,  
Morir matando, pues mi esposa eres.

ISABEL.  
¿Ah Señor, y qué poco que me quieres,  
Pues así malbaratas una vida  
Que está en dos corazones dividida!

CÁRLOS. [derme?  
Pues ¿qué he de hacer, si llegan á pren-  
¿Quieres que muera, di, sin defender-  
ISABEL. [me?

No, Cárlos; pero puedes excusarte [te.  
De que á prenderte lleguen ó alcanzar-

CÁRLOS.  
¿De qué manera?

ISABEL.  
Escucha  
(Mi turbacion con mi peligro lucha):  
Yendo contigo yo, no puedes...

CÁRLOS.  
Tente;  
Que si vas á decirme que me ausente  
Y te deje, es afrenta  
Para mi amor heróico tan violenta,  
Que primero, atrevido, loco y ciego,  
Por las bocas de fuego,  
Por las picas, espadas y alabardas,  
De que amante me guardas, [cia,  
Me entraré, vive el cielo, en tu presen-  
Que permitir tan bárbara inclemencia  
A mi valiente pecho.

ISABEL.  
¿Y de qué fruto, di, de qué provecho  
Será que yo te vea entre mis brazos,  
Hecho, Señor, pedazos,  
Y que, si no el acero, el dolor mismo,  
Al mirar tu postrero parasismo,  
El corazón me pase [se?  
Porque una muerte nuestras almas ca-  
Que ver morir lo que se está adorando,  
Y no morir su aliento acompañando,  
Si no es descortesía de la vida,  
Es una flojedad introducida [mueren  
De las que no se acuerdan que ellas

[ren.  
Cuándo la muerte ven de lo que quie-  
CÁRLOS. [ga  
Pues ¿he de consentir que el mundo di-  
Que por libarme yo; (suerte enemiga!)  
En peligro te dé?

ISABEL.  
Pues ¿qué importa,  
Si la espada del Duque en mi no corta?  
A ti te busca el Duque con intento  
De quitarte la vida, tan sangriento.  
Que es lo mismo prenderte que matarte;  
Nasno, Cárlos, á mi; que en esta parte  
Yo no tengo peligro de importancia;  
Y así, véte tú á Francia,  
Desde donde podrás, con tus parientes,  
Amigos y señores confidentes,  
La gracia negociar del Duque ingrato,  
Que, de su misma cólera retrato,  
Tu destruccion desea;  
Que yo en aquesta aldea  
Me quedará hasta tanto  
Que mis ansias, mis penas y mi llanto  
Enternezcan del cielo los rigores,  
Y se logren tan candidos amores.

(Echase á sus piés.)  
[ojos.)  
Esto has de hacer (¡ay Cárlos de mis  
Si quieres estorbar tantos enojos,  
Por vida de mi vida, si merece  
Estimacion quien á tus piés la ofrece,  
Por ir siempre contigo.  
Cárlos, mi bien, esposo de mi vida,  
Hazme este bien, u de tus piés asida,  
No me he de levantar menos que muer-  
¿Qué dices Cárlos? [ta.

CÁRLOS.  
Que mi muerte es cierta.  
ISABEL.

Pues también lo será de quien te adora.  
¿No te vas?

CÁRLOS.  
Sí, Señora;  
Levántate, Isabel (¡oh triste empleo!).  
ISABEL.

Ahora sí que tus finezas creo. —  
Seron, trae el caballo, — y sube aprisa,  
(Vase Seron.)

Porque la brevedad es tan precisa  
Como el dolor. Adios.

CÁRLOS.  
Dame los brazos.  
ISABEL.  
El pecho se me está haciendo pedazos.  
CÁRLOS.  
¡Ay glorias aun no vistas y pasadas!  
ISABEL. [das!]  
¡Ay dulces prendas por mi mal halla-  
CÁRLOS.  
¡Oh, quién encareciera en tal partida!  
ISABEL.  
No me encarezas nada, por tu vida,  
Si no quieres... Mas mira que ha venido Seron.

Sale SERON.

SERON.  
Ya está el caballo prevenido.  
ISABEL.  
A Dios (¡ay Carlos mio!), que te guarde,  
Y mira... Pero véte, que es muy tarde.  
Y no revientos por hartarme (¡ay cielos!)  
De sentir y llorar mis desconsuelos.  
CÁRLOS.  
A Dios, Isabel mía,  
Que me vuelva á tu dulce compañía.  
ISABEL.  
Esto es morir, viviendo en la apariencia.  
CÁRLOS. [sencia.  
No hay mas muerte en la vida que la au-  
ISABEL.  
Sin mirarle me voy, por no volverme.  
CÁRLOS.  
Sin hablarla me voy, por no perderme.  
FLORA.  
Sin oírte me voy, por no escucharte.  
SERON.  
Sin mirarte me voy, por no mirarte.

### JORNADA TERCERA.

Salen TODAS LAS CRIADAS, y detrás ROSAURA con ISABEL, y retíranse LAS DEMÁS.

ROSAURA.  
En fin, ¿que ni sabes de él,  
Ni aquella noche le viste,  
Ni la puerta falsa abriste,  
Ni te saliste con él?  
ISABEL.  
No, Señora.  
ROSAURA.  
Pues, cruel,  
¿Cómo saliste y faltó?  
ISABEL.  
Como él entonces temió  
Lo que yo, visto el suceso;  
Mas no se colige de eso  
Que con él me fuese yo.  
ROSAURA.  
Ahora bien, ya tú estas presa,  
Y supuesto que lo estás,  
Y que, en fin, es por demás  
Salir bien de aquesta empresa.  
Lo que pasa me confiesa,  
Pues puede ser, aunque ahora  
El alma á Carlos adora,  
Que le olvide, conociendo  
Que á mi honor y al tuyo ofendo.  
ISABEL.  
Pues si eso ha de ser, Señora,

En breves razones digo  
Que Carlos me vió y le vi,  
Que yo sus pasos seguí,  
Que él se desposó conmigo,  
Que, temiendo su castigo,  
A mis ruegos se ausentó,  
Que mi padre le buscó,  
Que el Duque á prenderme fué,  
Que al principio lo excusé,  
Que en efecto me prendió,  
Que vine sin alma aquí,  
Que tengo ausente la vida,  
Que es el Duque mi homicida,  
Que lloro lo que perdí,  
Que siempre soy lo que fui  
Y lo que siempre he de ser;  
Esto es lo mas que saber  
De mi voluntad podrás.

ROSAURA.  
Y con eso sabré mas  
De lo que era menester.  
En fin, ¿es cierto (¡ah traidora!)  
Que al momento que faltó,  
Contigo se desposó?  
(Ap. ¡Mortal estoy!)

ISABEL.  
Sí, Señora.  
ROSAURA.  
¿Imaginarás tú ahora  
Que con eso que te oí  
He mejorado?

ISABEL.  
Es así.  
ROSAURA.  
¿Es así? Pues es error,  
Porque estoy mucho peor  
De lo que he estado hasta aquí.

ISABEL.  
Pues ¿cómo no te detiene  
El ver que tu amor te afrenta?  
ROSAURA.  
Si uno, di, que se calienta,  
Mojadas las manos tiene,  
¿No es cosa cierta que viene  
A sentir mayor dolor?

ISABEL.  
Sí, porque frío y calor  
Se oponen, y al encontrarse,  
El dolor ha de aumentarse.

ROSAURA.  
Pues eso pasa en mi amor.  
Yo tengo penas y engaños,  
Lágrimas y desconsuelos,  
Desengañasme con celos,  
Cúrasme con desengaños,  
Y así se aumentan los daños  
Y el dolor lleva la palma,  
Porque en tan confusa calma,  
Claro está que he de empeorar  
Si me llego á calentar  
Teniendo mojada el alma.  
Y así, mira, si no quieres  
Honor y vida perder,  
Y despues de todo, ser  
Vil ejemplo de mujeres,  
Olvida, pues cuerda eres,  
Ese intento.

ISABEL.  
No podré.  
ROSAURA.  
Pues yo te atormentaré  
De suerte, que te retrates.  
ISABEL.  
No haré tal, aunque me mates.  
ROSAURA.  
¿Por qué?

ISABEL.  
Yo te lo diré.  
La mujer que dan tormento,  
En llegando á estar desnuda,  
Noble, firme, honrada y muda,  
Siempre sale con su intento;  
Decir yo mi pensamiento,  
Estando tu amor delante,  
Fué el tormento mas gigante;  
Y pues ya me desnudé,  
Y la verdad te conté,  
No hay tormento que me espante.

ROSAURA.  
Sí, mas el Duque ha venido;  
Despues te responderé.

ISABEL.  
¿Que viva quien esto ve!

Salen EL DUQUE DE MILAN, EL CON-  
DE DE PUZOL y ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE.  
Aunque á vista de tu olvido  
Mi amor se da por vencido,  
A vista de mi cuidado  
Vuelve á nacer mas osado,  
Cual suele la luz del día  
Despues de la noche fría  
O de algun negro nublado.

ISABEL.  
Tambien es luz que remeda  
A la de tu amor mi amor;  
Llega el soplo de un rigor  
Y hace que lucir no pueda;  
Pero, como siempre queda  
Humo, aunque deje de arder,  
Y Carlos luz viene á ser  
Que alienta lo que consumo,  
Con la luz y con el humo  
Se vuelve fuego á encender.

ROSAURA.  
Mas vale decir (¡ay triste!),  
Porque el tiempo no se gaste,  
Que con él te desposaste  
Cuando de Milan te fuiste.

ISABEL. (Ap.)  
¿Qué has dicho?  
ROSAURA. (Ap.)  
Lo que tú hiciste.  
Yo me vengaré.  
ISABEL. (Ap.)  
¿Ah cruel!

DUQUE.  
¿Y es esto cierto, Isabel?

ISABEL.  
Sí, Señor; todo es así.  
DUQUE.  
¿Que con él te fuiste?

ISABEL.  
Sí,  
Y me desposé con él.  
Lo mas es amar á un hombre  
Y llegarlo á confesar,  
Y lo menos arriesgar  
Vida, fama, hacienda y nombre;  
Y así, aquesto no os asombre,  
Porque peor pareciera  
Que á un mal príncipe quisiera,  
O á algun hombre me inclinara  
Que por otra me dejara,  
Aunque mi criada fuera.

DUQUE.  
¿En efecto, á mi disgusto  
Eres de Carlos mujer?  
ISABEL.  
El gusto venció al poder;  
Que no hay poder como el gusto.

DUQUE.  
Pues al gusto, aunque sea injusto,  
Vencerá la tiranía.

ISABEL.  
Con mi valor no hay porfía.

DUQUE.  
Ni con mi amor resistencia.

ISABEL.  
No es crédito la violencia.

DUQUE.  
Ni el desprecio es bazarria.

ISABEL.  
Yo quiero á Carlos.

DUQUE.  
Yo á tí.

ISABEL.  
Es en mí su amor mas fuerte.

DUQUE.  
¿Hay mas de darle la muerte?

ISABEL.  
Está muy léjos de aquí.

DUQUE.  
Lograré mi amor así.

ISABEL.  
¿Cómo puedes, si no muero?

DUQUE.  
Yo puedo cuanto yo quiero.

ISABEL.  
No habrá cosa que me tuerza.

DUQUE.  
Gozaréte yo por fuerza.

ISABEL.  
Mataréte yo primero.

DUQUE.  
Yo soy rayo de otra esfera.

ISABEL.  
Yo laurel que se le atreve.

DUQUE.  
Yo soy fuego.

ISABEL.  
Yo soy nieve.

DUQUE.  
Yo soy duque.

ISABEL.  
Yo soy fiera.

DUQUE.  
Yo terrible.

ISABEL.  
Yo severa.

DUQUE.  
Yo rendido.

ISABEL.  
Yo triunfante.

DUQUE.  
Yo soberbio.

ISABEL.  
Yo arrogante.

DUQUE.  
Yo firme.

ISABEL.  
Yo sin equidado.

DUQUE.  
Yo el hombre mas porfiado.

ISABEL.  
Yo la mujer mas constante.

(Suenan cajas.)  
DUQUE.

Pero ¿qué cajas son estas,  
Que tan impensadas oigo?

ROSaura. (Ap.)  
Alguna desdicha temo.

ISABEL. (Ap.)  
Apenas en pecho y rostro  
Me ha dejado el susto sangre;  
Que para quien receloso  
Tiene el ánimo, un puñal  
Viene á ser cada alboroto.

DUQUE.  
Véte tú, y sabe la causa  
De este ruido.

(Vase el Conde.)  
ROSaura. (Ap.)

Mal reporto  
La inquietud del corazon.

ISABEL.  
Todo es azares y asombros  
Cuanto miro.

ROSaura.  
Todo es miedos  
Y disgustos cuanto toco.

CÁRLOS. (Dentro.)  
Dejadme, ó viven los cielos,  
Que os quite la vida á todos.

ISABEL. (Ap.)  
Aquí de las ansias mías,  
Que esta voz es de mi esposo;  
Y por no morir sin verle,  
No digo que la conozco.

Sale EL CONDE.

DUQUE.  
¿Qué es eso?

CONDE.  
Un hombre que rompe  
La guarda, y lleno de polvo,  
Hasta tu cuarto se ha entrado.

Sale CÁRLOS, lleno de polvo, la espada  
desnuda, pónela á los piés del Du-  
que, y él se arrodilla.

CÁRLOS.  
Yo soy, Señor, que me postro  
A tus piés, porque me mates,  
Con que primero piadoso  
Me escuches.

ROSaura. (Ap.)  
¡Valgame el cielo!

ISABEL. (Ap.)  
¡Ya como muerto le lloro!

CONDE. (Ap.)  
¡Extraña resolucion!

FLORA. (Ap.)  
¡Y sucesó prodigioso!

DUQUE.  
Ya te escucho, porque pueda  
Hacer lo uno y lo otro.

CÁRLOS.  
Porque antes de que me afrentes  
(¡Oh príncipe generoso!)  
Sepas el hombre á quien quitas  
La vida y honor heróico.  
Te acordaré lo que he sido,  
Sin círculos ni episodios,  
Si, como me ofendes mucho,  
Quieres atenderme un poco.  
Yo soy, invicto Señor,  
Carlos Esforcea, aquel monstruo  
De valor, como lo dicen  
Cimbrios, lombardos y godos,  
Esguizaros y alermanes;  
Que, aunque parece que rompo  
Las leyes de la modestia,  
Hay lances en que es forzoso  
Que con este arrojamiento  
Hable un hombre de sí propio.  
El cielo apenas me había

A los años diez y ocho  
Dibujado liberal  
Un hilo negro por bozo,  
Que son las flores del sexo  
Que arroja la edad al rostro,  
Cuando en el cerco me hallé  
De Savillan, territorio  
Y frontera del francés,  
Y la gran ciudad de Como  
Defendi del placentino  
Con cuatro mil hombres solos.  
Al estado de Varés  
Metí una noche socorro,  
Y con el resto al Casal  
Me fui alargando brioso,  
Donde fué tanta la hambre  
Que padeció el campo todo,  
Por cercarnos quince mil  
Venecianos en contorno,  
Que, despues de haber comido  
Caballos, yeguas y potros,  
Sin reservar animal,  
Por inundo ni asqueroso,  
Comimos gamon y grama  
En vez de carne y bizcocho;  
Y aun hubo hombre que, siendo  
Bárbaramente piadoso  
Consigno, se cortó un brazo,  
Y dividiéndole en trozos,  
Para conservar la vida,  
Se le comió poco á poco;  
Plato en que él mismo á ser vino  
Alimento de sí propio.  
Pasando desde el Casal  
Al Pirineo, aquel toldo  
De los valles y las selvas,  
Aquel pirámide bronco,  
Aquella torre de ramos,  
Aquel sobrecejo hermoso  
De la Francia, aquel castillo  
De frenos, aquel escollo  
De jazmines y esmeraldas,  
Aquel verde promontorio,  
Primer escalon del cielo  
Y último cuarto del globo,  
Dijo un francés mal de tí;  
Y yo, sacando animoso  
La cuchilla, de un revés  
Le cercené tan del todo  
La cabeza, que cayendo  
Junto al ribete de un olmo,  
Como estábamos en cuesta,  
Rodó hasta el valle; de modo  
Que la postrera palabra  
La empezó presuntuoso  
En el monte, y la acabó  
Bien distante de nosotros.  
En fin, no tienes ciudad  
Ni tierra que con mis hombros  
En peso no haya tenido,  
Con mas trabajos que arroyos  
Cuaja el Apenino en perlas,  
Disimula el Alpe en copos,  
El Po desata en cristales,  
Y el mar Ligústico en golfos.  
Permiteme ¡oh Duque excelso!  
Ahora, que reconozco  
De nuevo tantos servicios,  
Como en el tuyo supongo,  
Que les pregunte á las leyes  
Por qué, siendo tan odioso  
El delito del ingrato,  
No se preude por él como  
Por homicida ó ladrón;  
Mas yo por ellas respondo  
Que hay delitos tan indignos,  
Tan viles y vergonzosos,  
Que no les halla el derecho  
Pená que iguale á su oprobio,  
Y por esto no la pone;  
O porque es caso notorio  
Que son tantos los ingratos,

Que no hubiera calabozos,  
Si se hubieran de prender,  
En el mundo para todos;  
Y así, es mejor que anden libres;  
Que no es, no, castigo poco  
Que ellos sepan que lo son,  
Y lo sepamos nosotros.  
Dirás que fué culpa grave  
Llevarme, sin ser su esposo,  
Conmigo á Isabel, y digo  
Que yo también la conozco;  
Mas, supuesto que aun el cielo  
Permite un daño si estorbo  
Ha de ser de otro mayor,  
En proceder yo tan loco  
Mas te obligué que ofendi,  
Pues te excusé que furioso,  
De tu honor y el de Isabel  
Profanases el decoro;  
Y es menor inconveniente,  
Cuando hay dos daños notorios,  
Ser un vasallo liviano  
Que un príncipe escandaloso;  
Apenas, pues, de Milan  
Huyo, salgo, y me desposo  
Con Isabel, y á su ruego,  
Difunto la posta corro,  
Cuando dentro de diez días  
Desde el camino me torno,  
Y me informo que en palacio  
La tienes, porque tú propio  
Fuiste á robar su hermosura,  
Como á la cordera el lobo.  
¡Oh, quién en esta ocasión  
Tuviera ó hallara modo  
Para ponderar las ansias,  
Las penas y los ahogos  
Con que se halló embarazado  
Entonces mi pecho heróico,  
Con la infamia hasta la boca  
Y el dolor hasta los ojos!  
¿Viste; gran señor, un tigre,  
Que en lo galán y lo hermoso,  
Siendo pavor de las fieras,  
Es ramillete del soto;  
Que entrando en la verde cueva,  
Adonde dejó el cachorro  
Chupando el jugo á un cordero,  
Le echa menos, y fogoso  
Como saeta arrojada,  
Parte al monte, y los cogollos  
Va oliendo de los tomillos,  
Planta á planta y tronco á tronco,  
Parece que va pidiendo  
Su dicha á los cinamomos,  
Porque juren la verdad  
En su robado tesoro?  
Así yo llego á la aldea,  
Busco á Isabel, no la topo,  
Digo amores como amante,  
Hago extremos como loco,  
Examino los pastores,  
Refiérenme lo que ignoro,  
Parto á Milan afligido,  
Hablo con mis deudos todos,  
Cuento al padre de Isabel  
Tu amor y mi desposorio,  
Fia su honor de mi aliento,  
Su honor á mi cargo tomo;  
Llego al muro, llora el pueblo,  
Toco el puente, paso el Domo,  
Veme Curcio, va á prenderme,  
Trae la guarda, cala el plomo,  
Y yo al riesgo agradecido,  
Por picas y balas rompo,  
Hasta llegar á pedirte,  
Como por justicia, el robo  
Que hiciste al alma de tantos  
Idolatrados despojos.  
Duque, príncipe, señor,  
Ante cuyos pies me postro,  
O amigo un tiempo del alma,

Que es nombre mas amoroso,  
Ya estoy aquí, si me buscas;  
Ya me ofreció, ya me pongo  
En tus manos, aunque sea  
Solicitar mi destrozo;  
Mas si acaso (¡ay dueño mio!)  
(Perdona si me apasiono,  
Atento á las referidas  
Finezas de que te informo)  
Me quisieras pagar cuanto  
Hizo mi brazo en tu abono,  
Dame en Isabel la vida,  
Que me usurpas ciego y sordo,  
Si no dé compadecido,  
Siquiera de generoso;  
Mirame, y verásme el alma  
Desatada en dos arroyos,  
Que corren líquido fuego  
Por la margen de mi rostro;  
Mirame, digo otra vez,  
Porque estoy tan lastimoso,  
Que es imposible, según  
Tristes me anegan sollozos,  
Que si tus ojos me miran,  
Me persigan mas tus ojos;  
Pero si verme ni darme  
El bien que por tí malogro  
No quieres, saca la espada,  
Y desde la punta al pomo  
Pásame el pecho, y despues  
De su círculo amoroso  
Arráncame el corazón,  
En cuyo espejo lustroso  
Verás á Isabel tan viva  
(Puesto que muerta la lloro),  
Que pueda segunda vez  
Darla palabra de esposo;  
Ea, mátame de presto,  
Salpique tu sacro solio  
Mi sangre, y á puñaladas,  
Con intrépido alborozo,  
Hazme, ofendido, pedazos,  
Que aunque el vulgo afectuoso  
Lo atribuya á pesadumbre,  
Yo lo tendré por soborno,  
Que con esto cesarán  
En mi pecho doloroso  
Las angustias, las pasiones,  
Los miedos, los alborotos,  
Las desdichas, las afrentas,  
Los suspiros, los antojos,  
Las ansias, las desventuras  
Y los celos rigurosos,  
Que sufro, contemplo, paso,  
Advierto, murmuro, noto,  
Callo, siento, disimulo,  
Colijo, penetro y toco;  
Pues todo, viviendo, dura,  
Y cesa, muriendo, todo.  
ROSAURA. (Ap.)  
Mas que su amor atrevido,  
Su resolución me admira.  
ISABEL. (Ap.)  
¿Cómo ha de vivir quien mira  
Un riesgo tan conocido?  
CÁRLOS.  
Ya que mirarme no quieres,  
¿Qué respondes?  
DUQUE.  
Lo bastante:  
Que eres, Carlos, buen amante,  
Pero mal vasallo eres.  
CÁRLOS.  
Cuanto á tí, yo lo colijo,  
Mas no cuanto á mi lealtad,  
Y no te dijo verdad  
Quien otra cosa te dijo.  
DUQUE.  
Yo solo por mí me muevo;  
Ven conmigo.

CÁRLOS.  
Ya te sigo.  
DUQUE.  
Y tú llévate contigo  
A Isabel.  
ROSAURA.  
Ya me la llevo.  
CÁRLOS.  
Mas si á morir voy, espera  
Que de Isabel me despida.  
ISABEL.  
Si han de quitarle la vida,  
Déjame hablarle siquiera.  
DUQUE.  
No puede ser por ahora.  
ROSAURA.  
Cánsaste, Isabel, en vano.  
DUQUE.  
¿Vuelves á verla, villano?  
ROSAURA.  
¿Vuelves á verle, traidora?  
CÁRLOS.  
Injustos son tus enojos.  
ISABEL.  
Sin causa estás ofendida.  
DUQUE.  
Yo te quitaré la vida.  
ROSAURA.  
Yo te sacaré los ojos.  
CÁRLOS.  
Sin Isabel, no la aguardo.  
ISABEL.  
Sin Carlos, no los estimo.  
DUQUE.  
¿Cómo tanto me reprimo?  
ROSAURA.  
¿Cómo tanto me acobardo?  
Ven, ó traedla por fuerza,  
Porque esté menos rebelde.  
DUQUE.  
Ven, ó por fuerza traedle,  
Porque de su gusto tuerza.  
CRIADO.  
No te resistas briosa.  
CONDE.  
Aqueste lance es forzoso.  
ISABEL.  
Déjame ver á mi esposo.  
CÁRLOS.  
Déjame ver á mi esposa.  
ROSAURA.  
Acaba.  
DUQUE.  
¿No entráis los dos?  
CÁRLOS.  
¡Adios, esposa querida!  
ISABEL.  
¡Adios, Carlos de mi vida!  
Que no puedo mas.  
CÁRLOS.  
¡Adios!  
(Métenlos á cada uno por su puerta.)  
Salen, acechando, SERON y FLORA.  
SERON.  
Ya se van todos.  
FLORA.  
¿Quién es?  
SERON.  
¿Quién ha de ser? ¡Ay de mí!  
Llega, llégate hácia aquí.

FLORA.  
¿Es Seron?  
SERON.  
Pues ¿no lo ves?  
FLORA.  
Seas, Seron, bien venido.  
SERON.  
¿No más?  
FLORA.  
¿Te parece poco?  
SERON.  
Sí, para quien viene loco,  
Y halla en tu amor tanto olvido.  
FLORA.  
Bien sabes lo que mereces.  
SERON.  
¿Es porque no me casé?  
FLORA.  
Desde que sin fe te hallé,  
A los diablos me pareces.  
SERON.  
No importa; que el tiempo hará  
Que se ablande tu rigor,  
Y retoñe nuestro amor.  
FLORA.  
Difícultoso será,  
Porque estoy muy asombrada  
De aqueste estruendo pasado.  
SERON.  
Pues, por Dios, que si me enfado,  
Que no ha de dárseme nada;  
Porque, si quiero, yo haré  
Que, aunque no quieras, me quieras.  
FLORA.  
¿Hablas acaso de veras?  
SERON.  
Y muy de veras, á fe;  
Porque sé un secreto grande  
Para que la mas severa,  
No solo á su amante quiera,  
Sino que tras él se ande,  
Como dicen, por ahí.  
FLORA.  
Tras él ¿cómo puede ser?  
SERON.  
Eso, Flora, es el saber.  
FLORA.  
¿Aunque no le quiera?  
SERON.  
Sí.  
FLORA.  
¿Qué importa, si es invencion?  
SERON.  
No, sino un punto curioso,  
Y que el mas escrupuloso  
Dirá que tengo razon;  
Pues solo con que el amante  
A quien la dama desama,  
Sepa dónde va la dama,  
Y él vaya un poco delante,  
La dama que detrás va,  
Aunque sea mas cruel.  
Mientras va donde va él,  
Siempre tras él se andará;  
Y así, tú, que mal me quieres,  
Té vendrás á andar tras mí,  
Yendo delante de tí,  
Adonde quiera que fueres.  
FLORA.  
Linda friolera por cierto;  
Mas, volviendo á tu señor,  
Él ha hecho un grande error.  
SERON.  
Es un hombre sin concierto.

FLORA.  
Y tú ahora ¿qué has de hacer  
Para tener libertad?  
SERON.  
Apelar á tu piedad,  
Rogándote que esconder  
Me dejes en tu aposento  
Mientras pasa esta tormenta.  
FLORA.  
No, hermano, no me contenta.  
Porque hay mucho detrimento  
En palacio, en mí y en tí:  
En palacio, si te ven;  
En mí, si te quiero bien,  
Y en tí, si sales de aquí;  
Porque podrás allá fuera  
Blasonar muy satisfecho  
Quizá de lo que no has hecho.  
SERON.  
Eso fuera si yo fuera,  
Flora, como unos garzones  
Que, misterios afectando  
Y el rostro desvencijando,  
Dicen algunas razones,  
Y no con malicia poca,  
Tan confusas y mascadas,  
Que están, de puro preñadas,  
Con la barriga á la boca,  
Para engañar á la gente  
Con los ajenos favores.  
Porque en versos y en amores  
Se miente muy facilmente;  
Porque si yo... Mas Rosaura  
Vuelve otra vez.

FLORA.  
Pues chiton,  
Y retírate, Seron.  
(Retiranse.)

## Salen ROSAURA é ISABEL.

ROSAURA.  
Ya queda á la puerta Laura,  
Por si mi hermano viniere,  
Que es lo que temer podemos:

ISABEL. (Ap.)  
Mi vida, en tales extremos,  
No sé si vive ó si muere.

ROSAURA.  
Y así, escúchame, y verás  
La mayor resolucion  
Que pudo humana pasion  
Haber pensado jamás.

ISABEL.  
Pasa adelante, pues ves,  
Si bien mi dolor es mucho,  
Con cuántas almas te escucho;  
¿Difunta estoy!

ROSAURA.  
Digo, pues,  
Que apenas sali de aquí,  
Y dejándote encerrada,  
De mi hermano (aunque turbada)  
Los pasos siguiendo fui,  
Cuando escuché que concierta  
Dar á Carlos (¡triste suerte!)  
Aquesta noche la muerte,  
Entrando por esa puerta  
El Conde con otros tres;  
Que él mismo le señaló  
Sentencia, que el alma oyó,  
Como quien de Carlos es.  
¿Quién duda que ya te admira  
El ver en mi voluntad  
Ahora tanta piedad,  
Y antes de ahora tal ira?  
Mas no hará, que eres mujer,  
Y sabes lo que es llegar

A ver morir ó matar  
Lo que se llega á querer;  
Vuelta, pues, á lastimar,  
Aunque en un tiempo infelice,  
Aqueste argumento hice  
Brevemente á mi pesar:  
«Excusar el casamiento  
Del de Ursino, que me adora,  
Es dar que decir ahora  
A cualquiera pensamiento;  
Ser de Carlos homicida,  
Confesándome inclinada,  
Es dar yo misma la espada  
Para quitarme la vida;  
Consentir que le atropelle  
Mi hermano es tambien rigor;  
Que no estorbar un error.  
Es poco menos que hacelle;  
Matar á Isabel es cosa  
Que profana mi poder,  
Y yo siempre he de valer  
Mas que mi pena amorosa;  
Dividirlos á los dos,  
Y obligarlo á que sea mio,  
Es forzar un albedrio,  
Cosa que aun no la hace Dios;  
Pues quererle, siendo esposo  
De Isabel, cuando yo fuera  
Mujer comun, no lo hiciera,  
Siguiera por mi reposo;  
Porque no hay tan desdichado  
Delito como querer  
A quien ha de amanecer  
Con otra mujer al lado:  
Pues si yo me he de casar,  
Carlos tiene ya mujer,  
Isabel le ha de querer,  
Y el Duque le ha de matar;  
Carlos viva, y mis enojos  
Se templen con mi fortuna;  
Viva Carlos, porque alguna  
Vida les quede á mis ojos.»  
Dije; y volviéndome al cielo,  
Que es la exclamacion primera  
De una vida que no espera  
Hallar consuelo en el suelo,  
Vine, Isabel, á buscarte,  
Triste, afligida, llorosa,  
Resuelta, firme y piadosa,  
Para que tú, como parte,  
Noble, valerosa y fuerte,  
Por Carlos, por tí y por mí  
Vayas, y excuses así  
Tu mal, mi pena y su muerte.  
Yo sé el cuarto donde está;  
Esta llave hace á la puerta;  
Su muerte á la noche es cierta,  
Y el dia se pasa ya;  
Y así, pues en todo eres  
Osada, como entendida,  
Vé presto, y sin ser sentida,  
Librale como pudieres;  
Pues haciendo lo que digo,  
Cumpliremos, Isabel,  
Tú con tu amor y con él,  
Y yo con él y conmigo;  
Pues tú la vida le das  
Por lo que sabes de mí,  
Y yo te la dejo á tí,  
Que viene á ser mucho mas.

ISABEL.  
Placer á un tiempo y pesar  
Me has dado con lo que has hecho:  
Placer, viendo que tu pecho  
A Carlos me quiere dar;  
Pesar, viendo que no puedo,  
Por ser de Carlos esposa,  
Dártele yo, generosa,  
Con que ingrata á tu amor quedo;  
Y para quien noble nace  
Es tan terrible pesar

Ver que no puede pagar  
Aquel bien que se le hace,  
Que entre perder á mi esposo,  
Siendo el Duque su homicida,  
Y el ser desagradecida  
A un afecto tan piadoso,  
Afligida el alma, duda  
Cuál pena peor la trata,  
Si el haber de ser ingrata,  
O el haber de quedar viuda;  
Mas, porque el tiempo (¡ay de mí!),  
Si ahora me detuviera,  
Hacerme falta pudiera,  
No te digo mas; y así,  
Dame esa llave, y verás  
Lo mas, si, que una mujer  
Por un hombre puede hacer,  
Si el morir ella es mas;  
Porque á vista de los tres,  
Cuando su intencion traidora...  
Mas dame la llave ahora,  
Que tá lo sabrás despues.

(*Dala Rosaura una llave.*)

ROSAURA.

Pues toma, y á Laura di  
Que aquellas armas te dé  
Que hice buscar.

ISABEL.

¿Para qué?

ROSAURA.

Para que Carlos aquí  
Las lleve, sin que se entienda,  
Y con eso prevenida,  
No solo le des la vida,  
Sino con qué la defienda;  
Y ahora véte, que es tarde.

ISABEL.

Con razon Milan te adora.

ROSAURA.

Esto ha sido ser señora;  
Adios.

ISABEL.

El cielo te guarde.

(*Vanse.*)

Salen EL DUQUE, EL CONDE y OTROS  
TRES.

DUQUE.

Entrad y haced lo que os digo,  
Sea justo ó no sea justo.

CONDE.

No es traidor el que hace el gusto  
De su rey. Venid conmigo;  
Que si es justicia ó rigor,  
No les toca á los criados.

DUQUE.

Si no vengo mis enfados,  
¿Para qué soy yo señor?  
Muera Carlos, porque muera  
Quien me quita lo que quiero.

CONDE.

Ya salgo yo.

DUQUE.

Y yo te espero  
En esta sala primera.

(*Vanse.*)

Salen SERON y FLORA.

FLORA.

Véte, Seron, si te has de ir;  
Que anda muy revuelto todo.

SERON.

Si, mas dime de qué modo  
Y por dónde he de salir;  
Porque en esa puerta está,  
Cuál guarda de monumento,

Una dueña, que al momento  
Que lo vea lo dirá;  
Porque á no callar se enseña  
La dueña desde que nace,  
Y dueña que no lo hace  
No sabe lo que es ser dueña.  
Fuera desto, aunque callara,  
Es tan fiera, es tan dragon,  
Que por no ver su vision,  
Al verdugo me entregara;  
Porque es tan carifruncida,  
Tan estéril, tan enjuta,  
Tan flaca, tan langaruta,  
Tan buida y desbuida,  
Que, vista con atencion,  
Parece, en lo penitente,  
Chorizo convalesciente  
O lenguado en oracion;

(*Ruido de espadas.*)

Mas allí suenan espadas.

FLORA.

Yo estoy temblando, Seron.

ISABEL. (*Dentro.*)

Primero que el corazon  
Tal consienta, á cuchilladas  
Pedazos es he de hacer.

Salen EL CONDE y OTROS, retirándose  
de Isabel, que los sale acuchillando.

FLORA.

¡Ay Seron, que es mi señora!  
Ponte á su lado.

SERON.

Aun ahora  
No lo ha habido menester.

CONDE.

Advierte...

ISABEL.

No hay qué advertir,  
Sino huid, que es lo mejor;  
Que á una mujer con amor  
Mal se puede resistir.

DUQUE. (*Dentro.*)

¿Astolfo?

ROSAURA. (*Dentro.*)

¿Isabel?

CONDE.

Espera;  
Que ya su alteza ha venido.

ISABEL.

Mal mi intento he conseguido.

Salen EL DUQUE, ISABEL y ACOMPA-  
ÑAMIENTO.

DUQUE.

¿Quién mis palacios altera?

ISABEL.

Yo soy.

DUQUE.

Pues di, ¿cómo estás  
En este cuarto y así?

(*Pone la espada á los piés del Duque, y  
arrimase á una puerta cerrada.*)

ISABEL.

No hay espada para ti,  
Escúchame y lo sabrás:  
Referirte que Carlos es mi esposo,  
Que de él estás celoso,  
Que su nombre idolatro,  
Que el mundo de sus glorias es teatro,  
Que su vida te enoja,  
Que él á su muerte intrépido se arroja,  
Que le aborreces tú, que yo le adoro,  
Que ofendes mi decoro  
Y que yo te resisto,  
Es cansarte, supuesto que lo has visto.

Y pues lo sabes todo,  
Paso adelante, y digo de este modo.  
En mi prision apenas recogida  
Quedé, cuando, advertida  
Del riesgo de mi esposo,  
El rostro entre amarillo y pavoroso,  
El pecho quebrantado,  
Y el libro del valor descuadernado,  
Que quien le tiene en trance semejante,  
O aprende para risco ó es diamante;  
Me vi morir, y tanto fué el contento  
Que tuvo el pensamiento,  
Mirando tanta pena fenecida,  
Que me pudo volver á dar la vida,  
En gloria tan incierta,  
Solo el placer de imaginarme muerta.  
Cobrada pues del súbito desmayo,  
Como animado rayo,  
La puerta por el suelo,  
Tomé estas armas, á mi industria apelo,  
Recojo las basquiñas,  
De los ojos enjugo las dos niñas,  
Salgo del cuarto, danme cierta llave,  
Y osadamente grave,  
Arrestando la vida,  
Hollando el miedo, la razon perdida,  
Tierno el amor y el ánimo brioso,  
En la puerta me plauto de mi esposo;  
Pero apenas probar la llave intento,  
Cuando los pasos siento  
De esa gente arrogante,  
Que buscarán mi esposo; yo, constante,  
Sin algun embarazo,  
La espada tomo y el escudo abrazo;  
Supliqué primeramente que me hicieran  
Favor de que se fueran,  
Ya que tarde vinieron;  
Pero vieronse cuatro, no quisieron;  
Y viendo su mal modo,  
Cargueme de razon y entré por todo.  
Como el cielo por marzo, si se enoja,  
Copos de nieve arroja  
O granizo cuajado,  
Así de mi furor arrebatado,  
Sobre las cuatro espadas  
Granizaba mi brazo cuchilladas,  
Tanto, que no fué en ellos cobardía  
Temer la furia mia,  
Pues tiraba de suerte,  
Que en cada cuchillada iba una muerte,  
Y ninguno tan poco se estimara,  
Que viéndola venir, no se apartara.  
Cualquiera pensará que esta osadia  
En mí fué valentía  
O aliento generoso;  
Pues no fué tal, sino temor forzoso  
De una muerte impensada  
U de una vida en muerte trasformada,  
Porque, como sabia (aquesto es cierto)  
Que en viendo á Carlos muerto,  
Yo tambien lo quedaba,  
De miedo de morirme peleaba  
Con tan fuerte denuedo,  
Que pasó por valor lo que era miedo.  
Esto pasaba cuando tú veniste;  
Escúchame ahora (¡ay triste!),  
Ya que tú en acabarle  
Estás resuelto, como yo en amarle,  
Solo un advertimiento;  
Aqui, Señor, te he menester atento.  
Carlos está aqui dentro, tú pretendes  
Su muerte, pues le ofendes;  
El mundo sabe el caso;  
Para entrar allá dentro este es el paso;  
Yo lo tengo cogido,  
Y en fin, ó por amante ó por marido,  
El corazon le adora;  
Sácame tú la consecuencia ahora.  
Si mas espadas que en el campo hay  
En el cielo fulgores, [flores,  
En el abismo penas,  
Y en ese mar arenas y sirenas,

A un tiempo me cercaran, [ran,  
Del puesto donde estoy no me aparta-  
Porque tan arraigada, tan asida  
A la puerta he de estar y tan unida,  
Que, de léjos mirada,  
O parezca que en ella estoy pintada,  
O que en espacio breve  
El amor me ha tallado de relieve.  
Si has de matar á Cárlos, el camino  
Mas llano y mas vecino.  
Mas cierto y mas derecho,  
Es irte entrando por aqueste pecho,  
Que es el primer portillo  
Para haber de batir este castillo.  
Esta es resolucion, viven los cielos;  
Que, pues yo de tus celos  
Soy la ocasion primera,  
Antes que Cárlos á tus manos muera,  
Han de correr aquestas piedras frias  
Golfos de sangre de las venas mias.  
Y así, tu amor consulta ó tu fiereza,  
Tu enojo ó tu nobleza,  
Tu piedad ó tu enfado,  
Y de tantos afanes lastimado,  
Por mujer afligida,  
U dame el alma, ó quitame la vida.

DUQUE.

A un amor tan generoso,  
A un afecto tan cortés,  
A una fineza tan grande,  
A una voluntad tan fiel,  
A un riesgo tan conocido,  
Y lo que mas viene á ser,  
A un empeño tan bizarro,  
¿Qué te puedo responder,  
Sino que viva y te goce  
Quien siempre te quiso bien?  
Yo procuré, como todos  
Los que me escuchais sabeis,

A Esforcias y Borromeos  
Desterrar, ó componer  
Sus bandos y enemistades,  
Y no pude; pero, pues  
El amor y la hermosura  
Hacen lo que no pensé,  
En lugar de estar quejoso,  
A Isabel agradecer  
Debo aquesta accion; y así,  
Suyo es Cárlos, id por él;  
Mas soy yo que mi pasion.  
(*Vanse los criados por Cárlos.*)

ROSAURA.

Accion como tuya es.

ISABEL.

Los piés te beso mil veces.

DUQUE.

Esto es amor, Isabel.

CONDE.

A Cárlos tienes presente.

*Sale CÁRLOS.*

CÁRLOS.

Deja, Señor, que los piés  
Te bese por lo que oí.

DUQUE.

A mis brazos, Cárlos, vén,  
Y disculpa mi pasion;  
Pues sabes lo que es querer;  
A Isabel debes la vida.

CÁRLOS.

Con los brazos pagaré  
Parte alguna de su amor.

ISABEL.

Despues, Cárlos, te diré  
Quien te ha dado generosa  
La vida, el honor y el ser.

ROSAURA.

Yo cumpli con mi nobleza,  
Aunque envidiosa quedé.

DUQUE.

El de Ursino, segun dicen,  
Está cerca de Varés,  
Y en viniendo, entrambas bodas  
A un tiempo celebraré.

FLORA.

Y ahora ¿qué falta?

SERON.

Solo

Saber lo que se ha de hacer  
De Seron.

DUQUE.

Darle un oficio,  
Porque es criado de ley,  
Y que se case con Flora.

SERON.

Está bien, mas ha de ser  
Con condicion que no pára,  
Por la duda de despues.

FLORA.

Cáseme yo una por una;  
Que, si fuere menester,  
La procesion de las amas  
He de parir de una vez.

TODOS.

Y aqui tiene fin, señores,  
*La mas constante mujer,*  
Escrita sin competencia,  
Sino solo por querer  
Serviros; si os pareciere  
Algo de lo escrito bien,  
Decir vitor al deseo  
De quien vuestro esclavo es.



## COMEDIA FAMOSA

TITULADA

# LA TOQUERA VIZCAINA,

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

### PERSONAS.

DON DIEGO, *galán.*  
DON JUAN, *galán.*  
LISARDO, *caballero.*  
OCTAVIO, *su amigo.*

FABIO, *criado de don Diego.*  
LUQUETE, *criado de don Juan.*  
FELICIANO, *viejo.*

FINEO.  
DOÑA ELENA.  
BEATRIZ, *criada de doña Elena.*

FLORA, *dama.*  
JUANA, *criada.*  
ISABEL, *criada.*  
MAGDALENA.

### JORNADA PRIMERA.

Salen DON DIEGO, *galán*, FABIO, *criado*, y DOÑA ELENA y BEATRIZ, *con mantos y tapadas.*

DON DIEGO.

¡Hemos de pasar de aquí?  
Por señas decís que no;  
Quedaré solo yo. —  
Apártate, Fabio, allí. —  
Ya estamos solos los dos,  
Y en el campo me tenéis;  
Decid qué es lo que queréis.

DOÑA ELENA. (Ap.)

Toda soy de hielo, ¡ay Dios!

DON DIEGO.

El recato que mostráis,  
El temor con que venís,  
El silencio que fingís  
Y los suspiros que dais,  
Son testigos verdaderos  
De que venís afligida;  
Y si es que puede mi vida  
En algo favoreceros,  
Sin salir de la ciudad,  
Fuérades servida en todo,  
Por el talle y por el modo.  
Ea, descubrid, tirad  
Aqueste oscuro nublado,  
Que ya sin paciencia estoy.

DOÑA ELENA.

Pues tenedla, porque soy  
Doña Elena de Alvarado.

DON DIEGO.

Señora, mi bien...

DOÑA ELENA.

Oid.

DON DIEGO.

¿Tanto favor?

DOÑA ELENA.

No es favor,  
Sino miedo á vuestro amor.

DON DIEGO.

La causa ignoro; decid.

DOÑA ELENA.

El salir de la ciudad  
Y venir yo como vengo,  
Es respeto que me tengo,  
No, don Diego, voluntad.  
Vos me queréis, es verdad;  
Mas, supuesto que el quererme  
Es solo para ofenderme,  
Que no me queráis es justo,  
Pues quererme sin mi gusto  
Mas parece aborrecerme.  
Sin atender á mi fama,  
Me rondáis tan atrevido,  
Que aun yo misma me he tenido  
A veces por vuestra dama.  
Y esto, Señor, no se llama  
Galanteo ni afición,  
Sino necia obstinación,  
Que el honor abrasa y quema;  
Que hay hombres que aman por tema,  
Como otros por elección.  
Si voy á la iglesia, os hallo  
Junto á mi; si hablo de noche,  
Lo mismo; y si salgo en coche,  
Me vais siguiendo á caballo;  
Y aunque disimulo y callo,  
Es cosa fuerte, por Dios,  
Que sin querernos los dos,  
Ni vos importarme nada,  
Haya de estar encerrada  
Para haber de estar sin vos.  
Huélgase cualquiera dama  
De ser querida; mas esto  
Ha de ser con presupuesto  
Que no se ofenda su fama  
Ni su gusto; que si ama,  
Y acaso es mujer de bien,  
No hay disgusto que le den  
De mas pena y mas dolor,

Que tratarla de otro amor  
Cuando está queriendo bien.  
Esto es decir que estorbáis;  
Que para un discreto sobra;  
Y pesadumbre me dais.  
Viendo, pues, que porfiais,  
Y que no aprovecha nada  
Lo que os dijo esa criada,  
Si por vuestra dama no,  
Haced lo que os digo yo  
Por muy vuestra aficionada.

DON DIEGO.

Vos me mandáis una cosa  
Muy fácil, al parecer,  
Y en cuanto á mí, ha de ser...

DOÑA ELENA.

¿Qué ha de ser?

DON DIEGO.

Difíciliosa.

DOÑA ELENA.

Pues ¿por qué, si desdenosa,  
Con claridad os confieso  
Que á otro quiero bien?

DON DIEGO.

Por eso;

Porque dar gusto no es bien  
A quien con tanto desden  
Me quiere quitar el seso.  
Esos celos, bella Elena,  
Solo sirven de incitarme;  
Que es errar la cura, darme  
Para curarme mas pena.

DOÑA ELENA.

Pues decid, ¿qué ley ordena  
Que haya por fuerza de veros,  
De admitiros y quereros?

DON DIEGO.

¿Y qué ley manda tampoco  
Que vos me tengáis en poco,  
Y haya yo de obedeceros?

DOÑA ELENA.

Yo pido lo que es muy justo.

DON DIEGO.  
¿Qué mas justo que mi amor?

DOÑA ELENA.  
Eso es quitarme el honor.

DON DIEGO.  
Y esotro quitarme el gusto.

DOÑA ELENA.  
Tiene mi galan disgusto.

DON DIEGO.  
Yo tambien ; que estoy celoso.

DOÑA ELENA.  
Él pretende ser mi esposo.

DON DIEGO.  
Yo tambien lo he pretendido.

DOÑA ELENA.  
Por eso el otro ha vencido.

DON DIEGO.  
Por eso estoy invidioso.

DOÑA ELENA.  
Pues si soy suya , en efeto,

¿Qué es lo que pensáis hacer?

DON DIEGO.  
Solamente conocer  
Quien es galan tan secreto ,  
Porque , ya que mi respeto  
Con vos me tiene encogido ,  
Quiero vengarme atrevido  
En quien mi dicha interrompe ,  
Como quien los naipes rompe  
Con que ha jugado y perdido.

Salen DON JUAN y LUQUETE, por una  
puerta.

DOÑA ELENA.  
Él es hombre que sabrá...  
(Ap. Pero ya no sabrá nada.)

BEATRIZ.  
¿Qué tienes?

DOÑA ELENA.  
Estoy turbada,

Porque allí don Juan está.

DON DIEGO.  
Gente viene , y no será

Razon que os hallen aquí.

DON JUAN.  
¿No es aquel don Diego?

LUQUETE. Sí.

DON JUAN.  
Bien nos dijo don Fernando.

LUQUETE.  
Con una dama está hablando.

DOÑA ELENA.  
Haced aquesto por mí.

DON DIEGO.  
Yo me iré ; mas advirtiendo  
(Aunque sea descortés)

Que he de conocer quien es  
Vuestro amante.

DOÑA ELENA.  
Ya os entiendo.

DON JUAN.  
Finalmente , yo pretendo  
Decirte que Elena es mía ,  
Y castigar su osadia.

LUQUETE.  
Ya se despiden los dos.

DON DIEGO.  
Pues adios , Elena.

DOÑA ELENA.  
Adios.

(Ap. ; Muerta estoy !)

LUQUETE.  
Ya se desvia ;

Mas espera que se aparte  
Destas ninfas algun trecho.

DOÑA ELENA.  
Tápate.

BEATRIZ.  
Muy bien se ha hecho.

DOÑA ELENA.  
Y vén por esotra parte.  
(*Quiérense ir por la puerta de enmedio.*)  
Mas ¡ ay !

BEATRIZ.  
No hay que recelarte.

DOÑA ELENA.  
Sí hay , Beatriz , porque en la accion  
De don Juan , ; qué turbacion !  
Parece que va tras él.

LUQUETE.  
Ya yo estoy como un papel.

DON JUAN.  
Ahora es buena ocasion ;  
Vén , Luquete.

DOÑA ELENA.  
Una mujer  
Tiene un negocio con vos.

LUQUETE.  
Va á matar aquellos dos ,  
Y que ahora no puede ser  
Estad cierta ; que á poder ,  
Tuviera á dicha el mandarme.

Al irse don Juan , vuelve á salir DOÑA  
ELENA , y detiéndole.

DOÑA ELENA.  
Ahora habeis de escucharme ,  
Por la vida...

DON JUAN.  
No jureis.

DOÑA ELENA.  
De la dama que quereis.

DON JUAN.  
¡ Hay tal modo de forzarme !

DOÑA ELENA.  
Mirad que importa á su honor.

DON JUAN.  
Antes con esto la obligo ,  
Pues matando á su enemigo ,  
Será venganza y amor.

DOÑA ELENA.  
No será sino rigor ,  
Porque en iguales balanzas  
Su amor , sus desconfianzas  
Y sus penas estarán ;  
Que con riesgo del galan ,  
Ninguna quiere venganzas.

DON JUAN.  
Dejadme.

DOÑA ELENA.  
Ya estáis cruel.

LUQUETE.  
Y basta ; ¿ por qué no viene ,  
Me reporta y me detiene ?

BEATRIZ.  
¿ Por qué se detiene él ?

DON JUAN.  
Luquete , vé tú tras él ,  
Y dile...

DOÑA ELENA.  
Tenle , Beatriz.

DON JUAN.  
¿ Beatriz ?

LUQUETE.  
¡ Oh suerte infeliz !

DON JUAN.  
Luego vos...

DOÑA ELENA.  
La lengua erró ;  
Soy esclava vuestra.

DON JUAN.  
Y yo  
El hombre mas infeliz.  
¡ Cielos ! ¿ qué es lo que estoy viendo ?

DOÑA ELENA.  
Una mujer , que tu vida  
Asegura enternecida ,  
Y está tu riesgo temiendo.

DON JUAN.  
No está sino previniendo ,  
Para mas presto acabarme ,  
La muerte que intenta darme ;  
Porque tan ciertos desvelos ,  
Detenerme y darme celos ,  
Es lo mismo que matarme.

¿ Tu hablando con mi enemigo ?  
Tú en el campo ? Tú tapada ?  
Ténte , no me digas nada ,  
Basta lo que yo me digo ;  
Pues cuando mi amor contigo  
Mas piadoso quiere ser ,  
Es fuerza haber de creer  
(Segun lo que viendo estoy)  
Que lo que es hablarse hoy  
Fué diligencia de ayer.

¡ Mal haya yo , que creí  
Lágrimas que perlas fueron ,  
Pero falsas me salieron ,  
Porque ya se usan así !  
Mil veces llorar te vi ,  
Mas esto no te acredita ,  
Pues de suerte se ejercita  
El llorar entre vosotras ,  
Que de ver llorar á otras ,  
Llorais en una visita.

Viendo tanto suspirar ,  
Di crédito á tu desden ;  
Que siempre un hombre de bien  
Fué muy fácil de engañar ;  
Mas de aquí vengo á sacar ,  
Pues con ofensas tan claras  
Dama de dos te declaras ,  
Que si el mudarse es deleite ,  
La condicion , no el afeite ,  
Os hace tener dos caras.

¿ Qué no vence la porfia ?  
Claro está , tú te rendiste ;  
Mujer como todas fuiste ,  
Pues le hablaste siendo mia .  
Dirás que fué en cortesia ;  
Mas yo lo entiendo al revés ,  
Porque ya en las damas es  
Razon de estado admirable ,  
Para encubrir lo mudable ,  
Valerse de lo cortés .  
Mas yo la culpa he tenido ,  
Pues solo atento á tu honor ,  
He consentido su amor ,  
Y mi agravio he consentido ;  
Mil locuras he sufrido  
Solo por hacer alarde  
De mi amor ; mas ya , aunque tarde ,  
Conozco , por lo que peno ,  
Que aun cuando importa , no es bueno  
Andar un hombre cobarde .  
Mas yo volveré por mí .

DOÑA ELENA.  
¿ Puedo hablar ahora yo ?

DON JUAN.  
¿ Querrás detenerme ?

DOÑA ELENA.  
No.

DON JUAN.  
¿ Querrás disculparte ?

DOÑA ELENA. Si.  
 DON JUAN. No hay disculpa á lo que vi.  
 DOÑA ELENA. Hartas el amor me ofrece.  
 DON JUAN. Quien escucha no aborrece.  
 DOÑA ELENA. Si; mas ¿quién oye y no escucha?  
 DON JUAN. Pues ¿hay diferencia?  
 DOÑA ELENA. Mucha,  
 Aunque no te lo parece:  
 Oír es una pasión  
 En que todos convenimos,  
 Sin tener en lo que oímos,  
 Ni albedrío ni elección;  
 Mas escuchar dice acción  
 En gusto propio; y así,  
 Yo, que vine aquí sin mí,  
 Aunque con don Diego hablé,  
 Le oí, mas no le escuché,  
 Porque sin gusto le oí.  
 DON JUAN. Con eso te condenaste,  
 Porque si á verle saliste,  
 No fué que acaso le oíste,  
 Sino que tú le buscaste.  
 DOÑA ELENA. Si, pero el fin ignoraste  
 Que, si á buscarle sali,  
 Fué para pedirle aquí  
 Que me dejase; de suerte  
 Que aun lo que pudo ofenderte,  
 Vino á ser fineza en mí.  
 DON JUAN. Elena, cierra los labios,  
 Que es reventar de mujer  
 El quererme hacer creer  
 Por finezas los agravios;  
 Y así, los medios mas sábios  
 Para vengarme han de ser  
 Dejarte sin atender  
 Ni á mi amor ni á tu mudanza;  
 Porque no hay mayor venganza  
 Que dejar á una mujer.  
 Que á don Diego...  
 DOÑA ELENA. ¿Dónde vas?  
 DON JUAN. A matarle.  
 DOÑA ELENA. Oye primero.  
 DON JUAN. ¿Qué he de oír?  
 DOÑA ELENA. Lo que te quiero.  
 DON JUAN. Ya lo he visto.  
 DOÑA ELENA. Necio estás.  
 DON JUAN. Déjame.  
 DOÑA ELENA. No puedo mas.  
 DON JUAN. ¿Qué quieres?  
 DOÑA ELENA. Satisfacerte.  
 DON JUAN. ¿Cómo puede ser?  
 DOÑA ELENA. Advierte...

DON JUAN. Suelta la capa.  
 DOÑA ELENA. Es en vano.  
 DON JUAN. ¡Ah, desleal!  
 DOÑA ELENA. ¡Ah, tirano!  
 DON JUAN. Esto es matarme.  
 DOÑA ELENA. Es quererte.  
 DON JUAN. No me has de engañar.  
 DOÑA ELENA. Ni quiero.  
 DON JUAN. No me has de ver.  
 DOÑA ELENA. Eso sí.  
 DON JUAN. Adios.  
 DOÑA ELENA. Iréme tras ti.  
 DON JUAN. ¿Dónde?  
 DOÑA ELENA. Donde vivo y muero.  
 DON JUAN. ¿Y don Diego?  
 DOÑA ELENA. ¡Que esto espero!  
 DON JUAN. Tú le hablaste.  
 DOÑA ELENA. No fué amor.  
 DON JUAN. ¿Quién lo dice?  
 DOÑA ELENA. Mi dolor.  
 DON JUAN. Déjame, pues yo le vi.  
 DOÑA ELENA. Amor, vuelve tú por mí.  
 DON JUAN. Quitame la vida, honor.  
 (Vanse.)  
 Salen LISARDO, caballero, y OCTAVIO, su amigo.  
 OCTAVIO. ¿A mi me encubres el pecho?  
 LISARDO. Gasto, Octavio, mal humor.  
 OCTAVIO. Pues mi lealtad ¿qué os ha hecho?  
 Qué os ha debido mi amor?  
 LISARDO. Tengo el pecho muy estrecho.  
 (Ap. ¡Ay Flora! ay mujer! ay fiera!)  
 ¡Pluguiera al cielo, pluguiera  
 A Dios que cuando te vi  
 Muriera para que así  
 Conmigo mi amor muriera!  
 OCTAVIO. ¡Notable melancolía!  
 LISARDO. Antes casi á pensar vengo,  
 Segun crece cada día,  
 Que es tristeza la que tengo,  
 Causada de culpa mía.  
 El melancólico ignora,

Puesto que suspira y llora;  
 La causa por qué suspira;  
 Mas no el triste que la mira  
 Como yo la miro ahora.  
 OCTAVIO. Pues ¿qué sentís?  
 LISARDO. Un dolor,  
 Una ansia, una voluntad  
 Y un melancólico amor,  
 Que cuando es enfermedad,  
 Es la enfermedad mayor.  
 La mas fuerte calentura,  
 Con su contrario se cura,  
 Y tiene principio y medio;  
 Mas ¡ay de aquel que el remedio  
 En su mismo mal procura!  
 Pues que sintiéndome arder  
 De haber visto una mujer,  
 Para haberme de templar,  
 O me tengo de matar,  
 O la he de hablar ó ver.  
 OCTAVIO. Todo el dinero lo acaba.  
 LISARDO. Antes el alma sospecha  
 Que no aprovecha esa aljaba.  
 OCTAVIO. ¿En Madrid, y no aprovecha  
 El dinero? ¿Cosa rara!  
 LISARDO. Pues escuchad y veréis.  
 Para que no lo extrañéis,  
 Lo que me pasa en Madrid  
 Despues que vine.  
 OCTAVIO. Decid.  
 LISARDO. Avisad cuando os canséis.  
 Luego que por Madrid dejé á Zamora,  
 Pasando acaso por su plaza, en ella,  
 Al salir el aurora, vi una aurora,  
 Con quien el sol aun era poca estrella;  
 Porque iba entoncestan gallarda Flora,  
 Que solo ella competía con ella;  
 Y si por dicha no la aventajaba,  
 Era porque respeto le guardaba.  
 Amanece en provincia cada día,  
 Puesto un jardín de diferentes flores,  
 A quien los coches hacen armonja,  
 Que son deste jardín los ruiseñores;  
 Tiene una fuente, que, sonora y fria,  
 De las flores murmura y sus colores,  
 Y tal vez de otras cosas á su modo.  
 Que bien tiene de qué, si lo ve todo.  
 Aquí llegó esta dama, y yo gozoso  
 Llegué tambien por verla y conocerla,  
 Porque ibatan de sol su rostro hermo-  
 [so].  
 Que hubopimpollo que se abrió de ver.  
 Escogió el ramillete mas curioso, [la;  
 Que fué en su mano como nieve en per-  
 Y entonces murmuró la fuente fria [la,  
 De ver comprar lo mismo que tenía.  
 Seguila hasta su casa con prudencia,  
 Y de su estado me informé en secreto;  
 Que no es fineza, no, la diligencia,  
 Cuando pasa las leyes del respeto:  
 Un año, y mas, sufrí su resistencia, [to,  
 Que es mucho en este tiempo, y en efe-  
 Causada ó lastimada de mi muerte,  
 Una noche me dijo de esta suerte:  
 «Escarmientos, Señor, de amigas mías,  
 Que del amor se quejan mal pagadas,  
 Y de los bombres lloran tiranías,  
 Mas en mudanza que en razon fundadas,  
 Tan cobarde me tienen estos dias, [das,  
 Temiendo ser (¡ay Dios!) de las burla-  
 Que me he resuelto, aunque mi edad se  
 [asombre,

A no querer jamás á ningún hombre;  
Mas, porque no penseis que soy ingra-

[ta  
A tanto amor como mostrais tenerme,  
Mi honor dispensa, determina y trata  
Que dentro de mi casa podais verme;  
Pero, porque mi pecho se recata  
De querer aunque lleguen á quererme,  
Ha de ser condición para obligarme  
Que en materia de amor no habeis de  
[hablarme.

Yo tengo por verdad acreditada  
(Bien puede ser engaño) que no hay

[hombre  
Que trate á una mujer verdad en nada,  
Porque para mentir les basta el nom-

[bre;  
Y mientras yo no esté desengañada,  
Cosa no he de escuchar que amor se

[nombre;  
Y si desta manera pensais verme,  
Lo mismo será verme que perderme.»  
Yo entonces, viendo lo que puede el tra-

[to,  
Consiento en el partido; en fin, la veo,  
Si bien con tal silencio y tal recato,  
Que parece que ya no la deseo;

Mudo á mi pensá y á mi amor ingrato,  
Por no enojarla, con mi amor peleo,  
Y callo amando, si hay galan que pueda,  
Teniendo amor, tener la lengua queda.

Las razones tal vez articuladas  
Retiro atrás; y su sentido trueco,  
Aunque salen algunas tan formadas,  
Que casi entre los dientes se oye el eco;

Mas como en aire quedan trasformadas,  
Y el aire viene á ser húmedo y seco,  
A su esfera se va, que son los ojos,  
Y las que voces fueron, son enojos.

Mira si es harta causa de tristeza  
Amar á un mármol, á una nieve, á un

[hielo,  
A un peñasco, á un diamante, á una be-

[lleza,  
Que nació para bien y mal del suelo;  
Penando está en su cielo mi firmeza;

Que aunque implica penar y ver el cielo,  
Bien fácil esta enigma se declara  
Con probar su rigor y ver su cara.

OCTAVIO.  
;Por Dios, que es mujer notable!

LISARDO.  
Y mas para quien la adora,  
Siendo una fiera intratable,

Pues me abrasa y me enamora,  
Sin permitirme que hable.  
Mas ella sale; á este lado  
Podeis estar retirado;

Que yo sé que si la veis,  
Mi voluntad disculpeis.  
(Apártanse á un lado.)

Salen ISABEL y JUANA, criadas, y  
detrás FLORA, muy bizarra.

JUANA.  
Sin causa te has enojado.

FLORA.  
No me teneis que pedir,  
Laura no me ha de servir;

Que no quiero yo criada  
Que haya estado enamorada.  
Hoy de casa ha de salir.

JUANA.  
Por eso ya no lo está,  
Después que está en tu poder.

FLORA.  
Mira: quien amó amará,  
Y basta poder querer  
Para que me canse ya.

Quien ha de vivir conmigo,  
A los hombres (yo lo digo)  
Ha de tratar tan severa,  
Como si cualquiera fuera  
Su capital enemigo.

ISABEL.  
Eso se debe entender  
Solo con algunos hombres  
Que hay de tan ruin proceder,  
Que murmuran nuestros nombres  
Y deshacen nuestro ser.

FLORA.  
Y con todos, porque está  
Tan mal con ellos mi pecho,  
Que á todos castigará:  
Al malo porque lo ha hecho,  
Y al bueno porque lo hará.

OCTAVIO.  
;Por cierto, bizarra dama!

LISARDO.  
Sí, mas su rigor la infama.

FLORA.  
;Tú estabas aquí, Lisardo?

LISARDO.  
Solo en verte me acobardo;  
Que teme mucho quien ama.  
;Y cómo te va de amor;  
Quiero decir, de olvidar  
A los que te quieren bien?

FLORA.  
Siempre es uno mi desden.

LISARDO.  
(Ap. Y uno también mi pesar.)  
No sé si tienes razon.

FLORA.  
;Por qué no, si todos mienten?

LISARDO.  
Eso es solo presuncion.

FLORA.  
Si lo que dicen no sienten,  
;Qué mejor informacion?  
Hoy he hallado en estas rejas  
Seis papeles arrojados,  
Llenos de amores y quejas;  
Que, ya que no mis criados,  
Tienen mis rejas orejas;  
Y mas por curiosidad  
Que por tener voluntad,  
Los seis papeles pasé,  
Y en todos ellos no hallé...

LISARDO.  
;Qué no hallaste?

FLORA.  
Una verdad;

Y si no, veislos aquí,  
Que ellos hablarán por mí.  
(Dale unos papeles.)

LISARDO.  
Con ellos vencerte espero.  
Este es el papel primero.

FLORA.  
Ya lo escucho.

LISARDO.  
Dice así:

(Lee.) «Después que vi tu hermosa,  
;Después que fui sus despojos,  
;Después que amé sin ventura,  
;Y después que de tus ojos  
;Adoré la lumbre pura,  
;Estoy tan muerto...»

FLORA.  
Detente,

Y no pases adelante,  
Porque ya ese amante miente,  
Porque, á estar muerto ese amante,  
No sintiera como siente.

LISARDO.  
Porque es cosa clara  
Que si yo como el sol fuera,  
Pues él al sol me compara,  
No hubiera quien me quisiera  
Ni á la cara me mirara.  
Fuera de ser un favor  
Tan comun como el amor,  
Dime, ;qué tiene que ver  
Con el sol una mujer?

LISARDO.  
Ser la alabanza mayor.

FLORA.  
No hay tal.

LISARDO.  
Pues di: cuanto vemos  
;A su luz no lo debemos?  
;No nos calienta?

FLORA.  
Eso es llano;

LISARDO.  
Dicese, Flora, morir  
Aquel penar y affigirse  
Un hombre dentro de sí.

FLORA.  
Dicese, mas no es así;  
Luego es mentira decirse.  
Pasa al segundo.

LISARDO.  
(Ap. ¡Ah, tirana!)  
(Lee.) «Yo os vi ayer á una ventana,  
;Y hoy por vos me veo arder.»

FLORA.  
Ya no le queda que hacer  
A ese tal para mañana.

LISARDO.  
Luego ;no suelen juntarse  
Las estrellas y mirarse  
De trino en galan y dama?

FLORA.  
Eso inclinarse se llama;  
No, Lisardo, enamorarse.  
Basta el ver para tener  
Solamente inclinacion;  
Mas para haber de querer  
Con fundamento y razon.  
Más es menester que ver;  
Porque el trato, la cordura,  
La condicion, la blandura,  
El donaire y el hablar  
Suele á un hombre enamorar  
Mas que la misma hermosura.  
Y supuesto que ha faltado  
Trato, gusto, amor y agrado,  
También aqueste ha mentido,  
Pues dice que me ha querido  
Antes de haberme tratado.  
Aquesto no es ser cruel,  
Sino querer acertar,  
Y serme á mi misma fiel.

LISARDO.  
Es condición singular.

FLORA.  
Vaya el tercero papel.

LISARDO.  
(Lee.) «Si de vuestro sol divino  
;Matan los rayos...»

FLORA.  
;Tan presto  
Con el sol á topár vino?

LISARDO.  
;También es mentira aquesto?

FLORA.  
Es muy grande desatino.

LISARDO.  
;Por qué?

FLORA.  
Porque es cosa clara  
Que si yo como el sol fuera,  
Pues él al sol me compara,  
No hubiera quien me quisiera  
Ni á la cara me mirara.  
Fuera de ser un favor  
Tan comun como el amor,  
Dime, ;qué tiene que ver  
Con el sol una mujer?

LISARDO.  
Ser la alabanza mayor.

FLORA.  
No hay tal.

LISARDO.  
Pues di: cuanto vemos  
;A su luz no lo debemos?  
;No nos calienta?

FLORA.  
Eso es llano;

LISARDO.  
Porque es cosa clara  
Que si yo como el sol fuera,  
Pues él al sol me compara,  
No hubiera quien me quisiera  
Ni á la cara me mirara.  
Fuera de ser un favor  
Tan comun como el amor,  
Dime, ;qué tiene que ver  
Con el sol una mujer?

LISARDO.  
Ser la alabanza mayor.

FLORA.  
No hay tal.

LISARDO.  
Pues di: cuanto vemos  
;A su luz no lo debemos?  
;No nos calienta?

FLORA.  
Eso es llano;

LISARDO.  
Porque es cosa clara  
Que si yo como el sol fuera,  
Pues él al sol me compara,  
No hubiera quien me quisiera  
Ni á la cara me mirara.  
Fuera de ser un favor  
Tan comun como el amor,  
Dime, ;qué tiene que ver  
Con el sol una mujer?

LISARDO.  
Ser la alabanza mayor.

FLORA.  
No hay tal.

LISARDO.  
Pues di: cuanto vemos  
;A su luz no lo debemos?  
;No nos calienta?

FLORA.  
Eso es llano;

Mas, en llegando el verano,  
¿De ese calor qué dirémos?

LISARDO.

No habrá cosa que no sea,  
Si con tal rigor se mira,  
Mentira para tu idea.

FLORA.

Pues si para mi es mentira,  
¿Por qué quieres que lo crea?

LISARDO. (Ap.)

Buena es la ocasión que veo  
Para decir la mi pena,  
Sin que culpe mi deseo.

FLORA.

Vaya el cuarto.

LISARDO.

(Ap. Bien se ordena.

Quiero fingir lo que leo.)

(Lee.) «Dos años há que os obligo,

»Tan humilde y tan contento,

»Que aun lo que siento no digo,

»Porque todo lo que siento

»Se queda siempre conmigo;

»Ni por muerto me juzgué,

»Ni os amé luego que os vi,

»Ni sol tampoco os llamé,

»Y pues que nunca os menti,

»Ya se ve lo que querré.»

FLORA.

O la memoria he perdido,

O este papel no he leído;

Pero ya la firma aguardo.

LISARDO.

La firma dice: Lisardo.

FLORA.

Y Lisardo el atrevido.

LISARDO.

¿Tanto atrevimiento es,  
Para quien muere callando,  
Leer un papel tan cortés,  
Cuando estoy muriendo y cuando  
Has escuchado otros tres?

FLORA.

Los otros no están aquí,

Y así tienen mas disculpa

Que tú para hablarme así;

Porque consiste la culpa

En ser delante de mi.

El escribir en quien ama,

Respeto y temor se llama;

Que aunque un papel se recibe,

No todo lo que se escribe

Puede decirse á la dama.

Mas, para que no te alteres,

Ni culpes en tu fortuna

Nuestros varios pareceres

(Que siempre lo que hace una

Pagan todas las mujeres).

Respondo que tú tambien

Estás, Lisardo, mintiendo,

Porque no es quererme bien

Hablarme en lo que me ofendo,

Conociendo mi desden.

Y pues pasas del concierto,

Aunque tengo por muy cierto

Que ni al sol me has comparado,

Ni aun un día me has amado,

Ni te has tenido por muerto;

No quiero que mas me veas,

Porque tan libre no seas

Cuando á hablarme te dispongas,

Que á mis preceptos te pongas

Y tus papeles me leas. (Vase.)

LISARDO.

Oye, mira, escucha, advierte...—

Tenía, Isabel;—tenía, Juana.

ISABEL.

¿Qué desdefiosa!

JUANA.

¿Qué fuerte! (Vase.)

OCTAVIO.

¿Qué dices?

LISARDO.

Que esta tirana  
Busca sin duda mi muerte.

OCTAVIO.

Y en fin, ¿qué piensas hacer?

LISARDO.

Sufrir, callar y querer  
Hasta que el amor la inspire  
Que en el espejo se mire  
Y conozca que es mujer;  
Porque la fiero mas fiero  
Al cabo de la jornada  
Se rinde, aunque nunca quiera,  
Ya que no de enamorada,  
De agradecida siquiera.

(Vanse Lisardo y Octavio.)

Salen DOÑA ELENA y BEATRIZ.

DOÑA ELENA.

¿Qué hora será?

BEATRIZ.

Son las diez.

DOÑA ELENA.

¿Las diez, y don Juan no viene?

Las diez, y falta don Juan

Mas ahora que otras veces?

No sé qué me dice el alma.

BEATRIZ.

No te apasionen ni alteres;

Que hacer estos ferriones

Un hombre que celos tiene,

Es la cartilla de amor

Hasta que el enojo cese;

Entren buenos de por medio,

Vayan y vengán papeles,

Llueva Dios satisfacciones,

Haya pliegues y mas pliegues,

Y al cabo de cuatro días

Alguna amiga os concierte;

Que es la postrera estacion

De todos los penitentes.

DOÑA ELENA.

Este don Diego ha de ser

Mi destrucion; él pretende

Darme la muerte sin duda,

A título de quererme;

Yo le he escrito, yo le he hablado,

Yo le he avisado á sus parientes,

Yo le he llevado por mal,

Y yo le he hecho, finalmente,

Todas cuantas diligencias

Pueden en el mundo hacerse,

Y no aprovechan con él

Ruegos, lágrimas, desdenes,

Persuasiones ni amenazas,

Y luego dirá la gente

Que, si porfían los hombres,

Es porque dan las mujeres

Ocasión á que porfien.

BEATRIZ.

Conforme los hombres fueren;

Que hay amantes espantajos,

Que se estarán erre, erre,

Mareando las esquinas

Y gastando las paredes

Todo el día en una calle,

Sin mas fruto que irolerse

Y moler á cuantos pasan;

Mas tente, que me parece

Que siento ruido aquí fuera.

DOÑA ELENA.

¿Ay Dios, si mi dueño fuese!

Sale LUQUETE.

LUQUETE.

Sudando vengo, por Dios,

BEATRIZ.

No es don Juan, mas es Luquete.

LUQUETE.

¿Señora?

DOÑA ELENA.

Pues ¿cómo solo?

LUQUETE.

Como hay gran mal.

DOÑA ELENA.

¿De qué suerte?

LUQUETE.

Ya viste que mi señor...

DOÑA ELENA.

Ya vi que estubo impaciente

Aquesta tarde.

LUQUETE.

Pues luego

Que el sol empezó á envolverse

En mantillas de oro y grana,

Y el mismo que fué á las nueve

Barba roja de las flores,

A las de la noche siete

Empezó con poca luz

A barbar castañamente;

Que, vuelto en nuestra vulgata

Todo aquesto, decir quiere

Que al anochecer se fué.

DOÑA ELENA.

Acaba, no me atormentes

Con dilaciones tan frias

Ni con pausas tan crueles.

LUQUETE.

Luego, pues, que llegó á casa,

Mirando al cielo unas veces,

Y otras mirando á la tierra,

Como jugador que pierde

Una trocada despues

De perder cuarenta suertes

Derechas, tomó recado

De escribir sobre un bufete,

Y escribió cuatro renglones,

Que fué milagro leerse,

Pues caballero, y turbado

Con este nuevo accidente,

Ya se ve qué letra haría;

Y cerrando el tal billete,

Me mandó darle á don Diego

Sin que nadie lo entendiese.

Díle, y díome la respuesta,

Que fué compendiosa y breve;

Leyóla, y mas indignado

Que cuarenta Lucíferos,

El rostro descolorido

Y el sombrero hasta la frente,

En una mano el broquel

Y en otra la de me fecit,

«Yo voy á reñir, me dijo,

Con don Diego de Meneses;

No digas palabra desto

A nadie, porque si fueses

Tan necio que lo dijeras,

Aunque piedad te moviese,

Las piernas te cortaría.»

Y sin bastar á tenerle

El ponerle por delante

Que era forzoso perderle,

Mas resuelto que un cochero,

Que es cuanto decirse puede,

Echó por la calle abajo.

DOÑA ELENA.

¿Ay Beatriz, cierta es mi muerte!

Bien mi triste corazón,

Bien, aunque confusamente,

Parece que me decía

Todo lo que me sucede.—  
Mas tú, di, ¿por qué no fuiste  
Con él?

LUQUETE.  
Ha de suponerse  
Que también don Diego irá  
A reñir únicamente.

DOÑA ELENA.  
Y si en el campo le esperan  
Con don Diego seis ó siete,  
Desgracia que ha sucedido  
En el mundo muchas veces,  
¿No fuera bueno, cobarde,  
Que su vida defendieses?

LUQUETE.  
¿No ves que hay descomunion  
Contra el hombre que saliere  
Al campo desafiado?

BEATRIZ.  
Mi Luquete, aunque es valiente,  
Es temeroso de Dios.

DOÑA ELENA.  
Ahora bien, cuando se pierde  
La vida, el honor y el gusto,  
No hay respetos que aprovechen.  
Mi tío queda durmiendo,  
Y cuando acaso despierte,  
No he de ser tan desgraciada  
(Aunque en todo lo soy siempre),  
Que me busque; vén, Beatriz.

BEATRIZ.  
¿Adónde?

DOÑA ELENA.  
A ver si parecen  
Por el campo ó por las calles;  
Y si los hallo, á meterme  
Yo misma por las espadas,  
Para que de mí se venguen;  
Pues yo, que la culpa he sido,  
Soy quien la pena merece.

BEATRIZ.  
Ya yo dejo los chapines.

DOÑA ELENA.  
Así vamos bien.

LUQUETE.  
Advierte  
Que si sabe mi señor  
Que yo lo he dicho... ya entiendes.

DOÑA ELENA.  
Vé tú delante.

LUQUETE.  
Ya voy.

*Sale DON JUAN, alborotado.*

DON JUAN.  
Pues ¿adónde desta suerte?

LUQUETE.  
Ahora á ninguna parte.

DOÑA ELENA.  
Pues que no me ves, á verte,  
Por no acostarme primero.  
Mas tú; ay Dios! ¿de dónde vienes?  
¿Qué has hecho? ¿Dónde has estado?

DON JUAN.  
Pues estando aquí Luquete,  
¿No lo sabes?

LUQUETE.  
No lo sabe,  
Porque no soy hombre...

DON JUAN.  
Tente;  
Que no vengo para gracias.

DOÑA ELENA.  
Antes está tan rebelde,  
Que nada quiere decirme  
Porque mas me desespero.  
¿Parece que estás turbado?

DON JUAN.  
Bien la ocasion lo merece.

DOÑA ELENA.  
¿Acaso vienes herido?

DON JUAN.  
En el alma solamente.

DOÑA ELENA.  
¿Desengañóte don Diego?  
¿Hablástele claramente?  
¿Salió solo al desafío?  
¿Dió palabra de no verme?  
¿Qué dices? ¿No me respondes?

LUQUETE.  
Conmigo la tema tienes.

DON JUAN.  
¿Y es esto no saber nada?

LUQUETE.  
Por mí sí; que las mujeres,  
En llegando á enamorarse,  
Para saber lo que quieren  
Menean muy bien las habas.

DOÑA ELENA.  
El alma, Señor, á veces  
Adivina los peligros  
Y las desdichas previene.

DON JUAN.  
Pues ¿cómo no sabe el alma  
Que, aunque ahora vengo á verte,  
Para siempre me has perdido?

DOÑA ELENA.  
¿Qué es perderte para siempre?

DON JUAN.  
No verme, Elena, en tu vida;  
Escucha en palabras breves.  
Yo sufrí de mi enemigo  
Las porfias descorteses;  
Rogásteme que callase,  
Callé por obedecerte.

Pensé que se rendiría  
Su porfia á tus desdenes;  
Mas no debieron de ser  
Los desdenes muy crueles;  
Que esto de veros queridas  
De manera os desvanece,  
Que aun á los hombres mas viles  
Agradeceis que os festejen.  
Finalmente, aquesta tarde  
(¡Oh, quién en lance tan fuerte,  
Como el triste Belisario,  
De sangre pura dos fuentes,  
En lugar de ojos, tuviera,  
Para cegar de repente!)

Te hallé con él en el campo;  
La causa el cielo la puede  
Solamente averiguar;

Lo que yo vi claramente  
Es que don Diego te hablaba;  
Que tú muy hermosa eres,  
Que él era mozo y galán,

Que saliste á hablarle y verle,  
Que estabas con él á solas,  
Que la ocasion era fuerte;

Si es agravio no lo sé,  
Solo sé que lo parece.  
Celoso, pues, y ofendido,  
Le supliqué que se viese

Conmigo ahora en el campo;  
Salió, concíle, habléle,  
Dile cuenta de mi amor,

Respondióme secamente,  
Desnudamos las espadas,  
Y quiso, Elena, mi suerte

Que le alcanzase una punta  
Y que la vida perdiese;  
Que una cosa es tener dicha,  
Y otra ser uno valiente.

Esto es todo lo que pasa,  
Y antes que llegue á saberse

Que yo he sido el homicida,  
Vengo á decir que te quedes  
Sin mí para muchos años,  
Y á que conozcas que tienes  
La culpa desta desgracia.  
Y con esto, adios; que puede  
Costarme, Elena, la vida  
Un instante detenerme.

DOÑA ELENA.  
Y á mí ¿qué me ha de costar,  
Cuando te pierdo y me pierdes  
Sin mas culpa que adorarte?

LUQUETE.  
Mal caso, Beatriz, es este.

BEATRIZ.  
Y mas para quien te amaba.

DOÑA ELENA.  
Véte, por Dios, véte, véte;  
Porque aun palabras no tengo  
Para poder responderte.

DON JUAN.  
Tú, Luquete...

LUQUETE.  
Ya te escucho.

DON JUAN.  
Vé á casa, y sin detenerte  
Me trae aquí dos caballos.

LUQUETE.  
Partiré como un cohete.

DON JUAN.  
Hoy pierdo á Valladolid.

DOÑA ELENA.  
Hoy quedo á morir ausente.

LUQUETE.  
Hoy comeré sin Beatriz.

BEATRIZ.  
Hoy heberé sin Luquete.

## JORNADA SEGUNDA.

*Salen DON JUAN y LUQUETE.*

DON JUAN.  
¡Lindo lugar!

LUQUETE.  
Extremado,  
Aunque gozado de noche,  
Y eso á caballo ó en coche.

DON JUAN.  
Eso la vida me ha dado.  
En Valladolid maté,  
De amor y de celos ciego,  
¡Lance forzoso! á don Diego;  
Ya lo sabes.

LUQUETE.  
Ya lo sé.

DON JUAN.  
Sali de Valladolid,  
Temiendo mayores males,  
Y en dos dias no cabales  
Nos pusimos en Madrid,  
Donde encontré con Lisardo,  
Que es el amigo mayor,  
De mas brio y mas valor,  
Mas discreto y mas gallardo  
Que tuve en toda mi vida,  
Y contéle lo que pasa.

LUQUETE.  
Bien se ve, pues en su casa  
Nos hizo tal acogida.

DON JUAN.  
Pensé por Madrid andar  
Sin ser de nadie notado;

Mas hémonos informado  
Que hay en aqueste lugar  
Muchos parientes y amigos  
De don Diego de Meneses;  
Y así, va para tres meses,  
Por excusar enemigos,  
Que de este cuarto no salgo  
Sino es de noche ó en coche.

LUQUETE.

En fin, tu día es la noche.

DON JUAN.

De su oscuridad me valgo;  
Si bien, en faltando el gusto,  
No hay cosa que bien parezca  
Ni fiesta que se apetezca.

LUQUETE.

Ese pesar es muy justo  
Si es por Elena, Señor.

DON JUAN.

Pues ¿por quién pudiera ser?  
¿Hay en el mundo mujer  
Como Elena?

LUQUETE.

¡Bravo amor!

DON JUAN.

¡Si tú la vieras, en tanto  
Que por los caballos fuiste,  
Aquella ¡ay Dios! noche triste  
Que ella y yo perdimos tanto!  
Dijome: «Mi bien, espera;»  
Respondí: «Mi mal, no quiero;»  
Y descompuesto y grosero  
A tomar fui la escalera;  
Mas ella, con la congoja,  
Llorosa de mi desden,  
Porque hay lágrimas tambien  
Que el coraje las arroja,  
Dando suspiros al aire  
Y cargada de razon,  
Un «pésia mi corazón»  
Dijo con tanto donaire,  
Que á verla volví, y la dije,  
Mirando hácia la pared:  
«¿Qué quiere vuesamerced,  
Que así me mata y affige?»  
Y como los niños suelen,  
Cuando su enojo señalan,  
Llorar mas si los regalan  
Y de sus ansias se duelen;  
Así sus divinos ojos,  
Que ya estaban reventando,  
En mirándome mas blando,  
Declararon sus enojos;  
Y por sendas de coral,  
Que eran del amor vergeles,  
Empezó á regar claveles  
Con racimos de cristal.  
Elena, en fin, de mi pena  
No tuvo culpa ninguna.

LUQUETE.

Pues ¿quién?

DON JUAN.

Mi triste fortuna.

LUQUETE.

Pues yo aseguro que Elena  
Aun mas que tú lo ha sentido.

DON JUAN.

¿Mas que yo? No puede ser.

LUQUETE.

Si puede, porque es mujer,  
Y dellas tengo entendido  
(Aunque las desmienta el nombre;  
Que en allegando á querer,  
Quiere cualquiera mujer  
Muchísimo mas que un hombre;  
Porque, en fin, el mas amante  
Ronda, visita, pasea,  
Juega, mira, y aun desea,

Divertido é inconstante;  
Mas una pobre señora,  
Que no sale por la villa,  
Y asida de una almohadilla,  
Cose lo mismo que llora,  
Claro está que guerra mas  
Y que guardará mas ley;  
¿No has visto comer á un buey,  
Y que despues á compas  
(Así la vida conserva)  
Con un curso repetido  
Vuelve á rumiar lo comido  
Hasta topar otra yerba?  
Así las mujeres son  
Con amor, porque en amando,  
Siempre están dando y tomando  
En su amorosa pasion,  
Hasta que llegan á ver  
Lo que pudieran amar,  
Y cesando de rumiar,  
Vuelve el amor á comer.  
Elena en un monasterio,  
De su tío despreciada,  
De sus deudos olvidada,  
Sin humano refrigerio  
Desde aquel suceso está;  
Pues ¿cómo quieres que esté  
Quien encerrada no ve  
Mas que tu retrato allá,  
Y las cartas que le escribes?

DON JUAN.

¿Y hago yo mas que leer  
Las tuyas?

LUQUETE.

Ella es mujer,  
Y tú por lo menos vives  
En Madrid, que basta el nombre,  
Donde solo el ver la gente  
Es consuejo suficiente;  
Juegas tu poquito de hombre,  
Y aun te entretienes con damas.

DON JUAN.

¿Yo con damas?

LUQUETE.

Tú con Flora,  
Que hay quien dice que te adora.

DON JUAN.

Sin razon su nombre infamas,  
Porque es mujer que al amor  
No rinde el pecho gallardo;  
Fuera de amarla Lisardo,  
Que es la respuesta mejor.

LUQUETE.

Por lo menos á tu ruego,  
Aquesto es cierto, permite  
Que Lisardo la visite.

DON JUAN.

Meter paz no es estar ciego;  
Mas aquí Lisardo viene.

Salen LISARDO y PINEO, criado.

LISARDO.

¿Don Juan?

DON JUAN.

¿Amigo y señor?

Pues bien, ¿cómo va de amor?

LISARDO.

Don Juan, como quien le tiene  
A quien no puede pagar,  
Porque no sabe querer,  
Y vos ¿qué pensais hacer?

DON JUAN.

O leer algo ó jugar.

LISARDO.

Antes quisiera llevaros  
A alguna parte esta tarde.

DON JUAN.

Tiéneme el riesgo cobarde.

LISARDO.

No teneis que recelaros  
Yendo en el coche y conmigo.

DON JUAN.

Vuestro soy.—Tú, con Fineo,  
Vé por cartas al correo.

LISARDO.

En casa de Flora digo  
Que estaremos, si os parece.

DON JUAN.

Yo no tengo voluntad;  
Guiad, elegid, mandad.

LISARDO.

Al paso que me aborrece,  
Adoro en esta mujer.

DON JUAN.

Pues venceréis porfiando,

LISARDO.

Porfiando y obligando.  
Vamos.

LUQUETE.

¿Y la vas á ver?

DON JUAN.

No voy sino á acompañar  
A quien es galan de Flora,  
Porque á Elena el alma adora.

LUQUETE.

Si por mí te he de juzgar,  
Elena será infeliz,  
Y á Flora querrás mañana;  
Porque despues que vi á Juana,  
No me acuerdo de Beatriz.

DON JUAN.

No es una nuestra fortuna.

LUQUETE.

¿Por qué, si es uno el trabajo?

DON JUAN.

Porque tú eres hombre bajo,  
Y yo soy don Juan de Luna.

(Vanse.)

Salen DOÑA ELENA, BEATRIZ y MAGDALENA, de toqueras vizcainas, y FELICIANO, viejo.

MAGDALENA.

No hay sino tener cuidado  
Con los precios de las tocas.

FELICIANO.

Mujeres en fin, y locas.

MAGDALENA.

No habrá casa, no habrá estrado,  
Dama, rincón, calle ó plaza,  
Que no registres y veas,  
Sin que de ninguno seas  
Notada.

DOÑA ELENA.

Discreta traza

Para lo que yo deseo,  
Que es solo ver á don Juan.

FELICIANO.

Buenas tus fortunas sean;  
Que aun te veo y no lo creo.

DOÑA ELENA.

El amor me tiene así.

FELICIANO.

¿Tú en Madrid, siendo quien eres?

DOÑA ELENA.

Si erramos siendo mujeres,  
Ya no hay remedio.

FELICIANO.

¡Ay de mí!

Ay de mí! Pues yo lo erré  
En venirte á acompañar.

DOÑA ELENA.

De tí me quise fiar.

FELICIANO.

Eso mi desdicha fué.

DOÑA ELENA.

Como juzgas, Feliciano,  
Solo por el apariencia,  
Culpas mi poca prudencia  
Y pensamiento liviano.  
Pero si yo te dijera  
Que, aunque me ves en Madrid,  
No sabe Valladolid  
Que estoy de aquesta manera,  
Ni que he salido de allá,  
Aunque falto tantos dias,  
¿Qué dirías? Qué dirías?

FELICIANO.

Eso imposible será.

DOÑA ELENA.

Pues para que no te admires,  
Puesto que discreto eres,  
Y disculpes las mujeres  
Cuando con amor las mires,  
Oye, y verás que mi amor  
Ha juntado en un sugeto  
La voluntad y el objeto,  
La osadía y el honor;  
Porque, aunque mi amor es mucho,  
Siempre he sido lo que soy.

FELICIANO.

Confuso y atento estoy.

DOÑA ELENA.

Escucha pues.

FELICIANO.

Ya te escucho.

DOÑA ELENA.

Yo tuve amor; bien empiezo  
Para contar mis tragedias,  
Porque si en tener amor  
Todas las penas se encierran,  
Es echar por el atajo  
Para decirte mis penas,  
Decirte que quise bien  
A don Juan de Luna y Lelva.  
No nos hablábamos, no,  
Por balcones ni por rejias,  
Porque esto de hacer terrero  
Fuera bueno si no hubiera  
Malsines que lo notasen,  
Vecinos y malas lenguas;  
Y así, en tratando de amor,  
Para quitar la sospecha,  
Mas vale que entre el galán  
Que no que se esté á la puerta;  
Porque dentro no le ven,  
Y le ven estando fuera;  
Y á veces deshouna mas  
Una vulgar apariencia  
Que una culpa cometida,  
Como con secreto sea.  
Por las tapias de un jardín,  
Que á otra calle da la vuelta,  
Entraba don Juan á verme,  
Sin tomarse mas licencia  
Que la que mi honor queria,  
Y le daba mi vergüenza;  
Si bien, tal vez amoroso,  
Que sin amor no hay ofensa,  
Dejando las del jardín  
Por comunes azucenas,  
Apeló para otras flores,  
Y puso la boca en ellas.  
Dió don Diego en este tiempo  
En amarme de manera,  
Que, apasionado don Juan,  
Sin cordura y sin prudencia  
Que no hay cordura que valga

Cuando los celos aprietan),  
Le sacó una noche al campo  
Y le mató (¡gran tragedia  
Para quien quedó llorando  
Con muchos ojos su ausencia!).  
Por el amor de don Diego,  
Tan público en todos era,  
Y la ausencia de don Juan,  
Se tuvo por cosa cierta  
Ser don Juan el homicida,  
Y ser tambien mi belleza,  
Por quererme bien entrambos,  
La causa de la pendencia;  
Que somos tan desgraciadas,  
Y mas en esta materia,  
Que aun la cólera de un hombre,  
Que por su gusto se arriesga,  
Quiere el vulgo licencioso  
Que corra por nuestra cuenta.  
De aquesta injusta opinion,  
Cuanto á mi honor tau incierta,  
Hizo tal duelo mi tío  
(Así la pasión le ciega),  
Que empezó, sin otra causa,  
A tratarme de manera,  
Que, cansada de pasar  
Por mil géneros de afrentas,  
De su casa me sali,  
Y estuve en la de una deuda  
Seis dias, sin resolverme  
A nada, por estar llena  
De opuestas dificultades  
La resolución mas cuerda;  
Porque volver con mi tío,  
Era doblarme las penas;  
Que enemigos y parientes  
Es casi una cosa mesma.  
Estarne con una amiga,  
No teniendo yo mi hacienda,  
Fuera bueno para un mes,  
Aunque mas amiga fuera.  
Ponerle pleito á mi tío  
Porque réditos me diera  
De cincuenta mil ducados,  
Que son mi dote y mi hacienda,  
No era cosa competente  
A mi estado y mi nobleza.  
Meterme en un monasterio  
Hasta que don Juan volviera  
Con libertad á mis ojos,  
Fuera la acción mas honesta  
Que pudiera hacer entonces  
Una mujer de mis prendas;  
Mas que don Juan en Madrid  
Se holgara y entretuviera,  
Quizá en fe de que yo estaba  
Encerrada en una celda,  
Era tambien fuerte caso,  
Y que en Madrid era cierta;  
Pues irme públicamente,  
Dijeran lo que dijeran,  
Con él, como con mi esposo,  
Aunque sé que lo desea,  
Era ponerme á peligro  
De que mal le pareciera,  
Y se le entibiara el gusto  
Solo en verme tan resuelta;  
Porque no sé qué se tiene  
Esto de rendir las fuerzas,  
Que á todos en general,  
Aunque mas amantes sean,  
Las alas del corazón  
Se les caen cuando les ruégan;  
De suerte que, indiferentes  
Entre la duda y la pena,  
Entre la muerte y la vida,  
Entre el honor y la ofensa,  
Estaba como arroyuelo,  
Cuando al bajar por las peñas,  
Siendo citara de aljófar  
Y filomena de perlas,  
Topó al hielo en el camino,

Y parando la carrera,  
El que era pájaro vivo,  
Saltando de sierra en sierra,  
Queda difunto marfil  
Y clavicordio sin cuerdas.  
Lo que don Juan me escribía  
En todas las cartas era  
Encarecerme su amor,  
Su firmeza y su tristeza;  
Que, como por el mentir  
A nadie le sacan prendas,  
En dejándose á la pluma,  
A trueque de que los crean,  
Dicen locuras los hombres  
Y mienten á rienda suelta.  
En efecto, Feliciano,  
Después de muchas quimeras,  
Trazas, desvelos, engaños,  
Invenciones y cautelas,  
Intento ver á don Juan  
En Madrid, sin que me vea,  
Y sin que en Valladolid  
Se presuma ni se entienda,  
Dos cosas casi imposibles;  
Mas oye, porque las creas.  
Tiene Beatriz una hermana,  
La cual, trocando en Elena  
El nombre de Estefanía,  
Se fué, y entrambas con ella,  
A un convento, desde donde  
Le escribí, dándole cuenta  
A don Juan de mi clausura,  
Si bien clausura supuesta;  
Y luego avisé á mi tío,  
Solo para que supiera  
Que estaba en parte segura,  
Y no hiciese diligencia  
De buscarme; y advirtiéndome,  
Por si álguien á verme fuera,  
A la tal Estefanía  
Que se fingiese indispuerta.  
Nos salimos una tarde,  
Y buscando una litera,  
Y una mula para tí,  
Sin que nadie lo entendiera,  
Nos venimos, y de cuanto  
Allá sucede en mi ausencia  
Me da parte Estefanía,  
Con una sobre cubierta  
Que dice A tí, por si acaso  
Alguien la lista leyera,  
Que conociera mi nombre,  
Y el secreto descubriera;  
Y las cartas que don Juan  
Me escribe por la estafeta,  
Me las envía tambien;  
Y yo, respondiendo á ellas,  
A uno que escribe la lista  
Llevo luego la respuesta,  
Que el oro todo lo vence;  
Y con su número y señas  
Entre las otras las pone;  
Con que parece por fuerza  
Escrita en Valladolid,  
Por el tiempo y por la fecha;  
De suerte que es imposible  
Que nadie en Madrid lo sepa,  
Ni en Valladolid tampoco,  
Pues Estefanía queda  
Con mi nombre en el convento,  
Sin que haya quien la desmienta;  
Mas viendo que he estado un mes  
Sin que ver á don Juan pueda,  
Ni en Prado, plaza ni calle,  
Fiesta, rio ni comedia,  
He llegado á imaginar  
¡Plegue al cielo que no sea!  
Que alguna dama en su casa,  
Por mas secreto, le hospeda;  
Y estando ayer platicando  
A questo con Magdalena,  
Que vive en este aposento,

Y á título de toquera

No hay dama que no visita  
Ni hay casa donde no entra,  
Me he determinado á andar  
De esta suerte hasta que venga  
A encontrar mi dulce dueño;  
Mas esto con advertencia  
De que soy, estando en casa,  
Doña Antonia de la Cerda,  
Y Luisa de Licoalde  
Vendiendo tocas de seda;  
Porque casi á un mismo tiempo  
He de ser dama y toquera.  
Esto ha sabido la industria,  
Esto los celos intentan,  
Esto solicita el alma,  
Esto quiere la sospecha,  
Esto pretende la duda,  
Esto alcanza la agudeza,  
Y esto ha podido el amor.  
Que cuanto quiere atropella;  
Porque con amor, no hay cosa  
Que no se allane y se venza.

FELICIANO.

Solo pudiera tu ingenio,  
Que es igual á tu belleza,  
Concertar tales engaños.

DOÑA ELENA.

El amor en todo acierta.

FELICIANO.

Consolado me has en parte,  
Aunque en el alma se queda  
Siempre un temor.

DOÑA ELENA.

No hay temor  
Andando de esta manera,  
Y con Magdalena al lado.

MAGDALENA.

Siempre será Magdalena  
Amiga y esclava tuya.

DOÑA ELENA.

No havas miedo que lo pierdas  
Conmigo.

BEATRIZ.

Pues ¿qué aguardamos,  
Que esta obra no se empieza?

DOÑA ELENA.

Que Magdalena nos guíe.

MAGDALENA.

Pues mirad que tengais cuenta  
Que en llamándome algún paje,  
Lacayo, escudero ó dueña,  
Porque no vamos tres juntas,  
Se ha de quedar á la puerta  
Una de las tres.

BEATRIZ.

Bien dice.

DOÑA ELENA.

Eres en todo discreta.

BEATRIZ.

Santiguémonos primero.

MAGDALENA.

Vaya en Dios y enhorabuena  
Por esta calle del Prado.  
Que es donde está la belleza  
Como en su centro.

DOÑA ELENA.

Camina;—

Y tú, Feliciano, espera;  
Que antes que se ponga el sol  
Habrémos dado la vuelta.

FELICIANO.

Dios te dé buena fortuna.

MAGDALENA. (En voz alta.)

¿Quién quiere tocas de seda?  
¿Compran tocas? ¿Quiéren tocas?

BEATRIZ.

Bueno va, si no se enreda.

MAGDALENA.

Anda, Luisa.

DOÑA ELENA.

Ya te sigo.—

Dulce amor, haz que yo vea,  
Si puede ser, á don Juan,  
Cuando otra cosa no sea.

BEATRIZ.

¿Y si le vieras con otra?

DOÑA ELENA.

¡Ay Dios! Quedárame muerta.

(Vanse.)

Sale FLORA.

FLORA.

Corazon, ¿qué novedad  
Es la que conmigo haceis?  
¿En qué pensais? ¿Qué teneis?

Decid, decid la verdad.

Mas no la digais, callad;

Que si no soy la que fui,

Y despues que me rendí,

Tengo otro ser y otra cara,

Como si con otra hablara;

Tengo vergüenza de mí.

Venció amor, suya es la palma;

Porque vivir sin amor,

Aunque parece valor,

Es desaliño del alma;

Estaba mi pecho en calma,

Sin bien, sin gusto y sin medra,

Y buscó muro á la hiedra

Para que no se derribe;

Que aun se cae, si no vive,

Un edificio de piedra.

Está don Juan en Madrid,

Y en Valladolid Elena,

Y parece que la pena

Le tiene en Valladolid;

Y como todo mi ardid

En no creer consistia,

Que amante perfecto habia,

Y tanto don Juan lo fué,

Casi á un mismo tiempo amé

Lo mismo que aborrecia.

Procedia mi tibieza

De temor, no de rigor;

Mas quitóme este temor

Ver de don Juan la firmeza;

Que aunque adora mi belleza

Lisardo, solo se llama

Amante el que ausente ama,

En tiempo que es novedad

Que aun guarde un hombre lealtad

En los brazos de su dama.

Mas ¡ay Dios! ya me acobardo

En tanta difenltad;

Don Juan tiene voluntad

A Elena, y á mi Lisardo.

Yo peno, suspiro y ardo,

Pues la garganta al cuchillo

Pongo por no descubrirlo;

Que una principal mujer

Puede llegar á querer,

Mas no llegar á decirlo.

Salen ISABEL y JUANA.

JUANA.

Lisardo, aquel que te adora...

ISABEL.

Lisardo, aquel que porfia...

FLORA.

Decid que venga otro día,

Que estoy indispueta ahora.

¿Viene solo? ¿Quién lo ignora?

Y querráme marear

Con hablar y mas hablar.

FABIO.

Un don Juan viene con él.

FLORA.

Pues ya estoy buena; Isabel,

Decid que pueden entrar.

ISABEL.

A ignorar tu condicion,

Dijera que ese contento...

FLORA.

Esto es solo cumplimientó,

No, amigas, inclinacion;

Porque no fuera razón,

Cuando por galanteria

Me viene á ver algun día,

No dejarme hablar ni ver;

Que una cosa es no querer,

Y otra tener cortesla.

ISABEL.

Bien podeis entrar.

Salen DON JUAN y LISARDO.

LISARDO.

¿Señora?

FLORA.

En sentándoos hablarémos.

(Ap. Amor, toda soy extremos.)

DON JUAN.

¿Qué discreta!

FLORA.

Ahora, ahora

A entrambos preguntaré

Cómo estáis.

LISARDO.

Yo muy contento

Solo en veros, esto siento.

FLORA.

¿Y vos, don Juan?

DON JUAN.

No lo sé;

Que, como de mi cuidado

Es Elena el alma y vida,

Y esta ausencia desabrida

Sin Elena me ha dejado,

Aunque por horas la escribo,

Y aunque tengo el alma allá,

Hasta saber cómo está,

No sé si muero ó si vivo.

Y así, pues que solo sé

Que no sé, bien respondi,

Porque nunca sé de mí

Mientras de Elena no sé.

FLORA.

Un hombre que cada instante

Habla y ve tantas mujeres

De tan lindos pareceres,

¿Puede ser tan firme amante?

DON JUAN.

No hay quien me parezca bien.

FLORA.

(Ap. Buen consuelo, por mi vida,

Para quien está perdida.)

Cuanto al ser mujer de bien,

De mas virtud y decoro,

De mas recato y mas fama,

Bien creeré, si, que esa dama

Merezca mas, no lo ignoro;

Pero cuanto á la belleza,

El talle, el brio, el andar,

No; porque estáis en lugar

Que el garbo, la gentileza,

Lo prendido y lo brillante

Tiene principio de aquí...

DON JUAN.

Yo confieso que es así,

Y que erraré como amante;  
Mas si la hermosura es cosa  
Que la da quien la encarece,  
La que á un hombre le parece  
Mejor es la mas hermosa;  
Y así, aunque sea menos bella,  
Tendrá Elena esa fortuna,  
Porque no puede ninguna  
Parecerme como ella.

FLORA.

Seréis un necio.

LISARDO. (Ap.)

Parece  
Que está Flora con cuidado,  
Y que casi se ha enfadado  
Porque don Juan encarece  
A Elena. Pues ¿qué será?  
Vanidad debe de ser;  
Que amor fuera á ser mujer,  
Y es un mármol, claro está.

Sale LUQUETE, con unas cartas.

LUQUETE.

Albricias.

DON JUAN.

¿Hay cartas?

LUQUETE.

Sí,

De Elena es aqueste pliego.

DON JUAN.

Que me perdoneis os ruego.

FLORA. (Ap.)

Esto es peor, ¡ay de mí!

(Abre el pliego don Juan, y pónese á leer, y hablan Flora y Lisardo, y Flora está mirando á don Juan.)

LUQUETE.

¡Jesus, qué de garabatos!  
Cada renglon destas planas  
Es una sarta de ranas.

FLORA.

No han de ser todos ingratos.

LISARDO.

Yo por lo menos no puedo  
Serlo contigo.

FLORA.

¿Por qué?

LISARDO.

Porque no tengo de qué.

DON JUAN.

Aquí dice: (Lee.) «Sin ti quedo.»

FLORA.

¿Qué dices?

LISARDO.

No habla contigo.

FLORA. (Ap.)

¡Amor no bastaba, cielos,  
Sino amor, invidia y celos!

LISARDO.

Estad en esto que os digo.

FLORA. (Ap.)

Para quien ve lo que ve,  
Es este lindo remedio.

(Pónese entre las dos mozas Luquete muy recto.)

LUQUETE.

La virtud consiste en medio.

JUANA.

¿Y es la virtud su mercé?

LUQUETE.

Para lo que la cumpliere.

JUANA.

¿Es casado?

LUQUETE.

Soy muy cuerdo.

JUANA.

¿Sabe de amores?

LUQUETE.

Me pierdo.

JUANA.

¿Querráme?

LUQUETE.

Si me quisiere.

JUANA.

¿Páreceme gran figura!

LUQUETE.

Grande no, figura sí.

JUANA.

¿Sabes dar?

LUQUETE.

Soldado fui.

JUANA.

¿Regalas?

LUQUETE.

He sido cura.

JUANA.

Pues toca.

LUQUETE.

¡Buena señal!

Tuyo soy, pésia mis males.

JUANA.

Yo gano catorce reales.

LUQUETE.

Yo racion de pan y real;

A las once te veré.

JUANA.

Ya me habré lavado entonces.

LUQUETE.

¿Hay esconce?

JUANA.

Y aun esconces.

LUQUETE.

Yo en una cuna cabré,  
Porque soy un bon ami.

JUANA.

Ya yo me fino y desalmo.

LUQUETE.

Esto es amar por ensalmo;  
Aprended, flores, de mí...

LISARDO.

¿Que te precies de tirana!

FLORA.

Mas con eso me provocas.

MAGDALENA. (Dentro.)

«¿Compran tocas? ¿Quieren tocas?»

FLORA.

Llama esa toquera, Juana.

JUANA.

¿Para qué?

FLORA.

Para excusarme  
De responder á este necio,  
Que, á pesar de mi desprecio,  
Da en quererme y en cansarme,  
Cuando está mi voluntad  
Adorando á un enemigo.

JUANA.

¡Hola, toquera! ¿Qué digo?

MAGDALENA. (Dentro.)

Luisa, que llaman.

ISABEL.

Entrad

Por esa puerta.

Salen DOÑA ELENA y BEATRIZ.

DOÑA ELENA.

¿Quién llama?

JUANA.

Mi señora.

LISARDO.

¡Gentil talle!

BEATRIZ.

Es por demás el buscallo.  
¡Linda casa!

DOÑA ELENA.

¡Y linda dama!

Dios guarde á su señoría,  
Su merced, ó lo que fuere;  
¿Sois vos quien las tocas quiere?

FLORA.

Yo soy.

LISARDO.

Bien, por vida mía.

DOÑA ELENA.

Pues ya sacamos la tienda.

FLORA.

Y yo con gusto te escucho.

DOÑA ELENA.

No hay sino comprarme mucho,  
Porque traigo linda hacienda  
Y mucha; porque ballaréis  
Tocas de reina y beatillas,  
Gasas, velos y espumillas,  
Y otras muchas; ¿cuál queréis?

FLORA.

¿Traes algun descanso?

DOÑA ELENA.

No;

Porque si yo le trajera,  
Para mí me le quisiera;  
Que tambien le busco yo.

LISARDO.

¿Cómo, siendo vizcaína,  
Hablas tan bien nuestra lengua?

DOÑA ELENA.

Porque es en vizcaína mengua,  
Y entre los nobles mohina,  
Hablar vascuence jamás,  
Sino fino castellano.

FLORA.

Bien predicas con la mano.

DOÑA ELENA.

Si yo predico, tú estás  
Haciendo oficio de preste,  
Revestida entre los dos.

(Acaba don Juan de leer, y vuelve la cara, y vele doña Elena.)

DON JUAN.

Yo he leído.

DOÑA ELENA.

Mas, ¡ay Dios!

Beatriz, ¿no es don Juan aqueste?

DON JUAN.

Diréis que grosero fui.

LISARDO.

Disculpa tiene quien ama.

FLORA.

Largo os escribe esa dama.

DON JUAN.

No me lo parece á mí.

DOÑA ELENA.

¡Ay Beatriz! apenas puedo  
Respirar, porque el dolor,  
La pesadumbre, el amor,  
El sobresalto y el miedo,  
Como con llave, han cerrado  
Todas las puertas al pecho.  
¡Ah don Juan, qué mal lo has hecho!

BEATRIZ.

Pues el traidor del criado,  
Que está en oracion mental  
Con la otra picarona...

DOÑA ELENA.  
El amo al criado abona.  
BEATRIZ.  
Bien dices; tal para cual.  
DOÑA ELENA.  
¡Mal haya el oficio, amén!  
(Rompe una toca.)

BEATRIZ.  
Que vienes loca recelo.  
DOÑA ELENA.  
¿De las tocas tienes duelo,  
Cuando tal mis ojos ven?

(Van recogiendo las tocas.)  
Mas esto ha de ser así;  
Vamos presto, y tú allí enfrente  
Espera secretamente  
A ver si sale de aquí;  
Y si sale, vé tras él.  
Mientras yo me llevo á casa,  
Y vuelvo á ver lo que pasa  
Con Magdalena. (Ap. ¡ Ah cruel,  
¡ Bien pagas mi amor honesto!)

DON JUAN.  
¿Vendeis tocas?  
DOÑA ELENA.  
Ya no hay tocas.

BEATRIZ.  
Voyme volando.  
(Vase Beatriz, y levántanse.)

FLORA.  
¿Estáis locas?  
LISARDO.  
Descolorida se ha puesto.

FLORA.  
¿Qué ha sido?  
DOÑA ELENA.  
No sé de mí.  
FLORA.

FLORA.  
Pues ¿qué sientes?  
DOÑA ELENA.  
Harto siento.  
(Ap. Aquí importa el fingimiento.)

DON JUAN.  
Luquete, llégate aquí.  
LUQUETE.  
Ya penetro lo que quieres.

DON JUAN.  
¿No es Elena esta mujer?  
LUQUETE.  
No, mas debiéralo ser.  
FLORA.

FLORA.  
No te apasiones.  
DOÑA ELENA.  
¿Qué quieres,  
Si en una casa que entré  
Me hurtaron (¡ infame casa!)

La mejor prenda de gasa?  
(Mirando á don Juan.)  
Yo ahora menos la eché,  
Y voy á cobrarla (¡ ay triste! )  
Por la justicia ó concierto.

DON JUAN.  
Si no tuviera por cierto  
Que este pliego me trajiste,  
Que há tres dias que está escrito,  
Y que Elena está encerrada,  
Dijera...

LUQUETE.  
No digas nada;  
Que aun el pensarlo es delito.  
DON JUAN.

¿Que hasta en la voz puede ser  
Que se parezcan las dos?

LUQUETE.  
Párecense, juro á Dios,  
Mas que el freir y el llover.

DON JUAN.  
Pues si se parece á Elena,  
Solo por eso he de amarla,  
Servirla y solicitarla.

DOÑA ELENA.  
Era la pieza muy buena.  
DON JUAN.  
Pues decid lo que valis;  
Que yo pagártela quiero.

DOÑA ELENA.  
No siento tanto el dinero  
Como la bellaquería.  
(Ap. Ya en mi los dos repararon.)  
Y vive Dios, que aunque entienda  
Arriesgar toda mi hacienda,  
Puesto que me la robaron;  
Y aunque pensara por ella  
Perder, pues ya estoy perdida,  
Con el hacienda la vida,  
Que es echar á todo el sello,  
He de vengarme de un hombre  
Que estaba junto á un estrado,  
Y con capa de hombre honrado  
(Que tambien engaña el nombre),  
Apenas volvi los ojos,  
Cuando me engañó el traidor;  
Porque en no viendo, el mejor  
Sabe hacer estos enojos;  
Pero yo me vengaré  
Si lo llevo á averiguar.  
(Ap. Amor, no hay de qué fiar;  
Tambien don Juan hombre fué.) (Vase.)

DON JUAN.  
Como es de Elena traslado,  
Y colérica la vi,  
Vive Dios, que la temí.

FLORA.  
Gran sentimiento ha mostrado.  
LISARDO.  
Cuando es el caudal tan poco,  
Siéntese cualquiera cosa.

DON JUAN.  
La vizcaina es hermosa;  
Vamos tras ella.

LUQUETE.  
¿Estás loco?  
DON JUAN.  
Adios, Lisardo; adios, Flora;  
Que tengo un negocio.

FLORA.  
Adios.  
LISARDO.  
¿Quereis que vaya con vos?

DON JUAN.  
Importa el ir solo ahora. (Vase.)  
FLORA.

¿Solo se va? Pues decid,  
¿Si fuese alguna pendencia?  
LISARDO.  
Pendencia no, diligencia  
Será de Valladolid.

FLORA.  
Este miedo solo nace  
De ser don Juan vuestro amigo.

LISARDO.  
Yo tambien lo mismo digo;  
Mas mirad, quien satisface  
Parece que está dudando  
El mismo de la verdad.

FLORA.  
Esta es justa voluntad.

LISARDO.  
Vos propia os vais despeñando,  
Pues que decís que no es justa;  
Mas yo, Señora, me obligo,  
Pues de don Juan, por mi amigo,  
Dice vuestro amor que gusta,  
A venir tan prevenido,  
Que traiga, por mas galan,  
Siempre conmigo á don Juan,  
Para ser bien recibido.

FLORA. (Ap.)  
Lisardo, aunque se reporta,  
Ha entendido mi alicion.

LISARDO.  
Celoso voy con razon;  
Mas es de don Juan, no importa.  
(Vanse.)

Salen DON JUAN y LUQUETE.

DON JUAN.  
En aquesta casa entraron.

LUQUETE.  
¿Válgate Dios por mujer!  
¿Hay cosa tan parecida?

DON JUAN.  
Luquete, tan ella es,  
Que Elena propia á si propia  
No se puede parecer  
Tanto como esta toquera.  
LUQUETE.  
¿Oh milagro del pincel  
Soberano! Mas ahora  
¿Qué es lo que tenemos de hacer?

DON JUAN.  
Aguardarla; pero no,  
Porque aquí sin duda fué  
Donde la hurtaron las tocas  
Esta tarde, y puede ser  
Que la pierdan el respeto  
Si me detengo.

LUQUETE.  
Pues bien,  
¿Qué determinas?

DON JUAN.  
Entrar,  
Y aun hacérselas volver.  
LUQUETE.  
Eso es tener treinta y nueve  
Para loco.

DON JUAN.  
Llama pues.  
LUQUETE.  
¿Qué es llamar? ¿Estás en tí?

DON JUAN.  
Pues aparta, apartaté;  
Que yo llamaré.

LUQUETE.  
Repara  
En que es echarte á perder,  
Y echarme á correr á mí.

Sale FELICIANO.

DON JUAN.  
¿No hay quien responda?

FELICIANO.  
¿Quién es?

DON JUAN.  
Un hombre.  
FELICIANO.  
Pues ¿qué mandais?

DON JUAN.  
Aquí ha entrado una mujer,  
Que pienso que vende tocas,

Y aun rayos puede vender,  
A cobrar no sé qué pieza,  
Y aunque es poco el interés,  
Para una mujer es mucho;  
Y recibiré merced  
En que hagáis que se le vuelva;  
Porque si no, puede ser...

LUQUETE.

Que nos volvamos á casa;  
Que es mi señor muy cortés.

FELICIANO.

¿Toquera aquí vizcaína?  
No os han informado bien.

DON JUAN.

Yo mismo la he visto entrar;  
Mirad si me engañaré.

FELICIANO.

Aquí, Señor, hay dos puertas,  
Y si acaso entró, creed  
Que se salió por la otra;  
Que aquesta casa no es  
Casa donde se pudiera  
Semejante engaño hacer.

LUQUETE.

No, Señor.

FELICIANO.

Porque aquí vive,  
Habrá dos años ó tres,  
Doña Antonia de la Cerda,  
Mujer muy noble y mujer  
Que es de don Pedro de Vargas,  
Caballero de Jerez.

LUQUETE.

Aquí no hay qué replicar.

DON JUAN.

Cuanto me decís creeré;  
Mas la toquera está dentro,  
Y yo la tengo de ver.

FELICIANO.

Advertid que si don Pedro  
Viniese...

LUQUETE.

¿Que en esto dés?

FELICIANO.

Mas ya sale mi señora.

*Sale DOÑA ELENA, de dama y con vestido diferente.*

DOÑA ELENA.

¿Quién da voces? ¿Qué queréis?  
Qué descompostura es esta?

*(Reparan los dos en ella.)*

DON JUAN.

Yo buscaba una mujer...—  
Mas ya, Luquete, ¿qué es esto?

LUQUETE.

¿Qué ha de ser, sino querer  
Volvemos á entrambos locos,  
Sin por qué ni para qué?

DOÑA ELENA. *(Ap. á Feliciano.)*

Tenme aparejado el manto;  
Porque tengo de ir tras él,  
Por si Beatriz se descuida.

DON JUAN.

En fin, ¿que es vuesamerced  
Mi señora doña Antonia  
De la Cerda?

DOÑA ELENA.

¿No lo veís?

DON JUAN.

¿Y con don Pedro de Vargas  
Casada también?

DOÑA ELENA.

También.

DON JUAN.

¿También? ¿Y eso há mucho?

DOÑA ELENA.

Habrá

Como nueve años ó diez.

DON JUAN. *(Ap.)*

¿Diez años? ¿Que esto se diga!

DOÑA ELENA.

Si, porque yo me casé  
*(¡Valgame Dios!)*, ¿qué año era?  
¡Ab si! *(Dios me acuerde en bien)*  
El año de diez y nueve;  
Mas decidme, ¿para qué  
Es tan larga informacion?

DON JUAN.

¿Para qué? Para perder  
El juicio.

LUQUETE.

Y cuarenta juicios,

Si los pudiera tener;

¿Aqueste es encanto ó es cómo?...  
DON JUAN.

Alto, ello debe de ser  
Así, pues lo dicen todos;  
Perdonad si os enojé,  
Que yo he venido engañado.

DOÑA ELENA.

Mas valiera ser cortés  
Y usar de mejor estilo;  
Porque, si amor me teneis,  
Como he pensado, si acaso  
Sois vos, no lo dudo, quien  
Ronda de noche esta calle,  
Conquistando mi desden...

DON JUAN.

¿Yo, Señora?

LUQUETE.

Esto es mejor.

DOÑA ELENA.

Aunque es hacerme merced,  
No es cordura aventureros,  
Habiendo pluma y papel,  
A quererme hablar por fuerza,  
Donde se puede temer  
El peligro de un marido;  
Mas voyme, que estoy turbada,  
Y puede ser, puede ser  
Que venga don Pedro; adios.

DON JUAN.

Y á vos larga vida os dé.

DOÑA ELENA. *(Ap.)*

Mamáronla los señores;

Lindamente lo tracé.

*(Vase.)*

LUQUETE.

¡Jesus ochenta mil veces!

DON JUAN.

Tal estoy, que apenas sé  
Lo que me está sucediendo,  
Aunque lo acabo de ver.

LUQUETE.

Alguna vieja anda aquí,  
De estas que al anohecer  
Vuelan por las chimeneas.

DON JUAN.

No sé, Luquete, no sé;  
Pero lo que yo he sacado  
De aquesas enigmas es,  
Que Elena está en un convento,  
Que las cartas van á él,  
Que ella me responde á todas,  
Que es suya aquesta que ves;  
Que la toquera de hoy  
Es doña Elena también;  
Y lo mismo doña Antonia.

LUQUETE.

De esa suerte ya son tres.

DON JUAN.

Tres son, y serán trescientas.

LUQUETE.

Pues ¿qué remedio ha de haber?

DON JUAN.

Pues perdimos la toquera,  
Y lo mismo viene á ser,  
Pretenderé á doña Antonia,  
Pues que de su boca sé  
Que hay un galan que la mira,  
Y á mi me tiene por él;  
Y con esto, por lo menos,  
Mis penas entretendré  
Hasta salir deste encanto.

LUQUETE.

Dios nos alumbre con bien.

*(Vanse.)*

### JORNADA TERCERA.

*Salen DOÑA ELENA y BEATRIZ, de damas; MAGDALENA y FELICIANO.*

DOÑA ELENA.

En fin, ¿con él has estado?

MAGDALENA.

Y tan loco está por tí,  
Que porque yo me ofrecí  
Solo á darte este recado,  
Después de mil bendiciones  
Y besamanos al uso  
*(¡Brava fineza!)*, me puso  
En la mano seis doblones,  
Que en aqueste tiempo es una  
De las señales del juicio.

FELICIANO.

No es muy diablo el tal oficio;  
Mas tiene buena fortuna.

MAGDALENA.

En fin, hablar prometí  
En su voluntad contigo;  
Porque, si verdad te digo,  
Aunque dello me rei,  
Fueron sus extremos tantos,  
Que me lastimó don Juan.

DOÑA ELENA.

Luego los hombres dirán  
Que son todos unos santos.

BEATRIZ.

¿Qué es santos? Herejes son;  
Del mejor dellos reniego.

DOÑA ELENA.

¿Que estaba don Juan tan ciego?

MAGDALENA.

Digo que era compasion.

DOÑA ELENA.

Pues ¿qué mujer ha de haber  
Tan loca y desatinada,  
Que les de crédito en nada,  
Viendo lo que llevo á ver?  
Don Juan es cuerdo y galan,  
Cortés, gallardo, entendido,  
Puntual y bien nacido,  
Y con todo eso, don Juan  
A un mismo tiempo enamora  
A cuatro, sin lo encubierto;  
A mí como á mí, esto es cierto,  
Y luego á Luisa y á Flora,  
Y á doña Antonia también:  
A Luisa, porque te avisa  
Que hables de su parte á Luisa,

Señal que la quiere bien ;  
A Flora, porque aquel día  
Que con ella (¡ay Dios!) le vi,  
En sus ojos conocí  
Las ofensas que me hacía ;  
A doña Antonia, no hay duda,  
Pues la busca, ronda y mira,  
Escribe, ruega y suspira ;  
De suerte que el que se muda  
Menos es el mas galán,  
Tres damas tiene, sin mí ;  
Pues si el mejor es así,  
Los otros ¿cómo serán ?

BEATRIZ.

¿Cómo? Teniendo hasta ciento ;  
Porque dicen que un topon  
No ofende la inclinacion,  
No siendo cosa de asiento.

DOÑA ELENA.

Pues si esa es ley general,  
Consientan nuestros errores.

BEATRIZ.

Luego acotan los señores  
Que una mujer principal,  
Si yerra, yerra á su costa ;  
Y así, han de amar sin errar.

DOÑA ELENA.

Pues bien, ¿qué he de hacer ?

BEATRIZ.

Estar,

Como soldado de posta,  
Sufriendo noches y días,  
Solo con decir el nombre,  
Las sequelades de un hombre,  
Tramoyas y picardías ;  
Mas consuélese tu pena,  
Con que la que á mí me dan  
Es mayor; que á ti don Juan,  
Si te ofende, es porque á Elena  
En Luisa y Antonia ve ;  
Mas ¿veme Luquete á mí  
En Juana? ¿Tengo yo allí  
Talle, accion, mano ó pié,  
Que imite á lo que pintó  
El autor de las Beatrices?  
Tengo yo aquellas narices?  
¿Soy ángel trompeta yo?  
Ella es blanda, y yo cruel,  
Ella gruesa, yo sucinta,  
Ella lantejas y tinta,  
Y yo nazulas y miel ;  
Pues ¿cómo este desalmado  
Me ofende con Juana ahora ?

DOÑA ELENA.

¿Y parézcome yo á Flora ?

BEATRIZ.

Eso no está averiguado.

DOÑA ELENA.

Pues yo lo he de averiguar,  
Y mas, si mas puede ser.

BEATRIZ.

Pues ¿qué has de hacer ?

DOÑA ELENA.

¿Qué he de hacer?

Primeramente estorbar  
Cuanto intentare en mi daño,  
Y pues me tiene en tan poco,  
Vengaréme en traerle loco  
Mientras durare el engaño.  
Hoy tengo de estar con Flora,  
Y he de saber, vive Dios,  
Si se quieren bien los dos ;  
Y porque me han dicho ahora  
Que es en Flora vanidad  
No querer á nadie bien,  
Porque dice que no hay quien  
Trate á una mujer verdad ;  
Mudando el nombre en Leonor,

Tan fácil he de pintalle,  
Que la obligue á desprecialle,  
Cuando le tuviese amor.

Tú has de llevarle un papel  
De otra letra, en que le avisa  
Luisa que le quiere Luisa,  
Y que hoy se verá con él ;  
Hoy llega el correo á Madrid,  
Y respondiendo á su carta,  
Le rogaré que se parta  
Al punto á Valladolid,  
Porque importa ; tú, despues  
Que se haya puesto la lista,  
Y esté ya mi carta vista.

Has de darle, muy cortés,  
De doña Antonia un recado,  
Diciendo que mi marido  
A Granada se ha partido,  
Y que á mí se me ha antojado  
Irme al Prado á entretener  
Unos días, y podrá,  
Si quisiere, verme allá,  
Que es empezarle á querer.

Con esto tres cosas hago :  
Examino su verdad,  
Conozco su voluntad,

Y tambien me satisfago  
De la mohina y la pena  
Que me da aqueste enemigo,  
Ofendiéndome conmigo,

Pues viendo que soy de Elena,  
Ya vizcaína, ya dama,  
Un original tan vivo,

Admirado y pensativo,  
Sin conocer á quién ama,  
Todo se le va en mirarme  
(Haciendo discursos vanos),  
Ya á la boca, ya á las manos ;  
Con lo cual vengo á vengarme  
Dél con él, teniendo en él  
El agravio y el castigo,  
Pues él me ofende conmigo,  
Y yo me vengo con él.

BEATRIZ.

Vive Dios, que en enredar  
Cátedra puedes leer  
A un mobartero.

DOÑA ELENA.

Una mujer,  
Beatriz, en llegando á amar,  
Tiene ingenio peregrino.

BEATRIZ.

Bien en el tuyo se ve.

DOÑA ELENA.

Hoy le verás cuando esté  
Con Flora.

BEATRIZ.

El mejor camino  
Para saber de raíz  
Tus agravios ha de ser...

DOÑA ELENA.

Pues no me ha de anochecer  
Sin saberlo ; vén, Beatriz,  
Y tú, para que te dé  
El papel de la tal Luisa.

FELICIANO. (Ap.)

Aquesto es perderse aprisa.

MAGDALENA.

Yo sé que por él tendré  
Buenos guantes y buen porte.

FELICIANO.

Y aun una mitra tendrás.

BEATRIZ.

En bravas cautelas das.

DOÑA ELENA.

Esto se aprende en la corte.

(Vanse.)

Salen DON JUAN y LUQUETE.

DON JUAN.

Ni sé, Luquete, de mí,  
Ni sé lo que he de creer.

LUQUETE.

Válgate Dios, por mujer,  
O el diablo, para que así  
Nos dejen Antonia y Luisa,  
Pues son y no son Elena ;  
¿Y ha de venir Magdalena ?

DON JUAN.

Pues ¿no ?

LUQUETE.

Yo lo tengo á risa,  
Porque despues de agarrar  
Los seis doblones, no es cierto.

DON JUAN.

Ella cumplirá el concierto.

LUQUETE.

O el perro habrá de ladrar ;  
Pero aquí viene Lisardo.

Sale LISARDO.

LISARDO.

¿Don Juan ?

DON JUAN.

¿Amigo ?

LISARDO.

¿No entráis ?

DON JUAN.

He aguardado á que vengals.

LISARDO.

¿Por qué ?

DON JUAN.

Porque me acobardo  
El entrar sin vos adonde  
Solamente entro por vos.

LISARDO.

Mil años os guarde Dios ;  
Pero mi amor os responde  
Que están las cosas de modo,  
Que aunque yo el primero fuera  
Que viniera, ser pudiera  
Que os aguardara yo y todo ;  
Porque, aunque soy de los dos  
Quien mas parte tiene aquí,  
Mejor podeis vos sin mí,  
Que yo puedo entrar sin vos.

DON JUAN.

Enigmas son que no entiendo.

LISARDO.

Pues yo me declararé ;  
Flora os quiere, y yo lo sé.

DON JUAN.

Pues adios.

LISARDO.

¿Qué haceis ?

DON JUAN.

Pretendo,

Con no volver mas aquí,  
Daros, Lisardo, á entender  
Que siempre tengo de ser  
Lo que soy y lo que fui ;  
Soy y he sido vuestro amigo,  
Soy y he sido principal ;  
Dar celos es tratar mal,  
Tratar mal es de enemigo,  
Ser el amigo, es injusto,  
De quien mi remedio fué ;  
Y así, no es razon que os dé  
Flora conmigo disgusto ;  
Y ya que os le haya de dar,  
No ha de ser con mi nombre,  
Sino con vos ó con hombre  
Con quien me pueda matar.

LISARDO.  
Yo agradezco, cuanto á mí,  
Don Juan, esa gentileza,  
Hija de vuestra nobleza;  
Pero no ha de ser así.  
Vos habeis de entrar aquí,  
Siquiera porque no entienda  
Flora, aunque en amor se encienda,  
Que elegi tan mal amigo,  
Que no le traigo conmigo  
Por temor de que me ofenda.  
Si en Flora es cierto quereros,  
Y sin vos me viese ahora,  
Es cosa cierta que Flora  
Deseara, don Juan, veros;  
Y entre tormentos tan fieros,  
Mas quiero, don Juan, que os vea,  
Porque quien ve no desea,  
Mas quien no ve su cuidado,  
Por ver lo que ha deseado  
Hará cualquier cosa fea.  
De veros tan firme amante,  
Aunque era la dama Elena,  
Su amor procedió y su pena;  
Mas es mujer, no os espante;  
Y así, para en adelante,  
Sabed de su ciego error  
Que tratarlas de otro amor,  
Dándoles invidia en él,  
Es pautarles el papel  
Para que escriban mejor.  
En fin, de verla inclinada  
Me huelgo, aunque no sea á mí,  
Pues por lo menos, así  
Sabrá amar y ser amada;  
Y en viéndose despreciada,  
De celos y agravios llena,  
Puede ser que mas serena,  
Aunque de quererme huya,  
Por lo que siente la suya,  
Se lastime de mí pena.

Salen FLORA y JUANA.

FLORA.  
¿Doña Leonor de Peralta?  
JUANA.  
Ella el recado me dió.  
FLORA.  
No conozco tal mujer,  
Ni á mi noticia llegó;  
¿Y parece principal?  
JUANA.  
Eso, brava obstentacion;  
Trae su poco de escudero,  
Y detrás, como timon,  
Una dueña remilgada,  
Mas tiesa que un asador.  
FLORA.  
Digo que no la conozco;  
Mas, pues ella me buscó,  
Ella me conocerá;  
Di que entre.  
JUANA.  
A decirselo voy. (Vase.)  
LUQUETE.  
Capitulo de otra cosa;  
Que está aquí Flora.  
FLORA.  
¿Señor  
Don Juan? ¿Luquete?  
LUQUETE.  
¿A mí y todo  
Tanto honor, tanto favor?  
FLORA.  
No os suplico que os sentéis,  
Porque no es buena ocasion.  
LISARDO.  
¿Cómo?

FLORA.  
Tengo una visita.  
LISARDO.  
Pues si estorbamos, adios.  
FLORA.  
No es visita de galan,  
Porque no fuera razon,  
Sino de dama; mas ella  
Entra, y lo dirá mejor.  
Salen DOÑA ELENA, de dama, muy bizarra, y BEATRIZ, de criada.  
DOÑA ELENA.  
Volved, Otañez, por mí  
Dentro de una hora ó dos.  
BEATRIZ.  
¿Hasle visto?  
DOÑA ELENA.  
Ya le he visto;  
Ciertas mis sospechas son.  
BEATRIZ.  
Disimula.  
LUQUETE.  
Bien se huella,  
No hiciera mas un frison;  
Parece que entra á danzar.  
FLORA.  
No es muy malo lo exterior.  
LUQUETE.  
¿Lindo brio!  
LISARDO.  
¿Linda dama!  
(Mírala don Juan atento.)  
DON JUAN.  
Anda tan ciego mi amor,  
Que ninguna mujer veo,  
Aunque tan distintas son,  
Que á Elena no se me antoje.  
LUQUETE.  
Yo soy tan buen amador,  
Que aunque he visto mil mujeres,  
Ninguna me pareció (Mira á Beatriz.)  
A Beatriz; mas ¿qué es aquello?  
Oye; que pienso, por Dios,  
Que tu mal se me ha pegado,  
Como si fuera dolor;  
Mira, Señor, esta dueña.  
DON JUAN.  
No vas fuera de razon;  
Algo tiene de Beatriz.  
LUQUETE.  
Menos la contemplacion,  
Cortada la cara es de ella.  
BEATRIZ.  
La tuya, por sí ó por no.  
LUQUETE.  
¿Qué dices?  
BEATRIZ.  
Estoy rezando  
Por mis difuntos.  
LUQUETE.  
Chiton,  
Y mire que estoy aquí.  
BEATRIZ.  
¿Oh, qué romano valor!  
FLORA.  
¿No os descubris?  
DOÑA ELENA.  
Sola os quiero.  
DON JUAN.  
Luquete, las cuatro son.  
LUQUETE.  
¿Querrás que vaya por cartas?

FLORA.  
Idos, pues.  
DON JUAN.  
Adios. (Vase.)  
LISARDO.  
Adios. (Vase.)  
LUQUETE.  
¿Válgate el diablo por dueña!  
Puesto me has en confusion. (Vase.)  
DOÑA ELENA.  
¿Fuéronse ya?  
FLORA.  
Ya se fueron.  
DOÑA ELENA.  
Ahora os diré quién soy;  
Mas, porque es el cuento largo,  
Y traigo alguna pasion,  
Me sentaré si gustais. (Toma una silla.)  
FLORA.  
Muy desenfadada sois.  
(Asómanse, como acechando, don Juan y Lisardo.)  
LISARDO.  
Pues entre tanto que viene,  
Desde aqueste corredor  
Las podemos escuchar.  
DON JUAN.  
Por mí, Lisardo, aquí estoy.  
DOÑA ELENA.  
Soy muy servidora vuestra,  
Y esto sin adulación;  
¿Qué mirais?  
FLORA.  
Que me parece  
(O la idea se engañó)  
Que os he visto en otra parte.  
DOÑA ELENA.  
(Ap. Disimulemos, amor.)  
Podrá ser; mas va de cuento,  
Escuchad con atencion.  
Erase, señora Flora,  
Cierta mujer de opinión,  
Que por pleitos y trabajos,  
Con años diez veces dos  
Y una cara razonable,  
En Valladolid paró.  
Erase tambien un hombre,  
Cuanto al talle y al valor,  
Galan, discreto, valiente,  
Noble y limpto como el sol;  
Pero mirado hácia dentro,  
De tan civil condicion,  
De gusto tan salpicado,  
Y tan repartido amor,  
Que solo por él se pudo  
Decir con mucha razon  
Aquello de « tantas veo »...  
Porque es aqueste señor  
Amante tan prevenido  
Y galan tan Galalon,  
Que por sí alguna le deja,  
Otra le hace disfavor,  
Otra se casa ó se muere  
De achaque que Dios la dió,  
Tiene siempre de resguardo  
Hasta una docena ó dos.  
A este turco de Castilla  
(¿Qué mal hizo!) se inclinó  
Tanto la dama que digo  
(Bien lo paga y lo pagó),  
Que, á pesar de su vergüenza,  
Le hizo dueño de su honor,  
Que fué para su desprecio  
Subir mas un escalon.  
Acudia el dicho amante,  
Despues de la posesion,  
A verla y á regalarla  
Cual y cual vez (digo yo

Que de lástima sería,  
No de gusto ni afición;  
Que cuando los hombres dicen  
Que, por ser ellos quien son,  
Visitan á las mujeres,  
Ya la voluntad cesó;  
Porque ser hombres de bien  
Es interés de su honor;  
Ver y hablar es cortesía,  
Tener lástima es dolor;  
Y así, no quieren entonces,  
Porque, aunque tengan amor,  
Es modo de aborrecer  
Amar por obligación.  
En este tiempo; ay ingrato!  
A otra señora miró  
Tan hermosa, que, saliendo  
Una tarde al Espolon,  
Dicen que al ameno campo  
Puso en dulce confusión  
De saber á quién debía  
Aquel día el resplandor,  
O al sol que estaba en el cielo,  
O de aquesta dama al sol.  
Por ella, en fin, mató un hombre,  
Y temiendo su prisión,  
Salió de Valladolid,  
Y con él también salió  
(Como trasto manual,  
Que cabe en cualquier rincón)  
Aquella primera dama  
De quien hicimos mención.  
Luego que vino á Madrid  
(Estad conmigo, por Dios,  
Porque importa mucho al caso),  
Con otra dama encontró,  
De su valor muy preciada,  
Si es que el desden es valor;  
Pero dicen malas lenguas  
Que este valor se rindió,  
Y sin echarlo de ver,  
Poco á poco obró el calor;  
Que es el amor en nosotras  
Como mano de reloj,  
Que solo se vió que anduvo,  
Puesto que la vuelta dió,  
Pero no se ve cuando anda,  
Porque corre tan veloz,  
Que no le alcanza la vista,  
Aunque le alcanza el dolor.  
Después de haber conquistado  
Esta hermosa presunción,  
Este remedo de un riesgo  
Y este amago de Faeton,  
Con una mujer casada  
Estuvo en conversacion;  
No será ya menester,  
Conociéndole el humor,  
Decir que la quiso bien,  
Baste decir que la habló.  
Item mas, porque una tarde  
A una mujercilla vió  
Vender tocas vizcainas,  
La buscó y enamoró,  
Y hoy está loco por ella;  
Porque es aqueste amador  
La parca de las mujeres,  
Que á ninguna perdonó.  
Cibiéndome, finalmente,  
A fuer de predicador,  
Y de camino también  
Epilogando el sermón,  
Digo que el dicho galán,  
De quien coronista soy,  
Es don Juan de Luna y Leiva;  
La dama que le siguió,  
Doña Leonor de Peralta,  
Y la tal dama Leonor.  
Yo, que en casa de Lisardo,  
Que es su amigo y el mayor,  
He estado con tal secreto,  
Que apenas me ha visto el sol.

La que amó después de mí  
(Y por quien también mató  
A don Diego de Meneses,  
Que era su competidor),  
Doña Elena de Alvarado;  
La casada que encontró,  
Doña Antonia de la Cerda,  
Mujer de un procurador;  
La toquera vizcaína  
Que vió, que siguió y habló,  
Es Luisilla, una mozueta  
De chinela con listón,  
Que vende... no sé qué vende;  
Ella lo sabrá mejor.  
La desdefiosa, la esquiva  
Y la brillante sois vos,  
De quien él mismo se alaba  
Que goza la estimación.  
Este es don Juan; ved ahora,  
Siendo, Señora, quien sois,  
Si queréis aventuraros  
A entrar en un corazón  
Donde es forzoso que estéis,  
No desenfadada, no,  
Sino todo lo posible  
De encogida, porque son  
Cinco las que estamos dentro,  
Y apenas cabemos dos.

(Levántanse.)

FLORA.

¡Jesus mil veces, Jesus!

BEATRIZ.

¿Qué tal es la informacion?

FLORA.

(Ap. ¡Don Juan es de esta manera?)

Corrida de amarle estoy.)

Fiad en hombres; ¡Jesus!

DOÑA ELENA.

El mejor es el peor.

DON JUAN.

Dejadme, por Dios, Lisardo.

LISARDO.

Si se ve que es invencion,

¿Para qué queréis salir?

DON JUAN.

Para saberlo mejor,  
Y averiguar qué mujer  
Es esta doña Leonor,  
Que aun sabe lo que no he hecho.

DOÑA ELENA.

Señora, perdida soy,  
Porque don Juan viene allí;  
Y si acaso me escuchó,  
Hará cualquier demasia  
Conmigo; que es un Nerón  
Si se enoja.

FLORA.

Estad segura.

(Llegan don Juan y Lisardo.)

¿Aqui estábades los dos?

DON JUAN.

Sí, Señora, porque quiero...

FLORA.

Quedo, don Juan, eso no.  
Esta dama está en sagrado,  
Pues qué de mí se amparó,  
Fuera de decir verdades.

DON JUAN.

¿Qué verdades? Vive Dios,  
Que es engaño cuanto ha dicho.

DOÑA ELENA. (Ap.)

Ya la da satisfacción;  
Entablado estaba el juego.

FLORA.

Don Juan, aquí se acabó  
Vuestro crédito conmigo

Y buena reputacion;  
No entreis mas en esta casa.

DON JUAN.

Sí; pero ¿por qué ocasion?

FLORA.

Porque no os alabeis mas  
De que Flora os tiene amor;  
Pues, dado caso que fuera  
Eso verdad, desde hoy,  
Por vuestro amor inconstante,  
Por vuestra falsa intencion  
Y mecánico deseo,  
Si no por mi pundonor,  
Os aborreciera el alma.

DOÑA ELENA. (Ap.)

Eso es lo que quiero yo.

BEATRIZ. (Ap.)

Con mosca está la señora.

DOÑA ELENA. (Ap.)

El cuento la remató.

LISARDO.

Don Juan, si el aborreceros,  
Conforme á la condicion  
De Flora, solo consiste  
En que tengais opinion  
De falso, y aquesta dama  
No es cosa que os importó,  
Confesad que es verdad todo,  
Y podrá ser que mi amor  
Alguna esperanza teaga.

DON JUAN.

Alto; si lo queréis vos,  
Desde ahora soy ingrato,  
Fácil, mudable y traidor.

LISARDO.

Haréisme mucha merced.

DON JUAN.

¿Qué merced ni qué favor?  
Si aquesto fuera delante  
De Elena, á quien adoró  
El alma aun estando ausente,  
Fuera accion de estimacion;  
Mas aquí no os sirvo en nada.

FLORA.

En fin, ¿qué decis los dos?

DON JUAN.

Que cuanto esta dama ha dicho  
Es así como pasó.

FLORA.

Luego ¿es verdad que estos dias  
Habeis requebrado á dos?  
¿La casada y la toquera?

DON JUAN.

Sí, Señora.

FLORA.

Firme sois.

DOÑA ELENA.

No soy yo mujer de engaños  
Ni enredos, aquesto no.

FLORA.

¿Y Elena?

DON JUAN.

Elena es del alma.

FLORA.

Y esta dama que tras vos  
Se vino, y con vos está  
Como en una religion,  
¿Es del alma ó es del cuerpo?

DON JUAN.

Eso es mentira, por Dios;  
Así, digo que es mentira  
Cuanto al llamarse Leonor  
La dama que está conmigo,  
Mas cuanto al vivir los dos  
Juntos, es mucha verdad.

DOÑA ELENA. (Ap.)  
Ya es mi desdicha mayor;  
¡Válgame Dios! ¿Cómo es esto?

FLORA. (Ap.)  
Volved en vos. corazón.  
Don Juan también es mudable;  
Salga, pues, por donde entró.

DOÑA ELENA.  
Ya estoy al cabo de todo;  
Beatriz, en lo cierto doy,  
Porque el estar este ingrato,  
Desde que á Madrid llego,  
Tan encerrado y secreto,  
No hay duda, no, procedió  
De tener su dama en casa.

BEATRIZ.  
No lo creas.

DOÑA ELENA.  
¿Cómo no,  
Cuando lo confiesa él mismo,  
Que es la mas fuerte razón?  
Mas yo lo tengo de ver.—  
Señora, quedáos con Dios,  
Y no le dejéis salir  
Tan presto, y si os enojó  
Mi dilación, perdonad.

FLORA.  
Antes la vida me dió.

DOÑA ELENA.  
El cielo os haga dichosa.  
(Ap. Celos y dicha; qué error!  
Ingrato don Juan, si acaso,  
Como amante engañador,  
Con obras ó con palabras,  
Que pasan de la intención,  
Me ofendes, viven los cielos,  
Que, si mirar á quien soy,  
He de hacerte mil pedazos.)

BEATRIZ.  
Atiende.  
DOÑA ELENA.  
No hay atención.

BEATRIZ.  
Advierte.  
DOÑA ELENA.  
No hay que advertir.

BEATRIZ.  
Oye.  
DOÑA ELENA.  
Ciega y sorda estoy.

BEATRIZ.  
Mira.  
DOÑA ELENA.  
No me digas nada.

BEATRIZ.  
Escucha.  
DOÑA ELENA.  
Deten la voz.

BEATRIZ.  
Repara.  
DOÑA ELENA.  
Cierra los labios.  
¡Otra con él! Muerta estoy.  
(Vanse doña Elena y Beatriz.)

LISARDO.  
Ya se va.  
DON JUAN.  
Pues voy tras ella.

FLORA.  
¿Dónde con tanto rigor?

DON JUAN.  
Pues es mi dama, á seguirla.

FLORA.  
Teneis, por cierto, razón;  
Mas es ahora temprano.

LISARDO.  
¿No ves que no es discreción  
Quitarle el gusto?

FLORA.  
¿Estás loco?  
¿Qué lindo procurador!  
Pues ¡por qué ha de tener gusto  
Con ninguna un embaidor,  
Que dice que á doña Elena,  
Como él mismo me contó...  
(Ap. Elena, de ti me valgo  
Para encubrir mi pasión.)

DON JUAN.  
Es verdad.  
FLORA.  
Pues si es verdad,

Y ahora en mi casa estoy,  
Entráos los dos allá dentro.  
(Ap. Un áspid, un escorpión  
Llevo en el alma.)

LISARDO.  
Ya entramos.  
(Ap. Esto es seguir el humor.)

DON JUAN.  
Lleno voy de confusiones.

FLORA.  
Rabiando de celos voy.  
(Vanse.)

Salen LUQUETE y OCTAVIO, con  
cartas.

LUQUETE.  
¿Ha venido mi amo?

OCTAVIO.  
No ha venido.  
LUQUETE.  
Estragado, molido y remolido  
Vengo de la estafeta.

OCTAVIO.  
¿Mucha gente?

LUQUETE. [cuente;  
Es hablar de la mar; no hay quien lo  
Porque, según la trulla y brava entrada,  
Mañana se podrá poner con grada,  
A besugos helado, á pan lloviendo,  
[diendo,  
Y á nieve cuando el mundo se está ar-  
No hubiera tanta prisa, llanto y risa.

OCTAVIO.  
En aqueste lugar á todo hay prisa.  
LUQUETE.  
Menos á cuatro cosas, bien has dicho.

OCTAVIO.  
¿Y cuáles son?

LUQUETE.  
Conforme mi capricho,  
A las mujeres en llegando á viejas,  
A fuelles, á bragueros y á lentejas.

OCTAVIO.  
A las lentejas y á las viejas vaya,  
Porque en verlas el alma se desmaya;  
Mas á los fuelles...

LUQUETE.  
A los fuelles menos,  
Porque en cualquiera casa por lo menos  
Hay dos fuelles eternos y continuos.

OCTAVIO.  
¿Y cuáles son?

LUQUETE.  
Octavio, los vecinos,  
Que, siendo aventadores de una casa,  
Soplan cuanto les pasa y no les pasa,  
Y como de esto hay tanta muchedumbre,  
Nadie busca mas fuelles á su lumbre.

OCTAVIO. [prisa,  
Y á bragueros ¡por qué no ha de haber  
Siendo, como es, enfermedad precisa?

LUQUETE.  
Porque en efecto es falta, y nadie quiere  
Dar á entender las suyas, sea quien fue-

OCTAVIO. [re-  
Pues di, ¿qué hace quien con ellas nace?

LUQUETE.  
Él mismo se los corta y se los hace;  
Y si acaso los compra de la tienda,  
Porque nadie lo vea ni lo entienda,  
Y despues lo murmure á troche moche,  
Llega embozado, á oscuras y de noche.  
(Vanse.)

Salen DON JUAN y LISARDO.

DON JUAN.  
¿Que Flora no quisiese que la viese,  
Para que yo siquiera no estuviese  
Desvanecido ahora, imaginando  
En qué ocasión, adónde, cómo y cuándo

[cosas,  
Me ha visto esta mujer, que, entre mil  
Que refiere supuestas y engañosas,  
Dice muchas verdades, que aun apenas,  
Porque pueden tocar honras ajenas,  
A mis propios deseos he fiado?

LISARDO.  
Con alguna mujer habrás hablado.

DON JUAN. [diese,  
Si he hablado, sí; mas no con quien pu-  
Si no es que del demonio se valiese,  
Saber por tan extenso mis deseos,  
Obras, palabras, vida, y galanteos.  
Lo que yo he sospechado solamente,  
Si la vista, Lisardo, no me miente,  
Es que Elena me habia disfrazada  
Con nombre ó apariencia de casada,  
Que es la dama que os digo que festejo;  
Porque, si con los ojos me aconsejo,  
En voz y en cara, pues la escucho y toco,  
Doña Antonja es Elena, ó yo estoy loco.  
Y si es ella, ella fué la de esta tarde,  
En estar tan tapada y tan cobarde,  
Y en saber mis fortunas y mis celos,  
Ausencia, travesuras y desvelos;  
Y si acaso no fué, fué la toquera,  
Que también es su estampa verdadera;  
Y si esta no, porque esta vende tocas,  
Aunque en la corte la aventaje pocas  
En lo hermoso, lo crespo y lo prendido,  
Juro á Dios que no sé quién haya sido.

LISARDO.  
Si á esas mujeres se parece tanto  
Como vos afirmas...

DON JUAN.  
Es un encanto.

LISARDO.  
Una de ellas será.

DON JUAN.  
Y es infalible,  
Porque otra cosa no fuera posible;  
Una de las dos es mi Elena bella.

Sale LUQUETE.

LUQUETE.  
¿Señor?

DON JUAN.  
¿Hay cartas?

LUQUETE.  
Sí.

DON JUAN.  
Pues ya no es ella.

LISARDO.  
¿Por qué, don Juan?

DON JUAN.

Porque si ahora escribe,  
Y en el convento donde está recibe [to,  
Mis cartas, respondiéndome al momen-  
Mal puede estar aquí y en el convento.

LISARDO. [puesta.  
Si ella os responde á todas, no hay res-  
LUQUETE.

De don Alonso, mi señor, es esta.

DON JUAN.

Todo mi pensamiento salió vano.

LISARDO. [no.  
Mirad lo que os escribe vuestro herma-  
DON JUAN. (Lee.)

« Dos novedades me deberéis este  
» correo: la primera, que el padre de  
» don Diego, persuadido de la verdad  
» del caso, quiere reducir la venganza  
» á composicion; y la segunda, que el  
» tío de doña Elena, aunque no la ha-  
» bla ni la visita, trata de casarla con un  
» deudo suyo que ha venido de Panamá,  
» porque no salga la hacienda de su ca-  
» sa y de su linaje. Mirad ahora lo que  
» determinais; que á todo me hallaréis  
» como hermano vuestro. — Don Anto-  
» nio de Luna.»

LUQUETE.

Ahora ¿qué dirás?

DON JUAN.

¿Qué loco estaba  
Cuando de doña Elena tal pensaba!

LISARDO.

Miren qué traza para estar Elena  
Disfrazada ¡Jesus! y en tierra ajena,  
Cuando la está casando allá su tío.

LUQUETE.

¿Qué locura! Qué error! Qué desvario!  
Yo soy, en fin, discreto y muy machucho,  
Porque, aunque Elena se parezca mucho  
A estas dos picaronas que hemos visto,  
Nunca pude creerlo, vive Cristo;  
Y haber pensado tal desenvoltura  
De su honor, su recato y su clausura,  
Ha sido, vive Dios, muy mal pensado.  
Esta es su carta.

DON JUAN.

Yo me habré engañado.

LUQUETE.

Que ha sido, sí, muy falso tal intento.

DON JUAN.

Esta es la carta; escucharéis atento.

(Lee.) « Mis desdichas han llegado á  
» extremo que, despues de tratarme mi-  
» tío como si no lo fuera, quiere ca-  
» sarme con un hombre que no conoz-  
» co; dolor tan inmenso para quien tan  
» firme ama, que pienso me han de cos-  
» tar la vida sus persuasiones. Y así, os  
» suplico que, vista esta, os partais al  
» punto con todo secreto, para que tra-  
» temos de desposarnos antes que la  
» fuerza haga lo que despues no pueda  
» remediarse. Dios os guarde y traiga  
» con bien á mis ojos lo mas presto que  
» ser pueda. De este convento de las  
» Huelgas de Valladolid, etc. — Vuestra  
» esposa.»

Con esto se remató,  
Aquí no hay que hablar palabra,  
Sino acudir al remedio,  
Y buscar para mañana  
Con toda prisa dos postas,  
Que antes que amanezca el alba  
De esotra parte ha de verme  
La sierra de Guadarrama.

DD. C. DE L.-II.

LISARDO.

¿En efecto estáis resuelto?

DON JUAN.

¿Eso decís á quien ama?  
La vida me va en partirme.  
¿Ay Dios, que se arranca el alma!  
¿Quién pudiera volar, cielos!

LISARDO.

Pues ¿Octavio?

Sale OCTAVIO.

OCTAVIO.

¿Qué me mandas?

LISARDO. (Ap. con Octavio.)

Encárgate de estas postas,  
Porque á su tierra se vaya,  
Y se lleve de camino  
Los celos con que me mata.

OCTAVIO.

Voy á obedecerte; adios.

(Vanse.)

Salen ISABEL Y LUQUETE.

ISABEL.

No he visto mayor enredo;  
Mas tú, Luquete, sabrás  
Estas cosas muy de hecho;  
Cuéntamelas por tu vida.

LUQUETE.

¿Qué no alcanzara lo bello  
De tu rostro, de tu talle,  
De tu garbo y tu meneo?  
Mucho me pides que haga,  
Mas, si es forzoso el hacerlo,  
Escúchame atentamente.

ISABEL.

Ya los oídos prevengo;  
Mira que te quiero mucho,  
No me pagues con desprecios.

LUQUETE.

¿Yo desprecios? No, mi reina;  
Que estos estilos son buenos,  
No para hombres como yo,  
Que soy yo mas, no soy menos.  
(Ap. Por vida de mi mujer,  
De mis hijas y mis nietos,  
Que no sé lo que me diga:  
Mas, metido en este empeño,  
No tengo de hablar verdad;  
Va de embuste, va de enredo.)  
Hoy las calles de la corte  
Son cielos, pero estrellados  
De damas; que las tapadas  
Son cielos de noche, es llano;  
Que una tapada de ojo  
No es cielo de día, en cuanto  
Se ve solamente un sol  
Puesto en la gloria de un manto;  
Y muchas de estas tapadas  
Sin duda van ayunando,  
Pues me piden colacion  
Si á enamórarlas me paro.  
¿Qué vistosas colgaduras  
Por las calles! Qué brocados!  
Qué de bestas! Qué de galas!  
Qué de triunfos! Qué de arcos!  
Qué de caballos de rúa!  
Qué de jaeces bordados!  
La gente anda á borbollones,  
Los coches andan rodando,  
Un agosto es cada dama,  
Cada galan es un mayo,  
Porque ellas hacen su agosto,  
Y ellos con flores su gasto.  
Dueñas no faltan tambien,  
Que, tocadas de lo vano  
De tanto placer, parecen

Contentos amortajados.  
Las meninas han crecido,  
Mondongas andan por alto,  
Perpétuas acechadoras  
De guardillas y terrados,  
Y esto es, que, por ser divinas,  
No son de tejas abajo.

ISABEL.

¿Jesus, cuánto disparate!  
¿Yo te pregunto eso acaso?  
Lo que yo pregunto es  
Si sabes en esto algo  
De la toquera, Leonor,  
De doña Antonia, y si acaso  
Tambien de una tal Luisa;  
Qué mi ama, reventando  
Por saber aquestas cosas,  
Anda con visos de trasgo.

LUQUETE.

En preguntándome eso,  
Juro á Dios, descompadramos.  
Mas ya llegan á este sitio.

ISABEL.

Véte noramala, galgo.

(Vanse.)

Salen DOÑA ELENA, de toquera,  
MAGDALENA Y BEATRIZ.

DOÑA ELENA.

Ya el papel no es de importancia;  
Que hay muchas cosas de nuevo.

MAGDALENA.

¿Cómo?

DOÑA ELENA.

Como tiene en casa

Una dama.

MAGDALENA.

¿Qué me dices?

DOÑA ELENA.

Esto es cierto.

MAGDALENA.

Pues aguarda,

Porque llegue yo primero.

Salen LISARDO, DON JUAN  
Y LUQUETE.

LISARDO.

Saliendo de aquí mañana,  
Estáis allá esotro día.

LUQUETE.

Con dos docenas de llagas,  
Molidos brazos y piernas,  
Y las tripas enjugadas.

MAGDALENA.

¿Señor don Juan?

DON JUAN.

¿Magdalena?

MAGDALENA.

Vengo á cumplir mi palabra.

DON JUAN.

Y dime, ¿cómo está Luisa?

MAGDALENA.

Muy buena.

DOÑA ELENA.

Y muy su criada,

Todos estamos acá.

DON JUAN.

¿Tanto favor? ¿Merced tanta?

DOÑA ELENA.

Yo no vengo aquí por vos.

DON JUAN.

Tendrélo á mucha desgracia.

DOÑA ELENA.  
Hame dicho Magdalena  
Que vivís en una casa  
Tan compuesta, tan jarifa  
Y tan bien aderezada,  
Que vengo solo por verla.

DON JUAN.  
Magdalena no se engaña;  
Que es Lisardo muy curioso.

DOÑA ELENA. (Ap.)  
Ni se altera ni recata.

LISARDO.  
Casa de un recién venido  
¿Qué ha de ser?

DOÑA ELENA.  
Será extremada;  
Allá entro, si gustais.

DON JUAN.  
Id, Lisardo, á acompañarlas.

LISARDO.  
Por guiarnos voy delante. (Vase.)

BEATRIZ.  
¿Y si encontramos la dama?

DOÑA ELENA.  
Mataréla con mis celos. (Vase.)

BEATRIZ.  
No hay celos como las varas.

MAGDALENA.  
Yo me quedo con don Juan.

BEATRIZ.  
Aquí descubro la cara  
Para dejarle aturdido.

LUQUETE.  
¡Jesús!

DON JUAN.  
¿Qué has visto?

LUQUETE.  
No es nada;

Perdido está este lugar  
De hechizos y cosas malas.  
Cuantas mujeres encuentro  
Tienen la misma fachada  
Que Beatriz; Dios sea conmigo.

MAGDALENA.  
¿No es muy donosa muchacha  
Luisica?

DON JUAN.  
Es un serafín,  
No hay en la corte tal cara.

MAGDALENA.  
Pues yo os aseguro que es  
De lo mejor de Vizcaya;  
Un hombre la tiene así,  
Que la gozó con palabra  
De ser su esposo, y después  
El traidor se pasó á Francia.  
Y ha parado en vender tocas.

DON JUAN. (Ap.)  
¿Cómo los ojos se engañan!

LUQUETE.  
Y la hermana compañera.  
Que, según es rubia y blanca,  
Pudiera servir de aloja  
A los reyes y á los papas,  
¿Es también de allá?

MAGDALENA.  
También.

LUQUETE.  
Y dime, ¿cómo se llama?

MAGDALENA.  
Andrea de la Gotera.

LUQUETE.  
Solar es que hacía mi cama

Ha caído muchas veces,  
Porque duermo á teja vana.  
(Vuelven á salir los tres.)

DOÑA ELENA.  
Lisardo, no nos censemós,  
Una mujer hay en casa,  
Yo lo sé de quien lo sabe.

LISARDO.  
Es verdad, mas es el ama  
Que nos guisa de comer.

DOÑA ELENA.  
No es sino ama que ama.

DON JUAN.  
¿Qué es eso?

LISARDO.  
Que ha dado Luisa  
En que teneis encerrada  
Una dama, y no ha dejado,  
Hasta hacerme abrir las arcas,  
Cosa en la casa por ver.

DOÑA ELENA.  
Y aun no estoy desengañada;  
Que denantes se llevo  
A mí una mujer tapada,  
Y me lo dijo.

DON JUAN.  
Y sería  
Doña Leonor de Peralta,  
Si viene á mano.

DOÑA ELENA.  
La misma.

DON JUAN.  
Vive Dios, si la encontrara...

DOÑA ELENA.  
¿Qué hicieras?

DON JUAN.  
Un disparate.

DOÑA ELENA.  
Pues ¿por qué?

DON JUAN.  
Porque se anda  
Informando en todas partes  
De mi buena vida ó mala,  
Sin haberla jamás visto  
Ni aun hablado una palabra.

DOÑA ELENA.  
Es muy gran bellaquería.

Sale OCTAVIO.

OCTAVIO.  
Postas hay para mañana.

DOÑA ELENA.  
Lindamente se hace todo;  
Pues ¿quién se va de esta casa?

LISARDO.  
Don Juan.

DOÑA ELENA.  
¿Don Juan? No lo creas.

DON JUAN.  
Es forzosa la jornada,  
Y pienso que será breve.

DOÑA ELENA.  
(Ap. Aquí verá si me ama.)  
Por tu vida y por la mía,  
Si es que mi vida te agrada,  
Que no salgas de Madrid,  
Y dado caso que salgas,  
Advierte que has de perderme.

DON JUAN.  
(Ap. No sé qué siento en el alma,  
Que sin querer me enternezco  
Y me pesa de dejarla;  
Mas ¿qué dudas, loco amor,  
Si doña Elena te aguarda?)

Luisa, yo he de hablar claro:  
Yo quise bien en mi patria,  
Y quiero cierta señora,  
De quien por una desgracia  
He estado ausente; hame escrito  
Una carta en que me manda  
Que me parta; y así, es fuerza  
Que te deje y que me parta;  
Sabe el cielo, hermosa Luisa,  
El ansia que me acompaña  
Solo en pensar que te pierdo.

DOÑA ELENA.  
Pues ¿de qué es, traidor, el ansia,  
Si vas á ver á quien quieres?

DON JUAN.  
De que eres tan viva estampa  
De su rostro, que imagino  
Que me falta si me faltas.

DOÑA ELENA. (Ap.)  
Así, que ya estaba muerta;  
Animo, dulce esperanza.

Sale FINEO.

FINEO.  
Un hombre te quiere hablar,  
Y de parte de una dama.

DOÑA ELENA.  
¿Dama?

DON JUAN.  
Yo no sé quién sea;

Di que entre.

FINEO.  
Ya está en la sala.

Sale FELICIANO.

FELICIANO.  
Mi señora doña Antonia...

DOÑA ELENA.  
Adelante.

FELICIANO.  
Va mañana

Al Pardo.

DOÑA ELENA.  
Pues ¿qué tenemos  
Con que vaya ó que no vaya?

FELICIANO.  
Tenemos que si don Juan  
Gusta de verla y hablarla,  
Podrá, porque su marido  
Va camino de Granada.

DON JUAN.  
Cosas son estas que apenas  
Puede un hombre imaginarlas;  
Decid á esa mi señora  
Que yo fuera á regalarla...

DOÑA ELENA.  
Si no estuviera conmigo  
Y hubiera de irse mañana  
A ver cierta dama ausente,  
Cuyos ojos idolatra;  
¿No es así? Pues si es así,  
Esto por respuesta basta.

FELICIANO.  
Perdonad, que soy mandado. (Vase.)

LUQUETE.  
Vaya con Dios, buenas barbas.

DOÑA ELENA.  
¿Parécesele también  
Á la otra aquesta dama?

DON JUAN.  
Pues juro á Dios y á esta cruz,  
Que es también su semejanza  
Y tuya.

LUQUETE.  
Y mía, si acaso  
Importara á la maraña.

OCTAVIO.  
Flora ha entrado por la puerta.

LISARDO.  
Ya el corazon se acobarda.

DOÑA ELENA.  
¿Otra mujer?

DON JUAN.  
Es mujer  
A quien Lisardo regala.

DOÑA ELENA.  
Y tú no, que eres un santo.

DON JUAN.  
Presto lo verás si callas.

Salen FLORA y JUANA.

FLORA.  
Acá está la vizcaína.  
Todo ha sido verdad, Juana;  
Mas yo volveré por mí.

LISARDO.  
¿Qué novedad tan extraña!  
Pues ¿vos aquí?

FLORA.  
Sí, Lisardo;  
Escuchad todos la causa.  
Yo en materia de querer  
Tan loca he sido y tan vana,  
Que á nadie quise jamás,  
Temerosa de que tratan  
Engaño todos los hombres,  
No pienso que me engañaba;  
Vino don Juan á la corte,  
En acciones y palabras  
Fingiéndome tanta firmeza  
Con una dama que amaba,  
Que me incliné, no á su talle,  
Sino á su mucha constancia,  
Porque en Jo demás, cualquierera  
Pienso yo que le aventaja.  
Mas hoy, sabiendo que tiene  
No menos que cuatro damas,  
Y condicion juntamente  
De que no desecha nada,  
Le he aborrecido de suerte,  
Que hasta su nombre me cansa.

Y así, pues solo Lisardo  
Es en Madrid quien alcanza  
El nombre de firme amante  
(Que es lo que yo deseaba),  
Digo que á Lisardo adoro.

LISARDO.  
Cuanto me debes me pagas.  
LUQUETE.

Ya hay un enemigo menos.  
DON JUAN.

Ha sido cuerda venganza;  
Mas advierte que yo y todo,  
Aunque tengo mala fama,  
Sé amar como se ha de amar,  
Pues yo con sola esta carta  
Dejo á Madrid.

DOÑA ELENA.  
Pues ¿qué dice

Esa carta?  
DON JUAN.  
Que me aguarda...

DOÑA ELENA.  
¿Quién?

DON JUAN.  
Elena.

DOÑA ELENA.  
¿Para qué?

DON JUAN.  
Para verla y para hablarla.

DOÑA ELENA.  
¿Y despues?

DON JUAN.  
Para casarme.  
DOÑA ELENA.  
Pues créeme y no te vayas,  
Porque no está en el convento,  
Sino en Madrid y en tu casa.

DON JUAN.  
¿Cómo?

DOÑA ELENA.  
Como soy Elena.

¿Cómo que no?  
DON JUAN.  
Luísa, basta;

Que si para detenerme  
Quieres usar de esta traza,  
Ya no aprovecha.

DOÑA ELENA.  
¿Qué dudas?  
Elena soy; ¿qué te apartas?

DON JUAN.  
¿Elena tú? No es posible,  
Aunque lo dice la cara,  
Porque me escribe mi hermano,  
Y es pública voz y fama,  
Que está Elena en un convento.

DOÑA ELENA.  
La pública voz se engaña.

DON JUAN.  
¿Y esta carta que hoy me ha escrito?

DOÑA ELENA.  
Bien dices. ¿Y aquesta carta  
Que hoy he recibido tuya?  
Don Juan, para todo hay traza;  
Yo me he venido tras tí,  
Y encubierta y disfrazada,  
Casi á un mismo tiempo he sido  
Doña Elena de Peralta,  
*La Toquera vizcaína*,  
Doña Antonia la casada,  
Y ahora soy doña Elena.

DON JUAN.  
Bien el alma imaginaba.

LUQUETE.  
Luego lo dije, por Dios.

DON JUAN.  
Pues si ausente te adoraba,  
Presente ya lo verás.

DOÑA ELENA.  
Tuya es la mano y el alma.

BEATRIZ.  
Y yo tambien.

LUQUETE.  
Tararira.

DOÑA ELENA.  
Y aquí, señores, acaba  
*La Toquera vizcaína*;  
Decid vitor si os agrada.



# COMEDIA FAMOSA

TITULADA

## COMO PADRE Y COMO REY,

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

### PERSONAS.

CÁRLOS, *galán*.  
EL PRÍNCIPE.  
EL REY.

LUDOVICO URSINO.  
CONRADO, *viejo*.  
TRISTAN, *gracioso*.

VIOLANTE, *dama*.  
ELVIRA.  
FINEA.

OCTAVIANO.  
UN SECRETARIO.  
DOS SOLDADOS.—DOS CRIADOS.

### JORNADA PRIMERA.

*Salen* CÁRLOS y TRISTAN.

CÁRLOS. \*  
¿No ves que la discrecion  
En la novedad se ve?

TRISTAN.  
Es así, mas no dará  
Un real por tu salvacion.

CÁRLOS.  
Yo me entiendo.

TRISTAN.  
No es posible  
Que se entienda, ni se entiende,  
Quien ama, sirve y pretende  
A su hermana.

CÁRLOS.  
Es imposible,  
Bien mi amor lo considera;  
Y basta, pues lo conoce,  
El quitarme que la goce,  
Sin quitarme que la quiera.  
Ya yo conozco, Tristan,  
Que es mi amor tan peregrino,  
Que no va por el camino  
Por donde los otros van;  
Pero tiene tal poder  
En mi mi estrella inhumana,  
Que, con saber que es mi hermana  
(Que es lo mas que puede ser),  
Tan lejos de aborrecerla  
Estoy, y en mi amor tan firme,  
Que no puedo persuadirme  
A que es mal hecho quererla.  
Y en parte tengo razon,  
Pues en este galanteo,  
Ni mi amor llega á deseo  
Ni pasa de inclinacion;  
Porque son tan cortesanos  
Mis gustos, que en mis antojos  
Me hicieran falta los ojos,  
Pero no, Tristan, las manos.  
Es Violante sangre mia,  
Es su belleza excelente,

A los ojos fuego ardiente,  
Al deseo sangre fria.  
Es la hermosura mayor,  
Es de Italia el mejor rayo,  
Por rosa la tiene el mayo,  
Por flecha la cuenta amor:  
Y así, como á flecha y rosa  
Sabré temerla y amarla,  
Como hermana respetarla,  
Y quererla como hermosa.  
Y el discurso me aprovecha;  
Que si flecha y rosa es  
Cuando me mira, despues  
Es mas rosa y es mas flecha;  
Pues cuando en sus ojos, ciego,  
De su beldad me provocho,  
Por no ajarla no la toco,  
Por no herirme no la llevo;  
Y así, ni espera ni alcanza  
Mi amor, por no ser injusto,  
O porque es de tan buen gusto,  
Que quiere sin esperanza.

TRISTAN.  
¿Extremado desatino!  
Tal, que puede tu aficion  
Darte sin oposicion  
La cátedra de Galvino.  
Vuelve en tu acuerdo, Señor,  
Porque el diablo te convida  
A que con vela encendida  
Oigas la misa mayor,  
Que es de un incesto el castigo;  
Mira que hay Inquisicion,  
Y si hay incesto, afufon,  
Ni soy criado ni amigo;  
Pues desde luego protesto  
Que, en llegando á denunciarte,  
Ni tengo ni tuve parte,  
Ni he de tenerla en tu incesto.

CÁRLOS.  
Mi padre.

*Sale* CONRADO.

CONRADO.

¿Cárlas?

CÁRLOS.

¿Señor?

CONRADO.

Tristan, ¿con quién son las voces?

CÁRLOS.

Ya sus locuras conoces;  
Está siempre de un humor.

TRISTAN.

¿Cómo es eso, vive Dios?  
Que he de proponerte el caso.

CÁRLOS.

Quita, necio.

TRISTAN.

Paso, paso.

Escucha.

CÁRLOS.

Calla.

TRISTAN.

Los dos...

CÁRLOS.

¿Quiéres perderme?

TRISTAN.

Paciencia;

Que ha de saber mi señor  
Si estoy siempre de un humor.

CONRADO.

¿Qué fué?

TRISTAN.

Un caso de conciencia  
Cárlas afirma y defiende...

CÁRLOS. (*Ap.*)

Él lo dice; ¡muerto soy!

TRISTAN.

Lindo, como te le doy,  
Cárlas; pues, y no lo entiende.

CONRADO.

¿Qué dijo?

TRISTAN.

Yo lo diré:

Que no era materia, dijo,  
De confesion lo que un hijo  
Hurta á su padre. Esto fué.

CONRADO.

¡Famosa duda!

CÁRLOS.  
Extremada.  
(Ap. Confieso que le temí.)  
TRISTAN.  
(Ap. Ah, Señor, ¿has vuelto en ti  
De la turbacion pasada?)  
Hoy, vive Dios, que ha salido  
El gracejo de buen aire.

CÁRLOS.  
Tienes razon, y el donaire  
Te ha de valer un vestido.  
TRISTAN.  
¿Vestido? Vestidos tengas  
En verano y en invierno  
Delante del Padre eterno,  
Donde de luz te matengas.—  
Señor, en fin...

CÁRLOS.  
Pues ya ha habido  
Quien menguados nos llamo.

TRISTAN.  
Y tambien lo hiciera yo  
A no darme ese vestido;  
Pero algunos (yo lo sé)  
Lo que no tienen daran;  
Que lo que tienen no dan,  
Porque ya no tienen qué.  
Pero cuando alguno da,  
Por lo menos, de una vez,  
Viene á dar mas que de diez  
En hombre de por acá.

CONRADO.  
Humor tiene singular.

TRISTAN.  
Dineros fuera mejor.

CONRADO.  
¿Eso es pedir?

TRISTAN.  
Sí, Señor.

CONRADO.  
Está bien.

TRISTAN.  
Y eso es no dar.

CONRADO.  
Cárlas, oye.—Tristan, véte,  
Y haz que te den veinte escudos.

TRISTAN.  
Hablen en tu loor los mudos,  
Cada cual haga un motete  
A tu liberalidad.  
El Rey, con quien tanto privas,  
Viva al paso que tú vivas,  
Sin que haga vicio tu edad,  
Ni tus años bagan vicio;  
Y al fin, si vivir esperas,  
Vivas tan mucho, que mueras  
Un dia despues del juicio. (Vase.)

CONRADO.  
Solos quedamos; atiende,  
Cárlas, á lo que te digo.  
Como padre y como amigo,  
Y en fin, como quien pretende  
Dilatar en ti su vida.

CÁRLOS.  
Perdóneme vuecelencia,  
Y primero de licencia  
A que una merced le pida.

CONRADO.  
¿Cuál es?

CÁRLOS.  
Ludovico Úrsino,  
Caballerizo mayor  
Del Principe, mi señor,  
Pretende una plaza, es dino  
De mas alta pretension;  
Y porque con ella salga,  
Hoy con vuecelencia valga

Mi favor de intercesion;  
Que es mi amigo, y le ofreci  
Solicitar su favor.

CONRADO.  
Tú podras hacer mejor  
Lo que me pides á mi.  
Ya comienzo á obedecer  
Al Rey; hijo (Ap. A Dios pluguiera,  
Cárlas, que tu padre fuera);  
Escucha.

CÁRLOS. (Ap.)  
¿Qué podrá ser?  
Con mil sobresaltos lacho.  
¿Si mi amor, ha presumido?  
Si le sabe ó si le ha oido?

CONRADO.  
Escucha, pues.

CÁRLOS.  
Ya te escucho.

CONRADO.  
Su majestad, confiado  
De mi amor y mi persona,  
Me ha fiado la corona  
Y gobierno de su estado;  
Pues, á su servicio atento,  
En tan alto puesto estoy,  
Que yo solamente soy  
Su privanza y valimiento.  
Mas, como el tiempo me advierte  
Y el cabello me lo avisa,  
Ya la edad cansada pisa  
Los umbrales de la muerte,  
Y solo en ti la esperanza  
De mi sucesion consiste.  
Viéndome cansado y triste,  
Porque quede la privanza  
En mi sangre, he suplicado  
(Fineza del alma fué)  
A su majestad te dé  
El gobierno y el cuidado  
Que deste reino tenia,  
Y en efecto, mi privanza;  
Y tanto con él alcanza  
Mi voluntad, por ser mia,  
Que al punto se satisfizo,  
Mi pensamiento aprobó.  
Tu persona engrandeció  
Y su privado te hizo;  
De suerte que ya tú estás  
En el puesto que yo estuve;  
Mira si buen padre anduve,  
Mira si puedo hacer mas.

CÁRLOS. (Ap.)  
No en vano el alma temia,  
No en vano el alma dudaba;  
Desta vez mi amor acaba;  
¿Ay muerta esperanza mia!  
¿Yo he de faltar un instante,  
En consultas ocupado,  
A la fe de mi cuidado  
Y á los ojos de Violante?  
No es posible.

CONRADO.  
¿Qué respondes?

CÁRLOS.  
Digo, Señor, que agradezco  
Tu eleccion; mas no merezco...

CONRADO.  
Si á quien eres correspondes,  
No habrá cosa que te impida  
Ser buen privado.

CÁRLOS.  
Es verdad;  
Pero el gobierno en mi edad,  
Y haber de heredarte en vida,  
Me obligan que me reporte,  
Y aun á decirte me mueve  
Que no es bien que yo me lleve  
El aplauso de la corte,  
Qué dirá, viéndome á mi

En el puesto que tuviste,  
No que en el me introdujiste,  
Sino que yo te eché á ti;  
Pues cuando en el trono estés,  
En que tu mano me puso,  
No ven que aquí lo rebuso,  
Y ven que allí le acepté.

CONRADO.  
¿Y qué dirá el mas amigo  
De que en el gobierno estuve,  
Y tan para mí le tuve,  
Que aun no le parti contigo?

CÁRLOS.  
Si intentas que yo haga bueno  
Tu gobierno, intentas bien,  
Pues he de ser contra quien  
El vulgo, de envidia lleno,  
Su mala intencion prevenga;  
Pues viéndome en tu lugar,  
Tu gobierno han de alabar,  
No el mio; y aunque no tenga  
Cuipa en los malos sucesos,  
El caballero, el villano,  
El señor y el cortesano  
Han de culpar mis excesos;  
Porque, aunque sepan que yo  
Cuerdo y ajustado vivo,  
Seré malo porque privo,  
Y bueno el que ayer privó.  
Y si el mundo nunca ha visto,  
Ni el tiempo nos lo ha enseñado,  
Haberse otra vez juntado  
Ser privado y ser bienquisto,  
No es mucho que el alma tuerza  
De su gusto al parabien,  
Pues aun procediendo bien  
He de ser malo por fuerza.

CONRADO.  
De suerte me has persuadido,  
Que si en mi solo estuviere  
Esta accion, la suspendiera,  
De tus razones movido;  
Mas ya al Rey le declare  
Mi intencion, y la admitió;  
No pedirlo pude yo,  
No aceptarlo no podré;  
Y así, es preciso que goces  
De la privanza, y advierte  
Que no es posible perderte,  
Porque en efecto conoces  
De la envidia el pecho infiel  
Con verdad y desengaño,  
Y nadie previno el daño,  
Que no se librase del;  
Con esto el orden cumpli  
Que su majestad me dió.

CÁRLOS.  
Si la dicha me turbó,  
Hable el corazon por mí.

CONRADO.  
Entra, y besarás la mano,  
Cárlas, á su majestad.

CÁRLOS.  
Si falto á mi voluntad  
Solo un momento, ¿qué gano?  
¿Y qué no pierdo en perder  
De asistir y de mirar  
A quien me pudo inclinar  
Y á quien me supo vencer?  
Pero es fuerza á la obediencia  
Estar de un padre y de un rey,  
Que en fin es ley, y tan ley,  
Que no tiene resistencia.

Salen EL REY y EL SECRETARIO, con  
unos papeles.

SECRETARIO.  
Señor, vuestra majestad  
Firme estas cartas.

REY.  
¿A quién?  
SECRETARIO.  
Esta al Gran Duque.  
REY.  
Está bien;  
¿Y aquesta?  
SECRETARIO.  
A su santidad.  
REY.  
Despáchese con cuidado  
La del Pontífice luego.  
SECRETARIO.  
Al punto irán. (Vase.)  
REY.  
No sosiego  
Hasta ver efectuado  
Este intento, y hasta ver  
A Carlos como deseo.  
Aqui está; jamás le veo  
Que no me haga enternecer:  
Que quise mucho á su madre,  
Y no tendré regocijo  
Hasta que, pues es mi hijo,  
Me pueda llamar su padre.  
Al Pontífice le pido  
Vénia para dividir  
Mis estados, y partir  
Con él lo que yo he adquirido  
Y por mi espada ganado,  
Sin desnudarme el acero;  
Tengo príncipe heredero  
De Sicilia y de su estado.  
Y hasta enterarme y saber  
Lo que le puedo dejar,  
No me quiero declarar  
Por su padre; esto ha de ser,  
Pues solo con este intento,  
Por hijo suyo Conrado  
Desde niño le ha criado.  
Dícame que es su talento  
Gallardo, y es su persona,  
Como su sangre, real;  
El afecto natural  
Ni aun á los reyes perdona:  
Y así, porque más presente  
Le tenga el alma consigo,  
Trato de hacerle mi amigo,  
Mi privado y confidente:  
Que ya que á todos excedo  
En lo que puedo callar,  
Como rey le he de tratar,  
Pues como padre no puedo.—  
¿Carlos?  
CARLOS.  
¿Señor?  
REY.  
¿Cómo tardas  
Tanto en besarme la mano?  
CARLOS.  
Por favor tan soberano  
Beso tus piés; mas si aguardas,  
Señor, á que te los bese  
Por lo que ahora escuché,  
No sé si los besaré,  
Porque es fuerza que me pese.  
REY.  
¿Por qué?  
CARLOS.  
Porque la advertencia  
Y gobierno militar  
Jamás le supo acertar  
El valor sin la experiencia;  
Que el soldado y el valido  
En paz y en guerra acertaron,  
No en fe de lo que intentaron,  
Si en fe de lo que han vivido:  
Y como no fui soldado  
(Que es la materia que toco),

Ni peino canas tampoco,  
Que en el alma me ha pesado,  
Confieso á tu majestad,  
De que haga de mi elección  
Para negocios que son  
Imposibles en mi edad.  
REY.  
(Ap. ; Válgame Dios, y qué bien!)  
Antes (oye) pienso yo  
Lo contrario, y lo enseñó  
Roma, pues nunca mas bien  
Se vió, Carlos, gobernada  
Que cuando su autoridad  
Á personas de tu edad  
Fió la pluma y la espada;  
Porque está mas pronto á errar  
Un viejo, con la privanza,  
Que un mozo, porque este alcanza  
Que es difícil acertar,  
Si todo á su edad lo deja,  
Y el viejo en nada se ofusca;  
Pues si uno consejo busca,  
Y el otro no se aconseja  
En el privar, mas felice  
Será el mozo que no el viejo,  
Pues logra con el consejo  
Lo que á su edad contradice;  
Demás, que no corre en tí,  
Carlos, lo que en los demás;  
Pues en tu padre tendrás  
Buen maestro, y aun en mí.  
Tu padre está ya cansado,  
Que el tiempo todo lo muda,  
Y es bien dejarle que acuda  
A dar á tu hermana estado,  
Pues podrá mas fácilmente,  
No teniendo en qué ocupar  
El tiempo, Carlos, tratar  
De casarla solamente.  
CARLOS. (Ap.)  
¿Esto mas?  
REY.  
¿Hate pesado?  
CARLOS.  
No me puede á mi pesar  
De servirte, ni de estar  
En tu servicio ocupado;  
Solo á mi incapacidad,  
Que tal favor no merece,  
Cuerdamente le parece  
Que gobierno y mocedad  
No se compadecen bien.  
REY.  
Que han de murmurarte es llano,  
Y que el plebeyo y villano,  
Y el caballero tambien,  
Atentos á lo que en tí  
Pueda la envidia notarte,  
No han de buscar qué alabarte,  
Pero qué culparte si;  
Y aunque independientes son  
En tí la accion y el suceso,  
Tu descuido será exceso,  
Y no mérito tu accion;  
Pues sin diferencia alguna,  
Siempre la culpa se ha echado  
Del mal suceso al privado,  
Y del bueno á la fortuna.  
CARLOS.  
Pues ¿por qué quieres tratarme  
Tan mal, que quieras ponerme  
Donde nadie ha de valerme,  
Y todos han de culparme?  
REY.  
(Ap. ; Notable es su discrecion!  
; Quién le pudiera abrazar!  
Mil canas me ha de quitar.)  
Yo te diré la razon:  
Fuerza es, Carlos, que haya reyes,

Y que el Rey tenga un amigo,  
Un compañero, un testigo,  
Con quien las comunes leyes  
Y las humanas acciones,  
O extrañas ó naturales,  
De los bienes y los males  
Comunique sus pasiones.  
Dios, al principio del mundo,  
Con ser su capacidad  
Inmensa, y su eternidad  
Sin primero ni segundo,  
Parece que no se hallaba,  
Y en efecto no se halló,  
Hasta que comunicó  
Al hombre el ser que gozaba;  
Pues con piedad admirable,  
Dió á entender, aunque te asombre,  
Que allí comenzó á ser hombre,  
Comenzando á ser sociable.  
Dios de la Tierra es el Rey,  
Y en las pasiones que tiene  
Con cualquier hombre conviene:  
Pues ¿qué razon hay, qué ley,  
Como político error,  
El gusto mas singular  
Que le da á un particular  
Le prohíba un superior?  
Yo, al fin, es fuerza que tenga  
Un amigo de quien guste,  
Que á mi condicion se ajuste  
Y con mi sangre convenga.  
Este, Carlos, has de ser,  
Como tu padre lo ha sido;  
Y así, procura, advertido,  
Si no te quieres perder,  
Que halle el noble qué seguir  
En tí, el vulgo qué admirar,  
La envidia qué murmurar,  
Y ninguno qué advertir.  
Repara en cualquier accion  
Que antes tu conciencia es,  
Luego mi gusto, y después  
La vulgar satisfaccion.  
Si me ves ejecutando  
Alguna intencion muy fuerte,  
Blandamente me la advierte,  
Proponiendo, no enseñando;  
Que el Príncipe (y lo verás  
En los demás, como en mí)  
Jamás quiso junto á sí  
Hombre que supiese mas.  
En las materias divinas  
Mira la intencion y el modo,  
Dios y su ley sobre todo,  
Porque si un punto declinas,  
Perderé el reino por tí,  
Porque siempre al suelo viene  
La monarquía que tiene  
A Dios, Carlos, contra sí.  
Al que pretende cobarde,  
Ten mucho cuidado en esto.  
Si no has de premiarle presto,  
No le desengañes tarde;  
No revoques las mercedes  
Que hizo tu antecesor,  
Goce en tu hechura su honor,  
Pues pudo lo que tú puedes;  
Que si tú el ejemplo diste,  
No habrá nadie que en tí espere,  
Pues el que te sucediere  
Deshará lo que tú hiciste.  
Al que fuere gran soldado  
Ningun favor se le impida,  
Que á quien no estima su vida,  
Se ha de estimar su cuidado;  
Porque á un hombre de valor  
Darle un puesto honrado, advierte,  
No es premio, es para la muerte  
Darle cartas de favor.  
Premia las letras en suma,  
Y da á las armas aumentos;  
Que de un reino las cimicutas

Son la espada y son la pluma.  
Que con esto, y no admitir  
Consejo de interesados,  
Se verán en tí ajustados  
El acertar y el regir;  
Y no te cause recelo  
La envidia ni la traicion;  
No yerres tú la intencion,  
Que lo demás es del cielo.

CÁRLOS.

¿Quién no será buen privado,  
Gran señor, y buen valido,  
De tal maestro regido,  
De tal rey aconsejado?  
Mi obediencia es tu consejo;  
Tuyo soy.

REY.

¿Qué estás dudando?

Que si como rey te mando  
Como padre te aconsejo.  
(Ap. No cabe dentro de sí  
El alma. ¿Qué alegre estoy!)  
Mi mano otra vez te doy.

CÁRLOS.

¿La mano me aprietas?

REY.

Sí,

Para que del vulgo vano  
El aplauso infiel no creas,  
Y por estas señas veas  
Que tengo fuerza en la mano.  
No temas, CÁRLOS; que amor,  
Como tan cerca te via,  
Tu mano apretó, y la mia  
Ternura fué, no rigor;  
Por señas habló, que es mudo,  
Y al decir una verdad,  
Me negó la majestad  
Lo que la sangre no pudo.  
Ven, CÁRLOS.

CÁRLOS.

Servirte es ley.

REY.

No temas nada en mi amor.

CÁRLOS.

Es respeto, no es temor.

REY.

Soy tu amigo.

CÁRLOS.

Eres mi rey.

(Vanse.)

Salen VIOLANTE, ELVIRA, EL PRIN-  
CIPE, TRISTAN y FINEA.

VIOLANTE.

Pudiera vuestra alteza  
Mirar mas por mi honor y mi nobleza,  
Y excusarse de hacerme una visita  
Que no me da opinion y me la quita,  
Y mas no estando en casa  
Mi padre ni mi hermano.

PRINCIPE.

Quien se abraza

En tus ojos, bellissima Violante,  
Olvida lo advertido por lo amante;  
Y así, culpa tus ojos,  
Pues ellos causa son de tus enojos.

VIOLANTE.

Sí, mas no es maravilla que lo sienta;  
Que una afrenta temida ya es afrenta,  
Y es cosa natural quejarse el labio  
Cuando al respeto se atrevió el agravio.

PRINCIPE.

Violante mia, para estar hermosa,  
Está siempre enojada, está quejosa;  
Mas, pues mi amor no te ha ofendido en  
[nada,  
Ni quejosa te muestras ni enojada;

Ruégaselo tú, Elvira;  
¿Qué hermosas flechas de sus ojos tira!  
Hablad todos por mi.

ELVIRA.

Pues ¿cómo, prima,  
Del Príncipe el amor tu amor no estima?  
El te sigue, él te adora, él te pretende,  
Y si quien ama, claro está, no ofende,  
No es razon que á tratarle mal te obli-  
[que  
El ver que te pretende, adora y sigue.  
(Ap. Mas ¿qué me admira todo lo que  
Si lo mismo le pasa á mi deseo [veo,  
Con CÁRLOS, que, olvidado.  
No entiende ni agradece mi cuidado,  
Cuando el alma lo llora,  
Su ingenio estima y su presencia adora?

FINEA.

Elvira dice bien: el rigor deja,  
No pagues un amor con una queja.

TRISTAN.

Entrambas dicen bien, y yo lo digo,  
Del amor de su alteza buen testigo;  
Pues viéndole, Violante,  
Tan fino y tan amante,  
Mil veces me ha pesado  
De haber sido barbado; [re  
Porque, á ser yo la dama por quien mue-  
(Tanto su pena el corazon me hiere),  
Yo me hubiera rendido,  
Como suelen decir, á buen partido,  
Aunque despues, por este atrevimien-  
[to,  
Su padre me metiera en un convento.

VIOLANTE.

Confieso á vuestra alteza  
La lisonja que hace á mi belleza;  
Mas si mi padre está fuera de casa,  
Y vuestra alteza por mi calle pasa,  
Y á mi puerta se pára su carroza,  
Pensarán que pretende y que no goza.

PRINCIPE.

Antes viéndome entrar públicamente,  
Bíran que te visito honestamente,  
Porque, á caer malicia en mi cuidado,  
Entrara mas cubierto y recatado.

VIOLANTE.

¿Y cuándo tan de parte de la dama  
El vulgo está, que vuelve por su fama?  
No hay deshonra mas cierta [ta;  
Que el coche de un señor en una puer-  
Ven que en palacio está mi hermano y  
[padre,  
Ven que há seis años que murió mi pa-  
[dre,

Ven que á caballo por mi calle pasa,  
Y ven que entra en mi casa,  
Porque ven la carroza,  
Vuestra alteza galan, Violante moza,  
El honor melindroso,  
Poca mi dicha el vulgo malicioso,  
Vos señor, yo mujer; ¿no es cosa clara  
Que piensen todos lo que yo pensara?

PRINCIPE.

Si fuera yo bien visto de tus ojos,  
Tú misma disculparas tus enojos;  
Mas como de ellos soy aborrecido,  
Temes tu honor por disfrazar tu olvido.

VIOLANTE.

Tiene razon, porque á mi hermano ado-  
Si bien con el decoro  
Que les debo á mi sangre y á mi estado,  
Y como tengo el pecho embarazado,  
A nadie quiero bien, á nadie veo;  
Y así, no estimo aqueste ni otro empleo.

ELVIRA.

Ya en tu rigor parece demasia,

Violante, la porfia; [sa,  
Si estás querida porque fuiste hermo-  
Muestra que eres mujer en ser piadosa,  
Cortés, cuando no amante,  
Puedes hablar al Príncipe, Violante.

VIOLANTE.

Dame el verle disgusto,  
Y tengo puesto en otra parte el gusto;  
Y quieres, prima mia,  
Que tenga yo un pesar por cortesía?

ELVIRA.

Si porque estoy delante te recatas,  
Y el favor te dilatas,  
A dejarnos mas solos me resuelvo;  
Adios, Príncipe.—Prima, luego vuelvo.  
(Vase.)

VIOLANTE.

Prima, ¿adónde te vas? Aguarda, mira.

TRISTAN.

Es un alma de Dios la doña Elvira.

VIOLANTE.

Váyase vuestra alteza;  
Que si viene mi padre...

PRINCIPE.

¿Qué aspereza!

VIOLANTE.

Si CÁRLOS viene...

PRINCIPE.

Deja esos cuidados  
A Tristan y á Finea.

VIOLANTE.

Son criados.

TRISTAN.

Si vuestra alteza de los dos se fia,  
No hay que hablar, no diré esta boca es

FINEA.

[mia.

¿Y quién mejor que yo sabrá encubrillo?  
(Ap. Ya deseo sabello por decillo.)

TRISTAN.

Lindo oficio he tomado, dél espero  
Obispar por la parte del sombrero;  
Pero dime, Finea; tú, que sabes  
Mucho mas destas cosas...

FINEA.

No me alabes;

Ponte un tanto, Tristan, ó calla ó véte.

TRISTAN.

¿Es esto lo que llaman alcabuate?

FINEA.

[guntado?

Sí, Tristan; mas ¿por qué lo has pre-  
TRISTAN.

Dícenme que es oficio aprovechado.

FINEA.

De todo tiene.

TRISTAN.

El nombre es desabrido.

FINEA.

Lámate cobertor, que es mas polido.

TRISTAN.

Si el nombre me confirmas, embustera,  
Yo seré cobertor, tú cobertera.

VIOLANTE.

Mas; ay de mí! ¿qué dices?

TRISTAN.

CÁRLOS viene.

VIOLANTE.

Váyase vuestra alteza.

PRINCIPE.

No conviene,

Ni esconderme ni irme.

VIOLANTE.

Señor, eso es perderme y destruirme;  
Si os ven aquí, yo he de tener la culpa.

PRÍNCIPE.  
Déjame á mi, Violante, la disculpa.

Sale CÁRLOS.

CÁRLOS.  
¿Vuestra alteza en mi casa?

PRÍNCIPE.  
Sí, Carlos; llega, pasa  
Adelante, los brazos darte quiero;  
Soy pretendiente, y á tu padre espero.

CÁRLOS. [cosa  
¿Vuestra alteza pretende? Pues ¿hay  
A su real poder dificultosa?

PRÍNCIPE.  
Viviendo el Rey, es ya razon de estado  
Que pueda mas que el Príncipe el prí-  
[vado;

Que el Príncipe, por mozo ú divertido,  
Nunca con los despachos se ha metido;  
Y aunque á su Majestad hablar pudiera,  
Y sé que al punto lo que pido hiciera.  
Hablar con vuestro padre es mas cordu-  
Que en fin somos amigos. [ra,

CÁRLOS.  
Soy tu hechura.  
PRÍNCIPE.  
Pretende Ludovico cierta plaza.

CÁRLOS. [frazo.)  
Yalo he sabido. (Ap. Bien su amor dis-  
PRÍNCIPE.

Y quiero, porque á gusto le suceda,  
Que Conrado haga en esto cuanto pue-  
CÁRLOS. [da.

Yo mismo, y por él mesmo, en este pun-  
Acabo de pedirle; mas pregunto, [to  
Claro está, ¿no bastara.  
Señor, que vuestra alteza lo mandara,  
Sin venir en persona?

PRÍNCIPE.  
De camino  
Quise ver á Violante, que imagino  
Que tambien su favor es de provecho.

CÁRLOS.  
Dadlo, Señor, con tal favor, por hecho.  
PRÍNCIPE.

Llebadme hoy á palacio la respuesta.  
CÁRLOS.

Saldrá como pedis; porque, si cuesta  
Ruego á una dama, á vos una visita,  
¿Quién habrá que la plaza le compita?

PRÍNCIPE. [gentileza!  
Violante, adios. (Ap. ¿Qué hermosa  
VIOLANTE.

Mil años guarde Dios á vuestra alteza.  
PRÍNCIPE.

Interceded conmigo,  
Que es Ludovico mi mayor amigo;  
Adios, Carlos, no pases adelante.

CÁRLOS.  
Naci para serviros.  
PRÍNCIPE. (Ap.)  
¿Ay Violante!

Si en ser ingrata tu deidad te empeña,  
[enseña.  
aprende á amar, ó á aborrecer me  
O (Vase.)

TRISTAN.  
¿No es el Príncipe necio?  
CÁRLOS.

Oye, Violante.  
FINEA.  
No es posible ser necio y ser amante.

CÁRLOS.  
Y dime con verdad lo que hay en esto.

VIOLANTE.  
Descolorido, sin razon, te has puesto.

FINEA.  
La gravedad con que mintió me admira.

TRISTAN.  
A los dos nos quitó aquella mentira.

FINEA. [do.  
Mas yo pienso que Carlos lo ha entendi-  
TRISTAN.

Es hermanu con humos de marido;  
Pero, si quieres, vámonos, Finea,  
En tanto que, bañados en jalea  
De locas fantasias,  
Que llaman por allá filoterias,  
Como locos orates,  
Un hartazgo se dan de disparates.

FINEA.  
Por eso nuestro amor es mas casero.

TRISTAN.  
Y es lo seguro, á fe de caballero.  
(Vanse Finea y Tristan.)

CÁRLOS.  
Dos modos de desconsuelos,  
Dos diferencias de amores,  
Dos linajes de temores,  
Dos maneras de desvelos  
Y dos géneros de celos,  
Que son de amor y de honor,  
Padece á un tiempo mi amor,  
Siendo los dos en su esfera  
Tan mayores, que cualquiera  
Pudiera ser el mayor.

En un punto, en un instante,  
Como dos te considero;  
Si como hermana, me muero,  
Y tambien si como amante;  
De suerte, hermosa Violante,  
Que como va mi fortuna  
No se habrá visto ninguna,  
Pues quiere ó permite Dios  
Que me mates como dos  
Y me quieras como una.

Todo me hiela y me enciende,  
Y todo, por tu hermostura,  
La voluntad me aventura  
Y la sangre me defiende.  
El Príncipe te pretende,  
Su gusto es ley en el suelo,  
Y yo (¿fuerte desconsuelo!),  
Ya tu amante, ya tu hermano,  
Sin poderme ir á la mano,  
Te idolatro como al cielo.

Porque, aunque la sangre impida  
Lo que unir supo una estrella,  
Luego que naciste bella  
Te obligaste á ser querida;  
Y si es ley establecida  
Que te quiera, pues te asisto,  
En vano á mi amor resisto,  
Porque ya no puede ser  
Vivir sin volverte á ver  
Ni dejar de haberte visto.

Yo he de amar sin merecer,  
Que, aunque procuro obligar,  
Quiero para no alcanzar,  
Que alcanzar fuera ofender;  
Querer por solo querer  
Es mi venturosa suerte,  
Pues cuando ella nos concierte  
Y la sangre nos aparte,  
Ya que no puedo alcanzarte,  
Sé que no puedo perderte.

VIOLANTE.  
Tan tierna de haber notado  
Tu amor, Carlos, me has tenido,  
Tan loca de haberte oido  
Entre mí me he contemplado,  
Y en fin, tan atentá he estado

A tu aficion verdadera,  
Que cuando amor considera  
Lo bien sentido que está,  
Si no te quisiera ya,  
Desde ahora te quisiera.  
Cuanto al Príncipe, no sé  
Mas, Carlos, de que aquí entró;  
Si su amor me declaró,  
Como no decirle fué,  
Pues no importa que él me dé  
El alma, si el alma, absorta  
En tu amor, su amor reporta;  
Pero volvamos, Señor,  
A tratar de nuestro amor,  
Que es lo que mas nos importa.  
Yo te adoro, Carlos mio,  
Con amor tan cortesano,  
Que á un tiempo galan y hermano  
Te imagina el albedrio;  
Y si hermano te desvio  
Por algun amor grosero,  
Galan y hermano te quiero  
Con un deseo tan puro.  
Que en lo mucho que aventuro,  
Digo lo poco que espero.

Amar para merecer,  
Fuera querer obligar,  
Y amar por saber amar,  
Industria pudiera ser;  
Pero querer por querer  
Es virtuoso ejercicio;  
Ara soy, no sacrificio;  
Que es torpe solicitud  
Profanar una virtud  
Por adelantar un vicio.  
Mi amor todo es pensamiento,  
Pues soy (en razon lo fundo)  
La primer mujer del mundo  
Que no procura su aumento;  
Y tal estoy, que aun no siento  
Ver sin lograr mi cuidado,  
Porque pudiera logrado  
Quedarse desvanecido,  
Y por no verle perdido,  
No quiero verle gozado.  
Cuanto permitan los ojos,  
Dicha de los dos será;  
Que el perfecto amor está  
En la fe, no en los despojos.  
Sin celos y sin enojos  
Será amistad nuestro trato,  
Pues no ha de dar el recato  
Ocasion considerable,  
A mi para ser mudable,  
Ni á ti para ser ingrato.

CÁRLOS.  
¿Y si el Príncipe, constante,  
Asiste firme en su amor?

VIOLANTE.  
Será mas firme mi honor.

CÁRLOS.  
Diamante labra diamante.

VIOLANTE.  
¿Celos, Carlos?

CÁRLOS.  
No, Violante;  
Miedos de perderte sí.

VIOLANTE.  
¿Cómo perderme?

CÁRLOS.  
(Ap. ¿Ay de mí!)  
Siendo el Príncipe tu esposo.

VIOLANTE.  
Príncipe mas poderoso  
Eres, Carlos, para mí.

CÁRLOS.  
Yo no te he de merecer,  
Ni le puedo competir.

VIOLANTE.  
Yo me sabré resistir.  
CÁRLOS.  
Es muy grande su poder.  
VIOLANTE.  
No hay poder como querer.  
CÁRLOS.  
¡Ay de mí, que son quimeras  
Nuestras quejas verdaderas!  
VIOLANTE.  
¡Ay, que es mi esperanza vana!  
CÁRLOS.  
¡Ah, si no fueras mi hermana!  
VIOLANTE.  
¡Ah, si mi hermano no fueras!

### JORNADA SEGUNDA.

Salen LUDOVICO ÚRSINO, OCTAVIANO y dos SOLDADOS, dándole unos memoriales á CÁRLOS y TRISTAN.

LUDOVICO.  
Ya sale Carlos.  
OCTAVIANO.  
¡Qué bien  
Oye á todos!  
TRISTAN.  
Plaza aquí.  
SOLDADO 1.º  
A su majestad servi  
Desde pequeño.  
CÁRLOS.  
Está bien;  
A mi cuenta está el honrarle,  
Señor soldado.  
SOLDADO 2.º  
Esta vea  
Vuecelencia.  
CÁRLOS.  
Deme, y crea  
Que muy presto he de premiarle.  
SOLDADO 2.º  
Fabricio, alcaide que ha sido  
Cuarenta años en Palermo,  
Es mi padre, y está enfermo,  
Viejo y pobre. Hanle pedido  
A su majestad provea  
Esta plaza en Ludovico;  
A vuecelencia suplico  
Piadoso mi causa vea,  
Y pues con aprobacion  
Ha servido...  
CÁRLOS.  
Créolo así.  
SOLDADO 2.º  
Suplico se me dé á mi  
La futura sucesion.  
CÁRLOS.  
Conozco su calidad,  
Y tengo alguna noticia  
Del caso; de su justicia  
Hablaré á su majestad.  
SOLDADO 2.º  
Guarda el cielo á vuecelencia  
Muchos años para honor  
De Sicilia. (Ap. ¡Qué va'or,  
Qué cordura y qué prudencia!)  
TRISTAN.  
Por si cansado te sientes,  
Que es fuerza que estés cansado  
De haber, Señor, escuchado

Quejas de mil pretendientes,  
Cuya afectada malicia  
Tanto en su abono previene,  
Que nadie justicia tiene,  
Y todos tienen justicia;  
Toma aqueste memorial,  
Y despáchale al instante.

CÁRLOS.  
Pues ¿de quién es?  
TRISTAN.  
De Violante,  
Rebujita de cristal,  
Idolo de plata y nieve,  
Brinco de marfil, sudor  
Del alba, almidon de flor,  
Perla mucha en concha breve  
De aquel bello paraiso,  
Cuya fruta singular  
Te es preciso el desear,  
Y el no comer te es preciso;  
Desta con quien te da un como  
Amor, pues te pone, en suma,  
A tus deseos de pluma  
Impedimentos de plomo;  
Deste dnende que te irrita,  
Que te huye y que te toca,  
Pues que su sangre revoca  
Lo que su belleza incita;  
Desta en quien es la belleza  
Disculpa de tantos yerros,  
Y es echar por esos cerros  
De Ubeda y de Baeza;  
Desta, en fin, con quien se allana  
Tu obstinado parecer,  
Y la quisieras mujer,  
Pues no la quieres hermana.  
Desta...

CÁRLOS.  
Buena la has tomado;  
¿Piensas acabar?  
TRISTAN.  
Yo no,  
Porque no he de acabar yo  
Lo que tú no has empezado;  
Mas toma el papel.  
CÁRLOS.  
Tristan,  
Con él me consolaré.  
TRISTAN.  
Pues no le leas.  
CÁRLOS.  
¿Por qué?  
TRISTAN.  
Porque agüardándote están,  
Y que nos oigan es justo.  
CÁRLOS.  
Acudo, pues es razon,  
Ahora á la obligacion;  
Que tiempo habrá para el gusto.

### Sale EL REY.

REY.  
Desde esta parte escondido,  
Y sin que Carlos me vea,  
Salgo, por ver cómo emplea  
Experiencias de valido.  
Dando está audiencia; esta es  
La prueba mas principal  
De un político caudal,  
Pues ya grave, ya cortés,  
Ya enojado, ya prudente,  
Ya apacible, ya severo,  
Ya blando, ya justiciero,  
Ya cruel y ya elemento,  
Yendo por diversos modos,  
Uno solo al parecer,  
Muchos hombres ha de ser  
Para contentar á todos;

En lo que Carlos responde,  
Veré el talento que alcanza,  
Para ver si la privanza  
Al mérito corresponde.

### Sale LUDOVICO.

LUDOVICO.  
Yo soy Ludovico Ursino,  
Por quien habló vuecelencia  
A su padre en la alcaidia  
De Palermo; mi nobleza,  
Los servicios de mi padre,  
Y mi calidad es cierta;  
Dos años há que Fabricio  
Gajes y provechos lleva  
Desta plaza, y no la sirve;  
Yo la pretendo, y su alteza  
Lo desea como yo;  
Hoy pende de vuecelencia  
Este negocio, y espero,  
Pues por mí á su padre ruega,  
Que por sí me haga merced;  
Aqui mis servicios lea.  
(Dale un memorial.)

CÁRLOS.  
Señor Ludovico Ursino,  
Yo pedi (bien se me acuerda)  
Esta merced á mi padre,  
Y entonces, porque saliera,  
Pagara yo las albricias  
A quien me diera las nuevas.  
Cuando le pedi á mi padre,  
No miré si era ó no era  
La merced justificada  
Y la pretension honesta;  
Que entonces no me tocaban  
Á mi aquestas diligencias.  
Lo que entonces me tocó  
Fué el pedirle; y el que ruega,  
Propone, que no resuelve;  
Informa, que no sentencia.  
Mas hoy, que su majestad  
Asegura su conciencia  
En la mia, y me remite  
Sus causas, que las vea,  
Debo mirar con cuidado  
Los servicios que se premian,  
Las mercedes que se hacen  
Y las plazas que se niegan.  
Nadie se queje de mí;  
Juzgue ahora, si se viera,  
Despues de servir al Rey  
Cuarenta años en la guerra,  
Que por estar impedido,  
Viejo, cansado y sin fuerzas,  
Del oficio que sirvió  
Le quitaba el Rey la renta,  
¡Qué hiciera de exclamaciones  
Y qué tuviera de quejas!  
Pues ¿por qué no hará Fabricio  
Lo que Ludovico biciera?  
Y así, aunque pedi á mi padre  
Esta merced, y á su alteza  
Ofrecí tambien servirle,  
Ha de advertir que allí era  
Abogado, aqui soy juez,  
Y con razones diversas,  
Allí abonaba servicios,  
Aqui examino evidencias;  
Allí informo, aqui sentencio.  
Juzgue, pues, la diferencia  
Del amigo que le abona  
Al privado que gobierna.  
Y pues no tiene justicia,  
Esta plaza no pretenda.  
Porque no se la he de dar;  
Que aunque dársela quisiera,  
No me ha dado el Rey poder  
Para hacer cosas mal hechas.  
LUDOVICO. (Ap.)  
Corrido voy. (Vase.)

REY. (Ap.)  
 ; Qué valor!  
 Todo cuanto dice acierta;  
 Notablemente está en todo;  
 El alma en verle se alegra. —  
 Dios te libre, Dios te guarde,  
 Cárlos, hijo, y yo te vea  
 Muy dichoso; mucho hago  
 En no salir allá fuera,  
 Y darle dos mil abrazos;  
 Mas disimular es fuerza.

Sale OCTAVIANO.

OCTAVIANO.  
 Temblando llevo.

TRISTAN.  
 ; Jesús!  
 ; Quién pensara, quién dijera  
 Que quien solo tenía voto  
 Eo jaeces y libreas,  
 A dos días de privanza...

CÁRLOS.

Calla.

TRISTAN.

Callo.

OCTAVIANO.  
 Octavio llega  
 A tus piés, como á sagrado  
 De piedad y de clemencia;  
 Tengo á mi hermano en la cárcel  
 Por una muerte bien hecha,  
 Si es disculpa de un delito  
 La venganza de una afrenta;  
 Y el juez tan apasionado  
 Está, que temer es fuerza  
 De su enojo y su pasión  
 Una terrible sentencia;  
 A su majestad suplico,  
 Primero que se resuelva  
 La causa, nombre otro juez  
 Que mas piadoso proceda;  
 Este memorial de todo (Dale otro.)  
 Informará á vuecelencia.

CÁRLOS.

; De suerte, señor Octavio,  
 Que quitar su hermano intenta  
 Al juez que lo es desta causa,  
 El conocimiento della,  
 Porque dice que severo  
 O apasionado se muestra?  
 Hablar á su majestad,  
 Si es esto lo que desea  
 Su hermano, yo se lo ofrezco;  
 Pero primero le advierta  
 Que en nada tiene justicia,  
 Ni es posible que el Rey quiera  
 Al juez que una vez nombró,  
 Impedirle que lo sea;  
 Bueno es que lo haya elegido  
 Para que la causa vea,  
 Y que la jurisdicción  
 Que solo á su arbitrio deja,  
 Y el Rey mismo le señala,  
 El Rey mismo la suspenda.  
 El juez, Octavio, ha de ser  
 Juez, sin tener dependencia  
 Mas que de Dios y de sf.  
 Y del Rey, que es quien la aprueba;  
 Y así, la sentencia aguarde  
 Del juez de la causa, y de ella,  
 Si no fuere justa, apele  
 A otro tribunal, y sepa  
 Que tengo por mas castigo,  
 Y aun no sé si por afrenta,  
 De un ministro, revocarle,  
 Que impedirle una sentencia;  
 Que el que la recusa arguye  
 La pasión que á todos ciega,  
 Y el que sus autos revoca,  
 De ignorante le condena.

Juzgue, pues, cuál quedará  
 Mas vengado de sus letras,  
 El que le excusa un error,  
 O el que despues se le enmienda.

OCTAVIANO.

Contento y desengañado  
 Voy en mi causa, y si en ella  
 Condenaren á mi hermano,  
 Apelaré á vuecelencia.

REY. (Ap.)

; Hay ingenio tan divino!  
 ; Qué mas hiciera si hubiera  
 Toda su vida estudiado  
 La política experiencia?  
 Estoy por llamarle hijo  
 En pago de la respuesta.

TRISTAN.

Solos habemos quedado.

CÁRLOS.

Pues Tristan, ¿ qué quieres?

TRISTAN.

Deja

Que bese tus piés mil veces,  
 Hora de la patria nuestra;  
 ; Esto encubierto tenias?  
 Vive Dios, que fué una bestia  
 El Maquiavelo contigo,  
 Justo Lísipo una dueña,  
 Casiodoro hace vainicas,  
 Y el Lucardino muñecas;  
 El gobernador cristiano  
 Eres, y en tu competencia,  
 Son coplas del Perro de Alba  
 Los comentarios de César;  
 Mas dejemos disparates,  
 Y supicote que leas  
 El papel de mi señora.

CÁRLOS.

En aquesta faltriquera  
 Le puse; ya le he topado.

TRISTAN.

; Oh lo que habrá de jaleas,  
 De alfenicadas ternuras  
 Y amorosas paneletas!

REY. (Ap.)

Amor, ya no puedo mas,  
 Salgamos á que nos vea;  
 Que me reñira mi pecho  
 Si no le gozo mas cerca.

Quiere leer Cárlos, y sale EL REY, y mete el billete entre los memoriales.

Yo leo.

CÁRLOS.

TRISTAN.

El Rey.

CÁRLOS. (Ap.)

Disimula.

TRISTAN.

(Ap. En notable ocasión llega.)

; Ese papel escondias?  
 Buenas albricias me cuesta.

REY.

; Cárlos?

CÁRLOS.

Gran Señor.

REY.

; Qué haces?

CÁRLOS.

Acabo de dar audiencia,

Y estaba pasando ahora  
 Los memoriales que quedan.

TRISTAN.

Consultáhalos conmigo,  
 Porque mi voto le diera;  
 Que en esto de memoriales

Tengo notable agudeza,  
 Y estábamos en el sexto.

CÁRLOS.

Calla.

REY.

Una silla me llega.  
 Véte ahora.

TRISTAN.

Ya me voy;

Mas no me voy, que me echan.  
 ; Válgame Dios! ; qué querrá  
 El Rey á Cárlos? Paciencia,  
 Que no lo puedo saber,  
 Porque no quiso el poeta  
 Que en este lance el lacayo  
 Mezclase burlas con veras;  
 (Ap. Debe de ser este el paso  
 Mas fuerte de la comedia.)

REY.

Siéntate, Cárlos.

CÁRLOS.

Señor...

REY.

Siéntate y cúbrete.

CÁRLOS.

Es ley

Mi obediencia; eres mi rey.

REY.

Y yo tu amigo mayor.

; Cómo te va de privado?

De audiencias ¿ cómo te va?

CÁRLOS.

La dificultad está  
 En haberlas comenzado;  
 Lo mas ha sido emprendellas,  
 Porque tú me persuades,  
 Mas ya las dificultades  
 Me enseñan á salir dellas.

REY.

Dices, Cárlos, cuerdamente;  
 Mas dejando esto á una parte,  
 Yo vengo á consultarte,  
 Como amigo y confidente,  
 Un caso, en que me has de dar  
 Tu parecer, y dél fio  
 El acierto.

CÁRLOS.

El caudal mio  
 No es bastante á aconsejar;  
 Mas, aunque despues me arguya  
 Mi ignorancia lo que soy,  
 Pues tú gustas, aquí estoy.

REY.

Pues oye, por vida tuya.  
 Yo tengo un hijo heredero,  
 Que es el Principe, y tambien  
 Otro natural, á quien,  
 Por causas que callar quiero,  
 En secreto le he criado;  
 Yo le quiero descubrir.  
 Mas tambien quiero cumplir  
 Con los que lo han ignorado;  
 Con el Principe, que puede  
 Llevarlo con impaciencia,  
 Pues juzgó suya mi herencia,  
 Y halla otro mas que me herede;  
 Con mi amor, porque es mi hijo,  
 Y le quiero como á tal,  
 Como mi hijo natural,  
 Pues me atormento y me aflijo  
 Cuando, en cualquiera ocasión  
 Que se me pone delante,  
 Muestro de rey el semblante,  
 Y es de padre el corazón;  
 Y así, por cumplir con todo,  
 Con él, conmigo y con Dios,  
 Busquemos entre los dos  
 Un medio, una traza, un modo  
 Con que yo logre este intento,

El Principe esté obligado,  
El pueblo desengañado,  
Dios servido y él contento.

CÁRLOS.

No sé si aciertas, Señor,  
En fiar esto de mí.

REY.

Pues yo te he elegido á ti,  
Debes de ser el mejor;  
Yo sé, Carlos, lo que puedo  
Fiar de ti: este papel  
Te dirá en relacion fiel  
El caso.

(Para tomar el papel, deja los otros en el bufete.)

CÁRLOS.

Obligado quedo  
A lo que me favoreces.

REY.

Tu Rey, tu deudo y tu amigo  
Soy; y si mucho te obligo,  
Mucho mas, Carlos, mereces.

CÁRLOS.

Yo leo.

REY.

Pues yo entre tanto,  
Para que estemos iguales,  
Pasaré estos memoriales.

CÁRLOS.

Espera, Señor. (Ap. ¡Oh cuánto  
Erré en juntar el papel  
De Violante á los demás!)

REY.

Turbado, Carlos, estás.  
¿Qué tienes?

CÁRLOS. (Ap.)

¡Suerte cruel!

REY.

Habla.

CÁRLOS.

(Ap. ¡Notable pesar!)  
Señor, pues que me has fiado,  
Como á tu amigo y privado,  
El oír y el consultar,  
No te canses en leer  
Memoriales importunos,  
Pues puede ser que haya algunos  
(Como suele acontecer)  
Poco cuerdos, y serán  
Ocasión de que te enojas,  
Y enojado, los arrojes,  
Y de mí se quejarán,  
Pues me los dieron á mí.

REY.

Partamos obligaciones;  
Que en las mismas que me pones  
Quiero yo ponerte á ti.  
Y pues libro en tu cuidado  
El peso de mi corona,  
A mirar por tu persona  
Estoy también obligado;  
Lee tú mientras yo leo,  
Y así podremos saber,  
Yo lo que has de responder,  
Y tú lo que yo deseo.

CÁRLOS.

No te canses.

REY.

No se cansa  
El Rey, Carlos, Mal dijiste,  
Porque solo cuando asiste  
A sus deberes, descansa.

(Lee.) «Ludovico Ursino pide la plaza de alcaide de Palermo, que tiene  
»Fabricio, y há dos años que no la  
»sirve por sus achaques.»

Deste oficio le despide,

Y dile que no conviene  
Quitársele á quien le tiene,  
Para darle á quien le pide.

CÁRLOS.

Lo mismo le respondi  
A Ludovico.

REY.

Está bien;  
Y si obras, Carlos, tan bien,  
No me has menester á mí.

(Lee.) «Lisarda, viuda de Vicencio  
»Pazo, principal y pobre, tiene una  
»escritura contra Alejandro Cesarino,  
»y por ser ministro de justicia, no hay  
»otro que le quiera ejecutar; por ella  
»á vuecelencia suplica dé orden para  
»que no le valga la inmunidad de serlo  
»para no hacerla.»

Sépase quien no ha querido,  
Por su oficio ó por su nombre,  
Ejecutar á ese hombre;  
Y en habiéndolo sabido,  
Obliguesele á pagar  
La escritura; que despues  
El mismo, por su interés,  
La procurará cobrar.

CÁRLOS.

Será muy discreto estilo,  
Y así lo dijera yo;  
Mas no leas mas.

REY.

¿Por qué no?

CÁRLOS.

(Ap. El alma tengo en un hilo.)  
Porque todos son así.  
(Ap. Si le topa, muerto soy.)

REY.

En leyendo este me voy.

CÁRLOS. (Ap.)

¡Qué desdichado nací!

REY.

(Lee.) «Carlos mio, mas ha podido el  
»amor para unir vuestras voluntades,  
»que la sangre para dividir nuestros  
»deseos; la fortuna está de buen sem-  
»blante con los dos, pues dispone que  
»seas mio; y lo demás sabrás en mis  
»brazos, si el placer de conocer mi  
»dicha no me mata antes que te vea.—  
»Tu Violante.»

CÁRLOS.

¡Violante á mí desafortunado!  
No sé cómo puede ser.

REY.

Pues vuélvele tú á leer,  
Si quieres satisfacerte.

CÁRLOS.

¡Ay de mí! dame la muerte.

REY. (Ap.)

Conrado le ha descubierto  
A Violante (aquesto es cierto)  
Todo el suceso pasado.  
Mal el secreto ha guardado,  
Mal ha cumplido el concierto;  
Pero sabrálo de mí  
De manera que le pese.

CÁRLOS. (Ap.)

¡Que Violante me escribiese  
En esta ocasion así!  
No lo creo aunque lo vi.

REY.

(Ap. Él lo ha dicho (es evidencia)  
Para poder (¡qué imprudencia!)  
Casarlos.) ¿Carlos?

CÁRLOS.

Señor.

REY.

(Ap. Aquí es menester valor,  
Aquí es menester prudencia.)  
¿Y por esto me impedias  
Que no viese los demás?

CÁRLOS.

Yo... Si tú... Porque jamás...

REY.

No te turbes.

CÁRLOS.

Si confías...

REY.

Bien en negármelo hacias,  
Pues de suerte me ha ofendido,  
Que, avergonzado y corrido,  
Te diera todo mi estado  
Por no haberlo imaginado  
Despues de haberlo leido.  
¿Posible es que tus antojos,  
Al pensar caso tan feo,  
No dieron muerte al deseo  
Entre la lengua y los ojos?  
Pues di, Carlos, ¿qué despojos  
O qué esperanza te da  
Tu amor, que á perderte va,  
Cuando con muda tristeza  
Toda la naturaleza  
Murmurando te lo está?

Tu locura y tu imprudencia  
Con esto me han declarado  
Que no rige bien mi estado  
Quien rige mal su conciencia.  
De despreciar mi advertencia,  
Cuando á virtud te provoco,  
Nace el ser con Dios tan loco,  
Que es voz que del cielo escucho;  
Que no estima á Dios en mucho  
Quien tiene á su rey en poco.  
Juez soy desta causa aquí,  
Y hallo que tan grave ha sido,  
Que con ella has ofendido  
A tu padre, á Dios y á mí.  
Mas, pues yo no puedo en ti,  
Aunque á ser juez me acomodo,  
Vengar tres culpas de un modo,  
Ninguna quede vengada;  
Que no he de castigar nada,  
Pues no lo castigo todo.  
De tres culpas, tres perdones  
A un tiempo tengo de darte.  
Para poder enseñarte  
A corregir tus pasiones.  
Huye, pues, las ocasiones  
De empeñar la voluntad;  
Que, si en fe de mi amistad,  
Mas tu obstinacion porfia,  
No sé si para otro día  
Me habrá quedado piedad.  
Y aunque para corregirte  
Fuera razon apartarte  
De mi privanza, enseñarte  
Importa mas que reñirte.

CÁRLOS.

No es posible que á servirte  
Acierte, Señor, jamás;  
Y así, en mi casa de hoy mas...

REY.

Si teniendo ocupaciones,  
Son tan tuyas tus pasiones,  
No teniéndolas, ¿qué haras?  
Y así, de hoy en adelante,  
Pues á todas horas puedes,  
Me has de asistir, sin que quedes  
Desocupado un instante.

CÁRLOS.

Tu hechura soy. (Ap. ¡Ay Violante!)

REY.

¿Qué dices?

CÁRLOS.

Que no es castigo.

REY.  
Vén conmigo.  
CÁRLOS.  
Ya te sigo,  
Porque en mí tu gusto es ley.  
REY.  
Tu amigo soy y tu rey;  
No me hagas tu enemigo.  
(Vanse.)

Salen VIOLANTE y ELVIRA.

VIOLANTE.  
No estoy en mí, de placer.  
ELVIRA.  
En fin, ¿Cárlos no es tu hermano?

VIOLANTE.  
Hoy he de darle la mano,  
Hoy mi marido ha de ser.  
ELVIRA.  
(Ap. Y hoy también moriré yo.)  
Y di, ¿cómo lo has sabido?

VIOLANTE.  
El cielo, de enternecido,  
Sin duda lo descubrió.  
Mi padre se dejó ayer,  
Por descuido (amor lo sabe),  
De su escritorio la llave;  
Y yo, en fin, como mujer,  
El tal escritorio abrí,  
Y tirando una gabela,  
Que aun era la más secreta,  
Dos cartas entre otras vi,  
Cuyo cuidado y aseo  
Patentes indicios daba  
Del misterio que encerraba;  
Abrílas con el deseo  
De saber, y no fué en vano  
El abrirlas y el leerlas,  
Pues he visto, prima, en ellas  
Que no es Cárlos, no, mi hermano.  
No es Cárlos mi hermano, prima;  
De mayor linaje viene,  
Padre más honrado tiene,  
Mas noble sangre le anima;  
Hijo es del Rey, yo lo fio,  
Y de las cartas lo arguyo.

ELVIRA.  
¿Qué dices?

VIOLANTE.  
Como hijo suyo  
Le ha criado el padre mío,  
Y el Rey se le encomendó;  
Así en las cartas lo dice.  
¿Hay fortuna más felice!  
Dichosa mil veces yo.  
Muchas veces, prima mía,  
Decirte mi amor pensaba,  
Y tantas no me dejaba  
La vergüenza que tenía;  
Mas, ya que están abonados  
Mis imposibles empleos,  
Oye, prima, mis deseos,  
Sabe, prima, mis cuidados,  
Celebra tú mi alegría  
Y dame mil parabienes,  
Pues me quieres bien, y tienes  
Parte en la ventura mía.  
¿Qué bien se ve en tu alborozo  
Y en tu atención la alegría,  
Y aun la mía, prima mía!  
Pues es tan grande mi gozo,  
Que cuando haberlo sabido  
No me hubiera aprovechado,  
Mas que de haberlo contado,  
Sobrada ventura ha sido.

ELVIRA. (Ap.)  
Esta causa procedía  
En Cárlos el no atender  
A mi cuidado, y no hacer

Caso de la pena mía.  
¿No me bastaban (¡ay cielos!)  
Para turbar mis sentidos  
Darne celos presumidos,  
Sino averiguados celos?  
¿Unas penas y otras penas?  
Si matarme, amor, querías,  
¿No bastaban penas mías,  
Sino venturas ajenas?  
¿Podré encubrir mis desvelos?  
¿Podré callar mi dolor?  
Que sí, responde el honor;  
Y que no, dicen los celos;  
Porque tal me vengo a ver,  
De desesperada y loca,  
Que cuando calle la boca,  
Los ojos no han de poder.

VIOLANTE.  
Parece que lo has dudado  
O lo tienes por mentira.  
¿Qué te suspendes, Elvira?

ELVIRA.  
No te dé, prima, cuidado;  
Quiero bien, como tú quieres,  
Y como en esta jornada,  
Cuando más desesperada,  
Te dice el amor que esperes,  
Hallo, mirándome en ti,  
Que amor tiene por mil modos  
Esperanzas para todos,  
Y le faltan para mí.

VIOLANTE.  
¿Y yo saber no podría  
A quien amas?

ELVIRA.  
Si, Violante;  
Bien conocido es mi amante.

VIOLANTE.  
Y ¿quien es, por vida mía?

ELVIRA.  
Tu hermano.  
VIOLANTE.  
¿Cárlos?

ELVIRA.  
Después  
Te contaré á quien elige  
Mi amor, aunque ya lo dije,  
Pues dije que Cárlos es. (Vase.)

VIOLANTE.  
¿Cárlos?  
Sale CÁRLOS.

CÁRLOS.  
¿Violante?

VIOLANTE.  
¿No más  
De Violante, y tan severo!  
Bien pagas lo que te quiero,  
Buenas albricias me das  
De las vivas esperanzas  
Que tú perdidas tuviste;  
¿Cansote, ya vienes triste;  
¿Pésate de que hoy alcances  
Lo que deseaste ayer?  
¿Al cielo turbado miras  
Y entre tí mismo suspiras?  
Pues ¿qué fué? ¿qué pudo ser?  
¿Casarte tu padre (¡ay cielos!)  
Con dama de más quilates?  
No me alijas, no me mates.  
¿Vienes malo? ¿tienes celos?  
¿Hate parecido engaño  
Mi papel? Habla, Señor,  
Y no mueras de un temor,  
Pudiendo de un desengaño.

CÁRLOS.  
Tan mudo estoy (¡ay de mí!),  
Tan suspenso y admirado,

Que pienso que lo he soñado.  
¿Yo puedo alcanzarte?

VIOLANTE.  
Si,  
Si, Cárlos; ¿qué dudas?

CÁRLOS.  
¿Yo?  
(Ap. ¡Hay mujer tan inhumana!)

VIOLANTE.  
Que no soy, Cárlos, tu hermana.

CÁRLOS.  
¿Que no eres mi hermana?

VIOLANTE.  
No.  
CÁRLOS.  
Vuelve, por Dios, vuelve en tí  
Del furor que te provoca.

VIOLANTE.  
Cárlos, no me vuelvas loca;  
Escucha, y sabráslo.

CÁRLOS.  
Dí.

Sale ELVIRA.

ELVIRA. (Ap.)  
Mal sosiega quien se abraza;  
¿Quién duda que ya Violante  
A su hermano ó á su amante  
Habrá dicho lo que pasa?  
Mas, para que sus deseos  
No logren dichas mayores,  
Pues no pude sus amores,  
Impediré sus empleos.  
Celosa estoy y ofendida,  
Pero yo me vengaré,  
Y á su padre le diré  
Lo que importa que le impida.  
El caso diré á Courado,  
Para que, pues es discreto,  
Mire cuál está el secreto  
Que le tiene el Rey fiado.  
¡Ah, traidores! Ah, enemigos!

VIOLANTE.  
Elvira, el paso deten.

ELVIRA.  
Dos que se quieren tan bien  
No habrán menester testigos.

Sale CONRADO.

CONRADO.  
Pues, sobrina, ¿dónde vas?

ELVIRA.  
A buscarte.  
CONRADO.  
¿Y á qué efeto?

ELVIRA.  
A decirte un gran secreto;  
Vén conmigo y lo sabrás.

CONRADO. (Ap.)  
Por si acaso en algo toca  
De lo que el Rey me ha reñido,  
Iré á saber lo que ha sido.

ELVIRA.  
Los celos me llevan loca.  
(Vanse Conrado y Elvira.)

CÁRLOS.  
¿Qué tiene Elvira, Violante,  
Que va triste?

VIOLANTE.  
Anda estos días  
Con ciertas melancolias.

CÁRLOS.  
Debe de amar.  
VIOLANTE.  
No te espante

Que ame Elvira y que sea amada;  
Porque vivir sin amar,  
Vida se puede llamar,  
Pero vida descuidada.  
Mas, volviendo à nuestro amor,  
¿Qué dices deste suceso?

CÁRLOS.

Que me ha de quitar el seso  
El gusto. ¿Que sin temor  
Llamarte mi esposa puedo,  
Y lograrste?

VIOLANTE.

Cárlos, si;

Yo por mis ojos lo vi,  
Querermepuedes sin miedo;  
Del Rey eres (¡qué alegría!)  
Hijo. ¡Ay cielos, loca estoy!

CÁRLOS. (Ap.)

Sin dada que el hijo soy  
Que hoy me dijo que tenía,

VIOLANTE.

Mas no por esta mudanza  
Has de olvidarme, inconstante.

CÁRLOS.

Mal te olvidará, Violante,  
Quien te apó sin esperanza.

VIOLANTE.

¿Qué ventura!

CÁRLOS.

¿Qué placer!

Tuyo soy, prodigio hermoso.

VIOLANTE.

¿Que al fin has de ser mi esposo!

CÁRLOS.

¿Que al fin mi esposa has de ser!

VIOLANTE.

¿Y si el Rey quiere casarte  
Con otra?

CÁRLOS.

No querré yo.

¿Querrástu al Príncipe?

VIOLANTE.

No;

Que no hay dicha sin amarte.

CÁRLOS.

¿Quién mereció tal belleza?

VIOLANTE.

¿Quién mereció tal favor?

CÁRLOS.

Albricias, cobarde amor.

VIOLANTE.

Albricias, noble firmeza.

CÁRLOS.

Ya es placer todo el pesar.

VIOLANTE.

Ya el pesar es alegría.

CÁRLOS.

¿Violante puede ser mía!

VIOLANTE.

¿A Cárlos puedo lograr!

CÁRLOS.

Pues confirme nuestros lazos  
Nuestro amor.

VIOLANTE.

¿Grande ventura!

CÁRLOS.

¿Qué fe no estará segura  
En el cielo de tus brazos?

VIOLANTE.

Mi padre.

Estando abrazados, sale CONRADO.

CONRADO.

Verdad ha sido...

Perdida estoy.

VIOLANTE.

CÁRLOS.

Yo turbado.

CONRADO.

Lo que Elvira me ha contado  
Y lo que el Rey me ha reñido.—  
¿Violante?

VIOLANTE. (Ap.)

No acierto à hablar.

CONRADO.

¿Cárlos?

CÁRLOS.

¿Señor?

CONRADO.

No os turbeis;

¿Qué importa que os abraceis?  
Bien os podeis abrazar;  
Que vuestra sangre es fianza  
De cualquiera demasia;  
¿Mas que el abrazo seria  
De albricias de la privanza  
Del Rey? (Ap. Yo haré que mi error  
Le enmiende el cuidado mio.)

VIOLANTE. (Ap.)

Ya voy cobrando mas brio.

CÁRLOS. (Ap.)

Ya voy perdiendo el temor.

VIOLANTE. (Ap.)

No lo entendió.

CÁRLOS. (Ap.)

No lo sabe.

CONRADO.

Pues, Cárlos, ¿cómo te va?  
Gran privado estarás ya.

CÁRLOS.

Vuecelencia no me alabe  
A mi, sino à su deseo,  
Pues por él todo el favor  
Gozo del Rey, mi señor.

CONRADO.

¿Todo el favor? Yo lo creo;  
Pero con razon te estima,  
Y aun es fuerza en él.

CÁRLOS.

¿Por qué?

CONRADO.

Porque siempre que te ve  
Se acuerda, y aun se lastima,  
De unas memorias pasadas,  
De quien eres impresion,  
Y hoy en su imaginacion  
No están del todo borradas.  
Quiérete bien, no te espante.

VIOLANTE. (Ap.)

Y la causa yo la sé.

CÁRLOS. (Ap.)

Bien claramente se ve  
Que dijo verdad Violante.

CONRADO.

Tuviera ya de tu edad  
Un hijo (¡ay triste!), que yo  
Crié (tanto conlió  
De mi secreto y lealtad),  
Cárlos tambien se llamaba;  
Mucho te llegué à querer.

Yo cartas he de tener  
En que me lo encomendaba,  
Pues cuando se me murió  
Fué mucho quedar con vida.  
¡Válgame Dios, qué sentida  
Y qué tierna me escribió  
Otra carta! No quisiera  
Acordarme de la muerte  
De aquel ángel; mas la suerte

No fué del todo severa,  
Cárlos, pues me deja à ti  
Y à Violante. Dios os guarde;  
Que, en fin, en vosotros arde  
La luz que se apaga en mí.

CÁRLOS. (Ap.)

¿Es verdad lo que he escuchado!

VIOLANTE. (Ap.)

¿Es verdad lo que le he oído!

CÁRLOS. (Ap.)

¿Mi amor otra vez perdido!

VIOLANTE. (Ap.)

¿Mi amor otra vez burlado!

CONRADO. (Ap.)

¿Mucho lo sienten!

CÁRLOS. (Ap.)

Yo muero.

¿Aun no me atrevo à miralla!

VIOLANTE. (Ap.)

¿Qué confusion!

CÁRLOS. (Ap.)

¿Qué batalla!

VIOLANTE. (Ap.)

¿Qué pena!

CÁRLOS. (Ap.)

¿Qué mal tan fiero!

CONRADO.

Cárlos, el Rey ha fiado  
El gobierno en tu prudencia;  
Sirvele con asistencia,  
Y asistele con cuidado,  
Porque el favor que te hace  
Le sepas tú merecer,  
Y adios.—Véte à recoger,  
Violante. (Ap. Su efecto hace  
En los dos el desengaño,  
Bien mi descuido enmendé;  
Con esto al Rey le daré  
Satisfaccion de su engaño.) (Vase)

CÁRLOS.

Si pudiera quejarme (¡ay prenda mía!)

De tí, con justa causa me quejara.

VIOLANTE.

[gañara

¿Quién, Cárlos, quién, Señor, no se en-  
Con la esperanza con que yo me vía?

CÁRLOS.

Quien presto espera, presto desconfia.

VIOLANTE.

Si fuera dicha, amor me la ocultara.

CÁRLOS.

¿Que tan poco el engaño nos durara!

VIOLANTE.

¿Queno durara nuestro engaño un día!

CÁRLOS.

¿Qué desdicha!

VIOLANTE.

¿Qué amor!

CÁRLOS.

¿Qué triste historia!

VIOLANTE.

Ya, Cárlos, te perdí.

CÁRLOS.

¿Qué adversa suerte!

VIOLANTE.

Venció la sangre.

CÁRLOS.

¿Qué infeliz victoria!

VIOLANTE.

Pensé lograr mi amor.

CÁRLOS.

¿Qué mal tan fuerte!

VIOLANTE.  
Quise amar por amar...  
CÁRLOS.  
¡Qué dulce gloria!

VIOLANTE.  
Y matóme el amor.  
CÁRLOS.  
¡Qué injusta muerte!

Sale TRISTAN.

TRISTAN.  
¡Ah Carlos, ah señor mio,  
Ah mi señora Violante!  
¿Estoy seguro? ¿Estáis solos?  
¿Fuése el viejo? ¿Oyenlos álguien?

VIOLANTE.  
Déjame, por Dios, Tristan;  
Que no estoy para donaires.

TRISTAN.  
¿Ni tú tampoco, Señor?

CÁRLOS.  
No me alijas, no me mates;  
Que, segun estoy, haré  
Contigo algun disparate.

TRISTAN.  
Pues yo os dejo enhorabuena;  
Mas no lleguéis á rogarme  
Despues que os diga un secreto  
De Elvira y de vuestro padre,  
Que ahora se va, y os deja  
Hermanos de padre y madre,  
Cuando sé que no lo sois.  
(Ap. Ahora me pongo grave.)

VIOLANTE.  
Vuelve, Tristan.

TRISTAN.  
Déjame;  
Que no estoy para donaires.

CÁRLOS.  
¿Qué dices, Tristan?

TRISTAN.  
¿Qué digo?

Que me dejes, no me enfades.  
VIOLANTE.  
Dínoslo, Tristan, por Dios.

CÁRLOS.  
Dilo presto, no te tardes.

TRISTAN.  
(Ap. No es malo que me lo rueguen,  
Cuando estoy que no me cabe  
Dentro del buche el secreto,  
Y revento por contarle.  
Yo se lo cuento; no sea  
Que la gana se les pase;  
Y que despues no lo quieran.)

Atentos un rato estadme.  
En el camarín adonde  
Suele Violante tocarse  
Estáhamos yo y Finea,  
Ella sola, yo su amante;  
Ella hermosa, yo galán;  
Lo que haría ya se sabe.  
Vió Finea que venian  
Doña Elvira con tu padre  
Derechos al camarín,

Y porque no me topasen,  
Detrás de los escritorios,  
Hecho un ovillo de carne,  
Me agazapo y me acurrucó;  
Entran los dos al instante,  
Y Elvira le cuenta al viejo  
Un descuido de una llave,  
Y unas cartas que sacó  
De un escritorio Violante;  
Y alzando despues la voz,  
Le dijo: «Tío, ya saben

Los dos que no son hermanos,  
Y há mucho que son amantes;  
Ellos se quieren, y Carlos  
Sabe que el Rey es su padre.—  
Lo mismo me ha dicho el Rey  
(Dijo el viejo), Dios te guarde,  
Sobrina, para que mires  
Por mi lealtad y mi sangre;  
Que yo enmendaré el descuido  
De las cartas y la llave.»  
Con esto, se salió el viejo,  
Elvira tras él se sale,  
Yo tras Elvira, y Finea  
Tras mí; yo vengo á avisarte;  
Lo que me ha tocado á mí  
Es dar las nuevas, y darme  
Las albricias no me toca  
A mí; pero tocaráme  
El tomarlas, si me das  
Algo á mi estado tocante,  
Pues sabes, tocante á este,  
Lo que te toca ó te dañe.

CÁRLOS.  
Tristan, mira lo que dices.

VIOLANTE.  
Tristan, mira lo que haces.

CÁRLOS.  
No nos burles.

VIOLANTE.  
No nos mientas.

CÁRLOS.  
No me enojas.

VIOLANTE.  
No me engañes.

TRISTAN.  
Yo juro á Dios y á esta cruz,  
Y por vida de mi madre,  
Que es verdad, así lo fueran  
Las albricias que has de darme.

CÁRLOS.  
Yo te las mando.

VIOLANTE.  
Y yo, y todo.

TRISTAN.  
Para coces, ya son pares.

CÁRLOS.  
Aun no acabo de creerlo.

VIOLANTE.  
No acabo de asegurarme;

¿Será verdad lo que dice  
Tristan, Carlos?

CÁRLOS.  
Si, Violante,

Esto no puede faltar;  
Y para que menos falte,  
Oye una traza.

VIOLANTE.  
Dí presto.

CÁRLOS.  
Tú has de decir á tu padre  
Lo que ha pasado hasta aquí  
De las cartas y la llave,  
Y que viendo que en los dos  
No lo estorbaba la sangre,  
Dueño de tu honor me hiciste,  
Con palabra de casarme  
Contigo; y desta manera,  
Es fuerza que cuanto sabe  
Diga, por cobrar su honor,  
Sin guardar respeto á nadie.  
Si dice que soy tu hermano,  
Moriré triste y amante;  
Pero si dice que no,  
Serán nuestras voluntades  
Eternas.

VIOLANTE.  
Dices muy bien.

TRISTAN.  
Linda traza.  
CÁRLOS.  
Pues, Violante,  
No te descuides.

VIOLANTE.  
No haré;  
Y si como espero sale,  
Serás mi esposo.

CÁRLOS.  
Seré  
Tu esposo, esclavo y amante.

VIOLANTE.  
¿Quién te anima?

CÁRLOS.  
El amor mio.

VIOLANTE.  
¿Quién te acobarda?

CÁRLOS.  
La sangre;  
Si eres mi hermana, yo muero.

VIOLANTE.  
Si lo soy, yo he de matarme.

CÁRLOS.  
Vive tú.

VIOLANTE.  
Para ser tuya.

CÁRLOS.  
Dios lo quiera.

VIOLANTE.  
Dios te guarde.

## JORNADA TERCERA.

Salen CÁRLOS y TRISTAN, de noche.

TRISTAN.  
Digo que está en la corte tan sabido  
Que eres hijo del Rey y que ha corrido  
Tan público por todos el secreto,  
Que el retirado, el necio y el discreto,  
Y en fin, el vulgo todo  
Lo dice así.

CÁRLOS.  
Pues dime, ¿de qué modo  
Tan presto se ha sabido y publicado?

TRISTAN.  
¿No sabes cuán sujetos han estado  
Del vulgo siempre á las comunes leyes  
Los mayores secretos de los reyes?

CÁRLOS. [ren  
Tienes razon, pues aunque mas procu-  
Encubrir un secreto, y le aseguren  
Con mucho estilo y con silencio grave,  
Cuando menos se piensa, mas se sabe;  
Mas, si verdad te digo, no me pesa,  
Porque con eso nuestra duda cesa,  
Y mas si acaso con su padre ha hablado  
Violante, como habemos concertado.

TRISTAN.  
De perlas va dispuesto todo aquesto;  
Mas solo hay un error.

CÁRLOS.  
Díle de presto.

TRISTAN.  
Venir de noche habiendo tanto día;  
Porque, aunque soy valiente, ser podría  
Que algunos, sin querer, nos encontra-  
Y por pegar á otros, nos pegasen. [sen,

CÁRLOS.  
Eso es miedo.

TRISTAN.  
Es verdad.  
CÁRLOS.  
;Gentil gallina!  
TRISTAN.  
;Decir mi sentimiento te amohina?  
CÁRLOS.  
El miedo es cosa infame.  
TRISTAN.  
Quedo, quedo,  
Que para el hombre se hizo el tener  
[miedo.  
Yo tengo miedo, y el valor me enfada;  
Que el tener miedo á nadie costó nada;  
Y mas si en la destreza no está ducho,  
Y el no haberle tenido costó mucho.  
CÁRLOS.  
;Cómo de día estás tan arrogante?  
TRISTAN. [te;  
Tengo azar con las noches, no te espan-  
Mas basten burlas, que si se ofreciera,  
Cada cristiano hará lo que pudiera;  
Y dime, ;qué queria y qué te dijo  
El Principe?  
CÁRLOS.  
Muy necio y uy prolijo  
Me habló, para que hici-  
De modo que Violante quisiera.  
TRISTAN.  
;Y cómo respondiste?  
CÁRLOS.  
Quejoso y desabrido.  
TRISTAN.  
Mal hiciste;  
Que es ponerle en cuidado,  
Y mas cuando la corte ha murmurado  
Que eres hijo del Rey.  
CÁRLOS.  
Y aun de eso nace  
La oposicion que el Principe me hace;  
Tengo en Violante mi esperanza toda,  
Y solo aguardo para hacer la boda  
Que revele Conrado este secreto;  
Mira tú de qué suerte ó á qué efeto,  
Contra mi honor y fama,  
Pudiera ser tercero de mi dama.  
Y esto cayó, sobre que el Rey ha dado  
(Para que, en suservicio embarazado,  
A Violante no vea)  
Eo que duerma en palacio, porque sea  
Ocasion el no verla y el no hablarla,  
Si no de aborrecerla, de no amarla.  
Juntóse este pesar y aquel disgusto,  
Y al Principe le hablé con poco gusto;  
Mas el disgusto me templó al instante  
Un papel de Violante,  
En que me dice que de noche venga,  
Para tratar lo que á los dos convenga.  
TRISTAN.  
Que lo supiese el Rey me da cuidado.  
CÁRLOS.  
Ya queda en su aposento retirado,  
Yo le vi por mis ojos, esto es cierto;  
Haz la seña. Mas oye, que han abierto  
La puerta de mi casa y sale gente.  
;Quién puede ser?  
TRISTAN.  
Escucha atentamente.  
Salen EL REY, CONRADO Y ASTOL-  
FO, de noche.  
REY.  
Solo á ver si es verdad lo sucedido,  
Si, por vida de entrambos, he salido,  
De Astolfo acompañado solamente,  
Y por saber tambien sí, inobediente  
A mi precepto Carlos, como amante,

Viene de noche á verse con Violante;  
Vos aguardadme un poco retirado.  
ASTOLFO.  
Solo el obedecer toca al criado.  
CONRADO.  
Al momento, Señor, hice tu gusto.  
TRISTAN.  
Mi señor.  
REY.  
Excusástele un disgusto.  
Quiero casar á Carlos de mi mano;  
Y aunque el honor de vuestra hija es lla-  
[no  
Que á un príncipe merece por esposo,  
Es ya razon de estado, y aun forzoso  
En la buena política y sus leyes,  
No casar en sus tierras á los reyes,  
Como en todo se ve por el efeto.  
CONRADO.  
Eres en todo príncipe perfeto.  
TRISTAN.  
;Oyesaquello? El Principe y Conrado  
Hablan de casamiento.  
CÁRLOS.  
Estoy turbado;  
El Principe, sin duda, viendo ( ; ay cie-  
[los! )  
En la respuesta que le di, sus celos,  
Resuelto se ha venido.  
Y mi esposa á Conrado le ha pedido.  
;Qué haré Tristan?  
TRISTAN.  
Callar.  
CÁRLOS.  
;Cómo es posible?  
TRISTAN.  
Callando.  
CÁRLOS.  
Estoy perdido.  
TRISTAN.  
Estás terrible.  
CÁRLOS.  
Daré voces.  
TRISTAN.  
Mejor lo considera;  
Y pues Violante, claro está, te espera,  
Demos lugar para que no te encuentre  
Ninguno de los dos, que el viejo entre  
Y el Principe se vaya.  
CÁRLOS.  
Solo en pensarlo el alma se desmaya;  
Mas bien has dicho.  
TRISTAN.  
Toma mi consejo.  
CÁRLOS.  
Mi vida en manos de Violante dejo.  
(Vase.)  
CONRADO.  
Destá suerte lo enmendé.  
REY.  
Anduviste muy discreto.  
CONRADO.  
Para mí vuestro secreto  
Carácter del alma fué;  
Que es noble la sangre mia.  
REY.  
Os aseguro, Conrado,  
Que me había dado cuidado;  
Porque, como cada día  
Del Papa aguardando estoy  
La vénia que le he pedido  
Para Carlos, no he querido  
Decir que su padre soy  
Hasta ver lo que hay en esto;  
Que, aunque sin esta licencia

Pudiera, en buena conciencia,  
Haberlo por obra puesto,  
Debidos respetos son,  
Que al Papa se han de tener;  
Que un Rey justo no ha de hacer  
Nada sin su permission.  
CONRADO.  
Vuestra majestad procede  
(Aunque está todo en su mano)  
Como príncipe cristiano;  
Mas ya retirarse puede,  
Porque imagino que es tarde.  
REY.  
No me quise recoger  
Hasta veniros á ver.  
CONRADO.  
Mil años el cielo os guarde  
Por tal favor.  
REY.  
Sois mi amigo,  
Quedáos.  
CONRADO.  
No me he de quedar.  
REY.  
Será dar que sospechar  
A los que os vieren conmigo,  
Pues por estar mas secreto  
Y hablar con vos mas despacio  
He salido de palacio.  
CONRADO.  
;Qué prudente y qué discreto!  
REY.  
Mas tened; dos hombres vienen.  
CONRADO.  
Mozos serán del lugar,  
Y iránse ahora acostar.  
REY.  
En la calle se detienen.  
Salen EL PRÍNCIPE Y LUDOVICO, de  
noche.  
PRÍNCIPE.  
A mí me importa saber,  
Ludovico, si es verdad  
Lo que toda la ciudad  
Murmura, pues puede ser,  
No siendo Carlos hermano  
De Violante, que la adora,  
La festeje y enamore,  
Y que yo me canse en vano;  
Que Carlos tan desabrido  
Nunca á mí me respondiera.  
Al decirle que me hiciera  
De su hermana su marido,  
Si no hubiera aquí encubierto  
Algun misterio; y por Dios,  
Que hemos de saber los dos  
Si lo que presumo es cierto.  
LUDOVICO.  
Pues di, ;cómo puede ser,  
Siendo este amor tan secreto,  
Como su dueño discreto,  
Que tú lo puedes saber?  
PRÍNCIPE.  
El duerme en palacio ya,  
Y es llano, si la queria,  
Pues ya no puede de día,  
Que de noche la verá.  
LUDOVICO.  
Y cuando de noche venga,  
;De qué arguyes que la quiere?  
PRÍNCIPE.  
Quien discurrir bien quisiera,  
Tenga amor y celos tenga;  
Violante le ha de esperar,  
El á verla ha de venir,

Ella la reja ha de abrir,  
Y él por ella le ha de hablar;  
Y así, llama tú á esa reja,  
Y que soy Cárlos dirás,  
Si abrieren, y lo demás  
A mi cuidado lo deja.

LUDOVICO.  
Si hablo me ha de conocer.

PRÍNCIPE.  
Tanto estas cosas esconden;  
En el modo que responden  
Sabré lo que he menester.

LUDOVICO.  
Yo llamo.

PRÍNCIPE.  
Si le esperaban,  
Ruido apenas ha de oír,  
Cuando la priesa de abrir  
Diga el cuidado en que estaban;  
Y si Cárlos, ofendido,  
La fe que mi amor merece,  
Mas que el Rey le favorece,  
Sabré castigarle yo.

REY.  
A la puerta se ha arrimado  
Un hombre, y llama; ¿ será  
Cárlos?

CONRADO.  
No, Señor; que está  
De su amor desengañado,  
Pues cuando le hablé, esto es cierto,  
Como muerto se quedó.

Sale FINEA.

FINEA.  
¿Quién es?

LUDOVICO.  
Cárlos.

REY.  
No debió  
De quedar Cárlos muy muerto.

CONRADO.  
Yo, Señor...

FINEA.  
¿Eres Tristan?

LUDOVICO.  
Sí, yo soy.

FINEA.  
Pues al instante  
Voy á llamar á Violante.

REY.  
Ellos son dama y galán.

PRÍNCIPE.  
¿Qué dices de mi temor?

LUDOVICO.  
Que son profetas los celos.

PRÍNCIPE.  
¿Que esto se consienta, cielos,  
Porque el Rey le tenga amor!  
Pues vive Dios...

REY.  
¿Qué aguardáis?  
No me está bien el hablalle;  
Echadle vos de la calle.

CONRADO.  
Yo lo haré, pues vos gustáis.

LUDOVICO.  
Un hombre á nosotros viene.

PRÍNCIPE.  
Cárlos será, ¿quién lo duda?  
Que es fuerza que al centro acuda.

CONRADO.  
Volver por mi honor conviezo;  
Pues ¿cómo, Cárlos, aquí  
Estáis á tal hora, cuando

DD. C. DE L.-II.

Su gobierno está fiando  
El Rey de vos y de mí?  
¿Así habeis obedecido  
Los consejos que os he dado?

PRÍNCIPE. (Ap.)  
Vive el cielo, que es Conrado,  
Y por Cárlos me ha tenido.

CONRADO.  
Volvéos á palacio luego;  
Mirad que si el Rey supiera  
Que á estas horas estáis fuera,  
Se enojara; yo os lo ruego.  
Yo os lo mando; ved que duermo  
Descuidado el Rey con vos;  
Haced esto por los dos.

PRÍNCIPE. (Ap.)  
Para mas satisfacerme,  
Puesto que en mi agravio es,  
El callar es acertado;  
Que yo le daré á Conrado  
Parte de mi amor despues;  
Y pues no me ha conocido,  
Yo me voy.

CONRADO.  
¿No respondeis?  
Mas de vergüenza lo haréis.

REY.  
¿Qué hay, Conrado?

CONRADO.  
Ya se ha ido.

REY.  
Bien está; mas yo no estoy  
Cierto que á palacio irá;  
Seguidle, ved dónde va,  
Presto.

CONRADO.  
A obedecerte voy.

REY.  
Cárlos, que quizá se vale  
De mi amor y de los brios,  
Contra los preceptos míos  
A ver á Violante sola;

REY.  
El desacato hecho á mí,  
Como á rey, pide castigo,  
Porque yo soy su enemigo,  
Y no su padre; y así,  
Castigarle es justa ley;

REY.  
Mas ¿cómo podré severo,  
Si como padre le quiero,  
Castigarle como rey?  
Pues consentir que le quiera.  
En duda de que es su hermana,  
Es voluntad tan liviana,  
Que enojarse Dios pudiera  
De tal género de amor;

REY.  
Que aunque la verdad le ayuda,  
El pecar, en fin, en duda,  
Para con Dios ya es pecar,  
Y lo peor es, que está  
Casi todo descubierto;  
Mas una reja han abierto  
De las bajas; ¿quién será?

Salen VIOLANTE Y FINEA á la ventana.

VIOLANTE.  
¿Con Tristan hablaste?

FINEA.  
Sí.

VIOLANTE.  
¿Qué mal sosiega quien ama!

FINEA.  
Adiós.

VIOLANTE.  
Si mi padre llama,  
Avisame.

FINEA.  
Haré asi. (Vase.)  
VIOLANTE.

Despues que anda en opiniones  
Si es Cárlos mi hermano, siento  
Dentro del alma un contento  
Que anima mis pretensiones;  
Mas espero y menos lloro,  
Mas amo y menos suspiro,  
Con otros ojos le miro  
Y con otra fe le adoro.  
¿Si se ha ido? Pero allí  
Está un hombre; ¿quién será?  
Cárlos será, claro está.—  
¿Ce, Cárlos?

REY.  
¿Llamaron? Sí;  
En la reja está Violante,  
Que espera á Cárlos; yo voy  
A hablarla.

VIOLANTE.  
¿Sois vos?  
REY.  
Yo soy.

Salen CÁRLOS Y TRISTAN.

CÁRLOS.  
Llama, Tristan, al instante;  
Que ya la gente pasó.

TRISTAN.  
Llego y llamo; pero aguarda.

CÁRLOS.  
¿Qué dudas? qué te acobarda?

TRISTAN.  
La bendicion nos hurtó  
Otro que llegó primero.

CÁRLOS.  
¿Y hablé á la reja?

TRISTAN.  
Eso es llano.

VIOLANTE.  
Ya no quiero amor de hermano,  
Amor de Príncipe quiero;  
Y así, juzgo que seréis  
Mi dueño, pues vos gustáis,  
Como príncipe cumplais,  
Como amante prometeis.

TRISTAN.  
Andallo; bendiga Dios  
Tanta paz, tanta ventura;  
Aqui solo falta el cura,  
Siendo testigos los dos.  
¿Oyes aquello?

CÁRLOS.  
Tristan,  
Un rayo el alma me hiere;  
Violante al Príncipe quiere;  
Ella y el Príncipe están  
Tratando su amor. ¡Ah cielos!  
¿Vióse mudanza mayor!

TRISTAN.  
Habla quedo.

CÁRLOS.  
Tengo amor.

TRISTAN.  
Calla, por Dios.

CÁRLOS.  
Tengo celos.

REY.  
Decirle quiero á Violante  
Quién soy, y dello advertida,  
Quizá olvidará corrida  
Lo que no ha podido amante.

CÁRLOS.  
¿Cómo es posible sufrir  
Tantos celos?

TRISTAN.  
Loco estás.  
REY.  
Ya no quiero saber mas ;  
Mas solo os quiero advertir  
Que de hoy en adelante  
No habéis sin que conozcais  
Primero con quién habláis ,  
Porque soy el Rey, Violante.  
VIOLANTE.  
¿ El Rey, Señor? (Ap. ¡Ay de mí!  
¿ Muerta soy! ¿ qué puedo hacer?  
Todo lo he echado á perder.  
¡ Ay Carlos, hoy te perdí!  
¡ Oh noche, de sombras llena,  
Qué de errores has causado!  
El corazón se me ha helado.)  
REY.  
¿ Qué dices?  
VIOLANTE.  
(Ap. ¡ Terrible pena!)  
Que vuestra alteza, Señor,  
En la calle no está bien,  
Pues los que pasan le ven,  
Y irse tengo por mejor.  
(Ap. ¡ Oh, si el Rey irse quisiera!  
Que anda Carlos por la calle,  
Y ha de ser fuerza encontrarle.)  
Sin pensar que os ofendiera,  
A Carlos quise, es así,  
Y fui de Carlos querida;  
Mas ya estoy arrepentida,  
Solo por vos (¡ ay de mí!);  
Y así, pues ya no le quiero,  
Os ruego me perdoneis.  
REY.  
Con eso en mí ganaréis  
Un amigo verdadero;  
Y porque pienso que el día  
Se va acercando, me voy.  
Dios os guarde.  
VIOLANTE.  
Vuestra soy.  
(Ap. ¡ Ay Carlos del alma mía!  
Negué al Rey mi amor, mentí;  
Mas poco ó nada importó  
Que al Rey se lo niegue yo,  
Si te lo confieso á ti.) (Vase.)  
CÁRLOS.  
(Ap. Ya el callar es agraviar  
Mi valor y mi nobleza.)  
Deténgase vuestra alteza;  
Que le he menester hablar.  
TRISTAN.  
Nunca tan necio te vi.  
CÁRLOS.  
Mejor dirás tan resuelto.  
REY. (Ap.)  
Otra vez Carlos ha vuelto,  
Pésame de hallarle aquí;  
Bien Conrado le siguió,  
Pues vuelve á salirme al paso,  
Si no es que le dijo acaso  
Que estaba en la calle yo.  
Esto sin duda será,  
Y él, para desenojarme,  
Claro está, y acompañarme,  
A buscarme volverá.  
CÁRLOS.  
Vuestra alteza me ha pedido  
Que yo le diga á Violante  
Que es de sus ojos amante.  
REY. (Ap.)  
Sin duda el juicio ha perdido.  
CÁRLOS.  
Y cuando esto me mandaba,  
Sabe el cielo y sabe ella

Que, llevado de mi estrella,  
En las suyas adoraba;  
Y si entonces encubri  
Nuestro amor, secreto fué,  
Porque siempre imaginé  
Que era mi hermana; y así,  
Hoy, que sé que no lo es mía,  
Y que la puedo adorar,  
Amante habré de estorbar  
Lo que hermano no podía.  
Si del Rey sois hijo vos...  
REY. (Ap.)  
Esto es peor.  
CÁRLOS.  
Reparad  
Que en sangre y en calidad  
Somos iguales los dos.  
Vuestra alteza está tratado  
De casar con Isabela,  
Y es género de cautela  
Contra su padre y Conrado,  
Al uno inquietar su hija,  
Y al otro darle disgusto  
En casarse sin su gusto,  
Cuando pretende que elija  
A la flor de lis de Francia.  
Violante me quiere á mí,  
Que, si bien lo negó aquí,  
No viene á ser de importancia,  
Cuando de parte de adentro  
Sé que, aunque el mundo lo impida,  
Yo soy alma de su vida  
Y ella de mi gusto centro.  
En fin, ya su amante soy;  
Si tiene el corazón lleno  
De sangre de rey, tan bueno  
Como vuestra alteza soy;  
Vuestra alteza puede en esto  
Resolverse á hacerme gusto,  
Pues lo que pido es tan justo;  
Y de no hacerlo, supuesto  
Que no tengo de olvidar  
A Violante, vive Dios,  
Que á ser suyo, de los dos  
Uno solo ha de quedar;  
Y así...  
REY.  
Carlos, bueno está.  
CÁRLOS.  
No está bueno.  
REY. (Descubriéndose.)  
Necio, loco,  
¿ Vos al Príncipe en tan poco?  
¿ Quién tanta licencia os da?  
TRISTAN. (Ap.)  
Buenas noches.  
CÁRLOS.  
Luego vos...  
TRISTAN. (Ap.)  
Cogiónos todo el nublado.  
REY.  
Yo soy quien os ha escuchado.  
TRISTAN. (Ap.)  
Hoy nos pringan á los dos.  
CÁRLOS. (Ap.)  
Con esto me rematé;  
Pensando que era (¡ ay de mí!)  
El Príncipe, descubri  
Mi amor, mis celos, mi fe,  
Nuestros tratos y contratos,  
Hasta llamarme su hijo.  
TRISTAN. (Ap.)  
Por eso solo se dijo  
Aquel refran de Pilatos.  
REY.  
Pues ¿ cómo así obedecéis  
Los consejos que yo os di,

Y así al Príncipe y á mí  
El respeto nos perdeis?  
Sois un necio, y vive Dios...  
(Ap. Apenas le sé reñir.)  
¿ Vos en nada competir  
Con mi hijo? ¿ Quién sois vos?  
¿ Vos leal? vos mi vasallo?  
Mentis. (Ap. ¡ Ay hijo!)  
CÁRLOS.  
Señor...  
REY. (Ap.)  
Cosas busco de rigor  
Que decille, y no las hallo.  
CÁRLOS.  
Esto ¿ á quién le sucediera?  
REY.  
Idos, Carlos, idos luego;  
Que, á no mirar que estáis ciego,  
Os matare aquí. (Ap. No hiciera.)  
CÁRLOS.  
Yo, Señor, siempre á su alteza...  
REY.  
Nadie al Príncipe se oponga  
Si no quiere que le ponga  
A sus plantas la cabeza;  
Yos no habéis de acompañarme.  
Idos; que aquesto conviene.  
CÁRLOS. (Ap.)  
Pues algun misterio tiene  
Reñirme y no castigarme.  
(Vanse.)  
Salen ELVIRA Y FINEA.  
ELVIRA.  
Dime, Finea, por Dios,  
Lo que hay en esto. ¿ Qué dudas?  
Qué temes? qué te demudas?  
Solos estamos las dos.  
Haciendo labor está  
Violante, y su padre fuera;  
Mira, advierte, considera,  
Finea, lo que me va  
En saber lo que pasó.  
¿ Ah, enemigos! Ah, tiranos!  
¿ Saben que no son hermanos  
Carlos y Violante?  
FINEA.  
No.  
(Ap. Entretenerla queria  
Mientras esconde Violante  
A Carlos.)  
ELVIRA.  
Pasa adelante;  
Dimelo, por vida mía.  
FINEA.  
Pues sabe...  
ELVIRA.  
Di presto.  
FINEA.  
Espera.  
¿ Brava prisa!  
ELVIRA.  
Tengo amor.  
FINEA.  
Pues desta va. Mi señor...  
ELVIRA.  
Mas que nunca acá viniera.  
Sale CONRADO.  
CONRADO.  
¿ Elvira?  
ELVIRA.  
¿ Señor?  
CONRADO.  
¿ Qué hace

Violante?—Dila, Finea,  
Que yo la llamo.— ¡Que sea  
La mujer desde que nace,  
Un enigma del honor,  
Que no me le pueda dar,  
Y me le puede quitar!  
¡Y que el Príncipe (¡qué error!)  
En mi cara me di ese  
Que adora á mi hija bella  
Y que ha de casar con ella  
Aunque á su padre le pese!  
Sin duda le hace favor  
Violante.

ELVIRA.  
¿No vienes bueno?  
(Ap. Arrojando está veneno  
Por los ojos)

CONRADO.  
¡Ay, honor!  
Ay, lealtad! ay, hija bella!

ELVIRA.  
Gran causa sin duda tiene.  
Mira... Mas Violante viene.

CONRADO.  
Déjame á solas con ella.

ELVIRA.  
Guárdete el cielo. (Vase.)

Sale VIOLANTE.

VIOLANTE. (Ap.)  
Escondido  
Está Cárlos, y en lugar  
Donde me puede escuchar.

CONRADO.  
¿Violante?

CÁRLOS. (Al paño.)  
Ventura ha sido  
El entrar sin que me viera  
Elvira. Socorre, amor,  
Este engaño.

VIOLANTE.  
Pues, Señor,  
¿Qué es lo que mandas?

CONRADO.  
Espera.  
Mozo he sido, y no me espanta  
De que dos se quieran bien,  
Pues, como digo, también  
Pasé yo por otro tanto;  
Con esta salva, Violante,  
Y que aunque te llegue á ver  
Inclinada por mujer  
O rendida por amante,  
Nada has de perder conmigo,  
Pues no tocando al honor,  
Claro está, nunca el amor  
Ha merecido castigo;  
La verdad has de decir  
En lo que toca al empleo  
Del Príncipe y su deseo,  
Sin replicar ni argüir.  
Estando anoche con él  
(Aunque por otro le tuve,  
Y un rato engañado anduve),  
Su amor me dijo.

VIOLANTE. (Ap.)  
¡Ah cruel!

CÁRLOS. (Ap.)  
Animo, pecho leal.

CONRADO.  
¿Qué hay en aquesto? Di  
La verdad.

VIOLANTE.  
Jamás creí,  
Señor, del Príncipe tal;  
Pero bien sabe su alteza  
Que nunca le han dado enojos  
Por órden mia mis ojos

Ni en mi nombre mi belleza.  
Si le he parecido bien,  
Mientras no he dado ocasion,  
No me ofende su afición  
Ni le obliga mi desden;  
Y así, puedes responder  
Al Príncipe, si me ama,  
Que no quiero ser su dama  
Ni puedo ser su mujer;  
Porque en su amor y mi olvido,  
Los que nos vieren dirán  
Que es poco para galán  
Y mucho para marido.

CÁRLOS. (Ap.)  
¡Oh ejemplo de amor constante!

CONRADO.  
Aquesto saber queria  
Solamente (¡ay hija mia!).  
Guárdete el cielo, Violante.

VIOLANTE.  
Espera ahora, Señor,  
No te vayas, oye un poco,  
Y sácame de un cuidado,  
Pues te he sacado de otro.

CÁRLOS. (Ap.)  
Aquí empieza el fingimiento.

VIOLANTE.  
Dame efectos, dame modo,  
Amor, para levantarle  
A mi honor un testimonio,  
Que pueda darme la vida.

CONRADO.  
Ya te escucho, aunque dudoso.

VIOLANTE.  
Si conoces el imperio  
Del amor, si fuiste mozo,  
Pon tú el remedio, pues yo  
La voz y el delito pongo.  
No te admires, no te espantes  
De que en lágrimas el rostro  
Se haña piadosamente;  
Que el caso de que te informo,  
Es tal, que para contarle  
No basta un sentido solo;  
Y así, le voy repartiendo  
Entre la lengua y los ojos.  
Cárlos (bien comienzo), Cárlos,  
Que es mi hermano y es mi esposo,  
Es tan galán, tan discreto,  
Tan bizarro y tan airoso,  
Que él solo me pareció  
Único perfecto y solo;  
Que no fué poco, porque es  
El primero que conozco,  
Que mirado tan de cerca  
Lo haya parecido todo.  
Finalmente, yo inclinada,  
El rendido, y amor loco,  
Pues pudimos intentar  
Que no fuese en nuestro oprobio,  
Creció (¡ay Dios!) la voluntad  
A un paso con el estorbo,  
Y la fe con el peligro,  
Como un contrario con otro.  
Mientras fué público, honesto  
Fué el amor; pero nosotros,  
Haciéndole mas secreto,  
Le hicimos mas sospechoso.  
Buscábamos ocasiones  
De vernos y hablarnos solos;  
Que iba en los dos el recato  
A la parte con el gozo.

¿Cuántas veces el silencio  
De la noche, mudo y sordo,  
Celosos nos vió y cobardes,  
Tristes nos halló y quejosos!  
Hasta que al siguiente día  
Dijo la sangre, en su abono,  
Que los celos no eran celos  
Ni los enojos enojos.

Hasta aquí fué nuestro amor  
Menos injusto y mas propio,  
Menos libre y mas honesto,  
Menos bajo y mas housoso;  
Pero en pasando adelante  
(¡Ah si pudieran mis ojos,  
Viendo que es Cárlos mi hermano,  
Negar que es Cárlos mi esposo!),  
Mi esposo es Cárlos, Señor.  
¿Qué dudas? Escucha el modo,  
Si en mis lágrimas primero  
No peligro ó no zozobro.  
Grave es la culpa, mas yo  
No tengo la culpa en todo;  
Que hay delitos que se vienen  
Cometidos ellos propios.  
Yo amaba á Cárlos, y un día,  
Que entre el cuidado y el ocio,  
Por mi mal, vió á mis manos  
La llave de tu escritorio  
(El descuido, ya lo sabes,  
La desdicha, ya la lloro,  
La muerte, ya la pretendo,  
La culpa, ya la conozco),  
Hallé dos cartas que el Rey  
Te remite, en que amoroso  
Padre de Cárlos se llama,  
Encargándote á tí solo  
La crianza de su hijo,  
Y el silencio sobre todo.  
Estábame bien, creílo;  
Contélo á Cárlos, creyólo,  
Que amaba mas el engaño,  
Y hubimos menester poco.  
Juró de ser mi marido,  
Y fué el rendirme forzoso;  
Que para quien tanto amaba  
Bastó cualquiera soborno.  
Antes no tuvo esperanzas,  
Ahora tiene despojos;  
Antes pudo ser mi hermano,  
Pero ahora es ya mi esposo.  
Y hoy, que quiere el juramento  
Cumplir, alegre y gustoso  
(Que hay un hombre que ha quedado  
Firme despues de dichos),  
En tus palabras (¡ay triste!)  
Nuevas confusiones toco,  
Nuevas enigmas descubro  
Y nuevos secretos oigo.  
Que es Cárlos mi hermano afirmas,  
Y que aquel Cárlos fué otro,  
Que, con sentimiento tuyo,  
Falleció tierno pimpollo.  
Si es verdad, Violante muera;  
Si no, el peligro es notorio  
De mi vida y de mi fama;  
Mira si es mas en tu abono  
El revelar un secreto  
Que el infamarte á tí propio.  
Juez desta causa te elijo,  
Dueño de mi honor te nombro,  
Sé buen padre ó buen vasallo;  
Y pues en plazo tan corto  
Puedes cumplir con lo uno,  
Y no lo puedes ser todo,  
Primero es tu honor que el Rey,  
Y primero mi decoro.  
Mira por él y por tí,  
Pues en tus manos le pongo,  
Y con él también la vida,  
Para que tu brazo heroico,  
O piadoso le conserve,  
O le rompa riguroso.

CÁRLOS. (Ap.)  
Vive Dios, que lo ha fingido  
Con afecto tan extraño,  
Que estoy yo viendo el engaño,  
Y pienso que lo he creído.

CONRADO. (Ap.)  
¿Qué es lo que escucho? ¡ay de mí!

¿Mi honor en tan grande aprieto?  
Harto me debió el secreto,  
Pues le he guardado hasta aquí.

VIOLANTE. (Ap.)

Mucho duda. ¡ Ah pena fiera!  
CÁRLOS. (Ap.)

Mucho calla. ¡ Ah temor vano!  
VIOLANTE. (Ap.)

¿ Cosa que fuera mi hermano!  
CÁRLOS. (Ap.)

¿ Cosa que mi hermana fuera!  
Mas no; que si fuera así,  
Ya se hubiera declarado.

VIOLANTE. (Ap.)

Mas no; que mas enojado  
Estuviera contra mí.

CONRADO. (Ap.)

No hay medio que á mi honor cuadre  
Entre el hablar y el callar,  
Pues no me puedo librar  
De mal vasallo ó mal padre.  
Mas viva mi honor.

VIOLANTE.

Señor...

CONRADO. (Ap.)

La verdad ha de saber;  
Mas no, el Rey le ha de deber  
Otra lealtad á mi honor,  
Y no he de romper jamás  
Este secreto hasta que  
Licencia él propio me dé.

VIOLANTE.

Pues, Señor, ¿ así te vas?  
¿ No respondes? ¿ Deste modo  
Me dejas triste y turbada?

CONRADO.

No he de responderte nada,  
O he de responderlo todo;  
Y así, viendo una verdad,  
Me voy, por saber así  
Cuál ha de ser mas en mí,  
O tu honor ó mi lealtad.

(Vase.)

Sale CÁRLOS.

CÁRLOS.

¿ Fuése?

VIOLANTE.

Si.

CÁRLOS.

Fina has andado.

VIOLANTE.

Parece que lo ha creído.

CÁRLOS.

De suerte lo has referido,  
Que aun á mi me has engañado.

VIOLANTE.

Es gran retórico amor.

CÁRLOS.

Si, mas no tanto, Violante.

VIOLANTE.

Dame un necio que sea amante,  
Y darétele orador.  
Mas ¿ qué dices del aprieto.  
En que mi padre se vió?

CÁRLOS.

Que el secreto descubrió  
Sin descubrir el secreto.

Sale FINEA.

FINEA.

Señora...

Sale TRISTAN.

TRISTAN.

Cárlos...

FINEA.

Gran mal.

CÁRLOS.

¿ Como?

VIOLANTE.

Dilo.

FINEA.

Escucha.

TRISTAN.

Advierte.

CÁRLOS.

Dame de presto la muerte,  
TRISTAN.

El Príncipe...

VIOLANTE. (Ap.)

¿ Estoy mortal!

TRISTAN.

De una carroza se afea,  
Y se entra sin avisar.

VIOLANTE.

(Ap. Aquí temo algun pesar.)  
Escóndete, no te vea.

CÁRLOS.

¿ Yo esconderme? Vive Dios,  
Que primero he de morir  
Que llegar á consentir  
El agravio de los dos.

VIOLANTE.

Eso es, Cárlos, darme enojos.

FINEA.

Que llega.

VIOLANTE.

Yo soy perdida,  
Por vida mía.

CÁRLOS.

Esa vida

Pondré yo sobre mis ojos,  
Aunque aventure mi fama,  
Que es la fineza mayor  
Que hace un hombre de valor  
Por la opinion de su dama.

(Escóndese.)

Entran EL PRÍNCIPE, LUDOVICO  
y DOS CRIADOS.

PRÍNCIPE.

No tienes que persuadirme,  
Ludovico; esto ha de ser.

LUDOVICO.

Lo que hasta aquí me ha tocado,  
A ley de vasallo fiel,  
Es aconsejarte; ahora  
Me toca el obedecer.

PRÍNCIPE.

Pues ¿ tengo de consentir  
Que Cárlos, porque se ve  
En la gracia de mi padre,  
Tan vano y tan libre esté,  
Que diciéndole en secreto  
Que á Violante quiero bien,  
Se lo diga al Rey?

LUDOVICO.

Quizá...

PRÍNCIPE.

Pues ¿ de quién lo ha de saber,  
Si no lo ha dicho Conrado,  
Porque no ha estado con él?  
Vive Dios, que ha de pagarme  
Los rigores y el desden  
Con que me trató mi padre;  
Sírname de algo el poder.

LUDOVICO.

Aquí está Violante.

PRÍNCIPE.

Espera.

¿ Viste lo airado que entré  
Y lo cruel que venía?  
Pues ya me puedo volver;  
Que ha sido espejo su cara,  
Donde apenas me miré,  
Cuando en su cristal perdi  
El enojo y altivez.

VIOLANTE.

Señor, vuestra alteza sea  
Bien venido, sientesé;  
Porque estar de esa manera  
Es hacerme descortés.

CÁRLOS. (Ap.)

Cuerdamente le reporta.

PRÍNCIPE.

Yo lo estimo, mas no es  
Mi venida tan despacio;  
Oye, sabrás lo que fué.  
Ya sabes, Violante mía,  
La voluntad y la fe  
Con que he adorado á tus ojos.

VIOLANTE.

Así lo habeis dicho.

PRÍNCIPE.

Hoy, pues,

Porque tu padre y tu hermano  
Se han ido á quejar al Rey,  
Como si fuera agraviarlos  
Hacerte yo mi mujer,  
Mi padre airado conmigo,  
Desapacible y cruel,  
Que te olvide me ha mandado,  
Cosa que no puede ser,  
Porque no vivo sin ti;  
Y así, me determiné  
A casarme sin su gusto.  
Un coche te espera; ven,  
Donde, casada conmigo,  
Premio á mis finezas des.

CÁRLOS. (Ap.)

Primero que tal consienta,  
Dos mil vidas perderé.

PRÍNCIPE.

¿ Qué dudas?

VIOLANTE.

(Ap. ¡ Lance terrible!)

Pues ¿ no es forzoso temer  
El rigor de vuestro padre,  
Que es en efecto mi rey?  
Si está muy apasionado  
Vuestra alteza, aquietesé  
Y repare...

PRÍNCIPE.

¿ Así me pagas,

Violante, el quererte bien?  
Pues lo que no pudo el ruego,  
La fuerza no ha de valer.

Sale CÁRLOS.

CÁRLOS.

Ya no basta el sufrimiento  
A intencion tan descortés.  
Si de la fuerza se vale,  
Mucha fuerza ha menester  
Vuestra alteza; porque yo  
Estoy para defender  
La persona de Violante;  
Y primero advierta que  
Ya no es Violante mi hermana,  
Y es Violante mi mujer.

PRÍNCIPE.

Pues ¿ tú conmigo?—Matadle.

CÁRLOS.

El que pudiere hará bien;  
Porque primero á tus ojos...

TRISTAN.

Quedito; que viene el Rey.

PRÍNCIPE.  
 ¿Qué dices?  
 LUDOVICO.  
 Teme su enojo.  
 VIOLANTE.  
 ¡Muerta estoy!  
 TRISTAN.  
 Escondeté.  
 LUDOVICO.  
 ¿Qué aguardas?  
 TRISTAN.  
 Huye, Señor.  
 CÁRLOS.  
 Ya, Tristan, no puede ser.  
 Sale EL REY Y CONRADO.  
 CONRADO.  
 Por tu cuenta corren ya  
 Mi honor y vida.  
 REY.  
 Está bien.—  
 ¿Cárlos?—¿Príncipe?  
 CÁRLOS Y EL PRÍNCIPE.  
 Señor...  
 REY.  
 ¿Esta suerte obedecéis  
 Mis preceptos?  
 VIOLANTE. (Ap.)  
 ¡Qué severo!  
 PRÍNCIPE. (Ap.)  
 ¡Qué enojado!

CÁRLOS.  
 (Ap. ¡Qué cruel!)  
 Vuestra majestad escuche  
 Mis disculpas, y despues...  
 REY.  
 Ya sé lo que me decis.  
 PRÍNCIPE.  
 Yo, Señor...  
 REY.  
 No os disculpéis.  
 (Ap. Como rey y como padre  
 Avenirme procuré  
 Con el Príncipe y con Cárlos;  
 Mas ya es fuerza proceder  
 Con entrambos como padre,  
 Con ninguno como rey.)  
 ¿Hijos?  
 CÁRLOS.  
 ¿Señor?  
 PRÍNCIPE.  
 ¿Con quién hablas?  
 REY.  
 Con los dos, no os alteréis;  
 Que tambien Cárlos lo es mio.  
 TRISTAN. (Ap.)  
 Declaróse.  
 VIOLANTE. (Ap.)  
 ¡Qué placer!  
 ELVIRA. (Ap.)  
 ¡Y qué pesar para mí!  
 REY.  
 Caballeros, el que habeis

Tenido por mi privado,  
 Es mi hijo; Cárlos es  
 Pedazo de mis entrañas,  
 Y de madre que, á tener  
 Vida, ahora me pudiera  
 Honrar con ser mi mujer.  
 Por ciertos inconvenientes  
 Hasta ahora lo callé,  
 Mas ya no puede ser menos.  
 Conrado es mi amigo fiel.  
 A Violante amais los dos;  
 Cárlos quizá por saber  
 Que no es su hermano, en secreto  
 La ha querido y quiere bien;  
 A vuestra alteza le aguarda  
 La hermosura de Isabel,  
 Tan aurora, que las flores  
 Le deben su rosicler;  
 Y así, Cárlos, dad la mano,  
 Pues sabéis que la debeis,  
 A Violante; y vuestra alteza  
 Prevéngase para ser  
 Atlante de mejor cielo,  
 Que clima humano ha de ver,  
 Pues así estará Sicilia  
 Con mas defensa y poder,  
 El Príncipe mas ufano,  
 Mas bien pagada Isabel,  
 Y con buen fin la comedia  
 Como padre y como rey. —  
 Si os agrada, como nobles,  
 El deseo agradeced,  
 Porque el autor y el poeta  
 Reciban siempre merced.



## COMEDIA FAMOSA

TITULADA

# CUMPLIR CON SU OBLIGACION,

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

### PERSONAS.

CLENARDO, *duque de Florencia.*  
ARNESTO, *marqués de San Telmo.*  
DON JUAN, *galán.*

MENDOZA, *gracioso.*  
CAMILA, *condesa.*  
CELIA, *su prima.*  
LEONIDA, *criada.*

LUCINDO,  
TEODORO, } *criados.*  
FORTUN, }

### JORNADA PRIMERA.

Salen CAMILA, *condesa*, y LEONIDA,  
*criada.*

LEONIDA.

En fin, ¿te casas?

CAMILA.

¿Qué espero!

Dí que me casan, Leonida;  
Dí que me quitan la vida,  
Y dí que callando muero.  
¡Ay, don Juan!

LEONIDA.

¿Lloras?

CAMILA.

No sé.

LEONIDA.

¿Tú llorar? Tú suspirar?

CAMILA.

No me quisiera casar.

LEONIDA.

Pues ¿á qué mujer no fué  
Esto de casar gustoso?

CAMILA.

Suele serlo á una doncella,  
Que no se ha casado ella;  
Pero á quien tiene achacoso  
El corazón, y á quien tiene  
Hecha elección en su gusto,  
¿Qué tormento, qué disgusto  
Mayor, Leonida, le viene,  
Que el escuchar que le den  
(Cuando en otro amor se abrasa)  
Parabien de que se casa,  
Y no con quien quiere bien?

LEONIDA.

¿Y no me dirás á mí  
Quién te ha podido obligar?

CAMILA.

De tí me quiero fiar.

LEONIDA.

¿Es don Juan?

CAMILA.

Leonida, sí.

LEONIDA.

Toda la culpa ha tenido...

CAMILA.

¿Quién?

LEONIDA.

El Duque, mi señor.

CAMILA.

De su amor nació mi amor;  
Su amistad mi muerte ha sido.  
Tiénele Clenardo en casa,  
A todas horas le veo,  
Y el respeto á ser deseo  
Algunas veces se pasa;  
Y en la ocasión, la mas cuerda  
Suele resistirla en vano;  
Muchas me ha dado mi hermano;  
Él quiere que yo me pierda.

LEONIDA.

Y en fin, ¿qué has de hacer?

CAMILA.

Morir;

Pues que me obliga el honor  
A saber sentir mi amor,  
Sin poder darle á sentir.

LEONIDA.

Quizá será tan galán  
El esposo que ya esperas,  
Que te obligue á que le quieras,  
Y que olvides á don Juan.

CAMILA.

Mal podré, si ya le quiero;  
Mas considera, Leonida,  
Que, aunque don Juan es mi vida,  
Mi gusto y mi amor primero,  
No ha de saber mi tormento,  
Porque aun yo misma de mí  
Me avergüenzo de que así  
Me rindiere un pensamiento;  
Que á la mujer que tuviere

Por blanco su propio ser,  
Se le permite querer,  
Pero no decir que quiere;  
Por lo cual, aunque me allano  
A las penas que me dan,  
Estaré amando á don Juan,  
Y me entregaré á un tirano;  
Y así, piadosa y cruel,  
Huyendo de lo que sigo,  
Le amaré para conmigo,  
Pero no para con él.

Sale CELIA.

CELIA.

Niño amor, que há tantos años  
Que el tiempo te vió desnudo,  
Para mis penas tan mudo,  
Que yo sola ví mis daños,  
¿Cuándo ha de llegar el día  
Que sepa mi sentimiento  
La causa de mi tormento  
Y de la desdicha mía?  
Tiéneme Clenardo amor,  
Mozo, discreto y galán,  
Y yo, loca por don Juan,  
Pago su amor con rigor;  
Mas soy mujer, no me espanto  
De esta necia condicion;  
Que siempre la privacion  
Nos suele obligar á tanto:  
Buscando á mi prima vengo,  
Para divertir con ella  
Este incendio, que atropella  
La vida y honor que tengo.  
Cuanto he podido he callado;  
Pero ya no puedo mas.

LEONIDA.

Perdida, Señora, estás.

CAMILA.

No hay amor tan desgraciado.

CELIA.

Mas ella está aquí; yo quiero  
Darla parte de esta pena.

Porque suele en causa ajena  
Hablar mejor un tercero.  
Yo llevo.—¿Prima?

CAMILA.

Y sin hablarme? ¿Aquí estabas,

CELIA.

¡Ay de mí!

CAMILA.

Melancólica te vi;  
¿Qué hacías? ¿En qué pensabas?  
No pagas bien mi amistad,  
Pues tú de mí te retiras,  
Y con los ojos suspiras.

CELIA.

Hoy perdí la libertad.

CAMILA.

¿Qué tienes?

CELIA.

Estoy sin mí.

CAMILA.

Pues declárate conmigo;  
Dime tu mal.

CELIA.

Ya le digo;

Escúchame atenta.

CAMILA.

Di.

CELIA.

Yo tengo un desasosiego,  
Que le siento y no le toco,  
Y al corazón poco á poco,  
Aunque me abraza, le llevo;  
Tengo una alegre inquietud,  
Que me entretiene y enoja;  
Tengo una dulce congója,  
Que me mata y da salud;  
Tengo una gustosa herida,  
Que yo misma procuré;  
Tengo un veneño, que fué,  
Siendo mi muerte, mi vida;  
Tengo un fuego, que sospecho  
Que para rayo aprendió,  
Pues libre el cuerpo dejó,  
Y volvió ceniza el pecho;  
Tengo una tierra en los ojos,  
Que se los pone delante;  
Tengo un niño que es gigante  
En darme penas y enojos;  
Tengo un mal que no me ofende,  
Un bien que me trata mal,  
Un antidoto mortal,  
Y una frialdad que me enciende;  
Tengo un dolor que busqué,  
Un antojo que bebí,  
Un tormento que elegí,  
Y una pena que compré;  
Tengo un apacible modo  
De tratarme con rigor;  
Y digo que tengo amor,  
Que en esto lo digo todo.

CAMILA.

Si; pero un amor pagado  
Mas alabanzas merece.

CELIA.

Luego ¿el mío se agradece?

CAMILA.

Si, prima, pierde el cuidado;  
Yo sé que pagada estas;  
Yo sé, prima, lo que estima  
Mi hermano tu amor.

CELIA.

¡Ay prima,

Muy lejos del blanco das!  
A Clenardo quiero bien,  
Pero no como á galan.

CAMILA.

Pues ¿quién te obliga?

CELIA.

Don Juan;

Don Juan venció mi desden;  
En su amor vine á encenderme,  
De su luz soy mariposa.

CAMILA.

(Ap. ; No me faltaba otra cosa  
Para acabar de perderme!  
Pues perdóname mi honor;  
Que si me aprietan los celos,  
Daré voces á los cielos  
Y diré al mundo mi amor.  
Amar sin darlo á sentir  
Puede la que es virtuosa;  
Mas callar y estar celosa  
No es cosa para sufrir;  
Que echar candado á los labios  
Con nombre de sufrimiento,  
O no es tener sentimiento,  
O es alentar los agravios.)  
¿En qué estado está ese amor?  
¿Hay cinta, papel ó prenda?

CELIA.

Antes quiero que le entienda  
Por tu parte.

CAMILA. (Ap.)

Esto es peor.

CELIA.

Tu divino entendimiento  
Italia alaba y estima,  
Y para que pueda, prima,  
Lograr este pensamiento,  
Quiero que tú con mas veras  
Le digas que suya soy.

CAMILA. (Ap.)

Si supieses cómo estoy,  
De otra suerte lo dijeras.

CELIA.

Tu amor me ha de aconsejar;  
Tú mi remedio has de ser.

CAMILA.

Pues oye mi parecer.

(Ap. Corazón, disimular.)

Segun lo que tú me has dicho,  
Y lo que todos entienden,  
Clenardo te tiene amor;  
Tú dices que no le quieres,  
Porque los ojos has puesto  
En don Juan; que las mujeres  
Por quien menos nos obliga  
Nos perdemos las mas veces.  
Ahora importa saber  
Si acaso don Juan (ya entiendes)  
Ha dado algunas señales,  
Mirándote, de quererte.

CELIA.

Pues, si eso fuera, Camila,  
O don Juan lo pretendiese,  
¿Qué le faltaba á mi amor?  
Verdad es que algunas veces,  
Cuando me encuentra, me dice...

CAMILA.

¿Qué te dice?

CELIA.

«Esos claveles  
¿A qué jardín los hurtastes?»

Esa risa ¿de qué fuente  
La aprendistes? Esos ojos  
Pardos son, ¡piedad prometem.»

CAMILA.

Pues ¿tan cerca se llegaba  
Ese caballero á verte,  
Que conoció que eran pardos?  
¿Eso llamas no quererte?

CELIA.

Si, prima; que hay muchos hombres

Que, aunque una cosa encarecen,  
Es con tan gran frialdad  
Y tan desabridamente,  
Que parece...

CAMILA.

Ya te entiendo.

(Ap. Poco á poco he de perderme.)

Quisieras tú que don Juan,  
Cuando contigo estuviese,  
Te dijera, enternecido:  
«Celia, mis ansias crueles  
Ya no caben en el pecho;  
Mayor esfera apetecen;  
Y quisieras que despues,  
Turbado, se le cayesen  
Los guantes y las palabras,  
Como á quien ama acontece,  
A medio empezar dejase;  
Que es retórica que aprende  
En su respeto quien ama;  
Que siempre quien ama teme.  
Así lo quisieras tú.

CELIA.

Haslo hecho lindamente;  
Sin duda me has visto el alma.

CAMILA.

Pues ahora escucha, advierte.

Celia, yo te quiero bien,  
Y es fuerza que te aconseje  
Lo que te ha de estar mejor,  
Aunque á tu gusto le pese.  
Mi hermano es duque en Florencia,  
Y mi hermano te merece;  
Tú ganas en este amor,  
Celia; procura quererle,  
Que á mujeres principales  
No las casan accidentes.  
Don Juan no te tiene amor,  
Y cuando te le tuviese,  
No es justo que sepa el tuyo;  
Que aun las comunes mujeres  
Regatean el decir  
A un hombre su amor; que suele  
Resfriarse el mas amante  
En sabiendo que le quieren.  
Y fuera de ello, don Juan  
No es tan gallardo, que puede  
Por su talle enamorarte;  
A mí al menos me parece  
Que no me quitara el sueño;  
Y el ingenio, si lo adviertes,  
Es, prima, muy moderado.

CELIA.

Si no es que pasión te ciegue,  
En esa parte, perdona,  
Que la verdad no consiente  
Que le agravies; porque todos  
Dicen...

CAMILA.

Pues ya le defiendes,  
Buena estás.

CELIA.

Estoy sin juicio.  
Camila, no me aconsejes;  
Ya es tarde para remedios.

CAMILA.

(Ap. ; Ay ciego amor! Tente, tente;  
Quédate en mi noble pecho;  
No hables, no te despeñes;  
Pero no me espanto, amor;  
Que es mucho el fuego que tienes,  
Y como eres calentura,  
Salir á la boca quieres.)  
Mira, prima...

CELIA.

No aprovechan  
Ni amenazas ni intereses;  
Noble es don Juan.

CAMILA.

¿Quién lo sabe?

CELIA.  
Él lo dice.

CAMILA.  
¿Y si él mintiese?

CELIA.  
Su talle y su cortesía  
¿No lo dicen claramente?  
¿Esto quién puede negarlo?  
Y así, si no te resuelves  
A favorecer mi amor,  
De mi misma ha de saberle,  
A pesar de mi vergüenza;  
¿No será peor que llegne  
A matarme mi silencio?

CAMILA. (Ap.)  
Ahora venga la muerte,  
Venga y máteme á pesares;  
¿Qué mejor ocasion quiere?  
Celosa y confusa estoy.  
Si respondo á speramente  
A mi prima, y la amenazo  
Con mi hermano, está de suerte,  
Que á don Juan dirá su amor;  
Y si él acaso la quiere.  
Se han de hablar, y me destruyo.  
No es cosa que me conviene;  
Perdida voy por aquí.  
Pues hacer que se concierten  
Los dos, siendo yo tercera  
De sus gustos y placeres,  
Malos años para entrambos.  
Mejor será si pudiese  
Entretener sus deseos.

CELIA.  
¿Qué dudas, prima? ¿Qué temes?

CAMILA.  
En tu negocio pensaba.

CELIA.  
¿Y qué dices?

CAMILA.  
Me parece  
Que será mas acertado  
Decirle yo, si le viese,  
Que cierta dama le mira  
Con amor, y no se atreve  
A declararse con él.  
Temerosa de que puede  
Tener empeñado el pecho;  
Y conforme respondiére,  
Le daré parte del tuyo.

CELIA.  
Con justa causa encarece  
Florencia tu entudimiento.

CAMILA.  
Yo diré lo que te debe  
De penas y de suspiros.  
(Ap. ¿Mal haya quien tal dijere,  
Ni lo tomare en la boca!)

CELIA.  
Ojos, dadme parabienes  
De la gloria que os aguarda.  
Bien podeis vivir alegres;  
Que basta estar de por medio  
Camila, para que espere  
Lindo suceso de todo.

CAMILA.  
(Ap. Fuego es amor; si no crece,  
En cualquier parte se esconde;  
Mas si los celos le encienden,  
Por todas las puertas sale,  
Sin que el negar aproveche;  
Porque, aunque tapen la llama,  
Por fuerza el humo ha de verse.)  
Vamos, prima.

CELIA.  
Ya te sigo.

CAMILA.  
Todo el ingenio lo vence.

CELIA.  
¿Hablarás luego á don Juan?

CAMILA.  
¡Jesus y qué priesa tienes!

CELIA.  
Anda el amor con espuelas.

CAMILA.  
Pues procura detenerle;  
Porque en picando sin freno,  
Podrá ser que te despeñes.  
(Vanse.)

Salen DON JUAN Y MENDOZA.

DON JUAN.  
Pensamientos atrevidos,  
¿De qué me sirve teneros,  
Si no he de llegar á veros  
Ni logrados ni entendidos?  
Fama teneis de encogidos,  
Si no es que, de puro honrados,  
Gustais de estar mal pagados,  
Huyendo de ser dichosos,  
Por no haceros sospechosos,  
Pareciendo interesados.  
Amar para merecer  
Y obligar para gozar,  
Es cierto modo de amar  
Un hombre su mismo ser;  
El amor no ha de tener,  
Para ser hijo del pecho,  
Mezcla del propio provecho;  
Porque en llegando el amor  
A valerse del favor,  
Ya se le prueba el cohecho.  
Un noble amor, pensamientos,  
Tiene valor diferente;  
Que es amar muy vulgarmente  
Amar con atrevimientos.  
Yo sé que estáis mas contentos  
Que la mayor confianza;  
Porque, en fin, toda esperanza  
A su mudanza temió;  
Pero quien nada esperó  
Mal temerá su mudanza.  
Mas ¿de qué os quejais, si en mi  
Teneis el dueño que adoro?  
En mi vive su decoro  
Después que el alma le di,  
Sombra de sus luces fui;  
Pedidme albricias, ¿qué haceis?  
A Camila en mi teneis,  
Y con ella os regalais;  
Pues si la veis y la hablais,  
Pensamientos, ¿qué quereis?  
Aunque poco os durará  
Este consuelo amoroso;  
Porque, en viniendo su esposo,  
Del alma os la sacará;  
Mas diréis que no podrá,  
Porque antes que hacerlo pruebe,  
Os dará muerte mas breve  
El ver mis celos tan ciertos;  
Y estando vosotros muertos,  
¿Qué importa que se la lleve?  
Pero si Glenardo y yo  
Somos un alma, no ha sido  
Nobleza haberle ofendido;  
Mas diréis que él se ofendió;  
Él, pues la ocasion me dió,  
Dejándola hablar y ver;  
Que un amigo no ha de ser  
De su honor tan enemigo,  
Que ha de llevar á su amigo  
Donde hay hermana ó mujer.  
Mas si de mí se confia,  
En pié se queda la culpa,  
Que la ocasion no es disculpa  
Si toca en alevosia;  
Paciencia, esperanza mia,  
Vuestro oriente es vuestro ocaso;

Vos moris y yo me abraso,  
Sin esperar ni gozar,  
Porque en queriendo esperar,  
Me sale el honor al paso.

Salen EL DUQUE DE FLORENCIA  
Y CELIA.

DUQUE.  
Eso es rigor.

CELIA.  
No es rigor.

DUQUE.  
Es facilidad.

CELIA.  
No es;  
Que eso fuera si, después  
De inclinarme á tu valor,  
Favoreciera otro amor.

DUQUE.  
¿No dices que quieres?

CELIA.  
Si.

DUQUE.  
Luego ¿confiesas así  
Que eres fácil?

CELIA.  
Mal propones,  
Pues niego lo que supones,  
Que es haberte amado á ti.

DUQUE.  
Segun eso, bien porfio  
En condenar tu rigor.

CELIA.  
No, primo, porque el amor  
Procede del albedrio;  
Libre me da Dios el mio  
Para amar ó aborrecer.  
Yo no te debo querer  
Ni por fuerza te he de amar;  
Luego no es rigor negar  
Lo que no puedo deber.

DUQUE.  
¿Que, en fin, quieres, y no á mí?

CELIA.  
Pienso que me has entendido.

DUQUE.  
¿Que tan mal te he parecido?

CELIA.  
No digo tal.

DUQUE.  
¿Ay de mí!

CELIA.  
Antes el no amarte aquí,  
Que es obligarte sospecho;  
Porque, si ya estaba el pecho  
Ocupado en otro amor,  
Fuera ignorar tu valor  
Darle lugar tan estrecho.

DON JUAN.  
Mendoza, nada me agrada.

MENDOZA.  
¿Y aquel gemo de carita  
No te incita?

DON JUAN.  
No me incita.

MENDOZA.  
¿Qué gentil Sierra-Nevada!

DUQUE.  
Pues hablais tan declarada  
Contra mí, razon será  
Saber quien celos me da;  
Que le importa á mi paciencia.

CELIA.  
Pregúntelo vuecelencia  
A su hermana, y lo sabrá.

(Vase.)  
DUQUE.  
Ya ¿qué tengo que saber

En tan gran resolucion?  
Ciertas mis desdichas son;  
Venció el amor al poder.

DON JUAN.

El Duque está divertido.

MENDOZA.

¿Quieres que llegue?

DON JUAN.

Detente.

DUQUE.

¡Ay, Celia, tu nombre miente!  
Cielo no, que infierno ha sido.

MENDOZA.

Hablando está con el cielo.

¿Qué amante tan buen cristiano!

DON JUAN.

¿Pues, Señor?... (Llega.)

DUQUE.

Amigo, hermano,

Ya es en vano mi consuelo.  
Muerto me hallarás, don Juan;  
Celia y un hombre me matan,  
Pues que mi muerte retratan  
En los celos que me dan.

DON JUAN.

Pues ¿en Florencia hay amor  
Que te pueda competir?

DUQUE.

Esto he acabado de oír.

DON JUAN.

Pues dime quién es, Señor;  
Que si desde el quinto cielo  
Bajara en su amparo Marte,  
Su poder no fuera parte  
Para guardar en el suelo  
La injusta vida del hombre  
Que pudo atreverse á ti.

DUQUE.

¿Eres español?

DON JUAN.

Y di

Cárdenas.

DUQUE.

Bastaba el nombre.

Don Juan, yo no sé quién es  
El que mi gusto ha ofendido;  
Pero sé que es preferido  
A mi amor; que el interés  
Del estado que poseo  
No ha podido aficionar  
A Celia.

DON JUAN.

Quien llega á amar,

Su interés es su deseo.  
Mas puedes estar seguro  
De que le he de conocer  
Si le quisiese esconder  
La tierra en su centro oscuro;  
Si Neptuno en sus cristales  
Palacio ondoso le diera,  
Y entre sirenas viviera  
Ciñendo verdes corales;  
Si Mercurio en blanco toro,  
Por amor, le trasformase,  
Y cual Júpiter, bajase  
Convertido en granos de oro;  
Porque ha de hallarme á la puerta  
De Celia la blanca aurora,  
Cuando de contento llora  
Y con media luz despierta  
Del sol, cuando los rigores  
Del alba á enjugar se atreve,  
Y su dulce aljófara bebe  
En búcaros de las flores,  
Hasta saber el galán  
Que estorba tus justos lazos.

DUQUE.

Y despues?

DON JUAN.

Le haré pedazos  
Entre mis brazos.

DUQUE.

Don Juan,

Ya sé lo que tengo en ti;  
Pero por otro camino  
Mas fácil me determino  
A saberlo; escucha.

DON JUAN.

Di.

DUQUE.

Yo sé que mi hermana sabe  
Estas cosas; y así, quiero  
De ella informarme primero;  
Mas es tan compuesta y grave,  
Que aun no me he determinado  
Por mi; y así, tú has de ser  
Quien de ella lo ha de saber,  
Porque no es razon de estado,  
Aunque las ansias celosas  
Me pudieran disculpar,  
Llegar un hombre á tratar  
Con su hermana aquestas cosas;  
Que el ejemplo suele dar  
Licencia para otro tanto.

DON JUAN.

Presto saldrás de este encanto.

DUQUE.

Pues yo me voy á esperar  
La respuesta; adios.

DON JUAN.

Adios.

DUQUE.

Advierte que voy perdido. (Vase.)

DON JUAN.

En sabiendo quién ha sido,  
Mataréle, vive Dios.  
Hoy con Camila he de estar.

MENDOZA.

Y será, si viene á mano,  
Mas compuesto que un hermano  
Que acaba de confesar.

DON JUAN.

¿Qué he de hacer? Quiérola bien.

MENDOZA.

Hablad claro, pésia tal,  
Sin ser hablador mental  
Y mentecato tambien.  
Habla y ruega; que quien ama,  
Mas ha de hacer que sentir;  
Porque no se ha de venir  
Una mujer á la cama.  
Ni el quereros bien los dos,  
Aunque mas amante estés,  
Cosa tan devota es,  
Que ha de revelarla Dios.

Salen CAMILA y LEONIDA.

CAMILA.

Leonida, solo quisiera  
Saber si don Juan me mira.  
O si por Celia suspira.

DON JUAN.

Dices bien, y si la viera  
Ahora...

MENDOZA.

Pues aqui están  
Ella y Leonida.

DON JUAN.

¡Ay de mí!  
Temi al punto que la vi.

MENDOZA.

Llega y no temas.

CAMILA.

¿Don Juan?

DON JUAN.

¿Señora mia?

CAMILA.

¿Qué haceis?

DON JUAN.

Cierto negocio traía  
En que hablar á useñoria.

CAMILA.

Aquí estoy, ¿qué me quereis?

DON JUAN. (Ap.)

Mucho pudiera decir.

CAMILA.

Yo tambien tengo que hablaros.

DON JUAN.

Vuestro soy.

CAMILA.

A preguntaros

Vengo, para no mentir,  
Si tenéis amor.

DON JUAN.

¿Yo?

CAMILA.

Vos.

La verdad, ¿quién os inquieta?

MENDOZA. (Ap.)

Él cabe está de á paleta;  
Tírale, cuerpo de Dios.

DON JUAN.

No vivo tan descuidado,  
Que no tenga á quien querer.

CAMILA.

Venturosa es la mujer.

DON JUAN.

Si, mas yo muy desgraciado.

CAMILA.

Su ventura colegi,  
Porque á vos os mereció.

DON JUAN.

Y mi poca suerte yo,  
Porque no la mereci.

CAMILA.

¿Conózcola yo?

DON JUAN.

Si á fe.

CAMILA.

¿Es mi prima?

DON JUAN.

No, por Dios.

CAMILA.

¿Es hermosa?

DON JUAN.

Como vos.

CAMILA.

¿Quiéreos bien?

DON JUAN.

Eso no sé.

CAMILA.

¿Qué aguardais?

DON JUAN.

A declararme.

CAMILA.

¿No lo habeis hecho?

DON JUAN.

No puedo.

CAMILA.

¿Es falta de amor?

DON JUAN.

Es miedo.

CAMILA.

¿Qué os detiene?

DON JUAN.

El despeñarme.

¿Por qué?  
 CAMILA.  
 DON JUAN.  
 Porque tarde llego.  
 CAMILA.  
 ¿Quiere ya bien?  
 DON JUAN.  
 ¡Ay de mí!  
 CAMILA.  
 ¿Qué dices?  
 DON JUAN.  
 Pienso que sí.  
 CAMILA.  
 Aborrecerla.  
 DON JUAN.  
 Estoy ciego.  
 CAMILA.  
 ¿Tiene dueño?  
 DON JUAN.  
 Ya le espera.  
 CAMILA.  
 ¿Es fácil?  
 DON JUAN.  
 Es principal.  
 CAMILA.  
 ¿Y quién sois vos?  
 DON JUAN.  
 Soy su igual.  
 CAMILA.  
 Pues ¿qué os falta?  
 DON JUAN.  
 Que me quiera.  
 CAMILA.  
 ¿Es mi amiga?  
 DON JUAN.  
 Os quiere bien.  
 CAMILA.  
 ¿Suelo verla?  
 DON JUAN.  
 Cada día.  
 CAMILA.  
 Decídmelo quién es.  
 DON JUAN.  
 Querria.  
 CAMILA.  
 Pues ¿qué temeis?  
 DON JUAN.  
 Su desden.  
 CAMILA.  
 ¿Qué os hará?  
 DON JUAN.  
 Se ofenderá.  
 CAMILA.  
 En fin, ¿decis que hoy la ví?  
 DON JUAN.  
 En vuestro espejo.  
 CAMILA.  
 ¿Yo?  
 DON JUAN.  
 Sí.  
 CAMILA.  
 Luego ¿soy yo?  
 DON JUAN.  
 Claro está.  
 MENDOZA.  
 ¡Oh qué gentil letanía!  
 CAMILA.  
 Basta ya.  
 MENDOZA.  
 Lindo has andado;  
 Con la carga te has echado.  
 LEONIDA.  
 ¿Qué hay, Señora?

CAMILA.  
 Mi alegría  
 Puedes mirar en mis ojos.  
 MENDOZA. (Ap.)  
 Eso sí, pique en el cebo.  
 DON JUAN. (Ap.)  
 A mirarla no me atrevo.  
 CAMILA. (Ap.)  
 Honor, finjamos enojos.  
 DON JUAN.  
 ¿Qué dirá? Que estoy mortal  
 Y recelo su desden.  
 MENDOZA.  
 Habrále sonado bien,  
 Aunque lo reciba mal;  
 Pero aquesto te conviene.  
 DON JUAN.  
 Sabrá al fin que suyo soy.  
 LEONIDA.  
 Contenta estás.  
 CAMILA.  
 Loca estoy.  
 LEONIDA.  
 Gente sale.  
 CAMILA.  
 El Duque viene.  
 Salen EL DUQUE, FORTUN, TEODORO y CRIADOS.  
 FORTUN.  
 Aquí mi señora está.  
 DUQUE.  
 Véte, Teodoro, al momento,  
 Y haz que pongan la carroza.—  
 Tú, Fortun, al conde Celio  
 Avisa para que salga  
 Conmigo.  
 FORTUN.  
 Ya te obedezco. (Vase.)  
 DUQUE.  
 ¿Hermana?— ¿Don Juan?  
 DON JUAN.  
 ¿Señor?  
 CAMILA.  
 Pues ¿adónde tan contento,  
 O á lo menos tan aprieta?  
 DUQUE.  
 A pedirte albricias vengo.  
 CAMILA.  
 ¿A mi albricias? Pues ¿de qué?  
 DUQUE.  
 De un gran gusto.  
 CAMILA.  
 No te entiendo.  
 DON JUAN. (Ap.)  
 Mendoza, temblando estoy.  
 DUQUE.  
 Digo, hermana, que este pliego  
 Me acaban de dar ahora.  
 CAMILA.  
 Y en suma, ¿qué dice el pliego?  
 DUQUE.  
 Que Arnesto...  
 CAMILA. (Ap.)  
 ¡Cielos, qué escucho!  
 DUQUE.  
 Digo, el marqués de Santelmo...  
 DON JUAN. (Ap.)  
 Declaróse mi fortuna.  
 DUQUE.  
 Y tu esposo...  
 CAMILA.  
 ¿Cómo es eso?

DUQUE.  
 Está dos leguas de aquí;  
 Y hasta la quinta me llego,  
 Como es justo, á recibirle.  
 CAMILA.  
 Haces muy bien. (Ap. Aun no puedo,  
 De turbada, responder.)  
 MENDOZA.  
 Disimula.  
 DON JUAN. (Ap.)  
 A lindo tiempo  
 La dije mi amor, Mendoza.  
 Sale FORTUN.  
 FORTUN.  
 Ya te espera el conde Celio.  
 DUQUE.  
 Vamos pues.—Hermana, adios.  
 CAMILA.  
 Mil años te guarde el cielo.  
 (Ap. Pero no para casarme.)  
 DUQUE.  
 Y así, don Juan, mientras vuelvo,  
 Haz aquella diligencia.  
 DON JUAN.  
 ¿No dices la de tus celos?  
 DUQUE.  
 Bien me has entendido; adios. (Vase.)  
 Sale LEONIDA.  
 CAMILA.  
 ¿Fuéronse ya?  
 LEONIDA.  
 Ya se fueron.  
 CAMILA.  
 ¡Hay suerte mas desgraciada!  
 LEONIDA.  
 Descolorida te has puesto.  
 CAMILA.  
 Leonida, sin alma estoy;  
 Irme sin hablarle quiero.  
 MENDOZA.  
 ¿Qué dices de esto? ¿No hablas?  
 ¿Velas, duermes, haces gestos?  
 DON JUAN.  
 Velo, duermo, sufro, callo,  
 Amo, olvido, rabio, peno,  
 Huyo, sigo, siento, lloro,  
 Ardo, hielo, vivo, muero,  
 Y no tiene el infierno  
 Mas ansia, mas dolor ni mas tormento.  
 ¡Ah! ¿Quién hubiera nacido  
 Sin ojos y sin deseos,  
 O sin valor en la sangre,  
 Para no tener aliento  
 De emprender amor tan alto!  
 Loco fui, yo lo confieso;  
 Mas bien lo pago, Mendoza,  
 Bien lo dice este suceso.  
 CAMILA.  
 Turbada estoy. ¿Qué he de hacer?  
 Amor y lástima tengo  
 A don Juan, mas soy ajena;  
 Irme quisiera, y no acierto.  
 ¡Qué blandamente me mira!  
 Qué sentido! Qué discreto!  
 Qué enojado! Qué celoso!  
 Qué enamorado! Qué tierno!  
 Casi estoy por declararme,  
 Afuera, respetos necios;  
 Afuera, silencio ingrato;  
 Afuera, cobarde miedo;  
 Sepa don Juan que le adoro,  
 Y sepa... Pero ¿qué intento?  
 ¿Qué locuras son las mías?

Si me ha de gozar Arnesto,  
Y don Juan ha de perderme,  
¿Para qué puede ser bueno  
Darle á entender mis flaquezas?  
Mejor es; yo me resuelvo,  
Aunque martirice el alma,  
A decirle que me ofendo  
De sus locas pretensiones;  
Viva mi honor, aunque muero.—  
Oye, don Juan.

DON JUAN.

¿Qué me mandas?

CAMILA.

Denantes tu atrevimiento  
Ya te acuerdas que fué mucho.

DON JUAN.

Solo, Señora, me acuerdo  
Que tú tuviste la culpa,  
Aunque la pena padezco.

CAMILA.

¿Yo la culpa? ¿Estás en tí?

DON JUAN.

Pienso que no.

CAMILA.

Asi lo creo.

Pues dime, ¿qué libertad  
Has visto en mi casto pecho?  
Qué ocasion te dan mis ojos?  
Qué novedad ves en ellos?  
Qué apariencias, qué favores,  
Qué esperanzas, qué deseos,  
Qué palabras, qué señales,  
Para que, atrevido y necio,  
A mi decoro te atrevas  
Y me pierdas el respeto?  
Bueno está mi honor contigo.  
De tus locos pensamientos  
¿Soy ocasion yo? Soy causa?

DON JUAN.

Si, Camila; que si el seso,  
La libertad, la cordura,  
El alma, el entendimiento,  
Las potencias y sentidos,  
El gusto, la vida, el sueño  
Me quitan tus bellos ojos,  
Cuyas luces reverencio,  
Tú y ellos teneis la culpa.  
Yo los vi; ¡pluguiera al cielo  
Que antes un leon de Albania,  
Como á humilde conejuelo,  
Me deshiciera en las uñas,  
Y un tigre manchado á trechos,  
Hartándose de mi sangre,  
Bordara con grana el suelo!  
Pero ya fué suerte mia;  
No de tí, de ella me quejo;  
Consienteme aqueste amor,  
Pues yo tambien te consiento  
Que con Arnesto te cases;  
Y si presumes que ofendo  
Tu virtud con adorarte,  
Aqui tienes este acero,  
Toma venganza á tu gusto,  
Pásame con él el pecho;  
Humilde á tus piés estoy.

CAMILA.

(Ap. ¿Qué pecho habrá tan de hielo,  
Qué diamante habrá tan duro,  
Y qué mujer tan de acero,  
Que le escuche y no se ablande  
A las ansias ó á los ruegos!  
Ya no puedo resistirme;  
Perdone mi encogimiento.)  
¿Don Juan?

DON JUAN.

¿Qué quieres?

CAMILA.

No sé.

Llégate mas.

DON JUAN.

Ya me llego.

CAMILA.

(Ap. Mil colores me han salido.)

Digo, en fin, que te agradezco  
El noble amor que me tienes.  
(Ap. Pero no prosigo en esto,  
Que diré mil disparates.)

DON JUAN.

Con eso me has satisfecho,  
Aunque en tu vida me mires.

CAMILA.

Soy principal.

DON JUAN.

Ya lo veo.

CAMILA.

Viene Arnesto.

DON JUAN.

Ya lo sé.

CAMILA.

He de amarle.

DON JUAN.

Ya lo tiemblo.

CAMILA.

No puedo atreverme á mas;  
Pero, por lo que te debo,  
Para templarte la pena,  
Quisiera darte un consejo:  
Mira, don Juan, del amor  
El mismo amor es remedio.

DON JUAN.

¿Cómo?

CAMILA.

Amando en otra parte.

Pon los altos pensamientos  
En otra dama cualquiera,  
Y mirala con deseo  
De que te agrade, y verás  
Cómo te va divirtiendo,  
Y me olvidas poco á poco.

MENDOZA.

El consejo, por lo menos,  
Es de dama de la villa.

CAMILA. (Ap.)

Mi propia desdicha intento.

MENDOZA.

¿Y cómo estamos de amor?

LEONIDA.

Que si me quiere, le quiero.

MENDOZA.

¿Y si no?

LEONIDA.

Que vaya al rollo.

MENDOZA.

Aqui si que no hay rodeos,  
Invenciones ni tramoyas,  
Sino amor cristiano viejo,  
Que habla con toda llaneza.

DON JUAN.

Camila, no nos causemos.

CAMILA.

Yo procuro enamorarle.

DON JUAN.

Yo agradezco tu buen celo;  
Mas no estoy para esas cosas.

CAMILA.

Doña Hipólita Vicencio  
Puede aficionar al sol;  
Ojos graves, cabos negros,  
Y canta muy bien á un arpa.

MENDOZA.

Lo peor que tiene es eso.

CAMILA.

Luego ¿es defecto cantar?

MENDOZA.

El instrumento condeno;  
Porque, fuera de ser broma,  
Me parece poco honesto.

CAMILA.

En partetienes razon.

MENDOZA.

La postura, por lo menos,  
Por Dios, que es ocasionada.

CAMILA.

Lisarda tiene buen cuerpo,  
Lindas manos, muchas gracias,  
Y se prende por extremo.

MENDOZA.

¿Qué fea debe de ser!

CAMILA.

Aunque de color moreno,  
Es doña Francisca hermosa,  
Y el lunar del lado izquierdo  
Le agracia mucho la cara;  
Estrella, en fin, de su cielo.

MENDOZA.

Mujer morena y Francisca,  
¿Mas que la estornuda el pueblo!

CAMILA.

Dorotea es entendida,  
Habla bien, y aun hace versos.

MENDOZA.

¿Qué poco dote tendrá!

DON JUAN.

Basta, que me das tormento;  
Basta, que quieres matarme;  
Ya te he dicho que si el cielo  
Formara mas hermosuras  
Que hay diamantes en su centro,  
No he de mirar á ninguna.

CAMILA.

(Ap. Eso es lo que yo deseo.)  
Ah! ¿Quién pudiera abrazarte  
Por el gusto que me has hecho!  
Celia tambien... pero no;  
Que ya Celia tiene dueño.

DON JUAN.

Eso quisiera saber.

CAMILA.

Pues ¿impórtate el saberlo?

DON JUAN.

Es curiosidad de amor.

CAMILA.

(Ap. Harto mas tiene de celos,  
Mas yo lo remediaré.)  
A mi hermano, á lo que entiendo,  
Tiene Celia algun amor.

DON JUAN.

¿Y es eso cierto?

CAMILA.

Tan cierto,

Que de ella misma lo sé;  
Que aunque le habla con despego,  
Es solo para probarle;  
A mi me ha dicho en secreto  
Que está perdida por él.

DON JUAN.

Ya sabes lo que le debo,  
Notable gusto me has dado.  
(Ap. Sin duda al Duque mintieron.)  
Mas, volviendo á mi desdicha,  
Ya he imaginado un remedio,  
Aunque muy costoso al alma,  
Para no vivir muriendo.

CAMILA.

¿Y cuál es?

DON JUAN.

El de no verte.

CAMILA.

No me parece que es bueno.

DON JUAN.  
Antes sí, pues no he de estar  
Viendo á mis ojos ¡ay cielos!  
Mis agravios y tus gustos,  
Que en estos días primeros,  
Claro está que serán grandes.

CAMILA.  
Harto al revés los espero.

DON JUAN.  
Yo me iré, Camila hermosa;  
Yo me iré donde muy presto  
Tengas nuevas de mi muerte;  
Que, ya que sirvo sin premio,  
No he de ser Tántalo amante  
Del cristal que no merezco.  
Tu esposo vendrá esta noche,  
Ya parece que le veo;  
Recibirásle cortés,  
Mirará tus ojos bellos,  
Abrasarásle de amor,  
Dará prisa al casamiento,  
Tratarálo con el Duque,  
Firmaránse los conciertos,  
Y por dicha ó por desdicha,  
Seré yo testigo de ellos,  
Pero no de lo demás.

CAMILA.  
¡Ay de mí!

DON JUAN.  
Porque al momento  
He de salir de Florencia;  
Bien puedo, bien, desde luego  
Empezar á despedirme.

CAMILA.  
(Ap. Otro golpe mas. ¿Qué espero?)  
¿Y dices eso de veras?

DON JUAN.  
¿Qué he de hacer, si te contemplo  
En brazos de tu marido?

CAMILA.  
En efecto, ¿estás resuelto?

DON JUAN.  
Claro está.

CAMILA.  
(Ap. Pues ya ¿qué aguardo?  
Qué callo? Qué me detengo?)  
Don Juan, don Juan de mis ojos,  
Si las penas, si los ruegos  
De una mujer que te estima  
Valen en trance tan fiero,  
Con lágrimas te suplico  
(Pues naciste caballero)  
No me acabes de matar.

DON JUAN.  
¡Ay, Señora, á qué mal tiempo  
Sé que te debo ese amor!

CAMILA.  
Mi honor le tuvo encubierto.  
¿No te quedarás?

DON JUAN.  
Repara  
En que entrambos nos perdemos;  
Tú me quieres, yo te adoro;  
Tú te casas, yo te pierdo;  
Pues ¿qué hemos de hacer los dos,  
Penando, amando y sufriendo?  
¿No será mejor no verte?

CAMILA.  
Sí, pero es fuerte remedio.  
¡Ay dueño del alma mía,  
En qué de penas me has puesto!  
¡Buena quedaré sin tí,  
Cuando pierdo por tí el seso!  
Salid, lágrimas, salid;  
Romped la puerta al respeto,  
Y la ocasion os disculpe.

MENDOZA.  
Vuelve los ojos.

DON JUAN.  
Ya veo  
Que llueve aljófara el sol,  
Como anda el cielo revuelto.  
¿Haste hecho mal en los ojos?

CAMILA.  
No sé qué me tengo en ellos;  
Mas ya pienso que no es nada.

MENDOZA.  
¿Tú también haces pucheros?

DON JUAN.  
Pues ¿soy de piedra, Mendoza?

CAMILA.  
Por si acaso no nos vemos  
En ocasion semejante,  
Que pienso que será cierto,  
Toma, don Juan, este abrazo. (Dásele.)

DON JUAN.  
Con saber que es el postrero,  
Me das templado el favor.

CAMILA.  
Sabe Dios lo que lo siento,  
Mas es fuerza. Adios.

DON JUAN.  
Adios;  
Mi muerte en mi ausencia llevo.  
¡Ah, sí, que se me olvidaba! (Vuelve.)  
Dame primero ese lienzo.

CAMILA.  
¿Este lienzo? Pues ¿qué tiene?

DON JUAN.  
Mil tesoros encubiertos.

CAMILA.  
Toma con él esta joya, (Dásele.)  
Y estimala por el precio,  
No porque al cuello la traje.

DON JUAN.  
Sola por tuya la beso,  
Aunque el lienzo me bastaba.

MENDOZA.  
A los diamantes me atengo.

DON JUAN.  
Como á pobre me has tratado.

MENDOZA.  
Si acaso lo son; que en esto  
Suele haber bravos gatazos.

LEONIDA.  
¡Oh qué gentil majadero!  
Cuatro mil escudos vale.

MENDOZA.  
Cuatro mil años bien hechos  
Vivas.

CAMILA.  
Como sea con gusto.

DON JUAN.  
Señora, no te encarezco  
De la manera que voy.

CAMILA.  
Si es, don Juan, como yo quedo,  
Milagro será que vivas.

DON JUAN.  
Y dicha será si muero.

CAMILA.  
¿Que te vas? Que no he de verte?

DON JUAN.  
¿Que te ha de gozar Arnesto?

CAMILA.  
¿Qué desdicha!

DON JUAN.  
¡Qué dolor!

CAMILA.  
¿Qué sinrazon!

DON JUAN.  
¡Qué tormento!—  
(Disparan dentro.)  
Mendoza, ¿qué ruido es ese?

MENDOZA.  
Si no me engaño, sospecho  
Que es una salva que hace  
Florencia al recibimiento  
De tu esposo.

DON JUAN.  
¡Que ya llega!

CAMILA.  
Es porque no le deseo.

DON JUAN.  
Aquí acabó mi fortuna.

MENDOZA.  
Ya se acercan.

CAMILA.  
Esto es hecho.

DON JUAN.  
Adios, señor de mis ojos.

CAMILA.  
Harto me dices con ellos.

DON JUAN.  
Mucho tengo que llorar.

DON JUAN.  
Loco voy.  
CAMILA.  
Sin alma quedo.

## JORNADA SEGUNDA.

Salen EL MARQUÉS DE SANTELMO  
Y LUCINDO.

LUCINDO.  
Bella ciudad es Florencia.

MARQUÉS.  
No la tiene el mundo igual;  
Pero vame en ella mal.

LUCINDO.  
¿Qué edificios! Qué opulencia!

MARQUÉS.  
Salió mi esperanza vana;  
Descontento estoy conmigo.

LUCINDO.  
Bien lo hace el Duque contigo.

MARQUÉS.  
Así lo hiciera su hermana.

LUCINDO.  
Pues qué, ¿no te mira bien?

MARQUÉS.  
Parece que no le agrado.

LUCINDO.  
Vergüenza será, no enfado.

MARQUÉS.  
Yo presumo que es desden.

LUCINDO.  
¿Y cuándo te casarás?

MARQUÉS.  
Cuando Camila quisiere,  
Que será cuando estuviere  
Mas tratable.

LUCINDO.  
¿En eso das?

MARQUÉS.  
Mi padre el Marqués trató  
Darme con Camila estado,  
Y yo, en parte aficionado  
A las nuevas que me dió  
De su hermosura la fama,  
Le pedi licencia; y luego,

Movido de un casto fuego,  
 Que honestamente me llama,  
 Rompiendo rizas espumas,  
 Al mar entregué seis naves,  
 Lleno de empresas suaves,  
 Galas, libreas y plumas.  
 Formé un campo tan lucido  
 De soldados, que cualquiera  
 Un mayo portátil era  
 Y un abril recién nacido.  
 Pareció verde jardín  
 Todo el piélago de sal,  
 Dejando de ser cristal  
 Por una tarde; y en fin,  
 Fueron tantos los colores,  
 Que pienso que el mar dudaba  
 Si de elemento mudaba,  
 Viéndose cubrir de flores.  
 Llegué á Florencia, y Glenardo  
 A recibirme salió;  
 Ya sabes lo que me honró.  
 Entré en la ciudad gallardo  
 En un valiente alazan  
 De aquellos que alienta y cria  
 La yerba de Andalucía,  
 Tan airoso, tan galán,  
 Tan corpulento y bizarro,  
 Que, al verle peinar el suelo,  
 Pudo codiciarle el cielo  
 Para el tiro de su carro.  
 Vi á Camila, mas hermosa  
 Que la Venus que en altares  
 Chipre, con rosas y azahares,  
 Venera por madre y diosa;  
 Con el cabello esparcido,  
 Por mas gala ó mas decoro,  
 Pareció diamante en oro;  
 Allí el travieso Cupido,  
 Que preso en ellos vivía,  
 Tal vez la frente besaba,  
 Y con los rizos jugaba  
 Hasta que los deshacía.  
 De un ébano transparente  
 Su arquitectura formaban  
 Las cejas, que se apartaban  
 Por dividir cada oriente.  
 Negras las pestañas fueron,  
 Entre oscuros arreboles;  
 Mas ¿qué mucho, si á sus soles  
 Tantos años anduvieron?  
 En los ojos no quisiera  
 Hablarte, por no ofender  
 La majestad de su ser;  
 No tiene en la octava esfera  
 El cielo dos luminarias,  
 Dos antorchas, dos estrellas,  
 Con mas alma en sus centellas,  
 Si bien á mi amor contrarias.  
 Las manos suyas, en fin,  
 Sacó, entre varios diamantes,  
 De la cárcel de sus guantes,  
 Con diez hojas de jazmin,  
 Y tanto las admiré  
 Cuando su luz advertí,  
 Que, despues que se las vi,  
 De la cara me olvidé;  
 Miróme su cielo hermoso,  
 Y con ser cielo estrellado,  
 Para mi estubo nublado,  
 Por no decir riguroso.  
 Llegué á abrazarla; aquí fué  
 Adonde mas me perdí.  
 Porque en sus estrellas vi  
 (Si no fué que me engañé)  
 Ciertas perlas que enjugaba;  
 Y como las detenian,  
 Ya que salir no podian,  
 Por lo menos se asomaban.  
 Luego al darme los abrazos,  
 Que la ocasion permitia,  
 Fué con tan poca alegría  
 Y tan caidos los brazos,

Que en sus desvios y enojos  
 Conoci su sequedad;  
 Que una tibia voluntad  
 En el mirar de los ojos,  
 En la risa, en las acciones  
 Se conoce y se declara;  
 Que siempre ha sido la cara  
 Fiscal de las intenciones.  
 Camila, en fin, me desprecia,  
 La ocasion ella la sabe:  
 Y aunque su virtud la alabe,  
 ¿Qué Porcia habrá, qué Lucrecia,  
 Qué Euridice, qué Sulpicia  
 Que lo sea, y que se vea  
 De un hombre que no desea,  
 O por suerte ó por codicia,  
 Gozada? Casta fué Dido,  
 Pero no me admiro, no;  
 Que en efecto la obligó  
 El amor de su marido;  
 Que la mas flaca mujer,  
 En llegando á enamorarse,  
 De su ser suele olvidarse,  
 Y una roca suele ser;  
 Y al revés, la mas honrada  
 Y que mas honor profesa,  
 Si en la cama y en la mesa  
 Mira á un hombre que le enfada,  
 Ya que con la ejecucion,  
 Por su virtud, no le ofenda,  
 No hay honor que la defienda  
 Del deseo ó la intencion;  
 Y en llegando á desear  
 O á intentar una mujer,  
 Mucho honor ha menester  
 Para no se despeñar.

LUCINDO.

Y si te aprieta Glenardo,  
 ¿Qué has de hacer?

MARQUÉS.

Procuraré

Entretenerle, y diré  
 Cómo por horas aguardo  
 A mi padre, que desea  
 Hallarse en mi casamiento;  
 Y entre tanto el pensamiento,  
 La vista, el alma y la idea  
 Se informarán con recato  
 De su pena y sus enojos.

*Salen CAMILA, muy triste,  
 y LEONIDA.*

LEONIDA.

Descansa siquiera un rato;  
 Mira que de esa manera  
 Te vas echando á perder,  
 Porque darás á entender...

CAMILA.

¡Ay Leonida, á Dios pluguiera  
 Que mi dolor fuera tanto,  
 Que la vida me quitara,  
 Y su fuerza me anegara  
 En el cristal de mi llanto!  
 ¿Piensas tú que yo no advierto  
 Que este amor ó esta locura  
 Ofende mi compostura,  
 Y que ha sido desconcierto  
 De mi valor natural  
 Que liviana me enamore,  
 Que ruegue, suspire y llore,  
 Y en efecto, que esté tal  
 (¡Ay Dios!), que no me ha faltado  
 Sino echarme un lazo al cuello?  
 Yo lo sé, pues que por ello  
 Mi triste honor ha pasado.  
 Ya lo he llorado, Leonida;  
 Pero, en tormento tan claro,  
 ¿Qué importa hacer el reparo,  
 Despues de dada la herida?

Ya no hay remedio que importe;  
 Ya miré, ya quise bien.

LEONIDA.

Si; pero advierte tambien  
 Que en mujeres de tu porte  
 Son culpables los extremos,  
 Aunque sean naturales.

CAMILA.

Las mujeres principales  
 ¿No hablamos tambien? No vemos?  
 ¿Somos de piedra?

MARQUÉS.

Allí está.

LUCINDO.

Que llegues será forzoso.

MARQUÉS.

Yo voy.

LEONIDA.

Señora, tu esposo.

CAMILA.

Sabe Dios si lo será. —  
 Pues, Señor, ¿tanto callar?  
 ¿No os hallais bien en Florencia?  
 Pero sentiréis la ausencia  
 De vuestra patria, y estar  
 Con poco regalo aquí.

MARQUÉS.

Por ahora solo siento  
 Veros con poco contento.

CAMILA.

Esto es condicion en mí,  
 Y mi falta de salud  
 Me tiene poco gustosa.

MARQUÉS.

Pues si estáis tan achacosa,  
 Aunque en tanta juventud,  
 No es bien teneros en pie;  
 Sentáos, por vida mia.

CAMILA.

Vuestra soy.

MARQUÉS.

Eso querria.

CAMILA. (Ap.)

Antes mi muerte veré.  
 ¡Ah, fieras leyes de honor!

MARQUÉS.

¿No os sentais?

CAMILA. (Siéntase.)

Ya os obedezco.

(Ap. Por mil caminos padezco.)

MARQUÉS.

El no hablaros en mi amor  
 Nace de veros...

CAMILA.

Callad;

Que me haréis salir colores.

MARQUÉS.

Teneisme con mil temores.

CAMILA.

En cosas de voluntad  
 Sé tan poco... (Ap. Pero miento;  
 Harto sé, pues sé morir.)

MARQUÉS.

Mucho os tengo que decir.

CAMILA. (Ap. á Leonida.)

¡Ay Leonida, no hay tormento  
 Como el haber de escuchar  
 Un hombre que desagrada!

MARQUÉS.

Pienso que estáis disgustada.

CAMILA.

¿Yo? ¿Por qué? (Ap. No hay que tratar;  
 El hombre me está matando.)  
 Hanme dado aquestos días...

MARQUÉS.  
¿Diréis que melancolías?

CAMILA.  
Y suelen de cuando en cuando  
Apretarme el corazón.

MARQUÉS.  
Y despues que yo he venido,  
Os deben de haber crecido.  
(Ap. Ciertas mis sospechas son;  
Esta condicion esquivá  
Amor es; Camila quiere.)

Salen DON JUAN y MENDOZA.

DON JUAN.  
Si tan desgraciado fuere,  
Montes habrá donde viva;  
Porque ver, y no gozar,  
Será muerte para mí.

MENDOZA.  
Y ¿no es mejor esperar  
A que se duela de tí?

LEONIDA.  
A don Juan puedes mirar  
Como al desnudo.

CAMILA.  
Ya veo  
La causa de mi deseo.

DON JUAN.  
Con su esposo está, Mendoza.

MENDOZA.  
Él llevará gentil moza;  
¿Qué tal! ¿Qué olor! ¿Qué aseo!

DON JUAN.  
¿Que esto mire, y con mis manos  
No me mate?

MENDOZA.  
¿Qué imprudencia!

DON JUAN.  
¡Ah celos, de amor tiranos!

MENDOZA.  
Pues, en Dios y en mi conciencia,  
Que están como dos hermanos.

MARQUÉS.  
Si acaso no os entretengo,  
Iréme.

CAMILA.  
Sois muy galán.

MARQUÉS.  
Vuestro disgusto prevengo.

Sale CELIA.

CELIA.  
Como sombra de don Juan,  
Siguiendo sus pasos vengo.  
Con mi prima hablaba ayer.  
Y en mi amor debió de ser;  
Algo tierno me ha mirado,  
Sin duda se lo ha contado.  
¡No hay tan dichosa mujer!—  
¡Señor don Juan!

DON JUAN.  
Don Juan soy,  
Pero no señor don Juan.

CELIA. (Ap.)  
¡Loca de contento estoy!  
Ya como dueño y galán  
Puedo tratarle desde hoy;  
Él lo dice, pues me advierte  
Que con menos cortesia  
Le he de hablar.

CAMILA. (Ap.)  
¡Ah triste suerte,  
Si amor con celos porfia,  
Vencerá el honor mas fuerte!

MARQUÉS.  
Como digo...

CAMILA.  
Ya os entiendo.  
(Ap. Mil muertes estoy sufriendo;  
Celia con don Juan está.)  
Mi hermano en esto podrá  
Disponer.

MARQUÉS.  
Yo no pretendo  
Cosa que vos no queráis.

CAMILA.  
Yo os agradezco el favor.  
(Ap. ¡Ay amor, qué inquieto andais!)

DON JUAN.  
Digo que sé vuestro amor.

CELIA.  
Por mil años lo sepais.

DON JUAN.  
Camila me lo ha contado;  
Si miento, de ella lo sé.

CELIA.  
En todo habeis acertado.  
(Ap. Lindo camino tomé  
Para lograr mi cuidado.)  
Pues su nombre conocéis,  
En mi nombre le llevad  
Esta banda...

CAMILA. (Ap.)  
Ojos, ¿qué veis?

CELIA.  
Y en ella mi voluntad  
Mas declarada veréis.  
(Dale una banda azul.)

DON JUAN.  
Como si yo hubiera sido  
El dueño de este favor,  
Le agradezco.

CAMILA. (Ap.)  
¡Ay atrevido!

CELIA.  
Ella le ha dicho su amor.

MARQUÉS.  
¡Notable suerte he tenido!

MARQUÉS.  
Algun dolor os ha dado,  
Si no es secreto cuidado,  
Pues que tanto os divertís.

CAMILA.  
Mil necesidades decis.

MARQUÉS.  
Pues aun no me he desposado.  
Por no enojaros me voy: (Levántase.)  
Que he calentado la silla,  
Y pienso que pena os doy.

CAMILA.  
Vuestro hablar me maravilla,  
Sabiendo, Marqués, quién soy.

MARQUÉS.  
Estáis con tanto disgusto...

CAMILA.  
Ea, llamadle recato.

MARQUÉS.  
Si vos tuviéades gusto...

CAMILA.  
Donde no hay amor ni trato,  
Nunca el recato fué injusto,  
Si no es que como a mujer  
Comun me quereis tratar,  
Pues que vinisteis ayer,  
Y ya debeis de pensar  
Que os tardo mucho en querer.

MARQUÉS.  
Pues miradme mas despacio...

MENDOZA. (Ap.)  
¡Oh, qué amante tan reacio!

MARQUÉS.  
Y quizá os agradeceré;  
Que yo entre tanto sabré  
Quién os agrada en palacio. (Vase.)

LEONIDA.  
Enojado va.

CAMILA.  
¿Qué importa?

CELIA.  
Triste parece que queda.

CAMILA.  
¿En mi casa y á mis ojos...

LEONIDA.  
Advierte...

CAMILA.  
Nada me adviertas.

DON JUAN.  
Lleguemos, Celia.

CAMILA.  
Pues bien;  
¿Qué conformidad es esa?  
¿Qué haceis los dos de esta suerte?

MENDOZA.  
¡Oh, qué ojazos que les echa!

DON JUAN.  
No era cosa de importancia;  
Estábame dando cuenta  
Celia...

CAMILA.  
¿De qué?

DON JUAN.  
De su amor;

Y como yo...

CAMILA.  
De manera  
Que estarte Celia contando  
Muy á lo tierno sus penas,  
¿No era cosa de importancia?

DON JUAN.  
Pues ¿qué importa que lo sepa,  
Siendo Cienardo mi amigo?

CAMILA.  
¿Hay tan grande desvergüenza?  
Y esa ¿es buena amistad?

CELIA.  
Pues, prima, ¿de qué te alteras?  
¿No he tratado yo contigo  
Estas cosas?

CAMILA.  
(Ap. ¡Yo estoy buena!)  
¡Oh, qué presto os concertasteis!

CELIA.  
¿Tú no me dijistes...

CAMILA.  
Necia,  
Despues te responderé,  
Y verás de tu imprudencia  
El castigo.—Y tú, villano,  
Sin honor y sin nobleza...

DON JUAN.  
¿Qué es lo que dices, Señora?

CAMILA.  
Si sabes que Celia es prenda  
De mi hermano...

DON JUAN.  
Pues ¿yo acaso  
Amo ó solicito á Celia?

CAMILA.  
¡Oh, qué bien, por vida mía!

DON JUAN.  
Eso es probar mi paciencia.

CAMILA.  
Si divertirme querías

De mi amor, ¿no hay en Florencia Hartas mujeres, don Juan? ¿Mi casa ha de ser por fuerza Tercera de tus deseos? Pues si la vida me cuesta, Me he de vengar, enemigo. DON JUAN.	(Si las juntas y conciertas) Dicen: «don Juan.» ¿Haslo visto? ¿Ahora serán quimeras Las mías ó desengaños? DON JUAN. Serán engaños de Celia. O serán desdichas mías; Mas déjame hablar con ella, Y tú verás...	CELIA. Si con don Juan no estuvieras Tan terrible... CAMILA. Ya está hecho; Salios todos allá fuera. CELIA. ¿Yo también? CAMILA. Y tú también. CELIA.
Luego ¿de Celia sospechas En tu agravio? CAMILA. No sospecho; Que quien sospecha recela, Y quien recela está en duda, Pues puede ser que no sea; Mas yo lo sé claramente. ¿Ese es tu amor, tu firmeza? Mirame, ingrato, á la cara; ¿Qué te dió denantes Celia? DON JUAN.	Luego ¿entiendes que has de verla En tu vida? Véte luego, No estés en mi presencia; Salte luego de la sala. DON JUAN. Si la cólera te ciega... CAMILA.	¿Mas que quieres darle cuenta De que á don Juan tengo amor? CAMILA. Si mi honor peligra, Celia, Habrásme de perdonar. CELIA.
¿A mí, Señora? CAMILA. A ti pues. DON JUAN. Pienso que esta banda. CAMILA.	¿No te vas? DON JUAN. Ya lo procuro; Pero primero... CAMILA. Tú intentas Descomponerme sin duda. DON JUAN.	No importa, que estoy resuelta; Di, prima, lo que quisieres. (Ap. Si no estuviera tan cierta De que Camila se casa Con Arnesto, presumiera... Mas quiero quedarme aquí.) Guarde Dios á vuecelencia. (Vase)
Como si no lo supieses. DON JUAN. No te entiendo. CAMILA. ¿Qué inocencia! DON JUAN.	Solo, Señora, quisiera Que Celia dijera en esto La verdad. CAMILA. Ya no aprovecha. DON JUAN.	Confuso tengo á mi hermano. DUQUE. Ya se han ido. CAMILA. Es tan inmensa La pesadumbre que tengo. Hermano y señor, que apenas Puedo hablar. DUQUE.
Como no era para mí... (Dásela.) CELIA.	¿Celia? CAMILA. ¿Mas Celia tenemos? MENDOZA.	Ya se han ido. CAMILA. Es tan inmensa La pesadumbre que tengo. Hermano y señor, que apenas Puedo hablar. DUQUE.
Eso excusarlo pudieras; Que no eres mi madre tú, Para que con tanta fuerza Te informes de mis costumbres; Que es demasiada licencia, Y aun parece... CAMILA.	¡Oh qué brava polvareda Se ha levantado! CAMILA. Pues, necio, Será de aquesta manera, (Échale.) Ya que contigo no vale Mi razon; véte, ¿qué esperas? CELIA.	¿Qué dices? (Ap. Ya el alma tiembla.) CAMILA. Aunque sabe que tú adoras A Celia, que, poco cuerda, Le quiere bien... DUQUE. ¿Cómo es eso? CAMILA.
Porque en tu casa me tengas No me has de tratar así; Que en efecto soy tan buena... CAMILA.	No le trates mal. CAMILA. Si quiero. DON JUAN. Ya me voy, pero por fuerza. Sale EL DUQUE.	Es tanta su desvergüenza, Que la solicita. DUQUE. ¿Ah ingrato! CAMILA.
Como yo, pero mas libre. Pues dime, ¿tan grande ofensa Ha sido ver esta banda? ¿No puede ser que yo quiera Hacer otra, para dar A Arnesto, y sacar la muestra Del dibujo y los colores? Por cierto, que está bien hecha; Bien sale el oro en lo azul. MENDOZA.	El Duque. DON JUAN. ¿Si nos ha visto? MENDOZA.	Denantes le hallé con ella, Y dándole aquesta banda, Que con letras de oro y seda Su nombre dice en mil partes; Y ceguéme de manera, Que como viste me hallaste. DUQUE.
Si dama de punto fuera, Noguerado habia de ser. CAMILA.	¡Qué desdicha! DON JUAN. Amor, paciencia. (Vase.) CAMILA. (Ap.)	(Ap. Tienen algunas ofensas Tal circunstancia, que el alma Apenas puede creerlas; Rabiando de enojo estoy; ¿Esto en el mundo es nobleza? Bien me has pagado, don Juan; ¿Con qué engaños y cautelas Me hablaba en Celia, diciendo Que á quien á mí se atreviera Le hiciera pedazos! Y él (¿qué malicia! qué vileza!) Era el secreto galán Por quien su amor me desprecia; Celia dijo que mi hermana Lo sabia, pues si ella Lo confiesa claramente, ¿Qué irformaciones, qué pruebas Puede haber mas infalibles?
Aquí parece que hay letras: «Don Juan», dice. Bueno, á fe. DON JUAN.	¿Que hubo de venir ahora! DUQUE.	
No puede ser. CAMILA.	¿Pues tú, hermana, descompuesta, Y con don Juan? LEONIDA. ¿Qué has de hacer? CAMILA.	
Deletrea, por tu vida: Una D y un punto, es esta Cifra del «don»; ¿no es así? Esta es I, no de las griegas, Llámase larga en Castilla; U pienso que es la tercera; La cuarta es A; ¿vas conmigo? DON JUAN.	Confusa estoy y suspensa. DUQUE.	
¿Hay tan extraña quimera? CAMILA.	¿Qué dudas? Habla. CAMILA.	
La quinta es N; que todas	Señor...	

¡Ah ingratitude, qué bajezas  
No ha intentado tu porfia!  
Fué París de Troya á Grecia,  
Recibióle Menelao,  
Dióle su casa y su mesa,  
Y pagóle el hospedaje  
Con robar despues á Elena;  
Lo mismo me ha sucedido;  
Mas con esta diferencia,  
Que yo no puedo vengarme  
Aunque lo pida la ofensa;  
Don Juan en cierta ocasion  
Me ha dado la vida, y fuera  
Linaje de tirania  
Matarle; con mas prudencia  
Me he de portar.) Oye, hermana:  
Yo he pensado...

CAMILA. (Ap.)

El alma tiembla,  
DUQUE.

Que hacerle matar no es cosa  
Que está bien á mi grandeza.

CAMILA.

¡Jesus, Señor! ni por pienso.  
DUQUE.

Mejor es que de Florencia  
Salga mañana.

CAMILA.

Mejor;

(Ap. ¡Ay don Juan!)

DUQUE.

Y sin que entienda

La causa.

CAMILA.

Bien me parece,  
Porque es venganza mas cuerda.  
DUQUE.

Pues yo voy á prevenirlo;  
¡Ah lo que los hombres yerran  
En no examinar primero  
El amigo á quien entregan  
Los pensamientos y el alma!  
Pero ¿quién habrá que pueda  
Conocer las intenciones.  
Si á solo Dios se reservan?  
Y hay un género de amigos  
De tan vil naturaleza,  
Que matan con las entrañas  
Y aseguran con la lengua. (Vase.)

CAMILA.

¡Triste de mí! ¿qué he de hacer?  
Don Juan se va; ya me pesa,  
Ya me pesa de haber sido  
Instrumento de su ausencia;  
Mas tambien fuera peor  
Verle, si ajeno le viera;  
Todo es malo. ¡Ay don Juan mío,  
Qué de pesares me cuestras!  
Mañana se va; yo quiero  
Avisarle que me vea  
Esta noche, porque ya  
Que loca de amor me deja,  
Se lleve á España mis celos,  
Y yo quede satisfecha.  
Todo lo rinde el amor;  
Guárdese la mas compuesta,  
La mas fuerte y retirada,  
De abrir una vez la puerta  
A este rapaz, que despues  
No aprovechan resistencias;  
Porque ve por otros ojos,  
Oye por otras orejas,  
Gusta por otros sentidos,  
Obra por otras potencias,  
Y en efecto, toda el alma  
Tiene en voluntad ajena. (Vase.)

Sale EL MARQUÉS.

MARQUÉS.

Hermosa noche, que al ligero día,  
Fénix de breves horas, va siguiendo;  
Tú, sombra helada; tú, tiniebla fria;  
Tú, que del mar Océano saliendo,  
Túmulo tienes en sus conchas bellas,  
La mitad de la vida dividiendo;  
Negro bulto de candidas centellas,  
Que al risco subes de los once cielos,  
Argos de tantos ojos como estrellas;  
A averiguar la causa de mis celos  
Salé mi noble honor, en confianza  
De tus hermosos, aunque pardos velos;  
Favorece piadosa esta esperanza,  
Asi goces del Erebo, tu esposo,  
En cuanta tierra Radamanto alcanza;  
Así al mayor planeta, al sol hermoso,  
Que desde el polo opuesto está mirando  
Tu resplandor, le tengas envidioso;  
Así en tranquila paz, en ocio blando  
Ejércitos de antorchas te coronen,  
La dorada muralla quitando;  
Y pues los astros son los que disponen  
De los sucesos de la vida humana,  
Y en tantas penas como ves me ponen,  
Consúltalos por mí, bella Diana,  
Salga yo de las dudas en que vive  
Mi loco amor y mi esperanza vana;  
Quiero bien á Camila, que recibe  
Con poco gusto un alma que la he dado,  
Y en su silencio su desden me escribe.  
En la mesa, en la silla, en el estrado  
Suspira si me ve, mas no suspira  
Porque mi amor obligue á su cuidado;  
Las quejas y las lágrimas retira,  
Y bañando en clavel las azucenas,  
Se vuelve al cielo y á traicion me mira;  
En fin, la tienen tan secretas penas,  
Que muchas veces suele estar conmigo;  
¡Oh amor, lo que arrebatas y enajenas!  
Y no responde á cosa que la digo.  
Y cuando quiere hablar, tal vez turbada,  
El nombre va á decir de mi enemigo;  
Otras veces está tan desgraciada,  
Que el almohadilla y el cambray arroja,  
Y no la alegría ni divierte nada;  
Si culpo su desden, luego se enoja,  
Y si mi amor la digo, enternecido,  
Le escucha desabrida y se acongoja.  
Amar un hombre mal correspondido,  
Y porfiar, estando despreciado,  
Puede siendo galan, mas no marido;  
Porque aventura solo su cuidado,  
No su reputacion, que amar dudoso  
Puede matar á un hombre si es honrado.  
Negándome al sosiego y al reposo,  
Salgo á buscar mi desengaño (¡Ah cie-  
[los!]  
Y no quisiera hallarle temeroso;  
Lince es amor, si le acompañan celos;  
Yo sabré, yo sabré, Camila ingrata,  
Aunque á mi costa, quién te da desve-  
[los]  
Cual suele cazador (mientras dilata  
El pajarillo su prision futura)  
Fiarse del silencio de una mata,  
Y desde allí con traza mas segura,  
Haciendo de las ramas celosias,  
Acechar su graciosa travesura,  
Así mi amor en las desdichas mias  
Esperará, no gustos, sino daños,  
Y mis cuidados servirán de espías.  
Yo sé que encontraré mis desengaños;  
Que siempre el ciego amor anda á des-  
[hora]  
Para poder hablar en sus engaños;  
Dicen su amor las aves á la aurora,  
Mas los amantes á la noche oscura,  
Que no busca la luz quien ama y llora.  
Mientras Camila duerme mal segura,

De sus paredes informarme espero  
Quién goza de su amor y su hermosura.  
En puertas, en jardín, casa y terrero  
Asistiré toda la noche amante,  
Hasta ver el dichoso caballero;  
Y en llegando á saberlo, vigilante,  
Advertido, prudente, cuerdo y sabio,  
Aunque mi amor se ponga por delante,  
Huire el peligro ó vengaré mi agravio.

Salen MENDOZA Y LEONIDA, con luz.

LEONIDA.

Pisa con tiento, Mendoza.

MENDOZA.

Mas valiera no pisar.

LEONIDA.

Eso, á mi ver, es temblar.

MENDOZA.

En casas de toda broza  
Puede un hombre entrar sin miedo;  
Mas aquí...

LEONIDA.

Pues ¿qué hay aquí?

MENDOZA.

Pues ¿es barro, pésia á mi...

LEONIDA.

El pésia quiero mas quedo.

MENDOZA.

Un hermano confirmado  
Y un marido en profecia?

LEONIDA.

Mucha desgracia seria  
Si viniesen.

MENDOZA.

Lindo enfado;

Mal conoces mi ventura;  
Si ha de parar en mi ultraje,  
Vendrá todo su linaje,  
¡Y qué cierto!

LEONIDA.

¡Qué locura!

MENDOZA.

Mas, dejando este temor,  
Aunque él no me deja á mí,  
¿A qué venimos aquí?

LEONIDA.

A despedir nuestro amor,  
Que os vais mañana; confieso  
Que siento perder tus prendas.

MENDOZA.

Harémos Carnestolendas  
Esta noche, segun eso;  
Pero don Juan ¿qué ha de hacer?

LEONIDA.

Ver, sentir y desear.

MENDOZA.

¿No dices conglutinar?

LEONIDA.

Eso imposible ha de ser.

MENDOZA.

La ocasion es cosa grande.

LEONIDA.

Tiene mi señora honor.

MENDOZA.

¿Qué importa donde hay amor?

LEONIDA.

No hayas miedo que se ablande.

MENDOZA.

¿Y si mi amo porfia?

LEONIDA.

Resistirás enojada.

MENDOZA.

Y si hubiese Tarquinada,

¿Qué ha de hacer su señoría?  
Esto no tiene respuesta.

LEONIDA.

Si no quiere, es por demás.

Salen DON JUAN y CAMILA.

DON JUAN.

¿Qué! ¿desengañada estás?

CAMILA.

Hartas lágrimas me cuesta;  
Yo misma me eché a perder.

DON JUAN.

¿Que tal dijeras de mí!

CAMILA.

En efecto te perdí;  
Mañana no me has de ver.

DON JUAN.

¿Que tú me hayas desterrado!

CAMILA.

Quien habla con celos, yerra.

LEONIDA.

¿Cerraré la puerta?

CAMILA.

Y estad los dos con cuidado;  
Tú, Señor, siéntate aquí.

LEONIDA.

La llave quito.

CAMILA.

Bien haces.

MENDOZA.

Hasta ahora todo es paces.

LEONIDA.

Siéntate tú junto a mí.

CAMILA.

La causa que te ha tenido,  
Don Juan, de tu casa ausente,  
Quisiera saber.

DON JUAN.

Detente.

Que ya me has enternecido;  
Mas oye, porque el dolor  
Disculpes, y no te admire  
Que la memoria suspire.

CAMILA.

Ya escucha mi loco amor.

DON JUAN.

Mi nombre no es don Juan, ni mi ape-  
De Cárdenas tampoco, si bien fuera  
Gran lustre de mi sangre haber tenido  
Alguna parte en su divina esfera;  
Don Carlos soy Enriquez, traza ha sido  
De mis sucesos y fortuna fiera  
Mudar de nombre, no sin causa alguna,  
Aunque nunca he podido de fortuna;  
Nací segundo, y por razon de estado,  
Apenas vi la cara á veinte abríles,  
Cuando, á Pálas y á Marte aficionado,  
Los amores dejé, rémoras viles;  
Y de mi ardiente espíritu animado,  
Mas nombre merecí que el griego Aquil-

[llido

Hasta que en pocos lances (¿cosa ex-  
traña!)

[les,

Capitan de caballos volví á España.  
Llego á mi casa con aquel contento  
Que ausencia de seis años merecía,  
Y cuando aguardo (¿ay loco pensa-  
miento!)

[miento!]

Que á abrazarme saliesen á porfía,  
Con lágrimas de pena y sentimiento  
El suyo cada cual decir quería,  
Y la fuerza del ansia lo estorbaba;  
Que en el dolor la lengua tropezaba.  
Busco á mi padre, que, en piedad baña-

[do,

Mi deshonra y su pena me declara,  
Y viéndome tan hombre y tan soldado,  
A sus ojos me arrima y á su cara.  
Ay, dice enternecido el viejohonrado,  
Si una hermana que tienes te faltara!  
Y viendo en fin que sin color le escucho,  
Vuelve á llorar, con que me dijo mucho.  
No has visto de la sierra el verde campo  
Cuando cubre la nieve su escultura,  
Y un arroyuelo, cuyo aljófár blanco  
Por el rizo cristal pasar procura?  
Pues de esa suerte de la nieve al ampo,  
Que en sus candidas canas se figura,  
Un arroyo de lágrimas cubria,  
Y por la plata hasta los piés corria.  
Supe en efecto que mi loca hermana,  
Amando de secreto á un caballero,  
A quien el brio con la edad temprana  
Galan ocasionaba, aunque extranjero,  
A su honor se atrevió, necia y liviana,  
Sirviéndole su gusto de tercero,  
Que del alma una vez franca la puerta,  
Al mayor imposible se concerta.  
Y viniendo mi padre (¿triste suerte!)  
De palacio una tarde, vió una escala,  
Que al hierro de un balconatada y fuer-

[te,  
Los de mi hermana Estela le señala;  
Y á poco rato cuidadoso advierte  
Que baja un hombre, y con ardiente gala  
En el último paso le detiene,  
Con él se abraza y hasta el suelo viene.  
Estela, que miraba el triste caso  
Desde su cuarto, el pecho lastimoso,  
A voces dice: «Padre y señor, paso;  
Mira que ofendes mi querido esposo.»  
Mi padre entonces deteniendo el paso,  
Y juntamente el golpe riguroso,  
Si es verdad le pregunta; y él, ufano,  
«Yo gané en eso, dice; esta es mi ma-  
O fuese que la daba arrepentido, [no.»  
Pension de la belleza, que gozada,  
Se suele carear con el olvido,  
Y de querida pasa á despreciada,  
O que no la gozó para marido,  
Porque, sacando la traidora espada,  
Y otros con él, que al silbo respondie-

[ron,  
Villanamente de mi padre huyeron.  
Corre tras ellos el honrado viejo,  
A pesar de sus años, tan brioso  
Como pudiera yo, que soy su espejo  
(Tanto obliga un agravio cauteloso);  
Mas entrando las fuerzas en consejo,  
Se quejan de su espíritu animoso,  
Y rendido á la edad yerta y cansada,  
Se vuelve haciendo báculo la espada.  
Esto supe, Señora, el triste día [les  
Que entré en la corte; ¡mira qué laure-  
Para honrar la española gallardía,  
Que mereció buriles y pinceles!  
Yo entonces, viendo la nobleza mía  
Destinada á rigores tan crueles,  
Maldije á mi valor, maldije á Pálas,  
Quemé las plumas y rompí las galas.  
Cual suele el iris, del terrestre velo  
Cálida exbalacion, con los colores,  
Llover á un tiempo y afeitar el cielo,  
Siendo nube y jardín, con agua y flores;  
Así, Camila, yo (¿qué desconsuelo!),  
Las galas convirtiendo en pundonores,  
Iris de un aposento parecía,  
Pues mas lloraba cuanto mas lucía.  
Examinó á mi hermana, que, corrida,  
Viendo tan clara su mayor deshonra,  
A un monasterio retiró su vida,  
Último asilo en la perdida honra;  
Mas ni al rigor ni al ruego persuadida,  
Nunca quiso decir quién la deshonra;  
Que aunque la accion colérica infama-  
[ba,  
Al dueño siempre del agravio amaba.

Viendo en fin suporfia, y que mi afrenta  
En corrillos de mozos, plaza y calle  
Se murmura, publica, trata y cuenta,  
Siendo forzoso que lo escuche y calle;  
Válgome de mi honor, que altivo intenta  
Pelear con mi agravio hasta vengalle;  
Y en efecto, gallardo me resuelvo,  
Salgo de España y á Florencia vuelvo.  
Supe que era extranjero mi enemigo,  
Bien dispuesto, galán y gentil hombre,  
Y con aquesta luz, sin luz le sigo,  
Mudando patria, calidad y nombre;  
Con todos trato familiar y amigo,

[hombre,  
Por si puedo encontrar ¡ay Dios! á un  
Cuyo rostro no sé ni nacimiento; [to.  
Honrado, aunque imposible pensamen-  
Acuchillaban á tu noble hermano.  
Una noche, encubiertos, seis traidores;  
Defendíle la vida cortésano,  
Honróme con su casa y mil favores;  
Llegué á mirar tu cielo soberano,  
Abrazaóme tu luz, dijete amores,  
Vino Ernesto, lloré mi muerte triste;  
Lo demás tú lo sabes, pues lo hiciste.

(Llamon.)

LEONIDA.

¿Oyes, Mendoza?

MENDOZA.

Muerto estoy, Leonida.

LEONIDA.

¡Válgame Dios!

CAMILA.

¿Qué es eso?

LEONIDA.

Un golpe han dado

En la puerta.

MENDOZA.

¡Jesus!

CAMILA.

Yo soy perdida.

DON JUAN.

Sin duda que los dos habeis soñado.  
Repórtate, Señora, por tu vida.

(Vuelven á llamar.)

MENDOZA.

Mira si escampa.

CAMILA.

Toda me he turbado.

Don Juan, ¿qué hemos de hacer?

DON JUAN.

¡Hay tal desdicha!

LEONIDA.

La puerta quiebrad.

CAMILA.

Yo nací sin dicha.

Escóndete.

DON JUAN.

Quien llama ya ha sentido  
Que hay hombre aquí; mata esas luces  
Y abre esa puerta tú. [presto.

CAMILA.

Ya crece el ruido.

DON JUAN.

Y en entrando quien fuere...

MENDOZA.

¿Qué es aquesto!

DON JUAN.

Camila y tú os saldréis.

LEONIDA.

Ya te he entendido.

DON JUAN.

Mendoza y yo, con ánimo dispuesto,  
Estarémos á ver la intencion suya.

MENDOZA.  
No me metas á mí, por vida tuya.  
LEONIDA.  
Ya la puerta está abierta.  
MENDOZA.  
¡Vive el cielo,  
Que he de asirme á Camila!  
Sale EL MARQUÉS.  
MARQUÉS.  
¡Ay honor mio,  
Ya saldréis de sospecha y de recelo!  
LEONIDA.  
Sígueme.  
CAMILA.  
Muerta voy.  
MENDOZA.  
Y yo confío  
Ser de la procesion.  
(Vanse los tres.)  
DON JUAN.  
Ya no hay consuelo  
Para mi pena, ya es ninguno el brio.  
MARQUÉS. [den.  
La luz han muerto, y hácia allí se esconden.  
¿Quién va?  
DON JUAN.  
Confuso estoy.  
MARQUÉS.  
¿No me responden?  
DON JUAN.  
La voz no es de Glenardo.  
MARQUÉS.  
Hará el acero  
Su oficio.  
DON JUAN.  
Ya es forzoso defenderme.  
MARQUÉS.  
Hombre, ó quien eres, habla.  
DON JUAN.  
¡Ah rigor fiero!  
MARQUÉS.  
Yo te he de conocer...  
DON JUAN.  
¿Cómo, sin verme?  
MARQUÉS.  
O he de matarte.  
DON JUAN.  
Pues morir primero...  
¡Oh si hallara la puerta!  
MARQUÉS.  
Esto es molerme.  
DUQUE. (Dentro.)  
Fortun, dame una espada.  
DON JUAN.  
Este es Glenardo.  
DUQUE.  
Saca un hacha, Teodoro.  
DON JUAN.  
Ya ¿qué aguardo?  
Salen EL DUQUE, con la espada desnuda; FORTUN y TEODORO, con un hacha; don Juan encubierto á un lado, y el Marqués al otro.  
TEODORO.  
Señor, por esta parte...  
DUQUE.  
¿Qué es aquesto?  
¿Espadas en mi casa y á tal hora?  
¿Es el Marqués?

MARQUÉS.  
¿Señor?  
DUQUE.  
Pues ¿cómo, Arnesto?  
DON JUAN.  
¡Hay tal desdicha!  
MARQUÉS.  
Yo pasaba ahora  
Acaso por aquí...  
DUQUE.  
Dilo de presto.  
MARQUÉS. [ra...  
Y aquel hombre, Señor, que deshonoré.  
DUQUE.  
No pases adelante.  
MARQUÉS.  
Hallé cerrado  
En esta sala; dióme, en fin, cuidado;  
[velos  
Que he de casarme, y piensan mis des-  
Que no estaba tan solo, cuando digo...  
DUQUE. (Ap.)  
Este es don Juan.  
MARQUÉS.  
Y de mi honor los celos  
Me obligaron.  
DUQUE. (Ap.)  
El tallo es buen testigó.  
[los!  
¿Que un hombre se confie tanto ¡ah cie-  
En mi amistad, y que por ser amigo  
Me agravie!  
MARQUÉS.  
¿Qué respondes?  
DUQUE.  
Que te vayas.  
MARQUÉS.  
¿Así en mi ofensa, Duque, te desmayas?  
DUQUE. [ra,  
No es tuya, Arnesto, y cuando tuya fue-  
Yo soy marido ahora.  
MARQUÉS.  
Bien infieres,  
Pero yo lo he de ser.  
DON JUAN.  
¡Ah suerte fiera!  
DUQUE. [res;  
En esta casa, Arnesto, hay mas muje-  
Yo sé quien es el hombre (salte fuera),  
Y sé que no te agravia. Pues ¿qué quie-  
Deja una luz, Fortun. [res?—  
MARQUÉS.  
De tí me fio.  
DUQUE.  
Y despejad.  
MARQUÉS.  
Confuso voy.  
FORTUN.  
(Vanse.)  
DUQUE.  
Descúbrete; ya se fueron,  
Si no es que de estas paredes  
(Como, en fin, testigos fueron)  
Vergüenza tengas, y quedes  
Corrido de que te vieron.  
DON JUAN. (Ap.)  
Ya echó el resto mi fortuna.  
DUQUE.  
Ya, don Juan, sin causa alguna  
La cara encubres, honrado,  
Porque no es razon de estado  
Tener dos y encubrir una.

Ya te he conocido, ingrato,  
Y si ahora no te mato,  
Es por tomar mas venganza,  
Con que sepas que se alcanza  
A conocer tu mal trato;  
Porque á un hombre de nobleza,  
De valor y gentileza,  
Pienso que basta á matarle  
Solamente el acordarle  
De que ha hecho una bajeza.  
DON JUAN.  
Ahora déjame hablar.  
DUQUE.  
Pues tú ¿qué puedes decir?  
DON JUAN.  
Si no quieres escuchar...  
DUQUE.  
Si es disculparte, es mentir,  
Y será mejor callar.  
DON JUAN.  
¡Qué esto sufra! Considera...  
DUQUE.  
De disculpas no me trates;  
Todo es traicion y quimera.  
DON JUAN.  
Sufriréte que me mates,  
Pero no de esta manera.  
DUQUE.  
Yo sé que Celia te adora,  
Hallante en su cuarto ahora;  
Pues ¿qué puedes responder,  
Que no pare en ofender  
A quien su cielo enamora?  
DON JUAN. (Ap.)  
¡Hay tal modo de penar!  
Que por fuerza he de callar,  
Y he de confesar por fuerza  
Que Celia mi amor esfuerza;  
Y aunque mejor es hablar  
Y decirle... Pero no;  
Que se casa con Arnesto  
Camila, y presumo yo  
Que mas se ofendiera de esto.  
Mi esperanza me engañó.  
DUQUE.  
Si el alma un cristal tuviera  
(Como cierto dios queria),  
Menos traiciones hubiera,  
Pues cada cual temeria  
Que su infamia se supiera.  
No hubiera en el mundo engaños,  
Cautelas, juicios extraños,  
Traiciones, falsos testigos,  
Ni con máscara de amigos  
Hubiera secretos daños.  
No hubiera malas ausencias  
Ni encontradas voluntades  
Por opuestas diferencias;  
Ni hubiera en las amistades  
Injustas correspondencias.  
No hubiera amigos fingidos,  
Que el bien ajeno les mata,  
De su envidia persuadidos;  
Ni hubiera mujer ingrata  
A servicios recibidos.  
No hubiera en hombres discretos  
Malas palabras y afrentas,  
Quizá por falsos concetos;  
Ni hubiera muertes violentas  
Por intereses secretos.  
No ofreciera un gran señor  
Su casa á amigo traidor;  
Que aun suele el mas verdadero  
Ser, por ventura, el primero  
Que hace el tiro en el honor.  
No hubiera libres intentos  
En mujeres principales  
De mas altos pensamientos;

Ni en los hombres desiguales  
Cupieran atrevimientos.  
Y en efecto, cada cual  
Fuera cortés y leal,  
Fuera amigo y noble fuera,  
Porque á la lengua siquiera  
Correspondiera el cristal.  
Vuélvete á España, y advierte  
Que, si no te doy la muerte,  
Es porque te quise bien.

DON JUAN. (Ap.)

¿Qué mas pena, dulce bien,  
Que haber de vivir sin verte!

DUQUE.

No estás mas en mi presencia;  
Que, por vida de mi hermana...

DON JUAN.

Ya obedezco á vuecelencia.

DUQUE.

Que te haga matar mañana  
Si no sales de Florencia.  
Vé tu delante.

DON JUAN.

Señor...

DUQUE.

No es favor, sino temor.

DON JUAN.

¿De mí te recelas ya?

DUQUE.

Sí; que cualquier cosa hará  
El que una vez fué traidor.  
El primero has de pasar.

DON JUAN.

Nunca he tenido esa fama.

DUQUE.

Yo lo puedo sospechar,  
Pues quien me quitó la dama  
Tambien me sabrá matar.

### JORNADA TERCERA.

Salen DON JUAN, con capa, botas y espuelas, y MENDOZA.

MENDOZA.

Bueno vas de la cabeza.

DON JUAN.

¿Ataste ya los caballos?

MENDOZA.

Ya quedan los dos mordiendo  
De escapecos á pedazos;  
Y segun vienes, presumo  
Que pudieras ayudarlos.

DON JUAN.

¿Tan necio soy, porque siento  
Perder lo que quise tanto?  
¿Es el alma algun diamante?  
Es el corazón de mármol?  
¿Heme criado entre fieras?  
¿Tengo parentesco acaso  
Con algun peñasco de estos?  
¿No ful hombre, y hombre amado,  
Que quiero bien á Camila?  
No me destierra Clenardo?  
No ha de gozarla el Marqués?  
No he de verme sin sus brazos?  
No salgo, en fin, de Florencia?  
Pues en día tan amargo,  
¿Qué mucho qué, loca el alma  
(Si puede ser que la traigo),  
Se queje, suspire y lllore?  
El aliento de soldado  
No implica, no, con mi amor;

Que ya sabe el mundo cuantos  
Que con la espada y la pluma  
Escribieron y mataron,  
Lloraron de amor mil veces.

¿Ves un escuadron armado  
De lanzas y de paveses,  
Pólvara, flechas y dardos?  
Pues hago testigo al cielo  
Que no le temiera tanto  
Como á Camila estos dias.  
Cuando peleo, me valgo  
De la destreza ó el brio,  
De las armas ó los brazos;  
Mas de una mujer hermosa,  
¿Qué defensa, qué resguardo  
Tendrá quien la adora humilde  
Y la pierde desdichado?

¿No la viste esta mañana  
Cuando me dijo temblando:  
«Adios, señor de mis ojos,  
A España os vais; acordáos  
De esta vida que fué vuestra;  
Yo no me caso, mi hermano  
Me fuerza, mi hermano quiere  
Que yo muera?» Y de allí á un rato

¿No viste arrojar los ojos  
Mil perlas, que al alabastro  
Se deslizaban, y á veces,  
Mas comedido algun grano,  
Se paraba en el camino?  
Que, como todo el espacio  
Era jardin, y las flores  
Con el agua crecen tanto,  
Embargaban el cristal,  
Y era cada perla un mayo.  
Yo vi quejosa la boca,  
Porque al clavel de sus labios  
No le alcanzaba su parte.

MENDOZA.

Lindamente lo has pintado.

DON JUAN.

No sé, Mendoza, qué tiene  
Cualquiera mujer llorauado,  
Que lleva el alma tras sí.

MENDOZA.

Yo he visto alguna, que el diablo  
Pudiera esperarla.

DON JUAN.

¿Cómo?

MENDOZA.

Hacia gestos revesados,  
Y de su lugar sacaba  
La boca, y del cuarto alto  
De la señora nariz  
Bajaban bravos emplastos;  
Traslado á un lienzo de *requiem*.

DON JUAN.

Quando es sin concierto el llanto,  
A cualquiera descompono;  
Pero no llorar recatado,  
Que no se declara bien,  
Y que el dueño está mostrando  
Risa en la boca, y los ojos  
La desmienten, este alabo.  
La Condesa, en fin, ¡ay Dios!  
(Aun del nombre me acobardo),  
Lloraba con mucho aseo:  
Pues, Mendoza, si yo amo,  
Con tal disculpa, bien puedo  
Sentir y llorar, que el llanto  
Es consuelo de las penas.

MENDOZA.

Sí; mas sintiendo y llorando  
Pudiéramos caminar.

DON JUAN.

Si ves que con cada paso  
Me voy dando á mi la muerte,  
Déjame morir despacio;  
Déjame contar mis ansias

A estas flores, á este campo,  
A estas aves, á este arroyo,  
Que furioso y despeñado,  
Quebra en las peñas el brio,  
Que la noche tuvo atado.

MENDOZA.

Para salir en ayunas  
En linda venta paramos.  
¿Pedirémos de comer?

DON JUAN.

Desde aquí se ve el palacio.

MENDOZA.

¿Así fuera una hostería!  
Pues ¿qué mucho, si aun no estamos  
Cuatro millas de Florencia?

DON JUAN.

¿Tanto habemos caminado?

MENDOZA.

¿Esto llamas caminar?

DON JUAN.

Es volar.

MENDOZA.

Pues á este paso  
Llegarémos á Madrid  
De aquí á muchísimos años,  
Y habrás menester enseñarte.

DON JUAN.

No fuera yo tan liviano  
Quando llegara ese tiempo.

MENDOZA.

Ya es uso.

DON JUAN.

Llámale engaño.

MENDOZA.

Hombre he conocido yo  
Que se acostó bueno y cano,  
Y amaneció ¡Dios nos libre!  
Con bigotes naranjados  
Y cabello verde-mar.

DON JUAN.

Y á ese tal ¿se le quitaron  
Los achaques?

MENDOZA.

No, Señor;

Mas era muy adendado;  
Y como sus acreedores  
Le habian conocido bayo,  
Y le miraban morcillo,  
Andaban tan deslumbrados,  
Que á él mismo le preguntaban:  
«¿Vive aquí el señor Fulano?»  
Y él respondia muy sesgo:  
«Ya ese hombre se ha mudado,  
Habrá un mes, á otra parroquia.»

Y así anduvo muchos años  
Conservando sus trapazas,  
Sin pagar á nadie un cuarto.

DON JUAN.

Trátame en Camila, y deja  
Disparates; dime algo  
De aquel mirar amoroso,  
De aquel rostro soberano,  
De aquellos negros luceros,  
Que son negros y son claros.  
Ahora ¿qué hará?

MENDOZA.

A mi ver,  
Se estará desayunando  
Con qualche polla de leche,  
Y en un húcaro leonado  
Pedirá de agua cocida  
Dos ó tres onzas, si acaso  
No viene, en lugar del agua,  
Un cuartillo de lo caro;  
Que ya es uso entre las damas,  
Y suelen beberlo en barro,  
Por amor de los mirones.

DON JUAN.  
Eres, en fin, hombre bajo.

MENDOZA.  
Pues ¿qué quieres? ¿Que Camila No coma, y se esté llorando Muy á lo tierno? ¿Apostemos Que estáis los dos consolados Antes de cuarenta horas? No hay para el amor ruibarbo Como la ausencia.

DON JUAN.  
Es locura.  
Yo sé, Mendoza, que traigo Fuego para muchos dias; Si yo la hubiera gozado, Pudiera ser que, como hombre, Me olvidara; pero amando Siempre con sola esperanza, Mal podré, y amando tanto.

MENDOZA.  
Solo estuviste con ella.

DON JUAN.  
Pues ¿qué importa? ¿A su recato Querías que me atreviese?

MENDOZA.  
¿Cortárate pierna ó brazo?

DON JUAN.  
Enojárase, que es mas.

MENDOZA.  
Harto mas se enojan cuando Miran á un hombre alfenique, Todo deseo sin manos.

DON JUAN.  
A las suyas me atreví, Y pienso, si no me engaño, Que á la boca las llevé.

MENDOZA.  
Y ella ¿qué hacia entre tanto?

DON JUAN.  
Reñirme el atrevimiento, Escondiendo el alabastro, Que pasó plaza de fuego, Siendo cristal condensado.

MENDOZA.  
En fin, las manos te dió; Si fuera como en el rastro, Vinieran con vientre y todo; Mas, dejando aquesto á un lado, ¿Qué hay de Celia?

DON JUAN.  
No la mientes, Que, en fin, de todos mis daños Es la ocasion, pues el Duque, Pensando que yo la amo, Me destierra de la corte.

MENDOZA.  
No pienso que lloró tanto Como Camila.

DON JUAN.  
Su amor Apenas llegó á cuidado; Fué un modo de entretenerse Como de dama en palacio.

MENDOZA.  
Y tú, como hombre y en selva, ¿Cuándo quieres que nos vamos?

DON JUAN.  
Mendoza, cuando quisieres.

MENDOZA.  
¿Iré á poner los caballos?

DON JUAN.  
Bien puedes.

MENDOZA.  
¿Y desde dónde He de llamarte don Carlos?

DON JUAN.  
Hasta España don Juan soy.  
(Vase Mendoza.)

Aves que correis volando, Si acaso vais á la corte Y pasais por el palacio, Decid, decid á Camila De la manera que parto, Llevadle allá mis suspiros. — Y vosotros, montes altos, Que parece que en los cielos Pretendeis aposentaros, Habladla en mis pensamientos, Pues los habeis escuchado; Y tú, travieso arroyuelo, Que bajas, hecho pedazos, A ser vida de las flores, Siendo lisonja del prado; Aunque murmurando sea, Dile la vida que paso, Y dile que voy sin mi.

Sale LUCINDO, de camino.

LUCINDO.  
Ventura ha sido el hallaros, Señor don Juan.

DON JUAN.  
¿Quién me llama?

¿Es Lucindo?

LUCINDO.  
Y vuestro esclavo.

DON JUAN.  
¿Venis de Florencia?

LUCINDO.  
Sí.

DON JUAN.  
¿Adónde bueno?

LUCINDO.  
A buscaros; Este os envía el Marqués.

DON JUAN.  
¿Para mí? ¿Notable caso! ¿Qué puede ser? Mas yo leo; Dice así.

LUCINDO.  
No es de cuidado.  
DON JUAN.  
(Lee.) «Vuestra partida ha sido tan breve, que no ha dado lugar á que me despidiese de vos, y os suplicase deis en Madrid ese pliego, avisándome del recibo, y cobrando respuesta; hacedlo por vuestra vida, que es diligencia que importa á mi voluntad; y á Dios, que os guarde. De Florencia.— El marqués de San Telmo.»

LUCINDO.  
Este es el pliego.

DON JUAN.  
Diréis Al Marqués que con cuidado Haré lo que me ha mandado.

LUCINDO.  
Todo ese amor le debéis.

DON JUAN.  
Fuera de deberlo, es justo.

¿Ha estado en España Arnesto?

LUCINDO.  
Sí, mas volvióse muy presto.

DON JUAN.  
¿Cómo?

LUCINDO.  
Por cierto disgusto, Que en sangre pudo parar. Dios os guarde.

DON JUAN.  
Adios.

LUCINDO.  
Adios. (Vase.)

DON JUAN.  
Fuése Lucindo, y por Dios, Que me ha dado qué pensar; De cualquiera que me dice Que ha estado ó viene de España, Imagino (¿cosa extraña!) Que de mi afrenta infelice Es la causa, y el autor De aquella infame cautela Que tiene á mi hermana Estela Sin quietud, gusto ni honor. Dice Lucindo que Arnesto Tuvo en España un pesar, De que vino á resultar Que se ausentase mas presto Que quisiera. ¿Loco estoy! Mas si este príncipe fuese Quien ofendido me hubiese, Y de quien huyendo voy... Pero ¿qué dudo? Yo leo; A la carta me remito; Dice, pues, el sobrescrito: (Lee.) «A doña Estela» (¿Qué veo!) Alma, el dolor prevenid. (Lee.) «Enriquez (¿hay caso igual!), » En el convento real » De los Angeles, Madrid.» Sin alma, sin ser, sin vida Y sin aliento he quedado; Que ya sé quién me ha afrentado. La sangre, que repartida Por venas y cuerpo estaba, En tan terrible ocasion A amparar el corazon Se ha venido. ¿Ah fuerza brava Del sentimiento! La nema (Abre el pliego.)

Rompo, por saber mejor Mi desengaño. (¿Ay honor, Qué mucho que el alma tema!) (Lee.) «Despues, Estela, que quisio » El cielo que te perdiera, » Y que la culpa tuviera » (¿Ah cielos!) mi poco aviso (Ap. Muerto estoy, como otro Anfriso), » Lloro las prendas perdidas, » Que, aunque el estar divididas » Niegue á mi amor otras palmas, » Mientras se abrazau las almas, » No hay ausencia entre las vidas.» Bien desengañado estoy. No leo mas; yo mataré A mi enemigo, y yo haré Que Italia sepa quién soy. Con celos y agravios voy, Los celos ya procuraban Su muerte, pero no hallaban Harta causa, y á la cuenta, Se han valido de mi afrenta, Viendo que ellos no bastaban. Perdone el Duque el rigor En que mi honor se resuelve; Que el alma á Florencia vuelve Solamente por su honor. Palabra di á su valor De ausentarme á mi pesar; Mas no la debo guardar, Que en tan infeliz estado, De dejar de ser honrado Ninguno la puede dar. Que pierda la vida, es bien, Por mi honor; que, en conclusion, Para sola una ocasion La guarda un hombre de bien. Quien sufre una ofensa, y quien Su honor deja al albedrio Del vulgo, no tiene el mio, Ni procede como sábio; Que dormir sobre un agravio

Es virtud, pero no brio.  
Como amante y ofendido,  
Mi honor y mi amor serán  
Los que muerte te darán;  
Mi amor celoso y corrido,  
Mi honor mucho y mal sufrido;  
De suerte que amor y honor  
Han de juntar su valor  
En la venganza que espero;  
Mi honor blandiendo el acero,  
Y animándole mi amor.

*Sale MENDOZA.*

MENDOZA.  
Como tan despacio estas,  
He vuelto á atar los caballos.

DON JUAN.  
Pues ya puedes desatallas;  
Pero la vuelta darás  
A Florencia.

MENDOZA.  
¿Aquesto mas!  
¿Estás loco?

DON JUAN.  
Antes que parta  
De la corte...

MENDOZA.  
¿Lo que ensarta!  
DON JUAN.

He de matar á un traidor;  
Arnesto ofendió mi honor.

MENDOZA.  
¿Quién lo ha dicho?

DON JUAN.  
Aquesta carta,  
Que él propio á mi hermana escribe.

MENDOZA.  
¿Bravo caso! ¿y qué has de hacer?

DON JUAN.  
Entrar de noche y perder  
La vida, si acaso vive  
Quien tales nuevas recibe.

MENDOZA.  
¿Quién las trujo?  
DON JUAN.  
Su criado.

MENDOZA.  
¿Y á qué te has determinado?

DON JUAN.  
¿Querráme tu amor seguir?

MENDOZA.  
Claro está.  
DON JUAN.  
Pues á morir,  
O á volver á España honrado.

MENDOZA.  
Lo primero puede ser.

DON JUAN.  
Y vengarme ¿por qué no?

MENDOZA.  
Por ser quien es, pienso yo.  
DON JUAN.  
Mas es mi honor que el poder.

MENDOZA.  
Pues di, ¿cómo lo has de hacer?

DON JUAN.  
Mendoza, como pudiere;  
Tú verás que Arnesto muere.

MENDOZA.  
¿Y si hay cuchillo y prision?

DON JUAN.  
Cumpla yo mi obligación,  
Y venga lo que viniere.  
(*Vanse.*)

*Salen CAMILA y LEONIDA.*

CAMILA.

Si bien me quieres, Leonida,  
Haz por mí lo que te digo,  
Usa esta piedad conmigo,  
Quitame esta triste vida,  
Y excúsame de tener  
Otra peor que me espera,  
Antes que mi suerte fiera  
Mi verdugo venga á ser.  
¿Don Juan ausente y yo viva?  
Limitado amor ha sido;  
Poco, Señor, te he querido,  
Pues que la fuerza excesiva  
De mi amorosa pasión  
No basta, en trance tan fuerte,  
A dar al cuerpo la muerte,  
Pues la ha dado al corazón.  
No es solo mi mal, Leonida,  
Haber perdido mi bien;  
Que por mi mal quise bien,  
Y me ha de costar la vida;  
Mas tengo que padecer,  
Y mas tengo que llorar,  
Pues por fuerza he de mirar  
A quien no puedo querer;  
A un hombre que siempre ha sido  
Tan ajeno de mi gusto,  
Pues quiere mi hermano injusto  
Darme en Arnesto marido;  
De manera que padezco  
Por dos caminos, pues lloro,  
Con el perder lo que adoro,  
Quedar con lo que aborrezco.

LEONIDA.

Y á Celia ¿cómo le va  
De amor?

CAMILA.

Ya está consolada.

LEONIDA.

Estaría algo asombrada,  
No perdida.

CAMILA.

Claro está,  
Pues si de veras amara,  
Sintiera como sentí;  
Hoy con el Duque la vi.

LEONIDA.

Su facilidad es clara;  
Hay mujeres que en no viendo  
Se consuelan lindamente.

CAMILA.

Ese amor es accidente;  
¿Ay de mí, que estoy muriendo!  
Tú verás lo que sucede  
Si el Duque llega á apretarme.

LEONIDA.

Pues ¿qué has de hacer?

CAMILA.

No casarme.

LEONIDA.

¿Quién lo ha de estorbar?

CAMILA.

Quien puede.

¿No habrá espadas en Florencia?  
No habrá un vaso de veneno,  
Para mis desdichas bueno?

¿Pienzas tú que hay diferencia  
En morir de aqueste modo,  
O estar despues con un hombre,  
Que aun aborrezco su nombre?  
Pues si en fin morir es todo,  
¿Pará qué la vida guardo?  
Pará qué quiero vivir?

LEONIDA.

Mira que te puede oír.

CAMILA.

¿Quién?

LEONIDA.

El Marqués y Cienardo.

*Salen EL DUQUE y EL MARQUÉS.*

DUQUE.

Yo vengo resuelto, Arnesto.

CAMILA. (Ap.)

De mi muerte tratarán.  
¿Ay mi ausente! Ay mi don Juan!

MARQUÉS.

Señor...

DUQUE.

No hay que hablar en esto;  
¿Tú á qué veniste?

MARQUÉS.

A casarme.

DUQUE.

¿Con quién?

MARQUÉS.

Con tu hermana.

DUQUE.

Y bien

¿Qué te ha parecido?

MARQUÉS.

Bien.

DUQUE.

¿Es tu igual?

MARQUÉS.

Y puede honrarme.

DUQUE.

¿Es discreta?

MARQUÉS.

Por extremo.

DUQUE.

¿Tiene algun defecto?

MARQUÉS.

No.

DUQUE.

Pues ¿qué aguardas?

MARQUÉS.

Pienso yo...

DUQUE.

¿Qué piensas?

MARQUÉS.

Tu enojo temo.

DUQUE.

¿Yo enojarme? Pues ¿acaso  
Camila no es cuerda y casta,  
Y no es mi hermana, que basta?

MARQUÉS.

Dices muy bien, pero...

DUQUE.

Paso;

Que me das que sospechar.

MARQUÉS.

Yo digo que puede ser  
Virtuosa una mujer,  
Y no quererse casar.

DUQUE.

¿En fin, dices (habla claro)  
Que quieres á la Condesa,  
Y ella...

MARQUÉS.

De verme la pesa,

Y tambien, Señor, reparo  
En que la otra noche (¡ay cielos!),  
Como sabes, hallé un hombre.

DUQUE.

Ya supe su estado y nombre,  
Y ya aseguré tus celos.

MARQUÉS.

Dijiste, Señor, que había  
En aquel cuarto otra dama,  
Y segun en casa es fama,

Nadie atreverse podia.  
Sino es ella y Celia?

DUQUE.

Di,  
¿No pudo ser Celia?

MARQUÉS.

No;  
Que la he examinado yo.  
Y ha respondido... (¡ay de mí!)

DUQUE.

¿Qué ha respondido?

MARQUÉS.

Lo niega.

DUQUE.

Ya estás necio y atrevido;  
Pues di, ¿qué mujer ha habido  
Tan desalumbada y ciega,  
Que en cosas de voluntad  
Y que ofenden su opinion,  
Sin otra averiguacion,  
Haya tratado verdad?  
Quererse Celia infamar  
Por tu gusto fuera error,  
Que en defensa de su honor  
Cualquiera sabe callar;  
Que es liviandad el querer,  
Y la menos recatada  
Quiere parecer honrada,  
Ya que no lo pueda ser.  
Mal conoces las mujeres;  
Lo que vieres negarán,  
Si acaso toca en galan.

MARQUÉS.

¿Lo que viere?

DUQUE.

Lo que vieres;

Porque todas saben ya  
Que lo que se ve se niega;  
Que lo que á verse no llega,  
Por si negado se está.  
El hombre que viste allí,  
Don Juan de Cárdenas era,  
Amaba á Celia... ¡Pluguiera  
A Dios que no fuera así,  
Y la suerte se trocara,  
Aunque pusiera el deseo  
En otro mayor empleo!  
Si á mi hermana se inclinara,  
Vive Dios, que se la diera;  
Mas no fui tan venturoso.

MARQUÉS. (Ap.)

Albricias, amor quejoso.

DUQUE.

¿Quién tal de don Juan creyera!

CAMILA.

¿Hermano?

DUQUE.

¿Aquí estabas?

MARQUÉS.

Hoy

Salió el sol á mis recelos.

CAMILA. (Ap.)

Toda soy fuegos y hielos.

DUQUE.

Contigo enojado estoy.

CAMILA.

¿Conmigo, Señor?

DUQUE.

Despues

Te reñiré, y entre tanto...

CAMILA. (Ap.)

Ojos, detened el llanto.

DUQUE.

Dale la mano al Marqués.

CAMILA.

Señor...

DUQUE.

No hay que replicar.

CAMILA.

Digo que sí, mas yo muero;  
Oyeme aparte primero.  
Yo me debo de engañar  
(Ap. Ayúdame, loco amor):  
O el Marqués no tiene gusto,  
Y fuera termino injusto,  
Y aun agraviar tu valor,  
Querer por fuerza casarle;  
Elo ha sido mi desdicha,  
El vino á verme y por dicha  
Yo no debo de agradarle;  
Y no es bien darme marido  
Que aun antes de desposado  
Mire mi amor con enfado.

DUQUE.

Basta ya; que estoy corrido  
De que los dos me trateis  
Engaños.

MARQUÉS.

Repara...

CAMILA.

Advierte...

DUQUE.

Claro está, pues de esta suerte  
Mi autoridad ofendeis.  
Tú dices que no te trata  
Camila bien, y ella ahora  
Tu desprecio siente y llora;  
Tú la has culpado de ingrata,  
Y ella de tibio; y por Dios...

MARQUÉS.

Yo sé que verdad traté.

CAMILA.

Yo sé que no te engañé.

DUQUE.

Pues ¿quién miente de los dos?

CAMILA. (Ap.)

Yo, que á mi amor he querido  
Esta traicion levantar.  
¡Ay Dios, quién pudiera hablar!

MARQUÉS.

Yo, Señora, cuándo he sido  
Descortés con tu hermosura?

CAMILA. (Ap.)

No me está bien responder.  
¡Cielos, que suya he de ser!

MARQUÉS. (Ap.)

¡Hay tan notable ventura!

¡Ella me debe de amar!

DUQUE.

Yo no sé quién miente, hermana;  
Mas solo sé que mañana  
Te has de casar.

CAMILA.

¿Qué es casar!

DUQUE.

¿Qué dices?

CAMILA.

Que humilde estoy.

DUQUE.

Y lo que me mueve, Arnesto,  
A dar tanta prisa en esto,  
Siendo en efecto quien soy,  
Es porque el vulgo no diga,  
Atrevido en esta parte,  
Que, pues dudas en casarte,  
Alguna causa te obliga.

MARQUÉS.

¿Haslo escuchado?

CAMILA. (Ap.)

Ya oí

Mi muerte.

MARQUÉS.

Pues si es verdad

Que me tienes voluntad,  
Y estás quejosa de mí;  
Si es verdad que me has querido,  
Aunque lo has disimulado,  
O por probar mi cuidado,  
O por ensayar tu olvido,  
¿De qué sirven los rodeos,  
Si no es que gustas, airada,  
De dar en taza penada  
Esta gloria á mis deseos?  
Gracias á Dios, que eres mia.

(Hace que se va Camila.)

¿Pues tú, la mano en los ojos,  
Te vas? ¡Ay dulces enojos!  
Ya es en balde la porfia,  
Ya está conocido el juego;  
O pensaré, pues me adoras,  
Que de puro gusto lloras,  
O encubrir quieros su fuego  
Poniendo en ellos la mano;  
Mas tambien ha sido error,  
Que á su hermoso resplandor  
No impide rebozo humano;  
Y el de aquesa mano es tal,  
Que no estorba, no, á los ojos,  
Antes se ven sus despojos  
Como flores por cristal.  
Cuanto le pasa á tu cielo  
Desde aquí mirando estoy.

CAMILA.

(Ap. Pues ¿cómo no ves que doy  
Tantas lágrimas al suelo?  
No sé qué he de responder.)  
Escúchame, Arnesto. ¡Ay Dios!  
¿Estamos solos los dos?  
(Ap. Yo me quiero resolver.)

MARQUÉS.

Si estamos.

CAMILA.

Oídme, pues;  
Pero advertid que primero.  
Como noble caballero,  
Galan, discreto y cortés,  
Palabra me habeis de dar  
De no decir á mi hermano  
(Ap. Ya es la resistencia en vano)  
Cierto secreto.

MARQUÉS.

A callar

Me obligaré; yo la doy,  
Y os hago pleito homenaje  
De ser mudo.

CAMILA.

Ese lenguaje  
Es muy vuestro. (Ap. ¡Loca estoy!)  
Pues en dos palabras solas  
Se cifra todo el secreto.

MARQUÉS.

De callarlas os prometo.

CAMILA.

Solo el estar tan á solas  
Me ha de poder disculpar.  
Yo quiero bien, y no á vos;  
Entendido sois; adios;  
Mirad si os queréis casar. (Vase.)

MARQUÉS.

¿Qué es esto, locos antojos?  
Volved, volved por mi honor,  
Olvidad tan necio amor,  
No consulteis á los ojos.  
Camila está enamorada;  
Huid, temed, replicad,  
Id con tiento, voluntad;  
Que quien antes de casada  
Amó, tambien amará  
Despnes que casada esté,  
Y aun mas; porque, en fin, se ve

Con menos peligro ya.  
La Condesa, cosa es clara,  
Tiene amor, ó le ha fingido;  
Y mujer que se ha atrevido  
A decírmelo en la cara,  
No es para propia mujer;  
Porque la falta, en efeto,  
Aquel natural respeto  
Que me debiera tener.  
Quiera Camila en buen hora,  
Mas no siendo yo su dueño.  
Ya salí de aqueste empeño;  
Mas para salir ahora  
De la palabra que he dado  
A Camila de callar,  
Y al Duque de efectuar  
El casamiento tratado,  
¿Qué he de hacer?

*Sale LUCINDO.*

LUCINDO.

¿Es mi señor?

MARQUÉS.

¿Qué hay, Lucindo?

LUCINDO.

César fui.

MARQUÉS.

¿Cómo?

LUCINDO.

Vi, llegué y vencí.

MARQUÉS.

¿Llegaste á tiempo?

LUCINDO.

El mejor.

MARQUÉS.

¿Distele el pliego?

LUCINDO.

Pues ¿no?

Y dijo que cobraría

Respuesta.

MARQUÉS.

¿Cuánto estaría

De Florencia?

LUCINDO.

Pienso yo

Que cuatro millas.

MARQUÉS.

Ya entiendo;

Vive Dios, que he imaginado  
Que para ver mi cuidado  
Logrado en lo que pretendo,  
No hay camino mas seguro  
Que irme á España con don Juan,  
Y así mis cosas tendrán  
Aquel fin que les procuro.  
Débole á Estela su honor,  
Y aunque puedo no pagar,  
Le suele el cielo cobrar,  
Que es el alcalde mejor.  
El sin duda ha permitido  
Que Camila no me estime,  
Para que á pagar me anime  
Deuda que tan justa ha sido.  
Estela está en un convento,  
Llorando mi sinrazon,  
Y en belleza y discrecion,  
Virtud, talle y nacimiento,  
Camila no la aventaja,  
Y en la voluntad Estela  
La excede; pues ¿qué recela  
Mi amor, cuando así se ataja  
El peligro que me espera  
De casar (¡ay Dios!) con quien  
Sé que no me quiere bien?  
Pues toda mi infamia fuera  
Por esto; y porque he sabido  
Que cierto hermano de Estela  
En mi muerte se desvela

Y anda en Italia escondido;  
A don Juan quiero alcanzar  
Para irme á España con él,  
Y en cualquier fortuna, de él  
Puedo mi amparo fiar;  
Que sé que me hará favor.—  
¿Lucindo?

LUCINDO.

¿Señor?

MARQUÉS.

Mañana,

Antes que entre nieve y grana  
Salga el primer resplandor,  
Dos caballos me tendrás  
A la puerta de Florencia  
Con secreto y diligencia.

LUCINDO.

Tú mi cuidado verás.

MARQUÉS.

Esto mi remedio es.

LUCINDO.

¿Vas á caza, ó es quimera?

MARQUÉS.

Huyendo voy de una fiera;

Lo demás sabrás despues.

(*Vanse.*)

*Salen DON JUAN y MENDOZA, con linterna.*

DON JUAN.

No me repliques, Mendoza;

Que esto ha de ser.

MENDOZA.

No replico.

DON JUAN.

¿Hombre que nació en España  
Ha de temer?

MENDOZA.

¡Oh qué lindo!

¿Qué es temer? Y aun retemer,

Y taratemer; el brio

No es para gente de á pié;

Si yo fuera de los finos

Mendozas, no me igualara

César, Alejandro ó Pirro;

Pero un Mendoza chanflon

No pasa en tales peligros...

Mas gente viene.

DON JUAN.

A esta parte

Te retira.

MENDOZA.

Hémos perdidos;

Si es el Duque, nos empala.

(*Vanse.*)

*Salen TEÓDORO y FORTUN.*

FORTUN.

Gran fiesta se ha prevenido,

TEÓDORO.

En fin, mañana han de ser

Las bodas.

FORTUN.

Así lo dijo

Glenardo al de Cápua ahora.

TEÓDORO.

Dicha el Marqués ha tenido.

FORTUN.

¡Bella moza!

TEÓDORO.

Y mejor dote.

(*Vanse.*)

*Salen DON JUAN y MENDOZA.*

DON JUAN.

Mendoza, ¿qué es lo que he oído?

MENDOZA.

Que la Condesa se casa,  
Y que ha de ser su marido  
El Marqués.

DON JUAN.

¿Y si primero

La vida al Marqués le quito?

MENDOZA.

Eso es hablar de la mar.

DON JUAN.

¿Cómo hablar? ¿Yo no soy hijo

De don Jerónimo Enriquez,

A quien el Asia ha temido,

Cuyo escudo es un leon

Que á los piés de dos castillos

Se muestra en campo de plata?

Pues si hubiera mas peligros

Que florés en aquel campo,

Y en este mar obeliscos

De agua que las nubes trepan,

No ha de verme España vivo

Sin vengarme del Marqués,

Si espadas, bombas y tiros

Lo defendieran de mí

Con su fuego y con sus filos.

Dame esa luz y ese rostro,

Para no ser conocido

Y poder hacer mi hecho.

¿Qué hora será?

MENDOZA.

De los signos

Entiendo poco; á las once

De la posada salimos.

Bien habrá dos horas.

DON JUAN.

Si;

Al primer sueño rendidos

Estarán ahora todos.

MENDOZA.

Tú intentas gran desatino.

DON JUAN.

Esos son los corredores;

Al lado izquierdo imagino

Que está el cuarto del Marqués.

MENDOZA.

¿No es aqueste?

DON JUAN.

Bien has dicho.

MENDOZA.

¿Y ahora?

DON JUAN.

Abrir.

MENDOZA.

¿Con qué llave?

DON JUAN.

Con esta.

MENDOZA.

¿Gentil aliño!

¿Es maestra?

DON JUAN.

¿No lo ves?

Yo la pruebo.

MENDOZA.

Pasítico.

¿Ha entrado?

DON JUAN.

Si.

MENDOZA.

¿Da la vuelta?

DON JUAN.

¡Oh pésia con quien la hizo!

MENDOZA.

¿Cómo?

DON JUAN.  
No quiere volver.  
MENDOZA.  
Eso decirnos ha sido  
Que nos volvámos nosotros.  
DON JUAN.  
¡Vive Dios, que estoy sin juicio!  
En lugar de abrir, cerraba.  
MENDOZA.  
Turbado estás, no me admiro.  
DON JUAN.  
Es la cólera muy ciega.  
MENDOZA.  
Déjame ver si yo atino.  
DON JUAN.  
No es menester; ya está abierto.  
Adios.  
MENDOZA.  
Él vaya contigo.  
(Vase don Juan.)  
MENDOZA.  
¡Oh España, qué pechos crias!  
Venturosa por tus hijos  
Te puede llamar el mundo;  
Diganlo espadas y libros.  
En saliendo un extranjero  
De su patria, anda encogido  
Y nos mira de gazapo;  
Y al revés, el gorrioncillo  
Mas humilde, como España  
Le haya dado el primer nido,  
Se sorbe á todos, y mas  
Donde es menos conocido.  
¡Con qué brio, con qué aliento  
Entra! Mas ya suena ruido;  
Quiero sacar mi rosario.  
MARQUÉS. (Dentro.)  
Ay de mí!  
DON JUAN. (Dentro.)  
Muere, atrevido.  
MARQUÉS.  
¡Hola, criados?  
MENDOZA.  
Ya grazna;  
Esto es tocar á homicidio.  
Bravamente se defiende.  
Por Dios que estaba vestido.—  
¡Oh Marqués madrugador!  
MARQUÉS.  
Tristan, Astolfo, Lucindo,  
Que me matan, que me ahogan.  
MENDOZA.  
A los brazos se han venido.  
Sale EL MARQUÉS, defendiéndose de  
DON JUAN, con una daga, y la mano ensangrentada.  
MARQUÉS.  
¡Válgame el cielo!  
MENDOZA.  
Ya salen.  
MARQUÉS.  
Hombre, ilusión ó prodigio,  
¿Qué intentas?  
DON JUAN.  
Darte la muerte.—  
Ciérrame tú ese postigo.  
Porque no salga ninguno.  
MARQUÉS.  
¿Quién eres?  
DON JUAN.  
Cierto enemigo  
Que tienes, y no conoces.  
(Quitase la mascarilla.)

MARQUÉS.  
¡Cielos! ¿qué es esto que miro?  
¿Es don Juan?  
DON JUAN.  
No soy don Juan.  
MARQUÉS.  
Pues si estás de mi ofendido  
(Que lo dudo), di, cobarde,  
¿No hay campo, no hay desafío  
Para un hombre de valor?  
DON JUAN.  
Advierte que yo no riño,  
Sino satisfago agravios;  
Y no ha de ser el castigo  
A gusto del ofensor.  
MENDOZA.  
¿Qué aguardas, cuerpo de Cristo!  
Pégale, que pierdes tiempo.  
MARQUÉS.  
Vengarse con este arbitrio  
Es disimular el miedo.  
DON JUAN.  
¡Vive Dios, que estoy corrido!  
Dale esa espada, Mendoza;  
No piense que le he temido.  
MENDOZA.  
No quiero, con tu licencia.  
DON JUAN.  
Mas ¡cielos! un hombre he visto.  
Sale EL DUQUE.  
DUQUE.  
¿Ruido en palacio á estas horas?  
LUCINDO. (Dentro.)  
Baja por acá, Flamínio;  
Que está cerrada la puerta.  
MENDOZA.  
En Cantalapedra dimos.  
DON JUAN.  
Si son gallinas, son pocos.  
MARQUÉS.  
Astolfo, Lucindo, amigos.  
Salen LUCINDO y CRIADOS.  
LUCINDO.  
Muera el traidor.  
DUQUE.  
¿Qué es aquesto?  
MARQUÉS.  
¿Es el Duque?  
DUQUE.  
¿Estás herido?  
MARQUÉS.  
Sí, Señor; pero no es nada.  
MENDOZA.  
Tus melindres lo han querido.  
MARQUÉS.  
Gracias á Dios y á un colete.  
DON JUAN.  
Ya estoy resuelto. Enemigos,  
Matadme.  
DUQUE.  
¿No es don Juan este?  
MARQUÉS.  
Sí, Señor, y te suplico  
Que le examines primero,  
Para ver qué le ha movido  
A tan gran temeridad.  
DON JUAN.  
Mi honor, mi honor me ha traído.  
MARQUÉS.  
¿Qué honor?

DON JUAN.  
Escucha.  
DUQUE.  
Prendedle.  
(Acuchillanlos, y defiéndense de todos.)  
DON JUAN.  
Ahora, ahora es el brio,  
Mendoza.  
MENDOZA.  
Las ocasiones  
Hacen valientes.  
DUQUE.  
Yo mismo  
Te he de matar.  
DON JUAN.  
Si pudieres.  
MENDOZA.  
¡Oh pecadores del quinto!  
El diablo tiene en el cuerpo  
Este duque.  
Salen CELIA y CAMILA.  
CAMILA.  
¡Hermano!  
CELIA.  
¡Primo!  
CAMILA.  
¿Qué es esto?  
DUQUE.  
El mayor pesar  
Que puede haber sucedido;  
Don Juan ha herido á tu esposo.  
CAMILA.  
¿Qué dices?  
DUQUE.  
Lo que has oido.  
CAMILA.  
Y ¿por qué?  
DUQUE.  
Porque es traidor.  
CELIA.  
Pues ¿no estaba ausente?  
DUQUE.  
Vino  
Sin duda esta noche.  
CAMILA.  
¡Ay triste!  
Solo siento su peligro.  
MENDOZA.  
Señora, acá estamos todos.  
CAMILA. (Ap.)  
Hoy, amor, tu poderío  
Se ha de ver, pues la ocasión  
Me has dado que solicito.  
La fiera mas enseñada  
A rigores vengativos  
Alberga, ampara y defiende  
Al esposo y á los hijos;  
Que el amor aun en las fieras  
Tiene natural dominio.  
Si á la cabeza amenaza  
El estoque ó el cuchillo,  
Sirve de broquel la mano,  
Y con un secreto aviso  
Se opone al golpe y la guarda.  
Pues ¿qué espero? ¿Qué porfío?  
Ea, noble voluntad,  
Ni sois fiera ni sois risco.  
CELIA.  
Haz que le escuche siquiera.  
CAMILA.  
Haced, alma, un silogismo:  
Mia es la vida de Carlos;  
Luego, si él muere, no vivo;

Resolverme es la respuesta.  
No hay parentesco tan fino  
Como aquello que se ama.—  
Dame esa espada, Lucindo;  
Que á mi me toca el matarle.

CELIA.

Advierte que no te pido  
Su vida porque le quiera,  
Sino porque le he querido.

DON JUAN.

¿Tú eres tambien contra mí?

CAMILA.

De esta suerte, señor mio...  
(Pónese al lado de don Juan.)

DON JUAN.

Di esclavo, y acertarás.

CAMILA.

A morir vengo contigo.

MENDOZA.

Pasóse acá este compadre.

DUQUE.

Mas con los celos me incito;  
¡Muera este traidor!

CAMILA.

Detente...

MARQUÉS.

¡Ay cielos!

DUQUE.

¿Qué es lo que miro?

CAMILA.

Porque primero esas puntas  
En mi pecho compasivo  
Han de hacer paso á la muerte,  
Y este suelo, en sangre tinto,  
Será trágico jardín  
De corales fugitivos;  
Y primero, con valiente  
Corazon y amor altivo,  
He de mataros á todos.  
Que consienta (yo lo digo)  
Que nadie se atreva á Carlos.

DUQUE.

¿Qué Carlos? ¿Estás sin juicio?

CAMILA.

De puro amor, es verdad.  
Don Carlos es mi marido;  
Quien le ofendiere, me ofende.

MENDOZA.

Eso sí, cuerpo de Cristo;  
Que es de lo de á mil la onza.

DUQUE.

Que vienes loca imagino;  
Este es don Juan, y tú dices  
Que es Carlos y tu marido.

CAMILA.

Todo es verdad.

DUQUE.

¡Vive Dios!

MARQUÉS.

¿Hay tal suceso?

DON JUAN.

Sí, digbo

Soy que me escuches; aguarda.

DUQUE.

Alguna traicion colijo.

DON JUAN.

Yo soy don Carlos Enriquez,

Que, mudando de apellido,  
Busqué al Marqués.

DUQUE.

¿Por qué causa?

DON JUAN.

Escucha, señor invicto:  
Yo tuve una hermana, á quien,  
Con titulo de marido,  
Arnesto gozó; y despues,  
O descontento ó esquivo,  
La dejó burlada en todo,  
Y á sus estados se vino;  
Accion que me cuesta estar  
Sin patria, deudos ni amigos,  
Y sin honor, que es lo mas;  
Soy honrado y bien nacido;  
Mira si es bastante causa  
Para matarle. No quiso  
Mi fortuna que pudiera;  
Mas, si en los hondos abismos  
Se escondiese, ha de pagar  
Esta deuda; y cuanto he dicho  
Sustentaré que es verdad  
Con la espada, que esto ha sido  
Cumplir con mi obligacion.

DUQUE.

¿Hay caso mas peregrino?

MARQUÉS.

¿Tú eres hermano de Estela?

MENDOZA.

¿No se ve en lo parecido?

No tiene las mismas barbas?

DUQUE.

¿Qué dices, Arnesto?

MARQUÉS.

Digo

Que soy su hermano, y mil veces  
Que me perdones te pido.—  
Mas sabe el cielo, don Carlos,  
Que estaba ya prevenido  
A cumplir mi obligacion,  
Yéndome á España contigo  
Antes que saliese el alba.—  
¿Es verdad esto, Lucindo?

DUQUE.

Y ¿eso no fuera traicion?

MARQUÉS.

No; porque era caso indigno

Casarme con quien sabia

Que amaba á Carlos.

DUQUE.

¿Qué indicios

Tuviste?

CAMILA.

Decirlo yo.

DUQUE.

Pues ¿tú misma no habias dicho  
Que amaba á Celia, y que Celia  
Le queria?

CAMILA.

Eso fué arbitrio

Para librarme de tí.

CELIA.

¿Luego discrecion ha sido  
El haberme consolado?

DON JUAN.

Y en cuanto á Celia, te afirmo

Por la vida de mi rey,  
Que el cielo guarde mil siglos,  
Que en mi vida la he mirado  
(Camila puede decirlo)  
Sino como á prenda tuya.

DUQUE.

¿Y la noche que contigo  
Estaba?

DON JUAN.

Tu engaño es ese;  
Porque tu hermana quiso  
Honrarme...

DUQUE.

Basta.

MENDOZA.

Lo cierto,

Si valgo para testigo,  
Es que Celia en este amor  
Fué solo dama de anillo;  
Tuvo el nombre, y no la renta.

DUQUE.

Ya está, Mendoza, entendido.

CELIA.

Baste; que me das vejámen.

DON JUAN.

Y así, Señor, os suplico  
Siquiera porque algun dia  
Pudo mi espada servirlos,  
Perdoneis...

DUQUE.

Carlos, levanta;

Que de todo me despico  
Con saber que de tu parte  
Celia es mia; y pues ha sido  
Tu suerte tan venturosa,  
Que vino á ser tu enemigo  
Arnesto, dale la mano  
A Camila, con el titulo  
De conde de Favos.

DON JUAN.

Vivas

Mas que el pájaro de Egipto.

DUQUE.

Y á Celia, como ella quiera...

CELIA.

Mil veces quiero, y me rindo  
Por prima y esclava tuya.

MENDOZA.

¿Y á Mendoza?

CAMILA.

No te olvidó.

MENDOZA.

¿Mas que me dan á Leonida?

DUQUE.

Y un gobierno, ó el oficio  
Que quisieres.

DON JUAN.

Con que acaba...

MENDOZA.

A mí me toca el decirlo:  
Cumplir con su obligacion;  
Y todos la habréis cumplido,  
Si, como tan cortesanos,  
Nos dais de barato un vitor,  
Ya que no por el poeta,  
Por el gusto de servirlos.

# COMEDIA FAMOSA

TITULADA

## SER PRUDENTE Y SER SUFRIDO,

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

### PERSONAS.

EL REY.  
DON FERNANDO.  
BERMUDO.  
MENDO.

BELTRAN, *gracioso*.  
DIEGO NUÑEZ.  
NUÑO.  
RUY DE CASTRO.  
ELVIRA, *dama*.

FLOR, *dama*.  
UN ESCUDERO.  
JULIO, *pintor*.  
ACOMPAÑAMIENTO.

### JORNADA PRIMERA.

Salen EL REY, BERMUDO y JULIO.

BERMUDO.  
Aguardando está el pintor  
Que le dés, Señor, licencia.

REY.  
Llegue.

BERMUDO.  
Llegad.

JULIO.  
Su presencia  
Causa respeto y amor.  
Vuestra real majestad,  
Señor, llamarme ha mandado,  
Y vengo con el cuidado  
Que debo á servirle.

REY.  
Alzad.  
Oíd: en el corredor  
De palacio, en que poneis  
Las pinturas, en que haceis  
Ostentacion del primor  
De vuestro pincel, conviene,  
Para un intento importante,  
Que pongais de aqui adelante,  
Hasta que otra cosa ordene,  
Una sola, y ha de ser  
De mi retrato; advirtiéndolo  
Que para el fin que pretendo,  
Julio, la habeis de poner  
Debajo del mirador  
Que el Rey, que Dios tiene, hizo  
Por dar luz al pasadizo  
Y dar vista al corredor.  
Y antes que el retrato mio  
Pongais donde he dicho, en él  
Copiaréis de este papel (*Dale un papel.*)  
Las letras, y ved que fio  
De vos que ha de estar secreto  
Lo que os mando entre los dos;  
Que estriba en callarlo vos  
De mi intencion el efeto.  
Vuestra lengua esté advertida,

Y no sepa nadie, no,  
Que esto os he mandado yo,  
Porque os costará la vida.

JULIO.  
Vuestra majestad real  
En mi es la mas fuerte ley;  
Que yo sé que sois mi rey,  
Y vos, que yo soy leal.

Bermudo.

REY.  
BERMUDO.  
¿Señor?

REY.  
Bien sabes,  
O saber debes al menos,  
La obligacion de los buenos,  
Y que son culpas mas graves  
Las tuyas, cuanto lo son  
Los daños que nacen de ellas,  
Y contra el Rey cometellas  
Es especie de traicion.  
Y si no decir verdad  
Es culpa, conforme á ley,  
Da, quien no la dice al Rey,  
Indicios de deslealtad.  
Tambien sabes de palacio  
Las costumbres, y que en él  
La lisonja, poco fiel,  
Ocupa todo el espacio  
Que hay desde el primer zaguan  
Al rincon mas escondido,  
De cuya causa han nacido  
Las culpas que al Rey le dan  
Sin razon, pues si es tan cierto  
Que á la real majestad  
Nunca llega la verdad  
Con el rostro descubierta.  
De cualquier accion errada  
Merece justo perdon,  
Pues con falsa informacion  
No hay decision acertada.  
Así, Bermudo, si estás  
Deseoso de obligarme,  
Tanto mas con declararme  
La verdad me obligarás.  
Cuanto mas della carezco;

(*Vase.*)

Este tu oficio ha de ser,  
Sio recelar ni temer,  
Ni que el premio que te ofrezco  
Te falte, ni que jamás,  
Haciendo tú lo que es justo,  
O podras darme disgusto,  
O de mi gracia caerás.  
Guárdate no te pervierta  
El odio ni la amistad,  
Para que de la verdad  
Hagas relacion incierta.  
Ni para este fin pretendas  
El secreto confiar:  
Que me he de desengañar  
Por donde menos lo entiendas;  
Y te esperan de una suerte  
Al delito ó la lealtad,  
Como el premio, en la verdad,  
En el engaño, la muerte.

BERMUDO.  
No es menester otra ley,  
Otro premio ni castigo,  
Que lo que puede conmigo  
Ser yo noble y tú mi rey.

REY.  
De tu hidalga inclinacion  
Lo presumo así, Bermudo,  
Y esa confianza pudo  
Obligarme á esta eleccion.  
Y para que en lo que importe  
Comience á informarme, di.  
¿Qué dice el pueblo de mi?  
Di: ¿qué se trata en la corte?

BERMUDO.  
Como acabas de heredar  
La corona de Leon  
(Que hasta el persa y el Japon  
Quiera el cielo dilatar),  
Repartiendo los discretos  
De palacio los oficios,  
Ya califican servicios,  
Y ya examinan sugetos.  
Y en todos la mas corriente  
Plática ahora es, Señor,  
De tu privanza y favor;  
Que está la ciudad pendiente

De tu eleccion, divididos  
Los pareceres, supuesto  
Que juzgan todos en esto,  
De sus pasiones movidos.

REY.

¿Segun esto, el reino abona  
Como acertado el tener  
Privado?

BERMUDO.

Satisfacer

Quiero á ese punto, y perdona  
Si en discurso dilatado  
Lo tratare, porque es cosa  
En que en la escuela curiosa  
Politica ha trabajado,  
Si es conveniente ó preciso  
El tener privado ó no.

REY.

Di pues.

BERMUDO.

Cuando el cetro dió  
Del mundo, en el paraiso,  
Dios á Adán, dijo al instante  
Que necesidad tenia  
De ayuda y de compañía,  
Que fuese su semejante;  
Y así, le dió la mujer,  
Porque con ella partiese  
El peso, si no quisiese  
La gloria de su poder.  
Desde entonces no se ha visto  
Rey alguno sin privado;  
Y el prototipo sagrado,  
Y Rey de los reyes, Cristo,  
Prefiriendo en su favor  
A san Juan, justo lo ha hecho;  
Dígalo el sueño en su pecho  
Y su gloria en el Tabor.  
Aunque sienta diferente  
Algun político osado,  
Cuanto ignorante, arrojado  
Contra verdad tan patente;  
Que la mayor diferencia  
Que en esto ha habido, es tener  
Ó mas ó menos poder,  
Menos ó mas dependencia,  
Uno que otro en la privanza;  
Mas quererle al Rey quitar  
Que elija á quien encargar  
Del peso la confianza,  
Es pretender que, trocado  
Su privilegio en castigo,  
Tener no pueda un amigo  
Con que alivie su cuidado,  
Y de sus secretos hable  
Contra una propia pasión  
De la humana condicion,  
Que es ser animal sociable.  
Demás, que el sol refulgente  
No dispensa á los mortales  
De sus rayos celestiales  
La luz inmediatamente;  
Que nos fueran los rigores  
De su actividad molestos,  
Si elementos interpuestos  
No templaran sus ardores.  
Y así, pues desde el poder,  
La grandeza y majestad  
Del Rey, hasta la humildad  
De su pueblo, viene á haber  
Desigualdad y distancia  
Tan grande, que los tenemos  
Por dos opuestos extremos,  
Es arbitrio de importancia  
Que comuniqué primero  
Su resplandor á un privado,  
Elemento en quien, templado  
Su poder, de medianero  
Haga oficio entre los dos;  
Que del modo que convino  
Que por decreto divino

Mediase entre el hombre y Dios  
Quien fuese Dios y hombre fuese,  
Para que de esta manera,  
Como Dios, con Dios pudiera,  
Y como hombre padeciese;  
Entre el pueblo y el Rey hallo  
Que un privado debe haber,  
Que rey parezca en poder,  
Siendo en escuchar vasallo;  
Pues con él mas libremente,  
Menos medroso y turbado,  
Se querella el agraviado,  
Se declara el pretendiente,  
Se ventila lo importante,  
Se busca á la pretension  
Camino; cosas que son,  
No solo del negociante  
Alivio en el mar mayor,  
Mas premio en parte tambien;  
Que es favor escuchar bien,  
Y sabe á premio el favor.

REY.

Bien probaste tu intencion;  
Soy del mismo parecer.  
(Ap. Mas yo no tengo de hacer  
Como piensan la eleccion.)  
Entre cuantos fueren buenos,  
Solo mi privanza espere  
El que mas la mereciere,  
Y la pretendiere menos;  
Que el privar, si se ha de usar  
Con justicia y sin exceso,  
Es carga, es trabajo, es peso,  
Que no se ha de desear;  
Y así, debo pensar yo  
De aquel que lo pretendiere,  
Que ser poderoso quiere,  
Pero buen ministro no.  
Bermudo, de tu lealtad  
Se ha de fiar mi eleccion;  
Escucha con atencion  
Y revela con verdad;  
Advirtiéndome que va debo  
Ser otro que fui, Bermudo;  
El hombre antiguo desnudo,  
Y me formo de hombre nuevo.  
Ni á Elvira me nombres mas,  
Ni cosa que de su amor  
Me acuerde; que mi favor  
Al instante perderás.  
Las juveniles pasiones  
Inducen hechos injustos;  
De hoy mas diviérteme gustos  
Y adviérteme obligaciones. (Vase.)

BERMUDO.

¿Qué propios son los fervores  
Y deseos de acertar  
En el que empieza á mandar!  
¿Y qué fácil los ardores  
Del buen celo se mitigan;  
Que es hombre, y en la grandeza  
Sabe á su naturaleza,  
Y sus pasiones le obligan!

Sale UN ESCUDERO.

ESCUDERO.

Doña Elvira, mi señora,  
Y su hermana, doña Flor,  
Se querellan del rigor  
Con que las tratais ahora,  
Que mas os han menester,  
Y os piden que vais á vellas.

BERMUDO.

Decidles que sus querellas  
Iré yo á satisfacer  
En pudiendo, y que confío  
Que bastará á asegurarlas,  
Saber que es el visitarlas  
Interés tan propio mio.

ESCUDERO.

Dios os guarde.

(Vase.)

BERMUDO.

Ya sospecho  
Que esta mudanza de estado,  
Hermosa Flor, la ha causado  
Tambien en tu esquivo pecho;  
Y si es así, tambien yo,  
Como tú, he de hacer mudanza,  
Pues te das á mi privanza  
Lo que á mis méritos no. (Vase.)

Salen DON FERNANDO y BELTRAN.

BELTRAN.

Nunca vi locura igual.

DON FERNANDO.

Ya sé que amor es locura.

BELTRAN.

La medicina procura,  
Pues que conoces el mal.

DON FERNANDO.

Si procuro.

BELTRAN.

¿Cómo? Di

DON FERNANDO.

Declarando lo que peno  
A doña Elvira.

BELTRAN.

¡Oh, qué bueno!

¿Y esa es medicina?

DON FERNANDO.

Sí.

BELTRAN.

Una vez meti en el lodo,  
Atravesando una calle,  
Un pié, y queriendo sacalle,  
Meti el otro; y de este modo  
Hasta la cinta me entré,  
Pudiendo, si cuerdo fuera,  
Y al principio atrás volviera,  
No enlodar mas que el un pié.  
Con este ejemplo te enseño  
Que es mejor volver atrás,  
Pues no es empeñarte mas,  
Buen remedio de tu empeño.

DON FERNANDO.

Si tuviera yo cordura  
Para seguir lo mejor,  
No fuera el que tengo amor,  
O amor no fuera locura;  
¿Y Elvira puede negando,  
Condenarme á mas, si peno,  
Que á lo que yo me condeno,  
Si quiero morir callado?  
¿El callar es remediarse?

BELTRAN.

Si solamente deseas  
Que sepa Elvira tu llanto,  
Tiempo desperdicias tanto,  
Cuanto camino rodeas;  
Mas si quieres obligarla  
A remediar tu tormento,  
Tan descalzo atrevimiento,  
Claro está que ha de indignarla.

DON FERNANDO.

Ninguna ofenderse vi  
De ser amada.

BELTRAN.

Señor,

Si no la ofende el amor,  
El atrevimiento sí.

DON FERNANDO.

Al corredor te retira;  
Que sin testigos amor  
Hace sus tiros mejor.

BELTRAN.  
Bien dices, sola está Elvira;  
Llega, y ayúdete Dios. (Vase.)

Sale ELVIRA.

ELVIRA.  
¿Quién está aquí?  
DON FERNANDO.  
¿Por qué os vais?

Ya os he visto.  
ELVIRA.  
¿A quién buskais,  
Señor don Fernando?

DON FERNANDO.  
A vos,  
Bellísima doña Elvira;  
Que no puede buscar quien  
Os conoce, mayor bien,  
Ni mas gloria quien os mira.

ELVIRA.  
Ya con esto habeis cumplido  
Con lo galan y cortés;  
Decid ahora, ¿cuál es  
La ocasion que os ha movido  
A la novedad que veo?

DON FERNANDO.  
Esta sola es la ocasion.

ELVIRA.  
¿Cuál?

DON FERNANDO.  
¿No os dice el corazon  
Por los ojos su deseo?  
No os dice, Señora, el ser  
Tan bella, que es agraviaros,  
Pensar que para buscaros,  
Otra causa es menester?  
No os dice mi rendimiento  
Que adoro vuestra hermosura?  
Bella Elvira, ¿mi locura  
No os dice mi atrevimiento?

ELVIRA.  
¿Qué es esto? ¿Así os declarais?  
¿Quién jamás tan libre habló  
A mujeres como yo?  
Pero ya vos confesais  
Que estáis loco, y bien ha sido  
Menester para templar  
Mis enojos, disculpar  
Con lo loco lo atrevido.

DON FERNANDO.  
Cuando el ver que me atreví  
Mi locura no probara,  
El saber que os vi bastara  
A probar que enloquecí.  
Y como milagros tales  
Sabe hacer vuestra hermosura,  
Aunque carecen de cura,  
Os quise decir mis males;  
Que pues callando mi amor  
Me ha de acabar mi tormento,  
Mátame el atrevimiento,  
Si ha de matarme el temor;  
Y así, debeis perdonarlo,  
Advirtiendo que el decirlo  
Es por no poder sufrirlo.  
No por pensar remediarlo.  
Y porque entendais que es esta  
Solamente la ocasion  
De deciros mi pasion,  
No he de aguardar la respuesta. (Vase.)

ELVIRA.  
Jamás enloqueces menos,  
Amor; estos desvarios  
No admito, pues son los míos  
Disculpa de los ajenos.  
Ay de mí, que estoy muriendo  
De un olvido! ¿Quién pensara

Que el Rey hoyendo alcanzara  
Lo que no alcanzó siguiendo?

Sale FLOR.

FLOR.  
¿Hermana?  
ELVIRA.  
¡Oh Flor, si un instante  
Hubieras antes llegado!

FLOR.  
¿Para qué?  
ELVIRA.  
Hubieras gozado  
Del mas repentino amante  
Que has visto; sin avisar,  
Hasta donde estoy entró,  
Y lo primero que habló,  
En viéndome, sin usar  
De salvas ni prevenciones,  
Fué, que penaba por mí.

FLOR.  
¿Quién era el amante? Di.  
ELVIRA.  
¡Don Fernando de Quiñones!

FLOR.  
Gran exceso en él ha sido;  
Que nadie tiene en Leon  
Mas asentada opinion  
De cuerdo y bien entendido.  
Si no le dió confianza  
Su conocida nobleza,  
Pues si tuviera riqueza  
Como méritos alcanza,  
Pudiera estimar su amor  
Una infanta.

ELVIRA.  
Cosa es llana:  
Mas mira á qué tiempo, hermana,  
Solicita mi favor;  
Cuando el olvido ó mudanza  
Del Rey en mí la ha causado,  
Y cuando su amor pasado  
Me pudo dar esperanza  
De coronarme en Leon.

FLOR.  
Causa tienes de estar triste;  
Mas ya que cuando pudiste  
No pagaste su afición,  
Si yo puedo aconsejarte,  
Disimula tu mudanza,  
Y no dés á su venganza  
Materia con declararte.

ELVIRA.  
Ya no hay remedio; ya, Flor,  
No hay temor que me refrene;  
Que, segun me abrazo, tiene  
Mucho de rabia este amor.

FLOR.  
Bermudo viene á matarme;  
Con él te quiero dejar.

Sale BERMUDO.

BERMUDO.  
Volved; que si por mandar  
De parte vuestra llamarme,  
Flor hermosa, vengo á veros,  
Para castigarme así,  
¿Qué delito cometí,  
Si es forzoso obedeceros?

FLOR.  
Mi hermana tiene que hablaros,  
Y quiso que yo os llamara,  
Porque el venir os pagara  
Con el favor de llamaros.  
Ya me veis, si pretendéis  
Verme, y si queréis hablarme,  
Ya sé que es para contarme

Lo que por mí padecéis;  
Mas, pues me lo habeis contado  
Mil veces, y yo entendido,  
Yo lo doy por repetido.  
Dadlo vos por escuchado. (Vase.)

BERMUDO.  
¿De qué sirve, ingrata Flor,  
Repetirlo ni escucharlo,  
Si, en lugar de mitigarlo,  
Aumento mas tu rigor?  
Y vos, Señora, ¿en qué estáis  
Tan ofendida de mí,  
Que para que muera aquí  
Desdeñado, me llamais?

ELVIRA.  
No estoy, Bermudo, ofendida,  
Antes compasion me haceis;  
Pero no desesperéis,  
Que no es pena endurecida  
Flor; obligadla constante;  
Que de agua una gota breve  
Repitiendo al golpe leve,  
Sabe cavar un diamante.  
Y si importar pueden algo,  
En casos de amor, terceros,  
Desde aquí, para valeros,  
Os ofrezco lo que valgo.

BERMUDO.  
Permitid, por merced tanta,  
Que besar merezca yo  
La tierra que mereció  
Besaros la hermosa planta;  
Y mirad si en cambio de ella  
En algo os puedo servir;  
Que aun mas allá del morir  
Pasará el agradecella.

ELVIRA.  
Así de quien sois lo creo,  
Y os pido sola una cosa,  
Y es...

BERMUDO.  
Si no es dificultosa,  
Se correrá mi deseo.

ELVIRA.  
(Ap. Con celos he de abrazar.  
Si puedo, al Rey; que es bajaza,  
Rogando, mostrar flaqueza,  
Mientras lo pueda evitar.)  
Bermudo, el Rey pretendió  
(Como sabeis) mis favores,  
Y aunque sintió mis rigores,  
Por lo menos, me debió  
El haber yo respetado,  
Si no pagado, su intento,  
Tanto, que mi pensamiento  
Nunca admitió otro cuidado.  
Mas ya que, ó la resistencia  
Que en mí ha visto, ó la mudanza  
De su estado, ó la venganza,  
Que procura su impaciencia  
Le han tenido tantos dias  
Sin verme, que es bien que arguya  
De su olvido que en la suya  
No viven memorias mias,  
Quiero, para usar, Bermudo,  
De mí libre voluntad,  
Que me dé su majestad  
Licencia; que, aunque no dudo  
Que con no haber proseguido  
Sus intentos me la ha dado,  
Si bien se muestra olvidado,  
En tanto que despedido  
No se publique, es razon  
Que yo esta salva le haga,  
Y con esto satisfaga  
Al decoro, estimacion  
Y respeto que guardar  
Debo á su alteza, supuesto  
Que, aunque él no la dé, con esto  
Cumpló, y la puedo tomar;

Y así, Bermudo, quería  
Salir de esta obligacion,  
Pidiendo esta permission  
Vos al Rey de parte mia.  
(Ap. Causen celosos desvelos  
Furia en su olvido mortal;  
Que un amor de pedernal  
Da fuego al golpe de celos.)

BERMUDO.  
Señora, bien os podria  
(A no ser, como decís,  
La licencia que pedís,  
Tan debida cortesia)  
Asegurar que sin ella  
Podeis de vos disponer,  
Y que no se ha de ofender  
El Rey de que sin tenella  
Admitais otros intentos;  
Porque él, no solo ha mudado,  
Con la mudanza de estado,  
Costumbres y pensamientos,  
Mas precisa ley me ha puesto  
De que punca á la memoria  
Vuestro nombre ó vuestra historia  
Le traiga.

ELVIRA.  
(Ap. ¡Ay de mí! ¿qué es esto  
Que escucho? ¿Cómo podré  
Tener, con esto, paciencia?)  
Mirad si mi resistencia  
Fué justa; mirad si fué  
Antojo, y no amor, Bermudo,  
El del Rey, pues fácilmente,  
Por un liviano accidente,  
Tan presto mudarse pudo.  
Esto le diréis tambien,  
Y que gran gusto me ha dado  
Ver que haya justificado  
Su mudanza mi desden.

BERMUDO.  
En nada puedo mostraros  
Cuanto serviros deseo  
Como en esto, cuando veo  
Que he de darle, con nombraros,  
Disgusto, y que contra mi  
Provoco su indignacion,  
Quebrantando la instruccion  
Que de sus labios oí:  
Mas todo arriesgarlo quiero  
Por pagaros el favor  
Que de mi adorada Flor  
Alcanzar por vos espero.

ELVIRA.  
Bermudo, escuchad.  
BERMUDO.  
Elvira,

¿Qué me mandais?  
ELVIRA.  
(Ap. ¡Estoy loca!  
¿Cómo ocultará la boca  
Las llamas que el pecho espira?  
Ya ha confesado al rigor  
La verdad el pensamiento;  
Pensé que mi sentimiento  
No llegara á tanto amor.  
Ya por escuchar y ver  
Al que aborrecí primero  
Entre ardientes ansias muero;  
Mas ¿para qué soy mujer?)  
Lo que dices me ha alegrado  
De suerte, que no lo creo,  
Bermudo, si no lo veo;  
Y así, porque mi cuidado  
Cobre mas seguridad,  
Otra cosa habeis de hacer,  
Y es, que me habeis de poner,  
Cuando con su majestad  
Trateis de esto, donde, oculta,  
Lo pueda ver y escuchar.

BERMUDO.  
El que pretende obligar  
Nada, Elvira, dificulta;  
A disponerlo me obligo.

ELVIRA.  
Pues avisadme; que Flor,  
Porque os pague este favor,  
Irá á la ocasion conmigo.

BERMUDO.  
Si ofreceis tal galardón,  
Parto al punto á merecello;  
Que me obligasteis con ello  
A apresurar la ocasion.

ELVIRA.  
Bien sé que mi propio daño  
Tengo de ver si al Rey veo;  
Pero quiere mi deseo  
Que me mate el desengaño  
Mas que sufrir el tormento;  
Como, á costa de la vida,  
Mata su flama encendida  
El hidrópico sediento.

Salen DON FERNANDO y BELTRAN.

BELTRAN.  
Gastemos alegres dias  
En las cosas de palacio;  
Divierte un pequeño espacio  
Tus largas melancolias,  
Y mira de la privanza  
De Alfonso tanto ambicioso;  
Mira el séquito dudoso  
Lisonjear la esperanza  
De este y aquel, cada cual  
Como sigue el negociante  
Romano, en *sede vacante*,  
Al que es sujeto papal.

DON FERNANDO.  
¿Qué léjos estoy de sello!

BELTRAN.  
Giges, humilde villano,  
Llegó á ver cetro en su mano  
Y corona en su cabello.

DON FERNANDO.  
Yo ni pretendo ni quiero  
Mas ventura ó mas grandeza  
Que conservar la nobleza  
De que al nacer fui heredero;  
Que lo demás es locura,  
Y en el mundo yo he pensado  
Que solo el desengañado  
Goza firme la ventura.

BELTRAN.  
Bien lo dices; pero mira,  
Aunque en filósofo das,  
Que en esta ocasion, que estás  
Tan ciego de amor de Elvira,  
Gran dicha el privar sería,  
Pues con eso la alcanzaras,  
Y pienso que renunciaras  
Toda la filosofia;  
Y habiendo tantos oficios  
Hoy en palacio que dar,  
Alguno puede tocar  
A un hombre de tus servicios.

DON FERNANDO.  
Si tuvieras los deseos  
Que yo tengo, no soñaras  
Mas locuras ni pensaras  
Mas perdidos devaneos;  
Retirados á esta parte,  
Hagamos fiesta de ver  
Lo que desvela el poder  
Y lo que negocia el arte.  
(Retiranse Beltran y don Fernando.)

BELTRAN.  
Advierte la multitud  
Que á Diego Nuñez de Lara

Acompaña; ¿no tratara  
De prevenir su ataud  
Con mas razon este viejo?

DON FERNANDO.  
No lo consideras bien;  
Si excluyes las canas, ¿quién  
Ha de dar al Rey consejo?

Salen DIEGO NUÑEZ, NUÑO  
y ACOMPAÑAMIENTO.

NUÑEZ.  
Si no se quedan aquí,  
No he de pasar adelante...

BELTRAN. (Ap. á don Fernando.)  
¿Veslo resistir constante?  
Pues que me ahorquen á mí  
Si de verse acompañar  
Le amarga la cortesia.

NUÑEZ.  
Señores, por vida mia...

UNO.  
A eso no hay qué replicar.  
(Vase el acompañamiento.)

BELTRAN. (Ap.)  
¡Miren pues quién viene allí!  
Mendo el mudo.

DON FERNANDO.  
¡Oh, si lo fuera!

BELTRAN.  
Sola una cosa quisiera  
Saber ahora de ti;  
Que, aunque el no saber es mengua,  
Confieso que la he ignorado;  
¿Por qué llaman deslenguado  
Al que tiene mucha lengua?

DON FERNANDO.  
O es retórica ironía,  
Como habrás visto llamar  
Juan Blanco al negro, ó mostrar  
Que un maldiciente debía  
Estar sin lengua; y confieso  
Que aborrezco de manera  
A Mendo, que no excediera  
De la quietud que profeso  
Con nadie mejor.

BELTRAN.  
Y tienes,  
Si le das un coscorrón  
No mas, de todo Leon  
Seguros mil parabienes.

NUÑO.  
Mendo es este.

Sale MENDO.

MENDO.  
Caballeros,  
¿Qué hay de nuevo?

NUÑEZ.  
Vos podeis  
Decirlo, si algo sabeis.

MENDO.  
Yo solo sé que en poneros  
Donde pide ese valor  
Tarda el Rey.

NUÑEZ. (Ap.)  
El maldiciente  
Es lisonjero presente,  
Y ausente es murmurador.

MENDO.  
De lo que tengo temor,  
Segun á los mas escucho,  
Es que, tras pensarlo mucho,  
Ha de escoger lo peor.

BELTRAN. (Ap.)  
¡Ya escampa!

NUÑO.  
Por la intencion  
No errará su majestad.  
MENDO.  
Dios lo sabe. Mas mirad  
Con qué falsa presuncion  
Viene Ruy de Castro haciendo  
Caravanas de valido,  
Como si hubiera servido  
En guerra ó paz; aunque entiendo  
Que el mas dichoso ha de ser,  
Porque lo merece menos.

NUÑEZ.  
La ventura de los buenos  
Es llegarla á merecer.

BELTRAN. (Ap.)  
Item mas, otro ambicioso.

Sale RUY DE CASTRO.

RUY.  
No falta del corredor  
Hombre alguno de valor.

MENDO.  
Cuando el nombre generoso  
Que gozais os ha juzgado,  
Digno del lugar primero,  
¿Cómo venis el postrero  
A palacio? Confiado  
En los méritos, sin duda  
Descuidais las diligencias.

NUÑO. (Ap.)  
¿Qué ausencias y qué presencias!

NUÑEZ. (Ap.)  
¿Qué fácil aspectos muda  
Este falso lisonjero!

RUY.  
¿Cómo puedo confiar  
Por merecer alcanzar  
Entre tanto caballero,  
Con quien tendré á gran ventura  
Si gozo el lugar segundo?

NUÑEZ.  
No sin causa alaba el mundo  
Vuestro valor y cordura.  
(Corren una cortina, y aparece un retrato del Rey.)

Sale EL REY, y se queda detrás de una celosía.

REY. (Ap.)  
Escuchar quiero de aquí,  
Sin ser visto de ninguno,  
El pecho que cada uno  
Descubre hablando de mí;  
Que el retrato y la inscripcion  
Ocasión les ha de dar  
De discurrir y mostrar  
El afecto ó la pasion  
Mas secreta; que este modo  
Tuvo por mas conveniente  
Un rey de Grecia, prudente,  
Para informarse de todo.

MENDO.  
¿Qué novedad es poner  
Hoy sola en el corredor  
Una tabla?

NUÑO.  
Del pintor  
Sin duda debe de ser  
Lisonja, que es un traslado  
De Alfonso, para mostrar  
Que se debe respetar  
Al Rey tanto, que aun pintado,  
Tan soberano ha de ser,  
Que no ocupe otra pintura

La pared que tal ventura  
Ha llegado á merecer.

NUÑEZ.  
Es buena interpretacion;  
Mas ¿cómo dice el letrado?

NUÑO.  
(Lee.) «Cordero soy justiciero  
Y pacífico leon.»

NUÑEZ.  
¿Qué fácil es el decir!

RUY.  
¿Qué difícil el obrar!

NUÑO.  
El tiempo lo ha de mostrar.

MENDO.  
Gana me da de reir.  
¿Que el pintorcillo se meta  
A hacer motes en palacio!  
¿Noramala! ¿Igualeó Horacio  
Al pintor con el poeta  
Para que, arrogante y vano  
Con su autoridad, presuma  
Que lo que es pincel es pluma,  
Y que es ingenio la mano?

REY. (Ap.)  
Todos estos poco amor  
Y mucha pasion arguyen,  
Pues mi alabanza atribuyen  
A lisonja del pintor.

DON FERNANDO.  
¿Qué es lo que suspende y junta  
A aquella gente?

BELTRAN.  
Lleguemos,  
Y con verfo excusáremos  
Lo grave de la pregunta.

NUÑO.  
Hora es ya de dar audiencia  
El Rey.

RUY. (Vase.)  
Yo tengo de hablalle.

NUÑEZ.  
A mí me importa acordalle,  
Con ponerme en su presençia,  
Mi pretension. (Vase.)

RUY.  
Vamos.—Vos,  
Mendo, ¿no venis?

MENDO.  
¿A qué,  
Si porque merezco sé  
Que no he de alcanzar?

RUY.  
Adios.  
(Vase Nuño, Nuñez y Ruy.)

BELTRAN.  
Un retrato del Rey es  
El que miraban. ¿Qué es eso?  
DON FERNANDO. (Quitase el sombrero al ver el retrato.)

¿Admirate por exceso  
La veneracion que ves?  
Este retrato ¿no envia  
Rayos del original,  
Que es acá en lo temporal  
Vice-Dios?

MENDO. (Ap.)  
¿Qué hipocresía  
A lo humano! Oposicion  
Tengo al que es ceremoniero,

DON FERNANDO.  
(Lee.) «Cordero soy justiciero  
Y pacífico leon.»  
Segun son, Alfonso, buenos  
Los indicios que nos das,

De ti, siendo eso lo mas,  
No se puede esperar menos.  
Tus altos progenitores  
De nadie excedidos son;  
Mas en ti espera Leon  
El mayor de tus mayores.  
Goces eternas edades  
La corona, porque incluya  
En una esfera la tuya  
Del orbe las majestades.

MENDO.  
(Ap.) ¿Que hay quien sufra á un hazañe-  
Caballero puntual, [ro,

Que,preciado de leal,  
Viene á dar en lisonjero?  
Sin duda, pues habla así,  
El necio se da á entender  
Que ha de llegar á saber  
El Rey lo que él dice aquí,  
Y que le ha de dar por ello  
El gobierno de Leon;  
Y apurada su intencion,  
No aventurara un cabello  
Por su servicio. El enfado  
He de vengar que me ha hecho,  
Con examinarle el pecho,  
Y obligarle á que, irritado  
De ver que á su presuncion  
Su dicha no corresponde,  
Vierta el veneno que esconde  
Contra el Rey su corazon.)  
¿Don Fernando de Quiñones!

DON FERNANDO.  
¿Teneis en qué os sirva, Mendo?

MENDO.  
He estado escuchando y viendo  
Las pias declaraciones  
Y devotas reverencias  
Que á este retrato habeis hecho;  
Y por ser (como sospecho  
Que vos sabeis) preeminencias  
Solo de santos gozar,  
Pintados, adoracion,  
Me ha causado admiracion  
Veros aquí idolatrar;  
Y mas cuando estar debeis  
Quejoso, y no agradecido,  
Del Rey, que entienda en su olvido  
Los méritos que teneis;  
Si no es ya que, como vos  
Vice-Dios le habeis llamado,  
Os teneis por obligado  
En que os trate como Dios,  
Que con trabajos regala.

REY. (Ap.)  
¿Qué maligna sutileza!

DON FERNANDO.  
Si se pone en la cabeza  
Una firma, que señala  
El nombre solo del Rey,  
Venerar esta pintura,  
Que su persona figura,  
¿No será mas justa ley?  
No es unguido? No se nombra  
Sacra majestad real?  
Pues ¿por qué su original  
No respetaré en la sombra?  
Si premiado no me hallo,  
¿Deja por esta rason  
El de ser rey de Leon,  
O yo de ser su vasallo?  
Fuera de que, todo es suyo,  
Y yo en lo que le he servido  
He hecho lo que he debido;  
Y así, justamente arguyo  
Que no es quejarme rason  
Cuando premio no consiga,  
Supuesto que á nadie obliga  
Quien cumple su obligacion;  
Y cuando á quien le ha servido

Fuera el premiarle forzoso,  
Yo no puedo estar quejoso;  
Porque nunca he pretendido  
Mas premio, desengañado  
De cuán vana es la ambicion,  
Que cumplir mi obligacion  
Y conservarme en mi estado.

MENDO.

(Ap. ¿Qué afectada hipocresia!)  
Si desengañado estáis,  
¿Qué os detiene, que no os vais,  
Con esa filosofía,  
A las montañas á ser  
Solitario anacoreta?  
Si usara el Rey de perfeta  
Justicia, ¿era menester  
Que pretendierades vos?  
Con un rey justo ¿hay pedir  
Mas eficaz que servir?  
Mas decís que es vice-Dios,  
Y como tal, sospecháis  
Que asiste en todo lugar,  
Y que aquí os ha de escuchar,  
Y así le lisonjeáis.

DON FERNANDO.

Ni esta es en mi hipocresia  
Ni lisonja, ni es razon  
Que con tan falsa intencion  
Y tan libre demasía  
Las finezas motejéis  
Tan propias de mi lealtad,  
Ni que de su majestad  
Sintais mal, y mal habléis;  
Que, vive Dios...

MENDO.

Detenéos;  
Que sé muy poco sufrir.

BELTRAN. (Ap.)

Pienso que hoy se han de cumplir  
De un golpe muchos deseos.

MENDO.

Cuando yo, mal satisfecho,  
Hable de su majestad,  
¿Teneis vos autoridad  
De reprenderme? Sospecho  
Que de mi sangre sabeis  
Que es á la mejor igual.

DON FERNANDO.

Bien sé que sois principal,  
Pero no lo pareéis,  
Y eso mismo hace mayor  
Vuestro delito; que cuanto  
Nacisteis mas noble, tanto  
Debeis proceder mejor.

MENDO.

Yo procedo como debo;  
Y á quien se atreva á pensar  
Lo contrario...

DON FERNANDO.

Este lugar  
Es sagrado, y no me atrevo  
A violar su estimacion.—  
Beltran, retírate.

BELTRAN. (Ap.)

Mendo  
Esta vez, segun entiendo,  
Ha de dar gusto á Leon.

DON FERNANDO.

Junto á la cruz que en el valle  
De los Mártires se ve,  
A media noche os iré  
Solo á esperar, para dalle  
El castigo entre los dos  
A lengua tan desleal,  
Que de su rey habla mal.

MENDO.

Yo os aguardo.

DON FERNANDO.

Adios.

MENDO.

Adios.

(Vase.)

REY.

Nunca el enojo inhumano  
Mitigara, si no fuera  
Recompensa tan entera  
Lo que en don Fernando gano  
De lo que en los otros pierdo;  
Y así, aunque he visto mi agravio,  
He de elegir como sábio  
Y he de sufrir como cuerdo.

## JORNADA SEGUNDA.

Salen ELVIRA y FLOR, con mantos,  
y BERMUDO.

BERMUDO.

Hoy en las aras de amor  
Sacrificarme procuro,  
Pues cuanto soy aventuro  
Por alcanzar un favor.

FLOR.

Yo me confieso obligada.—  
¡Ah hermana! ¿en qué ha de parar  
Tu locura?

ELVIRA.

En acabar  
Con vida tan desdichada.

BERMUDO.

Pues, Flor, si, menos cruel,  
Merece llegar á verte  
Mi amor, no temo la muerte.  
Cubiertas de este cancel,  
Al Rey escuchar podréis.  
Que ahora aquí ha de salir;  
Pero no os deis á sentir,  
Si la vida no quereis  
Que me cueste.

ELVIRA.

No tan mal  
Debo pagar tus deseos,  
Que así te arriesgue.

BERMUDO.

Escondéos;  
Que su majestad real  
Sale ya.

ELVIRA.

Ya temo, Flor,  
Mi muerte en mi desengaño.

FLOR.

Tú buscas tu propio daño.  
(Escóndense Elvira y Flor detrás  
del paño.)

BERMUDO.

¿Qué no hará quien tiene amor?

Sale EL REY.

REY.

¿Bermudo?

BERMUDO.

¿Señor?

REY.

De ti  
Mi desengaño he fiado,  
Y en nada has ejecutado  
El oficio que te di;  
Y en un reino, yo no dudo  
Que por instantes sucedan

Novedades que me puedan  
Importar. Dime, Bermudo,  
En mi daño ó mi favor,  
Lo que has visto ó lo que has hecho,  
Sin que me oculte tu pecho  
La circunstancia menor.

BERMUDO.

Luego que ayer me aparté  
De tu presencia, llegó  
Un gentilhomme á llamarme  
De parte de Elvira y Flor.

REY.

Tente, calla; ¿no te he dado  
Por inviolable instruccion  
Que no me nombres ni acuerdes  
A ninguna de las dos?

BERMUDO.

Tambien me has mandado ahora  
Que te haga relacion  
De lo que he visto y he hecho,  
Sin ocultar la menor  
Circunstancia; y si un rey puede  
Revocar lo que mandó,  
A lo postrero que mandas  
Debo obediencia mayor.

REY.

Bien está, di lo demás;  
Que de lo demás estoy  
Seguro que no podrá  
Causarme perturbacion  
Mayor que la que me causa  
La memoria de su amor.

BERMUDO.

Obedecitas; si fué  
Delito, de la aficion  
Sabes el poder, y sabes  
La que tengo á doña Flor.  
Entré, y quedando conmigo  
Sola Elvira, la ocasion  
Me propuso de llamarme.  
Y de esta suerte me habló:  
«Bermudo, el Rey me ha querido,  
Y aunque jamás mi favor  
Alcanzó, como sabeis,  
Por lo menos me debió  
El haber yo respetado,  
Si no pagado, su amor;  
Tanto, que jamás mi pecho  
Otro cuidado admitió.  
Pero ya que á la mudanza  
De su estado, ó el rigor  
Que ha visto en mi resistencia  
Le han dado justa ocasion  
De no verme en tantos dias,  
Que de pensar que murió  
En la suya mi memoria  
Me da cierta presuncion  
Para usar de mi albedrio.  
Quiero, Bermudo, que vos  
De mi parte le pidáis  
La debida permission;  
Que, si bien con olvidarme  
Parece que me la dió,  
En tanto que despedido  
No se publique, es razon  
Que yo esta salva le haga,  
Pues lo que debo en rigor  
Cumplo así, y podré con esto  
Tomar la licencia yo.»  
Estas palabras me dijo  
Doña Elvira; y yo, Señor,  
Le prometí que lo haria,  
Porque ella me prometió,  
En cambio, favorecer  
Mis pensamientos con Flor.  
Si algun disgusto te he hecho,  
Seguro tengo el perdon.  
Si es mérito la obediencia  
Y si es disculpa el amor.

REY.

(Ap. ; Con qué mañosos ardides  
Sabe hacer el ciego dios  
Sus tiros! ; Por qué camino  
En mi pecho despertó  
La casi muerta centella  
De mi pasada afición!  
; Ah enemiga! ¿no te cansas  
De ofenderme? ; Loco estoy!  
; Con máscara de respeto  
Me das celos? Con color  
De decoro me desprecias,  
Y quieres que sepa yo  
Que otro merece de ti  
Lo que no mi firme amor?  
Lograste el intento, el tiro  
Acertaste; pero no  
Lograrás la gloria de él;  
Que, reprimiendo el dolor,  
Mostraré mentido el gusto  
De que en ajena afición  
Ocupes tu pensamiento.)  
Oye, Bermudo.

BERMUDO.

; Señor?

REY.

Dile á Elvira que el permiso  
Que me ha pedido le doy,  
Y que tan arrepentido  
Miro mi pasado error.  
Que en la licencia que pide  
Solamente me ofendió  
La memoria de su nombre;  
Y tú otra vez, vive Dios,  
Que no te ha de negociar,  
Si la nombras, el perdón,  
Ni el mérito de obediencia  
Ni la disculpa de amor.  
Y esto también le dirás,  
Porque sabiendo que estoy  
Tan otro, por excusado  
Te tenga en otra ocasión;  
Pues aunque el intento sea  
Justo respeto, la voz  
De su nombre en mis oídos  
Será la ofensa mayor;  
Que llega el aborrecerla  
Donde el amarla llegó.

ELVIRA.

Yo no puedo mas.

FLOR.

Detente.

ELVIRA.

La mina del corazón  
Revienta al despecho mío.— (Sale.)  
Alfonso falso, traidor,  
Engañoso, fementido..

REY.

; Qué es esto?

BERMUDO. (Ap.)

Perdido soy.

ELVIRA.

; Estos son los sentimientos,  
Éstas las finezas son  
Con que á vivir apostaba  
Con el tiempo vuestro amor?  
Éstas son vuestras promesas?  
; Qué buena quedara yo  
Si á crédito de palabras  
Os entregara mi honor!  
; Tan fácil con el estado  
Mudasteis la condicion?  
; Acaso desvanecido  
Desprecais, porque rey sois,  
Lo que príncipe estimasteis?  
; Tanta mudanza fué en vos  
Pasar de príncipe á rey?  
; Por dicha esta sucesion  
Fué no mas que continuarse

DD. C. DE L.—II.

El dominio que os toco  
Por justa ley, aun viviendo  
El Rey, vuestro antecesor?  
Pues ¿cómo tan fácilmente  
Olvidais la obligacion  
De palabras, que son leyes  
En los hombres de valor,  
Que el aborrecerme llega  
Donde el amarme llegó,  
Que al pedir la licencia  
Solo os ofendió la voz  
De mi nombre en los oídos?  
Pues ¿qué delito, qué error  
Fué no pagar, prevenida,  
Vuestra ligida afición,  
Para castigarme así?  
Antes el valor que yo  
Mostré en resistir á un rey  
Os causara estimacion  
Si fuéades quien debeis;  
Pero pudo mas en vos  
Vuestra pasion y venganza  
Que no vuestra obligacion,  
Pues la virtud castigais.  
; Vos sois Alfonso? vos sois  
Hombre? vos noble? vos rey?  
; Bien gobernará á Leon  
El que tan mal se gobierna!  
Vuestra majestad, Señor,  
Con su prudencia perdone  
Mi desenfreno; que estoy  
Despreciada y soy mujer,  
Y me atormenta, si no  
Su desprecio, por mi amante,  
Por mi rey, su indignacion.  
Y así, hasta ver que, depuesta  
La enojosa furia, el sol,  
Cayo claro aspecto en mi  
Es la influencia mayor,  
Me da rayos tan benignos  
Como otro tiempo me dió,  
Sombra suya, he de seguir  
Sus oídos con la voz,  
Con las rodillas sus plantas,  
Con ruegos su obstinacion,  
Su venganza con paciencia,  
Y con quejas su riego.

REY.

Levanta, Elvira, levanta;  
No ofendas tu estimacion;  
Que, ya que amante no sea,  
Cortés á lo menos soy.  
(Ap. ; Qué fuerza, qué sufrimiento,  
Qué constancia, qué valor  
Bastarán á reprimir  
El fuego del corazón?  
Que al aire de ruegos, quejas  
Y ternezas levantó  
Tanta llama, que es incendio  
Cuanto siento y cuanto soy.  
Mas ¿al combate primero  
Han de rendirse al amor,  
De la obligacion las leyes,  
Las fuerzas de la razon?  
No; contra mi misma vida  
He de probar, vive Dios,  
A ser sufrido, á ser rey;  
Y he de mostrar que, pues yo  
Sé gobernarme y vencerme,  
Que es la victoria mayor,  
Sabré vencer mis contrarios  
Y gobernar á Leon.)  
Elvira, no la mudanza  
Del estado me mudó  
La condicion, mas indujo  
En mi nueva obligacion.  
Príncipe, tuve disculpa  
Si permiti al ciego ardor  
De mis deseos la rienda;  
Mas ya, Elvira, que rey soy,  
Solo administrar justicia,

Causar amor y temor,  
Ser á los buenos espejo  
Y á los malos confusion,  
Es lo que á mi estado toca;  
Y el aborrecerte yo  
No te aflija, que se entiende  
En cuanto al lascivo amor,  
No como rey á vasallo;  
Que, como tal, antes doy  
Á tu valor alabanza  
Y á tu virtud galardón.  
Y así, puedes emplearte  
En quien merezca tu amor,  
Segura de que, no solo  
No me cause indignacion,  
Pero celebre tus bodas,  
Siendo tu padrino yo.

ELVIRA.

No, Señor; no de esa suerte  
Os vengueis de mi rigor;  
Que nadie ha de merecer  
Lo que no alcanzasteis vos.  
Escuchad, volved el rostro;  
Sed cortés, si amante no.

REY. (Ap.)

; Ay de mí, que ua monte nuevo  
En cada paso que doy!

ELVIRA.

; Ah Señor!

REY.

Ya es tarde, Elvira.

ELVIRA.

Nunca, á ser firme tu amor,  
Fuera tarde, Alfonso mío.

REY.

Déjame, que ya no soy  
Quien fui; ni tuyo, ni Alfonso.

ELVIRA.

Pues ¿quién?

REY.

El rey de Leon. (Vase.)

ELVIRA.

; Ah cruel! ah fementido,  
Con qué villano rigor  
Te vengas y me castigas!  
Loca, de corrida, estoy.

BERMUDO.

; De quién te quejas, de quién,  
Si ha sido tuyo el error?

FLOR.

Si me creyeras, ni dieras  
A tu desprecio ocasion,  
Ni materia á su venganza.

BERMUDO.

; Buenos quedamos los dos  
Por tu mal pensado exceso!  
Tú corrida, Elvira, y yo  
En la desgracia del Rey.

ELVIRA.

Dejadme; cuando el dolor  
Me enloquece, cuando al aire  
Fuego en vez de aliento doy,  
; Añadís los dos mas penas  
A mis penas? Vive Dios,  
Que me mate, porque acabe  
Con mi vida mi pasion. (Vase.)

FLOR.

Adios, Bermudo; que el cielo  
Sabe cuán sentida voy  
De vuestra desdicha.

BERMUDO.

Nada

La pudiera, hermosa Flor,  
Consolar, sino el ballar  
Piedad de mi pena en vos.

(Vase Elvira.)

Mas no puede haber descuento

De haber perdido el favor  
Y gracia del Rey. ¡Mal haya  
Quien de mujer se fió!

(Vase.)

Sale DON FERNANDO, de noche.

DON FERNANDO.

Esta noche, santo cielo,  
De vuestra justicia fio  
Que del noble pecho mio  
Premiaréis el justo celo  
Con que, resuelto á exponer  
Aquí al peligro la vida,  
Por dar pena merecida  
A un maldiciente, y hacer,  
Vengando á su majestad,  
Que conozca que es la mia,  
No afectada hipocresia,  
Sino debida lealtad.  
Este es el sitio aplazado,  
Y esta tambien es la hora  
Señalada, y hasta ahora  
Mi enemigo no ha llegado.  
Temo, aunque noble nació,  
Que el valor le ha de faltar;  
Que siempre faltó en obrar  
Aquel que en hablar sobró.

Salen EL REY y BERMUDO.

BERMUDO.

(Ap. ¡Qué será ¡válgame Dios!  
A lo que el Rey me ha traído?  
Que á tal hora haber salido  
Solos al campo los dos  
Me causa justo temor  
De algun mal caso; y así,  
Interpreto contra mí,  
Viendo mi pasado error,  
Todo indicio y toda accion;  
Y mas habiendo notado  
Que ni de mí culpa ha hablado  
Ni dichome la ocasion  
De esta novedad. ¡Qué haré?  
Resuélvome á preguntarla;  
Que en decirlo ó en negarla  
Su intencion conoceré.)  
Señor, ¿no podré saber  
Dónde vamos? Que es razon  
Que sabiendo tu intencion,  
Sepa yo lo que he de hacer;  
Que no serán casos leves  
Los que causar han podido  
Tal novedad.

REY.

He querido

Mostrarte lo que me debes,  
Bermudo, en lo que te fio;  
Porque conozcas así  
Que es justo que pueda en tí,  
Mas que todo, el gusto mio.  
De esta suerte el deservicio  
Que hoy me hiciste sentirás;  
Que á un noble castiga mas  
Que la pena el beneficio.  
Y en la persona real,  
Mostrar que sabe el error  
Es el castigo mayor  
Para un vasallo leal.

BERMUDO.

Honren mi boca los piés  
De un rey tan sábio y clemente.

REY.

Lo que me obliga á que intente  
Esta novedad que ves,  
Escucha ahora.

DON FERNANDO. (Ap.)

O me engaño,

O los que vienen allí  
Son dos hombres; dos son, sí,  
Y no será caso extraño

En un maldiciente vil  
Ser cobarde. Pocos son  
Los dos; que yo y mi razon  
Valemos por mas de mil.

BERMUDO.

Digna es, gran señor, de tí  
Una accion tan acertada.

REY.

Ya está el uno en la estacada;  
Lleguemos.

DON FERNANDO.

(Ap. Pues hácia mí  
Vienen resueltos, sin duda  
Es Mendo.) Lisonja es mia  
Confesar mi valentia,  
Mendo, con traer ayuda.

(Saca la espada.)

REY.

Don Fernando de Quiñones,  
Detenéos; que soy el Rey.

DON FERNANDO.

¿El Rey?

REY.

El Rey.

DON FERNANDO.

Justa ley,

(Retira la espada.)

Precisas obligaciones  
De su nombre, mi furor  
Enfrenan; que aunque resista  
La oscura noche á la vista  
Para informarse mejor,  
Y á tal hora soledad  
Tan apartada parezca  
Imposible que merezca  
Los piés de su majestad,  
Mayor imposible entiendo  
Que será que ningun hombre  
Se atreva á usurpar un nombre  
Tan soberano, mintiendo.  
Bien es verdad que al momento  
Que la voz y el nombre oí,  
El dueño reconocí  
En mi propio rendimiento;  
Y así, á vuestros piés, Señor,  
Os pido que perdoneis.

REY.

Fernando, no os disculpeis;  
Que yo de vuestro valor  
Y lealtad testigo soy,  
Y con ella os habeis hecho  
Tanto lugar en mi pecho,  
Que con los brazos os doy  
De él tambien la posesion,  
Y en vuestros hombros con eso  
Impongo desde hoy el peso  
Del gobierno de Leon.

DON FERNANDO.

Señor...

REY.

No me repliqueis;

Bien sé con el desengaño  
Que la vanidad y el daño  
De la ambicion conoceis;  
Mas eso mismo está dando  
Fuerza al intento que sigo.  
Yo os lo ruego como amigo,  
Y como Rey os lo mando.

DON FERNANDO.

Aunque puede tanto en mí  
El desengaño, la ley  
De la voluntad del Rey  
Es inviolable; y así,  
Os obedezco, aunque dudo  
Si soñando acaso estoy.

BERMUDO.

Con la enhorabuena os doy  
Los brazos.

DON FERNANDO.

¿Quién es?

BERMUDO.

Bermudo.

DON FERNANDO.

Bermudo noble, un amigo  
Tendréis verdadero en mí.  
(Ap. ¡Ah Elvira! solo por tí  
La privanza que consigo  
Pudiera haber estimado  
Mi esperanza, á no saber  
Que es fuerza dejar de ser  
Firme amante ó buen privado.)

REY.

Fernando, oid.

Sale MENDO.

MENDO.

Vive Dios,

Si don Fernando ha cumplido  
Su obligacion, que ha traído  
En su favor otros dos.  
Pero cobardes alardes  
No importan; que cierto es,  
Pues contra uno vienen tres,  
Que son todos tres cobardes.  
Y cuando no, son testigos  
Las historias que una espada  
Basta en mi sangre heredada  
A ejércitos enemigos.—

(Saca la espada.)

Si de los tres es alguno  
Don Fernando de Quiñones,  
Aunque á sus obligaciones  
Falte así, pues contra uno  
Vienen tres, á su enemigo  
Tiene aquí; si nobles son,  
Cuerpo á cuerpo la cuestion  
Le dejen reñir conmigo;  
Pero si no, á todos tres  
Darles á entender espero  
Que Mendo mueve este acero.

REY.

Detenéos, Mendo.

MENDO.

¿Quién es?

REY.

El Rey soy.

MENDO.

¡Válgame Dios!

¿A tal hora en este puesto  
El Rey?

REY.

Si, Mendo, y en esto

Vereis que soy vice-Dios,  
Y como tal, puedo ver  
Y asistir á todo yo,  
Si con mi persona no,  
Al menos con mi poder.

MENDO.

(Ap. Don Fernando le ha contado  
Todo el caso, vive Dios.)  
Yo, Señor...

REY.

Basta; con vos

Estaba, Mendo, enojado;  
Pero cuando acometisteis  
A tres, tal valor mostrasteis,  
Que en el efecto ganasteis  
Lo que en la causa perdisteis.  
Dadle la mano de amigo  
A don Fernando, y pensad  
Que os importará su amistad  
Para tenerla conmigo;  
Que desde hoy ha de gozar  
En mi lado mi privanza,  
Porque os muestre en lo que alcanza  
El premio del bien hablar.

MENDO.  
¿Qué escucho? ¡Ah fortuna loca!—  
Fernando, la mano os doy,

DON FERNANDO.  
Vuestro amigo, Mendo, soy,  
Y de hacer lo que me toca,  
Como noble, os doy la mano.

REY.  
Ahora á mi me la dad.  
Mendo, que vuestra amistad  
Estimare.

MENDO.  
¿Tan humano  
Os mostrais, cuando os ofendo?

REY.  
Gano mas que en el castigo,  
En hacer de un enemigo  
Un amigo; haced pues, Mendo,  
Cómo yo vuestro lo sea,  
Y mudad de condicion;  
Ved que una murmuracion  
Mil enemigos granjea;  
Y así, vuestro pecho entienda  
Que si en el peligro os veis,  
Pues á todos ofendeis,  
No tendréis quien os defienda.  
Y el que á muchos agravió,  
La pena debe esperar.  
Porque no es fácil hallar  
Quien perdone como yo.  
Y aun puede ser que, cansado  
Yo tambien, lo pagueis todo;  
Que no siempre está de un modo  
El sufrimiento templado. (Vase.)

MENDO.  
Confuso quedo y corrido. (Vase.)

BERMUDO.  
Tan sábio como clemente  
Es el Rey. (Vase.)

DON FERNANDO.  
De ser prudente  
Es el toque ser sufrido. (Vase.)

Salen DON FERNANDO y BELTRAN.

BELTRAN.  
¡Válgate el diablo por Mendo,  
Qué libre y qué maldiciente  
Ha hablado públicamente!  
¿Es posible que, sabiendo  
Que si la murmuracion  
Celebra el que no le toca,  
Tiene la risa en la boca  
Y el odio en el corazon?  
¿De los aplausos mentidos  
Se deje llevar de suerte,  
Que para sola una muerte  
Haga tantos ofendidos?  
Cada mañana que al mundo  
Vuelve el mas claro lucero,  
Y despierto, es lo primero  
Santiguarme; y lo segundo  
Que acostumbro, es informarme  
De si aquella noche á Mendo  
Han muerto, y en respondiendo  
Que no, vuelvo á santiguarme,  
Porque es milagro de Dios;  
Mas don Fernando y Bermudo  
Están solos, y no dudo  
Que algun negocio los dos  
Conferirán de momento.  
Aguardemos retirados;  
Que no atreva á dos privados  
Beltran su entretenimiento.

Sale BERMUDO.

BERMUDO.  
El alto puesto en que os veis  
De poder y de prianza,

Y el que mi ventura alcanza  
Cerca del Rey, bien sabeis,  
Fernando noble, que son  
Blanco de envidia importuna,  
Teatro de la fortuna  
Y objeto de la traicion.  
Y es fuerza, si divididos  
Nos oponemos yo y vos,  
Que el uno ó ambos á dos  
Vengamos á ser vencidos.  
Y para no dar venganza  
A malignas intenciones,  
Quiero, famoso Quiñones,  
Que una amistad y alianza  
Tan firme los dos hagamos,  
Que del otro cada cual  
Ayudado, con fe igual  
A la malicia opongamos  
Los pechos; pues de esta suerte  
Vuestra dicha y mi ventura  
Correrá libre y segura  
De mudanza hasta la muerte.

DON FERNANDO.  
Ni me obliga la ambicion  
Ni me desvela el poder;  
Ser quien sois, y merecer  
De su alteza la aficion.  
Es lo que en mi tanto amor  
Y estimacion os granjea.  
Que lo que el vuestro desea  
Es mi lisonja mayor.  
Y así, no correspondiente  
Solo, mas agradecido  
En lo que me habeis pedido,  
Mi voluntad solo siente  
Ver que ganado me hayais  
Por la mano en declararallo,  
Supuesto que en deseallo  
Por ella no me ganais.  
Y así, Bermudo, os la doy  
Con firme palabra y fe  
Que por vos arriesgaré  
Cuanto valgo y cuanto soy.

BERMUDO.  
Lo mismo que me ofreceis  
Os prometo.

DON FERNANDO.  
Yo, Bermudo,  
Sé que sois noble, y no dudo  
Que en todo lo mostraréis.

BERMUDO.  
Solo me resta advertiros  
Que importa, para poder  
Conservar y defender  
De los maliciosos tiros  
De la envidia nuestro estado,  
No solo disimular  
Nuestra amistad, pero dar  
Con cauteloso cuidado  
Señales de ser los dos  
Contrapuestos; porque así  
Se descubrirán á mi  
Vuestros contrarios, y á vos  
Los míos, y de este modo,  
Contraminando intenciones,  
Con secretas prevenciones  
Lo remediaremos todo.

DON FERNANDO.  
Aunque es fingir y engañar  
De mi tan ajeno, es justo  
Que á la ley de vuestro gusto  
Conceda el primer lugar.  
Demás, que contra el rigor  
Del que la envidia desvela,  
Es licita la cautela  
Para defender mi honor.  
Que es intento mas decente  
Por prevenirme fingir,  
Que arriesgarme por huir  
De tan leve inconveniente,

A que con el Rey lograda  
Una alevosa intencion,  
Pierda la reputacion,  
Mas que la vida estimada;  
Y así, con vuestro consejo  
Me conformo.

BERMUDO.  
Pues adios,  
Y procuremos los dos  
Ser de la amistad espejo  
Y de la regla excepcion,  
Siendo, conformes y unidos,  
Los primeros dos validos  
Que firmes y amigos son. (Vase.)

DON FERNANDO.  
La fuerza de mi destino,  
Que yo no puedo evitar,  
Me puso en este lugar  
Por no pensado camino;  
Y ya que llegué á ocupallo,  
Si no por mi inclinacion,  
Por conservar mi opinion,  
Es forzoso conservallo;  
Que es muy cierto, si le pierdo,  
Que juzgue el vulgo maligno  
Que le perdi por indigno,  
No que le dejé por cuerdo.  
Mas ¡ay de mí! que me vea  
En medio deste cuidado  
Tan ciego y tan abrasado  
De un amoroso deseo,  
Que no soy dueño de mí,  
Y en lugar de refrearme,  
Me incita á precipitarme  
El poder que conseguí!  
Que aumentando la esperanza  
De merecer y alcanzar  
A Elvira, me viene á dar  
Mayor guerra la prianza,  
Que fuerza su obligacion  
Para resistir; y así,  
Se aprovecha contra mí  
De mis armas mi pasion.

BELTRAN.  
Señor, ¿puedo hablarte?  
DON FERNANDO.

Si.  
¿Por qué no? ¿No soy el mismo  
Que fui?

BELTRAN.  
Después que privado  
Tan poderoso te veo,  
Como los muchachos soy,  
Que admiran y tienen inleto  
A un gigante, aunque saben  
Que lleva un picaro dentro.

DON FERNANDO.  
¿Qué buena comparacion!  
¿Eso es tenerme respeto?  
Tu intencion es la mejor  
Disculpa; dejemos eso,  
Y dime cómo ha llevado  
Esta novedad el pueblo.

BELTRAN.  
Todo es admirarse, y todo  
Discurrir, buscando el medio  
Por donde te has levantado  
A tan soberano puesto.  
Y lo que mas es de ver,  
Es, que solos y que feos,  
Cabizbajos y encogidos  
Andan ya los que primero,  
Esperando ser privados,  
Campeaban tan soberbios.  
La condicion no has mudado  
Con la fortuna, y deseo  
Saber si en cuanto al amor  
Te ha sucedido lo mismo.

DON FERNANDO.  
¡Ay de mí, que es la pasion

Superior al sufrimiento!  
Beltran, no puedo conmigo,  
No cabe en mi alma el incendio;  
No son flechas, rayos son  
Los que tira el amor ciego;  
Que en la mayor resistencia  
Obran mayores efectos.  
Parte, amigo, y pide á Elvira,  
Para verla con secreto,  
Licencia, y dile que solo  
Merecer sus ojos quiero,  
Para ofrecer á sus plantas  
Cuanto valgo y cuanto puedo;  
Que solo por ella estimo  
El lugar en que me veo.

BELTRAN.

¡Pésia tal! Pues, lo prudente,  
Lo grave, lo circunspecto,  
Lo ministro?

DON FERNANDO.

Loco estoy;  
Dame ayuda, y no consejo.  
Parte, si bien me deseas,  
Y haz lo que digo primero  
Que vuelvas á verme; y mira  
Lo que va á los dos en ello;  
A ti la vida, y á mí  
La opinión, en el secreto. (Vase.)

BELTRAN.

Bueno, por Dios; el castigo  
Me proponen, y no el premio;  
Pero nunca el alcahuete  
Al daño igualó el provecho,  
Ni tuvo jamás buen fin  
La dicha por malos medios. (Vase.)

Salen ELVIRA y FLOR.

ELVIRA.

Esta es la ocasion que pudo  
Obligarme á señalar  
Una hora misma de hablar  
Yo á Fernando y tú á Bermudo.  
Todas son trazas de amor;  
Pues burla el Rey mi esperanza,  
Quiero que entienda que alcanza  
Don Fernando mi favor,  
Siendo Bermudo testigo;  
Que es cierto que él lo dirá  
Al Rey, puesto que le hará  
La igual privanza enemigo  
De don Fernando; y así,  
O su amor despertarán  
Los celos, ó me darán  
Venganza, viendo que en mí  
Los méritos y el amor  
De un vasallo han conseguido  
Lo que un rey no ha merecido.

FLOR.

Luego ¿has de hacerle favor?

ELVIRA.

Fingido.

FLOR.

¡Lo que trazar  
Sabe un pecho enamorado!

ELVIRA.

Con desprecios me ha abrasado,  
Con ellos le he de abrasar.

FLOR.

Bermudo viene.

ELVIRA.

Ya, Flor,  
Estás en lo que has de hacer. (Vase.)

FLOR.

Si, retirate. ¡Oh poder  
Nunca igualado de amor,  
Cuánto abraza, cuánto ciega!

Sale BERMUDO.

BERMUDO.

Flor hermosa, obedeceros  
Donde se interesa el veros,  
Es tanta gloria, que niega  
Los méritos al servicio.  
¿Qué me mandais?

FLOR.

El cuidado

De aquel disgusto pasado,  
Con que os pagó el beneficio  
Doña Elvira, me ha tenido  
Ansiosa por el temor  
Con que os dejé, del rigor  
De Alfonso; y así, he querido  
Que de esta duda y tormento  
Me saqueis.

BERMUDO.

Su majestad

Iguala con la piedad  
La prudencia y sufrimiento.  
Y cuando no, descontado  
Hubiera cualquier rigor  
La gloria de este favor,  
Pues decís que os dió cuidado.

Sale UN ESCUDERO.

ESCUDERO.

Don Fernando de Quiñones  
Está á la puerta.

FLOR.

¡Ay de mí!

BERMUDO.

¿Quién?

FLOR.

Don Fernando, y si aquí

Te ve, Bermudo, nos pones  
A peligro de perder  
La opinion á mí y á Elvira;  
Esconderte importa; mira  
Que recelo que por ser  
Tú del Rey valido, crea  
Que de su parte nos ves.

BERMUDO.

Flor, por mi propio interés,  
Me importa que no me vea,  
Porque el igual valimiento  
Nos contrapone á los dos.

FLOR.

Pues retirate, por Dios;  
Entrate en este aposento.

BERMUDO.

Servirte pretendo en todo.  
(Ap. Nuestra falsa emulacion  
Y fingida oposicion  
Acredito de este modo.)

(Retiranse los dos al paño.)

Salen DON FERNANDO y ELVIRA.

DON FERNANDO.

Solo, doña Elvira hermosa,  
Vengo á ofrecer mi ventura  
A los piés de tu hermosura,  
Por quien la suerte dichosa  
Estimo, que he conseguido;  
Que con ella me tendrás,  
Cuanto poderoso mas,  
Mas amante y mas rendido.

ELVIRA.

Noble don Fernando, á mí  
Me alegra vuestra privanza  
Solamente porque alcanza  
Vuestro gran valor así  
El puesto que ha merecido,  
No porque hayais menester  
Mas méritos para ser

De mi amor favorecido,  
Que ser quien sois; que con eso,  
No solo digo que soy  
Dichosa, pero que estoy  
Desvanecida os confieso.

DON FERNANDO.

Basta ya, si no intentais  
Que me dé muerte el contento;  
Que no puede el sufrimiento  
Con la gloria que me dais.

ELVIRA.

Nunca á lo que mereceis  
Podrá igualar mi favor.

DON FERNANDO.

No merece el mismo amor  
Los favores que me haceis.

ELVIRA.

Pues, don Fernando, el secreto  
Importa por el lugar  
Que ocupais, y para andar  
Tan cauto como discreto,  
Visitas me habeis de hacer  
Breves y ocultas; no sea  
Que quien vuestro mal desea,  
Llegándolas á entender,  
Dé cuenta á su majestad  
Y os prive de su favor,  
Dando á tan lícito amor  
Titulo de liviandad.

DON FERNANDO.

Si merezco esa belleza,  
Nada temo.

ELVIRA.

Por los dos

Temo yo sola.—Id con Dios,  
No os eche menos su alteza.

DON FERNANDO.

Haceros gusto es quereros.

ELVIRA.

Fernando, no me olvidéis.

DON FERNANDO.

Vos sois mi alma, y podeis  
Vos á vos obedeceros.

(Vanse don Fernando y Elvira.)

Salen FLOR y BERMUDO.

FLOR.

Breve la visita ha sido.

BERMUDO.

Mas que yo quisiera, Flor;  
Que siglos cifra el amor,  
Tan á gusto entretenido.  
(Ap. Aunque me pesó de ser  
De estos amores testigo;  
Que es don Fernando mi amigo,  
Y el lugar ha de perder  
Que con el Rey ha alcanzado,  
Si desto cuenta le doy;  
Yo, como leal, estoy  
A decirselo obligado.)  
¿Qué penosa confusion!

FLOR.

(Ap. Todo lo ha visto y oido  
Bermudo; bien le ha salido  
A mi hermana la invencion.)  
Con cuidado estoy, Bermudo,  
Que aunque mi hermana se muestra  
En mi amor de parte vuestra,  
En esta ocasion no dudo  
Que le pese de saber  
Que el suyo habeis entendido;  
Y así, pues no os ha sentido,  
Antes que lo llegue á ver,  
Importa que os vais, que es tarde.

BERMUDO.

Vuestro gusto es ley.

FLOR.  
Adios.  
BERMUDO.  
Flor, ¿ cómo quedo con vos?  
FLOR.  
No quedais mal.  
BERMUDO.  
Dios os guarde.

## JORNADA TERCERA.

Sale EL REY.

REY.  
Huyo prudente lo que amante sigo,  
Yo mismo soy aquel que sigo y huyo,  
Y me respondo á mi cuando me arguyo,  
Cuanto mas mi contrario, mas amigo.  
Con lo que me defiende me persigo,  
No me dejo vencer y me concluyo;  
Buscando mi provecho, me destruyo,  
Y siendo en mi favor, luto conmigo.  
Hallo memoria donde olvido quiero,  
Y con estar mi muerte en mi cuidado,  
No dejo descuidar de lo que muero.  
No tengo culpa yo, que soy llevado  
De un secreto poder, tan lisonjero,  
Que mi gusto mayor es ser forzado.

Sale BERMUDO.

BERMUDO.  
Con una duda, Señor,  
Vengo á tu ingenio divino,  
Cuya solucion no alcanzo.

REY.

Di.

BERMUDO.  
Ya sabes cuán amigos  
Fueron Pitias y Damon;  
Ambos, pues, fueron validos  
Y confidentes del rey  
De Siracusa, Dionisio.  
Pitias cometió un error  
Contra el Rey, siendo testigo  
Damon; aquí entra la duda.  
Si revelaba el delito  
De Pitias Damon al Rey,  
Faltaba á la ley de amigo;  
Y callándolo, faltaba  
Al ministerio debido  
De confidente leal  
Del Rey; en este conflicto,  
Si fueras Damon, ¿ qué hicieras?

REY.

Ser leal y ser amigo,  
Cumpliendo mi obligacion  
Con Pitias y con Dionisio.

¿Cómo?

REY.

Dijérale á Pitias  
Que le confesara él mismo  
Al Rey su error, ó me diera,  
Para hacerlo yo, permiso.

BERMUDO.

Ingenio tan delicado  
Viva al mundo largos siglos,  
Pues de confusion me sacas.

REY.

¿Cómo? Vuelve.

BERMUDO.

Lo que has dicho  
Que tú hicieras he de hacer;  
Pues no podrás de delito

Argüirme, ejecutando  
Lo que aconsejas tú mismo. (Vase.)

REY.

¡ Notable caso! Confuso  
Quedo. ¿ Quién será el amigo  
Por quien dudoso Bermudo  
Esta pregunta me hizo?

Sale BELTRAN.

BELTRAN.

No puedo hallar á mi amo;  
Mas tal es el laberinto  
De palacio... Aquí está el Rey.

REY.

Vuelve, Beltran.

BELTRAN.

Aunque indigno,  
A tu sacra majestad  
Con el respeto debido  
Beso los piés, con que espero  
Ganar gracias; gracias, digo,  
Que decir; porque ya sé  
Que de mi pobre juicio,  
Ni se han de esperar consejos,  
Ni se han de estimar arbitrios.

REY.

Nada perderán por tuyos;  
Que don Fernando me ha dicho  
Que has estudiado, y que sabes  
Mezclar donaires y avisos,  
Entretenido en las burlas,  
Y en las veras entendido.

BELTRAN.

Confiado, según eso,  
Te diré ciertos caprichos  
Curiosamente observados  
Para enmienda de este siglo.

REY.

Dí; por ventura mis penas  
Divertiré con oírlos.

BELTRAN.

Pues el primero de todos  
Ha de ser á lo divino,  
Que á ti mas que á nadie toca,  
Por cristiano, y porque he visto  
Que de la eleccion que has hecho  
En mi amo, fué el motivo  
Primero ver el decoro  
Y respeto con que hizo  
Reverencia á tu retrato.  
Y así, en consecuencia, digo  
Que no es justo que se pongan  
En las calles y caminos  
Cruces ni imágenes santas;  
Que, demás de que el mas fino  
Católico, si acostumbra  
A pasar sin el debido  
Respeto por ellas, hallan  
Los sectarios de Calvino,  
Arrio y Lutero ocasion  
De ejecutar sus designios,  
Valiéndose de la noche  
Para injuriar, atrevidos,  
Con obscenos menosprecios  
Lo que adoramos indignos.  
Item, porque en todo importa  
Que se eviten los peligros,  
Y de las pendencias es  
El juego tan inucetivo,  
Y por estar á la mano  
Los candeleros, se han visto  
Tantos sangrientos efectos  
De sus agravios misivos,  
Los candeleros se claven  
En las mesas del garito.  
Item, porque faltan hombres  
Para el rústico ejercicio  
Y militar disciplina,

Y del sexo femenino  
Tanta copia vagamunda  
Vive de bureos lascivos,  
Por no hallar licitos modos  
Para poder adquirirlo;  
Será bien que se prohiban  
A los hombres los oficios  
Que pueden ellas usar;  
Que un barbon como un vestiglo,  
Con la mano como un boj,  
Con el brazo como un pino,  
Que puede esgrimir la pica  
Y puede regir el trillo,  
¡ Por qué ha de estarse al brasero,  
Pernicruzado, encogido,  
Como puede una doncella  
Con dedal, aguja é hilo?

REY.

Basta de arbitrios, Beltran;  
Yo confieso que de oírlos  
He gustado.

BELTRAN.

Pues si efecto  
Tan dichoso han conseguido,  
Yo los tengo por premiados;  
Mas si de un rey tan benigno,  
Poderoso y liberal,  
Tal favor he merecido,  
Parecerá justamente,  
Si á mas galardón no aspiro,  
Que poco de su largueza  
Y de mis méritos fio.  
Para mi amo tenia  
Un memorial prevenido;

(Dale un memorial.)

Mas, pues en la mar me veo,  
No he de pedir agua al rio.

REY.

Muéstrale.

BELTRAN.

En él, gran Señor,  
Todos mis méritos cifro;  
Pocos son, mas haré muchos  
Si me empleo en tu servio.

REY. (Mira el memorial.)

¿ Qué es aquesto? El memorial  
Ha trocado.

BELTRAN.

Ayuda os pido,  
Animas del purgatorio,  
Negociad vuestro bien mismo;  
Que si salgo con la empresa,  
Cincuenta misas os digo.

REY.

Trae recado de escribir.

BELTRAN.

Presto la promesa hizo  
Operacion; misas quieren  
Las ánimas. (Vase.)

REY.

¡ Qué corrido  
Ha de quedar cuando sepa  
Que el papel trocó, y he visto  
Lo que en este se contiene!  
El al fin ha dado alivio  
Este rato á mis pesares.

Sale BELTRAN, con recado de escribir, y el Rey escribe á excusas de él, y cierra el memorial y lo sella con la sortija.

BELTRAN.

El recado que has pedido  
Está aquí. (Ap. Cincuenta misas,  
Animas. ¡ Qué breve ha escrito!  
Pues el decreto está breve,  
¿ Quién duda que solo ha dicho:

«Hágase como lo pide?»  
Pues ¿lo cierras?

REY.

El estilo  
Es este de mis decretos,  
Que toca á Fernando abrirlos,  
Puesto que todos con él  
Primero los comunico.  
Entrégasele cerrado,  
Como te le doy.

BELTRAN.

Mil siglos  
Viva tu real persona.

REY.

Con razon, Beltran amigo,  
Me das gracias; que conforme  
Al memorial, certifico;  
Que no lo decretarias  
Mas en tu favor tú mismo. (Vase.)

Salen DON FERNANDO y BERMUDO.

BELTRAN.

¿Válgame Dios lo que puede  
Un rey! ¿Que este papellito,  
Con cinco ó seis garabatos  
Solos, de su mano escritos,  
Pueda hacerme gran señor  
O ponerme en Peralvillo?  
Pero mi amo y Bermudo  
Son estos; yo me retiro  
A aguardar que quede solo,  
Si acaso puedo sufrirlo.

DON FERNANDO.

Vuestra obligacion, Bermudo,  
Como noble habeis cumplido;  
Pero cumplidla tan bien  
Con el Rey como conmigo;  
Que delatar yo de mí  
Fuera acrecentar delitos,  
Que es especie de perder  
El respeto no encubrirlos.  
Entrad, decidse los vos;  
Que yo soy tan vuestro amigo,  
Que no quiero que perdais  
El mérito de decirlo.

BERMUDO.

Puesto que saberlo el Rey  
De mí ó de vos es lo mismo,  
Mejor os está que quiebre  
La primer furia conmigo.

DON FERNANDO.

Bien decís, entrad.

BERMUDO.

De mí  
Confíad; que soy tan fino,  
Que, ó vos quedeis perdonado,  
O quede yo desvalido. (Vase.)

DON FERNANDO.

¿Qué fieras perturbaciones!  
¿Qué combates! ¿Qué peligros  
Tienen los altos lugares!  
¿Quién del estado tranquilo,  
Quién de la orilla segura  
Me ha engolfado en el abismo  
De mares tempestuosos?  
No de aceros enemigos  
Temi el golpe, como el rostro  
Temo del Rey ofendido.  
Mas ¿qué importa, hermosa Elvira,  
Si el tuyo gozo benigno?  
¿Qué temo, si tú me quieres?  
Si te gano, ¿qué he perdido?

BELTRAN.

¿Señor?

DON FERNANDO.

¿Qué es esto?

BELTRAN.

Señor.

DON FERNANDO.

¿Estás loco?

BELTRAN.

A toda ley  
Migaja del Rey, del Rey  
Decreto en mi favor.  
Este memorial le di.  
Y él mismo lo decretó,  
Y cerrado me mandó  
Que te le entregase á ti.  
Abrelo, por Dios, de presto;  
Que estoy rabiando, y ha sido  
Gran prueba de ser sufrido  
No haberlo abierto.

DON FERNANDO. (Abre el memorial.)

¿Qué es esto?

BELTRAN.

Dime el decreto; que quiero  
Salir ya de confusion.

DON FERNANDO.

Importa á la ejecucion  
Ver el memorial primero.  
(Lee.) «Casa, diez; sola, cuarenta;  
»Viu, quince; doce, dos.»

BELTRAN. (Ap.)

La memoria es, voto á Dios,  
De mis pecados.

DON FERNANDO.

¿Qué cuenta

Es esta?

BELTRAN.

Tehte; no leas,  
No pases mas adelante.

DON FERNANDO.

Ahora será importante,  
Beltran, que el decreto veas.

BELTRAN.

¿Mal haya quien confiare  
De papeles su secreto!  
¿Hay tal yerro!

DON FERNANDO.

Oye, el decreto  
Dice: *Noli amplius peccari.*

BELTRAN.

¿Un consejo y en latin  
Es el despacho?

DON FERNANDO.

El te dió  
Lo que el memorial pidió;  
Migaja del Rey al fin. (Vase.)

BELTRAN.

¿Estaba borracho cuando  
Troqué el papel? ¿Hay rigor,  
Pena y vergüenza mayor?  
¿Qué sepa el Rey y Fernando  
Las culpas de mi conciencia!  
Esperar puedo el perdón;  
Que antes que la confesion  
He hecho la penitencia. (Vase.)

Salen EL REY y BERMUDO.

BERMUDO.

Señor, en ejecucion  
Del oficio que has fiado  
De mí verdad y cuidado.  
Vengo á hacerte relacion  
De un yerro, en que solamente,  
En premio de mi lealtad,  
Suplico á tu majestad  
Que perdone al delincuente.

REY.

Tan amigo y tan leal  
Te juzgo, que no pidieras  
Lo que pides, si entendieras  
Que hacerlo me estaba mal;  
Y así, desde aquí, Bermudo,  
Le perdono.

BERMUDO.

Pues con eso,  
Sabrás, Señor, el exceso,  
Que por ser quien soy me pudo  
Poner en la confusion,  
Cuyas tinieblas venciste  
Con el parecer que diste  
Entre Pitias y Damon.  
Don Fernando, gran Señor,  
Está enamorado.

REY.

Di,

Di lo demás; que hasta ahí  
No es culpa tener amor.  
Si excedió su obligacion  
Por amar, merece pena;  
Pero si amando se enfrena,  
Es digoo de galardon.

BERMUDO.

A deshora y disfrazado  
Fué á visitar la que adora.

REY.

¿Disfrazado y á deshora?

BERMUDO.

Sí, Señor.

REY.

¿Quién te ha informado

De ello?

BERMUDO.

Yo mismo lo vi.

REY.

¿Tú lo viste? Pues ¿qué hacías,  
Bermudo, tú, que lo vias,  
También á deshora allí?

BERMUDO.

Yo no lo pude excusar;  
Fuera de que, yo no soy  
Ministro; y así, no estoy  
Tan obligado á guardar  
Clausura; y si la tuviera,  
Ni pudiera en tu servicio  
Ejecutar el oficio  
Que me has dado, ni supiera  
Este caso.

REY.

Está bien. Di;  
De don Fernando el intento  
¿Es licito? Es casamiento?

BERMUDO.

Tengo por cierto que sí.

REY.

¿Y qué fortuna, qué estado  
Alcanza su pretension?

BERMUDO.

No logra mal su afeccion;  
Premio goza su cuidado.

REY.

¿Y quién es la dama?

BERMUDO.

A eso

No te puedo responder.

REY.

¿Cómo no?

BERMUDO.

Porque es hacer  
Contra orden tuya un exceso.

REY.

Ya te entiendo; tente, calla,  
Que me matas; ¡ay de mí!  
Que hallarte, Bermudo, allí,  
Y decir que es el nombralla  
Contra orden mía, bien claras  
Señas me da. Mas ¿es Flor  
Por ventura?

BERMUDO.

No, Señor.

REY.

Pues, Bermudo, ¿en qué reparas?  
Acábame de matar;  
Que ya en mí no puede hacer  
Mayor estrago el saber  
Del que ha hecho el sospechar.  
¿Es Elvira?

BERMUDO.

Sí, Señor.

REY.

¡Ah enemiga! ¿Qué impaciente  
Veneno, qué furia ardiente  
De rabia, si no de amor,  
Es esta en que tu venganza  
Me abrasa? Mas di, Bermudo,  
¿Vióte don Fernando, ó pudo  
Elvira, con esperanza  
De que á mí me lo dirias,  
Fingir allí lo que habló  
Con él?

BERMUDO.

Yo pienso que no;  
Que para saber si habías  
Perdonádome, á llamar  
Me envió en secreto Flor,  
Que no quiso este favor  
A Elvira comunicar,  
Por ser el primero, acaso  
Vergonzosa, y cuando entró  
Don Fernando, me escondió,  
Donde fui de todo el caso  
Testigo oculto.

REY.

¿Qué espero?

Qué busco á tan cierto daño  
Alivios en el engaño,  
Si en el desengaño muero?  
Bermudo, viven los cielos  
Que estoy loco; ya el valor  
Se rindió, y lo que no amor,  
Han conquistado los celos.  
¿Que con mi mayor amigo  
Ofenderme Elvira pudo?  
No lo sufriré, Bermudo,  
Yo no puedo mas conmigo.  
Determinado me vi  
A casarla, y de mis ojos  
Ausentarla, y mis enojos  
Sufriera con que de mí  
Naciese el privarme de ella;  
Mas naciendo de su amor,  
Es agravio, y el rigor  
De los celos atropella  
Las fuerzas del sufrimiento.  
Demás, que siendo Fernando  
Con quien me ofende, y estando  
A mis ojos, el tormento  
No cesará de matarme;  
Y así, solo este temor,  
Si no el celoso furor,  
Bastará á determinarme.  
Esta noche la he de ver,  
Mí pena quiero aliviar  
Al menos con estorbar,  
Ya que no pueda vencer.  
Mas Fernando viene aquí,  
Déjanos solos.

BERMUDO.

Señor,

Si en él es culpa el amor,  
No es ofensa contra ti,  
Que el tuyo ignora.

REY.

Es verdad;

La palabra que te he dado  
Cumpliré.

BERMUDO.

Siempre has mostrado  
Tu grandeza en tu piedad.

Sale DON FERNANDO.

REY.

¿Don Fernando?

DON FERNANDO. (Ap.)

¿Qué valor

Bastará en trance tan fuerte,  
Si contra la misma muerte  
No fuera invencible amor?

REY.

Si yo en todo he dado muestras  
De mirar vuestra opinion,  
¿Cómo mi reputacion  
Arriesgan locuras vuestras?  
¿Cómo, si yo os escogi  
Por sábio, cuerdo y prudente,  
Vuestra vida me desmiente,  
Y de mi eleccion así  
El crédito aventurais?  
¿ Vos, ministro, vos, privado,  
A deshora y disfrazado,  
Amante imprudente andais  
Por las calles de Leon?  
¿ Vos, que en los hombros sufris  
De un reino el peso, os rendis  
A una liviana pasion?

Salen NUÑEZ, MENDO y BELTRAN.

NUÑEZ.

Aquí está su majestad.

MENDO.

Y don Fernando.

REY.

Si os toca

Enfrenar la furia loca  
De tantas gentes, mirad,  
¿Qué razon, qué atrevimiento  
Tendréis para castigar,  
Si errando, dáis para errar  
Licencia en vez de escarmiento?

NUÑEZ.

Riñéndole está.

MENDO.

Yo creo

Verle presto derribado.

REY. (Ap.)

Allí hay gente y me ha escuchado;  
Fingiendo que no la veo,  
Lo remediaré.

BELTRAN. (Ap.)

Por Dios,

Que la máquina ha caído.

REY.

La opinion que hemos perdido,  
Si esto se sabe, los dos,  
¿Qué remedio tendrá? Pues  
Quedando en mi gracia, es llano  
Que han de llamarme liviano  
Si conservo á quien lo es;  
Y si os quito brevemente  
El puesto que os di, es mostrar  
Que ó soy fácil de mudar,  
Ó en elegir fui imprudente.—  
¿Qué os parece? ¿Sé reñir?  
¿Hago bien un enojado?

DON FERNANDO.

¿Qué es esto?

REY.

¿Os habeis turbado?

Verdad me habeis de decir.

BELTRAN.

Eso sí; que ya tenía  
Pendiente el alma de un hilo.

DON FERNANDO.

Señor, tan severo estílo  
¿Qué valor no turbaria?  
(Ap. Confuso estoy.)

MENDO.

¿Qué! ¿Fingido

Era el enojo?

REY.

Dejemos

Burlas, Fernando, y entremos  
A despachar. (Ap. á Fernando. Esto ha  
Porque nos han escuchado. [sido,  
Mirar yo mejor que vos  
Por la opinion de los dos,  
A conservar obligado  
Mi hechura; pero mirar  
Debeis que, como reñir  
Y conservar y sufrir,  
Sabré también castigar. (Vase.)

DON FERNANDO.

(Ap. ¿Qué prudencia, qué cordura,  
Y qué fuerte obligacion!  
Pero nunca la razon  
Puso freno á la locura;  
Yo estoy loco, y la esperanza  
De tu mano, Elvira hermosa,  
Es en mí mas poderosa  
Que el fausto de la privanza.)  
Lara ilustre, Mendo amigo,  
¿Quereis algo?

MENDO.

Solo hacer

Un recuerdo.

DON FERNANDO.

Es ofender

Mi amistad hacer conmigo  
Diligencia; mi deseo  
Lograré presto en los dos.

NUÑEZ.

Mil años os guarde Dios.

MENDO. (Ap.)

A mí no, si yo le creo.

BELTRAN.

¿Qué burlados han quedado!

MENDO.

¿Que ruegue yo á quien podía  
Ser...

NUÑEZ.

Callad, Mendo. (Vase.)

MENDO.

No habia

De nacer un desdichado.

BELTRAN.

¿A qué fin este picon  
Te dió el Rey?

DON FERNANDO.

Porque de aviso

Me sirva, las suyas quiso,  
Beltran, mostrarme el leon.

BELTRAN.

Témelas, pues las has visto.

DON FERNANDO.

¿Ay de mí, que es ciego amor,  
Y no conoce el temor!

Intilmente resisto  
Al deseo con que peno;  
Imposible es sujetallo,  
Que voy loco en un caballo,  
Con espuelas y sin freno;  
Por Elvira he de perder  
El alto puesto en que estoy;  
Pero si de Elvira soy,  
¿Qué importa dejar de ser  
Rico, Beltran, ni privado?  
Por ella el serlo estimé,  
Y sin ella no podré  
Dejar de ser desdichado.

BELTRAN.

Pues si te quieres perder,  
Fuerza es que una cosa sola  
Te advierta, y es, que de bota

Me has de llevar al caer;  
Y mientras eres privado,  
Fuera bien que yo subiese  
A puesto en que me luciese  
Haber sido tu criado.

DON FERNANDO.

Yo lo haré, con tal que pidas  
Cosa á tu virtud igual;  
Que pienso que el memorial  
Que le diste al Rey olvidas.

BELTRAN.

¡Oh, pese!...

DON FERNANDO.

Pero, dejado  
Eso aparte, Beltran, di,  
¿A quién has servido?

BELTRAN.

A ti.

DON FERNANDO.

Pues si á mi me has obligado,  
De mi hacienda has merecido  
El premio, conforme á ley;  
Mas de la hacienda del Rey,  
Solo él que al Rey ha servido. (Vase.)

BELTRAN.

Esa es doctrina, aunque tasa  
Mis aumentos, verdadera;  
Mas no soy bobo, quisiera  
Justicia, y no por mi casa.

Salen en casa ELVIRA y FLOR.

ELVIRA.

Loca estoy, Flor, ya vencí;  
Los efectos han mostrado  
Que el arte lo puede todo,  
Pues hoy con industria alcanzo  
Lo que no pudo el amor.

FLOR.

¿Cómo, Elvira?

ELVIRA.

Al Rey aguardo;  
Bermudo de parte suya  
Vino á prevenirme; tanto  
Pudieron con él los celos,  
Que espero ya, con su mano,  
La corona de Leon.

FLOR.

Amor sabe hacer milagros.

Sale UN ESCUDERO.

ESCUADERO.

Don Fernando de Quiñones  
Tu licencia está aguardando.

ELVIRA.

¡Ay hermana! ¿qué he de hacer?  
Que al Rey aguardo.

FLOR.

Hasle dado  
Favores, que en tal empeño  
Te han puesto, que no te hallo  
Consejo.

ELVIRA.

¡Oh gustos de amor,  
Siempre á pesares comprados!

FLOR.

De tu confusión te ofrece  
El remedio el mismo caso;  
Pues si con el Rey te encuentra  
Aquí don Fernando, es llano  
Que eso mismo es tu disculpa,  
Y será su desengaño;  
Y en el Rey aumentarás  
El amor, acrecentando  
Los celos, pues ellos son  
Lós que su pecho abrasaron.

ELVIRA.

Bien dices.—Entre.

Salen DON FERNANDO y BELTRAN.

FLOR.

Ni él puede  
Proseguir contra tan alto  
Competidor sus intentos,  
Ni culpará tus agravios;  
Y así, importa que no dejes  
De favorecerle en tanto  
Que el Rey llega, pues con eso  
Disimulas el engaño,  
Fingiéndole que sin tu gusto  
Trata el Rey de conquistarlo.

ELVIRA.

Tu consejo he de seguir.

DON FERNANDO.

No son días, no son años,  
Siglos son y eternidades,  
Bella Elvira, las que he estado  
Entre tinieblas oscuras,  
Hasta volver á miraros.  
Todo es tormento sin vos;  
Y así, vengo atropellando  
Montañas de inconvenientes,  
Y expuesto á peligros tantos,  
Cuantos deseó mi pecho  
Para mostrar lo que os amo,  
En lo que arriesgo por vos,  
A descontar, dueño amado,  
El infierno de no veros  
Con la gloria de miraros.

ELVIRA.

Fernando, no á los tormentos  
Que yo en vuestra ausencia paso  
Debeis menores finezas.

DON FERNANDO.

Si bien cuanto puedo os pago,  
Nunca podré lo que os debo,  
Con cuanto puedo, pagaros.  
Vos, Señora, perdonadme;  
Que, deslumbrado á los rayos  
De Elvira, disculpa tengo,  
Si dilaté el preguntaros  
Cómo estáis y el ofrecerme  
A servirlos.

FLOR.

Disculpado

Os deja el amor; yo estoy  
Con deseo de pagaros  
La parte de la ventura  
Que en la de mi hermana alcanzo.

DON FERNANDO.

Pues si de mi parte estáis,  
Seguro el efecto aguardo,  
Si vos terciáis con Elvira  
Para que me dé la mano.

Salen EL REY y BERMUDO, al paño.

REY.

Detente, Bermudo, espera;  
Que está aquí, si no me engaño,  
Don Fernando.

BERMUDO.

Él es. ¡Ay triste!

REY.

¡Qué atrevimiento! Rabiando  
Estoy, vive Dios, de enojo.

BERMUDO.

Señor, si está enamorado,  
Juzgar debes sus excesos  
Por los tuyos.

REY.

Calla; oigamos,  
Pues que no nos han sentido,  
Sus culpas y mis agravios.

ELVIRA.

Mis verdades ofendeis

Si os mostráis desconfiado;  
Fernando, si el alma os di,  
¿Cómo os negaré la mano?

DON FERNANDO.

Pues ¿qué aguardáis, cuando soy  
Tan dichoso?

ELVIRA.

Solo aguardo  
Que cumpláis, como debeis,  
Con la obligacion del alto  
Puesto que ocupáis, pidiendo  
Permiso al Rey.

DON FERNANDO.

Si me ha dado  
Tanto lugar en su pecho,  
¿Temeis que no he de alcanzarlo?

ELVIRA.

Antes porque no lo temo  
Quiero que lo hagáis; que cuando  
Lo temiera, no pondría  
A peligro el bien que gano.

REY.

(Ap. Ya ¿qué tengo que esperar  
Con tan claros desengaños?)  
¿Fernando?

(Sale.)

FLOR.

El Rey.

DON FERNANDO.

¡Ay de mí!

BELTRAN.

Cogido nos ha en el lazo;  
En tierra dió el edificio.

REY. (Ap. á don Fernando.)

¿Esta es la enmienda? ¿Este caso  
Hacéis del favor que os doy,  
Y el rigor que os amenazo,  
Pues aun no ha perdido el viento  
Las palabras que mis labios  
Hoy os dijeron, y ya  
Vos las habeis olvidado?  
¿Esta eleccion bice? ¿Vos  
Sois mi hechura? ¿Qué bien salgo  
Así, y qué bien me sacais  
Del empeño en que me hallo,  
Con haberos hecho! Solo,  
Vive el cielo, no os deshago,  
Por castigarme el error  
De hacerlos, en conservarlos.

DON FERNANDO.

Gran señor...

REY.

Callad, callad,  
Disimulad, sosedad;  
Poned bien el ferrerueto,  
Cobrad el color turbado;  
Que ya que, por mi opinion,  
Resuelvo no castigaros,  
No me está bien que esa gente  
Entienda que me he enojado.

DON FERNANDO.

Vuestra prudencia y piedad,  
Gran señor, obligan tanto,  
Que porque mas respandezcan  
En mi delito, no trato  
De disculparme, si bien,  
Volviendo á los ojos claros  
De doña Elvira los vuestros,  
Hallarades mi descargo.

REY.

(Ap. ¡Ay de mí, que esa verdad  
Conozco tan en mi daño!  
Mas, ya que á Elvira he perdido,  
Y he visto yo mis agravios,  
Virtud haré de la fuerza,  
Y valor del desengaño.)  
Elvira, yo os prometi  
Ser vuestro padrino cuando

## SER PRUDENTE Y SER SUFRIDO.

Hallásedes quien pudiese  
 Mereceros; ya ha llegado  
 La ocasión, pues solamente  
 Dilatasteis, aguardando  
 Mi licencia y gusto, el dar  
 A don Fernando la mano.  
 Dádsela que yo, sabiendo  
 Que él venia á visitaros  
 Amante y favorecido,  
 Por lo mucho que le amo  
 Y os estimo, quise, Elvira,  
 El contento anticiparos,  
 Trayendo yo la licencia.

ELVIRA.

Yo, Señor...

BELTRAN.

¡Válgate el diablo  
 Por mujer! ¡Ya lo rehusas,  
 Y lo estabas deseando?

DON FERNANDO.

¿Qué dudas?

ELVIRA.

No me aseguro

*(A don Fernando.)*

De que el Rey no está enojado  
 Contigo, y le quiero hablar.—

*(Apártase con el Rey.)*

Señor, si acaso es vengaros  
 El obligarme á que sea  
 Esposa de don Fernando,

Advertid que los favores  
 Que le he hecho han sido falsos,  
 Por vengarme del rigor  
 Con que me habeis abrasado;  
 Que vos sois solo mi dueño.

REY.

Los favores que tus labios  
 Le hicieron, públicos son,  
 Y es secreto, si es engaño;  
 Y así, cuando yo te crea,  
 No quiero que de tirano  
 Me den el nombre diciendo  
 Que le quito á don Fernando  
 Su esposa para mi dama.

ELVIRA.

¿Para vuestra dama?

REY.

¿Acaso  
 Puedes aspirar á mas,  
 O puede un rey dar la mano  
 A quien se sabe que hizo  
 Favores á su vasallo?

ELVIRA.

Pues si la vuestra he perdido,  
 Porque sepais que causaron  
 Esperanzas de ella sola  
 Mis yerros, y no livianos  
 Pensamientos, seré esposa  
 De don Fernando.— Ya ha dado  
 Su alteza seguridad

A mi temor, y la mano  
 Os doy, Fernando, de esposa.

REY.

Gozadla por muchos años,  
 Don Fernando.

DON FERNANDO.

En vuestra gracia  
 No podrán ser desdichados.

REY.

Vos, Flor, porque no quedeis  
 Envidiosa del estado  
 De Elvira, pues es notorio  
 Que mis favores reparto  
 Entre Fernando y Bermudo,  
 Y él los vuestros ha alcanzado,  
 Sed su esposa.

FLOR.

*(Ap. Los favores*

*fingidos nos obligaron  
 Tanto, que ha podido mas  
 Que la verdad el engaño.)  
 Yo soy vuestra.*

BERMUDO.

Y yo dichoso.

BELTRAN.

Y en habiendo dos casados,  
 Parece fin de comedia,  
 Y es forzoso que el lacayo  
 Pida mercedes al Rey  
 Y perdones al Senado.



## COMEDIA FAMOSA

TITULADA

# LA DONCELLA DE LABOR,

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

### PERSONAS.

DON DIEGO DE VARGAS.  
DON CÉSAR.  
DOÑA ISABEL DE ARELLANO.

DOÑA ELVIRA DE RIBERA.  
MONZON, *criado de don Diego.*  
LUCIA, *criada de doña Elvira.*  
INÉS, *criada de doña Isabel.*

TRISTAN, *criado de don César.*  
JULIO, *viejo.*  
UN CRIADO DE DOÑA ISABEL.

### JORNADA PRIMERA.

*Salen DON DIEGO Y DON CÉSAR,  
con una espada desnuda en la mano.*

DON CÉSAR.  
Esta hoja es un diamante,  
Porque es del mejor maestro,  
Mas acertado y mas diestro,  
Que tuvo el Tajo.

DON DIEGO.  
Adelante;  
Que ya la señal lo muestra.

DON CÉSAR.  
Mas pienso que es algo corta;  
Y así, por si acaso importa,  
Trocádmela por la vuestra,  
Que me haréis un grande gusto.

DON DIEGO.  
Ya sabeis mi voluntad;  
Esta es mi espada, tomad. *(Se la da.)*  
*(Ap. César tiene algun disgusto.)*

DON CÉSAR.  
A questo solo queria.—  
Adios.

DON DIEGO.  
Escuchad primero.  
Por amigo y caballero,  
Ha sido obligacion mia  
Daros, don César, la espada;  
Mas por honrado no puedo,  
Aunque la espada os concedo,  
Que estará en vos tan honrada,  
Dejar que de aqui salgais.  
Por lo que importa a los dos,  
Sinirme, César, con vos,  
O saber adónde vais;  
Que dejáros ir así,  
Siendo tal nuestra amistad,  
En vos fuera sequedad,  
Y bajeza fuera en mí;  
Y no tengo de querer,  
Cuando se que a reñir vais,

Que vos ingrato seais,  
Ni yo de ruin proceder.

DON CÉSAR.  
Despues sabréis el suceso;  
Hacedme aquesta merced.

DON DIEGO.  
Iréme con vos.

DON CÉSAR.  
Tened,  
Porque no puede ser eso.  
Deciros á lo que voy  
Es justo, siendo mi amigo;  
Mas dejáros ir conmigo  
No puedo, siendo quien soy.  
Un deudo mio ha tenido  
Con un hombre cierto enfado,  
Y en fin, se han desafiado,  
Y entre los dos convenido  
Que un amigo ha de llevar  
De su parte cada uno;

Si hubiera de ir otro alguno,  
Yo os viniera á suplicar  
Que os viniérades conmigo;  
Mas ir tres donde van dos,  
Ni á mí me está bien, ni á vos.  
Y así, pues que sois mi amigo,  
Quedad por los dos aqui;  
Que ir al campo con ventaja,  
En vos fuera cosa baja,  
Y fuera desaire en mí;  
Y no es justo que queráis,  
Por querer ir á mi lado,  
Que yo quede desairado,  
Ni vos de quien sois perdais.  
Y así, que os quedeis os pido,  
Pues que vamos hombre á hombre.

DON DIEGO.  
César sois, ya con el nombre  
Parece que habeis vencido,  
Y pues que vencido habeis,  
Ya desisto de ir con vos.  
Dios os guarde.

DON CÉSAR.  
Adios.

DON DIEGO.  
Adios.

DON CÉSAR.  
Presto el suceso sabréis. *(Vase.)*

*Sale MONZON.*

MONZON.  
Yo vengo á linda ocasion,  
Que ya don César se va.

DON DIEGO.  
Pena, y no poca, me da  
El suceso.—¿Qué hay, Monzon?

MONZON.  
Aguardando que se fuera  
Don César he estado una hora.

DON DIEGO.  
Pues ¿qué quieres?

MONZON.  
Mi señora  
Doña Elvira de Ribera,  
Horra de dueña y de tia,  
Para gozar de la noche,  
Sola, hermosa y en un coche,  
Como quinola con guia,  
Te está esperando en el Prado.  
Pero parece que estás  
Sin gusto.

DON DIEGO.  
En lo cierto das,  
Porque va desafiado  
Don César.

MONZON.  
¡Grave desdicha!

DON DIEGO.  
Claro está, porque es salir,  
Resuelto un hombre á morir,  
O, si tiene mejor dicha,  
A matar á su enemigo;  
Que viene á ser malo todo.

MONZON.  
Malo es morir de ese modo;

Mas tambien, la verdad digo,  
Que quien muere de esa suerte  
Se excusa de muchas cosas  
Muy cansadas y enfadosas.

DOÑ DIEGO.

¿Qué dices?

MONZON.

Que si la muerte  
Presurosa no tuviera  
Para el alma detrimento,  
Un hombre de bien pudiera,  
Por no hacer su testamento,  
Pedir en abreviatura  
Su muerte; porque en llegando  
A escribirse el «*Item* mando  
El cuerpo á la sepultura,  
El mayorazgo á mi hijo,  
La tercia parte á mi esposa,  
Que es honesta y virtuosa  
(Aunque mienta quien lo dijo);  
*Item* mas : á mi criado  
Todo el salario corrido,  
A mi amigo tal vestido,  
Al doctor que me ha curado  
Una taza de beber,  
A mi esclavo libertad,  
Por la buena voluntad  
Que me ha mostrado tener;»  
Verás que el amor se trueca  
En ambicion descortés,  
Porque, en llegando á interés,  
El mas ajustado peca.  
Y si el triste pide pisto,  
Dicen que no es de importancia,  
Y en lugar de la sustancia,  
Su suegra le trae un Cristo.  
Cuando ya con fuerzas pocas  
Algo pregunta prolijo,  
«Mayorazgo,» dice el hijo;  
La mujer responde, «*tocas;*»  
El fraile, «ya no se queja;»  
El deudo, «traigan la cruz;»  
El sastre, «aquí está el capuz;»  
El cura, «¿qué misas deja?»  
El criado, «hoy me despido;»  
El médico, «taza y coma;»  
El esclavo, «horro Mahoma,»  
Y el amigo, «mi vestido.»  
Así, por no ver aquesto  
Entre el hijo y la mujer,  
Que, si lloran, es por ver  
Que no les despena presto,  
Digo que dicha será,  
Cual mártir de Berbería,  
Morir por ensalmo un día;  
Pues siendo así, no verá  
De la mujer la malicia.  
El fruncimiento en el hijo,  
Del esclavo el regocijo,  
Y de todos la codicia.  
Mas, si no me engaño, allí  
Parece que oigo rumor.

DOÑA ISABEL. (*Dentro.*)

Llamad á vuestro señor,  
O decidle que está aquí  
Una afligida mujer.

DOÑ DIEGO.

Una mujer es que está  
Buscándome.

MONZON.

¿Quién será?

DOÑ DIEGO.

Yo no he menester saber  
Sino que á mi me busco,  
Y que trae algun pesar;  
Di que la dejen entrar.

MONZON.

¿Para qué, si ella se entró?

Salen DOÑA ISABEL DE ARELLANO,  
con manto y sin chapines, muy albo-  
rotada, é INÉS, con los chapines de  
su ama en la mano.

DOÑA ISABEL.

Pues sois señor principal,  
O el traje al menos lo dice,  
Amparad una infelice,  
Que, huyendo de mayor mal,  
Se viene á valer de vos  
Contra el rigor de un marido,  
Que, celoso y ofendido,  
Me viene siguiendo. ¡ay Dios!  
Para quitarme la vida,  
Con sus deudos y parientes,  
Nobles todos y valientes.

DOÑ DIEGO.

Ya tendréis quien se lo impida.  
Mas decidme, ¿es la ocasion  
Muy apretada?

DOÑA ISABEL.

Es tan fuerte,  
Que solo puede mi muerte  
Restaurarle la opinion;  
No importa que parte os dé  
De todo, estando tapada,  
Porque, siendo yo casada,  
Ciegamente me arrojé  
A querer á un caballero,  
Con estrella tan cruel,  
Que me halló agora con él,  
Aunque, saltando ligero  
Por los hierros de un balcon,  
Mientras iban á buscallo,  
Salir pude yo á la calle,  
Si bien con tal turbacion,  
Que, por prisa que me di,  
Mi esposo á verme alcanzó,  
Y á satisfacer bajó  
Toda su cólera en mí;  
Hasta que en tan triste estado,  
Huyendo de él, al volver  
De esa esquina, pude hacer  
De vuestra casa sagrado.  
Yo no sé si mi marido  
Me vió entrar; que si me vió,  
Mi fin sin duda llegó;  
Mas si acaso ha sucedido  
Que, con la noche, me errase,  
Y pensando (¡muerta estoy!)  
Que la calle arriba voy,  
Adelante se pasase  
Con sus deudos y su gente,  
Hacedme tanta merced  
Que en vuestra casa me esté  
Por dos horas solamente;  
Que despues yo tengo donde  
Estar con seguridad.

DOÑ DIEGO.

Lo que mi noble piedad  
(No os aflijais) os responde,  
Es que podeis hacer cuenta  
Que libre y segura estáis  
De cuantos miedos podais  
Recelar en vuestra afrenta,  
Aunque me sepa perder.

DOÑA ISABEL.

Sois principal.

DOÑ DIEGO.

Soy un hombre,  
En la corte, de buen nombre,  
Y sé lo que debo hacer;  
Y así, estad con desenfado  
Mientras la calle paseo;  
Que si acaso en ella veo  
Cosa que nos dé cuidado,  
Volveré al punto, dispuesto  
A hacer cuanto me mandeis,

Hasta que segura esteis.  
Y si no hay nadie, supuesto  
Que de estaros en mi casa  
Gustais, despues volveré,  
Y en todo obedeceré  
Vuestro gusto.

DOÑA ISABEL.

Ya esto pasa  
Aun mas allá de clemencia;  
Mas, si así ha de ser, Señor,  
Pues me haceis tanto favor...

DOÑ DIEGO.

Decidlo.

DOÑA ISABEL.

Con advertencia  
De que nadie me ha de ver  
Ni ha de entrar donde estuviere,  
Fuera de vos, sea quien fuere.

DOÑ DIEGO.

Así lo prometo hacer:  
Y para que esteis mas cierta,  
Y vuestra duda se acabe,  
Esta es del cuarto la llave. (*Se la da.*)  
Cerrad por dentro la puerta,  
Y estando solas las dos,  
Abriréis cuando querais.

DOÑA ISABEL.

En todo quien sois mostrais.

DOÑ DIEGO.

Dios os guarde.

DOÑA ISABEL.

Guárdeos Dios.

MONZON.

¿La llave las dejás?

DOÑ DIEGO.

Sí.

MONZON.

Plegue á Dios no sean de trato,  
Que carguen con todo el ato  
Mientras volvemos aquí;  
Porque ya en Madrid ha habido  
Mujer que de esa manera  
Ha entrado, y red verdadera  
De muchas cosas ha sido.

DOÑ DIEGO.

Esto es ser, Monzon, cortés.

INÉS. (*Ap.*)

Es el valor como el taller.

DOÑ DIEGO.

Vamos á mirar la calle,  
Y á ver á Elvira despues.

(*Vanse.*)

DOÑA ISABEL.

¿Fuéronse ya?

INÉS.

Sí, Señora.

DOÑA ISABEL.

Dame los chapines presto.

INÉS.

Aquí están.

DOÑA ISABEL.

Bien se ha dispuesto.

INÉS.

Mas ¿no me dirás ahora,  
Pues jamás de mi encubriste  
Hasta el menor pensamiento,  
Con qué fin ó con qué intento  
A un hombre que apenas viste  
Le cuentas que eres casada,  
Que tu marido te halló  
Con otro, que le siguió,  
Desuoda la limpia espada;  
Que, ligero, tu galan  
Se arrojó por el balcon;  
Que tú, con la turbacion,  
Con el susto y el afan,  
Bajaste por la escalera,

Metiéndote por el lodo,  
Siendo, como sabes, todo  
Mentira, engaño y quimera?  
Pero tan bien ordenada,  
Con tal arte y tal compás,  
Que, con saber que jamás  
Fuiste, Señora, casada,  
Sin dolor y sin sentido,  
Tus vivos afectos viendo,  
Volví á la puerta, temiendo  
Que viniese tu marido;  
Porque quien con tal piedad  
Se quejaba lastimosa,  
Parece imposible cosa  
Que no dijese verdad.

DOÑA ISABEL.

Porque es fuerza que te haga  
Novedad mi pensamiento,  
Y porque tu entendimiento  
En todo se satisfaga,  
Escúchame, y brevemente  
Verás tú el desengaño,  
De este ardid el fin extraño.

INÉS.

Ya te escucho atentamente.

DOÑA ISABEL.

Yo nací, como sabes, en Plasencia;  
Sola en mi casa, y con seis mil ducados  
De renta cada un año, que es mi herencia,  
Que no son pocos, siendo bien pagados.  
De un pleito la forzosa diligencia  
Me puso, con mi casa y mis criados,  
En la corte, mi padre ya difunto;  
Mas esto ya lo sabes, voy al punto.

No es tan duro el diamante cuando  
Pues rozado con otro se entornece;  
No es tan áspero el massilvestre tronco,  
Pues ya por los abriles reverdece,  
Ni el mar, que de dar voces está ronco,  
A la vista tan rigido se ofrece,  
Como mi corazón, y en un instante,  
Ni fué mar ni fué tronco ni diamante.  
¿No has visto descender un arroyuelo,  
Sudando de luchar con un peñasco,  
Cuyo alfanje de perlas y de hielo  
Cruzó la cara al glóbo de damasco;  
Y que bajando desde el monte al suelo,  
A los piés detenido de un carrasco,  
La cólera reporta, siendo á veces  
Inmóvil vidriera de los peces?

Pues así mi desden, que allá en su esfera  
De mármol al amor, y mudo á el ruego,  
Cuanto encontró soberbio en la carrera  
Pisó, desharató y abrasó ciego,  
De Madrid en tocando la ribera  
Abrió los ojos, conoció á don Diego,  
Confesóle galán, rindióle el alma,  
Y como allá el arroyo, quedó en calma.  
En un caballo que los piés ponía  
Tan bien sobre la yerba que peinaba,  
Que apenas su melindre lo sentía,  
Con que del aire á veces se quejaba,  
Porque usando á su modo cortesía  
Con las flores del prado donde estaba,  
Sin ajarles el nácar del vestido,  
El polvo les limpiaba recibido;  
Iba don Diego ¡ay cielo! tan brioso,  
Que me obligó á pararme ya escuchalle,  
Por ver si era discreto como airoso,  
Que tal vez riñe el alma con el tallo;  
Mas anduvo tan cuerdo y generoso,  
Que parece que el cielo, al bosquejalle,  
Trocó las suertes y le dió el agrado  
Que estaba para algún desaliñado.  
Como el leon, que en la primera fiebre  
Extraña aquel incendio que le aqueja,  
Y cual si fuera un conejuelo ó liebre,  
Hemolina en el suelo la guedeja;  
Así mi corazón, porque se quiebre

La ley que á ser ingrata me aconseja,  
Como era nuevo aquel calor que via,  
Forcejaba á estorbarle y no podía;  
Mas buscando remedio al accidente,  
Porque del alma el pulso le tuviera,  
Di en dudar si don Diego era valiente,  
Como si el ser quien es no lo dijera;  
Que es mi espíritu tal, que solamente  
Con que supiera que cobarde era,  
Aunque con lo demás me enamorara,  
En mi vida á la cara le mirara.  
Y así, para salir de aquesta duda,  
Con fingido ademan, con voz turbada,  
Afligida, mortal, medrosa y muda,  
Ciega, desfavorida y alterada,  
Pidiendo entré favor, socorro, ayuda,  
A su sangre, á su aliento y á su espada,  
Y porque yo volviese mas perdida,  
Me dió el favor y me quitó la vida.

INÉS.

Notable invención ha sido;  
Mas, ya que don Diego es  
Valiente como cortés  
Y galán como entendido,  
¿Qué falta ha de hacer aquí?

DOÑA ISABEL.

Estando de esta manera,  
Lo que falta es que me quiera,  
Ya que por mí bien le vi.

INÉS.

Y de César ¿qué has de hacer,  
Que, como ves, te enamora,  
Te sirve, obliga y adora?

DOÑA ISABEL.

Si no le puedo querer,  
Lo que he de hacer, ¡pena fuerte!  
Es procurar que su fuego  
Se pase todo á don Diego.

INÉS.

Y mientras que vuelve á verte,  
¿Qué has de hacer?

DOÑA ISABEL.

Abrir su cuarto,  
Y verlo todo muy bien.

INÉS.

Plegue al cielo que con bien  
Salgamos de aqueste parto.

DOÑA ISABEL.

Pues ¿qué temes?

INÉS.

Que al volver,  
De Tarquino imite el nombre.

DOÑA ISABEL.

No hay fuerza, Inés, en el hombre,  
Si no quiere la mujer.

(Vanse.)

Salen en el Prado DON DIEGO, DOÑA  
ELVIRA y MONZON.

DON DIEGO.

Di que se aguarde el coche,  
Pues que gozar del fresco de la noche  
Quiere á pié doña Elvira.

MONZON.

Ya junto aquella fuente se retira.

DOÑA ELVIRA.

Bueno está el prado.

MONZON.

Bueno,  
Si no hubiera catarros ni sereno.

DOÑA ELVIRA.

Cosas tienes de viejo en el regalo.

MONZON.

Años tengo, Señora, que es lo malo.  
Mas dejemos aquesto,

Por triste, por cansado y por molesto;  
Y decidme entre tanto que nos vamos,  
Pues que solos estamos,  
Cómo os va del amor y sus extremos.

DON DIEGO.

[mos  
Hasta ahora, muy bien, pues nos quiere-  
Sin celos, sin disgustos ni pesares,  
Que del fuego de amor son los azares.

MONZON.

¿Sin celos hay amor? No me conformo.

DON DIEGO.

Tú te conformarás si yo te informo.

DOÑA ELVIRA.

Solo para escucharte  
Lo que vas á decir, mandé llamarte.

MONZON.

Ya espero la respuesta.

DON DIEGO.

Pues la respuesta de tu duda es esta.  
A un caballero de esta corte amaba  
Doña Elvira.

DOÑA ELVIRA.

Es verdad.

DON DIEGO.

Y cuando estaba

Mas vivo este cuidado...

DOÑA ELVIRA.

Dilo de presto, pues que ya es pasado.

DON DIEGO.

Enamoró á otra dama.

DOÑA ELVIRA.

Y yo, atenta á mi nombre y á mi fama,  
Me resolví, celosa y ofendida,  
A no velle en mi vida,  
Ni consentille hablar en nuestras bodas;  
Al fin saltó con ello; que si todas  
Aquesto mismo hicieran [ran,  
Cuando su agravio ó su desprecio vic-

[ran  
Yo sé bien que los hombres no agravia-  
Con tanto desahogo á quien amaran.  
Mas si luego á su ruego nos rendimos,  
Y aun perdonamos mas de lo que vimos,  
¿Qué mucho que repitan los agravios,  
En fe de nuestro amor y de sus labios?  
Esto es cuanto á mi amor y el de mi  
Pasa agora adelante, [amante;  
Y di lo que pasó despues contigo,  
Que importará mas.

DON DIEGO.

Pues digo [do,  
Que estando yo tambien, por mal paga-  
Casi en el mismo estado  
Que Elvira, pues amaba  
A quien amando en otra parte estaba,  
Nos juntamos los dos para quejarnos  
Mientras que no pudiésemos amarnos;  
Y en fin, nos convenimos,  
Que con el tiempo mejorar nos vimos,  
En que adelante nuestro amor pasemos,  
Y nos queramos sin hacer extremos,  
Escarmentando en el amor pasado,  
Para no consentir otro cuidado.

Y así, buyendo comunes necesidades  
De vender por mentiras las verdades,  
Viene á ser como esgrima el amor nues-  
doñe con pulso diestro, [tro,  
Con arte, ciería y gala,  
La herida solamente se señala;  
Que entre los diestros leyes son sabidas  
Que no han de ejecutarse las heridas;  
Con lo cual ella alegre, yo gustoso,  
Ni perdemos el tiempo ni el reposo.  
Y si alguno le pierde en la batalla  
(Ap. Como yo, que la adoro), sufre y ca-  
Siendo nuestro cuidado, [lla,  
Si no el mas fino, el mas acomodado;

[que ama,

Que es la primera vez que un hombre

Ni da ni pide celos á su dama.  
Colige agora tú de estos desvelos  
Si puede haber amor donde hay celos.

MONZON.

Aquese no es amor.

DOÑA ELVIRA.

Aparta ahora.

MONZON. (Ap.)

Colérica responde esta señora.

DOÑA ELVIRA.

Al principio es verdad que ese contrato  
Hizo nuestro descuido; pero el trato  
El contrato deshizo, ¡ay de mi triste!  
Que con el trato nadie se resiste.  
Una piedra se gasta  
Si el agua muchas veces la contrasta,  
Su fuerza un metal pierde  
Si el buril ó cincel le pule ó muere,  
Ríndese un bronce luego  
Si el martillo le busca junto al fuego,  
Desmantélase un muro  
Si el tiempo le persigue mal seguro,  
Y hasta un monte caduca  
Si el aire por el centro le trabuca  
Con diáfana espada;

Pues ¿qué mucho que yo, desesperada,  
Me viniese á rendir, hablando y viendo  
Un hombre á todas horas, y no siendo,  
Aunque mi ser mas alto se remonte,  
Piedra, hierro, metal, castillo ó monte?  
Esto es decir, don Diego, que te quiero,  
Y que con tus frialdades desespero;  
Y así, déjalas ya, por vida mía;  
Que aquece tu desprecio es grosería.  
Dirás que fué mandato, y yo respondo,  
Con el fuego que escondo,

Y lo conoces tú, pues cuerdo eres,  
Que muchas cosas mandan las mujeres,  
Que viene á ser desaire para ellas,  
Teniéndolas amor, obedecellas;  
Porque mas es desprecio que cordura  
Obedecellas contra su hermosura.  
Y así, yo me resuelvo á que me quieras,  
Como sueles, de veras,  
Y no queriendo, desde luego puedes  
De mi amor, de mi casa y mis paredes  
Despedirte, don Diego;

Que aunque es mucho mi fuego,  
Soy mujer, como sabes, de manera,  
Que aunque morir me viera,  
Primero me dejara [ra  
Morir que dar licencia á que me habla-  
Un galán, por mi mal, tan bien mandado  
Y tan acomodado  
En el amor que tiene,  
Que pienso, cuando á visitarme viene,  
Segun el juego de su amor entabla,  
Que don Domingo de don Blas me habla.

DON DIEGO.

¿Tú enojada, mi bien? Señora mía,  
Esto es hacer mayor mi grosería.

MONZON.

Tiene razon.

DON DIEGO.

Confieso [ceso;

Que en parte ha sido mi obediencia ex-  
Pero si mi obediencia dióte enojos,  
Pudieras despacitar con mis ojos;  
Pues con ellos á voces te decía  
Que sin mi voluntad te obedecía;  
Porque, aunque al parecer disimulaba,  
De parte allá del pecho te adoraba,  
Y temiendo perderte,  
Te amaba para mí por no perderte;  
Pero, ya que te escucho ¡ay dueño her-  
Que soy tan venturoso, [moso!  
Alma, vida, potencias y sentidos  
Pongo á tus piés, de tu beidad rendidos.

DOÑA ELVIRA.

Ahora sí, don Diego, que sin miedo  
El alma con los brazos darte puedo.

DON DIEGO.

Yo siempre tuyo he sido,  
Aunque el alma encubiertolo ha tenido.

DOÑA ELVIRA.

Así estarás pagado y yo segura.

DON DIEGO.

¡Qué dicha!

DOÑA ELVIRA.

¡Qué contento!

DON DIEGO.

¡Qué ventura!

DOÑA ELVIRA.

Esto si que es querer, piadosos cielos.

DON DIEGO.

Esto si que es vivir, aunque haya celos.

DOÑA ELVIRA.

Yo soy tuya, bien mío.

DON DIEGO.

Y yo esclavo tambien de tu albedrío.

(Abrázanse.)

MONZON.

Y yo, con bendiciones á puñados,  
Digo que Dios os haga bien casados.

Mas advertid tambien que es mediano-  
Y no parece en todo el Prado el coche.

¿Qué respondes, Señor?

DON DIEGO.

Que á Elvira espero.

MONZON.

¿Quieres irte?

DOÑA ELVIRA.

Primero,

Si hubiese en qué, querría

Beber, Monzon, de aquella fuente fria.

DON DIEGO.

¿Traes barro?

MONZON.

Bueno es esto.

DON DIEGO.

Pues no importa;

De aquí á mi casa la jornada es corta,

Y si por ella gustas de pasarte,

Agua y dulces habrá.

DOÑA ELVIRA.

Quiero pagarte

El gusto que me has dado

Con ir hasta tu casa.

MONZON.

(Ap. Él se ha olvidado

Sin duda de la dama [ma

Que de él vino á ampararse; aquí me lla-  
Lo de «comí su pan».) ¿Señor?

DON DIEGO.

¿Qué quieres?

MONZON.

Bien se conoce que discreto eres

En lo de sin memoria, pues te olvidas

De las damas que dejas escondidas.

DON DIEGO. [haremos?

Vive Dios, que es verdad. Mas ya ¿qué

MONZON.

Excusarla que vaya, pues podemos.

DON DIEGO.

¿Y si acaso se queja?

MONZON.

Eso á mí me lo deja.

DOÑA ELVIRA.

¿No vamos?

MONZON.

No; que mas galantería

Es ir á la primer confitería,  
Y saquearla toda.

DON DIEGO.

Bien has dicho.

MONZON.

Soy hombre en todo de gentil capricho.

DOÑA ELVIRA.

No ha dicho tal; que es bárbara locura  
Pensar que estimo yo la confitura  
Para beber ahora; [ra!  
Dulces habrá en tu casa, ¿quién lo igno-  
Y eso querrá en tu casa quien se abrasa.

MONZON.

Amargarán los dulces que hay en casa.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿por qué?

DON DIEGO.

Calla, no es. — [cio.

Tu gusto, Elvira, mas que mi honor pre-  
DOÑA ELVIRA.

No, don Diego; algo ha sido

Lo que Monzon te murmuró á el oído.

DON DIEGO.

Es verdad, y negártelo quería  
Por no asustarte; pero ya sería  
Mucho peor negarlo.

DOÑA ELVIRA.

Fuera cierto.

DON DIEGO.

Por eso yo de la verdad te advierto.  
Don César, a quel grande amigo mío,  
Ha salido esta noche á un desafío;  
Dijomelo Monzon, y yo quisiera,  
Si licencia me diera  
Tu amor, ir á su casa,  
Para saber de cierto lo que pasa.  
Esto fué, por mi vida.

DOÑA ELVIRA. (Ap.)

Esto es engaño;

Pero aquí menos daño  
Es callar ofendida  
Que darme con los dos por entendida;  
Que á su tiempo yo haré lo que conven-  
Para que todo á declararse venga. [ga

DON DIEGO.

¿Qué dices?

DOÑA ELVIRA.

Que en un lance que es tan justo,  
Tu opinion es primero que mi gusto.  
No quiero embarazarte;  
Noble has nacido, parte,  
Y sal de ese cuidado, [rado.  
Cumpliendo en todo como amigo hon-  
Véte, y nada me digas.

DON DIEGO.

A un tiempo me enamoras y me obligas.

DOÑA ELVIRA. (Ap.)

Llevo de sobresaltos lleno el pecho.

DON DIEGO.

Vamos, Monzon.

MONZON.

Creyólo.

DON DIEGO. (Ap.)

Bien se ha hecho.

MONZON.

¡Avison, femenil cazuelería,  
Que mamais dos mil de estas cada día!

Salen DOÑA ISABEL é INÉS,  
en casa de don Diego.

DOÑA ISABEL.

Ya estoy celosa de ver

Lo que don Diego se tarda,

Pues sabiendo que le aguarda  
En su casa una mujer,  
El detenerse es indicio  
De que con otra estará,  
A quien perdido amará,  
Para que yo pierda el juicio.

INÉS.  
Mientras no sabe don Diego  
Tu amor, él tiene disculpa.

DOÑA ISABEL.  
Ya sé que toda la culpa  
Es de mi amor loco y ciego.

INÉS.  
Pues declárate, y despues  
Feliz ó infeliz te llama.

DOÑA ISABEL.  
Si él quiere bien á otra dama,  
Mal me aconsejas, Inés,  
Porque es quedar desairada.

INÉS.  
Pues ¿qué has de hacer?

DOÑA ISABEL.  
Y querer hasta morir,  
Celosa y desesperada,  
Ya que otro alivio no tiene,  
Ni otro remedio, mi amor,  
Que es la desdicha mayor.  
Mas, pues don Diego no viene,  
Que tambien me maravilla,  
Cuando mi peligro piensa,  
Y se obliga á la defensa,  
Vete y véme por la silla,  
Y vamos de aquí.

INÉS.  
Yo voy,  
Si bien me aflige el pensar  
Que sola te has de quedar.

DOÑA ISABEL.  
No importa; segura estoy.

INÉS.  
No sé si bien aconsejas,  
Aunque es don Diego cortés.

DOÑA ISABEL.  
No me quedo sola, Inés,  
Porque conmigo me dejas.

INÉS.  
Pues lo mandas, á abrir voy.

Abre una puerta, y asómase por ella  
DON DIEGO.

Mas ¡ay cielo!  
DON DIEGO.  
Esa señora

¿Qué hace?  
INÉS.  
Suspira y llora.

DON DIEGO.  
Pues decidla que aquí estoy.

INÉS.  
De buena gana; esperad.—  
Señora, don Diego...

DOÑA ISABEL.  
Di.

INÉS.  
Quiero verte; ¿entrará?  
DOÑA ISABEL.  
Sí.

INÉS.  
Voy á decírselo.—Entrad.  
(Ap. Notable capricho es  
Pedir licencia en su casa.)

DOÑA ISABEL.  
Oye, sabe lo que pasa,  
Y trae la silla despues.

DON DIEGO.  
Vos seais muy bien hallada.

DOÑA ISABEL.  
Y vos, Señor, bien venido.

DON DIEGO.  
¿Cómo del susto os ha ido?

DOÑA ISABEL.  
Como de vos amparada.

DON DIEGO.  
Segura la calle está.

DOÑA ISABEL.  
Basta haberla vos mirado.

DON DIEGO.  
¿Qué hora es?  
DOÑA ISABEL.  
Las once han dado.

DON DIEGO.  
Segun eso, es tarde ya.

DOÑA ISABEL.  
Sí, Señor; que como vos  
Estado habeis divertido,  
El tiempo no habeis sentido,  
Que yo siento por los dos.  
Mas ¿quién duda que sería  
Dama la que os divertió?  
Esto juráralo yo  
Sin verlo, por vida mia;  
Si no es que con gala y brio,  
Quereis decir que no amais,  
Y que por cuerdo pagais  
La voluntad de vacío;  
Porque ya es visto en quien ama  
Y parla por pasatiempo,  
Aunque tenga seis á un tiempo,  
Decir que no tiene dama.

DON DIEGO.  
A importar á vuestro estado  
El saber mi voluntad,  
Os dijera la verdad.  
Mas, dejando aquesto á un lado,  
Advertid que ya es error,  
Si en ello bien se repara,  
Que encubra de mi la cara  
Quien fia de mi su honor.

DOÑA ISABEL.  
(Ap. Eso sí, festejemé,  
Y porfie, pues porfie.)  
Antes la cara no os fio,  
Porque el honor os fie.

DON DIEGO.  
Pues si importa el encubrirse,  
No he de ser con vos molesto.

DOÑA ISABEL.  
(Ap. ¡Válgame Dios! ¡y qué presto  
Sabe un cuerdo reducirse!)  
A fe que sois reportado.

DON DIEGO.  
Siempre cortesano fui.

DOÑA ISABEL.  
Y me habian dicho á mi  
Que érades muy porfiado!  
Mas ¡ay Dios! si no me engaño,  
Aquel hombre que ha venido  
Es deudo de mi marido.

DON DIEGO.  
No importa.  
DOÑA ISABEL.  
(Ap. Suceso extraño,  
Don César es.) Pues, Señor,  
Considerad que mi vida  
Está en no ser conocida.

DON DIEGO.  
Perded, Señora, el temor,  
Y allí dentro os retirad;  
Porque por vos y por mi  
Nadie ha de pasar de aquí.

Sale DON CÉSAR.

DON CÉSAR. (Ap.)  
Con la poca claridad  
De la luz del corredor,  
Vi una mujer allá fuera,  
Y á ser posible, creyera  
Que era Inés, pero es error;  
Porque ¿con qué intento aquí  
Había de entrar Inés?

DON DIEGO.  
¿Qué dudo? Don César es.

DON CÉSAR.  
¿Es don Diego?

DON DIEGO.  
Amigo, sí.

DOÑA ISABEL. (Ap.)  
¡Hay lance mas apretado!

DON DIEGO.  
Y en fin, ¿cómo ha sucedido?

DON CÉSAR.  
Un contrario queda herido.

DON DIEGO.  
¿Y vuestro deudo?

DON CÉSAR.  
En sagrado

Y con gran seguridad;  
Yo me vengo á vuestra casa  
Hasta saber lo que pasa;  
Y así, aquí dentro...

DON DIEGO.  
Esperad  
Un poco, pues sois mi amigo,  
Hasta que salga una dama  
De calidad y de fama,  
Que está alla dentro conmigo,  
Y de vos se ha recatado  
(Ap. Aquí importará una mentira);  
Porque es...

DON CÉSAR.  
¿Quién es?

DON DIEGO.  
Doña Elvira,

Que, por hallarse en el Prado,  
Aqueste favor me ha hecho.

DON CÉSAR. (Ap.)  
Mas vale que Elvira sea,  
Porque mis celos no crea,  
Ya que no ablandó su pecho.

Salen DOÑA ELVIRA Y MONZON,  
al paño.

MONZON.  
Digo que está recogido  
En su cuarto mi señor,  
Bueno y sano.

DOÑA ELVIRA.  
Yo lo creo;  
Mas yo he de verle, Monzon,  
Porque sólo este cuidado  
De mi casa me sacó.

MONZON.  
Pues entra, y sabrás que es cierto.  
(Ap. Con todo al traste se dió.)  
(Háce Monzon señas á su amo tosiendo.)

DOÑA ELVIRA.  
Tose quedo.

MONZON.  
Este es mi quedo.

DON CÉSAR.  
Pues, don Diego, yo me voy  
Allá dentro en tanto que  
Doña Elvira sale.

MONZON.  
Adios.  
(Al entrarse don César, se encuentra con doña Elvira.)  
DOÑA ELVIRA.  
Este es don César.  
DON CÉSAR.  
¿Quién va?  
DOÑA ELVIRA.  
No os alteréis; que yo soy,  
Que vengo á ver á don Diego,  
Que me ha tenido, por vos,  
Con notable sobresalto.  
DON CÉSAR.  
(Ap. Yo tambien con él estoy,  
De haberos visto.) Sin duda  
(A don Diego.)  
El nombre se os olvidó  
De la dama que está dentro,  
Si acaso no fué invencion;  
Porque está aquí doña Elvira.  
DON DIEGO.  
¿Otra es; callad, por Dios!  
¿Muerto estoy! —; Señora mía!  
¿A tal hora?; Gran favor!  
DOÑA ELVIRA.  
Sí, don Diego; que el disgusto  
De don César senti yo,  
Por el suyo y tu peligro,  
De suerte que el corazón  
No me cabía hasta ver  
El fin de aquella cuestion.  
DOÑA ISABEL. (Entreabriendo la puerta  
del cuarto donde entró.)  
Amistad es asentada.  
No hay sino paciencia, amor.  
DON DIEGO.  
Todo ha sucedido bien.  
DON CÉSAR.  
(Ap. Ya es mi sospecha mayor.  
Don Diego tiene allá dentro  
Una dama, y me negó  
La entrada, diciendo que era  
Doña Elvira la ocasion,  
Y entra ahora doña Elvira,  
Y al venir me pareció  
Que salía Inés de aquí.  
Pues ¿qué aguardo, que no voy  
A ver si doña Isabel,  
Aunque tema mi prision,  
Está en su casa, y salir  
De tan grande confusion;  
Que basta estar mal pagado,  
Sin tener celos y amor?)  
Entre los que bien se quieren  
Nunca ha sido discrecion  
Estorbar; abajo espero.  
Dios os guarde. (Vase.)  
DON DIEGO.  
Guárdeos Dios.  
DOÑA ELVIRA.  
Muy buena casa teneis.  
DON DIEGO.  
Casa de mozo, en rigor.  
DOÑA ELVIRA.  
(Ap. Asustado está don Diego;  
Aquí sin duda hay traicion.)  
¿Dormís en aquella cuadra?  
MONZON. (Ap.)  
De aquesta vez nos pescó.  
DON DIEGO.  
Sí, Señora; mas no entreis.  
DOÑA ELVIRA.  
¿Que no entre! ¿Por qué no?  
DON DIEGO.  
Porque hay cierto inconveniente.

DOÑA ELVIRA.  
Por eso he de entrar mejor.  
DON DIEGO.  
No es cosa, por vida mia  
Ni por vida de los dos,  
De ofensa ni de importancia.  
DOÑA ELVIRA.  
No importa; resolucion  
Traigo de ver cuanto hubiere;  
Y así...  
DON DIEGO.  
Dejadlo, por Dios;  
Porque no ha de ser posible.  
Sale INÉS.  
INÉS.  
(Ap. ¿Qué dudo? Allí están los dos,  
Y ya don César se fué,  
Que delante no me dió,  
Cuando le vi, poco susto.)  
(Se llega á doña Elvira, pensando que  
es su ama.)  
Señora, las doce son,  
Y ya la silla te aguarda.  
MONZON. (Ap.)  
Por Dios, que hemos dado con  
Los huevos en la ceniza.  
DON DIEGO. (Ap.)  
¿Hay tan gran tribulacion!  
DOÑA ELVIRA.  
No viene á mi ese recado.  
INÉS.  
Pues ¿cómo?  
DOÑA ELVIRA.  
Porque no soy yo  
La dama que aquí buscáis.  
MONZON. (Ap.)  
Este freno se trocó.  
INÉS.  
Pues ¿adónde está mi ama?  
DOÑA ELVIRA.  
Eso lo dirá el señor  
Don Diego, que está delante.  
(Ap. De celos perdida estoy.)  
Jurad ahora mi vida,  
Y asegúradme; ah traidor!  
Que no es cosa que me ofende.  
DON DIEGO.  
Y es la verdad, vive Dios.  
DOÑA ELVIRA.  
¿Cómo, si teneis adentro  
Una dama?  
DON DIEGO. (Ap.)  
¿Qué afliccion!  
MONZON.  
Di que es cosa de un amigo.  
DON DIEGO.  
Tienes, Elvira, razon;  
Mas no es mia; que don Pedro,  
Aquel que me hablaba hoy,  
Está con ella, y por eso  
No he querido...  
DOÑA ISABEL. (A la puerta del cuarto  
dónde entró.)  
Aquí entro yo,  
Y pues ya César se fué,  
Y no hay riesgo en mi opinion,  
Y estoy rabiando de celos  
Y de cólera, por Dios,  
Que todos han de rabiarse  
Y han de estar como yo estoy.

Sale DOÑA ISABEL, tapada como en-  
tró, del cuarto donde estaba escondida.  
DOÑA ELVIRA.  
¿De suerte que he de creer,  
Y sin otra informacion,  
Que esta dama está con otro,  
Y que á vos no os importó?  
DON DIEGO.  
Esto que te digo pasa.  
MONZON.  
Si, por vida de Monzon.  
DOÑA ISABEL.  
Ese es muy grande embeleco.  
MONZON.  
¿Jesus, y qué perdicion!  
DOÑA ISABEL.  
Porque yo no estoy con nadie,  
Sino con este señor,  
De cuyo amor me he valido  
Para cierta pretension.  
DON DIEGO.  
Decid tambien lo demás,  
Y del modo que pasó.  
DOÑA ISABEL.  
Lo demás es que este bidalgo  
Es tan galan como el sol,  
Y yo tan de cera en todo,  
Que me ablandó su calor;  
Lo demás es que le tengo  
Mas que razonable amor;  
Que he estado con él una hora  
En buena conversacion,  
Que le debo el arriesgar  
Su persona por mi honor;  
Que vino en esto don César;  
Que esconderme me mandó;  
Que llegasteis vos tras él,  
Y mi criada tras vos;  
Y lo demás, finalmente,  
Es, que ya las doce son,  
Y que ha venido la silla,  
Y por ser tarde me voy  
De vos muy enamorada. (A don Diego.)  
Y muy celosa de vos; (A doña Elvira.)  
Y porque no es para mas;  
A buenas noches, adios.—  
Vé, Inés.  
MONZON. (Ap.)  
Por Dios, que ha echado  
Valentísimo sermon.  
INÉS. (Ap. á doña Isabel.)  
Así, Señora, la llave  
Que de su cuarto nos dió  
Se me ha olvidado de dar.  
DOÑA ISABEL.  
Pues no la dés.  
INÉS.  
¿Por qué no?  
DOÑA ISABEL.  
Por llevar algo de aquí,  
Ya que el alma dejo yo.  
(Vanse doña Isabel é Inés.)  
DON DIEGO.  
Señora, oid, esperad.  
DOÑA ELVIRA.  
Si es por mi satisfaccion,  
Ya lo estoy de vuestro trato,  
Y para siempre me voy. (Vase.)  
MONZON.  
Andad con todos los diablos.  
DON DIEGO.  
Oye, Elvira; ¿hay tal rigor!  
MONZON.  
¿Qué es oír? Por Jesucristo,  
Que va por el corredor  
Como perro con vejiga.

DON DIEGO.  
Pues irá tras ella yo,  
A que escuche las verdades  
De mi amante corazón. (Vase.)  
MONZON.  
Si fué como, lindamente  
La bellaca nos le dió. (Vase.)

JORNADA SEGUNDA.

Salen DOÑA ISABEL, con vestido de es-  
tameña, manto sin puntas, chapines  
sin viras; INÉS, de fregona, con man-  
tellina, y JULIO, vejete.

DOÑA ISABEL.  
Esto ha de ser.  
JULIO.  
Considera...  
DOÑA ISABEL.  
Pues me ves determinada,  
No me repliques en nada.  
INÉS.  
Quedo; que hay criada fuera.

Sale LUCÍA.  
LUCÍA.  
Ya se acabó de tocar  
Mi señora; aquí podeis  
Esperar.

JULIO.  
Merced me haceis,  
Y yo lo sabré estimar.  
LUCÍA.  
¿Es esta doncella á quien  
Hoy recibí mi señora?  
JULIO.  
Es muy vuestra servidora.  
LUCÍA.  
Yo lo soy suya también,  
Y por cara y por despejo  
Lo merece.

DOÑA ISABEL.  
Dios os guarde;  
Pero, porque mas no aguarde  
Mi padre, que en fin es viejo,  
Hacedme gusto que sepa  
Mi señora que está aquí.  
LUCÍA.  
Voy á decirselo así. (Vase.)

INÉS.  
¿Es posible que en tí quepa  
Tanto embuste y tan bien hecho?

DOÑA ISABEL.  
Para embustes y mentiras  
Cualquiera mujer que miras  
Tiene ensanchas en el pecho.  
JULIO.  
Hasta aquí no he replicado,  
Que pudiera por mi edad,  
Ni de aquesta novedad  
La causa te he preguntado;  
Mas, ya que tan adelante  
Has pasado, y que las dos,  
Con poco temor de Dios,  
Pues no hay miedo que os espante,  
Mudando nombre y vestido,  
Os disfrazais de manera,  
Que Inés, firme en la carrera  
De doncella, que lo ha sido,  
Y tú quieres, al revés,  
Con una y otra mentira

DD. C. DE L.-II.

Servir en casa de Elvira  
De doncella, que lo es;  
Andando yo concertando  
De aquí para allí á las dos,  
Dime el intento, por Dios;  
Porque estaré reventando  
Hasta saber (ya que sé  
Que en todo servirte debo)  
Un embeleco tan nuevo.

DOÑA ISABEL.  
Pues oye, te lo diré,  
Porque sepas, Julio amigo,  
La causa que así me tiene.  
Siendo en sangre y en riqueza  
Lo que tú sabes, atiende,  
Tan aprisa me mudaron  
De aquella quietud alegre  
Mis penas, que ya el aviso  
Llega despues de la muerte;  
Que hay para los desdichados  
Penas en matar tan breves,  
Que vienen como que matan,  
Y matan como que vienen.  
Yo quiero bien (ya lo he dicho)  
A un hombre que á Elvira quiere;  
Mira en qué pocas palabras  
Te he dicho cuanto pretendes.  
No te maravilles, Julio,  
Que tan luego te confiese  
Mi amor, que, aunque es liviandad,  
Parezca que es conveniente,  
Si en poco tiempo le tuve,  
Que en poco tiempo le cuente.  
Sin que don Diego de Vargas,  
Que este es su nombre, me viese,  
Veces varias pude hablarle,  
Y seguirle otras mas veces.  
Informéme si era noble,  
Si era cortés y valiente.  
Y en efecto, lo fué todo,  
Porque quise que lo fuese;  
Que en haciendo amor las pruebas,  
Como es parte en lo que emprende,  
O se cohecha de gusto,  
O de la pasión se vence;  
Y así, dice, cuando informa,  
Mucho mas de lo que siente.  
Viendo, pues, que por Elvira  
Don Diego de Vargas muere,  
Porque, aunque estuvo enojada,  
A verle y hablarle vuelve,  
Que no hay enojo que dure  
Entre dos que bien se quieren,  
Habiendo ruegos que ablanden  
Y terceros que aconsejen;  
Viendo también que don César  
Con mas fuerza me pretende  
Que nunca, debe de ser  
Porque casi alcanzó á verme  
Con don Diego; que hay algunos  
Hombres tan impertinentes,  
Que en sabiendo que la dama  
Que festejan ó pretenden  
Tiene galán, en lugar  
De apartarse y detenerse,  
Se alientan, porque imaginan  
Osada y bárbaramente  
Que quien fué fácil con uno,  
Con cualquiera serlo puede,  
Y que á cuenta de aquel yerro  
Los demás pueden hacerse.  
Y así, para del don César  
Poder mejor defenderme,  
Y de camino estorbar,  
Sin que mi opinión se arriesgue,  
De don Diego y doña Elvira  
Los amores y papeles,  
Yéndome con una amiga  
Noble, cuerda y confidente,  
A quien de mis pensamientos  
Di cuenta muy largamente,

Dejó mi casa, fingiendo  
Que por uno ó por dos meses  
Iba á cierta romería  
Que ofrecí estando á la muerte;  
Si bien hemos menester  
Trazarlo todos de suerte,  
Que mi gente no nos vea,  
Que es lo que puede temerse;  
Aunque vehimos al Prado  
Desde los Convalecientes,  
Que es lo mismo que pasarse  
A otro reino un delincuente;  
Y así, no hay que tener pena  
Que ninguno nos encuentre.  
Mas, porque pueda mejor  
Saber todo cuanto intente  
En su voluntad don Diego,  
Dispuse que Inés sirviese  
Cerca de su casa, en casa  
De cierto hombre de papeles,  
Secretario entre dos luces,  
Ni bien letrado ni agente;  
La cual saliendo de casa,  
Y encontrando adredeamente  
A Monzon, que es el criado  
De este mi amante valiente,  
Le ha dado ocasión bastante  
Para que el tal la requiebre;  
Y en fin, son ya tan amigos,  
Que la cuenta y la refiere,  
Para cumplir con el nombre  
De criado y de alcabuate,  
Cuanto imagina su amo;  
Y ella volando me viene  
A avisar de lo que sabe,  
Para que yo lo remedie;  
Con lo cual, ella mudando,  
Por si álguien la conociese,  
El nombre de Inés en Juana,  
Que no tiene inconveniente,  
Y yo el de doña Isabel  
En Dorotea Gutierrez;  
Ella estando, como he dicho,  
Mirando cuanto sucede  
En la casa de don Diego;  
Tú, por lo que se ofreciere,  
Tomando en esotra calle  
Un aposento por meses,  
Y yo en cas de doña Elvira  
Estando de aquesta suerte,  
Pienso hacer tales enredos...  
Mas ¡ay cielos! ella viene  
Por lo que pueda importar  
Que no te conozca, véte,  
Véte, Inés.

INÉS.  
¿Cómo me llamo?  
DOÑA ISABEL.  
Juana iba á decir, erréme;  
Véte de presto, por Dios.  
INÉS.  
El te guarde, como puede. (Vase.)

Salen JULIO, DOÑA ELVIRA y  
LUCÍA.

DOÑA ISABEL.  
Y tú, pues vienes á eso,  
Sirve de padre y pondréme  
De doncella de labor.

JULIO.  
Extrañas sois las mujeres  
En dando en alguna tema.

DOÑA ELVIRA. (Ap. á Lucía.)  
¿Que tan buena cara tiene?

LUCÍA.  
Yo sé que en viéndola harás  
De modo que en casa quede.—

Ya mi señora os aguarda,  
Bien podeis hablarla. (A *doña Isabel*.)

JULIO.

Déme  
Vuesancé, si no las manos,  
Los piés, para que los bese.

DOÑA ELVIRA.

Dios le guarde; no esté así,  
Alcese.

LUCÍA.

¿Qué te parece  
Del buen viejo y de su hija?

DOÑA ELVIRA.

Parécenme buena gente;  
Y diga: aquesa doncella,  
Cúbrase, ¿qué nombre tiene?

JULIO.

Dorotea.

DOÑA ELVIRA.

¿Dorotea!

JULIO.

Muchacha, ¿qué te detienes?  
Llega, que llama señora.—  
De vergonzosa enmudece;  
Que es su cortedad notable,  
Pero no por eso pierde.

DOÑA ELVIRA.

¿Has servido en otra parte?

(*Llega y hace una reverencia doña Isabel*.)

DOÑA ISABEL.

A mi padre solamente  
He servido; pero viendo  
Que está viejo, y que no tiene  
Con qué poder sustentarme,  
Por ser el año tan fuerte,  
Una casa principal  
Le he pedido que me diese  
Donde servir; hame dicho  
De la vuestra tantos bienes,  
Que tendré á mucha ventura  
Quedar con vos para siempre;  
Porque esto de mudar casas  
No es cosa que me conviene;  
Que quizás por no mudarme  
Vengo á servir de esta suerte.

JULIO.

No es porque ella está delante,  
Ni porque pasión me mueve,  
La muchacha es para mucho,  
Porque una casa revuelve  
De alto en bajo en un instante.

DOÑA ISABEL.

Y en la vuestra, si se ofrece,  
Lo haré mejor que en ninguna;  
Que á esto vengo solamente.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué labor haces?

DOÑA ISABEL.

Señora,

Por labores no lo dejes;  
Que si fuere menester,  
Las haré tan diferentes,  
Que su novedad te admire.  
(*Ap. Cuando á ver la causa llegues.*)  
Lo mas está en que á servir  
La persona se sujete,  
Que todo después es fácil.

DOÑA ELVIRA.

¿Sabrás tocarme y prenderme?

DOÑA ISABEL.

(*Ap. Para que parezcas mal  
Haré cuanto yo pudiere.*)  
Es tu hermosura tan grande,  
Que casi puede ofenderse  
Que la busques aderezos.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué bien habla! Y dime, ¿tienes  
En Madrid quien te conozca?

DOÑA ISABEL.

Si, Señora; unos parientes  
Tenemos en Peñaranda,  
Y en la calle de Valverde  
Vive un sastre de mi tierra,  
Que me hará en cuanto hubiere.

DOÑA ELVIRA.

(*Ap. Para los intentos míos  
Como de molde me viene  
Esta moza, que es discreta  
Y parece diligente,  
Para poder confiarla,  
Cuando ocasion se ofreciere,  
Los amores de don Diego.*)  
¿Hásmelo servir por meses,  
Ó concertada por años?

DOÑA ISABEL.

Como mi padre quisiere;  
Que en esto y en la soldada  
Hacer á su gusto puede.

JULIO.

Que os sirva en casa mi hija  
Es salario suficiente.

DOÑA ELVIRA.

¿Tienes arca?

DOÑA ISABEL.

Sí, Señora.

DOÑA ELVIRA.

Pues tráiganla luego, y cree  
Que si te hallas bien en casa,  
Hasta que yo te remedie  
No saldrás de ella jamás.

DOÑA ISABEL.

Bien sabe el que está presente  
Que solo por remediar  
La pena que el alma tiene  
Vengo á tu casa á servir.

DOÑA ELVIRA.

Pues ven, para que te enseñe  
Lucía lo que has de hacer.

DOÑA ISABEL.

El cielo tu vida aumente.

DOÑA ELVIRA.

Jamás recibí criada  
Que tan de mi gusto fuese.

(*Vanse todos, menos doña Isabel.*)

DOÑA ISABEL.

Amor, ya estoy en el campo;  
Mujer soy y deidad eres,  
Ten lástima de mi vida.  
Mas ¡ay Dios! don Diego es este,  
Y mi cara lo dijera  
Cuando yo no lo dijese.  
Muerta estoy.

Salte DON DIEGO Y MONZON.

DON DIEGO.

Tarde venimos.

MONZON.

No venimos tal; bien puedes  
Entrar.

DON DIEGO.

Pues aguarda un rato;  
Que yo saldré brevemente.

DOÑA ISABEL.

Téngase vuestra merced  
(*Ap. Mucho es que á hablar acierte*);  
Porque teniendo esta casa  
Dueño, no es bien que se entre  
Sin decir quien es primero,  
Para que el recado pase  
A mi señora.

DON DIEGO.

Pues vos,  
Que salís á detenerme,  
¿Quién sois?

DOÑA ISABEL.

(*Ap. Pues ¿qué me faltara  
¿Ay de mí! si lo supiese?*)  
Soy doncella de labor  
De mi señora.

MONZON.

No tiene  
Usted cara de doncella.

DOÑA ISABEL.

Tenga vergüenza, ó daréle.

MONZON.

¿Qué me dará, que no tome?

DOÑA ISABEL.

Al diablo.

MONZON.

Que se la lleve.

DON DIEGO.

Quedo, Monzon.—Vos habeis  
Andado muy cueridamente  
En preguntarlo; y así,  
Entrad y decid...

Salte DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA.

Detente;

Que para verte mas pronto  
He salido á responderte.

DOÑA ISABEL.

Perdonadme si yo acaso...

DOÑA ELVIRA.

Tú has hecho aquí lo que debes;  
Mas sabe de aquí adelante,  
Para que otra vez no yerres,  
Que es dueño de aquesta casa  
El galán que está presente,  
Y que puede á todas horas  
Entrar donde yo estuviere;  
Que, aunque pariente no es,  
Es mucho mas que pariente.

DOÑA ISABEL.

¡Ah sí! ahora lo he entendido.

DOÑA ELVIRA.

Ya sé que entendida eres.

DON DIEGO.

¿Has recibido esta dama?

DOÑA ELVIRA.

Sí, don Diego.

DON DIEGO.

Ella merece

Estar en tu casa, que es  
Cuanto puede encarecerse;  
Mas, volviendo á mi embajada,  
Si es que has de venir, advierte  
Que es tarde, por vida mia.

DOÑA ELVIRA.

Agora dieron las nueve,  
Y ya han ido por el coche;  
Y así, entre tanto que viene,  
Y yo acabo de alinarme,  
Sentarte, don Diego, puedes  
Aquí dentro en una silla.

DON DIEGO.

Siempre quien ama obedece.  
Vé delante.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué ventura

Es quererse de esta suerte!

(*Vanse doña Elvira y don Diego, y quedan mirándolos doña Isabel, Monzon y Julio.*)

MONZON. (Ap.)

Vive Dios, que es la muchacha

Como el ampo de la nieve;  
En viendo ocasion, la embisto,  
Y venga lo que viniere.

DOÑA ISABEL.

Fuéronse. ¡Brava llaneza!

MONZON.

El amor todo lo vence.

DOÑA ISABEL.

Luego ¿se tienen amor?

MONZON.

Si, Señora, amor se tienen;

Mas es amor muy honesto.

DOÑA ISABEL.

¿Querrán casarse?

MONZON.

Si quieren.

DOÑA ISABEL.

Y ¿será cierto?

MONZON.

Tan cierto.

Que ya les dan parabienes.

DOÑA ISABEL.

(Ap. Mala pascua te dé Dios,

Y la primera que llegue.)

Y ella ¿adónde sale agora?

MONZON.

A mi casa.

DOÑA ISABEL.

¡Lance fuerte!

¿A tu casa? (Ap. ¡Muerta estoy!)

MONZON.

Si, porque pasan los reyes,

Que infinitos años

El cielo guarde y prospere,

En público esta mañana

A San Jerónimo, y quiere

Mi amo hacerla un festejo;

Pero, pues ellos se quieren

Y los criados son monos

De sus amos, ya me entiendes,

Dime, así vivas un siglo,

Y dentro de pocos meses

Te saque Dios de doncella,

Como de pecado, ¿puede

Monzon parecerte bien?

DOÑA ISABEL.

(Ap. ¡Oh amor, qué ingenioso eres!)

No puede.

MONZON.

¿No? ¿Por qué causa?

DOÑA ISABEL.

Porque ya me lo parece;

Mas aguarda mientras digo

A este viejo que nos deje.

(Ap. Quien llega a querer de veras

Notables cosas emprende.)

(Ap. a él. ¡Julio?)

JULIO.

Señora.

DOÑA ISABEL.

Volando,

Porque importa el ir muy breve.

Vé a Inés y dale esta llave. (Se la da.)

Que es del cuarto y del retrete

De don Diego, que la noche

Que fuimos las dos a verle

Me traje, y dila que al punto

Se encierre en él, y se lleve

El mejor vestido mio

De los que guardados tiene,

Y me espere allí tapada.

JULIO.

Pues con eso ¿qué pretendes?

DOÑA ISABEL.

Descomponer a don Diego

Con Elvira para siempre,  
Porque Elvira va a su casa,  
Y, cuando menos lo piense,  
Ha de topar con Inés.

JULIO.

¿Y si acaso...

DOÑA ISABEL.

No me alegues

Dificultades ni riesgos.

JULIO.

Alto; voy a obedecerte.

DOÑA ISABEL.

Ya bien me puedes hablar,

Y pues querermelo prometes,

Para que yo lo conozca

Haz de modo que le ruegue

Tu señor a mi señora...

MONZON.

¿Qué?

DOÑA ISABEL.

Que a la fiesta me lleve;

Que en mi vida he visto al Rey,

Y deseo conocerle.

MONZON.

Pues haz cuenta que allí estás

Aunque a todo el mundo pese,

Y haz cuenta que yo te quiero.

DOÑA ISABEL.

¿Mucho?

MONZON.

Tiernisimamente.

DOÑA ISABEL.

¿De veras?

MONZON.

Por esta cruz.

DOÑA ISABEL.

¿Juras? Mira no revientes.

MONZON.

¿Por qué?

DOÑA ISABEL.

Porque juras falso.

MONZON.

¿En qué?

DOÑA ISABEL.

En decir que me quieres,

Siendo hombre como todos.

MONZON.

Tú lo verás.

DOÑA ISABEL.

Y ¿no tienes

Moza ninguna?

MONZON.

Ninguna.

DOÑA ISABEL.

¿Ni una Juana que aderece

Tus valonas?

MONZON. (Ap.)

¿Cómo es esto?

DOÑA ISABEL.

¿Que tus camisas remiende,

Que tus pañuelos jabone

Y te cosa el zaraguille?

MONZON.

Tengo el alma muy soltera.

DOÑA ISABEL.

Y ¿si viniese a saberse,

Y te topase con otra,

Como a muchas acontece?

MONZON.

Degollarme, como hizo...

DOÑA ISABEL.

¿Quién?

MONZON.

Maria de Riquelme,

Porque su galan llegó  
A ofenderla enormemente.

DOÑA ISABEL.

Pues cuidado con el diez,

Mira que soy una sierpe;

Pero mi ama ha llamado.

Voy a saber lo que quiere.

(Vase.)

MONZON.

Muy lindo debo de ser,

Pues todas por mi se mueren.

Salen DON CÉSAR Y TRISTAN,

en casa de don Diego.

DON CÉSAR.

¿Que no está en casa don Diego?

TRISTAN.

Ahora dicen que salió.

¿Quieres irte?

DON CÉSAR.

Tristan, no;

Que es fuerza que vuelva luego,

Porque espera a doña Elvira,

Que ayer me lo dijo a mí;

Y así, en tanto desde aquí

(Pues todo tan bien se mira)

Las horas entretendrémos.

TRISTAN.

Y ¿cómo de amor te va?

DON CÉSAR.

Como quien sin alma está

Entre diversos extremos;

Porque aquesto que te digo

Con don Diego me ha pasado,

Y aunque me ha desengañado,

Y es en efecto mi amigo,

Y tanto, que entre los dos,

Si así decir se consiente,

Vive un alma solamente,

No puedo dejar, por Dios,

De estar confiado entre mí,

Sin atreverme a creer,

Entre el dudar y el temer,

Aun lo mismo que yo ví;

Porque saber yo de cierto

Que en Elvira está adorando,

Y por puntos esperando

De sus bodas el concierto;

Llegar a favorecerme,

Por el pasado disgusto,

De su casa, como es justo;

Decir que la causa es

Porque estaba dentro Elvira;

Verse luego la mentiro,

Viniendo Elvira despues;

Parecerme a mí que ví,

Si no fué enojo u error,

A Inés en el corredor,

Como te estoy viendo a tí;

Ser aquesta Inés criada

De doña Isabel, a quien,

Como sabes, quiero bien,

Aunque de mi amor se enfada;

Salirme de allí, ¡ah cruel!

Viendo que el alma se abrasa,

Para saber si en su casa

Estaba ya doña Isabel,

Y verla yo propio luego,

Y con ella su criada,

En una silla cerrada;

Vol verme al punto a don Diego,

Y decirle cómo amaba

A una dama rica y bella,

Para casarme con ella,

Pero que me recelaba

De que él tambien la queria;

Y que así, merced me hiciese

Que con verdad me dijese

Todo lo que en esto habia,

Para que yo lo sirviera

Como amigo y caballero;  
Y responder, lo primero,  
Que no sabia quien era;  
Que no le importaba nada  
Ni la vió el rostro jamás,  
Y decirme (esto es lo mas)  
Que era una mujer casada,  
Son cosas para que un hombre  
El juicio venga á perder.

TRISTAN.

Y en fin, ¿qué piensas hacer  
Para cumplir con el nombre  
De amante y de buen amigo  
De don Diego y de la dama,  
Sin aventurar la fama  
Que ella y él tienen contigo?

DON CÉSAR.

Esperar á que lo diga  
El tiempo.

TRISTAN.

Y ella ¿qué dice?

DON CÉSAR.

Soy, Tristan, tan infelice,  
Y es ella tan mi enemiga,  
Que á Guadalupe se fué  
Cuando estábamos en esto.

*Sale INÉS, tapada y bizarra.*

INÉS.

Hallarme Julio tan presto  
Ventura sin duda fué,  
Y mayor ventura ha sido  
No haberme nadie encontrado;  
Y así, con menos cuidado  
Que el que basta ahora he traído,  
Podré hacer lo que mi ama  
Me manda; mas ¡ay de mi!  
Que don César está aquí.

TRISTAN.

Y ¿es Elvira aquella dama?

DON CÉSAR.

Aunque su talle gallardo  
Lo promete, no lo sé.

INÉS.

¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?  
Pero ¿de qué me acobardo?  
Estoy tapada, y don Diego,  
Como dice mi señora,  
Con Elvira queda agora  
Aguardándola. Yo ilego,  
Porque la ocasion se pasa,  
Y abro, aunque miren los dos;  
Aquesto es hecho. *(Abre la puerta.)*

TRISTAN.

Por Dios,  
Que es la dama muy de casa,  
Pues que puede á cualquier hora  
Entrar sin pedir licencia.

INÉS. *(Ap.)*

Esto toca á mi obediencia;  
Haga la fortuna agora. *(Vase.)*

*Salen DOÑA ELVIRA y DOÑA ISABEL,  
tapadas, que entran por otra puerta.*

DOÑA ELVIRA.

Muy temprano hemos venido.

DOÑA ISABEL.

Quien ama anticipa el tiempo.  
*(Ap. ¡Gran cosa fuera que Inés  
Llegado hubiese primero!)*  
Mas ¡ay! aquí está don César.

DOÑA ELVIRA.

¿Conócesle?

DOÑA ISABEL.

De escudero  
Sirvió mi padre á una tía

Que tenía en Barrio-Nuevo;  
De esto solo le conozco.

DOÑA ELVIRA.

Es muy cortés caballero.

DON CÉSAR.

Otras damas han venido,  
Y que sobramos sospecho.

DOÑA ISABEL.

Si sobran.

DON CÉSAR.

Pues ya nos vamos;  
Que no estorba quien es cuerdo.

*(Vase.)*

¿Qué dijiste?

DOÑA ELVIRA.

DOÑA ISABEL.

Que se fuesen.  
Son discretos, y lo hicieron.

DOÑA ELVIRA.

Don César poco importaba,  
Que es amigo de don Diego,  
Y tiene de esto noticia.

DOÑA ISABEL.

Ahora bien está lo hecho;  
Que, aunque sea mas amigo,  
Está con encogimiento  
Una mujer; y al decir  
A su galán: «Yo te quiero,»  
Si ve que tiene delante  
Un testigo de sus yerros,  
Echa á perder la fineza,  
Y como arroyo de invierno,  
Entre la boca y el alma,  
Entre el recato y el miedo,  
Se hiela, de resfriado,  
En el camino el requiebro.

DOÑA ELVIRA.

Muy bien has dicho; mas dime,  
¿Adónde quedó don Diego?

DOÑA ISABEL.

Hablando en esotra calle  
Con dos ó tres caballeros  
Se detuvo.

DOÑA ELVIRA.

No me hallo

Sin verle.

DOÑA ISABEL.

Yo te lo creo;  
Que la misma condicion  
Tengo yo con lo que quiero.

DOÑA ELVIRA.

No te espantes que te dé  
Cuenta de mis pensamientos;  
Que, aunque ha poco que me sirves,  
En aquesto poco tiempo  
Te he cobrado mucho amor.

DOÑA ISABEL.

Todo este amor te merezco  
Por lo mucho que te estimo.  
*(Ap. Que si me vieras el pecho,  
Me enviaras noramala.)*  
Pero volvamos al cuento  
De la noche que en su cuarto  
No te dejó entrar.

DOÑA ELVIRA.

No puedo,

Dorotea, proseguir;  
Que cuando de esto me acuerdo,  
Quisiera no haber nacido.

DOÑA ISABEL.

Y en efecto, ¿tenia dentro  
Encerrada otra mujer?

DOÑA ELVIRA.

La vi yo como te veo.

DOÑA ISABEL.

Fué muy gran bellaquería.

DOÑA ELVIRA.

Solo de pensar en ello  
Me corro.

DOÑA ISABEL.

Yo habia de ser  
A quien hizo tal desprecio.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué hicieras?

DOÑA ISABEL.

No le mirara,  
Si me estuviera muriendo,  
Mas á la cara en su vida.

DOÑA ELVIRA.

Yo tambien intenté hacerlo;  
Mas afirméme despues  
Con mas de mil juramentos  
Que en su vida la habia visto,  
Y al fin me alenté á creerlo,  
O porque me estaba bien,  
O porque tanto le quiero,  
Que le admiti la disculpa  
Para volver á mi yerro;  
Pero ya don Diego vino.

DOÑA ISABEL. *(Ap.)*

Y con él siento mi pecho  
El fuego de todo un mundo.

*Salen DON DIEGO y MONZON.*

DON DIEGO.

Perdonad, querido dueño,  
Si he tardado; que un amigo  
Al gusto le hurtó este tiempo.  
No sin murmullo del alma,  
Que, echando menos el cielo  
De vuestros ojos, estaba  
Como fuera de su centro.

DOÑA ISABEL.

¡Jesus, y qué tierna cosa!

DOÑA ELVIRA.

Eslo don Diego en extremo.

DON DIEGO.

Como cuando sale el sol,  
Que es el corazon del cielo,  
Y destierra los nublados  
Que á su luz se le opusieron,  
O por delito de oscuros,  
O por culpa de groseros;  
Así vuestro amor ahora,  
Con aqueste favor nuevo,  
Sale del pasado enojo,  
Desterrando y deshaciendo  
Los disgustos, los pesares  
Y los celos: que los celos  
Son vapores del engaño  
Y nieblas del pensamiento,  
Con que la malicia engaña  
Lo cándido del sogiego.

DOÑA ISABEL.

¡Lindo discurso y moral!

DOÑA ELVIRA.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Que es muy discreto.

*(Ap. Y que si adelante pasa,  
Estoy de suerte, que pienso  
Que tengo de declararme.)*

DOÑA ELVIRA.

Por cierto, con grande asco  
Está toda aquesta sala.

DON DIEGO.

No está; pero por lo menos  
Está mejor que otras veces;  
Que quien esperaba...

DOÑA ELVIRA.

Quedo;

Que ya me pesa de haberte  
En ese cuidado puesto.

DON DIEGO.

No es cuidado, sino gusto;  
Mas entremos allá dentro,  
Y verás algunos vidrios,  
Espejos, cuadros y lienzos  
De buen arte y mejor gusto.

DOÑA ELVIRA.

Pues que tú gustas, entremos,  
Aunque será menester  
Que lo mires bien primero,  
Por no ponerte en peligro  
De darme á mi algunos celos.

DON DIEGO.

¡Oh, qué donaire has tenido!

DOÑA ELVIRA.

Sabe el cielo que lo temo.

DON DIEGO.

Aquel fué lance forzoso.

DOÑA ISABEL. (Ap.)

Y aqueste será lo mesmo,  
Si Julio tuvo lugar  
De avisar á lués con tiempo.

DOÑA ELVIRA.

Agora no dudo yo  
Que, siendo vos tan discreto,  
No ignorando mi venida,  
Desde anoche, por lo menos,  
Esté la casa segura;  
Mas yo sé que, á no saberlo...

DON DIEGO.

Fuera lo mismo, por Dios.—

¡Monzon!

MONZON.

¡Señor!

DON DIEGO.

Abre presto

se cuarto.

MONZON.

¿Con qué llave?

DON DIEGO.

Con la tuya.

MONZON.

¡Bueno es esto!

¡Pareció mas desde el día  
Que escondidas estuvieron,  
Por tu mal, aquellas damas?...

DON DIEGO.

Así es verdad; mas yo tengo  
La llave doble, y con ella  
Abriré; pero ¿qué es esto?

Sale INÉS, tapada.

INÉS.

¿Era tiempo de venir?

MONZON.

¡Válgame san Nicodémus!

INÉS.

Mas ¿qué hace aquí tanta gente?

DON DIEGO.

Y vos ¿qué hacéis allá dentro?

DOÑA ELVIRA.

Don Diego, ¿para esto habías...

DOÑA ISABEL.

¿Hay tan gran descaramiento?

DOÑA ELVIRA.

Mas yo me tengo la culpa.

DOÑA ISABEL. (Ap.)

Ahora comienzan los truenos,  
Y aquello de ¡plegue, plegue!

DON DIEGO.

Señora, esperad.—¿Qué es esto?

Mujer, fantasma ó demonio,

¿Por dónde has entrado?

DOÑA ELVIRA.

Bueno;

Graciosa está la pregunta.—  
Ven, Dorotea.

DOÑA ISABEL.

¿Hay despejo

Semejante? ¿Que tuviese

Encerrada en su aposento

Una dama, y ahora otra!

DOÑA ELVIRA. (A doña Isabel.)

¿Qué te parece de aquesto?

DOÑA ISABEL.

¿Qué quieres que me parezca?

Que si por el pensamiento

Te pasa hablarle ni verle,

En público ni en secreto,

No tendrás honra.

DOÑA ELVIRA.

Es verdad;

A no velle me resuelvo.

MONZON.

¿Hay tramoya semejante?

INÉS. (Ap.)

Si me hace seguir don Diego,

O descubrir, se descubre

Sin remedio aqueste enredo;

Y así, es mejor, pues mi ama

Por señas lo está diciendo,

Irme.

MONZON.

¿Dónde va, Señora?

INÉS.

A mi casa.

MONZON.

No hay remedio;

Que primero hemos de ver...

INÉS.

(Ap. Si porfia aqueste necio,

Me destruye totalmente;

Y así, es mas cuerdo consejo

Descubrirme solo á él,

Pues con él no tengo riesgo.)

(Descúbrase á Monzon.)

¿No echas de ver que soy Juana?

Que solo por verte vengo

De la suerte.

MONZON.

¡Jesucristo!

De esta vez el juicio pierdo.

INÉS.

¡Qué! ¿Te admiras?

MONZON.

Pues di, ¿cómo

En este traje te has puesto?

INÉS.

Es madrina aquesta tarde

Cierta amiga de un bateo,

Y andamos todas de fiesta.

MONZON.

Y ¿cómo entraste acá dentro?

INÉS.

Eso es para mas despacio;

Que fué un notable suceso.

Déjame salir ahora,

Y no digas nada de esto

A tu señor, porque importa

A los dos.

MONZON.

Véte de presto,

Mujer; que, si lo supiera

Mi amo que aqueste enredo

Le ha venido por mi parte,

No hay que hablar, fuera muy cierto

Que me diera de estocadas.

INÉS.

Pues adios, y veme luego.

(Vase.)

DOÑA ISABEL. (Ap.)

Gracias á Dios, que se fué;  
Que me estaba consumiendo  
De ver lo que se tardaba.

MONZON.

Bravo caldo se ha revuelto.

DOÑA ELVIRA.

Yo no he menester disculpas;

Dejadme salir.

DON DIEGO.

No quiero,

Hasta que diga quién es

Aquesa dama primero.

MONZON.

Y ¿adónde está esa señora?

DON DIEGO.

¿Dónde? En aquese aposento.

MONZON.

¿Cómo, si ya se escapó?

DON DIEGO.

Pues, infame...

DOÑA ISABEL.

Haced extremos

Y enojáos con el criado,

Siendo de entrambos conuerto

Que se fuese; ¿quién lo duda?

DON DIEGO.

Anda, pícaro, corriendo,

Y vé tras ella.

DOÑA ELVIRA.

Detente;

Que es cansarle sin provecho,

Porque ya Monzon lo sabe.

DOÑA ISABEL.

Aqueso verálo un ciego.

DON DIEGO.

Pues iré yo, juro á Dios.

DOÑA ISABEL.

Sois muy parte en este plieto;

Y así, aunque mi señora

Desiste ya de quereros,

Solo por curiosidad

He de ir yo sola á verlo.

DON DIEGO.

Anda muy enhorabuena.

DOÑA ISABEL.

Pues aguarda; que ya vuelvo. (Vase.)

DOÑA ELVIRA.

¿Para qué, si no me importa,

Y tengo de irme al momento?

DON DIEGO.

Mucho os quiere esta doncella.

DOÑA ELVIRA.

Es mi criada en efecto,

Y ha sentido, como es justo,

Lo que conmigo se ha hecho;

Pero mas necia soy yo

Que vos, ingrato y grosero,

En escucharos; y así,

Adios os quedad, don Diego,

Y en vuestra vida...

DON DIEGO.

Advertid...

DOÑA ELVIRA.

Ya el detenerme es desprecio;

Porque es querer engañarme

Segunda vez.

DON DIEGO.

Si tal quiero,

Quiteme el cielo la vida.

DOÑA ELVIRA.  
Pues si sois cortés, sed cuerdo,  
Y dejadme; que será  
Obligarme á que el respeto  
Os pierda.—Lucia, vamos.

DON DIEGO.  
Por no cansaros os dejo.

DOÑA ELVIRA.  
¿No mas don Diego en mi vida!  
(Ap. Un volcan llevo en el pecho.)  
(Vase.)

DON DIEGO.  
Si no pierdo ahora el juicio,  
No es posible que le tengo.—  
Monzon, ¿qué es esto?

MONZON.  
Pues yo  
¿Cómo tengo de saberlo?  
(Ap. Para el puto que dijera  
Que lo sabe.)

DON DIEGO.  
No lo entiendo.  
Yo sali de aqui denantes  
Por Elvira, y cuando vuelvo,  
Hallo dentro una mujer,  
Y há un año y mas que no veo  
En Madrid dama ninguna  
Que pueda con tal despecho  
Hacer papeles conmigo.

MONZON.  
Lo que yo, Señor, sospecho,  
Es, que la misma que vino  
Esotra noche pidiendo  
Contra su esposo favor...

DON DIEGO.  
Yo tambien así lo entiendo;  
Mas si ella me quiere algo,  
¿Con qué fin ó con qué intento  
Se va sin decirme nada,  
Y solo viene en viniendo  
Doña Elvira, que parece  
Que están las dos de concierto  
Para quitarme la vida  
Despues de quitarme el seso?

Sale DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.  
¿Está mi señora aqui?  
DON DIEGO.  
No, que fueron sus extremos  
Tales, que aun no quiso oirme  
Una razon.

DOÑA ISABEL.  
Hizo en eso  
Muy como mujer de bien.

DON DIEGO.  
Pues di, yo ¿qué culpa tengo?  
Mas si supiste quién era,  
Ya que la fuiste siguiendo,  
Dimelo, para que vaya,  
Y la diga...

DOÑA ISABEL.  
Y ¿fuera bueno  
Que primero que á mi ama,  
Cuando de leal me precio,  
Os dijera lo que he visto?

DON DIEGO.  
¿Qué importa? Yo te prometo  
De no decirlo en mi vida,  
Si en eso puede haber riesgo,  
Y toma para una gala.

MONZON. (Ap.)  
Si lo dice, yo me pierdo.

DOÑA ISABEL. (Ap.)  
Ahora bien, esto se va  
A mi gusto disponiendo;  
Quiero parecer criada

Y tomar este dinero  
Para decir persuadida  
Lo mismo que yo deseo.

DON DIEGO.  
¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.  
Que en tu palabra,  
Como, en fin, de caballero,  
Confianza, lo diré.

DON DIEGO.  
Ya te escucho.

DOÑA ISABEL.  
Estáme atento:  
Apenas sali de aqui,  
Cuando á cuatro casas veo  
Que estaba un coche cercado  
De pajes y de escuderos,  
Y que la dama encubierta,  
Que salió de este aposento,  
A toda prisa se entraba  
En él; mas reconociendo  
Que yo siguiéndola iba,  
Con rostro afable y sereno  
Me dice que entre en el coche,  
Que quiere hablarme en secreto;  
Y apenas, aunque turbada,  
Por no saber el intento.  
El pié pongo en el estribo,  
Y en una almohada me siento,  
Cuando...

DON DIEGO.  
¿Qué?

DOÑA ISABEL.  
Se descubrió,  
Y un rostro miré tan bello,  
Que recelando el peligro,  
Volvi á mirar al cochera,  
Temiendo nos despeñase  
Cuando partiese ligero,  
Porque para ser factonte,  
Siendo el sol el que iba dentro,  
Me pareció, y con razon,  
Que tenia lo mas hecho.

MONZON.  
¿Y eso vistelo tú propia?  
DOÑA ISABEL.

Pues ¿qué quieres para ello?  
MONZON. (Ap.)

Quiero dar gracias á Dios  
De que callo y no reviento.

DON DIEGO.  
Dime por menor las señas.  
DOÑA ISABEL.

Ella es, Señor, de mi cuerpo,  
Con un alma en cada accion  
Y una vida en cada acento;  
Ojos, aunque no muy grandes,  
Vivos, hermosos y negros;  
Pelo entre negro y castaño,  
Y tan bien rizado el pelo,  
Que parece que la envidia,  
Si no la sirvió de espejo,  
La dió el fuego para el molde,  
Y sopló el amor el fuego;  
Era morena de cara,  
Mas no era en ella defecto,  
Sino fuerza; que si el sol  
Hace de lo blanco negro,  
Sin duda alguna de andar  
Ella al de sus ojos mismos  
Desde el día que nació,  
Se le pegó lo moreno;  
Y así, fué delito propio  
Lo que en otras es ajeno.  
Ella en efecto es un ángel,  
Y trae consigo lo bueno  
Tal fuerza, que aunque yo iba  
A ser su fiscal, en viendo

Su hermosura me templé;  
Y mas, Señor, cuando, abriendo  
Una caja de rubies,  
Que era en círculo pequeño  
Guarda-joyas de las perlas  
Que estaban pared por medio,  
Me dijo: « Si es que venis  
A verme, como sospecho,  
De parte de aquella dama,  
Decid de que la confieso  
Que yo soy la que una noche  
Entré en casa de don Diego,  
Porque le adoro, si bien  
Aun decirselo no puedo; »  
Y al ir á decir la causa  
Se atravesó de por medio  
En la garganta un suspiro,  
Y en los dos negros luceros  
Un par de aljófares vivos,  
Que se arrancaron del pecho  
A ser borrones de nieve,  
Saliendo de arroyos negros;  
Con esto me despedí,  
Por mas señas, que, saliendo  
Del coche, conocí un paje,  
Por el cual tengo por cierto  
Que es su ama una señora  
Ilustre por todo extremo,  
Y por todo extremo rica.  
Porque tiene, á lo que pienso,  
Seis mil ducados de renta  
Para hacer su casamiento;  
Esto es, Señor, lo que vi,  
Y con esto, adios, que el tiempo  
Me hace falta, y mi señora,  
Viendo lo que me detengo,  
Es fuerza estar con cuidado.

DON DIEGO.  
¿Por Dios, que es raro suceso!

MONZON. (Ap.)  
¿Jesus, y lo que ha ensartado  
De mentiras y embelecós!  
Alguna legion de sastres  
Se le ha metido en el cuerpo,  
Segun los enredos traza.

DOÑA ISABEL.  
Que me dejes ir te ruego.  
DON DIEGO.

Espera; y ¿no podré ver  
A quien tantas penas cuesto,  
Ya que pierdo á doña Elvira?

DOÑA ISABEL.  
De eso despacio hablaremos;  
Que yo buscaré ocasion  
Para verte; adios.

DON DIEGO.  
El cielo  
Te deje lograr tus años.

DOÑA ISABEL. (Ap.)  
Famosamente se ha hecho. (Vase.)

DON DIEGO.  
¿Qué dices de esto, Monzon?

MONZON.  
Que eres un gran majadero  
En haber creído tantos  
Embustes sin fundamento.

DON DIEGO.  
¿Qué dices?

MONZON.  
Que aunque me mates,  
No puedo, Señor, no puedo  
Dejar de alumbarte el poco  
Que tienes entendimiento,  
Diciéndote lo que pasa;  
Mas esto con tal concierto,  
Que prometas perdonarme.

DON DIEGO.  
Si prometo; dilo presto.

MONZON.  
Pues digo que cuanto ha dicho  
Esa picara es enredo;  
Porque la mujer que estaba  
No hace mucho allá dentro,  
Es una pobre fregona,  
Que está á la vuelta sirviendo  
A un agente de negocios.

DON DIEGO.  
¿Estás loco?

MONZON.  
Aquesto es cierto,  
Porque yo la vi la cara.

DON DIEGO.  
Pues di, bárbaro, ¿á qué efecto  
Hasta mi cuarto se entró  
Estando cerrado?

MONZON.  
Eso  
Ella lo dirá despues.

DON DIEGO.  
Pues ¿cómo, estando sirviendo,  
Anda en traje de señora?

MONZON.  
Porque ha de ir hoy á un bateo  
Con otras amigas suyas,  
Y los vestidos se ha puesto  
De su ama; aquesto ha sido.

DON DIEGO.  
Y esotra, di, ¿con qué intento  
Me ha dicho tantas locuras?

MONZON.  
Eso dicho se está ello:  
Con intento de probarte,  
Y saber tu pensamiento.

DON DIEGO.  
¿Mas que he de perder el juicio  
Con aquesto?

MONZON.  
No hayas miedo,  
DON DIEGO.

¿Por qué?

MONZON.  
Porque no le tienes,  
Ni es cosa de caballeros.

DON DIEGO.  
¿Agora me hablas de burlas?  
Mataréte, vive el cielo.

MONZON.  
No harás tal, porque sabré  
Tomar las de Villadiego.

### JORNADA TERCERA.

Salen INÉS, en traje de criada; DON  
DIEGO y MONZON.

MONZON.  
Ya tienes delante á Juana,  
Que dirá lo que hay en esto.—  
Llega, hermana, llega presto.

INÉS.  
Poco á poco eso de hermana.

DON DIEGO.  
Dime, Juana, la verdad,  
Pues ves del mundo que estoy;  
Que mi palabra te doy,  
Aunque fué temeridad  
Entrar en mi casa así,  
De no enojarme de nada.

INÉS.  
Pues en eso confiada,

Digo, Señor, que yo fui  
La que sali esta mañana  
De tu cuarto.

MONZON.  
Huélgome,  
Pues verás no te engañé.

DON DIEGO.  
Es verdad; mas dime, Juana,  
¿Tú no abriste este aposento  
Para entrar?

INÉS.  
Tú lo dijiste.

DON DIEGO.  
Pues ¿con qué llave le abriste,  
O cuál fué tu pensamiento?  
Habla, no estés temerosa.

INÉS.  
Pues digo...  
DON DIEGO.

Di.  
INÉS.  
Que una dama,

Que no sé cómo se llama,  
Aunque sé que es muy hermosa,  
Dándome un día una llave,  
Me ofreció cincuenta escudos,  
Que hicieran hablar los mudos.

Si con paso lento y grave  
Y en hábito diferente,  
Muy airosa y muy galana,  
Entrase aquí esta mañana,  
Sin que me viera tu gente,

Hasta tu cuarto; yo entonces,  
Sus lágrimas enjugando,  
Que enternecieran los broncees,  
Y tanto escude mirando,  
Y mas en un tiempo tal,

Que hay mujer hermosa y tierna  
Que entrará en una cisterna,  
Si se ofrece, por un real;  
Vestíme, tapéme, entré;  
Santiguéme, el cuarto abrí,

Sentéme, abriste, salí,  
Y los cincuenta pesqué;  
Fué allá Monzon en volandas,  
Habléte con claridad,  
Vine y dije la verdad;  
Mira si otra cosa mandas.

DON DIEGO.  
Que tomes, porque se vea  
(La da una sortija.)

Que no estoy muy ofendido;  
No hay que hablar, verdad ha sido  
Cuanto dijo Dorotea.

MONZON.  
Y ¿es cierto que ha de venir?

DON DIEGO.  
Así me lo ha asegurado.

INÉS. (Ap.)  
Lindamente se ha trazado.

DON DIEGO.  
Monzon, yo me quiero ir.

MONZON.  
Vive Dios, que eres demonio  
Para cualquiera suceso.

INÉS.  
Valgo yo lo que me peso  
Para un falso testimonio.  
Mas dime, ¿qué dama aguarda  
Tu señor, y sin mentira?

MONZON.  
Es una moza de Elvira.

INÉS.  
Y ¿es alentada? ¿Es gallarda?  
Porque no quisiera...

MONZON.  
Tente;  
Que contigo todo es poco,  
Y fuera de eso, es un coco.

Sale DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.  
Cualquiera dirá que miente,  
En sabiendo que á ser vengo  
Yo la mujer que ofendió.

MONZON.  
Eso jurábalo yo  
Por la ventura que tengo.

INÉS.  
Pues ¿qué importa, reina mía,  
Que mienta ó diga verdad  
Un hombre con voluntad?

DOÑA ISABEL.  
Importa la cortesia,  
Porque, á poder importar...  
Mas no es menester decir;  
Que no me puedo abatir  
A una presa tan vulgar.

INÉS.  
Pues mire... Pero ha venido  
Tu amo, y me voy por eso.

MONZON.  
Trágico ha sido el suceso.

INÉS.  
Linda cólera he perdido. (Vase.)

Sale DON DIEGO.

DON DIEGO.  
¿Dorotea!

DOÑA ISABEL.  
¿Señor mio!

DON DIEGO.  
¿Es posible que acertaste  
A esta casa? No lo creo.

DOÑA ISABEL.  
Ya sé el favor que me haces;  
Pero quien sirve no es libre.

DON DIEGO.  
Y ¿cómo va de pesares  
Por allá? ¿Quiere esa dama  
Cansarse ya de matarme?  
¿Hase ya desengañado  
De que no es bien que me trate  
Con tal rigor? ¿No respondes?

DOÑA ISABEL.  
Harto he dicho con no hablarte;  
No me preguntes, por Dios,  
Nada, que es apasionarme  
Porque, aunque es mi ama, estoy  
De tus liberalidades  
Tan obligada, que siento,  
Perdona si me enojare,  
Que tenga tan mal estilo  
Con un hombre de tus partes.

DON DIEGO.  
Pues ¿qué ha sido?

DOÑA ISABEL.  
Ser mujer,  
Y ser ella tan mudable,  
Que se ha casado con otro,  
Ó está ya para casarse.

DON DIEGO.  
Difunto estoy; mal ha hecho.

DOÑA ISABEL.  
¿Cómo mal? Con no importarme,  
Estoy yo que pierdo el juicio;  
Porque, fuera de ser facil,  
Ha dado á entender que nunca  
Te quiso; que quien no sabe  
Aguardar una disculpa,

Sufrir tal vez un desaire  
Y perder de su derecho,  
O no es verdadero amante,  
O es su amor tan melindroso,  
Que, por no dejar curarse,  
Enferma de los recelos  
Y muere de los achaques.

DON DIEGO.  
Pues bien, ahora ¿qué dice?

DOÑA ISABEL.  
¿Qué ha de decir? disparates;  
Llamóme aquesta mañana,  
Mujer en fin, no te espantes,  
Y díome aquestos papeles,  
Diciendo muy al desgaire:  
«Dorotea, di á ese hombre  
Que los quemé ó que los rasgue,  
Y que en su vida me vea, (Se los da.)  
Visite, escriba ni hable;»  
Con las demás amenazas  
Y protestas del romance:  
«Mira Zaide que te aviso  
Que no pases por mi calle.»  
Esto te vengo á traer,  
Y esto otro vengo á rogarte;  
Mira qué quieres que diga.  
(Ap. Parece que le ha hecho sangre  
En el alma, mas no importa.)

DON DIEGO.  
Di, si quisiere escucharte,  
Que se vengó muy aprisa;  
Que luego el cielo me falte  
Si tuve culpa en su enojo,  
Ni la he ofendido con nadie;  
Y dila tambien; ay triste!  
Que sepa, si no lo sabe,  
Que me caso yo tambien.

DOÑA ISABEL.  
¿Con quién, Señor?

DON DIEGO.  
Con un ángel,  
Y con una dama, en fin,  
Si no mejor, mas constante.

DOÑA ISABEL.  
Y ¿es verdad eso que dices?

DON DIEGO.  
Yo siempre trato verdades.

DOÑA ISABEL.  
Y ¿quién es aquesta dama?

DON DIEGO.  
Aquella que me pintaste  
Tan rica, hermosa y discreta,  
Noble, señora y afable.

DOÑA ISABEL. (Ap.)  
Acabara yo de hablar;  
Apenas me quedó sangre  
En todo el cuerpo. ¡Jesus,  
Y qué susto me costaste!

DON DIEGO.  
Y así, pues sabes quién es,  
Dime, dimelo al instante,  
Vengaréme de esa ingrata.

DOÑA ISABEL.  
(Ap. Todo á mi gusto se hace.)  
La casa yo no la sé  
De cierto, mas por el paje,  
Pienso que la acertaré.

DON DIEGO.  
Pues dila, así Dios te guarde.

DOÑA ISABEL.  
Bien; ¿ves la calle de Atocha,  
Y en medio de ella...

DON DIEGO.  
Adelante.

DOÑA ISABEL.  
La Magdalena?

DON DIEGO.  
Ya entiendo.

DOÑA ISABEL.  
Pues en esa misma calle  
Vive, á cuatro ó cinco casas;  
Pasa por allí esta tarde,  
Que ella te quiere de modo,  
Que en viéndote, hará llamarte,  
Y sabrás cuanto desees,  
Para aliviar tus pesares.

DON DIEGO.  
¡Ay Dorotea, si fuese  
Tan linda...

DOÑA ISABEL.  
No te acobardes.

DON DIEGO.  
Como tú.

DOÑA ISABEL.  
Donaire lienes.

DON DIEGO.  
Pues ¿por qué?

DOÑA ISABEL.  
Porque en donaire,  
En belleza, gracia y brio,  
Cara, entendimiento y talle,  
Es como el cielo y la tierra,  
Si bien, aunque desiguales,  
En algo nos parecemos.

DON DIEGO.  
Pues entonces será un ángel.

MONZON.  
Luego ¿crees lo que te dice?

DOÑA ISABEL.  
Piensa el ladrón, y esto baste.

Sale DON CÉSAR, al volverse doña Isabel hácia Monzon.

DON CÉSAR.  
Si habeis de salir de casa...  
Mas ¿qué es lo que miro?

DOÑA ISABEL. (Ap.)  
Al traste  
Habemos dado con todo.

DON DIEGO.  
¿Qué es lo que decis?

DON CÉSAR.  
Dejadme  
Que me espante de mi mismo.

DOÑA ISABEL. (Ap.)  
Si agora me recatase,  
Fuera aumentar la sospecha;  
Y así, sin mudar semblante,  
Me tengo de despedir  
De los dos.

DON CÉSAR.  
¡Caso notable!

DOÑA ISABEL.  
Señor don Diego, yo pienso,  
Fuera de ser ya muy tarde,  
Que os canso; y así, me voy;  
Que yo prometo de darle  
Vuestro recado á mi ama  
(Ap. Aunque no como mandastes);  
Y advertid que si con bien  
Aquel pleitecillo sale,  
Que mis guantes no perdono.

DON DIEGO.  
Más pienso darte que guantes.

DOÑA ISABEL.  
Y con esto, adios, don Diego,  
Y cuidado con la calle.  
Ah, sí, que se me olvidaba  
Del amigo de denantes.—  
Guarde Dios á su merced.

(A don César.)

DON CÉSAR.  
Y tambien á vos os guarde.

MONZON.  
Y ¿no hay para mí siquiera  
Un besamanos que darne?

DOÑA ISABEL.  
¿Quiere cuatro manotadas?

MONZON.  
No, en mi conciencia.

DOÑA ISABEL.  
Pues calle.  
(Ap. Grande ha de ser, si se acierta,  
La tramoya de esta tarde.) (Vase.)

DON CÉSAR.  
¿En efecto esta es criada  
De Elvira?

DON DIEGO.  
Si.

DON CÉSAR.  
Perdonadme;  
Que, á no decírmelo vos,  
No lo creyera de nadie;  
Porque es de una dama mía  
Retrato tan semejante,  
Que no se parece tanto,  
Aunque la desmienta el arte,  
A sí misma esta muchacha,  
En la cara y en el talle,  
Como á la dama que digo.

DON DIEGO.  
No fuera milagro grande.  
Mas ¿sabeis lo que he pensado?

DON CÉSAR.  
¿Qué?

DON DIEGO.  
Que sois tan fino amante,  
Que cuantas veis se os antojan  
Esa dama, humilde ó grave;  
Dígoles porque tambien  
A verme ayer noche entrastes,  
Y dijisteis que la dama  
Por quien sucedió aquel lance  
Era la vuestra.

DON CÉSAR.  
Es verdad.

DON DIEGO.  
Y me informastes denantes  
Que se ha ido á Guadalupe,  
Y es cierto que la que hallastes  
No ha salido del lugar,  
Pues he de verla esta tarde.

DON CÉSAR.  
Y ¿adónde vive esa dama,  
Porque mis dudas se acaben?

DON DIEGO.  
Vive en la calle de Atocha.

DON CÉSAR.  
Basta, yo pude engañarme;  
Que esotra no está en Madrid,  
Y cuando aqueso faltase,  
Vive en los Convalecientes.  
Cosas suceden notables;  
Pero vamos á palacio.  
Antes que el tiempo se pase.

DON DIEGO.  
Donde quisiéredes vamos.

DON CÉSAR. (Ap.)  
Amor, ya que asegurarme  
De mis celos has querido,  
Tráeme al sol que me llevaste.

DON DIEGO. (Ap.)  
Amor, ya que doña Elvira  
El pico y las alas bâte  
Mariposa de otra hoguera,  
Haz de modo que yo alcance  
A saber quién es la dama

Que cuento tantos pesares,  
Porque sepa á quien los debo,  
Y agradecido los pague.

(Vanse.)

Salen DOÑA ELVIRA y LUCÍA.

DOÑA ELVIRA.

Esto ha de ser, ninguna me aconseje,  
Si de su amor no quiere que me queje;  
Ya yo sé que si admito el casamiento,  
Ha de ser para mi tanto tormento,  
Que solo han de igualar á mis enojos  
Las lágrimas vertidas de mis ojos.  
Aun esas no podrán hacer iguales  
Sus fuentes á mis males;  
Que las lágrimas salen finalmente,  
Con que se va agotando su corriente;  
Pero las penas no, que á su despecho  
Se están siempre en el pecho.  
Y así, en tormento tanto,  
Primero que el dolor, faltará el llanto;  
Porque, en fin, aunque en algo las ex-

cedan,  
Hondas raíces en el pecho quedan.  
Ya yo sé que me pierdo si me caso,  
Pues por don Diego, á mi pesar, me  
Mas si, ingrato don Diego [abraso;  
A tanta voluntad y á tanto ruego,  
Me aborrece y desprecia,  
¿Qué importa, si él es loco, el ser yo ne-  
El me ofende, en efeto, [cia?  
Con una dama que ama de secreto;  
Dorotea la ha visto y la ha seguido.  
Aunque saber su casa no ha podido,  
Porque al ir la siguiendo diligente  
Se le pudo perder entre la gente.  
Pues ¿qué puedo aguardar en tal disgus-  
Sino quejarme de su amor injusto? [to,  
Venza el honor y cáseme forzada,  
Porque es el verse una mujer vengada,  
Cuando el rigor de un hombre la atro-  
Tal gusto para ella [pella,  
(Aunque llora despues el descontento  
Que trae hecho á disgusto un casamien-  
Que llevara el disgusto de casarse [to).  
Por el gusto que tuvo de vengarse.  
Y así, pues que don Diego me ha ofen-  
Y tantas veces me ha persuadido [dido,  
Mi tío que á don Pedro dé la mano,  
Rico, galán, airoso y cortesano,  
Hoy he de ser su esposa,  
Aunque despues no sea venturosa.

Salen DOÑA ISABEL, JULIO é INÉS.

DOÑA ISABEL.

¡Esto os admira!  
No solo ha de ir don Diego, sino Elvira,  
Segun está trazado.

¿Tú, Julio, no has estado

Con doña Inés ahora?

JULIO.

Ya te he dicho, Señora,  
Que sabe lo que pasa,  
Y que te ha de prestar por hoy su casa.

DOÑA ISABEL.

¿Tú llevaste el vestido?

INÉS.

Todo está, desde ayer, apercibido.

DOÑA ISABEL.

Pues si todo está hecho,  
Y lo que falta por hacer sospecho  
Que no tiene ninguna  
Dificultad, si ayuda la fortuna,  
Haced lo que sabéis, sin que se sienta,  
Y lo demás dejado por mi cuenta.

DOÑA ELVIRA.

¿Dorotea?

DOÑA ISABEL.

¿Señora?

DOÑA ELVIRA.

¿Vienes sola?

DOÑA ISABEL.

Al salir encontré ahora  
A mi padre y hermana,  
Y viéncense conmigo hasta mañana,  
Porque si se conciertan estas bodas,  
Seremos menester todos y todas.

DOÑA ELVIRA.

¿Hablaste á aquel hidalgo?

DOÑA ISABEL.

Ya le he hablado.

DOÑA ELVIRA.

¿Y los papeles?

DOÑA ISABEL.

Ya se los he dado.

DOÑA ELVIRA.

Y ¿qué te respondió?

DOÑA ISABEL.

No lo creyera,

Si con mis mismos ojos no lo viera;  
Mas es hombre, ¿qué mucho  
Que hiciese como tal?

DOÑA ELVIRA.

Difunta escucho.

DOÑA ISABEL.

Llegué, llamé al criado,  
Entré allá dentro, dile tu recado,  
Y con él los papeles, que don Diego  
Recibió con muchísimo sosiego,  
Sin mudar el color ni la tonada.  
Señal que se le daba poco ó nada;  
Y torciendo la boca,  
Cuando yo de mirarle estaba loca,  
Me respondió: «Decidla á aquea dama  
Que ya no sé, y si sé, cómo se llama;  
Que se enseñe, si quiere ser dichosa,  
A no ser tan cansada y melindrosa.  
Porque despues, cuando mi esposa sea,  
Lleve con mas cordura lo que vea;  
Porque, justo ó injusto,  
Siempre he de hacer lo que me diere

DOÑA ELVIRA, [gusto.]

¿Eso dijo, con ese desenfado?

DOÑA ISABEL.

Pues aun yo lo he pulido y lo he dorado,  
Porque aun peor lo dijo que lo digo.

DOÑA ELVIRA.

Pues si le vieras tú casar conmigo,  
Di que el mundo me llame  
La mujer mas infame,  
Y mas con esto nuevo que te escucho.

DOÑA ISABEL. (Ap.)

Pues si yo no me holgare mas que mu-  
Y mas con lo que oigo de tu boca, [che,  
Di que soy una necia y una loca.

DOÑA ELVIRA.

Y al fin ¿qué respondiste á aquea ingra-  
DOÑA ISABEL. [to?

Nada, porque al reñirle su mal trato  
Con mucha gallardia  
La dama entró que viste el otro día,  
Y despedime viendo que ella entraba.

DOÑA ELVIRA.

¡Bravo despejo!

DOÑA ISABEL.

¡Y desvergüenza brava!

DOÑA ELVIRA.

Pues mira: aunque hay mujeres que con  
Aumentan sus desvelos, [celos  
Y rinden con mas fuerza el albedrio,  
Yo, en viendo mis agravios, me resfrio;  
De suerte que si viera  
Yo á esa mujer, y de ella en fin supiera

Su amor y el de don Diego,  
A don Diego olvidara desde luego.

DOÑA ISABEL.

Pues ¿hay mas que ir á vella?

INÉS.

Bien lo adoba.

DOÑA ELVIRA.

Luego ¿sabes quién es?

DOÑA ISABEL.

Pues ¿soy yo boba?

A mi padre rogó que la esperase  
Y hasta saber su casa no parase,  
Y contigo se irá.

JULIO.

De buena gana.

DOÑA ELVIRA.

Pues mira, con tu hermana  
Te quedarás tú en casa, y si viniere  
Mi tío, le dirás que un rato espere;  
Que á la calle Mayor, para estos días,  
Sali á comprar algunas niñerías;  
Que yo vendré volando.

DOÑA ISABEL.

Bien has dicho.—

JUAN.

INÉS.

Ya entiendo; adios.

DOÑA ISABEL.

Lo dicho, dicho.

DOÑA ELVIRA.

Pues vén, porque me vayas por un co-  
DOÑA ISABEL. (Ap.) [che.

Gran tela se ha de urdir aquí á la noche.  
(Vanse.)

Salen DON DIEGO y MONZON,  
en la calle.

DON DIEGO.

¿No dijo que á cinco casas?

MONZON.

Si, Señor.

DON DIEGO.

Pues esta es.

MONZON.

Ya te he dicho que no son  
Fiestas de guardar las que  
Aquesta doncella dice.

DON DIEGO.

Si; mas ¿qué puedo yo perder  
En andarme paseando  
Hasta dos horas ó tres  
Esta tarde por aquí,  
Pues que no tengo qué hacer?

MONZON.

Eso, nada; y porque el tiempo  
Se pase con mas placer,  
Hablemos de alguna cosa.

DON DIEGO.

No tengo, Monzon, de qué.

MONZON.

Finjamos una mentira,  
Grande, estupenda, cruel,  
Que decir en San Felipe,  
Y en su mentidero dé  
Conversacion, y verás  
Que por todo aqueste mes  
No se hablará de otra cosa,  
Como es decir que el inglés  
Degolló cien mil gallegos;  
Que encubierto el dey de Argel,  
Tiene meson en Illescas;  
Que se murió un ginovés  
De asco de un real de á ocho,  
Porque no los pueden ver;

Que se ha de acabar el mundo,  
A mas tardar, en un mes,  
Y verás que se confiesan  
Todos, á mas no poder;  
O, en efecto, que esta capa,  
Que tú estrenastes anteayer  
Y te costó tu dinero  
En casa del mercader,  
No es tuya, que aunque es dislate,  
Habrá mequetrefes que  
Lo digan, y majaderos  
Que lo lleguen á creer;  
Porque el vulgo al fin es vulgo,  
Y ha de hacer como quien es.

*Sale UN CRIADO.*

Mas de aquella casa un hombre  
Sale de buen parecer  
Y hácia nosotros se viene.

*CRIADO. (Ap.)*

Sin duda alguna que es él.

*DON DIEGO.*

¿Mandais algo, caballero?

*CRIADO.*

Quisiera, Señor, saber  
Si sois don Diego de Vargas.

*DON DIEGO.*

Si, yo soy.

*CRIADO.*

Pues doña Inés  
De Garibay, mi señora,  
Os suplica que os lleguéis  
A aquella casa de enfrente.

*DON DIEGO.*

Voy á obedecerla.—Vén.  
Notable ventura ha sido.

*MONZON.*

Como suceda despues.

*(Vanse.)*

—

*Casa.*

*Salen DOÑA ISABEL, muy bizarra;  
DOÑA ELVIRA, tapada, y LUCÍA.*

*DOÑA ISABEL.*

Ya he dicho que no he de hablaros  
Una palabra, sin ver,  
Señora, quién sois primero.

*DOÑA ELVIRA.*

Por eso no os enojeis. *(Se descubre.)*  
Veisme aquí.

*DOÑA ISABEL.*

Muy mal estáis

Con vuestra hermosura, pues  
Querer encubrirla ha sido  
Ofender su candidez,  
Y aun dar qué decir al manto,  
Que, aunque lo encubrió, lo ve.  
¡Qué hermosura! qué cabeza!  
Qué alio! qué linda tez!  
¿Qué os poneis, por vida mía,  
En la cara? qué os poneis?  
Que es el color por extremo.  
Pero ¿de qué os suspendeis?  
¿Qué tengo, que me mirais?

*DOÑA ELVIRA.*

Mucha hermosura tenéis,  
Pero sois, menos el traje,  
Si, tan parecida...

*DOÑA ISABEL.*

¿A quién?

*DOÑA ELVIRA.*

A una criada que tengo;  
Que apenas posible es  
Que no piense que sois ella.

*DOÑA ISABEL.*

Eso me ha dicho tambien  
Cierto galan; pero ahora  
Yo soy quien mas lo diré.  
Pues hasta en el ser criada  
Vuestra me pareceré.

*DOÑA ELVIRA.*

Yo lo he de ser y lo soy;  
Mas, porque tengo que hacer,  
Decidme...

*DOÑA ISABEL.*

En aquella silla  
Os diré lo que quereis.

*(Se sientan.)*

*DOÑA ELVIRA.*

¡Qué cortés y qué entendida!  
Pues digo ¡ay Dios! que á saber  
He venido solamente  
Si á don Diego conoceis  
De Vargas, un caballero  
De Madrid.

*DOÑA ISABEL.*

Quedo, tened;  
Que él responderá por mí.

*Salen DON DIEGO, MONZON y UN  
CRIADO; tápase con el manto doña  
Elvira.*

*DON DIEGO.*

Rendido, humilde, cortés,  
Sabiendo que vos gustais...

*DOÑA ISABEL.*

Aguarde vuestra merced  
Mientras despacho esta dama;  
Que luego seré con él.

*DON DIEGO.*

En todo haré vuestro gusto.—  
¡Notables cosas se ven,  
Monzon!

*MONZON.*

No me digais nada,  
Porque el juicio perderé.  
Y ¿de dónde es esta dama?

*CRIADO.*

De las Indias.

*MONZON.*

Largo es.

*(Vanse don Diego, Monzon y el criado.)*

*DOÑA ISABEL.*

Con esto, sin responderos,  
Que lo conozco sabréis.  
Adelante.

*DOÑA ELVIRA.*

*(Ap. Cuanto dijo*

*Dorothea verdad fué,  
¡Muerta estoy! Pues digo, en suma,  
Que aqueste mismo que veis  
Há un año que me enamora.*

*DOÑA ISABEL.*

Detenéos; que ya sé  
Que me quereis preguntar  
Lo que ha habido entre mi y él,  
Y para atajar razones,  
Brevemente os lo diré.  
Yo soy cfiolla, y en la  
Ciudad de Santo Tomé  
Nacida de nobles padres.  
Déles Dios descanso, amén.  
Por su muerte, ¡qué desdicha!  
Mi primer cuna dejé.  
Y con mas de cien mil pesos  
Para España me embarqué.  
Vine á Madrid, y don Diego  
Me enamoró; yo mujer  
Y el galan, dicho se está  
Lo que pudo suceder.

Parecióme á los principios  
Muy fino en el bien querer,  
Que el año del noviciado  
El amante mas infiel  
Puede apostar en ternura  
Con cualquiera portugués;  
Pero despues me salió  
¡Ay de mí! tan al revés,  
Que le he visto á un mismo tiempo  
Andar revuelto con diez,  
Que sin jurar de gran turco  
No sé cómo pueda ser.  
Pero en efecto es verdad;  
Si á su casa voy, tal vez  
Varias mujeres encuentro,  
De bueno y mal parecer,  
Si bien de todas sus damas  
En su casa vengo á ser  
Yo, Señora, la mayor;  
¿Quién duda que preguntéis  
La causa por qué lo sufro?  
Yo respondo que por ser  
O haber sido tan liviana,  
Que de mi honor le entregué  
La mejor joya; y así,  
Hasta cobrarla estaré  
Sufriendo sus sinrazones;  
Que sin duda es muy cruel.  
Pues no le mueven tres hijos  
Que el cielo me dió despues,  
Y todos como los dedos  
De la mano. Aquesta es  
Mi historia; si os galantea,  
Guardáos d'él, y agradeced  
A mi amor el desengaño,  
Para no veros por él  
Sin honor y con tres hijos,  
Como yo me vengo á ver.

*(Se levantan.)*

*DOÑA ELVIRA.*

Agradézcooslo de modo,  
Que eternamente estaré  
Reconocida á tan grande  
Y señalada merced,  
Y en pago de ella, os prometo  
Que por mi parte tendréis  
A don Diego tan seguro,  
Que en mi vida le veré.

*DOÑA ISABEL. (Ap.)*

Eso es lo que yo deseo.

*DOÑA ELVIRA.*

Pero, porque detener  
No me puedo, Dios os guarde;  
Que otro dia volveré  
Mas despacio á visitaros.

*DOÑA ISABEL.*

Salud los cielos os den.

*DOÑA ELVIRA.*

Libremé Dios de tal hombre;  
Aun no lo puedo creer.—  
Vén, Lucia; ángel ha sido  
Para mí esta mujer.

*(Vanse doña Elvira y Lucia.)*

*Salen DON DIEGO, MONZON y EL  
CRIADO.*

*CRIADO.*

Ya está aquí este caballero.

*DOÑA ISABEL.*

Señor mío, ya lo veis;  
Aquesta visita ha sido  
Causa para no poder  
Hablaros como quisiera  
Ni como era menester;  
Porque yo... Mas; ¡ay de mí!  
Ay de mí! Señor, que aquel  
Que ha entrado ahora es mi hermano.

DOÑ DIEGO.  
Pues bien, ¿qué habemos de hacer?

MONZON.  
Aprisa; que tengo azar  
Con hermanos.

DOÑA ISABEL.  
Que os entreis  
En esa cuadra entre tanto  
Que os avisan, y despues  
Vedme.

DOÑ DIEGO.  
Si haré, que hasta ahora  
No sé lo que he de saber;  
¿Cómo os llamáis?

MONZON.  
Dorotea.

DOÑA ISABEL.  
No tal, sino doña Inés...

MONZON.  
Para mi todo ello es uno.

DOÑA ISABEL.  
Mas mi hermano...

MONZON.  
Señor, vén.

DOÑA ISABEL.  
Pues adios, don Diego.

DOÑ DIEGO.  
Adios,

Doña Isabel. (Ap.)  
Yo me voy á desnudar,  
Mientras ellos á esconder.

(Vanse doña Isabel, don Diego, Monzon y el Criado.)

Sale INÉS, en casa de doña Elvira.

INÉS.  
Ya es hora que mi señora  
Acabara de venir;  
Que solamente el reir  
La burla nos falta ahora.  
No hay qué hablar; gracioso lance  
Habrá sido ver la dama  
A mi ama con su ama,  
Sin que lo entienda ni alcance,  
Y lo mejor ha de ser  
Que á su casa ha de tornar  
A quererlo averiguar;  
Mas confusa se ha de ver,  
Porque cuanto doña Elvira  
Dejó á mi ama encargado  
Tengo hecho y acabado,  
Y un alguacil á la mira  
Quedo de la casa y calle,  
Para en viéndola salir  
Con el tal coche, embestir.  
Y dicho y hecho, embargalle,  
Denunciándola, porque  
No es suyo el coche que lleva,  
Y la premática nueva  
Manda que á nadie se dé,  
Y entre tanto lugar tenga  
De volverse á desnudar,  
Y en casa la pueda hallar  
Cuando doña Elvira venga.—  
Señoras, esto es querer;  
Que en amando así de fino,  
No hay humano desatino  
Que no intente la mujer;  
Bien se ve por la experiencia,  
Pues mi ama, por amar,  
Sirve á quien puede mandar,  
Sufriendo la impertinencia,  
El martirio y el rigor  
Dé madrugug muy aprisa  
A prevenir la camisa  
Que está en el enjugador;

El tocar á la señora,  
Que no es el menor trabajo;  
El illa asentando el ajo,  
Aunque sea por un hora;  
El llevalla el azafate,  
Con el de caza pañuelo,  
Bañado en agua del cielo,  
Y luego, para remate  
Del uno y otro embarazo,  
No ha podido excusarse  
El haber de ir á sentarse  
A labrar en cañamazo,  
Que es la desdicha mayor  
Que la sigue á una doncella;  
Pero mi ama es aquella  
(Con esto perdí el temor),  
Que una vez acá y de noche,  
No hay quien pueda averiguar  
Si ha podido ó no faltar;  
Mas allí ha parado el coche,  
¿Si es doña Elvira? Ella es;  
Miren si un poco tardara!  
Mensuro el cuerpo y la cara  
Para reirme despues.

Salen DOÑA ELVIRA y LUCÍA, quitándose los mantos.

DOÑA ELVIRA.  
Toma el manto; no mas coche  
Prestado en toda mi vida.

INÉS. (Ap.)  
Bien lo hizo el alguacil.

DOÑA ELVIRA.  
Por lo que yo lo sentía  
No era por la vejacion,  
Sino porque me impedir  
El verme con Dorotea,  
Porque pienso que es la misma  
Que hemos hablado esta tarde,  
Y mi hacienda apostaria  
Que no la hallando en casa,  
Lo cierto, amiga, sabria;  
Mas allí su hermana está.—  
¿Es Juana?

INÉS.  
¿Señora mia!

DOÑA ELVIRA.  
¿Adónde está Dorotea?

INÉS.  
Ahora allá dentro iba.

DOÑA ELVIRA.  
¿Allá dentro?

INÉS.  
Sí, Señora.

DOÑA ELVIRA.  
Pues vé, y llamámela aprisa.

INÉS.  
Voy á servirte... Mas ella  
Viene.

DOÑA ELVIRA.  
Extraña maravilla.

Salen DOÑA ISABEL, en traje de doncella de labor, con unas enaguas en la mano, como que las está cosiendo.

DOÑA ISABEL.  
Por cierto que, conociendo  
De tu tió las malicias,  
Y que yo quedaba en brasas  
Por lo que decir podria,  
Que no has tenido razon  
En tardarte.

DOÑA ELVIRA.  
No me riñas,  
Sino dime lo que has hecho.

DOÑA ISABEL.  
Lo primero, en la jaulilla  
Puse el pelo que me diste;  
Acabéte la camisa  
De Cambray, doblé los lienzos,  
Y estas naguas de beatilla  
De aderezar acababa.

DOÑA ELVIRA.  
No te has holgado.—Lucia, (Ap. á ella.)  
¿Mas que he de perder el juicio?  
Mira aquellos ojos, mira  
Aquella frente, aquel cuerpo,  
Aquella boca.

LUCÍA.  
Es la misma.

Salen DON DIEGO, DON CÉSAR y MONZON.

DON CÉSAR.  
Presto, don Diego, saldremos  
Vos y yo de aquesta enigma.

MONZON.  
Y yo y todo, que tambien  
Ando loco á letra vista.

DON CÉSAR.  
¿Elvira?

DOÑA ELVIRA.  
¿Señor don César?

DON CÉSAR.  
No os admire esta visita;  
Que, sabiendo que os casais,  
Fuera accion mal parecida  
No daros el parabien.

DOÑA ELVIRA.  
Ya sé vuestra cortesía.

DON DIEGO.  
Yo tambien.

DOÑA ELVIRA.  
No hablo con vos.

MONZON.  
Allí está.

DOÑA ISABEL. (Ap.)  
Todos se admiran.

DON CÉSAR.  
¿Habeis estado esta tarde  
En casa?

DOÑA ELVIRA.  
Pues quien tenia  
Las bodas tan á la puerta,  
¿Cómo dejalla podia?

DON DIEGO.  
¿Y esta doncella?

DOÑA ELVIRA.  
Tambien.

MONZON.  
Es muy gran bellaquería;  
Que la he visto yo...

DON DIEGO.  
Detente.

MONZON.  
Miren qué fíema, por vida...

DOÑA ELVIRA.  
Señor don Diego, si ha sido  
Para hacerme esta visita  
Ocasion del parabien,  
Ya está la traza entendida;  
Y así, vávase á su casa  
Y cuide de su familia;  
Porque un hombre con tres hijos  
Y obligaciones antiguas,  
No es cosa que le conviene  
Andar en garzonerías;  
Y porque vuestra merced,  
Aunque se encoge y se admira,

Sé que me entiende muy bien,  
No digo otras niñerías  
De señora la mayor,  
Que es la dama de las Indias;  
Mas solamente le advierto,  
Para que todo se diga,  
Que doña Inés Garibay  
Es muy grande amiga mía,  
Y que si por mí está tibio  
En querella y en servilla,  
Que no lo deje por eso,  
Porque ya mi amor le olvida,  
Tanto, que, si no me engaño,  
Sube la escalera arriba  
Mi tío, y con él don Pedro  
De Puerto-Carrero y Silva,  
Para hacer las escrituras;  
No se vaya, porque sirva  
Con los demás de testigo  
De sus celos y mis dichas;  
Y con esto, adios.

DON DIEGO.

Detente,  
Oye, aguarda, y dime, Elvira,  
Qué tramoyas son aquestas,  
Con que el sentido me quitas;  
¡Yo, doña Inés! Yo tres hijos!

DOÑA ISABEL.

Sosíégate, por mi vida.

DON DIEGO.

¿Cómo puedo, si la escucho  
Tantos disparates?

DOÑA ISABEL.

Mira

Que no lo ha sido del todo;  
Porque hay testigo de vista,  
Que la ha dicho cuanto has hecho.

DON DIEGO.

Si hoy fué la primer visita  
Que hice á la dama que sabes,  
¿Cómo se muestra ofendida,  
Diciendo que tengo ya  
Hijos, mujer y familia?

DOÑA ISABEL.

¿Pésate?

DON DIEGO.

No pesara,  
Si es ella como la pintas.

DOÑA ISABEL.

Pues oye, César.

DON CÉSAR.

Ya escucho.

DOÑA ISABEL.

Si hubiese en aquesta villa  
(Que puede ser) una dama  
Muy amada y muy querida  
De tí, que amase á don Diego,  
Por servirle y por servirla,  
¿Lievrias bien su amor?

DON CÉSAR.

Y aun se lo agradecería.

DON DIEGO.

¿Por qué lo dices?

DOÑA ISABEL.

Escucha;

Doña Isabel de Molina

¿Es noble?

DON CÉSAR.

Basta su nombre.

Sin que otra cosa se diga.

DOÑA ISABEL.

¿Es hermosa?

DON CÉSAR.

Como tú,

Que eres su retrato.

DOÑA ISABEL.

¿Es rica?

DON CÉSAR.

Seis mil ducados de renta  
Tiene.

DOÑA ISABEL.

Pues esta es la misma  
A quien hablaste esta tarde,  
(A don Diego.)

Y á quien don César estima.

DON CÉSAR.

¿Cómo, si está en Guadalupe?

DOÑA ISABEL.

Vino de la romería.

DON CÉSAR.

¿Cómo, si vengo yo ahora  
De su casa, donde afirman...

DOÑA ISABEL.

¿Qué han de afirmar, si yo soy  
Doña Isabel de Molina?

DON CÉSAR.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Que por don Diego

He servido estos dos días  
A esta dama, hasta vencer  
Mis celos y mis porfías.

MONZON.

En el pico de la lengua  
Lo tuve, por vida mía.

DOÑA ISABEL.

Las trazas, las invenciones,  
Las quimeras, las mentiras  
Que he hecho sabrás despues,  
Si quieres que las repita.

DON CÉSAR.

No habiendo yo de ser tuyo,  
Consiento que aquesta dicha  
Sea del señor don Diego.

DON DIEGO. (A doña Isabel.)

El cual te ofrece alma y vida.

DOÑA ISABEL.

Mas entremos allá dentro,  
Pues todo se facilita,  
Y haráse en breve una boda.

INÉS.

Di dos, si Monzon se anima.

DOÑA ISABEL.

Y aquí acaba la doncella  
De servir á doña Elvira,  
Y la comedia tambien,  
Cuyo poeta os suplica  
Que os parezca tan gustosa,  
Alegre y entretenida,  
Que se diga que no es suya,  
Aunque mienta quien lo diga.

# INDICE.

APUNTES BIOGRÁFICOS Y CRÍTICOS DE LOS AUTORES COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO. . . . .

CATÁLOGO cronológico de los autores dramáticos desde Lope de Vega á Cañizares, y ALFABÉTICO de las comedias de cada uno. — INTRODUCCION. . . . .

— Parte primera. . . . .

## COMEDIAS.

EL DOCTOR NIRA DE MESCUA.

La rueda de la fortuna. . . . .	1
Galan, valiente y discreto. . . . .	23
No hay dicha ni desdicha hasta la muerte. . . . .	39
Obligar contra su sangre. . . . .	57
La Fénix de Salamanca. . . . .	73

LUIS VELEZ DE GUEVARA.

Mas pesa el Rey que la sangre, y blason de los Guzmanes. . . . .	95
Reinar despues de morir. . . . .	109
Los hijos de la Barbuda. . . . .	125
El ollero de Ocaña. . . . .	145
El diablo está en Cantillana. . . . .	159
La Luna de la sierra. . . . .	177

DOCTOR FELIPE GODINEZ.

Ann de noche alumbra el sol. . . . .	199
--------------------------------------	-----

DON DIEGO XIMENEZ DE ENCISO.

Los Médicis de Florencia. . . . .	215
-----------------------------------	-----

DON RODRIGO DE HERRERA.

Del cielo viene el buen rey. . . . .	237
--------------------------------------	-----

DON JACINTO DE HERRERA.

Duele de honor y amistad. . . . .	253
-----------------------------------	-----

ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO.

Galan, tramposo y pobre. . . . .	289
----------------------------------	-----

DON ALONSO DEL CASTILLO SOLORZANO.

El mayorazgo Figura. . . . .	289
El marqués del Cigarral. . . . .	309

LUIS DE BELMONTE BERMUDEZ.

El diablo predicador, y mayor contrario amigo. . . . .	327
La renegada de Valladolid. . . . .	347

EL LICENCIADO DON JERÓNIMO DE VILLALZAN.

Ofender con las finezas. . . . .	367
Sufrir mas por querer mas. . . . .	385

DON ANTONIO CORLLO.

El conde de Sex, ó dar la vida por su dama. . . . .	405
---	-----

DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.

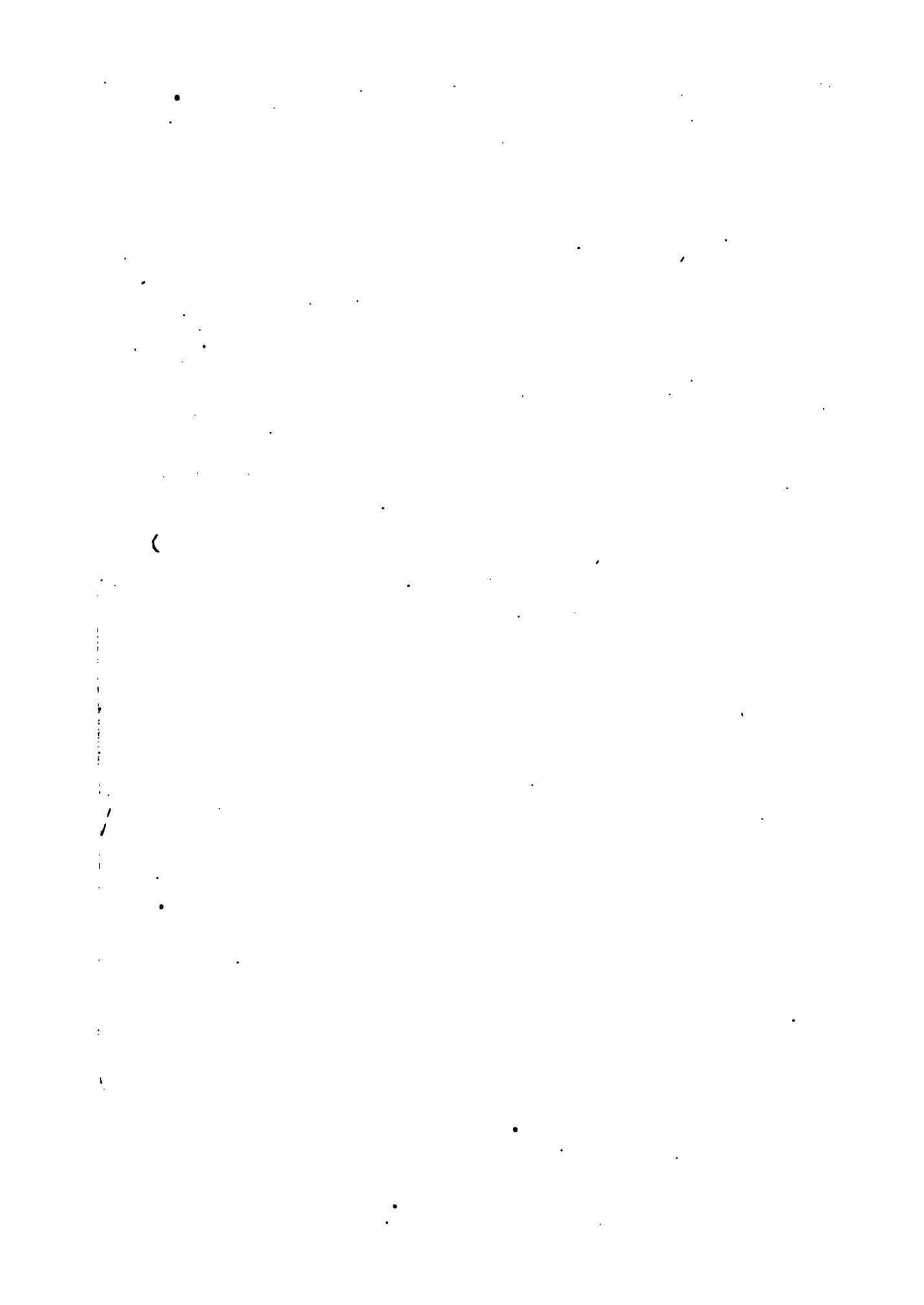
El marido hace mujer, y el trato muda costumbre. . . . .	421
Los empeños del mentir. . . . .	457
Cada loco con su tema, ó el montañés indiano. . . . .	487

DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

No hay vida como la honra. . . . .	477
La mas constante mujer. . . . .	495
La toquera vizcaína. . . . .	513
Como padre y como rey. . . . .	533
Cumplir con su obligacion. . . . .	551
Ser prudente y ser sufrido. . . . .	571
La doncella de labor. . . . .	587













fine, this book should  
ore the date last s'



